



DAVID  
EDDINGS  
CÚPULAS DE FUEGO

EL TAMULI LIBRO 1



Han pasado seis años desde que el caballero Falquián venciera al dios Azash. Seis años de paz para el caballero, junto a su esposa Ehlana, reina de Elenia. Pero están apareciendo inquietantes signos de inestabilidad, signos que además, llevan la marca de lo sobrenatural, como si del pasado regresaran terrores que parecían aniquilados.

El emperador del lejano imperio tamul, que a pesar de su decadencia benévola mantiene la hegemonía en el continente daresiano, reclama ante dichos signos la presencia del afamado Falquián. Éste, acompañado de Ehlana y de sus fieles caballeros pandion, al servicio de la iglesia de Elenia, parte hacia la capital del imperio, atravesando tierras antaño pacíficas, pero en las que las sombras del pasado son cada vez más corpóreas, más agresivas, más temibles...



David Eddings

# Cúpulas de fuego

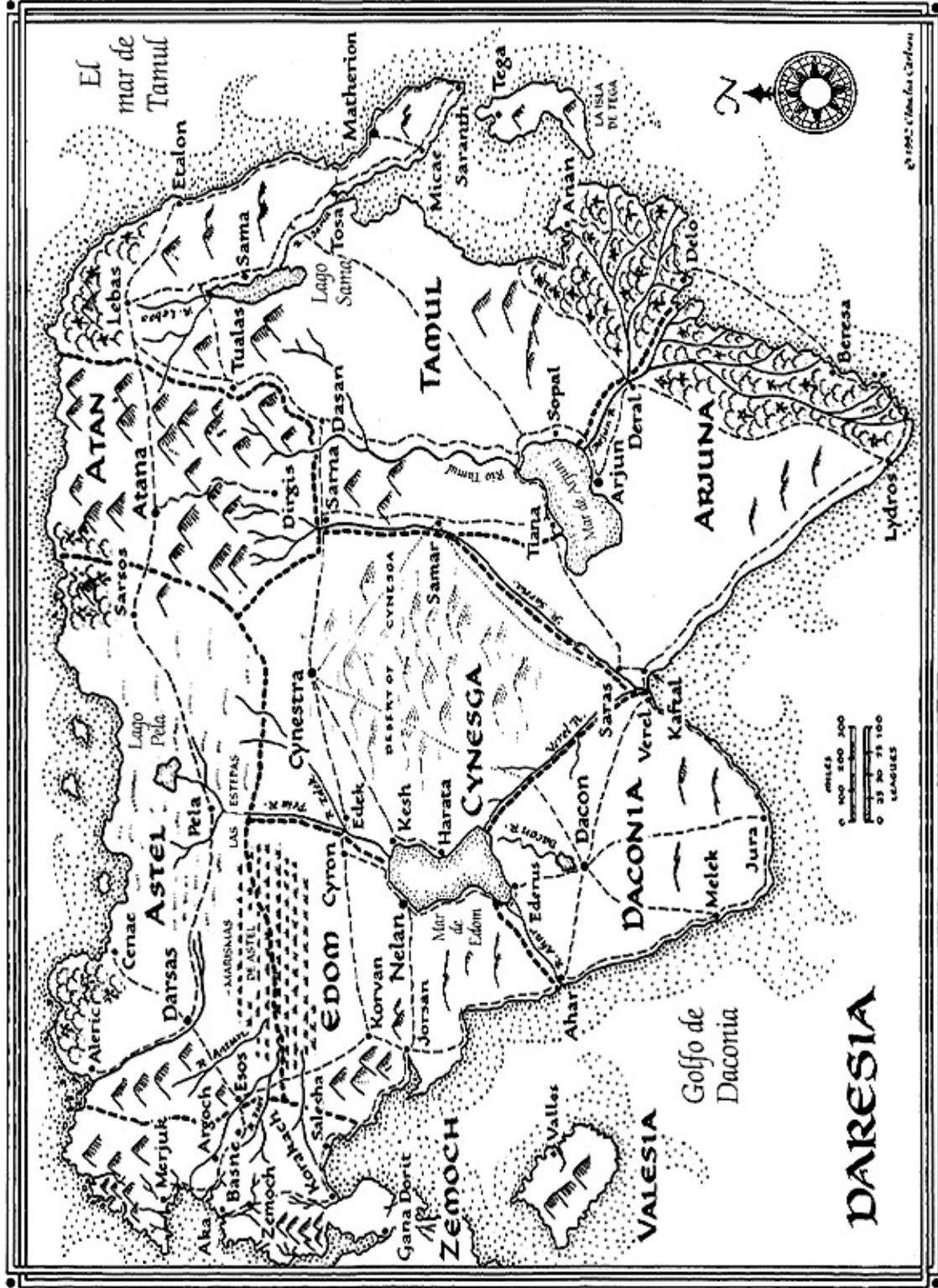
**El tamuli-1**

ePub r1.3  
fenikz 10.05.16

Título original: *Domes of Fire*  
David Eddings, 1992  
Traducción: Diana Falcón  
Ilustraciones: Geoff Taylor

Editor digital: fenikz  
ePub base r1.2





© 1992 C. M. Van der Clauwen



## Prólogo

*Extraído del capítulo dos de El asunto Cyrga: Un examen de la crisis reciente.  
Compilado por el departamento de Historia Contemporánea de la universidad de Matherion.*

Resultaba obvio que el Consejo Imperial de aquel momento se enfrentaba con una amenaza de la más grave naturaleza, una amenaza contra la que el gobierno de Su Majestad Imperial estaba mal preparado para afrontarla. Hacía mucho que el imperio había confiado en los ejércitos de Atan para que defendiera sus intereses durante los esporádicos períodos de desórdenes cívicos, que son normales y deben esperarse en una población desesperada a la que gobierna una poderosa autoridad central. La situación con la que en aquel momento se enfrentaba el gobierno de Su Majestad, sin embargo, no parecía tener su origen en manifestaciones espontáneas de algunos descontentos exaltados que se lanzan a las calles, procedentes de las universidades, durante el tradicional período de vacaciones posterior a los exámenes finales. Esas manifestaciones en particular pueden ser tomadas con calma, y habitualmente el orden queda restablecido con un mínimo derramamiento de sangre.

El gobierno se dio cuenta muy pronto de que, en cualquier caso, las cosas eran diferentes. Para empezar, los manifestantes no eran escolares fogosos, y la

tranquilidad nacional no quedó restaurada al comenzar nuevamente las clases en las universidades. Las autoridades podrían haber mantenido el orden a pesar de todo, si los varios alborotos hubiesen sido el resultado de un fervor revolucionario corriente. La mera presencia de los guerreros atan puede apagar los ánimos, incluso de los más entusiastas, dentro de unas circunstancias normales. Esa vez, los acostumbrados actos de vandalismo que acompañaban a las manifestaciones eran de origen obviamente paranormal. El gobierno imperial dirigió sus inquisidores ojos hacia los estirios de Sarsos. Sin embargo, una investigación llevada a cabo por un miembro estirio del Consejo Imperial, cuya lealtad al trono no podía ser puesta en tela de juicio, indicó con toda claridad que aquéllos no habían tomado parte alguna en los disturbios. Los incidentes paranormales procedían de fuentes aún no determinadas y estaban tan extendidos que no podían emanar de las actividades de un puñado de estirios renegados. Los propios estirios eran incapaces de identificar la fuente de dichas actividades, e incluso el legendario Zalasta, por muy preeminente mago que fuese, confesó con tristeza su total desconcierto.

Fue Zalasta, sin embargo, quien sugirió el camino finalmente adoptado por el gobierno de Su Majestad. Indicó que el imperio podría solicitar ayuda del continente eosiano, y llamó específicamente la atención del gobierno sobre un hombre llamado Falquián.

Todos los representantes del imperio en el continente eosiano recibieron inmediatamente la orden de dejar todo lo que tuviesen entre manos y concentrar toda su atención sobre aquel hombre. Era de vital importancia que el gobierno de Su Majestad obtuviera información sobre la persona de Falquián. Cuando los informes de Eosia comenzaron a llegar, el consejo imperial empezó a formarse una idea, mediante los diversos detalles separados, de quién era Falquián: su apariencia, su personalidad y su historia.

*Sir* Falquián, según descubrieron, era miembro de una de las órdenes de caballería de la iglesia Elena. La orden particular de este hombre se la menciona como «Caballeros Pandion». Se trata de un hombre de elevada estatura, magro, de alrededor de treinta y cinco años con el rostro ajado, una aguda inteligencia y unos modales abruptos e incluso ásperos. Los caballeros de la iglesia Elena son unos guerreros temibles, y *sir* Falquián está en la primera de sus filas de campeones. En el momento de la historia del continente eosiano en el que las cuatro órdenes de caballeros de la Iglesia fueron fundadas, las circunstancias eran tan desesperadas que los elenios hicieron a un lado los tradicionales

prejuicios y permitieron que las órdenes militares recibieran enseñanza sobre las prácticas arcanas de Estiricum, y fue la habilidad de los caballeros de la Iglesia en esas artes lo que los ayudó a vencer en la Primera Guerra Zemoch, hace unos cinco siglos.

*Sir Falquián* ostentaba un título que no tiene equivalente en nuestro imperio. Era el «Campeón» heredero de la casa real del reino de Elenia. Los elenios occidentales tienen una cultura caballeresca repleta de arcaísmos. El «reto» (esencialmente una oferta para trabarse en combate singular) es la reacción acostumbrada de todos los miembros de la nobleza cuando creen que su honor ha sido manchado de alguna forma. Es asombroso, y digno de hacer notar, que ni siquiera los monarcas gobernantes están exentos de la necesidad de responder a un reto. Con el fin de evitar el inconveniente de tener que responder a las impertinencias de los diversos exaltados, los monarcas de Eosia acostumbran a designar a un guerrero muy diestro (y habitualmente temido por todos) como sustituto. La reputación y naturaleza de *sir Falquián* son tales, que incluso los más pendencieros de los nobles del reino acaban pensando, tras cuidadosas consideraciones, que no han sido realmente insultados. Algo que da crédito a la destreza y al frío juicio de *sir Falquián* es el que raras veces se haya visto obligado a matar a alguien durante estos incidentes ya que, según la costumbre ancestral, un combatiente seriamente incapacitado puede salvar la vida si se rinde y retira el reto lanzado.

Tras la muerte de su padre, *sir Falquián* se presentó ante el rey Aldreas, padre de la actual reina, para hacerse cargo de sus deberes. El rey Aldreas, sin embargo, era un monarca débil y estaba dominado por su hermana, Arissa, y por Annias, el primado de Cimmura, que era también el amante secreto de la princesa Arissa y padre del hijo bastardo de ella, Lycheas. El primado de Cimmura, de *facto* el gobernador de Elenia, tenía esperanzas de ascender al trono del archiprelado de la iglesia Elena, en la ciudad sagrada de Chyrellos, y la presencia del severo y moralista caballero de la Iglesia le resultaba inconveniente. Y así fue como persuadió al rey Aldreas para que enviara a *sir Falquián* al exilio en el reino de Rendor.

Llegado el momento, también el rey Aldreas le resultó inconveniente, y el primado Annias y la princesa Arissa lo envenenaron, elevando así a la princesa Ehlana, la hija de Aldreas, al trono. A pesar de su juventud, la princesa Ehlana había recibido alguna instrucción de *sir Falquián*, y era una monarca mucho más fuerte de lo que lo había sido su padre. Muy pronto se convirtió en más que un

mero inconveniente para el primado. También a ella la envenenó, pero los compañeros pandion de *sir* Falquián, ayudados por su tutora en las artes arcanas, una mujer estiria llamada Sephrenia, hicieron un encantamiento que selló a la reina dentro de un cristal y la mantuvo con vida.

Así estaban las cosas cuando *sir* Falquián regresó del exilio. Dado que las órdenes de caballería no sentían deseo alguno de ver al primado de Cimmura en el trono del archiprelado, algunos de los campeones de las otras tres órdenes fueron enviados para ayudar a *sir* Falquián a encontrar un antídoto o una cura que devolviera la salud a la reina Ehlana. Puesto que la reina le había negado en el pasado a Annias el acceso a su tesoro, los caballeros de la Iglesia dedujeron que si se recuperaba, le negaría una vez más a Annias el dinero que éste necesitaba para presentar su candidatura.

Annias se alió con un pandion renegado de nombre Martel, y este tal Martel era, al igual que todos los pandion, diestro en el uso de la magia estiria. Puso obstáculos, tanto físicos como sobrenaturales, en el camino de *sir* Falquián, pero *sir* Falquián y sus campeones consiguieron finalmente averiguar que la princesa sólo podría recuperarse con un objeto mágico conocido como el Bhelliom.

Los elenios occidentales son una gente muy peculiar. Tienen un nivel de sofisticación en los asuntos mundanos que a veces sobrepasa el nuestro propio, pero una fe casi infantil en las más espectaculares formas de magia. Este Bhelliom, según se nos dice, es un zafiro muy grande que fue laboriosamente tallado con la forma de una rosa en algún momento del más remoto pasado. Los elenios de aquí insisten en que el artesano que lo talló era un troll. Nosotros no nos explayaremos sobre algo tan absurdo.

En cualquier caso, *sir* Falquián y sus amigos vencieron muchos obstáculos y finalmente pudieron obtener el peculiar talismán y (al menos, según afirman ellos) consiguió devolverle la salud a la reina Ehlana, aunque uno tiene la poderosa sospecha de que la tutora de aquellos hombres, Sephrenia, realizó esa tarea sin ayuda alguna, y que el uso aparente del Bhelliom fue poco más que un subterfugio que utilizó para protegerse de la virulenta intolerancia de los elenios occidentales.

Cuando murió el archiprelado Cluvonus, la jerarquía de la iglesia Elena viajó a Chyrellos para participar en la «elección» del sucesor. (La elección es una práctica peculiar que implica expresar las preferencias propias. El candidato que recibe la aprobación de la mayoría de sus compañeros es elevado al cargo en cuestión. Éste, claro está, es un procedimiento antinatural, pero dado que el clero

de Elene es ostensiblemente célibe, no existe ninguna forma no escandalosa mediante la cual la archiprelatura pueda transformarse en hereditaria). El primado de Cimmura había sobornado a una buena cantidad de altos eclesiásticos para que expresaran su preferencia por él durante las deliberaciones de la alta jerarquía eclesiástica, pero aún no alcanzaba la mayoría necesaria. Fue en este punto cuando su secuaz, el antes mencionado Martel, dirigió un asalto contra la ciudad sagrada, con la esperanza de precipitar así la elección del primado Annias por parte de la jerarquía eclesiástica. *Sir* Falquián y un reducido número de caballeros de la Iglesia consiguieron mantener a Martel alejado de la basílica en la que los jerarcas estaban deliberando. No obstante, la mayor parte de la ciudad de Chyrellos resultó gravemente dañada o destruida durante la lucha.

Cuando la situación alcanzaba proporciones de crisis, los sitiados defensores recibieron ayuda en la forma de los ejércitos de los reinos Elenes occidentales. (La política de Elene, según puede advertirse, es bastante sólida). La relación entre el primado de Cimmura y el renegado Martel salió a la luz, así como el hecho de que ambos tenían un pacto con Otha de Zemoch. Enfurecidos por la perfidia de aquel hombre, los jerarcas de la iglesia rechazaron su candidatura y eligieron en cambio a Dolmant, el patriarca de Demos. Este Dolmant parece un hombre competente, aunque aún es demasiado pronto para afirmarlo con seguridad.

La reina Ehlana del reino de Elenia era poco más que una niña, pero parecía una joven animosa y de poderosa voluntad. Hacía mucho tiempo que sentía una secreta predilección por *Sir* Falquián, a pesar de que él era más de veinte años mayor que ella; y tras la recuperación de ella se había anunciado que estaban comprometidos. Se casaron inmediatamente después de la elección de Dolmant para la archiprelatura. Cosa bastante peculiar, la reina conservó su autoridad, aunque cabe sospechar que *sir* Falquián ejercía una influencia considerable sobre ella tanto en los asuntos internos como en los de estado.

El que el emperador de Zemoch se hubiese involucrado en los asuntos internos de la iglesia de Elene fue, por supuesto, un *casui belli*, y los ejércitos de Eosia occidental, liderados por los caballeros de la Iglesia, marcharon hacia el este a través de Lamorkand, para enfrentarse con las hordas de Zemoch apostadas en la frontera. La largamente temida Segunda Guerra Zemoch había comenzado.

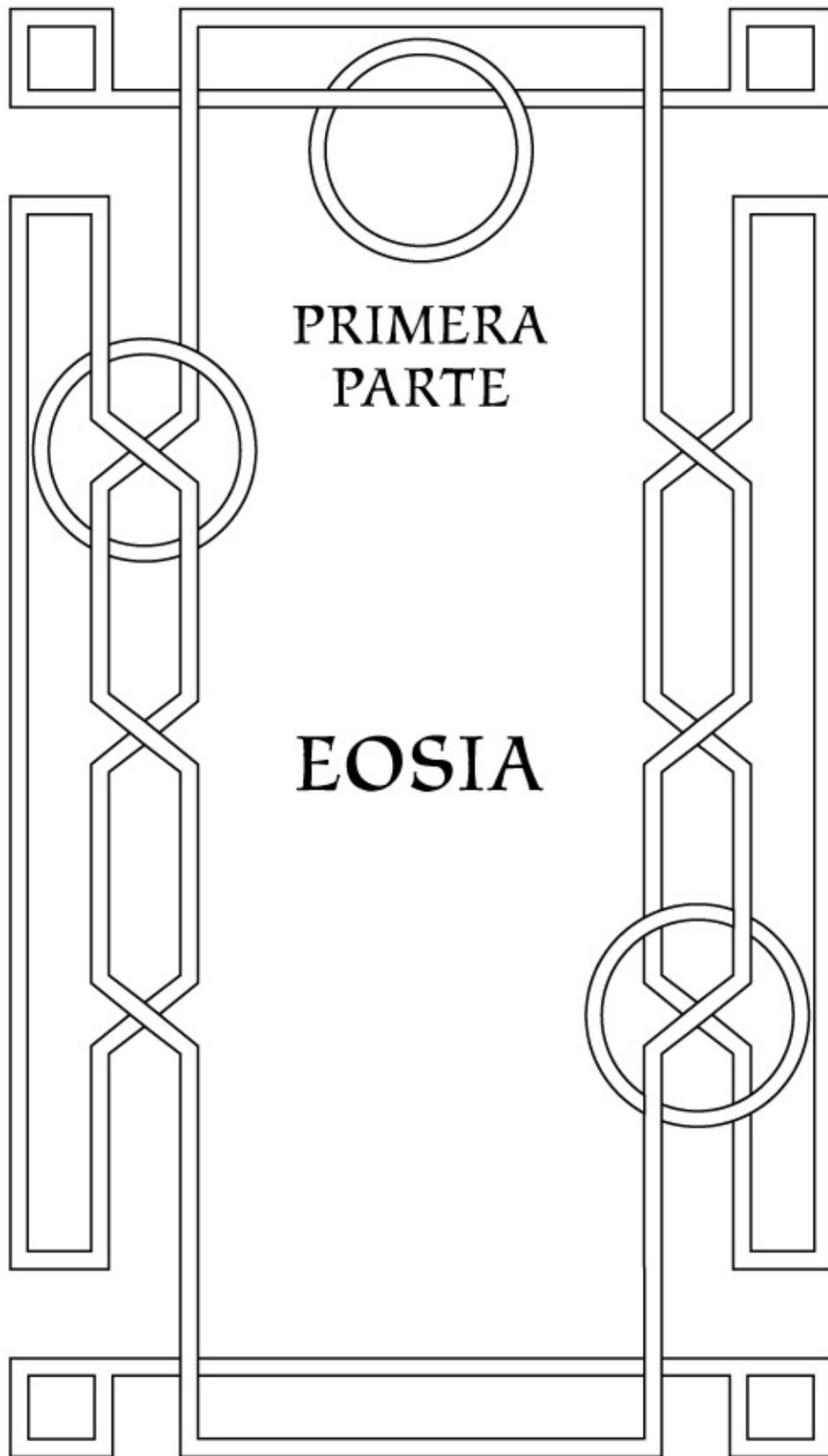
Sin embargo, *sir* Falquián y sus compañeros cabalgaron hacia el norte con el

fin de esquivar el torbellino del campo de batalla, y luego se dirigieron hacia el este, atravesaron las montañas que están al norte de Zemoch, y subrepticamente se encaminaron hacia la capital de Otha, la ciudad de Zemoch, evidentemente en persecución de Annias y Martel.

Ni los mejores esfuerzos de los agentes del imperio han conseguido averiguar con precisión qué fue lo que sucedió en Zemoch. Es bastante seguro que Annias, Martel, e incluso Otha, perecieron allí, pero son apenas mencionados en esa página de la historia. Lo que resulta mucho más relevante es el hecho incontrovertible de que Azash, uno de los dioses viejos de Estiricum, y la fuerza impulsora que estaba detrás de Otha y sus partidarios de Zemoch también perecieron, y es innegablemente verdad que el responsable fue *sir* Falquián. Tenemos que reconocer que los niveles de magia desplegados en Zemoch estaban más allá de nuestra comprensión, y que *sir* Falquián tiene a sus órdenes poderes tales que ningún otro mortal poseyó jamás. Como prueba de los niveles de violencia desatados en aquella confrontación, sólo tenemos que señalar el hecho de que la ciudad de Zemoch quedó completamente destruida durante las conversaciones.

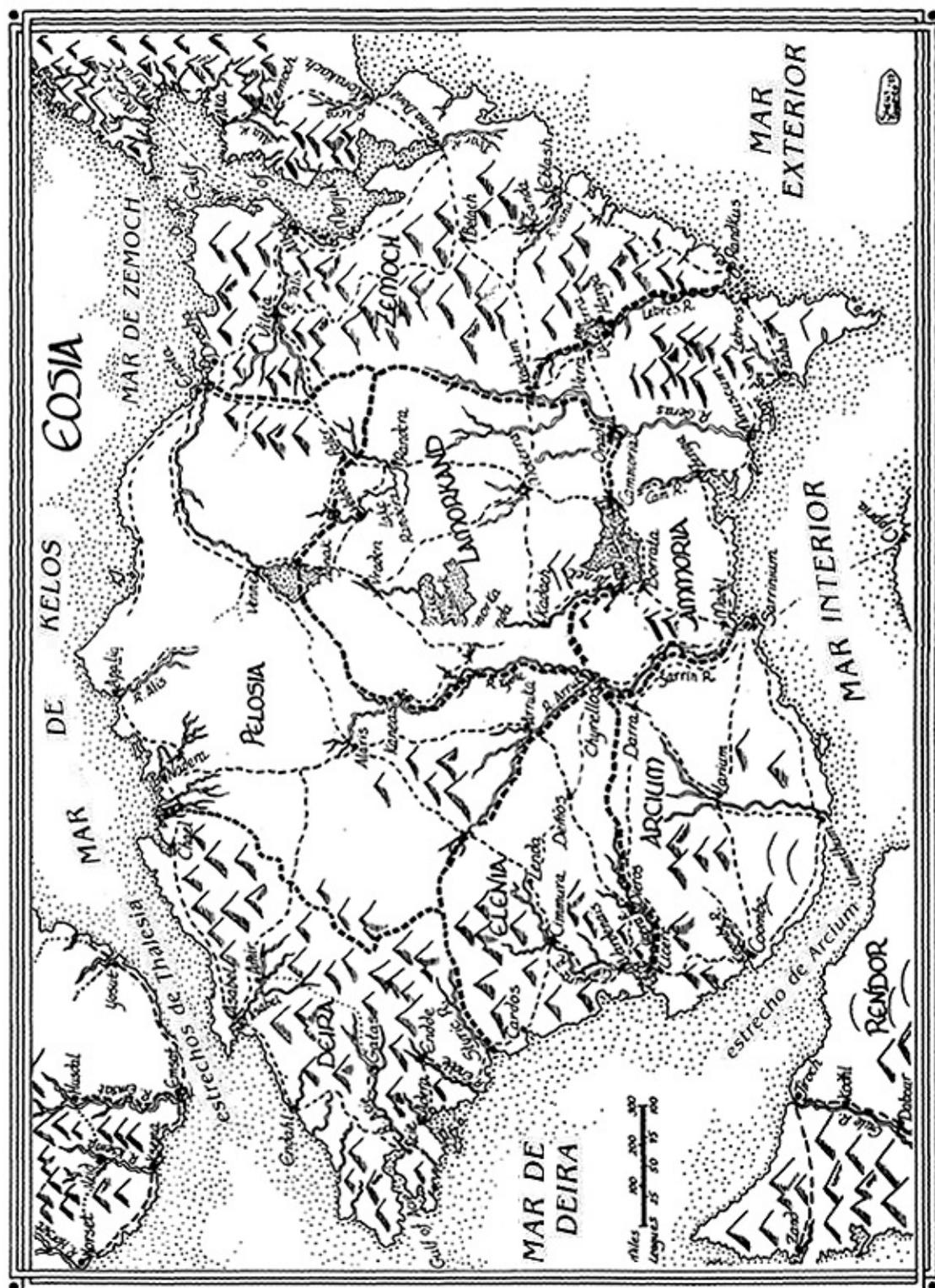
Estaba claro que Zalasta el estirio había estado en lo cierto. *Sir* Falquián, el príncipe consorte de la reina Ehlana, era el único hombre en todo el mundo capaz de enfrentarse con la crisis que había en Tamuli. Desgraciadamente, *sir* Falquián no era un ciudadano del imperio tamul, y por tanto no podía ser llamado a la capital imperial, Matherion, por el emperador. El gobierno de su majestad estaba en un dilema. El emperador no tenía ninguna autoridad sobre aquel tal Falquián, y el que se hubiera visto obligado a apelar a un hombre que esencialmente era un simple ciudadano, habría sido una humillación impensable.

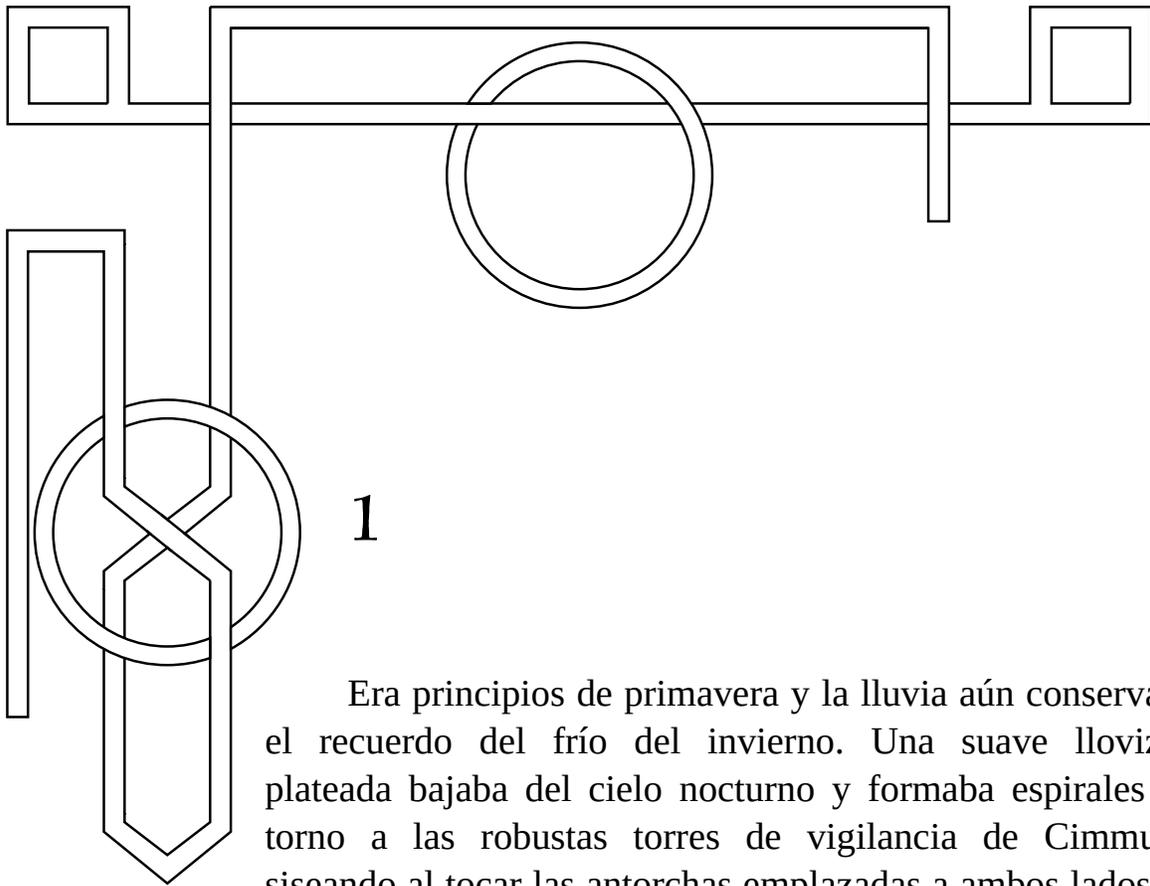
La situación del imperio empeoraba cada día, y nuestra necesidad de la intervención de *sir* Falquián se hacía cada vez más y más urgente. Era de suma urgencia la necesidad de conservar la dignidad del imperio. Fue finalmente el más brillante diplomático del ministerio de Asuntos Exteriores, el primer secretario Oscagne, quien orquestó una solución para aquel dilema. Hablaremos muy extensamente del brillante plan diplomático de su excelencia en el capítulo siguiente.



**PRIMERA  
PARTE**

**EOSIA**





Era principios de primavera y la lluvia aún conservaba el recuerdo del frío del invierno. Una suave llovizna plateada bajaba del cielo nocturno y formaba espirales en torno a las robustas torres de vigilancia de Cimmura, siseando al tocar las antorchas emplazadas a ambos lados de las anchas puertas y haciendo que las piedras de la carretera que conducía hasta la entrada estuviesen negras y lustrosas. Un jinete solitario se acercaba a la ciudad. Iba envuelto en una pesada capa de viaje y montaba un alto caballo ruano peludo de largo hocico y ojos apagados y ariscos. El viajero era un hombre grande, con una corpulencia de pesados huesos y tendones flexibles más que de carnes. Tenía cabellos ásperos y negros, y en alguna época pasada se había roto la nariz. Cabalgaba tranquilamente pero con ese peculiar estado de alerta de los guerreros entrenados.

El enorme caballo ruano se estremeció con indiferencia para sacudirse la lluvia del velludo pelaje, en el momento en el que se acercaron a la puerta este de la ciudad y se detuvieron en el rojizo círculo de la luz de las antorchas, en el exterior de la muralla.

El guardián de la puerta, sin afeitarse, con un peto y un casco manchados de herrumbre y la capa verde remendada colgándole con descuido de un hombro, salió de la caseta para mirar con suma atención al viajero. Se balanceaba ligeramente.

—Sólo voy de paso, vecino —dijo el hombre grande en voz baja.

Se echó hacia atrás la capucha de la capa.

—Ah —dijo el guardia—. Eres tú, príncipe Falquián. No te había reconocido. Bienvenido a casa.

—Gracias —replicó Falquián. Podía oler el vino barato en el aliento de aquel hombre.

—¿Quieres que envíe mensaje a palacio de que has llegado, alteza?

—No. No los molestes. Yo puedo desensillar mi propio caballo. —Falquián sentía un íntimo desagrado por las ceremonias, especialmente a altas horas de la noche. Se inclinó y entregó al guardia una moneda pequeña—. Vuelve dentro, vecino. Pillarás un resfriado si te quedas aquí fuera, bajo la lluvia. —Tocó al caballo con los talones y atravesó la puerta.

El distrito cercano a la muralla era pobre, con casas deslucidas y necesitadas de reparación que se alzaban apretadamente las unas contra las otras y cuyos segundos pisos se proyectaban en lo alto de las calles mojadas y llenas de basura. Falquián subió por una calle estrecha y empedrada, mientras los edificios le devolvían el eco del suave sonido de las herraduras del gran caballo ruano sobre las piedras. Se había levantado la brisa nocturna, y los toscos carteles que identificaban esta o aquella tienda bien cerrada y asegurada se balanceaban rechinando de sus ganchos herrumbrosos.

Un perro que no tenía nada mejor que hacer salió de un callejón y se puso a ladrarles con un insensato aire de importancia. El caballo de Falquián volvió ligeramente la cabeza para echarle a aquel perro de mala raza una larga y fija mirada que hablaba elocuentemente de la muerte. Los ladridos de aquel perro cabeza hueca se apagaron, y el animal retrocedió agachado con la cola entre las patas. El caballo mantuvo la mirada sobre él con toda intención. El perro gimió, profirió un gañido, dio media vuelta y salió a escape. El caballo de Falquián resopló con desdén.

—¿Eso te hace sentir mejor, *Faran*? —preguntó Falquián al ruano.

*Faran* sacudió las orejas.

—¿Podemos continuar, entonces?

En una intersección ardía una antorcha con fuego espasmódico, bajo cuya resplandeciente luz rojiza había una joven prostituta frescachona, ataviada con un vestido barato, mojada y manchada.

—¿Qué estás haciendo aquí bajo la lluvia, *Naween*? —preguntó Falquián, deteniendo al caballo.

—He estado esperándote, Falquián. —El tono de la voz de la mujer era travieso, y sus ojos oscuros maliciosos.

—¿O a cualquier otro?

—Por supuesto. Soy verdaderamente una profesional, Falquián, pero aún estoy en deuda contigo. ¿No podemos arreglar las cuentas uno de estos días?

Él no hizo caso de aquello último.

—¿Qué estás haciendo, trabajando en las calles?

—Shanda y yo tuvimos una pelea. —La mujer se encogió de hombros—. Decidí dedicarme yo sola al negocio.

—No eres lo bastante maliciosa como para ser una chica de la calle, Naween. —Metió los dedos en la bolsa que llevaba colgando a un lado, sacó varias monedas y se las dio a la muchacha—. Toma —dijo—. Alquila una habitación en alguna posada y mantente apartada de las calles durante algunos días. Hablaré con Platime y veremos si además encontrar alguna colocación para ti.

Ella entrecerró los ojos.

—No tienes por qué hacer eso, Falquián. Puedo cuidar de mí misma.

—Por supuesto que puedes. Es por eso por lo que estás aquí fuera bajo la lluvia. Sencillamente, haz lo que te digo, Naween. Es demasiado tarde y está todo demasiado mojado como para ponerse a discutir ahora.

—Con ésta ya son dos las que te debo, Falquián. ¿Estás absolutamente seguro...? —Dejó la frase sin terminar.

—Bastante seguro, hermanita. Ahora estoy casado, ¿recuerdas?

—¿Y...?

—Déjalo. Refúgiate de este tiempo.

Falquián continuó su camino, sacudiendo la cabeza. Le gustaba Naween, pero era desesperantemente incapaz de cuidar de sí misma.

Pasó por la plaza, donde todas las tiendas y casetas estaban cerradas. Aquella noche había muy poca gente fuera de su casa, y escasas oportunidades de hacer negocio.

Dejó que su mente retrocediera hacia el mes y medio que acababa de pasar. Nadie en Lamorkand había estado dispuesto a hablar con él. El archiprelado Dolmant era inteligente, erudito en doctrina y política eclesiástica, pero lamentablemente ignorante respecto a la forma en que pensaba la gente común. Falquián había intentado pacientemente explicarle que enviar a un caballero de la iglesia al exterior para que reuniese información era una pérdida de tiempo, pero Dolmant había insistido, y el juramento prestado por Falquián le obligaba a

obedecer. Y así fue como perdió seis semanas en las feas ciudades de Lamorkand meridional, donde nadie había estado dispuesto a hablar con él acerca de nada más serio que el tiempo. Para empeorar aún más las cosas, era bastante obvio que Dolmant había culpado al caballero del fallo que él mismo había tenido.

En una zona oscura de la calle, donde el agua repiqueteaba monótonamente sobre las piedras al caer de los aleros de las casas, sintió que los músculos de *Faran* se tensaban.

—Lo siento —dijo en voz baja al animal—. No prestaba la debida atención.

Alguien estaba observando, y él pudo sentir claramente la animosidad que había alertado al caballo. *Faran* era un caballo de guerra; probablemente podía percibir el antagonismo en las venas. Falquián murmuró un rápido encantamiento en la lengua estiria, mientras ocultaba bajo la capa los gestos que lo acompañaban. Dejó el encantamiento en libertad lentamente, para evitar que alertara a quienquiera que estuviera observándolo.

El observador no era un elenio. Falquián percibió eso de inmediato. Sondeó más allá. Entonces frunció el entrecejo. Había más de uno, y tampoco eran estirios. Retiró su pensamiento y aguardó pasivamente a que le llegara alguna pista acerca de la identidad de quienes lo acechaban.

El conocimiento le llegó como una escalofriante impresión. Los observadores no eran humanos. Se movió ligeramente sobre la silla para deslizar la mano hacia el puño de la espada.

Entonces la sensación de los observadores desapareció, y *Faran* se estremeció de alivio. Volvió su feo rostro para dirigir a su amo una mirada suspicaz.

—No preguntes, *Faran* —dijo Falquián—. Yo tampoco lo sé.

Pero eso no era del todo cierto. El contacto de las mentes en la oscuridad le había resultado vagamente familiar, y esa familiaridad había provocado preguntas en la mente de Falquián, preguntas con las que no quería enfrentarse.

Se detuvo ante la puerta de palacio lo suficiente para ordenarles a los soldados que no despertaran a toda la casa, y luego desmontó en el patio de armas.

Un hombre joven, procedente del establo, salió al patio barrido por la lluvia.

—¿Por qué no enviaste mensaje de que llegabas, Falquián? —le preguntó en voz muy baja.

—Porque no me gustan especialmente los desfiles ni las celebraciones espectaculares en medio de la noche —respondió Falquián a su escudero, mientras se echaba hacia atrás la capucha de la capa—. Y tú, ¿qué estás haciendo levantado tan tarde? Les prometí a tus madres que me aseguraría de que descansarías lo suficiente. Vas a meterme en problemas, Khalad.

—¿Estás intentando ser gracioso? —La voz de Khalad era ronca, áspera. Cogió a *Faran* por las riendas—. Ven dentro, Falquián. Te herrumbrarás si te quedas aquí fuera con esta lluvia.

—Eres tan malo como lo fue tu padre.

—Es un viejo rasgo familiar.

Khalad condujo al príncipe consorte y al perverso caballo de guerra de éste al interior de los establos olorosos a heno, donde un par de faroles arrojaban una luz dorada. Khalad era un joven fornido de gruesos cabellos negros y barba corta del mismo color. Iba vestido con unos calzones de cuero ajustados, botas y un chaleco de cuero sin mangas que dejaba al descubierto sus brazos y hombros. Una pesada daga le colgaba del cinturón, y unos brazaletes de acero le rodeaban las muñecas. Se parecía y comportaba de forma tan parecida a su padre que Falquián volvió a sentir una punzada de dolor por la pérdida del progenitor del muchacho.

—Pensaba que Talen iba a regresar contigo —comentó el escudero de Falquián mientras comenzaba a desensillar a *Faran*.

—Pilló un resfriado. Su madre... y la tuya... decidieron que no debía salir con este tiempo, y como puedes imaginarte yo no iba a ponerme a discutir con ellas.

—Sabia decisión —dijo Khalad, dándole una distraída palmada en el hocico a *Faran* cuando el enorme caballo intentó morderlo—. ¿Cómo se encuentran?

—¿Tus madres? Bien. Aslade todavía intentando hacer engordar a Elys, pero no está teniendo demasiada suerte. ¿Cómo te enteraste de mi presencia en la ciudad?

—Uno de los asesinos de Platime te vio cuando trasponías la puerta. Él envió mensaje.

—Supongo que debería de haberlo sabido. No habrás despertado a mi esposa, ¿verdad?

—No con Mirtai haciendo guardia en el exterior de la puerta del dormitorio, no. Dame esa capa mojada, mi señor. Te la colgaré en la cocina para que se seque.

Falquián gruñó y se quitó la empapada capa.

—La cota de malla también, Falquián —agregó Khalad—, antes de que se te acabe de herrumbrar del todo.

Falquián asintió con la cabeza, se quitó el cinturón de la espada y comenzó a luchar con la cota de malla.

—¿Qué tal va tu entrenamiento?

Khalad profirió un sonido poco delicado.

—No he aprendido nada que no supiera ya. Mi padre era un instructor mucho mejor que los que hay en el cabildo. Esa idea tuya no va a resultar, Falquián. Los otros novicios son todos aristócratas, y cuando mis hermanos y yo los aventajamos en el campo de prácticas, se lo toman a mal. Nos ganamos enemigos cada vez que volvemos la cabeza.

Acabó de quitarle la silla a *Faran* y la puso sobre una barandilla cercana. Apoyó apenas la mano sobre el lomo del caballo, luego se inclinó, recogió un puñado de paja y se puso a frotarlo.

—Despierta a alguno de los mozos y dile que lo haga él —dijo Falquián—. ¿Hay alguien aún despierto en la cocina?

—Los panaderos creo que ya se han levantado.

—Haz que uno de ellos me prepare algo de comer. Ha pasado mucho tiempo desde el almuerzo.

—De acuerdo. ¿Qué fue lo que te demoró tanto en Chyrellos?

—Realicé un corto viaje extra por Lamorkand. La guerra civil que hay allí está escapándoseles de las manos, y el archiprelado quería que husmeara un poco por los alrededores.

—Deberías haberle mandado un mensaje a tu esposa. Estaba a punto de enviar a Mirtai a buscarte. —Khalad le sonrió—. Creo que va a chillarte otra vez, Falquián.

—No hay nada nuevo en eso. ¿Está Kalten aquí, en palacio?

Khalad asintió con la cabeza.

—La comida es mejor aquí, y no se espera de él que rece tres veces al día. Además, creo que le ha echado el ojo a una de las camareras.

—Eso no me sorprendería demasiado. ¿Está también Stragen?

—No. Surgió algo y tuvo que regresar a Emsat.

—Despierta a Kalten, entonces. Dile que se reúna con nosotros en la cocina. Quiero hablar con él. Estaré allí dentro de nada. Primero iré a la casa de baños.

—El agua no estará caliente. Dejan que los fuegos se apaguen durante la

noche.

—Somos soldados de Dios, Khalad. Se supone que todos somos indeciblemente valientes.

—Intentaré recordar eso, mi señor.

El agua de la casa de baños estaba, en efecto, más cerca del frío helado, así que Falquián no se demoró mucho. Se envolvió en una suave túnica blanca y atravesó los débilmente iluminados corredores de palacio hasta las cocinas bien iluminadas donde le estaba aguardando Khalad con un Kalten de aspecto soñoliento.

—*Hail*, noble consorte —lo saludó secamente Kalten. Resultaba evidente que a *sir* Kalten no le entusiasmaba mucho la idea de que lo levantaran de la cama en medio de la noche.

—*Hail*, noble compañero de infancia del noble príncipe consorte —replicó Falquián.

—Vaya, ése sí que es un título pesadamente largo —dijo Kalten con acritud—. ¿Qué es lo que resulta tan importante que no puede esperar hasta la mañana?

Falquián se sentó ante una de las mesas de trabajo, y uno de los panaderos de bata blanca le trajo un plato de carne de vaca asada y un panecillo recién sacado del horno, que aún humeaba.

—Gracias, vecino —dijo Falquián.

—¿Dónde has estado, Falquián? —le preguntó Kalten mientras se sentaba a la mesa frente a su amigo. Kalten tenía una jarra de vino en una mano y un vaso pequeño en la otra.

—Sarathi me envió a Lamorkand —replicó Falquián mientras arrancaba un trozo de pan.

—Tu esposa ha estado haciendo la vida imposible a todos los habitantes de este palacio, ¿sabes?

—Es agradable saber que se preocupa por mí.

—No para el resto de nosotros, decididamente, no. ¿Qué quería Dolmant de Lamorkand?

—Información. No creía del todo algunos informes que ha estado recibiendo.

—¿Y qué es lo que le resulta difícil de creer? Los lamorks no están más que dedicándose a su pasatiempo nacional: la guerra civil.

—Parece haber algo un poco diferente esta vez. ¿Te acuerdas del conde Gerrich?

—¿Aquel que nos tuvo cercados en el castillo del barón Alstrom? Nunca lo

conocí personalmente, pero su nombre me resulta familiar.

—Parece ser que está detrás de las disputas de Lamorkand occidental, y casi todo el mundo cree que tiene los ojos puestos en el trono.

—¿Y eso, qué? —Kalten cogió un trozo del pan de Falquián—. Todos los barones de Lamorkand tienen los ojos puestos en el trono. ¿Qué es lo que tiene a Dolmant tan preocupado esta vez?

—Gerrich ha estado estableciendo alianzas fuera de las fronteras de Lamorkand. Algunos de esos barones de la frontera de Pelosia son más o menos independientes del rey Soros.

—Todos los de Pelosia son independientes de Soros. No puede decirse que sea un rey muy poderoso. Pasa una cantidad excesiva de tiempo rezando.

—Ésa es una postura extraña para un soldado de Dios —murmuró Khalad.

—Hay que mantener este tipo de cosas en perspectiva, Khalad —dijo Kalten—. El exceso de plegarias reblandece el cerebro de un hombre.

—En cualquier caso —continuó Falquián—, si Gerrich consigue arrastrar a esos barones pelosianos en su tentativa de apoderarse del trono del rey Friedahl, Friedahl va a tener que declararle la guerra a Pelosia. La Iglesia ya tiene una guerra en Rendor en estos momentos, y Dolmant no se muestra muy entusiasta sobre un segundo frente. —Hizo una pausa—. Sin embargo, me tropecé con otra cosa —agregó—. Oí por casualidad una conversación que se suponía que no debía oír. Surgió el nombre Drychtnath. ¿Sabes algo acerca de él?

Kalten se encogió de hombros.

—Fue el héroe nacional de los lamorks, hace mucho tiempo. Dicen que medía alrededor de tres metros y medio, se comía un buey para desayunar cada mañana, y se bebía doscientos litros de aguamiel cada noche. La leyenda cuenta que podía hacer añicos las rocas con sólo mirarlas con el ceño fruncido, y tender una mano y detener al sol. Sin embargo, puede que las leyendas sean un poquitín exageradas.

—Muy gracioso. Los del grupo al que oí por casualidad estaban diciéndose los unos a los otros que había regresado.

—Ésa sería una preciosa jugarreta. Según tengo entendido, lo mataron sus mejores amigos. Lo apuñalaron por la espalda y luego le atravesaron el corazón con una lanza. Ya sabes cómo son los lamorks.

—Ése es un nombre extraño —comentó Khalad—. ¿Qué significa?

—¿Drychtnath? —Kalten se rascó la cabeza—. «Acorazado», según creo. Las madres lamorks les hacen ese tipo de cosas a sus hijos. —Vació el vaso de

vino y vertió más de la jarra en él. Algunas gotas saltaron fuera—. ¿Vamos a estar mucho más tiempo con este asunto? —preguntó—. Si vamos a quedarnos charlando toda la noche, iré a buscar más vino. De todas formas, para serte sincero, preferiría volver a mi agradable y tibia cama.

—¿Y junto a tu agradable y tibia camarera?

—Se siente sola. —Kalten se encogió de hombros. Su rostro se puso serio—. Si los lamorks están hablando nuevamente de Drychnath, eso significa que comienzan a sentirse un poco confinados. Drychnath quería gobernar el mundo, y si los lamorks empiezan a invocar su nombre, indica que están comenzando a mirar más allá de sus fronteras en busca de espacio.

Falquián apartó su plato.

—Es demasiado tarde esta noche como para preocuparse por eso ahora. Vuelve a la cama, Kalten. Tú también, Khalad. Podremos hablar más de esto mañana. Realmente tendría que hacerle una visita de cortesía a mi esposa. —Se puso de pie.

—¿Eso es todo? —le preguntó Kalten—. ¿Una visita de cortesía?

—Existen muchas formas de cortesía, Kalten.

Los corredores de palacio estaban débilmente iluminados por candiles muy espaciados. Falquián pasó silenciosamente ante la sala del trono camino de las dependencias reales. Como de costumbre, Mirtai dormitaba en una silla junto a la puerta. Falquián se detuvo y contempló a la gigantesca tamul. Cuando su rostro estaba reposado, era de una belleza tal que hacía que el corazón de uno se detuviese. Su piel era dorada a la luz de los candiles, y tenía las pestañas tan largas que le tocaban las mejillas. La espada de la mujer descansaba sobre su regazo, y la mano rodeaba delicadamente la empuñadura del arma.

—No intentes escabullirte por delante de mis narices, Falquián —dijo la mujer sin abrir los ojos.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—Porque te he olido. Todos vosotros, los elenios, parecéis olvidar que nosotros tenemos nariz.

—¿Cómo es posible que me hayas olido? Acabo de tomar un baño.

—Sí. También eso lo he advertido. Deberías haber esperado a que el agua se calentara un poco más.

—A veces me dejas estupefacto, ¿sabías eso?

—Es fácil dejarte estupefacto, Falquián. —La mujer abrió los ojos—. ¿De dónde vienes? Ehlana ha estado casi desquiciada.

—¿Cómo está?

—Más o menos igual. ¿Es que ni siquiera vas a dejarla que crezca? Estoy comenzando a cansarme mucho de ser propiedad de una niña.

A los ojos de la propia Mirtai, ella era una esclava, una propiedad de la reina Ehlana. Eso no le impedía en forma alguna gobernar a la familia imperial con puño de hierro y decidir, de forma arbitraria, qué era bueno para ellos y qué no lo era. Había rechazado con brusquedad todos los intentos realizados por la reina para emanciparla, mediante el argumento de que ella era una atan tamul y que su raza era temperamentalmente inadecuada para la libertad. Falquián tendía a estar absolutamente de acuerdo con ella, dado que estaba bastante seguro de que si la dejaran seguir sus propios instintos, Mirtai podría despoblar varias ciudades de buen tamaño en muy poco tiempo.

Se levantó, poniéndose de pie con una gracia exquisita. Medía unos buenos diez centímetros más que Falquián, y él volvió a experimentar aquella extraña sensación de encogimiento al levantar los ojos hacia el rostro de la mujer.

—¿Qué es lo que te ha demorado tanto? —le preguntó Mirtai.

—Tuve que ir a Lamorkand.

—¿Fue idea tuya o la de algún otro?

—Dolmant me envió.

—Asegúrate de que Ehlana entienda eso desde el principio. Si llega a pensar que te marchaste allí por tu cuenta, la pelea durará semanas, y todas esas indecorosas riñas me atacan los nervios. —Sacó la llave de los aposentos reales y dirigió a Falquián una mirada franca y directa—. Sé muy atento con ella, Falquián. Te ha echado muchísimo de menos, y necesita alguna prueba tangible de tu afecto. Y no olvides echar el pestillo a la puerta del dormitorio. Tu hija es aún demasiado pequeña como para oír ciertas cosas. —Abrió la puerta con la llave.

—Mirtai, ¿realmente tienes que encerramos ahí dentro todas las noches?

—Sí, así es. No puedo irme a dormir hasta no estar segura de que ninguno de vosotros anda dando vueltas por los pasillos.

Falquián suspiró.

—Ah, por cierto —agregó él—. Kring estaba en Chyrellos. Imagino que pasará por aquí dentro de unos días para volver a proponerte matrimonio.

—Ya era hora. —Ella sonrió—. Han pasado tres meses desde su última propuesta. Ya estaba empezando a pensar que había dejado de amarme.

—¿Vas a aceptarlo alguna vez?

—Ya veremos. Ve a despertar a tu esposa, Falquián. Os dejaré salir por la mañana. —Lo empujó suavemente al otro lado de la puerta y la cerró con llave tras de él.

La hija de Falquián, la princesa Danae, estaba enroscada en un enorme sillón, junto al fuego. Danae tenía ya seis años. Sus cabellos eran muy oscuros y su piel blanca como la leche. Sus oscuros ojos eran grandes, y su boca un pequeño pimpollo rosado. Era toda una damita, de modales serios y muy maduros. No obstante, su compañero perpetuo era un animal de paño deslucido y de aspecto malévolamente llamado *Rollo*. La princesa Danae había heredado a *Rollo* de su madre. Como de costumbre, los pequeños pies de la princesa Danae tenían manchas verdosas de hierba.

—Llegas tarde, Falquián —le dijo lisa y llanamente a su padre.

—Danae —replicó él—, ya sabes que se supone que no debes llamarme por mi nombre de esa manera. Si tu madre te oye comenzará a hacer preguntas.

—Duerme. —Danae se encogió de hombros.

—¿Estás realmente segura de eso?

Ella le dedicó una mirada llena de desdén.

—Por supuesto que estoy segura. No voy a cometer ningún error. He hecho esto muchas, muchas veces antes, ya lo sabes. ¿Dónde has estado?

—He tenido que ir a Lamorkand.

—¿No se te ocurrió la idea de enviarle un mensaje a madre? Ha estado absolutamente insoportable durante las últimas semanas.

—Ya lo sé. Ya me ha hablado de ello un montón de gente. En realidad no creía que fuera a estar ausente durante tanto tiempo. Me alegro de que estés despierta. Quizá puedas ayudarme en una cosa.

—Lo pensaré... si eres bueno conmigo.

—No sigas por ese camino. ¿Qué sabes sobre Drychtnath?

—Era un bárbaro, pero era elenio, después de todo, por lo que probablemente no era más que algo natural.

—Estás manifestando tus prejuicios.

—Nadie es perfecto. ¿A qué se debe este repentino interés por la historia antigua?

—Está corriendo por Lamorkand la descabellada historia de que Drychtnath ha regresado. Andan todos por ahí afilando las espadas con expresión exaltada en el rostro. ¿Cuál es el significado real de eso?

—Fue rey de esas gentes hace unos tres o cuatro mil años. Sucedió poco

después de que vosotros, los elenios, descubrierais el fuego y salierais de las cuevas.

—Sé amable.

—Sí, padre. En fin, Drychnath consiguió con ahínco que los lamorks acabaran en algo que de alguna forma recordaba a la unidad, y luego se dispuso a conquistar el mundo. Los lamorks estaban muy impresionados con él. Sin embargo, adoraba a los antiguos dioses lamorks, y vuestra iglesia Elena se sentía un poco incómoda con la idea de que un rey pagano se sentara en el trono de todo el mundo, así que lo hizo asesinar.

—La Iglesia no haría una cosa así —dijo él, lisa y llanamente.

—¿Querías escuchar la historia o pretendías discutir sobre teología? Después de que Drychnath muriera, los sacerdotes lamorks destriparon unos cuantos pollos y acariciaron las entrañas de los mismos con el fin de leer el futuro. Ésa es realmente una práctica repugnante, Falquián. Es demasiado asquerosa. —La princesa se encogió de hombros.

—No me culpes a mí. No fui yo quien la inventó.

—Los «augurios», como los llaman ellos, dijeron que un día Drychnath volvería para retomar las cosas donde las había dejado y que conduciría a los lamorks a la dominación del mundo.

—¿Quieres decir que realmente creen eso?

—Lo hicieron una vez.

—Por esas tierras corren rumores de reincidencia... de vuelta a la adoración de los antiguos dioses paganos.

—Es el tipo de cosa que cabría esperar. Cuando un lamork comienza a pensar en Drychnath, automáticamente saca a los antiguos dioses del armario. Es tremendamente estúpido. ¿Es que no hay ya bastantes dioses para ellos?

—¿Los antiguos dioses lamorks no son reales, entonces?

—Por supuesto que no lo son. ¿Dónde te has dejado el cerebro, Falquián?

—Los dioses troll son reales. ¿Cuál es la diferencia?

—Existen todas las diferencias del mundo, padre. Hasta un niño podría darse cuenta de ello.

—¿Por qué simplemente no me limito a aceptar tu palabra al respecto? ¿Y por qué tú no regresas a la cama?

—Porque todavía no me has dado un beso.

—Oh, lo siento, tenía la cabeza en otra cosa.

—No apartes los ojos de las cosas importantes, Falquián. ¿Es que quieres

que me marchite?

—Por supuesto que no.

—Entonces dame un beso.

Él lo hizo. Como siempre, la niña olía a hierba y árboles.

—Lávate los pies —dijo Falquián.

—¡Qué lata! —se quejó ella.

—¿Quieres pasar toda una semana explicándole esas manchas de hierba a tu madre?

—¿Es eso todo lo que vas a darme? —protestó la princesa—. ¿Un pobre beso y unas instrucciones de aseo?

Él se echó a reír, la cogió en brazos y volvió a besarla, varias veces. Luego volvió a dejarla en el suelo.

—Ahora, corre.

Ella hizo un puchero y luego suspiró. Se puso a andar de regreso a su dormitorio, con *Rollo* negligentemente cogido por una pata posterior.

—No mantengas a madre despierta durante toda la noche —le pidió por encima del hombro—. Y, por favor, intentad no hacer ruido. ¿Por qué siempre tenéis que armar tanto escándalo, vosotros dos? —Le echó una mirada traviesa por encima del hombro—. ¿Por qué te ruborizas, padre? —le preguntó con tono de inocencia. Luego se echó a reír, entró en su dormitorio y cerró la puerta.

Nunca estaba seguro de si su hija comprendía plenamente lo que implicaban aquellas observaciones, aunque tenía la casi seguridad de que al menos uno de los niveles de la extraña personalidad de varias capas de la niña lo comprendía bastante bien. Se aseguró de que la puerta del dormitorio de ella tuviera el pestillo echado, y luego entró en el dormitorio que compartía con su esposa. Cerró la puerta y le echó el pestillo.

El fuego se había consumido hasta convertirse en meras brasas, pero aún había la luz suficiente como para que él pudiera ver a la joven que era el núcleo de toda su existencia. Los abundantes cabellos dorado pálido de ella cubrían la almohada, y dormida tenía un aspecto muy joven y vulnerable. Él se detuvo a los pies de la cama para mirarla. En el rostro de la muchacha quedaban aún trazas de la niña a la que él había entrenado y moldeado. Falquián suspiró. Aquella línea de pensamiento siempre le ponía melancólico porque le recordaba el hecho de que era realmente demasiado mayor para ella. Ehlana tendría que tener un esposo joven... alguien menos desgastado, alguien más apuesto. Se preguntaba inútilmente cuándo había cometido el error que había soldado el afecto de ella a

su persona de una forma tal que jamás había siquiera considerado ninguna otra alternativa. Con seguridad había sido algo pequeño, incluso insignificante. ¿Quién podía saber el tipo de efecto que podía tener sobre otra persona incluso el más pequeño gesto?

—Sé que estás ahí, Falquián —dijo ella sin abrir siquiera los ojos. En su voz había algo ligeramente cortante.

—Estaba admirando el espectáculo. —Un tono desenfadado podría decapitar la incipiente desavenencia, a pesar de que no tenía realmente demasiadas esperanzas de que así fuese.

—Ven aquí —le ordenó Ehlana, tendiéndole ansiosamente los brazos abiertos.

—Yo siempre he sido el servidor más obediente de tu majestad.

Falquián le sonrió mientras avanzaba hasta un lado del lecho.

—Ah, ¿de veras? —replicó ella rodeándole el cuello con los brazos dándole un beso. Ella le besó a su vez y así continuaron durante un buen rato.

—¿Crees que podríamos dejar la regañina para mañana por la mañana, amor? —preguntó él—. Esta noche estoy un poco cansado. ¿Por qué no nos dedicamos ahora a los besos y la reconciliación, y ya podrás regañarme más tarde?

—¿Y perder el enfado? No seas tonto. He estado acumulando un montón de cosas para decirte.

—Puedo imaginármelo. Dolmant me envió a Lamorkand a cumplir con un encargo. Me llevó un poco más de tiempo del que esperaba.

—Eso no es justo, Falquián —lo acusó ella.

—No acabo de comprenderte.

—Se suponía que aún no debías decirme eso. Se supone que debes esperar hasta que yo te exija una explicación, antes de dármele. Te has adelantado y lo has estropeado todo.

—¿Podrás perdonarme alguna vez?

Él asumió un aire de exagerada contrición y le besó el cuello. Su esposa, según había descubierto, adoraba aquellos pequeños juegos. Ella se echó a reír.

—Lo pensaré —replicó y lo besó a su vez. Falquián pensó que las mujeres de su familia eran un pequeño grupo muy demostrativo—. De acuerdo, pues —continuó ella—. En cualquier caso te has adelantado y lo has estropeado todo, así que muy bien podrías decirme qué has estado haciendo y por qué no me enviaste mensaje de que te retrasarías.

—Política, amor. Ya conoces a Dolmant. Lamorkand está justo a punto de estallar. Sarathi quería mi asesoramiento profesional, pero no deseaba que todo el mundo se enterara de que acudía allí a petición suya. No quería que hubiera flotando por ahí mensajeros que explicaran cosas.

—Creo que ya es hora de que yo mantenga una charla con nuestro reverenciado archiprelado —dijo Ehlana—. Parece tener algunos problemas para recordar quién soy yo exactamente.

—No te lo recomiendo, Ehlana.

—No voy a comenzar una pelea con él, amor mío. Simplemente voy a señalarle que está pasando por alto las cortesías acostumbradas. Se supone que tiene que pedir permiso, antes de darle órdenes a mi esposo. Estoy comenzando a hartarme un poco de su imperial archiprelatura, así que voy a enseñarle un poco de buenos modales.

—¿Podré mirar? Podría ser una conversación muy interesante.

—Falquián —dijo ella echándole una mirada de enfado latente—, si quieres evitarte una reprimenda oficial, tendrás que comenzar a dar algunos pasos significativos para suavizar mi disgusto.

—Estaba precisamente en ello —replicó él, envolviéndola en un estrecho abrazo.

—¿Qué es lo que te demoró tanto? —jadeó ella.

Era bastante más tarde, y el disgusto de la reina Ehlana parecía estar suavizándose de forma definitiva.

—¿Qué es lo que averiguaste en Lamorkand, Falquián? —preguntó a su esposo mientras se estiraba lánguidamente. La política no estaba nunca realmente demasiado lejos de la mente de la reina.

—Lamorkand occidental está en pleno alboroto en estos momentos. Hay un conde ahí arriba... Gerrich es su nombre. Nos tropezamos con él cuando estábamos buscando el Bhelliom. Estaba implicado con Martel en uno de esos elaborados planes destinados a mantener a las órdenes militares alejadas de Chyrellos durante la elección.

—Eso habla con gran elocuencia acerca del carácter de ese conde.

—Tal vez, pero Martel era muy bueno en manipular a la gente. Provocó una pequeña guerra entre Gerrich y el hermano del patriarca Ortsel. En cualquier caso, la campaña parece haber ampliado un poco los horizontes del conde. Ha comenzado a tener algunos pensamientos respecto al trono.

—Pobre Freddie. —Ehlana suspiró. El rey Friedahl de Lamorkand era primo

lejano suyo—. No me gustaría estar sentada en su trono. ¿Por qué tiene que preocuparse la Iglesia por todo eso, en cualquier caso? Freddie tiene un ejército lo suficientemente grande como para enfrentarse con un conde ambicioso.

—Las cosas no son tan sencillas, amor. Gerrich ha estado cerrando alianzas con otros nobles de Lamorkand occidental. Ha reunido un ejército casi tan grande como el del rey, y ha estado en conversaciones con los barones pelosianos de los alrededores del lago Venne.

—Esos bandidos... —dijo ella con un cierto desprecio—. Cualquiera puede comprarlos.

—Estás bien versada en la política de la región, Ehlana.

—Es casi mi obligación, Falquián. Tengo a Pelosia en mi frontera nororiental. ¿Nos amenaza el disturbio actual en algún sentido?

—De momento, no. Gerrich tiene los ojos vueltos hacia el este..., en dirección a la capital.

—Quizá debería ofrecerle una alianza a Freddie —reflexionó la reina—. Si estalla una guerra general en la región, yo podría quedarme con una bonita parte de la Pelosia suroccidental.

—¿Estás desarrollando ambiciones territoriales, majestad?

—Esta noche, no, Falquián —replicó ella—. Tengo otras cosas en mente, esta noche. —Y tendió los brazos a su esposo.

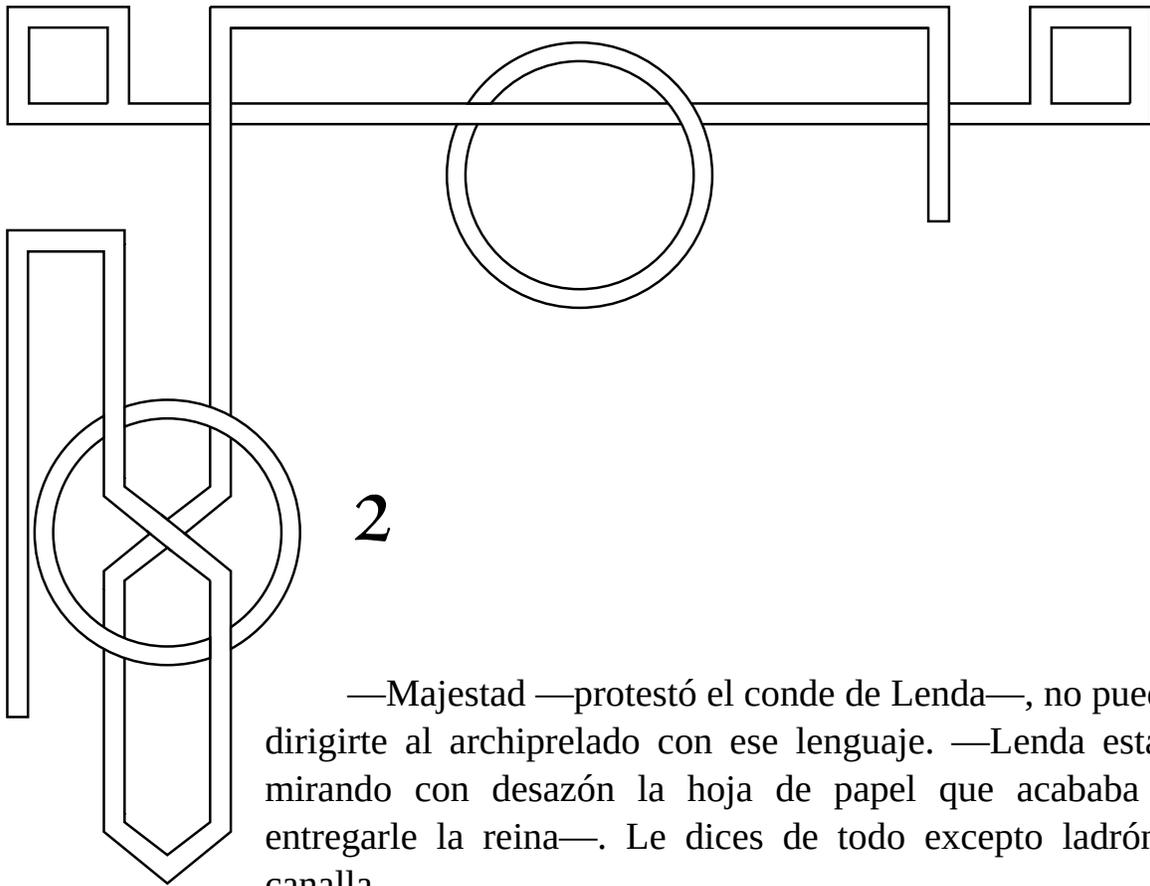
Era bastante más tarde, casi el alba. La respiración regular de Ehlana le dijo a Falquián que estaba dormida. Él se deslizó fuera del lecho y se acercó a la ventana. Los años de entrenamiento militar habían convertido en costumbre mirar qué tiempo hacía justo antes de que rompiera el alba.

Había dejado de llover, pero el viento arreciaba. Estaban a principios de la primavera, y había pocas esperanzas de tener un tiempo atmosférico decente hasta al cabo de varias semanas. Se alegraba de haber llegado a su hogar la noche anterior, porque el día que estaba a punto de comenzar tenía aspecto muy poco prometedor. Miró las antorchas que destellaban y se agitaban en el patio barrido por el viento.

Como le sucedía siempre que hacía mal tiempo, los pensamientos de Falquián derivaron hacia los años que había pasado en la ciudad de Jiroch inundada por el sol, en las áridas costas septentrionales de Rendor, donde las mujeres, completamente veladas y cubiertas con túnicas negras, acudían a la

fuelle con las aceradas primeras luces del día, y donde la mujer llamada Lillias había consumido las noches de él con lo que ella prefería llamar amor. Sin embargo, no recordaba aquella noche en Cippria, cuando los asesinos de Martel habían estado a punto de arrebatarse la vida. Él había arreglado aquella cuenta con Martel en el templo de Azash, en Zemoch, así que no tenía mucho sentido recordar el corral de ganado de Cippria, ni el sonido de las campanas del monasterio que lo habían sacado de las tinieblas con su llamada.

Aquella momentánea sensación de ser observado, la sensación que se había adueñado de él en la estrecha calle cuando iba camino del palacio, continuaba inquietándolo. Estaba sucediendo algo que él no comprendía, y deseaba fervientemente poder hablar de ello con Sephrenia.



—Majestad —protestó el conde de Lenda—, no puedes dirigirte al archiprelado con ese lenguaje. —Lenda estaba mirando con desazón la hoja de papel que acababa de entregarle la reina—. Le dices de todo excepto ladrón y canalla.

—Oh, ¿me he dejado esas dos cosas? —preguntó ella—. ¡Qué descuidada he sido!

Estaban reunidos en la sala del consejo, alfombrada de azul, como solían hacerlo a aquellas horas de la mañana.

—¿No puedes hacer algo con ella, Falquián? —imploró Lenda.

—Oh, Lenda —intervino Ehlana riendo, tras lo cual le dedicó una sonrisa al frágil anciano—, eso no es más que un borrador. Estaba un poco irritada cuando lo redacté.

—¿Sólo un poco?

—Ya sé que no puedo enviar la carta tal y como está, mi señor. Simplemente quería que supieses cómo me sentía respecto a este asunto antes de que volvamos a redactarla y la formulemos en lenguaje diplomático. Todo el asunto se basa en que Dolmant está comenzando a traspasar sus límites. Él es el archiprelado, no el emperador. La Iglesia ya tiene demasiada autoridad sobre los asuntos temporales y, si alguien no le corta las alas a Dolmant, todos y cada uno de los monarcas de Eosia se convertirán en poco menos que sus vasallos. Lo

siento, caballeros. Yo soy una verdadera hija de la Iglesia, pero no me arrodillaré ante Dolmant para recibir mi corona de sus manos en alguna ceremonia urdida con el solo propósito de humillarme.

Falquián estaba un poco sorprendido ante la madurez política de su esposa. La estructura del poder del continente eosiano había dependido siempre de un equilibrio bastante delicado entre la autoridad de la Iglesia y el poder de los varios reyes. Cuando ese equilibrio se veía trastornado, las cosas iban mal.

—Lo que dice su majestad es muy aceptable, Lenda —señaló Falquián con expresión reflexiva—. Las monarquías eosianas no han sido muy fuertes durante la pasada generación o cosa así. Aldreas era... —Se puso a buscar una palabra.

—Inepto —fue la definición que su esposa dio fríamente de su propio padre.

—Yo no habría ido tan lejos como eso —murmuró él—. Wargun es errático, Soros es un histérico religioso, Obler es viejo, y Friedahl reina sólo por la tolerancia de sus barones. Dregos deja que sean sus parientes quienes tomen todas las decisiones, el rey Brisant de Cammoria es un voluptuoso, y ni siquiera sé el nombre del actual rey de Rendor.

—Ogyrin —replicó Kalten—, y no es que importe realmente.

—En cualquier caso —continuó Falquián hundiéndose más en su asiento y frotándose pensativamente un lado de la cara—, durante este mismo período hemos tenido algunos clérigos muy capaces dentro de la jerarquía eclesiástica. La incapacidad de Cluvonus alentó de alguna forma a los patriarcas a campar por sus respetos. Si quedara un trono vacío en alguna parte, podrían hacerse cosas mucho peores que sentar sobre él a Emban... o Ortsel... o Bergsten, e incluso Annias poseía un muy alto grado de habilidades políticas. Cuando los reyes se hacen débiles, la Iglesia se fortalece... a veces, demasiado.

—Suéltalo ya, Falquián —le gruñó Platime—. ¿Estás intentando decir que deberíamos declararle la guerra a la Iglesia?

—No hoy mismo, Platime. Sin embargo, puede que nos resultara conveniente mantener esa idea en reserva. Ahora mismo creo que ya ha llegado el momento de comenzar a enviar señales a Chyrellos, y nuestra reina podría ser la más adecuada para hacerlo. Después de la forma en la que aplastó a la jerarquía eclesiástica durante la elección de Dolmant, creo que escucharán muy cuidadosamente casi cualquier cosa que ella diga. Yo no sé si suavizaría su carta tanto como tú quieres, Lenda. Veamos si podemos conseguir atraer la atención de ellos.

Los ojos de Lenda brillaban.

—Ésta es la forma en la que se supone que debe jugarse la partida, amigos míos.

—Supongo que os dais cuenta de que es completamente posible que Dolmant no advirtiera que estaba excediéndose de sus límites —señaló Kalten—. Quizá él envió a Falquián a Lamorkand como preceptor interino de la orden de Pandion y se le pasó completamente por alto el hecho de que también es el príncipe consorte. Sarathi tiene demasiadas cosas en la cabeza en este momento.

—Si es tan distraído como todo eso, nada tiene que hacer en el trono del archiprelado —afirmó Ehlana. Sus ojos se entrecerraron, lo que siempre era una peligrosa señal—. Dejémosle bien claro que ha herido mis sentimientos. Él se tomará la molestia de intentar suavizar las cosas. Y quizá yo pueda aprovechar eso para recobrar el ducado que está al norte de Vardenais. Lenda, ¿existe alguna forma de que podamos evitar que la gente legue sus propiedades a la Iglesia?

—Es una costumbre muy antigua, majestad.

—Ya lo sé, pero la tierra proviene originalmente de la corona. ¿No deberíamos tener la posibilidad de opinar respecto a quién la hereda? Uno pensaría que si un noble muere sin dejar herederos, la tierra debería de volver a mis manos, pero siempre que hay un noble sin hijos en Elenia, la Iglesia se reúne a su alrededor como buitres con la intención de convencerlo de que les entregue las tierras a ellos.

—Retira algunos títulos —le sugirió Platime—. Haz una ley que diga que si un hombre no tiene herederos, no podrá retener sus propiedades.

—La aristocracia estallará en llamas de furia —jadeó Lenda.

—Para eso es para lo que está el ejército —observó Platime con un encogimiento de hombros—, para apagar los incendios. Te diré lo que haremos, Ehlana; tú promulga la ley y yo dispondré unos cuantos accidentes muy públicos y muy repugnantes para aquellos que griten más fuerte. Los aristócratas no son muy brillantes, y comprenderán el mensaje. Antes o después.

—¿Crees que podría solucionarlo con eso? —le preguntó Ehlana al conde de Lenda.

—Sin duda, su majestad no estará considerando realmente esa medida.

—Tengo que hacer algo, Lenda. La Iglesia está devorando mi reino palmo a palmo, y una vez que se apodera de un estado, la tierra es quitada para siempre de los pergaminos de impuestos. —Hizo una pausa—. Ésa podría ser una forma de hacer lo que acaba de sugerir Falquián... atraer la atención de la Iglesia. ¿Por qué no redactamos el borrador de alguna ley atrozmente represiva y nos

limitamos a dejar que caiga «accidentalmente» una copia en las manos de algún clérigo de rango medio? Probablemente pueda afirmarse con toda seguridad que estará en manos de Dolmant antes del día de su promulgación.

—Eso es realmente inescrupuloso, mi reina —dijo Lenda.

—Me alegra profundamente que lo apruebes, mi señor. —Recorrió a los demás con la mirada—. ¿Tenemos algo más esta mañana, caballeros?

—Tienes algunos bandidos que están operando sin autorización en las montañas cercanas a Cardos, Ehlana —tronó Platime. El corpulento hombre de barba negra estaba sentado con los pies encima de la mesa. Junto a su codo había una jarra de vino y un vaso. El jubón que llevaba puesto estaba arrugado y sucio de comida, y sus abundantes cabellos le colgaban por encima de la frente y casi le tapaban los ojos. Platime era constitucionalmente incapaz de utilizar los títulos formales, pero la reina decidió pasar aquello por alto.

—¿Sin autorización? —Kalten parecía divertido.

—Ya sabes qué es lo que quiero decir —gruñó Platime—. No tienen permiso del consejo de ladrones para operar en esa región, y están rompiendo todas las reglas. No estoy seguro, pero creo que son algunos de los antiguos secuaces del primado de Cimmura. En eso fallaste, Ehlana. Deberías haber esperado a tenerlos a todos bajo custodia antes de declararlos forajidos.

—Oh, bueno —replicó la reina, encogiéndose de hombros—. Nadie es perfecto. —La relación que Ehlana tenía con Platime era peculiar. Ella se daba cuenta de que él era incapaz de expresarse en los términos políticos de la nobleza, así que aceptaba de él una franqueza que la habría ofendido de provenir de cualquier otra persona. A pesar de todos sus defectos, Platime estaba resultando un consejero bien dotado y tremendamente brillante, y Ehlana valoraba muchísimo sus consejos—. No me sorprende saber que los antiguos compinches de Annias han recurrido al asalto de caminos en su hora de necesidad. Para empezar, ya eran todos bandidos, en cualquier caso. Siempre ha habido forajidos en esas montañas, de todas formas, así que dudo de que una banda más vaya a constituir tanta diferencia.

—Ehlana —suspiró el hombre—, tú eres para mí como mi propia hermana menor, pero a veces resultas terriblemente ignorante. Un bandido autorizado conoce las reglas. Sabe cuáles son los viajeros a los que se les puede robar o matar, y a cuáles hay que dejar en paz. Nadie se pone demasiado nervioso si algún mercader demasiado rico acaba con el cuello rebanado, pero si un funcionario del gobierno o un noble aparece muerto en esas montañas, las

autoridades tienen que dar los pasos necesarios como para que al menos parezca que están cumpliendo con su deber. Ese tipo de atención oficial es muy mala para los negocios. Unos criminales perfectamente inocentes acaban acorralados y ahorcados. Saltear caminos no es una ocupación para aficionados.

»Y también existe otro problema. Esos bandidos están diciéndoles a los campesinos locales que ellos no son realmente salteadores, sino patriotas que se rebelan contra una cruel tirana... que eres tú, hermanita. Siempre hay entre los campesinos el suficiente descontento como para hacer que algunos de ellos simpaticen con este tipo de cosas. Los aristócratas no tenéis nada que hacer complicándoos en el crimen. Siempre intentáis mezclarlo con la política.

—Pero, mi querido Platime —dijo ella con simpatía—, yo creí que ya lo sabías. La política es, efectivamente, un crimen.

El rechoncho hombre rugió de risa.

—Adoro a esta muchacha —les dijo a los demás—. No te preocupes demasiado por el asunto, Ehlana. Intentaré infiltrar algunos hombres en esa banda, y cuando regrese Stragen uniremos nuestras cabezas y trazaremos algún plan para apartar a esa gente del negocio.

—Ya sabía que podía contar contigo —replicó Ehlana—. Si eso es todo lo que tenemos por hoy, caballeros, tengo una cita con mi modista. —Volvió la cabeza—. ¿Vienes, Falquián?

—Dentro de un instante —respondió—. Primero quiero hablar unas palabras con Platime.

Ella asintió con la cabeza y avanzó hacia la puerta.

—¿Qué te ronda por la cabeza, Falquián? —le preguntó Platime.

—Anoche vi a Naween cuando andaba por las calles de la ciudad hacia aquí. Está trabajando en las calles.

—¿Naween? ¡Eso es ridículo! La mitad de las veces se olvida incluso de cobrar.

—Eso es lo que le dije yo. Ella y Shanda tuvieron una pelea, y me la encontré en una esquina, cerca de la puerta este. La envié a una posada para que se refugiara del mal tiempo. ¿Podemos hacer algún tipo de arreglo para ella?

—Veré qué puedo hacer —le prometió Platime.

Ehlana aún no había salido de la sala y Falquián olvidaba a veces lo agudo que tenía el oído.

—¿Quién es Naween? —preguntó desde la puerta, con un ligero tono cortante.

—Es una prostituta. —Platime se encogió de hombros—. Una amiga especial de Falquián.

—¡Platime! —jadeó Falquián.

—¿Es que no lo es?

—Bueno, supongo que sí, pero cuando lo dices de esa forma... —Falquián se puso a buscar las palabras correctas.

—Oh, yo no quería decir que lo fuera en ese sentido. Hasta donde yo sé, tu esposo te es absolutamente fiel. Naween es una prostituta, ésa es su ocupación, pero eso no tiene nada que ver con la amistad que tiene con él... y no es que no le haya hecho algunas ofertas a Falquián..., pero le hace ese tipo de ofertas a todo el mundo. Es una muchacha muy generosa.

—Por favor, Platime —gimió Falquián—, no sigas poniéndote de mi parte.

—Naween es una buena muchacha —continuó explicándole Platime a Ehlana—. Trabaja mucho, cuida bien de sus clientes y paga sus impuestos.

—¿Impuestos? —exclamó Ehlana—. ¿Estás diciéndome que mi gobierno alienta ese tipo de cosas? ¿Que las legitima cobrando un impuesto sobre ellas?

—¿Es que has estado viviendo en la luna, Ehlana? Por supuesto que esa chica paga impuestos. Todos lo hacemos. Lenda se encarga de que así sea. Naween ayudó a Falquián una vez, cuando tú estabas enferma. Él estaba buscando a ese tipo, Krager, y ella lo ayudó. Como ya he dicho, también le ofreció otros servicios, pero él los rechazó con cortesía. Ella siempre se ha sentido un poco decepcionada de él por ese motivo.

—Tú y yo vamos a tener una larga conversación acerca de esto Falquián —dijo Ehlana con tono ominoso.

—Como lo desee tu majestad.

Él suspiró y ella salió airoso de la sala.

—No está muy enterada de lo que ocurre en el mundo real, ¿no es cierto, Falquián?

—Se debe a su crianza protegida.

—Yo creía que eras tú quien la había criado.

—Correcto.

—En ese caso, sólo puedes echarte la culpa a ti mismo. Haré que Naween pase por aquí y se lo explique todo a la reina.

—¿Es que has perdido el juicio?

Talen llegó de Demos al día siguiente, y entró en el patio a lomos de su caballo en compañía de *sir* Berit. Falquián y Khalad los recibieron en la puerta de los establos. El príncipe consorte estaba realizando esfuerzos para pasar inadvertido hasta que llegara el momento en el que la curiosidad de la reina respecto a Naween hubiese disminuido.

Talen tenía la nariz roja y los ojos hinchados.

—Pensaba que ibas a quedarte en la granja hasta que se te pasara ese resfriado —le dijo Falquián.

—No podía soportar todas aquellas atenciones maternas —replicó Talen mientras se deslizaba de la silla al suelo—. Tener una madre ya es bastante malo, pero ahora, mis hermanos y yo tenemos dos. Creo que nunca más voy a ser capaz de mirar a la cara a otro cuenco de sopa de pollo. Hola, Khalad.

—Talen —gruñó el robusto joven escudero de Falquián. Miró con ojo crítico a su medio hermano—. Tus ojos tienen un aspecto terrible.

—Deberías verlos desde aquí dentro. —Talen tenía entonces alrededor de quince años, y estaba pasando por una de esas «etapas». Falquián estaba bastante seguro de que el joven ladrón había crecido alrededor de siete centímetros durante el mes y medio último. Una buena cantidad de muñeca y antebrazo le sobresalían por la manga del jubón—. ¿Crees que los cocineros podrían tener algo de comer? —preguntó el muchacho. Como resultado de su rápido crecimiento, Talen comía casi constantemente.

—Tengo algunos papeles que debes firmar, Falquián —comentó Berit—. No es nada muy urgente, pero se me ocurrió acercarme hasta aquí con Talen.

Berit llevaba puesta una cota de malla y un espadón le colgaba de la cintura. Su arma preferida, de todas formas, continuaba siendo la pesada hacha de guerra que llevaba sujeta a la silla de montar.

—¿Vas a regresar al cabildo? —le preguntó Khalad.

—A menos que Falquián tenga algo aquí para lo que me necesite.

—En ese caso, me marchare contigo. *Sir* Olart quiere instruirme un poco más en el manejo de la lanza, esta tarde.

—¿Por qué no lo tiras del caballo algunas veces? —preguntó Berit mientras se encogía de hombros—. Entonces te dejaría en paz. Yo sé que puedes hacerlo. Tú eres mejor que él.

Khalad se encogió de hombros a su vez.

—Heriría sus sentimientos.

—Por no hablar de sus costillas, sus hombros y espalda —dijo Berit entre

carcajadas.

—Es un poco ostentoso eso de vencer al instructor de uno —observó Khalad—. Los otros novicios ya están un poco mohínos por la forma en que mis hermanos y yo los estamos dejando en evidencia. Hemos intentado explicarles, pero se muestran quisquillosos por el hecho de que seamos campesinos. Ya sabes cómo va eso. —Miró inquisitivamente a Falquián—. ¿Vas a necesitarme para algo esta tarde, mi señor?

—No. Márchate y abóllale un poco la armadura a *sir* Olart. Tiene una idea exagerada de su propia destreza. Instrúyelo un poco en la virtud de la humildad.

—Estoy realmente hambriento, Falquián —protestó Talen.

—De acuerdo, vayamos a la cocina. —Falquián dirigió una mirada crítica a su joven amigo—. Luego, me parece que tendremos que mandar llamar una vez más al sastre —agregó—. Estás creciendo como una mala hierba.

—No es mi intención.

Khalad comenzó a ensillar su caballo, y Falquián y Talen entraron en el palacio para buscar comida. Fue alrededor de una hora más tarde cuando los dos llegaron a las dependencias reales y se encontraron a Ehlana, Mirtai y Danae, sentadas junto al fuego. Ehlana estaba ojeando unos documentos, Danae jugaba con *Rollo*, y Mirtai afilaba una de sus dagas.

—Vaya —comentó Ehlana, levantando la vista de los documentos—. Pero si son mi noble príncipe consorte y mi errabundo paje.

Talen hizo una reverencia y luego sorbió sonoramente por la nariz.

—Usa tu pañuelo —dijo Mirtai.

—Sí, señora.

—¿Cómo están tus madres? —preguntó Ehlana al joven.

Todos, quizá de forma inconsciente, utilizaban esa expresión cuando hablaban con Talen y sus medio hermanos. En un sentido muy real, sin embargo, el empleo de la misma reflejaba la realidad. Aslade y Elys oficiaban de madres de los hijos de Kurik con exceso e imparcialidad.

—Entrometiéndose en todo, mi reina —replicó Talen—. Realmente no es una buena idea la de ponerse enfermo en aquella casa. Durante la última semana, creo que me han dado para el resfriado todos los remedios conocidos por el hombre.

Un peculiar sonido rechinante se produjo en alguna parte de la vecindad general de la sección media del joven.

—¿Es eso tu estómago? —le preguntó Mirtai—. ¿Es que tienes hambre otra

vez?

—No, acabo de comer. Probablemente no volveré a tener hambre durante al menos quince minutos. —Talen apoyó una mano sobre la parte delantera del jubón—. La pequeña bestia estaba tan silenciosa que casi olvidé que la tenía aquí. —Se acercó a Danae, que estaba atando las cintas de un pequeño sombrero bajo el mentón de su juguete—. He traído un obsequio para ti, princesa —le dijo.

Los ojos de la niña se iluminaron. Dejó a un lado a *Rollo* y se sentó a esperar su regalo.

—Pero no me des un beso. Con un «gracias» será suficiente. Estoy resfriado, y será mejor que no te contagie.

—¿Qué me has traído? —preguntó ella ansiosamente.

—Oh, sólo una pequeña tontería que encontré debajo de un arbusto del camino. Está un poco mojado y sucio de barro, pero puedes secarlo y cepillarlo luego, supongo. No es mucho, pero he pensado que podría gustarte... aunque fuera un poco. —Talen estaba haciendo todo lo posible por subvalorar el objeto.

—¿Puedo verlo, por favor? —rogó ella.

—Oh, supongo que sí. —Metió la mano dentro del jubón, sacó de él un gatito gris bastante sucio y lo puso en el suelo delante de la niña. El gatito era a rayas azuladas, tenía una cola erizada, grandes orejas y una curiosa mirada atenta en sus ojos azules. Dio un paso vacilante hacia su nueva dueña.

Danae profirió un chillido de deleite, cogió al gatito y lo estrechó contra su mejilla.

—¡Me encanta! —exclamó.

—Adiós a las cortinas —dijo Mirtai con resignación—. Los gatitos siempre quieren subir por las cortinas.

Talen mantuvo hábilmente alejada a la exuberante hija de Falquián.

—El resfriado, Danae —le advirtió el muchacho—. Estoy resfriado ¿lo recuerdas?

Falquián tenía la seguridad de que su hija se haría más diestra con el paso del tiempo, y de que no pasaría mucho tiempo antes de que Talen ya no fuese capaz de esquivar el afecto de ella. El gatito no había sido más que un gesto, Falquián estaba seguro de ello, algún impulso momentáneo que Talen no se había detenido mucho a pensar en ningún sentido. Sin embargo, había sellado el destino del joven de una forma bastante efectiva. Pocos días antes, Falquián se había preguntado infructuosamente en qué momento había cometido él el error que había unido el afecto de Ehlana a su persona. Se dio cuenta de que aquel

gatito de aspecto bastante deslucido era el error de Talen, o al menos uno de sus errores. Falquián se encogió mentalmente de hombros. Talen sería un yerno adecuado..., una vez que Danae lo hubiese entrenado.

—¿Estás de acuerdo, majestad? —le estaba preguntando Talen a la reina—. ¿Puede quedarse con el gatito, quiero decir?

—¿No es un poco tarde ya para hacerme esa pregunta, Talen? —replicó Ehlana.

—Oh, no lo sé —dijo él con descaro—. Creo que lo he hecho en el orden correcto.

Ehlana miró a su hija, que tenía al gatito abrazado contra la cara. Todos los gatos son oportunistas natos. El gatito tocó la cara de la niña con una patita enguantada y luego la acarició con el hocico. Los gatitos son expertos acariciando con el hocico.

—¿Cómo puedo yo decir que no cuando tú ya se lo has entregado, Talen?

—Sería un poco difícil, en efecto, ¿no es cierto, majestad? —El muchacho sorbió ruidosamente por la nariz. Mirtai se puso de pie, se guardó la daga y atravesó la habitación hacia Talen. La mujer tendió una mano hacia él y el muchacho se apartó.

—Oh, basta ya —le ordenó ella. Le tocó la frente con la mano—. Tienes fiebre.

—No la pillé a propósito.

—Será mejor que lo metamos en cama, Mirtai —decidió Ehlana mientras se levantaba de la silla.

—Primero tenemos que hacerlo sudar —dijo la mujer gigante—. Lo llevaré a la casa de baños y lo pondré al vapor durante un rato. —Cogió a Talen por un brazo, con firmeza.

—¡Tú no vas a entrar en la casa de baños conmigo! —protestó él, con el rostro repentinamente enrojecido.

—Cállate —le ordenó ella—. Envíales mensaje a los cocineros, Ehlana. Haz que preparen una cataplasma de mostaza y una sopa de pollo. Cuando lo traiga de vuelta de la casa de baños, le pondremos la cataplasma de mostaza en el pecho, lo meteremos en la cama y le echaremos dentro la sopa.

—¿Es que vas a quedarte ahí plantado y dejar que me hagan esto Falquián? —protestó Talen.

—Me gustaría ayudarte, amigo mío —respondió Falquián— pero también tengo que tomar en consideración mi propia salud, ya sabes.

—Ojalá estuviera muerto —gimió Talen mientras Mirtai lo arrastraba fuera de la habitación.

Stragen y Ulath llegaron de Emsat algunos días más tarde, y fueron inmediatamente escoltados hasta las dependencias reales.

—Estás engordando, Falquián —comentó sinceramente Ulath mientras se quitaba el casco con cornamenta de ogro.

—He ganado algún kilo —concedió Falquián.

—La buena vida —gruñó Ulath con todo de desaprobación.

—¿Cómo está Wargun? —le preguntó Ehlana al enorme rubio thalesiano.

—Ha perdido el juicio —replicó tristemente Ulath—. Lo tengo encerrado en el ala oeste del palacio. Pasa la mayor parte del tiempo delirando.

Ehlana suspiró.

—A mí me caía bastante bien... cuando estaba sobrio.

—Dudo de que puedas sentir lo mismo por su hijo, majestad —comentó Stragen con tono seco. Al igual que Platime, Stragen era un ladrón, pero tenía unos modales mucho mejores.

—No lo conozco —dijo Ehlana.

—Puede que te interese agregar eso a tu próxima plegaria de agradecimiento, majestad. Su nombre es Avin..., un nombre corto e insignificante para un tipo bajo e insignificante. No parece demasiado prometedor.

—¿Es realmente tan malo? —preguntó Ehlana a Ulath.

—¿Avin Wargunsson? Stragen ha sido generoso con él. Avin es un hombrecillo que pasa todo el tiempo intentando asegurarse de que la gente no lo ignora. Cuando se enteró de que yo iba a partir hacia aquí, me mandó llamar a palacio y me dio un comunicado real para que te lo trajera. Pasó dos horas intentando impresionarme.

—¿Y te sentiste impresionado?

—No especialmente, no. —Ulath se metió la mano bajo la casaca y sacó un pliego doblado y sellado de pergamino.

—¿Qué dice? —preguntó ella.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Yo no leo la correspondencia de otras personas. Conjeturo que se trata de una seria disertación sobre el clima. Avin Wargunsson tiene un miedo desesperado de que la gente pueda olvidarse de él, así que todos los viajeros que se marchan de Emsat salen cargados con los

saludos reales.

—¿Qué tal ha ido el viaje? —le preguntó Falquián.

—Realmente no puedo decir que recomiende los viajes por mar en esta época del año —replicó Stragen. Sus ojos azules como el hielo se habían endurecido—. Quiero tener una pequeña charla con Platime. Ulath y yo nos trabamos en combate con unos bandoleros en las montañas que están entre aquí y Cardos. Se supone que los bandidos deberían saber mejor lo que hacen.

—No son profesionales —le explicó Falquián—. Platime está informado al respecto, y piensa hacer algo. ¿Hubo algún problema?

—Para nosotros, no —replicó Ulath, encogiéndose de hombros—. Sin embargo, esos aficionados no han tenido un día muy bueno. Dejé a cinco de ellos en la cuneta, y entonces todos los demás recordaron que tenían un compromiso importante en otra parte. —Se encaminó hacia la puerta y miró al pasillo. Luego la cerró y volvió la cabeza con mirada cautelosa—. ¿Hay algún sirviente o gente así en estas habitaciones vuestras, Falquián? —preguntó.

—Mirtai y nuestra hija. Eso es todo.

—Entonces está bien. Creo que puedo confiar en ellas. Komier me ha enviado a decirnos que Avin Wargunsson ha estado en contacto con el conde Gerrich de Lamorkand. Gerrich está intentando apoderarse del trono del rey Friedahl, y Avin no es muy inteligente. No sabe lo suficiente como para mantenerse apartado de las querellas internas de Lamorkand. Komier piensa que es igualmente posible que exista algún acuerdo secreto entre ellos. El patriarca Bergsten va camino de Chyrellos con el mismo mensaje.

—El conde Gerrich va a comenzar a irritar a Dolmant si no tiene cuidado con lo que hace —dijo Ehlana—. Intenta establecer alianzas cada vez que le vuelve la espalda, y él sabe que eso constituye una violación de las reglas. Se supone que las guerras civiles de los lamorks no deben implicar a otros reinos.

—¿Es ésa una verdadera regla? —le preguntó Stragen con incredulidad.

—Por supuesto. Ha existido durante un milenio. Si los barones de Lamorkand tuvieran libertad para establecer alianzas con los nobles de otros reinos, arrastrarían al continente entero a la guerra cada diez años. Eso era lo que solía suceder hasta que la Iglesia intervino y les dijo que dejaran de hacerlo.

—Yo pensaba que nuestra sociedad tenía reglas peculiares. —La risa de Stragen iba dirigida a Platime.

—Esto es completamente diferente, mi señor Stragen —dijo Ehlana con tono altanero—. Nuestras peculiaridades son asuntos de estado. Las vuestras son

simplemente de sentido común. Existe un mundo de diferencia entre ambas.

—Así lo supongo.

Falquián los estaba mirando a los tres cuando sucedió, así que no había duda alguna de que cuando él sintió aquel escalofrío peculiar y percibió aquella débil oscilación de oscuridad en la periferia de su campo de visión, a ellos les sucedió lo mismo.

—¡Falquián! —gritó alarmada Ehlana.

—Sí —replicó él—. Ya lo sé. También yo lo he visto.

Stragen había sacado a medias su estoque con una mano que se había movido con gatuna velocidad.

—¿Qué pasa? —preguntó mientras recorría la estancia con los ojos.

—Una imposibilidad —replicó sencillamente Ehlana. Sin embargo, la mirada que le dirigió a su esposo era un poco menos segura—. ¿No es así, Falquián? —Su voz temblaba ligeramente.

—Ciertamente, es lo que yo pienso —fue la réplica de él.

—No es éste el momento de ponerse crípticos —dijo Stragen. Entonces el escalofrío y la sombra desaparecieron.

Ulath miró especulativamente a Falquián.

—¿Era eso lo que pienso que era? —preguntó.

—Así parece.

—¿Querrá alguien explicarme, por favor, qué es lo que está sucediendo? —exigió Stragen.

—¿Recuerdas aquella nube que nos siguió en Pelosia? —le preguntó Ulath.

—Por supuesto, pero se trataba de Azash, ¿no?

—No. Así lo creímos, pero Aphrael nos dijo que estábamos equivocados. Eso fue después de que tú regresaras aquí, así que probablemente no te enteraste. Esa sombra que acabamos de ver son los dioses troll. Están dentro del Bhelliom.

—¿Dentro?

—Necesitaban un lugar en el que vivir después de haber perdido unas cuantas discusiones con los más jóvenes dioses de Estiricum. —Stragen miró a Falquián—. Creía que me habías dicho que arrojaste el Bhelliom al mar.

—Y lo hice.

—¿Y los dioses troll no pueden salir de él?

—Eso fue lo que se nos indujo a creer.

—Tendrías que haber buscado un océano más profundo.

—No hay ningún otro más profundo.

—Eso es bastante malo. Parece que alguien se las ha arreglado para pescarlo.

—Es lógico, Falquián —comentó Ulath—. La caja estaba forrada de oro, y Aphrael nos dijo que el oro evitaría que el Bhelliom saliera del mar por sus propios medios. Dado que los dioses troll no pueden salir del Bhelliom, también ellos estaban en las profundidades. Alguien ha encontrado esa caja.

—He oído decir que la gente que bucea para sacar perlas puede bajar a bastante profundidad —dijo Stragen.

—No a la profundidad en la que estaba la caja —aseguró Falquián—. Además, hay algo que no acaba de estar bien.

—¿Y te das cuenta de eso justo ahora? —le preguntó Stragen.

—No es a eso a lo que me refería. Cuando estábamos en Pelosia, todos pudisteis ver la nube.

—Oh, sí —aseguró con fervor Ulath.

—Pero antes de eso, cuando la nube era sólo una sombra, sólo Ehlana y yo podíamos verla, y eso se debía a que llevábamos los anillos. Lo que acabamos de ver era decididamente una sombra, y no una nube, ¿no es cierto?

—Sí —admitió Stragen.

—Entonces, ¿cómo es que tú y Ulath también habéis podido verla?

Stragen tendió las manos con las palmas hacia arriba, en un gesto de impotencia.

—También hay algo más —agregó Falquián—. La noche en que llegué de Lamorkand, sentí que algo me observaba en la calle..., varios «algo». No eran elenios ni estirios, y no creo que fuesen humanos. Esa sombra que acaba de pasar por aquí me produjo exactamente la misma sensación.

—Ojalá hubiese alguna forma de que pudiéramos hablar con Sephrenia —murmuró Ulath.

Falquián estaba bastante seguro de que existía una forma, pero no era libre para revelársela a ninguno de ellos.

—¿Podemos hablar de esto con alguien más? —preguntó Stragen.

—No hagamos que cunda el pánico hasta no haber averiguado más cosas al respecto —decidió Falquián.

—De acuerdo —asintió Stragen—. Siempre quedará tiempo más que suficiente para el pánico, más tarde... y razones más que suficientes también, según creo.

El tiempo se hizo más benigno durante los siguientes días, y ese hecho por sí solo alegró los ánimos de los habitantes del palacio. Falquián pasó algún tiempo encerrado con Platime y Stragen, y luego los dos ladrones enviaron hombres al interior de Lamorkand para que investigaran la situación de aquel reino.

—Eso es lo que yo tendría que haber hecho en primer lugar —comento Falquián—, pero Sarathi no quiso darme una oportunidad. Nuestro reverenciado archiprelado tiene algunos puntos débiles. Parece que no consigue meterse en la cabeza que los investigadores oficiales nunca van a llegar realmente el fondo de los asuntos.

—Es la típica ineptitud aristocrática —declaró Stragen, arrastrando las palabras—, es una de las cosas que hacen que la vida sea más fácil para la gente como Platime y yo.

Falquián no se puso a discutir con él al respecto.

—Acordaos de decirles a vuestros hombres que tengan cuidado —les advirtió Falquián—. Los lamorks tienen tendencia a intentar resolver todos sus problemas con las dagas, y los espías muertos no suelen traer de vuelta mucha información útil.

—Eso ha sido de una perspicacia asombrosa, viejo muchacho —dijo Stragen, cuya voz profunda estaba cargada de ironía—. Estoy absolutamente atónito por el hecho de que ni Platime ni yo hayamos pensado nunca en eso.

—De acuerdo —admitió Falquián—. Quizás acabo de decir algo un poco obvio.

—También nosotros nos hemos dado cuenta de ello, ¿no es cierto, Platime?

Platime profirió un gruñido.

—Dile a Ehlana que voy a estar ausente de palacio durante unos días, Falquián.

—¿Adónde vas a ir?

—No es asunto tuyo. Hay algo de lo que tengo que ocuparme.

—De acuerdo, pero mantente en contacto.

—Estás diciendo otra vez algo obvio, Falquián. —El hombre gordo se rascó la panza—. Hablaré con Talen. Él sabrá cómo ponerse en contacto conmigo si la reina realmente me necesita para algo. —Gimió al ponerse trabajosamente de pie—. Voy a tener que perder un poco de peso —comentó, en parte para sí mismo. Luego anadeó hacia la puerta con los andares de piernas separadas típicos de los hombres obesos.

—Está de un humor encantador, hoy —observó Falquián.

—Tiene muchas cosas en la cabeza en este momento. —Stragen se encogió de hombros.

—¿Cómo estás de conexiones con el palacio de Emsat, Stragen?

—Tengo algunos contactos allí. ¿Qué es lo que necesitas?

—Me gustaría poner algún buen obstáculo en el camino de ese acuerdo entre Avin y el conde Gerrich. Gerrich está comenzando a tener un poco de influencia de más en Eosia septentrional. Quizá deberías enviarle un mensaje también a Meland de Acie. Gerrich ya está estableciendo alianzas con Pelosia y Thalesia. No parece razonable que haya pasado por alto a Deira, y Deira está en una situación un poco caótica en estos momentos. Dile a Meland que mantenga los ojos abiertos.

—Ese Gerrich te tiene realmente preocupado, ¿no es así?

—En Lamorkand están pasando cosas que no comprendo, Stragen, y no quiero que Gerrich se me adelante demasiado mientras estoy intentando averiguar qué son.

—Eso tiene sentido..., supongo.

Khalad se puso de pie con la vista ligeramente desenfocada y un fino hilo de sangre que le salía de la nariz.

—¿Lo ves? Has vuelto a extenderlo demasiado —dijo Mirtai.

—¿Cómo has hecho eso? —le preguntó el escudero de Falquián.

—Te lo enseñare. Kalten, ven aquí.

—Yo no. —El pandion rubio rehusó, retrocediendo.

—No seas tonto. No voy a hacerte daño.

—¿No es eso lo que le dijiste a Khalad antes de arrojarlo contra las losas de piedra?

—Será mejor que hagas lo que te digo, Kalten —dijo ella—. Al final acabarás haciéndolo de todas formas, y no será ni con mucho tan doloroso si no discutes conmigo. Saca tu espada y lánzame una estocada al corazón.

—No quiero hacerte daño, Mirtai.

—¿Tú? ¿Hacerme daño a mí? —La risa de ella era sardónica.

—No tienes por qué mostrarte insultante —dijo él con un tono injuriado, mientras desenfundaba la espada.

Todo había comenzado cuando Mirtai había pasado por el patio de armas mientras Kalten estaba dándole a Khalad algunas instrucciones sobre el manejo

de la espada. Ella había hecho un par de comentarios tremendamente poco halagüeños. Una cosa había llevado a la otra, y el resultado final había sido una improvisada sesión de entrenamiento, durante la cual Kalten y Khalad estaban aprendiendo humildad, al menos.

—Atraviésame el corazón, Kalten —volvió a decirle Mirtai.

En defensa de Kalten hay que hacer notar, de pasada, que realmente lo intentó. Hizo una buena cantidad de ruido cuando cayó de espaldas sobre las losas de piedra.

—Él ha cometido el mismo error que tú —le señaló Mirtai a Khalad—, estiró demasiado el brazo. Un brazo tendido es un brazo ideal para una llave. Mantén el codo siempre ligeramente flexionado.

—Nosotros estamos entrenados para impulsar la estocada desde el hombro, Mirtai —le explicó Khalad.

—Hay muchísimos elenios, supongo. —La mujer se encogió de hombros—. No debería de ser tan difícil reemplazarlos. Lo que despierta mi curiosidad es por qué todos vosotros pensáis que es necesario clavarle la espada a alguien hasta atravesarlo. Si no habéis llegado al corazón con los primeros quince centímetros de la hoja, otro metro de acero que continúe por el mismo agujero no va a constituir mucha diferencia, ¿no?

—Quizá se deba a que tiene un aspecto espectacular —sugirió Khalad.

—¿Es que matáis a la gente por el espectáculo? Eso es despreciable, y es el tipo de forma de pensar que llena cementerios. Mantén siempre libre la hoja de la espada para poder estar preparado para el siguiente enemigo. La gente se dobla por la mitad cuando uno la atraviesa con la espada, y entonces tenéis que quitar el cuerpo de una patada antes de poder utilizar el arma nuevamente.

—Intentaré recordar eso.

—Así lo espero. Me caes bastante bien, y detesto enterrar a mis amigos. —Se inclinó, levantó uno de los párpados de Kalten con profesionalidad, y le miró el vidrioso globo ocular—. Será mejor que le arrojes un cubo de agua a tu amigo —sugirió, saludando a Falquián con un gesto de la cabeza cuando éste se acercó para reunirse con ellos—. Todavía no ha aprendido a caer. Nos dedicaremos a eso la próxima vez.

—¿La próxima vez?

—Por supuesto. Si vais a aprender cómo se hace esto, será mejor que lo aprendáis bien. —Le echó a Falquián una mirada desafiante—. ¿Te gustaría probar a ti?

—Ahhh... no, Mirtai, en este momento, no. Pero gracias de todas formas.  
Continuó hacia el interior del palacio, con aspecto ligeramente satisfecho de sí.

—¿Sabes?, no creo que quiera ser un caballero, después de todo, Falquián — dijo Talen desde algún punto cercano—. Parece terriblemente doloroso.

—¿Dónde te habías metido? Mi esposa ha mandado a sus gentes a buscarte.

—Sí, los vi haciendo el tonto por las calles. Tenía que reunirme con Platime en la bodega.

—¿Eh?

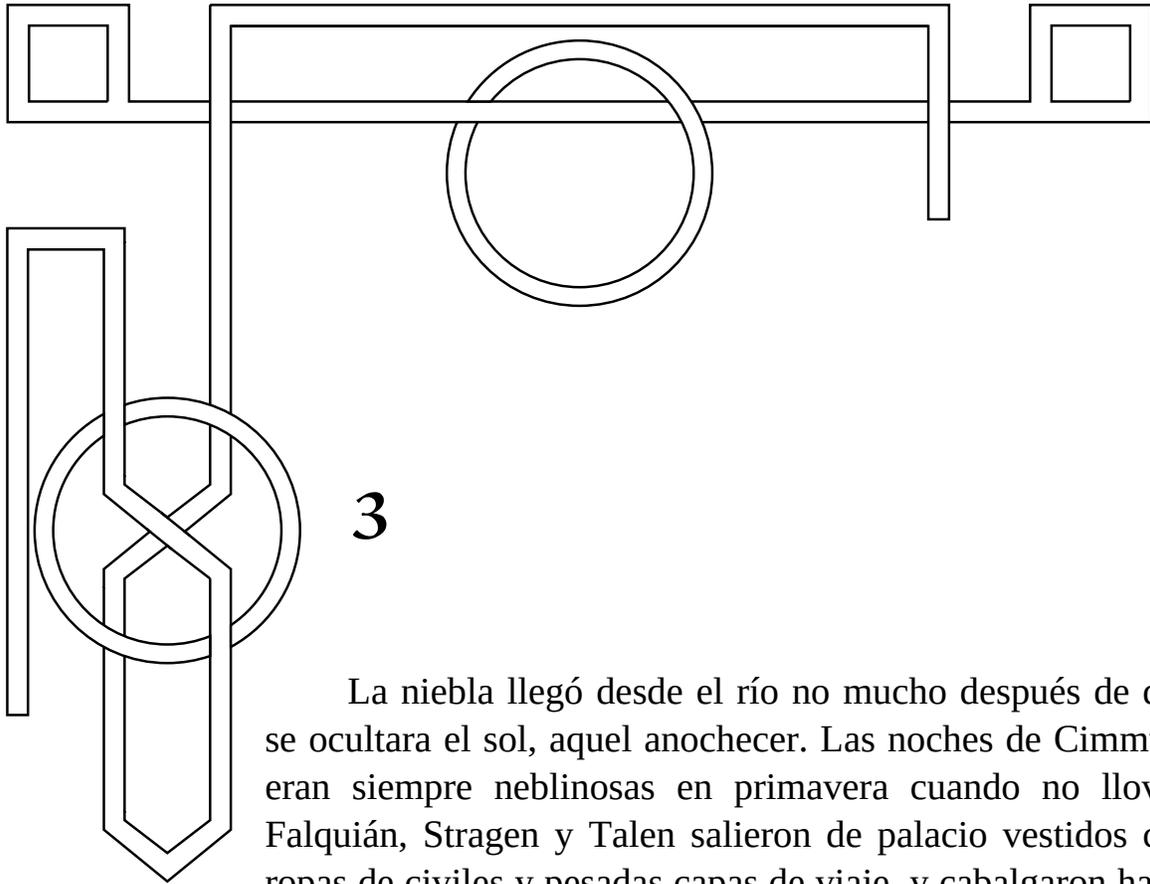
—Se ha enterado de algo que pensaba que tú debías saber. ¿Conoces a esos bandidos no autorizados que operan en las montañas cercanas a Cardos?

—No, personalmente, no.

—Es extraño, Falquián, muy extraño. Platime se ha enterado de que alguien que conocemos está poco más o menos dirigiendo sus actividades.

—¿Ah, sí? ¿Quién es?

—¿Puedes creer que se trata de Krager? Debiste de haberlo matado cuando tuviste oportunidad de hacerlo, Falquián.



La niebla llegó desde el río no mucho después de que se ocultara el sol, aquel anochecer. Las noches de Cimmura eran siempre neblinosas en primavera cuando no llovía. Falquián, Stragen y Talen salieron de palacio vestidos con ropas de civiles y pesadas capas de viaje, y cabalgaron hacia el barrio sureste de la ciudad.

—No tienes necesidad de explicarle a tu esposa que yo he dicho esto, Falquián —observó Stragen, mirando a en torno de sí con disgusto—, pero la capital de ella no es la más atractiva de las ciudades del mundo. Aquí tenéis un clima verdaderamente miserable.

—No es tan malo durante el verano —replicó Falquián, un poco a la defensiva.

—Me perdí el verano pasado —declaró el ladrón rubio—. Una tarde eché una corta siesta y cuando desperté ya había pasado. ¿Adónde vamos?

—Necesitamos ver a Platime.

—Según recuerdo, su bodega está cerca de la puerta oeste de la ciudad. Estáis tomando la dirección equivocada.

—Primero tenemos que pasar por determinada posada. —Falquián volvió la cabeza para mirar por encima del hombro—. ¿Nos están siguiendo, Talen? —preguntó.

—Naturalmente.

Falquián profirió un gruñido.

—Es más o menos lo que esperaba.

Continuaron cabalgando mientras la espesa niebla se enroscaba en las patas de los caballos y hacía que los frentes de las casas más cercanas resultaran borrosos y desdibujados. Llegaron a la posada que se hallaba situada en la calle Rosa, y un portero de aspecto hosco los dejó entrar en el patio y cerró las puertas tras ellos.

—Cualquier cosa que veáis en esta posada no es para divulgarla —advirtió Falquián a Talen y Stragen mientras desmontaba. Le entregó las riendas de *Faran* al portero—. Ya sabes cómo es este caballo, ¿no es cierto, hermano? —le dijo con tono de advertencia.

—Es una leyenda, Falquián —replicó el portero—. Las cosas que buscas están en la habitación del final de la escalera.

—¿Qué tal la gente que hay esta noche en la taberna?

—Gritona, apestosa y la mayoría, borracha.

—No hay nada nuevo en eso. Lo que yo quería saber, sin embargo, es cuánta gente hay.

—Quince o veinte. Ahí dentro hay tres de nuestros hombres que saben qué hacer.

—Bien. Gracias, *sir* caballero.

—A tu disposición, *sir* caballero.

Falquián condujo a Talen y Stragen, escaleras arriba.

—Esta posada, según deduzco, no es en absoluto lo que parece —observó Stragen.

—Es propiedad de los pandion —replicó Talen—. Acuden aquí cuando no quieren llamar la atención.

—Hay un poco más que eso —dijo Falquián.

Abrió la puerta de lo alto de la escalera, y entraron los tres. Stragen miró las batas de trabajo que estaban colgadas de unos clavos, cerca de la puerta.

—Por lo que veo, vamos a recurrir a subterfugios.

—Es una práctica bastante corriente. —Falquián se encogió de hombros—. Cambiémonos ya. Me gustaría regresar al palacio antes de que mi esposa envíe partidas de búsqueda.

Las batas eran de lona azul, gastadas, remendadas, y con algunas manchas dispuestas con gran arte. También había polainas de lana y botas de trabajo de suela gruesa. Las gorras eran unas prendas abolsadas, diseñadas más para

defender del frío que para adornar.

—Vas a tener que dejar eso aquí —dijo Falquián, señalando el estoque de Stragen—. Se nota mucho.

El enorme pandion se metió una pesada daga debajo del cinturón.

—Ya sabes que hay gente vigilando la puerta de la posada, ¿no es cierto, Falquián?

—Espero que disfruten de la noche. Porque nosotros no vamos a salir por la puerta.

Falquián los llevó de vuelta al patio, lo atravesó hasta una puerta estrecha que había a un lado del muro, y la abrió. El aire tibio que salió por la puerta olía a cerveza rancia y cuerpos sin lavar. Los tres hombres entraron y cerraron la puerta a sus espaldas. Aparentemente se hallaban en una pequeña despensa. La paja del suelo estaba mohosa.

—¿Dónde estamos? —susurró Talen.

—En una taberna —replicó Falquián en voz baja—. Dentro de pocos minutos va a estallar una pelea. Nos deslizaremos al salón durante la confusión. —Se acerco a las cortinas que cubrían la entrada a la taberna y tiró de ellas unas cuantas veces—. Muy bien —susurró—. Nos mezclaremos con la gente de ahí fuera durante la pelea y, pasado un rato, saldremos. Comportaos como si estuvierais un poco borrachos, pero no exageréis.

—Estoy impresionado —declaró Stragen.

—Yo estoy más que impresionado —agregó Talen—. Ni siquiera Platime sabe que hay más de un camino para salir de esa posada.

La pelea comenzó no mucho después de eso. Fue ruidosa, con muchos gritos y empujones, y al final, algunos puñetazos. Dos que miraban, completamente fuera del asunto y obviamente inocentes, fueron reducidos a la inconsciencia durante el curso del altercado.

Falquián y sus amigos se infiltraron con sigilo entre la gente y pasados unos diez minutos, salieron por la puerta, tambaleándose ligeramente.

—Ha sido poco profesional —declaró Stragen, sorbiendo por la nariz—. Una pelea provocada no debería involucrar a los espectadores de esa manera.

—Tiene que hacerlo, cuando cabe la posibilidad de que esos espectadores estén buscando algo más que unas jarras de cerveza —disintió Falquián—. Los dos que acabaron durmiendo no eran clientes habituales de la taberna. Puede que fueran completamente inocentes, pero también puede que no. De esta forma, no tenemos que preocuparnos por si nos siguen o no.

—Eso de ser un caballero pandion implica más cosas de las que yo pensaba —observó Talen—. Puede que me guste, después de todo.

Caminaron por las calles neblinosas hacia el barrio deslucido que estaba cerca de la puerta oeste, una masa de calles interconectadas y callejones sin pavimentar. Entraron en uno de aquellos callejones y avanzaron hasta un tramo de escalones de piedra sucios de fango que descendía. Un hombre grueso estaba recostado contra la pared de piedra que había junto a la escalera.

—Llegas tarde —dijo a Talen con voz inexpresiva.

—Teníamos que asegurarnos de que no estaban siguiéndonos —respondió el muchacho.

—Bajad —dijo el hombre—. Platime está esperando.

La bodega no había cambiado. Continuaba estando llena de humo, mal iluminada, y colmada del parloteo de las ásperas voces de los ladrones, prostitutas y asesinos que vivían allí.

—No sé cómo Platime puede soportar este lugar. —Stragen se estremeció.

Platime estaba sentado, como un rey, en una enorme silla que se hallaba al otro lado del fuego que ardía en un agujero abierto. Se puso laboriosamente de pie al ver a Falquián.

—¿Dónde has estado? —aulló con voz tronante.

—Asegurándome de que no nos seguían —replicó Falquián. El hombre gordo gruñó.

—Está ahí atrás —les explicó, abriendo la marcha hacia la parte trasera de la bodega—. En este momento está muy interesado por su salud, así que lo tengo más o menos fuera de la vista.

Entró apretadamente en una habitación pequeña como un armario, en la que había un hombre, sentado en un banco, que tenía entre las manos una jarra de cerveza aguada. Era un hombre menudo de aspecto nervioso, con cabellos finos y aire rapaz.

—Éste es Pelk —les dijo Platime—. Se dedica a robar a hurtadillas. Lo envié a Cardos para que echase una mirada y viese qué podía averiguar sobre la gente en la que estamos interesados. Dile lo que averiguaste, Pelk.

—Bueno, *sir*, buen señor —comenzó el hombre esmirriado— me tomó bastante tiempo yegar hasta eso' tipos, se lo aseguro, pero conseguí resultarle' útil y al final me ace'taron un poco. Pero hubieron to'a clase de galimatía' por la' que tuve que pasar, hacer juramento' y dejarme vendar lo' ojos la'do' primera'vese' que me yevaron al campamento, y to'o eso, pero despué'd'uno'

día' bajaron un poco la guardia y yo iba y venía bastante a mi antojo. Como probablemente le ha dicho Platime, primero pensamo' que eran un puñia' o d'aficiona'os que no sabían na' de na' de la forma en que se supone que hay que hacer la'cosa'. Vemo' ese tipo'ecosa'to'o el tiempo, ¿no, Platime? Son una gente que s' hace coger y colgar.

—Bienandanza tengan —gruñó Platime.

—Bueno, *sir* —continuó Pelk—, como le digo, yo y Platime, nosotros'no' imaginamo' que eso'tipo' de la montaña no eran máj q'unpuña'od'aficiona'os de eso', va se lo he conta'o...tipo' que se dedican a cortar cueyos por divertirse y pa' sacar provecho, ya lo sabe usté'. Pero asegun resultaron la'cosa', son máj q'eso.Lo'jefe' son sei'o siete noble' que están realmente disgusta'os por cómo lo'grande'plane' del prima'o Annias les cayeron encima, y están mu' descontento por lo que la reina escribió en el mandato que sacó sobre eyo', porque lo' nobles no están acostumbra'os a que se le' digan ese tipo'ecosa'.

»Bueno, *sir*, pa' acortarlo un poco, eso'noble's'escaparonto'os a las montaña' un paso por delante del verdugo, y se dedican a robarle a los viajero' pa' poder vivir y pasan el resto del tiempo pensando en nombre' horribles con los que llamar a la reina.

—Ve al grano, Pelk —dijo Platime, con voz cansada.

—Sí señor, eso iba a hacer. Bueno pues, seguí así durante uno'día'yentonce' ese tipo, Krager, él vino al campamento, y alguno'd'ello' lo conocían. Él le' contó cómo había conoci'o a uno forastero' y que lo' ayudarían haciendo bastante alboroto aquí en Elenia, como pa'evitar que la reina y su gente se pusieran demasiaó curioso con lo que está ocurriendo en Lamorkand.

»Ese tipo Krager dice qu'eso e Lamorkand podría ser posible que cambiara e camino e su suerte desde qu'el viejo Annias acabó asesinao. Bueno, *Sir*, eso duque y eso conde se pusieron de vera'interesa'os cuando le' dijo eso, y nos dijeron a to'os que fuéramo' a hablar con lo'campesino' y empezáramo' a hablar mal de lo recaudadore impuesto y decir que no era natura que ningún paí' estuviera goberna'o por una mujer ni na'd'eso.Teníamo' que alborotar a lo' campesino' y hacer que hablaran entre'yo' de eso 'e que la gente tenía que juntarse y derrocar a la reina y cosa' así, y despué'eso'noble' piyaron a uno' recaudadore'd'impueto' y lo' colgaron y le devolvieron a la gente el dinero que le' habían roba'o a lo'recaudadore'y esos campesino',eyo' estaban tan contento' como lo'puerco' en el fango por eso. —Pelk se rascó la cabeza—. Bueno, *sir*, creo que ya se lo he conta'oto'o.D'eso 'e cómo van la'cosa' en la montaña. Ese

tipo que le digo, Krager, tiene un poco 'e dinero y e' muy generoso con él así que lo'noble' que lo han pasa'omu' mal le están cogiendo muchísimo cariño.

—Pelk —le dijo Falquián—, eres tan valioso como un tesoro.

Le dio al hombre varias monedas, y luego él y sus amigos salieron del cubículo.

—¿Qué vas a hacer al respecto, Falquián? —preguntó Platime.

—Vamos a emprender la acción —replicó Falquián—. ¿Cuántos de esos «libertadores» hay en las montañas?

—Un centenar, más o menos.

—Necesitaré un par de docenas de tus hombres que conozcan el terreno.

Platime asintió con la cabeza.

—¿Vas a hacer que intervenga el ejército?

—Creo que no. Pienso que una tropa de pandion puede causar una impresión más duradera en la gente que cree que ha sido agraviada por la reina, ¿no te parece?

—¿No es ésa una medida un poco extrema? —preguntó Stragen.

—Deseo hacer una declaración de principios, Stragen. Quiero que todos los habitantes de Elenia sepan lo mucho que desapruedo que la gente se ponga a conspirar contra mi esposa. No pretendo tener que hacerlo otra vez, así que lo haré bien desde el principio mismo.

—No hablaba realmente así, ¿no es cierto, Falquián? —preguntó Ehlana con incredulidad.

—De una forma extremadamente parecida —le respondió Falquián—. Stragen tiene muy buen oído para los dialectos.

—Resulta casi hipnótico, ¿verdad? —comentó ella, maravillada—. Y continúa así constantemente. —De pronto, sonrió con expresión traviesa—. Anota eso de «contentos como los puercos en el fango», Lenda. Puede que me guste encontrar la forma de incluirlo en algún tipo de comunicación oficial.

—Como tú quieras, majestad. —El tono de voz de Lenda era neutral, pero Falquián sabía que el viejo cortesano desaprobaba la idea.

—¿Qué vais a hacer respecto a este asunto? —preguntó la reina.

—Falquián ha dicho que vamos a emprender la acción, majestad —replicó Talen—. Puede que sea mejor que no conozcas demasiados detalles.

—Falquián y yo no tenemos secretos el uno para con el otro, Talen.

—Yo no estoy hablando de secretos, majestad —respondió el muchacho con tono inocente—. Me refiero a pequeñas cosas aburridas y sin importancia en las que realmente no deberías malgastar tu tiempo. —Hizo que aquello sonara muy plausible, pero Ehlana sentía sospechas más que suficientes.

—No me pongas en una situación incómoda, Falquián —le advirtió.

—Por supuesto que no —replicó él con tono lisonjero.

La campaña fue breve. Dado que Pelk conocía el emplazamiento exacto del campamento disidente, y los hombres de Platime conocían todos los otros escondrijos de los alrededores, no existía realmente ningún lugar hacia el que los bandidos pudieran huir, y desde luego no eran dignos adversarios para los treinta terribles pandion de negra armadura que Falquián, Kalten y Ulath condujeron contra ellos. Los nobles supervivientes fueron detenidos y reservados para la justicia de la reina, y los otros forajidos le fueron entregados al comisario local para que dispusiera de su suerte.

—Bueno, mi señor de Belton —dijo Falquián a un conde que estaba sentado sobre un tronco delante de él, con una venda ensangrentada alrededor de la frente y las manos atadas a la espalda—. Las cosas no han salido tan bien como esperabas, ¿no es así?

—Te maldigo, Falquián —le escupió Belton mientras entrecerraba los ojos para protegerlos de la luz de la tarde—. ¿Cómo averiguaste dónde estábamos?

—Mi querido Belton —dijo Falquián entre carcajadas—, no habréis pensado realmente que podíais esconderos de mi esposa, ¿verdad? Ella dedica un interés muy personal a su reino. Conoce cada árbol, cada ciudad y poblado, y a todos los campesinos. Incluso creo que conoce a la mayor parte de los venados por su nombre de pila.

—¿Y por qué no vinisteis por nosotros antes, entonces? —preguntó Belton con tono burlón.

—La reina estaba muy ocupada. Finalmente encontró el tiempo necesario para tomar algunas decisiones con respecto a ti y tus amigos. No creo que esas decisiones te interesen demasiado, viejo muchacho. En lo que estoy realmente interesado es en cualquier información que puedas tener acerca de Krager. Hace bastante tiempo que él y yo no nos vemos, y resulta que comienzo a añorar otra vez su compañía.

Los ojos de Belton adquirieron una expresión atemorizada.

—No obtendrás nada de mí, Falquián —fanfarroneó.

—¿Cuánto quieres apostar por lo que acabas de decir? —le preguntó Kalten—. Te ahorrarás un montón de cosas desagradables si le dices a Falquián lo que desea saber, y no creo que Krager sea tan adorable como para que quieras pasar por todo eso con el fin de protegerlo.

—Habla, Belton —insistió implacablemente Falquián.

—Yo... ¡no puedo! —Las burlonas bravatas de Belton se desmoronaron hechas añicos. Su rostro se puso pálido, y el hombre comenzó a temblar violentamente—. Falquián, te lo suplico. Me juego la vida si te digo algo.

—De todas formas, tu vida no vale mucho ahora mismo —le dijo con cruel sinceridad Ulath—. De una u otra forma, te aseguro que vas a hablar.

—¡Por el amor de Dios, Falquián! ¡No sabes qué es lo que me estás pidiendo!

—No estoy pidiéndotelo, precisamente. —El rostro de Falquián tenía una expresión cruda.

Entonces, sin aviso ni razón aparentes, un frío mortal envolvió de pronto los bosques, y el sol de media tarde se oscureció. Falquián miró hacia lo alto. El cielo estaba muy azul, pero parecía pálido y enfermizo.

Belton profirió un grito.

Una nube oscura como la tinta salió a toda velocidad de los árboles circundantes y rodeó al prisionero que chillaba. Falquián saltó hacia atrás mientras profería un juramento de sobresalto y se llevaba la mano al puño de la espada.

La voz de Belton se había elevado hasta convertirse en un alarido, unos ruidos horribles que provenían de la entonces impenetrable oscuridad que lo rodeaba..., sonidos de huesos que se rompían y de carne desgarrada. El alarido se interrumpió de forma repentina, pero los sonidos continuaron durante varios minutos, que parecieron eternos. Luego, tan rápidamente como había aparecido, la nube se desvaneció.

Falquián retrocedió con repulsión. Su prisionero había sido desgarrado en pedazos.

—¡Buen Dios! —jadeó Kalten—. ¿Qué ha ocurrido?

—Los dos lo sabemos, Kalten —replicó Falquián—. Ya hemos visto esto antes de ahora. No intentes interrogar a ninguno de los otros prisioneros. Estoy casi seguro de que no se les permitirá responder.

Eran cinco de ellos los que estaban: Falquián, Ehlana, Kalten Ulath y Stragen. Se habían reunido en las dependencias reales y estaban deprimidos.

—¿Se trataba de la misma nube? —preguntó Stragen con expresión atenta.

—Había algunas diferencias —replicó Falquián—, más en la sensación que causaba que en cualquier otra cosa que pueda definir con precisión.

—¿Por qué podrían estar los dioses troll tan interesados en proteger a Krager? —preguntó Ehlana con expresión intrigada.

—No creo que sea a Krager a quien protejan —respondió Falquián—. Creo que tiene algo que ver con lo que está sucediendo en Lamorkand. —Dio un fuerte puñetazo en el brazo del sillón—. ¡Ojalá Sephrenia estuviese aquí! —exclamó con un repentino juramento—. Lo único que podemos hacer es ir a tientas por la oscuridad.

—¿Te opondrías a la lógica en este punto? —le preguntó Stragen.

—No me opondría ni siquiera a la astrología en el momento presente —respondió Falquián con acritud.

—De acuerdo. —El rubio ladrón thalesiano se puso de pie y comenzó a pasearse de arriba para abajo con una expresión pensativa en los ojos—. En primer lugar, sabemos que de alguna forma los dioses troll han salido de esa caja.

—En realidad no hemos demostrado eso de forma irrefutable —objetó Ulath—. No de una forma lógica, en cualquier caso.

Stragen dejó de pasearse.

—De hecho, él tiene razón, ¿sabéis? —admitió—. Hemos estado basando esa conclusión en una conjetura. Lo único que podemos decir, con certeza lógica, es que nos hemos encontrado con algo que tiene el mismo aspecto y produce la misma sensación que las manifestaciones de los dioses troll. ¿Aceptarías eso, *Sir Ulath*?

—Supongo que puedo llegar hasta ahí, mi señor Stragen.

—Me alegro mucho. ¿Conocemos alguna otra cosa que se comporte de la misma forma?

—No —replicó Ulath—, pero eso no es realmente relevante. No tenemos noticia de que lo haya. Puede que existan docenas de cosas que nosotros desconocemos, y que adopten la forma de sombras o nubes que desgarran a la gente en pedazos y provoquen en los humanos una sensación helada cuando están cerca de ellos.

—No creo que la lógica esté consiguiendo llevarnos a ninguna parte —concedió Stragen.

—No hay nada malo en tu lógica, Stragen —le dijo Ehlana—. La premisa de partida tiene defectos, eso es todo.

—¿También tú, majestad? —gimió Kalten—. Pensaba que al menos había una persona más en esta habitación que confiara en el sentido común más que en toda esa tediosa lógica.

—De acuerdo, *sir* Kalten —dijo ella con aspereza—. ¿Qué es lo que te dice tu sentido común?

—Bueno, en primer lugar, me dice que todos vosotros estáis encarando el problema al revés. La pregunta que deberíamos estar haciéndonos es: ¿qué convierte a Krager en alguien tan especial como para que algo de naturaleza sobrenatural sea capaz de apartarse de su camino para protegerlo? ¿Importa realmente, en este momento, qué es ese algo sobrenatural?

—Puede que tenga algo de razón, ¿sabéis? —observó Ulath—. Básicamente, Krager es una cucaracha. Su única razón para existir es la de que alguien pueda aplastarlo de un pisotón.

—No estoy tan segura de eso —objetó Ehlana—. Krager trabajaba para Martel y Martel trabajaba para Annias.

—En realidad, querida, era al revés —la corrigió Falquián. Ella apartó la precisión a un lado con un gesto de la mano.

—Belton y los demás eran todos aliados de Annias, y Krager solía llevar mensajes entre Annias y Martel. Es casi seguro que Belton y sus hombres conocían a Krager. La historia de Pelk confirma eso, más o menos. Eso es lo que convertía a Krager en algo importante, en primer lugar. —Hizo una pausa y frunció el entrecejo—. Pero ¿qué es lo que lo convirtió en importante cuando los renegados estuvieron todos en prisión?

—La posibilidad de que siguiéramos la pista —gruñó Ulath.

—¿Perdón? —La reina parecía desconcertada.

—Ése lo que fuera no quería que siguiéramos la pista a Krager hasta su empleo actual.

—Ah, pero eso es obvio, Ulath —bufó Kalten—. Su patrono es el conde Gerrich. Pelk le dijo a Falquián que había alguien en Lamorkand que quería mantenernos ocupados aquí, en Elenia, para que no tuviéramos tiempo de dar ningún paso destinado a poner fin al levantamiento de Lamorkand. Ése tiene que ser Gerrich.

—No estás haciendo más que conjeturas, Kalten —dijo Ulath— es muy posible que tengas razón, pero no deja de ser una conjetura.

—¿Veis lo que quiero decir respecto a la lógica? Lo único que estoy diciendo es que tenemos que mantener la mente abierta. No creo que debamos cerrar ninguna puerta de momento, eso es todo.

Se oyó un firme golpe en la puerta, y la misma se abrió inmediatamente después. Mirtai miró al interior.

—Bevier y Tynian están aquí —anunció.

—Se suponía que se hallaban en Rendor —dijo Falquián—. ¿Qué hacen aquí?

—¿Por qué no se lo preguntas a ellos? —sugirió cortésmente Mirtai—. Están aquí fuera, en el corredor.

Los dos caballeros entraron en la habitación. *Sir* Bevier era un arciano delgado de piel olivácea, y *sir* Tynian, un deirano rubio y fornido. Ambos llevaban armadura completa.

—¿Cómo van las cosas en Rendor? —les preguntó Kalten.

—Calientes, secas, polvorientas, histéricas —replicó Tynian—. Rendor no cambia jamás. Ya lo sabes.

Bevier hincó una rodilla en tierra ante Ehlana. A pesar de todos los esfuerzos que hacían sus amigos, el joven caballero cyrínico continuaba siendo penosamente formal.

—Majestad —murmuró respetuosamente.

—Oh, ponte de pie, mi querido Bevier. —La reina le sonrió—. Somos amigos, así que no hay necesidad alguna de eso. Además, cuando te arrodillas chirrías como una herrería oxidada.

—Quizá sea demasiado educado, majestad —admitió sonriente el caballero.

—¿Qué estáis haciendo vosotros dos, de vuelta aquí? —les preguntó Falquián.

—Estamos encargados de entregar unos despachos —replicó Tynian—. Darellon está a cargo de las cosas por ahí abajo, y quiere que los demás preceptores estén al día de los acontecimientos. También tenemos que ir a Chyrellos e informar al archiprelado.

—¿Cómo va la campaña? —les preguntó Kalten.

—Mal. —Tynian se encogió de hombros—. Los rebeldes rendorianos no están realmente organizados, así que no hay ningún ejército con el que podamos enfrentarnos. Se esconden entre la población y salen por las noches para

incendiar y asesinar sacerdotes. Luego huyen nuevamente a sus agujeros. Nosotros tomamos represalias al día siguiente..., quemamos aldeas, degollamos rebaños de ovejas y cosas por el estilo. Nada de ello demuestra realmente nada.

—¿Tienen de momento algún dirigente? —preguntó Falquián.

—Todavía están en conversaciones a ese respecto —replicó secamente Bevier—. Las conversaciones son bastante animadas. Solemos encontrar varios candidatos muertos en los callejones cada mañana.

—Sarathi ha hecho una chapuza —comentó Tynian.

Bevier profirió un grito ahogado.

—Mi intención no es la de herir tu sensibilidad religiosa, hermano mío —dijo Tynian—, pero es la verdad. La mayoría de los clérigos que él envió a Rendor están más interesados en el castigo que en la reconciliación. Tuvimos una oportunidad de conseguir la verdadera paz en Rendor, y se vino abajo porque Dolmant no envió a nadie capaz de mantener firmemente cogidos de las riendas a los misioneros. —Tynian dejó su casco encima de una mesa y se desabrochó el cinturón de la espada—. Yo incluso vi un burro con sotana que les arrancaba los velos a las mujeres por la calle. Cuando la multitud se apoderó de él, intentó ordenarme a mí que lo protegiera. Ése es el tipo de sacerdote que la Iglesia ha estado enviando a Rendor.

—¿Qué hiciste tú? —le preguntó Stragen.

—Por alguna razón, no conseguí oír muy bien lo que decía —replicó Tynian—. Muy probablemente se debió a todo el ruido que estaba provocando la multitud.

—¿Qué le hicieron? —preguntó Kalten con una sonrisa burlona.

—Lo ahorcaron. Un trabajo bastante bien ejecutado, en realidad.

—¿Y tú ni siquiera acudiste en su defensa? —exclamó Bevier.

—Nuestras instrucciones eran muy explícitas. Se nos dijo que protegiéramos a los clérigos de los ataques no provocados. Aquel idiota violó el recato de alrededor de una docena de mujeres rendorianas. Ese grupo de gente fue provocado deliberadamente. Aquel burro imbécil se lo buscó. Si la multitud no lo hubiese ahorcado, a buen seguro lo habría hecho yo mismo. Eso es lo que Darellon quiere que insinuemos a Sarathi. Piensa que la Iglesia debería de sacar a todos esos misioneros fanáticos de Rendor hasta que las cosas se hayan calmado. Luego sugiere que enviemos a un grupo nuevo..., a uno ligeramente menos fervoroso. —El caballero arciano dejó la espada junto al casco y se sentó en una silla—. ¿Qué ha estado sucediendo por aquí? —preguntó.

—¿Por qué no los ponéis al corriente el resto de vosotros? —sugirió Falquián—. Hay alguien con quien me gustaría hablar unos minutos. —Dio media vuelta y regresó en silencio a las dependencias reales.

La persona con la que quería hablar no era ningún funcionario de la Corte, sino su propia hija. La encontró jugando con el gatito, que en realidad era una gatita. Tras pensarlo un poco, su pequeña alteza real había decidido llamar al animalito «*Mmrr*», un sonido que, cuando ella lo profería, sonaba tan parecido al ronroneo de la gatita que Falquián no estaba casi nunca seguro de cuál de las dos lo había hecho. La princesa Danae tenía muchas dotes.

—Tenemos que hablar —dijo Falquián mientras cerraba la puerta a sus espaldas.

—¿De qué se trata esta vez, Falquián? —le preguntó la niña.

—Tynian y Bevier acaban de llegar.

—Sí, ya lo sé.

—¿Estás volviendo a jugar con las cosas? ¿Estás reuniendo a nuestros amigos aquí de forma deliberada?

—Por supuesto que sí, padre.

—¿Te importaría decirme por qué lo haces?

—Hay algo que tendremos que hacer antes de que pase mucho tiempo. He pensado que ahorraría bastante tiempo si los convocaba a todos con antelación.

—Probablemente sería mejor que me dijeras qué es lo que tendremos que realizar.

—Se supone que no debo decirlo.

—Tú nunca prestas atención a las reglas de los demás.

—Esto es diferente, padre. Nosotros no podemos hablar en absoluto acerca del futuro. Si lo piensas durante un momento, estoy segura de que te darás cuenta del porqué. ¡Auhhh! —*Mmrr* le había mordido un dedo. Danae habló de forma terminante con la gatita: una serie de pequeños gruñidos, un maullido o dos, y concluyó con un ronroneo de perdón. La gatita consiguió adoptar una apariencia ligeramente avergonzada y procedió a lamer el dedo lastimado.

—Por favor, no hables en gato, Danae —dijo Falquián en tono quejumbroso—. Si alguna camarera te oyese, nos costaría a los dos un mes de explicaciones.

—Nadie va a oírme, Falquián. Tú tienes otra cosa en la cabeza, ¿no es cierto?

—Quiero hablar con Sephrenia. Hay algunas cosas que no comprendo y necesito su ayuda.

—Yo te ayudaré, padre.

Él negó con la cabeza.

—Tus explicaciones me dejan siempre con más preguntas que cuando comenzamos. ¿Puedes ponerte en contacto con Sephrenia de mi parte?

Ella miró en torno de sí.

—Eso, probablemente, no sería una buena idea aquí, en palacio —replicó ella—. El proceso implica algo que podría resultar difícil de explicar si alguien nos oyera.

—¿Vas a estar otra vez en dos lugares al mismo tiempo?

—Bueno..., algo parecido. —La niña cogió en brazos a la gatita. ¿Por qué no buscas una excusa para llevarme a cabalgar mañana por la mañana? Saldremos de la ciudad y podré ocuparme de las cosas. Dile a madre que quieres darme una clase e equitación.

—No tienes *pony*, Danae.

Ella le dedicó una sonrisa angelical.

—Por los dioses —le dijo—, eso quiere decir algo así como que tendrás que regalarme uno, ¿no es cierto?

Él la miró larga y fijamente.

—Tú ibas a regalarme un *pony* antes o después, ¿no es verdad, padre? —Le dedicó al asunto un momento de meditación—. Uno blanco, Falquián —agregó—. Definitivamente, quiero un *pony* blanco. —Luego abrazó a la gatita apoyándose contra la mejilla, y ambas se pusieron a ronronear.

Falquián y su hija salieron a caballo de Cimmura poco después del desayuno de la mañana siguiente. El tiempo era borrascoso y Mirtai había puesto objeciones de forma bastante vociferante hasta que la princesa le dijo que no fuera remilgada. Por alguna razón, la palabra «remilgada» enfureció tremendamente a la gigantesca tamul. Se alejó como una tromba, profiriendo sulfurados juramentos en su propia lengua.

A Falquián le llevó horas encontrar un *pony* blanco para su hija, y cuando lo halló se quedó prácticamente convencido de que era el único blanco de toda la ciudad. Cuando Danae saludó al animalito cerdoso como si fuese un viejo amigo, el padre comenzó a tener un buen número de sospechas. Durante los últimos dos años, Falquián y su hija habían forjado una lista de las cosas que se suponía que ella no debía hacer. El proceso había comenzado de forma bastante

abrupta en el jardín de palacio, una tarde de verano, en el que él había llegado hasta el seto de boj y se había encontrado con un pequeño enjambre de hadas que polinizaban las flores bajo la supervisión de Danae. A pesar de que probablemente la niña había tenido razón al afirmar que las hadas eran mejores que las abejas en aquella tarea, él se había mantenido firme. Sin embargo, después de pensarlo un poco en aquel momento, decidió no hacer un problema de la obvia confabulación de su hija para obtener un *pony* en concreto. En aquel momento preciso necesitaba de la ayuda de ella, y la niña podía señalar con bastante justificación que eso de prohibir una forma de lo que habían llegado a llamar «entrometimiento» mientras que se alentaba otra, era inconsistente.

—¿Va a implicar algo espectacular? —le preguntó a la princesa cuando estaban a varias leguas de la ciudad.

—¿Qué quieres decir con espectacular?

—No tendrás que volar ni nada parecido, ¿verdad?

—Es un poco incómodo hacerlo de esa forma, pero puedo volar si quieres.

—No, no hay necesidad, Danae. Lo que yo quiero saber es si vas a hacer algo que sobresaltaría a los viajeros si entráramos un poco más en los prados e hicieras allí lo que tengas que hacer.

—No verán absolutamente nada, padre —le aseguró la niña—. Te juego una carrera hasta aquel árbol de allí.

Danae no fingió siquiera talonear los flancos de su *pony*, y, a pesar de los mejores esfuerzos de *Faran*, el *pony* le ganó por unos buenos veinte metros. El enorme caballo ruano de guerra miró con feroz sospecha al *pony* de patas cortas cuando Falquián le tiró de las riendas.

—Me has engañado —acusó Falquián a su hija.

—Sólo un poco.

La princesa se bajó del *pony* y se sentó con las piernas cruzadas debajo del árbol. Ella alzó su pequeño rostro y cantó con un trino de voz aflautada. La canción se interrumpió y durante varios minutos la niña permaneció con el rostro inexpresivo y completamente inmóvil. Ni siquiera parecía que estuviese respirando. Falquián tuvo la escalofriante sensación de encontrarse solo, aunque la niña se hallaba en aquel momento sentada a dos metros de él.

—¿Qué sucede, Falquián?

Los labios de Danae se movieron, pero fue la voz de Sephrenia la que formuló la pregunta, y cuando Danae abrió los ojos, éstos habían cambiado. Los ojos de Danae eran muy oscuros; los de Sephrenia, de un azul profundo, casi del

color del espliego.

—Te echo de menos, pequeña madre —dijo él, mientras se arrodillaba y besaba las palmas de las manos de su hija.

—¿Me has hecho llamar desde el otro lado del mundo para decirme eso? Me siento conmovida, pero...

—Hay algo más, Sephrenia. Hemos estado viendo otra vez esa sombra..., también la nube.

—Eso es imposible.

—También yo he pensado lo mismo, pero de todas formas continuamos viéndolas. Sin embargo, es algo diferente. Para empezar, la sensación que producen es distinta, y esta vez no somos sólo Ehlana y yo quienes vemos la sombra. Stragen y Ulath también la vieron.

—Será mejor que me digas qué es exactamente lo que ha estado sucediendo, Falquián.

Le dio toda clase de detalles sobre la sombra, y luego describió brevemente el incidente de las montañas cercanas a Cardos.

—Sea lo que sea esa cosa —concluyó—, parece muy interesada en evitar que averigüemos qué está sucediendo en Lamorkand.

—¿Hay problemas allí?

—El conde Gerrich está en plena rebelión. Aparentemente piensa que la corona podría quedarle bien. Incluso está llegando tan lejos como para afirmar que Drychnath ha regresado. Es algo ridículo, ¿verdad?

Los ojos de ella se hicieron distantes:

—¿Esa sombra que habéis estado viendo estos días exactamente igual a la que visteis en el pasado Ehlana y tú? —le preguntó.

—Produce una sensación algo diferente.

—¿Tienes esa misma sensación de que contiene más de una consciencia?

—Eso no ha cambiado. Se trata de un grupo pequeño, pero es un hecho en cualquier caso, y la nube que destrozó al conde de Belton en Cardos era definitivamente la misma cosa. ¿Crees que los dioses troll han conseguido escapar del Bhelliom de alguna manera?

—Déjame pensar en el asunto durante un momento, Falquián —replicó ella. Pasó un rato considerando todo el asunto. De una forma curiosa, estaba imprimiendo su propia apariencia en el rostro de Danae.

—Creo que podríamos tener un problema entre manos, querido mío —dijo finalmente.

—Ya me he dado cuenta de ello por mí mismo, pequeña madre.

—Deja de hacerte el listo, Falquián. ¿Recuerdas a los hombres aurora que salieron de aquella nube en Pelosia?

Falquián se estremeció.

—He estado dedicándome con ahínco a intentar olvidarlos.

—No descartes la posibilidad de que las descabelladas historias sobre Drychnath se basen en hechos reales. Los dioses troll pueden regresar al pasado y traer criaturas y personas al presente en el que nos hallamos. Es verdaderamente muy posible que Drychnath haya regresado.

Falquián gimió.

—Entonces, los dioses troll sí han conseguido escapar, ¿no es cierto?

—Yo no he dicho eso, Falquián. El solo hecho de que los dioses troll hayan hecho eso una vez, no significa que sean los únicos que sepan cómo llevarlo a cabo. Hasta donde yo sé, Aphrael misma podría hacerlo. —Hizo una pausa—. Podrías haberle formulado a ella estas preguntas, ¿sabes?

—Posiblemente, pero no creo que hubiese podido formularle ésta en concreto porque pienso que no conoce la respuesta. Por alguna razón, no parece capaz de captar el concepto de las limitaciones.

—Te has dado cuenta —replicó ella con sequedad.

—Sé amable. Después de todo, es mi hija.

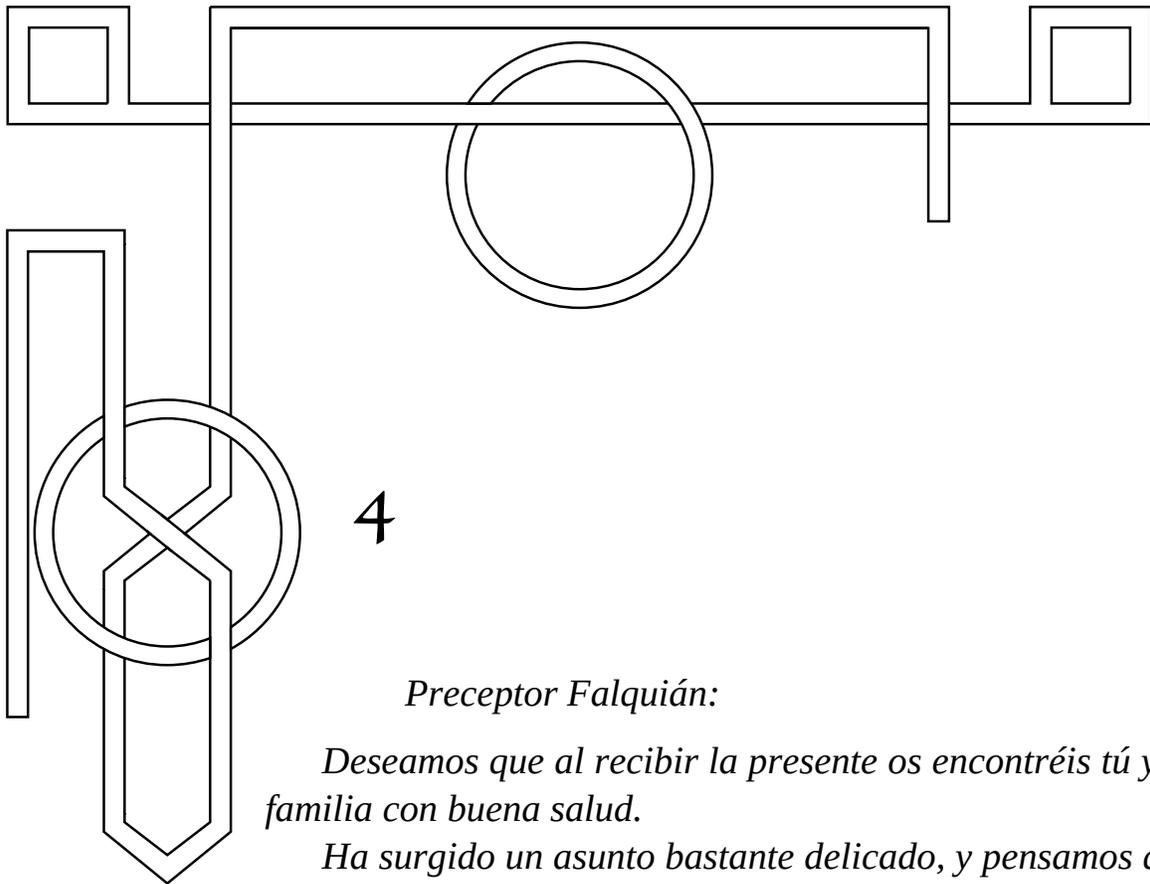
—No olvides que primero fue mi hermana, así que tengo bastante autoridad en el asunto. ¿Qué es lo que no sería capaz de responder?

—¿Podría un mago estirio, o cualquier otro mago, estar detrás de todo esto? ¿Podríamos estar enfrentándonos con un ser humano?

—No, Falquián, yo no lo creo así. En cuarenta mil años ha habido sólo dos magos estirios que hayan sido capaces de retroceder en el tiempo, y sólo pudieron hacerlo de forma imperfecta. En cualquier caso, estamos hablando de algo que está fuera de las capacidades humanas.

—Eso era lo que quería averiguar con absoluta seguridad. ¿Estamos tratando con dioses, entonces?

—Eso es lo que me temo, Falquián, con casi absoluta seguridad.



4

*Preceptor Falquián:*

*Deseamos que al recibir la presente os encontréis tú y tu familia con buena salud.*

*Ha surgido un asunto bastante delicado, y pensamos que tu presencia es necesaria en Chyrellos. Se te ordena por tanto acudir sin dilación a la basílica y presentarte ante nuestro trono para recibir ulteriores instrucciones. Sabemos que como verdadero hijo de la Iglesia, lo harás sin dilación. Esperamos que comparezcas ante nos en el plazo de una semana.*

*DOLMANT, archiprelado.*

Falquián bajó la carta y miró a los demás.

—Va directamente al grano, ¿verdad? —observó Kalten—. Claro que Dolmant no fue nunca de los que les dan vueltas a las cosas.

La reina Ehlana profirió un alarido de furia y comenzó a dar puñetazos sobre la mesa del consejo y patear el suelo.

—Vas a lastimarte las manos —dijo Falquián.

—¿Cómo se atreve? —estalló—. ¿Cómo se atreve?

—Un poco brusco, tal vez —señaló cautelosamente Stragen.

—¡Harás caso omiso de esa orden de la Iglesia, Falquián! —ordenó Ehlana.

—No puedo hacer eso.

—¡Tú eres mi esposo y mi súbdito! ¡Si Dolmant quiere verte, tendrá que pedir mi autorización! ¡Esto es ultrajante!

—El archiprelado tiene, de hecho, la autoridad para convocar al preceptor de una de las órdenes militares a Chyrellos, majestad —dijo tímidamente el conde de Lenda a la furiosa reina.

—Llevas puestos demasiados sombreros, Falquián —indicó Tynian a su amigo—. Deberías renunciar a algunas de esas exaltadas posiciones que ocupas.

—La culpa es de esa devastadora personalidad que tiene —comentó Kalten a Ulath—, y de todos sus indecibles dones. La gente se marchita y muere cuando esta ausente.

—¡Lo prohíbo! —dijo lisa y llanamente Ehlana.

—Tengo que obedecerle, Ehlana —explicó Falquián—. Soy un caballero de la Iglesia.

Los ojos de ella se entrecerraron.

—Muy bien, entonces —decidió ella—. Dado que Dolmant se siente tan autoritario, seremos todos quienes obedezcamos su estúpido mandato. Iremos todos a Chyrellos y plantaremos tienda en la basílica. Le haré saber que espero que me proporcione las instalaciones adecuadas y el personal administrativo necesario... a costa suya. Él y yo vamos a solucionar este asunto de una vez y para siempre.

—Este promete ser uno de los momentos más importantes de la historia de la Iglesia —observó Stragen.

—Haré que ese pomposo burro desee no haber nacido jamás —declaró ominosamente Ehlana.

Nada que Falquián pudiera decir cambiaría en ningún sentido la decisión de su esposa. De todas formas, en aras a la verdad, tampoco lo intentó con demasiado ahínco, porque comprendía el punto de vista de ella. Dolmant se estaba comportando indudablemente de forma despótica. A veces tendía a tratar sin miramientos a los reyes de Eosia, por lo que el choque entre las voluntades del archiprelado y la reina de Elenia era probablemente inevitable. Lo más triste del asunto era que los dos se tenían un cariño genuino el uno al otro, y ninguno de ellos estaba oponiéndose al otro por intolerante vanidad u orgullo. Dolmant estaba reafirmando la autoridad de la iglesia, y Ehlana la del trono de Elenia. Se

habían convertido en instituciones en lugar de en personas. El infortunio de Falquián era el de hallarse atrapado en medio.

Estaba absolutamente seguro de que el tono arrogante de la carta del archiprelado no provenía de su amigo, sino de algún escriba medio adormilado y distraído que la había redactado con frases de fórmula. Lo que probablemente había dicho Dolmant era algo del tipo de «Envía una carta a Falquián y dile que me gustaría verlo». Sin embargo, no era precisamente eso lo que había llegado a Cimmura. Lo que recibieron en la corte había hecho rechinar los dientes de Ehlana, y la reina hizo lo imposible para conseguir que la inminente visita a Chyrellos le resultara al archiprelado de lo más inconveniente.

El primer paso que dio fue el de despoblar el palacio. Todo el mundo tenía que unirse al séquito. La reina necesitaba damas que la sirvieran. Las damas a su servicio necesitaban camareras. Todas ellas necesitaban caballeros y lacayos. Lenda y Platime, que permanecerían en Cimmura para mantener el gobierno, se quedaron prácticamente sin asistencia.

—Parece casi un ejército en plena movilización, ¿no crees? —comentó alegremente Kalten mientras bajaban las escaleras de palacio la mañana de la partida.

—Esperemos que el archiprelado no lo malinterprete —masculló Ulath—. No se le ocurrirá realmente que tu esposa planea poner sitio a la basílica, ¿verdad, Falquián?

Una vez hubieron salido de Cimmura, la corte elenia, ataviada con coloridos ropajes, se extendía a lo largo de varios kilómetros bajo el cielo azul. De no haber sido por el acerado destello de los ojos de la reina, aquello podría no haber sido más que una de esas «salidas» tan sumamente apreciadas por los ociosos cortesanos. Ehlana había «sugerido» que Falquián, como preceptor en ejercicio de la orden de Pandion, debía ir también adecuadamente acompañado. Los esposos habían regateado acerca del número de pandion que él debía llevar consigo a Chyrellos. Al principio, él había insistido en Kalten, Berit y quizás uno o dos más, mientras que su esposa se mostraba más a favor de que lo acompañara la orden en pleno. Finalmente se habían puesto de acuerdo en una veintena de caballeros de negra armadura.

Resultaba imposible avanzar a una velocidad significativa con un séquito tan enorme. Casi parecían arrastrarse por la faz de Elenia, avanzando laboriosamente hacia el este hasta Lenda y luego en dirección sur hacia Demos y Chyrellos. Los campesinos tomaron la ocasión del paso de la corte como excusa para un día de

fiesta, y la carretera solía estar flanqueada por multitudes de gentes del campo que habían salido a distraerse.

—Es una buena cosa que no hagamos esto con demasiada frecuencia — comentó Falquián a su esposa poco después de que hubieran dejado atrás la ciudad de Lenda.

—A mí me gusta bastante salir del palacio, Falquián.

La reina y la princesa Danae viajaban en un carruaje amado, del que tiraban seis caballos blancos.

—Estoy seguro de que así es, pero ésta es la estación de siembra. Los campesinos deberían estar en los campos. Una cantidad excesiva de estas excursiones reales podría provocar una carestía.

—Tú no pruebas realmente lo que estoy haciendo, ¿verdad, Falquián?

—Comprendo por qué lo estás haciendo, Ehlana, y probablemente tengas razón. Dolmant necesita que le recuerden que su autoridad no es absoluta, pero creo que esta forma particular de abordarlo es un poco frívola.

—Por supuesto que es frívola —admitió ella con bastante calma—. En eso se basa todo el asunto. A pesar de todas las pruebas que ha tenido en sentido contrario, Dolmant continúa pensando que soy una chiquilla tonta. Voy a frotarle las narices dentro del estilo «tonto» y durante un tiempo. Luego, cuando ya esté harto de eso, me lo llevaré aparte y le sugeriré que las cosas serían más fáciles para él si me tomara en serio. Tengo que captar su atención. Entonces él será capaz de tratar conmigo.

—Absolutamente todo lo que haces tiene un motivo político, ¿no?

—Bueno, no absolutamente todo, Falquián.

Se detuvieron brevemente en Demos, donde Khalad y Talen llevaron a la pareja real, Kalten, Danae y Mirtai a visitar a sus madres. Aslade y Elys trataban a todo el mundo de forma maternal, con imparcialidad. Falquián abrigaba la poderosa sospecha de que ése era el principal motivo por el que su esposa encontraba frecuentes excusas para viajar a Demos. La infancia de Ehlana había sido árida y sin madre, y siempre que la muchacha se sentía insegura y con incertidumbres parecía surgir alguna razón por la que su presencia en Demos resultaba absolutamente necesaria. La cocina de Aslade era cálida, y de las paredes colgaban cacerolas de cobre bruñido. Era el tipo de lugar hogareño que parecía responder a alguna necesidad profunda de la reina de Elenia. El aroma por sí solo era suficiente como para que se desvanecieran casi todos los cuidados de quienes entrasen en ella.

Elys, la madre de Talen, era una rubia radiante, y Aslade era una especie de monumento a la maternidad. Se adoraban la una a la otra. Aslade había sido la esposa de Kurik, y Elys la amante del mismo, pero aparentemente no existían celos entre ambas. Eran mujeres prácticas, y ambas se daban cuenta de que los celos eran un tipo de cosa inútil que nunca hacía sentir bien a nadie. Falquián y Kalten fueron inmediatamente desterrados de la cocina; Khalad y Talen, enviados a reparar una cerca, y la reina de Elenia y su esclava tamul continuaron con su intermitente educación en el arte culinario mientras Aslade y Elys prodigaban sus cuidados maternos a Danae.

—No puedo recordar cuándo fue la última vez que vi a una reina sobando masa de pan —comentó Kalten con una sonrisa burlona mientras él y Falquián se paseaban por el patio que les era familiar.

—Creo que está haciendo el recubrimiento para un pastel salado —lo corrigió Falquián.

—La masa es masa, Falquián.

—Recuérdame que nunca te pida que me prepares un pastel salado.

—No hay peligro de que lo consigas. —Kalten se echó a reír—. Mirtai, sin embargo, tiene una apariencia muy natural en esa tarea.

—Tiene mucha práctica en cortar cosas... y gente. Simplemente preferiría que no utilizara sus dagas. Uno nunca está seguro de dónde han estado anteriormente.

—Siempre las limpia después de acuchillar a alguien.

—Es la idea del acuchillamiento, Falquián. —Kalten se estremeció—. El pensamiento de eso me hieló la sangre.

—Entonces no pienses en ello.

—Vas a llegar con retraso, ¿sabes? —recordó Kalten a su amigo—. Dolmant sólo te dio una semana para llegar a Chyrellos.

—No puede evitarse.

—¿Quieres que me adelante y le haga saber que vas de camino?

—¿Y estropear la sorpresa que le ha preparado mi esposa? No seas tonto.

No estaban a más de una legua al sureste de Demos a la mañana siguiente, cuando se produjo el ataque. Un centenar de hombres —peculiarmente pertrechados con armas extrañas— aparecieron repentinamente en lo alto de un montículo aullando gritos de guerra. La mayor parte de ellos avanzó a pie; los

que iban a lomos de caballo parecían ser sus dirigentes.

Los cortesanos huyeron chillando de terror mientras Falquián lanzaba órdenes a sus pandion. Los veinte caballeros de armadura negra formaron en torno al carruaje de la reina y rechazaron con facilidad el primer asalto. Los infantes no son realmente un verdadero problema para los caballeros montados.

—¿Qué idioma hablan? —gritó Kalten.

—Lamork antiguo, creo —replicó Ulath—. Se parece muchísimo al thalesiano antiguo.

—¡Falquián! —gritó Mirtai—. ¡No les des tiempo para reagruparse!

La mujer señaló con su espada bañada en sangre a los atacantes que daban vueltas en lo alto del montículo.

—Tiene razón —afirmó Tynian.

Falquián valoró rápidamente la situación, designó a algunos de sus caballeros para que protegiesen a Ehlana, y formó al resto de sus fuerzas.

—¡Cargad! —rugió.

Es la lanza la que convierte a los caballeros acorazados en algo devastador para la infantería. Los hombres de a pie no tienen defensa contra esa arma, y no pueden siquiera huir de ella.

Un tercio de los atacantes había caído en el asalto inicial y una veintena cayó víctima de las lanzas durante la carga de Falquián. Los caballeros se pusieron luego a luchar con espadas y hachas. El hacha *lochaber*<sup>[1]</sup> de Bevier resultaba particularmente devastadora, dejando una estela de muertos y agonizantes a través de las apretadas filas de los entonces confusos atacantes.

Fue Mirtai, sin embargo, quien los dejó a todos anonadados con un despliegue de la más pura ferocidad. La espada de la mujer era más ligera que los espadones de los caballeros de la iglesia, y ella la blandía casi con la misma delicadeza que el estoque de Stragen. Raras veces lanzaba una estocada contra el cuerpo de un oponente, sino que se concentraba en la cara y la garganta del mismo y, cuando era necesario, en las piernas. Sus estocadas eran cortas y muy controladas, y los cortes no iban dirigidos a los músculos sino más bien a los tendones. Inutilizaba a más de los que mataba, y los alaridos y gemidos de las víctimas de Mirtai levantaban un estruendo aterrador en aquel sangriento campo de batalla.

La táctica habitual de los caballeros acorazados cuando se enfrentaban con tropas de infantería era la de cargar primero con las lanzas y luego emplear el

peso de los caballos para apiñar a los oponentes sin montura de tal forma que se enredaran con sus compañeros. Una vez que los dejaban así, más o menos impotentes, el matarlos resultaba una tarea relativamente fácil.

—¡Ulath! —voceó Falquián—. ¡Diles que arrojen las armas!

—Lo intentaré —gritó Ulath a modo de respuesta.

Luego rugió algo incomprensible a los apiñados infantes.

Un hombre montado que llevaba un casco grotescamente decorado, aulló una respuesta.

—Ese que tiene el casco con alas es el jefe, Falquián —dijo Ulath, señalando al hombre con su ensangrentada hacha.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Kalten.

—Hizo algunas observaciones poco halagüeñas acerca de mi madre. Disculpadme por un momento, caballeros. Realmente tengo que hacer algo al respecto. —Hizo girar al caballo y se encaminó hacia el jinete que también tenía un hacha de guerra en la mano.

Falquián no había visto nunca antes un enfrentamiento con hacha, y le sorprendió que implicara muchas más sutilezas de las que él hubiera imaginado. La fuerza pura contaba muchísimo, claro está, pero los cambios repentinos en la dirección de los giros del arma requerían un grado de complejidad que Falquián no había esperado. Ambos hombres llevaban pesados escudos redondos, y las defensas que levantaban con los mismos eran mucho más decisivas de lo que lo habrían sido en el caso de estar luchando con espadas.

Ulath se puso de pie sobre los estribos y levantó el hacha muy por encima de su propia cabeza. El guerrero del casco alado levantó el escudo para protegerse, pero el enorme thalesiano bajó el arma, flexionó el hombro y le asestó en cambio un golpe desde abajo que cogió a su oponente justo por debajo de las costillas. El jefe de los atacantes se dobló bruscamente, se aferró el estómago y cayó luego de la silla de montar.

Un enorme gemido recorrió las filas de atacantes que aún quedaban en pie y luego, como si fueran una niebla atrapada por una brisa repentina, los hombres rielaron y desaparecieron.

—¿Adónde han ido? —gritó Berit, mirando en torno de sí con alarma.

Pero nadie pudo responderle. Donde antes había habido dos veintenas de infantes, ya no quedaba nada, y un repentino silencio cayó sobre el campo de batalla al desaparecer también los quejumbrosos heridos. Sólo quedaron los muertos, e incluso éstos estaban extrañamente cambiados. Los cuerpos se

hallaban peculiarmente disecados: secos, encogidos, marchitos. La sangre que les había cubierto los miembros ya no tenía aquel color rojo vivo, sino que era negra, seca, y formaba costras.

—¿Qué clase de encantamiento pudo hacer eso, Falquián? —preguntó Tynian.

—No tengo ni idea —replicó el interpelado con cierta perplejidad—. Alguien está jugando, y creo que el juego no me gusta.

—¡Bronce! —exclamó Bevier, desde algún punto cercano. El joven caballero cyrínico había desmontado y estaba examinando la armadura de uno de los marchitos muertos—. Llevan armaduras de bronce, Falquián. Las armas y los cascos son de acero, pero esta cota de malla está hecha de bronce.

—¿Qué está sucediendo aquí? —preguntó Kalten.

—Berit —dijo Falquián—, regresa a la casa de las madres, en Demos. Reúne a todos los hermanos que aún puedan llevar armadura. Los quiero aquí antes del mediodía.

—De acuerdo —replicó Berit con energía. Hizo girar a su caballo y se lanzó al galope por el camino por el que habían llegado.

Falquián recorrió rápidamente el entorno con los ojos.

—Allí arriba —dijo, señalando una pronunciada pendiente que se hallaba al otro lado del camino—. Reunamos a esta multitud y llevémosla a lo alto de esa colina. Poned a trabajar a los cortesanos, caballeros y lacayos. Quiero zanjas ahí arriba, y deseo ver un bosque de estacas afiladas sobresaliendo en las laderas de esa colina. No sé adónde han ido esos hombres de armadura de bronce, pero quiero estar preparado por si se les ocurre regresar.

—No puedes darme órdenes como éstas a mí —exclamó ante Khalad un cortesano excesivamente bien vestido, en un tono de voz ultrajado—. ¿Acaso no sabes quién soy?

—Por supuesto que lo sé —replicó, el joven escudero de Falquián en un tono de voz ominoso—. Tú eres el hombre que va a coger esa pala y comenzar a cavar. O, si lo prefieres, puedes ser el hombre que se arrastre por los alrededores para recoger sus dientes. —Khalad le enseñó un puño al cortesano. El hombre difícilmente podía dejar de verlo, puesto que lo tenía a unos centímetros de la nariz.

—Esto es casi como en los viejos tiempos, ¿no te parece? —Kalten se echó a reír—. Khalad habla exactamente como Kurik.

Falquián suspiró.

—Sí —concedió con toda seriedad—. Creo que va a ser muy bueno. Haz venir a los demás, Kalten. Tenemos que hablar.

Se reunieron junto al carruaje de Ehlana. La reina estaba un poco pálida, y tenía en brazos a su hija.

—Muy bien —dijo Falquián—. ¿Quiénes eran?

—Lamorks, evidentemente —replicó Ulath—. Dudo de que nadie más sea capaz de hablar el lamork antiguo.

—Pero ¿por qué iban a estar hablando en ese idioma? —preguntó Tynian—. Nadie ha hablado en lamork antiguo durante el último milenio.

—Y hace aún más tiempo que nadie lleva armaduras de bronce —agregó Bevier.

—Alguien está utilizando un hechizo del que nunca he tenido noticia hasta ahora —declaró Falquián—. ¿Con qué nos estamos enfrentando?

—¿No resulta obvio? —dijo Stragen—. Alguien está alcanzando al pasado... de la misma forma en que lo hicieron los dioses troll en Pelosia. Tenemos a algún tipo de mago poderoso por ahí, que se dedica a hacernos malas pasadas.

—Eso encaja —gruñó Ulath—. Hablaban un idioma antiguo; tenían armas y equipos antiguos; no estaban familiarizados con las tácticas modernas; y obviamente alguien recurrió a la magia para enviarlos de vuelta al sitio del que procedían..., excepto en el caso de los muertos.

—También hay algo más —agregó Bevier con expresión meditabunda—. Esos hombres eran lamorks, y una parte de la agitación que hay ahora mismo en Lamorkand gira en torno a las historias del regreso de Drychnath. Este ataque hace que parezca que esas historias no son sólo rumores y maquinaciones de cuatro locos que sueñan despiertos a altas horas de la noche en una cervecería. ¿Es posible que el conde Gerrich esté recibiendo ayuda de algún mago estirio? Si el propio Drychnath ha sido realmente traído al presente, nada conseguirá apaciguar a los lamorks. Esa gente se incendia ante la sola mención de su nombre.

—Eso es todo muy interesante, caballeros —dijo Ehlana—, pero esto no fue un mero ataque al azar. Estamos a mucha distancia de Lamorkand, por lo que esos antiguos vuestros se han tomado grandes molestias para atacarnos a nosotros de forma específica. La pregunta importante es por qué.

—Trabajaremos para hallarte una respuesta a eso, majestad —prometió Tynian.

Berit regresó poco antes del mediodía con trescientos pandion ataviados con armaduras, y el resto del viaje hasta Chyrellos tuvo algo del aire de las expediciones militares.

La llegada de todos ellos a la ciudad sagrada y su imponente marcha por las calles en dirección a la basílica se pareció mucho a un desfile y causó bastante agitación. El mismísimo archiprelado salió a un balcón del segundo piso para observar la llegada del cortejo a la plaza que había ante la basílica. Incluso desde aquella distancia, Falquián pudo ver que las ventanas de la nariz de Dolmant estaban blancas y sus mandíbulas apretadas. La expresión de Ehlana era regia y fríamente desafiante.

Falquián bajó a su hija en brazos del carruaje.

—No te alejes —le susurró al oído—. Hay algo de lo que tengo que hablar contigo.

—Más tarde —susurró ella a su vez—. Primero tengo que poner un poco de paz entre Dolmant y madre.

—Ésa será una travesura muy bien hecha.

—Observa, Falquián..., y aprende.

El recibimiento del archiprelado fue frío, apenas un punto por encima de lo glacial, y dejó abundantemente claro que se moría de ganas por mantener una larga charla con la reina de Elenia. Mandó llamar a su primer secretario, el patriarca Emban, y bastante airosamente depositó en el regazo del obeso hombre el problema de disponer todo lo necesario para Ehlana y su cortejo. Emban frunció el entrecejo y se alejó anadeando y mascullando para sí.

Luego Dolmant invitó a la reina y su príncipe consorte a pasar a la sala de audiencias privadas. Mirtai se apostó en el exterior de la puerta.

—Nada de golpearse —dijo Mirtai a Dolmant y Ehlana cuando entraban.

La pequeña sala de audiencias estaba tapizada y alfombrada de azul, y en el centro de la misma había una mesa y sillas.

—Extraña mujer es ésa —murmuró Dolmant mientras volvía la cabeza para observar a Mirtai por encima del hombro. Tomó asiento y posó sobre Ehlana una mirada de determinación—. Vayamos a los negocios. ¿Te importaría explicarme todo esto, reina Ehlana?

—Por supuesto, archiprelado Dolmant... —Ella empujó la carta del archiprelado hacia el firmante de la misma— en cuanto tú me expliques esto. — En la voz de la reina había un tono acerado.

Él recogió la carta y la miró.

—Parece bastante clara. ¿Qué parte de la misma no has comprendido?

A partir de allí las cosas fueron cuesta abajo con bastante rapidez. Ehlana y Dolmant estaban a punto de romper todos sus vínculos diplomáticos cuando la princesa real Danae entró en la habitación arrastrando por una pata trasera su real juguete *Rollo*. Atravesó gravemente la sala, se sentó en el regazo del archiprelado y le dio un beso. Falquián había recibido bastantes besos del tipo que su hija otorgaba cuando quería algo, y estaba muy enterado de cuán devastadoramente poderosos eran. Dolmant ya no tuvo realmente muchas posibilidades después de aquello.

—Supongo que debería haber repasado la carta antes de despacharla — admitió de mala gana—. Los escribas a veces dicen las cosas de forma exagerada.

—Quizá yo reaccioné exageradamente —concedió Ehlana.

—Tenía muchísimas cosas en la cabeza. —La excusa de Dolmant ofrecía el tono de una oferta de paz.

—Yo estaba irritable el día en que me llegó tu carta —confesó Ehlana.

Falquián se recostó en el respaldo de su asiento. La tensión de la sala se había relajado perceptiblemente. Dolmant había cambiado desde su elevación al trono de archiprelado. Antes, había sido siempre un hombre humilde, tan humilde, de hecho, que sus colegas de la jerarquía eclesiástica no lo habían siquiera considerado para el más alto puesto de la Iglesia hasta que Ehlana les había señalado las más fiables cualidades de aquel hombre. La ironía de aquel hecho no se le escapaba a Falquián. En aquel momento, sin embargo, Dolmant parecía hablar con dos voces. Una era la voz familiar del antiguo amigo de ambos. La otra, la del archiprelado, autoritario y severo. La institución del cargo que desempeñaba parecía estar ocupando gradualmente al antiguo amigo. Falquián suspiró. Probablemente era algo inevitable, pero él lo lamentaba de todas formas.

Ehlana y el archiprelado continuaron disculpándose y ofreciéndose mutuamente excusas. Pasado un rato llegaron al acuerdo de respetarse el uno al otro, y concluyeron la conferencia acordando prestar en el futuro una mayor atención a las pequeñas cortesías.

La princesa Danae, aún sentada sobre el regazo del archiprelado, hizo un guiño a Falquián. Había un número bastante considerable de implicaciones teológicas y políticas en lo que la niña acababa de hacer, pero Falquián

realmente no quería pensar en ello.

La razón de la perentoria citación, que había estado a punto de acabar en una guerra privada entre Ehlana y Dolmant, había sido la llegada de un emisario de alto rango del imperio tamul del continente daresiano, esa vasta masa de tierra que se halla al este de Zemoch. No existían relaciones diplomáticas formales entre los reinos elenios de Eosia y el imperio tamul de Daresia. La Iglesia, no obstante, despachaba rutinariamente emisarios con rango de embajador a la capital imperial, Matherion, en parte porque los tres reinos más occidentales del imperio estaban ocupados por elenios, y la religión de los mismos difería sólo ligeramente de aquélla a la que pertenecía la iglesia eosiana.

El emisario era un tamul, un hombre de la misma raza que Mirtai, aunque ella hacía al menos dos como él. La piel del varón era del mismo dorado bronce, tenía los cabellos con un toque de gris, y sus ojos oscuros se inclinaban hacia arriba por los rabillos.

—Es muy bueno —advirtió Dolmant en voz baja cuando se hallaban sentados en una de las salas de audiencia, mientras el emisario y Emban intercambiaban frases agradables cerca de la puerta—. En algunos sentidos es incluso mejor que Emban. Tened un poco de cuidado con lo que decís cerca de él. Los tamules son bastante quisquillosos con los matices idiomáticos.

Emban escoltó al emisario ataviado de sedas hasta el lugar en el que se hallaban todos sentados.

—Majestad, tengo el gran honor de presentarte a su excelencia, el embajador Oscagne, representante de la corte imperial de Matherion —dijo el hombrecillo gordo mientras se inclinaba ante Ehlana.

—Desfallezco ante la divina presencia de tu majestad —proclamó el embajador con una florida reverencia.

—Realmente, no, ¿no es cierto, excelencia? —le preguntó la reina con una sonrisa.

—Bueno, no realmente, por supuesto —admitió el hombre con un aplomo absoluto—. No obstante, he pensado que sería cortés decirlo. ¿Ha quedado indebidamente extravagante? No estoy versado en los usos y costumbres de tu cultura.

—Le irá muy bien en ella, excelencia —replicó ella con una risa.

—Debo decir, no obstante, con el permiso de tu majestad, que eres una joven dama extremadamente atractiva. He conocido a unas cuantas reinas a lo largo de mi vida, y los cumplidos de costumbre suelen costarle a uno una buena dosis de

lucha con su propia conciencia. —El embajador Oscagne hablaba un elénico perfecto.

—¿Puedo presentarte a mi esposo, el príncipe Falquián? —sugirió Ehlana.

—¿El legendario *sir* Falquián? Me sentiré muy complacido, querida dama. He viajado por la mitad del mundo para poder conocerlo. Estoy encantado, *sir* Falquián. —Oscagne hizo una reverencia.

—Excelencia —replicó Falquián, inclinándose a su vez.

Ehlana presentó luego a los demás, y el consiguiente intercambio de diplomáticas cortesías continuó durante una buena parte de la hora siguiente. Oscagne y Mirtai hablaron durante un rato en idioma tamul, una lengua que a Falquián le resultaba bastante musical.

—¿Hemos concluido ya con todas las necesarias genuflexiones en el terreno de la cortesía? —preguntó finalmente el embajador—. Las culturas varían, claro está, pero en Tamuli, tres cuartos de hora son la cantidad de tiempo que habitualmente se espera dedicar a las trivialidades cortesés.

—A mí también me parece bastante bien —intervino Stragen con una sonrisa sardónica—. Si exageramos nuestro homenaje a la cortesía, la reina se vuelve engreída y espera cada vez más y más reverencia por nuestra parte.

—Bien dicho, mi señor Stragen —aprobó Oscagne—. La razón de mi visita es bastante simple, amigos míos. Tengo problemas. —Los recorrió a todos con los ojos—. He hecho esta pausa para dar lugar a las habituales exclamaciones contenidas de sorpresa mientras vosotros intentáis ajustar vuestro pensamiento para que acepte la noción de que alguien pueda hallar algún defecto en un hombre tan ingenioso y encantador como yo.

—Creo que este tipo va a gustarme —murmuró Stragen.

—Te gustará —gruñó Uloth.

—Te ruego, excelencia —dijo Ehlana—, ¿cómo es posible que alguien encuentre alguna razón para estar disgustado contigo?

La florida habla del embajador era contagiosa.

—He exagerado ligeramente puesto que buscaba causar efecto —admitió Oscagne—. No tengo realmente tantos problemas como he dado a entender. Simplemente se trata de que Su Majestad Imperial me ha enviado a Chyrellos para implorar ayuda, y se supone que yo debo expresar la solicitud de una forma tal que no lo humille a él.

Los ojos de Emban estaban muy, muy brillantes. Allí se encontraba en su elemento natural.

—Creo que la forma en la que debemos proceder en este caso es la de simplemente presentar el problema ante nuestros amigos en términos claros y directos —sugirió—, y luego ellos podrán concentrarse en el problema de evitar la incomodidad del gobierno imperial. Son todos indeciblemente inteligentes. Estoy seguro de que si unen sus mentes, serán capaces de conseguirlo.

Dolmant suspiró.

—¿No había nadie más a quien pudieras escoger para hacer mi trabajo, Ehlana? —preguntó con tono plañidero.

Oscagne les dedicó a ambos una mirada interrogativa.

—Es una larga historia, excelencia —le explicó Emban—. Os la contaré toda algún otro día, cuando ninguno de los dos tengamos nada mejor que hacer. Explicadles qué es lo que sucede en Tamuli que es tan serio como para que Su Majestad Imperial haya tenido que enviarte aquí en busca de ayuda.

—¿Prometes no reírte? —preguntó Oscagne a Ehlana.

—Haré todo lo que pueda para reprimir las carcajadas —prometió ella.

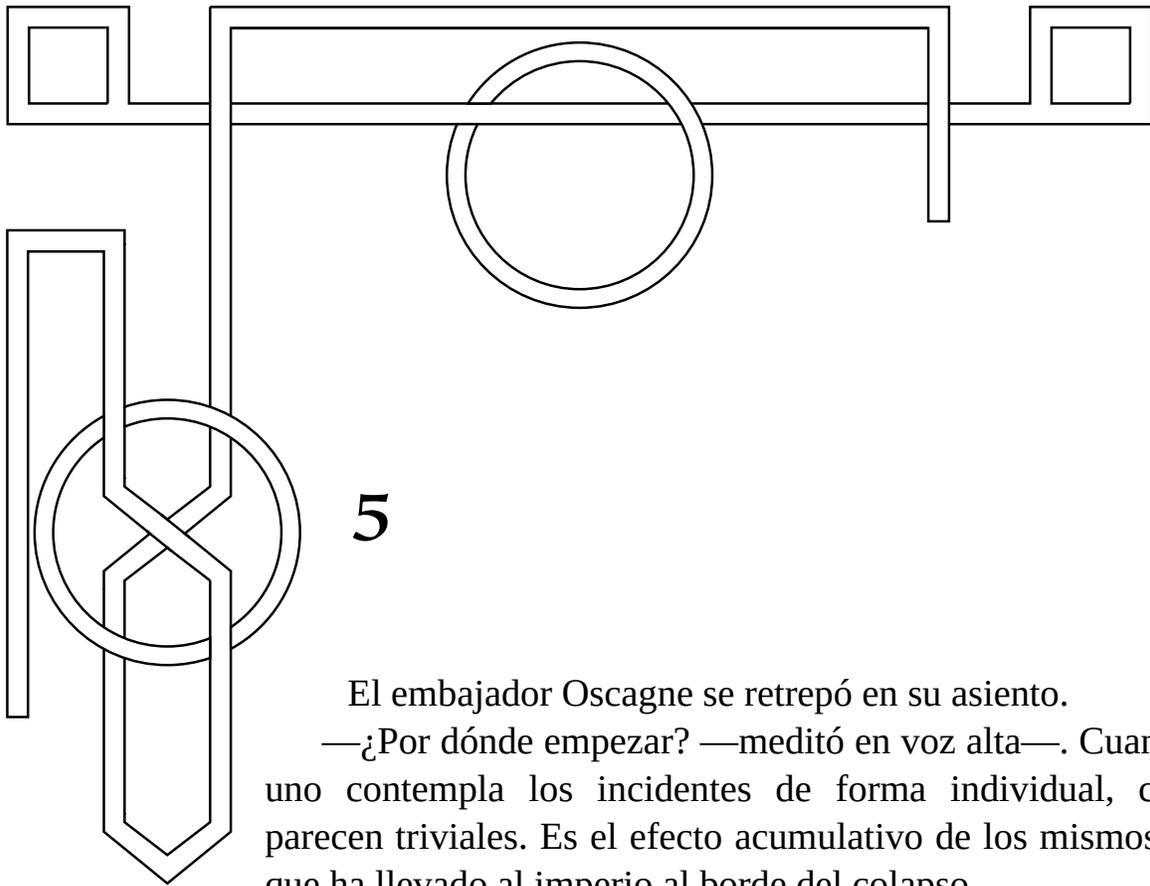
—En Tamuli tenemos un poco de inquietud civil —dijo Oscagne. Todos aguardaron.

—Eso es todo —les confesó Oscagne con tono de tristeza—. Por supuesto, estoy citando palabra por palabra lo dicho por el emperador... según sus propias instrucciones. Realmente hay que conocer al emperador para comprender lo que acabáis de oír. Preferiría morir antes que exagerar algo. Una vez se refirió a un huracán como a una «ligera brisa», y a la pérdida de la mitad de su flota como a un «inconveniente menor».

—Muy bien, excelencia —dijo Ehlana—. Ahora ya sabemos cómo caracterizaría el problema tu emperador. ¿Qué palabras emplearías tú para describirlo?

—Bueno —respondió Oscagne—, puesto que tu majestad es tan amable como para preguntado, la palabra catastrófico es la que surge en mi mente. Podríamos considerar insoluble, cataclismo, abrumador..., cosillas por el estilo. Creo realmente que tendríais que dedicarle un poco de consideración a la solicitud de su majestad, amigos míos, porque disponemos de algunas pruebas bastante seguras de que lo que está sucediendo en el continente daresiano podría muy pronto propagarse también al eosiano, y si eso llegara a ocurrir, muy probablemente significaría el final de la civilización tal y como la conocemos. No estoy completamente seguro de cómo pensáis vosotros, los elenios, acerca de ese tipo de cosas, pero los tamules estamos más o menos convencidos de que

debería hacerse algún esfuerzo para rechazar ese fenómeno. Se sienta un precedente extremadamente malo cuando se deja que el mundo toque a su fin cada semana o cosa así. Por alguna razón, eso parece erosionar la confianza que el pueblo tiene en sus gobiernos.



5

El embajador Oscagne se retrepó en su asiento.

—¿Por dónde empezar? —meditó en voz alta—. Cuando uno contempla los incidentes de forma individual, casi parecen triviales. Es el efecto acumulativo de los mismos el que ha llevado al imperio al borde del colapso.

—Podemos comprender ese tipo de cosas, excelencia —le aseguró Emban—. Hace siglos que la Iglesia ha estado al borde del colapso. Nuestra Santa Madre se tambalea de crisis en crisis como un marinero borracho.

—Emban —intervino Dolmant con tono suave.

—Lo siento —se disculpó el hombrecillo gordo de la Iglesia. Oscagne estaba sonriendo.

—A veces parece que sea eso lo que sucede, ¿no es cierto, vuestra gracia? —dijo a Emban—. Ya había supuesto yo que el gobierno de la Iglesia no era tan diferente del gobierno del imperio. Los burócratas necesitan las crisis con el fin de sobrevivir. Si no hay una crisis de alguna índole, alguien podría decidir que determinados puestos pueden ser eliminados.

—Por mi parte, he advertido esa misma forma de pensar —concedió Emban.

—Sin embargo, puedo aseguraros que lo que tenemos ahora en Tamuli no es alguna absurda revuelta generada con el fin de asegurar la posición de nadie. No estoy exagerando en lo más mínimo cuando digo que el imperio se halla al borde del colapso. —Su rostro de bronce adquirió una expresión pensativa—. No

somos un pueblo homogéneo como ocurre con vosotros en Eosia —comenzó—. En el Continente daresiano tenemos cinco razas. Nosotros, los tamuli, vivimos al este; los elenios están en el oeste; los estirios en los alrededores de Sarsos; los valesianos en su isla, y los cynesganos en la región central. Probablemente no es natural que tantas gentes distintas se hallen reunidas bajo un mismo techo. Nuestras culturas son diferentes, nuestras religiones son diferentes, y cada una de esas razas está convencida de que es la corona del universo. —Suspiró—. Probablemente las cosas nos habrían ido mejor si hubiéramos permanecido separados.

—Pero ¿en algún momento del pasado alguien se volvió ambicioso? —conjeturó Tynian en voz alta.

—Lejos de ello, *sir* caballero —replicó Oscagne—. Casi podría decirse que los tamules resbalamos hacia el imperio. —Miró a Mirtai, que estaba callada y con Danae sentada sobre el regazo—. Y ésa fue la razón —dijo, señalando a la gigantesca mujer.

—No fue culpa mía, Oscagne —protestó ella.

—No estaba culpándote personalmente a ti, atana. —Él le sonrió—. Sino a tu pueblo.

Ella sonrió a su vez.

—No había oído ese término desde que era niña. Nadie me ha llamado nunca antes «atana».

—¿Qué significa ese nombre? —le preguntó Talen a la mujer, con curiosidad.

—Guerrero. —Mirtai se encogió de hombros.

—Guerrera, en realidad —la corrigió Oscagne. Luego frunció el ceño—. No quiero resultar ofensivo, pero vuestro idioma elenio es limitado en su capacidad para traducir términos sutiles. —Miró a Ehlana—. ¿Ha advertido tu majestad que tu esclava no es exactamente como las otras mujeres? —le preguntó.

—Ella es mi amiga —objetó Ehlana—, no mi esclava.

—No seas ignorante, Ehlana —dijo Mirtai con tono áspero—. Por supuesto que soy una esclava. Tengo que serlo. Continúa con tu historia, Oscagne. Ya se lo explicaré a ellos más tarde.

—¿Piensas que realmente lo comprenderán?

—No. Pero se lo explicaré de todas formas.

—Y allí, reverendo archiprelado —dijo Oscagne a Dolmant—, allí reside la clave del imperio. Los atanes se entregaron a nosotros como esclavos hace

alrededor de mil quinientos años, para impedir que sus instintos homicidas aniquilaran a la totalidad de su propia raza. Como resultado de ello, los tamules tenemos el mejor ejército del mundo... a pesar de que básicamente seamos un pueblo no violento. Tenemos tendencia a ganar esos pequeños desacuerdos con otras naciones que surgen de vez en cuando y que habitualmente se arreglan mediante la negociación. Según nuestra opinión, nuestros vecinos son como niños pequeños, completamente incapaces de manejar sus propios asuntos. Nuestro imperio nació principalmente en interés del orden. —Recorrió con los ojos a los caballeros de la Iglesia—. Una vez más, mi intención no es la de ser ofensivo, pero la guerra es probablemente la más estúpida de las actividades humanas. Existen formas mucho más eficaces de persuadir a la gente para que cambie de modo de pensar.

—¿Como la amenaza de dejar en libertad a los atanes? —sugirió astutamente Emban.

—Eso funciona bastante bien, vuestra gracia —admitió Oscagne—. En el pasado, la presencia de los atanes habitualmente ha bastado para evitar que las discusiones políticas se volvieran demasiado fogosas. Los atanes son unos policías excelentes. —Suspiró—. Habréis advertido ese ligero matiz, estoy seguro de ello. He dicho «en el pasado». Desgraciadamente, eso ya no es una verdad. Un imperio formado por pueblos dispares debe siempre esperar esos pequeños estallidos de nacionalismo y discordia racial. Buscar formas de afirmar su propia importancia es algo que está en la naturaleza de los insignificantes y resulta patético, pero el racismo es siempre el último refugio de los insignificantes. Estos estallidos de mezquindad no suelen propagarse mucho por lo general, pero de pronto nos hemos encontrado con que todo Tamuli está luchando con una epidemia de ellos. Todo el mundo está cosiendo banderas, cantando himnos nacionales y elaborando insultos muy afilados para dirigirlos contra «los perros amarillos». Esos somos nosotros, claro está. —Se puso la mano ante los ojos y la miró con expresión crítica—. Nuestra piel no es realmente amarilla, ya lo veis. Es más bien... —Meditó la expresión correcta.

—¿Amarillenta? —sugirió Stragen.

—Eso tampoco es muy halagüeño, mi señor Stragen. —Oscagne sonrió—. Ah, bueno. Quizás el emperador designará una comisión especial que defina el color de nuestra piel de una vez y para siempre. —Se encogió de hombros—. En cualquier caso, los estallidos incidentales de nacionalismo e intolerancia racial no serían un verdadero problema para los atanes, ni siquiera en el caso de que

surgieran en todas y cada una de las poblaciones del imperio. Son los incidentes no naturales los que nos causan todas estas preocupaciones.

—Ya me suponía que había algo más —murmuró Ulath.

—Al principio, esas «demostraciones de magia» fueron dirigidas contra la propia gente —continuó Oscagne—. Cada cultura tiene sus héroes míticos, alguna personalidad descollante que unificó al pueblo les dio un sentido nacional y definió su carácter. El mundo moderno es complejo y provoca confusión, y las gentes sencillas anhelan la simplicidad de la era de los héroes, cuando las metas nacionales podían ser expresadas con sencillez y todos sabían con precisión quiénes eran. Alguien está resucitando a los héroes de la antigüedad en Tamuli.

Falquián sintió un repentino escalofrío.

—¿Gigantes? —preguntó.

—Bueno. —Oscagne consideró la pregunta—. Quizá sea ése el término apropiado. El paso de los siglos desdibuja y distorsiona, y nuestros héroes culturales tienden a hacerse más grandes que en la vida real. Supongo que cuando pensamos en ellos, imaginamos efectivamente a unos gigantes. Ésa es una percepción muy aguda, *sir* Falquián.

—No puedo aceptar realmente ese mérito, excelencia. El mismo tipo de cosa está sucediendo aquí.

Dolmant le echó una mirada penetrante.

—Te lo explicaré más tarde, Sarathi. Por favor, continúa, embajador Oscagne. Acabas de decir que quienquiera que esté agitando las cosas en Tamuli comenzó por resucitar a los héroes nacionales. Eso implica que las cosas han llegado más lejos.

—Oh, sí, ya lo creo, *sir* Falquián. Mucho, mucho más lejos. Cada cultura tiene sus trasgos además de sus héroes. Es con los trasgos con los que hemos estado encontrándonos, monstruos, *ifrits*<sup>[2]</sup>, hombreslobo, vampiros, todas esas cosas que los adultos utilizan para asustar a los niños y conseguir que se comporten bien. Nuestros atanes no pueden enfrentarse con ese tipo de cosas. Están entrenados para habérselas con seres humanos, no con todos los horrores que el genio de eones<sup>[3]</sup> ha reunido. Ése es nuestro problema. Tenemos nueve culturas distintas en Tamuli, y de pronto todas y cada una de ellas se ha puesto a perseguir sus metas históricas tradicionales. Cuando enviamos a nuestros atanes para que restablezcan el orden y reafirmen la autoridad del imperio, los horrores brotan del suelo y se enfrentan con ellos. No pueden manejar esas cosas. El

imperio está desintegrándose..., regresando a las diferentes partes separadas que lo componen. El gobierno de Su Majestad Imperial espera que vuestra Iglesia pueda reconocer una cierta comunidad de interés en el mismo. Si Tamuli vuelve a dividirse en nueve reinos guerreros, es casi seguro que el caos resultante tendrá impacto también sobre Eosia. Es la magia lo que nos tiene tan preocupados. Podemos enfrentarnos con las insurrecciones corrientes, pero no estamos preparados para manejar una conspiración a nivel continental que utiliza la magia de forma sistemática contra nosotros. Los estirios de Sarsos están perplejos. Todo lo que ellos intentan es contrarrestado casi antes de que lo pongan en práctica. Hemos oído historias acerca de lo sucedido en la ciudad de Zemoch, y es a ti a quien debo apelar personalmente, *sir* Falquián. Zalasta de Sarsos es el mago más sobresaliente de todo Styricum, y él nos ha asegurado que tú eres el único hombre de todo el mundo con el poder suficiente como para manejar esta difícil situación.

—Zalasta podría tener una idea exagerada de mis capacidades —dijo Falquián.

—¿Lo conoces?

—Nos vimos una vez. En realidad, excelencia, yo no fui más que una parte muy pequeña de lo que sucedió en Zemoch. Cuando se lo considera directamente, yo no jugué un papel mayor que el de mero canal para un poder que ni siquiera podría comenzar a describir. Yo fui el instrumento de otra cosa.

—Sea como fuere, tú continúas siendo nuestra única esperanza. Alguien está obviamente conspirando para derrocar al imperio. Tenemos que identificar a esa persona. A menos que podamos llegar a la fuente de todo esto y neutralizarlo, el imperio se derrumbará. ¿Nos ayudarás, *sir* Falquián?

—La decisión no es algo que pueda tomar yo, excelencia. Debes apelar a mi reina y a Sarathi, aquí presentes. Si ellos me lo ordenan, iré a Tamuli. Si me lo prohíben, no lo haré.

—En ese caso, dirigiré mis enormes poderes de persuasión hacia ellos. —Oscagne sonrió—. Pero aun el caso de que tenga éxito, y existen pocas dudas de que voy a tenerlo, continuamos enfrentándonos con un problema casi igualmente grave. Tenemos que proteger la dignidad de Su Majestad Imperial a toda costa. Una súplica de un gobierno a otro es una cosa, pero una súplica del gobierno de su majestad a un ciudadano particular es otra muy distinta. Ése es el problema que tenemos que tratar.

—No veo que tengamos ninguna otra alternativa, Sarathi —estaba diciendo Emban con gravedad. Era tarde. El embajador Oscagne se había retirado a dormir, y el resto de ellos, junto con el patriarca Ortzel de Kadach, Lamorkand, se habían reunido para dedicarle a la solicitud una seria consideración—. Puede que no aprobemos del todo algunas de las políticas del imperio tamul, pero la estabilidad del mismo es de un interés vital para nosotros en este preciso momento. Estamos plenamente comprometidos con nuestra campaña de Rendor. Si Tamuli se desmiembra, vamos a tener que sacar de Rendor a la mayoría de nuestros ejércitos, y a los caballeros de la Iglesia, para proteger nuestros intereses en Zemoch. Zemoch no es un lugar especialmente maravilloso, te lo aseguro, pero la importancia de sus montañas no podría ser nunca sobrevalorada. Hemos tenido una fuerza hostil en esas montañas durante los últimos dos mil años, y ese hecho ha ocupado toda la atención de nuestra Santa Madre. Si permitimos que otro pueblo hostil reemplace a los zemochs, todo lo que Falquián ha conseguido en la capital de Otha se perderá. Regresaremos al mismo punto en el que estábamos hace seis años. Tendremos que abandonar Rendor y comenzar a movilizarnos para hacer frente a una nueva amenaza procedente del este.

—Estás hablando de cosas obvias, Emban —dijo Dolmant.

—Ya lo sé, pero a veces ayuda el exponerlo todo de forma que todos podamos considerarlo.

—Falquián —comenzó nuevamente Dolmant—, si yo te ordenara que acudieses a Matherion, pero tu esposa te ordenara que te quedases en casa, ¿qué harías tú?

—Probablemente tendría que ingresar en un monasterio y rezar para pedir la guía de los dioses durante varios años.

—Nuestra Santa Madre Iglesia se siente abrumada por tu devoción, Falquián.

—Hago lo que puedo para complacerla, Sarathi. Después de todo, soy su fiel caballero.

Dolmant suspiró.

—En ese caso, todo el asunto se reduce a algún tipo de acuerdo entre Ehlana y yo, ¿no es así?

—Semejante sabiduría sólo puede proceder de Dios —observó Falquián mirando a sus compañeros.

—¿Te importa? —dijo Dolmant con tono ácido. Luego se volvió a mirar a la

reina de Elenia con una cierta resignación—. ¿Cuál es tu precio, majestad?

—¿Perdón?

—No demos vueltas de puntillas el uno en torno al otro, Ehlana. Tu campeón me ha puesto de espaldas contra la pared.

—Ya lo sé —replicó ella—, y estoy tan impresionada por él que apenas puedo soportarlo. Tendremos que discutir esto en privado, reverendo archiprelado. No queremos que *sir* Falquián se dé plena cuenta de su verdadero valor, ¿no te parece? Podría comenzar a forjarse la idea de que tenemos que pagarle lo que realmente vale.

—Odio todo esto —dijo Dolmant para nadie en especial.

—Pienso que quizá sería interesante tocar brevemente otro punto —sugirió Stragen—. La historia del embajador tamul tenía un cierto sonido familiar..., ¿o es que he sido yo el único en advertirlo? Tenemos en Lamorkand, en este momento, una situación que resulta sorprendentemente similar a lo que está sucediendo en Tamuli. Los lamorks están todos alegremente convencidos de que Drychnath ha regresado, y esa situación es casi idéntica a la que ha descrito Oscagne. Además, en el camino desde Cimmura hasta aquí, fuimos atacados por un grupo de guerreros lamork que sólo podían provenir de la antigüedad. Sus armas eran de acero, pero las armaduras que llevaban eran de bronce, y hablaban en lamork antiguo. Después de que *sir* Ulath matara al jefe, los que todavía estaban con vida se desvanecieron. Sólo quedaron allí los muertos... y estaban todos resecos.

—Y eso no es todo —agregó Falquián—. Esta primavera había algunos bandidos operando en las montañas de Eosia occidental. Los lideraba un antiguo partidario de Annias, y estaban haciendo todo lo posible para incitar a los campesinos a la rebelión. Platime consiguió infiltrar un espía en el campamento que tenían, y éste nos dijo que el movimiento era alentado por Krager, un antiguo subordinado de Martel. Cuando los atrapamos, intentamos interrogar a uno de ellos acerca de Krager, y una nube como la que vimos camino de Zemoch envolvió al hombre y lo desgarró en pedazos. Definitivamente, también se está tramando algo aquí en Eosia, y parece provenir de Lamorkand.

—¿Así que tú crees que existe una conexión? —preguntó Dolmant.

—Es la conclusión más lógica, Sarathi. Existen demasiadas similitudes como para que resulte seguro el pasarlas por alto. —Falquián hizo una pausa y miró a su esposa—. Esto podría causar un cierto descontento doméstico —dijo con pesar—, pero creo que sería mejor que pensáramos seriamente en la solicitud de

Oscagne. Alguien está removiendo en el pasado para traer de él gentes y cosas que han estado muertas durante milenios. Cuando nos encontramos con ese tipo de cosas en Pelosia, Sephrenia nos dijo que los dioses tenían capacidad de hacer eso.

—Bueno, eso no es completamente cierto, Falquián —lo corrigió Bevier—. Ella dijo que unos pocos de los magos estirios más poderosos podían también resucitar a los muertos.

—Creo que podemos descartar esa posibilidad —objetó Falquián—. Sephrenia y yo hablamos del asunto en una ocasión, y ella me contó que en los cuarenta mil años de la historia estiria, sólo habían existido dos estirios que tuvieran esa capacidad, y sólo de forma imperfecta. Este resucitar de ejércitos y héroes está teniendo lugar en nueve naciones de Tamuli y al menos una de las de Eosia. Existen demasiadas similitudes como para que se trate de una coincidencia, y la totalidad del esquema, sea cual sea su meta, es demasiado compleja como para que provenga de alguien que no tenga un pleno poder sobre el hechizo.

—¿Los dioses troll? —sugirió fríamente Ulath.

—Yo no descartaría esa posibilidad. Lo hicieron en una ocasión antes de ahora, así que sabemos que poseen la capacidad. En este preciso momento, sin embargo, lo único que tenemos son algunas sospechas basadas en conjeturas de nuestra experiencia. Necesitamos desesperadamente más información.

—Eso pertenece a mi terreno, Falquián —dijo Stragen—. El mío y el de Platime. Vas a ir a Daresia, según presumo.

—Estoy comenzando a mirar en esa dirección. —Falquián dirigió a su esposa una mirada de disculpa—. Estaría encantado de dejar que fuese otro en mi lugar, pero me temo que no sabría qué está buscando.

—Será mejor que vaya contigo —decidió Stragen—. Allí tengo asociados al igual que en Eosia, y las gentes de nuestro oficio reúnen información más rápidamente de lo que pueden hacerlo los miembros del vuestro.

Falquián asintió con la cabeza.

—Quizá podamos comenzar allí mismo —sugirió Ulath. Miró al patriarca Ortzel—. ¿Cómo empezaron todas esas descabelladas historias sobre Drychnath, vuestra gracia? No hay nadie cuya reputación perdure cuatro mil años, por muy impresionante que ese alguien fuera en un principio.

—Drychnath es una creación literaria, *sir* Ulath —replicó el severo clérigo rubio, sonriendo ligeramente. De la misma forma en que el ascenso al trono

había cambiado a Dolmant, también había cambiado Orzel por vivir en Chyrellos. Ya no parecía ser el mismo hombre rígido y provinciano que era cuando estaba en Lamorkand. A pesar de que no era en modo alguno tan mundano como Emban, había adquirido sin embargo algo de la sofisticación de sus colegas de la basílica. En aquella época sonreía ocasionalmente, y parecía estar desarrollando un taimado y no expresado sentido del humor. Falquián se había encontrado con él en varias ocasiones desde que Dolmant había llamado al clérigo a Chyrellos, y el enorme pandion se daba cuenta de que en realidad estaba comenzando a caerle bien aquel hombre. Orzel tenía aún sus prejuicios, por supuesto, pero comenzaba a estar dispuesto a admitir que los puntos de vista diferentes de los suyos propios podían tener alguna pequeña validez.

—¿Alguien simplemente lo inventó? —le estaba preguntando Ulath con incredulidad.

—Oh, no. Existió de verdad un ser llamado Drychtnath hace cuatro mil años. Probablemente algún muchacho pendenciero con el cerebro en los bíceps. Imagino que era del tipo habitual: sin cuello, sin frente, y sin nada ni remotamente parecido a la inteligencia entre oreja y oreja. Sin embargo, después de su muerte, algún poeta que luchaba con la falta de inspiración se apoderó de la historia y la embelleció con las sobadas convenciones de la épica histórica. La llamó *La saga de Drychtnath*, y Lamorkand estaría muchísimo mejor si ese poeta nunca hubiese aprendido a leer y escribir.

Falquián pensó haber detectado algunos verdaderos destellos de humor en aquello.

—Un solo poema difícilmente podría tener ese tipo de impacto, vuestra gracia —dijo Kalten con escepticismo.

—Subestimas el poder de una historia bien relatada, *sir* Kalten. Tendré que traducirla sobre la marcha, pero juzga por ti mismo.

Orzel se recostó en el respaldo de la silla, con los ojos entrecerrados.

—Como todos los hombres ya saben, la Edad de los Héroeos era una edad de bronce. Sólidas eran las espadas y hachas de bronce de los héroes de antaño, y poderosos los músculos de los hombres que las empuñaban en la jubilosa batalla. Y nadie había a todo lo ancho y largo de Lamorkand que fuera más fuerte que Drychtnath el herrero.

»Alto era Drychtnath y de hombros de buey, porque su oficio lo moldeaba mientras él moldeaba el candente metal. Espadas de bronce forjaba y lanzas afiladas como dagas, y hachas y escudos y bruñidos cascos y cotas de malla que

protegían de las estocadas del enemigo como si no fueran más que suave lluvia.

»Y he aquí que los guerreros de toda Lamorkand, la de oscuros bosques, entregaban alegremente buen oro y bruñida plata sin medida a cambio del bronce de Drychtnath, y el poderoso herrero aumentaba sus riquezas y su fortaleza al afanarse en su forja.

Falquián apartó los ojos de Ortzel y recorrió a los demás con la mirada. Los rostros de sus amigos estaban todos transportados. La voz del patriarca de Kadach subía y bajaba en regulares cadencias de relato bárbaro.

—Señor —jadeó *sir* Bevier cuando el patriarca hizo una pausa—, es hipnótico, ¿verdad?

—Ése siempre ha sido su peligro —respondió Ortzel—. El ritmo entumece el cerebro y hace que el pulso se acelere. Las gentes de mi raza son sensibles a la emotividad de *La saga de Drychtnath*. Un ejército de lamorks puede ser arrastrado al frenesí por el recitado de algunos de los pasajes más espeluznantes.

—¿Y bien? —preguntó ansiosamente Talen—. ¿Qué sucedió?

Ortzel sonrió con bondad al muchacho.

—Sin duda, un ladrón joven tan mundano no puede sentirse conmovido por un poema antiguo tan aburrido —sugirió taimadamente.

Falquián estuvo a punto de echarse a reír a carcajadas. Quizás el cambio operado en el patriarca de Kadach había ido más allá de lo que él suponía.

—Me gustan las buenas historias —admitió Talen—. Sin embargo, nunca antes había oído contar una de esa manera.

—Eso se llama «estilo oportuno» —murmuró Stragen—. A veces no es tan importante lo que cuenta la historia, sino la forma en que lo cuenta.

—Bueno —insistió Talen—. ¿Qué ocurrió?

—Drychtnath descubrió que un gigante llamado Kreindl había forjado un metal que podía cortar el bronce como si fuera mantequilla —prosiguió Ortzel en lenguaje coloquial—. Acudió a la guarida de Kreindl con sólo su acotillo como arma, le sonsacó al gigante el secreto del nuevo metal, y luego le saltó los sesos de un golpe con su improvisada arma. Seguidamente regresó a su casa y comenzó a forjar el nuevo metal, el acero, y lo utilizó para hacer armas. Muy pronto todos los guerreros de Lamorkand, o Lamorkland<sup>[4]</sup>, como se llamaba entonces, quiso tener su espada de acero, y Drychtnath se hizo enormemente rico. —Fruunció el entrecejo—. Espero que seáis pacientes conmigo —se disculpó—. Esto de traducir sobre la marcha es un poco difícil. —Pensó durante

un rato y luego comenzó a recitar nuevamente—. Y así llegó a suceder que la fama del poderoso herrero Drychnath se propagó por toda la tierra. Alto era el hombre, diez palmos completos, pienso yo, y anchos sus hombros. Tenía los músculos como el acero de su forja, y gentiles eran sus rasgos. Muchas doncellas de nobles casas suspiraban por él en el silencio de sus almas.

»Y como acontecía en aquellos lejanos días de antaño, el gobernante de los lamorks era el anciano rey Hygdahl, cuyos nevados cabellos hablaban de su sabiduría. Ningún hijo en su vida había tenido, sino una hija, concebida en su vejez, bella como el rocío de la mañana y llamada Vta y Hygdahl estaba amargamente apesadumbrado, porque bien sabía que cuando su espíritu fuera acogido en el seno de Hrokka, la contienda y la disputa desgarrarían las tierras de Lamork al enfrentarse los héroes entre sí por el trono y la mano de la bella Vta, porque semejante era el premio doble que recaería sobre el vencedor. Y así decidió al fin el rey Hygdahl asegurar el futuro de su reino y de su hija de un solo golpe, e hizo enviar mensajes a todos los confines de su vasto reino. El destino de Lamorkland y de Vta, la de brillantes ojos, serían decididos por la prueba de las armas. El más poderoso de los héroes ganaría riqueza, esposa y dominio por la fuerza de sus manos.

—¿Qué es un palmo? —lo interrumpió Talen.

—Veintidós centímetros —replicó Berit—. Se supone que es la medida que dista entre la punta del pulgar y la del meñique con la mano estirada al máximo.

Talen realizó un rápido cálculo mental.

—¿Dos metros veinte? —preguntó con incredulidad—. ¿Ese hombre medía dos metros veinte?

—Puede que eso sea ligeramente exagerado —replicó Ortzel con una sonrisa.

—¿Quién es Hrokka? —preguntó a su vez Bevier.

—El dios lamork de la guerra —le explicó Ortzel—. Hubo un período de finales de la era del bronce, en el que los lamorks regresaron al paganismo. Obviamente, Drychnath ganó aquella prueba de armas, y parece que ni siquiera mató a demasiados lamorks en el proceso. —Ortzel se aclaró la garganta y continuó con el recitado—. Y así fue como Drychnath, el herrero, el más poderoso héroe de la antigüedad, ganó la mano de Vta, la de brillantes ojos, y se convirtió en heredero del rey Hygdahl.

»Y cuando el banquete de la boda hubo acabado, el heredero de Hygdahl fue directamente a ver al rey. “Señor Rey —le dijo—, ya que tengo el honor de ser

el más poderoso guerrero de todo el mundo, es más que conveniente que el mundo entero venga a mis manos. A ese fin dedicaré mis esfuerzos cuando Hrokka os haya llamado a su casa. Conquistaré el mundo y lo someteré y lo haré doblegarse según mi voluntad, y conduciré a los héroes de Lamorkland hasta la misma Chyrellos. Allí derribaré los altares del falso dios de aquella Iglesia que, a pesar de ser afeminada, tiene poder y debilita a los guerreros con sus severas prédicas. Yo desdeño los consejos de ella, y conduciré a los héroes de Lamorkland para que traigan en gimientes carros de vuelta al hogar el botón del mundo”.

»Con alegría oyó Hygdahl las palabras del héroe, porque Hrokka, el dios de la espada de Lamorkland, se regocija en los afanes de la batalla e inspira a sus hijos para que amen el sonido de las espadas que chocan contra las espadas y la visión de la sangre que rocía la hierba. “Adelante, hijo mío, y conquista —le dijo—. Castiga a Peloi, aplasta a los cammorianos, destruye a los deiranos, y no olvides derribar la Iglesia que contamina la hombría de todos los elenios con sus consejos de paz y conducta cobarde”.

»Y cuando la noticia de los designios de Drychtnath llegó a la basílica de Chyrellos, la Iglesia se trastornó y tembló de terror ante el poderoso herrero, y los príncipes de la Iglesia recurrieron los unos al consejo de los otros y decidieron arrebatarle la vida al noble herrero, por miedo a que sus designios desposeyeran a la Iglesia y se apoderara de las riquezas de ésta para llevarlas a Lamorkland en sus gimientes carros, y fuera allí colocado en los altos muros del castillo del conquistador. Conspiraron así para enviar un guerrero de gran mérito a la corte del heredero de Hygdahl para que derribara el orgullo de Lamorkland, la de oscuros bosques.

»Con disimulado aspecto este guerrero traidor, deirano de nacimiento, Starkad era su nombre, fue hasta el castillo de Drychtnath y mansamente presentó sus respetos al heredero de Hygdahl. Y solicitó del héroe de Lamorkland que lo aceptara como vasallo. Y el corazón de Drychtnath estaba tan limpio de engaño y subterfugio que no sabía percibir la perfidia en los demás. Con alegría aceptó la aparente amistad de Starkad, y los dos fueron pronto como hermanos, de la forma en que Starkad lo había planeado.

»Y mientras los héroes de Drychtnath se afanaban, Starkad estaba siempre a la derecha de Drychtnath, con buen o mal tiempo, en la batalla y en el festejo, que es la consecuencia de la batalla. Fábulas le contaba que llenaban de regocijo el corazón de Drychtnath, y por el amor que tenía a su amigo le otorgaba el

poderoso herrero muchos tesoros con alegría, brazaletes de bruñido oro y gemas sin precio. Starkad aceptaba los regalos de Drychtnath con aparente gratitud y siempre, como el paciente gusano, se enterraba cada vez más en el corazón del héroe.

»Y en el momento en el que Hrokka creyó prudente, el rey Hygdahl se reunió con la compañía de los thanes inmortales en el castillo de los héroes, y entonces fue Drychtnath el rey de Lamorkland. Bien trazados estaban sus planes, y tan pronto como la corona fue puesta sobre su cabeza, él reunió a sus héroes y marchó para someter a la salvaje Peloi.

»Muchas fueron las batallas que el poderoso Drychtnath libró en las tierras de Peloi, y grandes las victorias que ganó. Y fue estando allí, en la tierra de las gentes-caballo, que los designios de la iglesia de Chyrellos se cumplieron porque allí, separados de sus amigos por las legiones de frenéticos pelois, Drychtnath y Starkad llevaron a cabo la degollina de los enemigos, bañando la hierba de los prados con la sangre de sus oponentes. Y allí, en la plena flor de su heroísmo, fue muerto el poderoso Drychtnath. Aprovechando una tregua en la lucha en la que todos se quedaron un poco apartados para recobrar el aliento y las fuerzas para reemprender la batalla, el engañoso deirano halló la oportunidad y clavó su espada maldita, más afilada que una daga, toda en la ancha espalda de su señor.

»Y Drychtnath sintió el frío toque de la muerte cuando el afilado acero de Starkad se le clavó. Y entonces se volvió para enfrentarse con el hombre al que había llamado amigo y hermano. “¿Por qué?”, le preguntó, con el corazón más dolorido por la traición que por la estocada de Starkad.

»“Esto es en el nombre del dios de los elenios”, le respondió Starkad con calientes lágrimas manándole de los ojos, porque en verdad amaba al héroe que acababa de asesinar. “No pienses que he sido yo quien te ha atravesado el corazón, hermano mío, porque no he sido yo sino nuestra Santa Madre Iglesia quien te ha arrebatado la vida”. Así diciendo, levantó una vez más su espantosa espada. “Defiéndete, Drychtnath, porque aunque tengo que matarte, no te asesinaré”.

»Entonces levantó el noble Drychtnath el rostro. “Eso no lo haré —le dijo— porque si mi hermano tiene necesidad de mi vida, se la doy yo libremente”.

»“Perdóname”, le pidió Starkad, levantando otra vez su espantosa espada.

»“Eso no puedo hacerlo —respondió el héroe—. Mi vida puedes tomarla, pero no podrás tener mi perdón”.

»“Que así sea entonces”, respondió Starkad, y diciendo esto clavó su mortal

espada en el gran corazón de Drychnath.

»Sólo un momento se mantuvo de pie el héroe y luego, lentamente, como cae el poderoso roble, cayó todo el orgullo de Lamorkland, y la tierra y los cielos resonaron con su caída.

En los ojos de Talen había lágrimas.

—¿Consiguió sobrevivir a eso? —preguntó—. Quiero decir que si no tomó represalias otro de los amigos de Drychnath. —El rostro del muchacho manifestaba la ansiedad de su dueño por oír más.

—Sin duda no querrás perder el tiempo con una historia antigua, aburrida y gastada que tiene miles de años —dijo Ortzel. Fingía asombro pero en sus ojos había un destello socarrón.

Falquián se tapó la cara con una mano para ocultar su sonrisa. Desde luego, Ortzel había cambiado de forma definitiva.

—Yo no sé si Talen lo haría —replicó Ulath—, pero yo sí.

Obviamente existían ciertas similitudes entre las culturas de la Thalesia de la época en la que estaban y la antigua de Lamorkland.

—Bueno, pues —dijo Ortzel—, yo diría que aquí podríamos hacer un trato. ¿Cuántos actos de contrición estaríais los dos dispuestos a ofrecerle a nuestra santa madre a cambio del resto de la historia?

—Ortzel —lo reprobó Dolmant.

El patriarca de Kadach levantó una mano.

—Es un intercambio perfectamente legítimo, Sarathi —dijo—. La iglesia lo ha utilizado muchas veces en el pasado. Cuando yo era un sencillo pastor rural, utilizaba exactamente este método para asegurar la asistencia regular a mis servicios. El renombre de mi congregación se difundió a lo largo y ancho de la tierra a causa de su devoción... hasta que me quedé sin historias. —Entonces se echó a reír. Todos se sobresaltaron un poco ante aquello: muchos de los allí presentes hubieran apostado a que el severo y poco afable patriarca de Kadach no sabía cómo hacerlo—. Sólo estaba bromeando —dijo al joven ladrón y al gigante thalesiano—. De todas formas, no me desagradaría si vosotros dos dedicarais una meditación seria al estado de vuestras almas.

—Cuenta la historia —insistió Mirtai. Mirtai era una guerrera y, al parecer, también sensible a una historia conmovedora.

—¿Presiento aquí la posibilidad de una conversión? —preguntó Ortzel a la mujer.

—Lo que estás percibiendo es la posibilidad de tener problemas de salud,

Ortzel —dijo ella a bocajarro. Mirtai nunca empleaba los títulos cuando hablaba con la gente.

—Muy bien, pues. —Ortzel volvió a reír y continuó con la traducción.

»Escuchad ahora, oh, hombres de Lamorkland, y oíd cómo Starkad recibió su pago. Algunas lágrimas derramó él entonces sobre su hermano caído, y luego volvió su furiosa cólera contra los de Peloi, y ellos huyeron de él profiriendo alaridos. Inmediatamente abandonó él el campo de batalla y viajó sin ser molestado hasta la ciudad sagrada de Chyrellos, para allí advertir a los príncipes de la Iglesia de que su designio se había cumplido. Y cuando todos se hubieron reunido en la basílica que es la corona de su presuntuoso orgullo, relató Starkad la triste historia de la caída de Drychtnath, el más grande héroe de antaño.

»Y se deleitaron los blandos y regalados príncipes de la Iglesia con la caída del héroe pensando que su orgullo, poder y posición estaban a salvo, y habló cada uno alabanzas de Starkad y le ofrecieron buen oro sin medida por el hecho que había realizado.

»Pero frío estaba el corazón del héroe, y miró a los hombres nimios a los que había salvado, recordando con lágrimas al gran hombre que había matado por orden de ellos. “Señores de la Iglesia —les dijo entonces—. ¿Pensáis que el simple oro me satisfará como pago por lo que he hecho en vuestro nombre?”.

»“Pero ¿qué más podemos ofrecerlos?”, le preguntaron ellos con gran perplejidad.

»“Quiero el perdón de Drychtnath”, declaró Starkad.

»“Pero eso no podemos obtenerlo para vos —le respondieron ellos—, porque el temible Drychtnath yace ahora en la casa de la muerte de la que ningún hombre regresa ya. Os rogamos, poderoso héroe, ¿qué otra cosa podemos ofrecerlos en recompensa por este gran servicio que nos habéis prestado?”.

»“Sólo una cosa”, dijo entonces Starkad con mortal gravedad. “¿Y qué es eso?”, le preguntaron ellos.

»“La sangre de vuestros corazones”, les respondió Starkad. Y, diciendo esto, corrió a la maciza puerta y la encadenó con cadenas de acero para que nadie pudiera huir de él. Desenvainó entonces *Hlorithn*, la brillante espada del temible Drychtnath, la que había traído a Chyrellos para aquel exacto propósito. Y luego tomó el héroe Starkad el pago por el hecho que había llevado a cabo en las llanuras de Peloi.

»Y cuando concluyó de recoger aquello que se le debía, la iglesia de Chyrellos quedó decapitada y ninguno de sus príncipes vio la puesta de sol de

aquel día, y aún apesadumbrado por haber matado a su amigo, Starkad se marchó con tristeza de la ciudad sagrada y no volvió a ella nunca más.

»Pero se dice en Lamorkland, la de oscuros bosques, que los oráculos y los augures hablan todavía hoy del poderoso Drychnath y del día en el que Hrokka, dios de la guerra, se aplacará y liberará al espíritu de Drychnath del servicio de uno de los nobles inmortales del castillo de los héroes, para que pueda venir una vez más a Lamorkland y emprender nuevamente su grandioso designio. Y entonces, ¡cómo volverá a correr la sangre! ¡Cómo temblarán los reyes del mundo cuando nuevamente el mundo se estremezca bajo los poderosos pasos del temible Drychnath el Destructor! Y las coronas y tronos de la tierra quedarán en su inmortal poder como estaba predestinado que sucediera desde el principio. — La voz de Ortzel descendió hasta el silencio para Indicar que había llegado al final.

—¿Y eso es todo? —protestó vehementemente Talen.

—Me he saltado una gran cantidad de pasajes —concedió Ortzel—, la descripción de las batallas y cosas así. Los lamorks de la antigüedad sentían una fascinación malsana por cierto tipo de cifras. Querían saber cuántos barriles de sangre, libras de cerebro y palmos de entrañas se derramaban durante las festividades guerreras.

—Pero esa historia no acaba correctamente —protestó Talen—. Drychnath era el héroe, pero después de que Starkad lo matara, el asesino se transformó en el héroe. Eso no está bien. No debería de permitirse que la gente cambiara de esa manera.

—Ése es un argumento muy interesante, Talen..., especialmente cuando viene de ti.

—Yo no soy una mala persona, vuestra gracia, sólo soy un ladrón. No es lo mismo en absoluto. Al menos los clérigos recibieron todos lo que se merecían.

—Te queda un largo camino que recorrer con éste, Falquián —observó Bevier—. Todos queríamos a Kurik como a un hermano, pero ¿estamos completamente seguros de que su hijo tiene las dotes necesarias para ser un caballero de la Iglesia?

—Estoy trabajando en ello —replicó Falquián, meditabundo—. Así que ésa es la historia de Drychnath. ¿Cuán profundamente cree el pueblo en esa fábula, vuestra gracia?

—Es algo mucho más profundo que la fe, Falquián —respondió Ortzel—. Esa historia está en la sangre de todos nosotros. Yo estoy completamente

comprometido con la Iglesia, pero cuando oigo *La saga de Drychtnath*, me vuelvo pagano..., al menos durante un rato.

—Bueno —comentó Tynian—, ahora sabemos contra qué nos enfrentamos. Tenemos una misma cosa sucediendo tanto en Lamorkand como en Rendor. Tenemos herejías que están surgiendo a todo nuestro alrededor. Sin embargo, eso no resuelve aún nuestro problema. ¿Cómo va a poder Falquián, al igual que el resto de nosotros, acudir a Tamuli sin insultar al emperador?

—Yo ya he resuelto ese problema, Tynian —le respondió Ehlana.

—¿Perdón, majestad?

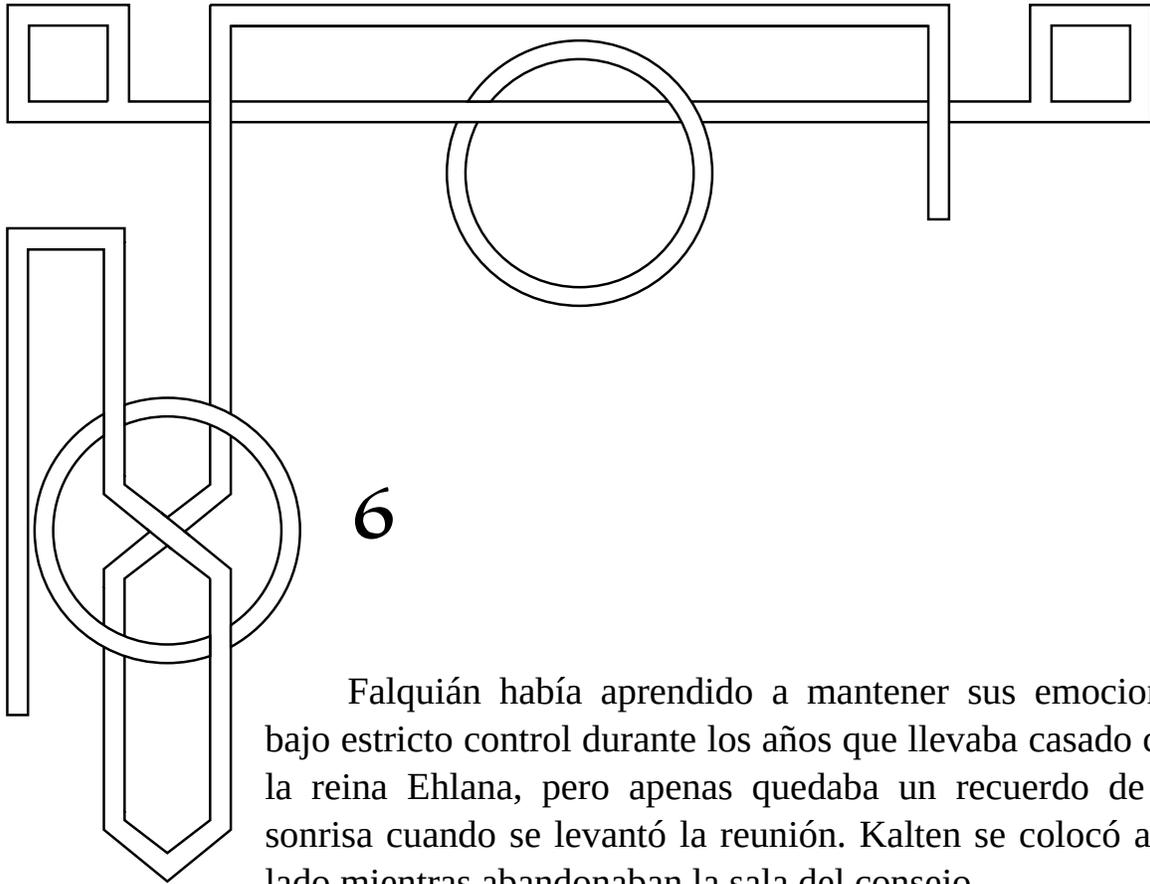
—Es tan sencillo que casi me avergüenza que ninguno de vosotros lo haya pensarlo antes que yo.

—Ilumínanos, majestad —pidió Stragen—. Haz que nos sonrojemos por nuestra estupidez.

—Ya es hora de que los reinos elenios occidentales establezcan comunicación con el imperio tamul —les explicó ella—. Somos vecinos, después de todo. Es políticamente muy sensato que yo realice una visita real a Matherion y si vosotros, caballeros, sois todos muy amables conmigo, os invitaré a acompañarme. —Frunció el entrecejo—. Ése era el menor de nuestros problemas. Ahora tendremos que ocuparnos de algo mucho más grave.

—¿Y de qué se trata, Ehlana? —preguntó Dolmant.

—De que sencillamente no tengo absolutamente nada que ponerme, Sarathi.



Falquián había aprendido a mantener sus emociones bajo estricto control durante los años que llevaba casado con la reina Ehlana, pero apenas quedaba un recuerdo de su sonrisa cuando se levantó la reunión. Kalten se colocó a su lado mientras abandonaban la sala del consejo.

—Deduzco que no estás nada complacido con la solución que nuestra reina le ha dado al problema —observó.

Kalten era amigo de infancia de Falquián, y había aprendido a leer aquel rostro arrugado.

—Podría decirse que así es —replicó Falquián con voz tensa.

—¿Estás abierto a una sugerencia?

—Te escucharé. —Falquián no quería hacer ninguna promesa sobre aquel tema en particular.

—¿Por qué tú y yo no vamos a la cripta de los sótanos de la basílica?

—¿Para qué?

—He pensado que querrías dar rienda suelta a algunos sentimientos antes de que tu esposa y tú converséis sobre el asunto. Eres un poco salvaje cuando estás enfadado, Falquián, y yo le tengo verdaderamente mucho cariño a tu esposa. Si le dices a la cara que es una idiota, vas a herir sus sentimientos.

—¿Estás intentando ser gracioso?

—En lo más mínimo, amigo mío. Yo me siento casi de la misma forma que

tú al respecto, y he recibido una educación muy pintoresca. Cuando te quedas sin palabras insultantes y juramentos, yo te proporcionaré algunas que con seguridad no has oído jamás.

—Vamos —dijo Falquián, girando abruptamente hacia un corredor lateral.

Atravesaron con rapidez la nave haciendo una breve genuflexión ante el altar al pasar por delante del mismo, y descendieron a la cripta que contenía los huesos de los archiprelados de varios eones.

—No des puñetazos en los muros —advirtió Kalten cuando Falquián comenzó a pasearse de arriba para abajo, maldiciendo y sacudiendo los brazos en el aire—. Romperías los jarretes de los muertos.

—¡Es un absurdo, Kalten! —dijo Falquián... tras haber gritado expresiones profanas durante varios minutos.

—Es algo peor que eso, amigo mío. En el mundo siempre hay lugar para los absurdos. De hecho son bastante divertidos, pero esto es peligroso. No tenemos forma de saber con qué vamos a encontraros en Tamuli. Yo quiero profundamente a tu esposa, pero el llevarla con nosotros va a crear inconvenientes.

—¿Inconvenientes?

—Estoy intentando ser cortés. ¿Qué tal «un jodido estorbo embarazoso»?

—Eso es más exacto.

—Sin embargo, nunca podrás convencerla de que se quede en casa. Yo dejaría eso como una causa perdida antes de comenzar siquiera. Es obvio que ya ha tomado una decisión, y es tu superior por rango. Probablemente deberías intentar poner la mejor cara posible ante la situación..., evitar la vergüenza de que te manden callar la boca y marcharte a tu habitación.

Falquián gruñó.

—Creo que la mejor forma de abordar el tema es hablar con Oscagne. Vamos a llevarnos a lo más precioso de Elenia al continente daresiano en el que las cosas están lejos de ser tranquilas. El que tu esposa acuda allí es un favor personal que le hace al emperador de Tamuli, por lo que él está obligado a protegerla. Una escolta de unas cuantas docenas de legiones de atanes que vayan a recibirnos a la frontera de Astel podría ser considerado como un signo del aprecio de su majestad, ¿no te parece?

—Realmente, ésa no es una mala idea, Kalten.

—No soy totalmente estúpido, Falquián. Ahora bien, Ehlana esperará que despotriques, te pongas hecho una furia y sacudas mucho los brazos ante ella.

Está preparada para eso, así que no lo hagas. Ella va a acompañarnos. Ya hemos perdido la batalla, ¿no te parece?

—A menos que yo la encadene a la cama.

—Ésa es una idea interesante.

—Es igual.

—Tácticamente, es una insensatez el luchar hasta las últimas consecuencias a menos que uno se halle atrapado. Concédete esta victoria, y entonces ella te deberá una. Utilízala para conseguir que conceda no hacer absolutamente nada mientras estemos en Tamuli, sin tu expreso permiso. De esa forma podremos mantenerla casi tan a salvo como lo estaría de quedarse aquí. Existe una buena posibilidad de que se sienta tan feliz por el hecho de que no le hayas gritado, que conceda en ello sin pensarlo cuidadosamente. Tú tendrás la posibilidad de restringir sus movimientos cuando lleguemos a destino..., al menos lo bastante como para mantenerla apartada del peligro.

—Kalten, a veces me asombras —dijo Falquián a su amigo.

—Ya lo sé —replicó el rubio pandion—. Esta cara mía de aspecto estúpido resulta a veces muy útil.

—¿Dónde aprendiste tantas cosas acerca de cómo manipular a la realeza?

—Yo no estoy manipulando a la realeza, Falquián. Estoy manipulando a una mujer, y en eso soy un experto. Las mujeres son negociadoras natas. Les encantan estos pequeños regateos. Si acudes a una mujer y le dices: «Yo haré esto por ti si tú haces lo otro por mí», ella estará siempre dispuesta a hablar al menos sobre la posibilidad. Las mujeres siempre quieren hablar de las cosas. Si tú no pierdes de vista lo que realmente persigues, casi siempre acabarás por encima de ella. —Hizo una pausa—. Metafóricamente hablando, claro está —agregó.

—¿Qué te traes entre manos, Falquián? —preguntó Mirtai con suspicacia cuando Falquián se acercó a las habitaciones que Dolmant había puesto a disposición de Ehlana y su séquito personal.

Falquián tuvo buen cuidado de borrar de su rostro la expresión farisaica, y asumió en cambio una de profunda preocupación.

—No intentes hacerte el listo, Falquián —dijo ella—. Si le haces daño, tendré que matarte, ya lo sabes.

—No voy a hacerle daño, Mirtai. Ni siquiera voy a chillarle.

—Te traes algo entre manos, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. Cuando me hayas encerrado dentro, apoya la oreja contra la puerta y escucha. —Le echó una mirada de soslayo—. Aunque tú haces eso siempre, de todas formas, ¿no es cierto?

Ella se ruborizó visiblemente. Abrió con brusquedad la puerta.

—¡Haz el favor de entrar, Falquián! —le ordenó, con el rostro amenazando tormenta.

—Vaya, ¿no estás picajosa esta noche?

—¡Entra!

Ehlana estaba preparada para su visita; eso era bastante evidente. Llevaba puesta una bata de color rosa pálido que le confería un aspecto particularmente tentador, y se había arreglado los cabellos. Sin embargo, había en sus ojos una tensión apenas perceptible.

—Buenas noches, amor —saludó tranquilamente Falquián—. Ha sido un día tedioso, ¿no? Las conferencias pueden ser tremendamente agotadoras a veces. —Atravesó la habitación, deteniéndose para besarla casi a la ligera al pasar, y se sirvió una copa de vino.

—Ya sé lo que vas a decir, Falquián —declaró ella.

—¿Ah, sí? —Él le dedicó una mirada inocente.

—Estás enfadado conmigo, ¿no es cierto?

—No. Realmente, no. ¿Qué te ha hecho pensar que estaría enfadado?

Ella parecía un poco menos segura de sí.

—¿Quieres decir que no lo estás? Pensaba que a estas alturas estarías echando chispas... respecto a mi decisión de hacer una visita real a Tamuli, me refiero.

—No, en realidad, ésa es una muy buena idea. Por supuesto, tendremos que tomar algunas precauciones para garantizar tu seguridad, pero siempre tenemos que hacerlo, por lo que ya estamos bastante acostumbrados a ello, ¿no es así?

—¿De qué clase de precauciones estás hablando en este caso? —El tono de la voz de la reina era de sospecha.

—Nada demasiado extremo, querida. No creo que debas salir a pasear sola por los bosques ni visitar las madrigueras de los ladrones sin algún tipo de escolta. No estoy pensando en nada que se salga de lo corriente, y tú ya estás habituada a ciertas restricciones en tus movimientos. Estaremos en un país extraño, y no conocemos a su pueblo. Sé que confiarás en mí para que olfatee las cosas, por así decirlo, y que no discutirás conmigo en caso de que te diga que

algo es demasiado peligroso. Todos podremos vivir con eso, estoy seguro. Después de todo, tú me pagas para que te proteja, así que no vamos a tener riñas tontas por las medidas de seguridad, ¿o sí vamos a tenerlas?

Él mantuvo el tono de su voz suave y dulcemente razonable, sin darle a ella razón alguna para que preguntara qué era lo que tenía exactamente en la cabeza cuando hablaba de «medidas de seguridad».

—Tú sabes sobre ese tipo de cosas mucho más que yo, amor mío —concedió ella—, así que dejaré todo eso enteramente en tus manos. Si una chica tiene un campeón que resulta ser el más grande caballero de todo el mundo, sería una tonta si no le prestara atención alguna, ¿no te parece?

—Yo pienso exactamente lo mismo —asintió él.

Aquella era una victoria pequeña, sin duda alguna, pero cuando uno está tratando con una reina, las victorias son difíciles de conseguir.

—Bueno —dijo ella mientras se ponía de pie—, puesto que no vamos a peleamos, ¿por qué no nos vamos a la cama?

—Buena idea.

La gatita que Talen le había regalado a la princesa Danae se llamaba *Mmrr*, y *Mmrr* tenía un hábito que irritaba particularmente a Falquián. A los gatitos les gusta contar con compañía cuando duermen, y *Mmrr* había descubierto que Falquián se enroscaba ligeramente cuando estaba durmiendo y que aquel espacio que le quedaba detrás de las rodillas era un lugar perfecto para que ella se acurrucara. Falquián dormía generalmente con la ropa de la cama estrechamente apretada en torno al cuello, pero eso no era un verdadero problema. Un frío y húmedo toque de nariz en la parte posterior del cuello conseguía que diese un violento respingo, y aquel movimiento involuntario abría siempre una entrada lo suficientemente grande para una gatita emprendedora. *Mmrr* encontraba que todo el proceso era bastante satisfactorio y más bien divertido.

A Falquián, sin embargo, no se lo parecía. Era poco antes del amanecer cuando emergió del dormitorio, despeinado, con ojos soñolientos, y un poco malhumorado.

La princesa Danae entró en la habitación central arrastrando distraídamente tras de sí a *Rollo*.

—¿Has visto a mi gata? —preguntó al padre.

—Está en la cama con tu madre —replicó él con sequedad.

—Tendría que haberlo sabido, supongo. A *Mmrr* le gustan los olores de madre. Ella misma me lo ha dicho.

Falquián recorrió la estancia con los ojos y luego, cuidadosamente, cerró la puerta del dormitorio.

—Necesito hablar nuevamente con Sephrenia —dijo a la niña.

—De acuerdo.

—Pero no aquí. Buscaré otro sitio.

—¿Qué sucedió la pasada noche?

—Tendremos que ir a Tamuli.

—Pensaba que ibas a hacer algo con respecto a Drychtnath.

—Voy a hacerlo... en cierto sentido. Parece que en el continente daresiano hay algo, o alguien, que está detrás de Drychtnath. Creo que allí podremos averiguar más sobre él de lo que jamás conseguiríamos saber aquí. Lo dispondré todo para que te lleven de vuelta a Cimmura.

Ella hizo un mohín con su pequeña boca.

—No, creo que no —dijo—. Será mejor que yo vaya contigo.

—Eso está totalmente fuera de discusión.

—Oh, Falquián, haz el favor de crecer de una vez. Voy a acompañarte porque vas a necesitarme cuando llegues allí. —Arrojó negligentemente a *Rollo* a un rincón—. También voy a ir porque tú no puedes impedírmelo. Dame alguna razón para hacerlo, Falquián. En caso contrario tendrás que explicarle a mi madre cómo he conseguido adelantarme a vosotros cuando todos me encontráis sentada en un árbol junto a algún punto del camino. Vístete, padre, y ve a buscar un lugar en el que podamos hablar en privado.

Un rato después, Falquián y su hija ascendían por una escalera de espiral de madera que conducía al campanario que estaba encima de la cúpula de la basílica. Probablemente no existía ningún sitio más privado en todo el mundo, sobre todo a la vista del hecho de que los escalones de madera que conducían a la torre del campanario no crujían tanto como gritaban cuando alguien comenzaba a subir por ellos.

Cuando alcanzaron el pequeño espacio con aberturas que se hallaba muy en lo alto y dominaba la ciudad, Danae pasó varios minutos observando Chyrellos.

—Siempre puede verse mucho mejor desde los lugares muy altos como éste —comentó—. Es casi la única razón válida que jamás he hallado para volar.

—¿Puedes realmente volar?

—Por supuesto. ¿Tú no?

—Tú lo sabes muy bien, Aphrael.

—Siempre estoy haciéndote bromas, Falquián. —La niña se echó a reír—. Comencemos.

Se sentó, cruzó las piernas y levantó su pequeño rostro para entonar la canción de trinos que había cantado en Cimmura. Luego, al igual que entonces, sus ojos se cerraron y el rostro se le volvió inexpresivo mientras la canción se apagaba.

—¿Qué es lo que sucede esta vez, Falquián? —La voz de Sephrenia sonaba un poco ácida.

—¿Qué sucede, pequeña madre?

—¿Te das cuenta de que aquí estamos en mitad de la noche?

—¿Ah, sí?

—Por supuesto que sí. El sol está ahora en tu mitad del mundo.

—Asombroso..., aunque supongo que tiene su lógica cuando uno lo piensa. ¿Te he molestado?

—Sí, da la casualidad de que lo has hecho.

—¿Qué estabas haciendo a tan altas horas de la noche?

—Nada que sea de tu incumbencia. ¿Qué quieres?

—Muy pronto marcharemos a Daresia.

—¿Qué?

—El emperador nos ha pedido que vayamos... Bueno, realmente me lo ha pedido a mí. Los demás van siguiéndome los pasos. Ehlana va a hacer una visita real a Matherion con el fin de proporcionarnos más o menos una excusa para estar allí.

—¿Es que te has despedido de tu buen juicio? Tamuli es un lugar muy peligroso en estos momentos.

—Probablemente no mucho más de lo que lo es Eosia. Fuimos atacados por lamorks de la antigüedad cuando veníamos de camino hacia aquí, entre Chyrellos y Cimmura.

—Quizá eran sólo lamorks de la época moderna ataviados con ropas antiguas.

—Yo tengo serias dudas al respecto, Sephrenia. Se desvanecieron cuando el ataque comenzó a fracasar.

—¿Todos?

—Excepto los que ya estaban muertos. ¿Te ofendería un poco de lógica?

—No, a menos que te extiendas en exceso.

—Estamos prácticamente seguros de que los atacantes eran en efecto lamorks antiguos, y el embajador Oscagne nos ha dicho que alguien ha estado resucitando antiguos héroes también en Daresia. La lógica implica que este asunto de la resurrección se origina en Tamuli y que su meta es la de despertar sentimientos nacionalistas con el fin de debilitar a los gobiernos centrales..., el imperio en Daresia y la Iglesia de aquí, de Eosia. Si tenemos razón respecto a que la fuente de todas estas actividades se encuentra en alguna parte de Tamuli, ése es el lugar más lógico para comenzar a buscar respuestas. ¿Dónde estás ahora mismo?

—Vanion y yo estamos en Sarsos, en Astel oriental. Será mejor que vengas hasta aquí, Falquián. Estas conversaciones a larga distancia tienden a desfigurar las cosas.

Falquián pensó durante un instante mientras intentaba recordar el mapa de Daresia.

—En ese caso iremos por vía terrestre. Buscaré alguna forma de conseguir que los demás estén de acuerdo con eso.

—Trata de no demorarte mucho, Falquián. Es realmente muy importante que hablemos cara a cara.

—De acuerdo, que duermas bien, pequeña madre.

—No estaba durmiendo.

—Ah. ¿Y qué estabas haciendo?

—¿Es que no has oído lo que te dijo antes, Falquián? —preguntó la voz de su hija.

—¿Referente a qué?

—Te dijo que no era nada de tu incumbencia lo que estaba haciendo.

—¡Qué sorprendente buena idea, majestad! —dijo Oscagne más tarde aquella misma mañana, cuando todos se reunieron una vez más en la sala privada de audiencias de Dolmant—. A mí no se me habría ocurrido ni en un millón de años. Los señores de los países vasallos de Tamuli no acuden a Matherion a menos que sean convocados por Su Majestad Imperial.

—Las reglas de Eosia son menos restrictivas, excelencia —dijo Emban—. Tienen una soberanía absoluta.

—Asombroso. ¿No tiene vuestra Iglesia autoridad ninguna sobre los actos de esos reyes, vuestra gracia?

—Sólo en los asuntos espirituales, me temo.

—¿Y no resulta eso inconveniente?

—No puede imaginarse cuán inconveniente, embajador Oscagne. —Dolmant suspiró mientras dirigía a Ehlana una mirada cargada de reproches.

—Sé amable, Sarathi —murmuró ella.

—Entonces, ¿no hay nadie realmente a cargo del poder aquí, en Eosia? ¿Nadie tiene autoridad absoluta para tomar las decisiones finales?

—Es una responsabilidad que compartimos entre todos, excelencia —le explicó Ehlana—. Nos gusta compartir las cosas, ¿no es cierto, Sarathi?

—Por supuesto —replicó Dolmant sin demasiado entusiasmo.

—La naturaleza, ruda pero eficaz, de toma y daca de la política eosiana tiene una cierta utilidad, excelencia —dijo Stragen arrastrando las palabras—. La política de consenso nos proporciona la ventaja de poder aunar un amplio abanico de formas de pensar.

—En Tamuli pensamos que el tener una sola forma de pensar crea muchas menos confusiones.

—¿La forma de pensar del emperador? ¿Y qué sucede cuando resulta que el emperador es un idiota? ¿O un loco?

—El gobierno generalmente funciona esquivándolo —admitió suavemente Oscagne—. Sin embargo, semejantes desgracias imperiales raras veces viven durante mucho tiempo.

—Ah —dijo Stragen.

—Quizá deberíamos ponemos al trabajo —sugirió Emban. Atravesó la sala hasta un enorme mapa del mundo conocido que colgaba de la pared—. La forma más rápida de viajar es por mar —señaló—. Podríamos embarcar en Madel de Cimmura, atravesar el mar Interior, rodear el extremo meridional de Daresia, y subir después por la costa oriental hasta Matherion.

—¿Podríamos? —preguntó *sir* Tynian.

—Ah, ¿no os lo había dicho? —preguntó Emban—. Voy a acompañaros. De cara a los demás, seré el consejero espiritual de la reina Ehlana. En realidad, seré un enviado personal del archipelado.

—Probablemente sea más prudente mantener el sabor elénico en la expedición —explicó Dolmant—, de cara al público, en cualquier caso. No compliquemos las cosas enviando a Matherion dos expediciones por separado.

Falquián tenía que actuar rápidamente y no disponía de muchos recursos con los que trabajar.

—El viajar por barco tiene ciertas ventajas —concedió—, pero creo que tiene un inconveniente muy importante.

—¿Ah, sí? —dijo Emban.

—Satisface lo suficientemente bien los requerimientos de una visita real, pero no así los motivos verdaderos que tenemos para trasladarnos a Tamuli. Excelencia, ¿qué es lo que con más probabilidad sucederá cuando lleguemos a Matherion?

—Lo habitual. —Oscagne se encogió de hombros—. Audiencias, banquetes, revista de tropas, conciertos, esa vertiginosa ronda de actividades sin sentido que todos adoramos.

—Exacto —asintió Falquián—. Y con seguridad no podremos conseguir hacer nada más, ¿estoy en lo cierto?

—Probablemente, no.

—Pero nosotros no vamos a Tamuli para asistir a unos festejos de un mes de duración. Para lo que en realidad vamos a trasladarnos allí es para averiguar qué hay detrás de todos esos disturbios. Necesitamos información, no entretenimiento, y la información está probablemente en el traspais, no en la capital. Creo que deberíamos encontrar alguna excusa para viajar por tierra. —Aquella era una sugerencia práctica, y ocultaba bastante bien la verdadera razón que Falquián tenía para querer viajar por tierra.

La expresión de Emban era de disgusto.

—De esa forma estaremos en camino durante varios meses.

—Quedándonos en Matherion llegaríamos a conseguir tanto como si nos quedáramos aquí, vuestra gracia. Tenemos que salir de la capital.

Emban gimió.

—Estás absolutamente decidido a hacerme viajar a caballo durante todo el camino desde aquí hasta Matherion, ¿no es cierto, Falquián?

—Podéis quedaros aquí, vuestra gracia —le sugirió Falquián—. Siempre podemos llevarnos al patriarca Bergsten en vuestro lugar. De todas formas, nos será de más ayuda en caso de pelea.

—Ya está bien, Falquián —dijo Dolmant con firmeza.

—La política de consenso es muy interesante; mi señor Stragen —observó Oscagne—. En Matherion habríamos seguido el camino sugerido por el Primado de Ucera sin discusión alguna. Intentamos evitar que surjan alternativas siempre que nos es posible.

—Bienvenido a Eosia, excelencia. —Stragen sonrió.

—¿Permiso para hablar? —pidió cortésmente Khalad.

—Por supuesto —replicó Dolmant.

Khalad se puso de pie, se acercó al mapa y comenzó a medir distancias.

—Un buen caballo puede cubrir diez leguas en un día, y un buen barco puede cubrir treinta... si el viento se mantiene. —Frunció el entrecejo y recorrió la sala con los ojos—. ¿Por qué Talen nunca está cerca cuando se lo necesita? —masculló—. Él puede computar esos números mentalmente. Yo tengo que contar con los dedos.

—Dijo que había algo de lo que tenía que ocuparse —le respondió Berit.

Khalad gruñó.

—Todos estamos interesados realmente en lo que sucede en Daresia, por lo que no tenemos necesidad alguna de cabalgar por las tierras de Eosia. Podemos salir en barco de Madel como lo ha sugerido el patriarca Emban, atravesar el mar Interior, y subir por la costa este de Zemoch hasta... —Miró el mapa y luego señaló un punto—... hasta Salesha, aquí. Eso hace un total de novecientas leguas..., treinta días. Si fuéramos por carretera, probablemente tendríamos la misma distancia por tierra, pero eso nos llevaría noventa días. Ahorramos al menos dos meses.

—Bueno —concedió Emban de mal humor—, eso ya es algo, en cualquier caso.

Falquián estaba bastante seguro de que podrían ahorrar mucho más de dos meses. Miró a su hija que estaba al otro lado de la habitación, jugando con su gatita bajo los vigilantes ojos de Mirtai. La princesa Danae estaba con frecuencia presente en las conferencias en las que realmente nada tenía que hacer. Por alguna razón, la gente no cuestionaba su presencia. Falquián sabía que la niña diosa Aphrael podía alterar el paso del tiempo, pero no estaba del todo seguro respecto a que pudiera hacerlo de forma tan indetectable en su presente encarnación como lo había hecho cuando había sido Flauta.

La princesa Danae le devolvió la mirada y puso los ojos en blanco con una expresión resignada que evidenciaba de modo inconfundible la limitada comprensión de él, tras lo cual asintió gravemente con la cabeza.

Falquián pudo respirar con un poco más de facilidad después de aquello.

—Ahora vayamos al tema de la seguridad de la reina —continuó él—. Embajador Oscagne, ¿cuán grande puede ser el séquito que mi esposa lleve consigo sin provocar alzamientos de cejas?

—Las convenciones son un poco vagas respecto a ese punto, *sir* Falquián.

Falquián miró a sus amigos.

—Si pensara que puedo hacerlo sin problemas, me llevaría a todo el cuerpo de órdenes militares —dijo.

—Hemos definido nuestro viaje como visita, Falquián —señaló Tynian— no como invasión. ¿Alarmarían a Su Majestad Imperial un centenar de caballeros con armadura, excelencia?

—Es un buen número simbólico —asintió Oscagne tras un momento de consideración—. Es lo suficientemente grande como para una demostración, pero no tan grande como para que parezca amenazador. Pasaremos por Astel, y podréis recoger a una escolta de atanes en la capital, Darsas. Una escolta numerosa para un visitante real no debería alzar demasiadas cejas.

—Veinticinco caballeros de cada orden, ¿no te parece, Falquián? —sugirió Bevier—. Las diferencias de nuestros equipos y los colores de nuestras capas harán que los caballeros parezcan más ceremoniales que utilitarios. Un centenar de pandion solos podrían provocar inquietud en algunos sectores.

—Buena idea —concedió Falquián.

—Puedes llevar más si quieres, Falquián —intervino Mirtai—. En las estepas de Astel central hay gentes del pueblo peloi. Son los descendientes de los antepasados de Kring. Puede que él quiera visitar a sus primos de Daresia.

—Ah, sí —dijo Oscagne—, los pelois. Había olvidado que vosotros también tenéis en Eosia a esos hombres salvajes. Son un pueblo excitable y a veces nada digno de confianza. ¿Estás segura de que ese tal Kring estará dispuesto a acompañarnos?

—Kring cabalgaría al interior del fuego si yo se lo pidiese —replicó Mirtai con absoluta seguridad.

—El domi está muy enamorado de nuestra Mirtai, excelencia. —Ehlana sonrió—. Acude a Cimmura tres o cuatro veces al año para proponerle matrimonio.

—Los pelois son guerreros, atana —observó Oscagne—. No te degradarías a los ojos de tu pueblo si lo aceptaras.

—Los esposos suponen que tienen a sus mujeres más o menos seguras, Oscagne —señaló Mirtai con una misteriosa sonrisa—. Un pretendiente, por otra parte, es mucho más atento, y a mí me gustan bastante las atenciones de Kring. Escribe una poesía muy hermosa. Una vez me comparó con un dorado sol naciente. Eso me pareció bastante bonito.

—Tú nunca me has escrito ningún poema, Falquián —acusó Ehlana a su

esposo.

—El idioma elenio es limitado, mi reina —respondió él—. No tiene ninguna palabra que pueda hacerte justicia.

—Buen intento —murmuró Kalten.

—Creo que en este punto sería interesante que dedicáramos un poco de tiempo a la correspondencia —dijo Dolmant—. Hay toda clase de disposiciones que deben tomarse. Pondré un barco rápido a tu disposición, embajador Oscagne. Querrás avisar a tu emperador que la reina de Elenia va a hacerle una visita.

—Con el permiso del archiprelado, me comunicaré con mi gobierno por despacho más que en persona. Existen peculiaridades sociales y políticas en varias zonas del imperio. Podría resultar de mucha utilidad para suavizar el paso de su majestad la reina si yo la acompañara.

—Me complacerá enormemente tener a un caballero civilizado junto a mí, excelencia. —Ehlana sonrió—. No tienes ni idea de cómo es eso de estar rodeada de hombres cuyas ropas han sido todas confeccionadas por herreros.

Talen entró en la sala con expresión emocionada.

—¿Dónde has estado? —La pregunta provino de varias partes de la sala.

—Es un gran consuelo esto de saber que soy tan universalmente querido que mis actividades despiertan una curiosidad que corta el hipo —dijo el muchacho mientras hacía una reverencia exagerada y sardónica—. Me siento completamente abrumado por esta demostración de afecto.

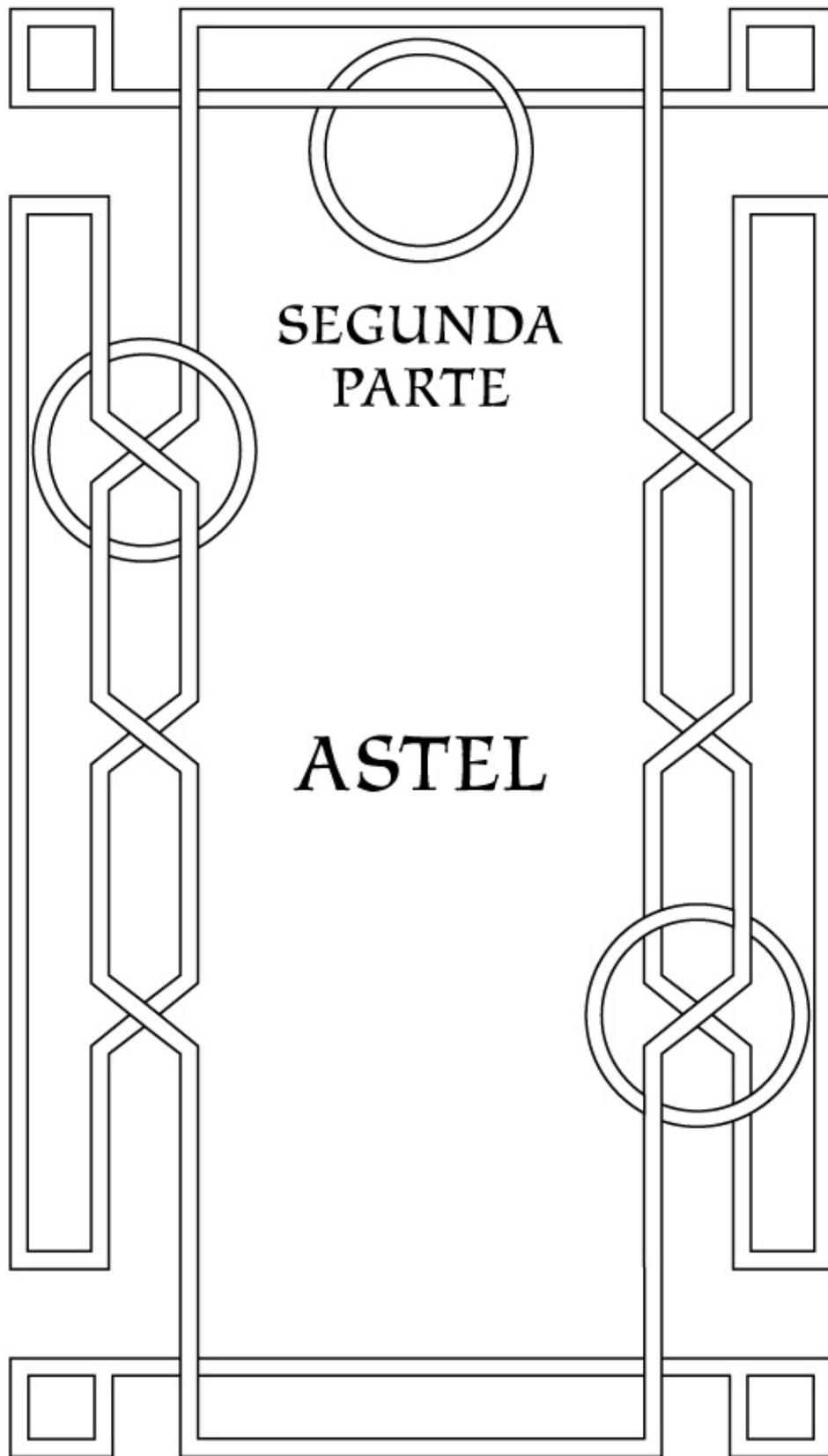
El embajador Oscagne miró interrogativamente a Dolmant.

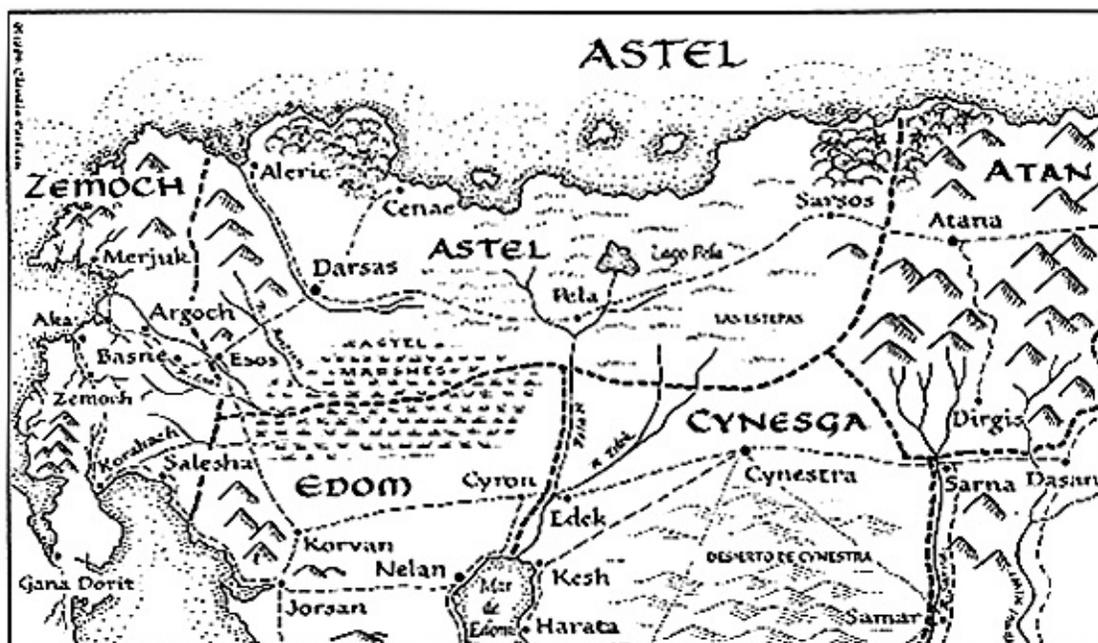
—Llevaría demasiado tiempo explicarlo, excelencia —dijo Dolmant con tono cansado—. Simplemente vigile bien sus cosas de valor cuando este chico esté en la misma habitación que usted.

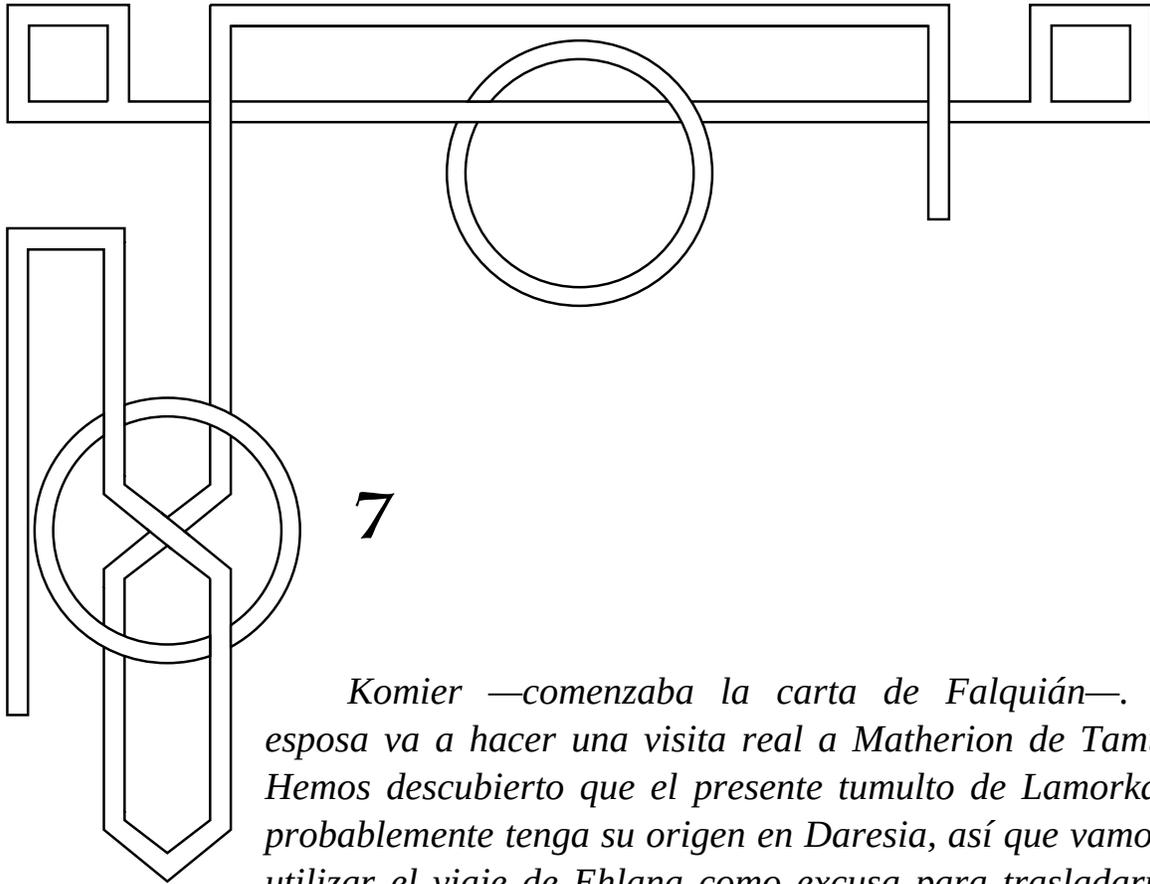
—Sarathi —protestó Talen—. Ya hace casi una semana que no robo absolutamente nada.

—Eso es un comienzo, supongo —comentó Emban.

—A los hábitos antiguos les cuesta morir, vuestra gracia. —Talen le dedicó una sonrisa afectada—. De todas formas, ya que todos os moríos por saberlo, salí a pasear por la ciudad para husmear un poco por ahí, y me tropecé con un viejo amigo. ¿Podéis creer que Krager está aquí, en Chyrellos?







7

*Komier —comenzaba la carta de Falquián—. Mi esposa va a hacer una visita real a Matherion de Tamuli. Hemos descubierto que el presente tumulto de Lamorkand probablemente tenga su origen en Daresia, así que vamos a utilizar el viaje de Ehlana como excusa para trasladarnos allí y ver qué podemos averiguar. Te mantendré informado. Tomo prestados veinticinco caballeros genidianos de tu cabildo local para que sirvan como parte de la guardia de honor.*

*Te sugiero que hagas lo que puedas para evitar que Avin Wargunsson establezca cualquier tipo de alianza permanente con el conde Gerrich de Lamorkand. Gerrich está profundamente implicado en algún tipo de plan gigantesco que va mucho más allá de las fronteras de Lamorkand misma. Probablemente Dolmant no se sentirá demasiado disgustado si tú, Darellon y Abriel podéis hallar alguna excusa para trasladaros a Lamorkand y pisarle el cuello a ese tipo. Sin embargo, tened cuidado con los fenómenos mágicos. Gerrich está recibiendo ayuda de alguien que sabe más de lo que debería. Ulath te enviará más detalles.*

SPARHAWK.

—¿No te parece que esto es un poco demasiado brusco, querido? —preguntó Ehlana al leer la carta por encima del hombro de su esposo. La reina olía muy bien.

—Komier es del tipo de hombre brusco, Ehlana. —Falquián se encogió de hombros mientras dejaba la pluma—. Y yo no soy realmente bueno escribiendo cartas.

—Ya lo he advertido.

Se hallaban en una de las adornadas dependencias puestas a disposición de ellos en los edificios de la iglesia anexos a la basílica, donde habían pasado todo el día redactando mensajes para personas que estaban dispersas por la casi totalidad del continente.

—¿No tienes cartas propias que escribir? —preguntó Falquián a su esposa.

—Ya he terminado. Lo único que realmente tenía que hacer era enviarle una breve nota a Lenda. Él sabe qué hacer. —Miró al otro lado de la estancia, donde Mirtai se hallaba sentada y recortaba pacientemente las puntas de las uñas de *Mmrr*. *Mmrr* no estaba tomándose demasiado bien. Ehlana sonrió—. La comunicación de Mirtai con Kring fue mucho más directa. Llamó a un peloi itinerante y le dijo que cabalgara hasta Kring con su orden de que se dirigiera a Basne en la frontera entre Zemoch y Astel con un centenar de los hombres de su tribu. Ha dicho que si no estuviese allí cuando ella llegara, lo tomaría como una señal de que no la amaba. —Ehlana se apartó los cabellos rubio pálido de la frente.

—Pobre Kring. —Falquián sonrió—. Podría haberlo hecho levantar de entre los muertos con un mensaje como ése. ¿Tú crees que realmente alguna vez se casará con él?

—Eso es muy difícil de decir, Falquián. Sin embargo, lo que sí es cierto es que ha conseguido captar la atención de ella.

Se oyó un golpe en la puerta y Mirtai se levantó para dejar entrar a Kalten.

—Hace un día precioso ahí fuera —dijo el hombre rubio—. Tendremos buen tiempo para el viaje.

—¿Cómo están saliendo las cosas? —le preguntó Falquián.

—Ya casi estamos todos listos. —Kalten llevaba puesto un jubón de brocado verde, y le hizo una extravagante reverencia a la reina—. De hecho, ya estamos listos. Casi lo único que está sucediendo en este momento son las habituales

reticencias.

—¿Podrías aclarar eso un poco, *sir* Kalten? —preguntó Ehlana. Él se encogió de hombros.

—Todos están repasando las cosas que han hecho los demás para asegurarse de que nadie se ha dejado nada. —Se arrellanó en un sillón—. Estamos rodeados de entrometidos, Falquián. Nadie parece capaz de creer que cualquier otra persona pueda hacer bien las cosas. Si Emban me pregunta si los caballeros están listos para la partida, aunque sólo sea una vez más, creo que lo estrangularé. No tiene ni la más remota idea de lo que implica trasladar a un gran grupo de gente de uno a otro lugar. ¿Puedes creer que iba a intentar meternos a todos en un solo barco? ¿Con caballos y todo lo demás?

—En ese caso podríamos haber estado un poco apretados. —Ehlana sonrió—. ¿Por cuántos barcos se decidió, finalmente?

—No estoy seguro. Todavía no sé a ciencia cierta cuántas personas van a acompañarnos. Tus servidores están todos absolutamente convencidos de que tú morirás sin su compañía, mi reina. Hay unos cuarenta, poco más o menos, que están haciendo preparativos para el viaje.

—Será mejor que reduzcas el número, Ehlana —sugirió Falquián—. No quiero ir con toda la corte a costas.

—Pero es que necesitaré algunas personas, Falquián..., aunque sólo sea para guardar las apariencias.

Talen entró en la habitación. El desgarrado mozuelo llevaba lo que él llamaba «ropas de calle», ligeramente mal combinadas, muy ordinarias, y apenas a un punto de resultar harapientas.

—Todavía anda por ahí —declaró con los ojos brillantes.

—¿Quién? —le preguntó Kalten.

—Krager. Anda dando vueltas por Chyrellos como un perrito en busca de hogar. Stragen tiene a algunas gentes de la comunidad local de ladrones que lo están vigilando. Hasta este momento no hemos podido descubrir qué es lo que se trae entre manos exactamente. Si Martel estuviera aún vivo, yo casi diría que está haciendo el mismo tipo de cosa que solía hacer en el pasado..., dejándose ver.

—¿Qué aspecto tiene?

—Peor. —La voz de Talen se fue un poco de tono. Aún estaba vacilando en algún punto entre la de soprano y la de barítono—. Los años no están tratando muy bien a Krager. Tiene los ojos como si se los hubieran escalfado en grasa de

tocino. Su aspecto es absolutamente miserable.

—Creo que seré capaz de soportar las miserias de Krager —declaró Falquián—. De todas formas, está comenzando a cansarme un poco. Ha estado revoloteando por la periferia de mi consciencia durante los últimos diez años o más... Algo así como un padrastro o una uña infectada. Siempre parece estar trabajando para el bando contrario, pero es demasiado insignificante como para preocuparse realmente por él.

—Stragen podría pedirle a uno de los ladrones locales que le cortara el pescuezo —ofreció Talen.

Falquián consideró la posibilidad.

—Quizá no —decidió finalmente—. Krager ha sido siempre una buena fuente de información. No obstante, dile a Stragen que si la oportunidad llegara a presentarse, puede que nos gustara mantener una pequeña charla con nuestro viejo amigo. La oferta de hacerle una trenza con las dos piernas suele hacer que Krager se muestre muy hablador.

Ulath pasó por la habitación alrededor de una hora más tarde.

—¿Has acabado esa carta para Komier? —preguntó a Falquián.

—Tiene un borrador, *sir* Ulath —replicó Ehlana por su esposo—. Decididamente, hace falta pulirla un poco.

—No hace falta pulir las cosas para Komier, majestad. Está habituado a las cartas extrañas. Uno de mis hermanos genidianos le envió una vez un informe escrito sobre piel humana.

—¿Que hizo qué? —dijo Ehlana, mirándolo fijamente.

—No tenía ninguna otra cosa a mano sobre la que pudiera escribir. En fin, el caso es que un caballero genidiano acaba de llegar con una carta de Komier para mí. El caballero regresa a Emsat, y puede llevarse la carta de Falquián si ya está lista.

—Está lo bastante acabada —replicó Falquián mientras doblaba el pergamino y le goteaba encima lacre para sellarla—. ¿Qué tenía que decirte Komier?

—Es una buena noticia, para variar. Por alguna razón, todos los trolls se han marchado de Thalesia.

—¿Adónde han ido?

—¿Quién sabe? ¿A quién le importa?

—La gente que vive en la tierra a la que han ido puede que esté ligeramente interesada —sugirió Kalten.

—Eso es problema de ellos. —Ulath se encogió de hombros—. Es extraño, sin embargo. Los trolls no se llevan realmente bien los unos con los otros. Ni siquiera puedo comenzar a pensar en la razón por la que han decidido coger sus cosas y marcharse todos al mismo tiempo. Las conversaciones tienen que haber sido muy interesantes. Por lo general se matan los unos a los otros nada más verse.

—No hay mucha ayuda que pueda ofrecerte, Falquián —dijo gravemente Dolmant cuando ambos se reunieron privadamente algunas horas más tarde, aquel mismo día—. La Iglesia está fragmentada en Daresia. No aceptan la autoridad de Chyrellos, así que no puedo ordenarles que te asistan.

Dolmant estaba agobiado por las inquietudes, y la sotana blanca que llevaba puesta hacía que su complexión pareciera amarillenta. En un sentido muy real, Dolmant gobernaba un imperio que se extendía desde Thalesia a Cammoria, y las responsabilidades del puesto que ocupaba le pesaban tremendamente. El cambio que todos habían detectado en su amigo durante los últimos años derivaba más probablemente de esa situación que de ningún otro tipo de cuestión inherente a su elevada posición.

—Hallarás más cooperación en Astel que en Edom o Daconia —continuó Dolmant—. La doctrina de la iglesia de Astel es muy parecida a la nuestra... realmente tan parecida que nosotros incluso reconocemos el rango eclesiástico de la asteliana. Edom y Daconia se separaron de la iglesia asteliana hace miles de años, y continuaron por su propio camino. —El archiprelado sonrió con tristeza—. Los sermones de esos dos reinos generalmente son poco más que históricas denuncias de la iglesia de Chyrellos... y de mí, personalmente. Son contrarios a la jerarquía eclesiástica, de forma muy parecida a los rendorianos. Si llegas a entrar en esos dos reinos, puedes esperar que la Iglesia se te oponga. El hecho de que seas un caballero de la Iglesia será algo que se utilice para atacarte más que lo contrario. En esos países, se les enseña a todos los niños que los caballeros de nuestra Iglesia tienen cuernos y cola. Esperarán que quemes iglesias, asesines clérigos y esclavices a la gente.

—Haré lo que pueda para mantenerme alejado de esos lugares, Sarathi —le aseguró Falquián—. ¿Quién está al mando en Astel?

—El archimandrita de Darsas es nominalmente el cabeza de la iglesia asteliana. Es un rango oscuro que equivale aproximadamente al de nuestros

patriarcas. La iglesia de Astel está organizada en torno a líneas monásticas. Allí no tienen clero secular.

—¿Existe alguna otra diferencia significativa que tenga que conocer?

—Algunas de las costumbres son diferentes, variaciones litúrgicas en su mayoría. Dudo de que vayan a pedirte que dirijas algún servicio, por lo que eso no debería causar problema alguno. Y probablemente sea mejor así. Una vez te oí pronunciar un sermón.

Falquián sonrió.

—Servimos de formas distintas, Sarathi. Nuestra Santa Madre no me contrata a mí para predicar ante el pueblo. ¿Cómo debo dirigirme al archimandrita de Darsas... en caso de que le conozca?

—Llámale «vuestra gracia», de la misma forma que lo harías con un patriarca. En un hombre imponente de enormes barbas, y no hay nada en Astel de lo que él no esté enterado. Sus sacerdotes están por todas partes. El pueblo confía implícitamente en ellos, y ellos le presentan informes semanales al archimandrita. La Iglesia tiene un poder enorme allí.

—¡Qué cosa tan nueva!

—No me maltrates, Falquián. Las cosas no me han ido bien últimamente.

—¿Estarías dispuesto a escuchar una valoración, Dolmant?

—¿De mí personalmente? Con toda probabilidad, no.

—No estaba hablando de eso. Eres demasiado viejo como para cambiar, supongo. Me refiero a tu política en Rendor. Tu idea básica era bastante buena, pero la abordaste por el camino equivocado.

—Ten cuidado, Falquián. He recluido a hombres de forma permanente en monasterios por menos que eso.

—Tu política de reconciliación con los rendorianos era muy sensata. Yo pasé diez años en aquellas tierras, y sé cómo piensan. Al pueblo llano de Rendor le gustaría realmente reconciliarse con la Iglesia..., aunque no fuese por otra razón que para librarse de todos los fanáticos que andan por el desierto. Tu política es buena, pero enviaste a la gente equivocada para ponerla en práctica.

—Los sacerdotes que envié son todos expertos en doctrina, Falquián.

—Ése es el problema. Enviaste a esas tierras a doctrinarios fanáticos. Lo único que quieren hacer es castigar a los rendorianos por sus herejías.

—La herejía es efectivamente uno de los problemas, Falquián.

—La herejía de los rendorianos no es teológica, Dolmant. Ellos adoran al mismo dios que nosotros, y su cuerpo de creencias religiosas es idéntico al

nuestro. Los desacuerdos existentes entre nosotros entran totalmente en el campo del gobierno de la Iglesia. La Iglesia estaba corrompida cuando los rendorianos se separaron de nosotros. Los miembros de la jerarquía eclesiástica estaban enviando a sus familiares para que ocuparan los cargos de la Iglesia en Rendor, y esos parientes eran unos oportunistas parasitarios que estaban más interesados en llenar sus bolsas que en cuidar de las almas del pueblo. Cuando se considera de forma imparcial, ése es el porqué de que los rendorianos se pusieran a asesinar primados y sacerdotes... y ahora lo están haciendo exactamente por la misma razón. Nunca conseguirás reconciliar a los rendorianos con la Iglesia si intentas castigarlos. A ellos no les importa quién está gobernando a nuestra Santa Madre. A ti nunca te verán personalmente, amigo mío, pero a quien sí verán será al sacerdote local, probablemente cada día. Si éste se pasa todo el tiempo llamándolos herejes y arrancando los velos a las mujeres, lo matarán. Es tan simple como eso.

El rostro de Dolmant estaba perturbado.

—Quizá sí que he cometido un desatino —admitió—. Por supuesto, si llegas a contarle a alguien que yo he dicho eso, lo negaré.

—Naturalmente.

Entonces, Falquián recordó algo.

—Hay un vicario en una iglesia pobre de Barrota —le dijo—. Probablemente sea lo más parecido a un santo que he visto en toda mi vida, y ni siquiera sé cómo se llama. En cualquier caso, Berit lo sabe. Disfraza a algunos investigadores de mendigos y envíalos a observarlo. Ése es con seguridad el tipo de hombre que necesitas.

—¿Por qué no enviar simplemente a buscarlo?

—Se sentiría demasiado cohibido como para hablar contigo, Sarathi. Ese hombre es lo que tenía en mente el que acuñó la palabra *humilde*. Además, nunca abandonará a su grey. Si le ordenas que acuda a Chyrellos y luego lo envías a Rendor, probablemente morirá en el plazo de seis meses. Se trata de esa clase de hombre.

Los ojos de Dolmant se llenaron de repente de lágrimas.

—Me trastornas, Falquián —dijo—. Me perturbas. Ésa es la idea que todos teníamos en mente cuando tomamos las órdenes religiosas. —Suspiró—. ¿Cómo hemos llegado a apartarnos todos tanto de ella?

—Tú te complicaste demasiado con el mundo, Dolmant —respondió suavemente Falquián—. La Iglesia tenía que vivir en el mundo, pero el mundo la

corrompe mucho más rápidamente de lo que ella puede redimirlo a él.

—¿Cuál es la respuesta para ese problema, Falquián?

—Honradamente, no lo sé. Quizá no la haya.

*Falquián.* Era la voz de su hija, y de alguna forma la sentía en el interior de su cabeza. Estaba paseándose por la nave de la basílica, y se apresuró a arrodillarse como si rezara para ocultar lo que realmente estaba haciendo.

*¿Qué sucede, Aphrael?,* preguntó en silencio.

*No tienes por qué arrodillarte ante mí, Falquián.* La voz de ella sonaba divertida.

*No lo estoy haciendo. Si me sorprenden caminando por la nave y moviendo la boca en una conversación mantenida con alguien que no está conmigo, me encerrarán en un asilo.*

*Tienes un aspecto muy reverente en esa postura, de todas formas. Estoy conmovida.*

*¿Hay algo significativo que quisieras decirme, o sólo estás divirtiéndote?*

*Sephrenia quiere hablar nuevamente contigo.*

*De acuerdo. Ahora mismo estoy en la nave. Ven a reunirme conmigo aquí. Volveremos a subir al campanario.*

*Me encontraré contigo allí arriba.*

*Sólo hay una escalera que conduzca a lo alto, Aphrael. Tenemos que subir por ella.*

*Puede que tú tengas que hacerlo, pero yo no. A mí no me gusta entrar en la nave, Falquián. Siempre tengo que detenerme a charlar con tu dios, y la mayoría de las veces resulta tremendamente tedioso.*

La mente de Falquián retrocedió, estremecida ante las implicaciones de aquello.

Los resacos escalones de madera que subían en espiral hasta lo más alto del campanario gritaron su protesta cuando Falquián los subió. Era un largo ascenso, y estaba sin aliento cuando llegó al final.

—¿Qué es lo que te ha demorado tanto? —preguntó Danae. Llevaba una sencilla túnica blanca. Era un vestido de tipo infantil, y nadie parecía advertir nunca que era de corte definitivamente estirio.

—Te gusta decirme cosas de ese tipo, ¿no es verdad? —la acusó Falquián.

—Sólo estoy bromeando, padre. —La niña se echó a reír.

—Espero que nadie te haya visto subir hasta aquí. No creo que en este preciso momento el mundo esté preparado para ver a una princesa voladora.

—Nadie me ha visto, Falquián. Ya he hecho esto antes de ahora, tú lo sabes. Confía en mí.

—¿Es que tengo alguna otra alternativa? Pongámonos a trabajar. Todavía me quedan muchísimas cosas que hacer hoy si es que vamos a partir mañana por la mañana.

Ella asintió con la cabeza y se sentó con las piernas cruzadas cerca de una de las enormes campanas. Volvió a levantar el rostro y profirió aquel trino aflautado. Luego su voz se apagó y su rostro quedó inexpresivo.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó Sephrenia al abrir los ojos de Danae para mirar a su alumno.

Él suspiró.

—Si vosotras dos no dejáis de hacerme esto, voy a dedicarme a otro oficio.

—¿Aphrael ha estado bromeando contigo otra vez? —preguntó ella.

—Por supuesto que lo ha estado haciendo. ¿Sabías tú que podía volar?

—Nunca la he visto hacerlo, pero daba por supuesto que podía.

—¿Para qué querías verme?

—He estado oyendo rumores inquietantes. Los atanes septentrionales han estado viendo unas criaturas enormes y peludas en los bosques cercanos a la costa norte.

—Así que es allí adonde han ido.

—No seas críptico, pequeño.

—Komier le envió un mensaje a Uloth. Al parecer, todos los trolls se han marchado de Thalesia.

—¡Los trolls! —exclamó ella—. ¡Ellos no harían algo así! ¡Thalesia es su tierra ancestral!

—Quizá sería mejor que fueras a contarles eso a los trolls. Komier jura que no queda ni uno solo en toda Thalesia.

—Algo muy, pero que muy extraño está sucediendo aquí, Falquián.

—El embajador Oscagne dijo más o menos lo mismo. ¿Han podido los estirios de Sarsos hallar algún sentido a esto hasta ahora?

—No. Zalasta está a punto de volverse loco.

—¿Habéis tenido alguna idea, por remota que sea, de quién se halla detrás de todo esto?

—Falquián, ni siquiera sabemos *qué* es lo que en verdad hay detrás de todo

el asunto. Ni siquiera podemos hacer una conjetura sobre la naturaleza de ello, sea lo que sea.

—Creo que continuamos volviendo de alguna forma a la idea de que son nuevamente los dioses troll. Alguien tuvo la autoridad suficiente sobre los trolls como para ordenarles que abandonaran Thalesia, y eso señala directamente a los dioses troll. ¿Estamos completamente seguros de que no han conseguido salir en libertad?

—No es una buena idea la de descartar ninguna posibilidad cuando uno se enfrenta con los dioses, Falquián. No sé cuál fue el hechizo que Ghwerig empleó cuando los metió dentro del Bhelliom, así que ignoro si puede rompérselo.

—Entonces, es posible que sean ellos.

—En efecto, eso es lo que acabo de decir, querido. ¿Has visto esa sombra... o la nube... últimamente?

—No.

—¿La ha visto alguna vez Aphrael?

—No.

—Ella sí que podría decírtelo con seguridad, pero yo preferiría no exponerla a eso, sea lo que sea. Quizá se nos ocurra una forma de provocarla para que aparezca cuando tú llegues aquí. ¿Cuándo vais a partir?

—A primera hora de mañana. Danae me ha dicho que ella puede jugar más o menos con el tiempo de la forma en que lo hizo cuando marchaba hacia Acie con el ejército de Wargun. Eso hará que lleguemos antes, pero ¿crees que puede hacerlo ahora de una forma tan indetectable como cuando era Flauta?

Una campanilla que estaba detrás de su inmóvil hija produjo un sonido suave y profundo.

—¿Por qué no me lo preguntas a mí, Falquián? —zumbó la voz de Danae en el sonar de la campanilla—. No es como si yo no estuviese aquí, ¿sabes?

—¿Cómo quieres que yo lo sepa? —Él aguardó—. ¿Y bien? —preguntó a la campanilla que continuaba sonando—. ¿Puedes hacerlo?

—Bueno, por supuesto que puedo, Falquián. —La diosa niña sonaba irritada—. ¿Es que no sabes nada de nada?

—Ya basta —intervino Sephrenia.

—¡Es un zoquete!

—¡Aphrael! ¡He dicho que ya basta! No debes ser irrespetuosa con tu padre. —Una ligera sonrisa danzó en los labios de la aparentemente soñolienta princesilla—. Aunque sea un zoquete sin remedio.

—Si vosotras dos queréis comentar mis defectos, volveré abajo y os dejaré hablar con entera libertad —dijo Falquián.

—No, no hace falta, Falquián —repuso alegremente Aphrael—. Somos todos amigos y no debemos tener secretos los unos para con los otros.

Salieron de Chyrellos a la mañana siguiente y cabalgaron hacia el sur, hasta la orilla arciana del río Sarin, en el brillante sol de la mañana, con un centenar de caballeros de la Iglesia, con sus armaduras completas, como escolta. La hierba que cubría la margen del río era muy verde, y el cielo azul estaba salpicado de aborregadas nubecillas. Tras algunas conversaciones, Falquián y Ehlana habían decidido que los servidores que ella necesitaría para guardar las apariencias podrían ser seleccionados de entre las filas de los caballeros de la Iglesia.

—Stragen puede entrenarlos —había dicho Falquián a su esposa—. Ha tenido bastante experiencia, así que puede conseguir que unos honrados caballeros parezcan mariposas inservibles.

De todas formas, había sido necesario incluir a una dama de honor, la baronesa Melidere, una joven de la misma edad que Ehlana, con cabellos rubios como la miel, ojos azul oscuro, y una cabeza aparentemente vacía. Ehlana también había llevado consigo a una de sus camareras personales, una joven de ojos de gacela llamada Alean. Las dos viajaban en el carruaje con la reina, Mirtai, Danae y Stragen; este último, vestido con sus ropas más elegantes, las divertía con chanzas ligeras. Falquián opinaba que entre Stragen y Mirtai podrían proporcionarles a su esposa e hija una defensa muy significativa si surgía la ocasión de que la necesitaran.

El patriarca Emban iba a ser un problema. Falquián advirtió ese detalle cuando hubieron recorrido apenas unos pocos kilómetros. Emban no estaba cómodo a lomos del caballo, y llenaba el aire de quejas mientras cabalgaba.

—Esto no va a salir bien, lo sé —observó Kalten a media mañana—. Clérigo o no clérigo, si los caballeros tienen que oír a Emban compadeciéndose de sí mismo durante todo el trayecto a través del continente daresiano, es muy probable que sufra algún tipo de accidente antes de llegar a Matherion. Yo estoy dispuesto a ahogarlo ahora mismo con mis propias manos, y el río está muy a mano.

Falquián pensó en ello. Miró el carruaje de su esposa.

—Ése landó no es lo bastante grande —dijo a su amigo—. Creo que

necesitamos algo más espléndido. En cualquier caso, seis caballos resultan más impresionantes que cuatro. Mira a ver si puedes encontrar a Bevier.

Cuando el arciano de piel olivácea avanzó cabalgando hacia él, Falquián le explicó la situación.

—Si no bajamos a Emban de ese caballo, vamos a tardar un año en atravesar Daresia. ¿Todavía estás en términos cordiales con tu primo Lycien?

—Por supuesto. Somos los mejores amigos del mundo.

—¿Por qué no te adelantas y mantienes una charla con él? Necesitamos un carruaje grande..., lo bastante espacioso como para ocho personas..., probablemente con seis caballos. Pondremos a Emban y al embajador Oscagne en el carruaje con mi esposa y su séquito. Pídele a tu primo que nos consiga un carruaje de esas características.

—Puede que eso sea costoso, Falquián —dijo Bevier, dubitativamente.

—No te preocupes, Bevier. La Iglesia pagará por él. Después de una semana a lomos de caballo, Emban estará muy dispuesto a firmar por cualquier cosa que no lleve una silla de montar encima. Ah, y ya que de todas formas vas a pasar por allí, haz que desplacen nuestros barcos río arriba hasta los muelles de Lycien. Madel no es una ciudad tan atractiva como para que a ninguno de nosotros pueda gustarle pasar allí tanto tiempo como programamos, y los muelles de Lycien están mejor equipados.

—¿Necesitarás algo más, Falquián? —preguntó Bevier.

—Nada que se me ocurra en este momento. En cualquier caso, tómate la libertad que precisas para improvisar. Agrega cualquier otra cosa que se te ocurra de camino hacia Madel. Por una vez, tenemos un presupuesto más o menos ilimitado a nuestra disposición. Los cofres de la Iglesia están completamente abiertos para nosotros.

—Yo no le diría eso a Stragen ni a Talen, amigo mío. —Bevier se puso a reír—. Estaré en casa de Lycien. Te veré cuando llegues allí.

Hizo girar su caballo y cabalgó hacia el sur al galope.

—¿Por qué simplemente no pediste otro carruaje para Emban y Oscagne? —preguntó Kalten.

—Porque no quiero tener que defender dos cuando llegemos a Tamuli.

—Ah. Eso tiene sentido..., al menos en parte.

Llegaron a la casa del primo de *sir* Bevier, el marqués Lycien, a últimas horas de

una tarde, y se encontraron con Bevier y su robusto pariente de rostro colorado en el patio cubierto de grava que había frente a la opulenta casa de Lycien. El marqués se inclinó profundamente ante la reina de Elenia, e insistió en que ella aceptara su hospitalidad mientras permaneciese en Madel. Kalten dispersó a los caballeros por los terrenos ajardinados de Lycien.

—¿Has encontrado el carruaje? —preguntó Falquián a Bevier.

Bevier asintió con la cabeza.

—Es lo bastante grande para nuestros propósitos —dijo con un cierto tono de duda—, pero el precio puede que haga encanecer al patriarca Emban.

—Yo no estaría tan seguro de eso —respondió Falquián—. Vayamos a preguntárselo.

Atravesaron el patio hasta donde el patriarca de Ucera se hallaba de pie junto a su caballo, sujetándose a la perilla de la silla de montar con una expresión de profunda miseria en el rostro.

—Ha sido una cabalgata agradable, ¿no es cierto, vuestra gracia? —preguntó alegremente Falquián al hombrecillo gordo.

Emban gimió.

—Creo que no podré caminar durante una semana.

—Claro, que esto no es más que un paseo —continuó Falquián— tendremos que avanzar mucho más rápidamente cuando llegemos a Tamuli. —Hizo una pausa—. ¿Puedo hablarle con franqueza a vuestra gracia?

—De todas formas lo harás, Falquián —respondió Emban con tono acre—. ¿Me prestarías realmente alguna atención si pusiera objeciones?

—Probablemente, no. Nos estáis retrasando, ¿lo sabéis?

—Bueno, pues disculpadme.

—No estáis realmente construido para cabalgar a lomos de caballo, patriarca Emban. Tenéis el talento en la cabeza, no al final de la espalda.

Los ojos de Emban se entrecerraron con hostilidad.

—Continúa —dijo con un tono de voz ominoso.

—Puesto que tenemos prisa, hemos decidido poner ruedas bajo vuestra persona. ¿Os sentiríais más cómodo en un carruaje acolchado, vuestra gracia?

—¡Falquián, podría llegar a darte un beso!

—Soy un hombre casado, vuestra gracia. Mi esposa podría malinterpretarlo. Por razones de seguridad, un carruaje es mejor que dos, así que me he tomado la libertad de buscar uno que es algo más grande que ése en el que Ehlana viajó desde Chyrellos. No os importaría viajar en compañía de ella, ¿verdad, vuestra

gracia? Hemos pensado ponerlos a vos y al embajador Oscagne en el carruaje con mi reina y sus servidores. ¿Os parece satisfactorio?

—¿Querías que besara el suelo sobre el que estás de pie, Falquián?

—Oh, eso no será necesario, vuestra gracia. Lo único que realmente tenéis que hacer es firmar la autorización para obtener el carruaje. Éste es sin duda un asunto urgente de la Iglesia, después de todo, por lo que la adquisición del carruaje está plenamente justificada, ¿no os parece?

—¿Dónde tengo que firmar? —La expresión de Emban era anhelante.

—Un carruaje tan grande es costoso, vuestra gracia —le advirtió Falquián.

—Empeñaría a la mismísima basílica si eso consigue mantenerme apartado de esa silla de montar.

—¿Lo ves? —dijo Falquián a Bevier mientras se alejaban del patriarca—. No ha sido tan difícil, ¿no crees?

—¿Cómo sabías que concedería tan rápidamente?

—El momento oportuno, Bevier, el momento oportuno. Más tarde, es posible que objetara el precio del carruaje. Ese tipo de cosas hay que pedir las cuando el hombre está aún dolorido.

—Eres un tipo cruel, Falquián. —Bevier se puso a reír.

—Toda clase de personas me ha dicho eso mismo de vez en cuando —replicó Falquián con suavidad.

—Mi gente acabará hoy de subir a bordo los suministros para vuestro viaje, Falquián —dijo el marqués Lycien mientras cabalgaban hacia el poblado de la orilla del río y los muelles del mismo que se hallaban en el límite de las tierras del marqués—. Podréis partir con la marea de la mañana.

—Eres un verdadero amigo, milord —respondió Falquián—. Siempre estás a mano cuando te necesitamos.

—Exageras mi benevolencia, *sir* Falquián —le aseguró Lycien con una carcajada—. Estoy sacando un provecho considerable organizando vuestras naves.

—Me gusta ver que mis amigos medran en el mundo.

Lycien miró hacia atrás, por encima del hombro, a la reina de Elenia, que montaba un palafreñ gris y se hallaba a alguna distancia de ellos.

—Eres el hombre más afortunado del mundo, Falquián —comentó—. Tu esposa es la mujer más hermosa que haya visto jamás.

—Le contaré que has dicho eso, marqués Lycien. Sin duda se sentirá complacida.

Ehlana y Emban habían decidido acompañarlos hasta las propiedades que el marqués tenía en el río; Ehlana para inspeccionar las instalaciones de a bordo de los barcos, y Emban para echar una mirada al carruaje que acababa de comprar.

La flotilla amarrada a los muelles de Lycien consistía en una docena de grandes y bien equipadas naves, barcos que hacían que los de los mercaderes que se hallaban amarrados cerca de ellos parecieran por comparación viejos y desvencijados.

Lycien abrió la marcha a través del poblado que había crecido en torno a los muelles, hacia donde el río destellaba con el sol de la mañana.

—¡Maestre Cluff! —La voz no era muy diferente del sonido de una sirena.

Falquián se volvió en la silla.

—Vaya, ¡que me parta un rayo si ése no es el capitán Sorgi! —dijo, genuinamente complacido.

Le gustaba aquel francote capitán marino de cabellera de plata con el que había pasado tantísimas horas. Se bajó con rapidez del lomo de *Faran* y estrechó cálidamente la mano de su amigo.

—Hace siglos que no te veo, maestre Cluff —dijo Sorgi con gesto expansivo—. ¿Todavía estás huyendo de aquellos primos?

Falquián puso cara larga y suspiró con tristeza. Aquélla era sencillamente una oportunidad demasiado buena como para dejarla pasar.

—No —replicó con la voz quebrada—, ya no, me temo. Cometí el error de quedarme en una cervecería de Apalia, en Pelosia septentrional, para beber una última jarra de cerveza. Los primos me dieron alcance allí, precisamente.

—¿Pudiste escapar de ellos? —El rostro de Sorgi expresaba la inquietud que sentía.

—Había una docena de ellos, capitán, y los tuve encima antes de que pudiera moverme siquiera. Me cargaron de cadenas y me llevaron a la hacienda de la fea heredera de quien te hablé.

—No te habrán obligado a casarte con ella, ¿verdad? —preguntó.

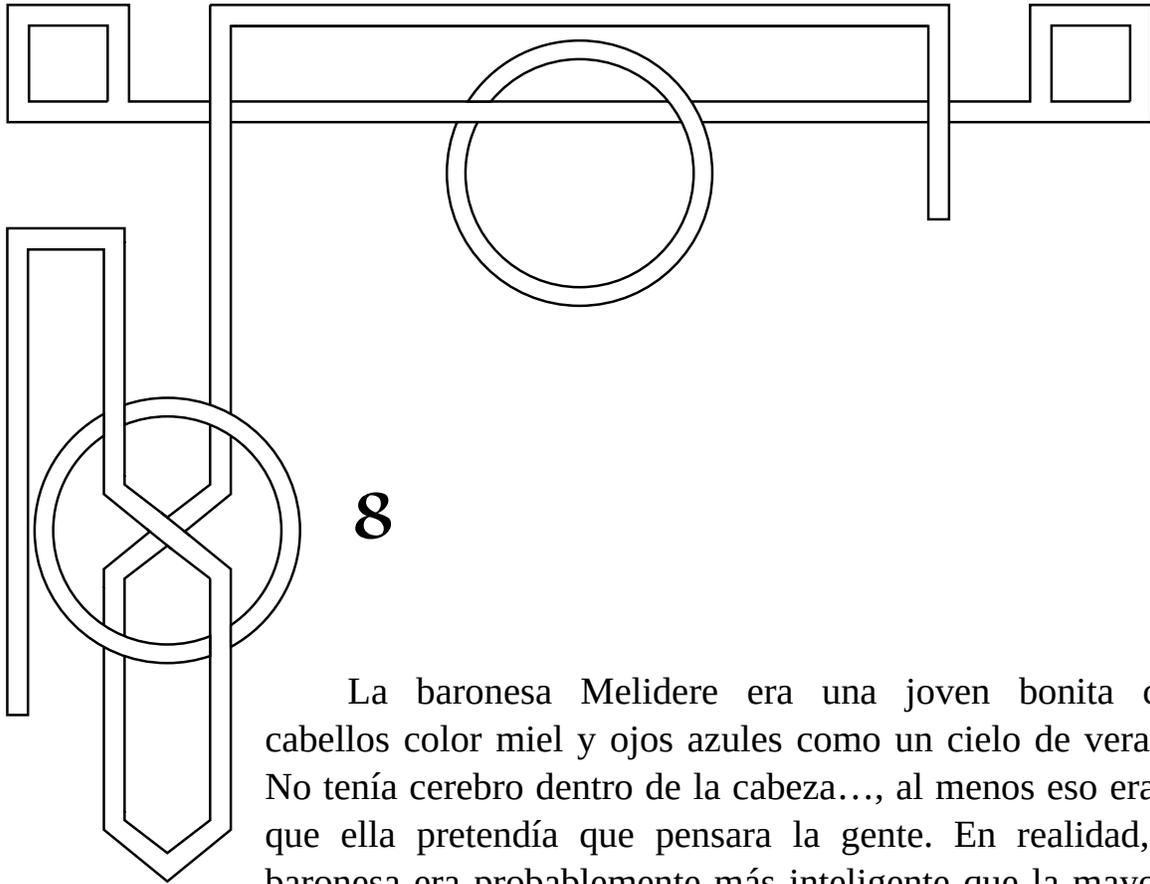
Sorgi con voz escandalizada.

—Me temo que sí, amigo mío —dijo Falquián con voz trágica—. Allí está mi esposa, la que monta aquel caballo gris. —Señaló a la radiante reina de Elenia.

El capitán Sorgi la miró fijamente mientras sus ojos se hacían más grandes y abría la boca con sorpresa.

—Es horrible, ¿no te parece? —dijo Falquián con un dejo de corazón roto en

la voz.



La baronesa Melidere era una joven bonita con cabellos color miel y ojos azules como un cielo de verano. No tenía cerebro dentro de la cabeza..., al menos eso era lo que ella pretendía que pensara la gente. En realidad, la baronesa era probablemente más inteligente que la mayoría de las personas de la corte de Ehlana, pero había aprendido en una temprana etapa de su vida que las personas de inteligencia limitada se sienten amenazadas por las jóvenes bonitas e inteligentes, y había perfeccionado una sonrisa insípida de cabeza vacía, una expresión de incomprensión absoluta, y una risilla tonta. Levantaba esas defensas cuando la situación lo requería, y se guardaba sus opiniones.

La reina Ehlana veía a través de aquel subterfugio, e incluso lo fomentaba. Melidere era muy observadora y tenía un oído excelente. La gente tiende a no prestarles atención a las muchachas sin cerebro; en presencia de ellas dicen cosas que corrientemente podrían no decir. Melidere siempre informaba de aquellos deslices conversacionales a la reina, así que a Ehlana le resultaba muy útil tener a la baronesa cerca.

Melidere, sin embargo, volvía completamente loco a Stragen. Él sabía con absoluta certeza que la muchacha no podía ser tan estúpida como aparentaba, pero nunca conseguía pillarla con la guardia baja.

Alean, la camarera de la reina, era un asunto completamente diferente. Tenía

una mente muy normal, pero su naturaleza era tal que la gente la quería de forma automática. Era dulce, amable y cariñosa. Tenía cabellos castaños y enormes ojos marrones suaves. Era tímida y recatada, y raras veces hablaba. Kalten la contemplaba como a su presa natural, de una forma muy parecida a aquélla con la que el lobo contempla al cervatillo, con un aire posesivo de dueño. Kalten era muy aficionado a las camareras. Habitualmente no lo amenazaban, y casi siempre podía proceder con ellas sin ningún miedo particular al fracaso.

El barco en el que salieron de Madel aquella primavera estaba bien acondicionado. Pertenecía a la Iglesia y había sido construido para transportar a los clérigos de alto rango y sus servidores hasta los diferentes puntos de Eosia.

Los camarotes poseían una cierta calidad primorosa y acogedora. Estaban uniformemente contruidos en madera teñida de oscuro con aceite, lo cual era necesario para proteger la madera de la constante exposición a la humedad excesiva. Los muebles estaban fijos en su sitio y resistían cualquier esfuerzo de redistribución, puesto que estaban atornillados al piso para evitar que se movieran de un lado a otro del camarote cuando había mal tiempo. Puesto que el techo de un camarote de barco es en realidad la parte inferior de la cubierta en la que trabajan los marineros, las oscuras vigas que lo aguantaban tenían realmente una misión substancial.

En la nave en la que viajaban la reina de Elenia y su cortejo había un camarote grande a popa, con una amplia ventana que abarcaba la parte trasera del barco. Era una especie de sala de audiencias flotante, ideal para reuniones. A causa de la ancha ventana trasera, la sala era luminosa y aireada y, dado que la nave avanzaba con velas, el viento siempre venía de popa y se llevaba de forma eficaz los olores del agua del pantoque hacia la parte delantera, para que la tripulación pudiera disfrutar de ellos en sus estrechas dependencias del castillo de proa.

En el segundo día de navegación, Falquián y Ehlana se vistieron con ropas sencillas y prácticas y subieron a lo que se había dado en llamar «la sala del trono», desde el camarote privado que tenían justo debajo. Alean estaba preparando el desayuno de la princesa Danae en un astuto artilugio que era en parte lámpara y en parte hornillo. Alean preparaba la mayor parte de las comidas de Danae, porque aceptaba los prejuicios dietéticos de la niña sin cuestionarlos.

Se oyó un suave golpe en la puerta y entró Kalten. Caminaba en una postura

extraña, medio encorvado, inclinado hacia uno de los flancos, y resultaba bastante obvio que estaba dolorido.

—¿Qué te ha sucedido? —le preguntó Falquián.

—Intenté dormir en una hamaca. —Kalten gimió—. Puesto que estamos en el mar, creí que era lo más correcto. Creo que he destrozado mi cuerpo, Falquián.

Mirtai se levantó de la silla que ocupaba cerca de la puerta.

—Quédate quieto —ordenó Mirtai con tono perentorio al hombre rubio.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó él con tono de sospecha.

—Cállate. —Le recorrió la espalda en sentido ascendente, palpando suavemente con las puntas de los dedos—. Tiéndete sobre el piso —ordenó—. Boca abajo.

—Eso no es muy apropiado.

—¿Quieres que te quite los pies de debajo con una patada?

Refunfuñando, bajó penosamente hasta el piso.

—¿Va a doler? —preguntó.

—A mí no va a dolerme ni una pizca —aseguró ella mientras se quitaba las sandalias—. Intenta relajarte.

Luego ella comenzó a caminarle por encima. Se oyeron sonidos restallantes y pequeñas detonaciones. También se produjeron jadeos y gritos mientras Kalten se retorció bajo los pies de Mirtai. Finalmente ella hizo una pausa y se puso a sondear minuciosamente con los dedos del pie una zona recalcitrante que estaba entre los omóplatos de Kalten. Luego se levantó sobre los dedos de los pies y descendió con bastante firmeza.

Kalten chilló y luchó mientras la respiración le salía de golpe de los pulmones; y el sonido que se oyó fue muy fuerte, tremendamente parecido al que provendría de un árbol cuyo tronco se partiera en dos. Permaneció tendido boca abajo, boqueando y gimiendo.

—No seas niño —dijo Mirtai despiadadamente—. Levántate.

—No puedo. Me has matado.

Ella lo cogió por un brazo y lo puso de pie.

—Camina por la habitación —le ordenó.

—¿Caminar? No puedo siquiera respirar.

Ella sacó una de sus dagas.

—De acuerdo. De acuerdo. No te pongas nerviosa. Ya estoy caminando.

—Mueve los brazos atrás y adelante.

—¿Por qué?

—Limítate a hacerlo, Kalten. Tienes que aflojar esos músculos.

Él se puso a caminar de un lado a otro, al tiempo que balanceaba los brazos y movía delicadamente la cabeza de atrás para adelante.

—¿Sabes una cosa?, odio reconocerlo, pero me siento mejor... mucho mejor, de hecho.

—Naturalmente. —Mirtai guardó la daga.

—De todas formas, no tenías que ser tan ruda.

—Puedo dejarte la espalda exactamente en el mismo estado que la tenías cuando entraste, si así lo deseas.

—No, así está bastante bien, Mirtai —se apresuró a decirle, y retrocedió. Luego, siempre el mismo oportunista, se acercó a Alean—. ¿No sientes pena por mí? —preguntó con voz insinuante.

—¡Kalten! —le espetó Mirtai—. ¡No!

—Yo sólo estaba...

Le pegó con fuerza en la nariz con dos dedos, de una forma muy parecida a la que uno emplearía para persuadir a un cachorro de perro de renunciar a la idea de masticar un par de zapatos.

—Eso duele —protestó él, llevándose una mano a la nariz.

—Ésa era mi intención. Déjala en paz.

—¿Y tú vas a consentir que haga eso, Falquián? —Kalten apeló a su amigo.

—Haz lo que te dice —le respondió Falquián—. Deja en paz a la muchacha.

—Esta mañana no va a ser de las mejores para ti, ¿no es cierto, *sir* Kalten? —observó Stragen.

Kalten se alejó a un rincón y adoptó un aire mohíno.

Los demás fueron llegando a la sala y se sentaron a desayunar lo que dos tripulantes les trajeron de la cocina. La princesa Danae se sentó a solas cerca de la gran ventana de popa donde la brisa salada del mar mantendría apartado de su delicada nariz el olor a salchichas de cerdo.

Después de desayunar, Falquián y Kalten salieron a cubierta a respirar y se apoyaron en la barandilla de babor a contemplar cómo se deslizaba ante ellos la costa sur de Cammorria. El día era especialmente hermoso. El sol estaba brillante y el cielo muy azul. Había una buena brisa sostenida y el barco en el que ellos navegaban, con las blancas velas muy desplegadas, conducía a la pequeña flotilla a través del mar coronado por crestas blancas.

—El capitán dice que deberíamos de pasar Miruscum hacia el mediodía —

comentó Kalten—. Estamos teniendo un tiempo mejor del que esperábamos.

—Tenemos una buena brisa —asintió Falquián—. ¿Cómo está tu espalda?

—Magullada. Tengo morados desde las rodillas al cuello.

—Al menos puedes ponerte de pie y erguido.

Kalten gruñó con acritud.

—Mirtai es muy directa, ¿no? Todavía no sé exactamente qué hacer con ella. Lo que quiero decir es que, ¿cómo se supone que debo tratarla? Obviamente es una mujer.

—Veo que te has dado cuenta.

—Muy gracioso, Falquián. A lo que pretendo llegar es al hecho de que realmente no la puedes tratar como a una mujer. Es tan grande como Ulath, y parece esperar que la aceptemos como camarada de armas.

—¿Y?

—Eso no es natural.

—Simplemente trátala como a un caso especial. Eso es lo que hago yo. Es más fácil que ponerse a discutir con ella. ¿Estás de humor para escuchar un consejo?

—Eso depende del consejo.

—Mirtai tiene la sensación de que su deber es el de proteger a la familia real, y eso lo ha ampliado para incluir a la camarera de mi esposa. Te recomiendo seriamente que refrenes tus instintos. Nosotros no comprendemos plenamente a Mirtai, así que no sabemos hasta dónde sería capaz de llegar. Incluso a pesar de que Alean parezca alentar tus esperanzas, yo no seguiría por ese camino. Podría resultar muy peligroso.

—Yo le gusto a la muchacha —objetó Kalten—. Poseo la experiencia suficiente como para saber eso.

—Puede que tengas razón, pero no estoy seguro de que eso cambie en algo las cosas para Mirtai. Hazme un favor, Kalten. Deja en paz a esa muchacha.

—Pero es que ella es la única a bordo de esta nave —protestó Kalten.

—Podrás sobrevivir.

Falquián se volvió y advirtió que el patriarca Emban y el embajador Oscagne estaban cerca de popa. Formaban una pareja extraña. El patriarca de Ucera había abandonado la sotana durante el viaje, y llevaba en cambio un justillo marrón sobre una túnica lisa. Era casi tan ancho como alto, y tenía el rostro enrojecido. Oscagne, por otra parte, era un hombre esbelto de huesos finos y poca carne. Tenía la piel de un pálido tono bronceado. Las mentes de ambos, sin embargo,

resultaban muy parecidas. Los dos actuaban como políticos consumados. Falquián y Kalten avanzaron hacia la popa para reunirse con ellos.

—Todo el poder procede del trono de Tamuli, vuestra gracia —estaba explicando Oscagne—. Nada se hace allí que no sea por orden expresa del emperador.

—Nosotros, en Eosia, delegamos poder, excelencia —dijo Emban a su vez—. Escogemos a un buen hombre, le decimos qué es lo que queremos que haga, y dejamos los detalles en sus manos.

—Nosotros hemos intentado hacer lo mismo, pero no funciona realmente en nuestra cultura. Nuestra religión es bastante superficial, y no fomenta el tipo de lealtad personal que consiguen la vuestra.

—¿Vuestro emperador tiene que tomar absolutamente todas las decisiones? —le preguntó Emban, con una cierta incredulidad—. ¿Cómo encuentra el tiempo necesario para hacerlo?

Oscagne sonrió.

—No, no, vuestra gracia. De las decisiones de cada día se encargan las costumbres y la tradición. Somos unos grandes creyentes en las costumbres y la tradición. Es uno de nuestros más graves defectos. Cuando un tamul sale de esos dominios, se ve obligado a improvisar, y es en ese momento cuando suele meterse en problemas. Por algún motivo, sus improvisaciones parecen estar siempre guiadas por el interés personal. Hemos descubierto que es mejor no fomentar esas expediciones al territorio de la toma de decisiones libres. De todas formas, el emperador es, por definición, omnisciente, así que probablemente lo mejor es dejar esas cosas en sus manos.

—Una definición estandarizada no es siempre precisa, excelencia. El término «omnisciente» significa cosas distintas cuando se aplica a personas diferentes. Nosotros mismos tenemos a alguien así. Nos gusta decir que al archiprelado le guía la voz de Dios. No obstante, en el pasado ha habido algunos archiprelados que no escuchaban muy bien.

—Nosotros hemos detectado el mismo tipo de cosas, vuestra gracia. La expresión «omnisciente» parece, en efecto, tener una amplia gama de definiciones. Para ser honrado con vos, amigo mío, hemos tenido de vez en cuando algunos emperadores horrorosamente estúpidos. En este preciso momento, sin embargo, somos muy afortunados. El emperador Sarabian es bastante hábil.

—¿Cómo es? —preguntó Emban con interés.

—Es una institución, desafortunadamente. Depende tanto de las costumbres y las tradiciones como nosotros. Está obligado a hablar con fórmulas, por lo que resulta casi imposible llegar a conocerlo. —El embajador sonrió—. Puede que precisamente la visita de la reina Ehlana consiga transportarle hacia la humanidad. Tendrá que tratarla como a una igual, por razones políticas, y lo educaron en la creencia de que no tenía iguales. Espero que su adorable reina rubia sea amable con él. Creo que el emperador me cae bien, o me caería bien si pudiera traspasar todas esas formalidades, y sería demasiado terrible si ella dijera o hiciera algo que detuviera su corazón.

—Ehlana sabe exactamente qué es lo que está haciendo en cada minuto de su vida, excelencia —le aseguró Emban—. Vos y yo somos bebés comparados con ella. No tienes necesidad de contarle que yo he dicho eso, Falquián.

—¿Qué vale mi silencio para vos, vuestra gracia? —Falquián le ofreció una sonrisa burlona.

Emban le miró ferozmente durante un instante.

—¿Qué podemos esperar encontrarnos en Astel, excelencia?

—Lágrimas, probablemente —respondió Oscagne.

—¿Perdón?

—Los astelianos son una gente muy emotiva. Se echan a llorar por la caída de un pañuelo. Su cultura se parece mucho a la del reino de Pelosia. Son tediosamente devotos e invenciblemente atrasados. Se les ha demostrado una y otra vez que el feudalismo es una institución arcaica e ineficaz, pero ellos la mantienen..., en gran parte con la connivencia de los propios siervos. Los nobles astelianos no trabajan en ningún sentido, por lo que no tienen formada una idea de la resistencia humana. Los siervos se aprovechan de eso de forma descarada. Se sabe que los siervos astelianos han llegado a derrumbarse de puro agotamiento ante la sola mención de palabras tan desagradables como «segar» o «cavar». Los llorones nobles tienen el corazón tierno, así que los siervos se salen con la suya prácticamente siempre. Astel occidental es un lugar tonto lleno de gentes tontas. Eso cambia a medida que uno avanza hacia el este.

—Es algo de esperar. No estoy seguro de cuánta tontería podré... —Se produjo el mismo estremecimiento de sombras en el borde exacto del campo de visión de Falquián, y fue acompañado por el mismo escalofrío. El patriarca Emban se interrumpió y giró la cabeza para intentar ver con mayor claridad.

—¿Qué...?

—Pasará —dijo Falquián con voz tensa—. Tratad de concentraros en ella,

vuestra gracia, y tú también, si eres tan amable, excelencia.

Ambos veían la sombra por primera vez, y la primera reacción de aquellos hombres podría resultarles útil. Falquián los observó con atención mientras ellos intentaban volver la cabeza para mirar directamente a la molesta oscuridad que se encontraba siempre justo fuera del alcance de la visión. Luego la sombra desapareció.

—Muy bien —dijo Falquián con voz apremiante—. ¿Qué han visto, exactamente?

—Yo no he podido ver nada —dijo Kalten—. Era como tener algo que intentaba deslizarse por la espalda.

A pesar de que Kalten había visto la nube varias veces, era la primera vez que se encontraba con la sombra.

—¿Qué era eso, *sir* Falquián? —preguntó el embajador Oscagne.

—Te lo explicaré dentro de un instante, excelencia. Por favor, intentad recordar exactamente qué visteis y sentisteis.

—Era algo oscuro —replicó Oscagne—, muy oscuro. Vi que había bastante material, pero de alguna forma parecía capaz de desplazarse con total precisión como para permanecer donde yo no podía verlo del todo. Por muy rápidamente que girara la cabeza o los ojos, nunca estaba donde pudiera verlo de forma directa. La sensación era la de que se hallaba justo detrás de mi cabeza.

Emban asintió.

—Y me produjo escalofríos. —Se estremeció—. De hecho, todavía siento frío.

—También era hostil —agregó Kalten—. No del todo preparada para atacar, pero muy cerca de ello.

—¿Algo más? —les preguntó Falquián—. Cualquier cosa, no importa cuán pequeña parezca.

—Había un olor peculiar —dijo Oscagne.

Falquián le dirigió una mirada penetrante. Él nunca había percibido eso.

—¿Podrías describirlo, excelencia?

—Parecía tener algo del olor de la carne corrompida..., una pierna o una carcasa a la que se hubiera dejado colgada durante una semana de más.

Kalten gruñó.

—También yo noté eso, Falquián..., sólo durante un segundo, y me dejó un sabor muy malo en la boca.

Emban asintió vigorosamente.

—Soy un experto en aromas. Con toda seguridad, era carne corrompida.

—Estábamos formando más o menos un semicírculo —meditó Falquián en voz alta—, y todos la vimos, o sentimos, detrás de nosotros. ¿La vio alguno de vosotros detrás de otro del grupo?

Todos negaron con la cabeza.

—¿Querías explicarnos esto, por favor, Falquián? —dijo Emban con tono de irritación.

—Dentro de un momento, vuestra gracia.

Falquián atravesó la cubierta hasta donde un marinero estaba liando un lazo para formar un nudo de cuerda. Habló con el hombre sucio de brea durante unos minutos, y luego regresó.

—También él la vio —les informó a los demás—. Dispersémonos y hablemos con el resto de los marineros que están en cubierta. No me estoy mostrando deliberadamente secretista, caballeros, pero obtengamos toda la información que nos sea posible de los marineros antes de que olviden por completo el incidente. Simplemente quiero saber con la mayor exactitud posible cuán amplia fue la vista.

Había pasado alrededor de media hora cuando volvieron a reunirse cerca de la escalerilla de popa, y todos comenzaban a manifestar una cierta emoción.

—Uno de los marineros oyó una especie de sonido crujiente..., como el de un inmenso fuego —informó Kalten.

—Yo hablé con un hombre que creyó haber visto una especie de tinte rojizo en la sombra —agregó Oscagne.

—No —objetó Emban—. Era verde. Un marinero con el que hablé dijo que era decididamente verde.

—Y yo hablé con un hombre que acababa de subir a la cubierta, y que no había visto y sentido absolutamente nada —agregó Falquián.

—Todo esto es muy interesante, *sir* Falquián —dijo Oscagne—, pero ¿podrías, por favor, explicárnoslo?

—Kalten ya sabe de qué se trata, excelencia —replicó Falquián—. Según parece, acabamos de recibir una visita de los dioses troll.

—Ten cuidado, Falquián —le advirtió Emban—. Estás caminando por el límite mismo de la herejía.

—A los caballeros de la Iglesia se les permite hacer eso, vuestra gracia. En cualquier caso, esa sombra ya me siguió antes, y también la vio Ehlana. Nosotros habíamos supuesto que era a causa de que llevábamos puestos los anillos. Las

piedras de esos anillos estaban hechas con láminas del Bhelliom. La sombra parece ser un poco menos selectiva en la ocasión presente.

—¿Es eso todo lo que es? ¿Sólo una sombra? —preguntó Oscagne.

Falquián negó con la cabeza.

—También puede manifestarse como una sombra muy oscura, y cuando así lo hace todos pueden verla.

—Pero no a las cosas que están ocultas en su interior —agregó Kalten.

—¿Como qué? —preguntó Oscagne.

Falquián dirigió a Emban una rápida mirada de soslayo.

—El explicárselo daría lugar a una discusión, y no queremos pasar la mañana en un debate teológico, ¿no es verdad?

—Yo no soy tan doctrinario, Falquián —protestó Emban.

—¿Cuál sería vuestra reacción inmediata si yo os dijera que los seres humanos y los trolls están emparentados, vuestra gracia?

—Tendría que investigar el estado de tu alma.

—En ese caso, probablemente sería mejor que no os contara la verdad sobre nuestros primos, ¿no lo creéis así? De todas formas, Aphrael nos ha dicho que la sombra, y más tarde la nube, eran manifestaciones de los dioses troll.

—¿Quién es Aphrael? —preguntó Oscagne.

—Nosotros tenemos una tutora en las artes estirias cuando somos novicios, excelencia —le explicó Falquián—. Aphrael es la diosa de ésta. Entonces nosotros habíamos pensado que la nube estaba relacionada con Azash de alguna forma, pero nos equivocamos. El color rojizo y el calor que uno de los marineros percibió era Khwaj, el dios del fuego. El color verde y ese olor corrupto era Ghnomb, el dios de la podredumbre.

Kalten frunció el entrecejo.

—Yo pensaba que no era más que una de esas cosas que uno podría esperar de los marineros —comentó—, pero uno de los hombres me dijo que había tenido algunos pensamientos bastante abrumadores sobre mujeres cuando la sombra rondaba a sus espaldas. ¿No tienen los trolls un dios del apareamiento?

—Creo que sí —replicó Falquián—. Ulath lo sabrá con seguridad.

—Todo esto es muy interesante, *sir* Falquián —comentó dubitativamente Oscagne—, pero no acabo de ver su relevancia.

—Hemos estado encontrándonos con incidentes sobrenaturales que parecen estar conectados con los levantamientos de Tamuli, excelencia. En Lamorkand están surgiendo disturbios de casi la misma naturaleza, acompañados de la

misma clase de acontecimientos sobrenaturales. En una ocasión, estábamos interrogando a un hombre que sabía algo al respecto, y la nube lo envolvió y lo mató antes de que pudiera hablar. Eso sugiere alguna clase de conexión. Puede que las sombras hayan estado también presentes en Tamuli, pero nadie las habría reconocido como lo que realmente son.

—Entonces, Zalasta tenía razón —murmuró Oscagne—. Usted es, sin lugar a dudas, el hombre más adecuado para esta misión.

—Los dioses troll parecen estar siguiéndote otra vez —dijo Kalten—. ¿Qué es esa extraña fascinación que parecen sentir hacia ti? Probablemente podamos descartar tu apariencia..., aunque a lo mejor no. Después de todo, están habituados al aspecto de los trolls.

Falquián dirigió una mirada llena de significado a la borda del barco.

—¿Qué te parecería correr junto al barco durante un rato, Kalten? —preguntó.

—No, estoy bien así, Falquián. Ya hice todo el ejercicio necesario por hoy, cuando Mirtai decidió utilizarme de alfombra.

El viento se mantenía y el cielo continuaba despejado. Rodearon el extremo meridional de Zemoch y subieron por la costa este en dirección noreste. En una ocasión en la que Falquián y su hija estaban juntos en la proa, él decidió satisfacer su creciente curiosidad.

—¿Cuánto hace que realmente estamos en el mar, Danae? —le preguntó de forma directa.

—Cinco días —replicó ella.

—Parecen haber pasado dos semanas o más.

—Gracias, padre. ¿Responde eso a tu pregunta sobre lo bien que soy capaz de manejar el tiempo? Mira detrás de nosotros, padre. ¿Por qué crees que todos esos peces están saltando alegremente fuera del agua? ¿Y qué están haciendo esas gaviotas, siguiéndonos?

—Quizás alimentándose.

—Muy perspicaz, padre, pero ¿qué podría haber ahí fuera como para que todos ellos tengan alimento? A menos, claro está, que alguien haya estado arrojándoles comida desde la cubierta de popa.

—¿En qué momento haces eso?

—Por la noche. —La niña se encogió de hombros—. Los peces están muy

agradecidos. Creo que están a punto de rendirme culto. —Se echó a reír—. No he sido antes adorada por los peces, y realmente no hablo muy bien su idioma. Principalmente se compone de burbujas. ¿Podría tener una ballena como mascota?

—No. Ya tienes una gatita.

—Haré pucheros.

—Te hará parecer tonta, pero hazlos si es lo que te apetece.

—¿Por qué no puedo tener una ballena?

—Porque no puedes enseñarla a hacer sus necesidades en el lugar adecuado.

No son buenas como mascotas.

—Ésa es una respuesta ridícula, padre.

—Y ésa ha sido una solicitud ridícula, Aphrael.

El puerto de Salesha, en lo alto del golfo de Daconia, era una ciudad fea que reflejaba la cultura que había prevalecido en Zemoch durante mil novecientos años. Los de Zemoch parecían confundidos por lo que había acontecido en la capital seis años antes. No importaba con cuánta frecuencia se les asegurara que Otha y Azash ya no existían; aún tendían a sobresaltarse violentamente ante cualquier ruido fuerte y, en general, reaccionaban echando a correr ante cualquier clase de sorpresa.

—Recomiendo seriamente que pasemos la noche a bordo de nuestros barcos, majestad —aconsejó Stragen a la reina después de hacer un breve repaso de los alojamientos disponibles de la ciudad—. Yo no alojaría ni perros en la mejor de las casas de Salesha.

—¿Tan mal están las cosas? —inquirió ella.

—Peor, mi reina.

Así pues, durmieron en los barcos y se pusieron en marcha a primera hora de la mañana siguiente. La carretera que siguieron en dirección norte estaba realmente en malas condiciones, y el carruaje en el que viajaban la reina y su séquito se sacudía y crujía mientras la columna real serpenteaba al internarse en la cadena de montañas bajas que separaba la costa de la ciudad de Basne. Cuando llevaban cabalgando no más de una hora, Talen se adelantó con su caballo. En su calidad de paje de la reina, uno de sus deberes era el de llevar los mensajes a Ehlana. Pero en esta ocasión, Talen no cabalgaba solo. La hija de Falquián montaba en la grupa del caballo con los brazos alrededor de la cintura

del muchacho y la mejilla apoyada contra la espalda de éste.

—Quiere montar contigo —dijo Talen a Falquián—. Tu esposa, Emban y el embajador están hablando de política. La princesa no cesó de bostezar en sus narices hasta que la reina le dio permiso para salir del carruaje.

Falquián asintió con la cabeza. La timidez repentinamente adquirida por los de Zemoch hacía que aquel trecho del camino fuese bastante seguro. Tendió un brazo y levantó a su hija para sentarla sobre el lomo de *Faran*, delante de la silla de montar.

—Creía que te gustaba la política —dijo a la niña cuando Talen ya había regresado a su puesto junto al carruaje.

—Oscagne está describiendo la organización del imperio tamul —replicó ella—. Yo ya estoy bien enterada de eso. No está cometiendo demasiados errores.

—¿Piensas acortar la distancia desde aquí a Basne?

—A menos que a ti te gusten los largos y tediosos viajes por territorios aburridos. *Faran* y los demás caballos aprecian que yo acorte un poco las cosas, ¿no es cierto, *Faran*?

El enorme ruano relinchó con entusiasmo.

—¡Es un caballo encantador! —declaró Danae, recostándose contra el pecho acorazado de su padre.

—¿*Faran*? Es un bruto de mal temperamento.

—Eso es porque tú esperas que sea así, padre. Él sólo intenta complacerte. —La niña dio unos golpecitos en la armadura de Falquián—. Voy a tener que hacer algo respecto a esto. ¿Cómo puedes soportar ese olor asqueroso?

—Acabas por acostumbrarte. —Los caballeros de la Iglesia llevaban armadura completa y pendones de colores brillantes que ondeaban en el extremo de sus lanzas. Falquián miró a su alrededor para asegurarse de que nadie estaba lo suficientemente cerca como para oírlos—. Aphrael —dijo en voz baja—, ¿puedes arreglar las cosas de forma que yo pueda ver el tiempo real?

—Nadie puede ver el tiempo, Falquián.

—Ya sabes a qué me refiero. Lo que quiero es ver lo que realmente está sucediendo, no la ilusión que tú creas para mantener en secreto lo que estás haciendo.

—¿Por qué?

—Me gustaría saber qué está sucediendo, eso es todo.

—No va a gustarte —le advirtió ella.

—Soy un caballero de la Iglesia. Se supone que hago cosas que no me gustan.

—Si tú insistes, padre...

Falquián no estaba muy seguro de qué era lo que había esperado; quizá algún brusco movimiento de aceleración, y las voces de sus amigos sonando como los trinos de los pájaros al condensarse las largas conversaciones en diminutos estallidos de borboteos ininteligibles. Sin embargo, no fue eso lo que sucedió. El paso de *Faran* se hizo impasiblemente suave. El enorme caballo casi parecía fluir sobre el suelo... o, más precisamente, el suelo parecía fluir debajo de los cascos de *Faran*. Falquián tragó con dificultad y miró a sus compañeros. Sus rostros parecían carecer de expresión, eran como de madera, y tenían los ojos semicerrados.

—En este preciso momento están durmiendo —explicó Aphrael—. Están todos bastante cómodos. Creen que han tomado una buena cena y que el sol se ha ocultado. Les he instalado un campamento bastante agradable. Detén el caballo, padre. Puedes prestarme tu ayuda para librnos de la comida de más.

—¿No puedes hacer que sencillamente desaparezca?

—¿Y desperdiciarla? —La niña parecía escandalizada—. Los pájaros y demás animales también tienen que comer, ¿sabes?

—¿Cuánto tiempo vamos a tardar realmente en llegar a Basne?

—Dos días. Podríamos viajar más rápido si hubiera una emergencia, pero en este preciso momento no está sucediendo nada tan grave como para eso.

Falquián detuvo el caballo y siguió a su hija hasta donde los animales de carga aguardaban pacientemente.

—¿Mantienes todo esto en la cabeza al mismo tiempo? —preguntó a la niña.

—No es tan difícil como crees, Falquián. Simplemente hay que poner atención a los detalles, eso es todo.

—Hablas como lo hacía Kurik.

—De hecho, él habría sido un dios excelente. Prestar atención a los detalles es la lección más importante que aprendemos nosotros. Pon esa paletilla de vaca cerca de aquel árbol desmochado. En los arbustos de detrás hay un osezno que se ha separado de su madre. Tiene mucha hambre.

—¿Es que le sigues la pista a todas y cada una de las cosas que suceden a tu alrededor?

—Bueno, alguien tiene que hacerlo, Falquián.

La ciudad zemoch de Basne se hallaba en un hermoso valle en el que la principal carretera este-norte vadeaba un pequeño río destellante. Se trataba de un centro comercial bastante importante. Ni siquiera Azash había sido capaz de esquivar el instinto natural de hacer negocios. Se veía un campamento justo en el exterior de la ciudad.

Falquián había retrocedido para llevar a la princesa Danae con su madre, por lo que marchaba junto al carruaje cuando comenzaron a descender hacia el valle.

Mirtai parecía insólitamente nerviosa a medida que el carruaje se encaminaba hacia el campamento, ladera abajo.

—¡Parece que tu admirador ha obedecido a tu llamada, Mirtai! —observó alegremente la baronesa Melidere.

—Por supuesto —replicó la gigantesca mujer.

—Tiene que resultar enormemente gratificante tener semejante control sobre un hombre.

—A mí me gusta bastante —admitió Mirtai—. ¿Qué aspecto tengo? Sé sincera, Melidere. Hace meses que no veo a Kring y no me gustaría decepcionarlo.

—Estás adorable, Mirtai.

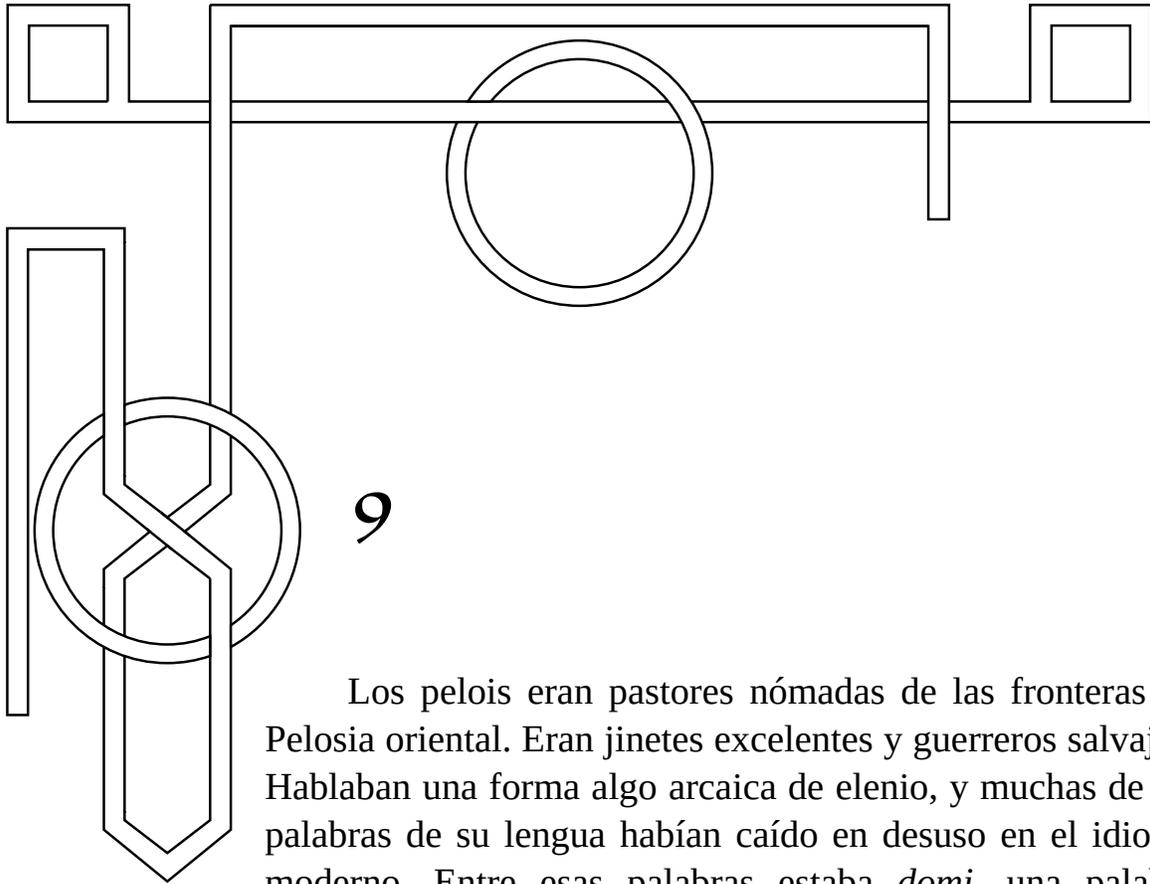
—¿No lo dices por cumplido?

—Por supuesto que no.

—¿Qué piensas tú, Ehlana? —La mujer tamul apeló a su ama. El tono de su voz era un poco inseguro.

—Estás encantadora, Mirtai.

—Lo sabré mejor cuando vea la cara que pone Kring. —Mirtai hizo una pausa—. Quizá sí que debería casarme con él —dijo—. Creo que me sentiría más segura si tuviera mi marca puesta sobre su persona. —Se levantó, abrió la puerta y se inclinó al exterior para tirar de su caballo, que marchaba atado a la parte trasera del carruaje; luego, de una forma bastante literal, voló hasta el lomo del animal. Mirtai nunca usaba silla de montar—. Bueno —suspiró—, creo que será mejor que baje a averiguar si todavía me ama. —Taloneó los flancos del caballo y galopó ladera abajo, hacia el valle, para encontrarse con su expectante domi.



9

Los pelois eran pastores nómadas de las fronteras de Pelosia oriental. Eran jinetes excelentes y guerreros salvajes. Hablaban una forma algo arcaica de elenio, y muchas de las palabras de su lengua habían caído en desuso en el idioma moderno. Entre esas palabras estaba *domi*, una palabra cargada de profundo respeto. Significaba «jefe», más o menos, aunque, como *sir Uloth* había dicho una vez, perdía muchísimo con la traducción.

El *domi* de los pelois de aquella época se llamaba Kring. Kring era un hombre esbelto, un poco más alto de la estatura media. Como era costumbre entre los hombres de su pueblo, se afeitaba la cabeza, y en su rostro y cuero cabelludo se veían cicatrices de sablazos de aspecto salvaje, lo cual indicaba que el proceso de ascenso hasta una posición de liderazgo entre los pelois implicaba una cierta cantidad de competiciones rudas pero eficaces. Llevaba ropas de cuero negro, y toda una vida pasada a lomos de caballo lo había convertido en estevado. Era un amigo ferozmente leal, y había adorado a Mirtai desde el momento en que la había visto por vez primera. Mirtai no le desalentaba, a pesar de que se negaba a comprometerse. Constituían una pareja de aspecto extraño, puesto que la mujer atana le superaba en estatura por más de treinta centímetros.

La hospitalidad de los pelois era generosa, y el ritual de «tomar juntos la sal» solía incluir grandes cantidades de carne asada, durante cuyo consumo los hombres «hablaban de sus asuntos», una expresión que tenía muchos sentidos y

que podía abarcar temas como el clima y las declaraciones formales de guerra.

Tras la comida, Kring describió lo que había observado durante el viaje de los cien pelois a través de Zemoch.

—Nunca ha sido realmente un reino, amigo Falquián —declaró—. No en el sentido que nosotros damos a esa palabra. En Zemoch hay viviendo demasiadas clases de gentes distintas como para que todas puedan reunirse bajo un mismo techo. La única cosa que los había mantenido unidos era el miedo a Otha y Azash. Ahora que su emperador y su dios ya no están aquí, los de Zemoch están separándose. No hay ninguna guerra ni cosa que se le parezca. Es simplemente que ya no mantienen contacto entre sí. Todos tienen sus propias preocupaciones y realmente no existe ninguna razón para que hablen con los demás:

—¿No hay ningún tipo de gobierno? —preguntó Tynian al domi de cabeza rapada.

—Existe algo así como una estructura de gobierno, amigo Tynian —replicó Kring. Se hallaban sentados en un gran pabellón abierto emplazado en el centro del campamento peloi, ante un festín de carne de buey. El sol comenzaba a ocultarse y las sombras de los picos que estaban al norte caían agradablemente a través del valle. Se veían luces en las ventanas de Basne, que quedaba a unos dos kilómetros de distancia—. Los departamentos del gobierno de Otha se han desplazado todos a Gana Dorit —continuó Kring—. Nadie se acerca ya siquiera a las proximidades de la ciudad de Zemoch. Los burócratas de Gana Dorit ocupan su tiempo en escribir directivas, pero sus mensajeros habitualmente se limitan a detenerse en el poblado más cercano, rompen las directivas, esperan un período de tiempo adecuado, y regresan luego para decirles a sus jefes que todo marcha bien. Los burócratas son felices, los mensajeros no tienen que viajar grandes distancias, y la gente continúa dedicándose a sus asuntos. En realidad, no es una mala forma de gobierno.

—¿Y la religión? —inquirió muy interesado *sir* Bevier.

Bevier era un joven caballero muy devoto que pasaba una gran parte de su tiempo hablando y pensando acerca de Dios. Sus compañeros le querían a pesar de ello.

—No hablan mucho acerca de sus creencias, amigo Bevier —replicó Kring—. En primer lugar, fue la religión la que los metió en problemas, así que se muestran un poco tímidos a la hora de comentar el tema abiertamente. Cultivan sus plantaciones, cuidan de sus ovejas y cabras, y dejan que los dioses arreglen sus diferencias entre sí. Ya no son una amenaza para nadie.

—Excepto por el hecho de que una nación que está desintegrándose es una clara invitación para cualquiera que se halle cerca y tenga cualquier cosa remotamente parecida a un ejército —agregó el embajador Oscagne.

—¿Por qué iba a querer molestar a nadie, excelencia? —preguntó Stragen—. En Zemoch no hay nada de valor. Los ladrones que hay allí tienen que tomar empleos honrados para poder vivir. El oro de Otha parece haber sido una ilusión. Desapareció completamente al morir Azash. Y no puedes ni imaginarte cuán apesadumbradas estaban muchísimas personas que habían apoyado al primado de Cimmura, cuando eso sucedió.

En aquel preciso instante, algo más bien peculiar le sucedió al rostro de Kring. El salvaje jinete cuyo solo nombre hacía temblar de miedo a sus vecinos se puso primero muy pálido y luego rojo.

Mirtai acababa de salir del pabellón de las mujeres al que las costumbres habían relegado a ella y a las demás. Extrañamente, la reina Ehlana ni siquiera había objetado aquello, un hecho que le causó a Falquián cierto nerviosismo. Mirtai había aprovechado las instalaciones del interior del pabellón para ponerse «presentable». Resultaba bastante obvio que Kring estaba impresionado.

—Me disculparéis —dijo, mientras se ponía de pie y avanzaba directamente hacia la estrella polar de su vida.

—Creo que estamos en presencia del nacimiento de una leyenda —observó Tynian—. Los pelois compondrán canciones sobre Kring y Mirtai durante al menos los próximos cien años. —Miró al embajador tamul—. ¿Se está comportando Mirtai de la misma forma en que lo hacen otras mujeres atanes, excelencia? Es evidente que le gustan las atenciones de Kring, pero sencillamente se niega a darle una respuesta definitiva.

—La atana está haciendo lo que es costumbre, *sir* Tynian —replicó Oscagne—. Las mujeres atanes creen en los cortejos largos y lentos. Les resulta entretenida la persecución de los hombres, y la mayoría de ellos vuelven la atención hacia otros asuntos después de la boda. Durante este período de su vida, ella sabe que es el centro absoluto de la atención del domi. A las mujeres, según me han dicho, les gustan ese tipo de cosas.

—No estará ella simplemente jugando con él, ¿verdad? —preguntó Berit— a mí me cae bien el domi, y no me gustaría que le rompieran el corazón.

—Oh, no, *sir* Berit. Ella está decididamente interesada en él. Si las atenciones de ese hombre le resultaran fastidiosas, lo habría matado hace ya mucho tiempo.

—El cortejo entre los atanes debe de ser un asunto de poner los nervios de punta —observó Kalten.

—Oh, sí. —Oscagne se echó a reír—. Los hombres han de tener mucho cuidado. Si se muestra demasiado agresivo, la mujer lo mata, y si no se muestra lo suficientemente agresivo, ella se casa con otro.

—Eso es muy poco civilizado —comentó Kalten con desaprobación.

—A las mujeres atanes parece gustarles; pero, claro está, las mujeres son más elementales que nosotros.

Partieron de Basne a la mañana siguiente y cabalgaron tierra adentro, hacia Esos, que se encuentra en la frontera entre Zemoch y el reino de Astel. Aquél fue para Falquián un viaje muy peculiar. Les llevó tres días; estaba completamente seguro de ello. Podía recordar con claridad cada minuto de esos tres días y cada una de las leguas recorridas. Y sin embargo, su hija lo despertaba periódicamente cuando él estaba bien convencido de estar durmiendo en una tienda, y se sobresaltaba al encontrarse con que dormitaba sobre el lomo de *Faran* y con que la posición indicaba que lo que había parecido un viaje de un día entero había ocupado menos de seis horas. La princesa Danae despertaba a su padre por una razón muy práctica durante lo que en realidad no fue más que una cabalgada de un día de duración. La incorporación de los pelois había incrementado de hecho las reservas de comida, que tenían que ser cuidadosamente extraídas cada «noche», y Danae hacía que su padre la ayudase a deshacerse del exceso.

—¿Qué hiciste con todas las reservas de comida cuando viajábamos con el ejército de Wargun? —le preguntó Falquián en la segunda «noche», que en realidad ocupó alrededor de media hora del principio de la tarde de aquel interminable día.

—Lo hice de la otra manera. —La niña se encogió de hombros.

—¿De la otra manera?

—Simplemente hice que el exceso desapareciera.

—¿Y no podrías hacer eso también esta vez?

—Por supuesto, pero en ese caso no podría dejárselo a los animales. Además, esto nos da la posibilidad a mí y a ti de hablar cuando nadie puede oírnos. Vacía ese saco de grano debajo de aquellos arbustos, Falquián. Detrás de ellos hay un nido de codornices. Últimamente no han estado comiendo demasiado bien, y los polluelos están creciendo muy de prisa en estos

momentos.

—¿Hay algo de lo que quieras que hablemos? —preguntó él mientras abría el saco de un tajo con la daga.

—Nada en especial —replicó ella—. Simplemente me gusta hablar contigo, y siempre estás demasiado ocupado.

—Y esto también te da la oportunidad de lucirte, ¿no es así?

—Supongo que así es, sí. No es tan divertido eso de ser una diosa si no puedes lucirte un poco de vez en cuando.

—Me encantas. —Él se echó a reír.

—¡Oh, eso es muy bonito, Falquián! —exclamó ella, contenta—. Directamente del corazón y sin pensarlo siquiera. ¿Te gustaría que me convirtiera en espliego para ti... sólo para demostrarte mi agradecimiento?

—Creo que bastará con un beso. El espliego podría confundir a los caballos.

Llegaron a Esos aquel anochecer. La niña diosa había fundido el tiempo real con el aparente de una forma tan perfecta, que coincidieron de forma inmaculada. Falquián era un caballero de la Iglesia, educado en el uso de la magia, pero retrocedía temblando ante el tipo de poder de aquella caprichosa divinidad pequeña que —como había anunciado durante el enfrentamiento con Azash en la ciudad de Zemoch— había surgido a la existencia por propia voluntad, y había decidido de forma independiente renacer en la hija de Falquián.

Acamparon para pasar la noche a cierta distancia de la ciudad y, después de la cena, Talen y Stragen se llevaron a Falquián aparte.

—¿Qué te parece si hacemos un pequeño reconocimiento? —preguntó Stragen al enorme pandion.

—¿Qué tienes en mente?

—Esos es una ciudad de buen tamaño —replicó el rubio thalesiano—, y es seguro que existe una cierta organización entre los ladrones del lugar. He pensado que los tres podríamos obtener un poco de información útil si nos ponemos en contacto con su jefe.

—¿Te conoce?

—Lo dudo. Emsat está a mucha distancia de aquí.

—¿Y qué te hace pensar que estará dispuesto a hablar con nosotros?

—La cortesía, Falquián. Los ladrones y los asesinos son exquisitamente corteses los unos con los otros. Es más sano de esa forma.

—Si él desconoce quién eres, ¿cómo va a saber que tiene que mostrarse

cortés contigo?

—Existen ciertas señales que reconocerá.

—Tu gente tiene una sociedad muy compleja, ¿verdad?

—Todas las sociedades son complejas, Falquián. Es una de las cargas de la civilización.

—Algún día tendrás que enseñarme esas señales.

—No, yo no lo creo así.

—¿Por qué no?

—Porque tú no eres un ladrón. Es otra de esas complejidades de las que hablábamos. Todo el asunto se reduce a que lo único que tenemos para operar es la noción bastante general del embajador acerca de lo que está sucediendo. Creo que me gustaría disponer de algo un poco más específico, ¿a ti no?

—Ya lo creo que sí, amigo mío.

—Entonces, ¿por qué no nos deslizamos hasta Esos y vemos qué es lo que se puede averiguar?

Los tres se cambiaron por ropas anodinas y se alejaron del campamento a lomos de sus caballos, describiendo un círculo hacia el oeste y aproximándose a la ciudad desde esa dirección.

Al acercarse, Talen miró con ojo crítico las fortificaciones y la puerta sin guardar.

—Parecen excesivamente tranquilos si se considera lo cerca que están de la frontera de Zemoch —observó.

—Zemoch ya no representa una amenaza muy grande —le contradijo Stragen.

—A los hábitos antiguos les cuesta morir, mi señor Stragen, y no ha pasado tanto tiempo desde que Otha estaba fastidiando en la frontera con Azash detrás de él.

—Dudo que Azash les resulte demasiado impresionante a estas gentes —observó Falquián—. El dios de Otha no tenía ninguna razón para venir hacia aquí. Tenía los ojos puestos en el oeste, porque allí era donde estaba el Bhelliom.

—Supongo que te asiste la razón —concedió Talen.

Esos no era una ciudad demasiado grande; quizás aproximadamente tan grande como la ciudad de Lenda, emplazada en Elenia central. Sin embargo, tenía una cierta calidad arcaica, puesto que había existido una población en aquel lugar desde la aurora de los tiempos. Las callejas empedradas eran estrechas y torcidas, y se desviaban en esta o aquella dirección sin ninguna razón en

particular.

—¿Cómo vamos a encontrar la zona de la ciudad en la que viven vuestros colegas? —preguntó Falquián—. No podemos simplemente abordar a uno de los pobladores y preguntarle dónde podemos encontrar a los ladrones, ¿no crees?

—Nosotros nos encargaremos de eso. —Stragen sonrió—. Talen, ve a preguntarle a algún ratero dónde está la madriguera de los ladrones por aquí.

—De acuerdo. —Talen esbozó una sonrisa torcida mientras se deslizaba del caballo al suelo.

—Eso podría llevarle toda la noche —dijo Falquián.

—No, a menos que se haya quedado completamente ciego —replicó Stragen mientras el muchacho se internaba por un pasaje muy concurrido—. Yo he visto seis rateros desde que entramos en la ciudad, y ni siquiera estaba prestando demasiada atención. —Frunció los labios—. Aquí tienen una técnica algo diferente. Probablemente sea por las calles tan estrechas.

—¿Qué tiene que ver lo uno con lo otro?

—Las personas se empujan en los lugares estrechos. —Stragen se encogió de hombros—. Un ratero de Emsat o Cimmura nunca podría salir victorioso con la técnica de chocar contra un cliente de la forma en que lo hacen aquí. Es más eficaz, te lo aseguro, pero establece malos hábitos de trabajo.

Talen regresó pasados unos minutos.

—Está más abajo, junto al río —informó.

—Inevitablemente —dijo Stragen—. Algo parece atraer a los ladrones hacia los ríos. Nunca he sido capaz de averiguar por qué sucede eso.

Talen se encogió de hombros.

—Probablemente porque siempre podemos huir a nado si las cosas salen mal. Será mejor que vayamos andando. Los hombres a caballo atraen mucho más la atención. Al final de esta calle hay un establo en el que podremos dejar los caballos.

Hablaron unas palabras con el hosco dueño de los establos y luego siguieron a pie su camino.

La guarida de los ladrones de Esos estaba en una desvencijada taberna al final de un callejón sin salida. Un cartel tosco que mostraba un racimo de uvas colgaba de un gancho oxidado encima de la puerta, y un par de fornidos haraganes estaban repantigados en los escalones bebiendo cerveza de unas jarras abolladas.

—Estamos buscando a un hombre llamado Yukta —les dijo Talen—. ¿Lo

conocen?

—¿De qué se trata? —gruñó con suspicacia uno de los haraganes.

—Negocios —replicó Talen con tono frío.

—Cualquiera puede decir eso —respondió el hombre sin afeitarse mientras se ponía de pie con una pesada porra en una mano.

—¡Esto es siempre igual de tedioso! —dijo Stragen a Falquián con un suspiro. Luego su mano se disparó hacia el puño del estoque, y la delgada hoja salió silbando de la vaina—. Amigo —dijo al haragán—, a menos que quieras un metro de acero entre el desayuno y la cena, apártate. —La punta del estoque, afilada como una aguja, tocó la barriga del hombre de forma sugerente.

El otro rufián se acercó despacio por un lado, mientras tendía furtivamente la mano hacia la empuñadura de su daga.

—Yo no lo haría —le advirtió Falquián en un tono de voz más bien bajo. Se apartó la capa a un lado y dejó al descubierto la cota de malla y la empuñadura de su espadón—. No estoy completamente seguro de dónde se encuentran en este preciso momento tu desayuno y tu cena, pero con seguridad seré capaz de identificarlos cuando tus tripas estén desparramadas por la calle.

El tipo se detuvo como congelado, y tragó con dificultad.

—El cuchillo —le gruñó Falquián—. Tíralo.

La daga golpeó contra el empedrado.

—Me alegra tremendamente que hayamos podido resolver este pequeño problema sin cosas desagradables —dijo Stragen, arrastrando las palabras—. Ahora, ¿por qué no entramos todos y así podréis presentarme a Yukta?

La taberna tenía el techo bajo y el suelo cubierto con paja mohosa. La alumbraban unas pocas lámparas toscas que quemaban sebo derretido.

Yukta era con mucho el hombre más peludo que Falquián había visto en toda su vida. Sus brazos y manos aparecían cubiertos de rizado vello negro. Grandes guedejas de pelo le asomaban por el cuello de la túnica; sus orejas y fosas nasales parecían nidos de pájaros; la barba le arrancaba justo por debajo de los párpados inferiores.

—¿Qué es esto? —preguntó con exigencia una voz que procedía de alguna parte de aquella cara de pelos.

—Nos han obligado a dejarlos entrar, Yukta —gimió uno de los hombres que había estado apostado en la puerta, mientras señalaba el estoque de Stragen.

Los ojos porcinos de Yukta se entrecerraron peligrosamente.

—No seas tan fastidioso —dijo Stragen—, y pon atención. Ya te he hecho

dos veces la señal de reconocimiento, y tú ni siquiera lo has advertido.

—Lo he advertido, pero el entrar aquí con una espada en la mano no es la mejor forma de dar un buen comienzo a las cosas.

—Estamos un poco apremiados por el tiempo. Creo que nos están siguiendo.  
—Stragen envainó el estoque.

—Vosotros no sois de por aquí, ¿no es cierto?

—No. Somos de Eosia.

—Eso cae muy lejos.

—Ésa era nuestra idea, poco más o menos. Las cosas estaban poniéndose insalubres por aquellas tierras.

—¿En qué línea estás?

—Somos vagabundos de corazón, así que estábamos buscando fama y fortuna en los caminos centrales y vecinales de Pelosia. Un alto dignatario de la Iglesia se puso de pronto enfermo y murió cuando estábamos hablando de negocios con él, y los caballeros de la Iglesia decidieron investigar las causas de su enfermedad. Por esa misma época, mis amigos y yo decidimos buscar un nuevo paisaje que contemplar.

—¿Son esos caballeros de la Iglesia realmente tan terribles como se dice?

—Peores, probablemente. Nosotros tres somos todo lo que queda de una banda de treinta.

—¿Estáis planeando dedicaros a los negocios por esta zona?

—Aún no lo hemos decidido. Hemos pensado que sería mejor mirar antes cómo se desarrollan las cosas... y asegurarnos de que los caballeros continúan siguiéndonos.

—¿Os gustaría decirnos vuestros nombres?

—No particularmente. No sabemos si vamos a quedarnos, y no tiene mucho sentido buscar unos nombres nuevos si no vamos a establecernos aquí.

Yukta se echó a reír.

—Si no estáis seguros de que vayáis a ponerlos a trabajar por aquí, ¿cuál es la razón de vuestra visita?

—De cortesía. Es terriblemente descortés no hacerles una visita a los colegas de uno cuando se pasa por su ciudad, y pensamos que podrías ahorrarnos un poco de tiempo si pudieras dedicar algunos minutos para ponernos al día sobre las prácticas en el terreno de la ley.

—Yo nunca he estado en Eosia, pero me imagino que las cosas de ese tipo son bastante parecidas en todas partes. Los bandoleros de los caminos no son

tenidos en muy alta consideración.

—¡Somos tan incomprendidos! —Stragen suspiró—. Tienen los alguaciles habituales y esas cosas, supongo.

—Sí, hay comisarios más que suficientes —replicó Yukta—, pero no salen al campo con demasiada frecuencia por esta zona de Astel. Los nobles de por aquí tienen más o menos su policía privada para sus haciendas. Los alguaciles se dedican habitualmente a recoger los impuestos. Y no son demasiado bien recibidos cuando salen de la ciudad.

—Eso resulta muy útil. Con lo único con lo que realmente tendremos que enfrentarnos es con siervos mal entrenados que se las arreglan mejor cazando ladrones de gallinas que habiéndoselas con gente seria. ¿Es así, más o menos, como son las cosas?

Yukta asintió con la cabeza.

—La mayoría de esos alguaciles privados no irá más allá de los límites de la hacienda para la que trabaja.

—Ése es el sueño de los salteadores de caminos. —Stragen sonrió burlescamente.

—No del todo —lo contradijo Yukta—. No es una buena idea hacer demasiado ruido por ahí. El alguacil local no saldrá a perseguiros, pero sí que enviará un mensaje a la guarnición atana de Canae. Ningún hombre puede huir lo suficientemente rápido ni lo suficientemente lejos como para escapar de los atanes, y nadie les ha enseñado jamás a hacer prisioneros.

—Eso podría ser una contrariedad —concedió Stragen—. ¿Hay alguna otra cosa que deberíamos saber?

—¿Habéis oído hablar alguna vez de Ayachin?

—No puedo decirte que sí.

—Eso podría meteros en toda clase de problemas.

—¿Quién es?

Yukta volvió la cabeza.

—Akros —gritó—, ven aquí y háblales de Ayachin a estos colegas nuestros. —Luego se encogió de hombros y tendió los brazos con las palmas de las manos hacia arriba—. No estoy muy versado en historia antigua —les explicó—. Akros era profesor antes de que lo pillaran robándole a su patrono. Puede que no se muestre demasiado coherente. Tiene un problema con la bebida.

Akros era un hombre de aspecto abandonado, con los ojos inyectados de sangre y una barba de cinco días.

—¿Qué es lo que quieres, Yukta? —preguntó, balanceándose sobre los pies.

—Busca por lo que te queda de cerebro y cuéntales a estos amigos lo que puedas recordar acerca de Ayachin.

El pedagogo borracho sonrió, mientras se le animaban los turbios ojos. Se sentó en una silla y bebió un sorbo de la jarra de cerveza que traía en la mano.

—Yo no soy más que un borracho insignificante —dijo, con el habla estropajosa.

—Eso es cierto —comentó Yukta a Stragen—. Cuando está realmente borracho no puede siquiera hablar.

—¿Cuánto saben ustedes, caballeros, de la historia de Astel? —preguntó Akros.

—No demasiado —admitió Stragen.

—En ese caso, tocaré los puntos más importantes. —Akros se reclinó contra el respaldo del asiento—. Fue en el siglo noveno cuando uno de los archiprelados de Chyrellos decidió que la fe elenia tenía que ser reunida... bajo su propio dominio, naturalmente.

—Naturalmente. —Stragen sonrió—. Siempre parece que acabamos llegando a lo mismo, ¿no es cierto?

Akros se frotó la cara.

—No estoy muy fuerte en eso, así que será mejor que me deje algunas cosas fuera. Eso fue antes de la fundación de los caballeros de la Iglesia, así que el archiprelado obligó al rey de Eosia a que le proporcionara ejércitos, y éstos marcharon a través de Zemoch. Eso fue antes de que naciera Otha, así que Zemoch no era una barrera muy importante. El archiprelado estaba interesado en la unidad religiosa, y los nobles de sus ejércitos estaban más interesados en la conquista. Asolaron el reino de Astel hasta que llegó Ayachin.

Talen se inclinó hacia delante, con los ojos brillantes. Aquélla era la única debilidad del muchacho. Las buenas historias podían paralizarlo.

Akros bebió otro sorbo.

—Existen toda clase de historias contrapuestas respecto a quién era realmente Ayachin —continuó—. Algunos dicen que era un príncipe, otros que un barón, e incluso los hay que dicen que era tan sólo un siervo. En cualquier caso, fuera quien fuese, se trataba de un fervoroso patriota. Conmociónó a los nobles que todavía no se habían enfrentado con el invasor, y luego hizo algo que nadie se había atrevido a hacer antes: armó a los siervos. La campaña contra los invasores duró cuatro años, y después de una batalla bastante grande que él

aparentemente perdió, huyó hacia el sur y atrajo así a los ejércitos eosianos hacia las marismas de Astel, que están al sur del reino. Había establecido alianzas secretas con los patriotas de Edom, y allí se encontraron con un enorme ejército que bordeaba el borde meridional de las marismas. Los siervos que vivían en la zona guiaron a los ejércitos de Ayachin a través de los pantanos y las arenas movedizas, los eosianos simplemente intentaron arremeter para atravesarlas, y la mayoría se ahogaron arrastrados por el fango. Los pocos que llegaron al otro lado murieron a manos de las fuerzas combinadas de Ayachin y sus aliados edomitas.

»Fue un gran héroe nacional durante algún tiempo, por supuesto, pero los nobles que se habían sentido ultrajados porque él había armado a los siervos, conspiraron contra él y finalmente fue asesinado.

—¿Por qué siempre tienen que acabar así esas historias? —se quejó Talen.

—Nuestro joven amigo es un crítico literario —comentó Stragen—. Quiere que todas las historias tengan finales muy felices.

—La historia antigua está muy bien y es muy bonita —gruñó Yukta—, pero el caso es que ese Ayachin ha regresado..., o al menos eso murmuran los siervos.

—Es parte del folclore de Astel —dijo Akros—. Los siervos solían decirse los unos a los otros que un día iba a surgir una gran crisis, y que entonces Ayachin se levantaría de su tumba y volvería a comandarlos.

Stragen suspiró.

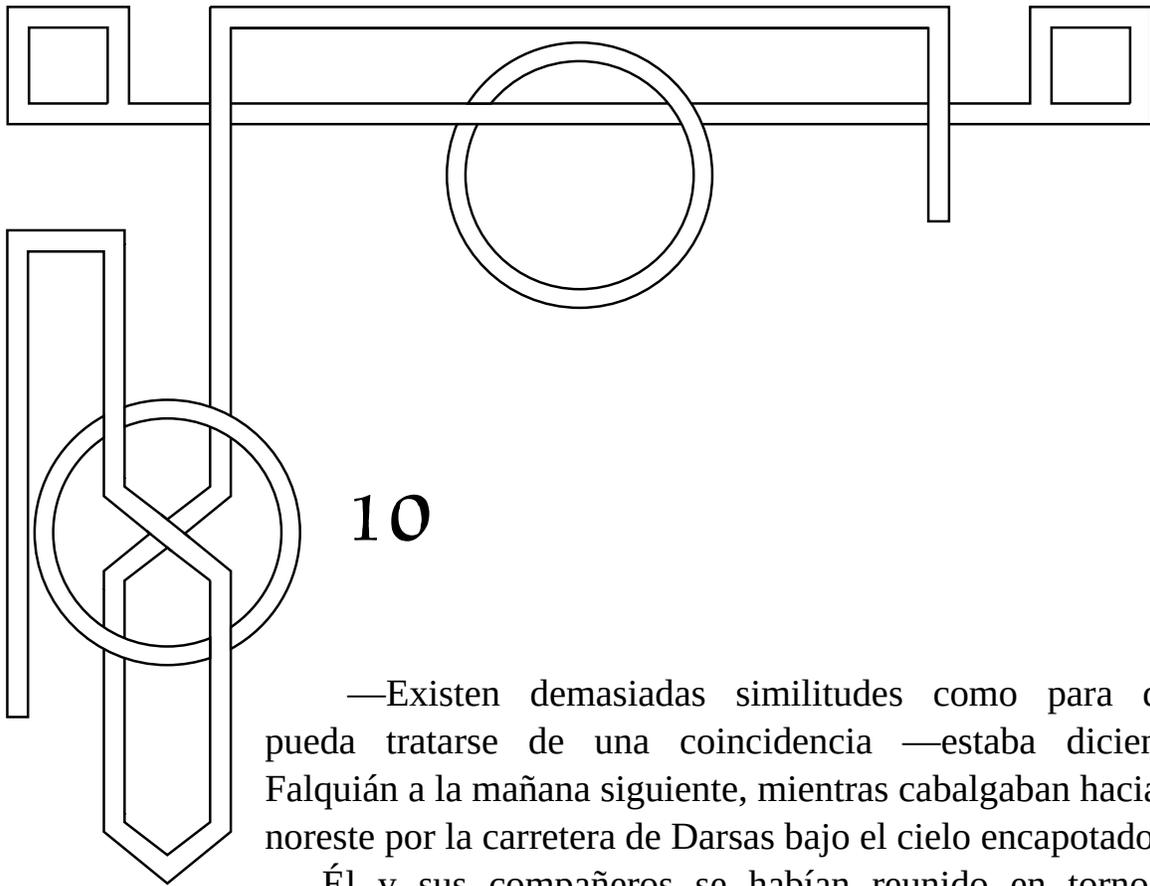
—¿Es que a nadie se le ocurre crear una historia nueva?

—¿A qué te refieres? —le preguntó Yukta.

—A nada, en realidad. Hay una historia similar que corre por Eosia. ¿Por qué debería preocuparnos eso si decidimos dedicarnos a los negocios por esta zona?

—Una parte de ese folclore del que os ha estado hablando Akros, es algo que le hieló la sangre a todo el mundo. Los siervos creen que cuando Ayachin vuelva, va a emanciparlos. Ahora anda por aquí un exaltado que está alborotándolos. No sabemos cuál es su verdadero nombre, pero los siervos lo llaman «Sable». Va por ahí diciéndoles que él realmente ha visto a Ayachin. Los siervos están reuniendo armas en secreto, o fabricándolas. Se deslizan hacia los bosques por la noche para escuchar los discursos que les dirige ese «Sable». He pensado que deberíais saber que andan por ahí fuera, porque sería peligroso si os tropezarais con ellos de forma inesperada. —Yukta se rascó la poblada barba—. Yo no suelo pensar normalmente así, pero ojalá el gobierno pudiera pillar a ese

tal Sable y colgarlo o algo parecido. Tiene a los siervos muy alterados con eso de derrocar a los opresores, y no se muestra muy explícito sobre a qué opresores se refiere. Podría estar hablando de los tamules, pero muchos de sus seguidores piensan que se refiere a la clase alta. Los siervos inquietos son siervos peligrosos. Nadie puede decir cuántos hay realmente, y si comienzan a tener ideas descabelladas sobre igualdad y justicia, sólo Dios sabe cómo acabará esto.



10

—Existen demasiadas similitudes como para que pueda tratarse de una coincidencia —estaba diciendo Falquián a la mañana siguiente, mientras cabalgaban hacia el noreste por la carretera de Darsas bajo el cielo encapotado.

Él y sus compañeros se habían reunido en torno al carruaje de Ehlana para comentar lo que Yukta les había revelado. El aire estaba cargado y húmedo, y no había siquiera el suspiro de una brisa.

—Casi me veo obligado a estar de acuerdo —replicó el embajador Oscagne—. Están surgiendo algunas pautas en todo esto, si lo que me habéis contado de Lamorkand es preciso. Nuestro imperio no es en ningún sentido democrático, e imagino que vuestros reinos occidentales son muy parecidos; pero no somos unos gobernantes tan duros..., ninguno de los dos. Creo que simplemente nos hemos convertido en el símbolo de la injusticia implícito en toda cultura. No estoy diciendo que el pueblo no nos odie. Todo el mundo detesta a su gobierno..., sin intención de ofenderte, majestad. —Le sonrió a Ehlana.

—Yo hago todo lo que puedo para evitar que mi pueblo me odie demasiado, excelencia —replicó ella. Ehlana llevaba puesta una capa de viaje de terciopelo azul claro, y Falquián pensaba que aquella mañana estaba particularmente bella.

—Nadie podría odiar a alguien tan adorable como tú, majestad. —Oscagne volvió a sonreír—. Pero el caso es, sin embargo, que el mundo está hirviendo de descontento, y que alguien está poniendo en juego todos esos resentimientos

dispares en un esfuerzo por derrocar el orden establecido... el imperio aquí, en Tamuli, y las monarquías e Iglesia en Eosia. Alguien quiere que haya una buena cantidad de disturbios, y no creo que esté motivado por el hambre de justicia.

—Podríamos avanzar mucho hacia la comprensión de todo esto si fuéramos capaces de averiguar con precisión qué es lo que persigue —agregó Emban.

—La oportunidad. —Ulath se encogió de hombros—. Si todo está asentado y el poder y la riqueza han sido distribuidos, no queda nada para los que están ascendiendo. La única forma que tienen de conseguir su parte, es ponerlo todo cabeza abajo y sacudirlo un poco.

—Ésa es una teoría política brutal, *sir* Ulath —dijo Oscagne con tono de desaprobación.

—Éste es un mundo brutal, excelencia. —Ulath se encogió de hombros.

—Me veo obligado a disentir contigo —aseguró Bevier con testarudez.

—Adelante, mi joven amigo. —Ulath sonrió—. A mí no me molesta demasiado que la gente no esté de acuerdo conmigo.

—Existe una cosa como el genuino progreso político. El pueblo llano es mucho mejor ahora de lo que lo era hace quinientos años.

—Concedido, pero ¿cómo van a ser las cosas el año que viene? —Ulath se inclinó hacia atrás en la silla de montar, y sus ojos adquirieron una expresión especulativa—. Las personas ambiciosas necesitan seguidores, y la única forma de conseguir que la gente lo siga a uno es prometiendo que uno va a corregir todo lo que está mal en el mundo. Las promesas son todas muy conmovedoras, pero sólo los bebés esperan que los políticos las cumplan.

—Eres un cínico, Ulath.

—Creo que ésa es la palabra que emplea la gente, sí.

El clima se hizo evidentemente amenazador a medida que progresaba la mañana. Un espeso banco de nubes púrpuras avanzaba a velocidad regular desde el oeste, y se veían destellos de relámpagos a la altura del horizonte.

—Va a llover, ¿verdad? —preguntó Tynian a Khalad.

Khalad miró atentamente hacia el banco de nubes.

—Ésa es una apuesta bastante segura, *sir* caballero —replicó el joven.

—¿Cuánto tiempo nos queda hasta que comencemos a mojarnos?

—Una hora o cosa así..., a menos que el viento arrecie.

—¿Tú qué crees, Falquían? —preguntó Tynian—. ¿Deberíamos buscar algún

tipo de refugio?

Se oyó el lejano resonar de un trueno que provenía del oeste.

—Creo que eso responde bien a tu pregunta —decidió Falquián—. Los hombres vestidos de acero no tienen nada que hacer en medio de una tormenta.

—Muy sensato —asintió Tynian. Dirigió una mirada a los alrededores—. La siguiente pregunta es: ¿dónde? No veo ningún bosque cerca.

—Puede que tengamos que plantar las tiendas.

—Eso es horriblemente tedioso, Falquián.

—También lo es freírse dentro de la armadura si te alcanza un rayo.

Kring retrocedió a caballo hacia la columna principal, seguido por un carro de dos ruedas. El hombre del carro era rubio, rechoncho y de aspecto blando. Llevaba ropas cortadas según un estilo que había pasado de moda en el oeste hacía unos cuarenta años.

—Éste es el dueño de las tierras, Kotyk —dijo el domi a Falquián—. Se llama a sí mismo barón. Quiere conocerte.

—Me siento abrumado al conocer a los leales caballeros de la Iglesia, *sir* caballero —declaró efusivamente el hombre rechoncho.

—Nos sentimos honrados, barón Kotyk —replicó Falquián mientras inclinaba cortésmente la cabeza.

—Mi mansión está cerca de aquí —se apresuró a continuar Kotyk—, y puedo ver que se avecina tiempo desagradable por el horizonte. ¿Se me permite ofreceros mi humilde hospitalidad?

—Como te lo he dicho tantas veces en el pasado, Falquián —dijo Bevier con voz suave—, lo único que tienes que hacer es depositar tu fe en Dios. Él te proveerá.

Kotyk parecía perplejo.

—Eso ha sido una broma poco graciosa, mi señor —le explicó Falquián—. Mis compañeros y yo estábamos precisamente comentando que necesitábamos algún refugio. Vuestra oferta más que generosa nos resuelve un problema fastidioso.

Falquián no estaba familiarizado con las costumbres locales, pero la florida habla del barón sugería una formalidad algo acartonada.

—Advierto que tenéis damas en vuestra compañía —observó Kotyk, mirando hacia el carruaje en el que viajaba Ehlana—. La comodidad de las mismas debe ser nuestra primera preocupación. Podremos conocernos mejor una vez nos hallemos a salvo bajo techo.

—Nos dejaremos guiar por vos, mi señor —asintió Falquián—. Os lo ruego, conducidnos según vuestra voluntad, y yo informaré a las damas de este encuentro fortuito.

Si Kotyk quería formalidades, Falquián le ofrecería formalidades. Hizo girar en redondo a *Faran* y retrocedió a lo largo de la columna.

—¿Quién es ese tipo del carro, Falquián? —preguntó Ehlana.

—No habléis en términos despreciativos de nuestro anfitrión, luz de mi vida.

—¿No te encuentras bien?

—Ese tipo rechoncho acaba de ofrecernos refugio de la tormenta que viene mordiéndonos las ruedas. Trátalo con gratitud, si no con respeto.

—¡Qué hombre tan amable!

—Puede que no fuese una mala idea la de que conservemos tu identidad en secreto. No sabemos exactamente adónde vamos a meternos. ¿Por qué no te presento sencillamente como a una aristócrata de alguna clase y...?

—Una margravina, me parece bien —improvisó ella—. La margravina Ehlana de Cardos.

—¿Por qué Cardos?

—Es un distrito bonito, con montañas y una hermosa línea costera. Un clima absolutamente perfecto y un pueblo industrioso y respetuoso de la ley.

—No se trata de vendérselo a ese hombre, Ehlana.

—Pero es que necesito conocer los detalles pertinentes para poder hablar con la adecuada efusión.

Falquián suspiró.

—De acuerdo, mi señora, practicad las efusiones, entonces, e inventa historias adecuadas para los demás. —Miró a Emban—. ¿Es vuestra moral lo suficientemente flexible como para soportar un poco de falsedad, vuestra gracia? —preguntó.

—Eso depende de sobre qué quieres que mienta, Falquián.

—No se tratará exactamente de una mentira, vuestra gracia. —Falquián sonrió—. Si degradamos a mi esposa, vos seréis el miembro de más alto rango de la partida. La presencia del embajador Oscagne entre nosotros sugiere algún tipo de visita de alto nivel. Simplemente le diré al barón Kotyk que vos sois el enviado personal del archiprelado a la corte, y que los caballeros son vuestra escolta en lugar de la escolta de la reina.

—Eso no fuerza exageradamente mi conciencia. —Emban le dedicó una sonrisa burlona—. Adelante, Falquián. Tú miente, que yo juraré que es verdad.

Di lo que tengas que decir. La tormenta se aproxima muy rápidamente hacia nosotros.

—Talen —dijo Falquián al muchacho que cabalgaba junto al carruaje—, desplázate un poco arriba y abajo de la columna y hazles saber a los caballeros qué es lo que estamos haciendo. Uno o dos «majestad» a destiempo podrían dejar al descubierto todos nuestros fraudes.

—Vuestro esposo demuestra algunas aptitudes, margravina Ehlana —observó Stragen—. Dadme algo de tiempo para entrenarlo un poco, y lo convertiré en un excelente estafador. Sus instintos son buenos, pero su técnica es un poco floja.

La mansión del barón Kotyk era una residencia palaciega rodeada de terrenos ajardinados, y al pie de la colina en la que se alzaba había un poblado de buen tamaño. Se veían unas cuantas dependencias que se alzaban en la parte trasera de la casa principal.

—Afortunadamente, caballeros, tengo sobrado espacio para una partida incluso tan grande como la vuestra —dijo el barón—. Sin embargo, las dependencias para el grueso de los hombres puede que sean un poco toscas. Son los dormitorios destinados a los grupos de cosechadores.

—Somos caballeros de la Iglesia, mi señor Kotyk —le respondió Falquián—. Estamos habituados a las incomodidades.

Kotyk suspiró.

—Nosotros no tenemos ninguna institución semejante aquí, en Astel —se lamentó—. ¡Hay tantas cosas de las que carece nuestro pobre país atrasado!

Llegaron a la mansión por un largo camino cubierto de grava blanca, bordeado a ambos lados por altos olmos, y que acababa al pie de una ancha escalera de piedra que conducía a una puerta principal en forma de arco. El barón bajó pesadamente de su carro y entregó las riendas a uno de los barbudos siervos que habían salido apresuradamente de la casa para recibirlos.

—Os lo ruego, gentilhombres todos —les dijo—, no guardéis ceremonia alguna. Entremos antes de que la tormenta descienda sobre nosotros.

Falquián no podía estar seguro de si el habla afectada del barón era característica del país, una idiosincrasia personal o una reacción nerviosa ante el rango de sus visitantes. Hizo un gesto a Kalten y Tynian.

—Encargaos de que los caballeros y los pelois estén apropiadamente

instalados —dijo en voz baja—. Luego reuníos con nosotros en la casa. Khalad, ve con ellos. Aseguraos de que los siervos no dejan a los caballos fuera, bajo la lluvia.

Las puertas de la mansión se abrieron, y tres damas vestidas con ropas anticuadas salieron por las mismas. Una de ellas era alta y angulosa. Tenía una abundante melena de cabellos negros y restos tardíos de belleza juvenil. No obstante, el paso del tiempo no había sido benevolente con ella. Su rígido rostro altivo estaba lleno de arrugas, y padecía un visible estrabismo. Las otras dos eran rubias fofas, y sus facciones denotaban claramente una relación de parentesco con el barón. Detrás de ellas había un joven pálido vestido de terciopelo negro. Parecía tener una perpetua mueca burlona impresa en la cara. Sus cabellos negros estaban peinados en largos bucles que le caían sobre la espalda en un artístico y espectacular arreglo.

Tras las más breves de las presentaciones, Kotyk los condujo al interior. La dama alta de cabellos negros era la esposa del barón, Astansia. Las dos rubias eran, como lo había adivinado Falquián, las hermanas de Kotyk: Ermude, la mayor, y Katina, la más joven. El muchacho pálido era el hermano de la baronesa Astansia, Elron, el cual, les advirtió ella en un tono de voz que lindaba con la adoración, era poeta.

—¿Crees que podré escaparme si alego una terrible jaqueca? —murmuró Ehlana a Falquián mientras seguían al barón y a la familia de éste por un largo corredor de paredes cubiertas con tapices hacia el centro de la casa—. Me temo que esto va a ser espantoso.

—Si yo puedo soportarlo, tú también tendrás que hacerlo —le susurró Falquián—. Necesitamos el techo del barón, así que tendremos que tolerar su hospitalidad.

Ella suspiró.

—Resultaría un poco más soportable si todo el lugar no apestara a col hervida.

Se condujo a todos al «salón», que era apenas más pequeño que la sala del trono de Cimmura, una habitación que olía a rancio y estaba llena de rígidos e incómodos divanes y sillones, alfombrada en un amarillo mostaza de aspecto insalubre.

—¡Estamos tan aislados aquí! —suspiró Katina hablando con la baronesa Melidere—, y tan horrorosamente pasados de moda. Mi pobre hermano hace todo lo que puede para mantenerse al día sobre lo que sucede en el oeste, pero

nuestro remoto emplazamiento mantiene prisioneros y alejados de nuestras puertas a los visitantes. Ermude y yo intentamos una y otra vez persuadirlo de que tome una casa en la capital donde podamos estar cerca del centro de las cosas, pero ella no quiere ni oír hablar de eso. La hacienda le vino a mi hermano por matrimonio y su esposa es terriblemente provinciana. ¿Podéis creer que mi hermana y yo nos vemos obligadas a que nuestros vestidos los hagan las siervas?

Melidere se apoyó una palma en la mejilla con gesto fingidamente escandalizado.

—¡Dios mío! —exclamó.

Katina buscó un pañuelo mientras lágrimas de desconsuelo comenzaban a caerle por las mejillas.

—¿No estaría vuestra atana más cómoda con los siervos, margravina? —preguntó la baronesa Astansia a Ehlana, mirando a Mirtai con cierto disgusto.

—Lo dudo, baronesa —replicó Ehlana—, e incluso en el caso de que ella se sintiera más cómoda, yo no lo estaría. Tengo enemigos poderosos, mi señora, y mi esposo está demasiado implicado en los asuntos de Elenia. La reina se apoya completamente en él, así que yo tengo que cuidar de mi propia defensa.

—Admito que vuestra atana es imponente, margravina —respondió Astansia sorbiendo por la nariz—, pero aun así no es más que una mujer, después de todo.

Ehlana sonrió.

—Podrías decirles eso a los diez hombres a los que ya ha dado muerte, baronesa —respondió.

La baronesa la miró con horror.

—El continente eosiano tiene una capa muy fina de civilización, milady —le advirtió Stragen—, pero debajo de la misma, es realmente bastante salvaje.

—Es un viaje muy tedioso, barón Kotyk —dijo el patriarca Emban—, pero el archiprelado y el emperador han estado en comunicación constante desde el colapso de Zemoch, y ambos piensan que ya ha llegado el momento de intercambiar enviados personales. Malentendidos pueden surgir en ausencia de contacto directo, y el mundo ya ha visto bastantes guerras.

—Una sabia decisión, vuestra gracia. —Kotyk estaba bastante abrumado por la presencia de personas de tan elevada posición en su casa.

—Yo tengo alguna reputación en la capital, *sir* Bevier —estaba diciendo Elron en un tono de voz altanero—. Mis poemas son ansiosamente buscados por la intelectualidad. No obstante, están bastante fuera del alcance de los iletrados. Se me destaca en particular por mi habilidad para transmitir los colores. Pienso

que el color es, en efecto, la mismísima alma del mundo real. He estado trabajando en una *Oda al azul* durante los últimos seis meses.

—Asombrosa perseverancia —murmuró Bevier.

—Intento ser lo más preciso posible —declaró Elron—. Ya he compuesto 263 estrofas, y me temo que el final aún no está a la vista.

Bevier suspiró.

—Como caballero de la Iglesia, tengo poco tiempo para la literatura —se lamentó—. A causa de mi profesión, debo concentrarme en los textos militares y los libros devotos. *Sir Falquián* es más mundano que yo, y sus descripciones de las gentes y los lugares lindan a veces con lo poético.

—Me siento muy interesado —mintió Elron, cuyo rostro revelaba el desprecio profesional por los esfuerzos de los aficionados—. ¿Toca los colores en algún sentido?

—Más bien la luz, según creo —replicó Bevier—, pero son la misma cosa, ¿no es así? Los colores no existen sin la luz. Recuerdo que una vez describió una calle de la ciudad de Jiroch. La ciudad se halla situada en la costa de Rendor, donde el sol golpea la tierra como un martillo. Muy temprano por la mañana, antes de que salga el sol, el cielo tiene el color del acero forjado. No produce sombra alguna, por lo que todo parece grabado al aguafuerte en ese gris sin procedencia. Los edificios de Jiroch son todos blancos, y las mujeres van al manantial antes de la salida del sol para evitar el calor del día. Llevan túnicas con capucha y velos, todo negro, y acarrean vasijas de barro en equilibrio sobre los hombros. A pesar de que ninguna ha recibido educación, se mueven con una gracia que está más allá de las capacidades de las bailarinas. Su silenciosa y bella procesión marca el comienzo del día cuando, al igual que sombras, reciben al día con un ritual tan viejo como los tiempos. ¿Habéis visto alguna vez esa luz peculiar anterior a la salida del sol, Elron?

—Raras veces me levanto antes del mediodía —replicó el joven con rigidez.

—Alguna vez deberíais hacer el esfuerzo para verla —le sugirió amablemente Bevier—. Después de todo, un artista tiene que estar dispuesto a realizar algunos sacrificios por su arte.

—Confío en que me disculpéis —dijo bruscamente el muchacho de oscuros bucles. Hizo una ligera reverencia y huyó, mientras una expresión mortificada reemplazaba la arrogante mueca burlona de su rostro.

—Eso ha sido cruel, Bevier —dijo Falquián con tono de reprobación—, y has puesto en mi boca palabras que no he dicho. No obstante, reconozco que

tienes una aptitud especial para el idioma.

—Produjo el efecto deseado, Falquián. Si ese burro presuntuoso me hubiese tratado con aires de superioridad una sola vez más, lo habría estrangulado. ¿Doscientos y pico versos en una oda al color azul? ¡Vaya un asno!

—La próxima vez que venga a fastidiarte con el azul, descríbele el Bhelliom. Bevier se estremeció.

—Yo no, Falquián. Sólo pensar en ello me hiela la sangre.

Falquián se echó a reír y se aproximó a la ventana para mirar la lluvia que azotaba la hierba.

Danae se le acercó y le dio la mano.

—¿Realmente tenemos que permanecer aquí, padre? —preguntó—. Esa gente me revuelve el estómago.

—Necesitamos un sitio en el que guarecernos de la lluvia, Danae.

—Yo puedo hacer que deje de llover, si es eso lo único que te preocupa. Si una de esas repulsivas mujeres se pone a hablarme en media lengua una sola vez más, voy a convertirla en sapo.

—Creo que tengo una idea mejor. —Falquián se inclinó y la tomó en brazos—. Haz como si estuvieras durmiéndote —dijo.

Al punto, Danae quedó floja y desmadejada como una muñeca de trapo.

—Estás exagerando —dijo Falquián. Atravesó la sala hasta el extremo opuesto, la tendió suavemente sobre un diván, y la tapó con la capa de viaje—. No ronques —le aconsejó—. Todavía no eres lo bastante grande como para roncar.

Ella le echó una mirada de inocencia.

—Yo no haría algo así, Falquián. Busca a mi gata y tráemela. —Luego su sonrisa se endureció—. Presta mucha atención a nuestro anfitrión y su familia, padre. Creo que deberías ver qué clase de gente son en realidad.

—¿Qué te traes entre manos?

—Nada. Simplemente creo que deberías ver cómo son realmente.

—Ya puedo ver bastante.

—No, en realidad, no. Intentan ser corteses, así que están suavizando las cosas. Echemos un vistazo a la verdad. Durante el resto de la velada, te dirán qué es lo que realmente piensan y creen.

—Yo preferiría que no lo hiciesen.

—Se supone que tienes que ser valiente, Falquián, y esta horrible pequeña familia es típica de la nobleza de Astel. Una vez los hayas entendido a ellos,

estarás en situación de darte cuenta de qué es lo que funciona mal en el reino. Podría resultar útil. —Sus ojos y rostro se pusieron serios—. Aquí hay algo, Falquián..., algo que tenemos absoluta necesidad de saber.

—¿Qué?

—No estoy segura. Pon atención, padre. Esta noche, alguien va a decirte algo importante. Ahora ve a buscar a mi gata.

La cena que les ofrecieron estaba mediocrementemente preparada, y la conversación de la mesa fue horrible. Libres de sus inhibiciones a causa del hechizo de Danae, el barón y su familia dijeron cosas que normalmente habrían ocultado, y su malévolos vanidad autocompasiva salió a la luz de forma más penosa bajo la influencia del vino de calidad inferior que todos bebían a grandes tragos, como ordinarios borrachos de taberna.

—Yo no estaba destinada a este aislamiento bárbaro —confesó la llorosa Katina a la pobre Melidere—. Sin duda, Dios no pudo haberme destinado a florecer sin que nadie se diera cuenta, tan lejos de las luces y el regocijo de la capital. Fuimos cruelmente engañadas antes del matrimonio de mi hermano con esa mujer horrible, se nos hizo creer que la hacienda nos proporcionaría fortuna y posición, pero apenas da lo suficiente como para mantenernos en este cuchitril. No hay esperanza de que podamos permitirnos tener una casa en Darsas. —Ocultó el rostro en las manos—. ¿Qué será de mí? —gimoteó—. Las luces, los bailes, las hordas de pretendientes acudiendo en enjambre a mi puerta, deslumbrados por mi ingenio y mi belleza.

—Oh, no llores, Katina —gimoteó Ermude—. Si tú lloras, también lo haré yo.

Las hermanas eran tan parecidas de apariencia que Falquián tenía problemas para diferenciarlas. La gordura de ambas era más parecida a una masa informe que a carne. Sus descoloridos cabellos eran lacios y sin gracia, y su complexión, desagradable. Ninguna de las dos parecía realmente muy limpia.

—Yo intento con tanto ahínco proteger a mi pobre hermana... —lloriqueó Ermude a la sufrida Melidere—. Pero este horrible lugar la está destruyendo. Aquí no hay cultura. Vivimos como bestias..., como siervas. ¡Es todo tan insignificante! La vida debe tener sentido pero ¿qué sentido puede haber cuando estamos a tanta distancia de la capital? Esa horrorosa mujer no quiere permitirle a nuestro pobre hermano vender este páramo desolado para que podamos adquirir una residencia adecuada en Darsas. Estamos atrapadas aquí..., atrapadas, os lo aseguro... Y tendremos que pasar el resto de nuestras vidas en

este monstruoso aislamiento. —Luego también ella enterró el rostro entre las manos y sollozó.

Melidere suspiró, levantando los ojos al techo.

—Tengo alguna influencia con el gobernador del distrito —estaba diciendo Kotyk al patriarca Emban, con pomposos aires de importancia—. Se fía de mis opiniones. Hemos estado pasando unos momentos del demonio con los villanos del poblado, unos sinvergüenzas sin título, todos y cada uno de ellos, siervos fugitivos, si se supiera la verdad. Protestan amargamente ante cada nuevo impuesto e intentan echarnos la carga a nosotros. Nosotros ya pagamos bastante en impuestos, gracias, y son ellos quienes exigen todos los servicios. ¿Qué bien me hace a mí que las calles del poblado estén pavimentadas? Son las carreteras las importantes. Yo le he dicho eso a su excelencia el gobernador una y otra vez.

El barón estaba muy bebido. Su voz era borrosa y la cabeza le oscilaba sobre el cuello.

—Todas las cargas del distrito pesan sobre nuestros hombros —declaró, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas de autocompasión—. Yo tengo que mantener a quinientos siervos haraganes... siervos tan vagos que ni siquiera los latigazos pueden hacerlos trabajar. ¡Es todo tan injusto! Soy un aristócrata, pero eso ya no cuenta para nada. —Las lágrimas comenzaron a resbalarle por las mejillas, y la nariz empezó a moquearle—. Nadie parece darse cuenta de que la aristocracia es el regalo especial que Dios le ha hecho a la humanidad. Los villanos no nos tratan mejor que a los comunes. Si se considera nuestro origen divino, semejante falta de respeto es la peor forma de impiedad. Estoy seguro de que vuestra gracia está de acuerdo conmigo. —El barón sorbió sonoramente por la nariz.

El padre del patriarca Emban había sido un tabernero de la ciudad de Ucera, y Falquián estaba completamente seguro de que el rechoncho hombrecillo de la Iglesia no estaba en absoluto de acuerdo con el barón.

Ehlana había sido atrapada por la esposa del barón y comenzaba a tener un aspecto bastante desesperado.

—La hacienda es mía, claro está —declaró Astansia con fría voz altanera—. Mi padre estaba ya en la edad del chocheo cuando me casó con ese cerdo gordo. —Hizo una mueca burlona—. Kotyk tenía sólo esos ojillos porcinos puestos en las rentas de mi hacienda. Mi padre estaba tan impresionado por el título de ese

idiota que no pudo verlo por lo que realmente es, un oportunista con título y dos gordas y feas hermanas colgadas de los faldones de su jubón. —Hizo otra mueca burlona, y luego la burla abandonó su rostro y las inevitables lágrimas le llenaron los ojos—. Sólo puedo hallar consuelo para mi trágico estado en la religión, el arte de mi querido hermano, y en la satisfacción que obtengo de asegurarme completamente de que esas dos brujas no vean jamás las luces de Darsas. Se pudrirán aquí, hasta el preciso momento en el que el cerdo que tengo por marido se mate comiendo y bebiendo. Entonces las echaré de aquí con nada más que las ropas que les cubran los lomos. —Sus duros ojos adquirieron una expresión exultante—. Apenas puedo esperar a que llegue ese momento —dijo con ferocidad—. Tendré mi venganza, y entonces mi santo hermano y yo podremos vivir en perfecta felicidad.

La princesa Danae se subió al regazo de su padre.

—Son una gente adorable, ¿no crees? —dijo en voz baja.

—¿Estás provocando tú todo esto? —preguntó él en tono acusador.

—No, padre, yo no puedo hacer algo así. Ninguno de nosotros tiene suficiente poder. Las personas son lo que son. No está en nuestras manos cambiarlas.

—Yo creía que podías hacer cualquier cosa.

—Existen límites, Falquián. —Los oscuros ojos de la niña volvieron a endurecerse—. No obstante, sí que voy a hacer algo.

—¿Ah, sí?

—Tu dios elenio me debe un par de favores. Una vez hice algo bueno por él.

—¿Y por qué necesitas su ayuda?

—Estas gentes son elenios. Le pertenecen a él. Yo no puedo hacerles nada sin su permiso. Ésa sería la peor forma de malos modales.

—Yo soy un elenio, y a mí me haces cosas.

—Tú eres Anakha, Falquián. Tú no le perteneces a nadie.

—Eso es deprimente. ¿Estoy suelto por el mundo sin ningún dios para guiarme?

—Tú no necesitas que te guíen. Que te aconsejen a veces, sí. Que te guíen, no.

—No hagas nada exótico aquí —advirtió a la niña—. No sabemos exactamente con qué vamos a enfrentarnos cuando nos adentremos más en Tamuli. Será mejor no anunciar nuestra presencia hasta que nos veamos obligados a hacerlo. —Luego, la curiosidad pudo con él—. Nadie ha dicho nada

muy relevante hasta el momento.

—Entonces continúa escuchando, Falquián. Te aseguro que llegará.

—¿Qué es exactamente lo que planeabas pedirle a Dios que les hiciera a estas gentes?

—Nada —replicó ella—. Absolutamente nada. No le pediré que haga nada que pueda cambiar la situación en la que están. Lo único que quiero que haga es que se asegure de que vivan todos una vida muy, muy larga.

Falquián recorrió con los ojos los petulantes rostros de la familia del anfitrión.

—Vas a aprisionarlos aquí —la acusó—, a encadenar las unas a las otras por toda la eternidad a cinco personas que se detestan, para que se desgarran mutuamente poco a poco.

—No para siempre, Falquián —lo corrigió la niña—. Aunque probablemente a ellos se lo parecerá.

—Eso es cruel.

—No, Falquián. Es justicia. Estas gentes se merecen plenamente las unas a las otras. Yo sólo quiero asegurarme de que dispongan de mucho tiempo para disfrutar de su mutua compañía.

—¿Qué te parece salir a respirar un poco de aire fresco? —preguntó Stragen, recostado sobre el hombro de Falquián.

—Está lloviendo.

—No creo que vayas a derretirte.

—Quizá no sea una mala idea, después de todo. —Falquián se puso de pie, llevó a su hija dormida de vuelta al salón y la depositó en el diván en el que *Mmrr* dormitaba ronroneando distraídamente y amasando uno de los cojines con sus garras, afiladas como agujas. Cubrió a ambas y siguió a Stragen al corredor—. ¿Te sientes inquieto? —preguntó al thalesiano.

—No, asqueado. He conocido a algunas de las peores gentes del mundo, amigo mío, y yo mismo no soy precisamente un ángel, pero esta pequeña familia... —Se estremeció—. ¿Estuviste alguna vez en un almacén de venenos mientras permaneciste en Rendor?

—Yo no apruebo el uso de venenos.

—En eso eres un poco limitado, viejo amigo. El veneno es una forma ordenada de manejar a la gente intolerable.

—Annias pensaba de forma muy parecida, según recuerdo.

—Me había olvidado de ello —admitió Stragen—. Imagino que eso te creó ligeros prejuicios contra una solución muy práctica para los problemas difíciles. No obstante, habría que hacer realmente algo con esos monstruos.

—De eso ya se ha encargado alguien.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

—No soy libre de contártelo.

Salieron a la amplia veranda que corría por la parte trasera de la casa, y se quedaron recostados en la barandilla mirando hacia los enfangados parques.

—No hay señal alguna de que vaya a amainar la tormenta, ¿verdad? —comentó Stragen—. ¿Durante cuánto tiempo puede continuar, en esta época del año?

—Eso tendrás que preguntárselo a Khalad. El experto en clima es él.

—¿Mis señores?

Stragen y Falquián se volvieron.

Era Elron, el poético cuñado del barón.

—He acudido hasta aquí para asegurarles que mi hermana y yo no somos responsables de Kotyk y sus familiares —dijo.

—Estábamos bastante seguros de que así era, Elron —murmuró Stragen.

—Lo único que tenían en el mundo era el título de Kotyk. El padre de ellos negoció con la heredad que poseían. Me pone enfermo tener a esa progenie de aristócratas venidos a menos tratándonos con altivez como lo hacen.

—Hemos oído algunos rumores —comentó Stragen, que consiguió cambiar suavemente de tema—. Algunas gentes de Esos nos dijeron que había inquietud entre los siervos. Nos contaron una descabellada historia sobre un tipo llamado «Sable» y otro llamado Ayachin. No pudimos sacar sentido alguno en ello.

Elron miró a su alrededor con un estilo de conspiración excesivamente dramática.

—No es prudente mencionar esos nombres aquí, en Astel, mi señor Stragen —advirtió con un ronco susurro que probablemente podía oírse desde el otro lado del jardín—. Los tamules tienen oídos por todas partes.

—¿Están los siervos descontentos con los tamules? —preguntó Stragen con una cierta sorpresa—. Nunca hubiera creído que fueran a mirar tan lejos para encontrar a alguien a quien odiar.

—Los siervos son animales supersticiosos, mi señor. —Elron hizo una mueca burlona—. Se les puede llevar a cualquier parte con una combinación de

religión, folklore y bebidas fuertes. El verdadero movimiento está dirigido contra los diablos amarillos. —Los ojos de Elron se entrecerraron—. El honor de Astel exige que el yugo de los tamules sea arrojado lejos de nosotros. Ésa es la verdadera meta del movimiento. Sable es un patriota, una figura misteriosa que aparece procedente de la noche para inspirar a los hombres de Astel a levantarse y romper las cadenas del opresor. Siempre va enmascarado ¿sabéis?

—No me lo habían dicho.

—Oh, sí. Es algo necesario, por supuesto. De hecho, se trata de un personaje conocido que oculta cuidadosamente su verdadera identidad y sus opiniones. Durante el día es un ocioso miembro de la nobleza rural, pero por la noche se convierte en un enmascarado patriota ardiente que enciende el patriotismo en los campesinos.

—Vos tenéis ciertas opiniones sobre el particular, según deduzco —comentó Stragen.

La expresión de Elron se hizo cautelosa.

—Yo no soy más que un poeta, mi señor Stragen —contestó con desaprobación—. El interés que siento es por lo dramático de la situación, en aras de mi arte, ya comprenderéis.

—Oh, por supuesto.

—¿Dónde entra en juego ese tal Ayachin? —preguntó Falquián—. Según tengo entendido, lleva ya muerto bastante tiempo.

—Están sucediendo cosas extrañas en Astel, *sir* Falquián —le aseguró Elron—. Cosas que han permanecido encerradas en la sangre de los verdaderos astelianos durante generaciones. Nosotros tenemos en el corazón el conocimiento de que Ayachin no está muerto. Nunca puede morir... mientras la tiranía continúe alentando vida.

—Sólo como consideración práctica, Elron —dijo Falquián con sus más urbanos modales—, me parece que este movimiento parece apoyarse mucho en los siervos como fuerza numérica. ¿Qué es lo que sacan ellos de todo el asunto? ¿Por qué, a unas gentes que están atadas a la tierra, iba a preocuparles en lo más mínimo quién administra el gobierno?

—Son como ovejas. Salen de estampida hacia cualquier dirección que uno quiera hacerles correr. Lo único que hay que hacer es murmurar la palabra «emancipación», y le seguirán hasta la boca del infierno.

—Entonces, ¿quieres decir que Sable no tiene intención de liberarlos de verdad?

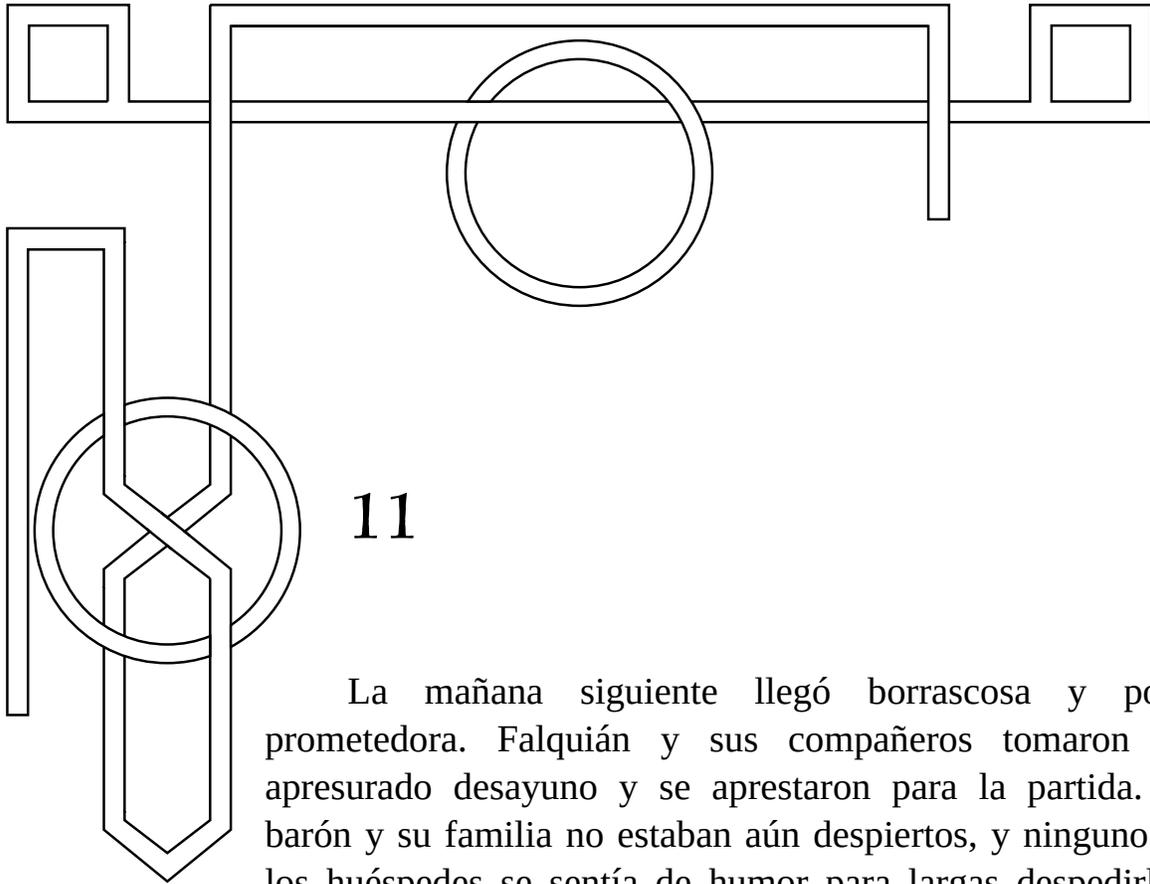
Elron se echó a reír.

—Mi querido amigo, ¿por qué iba a querer hacer algo así cualquier hombre razonable? ¿Qué sentido tiene dar la libertad al ganado? —Recorrió el entorno con mirada furtiva—. Debo regresar antes de que adviertan mi ausencia. Kotyk me odia, y nada le gustaría más que tener la oportunidad de denunciarme a las autoridades. Me veo obligado a sonreír y ser cortés con él y esas dos cerdas sobrealimentadas a las que llama hermanas. Yo me guardo mis propias opiniones, caballeros, pero cuando llegue el día de la liberación, se producirán cambios aquí..., como que Dios es mi juez. Los cambios sociales son violentos, y casi puedo garantizar que Kotyk y sus hermanas no vivirán para ver la aurora del nuevo día. —Sus ojos se entrecerraron con una especie de propia importancia secretista—. Pero estoy hablando demasiado. Cierro la boca, caballeros. Cierro la boca. —Se envolvió en la negra capa con gesto teatral y entró furtivamente en la casa, con la cabeza alta y la expresión resuelta.

—Es un joven fascinante —observó Stragen—. Por algún motivo, pone ansioso a mi estoque.

Falquián gruñó una frase de conformidad y miró hacia la lluviosa noche.

—Espero que esto pare hacia el alba —dijo—. Tengo verdaderas ganas de salir de este albañal.



## 11

La mañana siguiente llegó borrascosa y poco prometedora. Falquián y sus compañeros tomaron un apresurado desayuno y se aprestaron para la partida. El barón y su familia no estaban aún despiertos, y ninguno de los huéspedes se sentía de humor para largas despedirlas. Partieron a caballo alrededor de una hora después de la salida del sol, y se dirigieron hacia el noreste por el camino de Darsas, avanzando a medio galope para poner distancia entre ellos y la casa del barón. A pesar de que nadie lo había mencionado, todos querían ponerse a salvo antes de que despertaran los anfitriones de los alrededores que hiciera posible cualquier probabilidad de que les dieran alcance.

A eso de media mañana llegaron a la señal blanca que marcaba la frontera oriental de la hacienda del barón, y profirieron un colectivo suspiro de alivio. La columna aminoró la marcha a una velocidad de paso, y Falquián, junto con los otros caballeros, retrocedió para cabalgar cerca del carruaje.

La camarera de Ehlana, Alean, estaba llorando, y la reina y Melidere intentaban consolarla.

—Es una niña muy dulce —explicó Melidere a Falquián—. El horror de aquella triste familia la ha conmovido hasta las lágrimas.

—¿Es que alguien de esa casa te dijo algo que no debería de haberte dicho? —preguntó Kalten a la sollozante joven, con voz endurecida. La actitud de

Kalten hacia Alean era extraña. Una vez que lo habían persuadido de que no impusiera sus atenciones a la muchacha, se había vuelto ferozmente protector— si alguien te ha insultado, regresaré y le enseñaré mejores modales.

—No, mi señor —replicó la joven, desconsolada—. No ha sido nada de eso. Es que están atrapados en aquel lugar horrible. Se odian los unos a los otros, pero tendrán que pasar juntos el resto de sus vidas. Y continuarán cortándose pedacitos los unos a los otros hasta que estén todos muertos.

—Alguien me dijo una vez que hay un cierto tipo de justicia funcionando en situaciones como ésta —observó Falquián, poniendo buen cuidado en no mirar a su hija—. Muy bien, pues. Todos hemos tenido ocasión de hablar por separado con los miembros de la familia de nuestro anfitrión. ¿Oyó alguien algo útil?

—Los siervos están al borde mismo de la rebelión, mi señor —dijo Khalad—. Yo me dediqué a vagar por los alrededores de los establos y otras dependencias externas y hablar con ellos. El padre del barón era un señor benévolo, creo, y los siervos le tenían afecto. Sin embargo, después de morir él, Kotyk comenzó a manifestar su verdadera naturaleza. Es un tipo de hombre brutal, y muy aficionado a utilizar el knut<sup>[5]</sup>.

—¿Qué es un knut? —preguntó Talen.

—Una especie de azote —replicó su hermano con tono rudo.

—¿Un látigo?

—Un poco peor que eso. Es cierto que los siervos son haraganes, Falquián. De eso no cabe duda alguna. Y han perfeccionado el arte de hacerse los estúpidos o fingirse enfermos y heridos. Siempre ha sido una especie de juego, según deduzco. Los señores feudales sabían qué era lo que los siervos se traían entre manos, y los siervos sabían que no estaban engañando realmente a nadie. En realidad, creo que todos se divertían con ello. Luego, hace algunos años, un señor dejó de jugar de repente. En lugar de intentar convencer con halagos a los siervos para que trabajaran, los nobles comenzaron a recurrir al knut. Arrojaron por la ventana un milenio de tradición y se volvieron violentos de un día para otro. Los siervos no pueden comprenderlo. Kotyk no es el único noble que ha estado maltratando a los siervos.

»Dicen que ha estado sucediendo lo mismo en toda Astel occidental. Los siervos tienden a exagerar las cosas, pero todos parecen convencidos de que sus señores han emprendido un camino de brutalidad deliberada con el fin de acabar con sus derechos tradicionales y reducirlos a la más absoluta esclavitud. Un

siervo no puede ser vendido, pero un esclavo sí. Ese al que llaman “Sable” ha estado haciendo todo un mundo de eso. Si le dices a un hombre que alguien está planeando vender a su esposa y sus hijos, vas a conseguir que se exalte más que un poco.

—Eso no encaja demasiado bien con lo que el barón Kotyk me estuvo contando —intervino el patriarca Emban—. La noche pasada, el barón bebió más de lo que le convenía, y dejó escapar algunas cosas que de otra forma posiblemente no habría dicho. Su impresión es la de que la primera meta de Sable es la de echar a los tamules de Astel.

»Si he de serte sincero, Falquián, sentía un poco de escepticismo respecto a lo que aquel ladrón de Esos os contó sobre ese tal Sable, pero lo que ciertamente ha conseguido es captar la atención de los nobles. Está haciendo una montaña de las diferencias raciales y religiosas existentes entre los elenios y los tamules. Kotyk no dejaba de referirse a los tamules como a “perros amarillos sin dios”.

—Nosotros tenemos dioses, vuestra gracia —protestó suavemente Oscagne—. Si me concedéis unos minutos, puede que consiga recordar algunos de sus nombres.

—Nuestro amigo Sable ha estado muy atareado —comentó Tynian—. Les está contando una cosa a los nobles, y otra a los siervos.

—Me parece que eso se llama tener dos caras —comentó Ulath.

—Creo que el imperio querrá darle una cierta prioridad al descubrimiento de la identidad de Sable —reflexionó Oscagne—. Es embarazosamente predecible, pero nosotros, los brutales opresores y perros amarillos sin dios siempre queremos identificar a los cabecillas y buscapleitos.

—¿Para poder apresarlos y ahorcarlos? —lo acusó Talen.

—No necesariamente, joven. Cuando un talento natural sale a la superficie, uno no debe desperdiciarlo. Estoy seguro de que podremos hallar una utilidad para las dotes de ese hombre.

—Pero él odia a vuestro imperio, excelencia —señaló Ehlana.

—Ése no es un verdadero inconveniente, majestad. —Oscagne sonrió—. El hecho de que un hombre odie al imperio no lo convierte automáticamente en delincuente. Cualquiera que tenga un mínimo de sentido común, odia al imperio. Hay días en los que incluso el mismo emperador lo odia. La presencia de revolucionarios es un buen indicio de que algo está funcionando muy mal en determinada provincia. El revolucionario ha convertido en una profesión señalar los problemas, así que a la larga es más fácil dejarlo que siga adelante y arregle

las cosas. Conocemos a unos cuantos revolucionarios que resultaron ser muy buenos gobernadores provinciales.

—Ésa es una interesante línea de pensamiento, excelencia —comentó Ehlana—, pero ¿cómo persuadís a personas que os odian de que trabajen para vosotros?

—Con mañas, majestad. Es sencillo: se les pregunta si creen que pueden hacerlo mejor. Inevitablemente piensan que sí, por lo que uno se limita a decirles que lo intenten. Casi siempre lleva unos pocos meses darse cuenta de que se los ha enredado. Ser gobernador provincial es el peor trabajo del mundo. Todos le odian.

—¿Dónde encaja ese Ayachin? —preguntó Bevier.

—Yo deduzco que es el punto de unión —replicó Stragen—. Algo así como lo que Drychnath es en Lamorkand.

—¿Una cabeza visible? —sugirió Tynian.

—Es muy probable. Uno no esperaría realmente que un héroe del siglo noveno comprenda la realidad política contemporánea.

—No obstante, es algo así como un enigma —señaló Ulath—. La nobleza cree que era una clase de hombre, y los siervos piensan que es otra. Sable debe tener dos tipos de discurso. En cualquier caso ¿quién fue exactamente Ayachin?

—Kotyk me dijo que era un noble menor, muy devoto de la iglesia asteliana —intervino Emban—. En el siglo nueve se produjo una invasión de la Iglesia desde Eosia. Tu ladrón de Esos estaba en lo correcto al menos en ese punto. Los astelianos creen que la santa madre de Chyrellos es hereje. Se supone que Ayachin reunió a los nobles y finalmente obtuvo una gran victoria en las marismas de Astel.

—Los siervos cuentan una historia distinta —dijo Khalad—. Ellos creen que Ayachin era un siervo que se hacía pasar por noble, y que su verdadera meta era la emancipación de su propia clase. Aseguran que la victoria de las marismas fue trabajo de los siervos, no de la nobleza. Más tarde, cuando los nobles descubrieron quién era Ayachin en verdad, lo hicieron asesinar.

—Entonces constituye una cabeza visible perfecta —comentó Ehlana—. Resultaba tan ambiguo que parece poder ofrecerle algo a todos.

Emban tenía el entrecejo fruncido.

—Los malos tratos de que son objeto los siervos no tienen sentido alguno. No son muy laboriosos, pero hay tantos que lo único que uno tiene que hacer es amontonar a más gente hasta que consiga que el trabajo quede hecho. Si uno los maltrata, lo único que realmente consigue es alentarlos para que se le vuelvan en

contra. Incluso un idiota se da cuenta de eso. Falquián, ¿existe algún hechizo que pueda haber inducido a la nobleza a seguir un rumbo que es finalmente suicida?

—Ninguno del que yo tenga conocimiento —replicó Falquián. Recorrió con los ojos a los demás caballeros, y todos negaron con la cabeza. Sin embargo, la princesa Danae asintió de forma imperceptible, para darle a entender que muy bien podía haber una forma de conseguir lo que Emban acababa de sugerir—. De todas formas, yo no descartaría esa posibilidad, vuestra gracia —agregó—. El hecho de que ninguno de nosotros conozca el hechizo no significa que éste no exista. Si alguien quisiera provocar disturbios en Astel, probablemente nada hubiese convenido más a sus propósitos que un levantamiento de los siervos; y si todos los nobles comenzaron a utilizar el knut al mismo tiempo, sería la forma perfecta de poner una rebelión en marcha.

—Y ese tal Sable parece ser el responsable —dijo Emban—. Está agitando a los nobles en contra de los perros amarillos sin dios..., perdonad, Oscagne..., y al mismo tiempo está poniendo a los siervos en contra de sus señores. ¿Ha podido alguien enterarse de algo más acerca de él?

—Elron también estaba bebido anoche —comentó Stragen—. Nos contó a Falquián y a mí que Sable se desliza furtivamente por la noche, con una máscara sobre el rostro, y arenga a la gente.

—¡No estarás hablando en serio! —exclamó Bevier con incredulidad.

—Es patético, ¿verdad? Resulta obvio que en este caso estamos tratando con una mente juvenil. Elron parece bastante sobrecogido por el drama de toda la situación.

—Ya lo supongo —suspiró Bevier.

—Suenan bastante como la maquinación de un literato de tercera fila, ¿no os parece? —Stragen sonrió.

—Ése es Elron, sin duda —dijo Tynian.

—Lo estás halagando —gruñó Ulath—. La pasada noche me atrapó en un rincón y me recitó algunos de sus versos. De tercera fila es exagerar su talento.

Falquián estaba inquieto. Aphrael le había dicho que alguien de la casa de Kotyk hablaría de algo importante pero, aparte las revelaciones de algunos defectos personales de muy mal gusto, nadie le había comentado a él nada que fuera de importancia. Luego recordó que Aphrael no le había prometido, de hecho, que eso que era de tanta importancia le fuera a ser confiado en concreto a él. Muy

posiblemente, le había sido revelado a uno de los otros. Meditó sobre ello. La forma más sencilla de resolver el asunto sería preguntárselo a su hija, pero hacer eso lo expondría una vez más a los ofensivos comentarios de ella sobre su limitada capacidad de comprensión, por lo que decidió que era preferible averiguarlo por su cuenta.

El mapa indicaba que el viaje hasta la capital Darsas les llevaría diez días. En realidad no fue así.

—¿Cómo te las arreglas con la gente que nos ve por casualidad avanzando de esta manera? —preguntó a Danae mientras continuaban su camino a aquel paso acelerado a últimas horas de aquel día. Miró a sus amigos de rostros inexpresivos que nada sabían—. Tengo alguna idea acerca de cómo convences a la gente que está viajando con nosotros de que sólo avanzamos al paso, pero ¿qué pasa con los de fuera?

—No avanzamos de esta forma cuando hay gente por los alrededores, Falquián —replicó ella—, pero de todas formas no nos verían. Viajamos demasiado rápidamente.

—Entonces, ¿estás congelando el tiempo, como Ghnomb hizo en Eosia?

—No. En realidad estoy haciendo exactamente lo contrario. Ghnomb congeló el tiempo y os hizo avanzar con lentitud por un segundo interminable. Lo que yo estoy haciendo es... —Miró a su padre con expresión especulativa—. Te lo explicaré en algún otro momento —decidió—. Avanzamos con pequeños empujones, unas cuantas leguas cada vez. Luego andamos al paso durante un rato, y volvemos a acelerar. El hacer que todo eso encaje es en verdad todo un reto. Me da algo en lo que ocupar la mente durante estos largos y aburridos Viajes.

—¿Se dijo al fin esa cosa importante que mencionaste? —le preguntó él.

—Sí.

—¿Qué era? —Había decidido que una pequeña contusión en su dignidad no le dolería tanto como para no preguntarlo.

—No lo sé. Sé que era importante y que alguien iba a decirlo, pero desconozco los detalles.

—Así que no eres realmente omnisciente.

—Yo nunca he dicho que lo fuera.

—¿Puede que haya sido dicho en trozos..., una o dos palabras a Emban, otro par a Stragen y a mí, y un poco más a Khalad? ¿Y que luego tuviéramos que hacer algo así como reunir las todas para conocer la totalidad del mensaje?

Ella lo pensó.

—¡Eso es brillante, padre! —exclamó.

—Gracias. —Después de todo, las especulaciones de unas horas antes habían dado sus frutos. Decidió indagar un poco más—. ¿Está alguien cambiando las actitudes de la gente aquí, en Astel?

—Sí, pero eso es algo que sucede constantemente.

—¿Así que cuando la nobleza comenzó a maltratar a los siervos no fue una idea propia de sus miembros?

—Por supuesto que no. La crueldad deliberada y calculada es muy difícil de mantener. Es necesario concentrarse en su aplicación, y los asterianos son demasiado perezosos como para hacer algo así. Es algo que les fue impuesto desde el exterior.

—¿Pudo haberlo hecho un mago estirio?

—Uno a uno, sí. Un estirio pudo haber seleccionado a un noble y haberlo convertido en un monstruo. —Pensó durante un momento—. Quizás a dos —se corrigió—. Tres como mucho. Existen demasiadas variables como para que un ser humano pueda dominarlas cuando pasa de ese número.

—¿Entonces es un dios..., o dioses..., los que los hicieron comenzar a maltratar a los siervos hace algunos años?

—Creo que acabo de decir precisamente eso.

Él hizo caso omiso de la frase y continuó.

—Y todo el propósito que había detrás era conseguir que los siervos se resintieran y estuviesen dispuestos a escuchar a alguien que los incitara a la revolución.

—Tu lógica me está cegando, Falquián.

—Puedes resultar muy ofensiva, niña, cuando te pones a ello, ¿lo sabías?

—Pero tú me quieres de todas formas, ¿no es cierto? Ve al grano, Falquián. Ya es casi la hora de despertar a los demás.

—Y el repentino resentimiento dirigido contra los tamules procede de la misma fuente, ¿no es así?

—Y probablemente en el mismo momento, más o menos —asintió ella—. Es más fácil hacerlo todo de una sola vez. Entrar en la mente de alguien una y otra vez resulta muy tedioso.

A él se le ocurrió una idea repentina.

—¿En cuántas cosas puedes pensar a la vez? —le preguntó.

—Nunca las he contado... Varios miles, supongo. Por supuesto; en realidad

no existen límites. Calculo que si de verdad lo quisiera, podría pensar en todo a la vez. Lo intentaré algún día y te haré saber el resultado.

—Ésa es la verdadera diferencia que existe entre nosotros, ¿verdad? Tú puedes pensar en más cosas a la vez que yo.

—Bueno, ésa es sólo una de las diferencias.

—¿Cuál es otra de ellas?

—Tú eres un chico y yo una chica.

—Eso es bastante evidente... y no demasiado profundo.

—Estás equivocado, Falquián. Es mucho, mucho más profundo de lo que puedes imaginar.

Después de atravesar el río Antun entraron en una región boscosa muy poblada, en la que peñascos rocosos se elevaban aquí y allá por encima de los árboles. El cielo continuaba borrascoso y amenazador, aunque no llovió.

Los pelois de Kring se sentían muy incómodos en el bosque, y cabalgaban agrupados muy cerca de los caballeros, con los ojos desorbitados.

—Puede que nos interese recordar eso —comentó Ulath, horas después, aquella misma tarde, señalando con el mentón a un par de guerreros de cabeza rapada y aspecto salvaje que seguían a Berit tan de cerca que sus monturas casi le pisaban los cascos traseros al caballo que iba delante.

—¿A qué te refieres? —preguntó Kalten.

—No lleves nunca a un peloi a los bosques. —Ulath hizo una pausa y se inclinó hacia atrás en la silla de montar—. Un verano, conocí a una muchacha de Heid a la que le sucedía más o menos lo mismo —recordó—. Los bosques le producían un terror absoluto. Los jóvenes de la ciudad casi habían renunciado a ella..., a pesar de que era una gran belleza. Heid es una ciudad pequeña y superpoblada, y en las casas siempre tienen encima a tías, abuelas y hermanos. Los muchachos habían descubierto que los bosques ofrecían el tipo de privacidad que los jóvenes necesitan de vez en cuando, pero aquella chica no quería ni acercarse al bosque. Entonces yo hice un descubrimiento asombroso. Ella le tenía miedo a los bosques, pero se sentía completamente tranquila en los graneros. Puse a prueba la teoría personalmente muchísimas veces, y ella nunca demostró ni la más ligera traza de temor respecto a los graneros... ni a las caballerizas, ya puestos.

—Realmente, no capto la conexión —le dijo Kalten—. Estábamos hablando del hecho de que los pelois tienen miedo a los bosques. Si alguien nos ataca aquí, en el bosque, no vamos a tener tiempo para detenernos y construirles un

granero, ¿no te parece?

—No, supongo que en eso tienes razón.

—Bueno, pues, ¿y cuál es la conexión, entonces?

—No creo que la haya, Kalten.

—Entonces, ¿por qué nos has contado esa historia?

—Bueno, es una historia terriblemente buena, ¿no te parece? —Ulath parecía un poco herido.

Talen se les acercó al galope.

—Creo que será mejor que regreséis al carruaje, caballeros. —Se echó a reír, mientras intentaba controlar su hilaridad con poco éxito.

—¿Qué problema hay? —preguntó Falquián.

—Tenemos compañía... Bueno, no exactamente compañía, pero alguien está observándonos.

Falquián y los demás volvieron sus caballos en redondo y cabalaron de regreso al carruaje.

—Tienes que ver esto, Falquián —dijo Stragen mientras intentaba contener la risa—. Que no se note mucho cuando mires, pero hay un hombre a caballo en aquel risco que está a la izquierda del camino.

Falquián se inclinó hacia delante como si hablara con su esposa, y levantó los ojos para mirar a lo alto del peñasco rocoso que brotaba del suelo del bosque.

El jinete estaba a unos cuarenta metros de distancia, silueteado por el sol que se ocultaba a sus espaldas. No hacía ningún intento de ocultarse. Se hallaba montado a horcajadas sobre el caballo, y sus ropas eran todas del mismo color. La negra capa flameaba, sujeta a los hombros del desconocido, con el poderoso viento, y tenía un sombrero de ala ancha profundamente encasquetado en la cabeza. Llevaba el rostro cubierto con una máscara negra parecida a un saco, con dos grandes agujeros ligeramente descentrados para los ojos.

—¿No es ésa la cosa más ridícula que has visto en toda tu vida? —preguntó Stragen entre carcajadas.

—Muy impresionante —murmuró Ulath—. Al menos ha conseguido causar sensación.

—Ojalá tuviera una ballesta —dijo Kalten—. Berit, ¿crees que podrías pincharlo un poco con tu arco?

—Quizá resulta un poco arriesgado con este viento, Kalten —replicó el joven caballero—. Podría desviar la flecha y matarlo.

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse ahí sentado? —preguntó Mirtai.

—Hasta asegurarse de que todos los de la columna lo han visto, supongo —respondió Stragen—. Se ha tomado muchas molestias para presentarse de esa manera. ¿A ti qué te parece, Falquián? ¿Es ése el tipo del que nos habló Elron?

—La máscara sin duda encaja —asintió Falquián—. Sin embargo, no me esperaba todo el resto del atuendo.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó Emban.

—A menos que Falquián y yo estemos equivocados, vuestra gracia, tenemos el privilegio de hallarnos ante una leyenda viviente. Creo que ese de ahí es Sable el enmascarado, o como quiera que se llame, que acaba de iniciar su ronda nocturna.

—¿Qué está haciendo, si puede saberse? —Oscagne parecía perplejo.

—Supongo que ha salido a trastornar las cosas que van bien, desoprimir a los oprimidos, y en general a hacer el burro, excelencia. No obstante, parece estar divirtiéndose como un loco.

El jinete enmascarado hizo que el caballo se alzara en dos patas con gran dramatismo, y su negra capa ondeó a su alrededor. Luego se lanzó hacia abajo por la parte trasera del risco y desapareció.

—Esperad —los instó Stragen antes de que los demás pudieran moverse.

—¿Qué quieres que esperemos?

—Escuchad.

Desde detrás del risco llegó el áspero sonido de un cuerno que fue apagándose hasta convertirse en un claro chillido nada musical.

—Tenía que tener un cuerno —explicó Stragen—. Ninguna actuación como ésa quedaría completa sin un toque de cuerno. —Rió con deleite—. Incluso si practica lo suficiente podrá aprender a no desafinar.

Darsas era una ciudad antigua situada en la margen este del río Astel. El puente por el que se llegaba a ella era un enorme arco que probablemente había estado en aquel lugar durante al menos un millar de años, y la mayor parte de los edificios de la ciudad mostraban una antigüedad semejante. Las empedradas calles eran estrechas y torcidas, probablemente porque seguían los senderos por los que las vacas bajaban a beber al río hacía eones. A pesar de que su calidad antigua producía una impresión extraña, había sin embargo algo profundamente familiar en Darsas. Era casi una ciudad elenia prototipo y Falquián se sintió como si sus mismísimos huesos estuvieran respondiendo a aquella arquitectura

particular. El embajador Oscagne los guió por las estrechas calles y los ruidosos mercados hasta una impresionante plaza situada en el centro de la ciudad. Señaló una estructura de cuento de hadas con una ancha puerta y elevadas torres engalanadas con pendones de colores brillantes.

—El palacio real —dijo a Falquián—. Hablaré con el embajador Fontan, nuestro hombre de la localidad, y él nos llevará a ver al rey Alberen. Sólo será un momento.

Falquián asintió con la cabeza.

—Kalten —llamó a su amigo—, haz formar a las tropas. Un poco de ceremonia podría resultar adecuada.

Cuando Oscagne salió de la embajada tamul, que estaba convenientemente emplazada en un edificio adjunto al palacio, iba acompañado de un tamul, anciano en apariencia, con la cabeza completamente calva y el rostro arrugado como la piel de una manzana muy seca.

—Príncipe Falquián —declaró Oscagne en un tono bastante ceremonioso—, tengo el honor de presentarte a su excelencia, el embajador Fontan, representante de Su Majestad Imperial en el reino de Astel.

Falquián y Fontan intercambiaron corteses reverencias.

—¿Tengo, alteza, permiso para presentar a su excelencia ante su majestad la reina? —preguntó Oscagne.

—Es pesado, ¿verdad, Falquián? —preguntó Fontan con un tono de voz tan seco como el polvo—. Oscagne es un buen muchacho. Era mi alumno más prometedor, pero su amor a los rituales y las fórmulas lo supera en ocasiones.

—Pediré prestada una espada y me inmolaré de inmediato, Fontan —dijo burlescamente Oscagne.

—Yo te he visto manosear torpemente una espada, Oscagne —replicó Fontan—. Si te sientes inclinado al suicidio, ve a molestar a una cobra, será lo mejor. Si intentaras hacerlo con una espada, te llevaría toda la semana conseguirlo.

—Deduzco que estoy contemplando algún tipo de reunión. —Falquián sonrió.

—Siempre me gusta rebajar la opinión que Oscagne tiene de sí mismo, Falquián —replicó Fontan—. Es un hombre brillante, por supuesto, pero a veces le falta humildad. Y ahora, ¿por qué no me presentas a tu esposa? Ella es más hermosa que tú, y el mensajero Imperial que llegó de Matherion mató tres caballos por el camino para traerme un mensaje del emperador en el que me da

instrucciones de que sea sumamente amable con ella. Charlaremos durante un rato, y luego os llevaré a conocer a mi querido e incompetente amigo el rey. Estoy seguro de que se desmayará ante el indecible honor que representa el que tu reina le haga una visita.

Ehlana estaba encantada de conocer al embajador. Falquián sabía que era cierto porque ella misma se lo había dicho. Invitó al anciano tamul, el verdadero gobernante de Astel, a reunirse con ella en el carruaje, y la totalidad de la partida avanzó de forma bastante inexorable hacia las puertas de palacio.

El capitán de los guardias del palacio estaba nervioso. Cuando dos centenares de asesinos profesionales descienden sobre uno con paso implacable, uno casi siempre se pone nervioso. El embajador Fontan lo tranquilizó, y tres mensajeros fueron despachados para que avisaran al rey de la llegada. Falquián decidió no preguntarle al capitán por qué había enviado a tres. El pobre hombre ya estaba teniendo un día bastante malo. El grupo fue escoltado hasta el patio de armas del palacio, donde todos desmontaron y les entregaron los caballos a los mozos de cuadras.

—Compórtate bien —murmuró Falquián a *Faran* cuando un mozo boquiabierto lo cogió de las riendas.

En el palacio parecía haber muchísima actividad. Las ventanas no dejaban de abrirse y por ellas asomaban personas que los contemplaban con la boca abierta.

—Son las ropas de acero, según creo —observó Fontan dirigiéndose a la reina—. La aparición de la escolta de tu majestad ante los escalones de entrada muy bien podría crear una nueva moda. Toda una generación de sastres quizá se vean obligados a aprender el oficio de herreros. —Se encogió de hombros—. Oh, bueno —agregó—. Es un oficio útil. Siempre podrán herrar caballos cuando vayan mal los negocios. —Miró a su alumno que había regresado al carruaje—. Deberías haber enviado un mensajero por delante, Oscagne. Ahora tendremos que esperar mientras todos los de dentro corren a prepararse para recibirnos.

Pasados unos momentos, un grupo de trompeteros con librea salían a un balcón que estaba encima de la puerta del palacio, y soplaron para conseguir un toque de trompeta capaz de destrozarse los nervios de cualquiera. El patio de armas estaba rodeado por edificios de piedra, y los ecos de las trompetas bastaron para desazonar a los caballeros.

Fontan bajó del carruaje y ofreció su brazo a la reina con graciosa galantería.

—Excelencia, eres exquisitamente galante —murmuró ella.

—Evidencias de una juventud desperdiciada, querida mía.

—Los modales de vuestro maestro parecen bastante confiados embajador Oscagne. —Stragen sonrió.

—Mi imitación de él no es más que una pobre sombra de la perfección de mi maestro, mi señor. —Oscagne miró con cariño a su arrugado tutor—. Todos intentamos imitarlo. Sus éxitos en el campo de la diplomacia son legendarios. No te dejes engañar, Stragen. Cuando se comporta de forma urbana e irónicamente humorística, te está desarmando completamente y reuniendo sobre ti más información de la que podrías imaginarte. Fontan puede leer la totalidad del carácter de un hombre en la contracción de una sola de sus cejas.

—Espero resultarle un buen reto —dijo Stragen—, puesto que no tengo carácter alguno del que se pueda hablar.

—No te engañes, mi señor. Tú no eres un hombre ni de lejos tan carente de principios como te gustaría hacernos creer.

Un robusto maestro de ceremonias ataviado con una espléndida librea escarlata los escoltó al interior del palacio por un amplio corredor bien iluminado. El embajador Oscagne caminaba justo detrás del escolta, identificando a los miembros de su grupo a medida que avanzaban.

Las amplias puertas del final del corredor se abrieron de par en par, y el guía ataviado con librea penetró en una vasta y amada sala de trono llena de emocionados cortesanos. El maestro de ceremonias golpeó sonoramente el suelo con el extremo inferior del bastón que era el distintivo de su cargo.

—¡Damas y caballeros —dijo con voz tronante—, tengo el gran honor de presentaros a su divina majestad, la reina Ehlana del reino de Elenia!

—¿Divina? —murmuró Kalten a Falquián.

—Eso se hace más evidente cuando la conoces mejor.

El heraldo de librea continuó con las presentaciones, adornando laboriosamente los títulos de cada uno a medida que los pronunciaba. Resultaba evidente que Oscagne había hecho sus deberes con bastante minuciosidad, y el heraldo desempolvó rangos raras veces empleados para hacer sus presentaciones. La baronía casi olvidada de Kalten emergió entonces. Bevier fue anunciado como vizconde, Tynian como duque, y Ulath como conde. Lo más sorprendente de todo fue quizá la revelación de que Berit, el sencillo y serio Berit, había estado ocultando el título de marqués en su equipaje. Stragen fue presentado como barón.

—El título de mi padre —les explicó el ladrón con un susurro de disculpa—. Dado que maté a él y a mis hermanos, supongo que técnicamente me pertenece a

mí, botín de guerra, ya comprenderéis.

—Dios mío —murmuró la baronesa Melidere, con los azules ojos encendidos—. Parece que me hallo entre toda una constelación de estrellas. — Parecía positivamente sin aliento.

—Ojalá no hiciera esas cosas —protestó Stragen.

—¿Qué problema hay? —preguntó Kalten.

—Hace que parezca que la luz de sus ojos sea el sol que atraviesa el vacío que tiene en la cabeza. Yo sé que sin duda es más inteligente que eso. Detesto a la gente insincera.

—¿Tú?

—Déjalo, Kalten.

La sala del trono del rey Alberen de Astel se llenó con un silencio reverencial mientras la eminencia de los visitantes era puesta al descubierto. El propio rey Alberen, un tipo de aspecto incapaz cuyos regios atuendos le quedaban aparentemente una o dos tallas demasiado grandes, parecía encogerse a cada nuevo título. Alberen, al parecer, tenía mala vista, y su mirada miope le confería el aspecto tímido y asustado de un conejo o algún otro tipo de animal pequeño e indefenso al que todas las criaturas contemplan como una fuente de alimento. El esplendor de la sala del trono, de enormes alfombras y drapeados rojos, abundantes dorados, enormes arañas de cristal y columnas de mármol proporcionaba un escenario heroico que él nunca podría abrigar la esperanza de llenar y lo empequeñecía aún más.

La reina de Falquián, regia y adorable, se aproximó al trono del brazo del embajador Fontan con su séquito acorazado reunido a su alrededor. El rey Alberen parecía un poco inseguro respecto a las ceremonias debidas. Como monarca reinante de Astel tenía el derecho de permanecer sentado en el trono, pero el hecho de que toda su corte hiciera una genuflexión al pasar Ehlana, lo intimidó. Se levantó del trono e incluso descendió de la plataforma para saludarla.

—Ahora ha visto nuestra vida su coronación —proclamó Ehlana en su estilo más formal y oratorio—, porque hemos llegado por fin, como sin duda Dios lo decretó desde el principio mismo de los tiempos, a la presencia de nuestro querido hermano de Astel, a quien nos habíamos ansiado conocer desde que éramos una tierna niña.

—¿Está hablando por todos nosotros? —susurró Talen a Berit—. Yo no he sido nunca una tierna niña, ¿sabes?

—Está utilizando el plural mayestático —le explicó Berit—. La reina es más que una sola persona. Está hablando en nombre de todo su reino.

—Nos sentimos más honrados de lo que podemos expresar, majestad —replicó Alberen con voz vacilante.

Ehlana valoró enseguida las limitaciones de su anfitrión y gradualmente adoptó un tono menos formal. Al cabo de cinco minutos estaban charlando el uno con el otro como si se hubiesen conocido de toda la vida. Al cabo de diez, él le hubiera entregado la corona si ella se la hubiese pedido.

Después de los obligatorios intercambios, Falquián y los demás miembros del cortejo se alejaron del trono para dedicarse al tonto pero necesario pasatiempo de «alternar». Hablaron sobre todo acerca del tiempo. El tiempo siempre es un tema cortésmente correcto. Emban y el archimandrita Monsel intercambiaron perogrulladas teológicas sin tocar las diferencias doctrinales que separaban a ambas Iglesias. Monsel portaba una elaborada mitra y unos ropajes de intrincados bordados. También llevaba una barba negra completa que le llegaba a la cintura.

Falquián había descubierto en una temprana etapa de su vida que un ceño fruncido era su mejor defensa en semejantes situaciones, y habitualmente intimidaba a salas llenas de gentes que de otra forma podrían estar agobiándole con sus sandeces.

—¿Existe algo que te angustie, príncipe Falquián? —Era el embajador Fontan quien se atrevía a hablar... en voz baja—. Tu rostro tiene un aire muy malhumorado.

—Es totalmente táctico, excelencia —replicó Falquián—. Cuando un militar no quiere que lo acosen, cava una zanja y cubre el fondo y los lados de la misma con afiladas estacas. Un entrecejo fruncido sirve a los mismos propósitos en las situaciones de sociedad.

—Parece que estás bastante encolerizado muchacho. Vayamos a dar una vuelta por las almenas y disfrutar de la vista, el aire fresco y la privacidad. Hay cosas que debes saber, y ésta podría ser mi única oportunidad para hablar contigo a solas. La corte del rey Alberen está llena de seres inconsecuentes que se morirían por hacer derivar las conversaciones hacia el punto en el que puedan afirmar que te conocen personalmente. Tienes una reputación bastante importante, ya lo sabes.

—Muy exagerada, excelencia.

—Eres demasiado modesto, muchacho. ¿Nos vamos?

Salieron con discreción de la sala del trono y subieron varios tramos de escalera hasta que salieron a las almenas que se extendían a ambos lados. Fontan miró la ciudad que se extendía debajo de ellos.

—Es pintoresca, ¿no crees?

—Las ciudades elenias son siempre pintorescas, excelencia —replicó Falquián—. Los arquitectos elenios no han tenido una idea nueva en los últimos cinco milenios.

—Matherion te abrirá los ojos, Falquián. Bien, pues Astel está a punto de hacerse pedazos. Lo mismo sucede con el resto del mundo, pero Astel lo está llevando a sus últimas consecuencias. Yo hago todo lo que puedo para mantener las cosas unidas, pero Alberen es tan tremendamente manejable que casi todo el mundo puede influenciarlo. Firmará cualquier cosa que cualquiera le ponga delante. Habrás oído hablar de Ayachin, por supuesto. ¿Y de su escurridizo perro, Sable?

Falquián asintió con la cabeza.

—Tenemos a todos los agentes imperiales de Astel en la calle intentando identificar a Sable, pero hasta ahora no hemos tenido mucha suerte. Anda por ahí desmantelando alegremente un sistema que al imperio le llevó siglos crear. No sabemos en realidad mucho acerca de él.

—Es un adolescente, excelencia —dijo Falquián—. Independientemente de la edad que tenga, es joven.

Falquián describió con brevedad el incidente ocurrido en el bosque.

—Eso es algo útil —comentó Fontan—. Ninguno de mis hombres ha podido jamás infiltrarse en una de esas famosas reuniones, así que no teníamos ni idea de con qué clase de persona nos enfrentábamos. Tiene a la nobleza completamente en su poder. Hace apenas unas semanas detuve a Alberen cuando estaba a punto de firmar una proclama que podría haber convertido en criminal a un siervo si se fugaba. Eso nos habría puesto a todo el reino de sombrero, me temo. Ésa ha sido siempre la respuesta final de los siervos ante una situación intolerable. Si consigues escaparse y mantenerse alejado durante un año y un día, queda en libertad. Si uno les arrebatara eso a los siervos, se rebelarían, y una rebelión de los siervos es una idea demasiado monstruosa como para contemplarla siquiera.

—Es bastante deliberado, excelencia —le advirtió Falquián—. Sable también está agitando a los siervos. Él quiere realmente que se produzca una rebelión de siervos en Astel. Ha estado utilizando su influencia sobre la nobleza para

persuadir a los miembros de la misma de que cometan precisamente los desatinos que enfurecerán más a los siervos.

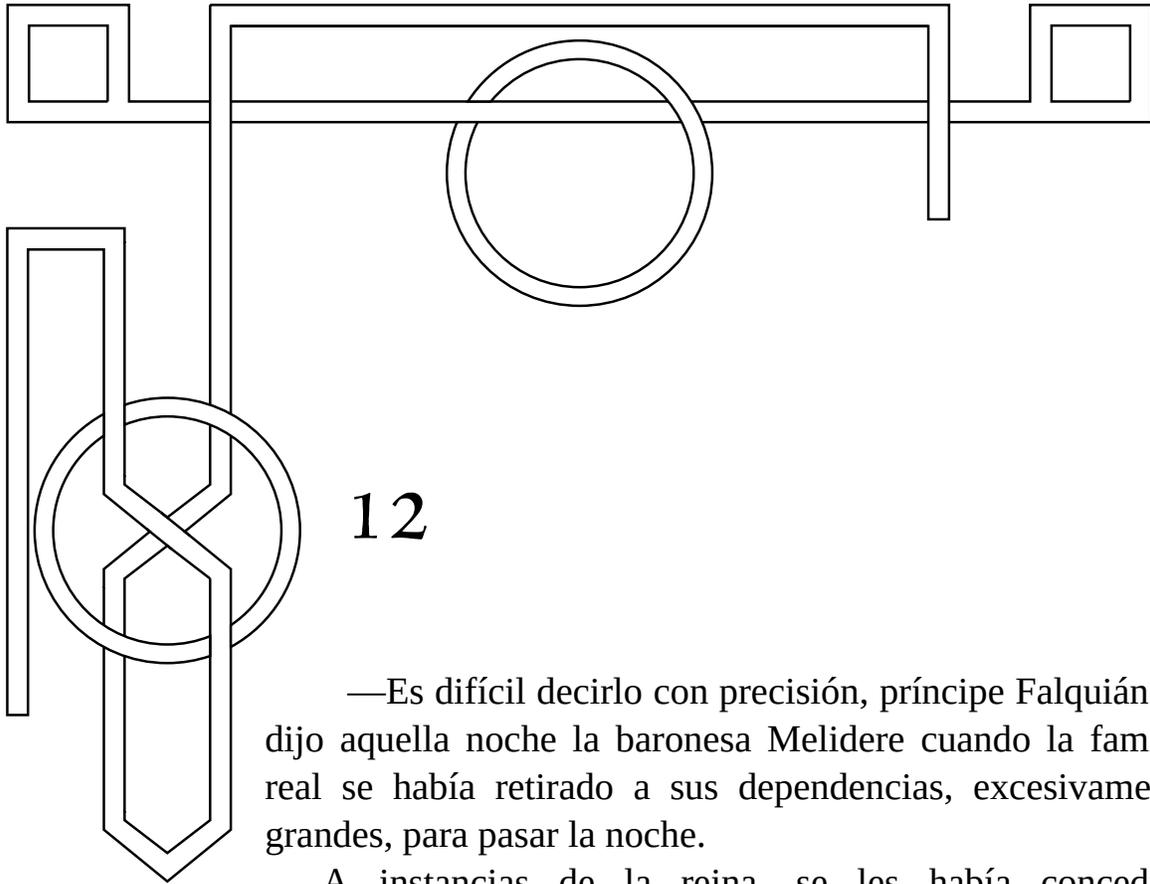
—¿En qué está pensando ese hombre? —estalló Fontan—. Ahogará a Astel en un baño de sangre.

Falquián dio un respingo intuitivo ante aquel comentario.

—No creo que le preocupe en absoluto Astel, excelencia. Sable no es más que una herramienta de alguien que tiene los ojos puestos en una meta mucho más grande.

—¿Eh? ¿Y cuál es?

—No estoy haciendo más que conjeturas, excelencia, pero creo que ahí fuera hay alguien que quiere la totalidad del mundo, y sacrificará a Astel y a todas las personas que viven en él para conseguir lo que quiere.



—Es difícil decirlo con precisión, príncipe Falquián — dijo aquella noche la baronesa Melidere cuando la familia real se había retirado a sus dependencias, excesivamente grandes, para pasar la noche.

A instancias de la reina, se les había concedido habitaciones en los aposentos a Melidere, Mirtai y Alean, la camarera real. Ehlana necesitaba tener mujeres a su alrededor por una cantidad de razones, unas prácticas, otras políticas y algunas muy oscuras. Las damas se habían quitado sus vestidos formales y, excepto en el caso de Mirtai, llevaban puestas batas de suaves tonos pastel. Melidere estaba cepillando la abundante melena negra de Mirtai, y Alean, la de ojos de gacela, hacía lo mismo con Ehlana.

—No sé muy bien cómo describirlo —continuó la baronesa rubia como la miel—. Es algo así como una tristeza generalizada. Todos suspiran mucho.

—Yo también he advertido eso, Falquián —comentó Ehlana a su esposo—. Alberan apenas sonrío alguna vez, y yo puedo hacer que todo el mundo sonrío.

—Tu sola presencia es suficiente como para hacernos sonreír a todos, mi reina —le dijo Talen.

Talen era el paje de Ehlana y también formaba parte de aquella gran familia. El joven ladrón estaba elegante aquella noche, ataviado con un jubón de terciopelo color ciruela y unos calzones hasta la rodilla del mismo tono y tejido. Los calzones hasta la rodilla estaban poniéndose de moda en aquel momento, y

Ehlana lo había intentado todo para conseguir que Falquián se metiera en un par de ellos. Falquián se había negado de forma categórica, y su esposa se había visto obligada a convencer a su paje de que vistiera aquel atuendo ridículo.

—El plan es convertirte en un caballero, Talen —dijo Melidere al muchacho con tono intencionado—, no en un cortesano.

—Stragen dice que siempre es una buena idea tener algo más a lo que recurrir, baronesa —dijo mientras se encogía de hombros, y su voz se quebraba en algo entre el soprano y el barítono.

—Ya lo supongo —replicó la baronesa, sorbiendo por la nariz. Melidere fingía una profunda desaprobación hacia la persona de Stragen, pero Falquián no estaba seguro de qué era lo que realmente sentía por aquel hombre.

Talen y la princesa Danae estaban sentados en el suelo y se arrojaban una pelota rodando del uno al otro. *Mmrr* participaba con entusiasmo en aquel juego.

—Todos parecen creer secretamente que el mundo va a llegar a su fin la semana siguiente a la próxima —continuó la baronesa, pasando con lentitud el cepillo por los cabellos de Mirtai—. Todos se muestran alegres y animados en la superficie, pero cuando traspasas esa capa te encuentras con la más negra de las melancolías, y todos beben como esponjas. No puedo demostrarlo, pero realmente creo que piensan que van a morir todos muy pronto. —Levantó los cabellos de Mirtai con expresión especulativa—. Creo que te trenzaré una cadena de oro en ellos, querida —dijo a la gigantesca mujer.

—No, Melidere —dijo Mirtai con firmeza—. Todavía no tengo derecho a llevar cosas de oro.

—Todas las mujeres tienen derecho a llevar oro, Mirtai —respondió Melidere, echándose a reír—, siempre y cuando consigan con sus encantos que se lo regale algún hombre.

—No entre mi pueblo —la contradujo Mirtai—. El oro es para los adultos. Los niños no lo llevan.

—Difícilmente podría decirse que eres una niña, Mirtai.

—Lo soy hasta que no haya pasado por una determinada ceremonia. Plata, Melidere..., o acero.

—No puedes hacer una joya con acero.

—Puedes, si la lustras lo suficiente.

Melidere suspiró.

—Tráeme una cadena de plata, Talen —dijo.

En aquellos momentos esa era la función de Talen: traer cosas. A él no le

gustaba mucho, pero lo hacía..., en gran parte porque Mirtai era más grande que él.

Se oyó un discreto golpe en la puerta, y Talen se volvió para abrir.

El embajador Oscagne entró en las dependencias. Hizo una reverencia a Ehlana.

—He hablado con Fontan, majestad —informó—. Enviaré un mensajero a la guarnición de Canae para que una legión de atanes venga a escoltarnos hasta Matherion. Estoy seguro de que nos sentiremos todos más seguros en compañía de ellos.

—¿Qué es una legión, excelencia? —preguntó Talen mientras atravesaba la habitación hacia el cofre de las joyas.

—Un millar de guerreros —replicó Oscagne. Sonrió a Ehlana—. Con dos mil atanes a tu disposición, su majestad podría conquistar Edom. ¿Te gustaría establecer una plaza fuerte en el continente daresiano? En realidad no sería demasiado inconveniente. Los tamules la administraríamos para ti, por los honorarios habituales, claro está, y te enviaríamos resplandecientes informes al final de cada año. Esos informes serían un entretejido de mentiras, pero te los enviaríamos de todas formas.

—¿Junto con los beneficios? —La reina parecía verdaderamente interesada.

—Oh, no, majestad. —Él se echó a reír—. Por alguna razón, ni uno solo de los reinos de todo el imperio da jamás beneficio alguno..., excepto el propio de Tamuli, por supuesto.

—¿Y para qué iba a querer un reino que no rinde provecho?

—Por el prestigio, majestad. Y por la vanidad. Tendrías otro título y otra corona.

—Yo no necesito otra corona, excelencia. No tengo más que una cabeza. ¿Por qué sencillamente no dejamos que el rey de Edom se quede con su infructuoso reino?

—Ésa es probablemente una sabia decisión, majestad —concedió él—. Edom es un lugar aburrido. En esas tierras cultivan trigo, y los cultivadores de trigo son un grupo pesado, obsesivamente interesado en el clima.

—¿Cuánto pueden tardar en llegar esas legiones? —le preguntó Falquián.

—Una semana, más o menos. Vendrán a pie para poder marchar a mayor velocidad de lo que lo harían a lomos de caballo.

—¿No es precisamente al revés, excelencia? —preguntó Melidere—. Yo creía que los caballos avanzaban más aprisa que los hombres a pie.

Mirtai se echó a reír.

—¿Es que he dicho algo gracioso? —inquirió Melidere.

—Cuando yo tenía catorce años, un hombre me insultó en las tierras de Daconia —dijo la gigantesca mujer—. Estaba borracho. Cuando al día siguiente se encontró sobrio y se dio cuenta de lo que había hecho, huyó a lomos de caballo. Era casi el alba. Yo le di alcance justo antes del mediodía. Su caballo había muerto de agotamiento. Siempre he sentido una cierta pena por el animal. Un guerrero entrenado puede correr durante todo el día. Un caballo, no. Un caballo tiene que detenerse cuando quiere comer, así que no está habituado a correr durante más que unas cuantas horas cada vez. Nosotros comemos mientras vamos corriendo, así que avanzamos de manera continuada.

—¿Qué le hiciste al tipo que te había insultado? —preguntó Talen.

—¿Realmente quieres saberlo?

—Ahhh... no, Mirtai —replicó él—. Ahora que lo mencionas, probablemente no quiero.

Así pues, disponían de una semana. La baronesa Melidere dedicó su tiempo a romper corazones. Los jóvenes nobles de la corte del rey Alberen pululaban en torno a ella. Melidere coqueteaba con descaro, hacía toda clase de promesas —ninguna de las cuales cumplió—, y ocasionalmente se dejaba besar en los rincones oscuros por los galanes más persistentes. Se divirtió mucho y recogió una inmensa cantidad de información. Un joven que persigue los favores de una muchacha bella a veces comparte secretos con ella, secretos que probablemente debería guardarse para sí.

Para sorpresa de Falquián y sus compañeros caballeros, *sir* Berit causó estragos en la población de jóvenes damas de la corte, casi tanto como la baronesa lo hizo con los muchachos.

—Es algo totalmente misterioso —estaba comentando Kalten una noche—. En realidad, él no hace absolutamente nada. No habla con ellas; no les sonríe; no hace ninguna de las cosas que se supone que tendría que hacer. No sé qué sucede, pero cada vez que pasa por un salón, todas las mujeres presentes comienzan a alborotarse.

—Es un hombre muy apuesto, Kalten —señaló Ehlana.

—¿Berit? Pero si todavía no se afeita con regularidad.

—¿Y eso qué tiene que ver con su atractivo? Es alto, es un caballero, tiene

hombros anchos y buenos modales. También posee los ojos más profundamente azules que yo haya visto jamás... y las más largas pestañas.

—Pero es sólo un jovencuelo.

—Ya no. No te has fijado en él de verdad en estos últimos tiempos. Por otra parte, las damas que suspiran a sus almohadas y lloran sobre ellas por Berit son también bastante jóvenes.

—Lo que resulta verdaderamente irritante es que él no sabe el efecto que causa a todas esas pobres muchachas —observó Tynian—. Están haciéndolo todo, excepto rasgarse los vestidos, para llamar su atención, y él no tiene ni la más remota idea de qué está sucediendo.

—Ése es parte del encanto de Berit, caballero —replicó Ehlana con una sonrisa—. De no ser por esa inocencia suya, las damas no lo hallarían ni la mitad de atractivo. *Sir Bevier*, aquí presente, tiene más o menos la misma cualidad. La diferencia, sin embargo, radica en que *sir Bevier* sabe perfectamente que es un hombre extraordinariamente atractivo. Decide no hacer nada al respecto a causa de sus convicciones religiosas. Berit ni siquiera lo sabe.

—Quizá uno de nosotros debería llevarlo aparte y decírselo —sugirió Ulath.

—Ni hablar —dijo Mirtai—. Está bien que sea como es. Dejadlo en paz.

—Mirtai tiene razón —comento Ehlana—. No interfiráis en su camino, caballeros. Nos gustaría conservarlo inocente durante algún tiempo más. —Un atisbo de travesura le tocó los labios—. *Sir Bevier*, por otra parte, es un caso bastante diferente. Ya es hora de que le busquemos una esposa. Sería un esposo excelente para una muchacha.

Bevier sonrió débilmente.

—Yo ya estoy casado, majestad..., con la Iglesia.

—Comprometido, quizá, Bevier, pero aún no estás casado. No comiences a comprar las ropas eclesiásticas, de momento, caballero. Yo aún no he renunciado completamente a tu caso.

—¿No sería más sencillo comenzar más cerca de casa, majestad? —sugirió él—. Si sientes el impulso de casar a alguien, *sir Kalten* está muy a mano.

—¿Kalten? —preguntó ella con incredulidad—. No seas absurdo, Bevier. Yo no le haría una cosa así a ninguna mujer.

—¡Majestad! —protestó Kalten.

—Te quiero con toda mi alma, Kalten —dijo mientras sonreía al rubio pandion—, pero sencillamente tú no tienes madera de esposo. Yo no podría entregarte en matrimonio. No podría, con la conciencia tranquila, ordenarle a

nadie que se casara contigo. Tynian es una remota posibilidad, pero la intención de Dios es que tú y Ulath seáis solteros eternos.

—¿Yo? —preguntó Ulath con suavidad.

—Sí —replicó ella—, tú.

La puerta se abrió y por ella entraron Stragen y Talen. Llevaban las ropas sencillas que habitualmente vestían cuando realizaban una de sus salidas por la ciudad.

—¿Habéis tenido suerte? —inquirió Falquián.

—Lo hemos encontrado —replicó Stragen mientras entregaba su capa a Alean—. No es realmente mi tipo. Es un ratero, y los rateros no suelen ser buenos dirigentes. Hay una carencia fundamental en sus caracteres.

—¡Stragen! —protestó Talen.

—Tú no eres realmente un ratero, joven amigo mío —le respondió Stragen—. Para ti no es más que una ocupación interina mientras esperas hasta acabar de crecer. En cualquier caso, el nombre del jefe local es Kondrak. Se da cuenta de que tenemos todos un interés común por los gobiernos estables. Eso debo reconocérselo. Saquear las casas cuando hay tumultos es una forma rápida de ganar mucho dinero, pero a la larga, el buen ladrón puede acumular más en las épocas de tranquilidad. Por supuesto, Kondrak no puede tomar ninguna decisión general propia en su ciudad. Tendrá que consultar con sus colegas de las demás ciudades del imperio.

—Eso no llevará más de un año o cosa así —comentó secamente Falquián.

—Difícilmente —lo contradijo Stragen—. Los ladrones se desplazan mucho más rápidamente que las gentes honradas. Kondrak va a enviar mensajes respecto a lo que intentamos conseguir. Lo presentará de la mejor manera posible, por lo que hay bastantes posibilidades de que los ladrones de todos los reinos del imperio estén dispuestos a cooperar.

—¿Cómo nos enteraremos de su decisión? —preguntó Talen.

—Realizaré visitas de cortesía cada vez que pasemos por ciudades de buen tamaño. —Stragen se encogió de hombros—. Antes o después obtendré una respuesta oficial. No debería de tardar demasiado. Sin lugar a dudas, tendremos la decisión final para cuando lleguemos a Matherion. —Miró dubitativamente a Ehlana—. Tu majestad ha aprendido muchísimo acerca del gobierno subterráneo durante los pasados años —señaló—. ¿Crees que podríamos poner esa información al nivel de un secreto de estado? Estamos perfectamente dispuestos a cooperar, e incluso a ayudar en ocasiones, pero nos sentiríamos mucho más

contentos si los demás monarcas del mundo no supieran demasiado acerca de nuestra forma de operar. Algún fanático podría decidir aplastar el gobierno secreto, y eso nos incomodaría un poco.

—¿Qué importancia tiene para ti, mi señor Stragen? —preguntó ella, provocadora.

Los ojos de él se entrecerraron con expresión muy seria.

—Ésa es una decisión que tendrás que tomar por ti misma, Ehlana —replicó él, saltándose todos los rangos y cortesías habituales—. Yo he intentado ayudarte siempre que me ha sido posible porque te tengo un aprecio genuino. Sin embargo, si cometieras un desliz verbal y otros monarcas se enteraran de cosas que no deben, no estaré en posición de hacerlo nunca más.

—¿Me abandonarías, mi señor Stragen?

—Eso nunca, mi reina, pero mis colegas me harían asesinar, y no te sería realmente de mucha utilidad en ese estado, ¿no te parece?

El archimandrita Monsel era un hombre grande e impresionante de penetrantes ojos negros e imponente barba del mismo color. Era una barba poderosa, una barba decidida, una barba que resultaba imposible no ver, y el archimandrita la utilizaba como un ariete de batalla. Aquella barba marchaba un metro por delante de él doquiera que pasase. Se erizaba cuando él estaba irritado —cosa que sucedía con frecuencia—, y cuando el clima era húmedo se rizaba como un sedal de mala calidad. La barba se meneaba cuando Monsel hablaba, remarcando determinados puntos por su propia cuenta. El patriarca Emban estaba completamente fascinado por la barba del archimandrita.

—Es como hablar con un seto animado —comentó a Falquián mientras ambos avanzaban por los corredores del palacio hacia el salón en el que mantendrían una audiencia privada con el eclesiástico asteliano.

—¿Existe algún tema que deba evitar, vuestra gracia? —preguntó Falquián—. No estoy familiarizado con la iglesia de Astel, y no me gustaría dar comienzo a ningún debate teológico.

—Nuestros desacuerdos con los astelianos se limitan al gobierno de la Iglesia, Falquián. Las diferencias teológicas que tenemos son muy pequeñas. Entre nosotros existe un clero secular, pero la iglesia de ellos está organizada de forma monástica. Nuestros sacerdotes son simplemente sacerdotes; los de ellos son también monjes. Te aseguro que es una distinción muy sutil, pero de todas

formas, existe. También tienen muchos, muchos más sacerdotes que nosotros..., probablemente alrededor de una décima parte de la población.

—¿Tantos?

—Oh, sí. Todas las mansiones nobles de Astel tienen su capilla privada y su propio sacerdote, y el sacerdote los «ayuda» a tomar decisiones.

—¿Dónde encuentran tantos hombres que quieran entrar en el sacerdocio?

—De entre las filas de los siervos. Ser un clérigo tiene sus inconvenientes, pero es mejor que ser un siervo.

—Supongo que la Iglesia será realmente preferible.

—Con mucho. Monsel te respetará porque eres miembro de una orden religiosa. Ah, de paso, dado que eres el preceptor interino de los caballeros pandion, técnicamente eres un patriarca. No te sorprendas si se dirige a ti como «vuestra gracia».

Un monje de largas barbas les dejó entrar en los aposentos de Monsel. Falquián había advertido que todos los hombres de la iglesia de Astel llevaban barba. La habitación era pequeña y estaba recubierta de madera oscura. La alfombra, de un color marrón profundo, y los pesados cortinajes que había en las ventanas, negras. Por todas partes había libros, rollos y pergaminos gastados.

—Ah, Emban —dijo Monsel—. ¿En qué has andado?

—En travesuras, Monsel. He estado haciendo proselitismo entre los paganos.

—¿De veras? ¿Dónde los has encontrado por aquí? Yo creía que la mayor parte de los paganos vivían en la basílica de Chyrellos. Sentaos, caballeros. Enviaré a buscar un poco de vino, y podremos debatir sobre teología.

—¿Conocías ya a Falquián? —preguntó Emban mientras todos se sentaban en unas sillas ante la ventana abierta cuyas cortinas estremecía la brisa.

—Brevemente —replicó Monsel—. ¿Cómo os encontráis hoy, alteza?

—Bien, ¿y vos, vuestra gracia?

—Preso de la curiosidad, más que cualquier otra cosa. ¿Por qué os estáis dedicando a las entrevistas privadas?

—Vuestra gracia sabe que somos todos hombres del clero —señaló Emban—. Falquián viste un jubón de acero durante la mayor parte del tiempo, pero no obstante es miembro del clero. Hemos venido a hablarte de algo que probablemente te interese tanto como a nosotros. Creo que te conozco lo bastante como para saber que tienes un lado práctico que no va a dejarse desviar por el hecho de que pienses que no hacemos correctamente las genuflexiones.

—¿Qué estáis diciendo? —inquirió Falquián.

—Nosotros nos arrodillamos sobre la rodilla derecha. —Emban se encogió de hombros—. Estos pobres paganos descarriados lo hacen sobre la izquierda.

—Sorprendente —murmuró Falquián—. ¿Creéis que deberíamos de invadir el país por la fuerza y obligarlos a hacerlo correctamente?

—¿Lo ves? —comentó Emban al archimandrita—. Eso era exactamente de lo que estaba hablando. Deberías caer de rodillas y darle gracias a Dios por no soportar la carga de los caballeros de la Iglesia, Monsel. Creo que la mayoría de ellos adoran secretamente a los dioses estirios.

—Sólo a los dioses jóvenes, vuestra gracia —replicó Falquián con suavidad—. Hemos tenido algunos desacuerdos con los más viejos.

—Lo dice de una forma muy casual —murmuró Monsel—. Si crees que ya hemos agotado el potencial convencional de las variaciones de la genuflexión, Emban, ¿por qué no vas directamente al tema que os trae por aquí?

—Queremos que vuestra gracia sepa que esto es estrictamente confidencial, pero nuestra misión en Tamuli no es del todo lo que aparenta. Fue idea de mi reina Ehlana, por supuesto. No es de las que van a ninguna parte por el solo hecho de que alguien les diga que vayan..., sino que todo este despliegue absurdo no es más que un subterfugio que oculta nuestro verdadero propósito, que no es otro que el de traer a Falquián al continente daresiano. El mundo está partiéndose por los bordes, así que hemos decidido dejar que lo arregle.

—Yo pensaba que ésa era labor de Dios.

—Dios está demasiado ocupado en este preciso momento, y tiene una confianza absoluta en Falquián. Según tengo entendido, toda clase de dioses sienten lo mismo por él.

Los ojos de Monsel se agrandaron y sus barbas se erizaron.

—Relájate, Monsel —dijo Emban—. Nosotros, los de la Iglesia, no tenemos necesidad de creer en otros dioses. Nuestra única obligación es la de hacer algunas concesiones para su existencia especulativa.

—Ah, eso es diferente. Si se trata de una especulación, creo que es correcto.

—Existe una sola cosa que no es especulación en absoluto, vuestra gracia —dijo Falquián—. Aquí, en Astel, hay problemas.

—Lo habéis advertido. Vuestra alteza es muy perspicaz.

—Puede que no os hayáis enterado, porque los tamules están intentando mantenerlo en sordina, pero cosas muy similares están sucediendo en muchos de los otros reinos daresianos, y nosotros estamos comenzando a encontrarnos con el mismo tipo de problemas en Eosia.

—A veces pienso que los tamules guardan los secretos por simple diversión —gruñó Monsel.

—Tengo un amigo que dice lo mismo respecto a la Iglesia eosiana —comentó cautelosamente Falquián.

Todavía no habían explorado las opiniones políticas del archimandrita. Una o dos palabras erróneas en aquel momento no sólo podrían anular cualquier posibilidad de obtener la ayuda de aquel hombre, sino que podrían comprometer la totalidad de la misión.

—El conocimiento es poder —declaró Emban de una forma bastante sentenciosa—, y sólo un tonto comparte el poder si no tiene obligación de hacerlo. Permíteme que sea franco, Monsel. ¿Cuál es tu opinión sobre los tamules?

—No me gustan. —La respuesta de Monsel fue directa—. Son paganos, son miembros de una raza extraña, y nunca puede saberse qué es lo que están pensando.

El corazón de Falquián se hundió.

—Me veo obligado a admitir, no obstante, que cuando absorbieron a Astel en su imperio, fue lo mejor que jamás nos haya ocurrido. El que nos gusten o no es algo que queda al margen. La pasión de esas gentes por el orden y la estabilidad ha evitado la guerra una y otra vez durante mi propia vida. En épocas pasadas hubo otros imperios, y los tiempos de la dominación de los mismos fueron tiempos de terrores y sufrimientos sin cuenta. Creo que tenemos que admitir con franqueza que los tamules son los mejores imperialistas de la historia. No rompen la estructura social y funcionan a través de los gobiernos establecidos. Los impuestos que nos cobran, por mucho que protestemos al respecto, son realmente mínimos. Construyen buenas carreteras y fomentan el comercio. Aparte de eso, generalmente nos dejan en paz. Casi lo único en lo que insisten es en que no vayamos a la guerra los unos contra los otros. Yo puedo vivir con ello..., a pesar de que algunos de mis predecesores se sentían espantosamente ultrajados porque los tamules no les permitían convertir a sus vecinos por medio de la espada.

Falquián respiró con un poco más de tranquilidad.

—Pero estoy desviándome del tema —dijo Monsel—. Si no me equivoco, estabais sugiriendo una especie de conspiración a nivel mundial.

—¿Estábamos sugiriendo eso, Falquián? —preguntó Emban.

—Supongo que así era, vuestra gracia.

—¿Dispone de algo concreto en lo que basar esa teoría, *sir* Falquián? —  
inquirió Monsel.

—La lógica es casi todo lo que tengo, vuestra gracia.

—Escucharé a la lógica... siempre y cuando ésta no contradiga mis creencias.

—Si una serie de acontecimientos ocurren en un determinado lugar y es idéntica a otra serie de acontecimientos que suceden en otro lugar, es justificable considerar la posibilidad de que ambas tengan una fuente común, ¿no os parece?

—Sobre unas bases provisionales, quizá sí.

—Es casi lo único que tenemos para trabajar de momento, vuestra gracia. El mismo tipo de cosa puede suceder en dos lugares al mismo tiempo y aun así continuar siendo una coincidencia, pero cuando se tienen delante hasta cinco o diez acontecimientos, la coincidencia sale volando por la ventana. La actual inestabilidad que implica a Ayachin y a ese que llaman Sable, aquí en Astel, está casi exactamente duplicada en el reino de Lamorkand de Eosia, y el embajador Oscagne nos asegura que el mismo tipo de cosa está surgiendo también en otros de los reinos daresianos. Siempre sucede lo mismo. Primero comienzan a correr rumores de que algún destacado héroe de la antigüedad ha regresado, de alguna forma. Luego surge algún exaltado que mantiene las cosas en estado de agitación. Aquí en Astel, tenéis la descabellada historia de Ayachin. En Lamorkand, hablan de Drychtnath. Aquí tenéis un hombre llamado Sable, y en Lamorkand tienen uno llamado Gerrich. Estoy bastante seguro de que hallaremos el mismo tipo de cosa en Edom, Daconia, Arjuna y Cyrga. Oscagne nos ha dicho que sus propios héroes nacionales están adquiriendo también apariencia más o menos visible. Falquián evitó con bastante cuidado mencionar a Krager. Todavía no estaba muy seguro de hacia dónde se inclinaban las simpatías de Monsel.

—Presentáis la causa muy sabiamente, Falquián —concedió Monsel—. Pero ¿no podría estar esta conspiración maestra dirigida en contra de los tamules? No son precisamente muy queridos, ¿sabéis?

—Creo que vuestra gracia está pasando por alto a Lamorkand —dijo Emban—. Allí no hay muchos tamules. No es más que una conjetura, pero yo creo que esta conspiración maestra, si es así como queremos llamarla, está, tan dirigida contra la Iglesia en Eosia como contra los tamules de este continente.

—¿Desorden organizado, tal vez?

—Creo que existe una contradicción entre esos términos, vuestra gracia —

señaló Falquián—. Sin embargo, no creo que hayamos llegado lo bastante lejos como para tratar de las causas. En este momento intentamos ver la luz a través de los efectos. Si acertamos al suponer que todas estas conspiraciones proceden de la misma persona, entonces lo que estamos viendo es a alguien que tiene un plan básico trazado sobre unos elementos que esa persona modifica para adaptarlos a cada una de las culturas. Lo que realmente necesitamos es identificar a ese tal Sable.

—¿Para poder hacerlo asesinar? —El tono de la voz de Monsel era acusador.

—No, vuestra gracia. Eso no sería práctico. Si se lo mata, será reemplazado por algún otro..., alguien de quien no tengamos noticia. Necesitamos saber quién y qué es ese hombre, y todo lo que se pueda averiguar acerca de él. Quiero saber cómo piensa, qué lo impulsa, y cuáles son sus motivaciones personales. Si consigo saber todo eso, podré neutralizarlo o matarlo. Para seros completamente sincero, vuestra gracia, Sable no me preocupa realmente. Yo quiero a quien está detrás de él.

Monsel parecía conmocionado.

—Éste es un hombre terrible, Emban —dijo con una voz ahogada.

—Creo que la palabra es «implacable».

—Si podemos creer a Oscagne, y creo que sí podemos, alguien está utilizando las artes arcanas en este asunto —dijo Falquián—. Ése es el motivo por el que se crearon originariamente los caballeros de la Iglesia. Enfrentarnos con la magia es asunto nuestro. Nuestra religión elenia no puede hacerlo porque la magia no tiene lugar en nuestra fe. Tuvimos que recurrir a gentes ajenas a la fe, a los estirios, para aprender a contrarrestar la magia. Abrió algunas puertas que posiblemente hubiésemos preferido que permanecieran cerradas, pero ése es el precio que tuvimos que pagar. Alguien... o algo... está empleando la magia en el otro lado, a unos niveles muy elevados. Yo estoy aquí para detenerle..., para matarle si resultara necesario. Una vez haya desaparecido, los atanes podrán enfrentarse con Sable. Sólo conozco a una mujer atan, y si todo su pueblo es como ella, sé que se puede contar con esa gente para que sea minuciosa.

—Inquietáis mi conciencia, Falquián —admitió Monsel—. Vuestra devoción al deber es casi inhumana, y vuestra resolución va incluso más allá de eso. Me avergonzáis, Falquián. —Suspiró y se tironeó de la barba con los ojos perdidos en pensamientos. Finalmente se irguió—. Muy bien, Emban, ¿podemos dejar las leyes en suspenso?

—No acabo de seguirte en eso.

—No iba a decirte esto —explicó el archimandrita—, en primer lugar porque probablemente te haría levantar tus redes doctrinales pero, lo más importante, porque no quería compartirlo contigo. Este implacable Falquián tuyo me ha convencido de lo contrario. Si no os cuento lo que sé, él dismantelará todo Astel y los que habitan en ella para conseguir la información, ¿no es verdad, Falquián?

—Realmente, me repugnaría tener que hacerlo, vuestra gracia.

—Pero lo haríais de todas formas, ¿no es cierto?

—Si me viera obligado, sí.

Monsel se estremeció.

—Sois los dos hombres de iglesia, así que voy a invocar la ley de la confidencialidad eclesiástica. Todavía no habéis cambiado ese requerimiento en Chyrellos, ¿verdad, Emban?

—No, a menos que Sarathi lo haya hecho desde que nosotros partimos. En cualquier caso, tienes nuestra palabra de que ninguno de los dos revelará nada de lo que nos digas.

—Excepto a otro clérigo —lo corrigió Monsel—. Puedo hacer concesiones hasta ese punto.

—De acuerdo —asintió Emban.

Monsel se recostó en el respaldo de la silla, acariciándose la barba.

—Los tamules no tienen una idea real de cuán poderosa es la Iglesia aquí, en los reinos elenios de Daresia occidental —comenzó—. En primer lugar, la religión de ellos es apenas algo más que un conjunto de ceremonias. Los tamules no piensan siquiera en la religión, por lo que no pueden comprender la profundidad de la fe del corazón de los devotos, y los siervos de Astel son con bastante probabilidad la gente más devota de la tierra. Presentan todos sus problemas a los sacerdotes, y no sólo sus propios problemas, sino también los problemas de sus vecinos. Los siervos están por todas partes y todo lo ven, y se lo cuentan a los sacerdotes.

—Creo que lo llamaban chismorreo cuando yo estaba en el seminario —comentó Emban.

—Nosotros teníamos un nombre peor para eso durante nuestro noviciado —agregó Falquián—. En el campo de entrenamiento solían ocurrir todo tipo de accidentes desagradables a causa de eso.

—A nadie le gustan los delatores —asintió Monsel—, pero, tanto si nos gusta como si no, el clero asteliano sabe absolutamente todo lo que sucede en el reino..., literalmente todo. Por supuesto, hemos hecho juramento de guardar

estos secretos, pero pensamos que nuestra principal responsabilidad es la salud espiritual de nuestra grey. Puesto que una gran proporción de nuestros sacerdotes eran originalmente siervos, sencillamente carecen de los conocimientos teológicos necesarios para manejar los problemas espirituales complejos. Nosotros hemos ingeniado una forma de proporcionarles el asesoramiento que necesitan. Los sacerdotes siervos no revelan el nombre de quienes han recurrido a ellos, pero les presentan los temas graves a sus superiores, y esos superiores me transmiten esos asuntos a mí.

—No tengo ninguna objeción real a eso —comentó Emban—. Mientras los nombres sean mantenidos en secreto, la confidencialidad no es violada.

—Nos llevaremos bien, tú y yo, Emban. —Monsel esbozó una breve sonrisa—. Los siervos contemplan a Sable como a un libertador.

—Eso es lo que habíamos deducido —dijo Falquián—. Sin embargo, parece haber una cierta falta de consistencia en sus proclamas. Les dice a los nobles que Ayachin quiere liberar al país del yugo tamul, y luego les dice a los siervos que la verdadera meta de Ayachin es la emancipación de los siervos. Más aún, de alguna manera, persuadió a los nobles para que se volvieran muy brutales en el trato que dan a los siervos. Eso no sólo es repugnante, sino que también es irracional. Los nobles deberían de estar intentando atraerse a los siervos, no ponerlos en su contra. Si lo consideramos de forma realista, Sable no es más que un agitador, y ni siquiera es particularmente sutil. Se trata de un adolescente político.

—Eso es ir un poco demasiado lejos, Falquián —protestó Emban—. ¿Cómo se explica entonces su éxito? Un idiota así jamás podría persuadir a los astelianos de que aceptaran su palabra.

—No es su palabra la que aceptan, sino la de Ayachin.

—¿Es que habéis perdido el juicio, Falquián?

—No, vuestra gracia. Ya he mencionado antes que hay alguien en el otro bando que está utilizando la magia. Era de esto de lo que estaba hablando. La gente ha estado viendo de verdad al mismísimo Ayachin.

—¡Eso es absurdo! —Monsel parecía profundamente trastornado.

Falquián suspiró.

—En atención a la comodidad teológica de vuestra gracia, llamémoslo alguna clase de alucinación..., una ilusión de masas creada por un charlatán inteligente, o algún cómplice vestido con ropas arcaicas que aparece de repente de alguna forma espectacular. Sea cual sea la fuente, si lo que está sucediendo

aquí es como lo que sucede en Lamorkand, vuestro pueblo está absolutamente convencido de que Ayachin ha regresado de la sepultura. Probablemente, Sable da unas razones, una colección de perogrulladas inconexas, y luego esa alucinación aparece en un destello de luz y un restallar de truenos, y confirma todo lo que ha dicho el otro. No es más que una conjetura, claro está, pero quizá no se halle muy lejos de la realidad.

—¿Es entonces un elaborado engaño?

—Si eso es lo que quiere creer vuestra gracia...

—Pero vos no creéis que se trate de un engaño, ¿no es cierto, Falquián?

—A mí me han entrenado para no creer en las cosas de manera activa, vuestra gracia. Si la aparición de Ayachin es real o no se trata más que de un truco, es algo que queda totalmente al margen. Es lo que cree la gente lo que tiene importancia, y estoy seguro de que creen de verdad que Ayachin ha regresado y que Sable habla en nombre de él. Eso es lo que convierte a Sable en alguien tan peligroso. Con esa aparición que lo respalda, puede hacer creer cualquier cosa a la gente. Ése es el motivo por el que he de averiguar sobre él absolutamente todo lo que pueda. Tengo que poder saber lo que está planeando llevar a cabo con el fin de poder contrarrestarlo.

—Voy a comportarme como si creyera lo que acabáis de decirme, Falquián —dijo Monsel con una voz conturbada—. No obstante, pienso que vos realmente necesitáis alguna clase de ayuda espiritual. —Su rostro adquirió una expresión de gravedad—. Nosotros sabemos quién es Sable —declaró finalmente—. Lo sabemos desde hace ya más de un año. Al principio, creímos, al igual que vos, que no era más que un fanático mentalmente trastornado al que le gustaba el melodrama. Esperábamos que los tamules se enfrentarían con él, por lo que pensábamos que no teníamos nada que hacer por nuestra cuenta. Sin embargo he reconsiderado el asunto. Con la condición de que ninguno de vosotros revele nada de lo que yo diga a nadie excepto a otro clérigo, os diré la identidad de ese hombre. ¿Tengo vuestra palabra respecto a esa condición?

—Tu gracia la tiene —juró Emban.

—¿Y en vuestro caso, Falquián?

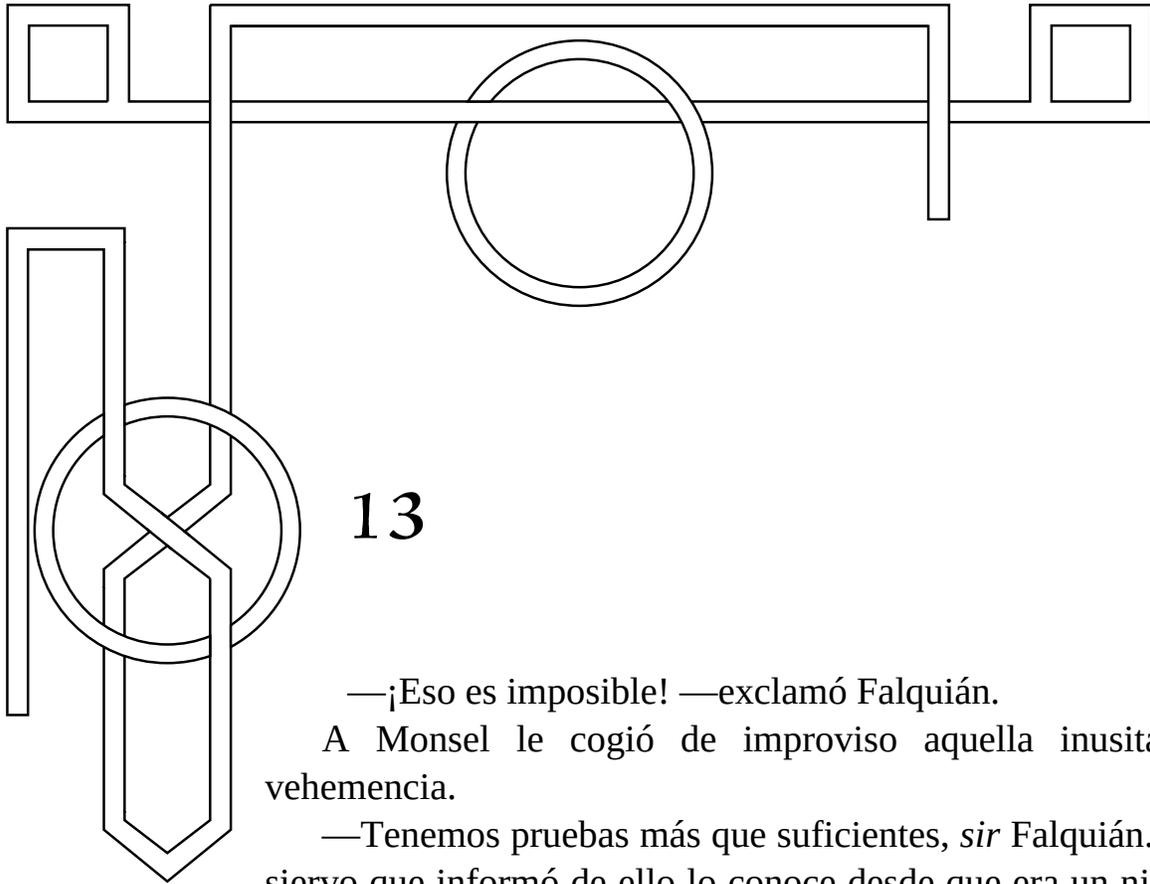
—Por supuesto.

—Muy bien, pues. Sable es el cuñado más joven de un noble menor que tiene una hacienda a unas leguas de Esos.

Aquello encajó en la mente de Falquián con un sonoro chasquido.

—El noble es el barón Kotyk, un burro estúpido e ineficaz —les dijo Monsel

— Y teníais razón, Falquián, Sable es un adolescente melodramático llamado Elron.



## 13

—¡Eso es imposible! —exclamó Falquián.

A Monsel le cogió de improviso aquella inusitada vehemencia.

—Tenemos pruebas más que suficientes, *sir* Falquián. El siervo que informó de ello lo conoce desde que era un niño.

Usted ha conocido a Elron, según puedo deducir.

—Nos refugiamos de una tormenta en la casa del barón Kotyk —explicó Emban—. Elron podría ser Sable, tú lo sabes, Falquián. Sin duda tiene el tipo de mentalidad correcta para ello. ¿Por qué estás tan seguro de que no se trata de él?

—No pudo habernos dado alcance —fue la débil respuesta de Falquián.

Monsel parecía perplejo.

—Vimos a Sable en los bosques cuando veníamos hacia aquí —explicó Emban—. Era el tipo de cosa que uno esperaría: un hombre enmascarado y vestido de negro, sobre un caballo negro y silueteado contra el cielo..., la cosa más estúpida que jamás haya visto. Nosotros no avanzábamos realmente a tanta velocidad, Falquián. Elron pudo habernos dado alcance con bastante facilidad.

Falquián no podía decirle que sí habían viajado muy rápidamente, que en realidad habían avanzado a una velocidad excesiva como para que alguien pudiera darles alcance..., no cuando Aphrael había estado jugando con el tiempo y la distancia de la forma que lo había hecho. Se tragó sus objeciones.

—Simplemente me sorprendió, eso es todo —mintió—. Stragen y yo

hablamos con Elron en un momento de la noche que pasamos allí. Soy incapaz de creer que ese muchacho ande por ahí agitando a los siervos. No sentía por ellos más que desprecio.

—¿Una pose, tal vez? —sugirió Monsel—. ¿Algo destinado a ocultar sus verdaderos sentimientos?

—No creo que sea capaz de hacer algo así, vuestra gracia. Es demasiado ingenuo para ese tipo de sutilezas.

—No os precipitéis tanto a la hora de emitir un juicio, Falquián —dijo Emban—. Si hay magia en todo esto, no constituirá ninguna diferencia el tipo de hombre que Sable sea, ¿no es así? ¿No existe alguna forma de que pudieran controlarlo de forma muy estrecha?

—Varias, en realidad —admitió Falquián.

—Me sorprende un poco que vos mismo no hayáis considerado esa posibilidad. Vos sois un experto en magia. Las convicciones personales de Elron probablemente carezcan de relevancia. Cuando habla como Sable, es el hombre que está detrás de él, nuestro verdadero adversario, quien realmente habla.

—Debería haber pensado en ello. —Falquián estaba enfadado consigo mismo por haber pasado por alto algo tan obvio... y la igualmente obvia explicación de la capacidad de Elron para darles alcance. Era indudable que otro dios podía comprimir el tiempo y la distancia de la misma forma que podía hacerlo Aphrael—. ¿Hasta qué punto está exactamente propagado ese desprecio hacia los siervos, vuestra gracia? —preguntó a Monsel.

—Desgraciadamente, es casi universal, príncipe Falquián. —Monsel suspiró—. Los siervos son analfabetos y supersticiosos, pero ni con mucho hay en ellos tanta estupidez como le gustaría creer a la nobleza. Los informes que recibo ponen de manifiesto que Sable pasa casi tanto tiempo denunciando a los siervos como a los tamules cuando habla a la nobleza. «Haraganes» es lo más amable que dice sobre ellos. Ha conseguido persuadir a medias a los nobles rurales de que los siervos están aliados con los tamules en algún vasto y oscuro complot cuya meta final es la emancipación de los siervos y la redistribución de las tierras. Los nobles están reaccionando de una forma predecible. Primero se los incitó a odiar a los tamules, y luego se los llevó a creer que los siervos están aliados con los tamules y que sus haciendas y posesiones se ven amenazadas por esa alianza. No se atreven a enfrentarse directamente con los tamules a causa de los atanes, así que descargan su hostilidad sobre los siervos. Se han producido incidentes de salvajismo injustificado contra una clase de gente que marchará en

masa al paraíso el día del juicio final. La Iglesia está haciendo todo lo que puede, pero eso es todo lo lejos que podemos ir a la hora de refrenar a los nobles.

—Necesitáis caballeros de la Iglesia, vuestra gracia —dijo Falquián en un tono de voz árido—. Somos muy buenos en el campo de la justicia. Si uno le arrebatara el knut a un noble y se lo aplica en su propia espalda unas cuantas veces, tiene tendencia a ver la luz muy rápidamente.

—Ojalá fuese eso posible aquí, en Astel, *sir* Falquián —replicó con tristeza Monsel—. Desgraciadamente...

Fue el mismo escalofrío, y el mismo fastidioso estremecimiento en el borde del campo visual. Monsel se interrumpió y volvió rápidamente la cabeza, en un intento de ver lo que en realidad no podía verse.

—¿Qué...? —comenzó.

—Vuestra gracia, no se trata más que de una visita —dijo Emban con voz tensa—. No te disloques el cuello para intentar captar un atisbo de ella. —Alzó ligeramente la voz—. Es muy agradable volver a verte, viejo amigo —dijo—. Comenzábamos a pensar que te habías olvidado de nosotros. ¿Hay algo que desees en particular? ¿O simplemente se trata de que ansiabas tener compañía? Nos sentimos halagados, por supuesto, pero en este preciso momento estamos un poco atareados. ¿Por qué ahora no te marchas a jugar? Podríamos charlar en algún otro momento.

El frío se volvió caliente de una forma bastante repentina, y el estremecimiento de sombras se oscureció.

—¿Os habéis vuelto loco, Emban? —preguntó Falquián con voz ahogada.

—No lo creo —replicó el pequeño y gordo patriarca—. Tu fluctuante amigo, o amigos, me está irritando, eso es todo.

La sombra se desvaneció, y el aire que rodeaba a los tres hombres volvió a la normalidad.

—¿Qué ha sido esto? —preguntó Monsel con voz imperiosa.

—El patriarca de Ucera acaba de insultar a un dios..., probablemente a varios dioses —replicó Falquián a través de los dientes apretados—. Durante un instante, todos estuvimos al borde de la destrucción. Por favor, no volváis a hacer eso, Emban..., al menos sin consultarme antes. —De pronto se echó a reír con un poco de vergüenza—. Ahora sé exactamente cómo se sintió Sephrenia en incontables ocasiones. Tendré que disculparme con ella la próxima vez que la vea.

Emban sonreía con deleite.

—Creo que los pillé un poco desprevenidos, ¿no es cierto?

—No volváis a hacerlo, vuestra gracia —le rogó Falquián—. Hemos visto lo que los dioses pueden hacer a las personas, y yo no querría estar por los alrededores si realmente los insultáis.

—Nuestro Dios me protege.

—Annias estaba rezando a nuestro Dios cuando Azash lo estrujó como a un trapo mojado, vuestra gracia. Y no le sirvió de mucho, según lo que yo recuerdo.

—Eso fue algo realmente estúpido, ¿sabéis? —dijo Emban a los otros dos.

—Me alegro de que os deis cuenta de ello.

—No me refiero a mí, Falquián. Estoy hablando de nuestro adversario. ¿Por qué se ha manifestado precisamente en este momento? Debería de haberse guardado para sí esa extravagante demostración de su existencia, y haberse limitado a escuchar. Así podría haber descubierto cuáles son nuestros planes. Y no sólo eso, sino que se reveló ante Monsel. Hasta el momento de la aparición, su gracia sólo tenía nuestra palabra respecto al hecho de la existencia de nuestro adversario. Ahora ya lo ha visto con sus propios ojos.

—¿Quiere alguien, por favor, explicarme esto? —estalló Monsel.

—Eran los dioses troll, vuestra gracia —respondió Falquián.

—Eso es absurdo. No existe una cosa como los trolls, así que, ¿cómo pueden tener dioses?

—Puede que esto lleve más tiempo del que yo había pensado —masculló Falquián, en parte para sí—. En realidad, vuestra gracia, los trolls sí que existen.

—¿Habéis visto vos alguno? —preguntó Monsel con tono desafiante.

—Sólo uno, vuestra gracia. Su nombre era Ghwerig. Era enano, por lo que sólo medía poco más de dos metros de estatura. No obstante, resultó muy difícil de matar.

—¿Vos lo matasteis? —jadeó Monsel.

—Él tenía algo que yo quería. —Falquián se encogió de hombros—. Ulath ha visto muchísimos más que yo, vuestra gracia. Él puede contároslo todo acerca de ellos. Incluso habla el idioma de los trolls. En otra época yo también lo hablé, pero probablemente ya lo haya olvidado a estas alturas. En cualquier caso, tienen un idioma, lo que significa que son semihumanos, y eso quiere decir que tienen dioses, ¿no es así?

Monsel miró a Emban con desamparo.

—No me lo preguntes a mí, amigo mío —dijo el rechoncho patriarca—. Eso está muy fuera del alcance de mi profundidad teológica.

—Por el momento, tendréis que aceptar mi palabra sobre ello —continuó Falquián—. Los trolls existen de verdad, y tienen dioses..., cinco..., y no son muy agradables. Esa sombra que tan descuidadamente ha despachado el patriarca Emban, eran ellos; y es contra quienes nosotros vamos a luchar. Eso es lo que está intentando derribar al imperio y la Iglesia, probablemente las dos Iglesias a las que vos y nosotros pertenecemos. Lamento habérselo presentado de una forma tan abrupta, archimandrita Monsel, pero tenéis que saber con qué os enfrentáis. De otra forma, estaríais completamente indefenso. No tenéis por qué creer lo que acabo de deciros, pero será mejor que os conduzcáis como si lo creyerais, porque si no lo hacéis así, la Iglesia no tendrá posibilidad alguna de supervivencia.

Los atanes llegaron unos días después. Un silencio cayó sobre la ciudad de Darsas al correr los ciudadanos para ponerse a cubierto. No existe un hombre tan libre de culpas como para que la aparición de unos millares de policías no le provoque una o dos inquietudes. Los atanes eran gigantes magníficamente preparadas. Los dos mil guerreros de ambos sexos entraron en la ciudad corriendo en perfecta formación de cuatro en fondo. Vestían cortas túnicas de cuero, petos de acero bruñido, y botas negras hasta media pantorrilla. Sus extremidades desnudas destellaban doradas en el sol de la mañana a medida que corrían, y sus rostros se presentaban severos e inflexibles. A pesar de que obviamente eran soldados, no había uniformidad alguna en sus armas. Llevaban consigo una colección variada de espadas, lanzas cortas y hachas, así como otras para las que Falquián no tenía nombre. Todos tenían dagas envainadas y atadas firmemente en brazos y piernas. Ninguno llevaba casco, sino finas bandas de oro que les rodeaban la cabeza.

—¡Señor! —jadeó Kalten dirigiéndose a Falquián, mientras ambos se hallaban de pie en las almenas del palacio para observar la llegada de la escolta—. Realmente no me gustaría tener que enfrentarme con esa gente en un campo de batalla. Sólo mirarlos me congela la sangre.

—Creo que ésa es precisamente la idea, Kalten —respondió Falquián—. Mirtai es impresionante por sí sola, pero cuando ves un par de millares de ellos puedes comprender cómo los tamules han sido capaces de conquistar un continente sin ninguna dificultad. Imagino que ejércitos enteros capitularon con sólo verlos llegar.

Los atanes entraron en la plaza que estaba frente a palacio y formaron ante la residencia del embajador tamul. Un hombre enorme se encaminó hacia la puerta del embajador Fontan a un paso que indicaba que si no le franqueaban la puerta la atravesaría directamente.

—¿Por qué no bajamos? —sugirió Falquián—. Calculo que el embajador Fontan traerá a ese tipo ante nosotros dentro de unos momentos. Ten cuidado con lo que digas, Kalten. Esta gente me da la impresión de ser un grupo singularmente carente de humor. Estoy seguro de que se les escapará casi cualquier chiste.

—Ya lo creo —jadeó Kalten para manifestar su acuerdo.

El grupo que acompañaba a la reina de Elenia se reunió en las dependencias privadas de su majestad, y dieron vueltas con bastante nerviosismo en espera de la llegada del embajador tamul y su general. Falquián observaba a Mirtai con bastante atención, para saber cuál sería su reacción al encontrarse nuevamente reunida con su pueblo después de tantos años. Portaba unos atavíos que él nunca le había visto hasta entonces, unas ropas que se parecían mucho a las que llevaban los de su país. No obstante, en lugar del peto de acero, lucía un justillo de cuero ajustado y sin mangas, y la banda que le ceñía la cabeza era de plata en lugar de oro. Su rostro estaba sereno, sin manifestar en apariencia ni expectación ni aprensión. Meramente aguardaba.

Luego llegaron Fontan y Oscagne con el hombre más alto que jamás hubiera visto Falquián. Lo presentaron como el atan Engessa. La palabra «atan» parecía ser no sólo el nombre del pueblo, sino también alguna especie de título. Engessa medía bastante más de dos metros de estatura, y la habitación pareció encoger cuando él entró. La edad del hombre, probablemente debido a la raza a la que pertenecía, era indeterminada. Era esbelto y musculoso, y tenía una expresión de severa inflexibilidad. El rostro no presentaba evidencia alguna de haber sonreído jamás.

Inmediatamente después de entrar en la estancia, se encaminó directamente hacia Mirtai, como si el resto de los demás presentes no estuviese siquiera allí. Apoyó las puntas de los dedos de ambas manos sobre el pecho acorazado e hizo una reverencia a la mujer.

—Atana Mirtai —la saludó respetuosamente.

—Atan Engessa —replicó ella repitiendo el gesto de saludo de él.

Luego hablaron entre sí durante un rato en idioma tamul.

—¿Qué están diciendo? —preguntó Ehlana a Oscagne, que había avanzado

hasta donde estaban todos.

—Es un saludo ritual, majestad —replicó Oscagne—. Cuando se encuentran dos atanes, hay muchísimas formalidades implicadas en el saludo. Esos rituales ayudan a reducir los derramamientos de sangre, según creo. En este momento, Engessa está interrogando a Mirtai respecto a su condición de niña..., por la banda de plata que lleva en la cabeza, ya comprendéis. Es un indicio de que ella aún no se ha sometido al rito de paso de una a otra edad. —Guardó silencio y escuchó durante un momento lo que estaba diciendo Mirtai—. Ella le está explicando que ha estado apartada de los humanos desde la infancia, y que aún no ha tenido oportunidad de participar en el ritual.

—¿Separada de los humanos? —objetó Ehlana—. ¿Y qué cree que somos nosotros?

—Los atanes creen que ellos son los únicos humanos del mundo. No estoy demasiado seguro de qué es lo que consideran que somos nosotros. —El embajador parpadeó—. ¿Realmente ha matado a tanta gente como dice? —preguntó con una cierta sorpresa.

—¿Diez? —preguntó Falquián.

—Ella dice que treinta y cuatro.

—¡Eso es imposible! —exclamó Ehlana—. Ha sido miembro de mi corte durante los últimos siete años. Yo me habría enterado si hubiese matado a alguien mientras estaba a mi servicio.

—No si lo hizo durante la noche; en ese caso no te habrías enterado, mi reina —la contradujo Falquián—. Ella nos encierra en nuestras dependencias cada noche. Ella dice que lo hace por nuestra propia protección, pero quizás es porque así puede salir en busca de un poco de diversión. Es posible que debieras cambiar ese procedimiento cuando regresemos a casa. Comencemos por encerrarla a ella en lugar de lo contrario.

—Ella simplemente derribaría la puerta de una patada, Falquián.

—Eso es cierto, supongo. Siempre podríamos encadenarla a la pared durante la noche, imagino.

—¡Falquián! —exclamó Ehlana.

—Podemos hablar de ello más tarde. Aquí vienen Fontan y el general Engessa.

—El atan Engessa, Falquián —lo corrigió Oscagne—. Engessa ni siquiera reconocería el título de general. Es un guerrero..., un atan. Ése es el único título que parece necesitar. Si lo llamaras «general», lo estarías insultando, y ésa no es

una buena idea.

Engessa tenía una voz profunda y baja, y hablaba el elenio de forma titubeante y con un acento exótico. Repitió cuidadosamente cada uno de los nombres cuando Fontan se los fue presentando, obviamente para guardarlos en la memoria. Aceptó la condición de Ehlana sin hacer preguntas, a pesar de que el concepto de reina tenía que resultarle raro. Reconoció a Falquián y los demás caballeros como guerreros, y pareció respetarlos como tales. La condición del patriarca Emban, Talen, Stragen y la baronesa Melidere, evidentemente lo desconcertaron. Sin embargo, saludó a Kring con el habitual saludo peloi.

—La atana Mirtai me ha dicho que solicitas su mano en matrimonio —dijo.

—Así es —replicó Kring con un cierto tono agresivo—. ¿Tienes alguna objeción?

—Eso depende. ¿A cuántos has matado?

—A más de los que puedo contar con comodidad.

—Eso puede significar dos cosas. O bien has matado a muchos, o eres malo con los números.

—Sé contar hasta más de doscientos —declaró Kring.

—Es un número respetable. ¿Eres domi entre tu gente?

—Lo soy.

—¿Quién te hizo esos cortes en la cabeza? —Engessa señaló las cicatrices del cráneo y la cara de Kring.

—Un amigo. Estábamos discutiendo las cualificaciones de cada uno de nosotros para ser el jefe.

—¿Por qué dejaste que te hiciera esos cortes?

—Estaba ocupado en otra cosa. En aquel momento tenía mi sable dentro de la barriga de él, y la sondeaba en busca de lo que pudiera haber.

—En ese caso, tus cicatrices son honorables. Las respeto. ¿Era un buen amigo tuyo ese hombre?

Kring asintió con la cabeza.

—El mejor. Éramos como hermanos.

—Le ahorraste el inconveniente de hacerse viejo.

—Eso es lo que hice, ya lo creo. No llegó a hacerse ni un día más viejo de lo que era.

—No considero ofensa alguna vuestro galanteo con la atana Mirtai —dijo Engessa—. Es una niña sin familia. Como el primer adulto atan que ella ha conocido, es mi responsabilidad servirla como un padre. ¿Tienes un *oma*?

—Falquián es mi *oma*.

—Envíamelo, y él y yo hablaremos del asunto. ¿Puedo llamarte amigo, domi?

—Me sentiré muy honrado, atan. ¿Puedo también yo llamarte amigo a ti?

—También yo me sentiré honrado, amigo Kring. Espero que tu *oma* y yo podamos acordar el día en que tú y la atana Mirtai seréis marcados.

—Que Dios acelere ese día, amigo Engessa.

—Me siento como si acabara de presenciar algo de las edades oscuras —susurró Kalten a Falquián—. ¿Qué crees que habría sucedido si ambos se hubiesen caído mal?

—Probablemente lo hubieran puesto todo perdido.

—¿Cuándo quieres partir, Ehlana, reina de Elenia? —preguntó Engessa.

Ehlana miró interrogativamente a sus amigos.

—¿Mañana? —sugirió.

—No debes preguntar, Ehlana-reina —la amonestó Engessa con voz firme—. Ordena. Si alguno objeta, haz que Falquián-campeón lo mate.

—No hemos estado intentando eliminar ese tipo de procedimientos, atan Engessa —replicó ella—. Siempre resulta terrible para las alfombras.

—Ah —comentó él—. Ya sabía que tenía que existir una razón. Mañana, entonces.

—Mañana, Engessa.

—Te esperaré con las primeras luces del día, Ehlana-reina. —Luego se volvió en redondo y salió de la sala a paso de marcha.

—Es un tipo un poco brusco, ¿no? —comentó Stragen.

—No malgasta palabras —asintió Tynian.

—¿Puedo hablar una palabra contigo, Falquián? —sugirió Kring.

—Por supuesto.

—Me asistirás como *oma*, ¿verdad?

—Por supuesto.

—No prometas demasiados caballos. —Kring frunció el entrecejo—. ¿A qué se refería cuando hablaba de marcar?

Falquián recordó de pronto.

—Es una costumbre de boda atana. Durante la ceremonia, la feliz pareja es marcada a fuego. Cada uno lleva la marca del otro.

—¿Marcada a fuego?

—Eso es lo que tengo entendido.

—¿Y qué sucede si la pareja no se lleva bien?

—Supongo que se tacha la marca.

—¿Cómo puede tacharse una marca al fuego?

—Probablemente con un hierro al rojo vivo. ¿Todavía te sientes inclinado al matrimonio, Kring?

—Entérate de dónde va esa marca. Lo sabré mejor cuando disponga de esa información.

—Deduzco de eso que hay sitios en los que preferirías que no te marcaran.

—Oh, sí. Existen lugares muy definidos, Falquián.

Salieron de Darsas con las primeras luces de la mañana siguiente, y cabalgaron hacia el este en dirección a Pela, emplazada en las estepas de Astel central. Los atanes rodeaban a la columna, corriendo con facilidad para igualar la velocidad de los caballos. Las preocupaciones de Falquián respecto a la seguridad de la reina disminuyeron de forma apreciable. Mirtai había informado a su dueña con mucha brevedad —incluso de manera perentoria—, que ella viajaría con su pueblo. No fue precisamente una solicitud de permiso. En la gigantesca mujer se había operado un cambio bastante peculiar. La cautelosa tensión que siempre la había caracterizado pareció desvanecerse.

—No puedo acabar de definirlo con precisión —confesó Ehlana a eso de la media mañana, cuando lo estaban comentando—. Simplemente no parece la misma de siempre.

—No lo es, majestad —respondió Stragen—. Ha regresado a su hogar, eso es todo. Y no sólo eso, sino que la presencia de adultos le permite ocupar su verdadero puesto en su propia sociedad. Ella aún es una niña..., al menos en su propia opinión. Nunca ha hablado de su infancia, pero yo deduzco que no fue una época llena de felicidad y seguridad. Algo les sucedió a sus progenitores, y ella fue vendida como esclava.

—Todo su pueblo es esclavo, mi señor Stragen —objetó la baronesa Melidere.

—Existen diferentes tipos de esclavitud, baronesa. La esclavitud de la raza atan bajo el dominio tamul es algo institucionalizado. La de Mirtai es personal. Se apoderaron de ella cuando era niña, la esclavizaron, y luego se vio forzada a dar sus propios pasos para protegerse. Ahora que ha regresado con los atanes, tiene la posibilidad de recapturar la sensación de infancia. —Hizo una mueca—.

Yo nunca tuve esa oportunidad, por supuesto. Yo nací en una clase de esclavitud diferente, y el matar a mi padre no me liberó en realidad.

—Te angustias excesivamente con eso, mi señor Stragen —dijo Melidere—. Creo que no deberías convertir el problema de tu concepción ilegítima en el hecho central de tu existencia, ¿sabes? En la vida hay cosas mucho más importantes.

Stragen le dirigió una mirada penetrante, y luego se echó a reír con expresión un poco tímida.

—¿De veras te parezco tan autocompasivo, baronesa?

—No, realmente no, pero siempre insistes en sacar ese tema a relucir. No os preocupéis tanto, mi señor. No constituye diferencia alguna para el resto de nosotros, así que ¿por qué ponerse melancólico?

—Ya lo ves, Falquián —dijo Stragen—. Eso es exactamente a lo que me refería cuando te hablaba de esta muchacha. Es la persona más insincera que jamás haya conocido.

—¡Mi señor Stragen! —protestó Melidere.

—Pero es que lo eres, mi querida baronesa. —Stragen le dedicó una sonrisa abierta—. Tú no mientes con la boca, sino que lo haces con la totalidad de tu persona. Actúas como alguien que tuviera la cabeza llena de aire, y luego deshinchas esa fachada, que has pasado toda una vida construyendo, con una sola observación. «Concepción ilegítima», ya lo creo. Has conseguido convertir en algo trivial la tragedia central de mi vida.

—¿Podrás perdonarme alguna vez? —Los ojos de ella estaban muy abiertos y tenían una expresión de insincera inocencia.

—Déjalo ya —dijo él, alzando las manos al aire en burlesca rendición—. ¿Dónde estaba? Ah, sí, en el aparente cambio de personalidad de Mirtai. Creo que el rito del paso de edades es muy significativo entre los atanes, y ésa es otra de las razones por las que nuestra querida gigante está regresando al equivalente social de la media lengua. Obviamente, Engessa va a someterla al rito cuando llegemos a su tierra natal, así que ella está disfrutando hasta la raíz de sus últimos días de infancia.

—¿Puedo cabalgar contigo, padre? —preguntó Danae.

—Si quieres...

La pequeña princesa se levantó del asiento del carruaje, entregó *Rollo* a Alean y *Mmrr* a la baronesa Melidere, y luego le tendió las manos a Falquián. Él la izó hasta su habitual lugar, delante de la silla de montar.

—Llévame a galopar, padre —pidió ella en el más almibarado tono de niña pequeña.

—Regresaremos enseguida —dijo Falquián a su esposa, y se alejó del carruaje a medio galope.

—Stragen puede ser tan pesado a veces... —comentó Danae con acritud—. Me alegro de que sea Melidere quien vaya a tener que modificarlo.

—¿Qué? —Falquián se sobresaltó.

—¿Dónde tienes los ojos, padre?

—No estaba mirando, en realidad. ¿Realmente sienten eso el uno por el otro?

—Ella sí. Ella le hará saber a Stragen qué es lo que él siente, cuando esté preparada. ¿Qué sucedió en Darsas?

Falquián luchó un poco con su conciencia ante aquella pregunta.

—¿Dirías tú que eres un personaje religioso? —preguntó con tono cauteloso.

—Vaya una forma original de presentar las cosas.

—Limítate a responder a mi pregunta, Danae. ¿Estás, sí o no, afiliada a una religión?

—Bueno, por supuesto que lo estoy, Falquián. Yo soy el foco de una religión.

—Entonces, en un sentido general, se te podría definir como un hombre del clero..., eh... eh..., como una persona del clero.

—¿Adónde quieres llegar, Falquián?

—Simplemente dime que sí, Danae. Camino de puntillas al borde de violar un juramento que he hecho, y necesito una excusa técnica para poder hacerlo.

—Déjalo ya. Sí, técnicamente puedes llamarme un personaje de la Iglesia..., es una iglesia diferente, claro, pero la definición encaja aun así.

—Gracias. He jurado no revelar esto a nadie, excepto a otro hombre o personaje del clero.

—Eso es un puro sofisma.

—Ya lo sé, pero me saca del aprieto. El cuñado del barón Kotyk, Elron, es Sable. —Él le dedicó una mirada suspicaz—. ¿Has estado interfiriendo otra vez?

—¿Yo?

—Estás empezando a forzar un poco los potenciales de la coincidencia, Danae —dijo—. Sabías desde el principio lo que acabo de decirte, ¿no es verdad?

—No, los detalles no. Lo que tú llamas omnisciencia es un concepto humano. Fue inventado para hacerle creer a la gente que no podrían salirse

nunca con la suya sin castigo. Yo capto atisbos..., pequeños destellos de las cosas, eso es todo. Sabía que existía algo significativo en la casa de Kotyk, y sabía que si tú y los demás escuchabais atentamente, oiríais hablar de ello.

—Entonces, ¿es algo así como la intuición?

—Ésa es una muy buena palabra para definirlo Falquián. La nuestra está un poco más desarrollada que la vuestra, y le prestamos más atención. Vosotros, los humanos, tendéis a no hacerle caso, particularmente los hombres. Pero en Darsas sucedió alguna otra cosa, ¿no es así?

Él asintió con la cabeza.

—Esa sombra hizo otra aparición. Empan y yo estábamos hablando con el archimandrita Monsel, y nos hizo una visita.

—Entonces, quienquiera que esté detrás de esto, es muy estúpido.

—¿Los dioses troll? ¿No es ésa una parte de la definición de esos dioses?

—No estamos absolutamente seguros de que sean los dioses troll, Falquián.

—¿No puedes saberlo tú? Quiero decir, que si no hay alguna manera de identificar a quien se te opone.

Ella negó con la cabeza.

—Me temo que no, Falquián. Nosotros podemos ocultarnos los unos de los otros. No obstante, la estupidez de esa aparición en Darsas sugiere ciertamente a los dioses troll. Hasta el momento, todavía no hemos conseguido hacerles entender por qué el sol sale por el este. Saben que va a salir cada mañana, pero nunca están seguros de por dónde lo hará exactamente.

—Estás exagerando.

—Por supuesto que sí. —La niña frunció el entrecejo—. Sin embargo, será mejor que de momento no nos asentemos sobre la idea de que nos enfrentamos con los dioses troll. Ese fenómeno presenta algunas diferencias sutiles... que, por supuesto, podrían ser el resultado de su encuentro contigo en el templo de Azash. Los asustaste muchísimo, ¿sabes? Yo me inclino más a sospechar una alianza entre ellos y alguien más. Creo que los dioses troll se mostrarían más directos. Si hay alguien más implicado en todo esto, se trata de alguien un poco infantil. No ha salido al mundo, se ha rodeado de gente que no es muy brillante, y está juzgando a todos los seres humanos por aquellos que lo adoran a él. Esa aparición de Darsas fue un auténtico patinazo, ¿sabes? Realmente no tenía que hacerlo, y lo único que confirmó fue lo que ya le habíais dicho al clérigo..., porque tú le contaste qué era lo que estaba sucediendo, ¿no es así?

Falquián asintió.

—Necesitamos llegar a Sarsos y hablar con Sephrenia.

—¿Vas a apresurar la marcha otra vez, entonces?

—Creo que sería lo mejor. Todavía no estoy completamente segura de qué es lo que están haciendo los del otro bando, pero por algún motivo están comenzando a moverse más deprisa, así que será mejor que veamos qué puede hacerse para estar a su altura. Llévame al carruaje, Falquián. Probablemente Stragen ya habrá acabado de demostrar su educación a estas alturas, y el olor de tu armadura comienza a provocarme náuseas.

A pesar de que existía una comunión de intereses entre los tres segmentos de fuerzas diferentes que escoltaban a la reina de Elenia, Falquián, Engessa y Kring decidieron hacer un esfuerzo para mantener a los pelois, los caballeros de la Iglesia y los atanes más o menos separados los unos de los otros. Las diferencias culturales hacían que la fusión general resultara poco prudente. Las posibilidades de malos entendidos eran sencillamente demasiado numerosas como para pasarlas por alto. Cada uno de los jefes hizo hincapié ante sus fuerzas en la necesidad de las más estrictas cortesía y formalidad, y el resultado general fue una tensa y exagerada rigidez. En un sentido muy real, los atanes, los pelois y los caballeros eran aliados más que camaradas. El hecho de que muy pocos atanes hablasen elenio aumentaba el distanciamiento entre las partes componentes del pequeño ejército que avanzaba hacia la extensión desprovista de árboles de las estepas.

Se encontraron con los pelois orientales a cierta distancia de Pela, en Astel central. Los ancestros de Kring habían emigrado de las vastas praderas hacía unos tres mil años, pero a pesar de la separación de tiempo y distancia, las dos ramas de la familia peloi eran muy similares en lo que a vestimenta y costumbres se refería. La única diferencia significativa parecía ser una marcada preferencia por la jabalina en el caso de los pelois orientales, en contraposición con la preferencia por el sable que mostraba la gente de Kring. Tras un intercambio ritual de saludos, Kring y su primo oriental se sentaron sobre la hierba para «tomar juntos la sal y hablar de sus asuntos», mientras dos ejércitos se encaraban cautelosamente el uno con el otro, separados por trescientos metros de campo abierto. Aparentemente, se llegó a la decisión de no ir a la guerra los unos contra los otros aquel día, y Kring condujo a su anfitrión y pariente hasta el carruaje para presentárselo a todos. El domi de los pelois orientales se llamaba Tikume.

Era un poco más alto que Kring, aunque también llevaba la cabeza rapada, costumbre de aquellos jinetes que se remontaba a la antigüedad.

Tikume los saludó a todos con cortesía.

—Es un suceso extraño ver a los pelois aliados con extranjeros —señaló—. Kring me había hablado de las costumbres que prevalecen en Eosia, pero no me había dado plena cuenta de que condujesen a acuerdos tan peculiares. Claro que él y yo no hemos hablado el uno con el otro desde hace más de diez años.

—¿Conocían ya de antes al domi Tikume? —preguntó el patriarca Emban con una cierta sorpresa.

—Sí, vuestra gracia —replicó Kring—. El domi Tikume viajó hasta Pelosia con el rey de Astel hace algunos años. Puso como condición buscarme.

—El padre del rey Alberen era mucho más sabio que su hijo —explicó Tikume—, y leía muchísimo. Encontró muchas similitudes entre Pelosia y Astel, así que le hizo una visita regia al rey Soros. Me invitó a que lo acompañara. — Su expresión adoptó un aire de disgusto—. Puede que hubiese declinado en caso de saber que viajaríamos por barco. Estuve mareado cada día durante dos meses. No obstante, el domi Kring y yo nos entendimos bien. Fue tan amable como para llevarme consigo a las fronteras a cazar orejas.

—¿Y compartió contigo los beneficios, domi Tikume? —le preguntó Ehlana.

—¿Qué quieres decir, reina Ehlana? —Tikume parecía perplejo. Kring, sin embargo, rió nerviosamente y se sonrojó un poco. Entonces Mirtai se acercó al carruaje.

—¿Es ésta? —preguntó Tikume a Kring.

Kring asintió con expresión de felicidad.

—¿No es estupenda?

—Magnífica —asintió fervientemente Tikume, con un tono de voz casi reverente. Apoyó una rodilla en tierra—. Doma —la saludó, uniendo ambas manos ante su propio rostro.

Mirtai dirigió a Kring una mirada inquisitiva.

—Es una palabra peloi, amada mía —le explicó—. Significa cónyuge del domi.

—Eso no ha sido decidido aún, Kring —observó ella.

—¿Puede haber alguna duda, amada mía? —preguntó él a modo de réplica.

Tikume continuaba con una rodilla en tierra.

—Entrarás en nuestro campamento con todos los honores, doma Mirtai —declaró—, porque entre nuestras gentes, eres una reina. Todos se arrodillarán

ante ti, y yo te cederé el paso. Se compondrán poemas y canciones en tu honor, y ricos presentes se te regalarán.

—Pero, bueno... —dijo Mirtai.

—Tu belleza es claramente divina, doma Mirtai —prosiguió Tikume, exaltándose con el tema—. Tu sola presencia anima al mundo descolorido y avergüenza al sol. Reverencio la sabiduría de mi hermano Kring al haberte escogido como compañera. Ven inmediatamente a mi campamento, divina tú, para que mi pueblo pueda adorarte.

—Dios mío —jadeó Ehlana—. Nadie me ha dicho a mí jamás algo parecido.

—Simplemente es porque no queríamos hacerte sentir incómoda, mi reina —le aseguró Stragen con tono lisonjero—. Nosotros sentimos eso por ti, por supuesto, pero no deseábamos ponernos tanto en evidencia.

—Bien dicho —aprobó Ulath.

Mirtai miró a Kring con un interés nuevo.

—¿Por qué no me habías hablado de esto, Kring? —le preguntó.

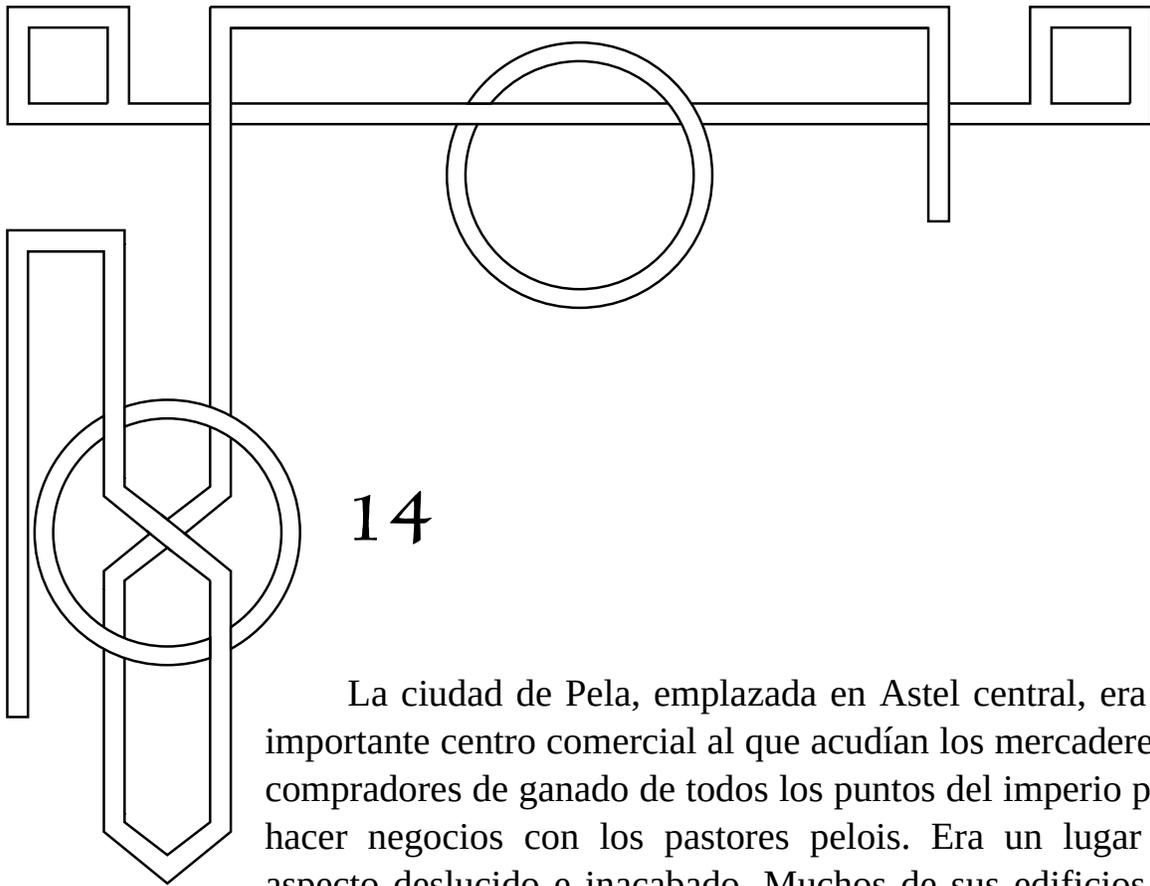
—Pensaba que lo sabías, amada mía.

—No lo sabía —replicó ella. Su labio inferior se adelantó ligeramente en una especie de puchero reflexivo—. Pero lo sé ahora —agregó—. ¿Has escogido ya un *oma*?

—Falquián me servirá, amada mía.

—¿Por qué no vas a mantener una charla con el atan Engessa, Falquián? —le sugirió Mirtai—. Dile de mi parte que yo no contemplo con desagrado los galanteos del domi Kring.

—Ésa es una muy buena idea, Mirtai —replicó Falquián—. Me sorprende no haberlo pensado yo mismo.



La ciudad de Pela, emplazada en Astel central, era un importante centro comercial al que acudían los mercaderes y compradores de ganado de todos los puntos del imperio para hacer negocios con los pastores pelois. Era un lugar de aspecto deslucido e inacabado. Muchos de sus edificios no eran más que ornados frentes con grandes tiendas plantadas detrás de los mismos. Nunca se había hecho intento alguno de pavimentar sus calles, llenas de baches, y el paso de las hileras de carros y rebaños de ganado levantaba nubes de polvo que oscurecían completamente la población durante la mayor parte del tiempo. Más allá de los pocos definidos suburbios había un océano de tiendas, los hogares portátiles de los nómadas pelois.

Tikume los condujo a través de la ciudad y más allá de la misma, hasta la cima de una colina en la que un grupo de banderas listadas de brillantes colores rodeaba un amplio espacio abierto. Un palio sujetado por postes sombreaba un lugar de honor en la cima misma de la colina, y el suelo que se hallaba debajo estaba alfombrado y sembrado de cojines y pieles.

Mirtai era el centro absoluto de la atención. Sus ropas de marcha, más bien escasas, habían sido cubiertas con una túnica púrpura que llegaba hasta el suelo, indicación de su condición casi regia. Kring y Tikume la escoltaron formalmente hasta el centro ceremonial del campamento y se la presentaron a la esposa de Tikume, Vida, una mujer de rostro afilado, que también llevaba una túnica

púrpura, y que miró a Mirtai con abierta hostilidad.

Falquián y los demás se reunieron con los jefes pelois bajo el palio como invitados de honor.

El rostro de la esposa de Tikume fue haciéndose más y más sombrío a medida que los guerreros pelois rivalizaban los unos con los otros para acumular extravagantes cumplidos sobre Mirtai a medida que eran presentados ante Kring y su futura desposada. Hubo regalos y varias canciones que alababan la belleza de la dorada giganta.

—¿De dónde han sacado tiempo para componer canciones sobre ella? —preguntó en voz baja Talen a Stragen.

—Imagino que esas canciones han sido compuestas hace muchísimo tiempo —replicó Stragen—. Han sustituido el nombre por el de Mirtai, eso es todo. Esperaba que también le recitasen poemas. Conozco a un escritor de tercera categoría de Emsat que se gana bien la vida escribiendo poemas y cartas de amor para los jóvenes nobles que son demasiado haraganes o carentes de inspiración para componerlos por sí mismos. Existe todo un cuerpo de literatura con espacios en blanco que sirve para situaciones como ésta.

—¿Se limitan a llenar los vacíos con el nombre de la muchacha? —le preguntó Talen con incredulidad.

—Realmente no tendría demasiado sentido rellenarlos con el nombre de otra, ¿no te parece?

—¡Eso carece de honradez! —exclamó Talen.

—¡Qué actitud tan original, Talen! —dijo el patriarca Emban, echándose a reír—. Especialmente viniendo de ti.

—Se supone que uno no debe recurrir a engaños cuando le dice a una muchacha lo que siente por ella —insistió Talen.

Talen había comenzado a fijarse en las muchachas. Habían estado siempre allí, por supuesto, pero él no se había dado cuenta hasta entonces. En aquel momento tenía algunas convicciones bastante poderosas. Era algo que hablaba en favor de sus amigos, el hecho de que ni uno solo de ellos riera ante aquella particular expresión de integridad. Sin embargo, la baronesa Melidere le dio un impulsivo abrazo.

—¿Por qué ha sido eso? —preguntó él, con una cierta suspicacia.

—Oh, por nada —replicó ella, acariciándole una mejilla con suavidad—. ¿Cuándo te afeitaste por última vez? —preguntó.

—Un día de la semana pasada, me parece..., o quizá fue la semana anterior.

—Vuelves a necesitarlo, diría yo. No cabe duda de que estás creciendo, Talen.

El muchacho se sonrojó ligeramente.

La princesa Danae dedicó a Falquián una sonrisilla socarrona.

Después de los regalos, los poemas y las canciones, llegaron las demostraciones de destreza. Los hombres de la tribu de Kring demostraron su maestría con el sable. Los hombres de Tikume hicieron lo propio con las jabalinas, las cuales ya arrojaban, ya utilizaban como lanzas cortas. *Sir Berit* tiró del caballo a un caballero cyrínico tan joven como él, y dos genidianos de rubias barbas se trabaron en un simulacro de combate con hacha de temible realismo.

—Ha sido todo relativamente estandarizado, por supuesto, Emban —dijo el embajador Oscagne al patriarca de Ucera. La amistad de ambos hombres había progresado hasta tal punto que habían comenzado a prescindir de los títulos—. Las culturas guerreras circunscriben sus vidas casi totalmente a las ceremonias.

Emban sonrió.

—Ya he advertido esa característica, Oscagne. Nuestros caballeros de la Iglesia son los hombres más corteses y ceremoniosos que conozco.

—Es la prudencia, vuestra gracia —explicó críticamente Ulath.

—Ya te habituarás a esa forma de hablar, excelencia —aseguró Tynian al embajador—. Ulath detesta malgastar las palabras.

—No me estaba expresando de forma misteriosa, Tynian —protestó Ulath—. Sólo estaba señalando que uno casi tiene que ser cortés con un hombre que está armado con un hacha de guerra.

El atan Engessa se puso de pie e hizo una reverencia algo rígida a Ehlana.

—¿Me permites poner a prueba a tu esclava, Ehlana-reina? —preguntó.

—¿Qué quieres decir exactamente, atan Engessa? —preguntó a su vez Ehlana con cautela.

—Se acerca el momento del rito de paso de edades para ella. Tenemos que decidir si está preparada. No le haré daño. Todos los demás están demostrando su destreza. La atana Mirtai y yo participaremos. Será un buen momento para ponerla a prueba.

—Como mejor te parezca, atan —consintió Ehlana—, siempre y cuando la atana no tenga objeciones.

—Si es verdaderamente del pueblo atan, no tendrá objeción ninguna, Ehlana-reina. —Se volvió abruptamente y se encaminó hacia donde Mirtai estaba sentada con los pelois.

—Desde luego, Mirtai es hoy el centro de todo —observó Melidere.

—A mí me parece muy bien —dijo Ehlana—. Durante la mayor parte del tiempo ella se mantiene en un segundo plano. Tiene derecho a un poco de atención.

—Se trata de una cuestión política, como ya te habrás dado cuenta —comentó Stragen—. La gente de Tikume está cubriendo de atenciones a Mirtai como homenaje a Kring.

—Ya lo sé, Stragen, pero de todas formas es agradable. —Dirigió una mirada pensativa a la dorada esclava—. Falquián, tomaré como un favor personal que prosigas las negociaciones del matrimonio con el atan Engessa. Mirtai se merece un poco de felicidad.

—Veré qué puedo arreglar para ella, mi reina.

Mirtai asintió con prontitud a la prueba propuesta por Engessa. Se puso graciosamente de pie, se desabrochó el cuello de la túnica púrpura, y la dejó caer.

Los pelois profirieron una exclamación sorda. Las mujeres de su pueblo iban por costumbre vestidas con ropas que ocultaban mucho más sus cuerpos. No obstante, la sonrisa burlona que apareció en el rostro de la esposa de Tikume, Vida, resultaba un poco débil. Mirtai era significativamente femenina. Iba completamente armada, y también eso impresionó a los pelois. Ella y Engessa avanzaron hasta la pista que se hallaba ante el palio, se hicieron una breve inclinación de cabeza el uno al otro, y desenfundaron sus espadas.

Falquián pensaba que conocía las diferencias entre combates de competición y lucha hostil, pero lo que vio a continuación desdibujó esos límites. Mirtai y Engessa parecían tener la plena intención de matarse el uno al otro. El manejo de la espada de ambos era espléndido, pero su modo de batirse implicaba muchísimo más contacto físico que el estilo de lucha competitiva al uso.

—Parece un combate de lucha cuerpo a cuerpo con espadas —observó Kalten, dirigiéndose a Ulath.

—Sí —asintió Ulath—. Me pregunto si un hombre podría hacer eso en un combate con hachas. Si pudieran patearle la cara a alguien de la forma en que ella acaba de hacerlo, y luego asestar un golpe de hacha, ganarías un montón de peleas en nada de tiempo.

—Ya sabía yo que Mirtai iba a hacerle precisamente eso —comentó Kalten con una risa disimulada mientras Engessa aterrizaba de espaldas sobre el polvo—. En una ocasión me lo hizo a mí.

Engessa, sin embargo, no se quedó tendido y boqueando sobre el suelo como había hecho Kalten. Rodó en cambio alejándose de Mirtai, y se puso de pie con la espada aún en la mano. Levantó el arma en una especie de saludo y volvió a atacar de inmediato.

La «prueba» continuó durante varios minutos más, hasta que un atan que los observaba dio un golpe seco con el puño en su peto metálico para indicar el final del combate. El hombre que dio la señal era de una edad mucho más avanzada que sus compatriotas, o al menos así lo parecía. Tenía los cabellos blancos. No obstante, nada más de su apariencia parecía diferenciarlo de los otros.

Mirtai y Engessa se hicieron una reverencia formal el uno al otro, y él la acompañó hasta el sitio que antes había ocupado, donde Mirtai se puso la capa de nuevo y se hundió entre los cojines. La sonrisa burlona de Vida se había borrado completamente.

—Está en condiciones —informó Engessa a Ehlana. Se metió la mano bajo el peto metálico y acarició con delicadeza una zona dolorida—. Más que en condiciones —agregó—. Es una adversaria diestra y peligrosa. Me siento orgulloso de ser quien ella llamará «padre». Esta muchacha agregará lustre a mi nombre.

—A nosotros nos gusta mucho, atan Engessa. —Ehlana sonrió—. Me alegro de que estéis de acuerdo con nosotros.

La reina dejó que el impacto de aquella devastadora sonrisa hiciera efecto en el atan de rostro severo y él, vacilante, casi como a pesar de sí mismo, sonrió a su vez.

—Creo que este hombre ha perdido hoy dos batallas —susurró Talen a Falquián.

—Eso es lo que parece —replicó Falquián.

—No podemos estar a la altura de esas gentes, amigo Falquián —dijo Tikume aquella velada, mientras se relajaban todos sobre alfombras tendidas ante una llameante hoguera—. Estas estepas son praderas abiertas con sólo unas pocas arboledas. No existe realmente un lugar en el que poder ocultarse, y no se puede pasar a caballo por las pasturas altas sin dejar una pista que podría seguir hasta un ciego. Ellos aparecen de la nada, matan a los pastores, y se llevan las vacas. Yo mismo seguí a uno de esos grupos de ataque. Habían robado cien cabezas de ganado y dejaron una ancha pista en la hierba. Después de algunas leguas, la

pista simplemente desaparecía. No se veía signo de que se hubieran dispersado. Simplemente desaparecieron. Era como si algo hubiera aparecido y los hubiera elevado a los cielos.

—¿Ha habido algún otro trastorno, domi? —inquirió Tynian con cautela—. Lo que estoy intentando decir es que si se ha producido algún tipo de inquietud entre tu pueblo. Historias descabelladas. Rumores. Ese tipo de cosas.

—No, amigo Tynian. —Tikume sonrió—. Nosotros somos una gente franca. No escondemos nuestras emociones a los ojos de los demás. Si se estuviese cociendo algo, yo lo sabría. Me he enterado de lo que ha estado sucediendo en los alrededores de Darsas, así que sé por qué me lo preguntas. Nada parecido a eso está ocurriendo aquí. Nosotros no rendimos culto a nuestros héroes de la forma en que lo hacen esas gentes, sino que simplemente intentamos parecernos a ellos. Alguien está robando nuestro ganado y matando nuestros pastores. —Le dirigió a Oscagne una mirada un poco acusadora—. Yo no querría insultarte por nada del mundo, vuestra merced —dijo—, pero podrías sugerir al emperador que sería prudente el enviar a algunos de sus atanes para que echen un vistazo a la situación. Si nosotros tenemos que enfrentarnos con el asunto por nuestra propia cuenta, nuestros vecinos no van a sentirse muy contentos. Los pelois tendemos a ser un poco injustos cuando alguien nos roba el ganado.

—Someteré el tema a la atención de Su Majestad Imperial —prometió Oscagne.

—Que sea pronto, amigo Oscagne —le recomendó Tikume—. Muy pronto.

—Es una guerrera muy diestra, Falquián-caballero —estaba diciendo Engessa a la mañana siguiente mientras los dos se hallaban sentados junto a una pequeña hoguera.

—Concedido —replicó Falquián—, pero según vuestras propias tradiciones, todavía es una niña.

—Ése es el motivo por el que me corresponde negociar en su nombre —señaló Engessa—. Si fuese una adulta, lo haría por sí misma. Los niños a veces no conocen su propio valor.

—Pero un niño no puede ser tan valioso como un adulto.

—Eso no siempre es completamente cierto, Falquián-caballero. Cuando más joven es una mujer, más alto resulta su precio.

—Oh, esto es absurdo —intervino Ehlana. Las negociaciones eran un asunto

delicado y normalmente habrían tenido lugar en privado. «Normalmente», sin embargo, no era algo que siempre pudiera aplicarse a la esposa de Falquián—. Tu oferta es completamente inaceptable, Falquián.

—¿De parte de quién estás tú, querida? —preguntó él con suavidad.

—Mirtai es mi amiga. No voy a permitir que la insultes. ¡Diez caballos! ¡Por favor! Podría obtener ese precio por Talen.

—¿Es que estás planeando venderlo también a él?

—Sólo estaba ilustrando un hecho.

*Sir Tynian* también había acudido. Del grupo que formaban, era el más íntimo de Kring y sentía las responsabilidades implícitas en la amistad.

—¿Qué oferta consideraría vuestra majestad apropiadamente respetuosa? —preguntó a Ehlana.

—Ni un caballo menos de sesenta —replicó ella con tono intransigente.

—¡Sesenta! —exclamó Tynian—. ¡Vas a reducirlo a la pobreza! ¿Qué clase de vida tendrá Mirtai si se casa con un indigente?

—Difícilmente podría decirse que Kring sea un indigente —contestó ella—. Todavía tiene todo el oro que el rey Soros le pagó por aquellas orejas zemoch.

—Pero es que ese oro no le pertenece a él —señaló Tynian—. Es el oro de su pueblo.

Falquián sonrió e hizo un gesto con la cabeza a Engessa. Discretamente, ambos se alejaron un poco del fuego.

—Creo que cerrarán el trato en treinta, atan Engessa —sugirió de forma cautelosa.

—Muy probablemente —asintió Engessa.

—A mí me parece un número justo. ¿A vos no? —Aquello estaba al borde de ser una oferta.

—Es más o menos lo que yo tenía en mente, Falquián-caballero.

—También yo. ¿Hecho, entonces?

—Hecho. —Los dos se estrecharon la mano—. ¿Deberíamos decírselo a ellos? —preguntó el atan, con un ligero asomo de sonrisa danzándole en el rostro.

—Se están divirtiendo muchísimo. —Falquián sonrió abiertamente—. ¿Por qué no dejarlos jugar hasta el final? Así podremos descubrir si nuestro cálculo ha sido correcto. Por otra parte, las negociaciones son muy importantes para Kring y Mirtai. Si nos pusiéramos de acuerdo en unos minutos, ellos podrían tener la sensación de que los estamos abaratando.

—Has rondado mucho por el mundo, Falquián-caballero —observó Engessa—. Conoces bien los corazones de los hombres... y los de las mujeres.

Las negociaciones que se desarrollaban entre Tynian y Ehlana habían llegado a la etapa estratégica, y cada uno acusaba al otro de desgarrar corazones y extravagancias similares. La actuación de Ehlana fue magistral. La reina de Elenia tenía una aptitud especial para las artes histriónicas y era una oradora muy hábil. Improvisó ampliamente sobre la poco elegante tacañería de *sir* Tynian, con una voz que subía y bajaba con majestuosa cadencia. Tynian, por su parte, se mostró fríamente racional, aunque también él se ponía emotivo a veces.

Kring y Mirtai estaban sentados y cogidos de la mano a no mucha distancia, con los ojos llenos de preocupación mientras escuchaban atentamente y sin aliento cada una de las palabras que se decían. Los pelois de Tikume rodeaban formando un círculo a la pareja que regateaba, afinando el oído.

Aquello continuó durante varias horas, y el sol estaba casi poniéndose ya cuando consiguieron alcanzar un acuerdo a regañadientes, treinta caballos, y concluyeron la negociación escupiéndose la mano derecha y estrechándose el uno al otro. Falquián y Engessa formalizaron el acuerdo de la misma manera, y una aclamación general se levantó entre los arrebatados pelois. Aquél había sido un día muy entretenido en general, y las celebraciones de la noche fueron ruidosas y prolongadas.

—Estoy exhausta —confesó Ehlana a su esposo tras haberse retirado ambos a su tienda para pasar la noche.

—Pobre querida mía —la compadeció Falquián.

—Sin embargo, tenía que meterme en las negociaciones. Te estabas mostrando demasiado dócil, Falquián. Tú la habrías entregado sin más. Me alegro de haber estado presente. Nunca habrías conseguido alcanzar un acuerdo semejante.

—Yo estaba en el otro bando, Ehlana, ¿recuerdas?

—Eso es lo que yo no entiendo, Falquián. ¿Cómo has podido tratar a la pobre Mirtai de una forma tan ignominiosa?

—Son las reglas del juego, amor mío. Yo estaba representando a Kring.

—Aun así, me has decepcionado, Falquián.

—Bueno, afortunadamente, tú y Tynian estabais allí para hacer que todo fuese hecho de la forma más adecuada. Engessa y yo no habríamos podido hacerlo ni la mitad de bien.

—Realmente, las cosas han salido bastante bien, ¿no te parece? A pesar de

que nos ha llevado todo el día.

—Has estado brillante, amor mío, absolutamente brillante.

—He estado en algunos sitios muy desastrados en mi vida, Falquián —le dijo Stragen a la mañana siguiente—, pero Pela es definitivamente el peor. Ha sido abandonada en muchas ocasiones, ¿sabías eso? Quizá abandonada no sea la palabra más correcta. «Trasladada» es algo que probablemente se acerque más a la realidad. Pela existe en cualquier lugar en el que los pelois establecen su campamento de verano.

—Imagino que eso pondrá histéricos a los cartógrafos.

—Es más que probable. Es una ciudad provisional, pero apesta tremendamente a dinero. Hace falta una gran cantidad de dinero en efectivo para comprar una vacada.

—¿Has podido establecer contacto con los ladrones de la localidad?

—En realidad fueron ellos los que lo hicieron con nosotros. —Talen sonrió—. Un niño de no más de ocho años arrambló con la bolsa de Stragen. Es muy bueno..., si se exceptúa el hecho de que no corre mucho. Lo alcanzamos a los cincuenta metros. Después de que le explicáramos quiénes éramos, nos llevó encantado a ver al hombre que ocupa la jefatura.

—¿Ha tomado ya una decisión el consejo de ladrones? —preguntó Falquián a Stragen.

—Todavía están reflexionando sobre el asunto —replicó Stragen—. Aquí en Daresia son un poco conservadores. Por alguna razón, la idea de cooperar con las autoridades les parece algo inmoral. Yo espero una respuesta más o menos para cuando lleguemos a Sarsos. Los ladrones de Sarsos tienen mucho peso dentro del imperio. ¿Ha sucedido algo significativo desde que nos ausentamos?

—Kring y Mirtai se han comprometido formalmente.

—Eso ha sido rápido. Tendré que felicitarles.

—¿Por qué no duermes un poco? —sugirió Falquián—. Saldremos hacia Sarsos mañana. Tikume va a cabalgar con nosotros hasta los límites de las estepas. Creo que le gustaría ir un poco más allá, pero los estirios de Sarsos lo ponen nervioso. —Se puso de pie—. Duerme un poco —dijo—. Quiero ir a charlar un poco con Oscagne.

El campamento peloi se mantenía en silencio. Estaban ya a mediados del verano, y el calor del mediodía recluía a los nómadas dentro de sus tiendas. Falquián avanzó por la tierra apisonada y dura hasta la entrada de la tienda que compartían el embajador Oscagne y el patriarca Emban. La cota de malla le tintineaba al caminar. Dado que estaban en campamento seguro, los caballeros habían decidido prescindir de la incomodidad de la armadura formal.

Halló a los dos que buscaba sentados bajo un toldo que había a un lado de la tienda, comiendo melón.

—Bien hallado, caballero —dijo Oscagne cuando vio aproximarse al pandion.

—Ésa es una forma arcaica de recibimiento, Oscagne —le aclaró Emban.

—Yo soy un hombre de tipo arcaico, Emban.

—Siento curiosidad por una cosa —comentó Falquián mientras se reunía con ellos sobre la sombreada alfombra.

—Bueno, es una característica de los jóvenes, supongo. —Oscagne sonrió. Falquián dejó pasar el comentario.

—Esta zona de Astel parece bastante distinta de lo que encontramos más hacia el oeste —observó.

—Sí —asintió Oscagne—. Astel es el crisol que dio lugar a las culturas elenias..., tanto las de aquí, de Daresia, como las de Eosia.

—Puede que un día podamos discutir acerca de eso —masculló Emban.

—Daresia es un territorio más viejo, eso es todo. —Oscagne se encogió de hombros—. Eso no significa necesariamente que sea mejor. En cualquier caso, lo que has visto hasta ahora de Astel es muy parecido a lo que encontrarías en el reino elenio de Pelosia, ¿no te parece?

—Existen similitudes, sí —replicó Falquián.

—Esas similitudes acabarán cuando lleguemos al límite de las estepas. Los dos tercios occidentales de Astel son elenios. Desde el límite de las estepas hasta la frontera atan, Astel es estirio.

—¿Cómo sucedió eso? —inquirió Emban—. Los estirios de Eosia están muy dispersos. Viven en sus propias poblaciones y siguen sus propias leyes y costumbres.

—¿Cómo de cosmopolita te sientes hoy, Emban?

—Deduzco de eso, Oscagne, que estás planeando insultar mi provincianismo.

—No demasiado, espero. Vuestro elenio prototipo es un intolerante. —

Oscagne levantó una mano—. Déjame que acabe antes de estallar. La intolerancia es una forma de egotismo, y creo que tendrás que reconocer que los elenios tienen una muy alta opinión de sí mismos. Parecen tener todos la sensación de que Dios les sonrío particularmente a ellos.

—¿Y no lo hace? —Emban se fingió sorprendido.

—Déjalo ya. Por unas razones, que sólo Dios puede comprender, los estirios irritan particularmente a los elenios.

—Yo no tengo ningún problema para entenderlo. —Emban se encogió de hombros—. Es a causa de su actitud de superioridad. Ellos nos tratan como si fuéramos niños.

—Desde la perspectiva de ellos, nosotros lo somos, vuestra gracia —aseguró Falquián—. Los estirios han sido un pueblo civilizado desde hace cuarenta mil años. Nosotros comenzamos un poco después.

—Por la razón que sea —continuó Oscagne—, el impulso inicial de los elenios ha sido el de expulsar a los estirios... o matarlos. Ése es el porqué de que los estirios hayan emigrado a Eosia mucho antes de que lo hicierais vosotros, los elenios. Se vieron empujados a los territorios despoblados por los prejuicios de los elenios. No obstante, Eosia no era el único territorio despoblado. Existe otro a lo largo de la frontera atan, y los estirios huyeron hacia él en la antigüedad. Tras formarse el imperio, los tamules pedimos a los elenios que dejasen de molestar a los estirios que vivían en los alrededores de Sarsos.

—¿Les pidieron?

—Nos mostramos bastante firmes, y teníamos a los atanes sin nada que hacer. Concedimos en permitir que el clero elenio profiriera millares de denuncias desde los púlpitos, pero acuartelamos los suficientes atanes en los alrededores de Sarsos como para mantener separados a ambos pueblos. Las cosas están más tranquilas de esa manera, y los tamules somos grandes aficionados a la tranquilidad. Creo, caballeros, que vais a llevaros una sorpresa cuando lleguemos a Sarsos. Es la única ciudad verdaderamente estiria que hay en todo el mundo. Es un lugar sorprendente. Allí Dios parece sonreír de una manera muy especial.

—No dejas de hablar de Dios, Oscagne —observó Emban—. Pensaba que las preocupaciones sobre Dios eran privativas de los elenios.

—Tu gracia es más cosmopolita de lo que yo pensaba.

—¿Qué quieres decir exactamente cuando empleas la palabra «Dios», excelencia?

—Nosotros empleamos el término de un modo genérico. Nuestra religión tamul no es muy profunda. Tendemos a pensar que la relación de un hombre con su dios o dioses es una cuestión exclusivamente de él.

—Eso es herejía, ¿sabéis? Eso dejaría a la Iglesia sin nada que hacer.

—A nosotros nos va bien, Emban. —Oscagne sonrió—. La herejía es alentada en el imperio tamul. Nos proporciona algo de lo que hablar en las tardes lluviosas.

Partieron a la mañana siguiente con una enorme escolta peloi. El grupo que avanzaba hacia el noroeste no se parecía tanto a un ejército como a una migración. Kring y Tikume cabalaron más o menos a solas durante los días siguientes, mientras renovaban sus lazos de sangre y discutían sobre un intercambio de ganado de crianza.

Falquián puso a prueba un experimento durante la cabalgada entre Pela y los bordes de la estepa, pero por mucho que lo intentó, no pudo detectar indicio alguno de que Aphrael estuviera interfiriendo en el tiempo y la distancia. La niña diosa era sencillamente demasiado hábil, y sus manipulaciones, demasiado impecables como para que él pudiese detectarlas.

En una ocasión, cuando ella se reunió con él sobre el lomo de *Faran*, Falquián sacó a relucir un tema que le había estado inquietando.

—Mi intención no es la de entrometerme, pero parecen haber pasado cincuenta días desde que desembarcamos en Salesha. ¿Cuánto tiempo ha pasado realmente?

—Bastante menos de eso, Falquián —replicó ella—. La mitad de ese tiempo, como máximo.

—Yo pretendía que me dieras una respuesta más exacta, Danae.

—Yo no soy muy buena con los números, padre. Conozco la diferencia entre un poco y un montón, y eso es lo único que realmente importa, ¿no te parece?

—Es un poco impreciso, ¿no lo crees así?

—¿Es la precisión lo único que consideras importante, Falquián?

—No se puede comenzar a pensar de manera lógica sin la precisión, Danae.

—Entonces no pienses de forma lógica. Intenta ser intuitivo, para variar. Puede que incluso descubras que te gusta.

—¿Cuánto, Danae? —insistió.

—Tres semanas. —La niña se encogió de hombros.

—Eso está un poco mejor.

—Bueno..., más o menos.

Los confines de las estepas estaban marcados por un denso bosque de abedules de troncos claros, y Tikume y sus hombres dieron media vuelta en ese punto del camino. Dado que ya era tarde, la escolta real plantó campamento en el linde del bosque con el fin de poder seguir a plena luz del día el camino sombreado que pasaba entre los árboles.

Tras haberse instalado, y cuando los fuegos de la comida estuvieron encendidos, Falquián se reunió con Kring y ambos fueron en busca de Engessa.

—Nos encontramos con una situación peculiar, caballeros —dijo Falquián a los otros dos mientras caminaban cerca del linde del bosque.

—¿Cómo es eso, Falquián-caballero? —preguntó Engessa.

—Tenemos tres tipos diferentes de guerreros en este grupo, e imagino que hay también tres formas diferentes de abordar la batalla. Probablemente deberíamos de comentar dichas diferencias con el fin de no trabajar con propósitos encontrados si surgen dificultades. La forma corriente de abordar los ataques por parte de los caballeros de la Iglesia se basa en nuestros equipos. Llevamos armadura y cabalgamos sobre caballos grandes. Siempre que surgen problemas, lo que habitualmente hacemos es arrojarnos contra el centro del ejército contrario.

—Nosotros preferimos pelar al enemigo como si de una manzana se tratase —dijo Kring—. Cabalgamos muy rápidamente alrededor de sus fuerzas y le vamos cortando trozos a medida que corremos.

—Nosotros luchamos a pie —explicó Engessa—. Estamos entrenados para ser autosuficientes, y simplemente cargamos contra el enemigo y nos trabamos en combate cuerpo a cuerpo.

—¿Y eso funciona bien? —preguntó Kring.

—Siempre lo ha hecho —respondió Engessa mientras se encogía de hombros.

—Si nos tropezamos con cualquier clase de problema, probablemente no será una buena idea el que todos carguemos al mismo tiempo —reflexionó Falquián—. Acabaríamos tropezando los unos con los otros. Veamos qué os parece lo siguiente. Si alguna fuerza significativa intenta atacarnos, Kring y sus hombres los rodean por la retaguardia, yo formo a los caballeros y cargamos contra el centro, y el atan Engessa dispersa sus fuerzas a lo largo de un frente amplio. El enemigo se cerrará de alguna forma detrás de los caballeros después

de que hayamos abierto un agujero en el centro. Por alguna razón, es lo que siempre ocurre. El ataque de Kring a lo largo de la retaguardia y los flancos aumentará la confusión entre los enemigos. Se desorganizarán y la mayoría de ellos perderá el contacto con sus jefes de una u otra forma. Ése sería un buen momento para que atacara Engessa. Ni los mejores soldados del mundo funcionan demasiado bien cuando no tienen a alguien lo suficientemente cerca como para darles órdenes.

—Es una táctica factible —concedió Engessa—. Resulta un poco sorprendente descubrir que hay otros pueblos en el mundo que también saben cómo planear batallas.

—La historia del hombre ha sido en gran parte la historia de una larga batalla, atan Engessa —dijo Falquián—. Todos tenemos experiencia en ello, así que trazamos tácticas que aprovechen nuestra fortaleza. ¿Os parece bien hacerlo de la forma que acabo de sugerir?

Kring y Engessa se miraron el uno al otro.

—Casi cualquier plan va a funcionar —respondió Kring con un encogimiento de hombros—, siempre y cuando sepamos todos qué es lo que estamos haciendo.

—¿Cómo sabremos cuándo vosotros estaréis listos para que ataquemos nosotros? —preguntó Engessa a Falquián.

—Mi amigo Ulath tiene un cuerno —replicó Falquián—. Cuando lo haga sonar una vez, cargarán mis caballeros. Cuando lo toque dos veces, los hombres de Kring comenzarán a pelar los elementos de retaguardia. Cuando hayamos atraído toda la atención del enemigo, haré que Ulath toque tres veces el cuerno. Ése será el momento de que carguéis vosotros.

Los ojos de Engessa estaban encendidos.

—Es el tipo de estrategia que no me dejará muchos supervivientes entre las fuerzas enemigas, Falquián-caballero —dijo.

—Ésa era la idea, poco más o menos, Engessa atan.

El bosque de abedules crecía sobre una larga pendiente de poca inclinación que se elevaba de las estepas de Astel central hasta el escabroso pie de las montañas de la frontera atan. El camino era ancho y estaba bien cuidado, aunque tendía a dar muchísimas vueltas. Los atanes sin montura de Engessa se extendían a lo largo de un kilómetro y medio aproximadamente a ambos lados del camino, y

durante los tres primeros días no se informó de que se hubiese avistado hombre alguno, aunque sí se encontraron con grandes manadas de venados. El verano aún no había secado la persistente humedad del suelo del bosque, y el aire, a la sombra salpicada de rayos de sol, era fresco, húmedo y todavía tenía el olor de la vegetación nueva.

Puesto que los árboles limitaban el campo de visión, el grupo avanzaba cautelosamente. Plantaban los campamentos cuando el sol estaba aún por encima del horizonte, y erigían fortificaciones rudimentarias para evitar las sorpresas después de que cayera la noche.

A la mañana del cuarto día en el bosque, Falquián se levantó temprano y se encaminó en las primeras luces gris acerado del amanecer hacia el lugar en el que estaban atados los caballos. Allí se encontró con Khalad. El hijo mayor de Kurik había sujetado la cabeza de *Faran* a un abedul e inspeccionaba cuidadosamente los cascos del enorme ruano.

—Precisamente iba a hacer eso —comentó Falquián en voz baja—. Ayer daba la impresión de cojear de la pata izquierda.

—Está completamente destrozado —fue el breve comentario hecho por Khalad—. ¿Sabes una cosa, Falquián? Puede que te interese considerar la posibilidad de dejarlo pastando tranquilamente cuando regresemos a casa. Ya no es un potro, ¿sabes?

—Tampoco lo soy yo, si vamos a ello. Dormir sobre el suelo ya no resulta ni de lejos tan divertido como solía serlo.

—Simplemente te estás ablandando.

—Gracias. ¿Va a mantenerse el buen tiempo?

—Hasta donde puedo saberlo, sí. —Khalad dejó la pata de *Faran* en el suelo y cogió la cuerda que le restringía los movimientos—. Nada de mordiscos —advirtió al caballo—. Si me muerdes, te daré una patada en las costillas.

El largo rostro de *Faran* adoptó una expresión injuriada.

—Es un bruto de mal genio —observó Khalad—, pero de todas formas es con mucho el caballo más elegante con el que me he encontrado. Deberías hacerlo criar. Podría resultar interesante entrenar caballos inteligentes, para variar. La mayor parte de los caballos no son realmente muy brillantes.

—Yo creía que los caballos estaban entre los animales más listos.

—Eso es un mito, Falquián. Si quieres un animal inteligente, consigue un cerdo. Yo nunca he conseguido construir un corral del que un cerdo no sea capaz de escaparse.

—Tienen una constitución que está demasiado cerca del suelo como para montarlos. Vamos a ver cómo anda la preparación del desayuno.

—¿Quién cocina esta mañana?

—Kalten, creo. Ulath lo sabrá.

—¿Kalten? Quizá sería mejor que me quedara aquí y comiera con los caballos.

—No estoy seguro de que un cubo de avena cruda tenga tan buen sabor como para eso.

—Cualquier día de éstos lo probaré junto con la cocina de Kalten para comparar, mi señor.

Levantaron campamento poco después de que saliera el sol, y prosiguieron a través del fresco bosque salpicado por los rayos del astro. Por todas partes parecía haber pájaros que cantaban con entusiasmo. Falquián sonrió al recordar cómo Sephrenia había deshinchado su ilusión de que el canto de los pájaros era una expresión de amor por la música.

—De hecho, están advirtiendo a otros pájaros que se mantengan a distancia, querido mío —le había dicho—. Están reclamando la posesión de las áreas en las que anidan. Suena muy bonito, pero lo único que realmente están diciendo es: «Mi árbol. Mi árbol. Mi árbol».

Mirtai regresó por la carretera aquella misma mañana, corriendo a paso cómodo.

—Falquián —dijo en voz baja cuando llegó al carruaje—, los exploradores del atan Engessa informan que hay gente un poco más adelante.

—¿Cuántos? —preguntó él, en un repentino tono completamente profesional.

—No podemos saberlo con seguridad. Los exploradores no querían que los viesen. Había alguna clase de soldados ahí delante, y parecían estar esperándonos a nosotros.

—Berit —llamó Falquián al joven caballero—, ¿por qué no te adelantas y pides a Kalten y los demás que se reúnan con nosotros? No corras. Haz lo posible para que parezca algo sin importancia.

—De acuerdo. —Berit se alejó al trote.

—Mirtai —dijo el corpulento caballero, que intentaba aparentar calma—, ¿hay algún tipo de posición defensiva en las cercanías?

—Precisamente iba a hablarte de eso —replicó ella—. Hay una especie de colina, unas cuatrocientas varas más adelante. Es como si brotara del suelo del bosque... en esencia se trata de rocas. Están cubiertas de musgo.

—¿Podríamos subir el carruaje allí arriba?

Ella negó con la cabeza.

—En ese caso, tendrás que caminar, mi reina —dijo a su esposa.

—No sabemos a ciencia cierta si se trata de gentes hostiles, Falquián —objetó Ehlana.

—Eso es verdad —concedió él—, pero tampoco sabemos que no lo sean, y eso es mucho más importante.

Kalten y los demás retrocedieron por la columna con Kring y Engessa.

—¿Estás haciendo algo sobre esto, atan Engessa? —preguntó Falquián.

—Sólo vigilando, Falquián-caballero. Hay más soldados de los que creí en un principio..., al menos son un millar..., probablemente muchos más.

—Vamos a tener dificultades, con todos estos árboles —observó Kalten.

—Ya lo sé —gruñó Falquián—. Khalad, ¿cuánto falta para el mediodía?

—Alrededor de una hora, mi señor —replicó Khalad desde el asiento del conductor del carruaje.

—En ese caso, estamos lo suficientemente cerca. Hay una colina un poco más adelante. Subiremos a ella y haremos un poco de teatro, como si nos detuviéramos para tomar el almuerzo. Nuestros amigos del carruaje tendrán que caminar hasta lo alto. El *resto* de nosotros nos distribuiremos al pie de la colina. Encenderemos fuegos y haremos entrechocar cazuelas y sartenes. Ehlana, compórtate de forma tonta. Quiero que tú y la baronesa riáis todo lo posible en la cumbre de esa colina. Stragen, llévate a algunos hombres y construye alguna especie de entoldado ahí arriba. Intenta que todo tenga una apariencia festiva. Aparta algunas piedras de tu camino y apílalas disimuladamente alrededor del borde de la cima.

—¿Otra vez un asedio, Falquián? —preguntó Ulath con desaprobación.

—¿Se te ocurre una idea mejor?

—Realmente, no, pero ya sabes lo que pienso de los asedios.

—Nadie ha dicho que tenga que gustarte, Ulath —intervino Tynian.

—Haced correr la voz —dijo Falquián—, e intentemos hacer que parezca todo muy descuidado.

Estaban tensos mientras continuaban avanzando por el camino a un paso aparentemente ocioso. Cuando giraron en un recodo y Falquián vio la colina,

aprobó de inmediato sus potenciales estratégicos. Era uno de esos montones de rocas que inexplicablemente brotan en los bosques de todo el mundo. Se trataba de una pila cónica de piedras de quizá unas mil doscientas varas, verde a causa del musgo que la cubría y completamente desprovista de árboles y arbustos. Se alzaba a unas doscientas varas a la izquierda del camino. Talen cabalgó hasta la base de la misma, desmontó, se escabulló hasta la cima e inspeccionó los alrededores.

—Es perfecta, mi reina —gritó desde lo alto—. Desde aquí arriba se pueden ver leguas de territorio. Es precisamente lo que estabas buscando.

—Ése ha sido un bonito toque de efecto —comentó Bevier—, suponiendo que nuestros amigos de ahí delante hablen elenio.

Stragen vino hacia ellos desde la hilera de sus caballos de carga, con un laúd en la mano.

—Un pequeño toque de acabado, mi reina. —Sonrió a Ehlana.

—¿Sabes tocarlo, mi señor? —preguntó ella.

—Cualquier caballero sabe tocarlo, majestad.

—Falquián no sabe.

—Todavía estamos trabajando en la definición de Falquián, reina Ehlana —replicó alegremente Stragen—. No estamos del todo seguros de que la palabra «caballero» se le adapte..., sin intención de ofender, claro está, viejo muchacho —se apresuró a asegurarle al pandion de negra armadura.

—¿Puedo hacer una sugerencia, Falquián? —preguntó Tynian.

—Adelante.

—No sabemos absolutamente nada sobre esa gente, pero ellos tampoco saben nada sobre nosotros... o, como máximo, saben muy, pero que muy poco.

—El solo hecho de que nos estén observando no significa que planeen un ataque inmediato..., si es que están planeando atacar en algún momento. Si lo están haciendo, podrían simplemente sentarse a esperar hasta que hayamos vuelto a la carretera.

—De acuerdo.

—Pero nosotros estamos viajando con unas nobles damas atolondradas..., con el perdón de tu majestad..., y las damas nobles no necesitan una razón para hacer las cosas que hacen.

—Tu popularidad no está precisamente creciendo en determinados sectores, Tynian —le dijo Ehlana con tono ominoso.

—Me siento desolado, pero ¿no podría decidir vuestra majestad, por puro

capricho, que adora locamente este lugar y que está cansada de viajar en carruaje? En esas circunstancias, ¿no sería lo más natural que ordenaras un alto?

—Eso no está mal, Falquián —dijo Kalten—. Mientras estemos todos almorzando, podríamos fortificar con disimulo un poco mejor esa colina. Luego, pasadas algunas horas, cuando resulte evidente que no pensamos avanzar más por hoy, podremos plantar el habitual campamento nocturno..., fortificaciones de campo y todo eso. No estamos siguiendo ningún programa diario específico, así que la pérdida de medio día no va a retrasar ningún tipo de programa. En este momento, la seguridad de la reina es más importante que la velocidad de avance, ¿no te parece?

—Ya sabes cómo voy a responderte a eso, Kalten.

—Estaba seguro de que podía contar contigo.

—Es una buena idea, Falquián-caballero —aprobó Engessa—. Dales a mis exploradores una noche para trabajar, y no sólo sabremos cuántos hombres hay ahí delante, sino que también conoceremos los nombres de todos ellos.

—Romparamos una rueda —agregó Ulath.

—¿Qué estás diciendo, caballero? —preguntó el embajador Oscagne con expresión perpleja.

—Eso nos proporcionaría otra excusa para detenernos —replicó el thalesiano—. Si el carruaje tiene una avería, no tendremos más remedio que detenernos.

—¿Puedes arreglar una rueda, *sir* Ulath?

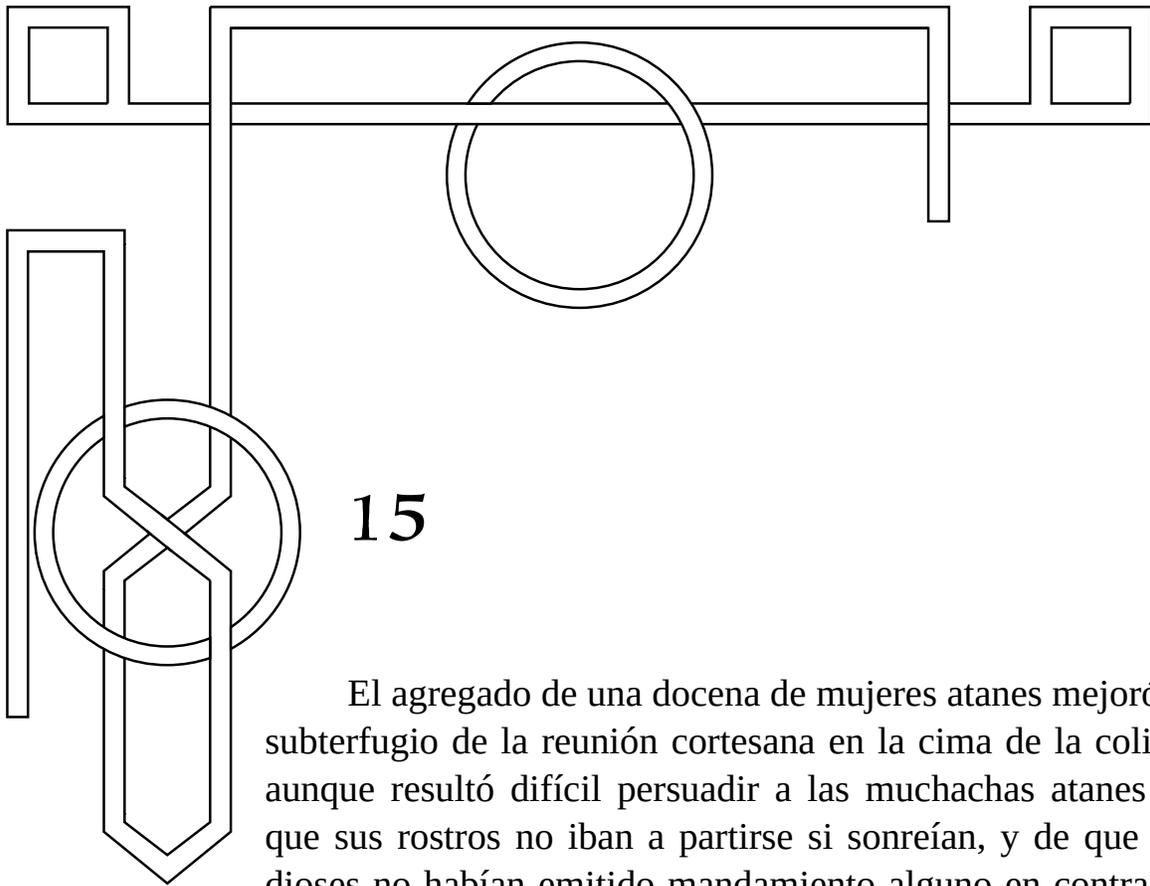
—No, pero podríamos fabricarle una especie de patín que nos permita continuar hasta que encontremos un herrero.

—¿Y no hará ese patín que el carruaje se sacuda y dé saltos de manera espantosa? —preguntó el patriarca Emban con expresión de sufrimiento.

—Probablemente —respondió Ulath encogiéndose de hombros.

—Estoy casi seguro de que podemos hallar alguna otra razón para detenernos, caballero. ¿Tienes la más remota idea de lo incómodo que sería eso?

—No le he dedicado realmente mucha consideración, vuestra gracia —replicó Ulath con tono lisonjero—, pero, claro, yo no viajaré en el carruaje, así que a mí no me molestaría en lo más mínimo.



15

El agregado de una docena de mujeres atanes mejoró el subterfugio de la reunión cortesana en la cima de la colina, aunque resultó difícil persuadir a las muchachas atanes de que sus rostros no iban a partirse si sonreían, y de que los dioses no habían emitido mandamiento alguno en contra de la risa. Berit y otros jóvenes caballeros divirtieron a las damas mientras apartaban de forma indiferente las grandes rocas inconvenientes —y dejaban en su sitio las pocas que estaban correctamente dispuestas— del anfiteatro natural de la cima. La parte trasera de la pila de rocas era más escarpada que la delantera, y el borde de la cima de ese lado formaba un muro defensivo natural. Los jóvenes caballeros apilaron piedras suficientes para formar un parapeto que cubriera los tres lados. Todo se hizo de forma aparentemente casual, pero al cabo de una hora se habían erigido unas fortificaciones bastante substanciales.

Había muchos fuegos en los alrededores de la base de la colina, y el humo de los mismos formaba una especie de niebla azulada entre los blanquecinos troncos de los árboles. Se produjo una gran cantidad de golpeteos y entrechocares metálicos y gritos de uno al otro lado mientras aquel ejército extrañamente surtido ponía en escena la preparación de una comida. Los atanes de Engessa reunieron grandes pilas de leña —principalmente de tres metros y medio de largo— y todos los cocineros declararon vociferantes su preferencia por leña fina en lugar de la gruesa. Fue por lo tanto necesario sacar astillas de los

extremos de los troncos de abedul, y pronto hubo perfectas pilas de afiladas picas de tres metros y medio espaciadas a intervalos regulares alrededor de la colina, listas para ser utilizadas como leña o como empalizada que podía levantarse en cuestión de minutos. Los caballeros y los pelois ataron a sus caballos en las proximidades y se tendieron perezosamente al pie de la colina, mientras que los atanes se hallaban dispersos de forma regular bajo los árboles, un poco más lejos.

Falquián estaba de pie en la cima de la colina, supervisando los trabajos que se desarrollaban abajo. Las damas estaban reunidas bajo un ancho palio sostenido por postes y emplazado en una depresión que había en lo alto. Stragen tañía las cuerdas del laúd y les cantaba con su rica voz de bajo.

—¿Cómo van las cosas por abajo? —preguntó Talen mientras se encaminaba hacia Falquián.

—Es casi tan seguro que Khalad puede conseguirlo sin que se note —replicó Falquián.

—Resulta maravilloso, ¿verdad que sí? —dijo Talen con un cierto orgullo.

—¿Tu hermano? Oh, sí. Tu padre lo entrenó muy bien.

—Podría haber sido agradable crecer con mis hermanos. —Talen parecía un poco melancólico. Se encogió de hombros—. Pero entonces... —Miró hacia el bosque—. ¿Hay alguna noticia de Engessa?

—Nuestros amigos continúan estando delante.

—Van a atacarnos, ¿no es cierto?

—Probablemente. Uno no reúne tantos hombres armados si no tiene un objetivo militar en mente.

—Me gusta el plan que has trazado, Falquián, pero creo que tiene un vacío.

—¿Ah, sí?

—Cuando se hayan dado cuenta de que no vamos a movernos de este sitio, podrían decidir aguardar y echársenos encima después de que oscurezca. Luchar de noche es muy diferente de hacerlo durante el día, ¿no es así?

—Habitualmente, sí, pero vamos a hacer trampa.

Talen le dirigió una mirada interrogativa.

—Hay un par de hechizos que pueden iluminar las cosas cuando uno quiere ver bien.

—Siempre me olvido de eso.

—Sería mejor que te habituaras a ello, Talen —dijo Falquián con una leve sonrisa—. Cuando regresemos a casa, vas a comenzar tu noviciado.

—¿Cuándo decidimos eso?

—En este preciso momento. Ya eres bastante mayor, y si continúas creciendo de la forma en que lo has estado haciendo en esta última época, serás lo suficientemente grande.

—¿La magia es muy difícil de aprender?

—Tienes que poner atención. Todo se hace en estirio, y el estirio es un idioma delicado. Si empleas la palabra equivocada, hay un montón de cosas que pueden torcerse.

—Gracias, Falquián. Eso era lo único que me faltaba..., otra cosa por la que preocuparme.

—Hablaemos con Sephrenia cuando lleguemos a Sarsos. Quizás ella consienta en entrenarte. A Flauta le gustas, y te perdonará si cometes cualquier error.

—¿Qué tiene que ver Flauta en todo esto?

—Si Sephrenia te entrena, someterás tus solicitudes a Aphrael.

—¿Solicitudes?

—Eso es precisamente la magia, Talen. Tú le pides a un dios que haga algo por ti.

—¿Es como rezar? —preguntó el muchacho con incredulidad.

—Algo parecido.

—¿Sabe Emban que tú rezas a una diosa estiria?

—Es más que probable. No obstante, la Iglesia prefiere hacer caso omiso de ese hecho... por razones prácticas.

—Entonces, es una hipócrita.

—Yo no le mencionaría esa opinión a Emban, si fuera tú.

—Pongamos las cosas claras. Si me convierto en un caballero de la Iglesia, ¿estaré adorando a Flauta?

—Rezándole a Flauta, Talen. Yo no he dicho nada respecto a adorarla.

—Rezar, adorar, ¿cuál es la diferencia?

—Sephrenia te lo explicará.

—¿Y dices que ella está en Sarsos?

—Yo no he dicho eso. —Falquián maldijo en silencio a su descuidada lengua.

—Sí, en realidad lo dijiste.

—De acuerdo, pero guarda el secreto.

—Ése es el motivo de que estemos viajando por tierra, ¿no es cierto?

—Una de las razones, sí. ¿No tienes nada más que hacer?

—No. Realmente, no.

—Pues ve a buscar algo... porque si no lo haces tú, lo haré yo.

—No tienes que ponerte así.

Falquián le lanzó una mirada fija.

—De acuerdo, de acuerdo, no te pongas nervioso. Me iré a entretener a Danae y a su gata.

Falquián se quedó mirando al muchacho mientras éste regresaba al ambiente festivo de debajo del palio. Obviamente, había llegado la hora de comenzar a ser un poco cuidadoso cuando Talen estaba cerca. El muchacho era peligrosamente inteligente, y un desliz de la lengua podría revelar cosas que se suponía que debían ser guardadas en secreto. Sin embargo, la conversación había hecho surgir una cuestión importante. Falquián regresó al grupo que estaba reunido en la cima de la colina y se llevó a Berit aparte.

—Ve a decirles a los caballeros que si esa gente decide esperar hasta que haya oscurecido para iniciar el ataque, yo me encargaré de darles luz para que puedan luchar. Si intentamos hacerlo todos al mismo tiempo podríamos crear confusión.

Berit asintió con la cabeza.

Falquián volvió a reflexionar.

—Y yo hablaré con Kring y Engessa —agregó—. No quiero que los atanes y los pelois sean presas del pánico si el cielo se ilumina de punta a punta a media noche.

—¿Es eso lo que vas a hacer? —preguntó Berit.

—Es lo que habitualmente funciona mejor en los casos como éste. Una sola luz grande es más fácil de controlar que varios cientos de luces pequeñas... y desarma mucho más la concentración del enemigo.

Berit sonrió burlonamente.

—Tiene que ser un poco sorprendente eso de estar arrastrándose entre los arbustos y que el sol vuelva a salir, ¿verdad?

—Se han evitado muchas batallas mediante el sistema de iluminar la noche, Berit; y las batallas que se evitan son mucho mejores que las que se ganan.

—Recordaré eso, Falquián.

La tarde fue pasando y el grupo de la cima de la colina comenzaba a sentir los

efectos del agotamiento nervioso. Ya no les quedaban muchas cosas de las que reír ni muchos chistes que contar. Los guerreros que rodeaban el pie de la colina pasaban el tiempo ocupándose de sus equipos o fingiendo dormir.

Falquián se reunió con los demás a media tarde, cerca del camino.

—Si a estas alturas no se han dado cuenta de que no pensamos continuar avanzando por hoy, es que no son demasiado listos —señaló Kalten.

—La verdad es que tenemos aspecto de estar bastante instalados, ¿no? —asintió Ulath.

—¿Puedo hacer una sugerencia, Falquián? —propuso Tynian.

—¿Por qué siempre dices eso?

—Es un hábito, supongo. Se me enseñó a ser cortés con mis mayores. Ni siquiera el mejor de los hechizos va a darnos las ventajas que tendremos antes de que se oculte el sol. Sabemos que están allí, hemos tomado posiciones y estamos descansados. ¿Por qué no precipitamos un poco las cosas? Si podemos obligarlos a atacar ahora, podremos luchar a la luz del día.

—¿Cómo vas a conseguir que alguien te ataque si no quiere hacerlo? —le preguntó el patriarca Emban.

—Comenzando a hacer preparativos claros, vuestra gracia —replicó Tynian—. En cualquier caso, es lógico que comencemos a construir las fortificaciones de campo más o menos en este momento. Levantemos la empalizada alrededor del pie de la colina y comencemos a cavar zanjas.

—Y a cortar árboles —agregó Ulath—. Podríamos despejar algunas avenidas que lleven hacia el bosque, y apilar los troncos de los árboles donde estorben el avance de cualquiera que pretenda acercarse a cubierto de la vegetación. Si van a atacarnos, obliguémoslos a hacerlo en terreno abierto.

Aquello llevó un tiempo sorprendentemente corto. Los troncos destinados a la empalizada ya habían sido afilados y dispuestos en perfectas pilas donde quedaban muy a mano. Enterrarlos fue fácil.

Ninguno de los abedules del bosque tenía más de veinticinco centímetros de grosor en la base; caían rápidamente bajo las hachas de los guerreros y luego eran arrastrados hacia el bosque circundante para formar grandes y desordenados montones que resultaban virtualmente imposibles de trasponer, incluso para los hombres de a pie.

Falquián y los demás regresaron a la cima de la colina y supervisaron los preparativos.

—¿Por qué no nos atacan ahora, antes de que estemos preparados? —

preguntó Emban con voz tensa a los caballeros.

—Porque lleva tiempo organizar un ataque, vuestra gracia —le explicó Bevier—. Los exploradores tienen que correr hasta sus generales e informarlos de lo que estamos haciendo; los generales deberán escabullirse a través del bosque y echar un vistazo por sí mismos; luego han de reunirse todos y discutir qué es lo que van a hacer. Habían planeado una emboscada. No están preparados para atacar posiciones fortificadas. El proceso de ajustar el propio pensamiento a una situación táctica diferente es lo que más tiempo requiere.

—¿Cuánto tiempo?

—Depende totalmente de la personalidad del hombre que esté al mando. Si su mente está concentrada con firmeza en la emboscada, podría llevarle hasta una semana tomar la decisión.

—En ese caso, estará muerto, Bevier-caballero —dijo Engessa con voz tensa al cyrínico—. En cuanto vimos a los guerreros en el bosque, despaché a una docena de mis atanes hacia la guarnición de Sarsos. Si nuestro enemigo tarda más de dos días en decidirse, tendrá a cinco mil atanes subidos a la espalda.

—Sabio pensamiento, atan Engessa —aprobó Tynian. Meditó aquello—. Una idea, Falquián. Si nuestro amigo de ahí fuera se ve atrapado en la indecisión, nosotros podríamos limitarnos a fortalecer nuestras defensas alrededor de la colina..., zanjás, estacas afiladas, los estorbos habituales. Cada mejora que agreguemos hará que él vuelva a pensar las cosas durante un período igualmente largo..., lo que nos dará tiempo para agregar más fortificaciones, cosa que lo hará pensar aún más. Si podemos mantenerlo sumido en pensamientos durante dos días, los atanes de Sarsos llegarán por su retaguardia y borrarán de la faz de la tierra a sus fuerzas antes de que pueda siquiera decidir cómo utilizarlas.

—Buena idea —asintió Falquián—. Pongamos manos a la obra.

—Yo pensaba que eso de ser militares no implicaba otra cosa que la de golpear a la gente con hachas y espadas —reconoció Emban.

—Hay muchísimo de eso implicado, vuestra gracia. —Ulath sonrió al patriarca—. Pero tampoco hace ningún daño engañar, superar al enemigo en astucia. —Ulath miró a Bevier—. ¿Máquinas?

Bevier parpadeó. Por alguna razón, las preguntas crípticas de Ulath siempre lo tomaban por sorpresa.

—Dado que tenemos algo de tiempo a nuestra disposición, podríamos erigir algunas catapultas en la cima de la colina. Atacar a través de una lluvia de rocas

es siempre algo que distrae un poco. Por alguna razón, recibir en la cabeza el golpe de una piedra de veinticinco kilos parece romper la concentración de un hombre. Si vamos a instalarnos para resistir un asedio, será mejor que lo hagamos de la forma más correcta. —Miró a los demás—. Sin embargo, los asedios continúan sin gustarme —agregó—. Quiero que todos comprendáis eso.

Los guerreros se pusieron a trabajar y las damas y los caballeros que las servían renovaron sus festividades, aunque la hilaridad sonaba aún más forzada que antes.

Falquián y Kalten estaban reforzando los parapetos de lo alto de la colina. Dado que su esposa y su hija iban a hallarse tras aquellas fortificaciones, la resistencia de las mismas era algo más que un interés pasajero para el príncipe consorte.

El grupo que se hallaba debajo del palio comenzaba a dejar espacios vacíos, y Stragen se veía obligado a llenarlos con el laúd.

—Va a gastarse los dedos —gruñó Kalten, mientras encajaba otra gran roca en su sitio correspondiente.

—A Stragen le gustan las atenciones —respondió Falquián con un encogimiento de hombros—. Seguirá tocando hasta que le salga sangre de debajo de las uñas si hay alguien en las proximidades que lo escuche.

El laúd de Stragen comenzó a tocar un aire muy antiguo, y él comenzó nuevamente a cantar. Falquián no tenía muy buen oído para la música, pero no podía dejar de reconocer que el ladrón thalesiano poseía una voz hermosa.

Luego se le unió la baronesa Melidere. La voz de ella era de un rico contralto que se fundía melodiosamente con la de barítono de él. El dueto que formaban era perfectamente equilibrado, suave y rico en las tonalidades graves de sus voces profundas. Falquián sonrió para sí. La baronesa estaba continuando con su campaña. Una vez que Aphrael lo puso al corriente de los designios de la rubia muchacha, Falquián pudo ver docenas de mañosas estratagemas que ella empleaba para retener la atención de la víctima en la que había puesto sus ojos. Casi sentía pena por Stragen, pero reconocía que Melidere sería positiva para él. La pareja concluyó su dueto y fue sonoramente aplaudida. Falquián miró hacia el entoldado y vio que Melidere tenía una mano parada en el aire que casi acariciaba la muñeca de Stragen. Falquián sabía cuán potentes eran esos contactos aparentemente accidentales. Lillias se lo había explicado en una

ocasión, y Lillias había sido la campeona mundial de la seducción..., como probablemente habrían jurado la mitad de los hombres de Jiroch.

Luego Stragen comenzó a tocar otro aire tradicional, y una voz nueva surgió al canto. Kalten dejó caer la roca que estaba levantando. Aterrizó sobre sus pies, pero él ni siquiera hizo una mueca de dolor. Aquella voz era la perteneciente a un ángel, alta, dulce, tan clara como el cristal. Subía sin esfuerzo hasta las notas más altas de la escala de soprano. Era una voz lírica, no contaminada por las sutiles variaciones de la coloratura, y parecía tan natural como el canto de los pájaros.

Era la camarera de Ehlana, Alean. La muchacha de los ojos de gacela, siempre tan callada y sin pretensiones, estaba de pie en el centro del entoldado con el rostro luminoso mientras cantaba.

Falquián oyó que Kalten resollaba, y se quedó pasmado al ver las grandes lágrimas que corrían por el rostro de su amigo mientras el pandion rubio lloraba sin avergonzarse.

Quizá la reciente conversación que Falquián había mantenido con la diosa niña lo había alertado sobre los potenciales de la intuición. De pronto supo, sin saber exactamente cómo era que había llegado a saberlo, que había dos campañas en marcha... y, más aún, que la que estaba realizando la baronesa Melidere era la más abierta y evidente. Ocultó cuidadosamente la sonrisa que le afloraba a los labios, con una mano.

—¡Dios, esa muchacha tiene una voz hermosa! —comentó Kalten, pasmado de admiración en el momento en el que Alean terminaba de cantar—. Dios —dijo luego mientras se inclinaba para aferrarse el pie que se había lastimado involuntariamente cinco minutos antes.

El trabajo continuó hasta la puesta del sol, y luego el ejército combinado se retiró tras la empalizada que había reforzado y se dispuso a esperar. *Sir* Bevier y sus caballeros cyrínicos regresaron a la cima de la colina, donde acabaron la construcción de las catapultas.

Luego se divirtieron arrojando grandes rocas hacia el bosque, aparentemente al azar.

—¿A qué le están disparando, Falquián? —preguntó Ehlana después de la cena.

—A los árboles —replicó, encogiéndose de hombros.

—Los árboles no están amenazándonos.

—No, pero probablemente haya hombres ocultos entre ellos. Las piedras que

caen del cielo puede que los pongan un poco nerviosos. —Le sonrió—. En realidad, Bevier y sus hombres están poniendo a prueba el alcance de las máquinas, querida. Si nuestros amigos del bosque deciden emprender el ataque por esas avenidas que les hemos proporcionado, Bevier quiere saber exactamente cuándo tiene que comenzar a disparar.

—En esto de ser soldado hay muchísimas más cosas que mantener limpios vuestros equipos, ¿verdad?

—Me alegro de que aprecies eso, mi reina.

—¿Podemos irnos a la cama, entonces?

—Lo siento, Ehlana —replicó él—, pero esta noche no dormiré. Si nuestro amigo de ahí fuera toma la decisión de atacamos, hay algunas cosas que tendré que hacer con bastante presteza. —Recorrió los alrededores con la mirada—. ¿Dónde está Danae?

—Ella y Talen están allí, mirando cómo los hombres de Bevier arrojan rocas a los árboles.

—Iré a buscarla. Creo que será mejor que esta noche la mantengas cerca de ti.

Atravesó la depresión de la cima, hasta donde Bevier se hallaba dirigiendo las actividades de sus caballeros.

—Hora de irse a la cama —dijo a su hija mientras la cogía en brazos.

Ella hizo algún puchero, pero no puso ninguna otra objeción. Cuando Falquián estaba a medio camino de la tienda de su esposa, aminoró el paso.

—¿Cuán rigorista eres respecto a la formalidad, Aphrael? —le preguntó.

—Unas cuantas genuflexiones son agradables, padre —replicó la niña—, pero puedo pasarme sin ellas... en caso de emergencia.

—Me alegro. Si el ataque se produce esta noche, voy a necesitar, un poco de luz para verlos.

—¿Cuánta luz?

—Algo así como luz de mediodía sería perfecto.

—No puedo hacer eso, Falquián. ¿Tienes idea de la cantidad de líos en los que me metería si hiciera que saliera el sol cuando no debe?

—Yo no estaba sugiriendo realmente eso. Sólo quiero la luz suficiente como para que el enemigo no pueda escabullirse hasta nosotros a cobijo de las sombras. El hechizo es bastante largo, requiere muchas formalidades y una tremenda cantidad de cuestiones específicas. Puede que me vea un poco apremiado por la falta de tiempo, así que ¿te ofenderías demasiado si

sencillamente te pidiera luz y dejara los detalles en tus manos?

—Eso es terriblemente irregular, Falquián —reprobó ella con tono remilgado.

—Ya lo sé, pero ¿sólo por esta vez?

—Oh, bueno, creo que por esta vez puede pasar, pero no lo convirtamos en un hábito. Después de todo, piensa que tengo una reputación que mantener.

—Te quiero —dijo él entre carcajadas.

—Oh, si ése es el caso, entonces está todo en orden. Podemos torcer toda clase de reglas por la gente que nos quiere de verdad. Sólo tendrás que pedir la luz, Falquián. Yo me encargaré de que tengas montones y montones de luz.

El ataque se produjo poco antes de la medianoche. Comenzó con una lluvia de flechas que se elevaron desde la oscuridad, seguida rápidamente por los ataques contra los guardias atanes. Esto último resultó ser lo que es mejor describir como un error táctico. Los atanes eran los mejores soldados de infantería del mundo, y recibían con gusto los combates cuerpo a cuerpo.

Falquián no podía ver con claridad a las fuerzas atacantes desde su punto aventajado en la cima de la colina, pero controló firmemente su curiosidad y esperó a iluminar el campo de batalla hasta que las fuerzas enemigas no estuvieran más plenamente trabadas en combate.

Como habían previsto, los enemigos emplearon los primeros movimientos de tanteo en atacar los amontonamientos de troncos dispuestos con el fin de impedirles el avance a través del cinturón de árboles que dividían las avenidas de *sir* Ulath, que divergían desde la base de la colina como gigantescos rayos de una rueda. Según pudo apreciarse, los cyrínicos de Bevier no habían estado arrojando rocas al bosque solamente por diversión. Habían determinado con sus catapultas, de forma bastante precisa, la distancia a la que estaban aquellos montones de árboles cortados, y en aquel momento se dedicaban a arrojar cantidades de piedras de primera magnitud sobre los hombres que intentaban derribar las barricadas o ensanchar las angostas brechas que se habían dejado de forma deliberada para que los pelois pudieran salir por ellas en busca de diversión. Las piedras de aproximadamente un kilo de peso que caían desde el cielo no aplastarían a un hombre, sino que le romperían los huesos, y tras unos diez minutos más o menos, los hombres del bosque se retiraron.

—Te confieso, Falquián-caballero —dijo Engessa con tono grave—, que

había pensado que vuestros complicados preparativos eran un poco tontos. Los atanes no pelean así. Sin embargo, vuestra forma de encarar la situación tiene sin duda sus ventajas.

—Nuestras sociedades son diferentes, atán Engessa. Tu pueblo vive y lucha en las tierras salvajes, donde los enemigos se enfrentan de uno a uno o en pequeños grupos. Nuestras tierras salvajes han sido domesticadas, así que nuestros enemigos vienen a nosotros en grupos numerosos. Nosotros construimos fortificaciones dentro de las cuales vivimos, y a lo largo de los siglos hemos desarrollado muchas formas de defender esas fortificaciones.

—¿Cuándo harás venir la luz?

—En el momento que resulte menos conveniente para el enemigo. Quiero que comprometa una gran parte de sus fuerzas y que esté trabado más de lleno en el combate antes de hacer que desaparezca la oscuridad. Es algo que no se esperará, y hace falta tiempo para conseguir que las órdenes corran entre los hombres cuando ya están luchando. Así podremos eliminar a una parte importante de su ejército antes de que consiga retirarlo. Las tácticas de guerra defensivas tienen ciertas ventajas si hacemos los preparativos adecuados.

—A Ulath-caballero no le gusta.

—Ulath no tiene la paciencia necesaria para ello. Bevier es el experto en defensa. Está dispuesto a esperar durante diez años si es necesario, para conseguir que el enemigo venga a él dentro de las condiciones que él imponga.

—¿Qué hará a continuación el enemigo? Los atanes no estamos acostumbrados a las luchas intermitentes.

—Se retirará y nos arrojará flechas mientras vuelve a reconsiderar la situación. Luego probablemente intentará un asalto directo por una de esas avenidas.

—¿Por qué por una sola? ¿Por qué no atacar desde todas las direcciones a un tiempo?

—Porque todavía no sabe cuánto perjuicio podemos causarle. Primero tendrá que averiguar eso. En un momento u otro lo averiguará, pero va a costarle muy caro adquirir ese conocimiento. Después de que le hayamos matado aproximadamente a la mitad de los soldados, hará una de dos cosas. O bien se marchará de aquí, o nos arrojará todo lo que le quede a un tiempo.

—¿Y entonces?

—Entonces mataremos al resto de sus soldados y continuaremos la marcha —replicó Falquián con un encogimiento de hombros—. Eso suponiendo que

todo salga como lo hemos planeado, claro.

A unos doscientos pasos y sólo con la luz de las estrellas, las siluetas eran apenas poco más que sombras. Marcharon hasta el centro de uno de los corredores de Ulath, y se detuvieron mientras otros salían para reunirse con ellos y se agrupaban en una especie de formación concentrada.

—¡No puedo creer lo que estoy viendo! —exclamó Kalten, mientras miraba boquiabierto a las sombras que se reunían en el fondo del corredor.

—¿Ocurre algo malo, *sir* Kalten? —La voz de Emban surgió un poco chillona.

—En lo más mínimo, vuestra gracia —replicó Kalten alegremente—. Lo único que pasa es que estamos tratando con un idiota. —Volvió ligeramente la cabeza—. Bevier —llamó—, está formando sus tropas en el mismísimo camino para hacerlos marchar sobre nosotros.

—¡No hablas en serio!

—Que se me caigan todas las uñas de los pies si no es cierto.

Bevier gritó unas cuantas órdenes y sus caballeros hicieron girar las catapultas para que apuntaran hacia la invisible avenida que conducía hasta el camino.

—Danos la señal, Falquián —dijo en voz alta el joven cyrínico.

—Vamos a bajar ahora mismo —respondió Falquián en voz igualmente alta—. Puedes empezar en cuanto hayamos llegado al pie. Esperaremos para que puedan apedrearlos un poco, y luego cargaremos. Lo tomaremos como una gentileza si dejas de disparar más o menos en ese momento.

Bevier le sonrió.

—Cuida de mi esposa mientras esté ausente.

—Naturalmente.

Falquián y los otros guerreros comenzaron a descender de la colina.

—Dividiré a mis hombres en dos grupos, amigo Falquián —dijo Kring—. Daremos un rodeo y saldremos a la carretera a kilómetro y medio por detrás de ellos, a ambos lados. Allí aguardaremos tu señal.

—No los matéis a todos —le advirtió Engessa—. Mis atanes se ponen de mal humor si hay una pelea y no los dejan participar.

Llegaron al pie de la colina, y las catapultas de Bevier comenzaron a disparar, arrojando rocas grandes esta vez. Se oyeron sonidos que provenían de la dirección del camino e indicaban que los caballeros cyrínicos habían dado con el alcance de disparo correcto.

—Suerte, Falquián —dijo Kring con voz tensa, y se fundió con las sombras circundantes.

—Tened cuidado, caballeros —les advirtió Khalad—. Los tocones de árbol que hay ahí fuera son peligrosos con esta oscuridad.

—No estará oscuro cuando carguemos, Khalad —le aseguró Falquián—. He tomado algunas medidas.

Engessa se deslizó silenciosamente por una de las aberturas de la empalizada para reunirse con sus guerreros, que se hallaban escondidos en el bosque.

—¿Es sólo mi imaginación, o también al resto de vosotros os da la impresión de que no nos enfrentarnos con alguien demasiado sofisticado? —inquirió Tynian—. No parecen tener idea ninguna de las tácticas ni la tecnología modernas de guerra.

—Creo que la palabra que estás buscando es «estúpido», Tynian —respondió Kalten con una risa sofocada.

—No estoy seguro de eso. —Tynian frunció el entrecejo—. Estaba demasiado oscuro como para que pudiera distinguir mucho desde lo alto de la colina, pero parecía realmente que ese tipo estuviera formando sus tropas en falange. Nadie ha hecho eso en el oeste desde hace más de un milenio.

—No sería algo muy eficaz contra soldados montados, ¿verdad? —preguntó Kalten.

—No estoy demasiado seguro. Dependería de lo largas que fueran sus lanzas y del tamaño de los escudos superpuestos en los bordes. Podría darnos problemas.

—Berit —dijo Falquián—, regresa a lo alto de la colina y dile a Bevier que haga girar un poco sus catapultas. Me gustaría que la formación enemiga se rompiera.

—De acuerdo. —El joven caballero dio media vuelta y volvió a subir hasta la cima.

—Si está utilizando una formación de falange —continuó Tynian—, quiere decir que antes nunca se ha enfrentado con tropas montadas y que está habituado a luchar en terreno abierto.

Las catapultas de Bevier comenzaron a arrojar rocas hacia la formación de sombras que había al final de la despejada avenida.

—Comencemos ya —decidió Falquián—. Iba a esperar un rato, pero veamos con qué nos estamos enfrentando.

Subió de un salto al lomo de *Faran* y condujo a los caballeros hasta una

posición del exterior de la empalizada. Luego respiró profundamente. *Ahora nos vendría bien un poco de luz, oh, divina.* Envió el pensamiento sin molestarse siquiera en expresarlo en estirio.

*Eso es realmente impropio, Falquián.* La voz de Aphrael que resonó en sus oídos era ácida. *Ya sabes que no tengo por qué responder a los rezos en elenio.*

*Tú sabes los dos idiomas. ¿Qué diferencia hay?*

*Es una cuestión de estilo, Falquián.*

*Intentaré hacerlo mejor la próxima vez.*

*Lo apreciaría muy de veras. ¿Qué te parece esto?*

Comenzó como una especie de incandescencia de color espliego en el horizonte septentrional. Luego, largas listas de luz pura y multicolor se derramaron en capas ardientes, ondulando y rizándose como vastos velos que rielaban sobre el cielo de la noche.

—¿Qué es eso? —exclamó Khalad.

—Las luces del norte —gruñó Ulath—. Nunca las había visto tan al sur... ni tan brillantes como ahora. Estoy impresionado, Falquián.

La rielante cortina de luz que subía y bajaba trepó por el cielo y se deslizó entre las sombras, borrando las estrellas y llenando la noche con luz irisada.

Un enorme gemido de consternación y pasmo reverencial se elevó de las filas del ejército que estaba concentrado cerca del camino.

Falquián miró atentamente hacia la avenida salpicada de tocones de árboles. Los soldados que tenían ante sí llevaban armaduras antiguas: petos, cascos crestados con crines de caballo, y grandes escudos redondos. Iban armados con espadas cortas y lanzas de tres metros y medio de largo. La fila de vanguardia había sido evidentemente formada con los escudos superpuestos por los bordes y las lanzas en ristre. No obstante, las catapultas de Bevier habían roto aquellas apretadas filas, y la lluvia de rocas continuaba cayendo sobre unos hombres que estaban tan amontonados que no podían huir.

Falquián los observó con el entrecejo fruncido durante unos instantes.

—Muy bien, Ulath —dijo al fin—, tócales el canto del ogro.

Ulath sonrió burlonamente, se llevó el retorcido cuerno de ogro a los labios y tocó una sola nota baja.

Las tropas de infantería amontonadas, con sus filas deshechas por las catapultas y las mentes llenas de asombro y consternación por la luz brillante que repentinamente había cubierto la mitad del cielo, no estaban de forma alguna preparadas para recibir a la pasmosa carga de caballeros con armadura montados

a lomos de enormes caballos. Se produjo un sonoro choque, y las primeras líneas de los soldados de infantería concentrados cayeron bajo los demoledores cascos de los caballos de guerra. Los caballeros arrojaron las lanzas, sacaron sus espadas y hachas, y se pusieron a luchar con ahínco, abriendo grandes brechas entre las apretadas filas.

—¡Ulath! —aulló Falquián—. ¡Deja sueltos a los pelois!

*Sir Ulath* volvió a tocar el cuerno, dos veces en esta ocasión. Los gritos de guerra de los pelois eran agudos y aullantes. Falquián echó una rápida mirada hacia el camino. Los guerreros a los que estaban atacando los pelois no eran los mismos con los que se enfrentaban los caballeros. Falquián había dirigido una carga contra la infantería, hombres con peto y cascos crestados con crines de caballo que peleaban a pie. Kring estaba atacando hombres montados, hombres ataviados con túnicas sueltas y telas que les cubrían la cabeza, todos armados con espadas curvas como los sables de los pelois. Resultaba bastante evidente que las fuerzas atacantes se componían de dos elementos diferentes. En aquel preciso momento, estaban todos muy ocupados. Falquián blandía su espadón rítmicamente con grandes golpes que asestaba desde lo alto y que caían sobre el mar de hombres de cascos crestados que lo rodeaban. Continuó durante varios minutos hasta que los sonidos provenientes del camino le indicaron que los pelois estaban trabados en pleno combate.

—¡*Sir Ulath*! —rugió—. ¡Pídeles a los atanes que se unan a nosotros!

El cuerno de ogro volvió a sonar una, y otra, y otra vez más.

Sonidos de lucha surgieron de pronto de entre los árboles. Los soldados enemigos que habían huido de la carga de los caballeros y del severo ataque de los pelois, no hallaron refugio alguno en el bosque. Los atanes de Engessa, silenciosa y mortalmente, avanzaban por la misteriosa luz multicolor que bajaba desde el palpitante cielo, buscando y destruyendo.

—¡Falquián! —gritó Kalten—. ¡Mira!

Falquián volvió la cabeza en redondo y se le congeló el corazón.

—¡Yo pensaba que esa cosa había muerto! —exclamó Kalten.

La figura iba envuelta en un manto y capucha negros, montada sobre un caballo flaco. Lo rodeaba una especie de nimbo verdoso y de él parecían manar ondas de implacable odio hirviente. Falquián lo miró más atentamente y luego profirió un suspiro de alivio.

—No es un Buscador —dijo a Kalten—. Tiene manos humanas. Pero probablemente es contra él contra quien hemos estado peleando.

Luego otro hombre ataviado de negro salió de entre los árboles, un poco más atrás. Éste llevaba ropas exageradamente dramáticas. Tenía puesto un sombrero negro de ala ancha y la cabeza cubierta con un saco que tenía toscos agujeros abiertos para los ojos.

—¿Ha sido todo esto alguna especie de broma? —preguntó Tynian con tono imperioso—. ¿Es ése quien yo creo que es?

—Yo diría que es el de la túnica quien ha estado al mando —dijo Ulath—. Dudo de que Sable pueda siquiera pastorear cabras con éxito.

—Saborea esta victoria vacía, Anakha —gritó el jinete encapuchado con una voz hueca y extrañamente metálica—. No he hecho otra cosa sino ponerte a prueba para poder discernir tu fortaleza... y tu debilidad. Sigue ahora tu camino. Ya he averiguado lo que necesitaba saber. No te molestaré más... por ahora. Pero no me malinterpretes, oh, Hombre Sin Destino, volveremos a vernos dentro de poco, y en nuestro próximo encuentro voy a probarte de forma más significativa. —Dicho esto, Sable y su encapuchado compañero rielaron y desaparecieron.

Los aullidos y gemidos de los enemigos heridos que los rodeaban se detuvieron de pronto. Falquián recorrió el entorno con una veloz mirada. La tropa de infantería extrañamente acorazada contra la que él y sus amigos habían estado luchando, no se encontraba allí. Sólo los muertos quedaban. A lo lejos, en ambas direcciones del camino, los pelois de Kring estaban deteniendo sus caballos con sorpresa. Los soldados con los que ellos se habían trabado en combate habían desaparecido al igual que los otros, y las exclamaciones que les llegaban de detrás de los árboles indicaban que también los atanes habían sido privados de la presencia de sus enemigos.

—¿Qué está sucediendo aquí? —exclamó Kalten.

—No estoy seguro —replicó Falquián—, pero lo que sí sé es que no me gusta demasiado.

Bajó de la silla de montar de un salto, y con un pie dio la vuelta a uno de los enemigos caídos.

El cadáver era poco más que una envoltura seca, amarronado, arrugado y totalmente disecado. Tenía todo el aspecto de un hombre que llevase muerto al menos unos cuantos siglos.

—Nos hemos encontrado con esto en una ocasión anterior, vuestra gracia —estaba explicándole Tynian al patriarca Emban. Ya era casi la mañana y volvían a hallarse reunidos en la cima de la colina rocosa—. La vez anterior se trataba de

lamorks antiguos. No sé qué clase de antiguos eran éstos. —Dirigió una mirada a los dos cadáveres momificados que los atanes habían llevado a lo alto de la colina.

—Éste de aquí es un cynesgano —dijo el embajador Oscagne, señalando a uno de los muertos.

—Tiene casi el mismo aspecto que un rendoriano, ¿no es cierto? —observó Talen.

—Deben de existir ciertas similitudes —asintió Oscagne—. Cynesga es un desierto, muy parecido a Rendor, y hay muy pocos tipos de atavío que sean adecuados para ese tipo de clima.

El muerto en cuestión iba vestido con una túnica larga y holgada, y tenía la cabeza cubierta con una tela que le caía por la parte de atrás para protegerle la parte posterior del cuello.

—No son muy buenos luchadores —dijo Kring—. Su formación se hizo pedazos cuando cargamos contra ellos.

—¿Y qué hay del otro, excelencia? —preguntó Tynian—. Éstos de la armadura sí que eran buenos luchadores.

Los ojos del embajador tamul adquirieron una expresión desazonada.

—Ese otro es un invento de la imaginación de alguien —declaró.

—Yo no pienso realmente lo mismo, excelencia —disintió *sir* Bevier—. Los hombres con los que nos encontramos en Eosia habían sido traídos del pasado. Resultaban bastante exóticos, te lo aseguro pero en otra época habían sido hombres vivos. Todo lo que hemos visto aquí nos indica que acabamos de encontrarnos otra vez con el mismo fenómeno. Definitivamente, este tipo no es en absoluto un soldado imaginario. Vivió realmente alguna vez y lo que lleva puesto eran los atavíos habituales de su época.

—Es imposible —declaró Oscagne con firmeza.

—Sólo en bien de la especulación, Oscagne —dijo Emban—, archivemos de momento la palabra «imposible». ¿Quién dirías que es si no fuera imposible?

—Se trata de una antigua leyenda —respondió Oscagne, aún con una expresión turbada en el rostro—. Se nos ha contado que una vez, hace mucho, mucho tiempo, había en Cynesga un pueblo predecesor de los que actualmente habitan esas tierras. La leyenda los llama los cyrgai. Los cynesganos modernos se suponen que son los descendientes degenerados de aquéllos.

—Tienen aspecto de proceder de dos lugares diferentes del mundo —observó Kalten.

—Cyrga, la ciudad de Cyrgai, se hallaba teóricamente en las tierras altas centrales de Cynesga —le explicó Oscagne—. Están a una altura superior que los desiertos circundantes, y la leyenda dice que allí había un enorme lago alimentado por manantiales. Las fábulas afirman que el clima de allí era marcadamente distinto del de los desiertos. Los cyrgai no habrían necesitado entonces protegerse del sol de la forma en que tienen que hacerlo sus descendientes bastardos. Imagino que también había distintivos de rango y posición en los atavíos. Dada la naturaleza de los cyrgai, sin duda habrían querido evitar que sus inferiores vistieran las ropas cyrgai.

—¿Vivieron entonces en la misma época? —preguntó Tynian.

—Las leyendas son un poco vagas a ese respecto, *sir* Tynian. Evidentemente, hubo sin duda un período en el que coexistieron los cyrgai y los cynesganos. No obstante, sin duda los cyrgai habrían sido el pueblo dominante. —Hizo una mueca—. ¿Por qué estoy hablando de esta forma sobre un mito? —dijo con tono dolorido.

—Ése es un mito bastante consistente, Oscagne —declaró Emban, tocando con un pie al cyrgai momificado—. ¿Colijo que estos tipos tenían bastante reputación?

—Oh, sí —replicó Oscagne con desagrado—. Tenían una cultura monstruosa..., de crueldad y militarismo. Se mantenían alejados de otros pueblos con el fin de evitar lo que ellos llamaban contaminación. Se dice que estaban obsesivamente preocupados por la pureza racial, y que se oponían de forma activa a cualquier idea nueva.

—Ése es un tipo de obsesión fútil —observó Tynian—. Cada vez que uno se dedica al comercio, se encuentra con ideas nuevas.

—La leyenda nos cuenta que ellos comprendían eso, caballero. El comercio estaba prohibido.

—¿No comerciaban en absoluto? —preguntó Kalten con incredulidad.

Oscagne negó con la cabeza.

—Tenían que ser totalmente autosuficientes. Incluso llegaban a límites tales como los de prohibir el oro o la plata en su sociedad.

—¡Monstruoso! —exclamó Stragen—. ¿No tenían ninguna clase de dinero?

—Barras de acero, según se cuenta..., muy pesadas, supongo. Eso tendía a desalentar el comercio. Vivían solamente para la guerra. Todos los hombres estaban en el ejército, y todas las mujeres pasaban la vida teniendo hijos. Cuando se hacían demasiado viejos, para luchar o parir, se esperaba que se suicidasen.

Las leyendas cuentan que eran los mejores soldados que el mundo haya conocido jamás.

—Las leyendas son exageradas, Oscagne —intervino Engessa—. Yo mismo maté a cinco de ellos. Malgastan demasiado tiempo flexionando sus músculos y adoptando posturas con sus armas cuando deberían de estar prestando atención a lo que tienen entre manos.

—Los antiguos eran muy formales, atan Engessa —murmuró Oscagne.

—¿Quién era el tipo de la túnica? —preguntó Kalten—. ¿El que parecía estar intentando hacerse pasar por Sable?

—Supongo que detenta un puesto paralelo al de Gerrich en Lamorkand y al de Sable en Astel occidental —conjeturó Falquián—. Me sorprendió un poco el ver a Sable aquí —agregó.

Tenía que andar con cuidado en torno a aquel tema. Tanto él como Emban habían jurado mantener en secreto la verdadera identidad de Sable.

—Ha sido una cortesía profesional, sin duda —murmuró Stragen—. El hecho de que estuviera aquí confirma de alguna forma nuestra sospecha de que todo este surtido de levantamientos y disturbios están relacionados entre sí. Hay alguien detrás de todo esto..., alguien a quien no hemos visto ni de quien no hemos tenido siquiera noticia hasta el momento. Antes o después vamos a tener que apresar a uno de esos intermediarios suyos y estrujarlo para obtener un poco de información. —El rubio ladrón recorrió a los demás con los ojos—. ¿Y ahora, qué? —preguntó.

—¿Cuánto tiempo has dicho que pasaría hasta que los atanes llegaran de Sarsos, Engessa? —preguntó Falquián al enorme atan.

—Tendrían que llegar en algún momento de pasado mañana Falquián-caballero. —El atan miró hacia el este—. Es decir, mañana —se corrigió—, puesto que ya está comenzando a amanecer.

—En ese caso, cuidaremos de nuestras heridas y aguardaremos su llegada —decidió Falquián—. Me gusta tener muchísimos rostros amistosos a mi alrededor en los momentos como éste.

—Una pregunta, Falquián-caballero —dijo Engessa—. ¿Quién es Anakha?

—Falquián —le respondió Ulath—. Los estirios lo llaman así. Significa «sin destino».

—Todos los hombres tienen un destino, Ulath-caballero.

—Falquián, no, según parece, y no tienes ni idea de lo nerviosos que pone eso a los dioses.

Como Engessa había calculado, la guarnición de Sarsos llegó alrededor del medio día, y la tremendamente aumentada escolta de la reina de Elenia marchó hacia el este. Dos días más tarde coronaron una colina y se hallaron ante una ciudad de mármol situada en un amplio campo verde y escoltada por un oscuro bosque que se extendía hasta el horizonte.

Falquián había estado percibiendo una presencia familiar desde primeras horas de aquella mañana, y se había adelantado cabalgando ansiosamente.

Sephrenia se encontraba sentada sobre su blanco palafrén, a un lado del camino. Era una mujer menuda y hermosa, de cabellos negros, piel nívea y profundos ojos azules. Llevaba una túnica blanca de un tejido algo más fino que las telas de fabricación casera que solía vestir en Eosia.

—Hola, pequeña madre. —Le sonrió, pronunciando la frase como si no hubiesen estado separados más de una semana—. Confío en que te hayas encontrado bien —acabó, mientras se quitaba el casco.

—Lo suficiente, Falquián. —Su voz era sonora y tenía aquel ritmo familiar.

—¿Me permites saludarte? —preguntó en aquel tono formal que todos los pandion empleaban al reunirse con ella tras una larga separación.

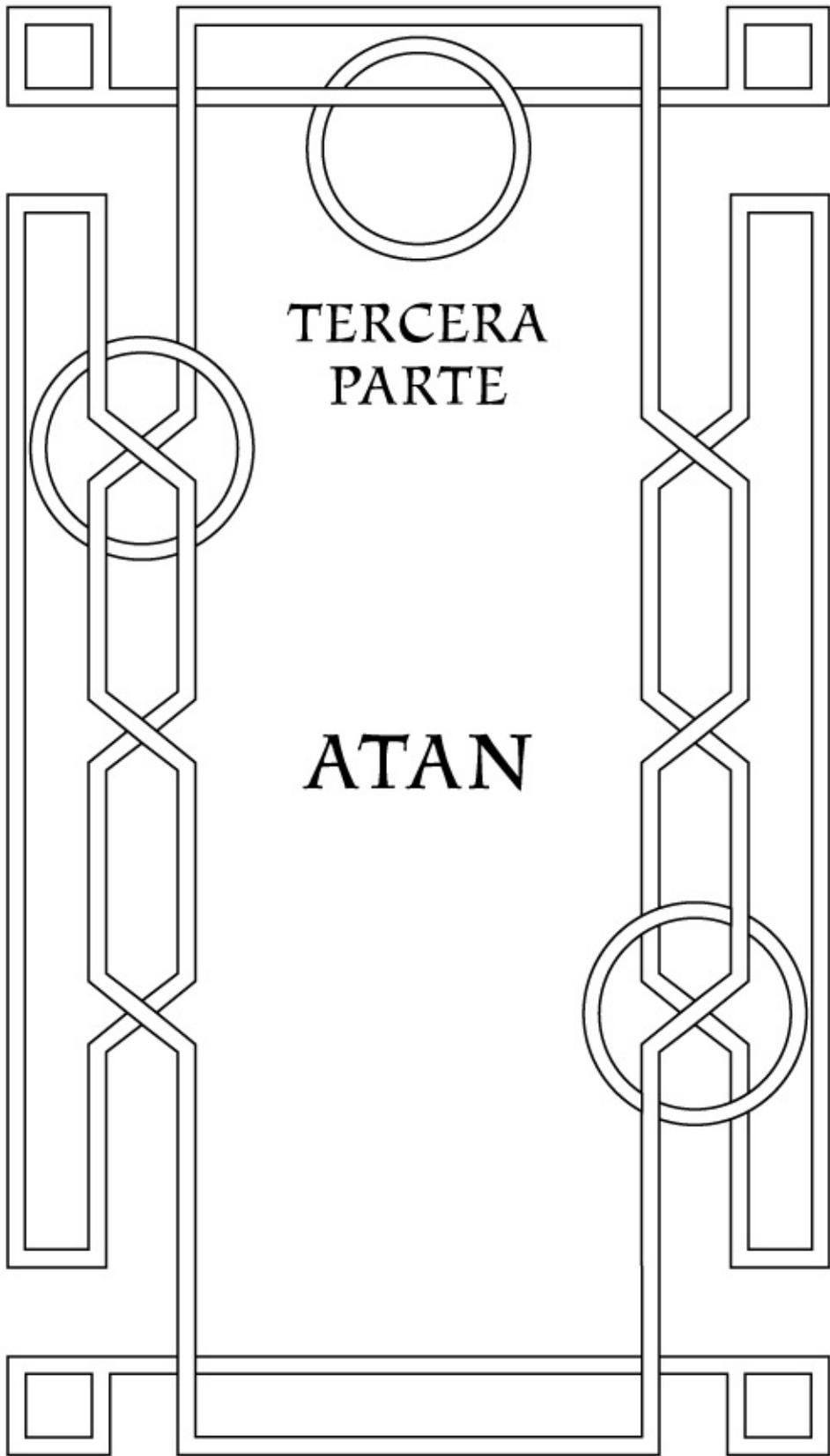
—Por supuesto, querido.

Él desmontó, la tomó por las muñecas y le volvió las manos, tras lo cual le besó las palmas según el saludo ritual estirio.

—¿Y me bendecirás tú, pequeña madre? —preguntó.

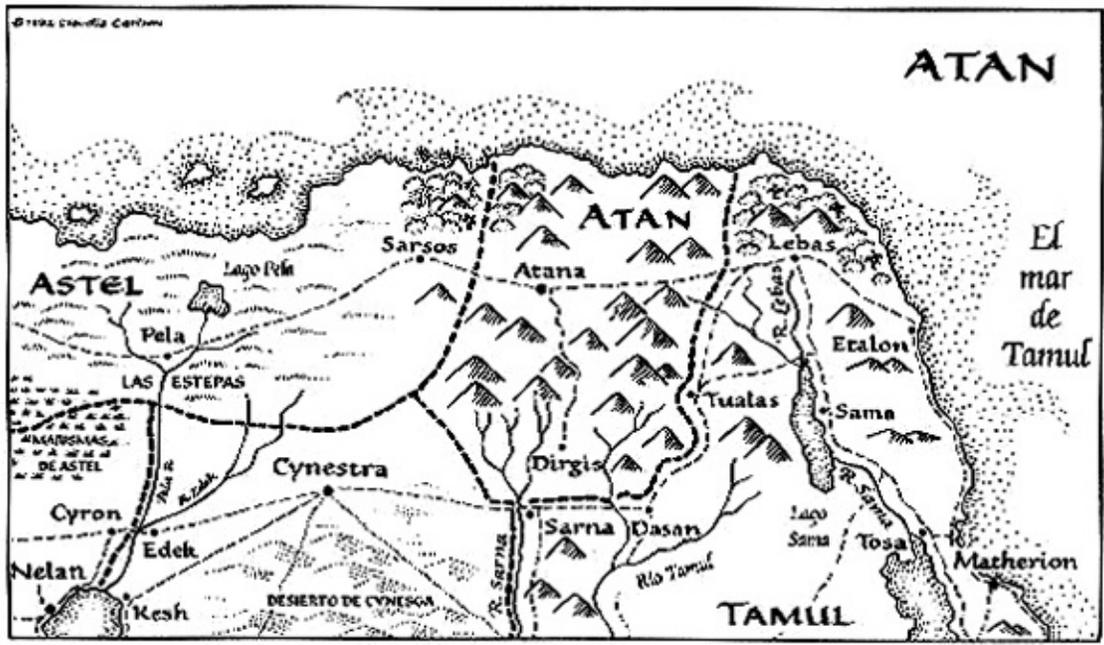
Él tendió los brazos y le rodeó con las manos la cintura casi infantil. Luego la levantó de la silla de montar sin esfuerzo. Sin embargo, antes de que pudiera dejada en el suelo, ella le rodeó el cuello con los brazos y le dio un beso en los labios, algo que no había hecho nunca antes.

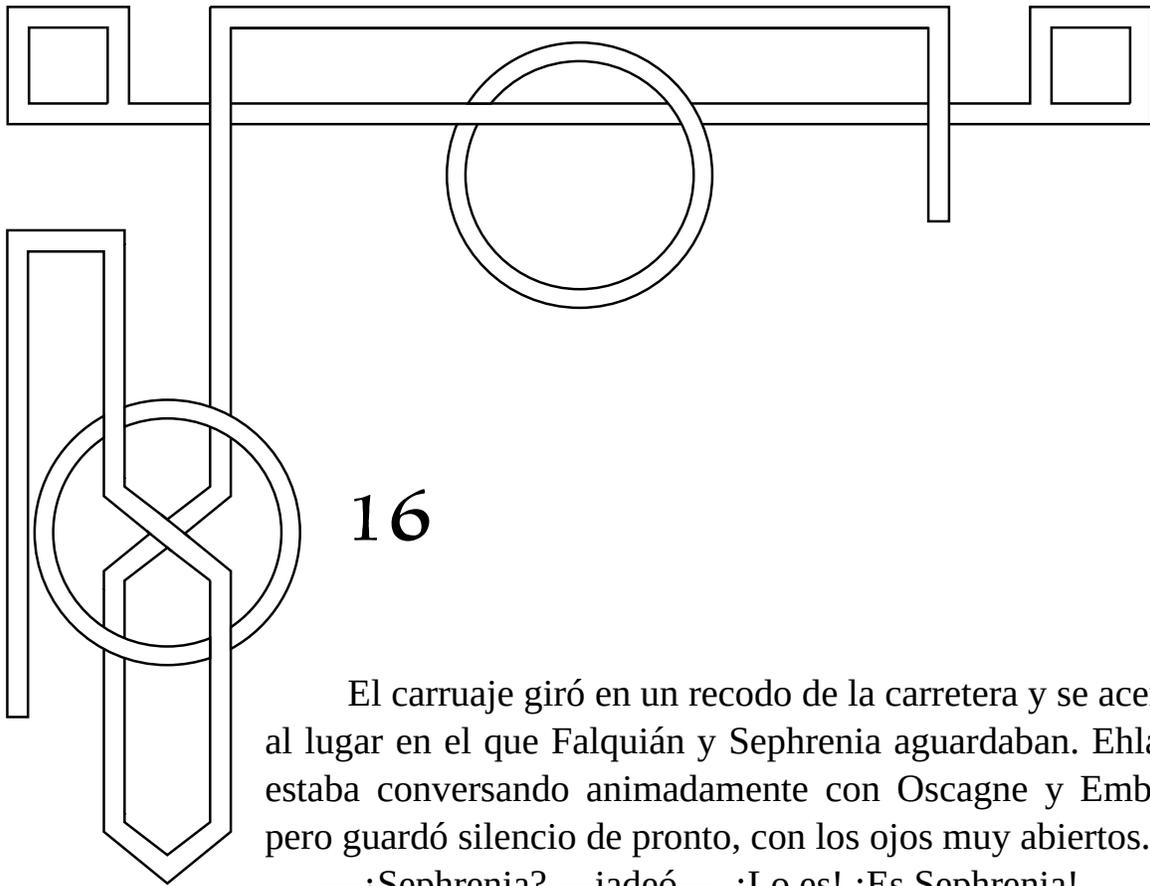
—Te he echado de menos, querido —jadeó—. No podrías creer cuánto te he echado de menos.



TERCERA  
PARTE

ATAN





## 16

El carruaje giró en un recodo de la carretera y se acercó al lugar en el que Falquián y Sephrenia aguardaban. Ehlana estaba conversando animadamente con Oscagne y Emban, pero guardó silencio de pronto, con los ojos muy abiertos.

—¿Sephrenia? —jadeó—. ¡Lo es! ¡Es Sephrenia!

La dignidad real salió volando por la ventana y ella bajó del carruaje.

—Prepárate —advirtió Falquián con una sonrisa dulce. Ehlana corrió hacia ellos, le echó los brazos a Sephrenia en torno al cuello, y se puso a besarla llorando de alegría.

Las lágrimas de la reina no fueron las únicas que se derramaron aquella tarde. Incluso a la mayoría de los endurecidos caballeros de la Iglesia se les humedecieron los ojos. Kalten llegó incluso más lejos y lloró abiertamente mientras se arrodillaba para recibir la bendición de Sephrenia.

—¿Tiene alguna importancia especial la mujer estiria, Falquián-caballero? —preguntó Engessa con curiosidad.

—Una importancia muy especial, atan Engessa —replicó Falquián mientras observaba a sus amigos apiñados en torno a la menuda mujer—. Ella nos toca el corazón de una forma profunda. Probablemente desmontaríamos el mundo si ella nos lo pidiera.

—Ésa es una autoridad muy grande, Falquián-caballero. —Engessa dijo aquello con una cierta aprobación. Engessa respetaba la autoridad.

—Desde luego que sí, amigo mío —asintió Falquián—, y eso no es más que el menor de los dones que ella tiene. Es sabia y hermosa, y estoy al menos parcialmente convencido de que esa mujer podría detener las mareas si así lo quisiese.

—Pero es bastante pequeña —observó Engessa.

—No realmente. A nuestros ojos mide al menos trescientos codos de estatura..., quizás incluso seiscientos.

—Los estirios son un pueblo extraño con extraños poderes pero no había oído antes de su habilidad para cambiar de tamaño. —Engessa era un hombre profundamente literal, y las hipérboles estaban más allá de su comprensión—. ¿Trescientos codos, has dicho?

—Por lo menos, atan.

Sephrenia estaba completamente atrapada en la efusividad de afecto, por lo que Falquián tuvo la posibilidad de observarla de manera bastante directa. Había cambiado. Para comenzar, parecía más abierta. Ningún estirio podía bajar del todo sus defensas en presencia de elenios. Los miles de años de prejuicios y opresión les habían enseñado a ser cautelosos..., incluso con aquellos elenios a los que más querían. La coraza defensiva de Sephrenia, una coraza que había mantenido a su alrededor durante tanto tiempo que probablemente ni siquiera se había dado cuenta de que la tenía, había desaparecido entonces. Las puertas estaban todas abiertas.

Pero había algo más. Su rostro había sido antes luminoso, pero ahora estaba radiante. Una especie de anhelo pesaroso parecía siempre flotar en los ojos de aquella mujer, y ahora había desaparecido. Por primera vez en todos los años durante los que Falquián la había conocido, Sephrenia parecía completa y totalmente feliz.

—¿Continuará esto durante mucho rato, Falquián-caballero? —preguntó cortésmente Engessa—. Sarsos está muy cerca, pero... —Dejó la sugerencia flotando en el aire.

—Hablaré con ellos, atan. A lo mejor consigo persuadirlos de que pueden continuar con esto más tarde. —Falquián se encaminó hacia el emocionado grupo que se hallaba cerca del carruaje—. El atan Engessa acaba de hacer una interesante sugerencia —dijo—. Es una idea nueva, claro está, pero ha señalado que probablemente podríamos hacer todo esto dentro de los muros de Sarsos..., puesto que en cualquier caso está muy cerca.

—Veo que al menos eso no ha cambiado —observó Sephrenia hablando con

Ehlana—. ¿Sigues haciendo esas torpes bromas cada ocasión que se le presenta?

—He estado trabajando en ello, pequeña madre —replicó Ehlana con una sonrisa.

—La pregunta que realmente estaba formulando era que si vosotras, las damas, queréis continuar hasta el interior de la ciudad u os gustaría que plantáramos campamento aquí para pasar la noche.

—Aguafiestas —lo acusó Ehlana.

—En realidad deberíamos continuar hasta la ciudad —dijo Sephrenia—. Vanion está esperando, y ya sabéis lo mucho que se enfada cuando la gente no es puntual.

—¿Vanion? —exclamó Emban—. Pensaba que ya estaría muerto.

—Difícilmente. De hecho goza de bastante vigor. De mucho vigor a veces. Habría venido conmigo a recibirlos, pero ayer se torció un tobillo. Se está portando con mucho valor al respecto, pero le duele más de lo que está dispuesto a admitir.

Stragen avanzó y sin esfuerzo alguno la subió en brazos al carruaje.

—¿Qué debemos esperar en Sarsos, pequeña hermanita? —le preguntó en su estirio intachable.

Ehlana le dirigió una mirada de sobresalto.

—Has estado ocultándome cosas, mi señor Stragen. Yo no sabía que hablastes estirio.

—Siempre tuve intención de comentártelo, majestad, pero se me olvidaba.

—Creo que será mejor que te prepares para algunas sorpresas, Stragen —dijo Sephrenia—. Todos debéis hacerlo.

—¿Qué clase de sorpresas? —preguntó Stragen—. Recuerda que soy un ladrón, Sephrenia, y las sorpresas son muy malas para los ladrones. Nuestras venas tienden a soltarse cuando nos sobresaltamos.

—Creo que será mejor que todos descartéis las ideas que tenéis sobre los estirios —les advirtió Sephrenia—. Aquí, en Sarsos, no estamos obligados a ser sencillos y rústicos, por lo que encontraréis una clase de estirios completamente diferentes en esas calles.

Sephrenia se sentó en el carruaje y tendió los brazos a Danae. La pequeña princesa se le sentó sobre el regazo y le dio un beso. Todo pareció perfectamente inocuo y natural, pero Falquián se sintió íntimamente sorprendido de que no las rodeara un halo de luz.

Luego Sephrenia miró a Emban.

—Oh, santo cielo —dijo—. Yo no había contado realmente con que vuestra gracia estuviera aquí. ¿Cuán firmemente están asentados vuestros prejuicios?

—Tú me gustas, Sephrenia —replicó el rechoncho hombrecillo—. Me sienta mal la terca negativa de los estirios a aceptar la fe verdadera, pero no soy realmente un clamoroso fanático.

—¿Estás abierto a sugerencias, amigo mío? —preguntó Oscagne.

—Te escucharé.

—Te recomiendo que consideres tu visita a Sarsos como unas vacaciones, y dejes tu teología en algún cajón. Mira todo lo que quieras, pero deja pasar sin comentarios las cosas que no te gusten. El imperio apreciará mucho tu colaboración en ese punto, Emban. Por favor, no alborotes a los estirios. Son un pueblo muy espinoso con capacidades que no comprendemos enteramente. No precipitemos explosiones que pueden evitarse.

Emban abrió la boca como si tuviera intención de contestar, pero luego sus ojos adquirieron una expresión turbada y decidió no hacerlo.

Falquián conferenció brevemente con Oscagne y Sephrenia y decidieron que el grueso de los caballeros de la Iglesia debería acampar con los peloi fuera de la ciudad. Era una precaución adoptada para evitar incidentes. Engessa envió a sus atanes a la guarnición que estaba justo al norte de la muralla de la ciudad, y el grupo que rodeaba el carruaje de Ehlana entró por una puerta sin vigilancia.

—¿Qué te preocupa, Khalad? —preguntó Sephrenia al escudero de Falquián.

El joven miraba a su alrededor con el entrecejo fruncido.

—En realidad no es asunto mío, señora Sephrenia —respondió él— pero ¿los edificios de mármol son realmente una buena idea cuando se está tan al norte? ¿No son muy fríos en el invierno?

—Se parece mucho a su padre —comentó ella con una sonrisa—. Creo que acabas de dejar al descubierto una de nuestras vanidades, Khalad. En realidad, los edificios están hechos de ladrillo. El mármol no es más que una cobertura destinada a hacer que nuestra ciudad sea impresionante.

—Ni siquiera el ladrillo es demasiado bueno para defenderse del frío, señora Sephrenia.

—Lo es cuando construyes paredes dobles y rellenas el espacio que queda entre esos ladrillos con treinta centímetros de yeso.

—Eso requeriría una enorme cantidad de tiempo y trabajo.

—Te quedarías asombrado ante la cantidad de tiempo y trabajo que la gente es capaz de gastar por amor a la vanidad, Khalad, y siempre podemos hacer un

poco de trampa, si nos vemos obligados. Nuestros dioses son aficionados a los edificios de mármol, y nos gusta hacer que se sientan en casa.

—De todas formas, la madera es más práctica —dijo él con terquedad.

—Estoy segura de que así es, Khalad, pero es demasiado vulgar. Nos gusta ser diferentes.

—Desde luego que es algo diferente.

Sarsos incluso olía diferente. Por encima de todas las ciudades elenias del mundo había suspendido un miasma casi imperceptible, una desagradable mezcla de humo cargado de hollín, basura medio podrida, y el efluvio de los mal construidos e infrecuentemente drenados pozos negros. Sarsos, en cambio, olía a árboles y rosas. Era verano, y por todas partes había pequeños parques y rosales. Ehlana adoptó una expresión pensativa. Con un espectacular destello de perspicacia, Falquián previó que un vasto programa de obras públicas se cernía en el horizonte de la capital de Elenia.

La arquitectura y trazado de la ciudad eran sutiles y tremendamente sofisticados. Las calles eran anchas y, excepto en los lugares en los que los habitantes habían decidido otra cosa por motivos estéticos, rectas. Los edificios estaban todos recubiertos de mármol, y en el frente tenían elegantes columnas blancas. Era evidente que aquélla no era una ciudad elenia.

Los ciudadanos tenían un aspecto extrañamente no estirio. Sus parientes del oeste vestían todos unas túnicas de telas rústicas caseras. Ese atuendo era tan universal que se había convertido en una especie de característica identificativa. Los estirios de Sarsos, sin embargo, iban ataviados con sedas y lino. El blanco continuaba siendo aparentemente el color preferido, pero también se veían otros como el azul, el verde y el amarillo, y no pocas túnicas que eran de un brillante escarlata. A las mujeres estirias del oeste se las veía muy raramente, pero en aquella ciudad estaban mucho más presentes en público. También ellas llevaban ropas de colores y flores en el pelo.

Más que cualquier otra cosa, no obstante, destacaba la marcada diferencia de actitud. Los estirios del oeste eran tímidos, a veces tan temerosos como venados. Eran dóciles..., una docilidad destinada a suavizar la agresividad de los elenios, pero precisamente esa actitud frecuentemente inflamaba a éstos aún más. Sin embargo, podía decirse que, definitivamente, los estirios de Sarsos no eran dóciles. No mantenían la mirada baja ni hablaban en susurros vacilantes. Tenían una actitud de seguridad. Discutían en las esquinas de la calle. Reían sonoramente. Caminaban por las anchas avenidas de su ciudad con la cabeza

alta, como si estuviesen muy orgullosos de ser estirios. Pero lo que más elocuentemente indicaba esa diferencia, era el hecho de que los niños jugaran en los parques sin dar muestras de temor.

El rostro de Emban se había puesto rígido, y tenía las aletas de la nariz hundidas de cólera. Falquián sabía cuál era el motivo exacto por el que el patriarca de Ucera manifestaba resentimiento. La franqueza lo impulsaba a admitir interiormente que él lo compartía. Todos los elenios creían que los estirios eran una raza inferior, y a pesar de su adoctrinamiento, los caballeros de la Iglesia aún compartían esa creencia en lo más profundo de sus mentes. Falquián sintió que el pensamiento surgía sin haber sido invocado. ¿Cómo se atrevían aquellos engreídos y escandalosos estirios a tener una ciudad más hermosa que las que podían construir los elenios? ¿Cómo se atrevían a ser prósperos? ¿Cómo se atrevían a ser felices? ¿Cómo se atrevían a pavonearse por aquellas calles, comportándose ante todo el mundo como si fuesen tan buenos como los elenios?

Luego vio que Danae lo miraba con expresión de tristeza, e interrumpió en seco sus inexpresados pensamientos resentidos. Aferró esas nada atractivas emociones con firmeza, y las contempló. No le gustó demasiado lo que vieron sus ojos. Mientras los estirios fueran humildes y sumisos y vivieran míseramente en rústicas casuchas, él estaba más que dispuesto a salir en defensa de ellos; pero cuando lo miraban descaradamente a los ojos sin inclinar la cabeza y con expresión desafiante, se sorprendía a sí mismo queriendo darles lecciones.

—Es difícil, ¿no es cierto, Falquián? —comentó Stragen con una sonrisa torcida—. Mi bastardía siempre me ha hecho sentir una cierta relación de parentesco con los oprimidos y los despreciados. La notable humildad de nuestros hermanos estirios me resultó siempre tan ejemplar que incluso me desvié de mi camino para aprender su idioma. Sin embargo, tengo que admitir que las gentes de esta ciudad me ponen nervioso. Parecen todos tan repugnantemente satisfechos de sí mismos...

—Stragen, a veces eres tan civilizado que me pongo enfermo.

—¡Vaya! Sí que estamos susceptibles hoy.

—Lo siento. Acabo de encontrar algo en mi interior que no me gusta. Me está volviendo cascarrabias.

Stragen suspiró.

—Probablemente nunca deberíamos de mirar dentro de nuestros corazones, Falquián. No creo que a nadie le guste todo lo que encuentra allí.

Falquián no era el único que estaba teniendo problemas con la ciudad de Sarsos y sus habitantes. El rostro de *sir* Bevier reflejaba que él tenía un resentimiento aún mayor que los otros. Su expresión era escandalizada y ultrajada.

—Una vez oí una historia —dijo *sir* Ulath de aquella forma desarmantemente evocadora que siempre anunciaba que Ulath estaba a punto de decir algo de relevancia. Aquélla era una de las características de *sir* Ulath. Era un hombre que casi nunca hablaba a menos que estuviese intentando señalar algo de importancia—. Parece que había un deirano, un arciano y un thalesiano. Esto sucedió hace mucho tiempo, y los tres estaban hablando en sus dialectos nativos. En cualquier caso, se pusieron a discutir acerca de cuál de las formas de hablar de cada uno era la de Dios. Finalmente acordaron ir a Chyrellos para pedirle al archiprelado que le planteara la pregunta directamente a Dios.

—¿Y? —le preguntó Bevier.

—Bueno, *sir*, todo el mundo sabe que Dios siempre le responde al archiprelado, así que finalmente llegó el mensaje que zanjó la discusión de una vez y para siempre.

—¿Bien?

—¿Bien, qué?

—¿Cuál es el dialecto de Dios?

—Pues el thalesiano, por supuesto. Todo el mundo sabe eso, Bevier. —Ulath era el tipo de hombre que podía decir aquello con una cara perfectamente seria —, de todas formas, es algo lógico. Dios era un rey genidiano antes de que decidiera tomar el mundo en sus manos. Apostaría a que no sabías eso, ¿verdad que no?

Bevier lo miró fijamente durante un instante y luego comenzó a reír, un poco avergonzado.

Ulath miró a Falquián, y cerró uno de los párpados en un lento y deliberado guiño. Una vez más, Falquián se vio obligado a revalorar a su amigo thalesiano.

Sephrenia tenía una casa en Sarsos, y ésa fue otra de las sorpresas. La vida de ella siempre había tenido una calidad de tránsito sin posesiones. La casa era bastante grande, emplazada sola en medio de una especie de parque donde altos árboles añosos sombreaban céspedes suavemente ondulados, jardines y rumorosas fuentes. Al igual que todos los demás edificios de Sarsos, la casa de Sephrenia parecía haber sido construida de mármol y tenía un aspecto muy familiar.

—Has hecho trampa, pequeña madre —la acusó Kalten mientras la ayudaba a bajar del carruaje.

—Perdona, ¿qué estás diciendo?

—Has imitado el templo de Aphrael que hay en la isla que todos vimos en sueños. Incluso la columnata que hay en el frente es la misma.

—Supongo que tienes razón, querido, pero es algo que puede esperarse en este lugar. Todos los miembros del Consejo de Estiricum se jactan de sus propios dioses. Es algo que todos esperan que uno haga. Nuestros dioses se sentirían desatendidos si no lo hiciésemos.

—¿Eres tú miembro del consejo? —Kalten parecía un poco sorprendido.

—Por supuesto. Después de todo, soy la suma sacerdotisa de Aphrael.

—Parece un poco raro encontrar a alguien de Eosia en el consejo de gobierno de una ciudad de Daresia.

—¿Qué te hace pensar que yo soy de Eosia?

—¿Y no es así?

—Por supuesto que no... y el consejo de Sarsos no es solamente el gobierno local. Nosotros tomamos decisiones respecto a todos los estirios, independientemente de dónde estén. ¿Os parece bien si entramos? Vanion está esperando.

Los condujo por las escaleras de mármol hasta una amplia puerta de bronce intrincadamente labrada, por la que entraron en la casa.

El edificio estaba construido en torno a un patio interior, un lozano jardín con una fuente de mármol en el centro. Vanion estaba semitendido en un sillón tipo diván, cerca de la fuente, con la pierna derecha apoyada sobre unos cojines. Tenía el tobillo envuelto en vendas, y su rostro mostraba una expresión de disgusto. Los cabellos y la barba se le habían vuelto plateados, lo que le confería una apariencia muy distinguida. No obstante, su rostro estaba desprovisto de arrugas. Estaba libre de los cuidados que antes habían pesado sobre él pero eso difícilmente podía explicar el sorprendente cambio operado en aquel hombre. Incluso el mortal peso de las espadas que había obligado a Sephrenia a conferirle, se había borrado de alguna forma. Su cara parecía más joven de lo que Falquián la hubiese visto jamás. Bajó el rollo de pergamino que había estado leyendo.

—Falquián —dijo con irritación—, ¿dónde te habías metido?

—Me alegro de verte, mi señor —replicó Falquián.

Vanion le dirigió una penetrante mirada y luego se puso a reír con una

expresión un poco avergonzada.

—Supongo que he sido un poco indelicado, ¿verdad?

—Desabrido, mi señor —dijo Ehlana—. Decididamente desabrido. —Luego dejó a un lado su dignidad real, corrió hacia él y le echó los brazos al cuello—. Estamos disgustadas contigo, mi señor Vanion —dijo con sus más imperiosos modales. Luego le dio un sonoro beso—. Nos has privado de tu consejo y tu compañía en nuestras horas de necesidad. —Le dio otro beso—. Fue extremadamente grosero ausentarte de nuestro lado sin nuestro permiso. —Lo besó una vez más.

—¿Estoy siendo reprendido o estoy reuniéndome con mi reina? —preguntó, con una expresión algo confusa.

—Un poco de ambas cosas, mi señor —replicó ella con un encogimiento de hombros—. He pensado que podría ahorrar un poco de tiempo si lo hacía todo al mismo tiempo. Estoy realmente muy, muy contenta de volver a verte, Vanion, pero me sentí de lo más desdichada cuando te escabulliste a gatas de Cimmura como un ladrón al cobijo de la noche.

—Nosotros no hacemos eso, ¿sabes? —observó cínicamente Stragen—. Después de robar algo, lo mejor es adoptar una apariencia corriente, y eso de andar a gatas suele atraer la atención.

—Stragen —dijo ella—, cállate.

—Yo me lo llevé de Cimmura por el bien de su salud —explicó Sephrenia—. Allí estaba muriéndose. Tenía un cierto interés personal en conservarlo con vida, así que me lo llevé a un lugar en el que pudiera cuidarlo hasta que se repusiera. Acosé sin misericordia a Aphrael durante un par de años, y ella por fin cedió. Puedo convertirme en una auténtica peste cuando quiero algo de verdad, y realmente quería a Vanion.

Ya no hacía ningún intento de ocultar sus sentimientos. Los años de inexpresado amor entre ella y el preceptor pandion estaban ahora a la luz del día. Tampoco hacía ella esfuerzo alguno por ocultar lo que tanto en la cultura estiria como en la elenia era, con bastante evidencia, una relación escandalosa. Ella y Vanion vivían abiertamente en pecado, y ninguno de ellos daba muestras de sentir el más ligero remordimiento.

—¿Cómo está tu tobillo, querido? —le preguntó ella.

—Volviendo a hincharse.

—¿No te dije que lo metieras en hielo cuando le sucediera eso?

—No tenía hielo.

—Pues fábrícalo, Vanion. Tú conoces el hechizo.

—El hielo que fabrico yo no parece tan frío como el tuyo, Sephrenia. —La voz de él era plañidera.

—¡Hombres! —gritó ella con aparente exasperación—. ¡Son todos tan criaturas! —Se marchó apresuradamente en busca de una jofaina.

—¿Has seguido todo eso, Falquián? —preguntó Vanion.

—Por supuesto, mi señor. Ha sido bastante suave, si me permites decirlo.

—Gracias.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Kalten.

—Nunca lo entenderías, Kalten —replicó Falquián.

—Ni en un millón de años —agregó Vanion.

—¿Cómo te torciste el tobillo, señor Vanion? —preguntó Berit.

—Estaba demostrando algo que había dicho. Le dije al consejo de Estiricum que los jóvenes de Sarsos estaban en unas condiciones físicas extremadamente pobres. Tuve que demostrarlo ganándole una carrera a toda la maldita ciudad. Estaba haciéndolo bastante bien, hasta que metí el pie en una conejera.

—Eso es una verdadera lástima, señor Vanion —dijo Kalten—. Por lo que yo sé, es la primera competición que pierdes en toda tu vida.

—¿Quién dijo que haya perdido? Estaba lo bastante distanciado de los demás y lo suficientemente cerca de la línea de meta, así que pude continuar cojeando y ganar. El consejo va a ponerse al menos a pensar en algún tipo de entrenamiento militar para los jóvenes. —Miró al escudero de Falquián—. Hola, Khalad —dijo—. ¿Cómo están tus madres?

—Bastante bien, mi señor. Nos detuvimos para verlas cuando llevábamos a la reina a Chyrellos para que pudiera ponerse al archiprelado sobre las rodillas y darle una azotaina.

—¡Khalad! —protestó Ehlana.

—¿Es que se suponía que no debía decir eso, majestad? Todos pensábamos que era eso lo que tenías en mente cuando salimos de Cimmura.

—Bueno..., algo parecido, creo..., pero tú no debes salir de una forma tan directa y decirlo de esa manera.

—Ah, no lo sabía. Por mi parte, pensaba que era una buena idea. Nuestra Santa Madre necesita algo por lo que preocuparse de vez en cuando. Eso evita que haga travesuras.

—Asombroso, Khalad —murmuró secamente el patriarca Emban—. Has conseguido insultar a la Iglesia y al Estado en menos de un minuto.

—¿Qué ha estado sucediendo en Eosia desde que yo me marché? —inquirió Vanion.

—No fue más que un pequeño malentendido entre Sarathi y yo, mi señor Vanion —replicó Ehlana—. Khalad estaba exagerando. Hace eso con bastante frecuencia... cuando no está ocupado en insultar a la Iglesia y al Estado a un mismo tiempo.

—Podríamos tener a otro Falquián creciendo en este muchacho. —Vanion sonrió abiertamente.

—Dios proteja a la Iglesia —dijo Emban.

—Y a la Corona —agregó Ehlana.

La princesa Danae se abrió camino hasta Vanion. Llevaba a *Mmrr* en una mano, que rodeaba la parte central de la gatita. *Mmrr* tenía una expresión resignada en su peludo rostro, y las patas le colgaban sin gracia.

—Hola, Vanion —dijo Danae, subiéndosele al regazo y dándole una especie de beso indiferente.

—Has crecido, princesa —comentó él con una sonrisa.

—¿Es que esperabas que me encogiera?

—¡Danae! —la reprendió Ehlana.

—Oh, madre, Vanion y yo somos viejos amigos. Él solía tenerme en brazos cuando era un bebé.

Falquián miró atentamente a su amigo, intentando averiguar si Vanion conocía o no el secreto de la pequeña princesa. Sin embargo, el rostro de Vanion no le reveló nada.

—Te he echado de menos, princesa —dijo a la niña.

—Ya lo sé. Todos me echan de menos cuando no estoy cerca. ¿Te he presentado ya a *Mmrr*? Es mi gata. Talen me la regaló. ¿No ha sido algo encantador por su parte?

—Mucho, Danae.

—Así pienso yo. Mi padre va a ponerlo a entrenarse cuando regresemos a casa. Probablemente sea mejor hacer todo eso mientras yo soy una niña.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué, princesa?

—Porque voy a casarme con él cuando crezca, y quiero que todas esas tonterías del entrenamiento hayan dejado de estar en medio. ¿Te gustaría coger a mi gata?

Talen se ruborizó y rió un poco nervioso, intentando conseguir que el anuncio de Danae fuese tomado como una especie de capricho de niña. Sin

embargo, sus ojos parecían un poco asustados.

—No debes avisarles de esa manera, princesa —le aconsejó la baronesa Melidere—. Tienes que esperar y decírselo en el último minuto posible.

—Ah. ¿Es así como se hace? —Danae miró a Talen—. ¿Por qué no te olvidas de lo que acabo de decir, entonces? —propuso mientras se encogía de hombros—. De todas formas, no voy a hacer nada al respecto durante los próximos diez o doce años. —Hizo una pausa—. U ocho, quizá. No tiene ningún sentido desperdiciar el tiempo, ¿verdad?

Talen la miraba fijamente con los primeros atisbos de terror en los ojos.

—No está haciendo más que bromear contigo, Talen —aseguró Kalten al muchacho—. E incluso en el caso de que no fuese así, estoy seguro de que cambiará de idea antes de que llegue a la edad peligrosa.

—Nunca sucederá eso, Kalten —dijo Danae con una voz como de acero.

Aquella noche, cuando se habían dispuesto todos los alojamientos y el grupo se había dispersado casi totalmente en las casas cercanas, Falquián se sentó en el fresco jardín con Sephrenia y Vanion. La princesa Danae estaba sentada en el reborde que rodeaba la fuente y miraba a su gatita. *Mmrr* había descubierto que en la fuente había peces de colores que nadaban, y los contemplaba, sentada, meneando la cola y con los ojos llenos de mortales intenciones.

—Tengo que saber algo antes de comenzar —dijo Falquián mirando directamente a Sephrenia—. ¿De qué está enterado? —Señaló a Vanion.

—Lo sabe casi todo, diría yo. No tengo secretos para él.

—Eso no es muy concreto, Sephrenia. —Falquián buscaba una forma de formular la pregunta sin revelar demasiado.

—Oh, dilo de una vez, Falquián —dijo Danae—. Vanion sabe quién soy yo. Al principio tuvo algún problema con ello, pero ahora está más o menos reconciliado con la idea.

—Eso no es totalmente cierto —disintió Vanion—. Sin embargo, eres tú el que tiene un problema en verdad muy grave, Falquián. ¿Qué tal te las arreglas con la situación?

—Mal —replicó Danae sorbiendo por la nariz—. No deja de hacer preguntas, a pesar de que sabe que no comprenderá las respuestas.

—¿Sospecha Ehlana? —preguntó Vanion con expresión seria.

—Por supuesto que no —replicó la diosa niña—. Falquián y yo decidimos eso desde el mismo principio. Cuéntales lo que ha estado sucediendo, Falquián... y no tardes toda la noche. Mirtai vendrá inevitablemente a buscarme

dentro de poco.

—Debe ser un puro infierno —comentó Vanion mirando a su amigo con compasión.

—No del todo. Pero tengo que vigilarla. En una ocasión había un enjambre de hadas polinizando las flores del jardín de palacio.

—Las abejas son demasiado lentas —explicó la niña con un encogimiento de hombros.

—Quizá sea así, pero la gente espera que sean las abejas quienes lo hagan. Si tú les transfieres el trabajo a las hadas, es inevitable que se produzcan comentarios. —Falquián se reclinó y miró a Vanion—. Sephrenia te ha hablado de los lamorks y de Drychtnath, ¿me equivoco?

—No te equivocas. No son solamente historias descabelladas ¿verdad?

Falquián negó con la cabeza.

—No. Nos encontramos con unos lamorks de la edad del bronce en las afueras de Demos. Después de que Ulath le rompiera la crisma al jefe, desaparecieron todos..., excepto los muertos. Oscagne está convencido de que se trata de algún tipo de maniobra de diversión..., algo parecido a lo que estaba haciendo Martel para mantenernos alejados de Chyrellos durante la elección del archiprelado. Hemos visto algunas veces a Krager, y eso le confiere un cierto peso a la teoría de Oscagne, pero tú nos enseñaste que es un error intentar librar la última batalla otra vez desde el principio, así que yo personalmente no me he centrado en la idea de que lo que está sucediendo en Lamorkand sea una mera maniobra de diversión. Realmente no puedo aceptar la idea de que alguien vaya a tomarse todas esas molestias para mantener a los caballeros de la Iglesia alejados de Tamuli... cuando los atanes ya están aquí.

Vanion asintió con la cabeza.

—Vas a necesitar que alguien te ayude cuando llegues a Matherion, Falquián. La cultura tamul es muy sutil y podrías cometer desatinos colosales sin darte cuenta siquiera de ello.

—Gracias, Vanion.

—Sin embargo, no eres el único. Tus compañeros no son los hombres más diplomáticos del mundo, y Ehlana tiene tendencia a saltarse las cercas cuando se emociona. ¿De verdad que se enfrentó cara a cara con Dolmant?

—Oh, sí —dijo Danae—. Tuve que besarlos a los dos hasta someterlos antes de poder restablecer la paz entre ambos.

—¿Quién sería el mejor para enviar, Sephrenia? —preguntó Vanion.

—Yo.

—Eso está fuera de discusión. No volveré a separarme de ti.

—Eso es muy dulce, querido. ¿Por qué no nos acompañas, entonces?

Él pareció vacilar.

—Yo...

—No seas tan tonto, Vanion —dijo Danae—. No morirás en el momento en el que salgas de Sarsos..., no más de lo que lo hiciste cuando abandonaste mi isla. Ya estás completamente curado.

—No era por eso por lo que estaba preocupado —replicó él—, pero de todas formas, Sephrenia no puede marcharse de Sarsos. Es miembro del Consejo de Estiricum.

—He sido miembro del Consejo de Estiricum durante varios siglos, Vanion —dijo Sephrenia—. Ya me he marchado antes de aquí..., a veces durante largos períodos. Los otros miembros del consejo lo comprenden. Todos tienen que hacer lo mismo de vez en cuando.

—No domino muy bien esas reglas del consejo —reconoció Falquián—. Sabía que los estirios se mantenían en contacto los unos con los otros, pero no era consciente de que estuviera tan bien entretendido.

—Nosotros no le damos publicidad al asunto. —Sephrenia se encogió de hombros—. Si los elenios se enterasen, intentarían convertirlo en una conspiración general.

—Tu participación en el consejo ha salido varias veces en la conversación —observó Falquián—. ¿El consejo es realmente decisorio o se trata de alguna clase de cuerpo ceremonial?

—Oh, no, Falquián —dijo Vanion—. El consejo es muy importante. Estiricum es una teocracia, y el consejo está compuesto por los sumos sacerdotes y sacerdotisas de los dioses jóvenes.

—Ser la sacerdotisa de Aphrael no es una posición imponente. —Sephrenia sonrió mirando con cariño a la niña diosa—. No está muy interesada en hacerse valer, dado que habitualmente consigue lo que quiere por otros medios. Obtengo algunos privilegios..., como esta casa..., pero tengo que asistir a las reuniones de los Mil, y eso puede ser tedioso en ocasiones.

—¿Los Mil?

—Es otro de los nombres del consejo.

—¿Hay un millar de dioses jóvenes? —Falquián estaba un poco sorprendido ante aquello.

—Pero por supuesto que sí, Falquián —dijo Aphrael—. Todo el mundo lo sabe.

—¿Y por qué un millar?

—Es un nombre bonito con un sonido agradable. En estirio es *ageraluon*.

—No conocía la palabra.

—Significa diez veces diez veces diez..., algo así. Tuvimos una discusión bastante fuerte al respecto con un primo mío. Tenía un cocodrilo como mascota, y le había arrancado un dedo de un mordisco. Después de eso siempre tuvo problemas para contar. Quería que fuéramos *ageralican*: nueve veces nueve veces nueve, pero le explicamos que ya éramos más de ese número, y que si queríamos ser *ageralican*, algunos de nosotros tendrían que ser aniquilados. Le preguntamos si le importaría presentarse voluntario para ser uno de éstos, y abandonó la idea.

—¿Por qué podría alguien querer tener un cocodrilo como mascota?

—Es una de las cosas que hacemos. Convertimos en mascotas a los animales que los seres humanos no podéis controlar. Los cocodrilos no están tan mal. Al menos no tienes que darles de comer.

—No, pero tienes que contar a los niños cada mañana. Ahora comprendo por qué ese asunto de las ballenas no deja de surgir de vez en cuando.

—Creo que nos estamos alejando un poco del tema —comentó Vanion—. Sephrenia me ha dicho que tienes algunas sospechas bastante exóticas.

—He intentado explicar algo que todavía no acabo de ver del todo claro, Vanion. Es como empezar a describir a un caballo cuando lo único que tienes a mano es la cola. Tengo un montón de trozos y retazos, pero no mucho más. Estoy convencido de que muchas de las cosas que hemos visto hasta ahora, y probablemente un montón que no hemos visto, están encadenadas, y de que hay una sola inteligencia que las guía. Creo que se trata de un dios, Vanion, o de varios dioses.

—¿Estás seguro de que tu encuentro con Azash no ha hecho que comenzaras a ver divinidades hostiles debajo de las camas y dentro de los armarios oscuros?

—Tengo entendido, según la mejor de las autoridades, que sólo un dios puede levantar a todo un ejército del pasado. La autoridad que me lo dijo se mostró bastante vanidosa al respecto.

—Sé amable, padre —dijo Danae con tono remilgado—. Es demasiado complejo, Vanion —explicó la niña—. Cuando levantas a un ejército del pasado, tienes que resucitar a cada soldado por separado; y tienes que saberlo todo

acerca de él cuando lo haces. Son los detalles los que derrotan a los magos humanos cuando lo intentan.

—¿Alguna idea? —preguntó Vanion a su amigo.

—Varias —gruñó Falquián—, y ninguna de ellas demasiado agradable. ¿Recuerdas la sombra de la que te hablé? ¿Aquella que estuvo siguiéndome por toda Eosia cuando maté a Ghwerig?

Vanion asintió con la cabeza.

—Hemos estado viéndola otra vez, y en esta ocasión todos pueden verla.

—Eso no suena demasiado bien.

—No, desde luego que no. La vez anterior, la sombra era los dioses troll.

Vanion se estremeció, y seguidamente ambos posaron sus ojos en Sephrenia.

—¿No es agradable eso de que te necesiten? —preguntó Danae a su hermana.

—Hablaré con Zalasta —suspiró Sephrenia—. Ha estado manteniéndose al corriente de aquí, de Sarsos, en nombre del emperador. Probablemente él sepa muchas cosas sobre el tema, así que le pediré que venga mañana.

Se oyó un sonoro golpe en el agua.

—Ya te dije que eso iba a suceder, *Mmrr* —dijo presumidamente Danae a la gatita de ojos muy abiertos que luchaba para mantenerse a flote en la fuente. Los problemas de *Mmrr* se veían aumentados por el hecho de que los peces estaban defendiendo ferozmente su territorio por el sistema de darle golpes con el morro en las patas y el estómago.

—Sácala, Danae —dijo Falquián.

—Me dejará toda mojada, padre, y luego madre me regañará. *Mmrr* se metió ella sola en ese lío. Déjala que salga de él por sus propios medios.

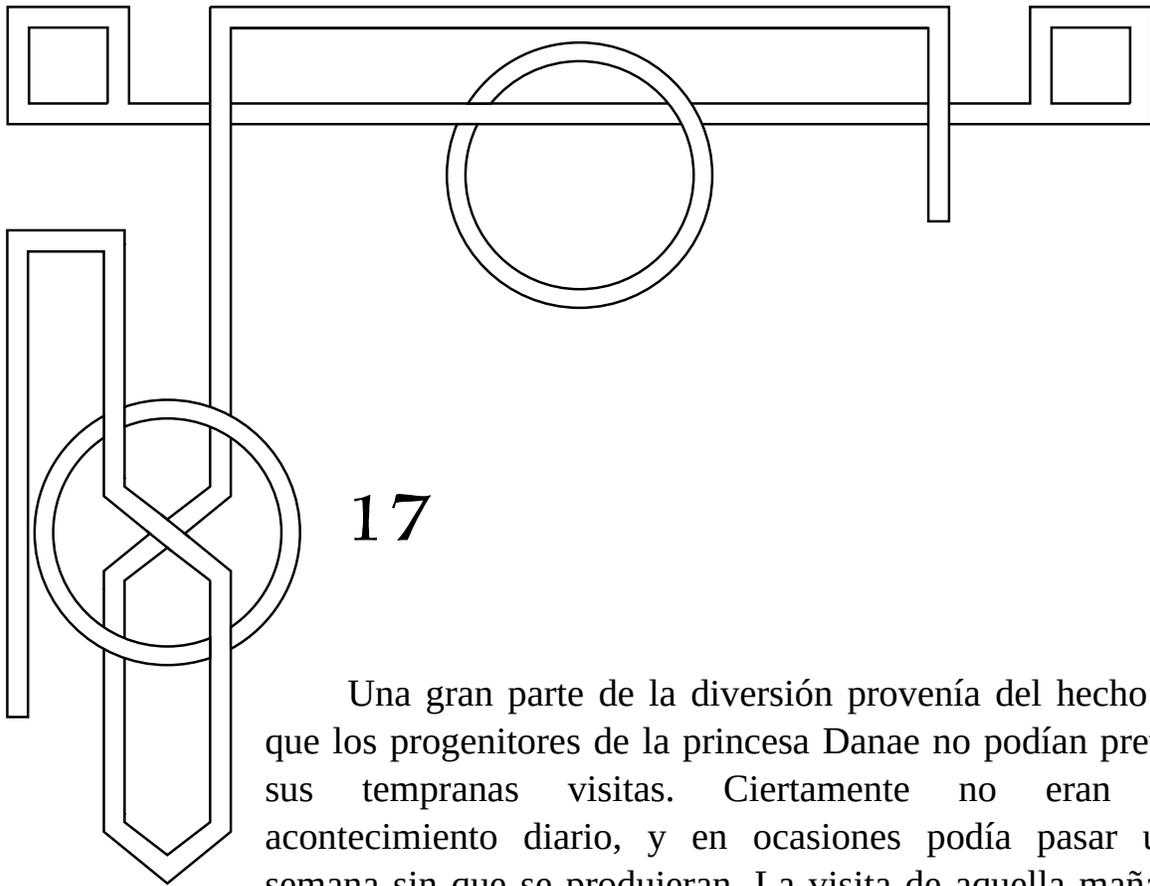
—Se ahogará.

—Oh, por supuesto que no se ahogará, Falquián. Ella sabe nadar. Mírala. Está nadando estilo gato como loca.

—¿Que está haciendo qué?

—Nadando estilo gato. No puede llamársele realmente estilo perro, ¿no crees? Después de todo, no es una perra. Nosotros, los estirios, hablamos continuamente de nadar al estilo gato, ¿no es cierto, Sephrenia?

—Yo nunca lo he hecho —murmuró Sephrenia.



## 17

Una gran parte de la diversión provenía del hecho de que los progenitores de la princesa Danae no podían prever sus tempranas visitas. Ciertamente no eran un acontecimiento diario, y en ocasiones podía pasar una semana sin que se produjeran. La visita de aquella mañana fue, por supuesto, igual a todas las demás. La persistencia es uno de los atributos divinos más importantes. La puerta se abrió de golpe y la princesa, con los cabellos negros volando y los ojos llenos de alegría, entró corriendo en la habitación y se reunió con sus progenitores dando un salto y un alarido enormes. El salto fue seguido, como siempre, por una gran cantidad de contorsiones y excavaciones entre la ropa de la cama, hasta que Danae estuvo firmemente instalada entre su padre y su madre.

La niña nunca hacía esas visitas sin llevar compañía. *Rollo* no era realmente un problema. *Rollo* era un juguete de buenos modales, ansioso por complacer y casi nunca intruso. *Mmrr*, por su parte, podía ser una peste. Le tenía bastante afición a Falquián, y era un genio metiéndose entre las mantas. Tener a una gatita de uñas afiladas subiéndole a uno por un lado de una de las piernas antes de que esté plenamente despierto, puede ser una experiencia irritante. Falquián apretó los dientes y resistió.

—Los pájaros se han levantado —anunció Danae en un tono casi acusador.

—Me alegro por ellos —replicó Falquián, mientras hacía una mueca de dolor

porque la gatita, que se movía por entre las mantas, comenzó a amasarle rítmicamente la cadera con las uñas.

—Estás malhumorado esta mañana, padre.

—Hasta este momento me sentía muy bien. Por favor, dile a tu gata que no me utilice como alfiletero.

—Lo hace porque te quiere.

—Eso me conmueve el corazón. De todas formas, preferiría que se guardara las garras para sí.

—¿Está siempre así por las mañanas, madre?

—A veces. —Ehlana se echó a reír y abrazó a la niña—. Creo que depende de lo que haya cenado.

*Mmrr* comenzó a ronronear. La mayor parte de los gatos adultos ronronean con una cierta decorosa moderación. Los gatitos, no.

Aquella mañana en particular, la pequeña gata de Danae sonaba de una forma muy parecida a una tormenta eléctrica que se aproximase o como un molino con un engranaje descentrado.

—Renuncio —dijo Falquián. Se quitó las mantas de encima, salió de la cama y se puso una túnica—. No hay forma de dormir con vosotras tres alrededor —las acusó—. ¿Te vienes, *Rollo*?

Su esposa e hija le dirigieron una rápida mirada de sorpresa, y luego intercambiaron una de preocupación. Falquián cogió al juguete de paño de Danae y salió lentamente del dormitorio. Mientras se alejaba pudo oír a Ehlana y Danae que susurraban. Dejó caer el juguete en una silla.

—Es absolutamente imposible, *Rollo*, viejo amigo —dijo, asegurándose de que las mujeres de la familia podían oírlo—. No sé cómo puedes soportarlo.

Del dormitorio le llegó un profundo silencio.

—Creo que tú y yo deberíamos de marcharnos durante un tiempo, amigo mío —continuó Falquián—. Están comenzando a tratarnos como si fuéramos muebles.

*Rollo* no dijo absolutamente nada, pero es que *Rollo* raras veces lo hacía.

Sin embargo, Sephrenia, que en ese momento se hallaba de pie en la puerta, pareció un poco sobresaltada.

—¿No te encuentras bien, Falquián?

—Estoy bien, pequeña madre. ¿Por qué lo preguntas? —realmente no había esperado que nadie presenciase una actuación destinada en principio para su esposa e hija.

—Te das cuenta de que estás hablando con un juguete de paño, ¿no es así?  
Falquián miró fijamente a *Rollo* con fingida sorpresa.

—Vaya, creo que tienes razón, Sephrenia. Es extraño que no lo haya advertido. Quizá tenga algo que ver con eso de que me saquen de la cama al romper el alba. —Por muy buena cara que intentase poner ante aquella situación, las cosas no iban a salir muy bien.

—¿Puede saberse de qué estás hablando, Falquián?

—¿Lo ves, *Rollo*? —dijo Falquián, intentando rescatar al menos algo—. Sencillamente no lo comprenden..., ninguna de ellas.

—¿Eh... príncipe Falquián? —era la camarera de Ehlana, Alean. Había entrado en la habitación sin que nadie se diera cuenta, y sus grandes ojos tenían una expresión preocupada—. ¿Te encuentras bien?

Las cosas estaban deteriorándose en todo el entorno de Falquián.

—Es una larga, larga historia, Alean. —Suspiró.

—¿Has visto a la princesa, mi señor? —Alean lo estaba mirando de forma extraña.

—Está en la cama con su madre. —Realmente no le quedaba mucho que salvar de la situación—. Me voy a la caseta de baños... si alguien quiere saberlo.

Y salió con pasos majestuosos con los añicos de su dignidad arrastrándose detrás de él.

Zalasta el estirio era un hombre de aspecto ascético, con cabellos blancos y largas y plateadas barbas. Tenía el rostro angular y de apariencia incompleta de todos los hombres estirios, enmarañadas cejas negras y una sonora voz profunda. Era el más viejo amigo de Sephrenia, y en general se lo reconocía como al más sabio y poderoso mago de Estiricum. Vestía una cogulla blanca y llevaba un báculo; esto último puede que no fuese más que un rasgo de afectación, puesto que era un hombre bastante vigoroso y no necesitaba ayuda alguna para caminar. Hablaba muy bien la lengua elenia, aunque con un fuerte acento estirio. El grupo de Falquián se había reunido aquella mañana en el jardín interior de Sephrenia para escuchar los detalles que les explicaría Zalasta sobre lo que realmente estaba sucediendo en Tamuli.

—No podemos estar totalmente seguros de si son o no reales —estaba diciendo Zalasta—. Cuando se les ha visto, ha sido de forma casual y muy fugazmente.

—¿Pero son en verdad trolls? —inquirió Tynian.

Zalasta asintió con la cabeza.

—No hay ninguna otra criatura que se parezca a los trolls.

—Ésa es una verdad como un templo —murmuró Ulath—. Es perfectamente probable que lo que han visto hayan sido trolls. Hace poco tiempo que todos recogieron sus cosas y se marcharon de Thalesia. Nadie pensó en ningún momento en detener a uno y preguntarle por qué lo hacían.

—También se ha visto a los hombres aurora en algunas ocasiones —informó Zalasta.

—¿Qué son los hombres aurora, erudito? —preguntó el patriarca Emban.

—Criaturas humanoides del principio de los tiempos, vuestra gracia. Son un poco más grandes que los troll y no tan inteligentes como ellos. Deambulan en grupos y son muy salvajes.

—Nosotros nos encontramos con ellos, amigo Zalasta —comentó brevemente Kring—. Perdí a muchos camaradas aquel día.

—Puede que no exista una conexión —continuó Zalasta—. Los troll son criaturas contemporáneas, pero los hombres aurora provienen decididamente del pasado. Su especie se extinguió hace unos cincuenta eones. También ha habido algunos informes no confirmados de gente que ha visto a los cyrgais.

—Puedes considerar eso como confirmado, Zalasta —le aseguró Kalten—. Nos proporcionaron bastante entretenimiento durante una noche de la semana pasada.

—Eran guerreros terribles —dijo Zalasta.

—Puede que hayan impresionado a sus contemporáneos —lo contradijo Kalten—, pero las tácticas, las armas y los equipos modernos superan un poco las capacidades de esas gentes. Las catapultas y la carga de los caballeros parecen desconcertarlos.

—¿Quiénes son exactamente los cyrgais, erudito? —preguntó Vanion.

—Te di los pergaminos que hablan de ellos, Vanion —replicó Sephrenia—. ¿No los has leído?

—Todavía no he llegado a ese punto. El estirio es un idioma difícil de leer. Alguien debería pensar en la posibilidad de simplificar vuestro alfabeto.

—Un momento —lo interrumpió Falquián. Miró a Sephrenia—. Yo nunca te he visto leer absolutamente nada —la acusó—. No dejabas que Flauta tocara siquiera un libro.

—Un libro elenio, no.

—Entonces ¿sabes leer realmente?

—En estirio, sí.

—¿Por qué no nos lo dijiste?

—Porque no era asunto vuestro, querido.

—¡Nos mentiste! —Aquello lo escandalizaba por algún motivo.

—No, en realidad, no lo hice. No sé leer elenio..., en gran parte porque no quiero hacerlo. Es un idioma sin gracia, y vuestras obras son feas..., como telas de araña.

—Tú nos hiciste creer deliberadamente que eras demasiado simple como para aprender a leer.

—Eso era algo así como necesario, querido. Los novicios pandion no son muy sofisticados que digamos, y teníais que tener algo respecto a lo cual sentiros superiores.

—Sé amable —masculló Vanion.

—He tenido que entrenar a una docena de esos maravillosos patanes torpes, Vanion —dijo ella con una cierta aspereza—, y he soportado su insufrible condescendencia durante el proceso. Sí, Falquián, sé leer, y sé contar, y puedo discutir de filosofía e incluso de teología si es necesario, y tengo plenos conocimientos de lógica.

—No sé por qué me estás chillando —protestó él suavemente mientras besaba las palmas de las manos de la mujer—. Yo siempre he creído que eras una dama muy agradable... —Volvió a besarle las palmas— para ser estiria, quiero decir.

Ella arrancó sus manos de las de él y luego vio la amplia sonrisa del rostro de su discípulo.

—Eres imposible —dijo, también sonriendo de pronto.

—Estábamos hablando de los cyrgais, según creo —comentó Stragen con tranquilidad—. ¿Quiénes son exactamente?

—Se han extinguido, por fortuna —replicó Zalasta—. Pertenecieron a una raza que aparentemente no estaba relacionada con ninguna de las otras de Daresia..., ni con la tamul ni con la elenia, y ciertamente no con la estiria. Alguien ha sugerido que podrían estar remotamente emparentados con los valesianos.

—Yo no puedo estar de acuerdo con eso, erudito —disintió Oscagne—. Los valesianos no tienen siquiera un gobierno, y carecen del concepto de guerra. Son las gentes más felices del mundo. No pueden, de forma alguna, estar

emparentados con los cyrgais.

—El temperamento está a veces basado en el clima, excelencia —señaló Zalasta—. Valesia es un paraíso, y Cynesga central no es ni con mucho tan agradable. En cualquier caso, los cyrgais adoraban a un dios monstruoso llamado Cyrgon... y, como hacen los pueblos más primitivos, adoptaron su nombre del de su dios. Supongo que todos los pueblos son egotistas. Estamos convencidos de que nuestro dios es mejor que el de los demás y de que nuestra raza es superior. Los cyrgais llevaban eso a los extremos. No podemos realmente demostrar las creencias de un pueblo extinto, pero al parecer llegaban tan lejos como para creer que pertenecían de alguna manera a una especie diferente del resto de los seres humanos. También creían que toda la verdad les había sido revelada a ellos por Cyrgon, por lo que se resistían poderosamente a las nuevas ideas. Llevaban el concepto de la sociedad guerrera a límites absurdos, estaban obsesionados por el tema de la pureza racial y se afanaban por conseguir la perfección física. Los bebés deformes eran llevados al desierto y abandonados para que murieran. Los soldados que recibían heridas incapacitadoras en la batalla eran asesinados por sus amigos. Las mujeres que tenían muchas hijas eran estranguladas. Construyeron una ciudad estado junto al oasis de Cyrga, de Cynesga central, y se aislaron rígidamente de otros pueblos e ideas. Los cyrgais les tenían un miedo terrible a las ideas. La suya fue quizá la única cultura de la historia humana que idealizaba la estupidez. Consideraban la inteligencia superior como un defecto, y los niños claramente brillantes eran asesinados.

—Bonito grupo —masculló Talen.

—Conquistaban y esclavizaban a sus vecinos, por supuesto, principalmente a los nómadas del desierto de determinadas razas, y dado lo que son los soldados, se produjo una gran cantidad de mezcla racial.

—Pero eso era perfectamente correcto, ¿no es así? —agregó con acritud la baronesa Melidere—. La violación está siempre permitida ¿verdad?

—En este caso, no, baronesa —replicó Zalasta—. Cualquier cyrgai al que se sorprendía «confraternizando» se lo mataba en el sitio.

—¡Qué idea tan refrescante! —murmuró la muchacha.

—También lo era la mujer, claro está. Sin embargo, a pesar de sus mejores esfuerzos, los cyrgais acabaron produciendo un buen número de descendientes de raza mezclada. En opinión de ellos, eso era una abominación, y los mestizos eran asesinados siempre que se podía. No obstante, en un momento dado parece que Cyrgon cambió de opinión. Vio que a esos mestizos podía dárselos un uso.

Se les proporcionó un poco de entrenamiento y se convirtieron en parte del ejército. Se los llamaba «cynesganos», y llegado un momento llegaron a componer esa parte del ejército que realizaba todo el trabajo sucio y entre los que se producía la mayor parte de las bajas. Cyrgon tenía una meta, como veréis..., la meta habitual de alguien con inclinaciones militaristas.

—¿La dominación del mundo? —sugirió Vanion.

—Precisamente. Los cynesganos fueron alentados a reproducirse, y los cyrgais los utilizaban para ampliar sus fronteras. Muy pronto controlaron todo el desierto, y comenzaron a empujar las fronteras de sus vecinos. Ése fue el punto en el que nosotros nos enfrentamos con ellos. Los cyrgais no estaban realmente preparados para luchar contra los estirios.

—Puedo imaginarlo —comentó Tynian con una risa.

Zalasta sonrió fugazmente. Era un tipo de sonrisa indulgente apenas teñida de condescendencia.

—Los sacerdotes de Cyrgon tenían ciertos limitados dones —continuó el estirio—, pero no estaban a la altura de lo que se encontraron aquí. —Estaba sentado y daba ligeros toques con los dedos—. Tal vez, cuando se lo examina en detalle, ése es nuestro verdadero secreto —reflexionó—. Los demás pueblos tienen sólo un dios..., o como máximo un pequeño grupo de ellos. Nosotros tenemos un millar, los cuales se llevan más o menos bien entre ellos y están de acuerdo, en términos generales, sobre lo que debe hacerse. En cualquier caso, la incursión de los cyrgais al interior de las tierras estirias resultó desastrosa para ellos. Perdieron virtualmente a la totalidad de sus cynesganos y a una parte importante de sus cyrgais de pura raza. Se retiraron en el más absoluto desorden, y los dioses jóvenes decidieron que había que persuadirlos de que se quedaran en casa después de eso. Nadie sabe hasta el día de hoy cuál de los dioses jóvenes desarrolló la idea, pero fue positivamente brillante, tanto por su sencillez como por su eficacia. Una enorme águila voló alrededor de Cynesga en un solo día, y su sombra dejó una marca invisible en el suelo. La marca no significa absolutamente nada para los cynesganos, los atanes, los tamules, los estirios o los elenios, ni tampoco para los arjunis. Sin embargo, era terriblemente importante para los cyrgais, porque a partir de aquel día, cualquier cyrgai que pisara esa línea moría instantáneamente.

—Espera un momento —objetó Kalten—. Nosotros nos hemos encontrado con cyrgais justo al oeste de aquí. ¿Cómo pudieron atravesar esa línea?

—Eran cyrgais del pasado, *sir* Kalten —le explicó Zalasta tendiendo las

manos abiertas ante sí—. Podemos suponer que la línea no existía para ellos, porque el águila todavía no había descrito su vuelo cuando ellos marcharon hacia el norte.

Kalten se rascó la cabeza y frunció el entrecejo.

—Realmente no soy tan bueno en lógica —confesó—, pero ¿no hay un agujero en algún punto de ese razonamiento?

Bevier estaba luchando con la idea.

—Creo que ya veo cómo funciona —dijo con un tono algo dubitativo—, pero tendré que repasarlo unas cuantas veces para estar seguro.

—La lógica no puede responder a todas las preguntas, *sir* Bevier —advirtió Emban. Vaciló—. No tienes necesidad de decirle a Dolmant que yo he hecho ese comentario, por supuesto —agregó.

—Existe la posibilidad de que el encantamiento ya no sea activo —sugirió Sephrenia a Zalasta—. No hay necesidad alguna de él dado que los cyrgais ya no existen.

—Ni tampoco cómo demostrarlo —agregó Ulath—, ni de una forma ni de otra.

De pronto, Stragen se echó a reír.

—Está en lo cierto, ¿sabéis? —dijo—. Muy bien podría estar esa mortal maldición en el desierto, de la que nadie tiene siquiera conocimiento porque la gente contra la que fue dirigida murió hace miles de años. ¿Qué les sucedió finalmente, erudito? —preguntó a Zalasta—. Antes has dicho que se habían extinguido.

—En realidad, mi señor Stragen, se reprodujeron hasta la inexistencia.

—¿No existe una contradicción en eso? —preguntó Tynian.

—En realidad, no. Los cynesganos habían sido casi completamente borrados de la faz de la tierra, pero entonces eran de una importancia vital dado que eran las únicas tropas de Cyrgon que podían trasponer la frontera. Ordenó a los cyrgais que se concentraran en reproducirse para formar un ejército con esos anteriormente despreciados inferiores. Los cyrgais eran soldados perfectos que siempre obedecían las órdenes al pie de la letra. Dedicaron sus atenciones a las mujeres cynesganas, incluso a costa de la exclusión de las propias. Cuando se dieron cuenta del error que habían cometido, sus mujeres ya habían pasado la edad fértil. La leyenda asegura que el último de los cyrgais murió hace alrededor de diez mil años.

—Eso eleva la estupidez a una forma de arte, ¿no os parece? —observó

Stragen.

Zalasta le dedicó una especie de débil sonrisa.

—En cualquier caso, lo que había sido Cyrga es ahora Cynesga. Está poblada por una defectuosa raza mestiza que consigue sobrevivir sólo porque se halla a caballo de las principales rutas comerciales entre los tamules del este y los elenios del oeste. El resto del mundo mira a estos herederos de los invencibles cyrgais con el más profundo desprecio. Son furtivos, cobardes, ladrones y asquerosamente serviles..., un destino apropiado para los descendientes de una raza que en otra época pensó que estaba predestinada a dominar el mundo.

—La historia es una asignatura tremendamente sombría —suspiró Kalten.

—Cynesga no es el único lugar en el que el pasado está regresando para perseguirnos —agregó Zalasta.

—Ya lo hemos advertirlo —replicó Tynian—. Los elenios de Astel occidental están todos completamente convencidos de que Ayachin ha vuelto.

—Entonces habréis oído hablar de ése al que llaman Sable —inquirió Zalasta.

—Nos hemos tropezado con él un par de veces —respondió Stragen entre carcajadas—. No creo que constituya una amenaza muy grande. Es un adolescente afectado.

—Sin embargo, satisface las necesidades de los astelianos occidentales —agregó Tynian—. No son exactamente el tipo de gente que llamaría profunda.

—Ya los conozco —comentó Zalasta con una mueca torcida—. No obstante, Kimear de Daconia y el barón Parok, su portavoz, son un poco más serios. Kimear era uno de esos jinetes que emergía de vez en cuando en las sociedades elenias. Dominó a los otros dos reinos elenios de Astel occidental y fundó uno de esos imperios de un milenio que surgen de tanto en tanto y caen en pedazos tan pronto como muere el fundador. El héroe de Edom es Incetes..., un tipo de la edad del bronce que consiguió causarles a los cyrgais la primera derrota. El que se dedica a hablar en su nombre se llama a sí mismo Rebal. Ése no es su verdadero nombre, por supuesto. La agitación política generalmente se realiza con nombres falsos. Ayachin, Kimear e Incetes apelan a las más simples de las emociones de los elenios... principalmente la masculinidad. No querría por nada del mundo ofenderos, amigos míos, pero los elenios parecéis gustar de romper cosas y quemar las casas de los otros pueblos.

—Un defecto racial —concedió Ulath.

—Los arjunis nos plantean unos problemas ligeramente distintos —continuó

Zalasta—. Son miembros de la raza tamul, y sus impulsos más profundos son un poco más sofisticados. Los tamules no quieren gobernar el mundo, sólo quieren poseerlo. —Sonrió fugazmente a Oscagne—. No obstante, los arjunis no son muy atractivos como representantes de su raza. El héroe de esas gentes es el tipo que inventó el comercio de esclavos.

La respiración de Mirtai produjo un seco siseo y su mano se desplazó hasta la daga.

—¿Hay algún problema, atana? —preguntó suavemente Oscagne.

—Yo he experimentado el comercio de esclavos de Arjuna, Oscagne —replicó ella con brevedad—. Espero que algún día volveré a hacerlo, y esa vez ya no seré una niña.

Falquián se dio cuenta de que Mirtai nunca les había contado la historia de cómo había llegado a convertirse en esclava.

—Este héroe arjuni es de una quinta algo más reciente que los demás —prosiguió Zalasta—. Vivió en el siglo veinte. Su nombre era Sheguan.

—Hemos oído hablar de él —dijo Engessa con tono árido—. Sus cazadores de esclavos solían hacer incursiones en los campos de entrenamiento de los niños atanes. Nosotros persuadimos más o menos a los arjunis de que no continuaran haciéndolo.

—Eso suena ominoso —observó la baronesa Melidere.

—Fue un absoluto desastre, baronesa —dijo Oscagne—. Algunos esclavistas arjuni realizaron una incursión en territorio atan en el siglo diecisiete, y el administrador imperial se dejó llevar por un exceso de legítima indignación. Autorizó a los atanes para que organizaran una expedición punitiva a los territorios de Arjuna.

—Nuestro pueblo aún canta canciones sobre eso —comentó Engessa de una forma casi soñadora.

—¿Malo? —preguntó Emban a Oscagne.

—Increíble —replicó Oscagne—. El burro estúpido que autorizó la expedición no se dio cuenta de que cuando uno ordena a los atanes que hagan algo, tiene que prohibir de forma específica determinadas medidas. Ese idiota simplemente los dejó sueltos. Llegaron incluso hasta el punto de ahorcar al mismísimo rey de Arjuna y persiguieron a todos sus súbditos hasta la selva meridional. Nos llevó casi doscientos años convencer a los arjunis de que salieran de entre los árboles. La repercusión económica fue un desastre para todo el continente.

—Esos acontecimientos son un poco más recientes —señaló Zalasta—. Los arjunis han sido siempre esclavistas, y Sheguan no era más que uno de los muchos que operaban en Arjuna septentrional. Se trataba de un organizador más que de cualquier otra cosa. Estableció los mercados de Cynesga y determinó los sobornos que protegían las rutas de esclavos. Lo más peculiar con lo que nos encontramos en Arjuna es que el portavoz es más importante que el héroe. Se llama Scarpa, y es un hombre brillante y peligroso.

—¿Y qué hay de los tamules mismos? —preguntó Emban—. ¿Y de los atanes?

—Ambos parecemos ser inmunes a la enfermedad, Emban —replicó Oscagne—. Probablemente se debe a que los tamules son demasiado egotistas como para adorar héroes, y a que los atanes de la antigüedad eran todos más bajos que sus descendientes, y los atanes modernos hacen caso omiso de ellos. —Dirigió una sonrisa bastante astuta a Engessa—. El resto del mundo está esperando, con el aliento contenido, el día en que el primer atan llegue a los tres metros y medio. Creo que ésa es la meta última de su campaña de reproducción selectiva. —Miró a Zalasta—. Tu información es mucho más explícita que la nuestra, erudito —felicitó al estirio—. Los mejores esfuerzos del imperio sólo han podido desenterrar los detalles más generales sobre esos pueblos.

—Yo tengo recursos diferentes a mi disposición, excelencia —replicó Zalasta—. Sin embargo, esos personajes de la antigüedad difícilmente serían dignos de una verdadera inquietud. Los atanes pueden enfrentarse con facilidad a cualquier insurrección puramente militar, pero ésta no es una situación totalmente militar. Alguien ha estado removiendo los aspectos más oscuros de la imaginación humana y entretejiendo los horrores del folclore en el aire. Hay vampiros y hombres lobo, ghoulés<sup>[6]</sup>, ogros, y una vez incluso un gigante de tres metros y medio. Los funcionarios estatales descartan estas cosas con un encogimiento de hombros como superstición, pero el pueblo llano de tamul está en un estado de abyecto terror. No podemos estar seguros de la realidad de ninguna de estas cosas, pero cuando uno mezcla monstruos con trolls, hombres aurora y cyrgais, obtiene una total desmoralización. Luego, para acabar de desbordar las cosas, también se han estado utilizando las fuerzas de la naturaleza. Se han producido tempestades titánicas, tornados, terremotos, erupciones volcánicas, e incluso eclipses aislados. El pueblo llano tamul está tan atemorizado que huye de los conejos y de las bandadas de gorriones. No hay un

auténtico foco de estos incidentes. Sencillamente ocurren al azar, y puesto que no hay un plan real tras ellos, no tenemos forma de predecir cuándo ni dónde sucederán. Es eso con lo que nos enfrentarnos, amigos míos..., una campaña continental de terror..., y muy, muy pronto la gente se volverá loca de miedo. El imperio se derrumbará, y el terror reinará como soberano supremo.

—¿Y cuáles eran las malas noticias que tenías para nosotros, Zalasta? —preguntó Vanion.

Zalasta sonrió fugazmente.

—Eres muy gracioso, señor Vanion —dijo—. Puede que esta tarde podamos reunir más información, amigos míos —comentó a los presentes—. Se os ha invitado a asistir a una sesión de los Mil. Vuestra visita a nuestra ciudad es bastante importante desde un punto de vista político, y a pesar de que el consejo raras veces se pone de acuerdo en algo, hay una fuerte corriente de opinión acerca de que podría existir una causa común con vosotros en este asunto. —Hizo una pausa y suspiró—. Creo que tenéis que estar preparados para un cierto antagonismo —advirtió—. En el consejo hay una facción que comienza a espumajear por la boca cuando alguien menciona siquiera la palabra «elenio». Estoy seguro de que intentarán provocaros.

—Está sucediendo algo que yo no comprendo, Falquián —murmuró quedamente Danae un poco más tarde.

Falquián se había retirado a un rincón del jardín de Sephrenia con uno de los pergaminos estirios de Vanion, y había estado intentando descifrar el alfabeto estirio. Allí lo había encontrado Danae y se le había subido al regazo.

—Pensaba que eras omnisciente —dijo él—. ¿No se supone que es ésa una de tus características?

—Basta ya. Aquí sucede algo terriblemente malo.

—¿Por qué no hablas de ello con Zalasta? Él es uno de tus adoradores, ¿no es cierto?

—¿Qué es lo que te ha hecho pensar eso?

—Creía que tú, él y Sephrenia habíais crecido juntos en una aldea.

—¿Y qué tiene que ver eso con lo que has dicho antes?

—Simplemente había supuesto que todos los habitantes de esa aldea te adoraban a ti. Es lógico que escogieras nacer en un poblado de tus creyentes.

—Tú no comprendes a los estirios en lo más mínimo, ¿verdad? Ésa es la idea

más aburrida que haya oído jamás... ¿Toda una aldea que adora al mismo dios? ¡Qué aburrido!

—Los elenios lo hacen.

—Los elenios también comen cerdo.

—¿Y qué tienes tú en contra de los cerdos?

Ella se estremeció.

—¿A quién adora Zalasta, si no es uno de tus partidarios?

—Él no ha decidido contárnoslo, y es terriblemente descortés preguntar una cosa así.

—¿Cómo ha llegado a ser un miembro de los Mil, entonces? Pensaba que tenía que ser un sumo sacerdote para estar cualificado para ello.

—Él no es miembro. No quiere serlo. Solamente los aconseja. —Frunció los labios—. En realidad no debería decir esto, Falquián, pero no espero una sabiduría magnífica del consejo. Algunos de los Mil son terriblemente estúpidos.

—¿Puedes obtener algún tipo de pista respecto a qué dios está detrás de todos estos disturbios?

—No. Quienquiera que sea, no quiere que los demás conozcamos su identidad, y existen formas en las que podemos ocultarnos. Casi lo único que puedo decirte es que no es un dios estirio. Pon una atención muy seria a la reunión de esta tarde, Falquián. Mi temperamento es estirio, y puede que haya cosas que pase por alto simplemente porque no estoy acostumbrada a ellas.

—¿Qué es lo que quieres que busque?

—No lo sé. Utiliza tu rudimentaria intuición. Busca notas falsas, lapsus, cualquier clase de pista que apunte a que alguien no es del todo lo que parece ser.

—¿Sospechas que pueda haber un miembro de los Mil que esté trabajando para el otro bando?

—Yo no he dicho eso. Sólo he afirmado que hay algo que no encaja. Tengo otra de esas premoniciones, como la que tuve en la casa de Kotyk. Aquí hay algo que no es lo que se supone que debería ser. Trata de averiguar de qué se trata, Falquián. Realmente necesitamos saberlo.

El consejo de los Mil se reunía en un majestuoso edificio de mármol emplazado en el centro exacto de Sarsos. Era una construcción imponente que incluso llegaba a intimidar, y que se abría paso arrogante hacia el cielo. Al igual que la

mayoría de los edificios públicos, estaba totalmente desprovista de calidez y humanidad. Tenía amplios corredores de mármol llenos de ecos, y enormes puertas de bronce diseñadas para hacer que la gente se sintiera pequeña e insignificante.

La reunión de esa tarde tuvo lugar en una amplia sala semicircular, con filas y más filas de bancos de mármol que ascendían en forma de gradas por los lados. Había diez de esas filas, con asientos separados por espacios regulares. Era todo muy lógico. Los arquitectos suelen ser lógicos, ya que sus edificios tienen tendencia a derrumbarse cuando no lo son.

Por sugerencia de Sephrenia, Falquián y los demás caballeros llevaban todas unas sencillas túnicas blancas para evitar las desagradables asociaciones que surgían en la mente de los estirios cuando se encaraban con elenios armados. Los caballeros, no obstante, llevaban cotas de malla y espadas debajo de las túnicas.

La sala estaba llena aproximadamente hasta la mitad, dado que en cualquier momento una parte del consejo se hallaba fuera dedicándose a otros asuntos. Los miembros de los Mil ocupaban sus asientos o se paseaban por la sala hablando en voz baja los unos con los otros. Algunos se desplazaban con un propósito definido entre sus colegas, hablando con seriedad. Otros reían y hacían bromas. Algunos dormían.

Zalasta los condujo hasta la parte frontal de la sala, donde se habían dispuesto unas sillas para ellos, cara al auditorio, en una especie de semicírculo.

—Tengo que ir a ocupar mi asiento —dijo Sephrenia en voz baja—. Por favor, no adoptéis ninguna acción inmediata si alguien os insulta. Hay varios milenios de resentimiento acumulados en esta sala, y una parte del mismo está condenado a derramarse. —Atravesó la sala y se sentó en uno de los bancos de mármol.

Zalasta avanzó hasta el centro de la estancia y permaneció en silencio, sin hacer intento alguno de llamar a la asamblea al orden. Las cortesías tradicionales eran obscuras en aquel lugar. Gradualmente, las conversaciones fueron apagándose, y los miembros del consejo ocuparon sus asientos.

—Si le place al consejo —dijo Zalasta—, hoy nos honran con su presencia unos importantes invitados.

—Ciertamente no me place a mí —replicó uno de los miembros—. Estos «invitados» parecen elenios en su mayoría, y yo no estoy particularmente interesado en codearme con comedores de cerdo.

—Esto promete ser bastante desagradable —murmuró Stragen—. Nuestros

primos estirios parecen ser tan capaces como nosotros de ser unos patanes.

Zalasta hizo caso omiso del orador de malos modales y continuó.

—Sarsos es una ciudad súbdita del imperio tamul —les recordó—, y nos beneficiamos enormemente de esa relación.

—Y los tamules se aseguran de que paguemos esos beneficios —exclamó otro miembro.

Zalasta también hizo caso omiso de ese comentario.

—Estoy seguro de que todos os uniréis a mí para dar la bienvenida al primer secretario, Oscagne, jefe de los servicios exteriores imperiales.

—No sé qué es lo que te hace estar tan seguro de eso, Zalasta —gritó alguien con una estridente carcajada.

Oscagne se puso de pie.

—Me siento abrumado por esta demostración de afecto —declaró secamente en un estirio perfecto.

Se oyeron silbidos provenientes de las filas de asientos. Los silbidos se apagaron de forma bastante repentina cuando Engessa se puso de pie y permaneció en esa postura con los brazos cruzados sobre el pecho. Ni siquiera se molestó en mirar a los revoltosos consejeros con el entrecejo fruncido.

—Eso está mejor —dijo Oscagne—. Me alegro de que la legendaria cortesía del pueblo estirio se haya hecho finalmente evidente. Si me lo permitís, os presentaré brevemente al resto de los miembros de nuestro grupo, y luego pondremos ante vosotros un tema urgente para que lo toméis en consideración. —Presentó brevemente al patriarca Emban. Un colérico murmullo recorrió la sala.

—Eso va dirigido contra la Iglesia, vuestra gracia —le aseguró Stragen—, no contra vos personalmente.

Cuando Oscagne presentó a Ehlana, uno de los miembros del consejo que se hallaba sentado en la fila superior susurró una observación a los que estaban cerca de él, los cuales profirieron una carcajada decididamente vulgar. Mirtai se puso de pie como un resorte que se dispara y se llevó las manos a las dagas envainadas.

Engessa le dijo algo secamente en idioma tamul.

Ella negó con la cabeza. Tenía los ojos encendidos y las mandíbulas apretadas. Desenvainó una daga. Puede que Mirtai no entendiera el idioma estirio pero sí comprendía las implicaciones de aquella risa.

Falquián se puso de pie.

—Me corresponde a mí responder a eso, Mirtai —le recordó.

—¿No me concederás a mí el derecho?

—No, esta vez, no. Lo siento, pero ésta es una ocasión formal y debemos observar las sutilezas. —Se volvió a mirar al estirio insolente de la fila superior—. ¿Te importaría repetir lo que acabas de decir un poco más alto, vecino? —preguntó en estirio—. Si es tan divertido, quizá deberías compartirlo con nosotros.

—Vaya, ¿habéis visto eso? —se burló el hombre—. Un perro parlante.

Sephrenia se puso de pie.

—Solicito a los Mil que observemos el tradicional momento de silencio —declaró en estirio.

—¿Quién ha muerto? —preguntó el bocazas.

—Tú, Camriel —respondió ella dulcemente—, por lo que nuestra pena no será excesiva. Éste es el príncipe Falquián, el hombre que destruyó al anciano dios Azash, y tú acabas de insultar a su esposa. ¿Querrás el entierro acostumbrado? Suponiendo que podamos encontrar lo suficiente de ti como para entregarlo a la tierra cuando él haya acabado contigo.

La mandíbula de Camriel había caído, y su rostro se había puesto blanco. El resto del consejo también se había acobardado visiblemente.

—Parece que su nombre aún tiene algún peso —comentó Uloth a Tynian.

—Evidentemente. Nuestro insolente amigo parece estar teniendo largos y sombríos pensamientos acerca de la mortalidad.

—Consejero Camriel —dijo Falquián en un tono bastante formal—, no interrumpamos las deliberaciones de los Mil con un asunto puramente personal. Te buscaré después de la reunión y podremos tomar las disposiciones necesarias.

—¿Qué ha dicho? —susurró Ehlana a Stragen.

—Lo habitual en estos casos, majestad. Espero que en cualquier momento el consejero Camriel recuerde un compromiso ineludible que tiene en el otro lado del mundo.

—¿Va a permitir el consejo que estos bárbaros me amenacen? —preguntó con voz trémula Camriel.

Un estirio de cabellos plateados se echó a reír burlonamente.

—Has insultado a un visitante real, Camriel —declaró—. Los Mil no tienen ninguna obligación de defenderte bajo esas circunstancias. Tu dios ha sido muy descuidado al instruirte. Eres un imbécil patán y un bocazas. Estaremos muy bien libres de ti.

—¿Cómo te atreves a hablarme de ese modo, Michan?

—Pareces ofuscado por el hecho de que un dios te tenga un ligero cariño — replicó Michan arrastrando las palabras—, y pasas por alto el hecho de que todos los aquí presentes tenemos esa misma importancia. Mi dios me quiere al menos tanto como el tuyo a ti. —Michan hizo una pausa—. De hecho, probablemente me quiere más. Creo que en este momento tu dios está reconsiderando las cosas respecto a tu persona. Tienes que ser una terrible incomodidad para él. Pero estamos malgastando un tiempo valioso. En cuando esta reunión termine, espero que el príncipe Falquián vaya a buscarte... con un cuchillo. Tienes en realidad un cuchillo en algún sitio muy a mano, ¿no es cierto, alteza?

Falquián sonrió y se abrió ligeramente la túnica para dejar al descubierto el puño de la espada.

—Espléndido, viejo amigo —dijo Michan—. Os hubiera prestado la mía de buena gana, pero un hombre siempre trabaja mejor con su propio equipo. ¿Aún no te has marchado, Camriel? Si esperas vivir lo bastante como para ver ponerse el sol, será mejor que salgas a escape.

El consejero Camriel huyó.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Ehlana con impaciencia.

—Si preferimos abordar el asunto bajo una luz determinada, podríamos considerar la huida del consejero como una cierta forma de pedir disculpas — dijo Stragen.

—Nosotros no aceptamos disculpas —declaró, implacable, Mirtai—. ¿Puedo perseguirlo y matarlo, Ehlana?

—¿Por qué no lo dejamos correr un poco, Mirtai? —decidió la reina.

—¿Durante cuánto tiempo?

—¿Durante cuánto crees tú que es probable que corra, milord? —preguntó Ehlana a Stragen.

—Probablemente durante el resto de su vida, mi reina.

—Eso me parece bastante bien.

La reacción de los Mil ante la descripción que Zalasta hizo de la situación del momento fue bastante predecible, y el hecho de que todos los discursos dieran muestras de extremada delicadeza indicaba positivamente que se habían producido algunas sorpresas en la presentación. Los Mil parecían estar divididos en tres facciones. Como era de prever, había un buen número de consejeros que

había adoptado la postura de que los estirios podían defenderse por sí mismos y no tenían ninguna verdadera razón para involucrarse en aquello. Los estirios se mostraban tremendamente desconfiados cuando había de por medio promesas de los elenios, puesto que los gobernantes elenios tendían a olvidar las promesas hechas a los estirios una vez que se superaba una crisis.

Una segunda facción tenía una postura más moderada. Señalaban que la crisis afectaba a los tamules más que a los elenios, y que la presencia de un pequeño grupo de caballeros de la Iglesia de Eosia era realmente irrelevante. Como señaló Michan, el de los cabellos de plata, «puede que los tamules no sean nuestros amigos en todo el sentido de la palabra, pero al menos no son nuestros enemigos. No pasemos por alto el hecho de que sus atanes mantienen a los astelianos, los edomitas y los dacitas lejos de nuestras puertas». Michan era muy respetado, y su palabra tenía mucho peso en el consejo.

También había una tercera facción, una ruidosa minoría de contrarios tan rabiosos de los elenios que llegaron incluso a sugerir que los intereses de Estiricum podrían verse mejor servidos mediante una alianza con los perpetradores de aquellos disturbios. Sus discursos no eran realmente pronunciados con la intención de que se les tomara en serio. Los oradores aprovechaban meramente aquella oportunidad para listar largos catálogos de agravios y dar rienda suelta a sus diatribas de odio y vituperios.

—Esto está comenzando a ser tedioso —dijo finalmente Stragen a Falquían mientras se ponía de pie.

—¿Qué es lo que vas a hacer?

—¿Hacer? Pues voy a responder, muchacho.

Avanzó hasta el centro de la sala y se detuvo resueltamente ante los gritos y maldiciones de los consejeros. El ruido fue cediendo poco a poco, debido más a que los causantes del mismo se habían quedado sin energías, que porque alguien estuviese interesado en lo que aquel elegante rubio elenio tuviese que decir.

—Me deleita ver que todos los hombres son igualmente despreciables —les dijo Stragen mientras su sonora voz llegaba a todos los rincones de la sala—. Ya había desesperado de hallar siquiera un defecto en el carácter estirio, pero encuentro que sois como los otros cuando os reunís en turba. La intolerancia abiertamente expresada y manifestada aquí esta tarde ha apagado mi desesperación y llenado mi corazón de júbilo. Desmayo de deleite por haber hallado este albañal de porquería infecta acechando en el alma estiria, puesto que prueba de una vez y para siempre que los hombres son todos iguales,

independientemente de su raza.

Se produjeron renovados gritos de protesta. Las protestas estuvieron esta vez adornadas con juramentos.

Una vez más, Stragen aguardó.

—Estoy decepcionado de vosotros, mis queridos hermanos —dijo finalmente—. Un elenio de siete años podría jurar de una forma más inventiva. ¿Es esto realmente lo mejor que puede conseguir crear la combinada sabiduría de los estirios? ¿Es «bastardo elenio» en realidad lo único que sabéis decir? Eso ni siquiera me insulta particularmente, porque en mi caso resulta que es verdad. — Los recorrió con los ojos con una expresión educada y apenas un poco superior—. También soy un ladrón y un asesino, y poseo un gran número de hábitos indeseables. He cometido crímenes para los que ni siquiera existe nombre, ¿y pensáis vosotros que vuestros pálidos insultos insignificantes pueden turbarme en modo alguno? ¿Tiene alguien alguna acusación significativa que hacer antes de que yo examine vuestros sentimientos?

—¡Nos has esclavizado! —aulló alguien.

—Yo, no, amigo —replicó Stragen arrastrando las palabras—. No tendría un esclavo ni regalado. Tienes que darles de comer, ¿sabes?, incluso cuando no están trabajando. Bien, pues ahora continuemos por donde íbamos. Ya hemos establecido el hecho de que yo soy un ladrón y un asesino, y también un bastardo, pero ¿qué sois vosotros? ¿Os escandalizaría la palabra «llicas»? Los estirios gimoteáis mucho. Habéis almacenado cuidadosamente un inventario de los abusos sufridos durante los pasados cuatro mil años, y os proporciona un perverso placer sentaros en rincones apestosos para regurgitarlos todos, masticándolos una y otra vez como bocados de vómito podrido. Intentáis culpar a los elenios de todos vuestros problemas. ¿Os sorprende descubrir que yo no sienta ni la más ligera culpa por las desventuras de los estirios? Ya tengo culpas más que suficientes por las cosas que yo mismo he perpetrado, como para golpearme el pecho por cosas que sucedieron un millar de años antes de mi nacimiento. Francamente, amigos míos, todas estas expresiones de mártires me hastían. ¿No os cansáis nunca de sentir compasión de vosotros mismos? Ahora voy a ofenderos aún más por el sistema de decir las cosas de forma muy clara. Si queréis gemir, hacedlo durante vuestro tiempo libre. Os estamos ofreciendo la posibilidad de uniros a nosotros en la lucha contra un enemigo común. Es sólo una cortesía, como podréis comprender, porque no os necesitamos realmente. No perdáis de vista eso en ningún momento. No os necesitamos. En realidad, nos

estorbaríais. He oído que algunos tullidos intelectuales de esta sala han sugerido una alianza con nuestro enemigo. ¿Qué os hace pensar que él va a quererlos como aliados? Sin embargo, los campesinos elenios se sentirán colmados de júbilo si lo intentáis, porque les daréis una excusa para asesinar estirios desde aquí a los estrechos de Thalesia. Uniros con nosotros no asegurará una disminución de los prejuicios elenios, pero unirse con los enemigos garantizará de forma casi absoluta que en diez años a partir de ahora no quedará un estirio vivo en ninguno de los reinos elenios del mundo.

Se rascó pensativamente la barbilla y los recorrió a todos con los ojos.

—Creo que eso cubre más o menos todo lo que había que decir —declaró—. ¿Por qué no lo discutís entre vosotros? Mis amigos y yo nos marcharemos mañana hacia Matherion. Puede que os interese hacernos saber lo que hayáis decidido antes de que nos vayamos. Eso depende totalmente de vosotros, por supuesto. Las palabras no podrían ni comenzar a expresar nuestra indiferencia respecto a las decisiones de una gente tan insignificante como vosotros. —Se volvió para ofrecerle el brazo a Ehlana—. ¿Nos marchamos, majestad? —sugirió.

—¿Qué les has dicho, Stragen?

—Los he insultado —replicó él con un encogimiento de hombros—. A tantos niveles como me ha sido posible. Incluso los he amenazado con la extinción racial y luego los he invitado a firmar *como* aliados nuestros.

—¿Todo en un solo discurso?

—Ha estado brillante, majestad —aseguró Oscagne con entusiasmo—. Les ha dicho a los estirios una cosa que necesitaba ser dicha desde hace mucho, mucho tiempo.

—Cuento con algunas ventajas, excelencia. —Stragen estaba sonriendo—. Mi carácter es tan cuestionable que nadie espera que me muestre cortés.

—En realidad, eres exquisitamente cortés —lo contradijo Bevier.

—Ya lo sé, *sir* Bevier, pero nadie lo espera de mí, y no consiguen creerlo.

Tanto Sephrenia como Zalasta tenían glaciales expresiones ofendidas en sus rostros aquella velada.

—No estaba intentando ser personalmente insultante —les aseguró Stragen—. He oído a cualquier cantidad de gente ilustrada decir casi las mismas cosas. Nosotros simpatizamos con los estirios, pero estos interminables ataques de auto

compasión nos resultan tediosos.

—Dijiste muchas cosas que en principio no son ciertas, ¿sabes? —lo acusó Sephrenia.

—Por supuesto que lo hice. Se trataba de un discurso político, pequeña madre. Nadie espera que un político diga la verdad.

—Realmente estáis jugando con cosas peligrosas, mi señor Stragen —dijo Zalasta con tono crítico—. Estuve a punto de tragarme la lengua cuando les dijiste que los elenios y los tamules les estaban ofreciendo una alianza por simple cortesía. Cuando les dijiste que realmente no los necesitabais, ellos muy bien podrían haber decidido dejar todo el asunto a un lado.

—No cuando tenía a todo el resto de Styricum como rehén, erudito —lo contradujo Oscagne—. Fue un brillante discurso político. Ésa no demasiado sutil insinuación de la posibilidad de una nueva ola de atrocidades elenias no les dejó muchas alternativas a los Mil con respecto al tema. ¿Cuál fue la reacción general?

—Más o menos lo que tú habías esperado, excelencia —replicó Zalasta—. Mi señor Stragen quitó el suelo de debajo a la tradición estiria de la autocompasión. Es muy difícil hacerse el mártir cuando acaban de decirle a uno que parece un burro idiota. Hay un ataque de tremendo resentimiento entre los Mil. Los estirios somos terriblemente aficionados a sentir compasión por nosotros mismos, y ahora nos lo han estropeado. Nadie llegó a considerar nunca de veras la posibilidad de unirse al enemigo, ni siquiera en el caso de que supiéramos quién es, pero Stragen nos obligó a porrazos a llegar aún más allá. La neutralidad ha quedado ya fuera de toda discusión, ya que los campesinos elenios llegarían a considerar la neutralidad como algo muy similar a unirse activamente a nuestro desconocido oponente. Los Mil os ayudarán, excelencia. Harán todo lo que puedan..., aunque sólo sea para proteger a nuestros hermanos y hermanas de Eosia.

—Has contribuido con todo un día de trabajo, Stragen —dijo Kalten con admiración—. Podríamos haber pasado aquí todo un mes intentando convencer a los estirios de que iba en su propio interés el aliarse con nosotros.

—Mi jornada no ha terminado aún —dijo Stragen—, y el siguiente grupo al que tengo que persuadir es mucho menos sentimental.

—¿Puedo serte de alguna ayuda? —se ofreció Zalasta.

—Realmente lo dudo bastante, erudito. En cuanto se haga de noche, Talen y yo tenemos que hacer una visita a los ladrones de Sarsos.

—¡No hay ladrones en Sarsos, Stragen!

Stragen y Talen se miraron entre sí y luego estallaron en aullidos de risa cínica.

—Simplemente no confío en él, Falquián —dijo Ehlana más tarde, aquella misma noche, cuando estaban en la cama—. Hay algo en él que simplemente no suena a cosa auténtica.

—Creo que se trata de su acento, amor. Yo me sentí igual hasta que me di cuenta de que si bien su elenio es perfecto, su acento hace énfasis en las palabras equivocadas. El estirio y el elenio se entonan de forma diferente. Pero no te preocupes. Sephrenia lo sabría si Zalasta no fuese de fiar, Ehlana. Ella lo conoce desde hace mucho, mucho tiempo.

—Aun así sigue sin gustarme —insistió ella—. Es tan untuoso que brilla cuando la luz lo toca en el ángulo preciso. —Levantó una mano—. Y no intentes descartarlo como prejuicio. Estoy considerando a Zalasta como ser humano, no como estirio. Sencillamente no me fío de él.

—Eso se te pasará cuando llegues a conocerlo mejor.

Se oyó un golpe en la puerta.

—¿Estáis ocupados? —preguntó Mirtai en voz alta.

—¿Qué íbamos a estar haciendo a esta hora? —preguntó Ehlana con tono travieso.

—¿Realmente quieres que te lo diga, Ehlana? Talen está aquí. Tiene algo que quizás os interese saber.

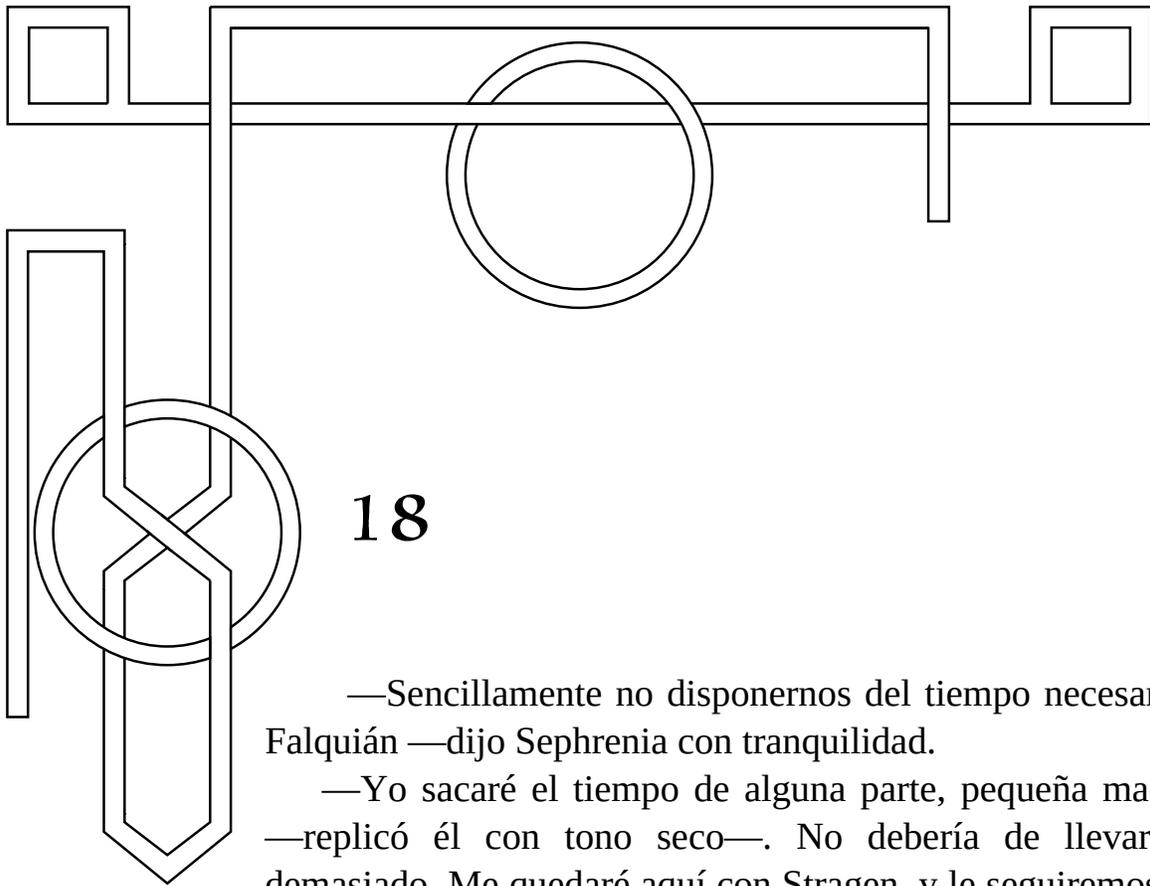
—Hazlo pasar —dijo Falquián.

La puerta se abrió y Talen entró en el círculo de luz de la única vela que estaba encendida.

—Es exactamente como en los viejos tiempos, Falquián.

—¿Cómo?

—Stragen y yo regresábamos de nuestra reunión con los ladrones, y vimos a Krager en la calle. ¿Puedes creer eso? Ha sido agradable volver a verlo. De hecho yo ya comenzaba a echarlo de menos.



18

—Sencillamente no disponernos del tiempo necesario, Falquián —dijo Sephrenia con tranquilidad.

—Yo sacaré el tiempo de alguna parte, pequeña madre —replicó él con tono seco—. No debería de llevarme demasiado. Me quedaré aquí con Stragen, y le seguiremos la

pista. Krager no es un estirio, y no debería ser difícil de encontrar. Podremos alcanzaros después de haberlo apresado y haberle exprimido hasta la última gota de información. Lo estrujaré con tanta fuerza que le sangrará el pelo.

—¿Y quién va a encargarse de la seguridad de madre mientras tú estés divirtiéndote, padre? —preguntó Danae.

—Ella está rodeada por un ejército, Danae.

—Tú eres su campeón, padre. ¿Es eso nada más que un título vacío que puede hacerse a un lado cuando surge algo más divertido que protegerla a ella?

Falquián miró a su hija con impotencia. Luego atizó a la pared un puñetazo de frustración.

—Te romperás la mano —murmuró Sephrenia.

Estaban en la cocina. Falquián se había levantado temprano y había ido a buscar a su tutora para informarla del descubrimiento hecho por Talen y de sus propios planes para hacer que Krager respondiera a una larga, larga lista de transgresiones. La presencia de Danae no fue en realidad demasiado sorprendente.

—¿Por qué no lo torturaste hasta la muerte cuando le pusiste las manos encima en Chyrellos, querido? —preguntó serenamente Sephrenia.

—¡Sephrenia! —Falquián se había sobresaltado más por la sangre fría con que había dicho aquello, que por el hecho de que lo sugiriera.

—Bueno, pues deberías haberlo hecho, Falquián. Así no podría regresar para perseguirnos de esta manera. Ya sabes lo que dice siempre Ulath. Nunca dejes un enemigo vivo tras de ti.

—Estás comenzando a hablar como una elenia, pequeña madre.

—¿Estás intentando resultar insultante?

—¿El dar ese golpe con la mano te ha hecho recuperar la cordura padre? —preguntó Danae.

Él suspiró con pesar.

—Tienes razón, por supuesto —admitió—. Creo que me he dejado llevar. Que Krager continúe existiendo me ofende por alguna razón. Ese tipo es un cabo suelto que aún tiene colgando trozos y restos de Martel. Me gustaría acabar de atar esa parte de mi vida.

—¿Puedes hacer realmente que sangre el cabello de alguien? —preguntó a Falquián su hija.

—No estoy seguro. Cuando finalmente consiga echarle mano a Krager, te lo haré saber. —Se frotó con dulzura los nudillos doloridos—. Supongo que en realidad tenemos que continuar hacia Matherion. Sephrenia, honradamente, ¿cómo está Vanion de salud?

—¿Quieres un testimonio personal? —preguntó ella con coquetería.

—Eso no es asunto mío, pequeña madre. Lo único que de verdad quiero saber es si está o no en condiciones de viajar.

—Oh, sí —replicó ella con una sonrisa—. Más que eso.

—Bien. Estaré encantado de pasarle las recompensas y satisfacciones del mando.

—No. De eso ni hablar.

—¿Qué?

—Vanion llevó esa carga durante demasiados años. Eso es lo que lo puso enfermo, para empezar. Será mejor que aceptes el hecho de que ahora eres tú el preceptor pandion, Falquián. Él te aconsejará, claro, pero serás tú quien tenga que tomar todas las decisiones. No voy a permitir que lo mates.

—¿Podréis acompañarnos ambos hasta Matherion, entonces?

—Por supuesto que lo harán, Falquián —dijo Danae—. Eso lo decidimos

hace mucho tiempo.

—Hubiera sido agradable que alguien hubiese pensado en notificármelo antes.

—¿Por qué? Tú no tienes por qué saberlo todo, padre. Simplemente haz lo que te digamos que hagas.

—¿Qué, si puede saberse, te poseyó para que decidieras dedicarte a esta diosa, Sephrenia? —preguntó Falquián—. ¿Es que no había ningún otro dios disponible, uno de los dioses troll, por ejemplo?

—¡Falquián! —exclamó Danae con voz ahogada.

Él le dedicó una sonrisa abierta.

—Zalasta también va a acompañarnos —comentó Sephrenia—. De todas formas lo han llamado de vuelta a Matherion. Y nosotros necesitamos de veras su ayuda.

Falquián frunció el entrecejo.

—Eso podría causarnos algunos problemas, pequeña madre. Ehlana no confía en él.

—Eso es absolutamente absurdo, Falquián. Conozco a Zalasta desde que tengo uso de razón. Creo con toda sinceridad que moriría si yo se lo pidiese.

—¿Te ha dado madre alguna razón para esas sospechas? —preguntó Danae con expresión concentrada.

—Odio a primera vista, tal vez. —Falquián se encogió de hombros—. Su reputación como el hombre más sabio del mundo probablemente no ha mejorado las cosas. Es posible que ella estuviera predispuesta a que no le gustase incluso antes de verlo.

—Y, por supuesto, él es estirio. —En la voz de Sephrenia podía percibirse una cierta crispación.

—Tú conoces a Ehlana mejor que eso, Sephrenia. Creo que ya es hora de que partamos de Sarsos. Algunas de las opiniones locales están comenzando a ofuscar nuestro raciocinio.

—¿De veras? —El tono de la voz de ella era peligroso.

—Es muy fácil descartar cualquier clase de animosidad como debida a los prejuicios, y ésa es la peor forma de pensamiento descuidado. Existen también otras razones para que a uno no le gusten las personas, ¿sabes? ¿Recuerdas a *sir Antas*?

Ella asintió con la cabeza.

—Yo odiaba profundamente a aquel hombre.

—¿A Antas? Yo creía que era amigo tuyo.

—No podía soportarlo. Las manos comenzaban a temblarme siempre que se me acercaba. ¿Podrías creer que me alegré cuando Martel lo mató?

—¡Falquián!

—No tienes por qué contárselo a Vanion, pequeña madre. No me siento muy orgulloso de ello. Lo que estoy intentando decir es que a veces la gente nos odia por motivos personales que nada tienen que ver con nuestra raza, clase ni cualquier otra cosa. Probablemente a Ehlana no le gusta Zalasta sólo porque no le cae bien. Tal vez no le gusta la forma en la que los ojos le sobresalen del rostro. Siempre debería considerarse una explicación sencilla antes de ir en busca de algo exótico.

—¿Existe algún otro rasgo de mi persona que te gustaría cambiar, caballero? Él la miró de arriba abajo con gravedad.

—Eres realmente muy menuda, ¿sabes? ¿Has considerado alguna vez la idea de crecer un poco?

Ella estuvo a punto de contestarle, pero luego se echó a reír a carcajadas.

—Tú puedes ser el hombre más desarmante del mundo, Falquián.

—Ya lo sé. Por eso la gente me quiere tanto.

—¿Ves ahora por qué les tengo tanto cariño a estos patanes elenios? —dijo alegremente Sephrenia a su hermana.

—Por supuesto —replicó Aphrael—. Es porque son como grandes marionetas torpes. —Sus oscuros ojos adquirieron una expresión de seriedad—. Mucha gente no sabe quién soy en realidad —reflexionó en voz alta—. Vosotros dos y Vanion sois casi las únicas personas que me reconocen en esta encarnación. Creo que sería una buena idea mantenerlo así. Nuestro enemigo, sea quien sea, podría cometer uno o dos deslices si no sabe que estoy por aquí.

—Sin embargo, tienes intención de decírselo a Zalasta, ¿verdad? —preguntó Sephrenia.

—Todavía no, creo que será lo mejor. Él no tiene verdadera necesidad de saberlo, así que de momento mantengamos el secreto entre nosotros. Cuando uno confía en alguien, se pone en situación de tener que confiar en todos aquéllos en los que confía ese alguien, y eso a veces incluye a personas a las que ni siquiera conoce. Prefiero no hacer eso en este preciso momento.

—Está adquiriendo mucha destreza en la lógica —observó Falquián.

—Ya lo sé. —Sephrenia suspiró—. Me temo que ha caído en malas compañías.

Salieron de Sarsos un poco más tarde, aquella misma mañana, por la puerta este, para reunirse con el resto de los caballeros de la Iglesia, los pelois, y las dos legiones atanas de Engessa. Hacía un día soleado y tibio, y el cielo era de un azul intenso. El sol se alzaba por encima de la cadena dentada de picos coronados de nieve que se extendía al este. Los picos se elevaban hacia el cielo y sus empinadas laderas estaban envueltas en las sombras azul oscuro de la mañana. El paisaje que se extendía ante ellos tenía un aspecto salvaje y escabroso. Engessa avanzaba a grandes zancadas junto a Falquián, y su bronceado rostro tenía una expresión algo más suave de lo habitual.

Hizo un gesto en dirección a los elevados picos.

—Atan, Falquián-caballero —dijo a su compañero—, mi tierra natal.

—Es un país de aspecto impresionante, atan Engessa —comentó Falquián, con tono de aprobación—. ¿Cuánto hace que estás ausente de él?

—Quince años.

—Ha sido un largo exilio.

—Ya lo creo que sí, Falquián-caballero. —Engessa se volvió a mirar el carruaje que avanzaba tras ellos. Zalasta había reemplazado a Stragen, y Mirtai, con el rostro sereno, estaba sentada en él con Danae sobre el regazo—. Nos conocemos bastante, ¿no es verdad, Falquián-caballero? —comentó el atan.

—Yo diría que sí —asintió Falquián—. Nuestros pueblos tienen muchas costumbres diferentes, pero parece que nosotros hemos superado la mayor parte de ellas.

Engessa sonrió ligeramente.

—Te condujiste bien durante las conversaciones referentes a la atana Mirtai y el domi Kring.

—Los hombres razonables generalmente encuentran formas de entenderse los unos con los otros.

—Los elenios le dan mucha importancia a la razón, ¿no es cierto?

—Es una de nuestras peculiaridades, supongo.

—Te explicaré algo referente a una de nuestras costumbres, Falquián-caballero. Puede que no consiga expresarlo con claridad porque soy torpe con tu idioma. Confiaré en ti para que se lo expliques a los demás.

—Haré todo lo que pueda, atan Engessa.

—La atana Mirtai se someterá al rito del paso a la edad adulta mientras

estemos en Atan.

—Estaba seguro de que así sería.

—Es costumbre entre nuestro pueblo que el niño reviva sus recuerdos de infancia antes del rito, y es importante que su familia esté presente mientras lo hace. He hablado con la atana Mirtai, y su infancia no fue feliz. Muchos de sus recuerdos serán dolorosos, y necesitará que aquellos que la quieren estén a su lado mientras los evoca. ¿Querrás explicarles a Ehlana-reina y a los demás lo que sucede?

—Lo haré, atan Engessa.

—La atana irá a buscaros cuando esté dispuesta. Es su derecho el escoger a aquellos que vayan a apoyarla. Algunas de sus elecciones puede que os sorprendan, pero el que a uno lo escojan es considerarlo un honor.

—Y como tal lo consideraremos nosotros, Engessa-atan.

Falquián les comunicó brevemente a los demás que Mirtai convocaría en un momento dado una reunión de sus elegidos, pero no entró en demasiados detalles porque él mismo no sabía con exactitud qué esperar.

Aquella noche, la gigantesca mujer atan se movió con sigilo por el campamento; sus modales eran insólitamente tímidos. No les ordenó de forma perentoria, como todos podrían haber esperado, que asistieran a la reunión, sino que lo solicitó en cambio, casi podría decirse que lo imploró, con una expresión de gran vulnerabilidad en los ojos. La mayoría de los elegidos fueron los que Falquián había esperado.

Eran las personas que habían estado más próximas a Mirtai durante su reciente esclavitud. No obstante, se produjeron algunas sorpresas.

Invitó a un par de pandion a los que Falquián ni siquiera sabía que conociese personalmente, así como a un par de los pelois de Kring; dos muchachas atanes de las legiones de Engessa. También pidió a Emban y Oscagne que escucharan su historia.

Aquella noche se reunieron en torno a una gran hoguera, y Engessa les dirigió un breve discurso antes de que Mirtai comenzara.

—La costumbre entre nuestras gentes es que uno deje a un lado la infancia antes de entrar en la edad adulta —dijo con gravedad—. La atana Mirtai participará pronto en el rito de paso entre una y otra etapa de la vida, y nos ha pedido que la acompañemos mientras rememora su pasado para deshacerse de él. —Hizo una pausa y prosiguió con tono reflexivo—. Esta niña no es como los otros niños atanes —dijo—. Para la mayoría, la infancia que se deja atrás es

sencillamente muy parecida a la de los demás que pertenecen a nuestra raza. La atana Mirtai, sin embargo, regresa de la esclavitud. Ha sobrevivido a la misma y ha vuelto con nosotros. Su infancia ha sido más larga que en el caso de la mayoría, y ha implicado cosas que no son habituales..., cosas dolorosas. Nosotros la escucharemos con cariño..., a pesar de que no siempre la comprendamos. —Se volvió a mirar a Mirtai—. Será mejor que comiences por el lugar en el que naciste, hija mía —sugirió.

—Sí, padre-atan —replicó ella cortésmente.

Dado que Engessa había asumido el papel de progenitor cuando se conocieron, la respuesta de Mirtai era la tradicionalmente respetuosa que se le debía a un padre. Hablaba con una voz mansa que no reflejaba nada de su habitual seguridad. Falquián tuvo la repentina impresión de que tenían delante a una Mirtai distinta..., una muchacha gentil y muy sensible que había permanecido oculta hasta entonces detrás de un exterior de brusquedad.

—Nací en un poblado que está al oeste de Dirgis —comenzó—, cerca de la cabecera del río Sarna. —Hablaba en elenio porque, con la excepción de Oscagne, Engessa y las dos muchachas atanes, ninguno de sus seres queridos hablaba tamul—. Vivíamos en lo más profundo de las montañas. Mi madre y mi padre le daban mucha importancia a eso. —Sonrió débilmente—. Todos los atanes creen que son especiales, pero nosotros, los atanes montañeses, pensamos que somos especialmente especiales. Estamos obligados a ser los mejores en cualquier cosa que hagamos, dado que somos con toda evidencia superiores a todos los demás. —Les dirigió a todos una mirada socarrona. Mirtai era muy observadora, y advirtió que sus descuidadas observaciones hacían fruncir por igual las narices a elenios y estirios—. Pasé los primeros años de mi vida en los bosques y las montañas. Caminé a una edad más temprana que la mayoría y corrí casi tan pronto como pude caminar. Mi padre estaba muy orgulloso de mí, y a menudo comentaba que yo había nacido corriendo. Como es debido, se me ponía frecuentemente a prueba. Para cuando alcancé la edad de cinco años podía correr durante medio día, y a los seis años estaba ya en condiciones de hacerlo desde el alba hasta el ocaso.

»Los niños de nuestra aldea no solían comenzar el entrenamiento hasta muy tarde, por lo general lo hacían cuando tenían casi ocho años, porque el campo de instrucción de nuestro distrito estaba muy lejos y nuestros progenitores no querían separarse completamente de nosotros mientras aún éramos pequeños. Los atanes montañeses son muy emotivos. Es nuestro único defecto.

—¿Fuiste feliz, atana? —preguntó Engessa con dulzura.

—Muy feliz, padre-atan —replicó ella—. Mis progenitores me querían, y estaban muy orgullosos de mí. La nuestra era una aldea pequeña que tenía sólo unos pocos niños. Yo era la mejor, y los amigos de mis progenitores me daban mucha importancia.

Hizo una pausa y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Y entonces llegaron los esclavistas arjunis. Iban armados con arcos y flechas. Sólo les interesaban los niños, así que mataron a todos los adultos. Mi madre fue muerta por la primera flecha que dispararon.

En aquel momento se le quebró la voz, y ella bajó la cabeza durante un momento. Cuando volvió a levantarla, las lágrimas le corrían por las mejillas.

Con actitud grave, la princesa Danae se le acercó y le tendió los brazos. Sin siquiera pensarlo, en apariencia, Mirtai subió a la niña a su regazo. Danae le acarició el rostro mojado de lágrimas, y luego la besó dulcemente.

—No vi morir a mi padre —continuó Mirtai. Tenía la voz estrangulada, pero luego se hizo más sonora y los ojos llenos de lágrimas se le endurecieron—. Maté al primer arjuni que intentó capturarme. Son una gente ignorante que parece no poder darse cuenta de que los niños también pueden ir armados. El arjuni llevaba una espada en la mano derecha, y me aferró por un brazo con la izquierda. Mi daga era muy afilada, y entró muy suavemente cuando se la clavé debajo del brazo. La sangre le manó por la boca como si fuera una fuente. Cayó hacia atrás y yo volví a apuñalarlo, hacia arriba, a la altura del esternón esa vez. Pude sentir cómo su corazón se estremecía en la punta de mi cuchillo. Retorcí la hoja y él murió.

—¡Sí! —exclamó Kring, casi gritando. El domi lloraba abiertamente y su voz tenía un tono ronco y salvaje.

—Intenté huir —continuó Mirtai—, pero otro arjuni me barrió los pies de una patada e intentó apoderarse de mi daga. Le corté los dedos de la mano derecha y le di una estocada en el bajo vientre. Tardó dos días en morir, y no dejó de gritar ni un solo instante. Sus gritos me consolaban.

—¿Todo eso sucedió cuando tenías sólo ocho años? —preguntó Ehlana a la gigantesca atan con un medio susurro.

—Siete, Ehlana —la corrigió Mirtai con voz suave—. Aún no había cumplido los ocho.

—¿Realmente mataste a un hombre a esa edad? —preguntó Emban con incredulidad.

—A dos, Emban. El que estuvo gritando durante dos días también murió. — La atana miró a Engessa con unos brillantes ojos a los que asomaba la duda—. ¿Puedo reclamar también a ése, padre-atan? —preguntó—. De todos modos podría haber muerto de otra cosa.

—Puedes reclamarlo, hija mía —replicó él—. Fue la estocada de tu cuchillo la que lo mató.

Ella profirió un suspiro.

—Siempre había tenido dudas respecto a ése —confesó—. Confundía mi recuento, y eso no me gustaba.

—Le diste muerte con legitimidad, atana. Tu recuento se ha aclarado.

—Gracias, padre-atan —dijo ella—. Es desagradable estar inseguro respecto a algo tan importante. —Hizo una pausa para evocar los recuerdos—. No volví a matar durante casi medio año. Los arjunis me llevaron hacia el sur, a Tiana. Yo no lloré en ningún momento durante el viaje. No es correcto dejar que tus enemigos te vean sufrir. En Tiana, mis captores me llevaron al mercado de esclavos y me vendieron a un mercader dacita llamado Pelaser. Era gordo y grasiento, olía mal, y le gustaban los niños.

—¿Fue un amo amable, entonces? —preguntó la baronesa Melidere.

—Yo no he dicho eso, Melidere. A Pelaser le gustaban los niños y las niñas en un sentido bastante peculiar. Los arjunis le habían puesto sobre aviso respecto a mí, así que no me dejaba ni acercarse a los cuchillos. Sin embargo, yo tenía que comer, por lo que me dio una cuchara. Me llevó a su casa de Verel, en Daconia, y yo pasé todo el viaje afilando el mango de la cuchara en las cadenas que me retenían. Era una buena cuchara metálica, y adquirió un filo muy bueno. Cuando llegamos a Verel, él me encadenó a la pared de una habitación pequeña de la parte trasera de la casa. La habitación tenía suelo de piedra, y yo dediqué todo el tiempo a trabajar con la cuchara. Le tomé mucho cariño. —Se inclinó ligeramente y deslizó una mano en el interior de una de sus botas—. ¿No es bonita? —El utensilio que tenía en la mano era una cuchara metálica de aspecto muy corriente con mango de madera. La cogió con ambas manos, le imprimió al mango de madera un ligero movimiento de rotación, y luego desenfundó el mango verdadero de la cuchara. Era fino y estrecho, y se afinaba hasta una punta como de aguja. Lo había bruñido hasta hacerlo destellar como la plata. Lo observó con mirada crítica—. No es lo bastante largo como para llegar al corazón de un hombre —explicó, como disculpándose en nombre de la cuchara—. No se puede matar limpiamente con él, pero es útil en los casos de

emergencia. Se parece tanto a una cuchara corriente que nadie ha pensado jamás en quitármela.

—Brillante —murmuró Stragen, mientras sus ojos destellaban de admiración—. Roba un par de cucharas, Talen, y nos pondremos a trabajar en ellas de inmediato.

—Pelaser vino una noche a mi habitación, y me puso las manos encima —continuó Mirtai—. Yo me quedé muy quieta, por lo que él creyó que no iba a resistirme. Comenzó a sonreír. Advertí que babeaba cuando sonreía de aquella forma. Todavía estaba sonriendo y babeando, cuando le apuñalé ambos ojos. ¿Sabéis que los ojos de un hombre estallan cuando uno los pincha con algo afilado?

Melidere profirió una especie de sonido ahogado y miró a la atana de sereno rostro con horror no disimulado.

—Intentó gritar —continuó Mirtai con un tono escalofriantemente cínico— pero yo le rodeé el cuello con una de mis cadenas y lo mantuve en silencio. Lo que quería en realidad era cortarlo en trocitos, pero tenía que sujetar la cadena con ambas manos para evitar que gritase. Comenzó a luchar, pero yo me limité a apretar más la cadena alrededor de su cuello.

—¡Sí! —A todos los dejó bastante atónitos que fuese la camarera de Ehlana, con sus ojos de gacela, la que gritase con ronca voz de aprobación; y el fugaz abrazo que dio a la sorprendida atana fue insólitamente feroz.

Mirtai acarició con afecto el rostro de la dulce muchacha y luego continuó.

—Pelaser luchó bastante al principio, pero después de un rato dejó de hacerlo. Había derribado la vela y la habitación estaba a oscuras, por lo que yo no podía estar segura de si había muerto. Mantuve la cadena fuertemente apretada en torno a su cuello hasta la mañana siguiente. Tenía el rostro muy negro cuando salió el sol.

—Una buena muerte, hija mía —dijo Engessa con orgullo. Ella sonrió y le hizo una reverencia con la cabeza.

—Pensaba que me matarían cuando descubriesen lo que había hecho, pero los dacitas de las ciudades del sur son unas gentes peculiares. Pelaser no era muy querido en Verel, y creo que muchos se sentían secretamente divertidos por el hecho de que uno de los niños de los que habitualmente abusaba le hubiese dado muerte. Su heredero era un sobrino llamado Gelan. Estaba muy agradecido porque yo lo hubiese hecho rico al matar a su tío, y habló con las autoridades en mi defensa. —Hizo una pausa y miró a la princesa, que todavía estaba sobre su

regazo y tenía en la mano la destellante daga—. ¿Podrías traerme un poco de agua, Danae? —pidió—. No estoy acostumbrada a hablar tanto.

Danae bajó obedientemente al suelo y se encaminó hacia una de las hogueras en las que estaban preparando la comida.

—Puede que sea un poco pequeña para oír ciertas cosas —murmuró Mirtai—. Gelan era un joven bastante agradable, pero tenía gustos peculiares. Entregaba su amor a otros hombres jóvenes, en lugar de a las mujeres.

*Sir Bevier profirió una exclamación ahogada.*

—Vaya, por favor —dijo Mirtai—. ¿De verdad eres tan poco mundano como para escandalizarte por eso? No es algo poco frecuente, ¿sabes? En fin, el caso es que me llevaba bastante bien con Gelan. Al menos no intentaba aprovecharse de mí. Le encantaba charlar, así que me enseñó a hablar el elenio e incluso a leerlo un poco. Las personas de su situación tienden a llevar unas vidas algo precarias, y él necesitaba una amistad permanente. A mí me habían enseñado que era cortés escuchar cuando los mayores hablaban, y después de algún tiempo él comenzó a abrirme su corazón. Cuando me hice un poco mayor, me traía vestidos bonitos para que me los pusiera, y a veces se los ponía también él, aunque creo que no hacía más que bromear. Algunos de sus amigos llevaban ropa de mujer, pero nadie se lo tomaba realmente en serio. A veces se reían de ello. Fue por aquel entonces cuando yo comencé a pasar por esa época difícil de la vida de una chica, cuando comencé a transformarme en mujer. Él se mostró muy dulce y comprensivo, y me explicó qué era lo que me estaba sucediendo para que yo no tuviera miedo. Solía hacerme vestir con los trajes más bonitos que tenía, y me llevaba con él cuando iba a hacer negocios con personas que no estaban enteradas de sus preferencias. Daconia es un reino elenio, y los elenios tienen algunas ideas peculiares respecto a ese tipo de cosas. Por alguna razón, intentan mezclar la religión con esos temas. En cualquier caso, el hecho de que Gelan tuviera siempre a una esclava joven a su lado acallaba las sospechas.

Los ojos de Bevier tenían una expresión de pasmo.

—Quizá deberías ayudar a la princesa a traer el agua que le he pedido —le sugirió Mirtai casi amablemente—. Ésa fue una parte de mi infancia, así que tengo que hablar de ella en esta ocasión. No obstante, tú no tienes obligación de escuchar si te trastorna. Lo comprenderé.

El rostro de él adquirió una expresión acongojada.

—Soy tu amigo, Mirtai —declaró—. Me quedaré.

Ella sonrió.

—Eres tan buen chico... —Dijo aquello casi con el mismo tono de voz que Saphrenia había empleado siempre cuando decía exactamente lo mismo. Falquián se quedó un poco sorprendido por lo sagazmente perceptiva que era en realidad la muchacha atan.

Mirtai suspiró.

—Gelan y yo nos queríamos, pero no de la forma en la que la gente suele pensar cuando hablan de un hombre y una mujer. Pienso que existen tantas clases de cariño diferentes como personas distintas. No obstante, él tenía enemigos..., muchos enemigos. Era un comerciante muy sagaz y habitualmente obtenía la mejor parte en todos los negocios. En el mundo hay personas pequeñas que se toman esas cosas como algo personal. En una ocasión, un mercader edomita se puso tan furioso que intentó matar a Gelan, y yo tuve que recurrir a mi cuchara para defenderlo. Como ya he dicho antes, no es lo bastante larga como para matar limpiamente a un hombre, por lo cual el incidente resultó bastante asqueroso. Aquella noche estropeé un vestido de seda muy bonito. Le dije a Gelan que debía comprarme algunos cuchillos propiamente dichos con el fin de que pudiera matar a la gente sin estropearme la ropa. La idea de tener a una chica de doce años como guardaespaldas lo sorprendió al principio, pero luego vio las ventajas de que así fuera. Él me compró estos cuchillos. —Se tocó las dagas de puño de plata que llevaba a la cintura—. Siempre los he conservado como tesoros. Inventé una forma de ocultármelos bajo la ropa cuando íbamos a la ciudad. Después de que los utilizara con algunas personas, corrió la voz y sus enemigos dejaron de intentar asesinarlo.

»En Verel había otros jóvenes como Gelan, y solían ir de visita los unos a las casas de los otros, donde no tenían que ocultar sus sentimientos. Eran todos muy amables conmigo. Solían darme consejo y comprarme hermosos regalos. Yo les tenía bastante cariño. Eran todos corteses e inteligentes, y siempre olían a limpio. No puedo soportar a los hombres que apestan. —Le dirigió una mirada significativa a Kring.

—Yo me baño —protestó él.

—De vez en cuando —agregó ella con un cierto criticismo—. Tú viajas mucho a caballo, Kring, y los caballos tienen un olor peculiar. Ya hablaremos de los baños regulares después de que haya puesto mi marca sobre ti. —Mirtai se echó a reír—. No me gustaría asustarte hasta no estar segura de ti. —La sonrisa que le dedicó era genuinamente afectuosa. Falquián se daba cuenta de que lo que les estaba contando era parte del rito de paso de edades, y que con probabilidad

no volvería a ser jamás tan abierta como en aquel momento. Las defensas típicamente atanes de la muchacha habían sido todas bajadas en aquella única noche. Se sintió orgullosamente honrado por el hecho de que ella lo hubiese invitado a estar presente.

Luego, Mirtai suspiró y su rostro adquirió una expresión de gran tristeza.

—Gelan tenía un amigo muy especial al que amaba muchísimo un muchacho joven y hermoso de nombre Majen. A mí no me gustaba Majen. Solía aprovecharse de Gelan, y deliberadamente hacía y decía cosas para herirlo. Era frívolo y egoísta y muy, muy vanidoso respecto a su apariencia. También era infiel, y eso es despreciable. En un momento dado se cansó de Gelan y se enamoró de un muchacho bonito e intrascendente. Probablemente debería de haberlos matado a ambos en cuanto lo descubrí. Siempre he lamentado el no haberlo hecho. Gelan le había concedido tontamente a Majen el usufructo de una casa muy espléndida que tenía en la periferia de Verel, y le había dicho que dejaría las disposiciones necesarias en su testamento de forma que Majen fuese el dueño de la casa si alguna vez le sucedía algo a él. Majen y su nuevo amigo querían aquella casa, y conspiraron contra Gelan. Una noche lo atrajeron a la casa con engaños e insistieron en que acudiera solo. Cuando llegó al lugar, lo asesinaron y arrojaron su cadáver al río. Yo lloré durante muchos días después de que eso sucediera, porque le tenía en verdad mucho cariño a Gelan. Uno de sus otros amigos me contó lo que realmente había sucedido, pero yo no dije ni hice nada en aquel momento. Quería que ambos se sintieran seguros y pensarán que habían conseguido salirse con la suya. La hermana de Gelan me heredó a mí, junto con todas las otras propiedades de él. Era una dama bastante agradable, aunque horrorosamente religiosa. No sabía en realidad cómo reconciliarse con el hecho de que era mi dueña. Me dijo que quería ser mi amiga, pero yo en cambio le aconsejé que me vendiera. Le expliqué que había averiguado quiénes habían asesinado a Gelan, y que los mataría. Le dije que pensaba que lo mejor sería que yo perteneciese a alguien que estuviera a punto de abandonar Verel con el fin de evitar todo el tedioso asunto de los cadáveres inexplicables y cosas por el estilo. Creía que iba a ponerse fastidiosa por todo eso, pero ella se lo tomó bastante bien. La verdad es que le tenía mucho afecto a su hermano, y me dio su aprobación para lo que yo tenía planeado. Me vendió a un mercader elenio que iba a embarcarse hacia Vardenais, y le dijo que me entregaría la mañana de su partida. Ella le hizo un precio muy bueno por mí, y él no lo discutió.

»En fin, la noche anterior al día en que mi nuevo dueño tenía planeado partir,

me vestí de muchacho y me encaminé hacia la casa en la que estaban viviendo Majen y el otro. Aguardé hasta que Majen salió de la casa, y luego fui hasta la puerta y llamé con los nudillos. El nuevo amigo de Majen abrió, y yo le dije que lo amaba. Había vivido con Gelan durante seis años, así que sabía exactamente cómo debía actuar para que el bello estúpido me creyera. Se excitó cuando le dije eso, y me besó varias veces. —Hizo una mueca del más profundo desprecio—. Algunas personas sencillamente no pueden ser fieles. En cualquier caso, después de excitarse mucho con los besos, comenzó a explorar. Descubrió algunas cosas que lo sorprendieron enormemente. Se sorprendió aún más cuando le abrí el vientre de través justo por encima de la cadera.

—Esa parte me gusta —dijo Talen, con los ojos muy brillantes.

—Ya lo suponía —respondió Mirtai—. Nunca te gusta una historia a menos que tenga montones de sangre. En fin, después de que le abriera el vientre al bello muchacho, cayeron al suelo toda clase de cosas. Él retrocedió tambaleándose hasta una silla e intentó volver a meterlas dentro. No obstante, las entrañas de la gente son muy resbaladizas y él tenía grandes problemas para conseguirlo.

Ehlana profirió un sonido estrangulado.

—¿No sabías eso de las entrañas? —preguntó Mirtai—. Haz que Falquián te lo cuente alguna vez. Probablemente, él ha visto muchísimas entrañas. Dejé al muchacho allí sentado y me escondí detrás de una puerta. Majen llegó a casa un rato más tarde, y se quedó mortalmente trastornado por el estado en que se hallaba su amigo.

—Puedo imaginarlo —comentó Talen entre risas.

—Sin embargo, se quedó aún más trastornado cuando me acerqué por detrás y le abrí el vientre exactamente de la misma forma que al otro.

—Ésas no son heridas fatales, atana —dijo Engessa con tono crítico.

—Yo no tenía intención de que lo fuesen, padre-atan —respondió ella—. Aún no había acabado con ellos dos. Les dije quién era yo y les expliqué que lo que acababa de hacerles no era más que un regalo de despedida de Gelan. Ésa fue más o menos la mejor parte de toda la velada. Coloqué a Majen en una silla encarada con la silla de su amigo con el fin de que pudieran verse morir el uno al otro. Luego metí las manos dentro y les saqué varios metros de esas cosas resbaladizas de las que os he hablado.

—¿Y luego los dejaste simplemente allí? —preguntó con expectación Talen. Ella asintió con la cabeza.

—Sí, pero le prendí fuego a la casa. Ni Majen ni su amigo lograron volver a meterse dentro las entrañas suficientes como para escapar. No obstante, chillaron mucho.

—Bien. Bien —dijo Emban riendo entre dientes.

—Una venganza adecuada, atana —dijo Engessa—. Se la describiremos a los niños de los campos de entrenamiento para darles un ejemplo de conducta apropiada.

Mirtai le hizo una reverencia y luego levantó la mirada.

—¿Y bien, Bevier? —preguntó.

Bevier luchaba con la historia.

—El pecado de tu amo era suyo propio. Se trata de un asunto entre él y Dios. Lo que tú hiciste fue el acto propio de una amiga. No encuentro pecado en tus actos.

—Me alegro muchísimo —murmuró ella.

Bevier se echó a reír, un poco avergonzado.

—Me he comportado de una forma un poco pomposa, ¿no es verdad?

—No tiene importancia, Bevier —le aseguró ella—. De todas formas, yo te quiero..., aunque tendrás que tener presente que en mi historia he tenido afecto a personas muy extrañas.

—Bien dicho —aprobó Ulath.

Danae regresó con un cuenco de agua y se lo ofreció a Mirtai.

—¿Has acabado ya de contarles las cosas que no querías que yo escuchara? —preguntó.

—Creo que ya he cubierto la mayor parte de ellas. Gracias por ser tan comprensiva..., y por el agua. —Nada desconcertaba a Mirtai.

Ehlana, sin embargo, se ruborizó terriblemente.

—Está haciéndose tarde —dijo Mirtai—, así que acortaré el resto. El mercader elenio que me compró, me llevó a Vardenais y me vendió a Platime. Yo fingí no hablar el elenio, y Platime juzgó mal mi edad porque era muy alta. Platime es muy sagaz en unas cosas e ignorante en otras. Simplemente no podía comprender el hecho de que una mujer atan no puede ser forzada, e intentó ponerme a trabajar en uno de sus burdeles. Me quitó las dagas, pero yo aún tenía la cuchara. No maté a demasiados de los hombres que me abordaron, pero los hería a todos de bastante gravedad. Corrió la voz y los negocios de aquel burdel en particular decayeron. Platime me sacó de allí, pero en realidad no sabía qué hacer conmigo. No estaba dispuesta a mendigar y tampoco lo estaba a robar, y se

quedó bastante decepcionado al enterarse de que yo sólo mataba a la gente por motivos personales. Entonces surgió la oportunidad en palacio, y él me regaló a Ehlana... probablemente con un gran suspiro de alivio. —Frunció el entrecejo y miró a Engessa—. Ésa fue la primera vez en la que me regalaron en lugar de venderme, padre-atan. ¿Me insultó acaso Platime? ¿Debería regresar a Cimmura y matarlo?

Engessa consideró el problema.

—No lo creo, hija mía. Se trataba de un caso especial. Incluso podrías considerarlo como un cumplido.

Mirtai sonrió.

—Me alegro de ello, padre-atan. Platime me gusta bastante. A veces es muy gracioso.

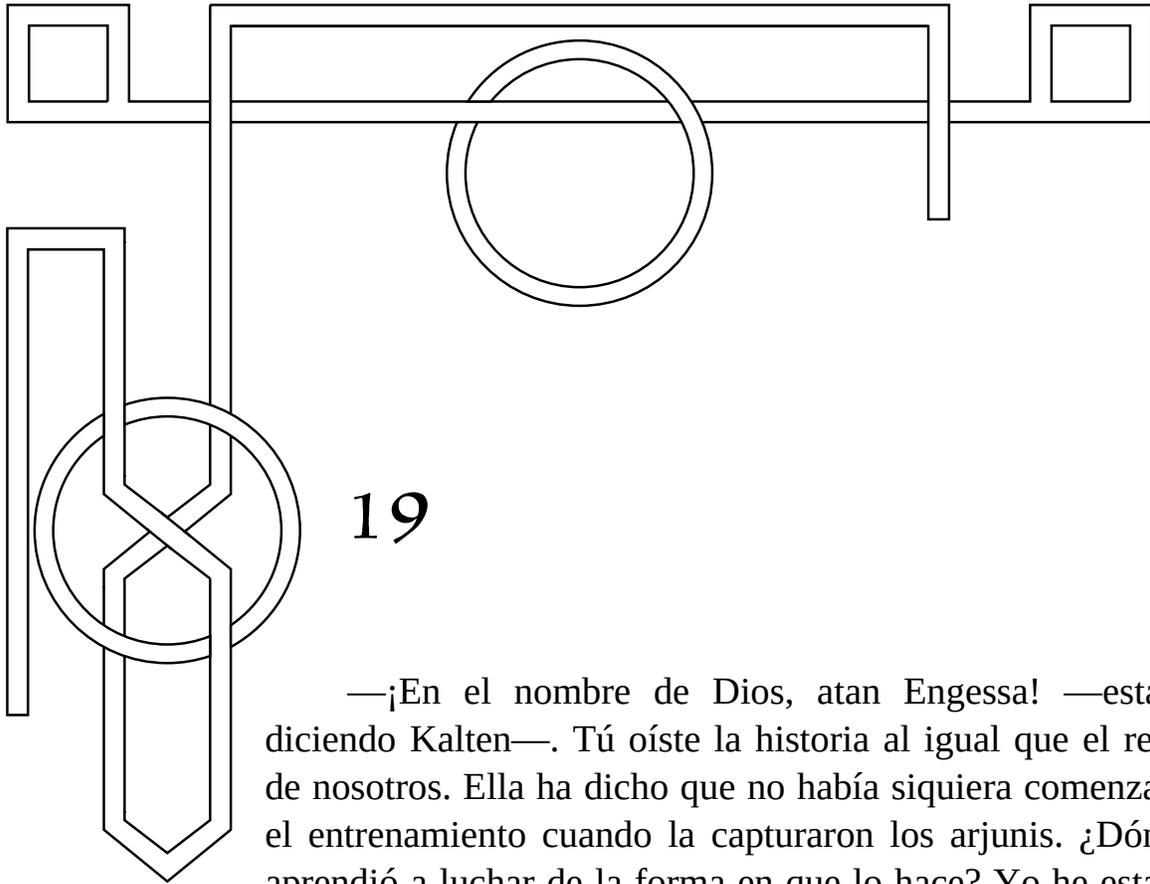
—¿Y cómo te sientes respecto a Ehlana-reina?

—La quiero. Es ignorante y no sabe hablar ningún idioma verdadero, pero en la mayoría de los casos hace lo que yo le digo que haga. Es bella, huele bien, y es muy buena conmigo. Es la mejor ama que jamás haya tenido. Sí. La quiero.

Ehlana profirió un grito en voz baja y le arrojó los brazos a la mujer dorada en torno al cuello.

—También yo te quiero, Mirtai —dijo con una voz cargada de emoción—. Eres mi más querida amiga. —Le dio un beso.

—Ésta es una ocasión especial, Ehlana —dijo Mirtai—, así que sólo por esta vez puede pasar. —Suavemente apartó los brazos de la reina de alrededor de su cuello—. Pero no es decoroso manifestar demasiada emoción en público..., y las chicas no deben besar a otras chicas. Eso podría darle a la gente unas ideas equivocadas.



## 19

—¡En el nombre de Dios, atan Engessa! —estaba diciendo Kalten—. Tú oíste la historia al igual que el resto de nosotros. Ella ha dicho que no había siquiera comenzado el entrenamiento cuando la capturaron los arjunis. ¿Dónde aprendió a luchar de la forma en que lo hace? Yo he estado entrenándome de una manera más o menos constante desde que Falquián y yo teníamos quince años, y ella me arroja como si fuera un muñeco de trapo cada vez que le da la gana.

Engessa sonrió ligeramente. Era todavía muy temprano, y una delgada niebla matinal se movía lentamente entre los árboles. Habían partido al alba, y Engessa caminaba a grandes zancadas entre los pandion montados.

—Yo te he visto luchar, Kalten-caballero —respondió el atan de elevada estatura. Tendió una mano y dio unos golpecitos en la armadura de Kalten—. Tus tácticas dependen tremendamente de tu equipo.

—Supongo que eso es verdad.

—Y tu entrenamiento se ha concentrado en el uso de ese equipo, ¿no es cierto?

—Bueno, supongo que hasta cierto punto, sí. Practicamos con nuestras armas y aprendemos a sacar el mayor partido posible de nuestras armaduras.

—Y del bulto de nuestros caballos —agregó Vanion.

Vanion se había puesto su negra armadura para viajar. Antes de que el grupo

saliera de Sarsos, el atuendo escogido por Vanion había provocado una encendida discusión entre él y la mujer a la que amaba. Cuando se había librado de la represión impuesta por la presencia de todos aquellos elenios, Sephrenia se había vuelto más expresiva, y había dado muestras de una asombrosa aptitud para el histrionismo durante el curso de aquella conversación. A pesar de que ella y Vanion habían estado hablando en privado, Falquián había podido oír los comentarios de ella con bastante claridad. Todos los que estaban en la casa la habían oído. Probablemente todos los habitantes de Sarsos lo habían hecho.

—Y al menos la mitad de tu entrenamiento se ha centrado en el arte del manejo del caballo, Kalten —continuó Vanion—. Un caballero con armadura y sin caballo es algo muy parecido a una tortuga patas arriba.

—Yo les he dicho prácticamente lo mismo a mis compañeros novicios, señor Vanion —comentó Khalad con cortesía—. Muchos de ellos se ofenden cuando así lo expreso, por lo que habitualmente me veo obligado a demostrarlo. Por alguna razón, eso parece ofenderlos aún más.

Engessa rió entre dientes.

—Vosotros os entrenáis con vuestro equipo, Kalten-caballero —repitió—. Lo mismo hacemos nosotros. La diferencia está en que nuestros cuerpos son nuestro equipo. Nuestra forma de luchar se basa en la rapidez, la agilidad y la fortaleza, y eso podemos practicarlo sin terrenos de entrenamiento ni grandes campos en los que los caballos puedan correr. Practicamos constantemente, y en la aldea en la que nació, la atana Mirtai veía cómo sus progenitores y los amigos de éstos mejoraban sus habilidades casi en todo momento. Los niños aprenden imitando a sus progenitores. Nosotros vemos constantemente a los niños de tres y cuatro años luchando y poniéndose mutuamente a prueba.

—Tiene que deberse a algo más que a eso —objetó Kalten.

—¿Quizá un talento natural, *sir* Kalten? —sugirió Berit.

—No soy tan torpe como para eso, Berit.

—¿Era tu madre una guerrera, Kalten-caballero? —preguntó Engessa.

—Por supuesto que no.

—¿O tu abuela, o la abuela de tu abuela, o alguna mujer de las anteriores quince generaciones?

Kalten parecía confuso.

—La atana Mirtai desciende de guerreros por ambas ramas de su familia. Lleva la lucha en la sangre. Está dotada, y puede aprender mucho con sólo observar. Probablemente puede luchar según una docena de estilos diferentes.

—Ésa es una noción interesante, atan Engessa —comentó Vanion—. Si pudiéramos encontrar un caballo lo bastante grande para ella, podría ser un muy buen caballero.

—¡Vanion! —exclamó Kalten—. ¡Ésa es la sugerencia más antinatural que haya oído jamás!

—Meras especulaciones, Kalten. —Vanion dirigió una mirada de gravedad a Falquián—. Podríamos pensar un poco en incluir algo de lucha cuerpo a cuerpo en nuestro programa de entrenamiento, preceptor Falquián.

—Por favor, no hagas eso, Vanion —replicó Falquián en un tono plañidero—. Tú continúas siendo el preceptor hasta que la jerarquía eclesiástica decida lo contrario. Yo no soy más que un preceptor interino.

—De acuerdo, preceptor interino Falquián, cuando llegemos a Atan, dediquemos un poco de atención al estilo de lucha de este pueblo. Nosotros no luchamos siempre a lomos de caballo, ¿sabes?

—Pondré a Khalad a trabajar en ello —respondió Falquián.

—¿Khalad?

—Kurik lo entrenó, y Kurik era mejor en la lucha cuerpo a cuerpo que cualquier otro hombre que yo haya conocido.

—Es verdad que lo era. Buena idea, preceptor interino Falquián.

—¿Tienes que llamarme así? —le preguntó Falquián.

Llegaron a la ciudad de Atana doce días más tarde..., o al menos pareció que habían pasado doce días. Falquián había decidido dejar de rumiar acerca de la diferencia entre el tiempo real y el percibido. Aphrael iba a entrometerse de todas formas, independientemente de lo que él hiciese o dijera, así que ¿por qué malgastar el tiempo preocupándose por el asunto? Se preguntaba si Zalasta podía detectar la manipulación. Probablemente no, pensaba. Por muy hábil que fuese el mago estirio, continuaba siendo sólo un hombre, y Aphrael un ser divino. Sin embargo, una noche Falquián tuvo una idea extraña. Se preguntó si su hija podría hacer que el tiempo real pareciese más rápido en lugar de más lento. No obstante, tras pensar en ello durante un rato, decidió no preguntárselo. La totalidad de la idea le provocaba dolor de cabeza.

Atan era un tipo de ciudad utilitaria emplazada en un profundo valle verde. Estaba amurallada, pero sus murallas no eran particularmente altas ni imponentes. Eran los atanes mismos quienes convertían su capital en una

población inexpugnable.

—Todo lo que hay en el reino se llama «Atan», ¿no es cierto? —observó Kalten mientras descendían hacia el valle—. El reino, su capital, su pueblo..., incluso los títulos.

—Creo que «Atan» posee más la naturaleza de un concepto que la de un nombre —respondió Ulath con un encogimiento de hombros.

—¿Qué es lo que los hace a todos tan altos? —preguntó Talen—. Pertenecen a la raza tamul, pero los otros tamules no se encumbran por encima de todo el mundo como árboles.

—Oscagne me lo explicó —dijo Stragen—. Parece que los atanes son el resultado de un experimento.

—¿Mágico?

—No sé tanto como para responderte a eso —admitió Stragen—, pero calculo que lo que hicieron va más allá de lo que la magia es capaz de conseguir. Antes incluso de que existiera algo parecido a la historia, los atanes observaron que las personas altas ganaban más batallas que las bajas. Eso fue en una época en la que los progenitores escogían a las parejas de sus hijos. El tamaño se convirtió en una de las más importantes consideraciones.

—¿Y qué sucedía con los hijos de estatura baja? —objetó Talen.

—Probablemente lo mismo que sucede con los hijos feos en nuestra sociedad —replicó Stragen, encogiéndose de hombros—. No se casaban.

—Eso no es justo.

Stragen sonrió.

—Si vamos a ello, Talen, no es realmente muy justo cuando nosotros robamos algo por lo que otra persona ha trabajado, ¿no te parece?

—Eso es diferente.

Stragen se echó hacia atrás en la silla de montar y estalló en carcajadas. Luego continuó.

—Los atanes apreciaban también otras características: la habilidad, la fortaleza, la agresividad y la vengatividad homicida. Resulta extraño el resultado que dio esa combinación. Si uno se detiene a pensarlo, advierte que Mirtai es una muchacha bastante dulce. Es cordial y afectuosa, se preocupa de verdad por sus amigos, y es impresionantemente hermosa. Sin embargo, tiene algunos resortes integrados en su personalidad, y cuando alguien hace disparar uno de esos resortes, ella se pone a matar gente. Creo que el programa de crianza atan llegó finalmente demasiado lejos. Los atanes se volvieron tan agresivos que

comenzaron a matarse los unos a los otros, y dado que dicha agresividad no puede ser restringida solamente a un sexo, las mujeres eran tan terribles como los hombres. Llegaron a un punto en el que entre los atanes no existía nada parecido a un ligero desacuerdo. Se mataban los unos a los otros por la predicción del tiempo. —Sonrió—. Oscagne me contó que el mundo descubrió cuán salvajes eran las mujeres atanes en el siglo doce. Una numerosa banda de esclavistas arjunis atacó un campo de entrenamiento de mujeres atanes adolescentes..., los sexos son separados durante el período de entrenamiento para evitar ciertas complicaciones. En cualquier caso, aquellas muchachas atanes a medio formar, la mayoría de ellas de apenas poco más de un metro ochenta de estatura, mataron a la mayoría de los arjunis y luego vendieron el resto de ellos a los tamules como eunucos.

—¿Los esclavistas eran eunucos? —preguntó Kalten con cierta sorpresa.

—No, Kalten —explicó pacientemente Stragen—. No fueron eunucos hasta después de que las chiquillas los capturaran.

—¿Unas niñas hicieron eso? —La expresión de Kalten era de auténtico horror.

—No eran bebés precisamente, Kalten. Tenían los años suficientes como para saber qué era lo que hacían. En cualquier caso, los Atanes tuvieron un rey muy sabio en el siglo quince, que se dio cuenta de que su pueblo estaba al borde de la autodestrucción. Se puso en contacto con el gobierno tamul y sometió a su pueblo a la esclavitud perpetua... para salvarle la vida.

—Una medida un poco extrema —comentó Ulath.

—Existen varias clases de esclavitud, Ulath. Aquí, en Atan, está institucionalizada. Los tamules les dicen a los atanes adónde ir y a quién matar, y habitualmente pueden hallar motivos para denegar las solicitudes de los atanes de asesinarse los unos a los otros. Eso es más o menos lo lejos que realmente llega la esclavitud de este pueblo. Es un buen acuerdo de trabajo. La raza atan sobrevive, y los tamules disponen de la mejor infantería del mundo.

Talen tenía el entrecejo fruncido.

—Has dicho que los atanes se sienten terriblemente impresionados por el tamaño.

—Bueno, es sólo una de las cosas que los impresionan —lo corrigió Stragen.

—Entonces, ¿por qué ha consentido Mirtai en casarse con Kring? Kring es un buen guerrero, pero su estatura no es muy superior a la mía, y eso que yo todavía estoy creciendo.

—Tiene que ser otra característica de él la que la ha impresionado tanto — comentó Stragen mientras se encogía de hombros.

—¿Qué crees tú que es?

—No tengo ni la más remota idea, Talen.

—Es un poeta —dijo Falquián—. Quizá sea eso.

—Eso no tendría tanta importancia para alguien como Mirtai, ¿no te parece? Esa muchacha rajó a dos hombres y luego los quemó vivos, ¿recuerdas? No me parece el tipo de moza que pueda perder la cabeza por la poesía.

—A mí no me lo preguntes, Talen —lo atajó Stragen entre carcajadas—. Sé muchas cosas acerca del mundo, pero ni siquiera intentaría conjeturar siquiera el porqué de que una mujer escoja a un determinado hombre.

—Buena política —murmuró Ulath.

Los mensajeros de Engessa habían alertado a la ciudad de que ellos se aproximaban, y el grupo de la reina fue recibido en la puerta de la muralla por una delegación de enormes atanes con atavíos formales, lo que en aquella cultura significaba una capa de lana oscura sin adornos y larga hasta las pantorrillas. En medio de los gigantes se erguía un tamul vestido con una túnica dorada. El tamul tenía los cabellos entrecanos y una expresión cortés.

—¿Qué se supone que debemos hacer? —susurró Kalten a Oscagne.

—Actuar con formalidad —aconsejó Oscagne—. Los atanes adoran la formalidad. Ah, Norkan —dijo al tamul de la túnica dorada— ¡qué agradable es volver a verte! Fontan te envía sus saludos.

—¿Cómo está ese viejo truhán? —replicó el colega de Oscagne.

—Arrugado, pero aún no ha perdido su afilada lengua.

—Me alegro de oír eso. ¿Por qué estamos hablando en elenio?

—Para que puedas informarnos a todos de la situación local. ¿Cómo van las cosas por aquí?

—Tensas. Nuestros hijos están un poco descontentos. Se está cocinando un buen alboroto. Nosotros los enviamos a aplastarlo, pero se niega a permanecer aplastado. Ellos se lo toman a mal. Ya sabes cómo son.

—Oh, ya lo creo que sí. ¿Te ha perdonado ya la hermana del emperador?

Norkan suspiró.

—Me temo que no, viejo amigo. Estoy bastante resignado a pasar aquí el resto de mi carrera.

—Ya sabes cómo le gusta a la gente de la corte eso de llevar y traer cuentos. ¿Qué bicho te picó cuando hiciste aquella observación? Reconozco que los pies de su alteza son un poco grandes, pero eso de «vaca pies grandes» fue algo indiscreto, ¿no te parece?

—Estaba borracho y un poco de mal humor. Es mejor estar aquí que en la corte intentando escapar a sus atenciones. No siento deseo alguno de convertirme en miembro de la familia imperial si eso significa arrastrar los pies detrás de ella mientras camina pesadamente por el palacio.

—En fin. ¿Qué tenemos en programa?

—Formalidades. Recepción oficial. Discursos. Ceremonias. Las tonterías habituales.

—Bien. Nuestros amigos del norte son un poco desenfrenados a veces. Pero son buenos en lo que a las formalidades se refiere. Es cuando las cosas se hacen informales que ellos se meten en líos. ¿Me permites presentarte a la reina Ehlana?

—Pensaba que nunca me lo preguntarías.

—Majestad —dijo Oscagne—, éste es mi viejo amigo Norkan. Es el representante imperial, en Atan, un hombre capaz que está pasando una mala época.

Norkan hizo una reverencia.

—Majestad —saludó a Ehlana.

—Excelencia —respondió ella. Luego le dedicó una sonrisa—. ¿Son los pies de su alteza realmente tan grandes como habéis dicho? —le pregunto con socarronería.

—Esquía con sólo el equipo que Dios le ha dado, majestad. Supongo que eso yo podría soportarlo, pero es dada a hacer pataletas de mal humor cuando no puede salirse con la suya, y eso tiene la propiedad de ponerme los nervios de punta. —Miró a los enormes atanes de oscuras capas que rodeaban el carruaje—. ¿Se me permite sugerir que nos encaminemos a lo que mis hijos, aquí presentes, llaman el palacio? El rey y la reina nos esperan allí. ¿Se siente cómoda vuestra majestad hablando en público? Algunas declaraciones podrían resultar adecuadas.

—Lo lamento, pero no sé hablar tamul, excelencia.

—Perfectamente, majestad. Yo traduciré lo que digas. Puedes decir cualquier cosa que te pase por la cabeza. Yo lo pondré en orden por ti a medida que hables.

—¡Qué amable de tu parte! —La voz de ella tenía apenas un matiz de crispación.

—Vivo para servir, majestad.

—Notable, Norkan —murmuró Oscagne—. ¿Cómo te las arreglas para meter ambas patas al mismo tiempo?

—Es un don —replicó Norkan, encogiéndose de hombros.

El rey Androl de Atan medía dos metros quince centímetros de estatura, y su esposa, la reina Betuana, era apenas un poco más baja. Resultaban imponentes. Llevaban cascos de oro en lugar de coronas, y sus túnicas de seda azul oscura estaban abiertas en la parte frontal y dejaban a la vista el hecho de que ambos iban armados hasta los dientes. Recibieron a la reina de Elenia y al cortejo de ésta en la plaza que estaba ante el palacio real de Atan, lo que en realidad no era más que la vivienda personal de la pareja. Las ceremonias atanes, al parecer, eran llevadas a cabo al aire libre.

Con el carruaje de la reina a la cabeza y su escolta armada avanzando detrás en formación, los visitantes entraron en la plaza a paso majestuoso. No hubo aclamaciones, ni fanfarrias, ni nada del entusiasmo artificial que habitualmente se organiza para los visitantes de la realeza. Los atanes manifestaban respeto mediante el silencio y la inmovilidad. Stragen condujo con destreza el carruaje hasta situarlo ante la plataforma de piedra algo elevada que había ante la morada de los reyes, y Falquián desmontó para ofrecerle a su reina un antebrazo recubierto de acero. El rostro de Ehlana tenía una expresión radiante, regia, y el placer que sentía era claramente genuino. A pesar de que a veces hablaba con ligereza de las funciones ceremoniales y fingía que le resultaban tediosas, en realidad adoraba la ceremonia.

Las formalidades la satisfacían profundamente. El embajador Oscagne se acercó a la familia real de Atan, hizo una reverencia y habló durante un rato en el ondulante idioma musical de todos los tamules. Mirtai estaba detrás de Ehlana, murmurando una traducción simultánea de las palabras de su excelencia.

Los ojos de Ehlana estaban muy brillantes, y en sus mejillas de alabastro había dos círculos ligeramente rosáceos, signos que indicaban más elocuentemente que las palabras que la reina estaba componiendo un discurso.

Luego, el rey Androl pronunció una bienvenida bastante breve, a la que la reina Betuana agregó la suya, un poco más larga. Falquián no podía oír la traducción de Mirtai, así que por lo que a él respectaba el rey y la reina de Atan estaban comentando el tiempo que hacía en la luna.

Luego Ehlana dio un paso al frente, hizo una pausa para causar más efecto, y comenzó a hablar con una voz clara que podía oírse desde todos los rincones de la plaza. El embajador Norkan permaneció de pie junto a la plataforma de piedra y tradujo las palabras de la reina de Elenia.

—Mis queridos hermano y hermana de Atan —empezó—, las palabras no pueden expresar el júbilo que siente el corazón por este encuentro. —Falquián conocía a su esposa, así que sabía que esa negación era fraudulenta. Las palabras podían sin duda expresar sus sentimientos, y Ehlana iba a hablar de ellos a todos los que estaban en la plaza—. He venido a esta feliz reunión desde el otro extremo del mundo —continuó ella—, y mi corazón estaba lleno de ansiedad mientras navegaba por el mar oscuro como el vino en dirección a una tierra desconocida poblada por extraños, pero vuestras graciosas palabras de recibimiento cordial, incluso afectuoso, han borrado mis infantiles miedos y aquí he aprendido una lección que llevaré conmigo durante todos los días de mi vida. No hay extraños en este mundo, mis queridos hermano y hermana. Sólo hay amigos a los que aún no hemos conocido.

—Está plagiando —murmuró Stragen a Falquián.

—Lo hace de vez en cuando. Si encuentra una frase que le gusta de verdad, no ve razón alguna para no apropiársela.

—Mi viaje a Atan se ha debido, claro, a razones de estado. Nosotros, los que pertenecemos a las casas reales del mundo, no gozamos de la libertad para hacer cosas por motivos personales como los demás. —Les dedicó al rey y la reina atanes una sonrisa de tristeza—. Ni siquiera podemos bostezar sin que eso sea sometido a extensos análisis diplomáticos. Nadie considera siquiera la posibilidad de que podríamos tener sueño. —Después de que Norkan tradujera eso, el rey Androl le sonrió—. Sin embargo, mi visita a Atan tiene efectivamente una razón personal además de una oficial —continuó Ehlana—. Hace algún tiempo me tropecé con algo precioso que pertenece al pueblo atan, y he recorrido medio mundo para devolveros ese tesoro, a pesar de que me es más querido de lo que jamás podré expresar. Hace muchos, muchos años, una niña atana se perdió. Esa niña es el tesoro del que os hablo. —Estiró un brazo y tomó a Mirtai de la mano—. Ella es mi querida, queridísima amiga, y yo le tengo un gran afecto. El viaje que he realizado hasta aquí no significa nada. Hubiese viajado con alegría el doble de esa distancia, diez veces esa distancia, por el júbilo que ahora siento al devolver esta preciosa niña atana a su pueblo.

Stragen se enjugó los ojos con el reverso de la mano.

—Me lo hace cada vez, Falquián —comentó con una risa—. Todas y cada una de las veces. Creo que podría hacer llorar a las rocas si quisiera, y siempre parece tremendamente sencillo.

—Ésa es una parte de su secreto, Stragen.

Ehlana continuaba con su discurso.

—Como muchos de vosotros sabréis, el pueblo elenio tiene muchos defectos..., muchos, y me ruborizo al confesarlo. No hemos tratado bien a vuestra querida hija. Un elenio se la compró a los desalmados arjunis que os la robaron. Ese elenio la compró para satisfacer sus deseos insanos. Esta hija nuestra, porque ya es tan hija mía como de vosotros, le enseñó que una atana no puede ser utilizada de esa forma. Fue una dura lección para él. Murió al aprenderla.

Un tronante murmullo de aprobación fue la respuesta a aquellas palabras traducidas al tamul.

—Nuestra hija ha pasado por las manos de varios elenios, la mayoría de los cuales tenían las peores motivaciones, y finalmente llegó hasta mí. Al principio me daba miedo. —Ehlana les dedicó su sonrisa más atractiva—. Puede que hayáis advertirlo que no soy una persona muy alta.

Una risa contenida recorrió a la multitud.

—Ya suponía que lo habríais advertirlo —dijo ella, riendo junto con los demás—. Uno de los fallos de nuestra cultura es que los hombres son testarudos y estrechos de miras. No se me permite el entrenamiento en el uso de las armas. Ya sé que suena ridículo, pero no se me ha permitido matar personalmente a mis enemigos. Yo no estaba acostumbrada a las mujeres que podían encargarse de su propia defensa, así que estaba bastante asustada de mi niña atan. No obstante, eso queda ya en el pasado. He descubierto que es constante y sincera, dulce y afectuosa, y muy, muy sabia. Hemos venido a Atan para que esta querida niña vuestra pueda dejar a un lado la plata de la infancia y tomar el oro que no es más que lo merecido por ella, mediante el rito del paso de edad. Entrelacemos nuestras manos y nuestros corazones elenios y atanes, estirios y tamules, en la ceremonia que elevará a nuestra niña a la condición de adulta, y que en esa ceremonia se unan nuestros corazones, porque a través de esta niña nos convertimos todos en uno solo.

A medida que Norkan traducía, un murmullo de aprobación recorrió a la multitud de atanes, un murmullo que aumentó hasta un rugido, y la reina Betuana, con los ojos llenos de lágrimas, bajó de la plataforma y abrazó a la

pálida reina de Elenia. Luego habló muy brevemente a la multitud.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Stragen a Oscagne.

—Ha advertido a su pueblo que cualquiera que ofenda a vuestra reina con una impertinencia tendrá que responder ante ella personalmente. No es una amenaza vana. La reina Betuana es una de las mejores entre los guerreros y las guerreras de todo Atan. Espero que aprecies a tu esposa, Falquián. Acaba de dar un golpe diplomático del más alto orden. ¿Cómo diantres ha averiguado que los atanes son sentimentales? Si hubiera hablado durante otros tres minutos, toda la plaza se habría inundado de lágrimas.

—Nuestra reina es una joven muy perceptiva —dijo Stragen con mucho orgullo—. Un buen discurso se centra siempre en los intereses comunes. Nuestra Ehlana es un genio cuando se trata de encontrar cosas que pueda tener en común con sus oyentes.

—Así lo parece. Acaba de asegurar una cosa, os lo advierto.

—¿Ah, sí?

—Los atanes le otorgarán a Mirtai un rito de paso como sólo se dan una o dos veces en cada generación. Después de una presentación como ésa, se convertirá en una heroína nacional. Las canciones serán tumultuosas.

—Eso probablemente sea más o menos lo que mi esposa tenía en mente —le respondió Falquián—. Le encanta hacer cosas positivas por sus amigos.

—Y cosas no tan buenas por sus enemigos —agregó Stragen—. Recuerdo algunos de los planes que tenía para el primado Annias.

—Así es como debe ser, mi señor Stragen —observó Oscagne con una sonrisa—. Las únicas verdaderas razones para aceptar los inconvenientes del poder son recompensar a los amigos y castigar a los enemigos.

—No podría estar más de acuerdo, excelencia.

Engessa conferenció con el rey Androl y Ehlana con la reina Betuana. Nadie se sorprendió particularmente de que Sephrenia actuara como traductora de las reinas. La menuda mujer estiría hablaba, al parecer, casi todos los idiomas del mundo conocido. Norkan explicó a Falquián y los demás que los padres de los niños estaban muy implicados en el rito del paso de edades. Engessa serviría como padre de Mirtai, y Mirtai le había pedido con bastante timidez a Ehlana que fuera su madre. Aquella solicitud había provocado una manifestación emotiva entre ambas.

—De hecho es una ceremonia bastante conmovedora —dijo Norkan—. El padre y la madre están obligados a asegurar ante los demás que su hijo o hija

está preparado y en condiciones de asumir las responsabilidades de un adulto. Luego se ofrecen a luchar con cualquiera que no esté de acuerdo. No hay razón para preocuparse, Falquián —agregó, riendo entre dientes—. Es una formalidad. El desafío casi nunca es aceptado.

—¿Casi nunca?

—Estoy bromeando, por supuesto. Nadie va a luchar con tu esposa. El discurso que ha pronunciado los desarmó totalmente. La adoran. Pero espero que aprenda con rapidez. Tendrá que hablar en tamul.

—Aprender idiomas extranjeros lleva mucho tiempo —dijo Kalten, dubitativo—. Yo estudié estirio durante diez años, y nunca logré dominarlo.

—Tú no tienes aptitudes para los idiomas, Kalten —contestó Vanion—. Incluso el elenio te confunde en ocasiones.

—No tienes por qué ser insultante, señor Vanion.

—Imagino que Sephrenia hará alguna trampa —agregó Falquián—. Ella y Aphrael me enseñaron a hablar troll en unos cinco segundos cuando estaba en la cueva de Ghwerig. —Miró a Norkan—. ¿Cuándo tendrá lugar la ceremonia? —preguntó.

—A medianoche. Los niños pasan a la condición de adultos en el momento en el que un día pasa al siguiente.

—En eso existe un tipo de lógica exquisita —observó Stragen.

—La mano de Dios —murmuró devotamente Bevier.

—¿Cómo?

—Incluso los paganos responden a esa dulce voz interior, mi señor Stragen.

—Me temo que todavía no lo comprendo, *sir* Bevier.

—La lógica es lo que diferencia a nuestro Dios —le explicó pacientemente Bevier—. Es su regalo especial para el pueblo elenio, y se lo tiende a todos los demás, ofrece su bendición a los ignorantes.

—¿Podría decirme vuestra gracia si ésta es realmente una parte de la doctrina elenia? —preguntó Stragen al patriarca de Ucera.

—De forma provisional —replicó Emban—. Ese punto de vista está más ampliamente arraigado en Arcium que en ninguna otra parte. El clero arciano ha estado intentando conseguir que se lo incluya en los artículos de fe durante los últimos mil años poco más o menos, pero los deiranos se han resistido a ello. La jerarquía eclesiástica se ocupa del tema cuando no tenemos nada más que hacer.

—¿Cree vuestra gracia que se resolverá alguna vez? —le preguntó Norkan.

—¡Buen Dios, no, excelencia! Si alguna vez llegáramos a resolver ese

problema, no tendríamos de qué discutir.

Oscagne se les acercó desde el otro lado de la plaza. Se llevó a Falquián y Vanion a un lado; la expresión de su rostro denotaba inquietud.

—¿Cuán bien conocéis vosotros, caballeros, a Zalasta? —preguntó.

—Yo sólo lo vi una vez antes de visitar Sarsos —replicó Falquián—. Mi señor Vanion lo conoce mucho mejor que yo.

—Estoy comenzando a tener algunas dudas sobre esa legendaria sabiduría suya —comentó Oscagne—. El enclave estirio de Astel oriental linda con Atan, así que él debería de saber sobre estas gentes más de lo que aparenta. Acabo de sorprenderle cuando les estaba sugiriendo una demostración de destreza a los pelois y a algunos de los más jóvenes caballeros de la Iglesia.

—Eso no es insólito, excelencia —replicó Vanion con un encogimiento de hombros—. A los hombres jóvenes les gusta lucirse.

—Ése es exactamente el tema, señor Vanion. —Oscagne tenía una expresión preocupada—. Eso no se estila aquí, en Atan. Las demostraciones de ese tipo conducen al derramamiento de sangre. Los atanes consideran ese tipo de cosas como un reto. Yo llegué justo a tiempo de evitar un desastre. ¿En qué está pensando ese hombre?

—Los estirios son a veces un poco distraídos —le explicó Vanion—. A veces pueden ser profundamente despistados. Haré que Sephrenia hable con él y le recuerde que debe prestar más atención.

—Oh, hay algo más, caballeros. —Oscagne sonrió—. No dejéis que *sir* Berit pasee por la ciudad a solas. Hay pelotones enteros de muchachas atanes solteras que se vuelven locas por él.

—¿Berit? —Vanion parecía sorprendido.

—Ya sucedió con anterioridad, Vanion —le explicó Falquián—. Hay algo en nuestro joven amigo que vuelve locas a las mujeres jóvenes. Tiene que ver con sus pestañas, me parece. Ehlana y Melidere intentaron explicármelo en Darsas. Yo no entendí de qué estaban hablando, pero les tomo la palabra.

—¿Qué cosa tan sorprendente! —comentó Vanion.

Había antorchas por todas partes, y la suave brisa fragante de la noche agitaba las llamas anaranjadas como si fueran un campo de trigo ardiente. El rito de paso tuvo lugar en un prado del exterior de la ciudad. Un antiguo altar de piedra adornado con flores silvestres se alzaba entre dos enormes robles del centro del

prado, y sobre sus extremos ardían dos lámparas de aceite, hechas de bronce en forma de cuenco.

Un atan solitario de níveos cabellos estaba apostado en lo alto de la muralla de la ciudad, observando atentamente la luz de la luna, que penetraba por una de las estrechas aberturas horizontales de las almenas y descendía hasta una pared cercana en la que se veían largas marcas profundas separadas regularmente entre sí. No era la forma más precisa de determinar el tiempo, pero si todos estaban de acuerdo en que la luz de la luna llegaría a una determinada marca a la medianoche, la precisión carecía de importancia. Mientras hubiera un acuerdo general, sería la medianoche. La noche estaba en silencio, y sólo se oía el sonido de las llamas mecidas por el aire y el suspiro de la brisa en el oscuro bosque que rodeaba el prado.

Aguardaron mientras la plateada luz de la luna descendía lentamente por la pared marcada.

Luego, el anciano atan hizo una señal, y una docena de trompeteros produjeron metálicos sonidos para dar la bienvenida al nuevo día y señalar el comienzo del rito que daría fin a la infancia de Mirtai.

Los atanes entonaron una canción. No tenía letra, porque el rito era demasiado sacro para las palabras. El canto comenzó con un solo de voz masculina tronante que subía y bajaba a medida que las otras voces iban uniéndose a la primera en complejas armonías que se elevaban hacia el cielo.

El rey Androl y la reina Betuana avanzaron con paso majestuoso y lento por la larga avenida iluminada por las antorchas que conducía a los añosísimos árboles y el altar adornado con flores. Sus bronceos rostros estaban serenos, y sus cascos de oro relumbraban a la luz del fuego. Cuando llegaron al altar, se volvieron, expectantes.

Se produjo una pausa mientras las antorchas se agitaban y la canción como de órgano de los atanes subía y aumentaba. Luego la melodía disminuyó hasta un tarareo muy controlado, apenas más que un susurro.

Engessa y Ehlana, ambos ataviados con túnicas de color azul oscuro, escoltaron a Mirtai, que surgió de entre las sombras cercanas a la muralla. Mirtai estaba completamente vestida de blanco, y su cabello de azabache no llevaba adorno alguno. Miraba pudorosamente al suelo mientras su padre y su madre la conducían hasta el altar.

La canción volvió a subir, con una melodía diferente y un contrapunto distinto.

—La aproximación de la niña —murmuró Norkan a Falquián y los demás.

La voz sofisticada, incluso cínica, del tamul era respetuosa, casi reverente, y sus ojos, cansados del mundo, relucían. Falquián sintió que le tironeaban suavemente de una manga, y levantó a su hija en brazos para que pudiese ver mejor.

Mirtai y su familia llegaron al altar e hicieron una reverencia a Androl y Betuana. El canto bajó repentinamente a un susurro.

Engessa habló al rey y la reina de los atanes. Su voz era potente y vigorosa. El idioma tamul fluía musicalmente de sus labios mientras él declaraba a su hija capacitada. Luego se volvió, se abrió la túnica y desenvainó la espada. Hablo de nuevo, y en su voz pudo apreciarse una nota de reto.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Talen a Oscagne.

—Se ha ofrecido a responder con la violencia a cualquiera que ponga objeciones al paso de edades de su hija —replicó Oscagne. Su voz era también profunda y respetuosa, incluso ligeramente estrangulada por la emoción.

Luego habló Ehlana, también en tamul. La voz de ella sonó como una trompeta de plata mientras también ella declaraba que su hija estaba capacitada y preparada para ocupar su lugar en el mundo de los adultos.

—Eso último no tenía que decirlo —susurró Danae en el oído de Falquián—. Está agregando cosas.

—Ya conoces a tu madre. —Falquián sonreía. Luego, la reina de Elenia se volvió a mirar a los atanes congregados en el prado, y su voz adquirió una pétreo nota desafiante cuando también ella se abrió la túnica y desenvainó su espada de puño de plata. Falquián se sobresaltó por la forma profesional con que aferraba el arma.

Luego Mirtai habló al rey y la reina.

—La niña suplica el paso a la edad adulta —explicó Norkan.

El rey Androl pronunció su réplica con voz potente e imperiosa, y la reina agregó su asentimiento. Luego, también ellos desenvainaron sus espadas y dieron un paso al frente para flanquear al padre y la madre de la niña, uniéndose al desafío de estos últimos.

El canto de los atanes aumentó nuevamente, y las trompetas agregaron sus sonidos metálicos. Luego el sonido disminuyó de nuevo.

Mirtai se encaró con su pueblo y desenfundó sus dagas. Les habló a los presentes, y Falquián no necesitó traducción alguna. Conocía perfectamente aquel tono de voz.

La canción se elevó, triunfante, y los cinco se volvieron para encararse con el bloque de piedra toscamente cincelada. En el centro del altar había un cojín de terciopelo negro, y sobre el mismo descansaba una banda lisa de oro.

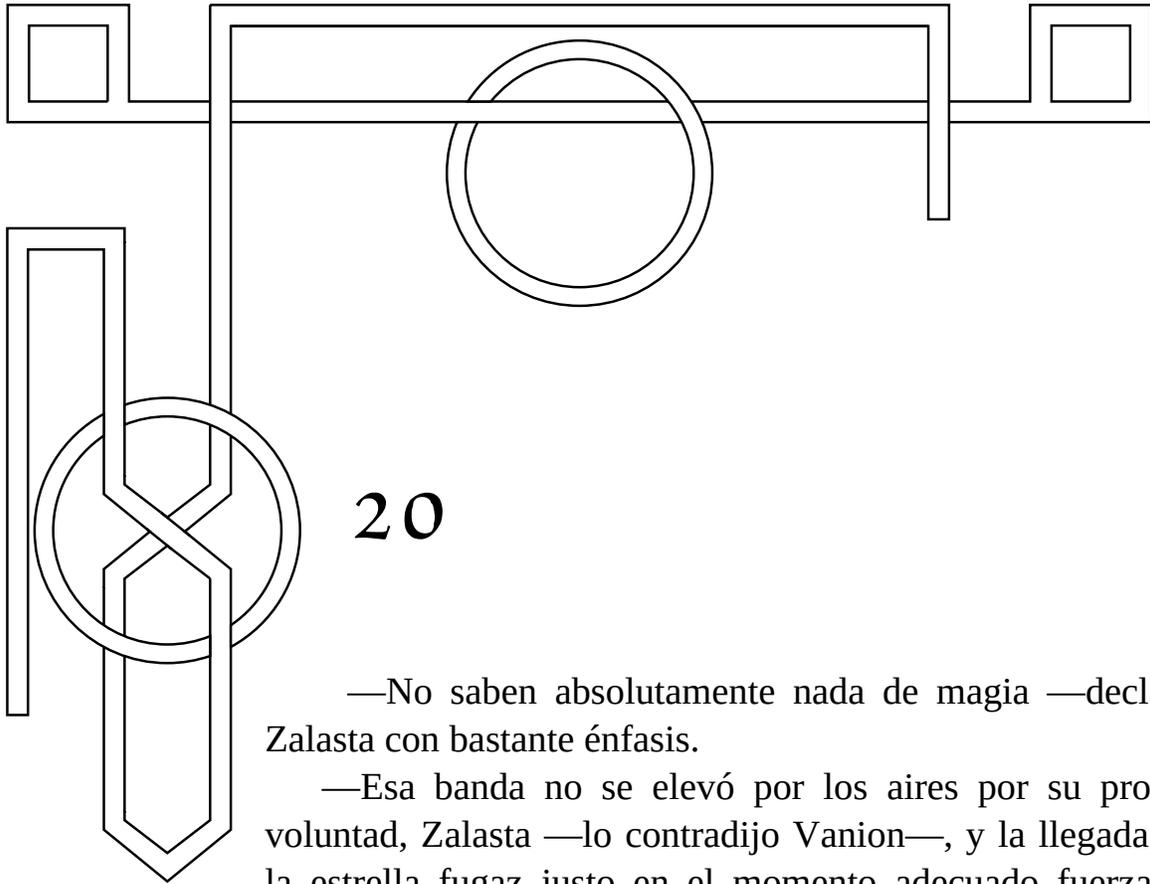
La canción subió a los cielos y el eco de la misma resonó en las montañas cercanas. Y entonces, de la negra garganta aterciopelada de la noche, cayó una estrella. Fue una blanca luz incandescente y brillante que dejó una estela descendente en el cielo. Describió un arco que bajaba y bajaba, y finalmente estalló en una lluvia de brillantes chispas.

—¡Basta ya! —siseó Falquián a su hija.

—Yo no he hecho eso —protestó la niña—. Podría haberlo hecho, pero no pensé en ello. ¿Cómo habrán conseguido hacerlo? —parecía auténticamente desconcertada.

Luego, mientras los relumbrantes trozos de la estrella bajaban con lentitud hacia la tierra, llenando la noche con chispas brillantes, la banda de oro se elevó como un anillo de humo sin que nadie la tocara. Vaciló mientras la canción de los atanes se elevaba con una dolorosa añoranza, Y luego, como una sutil gasa de telaraña, se posó sobre la cabeza de la niña; y cuando Mirtai se volvió, la expresión de su rostro era exultante: había dejado de ser una niña.

Las montañas devolvieron el jubiloso sonido de los atanes que le daban la bienvenida.



20

—No saben absolutamente nada de magia —declaró Zalasta con bastante énfasis.

—Esa banda no se elevó por los aires por su propia voluntad, Zalasta —lo contradijo Vanion—, y la llegada de la estrella fugaz justo en el momento adecuado fuerza la posibilidad de coincidencia más allá de lo que yo estoy dispuesto a aceptar.

—¿Quizás algún tipo de embuste? —sugirió el patriarca Emban—. Cuando yo era niño, en Ucera había un charlatán que era muy bueno en ese tipo de cosas. Yo me inclinaría a buscar cables escondidos y flechas encendidas.

Estaban reunidos en el campamento peloi instalado fuera de la ciudad, devanándose los sesos para intentar dilucidar la conclusión espectacular del rito de paso de Mirtai.

—¿Por qué cree vuestra gracia que iban a hacer algo semejante? —le preguntó Khalad.

—Para causar impresión, quizá. ¿Cómo quieres que lo sepa?

—¿A quién estarían tratando de impresionar?

—A nosotros, obviamente.

—Eso no parece encajar con el carácter atan —dijo Tynian, frunciendo el entrecejo—. ¿Serían los atanes capaces de vulgarizar un rito sagrado con ese tipo de trapacerías gratuitas, embajador Oscagne?

—Eso está totalmente fuera de discusión, *sir* Tynian —dijo el emisario

tamul, negando con la cabeza—. Ese rito es tan importante para la cultura de los atanes como un casamiento o un funeral. Ellos nunca lo degradarían para impresionar a unos extraños..., y no fue realizado para beneficio nuestro. La ceremonia era para la atana Mirtai.

—Exactamente —asintió Khalad—, y si hubiera habido cuerdas ocultas colgadas de los árboles, ella se habría dado cuenta de que estaban allí. No hubieran sido capaces de hacerle algo semejante. Un truco barato como ése habría constituido un insulto, y todos sabemos muy bien cómo reaccionan los atanes ante los insultos.

—Norkan estará aquí dentro de poco —dijo Oscagne—. Él lleva bastante tiempo viviendo en Atan. Estoy seguro de que será capaz de explicárnoslo.

—No puede haber sido magia —insistió Zalasta.

Aquello, por alguna razón, parecía ser muy importante. Falquián se preguntó si no se debería al *ego* racial del mago de enmarañadas cejas. Mientras sólo los estirios fuesen el pueblo capaz de practicar la magia e instruir a otros en su utilización, serían únicos en el mundo. Si alguna otra raza podía hacer lo mismo que ellos, la importancia de los estirios se vería disminuida.

—¿Durante cuánto tiempo vamos a quedarnos aquí? —preguntó Kalten—. Este lugar es espinoso. Es inevitable que uno de los jóvenes caballeros o uno de los pelois incurra en error antes o después. Si alguien comete el desatino de insultar mortalmente a alguien por inadvertencia creo que todos esos buenos sentimientos se evaporarán. No me gustaría tener que abrirme paso luchando para poder salir de la ciudad.

—Norkan podrá indicarnos el momento adecuado —replicó Oscagne—. Tampoco es interesante la perspectiva de insultar a los atanes con una marcha demasiado pronta.

—¿Qué distancia hay desde aquí a Matherion, Oscagne? —preguntó Emban.

—Alrededor de quinientas leguas.

Emban suspiró.

—Casi dos meses más —se lamentó—. Tengo la sensación de que este viaje ya ha durado varios años.

—No obstante, vuestra gracia parece estar más en forma —dijo Bevier.

—Yo no quiero estar en forma, Bevier. Lo que quiero es parecer gordo, ocioso y consentido. Quiero estar realmente gordo, ocioso y consentido..., y quiero una comida decente con montones de mantequilla y salsa de carne, manjares exquisitos y buenos vinos.

—Vuestra gracia se ofreció voluntariamente para acompañarnos —le recordó Falquián.

—Debí haber enloquecido temporalmente.

El embajador Norkan atravesó el campamento peloi con una expresión divertida en el rostro.

—¿Qué es lo que tanto te divierte? —le preguntó Oscagne.

—He estado observando una danza exquisita, viejo amigo —respondió Norkan—. Había olvidado cuán profundamente literales pueden ser los elenios. Unas cuantas muchachas atanes abordaron al joven *sir* Berit y le expresaron su ardiente interés por el armamento occidental. Obviamente lo que deseaban eran lecciones privadas en algún lugar discreto en el que él pudiera demostrarles cómo emplea sus herramientas de guerra.

—Norkan —lo censuró Oscagne.

—¿Es que he dicho algo malo, viejo amigo? Me temo que mi elenio está un poco oxidado. En cualquier caso, *sir* Berit ha dispuesto una demostración para la totalidad del grupo. Está en el exterior de las murallas dándoles a todas lecciones de tiro con arco.

—Vamos a tener que mantener una charla con ese muchacho —dijo Kalten a Falquián.

—Se me ha dicho que no lo haga —dijo Falquián—. Mi esposa y las demás damas prefieren mantenerlo en la inocencia. Eso parece satisfacer algunas oscuras necesidades de ellas. —Miró a Norkan—. Quizá puedas resolver una discusión que tenemos, excelencia.

—Soy bueno en eso de hacer la paz, *sir* Falquián. No es tan divertido como iniciar guerras, pero el emperador lo prefiere.

—¿Qué sucedió realmente la pasada noche, embajador Norkan? —preguntó Vanion.

—La atana Mirtai se convirtió en adulta —replicó Norkan con un encogimiento de hombros—. Tú estabas allí, señor Vanion. Viste todo lo que vi yo.

—Sí, así es. Ahora me gustaría que nos lo explicaras. ¿Realmente cayó una estrella en el momento culminante de la ceremonia? ¿Y realmente se elevó la banda de oro y se posó sola sobre la cabeza de Mirtai?

—Sí. ¿Es que había algún problema?

—¡Imposible! —exclamó Zalasta.

—Tú podrías hacerlo, ¿no es cierto, erudito?

—Sí, supongo que sí, pero es que yo soy estirio.

—Y ellos son atanes.

—Eso es exactamente a lo que me refiero.

—También nosotros nos sentimos trastornados cuando presenciamos el fenómeno por primera vez —dijo Norkan—. Los atanes son primos nuestros. Como, desgraciadamente, lo son los arjunis y los teganas. Nosotros, los tamules, somos un pueblo laico, como indudablemente sabréis. Tenemos un panteón de dioses a los que no hacemos el más mínimo caso excepto en las fiestas religiosas. Los atanes sólo tienen uno, y ni siquiera quieren decirnos cómo se llama. Pueden apelar a él de la misma manera en que vosotros, los estirios, apeláis a vuestros dioses, y les responde de la misma forma.

El rostro de Zalasta se puso blanco de repente.

—¡Imposible! —repitió con voz estrangulada—. Nosotros lo sabríamos. Hay atanes en Sarsos. Los habríamos notado si utilizaran la magia.

—Pero es que no lo hacen en Sarsos, Zalasta —le explicó pacientemente Norkan—, y solamente durante las ceremonias.

—¡Eso es absurdo!

—Yo no les diría a ellos que piensas de esa forma. Ellos sienten un cierto desprecio por los estirios, ¿sabes? La noción de convertir a un dios en un sirviente les resulta un poco impía. Los atanes tienen acceso a un dios, y ese dios puede hacer las mismas cosas que los demás dioses. Ellos han preferido no involucrar a su dios en los asuntos de la vida diaria, así que sólo recurren a él durante las ceremonias religiosas... Las bodas, los funerales, los ritos de paso, y algunas más. No pueden comprender vuestra disposición de insultar a los dioses pidiéndoles que hagan cosas que realmente deberíais hacer por vosotros mismos. —Luego miró a Emban con una sonrisa algo socarrona—. Acaba de ocurrírseme que vuestro dios elenio probablemente podría hacer las mismas cosas. ¿Ha pensado su gracia en pedírselo alguna vez?

—¡Herejía! —exclamó Bevier con voz ahogada.

—No realmente, caballero. Esa palabra es utilizada para describir a alguien que se aparta de las enseñanzas de su propia fe. Yo no soy un miembro de la fe elenia, así que mis especulaciones no pueden ser realmente heréticas, ¿no te parece?

—Te ha pillado en eso, *sir* Bevier —dijo Ulath—. Su lógica es inexpugnable.

—Eso plantea algunas preguntas muy interesantes —reflexionó Vanion—.

Es perfectamente posible que la Iglesia haya cometido un desatino al fundar las órdenes militares. Puede que no tuviéramos que salir de nuestra propia fe para instruirnos en el uso de la magia. Si se lo hubiéramos pedido de forma adecuada, puede que nuestro Dios nos hubiese proporcionado la ayuda que necesitábamos. —Tosió, un poco incómodo—. Confío en que no le diréis a Sephrenia, caballeros, que he hecho este comentario. Si comienzo a sugerir que ella es innecesaria, podría tomárselo por el lado equivocado.

—Mi señor Vanion —dijo Emban con un tono bastante formal—. Como representante de la Iglesia, te prohíbo que continúes con esas especulaciones. Éste es un terreno peligroso, y quiero un fallo de Dolmant antes de que continuemos más adelante con el asunto... y, por el amor de Dios, no comiences a experimentar.

—Ah..., patriarca Emban —le recordó Vanion con tono suave—, creo que estás olvidando el hecho de que como preceptor de la orden de los pandion, mi rango dentro de la Iglesia es igual al tuyo. Técnicamente hablando, no puedes prohibirme absolutamente nada.

—Falquián es el preceptor, en este momento.

—No hasta que sea confirmado por parte de la jerarquía eclesiástica, Emban. No estoy intentando degradar tu autoridad, viejo amigo, pero observemos las normas, ¿qué te parece? Son las pequeñas cosas que nos mantienen dentro de la civilización cuando estamos lejos de casa.

—¿No son divertidos los elenios? —comentó Oscagne a Norkan.

—Estaba a punto de hacerte la misma observación.

Se reunieron con el rey Androl y la reina Betuana más tarde, aquella misma mañana. El embajador Oscagne les explicó la misión que tenían, en el musical idioma tamul.

—Está dando vueltas en torno a tus extraordinarias capacidades, Falquián —dijo Sephrenia a su discípulo en voz baja. Una ligera sonrisa le tocó los labios—. Los funcionarios del emperador parecen poco dispuestos a admitir que se ven impotentes ante la situación y que tienen que solicitar ayuda del exterior.

Falquián asintió con la cabeza.

—Ya hemos pasado antes por ello —murmuró—. Oscagne estaba muy preocupado por eso cuando habló con nosotros en Chyrellos. Sin embargo, dada la situación parece una actitud un poco miope. Los atanes constituyen el ejército tamul. No tiene realmente mucho sentido guardar secretos ante ellos.

—¿Qué es lo que te ha hecho pensar que la política tiene algún sentido,

Falquián?

—Te he echado de menos, pequeña madre —comentó Falquián con una risa.

—Te aseguro que espero que así haya sido.

El rostro del rey Androl tenía una expresión seria, incluso severa, mientras Oscagne les explicaba lo que habían descubierto en Astel. La expresión de la reina era algo más suave, en gran medida porque Danae estaba sentada sobre su regazo. Falquián había visto a su hija hacer eso mismo en numerosas ocasiones. Siempre que había la posibilidad potencial de que surgieran tensiones en una situación determinada, Danae se ponía a buscar regazos en los que sentarse. La gente invariablemente reaccionaba a su inexpresada solicitud de que la tuvieran en brazos sin siquiera hablar acerca de ello.

—Hace eso a propósito, ¿no es verdad? —susurró a Sephrenia.

—Creo que no he seguido tus pensamientos, Falquián.

—Me refiero a Aphrael. Se le sube a la gente al regazo con el fin de controlarla.

—Por supuesto. El contacto directo lo hace muchísimo más seguro... y sutil.

—Ése es el motivo por el que ella siempre ha permanecido como niña, ¿no es así? Para que la gente la tome en brazos y la retenga, y de esa forma consigue que hagan lo que ella quiere.

—Bueno, es una de las razones.

—No podrá hacer eso cuando crezca, ¿lo sabes?

—Sí, yo sí que lo sé, Falquián, y me sentiré muy interesada en ver cómo se las arregla entonces. Oscagne está ahora llegando al tema crucial. Le está pidiendo a Androl un informe de cualquier incidente similar a los que habéis encontrado por el camino.

Norkan dio luego un paso al frente para actuar como intérprete de Androl, y Oscagne se retiró al lado elenio de la sala para realizar la misma tarea con sus invitados. Los tamules habían perfeccionado el tedioso pero necesario trabajo de la traducción para que resultase lo más fluido y discreto posible.

El rey Androl meditó la pregunta durante unos instantes. Luego sonrió a Ehlana y le habló en tamul con una voz muy suave.

—Así dice el rey —comenzó a traducir Norkan—: Con felicidad saludamos una vez más a Ehlana-reina, pues su presencia es como el calor del sol que sale por el horizonte tras un largo invierno.

—Oh, eso es muy bonito —murmuró Sephrenia—. Siempre parecemos olvidar el lado poético de la naturaleza de los atanes.

—Además —continuó traduciendo Norkan—, alegres nos sentimos por dar la bienvenida a los fabulosos guerreros del oeste y al sabio de la iglesia de Chyrellos. —Era evidente que Norkan estaba traduciendo palabra por palabra.

Emban inclinó la cabeza con gesto cortés.

—Claramente vemos nuestra mutua preocupación por el asunto que nos ocupa, y con lealtad nos uniremos a los guerreros del oeste en todas las acciones que sean necesarias.

Androl volvió a hablar, haciendo pausas de vez en cuando para permitir la traducción.

—Nuestras mentes se han sentido inquietas durante las estaciones pasadas, porque hemos fracasado en las tareas que nos encomendaron nuestros amos de Matherion. Esto nos desazona, porque no estamos acostumbrados al fracaso. —Tenía una expresión ligeramente mortificada mientras admitía aquello—. Estoy seguro, Ehlana-reina, de que Oscagne-portavoz del emperador os ha hablado de nuestras dificultades en zonas de Tamuli que están fuera de nuestras propias fronteras. Vergüenza sentimos, de que haya hablado con verdad.

La reina Betuana le habló brevemente a su esposo.

—Ella acaba de decirle que vaya directamente al tema en cuestión —susurró Sephrenia a Falquián—. Parece que la tendencia del rey de hablar con lenguaje florido, irrita a su esposa..., al menos ésa es la impresión que me ha dado a mí.

Androl dijo a Norkan algo en tono de disculpas.

—Eso sí que es una sorpresa —comentó Norkan, obviamente expresando sus propios pensamientos—. El rey acaba de reconocer que ha estado ocultándome secretos. No suele hacer ese tipo de cosas.

Androl volvió a hablar, y la traducción de Norkan se hizo más coloquial al dejar el rey atar las formalidades a un lado.

—Dice que se han producido incidentes aquí, en la propia tierra de Atan. Se trata de un asunto interno, así que técnicamente no estaba obligado a informarme de ello. Dice que se han encontrado con unas criaturas a las que ellos llaman «los peludos». Según lo que entiendo, la estatura de esas criaturas es aún mayor que la de los atanes más altos.

—¿Con brazos largos? —inquirió Ulath con gesto atento—. ¿Narices chatas y huesos grandes en la cara? ¿Dientes en punta?

Norkan tradujo al tamul y el rey Androl miró a Ulath con cierta sorpresa. Luego asintió con la cabeza.

—¡Trolls! —dijo Ulath—. Pregúntale cuántos han visto sus gentes, juntos en

un momento dado.

—Quince o más —fue la respuesta.

Ulath sacudió la cabeza.

—Eso es muy improbable —dijo lisa y llanamente—. Uno puede encontrarse con una sola familia de trolls trabajando juntos, pero nunca con quince a la vez.

—El rey no mentiría —insistió Norkan.

—Yo no he dicho que lo hiciera, pero es que los trolls nunca se han comportado de esa manera hasta ahora. Si lo hubiesen hecho, nos habrían echado de Thalesia.

—Parece que las reglas han cambiado, Ulath —observó Tynian—. ¿Se ha producido algún otro incidente, excelencia? ¿Cosas que no tengan que ver con los trolls?

Norkan habló al rey y luego tradujo la respuesta.

—Se han encontrado con guerreros que llevaban armaduras extrañas y armas desconocidas.

—Pregúntale si podrían haber sido cyrgais —sugirió Bevier—, con cascos crestados con crines de caballo. Grandes escudos redondos. Lanzas largas.

Norkan tradujo la pregunta, aunque su expresión era de desconcierto. Asombrado, tradujo la réplica.

—¡Lo eran! —exclamó—. ¡Eran cyrgais! ¿Cómo es posible eso?

—Ya lo explicaremos después —dijo Falquián con voz tensa—. ¿Hubo algún otro incidente?

Norkan formuló entonces la pregunta con presteza, evidentemente emocionado por aquellas revelaciones. La reina Betuana se inclinó ligeramente hacia delante y reemplazó a su esposo.

—Arjunis —tradujo Norkan con tono tenso—. Iban armados hasta los dientes y no hicieron intento alguno de ocultarse como suelen hacerlo. Y en una ocasión hallaron un ejército de elenios..., principalmente siervos. —Luego sus ojos se abrieron con asombro—. ¡Eso es imposible! ¡No es más que un mito!

—Mi colega está perdiendo los estribos —replicó Oscagne—. La reina dice que en una ocasión se encontraron con los seres fulgentes.

—¿Qué son? —preguntó Stragen.

—Norkan está en lo cierto —replicó Oscagne—. Los seres fulgentes son criaturas míticas. Es una de esas cosas de las que os hablé en Chyrellos. Nuestro enemigo está recurriendo al folclore en busca de cosas horrorosas. Los seres fulgentes son como los vampiros, los hombres lobo y los ogros. ¿Tendría alguna

objección vuestra majestad si Norkan y yo inquirimos más sobre este asunto y luego te ofrecernos un resumen? —le preguntó a Ehlana.

—Procede, excelencia —asintió ella.

Los dos tamules comenzaron a hablar con mayor rapidez, y la reina Betuana respondió con firmeza. Falquián tuvo la clara impresión de que ella era mucho más inteligente y vigorosa que su marido. Con Danae aún sobre el regazo, contestó a las preguntas de forma tajante y sus ojos tenían una expresión muy resuelta.

—Parece que nuestro enemigo ha estado haciendo aquí, en Atan, las mismas cosas que ha estado haciendo en los otros lugares —dijo finalmente Oscagne—, y además ha estado agregando algunas variantes. Las fuerzas de la antigüedad se comportaron de la misma forma en que lo hicieron vuestros lamorks ancestrales en Eosia, y de la misma manera que los cyrgais y sus aliados cynesganos en el bosque del oeste de Sarsos. Atacan, se produce una batalla, y luego desaparecen cuando su líder muere. Sólo quedan los muertos. Los trolls no se desvanecen. Hay que matarlos a todos.

—¿Y qué hay de los seres fulgentes? —inquirió Kalten.

—No hay forma de estar seguro con respecto a ellos —replicó Oscagne—. Los atanes huyen de ellos.

—¿Que hacen qué? —La voz de Stragen era de asombro.

—Todo el mundo tiene miedo de los seres fulgentes, mi señor —le explicó Oscagne—. Las historias referentes a ellos hacen que los relatos referentes a los vampiros, los hombres lobo y los ogros, parezcan cuentos para dormir.

—¿Podrías aceptar una ligera corrección, excelencia? —preguntó Ulath con voz suave—. No quisiera alarmarte, pero los ogros son verdaderamente reales. Nosotros los vemos con frecuencia en Thalesia.

—Estás bromeando, *sir* Ulath.

—No, de verdad que no. —Ulath se quitó el casco con cuernos—. Éstos son cuernos de ogro —comentó, dándoles unos golpecitos a los adornos del casco.

—Quizá lo que tenéis en Thalesia es una criatura a la que llamáis ogro —observó Oscagne con tono dubitativo.

—¿De tres metros y medio de alto? ¿Con cuernos? ¿Colmillos? ¿Garras en lugar de dedos? Eso es un ogro, ¿verdad?

—Bueno...

—Eso es lo que tenemos en Thalesia. Si no son ogros, los dejaremos que se queden con el título hasta que podáis encontrar uno de verdad.

Oscagne lo miró fijamente.

—No son tan terribles como se dice, excelencia. Los trolls nos dan más problemas..., quizá porque son carnívoros. Los ogros comen cualquier cosa. De hecho, prefieren almorzar árboles antes que gente. Por alguna razón, les gustan mucho los arces... Debe ser porque son dulces. Un ogro sería capaz de abrirse paso a patadas a través de tu casa para comerse un arce que tuvieras en el jardín trasero.

—¿Está hablando realmente en serio? —preguntó Oscagne a los demás. Ulath a veces causaba aquel efecto sobre las personas.

Tynian tendió una mano y dio unos golpecitos en los cuernos de ogro que adornaban el casco de Ulath.

—Estos cuernos me parecen bastante serios, excelencia —le respondió—. Y eso plantea otros temas. Si los ogros son reales, puede que nos interesara replantearnos la existencia de los vampiros, los hombres lobo, y también la de esos seres fulgentes. Dadas las circunstancias actuales, podríamos considerar la posibilidad de prescindir de momento de la palabra «imposible».

—Pero es que lo eres, Mirtai —insistió la princesa Danae.

—Es algo completamente distinto, Danae —respondió la atana—. En mi caso es simbólico.

—Todo es simbólico, Mirtai —declaró Danae—. Todo lo que hacemos tiene algún otro significado. Estamos completamente rodeados de símbolos. Sin embargo, lo mires como lo mires, tenemos la misma madre y eso nos convierte en hermanas.

Por alguna razón, aquello parecía muy importante para la princesa. Falquián estaba sentado con Sephrenia en un rincón de una de las amplias salas de la casa del rey Androl. Su hija estaba atareada en confirmar su parentesco con Mirtai, mientras la baronesa Melidere y la camarera de Ehlana las observaban.

Mirtai sonrió dulcemente a la niña.

—De acuerdo, Danae —cedió—. Si quieres pensarlo así, somos hermanas.

Danae profirió un grito de deleite, saltó a los brazos de Mirtai y la sofocó a besos.

—¿No es un encanto de niña? —comentó la baronesa Melidere entre risas.

—Sí, baronesa —murmuró Alean. Luego, una pequeña arruga frunció el ceño de la muchacha—. Nunca conseguiré comprenderlo —comentó—, por muy

atentamente que la vigile, siempre se las arregla para ensuciarse los pies. — Señaló los pies teñidos de hierba de Danae—. A veces pienso que tiene una caja llena de hierba escondida entre los juguetes, y que la pisotea en cuanto vuelvo la espalda sólo para mortificarme.

Melidere sonrió.

—Simplemente le gusta correr con los pies descalzos, Alean —dijo—. ¿Es que nunca tienes ganas de quitarte los zapatos y correr por la hierba?

Alean suspiró.

—Yo estoy al servicio de la reina, baronesa —replicó la muchacha—. Se supone que no debo ceder a ese tipo de caprichos.

—Eres tan absolutamente correcta, Alean... —comentó la baronesa de cabellos rubios como la miel—. Si una chica no cede de vez en cuando a sus caprichos, nunca se divertirá.

—No estoy aquí para divertirme, baronesa. Estoy aquí para servir. Mi primera patrona me dejó eso muy claro. —Atravesó la sala hasta donde estaban las dos «hermanas», y le tocó un hombro a Danae—. Es la hora del baño, princesa —dijo.

—¿Tengo que hacerlo, realmente?

—Sí.

—¡Es tan latoso! Ya sabes que volveré a ensuciarme.

—Se supone que tenemos que hacer un esfuerzo para compensar eso, alteza.

—Haz lo que te dice, Danae —le aconsejó Mirtai.

—Sí, querida hermana —suspiró Danae.

—Ése ha sido un intercambio de palabras interesante, ¿no te parece? —murmuró Falquián dirigiéndose a Sephrenia.

—Sí —asintió la mujer menuda—. ¿Ha estado dejando entrever las cosas de esa manera con mucha frecuencia?

—Me temo que no te sigo.

—Realmente no debería de hablar de símbolos de la forma en que lo ha hecho, no cuando se encuentra entre paganos.

—Me gustaría que no emplearas esa palabra para describirnos, Sephrenia.

—Bueno, pero ¿es que no lo sois?

—Es algo que depende bastante de la perspectiva desde la que lo mires. ¿Qué es lo que tienen los símbolos de tan importante como para que ella deba ocultarlos?

—No se trata de los símbolos en sí, Falquián, sino de lo que pone de

manifiesto al hablar de ellos de esa forma.

—Ah. ¿Y qué es lo que revela?

—El hecho de que ella no contempla al mundo ni piensa en él de la misma manera en que lo hacemos nosotros. El mundo tiene para ella significados que nosotros no podemos ni empezar a comprender.

—Te creo. ¿Sois también tú y Mirtai hermanas a partir de ahora? Quiero decir, que si ella es la hermana de Danae, y también lo eres tú, ¿no es casi obligatorio que Mirtai y tú lo seáis también?

—Todas las mujeres son hermanas, Falquián.

—Eso es una generalización, Sephrenia.

—¡Cuán perspicaz por tu parte el haberlo advertirlo!

Vanion entró en la sala.

—¿Dónde está Ehlana? —preguntó.

—Ella y Betuana están conferenciando —replicó Falquián.

—¿Quién hace la traducción?

—Una de las muchachas de Engessa, procedente de Darsas. ¿De qué querías hablar con ella?

—Creo que partiremos mañana. Engessa, Oscagne y yo hemos hablado con el rey Androl. Oscagne piensa que debemos continuar hacia Matherion lo antes posible. No quiere hacer esperar al emperador. Engessa enviará sus legiones de vuelta a Darsas; él continuará con nosotros, en gran medida porque habla el elenio mejor que la mayoría de los atanes.

—A mí no me desagrada la idea —comentó Mirtai—. Ahora es mi padre, y realmente tendremos que llegar a conocernos mejor el uno al otro.

—Estás divirtiéndote con todo esto, ¿no es verdad, Vanion? —Sephrenia dijo aquello con un tono de semiacusación.

—Lo he echado en falta —admitió él—. He estado en el centro de los acontecimientos durante la mayor parte de mi vida. No creo haber nacido para quedarme en la retaguardia.

—¿No eras feliz cuando vivíamos nosotros dos solos?

—Por supuesto que lo era. Habría estado totalmente encantado de pasar el resto de mi vida a solas contigo, pero ya no vivimos solos. El mundo se entromete en nuestra vida, Sephrenia, y ambos tenemos responsabilidades. No obstante, aún tenemos tiempo para dedicarnos el uno al otro.

—¿Estás seguro, Vanion?

—Me aseguraré de que así sea, amor.

—¿Os gustaría quedaros a solas? —preguntó Mirtai con una sonrisilla traviesa.

—Más tarde, quizá —replicó Sephrenia con bastante calma.

—¿No estaremos un poco cortos de defensas sin los atanes de Engessa? —preguntó Falquián.

—El rey Androl está encargándose de eso —respondió Vanion—. No te preocupes, Falquián. Tu esposa es casi tan importante para el resto de nosotros como lo es para ti. No vamos a permitir que le suceda nada malo.

—Podemos descartar la posibilidad de exageraciones —dijo Sephrenia—. El carácter atan las convierte en muy improbables.

—En eso estoy de acuerdo —asintió Falquián—. Son guerreros y están entrenados para dar informes precisos.

Vanion y Zalasta asintieron con la cabeza. Estaba anocheciendo y los cuatro se habían reunido en el exterior de la ciudad con el fin de comentar la situación sin que Norkan y Oscagne estuvieran presentes.

No se trataba de que desconfiasen de los dos tamules. Sencillamente sucedía que querían poder hablar con libertad de ciertas cosas que los tamules no estaban culturalmente preparados para aceptar.

—Resulta bastante obvio que nuestro oponente es un dios —declaró Zalasta con firmeza.

—¡Y lo dice con esa indiferencia! —comentó Vanion—. ¿Es que estás tan habituado a enfrentarte con los dioses que te estás hastiando de ello, Zalasta?

Zalasta le sonrió.

—Sencillamente estoy definiendo el problema, señor Vanion. La resurrección de ejércitos enteros se encuentra más allá de las capacidades humanas. Podéis creerme. En una ocasión lo intenté y me hice un lío terrible. Me llevó varias semanas enviarlos a todos de vuelta a la tierra.

—Ya nos hemos enfrentado antes con dioses —comentó Vanion con un encogimiento de hombros—. Durante quinientos años tuvimos la vista clavada en Azash desde el otro lado de la frontera.

—¿Y ahora quién parece hastiado?

—Sólo estoy definiendo la solución, amor —replicó él—. Los caballeros de la Iglesia fueron creados precisamente para esa clase de situación. No obstante, se nos plantea una verdadera necesidad de identificar a nuestro enemigo. Los

dioses tienen adoradores, y nuestro enemigo tiene que estar utilizando, inevitablemente, a sus adoradores en este plan. Debemos averiguar quién es, con el fin de saber quiénes son sus adoradores. No podremos desbaratar sus planes hasta que no sepamos a quién debemos atacar. ¿Estoy diciendo algo demasiado obvio?

—Sí —respondió Falquián—, pero la lógica siempre está bien en principio. Me gusta la idea de atacar a sus adoradores. Si hacemos eso, el dios tendrá que dejar lo que esté haciendo para proteger a su gente. La fuerza de un dios depende completamente de sus adoradores. Si comenzamos a atacar a su gente, lo reduciremos con cada golpe de espada.

—Bárbaro —lo acusó Sephrenia.

—¿Puedes conseguir que deje de hacerme esas cosas, Vanion? —apeló Falquián a su amigo—. En lo que va de día, me ha llamado tanto pagano como bárbaro.

—Bueno, ¿y no lo eres?

—Puede que sí, pero no es bonito salir y decirlo de esa forma.

—Es la presencia de los trolls lo que me ha preocupado desde que me hablasteis de ello en Sarsos —intervino Zalasta—. A ellos no los han traído del pasado, y nunca, hasta hace poco, habían acudido a esta parte del mundo desde su hogar ancestral de Thalesia. No sé mucho sobre los trolls, pero tenía entendido que se sentían ferozmente atraídos por su tierra natal. ¿Qué pudo haber provocado esta migración?

—Ulath está perplejo —replicó Falquián—. Colijo que los thalesianos se sintieron tan felices por el hecho de que los trolls se hubieran marchado, que no investigaron el asunto.

—Los trolls no cooperan habitualmente los unos con los otros —dijo Sephrenia—. Uno solo de ellos podría haber decidido por su cuenta marcharse de Thalesia, pero jamás habría persuadido a los demás de que lo acompañaran.

—Eso sugiere una posibilidad muy desagradable, amor —comentó Vanion.

Todos se miraron entre sí.

—¿Existe alguna manera de que pudieran salir del Bhelliom? —preguntó Vanion a Sephrenia.

—No lo sé, Vanion. Falquián me hizo la misma pregunta hace bastante tiempo. No sé qué hechizo empleó Ghwerig para encerrarlos dentro de la gema. Los hechizos troll no son los mismos que los nuestros.

—¿No sabes entonces si todavía están dentro o si han hallado alguna forma

de liberarse?

Ella asintió con expresión sombría.

—El hecho de que los trolls hayan recogido sus cosas y se hayan marchado de su hogar ancestral al mismo tiempo, sugiere que algo con la suficiente autoridad sobre todos ellos les ordenó que lo hicieran —reflexionó Zalasta.

—Esos serían sin lugar a duda sus dioses. —El rostro de Vanion estaba tan sombrío como el de Sephrenia—. Los trolls no obedecerían a nadie más. —Suspiró—. Bueno, queríamos saber quién era nuestro enemigo. Creo que es muy probable que hayamos acabado de descubrirlo.

—Hoy estás completamente lleno de luz y júbilo, Vanion —comentó Falquián con acritud—, pero me gustaría tener algo un poco más concreto antes de declarar la guerra a los trolls.

—¿Cómo obligaste a los dioses troll a que dejaran de atacarte en Zemoch, príncipe Falquián? —inquirió Zalasta.

—Utilicé el Bhelliom.

—Las apariencias indican que podrías tener que utilizarlo otra vez. Supongo que no se te habrá ocurrido traerlo, ¿verdad?

Falquián desvió rápidamente los ojos hacia Sephrenia.

—¿No se lo has contado? —le preguntó con una cierta sorpresa.

—Él no tenía necesidad de saberlo, querido. Dolmant quería que todos nosotros lo guardásemos más o menos en secreto, ¿recuerdas?

—Deduzco que no lo tienes, entonces, príncipe Falquián —resumió Zalasta—. ¿Lo has dejado en algún lugar seguro de Cimmura?

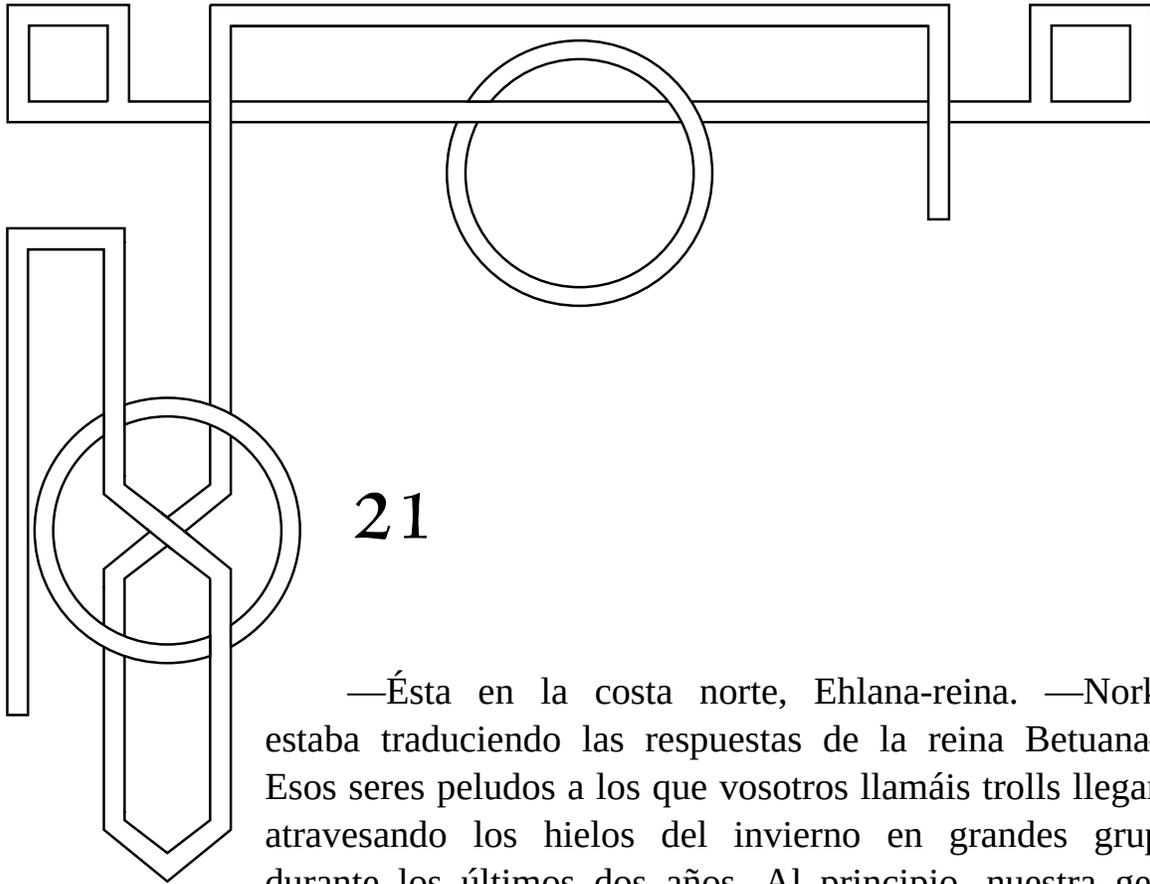
—Ya lo creo que está en un lugar seguro, erudito —replicó Falquián fríamente—, pero no está en Cimmura.

—¿Dónde, entonces?

—Después de que lo utilizáramos para destruir a Azash, lo arrojamos al mar.

El rostro de Zalasta se puso blanco como el yeso.

—En la zona más profunda del más profundo océano del mundo —agregó Sephrenia.



## 21

—Ésta en la costa norte, Ehlana-reina. —Norcan estaba traduciendo las respuestas de la reina Betuana—. Esos seres peludos a los que vosotros llamáis trolls llegaron atravesando los hielos del invierno en grandes grupos durante los últimos dos años. Al principio, nuestra gente pensó que eran osos, pero no lo eran. Al llegar nos evitaban, y la nieve y la niebla del invierno dificultaba el que nuestra gente los viera con claridad. Cuando hubo aquí un mayor número de ellos, se volvieron más osados. Sólo cuando alguien mató a uno nos dimos cuenta de que no se trataba de osos.

El rey Androl no estaba presente. Las dotes intelectuales de Androl no eran profundas, y él prefería con mucho dejar que su esposa se encargara de los asuntos de estado. El rey atan tenía un aspecto muy impresionante, pero donde mejor se desenvolvía era en las ceremonias donde no había probabilidad de que surgieran sorpresas.

—Pregúntale si ha visto algún troll más al sur —murmuró Falquián a su esposa.

—¿Y por qué no se lo preguntas tú?

—Mantengamos las cosas dentro de las formalidades, Ehlana. Esto es, técnicamente, una conversación entre vosotras dos. No creo que se espere que el resto de nosotros intervenga. No nos arriesguemos a violar un decoro del que nada sabemos.

Ehlana formuló la pregunta y Norkan tradujo.

—No —fue la respuesta de Betuana que repitió Norkan en idioma elenio—. Aparentemente, los trolls se han instalado en los bosques de las laderas septentrionales. Por lo que sabemos hasta ahora, no han penetrado más allá en el territorio atan.

—Adviértele que los trolls son muy buenos en la táctica de esconderse en los bosques —informó Ulath.

—También lo somos nosotros —fue la respuesta traducida.

—Pregúntale si la ofendería el que le diese algunos consejos sobre táctica —preguntó entonces el caballero genidiano—. Los thalesianos hemos tenido muchas experiencias con los trolls..., la mayoría de ellas, malas.

—Siempre estamos dispuestas a escuchar la voz de la experiencia —fue la réplica que le dio la reina atana.

—Cuando nos encontramos con los trolls en Thalesia, habitualmente nos mantenemos a distancia y les arrojamos algunas flechas —informó Ulath a Ehlana—. Es difícil matarlos con flechas, porque tienen una piel y una capa de pelo muy gruesas, pero es una buena idea retrasarles los movimientos si es posible. Los trolls son muchos bastante más rápidos de lo que parecen, y tienen brazos muy largos. Pueden arrebatar a un hombre de la silla de su caballo en menos tiempo del que ese hombre necesita para parpadear.

Ehlana cumplió la formalidad de repetir las palabras del caballero.

—¿Y qué hace entonces el troll? —Betuana lo miraba con curiosidad.

—Primero le arranca la cabeza al hombre. Luego se come el resto. Por algún motivo que ignoro, los trolls no comen cabezas.

Ehlana se atragantó ligeramente al oír aquello.

—Nosotros no utilizamos los arcos en la guerra —tradujo Norkan del musical tamul de Betuana—. Sólo los empleamos para cazar criaturas que tenemos intención de comernos.

—Bueno —respondió Ulath con una voz algo dubitativa—, supongo que uno puede comerse un troll si quiere hacerlo. En todo caso, yo no garantizaría que tenga buen sabor.

—¡Me niego a repetir eso, *sir* Ulath! —exclamó Ehlana.

—Pregúntale si las jabalinas serían aceptables dentro de la cultura atan —sugirió Tynian.

—Las jabalinas serían bastante correctas —replicó Norkan—. He visto a los atanes practicando con ellas.

Betuana habló con él velozmente y durante un momento largo.

—Su majestad me ha pedido que haga una traducción libre —les explicó—. El sol está muy alto, y ella sabe que ya deberías de estar en camino. Oscagne me ha dicho que planeáis seguir el camino que lleva a Lebas, en territorio tamul. La sociedad atan está organizada en clanes, y cada clan tiene su propio territorio. Vais a pasar de un clan a otro durante vuestro viaje hacia el este. El que un clan entre en el territorio de otro es considerado como una violación de la etiqueta. Y las violaciones de etiqueta son evitadas a toda costa aquí, en Atan.

—Me pregunto por qué será —murmuró Stragen.

—Oscagne —dijo entonces Norkan—, en cuanto lleguéis a la civilización, envíame más o menos una veintena de mensajeros con caballos rápidos. Su majestad quiere mantenerse en contacto con Matherion mientras dure la crisis.

—Muy buena idea —asintió Oscagne.

Entonces Betuana se puso de pie, encumbrándose por encima de todos los presentes. Abrazó con afecto a Ehlana y luego a Mirtai, indicando claramente que ya era hora de que continuasen su viaje hacia el este.

—Guardaré con cariño el recuerdo de esta visita, querida hermana —dijo Ehlana.

—Y lo mismo haré yo, queridísima hermana reina —replicó Betuana en un elenio casi intachable.

Ehlana sonrió.

—Me preguntaba durante cuánto tiempo ibas a ocultar tus conocimientos de nuestro idioma, Betuana —dijo.

—¿Lo sabías? —Betuana parecía sorprendida.

Ehlana asintió.

—Es muy difícil evitar que el rostro y los ojos manifiesten la comprensión mientras uno espera a que alguien traduzca. ¿Por qué has guardado en secreto tus conocimientos del elenio?

—El tiempo que tarda el traductor en convertir tus palabras al habla humana me daba la oportunidad de meditar mi réplica —explicó Betuana, y se encogió de hombros.

—Ésa es una táctica muy útil —dijo Ehlana con admiración—. Ojalá pudiera emplearla en Eosia, pero allí todos hablan elenio, así que realmente no podría mantenerse.

—Tápate los oídos —sugirió Ulath.

—¿Es que tiene que hacer siempre esas cosas? —se quejó Ehlana a Falquián.

—No es más que una sugerencia, majestad. —Ulath se encogió de hombros—. Podrías fingir que estás sorda y así alguien tendría que hablarte con los dedos como si estuviera traduciendo.

Ella le clavó los ojos.

—Eso es absurdo, Ulath. ¿Tienes idea de lo incómodo e inconveniente que resultaría eso?

—Sólo he dicho que era una sugerencia, majestad —replicó él dulcemente—. No he mencionado que fuese buena.

Tras una despedida formal que, una vez más, fue dedicada principalmente a Mirtai, la reina y su séquito emprendieron la marcha hacia el este, saliendo de Atana y siguiendo la carretera de Lebas. Cuando estuvieron fuera de la vista de la ciudad, Oscagne, que había insistido en montar a caballo aquel día, sugirió a Falquián, Stragen y Vanion que se adelantaran para conferenciar con los demás caballeros. Los hallaron cerca de la cabeza de la columna. Tynian los estaba entreteniéndolos con unos muy adornados relatos de aventuras amorosas, probablemente imaginarias.

—¿Qué sucede? —preguntó Kalten cuando Falquián y los demás se reunieron con ellos.

—Falquián y yo conferenciamos con Sephrenia y Zalasta la pasada noche —replicó Vanion—. Hemos pensado que sería interesante compartir los frutos de esa conversación..., lejos de los oídos de Ehlana.

—Eso suena ominoso —observó el rubio pandion.

—No del todo. —Vanion sonrió—. Las conclusiones que sacamos son todavía un poco provisionales, y no tiene sentido alarmar a la reina hasta que no estemos un poco más seguros de ellas.

—Entonces sí que hay algo por lo que alarmarse, ¿no es verdad, mi señor Vanion? —inquirió Kalten.

—Bueno, llegamos más o menos a la conclusión de que nos enfrentamos con un dios —dijo Vanion—. Estoy seguro de que todos habéis sacado también la misma conclusión por vuestros propios medios.

—¿Tenías realmente que invitarme a que te acompañara en esta ocasión, Falquián? —se quejó Kalten—. Yo no soy muy bueno en eso de tratar con los dioses.

—¿Y quién lo es?

—Tú no estuviste demasiado mal en Zemoch.

—Probablemente se debió a la suerte.

—Así es, poco más o menos, como discurrió nuestro razonamiento —continuó Vanion—. Vosotros habéis estado viendo otra vez la sombra y la nube. En la superficie, al menos, parecen ser manifestaciones divinas, y esos ejércitos surgidos del pasado, los lamorks y los cyrgais, no pueden haber sido resucitados por un mortal. Zalasta nos ha contado que lo intentó en una ocasión, y que se le desmoronó encima. Si él no puede hacerlo, deberíamos estar bastante seguros de que nadie más lo hará.

—Lógico —aprobó Bevier.

—Gracias. Ahora bien, los trolls abandonaron Thalesia hace algún tiempo, y han comenzado a dejarse ver aquí, en Atan. Todos estamos de acuerdo en que no habrían hecho algo así a menos que se lo hubiera ordenado alguien a quien ellos obedecen. Si unimos ese hecho a la sombra, nos encontramos con que, de alguna manera, señala a los dioses troll. Sephrenia no está segura de que se hallen permanentemente encerrados en el Bhelliom, así que tenemos que aceptar más o menos el hecho de que han conseguido escapar de una u otra forma.

—Deduzco que ésta no va a ser una de las buenas historias —dijo Talen con expresión ceñuda.

—Es un poco sombría, ¿verdad? —asintió Tynian.

Vanion levantó una mano.

—Se pone peor —aseguró—. En esencia, estamos de acuerdo en que esta conspiración que implica a héroes ancestrales, nacionalismos rabiosos y cosas por el estilo, está un poco fuera de las capacidades de los dioses troll. No es probable que tengan un concepto muy sofisticado de la política, por lo que creo que tendremos que considerar la posibilidad de algún tipo de alianza. Alguien, ya sea humano o inmortal, está haciéndose cargo de la parte política, y los dioses troll le proporcionan los músculos, por así decirlo. Dan órdenes a los trolls, y pueden traer de vuelta de la tumba a los personajes de los que hemos oído hablar y a los que hemos visto.

—Los están utilizando —sugirió Ulath.

—Eso es lo que parece.

—Eso no encaja, señor Vanion —objetó directamente el thalesiano.

—¿Por qué?

—¿Qué sacan los trolls de todo esto? ¿Por qué iban a aliarse los dioses troll con alguien si los trolls no fueran a obtener ningún beneficio de ese acuerdo? Los trolls no pueden gobernar el mundo, porque no pueden bajar de las montañas.

—¿Por qué no? —preguntó Berit.

—Por su pelo... y por esas gruesas pieles que tienen. Están obligados a permanecer en lugares fríos. Si expones a un troll al sol del verano durante un par de días, se muere. Sus cuerpos están constituidos para retener el calor, no para repelerlo.

—Ése es un fallo bastante grande en tu teoría, mi señor Vanion —asintió Oscagne.

—Creo que podría sugerir una solución —dijo Stragen—. Nuestro enemigo o enemigos quieren cambiar la disposición del mundo, ¿correcto?

—Bueno, al menos la parte dominante del mismo —lo corrigió Tynian—. Nadie que yo haya conocido sugirió jamás volverlo completamente del revés y poner al campesinado en el poder.

—Quizá eso llegue después —replicó Stragen con una sonrisa—. Nuestro desconocido amigo del otro lado quiere cambiar el mundo, pero no cuenta con el poder necesario para hacerlo por sus propios medios. Necesita el poder de los dioses troll para conseguirlo, pero ¿qué podría ofrecerles a los trolls a cambio de su ayuda? ¿Qué es lo que los trolls quieren realmente?

—Thalesia —replicó Ulath de mal humor.

—Precisamente. ¿No aprovecharían al vuelo los dioses troll la oportunidad de barrer a los elenios y a los estirios de Thalesia y devolver el total control de la península a los trolls? Si a alguien se le ocurriera la forma de echar a los jóvenes dioses estirios, o al menos afirmara que la conoce, ¿no sería eso bastante tentador para los dioses troll? Fueron los dioses jóvenes quienes los desposeyeron, en primer lugar, y por eso tuvieron que ocultarse. Es pura especulación, por supuesto, pero digamos que ese amigo nuestro halla la forma de dejar a los dioses troll en libertad. Luego les ofrece una alianza y les promete expulsar a los elenios y los estirios de Thalesia, y probablemente también de la costa norte de ambos continentes, a cambio de la ayuda que necesita. Los trolls se quedarían con el norte y nuestro amigo con el resto del mundo. Si yo fuera un troll, eso me parecería un negocio atractivo, ¿no lo creéis?

—Puede que haya dado en el clavo —concedió Ulath.

—Su solución responde sin duda a la objeción que tenía yo —asintió Bevier—. Puede que ése no fuese el acuerdo preciso establecido entre nuestro amigo y los dioses troll, pero es un claro indicio de que podrían haber hecho alguna clase de trato. ¿Cuál es nuestro curso de acción, entonces?

—Tenemos que romper esa alianza —replicó Falquián.

—Ésa es una estratagema perfecta cuando no sabes quién es uno de los aliados —comentó Kalten.

—Sabemos más o menos quién es uno de los dos bandos, así que tendremos que concentrarnos en ella. Tu teoría reduce mis opciones, Vanion. Creo que tendré que declararles la guerra a los trolls, después de todo.

—No acabo de comprender —confesó Oscagne.

—Los dioses derivan su poder de los adoradores que tienen, excelencia —explicó Bevier—. Cuantos más adoradores posee, más fuerte es un dios. Si Falquián comienza a matar a los trolls, los dioses troll se darán cuenta. Si mata a los suficientes, se retirarán de la alianza. No les quedará otra alternativa si pretenden sobrevivir, y en Zemoch descubrimos que están tremendamente interesados en sobrevivir; quedaron destrozados de miedo cuando Falquián los amenazó con destruir el Bhelliom y a ellos junto con la gema.

—Se volvieron muy cooperadores a partir de aquel momento —dijo Falquián.

—Caballeros, os aguarda una excursión verdaderamente alegre —dijo Ulath—. Luchar con los trolls es muy, muy divertido.

Aquel atardecer, para pasar la noche, plantaron campamento en un prado, junto a un turbulento río que había abierto una garganta en las montañas. La parte inferior de las paredes de la garganta estaba cubierta de árboles y subía abruptamente hasta convertirse en verdaderos riscos que se elevaban a trescientos cincuenta metros o más, hasta el borde del precipicio. Era una buena posición defensiva, advirtió Falquián mientras supervisaba el campamento. El anochecer llegaba temprano a aquellos cañones; los fuegos de cocina destellaban en colores amarillos en la oscuridad que se hacía cada vez más espesa, y el humo de los mismos se alejaba corriente abajo, azulado y tenue, en la brisa nocturna.

—¿Puedo hablar contigo, príncipe Falquián?

Era Zalasta, y su blanca túnica estirada destellaba en la luz mortecina.

—Por supuesto, erudito.

—Me temo que a tu esposa no le caigo bien —observó el mago—. Intenta ser cortés, pero resulta evidente que está distante conmigo. ¿La he ofendido de alguna forma?

—No lo creo, Zalasta.

Una sonrisa bastante amarga afloró en los labios del estirio.

—Entonces se trata de lo que mi pueblo llama «el mal elenio».

—Dudo de que sea así. Fui yo quien más o menos la crió, y le hice

comprender que el prejuicio común de los elenios carecía de fundamento. Su postura al respecto deriva, de alguna forma, de la mía propia, y los caballeros de la Iglesia les tienen de hecho mucho cariño a los estirios, especialmente los pandion, dado que Sephrenia era nuestra tutora. La queremos muchísimo.

—Sí, ya he observado eso. —El mago sonrió—. Nosotros mismos no estamos libres de fallos sobre ese asunto. Nuestros prejuicios contra los elenios son casi tan irracionales como los vuestros contra nosotros. Entonces, el desagrado que siente tu esposa por mí tiene que proceder de alguna otra cosa.

—Podría ser algo tan sencillo como tu acento, erudito. Mi esposa es una persona compleja. Es muy inteligente, pero tiene momentos de irracionalidad.

—En ese caso, puede que lo mejor sea que la evite. Viajaré a lomos de caballo a partir de ahora. Supongo que nuestra proximidad dentro del carruaje exagera su desagrado. Ya he trabajado anteriormente con personas a las que no les caía bien, y no constituye ningún gran inconveniente. Cuando tenga un poco de tiempo libre, me ganaré su simpatía. —Sonrió brevemente—. Puedo ser muy bueno en ello cuando me decido a hacerlo. —Miró corriente abajo, donde los rápidos se arremolinaban y formaban espuma blanca en la creciente oscuridad—. ¿Existe alguna posibilidad de que consigas recuperar el Bhelliom, príncipe Falquián? —preguntó con gravedad a su interlocutor—. Me temo que sin él nos hallaremos en clara desventaja. Necesitamos algo poderoso para conseguir un poco de igualdad respecto al grupo de los dioses troll. ¿Tienes libertad para decirme dónde estabas cuando lo arrojaste al mar? Quizás yo pudiera ayudarte a recuperarlo.

—No se me impusieron restricciones de ninguna clase respecto a comentarlo, erudito —replicó Falquián con voz de arrepentimiento—. No había necesidad alguna de ello, puesto que yo no tengo ni la más remota idea de dónde me encontraba. Aphrael escogió el lugar, y puso buen cuidado en disponer las cosas de tal forma que no pudiéramos identificar el sitio. Podrías preguntárselo a ella, pero estoy casi seguro de que no te lo dirá.

Zalasta sonrió.

—Es un poco caprichosa, ¿verdad? —comentó—. Sin embargo todos nosotros la queremos a pesar de eso.

—Así es. Tú creciste en una pequeña aldea con ella y Sephrenia ¿no es cierto?

—Oh, sí. Me enorgullece llamarlas amigas mías. Era muy estimulante intentar mantenerse a la altura de Aphrael. Tenía una mente muy ágil. ¿Te dio

alguna razón para explicar su deseo de mantener en secreto el emplazamiento?

—No en palabras, pero creo que pensaba que la gema era excesivamente peligrosa como para andar suelta por el mundo. Es incluso más eterna que los propios dioses, y probablemente más poderosa. No puedo pretender ni comenzar a comprender siquiera cuál es su origen, pero parece ser uno de esos espíritus elementales que están implicados en la creación del universo. —Falquián sonrió—. Eso me dio un buen susto cuando me enteré. Llevaba a menos de diez centímetros del corazón una cosa que había creado soles enteros. En cualquier caso, creo que puedo comprender la inquietud de Aphrael respecto al Bhelliom. En una ocasión nos dijo que los dioses pueden ver el futuro sólo de forma imperfecta, y ella no estaba en condiciones de prever lo que sucedería si el Bhelliom caía en las manos equivocadas. Aphrael y yo corrimos un verdadero riesgo de destruir el mundo, para mantener la gema lejos de las manos de Azash. Ella quería dejarlo en un lugar en el que nadie pudiera volver a utilizarlo jamás.

—El razonamiento de Aphrael es defectuoso, príncipe Falquián.

—Si yo fuese tú, no le comentaría eso. Podría tomárselo como una crítica.

Zalasta sonrió.

—Ella me conoce, así que no se molesta cuando la critico. Si, como tú dices, el Bhelliom es una de esas energías que está implicada en la construcción del universo, debe permitírsele continuar con su obra. En caso contrario, el universo sería imperfecto.

—Ella dijo que este mundo no existiría por siempre —replicó Falquián con un encogimiento de hombros—. En un momento dado, será destruido, y el Bhelliom quedará en libertad. La mente se acobarda ante la perspectiva, pero deduzco que el espacio de tiempo que va desde que el Bhelliom quedó atrapado hasta el momento en que este mundo se consume cuando estalle nuestro sol no es más que un parpadeo para el espíritu que lo habita.

—Yo mismo me atraganto con la noción de la eternidad y el infinito, Falquián —admitió Zalasta.

—Pienso que tenemos que aceptar la idea de que el Bhelliom se ha perdido para siempre, erudito —dijo Falquián—. Estamos en desventaja, es cierto, pero no le veo ninguna solución a eso. Me temo que tendremos que enfrentarnos en solitario con esta situación.

Zalasta suspiró.

—Puede que tengas razón, príncipe Falquián, pero realmente necesitamos el Bhelliom. Nuestro éxito o fracaso podría depender de esa piedra. Creo que

tendríamos que concentrar nuestros esfuerzos en Sephrenia. Hemos de que persuadirla de que interceda ante Aphrael. Posee una influencia enorme sobre su hermana.

—Sí —asintió Falquián—. Ya lo he advertido. ¿Cómo eran cuando niñas?

Zalasta levantó los ojos hacia la creciente oscuridad.

—Nuestra aldea cambió tremendamente cuando nació Aphrael —evocó—. De inmediato supimos que no era una criatura corriente. Los dioses jóvenes le tienen mucho cariño. De entre todos ellos, es la única niña, y la han malcriado a lo largo de eones. —Sonrió débilmente—. Ella ha perfeccionado el arte de ser niña. Todos los niños son adorables, pero Aphrael es tan hábil en conseguir que la gente la quiera, que es capaz de derretir el más duro de los corazones. Los dioses siempre obtienen lo que quieren, pero Aphrael consigue que hagamos lo que ella quiere sólo por cariño.

—Sí, eso ya lo he advertido —comentó Falquián con una sonrisa torcida.

—Sephrenia tenía alrededor de nueve años cuando nació su hermana, y desde el primer momento en que vio a la diosa niña, dedicó la totalidad de su vida a servirla. —En la voz del mago hubo una extraña nota de dolor cuando dijo aquello—. Aparentemente, Aphrael no tuvo primera infancia —continuó—. Nació con la capacidad de hablar, o al menos eso parecía, y comenzó a caminar al cabo de un período increíblemente corto de tiempo. No le resultaba conveniente pasar por la etapa por las que pasan los bebés normales, así que sencillamente se saltó cosas como la dentición y el aprender a gatear. Ella quería ser una niña, no un bebé. Yo tenía varios años más que Sephrenia y estaba profundamente dedicado a mis estudios, pero las observaba con bastante atención. No es muy frecuente que uno tenga la oportunidad de ver crecer a un dios.

—Ciertamente, es algo muy raro —asintió Falquián.

Zalasta sonrió.

—Sephrenia pasaba cada momento del día con su hermana. Desde el principio mismo se hizo evidente que entre ambas existía un lazo especial. Una de las peculiaridades de Aphrael es adoptar la posición subordinada de una niña pequeña. Es una diosa y podría dar órdenes, pero no lo hace. Casi parece que le gusta que la regañen. Es obediente, cuando le conviene serlo, pero con mucha frecuencia hace algo inauditamente imposible, quizá con el solo fin de recordarle a la gente quién es ella en realidad.

Falquián recordó el enjambre de hadas que se habían puesto a polinizar las

flores del jardín en el palacio de Cimmura.

—Sephrenia fue siempre una niña sensata que actuaba como si fuera mayor de lo que en realidad era. Yo sospecho que Aphrael preparó a su hermana para una tarea de toda la vida, antes incluso de nacer. En un sentido muy real, Sephrenia se convirtió en la madre de Aphrael. Ella la cuidaba, la alimentaba, la bañaba..., a pesar de que eso ocasionaba algunas discusiones verdaderamente estupendas. Aphrael odia con toda su alma que la bañen, y la verdad es que no lo necesita dado que hace desaparecer la suciedad cuando quiere. No sé si lo has advertido, pero sus pies siempre tienen manchas de hierba, incluso cuando está en lugares en los que no hay hierba por ninguna parte. Por algún motivo que no puedo ni comenzar a entender, parece que ella necesita esas manchas. —El estirio suspiró—. Cuando Aphrael tenía seis años, poco más o menos, Sephrenia se vio obligada a convertirse de verdad en su madre. Nosotros tres habíamos ido al bosque, y mientras estábamos ausentes la aldea fue atacada por una turba de elenios borrachos que mataron a todos los que vivían en ella.

Falquián aspiró bruscamente.

—Eso explica bastantes cosas —dijo—. Por supuesto, plantea algunas cosas más incomprensibles todavía. Después de una tragedia como ésa, ¿qué pudo haber persuadido a Sephrenia para que se hiciese cargo de la tarea de entrenar a generaciones y generaciones de caballeros pandion?

—Probablemente fue Aphrael quien le dijo que lo hiciera —comentó Zalasta con un encogimiento de hombros—. No cometas errores, príncipe Falquián. Puede que Aphrael finja ser una niña, pero en realidad no lo es. Obedecerá cuando le convenga, pero nunca olvides que es ella quien toma las decisiones finales, y que siempre obtiene lo que quiere.

—¿Qué sucedió cuando vuestra aldea fue destruida? —inquirió Falquián.

—Vagamos por el bosque durante algún tiempo, y luego nos acogió otra aldea estiria. En cuanto tuve la certeza de que las niñas estaban instaladas en sitio seguro, me marché para continuar con mis estudios. No volví a verlas durante muchos años, y cuando finalmente me reencontré con ellas, Sephrenia era la hermosa mujer que es ahora. Aphrael, sin embargo, continuaba siendo una niña, ni un día más grande de lo que era cuando yo las había dejado en la aldea. —Volvió a suspirar—. El tiempo que pasamos juntos de niños fue el más feliz de mi vida. Los recuerdos de aquellos días me fortalecen y sostienen cuando estoy turbado. —Levantó los ojos al cielo, en el que comenzaban a aparecer las primeras estrellas—. Por favor, discúlpame ante los demás, príncipe Falquián.

Creo que esta noche necesito quedarme a solas con mis recuerdos.

—Así lo haré, Zalasta —replicó Falquián, apoyando una mano cordial sobre el hombro del estirio.

—Le tenemos cariño —dijo Danae.

—¿Por qué, entonces, te niegas a revelar el secreto de tu identidad?

—No estoy segura, padre. Quizá sea sólo porque una chica necesita tener secretos.

—Eso no tiene sentido, ¿sabes?

—Sí, pero yo no tengo por qué hacer cosas con sentido. Eso es lo bueno de ser universalmente adorada.

—Zalasta piensa que vamos a necesitar el Bhelliom. —Falquián había decidido librarse de aquel tema.

—No. —Aphrael lo dijo con firmeza—. Dedicé demasiado tiempo y esfuerzo a conseguir ponerlo en un lugar seguro, como para que ahora vaya a desdecirme y sacarlo nuevamente cada vez que cambia el clima. Zalasta siempre quiere desencadenar más poderes de los que son realmente necesarios en las situaciones como ésta. Si lo único con lo que nos estamos enfrentando es con los dioses troll, podemos arreglárnoslas sin el Bhelliom. —La niña levantó una mano cuando él se disponía a expresar sus objeciones—. Es mi decisión, Falquián —dijo.

—Siempre podría darte una azotaina y obligarte a cambiar de opinión —la amenazó él.

—No puedes, no a menos que yo te deje hacerlo. —Luego suspiró—. Los dioses troll no van a ser un problema durante mucho tiempo más.

—¿Ah, no?

—Los trolls están condenados —dijo con bastante tristeza—, y una vez que hayan desaparecido, sus dioses se quedarán sin poder.

—¿Por qué están condenados los trolls?

—Porque no pueden cambiar, Falquián. Puede que no siempre nos guste, pero así es el mundo. Las criaturas de este mundo deben cambiar... o morir. Eso es lo que sucedió con los hombres aurora. Los trolls los suplantaron porque ellos no podían cambiar, y ahora ha llegado el turno de los trolls. Su naturaleza es tal que necesitan una gran cantidad de espacio. Un troll solitario necesita alrededor de unas cincuenta leguas cuadradas de espacio, y no está dispuesto a compartir

ese espacio con ningún otro troll. Simplemente ya no queda bastante espacio para ellos. Ahora también hay elenios en el mundo, y vosotros estáis cortando los árboles para construir casas y despejar terreno de siembra. Los trolls podrían haber sobrevivido si sólo hubiesen tenido que vivir con los estirios. Los estirios no talan árboles. —Le sonrió— no se trata de que seamos realmente amantes de los árboles. Es que no tenemos hachas muy buenas. Cuando vosotros, los elenios, descubristeis cómo fabricar acero, condenasteis a los trolls... y a sus dioses.

—Eso le confiere bastante sentido a la teoría de que los dioses troll podrían haberse aliado con alguien —señaló Sephrenia—. Si pueden comprender lo que está sucediendo, probablemente están desesperados. Su propia supervivencia depende de la conservación de los trolls y del espacio de éstos.

Falquián gruñó.

—Eso podría servir para explicar algo que ha estado inquietándome —dijo.

—¿Ah, sí?

—Si hay alguien implicado en todo esto junto con los dioses troll, podría explicar las diferencias que he estado percibiendo. He estado teniendo la molesta impresión de que las cosas no son del todo iguales a como fueron la vez anterior..., pequeñas discrepancias irritantes, si comprendéis lo que quiero decir. La principal discrepancia radica en el hecho de que estos elaborados planes con gente como Drychnath y Ayachin son excesivamente sutiles como para que puedan comprenderlos los dioses troll. —Su rostro adquirió una expresión de tristeza—. Pero eso plantea con urgencia otro problema. ¿Cómo puede ese otro obtener la colaboración de los dioses troll si no puede explicarles qué es lo que está haciendo ni por qué lo hace?

—¿Se sentiría ofendido tu orgullo si te ofreciera una solución sencilla? —preguntó Danae.

—No lo creo.

—Los dioses troll saben que los demás son más inteligentes que ellos, y ése al que llamas «nuestro amigo» tiene una considerable influencia sobre ellos. Siempre puede volver a apiñarlos dentro del Bhelliom y dejar que pasen varios millones de años en esa caja que está en el fondo del mar, si no cooperan. Quizá no hace más que decirles lo que quiere que hagan sin molestarse siquiera en darles explicaciones. Durante el resto del tiempo, puede dejarlos que anden como idiotas por ahí, haciendo ruido. Todo ese despliegue escandaloso ayudaría sin duda a ocultar lo que realmente está haciendo, ¿no te parece?

Falquián la miró fijamente durante un largo rato. Luego se echo a reír.

—Te quiero, Aphrael —dijo mientras la levantaba en brazos y la besaba.

—¡Es un chico tan bueno! —La pequeña diosa dedicó a su hermana una brillante sonrisa.

Dos días más tarde, el tiempo atmosférico cambió de forma abrupta. Unas nubes cargadas, provenientes del mar de Tamul, cubrieron una extensión de más de cien leguas hacia el este, y el cielo se tornó lóbrego y amenazador. Para aumentar las desventuras, tuvo lugar una de esas «interrupciones de comunicación» tan comunes en todas las empresas gubernamentales. A eso del mediodía llegaron a la frontera de un clan marcada por varios cientos de metros de terreno abierto desnudo, y no los aguardaba escolta alguna. El clan que los había acompañado hasta allí no podía trasponer la frontera y, de hecho, miraban nerviosamente a sus espaldas, hacia la seguridad del bosque.

—Hay malos sentimientos entre estos dos clanes, Falquián-caballero —explicó Engessa con gravedad—. Es una seria violación de las costumbres y de la propiedad que cualquiera de los clanes se acerque a menos de cien pasos de la línea que los separa.

—Diles que vuelvan a casa, atan Engessa —respondió Falquián—. Somos bastantes como para poder proteger a la reina, y no nos gustaría iniciar una guerra de clanes sólo por mantener las apariencias. El otro clan debería de llegar muy pronto, así que no existe peligro real alguno.

Engessa parecía un poco dubitativo, pero habló con el jefe de la escolta y los atanes, agradecidos, regresaron al bosque.

—¿Y ahora qué? —preguntó Kalten.

—¿Qué te parece si almorzamos? —replicó Falquián.

—Creía que nunca pensarías en ello.

—Haz que los caballeros y los pelois se reúnan en torno al carruaje, y que enciendan algunos fuegos para cocinar. Voy a informar a Ehlana. —Regresó cabalgando hasta el carruaje.

—¿Dónde está la escolta? —preguntó bruscamente Mirtai. Ahora que ya era una adulta, Mirtai se mostraba aún más imperiosa que antes.

—Me temo que llegarán tarde —respondió Falquián—. He pensado que muy bien podríamos almorzar mientras los esperamos.

—Es una idea absolutamente espléndida, Falquián —comentó Emban sonriendo con alegría.

—Pensábamos que quizá vuestra gracia lo aprobaría. Nuestra escolta debería

de llegar más o menos cuando estemos acabando con la comida.

Sin embargo, no lo hicieron. Falquián se paseaba de un lado a otro, irritado por el retraso, y finalmente se le evaporó la paciencia.

—¡Se acabó! —dijo en voz alta—. Dispongámonos para continuar la marcha.

—Se supone que debemos esperar, Falquián —le recordó Ehlana.

—No vamos a hacerlo, en un descampado como éste. Y yo no pienso permanecer aquí durante dos días esperando a que un jefe de clan de los atanes acabe de rumiar un mensaje.

—Creo que será mejor hacer lo que él dice, amigos míos —dijo Ehlana a los demás—. Conozco los signos, y mi amado está comenzando a enojarse un poco.

—Más de un poco —agregó Talen.

—¿Qué has dicho? —preguntó Ehlana.

—A enojarse más de un poco. Falquián está siempre enojado. En este momento no está más que un poco peor. Tienes que conocerlo muy bien para ser capaz de apreciar la diferencia.

—¿Estás ahora enojándote más de un poco peor, amor? —preguntó ella con tono bromista.

—No creo que exista semejante expresión, Ehlana. Recojamos y larguémonos de aquí. La carretera está bien marcada, y difícilmente podríamos perdernos.

Los árboles que había al otro lado del claro eran oscuros cedros con ramas caídas que barrían el suelo y ocultaban todo lo que estuviese a más de unos pocos metros dentro del bosque. Las nubes que se acercaban desde el este se hicieron más espesas, y la luz de detrás de los árboles más tenue. El aire bochornoso estaba completamente inmóvil, y el zumbido de los mosquitos pareció hacerse más fuerte a medida que se adentraban más entre los árboles.

—Me encanta llevar armadura en tierras de mosquitos —declaró alegremente Kalten—. Me imagino a las hordas de esos pequeños chupasangre sentados con pequeños martillos e intentando enderezarse a golpes los aguijones.

—Realmente no intentarían picarte a través del acero, *sir* Kalten —dijo Zalasta—. Se sienten atraídos por el olor, y no creo que haya ninguna criatura viviente a la que el olor de las armaduras elenias le resulte tan apetitoso como para intentarlo.

—Estás quitando toda la diversión al asunto, Zalasta.

—Lo siento, *sir* Kalten.

Se oyó el restallar de un trueno a lo lejos, por el este.

—El final perfecto para un día estropeado —observó Stragen—. Una bonita y emocionante tormenta eléctrica, con muchos rayos, granizo, lluvia torrencial y aullantes vientos.

Luego, resonando en algún cañón invisible del bosque, les llegó un ronco bramido rugiente. Casi de inmediato se oyó la respuesta que provenía de la dirección contraria.

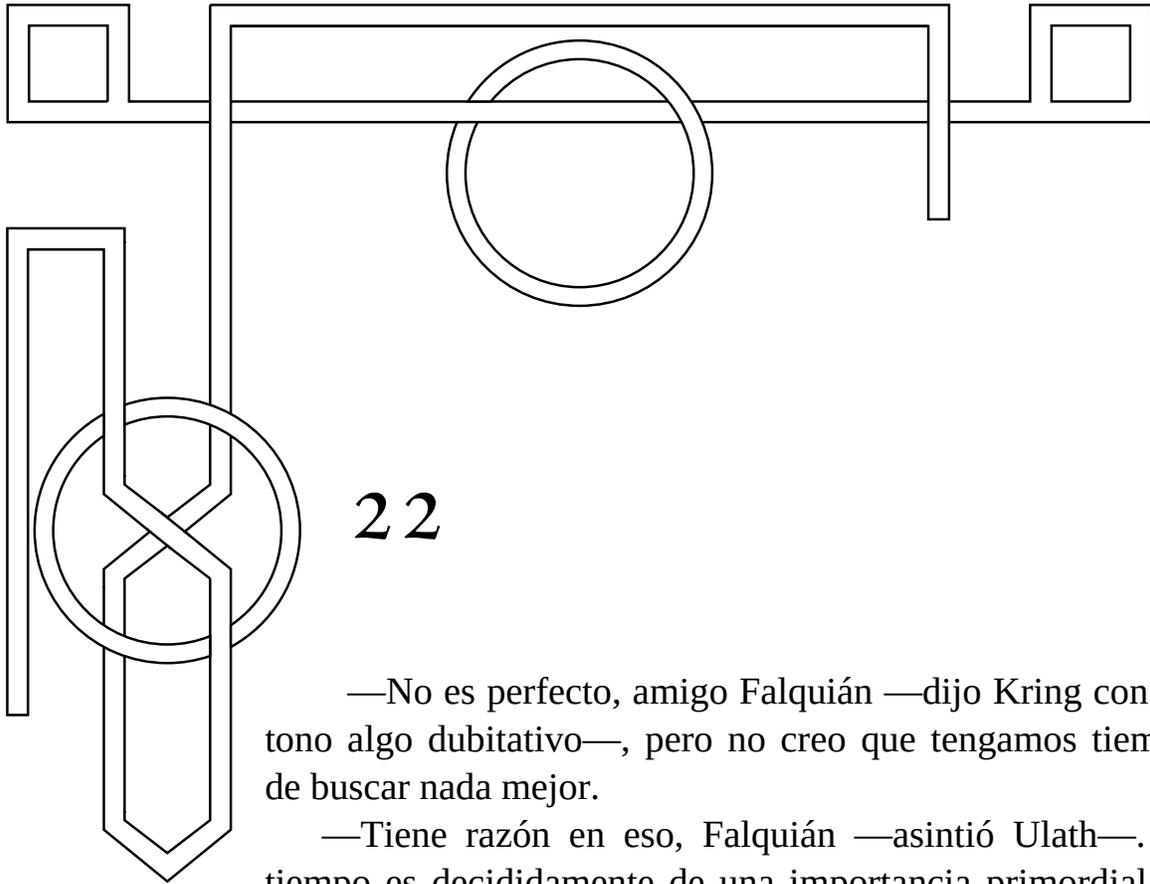
*Sir* Ulath profirió una maldición, mordiendo los juramentos de la misma forma que un perro desgarrar un trozo de carne.

—¿Qué sucede? —inquirió Falquián.

—¿No lo has reconocido, Falquián? —preguntó a su vez el thalesiano—. Ya lo has oído antes de ahora..., en el lago Venne.

—¿Qué es? —preguntó Khalad con aprensión.

—¡La señal de que ha llegado la hora de atrincherarnos! ¡Lo que hay ahí dentro son trolls!



## 22

—No es perfecto, amigo Falquián —dijo Kring con un tono algo dubitativo—, pero no creo que tengamos tiempo de buscar nada mejor.

—Tiene razón en eso, Falquián —asintió Ulath—. El tiempo es decididamente de una importancia primordial en este preciso momento.

Los pelois se habían dispersado por el bosque circundante en busca de una posición defensiva. Dado el nerviosismo que experimentaban en los terrenos boscosos, los jinetes de Kring habían desplegado una valentía considerable durante la búsqueda.

—¿Puedes darme algunos detalles? —preguntó Falquián al domi de cabeza rapada.

—Es un cañón ciego, amigo Falquián —replicó Kring mientras manoseaba nerviosamente el puño de su sable—. Por el centro corre un arroyo seco. Por su apariencia, yo diría que el arroyo baja crecido durante la primavera. Parece haber una cascada seca en el extremo superior. Al pie de la cascada seca hay una caverna que proporcionaría una cierta protección para las mujeres, y constituirá una buena plaza fuerte si las cosas llegan a un punto desesperado.

—Yo creía que ya habían llegado a ese punto —comentó Tynian.

—¿Qué ancho tiene la boca del cañón? —preguntó Falquián con mirada atenta.

—La boca del cañón en sí probablemente tenga unos doscientos pasos de través —respondió Kring—, pero cuando te adentras más, se estrecha hasta alrededor de veinte pasos. Luego vuelve a abrirse en una especie de cuenca en el lugar de las cascadas.

—Lo malo que tiene un cañón es que estás metido en un agujero —dijo Kalten—. A los trolls no les llevará mucho tiempo subir hasta la parte alta y comenzar a arrojarnos piedras sobre la cabeza.

—¿Tenemos alguna alternativa? —preguntó Tynian.

—No, pero he pensado que sería mejor señalarlo.

—¿No hay ningún otro sitio? —le preguntó Falquián al domi.

—Algunos claros. —Kring se encogió de hombros—. Una o dos colinas por encima de las cuales podría escupir.

—Aparentemente, tendrá que ser el cañón, entonces —dijo Falquián con el ceño fruncido—. Será mejor que lleguemos al lugar y comencemos a instalar algunas fortificaciones a lo ancho de la parte más estrecha.

Se reunieron más apretadamente en torno al carruaje y avanzaron a través del bosque. El carruaje daba saltos sobre el terreno escabroso, y en varias ocasiones hubo que apartar del camino algunas ramas caídas. Sin embargo, tras unos quinientos metros más o menos el terreno comenzó a ascender y los árboles a disminuir.

Falquián acercó a *Faran* al carruaje.

—Hay una cueva más adelante, Ehlana —explicó a su esposa—. Los hombres de Kring no han tenido tiempo de explorarla, así que no sabemos qué profundidad tiene.

—¿Y qué diferencia puede representar eso? —preguntó ella.

El rostro de Ehlana estaba aún más pálido de lo habitual. El bramido de los trolls que habían oído en el bosque evidentemente la había asustado.

—Podría ser importante —replicó él—. Cuando lleguéis allí, haz que Talen explore el lugar. Si tiene la suficiente profundidad o se bifurca, tendréis un lugar en el que esconderos. Sephrenia va a quedarse contigo, y ella podrá bloquear la entrada y ocultar cualquier cámara lateral de forma que los trolls no nos encuentren en caso de que consigan atravesar nuestras defensas.

—¿Y por qué no nos limitamos a meternos todos dentro de la cueva? Tú y Sephrenia podríais utilizar la magia para bloquear la entrada, y sencillamente nos quedaríamos allí hasta que los trolls se aburran y se marchen.

—Según Kring, la cueva no es lo bastante grande como para eso. Tiene a

más hombres buscando otra, pero sabemos que ésa está allí. Si surge algo mejor, cambiaremos los planes, pero en este preciso momento eso es lo mejor que tenemos. Vos os llevaréis a las otras damas y al embajador Oscagne, patriarca Emban, y entraréis en la cueva. Talen entrará con vosotros, y ocho o diez caballeros se encargarán de cubrir la entrada. Por favor, no discutas, Ehlana. Ésta es una de esas situaciones en las que soy yo quien toma la decisión. Estuviste de acuerdo cuando estábamos en Chyrellos.

—Él tiene razón, majestad —dijo Emban a la reina—. En este momento lo que necesitamos es un general, no una reina.

—¿Os estoy estorbando, caballeros? —preguntó Ehlana con aspereza.

—Ni en lo más mínimo, mi reina —respondió Stragen con suavidad—. Tu presencia nos inspirará para alcanzar las más altas cimas. Te deslumbraremos con nuestras proezas y nuestra valentía.

—Me encantaría simular deslumbramiento si pudiéramos evitar esto —dijo ella con voz preocupada.

—Me temo que tendrás que convencer a los trolls de eso —aseguró Falquián—, y los trolls son muy difíciles de convencer..., en especial si tienen hambre.

A pesar de que la situación era grave, Falquián no estaba tan desesperadamente preocupado por la seguridad de su esposa como lo habría estado con normalidad. Sephrenia estaría con ella para protegerla, y si las cosas se ponían verdaderamente desesperadas, Aphrael podría intervenir también en el asunto. Sabía que la niña no permitiría que su madre sufriese ningún daño, aunque eso significara revelar su verdadera identidad.

El cañón tenía sus desventajas, de eso no cabía duda alguna. La más evidente era la que había sugerido Kalten. Si los trolls llegaban al borde del cañón que tenían en lo alto, la situación se volvería rápidamente insostenible. Kalten insistió bastante en señalarlo. «Ya te lo había dicho», era una frase que figuró de manera prominente en sus observaciones.

—Creo que estás sobreestimando la inteligencia de los trolls, Kalten —objetó Ulath—. Ellos vendrán directamente hacia nosotros, porque estarán pensando en nosotros como comida, no como enemigos. La cena es para ellos más importante que una victoria militar.

—Hoy estás cargado de alegres pensamientos, ¿verdad, Ulath? —comentó secamente Tynian—. ¿Cuántos crees que hay?

—Es difícil decirlo —replicó Ulath, con un encogimiento de hombros—. Hasta ahora he oído diez voces diferentes..., quizá las de los cabezas de familia.

Probablemente hay alrededor de un centenar de ellos, en el mejor de los casos.

—Podría ser peor —comentó Kalten.

—No mucho más —disintió Ulath—. Un centenar de trolls podrían haberle dado algunos problemas serios a todo el ejército de Wargun.

Bevier, el experto en fortificaciones y posiciones defensivas, había estado recorriendo el cañón.

—En el lecho del arroyo hay muchas rocas para levantar parapetos —observó—, y grupos enteros de árboles jóvenes con los que fabricar estacas. Ulath, ¿cuánto tiempo crees que tenemos antes de que nos ataquen?

Ulath se rascó la barbilla.

—El hecho de que nos hayamos detenido nos da un poco más de respiro —reflexionó—. Si continuáramos avanzando, nos atacarían de inmediato, pero ahora probablemente se tomarán su tiempo y reunirán sus fuerzas. Sin embargo, creo que sería interesante que reconsideraras tu estrategia, Bevier. Los trolls no van a arrojarnos flechas, así que los parapetos no son realmente necesarios. De hecho, nos estorbarían más a nosotros que a ellos. Nuestra ventaja reside en los caballos... y las lanzas. Lo que realmente nos interesa es mantener a los trolls a distancia, si es que podemos conseguirlo. Pero las estacas afiladas serán útiles. Un troll siempre escoge la forma más fácil de conseguir lo que quiere..., en este caso, nosotros. Si pudiéramos reducir el espacio de la parte más estrecha y obligarlos a pasar como por un embudo, de forma que sólo unos pocos de ellos por vez carguen contra nosotros, mejoraríamos de forma definitiva nuestra situación. No nos interesa tener que luchar cada vez con un número de ellos superior al estrictamente obligatorio. Lo que realmente me gustaría tener es alrededor de una docena de las ballestas de Kurik.

—Yo tengo una, *sir* Ulath —le ofreció Khalad.

—Y muchos de los caballeros tienen arcos y flechas —agregó Bevier.

—Entonces retrasaremos su marcha con las estacas para poder derribarlos con las flechas —resumió Tynian.

—Ése es el mejor plan —asintió Ulath—. Es mejor no llegar a la lucha cuerpo a cuerpo con un troll si existe la posibilidad de evitarlo.

—En ese caso, será mejor que nos pongamos a trabajar —concluyó Falquián.

El trabajo fue febril durante la siguiente hora. La estrecha entrada fue reducida aún más con las piedras del lecho del arroyo, y ante la misma se plantó un bosque de afiladas estacas, muy inclinadas hacia la entrada. Había un método en la colocación de las estacas. Sobresalían tan apretadamente a los lados de la

entrada como para hacerlo casi impenetrable, pero en el corredor que llevaba hasta la cuenca de la cabecera del cañón las colocaron muy separadas con el fin de alentar a los monstruos a que siguieran esa ruta. Los pehois de Kring encontraron un espeso matorral de zarzas, arrancaron los espinosos arbustos, y los arrojaron sobre la parte en la que las estacas estaban colocadas más juntas entre sí, con el fin de dificultar aún más el avance.

—¿Qué está haciendo Khalad, allí? —preguntó Kalten, resollando y sudando con la enorme roca que llevaba.

—Está construyendo algo —replicó Falquián.

—Éste no es realmente el momento más adecuado para la construcción de mejoras para el campamento, Falquián.

—Él es un muchacho sensato. Sin duda estará ocupado en algo útil.

Al finalizar la hora, se detuvieron para examinar los frutos del trabajo. La abertura había sido reducida a no más de dos metros y medio de ancho, y el suelo que la flanqueaba estaba sembrado de estacas que llegaban hasta la altura del pecho, clavadas en un ángulo conveniente para mantener a los trolls dentro del sendero que le interesaba que siguieran. Tynian, no obstante, agregó un pequeño adorno. Un grupo de sus caballeros alciones estaba enterrando ramas en el centro de aquel camino y afilando luego las puntas que sobresalían del suelo.

—Los trolls no llevan zapatos, ¿verdad? —preguntó a Ulath.

—Hace falta la mitad de la piel de una vaca para hacerle zapatos a un troll —replicó Ulath con indiferencia—, y como también se comen la piel de las vacas, están un poco escasos de cuero.

—Fantástico. Queremos mantenerlos en el centro del cañón, pero no nos interesa ponérselo demasiado fácil. Los trolls descalzos no van a echar a correr por ese suelo con pinchas..., en todo caso no después de que hayan recorrido los primeros metros.

—Me gusta tu estilo, Tynian —dijo Ulath mientras sonreía.

—Caballeros, ¿podrías hacerlos a un lado, por favor? —preguntó Khalad a gritos.

Había talado dos árboles jóvenes bastante robustos, de manera que los tocones de los mismos eran tan altos como un hombre, y luego había atado uno de través. Seguidamente había fijado una cuerda a los extremos del árbol horizontal, y la había tensado para formar un gigantesco arco. El arco estaba completamente tenso, sujeto a otro tocón por la parte de atrás, y cargado con una jabalina de tres metros y medio.

Falquián y los demás se apartaron a los lados de la estrecha entrada y Khalad disparó la jabalina por el sistema de cortar la cuerda que lo sujetaba por detrás. La jabalina salió disparada con un silbido y se enterró en un árbol que estaba a unos buenos cien metros cañón abajo.

—Este muchacho seguro que va a caerme bien —comentó Kalten con una sonrisa—. Es casi tan bueno en este tipo de cosas como lo era su padre.

—La familia promete muchísimo —asintió Falquián—. Coloquemos nuestros arcos de forma que disparen limpiamente a la entrada.

—De acuerdo —replicó Kalten—. ¿Y luego qué?

—Luego esperaremos.

—Ésa es la parte que más detesto. ¿Por qué no cogemos algo para comer? Sólo para pasar el rato, claro.

—Claro.

La tormenta que había estado avanzando desde el este durante toda la mañana, estaba más cerca, con sus nubes amenazadoras de color negro purpúreo. Se oían las crepitaciones de los rayos en lo más profundo del banco de nubes, y el trueno resonaba de uno a otro horizonte, sacudiendo el suelo con cada explosión.

Los hombres aguardaban. El aire era bochornoso y la calma absoluta; los caballeros sudaban, incómodos, dentro de sus armaduras.

—¿Se os ocurre algo más? —preguntó Tynian.

—He construido algunas catapultas rudimentarias —replicó Bevier—. Apenas son algo más que arbolillos doblados, así que no arrojarán rocas demasiado grandes, y su alcance es limitado.

—Toda ayuda es poca cuando se trata de luchar contra los trolls —dijo Ulath—. Cada uno de los que derribemos antes de que lleguen hasta nosotros, será uno menos con el que tendremos que luchar.

—¡Dios mío! —exclamó Tynian.

—¿Qué sucede? —inquirió Kalten con una cierta alarma.

—Creo que acabo de ver a uno allí detrás, en el linde del bosque. ¿Son todos así de grandes?

—¿Alrededor de unos tres metros, poco más o menos? —preguntó Ulath con bastante indiferencia.

—Por lo menos.

—Eso podría decirse que es lo corriente para un troll, y pesan entre ciento noventa y trescientos kilos.

—¿No lo dirás en serio! —dijo Kalten con incredulidad.

—Espera un poco y tendrás la oportunidad de pesar uno tú mismo. —Ulath los recorrió a todos con la mirada—. Los trolls son difíciles de matar —les advirtió—. Tienen pieles muy duras y cráneos de casi dos centímetros de grosor. Pueden resistir muchas heridas cuando están entusiasmados. Si se nos acercan mucho, intentad dejarlos tullidos. Realmente no se puede contar con la posibilidad de matar limpiamente a los trolls, así que cada brazo que les cercenéis es un brazo menos para que el troll os agarre.

—¿Llevan algún tipo de arma? —inquirió Kalten.

—Los palos son casi lo único que utilizan. No son buenos con las lanzas. No tienen los brazos encajados de la forma correcta como para poder dar estocadas.

—En cualquier caso, eso ya es algo.

—No mucho —dijo Tynian.

Aguardaron mientras el trueno avanzaba pesadamente hacia ellos.

Vieron varios trolls más en la linde del bosque a lo largo de los diez minutos siguientes, y los aullantes rugidos de esos exploradores eran, evidentemente, para convocar al resto del grupo. El único troll al que Falquián había visto en su vida era Ghwerig, y Ghwerig era enano y tremendamente deforme. Rápidamente comenzó a revisar su valoración de aquellas criaturas. Medían, como Ulath había declarado, alrededor de tres metros de estatura y sus cuerpos estaban cubiertos por una piel peluda de color marrón oscuro. Sus brazos eran muy largos, y las enormes manos les colgaban hasta más abajo de las rodillas. Tenían rostros de bruto y peludas cejas muy abultadas, bocas en forma de hocico y colmillos sobresalientes. Sus ojos eran pequeños, hundidos, y ardían con un hambre mortal. Arrastraban los pies por la linde del bosque sin intentar realmente ocultarse, y Falquián vio con claridad que aquellos largos brazos desempeñaban un importante papel locomotor, a veces como tercera pata y otras para aferrarse a un árbol con el fin de impulsarse hacia delante al tirar del mismo. Sus movimientos eran fluidos, incluso elegantes, y hablaban de una enorme agilidad.

—¿Estamos más o menos preparados? —preguntó Ulath a sus compañeros.

—Me vendría bien un rato más de espera —replicó Kalten.

—¿Cuánto?

—Cuarenta o cincuenta años me parece casi perfecto. ¿Qué tenías en mente cuando hiciste la pregunta?

—He visto alrededor de cincuenta trolls —señaló el corpulento thalesiano—. Están saliendo de uno en uno para echar un vistazo, y eso significa que se

encuentran más o menos todos reunidos justo detrás de los árboles. He pensado que sería interesante insultarlos un poco. Cuando un troll se enfada, no piensa realmente lo que hace. Claro, en principio, los trolls no tienen mucho con lo que pensar. Me gustaría provocarlos a un ataque mal calculado, si eso fuera posible. Si consigo insultarlos realmente, gritarán, aullarán, y luego saldrán disparados de entre esos árboles, echando espuma por la boca. En ese momento serán blancos fáciles para los arqueros, y si alguno de ellos consigue pasar, podremos cargar contra él con los caballos y las lanzas. Tendríamos que matar a unos cuantos de ellos antes de que recobren la sensatez. Me gustaría de verdad reducir el número, y los trolls coléricos son blancos fáciles.

—¿Crees que podríamos matar a los suficientes como para conseguir que los demás se asusten y huyan? —preguntó Kalten.

—Yo no contaría con ello, pero todo es posible, supongo. Yo habría jurado que no podía conseguirse que cien trolls caminaran en la misma dirección al mismo tiempo, así que la situación que hay aquí me resulta completamente nueva.

—Déjame hablar con los demás antes de precipitar las cosas —dijo Falquián. Se volvió en redondo y retrocedió hasta donde los caballeros y los pelois aguardaban con sus caballos. Vanion se hallaba de pie con Stragen, Engessa y Kring—. Estamos a punto de comenzar —les informó Falquián.

—¿Has pensado en invitar a los trolls —preguntó Stragen—, o vamos a empezar sin ellos?

—Ulath va a ver si puede provocarlos para que hagan algo precipitado —replicó Falquián—. Las estacas deberían de poder retrasarles lo bastante como para que nuestros arqueros se ocupasen de ellos. Necesitamos reducir un poco el número de los que hay. Si consiguen atravesar la entrada, cargaremos con las lanzas. —Miró a Kring—. No es mi intención insultarte, domi, pero ¿podrías quedaros un poco atrás? Ulath nos ha dicho que hace falta mucho para matar a los trolls. Es un trabajo sucio, lo sé, pero alguien tendrá que llegar después de que nosotros carguemos para matar a los heridos.

El rostro de Kring expresó claramente su desagrado.

—Lo haremos, amigo Falquián —asintió finalmente—, pero sólo por amistad.

—Lo aprecio en lo que vale, Kring. En cuanto Ulath consiga encolerizarlos lo suficiente como para ponerlos en movimiento, los que estamos en la barricada regresaremos aquí y montaremos para unirnos a la carga. Ah, una cosa más..., el

solo hecho de que un troll tenga una lanza rota asomándole del cuerpo, no significa que esté fuera de combate. Será mejor que les clavemos unas cuantas más a cada uno..., aunque sólo sea para asegurarnos. Voy a avisar a las damas que estamos a punto de comenzar, y luego pondremos manos a la obra.

—Te acompaño —dijo Vanion, y los dos echaron a andar hacia el fondo del cañón, en dirección a la cueva.

Berit y un pequeño grupo de jóvenes caballeros estaban de guardia en la entrada.

—¿Ya vienen hacia aquí? —preguntó el apuesto muchacho con nerviosismo.

—Hemos visto a unos cuantos exploradores —replicó Falquián—. Vamos a intentar provocarlos para que ataquen. Si tenemos que luchar con ellos, prefiero que sea a la luz del día.

—Y antes de que se desate la tormenta —agregó Vanion.

—No creo que consigan pasar —aseguró Falquián al joven caballero—, pero permanece alerta. Si ves que las cosas comienzan a ponerse feas, retrocede al interior de la caverna.

Berit asintió con la cabeza.

En aquel momento Ehlana, Talen y Sephrenia salieron de la caverna.

—¿Vienen ya? —inquirió Ehlana con una voz ligeramente descontrolada y chillona.

—Todavía no —respondió Falquián—. Sin embargo, no es más que una cuestión de tiempo. Vamos a intentar provocarlos un poco. Ulath piensa que podría conseguir encolerizar a unos cuantos de forma que ataquen antes de que los demás estén preparados. Preferimos no tener que enfrentarnos con todos ellos a un tiempo, si podemos evitarlo. —Miró a Sephrenia—. ¿Te atreves hacer uno o dos hechizos, Sephrenia?

—Eso depende del hechizo.

—¿Puedes bloquear la entrada de la caverna con el fin de que a los trolls no les sea posible cogeros a ti y a los demás?

—Probablemente. Y si no, siempre puedo hacer que se derrumbe.

—Yo no haría eso, excepto como último recurso. En todo caso, aguarda hasta que Berit y sus hombres entren también.

Las finas ropas de Talen estaban un poco manchadas de fango.

—¿Ha habido suerte? —preguntó Falquián.

—He encontrado un lugar en el que un oso pasó el último invierno —replicó con indiferencia—. Tuve que arrastrarme un poco. Hay otro par de pasadizos

que me gustaría explorar.

—Escoge el mejor que encuentres. Si Sephrenia tuviera que derrumbar la entrada de la cueva, quiero que estéis todos a salvo.

Talen asintió con la cabeza.

—Ten cuidado, Falquián —dijo Ehlana mientras lo abrazaba con todas sus fuerzas.

—Siempre lo tengo, amor.

Sephrenia también había abrazado a Vanion, y sus consejos eran un eco de los de Ehlana.

—Ahora, marchaos los dos —agregó.

—Sí, pequeña madre —respondieron Falquián y Vanion al unísono.

Los dos caballeros se pusieron en marcha hacia el otro extremo del cañón.

—Tú no lo apruebas, ¿no es cierto, Falquián?

—No es asunto mío, querido amigo.

—Yo no te he preguntado si era o no asunto tuyo. Lo que te he preguntado es que si lo apruebas. No había ninguna otra salida, ¿sabes? Las leyes de las culturas de los dos prohíben que nos casemos.

—No creo que las leyes sean aplicables a vosotros dos, Vanion. Ambos tenéis una amiga especial que hace caso omiso de las leyes cuando le da la gana. —Sonrió a su viejo amigo—. En realidad, me siento muy complacido. Ya estaba muy cansado de veros a los dos arrastrando los pies con abatimiento.

—Gracias, Falquián. Quería hablar claramente de eso. Sin embargo, nunca podré regresar a Eosia.

—Yo diría que, dadas las circunstancias, ésa no es una gran pérdida. Tú y Sephrenia sois felices, y eso es lo único que importa.

—En eso estoy de acuerdo. De todas formas, cuando regreses a Chyrellos intenta presentarlo de la mejor manera posible. Me temo que Dolmant estallará cuando se entere.

—Podrías llevarte una sorpresa con él, Vanion.

Falquián se sorprendió un poco al descubrir que aún recordaba algunas palabras del idioma troll. Ulath estaba de pie, en el centro de la estrecha entrada, vociferando hacia el bosque en aquella lengua gruñente.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Kalten con curiosidad.

—No se puede traducir demasiado bien —replicó Falquián—. Los insultos troll se inclinan poderosamente en la dirección de las funciones fisiológicas.

—Ah. Lamento haberlo preguntado.

—Lo lamentarías aún más si pudiera traducírtelo —dijo Falquián, e hizo una mueca de dolor ante una imprecación particularmente vil que Ulath acababa de lanzarles a los trolls.

Los trolls, al parecer, se tomaban los improperios muy en serio. A diferencia de los seres humanos, no parecían capaces de restarle importancia a ese tipo de cosas y tomarlas simplemente como el prelude de una batalla. Aullaban ante cada nueva imprecación del corpulento caballero genidiano. Unos cuantos de ellos aparecieron en la linde del bosque, espumajeando por la boca y dando pisotones de furia.

—¿Cuánto falta para que carguen? —preguntó Tynian a su alto amigo rubio.

—Nunca se sabe con los trolls —replicó Ulath—. No creo que estén habituados a luchar en grupo. No puedo asegurarlo, pero creo que uno de ellos perderá la paciencia antes que los demás, y echará a correr hacia nosotros. No estoy seguro de si los demás lo seguirán o no.

Uno de los trolls chilló de furia e inició una carrera sobre tres de sus extremidades mientras blandía un enorme palo con la mano libre. Primero un troll, luego varios otros, echaron a correr tras él.

Falquián recorrió los alrededores con los ojos para asegurarse de que los arqueros estaban en sus puestos. Khalad, según advirtió, había entregado su ballesta a otro joven pandion y permanecía impassible, mirando a lo largo de la vara de la jabalina que descansaba de través en el centro del arco improvisado.

El troll que iba en cabeza estaba dando enloquecidos golpes de lado con el palo a las afiladas estacas, pero los elásticos arbolillos se doblaban bajo los azotes y volvían bruscamente a su forma anterior. El enfurecido troll levantó el hocico y aulló de frustración.

Khalad cortó la cuerda que mantenía el arco curvado. El travesaño del arco saltó hacia delante con un chasquido casi musical, y la jabalina salió disparada para describir una parábola en el aire y enterrarse en el vasto y peludo pecho del troll con un sonoro y carnoso *¡chunk!*

El troll retrocedió a causa del impacto y se quedó mirando con expresión estúpida el palo que le sobresalía del pecho. Lo tocó con un dedo, como si no pudiese ni comenzar a entender cómo había llegado hasta allí. Luego se sentó pesadamente mientras la sangre le manaba por la boca. Cogió débilmente el palo con ambas manos y tiró de él.

De la boca le salió un nuevo borbotón de sangre, y él suspiró y cayó sobre un flanco.

—Buen disparo —gritó Kalten para felicitar al escudero de Falquián, el cual, con la ayuda de otros dos jóvenes pandion, estaba volviendo a cargar el arco.

—Haz que corra la voz hasta los demás arqueros —gritó Khalad a su vez—. Los trolls se detienen cuando llegan a las estacas. No parece que sean capaces de comprender lo que son, y resultan unos blancos perfectos cuando se quedan quietos de esa manera.

—De acuerdo.

Kalten se encaminó hacia los arqueros que estaban apostados a un lado del cañón, y Bevier hacia los del otro, para informarlos.

La media docena de trolls, aproximadamente, que había seguido al primero, no prestó atención alguna a la caída de éste y continuó corriendo precipitadamente hacia el campo de estacas.

—Podríamos tener un problema, Falquián —comentó Tynian—. No están habituados a luchar en grupo, y por eso no prestan ninguna atención a las bajas. Ulath dice que no mueren por causas naturales, así que no entienden realmente qué es todo eso de la muerte. No creo que vayan a retroceder por el solo hecho de que matemos a todos sus camaradas. Me temo que no es lo mismo que luchar contra seres humanos. Cargarán una vez, y continuarán haciéndolo hasta que estén todos muertos. Puede que tengamos que reajustar nuestra táctica para tomar eso en cuenta.

Más trolls salieron de entre los árboles, y Ulath continuó gritándoles obscenidades.

Kalten y Bevier regresaron.

—Acaba de ocurrírseme algo —comentó Kalten—. Ulath, ¿atacarán también las hembras?

—Probablemente.

—¿Cómo diferencias a las hembras de los machos?

—¿Es que tienes alguna urgencia sexual?

—Ése es un comentario asqueroso. Sencillamente, no quiero matar mujeres, eso es todo.

—¿Mujeres? Esos seres son trolls, Kalten, no personas. No se puede diferenciar a una hembra de un macho a menos que lleve cachorros encima..., o a menos que te aproximes mucho, mucho a ella... y ésa no es una idea muy buena. Una hembra te arrancarí la cabeza tan rápidamente como lo haría un macho. —El genidiano volvió a la tarea de gritar insultos.

Más trolls se unieron a la carga y luego, tras un tremendo rugido, toda la

linde del bosque comenzó a vomitar a los monstruos. No se detenían, sino que se sumaban de inmediato al galopante ataque.

—Ya está —comentó Ulath con una cierta satisfacción—. Ahora está todo el grupo en ello. Vayamos a buscar nuestros caballos.

Corrieron a reunirse con los demás mientras los cyrínicos manejaban las catapultas improvisadas por Bevier y los pandion, a cargo del arco de Khalad, comenzaban a arrojar proyectiles contra los trolls que se aproximaban a la carrera. Los arqueros apostados en los flancos del cañón arrojaban lluvias de flechas a las filas de peludos seres. Algunos trolls caían acribillados de flechas, pero otros continuaban a la carga sin hacer caso alguno de las varas que sobresalían de sus cuerpos.

—No creo que podamos contar con que interrumpan el ataque y huyan sólo porque sus amigos hayan muerto —dijo Falquián a Vanion y los demás mientras montaba a lomos de *Faran*.

—¿Amigos? —preguntó tranquilamente Stragen—. Los trolls no tienen amigos, Falquián. No les tienen un afecto particular a sus congéneres.

—A donde quiero llegar es a que esto habrá que arreglado todo en un solo combate —aclaró Falquián—. Probablemente no tendremos una segunda oportunidad. Ellos continuarán atacando hasta que atraviesen las defensas o hasta que estén todos muertos.

—Es mejor de esa forma, amigo Falquián —dijo Kring con una sonrisa lobuna—. Las peleas por etapas son bastante aburridas, ¿no lo crees así?

—Yo no diría eso, ¿y tú, Ulath? —preguntó Tynian con suavidad. Los caballeros se dispusieron en formación, con las lanzas preparadas, mientras los trolls continuaban su vociferante avance.

De la media docena de trolls que habían estado en la vanguardia del ataque habían caído ya todos, muertos o agonizantes, a causa de las heridas de flecha, y las primeras líneas de la horda aullante comenzaban a titubear a medida que eran alcanzados por las flechas que caían sobre ellos como cortinas. No obstante, los trolls que venían detrás se limitaban a pasar por encima de sus compañeros mortalmente heridos. Con las fauces abiertas y los colmillos goteando, continuaban cargando y cargando.

Las afiladas estacas sirvieron bien al propósito con el que habían sido colocadas. Los trolls, tras algunos esfuerzos fútiles de atravesar el erizado bosque, se veían forzados a entrar en el estrecho corredor en el que se apiñaban y se movían con impaciencia detrás de los brutos que marchaban en vanguardia,

mientras las finas estacas de Tynian que sobresalían del suelo retrasaban el precipitado avance de los trolls que encabezaban el grupo. Ni siquiera la criatura más furiosa del mundo corre demasiado bien con los pies doloridos.

Falquián volvió la cabeza. Los caballeros estaban formados en una columna de cuatro en fondo, y tenían las lanzas sólo ligeramente adelantadas. Los trolls continuaron con su cojeante avance hasta que la primera línea, también de cuatro en fondo, llegó al final del corredor flanqueado por las estacas, donde se ensanchaba para formar la cuenca.

—Creo que ya ha llegado el momento —dijo. Luego se puso de pie en los estribos—. ¡A la carga! —rugió.

La táctica que Falquián había orquestado para los caballeros de la Iglesia era sencilla. Cargarían de cuatro en fondo directamente contra los trolls a medida que las criaturas entraran en la cuenca. Clavarían sus lanzas en la primera línea de trolls y luego virarían, dos hacia cada lado de la entrada con el fin de que los siguientes cuatro pudieran cargar a su vez. Una vez que se hubiesen apartado del camino, regresarían al final de la columna, cogerían lanzas nuevas, y volverían a avanzar de forma ordenada hacia la primera línea. Era, en efecto, una carga sin fin. Falquián estaba bastante orgulloso de aquella idea. Probablemente no funcionaría contra seres humanos, pero tenía enormes ventajas en una batalla contra los trolls.

Los cadáveres peludos comenzaron a apilarse en la entrada de la estrecha abertura. Al parecer, un troll no era lo bastante astuto como para hacerse el muerto. Atacaba hasta que moría o hasta que estaba tan gravemente herido que no podía continuar. Después de que varias filas de caballeros hubieran golpeado la vanguardia troll, algunos de aquellos brutos tenían hasta cuatro lanzas rotas sobresaliéndoles del cuerpo. Pero los monstruos continuaban llegando, trepando por encima de los cuerpos sangrantes de sus congéneres.

Falquián, Vanion, Kalten y Tynian realizaron la siguiente carga. Clavaron sus lanzas en los nuevos trolls de la primera línea, las rompieron con un golpe seco de muñeca en el que tenían mucha práctica, y se apartaron a los lados.

—Tu plan parece estar funcionando bien —felicitó Kalten a su amigo—. Los caballos tienen tiempo de descansar entre una carga y la siguiente.

—Ésa era en parte mi intención —replicó Falquián, un poco pagado de sí, mientras cogía una lanza nueva del soporte que estaba colocado detrás de la columna.

Ya tenían la tormenta casi encima. El aullante viento gritaba entre los

árboles, y los rayos descendían con brillantes destellos de las purpúreas nubes.

Entonces, desde el bosque, les llegó un tremendo bramido.

—¡En el nombre de Dios, ¿qué ha sido eso?! —gritó Kalten—. ¡Nadie puede producir ese ruido!

Fuera lo que fuese, era algo muy grande, y avanzaba en dirección a ellos, destrozando el bosque a su paso. El furioso viento les trajo un repulsivo hedor de reptil mientras azotaba los rostros de los caballeros cubiertos por las viseras de los yelmos.

—¡Apesta como un osario! —gritó Tynian por encima del ruido de la tormenta y la batalla.

—¿Sabes de qué se trata, Vanion? —preguntó Falquián.

—No —replicó el preceptor—. Sin embargo, sea lo que sea es algo grande..., más grande que cualquier cosa con la que jamás me haya tropezado.

Luego comenzó a caer la lluvia en cortinas de agua, entorpeciendo la visión de los caballeros y ocultando a medias, el avance de los trolls.

—¡Continuad con ellos! —ordenó Falquián con toda la potencia de su voz—. ¡No cedáis!

La metódica carga continuó mientras los trolls avanzaban tenazmente por el fango hacia la zona de la matanza. La estrategia estaba funcionando bien, pero no habían dejado de producirse bajas. Habían caído varios caballos, derribados por los golpes de los palos de los trolls heridos y furiosos, y algunos caballeros yacían inmóviles en el suelo barrido por la lluvia.

Luego el viento cesó de repente, y la lluvia disminuyó al alejarse del centro de la tormenta.

—¿Qué es eso? —gritó Tynian, mientras señalaba hacia un punto que estaba detrás de los aullantes trolls.

Era una chispa incandescente solitaria, más brillante que el sol, que se hallaba suspendida por encima de la linde del bosque. Comenzó a relumbrar ominosamente, hinchándose, agitándose, rodeada por un halo resplandeciente de luz púrpura.

—¡Hay algo en el interior! —gritó Kalten.

Falquián forzó la vista, entrecerrando los ojos ante la brillante luz púrpura que iluminaba el campo de batalla.

—Eso está vivo —dijo con voz tensa—. Se está moviendo.

La bola de luz púrpura se hinchó más y más rápidamente, y unas feroces llamas anaranjadas salieron disparadas de los bordes de la misma.

Había alguien de pie en el centro de la abrasadora bola; alguien que llevaba una túnica y una capucha de color verde brillante. La figura levantó una mano, la abrió al máximo, y un rayo abrasador salió disparado de la palma desplegada. Un caballero cyrínico que cargaba en aquel momento y su caballo quedaron reducidos a fragmentos chamuscados al ser alcanzados por el rayo. Y luego, por detrás de la luz cegadora, surgió del bosque una silueta gigantesca. Era imposible que una cosa viviente pudiera ser tan enorme. La cabeza no dejó duda alguna de que la criatura era un reptil. La enorme testa era lisa y sin orejas, es carnosa, y tenía un morro prominente y sin labios, la boca llena con hileras y más hileras de dientes inclinados hacia dentro. Tenía un cuello corto, hombros estrechos y finas patas delanteras. El resto del cuerpo se hallaba piadosamente oculto tras los árboles.

—¡Yo no puedo luchar contra eso! —gritó Kalten.

La figura encapuchada del interior de la bola de fuego púrpura y naranja levantó una vez más el brazo. Pareció cerrarse sobre sí, y luego el rayo volvió a salir disparado de la palma abierta... y se detuvo, estallando en medio del aire en forma de lluvia de chispas.

—¿Has hecho tú eso? —preguntó Vanion a Falquián.

—Yo no, Vanion. No soy tan rápido.

Entonces oyeron una profunda voz resonante que recitaba en estirio. Falquián volvió a *Faran* para mirar.

Era Zalasta. El estirio de cabellos de plata se hallaba de pie en mitad de la empinada ladera del lado norte del cañón; sus ropas relumbraban en la media luz de la tormenta. Tenía ambos brazos extendidos hacia el cielo, y su báculo, que Falquián había creído que no era más que una afectación, estaba incandescente de energía. Bajó el báculo y apuntó con él a la figura que se hallaba dentro del nimbo incandescente. Una chispa brillante salió disparada del extremo del báculo y chisporroteó al pasar por encima de las cabezas de los pelois y los caballeros, para estallar contra la bola de fuego.

La figura del interior se encogió, y una vez más el rayo salió disparado de su palma abierta, esta vez dirigido contra Zalasta. El estirio la barrió a un lado desdeñosamente con su báculo, e inmediatamente respondió con otra brillante chispa de luz, que se estrelló como la anterior sobre la superficie de la bola de fuego.

La figura que se hallaba dentro del fuego que la protegía volvió a encogerse, esta vez con más violencia. La gigantesca criatura que se hallaba a sus espaldas

profirió un grito y se retiró hacia la oscuridad. Los caballeros de la Iglesia, pasmados por aquel terrible enfrentamiento, se habían detenido como congelados.

—¡Nosotros tenemos nuestros propios asuntos a los que atender! —rugió Vanion—. ¡A la carga!

Falquián sacudió la cabeza para despejarse la mente.

—Gracias, Vanion —dijo a su amigo—. Me he distraído por un instante.

—Pon atención, Falquián —le aconsejó Vanion con crispación, exactamente con el mismo tono que había empleado siempre en el campo de prácticas años antes, cuando Falquián y Kalten eran novicios.

—Sí, mi señor preceptor —replicó automáticamente Falquián con el mismísimo tono de incomodidad que había empleado cuando era un mozuelo. Los dos hombres se miraron y se echaron a reír.

—Exactamente como en los viejos tiempos —comentó alegremente Kalten—. Bien, pues. ¿Por qué no nos vamos a cazar trolls y le dejamos las cosas accesorias a Zalasta?

Los caballeros continuaron con su infinita carga y los magos con el feroz duelo que libraban por encima de las cabezas de aquéllos. Los trolls no se mostraban menos salvajes, pero la cantidad de ellos iba disminuyendo y la enorme pila de los muertos les estorbaba el ataque.

La sangrienta lucha del suelo continuaba y continuaba, y el aire que estaba por encima del campo de batalla crepitaba y restallaba con espantosas descargas.

—¿Es mi imaginación, o nuestro amigo de ahí arriba está realmente poniéndose un poco pálido? —preguntó Tynian mientras cogían lanzas nuevas una vez más.

—El fuego está comenzando a debilitarse un poco —asintió Kalten—, y cada vez le lleva más tiempo recuperarse lo bastante como para lanzar otro rayo.

—No os confiéis demasiado, caballeros —los amonestó Vanion—. Todavía tenemos que acabar con los trolls, y supongo que ese lagarto gigantesco anda todavía por el bosque.

—Yo estaba intentando no pensar en ello —replicó Kalten. Luego, muy de repente, tan súbitamente como había comenzado a hincharse, la bola de fuego púrpura y naranja comenzó a contraerse. Zalasta aumentó la frecuencia de sus ataques, y las ardientes chispas comenzaron a salir de su báculo en rápida sucesión para estrellarse como granizo candente contra la superficie de aquel nimbo que se contraía a toda velocidad.

Luego el globo candente desapareció.

Entre los pelois se levantó una aclamación y los trolls titubearon. Khalad, con el rostro extrañamente inexpresivo, colocó otra jabalina en el arco improvisado y cortó la cuerda para lanzar el proyectil. La jabalina salió disparada del gigantesco arco y pareció encenderse al lanzarse al aire, y resplandeció con luz mientras describía el arco más alto y largo que los descritos por todos los disparos previos del joven.

El gigantesco lagarto rugió, y salió nuevamente del bosque con la espantosa boca abierta. Y entonces la ardiente jabalina lo alcanzó en pleno pecho. Se hundió profundamente, y la monstruosa criatura profirió un terrible grito de agonía y furor, al tiempo que sus patas delanteras aferraban en vano el palo en llamas. Luego se produjo un ruido sordo y pesado en el interior del cuerpo del monstruo, una explosión contenida que sacudió hasta el mismo suelo. El gigantesco lagarto estalló, lanzando al aire una lluvia de fuego ensangrentado, y sus desgarrados restos volvieron a hundirse, retorciéndose, en el bosque.

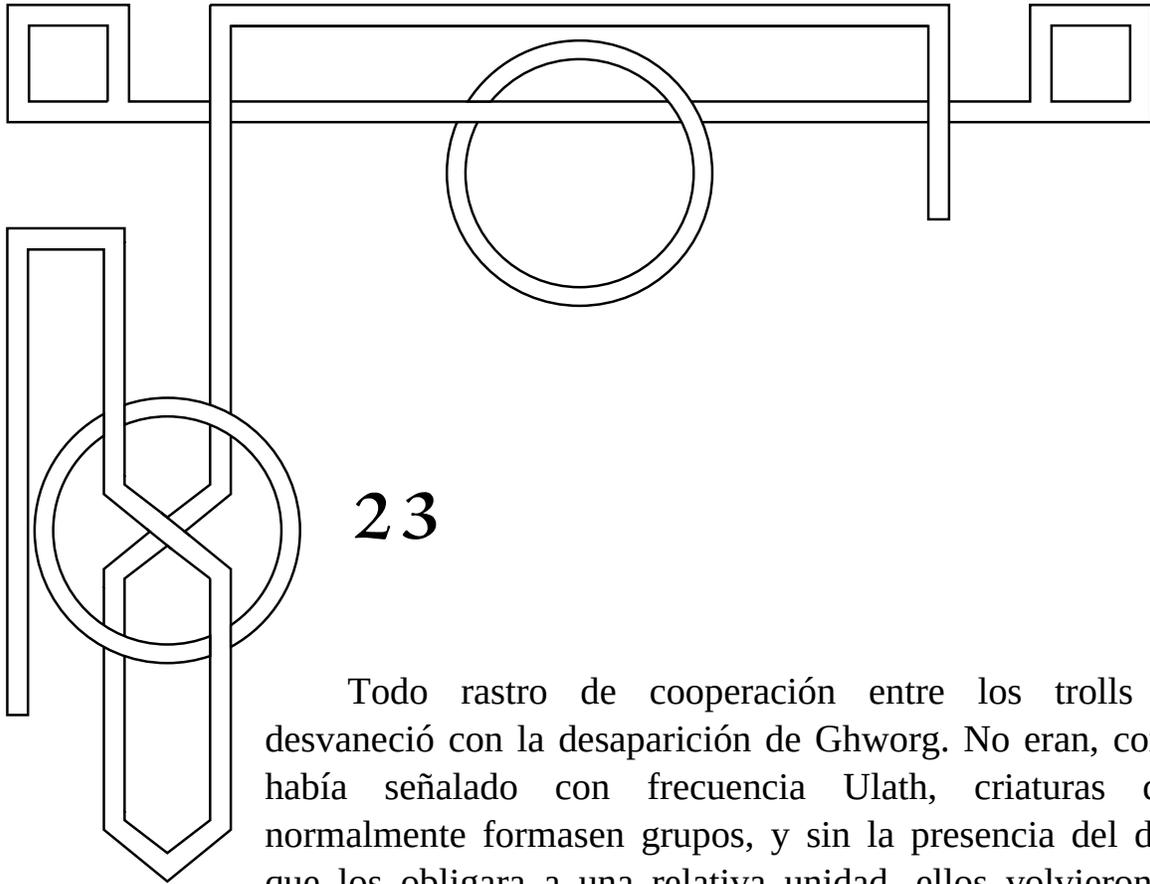
En la linde del bosque se produjo un estremecimiento nebuloso, un estremecimiento muy parecido al rielar del aire que puede apreciarse en un caluroso día de verano, y luego todos vieron que un rostro se formaba en ese estremecimiento. Sólo era un rostro, bruto, feo y cargado de cólera y frustración. El peludo rostro se inclinaba pronunciadamente hacia atrás desde el hocico poblado por colmillos, y los ojos porcinos destellaban en las órbitas.

El rostro aulló. Un aullido terrible que desgarró el aire. Volvió a aullar, y Falquián retrocedió. ¡La rielante aparición estaba bramando en idioma troll! Volvió a aullar, con una voz tronante que doblaba los árboles circundantes como un poderoso viento.

—¿Qué es eso, en el nombre de Dios?! —gritó Bevier.

—Ghworg —replicó Ulath con voz tensa—. El dios troll de la matanza.

La bestia inmortal aulló una vez más, y luego desapareció.



## 23

Todo rastro de cooperación entre los trolls se desvaneció con la desaparición de Ghworg. No eran, como había señalado con frecuencia Ulath, criaturas que normalmente formasen grupos, y sin la presencia del dios que los obligara a una relativa unidad, ellos volvieron al habitual antagonismo que reinaba frecuentemente entre ellos. La carga disminuyó al estallar entre ellos algunas desagradables peleas. Esas peleas se propagaron con rapidez, y en cuestión de minutos hubo una pendencia general en marcha en el exterior de la entrada del cañón.

—¿Y bien? —preguntó Kalten a Ulath.

—Se ha terminado —repuso con indiferencia el caballero genidiano—. Al menos la parte que a nosotros nos toca. Sin embargo, el alboroto entre los propios trolls puede continuar durante un buen rato.

Kring, al parecer, había llegado a la misma conclusión, y sus pelois avanzaron prontamente hacia las pilas de bajas troll, con los sables y lanzas preparados.

Khalad continuaba de pie, detrás de su arco toscamente construido, con el rostro inexpresivo y los ojos que no veían. Luego pareció despertar.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó, mirando a todas partes con expresión confusa.

—Has matado al reptil gigante, joven amigo mío —dijo Tynian—. Fue un

disparo espectacular.

—¿Lo hice? Ni siquiera recuerdo haberle disparado. Pensaba que lo tenía fuera del alcance del arco.

Zalasta descendió de la ladera del cañón con un aire satisfecho en su rostro marrón.

—Me temo que tuve que anular tus pensamientos al respecto durante unos momentos, joven caballero —explicó al escudero de Falquián—. Necesitaba tu arco para vencer a la enorme bestia. Espero que puedas perdonarme, pero es que no había tiempo para consultarte al respecto.

—No te preocupes por ello, erudito. Simplemente me hubiese gustado ver el disparo. ¿Qué clase de bestia era?

—Su especie vagaba por la tierra hace millones de años —respondió el estirio—, antes de que surgiera la humanidad, incluso antes de los trolls. Nuestro amigo parece ser muy hábil en eso de resucitar a los muertos de la antigüedad.

—¿Era él quien estaba dentro de la bola de fuego? —inquirió Kalten.

—No puedo decírtelo con seguridad, *sir* Kalten. Parece ser que tenemos varias castas de enemigos. Si el que estaba en el globo no era nuestro principal enemigo, probablemente estaba muy alto en las cúpulas opuestas. Era muy diestro.

—Ocupémonos de los heridos —dijo Vanion con tono crispado.

A pesar de sus protestas y afirmaciones de que Falquián era el preceptor de los pandion, el hábito de mando estaba profundamente arraigado en él.

—También sería interesante levantar una barricada en el paso —sugirió Ulath—, sólo para evitar que los trolls supervivientes nos hagan una visita sin anunciarse durante la noche.

—Iré a avisar a las damas de que lo peor ya ha pasado —dijo Falquián a sus compañeros.

Hizo volver a *Faran* y regresó a la cueva. Se sintió un poco sorprendido, y más que un poco exasperado, al encontrar a Ehlana y el resto del grupo de la cueva de pie en el exterior.

—Te dije que permanecieran dentro de la cueva —regañó secamente a su esposa.

—No habrás esperado realmente que hiciera, ¿verdad?

—Sí, de hecho, lo esperaba.

—La vida está llena de esas pequeñas decepciones, ¿no crees? —El tono de la voz de ella era desafiante.

—Ya está bien, niños —dijo Sephrenia con tono cansado—. Las querellas domésticas no deben ser aireadas en público. Peleaos en privado.

—No estábamos peleándonos, ¿verdad, Falquián? —preguntó Ehlana.

—Estábamos justo a punto de comenzar.

—Lo siento, cariño —se disculpó ella con expresión contrita—. No podía soportar quedarme dentro mientras tú corrías un peligro tan terrible. —Luego hizo una mueca—. Ahora mismo voy a tener que tragarme mi orgullo real y cantar la palinodia. Me había equivocado horrorosamente con Zalasta. Nos ha salvado el día, ¿verdad?

—Sin duda no nos ha hecho ningún daño —asintió Talen.

—¡Ha estado estupendo! —exclamó la reina.

—Es muy, muy diestro —dijo Sephrenia con orgullo. Tenía a Danae en brazos, quizá inconscientemente. Los siglos de fraternidad entre ellas habían hecho que las reacciones de la menuda mujer estiria fuesen instintivas.

—¿Qué era ese rostro espantoso que se vio en la linde del bosque? —preguntó *sir* Berit con un estremecimiento.

—Ulath dice que era Ghworg, el dios troll de la matanza —replicó Falquián—. Yo lo recuerdo vagamente de cuando me encontré con él en el templo de Azash, en Zemoch. Pero entonces no lo miré realmente con tanta atención como ahora. —Hizo una mueca—. Bueno, pequeña madre —dijo a Sephrenia—, según las apariencias podríamos haber estado en lo cierto. Yo diría que el hechizo de Ghwerig no era tan férreo como pensamos en un principio. Los dioses troll están en libertad..., o al menos lo está Ghworg. Pero lo que me desconcierta es el porqué de que no escaparan antes. Si podían salir en cualquier momento, ¿por qué no lo hicieron cuando los amenacé en el templo con destrozar el Bhelliom?

—Tal vez necesitaban ayuda. —Sephrenia se encogió de hombros—. Es perfectamente posible que nuestro enemigo consiguiera obtener la ayuda de los dioses troll a cambio del ofrecimiento de auxilio para que escaparan del encierro. Se lo preguntaremos a Zalasta. Puede que él lo sepa.

Los caballeros que habían resultado heridos durante la lucha con los trolls eran más de los que Falquián pensaba en un principio, y unos quince de los de su bando habían muerto. Mientras la noche descendía sobre el cañón, Engessa se acercó a Falquián; su mirada era dura.

Falquián lo miró, sorprendido.

—Tengo que ir a intercambiar unas palabras con el clan de esta región. El fallo que han cometido al no estar en la zona limítrofe es inexcusable.

—Probablemente haya una razón para ello, atan Engessa.

—Ninguna razón que yo vaya a dar por buena. Estaré de vuelta por la mañana, con la cantidad de guerreros suficientes como para proteger a Ehlana-reina.

—Ahí fuera, en el bosque, hay trolls, ya lo sabes.

—No serán un inconveniente demasiado grande para mí, Falquián-caballero.

—Simplemente, ten cuidado, atan Engessa. Me estoy cansando mucho de enterrar amigos.

Engessa le sonrió de pronto.

—Eso es lo que tiene de bueno el luchar contra los trolls, Falquián-caballero. Uno no tiene que enterrar a los amigos muertos. Los trolls se los comen.

Falquián se estremeció visiblemente.

Estaba claro que Zalasta era el héroe del día. Todos los pelois y la mayoría de los caballeros de la Iglesia lo contemplaban con reverencia. La visión de su explosivo duelo con la figura encapuchada del purpúreo globo ardiente y la espectacular muerte del gigantesco reptil eran cosas que estaban vívidamente grabadas en la mente de todo el grupo. Él, sin embargo, se comportaba con modestia, y quitaba importancia a sus pasmosos logros como si fuesen cosas indignas de mención. No obstante, parecía alegrarse de que la animosidad de Ehlana se hubiera disuelto y ella se mostrase incondicionalmente cordial para con él. Los modales un poco tirantes de él se suavizaron. —Ehlana causaba aquel efecto en la gente—, y se hizo algo menos reservado y más humano.

Engessa llegó a la mañana siguiente con un millar de atanes del clan de la zona. Los rostros de los oficiales al mando manifestaban con claridad que Engessa les había hablado con firmeza sobre el fallo cometido al no estar en la frontera del clan en el momento convenido. Los guerreros atanes pusieron a los caballeros heridos en camillas, y el grupo, ahora muy crecido, avanzó lentamente para regresar al camino y continuar hacia el este, en dirección a Lebas, dentro del propio territorio tamul. Dado que el tener que llevar a los heridos entorpecía el avance, no viajaban a buena velocidad..., o al menos eso era lo que parecía. Tras lo que en apariencia fueron dos días completos, Falquián habló muy brevemente con su hija para decirle que tenía necesidad de conversar con ella en algún momento, cuando las mentes de los demás estuviesen durmiendo. Cuando los inexpresivos rostros de sus compañeros le indicaron que Aphrael estaba comprimiendo el tiempo, Falquián regresó al carruaje.

—Por favor, ve directamente al asunto, Falquián —pidió la pequeña diosa—.

Esta vez las cosas están muy difíciles.

—¿Hay alguna diferencia ahora?

—Por supuesto que la hay. Estoy prolongando el dolor de los heridos, y eso es muy desagradable. Hago que duerman todo lo posible, pero existen límites, ¿sabes?

—De acuerdo. ¿Cuánto de lo que sucedió ahí atrás era real?

—¿Cómo quieres que yo lo sepa?

—¿Quieres decirme que no lo sabes?

—Bueno, por supuesto que no lo sé, Falquián. Cuando nosotros creamos una ilusión, nadie puede darse cuenta. No sería una ilusión muy buena si alguien pudiera darse cuenta, ¿verdad?

—Has dicho «nosotros». ¿Te refieres a que si había efectivamente una ilusión, era un dios el que se hallaba detrás de la misma?

—Sí..., ya fuera directa o indirectamente. De todas formas, si fue indirectamente, hay alguien que tiene muchísima influencia sobre el dios que estaba implicado. Uno no suele entregar con mucha frecuencia tanto poder como ese..., ni voluntariamente. No le des vueltas al asunto, Falquián. ¿Qué es lo que te inquieta?

—En realidad no lo sé, Aphrael —le confesó—. Algo de aquello no parecía encajar del todo bien.

—Cosas específicas, Falquián. Necesito algo específico con lo que trabajar.

—A mí sencillamente me pareció que estaba exagerado en exceso, eso es todo. Tuve la clara sensación de que alguien quería lucirse. Era algo de estilo adolescente.

Ella consideró lo que acababa de decirle su padre, mientras fruncía su diminuta boca arqueada.

—Quizá es que nosotros somos unos adolescentes, Falquián. Ése es precisamente el peligro que tiene nuestra condición. En el mundo no hay nada que sea lo bastante poderoso como para hacernos crecer, así que disfrutamos de libertad para mimarnos a nosotros mismos. Ya he advertido ese rasgo en mi propio carácter.

—¿En el tuyo?

—Sé agradable, Falquián —replicó ella distraídamente, con sus negras cejas fruncidas por la concentración—. Sin duda es algo consecuente —agregó—. En Astel, aquel tipo, Sable, demostraba una carencia de madurez bastante profunda, y recuerda que lo estaban controlando de una forma estrecha. Puede que acabes

de dar con una de nuestras debilidades, Falquián. Preferiría que no me lo aplicaras directamente a mí, pero conserva la idea de que todos nosotros somos un poco inmaduros en comparación con tu propia mente. Me temo que yo no seré capaz de verlo por mí misma. Si en realidad es uno de nuestros defectos, yo estoy tan contagiada de él como todos los demás. A todos nos encanta causar impresión en los otros, y es de buena educación el impresionarse cuando otro está luciéndose. —Hizo una pequeña mueca—. Me temo que es algo automático. Mantente firmemente aferrado a tu escepticismo, Falquián. Tu fría falta de credulidad podría resultar útil. Ahora, por favor, vuelve a dormir. En este momento estoy muy ocupada.

Traspusieron la cima de las montañas de Atan, y descendieron por las laderas orientales, camino de la frontera. La demarcación entre Atan y Tamul era abrupta y claramente visible. Atan era una tierra salvaje, de árboles y escarpados picos; Tamul parecía un parque cuidadosamente atendido. Los campos estaban cuidados con extremado primor, e incluso las colinas parecían haber sido artísticamente esculpidas con el fin de proporcionar perspectivas y paisajes agradables.

Los campesinos parecían industriosos y no tenían la expresión de desamparada miseria que es tan común en los rostros de campesinos y siervos en los reinos elenios.

—Organización, mi querido Emban —le estaba diciendo Oscagne al rechoncho clérigo—. La clave de nuestro éxito reside en la organización. En Tamul, todo el poder desciende del emperador, y todas las decisiones son tomadas en Matherion. Incluso tenemos que decir a nuestros campesinos cuándo plantar y cuándo cosechar. Admito que la planificación centralizada tiene sus inconvenientes, pero la naturaleza tamul parece necesitarla.

—Los elenios, desgraciadamente, son mucho menos disciplinados —replicó Emban—. La Iglesia estaría encantada de tener una congregación más dócil, pero debemos arreglárnoslas con lo que Dios nos ha dado. —Sonrió—. En fin, eso hace que la vida sea interesante.

Llegaron a Lebas a última hora de la tarde. Era una ciudad pequeña y primorosa, con una arquitectura de aspecto extraño que se inclinaba poderosamente en la dirección del embellecimiento artístico. Las casas eran bajas y anchas, con unos graciosos tejados que se curvaban hacia arriba al final de los caballetes, como si los arquitectos hubiesen tenido la sensación de que las abruptas líneas rectas eran de alguna forma incompletas. Las calles empedradas

eran anchas y rectas, y estaban llenas de ciudadanos vestidos con sedas de colores brillantes.

La entrada de los occidentales creó bastante alboroto, puesto que los tamules no habían visto nunca antes caballeros elenios. Fue la reina de Elenia, sin embargo, quien más los asombró. Los tamules eran gentes de piel dorada y cabellos negros, y la pálida reina rubia los llenó de pasmo cuando el carruaje avanzó a un paso casi ceremonial por las calles.

La primera preocupación, por supuesto, eran los heridos. Oscagne les había asegurado que los médicos tamules estaban entre los mejores del mundo. Además, según las apariencias, el embajador tenía un rango bastante elevado dentro del imperio. Se les proporcionó inmediatamente una casa para los caballeros heridos, y el personal médico pareció materializarse ante las órdenes de aquel hombre. Se habilitaron otras casas para alojar al resto de la compañía; dichas casas estaban llenas de servidores que no entendían una sola palabra de idioma elenio.

—Pareces tener un enorme peso por estos alrededores, Oscagne —comentó Emban aquella noche, después de que hubieron tomado una exótica cena consistente en un plato y otro de manjares inidentificables y a veces sorprendentes sabores.

—No soy yo quien está pasado de peso, amigo mío —replicó Oscagne con una sonrisa—. Mi nombramiento para esta misión está firmado por el emperador, y su mano tiene todo el peso del continente daresiano en pleno detrás de sí. Ha ordenado que la totalidad de Tamuli haga todo lo posible, e incluso lo imposible, para conseguir que la visita de la reina Ehlana sea agradable y cómoda. Nadie desobedece jamás al emperador.

—Entonces, esa noticia seguramente no les ha llegado a los trolls —comentó suavemente Ulath—. Claro, que los trolls tienen una visión del mundo diferente de la nuestra. Quizá pensaron que la reina Ehlana se divertiría con la bienvenida que le dispensaron.

—¿Es que tiene que decir esas cosas? —se quejó Oscagne a Falquián.

—¿Quién, Ulath? Sí, creo que sí, excelencia. Es algo de la naturaleza thalesiana..., terriblemente oscuro y con bastante probabilidad perverso.

—¡Falquián! —protestó Ulath.

—No hay nada personal en ello, viejo amigo. —Falquián le dedicó una sonrisa ancha—. No es más que un recordatorio de que no te he perdonado completamente todas las ocasiones en las que me engañaste para que hiciera la

comida cuando en realidad no era mi turno.

—Estate quieto —ordenó Mirtai.

—Me has metido un poco en el ojo —la acusó Talen.

—No te hará daño ninguno. Ahora quédate quieto. —La mujer continuó embadurnándole la cara con la mezcla.

—¿Qué es eso, Mirtai? —preguntó la baronesa Melidere con curiosidad.

—Azafrán. Lo utilizamos en la comida. Es un tipo de especia.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Ehlana con curiosidad cuando ella y Falquián entraron en la sala y se encontraron a la atana pasando aquel condimento por la cara de Talen.

—Estamos modificando a tu paje, mi reina —le explicó Stragen—. Tiene que salir a las calles, y queremos que no llame la atención. Mirtai le está cambiando el color de la piel.

—Tú podrías hacer eso con magia, ¿no es cierto, Falquián? —inquirió Ehlana.

—Probablemente —dijo él—, y si yo no pudiese, Sephrenia sin duda sería capaz de hacerlo.

—¿Y ahora me lo dices? —preguntó Talen con un tono bastante amargo—. Mirtai ha estado adobándose durante la última media hora.

—En cualquier caso, hueles bien —comentó Melidere.

—Mi intención no es la de convertirme en la cena de nadie.

—Lo siento —dijo Alean mientras desenredaba cuidadosamente el peine de un mechón de los cabellos del muchacho—. Pero es que tengo que conseguir que la tinta penetre, o no quedará bien. —Alean estaba aplicando tinta negra al pelo de Talen.

—¿Cuánto tiempo me llevará quitarme esta cosa amarilla de la cara? —inquirió Talen.

—No estoy segura —replicó Mirtai con un encogimiento de hombros—. Podría ser permanente, pero deberías de perderlo en un mes, poco más o menos.

—Te la cargarás por esto, Stragen —lo amenazó Talen.

—Quédate quieto —volvió a decirle Mirtai, y continuó embardunándolo.

—Tenemos que establecer contacto con los ladrones de la localidad —explicó Stragen—. Los ladrones de Sarsos me prometieron que obtendríamos la respuesta definitiva al llegar aquí, a Lebas.

—Yo veo un agujero muy grande en ese plan, Stragen —replicó Falquián—. Talen no habla tamul.

—Eso no es realmente un problema —replicó Stragen con un encogimiento de hombros—. El jefe de los ladrones locales es un cammoriano.

—¿Y cómo ha llegado a suceder eso?

—Nosotros somos muy cosmopolitas, Falquián. Los ladrones somos todos hermanos, al fin y al cabo, y reconocemos la aristocracia del talento. En cualquier caso, en cuanto pueda pasar por un tamul, Talen acudirá a la madriguera de los ladrones locales para hablar con Caalador; ése es el nombre del cammoriano. Lo traerá aquí, y podremos conversar con él en privado.

—¿Y por qué no eres tú quien va a ir a buscarlo?

—¿Y que me pongan azafrán por toda la cara? No seas tonto, Falquián.

Caalador, el cammoriano, era un hombre robusto de cara colorada, con unos cabellos negros rizados y un semblante abierto y cordial. Se parecía más a un jovial posadero que al jefe de los ladrones y degolladores de la zona. Era un hombre franco y de buen humor, hablaba con el típico arrastramiento de las palabras propio de los cammorianos y con la penosa gramática que decía claramente de sus orígenes campesinos.

—Así qu'ere' tú el que lo' ha deja' o tan terriblemente pasma'o' a lo ladrone' 'e Daresia —dijo a Stragen cuando Talen los presentó.

—Tendré que declararme culpable a ese respecto, Caalador —replicó Stragen con una sonrisa.

—No haga' eso nunca, hermano. Siempre hay que tratar de escaparse con una mentira.

—Intentaré recordarlo. ¿Qué estás haciendo tan lejos de casa, amigo mío?

—Yo podría haserte la misma pregunta, Stragen. Hay bastante distancia entr'aquí y Thalesia.

—Y casi la misma hasta Cammoría.

—Ah, eso e' fácil d'esplicar, amigo. Yo empesé la vida como casadó' furtivo. Casaba conejo' y esa'cosa' entre lo' arbusto d'una'tierra' que no eran mía', pero ese e' un trabajo mu' duro con mucho'riesgo' y poco benefisio, así qu'empesé a dedicarm'a robar poyo' 'e lo'gayinero'...,lo'poyo' no corren tanto como lo'conejo', espesialmente por la' noche. Despué' me cambié a robá' oveja'..., pero una noche tuve una pelea con to'a una mana'a'eperro'pastore'

que fue como traisionarme por no acetar el «soborno».

—¿Cómo sobornas a un perro? —preguntó Ehlana con curiosidad.

—E' la cosa má' fasil del mundo, jovensita. Le' tiré uno' pedaso' e carne pa' distraerlo'. Bueno, pue', lo' perro' m' atacaron un poco ferosé', y yo me largué y dejé, 'e manera desgrasia'a, un sombrero que me gustaba mucho y que lo podía reconocé' como mío to'a la mitá' 'e la gente. Pero yo soy un muchacho 'e campo en el corasón y no había ninguna 'e la' costumbre' 'e la ciudá' que me sirviera, así que me hise al mar, y pa' acortar, me bajé en esta costa y seguí tierra adentro porque el capitán del barco en el que viajaba quería hablá' conmigo por una carga que había 'esaparesi'o 'e la bodega, ya sabe'. —Hizo una pausa—. ¿Ya te he entretení'o lo bastante, mi señor Stragen? —Le sonrió.

—Muy, muy bien, Caalador —murmuró Stragen—. Has estado tan convincente..., aunque resulta una pizca exagerado.

—Ése es un fallo, mi señor. Es tan divertido que me dejo llevar. En realidad, soy un estafador. Me he dado cuenta de que si me hago el tipo ignorante, desarmo a la gente. No existe en el mundo un hombre tan fácil de engañar como aquel que piensa que es más inteligente que uno.

—Ahh. —El tono de la voz de Ehlana era de profunda decepción.

—¿E' que le gustaba a tu majestá' la forma inorante con que estaba hablando? —preguntó Caalador con simpatía—. Lo volveré a hasé' si te gusta..., aunque lleva una bestialidad de tiempo llegar al grano cuando uno habla de esa forma.

Ella se echó a reír con deleite.

—Creo que podrías engañar a los pájaros para que salieran de los arbustos, Caalador —replicó ella.

—Gracias, majestad —dijo a Ehlana, haciéndole una reverencia con graciosa elegancia. Luego se volvió a mirar a Stragen—. Tu propuesta ha desconcertado a nuestros amigos tamules, mi señor —comentó a éste—. La demarcación entre la corrupción y el robo descarado está muy claramente definida en la cultura tamul. Los ladrones tamules tienen mucha conciencia de clase y, por alguna razón que se me escapa, la noción de cooperar con las autoridades les parece antinatural. Afortunadamente, los elenios estamos mucho más corrompidos que nuestros hermanos amarillos, y los elenios parecen estar en la cumbre de nuestra peculiar sociedad... por talento natural, muy probablemente. Nosotros vimos de inmediato las ventajas de tu propuesta. Kondrak de Darsas fue de lo más elocuente en su presentación. Parece que lo has impresionado enormemente. Los

alborotos de Tamuli han sido desastrosos para los negocios por aquí, y cuando comenzamos a recitarles a los tamules las cifras de beneficios y pérdidas, ellos comenzaron a atender a razones. Están de acuerdo en cooperar..., a regañadientes, te lo aseguro, pero sin duda te ayudarán a reunir información.

—¡Gracias a Dios! —declaró Stragen con un profundo suspiro de alivio—. La demora estaba comenzando a ponerme nervioso.

—Le había' hecho una promesa a tu reina y no estaba' seguro de que pudiera' cumplirla, ¿no?

—Algo muy, muy parecido, amigo mío.

—Te daré los nombres de alguna gente de Matherion. —Caalador miró hacia atrás—. E' algo priva'o, si m'entiende' —agregó—. E'mu' bonito eso d'hablá' 'e dar una mano y esa'cosa', pero no está del to'o bien eso 'e dar nombre' delante de reina' y cabayero'yesa'cosa'. —Dedicó una descarada sonrisa a Ehlana—. Y ahora, tu majestá', ¿qué te parese si yo te contara una larga, larga historia 'e mi'aventura' en el oscuro mundo 'el crimen?

—Me encantaría, Caalador —replicó ella con entusiasmo.

Aquella noche murió uno de los caballeros heridos, pero las dos docenas que sufrían daños graves parecían hallarse en proceso de recuperación. Como les había dicho Oscagne, los médicos tamules eran extraordinariamente diestros, a pesar de que algunos de los métodos que empleaban eran desconocidos para los elenios. Tras una breve conferencia, Falquián y sus amigos decidieron continuar hacia Matherion. El viaje realizado a través del continente les había permitido reunir una gran cantidad de información, y todos pensaban que había llegado el momento de combinar esa información con lo que había descubierto el gobierno imperial.

Así pues, salieron de Lebas a primeras horas de una mañana y cabalgaron hacia el sur bajo un agradable cielo veraniego. En aquellos campos de aspecto primoroso, las plantas crecían en hileras rectas en unas parcelas completamente desprovistas de malas hierbas y demarcadas con bajos muros de piedra. Incluso los árboles de los bosques crecían en líneas rectas, y todo rastro de naturaleza desgobernada parecía haber sido borrado por completo. Los campesinos de las tierras llevaban pantalones y camisas holgados de lino blanco, y unos sombreros de paja de tejido apretado que no estaban lejos de parecerse a las cabezas de los champiñones. Casi todas las plantas que se cultivaban en aquellas tierras

extrañas resultaban irreconocibles para los elenios..., legumbres de aspecto raro y granos peculiares. Pasaron por el lago Sama y vieron pescadores que arrojaban sus redes desde unas barcas de aspecto insólito, con proas y popas muy altas, embarcaciones que Talen desaprobó profundamente.

—Un soplo de viento fuerte por un lado las haría volcar —sentenció.

Llegaron a Tosa, a unas seis leguas de la capital, con esa sensación de impaciencia que se apodera de uno al final de cualquier viaje largo.

El tiempo continuaba despejado, y cada día se ponían en marcha a primeras horas de la mañana y cabalgaban hasta muy tarde, contando cada legua que dejaban atrás. El camino discurría por la costa del mar de Tamul, una línea costera baja y ondulada en la que las lomas se elevaban desde anchas playas de arenas blancas a las que llegaban a morir las largas olas, que formaban espuma y se deslizaban nuevamente a las profundas aguas azules.

Ocho días —más o menos— después de salir de Tosa se instalaron para pasar la noche en una arboleda que parecía un jardín, con un humor casi festivo porque Oscagne les había asegurado que no faltaban más de cinco leguas para llegar a Matherion.

—Podríamos continuar adelante —sugirió Kalten—. Estaríamos allí por la mañana.

—Ni se te ocurra pensarlo, Kalten —replicó Ehlana con tono intransigente—. Comenzad a calentar agua, caballeros, y plantad una tienda que podamos utilizar para bañarnos. Las damas y yo no pensamos entrar en Matherion con la mitad del polvo de Daresia encima..., y tended algunas cuerdas con el fin de que podamos colgar los vestidos para que la brisa de la noche les quite las arrugas. —Los miró a todos con ojo crítico—. Y luego, caballeros, quiero que os ocupéis de vuestra persona y vuestros equipos. Os pasaré revista antes de que nos pongamos en camino mañana por la mañana, y será mejor que no encuentre ni una sola mancha de herrumbre.

Kalten profirió un quejumbroso suspiro.

—Sí, mi reina —replicó con un tono de voz resignado.

A la mañana siguiente se pusieron en marcha formados en una columna convencional, con el carruaje cerca de la vanguardia. Marchaban con lentitud para no levantar polvo; Ehlana, vestida de azul y coronada con oro y diamantes, iba regiamente sentada en el carruaje, con aspecto de ser la dueña de todo lo que

veía. No obstante, antes de la partida se había producido un pequeño pero intenso desacuerdo. Su alteza, la princesa real Danae, había protestado con violencia cuando se le dijo que tenía que ponerse un vestido como era debido y una delicada tiara. Ehlana no intentó convencer con zalamerías a su hija, sino que hizo algo que no había hecho nunca antes.

—Princesa Danae —dijo con un tono bastante formal—. Yo soy la reina. Vas a obedecerme.

Danae parpadeó de asombro. Falquián estaba bastante seguro de que nadie le había hablado antes de aquella forma.

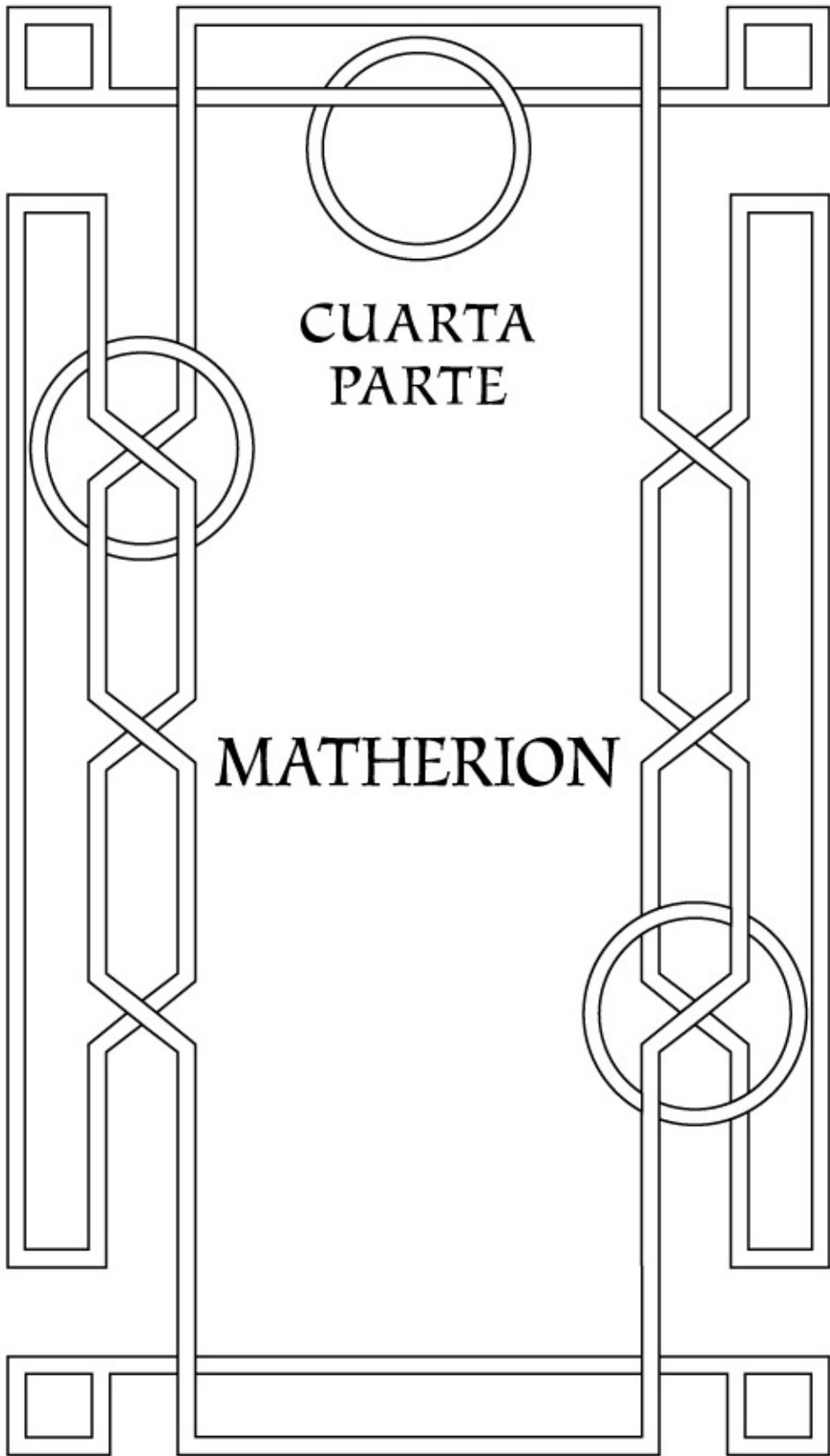
—Sí, majestad —replicó al fin la niña con un tono adecuadamente sumiso.

La noticia de la llegada los había precedido, por supuesto. Engessa se había ocupado de que así fuese, y cuando subían por una loma, a eso de la media tarde, vieron un destacamento montado de gala, armaduras de acero lacadas de negro e incrustadas de oro que los aguardaba en la cima. La guardia de honor formaba en hilera a ambos lados del camino. Todavía no se había producido ningún recibimiento, y cuando la columna alcanzó la cresta de la colina, Falquián se dio inmediatamente cuenta del porqué.

—¡Dios bendito! —jadeó Bevier con pasmo reverencial.

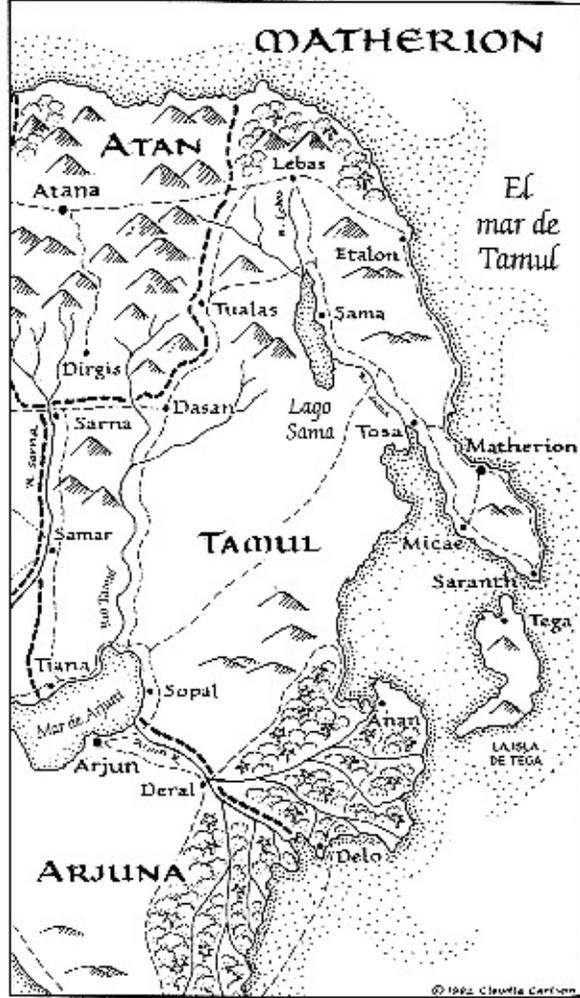
La ciudad en forma de luna creciente abrazaba un puerto azul oscuro. El sol había cruzado ya el cenit, y llenaba de destellos la corona de Tamuli. La arquitectura era elegante, y todos los edificios tenían un tejado curvo en forma de cúpula. No resultaba tan grande como Chyrellos, pero no era su tamaño lo que había arrancado aquella exclamación reverente de los labios de *sir* Bevier. La ciudad era deslumbrante, pero su esplendor no provenía del mármol. Un brillo opalescente cubría la capital; un fuego tornasolado con los colores del arcoíris relumbraba debajo de la superficie de las mismísimas piedras, un fuego que a veces cegaba la vista con su pasmosa magnificencia.

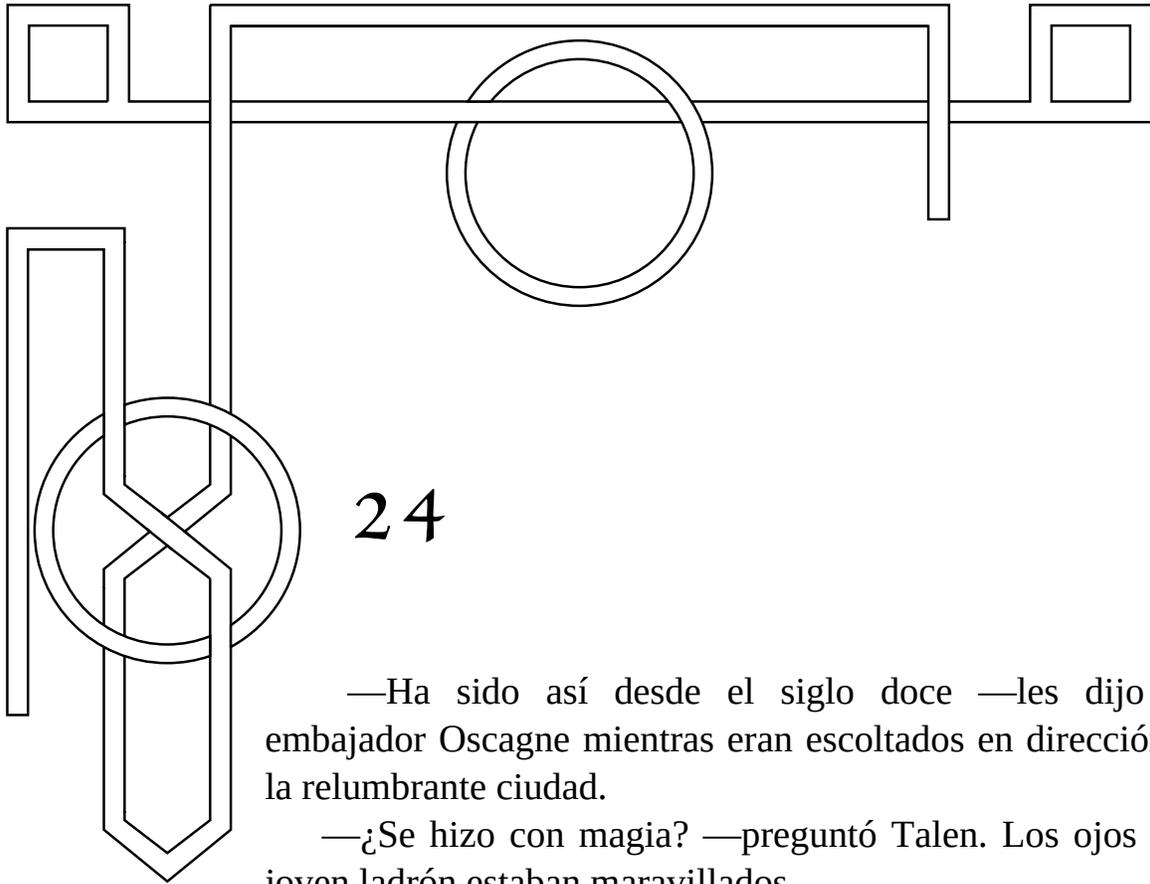
—¡Contemplad! —exclamó Oscagne con un tono muy solemne—. ¡Contemplad la sede de la belleza y la verdad! ¡Contemplad la residencia de la sabiduría y el poder! ¡Contemplad Matherion, la de cúpulas de fuego, el centro del mundo!



CUARTA  
PARTE

MATHERION





## 24

—Ha sido así desde el siglo doce —les dijo el embajador Oscagne mientras eran escoltados en dirección a la relumbrante ciudad.

—¿Se hizo con magia? —preguntó Talen. Los ojos del joven ladrón estaban maravillados.

—Podría llamárselo así —replicó Oscagne con una mueca torcida—, pero es el tipo de magia que se realiza con el dinero y el poder ilimitados más que con encantamientos. Los siglos once y doce fueron un período estúpido de nuestra historia. Era el tiempo de la dinastía Micaen, y esos reyes resultaron ser probablemente la familia más tonta que ha ocupado jamás el trono. Al primero de los emperadores Micaen le regalaron una caja de madreperla, o nácar, como lo llaman algunos, que le trajo un emisario de la isla de Tega cuando él tenía alrededor de catorce años. La historia nos cuenta que solía sentarse ante ella durante horas, paralizado por los colores tornasolados. Se enamoró del nácar hasta tal punto que hizo revestir su trono con ese material.

—Tienen que haberlo hecho con una ostra de buen tamaño —observó Ulah. Oscagne sonrió.

—No, *sir* Ulah. Cortaron las conchas en pequeños baldosines y los encajaron con absoluta precisión. Luego estuvieron puliendo la totalidad de la superficie durante uno o dos meses. Es un proceso muy tedioso y caro. En cualquier caso, el siguiente emperador Micaen dio un paso más e hizo revestir

las columnas de la sala del trono. El tercero mandó recubrir las paredes y así continuaron todos hasta el final. Hicieron revestir todo el palacio, luego la totalidad del complejo real. Después se dedicaron a los edificios públicos. Pasados dos siglos, habían pegado esos pequeños baldosines por todos los edificios de Matherion. En la zona del puerto hay tascas que son más magnificentes que la basílica de Chyrellos. Afortunadamente, esa dinastía se acabó antes de que pudieran pavimentar las calles con nácar. Casi arruinaron al imperio y enriquecieron enormemente a la isla de Tega en el proceso. Los buceadores de Tega se hicieron fabulosamente acaudalados saqueando el fondo del mar.

—¿No es la madreperla tan quebradiza como el vidrio? —le preguntó Khalad.

—Por cierto que lo es, joven caballero, y el cemento que utilizaron para pegarla no es demasiado duradero. Una buena tormenta de viento llena las calles de destellantes trocitos y deja a los edificios como si tuvieran viruela. Por una cuestión de orgullo hay que volver a reemplazarlos. Un huracán moderado puede precipitar el imperio a una crisis de consideración, pero ahora ya lo tenemos en cuenta. Los documentos oficiales se han referido a «Matherion la de las cúpulas de fuego» durante tanto tiempo que ya se ha convertido en una frase hecha. Nos guste o no, tenemos que continuar manteniendo este absurdo.

—Sin embargo, es realmente pasmoso —comentó Ehlana, maravillada, con un tono de voz pensativo.

—Déjalo ya, querida —dijo Falquián con bastante firmeza.

—¿Qué?

—Tú no puedes permitirte algo así. Lenda y yo casi llegamos a las manos cada año cuando tenemos que organizar el presupuesto, en las condiciones normales.

—No lo estaba considerando seriamente, Falquián —replicó ella—. Bueno..., no demasiado seriamente, en cualquier caso —agregó después.

Las anchas avenidas de Matherion estaban flanqueadas por aclamantes multitudes que guardaban repentinamente silencio al pasar el carruaje de Ehlana, porque estaban demasiado ocupados postrándose como para aclamarla. La postración formal implicaba arrodillarse y tocar el empedrado de la calle con la frente.

—¿Qué es lo que están haciendo? —exclamó Ehlana.

—Obedeciendo la orden del emperador, supongo —replicó Oscagne—. Ésa

es la habitual señal de respeto hacia la persona imperial.

—¡Haz que dejen de hacerlo! —le ordenó ella.

—¿Que contradiga una orden imperial? ¿Yo, majestad? No es muy probable que lo haga. Perdóname, reina Ehlana, pero me gusta tener la cabeza donde está ahora. Preferiría que no la expusieran en el extremo de una pica clavada en la puerta de la ciudad. De todas formas, te están haciendo un gran honor. Sarabian ha ordenado a la población que te traten como a su igual. El emperador no ha hecho eso nunca antes.

—¿Y las personas que no se echan boca abajo son castigadas? —resumió Khalad con crispación y dureza en la voz.

—Por supuesto que no. Lo hacen por cariño. Ésa es la explicación oficial, por supuesto. De hecho, la costumbre se originó hace un millar de años. Un cortesano borracho tropezó y cayó boca abajo en el momento en que el emperador entraba en la habitación. El emperador quedó muy impresionado y, como suele suceder, interpretó aquello de una forma completamente errónea. Recompensó allí mismo al cortesano con un ducado. La gente no se da la cabeza contra el empedrado por temor, joven. Lo hacen con la esperanza de ser recompensados.

—Eres un cínico, Oscagne —acusó Emban al embajador.

—No, Emban, soy realista. Un buen político siempre busca el peor lado de la gente.

—Algún día podrían sorprenderte, excelencia —predijo Talen.

—Hasta ahora no lo han conseguido.

El complejo palaciego era apenas más pequeño que la ciudad de Demos de Elenia oriental. Por supuesto, el rutilante palacio central era, con mucho, la estructura más grande de todas. Había otros palacios, no obstante, deslumbradoras piezas arquitectónicas de una amplia variedad de estilos. *Sir Bevier* contuvo bruscamente la respiración.

—¡Buen Señor! —exclamó—. Aquel castillo de allí es una réplica casi exacta del palacio del rey Dregos de Larium.

—El plagio parece ser un pecado que no sólo cometen los poetas —murmuró Stragen.

—No es más que una mera genuflexión ante el cosmopolitismo, mi señor —explicó Oscagne—. Después de todo, somos, en efecto, un imperio, y hemos

acogido a muchos pueblos diferentes bajo nuestro techo. A los elenios les gustan los castillos, así que tenemos aquí un castillo para que los reyes elenios se sientan más cómodos cuando vienen de visita.

—El castillo del rey Dregos no brilla al sol de la forma que lo hace ése, desde luego —observó Bevier.

—Ésa es precisamente la idea, *sir* Bevier —respondió Oscagne con una sonrisa.

Desmontaron en el patio empedrado y semicerrado que estaba ante el palacio principal, donde los recibió un tropel de obsequiosos servidores.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó Kalten mientras mantenía a distancia a un servidor tamul ataviado con seda roja y de aspecto decidido.

—Tus zapatos, *sir* Kalten —le explicó Oscagne.

—¿Qué tienen de malo mis zapatos?

—Están hechos de acero, caballero.

—¿Y? Llevo puesta una armadura. Naturalmente que mis zapatos están hechos de acero.

—No puedes entrar en palacio con zapatos de acero en los pies. Ni siquiera están permitidas las botas de cuero..., es por los suelos, ya comprenderéis.

—¿Es que incluso los suelos están hechos de conchas marinas? —preguntó Kalten con incredulidad.

—Me temo que sí. Los tamules no llevamos zapatos en el interior de nuestras casas, así que los constructores continuaron adelante y recubrieron los suelos de los edificios del complejo imperial, además de las paredes y los techos. No previeron las visitas de caballeros con armadura.

—No puedo quitarme los zapatos —objetó Kalten, poniéndose colorado.

—¿Cuál es el problema, Kalten? —le preguntó Ehlana.

—Tengo un agujero en uno de los calcetines —masculló él, con un aspecto de terrible incomodidad—. No puedo saludar a un emperador con un dedo fuera. —Miró a sus compañeros con expresión pugnaz, y levantó un puño enfundado en un guantelete—. Si alguien se ríe, habrá pelea —los amenazó.

—Tu dignidad está a salvo, *sir* Kalten —le aseguró Oscagne—. Los sirvientes tienen zapatillas acolchadas para que nos las pongamos.

—Yo tengo unos pies tremendamente grandes, excelencia —señaló Kalten con ansiedad—. ¿Estás seguro de que tendrán zapatillas de mi medida?

—No te preocupes, Kalten-caballero —dijo Engessa—. Si me quedan bien a mí, sin duda te quedarán bien a ti.

Cuando los visitantes hubieron cambiado de calzado, los escoltaron al interior del palacio. Había lámparas de aceite colgadas de largas cadenas suspendidas del techo, y la luz de las llamas se reflejaba por todas partes como un incendio. Los irisados colores tornasolados de las paredes, suelos y techos de los amplios corredores deslumbraban a los elenios, y todos seguían a los servidores como aturridos.

Allí había también cortesanos, por supuesto —ningún palacio está completo si no los tiene—, y éstos, al igual que los ciudadanos de las calles, se humillaban al pasar la reina de Elenia.

—No te enamores demasiado de esa forma de saludarte, amor —advirtió Falquián a su esposa—. Los ciudadanos de Cimmura no la adoptarían por mucho que les ofrecieses.

—No seas absurdo, Falquián —replicó ella con acritud—. Ni siquiera lo he tomado en consideración. En realidad, me gustaría que estas gentes dejaran de hacerlo. Realmente es un poco embarazoso.

—Ésta es mi chica. —Falquián le sonrió.

Se les ofreció vino, y agua fresca y perfumada para lavarse la cara. Los caballeros aceptaron el vino con entusiasmo y las damas se asearon debidamente.

—Realmente deberías probar un poco de esto, padre —dijo la princesa Danae mientras señalaba una de las jofainas de agua—. Puede que lograra disimular el olor de tu armadura.

—Ella tiene razón, Falquián —asintió Ehlana.

—Se supone que las armaduras deben apestar —replicó él con un encogimiento de hombros—. Si los ojos de un enemigo comienzan a lagrimear durante la pelea, eso te proporciona una considerable ventaja.

—Ya sabía que había de existir una razón —murmuró la pequeña princesa.

Luego, fueron conducidos por un largo corredor en el que unos retratos de cerámica estaban incluidos en las paredes: se trataba de rígidas, y probablemente idealizadas, representaciones de emperadores muertos hacía ya mucho tiempo. Una ancha tira de alfombra roja con bordes dorados colocada a ambos lados protegía el suelo del corredor aparentemente interminable.

—Muy impresionante, excelencia —murmuró Stragen a Oscagne, pasado un rato—. ¿Cuántas leguas más faltan para la sala del trono?

—Eres muy gracioso, mi señor. —Oscagne sonrió apenas.

—Está artísticamente realizado —observó el ladrón—, pero ¿no ocupa una gran cantidad de espacio para nada?

—Muy perspicaz, mi señor Stragen.

—¿Qué es esto? —preguntó Tynian.

—El corredor describe una curva hacia la izquierda —replicó Stragen—. Es difícil de detectar por la forma en que las paredes reflejan la luz, pero si observas con atención podrás verlo. Hemos estado caminando en círculos durante el último cuarto de hora.

—De hecho en espiral, mi señor Stragen —lo corrigió Oscagne—. Se diseñó con la intención de transmitir la sensación de inmensidad. Los tamules somos bajos de estatura, y la inmensidad nos impresiona. Ése es el motivo de que nos hayamos encariñado tanto con los atanes. En este momento estamos llegando a las vueltas interiores del espiral. La sala del trono no está muy lejos.

Los corredores de fuego tornasolado se llenaron de pronto con un toque metálico de banda cuando unos trompeteros ocultos saludaron a la reina y su séquito. Esa fanfarria fue seguida de un monstruoso rechinar punteado por diminutos sonidos de entrechocar de metales. *Mmrr*, acurrucada en los brazos de su pequeña ama, echó las orejas hacia atrás y sopló.

—Los gatos tienen un excelente gusto musical —observó Bevier, que hizo una mueca de dolor ante un pasaje particularmente desafinado de aquella «música».

—Había olvidado esto —se disculpó Sephrenia ante Vanion—. Intenta no escucharlo, querido.

—Es lo que estoy haciendo —respondió él con una expresión dolorida en el rostro.

—¿Recuerdas aquella ogresa de la que te hablé? —preguntó Ulath a Falquián—. ¿La que se enamoró de aquel pobre tipo de Thalesia?

—Vagamente.

—Cuando la ogresa le cantaba su amor, sonaba casi exactamente como esto.

—Él ingresó en un monasterio para huir de ella, ¿no es cierto?

—Sí.

—Sabia decisión.

—Es una afectación nuestra —les explicó Oscagne—. El idioma tamul hablado es muy musical. La música bonita sonaría a cosa corriente, incluso mundana..., así que nuestros compositores buscan el efecto contrario.

—Yo diría que lo han conseguido más allá de lo que la imaginación humana es capaz de concebir —comentó la baronesa Melidere—. Suena como si alguien estuviese torturando a una docena de cerdos dentro de una herrería.

—Le transmitiré tus observaciones al compositor, baronesa —dijo Oscagne—. Estoy seguro de que se sentirá complacido.

—Yo me sentiría complacida si esta pieza que ha compuesto tocara a su fin, excelencia.

Las vastas puertas que remataban el interminable corredor estaban cubiertas con oro batido, y se abrieron pesadamente para dejar a la vista una enorme sala rematada por una cúpula. Dado que aquella cúpula era más alta que las estructuras que la circundaban, la sala estaba iluminada por la luz diurna que pasaba a través de los cristales de tres centímetros de grosor que estaban en lo alto. El sol entraba a raudales a través de aquellas ventanas e incendiaba las paredes y el suelo de la sala del trono del emperador Sarabian. El salón era de unas dimensiones apropiadamente esplendorosas, y el revestimiento blanco nacarado estaba interrumpido por detalles de carmesí y oro. De las relumbrantes paredes colgaban, a intervalos regulares, pesados tapices de terciopelo rojo que flanqueaban contrafuertes columnados revestidos de oro. Una ancha avenida de alfombra carmesí llevaba desde la puerta hasta el pie del trono, y la sala estaba llena de cortesanos, tanto tamules como elenios.

Otro toque instrumental anunció la llegada de los visitantes; los caballeros de la Iglesia, junto con los pelois, formaron en comitiva alrededor de la reina y su séquito. Avanzaron con paso ceremonioso por la ancha avenida alfombrada hacia el trono de Su Majestad Imperial, Sarabian de Tamul.

El gobernante de la mitad del mundo llevaba puesta una pesada corona de oro incrustado de diamantes, y su capa carmesí, abierta por delante, estaba orlada con anchas franjas de hilos de oro apretadamente tejidos. La túnica que llevaba era de un blanco reluciente, ceñida en la cintura por un ancho cinturón de oro. A pesar del esplendor de la sala del trono y de sus ropas, Sarabian de Tamul era un hombre de aspecto más bien corriente. Tenía la piel pálida en comparación con la de los atanes, en gran parte, pensó Falquián, porque el emperador raras veces salía al aire libre. Era de estatura media, y su constitución y rostro no tenían nada notable. Los ojos, sin embargo, eran mucho más despiertos de lo que Falquián había esperado. Cuando Ehlana entró en la sala, él se puso de pie con un aire algo vacilante.

Oscagne pareció un poco sorprendido.

—Eso es sorprendente —dijo—. El emperador nunca se pone de pie para recibir a sus huéspedes.

—¿Quiénes son las damas que están alrededor de él? —le preguntó Ehlana en voz baja.

—Sus esposas —replicó Oscagne—, las emperatrices de Tamuli. Hay nueve de ellas.

—¡Monstruoso! —jadeó Bevier.

—Conveniencia política, caballero —explicó el embajador—. Un hombre corriente tiene una sola esposa, pero el emperador debe tener una de cada uno de los reinos del imperio. Después de todo, no puede realmente demostrar ningún favoritismo.

—Al parecer, una de las emperatrices ha olvidado acabar de vestirse —comentó la baronesa Melidere con tono crítico, mientras miraba con fijeza a una de las esposas imperiales, una mujer joven de rostro risueño, que estaba desnuda de cintura para arriba y no daba muestras de que su semidesnudez le causara preocupación alguna. La falda que llevaba en torno a la cintura era de color escarlata brillante, y lucía una flor roja en el cabello.

Oscagne rió con disimulo.

—Es nuestra Elysoun —replicó mientras sonreía—. Es de la isla de Valesia, y ésta es la ropa, o la ausencia de la misma, habitual entre los isleños. Es una muchacha totalmente carente de complicaciones, y todos la queremos muchísimo. Las leyes normales que rigen la fidelidad matrimonial jamás le han sido aplicadas a la emperatriz valesiana. Es un concepto que los valesianos no pueden comprender. La noción del pecado les resulta completamente ajena.

Bevier reprimió una exclamación.

—¿No ha intentado nunca nadie instruirlos al respecto? —preguntó Emban.

—Oh, ya lo creo que sí —replicó Oscagne con una ancha sonrisa—. Los clérigos de los reinos elenios de Tamuli occidental han acudido por decenas a Valesia para tratar de persuadir a los isleños de que su pasatiempo favorito es escandaloso y pecaminoso. Esos clérigos están llenos de celo religioso al principio, pero por lo general no les dura demasiado. Las muchachas valesianas son todas muy hermosas y muy, muy amistosas. Casi invariablemente son los elenios los que acaban convirtiéndose. La religión valesiana parece tener casi un único mandamiento: sed felices.

—Existen nociones peores que ésta —suspiró Emban.

—¿Qué dice vuestra gracia?

—Madura de una vez, Bevier —replicó Emban—. A veces pienso que nuestra Santa Madre es un poco obsesa respecto a determinados aspectos de la conducta humana.

Bevier se sonrojó y su rostro adoptó un aire de rígida desaprobación.

Los cortesanos que estaban en la sala, obviamente por orden del emperador, se postraron de forma ritual al pasar Ehlana. La práctica los había hecho tan diestros que el caer de rodillas, tocar el suelo con la cabeza y regresar a la posición erecta era algo que realizaban con un mínimo de torpeza.

Ehlana, ataviada con el azul regio, llegó ante el trono e hizo una graciosa reverencia. La expresión decidida de su rostro decía claramente que no pensaba humillarse.

El emperador le hizo una reverencia de respuesta, y una exclamación ahogada de asombro recorrió a los cortesanos presentes. La reverencia imperial fue adecuada, aunque un poco rígida. Era evidente que Sarabian había estado practicando, pero el hacer reverencias no parecía ser algo que le saliera con naturalidad. Luego se aclaró la garganta y habló durante un rato en idioma tamul, haciendo pausas de vez en cuando para permitir que su traductor oficial expresara sus palabras en elenio.

—Fija los ojos donde debes —murmuró Ehlana a Falquián. Tenía el rostro sereno y sus labios apenas se movieron.

—Yo no la estaba mirando —protestó él.

—Ah, ¿de veras?

La emperatriz Elysoun había captado virtualmente la atención unánime de los caballeros de la Iglesia y los pelois, y era claro que disfrutaba con ello. Sus oscuros ojos chispeaban, y su sonrisa era ligeramente traviesa. Estaba de pie, no lejos de su imperial esposo, y respiraba con profundidad, lo que evidentemente era una forma de ejercicio entre los de su pueblo. Había un reto en la mirada que les devolvía a sus muchos admiradores, y los inspeccionaba con mirada cínica.

Falquián había observado la misma expresión en el rostro de Ehlana cuando estaba escogiendo joyas o vestidos. Concluyó que era muy probable que la emperatriz Elysoun les causara problemas.

El discurso del emperador Sarabian estaba plagado de perogrulladas. Su corazón se sentía pleno. Desfallecía de júbilo. Había enmudecido de admiración ante la hermosura de Ehlana. Se sentía completamente abrumado por el honor que ella le hacía al acudir a visitarlo. Pensaba que el vestido que llevaba era muy bonito.

Ehlana, la oradora consumada del mundo, descartó rápidamente el discurso que había estado preparando desde su partida de Chyrellos, y respondió de manera afín. Pensaba que Matherion era muy bonita. Informaba al rey Sarabian de que su vida había alcanzado la cumbre; la vida de Ehlana parecía encontrar una nueva cumbre cada vez que pronunciaba un discurso. Hizo comentarios sobre la indecible belleza de las esposas imperiales, aunque sin hacer mención alguna sobre los dolorosamente visibles atributos de la emperatriz Elysoun. También prometió desmayarse de júbilo, puesto que parecía ser la moda en aquella corte. Le dio profusamente las gracias al rey por la graciosa bienvenida que le había dispensado. Sin embargo, no habló del tiempo.

El emperador Sarabian se relajó a las claras. Era manifiesto que había estado temiendo que la reina de Elenia pudiera deslizar accidentalmente algo de substancia en su discurso, cosa que lo habría obligado a responder sin consulta previa.

Le dio las gracias por sus agradecimientos.

Elenia, entonces, le agradeció que le agradeciera sus agradecimientos.

Luego se quedaron mirándose el uno al otro. El agradecer las gracias sólo puede llevarse hasta ese punto sin resultar ridículo.

Entonces, un funcionario cuyo rostro ostentaba una expresión de exagerado aburrimiento, se aclaró la garganta. Era un poco más alto que el promedio de los tamules, y su rostro no daba pista ninguna de lo que estaba pensando.

Fue con gran alivio que el emperador Sarabian presentó a su primer ministro, Pondia Subat.

—Extraño nombre —murmuró Ulath después de que la frase del emperador hubiese sido traducida—. Me pregunto si sus amigos íntimos lo llamarán «Pondy».

—Pondia es un título nobiliario, *sir* Ulath —explicó Oscagne—. Se trata de un rango algo parecido al de vizconde, aunque no exactamente. Tened un poco de cuidado con él, mis señores. No puede decirse que sea del todo amigo vuestro. También finge no entender el elenio, pero yo tengo serias sospechas de que su ignorancia a ese respecto es una impostura. Subat se opuso violentamente a la idea de invitar al príncipe Falquián a venir a Matherion. Pensaba que el hacerlo degradaría al emperador. También se me ha informado de que la decisión del emperador de tratar a la reina Ehlana como a un igual estuvo a punto de provocarle un ataque de apoplejía al primer ministro.

—¿Es peligroso? —murmuró Falquián.

—No estoy del todo seguro, alteza. Es fanáticamente leal al emperador, y no sé muy bien hasta dónde podría llevarlo eso.

Pondía Subat estaba diciendo algunas palabras.

—Dice que sabe que estáis fatigados por los rigores del viaje —tradujo Oscagne—. Os insta a aceptar la hospitalidad imperial para descansar y refrescaros. Es una excusa bastante buena para concluir la entrevista antes de que alguien diga algo que pueda llevar al emperador a responder antes de que Subat tenga oportunidad de apuntarle lo que debe decir.

—Puede que no sea una mala idea —decidió Ehlana—. Las cosas no han salido mal hasta ahora. Quizá deberíamos dejar todo en paz por el momento.

—Me dejaré guiar por ti, majestad —le dijo Oscagne con una florida reverencia.

Ehlana hizo caso omiso de aquello.

Tras otro efusivo intercambio de frases entre sus majestades, el primer ministro escoltó a los visitantes fuera de la sala. Apenas salieron por las puertas de la sala del trono, comenzaron a subir un tramo de escaleras y avanzaron por un corredor que conducía directamente al otro extremo del palacio, privándose del placer de volver sobre sus propios pasos y dar vueltas y más vueltas por la interminable espiral.

Pondía Subat, que hablaba a través de un intérprete, señalaba los aspectos de interés que había por el camino. El tono que empleaba era deliberadamente informal, y trataba las maravillas como si fuesen algo ordinario. Ni siquiera se mostró demasiado sutil en sus esfuerzos por poner a aquellos bárbaros elenios en el lugar que les correspondía. No llegó a burlarse de ellos, pero estuvo muy cerca de hacerlo. Los condujo por pasos elevados cubiertos hasta el deslumbrante castillo elenio, donde los dejó al cuidado del embajador Oscagne.

—¿Es la actitud de ese hombre muy corriente en Matherion? —preguntó Emban al embajador.

—En absoluto —replicó Oscagne—. Subat pertenece a una fracción muy pequeña de la corte. Son unos archiconservadores que no han tenido una idea nueva durante los últimos quinientos años.

—¿Cómo se convirtió en primer ministro, si su fracción es tan pequeña? —inquirió Tynian.

—La política tamul es muy oscura, *sir* Tynian. Nosotros servimos según le place al emperador, y él no está en absoluto obligado a seguir nuestro consejo respecto a un asunto. El padre de Subat era un amigo muy íntimo del progenitor

del rey Sarabian, y el nombramiento de Subat como primer ministro fue algo que estuvo más dentro de la naturaleza de un gesto de respeto filial que del reconocimiento de unos méritos sobresalientes, aunque Subat es un primer ministro muy adecuado..., a menos que surja una situación insólita. Entonces tiene tendencia a derrumbarse. El amiguismo es una de las principales desventajas de nuestro gobierno. El jefe de nuestra Iglesia no ha tenido jamás un pensamiento devoto. Ni siquiera conoce los nombres de nuestros dioses.

—Espera un momento —dijo Emban con una mirada aturdida—. ¿Estás intentando decirnos que los puestos eclesiásticos son entregados por el emperador?

—Por supuesto. Después de todo, son indudablemente puestos de poder, y a los emperadores tamul no les gusta dejar que se les escape de las manos la autoridad en ninguna de sus formas.

Habían entrado en la sala principal del castillo, la cual, con la excepción del nácar que cubría todas las superficies visibles, era muy parecida a la sala principal de todos los castillos elenios del mundo.

—Los servidores de aquí son elenios —dijo Oscagne—, por lo que no deberíais tener muchas dificultades para explicarles lo que necesitáis. Confío en que me excusaréis. Tengo que ir a presentarle mi informe a Su Majestad Imperial. —Hizo una mueca—. Para ser sincero, no es algo que aguarde con verdadera ansiedad. Subat estará de pie junto al rey, haciendo luminosos comentarios sobre cada cosa que yo diga.

Hizo una reverencia a Ehlana y se marchó.

—Creo que tenemos problemas —observó Tynian—. Todas estas formalidades van a mantenernos apartados del emperador, y si no podemos contarle lo que hemos descubierto, no es probable que vaya a concedernos la libertad de movimientos que vamos a necesitar.

—Y el antagonismo por parte del primer ministro va a dificultar aún más las cosas —agregó Bevier—. Parece que hemos recorrido medio mundo para ofrecer nuestra ayuda, sólo con el resultado de que nos confinen en esta prisión muy elaborada.

—Tanteemos un poco el terreno antes de ponernos de mal humor —aconsejó Emban—. Oscagne sabe lo que hace, y él ha visto casi todo lo que hemos visto nosotros. Creo que podemos contar con él para transmitirle a Sarabian la urgencia de la situación.

—Si no tienes necesidad de nosotros, majestad... —dijo Stragen a Ehlana—.

Talen y yo tenemos que establecer contacto con los ladrones de la localidad. Si vamos a estar atados de pies y manos por formalidades sin sentido, necesitaremos un poco de ayuda para reunir información.

—¿Cómo piensas comunicarte con ellos? —preguntó Khalad.

—Matherion es una ciudad muy cosmopolita, Khalad. Caalador me dio los nombres de varios elenios que tienen un peso considerable entre los ladrones de la localidad.

—Haz lo que debas, Stragen —respondió Ehlana—, pero no causes ningún incidente.

—Confía en mí, majestad —replicó él con una ancha sonrisa.

Las dependencias reales del castillo estaban muy en lo alto de una torre central. El castillo era puramente ornamental, por supuesto, pero dado que era una fiel reproducción de una fortaleza elenia, los constructores habían introducido inconscientemente en él detalles prácticos que quizá no reconocieron como tales. Bevier estaba bastante satisfecho con la construcción.

—Yo podría defender bien este lugar —dictaminó—. Casi lo único que me haría falta serían unas cuantas tinajas de pez y algunas máquinas de guerra, y podría hacerme fuerte en este castillo durante varios años.

—Esperemos que eso no sea necesario, Bevier —replicó Ehlana. Aquella noche, cuando Falquián y su familia ampliada les habían dado las buenas noches a los demás y se habían retirado a las dependencias reales, el príncipe consorte se recostó en un sillón junto a la ventana mientras las damas hacían todas esas pequeñas cosas que hacen las damas antes de irse a la cama. Muchas de esas pequeñas ceremonias tenían una razón claramente práctica detrás; otras eran completamente incomprensibles.

—Lo siento, Falquián —le estaba diciendo Ehlana—, pero hay algo que me preocupa. Si la emperatriz Elysoun es tan indiscriminadamente predatora como ha sugerido Oscagne, podría causar una enormidad de situaciones embarazosas. Piensa en Kalten, por ejemplo. ¿Podría creer que sea capaz de declinar el tipo de oferta que probablemente le haga ella..., en particular a la vista de sus atuendos?

—Tendré que hablar con él —le prometió Falquián.

—Con seriedad —sugirió Mirtai—. A veces resulta un poco difícil conseguir que Kalten preste atención cuando está distraído.

—Esa mujer es vulgar —sentenció la baronesa Melidere, sorbiendo por la

nariz.

—Sin embargo, es muy bella, baronesa —agregó Alean—. Y en realidad no está luciendo su cuerpo. Sabe que lo tiene, por supuesto, pero creo que simplemente le gusta compartirlo con los demás. Es generosa, más que vulgar.

—¿Pensáis que podemos hablar de alguna otra cosa? —preguntó Falquián con tono quejumbroso.

Se oyó un suave golpe en la puerta, y Mirtai fue a ver quién estaba solicitando ser admitido en los aposentos. Como siempre, la atana tenía una mano en la empuñadura de una de las dagas en el momento en que se abría la puerta.

Era Oscagne. Llevaba puesta una capa con capucha, y lo acompañaba una figura ataviada de forma similar. Los dos entraron apresuradamente.

—Cierra la puerta, atana —siseó el embajador con tono apremiante; su rostro, habitualmente imperturbable, estaba alterado, y tenía los ojos desorbitados.

—¿Qué problema tienes, Oscagne? —preguntó ella de forma directa.

—Por favor, atana Mirtai, cierra la puerta. Si alguien descubre que mi amigo y yo estamos aquí, el palacio se nos caerá encima.

Ella cerró y echó el cerrojo.

Una repentina certeza invadió a Falquián, el cual se puso de pie.

—Bienvenido, Majestad Imperial —saludó al encapuchado acompañante de Oscagne.

El emperador Sarabian se quitó la capucha.

—¿Cómo diablos has sabido que era yo, príncipe Falquián? —preguntó. Su elenio tenía un acento apenas perceptible—. Sé que no podías verme la cara.

—No, majestad —replicó Falquián—, pero podía ver la de Oscagne. Tenía una expresión muy parecida a la de un hombre que tuviera en la mano una serpiente viva.

—Me han llamado muchas cosas en la vida —respondió Sarabian con una carcajada—, pero nunca eso.

—Vuestra majestad es muy hábil —dijo Ehlana con una cierta curiosidad—. No capté en tu rostro ni el más ligero indicio de que entendieras el elenio. Pude leerlo en la cara de la reina Betuana, pero tú no me diste ni una sola pista.

—¿Betuana habla elenio? —El emperador parecía asombrado—. ¡Qué cosa tan sorprendente! —Se quitó la capa—. De hecho, majestad, hablo todos los idiomas del imperio: el tamul, el elenio, el estirio, el tegano, el arjuni, el

valesiano, e incluso el horrible idioma que hablan en Cynesga. Es uno de nuestros secretos de estado más celosamente guardados. Incluso guardo el secreto ante mi gobierno, sólo para asegurarme. —Parecía un poco divertido—. Deduzco que todos habéis sacado la conclusión de que no soy muy inteligente —sugirió.

—La verdad es que nos engañaste completamente, majestad —aseguró Melidere.

Sarabian le dedicó una sonrisa encantadora.

—Deliciosa muchacha —dijo—. Me encanta engañar a la gente. Existen muchas razones para ese subterfugio, amigos míos, pero la mayor parte son en esencia políticas y no muy agradables. ¿Podemos ir directamente al tema? Sólo puedo permanecer ausente durante un corto tiempo sin que me echen en falta.

—Estamos, como suele decirse, a tu inmediata disposición, majestad —respondió Ehlana.

—Yo nunca he comprendido esa frase, Ehlana —confesó él—. No os importa si os llamo a cada uno por vuestro nombre, ¿verdad? Todos esos «majestad» son demasiado pesados. ¿Dónde estaba? Ah, sí..., la inmediata disposición. Suena como si alguien fuera a sacar corriendo la basura. —Las palabras parecían salirle de los labios a tropezones, como si estuviera teniendo dificultades para mantenerse a la misma velocidad que sus pensamientos—. El objeto de mi visita, amigos míos, es que en Matherion soy más o menos un prisionero de las costumbres y tradiciones. Mi papel está estrictamente definido, y si me salto ciertos límites causo terremotos que pueden sentirse desde aquí hasta el golfo de Daconia. Yo podría hacer caso omiso de esos terremotos, pero probablemente podría percibirlos también nuestro común enemigo, y no queremos ponerlo sobre aviso.

—Ciertamente —asintió Falquián.

—Por favor, no me mires boquiabierto de esa forma, Oscagne —dijo Sarabian al embajador—. No te dije que realmente estaba despierto cuando la mayoría de vosotros pensaba que dormía, porque antes no había necesidad de que lo supieras. Ahora sí la hay. Reponte de ello, hombre. Un ministro de Asuntos Exteriores tiene que ser capaz de absorber estas pequeñas cosas.

—Sólo estoy intentando reajustar mi pensamiento, majestad.

—Pensabas que yo era un idiota, ¿estoy en lo cierto?

—Bueno...

—Eso era lo que se suponía que tenías que pensar, Oscagne, tú y Subat y

todos los otros ministros. Ésa ha sido una de mis principales defensas... y diversiones. En realidad, viejo amigo, soy algo así como un genio. —Dedicó una sonrisa a Ehlana—. Eso suena bastante poco modesto, ¿verdad? Pero es cierto, no obstante. Aprendí vuestro idioma en tres semanas, y el estirio en cuatro. Puedo encontrar las falacias lógicas en los más abstractos tratados de teología elenia, y probablemente he leído, y comprendido, casi absolutamente todo lo que se haya escrito jamás. Sin embargo, mi logro más brillante ha sido el mantener todo eso en secreto. Las personas que se denominan a sí mismos mi gobierno, y no tengo intención de ofender, Oscagne, parecen dedicadas a una conspiración destinada a mantenerme en la oscuridad. Sólo me dicen aquellas cosas que creen que yo quiero oír. Me veo obligado a mirar por la ventana para hacerme una idea precisa del tiempo que hace. Los mueven las más nobles motivaciones, por supuesto. Quieren ahorrarme todo trastorno, pero realmente creo que alguien debería de informarme si el barco en el que navego está hundiéndose, ¿no os parece? —Sarabian continuaba hablando con rapidez, vertiendo las ideas tan pronto se le ocurrían. Tenía los ojos brillantes, y parecía a punto de echarse a reír con sonoras carcajadas. Resultaba obvio que estaba entusiasmado—. Ahora bien —continuó a toda velocidad—, tenemos que ingeniar una forma de comunicarnos sin alertar a todo el palacio incluyendo a los chicos que friegan las cocinas... de lo que estamos haciendo. Necesito desesperadamente saber qué es lo que está sucediendo en realidad con el fin de poder dedicar a ello mi descollante intelecto. —Lo último lo dijo con una ironía conmisericordiosa—. ¿Alguna idea?

—¿Qué piensas de la magia, majestad? —preguntó Falquián.

—Todavía no me he formado una opinión al respecto.

—Entonces no servirá —añadió Falquián—. Tienes que creer que el hechizo va a funcionar, ya que de lo contrario, fracasaría.

—Puede que seas capaz de hacerme creer en ello —comentó Sarabian con una cierta duda.

—Eso probablemente no serviría, majestad —dijo Falquián—. El hechizo funcionaría o no dependiendo de tu humor del momento. Necesitamos algo un poco más seguro. Habrá cosas que tendremos que comunicarte que serán tan importantes que no podremos limitarnos a confiar en la suerte.

—Yo pienso exactamente lo mismo, Falquián. Eso define nuestro problema de forma perfecta. Necesitamos un método absolutamente seguro para llevar y traer información, que no pueda ser detectado. Mi experiencia me dice que tiene

que ser algo tan corriente como para que nadie le preste atención.

—Intercambio de regalos —sugirió la baronesa Melidere de una forma despreocupada.

—Me encantaría enviarte regalos, mi querida baronesa —le aseguró Sarabian con una sonrisa—. Tus ojos casi consiguen que mi corazón se detenga, pero...

Ella levantó una mano.

—Permíteme, majestad —comenzó ella—, pero nada es más corriente que los intercambios de regalos entre los monarcas reinantes. Yo puedo llevarte pequeños recuerdos de la reina, y el embajador puede traerle los tuyos a ella. Cuando hayamos ido y venido unas cuantas veces, nadie nos prestará ninguna atención. Podemos esconder mensajes en esos regalos, y nadie se atreverá a registrarlos.

—¿Dónde has encontrado a esta muchacha maravillosa, Ehlana? —preguntó Sarabian a la reina—. Me casaría con ella en este mismo instante... si no tuviera ya nueve esposas... Ah, incidentalmente, Falquián, necesito hablar contigo a ese respecto..., en privado. —Recorrió a los presentes con la mirada—. ¿Puede alguno de vosotros ver algún fallo en el plan de la baronesa?

—Sólo uno —declaró Mirtai—, pero yo puedo encargarme de él.

—¿De qué se trata, atana Mirtai? —preguntó el emperador con entusiasmo.

—A pesar de todo, alguien podría sospechar de ese intercambio de presentes..., en especial si se establece una corriente regular. Esa persona podría tratar de interceptar a Melidere, pero yo la escoltaré de ida y vuelta. Garantizo personalmente que nadie interferirá.

—¡Excelente, atana! ¡Capital! Será mejor que regresemos, Oscagne. Subat me echa terriblemente de menos cuando no estoy donde él espera que esté. Ah, Falquián, por favor, designa a varios de tus caballeros para que entretengan a mi esposa Elysoun.

—¿Cómo dices, majestad?

—Jóvenes, preferiblemente apuestos, y con mucho vigor..., ya conoces el tipo de hombre al que me refiero.

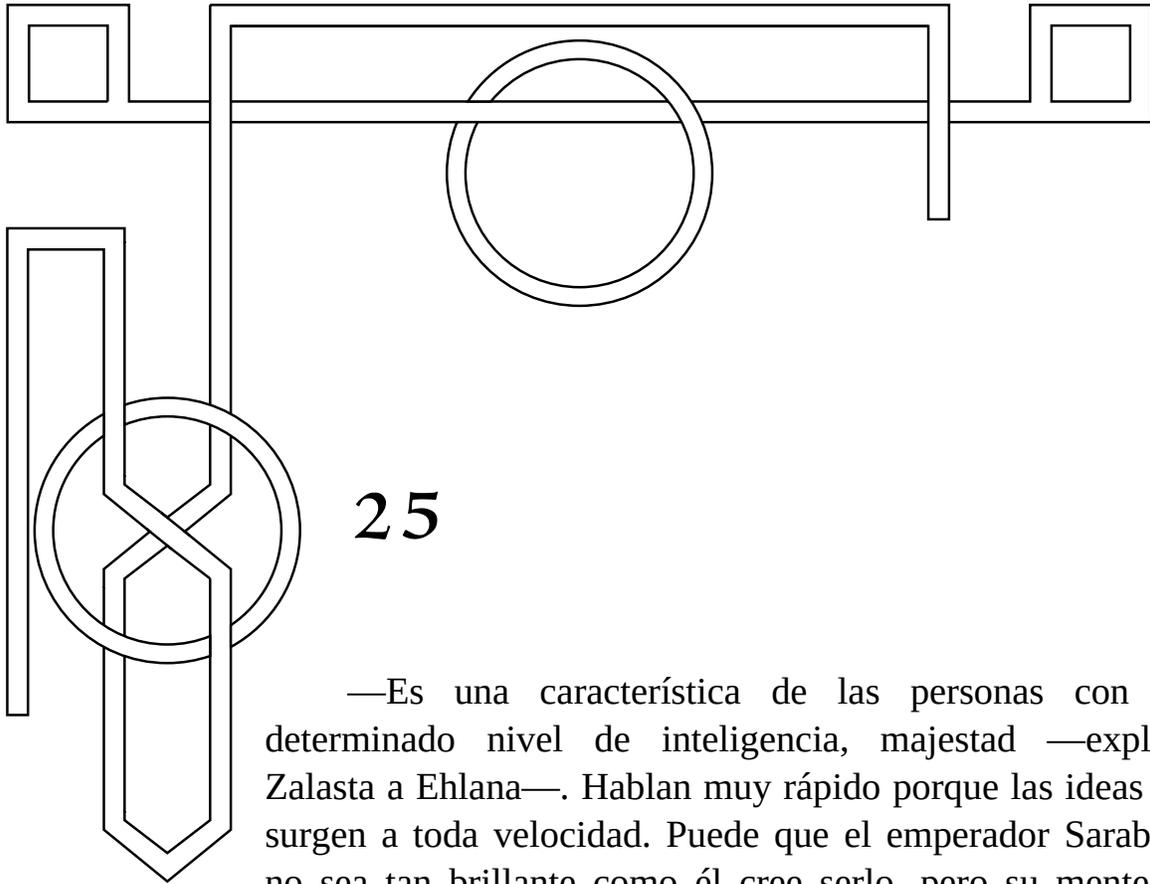
—¿Estamos hablando de lo que yo creo que estamos hablando, majestad?

—Por supuesto que sí. A Elysoun le gusta intercambiar regalos, y también favores, y se pondría muy violenta si nadie quisiera jugar con ella. Por el bien de mis orejas, encárgate de ello, viejo amigo.

—Eh..., ¿cuántos, majestad?

—Una docena aproximadamente debería bastar. Eso espero. ¿Vamos,

Oscagne? —y el emperador de Tamuli se encaminó apresuradamente hacia la puerta.



25

—Es una característica de las personas con un determinado nivel de inteligencia, majestad —explicó Zalasta a Ehlana—. Hablan muy rápido porque las ideas les surgen a toda velocidad. Puede que el emperador Sarabian no sea tan brillante como él cree serlo, pero su mente es digna de reconocimiento. Lo más asombroso es que haya conseguido mantener el secreto ante todos los miembros de su gobierno. Esas personas suelen ser tan erráticas y emotivas que generalmente cometen deslices.

Estaban todos reunidos en las dependencias reales, hablando sobre las revelaciones de la noche anterior. El embajador Oscagne había llegado temprano, y traído consigo un diagrama de los pasadizos secretos y puestos de escucha escondidos que había dentro del castillo elenio en el que tenían su residencia temporal. Una media docena de espías habían sido descubiertos e invitados, cortés pero firmemente, a marcharse.

—No hay nada personal en ello, majestad —se disculpó Oscagne ante Ehlana—. No es más que una cuestión de costumbre.

—Lo comprendo perfectamente —respondió ella con gracia. Ehlana llevaba aquella mañana un vestido verde esmeralda y estaba particularmente encantadora.

—¿Está muy bien desarrollado vuestro sistema de espionaje, excelencia? —preguntó Stragen.

—No, realmente no, mi señor. Cada departamento tiene sus propios espías, pero pasan la mayor parte del tiempo espíandose los unos a los otros. Nos ponen mucho más nerviosos nuestros propios colegas que los visitantes extranjeros.

—Entonces, ¿no hay ningún sistema de investigación centralizado?

—Me temo que no, mi señor.

—Vuestra gracia puede confiar en mí —dijo Sephrenia con una sonrisa.

—Me temo que no acabo de comprender.

—La he visto mover rápidamente los dedos, patriarca Emban —dijo secamente Talen—. Ha transformado en sapos a todos los espías que nosotros no encontramos.

—Bueno, no exactamente —lo corrigió ella—, pero si acaso quedara algún espía escondido detrás de las paredes, no podría oír absolutamente nada.

—Es muy útil tener cerca a una persona como tú, Sephrenia —observó el rechoncho y pequeño clérigo.

—Yo también he advertido eso —asintió Vanion.

—Continuemos con lo que teníamos entre manos —sugirió Ehlana—. No queremos exagerar el subterfugio, pero realmente necesitaremos intercambiar algunos presentes con Sarabian para asegurarnos de que nadie va a interceptar nuestros mensajes, y para conseguir que los cortesanos de los corredores se habitúen a ver a Melidere trotando de aquí para allá con chucherías.

—Yo no trotaré realmente, majestad —objetó Melidere—. Me contonearé... de forma seductora. He descubierto que un hombre que está ocupado en observarte las caderas no presta demasiada atención a lo que está haciendo el resto de tu persona.

—¿De veras? —preguntó la princesa Danae—. Tendré que recordar eso. ¿Puedes enseñarme cómo se hace para contonearse, baronesa?

—Primero tendrás que echar un poco de cadera, princesa —dijo Talen.

Los ojos de Danae adquirieron de pronto una expresión peligrosa.

—Déjalo ya —dijo Falquián.

Ella no le hizo caso.

—Te acordarás de eso, Talen —amenazó al muchacho.

—Lo dudo, alteza —replicó él con descaro—. Todavía puedo correr más rápido que tú.

—Tenemos otro problema —dijo Stragen—. El plan absolutamente espléndido que tracé hace algunos meses se me hizo pedazos la pasada noche. Me temo que los ladrones de la localidad no van a resultarnos de mucha ayuda.

Son peores de lo que Caalador nos indujo a creer cuando estábamos en Lebas. La sociedad tamul es tan rígida que los colegas míos que andan por esas calles son incapaces de pensar de forma independiente. Hay una determinada forma en la que se supone que deben comportarse los ladrones de por aquí, y los que conocimos anoche son tan conservadores que no pueden desprenderse de los estereotipos. Los elenios de la comunidad de ladrones local son bastante creativos, pero los tamules son desesperadamente ineptos.

—Ésa es, sin duda, la verdad —asintió Talen—. Ni siquiera intentan huir cuando los sorprenden robando. Se limitan a quedarse y esperar que los detengan. Es la cosa más inmoral de la que jamás haya tenido noticia.

—Puede que tengamos la posibilidad de salvar algo de la situación —continuó Stragen—. He enviado a alguien a buscar a Caalador. Tal vez él pueda meterles un poco de sentido común en la cabeza. Lo que más me preocupa es su absoluta falta de cualquier tipo de organización. Los ladrones no hablan con los asesinos; las prostitutas no hablan con los mendigos; y nadie habla con los estafadores. Os aseguro por mi vida que no puedo entender cómo sobreviven.

—Ésa es una mala noticia —señaló Ulath—. Contábamos con los ladrones para que nos sirvieran como red de espionaje.

—Esperemos que Caalador pueda arreglarlo —dijo Stragen—. El hecho de que no haya ningún aparato de espionaje centralizado en el gobierno convierte a esos ladrones en cruciales para el desarrollo de nuestro plan.

—Caalador será capaz de hacerlos entrar en razón —declaró Ehlana—. Tengo toda la confianza del mundo en él.

—Eso probablemente se debe a que te gusta oírlo hablar —dijo Falquián.

—Y a propósito de hablar —comentó Sephrenia—, creo que nuestro trabajo aquí se verá limitado por el hecho de que la mayoría de vosotros no sabe tamul. Vamos a tener que hacer algo.

Kalten gimió.

—No será ni lejanamente tan doloroso esta vez, querido —le aseguró ella con una sonrisa—. No tenemos realmente el tiempo necesario para que aprendáis de verdad el idioma, así que Zalasta y yo haremos trampa.

—¿Podrías aclarármelo un poco, Sephrenia? —pidió Emban, con una expresión perpleja.

—Haremos un hechizo —replicó ella con indiferencia.

—¿Estás intentando decir que puedes enseñarle a alguien a hablar un idioma extranjero mediante la magia? —preguntó.

—Oh, sí —aseguró Falquián—. A mí me enseñó a hablar troll en unos cinco segundos cuando estábamos en la cueva de Ghwerig, y me imagino que el troll es mucho más difícil de aprender que el tamul. Al menos los tamules son humanos.

—Pero tendremos que tener cuidado —les advirtió la menuda mujer estiria—. Si todos aparentáis ser genios lingüísticos, la cosa tendrá un aspecto muy raro. Lo haremos poco a poco..., el vocabulario básico y algunos rudimentos de gramática al principio, y luego progresaremos a partir de eso.

—Puedo enviaros instructores, señora Sephrenia —ofreció Oscagne.

—Eh... no, pero gracias de todas formas, excelencia. Tus instructores se sorprenderían, y sospecharían, si encontraran de pronto un pelotón completo de estudiantes extraordinariamente dotados. Lo haremos nosotros mismos con el fin de ocultar lo que tramamos. Les daré a mis alumnos unos acentos abominables al principio, y luego suavizaremos las cosas a medida que avancemos.

—¿Sephrenia? —dijo Kalten en un tono de voz resentido.

—¿Sí, querido?

—¿Tú puedes enseñarles idiomas a la gente mediante la magia?

—Sí.

—Y entonces ¿por qué pasaste todos aquellos años intentando enseñarme estirio? Cuando te diste cuenta de que no iba a funcionar, ¿por qué no te limitaste a sacudir los dedos sobre mí?

—Kalten, querido —dijo ella con suavidad—, ¿por qué estaba intentando yo enseñarte estirio?

—Para que pudiera realizar trucos de magia, supongo —replicó el joven con un encogimiento de hombros—. Es decir, a menos que te divierta hacer sufrir a la gente.

—No, querido. Aquello fue tan doloroso para mí como lo era para ti. —Sephrenia se estremeció—. Probablemente más doloroso. De hecho, tú estabas intentando aprender estirio para poder hacer hechizos, pero para poder hacer eso, tienes que ser capaz de pensar en estirio. No puedes simplemente proferir las palabras y hacer que salgan de tu boca en la forma que quieres.

—Espera un momento —objetó él—. ¿Me estás diciendo que la gente que habla otros idiomas no piensa de la misma forma que nosotros?

—Puede que piensen de la misma forma, pero no piensan con las mismas palabras.

—¿Quieres decir que de verdad pensamos con palabras?

—Por supuesto que lo hacemos. ¿Qué creías que eran los pensamientos?

—No lo sé. Pero somos todos humanos. ¿No pensaríamos todos de la misma forma y en el mismo idioma?

Ella parpadeó.

—¿Y qué idioma sería ése, querido?

—El elenio, naturalmente. Ése es el motivo por el que los extranjeros no son tan inteligentes como nosotros. Tienen que detenerse y traducir sus pensamientos del elenio a esa farfulla bárbara que llaman idioma. Lo hacen sólo por testarudez, claro está.

Ella le dirigió una mirada sospechosa.

—Lo dices realmente en serio, ¿verdad?

—Por supuesto. Yo creía que todo el mundo sabía que ése es el porqué de que los elenios sean más inteligentes que todos los demás. —El rostro de Kalten brillaba con cegadora sinceridad.

—Oh, dioses —suspiró ella, próxima a la desesperación.

Melidere se puso un vestido color espliego y se marchó contoneándose hacia las dependencias privadas del emperador, con un jubón elenio de satén azul colgado al brazo. Mirtai la seguía. Mirtai no se contoneaba. Los ojos de Melidere estaban ingenuamente abiertos y la expresión de su rostro era insípida. Tenía el labio inferior adorablemente aprisionado entre los dientes, como si estuviese sin aliento de la emoción. Los cortesanos del emperador Sarabian observaban los contoneos con gran interés. Nadie prestó la más mínima atención a lo que la muchacha hacía con las manos.

Entregó el regalo al emperador con un pequeño discurso emocionado, que tradujo Mirtai. El emperador le respondió con mucha formalidad. Melidere le hizo una reverencia y luego se contoneó de vuelta al castillo elenio. Los cortesanos continuaron concentrados en el contoneo, a pesar de que ya habían tenido una buena oportunidad de observar el proceso.

—Todo ha transcurrido sin obstáculos —informó la muchacha, pagada de sí.

—¿Les gustó el contoneo? —preguntó Stragen.

—Dejé a toda la corte de piedra, mi señor —replicó ella con una carcajada.

—¿De verdad lo hizo? —preguntó él a Mirtai.

—No del todo —replicó la atana—. Algunos de ellos la siguieron para poder ver más. Melidere es una muy buena contoneadora. Lo que estaba sucediendo

dentro de su vestido se parecía mucho a dos gatos que se pelearan dentro de un saco.

—Debemos utilizar los talentos que dios nos ha dado, ¿no lo cree así vuestra gracia? —preguntó la rubia muchacha a Emban, con burlona devoción.

—Absolutamente, hija mía —replicó él sin siquiera esbozar una sonrisa.

El embajador Oscagne llegó unos quince minutos más tarde, con una caja de alabastro sobre un cojín de terciopelo azul. Ehlana sacó la nota del emperador de dentro de la caja.

—«Ehlana —leyó en voz alta—, tu mensaje ha llegado sano y salvo. Tengo la impresión de que los miembros de mi corte no se limitarán a no interponerse en el camino de la baronesa cuando camina por los salones, sino que defenderán apasionadamente el derecho que tiene de hacerlo. ¿Cómo se las arregla esa muchacha para mover tantas cosas al mismo tiempo?». Firmado: Sarabian.

—¿Y bien? —preguntó Stragen a la muchacha de cabellos de miel—. ¿Cómo te las arreglas?

—Es un don, mi señor Stragen.

Los visitantes elenios fingieron estar recibiendo formación en el idioma tamul durante las semanas siguientes, y Oscagne ayudó al subterfugio mediante comentarios casuales hechos a varios de los miembros del gobierno, referentes a que había estado enseñándoles el idioma durante el largo viaje. Ehlana pronunció un breve discurso en tamul en uno de los banquetes que el primer ministro organizó para los huéspedes, con el fin de establecer que ella y los de su grupo ya habían alcanzado un cierto nivel de dominio del idioma.

Se produjeron situaciones violentas, por supuesto. En una ocasión, Kalten ofendió terriblemente a un cortesano cuando, sonriente le dijo lo que él pensaba que era un bien expresado cumplido.

—¿Qué le pasa? —preguntó el rubio pandion, perplejo, cuando el cortesano se alejó a grandes zancadas.

—¿Qué estabas intentando decirle? —le preguntó Mirtai, conteniendo la risa.

—Le he dicho que me complacía ver que estaba sonriendo —replicó Kalten.

—Eso no es lo que has dicho.

—Bueno, ¿y qué he dicho, entonces?

—Has dicho: «Ojalá se te caigan todos los dientes».

—Utilicé la palabra equivocada en lugar de «sonriendo», ¿no?

—Yo diría que sí, sí.

La impostura de estar aprendiendo un nuevo idioma proporcionaba a la reina

y su séquito una gran cantidad de tiempo de ocio. Las funciones oficiales y los espectáculos a los que estaban obligados a asistir, tenían lugar por lo común a primeras horas de la noche, y eso les dejaba los días generalmente libres. Pasaban esas horas en ociosas conversaciones, realizadas sobre todo en tamul. El hechizo que habían hecho Sephrenia y Zalasta les daba a todos una comprensión bastante completa del vocabulario y la sintaxis, pero el perfeccionamiento de la pronunciación les llevó algo más de tiempo.

Tal y como lo había predicho Oscagne, el primer ministro les ponía obstáculos en el camino a cada paso. Hasta donde le era posible, les llenaba los días con actividades tediosas y tremendamente carentes de sentido. Asistían a las aperturas de exposiciones de ganado. Les concedieron títulos honoríficos en la universidad. Visitaron granjas modelo. El primer ministro les proporcionaba enormes escoltas siempre que salían del complejo imperial, escoltas que por lo general tardaban varias horas en formar. Los agentes de Pondia Subat empleaban bien ese tiempo, y despejaban las calles precisamente de las personas que los visitantes querían ver. Lo más molesto, de todas formas, era que les restringía severamente el acceso al emperador Sarabian. Subat hizo que su presencia resultara lo más incómoda posible, pero no estaba preparado para el ingenio elenio ni para el hecho de que muchos de aquel grupo no eran del todo lo que aparentaban ser. Talen en particular parecía chasquear completamente a los agentes del primer ministro. Como Falquián había descubierto hacía tiempo, era prácticamente imposible seguir a Talen en ninguna ciudad del mundo. El muchacho se divirtió muchísimo y recogió una gran cantidad de información.

En una soñolienta tarde, Ehlana y sus damas estaban en las dependencias reales, y la camarera de la reina, Alean, estaba hablando en el momento en que Kalten y Falquián entraron silenciosamente.

—Eso no es insólito —estaba diciendo en voz baja la muchacha de ojos de gacela—. Es uno de los inconvenientes de ser un servidor. —Como siempre, Alean llevaba un vestido de servidora, de apagado color gris.

—¿Quién fue? —preguntó Ehlana con los ojos como pedernal.

—No tiene mucha importancia, majestad —replicó Alean, con bastante incomodidad.

—Sí, Alean —la contradijo ella—, la tiene.

—Fue el conde Osril, majestad.

—He oído hablar de él. —El tono de la voz de Ehlana era gélido.

—También yo. —La voz de Melidere era igualmente fría.

—Deduzco de eso que la reputación del conde es indeseable —comentó Sephrenia.

—Es lo que suele llamarse un calavera, señora Sephrenia —replicó Melidere—. Se revuelca en el libertinaje de la peor especie. Se jacta de que está ahorrándole a Dios todos los inconvenientes de condenarlo, dado que en cualquier caso él nació para el infierno.

—Mis padres eran campesinos —continuó Alean—, así que no sabían de la reputación del conde. Ellos pensaron que al ponerme a su servicio me proporcionarían la oportunidad de mi vida. Es la única posibilidad real que un campesino tiene de medrar. Yo tenía catorce años y era muy inocente. El conde parecía amistoso al principio, y yo me consideré afortunada. Luego, una noche llegó borracho a casa, y descubrí por qué había sido tan amistoso conmigo. Yo no había recibido la clase de entrenamiento que recibió Mirtai, así que no había nada que pudiese hacer. Después lloré, por supuesto, pero lo único que hizo él fue reírse de mis lágrimas. Afortunadamente, aquello no tuvo consecuencias. El conde Osril tenía la costumbre de echar de su casa a las camareras preñadas sin nada más que la ropa que llevaban encima. Después de unas cuantas veces, se cansó del juego. Me pagó mi salario y me dio una buena recomendación. Tuve la suficiente suerte como para encontrar empleo en palacio. —Sonrió con aire tenso y dolido—. Dado que no tuvo consecuencias posteriores, supongo que realmente no importa demasiado...

—A mí sí que me importa —dijo Mirtai con un tono nada prometedor—. Tienes mi palabra de que no sobrevivirá durante más de una semana a mi regreso a Cimmura.

—Si piensas tardar tanto, perderás tu oportunidad, Mirtai —dijo Kalten casi con indiferencia—. El conde Osril no verá ponerse el sol del día en que yo regrese a Cimmura, te lo prometo.

—Él no luchará contigo, Kalten —dijo Falquián a su amigo.

—No tendrá más remedio que hacerlo —replicó Kalten—. Conozco unos cuantos insultos que ningún hombre es capaz de tragarse..., y si eso no resulta, comenzaré a cortarle trozos. Si le cortas las orejas y la nariz a un hombre, se ve casi obligado a empuñar la espada..., probablemente porque no sabe qué piensas cortarle a continuación.

—Te arrestarán.

—Eso no será problema ninguno, Falquián —dijo Ehlana, ceñuda—. Yo lo perdonaré.

—No tienes por qué hacer eso, *sir* Kalten —murmuró Alean, con los ojos bajos.

—Sí —replicó Kalten con una voz pétre— En realidad, tengo que hacerlo. Te llevaré una de sus orejas cuando haya acabado con él... sólo para demostrarte que he mantenido mi promesa.

Falquián esperaba que la gentil muchacha reaccionara con violenta repulsión a la brutal oferta de su protector. Sin embargo, no lo hizo. Sonrió cálidamente al amigo de Falquián.

—Eso sería muy bonito, *sir* Kalten —dijo.

—Adelante, Sephrenia —instó Falquián a su tutora—. Pon los ojos en blanco y suspira. Puede que incluso llegue a estar de acuerdo contigo, esta vez.

—¿Y por qué tendría que hacer yo eso, Falquián? —preguntó ella—. Creo que *sir* Kalten acaba de trazar un curso de acción muy apropiado.

—Eres una salvaje, pequeña madre —la acusó él.

—¿Y?

Posteriormente, aquella misma tarde, Falquián y Kalten se habían reunido con los demás caballeros en el relumbrante gran salón del falso castillo elenio. Los caballeros habían hecho a un lado sus armaduras formales y llevaban puestos jubones y calzas.

—No haría falta mucho —estaba diciendo *sir* Bevier—. Las murallas son realmente muy robustas, y el foso ya está en su sitio. El puente levadizo es practicable, aunque los cabrestantes que lo elevan necesitan un buen engrasado. Lo único que realmente necesitamos para completarlo son estacas afiladas en el foso.

—¿Y unos cuantos barriles de pez? —sugirió Ulath—. Yo sé cuánto os gusta a los arcianos eso de verter pez hirviendo sobre la gente.

—Caballeros —dijo Vanion con desaprobación—, si os ponéis a reforzar las defensas de este lugar, nuestros anfitriones podrían interpretarlo erróneamente. —Meditó el asunto durante un momento—. Pero puede que no haga ningún daño el aprovisionarse discretamente de una buena cantidad de estacas —agregó—, y quizás algunos barriles de aceite para las lámparas. No es tan bueno como la pez, pero no atraerá tanta atención cuando lo traigamos hasta aquí. Somos bastante numerosos, así que el ocultar que estamos llenando las despensas no debería resultar demasiado difícil. De todas formas, tendremos que hacerlo discretamente.

—¿En qué estás pensando, Vanion? —preguntó Emban.

—Sólo en unas cuantas precauciones sencillas. La situación es inestable aquí, en Tamuli, y no tenemos forma de saber qué podría ocurrir. Puesto que tenemos un castillo perfectamente apropiado, lo mejor sería que le diéramos algunos toques de acabado..., por si acaso.

—¿Es sólo mi imaginación, o le parece a alguien más que éste es un verano muy, muy largo? —preguntó de pronto Tynian.

Falquián se puso muy alerta. Era inevitable que alguien lo advirtiera en un momento u otro, y si los demás realmente se ponían a pensar en el asunto y a contar los días, sin duda llegarían a descubrir que alguien había estado interfiriendo en el tiempo.

—Es una parte diferente del mundo, Tynian —dijo con tranquilidad—. Resulta normal que el clima sea distinto.

—El verano es el verano, Falquián, y se supone que no debería de durar eternamente.

—Nunca puede saberse cuando se trata del clima —lo contradijo Ulath—, especialmente a lo largo de la costa marina. Hay una corriente cálida que sube por la costa oeste de Thalesia. Puede ser pleno invierno en Yosut, que está en la costa este, y Horset hallarse tan sólo a mediados del otoño.

«Mi buen viejo amigo Ulath», pensó Falquián con cierto alivio.

—Aun así, continúa pareciéndome un poco extraño —dijo dubitativamente Tynian.

—Muchísimas cosas te parecen extrañas, amigo mío —replicó Ulath con una sonrisa—. Has rechazado gran cantidad de invitaciones para ir a la caza del ogro conmigo.

—¿Por qué matarlos si no vas a comértelos? —preguntó Tynian con un encogimiento de hombros.

—Yo no vi que te comieras ninguno de los zemoch que mataste.

—No tenía una buena receta para cocinarlos.

Todos se echaron a reír y dejaron el asunto, y Falquián respiró con un poco más de comodidad.

Entonces Talen entró en el salón. Como siempre, se había sacudido de encima a los agentes del primer ministro de una forma casi rutinaria, y se había ido a la ciudad.

—Sorpresa, sorpresa —dijo con tono seco—. Krager finalmente ha conseguido llegar a Matherion. Estaba comenzando a preocuparme por él.

—¡Ya está bien! —estalló Falquián, dando un tremendo puñetazo en el brazo

del sillón—. Ese hombre está comenzando a hartarme de verdad.

—Realmente no hemos tenido antes el tiempo necesario para darle caza, mi señor —señaló Khalad.

—Quizá deberíamos de habernos tomado ese tiempo. Estaba seguro de ello cuando lo vi en Sarsos. En cualquier caso, ahora estamos instalados, así que dediquemos un poco de tiempo a hacerlo salir. Haz algunos dibujos de él, Talen. Hazlos correr y promete una recompensa.

—Yo sé cómo debe hacerse, Falquián.

—Hazlo, entonces. Quiero ponerle las manos encima a esa pequeña comadreja borracha. Hay toda clase de información en ese pellejo empapado de alcohol, y voy a exprimirlo hasta que le hayamos sacado hasta la última gota.

—Está un poco quisquilloso, ¿verdad? —preguntó suavemente Tynian a Kalten.

—Ha tenido un mal día —replicó Kalten, encogiéndose de hombros—. Ha descubierto una vena de brutalidad en sus familiares, y eso lo ha trastornado.

—¿Ah, sí?

—Hay un noble en Cimmura que necesita que lo maten. Cuando volvamos a casa, voy a cortarle los cojones antes de acabar con él.

—Todas las damas pensaron que era una idea maravillosa.

La aprobación de ellas destrozó unas cuantas ilusiones de Falquián.

—¿Qué ha hecho ese tipo?

—Es un asunto privado.

—Ah. Bueno, al menos Sephrenia habrá estado de acuerdo con nuestro ilustre líder.

—No, de hecho, ella se mostró mucho más sedienta de sangre que las demás. Incluso llegó a ofrecer después algunas sugerencias que hicieron que incluso Mirtai se pusiera pálida.

—Ese tipo tiene que haber hecho algo realmente monstruoso.

—En efecto lo hizo, amigo mío, y yo voy a darle horas y horas para lamentarlo. —Los azules ojos de Kalten parecían de hielo, y tenía las ventanas de la nariz blancas y sumidas con reprimida furia.

—Yo no lo hice, Kalten —dijo Tynian—, así que no empieces a mirarme a mí de esa forma.

—Lo siento —se disculpó Kalten—. Sólo pensar en ello me hace hervir la sangre.

—Entonces no pienses en ello.

El acento que tenían estaba todavía sin pulir —Sephrenia se había encargado de que así fuese—, pero su comprensión del idioma tamul era casi perfecta.

—¿Estamos listos ya? —preguntó entonces Falquián a su tutora.

—Siempre y cuando no pienses pronunciar un discurso, príncipe Falquián —dijo el emperador Sarabian, que estaba haciéndoles otra de sus turbulentas visitas—. Tu acento es realmente deplorable, ¿sabes?

—Voy a salir a escuchar, majestad —respondió Falquián—, no a hablar. Sephrenia y Zalasta esconden nuestro dominio del idioma detrás de los acentos.

—Ojalá me hubieses dicho que podías hacer eso, Zalasta —dijo Sarabian con una cierta melancolía—. Podrías haberme ahorrado meses cuando estaba estudiando idiomas, ¿sabes?

—Vuestra majestad mantenía sus estudios en secreto —recordó Zalasta al emperador—. Yo no sabía que querías aprender otros idiomas.

—Fui víctima de mi propia inteligencia. —Sarabian se encogió de hombros—. Ah, bueno. ¿Qué es exactamente lo que estamos planeando?

—Vamos a husmear por tu corte, majestad —le explicó Vanion—. Tu gobierno está compartimentado, y tus ministros se guardan secretos los unos a los otros. Eso significa que nadie tiene realmente una visión completa de todo el cuadro. Vamos a aventar los diversos departamentos y recoger toda la información que podamos. Cuando la reunamos, quizá podamos ver surgir pautas.

Sarabian hizo una mueca amarga.

—Es por mi culpa —confesó.

—Por favor, no seas crítico, Sarabian —dijo Ehlana. A aquellas alturas, los dos monarcas eran buenos amigos, en gran medida porque el emperador había hecho a un lado todas las formalidades. Había hablado de forma directa e insistido en que Ehlana hiciera otro tanto.

—Cometí un desatino, Ehlana —respondió él con tristeza—. Tamuli no se había enfrentado con una crisis real nunca antes de ahora. Nuestros burócratas son más inteligentes que los pueblos vasallos, y tienen los atanes que los apoyan. La familia imperial ha tenido siempre más miedo de su propio gobierno que de los de fuera. No alentamos la cooperación entre los diferentes ministros. Parece que estoy cosechando el fruto de una política errada. Cuando todo esto haya terminado, creo que lo repararé.

—Mi gobierno no tiene secretos para mí —dijo Ehlana, vanidosa.

—Por favor, no me lo frotes en la cara —pidió él—. ¿Qué es exactamente lo que estamos buscando, señor Vanion?

—En el camino hasta Matherion, observamos unos cuantos fenómenos. Nuestra conjetura es que nos hallamos ante algún tipo de alianza. Sabemos, o al menos tenemos muy buenos indicios como para creerlo así, quién es una de las partes de esa alianza. Ahora tenemos que concentrarnos en la otra. Estaremos en una clara desventaja mientras no podamos identificarla. Si no te parece mal, majestad, la reina Ehlana y el príncipe Falquián pasarán mucho tiempo contigo. Me temo que eso significa que tendrás que mantener una larga charla con tu primer ministro. Pondia Subat está comenzando a resultar incómodo.

Sarabian alzó una ceja con gesto interrogativo.

—Ha hecho todo lo humanamente posible para que no pudiéramos tener acceso a ti, Sarabian —le explicó la reina Ehlana.

—Se le dijo que no lo hiciera —comentó él con frialdad.

—Aparentemente, no escuchó, majestad —dijo Falquián—. Siempre que nos acercamos al palacio principal, nos vemos rodeados por sus gentes, y cada vez que uno de nosotros asoma siquiera la cabeza por la ventana, pelotones enteros de espías comienzan a formar con la finalidad de seguirnos. Deduzco que no le gustamos a tu primer ministro.

—Parece que voy a tener que explicarle algunas cosas a mi estimado Pondia Subat —comentó Sarabian—. Creo que ha olvidado el hecho de que su puesto no es hereditario... y que no tiene la cabeza tan firmemente pegada que no pueda quitársele de sobre los hombros en caso de que comience a importunarme.

—¿Qué cargos presentarías contra él? —preguntó Ehlana con curiosidad.

—¿Cargos? ¿Puede saberse de qué estás hablando, Ehlana? Estamos en Tamuli. Yo no necesito presentar cargos. Puedo hacerle cortar la cabeza si decido que no me gusta su peinado. Yo me encargaré de Pondia Subat, amigos míos. Puedo garantizaros su completa cooperación a partir de este momento..., la suya o la de su sucesor. Por favor, continúa, señor Vanion.

Vanion siguió adelante.

—El patriarca Emban concentrará su atención sobre el primer ministro —dijo—, sea quien sea. *Sir* Bevier pasará su tiempo con el personal docente de la universidad. Los eruditos recogen muchísima información, y los gobiernos tienden a hacer caso omiso de sus descubrimientos... hasta que ya es demasiado tarde. Ulath, Kring y Tynian se dedicarán a observar al estado mayor del

ejército, los altos mandos tamules más que los atanes. El atan Engessa se encargará de su propia gente. Mi señor Stragen y Talen servirán de enlace con los ladrones de Matherion, y Alean con Khalad circularán entre los sirvientes de palacio. Sephrenia y Zalasta hablarán con la comunidad estiria local, y entre Melidere y *sir* Berit encantarán a la totalidad de los cortesanos.

—¿No es *sir* Berit un poco joven? —preguntó Sarabian—. Mis cortesanos son una gente muy sofisticada.

—*Sir* Berit tiene algunas cualidades muy especiales, majestad —aseguró Melidere con una sonrisa—. Las mujeres más jóvenes de la corte, y algunas no tan jóvenes, harán casi cualquier cosa por él. Puede que vaya a tener que sacrificar su virtud unas cuantas veces, pero es un joven muy delicado, y estoy segura de que podemos contar con él.

Berit se sonrojó.

—¿Por qué siempre tienes que decir cosas de ese tipo, baronesa? —preguntó con voz plañidera.

—No estoy más que bromeando, Berit —respondió Melidere con cariño.

—Es algo que los hombres no comprendemos, majestad —explicó Kalten al emperador—. Por algún motivo que desconozco, Berit causa un extraño efecto en las mujeres.

—Kalten y Mirtai se dedicarán a la atención de Falquián y la reina —continuó Vanion—. No sabemos con exactitud hasta dónde está dispuesto a llegar nuestro oponente, así que ellos te proporcionarán una protección adicional.

—¿Y tú, señor Vanion? —preguntó el emperador.

—Vanion y Oscagne van a dedicarse a tratar de unir todas las piezas, Sarabian —le contestó Ehlana—. Nosotros les traeremos directamente a ellos todo lo que logremos averiguar. Ellos lo repasarán y señalarán los vacíos para que los demás sepamos en qué concentrar los esfuerzos posteriores.

—Los elenios sois una gente muy metódica —observó Sarabian.

—Eso es consecuencia de lo mucho que dependen de la lógica, majestad —dijo Sephrenia—. La laboriosa búsqueda que realizan para comprobar todo es a veces algo como para volverse loco, pero no puede negarse que obtienen resultados. Un elenio bien entrenado pasará medio día realizando observaciones antes de permitirse admitir que está lloviendo.

—Ah —intervino Emban—, pero cuando un elenio dice que está lloviendo, puedes estar absolutamente segura de que dice la verdad.

—¿Y por lo que respecta a vuestra alteza? —preguntó Sarabian, bajando el

rostro para sonreír a la princesilla que tenía sentada sobre el regazo—. ¿Qué papel vas a desempeñar tú en este grandioso plan?

—Se supone que yo debo distraerte para que no hagas demasiadas preguntas, Sarabian —replicó Danae con bastante calma—. Tus nuevos amigos van a hacer cosas que no son realmente correctas, y se supone que yo debo evitar que te des cuenta de ello.

—¡Danae! —exclamó su madre.

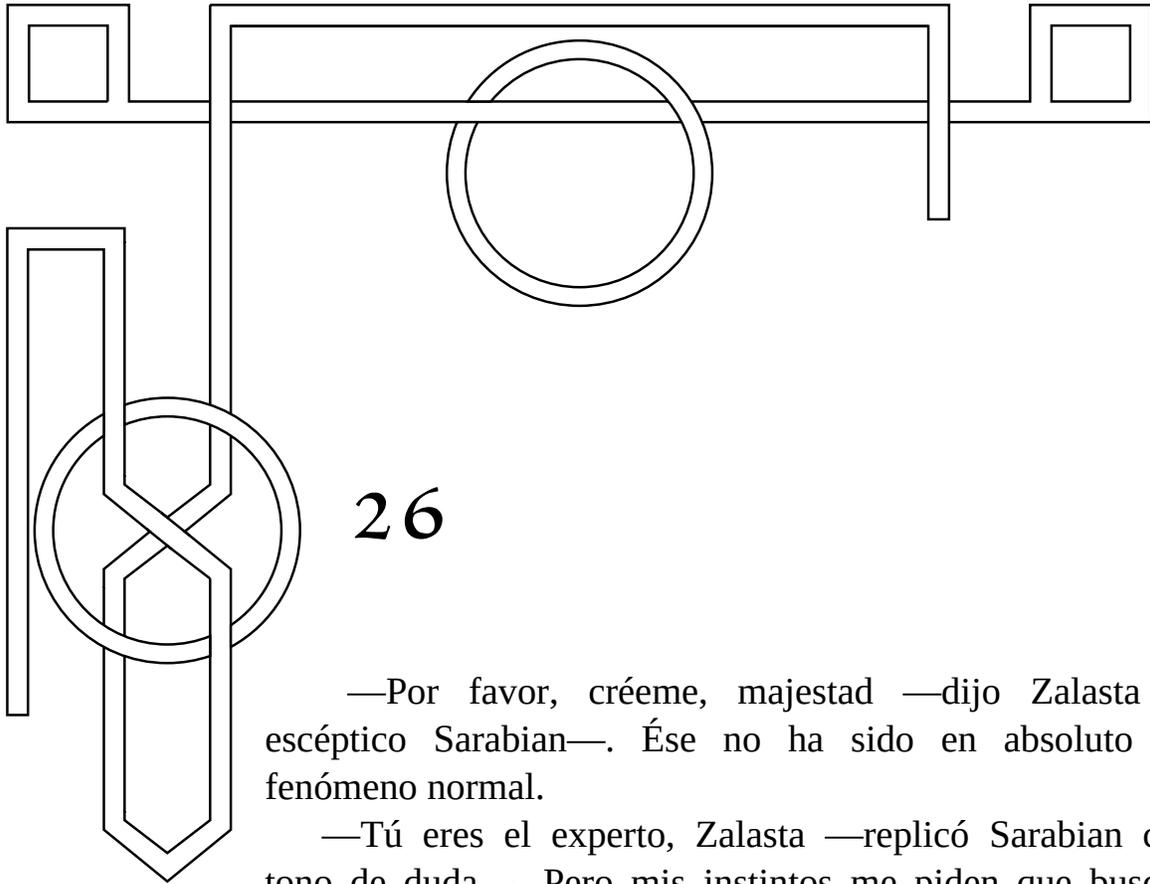
—Bueno, ¿no es cierto? Vais a mentir y a espiar a la gente, y probablemente matar a cualquiera que se interponga en vuestro camino. ¿No es a eso a lo que os referís cuando empleáis la palabra «política»?

Sarabian se echó a reír.

—Creo que te ha pillado en eso, Ehlana —exclamó el emperador, exultante—. Tu definición de la política es un poco brusca, pero no está muy lejos de la realidad. Esta niña va a ser una reina excelente.

—Gracias, Sarabian —dijo dulcemente Danae, y le besó en una mejilla.

En aquel momento, Falquián sintió un escalofrío, y a pesar de que sabía que era inútil, la mano se desplazó automáticamente al puño de la espada; la sombra se estremeció en la periferia de su campo visual. Se puso a imprecarse, mitad en elenio, mitad en tamul, al darse cuenta de que todo lo que acababan de decir lo había escuchado la lóbrega presencia que les había estado siguiendo los pasos durante todos aquellos meses.



## 26

—Por favor, créeme, majestad —dijo Zalasta al escéptico Sarabian—. Ése no ha sido en absoluto un fenómeno normal.

—Tú eres el experto, Zalasta —replicó Sarabian con tono de duda—. Pero mis instintos me piden que busque primero una explicación natural, quizá una nube que pasó por delante del sol.

—Es de noche, Sarabian —señaló Ehlana—. El sol ya se ha ocultado.

—Eso debilitaría esa explicación en particular, ¿verdad? ¿Todos vosotros habéis visto eso con anterioridad?

—La mayoría de nosotros, majestad —aseguró Oscagne—. Incluso yo mismo lo vi en una ocasión, a bordo de un barco, y no había absolutamente nada entre el sol y yo. Creo que tendremos que aceptar el testimonio de estos amigos elenios. Ellos han tenido, antes de ahora, experiencias con esta manifestación en particular.

—Estúpido —masculló Falquián.

—¿Perdón? —dijo Sarabian con suavidad.

—Lo siento, majestad —se disculpó Falquián—. No estaba refiriéndome a vos, por supuesto. Decía que nuestro visitante no es muy inteligente. Si lo que uno quiere es espiar a alguien, no anuncia su presencia con toques de tambor y trompeta.

—Ya lo ha hecho antes, Falquián —le recordó Emban—. Hizo una aparición

en el estudio del archimandrita Monsel, en Darsas, si recuerdas.

—Quizá no sabe que lo está haciendo —sugirió Kalten—. Cuando fue a trabajar para Martel, Adus solía intentar deslizarse por ahí y espiar a la gente. Ése es el porqué de que Martel tuviera que acabar contratando a Krager.

—¿Quién es Adus? —inquirió Sarabian.

—Un tipo al que conocimos, majestad —replicó Kalten—. No servía de mucho como espía. Todo el mundo en un radio de cien varas sabía que Adus andaba por los alrededores. No creía en el baño, por lo que su fragancia era fácilmente identificable.

—¿Es eso posible? —preguntó Vanion a Sephrenia—. ¿Es posible que Kalten haya dado por una vez con la respuesta correcta?

—¡Vanion! —protestó Kalten.

—Lo siento, Kalten. No me ha salido exactamente como tenía intención de expresarlo. Pero, en serio, Sephrenia, ¿es posible que nuestro visitante no tenga consciencia de la sombra que proyecta?

—Todo es posible, supongo, querido.

—¿Hedor visual? —preguntó Ulath con incredulidad.

—Yo no sé si emplearía exactamente ese término, pero... —Sephrenia miró a Zalasta—. ¿Es posible eso?

—Ciertamente, explicaría el fenómeno —respondió él tras meditar durante un momento aquella noción—. Los dioses son notables no sólo por la profundidad de su capacidad de comprensión, sino también por sus limitaciones. Es muy posible que nuestro visitante no sepa que podemos olerlo cuando nos hace una visita, si se me permite utilizar la metáfora empleada por *sir* Ulath. Puede que en verdad crea que es completamente invisible para nosotros..., que su espionaje pasa inadvertido.

Bevier estaba meneando la cabeza.

—Nosotros siempre hablamos del asunto justo después de que suceda —disintió—. Él nos ha oído, así que tiene que saber que está denunciando su propia presencia.

—No necesariamente, Bevier —lo contradijo Kalten—. Adus no sabía que apestaba como un albañal, y ése no es el tipo de cosas que uno admite realmente ante sí mismo. Quizá esta sombra sea algo de la misma índole..., algo socialmente ofensivo y no aceptado, como el mal aliento o los malos modales en la mesa.

—Ahí tenemos una idea fascinante —comentó entre carcajadas en patriarca

Emban—. Podríamos extrapolar todo un tratado de etiqueta divina a partir de este único incidente.

—¿Y con qué propósito piensa tu gracia que podríamos hacer algo semejante? —le preguntó Oscagne.

—Con la más noble de las finalidades, excelencia: la mejor comprensión de los dioses. ¿No es ésa la razón de que estemos aquí?

—No estoy muy seguro de que una disertación sobre los modales de los dioses en la mesa vaya a mejorar significativamente la suma del conocimiento humano, Emban —observó Vanion—. ¿Podríamos persuadir a vuestra majestad para que nos allanaras el camino hacia los círculos internos de tu gobierno?

—Allanarlo o lijarlo, mi señor Vanion —replicó Sarabian con una sonrisa—. Os meteré a la fuerza entre los ministros. Cuando haya acabado de enderezar a Pondia Subat, me dedicaré a los demás ministros..., uno a uno, o hilera por hilera. Creo que ha llegado el momento apropiado para que todos descubran quién está realmente al mando aquí. —De pronto se echó a reír con deleite—. Me alegro de que hayas decidido venir, Ehlana. Tú y tus amigos habéis hecho que me diera cuenta de que durante todos estos años he estado sentado sobre el poder absoluto, y de que jamás se me ha ocurrido utilizarlo. Creo que ya es hora de sacarlo al sol, quitarle el polvo, y hacerlo ondear un poco.

—Oh, dioses —dijo Oscagne, con el rostro colmado de pesadumbre—. ¿Qué he hecho?

—Tenemo' un poblema aquí, Stragen —decía Caalador, arrastrando las palabras en elenio—. Esto'hermano' amariyos d'aquí no 'stán acostumbra'o'a la idea 'e pasá' por ensima 'e los límite'sosiale'.

—Por favor, Caalador —pidió Stragen—, ahórrate el preámbulo folclórico. Ve directamente al grano.

—Eso no e'naturá', Stragen.

—¿Te importaría?

Stragen, Talen y Caalador estaban reunidos en una bodega cercana al puerto. Era media mañana, y los ladrones de la localidad comenzaban a rebullir.

—Como ya habéis descubierto, la hermandad de Matherion está afligida por un sistema de castas —continuó Caalador—. El gremio de los ladrones no mantiene conversaciones con los estafadores, y el gremio de mendigos no habla con las prostitutas..., como no sea para hacer negocio, claro está..., y el gremio

de los asesinos está completamente marginado.

—Vaya, pue' eso e' completamente antinaturá' —observó Talen.

—No hables así, Talen —dijo Stragen—. Ya es bastante malo tener que oír a uno. No podría soportar a dos. ¿Por qué son tan despreciados los asesinos?

—Porque violan uno de los preceptos básicos de la cultura tamul —replicó Caalador, encogiéndose de hombros—. De hecho, son asesinos a sueldo, y no saludan ni conocen a sus víctimas antes de cortarles la garganta. El concepto de la cortesía es algo que emociona a los tamules. No objetan realmente la noción de que alguien asesine a un noble por contrato. Es la rudeza del asunto lo que los trastorna. —Caalador sacudió la cabeza—. Ésa es una de las razones por la que tantos ladrones tamules son apresados y decapitados. Huir es algo que consideran de mala educación.

—Increíble —murmuró Talen—. El asunto está peor de lo que creíamos, Stragen. Si esta gente no habla entre sí, nunca conseguiremos obtener ninguna información de ellos.

—Creo que os advertí que no esperarais mucho de los de Matherion, amigos míos —les recordó Caalador.

—¿Les tienen miedo a los asesinos los demás gremios? —preguntó Stragen.

—Oh, sí —replicó Caalador.

—En ese caso, comenzaremos a partir de allí. ¿Cuál es el sentimiento general respecto al emperador?

—Reverencia, generalmente, y un nivel de adoración que linda con la veneración divina.

—Bien. Ponte en contacto con el gremio de los asesinos. Cuando Talen vaya a darte aviso, haz que los degolladores acorralen a los jefes de los otros gremios y los traigan a palacio.

—¿Qué e' lo qu'estamo' planeando hasé' aquí, amigo?

—Hablaré con el emperador y veré si puedo persuadirlo de que dé un discurso a nuestros hermanos —replicó Stragen con un encogimiento de hombros.

—¿Has perdido el seso?

—Por supuesto que no. Los tamules son una gente completamente controlada por las costumbres, y una de esas costumbres es que el emperador puede anular las costumbres.

—¿Has podido seguir eso? —preguntó Caalador a Talen.

—Creo que me perdí en esa curva cerrada del final.

—Veamos si podemos poner todo esto en claro —dijo Caalador al rubio thalesiano—. Vas a violar todas las reglas conocidas del mundo criminal de Matherion, haciendo que los asesinos rapten a los jefes de los otros gremios.

—Sí —admitió Stragen.

—Luego los harás llevar a todos al complejo palaciego, donde tienen absolutamente prohibido acudir.

—Sí.

—Luego vas a pedirle al emperador que pronuncie un discurso ante una gente de la cual él no debería conocer ni el más mínimo detalle de su experiencia laboral.

—Eso es, más o menos, lo que tenía en mente.

—¿Y el emperador va a ordenarles que suspendan unas costumbres y tradiciones de eones de antigüedad para comenzar a cooperar los unos con los otros?

—¿Hay algún problema en ello?

—No, realmente, no. Sólo quería asegurarme de tenerlo todo bien claro, eso es todo.

—Encárgate de ello, ¿quieres, viejo amigo? —pidió Stragen—. Quizá sea mejor que yo regrese junto al emperador.

Sephrenia suspiró.

—Te estás comportando de manera infantil, ¿sabes? —dijo.

A Salla se le salieron los ojos de las órbitas de indignación.

—¿Cómo te atreves? —exclamó casi gritando.

El rostro del anciano estirio se había puesto blanco.

—Estás propasándote, anciano Salla —dijo Zalasta al indignado hombre—. La consejera Sephrenia está hablando en nombre de los Mil. ¿Vas a desafiarlos a ellos y a los dioses que representan?

—¡Los Mil están mal aconsejados! —bramó Salla—. ¡Nunca podrá existir un acuerdo entre los estirios y los comedores de cerdo!

—Eso es algo que les corresponde decidir a los Mil —respondió Zalasta con un tono pétreo.

—Pero mira lo que esos bárbaros elenios nos han hecho a nosotros —dijo Salla con la voz ahogada de indignación.

—Has pasado toda tu vida aquí, en el barrio estirio de Matherion —le

recordó Zalasta—. Probablemente nunca has visto un elenio con tus propios ojos.

—Sé leer, Zalasta.

—Estoy encantado de oír eso. En cualquier caso, no hemos venido aquí para dialogar. La suma sacerdotisa de Aphrael está transmitiéndote las instrucciones de los Mil. Te guste o no, estás obligado a obedecer.

Los ojos de Salla se llenaron de lágrimas.

—¡Ellos nos han asesinado! —dijo con voz ahogada.

—Pareces estar en un estado notablemente bueno para un hombre que ha sido asesinado, Salla —observó Sephrenia—. Cuéntame, ¿fue muy doloroso?

—Ya sabes qué es lo que quiero decir, sacerdotisa.

—Ah, sí —replicó ella—. Esa aburrida compulsión estiria de expropiar el dolor. Alguien acuchilla a un estirio en el otro extremo del mundo, y tú te pones a sangrar. Te quedas sentado en Matherion, en el lujo, sintiendo compasión por tu persona y consumiéndote secretamente de envidia por el hecho de que se te haya negado la condición de mártir. Bueno, pues si tanto deseas ser un mártir, Salla, arreglaré las cosas para que lo consigas. —Sephrenia sentía una cólera fría hacia aquel estúpido charlatán—. Los Mil han tomado una decisión —dijo lisa y llanamente—. En realidad, no tengo por qué explicártela, pero lo haré... con el fin de que puedas transmitir esa decisión a tus seguidores..., y tú se la explicarás a ellos sin demora. Te mostrarás muy convincente, o te substituiré.

—Yo ocupo mi cargo de por vida —declaró él con tono desafiante.

—Eso es precisamente a lo que me refería. —La voz de Sephrenia tenía un timbre ominoso.

Él le clavó la mirada.

—¡No te atreverías! —jadeó.

—Ponme a prueba. —Hacía años que Sephrenia quería decirle eso a alguien. Le resultó bastante gratificante—. Las cosas son así, Salla..., siéntete en libertad de interrumpirme si comienzo a ir demasiado rápido para ti. Los elenios son unos salvajes que están buscando una excusa para asesinar a todos los estirios que vean. Si no los ayudamos en esta crisis, estaríamos entregándoles esa excusa sobre un cojín de terciopelo. Vamos a ayudarlos porque, si no lo hacemos, ellos matarán a todos los estirios del continente eosiano. Nosotros no queremos que hagan eso, ¿verdad?

—Pero...

—Salla, si me dices «pero» una vez más, te borraré del mapa. —Estaba

comenzando a descubrir lo agradable que era comportarse como un elenio—. Te he dado las instrucciones de los Mil, y los Mil hablan en nombre de los dioses. El tema no está abierto a discusión así que deja de intentar zafarte del asunto con lloriqueos o artimañas. Obedecerás, o morirás. Ésas son las opciones que tienes. Escoge rápido. Tengo un poco de prisa.

Incluso Zalasta pareció escandalizarse ante aquello.

—Tu diosa es cruel, consejera Sephrenia —acusó Sana.

Ella le dio el golpe antes de pensar siquiera en ello; su mano y brazo parecieron moverse por voluntad propia. Había pasado muchas generaciones con los caballeros pandion y sabía cómo imprimir el impulso del hombro en el golpe. Fue algo más que una bofetada vana. Le acertó de pleno en el extremo de la barbilla con la parte inferior de la palma y él se tambaleó hacia atrás, con los ojos vidriosos.

Sephrenia comenzó a entonar las palabras del encantamiento mortal, mientras sus manos se movían de forma muy ostentosa con los gestos que las acompañaban.

—*¡Yo no voy a hacer eso, Sephrenia!* —sonó secamente la voz de Aphrael en la mente de la mujer.

*Ya lo sé,* replicó Sephrenia con el pensamiento. *Sólo estoy intentando captar su atención, eso es todo.*

Salla profirió una exclamación ahogada al darse cuenta de lo que ella estaba haciendo. Luego gritó y cayó de rodillas, lloriqueando e implorando misericordia.

—¿Harás lo que te he ordenado? —le espetó ella.

—¡Sí, sacerdotisa! ¡Sí! ¡Por favor, no me mates!

—He suspendido el hechizo, pero no lo he dejado sin efecto. Puedo terminarlo en cualquier momento. Tengo tu corazón en el puño, Salla. Retén eso firmemente en la cabeza la próxima vez que sientas el impulso de insultar a mi diosa. Ahora levántate, y ve a hacer lo que te he dicho. Vamos, Zalasta. El olor de la autocompasión de este lugar me produce náuseas.

—Te has hecho dura, Sephrenia —la acusó Zalasta cuando volvieron a hallarse en las estrechas calles del barrio estirio.

—Estaba fanfarroneando, amigo mío —dijo ella—. Aphrael nunca habría respondido al hechizo. —Se tocó delicadamente el antebrazo—. ¿Sabes dónde puedo encontrar un buen médico, Zalasta? Creo que acabo de torcerme la muñeca.

—No son muy impresionantes, ¿verdad? —comentó Ulath cuando él, Tynian y Kring atravesaban los elegantes y primorosos jardines del complejo imperial, de regreso al castillo elenio.

—Verdaderamente —asintió Kring—. Parece que pasan todo el tiempo pensando en desfiles. —Los tres regresaban de una reunión mantenida con el alto mando militar del imperio—. Son todo fachada —concluyó el domi—. No tienen substancia.

—Cortesanos con uniforme —declaró Ulath, descartando a todo el estado mayor tamul.

—Estoy de acuerdo —concurrió Tynian—. Los atanes son la auténtica fuerza militar de Tamuli. Las decisiones son tomadas por el gobierno, y el estado mayor se limita a transmitirles dichas órdenes a los comandantes atanes. Comencé a tener mis dudas respecto a la eficacia del ejército imperial cuando me dijeron que los rangos son hereditarios. No me gustaría tener que confiar en ellos en caso de emergencia.

—Ésa es una verdad como un templo, amigo Tynian —dijo Kring—. El general de caballería me llevó a los establos para mostrarme lo que aquí llaman caballos.

—¿Malos? —inquirió Ulath.

—Peor que malos, amigo Ulath. Esas monturas no serían ni siquiera buenos caballos de labranza. Nunca hubiera creído que los caballos pudieran llegar a esos extremos. Cualquier velocidad superior a la de paso mataría a esas pobres bestias.

—¿Estamos de acuerdo, entonces? —preguntó Tynian—. ¿El ejército imperial es totalmente inútil?

—Creo que los estás halagando, Tynian —replicó Ulath.

—Tendremos que redactar nuestro informe con bastante cuidado —dijo el caballero alcione a sus compañeros—. Sería mejor que no ofendiéramos al emperador. ¿Podríamos emplear el término «insuficientemente entrenados»?

—Eso es verdad, desde luego —respondió Kring.

—¿Qué os parece «no versados en las tácticas y la estrategia modernas»?

—Sin discusión —gruñó Ulath.

—¿«Insuficientemente equipados»?

—Eso no es del todo cierto, amigo Tynian —disintió Kring—. El equipo del

que disponen es de muy buena calidad. Probablemente es el mejor equipo del siglo doce que yo haya visto.

—De acuerdo —dijo Tynian, riendo—. ¿Qué tal «armamento arcaico»?

—Eso puedo aceptarlo —concedió el domi.

—Infiero que prefieres no mencionar las palabras «gordos, vagos, estúpidos o ineptos» —inquirió Ulath.

—Eso podría no ser demasiado diplomático, Ulath.

—Sin embargo, es verdad —dijo Ulath con tono lúgubre.

Pondia Subat no estaba de acuerdo. Emban y Vanion podían percibirlo, aunque los modales y la expresión del primer ministro continuaban siendo diplomáticamente lisonjeros. El emperador Sarabian, según lo prometido, había hablado largo y tendido con su primer ministro, y Pondia Subat había cambiado su actitud para cooperar y esconder sus verdaderos sentimientos.

—Los detalles son algo muy corriente, mis señores —se lamentó—, pero es que los detalles del gobierno diario siempre lo son, ¿no es cierto?

—Por supuesto, Pondia. —Ehlana se encogió de hombros—. Pero cuando se los toma en conjunto, la acumulación de detalles nos transmite la idea del estilo de gobierno, ¿no os parece? Por lo que he visto esta mañana, ya he llegado a algunas conclusiones.

—¿Ah, sí? —El tono de Subat era neutral.

—Vuestros principios impulsores parecen ser la protección del emperador —dijo Emban—. Ese principio me es muy familiar, puesto que es idéntico al que gobierna nuestra forma de pensar en Chyrellos. El gobierno de la Iglesia existe casi enteramente para proteger al archiprelado.

—Quizá sea así, pero vuestra gracia tendrá que admitir que existen diferencias.

—Oh, por supuesto, pero el hecho de que el emperador Sarabian no sea tan poderoso como el archiprelado Dolmant no cambia las cosas.

Los ojos de Subat se desorbitaron ligeramente, pero pronto recobró el control de sí mismo.

—Advierto que el concepto te es ajeno, Pondia —continuó Emban tranquilamente—, pero el archiprelado habla en nombre de Dios, y eso lo convierte en el hombre más poderoso del mundo. Ésa es una percepción elenia, por supuesto, y puede que tenga poco o nada que ver con la realidad. Pero,

mientras todos nosotros lo creamos, es verdad. Eso es lo que hacemos todos los que pertenecemos al gobierno de la Iglesia. Dedicamos grandes cantidades de nuestras energías a asegurarnos de que todos los elenios continúen creyendo que Dolmant habla en nombre de Dios. Mientras continúen creyendo que es así, la archiprelatura estará a salvo. —El rechoncho hombrecillo de la Iglesia consideró la idea—. Si no te importa que te haga una observación, Pondia Subat, el problema central que tenéis en Matherion se origina en el hecho de que los tamules tenéis una mentalidad laica. Vuestra Iglesia se ha empequeñecido, probablemente debido a que no podéis conseguir aceptar la noción de que exista una autoridad que iguale o sobrepase a la del emperador. Habéis borrado el elemento de la fe del carácter nacional. El escepticismo es muy bueno y está muy bien, pero tiende a escaparse de las manos. Después de que uno lo aplica a su dios, o dioses, comienza a propagarse y el pueblo empieza a cuestionar también otras cosas: la legitimidad del gobierno, la sabiduría imperial, la justicia del sistema impositivo, ese tipo de cosas. En el más perfecto de los mundos, el rey sería deificado y la Iglesia se uniría al estado en una sola entidad. —Rió de una forma un poco desaprobadora de sí mismo—. Lo siento, Pondia Subat. No tenía intención de predicar. Supongo que se trata de una compulsión ocupacional. El caso es que tanto los tamules como los elenios han cometido el mismo error. Vosotros no convertisteis en dios a vuestro emperador, y nosotros no convertimos en emperador a nuestro archiprelado. Los dos hemos estafado a nuestros pueblos al poner por encima de ellos una autoridad incompleta. Se merecían algo mejor de nosotros. Pero veo que estás ocupado, y mi estómago me está diciendo de una forma bastante inequívoca que es la hora del almuerzo. Ya volveremos a hablar..., pronto. ¿Vienes, señor Vanion?

—No crees realmente lo que acabas de decir, ¿no es cierto, Emban? —murmuró Vanion al dejar ambos al ministro.

—Probablemente, no. —Eman se encogió de hombros—. Pero vamos a tener que hacer algo para ampliar la grieta de la coraza de piedra que rodea a Subat. Estoy seguro de que la oferta que le hizo el emperador de hacerle cortar la cabeza le ha abierto un poco los ojos, pero mientras no comience a pensar realmente en lugar de perseverar en los muy gastados senderos de sus conceptos preconcebidos, no vamos a poder obtener absolutamente nada de él. A pesar de su desaprobación general sobre nosotros, continúa siendo el hombre más importante del gobierno, y preferiría tenerlo trabajando para nosotros que en contra nuestra. ¿Os parece que podemos continuar camino? Estoy decididamente

hambriento.

—Sin embargo, tendría que ser azul —estaba diciendo Danae. Se hallaba sentada con *Mmrr* sobre el regazo del emperador Sarabian, y lo miraba directamente a los ojos.

—Para un elenio, sí, pero... —El emperador parecía dubitativo.

—De acuerdo —asintió ella—. El tono de la piel de los tamules luciría mejor con...

—Pero no con un rojo rojo. Más bien con un escarlata. Quizá incluso...

—No. El marrón es demasiado oscuro. Es un baile, no un...

—Nosotros no llevamos ropa oscura en los funerales. Llevamos...

—¿De verdad? Ésa es una idea muy interesante. Por qué...

—Se lo considera un insulto para con...

—A los muertos no les importa realmente, Sarabian. Ellos están ocupados en alguna otra parte.

—¿Puedes siquiera comenzar a seguir esa conversación? —murmuró Ehlana a Falquián.

—Un poco. Ambos están pensando en las mismas cosas, así que no tienen necesidad de acabar las frases.

El emperador Sarabian rió con deleite.

—Eres la conversadora más estimulante que jamás haya conocido, alteza real —dijo a la niña que tenía sobre el regazo.

—Gracias, majestad imperial —replicó ella—. Tú tampoco eres tan malo, ¿sabes?

—¡Danae! —dijo secamente Ehlana.

—Oh, madre. Sarabian y yo estamos simplemente conociéndonos mejor.

—Supongo que no... —El tono de Sarabian era especulativo.

—Me temo que no, majestad —replicó Danae—. No quiero ser irrespetuosa, pero el príncipe heredero es demasiado joven para mí. La gente chismorrea cuando la mujer es mayor que su esposo. Sin embargo, es un bebé de naturaleza dulce. Pero yo ya he decidido con quién voy a...

—¿Ya lo has hecho? ¿Siendo tan joven?

—Eso evita las confusiones más adelante. Las chicas se ponen tontas cuando llegan a la edad casadera. Es mejor decidir esas cosas cuando una está todavía en sus cabales..., ¿no es cierto, madre?

Ehlana se sonrojó de pronto.

—Mi madre comenzó a ponerle trampas a mi padre cuando tenía aproximadamente mi edad —confió Danae al emperador de Tamuli.

—¿Es cierto, Ehlana? —preguntó Sarabian.

—Bueno, sí, pero no es correcto hablar de ello en público.

—A él no le importó que lo atraparas, madre —dijo Danae a Ehlana—, al menos no después de que se habituó a la idea. En general, constituyen un buen par de progenitores, excepto cuando mi madre se pone a sacar a relucir su rango.

—Ya está bien, princesa Danae —dijo Ehlana con tono oficial.

—¿Ves a qué me refería? —Danae sonrió al emperador.

—Vuestra hija va a ser una reina notablemente dotada —elogió Sarabian—. Elenia será un reino afortunado por teneros a ambas en el trono, una después de la otra. El problema de la sucesión hereditaria ha sido siempre el de esos lamentables lapsus de talento. A un gran rey o emperador inevitablemente le sucede alguien incompetente.

—¿Cuál es el procedimiento acostumbrado aquí en Tamuli, Sarabian? —preguntó Ehlana—. Ya sé que tienes nueve esposas. ¿Es el primogénito tuyo el que se convierte en el príncipe heredero, independientemente de la raza de su madre?

—Oh, no. Desde luego que no. El trono pasa al varón primogénito de la primera esposa. Ella es siempre una tamul, ya que una princesa tamul es siempre la primera con la que se casa un príncipe heredero. Yo me casé, de hecho, a la edad de dos años. Mis desposorios con las demás esposas que tengo se celebraron inmediatamente después de que me coronaran emperador. Fue una ceremonia de grupo: ocho novias y un novio. Eso elimina los celos y las discusiones sobre los rangos. A la mañana siguiente estaba completamente exhausto.

—¿Quieres decir que...?

—Oh, sí. Es un requerimiento. Se trata de otra forma de evitar esos celos de los que hablaba. Y todo tiene que haber acabado cuando sale el sol.

—¿Cómo deciden quién será la primera? —Ehlana parecía muy interesada.

—No tengo ni idea. Quizá juegan a los dados por ese privilegio. Había cuatro dependencias reales a cada lado de un largo corredor. Yo estaba obligado a descender por aquel pasillo interminable y hacerle una visita a cada una de mis flamantes esposas. Eso mató a mi abuelo. No era un hombre joven cuando subió al trono, y el esfuerzo fue demasiado para él.

—¿Qué os parece si cambiáramos de tema? —preguntó Falquián.

—Gazmoño —lo censuró Ehlana.

—Me pregunto si Dolmant me dejaría tener más de un esposo —reflexionó ella.

—Ni se te ocurra —dijo Falquián con bastante firmeza.

Llegaron los demás, y todos se sentaron en torno a una gran mesa servida con un almuerzo de manjares desconocidos para los elenios.

—¿Qué tal ha encontrado vuestra gracia a Subat? —preguntó Sarabian al primado de Ucera.

—Acudimos a sus oficinas, y allí estaba, majestad.

—Emban —reprendió Sephrenia al rechoncho hombrecillo de la Iglesia, que contemplaba con suspicacia un plato de carne indefinible.

—Lo siento, majestad —se disculpó Emban—. Tu primer ministro parece estar aún algo aferrado a sus formas.

—Lo han notado —comentó Sarabian con sequedad.

—Desde luego que lo advertimos, majestad —replicó Vanion—. Pero su gracia, aquí presente, le puso un poco patas arriba su forma de pensar. Le sugirió que lo que el mundo necesita realmente es un emperador divino o un archiprelado imperial. Ambos puestos de poder están incompletos en su actual condición.

—¿Yo? ¿Un dios? No seas ridículo, Emban. Ya tengo suficientes problemas con un gobierno. Por favor, no me echéis encima también un sacerdocio.

—No lo decía realmente en serio, majestad —le explicó Emban—. Sólo quería sacudir un poco más la forma de pensar de tu primer ministro. La conversación que tú mantuviste con él le abrió los ojos bastante, pero todavía tiene que abrir su mente.

—¿Qué te ha sucedido en el brazo? —preguntó Vanion a la mujer que amaba.

Sephrenia acababa de doblarse la manga hacia arriba y dejado a la vista el vendaje.

—Me la torcí —replicó ella.

—Sobre la cabeza de un estirio testarudo —agregó Zalasta, que profirió una risilla contenida.

—¡Sephrenia! —Vanion la miró fijamente.

—Utilicé mi entrenamiento pandion, querido —explicó ella con una sonrisa—. Pero alguien tendría que haberme dicho que debía poner rígida la muñeca.

—¿Le pegaste de verdad a alguien? —preguntó Kalten con incredulidad.

—Ciertamente que lo hizo, *sir* Kalten. —Zalasta sonrió—. Lo envió hasta la mitad de la habitación. También amenazó con matarlo, e incluso llegó a comenzar el hechizo de la muerte. En ese punto el hombre se volvió muy cooperador.

Todos la miraron con incredulidad.

—Oh, dejad de hacer eso —dijo. Luego rió con suavidad—. En realidad, fue tremendamente divertido. Nunca antes había amedrentado a nadie. Es muy gratificante, ¿verdad?

—A nosotros nos gusta mucho —reconoció Ulath, con una abierta sonrisa.

—Los estirios cooperarán plenamente —dijo a sus compañeros.

—¿Qué tal el ejército? —preguntó Emban a Tynian.

—No creo que podamos esperar mucho por ese lado, vuestra gracia —replicó con cautela Tynian, tras lanzarle una breve mirada al emperador—. Su función es básicamente ceremonial.

—Proviene de las mejores familias, caballero —dijo Sarabian, a la defensiva.

—Ése podría ser parte del problema, majestad..., eso y el hecho de que nunca hayan tenido que luchar realmente con nadie. En cualquier caso, dependeremos de los atanes, así que no necesitaremos realmente al ejército imperial. —Miró a Engessa—. ¿Está la guarnición local en buena forma, atán Engessa?

—Un poco ablandada, Tynian-caballero. Esta mañana los he llevado a correr, y empezaron a tener problemas después de treinta kilómetros. He dado algunas órdenes. Estarán en plena forma hacia el final de la semana.

—Las cosas están comenzando a encajar en su sitio —aprobó Vanion.

—Los sirvientes de palacio tienen todos los vicios habituales, señor Vanion —informó Khalad—. Les encantan las habladurías. Alean está haciendo muchos más progresos que yo..., probablemente porque es más bonita.

—Gracias —murmuró la muchacha, bajando los párpados.

—No es un gran piropo, Alean —dijo Talen—. Mi hermano no es una belleza arrebatadora..., ninguno de nosotros lo somos. Nuestros rostros están hechos para llevarlos puestos, no para lucirlos.

—Calculo que hacia el final de esta semana habremos ganado la confianza suficiente como para comenzar a cosechar secretos —resumió Khalad.

—Los elenios me asombráis —declaró Sarabian, maravillado—. Todos

parecéis tener un ingenio absoluto para las intrigas.

—Éste es un grupo bastante selecto, majestad —aseguró Emban—. Antes de salir de Chyrellos, sabíamos que nuestra principal tarea aquí sería reunir información. Escogimos a personas que son diestras en eso.

—Yo me encontré con uno de los profesores del departamento de asuntos contemporáneos de la universidad —informó Bevier—. La mayoría de los otros docentes tienen ya unas reputaciones basadas en este o aquel acontecimiento. El descansar sobre los laureles es uno de los defectos de los académicos. Pueden continuar apoyándose en una monografía durante décadas. En todo caso, este tipo al que acabo de mencionar es joven y tiene ganas de hacer cosas. Ha elaborado una teoría, y la defiende con toda su alma. Está completamente convencido de que todo el alboroto presente emana de Arjuna..., quizá porque ningún otro miembro de la docencia se ha aventurado aún en ese terreno. También está convencido de que Scarpa es el hombre que está detrás de toda esta conspiración.

—¿Quién es Scarpa? —preguntó Kalten.

—Zalasta nos habló de él —le recordó Ulath—. Sirve en Arjuna para los mismos propósitos que Sable en Astel y Gerrich en Lamorkand.

—Ah, sí, ahora lo recuerdo.

—En cualquier caso —continuó Bevier—, nuestro erudito ha reunido una enorme cantidad de pruebas que corroboran su teoría, algunas de las cuales son muy poco sólidas. Hablaría durante horas del tema con cualquiera que esté dispuesto a escucharlo.

—¿Hay alguien más en la universidad que esté trabajando sobre otra alternativa? —preguntó Emban.

—No de forma activa, vuestra gracia. No quieren arriesgar su reputación con pistas falsas. La timidez académica los está obligando a adoptar una postura de esperemos a ver. Mi joven entusiasta no tiene una reputación que defender, así que está dispuesto a correr algunos riesgos.

—Quédate a su lado, Bevier —dijo Vanion—. Incluso las conclusiones negativas pueden ayudar a estrechar el campo de investigación.

—Pienso exactamente lo mismo, señor Vanion.

—¿Pensáis que puedo abusar de vuestra majestad? —preguntó Stragen al emperador.

—Para eso están los anfitriones, mi señor. —Sarabian le sonrió—. Abusa según plazca a tu corazón.

—Tú sabías que hay criminales aquí, en Matherion, ¿verdad?

—¿Quieres decir aparte de los miembros de mi gobierno?

Stragen se echó a reír.

—Date un punto de ventaja, majestad —dijo—. Existe un mundo debajo de la superficie de todas las grandes ciudades del mundo —explicó—. Es un mundo de ladrones, rateros, allanadores de moradas, mendigos, prostitutas y asesinos. Esas personas se ganan la vida a duras penas saqueando al resto de la sociedad.

—Estamos al tanto de la existencia de esas gentes, por supuesto —respondió Sarabian—. Es por eso por lo que tenemos policías y prisiones.

—Sí, majestad, éstos son algunos de los pequeños inconvenientes de la vida criminal. Lo que no es generalmente sabido, sin embargo, es que los criminales del mundo cooperan los unos con los otros hasta un cierto punto.

—Continúa.

—Yo he tenido algunos contactos con esas gentes en el pasado, majestad —continuó Stragen, escogiendo cuidadosamente las palabras—. Pueden sernos de mucha utilidad. No hay casi nada que suceda en la ciudad, que no lo sepa uno u otro criminal. Si uno deja bien claro que no le interesan las actividades particulares de ellos, habitualmente le venden la información que recogen.

—¿Un acuerdo de negocios?

—Precisamente. Es algo del orden de comprar mercancías robadas. No es muy correcto, pero algunos lo hacen.

—Por supuesto.

—Ahora, bien. Este espíritu de cooperación que acabo de mencionar no existe aquí, en Matherion. Por alguna razón, los tamules no saben cooperar muy bien. Aquí, cada profesión se mantiene estrictamente dentro de sus límites. Incluso han formado gremios, y contemplan a las demás profesiones criminales con desprecio y suspicacia. Vamos a tener que derribar esos muros si queremos que esa gente nos sea de alguna utilidad.

—Eso responde a la razón, mi señor.

Stragen pareció respirar con un poco más de comodidad.

—He tomado algunas disposiciones, majestad —dijo al emperador—. Los jefes de los diferentes gremios criminales van a acudir aquí. Ellos te respetan enormemente, y te obedecerán si les dices que hagan algo. —Hizo una pausa—. Eso, siempre y cuando no les ordenes que se vuelvan honrados, por supuesto.

—Por supuesto. Creo que no puede pedírsele a un hombre que renuncie a su profesión.

—Exactamente. Pero lo que sí puedes ordenarles, majestad, es que abandonen esas barreras fortificadas y comiencen a mantener conversaciones los unos con los otros. Si queremos que nos sean de alguna utilidad, van a tener que estar dispuestos a pasar información a un punto de recogida central. Si tenemos que contactar con el jefe de cada gremio por separado, la información se convertirá en obsoleta antes de que llegue a nuestras manos.

—Ya veo. Corrígeme si me equivoco, mi señor Stragen. Lo que tú quieres que haga es que organice a los criminales de Matherion de forma que puedan desvalijar a los ciudadanos honrados de Matherion, a cambio de una información no específica que podrían o no recoger en las calles. ¿Se trata de eso?

Stragen hizo una mueca de dolor.

—Ya temía yo que vuestra majestad lo viese desde ese punto de vista —dijo.

—No debes tener miedo, mi señor Stragen. Estaré encantado de tener una charla con esos leales criminales. La gravedad de la crisis que estamos pasando se sobrepone a mi repulsión natural a tener que tratar con bribones y delincuentes. Dime, mi señor, ¿eres tú un buen ladrón?

—Creo que he subestimado a vuestra majestad. —Stragen suspiró—. Sí, de hecho soy un ladrón muy bueno. Detesto parecer poco modesto, pero probablemente soy el mejor ladrón del mundo.

—¿Qué tal van los negocios?

—No demasiado bien últimamente, emperador Sarabian. Las épocas de alboroto son muy malas para el crimen. Los hombres honrados se ponen nerviosos y comienzan a proteger sus cosas de valor. Ah, una cosa, majestad, los criminales a los que les dirigirás la palabra estarán enmascarados. Te respetan enormemente, pero probablemente querrán ocultar sus rostros ante ti.

—Puedo comprenderlo, supongo. Estoy muy deseoso de hablar con tus amigos, Stragen. Uniremos nuestras cabezas y hallaremos la forma de burlar a las autoridades.

—Ésa no es realmente una buena idea, majestad —advirtió Talen al emperador—. Nunca dejes que un ladrón se te acerque a más de diez pasos. —El muchacho levantó la mano para enseñarle a Sarabian un brazalete enjoyado.

El sobresaltado emperador dirigió rápidamente la mirada a su muñeca derecha desnuda.

—No ha sido más que una demostración, majestad. —Talen dedicó al emperador una ancha sonrisa—. No pensaba realmente quedarme con él.

—Devuélvele también el resto, Talen —ordenó Stragen.

Talen suspiró.

—Tienes una vista insalubrementemente rápida, Stragen. —Se metió la mano dentro del jubón y sacó varias joyas más—. El mejor plan será que no lleves nada de valor encima cuando hables con los ladrones, majestad —aconsejó a Sarabian.

—Eres realmente muy bueno, maestro Talen —elogió el emperador a Talen.

—No es más que un asunto de muñecas —replicó Talen con un encogimiento de hombros.

—De verdad que me encantáis los elenios —declaró Sarabian—. Los tamules son un pueblo aburrido e insulso, pero vosotros estáis llenos de sorpresas. —Sonrió traviesamente a Melidere—. ¿Y qué sorprendentes revelaciones tienes tú para mí, baronesa? —preguntó.

—Nada demasiado sorprendente, majestad. —Ella le sonrió a su vez—. El contonearme de aquí para allá a través de los pasillos ha provocado el surgimiento de unas ofertas bastante predecibles..., y un buen número de pellizcos. Los tamules pellizcan con mayor frecuencia que los elenios, ¿no es cierto? En cualquier caso, he aprendido a mantener la espalda contra la pared. Uno o dos pellizcos dados con espíritu de buena y sana diversión están bien, supongo, pero los cardenales tardan mucho en desaparecer.

Luego todos miraron a Berit. El joven caballero pandion se puso como la grana.

—Yo no tengo realmente nada que informar, mis señores y señoras —murmuró.

—Berit —dijo Ehlana con dulzura—, no está bien mentir de esa manera, ¿sabes?

—La verdad es que no fue nada, majestad —protestó él—. Fue todo un malentendido, estoy seguro..., probablemente porque no hablo muy bien el tamul.

—¿Qué ha sucedido, mi joven amigo? —preguntó Sarabian.

—Bueno, majestad, fue tu esposa, la emperatriz Elysoun..., la que lleva el traje poco corriente.

—Sí, me la han presentado.

—Bueno, majestad, ella me abordó en uno de los corredores y me dijo que parecía un poco cansado..., quizá porque yo tenía los ojos cerrados.

—¿Y por qué hacías eso?

—Eh... bueno, su traje, ya me comprendes, majestad. Pensé que sería

descortés mirarla.

—En el caso de Elysoun, lo descortés es no hacerlo. Ella está muy orgullosa de sus atributos.

El rubor de Berit se hizo más intenso.

—En cualquier caso —se apresuró a continuar—, ella dijo que yo parecía cansado y me contó que tenía una cama muy cómoda en sus habitaciones, y que yo podía utilizarla si quería descansar un poco.

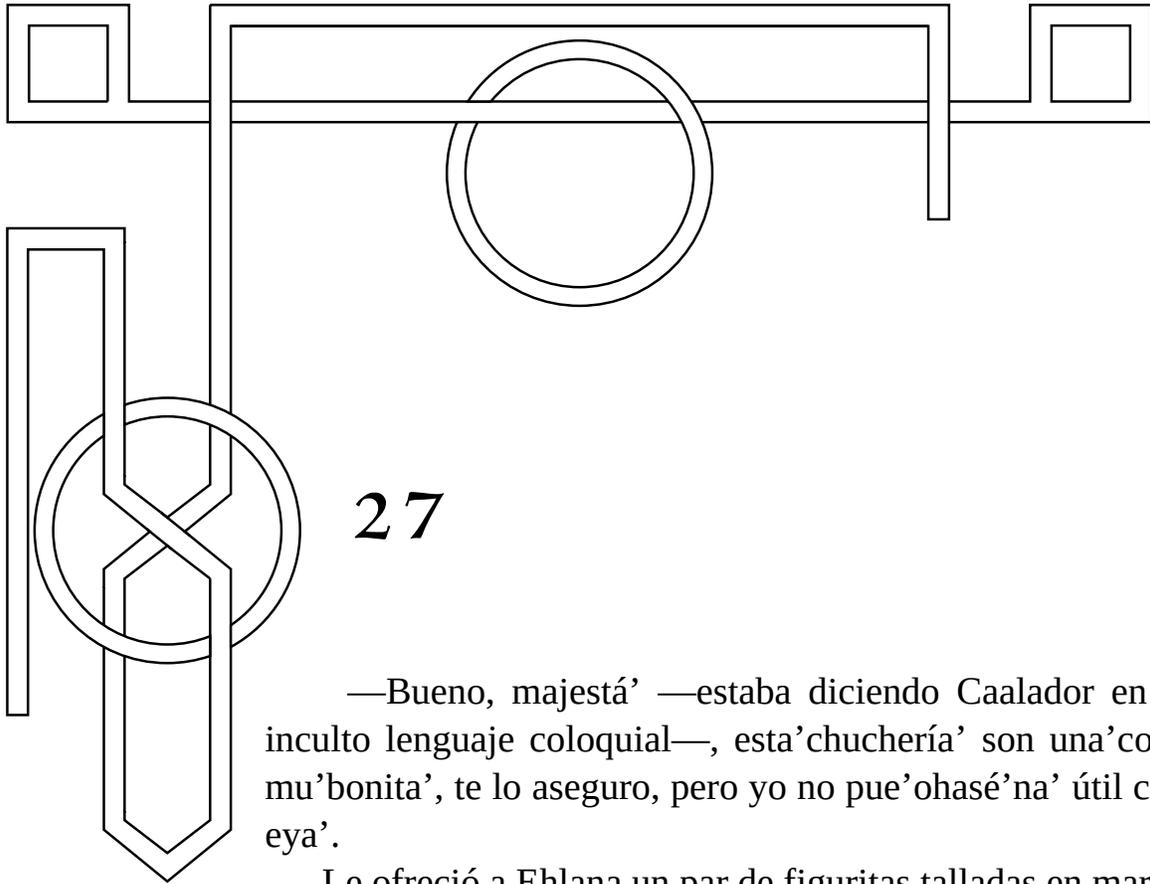
Kalten estaba contemplando al joven caballero con la boca abierta de envidia.

—¿Y qué le dijiste tú? —preguntó casi sin aliento.

—Bueno, le di las gracias, por supuesto, pero le dije que en realidad no tenía sueño.

Kalten ocultó el rostro entre las manos y gimió.

—Vamos, vamos —le dijo Uloth, mientras le daba unos consoladores golpecitos en un hombro.



27

—Bueno, majestá’ —estaba diciendo Caalador en su inculto lenguaje coloquial—, esta’chuchería’ son una’cosa’ mu’bonita’, te lo aseguro, pero yo no pue’ohasé’na’ útil con eya’.

Le ofreció a Ehlana un par de figuritas talladas en marfil.

—Son preciosas, Caalador —replicó ella efusivamente.

—¿Se ha marchado ese guardia? —murmuró Caalador a Falquián.

El interpelado asintió con la cabeza.

—Mirtai lo ha echado de un empujón.

—Creí que pensaba quedarse a pasar el día.

—¿Has tenido algún problema para entrar en el complejo? —preguntó Ehlana.

—Ni uno solo, majestad.

—Esperaba que así fuese..., después de toda la alharaca que he armado. —Miró los figurines con más atención—. Son realmente encantadores, Caalador —dijo—. ¿Dónde los has conseguido?

—Los hice robar del museo de la universidad —replicó él con un encogimiento de hombros—. Son teganos, del siglo diecinueve..., muy raros y muy valiosos. —Le sonrió con expresión traviesa—. Si vuestra majestá’ tiene una pasión d’esa’ por la’antigüeda’e’, pue’o conseguirte la’cosiya’ de verdá’.

—Me encanta oír hablar a este hombre —dijo Ehlana.

La baronesa Melidere escoltó a los demás al interior de los aposentos reales.

—¿Algún problema? —preguntó Stragen a su hermano ladrón.

—He pasa' o con má' fasilidá' que la comadreja que se mete en el ni' o de la gayina.

—Por favor, Caalador, no me tortures.

Caalador estaba sirviendo a la reina de Elenia en calidad de «proveedor de antigüedades», y por orden de ella debía permitírsele acceso inmediato a sus aposentos, a cualquier hora. Uno u otro de los caballeros lo había escoltado hasta el complejo palaciego en varias ocasiones durante las pasadas semanas, con el fin de que los guardias de las puertas se familiarizaran con el rostro de Caalador, pero aquélla era la primera vez que intentaba acceder sin compañía. El surtido de subterfugios que inventaban se hacían cada vez más sutiles.

—¿Que ha sucedido algo significativo, Caalador? —preguntó Zalasta.

—No estoy seguro, erudito. —Caalador tenía el entrecejo fruncido—. Nos estamos tropezando constantemente con algo un poco peculiar.

—¿Ah, sí?

—Toda clase de personas están hablando de algo llamado «la ciudad oculta». Son precisamente las personas a las que hemos estado vigilando, así que he pensado que podría tener alguna importancia.

—Efectivamente, es un poco insólito —asintió Zalasta—. No es el tipo de cosas que uno espera que se divulgue por las calles.

—¿Significa realmente algo, entonces?

Zalasta asintió con la cabeza.

—Es un viejo refrán tamul que tiene que ver con la vida de la mente. ¿Dicen acaso algo como: «Los caminos que llevan a la ciudad oculta son largos, pero las recompensas que sé encuentran en ella son tesoros sin precio»?

—Eso es exactamente lo que hemos oído, erudito. Dos personas se encuentran por la calle, y una recita la primera parte y la otra la segunda.

Zalasta volvió a asentir con la cabeza.

—El refrán se refiere a las recompensas de la búsqueda del conocimiento y la iluminación. No obstante, en este caso sospecho que tiene algún otro significado. ¿Lo han escuchado tus gentes de otros que no sean los tamules?

Caalador hizo un gesto de asentimiento.

—Un par de mercaderes elenios se saludaron con esa frase en una esquina de la calle, ayer mismo.

—Eso suena mucho como una contraseña —reflexionó Vanion.

—Detestaría concentrar todos nuestros esfuerzos en algo como eso, con exclusión de todo lo demás —dijo cautelosamente Zalasta.

—Ah, eso no tiene ningún problema, vuestra brujería —aseguró Caalador—. Tengo la 'oreja' en lo 'mendigo' y la 'prostituta' y los ratero 'yesa' cosa'. Tengo lo que podría yamarse un atajco d'abundansia en ese departamento.

Zalasta pareció perplejo.

—Está diciendo que tiene gente más que suficiente a su disposición, Zalasta —tradujo Sephrenia.

—Es un dialecto pintoresco, ¿no? —comentó Zalasta con suavidad.

Ulath tenía el entrecejo fruncido.

—No estoy completamente seguro —dijo—, pero me parece que oí a dos de los guardias de palacio hablando de «la ciudad oculta» hace algunos días. Podría haber más gente implicada de la que pensábamos.

Vanion asintió con la cabeza.

—Puede que no nos conduzca a nada —dijo—, pero no nos hará ningún daño mantener los oídos abiertos. Si Caalador ha tropezado efectivamente con el santo y seña del bando contrario, eso podría ayudarnos a identificar a algunos conspiradores que de otra forma pasaríamos por alto. Hagamos una especie de lista. Reunamos los nombres de todas esas personas que tienen sed y hambre de la ciudad oculta de la mente. Si realmente es una seña y contraseña, y si está de alguna forma relacionada con lo que estamos buscando, tendremos un grupo de nombres con los que trabajar.

—Estás comenzando a hablar de forma muy parecida a la de un policía, señor Vanion —dijo Talen con un tono semiacusador.

—¿Podrás perdonarme alguna vez?

—Ah, por cierto, en la universidad vi a un viejo amigo —dijo Bevier con una débil sonrisa—. Parece que el cuñado del barón Kotyk ha venido a Matherion para someter al departamento de literatura contemporánea a su horroroso arte.

—¿No crees que el término «infligir» sería más apropiado, Bevier? —preguntó Ulath—. Yo he oído algunas de las poesías de Elron.

—¿Quién es Elron? —preguntó Sephrenia.

Falquián intercambió una larga mirada con Emban. Todavía se hallaban atados al juramento que le habían hecho al archimandrita Mosel.

—Eh... —comenzó, no muy seguro de cómo continuaría—, es un asteliano..., una especie de semiaristócrata con pretensiones literarias. No estamos muy seguros de hasta qué punto se halla involucrado en los disturbios

de Astel, pero sus opiniones y simpatías parecen indicar que se inclina poderosamente a favor del hombre conocido como Sable.

—¿No es una coincidencia que acabe de llegar a Matherion casi al mismo tiempo que nosotros comenzamos a percibir un fuerte olor a pescado muerto en las calles? —preguntó Tynian—. ¿Por qué iba a venir al centro mismo de la cultura de los diablos amarillos sin el dios que él confiesa odiar?

—Insólito —asintió Ulah.

—Cualquier cosa insólita es sospechosa —declaró Kalten.

—Ésa es una crasa generalización —le acusó Falquián.

—Bueno, ¿y qué, si lo es?

—En este caso podría tener razón. Quizá sea mejor que lo mantengamos bajo vigilancia. Talen, sería conveniente que volvieras a sacar tu libreta de dibujo.

—¿Sabes una cosa, Falquián? —dijo el muchacho—. Podría ganar muchísimo dinero haciendo dibujos como éste si tú no estuvieras tan empeinado en convertirme en un pandion y cargarme con todos esos altos ideales.

—El servicio es la recompensa misma —replicó devotamente Falquián.

—Caalador —dijo Sephrenia con expresión meditabunda.

—¿Sí, vuestra brujería?

—Por favor, no hables así —pidió ella con cansancio—. Hay algunos de esos llamados violentos agitadores sueltos por Tamuli. ¿Existe alguna posibilidad de que los ladrones locales hayan visto a alguno de ellos?

—Lo preguntaré, señora Sephrenia, y si hace falta puedo mandar gente a buscar a los que pertenecen a los otros reinos y que los hayan visto. Pero no estoy muy seguro de lo buena que pueda ser la descripción física que nos den. Si uno dice que una persona es más o menos de estatura mediana, eso incluirá alrededor de la mitad de los pobladores por definición.

—Ella puede ir más allá de las descripciones físicas, Caalador —le aseguró Talen—. Puede menear los dedos en dirección a los testigos, y trasladar la imagen de la persona que hayan visto a la superficie de un cubo de agua. Yo puedo hacer el dibujo a partir de esa imagen.

—No sería mala idea la de hacer circular el retrato de esos patriotas —murmuró Sephrenia—. Si Elron y Krager están aquí, es posible que otros también decidan hacer una visita a Matherion. Si piensan mantener una convención, nosotros deberíamos saberlo, ¿no os parece?

—¿No deberíamos agregar un retrato del conde Gerrich, también? —sugirió

Danae.

—Pero él está al otro extremo del mundo, en Lamorkand, princesa —señaló Kalten.

—Aun así, sigue siendo una de las personas implicadas, Kalten —replicó ella—. Si vais a hacer algo, hacedlo bien. ¿Cuánto va a costar? ¿Quizá unas cuantas hojas de papel? ¿Y el uso del lápiz de Talen durante media hora más?

—De acuerdo, inclúyelo. A mí no me importa. No creo que vaya a presentarse por aquí, pero adelante, haz que Talen dibuje su retrato, si quieres.

—Oh, gracias, Kalten. Gracias, gracias, gracias.

—¿No es casi la hora de su siesta? —preguntó Kalten con acritud.

—Hablando de Krager —dijo Falquián—. ¿Se le ha vuelto a ver por la ciudad?

—Sólo esas dos veces que he mencionado antes —replicó Caalador—. ¿Ese tipo es de los que pueden desaparecer bajo tierra?

—Ése es Krager, sin duda alguna —declaró Kalten—. Se siente perfectamente cómodo con las ratas de cloaca..., ya que al menos la mitad de él es una rata. Siempre que tenga alguien que le traiga vino, estará perfectamente contento de permanecer en un agujero de ratas durante seis meses consecutivos.

—Quiero echarle el guante de verdad, Caalador —dijo Falquián, irritado—. Todos mis amigos están pasándoselo en grande diciéndome que ya me lo avisaron.

—Me temo que no te sigo —replicó Caalador con expresión perpleja.

—Todos piensan que debería de haberlo matado. Incluso Sephrenia está sedienta de su sangre.

—Bueno, amigo mío —dijo Caalador, arrastrando las palabras—, yo pue' o darte una buena causa pa' justificá' la suerte que e' que no lo aya'mata'o. Tú y tu'amigo' conocí'to'o'a ese tipo, el Krager ese, y él e' uno 'e lo'monigote' d'arriba 'el otro bando... que e' lo que no sería si le hubiera'corta'o el cueyo, ¿no e'verdá'? Conosemo' a ese tipo, al Krager ése, y ante' o despué' lo piyaremo'y le pondremo' los pie' 'n el fuego hasta que'mpiese a hablá'. Si ese tipo fuera un completo 'esconosi'o, no tendríamo' ni idea 'e quién era al que estamo' buscando, ¿no te parese?

Falquián dedicó una sonrisa beatífica a sus amigos.

—Ya lo veis —comentó—. Ya os dije que sabía lo que estaba haciendo.

Aquel día, unas horas más tarde, Falquián y Ehlana se reunieron con el emperador Sarabian y Oscagne, para hablar de lo descubierto hasta el momento.

—¿Es posible que algún miembro del gobierno haya oído a alguien utilizar esa seña y contraseña, excelencia? —preguntó Falquián a Oscagne.

—Bastante posible, príncipe Falquián —replicó Oscagne—. El ministro del Interior tiene espías por todas partes, pero los informes que le traigan probablemente no saldrán a la luz hasta dentro de seis meses o un año. Son unos grandes chupatintas en Interior.

—Subat tiene sus propios espías —dijo Sarabian de mal humor—, pero si ha descubierto algo, no me lo dirá. Dudo de que fuera capaz de contarme nada aunque alguien cogiera la isla de Tega y se la llevara a remolque.

—Todas las tradiciones que pesan sobre el primer ministro le dicen que debe protegerte, majestad imperial —respondió Oscagne—. A pesar de la pequeña charla que mantuviste con él, quizá vayas a tener que obligarlo a que te dé la información. Él cree con total devoción que su deber es el de ahorrarte la angustia de oír noticias desagradables.

—Si mi casa está en llamas, preferiría no ahorrarme la angustia de descubrirlo —replicó Sarabian con acritud.

—Yo tengo informantes en los otros ministerios, majestad. Los pondré a trabajar en eso. Y ya que hablamos de ello, Interior ha estado recibiendo una gran cantidad de informes de disturbios..., muchos más de los que esperábamos previamente. Kolata está a punto de volverse loco.

—¿Kolata? —inquirió Falquián.

—El ministro del Interior —le explicó Sarabian—, el jefe de Policía del imperio. Es tan bueno en ocultarme secretos como Subat. ¿Qué está sucediendo ahora, Oscagne?

—Los cementerios han estado escupiendo a sus muertos, majestad. Alguien ha estado desenterrando a los recientemente fallecidos para reanimarlos. Andan por ahí arrastrando los pies, gimiendo y con los ojos en blanco. Aldeas enteras de Edom han sido abandonadas a causa de eso. Los hombres lobo corren en manadas por Daconia, se reúnen en bandadas en las selvas de Arjuna, como las aves migratorias, y los seres fulgentes están aterrorizando a la región de los alrededores de Dasan. Agrega a eso el hecho de que los trolls continúan marchando por Atan septentrional, y que la ciudad de Sama ha sido atacada dos veces por lo que parecen ser cyrgais, y que tenemos algunas pruebas bastante fidedignas de que las cosas podrían estar llegando a su punto culminante. En el

pasado, estos disturbios eran esporádicos y localizados. Ahora están convirtiéndose en algo general.

—Maravilloso —dijo Sarabian con amargura—. Creo que me exiliaré en alguna parte.

—Te perderías toda la diversión, majestad —le aseguró Falquián.

—¿Qué diversión?

—Todavía no hemos comenzado siquiera a tomar medidas para contrarrestarlos. Puede que no tengamos posibilidad de hacer mucho contra los vampiros y esas cosas, pero decididamente podemos hacer movimientos contra los trolls y los cyrgais. Engessa ha estado entrenando a los atanes locales con ciertas tácticas elenias. Creo que podrían estar en condiciones de enfrentarse con los trolls y los cyrgais.

Sarabian parecía un poco sorprendido.

—El atan Engessa es el comandante de la guarnición de Canae, en Astel —dijo—. No tiene autoridad ninguna aquí, en Matherion.

—En realidad, la tiene, majestad —lo contradijo Falquián—. Colijo que ha recibido un nombramiento especial del rey Androl..., o de la reina Betuana, más probablemente. Se ha ordenado a los otros comandantes atanes que sigan las sugerencias de él.

—¿Por qué nadie me cuenta nunca ese tipo de cosas?

—Política imperial, majestad. —Oscagne le sonrió—. Si llegaras a saber demasiado, puede que interfirieses en las actividades del gobierno.

—En cualquier caso —continuó Falquián—, Engessa se quedó muy impresionado con las tácticas empleadas por nosotros en los enfrentamientos que tuvimos por el camino. Hemos estado entrenando a algunos de sus atanes en las técnicas occidentales.

—Eso es sorprendente —dijo Sarabian—. Yo no habría esperado que los atanes escuchasen a nadie en lo referente a los asuntos militares.

—Engessa es un profesional, majestad —dijo Falquián—. Los profesionales están siempre interesados en los avances armamentísticos y tácticos. Hemos atrapado algunos caballos muy grandes para poder montar a algunos de los atanes, y Kalten junto con Tynian han estado instruyéndolos en el manejo de la lanza. Es la forma más segura de enfrentarse con los trolls, según hemos descubierto. Bevier ha tomado a otro grupo a su cargo, y está enseñándoles a construir y utilizar máquinas de asedio. Cuando nos encontramos con aquellos cyrgais en las afueras de Sarsos, las catapultas de Bevier rompieron la formación

en falange de ellos. Es difícil mantener una formación militar cuando llueven rocas. Ah, hay otra cosa de la que tenemos que estar todos enterados. Khalad encontró un árbol en las afueras de la ciudad que estaba acribillado de flechas cortas de acero. Alguien ha estado practicando con una ballesta.

—¿Qué es una ballesta? —preguntó Sarabian.

—Es un arma lamork, majestad. —Falquián hizo un rápido bosquejo—. Se parece más o menos a esto. Los travesaños y la cuerda son mucho más resistentes que los de un arco grande normal, por lo que tiene un alcance y un poder de penetración mayores. Es una grave amenaza para un caballero con armadura. Alguien de Matherion está trabajando para contrarrestar la ventaja que nos proporciona la armadura.

—Esto comienza a tener el aspecto de que estoy colgando de mi trono por los dedos —dijo Sarabian—. ¿Podría apelar a ti para que me dieras asilo político, Ehlana?

—Estaré encantada de tenerte en Cimmura, Sarabian —replicó ella—, pero no perdamos aún las esperanzas en Falquián. Es un hombre terriblemente lleno de recursos.

—Como he dicho antes —continuó Falquián—, no podemos hacer mucho respecto a los *ghoules*, los hombres lobo, los seres fulgentes o los vampiros, pero podemos darles algunas sorpresas a los trolls y los cyrgais. Me gustaría que los atanes recibieran un poco más de entrenamiento en las tácticas montadas y el uso de las máquinas de guerra de Bevier, y luego podría haber llegado el momento de hacer saber a nuestro oponente que no va a ganar esta partida con facilidad. Me gustaría especialmente diezmar a los trolls. Nuestro enemigo se está apoyando muy poderosamente en los dioses troll, y estos abandonarán la alianza si son muchos los adoradores suyos que resultan muertos. Creo que sería conveniente organizar un par de expediciones a principios de la semana que viene..., una hacia el norte, el territorio troll, y otra hacia Sarna. Ya es hora de que demos a conocer nuestra presencia.

—¿Y todo ese asunto local? —inquirió Oscagne—. ¿Toda esa fascinación con la ciudad oculta de la mente?

—Caalador continuará trabajando en ello. Ahora ya tenemos el santo y seña, y eso puede abrirnos todo tipo de puertas. Vanion está haciendo una lista de nombres. Dentro de poco conoceremos a todos los que han estado hablando de la ciudad oculta en Matherion. —Miró a Sarabian—. ¿Tengo el permiso de tu majestad para detener a esas personas si fuera necesario? —preguntó—. Si

nosotros nos movemos primero y los atrapamos antes de que puedan poner su plan en acción, romperemos la columna vertebral de este complot antes de que llegue demasiado lejos.

—Detén a todos los que quieras, Falquián —replicó Sarabian con una mueca—. Tenemos muchos edificios que podemos utilizar como prisiones.

—Muy bien, jovencita —dijo Falquián a su hija con bastante firmeza unos días más tarde—. Uno de los mendigos de Caalador vio al conde Gerrich en una calle, no lejos de aquí. ¿Cómo sabías que estaría en Matherion?

—No lo sabía, Falquián. Sólo tuve una corazonada.

Danae estaba tranquilamente sentada en un gran sillón, rascándole las orejas a su gata. *Mmrr* ronroneaba, agradecida.

—¿Una corazonada?

—Intuición, si esa palabra hace que te sientas mejor. Sencillamente no parecía correcto que Krager y Elron estuviesen aquí, sin que los otros también lo estuvieran..., y esa lógica incluiría a Gerrich, ¿no crees?

—No confundas las cosas utilizando las palabras «lógica» e «intuición» en la misma frase.

—Ah, Falquián, haz el favor de crecer de una vez. Eso es lo único que es toda esa lógica..., una justificación para las corazonadas. ¿Has conocido alguna vez a alguien que utilizara la lógica para demostrar que era falso algo en lo que ya creyese?

—Bueno..., no personalmente, quizá, pero estoy seguro de que tiene que haber habido algunas personas que lo hicieran.

—Esperaré hasta que encuentres a uno. Yo soy inmortal, así que el tiempo no significa en realidad mucho para mí.

—Eso es verdaderamente ofensivo, Aphrael.

—Lo siento, padre. —No parecía muy contrita—. Tu mente recoge información de cientos de formas distintas, Falquián: cosas que ves, cosas que oyes, cosas que tocas, y todas las que hueles. Luego reúne toda esa información y salta de ahí a las conclusiones. Eso es todo lo que son las corazonadas. La intuición es igual de precisa que la lógica, de verdad, pero no tiene que pasar por el largo y tedioso proceso de avanzar lentamente paso a paso para demostrar las cosas. Salta con rapidez de las pruebas a las conclusiones sin todos los aburridos pasos intermedios. A Sephrenia no le gusta la lógica precisamente por lo

aburrida que es. Ella ya conoce las respuestas que tú intentas demostrar de esa forma terriblemente laboriosa..., y tú también las conocerías, si fueras honrado al respecto.

—El folclore está lleno de esas corazonadas, Aphrael..., y por lo común son erróneas. ¿Qué te parece la antigua idea de que el trueno corta la leche?

—Ése es un error de la lógica, Falquián, no un error de la intuición.

—¿Te importaría explicar eso?

—Con la misma facilidad podría decir que la leche cortada provoca el trueno, ¿sabes?

—Eso es absurdo.

—Por supuesto que lo es. El trueno y la leche cortada son ambos efectos, no causas.

—Deberías hablar con Dolmant. Me gustaría verte cuando intentaras explicarle que ha estado malgastando todos estos años en la lógica.

—Él ya lo sabe —replicó la princesa, encogiéndose de hombros—. Dolmant es mucho más intuitivo de lo que tú imaginas. Supo quién era yo desde el instante en que me vio..., que es muchísimo más de lo que puede decirse de ti, padre. Durante una época pensé que tendría que volar para poder convencerte.

—Sé amable con tu padre.

—Lo soy. Hay toda clase de cosas que no he dicho sobre ti. ¿En qué anda Krager?

—Nadie lo sabe.

—Necesitamos de veras encontrarlo, Falquián.

—¡Ya lo sé! Yo quiero encontrarlo más que tú. Disfrutaré mucho estrujándolo como a un calcetín mojado.

—Sé serio, Falquián. Ya conoces a Krager. Te contaría toda la historia de su vida con que sólo lo miraras con el ceño fruncido.

Él suspiró.

—Probablemente tengas razón —concedió—. Sin embargo, resulta muy divertido.

—No estás aquí para divertirte, Falquián. ¿Qué prefieres obtener? ¿Información o venganza?

—¿No podríamos hallar la forma de obtener ambas cosas?

Ella puso los ojos en blanco.

—Elenios —suspiró.

A principios de la semana siguiente, Bevier se llevó a un destacamento de recientemente entrenados atanes, en dirección oeste. Al día siguiente, Kalten, Tynian y Engessa se llevaron a doscientos atanes, montados en dirección norte, hacia las tierras que estaban siendo asoladas por los trolls. Por insistencia de Vanion, los grupos abandonaron Matherion en grupos de dos y tres para reunirse luego fuera de la ciudad.

—No tiene ningún sentido anunciar lo que nos traemos entre manos —había dicho.

Pocos días después de la partida de ambas expediciones, Zalasta se marchó hacia Sarsos.

—No estaré fuera mucho tiempo —dijo a los otros—. Tenemos una cierta promesa de compromiso por parte de los Mil, pero creo que me gustaría ver pruebas más concretas de que están dispuestos a honrar ese compromiso. Las palabras son buenas y están muy bien, pero quiero ver alguna acción, sólo como muestra de buena fe. Conozco a mis hermanos. Nada en el mundo los satisfaría más que la posibilidad de cosechar los beneficios de haber establecido «en principio» una alianza con nosotros, sin los inconvenientes de verse verdaderamente obligados a hacer nada para ayudarnos. Ellos son los mejor preparados para enfrentarse con estas manifestaciones sobrenaturales, así que los arrancaré de sus cómodas sillas de Sarsos y los dispersaré hacia los puntos conflictivos. —Sonrió tenuemente a Vanion desde debajo de sus sobresalientes cejas—. Los largos viajes puede que los endurezcan un poco, milord —agregó—. Tal vez así podremos evitar que tengas que volver a torcerte un tobillo para demostrar lo flojos y haraganes que son.

—Lo aprecio en lo que vale, Zalasta —replicó Vanion, riendo.

Siempre había más cosas que hacer que tiempo para realizarlas. Las ceremonias y «recepciones» que tenían lugar debido a la visita oficial de la reina de Elenia ocupaban las tardes y veladas, así que Falquián y los demás se veían obligados a trabajar hasta muy tarde y levantarse temprano con el fin de dedicarse a sus subrepticias operaciones dentro de la ciudad y del complejo imperial. El humor de todos se agrió a causa de la falta de sueño, y Mirtai comenzó a acosar a Falquián acerca del estado de salud de la esposa de éste. Ehlana, en efecto, estaba comenzando a presentar oscuros semicírculos debajo de los ojos y una disposición crecientemente irascible.

El punto de inflexión se produjo diez días después de la partida de las

expediciones hacia Sarna y las tierras recientemente ocupadas por los trolls. Caalador llegó a primeras horas de una mañana con una especie de tensión exultante en el rostro y un gran saco de cañamazo en una mano.

—Ha sido pura suerte, Falquián —cacareó cuando ambos hombres se reunieron en las dependencias reales.

—Nos vendría bien un poco más de eso —dijo Falquián—. ¿Qué has descubierto?

—¿Te gustaría mucho saber el día y la hora exactos en los que el asunto de la ciudad oculta llegará a su punto culminante?

—Estaría moderadamente interesado en eso, sí. Esa expresión congratulatoria que tienes en la cara me dice que has descubierto unas cuantas cosas.

—Ya lo creo que sí, Falquián, y me cayó en las manos como un melocotón demasiado maduro. —Caalador se puso a hablar en dialecto—. Eso'tipo' 'el otro bando son tremendamente descuida'o' con la'innstrusione' escrita. Parese se'qu' un cortabolsa' que conosco, un muchacho emprendedó' que tien' un cuchiyó mu'afila'o, le cortó la bolsa a un mercadé' dacita, y de la bolsa salió un puña'o 'e mone'a', y mescla'o con la'mone'a' 'e plata y latón había ese mensaje que le había, pasa'o uno 'e su'compañero'cospiradore'. —Caalador frunció el entrecejo—. A lo mejó' la palabra corre sta 'e «cospiradore'» —reflexionó.

—Ehlana todavía está durmiendo, Caalador —dijo Falquián—. A mí no tienes por qué entretenerme con ese dialecto.

—Lo siento. Sólo estaba practicando. En cualquier caso, la nota era bastante específica. Decía: «El día de la revelación de la ciudad escondida está cerca. Todo está preparado. Iremos a tu almacén a buscar las armas a la segunda hora después de la salida del sol dentro de diez días a partir de hoy». ¿No te parece interesante?

—Desde luego que lo es, Caalador, pero esa nota podría ser de hace una semana.

—No, de hecho, no lo es. ¿Podrías creer que el idiota que la escribió le puso la fecha?

—No hablarás en serio.

—Que se me ponga la lengua verde si no e'verdá'.

—¿Puede identificar al mercader dacita, tu cortabolsas? Me gustaría localizar ese almacén y averiguar qué tipo de armas guardan allí.

—Voy por delante de ti, Falquián —replicó Caalador con una sonrisa—.

Hemos seguido al dacita, y yo recurrí a mi experiencia como ladrón de gallinas para entrar en el almacén. —Abrió el saco que había traído consigo y de dentro sacó lo que resultó ser una ballesta recién fabricada—. Había vario'siento'd' esta' en ese gayinero suyo —dijo—, junto con paquete'entero' de espa'a' barata'... que mu' probablemente la' forjaron en Lebros 'e Cammoria..., que e' mu'conoci'a por hasé'negosio'buenísimo' con gent'atrasá'.

Falquián dio vueltas a la ballesta en sus manos.

—No está realmente muy bien hecha, ¿verdad?

—Pero probablemente dispara..., al meno' al prinsipio.

—Esto explica el árbol que Khalad encontró con todas esas flechas de ballesta clavadas. Aparentemente se nos esperaba. Nuestro amigo del otro bando no necesitaría ballestas en realidad, a menos que supiera que iba a enfrentarse con hombres que llevan armadura. El arco largo es muchísimo más eficaz contra gentes normales. Se dispara más rápido con él.

—Creo que será mejor que reconozcamos algo, Falquián —dijo Caalador con total seriedad—. Varios cientos de ballestas significan varios cientos de conspiradores, sin contar a los que van a utilizar las espadas, y resulta bastante evidente que la conspiración implicará cosas desagradables tanto en Matherion misma como en el traspáis. Creo que será mejor que estemos preparados para el levantamiento... y para luchar en las calles.

—Podrías muy bien tener razón, amigo mío. Veamos qué podemos hacer para debilitar a esa turba.

Se acercó a la puerta y la abrió. Como siempre, Mirtai estaba sentada fuera, con la espada sobre el regazo.

—¿Podrías ir a buscarme a Khalad, atana? —preguntó con cortesía.

—¿Quién va a guardar la puerta mientras yo esté ausente? —preguntó ella a su vez.

—Yo me haré cargo de ello.

—¿Por qué no vas a buscarlo tú? Yo me quedaré aquí y me ocuparé de la seguridad de Ehlana.

Él suspiró.

—Por favor, Mirtai..., como un favor especial para mí.

—Si a Ehlana le sucede cualquier cosa mientras yo no esté, responderás ante mí, Falquián.

—No lo olvidaré.

—Bonita muchacha, ¿verdad? —observó divertido Caalador después de que

la gigantesca Mirtai se hubiese marchado en busca del escudero.

—Yo no insistiría en hacer esa observación con demasiada frecuencia cuando Kring esté presente, amigo mío. Están comprometidos, y él es un hombre celoso.

—¿Debo decir entonces que es fea?

—Eso tampoco sería realmente una buena idea. Si dices eso, probablemente será ella quien te mate.

—Son quisquillosos, ¿no es verdad?

—Oh, sí..., los dos lo son. Prometen ser un matrimonio muy animado.

Mirtai regresó con Khalad unos minutos más tarde.

—¿Me has hecho llamar, mi señor? —preguntó el hijo de Kurik.

—¿Qué harías para estropear esta ballesta sin que resultara obvio que alguien la había estado sabotando? —preguntó Falquián, mientras entregaba al joven el arma que Caalador acababa de llevar.

Khalad examinó el arma.

—Cortaría la cuerda casi hasta el final, a esta altura, donde se une al extremo del arco —sugirió el muchacho—. Se rompería en cuanto alguien intentara tensarla.

Falquián negó con la cabeza.

—Podrían cargarlas con antelación —dijo—. Creo que alguien va a intentar utilizarlas contra nosotros, y no quiero que descubran que no funcionan hasta que ya sea demasiado tarde.

—Podría romper el mecanismo del gatillo —dijo Khalad—. El arquero tensaría la cuerda y cargaría la ballesta, pero no llegaría a dispararla..., o al menos no podría apuntar con ella al mismo tiempo que dispara.

—¿Permanecería amartillada hasta que intentase disparar?

—Probablemente. Ésta no es una ballesta muy bien hecha, así que el arquero no esperaría que funcionase demasiado bien. Lo único que habría que hacer sería quitar este clavo que sujeta el gatillo en su sitio y meter uno corto de acero para ocultar el hecho de que el clavo ha desaparecido. Hay un muelle que mantiene el arco en tensión, pero sin el clavo que le permita hacer palanca, el gatillo no disparará ese muelle. Podrán tensarlo, pero no podrán disparar.

—Te creo de palabra. ¿Cuánto tiempo haría falta para dejar este arma fuera de combate?

—Un par de minutos.

—En ese caso, te esperan unas cuantas noches largas, amigo mío. Hay varios

cientos de éstas que tendrás que arreglar... y vas a tener que hacerlo en silencio y con poca luz. Caalador, ¿puedes deslizar a mi amigo al interior del almacén del dacita?

—Si él se mueve así como silencioso, sí que puedo.

—Creo que podrá conseguirlo. Es un muchacho campesino, igual que tú, y creo que es casi tan hábil en hacer trampas para conejos y robar pollos.

—¡Falquián! —protestó Khalad.

—Esas habilidades son demasiado valiosas como para no haberlas incluido en tu educación, Khalad, y yo conocía a tu padre, ¿recuerdas?

—Sabían que íbamos hacia allí —dijo Kalten, iracundo—. Nos dividimos en pequeños grupos y nos mantuvimos alejados de ciudades y aldeas, y aun así sabían que íbamos por ellos. Nos tendieron una emboscada en la ribera occidental del lago Sarna.

—¿Trolls? —La voz de Falquián era tensa.

—Peor. Era un enorme grupo de tipos de aspecto tosco armados con ballestas. Cometieron el error de disparar todos a la vez. De no haber sido así, ninguno de nosotros habría podido regresar para contártelo. Sin embargo, diezmaron a los atanes montados de Engessa. Él se molestó muy seriamente por eso. Destrozó a un buen número de los emboscados con las manos desnudas.

Un repentino miedo frío retorció el estómago de Falquián.

—¿Dónde está Tynian? —inquirió.

—Está al cuidado de un médico. Una de las flechas le dio en el hombro y le rompió algunas cosas en esa zona.

—¿Va a ponerse bien?

—Probablemente. En cualquier caso, eso no ha mejorado mucho su mal genio. Utiliza la espada casi tan bien con la mano izquierda como con la derecha. Tuvimos que refrenarlo cuando los emboscados salieron de su escondite y echaron a correr. Iba a perseguirlos uno a uno, y estaba sangrando como un cerdo degollado. Creo que tenemos espías aquí, en esta imitación de castillo, Falquián. Esa gente no podría haber preparado la emboscada sin disponer de información específica sobre nuestra ruta y punto de destino.

—Volveremos a revisar esos escondrijos.

—Buena idea. Y esta vez, hagamos algo más con los que cojamos que regañarlos por sus malos modales. Un espía no puede arrastrarse muy bien por

pasadizos escondidos cuando tiene las dos piernas rotas. —El rostro del rubio pandion tenía una expresión feroz—. Yo me encargaré de las fracturas —agregó—. Quiero asegurarme de que no se producirá ninguna recuperación milagrosa. Una espinilla suelda en un par de meses, pero si le atizas con un acotillo a las rodillas de un hombre, lo dejas fuera de combate durante mucho, mucho más tiempo.

Bevier, que condujo a los supervivientes de su destacamento hasta Matherion dos días más tarde, llevó las sugerencias de Kalten un poco más lejos. Su idea implicaba la amputación de las piernas a la altura de la cadera. El devoto caballero cyrínico estaba muy enfurecido por el hecho de que le hubieran tendido una emboscada, y utilizó un lenguaje que Falquián no le había oído nunca antes. Cuando finalmente se hubo calmado, sin embargo, solicitó contritamente la absolución del patriarca Emban. Éste no sólo lo perdonó, sino que le concedió también una indulgencia... para el caso de que volviera a cruzarse con imprecaciones.

Un minucioso registro del opalescente castillo no descubrió ningún escucha oculto, y todos se reunieron para conferenciar con el emperador Sarabian y Oscagne al día siguiente del regreso de *sir* Bevier. La reunión tuvo lugar en lo alto de la torre central, sólo para asegurarse, y Sephrenia agregó un hechizo estirio para asegurarse aún más de que las conversaciones que mantuviesen permanecerían en secreto.

—No estoy acusando a nadie —dijo Vanion—, así que no os toméis lo que vaya decir como algo personal. De alguna forma se está filtrando al exterior información referente a nuestros planes, así que todos debemos prometer que ni un solo atisbo de lo que se hable aquí saldrá de esta habitación.

—¿Un voto de silencio, lord Vanion? —Kalten parecía sorprendido. Aquella tradición de los pandion había caído en desuso durante el siglo anterior.

—Bueno —corrigió Vanion—, algo de ese tipo, supongo, pero ya sabes que no todos los presentes somos caballeros pandion. —Miró a sus compañeros—. Bien, pues, resumamos la situación. El complot que se está cocinando aquí, en Matherion, va obviamente más allá del espionaje. Creo que será mejor que aceptemos la probabilidad de una insurrección armada dirigida contra el complejo imperial. Parece que nuestro enemigo está impacientándose.

—O asustándose —agregó Oscagne—. La presencia de los caballeros de la

Iglesia, y del príncipe Falquián, aquí, en Matherion, representa algún tipo de amenaza. La campaña de terror indiscriminado, disturbios civiles e incipiente insurrección en los reinos vasallos estaba funcionando bastante bien, pero parece que ha surgido algo que retrasa ese proceso. Ahora tiene que golpear al centro de la autoridad imperial.

—Y directamente a mí, por lo que veo —agregó el emperador Sarabian.

—Eso es impensable, majestad —objetó Oscagne—. En toda la historia del imperio, nadie se ha enfrentado jamás directamente con el emperador.

—Por favor, Oscagne —le pidió Sarabian—, no me trates como a un idiota. Gran cantidad de mis predecesores ha sufrido «accidentes» o se ha puesto fatalmente enferma en circunstancias peculiares. Ya se ha quitado de en medio, antes de ahora, a los emperadores inconvenientes.

—Pero nunca de forma directa, majestad. Eso es terriblemente descortés.

Sarabian se echó a reír.

—Estoy seguro de que los tres ministros gubernamentales que arrojaron a mi tatarabuelo desde la cumbre de la torre más alta del complejo fueron todos exquisitamente corteses al hacerlo, Oscagne. ¿Vamos a tener una turba armada en las calles, entonces? ¿Todos aullando con entusiasmo por mi sangre?

—Yo no descartaría esa posibilidad, majestad —concedió Vanion.

—Detesto todo eso —declaró Ulath con amargura.

—¿Qué es lo que detestas? —preguntó Kalten.

—¿No es evidente? Estamos en un castillo elenio. Puede que no sea tan bueno como uno que hubiese sido diseñado por Bevier, pero es sin duda el edificio más fuerte de Matherion. Disponemos de tres días antes de que las calles se llenen de civiles armados. No tenemos muchas alternativas. Debemos retirarnos tras las murallas..., hacernos fuertes hasta que los atanes restablezcan el orden. Yo odio los asedios.

—Estoy seguro de que no será necesario llegar tan lejos, *sir* Ulath —protestó Oscagne—. En cuanto me enteré del mensaje que el maestro Caalador había descubierto, le envié un mensaje a Norkan de Atan. Hay diez mil atanes concentrados a veinte leguas de aquí. Los conspiradores no van a ponerse en movimiento hasta después de que oscurezca, el día señalado. Yo puedo inundar las calles con atanes de más de dos metros antes del mediodía de esa fecha. El intento de golpe de estado fracasará antes de comenzar siquiera.

—¿Y perder la oportunidad de apresarlos a todos? —dijo Ulath—. Ése es un razonamiento militar muy pobre, excelencia. Aquí tenemos un castillo

amurallado. Bevier podría mantener la plaza fuerte durante al menos dos años.

—Cinco —lo corrigió Bevier—. Hay un pozo de agua dentro de las murallas. Eso nos da tres años más.

—Todavía mejor —dijo Ulath—. Nosotros trabajamos muy discretamente en nuestras fortificaciones del castillo, y casi siempre lo hacemos durante la noche. Traemos barriles de pez y nafta. Bevier construye máquinas de asedio. Luego, justo antes de que se oculte el sol, trasladamos a todo el gobierno y la guarnición regular de atanes al interior del castillo. La multitud asaltará el complejo imperial y bramará por los corredores de los impresionantes edificios del mismo. No hallarán ninguna resistencia... hasta que lleguen aquí. Intentarán tomar por asalto nuestras murallas, y se sentirán excesivamente confiados porque nadie habrá intentado luchar con ellos en ninguno de los demás edificios. No estarán esperando realmente una granizada de grandes rocas, ni que les arrojen en la cara cascadas de pez hirviente. Agrega a eso el hecho de que sus ballestas no funcionarán porque Khalad ha estado estropeándoles los gatillos durante las últimas dos noches en el almacén del dacita, y tendrás como resultado un gran grupo de gente con un serio problema. Darán vueltas por ahí fuera, confusos y disgustados, y luego, probablemente a medianoche, el nuevo destacamento de atanes entrará en la ciudad, se encaminará hacia el complejo imperial, y los pulverizará a todos hasta que se confundan con el suelo.

—¡Sí! —exclamó entusiásticamente Engessa.

—Es un plan brillante, *sir* Ulath —dijo Sarabian al enorme thalesiano—. ¿Por qué estás tan poco satisfecho con él?

—Porque no me gustan los asedios, majestad.

—Ulath —dijo Tynian, que hizo una ligera mueca de dolor al mover el hombro fracturado—, ¿no crees que ya es hora de que abandones esa pose? Sugieres que nos fortifiquemos, con la misma velocidad que cualquiera de nosotros, cuando la situación lo requiere.

—Se supone que los thalesianos tenemos que odiar los asedios, Tynian. Forma parte del carácter nacional. Se supone que tenemos que ser impetuosos, impacientes, y más inclinados a la fuerza bruta que a la resistencia bien calculada.

—*Sir* Ulath —intervino Bevier, sonriendo levemente—, el padre del rey Wargun resistió un asedio en Heid que duró siete años. Cuando salió de él, no estaba en absoluto deteriorado.

—Sí, pero no le gustó, Bevier. Eso es lo que quiero decir.

—Creo que estamos pasando por alto una oportunidad, amigos míos —observó Kring—. La turba va a venir al complejo imperial, ¿correcto?

—Si hemos conjeturado correctamente sus intenciones, sí —asintió Tynian.

—Algunos de ellos estarán encendidos de fervor político..., pero no creo que vayan a ser realmente muchos. La mayoría estará más interesada en saquear los diversos palacios.

El rostro de Sarabian palideció.

—¡Infierno y condenación! —maldijo—. ¡Ni siquiera había pensado en ello!

—No te preocupes demasiado, amigo emperador —dijo el domi—. Tanto si es la política o la codicia la que los traiga, casi todos entrarán en el complejo. Las murallas que lo rodean son altas y las puertas muy imponentes. ¿Por qué no los dejamos entrar..., pero luego nos aseguramos de que no salgan? Puedo esconder hombres cerca de la garita de la entrada. Cuando la turba ya esté dentro, cerraremos las puertas. Eso debería mantenerlos a todos más o menos a mano para recibir a los atanes cuando lleguen. El saqueo será lo que los haga entrar, y las puertas las que los mantengan dentro. Se entregarán al saqueo, sin duda, pero los despojos de un saqueo no son realmente propiedad de uno hasta que consigue huir con ellos. De esta forma los cogemos a todos, y no tendremos necesidad de sacarlos de las conejeras más tarde.

—Eso tiene auténticas posibilidades, ¿lo sabías, Kring? —dijo Kalten con admiración.

—No había esperado menos de él —declaró Mirtai—. Después de todo, es un guerrero brillante... y mi prometido.

Kring le dedicó una ancha sonrisa.

—Un último toque, quizá —agregó Stragen—. Todos nosotros sentimos una ardiente curiosidad acerca de ciertas cosas, y hemos compilado esa lista de nombres de personas que podrían tener respuestas para las más urgentes de nuestras preguntas. Las batallas son arriesgadas y a veces mueren en ella personas valiosas. Creo que en Matherion hay algunos que deberían ser puestos a buen recaudo antes de que comience la lucha.

—Buena idea, mi señor Stragen —asintió Sarabian—. En la mañana del gran día enviaré algunos destacamentos para que atrapen a los que queremos mantener con vida.

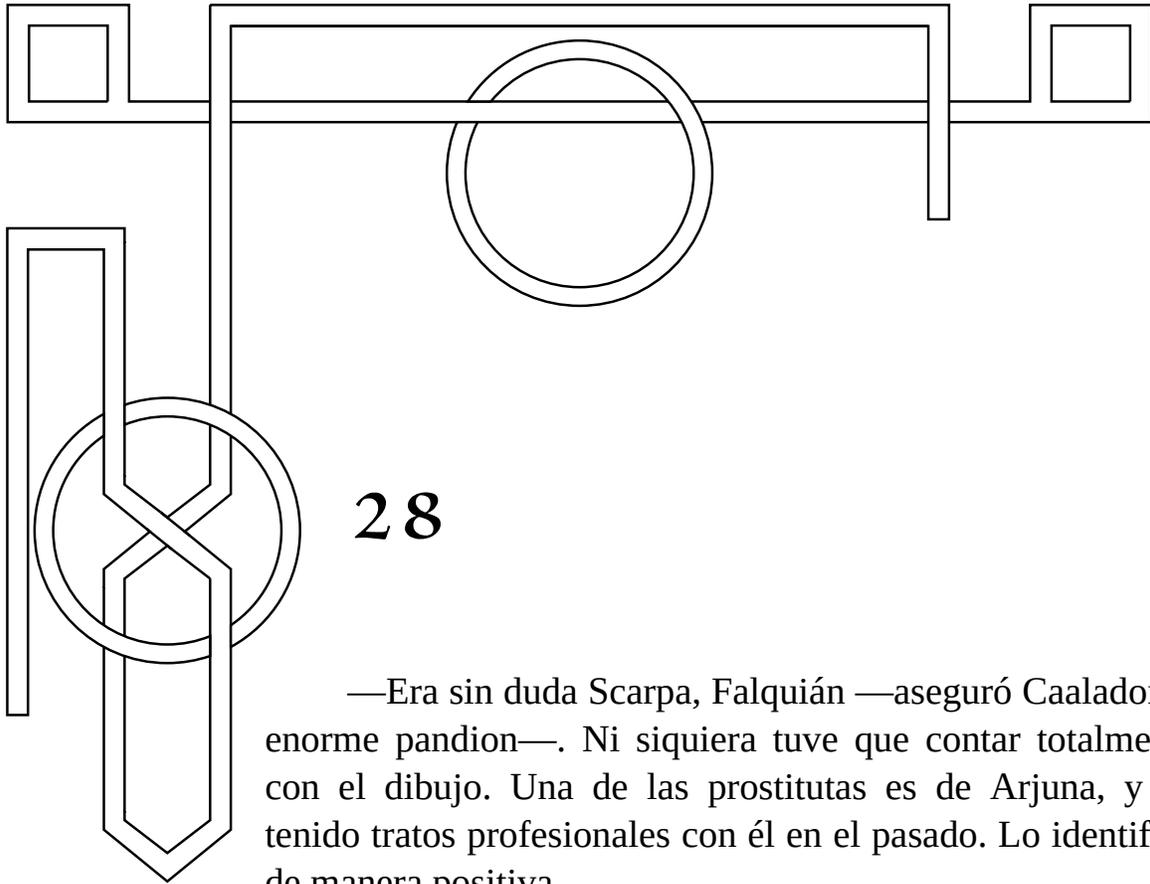
—Eh..., tal vez ésa no sea la mejor forma de abordarlo, majestad. ¿Por qué no dejamos que Caalador se encargue de eso? En grupo, los policías suelen ser muy notorios cuando arrestan a alguien..., los uniformes, las cadenas, el marchar

al paso..., ya sabes, todas esas cosas. Los asesinos profesionales son más discretos. No tienen que encadenar a un hombre cuando lo arrestan. Nosotros hemos descubierto que la punta de una daga apoyada discretamente contra un costado es igualmente eficaz.

Sarabian le dedicó una mirada astuta.

—Colijo que estás hablando por experiencia —especuló.

—El asesinato es un crimen, majestad —señaló Stragen—, y como jefe de criminales, tengo que tener al menos alguna experiencia en todas las ramas de ese campo profesional. Profesionalidad, ya comprendes.



28

—Era sin duda Scarpa, Falquián —aseguró Caalador al enorme pandion—. Ni siquiera tuve que contar totalmente con el dibujo. Una de las prostitutas es de Arjuna, y ha tenido tratos profesionales con él en el pasado. Lo identificó de manera positiva.

Los dos hombres estaban de pie sobre las murallas del castillo, lugar en el que podían hablar en privado.

—Al parecer, están todos excepto el barón Parok de Daconia, entonces —observó Falquián—. Hemos visto a Krager, Gerrich, Rebal de Edom, a ese Scarpa de Arjuna, y a Elron de Astel.

—Pensaba que el conspirador de Astel se llamaba Sable.

Falquián maldijo en silencio su descuidada lengua.

—Sable mantiene oculto su rostro —dijo al otro—. Elron es un simpatizante suyo..., probablemente más que eso.

Caalador asintió con la cabeza.

—He visto a algunos astelianos, y también a varios dacitas. No aseguraría que el barón Parok no estuviera acechando en alguna sombra. Definitivamente, están todos reuniéndose en Matherion. —Miró por encima de las fulgurantes almenas nacaradas, hacia el foso de más abajo—. ¿Esa zanja de ahí abajo crees que puede ser una barrera perfecta? —preguntó—. Los lados tienen una pendiente tan suave que el césped crece sobre ellos.

—Se hace más incómoda cuando la llenas con estacas puntiagudas —replicó Falquián—. Eso lo haremos a última hora. ¿Se ha producido alguna llegada masiva de forasteros a Matherion? Todo ese surtido de patriotas tiene grandes cantidades de seguidores. Una turba reunida en las calles es una cosa, pero una horda compuesta por casi todo Tamuli sería algo completamente diferente.

—No hemos visto ningún número insólito de forasteros en la ciudad —respondió Caalador—, y no se ha producido ninguna concentración de grandes grupos en el campo circundante..., al menos no dentro de un radio de cinco leguas.

—Podrían estar acampados más lejos —dijo Falquián—. Si yo tuviera un ejército de apoyo ahí fuera, no lo traería a las cercanías hasta el último minuto.

Caalador se volvió a mirar directamente hacia el puerto.

—Allí tienes nuestro punto débil, Falquián. Podría haber toda una flota escondida en las ensenadas y calas de la costa cercana. No podríamos verlos venir hasta que aparecieran en el horizonte. Tengo piratas y contrabandistas que están rastreando la costa, pero... —Tendió las manos abiertas con las palmas hacia arriba.

—Me temo que no hay mucho que podamos hacer al respecto —respondió Falquián—. Sin embargo, tenemos un ejército de atanes cerca de aquí, y entrarán en la ciudad poco después de que comience el levantamiento. ¿Tiene tu gente bien identificados los escondites de este surtido de visitantes? Si las cosas salen bien, me gustaría recogerlos a todos a la vez, si es posible.

—No parecen haber anidado en ningún lugar específico, de momento. Andan moviéndose bastante por ahí. Tengo gente que los sigue. Podemos apresarlos antes, si quieres.

—No arriesguemos nuestros preparativos. Si los atrapamos el día mismo del levantamiento, bien. Si no, podremos perseguirlos después. No voy a poner en peligro nuestras medidas de contraataque por el placer de la compañía de esos tipos. Tu gente está trabajando muy bien, Caalador.

—Su trabajo es un poco forzado, amigo mío —admitió tristemente Caalador—. He tenido que reunir a un gran número de rufianes con cachiporras para recordarles constantemente a los tamules que estamos trabajando todos juntos en este asunto.

—Lo que haga falta.

—La sugerencia de su majestad tiene algunas ventajas, mi señor Vanion — declaró Bevier después de meditarlo un poco—. En cualquier caso, para eso se diseñó originalmente el foso. La intención era disponer de un foso lleno de agua, no simplemente de una zanja cubierta de césped.

—Eso dejaría al descubierto el hecho de que estamos preparando la defensa del castillo, Bevier —objetó Vanion—. Si nos ponemos a bombear agua al foso, todo Matherion se habrá enterado de ello al cabo de una hora.

—No has escuchado la totalidad del plan, Vanion —intervino Ehlana con paciencia—. Desde que llegamos aquí, hemos estado asistiendo a bailes, banquetes y otras celebraciones. No es más que lo adecuado que correspondamos a toda esa amabilidad, así que yo estoy planeando un gran espectáculo para cumplir con mis obligaciones sociales. No es culpa mía que vaya a tener lugar precisamente la noche del levantamiento, ¿verdad? Tenemos un castillo elenio, así que daremos una fiesta elenia. Pondremos una orquesta en las almenas, banderas y faroles de colores en las murallas, y embarcaciones de paseo en el foso... con sus doseles y mesas de banquete incluidas. Invitaré al emperador y toda la corte.

—Eso sería extremadamente conveniente, señor Vanion —comentó Tynian—. Tendremos a toda la gente que deseamos proteger al alcance de la mano. No habrá que ir en su busca, y no alertaremos a nadie yendo a la caza de los ministros del gabinete por todo el complejo.

El escudero de Falquián estaba meneando la cabeza.

—¿Qué sucede, Khalad? —preguntó Ehlana.

—El fondo de la zanja no está preparado para contener agua, majestad. No sabemos cuán poroso es el subsuelo. Hay una enorme probabilidad de que el agua que bombeemos al interior de la zanja se filtre al interior de la tierra. El foso podría quedar nuevamente vacío al cabo de pocas horas de haberlo llenado.

—¡Oh, hermano! —Ehlana estaba irritada consigo misma—. No había pensado en eso.

—Yo me encargaré de eso, Ehlana —aseguró Sephrenia con una sonrisa—. Un buen plan no debe ser abandonado por el solo hecho de que viole unas pocas leyes naturales.

—¿Tendrás que hacer eso antes de que comencemos a llenar el foso, Sephrenia? —preguntó Stragen.

—Sería más fácil hacerlo así.

Él frunció el entrecejo.

—¿Qué problema hay? —inquirió la mujer estiria.

—Esos tres túneles que pasan por debajo del foso y conectan con los pasadizos y puestos de escucha ocultos dentro del castillo.

—Tres de los que tenemos conocimiento, en todo caso —agregó Ulath.

—Eso es exactamente a lo que me refiero. ¿No nos sentiríamos todos más seguros si esos túneles..., los que conocernos y los que no..., se inundaran antes de que comenzase la batalla?

—Buena observación —dijo Falquián.

—Puedo esperar a sellar el fondo de la zanja hasta que hayáis inundado los túneles —aseguró Sephrenia.

—¿Qué te parece, Vanion? —inquirió Emban.

—Los preparativos de la fiesta de la reina encubrirán muchas de nuestras actividades —concedió Vanion—. Es un plan muy bueno.

—A mí me gusta todo menos las embarcaciones —dijo Falquián—. Lo siento, Ehlana, pero esas embarcaciones no servirán para nada más que para permitirle a la turba el acceso a nuestras murallas. Acabarían con la totalidad del propósito con el que fue hecho el foso.

—A eso iba, Falquián. ¿No flota el petróleo en la superficie del agua?

—Sí, pero ¿qué tiene que ver con todo esto?

—Una barca es algo más que una plataforma flotante, ¿sabes? Tienen un depósito debajo de la cubierta. Ahora, supón que llenamos esos depósitos con toneles de petróleo. Luego, cuando comiencen los problemas, arrojamos piedras desde las almenas y partimos las barcas como si fueran huevos. El petróleo se extendería por la superficie del foso, nosotros le prenderíamos fuego y rodearíamos al castillo con una muralla de llamas. ¿No conseguiría eso algo así como incomodar a la gente que intentara atacar el castillo?

—Eres un verdadero genio, mi reina —exclamó Kalten.

—Qué amable por tu parte el haberte dado cuenta de ello, *sir* Kalten —replicó ella, vanidosa—. Y la parte más hermosa de todo el asunto es que podremos realizar sin peligro los preparativos, sin necesidad de deslizarnos furtivamente durante la noche y perder todas esas horas de sueño. Esa grandiosa fiesta nos proporciona una excusa para hacerle casi cualquier cosa al castillo en nombre de la decoración.

Mirtai abrazó de pronto a su ama y le dio un beso.

—Estoy orgullosa de ti, madre mía —dijo.

—Me alegro de que lo apruebes, hija —respondió Ehlana con modestia—,

pero realmente deberías mostrarte más reservada, ¿sabes? Recuerda lo que me dijiste sobre las chicas que besaban a otras chicas.

—Hemos encontrado otros dos túneles, Falquián —informó Khalad a su señor al reunirse con él en el parapeto. Khalad llevaba una blusa de lienzo encima del chaleco de cuero.

Falquián miró hacia el foso, en el que los grupos de trabajadores estaban clavando largas picas de acero en la tierra blanda del fondo.

—¿No es eso un poco ostentoso? —preguntó.

—Tenemos que plantar estacas de amarre para las barcas, ¿no es así? Los túneles están todos a alrededor de un metro y medio por debajo de la superficie. La mayoría de los hombres que manejan los acotillos no sabe qué es lo que realmente están buscando, pero he puesto un buen número de caballeros en la zanja con ellos. Los techos de esos túneles tendrán muchísimas goteras cuando comencemos a llenar el foso. —Khalad miró al otro lado del césped. Luego hizo bocina con las manos alrededor de la boca—. ¡Tened cuidado con esa barca! —gritó en tamul—. ¡Si estropeáis las juntas le entrará agua!

El capataz del grupo de trabajadores que arrastraba laboriosamente por el césped la barcaza de tablas de madera apoyada sobre troncos redondos, levantó la vista.

—Es muy pesada, honorable señor —gritó a modo de respuesta—. ¿Qué es lo que tiene dentro?

—¡Lastre, idiota! —gritó Khalad a su vez—. Mañana por la noche habrá mucha gente en esa cubierta. Si la barcaza vuelca y el emperador cae al agua, todos tendremos problemas.

Falquián dirigió una mirada interrogativa a su escudero.

—Estamos poniendo los toneles de petróleo en las barcazas, dentro de los cobertizos de construcción —le explicó Khalad—. Decidimos hacerlo más o menos en privado. —Miró a su señor—. No es necesario que le cuentes a tu esposa que yo he dicho esto, Falquián —agregó—, pero su plan tiene algunas fisuras. El petróleo fue una buena idea..., en principio, pero nosotros hemos agregado también algunos barriles de pez, sólo para asegurarnos de que prenderá cuando nosotros queramos. No nos servirán de mucho si sencillamente se hunden hasta el fondo del foso cuando rompamos las barcazas. Voy a poner a un par de los pelois de Kring en la bodega de cada barcaza. Romperán los barriles a

hachazos en el último momento.

—Piensas en todo, Khalad.

—Alguien tiene que ser práctico en este grupo.

—Ahora estás hablando como tu padre.

—Pero hay una cosa, Falquián. Los asistentes a vuestra fiesta tendrán que tener muchísimo, pero que muchísimo cuidado. A bordo de esas barcazas habrá faroles, y probablemente también velas. Un pequeño accidente podría comenzar el incendio bastante antes de lo que tenemos planeado, y... eh..., de hecho, estamos un poco adelantados respecto a la hora, alteza —dijo en tamul para beneficio de una media docena de obreros que arrastraban un carro de dos ruedas junto al parapeto. El carro estaba lleno de faroles que los trabajadores colgaban de las almenas.

—¡No, no, no! —los reprendió Khalad—. No podéis poner dos de color verde la una junto a la otra, de esa manera. Os lo he dicho un millar de veces..., blanco, verde, rojo, azul. Hacedlo de la forma que os lo he dicho. Sed creativos cuando tengáis tiempo libre. —Suspiró exageradamente—. Es tan difícil encontrar buena ayuda en estos tiempos, alteza —dijo.

—Estás sobreactuando, Khalad —masculló Falquián.

—Ya lo sé, pero quiero asegurarme de que me comprenden.

Kring se acercó por el parapeto, frotándose el cráneo lleno de cicatrices con una mano.

—Necesito un afeitado —comentó con aire ausente—, y Mirtai está demasiado atareada como para encargarse de ello.

—¿Es ésa una costumbre peloi, domi? —preguntó Falquián—. ¿Es uno de los deberes de la mujer peloi el afeitarle la cabeza a su hombre?

—No. De hecho, es una idea personal de Mirtai. Es difícil verse la parte trasera de la cabeza, y solía dejarme algunos parches sin afeitar. Poco después de que nos comprometiéramos, ella me quitó la navaja y me dijo que a partir de ahora ella se encargaría del afeitado. Hace realmente un trabajo muy bueno... cuando no está demasiado ocupada. —Luego cuadró los hombros—. Se niegan de plano, Falquián —informó al otro—. Ya sabía que lo harían, pero les presenté el asunto de la forma que tú me pediste. No piensan encerrarse en vuestra fortaleza durante la pelea. Pero si te paras a pensar en ello, en cualquier caso seremos mucho más útiles si recorremos los terrenos palaciegos a lomos de caballo. Unas cuantas veintenas de pelois montados agitarán a la turba como si fuera una marmita llena de sopa hirviendo. Si quieres que haya confusión ahí

fuera mañana por la noche, nosotros te proporcionaremos montones de confusión. Un hombre que esté preocupado por la posibilidad de que le aticen un sablazo en la nuca no podrá concentrarse muy bien en el ataque de una fortaleza.

—Especialmente cuando su propia arma no funciona —agregó Khalad.

Falquián gruñó.

—Por supuesto, eso sería suponiendo que el almacén lleno de ballestas que encontró Caalador sea el único que hay —agregó el preceptor pandion.

—Me temo que eso no lo sabremos hasta mañana —concedió Khalad—. Yo he estropeado alrededor de seiscientas cosas de éstas. Si mañana llegan a los terrenos de palacio unos mil doscientos ballesteros, sabremos que la mitad de sus armas funcionará bien. En ese caso tendremos que ponernos a cubierto. ¡Eh, tú! —gritó de pronto, mirando hacia arriba—. ¡Afloja esa bandera! ¡No la pongas así de tirante! —Blandió un puño en dirección al trabajador que se inclinaba precariamente al exterior de una de las ventanas de lo alto de una torre.

A pesar de que resultaba evidente que el erudito que Bevier llevó a la presencia de Ehlana era bastante joven, ya era casi completamente calvo. Estaba muy nervioso, pero sus ojos tenían aquel ardiente brillo que anunciaban que era un fanático. Se postró ante la silla parecida a un trono en la que Ehlana se hallaba sentada, y tocó el suelo con la frente.

—No hagas eso, hombre —tronó Ulath—. Ofende a la reina. Además, romperás los baldosines del suelo.

El erudito se puso nuevamente de pie con ojos temerosos.

—Éste es Emuda —lo presentó Bevier—. Es el erudito del que te hablé..., el que tiene esa interesante teoría acerca de Scarpa de Arjuna.

—Ah, sí —dijo Ehlana en tamul—. Bienvenido, maestro Emuda. *Sir* Bevier ha hablado muy bien de ti.

En realidad, Bevier no lo había hecho, pero una reina puede permitirse ciertas libertades con la verdad.

Emuda dirigió a la reina un tipo de mirada aduladora. Falquián se adelantó rápidamente para evitar un largo y laberíntico preámbulo.

—Corrígeme si me equivoco, maestro Emuda —dijo—, pero según tenemos entendido, tú piensas que Scarpa está detrás de todos los disturbios surgidos en Tamuli.

—Eso es un ligero exceso de simplificación, ¿*sir*...? —Emuda miró

interrogativamente al corpulento caballero pandion.

—Falquián —informó Ulath.

El rostro de Emuda se puso blanco, y comenzó a temblar violentamente.

—Yo soy un hombre de naturaleza simple, vecino —dijo Falquián—. Por favor, no me confundas con complicaciones. ¿Qué tipo de pruebas tienes para que carguen toda la responsabilidad sobre los hombros de Scarpa?

—Es bastante complicado, *sir* Falquián —se disculpó Emuda.

—Descomplícalo. Resume, hombre. Tengo mucho que hacer.

Emuda tragó con dificultad.

—Bueno... eh... —vaciló—. Sabemos..., es decir, estamos bastante seguros... de que Scarpa fue el primero de los portavoces de esos llamados «héroes del pasado».

—¿Por qué dices «llamados», maestro Emuda? —preguntó Tynian. *Sir* Tynian todavía llevaba el brazo en cabestrillo.

—¿No es evidente, caballero? —El tono de Emuda era apenas ligeramente condescendiente—. La noción de la resurrección de los muertos es un absurdo. Resulta bastante obvio que sólo se trata de un engaño. Algún secuaz vestido con ropas antiguas se presenta en medio de un destello de luz... y se pone a parlotear en un galimatías que el «portavoz» identifica como idioma antiguo. Sí, es muy claramente un engaño.

—¿Qué inteligente por tu parte el haberlo descubierto! —murmuró Sephrenia—. Todos nosotros pensábamos que se trataba de algún tipo de magia.

—No existe nada semejante a la magia, señora.

—¿De verdad? —replicó ella con dulzura—. ¿Qué cosa tan asombrosa!

—Me juego mi reputación en ello.

—¿Qué valiente eres!

—¿Dices que Scarpa fue el primero de esos revolucionarios que apareció? —preguntó Vanion.

—Más de un año antes que los demás, caballero. Los primeros informes de sus actividades comenzaron a aparecer en los despachos diplomáticos enviados desde la capital de Arjuna, hace poco más de cuatro años. El siguiente que apareció fue el barón Parok de Daconia y tengo una declaración jurada de un capitán de barco en el que Scarpa navegó desde Kaftal, del suroeste de Arjuna, hasta Ahar, de Daconia. Ahar es la ciudad natal del barón Parok, y él comenzó sus actividades hace alrededor de tres años. La conexión es evidente.

—Eso es lo que parece, ¿verdad? —reflexionó Falquián.

—De Ahar, tengo pruebas documentadas de los viajes de los dos. Parok marchó a Edom, donde de hecho se alojó en la ciudad de residencia de Rebal... Esa conexión me dio algunos problemas, porque Rebal no está utilizando su verdadero nombre. Sin embargo, hemos identificado su distrito de residencia, y la población que visitó Parok es la capital de ese distrito. Creo que puedo asegurar, sin temor a equivocarme, que durante la visita de Parok tuvo lugar una reunión. Mientras Parok estaba en Edom, Scarpa viajó hasta Astel. No puedo señalar con toda precisión los viajes que realizó por esa región, pero sé que se desplazó con bastante frecuencia por la zona que está justo al norte de las marismas, en la frontera entre Edom y Astel, y ésa es la región en la que Sable tiene su cuartel general. Los disturbios en Edom y Astel comenzaron algún tiempo después de que Scarpa y Parok realizaran sus viajes por dichos reinos. Las pruebas de la conexión existente entre esos cuatro hombres son muy concluyentes.

—¿Y qué hay de esos informes de acontecimientos sobrenaturales? —preguntó Tynian.

—Engaños en su mayoría, caballero. —La expresión de Emuda era de ofensiva superioridad—. Pura charlatanería. Puede que hayáis advertido que siempre tienen lugar en el campo, donde los únicos testigos son los supersticiosos campesinos y los siervos ignorantes. Las personas civilizadas no se dejarían engañar por semejantes malas artes.

—Me pregunto si será verdad eso —comentó Falquián—. ¿Estás seguro de ese orden de apariciones que acabas de mencionar? ¿Fue Scarpa el primero en comenzar a alborotar las cosas?

—Definitivamente, *sir* Falquián.

—¿Y luego se puso en contacto con los otros y los alistó? ¿Tal vez un año y medio más tarde?

Emuda asintió con la cabeza.

—¿Adónde fue cuando se marchó de Astel tras haber reclutado a Sable?

—Allí perdí su pista durante un tiempo, *sir* Falquián. Entró en los reinos elenios de Tamuli occidental hace unos dos años y medio, y no regresó a Arjuna hasta ocho o diez meses más tarde. No tengo ni idea de dónde estuvo durante el ínterin. Ah, una cosa más. Los llamados vampiros comenzaron a aparecer en Arjuna casi exactamente al mismo tiempo que Scarpa comentó a los arjunis que había estado en contacto con Sheguan, el héroe nacional de esas gentes. Los monstruos tradicionales de los otros reinos también hicieron su aparición al

tiempo que los otros revolucionarios iniciaban su campaña. Créeme, majestad —dijo a Ehlana con toda seriedad—, si estás buscando a un cabecilla, Scarpa es tu hombre.

—Te agradecemos la información, maestro Emuda —dijo ella con dulzura—. ¿Tendrías por favor la amabilidad de proporcionarle a *sir* Bevier los datos en los que apoyas tu teoría y describirle lo que has descubierto con mayor detalle? Hay asuntos apremiantes que limitan el tiempo que podemos dedicarte, aunque tus conclusiones nos resultan fascinantes.

—Estaré encantado de compartir con *sir* Bevier todo el material de mi investigación, majestad.

Bevier puso los ojos en blanco y suspiró. Los demás observaron a aquel entusiasta que se llevó a Bevier de la sala.

—Detestaría tener que tomar ese caso en consideración —bufó Emban.

—Un poco débil, ¿verdad?

—La única cosa que hace que le dedique algún tipo de atención es el orden de apariciones que ha establecido —declaró Falquián—. Dolmant me envió a Lamorkand a finales del verano pasado para investigar las acciones del conde Gerrich. Mientras estuve allí, oí todas esas descabelladas historias acerca de Drychnath. Parece que nuestros lamorks prehistóricos comenzaron a hacer sus apariciones en un momento que coincide casi perfectamente con el período durante el cual nuestro erudito amigo perdió la pista de Scarpa. Emuda es una especie de burro tan completo que casi odio admitirlo, pero es posible que haya dado con la respuesta correcta.

—Pero llegó a ella por todas las razones erróneas —objetó Emban.

—Sólo estoy interesado en las respuestas, vuestra gracia —replicó Falquián—. Siempre que sean las respuestas correctas, no me importa cómo llegó a ellas.

—Simplemente, es demasiado peligroso hacerlo antes de ese momento, Falquián —dijo Stragen más tarde, aquel mismo día.

—Vais a correr muchos riesgos —objetó Falquián.

—E' mucho má' peligroso empesá'má' temprano, Falquián —aseguró Caalador—. Si cojemo' a lo'lídere'ante' de esa hora, la desaparición podría denunciá'to'o el plan y la trampa no casaría a lo'conejo'.Tenemo'que'spará' hasta que hayan abierto l' almasén y comiensen a repartí'la'arma'.

Falquián hizo una mueca.

—¿La'arma'?

—La palabra no aparece en ese dialecto en particular —replicó Caalador con un encogimiento de hombros—. Tuve que adaptarla... en nombre de la coherencia.

—Te desplazas de aquí para allá como un sapo sobre una piedra caliente, amigo mío.

—Ya lo sé. Irritante, ¿verdad? La cosa es de la siguiente forma, Falquián. Si atrapamos a los conspiradores en cualquier momento antes de que comiencen a armar a la multitud, tendrán la posibilidad de suspender la operación y desaparecer bajo tierra. Aguardarán, se reorganizarán, y luego escogerán otro día..., lo que significará que no sabremos nada. Por otra parte, una vez que hayan repartido las armas, será ya demasiado tarde. Habrá miles en las calles..., la mayoría de ellos medio borrachos. Nuestros amigos del consejo superior no podrán detenerlos a ellos más fácilmente que a la marea. El puro impulso de este intento de golpe de estado estará entonces trabajando para nosotros en lugar de para nuestros oscuros amigos.

—Todavía podrían desaparecer bajo tierra y echarle la turba a los lobos, ¿sabes?

Caalador negó con la cabeza.

—La justicia tamul es un poco brusca, y un ataque contra el emperador va a ser considerarlo como la peor forma de malos modales. Varios cientos de personas van a ser enviadas al cadalso. El reclutamiento después de eso será virtualmente imposible. No tienen elección. Una vez que hayan comenzado, tendrán que continuar adelante.

—Estáis hablando de una sincronización muy delicada, ¿sabes?

—Ah, eso s'arreglamu' fácil, Sparjock. —Caalador sonrió—. Hay ese templo meti'o justo en el sentro 'e la ciudá'.E'mu' probable qu' esté yeno' telaraña' y polvo, ya que nuestro'hermano'amariyo' no se toman la religión mu' en serio que se diga. Hay eso'saserdote'qu'estánsenta'o' por ahí, mamando y de juega y cosa'd'esa'. Cuando se ponen to'o'yeno' de servesa y escandaloso', siempre le' dan gana'd'hasé' el servisio. Tienen esa' campanas que deben de pesá' algo así como una' veinte tonela'a',má' o meno'. Uno d'eso'sacerdote' borracho' va haciendo ese' hasta esa'campana' que tienen y coge ese acotiyo y le atisa un par de vese' o así a la'campana'. Hasen un rui' o 'elo má' horroroso que haya'o'io nunca. Se dise que los marinero'la' oyen desde dié'legua' 'e distansia desde'l mar. En fin, que no hay ningún momento espesial fija'opa' que

toquen la 'campana'. La gente d'aquí no les presta ninguna atención, porque s'imagina que no e'má' que lo'saserdote' que s' están divirtiéndose. Eso es lo bonito que tiene, Falquián —continuó, adoptando la forma normal de hablar—. Esas campanas suenan al azar, y nadie repara especialmente en ellas. Sin embargo, mañana por la noche ese tañido será profundamente significativo. En cuanto se abra ese almacén, las campanas van a dar al vuelo su mensaje de esperanza y júbilo. Los asesinos que están casi sentados en el regazo de las personas con las que queremos hablar, interpretarán eso como la orden para entrar en acción. Tendremos a todo el grupo apresado en menos de un minuto.

—¿Y qué haréis si intentan resistir?

—Oh, se producirán algunas bajas —replicó Caalador con un encogimiento de hombros—. No puede hacerse una tortilla sin romper los huevos. Hay varias docenas de personas a las que queremos apresar, así que podemos permitirnos perder a unas cuantas.

—El sonido de la campana será un toque de alerta también para vosotros —señaló Stragen—. Cuando las oigas doblar sabrás que ha llegado el momento de trasladar la fiesta de tu esposa al interior del castillo.

—¡Pero es que no puedes hacer esto, Majestad! —protestó chillonamente el ministro del Interior a la mañana siguiente, cuando las toneladas de agua comenzaron a manar a chorros al interior del foso, por la boca de las enormes tuberías tendidas a través del césped del complejo imperial.

—¿Ah, no? —preguntó Ehlana con expresión inocente—. ¿Y por qué es eso, ministro Kolata?

—Eh... bueno... eh..., no hay ningún revestimiento debajo del foso. El agua no haría más que filtrarse al suelo.

—Ah, no importa, ministro Kolata. Es sólo por una noche. Estoy segura de que el foso permanecerá lo bastante lleno hasta después de la fiesta.

Kolata clavó repentinamente una desazonada mirada en una repentina erupción de aire y agua fangosa que manó como una fuente del centro del foso.

—Vaya, por Dios —dijo Ehlana con dulzura mientras contemplaba el remolino que de repente formó un embudo en el lugar en que había tenido lugar la erupción—. Tiene que haber habido alguna vieja bodega abandonada ahí abajo. —Profirió una breve risa argentina—. Imagino que las ratas que vivían ahí abajo estarán muy sorprendidas, ¿no estás de acuerdo, excelencia?

Kolata parecía un poco mareado.

—Eh..., ¿podrías excusarme, majestad? —dijo, y se volvió para atravesar apresuradamente el parque sin aguardar siquiera la respuesta.

—No permitas que salga de aquí, Falquián —dijo Ehlana con frialdad—. Sospecho que la lista de Vanion no estaba tan completa como era de desear. ¿Por qué no invitas al ministro del Interior a entrar en el castillo para que podamos mostrarle los demás preparativos? —Se dio unos golpecitos en el mentón con un dedo, con aire pensativo—. Y podrías pedirle a *sir* Kalten y *sir* Ulath que se reúnan contigo cuando vayas a enseñarle a su excelencia la cámara de torturas. Puede que el excelente ministro del Interior de Sarabian quiera agregar algunos nombres a la lista de Vanion.

Fue el tono frío e imperturbable con que dijo aquello lo que más le heló la sangre a Falquián.

—Está comenzando a tener un aspecto más que un poco ofendido, Falquián —comentó seriamente Vanion a su compañero mientras ambos observaban a los trabajadores de Khalad que «decoraban» las enormes puertas del complejo imperial—. No es estúpido, y sabe que no estamos contándose todo.

—No puede evitarse, Vanion. Es demasiado errático como para que podamos confiarle todos los detalles.

—Vehemente sería un término más diplomático.

—Lo que sea. Realmente no lo conocemos tan bien, Vanion, y estamos operando en una sociedad extraña para nosotros. Por lo que sabemos, lleva un diario y lo anota todo. Puede que se trate de una costumbre tamul. Es perfectamente posible que todo nuestro plan quedara a disposición de la camarera que le hace la cama cada mañana.

—Estás especulando, Falquián.

—Esas emboscadas que nos tendieron en las afueras no eran especulaciones.

—Sin duda no supondrás que fue el emperador.

—Alguien hizo llegar a nuestro enemigo la noticia de nuestras expediciones, Vanion. Podremos disculparnos con el emperador después de que haya concluido el espectáculo de esta noche.

—¡Oh, eso es demasiado evidente, Falquián! —estalló Vanion mientras señalaba una pesada reja de acero que los obreros de Khalad estaban instalando por la parte interior de las puertas.

—No será visible cuando abran las puertas de par en par, Vanion, y Khalad va a colgar banderas en la reja para disimularla. ¿Tuvo suerte Sephrenia cuando intentó entrar en contacto con Zalasta?

—No. Todavía debe estar demasiado lejos.

—Estaría muchísimo más cómodo si lo tuviéramos aquí. Si los dioses troll hacen una aparición esta noche, podríamos encontrarnos con problemas muy serios.

—Aphrael puede enfrentarse con ellos.

—No, sin revelar su verdadera identidad, no puede, y si eso fuese necesario mi esposa va a descubrir algunas cosas que yo preferiría que no supiera. No le tengo tanto cariño a Sarabian como para arriesgar la cordura de Ehlana con el solo fin de mantenerlo en el trono.

El sol descendía lentamente por el cielo occidental, acercándose más y más al horizonte. A pesar de que sabía que era un absurdo, a Falquián le parecía que la bola de fuego se precipitaba hacia la tierra como una estrella fugaz. ¡Había tantos detalles..., tantas cosas que aún estaban por hacer! Y lo que era todavía peor, muchas de esas tareas no podrían ni comenzarse siquiera hasta que se pusiera el sol y la creciente oscuridad los ocultara a los cientos de ojos que sin duda los observaban desde fuera.

Era las primeras horas del atardecer cuando Kalten entró finalmente en las dependencias reales para anunciar que habían llegado hasta donde era posible hasta que comenzara a oscurecer. Falquián se sintió aliviado al saber que al menos esa parte había sido acabada a tiempo.

—¿Se ha mostrado comunicativo el ministro del Interior en algún sentido? —preguntó Ehlana desde la silla que ocupaba junto a la ventana, donde Alean y Melidere estaban atareadas en el largo proceso conocido como «arreglarle el cabello».

—Oh, sí, majestad —replicó Kalten con una ancha sonrisa—. Parece más ansioso por hablar de lo que lo estaba su primo Lycheas. Ulath puede ser muy persuasivo, a veces. Kolata parece sentirse perpetuamente trastornado por las sanguijuelas.

—¿Sanguijuelas?

Kalten asintió con la cabeza.

—Fue después de que Ulath le ofreciese meterle la cabeza en un barril lleno de sanguijuelas, cuando Kolata desarrolló ese ardiente deseo de compartir cosas con nosotros.

—¡Santo Dios! —La reina se estremeció.

La opinión general entre los invitados presentes aquella noche era que la fiesta de la reina de Elenia era sin duda el acontecimiento estrella de la temporada. Los faroles que iluminaban las almenas de madreperla producían un efecto espectacular, las elegantes banderas —varios miles de metros de seda muy costosa— eran alegres, y la orquesta que estaba en las almenas tocando tradicionales aires elenios en lugar de la decadente cacofonía que pasaba por música en la corte de Sarabian, le confería a la totalidad de la fiesta una agradable calidad arcaica. Sin embargo, fueron las barcazas amarradas dentro del foso las que provocaron los más asombrados comentarios. La idea de cenar en el exterior jamás se les había ocurrido a los tamules, y la noción de comedores flotantes iluminados con luz de velas y doseles con telas de brillantes colores, estaba fuera del alcance de la imaginación de la media de los miembros de la corte del emperador.

Las velas causaban a los caballeros interminables inquietudes. El pensamiento de las llamas desprotegidas tan cerca de la escondida carga de las barcazas era suficiente para que aquellos fuertes hombres se pusieran pálidos.

Dado que la fiesta tenía lugar en torno al castillo elenio, y que la anfitriona misma era elenia, las damas de la corte del emperador habían casi agotado los talentos creativos de todos los modistas de Matherion en su esfuerzo de «vestir a lo elenio». Los resultados no fueron uniformemente felices, sin embargo, porque los modistas de Matherion se vieron obligados a confiar en los libros en busca de inspiración, y muchos de los libros de la biblioteca de la universidad tenían varios cientos de años de antigüedad y los vestidos representados en sus páginas estaban terriblemente pasados de moda.

No obstante, Ehlana y Melidere sí que estaban vestidas según la moda, y eran el centro absoluto de la atención. El vestido de Ehlana era de un azul regio, llevaba una tiara tachonada de diamantes y rubíes anidada en el pelo rubio pálido. Melidere estaba vestida de color espliego. Aquél parecía ser su color favorito. Mirtai iba desafiantemente a contracorriente de la moda. Llevaba el vestido sin mangas que se había puesto para la boda de su ama, e iba visiblemente armada. Lo que resultaba bastante sorprendente era que Sephrenia también tenía puesto un vestido elenio —de un blanco níveo, por supuesto—, y Vanion había vuelto a enamorarse de ella como si fuera el primer día. Los

caballeros de la escolta de la reina vestían jubones y calzas, en contra de las opiniones de Falquián. Tenían, no obstante, las armaduras muy a mano.

Después de que los miembros de la corte imperial hubieran hecho su aparición y comenzado a circular por las barcazas, se produjo una pausa, y luego un metálico toque de trompetas elenias.

—Tuve que amenazar a los músicos con la violencia para conseguir que saludaran adecuadamente al emperador —murmuró el elegantemente ataviado Stragen a Falquián.

—¿Ah, sí?

—Insistían todos en que el emperador tenía que ser saludado con el espantoso ruido que llaman música por estos contornos. Se volvieron mucho más colaboradores cuando le rajé la blusa con el estoque a uno de los trompeteros. — Los ojos de Stragen se abrieron de pronto de forma desmesurada—. ¡Por el amor de Dios, hombre! —siseó a uno de los sirvientes que estaba depositando una enorme fuente de humeante carne de vaca encima de una de las mesas—. ¡Ten cuidado con esas velas!

—Es un tamul, Stragen —observó Falquián cuando el sirviente le dirigió a Stragen una mirada de perplejidad—. Estás hablándole en elenio.

—¡Haz que tenga cuidado, Falquián! ¡Una sola lengua de fuego en el lugar incorrecto de cualquiera de estas barcazas podría asarnos a todos vivos!

Entonces aparecieron el emperador y sus nueve esposas en el puente levadizo, y descendieron por los alfombrados escalones a la primera de las barcazas.

Todos le hicieron una reverencia al emperador pero nadie lo miró. Todos los ojos estaban clavados en la emperatriz Elysoun de Valesia, que sonreía radiantemente. Había modificado el tradicional vestido elenio para acomodarlo a sus gustos culturales. El traje color escarlata que llevaba era realmente bastante encantador, pero había sido modificado con el fin de que esos atributos que las damas elenias suelen ocultar y las damas valesianas ostentar, quedaran anidados en dos cojines de volantes de níveo encaje y por lo tanto estuvieran plena, si no agresivamente, a la vista.

—Vaya, eso sí que puede decirse que es una declaración de moda femenina —murmuró Stragen.

—Ya lo creo que sí, amigo mío —replicó Falquián mientras reprimía la risa y se arreglaba el cuello de su jubón de terciopelo negro—. Y todo el mundo está escuchándola. El pobre Emban parece estar al borde de la apoplejía.

En una especie de pequeña ceremonia formal, la reina Ehlana escoltó a Sarabian y sus emperatrices a lo largo de los puentes que pasaban de una a otra barcaza. La emperatriz Elysoun estaba obviamente buscando a alguien, y cuando vio a Berit que se hallaba de pie, a un lado de la segunda barcaza, alteró su curso y cayó sobre él con las velas a todo trapo..., en sentido figurado. *Sir Berit* adoptó primero un aire aprensivo, y luego desesperado, mientras Elysoun lo acorralaba contra la borda de la barcaza sin ponerle siquiera una mano encima.

—Pobre Berit —dijo Falquián, compasivo—. Quédate cerca de él, Stragen. No estoy seguro de si sabe nadar. Prepárate para rescatarlo si salta al foso.

Después de que se le ofreciera al emperador aquel espectacular recorrido, comenzó el banquete. Falquián había esparcido juiciosamente a los caballeros entre los invitados. Los caballeros no eran en realidad unos compañeros de cena muy interesantes aquella noche, puesto que se concentraban casi exclusivamente en las velas y los faroles.

—Que Dios nos ayude si se levanta viento —murmuró Kalten a Falquián.

—Desde luego —asintió fervorosamente Falquián—. Eh..., Kalten, viejo amigo...

—¿Sí?

—Se supone que debes mantener los ojos puestos en las velas, no en la parte frontal del vestido de la emperatriz Elysoun.

—¿Qué parte frontal?

—No seas vulgar, y recuerda qué es lo que se supone que tienes que estar haciendo.

—¿Cómo vamos a arrear a este rebaño de ovejas vestidas con excesivo lujo al interior del castillo cuando suene la campana? —Kalten se removió con incomodidad. El jubón de satén verde que llevaba le apretaba mucho el estómago.

—Si lo hemos cronometrado correctamente, los invitados estarán acabando el plato principal más o menos en el mismo instante en el que nuestros amigos de la ciudad comiencen a distribuir las armas. Cuando suene la campana, Ehlana invitará a los huéspedes a entrar en el castillo para tomar el postre.

—Muy inteligente, Falquián —comentó Kalten con admiración.

—Ve a felicitar a mi esposa, Kalten. Fue idea suya.

—Es de verdad terriblemente buena para este tipo de cosas, ¿lo sabes? Me alegro de que haya decidido acompañarnos.

—Yo todavía estoy dividido entre dos opiniones —gruñó Falquián.

El festín continuó y se hicieron docenas de brindis. Los invitados amontonaron elogios sobre la reina de Elenia. Dado que los huéspedes eran totalmente inconscientes del final de fiesta que se avecinaba, se produjeron muchas ironías inadvertidas en los cumplidos que le hicieron a Ehlana.

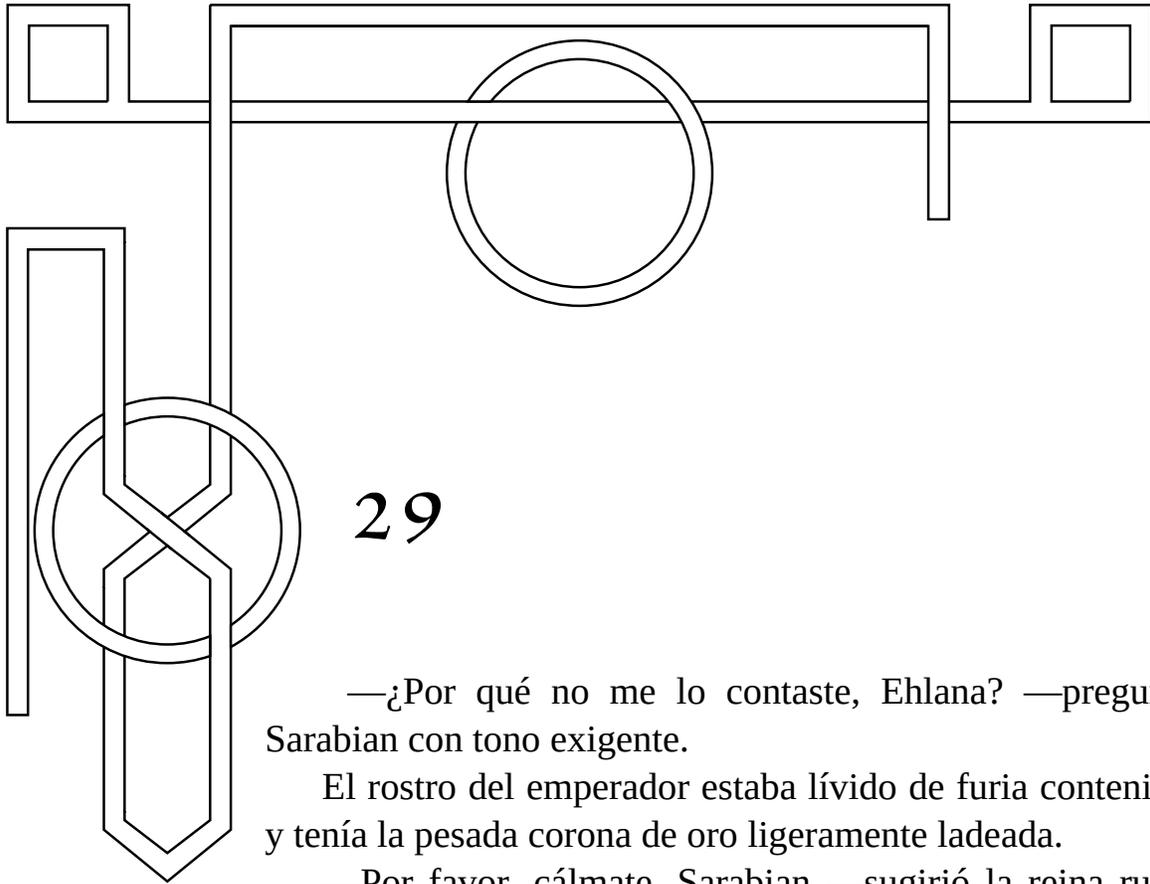
Falquián apenas probó la cena mientras jugaba con la comida; no apartaba los ojos de las velas y mantenía alerta el oído en espera del primer toque de campana que anunciaría que sus enemigos se habían puesto en movimiento.

El apetito de Kalten, sin embargo, no parecía afectado por la inminente crisis.

—¿Cómo puedes atracarte de esa forma? —preguntó Falquián a su amigo con voz irritada.

—Estoy reponiendo mis fuerzas, Falquián. Es probable que tenga que quemar un montón de energía antes de que acabe la noche. Si no estás ocupado, viejo amigo, ¿te importaría pasar la salsa de carne hacia este lado?

Entonces, desde algún punto cercano al centro de la relumbrante Matherion inundada por la luz de la luna, una campana de tono grave comenzó a tocar, anunciando así que la segunda mitad del espectáculo de la velada acababa de dar comienzo.



29

—¿Por qué no me lo contaste, Ehlana? —preguntó Sarabian con tono exigente.

El rostro del emperador estaba lívido de furia contenida, y tenía la pesada corona de oro ligeramente ladeada.

—Por favor, cálmate, Sarabian —sugirió la reina rubia—. No nos enteramos hasta media mañana de hoy, y no había forma posible de hacerte llegar la información sin correr el riesgo de comprometer la empresa.

—Tu baronesa de caderas de serpiente podría haberme llevado un mensaje —la acusó él, y al mismo tiempo golpeó la almena con la palma de la mano.

Se hallaban en el parapeto, aparentemente contemplando el paisaje.

—Eso fue culpa mía, majestad —se disculpó Falquián—. Yo estoy más o menos a cargo de la seguridad, y el ministro Kolata es el hombre que controla la policía de Tamuli..., tanto la policía visible como la que se esconde entre los arbustos. No podíamos estar seguros, de ninguna forma, de que el subterfugio nuestro con la baronesa Melidere fuera a tener éxito. La información de que habíamos descubierto que el ministro estaba involucrado era sencillamente demasiado importante como para correr ese riesgo. El atentado de esta noche contra tu gobierno tiene que continuar adelante tal como está planeado. Si nuestro enemigo tuviera la más mínima sospecha de que nosotros sabemos qué es lo que se trae entre manos, pospondría las cosas hasta otro día..., y nosotros no tendríamos ni la más remota idea de qué día es el que ha escogido.

—Aun así estoy molesto contigo, Falquián —protestó Sarabian—. No puedo censurar tu razonamiento, pero han herido definitivamente mis sentimientos.

—Se supone que estamos contemplando el juego de luces de la superficie del foso, Sarabian —recordó Ehlana al emperador—. Por favor, al menos mira por encima de la almena de vez en cuando.

El lugar que ocupaban sobre las murallas les proporcionaba privacidad y un punto aventajado desde el que vigilar en espera de que se acercara la turba.

—La noticia de que Kolata está implicado en este asunto es realmente inquietante —dijo Sarabian con irritación—. Él controla la policía, el cuerpo de seguridad de palacio, y todos los espías del interior del imperio. Peor aún, tiene una cierta autoridad sobre los atanes. Si los perdemos, estaremos en graves problemas.

—Engessa está intentando cortar esa conexión, majestad —le aseguró Falquián—. Ha enviado mensajeros a las fuerzas atanas que están fuera de la ciudad para avisar a los comandantes que los agentes del ministerio del Interior no son de fiar. Los comandantes pasarán el mensaje a Androl y Betuana.

—¿Estaremos a salvo aquí en el caso de que los mensajeros de Engessa sean interceptados?

—*Sir* Bevier asegura que puede mantener esta plaza durante cinco años, Sarabian —dijo Ehlana—, y Bevier es un experto en asedios.

—¿Y cuando se acaben los cinco años?

—Los caballeros de la Iglesia estarán aquí mucho antes de eso, majestad —le aseguró Falquián—. Caalador tiene instrucciones. Si las cosas salieran mal, haría llegar un mensaje a Dolmant, que está en Chyrellos.

—Tu gente todavía me pone muy, muy nervioso.

—Confía en mí, majestad —dijo Falquián.

Kalten subió jadeando por las escaleras del parapeto.

—Vamos a necesitar más vino, Falquián —declaró—. Creo que cometimos un error cuando dejamos esos barriles en el patio. Los invitados de la reina se están demorando ahí fuera, y beben el vino tinto arciano como si fuera agua.

—¿Puedo recurrir a tus bodegas, Sarabian? —preguntó dulcemente Ehlana.

Sarabian hizo una mueca de dolor.

—¿Por qué les estás metiendo toda esa bebida dentro? —preguntó con tono exigente—. El vino tinto arciano es muy caro en Matherion.

—Las personas borrachas son más fáciles de manejar que las que están sobrias, majestad —replicó Kalten mientras se encogía de hombros—. Vamos a

dejarlos que continúen la juerga ahí abajo, en el patio, y dentro del castillo, hasta que dé comienzo la lucha. Luego empujaremos a los rezagados al interior del castillo junto con los demás, y continuaremos dándoles de beber. Cuando se despierten mañana por la mañana, la mayoría de ellos no sabrá siquiera que ha habido una batalla.

El grupo del patio estaba poniéndose vocinglero. Los vinos tamules no eran ni con mucho tan espesos como los brebajes elenios, y la sensatez de los festejantes estaba ofuscada. Reían mucho y caminaban tambaleándose por el patio con sonrisas tontas en la cara. La reina Ehlana los miró críticamente desde la muralla.

—¿Cuánto tiempo crees que tardarán en estar completamente incapacitados, Falquián? —preguntó.

—No mucho más. —El príncipe se encogió de hombros y se volvió para mirar hacia la ciudad—. No quiero parecer un criticón, emperador Sarabian, pero tengo que observar que tus ciudadanos carecen profundamente de imaginación. Tus rebeldes de ahí fuera llevan antorchas.

—¿Y?

—Es una imagen prototipo. Las turbas de todos los romances malos arcianos llevan antorchas. Incluso yo sé eso.

—¿Cómo puedes ser tan frío, hombre? —inquirió Sarabian con impaciencia—. Si alguien hiciera un ruido fuerte detrás de mí en este preciso instante, saltaría fuera de mi piel.

—Supongo que se debe al entrenamiento profesional. Me preocupa más que no lleguen al complejo imperial que el que lo hagan. Necesitamos realmente que acudan aquí, majestad.

—¿No deberíais de subir el puente levadizo?

—Todavía no. Aquí en el complejo también hay conspiradores, al igual que en las calles. No queremos hacer evidente el hecho de que sabemos que vienen hacia aquí.

Khalad asomó la cabeza de la torreta que estaba en un extremo de las murallas y llamó con un gesto a su señor.

—¿Me excusaréis, majestades? —inquirió cortésmente Falquián—. Tengo que ir a ponerme la ropa de trabajo. Ah, Ehlana, ¿por qué no le haces señas a Kalten para indicarle que ya es hora de meter a esos rezagados en el castillo y

encerrarlos en el comedor con los demás?

—¿Qué queréis decir? —preguntó Sarabian.

—No queremos que se nos enreden en los pies cuando comience la lucha, Sarabian —replicó la reina con una sonrisa—. El vino evitará que se den cuenta de que están encerrados en el comedor.

—Los elenios sois la gente de sangre más fría de todo el mundo —la acusó Sarabian mientras Falquián se alejaba a lo largo de la muralla hacia la torreta donde Khalad lo aguardaba con la negra armadura. Cuando regresó diez minutos después, iba completamente ataviado con una armadura de acero. Encontró a Ehlana hablando con Sarabian.

—¿No puedes hablar con ella? —le estaba preguntando al emperador—. El pobre muchacho está al borde de la histeria.

—¿Y por qué él no hace sencillamente lo que ella quiere que haga? Una vez que se hayan entretenido el uno al otro, ella perderá el interés.

—*Sir Berit* es un caballero muy joven, Sarabian. Sus ideales aún no están deslustrados. ¿Por qué no se dedica a perseguir a *sir Kalten* o a *sir Ulath*? Ellos estarían encantados de complacerla.

—*Sir Berit* es un reto para Elysoun, Ehlana. Nadie la ha rechazado jamás.

—¿No te molesta a ti su descarada infidelidad?

—En lo más mínimo. Verás, en su cultura eso no significa realmente nada. Su pueblo lo contempla como un pasatiempo agradable pero intrascendente. A veces pienso que los elenios le dais una importancia excesiva.

—¿No puedes hacer que se vista un poco?

—¿Por qué? Ella no se avergüenza de su cuerpo, y le gusta compartirlo con los demás. Sé honrada, Ehlana, ¿no te parece que es muy atractiva?

—Creo que eso tendrás que preguntárselo a mi esposo.

—No esperarás realmente que responda a ese tipo de pregunta, ¿verdad? —dijo Falquián. Miró por encima de las almenas—. Nuestros amigos de ahí fuera parece que han encontrado el camino hacia el complejo —observó mientras los amotinados con sus antorchas comenzaban a trasponer las puertas imperiales.

—Se supone que los guardias deberían de detenerlos —observó coléricamente Sarabian.

—Supongo que los guardias reciben órdenes del ministro Kolata —replicó Ehlana con un encogimiento de hombros.

—¿Dónde está la guarnición atana, entonces?

—Los hemos trasladado al interior de este castillo, majestad —le explicó

Falquián—. Creo que pasas constantemente por alto el hecho de que lo que queremos en realidad es que esa gente entre en el complejo. No tendría mucho sentido impedirles el paso.

—¿No crees que ya es casi la hora de levantar el puente? —Sarabian parecía nervioso por ese detalle.

—Todavía no, majestad —replicó fríamente Falquián—. Primero queremos que estén absolutamente todos dentro del complejo. Sólo entonces levantaremos el puente. Dejémoslos que muerdan la carnada antes de hacer que se cierre la trampa.

—Pareces muy seguro de ti mismo, Falquián.

—Tenemos todas las ventajas, majestad.

—¿Significa eso que es imposible que algo salga mal?

—No, siempre puede salir mal algo, pero las probabilidades son remotas.

—De todas formas, no te importará si yo me preocupo un poco, ¿verdad?

—Adelante, majestad.

La turba de las calles de Matherion continuaba atravesando sin impedimento las puertas del complejo imperial y dispersándose rápidamente, gritando con entusiasmo mientras corrían hacia los diversos palacios y edificios de la administración. Como Kring había previsto, muchos salían de los relumbrantes edificios cargados con objetos de valor que habían saqueado.

Se produjo una breve agitación ante el castillo cuando un grupo de saqueadores llegó al puente levadizo y fue recibido por una veintena de caballeros comandados por *sir* Ulath. Los caballeros se encontraban allí para cubrir a los pelois que habían estado escondidos en las bodegas de las barcazas durante la celebración, y que se habían puesto a trabajar con las hachas sobre los toneles de petróleo en cuanto los huéspedes se retiraron al patio del castillo. Una cierta cantidad de líquido lustroso que se filtraba por los flancos de las barcazas indicaba que los pelois que en aquel momento atravesaban las cubiertas de las embarcaciones que flotaban en el foso, camino del puente levadizo, habían cumplido con su trabajo. Cuando la turba llegó al extremo exterior del puente levadizo, Ulath les dejó claro que no estaba de humor para recibir visitas. Los supervivientes decidieron buscar otros sitios para entregarse al saqueo.

El patio había sido despejado, y *sir* Bevier con sus hombres estaban poniendo las catapultas en su sitio sobre la muralla. Los atanes de Engessa habían subido a las murallas junto con los cyrínicos y estaban acucillados tras las almenas, fuera de la vista. Falquián recorrió los alrededores con los ojos.

Todo parecía estar dispuesto. Luego miró hacia las puertas del complejo. Los únicos revolucionarios que entraban en aquel momento eran los tullidos y los cojos. Caminaban vigorosamente con sus muletas, pero se habían retrasado mucho respecto a sus compañeros. Falquián se inclinó hacia el exterior de las almenas.

—Será mejor que comencemos, Ulath —gritó a su amigo, que estaba abajo—. ¿Por qué no le pides a Kring que cierre las puertas? Luego probablemente deberíais entrar.

—¡De acuerdo! —El rostro de Ulath estaba dividido por una ancha sonrisa.

Se llevó el retorcido cuerno de ogro a los labios y produjo un resonante sonido hueco. Luego giró en redondo y condujo a sus caballeros de vuelta al castillo por el puente levadizo.

Las enormes puertas de la entrada del complejo palaciego se movieron pesada y lentamente, cerrándose con una especie de terrible inexorabilidad. Falquián advirtió que varios de los que aún estaban fuera cojeaban de forma desesperada con sus muletas, tan rápido como podían para intentar entrar antes de que se cerraran las puertas.

—Kalten —chilló hacia el patio.

—¿Qué? —El tono de Kalten era de irritación.

—¿Te importaría hacerle saber a esa gente de ahí fuera que ya no recibimos más visitas por esta noche?

—Oh, de acuerdo, supongo que sí. —Luego el rubio pandion sonrió a su colega caballero y comenzó a dar vueltas al cabrestante que subía el puente levadizo.

—Payaso —masculló Falquián.

El significado de los actos simultáneos de cerrar las puertas y levantar el puente no se filtró hasta la mente colectiva de la turba durante bastante rato. El sonido de órdenes gritadas, e incluso de algún entrechocar ocasional de armas proveniente de los edificios cercanos, anunciaba que al menos algunos de los rebeldes comenzaban a ver la luz.

Con inseguridad, cautelosamente, la multitud con sus antorchas comenzó a converger en el castillo elenio de prístino blanco, donde las banderas de seda de alegres colores se estremecían en la brisa nocturna y las barcazas iluminadas con velas se mecían levemente en el foso.

—¡Ah del castillo! —les rugió, en un elenio execrable, un tipo de voz potente que estaba en la primera fila—. ¡Bajad el puente o asaltaremos vuestras

murallas!

—¿Quieres, por favor, responder a eso, Bevier? —gritó Falquián a su amigo cyrínico.

Bevier sonrió e hizo girar cuidadosamente una de las catapultas. Apuntó con meticulosidad, elevó la mira de forma que la catapulta quedara apuntando en una línea ascendente casi vertical, y luego aplicó una antorcha a la mezcla de pez y petróleo que estaba depositada en un receptáculo con forma de cuchara, al extremo del brazo de la catapulta. La mezcla prendió de inmediato.

—¡Os ordeno que bajéis el puente! —les aulló arrogantemente el bellaco sin afeitar que estaba al otro lado del foso.

Bevier cortó la cuerda que sujetaba el brazo de la catapulta. La burbuja que goteaba fuego chisporroteó al salir volando por el aire en una línea ascendente casi vertical, tras lo cual rebajó su velocidad y pareció quedar suspendida e inmóvil durante un momento. Luego cayó.

El rufián que había estado exigiendo la entrada se quedó mirando boquiabierto a la réplica de Bevier, que se encumbraba majestuosamente hacia el cielo de la noche y luego caía sobre él como un cometa. El hombre desapareció al ser envuelto en llamas.

—¡Buen disparo! —gritó Falquián para felicitar a su amigo.

—No ha estado mal —replicó Bevier con modestia—. Era bastante delicado porque ese tipo estaba demasiado cerca.

—Ya lo he advertido.

El emperador Sarabian se había puesto muy pálido y estaba visiblemente impresionado.

—¿Era necesario que hicierais esto, Falquián? —preguntó con voz ahogada mientras la asustada multitud retrocedía corriendo por los parques en busca de protecciones que podrían estar o no fuera del alcance de *sir* Bevier.

—Sí, majestad —replicó Falquián con calma—. En estos momentos estamos jugando para ganar tiempo. La campana que sonó hace aproximadamente una hora fue una especie de señal general. Los degolladores de Caalador arrestaron a los cabecillas cuando tocó, Ehlana trasladó a los invitados de la fiesta al interior del castillo, y las legiones de atanes que aguardaban fuera de la ciudad emprendieron la marcha en cuanto la oyeron. El vocinglero que está ardiendo al borde del foso es una demostración gráfica de lo verdaderamente desagradables que van a ponerse las cosas en caso de que la turba insista en que franqueemos la entrada. Voy a proporcionarles algunos incentivos muy serios para persuadirlos

de que vuelvan a acercársenos.

—Creí que habías dicho que podíais mantenerlos a distancia.

—Y podemos, pero ¿para qué arriesgar vidas si no hay necesidad de ello? Habrás notado que no se produjeron en el interior ni vítores ni gritos cuando Bevier disparó la catapulta. Esas gentes de ahí fuera están contemplando un castillo absolutamente silencioso y aparentemente sin fuerzas defensivas que de una forma casi negligente borra del mapa a sus atacantes. Eso es algo muy aterrador de contemplar. Ésta es la parte del asedio que con frecuencia dura varios años. —Falquián miró hacia fuera de las murallas—. Creo que ya es hora de que entremos esa torreta, majestades —sugirió—. No podemos estar seguros de que Khalad haya inutilizado todas las ballestas..., ni de que alguien de la turba no haya reparado unas cuantas. Tendría muchísimos problemas para explicar por qué fui tan descuidado como para permitir que uno de vosotros dos resultase muerto. Podremos ver lo que sucede desde la torreta, y yo me sentiré mucho más tranquilo si ambos tenéis una buena cantidad de piedra gruesa a vuestro alrededor.

—¿No deberíamos de romper ya esas barcazas, querido? —le preguntó Ehlana.

—Todavía no. En ellas tenemos el potencial para infligirles un verdadero desastre a los sitiadores. No lo malgastemos.

Unas pocas ballestas de las que tenía la multitud funcionaban correctamente, pero no eran muchas. Pareció haber una gran cantidad de imprecaciones por aquel fenómeno.

Un serio intento de volver a abrir las puertas del complejo se vino abajo cuando los pelois, con sus refulgentes sables y sus penetrantes y aullantes gritos de guerra produciendo ecos al rebotar contra las paredes de los opalescentes palacios cercanos, cargaron desde el otro lado de los céspedes primorosamente cortados para embestir a la multitud agrupada en torno a las puertas.

Luego, debido a que una vez desatados los pelois eran difíciles de volver a refrenar, aquellos hombres de las tribus de las fronteras de Pelosia oriental blandieron sus sables una y otra vez entre la masa apretada que se agachaba sobre la hierba. Los guardias de palacio, que se habían unido a la turba, realizaron algunos esfuerzos para responder al ataque, pero los jinetes pelois los atropellaron fácilmente.

Sephrenia y Vanion entraron en la torreta. El vestido blanco de la menuda mujer estiría relumbraba en la cinta de luz lunar que penetraba por la puerta.

—¿En qué estás pensando, Falquián? —preguntó con exigente tono colérico—. Éste no es un lugar seguro para Ehlana y Sarabian.

—Creo que es lo más seguro que tenemos, pequeña madre. Ehlana, ¿qué responderías si te dijera que tienes que meterte dentro?

—Diría que no, Falquián. Me saldría de la piel si me encerraras en alguna sala segura desde la que no pudiese ver lo que está sucediendo.

—Ya sabía yo que pensarías más o menos de esa manera. ¿Y tú, emperador Sarabian?

—Tu esposa acaba de atornillarme los pies al suelo, Falquián. ¿Cómo podría correr a esconderme cuando ella está de pie aquí arriba, sobre la muralla, como el mascarón de un barco de guerra? —El emperador miró a Sephrenia—. ¿Es esta demente temeridad una característica racial de estos bárbaros? —preguntó.

Ella suspiró.

—No podrías ni creer algunas de las cosas de que son capaces, Sarabian —replicó ella mientras dirigía una fugaz sonrisa a Vanion.

—Al menos alguien de esa turba piensa todavía de manera coherente, Falquián —comentó Vanion a su amigo—. Acaba de darse cuenta de que hay todo tipo de significados desagradables en el hecho de que no puedan salir del complejo. Está ahí fuera intentando agitarlos con el discurso de que están perdidos a menos que tomen este castillo.

—Espero que también les esté diciendo que estarán perdidos si lo intentan —replicó Falquián.

—Me imagino que estará presentando esa parte de manera más alegre. Yo tenía algunos recelos respecto a ti cuando eras un novicio, amigo mío. Tú y Kalten parecíais un par de potros salvajes, pero ahora que te has asentado eres bastante bueno. La estrategia que has trazado aquí es brillante, ¿sabes? En realidad no me has hecho sentir demasiado incómodo esta vez.

—Gracias, Vanion —respondió secamente Falquián.

—No hay de qué.

Los rebeldes se acercaron vacilantes al foso con expresiones cargadas de aprensión y los ojos fijos en el cielo nocturno, buscando desesperadamente aquel primer destello de fuego que anunciaría que *sir* Bevier les enviaba sus saludos. El paso casual de estrellas fugaces por la aterciopelada garganta de la noche les arrancaba gritos de pánico que eran seguidos por una tremenda risa nerviosa.

Sin embargo, el relumbrante castillo brillantemente iluminado permanecía en silencio. No había soldados a lo largo de las murallas. Ningún globo de fuego líquido saltó hacia el cielo de la noche desde el interior de las nacaradas murallas.

Los defensores permanecían silenciosamente agachados detrás de las almenas y aguardaban.

—Bien —murmuró Vanion tras echar una mirada por una de las troneras de la torreta—. Alguien se ha dado cuenta del potencial de esas barcazas. Han atado unas con otras algunas escalas para poder escalar las murallas.

—¡Tenemos que romper esas barcazas, Vanion! —exclamó Ehlana con voz apremiante.

—¿No se lo has contado? —preguntó Vanion a Falquián.

—No. La idea podría haberle resultado difícil de aceptar.

—En ese caso será mejor que te la lleves al interior del castillo, amigo mío. Lo que sucederá a continuación probablemente la trastornará mucho.

—¿Queréis dejar de hablar de mí como si ni siquiera estuviese presente? —Estalló Ehlana con exasperación—. ¿Qué es lo que vais a hacer?

—Será mejor que se lo digas —comentó Vanion con aspereza.

—Podemos comenzar a disparar en cualquier momento, Ehlana —dijo Falquián con toda la suavidad que pudo—. En las situaciones como ésta, el fuego es un arma. No es práctico, desde el punto de vista de la táctica, malgastarlo encendiéndolo antes de que nuestros enemigos estén cerca para recibir los beneficios.

Ella lo miró fijamente mientras la sangre le abandonaba el rostro.

—¡Esto no es lo que yo había planeado, Falquián! —protestó ella con vehemencia—. El fuego estaba destinado a mantenerlos apartados del foso. Yo no quería quemarlos vivos con él.

—Lo siento, Ehlana. Es una decisión militar. Un arma es inútil a menos que estés dispuesto a demostrar tu disposición a utilizarla. Sé que es difícil de aceptar, pero si tomamos tu plan hasta sus últimas aplicaciones, probablemente salvaremos vidas a la larga. Aquí en Tamuli estamos en inferioridad numérica, y si no establecemos una cierta reputación de despiadados, nos pasarán por encima la próxima vez que se produzca una confrontación.

—¡Eres un monstruo!

—No, querida. Soy un soldado.

Ella se echó a llorar de repente.

—¿Quieres llevártela dentro ahora, pequeña madre? —pidió Falquián a Sephrenia—. Creo que todos preferiríamos que ella no viera esto.

Sephrenia asintió con la cabeza y se llevó a la sollozante reina hacia la escalera que descendía desde la torreta.

—Puede que también tú prefieras marcharte, majestad —sugirió Vanion a Sarabian—. Falquián y yo estamos más o menos acostumbrados a este tipo de cosas desagradables, pero tú no tienes por qué verlas.

—No, me quedaré, señor Vanion —replicó Sarabian con firmeza.

—Eso depende de ti, majestad.

Una cortina de flechas de ballesta repiqueteó contra las almenas como una lluvia de granizo. Aparentemente, los rebeldes habían estado reparando los resultados del sabotaje de Khalad.

Luego, temerosos, llenos de aterrorizada desesperación, algunos nadadores saltaron al agua desde el borde del foso y bracearon hasta las barcazas para soltar las cuerdas de amarre. Las barcazas fueron arrastradas hasta la orilla, y los rebeldes, con las improvisadas escalas de asedio ya en el aire, subieron a bordo en enjambre y comenzaron a impulsarse rápidamente con largas varas hasta el otro lado del foso para llegar a las murallas mismas del castillo.

Falquián sacó la cabeza por la puerta de la torreta.

—¡Kalten! —susurró a su amigo, que estaba acucillado sobre el parapeto, no muy lejos de la torreta—. ¡Haz correr la voz! ¡Diles a los atanes que se preparen!

—De acuerdo.

—Pero diles que no se muevan hasta oír la señal.

—Ya sé qué es lo que tengo que hacer, Falquián. Deja ya de tratarme como a un idiota.

—Lo siento.

El apremiante susurro corrió por detrás de las almenas.

—Lo has cronometrado a la perfección, Falquián —dijo Vanion con voz baja y tensa—. Acabo de ver la señal de Kring sobre la muralla del complejo. Los atanes están en el exterior de las puertas. —Hizo una pausa—. Estás teniendo una increíble racha de buena suerte, ¿sabes? Nadie podría haber calculado con antelación que la multitud comenzaría a escalar las murallas y los atanes llegarían precisamente en el mismo momento.

—Quizá, no —asintió Falquián—. Creo que sería interesante hacer algo agradable por Aphrael la próxima vez que la veamos.

En el foso, las barcas golpearon contra la muralla del castillo, y los rebeldes comenzaron su desesperada subida por las escalas hacia las almenas ominosamente silenciosas.

Otro apremiante susurro corrió por el parapeto hasta la torreta.

—¡Las barcazas ya están todas contra la muralla, Falquián! —susurró Kalten con voz ronca.

—De acuerdo. —Falquián respiró profundamente—. Dile a Ulath que dé la señal.

—¡Ulath! —gritó Kalten, que ya no se molestaba siquiera en susurrar—. ¡Danos un bocinazo con ese cuerno!

—¡Bocinazo! —La voz de Ulath sonaba ultrajada.

Luego su cuerno de ogro hizo sonar el mensaje de dolor y muerte. Desde detrás del parapeto fueron levantadas unas rocas que oscilaron por un instante en lo alto de las almenas, y se precipitaron sobre las atestadas cubiertas de las barcazas que estaban abajo. Las barcazas se quebraron, se hicieron astillas y comenzaron a hundirse. La viscosa mezcla de petróleo y pez se esparció por la superficie del foso. La capa que cubría el agua era irisada y, pensó Falquián de forma distraída, bastante bonita en realidad.

Los gigantescos atanes se levantaron de los lugares en los que estaban ocultos, cogieron los faroles que colgaban convenientemente de las almenas, y los arrojaron al foso como un centenar de cometas ardientes.

Los rebeldes, que habían saltado de las barcazas que se hundían y luchaban en el agua aceitosa, gritaron de terror al ver la muerte abrasadora que les llovía desde lo alto de las murallas.

El foso estalló en llamas. Una capa de fuego azulado barrió rápidamente el agua cubierta de nafta y fue inmediatamente seguida por gigantescas oleadas de llamas hollinosas de color anaranjado y denso humo negro. Se produjeron erupciones volcánicas en las barcazas que se hundían, a medida que prendía la nafta que aún quedaba en el interior de sus bodegas. El fuego ascendió hasta abrasar a los rebeldes que aún se aferraban a las escalerillas. Caían o saltaban de las escaleras que ardían, hendiendo las llamas al zambullirse en el infierno de abajo.

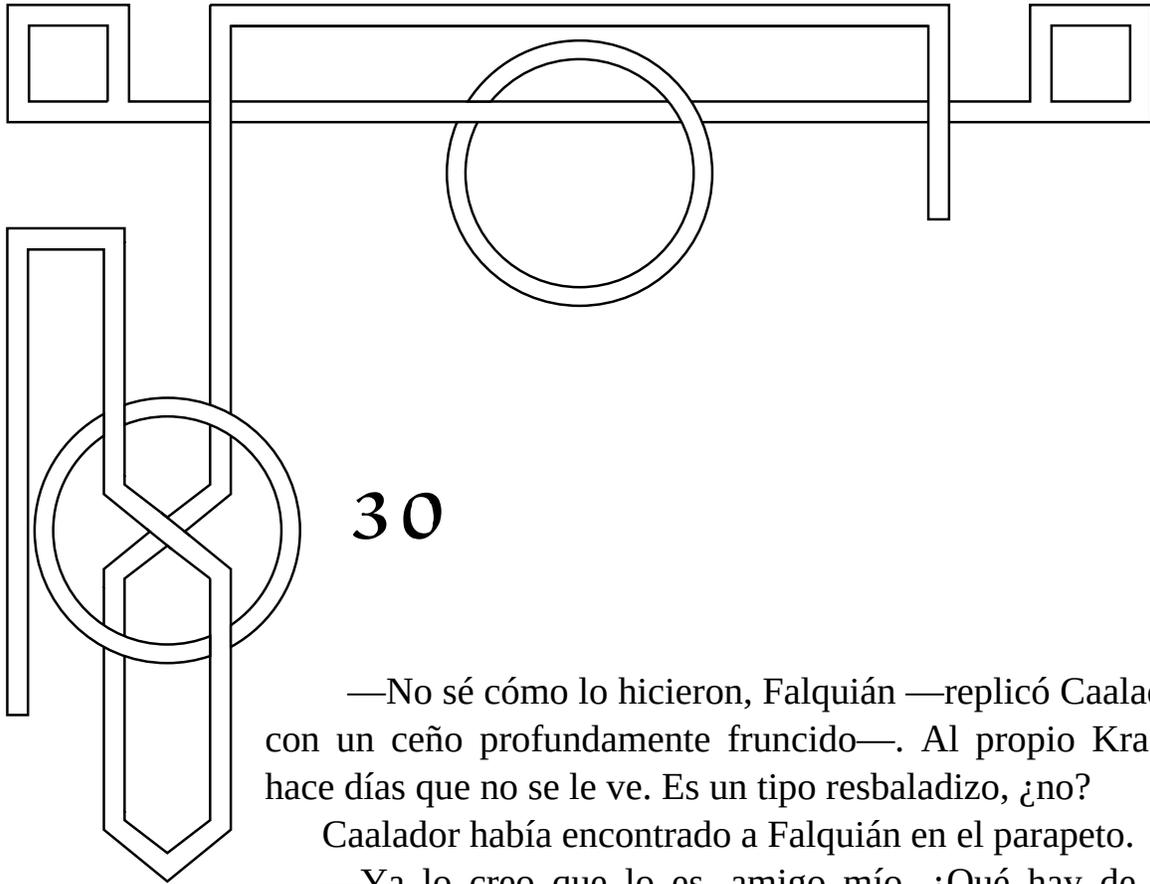
Los gritos eran espantosos. Algunos hombres abrasados alcanzaron la otra orilla y echaron a correr ciegamente por las primorosas cespederas del complejo, chillando y chorreando fuego.

Los rebeldes que habían permanecido en la orilla del foso aguardando con

impaciencia su turno para atravesar el agua y escalar las murallas, retrocedieron aterrorizados ante la conflagración que acababa de convertir al relumbrante castillo de los elenios en algo tan inasequible como la cara oculta de la luna.

—¡Ulath! —rugió Falquián—. ¡Dile a Kring que abra las puertas! —Una vez más, el cuerno de ogro sonó.

Las pesadas puertas del complejo volvieron a abrirse lentamente, y los dorados gigantes atanes, corriendo en perfecta formación, irrumpieron en los terrenos del palacio imperial como una avalancha.



30

—No sé cómo lo hicieron, Falquián —replicó Caalador con un ceño profundamente fruncido—. Al propio Krager hace días que no se le ve. Es un tipo resbaladizo, ¿no?

Caalador había encontrado a Falquián en el parapeto.

—Ya lo creo que lo es, amigo mío. ¿Qué hay de los demás? Nunca habría pensado que Elron pudiera conseguir algo semejante.

—Tampoco yo. Estaba haciéndolo todo excepto llevar un cartel en la frente con la palabra «conspirador»..., todos esos revoloteos de capa y ese andar exageradamente de puntillas por callejones oscuros. —Caalador sacudió la cabeza—. En cualquier caso, se alojaba en la casa de un noble edomita. Sabemos que estaba en la casa porque lo vimos entrar por la puerta principal. Estábamos vigilando todas las puertas y ventanas, así que sabemos que no salió, pero no estaba dentro cuando fuimos a buscarlo.

Se oyó un crujido que provenía del palacio cercano, cuando los atanes rompieron la puerta para apresar a los rebeldes que se ocultaban en el interior.

—¿Registró tu gente la casa en busca de habitaciones o pasajes secretos? —preguntó Falquián.

Caalador negó con la cabeza.

—En lugar de eso, lo que hicieron fue poner al noble edomita descalzo en un brasero de carbones al rojo. Ese sistema es más rápido. Cogimos sin dificultad a todos los segundos, pero los cabecillas... —Tendió las manos con las palmas

hacia arriba, con gesto de impotencia.

—Probablemente alguien empleó la magia. Ya lo han hecho con anterioridad.

—¿Puede hacerse ese tipo de cosas con la magia?

—Yo no puedo, pero estoy seguro de que Sephrenia conoce los hechizos adecuados.

Caalador miró por encima de las almenas.

—Bueno, al menos hemos hecho fracasar este ataque contra el gobierno. Eso es lo principal.

—No estoy seguro de ello —disintió Falquián.

—Era de verdad bastante importante, Falquián. Si hubieran tenido éxito, todo Tamuli se habría desmembrado. En cuanto los atanes acaben con la limpieza, podremos comenzar a interrogar a los supervivientes... y a esos subordinados que sí hemos podido apresar. Puede que ellos sean capaces de dirigirnos contra los principales conspiradores.

—Lo dudo bastante. Krager es muy bueno en este tipo de cosas. Creo que descubriremos que los subordinados no tienen, de hecho, mucha información. Es una lástima. Yo quería de veras mantener una pequeña charla con Krager.

—Siempre adoptas ese tono de voz cuando hablas de él —observó Caalador—. ¿Es que hay algo de tipo personal entre vosotros dos?

—Oh, sí, y se remonta a hace mucho, mucho tiempo. He dejado escapar cantidad de oportunidades de matarlo..., habitualmente porque no convenía hacerlo. Estaba demasiado ocupado concentrándome en el hombre que lo había contratado, y puede que eso haya sido un error. Krager siempre se asegura de tener precisamente la cantidad de información que lo convierte en demasiado valioso como para matarlo. La próxima vez que me tropiece con él creo que no tendré eso en cuenta.

Los atanes eran la eficiencia personificada mientras acorralaban a los rebeldes. Ofrecían a los insurrectos armados una oportunidad para rendirse cada vez que acorralaban a un grupo, y no la repetían. Al cabo de dos horas pasada la medianoche, el complejo imperial volvía a estar en calma. Unas cuantas patrullas de atanes registraron los parques y edificios en busca de los rebeldes que pudieran haberse escondido, pero se veía muy poca actividad significativa.

Falquián estaba completamente exhausto. A pesar de que no había participado físicamente en la represión del levantamiento, la tensión lo había agotado más de lo que lo habrían hecho dos horas de batalla sostenida. Estaba de

pie en el parapeto mirando con ojos cansados hacia el complejo, observando sin demasiado interés a los cuidadores de los parques, a los que habían utilizado para aquella desagradable tarea, que sacaban con repugnancia los cadáveres que flotaban en el foso.

—¿Por qué no te vas a la cama, Falquián?

Era Khalad. Sus hombros robustos y desnudos reflejaban la luz de las antorchas. Su voz, apariencia y modales bruscos eran tan parecidos a los de su padre que Falquián experimentó una vez más aquella breve punzada de tristeza.

—Simplemente quiero asegurarme de que no quedará ningún cadáver flotando en el foso cuando mi esposa despierte mañana por la mañana. Las personas que mueren quemadas no son muy bonitas.

—Yo me encargaré de eso. Vayamos a la casa de baños. Te ayudaré a quitarte la armadura y podrás ponerte a remojo en una bañera de agua caliente durante un rato.

—Yo no me he esforzado realmente mucho esta noche, Khalad. Ni siquiera he llegado a sudar.

—No tienes necesidad de hacerlo. Ese olor está tan impregnado en tu armadura que cinco minutos después de habértela puesto ya hueles como si no te hubieras bañado en todo un mes.

—Es uno de los inconvenientes de esta profesión. ¿Estás seguro de que quieres ser caballero?

—No es una idea originalmente mía.

—Tal vez cuando todo esto haya terminado, el mundo quedará lo bastante tranquilo como para que ya no haya necesidad de caballeros.

—Por supuesto, y quizá también volarán los peces, algún día.

—Eres un cínico, Khalad.

—¿Qué demonios está haciendo ahí arriba? —inquirió Khalad con irritación mientras levantaba la vista hacia lo alto de la torre que se encumbraba por encima del castillo.

—¿Quién está haciendo qué dónde?

—Hay alguien en lo alto de la torre sur. Ésta es la cuarta vez que capto un destello de luz de vela en aquella ventana.

—Tal vez Tynian o Bevier apostaron a uno de sus caballeros ahí arriba para que vigilara —replicó Falquián con un encogimiento de hombros.

—¿Sin decírtelo a ti... o a mi señor Vanion?

—Si eso tanto te preocupa, vayamos a echar un vistazo.

—No pareces muy inquieto.

—No lo estoy. Este castillo es absolutamente seguro, Khalad.

—Iré a echar un vistazo después de prepararte para que te vayas a dormir.

—No, iré contigo.

—Creí que estabas convencido de que el castillo era seguro.

—Nunca hace daño ser cauteloso. No quiero tener que decirles a tus madres que cometí un error y dejé que te mataran.

Bajaron de las murallas, atravesaron el patio y entraron en el edificio principal.

Se oían poderosos ronquidos que sonaban detrás de la puerta del comedor, cerrada con llave.

—Me imagino que por la mañana van a salir por esa puerta unos dolores de cabeza monumentales —comentó Khalad entre risas.

—Nosotros no obligamos a nuestros invitados a que bebiesen tanto como lo hicieron.

—Sin embargo, nos acusarán de ello.

Comenzaron a subir la escalera que conducía a lo alto de la torre sur. Aunque las torres principal y norte habían sido construidas según las pautas habituales, con habitaciones una encima de la otra, la torre sur era poco más que una cáscara hueca con una escalera de madera que trepaba a través de un crujiante andamiaje. Evidentemente, el arquitecto había agregado aquella estructura sobre todo en aras de la simetría. La única sala que había en toda la torre era la de lo alto, una habitación con el suelo cubierto de tablas de madera toscamente cortadas en forma de cuadrados.

—Estoy haciéndome demasiado viejo como para subir escaleras con la armadura puesta —jadeó Falquián cuando estaban aproximadamente a medio camino.

—Estás desentrenado, Falquián —le dijo con franqueza Khalad a su señor—. Pasas demasiado tiempo sobre el trasero hablando de política.

—Es parte de mi trabajo, Khalad.

Llegaron a la puerta que estaba al final de la escalera.

—Será mejor que me dejes entrar a mí primero —murmuró Falquián mientras sacaba la espada de la vaina.

Luego extendió un brazo y abrió la puerta de un empujón.

Un hombre de aspecto astroso se hallaba sentado ante una mesa en el centro de la sala, con el rostro iluminado por una sola vela. Falquián lo conocía. Los

años de borracheras constantes no habían sido amables con Krager. Sus cabellos se habían hecho aún más escasos durante los seis años o más que Falquián había pasado sin verlo, y las bolsas hinchadas que tenía debajo de los ojos eran más pronunciadas que antes. Los ojos mismos, miopes y acuosos, estaban descoloridos y parecían recubiertos de una especie de tinte amarillento. Le temblaba la mano en la que tenía el vaso de vino, y un tic nervioso constante le sacudía la mejilla derecha.

Falquián avanzó sin detenerse siquiera a pensar. Levantó su espada contra el antiguo subordinado de Martel, venido a menos, y le dio una estocada.

No tuvo sensación de resistencia alguna cuando la espada se hundió en el pecho de Krager y salió por la espalda del hombre.

Krager dio un violento respingo y luego se echó a reír con su aguardentosa voz herrumbrada.

—¡Dios, qué experiencia tan sorprendente! —dijo en un tono coloquial—. Casi puedo sentir la espada atravesándome. Envaina tu espada, Falquián. No puedes herirme con ella.

Falquián retiró la espada del cuerpo aparentemente material de Krager y describió con ella un barrido en ambas direcciones que atravesó la cabeza del hombre.

—Por favor, no hagas eso, Falquián —dijo Krager cerrando los ojos—. Es algo que pone terriblemente nervioso, ¿sabes?

—Transmítele mis felicitaciones a tu mago, Krager —dijo tranquilamente Falquián—. Ésa es una ilusión muy convincente, de veras. Pareces tan real que casi puedo olerte.

—Ya veo que vamos a comportarnos de forma civilizada —comentó Krager tomando un sorbo de vino—. Bien. Estás madurando, Falquián. Hace diez años habrías reducido la habitación a astillas antes de estar dispuesto a atender a razones.

—¿Magia? —preguntó Khalad a Falquián. Falquián asintió con la cabeza.

—Y una magia bastante sofisticada. De hecho, Krager se halla en una habitación que está a un kilómetro o más de aquí. Alguien está proyectando su imagen en el interior de la torre. Podemos verlo y oírlo, pero no tocarlo.

—Lástima —murmuró Khalad mientras manoseaba el puño de su enorme daga.

—Has sido verdaderamente muy listo esta vez, Falquián —dijo Krager— la edad parece estar mejorándote..., como al buen vino.

—Tú eres un experto en eso, Krager.

—Insignificante, Falquián, muy insignificante. —Krager le dedicó una sonrisa afectada—. Sin embargo, antes de que te entregues a una orgía de auto felicitación, debes saber que esto ha sido sólo una de esas pruebas que un amigo mío te mencionó hace algún tiempo. Les he contado a mis socios todo lo referente a ti, pero querían verlo con sus propios ojos. Dispusimos entonces unos cuantos entretenimientos para ti con el fin de que pudieras demostrar tus destrezas... y limitaciones. Las catapultas confundieron decididamente a los cyrgais, y tus tácticas de caballería contra los trolls fueron casi brillantes. También actuaste notablemente bien en el montaje que te preparamos aquí, en Matherion. Me sorprendiste de veras en ese punto, Falquián. Captaste nuestra seña y contraseña más rápido de lo que yo había imaginado, e interceptaste el mensaje referente al almacén en un período de tiempo notablemente corto. El mercader dacita sólo tuvo que caminar por la ciudad tres veces antes de que tu espía le robase la nota. Yo había esperado que fracasaras de forma estrepitosa al enfrentarte con una conspiración en lugar de con un ejército en el campo de batalla. Felicitaciones.

—Has estado bebiendo durante demasiados años, Krager. Está comenzando a fallarte la memoria. Olvidas lo que sucedió en Chyrellos durante las elecciones. Por lo que yo recuerdo, contrarrestamos también casi todos los planes que Martel y Annias habían trazado allí.

—Aquél no fue de hecho un gran logro, Falquián. Martel y Annias no eran unos oponentes verdaderamente serios. Yo intenté hacerles entender que sus complots no eran lo bastante sofisticados pero no quisieron escucharme. Martel estaba demasiado ocupado pensando en la sala del tesoro que está debajo de la basílica, y Annias tan cegado por la mitra de la archiprelatura que no podía ver nada más. Realmente dejaste escapar allí tu oportunidad, Falquián. Yo siempre he sido tu más serio oponente. Me tuviste en tus manos, y me dejaste marchar sólo por algunas migajas de información y un testimonio exagerado ante la jerarquía eclesiástica. Fue un razonamiento muy pobre el tuyo de entonces, viejo amigo.

—Deduzco entonces que las festividades de esta noche no estaban orquestadas para que tuvieran éxito.

—Por supuesto que no, Falquián. Si hubiéramos querido de verdad tomar Matherion, habríamos traído ejércitos enteros.

—Estoy seguro de que hay un motivo para todo esto —dijo Falquián a la

ilusión—. ¿Crees que podríamos resumir un poco? He tenido un día agotador.

—Las pruebas han sido todas orquestadas para obligarte a emplear tus recursos, Falquián. Necesitábamos saber qué tipo de respuestas tenías a tu disposición.

—Todavía no las habéis visto todas, Falquián..., ni siquiera la mitad de ellas.

—Khalad, ¿no es cierto? —preguntó Krager al escudero de Falquián—. Dile a tu señor que debe practicar un poco más antes de intentar mentir. En realidad no es demasiado convincente... Ah, transmítele mis saludos a tu madre. Ella y yo siempre nos llevamos bien.

—Tengo mis serias dudas —replicó Khalad.

—Haz el favor de ser realista, Falquián —continuó Krager—. Tu esposa y tu hija están aquí. ¿Esperas realmente que crea que te guardarías algún recurso si pensaras que estaban en peligro?

—Utilizamos lo que era necesario, Krager. No tienes necesidad de enviar a todo un regimiento a aplastar una chinche.

—Eres muy parecido a como era Martel, Falquián —observó Krager—. Vosotros dos casi podríais haber sido hermanos. Yo solía desesperarme por sacarlo de la adolescencia. Era terriblemente inocente cuando comenzó, ¿sabes? Casi lo único que tenía era un gigantesco resentimiento, dirigido principalmente contra ti, y contra Vanion y contra Sephrenia, por supuesto, aunque en menor grado. Tuve que criarlo virtualmente a partir de la primera infancia. ¡Dios, cuántas horas no habré pasado desgastando todas aquellas virtudes caballerescas!

—Haz el favor de evocar en tu tiempo libre, Krager. Ve al grano. Martel es historia, ahora. Ésta es una situación nueva y él ya no existe.

—Sólo estaba renovando una vieja amistad, Falquián. Ya sabes, «los buenos viejos tiempos» y todo eso. He encontrado a otro que quiera contratarme, obviamente.

—Eso ya lo suponía.

—Cuando estaba trabajando para Martel, tuve muy poco contacto directo con Otha y casi ninguno con Azash. Aquella situación podría haber acabado con un resultado totalmente distinto si yo hubiese tenido contacto directo con el dios de Zemoch. Martel estaba obsesionado por la venganza y Otha excesivamente sumido en su propio libertinaje como para que cualquiera de ellos pudiera pensar con claridad. Le daban a Azash consejos demasiado pobres como resultado de sus propias limitaciones. Yo podría haberle ofrecido una valoración mucho más

realista de la situación.

—Eso siempre y cuando llegaras a estar alguna vez lo bastante sobrio como para hablar.

—Eso es indigno de ti, Falquián. Oh, admito que tomo una copa de vez en cuando, pero nunca tanto como para perder de vista las principales metas. De hecho, las cosas han salido mejor para mí a largo plazo. Si hubiera sido yo el que aconsejaba a Azash, te habría vencido. Entonces yo me habría hallado inextricablemente comprometido con él, y habría acabado destruido cuando él se enfrentara con Cyrgon..., ése es el nombre de mi nuevo patrón, por cierto. Supongo que habrás oído hablar de él.

—Algunas veces. —Falquián se obligó a parecer indiferente.

—Bien. Eso nos ahorrará mucho tiempo. Ahora presta atención, Falquián. Estamos llegando a la parte significativa de esta pequeña charla. Cyrgon quiere que te marches a casa. Tu presencia en el continente daresiano constituye un inconveniente..., nada más que eso, realmente. Sólo un inconveniente. Si tuvieras el Bhelliom en el bolsillo puede que te tomáramos en serio, pero no lo tienes, así que no lo haremos. Aquí estás completamente solo, viejo amigo. No tienes el Bhelliom, y no tienes a los caballeros de la Iglesia. Sólo está contigo lo que queda de la guardia de honor de Ehlana, y un centenar de esos monos a caballo de Pelosia. Apenas eres digno de tenerte en cuenta. Si te marchas a casa, Cyrgon te dará su palabra de no avanzar sobre el continente eosiano durante los próximos cien años. Habrás muerto mucho antes de eso, al igual que habrán muerto todos aquéllos a los que quieres. Realmente no es una mala oferta, ¿sabes? Obtendrás para los tuyos un siglo de paz con sólo subir a un barco y regresar a Cimmura.

—¿Y si no lo hago?

—Te mataremos..., después de que hayamos matado a tu esposa, a tu hija y a todas las demás personas del mundo a las que tienes afecto. Existe otra posibilidad, por supuesto. Puedes unirse a nosotros. Cyrgon podría encargarse de que vivieras más tiempo de lo que incluso Otha vivió. Me ha pedido de forma específica que te hiciera esta oferta.

—Dale las gracias en mi nombre..., si vuelves a verlo alguna vez.

—Declinas la oferta, según deduzco.

—Obviamente. Todavía no he visto ni con mucho todo lo que quiero ver de Daresia, así que creo que me quedaré durante algún tiempo, y estoy seguro de que no me importará contar con tu compañía y la de los otros mercenarios de

Cyrgon.

—Ya le dije a Cyrgon que adoptaría esa postura, pero él insistió en que te hiciera la oferta.

—Si es tan todopoderoso, ¿por qué está intentando sobornarme?

—Por respeto, Falquián. ¿Puedes creerlo? Te respeta porque eres Anakha. La totalidad del concepto lo desconcierta, y se siente intrigado por él. Honradamente creo que le gustaría llegar a conocerte. Ya sabes lo infantiles que pueden ser a veces los dioses.

—Hablando de dioses, ¿qué hay detrás de esa alianza que ha hecho con los dioses troll? —Luego Falquián pensó en algo—. No importa, Krager, acabo de descubrirlo por mí mismo. El poder de un dios depende del número de adoradores que tiene. Los cyrgais se han extinguido, así que Cyrgon no es más que una diminuta vocecilla chillona que hace pronunciamientos vacíos en algún lugar en ruinas de Cynesga central... Mucho ruido y pocas nueces.

—Alguien ha estado contándote cuentos de hadas, Falquián. Los cyrgais están lejos de la extinción..., y lo descubrirás para tu congoja si te quedas en Tamuli. Cyrgon hizo una alianza con los dioses troll con el solo fin de traer a los trolls a Daresia. Vuestros atanes son muy impresionantes, pero no son rivales dignos de los trolls. Cyrgon es muy sentimental respecto a su propio pueblo. Prefiere no perderlos innecesariamente en escaramuzas con una raza de monstruos, así que hizo un arreglo con los dioses troll. Los trolls obtendrán el placer de matar..., y comerse... a los atanes. —Krager bebió el resto del vino—. Esto comienza a aburrirme, Falquián, y el vaso está vacío. Le dije a Cyrgon que te transmitiría su oferta. Está dándote la oportunidad de vivir en paz durante el resto de tu vida. Te aconsejo que la aceptes. No volverá a hacértela. De verdad, viejo amigo, ¿por qué habría de importarte lo que les suceda a los tamules? Después de todo no son más que monos amarillos.

—Política eclesiástica, Krager. Nuestra Santa Madre mira las cosas a largo plazo. Dile a Cyrgon que puede coger su oferta y metérsela por la nariz. Me quedaré aquí.

—Será tu funeral, Falquián —replicó Krager con una carcajada—. Puede que incluso te envíe flores. Me he divertido mucho al haber conocido a dos anacronismos..., tú y Martel. Beberé a vuestra memoria de vez en cuando..., si es que os recuerdo en alguna ocasión.

Y luego la imagen del raído canalla se desvaneció.

—Así que ése es Krager —dijo Khalad con tono gélido—. Me alegro de

haber tenido oportunidad de conocerlo.

—¿Qué es exactamente lo que tienes en mente, Khalad?

—He pensado que quizá pueda matarlo un poco. Lo justo es justo, Falquián. Tú te encargaste de Martel, Talen de Adus, así que Krager es mío.

—A mí me parece justo —asintió Falquián.

—¿Estaba borracho? —inquirió Kalten.

—Krager siempre está un poco borracho —replicó Falquián—. Pero no lo estaba lo bastante como para ser descuidado. —Miró a los que le rodeaban—. ¿Os gustaría a todos decir «ya te lo advertí» aquí y ahora? —preguntó—. Quitémoslo de en medio directamente al principio, y así no lo tendré pendiendo sobre mi cabeza. Sí, es posible que hubiera sido más conveniente que lo matara la última vez que lo vi, pero si no hubiese tenido su declaración ante la jerarquía eclesiástica en el momento de las elecciones, probablemente Dolmant no sería el archiprelado en estos momentos.

—Quizá yo pudiese aprender a vivir con ello —murmuró Ehlana.

—Sé amable —dijo Emban.

—Sólo bromeaba, vuestra gracia.

—¿Estás seguro de haber repetido textualmente lo que te dijo? —preguntó Sephrenia a Falquián.

—Con bastante precisión, pequeña madre —aseguró Khalad. Ella frunció el entrecejo.

—Estaba planeado, seguro que todos os dais cuenta de ello. Krager no os contó realmente nada que no supiéramos ya..., o que no hubiéramos podido adivinar.

—El nombre de Cyrgon no había surgido antes, Sephrenia —disintió Vanion.

—Y muy bien podría no volver a surgir nunca más —replicó ella—. Yo necesitaré mucho más que la palabra no verificada de Krager de que Cyrgon está en esto.

—Bueno, pues alguien está implicado —señaló Tynian—. Alguien tiene que haberse mostrado lo bastante convincente como para captar la atención de los dioses troll, y Krager no encaja muy bien en esa descripción.

—Sin mencionar que Krager no sabe siquiera pronunciar la palabra «magia», mucho menos utilizarla —agregó Kalten—. ¿Podría haber hecho ese hechizo

algún estirio, pequeña madre?

Sephrenia negó con la cabeza.

—Es muy difícil —replicó ella—. Si no hubiese estado hecho de la forma precisamente correcta, la espada de Falquián hubiera atravesado al verdadero Krager. Falquián habría comenzado la estocada en la habitación de lo alto de la torre, y la misma habría terminado a una legua de distancia y atravesado el corazón de Krager.

—Bien, entonces —dijo Emban mientras se paseaba de arriba para abajo por la sala con sus rechonchas manos cogidas a la espalda—. Ahora sabemos que esa supuesta insurrección de esta noche no tenía una finalidad seria.

Falquián sacudió la cabeza.

—No, vuestra gracia, eso no lo sabemos con certeza. A pesar de lo que él dice, Krager aprendió mucho del estilo que tiene con Martel, y el intentar quitarle importancia a una derrota mediante la pretensión de que el plan no era realmente serio desde el principio, es exactamente el tipo de cosa que habría hecho Martel.

—Tú lo conocías mejor que yo. —Emban hizo una mueca—. ¿Podemos estar realmente seguros de que Krager y los demás trabajan para un dios..., Cyrgon o quizá algún otro?

—No realmente, Emban —replicó Sephrenia—. Los dioses troll están involucrados, y podrían ser ellos los responsables de los fenómenos que hemos presenciado y que se encuentran fuera de las capacidades de un mago humano. Sin duda hay un hechicero metido en el asunto, pero no podemos afirmar con seguridad de que haya un dios, aparte de los dioses troll, en esto.

—Pero podría ser un dios, ¿no es cierto? —insistió Emban.

—Cualquier cosa es posible, Emban —replicó Sephrenia con indiferencia.

—Eso es lo que necesitaba saber —dijo el rechoncho hombrecillo de la Iglesia—. Voy a tener que hacer un viaje relámpago a Chyrellos.

—Le aseguro a vuestra gracia que eso se me ha escapado —confesó Kalten.

—Vamos a necesitar a los caballeros de la Iglesia, Kalten —le explicó Emban—. A todos ellos.

—Están comprometidos con Rendor, vuestra gracia —le recordó Bevier.

—Rendor puede esperar.

—Puede que el archiprelado piense de forma diferente, Emban —dijo Vanion—. La reconciliación con los rendorianos ha sido una de las metas de nuestra Santa Madre desde hace más de medio milenio.

—Rendor es paciente. Aguardará. Tendrá que esperar. Estamos en una crisis, Vanion.

—Yo acompañaré a vuestra gracia —se ofreció Tynian—. De todas formas no seré de mucha utilidad aquí hasta que el hombro se me haya curado del todo, y estaré en condiciones mucho mejores que vos de clarificar a Sarathi la situación militar. Dolmant ha recibido entrenamiento pandion, así que comprenderá la terminología militar. En este momento estamos al aire libre con los calzones bajados..., y pido perdón a Vuestra Majestad por la crudeza de la expresión —se disculpó ante Ehlana.

—Es una interesante metáfora, *sir* Tynian —replicó ella sonriendo—, y trae a la mente una imagen absolutamente encantadora.

—Estoy de acuerdo con el patriarca de Ucera —continuó Tynian—. Decididamente, tenemos que traer a los caballeros de la Iglesia a Tamuli. Si no los traemos de inmediato, esta situación va a estallarnos en las manos.

—Enviaré un mensaje a Tikume —propuso Kring—. Él nos enviará varios miles de pelois montados. No llevamos armadura ni practicamos la magia, pero sabemos luchar.

—¿Podréis aguantar aquí hasta que lleguen los caballeros de la Iglesia, Vanion? —preguntó Emban.

—Habla con Falquián, Emban. Es él quien está al mando.

—Ojalá dejaras de hacerme eso, Vanion —objetó Falquián. Pensó durante un momento—. Atan Engessa —dijo entonces—, ¿tuviste dificultad para persuadir a tus guerreros de que no es antinatural eso de luchar a lomos de caballo? ¿Podríamos convencer a algunos más?

—Cuando les diga que ese Krager-borracho los ha llamado raza de monstruos, me escucharán, Falquián-caballero.

—Perfecto. En ese caso, puede que Krager nos haya ayudado más de lo que cree. ¿Estás tú convencido de que es mejor atacar a los trolls desde el lomo de un caballo y con lanzas, amigo mío?

—Fue más eficaz, Falquián-caballero. No nos habíamos enfrentado antes con trolls-bestias. Son más grandes que nosotros. Puede que eso le resulte difícil de aceptar a mi pueblo, pero una vez lo hayan hecho, estarán dispuestos a probar los caballos..., si pueden encontrar suficientes de esos grandes.

—Pero ¿ha hecho Krager alguna referencia a que hayamos estado utilizando ladrones y mendigos a modo de ojos y oídos? —inquirió Stragen.

—No exactamente con esos términos, mi señor —replicó Khalad.

—Entonces, eso introduce una incógnita en nuestra ecuación —reflexionó Stragen.

—Por favor, eso no, Stragen —suplicó Kalten—. Odio las matemáticas.

—Lo siento. No sabemos con seguridad si Krager está enterado de que hemos estado utilizando a los criminales de Matherion como espías. Si estuviera enterado de ello, podría utilizarlo para hacernos llegar información falsa.

—El hechizo que utilizaron señala con bastante precisión que sí lo saben, Stragen —comentó Caalador—. Eso explica cómo fue que vimos entrar a los dirigentes de la conspiración en una casa de la que no volvieron a salir. Utilizaron ilusiones. No habrían hecho nada parecido de no saber que los estábamos vigilando.

Tendió una mano y la hizo oscilar de un lado a otro con un aire de cierta duda.

—Eso todavía no está del todo claro, Caalador —dijo al otro—. Puede que no sepa exactamente lo organizados que estamos.

La expresión de Bevier era de profundo disgusto.

—Nos han atrapado, amigos míos —declaró—. Esto ha sido todo un elaborado ardid..., ejércitos del pasado, héroes resucitados, vampiros y *ghoules*..., todo ello. Fue un truco ejecutado sin otro propósito que el de hacernos venir hasta aquí sin todo el cuerpo de caballeros de la Iglesia para cubrimos las espaldas.

—Entonces, ¿por qué han cambiado de idea y nos han dicho que nos volvamos a casa, *sir* Bevier? —preguntó Talen.

—Quizá descubrieron que éramos un poco más eficaces de lo que ellos pensaban en un principio —intervino Ulath con su voz tronante—. No creo que esperaran realmente que desbaratáramos el asalto cyrgai ni que extermináramos a un centenar de trolls, ni que quebráramos la columna vertebral de este intento de golpe de estado de la forma en que lo hicimos. Es perfectamente posible que los hayamos sorprendido e incluso trastornado más que un poco. La visita de Krager puede haber sido una pura bravata, ¿sabéis? Puede que sea mejor que no nos confiemos excesivamente, pero tampoco creo que debamos volvernos poco confiados. Después de todo, somos profesionales, y hasta ahora hemos ganado todos los asaltos. No renunciemos al juego y huyamos sólo porque un conocido borracho nos ha hecho algunas amenazas de pacotilla.

—Bien dicho —murmuró Tynian.

—No tenemos otra alternativa, Aphrael —dijo más tarde Falquián a su hija, cuando se encontraban solos con Sephrenia y Vanion en una sala pequeña a varios pisos de altura por encima de las dependencias reales—. A Emban y Tynian va a llevarles al menos tres meses regresar a Chyrellos, y luego harán falta nueve meses más para que los caballeros de la Iglesia se trasladen por tierra hasta Daresia. E incluso entonces, sólo habrán llegado a los reinos occidentales.

—¿Y por qué no pueden venir en barco? —La princesa parecía un poco resentida y sujetaba estrechamente a *Rollo* contra su pecho.

—Hay cien mil caballeros de la Iglesia, Aphrael —le recordó Vanion—. Veinticinco mil en cada una de las órdenes. No creo que haya barcos suficientes en todo el mundo como para transportar a todos esos hombres con sus respectivos caballos. Podemos traer a unos pocos miles por barco, pero el grueso de la tropa tendrá que viajar por tierra. No podremos contar ni siquiera con esos pocos miles durante al menos seis meses..., el tiempo que tardarán Emban y Tynian en llegar a Chyrellos y regresar luego por barco con los caballeros y sus monturas. Hasta que ellos lleguen, estaremos completamente solos aquí.

—Con los calzones bajados —agregó ella.

—Cuida tu lengua, jovencita —la reprendió Falquián.

Ella apartó aquello con un gesto de los hombros.

—Todos mis instintos me dicen que es una muy mala idea —respondió—. Me tomé unas molestias terribles para encontrar un lugar seguro para el Bhelliom, y la primera vez que cae un chaparrón, todos queréis que vuelva a sacarlo de allí. ¿Estáis absolutamente seguros de que no exageráis el peligro? Ulath podría estar en lo cierto, ¿sabéis? Todo lo que Krager os dijo puede que sea una pura fanfarronada. Yo continuo pensando que podéis manejar la situación sin el Bhelliom.

—No estoy de acuerdo contigo —le dijo Sephrenia—. Yo conozco a los elenios mejor que tú, Aphrael. No está en su naturaleza el exagerar los peligros. De hecho, es más bien al contrario.

—Todo el asunto aquí es que tu madre podría estar en peligro —dijo Falquián a su hija—. Hasta que Tynian y Emban traigan a los caballeros de la iglesia a Tamuli, estaremos en grave desventaja. Incluso con todo lo estúpidos que son, fue sólo el Bhelliom el que nos proporcionó alguna ventaja sobre ellos la última vez. Ni siquiera tú pudiste enfrentarte con ellos, según lo que recuerdo.

—Eso es algo odioso de decir, Falquián —se enfureció ella.

—Yo sólo intento hacer que mires este asunto de manera realista, Aphrael. Sin el Bhelliom, estamos todos en un serio peligro aquí..., y no me refiero sólo a tu madre y a todos nuestros amigos. Si Krager decía la verdad y contra quien nos enfrentarnos es contra Cyrgon, piensa que él es al menos tan peligroso como lo era Azash.

—¿Estás seguro de que todas estas débiles excusas no te vienen a la cabeza sólo porque quieres volver a ponerle las manos encima al Bhelliom, Falquián? —preguntó ella—. Nadie es realmente inmune a su seducción, ¿sabes? Puede obtenerse una satisfacción tremenda del hecho de detentar un poder ilimitado.

—Tú me conoces mejor que eso, Aphrael —dijo él con tono de reproche—. Yo no me desví de mi camino para buscar poder.

—Si realmente se trata de Cyrgon, su primer paso será exterminar a los estirios, y tú lo sabes —recordó Sephrenia a la pequeña diosa—. Nos odia por lo que les hicimos a los cyrgais.

—¿Por qué todos vosotros estáis uniendo vuestras fuerzas para tiranizarme? —preguntó Aphrael con tono imperioso.

—Porque te estás mostrando testaruda —replicó Falquián—. Arrojar el Bhelliom al mar fue una muy buena idea en el momento en que lo hicimos, pero ahora la situación ha cambiado. Sé que no es propio de tu naturaleza el admitir que has cometido un error, pero lo has cometido, y lo sabes.

—¡Muérdete la lengua!

—Tenemos una situación nueva en estos momentos, Aphrael —dijo Sephrenia con tono paciente—. Tú me has dicho una y otra vez que no puedes ver el futuro con total claridad, así que no puedes en realidad haber previsto todo lo que está sucediendo aquí. No has cometido un error, hermanita, pero tienes que ser flexible. No puedes dejar que el mundo estalle en pedazos sólo porque quieres mantener una reputación de infalibilidad.

—¡Oh, de acuerdo! —cedió Aphrael dejándose caer en un sillón y poniéndose a chupar un dedo mientras los miraba a todos con ferocidad.

—No hagas eso —dijeron Falquián y Sephrenia al unísono. Ella no les hizo ningún caso.

—Quiero que los tres sepáis que estoy realmente muy molesta con vosotros por esto. Habéis sido muy descorteses y muy desconsiderados con mis sentimientos. Estoy avergonzada de vosotros. Adelante. No me importa. Continúa adelante y coged el Bhelliom si pensáis que tenéis una necesidad absoluta de hacerlo.

—Eh..., Aphrael —dijo dulcemente Falquián—, nosotros no sabemos dónde está, ¿recuerdas?

—Eso no es culpa mía —replicó ella con vocecilla mohína.

—Sí, lo es. Tú tuviste buen cuidado de asegurarte de que no supiéramos dónde estábamos cuando lo arrojamos al mar.

—Es muy malévolo por tu parte el decir eso, padre.

De pronto a Falquián se le ocurrió un pensamiento horroroso.

—Tú sí que sabes dónde está, ¿no es cierto? —preguntó a la niña con ansiedad.

—¡Oh, Falquián, no seas estúpido! Claro que sé dónde está. No habrás pensado que te permití dejarlo en algún lugar en el que yo no pudiera encontrarlo, ¿verdad?



DAVID EDDINGS (7 de julio de 1931, Spokane, Washington - 2 de junio de 2009, Carson City, Nevada). Se crió cerca de Seattle. Desde muy pequeño le gustó escribir, y en el instituto ya tenía claro que quería dedicarse a ello. De joven su tiempo libre lo dividía en escribir y en actuar en obras de teatro que él mismo creaba. Se graduó en la Universidad de Portland con veinte años, obteniendo la Licenciatura en Filosofía y Letras. Años más tarde consiguió el título de Maestro de Artes en la Universidad de Washington, después fue llamado a filas.

Tras dos años al servicio del Ejército de los Estados Unidos, Eddings trabajó como profesor de Universidad, pero acabó dejándolo muy descontento porque no recibía ningún aumento de sueldo con el paso de los años. Se mudó a Denver, donde acabó trabajando en un supermercado. Empezó a escribir su primera novela, *La Alta Cacería* (High Hunt). Eddings se basó en sus conocimientos de caza y de vida en la montaña para escribir ese libro, el cual seguiría el mismo patrón que algunas de sus obras posteriores, la madurez del protagonista.

Desde el principio contó con la ayuda de Leigh Eddings, su esposa. David escribía y después se lo leía en voz alta a su mujer, ella le daba su opinión y le señalaba las incoherencias de la trama y añadía detalles a la historia y pinceladas

a los personajes. Desde un primer momento David quiso que su esposa apareciese como co-autora en los libros, pero su editor se negó en rotundo, afirmando que no estaba bien visto en el mercado que hubiese dos autores en un mismo libro. No fue hasta la salida del quinto libro de Belgarath, La Ciudad de las Tinieblas (Enchanter's End Game) cuando por fin la autoría de Leigh Eddings quedó reconocida.

Una mañana, antes de ir a trabajar, empezó a garabatear en un papel una especie de mapa, el cual quedaría olvidado hasta que un día Eddings vio una copia de El Señor de los Anillos en una librería. Sorprendido al ver que era una 78.ª edición se la llevó a casa. Tras la lectura, David supo que quería dedicarse a la literatura fantástica. Con la inspiración de Tolkien en su mente, Eddings terminó de dar los detalles al mapa que tiempo antes había dibujado. Así nació el mundo de Aloria, donde se desarrollan las aventuras de su saga más conocida, Belgarath.

El éxito de la pentalogía de Crónicas de Belgarath le dio la oportunidad de escribir otras sagas de fantasía en las que Eddings dejaba volar su imaginación. Tras Belgarath, escribió una continuación de otros cinco libros, Crónicas de Mallorea, después llegarían la saga de Elenium y su secuela, El Tamuli. En 1995 retomaría la historia de Belgarath para escribir dos precuelas y El Códice Rivano (apuntes y material de trabajo que utilizó para la saga). Su última aportación a la novela fantástica fue con la saga Los Soñadores, que terminó de escribir en el 2006, un año antes de la muerte de su mujer.

David nunca quiso escribir en un ordenador, ni siquiera a máquina, prefería hacerlo de la manera tradicional, con papel y pluma. Era un tipo afable y divertido, bastante humilde, le gustaba bromear diciendo que nunca ganaría un Premio Nobel de Literatura, era consciente de que la literatura fantástica estaba muy infravalorada en el mundo de la lectura. La verdad es que su obra no destacaba por su calidad literaria, sino que la fuerza residía en la historia y en la personalidad de sus personajes. Le encantaba saber que mucha gente que nunca había cogido un libro en su vida había acabado enganchada a sus novelas, sólo por eso se sentía orgulloso de haberse hecho escritor y conseguir que la gente apreciase el valor de los libros. Una vez dijo, «Estoy aquí para enseñar a una generación o dos cómo leer. Después de que terminen conmigo pueden pasar a alguien importante como Homero o Milton».

En 1999 su mujer sufrió un ataque de corazón. A lo largo de los años seguiría

sufriéndolos hasta que finalmente, en 2007 su corazón se detuvo finalmente. Debido a los ataques, la mente de Leigh se vio afectada, reduciéndose su edad mental aproximadamente a la de una niña de 3 años de edad. David se encargó siempre de cuidar él mismo de su mujer, con ayuda de su suegra y no quiso que su familia la viese en ese estado. A pesar del dinero que tenía, se negó a pagar a alguien para que la cuidase, siempre estuvo a su lado, hasta el fin de sus días.

Tras la muerte de Leigh, David ya no era el mismo, poco a poco fue desmejorando hasta que llegó su hora, algo que seguro que deseaba para poder reunirse de nuevo con ella y seguir creando historias para toda la eternidad.

# Notas

[1] Lochaber axe: hacha de guerra escocesa del siglo XVI, de hoja alargada y curva con un garfio en el extremo superior. <<

[2] Ifrit: Poderoso genio diabólico, demonio o gigante monstruoso de la mitología árabe. <<

[3] Eón: Unidad de tiempo equivalente a un billón de años. <<

[4] Lamorkand, o Lamorkland: Tierra de Lamork. <<

[5] Knut: Látigo utilizado en la Rusia zarista cuyas correas acaban en bolitas de metal. <<

[6] Ghoules: Seres diabólicos que profanan tumbas y se alimentan de los cadáveres. <<



DAVID  
EDDINGS  
LOS SERES FULGENTES

EL TAMULI LIBRO 2



La ominosa conspiración de ultratumba, que amenaza con sumir en el terror y el caos a todo el continente daresiano, va tomando cuerpo. En Matherion, la ciudad de las cúpulas de fuego, Falquián y la reina Ehlana observan con aprensión su avance, cómo se infiltran en el tejido social. Dos cuestiones aparecen esenciales: saber quién ha urdido la trama y por qué, así como contar con fuerzas sobrenaturales que se opongan a las fuerzas sobrenaturales en acción.

Falquián, que en su momento había aprehendido el Bhelliom, la Rosa Azul que encierra el poder de los dioses troll, decide recuperarlo para que le ayude: el viaje, erizado de dificultades, es un éxito que además le granjeará la alianza de los salvajes trolls. Pero, mientras tanto, la reina Ehlana es tomada como rehén por las potencias de la oscuridad...



David Eddings

# Los seres fulgentes

El Tamuli-2

ePub r1.3  
fenikz 29.05.16

Título original: *The Shining Ones*  
David Eddings, 1993  
Traducción: Diana Falcón  
Ilustraciones: Geoff Taylor

Editor digital: fenikz  
ePub base r1.2







## Prólogo

*Extraído del capítulo tres de El asunto Cyrga: Un examen de la crisis reciente.  
Compilado por el departamento de Historia Contemporánea de la universidad de Matherion.*

Una compilación como ésta es el trabajo de numerosos eruditos y por tanto, de forma inevitable, refleja puntos de vista diferentes. Mientras que el autor de esta parte del trabajo, que tenemos ahora delante, siente un enorme respeto por su eminente colega, que redactó el capítulo precedente, debemos advertirle al lector, con toda franqueza, que este escritor difiere de su colega en la interpretación de algunos de los recientes acontecimientos. Principalmente, no está de acuerdo en que la intervención de los agentes de la iglesia de Chyrellos en El asunto Cyrga estuviera completamente libre de interés personal por parte de los mismos.

Sin embargo, me uno a mi colega para expresar admiración y respeto por Zalasta de Estiria. Los inestimables servicios que rindió al imperio este sabio y fiel hombre de estado no pueden ser elogiados en exceso. Así pues, cuando la verdadera importancia del Asunto Cyrga se reveló ante los ojos del gobierno de su majestad, fue natural que nuestros ministros se volvieran hacia Zalasta en busca de consejo. No obstante, a pesar de nuestra admiración por este

preeminente ciudadano de Estiria, debemos admitir que la mente de Zalasta es tan noble que a veces no percibe cualidades menos admirables en otras personas. Surgieron graves dudas en algunos sectores del Gobierno de su majestad cuando Zalasta los instó a centrar la atención fuera de las fronteras de Tamuli en su búsqueda de soluciones para un problema que estaba adquiriendo rápidamente las dimensiones de una crisis. Su sugerencia de que el caballero pandion, Falquián, era el más adecuado para enfrentarse con la situación, inquietó a los miembros más conservadores del Consejo Imperial.

A pesar de su genio militar, ese hombre es miembro de una de las órdenes militares de la iglesia de Chyrellos, y los hombres prudentes no bajan la guardia cuando se ven obligados, por la necesidad, a tratar con esa institución en particular.

El caballero Falquián había captado la atención de Zalasta durante la segunda guerra de Zemoch, entre los caballeros de la iglesia de Chyrellos y los satélites de Otha de Zemoch. Ni siquiera Zalasta, cuya sabiduría es legendaria, puede contarnos con precisión qué sucedió en la ciudad de Zemoch durante el funesto enfrentamiento del caballero Falquián con Otha y con el dios de Zemoch, Azash. Existen algunos indicios dudosos de que el caballero Falquián podría haber utilizado un antiguo talismán conocido como el Bhelliom, en la lucha, pero ningún erudito reputado ha conseguido averiguar detalle alguno sobre dicho talismán ni sus atributos. Sea como fuere que consiguió realizar esa asombrosa hazaña, es innegablemente cierto que el caballero Falquián cumplió con éxito su misión; y fue claramente ese notable éxito lo que precipitó al gobierno de Su Majestad Imperial a recurrir al caballero pandion en las primeras etapas del Asunto Cyrga, a pesar de las reservas manifestadas por algunos de los más respetados ministros que señalaron, muy correctamente, que una alianza entre el imperio y la iglesia de Chyrellos podría muy bien estar llena de peligros. Desafortunadamente quizá, la facción encabezada por el ministro de Asuntos Exteriores Oscagne tiene en la actualidad de su parte al emperador, y nuestro primer ministro, Pondia Subat, no tuvo posibilidad alguna de evitar que el gobierno se embarcara en una línea de acción potencialmente peligrosa.

El ministro de Asuntos Exteriores Oscagne encabezó en persona la delegación enviada a la sede de la iglesia elenia de Chyrellos solicitando al archiprelado Dolmant la ayuda del caballero Falquián para solucionar la crisis. A pesar de que nadie puede cuestionar la habilidad de Oscagne para la diplomacia, sus puntos de vista políticos han sido cuestionados en algunos sectores, y es de

todos conocido el hecho de que él y el primer ministro han tenido violentos desacuerdos en el pasado.

La política del continente eosiano es confusa, porque no existe una autoridad central. Con bastante frecuencia, la iglesia de Chyrellos se encuentra en conflicto con los monarcas de los distintos reinos elenios. Como caballero de la iglesia, el caballero Falquián estaría normalmente bajo el mando del archiprelado Dolmant, pero esa sencilla y directa línea de mando se veía enturbiada por el hecho de que el caballero Falquián era también el príncipe consorte de la reina de Elenia y estaba por tanto sujeto a los caprichos de ella. Fue allí donde el ministro de Asuntos Exteriores Oscagne tuvo la posibilidad de demostrar su virtuosismo en el terreno diplomático. El archiprelado Dolmant vio claramente la coincidencia de intereses con el imperio en aquel asunto, pero la reina Ehlana continuaba sin estar convencida. La reina de Elenia es joven, y a veces sus emociones enturbian su capacidad de juicio. Estaba claro que contemplaba con profunda falta de entusiasmo la idea de separarse de su esposo durante un largo período de tiempo. Con un brillante golpe maestro, sin embargo, el ministro de Asuntos Exteriores Oscagne propuso que el viaje del caballero Falquián al continente daresiano quedaría mejor enmascarado por la visita oficial de la reina Ehlana a la corte imperial de Matherion. Como príncipe consorte, resultaba completamente natural que el caballero Falquián acompañara a su esposa, y su presencia quedaría por tanto perfectamente explicada. Esa propuesta apaciguó a la reina, y finalmente consintió en ello.

Junto con una adecuada escolta de caballeros de la iglesia y varios funcionarios, la reina Ehlana se embarcó y navegó hasta el puerto de Salesha, que se halla en Zemoch oriental. Desde allí, el grupo real viajó por tierra hasta Basne, donde lo aguardaba una escolta adicional de jinetes de Pelosia oriental. Con esos refuerzos, los elenios cruzaron la frontera y entraron en Astel, en Daresia occidental.

Los relatos que nos han llegado del viaje de la reina han presentado tremendas inconsistencias. Se han planteado objeciones referentes a que si tuviéramos que aceptar la palabra de estos elenios, nos hallaríamos claramente ante un absurdo. Sin embargo, tras algunas consideraciones, este escritor se ha convencido de que estas aparentes discrepancias pueden reconciliarse fácilmente, si esos que tan violentas objeciones presentan se tomaran la molestia de examinar las diferencias entre los calendarios elenio y tamul. La reina de Elenia no ha pretendido, de hecho, haber volado a través del continente como

algunos sugieren desdeñosamente. Su avance fue bastante normal, y como tal se reconocería si esos eruditos caballeros tomaran nota del hecho de que *¡la semana elenia es más larga que la nuestra!*

En cualquier caso, la reina Ehlana llegó a Darsas, la capital de Astel, donde encantó al rey Alberen de tal forma que el embajador Fontan informó humorísticamente que el pobre hombre estuvo a punto de darle su corona. El príncipe Falquián, mientras tanto, comenzó a dedicarse activamente al propósito verdadero que se ocultaba tras su viaje a Tamuli, el recoger información referente a lo que los elenios han llegado a llamar, melodramáticamente, «la conspiración».

Al grupo de la reina se le unieron, en Darsas, dos legiones de guerreros atanes bajo el liderazgo de Engessa, comandante de la guarnición de Canae, se dirigieron a Pela, en las estepas de Astel central, para reunirse con los nómadas pelois. Desde allí, se encaminaron a la ciudad estiria de Sarsos, que se encuentra en Astel nororiental.

No obstante, del relato de ese viaje surge una nota inquietante. El ministro de Exteriores, ya fuera inocentemente o conspirando de modo voluntario con los elenios, informó que en alguna parte del oeste de Sarsos, ¡el grupo real se encontró con cyrgais! Este claro intento de engañar al gobierno de Su Majestad ha levantado graves dudas, no sólo referentes a la lealtad de Oscagne sino también sobre la sinceridad de los elenios. Como señaló el primer ministro Subat, el ministro de Asuntos Exteriores Oscagne es, aunque brillante, excéntrico a veces, una característica común de los superdotados. Además, agregó el primer ministro, el príncipe Falquián y sus compañeros son caballeros de la iglesia, después de todo, y se sabe que la iglesia de Chyrellos es un poder político, además de espiritual, en el continente eosiano. Por los pasillos del gobierno de Su Majestad comenzaron a surgir lóbregas sospechas, y muchos han expresado graves dudas respecto a la prudencia de la acción emprendida. Algunos han llegado incluso a aludir a la posibilidad de que los disturbios de Tamuli pudieran tener un origen elenio, dado que proporcionaban, como de hecho lo hicieron, una excusa perfecta para que los caballeros de la iglesia, reconocidos agentes del archiprelado Dolmant, realizaran una incursión en nuestro continente. ¿Sería posible, preguntan, que todo este asunto haya sido orquestado por Dolmant para conseguir que la iglesia tenga la oportunidad de convertir por la fuerza a todo Tamuli al culto del dios elenio, y poner así el control político del imperio en sus propias manos? Debe dejarse constancia de

que el primer ministro Subat le ha advertido a este escritor que está seriamente preocupado por esa posibilidad.

En Sarsos, al grupo de la reina Ehlana se le unió Sephrenia, quien antiguamente era la tutora de los caballeros pandion en los secretos de Estiria, pero actualmente es miembro de los Mil, el consejo gobernante de la ciudad. También se reunió con ellos el propio Zalasta, un hecho que ha aquietado algunas de nuestras ansiedades respecto a los motivos que pudieran tener los elenios. Fue obviamente gracias a los esfuerzos de Zalasta que pudo persuadirse a los Mil para que brindaran su apoyo, a pesar de las sospechas durante largo tiempo sostenidas, que algunos creen plenamente justificadas, de los estirios respecto a los motivos que impulsan a los elenios.

Los elenios se trasladaron luego a Atan, donde la reina Ehlana volvió a encantar a rey y reina. Resulta evidente que la personalidad de esa adorable muchacha es una fuerza que debe tenerse en cuenta.

A pesar de que el informe del ministro de Asuntos Exteriores Oscagne referente al encuentro con los supuestos cyrgais está abierto a serias discusiones, no puede haber duda alguna respecto al informe de lo sucedido después de que nuestros visitantes se marcharan de Atan. Ese informe procede del mismísimo Zalasta, y ningún hombre del gobierno que esté en su sano juicio podría jamás cuestionar la veracidad de lo dicho por el primer ciudadano de Estiria. Fue en las montañas que se hallan al oeste de la frontera del propio Tamuli donde el grupo fue atacado nuevamente, y Zalasta ha confirmado el hecho de que los atacantes eran no humanos.

Se han visto monstruos aterrorizadores en las montañas de Atan durante el pasado año, a pesar de que muchos escépticos habían descartado esos informes como otras de las manifestaciones ilusorias de aquellos dedicados a derrocar al gobierno de Su Majestad Imperial.

Esas inteligentes ilusiones de ogros, vampiros, hombres lobo y seres fulgentes han estado aterrorizando al pueblo llano de Tamuli durante varios años, y se supuso que los monstruos de las montañas no eran más que otras de esas ilusiones. Sin embargo, Zalasta nos aseguró que esas bestias enormes y peludas son trolls, originarios de la península thalesiana de Eosia, que habían emigrado a la costa norte de Atan a través de los hielos polares, presumiblemente por orden de los enemigos del imperio. El caballero Falquián, reforzando una vez más la opinión que Zalasta tiene de él, trazó rápidamente tácticas que derrotaron a los salvajes.

Luego el grupo de la reina Ehlana entró en el propio Tamuli y poco después llegó a la capital imperial, Matherion, la de las cúpulas de fuego, donde fueron graciosamente recibidos por el emperador Sarabian. A pesar de las protestas del primer ministro Subat, se les concedió a los visitantes elenios un acceso casi ilimitado a su majestad. La reina de Elenia encantó muy pronto al emperador, de la misma forma que lo había hecho con los monarcas menores del oeste del país. La sinceridad nos fuerza a reconocer que el emperador Sarabian ha mostrado últimamente una lamentable tendencia a interferir en los asuntos del gobierno, y a pasar por encima del consejo de aquellos mejor preparados que él para manejar los detalles del gobierno diario de su vasto reino.

El primer ministro, actuando por consejo del ministro del Interior Kolata, ha decidido poner al príncipe Falquián bajo el mando del Ministerio del Interior. Como señaló Kolata, no puede esperarse que el caballero Falquián, un elenio eosiano, comprenda la miríada de culturas de Tamuli, y por tanto necesitará guía y dirección en los esfuerzos que emprenda para contrarrestar los planes de nuestros enemigos. El emperador Sarabian, sin embargo, rechazó dicha propuesta y le concedió a ese extranjero una discreción casi total para abordar problemas como los que han surgido.

A pesar de las reservas que nos inspiran el príncipe Falquián, su reina y sus compañeros, debemos conceder a nuestro pesar que su presencia en Matherion evitó un desastre de primer orden. Entre las numerosas estructuras que forman el complejo imperial hay una réplica de un castillo elenio, que está específicamente diseñado para hacer que las dignidades elenias se sientan como en su casa. La reina Ehlana y su séquito estaban alojados en ese castillo, y la relevancia de ese hecho se aclarará dentro de poco.

Por medios que aún están por determinar, el caballero Falquián y sus cohortes descubrieron un complot que se tramaba en Matherion para derrocar al gobierno. No obstante, en lugar de informar de sus averiguaciones al ministro del Interior, los elenios decidieron guardarse para sí el descubrimiento y permitir que los conspiradores llevaran el complot hasta las últimas consecuencias. Cuando una turba armada entró en el complejo imperial aquella fatídica noche, el caballero Falquián y sus compañeros se limitaron a retirarse al interior del castillo, llevándose consigo al emperador y su gobierno.

Nosotros, los tamules, no hemos comprendido plenamente el hecho de que la arquitectura pueda ser un arma. Sin que lo supiese el gobierno de Su Majestad, los elenios de Falquián habían modificado el castillo hasta un cierto grado y

metido provisiones discretamente en él, todo eso mientras fabricaban secretamente los aparejos brutales con que los elenios guerrean.

La turba, decidida a derrocar al Gobierno, se precipitó sin impedimentos hacia el interior del complejo imperial, y se halló ante a un castillo inexpugnable lleno de implacables guerreros elenios que utilizan rutinariamente la pez hirviendo y el fuego para defender sus plazas fuertes. Los horrores de aquella noche permanecerán grabados para siempre en la memoria de los hombres civilizados. Como ha sido desde antaño práctica en Tamuli, muchos de los hijos menores de las grandes casas del propio Tamuli se habían unido a los rebeldes, más como travesura que como forma alguna de intento criminal serio. En el pasado, estos delincuentes juveniles eran separados de los verdaderos criminales, severamente reprendidos, y devueltos luego a sus progenitores. Protegidos por su rango y su familia, poco tenían que temer de las autoridades. La pez hirviendo, sin embargo, no tiene respeto alguno por el rango, y un joven aristócrata empapado en nafta arde tan rápidamente como el más repugnante bribón de las alcantarillas. Además, cuando la turba hubo entrado en el complejo, los elenios cerraron las puertas principales, y encerraron a todos los que allí estaban, los inocentes junto con los culpables, y unos desenfrenados jinetes pelois les infligieron nuevos horrores a los desgraciados. La brutal represión del alzamiento fue completada cuando se abrieron las puertas del complejo para que entraran veinte legiones completas de atanes, unos salvajes de las montañas que no habían recibido instrucción alguna en las costumbres civilizadas. Los atanes asesinaron sistemáticamente a todos los que hallaron en su camino. Muchos jóvenes nobles, estudiantes muy queridos de esta misma universidad, fueron golpeados incluso cuando mostraban sus distintivos de rango, lo que tendría que haberles garantizado la inmunidad.

A pesar de que los hombres decentes de todo el mundo deben contemplar este desenfrenado salvajismo con horror, debemos, a nuestro pesar, felicitar al caballero Falquián y sus compañeros. El levantamiento fue aplastado, más bien aniquilado, por esos salvajes elenios y los desenfrenados atanes.

No obstante, el gobierno de Su Majestad Imperial hizo pocos amigos en aquella espantosa noche. A pesar de que las atrocidades eran obviamente de origen elenio, el hecho de que el caballero Falquián estaba en Matherion por expresa invitación del emperador no había escapado a las grandes casas del

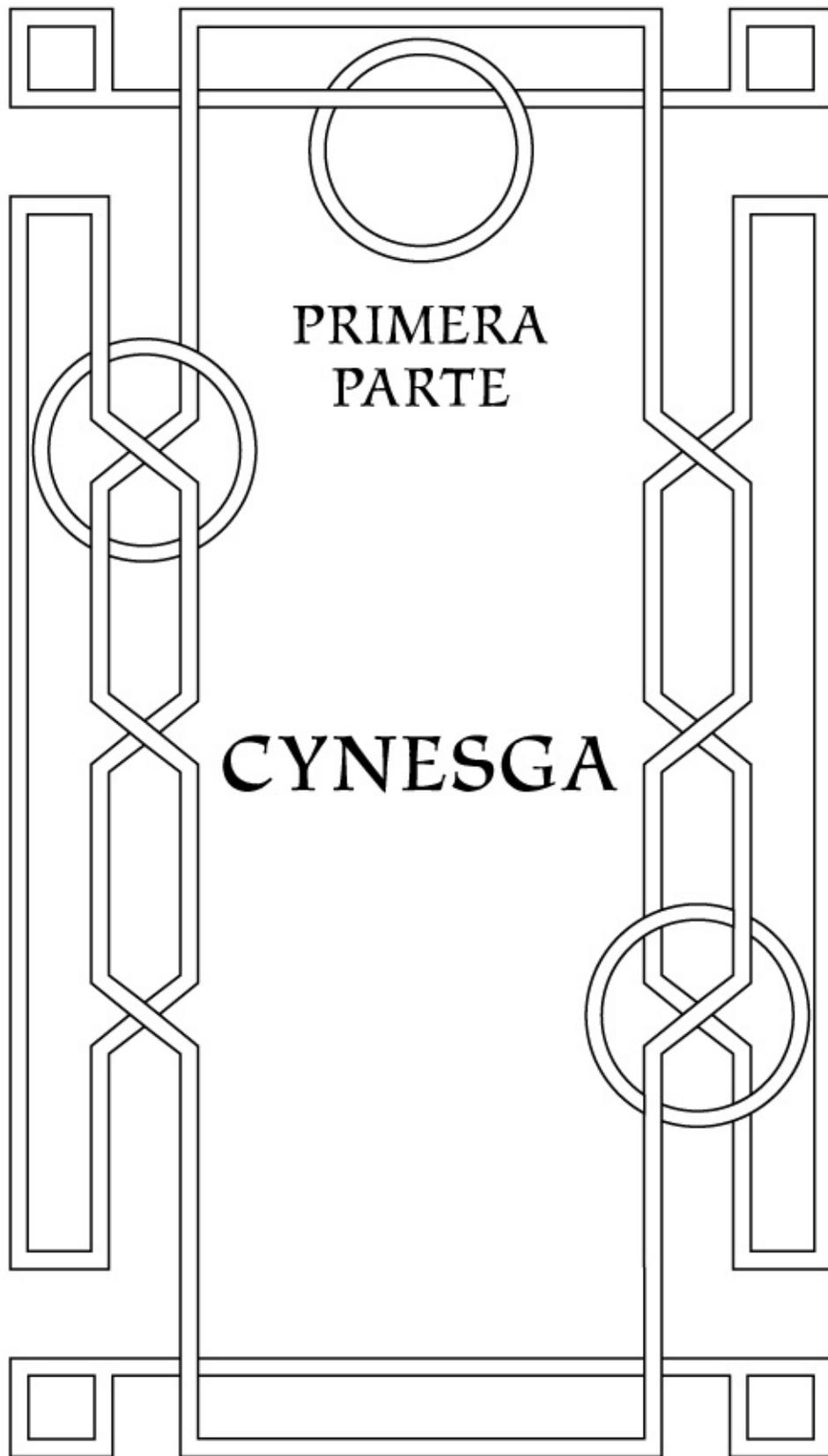
propio Tamuli.

Para exacerbar más la situación, los elenios han aprovechado el levantamiento como excusa para enviar al patriarca Emban (un miembro de las altas esferas del clero elenio y de cara al exterior el consejero espiritual de la reina Ehlana), de vuelta a Chyrellos con la misión de instar al archiprelado a enviar a Tamuli a sus caballeros de la iglesia, en gran número, para que ayuden a «restablecer el orden».

Pondía Subat, el primer ministro, ha confesado privadamente que está quedándose sin poder, y que sólo le queda la posibilidad de observar, impotente, mientras los acontecimientos avanzan a un paso cada vez más veloz. Le ha hablado personalmente al escritor de sus preocupaciones. El ministro de Asuntos Exteriores Oscagne está claramente utilizando su influencia sobre el emperador para manipular la situación. La invitación ofrecida al caballero Falquián para que acudiera a Tamuli fue obviamente sólo el primer paso de algún plan más amplio y terrible. Valiéndose de las agitaciones que actualmente tenemos en Tamuli, el ministro de Exteriores ha manipulado al emperador para que le proporcione a Dolmant precisamente la apertura que necesitaba con el fin de justificar una incursión al continente daresiano.

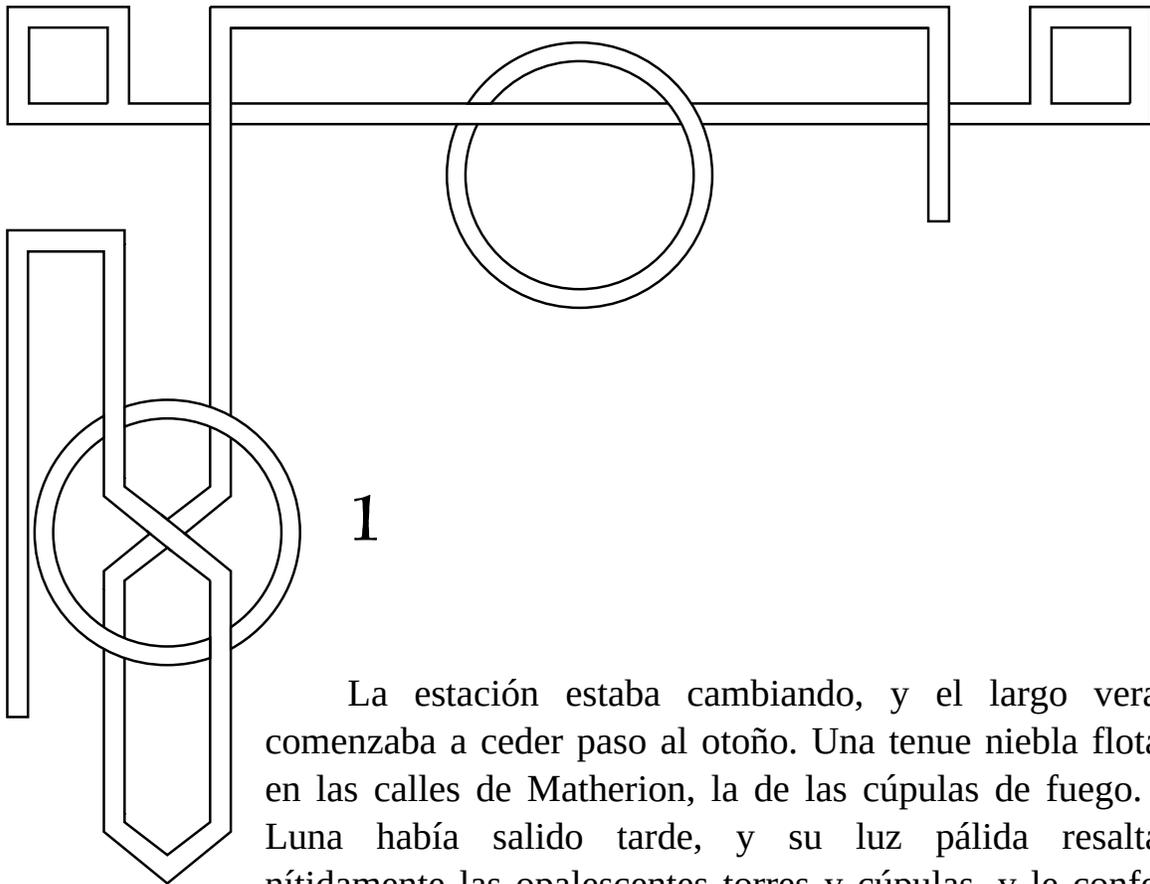
El escritor está completamente convencido de que el imperio se enfrenta con la más grave amenaza de su larga y gloriosa historia. La voluntaria cooperación de los atanes en la masacre que tuvo lugar dentro del complejo imperial, es una clara evidencia de que ni siquiera puede confiarse en la lealtad de éstos.

¿A quién podremos recurrir en busca de ayuda? ¿Dónde, en todo el mundo, podremos hallar una fuerza suficiente como para rechazar a los salvajes secuaces de Dolmant de Chyrellos? ¿Debe el imperio, con toda su gloria, caer ante la furiosa embestida de los fanáticos elenios? Lloro, hermanos míos, por la gloria que veremos morir. Matherion, la de las cúpulas de fuego, la ciudad de la luz, la casa de la verdad y la belleza, el centro del mundo, está condenada. La oscuridad cae sobre nosotros, y hay pocas esperanzas de que la mañana regrese de nuevo.



PRIMERA  
PARTE

**CYNESGA**



1

La estación estaba cambiando, y el largo verano comenzaba a ceder paso al otoño. Una tenue niebla flotaba en las calles de Matherion, la de las cúpulas de fuego. La Luna había salido tarde, y su luz pálida resaltaba nítidamente las opalescentes torres y cúpulas, y le confería un suave brillo a la niebla que flotaba en las calles. Matherion, radiante toda, se alzaba con los pies bañados por la relumbrante niebla y su pálido rostro levantado hacia el cielo nocturno.

Falquián estaba cansado. Las tensiones de la semana anterior y los acontecimientos culminantes que en ella se resolvieron, lo habían agotado; pero no podía dormir. Envuelto en su negra capa de pandion, de pie sobre el parapeto, miraba pensativamente hacia la destellante ciudad. Estaba cansado, pero la necesidad de evaluar, valorar, comprender, era demasiado grande como para permitirle ir en busca de su lecho y dejar que su mente se hundiera en el suave pozo del sueño, hasta que todo volviera a su lugar.

—¿Qué estás haciendo aquí arriba, Falquián? —Khalad había hablado en una voz baja tan parecida a la de su padre que Falquián volvió bruscamente la cabeza para asegurarse de que el propio Kurik no había regresado de la Casa de la Muerte para reprenderlo. Khalad era un joven de rostro barbilampiño con anchos hombros y modales abruptos. Su familia llevaba ya tres generaciones sirviendo a Falquián, y Khalad, al igual que su padre, se dirigía por costumbre a

su señor con una forma de hablar franca y llana.

—No podía dormir —replicó Falquián con un leve encogimiento de hombros.

—Tu esposa tiene a la mitad de la guarnición levantada, buscándote, ¿sabes? Falquián hizo una mueca.

—¿Por qué siempre tiene que hacer eso?

—La culpa es tuya. Tú sabes que va a enviar a la gente a buscarte cada vez que te marchas sin decirle dónde vas a estar. Podrías ahorrarte, y ahorrarnos a nosotros, muchísimo tiempo y problemas si se lo dijeras en primer lugar. Me parece que eso ya te lo he sugerido varias veces.

—No me tiranices, Khalad. Eres tan malo como lo era tu padre.

—A veces, los buenos rasgos se transmiten bien. ¿Quieres hacer el favor de ir a decirle a tu esposa que estás bien..., antes de que llame a los obreros para que comiencen a derribar las paredes?

Falquián suspiró.

—De acuerdo. —Se volvió de espaldas al parapeto—. Ah, por cierto, probablemente deberías saber que vamos a hacer un viaje dentro de no mucho.

—¿Ah, sí? ¿Adónde iremos?

—Tenemos que ir a recoger algo. Habla con los herradores. *Faran* necesita herraduras nuevas. Ha piafado de tal manera que tiene la herradura de la pata derecha fina como el papel.

—Eso es culpa tuya, Falquián. El animal no haría eso si tú te sentaras erguido en la silla.

—Comenzamos a encorvarnos a medida que envejecemos. Es una de esas cosas que tú tienes que esperar.

—Gracias. ¿Cuándo saldremos de viaje?

—Tan pronto como consiga inventar una mentira lo bastante convincente como para persuadir a mi esposa de que me deje marchar sin ella.

—En ese caso, todavía tenemos mucho tiempo. —Khalad miró hacia Matherion, entre la niebla bañada por la Luna cuyo claro arrancaba colores irisados de fuego a sus hombros desnudos—. Bonita —comentó.

—¿Es eso todo lo que se te ocurre? Contemplas la más fabulosa ciudad del mundo y la menosprecias como «bonita».

—Yo no soy un aristócrata, Falquián. Yo no tengo que inventar frases floridas para impresionar a los demás... ni para impresionarme a mí mismo. Vayamos dentro antes de que la humedad se te meta en los pulmones. Las

personas viejas y encorvadas tenéis a veces la salud delicada.

La reina Ehlana, pálida, rubia y en general adorable, estaba irritada más que enfadada; Falquián lo vio de inmediato. También advirtió que se había tomado bastantes molestias en ponerse todo lo guapa que le era posible. Llevaba una bata de satén azul oscuro, se había pellizcado cuidadosamente las mejillas para enrojecerlas, y llevaba los cabellos artísticamente arreglados para dar la impresión de un encantador y distraído desaliño. Lo regañó por su falta de consideración en tonos que fácilmente podrían haber hecho llorar a los árboles y retroceder a las mismísimas rocas ante ella. Las cadencias eran medidas, y su voz subía y bajaba mientras le contaba cómo se sentía exactamente. Falquián reprimió una sonrisa. Ehlana le estaba hablando en dos niveles al mismo tiempo, mientras se erguía en el centro de las habitaciones reales tapizadas de azul regio, dedicada a reprimirlo. Sus palabras expresaban un extremo disgusto; sus cuidadosos preparativos, sin embargo, decían algo completamente distinto.

Él se disculpó.

Ella se negó a aceptar sus disculpas, y entró en el dormitorio como una tromba, dando un portazo.

—Briosa —murmuró Sephrenia. La mujer menuda se hallaba sentada fuera de la línea de fuego, al otro extremo de la sala, donde su túnica estiria blanca brillaba a la luz de las velas.

—Veo que te has dado cuenta. —Falquián le sonrió.

—¿Hace esas cosas a menudo?

—Oh, sí. Le divierte. ¿Qué estás haciendo levantada a estas horas, pequeña madre?

—Aphrael quería que hablara contigo.

—¿Y por qué no ha venido ella misma a hablar conmigo? No está precisamente al otro lado de la ciudad.

—Se trata de una ocasión formal, Falquián. Yo debo hablar en su nombre en los momentos como éste.

—¿Se supone que eso tiene que tener algún sentido?

—Si tú fueras estirio, lo tendría. Deberemos hacer algunas sustituciones cuando vayamos a recuperar el Bhelliom. Khalad puede ocupar el lugar de su padre sin ningún problema en particular, pero la decisión de Tynian de regresar a Chyrellos con Emban ha trastornado realmente a Aphrael. ¿Puedes persuadirlo

de que cambie de parecer?

Falquián negó con la cabeza.

—Ni siquiera lo intentaría, Sephrenia. No voy a dejarlo tullido durante toda la vida por el solo hecho de que Aphrael pueda echarlo de menos.

—¿Tan mal está realmente su brazo?

—Está bastante mal. Esa flecha de ballesta se le clavó directamente en la articulación del hombro. Si se pone a moverlo no se le curará bien, y es el brazo con el que maneja la espada.

—Aphrael puede curárselo, ya lo sabes.

—No. Sin dejar al descubierto su identidad, no puede, y yo no la dejaré hacer eso.

—¿Que no la «dejarás»?

—Pregúntale si quiere poner en peligro la cordura de su madre sólo por amor a la simetría. Sustituyámoslo por algún otro. Si Aphrael está dispuesta a aceptar a Khalad en lugar de Kurik, tiene que poder escoger a algún otro para que ocupe el sitio de Tynian. ¿Por qué es eso tan importante para ella?

—No lo comprenderías.

—¿Por qué no intentas explicármelo, de todas formas? Podría sorprenderte.

—Estás de un humor extraño, esta noche.

—Acaban de regañarme. Eso siempre me pone de un humor raro. ¿Por qué piensa Aphrael que es tan importante estar siempre rodeada del mismo grupo de gente?

—Tiene que ver con las sensaciones, Falquián. La presencia de una persona dada es más que simplemente su apariencia o el sonido de su voz. También es su forma de pensar..., y lo que probablemente sea más importante, los sentimientos que experimenta respecto a Aphrael. Ella se rodea de eso. Cuando haces entrar a una persona distinta, cambias la sensación del todo, y eso le hace perder el equilibrio. —La mujer lo miró—. No has entendido ni una palabra de eso, ¿verdad?

—Sí, la verdad es que sí lo he entendido. ¿Qué te parece Vanion? La quiere tanto como Tynian, y ella también lo quiere a él. En todo caso, ha estado más o menos con nosotros en espíritu desde que esto comenzó, y después de todo es un caballero.

—¿Vanion? No seas absurdo, Falquián.

—No es un inválido, ¿sabes? Estaba corriendo carreras en Sarsos, y todavía era tan bueno como siempre con la lanza cuando luchamos contra los trolls.

—Eso está fuera de discusión. Me niego a hablarlo siquiera.

Cruzó la habitación, cogió las muñecas de ella con sus manos y le besó las palmas.

—Te quiero enormemente, pequeña madre —le dijo—, pero esta vez voy a pasar por alto tu decisión. No puedes mantener a Vanion envuelto en lana de cordero durante toda la vida sólo porque temes que pueda hacerse un rasguño en un dedo. Si no se lo sugieres tú a Aphrael, lo haré yo.

Ella lo imprecó en estirio.

—¿Es que no lo comprendes, Falquián? Estuve a punto de perderlo. —El corazón había aflorado a sus luminosos ojos azules—. Me moriría si le sucediera algo.

—Nada va a sucederle. ¿Vas a preguntárselo tú a Aphrael, o prefieres que sea yo quien lo haga?

Ella lo imprecó nuevamente.

—¿Dónde has aprendido ese lenguaje? —le preguntó él con dulzura—. Si eso resuelve nuestro problema, me estoy retrasando un poco a la puerta del dormitorio.

—No he comprendido eso último.

—Ha llegado el momento de los besos y la reconciliación. Se supone que estas cosas tienen un cierto ritmo, y si espero demasiado para suavizar el disgusto de Ehlana, ella comenzará a pensar que ya no la amo.

—¿Quieres decir que la actuación que acaba de realizar no era más que una invitación al dormitorio?

—Puede que eso sea expresarlo de una forma algo cruda, pero hay algo de eso en el asunto, sí. A veces estoy demasiado ocupado y olvido dedicarle todas las atenciones que debería. Ella deja que eso continúe sólo durante un tiempo antes de pronunciar un discurso. El discurso me recuerda que he estado descuidándola. Nos besamos y nos reconciamos, y todo vuelve a ir bien.

—¿No sería más sencillo si ella simplemente te lo dijera de forma directa desde el principio, sin todos esos elaborados juegos?

—Probablemente, pero no sería ni la mitad de divertido para ella. ¿Me disculpas?

—¿Por qué siempre me evitas, Berit-caballero? —preguntó la emperatriz Elysoun con un desconsolado puchero.

—Tu alteza me malinterpreta —replicó Berit, sonrojándose ligeramente mientras mantenía apartada la vista.

—¿Soy fea, Berit-caballero?

—Por supuesto que no, alteza.

—¿Por qué, entonces, ni siquiera me miras?

—No se considera de buena educación entre los elenios el que un hombre mire a una mujer que está desnuda, alteza.

—Yo no soy una elenia, caballero. Soy una valesiana, y no estoy desnuda. Llevo mucha ropa encima. Si quisieras acudir a mis aposentos, te mostraría cuál es la diferencia.

Falquián había estado buscando al caballero Berit para advertirle del próximo viaje y acababa de girar en un recodo del pasillo que llevaba a la capilla, donde halló a su joven amigo atrapado una vez más por la emperatriz Elysoun. Puesto que toda la familia del emperador Sarabian estaba dentro del castillo como medida de seguridad, las vías de escape de Berit se habían visto gravemente reducidas, y Elysoun había estado aprovechándose descaradamente de la situación. La esposa valesiana del emperador era una risueña muchacha de piel marrón cuyos atuendos nativos la dejaban desvergonzadamente desnuda de cintura para arriba. Por muchas veces que Sarabian le hubiese explicado a Berit que las censuras morales no eran aplicables a los valesianos, el joven caballero mantenía una actitud resueltamente respetuosa... y casta. Elysoun había tomado aquello como un reto y perseguía implacablemente al pobre muchacho. Falquián estuvo a punto de hablarle a su amigo, pero sonrió y retrocedió en cambio hacia el recodo para escuchar la conversación. Después de todo, era el preceptor interino de la orden de los pandion, y uno de sus deberes consistía en cuidar de las almas de sus hombres.

—¿Es que siempre tienes que ser un elenio? —le estaba preguntando Elysoun al caballero.

—Soy un elenio, alteza.

—Pero sois tan aburridos los elenios... —comentó ella—. ¿Por qué no eres un valesiano sólo durante una tarde? Es mucho más divertido, y no llevará mucho tiempo, ¿sabes?, a menos que tú lo quieras. —La emperatriz hizo una pausa—. ¿Eres realmente virgen? —le preguntó con curiosidad.

Berit se puso de color rojo vivo. Elysoun rió con deleite.

—¿Qué idea tan absurda! —exclamó—. ¿No sientes siquiera un poco de curiosidad por lo que has estado perdiéndote? Estaré encantada de quitarte de las

manos esa fastidiosa virginidad, Berit-caballero... y ni siquiera te dolerá mucho.

Falquián sintió lástima por el pobre joven e intervino en aquel momento.

—Ah, estás ahí, Berit —comentó, mientras giraba el recodo, hablando en tamul para beneficio de la emperatriz—. He estado buscándote por todas partes. Ha surgido algo que requiere nuestra atención. —Le hizo una reverencia a la emperatriz—. Alteza imperial —murmuró—, me temo que tendré que privarte de tu amigo durante un rato. Asuntos de Estado, ya sabes.

La mirada que le lanzó Elysoun contenía dagas.

—Estaba seguro de que tu alteza lo comprendería —declaró, haciendo otra reverencia—. Ven, Berit. El asunto es serio, y llegamos tarde.

Se llevó a su amigo por el opalescente corredor, mientras la emperatriz Elysoun los miraba con ferocidad.

—Gracias, Falquián —le dijo Berit a su amigo, con alivio.

—¿Por qué no te limitas a mantenerte apartado de ella?

—No puedo. Me sigue a todas partes. Una vez incluso me atrapó en la casa de baños... en mitad de la noche. Dijo que quería bañarse conmigo.

—Berit —Falquián sonrió—, como tu preceptor y guía espiritual, se supone que debería aplaudir tu devoción hacia las ideas de nuestra orden. Como tu amigo, sin embargo, debo decirte que el huir de ella no hace más que empeorar las cosas. Tenemos que permanecer en Matherion, y si nos quedamos durante el tiempo suficiente, ella te conseguirá. Está muy resuelta a ello.

—Sí, ya me he dado cuenta.

—Es realmente muy bonita, ¿sabes? —sugirió Falquián, tanteándole—. ¿Qué problema tienes con la idea de ser amistoso?

—¡Falquián!

El corpulento pandion suspiró.

—Me temía que lo verías de esa forma. Mira, Berit, Elysoun proviene de una cultura diferente que tiene costumbres distintas. Ella no ve ese tipo de cosas como pecado. Sarabian ha dejado bien claro que quiere que algunos de nosotros la contentemos, y ella te ha escogido a ti como el afortunado. Es una necesidad política, así que vas a tener que dejar esos delicados sentimientos a un lado. Considéralo como un deber de caballero, si te hace sentir algo mejor. Incluso puedo hacer que Emban te conceda una indulgencia si lo crees necesario.

Berit profirió una exclamación ahogada.

—Estás comenzando a hacer que nos sintamos violentos —prosiguió Falquián—. Elysoun ha estado haciéndole la vida imposible a Sarabian por todo

este asunto. Yo no voy a intervenir y a ordenarte que hagas lo que te pide, por mucho que ella lo atormente, pero es bastante obvio que él espera que yo hable contigo al respecto.

—No puedo creer que estés diciéndome esto, Falquián.

—Limítate a ir y hazlo, Berit. No tienes por qué disfrutar de ello, si no quieres, pero hazlo. Hazlo con toda la frecuencia que sea necesario, pero consigue que deje de chillarle al emperador. Es tu deber, amigo mío, y después de que tú y Elysoun hayáis retozado unas cuantas veces por el dormitorio, ella comenzará a buscar nuevos compañeros de juegos.

—Pero ¿y si no lo hace?

—Yo no me preocuparía demasiado. El patriarca Emban tiene una alforja llena de indulgencias en caso de que acabaras necesitándolas.

El levantamiento fallido le había dado al emperador Sarabian la excusa perfecta para huir de su gobierno. Fingiendo cobardía, había declarado llanamente que sólo se sentía seguro dentro de las murallas del castillo elenio, y eso sólo si la fosa permanecía llena y el puente levadizo alzado. Sus ministros, acostumbrados desde hacía mucho tiempo a controlar cada uno de los movimientos del emperador, encontraron aquello terriblemente inconveniente.

Sin embargo, Sarabian no había estado totalmente motivado por el deseo de respirar el aire de la relativa libertad. El ministro del Interior Kolata había sido descubierto como traidor durante el intento de golpe de estado, pero Sarabian y sus amigos elenios habían decidido que el momento no era aún el adecuado para hacer pública su traición. Mientras el emperador permaneciera en el castillo de Ehlana, la presencia de Kolata allí, junto a él, quedaba perfectamente explicada. Estaba a cargo de la policía, después de todo, y la protección del emperador era su principal deber. El ministro del Interior, vigilado por los hombres de Ehlana, dirigía las fuerzas policiales del imperio desde el interior de las murallas. Las reuniones que mantenía con sus subordinados eran sólo un poquitín tensas, puesto que Stragen solía sentarse junto a él con una mano descansando ociosamente sobre el puño de una daga.

Fue en las primeras horas de la mañana cuando el embajador Norkan, el emisario tamul en la corte del rey Androl y la reina Betuana de Atan, fue escoltado al interior de la destellante imitación de sala de trono que había en el castillo. Norkan entró con su habitual manto dorado y una expresión de

perplejidad. A pesar de que intentó ocultarlo, resultaba bastante obvio que desaprobaba el hecho de que el emperador estuviera vestido con un jubón y unas calzas de estilo occidental color ciruela oscuro.

—¿Es que has ido a robar también a mi emperador, reina Ehlana? —preguntó mientras hacía una reverencia superficial.

Norkan era un hombre brillante, pero tenía una desafortunada tendencia a decir lo que pensaba con bastante frecuencia.

—¡Qué cosas de decir, excelencia! —protestó dulcemente Ehlana en un tamul casi perfecto. Técnicamente, era Ehlana la anfitriona allí, por lo que se hallaba sentada en su trono, ataviada con su manto rojo formal y una corona de oro. Se volvió a mirar a su «huésped» imperial, que estaba arrellanado en un asiento cercano y arrastraba una cuerda por el suelo opalescente para entretener a la gata de la princesa Danae—. ¿Te he robado yo, Sarabian? —le preguntó.

—Oh, ya lo creo, Ehlana —replicó él, hablando en elenio—. Estoy absolutamente esclavizado por ti.

—¿Ha abierto alguien una escuela de lenguas modernas en el complejo real mientras yo he estado fuera, Oscagne? —inquirió sorprendido Norkan.

—Supongo que podría decirse eso —replicó el ministro de Exteriores—. Sin embargo, el dominio que su majestad tiene del elenio precede a la visita de la reina Ehlana. Nuestro reverenciado emperador ha tenido secretos para con nosotros.

—¿Se le permite hacer eso? Yo pensaba que debía ser sólo un juguete relleno al que sacábamos a pasear los días de ceremonia.

Incluso Oscagne se atragantó un poco con aquello, pero Sarabian estalló en carcajadas.

—Te he echado de menos, Norkan —declaró—. ¿Has tenido oportunidad de conocer a nuestro excelente Norkan, Ehlana?

—Pude apreciar su ingenio en Atan, Sarabian. —La reina sonrió—. ¡Sus observaciones son siempre tan... eh... inesperadas!

—Sí que lo son —comentó Sarabian riendo mientras se ponía de pie. Profirió una imprecación cuando el estoque se trabó brevemente detrás de la pata de la silla en la que estaba sentado; el emperador aún tenía algunas dificultades con el estoque—. Norkan una vez hizo una de esas inesperadas observaciones acerca del tamaño de los pies de mi hermana, y yo tuve que enviarlo a Atan para evitar que ella lo asesinara. —Alzó una ceja mirando al embajador—. Realmente tendría que hacerte casar con ella, Norkan. Entonces podrías insultarla en

privado. Los insultos públicos requieren respuestas públicas, ya lo sabes.

—Me siento más honrado de lo que soy capaz de expresar, majestad imperial —replicó Norkan—. La perspectiva de convertirme en tu cuñado es muy probable que detenga completamente mi corazón.

—No te gusta mi hermana —lo acusó Sarabian.

—Yo no he dicho eso, majestad, pero prefiero adorarla desde lejos..., al menos desde fuera del alcance de sus pies. Aquel día estaba con un ataque de gota, y ella me pisó los dedos. Supongo que sería una muchacha bastante agradable, con que sólo mirara dónde pone esas barcazas de ganado que lleva por zapatos.

—No sería uno de esos matrimonios hechos en el paraíso, Sarabian. —Ehlana sonrió—. He conocido a tu hermana, y me temo que el ingenio de su excelencia se desperdiciaría con ella.

—Puede que tengas razón, querida —asintió Sarabian—. Sin embargo, me gustaría librarme de ella. Me ha irritado desde el día en que nació. ¿Qué estás haciendo de vuelta en Matherion, Norkan?

Una de las cejas del embajador se alzó.

—Las cosas han cambiado realmente, ¿no es cierto, Oscagne? ¿Se supone que debemos decirle a la cara lo que está sucediendo realmente?

—El emperador Sarabian ha decidido hacerse cargo de su propio gobierno. —Oscagne suspiró melancólicamente.

—¿No va eso en contra de la ley?

—Me temo que no, viejo amigo.

—¿Considerarías el aceptar mi dimisión?

—No, realmente no.

—¿Es que ya no quieres trabajar para mí, Norkan? —le preguntó Sarabian.

—No tengo nada contra ti personalmente, majestad, pero si decides mezclarlo de verdad en el gobierno, todo el imperio se vendrá abajo.

—Maravilloso, Norkan. Me encanta la forma que tienes de empezar a hablar antes de haber ensillado tu cerebro. ¿Lo ves, Ehlana? Era de eso de lo que te hablaba. Los funcionarios de mi gobierno esperan todos que yo sonría regiamente, que apruebe sus recomendaciones sin discutir y que les deje a ellos el trabajo de gobernar las cosas.

—¿Qué aburrido!

—Ya lo creo que lo es, querida, pero yo voy a cambiarlo. Ahora que ya he visto a una verdadera gobernante en acción, se me han abierto horizontes

completamente nuevos. Todavía no has respondido a mi pregunta, Norkan. ¿Qué te trae de vuelta a Matherion?

—Los atanes están poniéndose inquietos, majestad.

—¿Los disturbios recientes están comenzando a erosionar su lealtad?

—No, majestad, muy al contrario. El levantamiento los ha puesto nerviosos. Androl quiere salir con todas sus fuerzas para ocupar Matherion con el fin de garantizar tu seguridad. No creo que eso nos convenga. Los atanes no prestan mucha atención a los rangos ni a las posiciones cuando deciden matar gente.

—Eso ya lo hemos advertido —replicó secamente Sarabian—. He recibido toda clase de peticiones de protesta de las casas nobles del propio Tamul como resultado de las medidas adoptadas por Engessa para frustrar el golpe de estado.

—He hablado con Betuana, majestad —continuó Norkan—. Me ha prometido mantener cortas las riendas de su esposo hasta que yo le lleve órdenes tuyas. Algo breve y conciso, como «¡Siéntate! ¡Quieto!» podría ser lo más apropiado, si tomamos en consideración las capacidades mentales de Androl.

—¿Cómo conseguiste convertirte en diplomático, Norkan?

—Mintiendo mucho.

—¿Una sugerencia, emperador Sarabian? —ofreció Tynian.

—Adelante, caballero Tynian.

—No nos interesa estropearle las plumas al rey Androl, así que una insinuación de que se lo está reservando para hacer frente a una amenaza mayor podría ser preferible a un simple enviado a la cama sin cenar.

Sarabian se echó a reír.

—¿Qué forma tan original de expresarlo, caballero Tynian! De acuerdo. Norkan, envíame a Engessa.

Norkan parpadeó.

—Pon atención, hombre —le espetó Sarabian.

—Eso es algo a lo que tendrás que habituarte, Norkan —le advirtió Oscagne a su amigo—. El emperador a veces coge atajos verbales.

—Ah, ya veo. —Norkan lo pensó—. ¿Puedo preguntar por qué el atan Engessa estaría mejor cualificado que yo para llevar tus instrucciones, majestad?

—Porque Engessa puede correr más rápido que tú, y porque será capaz de expresar nuestra orden ante Androl en un lenguaje mucho más aceptable para el rey. También está el hecho de que recurrir a Engessa insinúa un motivo militar para la decisión, y eso le alisará más aún las plumas a Androl. Tú le podrás explicar las verdaderas razones a Betuana cuando regreses.

—¿Sabes una cosa, Oscagne? —comentó Norkan—. Puede que esto acabe funcionando bien, después de todo... si evitamos que dé demasiados resbalones al principio.

Oscagne gimió.

Falquián le tocó un hombro a Vanion e hizo un gesto con la cabeza. Los dos hombres se escabulleron hasta el fondo de la sala del trono.

—Tengo un problema, Vanion —murmuró Falquián.

—¿Ah, sí?

—Me he estrujado el cerebro para encontrar una excusa que nos permita ausentarnos de Matherion durante el tiempo suficiente como para recuperar el Bhelliom, pero no se me ha ocurrido una sola idea que un niño no sea capaz de ver como excusa. Ehlana no es estúpida, ya sabes.

—No, no lo es.

—Aphrael no quiere decir nada definitivo, pero tengo la poderosa impresión de que quiere viajar en el mismo barco con Emban y Tynian, y estoy quedándome sin excusas para continuar retrasando su partida. ¿Alguna idea?

—Pídele a Oscagne que te ayude —sugirió Vanion—. Es un diplomático, de modo que el mentir es su segunda naturaleza.

—Es una buena idea, pero no puedo realmente contarle adónde vamos ni lo que vamos a hacer una vez que llegemos allí, ¿no te parece?

—No se lo cuentes, en ese caso. Simplemente dile que necesitas una razón para ausentarte de la ciudad durante algún tiempo. Ponle una cara gravemente misteriosa y suéltaselo así. Oscagne lleva en el mundo el tiempo suficiente como para reconocer las reticencias oficiales cuando las ve.

—¿Por qué no habré pensado en ello?

—Probablemente porque tu juramento no deja de interponerse en tu camino. Sé que has jurado decir la verdad, pero eso no significa que tengas que decir toda la verdad. Puedes dejarte algo fuera, ¿sabes? El dejarse cosas fuera es una de las prerrogativas del puesto de preceptor.

Falquián suspiró.

—Ya veo que vuelvo a estar en el colegio. Creo que estoy condenado a pasar toda la vida recibiendo clases tuyas... y a que consigas hacer que me sienta incapaz en el proceso.

—Para eso están los amigos, Falquián.

—No vas a decírmelo, ¿verdad? —Falquián intentó con ahínco evitar que aquello sonara como una acusación.

—No, todavía no —respondió la princesa Danae, mientras ataba cuidadosamente las cintas de un gorro de muñeca en la cabeza de su gata. A *Mmrr* no parecía gustarle la idea, pero soportaba el juego de su ama con expresión resignada.

—¿Por qué no? —le preguntó Falquián a su hija mientras se dejaba caer pesadamente en uno de los sillones azules de las dependencias reales.

—Porque aún podría surgir algo que lo hiciera innecesario. No vas a encontrar el BHELLIOM hasta que yo decida dejar que lo encuentres, padre.

—Sin embargo, sí quieres que nos embarquemos con Tynian y Emban.

—Sí.

—¿Hasta dónde?

—Eso no importa, en realidad. Yo sólo necesito que Tynian esté con nosotros cuando nos pongamos en camino, eso es todo.

—En ese caso, no tienes ningún destino determinado en mente..., con ese barco, quiero decir.

—Por supuesto que no. Sólo necesito a Tynian a mi lado durante dos días. Podemos adentrarnos un par de leguas en el mar, y luego dar vueltas en círculo durante un par de días, si eso es lo que quieres. A mí me da lo mismo.

—Gracias —le dijo él con tono ácido.

—De nada. Ya está. —Levantó a su gata en brazos—. ¿No está encantadora con su nuevo gorro?

—Adorable.

*Mmrr* le dirigió a Falquián una mirada apagada de puro asco.

—No puedo explicarte por qué, excelencia —le aseguró Falquián a Oscagne, algunas horas más tarde, cuando se encontraron solos en uno de los corredores—. Lo único que puedo decirte es que necesito una razón para alejarme de Matherion con un grupo de nueve o diez de mis amigos durante un período de tiempo indeterminado..., varias semanas, o cosa así. Tiene que ser algo lo bastante significativo como para convencer a mi esposa de que es necesario, pero no tan grave que llegue a preocuparla; y, además, tengo que partir en el mismo barco que Emban y Tynian.

—De acuerdo —asintió Oscagne—. ¿Qué tal eres como actor, príncipe Falquián?

—No creo que nadie fuese capaz de pagar para verme actuar.

Oscagne pasó la observación por alto.

—Colijo que todo este complot está básicamente destinado a tu esposa.

—Sí.

—En ese caso, puede que lo mejor fuera que la idea de enviarte a alguna parte proviniera de ella misma. Maniobraré para conseguir que te ordene partir a realizar algún recado inconsecuente, y tú podrás continuar a partir de allí.

—Realmente me gustaría verte maniobrar para conseguir que Ehlana haga algo.

—Confía en mí, viejo amigo. Confía en mí.

—¿Tega? —le preguntó Sarabian a su ministro de Exteriores con incredulidad—. La única superstición que tienen en la isla de Tega es la que dice que trae mala suerte el no aumentar el precio de las conchas cada año.

—No nos lo mencionaron nunca en el pasado porque probablemente temían que nosotros los creyéramos estúpidos, majestad —replicó Oscagne sin inmutarse.

El ministro tenía un aspecto decididamente incómodo con el jubón y las calzas azules que Sarabian le había ordenado ponerse. No se le ocurría nada que hacer con las manos, y parecía estar muy cohibido a causa de sus huesudas piernas.

—La palabra estúpido parece golpear de lleno el núcleo mismo del alma tegana. Son las gentes más relamidas del mundo.

—Ya lo sé. Gahenas, mi esposa tegana, puede hacerme dormir casi inmediatamente... incluso cuando estamos... —El emperador le lanzó una fugaz mirada a Ehlana y dejó la frase sin acabar.

—Los teganos han elevado el ser aburridos a una forma de arte, majestad —asintió Oscagne—. En cualquier caso, hay un antiguo mito tegano que dice que los lechos de ostras son diezmados por una sirena. Supuestamente, ella come ostras, con concha y todo, y eso trastorna verdaderamente a los teganos. También seduce a los buceadores teganos, los cuales tienen tendencia a ahogarse durante el intercambio de placeres.

—¿No se supone que una sirena es mitad muchacha mitad pez? —inquirió Ulath.

—Eso dice la leyenda —respondió Oscagne.

—¿Y no se supone que es un pez de cintura para abajo?

—Así se ha dicho que es, sí.

—Entonces, ¿cómo...? —Ulath también le lanzó una fugaz mirada a Ehlana y luego se interrumpió bruscamente.

—¿Cómo, qué, caballero Ulath? —quiso saber Ehlana con aire inocente.

—Es que... eh... no tiene realmente importancia, majestad —replicó él con una tos de incomodidad.

—Yo ni siquiera sacaría ese absurdo mito a relucir, majestades —aseguró Oscagne a Sarabian y Ehlana—, de no ser por los acontecimientos recientes. Los paralelos existentes entre éste y los vampiros de Arjuna, los seres fulgentes de Atan meridional, los hombres lobo, ghoules<sup>[1]</sup> y ogros de otras regiones del imperio, son realmente bastante sorprendentes, ¿no os parece? Imagino que si alguien acudiera a Tega e hiciera preguntas, podría oír historias referentes a algún pescador de ostras prehistórico que ha sido resucitado, y se encontraría también con que algún agitador está diciéndoles a los teganos que ese héroe y su amante mitad pez mitad ser humano van a liderar a los pescadores de ostras para que asalten en masa Matherion.

—¡Qué gracioso! —murmuró Sarabian.

—Lo siento, majestad —se disculpó Oscagne—. A lo que quiero llegar es a que probablemente tenemos algún conspirador inexperto en Tega. Está comenzando justo ahora, por lo que es inevitable que cometa errores... pero inexperto o no, sabe mucho sobre la totalidad de la conspiración. Puesto que nuestros amigos aquí presentes no quieren dejarnos interrogar a Kolata con demasiada minuciosidad, tenemos que buscar la información en otra parte.

—No es que estemos siendo excesivamente delicados con el ministro del Interior, excelencia —intervino Kalten para aclarar las cosas—. Simplemente se trata de que hemos visto lo que les sucede a los prisioneros que están a punto de hablar demasiado. Kolata todavía nos resulta útil, pero sólo mientras continúe estando de una pieza. No nos será de mucho favor si se desparrama por todo el edificio en trocitos y cuajarones de sangre.

Oscagne se estremeció.

—Creeré en su palabra, caballero Kalten. En cualquier caso, majestad, si algunos de nuestros amigos elenios pudieran ir a Tega, echar mano de ese tipo y hablar con él antes de que nuestro enemigo pueda desmantelarlo, probablemente podrían persuadirlo de que nos contase todo lo que sabe. Según tengo entendido, caballero Falquián tiene algunas ambiciones a ese respecto. Quiere averiguar si

puede retorcer a alguien con la fuerza suficiente como para conseguir que le sangre el pelo.

—Tienes una imaginación muy gráfica, Falquián —observó Sarabian—. ¿Qué piensas tú, Ehlana? ¿Puedes prescindir de tu esposo durante unos días? Si él y algunos de sus caballeros acudieran a Tega y mantuvieran la isla bajo el agua durante un par de horas, sabe Dios qué tipo de información podría subir a la superficie con las burbujas.

—Ésa es una buena idea, Sarabian. Falquián, ¿por qué no te llevas a algunos de tus amigos y bajáis a la isla de Tega a ver qué puede averiguarse?

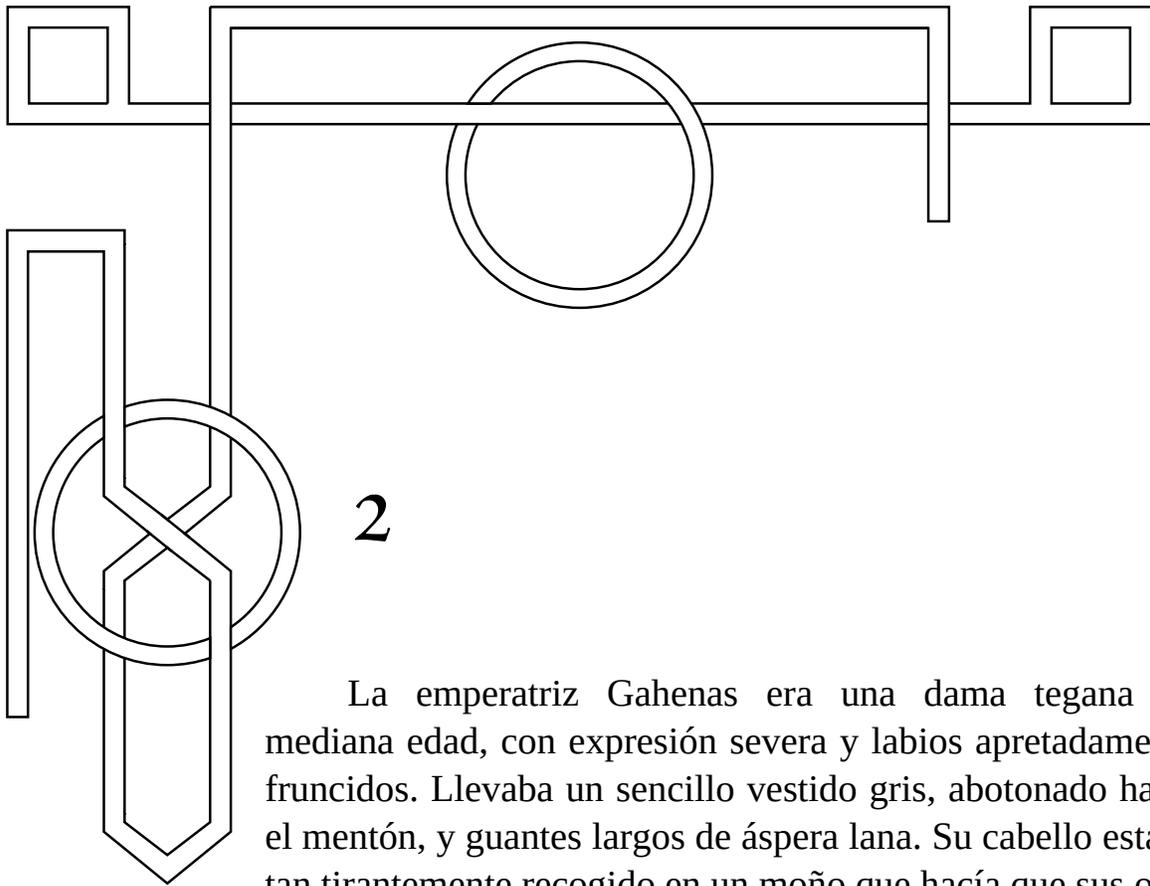
—Yo preferiría no separarme de ti, querida —replicó él con fingida reticencia.

—Eso es muy bonito, Falquián, pero tenemos responsabilidades, ya lo sabes.

—¿Estás ordenándome partir, Ehlana?

—No tienes por qué decirlo de esa manera, Falquián. Después de todo, sólo es una sugerencia.

—Como mi reina ordene —suspiró él, adoptando una expresión melancólica.



2

La emperatriz Gahenas era una dama tegana de mediana edad, con expresión severa y labios apretadamente fruncidos. Llevaba un sencillo vestido gris, abotonado hasta el mentón, y guantes largos de áspera lana. Su cabello estaba tan tirantemente recogido en un moño que hacía que sus ojos quedaran saltones y que las orejas le sobresalieran a ambos lados de la cabeza como las puertas abiertas de un granero. La emperatriz Gahenas lo desaprobaba todo; eso quedó claro desde el principio. Había acudido al estudio de Falquián para proporcionarle información sobre los antecedentes de la isla de Tega, pero no había ido sola. La emperatriz Gahenas nunca iba a ninguna parte sin sus cuatro damas de compañía, un grupo de cuatro ancianas brujas teganas que se posaron sobre un banco barnizado como una hilera de gárgolas.

Era un día tibio de principios de otoño, pero el sol que entraba a raudales por la ventana del estudio de Falquián pareció volverse macilento y enfermizo cuando la emperatriz Gahenas penetró en la estancia acompañada de las severas guardianas de su virtud.

Pasó una hora dándole un discurso a Falquián sobre el producto nacional bruto de su tierra natal, con un tono que sugería seriamente que iba a someterlo a examen al final de la conferencia. Falquián luchaba para no bostezar. No estaba realmente interesado en las cifras del producto nacional ni en los costes laborales. Lo que realmente quería de la emperatriz de orejas prominentes eran

pequeños detalles de la vida corriente de la isla, para dar cuerpo a la serie de cartas que estaba escribiendo para su esposa..., cartas que le serían gradualmente entregadas a Ehlana para ayudar a sustentar la ficción de que él y sus amigos estaban siguiendo la pista de los cabecillas y otros conspiradores que se ocultaban entre la población general.

—Eh... —Falquián interrumpió el monótono monólogo de Gahenas— eso es absolutamente fascinante, alteza, pero ¿podríamos regresar durante un momento a la forma de gobierno de la isla? Es algo que me tiene realmente desconcertado.

—Tega es una república, príncipe Falquián. Nuestros gobernantes son elegidos para sus cargos cada cinco años. Ha sido así desde hace veinticinco siglos.

—¿Vuestros funcionarios no son elegidos de por vida?

—Por supuesto que no. ¿Quién quiere un trabajo así para toda la vida?

—¿Nadie desarrolla jamás ansias de poder?

—El gobierno no tiene poder ninguno, príncipe Falquián. Existe solamente para cumplir con la voluntad del electorado.

—¿Por qué durante cinco años?

—Porque nadie quiere permanecer apartado de sus asuntos durante más tiempo.

—¿Qué sucede si un hombre resulta reelegido?

—Eso es contrario a la ley. Nadie ocupa el cargo durante más de un período.

—Supongamos que alguien resulta ser un absoluto genio para un determinado puesto. ¿No os interesaría mantenerlo en él?

—Nunca hemos podido hallar a nadie que fuera tan indispensable como eso.

—A mí me parece que el sistema alentaría la corrupción. Si un hombre sabe que será destituido del cargo tras cinco años, ¿qué impedirá que manipule su puesto para favorecer sus propios intereses? Más tarde, quiero decir.

—Eso es completamente imposible, príncipe Falquián. Nuestros funcionarios electos no tienen ningún interés externo. En cuanto son elegidos, todo lo que poseen es vendido y el dinero resultante depositado en el tesoro nacional. Si la economía prospera durante su período de gobierno, sus riquezas les dan beneficios. Si la economía se derrumba, lo pierden absolutamente todo.

—Eso es absurdo. Ningún gobierno obtiene jamás beneficio alguno.

—El nuestro, sí —dijo ella, vanidosa—, y tiene que ser un beneficio real. El índice de impuestos está fijado y no puede cambiarse, así que nuestros funcionarios no pueden generar unos beneficios falsos por el sistema de

aumentar los impuestos.

—¿Por qué iba a querer alguien ocupar un cargo en un gobierno como éste?

—Nadie quiere hacerlo, príncipe Falquián. La mayoría de los teganos hace absolutamente todo lo posible para evitar que los elijan. El hecho de que la propia fortuna personal de un hombre esté en el tesoro, lo obliga a trabajar con el máximo ahínco de que sea capaz para asegurarse de que el gobierno prospere. Muchos han trabajado hasta morir para cuidar de los intereses de la república.

—Yo creo que huiría de un honor como éste.

—Eso es realmente imposible, alteza. En cuanto un hombre es nominado para un cargo público, se le pone bajo custodia, y si resulta elegido permanece bajo estrecha vigilancia durante todo el período de gobierno. La república se asegura completamente de que nadie eluda sus responsabilidades para con ella.

—La república es un ama severa.

—Ciertamente lo es, príncipe Falquián, y así es exactamente como debe ser.

Aunque sus compañeros se impacientaban por el retraso, Falquián pospuso la partida durante dos días más mientras redactaba fervientemente las cartas para Ehlana. El proceso de la investigación ficticia tenía que resultar lo bastante convincente, sin duda, y al menos moderadamente interesante. Falquián entretejió en sus relatos falsas pistas, complots y misterios no resueltos. Iba dejando atraparse cada vez más por la historia que estaba desarrollando, enredándose a veces hasta tal punto que perdía de vista el hecho de que los acontecimientos de que estaba dando cuenta no tenían lugar en realidad. Se sentía bastante orgulloso de su labor, y se puso a revisar todas las misivas, agregando un toque aquí y modificando un pasaje pobremente redactado allá, hasta que imprudentemente cruzó la línea divisoria entre la cuidadosa obra de arte y la pura meticulosidad.

—Son bastante buenas, Falquián —le dijo Vanion, tras leer las cartas al anochecer del segundo día.

Vanion llevaba puestas, muy intencionadamente, la túnica sencilla y las pesadas botas de montar que solían vestir los pandion para emprender un largo viaje.

—¿No crees que son demasiado obvias?

—Están bien como están.

—Quizá debería reelaborar la tercera carta. Por alguna razón, me parece

terriblemente floja.

—Ya la has escrito cuatro veces. Es lo bastante buena.

—No acaba de satisfacerme, Vanion.

Falquián cogió la carta en cuestión de manos de su amigo y la repasó una vez más, tendiendo automáticamente la mano hacia la pluma mientras leía. Vanion le quitó la carta con firmeza.

—Déjame arreglar sólo el último párrafo —le suplicó Falquián.

—No.

—Pero...

—¡No! —Vanion devolvió la carta a su sitio, cerró el paquete y se lo metió en el jubón—. Oscagne enviará a Norkan con nosotros —dijo—. Le daremos las cartas, y él podrá enviárselas gradualmente a Ehlana. Norkan es lo bastante astuto como para enviarlas con los intervalos justos para no levantar sospechas. El barco lleva ya una semana preparado, y Emban comienza a impacientarse. Partiremos con la marea de la mañana.

—Creo que ya sé lo que he hecho mal —dijo Falquián—. Puedo arreglar esa tercera carta en no más de una o dos horas.

—No, Falquián. Decididamente, no.

—¿Estás segura de que duerme? —susurró Falquián.

—Por supuesto que lo estoy, padre —replicó la princesa Danae.

—El más ligero ruido la despertará, ya lo sabes. Puede oír una mosca caminando por el techo.

—Esta noche no puede. Yo me he encargado de eso.

—Espero que sepas lo que estás haciendo, Danae. Ella conoce cada una de las más diminutas marcas que tiene ese anillo. Si hubiera la más ligera diferencia con el nuevo, se daría cuenta de inmediato.

—Oh, padre, te preocupas demasiado. Después de todo, ya he hecho esto antes. Ghwerig hizo él mismo estos anillos, y aún así conseguí engañarlo. Llevo ya miles de años robando esos anillos. Créeme, madre no notará jamás la diferencia.

—¿Es realmente necesario, esto?

—Sí. El Bhelliom te resultaría inútil si no tuvieras ambos anillos, y puede que lo necesites casi en el mismo instante en que lo recojamos del fondo del mar.

—¿Por qué?

Ella puso los ojos en blanco y suspiró.

—Porque la totalidad del mundo cambiará en cuanto se mueva el Bhelliom. Cuando lo llevabas a Zemoch, el mundo se estremecía constantemente a su alrededor como un plato de gelatina. A mi familia y a mí no nos gusta mucho que el Bhelliom se mueva. A algunos nos causa mareos.

—¿Podrán nuestros enemigos localizar nuestra posición a través de ese fenómeno?

Ella negó con la cabeza.

—Es demasiado generalizado. Sin embargo, todos los dioses del mundo se enterarán cuando el Bhelliom comience a moverse, y podemos estar absolutamente seguros de que al menos algunos de ellos acudirán a buscarlo. ¿Podemos hablar de eso en algún otro momento?

—¿Qué quieres que haga yo?

—Sólo que te quedes de guardia en la puerta del dormitorio. No me gusta conceder audiencias cuando estoy robando cosas.

—Hablas exactamente igual que Talen.

—Naturalmente. Él y yo estamos hechos el uno para el otro. Fueron los dioses quienes inventaron el robo, para empezar.

—No lo dirás en serio.

—Por supuesto que sí. Nos robamos cosas continuamente los unos a los otros. Es un juego. ¿Pensabas que nos limitábamos a sentarnos en las nubes y bañarnos en la adoración? Tenemos que hacer algo para pasar el rato. Deberías probarlo alguna vez, padre. Es tremendamente divertido. —Miró en torno con aire furtivo, se agachó y tendió la mano hacia el pomo de la puerta del dormitorio—. Mantente alerta, Falquián. Silba si oyes que alguien se acerca.

Se reunieron todos en la sala de estar de las dependencias reales a la mañana siguiente, con el fin de recibir las últimas instrucciones del emperador Sarabian y la reina Ehlana. Realmente no era más que una formalidad. Todos sabían ya lo que debían hacer, así que permanecieron sentados en la sala iluminada por el sol, hablando de generalidades y advirtiéndose los unos a los otros que se cuidaran, como hacen en todo el mundo las personas que se separan.

Alean, la camarera de ojos de gacela que tenía la reina Ehlana, estaba en la sala continua y cantaba. Su voz era clara, dulce y sincera, y todas las conversaciones del salón de estar se interrumpieron al cantar ella.

—Es como escuchar a un ángel —murmuró el patriarca Emban.

—Esa muchacha tiene una voz verdaderamente magnífica —asintió Sarabian—. Ya tiene a los músicos de la corte al borde de la desesperación.

—Esta mañana parece un poco triste —comentó Kalten, con dos enormes lágrimas brillándole en los ojos.

Falquián sonrió débilmente. Kalten había perseguido a las camareras desde que era muy joven, y pocas habían sido capaces de resistirse a sus lisonjas. Esta vez, sin embargo, se había encontrado con la horma de su zapato. Alean no estaba cantando por diversión. La muchacha de ojos pardos cantaba para un auditorio de una sola persona, y su canción, que trataba de los pesares de la separación, inundó de lágrimas los ojos de Kalten. Cantaba sobre corazones rotos y otras extravagancias en una balada elenia muy antigua titulada *Mi hermoso muchacho de ojos azules*. Entonces, Falquián advirtió que la baronesa Melidere, la dama de compañía de la reina Ehlana, también observaba muy atentamente a Kalten. Los ojos de Melidere se encontraron con los de Falquián, y ella los cerró muy lentamente. Falquián estuvo a punto de soltar una carcajada. Estaba claro que él no era el único que se había percatado de la sutil campaña de Alean.

—Me escribirás, ¿no es cierto, Falquián? —dijo Ehlana.

—Por supuesto que lo haré —replicó él.

—Puedo, virtualmente, garantizarte eso, majestad —intervino Vanion—. Si le concedes sólo un poco de tiempo, Falquián es un gran escritor de cartas. Dedicar enormes cantidades de tiempo y esfuerzo a su correspondencia.

—Cuéntamelo todo, Falquián —lo instó la reina.

—Oh, lo hará, majestad, lo hará —le aseguró Vanion—. Probablemente te contará más de lo que jamás hayas querido saber sobre la isla de Tega.

—Críticón —murmuró Falquián en un susurro.

—Por favor, le pido a vuestra gracia que no haga una descripción excesivamente vívida de la situación que tenemos aquí —le estaba pidiendo Sarabian a Emban—. No hagáis que Dolmant piense que mi imperio está derrumbándoseme por todos lados.

—¿Acaso no es así, majestad? —preguntó Emban con cierta sorpresa—. Yo creía que era por eso que yo salía a toda prisa hacia Chyrellos para traer a los caballeros de la Iglesia.

—Bueno, tal vez lo esté, pero no destruyáis completamente mi dignidad.

—Dolmant es muy sabio, majestad —le aseguró Emban—. Comprende el lenguaje de la diplomacia.

—¿Ah sí? ¿De verdad? —le preguntó Ehlana con gran sarcasmo.

—¿Debo transmitirle al archiprelado también los saludos de su Majestad? —le preguntó Emban.

—Por supuesto. Decidle que me siento desolada por hallarme separada de él..., particularmente a la vista del hecho que no puedo vigilarlo. También puedes advertirle que un estatuto elenio poco conocido especifica claramente que yo tengo que ratificar cualquier acuerdo que él haga con el conde de Lenda durante mi ausencia. Decidle que no se instale demasiado cómodamente en esos pedazos de mi reino que ha estado apropiándose desde que partí, porque simplemente los recuperaré en cuando regrese a casa.

—¿Hace siempre eso, Falquián? —inquirió Sarabian.

—Oh, sí, todo el tiempo, majestad. El archiprelado se come las uñas cada vez que una carta de mi esposa llega a la basílica.

—Eso lo mantiene joven —sentenció Ehlana mientras se ponía en pie—. Y ahora, amigos —continuó—, espero que nos excusen a mi esposo y a mí durante unos instantes con el fin de que podamos despedirnos en privado. Acompáñame, Falquián —ordenó.

—Sí, mi reina.

La niebla de la mañana se había disipado, y el sol era muy brillante cuando el barco zarpó del puerto y viró para tomar un rumbo sureste que rodearía el extremo meridional de la península de Micae en dirección a la isla de Tega. El barco estaba bien equipado, aunque era de una configuración ligeramente extraña. Khalad no la consideraba buena, y hallaba problemas en el cordaje y la inclinación de los mástiles.

Era alrededor de mediodía cuando Vanion subió a cubierta para hablar con Falquián, que estaba apoyado en la borda y contemplaba la costa que se deslizaba ante ellos. Ambos llevaban ropa informal, puesto que no hay ninguna necesidad real de vestir atuendos formales a bordo de un barco.

—Sephrenia nos quiere a todos en el camarote principal —le dijo el preceptor a su amigo—. Ha llegado el momento de una de esas sorprendentes revelaciones que todos hemos llegado a querer y a adorar. ¿Por qué no acorralas

a los demás y los traes abajo?

—Estás de un humor extraño —observó Falquián—. ¿Qué problema tenemos?

—Sephrenia se muestra excesivamente estiria, hoy. —Vanion se encogió de hombros.

—Eso no lo entiendo del todo.

—Ya conoces los signos, Falquián... expresión misteriosa, observaciones crípticas, pausas melodramáticas, aires de superioridad.

—¿Habéis estado peleando, vosotros dos?

Vanion se echó a reír.

—Eso nunca, amigo mío. Simplemente se trata de que todos tenemos pequeñas peculiaridades e idiosincrasias que irritan a nuestras personas queridas de vez en cuando. Hoy, Sephrenia está actuando según una de esas peculiaridades.

—Por supuesto, no le contaré que has dicho eso.

Vanion se encogió de hombros.

—Ella ya sabe lo que pienso. Lo hemos hablado en el pasado... largo y tendido. A veces lo hace sólo para fastidiarme. Ve a buscar a los demás, Falquián. No le concedamos demasiado tiempo para perfeccionar su representación.

Se reunieron todos en el salón principal, bajo cubierta, un camarote que era en parte comedor y en parte sala de estar. Sephrenia no había hecho aún acto de presencia, y pasados algunos instantes Falquián comprendió de qué había estado hablando Vanion. Un sonido familiar comenzó a surgir del camarote de la dama.

—¿Flauta? —exclamó Talen, atónito, con una voz que se quebraba con esos peculiares sonidos aflautados adolescentes que afligen a los varones humanos al comienzo de la pubertad.

Falquián estaba preguntándose cómo tenía intención de solucionar Aphrael el difícil problema de explicar su identidad. El haberse presentado ante los demás como la princesa Danae estaba bastante obviamente fuera de discusión. Flauta era algo completamente distinto. Todos sus amigos reconocían a Flauta como Aphrael, y eso eliminaría la necesidad de extensas explicaciones. Falquián suspiró mientras surgía en su mente un pensamiento bastante melancólico. Se dio cuenta de que no sabía qué aspecto tenía realmente su hija. Aquel pequeño rostro querido, que estaba grabado en su memoria casi tan profundamente como el de Ehlana, era sólo uno más en una larga lista de encarnaciones... uno entre

millares, más que probablemente.

Luego la puerta del camarote de Sephrenia se abrió, y la menuda mujer estiria salió de él con una sonrisa que hacía que su rostro se pareciera al sol del alba; llevaba a su pequeña hermana en brazos.

Flauta, por supuesto, no había cambiado; era invariable. Parecía tener no más de seis años de edad... precisamente la misma edad que Danae. Falquián rechazó de inmediato la posibilidad de coincidencia. Con respecto a Aphrael, no existían las coincidencias. Llevaba la misma bata corta ceñida con un cinturón y la misma banda de hierbas trenzadas en torno a la frente que llevaba cuando ellos la conocieron. Sus largos cabellos eran tan negros como la noche, y sus enormes ojos casi igual de oscuros. Sus pequeños pies desnudos estaban manchados de hierba. Sostenía contra sus labios como rosas una flauta de cabrero de varios tubos, y la canción que tocaba era estiria, compuesta en una serie de claves menores.

—¡Qué niña tan bonita! —comentó el embajador Norkan—, pero príncipe Falquián, ¿es realmente una buena idea el traerla en esta misteriosa misión vuestra? Deduzco que podría haber algunos peligros en la misma.

—No, a partir de ahora, no los habrá, excelencia —le respondió Ulath con una sonrisa.

Sephrenia depositó con gesto grave a la niña sobre el suelo del camarote, y Flauta comenzó a danzar al son de la dulce música del instrumento que tocaba.

La mujer estiria miró a Emban y Norkan.

—Observa atentamente a la niña, Emban, y tú también, excelencia. Ella nos ahorrará horas de explicaciones y discusión.

Flauta realizaba piruetas por el camarote, con sus diminutos piecillos rebotando sobre el suelo, sus cabellos negros al vuelo y su instrumento sonando jubilosamente. Esta vez, Falquián vio con toda claridad el primer paso que dio por el aire sutil. Como alguien que escalara unos peldaños invisibles, la diosa niña danzó hacia arriba, girando sobre sí misma mientras ascendía, inclinándose y balanceándose, mientras sus piecillos revoloteaban como alas de pájaro mientras bailaba sobre la nada. Luego su música y su danza cesaron y ella, sonriendo traviesamente y aún de pie en el aire, hizo una graciosa reverencia.

Emban casi se había caído de la silla que ocupaba, y se le salían los ojos de las órbitas. El embajador Norkan intentó mantener su expresión urbana, pero se le estaba escapando sin remedio y le temblaban las manos.

Talen sonrió y se puso a aplaudir. Los demás rieron y se unieron al aplauso.

—Oh, gracias, queridos míos —dijo dulcemente Flauta, haciendo una nueva reverencia.

—¡Por el amor de Dios, Falquián! —exclamó Emban con voz estrangulada—. ¡Haz que baje de ahí! ¡Está destruyendo mi cordura!

Flauta se echó a reír y se lanzó casi literalmente a los brazos del rechoncho hombrecillo de iglesia, llenándole el rostro de besitos.

—¡Me encanta hacerle eso a la gente! —gorjeó, encantada. Emban se encogió aún más—. Oh, no seas tonto, Emban —lo reprendió ella—. No voy a hacerte ningún daño. En realidad, me gustas bastante. —Una expresión socarronamente traviesa afloró a los ojos de la niña diosa—. ¿Qué le parecería a tu gracia el venir a trabajar para mí? —le sugirió—. No soy realmente tan remilgada como tu dios elenio, y podríamos divertirnos mucho juntos.

—¡Aphrael! —exclamó Sephrenia con sequedad—. ¡Basta ya! ¡Sabes perfectamente que no debes hacer eso!

—Sólo estaba bromeando con él, Sephrenia. No robaría realmente a Emban. El dios elenio lo necesita demasiado.

—¿Se ha visto lo bastante sacudida la teología de vuestra gracia? —le preguntó Vanion al patriarca de Ucera—. La niña que está sentada sobre vuestro regazo e intenta alegremente llevaros por el florido sendero de la herejía, es la diosa niña Aphrael, uno de los mil dioses jóvenes de Estiria.

—¿Cómo debo saludarla? —inquirió Emban con una voz chillona y asustada.

—Unos cuantos besos serían una bonita forma de hacerlo —sugirió Flauta.

—Basta ya —volvió a reprenderla Sephrenia.

—¿Y cuáles son tus sentimientos, excelencia? —le preguntó la niña a Norkan.

—Dubitativos, tu... eh...

—Sólo Aphrael, Norkan —le dijo ella.

—Eso no es realmente apropiado —replicó él—. Yo soy un diplomático, y el alma misma del lenguaje diplomático son los apelativos formales. No he llamado por su nombre de pila a nadie excepto a mis colegas desde que tenía unos diez años de edad.

—El nombre de pila de ella es un apelativo formal, excelencia —le aseguró Sephrenia con dulzura.

—Muy bien, pues —dijo Aphrael mientras se bajaba del regazo del patriarca de Ucera—. Tynian y Emban irán a Chyrellos, a buscar a los caballeros de la

Iglesia. Norkan acudirá a la isla de Tega para ayudar a Falquián a mentirle a mi... eh... su esposa, quiero decir. El resto de nosotros iremos a buscar el Bhelliom. Falquián parece pensar que podríamos necesitarlo. Yo creo que está subestimando sus propias capacidades, pero voy a seguirle la corriente en esto..., aunque sólo sea para evitar que continúe fastidiando y quejándose.

—Realmente, la he echado de menos —declaró Kalten entre carcajadas—. ¿Qué vas a hacer, Flauta? ¿Ensillar una manada de ballenas para que nos lleven sobre sus lomos hasta la costa en la que arrojamos el Bhelliom al mar?

Los ojos de ella se iluminaron.

—Ni se te ocurra —le dijo Falquián con bastante firmeza.

—Aguafiestas.

—Estoy realmente decepcionado contigo, Falquián —declaró Kalten—. Nunca antes he cabalgado sobre una ballena.

—¿Quieres hacer el favor de dejar de hablar de ballenas? —le espetó Falquián.

—No tienes por qué ponerte tan picajoso por eso. ¿Qué tienes en contra de las ballenas?

—Es algo personal entre Aphrael y yo —replicó Falquián en tono áspero—. No ganaré muchas discusiones con ella, pero te aseguro que voy a ganar la referente a las ballenas.

La escala que hizo el barco en Tega fue necesariamente corta. La marea ya había cambiado y al capitán le preocupaba la inexorable bajada del nivel de las aguas del puerto.

Falquián y sus amigos conferenciaron brevemente en el salón principal del barco, mientras Khalad dirigía a los marineros en la descarga de sus caballos y pertrechos.

—Haced todo lo que podáis para conseguir que Sarathi comprenda lo grave que es la situación aquí, Emban —le dijo Vanion al patriarca de Ucera—. A veces se pone un poco testarudo.

—Estoy seguro de que le encantará saber lo que realmente piensas de él, Vanion. —El rechoncho clérigo sonrió.

—Vuestra gracia puede decir lo que le dé la gana. De todas formas, nunca regresaré a Chyrellos, así que realmente no tiene ninguna importancia. Aseguraos especialmente de ponerlo al corriente de que el nombre de Cyrgon ha

estado surgiendo constantemente. Sin embargo, puede que os interese disfrazar el hecho de que sólo tenemos la palabra de Krager respecto a la implicación de Cyrgon en todo esto. De todas formas, de lo que sí estamos seguros es de la intervención de los dioses troll, y el conocimiento de que estamos enfrentados una vez más con dioses paganos podría ayudar a que Sarathi apartara la atención de Rendor.

—¿Hay alguna otra cosa que yo ya sepa y que quieras contarme, Vanion?

Vanion se echó a reír.

—Bien expresado. Me estaba mostrando verdaderamente un poco entrometido, ¿verdad?

—El término sería «metomentodo», Vanion. Yo haré todo lo que pueda, pero tú ya conoces a Dolmant. Hará sus propias valoraciones y tomará sus propias decisiones. Pondrá en un platillo de la balanza a Daresia y en el otro a Rendor, y decidirá a cuál de los dos prefiere salvar.

—Decidle que me encuentre aquí, con Falquián, Emban —le pidió Flauta—. Él sabe quién soy.

—¿Que lo sabe?

—Realmente no tenéis que caminar con tanto cuidado en torno a Dolmant. No es el fanático Ortsel, así que es capaz de aceptar el hecho de que su teología no tiene respuesta para todas las cosas del universo. El hecho de que yo esté implicada podría ayudarlo a tomar la decisión correcta. Transmitidle mi cariño. A veces se comporta como un viejo carcamal, pero yo le tengo verdadero cariño.

Emban tenía los ojos un poco desorbitados.

—Creo que me jubilaré cuando acabe todo esto —comentó.

—No seáis tonto. —La niña le sonrió—. Vos no podéis jubilaros más que yo. Os estáis divirtiendo mucho. Además, os necesitamos. —Se volvió a mirar a Tynian—. No sobrecargues ese hombro —le ordenó—. Dale tiempo para que se cure antes de comenzar a ejercitarlo.

—Sí, señora —replicó él, sonriendo por los modales autoritarios de la diosa niña.

—No te rías de mí, Tynian —lo amenazó ella—. Si lo haces, una mañana podrías despertarte con los pies vueltos hacia atrás. Ahora dame un beso.

—Sí, Aphrael.

Ella rió, y trepó a los brazos de Tynian para recibir el beso prometido.

Desembarcaron y permanecieron en el muelle mientras la nave tamul salía lentamente del puerto.

—En cualquier caso, navegarán en la época correcta del año —comentó Ulath—. Es un poco pronto aún para los huracanes.

—Eso es alentador —dijo Kalten—. ¿Adónde vamos ahora, Flauta?

—Hay un barco que nos aguarda al otro lado de la isla —respondió ella—. Te lo contaré cuando hayamos salido de la ciudad.

Vanion le entregó a Norkan el paquete de cartas que tan laboriosamente había escrito Falquián.

—No podemos estar seguros de cuánto tiempo vamos a tardar, excelencia —observó—, así que sería interesante que espaciaras estas misivas.

Norkan asintió con un movimiento de la cabeza.

—Puedo complementarlas con informes redactados por mí —le dijo—, y en el peor de los casos, siempre podré recurrir al talento del falsificador oficial que tenemos en la embajada. Debería ser capaz de duplicar la escritura del príncipe Falquián tras un día de práctica, más o menos... en cualquier caso, lo bastante bien como para agregar una posdata al pie de mis informes.

Por alguna razón, aquello conmocionó bastante a Falquián.

—¿Puedo formular una pregunta? —inquirió Norkan, mirando a Flauta.

—Por supuesto —replicó ella—. No puedo prometerte que responderé, pero puedes preguntar.

—¿Son reales nuestros dioses tamules?

—Sí.

Norkan suspiró.

—Siempre he tenido miedo de eso. No he llevado precisamente lo que uno llamaría una vida ejemplar.

—No te preocupes, Norkan. Vuestros dioses no se toman demasiado en serio a sí mismos. El resto de nosotros los consideramos frívolos. —Aphrael hizo una pausa—. Sin embargo, son divertidos en las fiestas —agregó, y de pronto profirió una risilla—. Consiguen irritar de veras al dios elenio. Él no tiene ni el más mínimo sentido del humor, y vuestros dioses tamules son muy aficionados a las bromas pesadas.

Norkan se estremeció.

—Creo que realmente no me interesa saber nada más sobre esas cosas —comentó, y se volvió a mirar detrás de sí—. Os aconsejo seriamente que abandonéis la ciudad lo antes posible, amigos míos —les dijo a los otros—. Una forma republicana de gobierno genera cantidades ingentes de papel. Aquí hay cuestionarios y formularios y permisos y licencias para casi todo, y deben

hacerse diez copias de cada uno. Ninguno de los miembros del gobierno quiere tomar realmente una decisión sobre nada, así que los documentos simplemente pasan de mano en mano hasta que se caen a pedazos o se pierden.

—¿Y quién toma finalmente las decisiones? —inquirió Vanion.

—Nadie. —Norkan se encogió de hombros—. Los teganos han aprendido a arreglárselas sin gobierno. De todas formas, todos saben qué es lo que debe hacerse, así que rellenan los suficientes formularios como para mantener ocupados a los burócratas, y hacen caso omiso de ellos. Detesto tener que admitirlo, pero el sistema parece funcionar bastante bien. —Se echó a reír—. Hubo un famoso asesino que fue detenido durante el siglo pasado —dijo—. Lo llevaron a juicio, y murió de viejo antes de que los tribunales pudieran decidir si era o no culpable.

—¿Qué edad tenía cuando lo apresaron? —inquirió Talen.

—Alrededor de treinta años, según tengo entendido. Será mucho mejor que os pongáis en camino, amigos míos. El tipo que está a cargo de este muelle tiene una especie de expresión oficial en la cara. Con toda posibilidad será más prudente que estéis fuera de su vista antes de que comience a rebuscar en esa bolsa que lleva y encuentre el juego de formularios correctos para que los rellenéis.

La isla de Tega era ordenada. No era particularmente escénica, no poseía esa desolación pintoresca que hace latir aceleradamente los corazones de los románticos. La isla no producía ninguna cosecha económicamente significativa, y las pequeñas parcelas de tierra que se cultivaban estaban dedicadas a lo que podría llamarse extensas huertas de cocina. Los muros de piedra que demarcaban los campos eran todos rectos y de una altura uniforme. Las calles no describían curvas ni giros, y las aceras tenían todas el mismo ancho y altura precisos. Dado que la principal industria de la isla, la recolección de ostras, era realizada bajo agua, no había ese desorden que uno suele ver en torno a los talleres.

Sin embargo, aquel tedioso orden quedaba compensado por un olor espantoso que parecía flotar sobre todas las cosas.

—¿Qué es este asqueroso tufo? —preguntó Talen mientras intentaba cubrirse la nariz con una manga.

—Marisco podrido —replicó Khalad con un encogimiento de hombros—. Deben utilizarlo como fertilizante.

—¿Cómo pueden soportar vivir aquí con este olor?

—Probablemente están tan habituados a él que ya no lo perciben. Necesitan las conchas porque pueden vendérselas a los tamules de Matherion, pero la gente no puede vivir con una dieta constante de ostras y almejas, así que tienen que librarse del exceso de alguna forma. Parece ser un fertilizante muy bueno. Nunca había visto hasta ahora coles tan grandes como las que hay aquí.

Talen miró especulativamente a su hermano.

—Las perlas salen de las ostras, ¿no es cierto? —le preguntó.

—Eso es lo que me han dicho.

—Me pregunto si los teganos harán algo con ellas cuando las encuentran.

—No son demasiado valiosas, Talen —le dijo Flauta—. Hay algo en el agua que rodea la isla que vuelve negras a las perlas. ¿Quién pagaría algo por una perla negra? —Los recorrió a todos con los ojos—. Bien, pues —comenzó—, tendremos que navegar unas mil quinientas millas para llegar al sitio en el que está el Bhelliom.

—¿Tan lejos? —exclamó Vanion—. En ese caso, no regresaremos a Matherion hasta finales del invierno. A treinta millas diarias, vamos a tardar cincuenta días en llegar allí, y otros cincuenta en regresar.

—No —disintió ella—. En realidad, tardaremos cinco días en llegar hasta allí, y cinco días en regresar.

—¡Imposible! —declaró Ulath bruscamente—. Ningún barco puede navegar a esa velocidad.

—¿Cuánto estarías dispuesto a apostar a que sí, caballero Ulath?

Él lo pensó durante un momento.

—No mucho —decidió—. No me gustaría insultarte con la sugerencia de que haces trampa, pero... —Tendió las manos con las palmas hacia arriba de modo sugerente.

—Deduzco que vas a entrometerte con el tiempo una vez más —le dijo Falquián a Aphrael.

Ella negó con la cabeza.

—Eso tiene algunas limitaciones, Falquián. Necesitamos algo más fiable. El barco que nos aguarda es un poco insólito. No creo que ninguno de vosotros deba mostrarse demasiado curioso respecto a con qué está construido o qué es lo que hace que se mueva. No podréis hablar con la tripulación porque no habla vuestro idioma. De todas formas, probablemente no sintáis deseos de hablar con ellos, porque no son realmente humanos.

—¿Brujería? —preguntó Bevier con suspicacia.

Ella le dio unas palmaditas en una mejilla.

—Responderé a esa pregunta en cuanto encuentres una definición para brujería que no sea personalmente insultante, querido Bevier.

—¿Qué vas a hacer, Aphrael? —inquirió Sephrenia con tono de desconfianza—. Existen ciertas reglas, ya lo sabes.

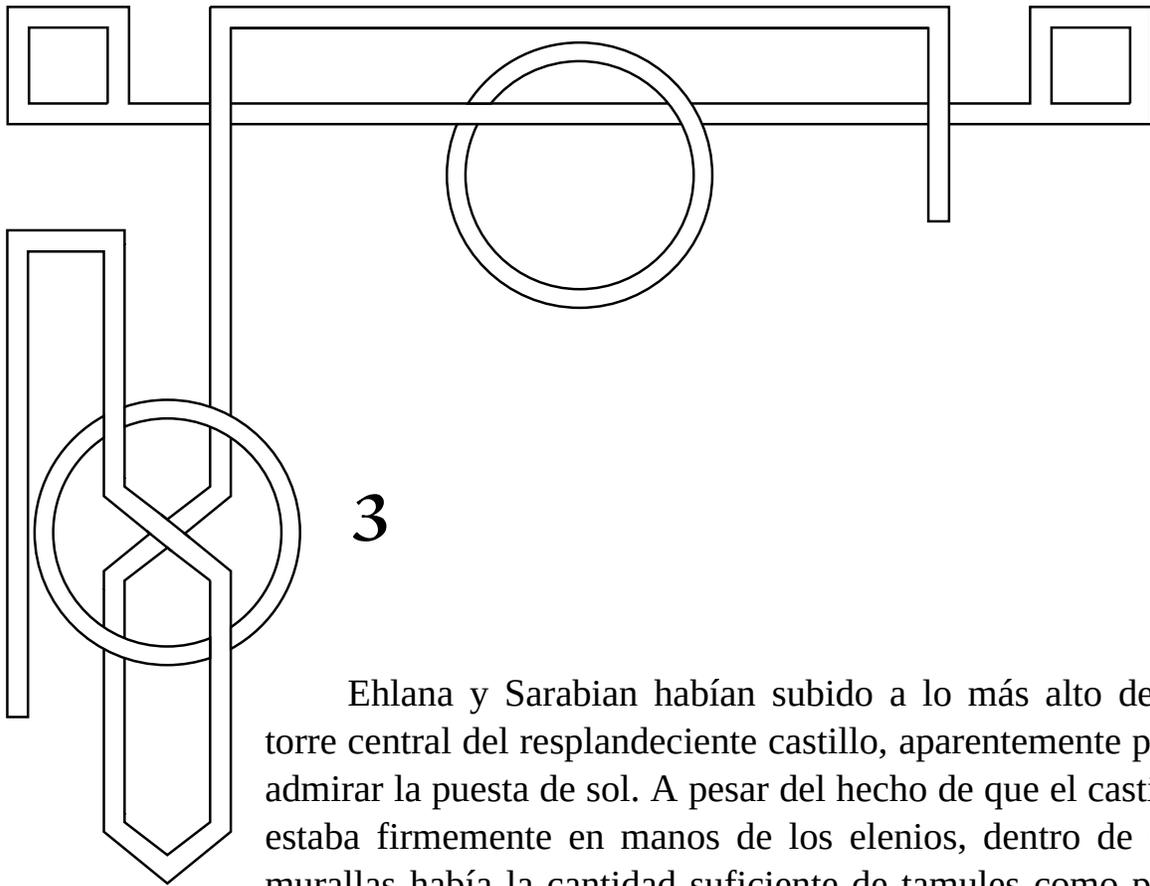
—Los del otro lado han estado rompiendo las reglas a derecha e izquierda, querida hermana —replicó Aphrael aiosamente—. El meterse en el pasado ha estado prohibido casi desde el principio de los tiempos.

—¿Y tú vas a meterte en el futuro? —le preguntó Khalad—. La gente está saliendo con ideas nuevas para el diseño de los barcos casi constantemente. ¿Vas a adelantarte y traernos un barco que aún no ha sido inventado?

—Ésa es una idea interesante, Khalad, pero no sabría dónde buscarlo. El futuro aún no ha sucedido, así que, ¿cómo iba yo a saber dónde... o cuándo... encontrar ese tipo de barco que sugieres? He ido a buscarlo a otra parte, eso es todo.

—¿Qué quieres decir con «otra parte»?

—Existe más de un mundo, Khalad —replicó misteriosamente la diosa niña, y luego hizo una mueca—. No podrías ni creer lo complicadas que han sido las negociaciones —agregó.



3

Ehlana y Sarabian habían subido a lo más alto de la torre central del resplandeciente castillo, aparentemente para admirar la puesta de sol. A pesar del hecho de que el castillo estaba firmemente en manos de los elenios, dentro de sus murallas había la cantidad suficiente de tamules como para requerir un cierto cuidado cuando ambos deseaban hablar en privado.

—Todo se reduce a una cuestión de poder, Sarabian —le dijo Ehlana al emperador con un tono de voz pensativo—. El hecho de que esté allí tiene que ser el factor central de nuestras vidas. Podemos ya tomarlo en nuestras propias manos, y dejarlo a nuestro alrededor sin utilizarlo; pero si decidimos no usarlo, podemos estar seguros de que otro lo hará en nuestro lugar. —El tono de voz de la reina era bajo, y su pálido rostro estaba casi sombrío.

—Hoy estás de humor melancólico, Ehlana —observó Sarabian.

—No me gusta separarme de Falquián. Ya lo estuvimos durante mucho tiempo cuando Aldreas lo desterró. A lo que quería llegar era a que vas a tener que mostrarte muy firme para que la gente de tu gobierno comprenda que las cosas han cambiado. Lo que estarás haciendo en realidad será tomar el poder. Ése es un acto revolucionario, ¿sabes? —Le sonrió débilmente—. Eres casi demasiado civilizado como para ser un revolucionario, Sarabian. ¿Estás seguro de que quieres derrocar al gobierno?

—¡Buen Dios, Ehlana! Es mi gobierno, y el poder era mío desde un

principio.

—Pero no lo utilizaste. Fuiste perezoso y autocomplaciente, y permitiste que se te escapara de las manos. Tus ministros te han arrebatado la autoridad poco a poco. Ahora vas a tener que luchar para que te la devuelvan. La gente no renuncia voluntariamente al poder, así que probablemente tendrás que matar a algunos de tus ministros para demostrar al resto que hablas en serio.

—¿Matar?

—Ésa es la máxima expresión del poder, Sarabian, y la situación en que te encuentras requiere una cierta implacabilidad. Vas a tener que derramar un poco de sangre para conseguir captar la atención de tu gobierno.

—No creo que sea capaz de hacer eso —dijo Sarabian con voz trastornada—. Oh, ya sé que he fanfarroneado y amenazado algunas veces, pero no podría ordenar de verdad que mataran a alguien.

—Eso depende de ti, pero perderás la partida si no lo haces, y eso significa que ellos te matarán a ti. —Guardó silencio y se quedó pensativa—. Probablemente te matarán de todas formas —agregó—, pero al menos morirás por algo importante. El saber que ellos van a matarte al final podría ayudarte a tomar algunas decisiones desagradables al comienzo. Una vez que sobrepasas las dos primeras ejecuciones, se hace más fácil. Hablo con una buena experiencia al respecto, puesto que a mí me sucedió casi exactamente lo mismo. El primado Annias controlaba completamente mi gobierno cuando yo ascendí al trono, y yo tenía que intentar recuperar el poder arrebatándoselo de las manos.

—Eres tú quien ha estado hablando tan tranquilamente sobre el matar, Ehlana. ¿Por qué no mataste a Annias?

Ella profirió una risa quebradiza y escalofriante.

—No se debió a que no quisiera hacerlo, créeme, pero yo era demasiado débil. Annias había despojado cuidadosamente a la corona de toda su autoridad. Yo contaba con la ayuda de mi señor Vanion y sus caballeros pandion, pero Annias tenía el control del ejército y los soldados de la Iglesia. Maté a algunos de sus subordinados, pero no pude llegar hasta él. Sin embargo, él sabía que lo estaba intentando, y precisamente por eso me envenenó. Annias era un político realmente bueno. Sabía con exactitud cuándo era el momento de matar.

—Hablas casi como si lo admiraras.

—Lo odiaba, pero era muy bueno.

—Bien, todavía no tengo que matar a nadie, así que puedo mantenerme al margen de este tema.

—En eso te equivocas. Ya has sacado la daga, así que te verás obligado a utilizarla. Has aplastado el levantamiento y encarcelado al ministro del Interior. Eso es exactamente lo mismo que una declaración de guerra.

—Fuiste tú quien hizo esas cosas —la acusó él.

—Sí, pero yo estaba actuando en tu nombre, así que es lo mismo..., al menos a los ojos de tus enemigos. En este momento estás en peligro, ¿sabes? Le has hecho saber al gobierno que vas a recuperar el poder que dejaste escapar en el pasado. Si no comienzas a matar gente... y pronto... probablemente no llegarás vivo a final de mes. Ya estarías muerto si no te hubieras refugiado en este castillo.

—Estás empezando a asustarme, Ehlana.

—Bien sabe Dios que es lo que he estado intentando. Te guste o no, Sarabian, ahora estás comprometido. —Desvió la mirada. El viento se hundía en un banco de nubes que estaba formándose por encima de las montañas situadas al oeste, y su resplandor rojizo se reflejaba en las cúpulas de madreperla de Matherion—. Mira tu ciudad, Sarabian —le dijo al emperador—, y contempla la realidad de la política. Antes de que hayas acabado, ese rojo que baña las cúpulas no será sólo el reflejo del ocaso.

—Eso es bastante franco —replicó Sarabian, mientras apretaba las mandíbulas de una forma poco característica en él—. De acuerdo, ¿cuánta gente tendré que matar con el fin de asegurar mi propia supervivencia?

—No tienes tantos cuchillos como se necesitarían, amigo mío. Aunque asesinaras a todos los habitantes de Matherion, continuarías estando en peligro. Será mejor que aceptes el hecho de que estarás en peligro durante el resto de tu vida. —Ehlana le sonrió—. En realidad, es bastante emocionante, cuando te acostumbras a ello.

—Bueno, señor, majestá' —dijo Caalador arrastrando las palabras—, e' bastante como nosotros'está'bamo' disiendo qu'era. Ese tipo, Krager, le ha esta'o disiendo al viejo Falquián la verdá' 'e la verdá'. Yo y Stragen, le'hemo'esta' o retorsiendo lo'braso'ymetiéndole'lo'pies' en el fuego a eso'tipo' que yo tenía que cogé'durante'l golpe... —Hizo una pausa—. ¿Se sentiría tu majestad muy decepcionada si hablara como un ser humano durante un rato? Este dialecto está comenzando a dislocarme la mandíbula.

—Por no hablar de lo que está violentando la lengua madre —murmuró

Stragen.

Los tres se habían reunido en una pequeña habitación tapizada de azul, contigua a las dependencias reales, aquella misma noche. Ehlana y Stragen iban todavía vestidos para la cena, ella con terciopelo rojo y él con satén blanco. Caalador estaba ataviado con el sobrio marrón de los hombres de negocios. La sala había sido cuidadosamente registrada varias veces para asegurarse de que no acechaban escuchas apostados tras las paredes, y Mirtai permanecía inflexiblemente de guardia al otro lado de la puerta.

—Exceptuando a Kolata, el ministro del Interior, no hemos obtenido el nombre de ninguna otra persona significativa —continuó diciendo Caalador—, y ninguno de los otros prisioneros sabe mucho. Me temo que no nos quedan muchas alternativas, majestad. Vamos a tener que dedicarnos a trabajar con Kolata si queremos averiguar algo útil.

—Tampoco sacaréis nada de él, Caalador. Lo matarán en cuanto abra la boca —admitió Ehlana, negando con la cabeza.

—Eso no lo sabemos con seguridad, mi reina —disintió Stragen—. Es perfectamente posible que nuestro subterfugio haya resultado, ¿sabes? Realmente no creo que los del otro bando sepan que está prisionero aquí. Sus agentes de policía continúan recibiendo las órdenes directamente de él.

—Es demasiado valioso como para arriesgarse —insistió ella—. Una vez que lo hayan hecho pedazos, será muy difícil volver a reunirlo en una sola pieza.

—Si es así como quieres que sean las cosas, majestad... —Caalador se encogió de hombros—. En cualquier caso, cada vez se hace más evidente que este levantamiento fue un engaño. Su único propósito era el de hacernos revelar nuestra fuerza. Lo que más me preocupa es el hecho de que Krager y sus amigos obviamente sabían que estábamos utilizando a los criminales de Matherion como ojos y oídos. Lo siento, Stragen, pero es la verdad.

—Era una idea tan buena... —Stragen suspiró.

—Lo era, en principio, pero el problema es que Krager la había visto antes. Talen me ha contado que vuestro amigo Platime solía tener muchedumbres enteras de mendigos, prostitutas y rateros siguiendo a Krager por todas partes. La mejor idea del mundo se debilita un poco si la utilizas con demasiada frecuencia.

Stragen se puso en pie mascullando imprecaciones, y comenzó a pasear arriba y abajo por la pequeña sala, mientras su jubón de satén blanco destellaba a la luz de las velas.

—Según parece, te he fallado, mi reina —admitió dolido—. Me dejé llevar por una buena idea. No podrás confiar en mí después de esta torpeza, así que comenzaré a hacer los preparativos para regresar a Emsat.

—Oh, no seas burro, Stragen —le dijo ella—. Y haz el favor de sentarte. No puedo pensar mientras tú andas como un elefante por la habitación.

—Sin duda, sabe cómo poner a un tipo en su lugar, ¿no te parece, Stragen? —comentó Caalador entre carcajadas.

Ehlana, sentada, se daba golpecitos en el mentón con un dedo.

—En primer lugar, mantengamos esto dentro de la familia. Sarabian ya está poniéndose un poco nervioso. Políticamente hablando, es un niño pequeño. Estoy intentando criarlo tan rápidamente como me es posible, pero no puedo hacer que avance tan rápido. —Adoptó una expresión amarga—. Tengo que parar con demasiada frecuencia para hacerlo eructar.

—Pues vaya un panorama para ti —comentó Caalador con una sonrisa—. ¿Con qué se está atragantando, majestad?

—Básicamente, con el asesinato. —La reina se encogió de hombros—. No parece tener el estómago necesario para ello.

Caalador parpadeó.

—No muchos lo tienen.

—Los políticos no pueden permitirse ese tipo de delicadezas. Muy bien, si Krager y sus amigos están enterados de nuestra red de espionaje, no pasará mucho tiempo antes de que intenten algo como la infiltración, ¿verdad?

—Eres rápida —comentó el ladrón, admirado.

—La gente rápida vive más tiempo. Comenzad a pensar, caballeros. Aquí tenemos una situación que puede que esté a punto de explotar, y que no durará mucho tiempo. ¿Cómo podemos utilizarla en nuestro propio beneficio?

—Podríamos tener la posibilidad de identificar a verdaderos conspiradores en lugar de a embaucadores, majestad —reflexionó Stragen—. Si realmente intentan la infiltración, tendrás que subvertir a algunos de los nuestros. Digamos que comenzamos a pasar un surtido de cuentos de hadas..., esta historia a un ratero, aquélla a algún mendigo o prostituta. Luego nos sentamos y esperamos a ver cuál de esos planes fraudulentos intenta contrarrestar el otro bando. Eso identificaría a los que se han cambiado de chaqueta dentro de nuestras propias filas, y podremos arrancarles nombres útiles.

—Seguramente podremos hacer algo mejor que eso —se impacientó la reina.

—Trabajaremos en ello, majestad —le prometió Caalador—. Si te parece

bien, me gustaría seguirle la pista también a otra cosa. Sabemos que Krager ha estado muy ocupado aquí, en Matherion, pero no sabemos cuánta información referente a nuestros métodos les ha transmitido a sus amigos de otros reinos. Sería mejor sacarle a nuestro servicio de inteligencia improvisado todo el provecho que podamos antes de que se vea reducido a la absoluta inutilidad. He hecho llegar un mensaje a los criminales de Arjuna. Quiero averiguar, de una forma u otra, si ese estúpido erudito de la universidad ha tropezado con la auténtica verdad o ha tejido su teoría con rayos de luna. Creo que una biografía completa del tipo conocido como Scarpa podría resultarnos una lectura fascinante. Si no conseguimos nada más, el que nuestros espías de Arjuna tengan o no éxito nos dirá hasta qué punto conoce realmente Krager el alcance de nuestras operaciones. Si cree que se trata de algo localizado, nuestro aparato no se verá gravemente comprometido.

—Concéntrate también en los otros —le pidió Ehlana—. Mira qué puedes averiguar del barón Parok, de Rebal y de Sable. Como mínimo, intentemos relacionar algunos nombres con Rebal y Sable.

—Haremo' esatamente lo que ordene tu majestá'.

—Estaré má' contenta que un puerco en el fango si lo hase', Caalador —replicó ella.

Caalador se derrumbó con un ataque de risa imparable.

Danae bostezó, se acurrucó con el juguete y la gata, y se deslizó hacia el mundo de los sueños.

—Probablemente se debe al cambio de tiempo, majestad —comentó Alean—. Está refrescando por las noches, y los días no son ni con mucho tan cálidos como hace apenas una semana.

—Ella creció en Cimmura, Alean —la contradijo Ehlana—, y el tiempo allí cambia mucho más bruscamente que aquí, en Matherion.

—No obstante, es una parte distinta del mundo, mi reina —señaló la baronesa Melidere—. Para empezar, estamos en la zona costera. Puede que sea eso lo que está causando el problema. A veces los niños reaccionan más que los adultos ante cosas de este tipo.

—Las dos estáis dándole demasiada importancia al asunto —declaró Mirtai—. Lo único que necesita es un tónico. No está realmente enferma, sino simplemente alicaída.

—Pero es que duerme durante todo el tiempo —dijo Ehlana con tono de ansiedad—. Incluso se queda dormida cuando está jugando.

—Probablemente esté pegando un estirón. —La gigantesca mujer se encogió de hombros—. Yo solía hacer las mismas cosas cuando era niña. Crecer es un trabajo muy duro, supongo.

El objeto de aquella conversación dormitaba en un diván, cerca de la ventana, con *Rollo* flojamente cogido entre los brazos. *Rollo* había sobrevivido a dos generaciones de intenso afecto. Lo habían arrastrado por una pata trasera. Se le habían acostado encima, lo habían apretujado en lugares estrechos, y a veces hecho caso omiso de él durante semanas enteras. Un desplazamiento del relleno le había conferido una expresión preocupada. La reina Ehlana consideró que aquello era una mala señal. *Rollo* nunca había tenido aspecto preocupado cuando era el juguete de ella. *Mmrr*, por su parte, parecía bastante contenta. Su ama, que no se movía demasiado, le resultaba perfectamente adecuada. Cuando la princesa Danae dormitaba, no se ponía a soñar cosas ridículas que hacerle a su gata. *Mmrr* pensaba secretamente que cualquier día que no comportara el que la vistiesen con ropa de muñecas, era un buen día. Estaba echada sobre la cadera de su ama, con las patas delanteras tranquilamente plegadas debajo del pecho y los ojos cerrados, y con un ronroneo de satisfacción brotando de su garganta. Siempre y cuando nada perturbase sus siestas, *Mmrr* estaba en perfecta paz con el mundo.

La princesa real Danae dormitaba, con la mente mucho más atenta a las conversaciones que mantenía Flauta con Falquián y sus amigos en la isla de Tega, que a la preocupación de su madre por su salud en Matherion.

*Adorada:*

*Hemos llegado a Tega y nos hemos dedicado a salir al campo durante unos días para enterarnos de lo que está sucediendo. Estaré fuera de contacto durante algún tiempo, no mucho, así que he pensado que sería una buena idea hacerte saber que hemos llegado sanos y salvos. No te preocupes demasiado si no recibes noticias mías durante unos cuantos días. No estoy muy seguro de cuánto tiempo pasaremos sumergidos en la población de la isla.*

*Los demás están poniéndose impacientes por comenzar. Esta carta no tiene ningún motivo real... excepto el de decirte que te amo..., aunque*

*quizás ése sea el motivo más importante de todos, ¿no? Dale un beso a Danae de mi parte.*

*Con todo mi amor, SPARHAWK.*

—¡Oh, que dulce! —murmuró Ehlana, mientras bajaba la nota de su esposo.

Estaban todos sentados en la sala tapizada de azul de las dependencias reales, y la llegada de Caalador con la carta de Falquián había interrumpido una seria conversación sobre lo que iban a hacer respecto al Ministerio del Interior.

Caalador, vestido esta vez de sobrio marrón y llevando una grotesca figurita de porcelana del siglo doce originaria de Arjuna, tenía el entrecejo fruncido.

—Creo que sería interesante que le recordaras a la gente de la puerta del complejo que se supone que deben dejarme entrar, majestad. He vuelto a tener otra discusión.

—¿Qué es eso? —inquirió el emperador Sarabian.

—El maestro Caalador me sirve como «procurador de antigüedades» —le explicó Ehlana—. Eso le proporciona una excusa para ir y venir sin interferencia alguna. He llenado una sala de baratijas variadas desde que llegué aquí.

—Eso nos lleva directamente de vuelta al problema que estábamos tratando antes de que tú llegaras, Caalador —comentó Stragen, que aquel día iba vestido de negro, y Ehlana opinaba secretamente que aquel color no le sentaba demasiado bien. Él se levantó y comenzó a pasearse de un lado para el otro, un hábito que a la reina Ehlana le resultaba irritante—. El Ministerio del Interior está comenzando a hacer flexiones. Nosotros estamos sentados sobre el propio ministro, así que estos ataques tienen que proceder de alguno de sus subordinados.

—A Interior siempre le ha gustado hacer notar su autoridad —les dijo Oscagne.

El ministro de Asuntos Exteriores continuaba vistiendo ropas de estilo occidental y aún tenía aspecto de sentirse claramente incómodo con ellas.

—Creo que eso da más fuerza a lo que estaba intentando hacerte ver antes, Ehlana —intervino rápido Sarabian—. ¿Estás segura de que no deberíamos disolver el Ministerio del Interior en este mismo momento?

—Absolutamente segura —replicó la reina de Elenia—. Tenemos a Kolata encerrado paseándose en el castillo, y le hemos dado al mundo una razón perfectamente legítima para explicar su presencia aquí. Continúa actuando como ministro, bajo nuestro control, y eso es de un increíble valor para nosotros. Tenemos que ganar tiempo, Sarabian. Seremos terriblemente vulnerables hasta que Tynian y Emban regresen de Chyrellos con los caballeros de la Iglesia... o al menos hasta que todos los comandantes atanes hayan sido advertidos de que no deben obedecer más las órdenes del Ministerio del Interior. Decididamente, no nos interesa que los atanes luchen en ambos bandos si estalla un conflicto.

—No había pensado en eso —admitió el emperador.

—Y no sólo eso, majestad —agregó Oscagne con suavidad—. Es perfectamente posible que los de Interior hagan caso omiso de una proclama que disuelva su ministerio. Tienen un poder casi absoluto, ¿sabes? La reina Ehlana tiene razón. No podremos hacer ningún movimiento contra ellos, hasta que estemos seguros de los atanes.

Stragen había continuado su paseo por la habitación.

—Nadie puede subvertir a toda una rama gubernamental —declaró—. Simplemente, hay demasiadas personas implicadas, y lo único que haría falta sería un solo policía honrado para dejar al descubierto la totalidad del plan.

—No existe nada parecido a un policía honrado, Stragen —observó Caalador con una risa cínica—. Son términos contradictorios.

—Ya sabes a qué me refiero —le dijo Stragen, haciendo a un lado la observación del otro—. Sabemos que Kolata tiene las manos sucias, pero no podemos estar seguros de hasta dónde llega esa deslealtad. Podría estar muy extendida, pero también podría reducirse a unos pocos de los más altos cargos del ministerio.

Caalador negó con la cabeza.

—Difícilmente sería posible' so, Stragen —lo contradijo—. Tiene' que tenerlo' si quiere' está' seguro pa' cuando empiese'ada'órdene' que vayan en contra'e los reglamento'e la polisía. Tiene que habé'alguno' en la base que sepan qué es qué.

Stragen hizo una mueca.

—Preferiría que no utilizaras ese vil dialecto cuando tienes razón. Haces que me sienta un incapaz. Bien, pues. Podemos estar bastante seguros de que la mayoría de los oficiales de alto rango del ministerio están involucrados, pero no podemos ni comenzar a imaginarnos cuán extendida está la contaminación. Yo

diría que averiguar eso se ha convertido en una prioridad.

—No debería yevarte má'd'un par de sientu'd'añosaveriguá' eso, Stragen —observó Caalador.

—No necesariamente —disintió la baronesa Melidere, que se volvió a mirar a Oscagne—. En una ocasión dijiste que el Ministerio del Interior era muy aficionado al papel, excelencia.

—Por supuesto, baronesa. Todas las agencias gubernamentales adoran el papel. Los trabajos de papeleo nos proporcionan empleos de jornada completa para nuestros familiares. Sin embargo, Interior va un poco más lejos. Los agentes de policía no pueden funcionar sin expedientes y archivos. Lo escriben absolutamente todo.

—Ya me imaginaba que ése podía ser el caso. Las personas que trabajan en Interior están entrenadas todas como agentes de policía, ¿no es así?

Oscagne asintió con la cabeza.

—En ese caso, serán todos compulsivos respecto a escribir informes y archivarlos, ¿verdad?

—Supongo que sí —replicó él—. No veo adónde quieres llegar exactamente con esto, baronesa.

—Despierta, Oscagne —le dijo Sarabian con entusiasmo—. Creo que esta maravillosa muchacha acaba de solucionarnos el problema. En alguna parte, de esa conejera que es Interior, hay un juego de carpetas de archivo que contiene los nombres de todos los policías y de los agentes secretos desleales que hay en el imperio. Lo único que tenemos que hacer es echarle mano a esas carpetas, y sabremos cuál es exactamente la gente que tenemos que apresar cuando llegue el momento de entrar en acción.

—Si exceptuamos el hecho de que ellos defenderán esos archivos hasta la muerte —observó Ehlana—. Y no hay que olvidar el otro hecho: que un movimiento contra ese sistema de archivos será lo mismo que un asalto frontal contra el propio ministerio.

—Realmente sabes cómo hacer que le estallen a uno las pompas de jabón, Ehlana —se quejó el emperador.

—Puede que exista un atajo para evitar las objeciones de la reina, majestad —comentó Melidere con el ceño levemente fruncido—. ¿Hay en Matherion un sistema de archivos estandarizado, ministro Oscagne?

—¡Buen Dios, no, baronesa! —exclamó el interpelado—. Si todos tuviéramos el mismo sistema de archivo, cualquiera podría entrar en nuestras

oficinas y encontrar lo que quisiera. Nunca tendríamos la posibilidad de ocultarnos secretos los unos a los otros.

—Ya imaginaba que ése podía ser el caso. Ahora bien, supongamos que la reina Ehlana le mencionara por casualidad al emperador, sólo de pasada, que su Gobierno tiene un sistema de archivos estandarizado, y que todo el mundo archiva las cosas de la misma manera. Entonces supongamos que el emperador se sintiera muy entusiasmado con la idea... el enorme ahorro que representaría en los gastos gubernamentales y todas esas cosas. Luego, siempre como suposición, Sarabian nombra a una comisión imperial con poderes extraordinarios para que examine los archivos de todos los ministerios con vistas a la estandarización. ¿Justificaría eso el registro de las oficinas de Interior?

—Eso tiene posibilidades, mi reina —aprobó Stragen—. Algo así ocultaría el motivo que nos mueve en realidad..., particularmente si tenemos gente revolviendo al mismo tiempo los archivos de todos los demás ministerios.

El rostro de Oscagne se puso absolutamente blanco.

—Preferiría bebé'mea'o'ante'qu'insultarte, damiya —le dijo Caalador a la baronesa—, pero to'avíaestá' hablando d'una tarea que no' yevaría veinte año' o má'acabá'.Tenemo'to'o un edifisio'e papel que revolvé' si el ministro'e esteriore' está en lo sierto sobre la cantidá'etonel'a' 'e papel que tienen en Interior.

—Esa parte podemos acortarla, maestro Caalador —replicó Melidere—. Lo único que tenemos que hacer es interrogar al ministro Kolata.

—Decididamente, no —dijo Ehlana con firmeza—. No nos interesa que acabe hecho pedazos..., al menos no hasta que ya no lo necesitamos.

—No tenemos por qué formularle ninguna pregunta delicada, majestad —explicó pacientemente Melidere—. Lo único que necesitamos saber es cómo funciona su sistema de archivo. Eso no comprometería la conspiración en la que está involucrado, ¿verdad?

—Creo que ella tiene razón, Ehlana —declaró Mirtai—. Es casi seguro que tiene que existir algún tipo de detonante..., preguntas referentes a determinados temas..., que harían que nuestros enemigos se decidieran a matar a Kolata. No lo matarían si lo único que hiciéramos fuese interrogarlo acerca de algo tan corriente como un sistema de archivos, ¿no crees?

—No —asintió la reina—. Probablemente no lo harían.

Sin embargo, la expresión de la reina de Elenia continuaba siendo dubitativa.

—Todo eso es muy inteligente, baronesa —dijo Stragen—, pero vamos a

enviar a funcionarios tamules a los diversos ministerios para investigar los archivos. ¿Cómo sabremos que al menos algunos de ellos no están del otro lado?

—No podremos hacerlo, mi señor Stragen. Ése es el motivo de que tengamos que enviar a nuestros propios hombres... los caballeros de la Iglesia... para que revisen esos archivos.

—¿Y cómo vamos a justificar eso?

—El nuevo sistema de archivo será un invento elenio, mi señor. Resulta obvio que tendremos que enviar elenios a los diversos ministerios para que evalúen los métodos actuales e instruyan a los funcionarios en la forma de convertirlos al nuevo sistema.

—Ahora te he pillado, baronesa —declaró él con tono triunfante—. Todo esto no es más que una ficción. No tenemos un nuevo sistema de archivo.

—Entonces, inventa uno, mi señor Stragen —le sugirió ella con dulzura.

El primer ministro Subat estaba profundamente trastornado por la propuesta que el canciller del Tesoro le acababa de exponer. Los dos estaban a solas en la ornada oficina del primer ministro, una sala que era sólo ligeramente menos lujosa que una de las salas de audiencia imperiales.

—Has perdido el juicio, Gashon —declaró sin más el primer ministro Subat.

El canciller del Tesoro Gashon era un hombre macilento, parecido a un cadáver, con mejillas hundidas y no más que unos mechones de pelo ralos en el cráneo calvo.

—Considéralo con mayor atención, Pondia Subat —le dijo con su voz cavernosa de sonido herrumbroso—. No es más que una teoría, pero sí que explica muchas cosas que de otra forma resultan incomprensibles.

—No se habrían atrevido —se burló Subat.

—Intenta sacar tu mente del siglo catorce, Subat —le espetó Gashon—. Tú eres el primer ministro, no el cuidador de las antigüedades. El mundo está cambiando a tu alrededor. No puedes limitarte a estar sentado con los ojos firmemente clavados en el pasado con la esperanza de sobrevivir.

—No me caes demasiado bien, Gashon.

—Tampoco yo te quiero con locura, Subat. Déjame que vuelva a repasártelo todo. Esta vez intenta mantenerte despierto.

—¿Cómo te atreves!

—No nos causaron muchos problemas en el pasado porque estaban

demasiado ocupados luchando entre sí por la religión, y porque tenían que preocuparse por Otha y Zemoch. ¿Te sorprendería demasiado si te dijera que Otha está muerto y que la insurrección rendoriana ha sido completamente aplastada?

—Dispongo de mis propias fuentes de información, Gashon.

—¿Has considerado alguna vez la posibilidad de escuchar lo que te dicen? Ahora bien, hubo una guerra abierta en las calles de Chyrellos, que precedió a la elevación de ese Dolmant a la Archiprelatura. Yo diría que eso es una buena indicación de que ese hombre no es universalmente querido. La mejor forma que conozco para que un gobernante débil consolide su posición, es la de tramar una aventura en el extranjero, y el único verdadero territorio extranjero para los elenios de Eosia es Daresia..., el imperio tamul. Ésos somos nosotros, por si acaso no lo habías advertido, Pondia Subat.

—Eso ya lo sé, Gashon.

—Simplemente quería asegurarme, eso es todo. ¿Me sigues hasta ahora?

—Ve al grano, Gashon. No tengo todo el día.

—¿Tienes una cita con el verdugo? Bien, pues. Los elenios son unos fanáticos religiosos que se creen los llamados elegidos del Señor para convertir a todos los habitantes del mundo a su absurda fe. Hasta donde yo sé, quieren convertir también a las serpientes, las arañas y los peces. Dolmant es su líder religioso, y probablemente intentarían someter a los glaciares y las mareas si él les ordenara hacerlo. Así pues, tenemos a un líder religioso con un poder inseguro dentro de su propia Iglesia, con hordas de fanáticos seguidores a su disposición. Puede utilizar a esos seguidores para aplastar a sus oponentes nacionales, o arrojarlos contra un poder extranjero con alguna falsa excusa que inflame al pueblo y suprima las objeciones a su gobierno. ¿No es una coincidencia que precisamente en este momento recibamos la «visita oficial» de una estúpida mujer..., una mujer que el ministro de Asuntos Exteriores Oscagne asegura que es la reina de Elenia? Espero que no se te haya escapado el hecho de que sólo disponemos de la palabra de Oscagne para confirmarlo. Esa llamada reina está obviamente más habituada a manejar sus asuntos en la cama que en el trono. Está claro que redujo a la sumisión a ese burro idiota de Alberen de Astel, y probablemente también a Androl de los atanes. Sólo podemos especular sobre sus aventuras entre los pelois, y los estirios de Sarsos. Luego, una vez que llegó a Matherion, atrajo al emperador Sarabian a su alcoba antes de que acabara el primer día... Tú sabías que Sarabian y Oscagne se escabulleron hasta esa

imitación de castillo elenio en la primera noche que ella pasó aquí, ¿no es cierto?

Subat comenzó a objetar.

—Sí, ya lo sé —lo interrumpió Gashon—, eso nos lleva a Oscagne. Yo diría que las pruebas sugieren poderosamente que Oscagne se ha pasado al bando de los elenios, ya sea por beneficio personal o porque ha caído bajo el hechizo de esa rubia ramera elenia. Tuvo tiempo más que suficiente para trabajarlo mientras él estuvo en Chyrellos, ¿sabes?

—Eso no son más que especulaciones, Gashon —dijo Subat, aunque su voz carecía de convicción.

—Por supuesto que lo son, Subat —replicó Gashon con profundo sarcasmo—. ¿Cuál sería la forma más rápida de trasladarse a Matherion desde Chyrellos?

—El barco, naturalmente.

—Entonces, ¿por qué esa ramera de Cimmura decidió viajar por tierra? ¿Fue para admirar el paisaje o para dedicarse a la caza de personajes por todo el continente? Esa muchacha tiene mucho vigor, debo reconocerlo.

—¿Y qué hay de ese reciente intento de golpe de Estado, Gashon? El gobierno habría caído si los elenios no hubieran estado aquí.

—Ah, sí, el famoso golpe. ¿No es asombroso que un grupo de elenios que ni siquiera hablaban el idioma tamul cuando llegaron, fuesen capaces de descubrir ese horrendo complot en unas seis semanas... cuando los agentes del Ministerio del Interior, que sólo llevan en Matherion toda su vida, no encontraron ni una sola pista del mismo? Los elenios aplastaron un golpe de estado imaginario, Subat, y lo han utilizado como excusa para encerrar al emperador en ese condenado fuerte suyo... así como también al ministro del Interior Kolata, y Kolata es el único hombre del gobierno que tiene los recursos necesarios para liberar a nuestro emperador. He hablado con Teovin, el director de la policía secreta, y me ha asegurado que a nadie del ministerio se le ha permitido hablar en privado con Kolata desde su encarcelamiento. Nuestro colega es obviamente un prisionero, y las órdenes que imparte son, de forma igualmente obvia, procedentes de los elenios. Luego, como si todo eso ya no fuera bastante malo, han enviado a ese llamado clérigo, Emban, de vuelta a Chyrellos para que traiga hasta aquí a los caballeros de la Iglesia con el fin de «hacerle frente a la crisis». Tenemos todos los recursos de Interior y todos los ejércitos de atanes a nuestra disposición, Subat. ¿Para qué necesitamos a los caballeros de la Iglesia? ¿Qué razón podría haber para traer a Tamuli las más despiadadas fuerzas militares de todo el mundo? ¿Te sobresaltaría la palabra «invasión»? Eso es todo lo que el

famoso golpe de estado fue realmente: una excusa para que la Iglesia elenia invada Tamuli, y bastante evidentemente, eso ha sucedido con la plena colaboración del emperador.

—¿Y por qué iba el emperador a conspirar con los elenios para derrocar a su propio gobierno?

—Se me ocurren un montón de razones. Quizá esa llamada reina lo amenazó con negarle sus favores. Más probable, sin embargo, es que ella haya estado tramando cuentos de hadas para él, hablándole de los placeres del poder absoluto. Ésa es una ficción corriente en Eosia. A los soberanos elenios les gusta fingir que son ellos quienes toman las decisiones en lugar de permitir que sus gobiernos lo hagan por ellos. Nosotros dos sabemos lo ridícula que es esa idea. Un rey, o en nuestro caso un emperador, tiene una sola función. Es un símbolo del gobierno, nada más. Sirve como foco para el cariño y la lealtad del pueblo. El gobierno imperial se ha dedicado a programas de reproducción selectiva durante los últimos mil años. La esposa del emperador tamul, la que da a luz al heredero del trono, es siempre seleccionada por su estupidez. No necesitamos emperadores inteligentes, sino sólo dóciles. De alguna forma, Sarabian se nos escapó. Si alguna vez te hubieras tomado el trabajo de prestarle verdadera atención, habrías descubierto que es aterradoramente inteligente. Kolata patinó en eso. Sarabian tendría que haber sido asesinado mucho antes de ascender al trono. Me temo que nuestro reverenciado emperador está comenzando a sentir hambre de verdadero poder. Normalmente, podríamos solucionar eso, pero no podemos llegar hasta él para matarlo mientras permanezca dentro de esa maldita fortaleza.

—Has tejido una historia convincente, Gashon —concedió el primer ministro, con el ceño fruncido de inquietud—. Ya sabía yo que era un error el invitar a ese salvaje de Falquián para que viniera a Matherion.

—Todos lo sabíamos, Subat, y supongo que recordarás quién fue el que dejó sin efecto todas nuestras objeciones.

—Oscagne —escupió Subat.

—Precisamente. ¿Comienzas a encajar las piezas, ahora?

—¿Desentrañaste todo esto por ti solo, Gashon? Es un poco elaborado para un hombre que pasa todo el tiempo contando monedas.

—De hecho, fue Teovin, el director de la policía secreta, quien llamó mi atención sobre este asunto. Me proporcionó pruebas muy concretas. Yo acabo de resumírtelo a ti. Interior tiene espías por todas partes, ya lo sabes. Nada sucede

en el imperio que no genere un informe para esos famosos archivos suyos. Y ahora, Pondia Subat, ¿qué propone hacer nuestro estimado primer ministro respecto al hecho de que nuestro emperador sea retenido como prisionero, voluntaria o involuntariamente, a no más de cien pasos de donde nos encontramos en estos momentos? Tú eres el jefe de gobierno titular, Subat. Eres tú quien tiene que tomar este tipo de decisiones. Ah, y mientras estás en ello, mejor harías en algún tiempo a pensar cómo vamos a impedir que los caballeros de la Iglesia arrasen el continente, marchen sobre Matherion y obliguen a todo el mundo a doblar la cerviz ante su ridículo dios... y que asesinen al gobierno en pleno durante ese proceso.

—Están intentando detenernos, majestades —informó Stragen—. Cuando llega la hora de la cena, nos escoltan hasta la puerta, nos empujan fuera y cierran la puerta con llave a nuestras espaldas. El edificio permanece cerrado durante el resto de la noche, aunque se ven muchas luces desplazándose por el interior después de que oscurece. Cuando regresamos a la mañana siguiente, todo ha sido reorganizado. Los archivos emigran de una sala a otra como los patos en otoño. No llegaría a jurarlo, pero creo que también mueven paredes. Esta mañana encontramos una sala que no creo que estuviese allí anoche.

—Enviaré a los atanes de Engessa —declaró Sarabian con tono ominoso—. Sacaremos a todo el mundo fuera y luego desmontaremos ese edificio ladrillo por ladrillo.

—No —dijo Ehlana, negando con la cabeza—. Si emprendemos alguna acción abierta contra Interior, todos los agentes policiales del imperio se meterán en sus conejeras. —Frunció los labios—. Comencemos a hacerles cosas inconvenientes también a los otros ministerios. No dejemos que se haga evidente que concentramos toda nuestra atención en el Ministerio del Interior.

—¿Cómo puedes hacer que las cosas sean peores de lo que ya son, majestad? —inquirió Oscagne con la voz quebrada—. Ya has conseguido trastornar siglos de trabajo.

—¿Se le ocurre algo a alguno de vosotros? —preguntó Sarabian, mirándolos alternativamente a todos.

—¿Puedo hablar, majestad? —preguntó Alean con una vocecilla que sonaba tímida.

—Por supuesto, querida —replicó Ehlana con una sonrisa.

—Espero que perdonaréis mi presunción —se disculpó Alean—. Ni siquiera sé leer, así que realmente no sé qué son los archivos pero ¿no estamos haciéndoles creer a todos algo así como que nos dedicamos a reordenarlos?

—Eso es lo que estamos diciéndole a todo el mundo —le respondió Mirtai.

—Como ya he dicho, no sé leer, pero sé un poco sobre cómo ordenar armarios y cosas así. Esto es un poco parecido, ¿no?

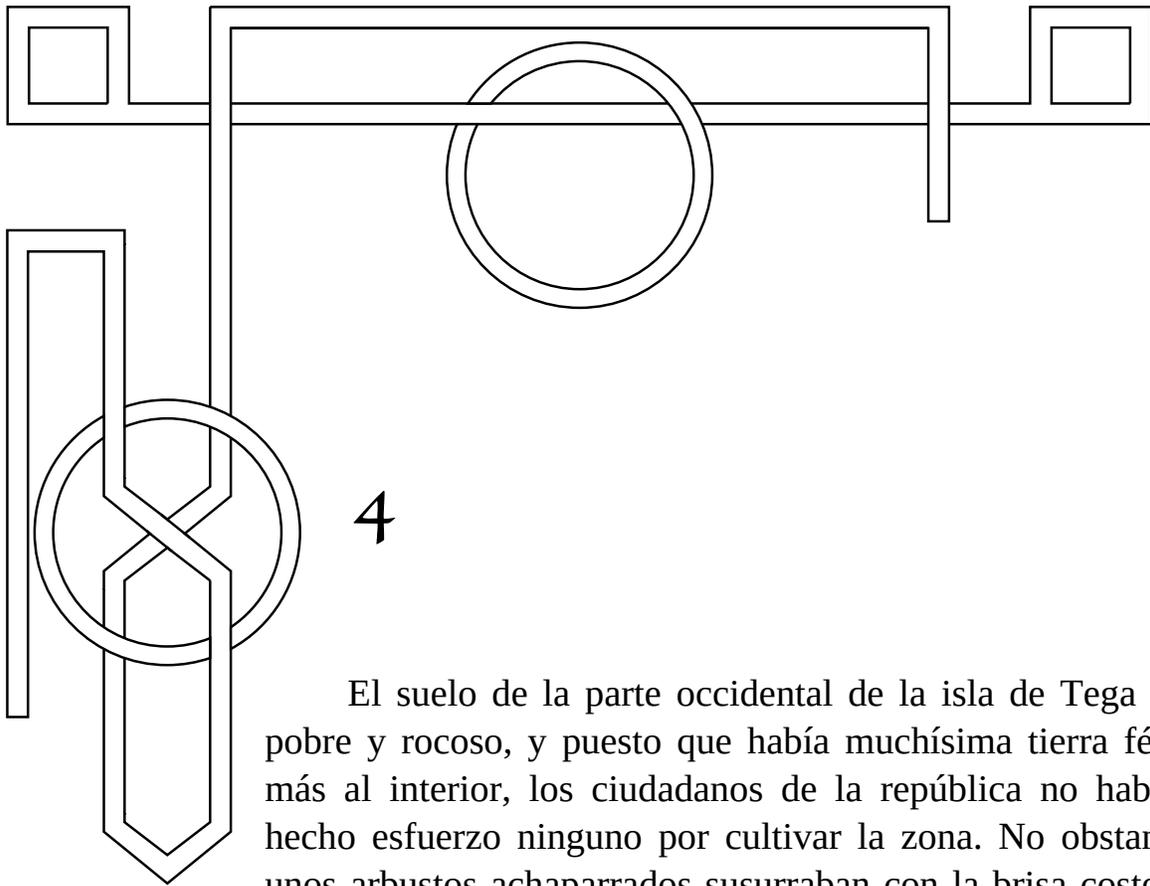
—Bastante similar —replicó Stragen.

—Bueno, pues, cuando uno quiere reordenar un armario, saca todo lo que contiene y lo desparrama por el suelo. Luego pone en una pila todo lo que quiere meter en el cajón superior, en otra pila todo lo que irá en el segundo cajón, y así sucesivamente. ¿No podríamos hacer lo mismo con esos archivos?

—E' una bonita idea, presiosa —replicó Caalador arrastrando las palabras—, pero en es'edifisio no hay lo'bastante'suelo'pa'desparramá'to'o'eso'archivo'.

—Pero hay muchos prados a su alrededor, ¿no es así? —Alean mantenía los ojos bajos mientras hablaba—. ¿No podríamos simplemente sacar al exterior todos los archivos de cada uno de los edificios de gobierno y desparramarlos por los céspedes? Podemos decirle a la gente que trabaja en los edificios que lo que queremos es repararlos y ponerlos en el orden adecuado. Realmente no podrán poner objeciones, y no puede cerrarse la puerta de una pradera por la noche y cambiar las cosas de sitio cuando unos atanes de más de dos metros hacen guardia junto a ellas. Ya sé que no soy más que una tonta muchacha de servicio, pero ésa es la forma en que yo lo haría.

Oscagne la miraba fijamente con absoluto horror.



4

El suelo de la parte occidental de la isla de Tega era pobre y rocoso, y puesto que había muchísima tierra fértil más al interior, los ciudadanos de la república no habían hecho esfuerzo ninguno por cultivar la zona. No obstante, unos arbustos achaparrados susurraban con la brisa costera, mientras Falquián y sus amigos cabalgaban por un sendero rocoso que llevaba hasta la costa.

—La brisa ayuda —observó Talen, agradecido—. Al menos se lleva el tufo.

—Protestas demasiado —le dijo Flauta.

La niña cabalgaba con Sephrenia, como hacía desde la primera vez que la encontraron. Estaba acurrucada entre los brazos de su hermana y había una expresión meditativa en sus oscuros ojos. Se irguió de pronto cuando les llegó el sonido de la rompiente que azotaba la costa occidental.

—Ya hemos llegado lo bastante lejos por ahora, caballeros —informó a los demás—. Cenemos algo y aguardemos a que oscurezca.

—¿Crees que es una buena idea? —le preguntó Bevier—. El terreno ha estado haciéndose más abrupto a medida que avanzábamos hacia el oeste, y el sonido de ese rompiente parece tener rocas mezcladas. Éste podría no ser un buen lugar para avanzar a tientas en la oscuridad.

—Yo puedo conducirlos sanos y salvos hasta la playa, Bevier —replicó la diosa niña—. No quiero que vosotros, caballeros, veáis demasiado claramente

nuestro barco. En su construcción han intervenido algunas ideas que no tenéis necesidad de conocer. Ésa es una de las promesas que tuve que hacer durante las negociaciones de que os he hablado. —Señaló hacia la parte de sotavento de un montículo rocoso—. Vayamos allí para protegernos de este viento, y hagamos un fuego. Tengo algunas instrucciones que daros.

Se apartaron del mal definido sendero y desmontaron al cobijo del montículo.

—¿A quién le toca el turno de cocina? —le preguntó Berit al caballero Ulath.

—A ti —le respondió Ulath sin el más mínimo atisbo de sonrisa.

—Tú sabías perfectamente que iba a contestarte eso, Berit —le dijo Talen—. Lo que acabas de hacer es casi lo mismo que presentarte voluntario.

Berit se encogió de hombros.

—De todas formas, algún día me llegará el turno —declaró—. He pensado que sería mejor quitármelo del camino durante algún tiempo.

—Bien, caballeros —intervino Vanion—, miremos por los alrededores y veamos qué podemos utilizar como leña.

Falquián reprimió una sonrisa. Vanion podía insistir tanto como quisiera en que él ya no era el preceptor, pero el hábito de mando estaba profundamente asentado en él.

Encendieron fuego, y Berit preparó un guisado aceptable. Después de la cena, se sentaron junto al fuego, observando cómo caía lentamente la noche.

—Bien, entonces —comenzó Flauta—, vamos a cabalgar hasta una cala. Quiero que todos os mantengáis muy cerca, detrás de mí, porque habrá mucha niebla.

—Hace una noche perfectamente clara, Flauta —objetó Kalten.

—No lo será cuando llegemos a la cala —le dijo ella—. Voy a asegurarme de que no tengáis muchas oportunidades de examinar esa nave. Se supone que no debería hacer lo que estoy haciendo, así que no me metáis en problemas. —Le echó una severa mirada a Khalad—. Y quiero que tú en particular domines tu curiosidad.

—¿Yo?

—Sí, tú. Eres con mucho demasiado práctico y demasiado inteligente como para que me sienta cómoda. Estos amigos tuyos no son lo bastante imaginativos como para hacer ninguna deducción de entendido sobre el barco. Tú eres otro asunto. No te pongas a escarbar la cubierta con el cuchillo, y no intentes escabullirte disimuladamente para examinar cosas. No me gustaría pasar un día

por Cimmura y encontrarme con un duplicado de ese barco anclado en el río. Bajaremos a la cala, subiremos al barco y nos iremos directamente abajo. No subiréis bajo ningún motivo a cubierta hasta que lleguemos al lugar al que vamos. Se ha acondicionado una determinada zona del barco para nosotros, y allí vamos a quedarnos mientras dure el viaje. Quiero que me deis vuestra palabra de que así será, caballeros.

Falquían podía apreciar algunas diferencias entre Flauta y Danae. Para empezar, Flauta era más autoritaria, y no parecía tener el sentido del humor caprichoso de Danae. A pesar de que la diosa niña tenía una personalidad definida, cada una de sus encarnaciones parecía poseer sus propias idiosincrasias.

Flauta levantó los ojos hacia al cielo que iba oscureciéndose lentamente.

—Aguardaremos una hora más —decidió—. Se le ha ordenado a la tripulación de la nave que se mantenga apartada de nosotros. Nos dejarán la comida en el exterior de la puerta, y no veremos a quién allí la deposite. No os hará ningún bien el tratar de sorprenderla, así que ni siquiera lo intentéis.

—¡Sorprenderla! —exclamó Ulath—. ¿Estás intentando decirnos que hay mujeres en la tripulación?

—Son todos tripulantes femeninos. En el lugar de donde proceden no hay muchos varones.

—Las mujeres no son lo bastante fuertes como para izar y arriar las velas —objetó el thalesiano.

—Ésas son diez veces más fuertes que tú, Ulath, y eso no tendría importancia de todas formas, porque el barco no tiene velas. Por favor, dejad de hacer preguntas, caballeros. Ah, una cosa más. Cuando nos pongamos en marcha, oiréis una especie de sonido zumbante. Es algo normal, así que no os alarméis por ello.

—¿Cómo...? —comenzó Ulath. La diosa niña levantó una mano.

—Basta de preguntas, Ulath —le dijo con bastante firmeza—. No tienes necesidad de conocer las respuestas. Esa nave está aquí para llevarnos rápidamente de un lugar a otro. Eso es lo único que os hace falta saber.

—Eso nos lleva a algo que realmente deberíamos saber —intervino Falquían—. ¿Hacia dónde nos dirigimos?

—Hacia Jorsan, en la costa occidental de Edom —replicó ella—. Bueno, casi, en todo caso. Hay un largo golfo que se interna en el territorio, hacia Jorsan. Desembarcaremos en la boca del golfo y cabalgaremos tierra adentro. Y

ahora, ¿qué os parece si hablamos de otra cosa?

La niebla parecía lo bastante espesa como para poder caminar por encima de ella, y los caballeros se veían obligados a seguir a ciegas la brumosa luz de la antorcha que Sephrenia sujetaba en alto, mientras avanzaban a caballo por la escarpada costa en dirección al sonido de la rompiente invisible.

Llegaron a la arenosa orilla y recorrieron a tientas el camino hasta el agua. A través de la niebla vieron otras luces, luces tenues, envueltas en velos blanquecinos, que se extendían mar adentro hasta lo que parecía una distancia imposible. Aquellas luces no oscilaban, y eran de un color que no correspondía a fuego de antorchas.

—¡Buen Dios! —exclamó Ulath con voz ahogada—. ¡Ningún barco puede ser así de grande!

—¡Ulath! —lo censuró Flauta con tono cortante desde la niebla.

—Lo siento —masculló él.

Cuando llegaron al borde del agua, lo único que pudieron ver fue una silueta oscura y enorme, yaciendo sobre el agua a varios metros de distancia, una silueta delineada por aquellas luces blancas que no oscilaban. Había una pasarela tendida desde el barco hasta la orilla, y *Ch'iel*, el palafrén de Sephrenia, subió confiadamente a la rampa y avanzó golpeteando con sus cascos en dirección al barco.

En la cubierta se veían siluetas borrosas y veladas, siluetas envueltas en capas y capuchas cuya estatura no sobrepasaba el hombro de los caballeros, pero extrañamente achaparradas y robustas.

—¿Qué hacemos con los caballos? —inquirió Vanion mientras todos desmontaban.

—Simplemente dejadlos aquí —replicó Flauta—. Recibirán los cuidados necesarios. Bajemos. No podremos partir hasta que estemos todos bajo cubierta.

—La tripulación se queda aquí arriba, ¿no es así? —preguntó Ulath.

—No. Es demasiado peligroso.

Se encaminaron de mala gana hacia una escotilla de la cubierta, y bajaron por una rampa inclinada que los condujo al interior.

—Las escaleras ocuparían menos espacio —declaró Khalad con tono crítico.

—La tripulación no podría usar escaleras, Khalad —replicó Flauta—. No tiene piernas.

Él le clavó una mirada de horror. Aphrael se encogió de hombros.

—Ya os he dicho que no son humanas.

El pasillo al que llegaron al final de la rampa era de techo bajo, y los caballeros tuvieron que inclinarse para seguir a la diosa niña hacia popa. El área de bajo cubierta estaba iluminada por puntos de luz pálida alojados en el interior del techo y cubiertos con lo que parecía ser vidrio. Era una luz regular, que no parpadeaba, y que decididamente no procedía de ninguna clase de fuego.

Sin embargo, las habitaciones a las que los condujo su pequeña guía estaban iluminadas de manera más convencional, con velas, y los techos eran lo bastante espigados como para que los altos caballeros pudieran erguirse. Tan pronto Uloth hubo cerrado la pesada puerta de lo que en realidad sería la prisión de todos ellos durante los próximos cinco días, un zumbido de tono bajo comenzó a hacer vibrar el piso que tenían bajo los pies, y pudieron percibir que la proa del extraño navío comenzaba a girar pesadamente sobre sí para dirigirse a mar abierto. Luego la nave se lanzó hacia adelante.

—¿Qué es lo que la impulsa? —inquirió Khalad—. No hay viento.

—¡Khalad! —le espetó Aphrael con brusquedad.

—Lo siento —masculló él.

—Aquí hay cuatro compartimentos —les explicó ella—. Comeremos en éste y podéis distribuirlos y dormir en los otros tres. Guardad vuestras cosas, caballeros, y luego podéis ir a dormir. Nada sucederá durante cinco días.

Falquián y Kalten entraron en uno de los camarotes, y se llevaron consigo a Talen. Este último llevaba las alforjas de Khalad, además de las suyas propias.

—¿En qué anda tu hermano? —le preguntó Falquián al muchacho con suspicacia.

—Quiere mirar un poco por los alrededores —replicó Talen.

—Aphrael le ha dicho que no lo haga.

—¿Y?

Todos perdieron un poco el equilibrio cuando la nave aceleró bruscamente por segunda vez. El zumbido bajo aumentó a un silbido, y el barco pareció elevarse en el agua casi como un hombre sentado que se pone de pie.

Kalten arrojó sus alforjas sobre una de las literas y se sentó junto a ellas.

—No entiendo absolutamente nada de esto —refunfuñó.

—Se supone que no debes entenderlo —le respondió Falquián.

—Me pregunto si tendrán algo de beber a bordo. Decididamente, me vendría bien una bebida en este preciso momento.

—Yo no alentaría demasiado esas esperanzas, y no creo que quisieras beber algo destilado por seres no humanos. Podría causarte algún efecto extraño.

Khalad entró en el camarote con una expresión de desconcierto en los ojos.

—No quisiera alarmaros, caballeros —declaró—, pero estamos avanzando a una velocidad mayor que la de un caballo al galope.

—¿Cómo puedes saberlo? —le preguntó Talen.

—Esas cortinas del salón central cubren unas aberturas que son como ojos de buey..., en cualquier caso, están cubiertas con vidrio. Todavía estamos rodeados por la niebla, pero puede verse el agua. Acabamos de pasar junto a un tronco que flotaba, y pasó a nuestro lado como una flecha de ballesta. Y también hay algo más. El casco se curva por debajo de nosotros, y no está tocando el agua para nada.

—¿Estamos volando?! —preguntó Kalten con incredulidad. Khalad negó con la cabeza.

—Creo que la quilla toca el agua, pero eso es todo.

—Realmente, no quiero saber nada de eso —declaró Kalten con tono meditabundo.

—Tiene razón, Khalad —le dijo Falquián—. Creo que ésa es una de las cosas que Aphrael nos dijo que no era asunto nuestro. Deja esas cortinas cerradas a partir de ahora.

—¿Es que no sientes ni la más mínima curiosidad, mi señor?

—Puedo resistirla.

—No te importará si especulo sólo un poquitín, ¿verdad, Falquián?

—Haz lo que te dé la gana, pero guárdate tus especulaciones. —Falquián se sentó en una litera y comenzó a quitarse las botas—. No sé qué vais a hacer vosotros, pero yo seguiré las órdenes y me meteré en la cama. Ésta es una buena oportunidad para recuperar horas de sueño, y hace ya bastante que todos vamos un poco cortos de descanso. Será mejor que estemos descansados y bien despiertos cuando lleguemos a Jorsan.

—Lugar que casualmente está a una distancia de una cuarta parte de la circunferencia del mundo —comentó Khalad de mal humor—, al que llegaremos en sólo cinco días. No creo que yo esté del todo hecho correctamente para este tipo de cosas. ¿Tengo que ser realmente un caballero pandion, Falquián?

—Sí —replicó el interpelado, mientras dejaba caer las botas al piso—. ¿Hay algo más que quieras saber antes de que me ponga a dormir?

Todos durmieron muchísimo durante los cinco días siguientes. Falquián tenía

la poderosa sospecha de que Aphrael podría tener algo que ver con eso, puesto que la gente dormida no anda dando vueltas por ahí y descubriendo cosas.

Las comidas se las servían en extrañas bandejas oblongas que estaban hechas con una sustancia que ninguno de ellos pudo identificar. La comida consistía enteramente en verduras crudas, y sólo se les daba agua para beber. Kalten protestaba por los alimentos a cada comida pero, dado que no había nada más, se los comía de todas formas.

La tarde anterior al día fijado para la llegada, se reunieron todos en el estrecho compartimento principal.

—¿Estás segura? —le preguntó Kalten dubitativamente a Flauta cuando ella les informó de que estaban a menos de diez horas de su punto de destino.

Ella suspiró.

—Sí, Kalten, estoy segura.

—¿Cómo lo sabes? No has salido a cubierta, y no has hablado con ninguna de las tripulantes. Podríamos haber... —Las palabras se apagaron en sus labios. Ella lo estaba mirando con una expresión de largo sufrimiento mientras él desbarraba—. Oh —dijo entonces Kalten—, supongo que no estaba pensando en lo que decía. Lo siento.

—Te tengo mucho cariño, Kalten... a pesar de todo.

Khalad se aclaró la garganta.

—¿No te dijo Dolmant que los edomitas tenían unos sentimientos muy poderosos respecto a la Iglesia? —le preguntó a Falquián.

El otro asintió con la cabeza.

—Según tengo entendido, contemplan a la santa madre casi de la misma forma en que lo hacen los rendorianos.

—Deduzco de eso que los caballeros de la Iglesia no serán realmente bienvenidos allí.

—Difícilmente lo serían.

—En ese caso, tendremos que disfrazarnos de viajeros corrientes.

—Sería más que conveniente —asintió Falquián.

Vanion había estado mirando el mapa que llevaba.

—¿Hacia dónde iremos exactamente, desde Jorsan, Aphrael? —le preguntó a Flauta.

—Subiremos un poco por la costa —replicó ella de forma vaga.

—Eso no es muy específico.

—Sí, ya lo sé.

Él suspiró.

—¿Existe alguna necesidad real de que continuemos adentrándonos en el golfo de Jorsan hasta la ciudad misma? Si desembarcáramos en la orilla norte del golfo, evitaríamos completamente la ciudad. Dado que los edomitas tienen esos prejuicios, ¿no nos interesaría mantenernos lejos de ellos lo máximo posible?

—Tenemos que ir a Jorsan —le explicó ella—. Bueno —se corrigió—, Jorsan, en sí, no es tan importante, pero por el camino veremos algo que sí lo será.

—¿Ah, sí? ¿De qué se trata?

—No tengo ni idea.

—Uno se acostumbra a eso —le aseguró Falquián a su amigo—. Nuestra pequeña diosa tiene corazonadas de vez en cuando... ni un solo detalle, sólo corazonadas.

—¿A qué hora vamos a desembarcar? —le preguntó Ulath.

—A eso de la medianoche —le respondió ella.

—Desembarcar en una costa desconocida por la noche puede resultar un poco peligroso —comentó él con tono de duda.

—No habrá ningún problema —le aseguró ella con absoluta confianza.

—No debo preocuparme por el asunto. ¿No es eso?

—Puedes preocuparte si quieres, Ulath. —La diosa niña le sonrió—. No es necesario, pero puedes preocuparte tanto como quieras si eso hace que te sientas mejor.

Había niebla cuando salieron a cubierta, una niebla densa que todo lo ocultaba, y en esa ocasión no se veía luz ninguna en el extraño navío. Los caballos, ya ensillados, los aguardaban, y ellos los condujeron por la rampa hasta una playa de cantos rodados.

Cuando se volvieron a mirar hacia el agua, el barco había desaparecido.

—¿Adónde ha ido? —exclamó Ulath.

—Todavía está allí —replicó Aphrael con una sonrisa.

—Entonces, ¿por qué no puedo verlo?

—Porque yo no quiero que la gente lo vea. Pasamos junto a unos cuantos barcos corrientes mientras veníamos hacia aquí. Si alguien lo hubiera visto, se oirían descabelladas conversaciones en todas las tabernas de marineros del mundo entero.

—Todo el secreto está en la forma de la quilla, ¿verdad? —comentó Khalad con tono reflexivo.

—¡Khalad! —le espetó ella con tono áspero—. ¡Deja ya eso de inmediato!

—No voy a hacer absolutamente nada al respecto, Flauta. No podría aunque quisiera, pero es la quilla lo que hace que sea tan veloz. Sólo lo estoy mencionando para que tú no cometas el error de creerme tan estúpido como para no deducir algo así.

Ella le echó una mirada feroz.

Él se inclinó ligeramente y le dio un beso en una mejilla.

—No tiene importancia, Flauta —le dijo mientras sonreía—. De todas formas te quiero... incluso aunque a veces me subestimes.

—Va a resultar muy bueno este muchacho —le comentó Kalten a Vanion.

La ladera que subía desde la playa pedregosa estaba cubierta de gruesa hierba lozana, y para cuando llegaron a lo alto de la colina la niebla se había disipado completamente. Un ancho sendero de luz lunar se reflejaba en las tranquilas aguas del golfo.

—Según mi mapa, hay una especie de camino a una milla tierra adentro, más o menos —les informó Vanion a los demás—. Aparentemente, sube por el golfo en la dirección general de Jorsan. —Bajó los ojos hasta Flauta que continuaba mirando furiosamente a Khalad—. Mientras no recibamos instrucciones contrarias de más altas autoridades, supongo que podemos seguir ese camino. —Volvió a mirar interrogativamente a la diosa niña.

Ella se hundió un poco más en los brazos de Sephrenia y se puso a chuparse el dedo pulgar.

—Vas a torcerte los dientes.

Ella se quitó el pulgar de la boca y le sacó la lengua.

—¿Podemos continuar adelante, entonces? —sugirió Vanion.

Atravesaron una ancha pradera ondulada cubierta por aquella lozana hierba costera. La Luna desteñía todos los colores, y hacía que la hierba que lamía las patas de los caballos pareciese gris, y el bosque que estaba más allá de los prados no fuese más que una informe mancha negra. Cabalgaban lentamente, con los ojos y los oídos alerta y las manos no lejos de los puños de las espadas. Aún no les había sucedido nada adverso, pero aquéllos eran caballeros entrenados, y para ellos el mundo estaba lleno siempre de peligros.

Tras internarse entre los árboles, Vanion ordenó un alto.

—¿Por qué nos detenemos? —inquirió Flauta, un poco fastidiada.

—La Luna está demasiado brillante esta noche —le explicó Vanion—, y nuestros ojos necesitan un poco de tiempo para adaptarse a las sombras del bosque. No queremos darnos de narices contra algo.

—Ah.

—No está teniendo una noche muy buena, ¿no crees? —le murmuró Berit a Falquián—. Parece que está muy enfadada con Khalad.

—Eso es bueno para ella. A veces se confía en exceso, y se impresiona un poco demasiado con su propia inteligencia.

—Te he oído, Falquián —le espetó ella.

—Ya imaginaba que lo harías —replicó él con dulzura.

—¿Por qué todo el mundo me trata mal, esta noche? —se quejó la diosa niña.

—No están más que bromeando contigo, Aphrael —le aseguró Sephrenia—. Con torpeza, por supuesto, pero son elenios, después de todo, y no puedes esperar demasiado de ellos.

—¿Continuamos adelante antes de que las cosas comiencen a ponerse desagradables? —propuso Vanion.

Avanzaron al paso entre las sombras, y después de una media hora llegaron a un camino estrecho y lleno de baches. Giraron hacia el este y continuaron avanzando, un poco más rápido que antes.

—¿A qué distancia está Jorsan, mi señor? —le preguntó Bevier a Vanion tras haber recorrido un trecho.

—A unas cincuenta leguas, más o menos —le respondió Vanion.

—Es un buen trayecto, entonces. —Bever miró interrogativamente a Flauta.

—¿Qué? —le preguntó ella, irritada.

—En realidad, nada.

—Dilo, Bevier.

—No querría ofenderte por nada del mundo, divina Aphrael, pero ¿no podrías acelerar la marcha de la forma en que lo hiciste cuando viajábamos a través de Deria con el ejército del rey Wargun?

—No, no puedo. Has olvidado que estamos esperando que suceda algo importante, Bevier, y no voy a pasar volando por su lado sólo porque tú tengas prisa por llegar a las tabernas de Jorsan.

—Ya está bien —le dijo Sephrenia a la diosa niña.

Puesto que aún estaban a principios de otoño, no habían llevado tiendas consigo, y tras aproximadamente una hora más de viaje, regresaron al bosque y

tendieron sus mantas sobre lechos de hojas caídas para dormir algunas horas.

El sol estaba muy alto cuando volvieron a ponerse en camino, y avanzaron por el bosque hasta las últimas horas de la tarde sin encontrarse con ninguno de los habitantes locales.

Una vez más, se internaron alrededor de un cuarto de milla en el bosque y se instalaron para pasar la noche en un estrecho barranco donde la orilla que se encumbraba sobre ellos y el espeso follaje ocultaría el pequeño fuego que encenderían para cocinar. Sorprendentemente, Ulath preparó la comida sin recurrir a ninguno de sus habituales subterfugios.

—No es demasiado divertido cuando no está Tynian —explicó.

—También yo lo hecho de menos —asintió Falquián—. Parece extraño viajar sin todas esas sugerencias tuyas.

—Ya he oído hablar antes de este tema de la cocina —observó Vanion—. ¿Hay algo que yo no sepa?

—El caballero Ulath es normalmente quien lleva la cuenta de los turnos, mi señor —replicó Talen—. Es un sistema realmente complicado, por lo que ninguno de los demás comprendemos realmente cómo funciona.

—¿No serviría igualmente una simple lista? —inquirió Vanion.

—Estoy seguro de que sí, pero el caballero Ulath prefiere su propio método, que sin embargo tiene algunas desventajas. En una ocasión, Kalten estuvo cocinando absolutamente todas las comidas durante una semana entera.

Vanion se estremeció.

Aquella noche cenaron chuletas de carnero ahumadas, y Ulath recibió algunas miradas duras de sus compañeros a causa de eso. No obstante, Flauta y Sephrenia lo felicitaron por la elección. Tras haber comido, se acostaron en sus improvisados lechos.

Era bien pasada la medianoche cuando Talen despertó a Falquián con una sacudida, mientras le ponía una mano sobre la boca a modo de advertencia para evitar que gritara.

—Hay gente ahí atrás, cerca del camino —le susurró el muchacho—. Han hecho una gran hoguera.

—¿Qué están haciendo? —le preguntó Falquián.

—Están sentados en torno al fuego esperando a alguien, al parecer..., a menos que quieras tomar en cuenta las bebidas que corren.

—Será mejor que despiertes a los demás —le dijo Falquián mientras apartaba la manta y se apoderaba de la espada.

Se arrastraron por el bosque en medio de la oscuridad, y se detuvieron en la linde de un claro salpicado por tocones de árboles. En el centro del claro había una enorme hoguera y un centenar de hombres aproximadamente —campesinos en su mayor parte, a juzgar por la ropa que llevaban—, sentados en el suelo cerca del fuego. Sus rostros estaban teñidos de rojo a causa de la luz que en ellos se reflejaba y del contenido de las jarras de arcilla que se pasaban de unos a otros.

—Extraño lugar para celebrar una juerga de borrachera —murmuró Ulath—. Yo no iría hasta tan lejos, en el bosque, para hacer algo tan corriente como eso.

—¿Se trataba de esto? —le preguntó Vanion a Flauta, que estaba acurrucada en los brazos de Sephrenia, tapada por la capa oscura de su hermana.

—¿Se trataba de esto qué?

—Ya sabes a qué me refiero. ¿Es esto lo que se suponía que teníamos que ver?

—Creo que sí —replicó ella—. Lo sabré con más seguridad cuando lleguen aquí.

—¿Es que vendrán más?

Ella asintió con la cabeza.

—Uno, por lo menos. Los que ya están aquí no tienen demasiada importancia.

Aguardaron, mientras los campesinos del claro se ponían más y más vocingleros.

Luego, un jinete solitario apareció al otro lado del claro, cerca del camino. El recién llegado llevaba una capa oscura y un sombrero encasquetado hasta los ojos.

—Otra vez, no —gimió Talen—. ¿Es que no hay nadie en este continente que tenga un poco de imaginación?

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Vanion.

—El tipo al que llamaban Sable en Astel, llevaba el mismo tipo de ropa, mi señor.

—Quizás éste sea diferente.

—Yo no alentaría mucho esa esperanza.

El hombre que acababa de llegar a caballo se acercó al círculo de luz del fuego, desmontó y se echó el sombrero hacia atrás. Era un hombre alto y desgarbado con un largo rostro picado de viruelas y ojos entrecerrados. Subió a un tocón de árbol y esperó a que los campesinos se reunieran en torno a él.

—Oídmeme, amigos míos —les dijo en voz alta y ronca—. Traigo noticias.  
El barboteo semiborracho de los campesinos se apagó.

—Muchas cosas han sucedido desde que nos reunimos por última vez —continuó el orador—. Recordaréis que estábamos decididos a hacer un último intento de solucionar nuestras diferencias con los tamules por medios pacíficos.

—¿Qué otra elección nos quedaba, Rebal? —le gritó uno de los campesinos—. Sólo un loco atacaría la guarnición de los atanes, por muy justa que fuese su causa.

—Así que ése es Rebal —susurró Kalten—. No es muy impresionante, ¿verdad?

—Nuestra causa ha sido hecha por el propio Incetes —estaba respondiendo Rebal—, e Incetes es un adversario más que suficiente para los atanes.

La turba murmuró su acuerdo.

—Hay una buena noticia, amigos míos —declaró Rebal—. Nuestros emisarios han tenido éxito. ¡El propio emperador ha comprendido lo justa que es nuestra causa!

Unos vítores desordenados surgieron de la multitud.

—Yo me regocijo tanto como vosotros —continuó Rebal—, pero ha surgido un nuevo peligro mucho más grave que la simple injusticia de los administradores tamules corruptos. ¡El emperador, que es ahora nuestro amigo, ha sido hecho prisionero por los condenados caballeros de la iglesia! ¡El maléfico archiprelado de la iglesia de Chyrellos ha extendido su influencia hasta el otro lado del mundo para apoderarse de nuestro amigo!

—¡Ultrajante! —rugió un fornido campesino del grupo—. ¡Monstruoso!

Sin embargo, el resto de los campesinos parecía un poco confundido.

—Está avanzando con demasiada prisa —susurró Talen con tono crítico.

—¿Qué? —le preguntó Berit.

—Está cambiándoles el curso —le explicó Talen—. Calculo que ha estado condenando a los tamules durante el último año más o menos..., de la misma forma en que Sable lo hacía en Astel. Ahora quiere condenar a otros, pero primero tiene que «descondenar» a los tamules. Incluso un campesino borracho va a sentir algunas sospechas respecto a la milagrosa conversión del emperador. Lo ha hecho todo demasiado rápido... y lo ha presentado como demasiado fácil.

—Cuéntanos, Rebal —le gritó el campesino robusto que había hablado antes—, ¿cómo fue hecho prisionero nuestro amigo el emperador?

—Sí, cuéntanoslo —aulló otro hombre que estaba más atrás en el grupo.

—Secuaces infiltrados —se burló Talen—. Ese Rebal es tan sutil como un porrazo en plena cara.

—Fue de una forma muy astuta, amigos míos —declaró Rebal ante la multitud—, muy astuta. La iglesia de Chyrellos está guiada por los demonios del Infierno, y ellos son los maestros del engaño. Los tamules, que son ahora nuestros amigos, son paganos, y no comprenden la astucia de los herejes de Chyrellos. Sin abrigar sospecha alguna, le dieron la bienvenida a una delegación de dignatarios de la Iglesia, y entre esos repugnantes herejes que viajaron hasta Matherion, había caballeros de la Iglesia, los satélites armados del propio Infierno. Una vez en Matherion, se apoderaron de nuestro querido amigo y protector, el emperador Sarabian, ¡y ahora lo retienen como prisionero en su propio palacio!

—¡Muerte a los tamules! —chilló con voz resollante un viejo que estaba bastante borracho.

Uno de los otros campesinos lo golpeó bruscamente en el cogote con una porra, y el manifestante atrasado de noticias se derrumbó inconsciente en el suelo.

—Control de multitudes —comentó Talen sorbiendo por la nariz—. Rebal no quiere que la gente cometa ningún error.

Otros campesinos, obviamente del grupo de los secuaces infiltrados de Rebal, se pusieron a gritar la consigna correcta.

—¡Muerte a los caballeros de la Iglesia!

Blandían armas toscas y diversos aperos de labranza mientras aullaban, con el fin de realzar la consigna y atemorizar a los que aún estaban confundidos.

—La finalidad de esos monstruos está demasiado clara —gritó Rebal por encima del alboroto—. Su plan es el de retener al emperador como rehén con el fin de evitar que los atanes irrumpen en el palacio. Se quedarán sentados donde están hasta que lleguen refuerzos. Y no os llaméis a error, amigos míos, esos refuerzos están ahora mismo reuniéndose en las llanuras de Eosia. Los ejércitos de los herejes están en marcha, ¡y en la vanguardia avanzan los caballeros de la Iglesia!

Exclamaciones ahogadas de horror recorrieron el grupo de campesinos.

—¡Hacia Matherion! —aulló el tipo que tenía la porra—. ¡Libertemos al emperador!

La multitud recogió el grito. Rebal levantó una mano.

—¡Mi sangre arde con tanto calor como la vuestra, amigos míos! —gritó—.

¿Pero vamos a abandonar nuestros hogares y familias a la merced de los caballeros de la Iglesia? ¡Toda Eosia está marchando hacia Matherion! ¿Y qué se interpone entre la condenada Eosia y Matherion la de las cúpulas de fuego? ¡Edom, amigos míos! ¡Nuestra amada tierra natal está en el camino de las hordas herejes! ¿Qué misericordia podemos esperar de esos salvajes? ¿Quién defenderá a nuestras mujeres de una horrible violación si corremos todos en auxilio del emperador?

Gritos de desazón recorrieron la multitud.

—Y sin embargo, amigos míos —continuó diciendo Rebal a toda velocidad—, la defensa que hagamos de nuestros amados hogares podría también ayudar a nuestro amigo el emperador. Las bestias de Eosia vienen a destruir nuestra fe y asesinar a los verdaderos creyentes. ¡No sé qué camino podréis tomar, pero yo os prometo a todos que ofreceré mi vida por nuestra amada tierra natal y nuestra santa fe! ¡Pero con mi muerte, retrasaré a los caballeros de la Iglesia! ¡Esa prole del infierno tendrá que detenerse para derramar mi sangre, y esa pausa les dará tiempo a los atanes para reunirse! ¡Así pues, podemos defender nuestros hogares y ayudar a nuestro amigo con la misma jugada!

Falquián comenzó a proferir imprecaciones, luchando a medias para mantener baja la voz.

—¿Qué problema tienes? —le preguntó Kalten.

—Acaban de bloquearnos el paso. Si esos idiotas de ahí fuera aceptan lo que Rebal está contándoles, los caballeros de la Iglesia tendrán que luchar paso a paso para llegar a Matherion.

—Son muy rápidos en eso de explotar un cambio de situación —asintió Vanion—. Demasiado rápidos, quizá. Hay casi mil leguas desde aquí hasta Matherion. O hay alguien que tiene un caballo muy pero que muy rápido, o nuestros misteriosos amigos del otro bando están rompiendo nuevamente las reglas para enviar mensajes a los demás reinos sobre lo sucedido cuando el golpe fue aplastado.

Rebal había levantado una mano para acallar los gritos de la multitud.

—¿Estáis conmigo, hermanos? —gritó—. ¿Vais a defender nuestros hogares y nuestra fe, y ayudar a nuestros amigos los tamules al mismo tiempo?

La turba aulló su asentimiento.

—¡Pidámosle a Incetes que nos ayude! —gritó el hombre que tenía la porra.

—¡Incetes! —gritó otro enardecido—. ¡Incetes! ¡Invoquemos a Incetes!

—¿Estáis seguros, amigos míos? —les preguntó Rebal, irguiéndose y

arropándose con su oscura capa.

—¡Invócalo, Rebal! ¡Despierta a Incetes! ¡Deja que sea él quien nos diga lo que tenemos que hacer!

Rebal adoptó una pose exageradamente teatral y alzó ambos brazos por encima de la cabeza. Se puso a hablar, entonando palabras guturales con una voz hueca y tronante.

—¿Es estirio, eso? —le susurró Kalten a Sephrenia—. A mí no me lo parece.

—Es un galimatías —replicó ella con desdén.

Kalten frunció el ceño.

—No creo haber oído nunca hablar de ellos —susurró—. ¿De qué parte del mundo proceden los galimates?

Ella lo miró con expresión de desconcierto.

—¿Es que lo he dicho mal? —inquirió él—. ¿Es que los llaman galimateses? ¿O quizá galimatianos? Me refiero a la gente que habla el galimatías.

—Oh, Kalten. —La mujer estiria rió suavemente—. Te adoro.

—¿Qué he dicho ahora?

La voz de Rebal se había elevado hasta casi un chillido, y dejó caer bruscamente los brazos.

Se produjo una repentina explosión en el centro de la hoguera, y una enorme nube de humo salió a borbotones al aire del claro.

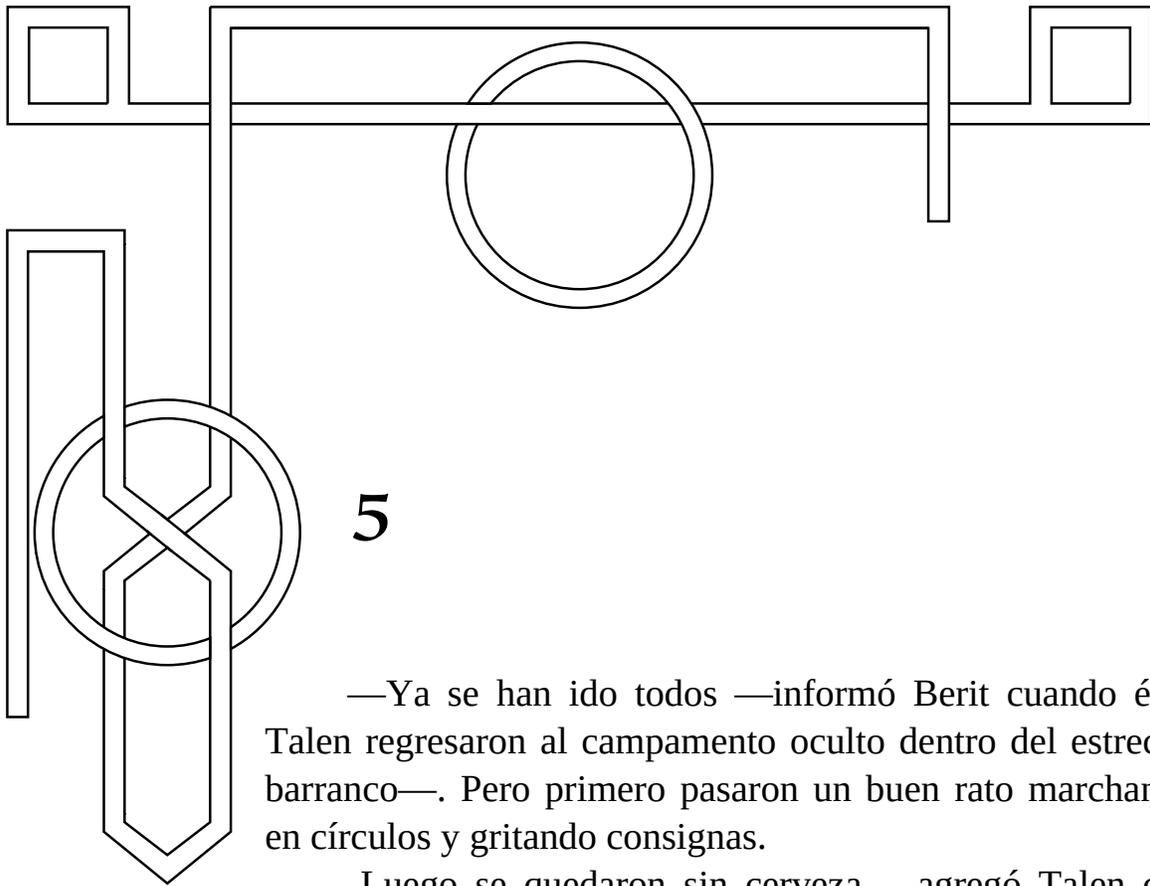
—¡Oídmme, todas las gentes! —exclamó una voz sonora desde el humo—. ¡El tiempo de la guerra es llegado! ¡Ahora, mis leales, todos hombres de Edom, alzaos en armas! ¡Tomad vuestras férreas espadas; cubrid vuestros cuerpos con el hierro de las cotas de malla y los cascos guerreros! ¡Golpead a los perversos herejes, las lóbregas bestias que llegarán a nuestra tierra cargadas de peligro! ¡Marchad a la batalla primero para rechazar a los herejes de la condenada iglesia de Chyrellos! ¡Seguidme! ¡Seguidme! ¡Seguidme como Dios que guiará las fuerzas vuestras!

—¡Antiguo elenio alto! —exclamó Bevier—. ¡Nadie ha hablado ese lenguaje desde hace miles de años!

—Yo lo seguiría, sea cual fuere su lenguaje —tronó Ulath—. Pronuncia buenos discursos.

El humo comenzó a disiparse y un hombre gigantesco de hombros anchos como los de un buey, que llevaba una armadura antigua y sujetaba con ambas manos una poderosa espada por encima de su cabeza, apareció junto a Rebal.

—¡Destrucción! —aulló—. ¡Destrucción y guerra!



5

—Ya se han ido todos —informó Berit cuando él y Talen regresaron al campamento oculto dentro del estrecho barranco—. Pero primero pasaron un buen rato marchando en círculos y gritando consignas.

—Luego se quedaron sin cerveza —agregó Talen con tono seco—, y la fiesta se terminó. —Miró a Flauta—. ¿Estás segura de que esto era importante? —le preguntó—. Era el engaño más absoluto que haya visto jamás.

Ella asintió tozudamente con la cabeza.

—Era realmente importante —insistió Aphrael—. No sé por qué, pero lo era.

—¿Cómo hicieron ese tremendo destello y todo el humo? —preguntó Kalten.

—Uno de los tipos que estaba cerca del fuego arrojó a la hoguera un puñado de polvo de alguna clase —replicó Khalad con un encogimiento de hombros—. Todos los demás estaban observando a Rebal, así que no lo vieron cuando lo hizo.

—¿De dónde salió el tipo ese de la armadura? —preguntó a su vez Ulah.

—Estaba escondido entre la multitud —explicó Talen—. Todo ese asunto tenía más o menos el mismo nivel que encontrarías en una fiesta campestre... de las que se celebran a mucha distancia de la ciudad más cercana.

—No obstante, el que se hacía pasar por Incetes pronunció un discurso

bastante arrebatador —observó Ulath.

—Desde luego que tenía que ser arrebatador —replicó Bevier con una sonrisa—. Fue escrito por Phalactes en el siglo diecisiete.

—¿Quién era ése? —inquirió Talen.

—Phalactes fue el mayor dramaturgo de la antigüedad. Ese discurso arrebatador que acabáis de oír procedía directamente de una de sus tragedias, *Etonicus*. El tipo de la armadura antigua sustituyó algunas palabras del original. La obra es un clásico. Se la representa en las universidades de vez en cuando.

—Eres toda una biblioteca tú solo, Bevier —comentó Kalten—. ¿Es que recuerdas absolutamente todo lo que has leído alguna vez, palabra por palabra?

Bevier se echó a reír.

—Ojalá pudiera, amigo mío. Algunos de mis compañeros de clase y yo hicimos una representación de *Etonicus* cuando era estudiante. Yo era el protagonista, así que tuve que memorizar ese discurso. La poesía de Phalactes es verdaderamente arrebatadora. Era un gran artista, arciano, naturalmente.

—A mí nunca me gustó demasiado —declaró Flauta, sorbiendo por la nariz—. Era más feo que un pecado; olía como un pozo negro abierto; y era un fanático vociferante.

Bevier tragó con dificultad.

—Por favor, no hagas eso, Aphrael —le pidió—. Es muy desagradable.

—¿De qué trataba la historia? —inquirió Talen, con una mirada repentinamente ansiosa.

—*Etonicus* era el gobernante de un reino mítico de alguna parte de lo que actualmente es Cammoria oriental —le explicó Bevier—. La leyenda cuenta que él marchó a la guerra contra los estirios por la religión.

—¿Y qué sucedió? —Ahora el tono de la voz de Talen era casi hambriento.

—Tuvo un mal fin. —Bevier se encogió de hombros—. Después de todo, se trata de una tragedia.

—Pero...

—En algún momento podrás leerla tú mismo, Talen —lo interrumpió Vanion con firmeza—. Ésta no es la hora de los cuentos.

El rostro de Talen adquirió una expresión mohína.

—Apostaría que podría paralizarse a nuestro joven amigo en medio de un robo —comentó Ulath, riendo entre dientes—. Lo único que uno tendría que decir sería «érase una vez», y él se pararía en seco.

—Esto arroja una luz completamente nueva sobre lo que ha estado

sucediendo en Tamuli —reflexionó Vanion—. ¿Podría ser todo esto un enorme engaño? —Miró interrogativamente a Flauta.

Ella negó con la cabeza.

—No, Vanion. Ha habido magia de diversos niveles en algunas de las cosas con las que nos hemos encontrado.

—En algunas, quizá, pero ciertamente no en todas. ¿Había alguna magia implicada en lo que hemos visto esta noche?

—Ni una gota.

—¿Es así como medís la magia? —preguntó Kalten con curiosidad—. ¿Viene en garrafas de cinco litros?

—¿Como el vino barato, quieres decir? —sugirió ella con acritud.

—Bueno, no exactamente, pero...

—Eso es muy importante —dijo Falquián—. Gracias, Aphrael.

—Sólo vivo para servir —le contestó ella, mientras sonreía burlonamente.

—Basta ya.

—Has conseguido que me pierda del todo, Falquián —protestó Kalten.

—Acabamos de descubrir que no todos los acontecimientos de los que se ha informado a Matherion han sido resultado de verdadera magia. Hay también una buena cantidad de fraude mezclado en todo esto. ¿Qué te sugiere?

—Que los del otro bando son haraganes —respondió Kalten, encogiéndose de hombros.

—Yo no estoy muy seguro de eso —disintió Ulath—. No le temen al esfuerzo cuando se trata de algo importante.

—Dos —declaró Sephrenia—. Tres como mucho.

—¿Cómo dices? —inquirió Ulath con expresión perpleja.

—¿Te das cuenta ahora de lo exasperante que resulta, Ulath? —le preguntó ella a su vez—. Esa mascarada que hemos presenciado aquí esta noche, sugiere muy poderosamente que en el otro bando no hay muchos que puedan hacer verdaderos hechizos. Están un poco más dispersos de la cuenta, diría yo. Lo que está sucediendo aquí, en Edom... y probablemente en Astel y Daconia... es algo bastante trivial, por lo que no creen que tengan que desperdiciar magia en ello.

—Trivial o no, va a obstaculizar gravemente a Tynian cuando intente conducir a los caballeros de la Iglesia a través de Daresia para llegar a Matherion —dijo Falquián—. Si Rebal puede agitar todo el reino de la forma en que lo ha hecho esta noche con ese grupo, Tynian tendrá que abrirse paso a través de hordas de aullantes fanáticos. El campesinado edomita estará convencido de que

nuestros hermanos acuden aquí para imponerles herejías por la fuerza, y estarán acechando detrás de cada arbusto con hoces y horcas.

—De todas formas, continuamos contando con cierta ventaja —comentó Bevier con tono meditativo—. No hay forma alguna de que nuestros enemigos puedan saber que estamos aquí, en Edom, y que hemos oído lo que acaba de decirse. Incluso en el caso de que supieran que vamos a rescatar el Bhelliom, lo cual no es muy probable, no saben dónde se encuentra, por lo que no tienen ni idea de hacia dónde hemos ido. Ni siquiera nosotros sabemos adónde nos dirigimos.

—E incluso en el caso de que estuvieran enterados de todo eso, no podían saber que éramos capaces de llegar hasta aquí a la velocidad que lo hemos hecho —agregó Khalad—. Creo que les llevamos ventaja, mis señores. Si están empleando engaños en esta zona, probablemente signifique que no tienen mago alguno por aquí que pueda husmear nuestra presencia. Si conseguimos hacernos pasar por viajeros corrientes, podremos movernos por los alrededores sin muchos impedimentos... Y recoger toda clase de información en el proceso.

—Estamos aquí para recuperar el Bhelliom, Khalad —le recordó Flauta.

—Por supuesto, pero no tiene sentido pasar por alto los pequeños tesoros mientras vamos de camino.

—Aphrael —dijo Vanion—, ¿hemos visto y oído todo lo que se suponía que iba a suceder?

Ella asintió con la cabeza.

—En ese caso, creo que nos interesa continuar hacia Jorsan con mayor rapidez. Si Khalad está en lo cierto y vamos por delante de ellos, será mejor conservar esa ventaja. ¿A cuánto ascendería el soborno necesario para convencerte de que aceleres nuestra marcha?

—Supongo que eso podemos negociarlo, mi señor Vanion. —Flauta le sonrió—. Estoy segura de que todos podríais ofrecerme algo que consiguiera que os echara una mano.

Sometieron a la diosa niña a base de besos y llegaron a Jorsan a última hora del día siguiente. Jorsan resultó ser una típica ciudad elenia, achaparrada, que ocupaba la cabeza del golfo. El tema de los disfraces más adecuados había surgido durante el viaje. Bevier se había inclinado marcadamente en la dirección de hacerse pasar por peregrinos religiosos. A Kalten le gustaba la idea de fingir que eran un grupo de rufianes en busca de corrupción provechosa, mientras que Talen, quizás influenciado por la reciente actuación de Rebal, había pensado que

podía ser divertido hacerse pasar por un grupo de actores itinerantes. Todavía estaban discutiendo el tema cuando avistaron Jorsan.

—¿No os parece todo esto una pérdida de tiempo? —les preguntó Ulath—. ¿Por qué tenemos que jugar a los disfraces? Quiénes seamos no es asunto de los demás, ¿verdad? Siempre y cuando no llevemos armadura, la gente de Jorsan no sabrá... ni le importará... nuestra identidad. ¿Por qué tomarse todo ese trabajo de mentir al respecto?

—Tendremos que llevar puestas las cotas de malla, caballero Ulath —le recordó Berit—. ¿Cómo vamos a explicar eso?

—No lo haremos. Mucha gente lleva cota de malla y armas, así que no es algo que resulte tan insólito como crees. Si alguien se muestra demasiado curioso sobre quiénes somos o dejamos de ser, podemos acabar con esa curiosidad muy rápidamente. —Levantó una mano y cerró el puño de manera sugerente.

—¿Te refieres a abrirnos paso mediante la simple intimidación? —inquirió Kalten.

—¿Por qué no? ¿No es para eso que estamos entrenados?

La posada no era particularmente elegante, pero estaba limpia y no tan cerca de la zona del puerto como para que las calles circundantes estuviesen llenas de marineros alborotadores que vagaran tambaleándose de cervecería en cervecería. Los dormitorios estaban encima de la sala común de la planta baja, y los establos en la parte trasera.

—Déjame manejar esto a mí —murmuró Ulath, dirigiéndose a Falquián, cuando se acercaron al posadero, un tipo desgredado de nariz larga y afilada.

—Como quieras —replicó el otro.

—Tú —le dijo bruscamente Ulath al posadero—, necesitamos cinco habitaciones para pasar la noche, forraje para diez caballos y una comida decente.

—Yo puedo proporcionarte todo eso, buen señor —le aseguró el posadero.

—Muy bien. ¿Cuánto?

—Eh... —El hombre de la nariz afilada se frotó el mentón, mientras valoraba cuidadosamente las ropas y el aspecto general del corpulento thalesiano—. Eso sería una media corona, buen señor —dijo a modo de tanteo. Los precios del posadero parecían basarse en algún tipo de escala móvil.

Ulath se volvió en redondo.

—Vámonos —le dijo escuetamente a Falquián.

—¿En qué estaría pensando? —se preguntó el posadero en voz alta, dándose una palmada en la frente—. Eran sólo cinco habitaciones y forraje para diez caballos, ¿verdad? He equivocado mentalmente las cifras. Por algún motivo, pensaba que eran diez habitaciones lo que queríais. Media corona sería efectivamente demasiado por cinco habitaciones. El precio correcto sería dos imperiales de plata, por supuesto.

—Me alegro de que hayas corregido las cuentas —gruñó Ulath—. Veamos esas habitaciones.

—Por supuesto, buen señor. —El posadero se escabulló escaleras arriba, delante de ellos.

—No dejas mucho espacio para la conversación, ¿verdad, amigo mío? —comentó Falquián, riendo entre dientes.

—Los posaderos nunca me han resultado personas muy interesantes para conversar.

Llegaron a un pasillo del piso superior, y Ulath miró al interior de una de las habitaciones.

—Comprueba si hay chinches —le dijo el thalesiano a Falquián.

—¡Buen señor! —protestó el posadero.

—Me gusta dormir solo —le respondió Ulath—. Para mí, las chinches son multitud, y por la noche siempre están inquietas.

El posadero rió algo débilmente.

—Eso es muy gracioso, buen señor. Tendré que recordar esa frase. ¿De dónde venís, y hacia dónde vais?

Ulath le dedicó una larga mirada fría, con sus ojos azules tan helados como un invierno meridional y los hombros abultando de manera ominosa al echarlos hacia adelante debajo de la túnica que lo cubría.

—Eh... no tiene importancia, supongo —se apresuró a continuar el posadero—. Realmente no es asunto mío, ¿verdad?

—Dices muy bien —comentó Ulath. Recorrió la habitación con la mirada—. Está bastante bien —agregó—. Nos quedaremos. —Tocó con el codo a Falquián—. Págame —ordenó, para volverse luego y bajar pesadamente las escaleras.

Entregaron los caballos a los mozos de cuadra y llevaron las alforjas a los dormitorios. Luego regresaron a la planta baja para cenar.

Kalten, como era habitual, amontonó en su plato una enorme pila de carne de

vaca humeante.

—Quizá deberíamos mandar buscar otra vaca —bromeó Berit.

—Es joven —les comentó Kalten a los demás con tono jovial—, pero me gusta su forma de pensar. —Sonrió a Berit, pero luego la sonrisa se desvaneció lentamente y el corpulento pandion se puso bastante pálido. Contempló el rostro del joven caballero durante un largo instante. Luego empujó el plato abruptamente lejos de sí y se puso en pie—. Creo que no tengo hambre —declaró—. Estoy cansado. Me voy a la cama. —Se volvió, atravesó rápidamente la sala común hasta las escaleras, subió los peldaños de dos en dos.

—¿Qué le sucede? —preguntó Ulath con tono de perplejidad—. Nunca antes lo he visto dejar la cena así, sin tocarla.

—Ésa es una verdad como un templo —asintió Bevier.

—Será mejor que mantengas una charla con él cuando subas, Falquián —sugirió Vanion—. Averigua si está enfermo, o algo así. Kalten nunca deja ni una migaja en el plato.

—Ni en el de nadie, por lo que a eso respecta —agregó Talen.

Falquián no se entretuvo con la cena. Comió apresuradamente, dio las buenas noches a los demás y subió a la planta superior para hablar con su amigo. Se encontró a Kalten sentado en el borde de su cama con el rostro entre las manos.

—¿Qué te sucede? —le preguntó Falquián—. ¿No te encuentras bien?

Kalten volvió el rostro.

—Déjame en paz —le dijo con voz ronca.

—Ni lo sueñes. ¿Qué te sucede?

—No tiene importancia. —El caballero rubio sorbió sonoramente por la nariz y se enjugó los ojos con el reverso de la mano—. Vayamos a emborracharnos.

—No. Hasta que me digas qué es lo que te sucede, no iremos.

Kalten sorbió nuevamente por la nariz y apretó las mandíbulas.

—Es una estupidez. Te reirás de mí.

—Tú me conoces mejor que eso.

—Hay una muchacha, Falquián, y ella ama a otro. ¿Estás satisfecho, ahora?

—¿Por qué no has dicho algo antes de ahora?

—Acabo de descubrirlo ahora mismo.

—Kalten, lo que estás diciendo no tiene absolutamente ningún sentido. Una muchacha ha sido siempre para ti igual que otra cualquiera. La mayoría de las

veces ni siquiera puedes recordar cómo se llama cada una.

—Esta vez es diferente. ¿Podemos ir ahora a emborracharnos?

—¿Cómo sabes que ella no siente lo mismo por ti? —Falquián sabía quién era esa muchacha, y estaba bastante seguro de que correspondía a los sentimientos de su amigo para con ella.

Kalten suspiró.

—Bien sabe Dios que en este mundo hay personas más inteligentes que yo, Falquián. Me ha llevado todo este tiempo darme cuenta de ello. Pero te diré una cosa, Falquián. Si él le rompe el corazón, lo mataré, tanto si es mi hermano como si no.

—¿Quieres hacer el favor de decir al menos algo más concreto?

—Ella me ha dado a entender que ama a otro... tan claramente como si me lo hubiera dicho con palabras.

—Alean no haría eso.

—¿Cómo has sabido que se trata de Alean? —El corpulento rubio se puso en pie de un salto—. ¿Habéis estado riéndoos de mí a mis espaldas? —le preguntó belicoso.

—No seas burro. Nosotros no haríamos una cosa así. Todos hemos pasado exactamente por lo mismo. Tú no has inventado el amor, ¿sabes?

—Pero todos lo saben, ¿no es cierto?

—No. Probablemente yo sea el único... si exceptuamos a Melidere. No hay muchas cosas que se le escapan. ¿Y qué son todas esas estupideces sobre que Alean ama a otro?

—Acabo de deducirlo por mí mismo.

—¿Qué es lo que has deducido? Intenta concretar un poco más, Kalten.

—¿No la oíste cantar el día de nuestra partida?

—Por supuesto que sí. Tiene una voz preciosa.

—No estoy hablando de su voz. Estoy hablando de la canción que cantaba. Era *Mi hermoso muchacho de ojos azules*.

—¿Y?

—Es Berit, Falquián. Ella está enamorada de Berit.

—¿De qué estás hablando?

—Lo advertí cuando me senté a cenar. —Kalten volvió a ocultar el rostro entre las manos—. Nunca antes le había prestado ninguna atención, pero cuando lo miré a la cara mientras estábamos hablando, lo vi claramente. Me sorprende que tú no te hayas dado cuenta.

—¿Que no me haya dado cuenta de qué?

—Berit tiene los ojos azules.

Falquián lo miró fijamente. Luego, poniendo mucho cuidado para no echarse a reír, le dijo:

—También los tienes tú... cuando no están inyectados de sangre.

Kalten negó tercamente con la cabeza.

—Los de él son más azules que los míos. Sé que es él. ¡Simplemente lo sé! Dios me está castigando por algunas de las cosas que he hecho en el pasado. Ha hecho que me enamore de una muchacha que ama a otro. Bueno, espero que esté satisfecho. Si lo que quiere es hacerme sufrir, está realizando un buen trabajo.

—¿Quieres hacerme el favor de ser serio?

—Berit es más joven que yo, Falquián, y bien sabe Dios que es más apuesto.

—Kalten...

—Fíjate en la forma en que todas las muchachas que se hallan dentro de un radio de cien metros, se ponen a seguirlo como perrillos. Incluso las muchachas atanas estaban enamorándose todas de él.

—Kalten...

—Sé que es él. Simplemente lo sé. Dios está retorciendo su cuchillo en mi corazón. Ha ido y ha hecho que la única muchacha por la que he sentido esto se enamore de uno de mis hermanos caballeros.

—Kalten...

Kalten se irguió y cuadró los hombros.

—Muy bien, pues —dijo con voz débil—, si es así como lo quiere Dios, así es como será. Si Berit y Alean se aman de verdad, yo no me interpondré en su camino. Me morderé la lengua y mantendré la boca cerrada.

—Kalten...

—¡Pero te juro, Falquián —dijo con vehemencia el pandion rubio—, que si él le hace daño, lo mataré!

—¡Kalten! —le gritó Falquián.

—¿Qué?

Falquián suspiró.

—¿Por qué no vamos a emborracharnos? —sugirió, renunciando completamente.

La mañana siguiente amaneció nublada. Era una capa de nubes bajas, de un gris

sucio, que hervía y se hacía jirones en el fuerte viento de las capas más altas. Se trataba de uno de esos días en los que la tormenta corría por las alturas, proveniente del golfo emplazado al oeste, pero el aire de la superficie estaba completamente calmo. Se pusieron en marcha a primeras horas y avanzaron por las estrechas calles empedradas sobre las que repiqueteaban los cascos de los caballos, y en las que los tenderos de ojos soñolientos comenzaban a abrir sus puertas y sacar fuera las mercancías. Atravesaron las puertas de la ciudad y tomaron el camino que reseguía la costa norte del golfo.

Cuando hubieron cubierto una milla más o menos, Vanion se inclinó desde su silla de montar.

—¿Qué distancia tendremos que recorrer? —le preguntó a Flauta, que estaba, como siempre, acurrucada en brazos de su hermana.

—¿Qué importancia tiene eso? —inquirió a su vez la diosa niña con un encogimiento de hombros.

—Quiero saber cuánto vamos a tardar.

—¿Qué tiene que ver «qué distancia» con «cuánto tiempo»?

—Son la misma cosa, Aphrael. El tiempo y la distancia significan lo mismo cuando uno viaja.

—No. Si sabes lo que estás haciendo, no significan lo mismo.

Falquián siempre había admirado a Vanion, pero nunca tanto como en aquel preciso momento. El preceptor de cabellos de plata ni siquiera alzó la voz.

—A lo único que quiero llegar, divina Aphrael, es a que nadie sabe que estamos aquí. ¿Debemos continuar así? No me molesta una buena pelea de vez en cuando pero ¿el abrirnos camino a golpes de espada a través de multitudes de campesinos edomitas borrachos serviría realmente a algún propósito en este preciso momento?

—Tardas siempre tanto en decir lo que quieres decir, Vanion —le dijo ella—. ¿Por qué no me has dicho directamente que lo que deseabas era que acelerase la marcha?

—Estaba intentando ser cortés. Creo que todos nos sentiremos mejor cuando Falquián vuelva a tener en sus manos el Bhelliom. Sin embargo, depende de ti. Si quieres que el camino que nos queda desde aquí hasta el lugar en el que tienes sumergido el Bhelliom quede regado con sangre y sembrado de cadáveres, estaremos encantados de contentarte.

—Es odioso —le comentó Aphrael a su hermana.

—Oh, yo no diría eso —contestó Sephrenia.

—Claro que tú no. A veces vosotros dos sois peores que Falquián y Ehlana.

Falquián se apresuró a intervenir en aquel momento. Aphrael estaba muy cerca de decir cosas que no debía comentar en presencia de los otros.

—¿Os parece bien si continuamos adelante? —sugirió con bastante firmeza—. Vanion tiene razón, Aphrael, y tú sabes que la tiene. Si Rebal descubre que estamos aquí, tendremos que abrimos paso entre las multitudes de sus seguidores.

—De acuerdo —cedió Flauta de forma bastante repentina.

—Eso ha sido muy rápido —le comentó Talen a Khalad—. Pensaba que iba a mostrarse testaruda al respecto.

—No, Talen —le contentó Aphrael con una sonrisa afectada—. De hecho, estoy deseando oír el enorme grito de desazón que va a resonar en todas las montañas de Daresia cuando nuestros enemigos oigan el sonido del puño de Anakha al cerrarse nuevamente alrededor del Bhelliom. Limitaos a poneros cómodos en vuestras sillas de montar, caballeros, y dejadme el resto a mí.

Falquián se despertó de su sopor con un sobresalto. Cabalgaban al borde de un acantilado altísimo barrido por el viento, con un enfurecido mar que se deshacía en jirones de espuma contra las rocas de abajo. Sephrenia iba delante, y tenía a Flauta protegida entre sus brazos. Los demás la seguían, con las capas apretadamente envueltas alrededor del cuerpo y una pétrea expresión de aguante en los rostros. Se había levantado viento, y los empujaba y tiraba de sus capas.

En todo aquello existían algunas imposibilidades físicas, pero la mente de Falquián parecía incapaz de percibir las. Normalmente, Vanion cabalgaba protectoramente cerca de Sephrenia, pero en aquel momento Vanion no parecía estar con ellos.

Sin embargo, Tynian sí lo estaba. Falquián sabía con absoluta certeza que Tynian estaba a mil leguas de distancia o más, pero allí estaba, con su ancho rostro tan pétreo como el de los demás y su hombro derecho en unas condiciones tan perfectas como siempre.

Falquián no se volvió a mirar a sus espaldas. Sabía que otra imposibilidad cabalgaba detrás de él.

Los caballos avanzaban cuidadosamente por la senda llena de curvas que seguía el borde del largo y ascendente acantilado, hasta un promontorio rocoso que tendía un encorvado dedo de piedra hacia el mar. En el extremo más alejado

del promontorio había un árbol nudoso y retorcido, con las ramas agitándose al viento.

Al llegar al árbol, Sephrenia detuvo el caballo. Kurik se adelantó para bajar a Flauta. Falquián sintió una aguda punzada de amargo resentimiento. Estaba enterado de la necesidad de Aphrael por la simetría, pero aquello iba demasiado lejos.

Kurik dejó a Aphrael de pie en el suelo, y al enderezarse miró a Falquián directamente a la cara. El escudero de Falquián no había cambiado. Sus facciones eran toscas, y su negra barba con algunos hilos de plata, tan áspera como siempre. Sus hombros desnudos eran robustos, y llevaba brazaletes de acero en torno a las muñecas. Sin cambiar siquiera de expresión, le hizo un guiño a su señor.

—Muy bien, pues —les dijo Flauta con voz tensa—, pongámonos a ello antes de que cambien de opinión muchos más de mis primos. Tuve que hablar muy rápidamente y hacer incluso unas cuantas pataletas para conseguir que me dieran su acuerdo, y muchos de ellos tienen aún grandes dudas respecto a todo el asunto.

—Tú no tienes por qué explicarles nada, Flauta —comentó Kurik con aquella voz bronca suya, una voz tan conocida que a Falquián se le llenaron de pronto los ojos de lágrimas—. Simplemente díles lo que deben hacer. Después de todo, son caballeros de la Iglesia, así que están habituados a obedecer órdenes que no comprenden.

Ella se echó a reír con deleite.

—¡Qué inteligente eres, Kurik! Bien, caballeros, venid conmigo.

Aphrael los condujo más allá del nudoso árbol, hasta el borde del espantoso precipicio. A pesar de que se hallaban muy por encima de la superficie, las rugientes olas sonaban como un poderoso trueno.

—Muy bien —dijo Aphrael—. Voy a necesitar vuestra ayuda para esto.

—¿Qué quieres que hagamos? —inquirió Tynian.

—Quedaos aquí y dadme vuestra aprobación.

—¿Que te demos qué?

—Simplemente vuestra aprobación, Tynian. Podréis aclamarme, si queréis, pero no es realmente necesario. Lo único que necesito es aprobación... y cariño, por supuesto... pero en eso último no hay nada insólito. Yo siempre necesito cariño. —Les sonrió misteriosamente a todos.

Luego dio un paso hacia el abismo.

Talen profirió un grito de sobresalto y se lanzó tras ella.

La diosa niña, tan despreocupadamente como si estuviera dando un paseo matinal, caminaba por el aire. Talen, sin embargo, cayó como una piedra.

—¡Oh, hermano! —exclamó Aphrael malhumorada. Hizo un curioso gesto con una mano, y Talen dejó de caer. Quedó tendido en medio del aire, con las extremidades abiertas, el rostro blanco como la tiza, y los ojos desorbitados de horror—. ¿Quieres hacerte cargo de eso, Sephrenia? —le pidió la niña a su hermana—. En este momento estoy ocupada. —Le echó a Talen una mirada de ferocidad—. Tú y yo vamos a mantener una conversación sobre esto, jovencito —le dijo con tono ominoso. Luego se volvió y continuó avanzando hacia el mar abierto.

Sephrenia murmuró palabras en estirio mientras tejía un hechizo con los dedos, y Talen subió por el aire con un curioso movimiento oscilante, deslizándose de un lado para otro como una cometa con el hilo tenso, mientras Sephrenia tiraba de él contra la fuerza de gravedad que intentaba estrellarlo contra las rocas del fondo. Cuando llegó nuevamente al borde del acantilado, el muchacho avanzó varios metros a gatas sobre la hierba sacudida por el viento, hacia el interior de la repisa, antes de desplomarse con violentos temblores.

Aphrael, sin preocuparse, continuaba su paseo por el vacío.

—Estás engordando, Falquián —comentó Kurik con tono crítico—. Necesitas más ejercicio.

Falquián tragó con dificultad.

—¿Quieres hablar de todo esto? —le preguntó a su amigo con voz estrangulada.

—No, realmente, no. En este momento se supone que deberías estar prestándole atención a Aphrael. —Miró a la diosa niña con una leve sonrisa—. Está haciéndose ver, pero no es más que una niña, por lo que supongo que es algo natural. —Hizo una pausa, y cuando volvió a hablar se había apoderado de su voz una nota de añoranza—. ¿Cómo ha estado últimamente Aslade?

—Estaba bien la última vez que la vi. Ella y Elys viven juntas en tu granja, ¿sabes?

Kurik le dirigió a Falquián una mirada de sobresalto.

—Aslade pensó que sería lo mejor. Tus hijos actualmente están todos en proceso de entrenamiento, y pensó que no tenía mucho sentido que ella y Elys estuviesen solas. Se adoran mutuamente.

—Eso es bueno, Falquián —comentó Kurik, casi con asombro—. Eso es

realmente bueno. Siempre me preocupaba un poco lo que pudiera suceder con ellas cuando yo me marchase. —Miró a la diosa niña—. Ponle mucha atención ahora, milord. Está llegando a la parte difícil.

Aphrael estaba muy lejos, por encima de las enormes olas, y había comenzado a relumbrar con una brillante incandescencia. Se detuvo; no era más que una chispa destellante en la distancia.

—Ayudadla, caballeros —ordenó Sephrenia—. Enviadle todo el cariño que le tenéis. Ahora os necesita.

La ardiente chispa diminuta se elevó en un arco pequeño y elegante, y luego se lanzó suavemente hacia abajo a través del aire tormentoso, en dirección a las largas olas grises como el plomo que avanzaban pesadamente hacia la rocosa orilla. Descendió y descendió. Y luego penetró en el mar sin que se apreciara ni rastro de salpicaduras.

Falquián contuvo la respiración. La diosa niña pareció permanecer en las aguas durante una eternidad. Ante los ojos del corpulento pandion comenzaron a aparecer puntos negros.

—¡Respira, Falquián! —le ladró Kurik, asestándole a su señor un puñetazo en un hombro—. No le harás mucho bien si te desmayas.

Falquián dejó escapar el aire bruscamente, y se quedó jadeando al borde del precipicio.

—Idiota —masculló Kurik.

—Lo siento —se disculpó Falquián.

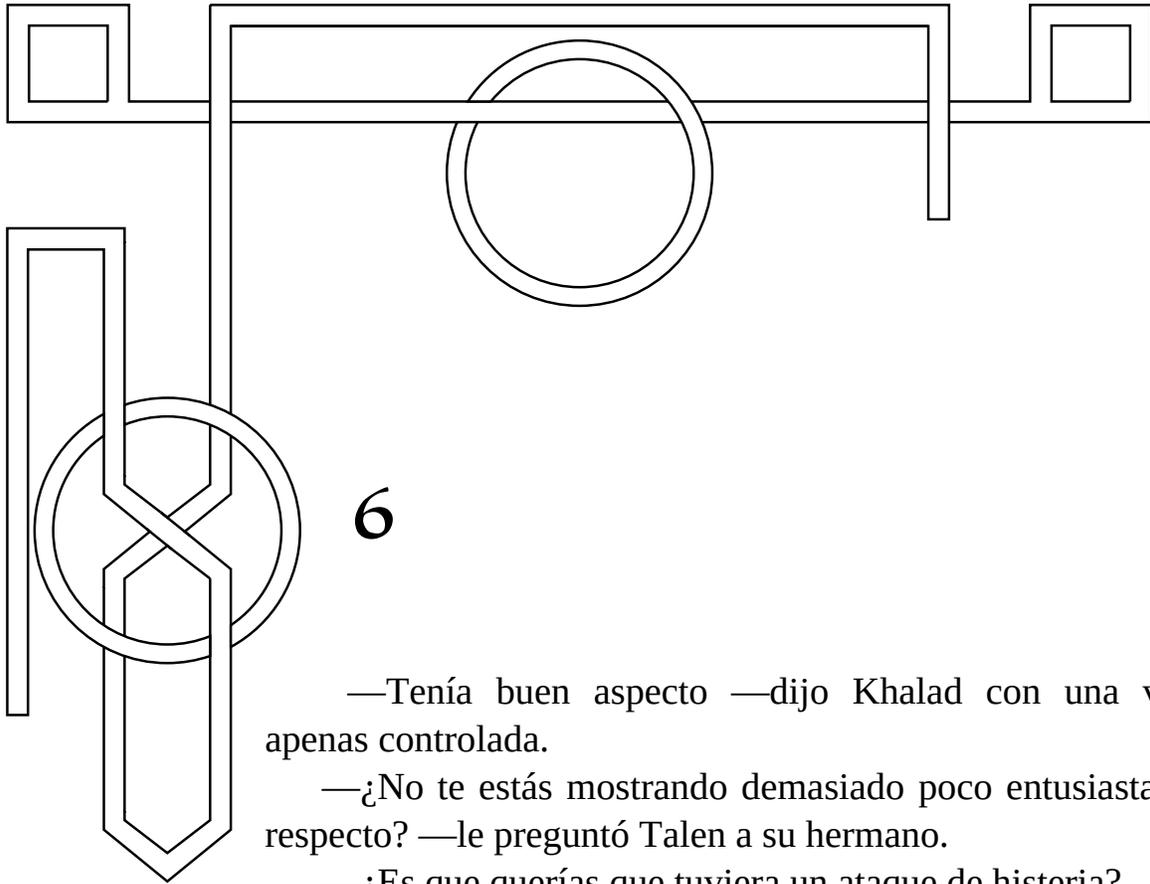
Se concentró en la niña, y sus pensamientos se volvieron terriblemente mezclados. Sin duda, era Aphrael quien estaba allí, debajo de las interminables olas, pero también lo estaba Flauta... y Danae. Aquel pensamiento se aferró a su corazón, y de pronto sintió un frío glacial.

Entonces, la chispa relumbrante atravesó la superficie de las hinchadas aguas. La diosa niña era de un color blanco incandescente al zambullirse, pero cuando salió del mar destellaba con una luz azul brillante. No estaba sola cuando se elevó nuevamente por el aire. El Bhelliom salió con ella, y la tierra misma pareció estremecerse ante su resurgimiento.

Centelleando de azul, Aphrael regresó junto a ellos; traía la misma caja de oro que Falquián había arrojado al mar media docena de años antes. La niña volvió a pisar tierra firme. Se encaminó directamente hacia Falquián y le tendió la brillante caja dorada.

—En tus manos, para bien o para mal, entrego una vez más el Bhelliom,

Anakha —entonó formalmente, mientras depositaba la caja en las manos del caballero. Luego le dedicó una sonrisa traviesa—. Esta vez, intenta no volver a perderlo —agregó.



—Tenía buen aspecto —dijo Khalad con una voz apenas controlada.

—¿No te estás mostrando demasiado poco entusiasta al respecto? —le preguntó Talen a su hermano.

—¿Es que querías que tuviera un ataque de histeria?

—Entonces, ¿lo viste?

—Obviamente.

—¿Dónde estabas? No te vi por ninguna parte.

—Mi señor Vanion y yo estábamos justo allí —replicó Khalad, que señalaba hacia el extremo más alejado del sendero—. Se nos dijo que nos limitaríamos a guardar silencio y observar. Os vimos a todos subir por el promontorio. ¿Por qué saltaste al acantilado de esa manera?

—No quiero hablar de eso.

Falquían no estaba prestándoles de hecho demasiada atención a los demás. Permanecía de pie con la caja entre las manos. Podía sentir que el Bhelliom estaba dentro y, como siempre, no parecía ni amistoso ni hostil.

Flauta lo contemplaba atentamente.

—¿No vas a abrir la caja, Anakha?

—¿Para qué? No necesito al Bhelliom en este preciso instante, ¿verdad?

—¿No quieres volver a verlo?

—Ya sé qué aspecto tiene.

—¿No está llamándote?

—Sí, pero yo no lo escucho. Siempre parece complicar las cosas cuando lo dejo salir, así que será mejor no hacerlo hasta que lo necesite de verdad.

Le dio vueltas a la caja en sus manos y la examinó detenidamente. El trabajo realizado por Kurik había sido meticuloso, aunque la caja carecía de adornos. Era simplemente eso: una caja. El hecho de que estuviese hecha de oro era completamente irrelevante.

—¿Cómo la abriré? Cuando la necesite, quiero decir. No tiene cerradura.

—Simplemente toca la tapa con uno de los anillos. —Ella lo observaba atentamente.

—¿Con cuál?

—Utiliza el tuyo propio. Lo conoce mejor que el de Ehlana. ¿Estás seguro de que no sientes algún tipo de...?

—¿Algún tipo de qué?

—¿No te pican las manos de ganas de tocarlo?

—No es insoportable.

—Ahora comprendo por qué todos los demás miembros de mi familia te tienen miedo. No te pareces en nada a los demás seres humanos.

—Todos somos diferentes en algún sentido, supongo. ¿Qué hacemos ahora?

—Podemos regresar al barco.

—¿Puedes ponerte en contacto con la tripulación?

—Sí.

—¿Por qué no les dices que atraviesen el golfo y nos recojan en algún punto de este lado? De esa forma no tendremos que cabalgar de vuelta hasta Jorsan, y evitaremos cualquier posibilidad de encontrarnos con los entusiastas de Rebal. Puede que algunos de ellos estén a estas alturas lo bastante sobrios como para darse cuenta de que no somos edomitas.

—Estás de un humor extraño, Falquián.

—En este momento estoy un poco descontento contigo, si quieres que te sea sincero.

—¿Qué he hecho yo?

—¿Por qué no lo dejamos?

—¿Ya no me quieres? —El labio inferior comenzó a temblarle.

—Por supuesto que sí, pero eso no cambia el hecho de que esté molesto contigo en este momento. La gente a la que queremos consigue irritarnos de vez en cuando, ¿sabes?

—Lo siento —dijo ella con una vocecilla contrita.

—Ya lo superaré. ¿Hemos acabado aquí? ¿Podemos montar y ponernos en marcha?

—Dentro de un instante —replicó Flauta, pareciendo recordar algo de pronto. Sus ojos se entrecerraron y destellaron peligrosamente—. ¡Tú! —exclamó, levantando un dedo hacia Talen—. ¡Ven aquí!

Talen suspiró e hizo lo que le ordenaban.

—¿Qué creías que estabas haciendo? —le preguntó la niña con tono imperioso.

—Bueno... tenía miedo de que cayeras.

—¡No era yo quien iba a caerse, papanatas! ¡No vuelvas a hacer nunca una cosa así!

Talen podría haber asentido. Aquello habría sido lo más sencillo, y le habría evitado un extenso rapapolvo. Sin embargo, no lo hizo.

—No, Flauta, me temo que las cosas no van a ser así. Yo saltaré cada vez que crea que estás en peligro. —Hizo una mueca—. No se trata de que realmente lo piense así. Quiero asegurarme de que comprendas que no he perdido completamente el seso. Simplemente se trata de que no puedo evitarlo. Cuando te veo en una situación como ésta, comienzo a moverme antes de pensarlo siquiera. Si realmente tienes la intención seria de intentar mantenerme con vida, no hagas cosas así cuando yo esté cerca, porque intentaré detenerte cada vez... por estúpido que sea.

—¿Por qué? —le preguntó ella mientras lo observaba atentamente.

—Creo que se debe a que te quiero —replicó él con un encogimiento de hombros.

Ella profirió un grito de deleite y se arrojó a los brazos de Talen.

—¡Es un muchacho tan adorable! —exclamó, mientras le cubría la cara de besos.

No habían avanzado más de una milla cuando Kalten detuvo su caballo mientras llenaba el aire de sulfuradas imprecaciones.

—¡Kalten! —le espetó Vanion—. ¡Hay damas delante!

—Echa una mirada detrás de nosotros, mi señor —le dijo el pandion rubio.

Había una nube, negra como la tinta, que se arrastraba por el suelo como fango viscoso.

Vanion maldijo y tendió la mano hacia la espada.

—Eso no servirá de nada, milord —le advirtió Falquián, mientras metía la mano dentro de su túnica y sacaba la brillante caja—. Pero esto sí que podría servir. —Pasó el cintillo de la sortija por la tapa de la caja.

Nada sucedió.

—Tienes que decirle que se abra, Falquián —le informó Flauta.

—¡Ábrete! —ordenó Falquián, mientras volvía a tocar la tapa con el anillo.

La tapa se levantó y Falquián vio al Bhelliom que descansaba en el interior. La rosa de zafiro era perfecta, eterna, y destellaba con una luz azul oscura. Sin embargo, pareció extrañamente ofendida cuando Falquián metió la mano y la sacó.

—Todos sabemos quiénes somos —le dijo el caballero a la piedra y a sus mal dispuestos habitantes—. No voy a hablar en lengua troll porque sé que podéis entenderme, independientemente del idioma que emplee. Quiero que dejéis la tontería esa de la nube, ¡y quiero que lo hagáis ahora mismo! Cuando me dé la vuelta, será mejor que esa mancha de oscuridad privada vuestra haya desaparecido. ¡No me importa cómo lo hagáis, pero libraos de esa nube!

La rosa de zafiro se puso repentinamente caliente en la mano del hombre, y pareció casi debatirse contra los dedos que la aferraban. Destellos de color rojo, verde, naranja y púrpura, todos entretejidos con listas blancas, mancharon los azules pétalos del Bhelliom, mientras los dioses troll atrapados en su interior luchaban para resistir. Sin embargo, el Bhelliom parecía ejercer algún tipo de control superior, y aquellos feos titileos se suavizaron mientras la joya comenzaba a destellar con un brillo mayor.

Luego se produjo una repentina y violenta descarga que entumeció el brazo de Falquián hasta el hombro.

—¡Así se hace! —gritó Kalten con una explosiva carcajada. Falquián se volvió desde su montura y vio que la nube había desaparecido.

—¿Qué ha sucedido?

—Comenzó a dar algo así como coletazos, como una anguila recién pescada... —Kalten volvió a reír— y luego estalló en pedazos. ¿Qué has hecho, Falquián? No pude oír lo que decías.

—Le hice saber a nuestro amigo azul y a sus inquilinos que esa nube estaba comenzando a irritarme. Luego les insinué algo así como que me ponía desagradable cuando me irritaba.

—Pues tienen que haberte creído.

Flauta contemplaba a Falquián con abierto asombro.

—¿Has roto todas las reglas! —lo acusó.

—A veces lo hago. Es más rápido saltarse las formalidades de vez en cuando.

—Es una cuestión de estilo, Falquián. Técnicamente, yo estoy al mando, y no sé qué van a pensar de mí el Bhelliom y los dioses troll después de esto.

Él se echó a reír y luego depositó suavemente el Bhelliom en el interior de la caja.

—Buen trabajo —le dijo a la gema. Después de todo, iban a tener que trabajar juntos, y un poco de aliento nunca hacía daño. Luego cerró firmemente la tapa—. Ha llegado la hora de especular un poco, caballeros —les anunció a los otros—. ¿Qué conclusiones podemos sacar de esto?

—Para empezar, que saben dónde estamos —comentó Talen.

—Podría deberse a los anillos —observó Sephrenia—. Eso es lo que sucedió la vez anterior. La nube... y la sombra... se concentraban en Falquián y Ehlana al principio porque ellos tenían los anillos.

—El Bhelliom está encerrado en la caja —señaló Falquián—, y también lo están los dioses troll.

—¿Se encuentran todavía dentro de la joya? —le preguntó Ulath.

—Oh, sí —replicó Falquián—. Decididamente pude sentirlos cuando saqué el Bhelliom. —Miró a Aphrael, expresando con cuidado la siguiente frase. Todavía existían cosas que era necesario ocultar—. He oído decir que un dios puede estar en más de un lugar al mismo tiempo. —Le dio a la pregunta un tono de inseguridad.

—Es verdad —replicó ella.

—¿Es eso aplicable también a los dioses troll?

Ella luchó con la pregunta.

—No estoy segura —admitió—. Es un asunto considerablemente complicado, y los dioses troll son bastante limitados.

—¿Los encierra esta caja de la misma forma que la bolsa de malla metálica en Zemoch?

Ella negó con la cabeza.

—Es diferente. Cuando se encuentran rodeados de oro de esa manera, no saben dónde están.

—¿Cambia eso en algo las cosas?

—Tienes que saber dónde estás antes de poder ir a otra parte.

—Aceptaré tu palabra al respecto. —Hizo una mueca—. Creo que podríamos haber cometido un error —comentó amargamente.

—¿Cómo? —inquirió Bevier.

—Realmente no tenemos ninguna prueba absoluta de que los dioses troll estén aliados con nuestro enemigo. Si están atrapados en la caja con el Bhelliom y no pueden salir, no pudieron ser ellos, ¿verdad?

—El que vimos en las montañas de Atan era definitivamente Ghworg —insistió Ulath—. Eso significa que al menos él está fuera dando vueltas.

—¿Estás seguro de eso, Ulath? Esos campesinos que estaban en torno a la hoguera también estaban convencidos de que el tipo grande de la armadura era Incetes, ¿sabes?

—Todas las pruebas apuntan en esa dirección, Falquián. Todo lo que hemos visto esta vez es exactamente igual a lo que vimos la anterior, y entonces se trataba de los dioses troll, ¿no?

—Ya no estoy seguro siquiera de eso.

—Bueno, pues algo ha tenido que poseer la suficiente autoridad sobre los trolls como para hacerlos emigrar desde Thalesia a la costa norte de Atan.

—¿Cuánta inteligencia tienes que tener para ser un troll? No estoy diciendo que hicieran algo tan tosco como el engaño que Rebal preparó para aquellos campesinos, pero... —Falquián dejó la frase sin acabar.

—Ése sería un engaño notablemente complejo, querido —murmuró Sephrenia.

—Pero no del todo imposible, pequeña madre. Abandonaré completamente esa línea de pensamiento si me dices que lo que estoy sugiriendo es un imposible.

—No la abandones de momento —replicó ella, con expresión trastornada.

—Aphrael —continuó Falquián—, ¿evitará esta caja que nuestro amigo del otro bando pueda localizar al Bhelliom?

Ella asintió con la cabeza.

—El oro lo protege como un escudo. Nuestro amigo, como tú lo llamas, no puede oírlo ni verlo, así que simplemente no puede avanzar hacia la sensación o el sonido de él.

—Y si metiera dentro también el anillo de Ehlana, ¿lo protegería de la misma forma?

—Sí, pero tu anillo continúa estando en el exterior, donde él puede localizarlo.

—Una cosa a la vez. —Tocó la tapa de la caja con su sortija—. Ábrete —le ordenó.

La tapa chasqueó y se levantó un poco.

—Tú cuida de eso durante un tiempo —le dijo al Bhelliom.

—Por favor, no hagas eso, Falquián —le pidió Vanion con expresión de dolor.

—¿Hacer qué?

—Hablarle de esa manera. Consigues que parezca un ser de verdad.

—Lo siento, Vanion. Me ayuda un poco si pienso en él de esa forma. El Bhelliom tiene decididamente su propia personalidad. —Cerró la tapa y oyó el chasquear del cierre.

—Eh... ¿Flauta? —dijo Khalad con un tono de tanteo.

—¿Sí?

—¿Es la caja la que mantiene al Bhelliom oculto, o se debe a que la caja esté hecha de oro?

—Es el oro, Khalad. Hay algo en el oro que silencia al Bhelliom y lo esconde.

—¿Y funciona también con el anillo de la reina Ehlana?

Ella asintió con la cabeza.

—Yo no puedo sentir ni oír absolutamente nada. —Tendió una mano desplegada hacia la caja que Falquián sostenía en sus manos—. Nada en absoluto —confirmó—. Sin embargo, puedo sentir el anillo de él.

—Ponte un guante de oro —sugirió Kalten.

—¿Cuánto dinero has traído, caballero Kalten? —le preguntó Khalad—. El oro es caro, ¿lo sabías? —Miró el anillo de Falquián con los ojos entrecerrados—. No tienes que cubrirte toda la mano —observó—, sino sólo el anillo.

—Tendré que tener la posibilidad de acceder a él rápidamente, Khalad —le advirtió Falquián.

—Déjame intentarlo. ¿Tiene alguien un florín de oro? Esa moneda es más o menos del tamaño del anillo.

Todos abrieron sus bolsas.

Kalten los miró a todos con expresión esperanzada, luego suspiró y metió la mano en su bolsa.

—Me debes un florín de oro, Falquián —declaró mientras le entregaba la moneda a Khalad.

—Estoy en deuda contigo, Kalten —replicó Falquián con una sonrisa.

—Ya lo creo que lo estás... por valor de un florín de oro. ¿Os parece bien que continuemos? Está comenzando a refrescar aquí fuera.

Se había levantado viento, primero como una brisa, pero iba aumentando de intensidad de forma constante. Siguieron el camino que bajaba de la ladera hasta que se hallaron en el borde interior de una playa de arena, mientras el viento gritaba y les tironeaba de la ropa, y el rostro les escocía por la sal arrojada contra ellos.

—¡Esto es más que un simple temporal! —gritó Ulath por encima del aullante viento—. ¡Creo que tenemos un huracán en preparación!

—¿No es demasiado pronto para los huracanes? —gritó Kalten a su vez.

—Lo es en Eosia —le vociferó Ulath a modo de respuesta.

El aullido del viento comenzó a hacerse más poderoso, y los jinetes cabalgaban bien envueltos en sus capas.

—Será mejor que nos refugiemos de esto —les chilló Vanion—. Un poco más adelante hay una alquería en ruinas. —Entrecerró los ojos para ver a través de la cortina de gotas que llevaba el viento—. Tiene paredes de piedra, así que debería proporcionarnos un poco de cobijo contra el viento.

Pusieron los caballos al galope y llegaron a las ruinas al cabo de unos minutos. El edificio medio desmoronado estaba cubierto a medias por hiedras, y las ventanas de la estructura sin techo parecían mirar desde las paredes como ojos vacíos. La casa se había derrumbado completamente, así que Falquián y sus compañeros desmontaron en el patio y condujeron a los nerviosos caballos hacia lo que obviamente había sido el granero. El suelo estaba cubierto con los trozos que caían de la parte de techo que le quedaba, y se veían excrementos de pájaros en los rincones.

—¿Cuánto suele durar un huracán? —inquirió Vanion.

—Uno o dos días —replicó Ulath con un encogimiento de hombros—. Tres, como mucho.

—Yo no apostaría nada respecto a éste —declaró Bevier—. Se ha levantado con una rapidez algo excesiva para mi gusto, y nos ha obligado a refugiarnos. Estamos inmovilizados en estas ruinas, ¿sabéis?

—Tiene razón —asintió Berit—. ¿No tendríamos que dar casi por seguro que alguien ha levantado esta tormenta para retrasarnos?

Kalten le echó una mirada directa y hostil, una buena indicación de que aún

no se había librado de sus sospechas referentes al joven y la camarera de la reina Ehlana.

—No creo que eso vaya a ser un problema muy grande —comentó Ulath—. En cuanto podamos regresar a bordo del barco, podremos correr más que el huracán.

Aphrael estaba meneando la cabeza.

—¿Qué sucede? —le preguntó él.

—Ese barco no ha sido construido para hacerle frente a un huracán. De hecho, ya lo he enviado de vuelta al lugar del que procedía.

—¿Sin decírnoslo siquiera a nosotros? —objetó Vanion.

—Es mi decisión, Vanion. El barco no nos sirve para nada con este tiempo, así que no tenía sentido alguno ponerlo en peligro.

—A mí me pareció que estaba bien construido —objetó Ulath—. Los constructores tienen que haber tenido en cuenta los vientos fuertes cuando lo diseñaron.

Ella volvió a negar con la cabeza.

—En el lugar del que proviene el barco, no sopla viento.

—En todas partes hay viento, Flauta —señaló él—. No hay un solo lugar en todo este mundo donde el viento no sople de vez en... —Se interrumpió y la miró fijamente—. ¿De dónde proviene ese barco?

—Eso no es asunto tuyo, caballero. Puedo traerlo de vuelta cuando haya pasado la tormenta.

—Si es que pasa —agregó Kalten—. Y no me sorprendería que cuando lo hiciera este granero en ruinas estuviese rodeado por varios miles de fanáticos armados.

Todos se miraron los unos a los otros.

—Creo que será mejor que continuemos adelante, con tormenta o sin ella —decidió Vanion, y se volvió a mirar a Flauta—. ¿Puedes todavía...? Quiero decir que si puedes intervenir con este viento.

—No me facilitará precisamente las cosas —admitió ella con tono sombrío.

—No quiero que te hagas daño —le dijo Sephrenia.

Flauta sacudió una mano como para apartar algo a un lado.

—No te preocupes por mí, Sephrenia.

—No intentes ocultarme cosas, damita. —El tono de Sephrenia era severo—. Sé exactamente lo que va a hacerte todo este viento.

—Y yo sé exactamente lo que le hará a nuestro misterioso enemigo del otro

bando el intentar llevarlo de un lado a otro. El intentar perseguirnos con un huracán a la espalda lo agotará a él mucho más de lo que me agotará a mí el llevar a diez personas a lomos de caballo... y yo soy más rápida que él. No me llaman la diosa ligera por nada, ¿sabes? Puedo correr incluso más rápido que Talen, si tuviera que hacerlo. ¿Adónde te gustaría ir, mi señor Vanion?

El preceptor miró a los demás.

—¿De vuelta a Jorsan?

—Probablemente sea un buen lugar cuando hay huracán —respondió Kalten—. Al menos las camas estarán secas.

—¿Y la cerveza mojada? —inquirió Ulath mientras sonreía.

—Eso ha sido realmente como leerme el pensamiento —admitió Kalten.

El viento aullaba en torno a las esquinas del edificio, pero la posada era una robusta estructura de piedra, y las ventanas tenían postigos sólidos. Falquián se impacientaba por el retraso, pero no podían hacer nada para solucionarlo.

Sephrenia había metido en cama a Flauta inmediatamente después de regresar a la posada, y revoloteaba protectoramente en torno a la niña.

—Está verdaderamente preocupada —informó Vanion—. Creo que existen algunos límites, después de todo. Flauta está intentando quitarle importancia, pero yo reconozco el agotamiento cuando lo veo.

—No morirá, ¿verdad? —inquirió Talen con voz trastornada.

—No puede morir, Talen —replicó Vanion—. Se la puede destruir, pero no puede morir.

—¿Qué diferencia hay?

—No estoy muy seguro —reconoció Vanion—. De lo que sí estoy seguro es de que está muy, muy cansada. No deberíamos haber permitido que hiciera eso.

—Recorrió con los ojos el pasillo al que daba la puerta de la habitación en la que Sephrenia estaba cuidando de la pequeña diosa exhausta—. ¿Dónde está Kalten? —preguntó.

—Él y Ulath han bajado al bodegón, mi señor —replicó Bevier.

—Tendría que haberlo sabido, supongo. Sin embargo, uno de vosotros podría recordarles que no los trataré con miramientos si se sienten mal cuando nos pongamos en camino.

Regresaron a la planta baja y fueron comprobando periódicamente el estado del tiempo. Si algún cambio se había producido, era que el viento ahora estaba

soplando con mayor fuerza.

Finalmente, Falquián regresó a la planta superior y llamó quedamente a la puerta de la habitación de Sephrenia.

—¿Puedo hablar unas palabras con Flauta? —preguntó cuando su tutora le abrió la puerta.

—No. En absoluto —susurró ella—. Acabo de conseguir que se duerma.

Salió al pasillo, cerró la puerta y apoyó protectoramente la espalda contra la misma.

—No voy a hacerle ningún daño, Sephrenia.

—Podrías hacer apuestas más seguras que ésa por toda Daresia —replicó ella con un destello acerado en los ojos—. ¿Qué quieres preguntarle?

—¿Puedo utilizar el Bhelliom para deshacer esta tormenta?

—Probablemente.

—¿Y por qué no hago eso, entonces?

—¿Quieres destruir Jorsan? ¿Y matar a todos los habitantes de la ciudad?

Él la miró fijamente.

—No tienes ni la más ligera idea real de las fuerzas que intervienen en el tiempo atmosférico, ¿verdad, Falquián?

—Bueno, un poco —replicó él.

—No. No creo que la tengas, querido. Quienquiera que haya levantado este huracán, es muy poderoso, y sabe qué es lo que está haciendo, pero el huracán no deja de ser una fuerza natural. Puedes utilizar el Bhelliom para deshacerlo, desde luego, pero si lo haces dejarás en libertad toda esa fuerza reprimida a un tiempo y en un solo lugar. Ni siquiera podrías encontrar los trozos de Jorsan cuando el polvo se posara.

—Quizá sea mejor que abandone la idea.

—Yo lo haría. Ahora, márchate. Tengo que vigilar a Aphrael. Falquián regresó por el pasillo, sintiéndose un poco como un niño al que acaban de enviar a su habitación.

Ulath subía las escaleras en aquel momento.

—¿Tienes un minuto, Falquián? —le preguntó.

—Por supuesto.

—Creo que será mejor que no le quites la vista de encima a Kalten.

—¿Ah, no?

—Está comenzando a tener demasiados pensamientos asesinos respecto a Berit.

—¿Las cosas están yendo demasiado lejos?

—¿Ya estabas enterado? ¿Sobre lo que siente hacia la camarera de tu esposa?

Falquián asintió con la cabeza.

—Cuando más beba, peor va a ponerse, ya sabes... y durante la tormenta no se puede hacer otra cosa que no sea beber. ¿Hay realmente alguna justificación real en esas sospechas que tiene?

—No. Simplemente las ha fabricado de la nada. De hecho, la muchacha le tiene mucho, mucho cariño a él.

—Ya imaginaba yo que algo de eso había. Berit ya está teniendo bastantes problemas con la esposa del emperador, sin necesidad de buscarse más. ¿Hace estas cosas muy a menudo, Kalten? Eso de enamorarse desesperadamente, quiero decir.

—Que yo sepa, es la primera vez. Hasta ahora tomaba el afecto donde podía encontrarlo.

—Es la forma más segura de hacerlo —asintió Ulath—. Pero puesto que ha esperado tanto, ese enamoramiento le está pegando muy fuerte. Será mejor que hagamos todo lo posible para mantenerlos separados a él y a Berit hasta que podamos regresar a Matherion, y Alean tenga la oportunidad de aclarar las cosas.

Khalad se acercó por el pasillo para reunirse con ellos. El escudero de Falquián tenía una especie de expresión disgustada en el rostro.

—Esto no va a funcionar, Falquián —le dijo—. Podría cubrir la piedra con bastante facilidad valiéndome de esto, pero probablemente te llevaría media hora volver a destaparla para poder usar el anillo. Tendré que pensar en alguna otra cosa. Será mejor que me des el anillo. Tendré que ir a hablar con un joyero, y necesitaré medidas precisas.

Falquián sentía grandes reticencias respecto a separarse de la sortija.

—¿No podrías... simplemente...?

Khalad negó con la cabeza.

—Sea lo que fuere lo que decidamos entre el joyero y yo, tendrá que hacerse en el momento. Creo que en ese punto la cosa se reduce a cuánto confías en mí, Falquián.

El caballero pandion suspiró.

—Tenías que ponerlo sobre esas bases, ¿no es cierto, Khalad?

—Pensé que sería la forma más rápida, mi señor. —Khalad tendió la mano abierta, y Falquián, tras quitarse el anillo, se lo entregó—. Gracias —le dijo

Khalad con una sonrisa—. La fe que me tienes es muy conmovedora.

—Bien dicho —murmuró Ulath.

Más tarde, cuando Falquián y Ulath hubieron llevado a Kalten al piso superior para meterlo en la cama, se reunieron todos en la sala principal para cenar. Falquián habló brevemente con el posadero e hizo que llevaran la comida de Sephrenia a su habitación.

—¿Dónde está Talen? —inquirió Bevier, mirando en torno.

—Ha dicho que iba a respirar un poco de aire fresco —replicó Berit.

—¿En medio de un huracán?

—Creo que simplemente está inquieto.

—O que quiere ir a robar algo —agregó Ulath.

La puerta de la posada se abrió de golpe, y el viento empujó a Talen al interior. Llevaba jubón y calzas debajo de la capa, y un estoque a un lado. El arma no parecía estorbarlo mucho. Apoyó la espalda contra la puerta y luchó para cerrarla. Estaba completamente empapado, y por el rostro le bajaban goterones de agua. Sin embargo, los miró a todos con una amplia sonrisa.

—Acabo de resolver un misterio —declaró entre risas, mientras avanzaba hasta donde se encontraban sus compañeros.

—¿Ah, sí? —le preguntó Ulath.

—¿Qué valdría para vosotros, caballeros, el conocer la verdadera identidad de Rebal?

—¿Cómo has conseguido eso? —le preguntó Berit.

—En realidad, por pura suerte. Estaba dando vueltas por ahí fuera. El viento me empujó hacia una callejuela estrecha y me inmovilizó contra la puerta de una tienda que estaba al final. Pensé en entrar para darme un respiro, y lo primero que vi en el interior fue una cara conocida. Nuestro misterioso Rebal es un respetado tendero de Jorsan. Así me lo dijo él mismo. No parece ni la mitad de impresionante cuando lleva delantal.

—¿Un tendero? —preguntó Bevier con incredulidad.

—Sí, así es, caballero... uno de los pilares de la comunidad, si debe creerse lo que él dice. Incluso es miembro del consejo de la ciudad.

—¿Has conseguido obtener su nombre? —inquirió Vanion.

—Por supuesto, milord. Se presentó él mismo en cuanto el viento me empujó por la puerta. Se llama Amador. Incluso le compré una cosa para que continuara

hablando.

—¿De qué es el negocio que tiene? —inquirió Berit.

Talen metió una mano dentro de la capa y sacó una tira de tela color rosa brillante, mojada y un poco manchada.

—¿No os parece bonita? —les preguntó a los demás—. Creo que la secaré y se la regalaré a Flauta.

—No hablarás en serio —dijo Vanion, poniéndose a reír—. ¿Es realmente eso lo que vende?

—Que se me ponga la lengua verde si no digo la verdá' —replicó el muchacho, imitando el dialecto de Caalador—. El hombre de Edom que tiene a todos los tamules temblando como hojas, es un vendedor de cintas. ¿Podéis imaginaros eso? —y se derrumbó en una silla, ruyendo de risa.

—¿Cómo funciona? —preguntó Falquián al día siguiente, mientras le daba vueltas al anillo y miraba la parte inferior.

—Es el mismo mecanismo de uno de esos anillos que usa la gente cuando quiere envenenar la comida o la bebida de alguien —le explicó Khalad—. Hice que el joyero lo quitara de la sortija original y lo montara sobre la tuya de manera que cubriese la piedra. A este lado hay un pequeño gozne y al otro un cierre. Lo único que tienes que hacer es tocar el cierre... que está aquí. —Señaló la diminuta palanca que estaba casi oculta debajo del montaje de aspecto macizo—. El gozne tiene un pequeño resorte, así que la tapa de oro se abre de golpe. —El muchacho tocó la palanquita, y la semiesfera que cubría la piedra saltó y la dejó al descubierto—. ¿Estás seguro de que la sortija funcionará si tocas el Bhelliom sólo con el cintillo? Con esa tapa por en medio, tocar algo con la piedra podría resultar un poco complicado.

—El cintillo funciona perfectamente —replicó Falquián—. Esto es muy astuto, Khalad.

—Gracias. Hice que el joyero lo lavara bien para quitarle el veneno antes de montarlo en tu anillo.

—¿Había sido utilizada, la otra sortija?

—Oh, sí. Uno de los herederos de una noble dama edomita se lo vendió al joyero al morir ella. Calculo que esa mujer tenía muchos enemigos. Al menos al principio. —Khalad rió entre dientes—. El joyero se sintió muy decepcionado conmigo. Quería quedarse un rato a solas con tu anillo. Ese rubí es bastante

valioso. De todas formas, no creo que el Bhelliom reaccione ante un trozo de vidrio. Así que lo vigilé atentamente. Será mejor que averigües si el anillo todavía abre la caja, aunque sólo sea para estar seguros del todo. Si no lo hace, regresaré a la tienda del joyero y comenzaré a cortarle los dedos de las manos. Después de perder dos o tres, recordará dónde escondió el verdadero rubí; es difícil hacer trabajos de grabado fino cuando no se tienen los diez dedos. Pero le dije que haría eso desde el mismo principio, así que probablemente podemos confiar en su integridad.

—Eres un tipo despiadado.

—Sencillamente quería evitar los malos entendidos. Después de que nos aseguremos de que el anillo todavía abre la caja, será mejor que se lo lleves a Flauta y averigües si el oro es lo bastante grueso como para escudar al rubí. Si no lo es, se lo llevaré de vuelta al joyero y haré que agregue más oro a la tapa. Podemos continuar haciéndolo hasta que surta el efecto que deseamos.

—Eres muy práctico, Khalad.

—Alguien de este grupo tiene que serlo.

—¿Qué has hecho con el florín de Kalten?

—Lo usé para pagarle al joyero. Cubrió una parte del coste. De todas formas, me debes el resto a mí.

—Voy a estar en deuda con todo el mundo antes de regresar a casa.

—Eso no tiene importancia, Falquián —replicó Khalad, con una sonrisa—. Todos sabemos que pagas tus deudas.

—¡Ya he tenido bastante! —declaró Falquián con enfado después de echar una mirada por la puerta de la sala principal de la posada. Habían pasado dos días, y acababan de bajar para tomar el desayuno—. Preparémonos para partir.

—No puedo traer de vuelta el barco con esta tormenta, Falquián —le dijo Flauta. La niña estaba pálida, pero obviamente iba recuperándose.

—En ese caso, tendremos que viajar por tierra. Estamos aquí sentados, como una hilera de patos, esperando a que nuestros amigos del otro lado puedan reunir sus fuerzas. Tenemos que ponernos en marcha.

—Vamos a tardar meses en llegar a Matherion si viajamos por tierra, Falquián —objetó Khalad—. Flauta no está lo bastante recuperada como para acelerar la marcha.

—No estoy tan mal como eso, Khalad —protestó Flauta—. Sólo estoy un

poco cansada, eso es todo.

—¿Tienes que hacerlo todo tú sola? —le preguntó Falquián.

—No acabo de comprenderte.

—Si uno de tus primos viniera por aquí, ¿podría ayudarte?

Ella frunció el ceño.

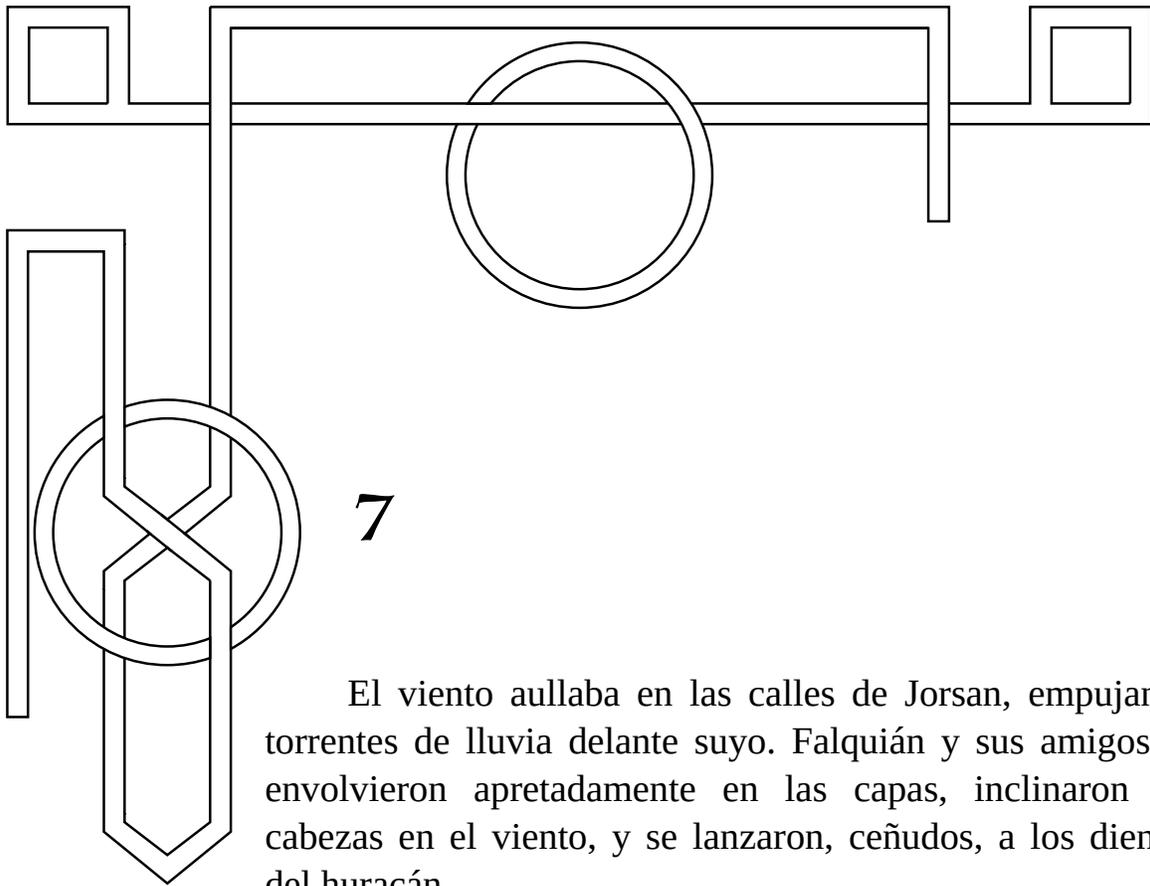
—Digamos que tú tomaras las decisiones y él te prestara sus músculos.

—Es una bonita idea, Falquián —le dijo Sephrenia—, pero no tenemos a ninguno de los primos de Aphrael por aquí.

—No, pero tenemos el Bhelliom.

—Ya sabía yo que sucedería eso —gimió Bevier—. La condenada piedra ha desquiciado la mente de Falquián. Ahora cree que es un dios.

—No, Bevier —replicó Falquián con una sonrisa—. No soy un dios, pero tengo acceso a algo que se le parece mucho. Cuando me pongo esos anillos, el Bhelliom tiene que hacer lo que yo le pida. Eso no es exactamente como ser un dios, pero se asemeja bastante. Desayunemos, y luego el resto de vosotros puede recoger nuestras cosas y sujetarlas a los caballos. Aphrael y yo forjaremos los detalles de cómo vamos a hacer todo eso.



El viento aullaba en las calles de Jorsan, empujando torrentes de lluvia delante suyo. Falquián y sus amigos se envolvieron apretadamente en las capas, inclinaron las cabezas en el viento, y se lanzaron, ceñudos, a los dientes del huracán.

Las puertas de la ciudad no estaban guardadas, y el grupo cabalgó hacia el campo abierto donde el viento, sin estorbos, los embistió con más fuerza. Resultaba imposible hablar, así que Falquián se limitó a señalar hacia el camino fangoso que conducía a Korvan, emplazada a cincuenta leguas al norte.

El camino describió una curva por la parte de atrás de una colina cuando llevaban alrededor de una milla recorrida, y Falquián detuvo allí su caballo.

—Nadie puede vernos ahora —les gritó a los demás por encima del aullante viento—. Intentemos eso y veamos qué sucede. —Metió la mano dentro de su túnica para sacar la caja de oro.

Berit se le acercó al galope desde la retaguardia.

—¡Tenemos jinetes que se nos acercan por detrás! —gritó, enjugándose la lluvia de la cara.

—¿Nos siguen a nosotros? —inquirió Kalten.

Berit tendió las manos, con incertidumbre.

—¿Cuántos son? —preguntó Ulath.

—Veinticinco o treinta, caballero Ulath. No he podido verlos con mucha

claridad con esta lluvia, pero me ha parecido que llevan algún tipo de armadura.

—Bien. —Kalten rechinó los dientes—. No es muy divertido matar aficionados.

—¿Qué crees tú? —le preguntó Falquián a Vanion.

—Echemos una mirada. Puede que no estén en absoluto interesados en nosotros.

Los dos dieron media vuelta y desanduvieron unos doscientos metros por el fangoso camino.

Los jinetes que venían por detrás habían aminorado el paso. Eran hombres de aspecto rudo, ataviados con pieles y armados principalmente con lanzas de punta de bronce. El que iba en cabeza tenía una barba erizada y un casco de aspecto arcaico adornado con un par de astas de ciervo.

—Ya basta —comentó brevemente Falquián—. Está claro que nos siguen a nosotros. Vayamos a buscar a los demás y enfrentémonos con esto.

Regresaron hasta donde sus amigos se habían refugiado en el lado de sotavento de una arboleda de pinos.

—La tormenta le ha dado tiempo a Rebal para pedir ayuda. Los hombres que nos siguen son guerreros de la edad de bronce.

—¿Como los lamorks que nos atacaron en las afueras de Demos? —preguntó Ulath.

—Exacto —respondió Falquián—. Son más probablemente seguidores de Incetes que no de Drychtnath, pero es la misma cosa.

—¿Has podido identificar al jefe? —inquirió Ulath.

—Va a la cabeza del grupo —replicó Vanion.

—Eso hará las cosas más fáciles, entonces.

Vanion le dirigió una mirada interrogativa.

—Esto ya ha sucedido antes —le explicó Falquián—. No sabemos exactamente por qué motivo, pero cuando cae el líder, los demás desaparecen.

—¿No podríamos simplemente escondernos entre los árboles? —preguntó Sephrenia.

—Yo preferiría no arriesgarme a eso —le respondió Vanion—. Ahora sabemos dónde están. Si dejamos que desaparezcan de la vista, podrían rodearnos y tendernos una emboscada. Enfrentémonos a ellos aquí y ahora.

—Estamos perdiendo tiempo —interrumpió abruptamente Kalten—. Pongámonos manos a la obra.

—Khalad —dijo Falquián a su escudero—, llévate a Sephrenia y a los niños

tras los árboles y aléjate un poco. Intenta mantenerte fuera de la vista.

—¡Niños! —objetó Talen.

—Limítate a hacer lo que te dicen —intervino Khalad—, y de momento que no se te ocurra la idea de poner a prueba ese estoque.

Los caballeros dieron media vuelta y regresaron por el camino enfangado para hacer frente a los persecutores.

—¿Están solos? —preguntó Bevier—. Quiero decir que si alguien ha conseguido identificar a quién pueda haberlos resucitado.

—Podremos deducir eso después de matar al tipo de las astas —gruñó Kalten—. Una vez que los demás hayan desaparecido, quienquiera que sea el que haya hecho esto va a quedarse solo bajo la lluvia.

—No tiene ningún sentido esperar —les dijo Vanion con voz ruda—. Comencemos de inmediato. Estoy empezando a mojarme.

Todos echaron las capas a un lado para dejar en libertad el brazo con que blandían la espada, se pusieron los cascos que hasta entonces colgaban de las sillas de montar, y cogieron los escudos.

—Yo lo haré —le dijo Kalten a Falquián, empujando con su montura uno de los costados de *Faran*. En la voz de Kalten se percibía una especie de furia contenida, y sus hombros estaban osadamente erguidos—. ¡Compañeros, adelante! —aulló, mientras desenvainaba la espada.

Los caballeros cargaron.

Los guerreros del siglo nueve retrocedieron momentáneamente, mientras los caballeros con sus cotas de malla se precipitaban hacia ellos a lomos de los enormes caballos que arrojaban grandes terrones de fango tras de sí.

El armamento y las tácticas antiguas no estaban a la altura de las cotas de malla de acero ni de las espadas y hachas contemporáneas, y los achaparrados caballitos de las edades oscuras eran apenas más grandes que los ponies. Kalten cargó contra la vanguardia de los persecutores con sus compañeros desplegados detrás de él en una especie de formación de cuña. El rubio pandion se puso de pie sobre los estribos mientras blandía su espada con amplios y poderosos golpes. Kalten era normalmente un guerrero muy diestro y de mente fría, pero aquel día parecía enfurecido; corría riesgos que no debía, dando golpes demasiado amplios y blandiendo la espada con una fuerza superior a lo que era prudente. Los redondos escudos de bronce de los hombres que se enfrentaban con él apenas amortiguaban sus golpes mientras él se abría paso a través del apretado grupo hacia el hombre barbudo que llevaba el casco con astas de

ciervo. Falquián y los demás, sobresaltados por aquella osada carga, lo seguían, asestando golpes de espada a cualquiera que intentase atacarlos por detrás.

El hombre de la barba aulló un arcaico grito de guerra y espoleó al caballo para que avanzara, mientras blandía una enorme hacha de guerra forjada en bronce.

Casi con desdén, Kalten apartó el golpe de hacha a un lado con el escudo, y le asestó un tremendo golpe desde arriba con su espada, imprimiéndole al arma toda su fuerza. La espada atravesó el escudo de bronce apresuradamente levantado, y la mitad del óvalo brillante salió disparada, llevándose consigo el antebrazo del hombre barbudo.

Kalten volvió a asestar un golpe con la espada, que dio de lleno en la parte superior del casco adornado con astas, y lo atravesó hasta la cabeza del enemigo produciendo una repentina fuente de sangre y sesos. El hombre, ya muerto, fue arrojado de su silla por la fuerza del golpe, y sus seguidores rielaron como espejismos y desaparecieron.

Sin embargo, permaneció en el lugar un hombre montado. La silueta de Rebal, cubierta por una capa negra, se quedó repentinamente sola cuando los guerreros que lo habían rodeado protectoramente dejaron abruptamente de estar allí.

Kalten avanzó hacia él, con la espada cubierta de sangre levantada a media altura en el aire y la muerte en sus ojos azules como el hielo.

Rebal profirió un alarido, hizo girar a su caballo, y huyó de vuelta hacia la tormenta mientras azotaba su montura.

—¡Kalten! —rugió Vanion cuando el caballero espoleó su caballo para perseguir al hombre que huía—. ¡Detente!

—Pero...

—¡Quédate donde estás!

Aún prisionero en las garras de la temeraria furia, Kalten comenzó a objetar.

—¡Es una orden, caballero! ¡Envaina la espada!

—Sí, mi señor —replicó Kalten, mientras deslizaba bruscamente la ensangrentada hoja en su vaina.

—¡Vuelve a sacar esa arma! —le aulló Vanion—. ¡Límpiala antes de enfundarla!

—Lo siento, mi señor Vanion. Lo había olvidado.

—¡Olvidado! ¿Qué quieres decir con «olvidado»? ¿Es que eres un cachorro a medio crecer? ¡Limpia esa espada, caballero! ¡Quiero verla brillar antes de que

la guardes!

—Sí, mi señor —murmuró Kalten.

—¿Qué has dicho?

—¡Sí, mi señor! —gritó esta vez Kalten.

—Eso está un poco mejor.

—Gracias, Vanion —murmuró Falquián.

—¡Ya te arreglaré a ti las cuentas más tarde, Falquián! —le ladró Vanion—.

El hacer que aprendiera a cuidar de su equipo era responsabilidad tuya. Se supone que eres un líder de hombres, no un cabrero. —El preceptor miró en torno—. Muy bien —continuó con tono cortante—. Somos soldados de Dios. ¡Al menos intentemos aparentar que sabemos lo que estamos haciendo!

Entre los árboles hallaron un poco de refugio contra el viento. Vanion condujo a los caballeros a través de la arboleda para reunirse con Sephrenia, Khalad y los «niños».

—¿Estáis todos bien? —se apresuró a preguntar Sephrenia.

—No tenemos ninguna herida *visible*, pequeña madre —replicó Falquián.

Ella lo miró interrogativamente.

—Mi señor Vanion tiene hoy la voz en excelentes condiciones —replicó Ulath con una sonrisa torcida—. Estaba un poco descontento con un par de nosotros, y nos habló de ello... con firmeza.

—Con eso ya basta, caballero —le dijo Vanion.

—Sí, mi señor.

—¿Habéis podido identificar al que ha resucitado a ese grupo de guerreros? —le preguntó Khalad a Falquián.

—No. Rebal estaba con ellos, pero no hemos visto a nadie más.

—¿Qué tal fue la pelea?

—Tendrías que haberla visto, Khalad —respondió Berit con entusiasmo—. ¡El caballero Kalten estuvo absolutamente estupendo!

Kalten lo miró con ferocidad.

Sephrenia los miró a ambos con expresión sagaz.

—Podremos hablar de todo eso cuando hayamos salido de la tormenta —les dijo—. ¿Estás preparado, Falquián?

—En un momento —replicó él, mientras se metía una mano dentro de la túnica, de donde sacó la caja y le ordenó abrirse. Se puso la sortija de Ehlana y

sacó el Bhelliom del interior.

—Aquí la tienes —declaró Sephrenia, mientras levantaba a Flauta y Falquián la tomaba en brazos.

—¿Cómo tenemos que hacerlo? —le preguntó el hombre a la niña.

—Una vez que hayamos empezado, yo hablaré a través de tus labios —replicó ella—. Tú no comprenderás lo que yo digo porque el idioma te será ajeno.

—¿Algún oscuro dialecto estirio?

—No, Falquián, no será estirio. Es un poco más antiguo que eso. Simplemente, relájate. Yo te conduciré en este caso. Dame la caja. Cuando el Bhelliom se desplaza de un lugar a otro, tiembla absolutamente todo. No creo que nuestro amigo del otro bando pueda ser capaz de localizar al Bhelliom inmediatamente después, así que si lo metes enseguida de vuelta en la caja, junto con el anillo de tu esposa, y cierras la cubierta de tu propia sortija, él no tendrá ni idea de adónde hemos ido a parar. Ahora, coge al Bhelliom con ambas manos y hazle saber quién eres.

—Él debería de saberlo ya.

—Recuérdaselo, Falquián, y háblale en lengua troll. Observemos las formalidades. —La niña se acurrucó en el círculo protector de los brazos del hombre cubiertos con la cota de malla.

Falquián levantó el Bhelliom, asegurándose de que los dos anillos estaban en firme contacto con él.

—Rosa Azul —le dijo en idioma troll—. Soy Falquián de Elenia. ¿Me conoces?

El destello que hasta entonces le había bañado las manos, se endureció, transformándose en una luz de acero recién forjado. La relación de Falquián con el Bhelliom era ambigua, y la gema flor no tenía motivo alguno para quererlo.

—Dile quién eres en realidad, Falquián —sugirió Flauta—. Asegúrate de que te reconozca.

—Rosa Azul —volvió a decir Falquián, una vez más en el monstruoso idioma troll—. Yo soy Anakha, y llevo puestos los anillos. ¿Me reconoces?

El Bhelliom se estremeció ligeramente cuando el caballero pronunció aquel nombre fatal, y una parte de la dureza que había en su luz huyó de los pétalos.

—Eso ya es un comienzo —murmuró él—. ¿Y ahora, qué?

—Ahora es mi turno —replicó la niña—. Relájate, Falquián. Déjame entrar en tu mente.

Aquél era un proceso extraño. Falquián casi sintió como si su propia voluntad hubiese quedado en suspenso al tomar la diosa niña la mente de él en sus manos con suavidad, incluso amorosamente. La voz que salió de los labios del hombre era extrañamente suave, y el idioma que hablaba le resultaba obsesivamente familiar, un idioma que permanecía en la más alejada periferia de su entendimiento.

Entonces el mundo que lo rodeaba pareció volverse borroso, y desapareció momentáneamente en una especie de crepúsculo luminoso. Luego, cuando volvió la nitidez, el sol estaba brillando. Ya no llovía y el viento había amainado hasta transformarse en una suave brisa.

—¿Qué idea tan asombrosa! —exclamó Aphrael—. ¡Yo ni siquiera había pensado en eso ni por un instante! Guarda el Bhelliom, Falquián, rápido.

Falquián depositó la gema y el anillo de Ehlana dentro de la caja, y cerró la tapa de su propia sortija. Luego se volvió a mirar hacia el sur. Baja en el horizonte, se veía una línea de nubes intensamente oscura. Entonces miró otra vez hacia el norte, y vio un poblado de buen tamaño al pie de una colina, una ciudad pequeña de aspecto agradable con techos de tejas rojas que brillaban al sol del otoño.

—¿Es eso Korvan? —preguntó, inseguro de la respuesta.

—Bueno, por supuesto que lo es —replicó Flauta con una graciosa inclinación de su cabecita—. ¿No era allí donde dijisteis que queríais ir, Falquián?

—Hemos viajado a buen paso —observó dulcemente Ulath. Sephrenia se echó a reír a carcajadas.

—Queríamos poner a prueba el vigor de nuestro amigo —les explicó—. Ahora descubriremos exactamente cuánta resistencia tiene. Si quiere continuar persiguiéndonos, tendrá que recoger su huracán y correr tras nosotros todo lo rápido de que sea capaz.

—¡Oh, esto sí que va a ser divertido! —exclamó Flauta, dando palmas de deleite—. Nunca hubiera creído que podríamos dar un salto tan grande.

Kalten miró con los ojos entrecerrados el brillante sol otoñal.

—Yo diría que falta muy poco para el mediodía. ¿Por qué no bajamos hasta Korvan y almorzamos temprano? La pelea me ha abierto bastante el apetito.

—Puede que no sea una mala idea, Falquián —asintió Vanion—. La situación acaba de cambiar, así que nos interesa revisar nuestros planes y ver si hay que modificarlos.

Falquián asintió con la cabeza. Golpeó suavemente los flancos de *Faran* con los tacones, y todos se pusieron en camino, ladera abajo, hacia Korvan.

—Me has dado la impresión de estar sorprendida —le murmuró a Flauta al oírlo.

—¿Sorprendida? Me quedé pasmada.

—¿A causa de qué?

—Realmente, no lo comprenderías, padre. ¿Recuerdas cómo se desplazaba el dios troll Ghnomb a través de Pelosia?

—Hizo algo así como congelar el tiempo, ¿no es cierto?

Ella asintió con la cabeza.

—Yo siempre lo he hecho de una forma diferente, pero es que yo soy más sofisticada que Ghnomb. El Bhelliom lo hace de otra manera diferente a la de nosotros dos... mucho más simple, en realidad. Ghnomb y yo somos diferentes, pero ambos formamos parte de este mundo, así que el terreno es muy importante para los dos. Nos proporciona una sensación de permanencia y emplazamiento. El Bhelliom no parece necesitar puntos de referencia. Aparentemente, no hace más que pensar en otro sitio y ya se encuentra en él.

—¿Podrías hacerlo tú de esa forma?

Ella frunció los labios.

—No lo creo. —Suspiró—. Es un poco humillante admitirlo, pero el Bhelliom es muchísimo más sabio que yo.

—Pero ni con mucho tan adorable.

—Gracias, amable señor.

A Falquián se le ocurrió de pronto una idea.

—¿Está Danae en Matherion?

—Por supuesto.

—¿Cómo está tu madre?

—Está bien. Ella y los ladrones están muy atareados intentando ponerles las manos encima a algunos documentos que están escondidos en alguna parte del Ministerio del Interior.

—¿Todavía están las cosas bajo control, por allí?

—Por el momento, sí. Ya sé que te he provocado con ello algunas veces, pero es muy difícil estar en dos lugares al mismo tiempo. Danae está durmiendo mucho, por lo que yo estoy perdiéndome una gran parte de lo que sucede a su alrededor. Madre está un poco preocupada. Piensa que Danae podría estar enferma.

—No la preocupes demasiado.

—No lo haré, padre.

Entraron en Korvan y hallaron una posada de aspecto respetable.

Ulath habló una o dos palabras con el posadero, y todos fueron escoltados al interior de un comedor privado que estaba en la parte de atrás, donde el sol entraba a raudales a través de las ventanas y hacía brillar las mesas y bancos de roble.

—¿Puedes evitar que cualquiera que pueda sentir excesiva curiosidad nos escuche a hurtadillas, pequeña madre? —le preguntó Falquián.

—¿Cuántas veces vas a tener que formularme esa pregunta antes de saber la respuesta? —inquirió ella a su vez, con un suspiro de cansancio.

—Simplemente quería asegurarme, eso es todo.

Se quitaron las capas, apilaron sus armas en un rincón, y se sentaron a la mesa.

Una muchacha de servicio, bizca y desaliñada, entró para informarles qué había preparado la cocina para aquel día.

Sephrenia negó con la cabeza.

—Díselo, Vanion.

—La dama y yo... y la niña... comeremos cordero —declaró con firmeza—. No nos gusta mucho el cerdo.

—El cosinero no ha prepara'o cordero —gimoteó la muchacha.

—En ese caso, será mejor que le digas que comience a hacerlo.

—Eso no va a gustarle.

—No tiene que gustarle. Dile que si no nos prepara el cordero nos llevaremos nuestro dinero a otra posada. Al dueño no va a gustarle que lo hagamos, ¿no crees?

El rostro de la muchacha adquirió una expresión rígida, y ella salió del comedor como una tromba.

—Ése es exactamente el Vanion al que llegamos a conocer y querer cuando éramos muchachos —comentó Kalten entre risas. La pelea de aquella mañana parecía haberle mejorado el humor.

Vanion desplegó el mapa.

—Tenemos un camino bastante bueno hasta llegar al este —declaró, mientras reseguía con el dedo una línea que cruzaba el mapa de oeste a este—. Atraviesa Edom y luego cruza Cynesga. Atravesaremos la frontera hacia el propio Tamul en Sama. —Miró a Flauta—. ¿Hasta dónde puede saltar el

Bhelliom cada vez?

—¿Te gustaría hacerle una visita a la Luna, mi señor Vanion? —preguntó la niña, tras lo cual frunció el ceño—. Sin embargo, existe una desventaja. El Bhelliom produce un sonido muy característico cuando hace algo. Probablemente ni siquiera sabe que lo produce, pero sin duda anuncia su emplazamiento con él. Puede que tengamos la posibilidad de enseñarle a ocultarse, pero eso requerirá tiempo.

—Y eso plantea también otro asunto —agregó Sephrenia—. Falquián tiene en sus manos el poder del Bhelliom, pero todavía no sabe cómo utilizarlo.

—Gracias —dijo él con sequedad.

—Lo siento, querido, pero no lo sabes. Cada vez que lo has tenido contigo, Aphrael o yo hemos tenido que conducirte paso a paso. Decididamente, vamos a necesitar algún tiempo. Tenemos que enseñarle al Bhelliom a guardar silencio, y tenemos que enseñarte a ti a utilizarlo sin que alguien tenga que cogerte de la mano.

—También yo te quiero, Sephrenia.

Ella sonrió afectuosamente.

—Tienes en las manos un poder tremendo, Falquián, pero no servirá de mucho si lo único que sabes hacer con él es sacudirlo como un estandarte de batalla. No creo que debamos regresar apresuradamente a Matherion. La historia que habéis tramado para Ehlana justificará nuestra ausencia durante dos o tres semanas más. Por supuesto, necesitaremos eludir las trampas y emboscadas que nuestros enemigos nos prepararán a lo largo del camino. —Hizo una pausa—. Puede que nos resulten de utilidad. Te darán algo sobre lo que practicar.

—Dar saltos por todas partes —gruñó Ulath.

—¿Quieres hacer el favor de dejar de hacer eso, Ulath? —le espetó la mujer estirando el thalesiano.

—Lo siento, Sephrenia. Es un hábito personal. Cuando he razonado algo, me limito a descolgarme con la conclusión. Los pasos intermedios no suelen ser muy interesantes. Nuestros amigos del otro bando han estado encendiendo disturbios al azar con el único fin de mantener a los atanes corriendo de aquí para allá por todo el continente: hombres lobo por este lado, vampiros por el otro, seres fulgentes en aquella dirección, y ejércitos de la antigüedad en ésta. ¿Sabes?, creo que podríamos plagiar una página de su propio libro. Ellos pueden oír y percibir al Bhelliom..., especialmente cuando está haciendo algo ruidoso. Colijo que no existe un límite real en las distancias que puede saltar cada vez, así

que supongamos que Falquián quiere saber qué tiempo hace en Darsas. Hace que el Bhelliom lo pille por el pescuezo y lo deje en la plaza que está delante del palacio del rey Alberen. Permanece allí durante alrededor de una hora, el tiempo necesario para que los del otro lado lo huelan, y luego atraviesa el continente, hasta Beresa, en Arjuna meridional, y se queda el tiempo necesario como para que su presencia sea detectable también allí. Luego se va a Sarsos, después a Jura, en Daconia meridional, regresa a Cimmura para saludar a Platime..., todo en el espacio de una sola tarde. Adquirirá una enorme práctica en la utilización del Bhelliom, y hacia la puesta del sol los otros no sabrán ni dónde está realmente ni adónde irá a continuación. Para hacerlo todavía más divertido, nuestro misterioso amigo no sabrá cual de esos saltitos fue el significativo, y casi se verá obligado a seguirlo por todas partes.

—Con ese huracán cargado a la espalda a cada paso del camino —agregó Kalten—. Ulath, eres brillante.

—Sí —asintió el thalesiano de rubias trenzas con una decorosa modestia—. Ya lo sé.

—Me gusta esa idea —aprobó Vanion—. ¿Qué te parece a ti, Sephrenia?

—Sin duda les dará a Falquián y al Bhelliom la oportunidad de llegar a conocerse mutuamente —asintió ella—, y eso es básicamente lo que necesitamos ahora. Cuanto mejor se conozcan el uno al otro, mejor podrán trabajar juntos. Lo siento, caballero Ulath. Descuélgate con tus conclusiones siempre que te apetezca.

—Bien, pues —declaró Vanion con su tono más profesional—. Cuando Falquián se haya marchado en una de esas excursiones, el resto de nosotros seremos más o menos invisibles... bueno, no realmente invisibles, pero si el Bhelliom no está con nosotros, nuestro amigo no tendrá la posibilidad de percibirnos ni oírnos, ¿verdad?

—Probablemente, no —asintió Flauta—. Pero incluso aunque pudiera, Falquián estará haciendo tanto escándalo que en realidad no os prestará demasiada atención a vosotros.

—Fantástico. Digamos que Falquián salta hasta Darsas y sacude todas las ventanas de la ciudad. Luego salta de regreso aquí, nos recoge a nosotros y nos deposita... —Miró el mapa con el ceño fruncido—, en Cyron, en la frontera de Cynesga. —Apoyó el dedo sobre un punto del plano—. Luego da unos cuantos saltos más por ahí, con los anillos y el Bhelliom al descubierto para que nuestro amigo sepa dónde está cada vez. Luego se reúne con nosotros en Cyrgon y

guarda el Bhelliom nuevamente en la caja. A esas alturas, nuestro amigo estará tan confundido que no sabrá dónde estamos realmente.

—Pon mucha atención, Falquián —le dijo Kalten con una sonrisa—. Ésa es la forma en que se supone que debe pensar un preceptor.

Falquián gruñó. Luego se le ocurrió algo.

—Quiero hablar un momento contigo cuando salgamos de aquí —le dijo en voz baja a su rubio amigo.

—¿Tengo problemas?

—Todavía no, pero te los estás buscando.

La desaliñada sirvienta les trajo la comida, y mientras la servía le echó una mirada feroz a Vanion; Falquián y sus amigos se pusieron a comer.

No se demoraron después del almuerzo, sino que se levantaron de inmediato y salieron apresuradamente al exterior.

—¿Qué problema hay? —le preguntó Kalten a Falquián mientras seguían a los demás, en retaguardia.

—Deja de intentar que te maten.

—¿De qué estás hablando?

—No te hagas el distraído, Kalten. Vi perfectamente lo que estabas haciendo esta mañana. ¿Es que no te das cuenta de lo transparente que resultas para la gente que te conoce?

—Eres de una inteligencia malsana, Falquián —lo acusó el pandion rubio.

—Es un defecto de carácter propio. Ya tengo bastantes cosas de las que preocuparme. Haz el favor de no agregar una más.

—Es algo así como una solución perfecta.

—Para un problema inexistente, pedazo de burro. Alean tiene los ojos puestos en ti desde que salimos de Chyrellos. No va a lanzar todo ese esfuerzo por la ventana. Es tras de ti que va, Kalten, no tras de Berit. Si no dejas de hacer estupideces, te llevaré de vuelta a Demos y te haré confirmar en la casa de la madre Iglesia.

—¿Y cómo te propones hacer eso?

—Tengo conmigo a este compañero azul, ¿recuerdas? —Falquián dio unos golpecitos sobre el bulto que tenía en la parte delantera de la túnica—. Puedo llevarte del pelo, depositarte en Demos, y estar de regreso antes de que Vanion monte en su caballo.

—Eso no es justo.

—Ahora estás empezando a hablar como Talen. No trato de ser justo. Lo que

intento es evitar que te mates. Quiero tu palabra de honor.

—No.

—Demos es agradable en esta época del año. Te gustará. Podrás pasar los días orando.

Kalten lo insultó.

—Algunas de las palabras han sido las correctas, Kalten. Ahora lo único que tienes que hacer es reunir las en un juramento apropiado. Créeme, amigo mío, no vas a dar un paso más con nosotros hasta que me hayas jurado acabar con toda esta estupidez.

—Lo juro —murmuró Kalten.

—No es bastante. Hagámoslo de forma bonita y formal. Quiero que te impresione a ti. Tienes una cierta tendencia a pasar las cosas por alto cuando no están minuciosamente especificadas.

—¿Quieres que te firme algo con mi propia sangre? —le preguntó Kalten con tono ácido.

—Es una idea, pero no tengo a mano ningún pergamino. Aceptaré un juramento verbal, por el momento. Sin embargo, puede que cambie de opinión más tarde, así que cuida de que tus venas estén relajadas y tu daga con buen filo.

—¡Falquián! —exclamó el embajador Fontan—. ¿Qué estás haciendo en Darsas? —El anciano diplomático tamul contemplaba a Falquián con asombro.

—Simplemente estoy de paso, excelencia —replicó Falquián—. ¿Puedo entrar?

—Por supuesto que sí, mi muchacho.

Fontan abrió la puerta de par en par y Falquián y Flauta entraron en el estudio alfombrado de rojo de la embajada tamul.

—Tienes buen aspecto, alteza real —le dijo Fontan a la niña con una sonrisa. Luego la miró con mayor atención—. Perdona —se disculpó—. Te confundí con la hija del príncipe Falquián. Te pareces muchísimo a ella.

—Estamos lejanamente emparentadas, excelencia —replicó Flauta sin inmutarse en lo más mínimo.

—¿Te ha llegado noticia de lo sucedido en Matherion hace algunas semanas, excelencia? —le preguntó Falquián, mientras se guardaba el Bhelliom en el bolsillo interior de la túnica.

—Ayer mismo —le respondió Fontan—. ¿Está a salvo el emperador?

Falquián asintió con la cabeza.

—Mi esposa está cuidando de él. Disponemos de poco tiempo, excelencia, así que no podré explicártelo todo. ¿Eres lo bastante cosmopolita como para aceptar la noción de que los estirios tienen algunas habilidades muy insólitas?

Fontan sonrió levemente.

—Príncipe Falquián, un hombre de mi edad está dispuesto a aceptar casi cualquier cosa. Tras el primer sobresalto de asombro que sobreviene cada mañana, al despertarme y descubrir que todavía estoy vivo, puedo enfrentarme al día con una mente abierta.

—Perfecto. Mis amigos y yo salimos de Korvan, Edom, hace alrededor de una hora. Ellos cabalgan ahora hacia Cyron, en dirección a la frontera, pero yo he acudido aquí para hablar contigo.

—¿Hace una hora?

—Tómalo como acto de fe, excelencia —le dijo Flauta—. Es una de esas cosas de los estirios de las que os hablaba Falquián.

—No estoy seguro de cuánto te contó el mensajero —continuó Falquián—, pero es de vital importancia que todos los comandantes atanes del imperio sepan que no deben confiar en el Ministerio del Interior. El ministro Kolata está trabajando para el otro bando.

—Nunca me ha gustado ese hombre —declaró Fontan, y luego miró a Falquián con expresión especulativa—. Ese mensaje difícilmente puede considerarse lo bastante perturbador como para obligarte a violar todo un racimo de leyes naturales, Falquián. ¿Qué estás haciendo realmente en Darsas?

—Dejando pistas falsas, excelencia. Nuestros enemigos tienen maneras de detectar mi presencia, así que voy a proporcionarles una presencia que detectar en varios rincones del imperio con el fin de confundirlos un poco. Mis amigos y yo estamos regresando por tierra desde Korvan a Matherion, y preferimos que no nos tiendan emboscadas por el camino. Ésta no es una visita confidencial, embajador Fontan. Puedes comentar con toda libertad el hecho de que he pasado por aquí. Probablemente ellos ya lo saben, pero será mejor confirmarles el asunto.

—Me gusta tu estilo, Falquián. ¿Vais a cruzar Cynesga?

Falquián asintió con la cabeza.

—Es una tierra desagradable.

—Éstos son tiempos desagradables. Ah, no harás realmente ningún daño si te muestras presumido cuando le digas a la gente que me has visto. Nuestro bando

estaba decididamente en desventaja hasta ahora. Eso cambió hace algunos días. Nuestro enemigo, sea quien fuere, se encuentra en una posición de inferioridad en estos precisos momentos, y me gustaría frotarle por la cara ese hecho durante algún tiempo.

—Le enviaré inmediatamente un mensaje al pregonero de la ciudad. —El anciano miró con ojos miopes hacia el techo—. ¿Cuánto tiempo podéis permanecer aquí?

—Una hora, como mucho.

—Entonces, tenemos tiempo más que suficiente. ¿Por qué no nos acercamos al palacio? Te introduciré en la sala del trono, y podrás presentarle tus respetos al rey... delante de toda su corte. Ésa es la mejor forma que conozco de hacerle saber a todo el mundo que has pasado por aquí.

—Me gusta tu estilo, excelencia —concluyó Falquián con una sonrisa.

Cada vez resultaba más fácil. Al principio, el Bhelliom parecía imposiblemente duro de entender, y Flauta tenía que intervenir y hablarle en aquella lengua que Falquián sospechaba poderosamente que era el idioma de los mismísimos dioses. Gradualmente, la piedra pareció comprender lo que pretendían de ella. Sin embargo, su condescendencia no era nunca de una plena disposición favorable; había que obligarla. Falquián descubrió que el visualizar el mapa de Vanion le ayudaba un poco. Una vez que el Bhelliom comprendió que el mapa no era más que un dibujo del mundo, a Falquián le resultó más fácil explicarle a la piedra adónde quería ir.

Eso no quiere decir que no hubieran algunos comienzos en falso. En una ocasión, cuando había estado concentrándose en la ciudad de Delo, emplazada en la costa este, le pasó por la cabeza el pensamiento de que existía una cierta remota similitud entre ese nombre y el de la ciudad de Demos, de Elenia centrorienta, y tras una bruma momentánea en la que el mundo que lo rodeaba se desplazó y cambió, él y Flauta, a lomos de *Faran*, se hallaron cabalgando a la luz de la luna por el camino que conducía a la granja de Kurik.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Flauta con tono imperioso.

—Mi atención se distrajo. Lo siento.

—Mantén la mente en el trabajo. El Bhelliom responde a lo que estás pensando, no a lo que dices. Probablemente ni siquiera entiende el elenio... pero, por otra parte, ¿quién lo entiende realmente?

—Sé amable...

—Llévanos inmediatamente de vuelta.

—Sí, señora.

Se produjo aquel temblor que ya le era familiar, y la luz de la luna se volvió grisácea. Luego se encontraron de nuevo bajo el sol otoñal, en el camino de Korvan, a pocas leguas de la ciudad, y sus amigos los miraban con asombro.

—¿Qué es lo que ha salido mal? —le preguntó Sephrenia a Flauta.

—Nuestro glorioso dirigente estaba cazando moscas —replicó Flauta con profundo sarcasmo—. Hemos realizado un viaje no programado a Demos.

—¡Demos! —exclamó Vanion—. ¡Eso está al otro lado del mundo!

—Sí —asintió ella—. Allí están ahora en mitad de la noche. Estábamos en la carretera que va a la granja de Kurik. Quizá nuestro fornido comandante sintió nostalgia de la cocina de Aslade.

—Puedo vivir sin esos «fornidos comandantes» y «gloriosos dirigentes» —le aseguró Falquián con acritud.

—Entonces, hazlo bien.

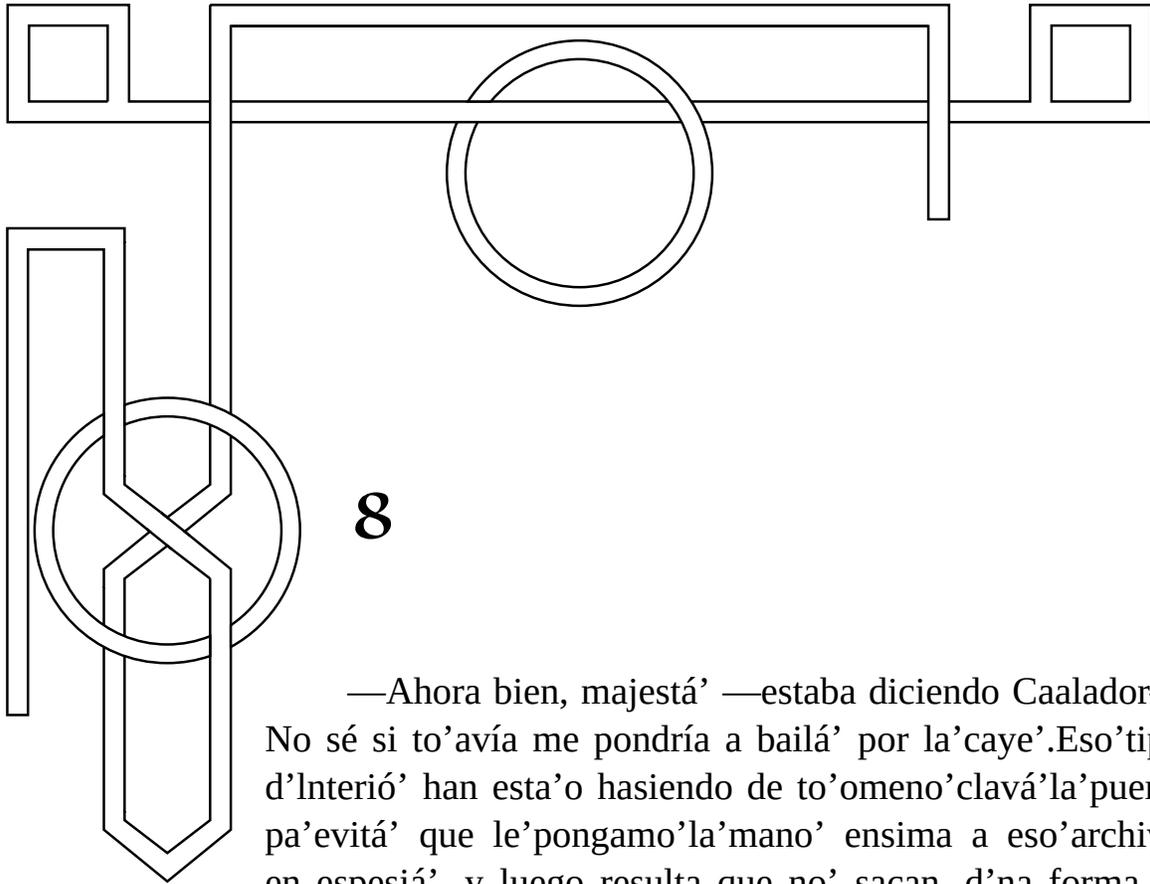
Llegó sin aviso. Esta vez había una cierta desesperación en el estremecimiento de oscuridad que Falquián percibió en la periferia de su campo visual, y un matiz de acosada confusión. Falquián no se detuvo a pensarlo siquiera.

—¡Rosa Azul! —le ladró al Bhelliom mientras levantaba la otra mano para que ambos anillos tocaran los pétalos de color azul profundo—. ¡Destruye esa cosa!

Sintió una sacudida en sus manos y oyó una especie de crujido crepitante a sus espaldas.

La sombra que había estado siguiéndoles los pasos durante tanto tiempo, de la que primero habían pensado que era Azash y luego los dioses troll, profirió un chillido escalofriante y comenzó a balbucear agónicamente. Falquián vio que los ojos de Sephrenia se abrían desmesuradamente.

La sombra no estaba gritando en Zemoch ni en idioma troll, sino en estirio.



8

—Ahora bien, majestá' —estaba diciendo Caalador—. No sé si to'avía me pondría a bailá' por la'caye'. Eso'tipo' d'Interió' han esta'o haciendo de to'omeno'clavá'la'puerta' pa'evitá' que le'pongamo'la'mano' ensima a eso'archivo' en espesiá', y luego resulta que no' sacan, d'na forma así como inespera'a,to'o un puña'odá'archivo' que juraría que ya lo' he mira'o yo mismo una' cuatro o sinco veces' ¿No tiene eso pa' ti un olor así como de pesca'opodri'o?

—¿Qué ha dicho? —inquirió el emperador Sarabian.

—Abriga sospechas —tradujo Ehlana—. Cree que el descubrimiento que hemos hecho de esos archivos ha sido demasiado fácil. Puede que tenga razón.

Habían vuelto a reunirse en las dependencias reales, que a aquellas alturas eran en general llamadas «El castillo de Ehlana», para hablar del sorprendente descubrimiento de un hasta entonces desaparecido grupo de archivos de personal. Los archivos en cuestión estaban apilados sobre la mesa y el piso del salón principal.

—¿Siempre tienes que complicar las cosas, maestro Caalador?

El emperador tenía una expresión ligeramente dolorida. Como solía hacer ya de manera habitual, llevaba ropas de estilo occidental. Ehlana pensaba que la elección de aquella mañana, de un jubón negro y unos calzones gris perla, no era afortunada. El negro hacía que la piel de tono dorado de Sarabian pareciese

amarillenta y enfermiza.

—Soy un timador profesional, majestad —replicó Caalador, abandonando el dialecto—. He aprendido que cuando una cosa parece demasiado buena para ser verdad, probablemente no lo sea.

Stragen estaba mirando los papeles de uno de los archivos.

—Parece que alguien del Ministerio del Interior ha descubierto el secreto de la eterna juventud.

—No seas críptico, Stragen —le pidió Ehlana mientras se arreglaba los pliegues de la bata azul—. Di lo que quieres decir, sin rodeos.

Él extrajo una hoja de papel del archivo que tenía entre las manos.

—Este documento en particular parece haber sido escrito tan sólo la semana pasada... lo que probablemente es verdad. La tinta apenas está seca.

—Piensa que todavía están utilizando esos archivos, mi señor —le recordó Oscagne—, a pesar de los inconvenientes. Probablemente se trate de un documento archivado recientemente.

Stragen sacó otra hoja de papel y entregó ambos documentos al ministro de Exteriores.

—¿Detectas algo poco usual en estos dos papeles, excelencia?

Oscagne se encogió de hombros.

—Uno de ellos es bastante nuevo, el otro se ha vuelto amarillo con el tiempo y la tinta está tan desteñida que apenas se puede leer.

—Exactamente —asintió Stragen—. ¿No te resulta un poquitín extraño que el desteñido sea supuestamente cinco años más joven que el de aspecto reciente?

Oscagne miró con más atención ambas hojas de papel.

—¿Estás intentando decir que han falsificado documentos oficiales? —exclamó—. ¡Eso es un delito capital!

—Déjame verlos —dijo Sarabian.

Oscagne se los entregó.

—Oh, sí —observó el emperador—. Chalba. Kolata ha estado cantando sus alabanzas durante los últimos quince años. —Levantó el documento sospechoso—. Éste es supuestamente su nombramiento para el ministerio. Está fechado no más de dos semanas después de que Kolata asumiera el cargo. —Miró a Stragen—. ¿Crees que han sustituido el original por éste?

—Desde luego, eso es lo que parece, majestad.

Sarabian frunció el ceño.

—¿Qué podría haber en el documento que pudiera interesarles ocultar? —

preguntó.

—No tengo ni idea, majestad. Pero tenía que haber algo. —Hojeó el archivo—. La subida de ese Chalba dentro del ministerio fue verdaderamente meteórica. Parece que lo ascendían cada vez que se volvía de espaldas.

—Eso parece el tipo de cosas que uno hace con un amigo íntimo —reflexionó Oscagne—, o con un pariente.

Sarabian sonrió fugazmente.

—Sí, eso parece, ¿verdad? Tu hermano Itagne parece haber ascendido casi tan rápidamente como Chalba.

Oscagne hizo una mueca.

—No fue idea mía, majestad. Itagne no es un funcionario de carrera del Ministerio de Asuntos Exteriores. Recorro a él en casos de emergencia, y él siempre obtiene de mí promociones mediante la extorsión. Yo preferiría no tener nada que ver con él en absoluto, pero es tan brillante que no me queda alternativa. Mi hermano menor es intensamente competitivo, y no me sorprendería en absoluto que tuviera los ojos puestos en mi propio cargo.

—Este documento falso que ha encontrado Stragen podría darnos un punto de partida —reflexionó Caalador. A veces, el hombre entraba y salía del dialecto como una trucha que diera saltos—. Si Kolata se llevó consigo al ministerio a un grupo de amigos y parientes, ¿no sería razonable que fuesen ellos las personas en las que más confía?

—Desde luego que sí —asintió Stragen—, y por las fechas de las designaciones podremos saber con toda exactitud quiénes son sus compinches, y esos compinches serán las personas en las que más probablemente confió cuando decidió adoptar la traición como pasatiempo. Calculo que cualquiera que haya sido designado para el cargo en una fecha que coincida con el ascenso de Kolata al cargo, probablemente estará implicado en este asunto.

—Lo' que to'avía estén vivo', en todo caso —agregó Caalador—. Un tipo que rechasa l'oportunida'd'unirse con su'amigo' en el negocio'e la traisión, no tiene mucha'espetativa' le vida despué' 'e desí' que no.

—¿Puedo hablar, majestad? —le preguntó Alean a Ehlana con timidez.

—Por supuesto, querida.

La dulce muchacha tenía uno de los archivos entre las manos.

—¿Se destiñe siempre la tinta y se pone el papel amarillo cuando los documentos envejecen? —les preguntó a los demás con una voz apenas audible.

—Ya lo creo que sí, niña —replicó Sarabian con una carcajada—. Eso

vuelve locos a los bibliotecarios.

—¿Y si en uno de estos paquetes de papeles hubiera algo escrito que los funcionarios del Ministerio del Interior no quisieran que nosotros...?

La interrumpió un ataque de carcajadas de Oscagne.

Alean se sonrojó y bajó los ojos.

—No estoy diciendo más que tonterías —dijo con una vocecilla diminuta—. Perdonadme por haber interrumpido.

—Ese lugar se llama *Ministerio del Interior*, Alean —le dijo dulcemente Melidere.

—Yo prefiero la palabra que acaba de emplear ella —comentó Oscagne riendo ahora entre dientes.

—¿Puedo excusarme, mi reina? —preguntó Alean, con el rostro encendido de mortificación.

—Por supuesto, querida —replicó Ehlana con compasión.

—Todavía no, Ehlana —intervino Sarabian—. Ven aquí, niña —le dijo a Alean.

Ella avanzó hasta el asiento del emperador e hizo una reverencia con cierta torpeza.

—¿Sí, majestad? —inquirió con una voz casi inaudible.

—No le hagas caso a Oscagne —le aconsejó—. A veces se deja dominar por su sentido del humor. ¿Qué ibas a decir?

—Es una tontería, majestad. No soy más que una muchacha ignorante. No debería haber hablado.

—Alean —comenzó él con gran dulzura—, fuiste tú quien sugirió que sacáramos todos los archivos de todos los edificios de los ministerios y los desparramáramos por el césped. Ésa resultó ser una idea excelente. No sé nada de esa otra que tienes, pero te aseguro que escucharé todo lo que tengas que decir. Adelante.

—Bueno, majestad —dijo ella, sonrojándose aún más—, según he comprendido de lo que mi señor Stragen acaba de decir, esa gente quiere esconder cosas que estaban escritas, así que escribieron papeles nuevos y los pusieron en el lugar de esos que no querían que viéramos.

—Desde luego, eso es lo que parece que han hecho.

—Bueno, pues si el papel nuevo es blanco y el viejo es amarillo, ¿no significaría que cualquiera cuyos paquetes tuvieran papeles blancos mezclados con amarillos, tiene algo que ocultar?

—¡Oh, buen Dios! —exclamó Stragen, dándose una palmada en la frente con la palma abierta—. ¿Cómo puedo haber sido tan estúpido?

—Y yo lo he sido tanto como tú —agregó Caalador—. Los dos pasamos por encima de la respuesta más sencilla y obvia. ¿Cómo pudo habérsenos escapado?

—Si quisiera mostrarme rencorosa, podría decir que se debe a que sois hombres, maestro Caalador... —replicó la baronesa Melidere sonriendo dulcemente—, y que los hombres adoran las complicaciones innecesarias. Pero no es bonito ser rencoroso, así que no lo diré. —Les dirigió a los dos ladrones una mirada zumbona—. Puede que lo piense, pero no lo diré —agregó.

—Tiene una explicación muy sencilla, majestad —replicó tranquilamente Teovin—. Tú mismo acabas de hablar de ella.

Teovin, el director de la policía secreta del Ministerio del Interior, era un hombre seco y enjuto con rasgos realmente notables. Tenía un aspecto tan corriente que Ehlana pensó que era el agente secreto casi perfecto.

—¿Y cuál es esa brillante explicación que ya he descubierto sin darme siquiera cuenta de ello? —preguntó Sarabian con acritud.

Teovin levantó la página amarillenta que el emperador acababa de entregarle.

—Como muy bien ha señalado tu majestad, la tinta de estos documentos se ha desteñido bastante gravemente. La información de nuestros archivos es vital para la seguridad del imperio, así que no podemos permitir que el tiempo borre los documentos. Los archivos son revisados constantemente, y cualquier documento que presenta señales de aproximarse a la ilegibilidad, es copiado para conservarlo.

—En ese caso, ¿por qué no ha sido copiado el que tienes en la mano, Teovin? —le preguntó el emperador—. Es apenas legible.

Teovin tosió con timidez.

—Eh... consideraciones presupuestarias, majestad —explicó—. El canciller del Tesoro creyó apropiado recortarnos los fondos para este año. En el departamento del Tesoro son muy raros. Siempre actúan como si se tratara de su propio dinero.

—Así lo hacen, ¿verdad? —Sarabian se echó a reír. El emperador, según había advertido Ehlana, era muy rápido de reflejos, y se adaptaba a las sorpresas de forma instantánea—. Las manos del canciller Gashon comienzan a temblar

cada vez que yo empiezo a hablar de reemplazar los baldosines rotos de la sala del trono. Me alegro de que hayamos podido aclarar esto, amigo mío. Es encomiable tu devoción al deber y la preocupación que muestras por los documentos que han sido depositados bajo tu responsabilidad.

—Sólo vivo para servir, majestad. —Teovin hizo una pausa—. Me pregunto... ¿podría hablar con el ministro del Interior Kolata? Hay algunos asuntos, estricta rutina, por supuesto, que debo someter a su atención.

Sarabian se echó a reír.

—Me temo que no, muchacho —le dijo con tono ligero—. Hoy no podrías retener su atención durante mucho tiempo.

—¿Ah, no?

—Anoche cenó un pescado que no estaba del todo fresco, y ha estado vomitando en un cubo desde poco después de la medianoche. Comprobamos de vez en cuando el contenido del cubo, pero aún no se le han salido las uñas de los pies por la boca. Pobre Kolata. No puedo recordar cuándo vi un hombre tan enfermo.

—¿Crees que es grave, majestad? —Teovin parecía genuinamente preocupado.

—Ah, probablemente no. Todos hemos entrado en contacto antes de ahora con comida en malas condiciones, así que sabemos qué esperar. Sin embargo, creo que él sí cree que va a morir. Imagino que más bien desearía poder hacerlo. Tenemos a un médico cuidando de él. Estará bien mañana... más delgado, quizás, y un poco débil, pero lo bastante recuperado como para hacerse cargo de sus asuntos. ¿Por qué no vienes por la mañana? Me aseguraré de que puedas entrar a verlo.

—Como ordene tu majestad —replicó Teovin, dejándose caer para humillarse formalmente ante el emperador. Luego se puso de pie y salió de la sala de audiencias.

Todos aguardaron.

—Se ha marchado —informó Mirtai desde la puerta—. Acaba de salir al patio.

—Es rápido de reflejos, ¿eh? —observó Caalador—. Ni siquiera se ha despeinado cuando tu majestad le entregó ese documento.

—Estaba preparado para lo que le diríamos —dijo Stragen—. Tenía la historia preparada con bastante antelación.

—La explicación que nos ha dado es plausible sin duda, Stragen —señaló

Sarabian.

—Por supuesto, majestad. Los agentes de la policía secreta son muy creativos. Sabemos que el ministro del Interior Kolata está implicado en la traición. Él no sería una gran amenaza si estuviera solo, por lo que toda su agencia es sospechosa. Casi tendremos que dar por seguro que todos los jefes de departamento están comprometidos junto con él. Como ha señalado de forma tan pintoresca Caalador, cualquiera que se negase a unirse a ellos probablemente fue defenestrado en cuanto planteó objeciones.

—¿De qué? —preguntó Melidere.

—Defenestrado. Quiere decir ser arrojado desde una ventana... habitualmente por una alta. No se consigue mucho empujando a alguien por una ventana de la planta baja.

—Realmente no existe semejante palabra, Stragen. Acabas de inventarla.

—No, de veras, baronesa —protestó él—. Es una palabra real. Es una solución corriente al problema de la gente políticamente inconveniente.

—Creo que estamos yéndonos por las ramas —les dijo Ehlana—. Sarabian, ¿por qué inventaste esa historia acerca de Kolata y el pescado en malas condiciones?

—No queremos que sus subordinados descubran que lo mantenemos drogado hasta la inconsciencia durante la mayor parte del tiempo, ¿verdad, Ehlana?

—No, supongo que no. ¿De verdad vas a permitir que Teovin lo vea mañana?

—Quizá deberíamos hacerlo. Llevamos ya tres días respondiéndoles con evasivas a los subordinados de Kolata, y estoy comenzando a quedarme sin excusas. Será mejor que dejemos que uno de ellos lo vea, o comenzarán a sospechar.

—No estoy segura de que sea una buena idea, pero tal vez tienes razón. Alean, sé un encanto y corre a la cocina. Dile al cocinero que esta noche no le drogue la cena a Kolata.

—Sí, majestad —respondió la muchacha.

—Quizá deberías decirles que le den un emético, en cambio —sugirió Stragen.

—¿Y por qué deberíamos hacer eso? —inquirió Melidere.

—El emperador Sarabian acaba de decirle al excelente Teovin que Kolata ha estado todo el día vomitando. No nos gustaría que la gente acusara a su majestad

de mentir como un bellaco, ¿no te parece? El ministro Kolata debe presentar algunos signos de malestar estomacal cuando Teovin lo visite mañana. Un buen emético fuerte se encargará de que así sea.

Alean profirió una risilla malvada.

La princesa real Danae estaba sentada en un diván, ataviando cuidadosamente a *Mmrr* con un vestido de muñecas nuevo. A lo largo de los siglos, Aphrael había advertido que las niñas elenias hacían eso con bastante frecuencia. En realidad no tenía ningún sentido para la diosa niña, pero dado que era una costumbre largamente establecida...

—Oh, déjalo ya —le murmuró a la gata que luchaba—. No estoy haciéndote daño.

*Mmrr* objetó sonoramente, profiriendo un plañidero maullido largo y lastimoso lleno a desbordar de una autocompasión que partía el alma.

—Teovin tenía razón en una cosa —estaba diciéndoles Stragen a los demás.

Habían vuelto a reunirse todos en los aposentos reales, y el ladrón thalesiano estaba perorando una vez más. A Danae le gustaba Stragen, pero el hecho de que adorase sin reservas el sonido de su propia voz, lo hacía tedioso algunas veces.

—El Ministerio del Interior moriría en masa antes que destruir una sola hoja de papel. Los documentos que han sacado de esos archivos están sin duda en alguna parte del edificio, y esos documentos nos dirán cosas que ni siquiera hemos adivinado hasta ahora acerca de la conspiración. Daría mis dientes por echarles una mirada.

—¿Y arruinar tu sonrisa, Stragen? —objetó Melidere—. Muérdete la lengua.

—Habla en sentido figurado, por supuesto.

—Probablemente tenga razón, majestades —asintió Caalador, dejando a un lado el dialecto—. Esos documentos originales serían una mina de oro. Yo no sé si daría mis dientes, pero sí que daría mucho por poder meter las narices en ellos.

Danae miró hacia el techo.

—Elenios —dijo en un susurro—. Si es tan importante para ti, Caalador —declaró en voz alta—, ve y míralos.

—No sé dónde lo tienen escondido, pequeña presiosa.

—Míralos, ¿quieres? —insistió ella con una paciencia exagerada—. Dispones de la totalidad de la noche, cada noche, durante uno o dos meses a partir de ahora, ¿no? Talen me dijo una vez que podía entrar en cualquier casa

del mundo en menos de un cuarto de hora. Vosotros dos tenéis más experiencia que él, así que probablemente no os llevará tanto tiempo. No vais a robar esos papeles, lo único que vais a hacer es leerlos. Si cuando acabéis los dejáis donde los hayáis encontrado, nadie sabrá jamás que los habéis visto.

Caalador y Stragen se miraron con vergüenza el uno al otro.

—¿Por qué no habremos pensado en eso nosotros mismos? —le preguntó Stragen a su amigo.

—Creo que ya os he dicho porqué en una ocasión —les recordó Melidere—. ¿Queréis que os lo repita? Ésa es una idea excelente, princesa. Estos dos puede que a veces no sean muy buenos pensadores, pero son buenos ladrones. Los dos tienen ese aspecto equívoco y de poco fiar.

—Sí que lo tienen un poco, ¿verdad? —asintió Danae. Dejó a *Mmrr* en el piso—. Lista —dijo—. ¿No está adorable?

No obstante, el furioso meneo de la cola de *Mmrr* estropeó completamente el efecto.

—La cola decididamente estropea el modelo, Danae —comentó Sarabian, riendo indulgentemente.

—Oh, eso puedo arreglarlo ahora mismo, Sarabian —le aseguró ella—. Te diré lo que haremos, *Mmrr*. ¿Qué te parece si te ato un enorme lazo rosa de terciopelo en la punta de la cola para arreglar las cosas? Si quieres, podrás menearlo como si fuera un parasol.

La cola de *Mmrr* se detuvo en medio de un barrido.

—Ya suponía que quizá lo verías de esa forma —comentó Danae.

—¿Quieres que vayamos a las mazmorras para ocuparnos de tu lección de esgrima, majestad? —sugirió Stragen—. Creo que esta noche, Caalador y yo vamos a estar ocupados en el papel de asaltantes de edificios.

—Me temo que no sólo esta noche —agregó Caalador—. Hace años que no subo a un tejado.

—Es algo como el nadar, Caalador —le aseguró Stragen—. Una vez que aprendes a hacerlo, nunca lo olvidas.

—Realmente, preferiría saltarme la clase de hoy, mi señor Stragen —le dijo Sarabian—. Todavía tengo agujetas de ayer.

—La esgrima no es como el nadar, majestad —le advirtió Stragen—. Tienes que practicar constantemente. Si vas a llevar ese estoque encima, será mejor que sepas cómo utilizarlo. En una situación apurada, ésa podría ser tu última vía de defensa.

Sarabian suspiró.

—A veces me gustaría no haber siquiera oírlo hablar nunca de los elenios — se lamentó.

—Porque Ehlana me dijo que lo hiciera —declaró Mirtai mientras ella, Engessa, Kring y los dos ladrones atravesaban el césped sembrado de documentos, en dirección al Ministerio del Interior—. Quiere estar segura de que nadie os interrumpirá.

—Mirtai —comenzó Stragen con una expresión dolorida—, te quiero como a una hermana, pero el asalto de edificios es un arte delicado.

—Creo que mi amada puede conseguirlo, amigo Stragen —dijo Kring—. Yo la he visto caminar por una pila de hojas secas sin hacer ruido alguno.

—Sencillamente, no me gusta —protestó Stragen.

—No es necesario que te guste, Stragen-ladrón —intervino Engessa—. Ehlana-reina ha dicho que Mirtai-hija irá con vosotros, y así lo hará ella.

Mirtai sonrió al gigantesco atan.

—Gracias, Engessa-padre. A veces es muy difícil conseguir que los elenios capten la realidad.

—Engessa y yo vamos a relevar a los dos caballeros que están vigilando los documentos —les informó Kring—. Nos quedaremos bastante cerca del edificio, y tendremos a otros hombres por los alrededores. Llamadnos si alguien os sorprende ahí dentro, y correremos a rescataros.

—Nunca antes había tenido a un pelotón de soldados haciendo la vigilancia mientras yo asaltaba un edificio —observó Caalador—. Eso le confiere una dimensión completamente nueva al negocio.

Stragen gruñó amargamente.

—Le quita gran parte de la diversión. Una gran parte de la emoción de asaltar viviendas procede del peligro de que lo atrapen a uno.

—Nunca he probado el asalto de viviendas —admitió Kring—. No es un reto muy interesante entre los pelois, puesto que vivimos en tiendas. Un cuchillo te abriría paso al interior de la tienda más resistente del mundo. Cuando queremos saquear el campamento de alguien, generalmente enviamos a algunos hombres para que hagan huir a los caballos. El dueño del campamento persigue a esos hombres, y eso nos deja el campo libre.

—El asalto de edificios es un delito de sigilo, Kring —le explicó Stragen con

una sonrisa—. Tienes que escabullirte por la noche y escalar tejados. Es tremendamente divertido... y realmente muy rentable.

—Ten cuidado cuando estés ahí arriba, en el tejado —aconsejó Kring a su prometida—. Me he tomado muchísimas molestias para conseguirte, y detestaría perderte a estas alturas. Ah, y hablando de esa, amigo Stragen... y también tú, amigo Caalador... si algo le sucede a ella, ya sabéis que os mataré a los dos, ¿no es cierto?

—No aceptaríamos absolutamente nada más, amigo Kring —replicó Stragen mientras asentía con la cabeza. Mirtai pasó una acariciadora mano por el cráneo de su amado. Stragen había advertido que la muchacha hacía eso con bastante frecuencia. Se preguntaba si la sensación que le producía la cabeza afeitada del hombrecillo habría podido tener algo que ver con la decisión de ella de casarse con Kring.

—Necesitas un afeitado —declaró la gigantesca atana—. Recuérdamelo por la mañana, y me encargaré de ello.

Luego, Stragen, Caalador y Mirtai, vestidos todos con ajustadas ropas negras, se deslizaron a través de las sombras de una arboleda que había cerca del Ministerio del Interior.

—Realmente le tienes mucho cariño al hombrecillo, ¿verdad, Mirtai? —murmuró Stragen con voz queda mientras se agachaba para pasar por debajo de la rama de un árbol.

—¿Kring? Es un tipo de hombre conveniente.

—Ésa es una declaración de pasión bastante floja.

—La pasión es algo íntimo. No debe ser manifestada en público.

—¿Quieres decir, entonces, que sientes algo por él?

—No veo que eso sea asunto tuyo, Stragen.

Había una ligera capa de niebla posada sobre los terrenos del complejo imperial. Ya estaban en otoño, y la niebla subía desde el mar de Tamul cada anochecer. La Luna tardaría aún varias horas en salir, y en general aquélla era una noche perfecta para el asalto.

Caalador jadeaba cuando llegaron al muro que rodeaba el Ministerio del Interior.

—No estoy en forma —masculló.

—Eres casi tan malo como Platime —le dijo Stragen, hablando en voz muy baja.

Luego miró hacia arriba, mientras balanceaba con la mano un pesado

gancho. Se retiró un paso y comenzó a hacer girar el gancho en amplios círculos, dándole más y más cuerda a cada giro. Luego lo lanzó hacia arriba y éste subió arrastrando la cuerda tras de sí. Pasó por encima del muro y cayó al interior, golpeando las piedras con un sonoro chasquido metálico. Después él tironeó de la cuerda para asegurar el punto de sujeción, tras lo cual se sentó sobre la hierba.

—¿No vamos a subir? —le preguntó Mirtai.

—Todavía no. Alguien podría haber oído el golpe del gancho. Aguardaremos hasta que su curiosidad haya tenido tiempo de apagarse.

—Lo'tipo' que has en guardia en medio'e la noche, no están realmente demasia'oansioso' por ir a ve'de'ónde ha veni'o ese ruido, tesoro —le explicó Caalador—. Según mi experiencia, por lo general piensan que una guardia tranquila es una buena guardia, así que no se toman muchas molestias en investigar las cosas. Siempre y cuando nadie le prenda fuego al edificio, no se sienten abrumados por la curiosidad. Amás —dijo, volviendo al dialecto—, los tipo' a lo' que mandan pa' que hagan guardia'e noche, generalmente resultan ser hombre' que beben, y despué'd'una o do'boteya' realmente no pueden oír asolutamente na'. —Miró a Stragen—. ¿Quieres intentarlo en la planta baja antes de subir al tejado? —le preguntó en un elenio intachable.

—No —decidió Stragen—. Las ventanas de la planta baja todo el mundo las revisa siempre dos veces al cerrar un edificio, y los guardias pasan las solitarias horas de la noche manoseando los pomos de las puertas y comprobando que las ventanas están bien cerradas. Personalmente, siempre he preferido los áticos.

—¿Y qué haremos si todas las ventanas del ático están también cerradas? —le preguntó Mirtai.

—Romperemos una —replicó él con un encogimiento de hombros—. El edificio es lo bastante alto como para que una ventana rota no resulte demasiado visible desde el suelo.

—Ocúpate de que no se vea demasiado, Stragen —le advirtió Caalador—. Tengo la sensación de que estaremos entrando allí cada noche durante una o dos semanas. Es un edificio muy grande.

—En ese caso, será mejor comenzar ya —declaró Stragen, mientras se ponía de pie.

Miró hacia el otro lado del césped. La niebla se había hecho visiblemente más espesa. Tiró de la cuerda un par de veces más para asegurarse de que el garfio estaba bien sujeto, y comenzó a trepar.

—Sube tú a continuación, tesoro —le dijo Caalador a Mirtai en voz baja.

—¿Por qué me llamas así?

—Sólo quería se' como amistoso. No quiero 'esí' na' personal, así que no vaya' a quejarte a tu galán de pierna'torsi'a'.E' un tipo amable, pero se pone quisquioso cuando se trata'e ti.

—Sí —asintió Mirtai. Subió rápidamente por la cuerda y se reunió con Stragen en lo alto del muro—. Y ahora, ¿qué? —le preguntó.

—Cruzaremos hasta el tejado y empezaremos a comprobar las ventanas del ático en cuanto Caalador llegue aquí arriba.

—¿Volverás a utilizar el gancho?

Él asintió con la cabeza.

—Los asaltantes de edificios son una cosa así como medio monos, ¿verdad?

—Preferimos pensar en nosotros mismos como ágiles. Ahora bien, si nos tropezamos con alguien en el interior, primero intentaremos ocultarnos. Si eso no funciona, le daremos un golpe en la cabeza. Caalador lleva un pellejo de vino, así que rociaremos al tipo con vino. El olor que le deje hará que lo que cuente al despertar sea menos creíble. Intenta no matar a nadie. Hace falta toda la noche para limpiar el lugar, y tendríamos que llevarnos el cadáver al marcharnos. Éste no es un asalto corriente, y no queremos que nadie sepa que hemos estado aquí.

—Estás repitiendo cosas obvias, Stragen.

—He visto antes tus instintos en funcionamiento, amor. Si tienes que matar a alguien, por favor, intenta dejar la mayor parte de la sangre dentro del cuerpo. No quisiera que me sorprendiesen ahí dentro con un mocho en la mano cuando salga el sol.

—¿Por qué estáis los dos tan afectuosos, esta noche?

—Creo que no acabo de entenderte.

—Caalador ha estado llamándome «tesoro» desde que comenzamos y, ahora, tú acabas de llamarme «amor». ¿Hay algún tipo de significado en eso?

Él rió entre dientes.

—Una banda de asaltantes es un grupo muy unido, Mirtai. Dependemos los unos de los otros para conservar nuestra propia vida. Eso crea poderosos vínculos de afecto... que habitualmente duran hasta el preciso instante en que llega el momento de repartirse el botín. Entonces es cuando a veces las cosas se ponen feas.

—Tengámoslo todo en su sitio antes de hacer ningún movimiento abierto,

Sarabian —le aconsejó Ehlana al emperador—: El Ministerio del Interior sabe que nos traemos algo entre manos, pero todos fingimos que reina la normalidad. La forma acostumbrada de abordar estas cosas es tener a todo el mundo bajo custodia antes de comenzar a publicar proclamas y dismantelar ramas gubernamentales.

—Comprendo tu punto de vista, por supuesto —asintió él. Estaban una vez más de pie en lo alto de las almenas, contemplando la ciudad mientras el sol se alzaba sobre la espesa niebla que cubría el suelo—. Es bonito, ¿verdad? —observó—. El color de la niebla combina casi a la perfección con el reflejo malva de las paredes y cúpulas.

—Tienes una hermosa ciudad.

—Con alguna gente no tan hermosa viviendo en ella. ¿Qué voy a hacer para disponer de una fuerza policial cuando haya dismantelado el Ministerio del Interior?

—Probablemente tendrás que declarar la ley marcial.

Él gimió.

—Me temo que los atanes no van a ganarme muchos amigos. Tienden a tener un concepto de la justicia muy simplificado.

—Nosotros no tenemos que presentarnos a elecciones, Sarabian. Por eso podemos hacer cosas impopulares.

—Sólo hasta un cierto punto —disintió él—. Tengo que convivir con las grandes casas del propio Tamul, y todavía estoy recibiendo cartas de protesta de muchas de ellas sobre los hijos y hermanos que murieron o quedaron tullidos cuando los atanes aplastaron el intento de golpe de estado.

—Eran traidores, ¿no es cierto?

—No —replicó él con un suspiro—. Probablemente no lo eran. Nosotros los tamules consentimos a nuestros hijos, y las casas nobles llevan eso al extremo. Matherion es una ciudad política, y cuando los jóvenes de Tamul entran en la universidad, se espera de ellos que se comprometan en política... habitualmente en la de tipo más radical. El rango y la posición de su familia los protege de las consecuencias del excesivo entusiasmo juvenil. Yo era anarquista en mis épocas estudiantiles. Incluso acaudillé unas cuantas manifestaciones contra el gobierno de mi padre. —Sonrió débilmente—. Solían arrestarme una vez a la semana como promedio. De todas formas, nunca me habrían arrojado a las mazmorras, independientemente del tipo de cosas que llamara a mi padre. Intenté con gran ahínco que me arrojaran a las mazmorras, pero la policía se negaba a cooperar.

—¿Por qué querías pasar tu tiempo en las mazmorras? —le preguntó la reina entre carcajadas.

—Los jóvenes de la nobleza tamul se sienten terriblemente impresionados por los mártires políticos. Habría hecho grandes conquistas amorosas si hubiese conseguido que me metieran en la cárcel durante unos días.

—Pensaba que te habías casado cuando eras un bebé —comentó ella—. ¿No es un poco inapropiado que un hombre casado esté pensando en hacer conquistas amorosas?

—Mi primera esposa y yo dejamos de hablarnos durante unos diez años cuando éramos jóvenes, y el hecho de que por tradición estuviese obligado a tener otras ocho esposas convertía la noción de infidelidad en un concepto irrisorio. —Luego se le ocurrió una idea—. Me pregunto si Caalador consideraría la propuesta de ocupar un cargo dentro de mi gobierno.

—No es lo peor que podrías hacer. Yo tengo un hombre llamado Platime en mi gobierno, y es un ladrón todavía más grande que Caalador. —Ehlana miró hacia un lado y vio que Mirtai se les acercaba por las almenas—. ¿Ha habido suerte? —le preguntó.

—Es difícil decirlo —replicó la atana con un encogimiento de hombros—. Conseguimos entrar con bastante facilidad, pero no encontramos lo que buscábamos. Stragen y Caalador se han marchado a la universidad para hablar con algunos de los eruditos.

—¿Es que les ha entrado de pronto la sed y el hambre de conocimiento? —inquirió Sarabian con tono jovial.

—Eso difísilmente podría se', tesoro —le respondió Mirtai.

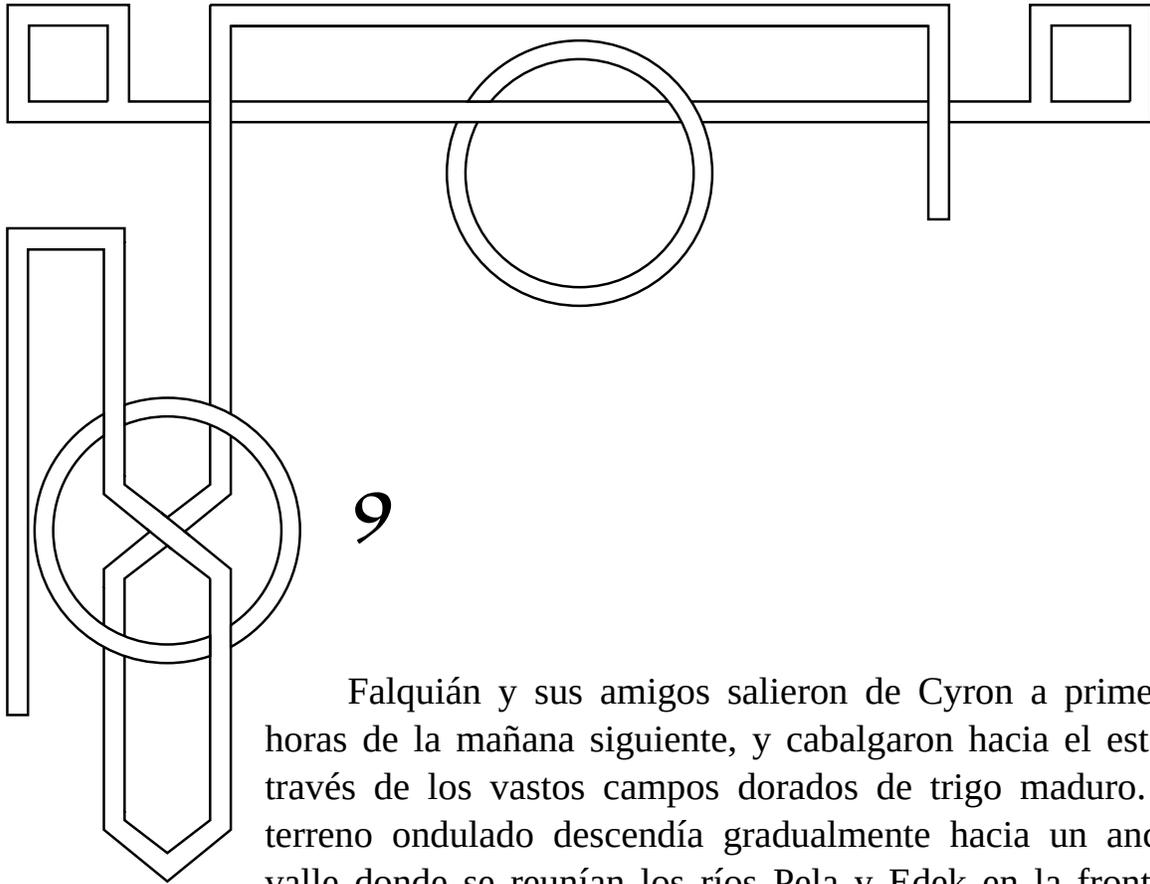
—¿Tesoro? —le preguntó él con incredulidad.

—Pero si lo eres de verdad, Sarabian —le aseguró la gigantesca atana, acariciándole suavemente una mejilla—. Esta noche he descubierto que los conspiradores, los ladrones y demás bribones deben ser muy afectuosos los unos con los otros. Tú estás conspirando con nosotros para derrocar a la policía, así que ahora eres un miembro más de la familia. Stragen quiere hablar con algunos especialistas en arquitectura. Sospecha que podría haber algunas habitaciones secretas en el Ministerio del Interior. Tiene la esperanza de que los planos originales del edificio puedan estar en alguna biblioteca. —Le echó al emperador una astuta mirada de soslayo—. Eso e' lo que'e que están haciendo, tesoro —agregó.

—¿Estás realmente seguro de que quieres que Caalador esté en el gobierno,

Sarabian? —le preguntó Ehlana—. Ese dialecto suyo parece contagiársele a todo el mundo. Dale uno o dos años, y todo el personal del complejo imperial estará llamándote «tesoro».

—Eso podría ser preferible a algunas de las cosas que han estado llamándome últimamente.



Falquián y sus amigos salieron de Cyron a primeras horas de la mañana siguiente, y cabalgaron hacia el este a través de los vastos campos dorados de trigo maduro. El terreno ondulado descendía gradualmente hacia un ancho valle donde se reunían los ríos Pela y Edek en la frontera que separaba Edom de Cynesga.

Falquián cabalgaba al frente con Flauta acurrucada entre los brazos. La niña parecía insólitamente callada aquella mañana, y tras haber llevado en camino alrededor de dos horas, Falquián se inclinó hacia un lado y le miró la cara. Tenía los ojos fijos, vacíos, y el rostro inexpresivo.

—¿Qué te sucede? —le preguntó.

—Ahora no, Falquián —le respondió ella, irritada—. Estoy ocupada.

—Aphrael, ya estamos cerca de la frontera. ¿No deberíamos...?

—Déjame en paz. —La niña apoyó la frente en el pecho del hombre y profirió una pequeña queja de descontento.

—¿Qué sucede, Falquián? —inquirió Sephrenia, que llevó en aquel momento a *Ch'iel* junto a *Faran*.

—Aphrael no quiere hablar conmigo.

Sephrenia se inclinó y miró críticamente el rostro de Flauta.

—Ah —dijo.

—¿Ah, qué?

—Déjala tranquila, Falquián. En este momento está en otra parte.

—Tenemos la frontera justo delante, Sephrenia. ¿Podemos realmente permitirnos el pasar medio día intentando convencerles de que nos dejen pasar?

—Aparentemente, no tendremos más remedio que hablar con ellos. Dámela a mí.

Él levantó a la niña semiinconsciente y la depositó en brazos de su hermana.

—Quizá yo pueda hacer que pasemos al otro lado de la frontera sin ayuda de ella. Ahora sé cómo hay que hacerlo.

—No, Falquián. Todavía no estás preparado para intentarlo tú solo. Decididamente, no nos conviene que comiences precisamente ahora a experimentar por tu cuenta. Tendremos que arriesgarnos con la frontera. No hay forma de saber durante cuánto tiempo va a estar ocupada Aphrael.

—No se trata de nada importante, ¿verdad? Lo que quiero decir es que si Ehlana está en alguna clase de peligro.

—No lo sé, y no quiero molestar a Aphrael en este momento para averiguarlo. Danae cuidará de su madre. Simplemente tendrás que confiar en ella.

—Esto es muy difícil, ¿sabes? ¿Cuánto tiempo lleva adaptar el pensamiento a la idea de que hay tres de ella... y que todas son la misma?

Ella lo miró con perplejidad.

—Aphrael, Flauta y Danae... son todas la misma persona, pero pueden estar en dos sitios a la vez... o incluso en tres hasta donde yo sé... y haciendo dos o tres cosas diferentes.

—Sí —asintió ella.

—¿Siquiera te trastorna un poco, eso?

—¿Te preocupa a ti que tu dios elenio conozca supuestamente los pensamientos de todas las personas del mundo? ¿De todas al mismo tiempo?

—Bueno..., no. Supongo que no.

—¿Y qué diferencia hay con lo que hace Aphrael?

—Él es Dios, Sephrenia.

—También lo es ella, Falquián.

—No parece ser exactamente lo mismo.

—Sin embargo, lo es. Ve a decirles a los demás que tendremos que cruzar la frontera por nuestros propios medios.

—Querrán saber por qué.

—Miénteles. Dios te perdonará... En cualquier caso, alguno de ellos lo hará.

—Es imposible hablar contigo cuando te pones así, ¿sabes?

—En ese caso, no hables conmigo. De todas formas, en este mismo momento preferiría que no lo hicieras.

—¿Ocurre algo malo?

—Me trastornó un poco que cuando disolviste esa nube ella comenzara a maldecirte en estirio.

—También yo lo advertí. —Hizo una mueca—. ¿Cómo podría haberlo pasado nadie por alto? Deduzco que es significativo.

—¿En qué idioma maldices tú cuando te das un golpe?

—En elenio, por supuesto.

—Por supuesto. En tu idioma nativo. ¿No te sugiere eso que el estirio es el idioma nativo de quien esté detrás de todo esto?

—No había pensado en ello. Supongo que tienes razón.

—Ese hecho me inquieta, Falquián... más de la cuenta. Sugiere toda clase de cosas que en realidad no quiero aceptar.

—¿Como qué?

—Para empezar, que hay un estirio que trabaja con nuestro enemigo, y que es tremendamente diestro. Esa sombra era el resultado de un hechizo muy complejo. Dudo que haya en todo Estiria más de ocho o diez personas que puedan haberlo conseguirlo, y yo las conozco personalmente a todas. Son mis amigos. No es algo agradable de contemplar. ¿Por qué no te vas a incordiar a otro y me dejas digerir esto?

Falquián cedió y retrocedió para hablar con los demás.

—Se ha producido un pequeño cambio de planes —les anunció—. Aphrael está ocupada en otro lugar, de momento, así que no podremos evitar cruzar la frontera por tierra.

—¿Qué está haciendo? —inquirió Bevier.

—Será mejor que no lo sepas. Créeme, Bevier, precisamente a ti, de entre toda la gente del mundo, es a quien menos bien le haría el saberlo.

—¿Está haciendo una de sus cosas de dioses? —conjeturó precavido Talen.

—Talen —le contestó Bevier con irritación—, las llamamos milagros, no cosas de dioses.

—Ésa era la palabra que estaba buscando —replicó Talen, haciendo chasquear los dedos.

Vanion tenía el entrecejo fruncido.

—Atravesar fronteras es siempre algo tedioso —les comentó a los demás—

pero los cynesganos son famosos por llevar ese tedio al extremo. Son capaces de negociar un soborno adecuado durante días enteros.

—Para eso están las hachas, mi señor Vanion —intervino Ulath con voz tronante—. Las utilizamos para quitar de en medio cualquier inconveniente: maleza, árboles, oficiales obstruccionistas..., ese tipo de cosas.

—No nos interesa provocar un incidente internacional, caballero Ulath —le respondió Vanion—. Sin embargo, quizá tengamos la posibilidad de acelerar un poco las cosas. Tengo un salvoconducto imperial firmado por el propio Sarabian. Puede que tenga el suficiente peso como para que nos dejen cruzar la frontera sin demasiadas demoras.

La frontera que separaba Edom de Cynesga estaba marcada por el río Pela, y al otro extremo del robusto puente que lo atravesaba se erguía un sólido y cuadrado edificio, con un corral para caballos en la parte trasera.

Vanion marchó a la cabeza del grupo hasta la barrera que cerraba el lado cynesgano, donde los aguardaba un grupo de hombres armados que llevaban extrañas túnicas flotantes.

El salvoconducto imperial que Vanion les presentó a los guardias fronterizos no sólo no sirvió para conseguir que pasaran de inmediato, sino que agregó más complicaciones al proceso.

—¿Cómo sé yo que ésta es realmente la firma de su majestad? —inquirió suspicazmente el capitán cynesgano en un tamul de fuerte acento extranjero. Era un hombre de piel morena vestido con una holgada túnica a rayas blancas y negras, y llevaba una tela complicadamente envuelta en torno a la cabeza.

—Lo que es más concreto, vecino, es cómo sabes que no lo es —le preguntó directamente Falquián en idioma tamul—. Los atanes se toman muy a mal a la gente que desobedece las órdenes directas del emperador.

—Significa la muerte el falsificar la firma del emperador —declaró el capitán con tono ominoso.

—Eso nos han dicho —replicó Vanion—. También significa la muerte el hacer caso omiso de sus órdenes. Yo diría que uno de nosotros tiene problemas.

—Mis hombres todavía tienen que registrar vuestro equipaje por si lleváis contrabando —dijo el capitán con gesto altanero—. Yo estudiaré esto mientras ellos cumplen con sus órdenes.

—Hazlo —le respondió Falquián con un tono de voz llano y hostil—, y recuerda que una decisión errónea en este caso podría tener un impacto negativo en tu carrera.

—No comprendo qué quieres decir.

—Un hombre sin cabeza raras veces obtiene un ascenso.

—No tengo nada que temer —declaró el capitán—. Estoy siguiendo estrictamente las órdenes de mi gobierno.

—Y los atanes que te cortarán la cabeza seguirán estrictamente las órdenes del suyo. Estoy seguro de que a todos los implicados les resultará enormemente consolador que todas las naderías legales hayan sido observadas.

Falquián le volvió la espalda al capitán, y él y Vanion regresaron sobre sus pasos para reunirse con los demás.

—¿Y bien? —inquirió Sephrenia.

—La voz del emperador no parece tener mucha fuerza en Cynesga —le respondió Vanion—. Nuestro amigo del albornoz tiene todo un libro lleno de reglamentos, y va a utilizar todos y cada uno de ellos para demorarnos.

—¿Has intentado el soborno con él? —le preguntó Ulath.

—Le he insinuado que podría considerar una sugerencia dentro de esa línea —replicó Vanion encogiéndose de hombros—. Pero él no captó la indirecta.

—Vaya, eso sí que es insólito —comentó Kalten—. Los sobornos son siempre lo primero que tienen en la cabeza los funcionarios de todas partes del mundo. Eso viene a sugerir que está intentando retenemos hasta que lleguen refuerzos, ¿no os parece?

—Y que probablemente ya vienen de camino —agregó Ulath—. ¿Por qué no tomamos la iniciativa?

—No estáis haciendo otra cosa más que conjeturar, caballeros —los censuró Sephrenia—. Lo único que sucede es que estáis muriéndoos por hacerles cosas elenias a esos guardias de frontera.

—¿Quieres hacerles cosas elenias a la gente, Ulath? —inquirió Kalten con dulzura.

—Estaba sugiriendo elenismos constructivos antes de que llegáramos siquiera hasta aquí.

—No es una idea que se nos haya ocurrido por mera sed de sangre, pequeña madre —le dijo Vanion a la mujer que amaba.

—¿Ah, no? ¿De veras?

—En este momento la situación es manejable, pero si un centenar de cynesganos montados llega hasta aquí procedente de la guarnición más cercana, las cosas van a escapársenos de las manos.

—Pero...

Él levantó una mano.

—La decisión me corresponde tomarla a mí, Sephrenia. Bueno, a Falquián, puesto que ahora es él el preceptor.

—El preceptor interino —lo corrigió Falquián.

A Vanion no le gustaba que lo corrigieran.

—¿Quieres hacer esto tú? —le preguntó.

—No. Tú lo haces muy bien, Vanion.

—En ese caso, ¿quieres hacer el favor de callarte? Se trata de una decisión militar, Sephrenia, así que tendremos que pedirte..., respetuosamente, por supuesto..., que mantengas tu preciosa naricilla fuera del asunto.

Ella dijo una palabra muy procaz en estirio.

—También yo te amo —le replicó él con dulzura—. Muy bien, caballeros, acerquémonos disimuladamente a nuestros caballos. Les haremos algunas de esas cosas elenias que ha mencionado Ulath a los hombres que están registrando nuestras alforjas. Luego espantaremos a todos los caballos del corral y continuaremos nuestro camino.

Había una veintena de guardias de frontera bajo el mando del capitán. El arma básica empleada parecía ser la lanza, a pesar de que llevaban una especie de armadura rudimentaria y cimitarras ceñidas a la cintura.

—Discúlpeme un momento, amigo —le dijo Ulath con tono agradable al tipo que estaba registrando sus alforjas—. Voy a necesitar mis herramientas durante un par de minutos. —Tendió la mano hacia el hacha de guerra que pendía de la silla de su caballo.

—¿Para qué? —le preguntó el guardia con desconfianza, en un tamul chapurreado.

—Hay algo que se interpone en mi camino. —Ulath le sonrió—. Quiero quitarlo de en medio. —Descolgó el hacha de las correas que la sujetaban, comprobó el filo del arma con el dedo pulgar, y luego le abrió la cabeza al guardia fronterizo con un solo golpe.

La pelea que se produjo alrededor de los caballos fue breve, y el resultado prometía ser bastante predecible. Como grupo, los guardias de frontera no están entre los guerreros más diestros del mundo.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —le aulló Falquián a Talen mientras el muchacho sacaba el estoque de dentro del cuerpo de uno de los cynesganos.

—Stragen ha estado dándome clases —replicó Talen—. Simplemente quería

comprobar si sabía de qué estaba hablando. Cuidado, detrás de ti.

Falquián se volvió en redondo, apartó a un lado la lanza del guardia que cargaba contra él y mató al hombre. Dio media vuelta en el momento en que Talen paraba diestramente la estocada de otro, rechazando la hoja curva hacia un lado. Luego el muchacho arremetió sin brusquedad y atravesó al sorprendido guardia.

—Limpio, ¿no te parece? —preguntó, sonriendo con orgullo.

—Deja de hacerte ver... y no tardes tanto en recobrar la posición después de una estocada. Estás exponiéndote excesivamente con todas esas poses.

—Sí, reverenciado maestro.

Cualquier duda que pudiese haber sobre el resultado de la escaramuza, se desvaneció una vez que los caballeros se hallaron sobre sus monturas. Las cosas acabaron abruptamente cuando el detestable capitán, que había estado chillando «¡Estáis todos bajo arresto!», calló repentinamente al balancear sir Bevier su hacha *lochaber*<sup>[2]</sup> con indiferencia y enviar la cabeza del oficial volando por el aire.

—¡Arrojad vuestras armas! —les rugió Ulath a los pocos sobrevivientes—. ¡Rendíos o morid!

Pero dos de los guardias habían llegado hasta sus caballos. Subieron a las sillas y salieron al galope en dirección este. Uno de ellos se puso rígido a unos cincuenta metros de carrera, y cayó de la montura con una flecha de Berit clavada entre los omóplatos. El otro continuó galopando durante algunos metros más, azotando desesperadamente su montura. Luego, también dio un respingo y cayó, tras oírse el musical chasquido de la ballesta de Khalad.

—Buen disparo —observó Berit.

—Regular —asintió Khalad con modestia.

El resto de los cynesganos arrojó las armas al suelo.

—Diriges bien la lucha, Falquián —felicitó Vanion a su amigo.

—Tuve un buen maestro. Kalten, átalos a todos y espanta luego a sus caballos.

—¿Por qué yo?

—Porque estás a mano, y porque también está aquel otro asunto.

—Yo no he roto mi juramento —protestó Kalten.

—No, pero estabas pensando hacerlo.

—¿De qué habláis? —inquirió Vanion.

—Hay una dama implicada en ello, mi señor —replicó noblemente Falquián—, y los caballeros no hablan nunca de cosas como ésa.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Aphrael con aspereza. Había levantado la cabeza del hombro de Sephrenia, y contemplaba a Falquián con suspicacia.

—¿Ya vuelves a estar con nosotros? —le preguntó él a su vez.

—Obviamente. ¿Qué estáis haciendo?

—Se produjeron algunos inconvenientes desagradables en la frontera, y probablemente nos están siguiendo... persiguiendo, en realidad.

—No puedo dejarte solo ni durante un minuto, ¿verdad, querido padre?

—Era más o menos inevitable. ¿Has acabado con eso que estabas haciendo, fuera lo que fuese?

—Por el momento, sí.

—La ciudad de Edek está justo ahí delante, y posiblemente tenemos una brigada de soldados cynesganos pisándonos los talones. ¿Supones que podríamos avanzar un trecho más rápidamente?

—¿Por qué no lo hiciste tú mismo? Ya sabes cómo se hace.

—Sephrenia no quiso dejarme.

—Su atención divaga en los momentos críticos —explicó Sephrenia—. No quería que nos llevara a la Luna.

—Comprendo tu punto de vista —asintió la niña—. ¿Por qué no vamos directamente a Cynestra, Falquián? Entre aquí y allí no hay más que desierto, ¿sabes?

—Nos estaban esperando en la frontera —replicó él—. Parece que nuestro amigo del otro bando ha alertado a todo el mundo a lo largo del camino que estamos siguiendo. En Cynestra habrá sin duda una guarnición numerosa de soldados, y preferiría tantear la situación de allí antes de darme de narices con alguna sorpresa.

—Supongo que eso tiene sentido... más o menos.

—¿Cómo está tu madre?

—Está divirtiéndose enormemente. La situación es muy tenebrosa en Matherion en estos momentos, y ya sabes lo mucho que le gusta a ella la política.

—Me alegro de que sea feliz. Tendrás que hablarnos de ello, pero primero pasemos de largo por Edek y dejemos atrás a la brigada cynesgana. No me gusta

tener gente pisándome los talones.

—Diles a los demás que se detengan y saca luego el mapa de Vanion. Y asegúrate de que esta vez sepamos adónde vamos a parar.

—Nunca conseguiré acostumbrarme a eso.

Kalten se estremeció después de que hubiesen cubierto cincuenta leguas de desierto pelado en un solo instante de niebla gris.

—Tu mapa no es demasiado preciso, Vanion —dijo Aphrael con cierto tono crítico—. Intentábamos llegar a un punto que estuviera al otro lado de ese pico. —Señaló una aguja dentada que brotaba del desierto.

—Ese mapa no lo tracé yo —replicó Vanion, un poco a la defensiva—. De todas formas, ¿qué diferencia hay? Estamos lo bastante cerca, ¿verdad? Hemos llegado a unas pocas leguas del lugar al que queríamos ir.

—Habrías averiguado la diferencia que hay si estuviéramos moviéndonos cerca de una gran extensión de agua —replicó ella con acritud—. Esto es demasiado impreciso.

Vanion se volvió a mirar por encima del hombro, hacia el oeste.

—El sol está a punto de ponerse. ¿Por qué no nos retiramos un poco de este camino y nos instalamos para pasar la noche? Si tenemos algún problema con esto, busquemos un lugar tranquilo donde poder solucionarlo.

Falquián sonrió. A pesar de sus protestas referentes a que él ya no era el preceptor pandion, Vanion se hacía inmediatamente cargo de la situación a menos que estuviese pensando en lo que él creía que era su cambio de condición. A Falquián no le importaba realmente. Estaba habituado a recibir órdenes de Vanion, y el que su amigo asumiera la autoridad lo relevaba a él de los molestos detalles del mando.

Se adentraron un par de millas en el desierto, y se instalaron para pasar la noche en un arroyo seco, detrás de un montículo de piedras desgastadas por los elementos. A diferencia del desierto rendoriano, que era principalmente de arena, el de cynesga era de gravilla marrón herrumbroso y estéril. Las migrantes arenas de Rendor creaban al menos una ilusión de vida. El de Cynesga estaba muerto. Unos picos rígidos, sin árboles, clavaban sus garras en el cielo, y el enorme vacío de gravilla y rocas era sólo roto por lechos de álcali de un blanco desteñido.

—Feo lugar —gruñó Ulath, mientras recorría el entorno con los ojos. Ulath

estaba acostumbrado a los árboles y a los picos coronados por la nieve.

—Lamento que pienses así —comentó Kalten, sonriéndole—. Estaba pensando en vendértelo.

—No lo querría ni regalado.

—Míralo por el lado bueno. Aquí no llueve casi nunca.

—Creo que eso es precisamente parte del problema.

—Sin embargo, hay mucha caza salvaje.

—¿De veras?

—Serpientes, lagartos, escorpiones... ese tipo de cosas.

—¿Es que has desarrollado el gusto por los escorpiones al horno?

—Eh... no, creo que no.

—En ese caso, no malgastaré en ellos mis flechas.

—Hablando de comer...

—¿Estábamos hablando de eso?

—Es un tema que sale a colación de vez en cuando. ¿Conoces alguna manera de prender fuego a las piedras?

—Pues así, de golpe, no se me ocurre ninguno.

—En ese caso, me ofrezco para preparar la cena. No he visto ni un palo ni una ramita, ni siquiera una sola hoja por estos alrededores, así que el fuego queda fuera de nuestras posibilidades. En fin, la comida fría nunca le ha hecho daño a nadie.

—Podremos arreglárnoslas sin fuego —intervino Vanion—, pero vamos a necesitar agua para los caballos.

—Aphrael y yo podemos encargarnos de eso, querido —le aseguró Sephrenia.

—Perfecto. Creo que podríamos estar aquí más o menos un día. Falquián y Aphrael van a trabajar con el Bhelliom sobre ese problema de la precisión. —Miró con expresión interrogativa a la diosa niña—. ¿Crees que va a llevar mucho tiempo? —le preguntó.

—Realmente, no estoy muy segura, Vanion. Cuando soy yo quien se encarga de los desplazamientos, puedo ver el terreno que me rodea y utilizarlo como referencia, así que sé dónde estoy por muy rápido que vaya. El Bhelliom lo hace de manera instantánea y sin puntos de referencia. Es un proceso completamente distinto. O Falquián y yo vamos a tener que aprender cómo funciona la técnica del Bhelliom, o tendremos que hacerle entender a él qué queremos con toda exactitud.

—¿Cuál de las dos cosas sería más fácil? —le preguntó Kalten.

—No estoy segura. Cabe dentro de lo posible que ambas sean iguales... muy, muy difíciles. Lo descubriremos mañana por la mañana. —La diosa niña miró a Vanion—. ¿Estamos más o menos a salvo en el lugar en que nos encontramos ahora?

Vanion se rascó la corta barba plateada.

—Nadie espera en realidad que estemos aquí. Alguien podría tropezarse con nosotros por accidente, pero no se llevará a cabo ninguna clase de búsqueda organizada. No saben dónde estamos, y los anillos están protegidos, así que nuestro amigo del otro bando no podrá percibir su energía y seguirla hasta dar con nosotros. Yo diría que aquí nos encontramos a salvo.

—Perfecto. En ese caso, disponemos de algo de tiempo. Utilicémoslo para permitir que Falquián y el Bhelliom lleguen a conocerse un poco mejor el uno al otro. En este momento no está sucediendo nada demasiado crucial, así que algunos errores y comienzos falsos no le harán daño a nadie. Sin embargo, más tarde podrían resultar desastrosos.

A la mañana siguiente, Sephrenia no les dijo de dónde había salido el agua, pero estaba helada y tenía sabor a nieve fundida. Chispeaba, tentadora, en su pequeño charco sombreado detrás de una roca pulida de color herrumbre, y su sola presencia aligeró una buena parte de la gran tensión existente. El agua es fuente de grandes preocupaciones para la gente que está en el desierto.

Flauta se llevó a Falquián, Khalad y Talen a una cierta distancia, hasta un amplio llano cubierto de grava, para comenzar con la instrucción.

—Va a hacer calor aquí, dentro de poco —protestó Talen.

—Probablemente, sí —asintió la niña.

—¿Por qué tenemos que acompañaros Khalad y yo?

—Vanion necesita que los caballeros se queden con él aquí, por si acaso alguien se tropezara con el campamento.

—No has comprendido mi pregunta. ¿Por qué necesitáis vosotros dos que alguien os acompañe?

—Falquián tiene que tener gente y caballos que transportar. No son sacos de grano lo que desplazará de un lugar a otro, ¿sabes? —La diosa niña miró el mapa de Vanion—. Veamos si el Bhelliom puede llevarnos hasta este oasis de aquí, Falquián —dijo, mientras señalaba un símbolo que se veía en el mapa.

—¿Qué aspecto tiene? —le preguntó él.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Yo tampoco he estado allí antes.

—Lo único que me das para trabajar es un nombre, Aphrael. ¿Por qué no lo hacemos de la misma forma que cuando nos desplazamos desde las afueras de Jorsan hasta Korvan... y todos esos otros lugares a los que fuimos cuando estábamos dando saltos para confundir a los del otro lado? Tú le dices al Bhelliom adónde queremos ir, y luego yo le ordeno que nos lleve.

—No podemos estar seguros de que yo pueda estar siempre disponible, Falquián. Hay momentos en los que tengo que alejarme. La idea de todo esto es entrenaros a ti y al Bhelliom para que podáis trabajar juntos sin mi intervención.

—Un simple nombre no es mucho en lo que apoyarse, ¿sabes?

—Habrá árboles, Falquián —le dijo Khalad—. Un oasis es una especie de pozo, y en todos los sitios en los que hay agua, tiene que haber árboles.

—Y probablemente, casas —agregó Talen—. Es casi seguro que tenga que haber casas, puesto que el agua es tremendamente escasa en Cynesga.

—Veamos el mapa —propuso Falquián. Estudió cuidadosamente la carta durante un buen rato—. De acuerdo —dijo finalmente—. Intentémoslo y a ver qué sucede. —Levantó la tapa del anillo y tocó con el cintillo de éste la tapa de la caja—. Ábrete —le ordenó. Luego se puso la otra sortija y cogió al Bhelliom—. Soy yo otra vez —le anunció a la gema.

—Oh, eso es absurdo —protestó Aphrael.

—Las instrucciones formales llevan mucho tiempo —replicó él—. Podría llegar un momento en el que tuviera prisa. —Imaginó cuidadosamente el oasis del desierto, un pozo de tipo artesiano con sus palmeras circundantes y sus casas blancas de tejados planos—. Llévanos hasta allí, Rosa Azul —le ordenó al Bhelliom.

El aire se hizo brumoso y se tornó gris. Luego la bruma desapareció, y apareció el oasis, exactamente como Falquián lo había imaginado.

—¿Lo ves, Falquián? —inquirió Aphrael, pagada de sí misma—. Eso no ha sido nada difícil, ¿verdad?

Falquián incluso se echó a reír sonoramente.

—Después de todo, puede que resulte.

—Talen —dijo Khalad—, ¿por qué no te acercas a una de esas casas y le preguntas a alguien el nombre de este lugar?

—Es Zhubay, Khalad —le informó Flauta—. Allí es adonde queríamos ir, así que allí es donde estamos.

—No te importará que lo verifiquemos, ¿no es cierto? —le preguntó él con aire de inocencia.

La diosa niña lo miró con el entrecejo fruncido.

Talen cabalgó hasta el grupo de casas y regresó unos minutos más tarde.

—Déjame ver ese mapa —le pidió a Khalad.

—¿Por qué? —le preguntó Flauta—. Estamos en Zhubay, cerca de la frontera de Atan.

—No, divina Aphrael —disintió el muchacho—, de hecho, no lo estamos. —Estudió el mapa durante varios minutos—. Ah —comentó por fin—, aquí está. —Les señaló a los demás un punto determinado—. Es aquí donde nos encontramos... Vigayo, cerca de la frontera sur, donde Cynesga limita con Arjuna. Errasteis el blanco unas trescientas leguas, aproximadamente. Creo que será mejor que afinéis la puntería un poquitín.

—¿En qué estabas pensando? —le preguntó Aphrael a Falquián, con tono imperioso.

—Prácticamente en lo mismo de lo que estaba hablando Khalad... árboles, un pozo, casas blancas... exactamente lo que tenemos delante.

—¿Y ahora, qué? —preguntó Talen—. ¿Regresamos al punto de partida y volvemos a intentarlo?

Aphrael negó con la cabeza.

—El Bhelliom y los anillos están desprotegidos. No queremos poner a Vanion, Sephrenia y los demás en peligro regresando a ese punto con excesiva frecuencia. Déjame en el suelo, Falquián. Quiero pensar en este asunto.

Él la depositó sobre el suelo y la diosa niña caminó hasta el borde del oasis, donde permaneció arrojando piedras al agua durante un rato. Al regresar, la expresión de su rostro era dubitativa. Falquián volvió a levantarla en brazos.

—¿Y bien? —le preguntó.

—Llévanos a Zhubay, Falquián —le dijo ella con firmeza.

—Déjame ver nuevamente el mapa, Khalad.

—No —lo interrumpió Aphrael muy firmemente—. Olvídate del mapa. Simplemente dile al Bhelliom que nos lleve a Zhubay.

—¡Exactamente! —exclamó Khalad, chasqueando los dedos—. ¿Por qué no hemos pensado en eso antes?

—¿Pensar en qué? —le preguntó Falquián.

—Pruébalo, mi señor. —Khalad le sonrió—. Creo que podrías llevarte una sorpresa.

—Si acabamos apareciendo en la Luna, vosotros dos vais a tener problemas —los amenazó Falquián.

—Simplemente inténtalo, Falquián —insistió Flauta.

—¡Rosa Azul! ¡Llévanos a Zhubay! —dijo sin demasiada convicción. El aire se volvió brumoso una vez más, y cuando volvió a despejarse se hallaron sentados sobre los caballos y junto a otro oasis.

Existían unas cuantas diferencias significativas entre ese y el que acababan de dejar.

—Probablemente no hay necesidad ninguna —le dijo Khalad a su hermano —, pero quizá sea interesante que vayas a preguntarlo, sólo para asegurarnos.

Talen cabalgó hasta el otro lado del oasis y habló con una anciana que acababa de salir de una de las casas. Cuando regresó, sonreía.

—Zhubay —les dijo a sus compañeros.

—¿Cómo puede haber encontrado el lugar con sólo el nombre como punto de partida? —preguntó Falquián con incredulidad—. Probablemente no ha oído nunca jamás el nombre de Zhubay antes de ahora.

—Pero las gentes que viven aquí sí que lo han oído, mi señor —replicó Khalad con un encogimiento de hombros—. El nombre de Zhubay estaba algo así como flotando en torno a sus mentes. ¿No es así como funciona eso, más o menos; Flauta?

—Así es exactamente como funciona. Lo único que tiene que hacer Falquián es mencionar el nombre del lugar que quiere visitar. El Bhelliom lo encontrará y nos llevará hasta él.

—¿Estás segura? —Talen parecía inseguro de la noción global—. A mí me parece algo terriblemente simple.

—Hay una forma de averiguarlo. Llévanos a Ahkan, Falquián.

—¿Dónde está eso? En qué reino, quiero decir.

—No creo que te haga falta saberlo. Límitate a llevarnos hasta allí.

Ahkan era un poblado de las montañas..., de unas montañas de alguna parte. Estaba rodeada por abetos de color verde oscuro, y los picos cercanos se veían coronados de nieve.

—Mejor y mejor —declaró Flauta con alegría.

—¿Dónde estamos? —preguntó Talen, mirando en torno—. Esto no es Cynesga, de eso no cabe duda, así que, ¿qué lugar es éste?

—¿Qué importancia tiene? —le preguntó Flauta con un encogimiento de hombros—. Torrelda, Falquián.

En Torrelta estaba nevando. El viento llegaba aullando de un mar gris plomizo, empujando una ventisca delante de sí. Los edificios de los alrededores eran borrosos e indistintos en la tormenta de remolinos de nieve, pero parecían contruidos de troncos toscamente cortados.

—¡No existe límite! —exclamó Flauta—. ¡Podemos ir a cualquier parte!

—Muy bien —le dijo Falquián con tono firme—, dime a qué «cualquier parte» hemos llegado.

—Eso no tiene importancia. Regresemos al punto de partida.

—Por supuesto —asintió él con tono agradable—, en cuanto nos digas dónde estamos.

—Comienzo a tener frío, Falquián. No estoy vestida de forma adecuada para una ventisca.

—En Cynesga hace un tiempo agradable y cálido —replicó él—, e iremos allí..., en cuanto tú me digas dónde estamos.

Flauta profirió una palabra poco delicada.

—Torrelta está en la costa norte de Astel, Falquián. Aquí ya casi es invierno. Él miró en torno con fingida sorpresa.

—Vaya, creo que tienes razón. ¿No resulta asombroso?

Visualizó el llano cubierto de grava próximo al arroyo seco en el que habían plantado campamento la noche anterior. Durante un momento buscó un nombre que poder darle, y luego recordó el error cometido la primera vez que habían emprendido viaje.

—Mantén la caja abierta, Khalad —le dijo a su compañero—. Meteré el Bhelliom y el anillo de Ehlana dentro en cuanto lleguemos. —Volvió a visualizar mentalmente la imagen—. ¡Llévanos allí, Rosa Azul! —le ordenó a la gema.

—¿Dónde habéis estado? —les preguntó Sephrenia con tono exigente.

Ella y Vanion habían cabalgado hasta el llano para buscarlos.

—Ah —replicó Talen, evasivo, mientras se sacudía la nieve de los hombros—, por aquí y por allá.

—Deduzco que uno de esos lugares estaba bastante lejos —reflexionó Vanion, mientras observaba la nieve que aún no se había derretido sobre los viajeros.

—Es realmente prodigioso, Sephrenia —declaró Flauta con alegría—, ¡y

resulta tan tremendamente simple!

Khalad cerró la caja y se la entregó a Falquián, el cual cerró la cubierta de su sortija para proteger el rubí y luego volvió a guardar la caja dentro de su túnica.

—Sin embargo, hubo un par de salidas en falso al principio —admitió.

—¿Cómo funciona? —le preguntó Vanion.

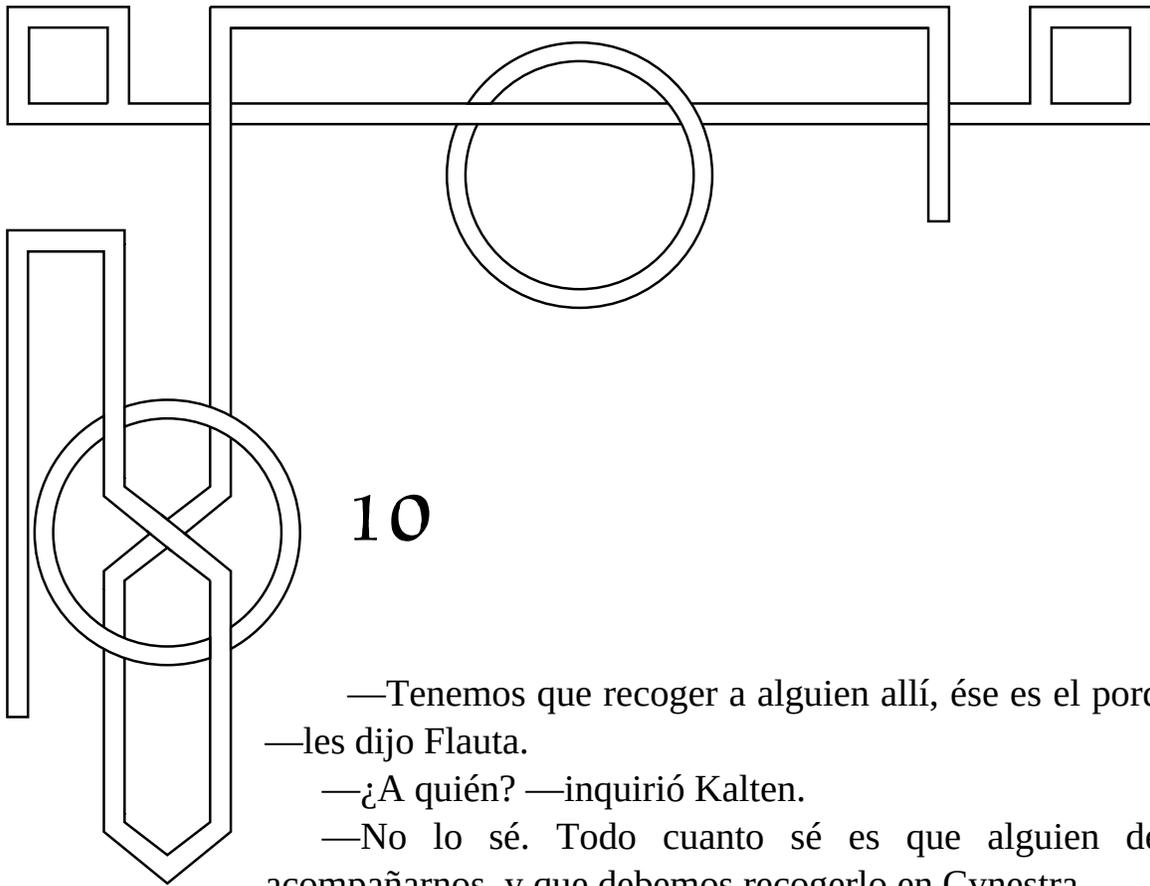
—Sencillamente, dejamos que el Bhelliom se haga cargo de todo —replicó Falquián, y se encogió de hombros—. De hecho, no tenemos más remedio que hacerlo de esa forma. Cuando intentamos ayudarlo las cosas salen mal.

—¿Podrías tú ser un poco más específica que él? —le preguntó Sephrenia a Flauta.

—Falquián lo ha explicado de hecho bastante bien. Lo único que él tiene que hacer es decirle al Bhelliom un nombre... cualquier nombre... de cualquier lugar imaginable. El Bhelliom va a buscarlo, y luego nos lleva hasta allí.

—¿Y eso es todo?

—Así es, querida hermana. Ni siquiera Falquián puede cometer error alguno de esa forma.



## 10

—Tenemos que recoger a alguien allí, ése es el porqué —les dijo Flauta.

—¿A quién? —inquirió Kalten.

—No lo sé. Todo cuanto sé es que alguien debe acompañarnos, y que debemos recogerlo en Cynestra.

—¿Se trata de otra de esas corazonadas tuyas?

—Puedes llamarlo así, si te apetece.

—No creo que sea prudente entrar en la ciudad misma hasta que hayamos tenido tiempo de sondear el terreno —declaró Vanion, levantando los ojos del mapa—. Hay una aldea al sur de la ciudad. Vayamos hasta allí y husmeemos un poco.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Falquián mientras abría la caja y sacaba de ella el anillo de su esposa.

—Narset —replicó Vanion, después de mirar detenidamente el mapa otra vez.

—Muy bien. —Falquián cogió el Bhelliom. Lo levantó y frunció el entrecejo—. ¿Podrías prestarme tu pañuelo, pequeña madre? —le preguntó a Sephrenia.

—Utiliza el tuyo —le contestó ella.

—Me parece que he salido de casa sin pañuelo. No voy a sonarme la nariz con él, Sephrenia. El Bhelliom está ensuciándose de polvo. Quiero sacudirlo un poco.

Ella le echó una mirada peculiar.

—Nos está ayudando mucho. No quiero que piense que soy un desagradecido.

—¿Y por qué tiene que importarte lo que piense?

—Es obvio que esta mujer nunca ha estado al mando de tropas —le comentó Falquián a Vanion—. Puede que algún día te interesara explicarle la noción de lealtad bilateral.

—Si algún día tengo tiempo. ¿Crees que podremos trasladarnos a Narset... en cuanto hayas acabado con tus labores?

Falquián sacudió el polvo de los relumbrantes pétalos de la rosa de zafiro.

—¿Qué tal ahora? —le preguntó a la gema.

—Creo que está perdiendo la cordura —le comentó Kaltén a Ulath.

—Realmente, no —disintió Falquián—. Él tiene una conciencia, casi una personalidad. Supongo que podría utilizar los anillos como látigo para obligarlo, pero creo que yo preferiría la cooperación voluntaria. Podría llegar el momento en que eso fuese importante. —Le devolvió a Sephrenia el pañuelo que le había prestado—. ¿Preparado con la caja, Khalad? —le preguntó a su escudero, y volvió a mirar a Vanion—. ¿Narset? —inquirió.

—Narset —replicó Vanion sin vacilar.

—Rosa Azul —dijo Falquián, mientras cogía la gema con ambas manos—, vamos a Narset.

Narset era una aldea pequeña y polvorienta. Las viviendas eran apenas algo más que casuchas de barro, con techos planos y corrales para bestias en la parte de atrás; se trataba de unos corrales que parecían principalmente decorativos, dado que las gallinas, los cerdos y las cabras deambulaban en libertad por las calles. Se veía una ciudad de tamaño respetable hacia el este, y todos los edificios de la misma estaban revestidos con yeso de color blanco para que rechazaran el brutal sol del desierto.

Falquián depositó el Bhelliom y la sortija de Ehlana en el interior de la caja, y cerró la tapa de su propio anillo.

—Alguien viene a hacernos compañía —advirtió Talen.

Un tamul de rostro cetrino ataviado con una túnica verde de seda se acercaba con una escuadra de soldados cynesganos, hombres de tez oscura vestidos con las mismas túnicas sueltas a rayas blancas y negras, y los mismos tocados de tela enrollada en torno a la cabeza que llevaban los guardias que habían encontrado en la frontera. El tamul tenía unos ojos de expresión dura, que intentaba ocultar

tras un fingido aire de jovialidad.

—Bienhallados, caballeros —los saludó en un elenio con ligero acento extranjero—. Hemos estado esperándoos. Yo soy Kanzad, jefe de la oficina local del Ministerio del Interior. El embajador Taubel me ha enviado aquí para que os recibiera.

—Su excelencia es demasiado amable —murmuró Vanion.

—Todos los funcionarios del imperio han recibido orden de cooperar plenamente con vosotros, mi señor...

—Vanion.

Kanzad disimuló una confusión momentánea.

—Se me había inducido a creer que el caballero Falquián estaría al mando de vuestro grupo.

—Falquián se ha visto retenido por otros asuntos. Se reunirá con nosotros más tarde.

—Ah. —Kanzad se recobró—. Me temo que habrá un ligero retraso antes de que podáis entrar en la ciudad, mi señor Vanion.

—¿Ah, sí?

En los labios de Kanzad se dibujó una tenue sonrisa sin humor.

—El rey Jaluah se siente terriblemente desatendido en este momento. —Lanzó una fugaz mirada a los cynesganos que se hallaban a varios pasos detrás de él, y luego bajó la voz a un tono confidencial—. Francamente, mi señor Vanion, los cynesganos y este apestoso agujero al que llaman hogar son tan insignificantes dentro de los asuntos del imperio, que nadie se molesta en tomárselos en serio. Son terriblemente suspicaces a ese respecto. Algún idiota de la embajada se olvidó de enviar un comunicado rutinario procedente de Matherion, y ahora el rey está amohinado en su palacio. Sus aduladores han llenado las calles con multitudes de manifestantes. El embajador Taubel está intentando suavizar las cosas recurriendo al uso de la guarnición de atanes, pero en este momento las cosas están un poco tensas en las calles de Cynestra. Su excelencia sugiere que vos y vuestros compañeros aguardéis aquí, en Narset, hasta que os envíe mensaje de que podéis proseguir sin riesgos.

—Como mejor os parezca —murmuró cortésmente Vanion. Kanzad se relajó visiblemente.

—Antes que nada, entremos para protegernos de este condenado sol.

Dio media vuelta y los condujo hacia la raída aldea. No había más de un par de docenas de aquellas casuchas de barro reunidas en torno a un pozo situado en

la plaza central castigada por el sol. Falquián se preguntó si las mujeres del pueblecillo acudirían al pozo a las primeras luces aceradas del amanecer, como lo hacían las habitantes de Cippria, aquel poblado de Rendor, y si sería posible que se movieran con aquella misma fluida gracia. Luego, sin ninguna razón aparente, se preguntó qué tal estaría Lillias.

Aphrael se inclinó hacia él desde el caballo de su hermana.

—Vergüenza debería darte, Falquián —le susurró.

—Tú has conocido a Lillias —replicó él con tono ligero—, así que sabes que no es del tipo de mujeres que uno olvida... por mucho que uno quiera hacerlo.

El único edificio de alguna presencia era la comisaría local de policía de la aldea, una ominosa estructura de piedra con barras negras de hierro en las ventanas. La expresión del rostro de Kanzad era de suave disculpa.

—No es muy acogedor, mi señor Vanion —dijo con tono de desaprobación—, pero se trata del único lugar fresco de esta pocilga.

—¿Lo matamos ahora y acabamos con todo este asunto? —le preguntó Bevier a Falquián, con voz susurrante, en estirio.

—Esperemos un poco para hacer eso —replicó Falquián—. Tenemos que esperar al amigo de Aphrael... quienquiera que sea... así que será mejor que de momento no precipitemos las cosas.

—He hecho preparar un refrigerio —le dijo Kanzad a Vanion—. ¿Qué os parece si entramos? Este sol se está poniendo realmente insoportable.

Los caballeros desmontaron y siguieron al policía al interior de una amplia oficina polvorienta. Había una mesa larga emplazada contra una pared, cargada de tajadas de melón e higos, así como de botellas que prometían otra clase de refrigerio.

—Las frutas y el melón de aquí no son ni lejanamente tan sabrosos como los que se encuentran en Matherion —se disculpó Kanzad—, pero los vinos locales no son del todo imposibles de beber.

—De todas formas, gracias, Kanzad —declinó Vanion—, pero nos hemos detenido a almorzar hace menos de una hora. Estamos todos perfectamente.

Un momentáneo destello de fastidio cruzó el rostro del tamul.

—En ese caso, iré a asegurarme de que vuestros caballos reciben los cuidados necesarios, y enviaré un mensajero a la embajada para avisar al embajador Taubel de vuestra llegada. —Dio media vuelta y salió.

—¿Podrías conseguirnos un poco de intimidad, querida? —le preguntó Vanion a Sephrenia, en estirio.

—Por supuesto —replicó ella con una sonrisa, tras lo cual tejió rápidamente el hechizo y lo dejó en libertad.

—Algún día tendrás que enseñarme ése —comentó él.

—¿Para acabar estando yo de más? No lo conseguirás en toda tu vida, amor mío.

—Aparentemente, los hemos pillado por sorpresa —observó Bevier—. Kanzad no parece haber tenido tiempo de pulir todas esas mentiras que nos ha contado.

—Yo no lo haría —le advirtió Ulath a Kalten, cuando éste tendía la mano hacia una de las botellas de vino—. Un solo sorbo de eso probablemente te dejaría más tieso que una tabla.

Kalten, de mala gana, apartó de sí la botella.

—Supongo que tienes razón —asintió.

—Entonces, somos prisioneros, ¿verdad? —dijo Talen con un suspiro—. Eso resulta deprimente. He sido un ladrón durante toda mi vida, y ésta es la primera vez que me arrestan.

—El hecho de que probablemente estos refrigerios estén envenenados complica un poco las cosas —gruñó Ulath—. Aparte de eso, Kanzad ha sido muy servicial. Nos ha metido en el edificio más robusto de la aldea, y con bastante negligencia ha olvidado llevarse nuestras armas. Podemos defender este lugar durante todo el tiempo que sea necesario.

—Eres un fraude, Ulath —comentó Bevier con una carcajada—. Tynian tiene razón. Finges odiar los asedios, pero siempre eres el primero que sugiere fortificarse.

—Un verdadero amigo no diría eso.

—Yo puedo proporcionar el agua si las cosas se pusieran muy mal —les dijo Sephrenia—, pero no precipitemos las cosas, de momento. —Se inclinó y tomó a Flauta en brazos—. ¿Has tenido hasta el momento alguna pista de lo que estamos esperando?

Flauta negó con la cabeza.

—Nada demasiado concreto hasta ahora. Sin embargo, creo que está de camino.

—Me alegro. Éste no es realmente un lugar muy agradable.

—Una idea, mis señores —comentó Berit—. ¿No sería una buena idea el tener a Kanzad aquí dentro, con nosotros... simplemente como precaución? Si alguien comienza a pensar en irrumpir por las buenas en el edificio, puede que

eso le obligue a pensarlo un poco.

—Buena idea —asintió Ulath.

No obstante, Kanzad no regresó. La tarde se deslizó lentamente, y los caballeros estaban cada vez más inquietos.

—Está dándonos largas, ¿sabéis? —declaró finalmente Kalten—. O bien tiene refuerzos de camino, o abriga la esperanza de que acabemos por tener sed.

—Tendremos que limitarnos a esperar, Kalten —le dijo Flauta—. El que viene a reunirse con nosotros, está de camino.

—En ese caso, esto es una carrera. Nos sentaremos aquí y haremos apuestas sobre quién llegará primero... si nuestro nuevo compañero de viaje o los refuerzos de Kanzad.

—Supongo que podemos encararlo de esa forma, si tú quieres.

Habían pasado unas dos horas desde la llegada a Narsset cuando un grupo numeroso apareció por el camino que conducía a Cynestra. El hombre que marchaba a la cabeza llevaba una túnica tamul de color rosáceo, y cabalgaba a lomos de un fogoso caballo negro. Los que le seguían eran atanes.

—¿Del lado de quién están los atanes? —inquirió Talen.

—Eso depende de si ha llegado o no a la guarnición local el mensaje de Matherion, referente a que hicieran caso omiso de las órdenes del Ministerio del Interior —le respondió Khalad.

—Las cosas podrían ser aún más lóbregas que eso —sugirió Vanion—. En Matherion, no existe cariño alguno entre los ministerios de Asuntos Exteriores y del Interior. Kanzad insinuó que él y el embajador Taubel eran muy íntimos.

—Eso podría sugerir que nuestros enemigos han logrado infiltrarse en los servicios de Oscagne —agregó Bevier con el entrecejo ligeramente fruncido de preocupación.

—Lo descubriremos dentro de un instante —declaró Berit desde la ventana por donde había estado observando el exterior—. Kanzad acaba de salir de la parte trasera del edificio.

Todos se apiñaron en torno a la ventana para ver la escena.

La sonrisa de bienvenida de Kanzad se esfumó de su rostro.

—¿Qué estás haciendo tú aquí, Itagne? —le preguntó con voz imperiosa al tamul que iba a lomos del fogoso caballo negro—. Yo he enviado a buscar al embajador Taubel.

El hombre de la túnica rosada detuvo la montura. Sus ojos parecían casi soñolientos, y en su rostro había una expresión altiva, de superioridad.

—Me temo que el embajador se ha visto retenido por otros asuntos, viejo amigo —replicó en un tono cultivado, casi deliberadamente insultante. Su voz resultaba extrañamente familiar—. De todas formas, te envía sus mejores deseos.

Kanzad luchó para recobrar la compostura.

—¿Qué es exactamente lo que retiene al embajador? —preguntó directamente.

Itagne torció levemente la cabeza.

—Yo diría que son las cadenas, ¿no lo crees así, atana? —le preguntó a la mujer joven que parecía estar al mando del destacamento de soldados atanes—. Resulta endemoniadamente difícil correr con cadenas puestas.

—Puede que fuesen las cadenas, Itagne-embajador —asintió la muchacha—. Por supuesto, también existe la posibilidad de que los barrotes de la celda se interpusieran en su camino.

La joven atana tenía un cuerpo lleno, y la expresión de sus ojos era osada al mirar al funcionario tamul.

—¿Qué está sucediendo aquí? —inquirió con voz imperiosa Kanzad.

—Que la atana y yo nos hemos hecho amigos muy íntimos desde mi llegada, Kanzad... —Itagne sonrió—, pero los caballeros realmente no deben hablar de ese tipo de cosas, ¿no te parece? Y tú eres un caballero, ¿verdad que lo eres, Kanzad?

—Yo no estaba refiriéndome a eso. —Kanzad tenía los dientes apretados—. ¿Qué habéis hecho con el embajador?

—Se han producido algunos cambios en la embajada, viejo amigo... y también en tu puesto. Espero realmente que no te importe, pero he tenido que expropiarte tu edificio. No tenemos mazmorras en la embajada... lo cual supongo que ha sido un lastimoso descuido. En cualquier caso, el embajador Taubel, junto con todos tus mugrientos e insignificantes agentes de policía, está actualmente a salvo bajo llave en tus mazmorras. Incidentalmente, me gustaría felicitarte por ellas. Son realmente muy bonitas.

—¿Con qué autoridad has encarcelado al embajador? No eres más que un subsecretario.

—Las apariencias pueden resultar engañosas, ¿verdad? En realidad, mi hermano me puso a mí a cargo de Cynestra. Mi autoridad es absoluta.

—¿Tu hermano?

—¿Acaso la similitud entre el nombre de Oscagne y el mío no hizo sonar campanas en tu cerebro, viejo amigo? Estaba al tanto de que los de Interior erais algo limitados, pero nunca supuse que fuerais tan torpes. ¿Te parece bien si atajamos hasta la parte significativa de esta conversación, Kanzad? Hace un calor bestial bajo el sol. Mi hermano me autorizó a tomar el mando aquí. Cuento con todo el apoyo y cooperación de la guarnición de atanes, ¿no es así, atana? — Le sonrió a la dorada muchacha gigantesca que se hallaba de pie junto a su caballo.

—Oh, ya lo creo que sí, Itagne. —La joven puso los ojos en blanco—. Haríamos casi cualquier cosa por ti.

—Pues ahí lo tienes, Kanzad —continuó Itagne—. He descubierto el hecho de que tú y Taubel formáis parte de una traidora conspiración, así que os he destituido de vuestros cargos. Tengo todos esos preciosos músculos para que me respalden, así que no hay una maldita cosa que puedas hacer en contra, ¿verdad?

—Tú no tienes ninguna autoridad sobre mí, Itagne.

—Qué tedioso —suspiró Itagne—. Cynestra se encuentra en este momento bajo la ley marcial, Kanzad. Eso significa que yo tengo autoridad sobre absolutamente todo el mundo. Los atanes controlan las calles. Sé que compartes la confianza que les tengo. —Miró con expresión crítica el rostro testarudo del policía—. Simplemente no entiendes nada en absoluto, ¿verdad, viejo amigo? — Sonrió afectuosamente a la gigantesca muchacha—. Atana, querida, ¿qué harías tú si te pidiese que borraras del mapa a este tedioso desgraciado?

—Lo mataría, Itagne —replicó ella, encogiéndose de hombros, mientras tendía la mano hacia el puño de su espada—. ¿Quieres que lo corte por la mitad o que sólo lo decapite?

—Encantadora muchacha —murmuró Itagne—. Déjame pensarlo durante un rato, atana. Kanzad es un oficial de rango bastante alto, así que posiblemente haya algunas formalidades que deban cumplirse. —Se volvió a mirar al policía, que en aquel momento estaba blanco como la tiza—. Estoy seguro de que ya te has dado cuenta de cómo están las cosas, querido muchacho —le dijo—. Ah, supongo que deberías de considerarte algo así como bajo arresto.

—¿Con qué cargos?

—Yo soy un hombre de los servicios exteriores, Kanzad, así que no estoy demasiado al día de todos esos términos legales. Supongo que «alta traición» tendrá que servir de momento. En cualquier caso, ése es el delito por el que han arrestado al ministro del Interior Kolata, y yo he vuelto a utilizarlo al hacer

detener a Taubel. Es un tipo de cargo que impresiona. Y supongo que un hombre de tu nivel se sentiría insultado si yo lo arrestase por vagancia o por escupir en la calle. Atana, amor, sé un encanto conmigo y haz que se lleven a este criminal de vuelta a Cynestra y lo arrojen a las mazmorras.

—De inmediato, Itagne-embajador —replicó ella.

—Encantadora niña —murmuró él.

—Te pareces a tu hermano, excelencia —dijo Vanion al sonriente Itagne—, no solamente en el aspecto físico sino también en el temperamento.

—¿Cómo está ese viejo truhán?

—Estaba bien la última vez que lo vimos. —Vanion frunció el entrecejo—. Pero podría habernos sido de mucha ayuda que nos informara que te había enviado aquí.

—Así es mi hermano, por si no lo conoces. A veces pienso que intenta ocultarse secretos a sí mismo.

—¿Qué ha sucedido exactamente aquí, excelencia? —le preguntó Falquián.

—Tú debes ser Falquián —adivinó Itagne—. Tu nariz es realmente famosa, ¿sabes?

—Gracias —replicó Kalten con modestia.

Itagne pareció perplejo.

—Fui yo quien se la rompió, excelencia..., cuando éramos niños. Ya sabía que era una buena idea cuando lo hice. La lleva como un distintivo. Estoy un poco decepcionado por el hecho de que no haya considerado ni una sola vez la posibilidad de darme las gracias por el favor que le hice.

Itagne sonrió.

—Como ya habréis deducido, caballeros, Oscagne me envió a Cynestra para que investigara la situación bastante peculiar que reina por aquí. La cadena de mando siempre ha sido un poco brumosa en los rincones más alejados del imperio. El Ministerio de Asuntos Exteriores piensa que los reinos del oeste, así como Valesia, Arjuna y Cynesga, son esencialmente naciones extranjeras subordinadas del propio Tamul. Eso convertiría a los embajadores que están en esos reinos en la máxima autoridad. Interior siempre ha sostenido que esos reinos son parte integrante del Tamuli metropolitano, y que eso los deja bajo el mando de ellos. Oscagne y Kolata han estado buscando sutilezas a este respecto durante años. Taubel es un mediocre político, y su pasmosa capacidad para

conseguir un puesto de trabajo dentro de Interior sorprendió un poco a mi hermano. Por eso me sacó de la universidad... donde yo estaba echando raíces y bastante contento... y me envió aquí para que investigara bajo la tapadera de un puesto de subsecretario. —Se echó a reír—. Me aseguraré de que lo lamente tanto esta vez como lo lamentó las dos anteriores en las que me hizo esto.

—Me temo que eso se me escapa —reconoció Falquián.

—Ésta es la tercera vez que Oscagne me arranca de mi vida privada para que le saque las castañas del fuego. Realmente no me gusta que me arranquen, así que creo que esta vez voy a darle una lección. Tal vez si lo reemplazo durante un tiempo como primer ministro, conseguiré que lo entienda..., si alguna vez decido dejarlo que recobre su puesto.

—¿Eres realmente tan bueno como insinúas, Itagne? —le preguntó Sephrenia.

—Oh, buen Dios, sí, querida dama. Soy al menos el doble de bueno que Oscagne... y él lo sabe. Por eso mismo mis nombramientos son siempre interinos. ¿Por dónde iba? Ah, sí. Llegué a Cynestra, organicé un aparato funcional, y al cabo de poco descubrí que Taubel y Kanzad comían del mismo plato. Luego intercepté las instrucciones que le enviaron a Taubel desde Matherion, tras los incidentes que tuvieron lugar en la capital. Decidí no molestarlo con aquellas inquietantes noticias, por lo que me fui a la guarnición atana y me encargué personalmente de avisarles a nuestros gigantescos amigos de que el Ministerio del Interior ya no era relevante. De hecho, se alegraron bastante de ello. Por alguna razón, los atanes detestan intensamente a los policías. Creo que tiene que ver con su carácter nacional. Estaba a punto de avanzar sobre Kanzad y Taubel cuando uno de mis espías me trajo la noticia de vuestra inminente llegada, así que esperé a que llegarais hasta aquí antes de invertir la situación. Debo decirte, Falquián, que trastornaste de verdad a la gente de la oficina local del Ministerio del Interior.

—¿Ah, sí?

—Corrían por los pasillos, gritando: «¡Falquián viene hacia aquí! ¡Falquián viene hacia aquí!».

—A veces produce ese efecto sobre las personas —le dijo Flauta. Recorrió a los demás con los ojos—. Éste es —les informó—. Ahora podemos marcharnos de aquí.

Itagne parecía perplejo.

—Dentro de un momento —le dijo Sephrenia a su hermana—. Itagne, ¿cómo

supo Interior que nos dirigíamos hacia aquí?

Él se encogió de hombros.

—En realidad no lo investigué muy a fondo. Hay toda clase de gente camuflada que trabaja para el Ministerio del Interior. Probablemente uno de ellos fustigó cuatro o cinco caballos hasta la muerte con el fin de traer la noticia.

—Eso es completamente imposible —le aseguró ella—. Nadie pudo haber llegado hasta aquí antes que nosotros por medios normales. ¿Es posible que la noticia la haya traído un estirio?

—No hay ningún estirio en Cynestra, querida dama. El odio existente entre cynesganos y estirios plaga la historia.

—Sí, lo sé. Sin embargo, creo que podrías estar equivocado. Estoy casi completamente segura de que al menos un estirio ha pasado por Cynestra justo antes de que el pánico se apoderara de la gente de Interior.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión, pequeña madre? —le preguntó Vanion.

—Hay un estirio trabajando con nuestros enemigos —replicó ella—. Estaba en esa sombra que Falquián disolvió en Edom. En cualquier caso, quienquiera que estuviese dentro, gritaba en estirio. —Sephrenia frunció el ceño—. No obstante, todavía no entiendo cómo llegó hasta aquí antes que nosotros. Podría tratarse de alguna clase de renegado que tenga tratos con los dioses antiguos. Nosotros nunca hemos llegado a comprender el pleno alcance de los poderes de esos dioses.

—¿No podría tratarse precisamente de uno de los propios dioses antiguos? —inquirió Bevier con aprensión.

—No —replicó directamente Flauta—. Los encerramos a todos cuando los derrocamos..., de una forma muy parecida a como encerramos a Azash. Los dioses antiguos no se desplazan.

—Me parece que me estoy perdiendo alrededor de la mitad de esta charla —observó Itagne—. ¿No serían adecuadas algunas presentaciones, a estas alturas?

—Perdón, excelencia —se disculpó Vanion—. Realmente no estamos intentando hacernos los misteriosos. La dama es obviamente una estiria. ¿Me permites que te presente a Sephrenia, suma sacerdotisa de la diosa Aphrael?

—¿La diosa niña?

—¿Sabes quién es? —le preguntó Sephrenia.

—Algunos de los colegas estirios de la universidad me la han mencionado. Realmente no hablaban de forma demasiado aprobadora sobre ella. Resultaba

evidente que pensaban que era veleidosa... y un poco frívola.

—¿Veleidosa? —objetó Flauta—. ¡Frívola!

—No te lo tomes como algo personal —le aconsejó Falquián.

—¡Pero es que se trata de algo personal, Falquián! ¡Me han insultado! ¡Cuando regresemos a Matherion, quiero que vayas a la universidad y les lances un reto a esos desgraciados impíos! ¡Quiero sangre, Falquián! ¡Sangre!

—¿Un sacrificio humano, divina Aphrael? —le preguntó él con dulzura—. ¿No está eso un poco fuera de tu personaje?

—Bueno... —dudó ella—. ¿No podrías darles un buen puñetazo, de todas formas?

Itagne los miraba fijamente.

—Decepcionante, ¿no es cierto? —murmuró Talen.

Decir que el hermano de Oscagne estaba impresionado, sería cometer una subestimación imperdonable. No dejaba de mirar a Flauta, con unos ojos que se le salían de las órbitas, mientras se alejaban de Cynestra en dirección este.

—Oh, por favor, deja de hacer eso, Itagne —le pidió ella—. No va a crecerme de golpe otra cabeza ni me transformaré en una gorgona.

Él se estremeció y se pasó una mano por la cara.

—Probablemente debería decirte que no creo en ti —dijo luego—. No estoy intentando resultar ofensivo, te lo aseguro. Simplemente sucede que soy un escéptico confirmado en los asuntos de religión.

—Apuesto a que puedo cambiar tu forma de pensar —le sugirió ella con una sonrisa traviesa.

—Basta ya —la regañó Sephrenia.

—Es un agnóstico confeso, Sephrenia. Eso hace que sea juego limpio. Además, me cae bien. Nunca antes he tenido un adorador tamul, y creo que quiero uno. Itagne sería perfecto.

—No.

—No te estoy pidiendo que me lo compres, Sephrenia. Yo lo engatusaré para que salga de entre los arbustos por mis propios medios, así que no estás en absoluto implicada en esto. Realmente no es asunto tuyo, querida hermana, así que mantén tu nariz alejada del tema.

—¿Se hacen alguna vez más fáciles las cosas con ella? —les preguntó Itagne a los demás con voz plañidera.

—No —replicó Kalten, y se puso a reír—. Sin embargo, te insensibilizas cuando pasa el tiempo. Yo he descubierto que el beber ayuda bastante.

—Ésa es la respuesta de Kalten para absolutamente todo —declaró Flauta con una airosa sacudida breve de su cabecita—. Intenta curarse del invierno con un barril de tinto arciano... todos los años.

—¿Ya hemos concluido en esta parte del imperio? —le preguntó Falquián.

—No. Tiene que suceder algo más. —La diosa niña suspiró y se acurrucó contra su hermana—. Por favor, no te enfades conmigo, Sephrenia —le pidió—. Me temo que lo que vendrá a continuación no va a gustarte. Sin embargo, es necesario. Por mucho que pueda trastornarte, recuerda siempre que yo te quiero. —Se irguió y le tendió las manos a Falquián—. Tengo que hablar contigo —le dijo al pandion—. En privado.

—¿Secretos? —le preguntó Talen.

—Todas las chicas necesitan tener secretos, Talen. Aprenderás más al respecto a medida que pase el tiempo. Alejémonos un poco, Falquián.

Salieron del camino y se alejaron unas cuantas varas, para luego continuar a la misma velocidad que los otros. Los cascos herrados con acero de *Faran* repiqueteaban en el suelo pedregoso del desierto, calentado por el sol.

—Continuaremos avanzando hasta la frontera de Tamul —le dijo Flauta mientras cabalgaban—. Ese suceso que nos aguarda más adelante tendrá lugar allí, y yo deberé marcharme antes de que ocurra.

—¿Marcharte?

—Podrás arreglártelas sin mí por un rato. No puedo estar presente cuando ese acontecimiento tenga lugar. Hay una cuestión de decoro en juego. Puede que sea todo lo veleidosa y frívola que ha sugerido Itagne, pero lo que sí tengo es buenos modales. Un cierto personaje tomará parte en este asunto, y se sentiría insultado si yo me hallase presente. Él y yo hemos tenido algunos desacuerdos en el pasado, y de momento no nos dirigimos la palabra. —Hizo una mueca de tristeza—. Ha sido un momento bastante largo —admitió—. De hecho, unos ocho o diez mil años. Está haciendo algo que yo no apruebo realmente... aunque, por supuesto, nunca me lo ha explicado con detalle. A mí me cae bastante bien, pero tiene una actitud terriblemente superior. Siempre se ha comportado como si el resto de nosotros fuésemos todos demasiado estúpidos como para entender lo que está haciendo... aunque yo lo comprendo

perfectamente bien. Está rompiendo una de las reglas cardinales. —Hizo un gesto con la mano como si quisiera apartar aquello a un lado—. Pero eso es algo entre él y yo. Cuida de mi hermana, Falquián. Va a pasar un momento muy duro.

—No va a desmayarse, ¿no?

—Ella seguramente preferiría eso. —La diosa niña suspiró—. Desearía que hubiese alguna forma de que yo pudiera ahorrarle esto, pero no la hay. Tiene que pasar por la experiencia para continuar creciendo.

—Aphrael, tiene más de trescientos años.

—¿Y qué tiene que ver eso? Yo soy cien veces más vieja que ella, y todavía estoy creciendo. Ella tiene que hacer lo mismo. Soy fácil de querer, Falquián, pero nunca he prometido ser cómoda. Esto va a ser terriblemente doloroso para ella, pero luego será mucho mejor precisamente por haber pasado por la experiencia.

—No estás diciendo nada que tenga sentido, ¿lo sabes?

—No tengo por qué decir cosas con sentido, padre. Ésa es una de las ventajas de mi condición.

Realizaron el viaje desde Cynestra hasta la frontera oeste de Sama en cómodas etapas, avanzando tranquilamente de oasis en oasis. Falquián no podía estar completamente seguro, pero tenía la sensación de que Aphrael aguardaba algo. Ella y Vanion pasaban mucho tiempo con el mapa, y los saltos que daban a través del territorio pedregoso y castigado por el sol de Cynesga oriental iban haciéndose más cortos cada vez, así como más largas las estancias en cada oasis. Al acercarse a la frontera, su paso se hizo más lento, y con mayor frecuencia se encontraron avanzando lentamente hacia el este por las interminables leguas vacías sin recurrir en ningún momento al Bhelliom.

—Es difícil conseguir información precisa de alguna clase —estaba diciendo Itagne, una tarde, tras el cuarto día de viaje—. La mayor parte de las cosas las han visto los nómadas del desierto, y no confían lo bastante en las autoridades como para hablar mucho con ellas. Se han oído las habituales historias descabelladas de vampiros, hombres lobo y arpías, y cosas por el estilo, pero yo tiendo a suponer que la mayor parte de esas cosas ha salido del cuello de los pellejos de vino. Las autoridades cynesgas se ríen de esas historias, y no les dan más importancia que la que puedan tener como alucinaciones de gentes ignorantes que beben demasiado y pasan una excesiva cantidad de tiempo al sol.

Sin embargo, se toman muy en serio los informes de quienes han visto a los seres fulgentes.

—Muy bien, Itagne —intervino Kalten con tono irritado—. Hemos estado oyendo hablar de esos «seres fulgentes» desde que llegamos a Daresia. La gente se pone temblorosa y pálida, y se niega a hablar de ellos. Te tenemos en medio del desierto, donde no puedes huir, así que ¿por qué no nos cuentas quiénes... o qué... son esos seres?

—Es realmente muy grotesco, caballero Kalten —le respondió Itagne—, y bastante repugnante.

—Tengo un estómago fuerte. ¿Son alguna especie de monstruos? ¿Con doce patas y nueve cabezas, o algo parecido?

—No. De hecho, se supone que tienen el aspecto de seres humanos corrientes.

—¿Por qué los llaman por ese nombre tan peculiar? —inquirió Berit.

—¿Por qué no dejas que sea yo quien haga las preguntas, Berit? —le preguntó Kalten con brusquedad. Aparentemente, el joven aún tenía problemas por lo que respectaba a Berit.

—Lo siento, caballero Kalten —le respondió Berit, con una expresión de profunda sorpresa y ligeramente herida.

—¿Y bien? —le preguntó Kalten al hermano de Oscagne—. ¿Qué significa eso? ¿Por qué los llaman así?

—Porque relumbran como las luciérnagas, caballero Kalten —contestó Itagne, encogiéndose de hombros.

—¿Y eso es todo? —inquirió Kalten con incredulidad—. ¿Todo el continente se viene abajo de terror sólo porque hay una gente que brilla en la oscuridad?

—Por supuesto que no. El hecho de que relumbren no es más que una advertencia. Todos los habitantes de Tamuli saben que si ven que se encamina hacia ellos alguien que brilla como la estrella de la mañana, lo mejor que pueden hacer es dar media vuelta y correr todo lo que puedan.

—¿Qué se supone que son capaces de hacer esos monstruos? —inquirió Talen—. ¿Se comen a la gente viva o los destrozan en pedacitos o algo así?

—No —replicó Itagne con tono lúgubre—. Según la leyenda, su más ligero contacto significa la muerte.

—¿Algo así como las serpientes venenosas? —sugirió Khalad.

—Mucho peor que eso, joven caballero. El contacto de un ser fulgente le

putre la carne en los huesos a un hombre. Es la decadencia misma de la tumba, y la víctima no está muerta cuando eso sucede. Las descripciones del folclore son muy horripilantes. Se nos transmiten imágenes de personas de pie, tías como palos, chillando de agonía y espanto mientras los rostros y extremidades se les disuelven como fango y se funden como cera derretida.

—Ésa es una descripción muy gráfica —comentó Ulath, con un estremecimiento—. Imagino que eso interfiere un poco en el establecimiento de relaciones normales con esa gente.

—Desde luego, caballero Ulath. —Itagne le sonrió—. Pero a pesar de eso los seres fulgentes están entre las figuras más populares de la literatura tamul... lo que puede proporcionarte una visión de la perversidad de nuestras mentes.

—¿Estás hablando de historias de fantasmas? —le preguntó Talen—. A algunas gentes les gustan, según tengo entendido.

—La literatura delfaeica es mucho más compleja que eso.

—¿Delfaeica? ¿Qué significa?

—La literatura hace referencia a los seres fulgentes como los delfae —le explicó Itagne—, y la ciudad mítica en la que viven se llama Delfaeus.

—Es un nombre bonito.

—Creo que eso es parte del problema. Los tamules tendemos a ser sentimentales, y la calidad musical de la palabra llena de lágrimas los ojos de nuestros poetas menores, y de sensiblerías sus cerebros. Pasan por alto los aspectos más desagradables de la leyenda, y presentan a los delfae como gentes sencillas y pastoriles que son profundamente incomprendidas. Durante siete siglos han estado infligiéndonos versos pastoriles abominables y exageradas églogas adolescentes. Han representado a los delfae como líricos pastores de ovejas, que relumbran como luciérnagas y papan musarañas por el paisaje, sufren punzadas de amor no correspondido y ponderan, ponderadamente, por supuesto, las banalidades de su supuesta religión. El mundo académico ha llegado a considerar la literatura delfaeica como un chiste malo que se ha perpetuado durante demasiado tiempo.

—¡Es una abominación! —declaró Sephrenia con un ardor nada característico en ella.

—Tu percepción crítica te honra, querida dama... —Itagne le sonrió—, pero creo que el término que has escogido dignifica en exceso el género. Tal vez yo caracterice la literatura delfaeica de sentimental adolescente, pero no me la tomo lo bastante en serio como para indignarme.

—¡La literatura delfaeica es una máscara para encubrir el más pernicioso fanatismo antiestirio! —exclamó ella en el tono que habitualmente reservaba para los ultimátums.

Vanion parecía tan perplejo por aquel repentino estallido de su compañera como lo estaban Falquián y los demás. Miró en torno, obviamente buscando alguna manera de cambiar de tema.

—Se acerca la hora de la puesta del sol —observó Kalten, que se adelantó para echarle una mano. La perceptividad de Kalten a veces sorprendía a Falquián—. Flauta —le dijo a la diosa niña—, ¿has planeado dejarnos junto a otro de esos pozos de agua para pasar la noche?

—Oasis, Kalten —lo corrigió Vanion—. Los llaman oasis, no pozos de agua.

—Eso es asunto de quienes los llamen así. Pueden llamarlos como les dé la gana, pero yo reconozco un pozo de agua cuando lo veo. Si vamos a hacer las cosas al estilo antiguo, tendremos que comenzar a buscar un sitio en el que acampar, y hay unas ruinas en la cima de aquella colina, hacia el norte. Sephrenia puede exprimir agua del aire para que bebamos, y si nos instalamos en esas ruinas no tendremos que soportar durante toda la noche la peste a perro hervido que aguantamos generalmente cuando acampamos cerca de sus aldeas.

—Los Cynesganos no comen perros, caballero Kalten —objetó Itagne entre risas.

—Yo no lo juraría sin haber hecho un recuento honrado de todos los perros de uno de sus poblados..., tanto antes como después de la cena.

—¡Falquián!

Era Khalad, que sacudía bruscamente a su señor para despertarlo.

—¡Hay gente ahí fuera!

Falquián apartó a un lado las mantas, rodó y se puso de pie con la espada en la mano.

—¿Cuántos son? —inquirió con voz queda.

—He visto a una docena, más o menos. Se están arrastrando entre esas rocas que están camino abajo.

—Despierta a los otros.

—Sí, mi señor.

—En silencio, Khalad.

Khalad le lanzó una mirada directa e inexpresiva.

—Lo siento —se disculpó Falquián.

Las ruinas en las que habían instalado el campamento había sido una fortaleza en otros tiempos. Las piedras de las paredes estaban cortadas de manera tosca, y colocadas unas sobre otras sin mortero. Los incontables siglos de polvo y arena arrojados por el viento habían pulido los macizos bloques y desgastando sus aristas. Falquián atravesó lo que parecía había sido un patio, hasta la desmoronada pared del lado sur de la fortaleza, y miró colina abajo, hacia el camino.

Durante la noche, había llegado un banco de nubes que ocultaba el cielo. Falquián forzó la vista para distinguir el camino mientras maldecía la oscuridad. Luego oyó un crujido que provenía del otro lado del muro ruinoso.

—No te pongas nervioso —le susurró Talen.

—¿Dónde has estado?

—¿Dónde crees tú?

El muchacho pasó por encima de los escombros para reunirse con el corpulento pandion.

—¿Has vuelto a llevar contigo a Berit? —le preguntó Falquián con acritud.

—No. Berit es un poco ruidoso ahora que ha decidido llevar puesta la cota de malla, y su integridad parece siempre interponerse en todo.

Falquián gruñó.

—¿Y bien? —le preguntó al muchacho.

—No vas a creer lo que voy a decirte, Falquián.

—Puede que te sorprenda.

—Los que están ahí fuera son más cyrgais de esos.

—¿Estás seguro?

—No detuve a ninguno para preguntárselo, pero tienen exactamente el mismo aspecto que tenían los que nos encontramos al oeste de Sarsos. Llevan esos cascos extraños, las armaduras antiguas y esos estúpidos vestidos cortos.

—Creo que se llaman *kilts*.

—Un vestido es un vestido, Falquián.

—¿Están haciendo algo tácticamente significativo?

—¿Te refieres a una formación de ataque? No. Creo que éstos no son más que exploradores. No llevan consigo ni las lanzas ni los escudos, y se arrastran por ahí sobre el vientre.

—Vamos a hablar con Vanion y Sephrenia.

Atravesaron el patio cubierto de escombros de la antigua fortaleza.

—Nuestro joven ladrón ha estado desobedeciendo órdenes una vez más —informó Falquián a los otros.

—No, no es cierto —lo contradijo Talen—. Tú no me ordenaste que no fuese a mirar a esa gente así que, ¿cómo puedes acusarme de haberte desobedecido?

—No te ordené que no lo hicieras porque no sabía que estaban ahí fuera.

—Ese detalle no te ha puesto las cosas muy fáciles. Tendré que admitirlo.

—Nuestro curioso muchacho nos informa que los hombres que andan arrastrándose por el camino de ahí abajo son cyrgais.

—¿Alguien de los del otro bando ha estado aventurándose otra vez en el pasado? —sugirió Kalten, más que preguntó.

—No —replicó Flauta, que levantó un poco la cabeza. Hasta entonces, la niña había parecido dormir profundamente en brazos de su hermana—. Los cyrgais de ahí fuera están tan vivos como tú. No provienen del pasado.

—Eso es imposible —objetó Bevier—. Los cyrgais se han extinguido.

—¿De veras? —preguntó con cierta ironía la diosa niña—. ¡Qué asombroso que ellos mismos no se hayan dado cuenta de ello! Creedme, caballeros, me hallo en posición de saberlo.

—Los cyrgais murieron hace diez mil años, divina Aphrael —insistió Itagne con firmeza.

—Quizá deberías correr colina abajo y ponerlo en conocimiento de ellos, Itagne —le dijo ella—. Déjame marchar, Sephrenia.

La hermana de la diosa niña pareció un poco sorprendida.

Aphrael besó tiernamente a la mujer y luego se alejó un poco del grupo.

—Ahora tengo que dejarte. Las razones son muy complejas, así que simplemente tendrás que confiar en mí.

—¿Y qué pasa con esos cyrgais? —preguntó Kalten con tono imperioso—. No vamos a permitirte que te alejes en medio de la oscuridad mientras ellos estén ahí fuera.

Ella le sonrió.

—¿Quiere hacerme alguien el favor de explicarle esto? —les preguntó a los demás.

—¿Vas a dejarnos en peligro, de esta manera? —le preguntó Ulath.

—¿Estás preocupado por tu propia seguridad, Ulath?

—Por supuesto que no, pero pensé que podría hacerte sentir la suficiente vergüenza como para que te quedaras aquí hasta que les hayamos ajustado las cuentas a los de fuera.

—Los cyrgais no van a molestaros, Ulath —le aseguró ella, pacientemente—. Van a desaparecer casi de inmediato. —Los miró a todos y luego suspiró—. De verdad que tengo que marcharme ahora —les dijo con tristeza—. Me reuniré con vosotros más tarde.

Luego rieló como un pálido reflejo en la superficie del agua, y desapareció.

—¡Aphrael! —gritó Sephrenia, tendiendo los brazos ante sí.

—Eso es verdaderamente extraordinario —musitó Itagne—. ¿Lo decía en serio, eso de los cyrgais? —preguntó a sus compañeros—. ¿Existe alguna remota posibilidad de que algunos de ellos hayan sobrevivido a la guerra con los estirios?

—Yo no me atrevería a llamarla mentirosa —le respondió Ulath—. Particularmente si Sephrenia está cerca. Nuestra pequeña madre es muy protectora.

—Eso ya lo he advertido —comentó Itagne—. Yo no te ofendería a ti ni a tu diosa por nada del mundo, querida dama, pero ¿te molestaría en algo si hiciese algunos preparativos? La historia es una de mis especialidades en la universidad, y los cyrgais tenían... bueno, supongo que tienen... una reputación aterradora. Confío implícitamente en tu pequeña diosa, pero... —miró en torno, con aprensión.

—¿Sephrenia? —dijo Falquián.

—No me molestes. —La mujer parecía terriblemente impresionada por la repentina partida de Aphrael.

—Recupérate de la sorpresa, Sephrenia. Aphrael ha tenido que marcharse pero regresará más tarde. En este momento necesito una respuesta. ¿Puedo emplear el Bhelliom para interponer alguna clase de barrera que mantenga a los cyrgais a distancia hasta que lo que sea que ha mencionado Aphrael los ponga en fuga?

—Sí, pero si hicieses eso le harías saber a nuestro enemigo el lugar exacto en que nos hallamos.

—Él ya lo sabe —señaló Vanion—. Dudo de que esos cyrgais se hayan tropezado con nosotros por accidente.

—Puede que tenga razón —asintió Bevier.

—¿Por qué molestarse en mantenerlos a distancia? —preguntó Kalten—. Falquián puede desplazarnos a diez leguas camino abajo en un abrir y cerrar de ojos. No me siento tan apegado a este lugar como para perder el sueño si no veo salir el sol desde aquí.

—Nunca lo he hecho durante la noche —comentó Falquián, dubitativamente. Luego miró a Sephrenia—. El hecho de que yo no pueda ver por dónde voy, ¿podría tener alguna consecuencia?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —La mujer parecía un poco fastidiada.

—Por favor, Sephrenia —le pidió él—. Tengo un problema y necesito tu ayuda.

—En el nombre de Dios, ¿qué está sucediendo? —exclamó Berit, mientras señalaba hacia el norte—. ¡Mirad eso!

—¿Niebla? —preguntó Ulath con incredulidad—. ¿Niebla en el desierto?

Todos se quedaron mirando fijamente el extraño fenómeno que avanzaba hacia ellos por el árido terreno.

—Mi señor Vanion —comenzó Khalad con voz trastornada—, ¿se ve en tu mapa alguna ciudad o asentamiento en dirección norte?

Vanion negó con la cabeza.

—Nada, excepto desierto en todas direcciones.

—Sin embargo, ahí fuera hay luces. Puedes verlas reflejadas en la niebla. Se encuentran cerca del suelo, pero se pueden ver con toda claridad.

—Yo he visto luces en la niebla —comentó Bevier—, pero nunca parecidas a éstas. No se trata de luz de antorcha.

—En eso tienes razón —asintió Ulath—. Nunca antes he visto luces de ese preciso color... y parecen tenderse sobre la niebla misma, casi como una manta.

—Probablemente no es más que el campamento de algunos nómadas, caballero Ulath —sugirió Itagne—. La niebla y las brumas a veces hacen cosas extrañas con la luz. En Matherion se ve la luz que se refleja en la madreperla de los edificios. Algunas noches es como caminar por dentro de un arco iris.

—Sabremos más al respecto dentro de muy poco —comentó Kalten—. Esa niebla está avanzando en línea recta hacia nosotros, y trae la luz consigo. —Levantó el rostro—. Y no hay absolutamente nada de brisa. ¿Qué está sucediendo, Sephrenia?

Antes de que ella pudiera responder, les llegaron unos alaridos de terror desde el sur, donde estaba el camino. Talen se deslizó por el patio cubierto de escombros hasta el muro derrumbado.

—¡Los cyrgais están huyendo! —gritó—. ¡Arrojan espadas y cascos y corren como conejos!

—No me gusta el aspecto de todo esto, Falquián —declaró Kalten con tono crudo, mientras desenvainaba la espada.

El banco de niebla se había dividido rodeando la colina sobre cuya cima se hallaban. Era una bruma espesa, como la que puede verse en las ciudades costeras, y avanzaba por el estéril y árido territorio, marchando inexorablemente hacia la fortaleza ruinosa.

—¡Ahí dentro hay algo que se mueve! —gritó Talen desde el otro extremo de las ruinas.

Al principio no eran más que borrones de luz, pero a medida que el extraño banco de niebla se acercaba, iban haciéndose más claros.

Falquián podía ya distinguir los contornos de unos cuerpos nebulosos. Fueran lo que fuesen, tenían forma humana.

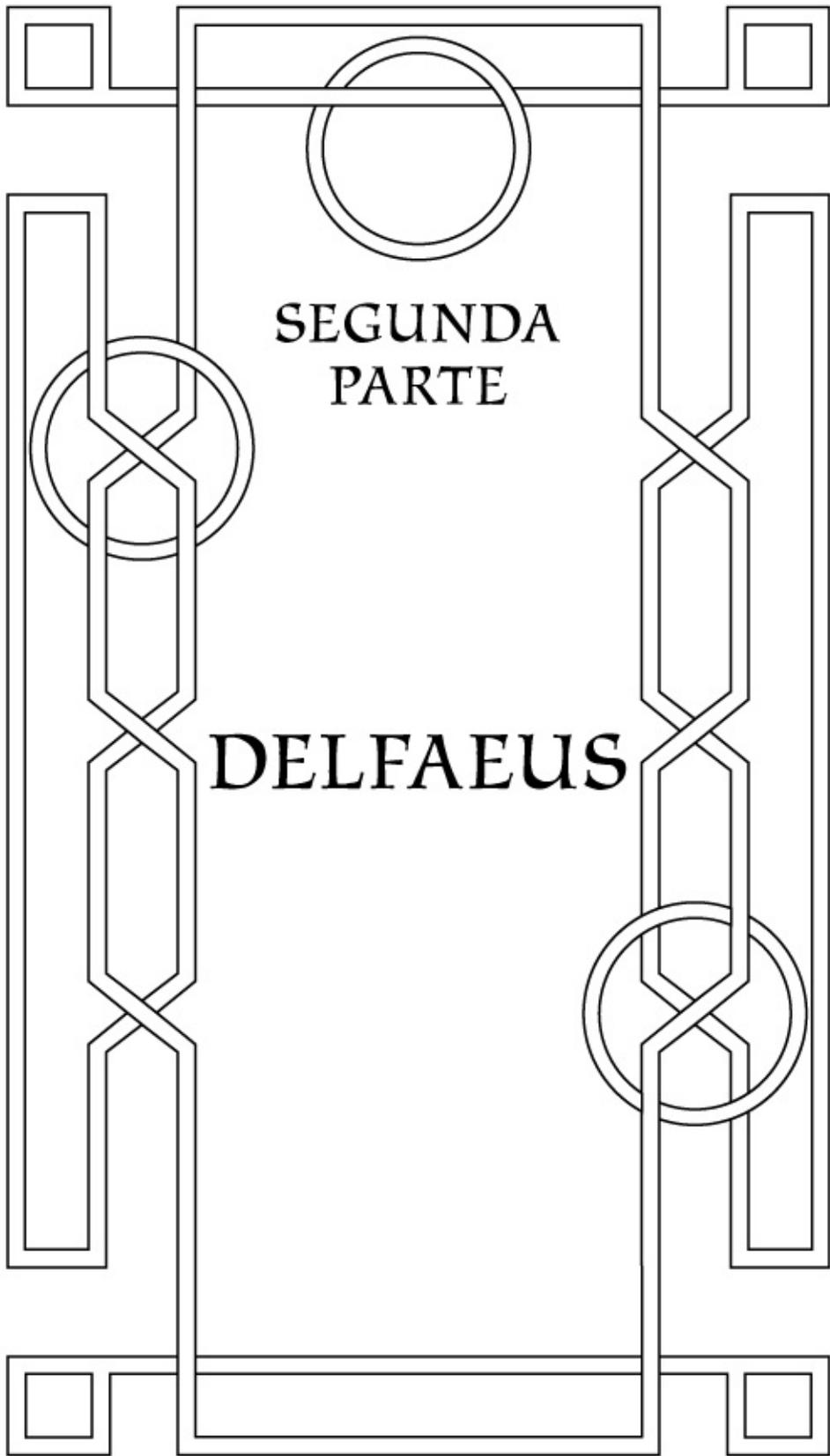
Luego Sephrenia profirió un alarido como el de alguien atrapado en las garras de un furor subyugador.

—¡Seres manchados! ¡Seres manchados! ¡Viles y malditos!

Los otros se quedaron mirándola fijamente, sobresaltados por aquel repentino estallido de cólera.

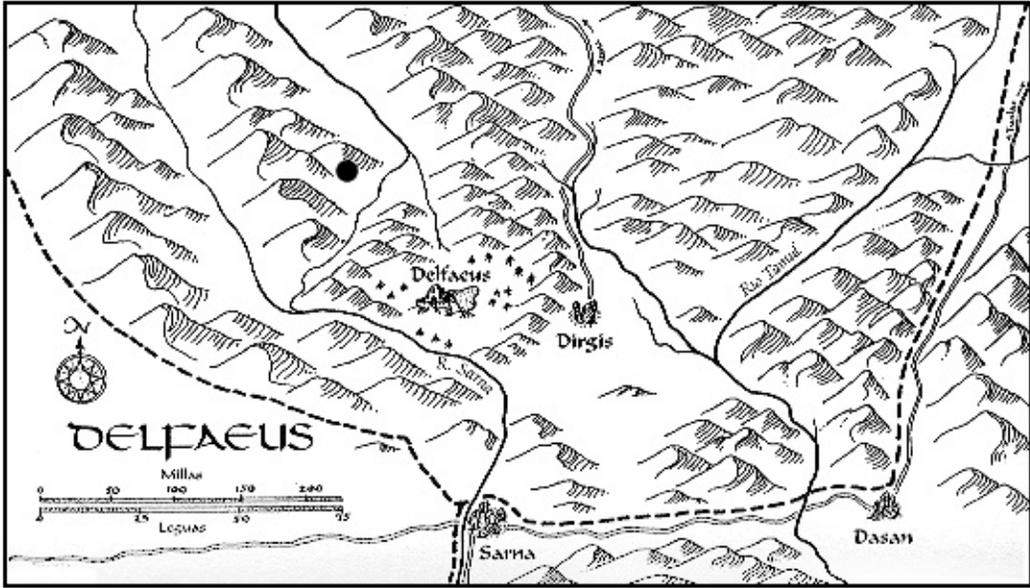
Las luces de la niebla no titubearon, sino que continuaron su fulgente e inexorable avance.

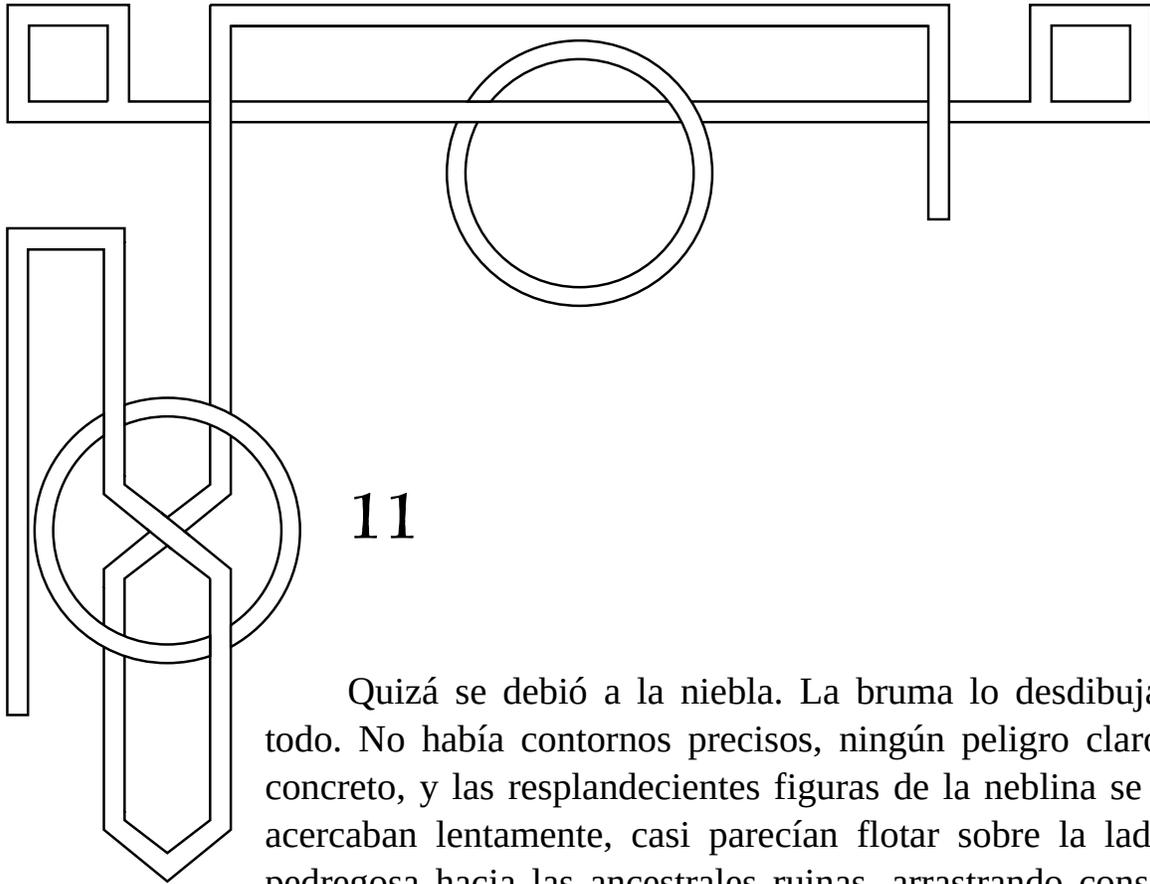
—¡Huid! —gritó de pronto Itagne—. ¡Huid, por vuestras vidas! ¡Son los delfae... los seres fulgentes!



**SEGUNDA  
PARTE**

**DELFAEUS**





## 11

Quizá se debió a la niebla. La bruma lo desdibujaba todo. No había contornos precisos, ningún peligro claro y concreto, y las resplandecientes figuras de la neblina se les acercaban lentamente, casi parecían flotar sobre la ladera pedregosa hacia las ancestrales ruinas, arrastrando consigo aquella encubridora niebla. Sus rostros, sus mismos contornos, eran borrosos, suavizados hasta el punto de parecer poco más que manchas relumbrantes. Tal vez se debió a la niebla... pero, por otra parte, quizá no. Por la razón que fuese, Falquián no sintió alarma alguna.

Los delfae se detuvieron a unas veinte varas de distancia de los muros derrumbados, y permanecieron inmóviles mientras la niebla giraba y se arremolinaba en torno a ellos, desterrando a la noche con su pálido fuego frío.

La mente de Falquián se sentía extrañamente aislada de los acontecimientos, y sus pensamientos eran claros y precisos.

—Bien hallados, vecinos —les gritó a las siluetas del interior de la bruma.

—¿Te has vuelto loco? —jadeó Itagne.

—¡Destrúyelos, Falquián! —siseó Sephrenia—. ¡Utiliza el Bhelliom! ¡Bórralos del mapa!

—¿Por qué no averiguamos primero qué es lo que quieren?

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo, hombre? —le preguntó Itagne.

—Se debe al entrenamiento, supongo —replicó Falquián, encogiéndose de

hombros—. Después de un tiempo uno desarrolla ciertos instintos. Esa gente de ahí fuera no tiene ninguna intención hostil.

—Tiene razón, Itagne —corroboró Vanion—. Uno puede percibir claramente cuando alguien quiere matarlo. Esa gente de ahí fuera no quiere pelea. No nos tienen miedo, pero no están aquí para luchar. Veamos antes adónde conduce esto, caballeros. No bajéis la guardia, pero no precipitemos las cosas... al menos de momento.

—Anakha —llamó una de las fulgentes siluetas de la niebla.

—Ése es un buen comienzo —murmuró Vanion—. Entérate de qué quieren, Falquián.

Falquián asintió con la cabeza y se acercó un poco más a las piedras desgastadas por el tiempo del muro derrumbado.

—¿Me conocéis? —preguntó, hablando en tamul.

—Las piedras mismas conocen el nombre de Anakha. Vos no sois como ningún otro hombre que haya vivido jamás. —El lenguaje era arcaico y profundamente formal—. Ningún mal os deseamos, y venimos con amistad.

—Escucharé lo que tengáis que decirme.

Falquián oyó la brusca inspiración de Sephrenia a sus espaldas.

—Os ofrecemos a vos y los vuestros compañeros, refugio —le respondió el delfae de la bruma—. Los vuestros enemigos están en torno a vosotros, por todas partes, y el peligro que corréis es grande en las tierras de los cyrgais. Venir hasta Delfaeus, y nosotros os daremos descanso y seguridad.

—Vuestra oferta es generosa, vecino —replicó Falquián—, y mis compañeros y yo os estamos agradecidos. —El tono de su voz, sin embargo, era dubitativo.

—Percibimos la vuesa desconfianza. —La voz de la niebla parecía extrañamente hueca, y contenía una especie de eco reverberante, un eco como el que uno oiría en un largo corredor vacío, un sonido que se alejaba hacia una distancia inconmensurable—. Os aseguramos que no tenemos intención de haceros ni a vos ni a los vuestros compañeros ningún mal, y que si decidís acudir a Delfaeus, os brindaremos nuestra protección. Pocos hay en todo este mundo que voluntariamente se enfrentarían con nosotros.

—Eso he oído. Pero eso plantea una pregunta. ¿Por qué, vecino? Somos extraños en estas tierras. ¿Qué interés podrían tener los delfae en nuestros asuntos? ¿Qué esperáis ganar con esta oferta de amistad?

La relumbrante silueta de la niebla vaciló.

—Vos os habéis apoderado del Bhelliom, Anakha... para bien o para mal, y vos no sabéis para cuál de las dos cosas. Vuesa voluntad no os pertenece ya, porque el Bhelliom os inclina a favor de sus propios propósitos. Vueso ser no pertenece ya a este mundo, ni tampoco el vueso destino. El vueso designio y el vueso destino son proyectados por el Bhelliom. En verdad, nada nos importáis vos y los vuestos compañeros, pues nuestra oferta de amistad no os la hacemos a vos sino al propio Bhelliom, y es del Bhelliom de quien recibiremos el precio de nuestra amistad.

—Eso ha sido bastante directo —murmuró Kalten.

—El peligro es mayor de lo que conocéis —continuó el brillante interlocutor—. El Bhelliom es lo más valioso de todo el universo, y hay seres que escapan a la vuesa imaginación que buscan poseerlo. Pero él no permite ser poseído. Él escoge a los suyos, y os ha elegido a vos. En la vuesa mano se ha puesto él mismo, y es por tanto a través de tus oídos que debemos hablar con él y ofrecerle nuestro intercambio. —El que hablaba hizo una pausa—. Considerad lo que acabamos de proponeros y desechad todas esas vuestas sospechas. Vueso éxito o fracaso en el cumplimiento de los designios del Bhelliom podría depender de nuestra ayuda... o de la falta de ella... y nosotros obtendremos nuestro pago. Hablaremos más de esto dentro de poco.

La niebla se arremolinó y se hizo más espesa, y las siluetas rutilantes se volvieron más mortecinas y perdieron color. Una repentina brisa nocturna, tan helada como el invierno y árida como el polvo, barrió el desierto; la niebla se transformó en jirones y velos, giró en un torbellino confuso e hirviente, y luego desapareció junto con los seres fulgentes.

—¡No los escuches, Falquián! —exclamó Sephrenia con voz chillona—. ¡Ni siquiera consideres lo que te ha dicho! ¡Es una trampa!

—No somos unos niños, Sephrenia —le recordó Vanion a la mujer que amaba—. No somos tan crédulos como para aceptar la palabra de unos desconocidos de buenas a primeras... particularmente la palabra de unos desconocidos como los delfae.

—Tú los conoces, Vanion. Sus palabras son como la miel que atrae y atrapa a las moscas descuidadas. Tendrías que haberlos destruido, Falquián.

—Sephrenia —dijo Vanion con voz acongojada—, has pasado los últimos cuarenta años con tu mano apoyada en el brazo con el que sujeto la espada, intentando evitar que hiriera a otros. ¿Por qué has cambiado? ¿Qué es lo que te transforma en alguien tan sedienta de sangre, así, de repente?

Ella le echó una mirada directa y hostil.

—No lo comprenderías.

—Ésa es una evasiva, querida, y me conoces lo bastante bien como para saber que probablemente no es cierto lo que acabas de asegurar. Es posible que los delfae no hayan sido del todo honrados con nosotros en lo que se refiere a la oferta que nos han hecho, pero no son hostiles ni nos han amenazado en ningún sentido.

—Eh... mi señor Vanion —interrumpió Ulath—, no creo que nadie en su sano juicio se atreviera a amenazar a Falquián. El amenazar a un hombre que tiene el Bhelliom en el puño no está dentro de las líneas de la prudencia... ni siquiera en el caso de unos seres que brillan en la oscuridad y reducen a sus vecinos a abono.

—Eso es exactamente lo que yo quería decir, Vanion —intervino Sephrenia, aprovechando las palabras de Ulath para aferrarse a ellas—. Los delfae tenían miedo de atacarnos a causa del Bhelliom. Eso es lo único que los ha hecho contenerse.

—Pero se contuvieron. No representaban peligro alguno para nosotros. ¿Por qué querías que Falquián los matara?

—¡Los desprecio! —Esto lo dijo con una especie de siseo.

—¿Por qué? ¿Qué te han hecho a ti?

—¡No tienen derecho ninguno a existir!

—Todas las cosas tienen derecho a existir, Sephrenia..., incluso las avispas y los escorpiones. Has pasado toda tu vida enseñándoles eso a los jóvenes pandion sedientos de sangre. ¿Por qué lo arrojas de pronto lejos de ti?

Ella desvió el rostro del de él.

—Por favor, no hagas eso. Sé que tienes alguna clase de problema en este caso, y tus problemas son también míos. Saquemos eso a la luz y estudiémoslo entre los dos.

—¡No!

Sephrenia se volvió bruscamente en redondo y se alejó de ellos.

—No existe absolutamente ningún hecho sobre el que pueda basarse —les explicó Itagne mientras cabalgaban por las estériles leguas bajo el cielo encapotado.

—Ésas suelen ser las mejores historias —le aseguró Talen.

Itagne sonrió fugazmente.

—Hace eones que existe en la cultura tamul todo un folclore que habla de los seres fulgentes. Supongo que comenzó con las habituales historias de horror, pero en la naturaleza tamul hay algo que nos lleva a los extremos. Hace unos setecientos años, un poeta decididamente inferior comenzó a falsificar la leyenda. En lugar de concentrarse en el horror, empezó a ponerse sentimental, enternecedor, sobre cómo se sentían los delfae respecto a su situación. Lloró copiosamente en pésimos versos acerca de la soledad de esos seres y la sensación de proscritos. Desgraciadamente, recurrió a la tradición pastoril y agregó la sensiblería de ese estúpido concepto a sus otras extravagancias.

»Su obra más famosa fue un largo poema narrativo titulado *Xadane*. Xadane fue supuestamente una pastora delfaeica que se enamoró de un muchacho pastor humano normal. Mientras se encontraron a la luz del sol, todo marchó bien, pero cada tarde Xadane tenía que huir para evitar que su amado descubriera la verdadera identidad de ella.

»El poema es muy largo y tedioso, y está lleno de interminables pasajes lúgubres en los que Xadane siente compasión de sí misma. Es absolutamente insoportable.

—Deduzco, por lo que dijo anoche esa gente de la niebla, que la palabra «delfae» es el nombre que se aplican ellos mismos —señaló Bevier—. Si la literatura tamul también emplea ese nombre, el hecho sugeriría alguna clase de contacto.

—Así debería ser, caballero —replicó Itagne—, pero no existe registro alguno de eso. Las tradiciones son muy antiguas, y sospecho que muchas de ellas salieron de las retorcidas mentes de los poetas de tercera. Supuestamente, la ciudad de Delfaeus se encuentra en un valle aislado del interior de las montañas meridionales de Atan. Se dice que los delfae son un pueblo de Tamul algo parecido a los atanes pero sin las gigantescas proporciones de éstos. Si debemos creer a nuestros poetas, cosa que probablemente no deberíamos hacer, los delfae eran un sencillo pueblo pastoril que siguió a sus rebaños hasta ese valle y quedó atrapado por una avalancha que cerró el único paso que conducía al mundo exterior.

—Eso no parece completamente imposible —comentó Ulath.

—Las imposibilidades comienzan a surgir en la historia más adelante —le aseguró secamente Itagne—. Se cuenta que hay un lago en el centro de ese valle, y ese lago es supuestamente el origen de las peculiaridades delfaeicas. Se dice

que brilla, y dado que es la única fuente de agua del valle, los delfae y sus rebaños se ven obligados a beber de él y a bañarse en sus aguas. La historia cuenta que, con el paso del tiempo, también ellos comenzaron a relumbrar. — Sonrió débilmente—. Tienen que ahorrar una fortuna en velas.

—Eso no es realmente posible, ¿verdad? —preguntó Talen con escepticismo—. Quiero decir, que la gente no va a ponerse a brillar en la oscuridad sólo a causa de lo que beben o comen, ¿no es cierto?

—No soy un científico, joven caballero, así que no me preguntes qué es posible y qué imposible. Supongo que podría deberse a alguna clase de mineral, o quizás a una forma de alga. Es una explicación pulcra para una característica imaginaria.

—La gente que vimos anoche brillaba sin duda, excelencia —le recordó Kalten.

—Sí, y estoy intentando con todas mis energías olvidarme de ello. —Itagne miró hacia atrás por encima del hombro. Sephrenia se había negado a escuchar cualquier conversación sobre los delfae, y junto con Berit seguía a los demás a cierta distancia—. La reacción de mi señora Sephrenia ante los delfae no es realmente infrecuente entre los estirios, ¿sabéis? La sola mención de ese nombre los transforma en seres irracionales. En fin, el caso es que *Xadane* se hizo enormemente popular, y surgieron los inevitables imitadores. En torno a los delfae creció todo un género literario. Se la llama, como es natural, literatura delfaeica. La gente sería no la toma con seriedad, y las personas estúpidas la toman como lo que son, estúpidamente. Ya sabéis cómo funcionan esas cosas.

—Oh, sí —murmuró Bevier—. Cuando era estudiante tuve que leer bibliotecas enteras llenas de versos abominables. Cada profesor tenía su poeta favorito, y nos castigaban con ellos sin misericordia alguna. Creo que eso fue lo que en definitiva me condujo a dedicarme a la carrera militar.

Khalad regresó a caballo para reunirse con ellos.

—No me gustaría parecer criticón con los que son mejores que yo, milord —dijo con tono seco—, pero la decisión de abandonar el camino y avanzar campo a través podría haber sido un poco imprudente en un día en el que no podemos ver el sol. ¿Sabe alguien en qué dirección marchamos?

—Hacia el este —replicó Vanion con firmeza.

—Sí, mi señor —replicó Khalad—. Si tú dices que es hacia el este, es hacia el este... aunque realmente no lo sea. ¿No se supone que tendríamos que estar bastante cerca de la frontera?

—No debería estar muy lejos.

—¿No indica tu mapa que el río Sarna marca el límite entre Cynesga y el propio Tamul?

Vanion asintió con la cabeza.

—Bueno, pues yo he subido a lo alto de esa colina que hay más adelante y he echado una mirada por los contornos. Desde allí puede verse a unas diez leguas de distancia en cualquier dirección, y no se ve río alguno por ninguna parte. ¿Supones que alguien pueda haber robado el Sarna?

—Sé amable —murmuró Falquián.

—La cartografía no es un arte exacto, Khalad —señaló Vanion—. Las distancias de cualquier mapa no son más que aproximadas. Partimos por la mañana y cabalgamos hacia la parte más clara de la capa de nubes. A menos que alguien haya cambiado las cosas, ése es el este. Cada hora, aproximadamente, hemos avistado puntos de referencia, y todavía estamos cabalgando en la misma dirección que tomamos al ponernos en marcha esta mañana.

—¿Y dónde está el río, entonces, mi señor? —inquirió Khalad y mirando a Itagne—: ¿Qué ancho dirías que tiene el valle del Sarna, excelencia?

—Sesenta leguas, por lo menos. Es el río más largo y ancho del continente, y el valle es muy fértil.

—¿Hierba? ¿Árboles? ¿Mucha vegetación verde?

Itagne asintió con la cabeza.

—No hay ni rastro de nada verde en ninguna dirección, mis lores —declaró Khalad—. No se ve más que desierto marrón.

—Estamos cabalgando hacia el este —insistió Vanion—. Las montañas de Atan tendrían que estar hacia el norte..., a nuestra izquierda.

—Puede que lo estén, pero hoy se muestran algo tímidas. Están escondidas entre las nubes.

—Ya te lo he dicho, Khalad. El mapa es inexacto, no hay nada más. —Vanion miró hacia atrás por encima del hombro—. ¿Por qué no retrocedes un poco y les pides a Sephrenia y Berit que se reúnan con nosotros? Es casi la hora del almuerzo, ¿verdad, Kalten?

—Decididamente, mi señor.

—Ya me lo parecía. Rebusquemos entre el equipaje y preparemos algo de comer.

—¿Es el caballero Kalten bueno para calcular la hora? —le preguntó Itagne a Falquián.

El interpelado sonrió.

—Normalmente nos fiamos de Khalad para eso... cuando puede verse el sol. Sin embargo, cuando está nublado recurrimos al estómago de Kalten. Por lo general es capaz de decirle a uno, al minuto, cuánto ha pasado desde la última vez que comió.

A últimas horas de aquella tarde, cuando se detuvieron para pasar la noche, Khalad estaba de pie a cierta distancia de donde el resto de sus compañeros instalaba el campamento. Miraba hacia el monótono desierto, a lo lejos, con una expresión ligeramente presumida en el rostro.

—Falquián —llamó—, ¿puedes venir aquí un momento? Quiero enseñarte algo.

Falquián dejó en el suelo la silla de *Faran* y fue a reunirse con su escudero.

—¿Sí? —le preguntó.

—Creo que será mejor que hables con el señor Vanion. A mí probablemente no me escuche, puesto que ya lo ha decidido, pero alguien va a tener que decirle que hoy no hemos estado cabalgando hacia el este.

—Primero vas a tener que convencerme a mí.

—De acuerdo. —El fornido muchacho señaló hacia el desierto—. Nosotros hemos llegado desde aquella dirección, ¿correcto?

—Sí.

—Si hemos estado cabalgando hacia el este, eso sería el oeste, ¿correcto?

—Estás diciendo cosas obvias.

—Sí, lo sé. Tenía que hacerlo. Estoy intentando explicarle algo a un caballero. La última vez que me fijé, el Sol se estaba ocultando por el este.

—Por favor, Khalad, no intentes hacerte el listo. Di lo que tengas que decir.

—Sí, mi señor. Si ése es el este, ¿por qué está el Sol ocultándose por allá, entonces? —Se volvió a señalar hacia su izquierda, donde un vivo color naranja teñía las nubes.

Falquián parpadeó y luego profirió un juramento.

—Vamos a hablar con Vanion —dijo, y abrió la marcha de vuelta al campamento, donde el preceptor de los pandion estaba hablando con Sephrenia.

—Tenemos un problema —les informó Falquián—. En algún momento realizamos un giro equivocado durante la marcha.

—¿Todavía estás cabalgando ese caballo cansado, Khalad?

El tono de la voz de Vanion era irritado. Obviamente, la conversación que mantenía con Sephrenia no marchaba bien.

—Nuestro joven amigo acaba de señalarme algo —le explicó Falquián—. Hablando lentamente, claro, debido a mi limitado entendimiento. Dice que a menos que alguien haya movido el sol, hemos estado todo el día cabalgando hacia el norte.

—Eso es imposible.

Falquián se volvió a señalar hacia el brillo anaranjado del horizonte.

—Ésa no es, de ninguna manera, la dirección por la que hemos llegado, Vanion.

Vanion miró momentáneamente hacia el horizonte y luego se puso a proferir imprecaciones.

—No hay forma de que me escuches, ¿verdad? —lo acusó Sephrenia—. ¿Me crees ahora cuando te digo que los delfae te engañarán a cada paso?

—Ha sido nuestro propio error, Sephrenia... bueno, mío, en todo caso. No podemos culpar automáticamente a los delfae por todo lo que salga mal.

—Te conozco desde que eras un muchacho, Vanion, y nunca antes has cometido este tipo de error. Te he visto hallar el rumbo en una noche oscura y con tormenta de nieve.

—Debo de haber confundido un par de puntos de referencia y sin duda me he orientado siguiendo el erróneo. —Vanion hizo una mueca—. Gracias por ser tan cortés conmigo sobre eso, Khalad... y tan paciente como has sido. Podríamos haber continuado hasta llegar a los hielos polares. A veces tengo tendencia a ponerme testarudo.

Sephrenia le dedicó una sonrisa afectuosa.

—Yo prefiero mucho más hablar de tu firmeza de propósitos, querido —comentó.

—Significa lo mismo, ¿no es cierto?

—Sí, pero suena mejor.

—Haz algunas marcas, Khalad —le pidió Vanion al muchacho. Luego miró en torno—. No hay ninguna rama por aquí, así que apila montones de rocas y márcalas con trozos de tela de colores. Registremos una referencia absoluta de la posición del Sol de este anochecer, para no volver a cometer el mismo error mañana por la mañana.

—Me encargaré de ello, mi señor.

—Han vuelto —dijo Kalten, mientras sacudía bruscamente a Falquián para despertarlo.

—¿Quiénes han vuelto? —Falquián se sentó.

—Tus amigos destellantes. Quieren volver a hablar contigo.

Falquián se puso en pie y siguió a su amigo hasta el límite del campamento.

—Yo estaba de guardia —le informó Kalten en voz baja—, y ellos simplemente aparecieron de la nada. Los relatos de Itagne son bastante entretenidos, pero creo que no son lo suficientemente exactos. Los seres fulgentes no relumbran siempre. Se arrastraron a oscuras hasta donde yo estaba, y no comenzaron a brillar hasta que estuvieron delante de mí.

—¿Continúan manteniéndose alejados?

Kalten asintió con la cabeza.

—Guardan las distancias. No hay forma de que podamos atacarlos.

En esa ocasión no había niebla, y sólo dos de los seres fulgentes se hallaban de pie a unas veinte varas de los caballos atados. Sin embargo, el misterioso brillo que manaba de ellos continuaba desdibujando sus siluetas.

—El peligro aumenta, Anakha —declaró la misma voz hueca y resonante—. Los vuestos enemigos están buscándoos arriba y abajo por la tierra.

—Nosotros no hemos visto a nadie, vecino.

—Es el enemigo invisible quien resulta más peligroso. Es con sus mentes que os buscan los vuestos enemigos. Os instamos a que aceptéis nuestra oferta de refugio. Dentro de poco podría ser demasiado tarde.

—No quisiera ofenderos por nada del mundo, vecino, pero sólo tenemos vuestra palabra sobre la existencia de ese peligro invisible, y creo que podríais estar exagerando un poco. Vos habéis dicho que el Bhelliom dirige mis pasos, y el Bhelliom tiene un poder ilimitado. Yo mismo he comprobado eso algunas veces. Gracias por vuestra preocupación, pero pienso que todavía puedo cuidar de mí mismo y de mis amigos. —Hizo una pausa momentánea, y luego se lanzó como llevado por un impulso—. ¿Por qué no acortáis toda esta charla cortés? Ya habéis admitido que tenéis un cierto interés personal en esto. ¿Qué os parece si habláis claro y me decís qué queréis y que estáis dispuestos a ofrecer a cambio? Eso podría sentar las bases para una negociación.

—Tu encanto es decididamente cegador, Falquián —masculló Kalten.

—Consideraremos la vuesa propuesta, Anakha. —La voz sonora hablaba con frialdad.

—Hacedlo. Ah, una cosa más, vecino. Dejad de entrometeros en la dirección que llevamos. El engaño y los trucos al comienzo, parece que siempre hacen que las negociaciones empiecen con mal pie.

Los relumbrantes delfae no respondieron, sino que retrocedieron hacia el desierto y se deslizaron fuera de la vista.

—¿Así que tú sí me crees, Falquían? —preguntó Sephrenia desde detrás de los dos caballeros—. Te das cuenta de lo carentes de principios y de honradez que son esas criaturas.

—Digamos simplemente que mantengo la mente abierta respecto al tema, pequeña madre. No obstante, tenías toda la razón sobre lo que dijiste antes. Podríamos vendarle los ojos a Vanion, hacerle girar en círculos durante todo un día, y aún así acabaría señalando correctamente el norte. —Miró en torno—. ¿Están todos despiertos? Creo que será mejor que comencemos a considerar opciones.

Regresaron al lugar en el que estaban tendidos los lechos sobre la dura e incómoda grava.

—Eres realmente muy listo, Falquían —comentó Bevier—. El hecho de que nuestros visitantes no hayan negado la acusación que te sacaste de la manga, sugiere que Sephrenia tenía razón respecto a ellos desde el principio. Es evidente que han estado desorientándonos.

—Lo que no altera el hecho de que los cyrgais están ahí fuera —le recordó Ulath—, y los cyrgais son decididamente nuestros enemigos. Puede que no sepamos qué se traen entre manos los delfae, pero pusieron en fuga a los cyrgais la noche pasada, y eso me inclina de alguna forma a que me caigan bien.

—¿Pudo tratarse de alguna clase de confabulación? —inquirió Berit.

—Es muy improbable —replicó Itagne—. Tradicionalmente, los cyrgais tienen la creencia de que ellos son la cúspide de la creación. Nunca acceden a ninguna artimaña que los coloque en una posición subordinada... ni siquiera por el bien de las apariencias. Simplemente no entra en su conformación racial.

—Tiene razón —confirmó Sephrenia—, y a pesar de que detesto reconocerlo, una alianza de esa clase estaría también completamente fuera del carácter de los delfae. No puede existir ningún interés común entre ellos y los cyrgais. No sé qué están haciendo los delfae en este asunto, pero tienen su propio programa. No serían instrumento de nadie más.

—Maravilloso —dijo Talen con tono sardónico—; ahora tenemos que preocuparnos de dos enemigos.

—¿Por qué tenemos que preocuparnos lo más mínimo? —preguntó Kalten, encogiéndose de hombros—. El Bhelliom puede llevarnos hasta los suburbios de Matherion en el espacio que existe entre dos latidos del corazón. ¿Por qué no nos limitamos a largarnos de aquí y dejar a los cyrgais y los delfae en este desierto para que resuelvan sus diferencias sin nosotros?

—No —dijo Sephrenia.

—¿Por qué no?

—Porque los delfae ya nos han desorientado una vez. No nos interesa en lo más mínimo acabar en Delfaeus.

—No van a conseguir engañar al Bhelliom, Sephrenia —disintió Vanion—. Puede que hayan sido capaces de confundirme a mí, pero el Bhelliom es un asunto completamente distinto.

—No creo que podamos permitirnos el lujo de correr el riesgo, querido. Los delfae quieren algo de Falquián, y obviamente eso implicará al Bhelliom. No los entreguemos a ambos en manos de los delfae. Ya sé que es tedioso y arriesgado, pero mantengamos los pies en el suelo. El Bhelliom se desplaza a través de un vasto vacío. Si los delfae consiguieran engañarlo, podríamos salir de ese vacío en casi cualquier parte.

—¿Qué es una égloga? —preguntó Talen.

Estaban cabalgando, a la mañana siguiente, en dirección a lo que esperaban que fuese el este, e Itagne continuaba con su errante discurso sobre la literatura delfaeica.

—Es una especie de drama primitivo —replicó el hermano de Oscagne—. Habitualmente trata del encuentro entre dos pastores. Andan por ahí discutiendo de filosofía con versos malos.

—Yo conozco a algunos pastores —declaró Khalad—, y la filosofía no era su tema habitual de conversación. Están mucho más interesados en las mujeres.

—En las églogas también se habla un poco de eso, pero está tan idealizado que apenas resulta reconocible. —Itagne se tironeó del lóbulo de una oreja con expresión pensativa—. Creo que se trata de algún tipo de enfermedad —reflexionó—. Cuanto más civilizado se hace un pueblo, tanto más romántica es su idea de la sencilla vida bucólica y más pasa por alto el polvo y los demolidores afanes que implica. A nuestros más estúpidos poetas se les ponen los ojos llorosos cuando hablan de los pastores... y de las pastoras, por supuesto.

La aristocracia se enamora periódicamente de la tradición pastoril, y se toman grandes molestias para poner en práctica sus fantasías. El padre del emperador Sarabian llegó incluso a hacerse construir una granja de ovejas cerca de Saranth. Él y su corte solían trasladarse allí en el verano y pasaban meses fingiendo que cuidaban rebaños de ovejas terriblemente sobrealimentadas. Sus blusas y capas rústicas estaban hechas de terciopelo y satén, y andaban sentados por ahí, con ojos lánguidos, componiendo versos malos y pasando por alto el hecho de que sus ovejas estaban dispersándose en todas direcciones. —Se recostó en la silla de montar—. En realidad, la literatura pastoril no le hace daño a nadie. Es tonta y tremendamente sentimentalona, y los poetas que se hacen adictos a ella tienden a cargar demasiado las tintas sobre los temas morales. Ése ha sido siempre el problema con la literatura: el hallarle una justificación. Realmente, no sirve a ningún propósito práctico, ¿sabéis?

—Excepto que la vida sin ella sería estéril y vacía —declaró Bevier.

—Lo sería sin duda, caballero Bevier —asintió Itagne—. En cualquier caso, la literatura delfaeica, que probablemente nada tiene que ver con los verdaderos delfae, creció en torno a esas ridículas convenciones literarias, pero después de varios siglos de necedades el potencial de la tradición pastoril ha quedado bastante agotado, por lo que nuestros poetas comienzan a alejarse de ella... como ovejas a las que nadie cuida, si se me permite forzar las metáforas. En algún momento del siglo pasado, comenzaron a introducir la noción de que los delfae practicaban una forma de magia no estiria. Eso irrita de veras a mis colegas estirios de la universidad. —Itagne volvió la cabeza por encima del hombro para asegurarse de que Sephrenia, que continuaba cabalgando en la retaguardia junto con Berit, estaba fuera del alcance de su voz—. Mucha gente encuentra que los estirios tienen algo fundamentalmente irritante. El pastel de vanidosa superioridad y acusadora auto compasión no casa muy bien, y una de las formas favoritas de azuzar estirios en la universidad es la de mencionar la «magia delfaeica» a uno de ellos y observar luego cómo estalla en llamaradas de indignación.

—¿Se te ocurre algo que pueda explicar la reacción de Sephrenia ante los delfae? —le preguntó Vanion con una expresión trastornada en los ojos—. Nunca antes la había visto comportarse de esa manera.

—La verdad es que no conozco tan bien a mi señora Sephrenia como para explicarte eso, mi señor Vanion, pero el estallido de cólera que tuvo la primera vez que mencioné la literatura delfaeica nos proporciona algunas pistas. En

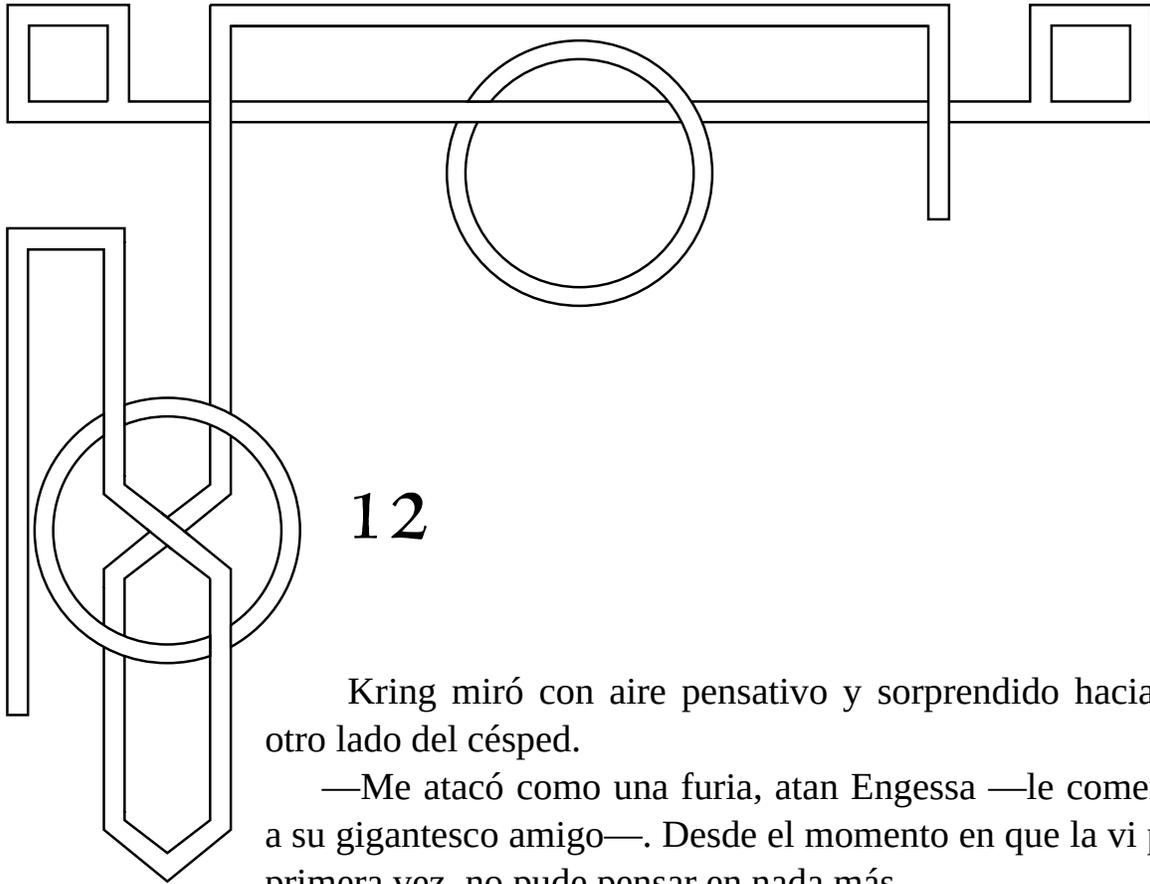
*Xadane* hay un pasaje muy breve que insinúa que los delfae se aliaron con los estirios en la guerra que supuestamente exterminó a los cyrgais. El pasaje estaba claramente basado en una parte muy oscura de un texto histórico del siglo séptimo. Se menciona la traición, pero no mucho más. Evidentemente, cuando comenzó su guerra contra los cyrgais, los estirios contactaron con los delfae y los engañaron para que montasen un ataque contra los cyrgais, desde el este. Les prometieron ayuda y toda clase de alicientes, pero cuando los cyrgais contraatacaron y comenzaron a derrotar a los delfae, los estirios decidieron renegar de sus promesas. Los delfae fueron casi totalmente exterminados. Los estirios han estado culebreando y retorciéndose durante eones para intentar justificar aquella descarada violación del acuerdo. Hay mucha gente en el mundo a la que no le gustan los estirios. Y han utilizado aquella traición como vehículo para sus fanatismos. Es bastante comprensible que los estirios no se sientan muy interesados en la literatura. —Miró con expresión pensativa hacia las profundidades del monótono desierto—. Uno de los aspectos menos atractivos de la naturaleza humana, es nuestra tendencia a odiar a las personas que no hemos tratado muy bien; eso es más fácil que aceptar la culpa. Si conseguimos convencernos a nosotros mismos de que la gente a la que hemos traicionado o esclavizado eran monstruos subhumanos desde el principio, nuestra culpa no es tan negra como secretamente sabemos que es. Los seres humanos somos muy, muy buenos en eso de transferir la culpabilidad y eludir nuestra responsabilidad en los hechos. Nos gusta mantener una buena opinión de nosotros mismos, ¿verdad?

—Pienso que haría falta más que eso para conseguir que Sephrenia estallara —comentó Vanion con voz dubitativa—. Es demasiado sensata como para encenderse sólo porque alguien diga cosas poco halagüeñas sobre los estirios. Pasó varios cientos de años en el reino elenio de Eosia, y los prejuicios contra los estirios que hay por allí van muchísimo más allá de los insultos literarios. —Suspiró—. Si al menos quisiera hablar conmigo sobre el asunto... Pero no consigo sacarle nada coherente. Lo único que hace es farfullar descabelladas denuncias. No entiendo nada de nada.

Falquián, sin embargo, tenía una sospecha de qué era lo que sucedía. Aphrael había dicho que Sephrenia iba a encontrarse con algo extraordinariamente doloroso, y se hacía cada vez más evidente que los delfae serían la causa de su dolor. Aphrael le había asegurado también que el sufrimiento de Sephrenia sería necesario como preludio de algún tipo de crecimiento. Itagne, que realmente no

conocía muy bien a ninguno de ellos, podría haber dado con algo relevante. Sephrenia era una estiria hasta la punta de los dedos de los pies, y la aceptación de una culpa racial por un mal comportamiento de eones de antigüedad le causaría exactamente la clase de dolor que Aphrael tan apesadumbradamente había descrito. Sephrenia, sin embargo, no sería la única que sufriría. Vanion había dicho que los problemas de Sephrenia eran también los suyos. Desgraciadamente, lo mismo era aplicable al dolor de ella.

Falquián continuó avanzando por el desolado desierto, con unos pensamientos tan áridos como el terreno circundante.



## 12

Kring miró con aire pensativo y sorprendido hacia el otro lado del césped.

—Me atacó como una furia, atan Engessa —le comentó a su gigantesco amigo—. Desde el momento en que la vi por primera vez, no pude pensar en nada más.

Ambos estaban de pie, cerca del Ministerio del Interior, en las sombras.

—Eres afortunado, amigo Kring —replicó Engessa con una voz profunda y suave—. La vida de la mayoría de los hombres no es nunca tocada por semejante amor.

En los labios de Kring apareció una sonrisa un poco torcida.

—Estoy seguro de que mi vida sería mucho más fácil si no me hubiese tocado.

—¿Lo lamentas?

—Ni por un momento. Yo creía que mi vida estaba completa. Era el domi de mi gente, y daba por supuesto que mi madre me buscaría una esposa adecuada cuando llegase el momento, como es tradicional y correcto. Me habría casado y engendrado hijos varones, y eso habría satisfecho los requerimientos. Luego vi a Mirtai, y me di cuenta de lo vacía que había estado mi vida hasta ese momento. —Se frotó con una mano el cráneo afeitado—. Me temo que mi gente va a tener una gran cantidad de problemas con ella. No se parece a ninguna otra mujer que yo haya conocido. No resultaría tan difícil si yo no fuera el domi.

—Puede que ella no te hubiese aceptado en caso de que no lo hubieras sido, amigo Kring. Mirtai es una mujer orgullosa. Estaba destinada a ser la esposa de un gobernante.

—Ya lo sé. No me habría atrevido a abordarla si no fuese un domi. De todas formas, habrá problemas. Puedo verlos venir. Es una extraña, y no se parece en nada a las mujeres pelois. La posición es muy importante para nuestras mujeres, y Mirtai es de otra raza; es más alta que el más alto de los hombres pelois, y más hermosa que cualquier otra mujer que yo haya visto jamás. Por sí solas, esas cosas marchitarían los corazones de las mujeres pelois. Ya viste cómo la miraba la esposa de Tikume, Vida, ¿no es cierto?

Engessa asintió con la cabeza.

—Las mujeres de mi pueblo la odiarán aún más porque yo soy el domi. Ella será la doma, la esposa del domi, y ocupará el primer lugar entre las mujeres. Para empeorar aún más las cosas, ella será una de las más ricas de todas las pelois.

—No te entiendo.

—Las cosas me han ido bastante bien. Mis rebaños han aumentado, y he robado mucho. Toda mi fortuna le pertenecerá a ella. Poseerá vastos rebaños de ovejas y vacas. Sin embargo, las manadas de caballos continuarán siendo mías.

—¿Es ésa una costumbre peloi?

—Oh, sí. Las ovejas y las vacas son comida, así que le pertenecen a la mujer. Las mujeres son también dueñas de las tiendas, las camas y las carretas. El oro que obtuvimos del rey de Zemoch es propiedad común de todo el pueblo, pero casi lo único que poseemos los hombres pelois son nuestras armas y nuestros caballos. Cuando lo miras bien, las mujeres son propietarias de absolutamente todo, y nosotros pasamos nuestras vidas protegiendo las posesiones de ellas.

—Tenéis una sociedad extraña, amigo Kring.

El domi de los pelois se encogió de hombros.

—Un hombre no debe tener toda la mente ocupada con posesiones. Lo distrae cuando llega el momento de luchar.

—En eso hay sabiduría, amigo mío. ¿Quién posee tus propiedades hasta que te cases?

—Mi madre. Es una mujer sensata, y el tener una hija como Mirtai aumentará enormemente su posición. Tiene una gran autoridad entre las mujeres pelois, y abrigo la esperanza de que podrá mantener las cosas bajo control... al menos entre mis hermanas. —Se echó a reír—. Voy a divertirme mucho

observando la cara que pondrán mis hermanas cuando les presente a Mirtai y tengan que inclinarse ante ella. No les tengo realmente mucho cariño. Todas rezan por mi muerte cada noche.

—¿Tus propias hermanas? —Engessa parecía escandalizado.

—Por supuesto. Si yo muero antes de casarme, todo lo que he ganado se convertirá en propiedad de mi madre, y mis hermanas lo heredarán todo. Ya piensan en sí mismas como en mujeres ricas. Han rechazado pretendientes perfectamente aceptables por su orgullo de posición y las riquezas que creen que van a heredar. Hasta ahora, yo estaba demasiado ocupado como para pensar en el matrimonio, y cada año que pasaba hacía que mis hermanas sintieran que la propiedad de mis rebaños caería con mayor seguridad en sus manos. —El domi sonrió—. Me temo que la repentina aparición de Mirtai va a molestarles. Una de las costumbres de nuestro pueblo obliga a la futura esposa a pasar dos meses en la tienda de la madre de su prometido... para que aprenda todas las pequeñas cosas que necesitará saber de él tras la boda. Durante ese período, mi madre y Mirtai seleccionarán también esposos para mis hermanas; no es una buena idea la de tener demasiadas mujeres en una sola tienda. Eso va a molestar de verdad a mis hermanas. Supongo que intentarán asesinar a Mirtai. Por supuesto, yo les advertiré que no lo hagan —agregó con tono piadoso—. Después de todo, soy su hermano. Pero estoy seguro de que no me escucharán..., al menos no hasta que Mirtai haya matado a algunas de ellas. De todas formas, tengo demasiadas hermanas.

—¿Cuántas tienes? —le preguntó Engessa.

—Ocho. La posición social de ellas cambiará drásticamente cuando yo me haya casado. En este momento son todas herederas. Después de mi boda, serán solteras desposeídas, dependientes de Mirtai para cada mendrugo de pan que coman. Creo que en ese momento lamentarán haber rechazado a todos aquellos pretendientes. ¿No hay alguien que se está deslizando por las sombras junto a aquella pared?

Engessa volvió los ojos hacia el Ministerio del Interior.

—Eso es lo que parece —replicó—. Vayamos a preguntarle qué lo trae por aquí. No nos interesa que nadie entre en el edificio mientras la atana Mirtai y los ladrones están allí.

—Correcto —asintió Kring.

Sacó el sable de la vaina y el extraño par desaparejado avanzó silenciosamente por el césped para interceptar a la furtiva sombra que se

deslizaba cerca de la pared.

—¿Qué distancia hay desde aquí hasta Tega, Sarabian? —inquirió Ehlana, levantando los ojos de la carta de Falquián—. Quiero decir, en línea recta.

Sarabian se había quitado el jubón, y estaba realmente muy apuesto con los calzones ajustados y la camisa de lino de mangas anchas. Se había atado a la nuca los cabellos largos hasta los hombros, y estaba practicando lances con el estoque, intentando ensartar un brazaletes de oro que colgaba del techo sujeto a una larga cuerda.

—Alrededor de ciento cincuenta leguas, ¿no crees, Oscagne? —replicó, mientras contorsionaba su cuerpo hasta la postura de *en garde*. Lanzó una estocada y le dio al borde del brazaletes, haciéndolo balancear y girar en el extremo de la cuerda—. ¡Maldición! —masculló.

—Quizá la distancia sea más próxima a ciento setenta y cinco leguas, majestad —lo corrigió Oscagne.

—¿Es realmente posible que esté lloviendo allí? —preguntó Ehlana—. El tiempo ha sido maravilloso por aquí. Ciento setenta y cinco leguas no es realmente tanta distancia, y Falquián dice que ha estado lloviendo en Tega durante la última semana.

—¿Quién puede saber lo que va a hacer el tiempo? —Sarabian volvió a lanzar una estocada, y la hoja del arma pasó sin tropiezos a través del brazaletes.

—Buena estocada —le dijo Ehlana, un poco ausente.

—Gracias, majestad. —Sarabian le hizo una reverencia y una floritura con el estoque—. Esto es realmente divertido, ¿sabes? —Se esparrancó melodramáticamente—. ¡Te daré tu merecido, perro! —Le lanzó otra estocada al brazaletes, y erró por varias pulgadas—. ¡Maldición!

—Alean, querida —le dijo Ehlana a su camarera—. ¿Te importaría ir a ver si el marinero que trajo esta carta está aún en el complejo?

—De inmediato, mi reina.

Sarabian miró interrogativamente a su anfitriona.

—Ese marinero acaba de llegar de Tega. Creo que me gustaría oír lo que él ha visto del tiempo que hace allí.

—Seguramente no pensarás que tu esposo le mentiría a tu majestad, ¿no es cierto? —protestó Oscagne.

—¿Por qué no? Yo le mentiría a él si tuviera una razón política válida para

hacerlo.

—¡Ehlana! —Sarabian parecía profundamente escandalizado—. Creía que amabas a Falquián.

—¿Y qué demonios tiene que ver una cosa con la otra? Por supuesto que lo amo. Lo he amado desde que tenía más o menos la edad de Danae, pero el amor y la política son dos cosas completamente distintas, y jamás debe mezclárselas. Falquián se trae algo entre manos, Sarabian, y tu excelente primer ministro probablemente sabe de qué se trata.

—¿Yo? —protestó Oscagne, débilmente.

—Sí, tú. ¿Sirenas, Oscagne? ¡Sirenas! No habrás pensado realmente que me tragaría esa historia, ¿verdad? De hecho, estoy un poco decepcionada contigo. ¿Es eso lo mejor que has podido inventar?

—Me vi un poco apremiado por el tiempo, majestad —se disculpó Oscagne con un aire ligeramente incómodo—. El príncipe Falquián tenía prisa por marcharse. ¿Ha sido ese comentario sobre el tiempo lo que nos ha delatado?

—En parte —replicó ella, y luego levantó la carta en el aire—. No obstante, mi amado se ha pasado de listo. Ya he visto las cartas que escribe antes de ahora. La idea de «pulcritud de estilo» jamás ha pasado por la cabeza de Falquián. Sus cartas suelen tener aspecto de haber sido escritas con su espadón. Esta carta, y todas las demás que me han llegado de Tega, han sido pulidas hasta sacarles brillo. Me conmueve que se haya tomado tantas molestias, pero no creo ni una sola de las palabras que hay en ellas. Veamos, pues, ¿dónde está y qué se trae realmente entre manos?

—No quiso decírmelo majestad. Lo único que me explicó era que necesitaba una excusa para ausentarse de Matherion durante varias semanas.

Ella le dedicó una dulce sonrisa.

—No te preocupes, Oscagne, —le dijo—. Lo averiguaré por mí misma. En cualquier caso, así es más divertido.

—Es un edificio grande —informó Stragen a la mañana siguiente—. Va a llevar tiempo recorrerlo pulgada a pulgada.

Él, Caalador y Mirtai acaban de regresar de una noche de infructuoso registro.

—¿Habéis avanzado mucho? —inquirió Sarabian.

—Ya hemos cubierto los pisos superiores, majestad —respondió Caalador—.

Esta noche comenzaremos con el tercero, —Caalador estaba arrellanado en un sillón, y tenía cara de cansancio. Al igual que sus dos compañeros, aún iba vestido con ajustadas ropas negras. Se desperezó y bostezó—. Dios, estoy cansado —dijo—. Estoy haciéndome viejo para estas cosas.

Stragen desenrolló unos dibujos amarillentos por el transcurso del tiempo.

—Continúo pensando que la respuesta está aquí mismo —declaró—. En lugar de abrir puertas y espiar debajo de los escritorios, deberíamos de estar comparando dimensiones con estos planos.

—To'avíaestá' pensando que hay pasiyo'secreto' y habitasione'escondi'a' por ahí, ¿no, Stragen? —le preguntó Caalador, arrastrando las palabras, mientras volvía a bostezar—. Eso no habla muy bien, en mi opinión, de cuanto respecta a tus gustos literarios, viejo amigo.

Sarabian le echó una mirada perpleja.

—Los thalesianos son adictos a las historias de fantasmas malas, majestad —le explicó Caalador.

—Eso les da algo que hacer a las casas de copiado ahora que han agotado los géneros literarios reales —comentó Stragen, con un encogimiento de hombros—. Actualmente, los desvanes mugrientos de las callejas están vomitando todo un subgénero literario tremendamente popular..., narraciones espeluznantes que tienen lugar en cementerios o casas encantadas durante noches oscuras y tormentosas. Las prostitutas de Emsat las adoran de verdad. Creo que los policías de Interior compartirán ese gusto. Después de todo, a los policías les gustan bastante las prostitutas, ¿no?

—No he acabado de comprender eso —declaro Mirtai—, y no estoy realmente segura de querer comprenderlo. Probablemente haya algo repugnante implicado en tus pensamientos, Stragen. Caalador, ¿quieres dejar de bostezar de esa forma? Tu cara parece la puerta abierta de un granero.

—Tengo sueño, tesoriyo. Vosotro'do' me habei'teni'o despierto hasta mucho despué' de l' hora 'e dormí'.

—Entonces vete a la cama, haces que me duelan las mandíbulas cuando abres la boca de esa manera.

—Todos vosotros tenéis que dormir un poco —intervino Ehlana—. Ahora sois los asaltantes reales oficiales, y Sarabian y yo nos sentiríamos completamente mortificados si os quedaseis dormidos en medio de un asalto.

—¿Estamos dispuestos a ser prácticos en este asunto? —preguntó Caalador, mientras se ponía de pie—. Esta noche puedo tener aquí una docena de

profesionales, y mañana por la mañana todos los secretos del Ministerio del Interior estarán en nuestras manos.

—Y mañana por la tarde Interior sabrá que los tenemos —agregó Stragen—. Nuestra red de espionaje improvisada no es tan segura como para correr ese riesgo, Caalador. No hemos tenido el tiempo suficiente como para entresacar a toda la gente que probablemente Krager ha subvertido.

—En este asunto no hay ninguna prisa real, caballeros —comentó Ehlana—. Incluso en el caso de que encontráramos los documentos que los policías de Interior tienen escondidos, no podremos hacer absolutamente nada al respecto hasta que mi errabundo esposo encuentre el camino de vuelta a casa.

—¿Por qué estás tan segura de que Falquián te está engañando, Ehlana? —le preguntó Sarabian.

—Es algo que va de acuerdo con su carácter. Falquián ha dedicado toda su vida a protegerme. Es algo bastante dulce, incluso aunque a veces resulte un maldito e incómodo estorbo. Él todavía piensa en mí como en una niña... a pesar de que le he demostrado en un buen número de ocasiones que no lo soy. Él anda por ahí haciendo algo peligroso, y no quiere que yo me preocupe. Lo único que realmente tenía que hacer era contarme lo que estaba planeando y luego exponer las razones por las que lo creía necesario. Sé que a los hombres os resulta difícil de creer, pero las mujeres también somos racionales... y muchísimo más prácticas que vosotros.

—Eres una mujer dura, Ehlana —la acusó Sarabian.

—No, soy realista. Falquián hace lo que cree que tiene que hacer, independientemente de lo que yo diga, y he aprendido a aceptar eso. A lo que estaba intentando llegar es a que por muchas cosas que desenterremos de entre las paredes del Ministerio del Interior, no hay absolutamente nada que podamos hacer mientras Falquián y los demás estén por ahí fuera, vagabundeando por el campo. Vamos a dismantelar el Ministerio del Interior y arrojar a la prisión a alrededor de una cuarta parte de los policías imperiales. Luego vamos a poner a todo Tamuli bajo la ley marcial, y los atanes harán cumplir nuestros decretos. El continente daresiano va a parecer un hormiguero al que le ha pasado por encima una carga de caballería. Yo no sé qué está haciendo Falquián, así que ignoro qué clase de impacto va a tener ese caos sobre él. No voy a permitir que lo pongas en ningún otro peligro de los que creo que ya está corriendo.

—¿Sabes una cosa, Ehlana? —comentó Sarabian—. Tú eres aún más protectora con Falquián de lo que él lo es contigo.

—Por supuesto que lo soy. De eso precisamente se trata el matrimonio.

—Ninguna de mis esposas es así —suspiró el emperador.

—Eso se debe a que tienes demasiadas, Sarabian. Los afectos disminuyen a causa de eso. Tus esposas te devuelven sólo la misma cantidad de afecto que tú les das.

—He descubierto que las cosas son más cómodas de esa forma.

—Pero insulsas, amigo mío, o bastante aburridas. El sentirse consumido por una pasión que tiene un solo objeto amoroso es algo muy emocionante. A mí me gusta bastante eso de vivir dentro de un volcán.

—¡Qué perspectiva tan agotadora! —exclamó Sarabian, y luego se encogió de hombros.

—Pero divertida —le aseguró ella con una sonrisa.

La baronesa Melidere se retiró temprano, alegando una dolorosísima jaqueca. No se debía a que sus obligaciones como dama de compañía de Ehlana le resultasen onerosas, sino más bien que tenía que tomar una decisión importante; y sabía que cuanto más la aplazase más difícil le resultaría. Para decirlo francamente, la baronesa había llegado al punto en el que iba a tener que decidir qué haría respecto a Stragen.

Melidere no era ninguna inocente. Pocos miembros de alguna corte del mundo lo son realmente. Una muchacha inocente tiene solamente una opción cuando se enfrenta con el sexo opuesto. Una muchacha más mundana tiene dos, y aquél era el punto crucial del dilema de Melidere. Stragen, por supuesto, resultaría un pretendiente perfectamente aceptable. Era presentable, interesante y tenía unos modales exquisitos. La reputación de Melidere en la corte no se vería menoscabada por el hecho de que tuviera una aventura amorosa con él; de hecho, sucedería lo contrario. Aquélla había sido originalmente la intención de ella, y había llegado el momento de que ella diera el paso final, lo invitara a su dormitorio y acabara con las vacilaciones.

La aventura podía ser breve, o podía prolongarse..., renovarse cada vez que Stragen visitara Cimmura. Aquello le conferiría un cierto rango a la relación, mientras que al mismo tiempo los dejaría a ambos en libertad para buscar otras diversiones, como era normal en situaciones semejantes. Sin embargo, Melidere no estaba segura de que fuera eso lo único que quería. Últimamente, con mayor y mayor frecuencia, se había sorprendido pensando en algo más permanente, y

en eso residía el dilema.

Existe un ritmo, casi una marea, en los asuntos del corazón.

Cuando la marea alcanza su punto alto, una dama debe hacerle algunos gestos a su presa. Un grupo de gestos señala hacia el dormitorio; el otro, hacia el altar. Melidere ya no podía postergar aquello durante más tiempo. Debía decidir qué grupo de banderas de señales iba a izar en su mástil.

Stragen la intrigaba. Lo rodeaba un aire de emociones peligrosas, y Melidere, una criatura de la corte, se sentía atraída por eso. Podía resultar embriagador, adictivo, pero no estaba segura de que esas emociones no perdieran el sabor con el paso de los años.

Además, existía el problema de Stragen mismo. Sus orígenes ilegítimos y la falta de un rango oficial lo habían hecho extremadamente sensible, y continuamente imaginaba desaires donde no los había. Revoloteaba por los límites de la corte de Ehlana como un huésped no invitado a un banquete, siempre con el miedo de ser sumariamente expulsado. Sentía la reverencia del advenedizo hacia la nobleza, y a veces parecía que consideraba a los aristócratas casi como a miembros de otra especie. Melidere sabía que en caso de decidir casarse con él, tendría que atacar primero ese problema. Personalmente, sabía que los títulos eran una impostura y que la legitimidad podía ser comprada, pero ¿cómo iba a convencer de eso a Stragen? Ella podía fácilmente comprar la salida de aquel hombre de la bastardía y su entrada en la aristocracia, pero eso significaría que iba a tener que revelar el secreto que había mantenido encerrado en su corazón desde la infancia. Melidere siempre había ocultado el hecho de que era una de las personas más ricas de la corte, en gran medida porque sus fabulosas riquezas no habían sido obtenidas por procedimientos legales.

¡Y ahí lo tenía! Casi se echó a reír al darse cuenta de lo sencillo que era. Si realmente quería casarse con Stragen, lo único que tendría que hacer sería compartir con él su secreto. Eso los pondría en un plano de igualdad y derribaría la barrera en gran parte imaginaria.

Melidere era baronesa, pero ese título no llevaba mucho tiempo dentro de la familia. Su padre había comenzado su vida como herrero en Cardos; era un hombre de enormes hombros y una maraña de rizado cabello rubio, que había amasado una fortuna con un invento simple que había fabricado en su forja. La mayoría de las personas considera las monedas de oro como dinero... algo que tiene un valor intrínseco e inalterable. Sin embargo, hay algunas que se dan cuenta de que el valor de una moneda reside en el acuerdo social que dice que la

moneda vale lo que las palabras estampadas en su cara dicen que vale. Las palabras no cambian, ni siquiera cuando uno lima ligeramente o corta trocitos del borde unas cuantas veces. Los fragmentos de oro puro obtenidos por este sistema no representan demasiado si uno lima o corta trocitos del borde de una sola moneda. Si uno lo hace con un millar de ellas, las cosas cambian considerablemente. Los gobiernos tratan de impedir dicha práctica fresando los cantos de las monedas durante el proceso de acuñación. Una moneda acordonada tiene una serie de rasgos identificativos alrededor del canto, y si éste ha sido limado o se le han cortado trocitos, se hace visible de inmediato. El padre de Melidere había inventado una forma de solucionar eso. Había hecho cuidadosamente un juego de moldes para reacordonar monedas, uno para cada tamaño. Un herrero no maneja en toda su vida las monedas suficientes como para conseguir una cantidad de oro que le compense el forjado de semejante obra de arte. Pero el padre de Melidere era un genio. No hizo los moldes para su propio uso, ni tampoco los vendió. En cambio, los alquiló, junto con los servicios de unos operarios altamente cualificados, y se quedaba con un pequeño porcentaje a título de honorarios.

Melidere sonrió. Estaba segura de que muy pocas de las monedas de oro de toda Eosia pesaban realmente lo que debían, y también sabía que un cinco por ciento de la diferencia entre el valor de cuño y el valor real estaba fundido en lingotes escondidos en una bóveda del palacio que tenía cerca de Cardos. Una vez que hubiese puesto en conocimiento de Stragen el hecho de que ella era una ladrona más grande y próspera que él, el resto sería fácil. Las ilusiones de Stragen respecto a la nobleza de ella desaparecerían para ser reemplazadas por un respeto casi reverencial hacia su consumada falta de honradez. Incluso podría enseñarle la fuente de su riqueza, porque siempre llevaba consigo el máspreciado recuerdo de su infancia: los moldes originales fabricados por su padre. En aquel mismo momento, se hallaban envueltos en terciopelo dentro de una caja de palo de rosa primorosamente tallada que estaba sobre la mesa de tocador de la baronesa, como joyas de acero bruñido más valiosas que los diamantes.

En el preciso momento en que se daba cuenta de que los medios para casarse con Stragen estaban al alcance de su mano, también tuvo consciencia de que ya había tomado la decisión. Se casaría con él. La próxima vez que lo viese, izaría esas banderas de señales en lugar de las otras.

Luego pensó en otra cosa. Las actividades de su padre se habían mantenido dentro de los límites del continente eosiano. Todo Tamuli estaba literalmente

inundado de monedas vírgenes invioladas por la lima o el cuchillo. Cuando se diera cuenta de eso, Stragen no caminaría hasta el altar, correría hacia él.

Melidere sonrió y cogió el cepillo del pelo. Tarareó para sí mientras se cepillaba los largos cabellos rubios como la miel. Como cualquier buena muchacha elenia, había atacado el problema de manera lógica y, como casi siempre hacía, la lógica acababa de ganar la partida. La lógica era una cosa cordial y reconfortante que debía tenerse cerca, particularmente cuando no intervenía la moralidad.

—Aguardad —susurró Stragen cuando los tres comenzaban a bajar las escaleras que descendían hasta el tercer piso—. Todavía hay alguien ahí abajo.

—¿Qué está haciendo ahí tan tarde? —preguntó Mirtai—. Todos se marcharon a casa hace horas.

—Podemos ir a preguntárselo —comentó Caalador.

—No seas absurdo. ¿Es un guardia?

—No lo sé —replicó Stragen—. No lo he visto. Sólo he captado el destello de la luz de una vela. Alguien abrió una puerta ahí abajo.

—Lo más probable es que sea algún esclavo del trabajo que se ha quedado hasta más tarde.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Mirtai.

—Esperaremos. —Caalador se sentó en lo alto de la escalera.

Stragen pensó un poco.

—¿Por qué no os quedáis aquí vosotros dos? —les sugirió a sus compañeros—. Yo iré a echar un vistazo. Si se dispone a pasar la noche, no tiene mucho sentido que acampemos en esta escalera hasta la mañana.

Bajó los escalones; sus zapatos como guantes no hacían ruido alguno sobre los baldosines de madreperla. Cuando llegó al pasillo de más abajo, vio la fina línea de luz que pasaba por debajo de una puerta del final del corredor. Avanzó rápidamente con la confianza de los largos años de práctica. Al llegar a la puerta, oyó voces.

Stragen ni siquiera consideró la posibilidad de escuchar detrás de la puerta. Eso era excesivamente de aficionados. Se deslizó al interior de la sala contigua a la que estaba iluminada, avanzó cuidadosamente a tientas hasta la pared, y apoyó una oreja contra la misma. No pudo oír ni un sonido. Maldijo con voz susurrante y regresó al corredor. Continuó avanzando silenciosamente, pasó delante de la

puerta por debajo de la cual salía la luz de vela, y entró en la habitación del otro lado. En cuanto penetró en la misma pudo oír a dos hombres que estaban hablando.

—Nuestro estimado primer ministro está comenzando a comprender la situación —estaba diciendo una voz de sonido herrumbroso—. Pero es una lucha. Pondría Subat es terriblemente limitado cuando aparece algo nuevo en el horizonte.

—Eso es más o menos algo que hay que esperar, excelencia. —Stragen reconoció la segunda voz. Pertenece a Teovin, el director de la policía secreta—. El primer ministro es una figura casi tan decorativa como el emperador.

—Ya veo que lo has advertido —replicó el hombre de la voz herrumbrosa.

—No es probable que Subat formule muchas preguntas. Mientras sea consciente de la situación en términos generales, posiblemente preferirá dejar que nosotros nos encarguemos de todo sin muchos detalles informativos de tipo personal. Y eso es lo que nosotros queríamos desde el principio. ¿Has hecho algún progreso con los demás?

—Algunos. Te darás cuenta de que tengo que mencionar el tema con bastante cuidado. La ramera elenia ha hecho muchos amigos en nuestra corte. Sin embargo, todos me escuchan. Tengo en mi poder la llave del tesoro, y eso ayuda a que me presten atención. La mayoría de los ministerios son ceremoniales, así que no he malgastado mi tiempo con los hombres que los dirigen. El Ministerio de Cultura probablemente no servirá de mucho... ni tampoco el de Educación, por lo que a esto respecta.

—Yo no estaría tan seguro respecto a ese último, excelencia. El Ministerio de Educación controla las universidades. Tenemos que pensar más allá de la actual emergencia. No creo que ninguno de los dos quiera que toda una generación viva con la creencia de que Interior o Tesoro son focos de traición. Técnicamente, no cabe duda de que estamos actuando en contra de los deseos del emperador.

—Supongo que eso es verdad, pero Interior controla la policía, y el Tesoro fija y recauda los impuestos. Ninguno de nosotros dos será nunca muy popular, independientemente de lo que hagamos. Aunque probablemente tengas razón. Si los profesores de historia de la universidad comienzan a decirles a los estudiantes que somos unos traidores, la gente podría empezar a afirmar que su deber patriótico es hacer caso omiso de los oficiales de la ley o dejar de pagar los impuestos.

—Eso saca a la luz un tema interesante, canciller Gashon —reflexionó Teovin—. Tú tienes una especie de fuerza policial, ¿no es cierto? Tipos musculosos que acompañan a los recaudadores de impuestos para asegurarse de que la gente paga lo que debe.

—Oh, sí. De una forma u otra, todo el mundo paga sus impuestos. Obtengo dinero... o sangre... de todos ellos.

—Escúchame bien lo que voy a decirte, si tienes la amabilidad. Los elenios probablemente saben que Interior..., y muy posiblemente también el ejército..., se oponen a ellos, razón por la que lo intentarán todo con el fin de interrumpir nuestras operaciones de costumbre. Me gustaría ocultar a algunos de mis hombres más valiosos. ¿Crees que podría transferirlos a tus fuerzas de imposición de la ley? De esa forma podría tener una fuerza operacional en funcionamiento... incluso en el caso de que los elenios comiencen a incendiar las comisarías de policía.

—Eso podemos arreglarlo, Teovin. ¿Hay alguna otra cosa que necesites de mí?

—Dinero, canciller Gashon.

Se produjo un silencio penoso.

—¿Aceptarías amistad eterna en lugar de dinero?

—Me temo que no, excelencia. Tengo que sobornar gente. —Teovin hizo una pausa—. Hay una idea. Probablemente, en muchos casos podría utilizar como aliciente alguna forma de inmunidad tributaria.

—No reconozco ese término.

—Le damos a la gente una exención de pago de impuestos a cambio de su cooperación.

—¡Eso es inmoral! —jadeó Gashon—. Ésa es la cosa más escandalosa que he oído en toda mi vida.

—No era más que una idea.

—Ni siquiera me sugieras una cosa así, Teovin. Hace que se me hiele la sangre. ¿Podemos salir de aquí? Por alguna razón, las comisarías de policía me vuelven aprensivo.

—Por supuesto, excelencia. Creo que ya hemos tocado todos los temas que queríamos mantener en privado.

Stragen permaneció sentado en la oficina a oscuras, escuchando mientras ambos hombres retiraban las sillas, se levantaban y salían al corredor. Oyó la llave de Teovin que giraba en la cerradura. El rubio ladrón aguardó durante unos

diez minutos, y luego regresó al pie de la escalera.

—Ya se han marchado —se dijo y llamó a los otros con un potente susurro. Mirtai y Caalador descendieron.

—¿Quién era? —le preguntó Caalador.

—El jefe de la policía secreta y el canciller del Tesoro —replicó Stragen—. Mantuvieron una conversación muy instructiva. Teovin está alistando a otros ministros para que lo ayuden. No sabes qué se trae realmente entre manos, pero ha conseguido convencer a varios de ellos de que el unirse a él redunda en interés de ellos mismos.

—Luego podremos ocuparnos de la política —lo interrumpió Caalador—. Ya es casi medianoche. Pongamos manos a la obra.

—No hay ninguna necesidad —le respondió Stragen, encogiéndose de hombros—. Ya he encontrado lo que estábamos buscando.

—¿No es repugnante? —le dijo Caalador a la gigantesca atana—. Nos lo suelta así, como si no fuera realmente importante. Muy bien, Stragen, déjanos pasmados con tu inteligencia. Haz que se me salgan los ojos de las órbitas, y que Mirtai se desmaye de admiración.

—Realmente no puedo atribuirme mucho mérito por ello —confesó Stragen—. En realidad, me tropecé con ello. Se trata, en efecto, de una habitación secreta. En eso tenía yo razón. Sin embargo, todavía tenemos que encontrar la puerta y asegurarnos de que los documentos que queremos están ahí dentro, pero la habitación está en el lugar correcto. Tendría que haber pensado inmediatamente en ello.

—¿Dónde está? —inquirió Mirtai.

—Justo al lado de la oficina de Teovin.

—Ése es, desde luego, el lugar más adecuado —observó Caalador—. ¿Cómo la encontraste?

—Bueno, todavía no la he encontrado de hecho, pero he razonado su existencia.

—No tires aún a la basura los zapatos blandos ni la ropa negra, Caalador —le aconsejó Mirtai al ladrón.

—Estás hiriendo mis sentimientos, amor —protestó Stragen.

—Ya he visto, antes de ahora, algunos razonamientos elenios que se fueron al garete. ¿Por qué no nos lo cuentas todo?

—Quería dedicarme un poco a la constructiva actividad de escuchar a hurtadillas, así que entré en la oficina adyacente para oír la conversación de

Teovin y el canciller del Tesoro, Gashon.

—¿Y?

—No pude oír absolutamente nada.

—Las paredes son de piedra, Stragen —señaló ella—, y tienen nácar pegado encima.

—No existe nada parecido a una pared a prueba de sonido, Mirtai. Siempre hay grietas y aberturas en las cuales no entra el mortero. En cualquier caso, cuando lo intenté desde la oficina que hay al otro lado, pude oírlo absolutamente todo. Creedme, hay una habitación entre la primera oficina y la que utiliza Teovin.

—Eso parece se' que encaja, tesoro —le comentó Caalador a Mirtai—. La puerta de esa habitación es casi obligatorio que esté en la oficina de Teovin, ¿no os parece? Esos documentos son delicados, y él no querrá que cualquiera tenga acceso a ellos. Si nos hubiéramos tomado apenas un poco de tiempo para pensar en ello, podríamos habernos ahorrado una gran cantidad de tiempo.

—No ha sido un completo desperdicio —declaró Mirtai con una sonrisa—. Yo he aprendido el arte del asalto de edificios, y me habéis dado la oportunidad de bañarme completamente en vuestro afecto. Vosotros dos me habéis hecho más feliz de lo que soy capaz de expresaros. Sin duda, la puerta de la oficina estará cerrada con llave, ¿sabéis?

—No hay na'má' fásil, tesoriyo —respondió Caalador con una sonrisa afectada, mientras levantaba con la mano un instrumento fino como una aguja con la punta en forma de gancho.

—Será mejor que comencemos —observó Stragen—. Es medianoche, y podría llevarnos el resto de las horas de oscuridad encontrar la puerta de esa habitación oculta.

—No hablas en serio —se burló Ehlana.

—Que la lengua'e la boca se me ponga verde si no e'verdá', mi reina. —Caalador hizo una pausa—. Es horrible, ¿verdad? —agregó.

—No acabo de entenderlo —confesó Sarabian.

—Es un modelo, majestad —le explicó Stragen—, extraído de un tipo de literatura que actualmente es muy popular en Eosia.

—¿De verdad quieres dignificar esa basura llamándola literatura, Stragen? —murmuró la baronesa Melidere.

—Satisface las necesidades de los mentalmente limitados, baronesa —replicó él con un encogimiento de hombros—. En cualquier caso, majestad imperial, esa literatura consiste principalmente en historias de fantasmas. Siempre hay un castillo encantado completo, con sus habitaciones ocultas y pasadizos secretos, y la entrada de esas habitaciones y pasadizos está siempre escondida detrás de librerías.

Es un viejo recurso muy sobado... de hecho tan sobado que estuve a punto de no pensar en él. No creía que nadie fuese a hacer algo tan obvio. —Se echó a reír—. Me pregunto si Teovin lo habrá pensado por sí solo o si lo habrá plagiado. Si robó la idea de algún texto, tiene un gusto literario abominable.

—¿Están tan al alcance de la mano los libros en Eosia? —preguntó Oscagne con curiosidad—. Aquí son terriblemente caros.

—Es uno de los resultados del impulso que sufrió nuestra santa madre hacia la alfabetización universal durante el siglo pasado, excelencia —le explicó Ehlana—. La Iglesia quiere que sus hijos sean capaces de leer su mensaje, así que los curas párrocos dedicaron una gran cantidad de tiempo a enseñar a todo el mundo a leer.

—De todas formas, leer el mensaje de la Iglesia no requiere tanto tiempo —agregó Stragen—, y después nos encontramos con multitudes de personas alfabetizadas con una capacidad que no podían ejercitar. No obstante, fue la invención del papel la que inició la explosión literaria. Los costes laborales del copiado no eran particularmente altos. Era el precio de los pergaminos lo que convertía a los libros en prohibitivamente caros. Cuando apareció el papel, los libros se abarataron. En la mayoría de las ciudades importantes hay casas de copia con pelotones completos de escribas que garabatean libros por toneladas. Es un negocio muy rentable. Los libros no están iluminados ni tienen la primera letra decorada; la escritura es un poco tosca, pero resultan legibles... y asequibles. Sin embargo, no todas las personas que saben leer tienen buen gusto, por lo que una gran cantidad de libros verdaderamente horribles son escritos por personas de mínimo talento. Escriben historias de aventuras, relatos de fantasmas, fantasías heroicas, y ese tipo de libro que la gente no expone abiertamente en sus estantes. La Iglesia alienta los textos de la vida de los santos y aburridos poemas religiosos. Se producen textos como ese, por supuesto, pero nadie lee realmente ese tipo de cosas. Las historias de fantasmas están de moda actualmente..., sobre todo en Thalesia. Creo que tiene algo que ver con nuestro carácter nacional. —Stragen miró a Ehlana—. El trabajo de sacar la información

del escondite de Teovin va a ser tedioso, mi reina. Allí hay montañas de documentos, y no puedo meter pelotones de gente a través del tejado cada noche para que nos ayuden a revisarlos. Mirtai, Caalador y yo vamos a tener que leer todos los documentos que guardan allí.

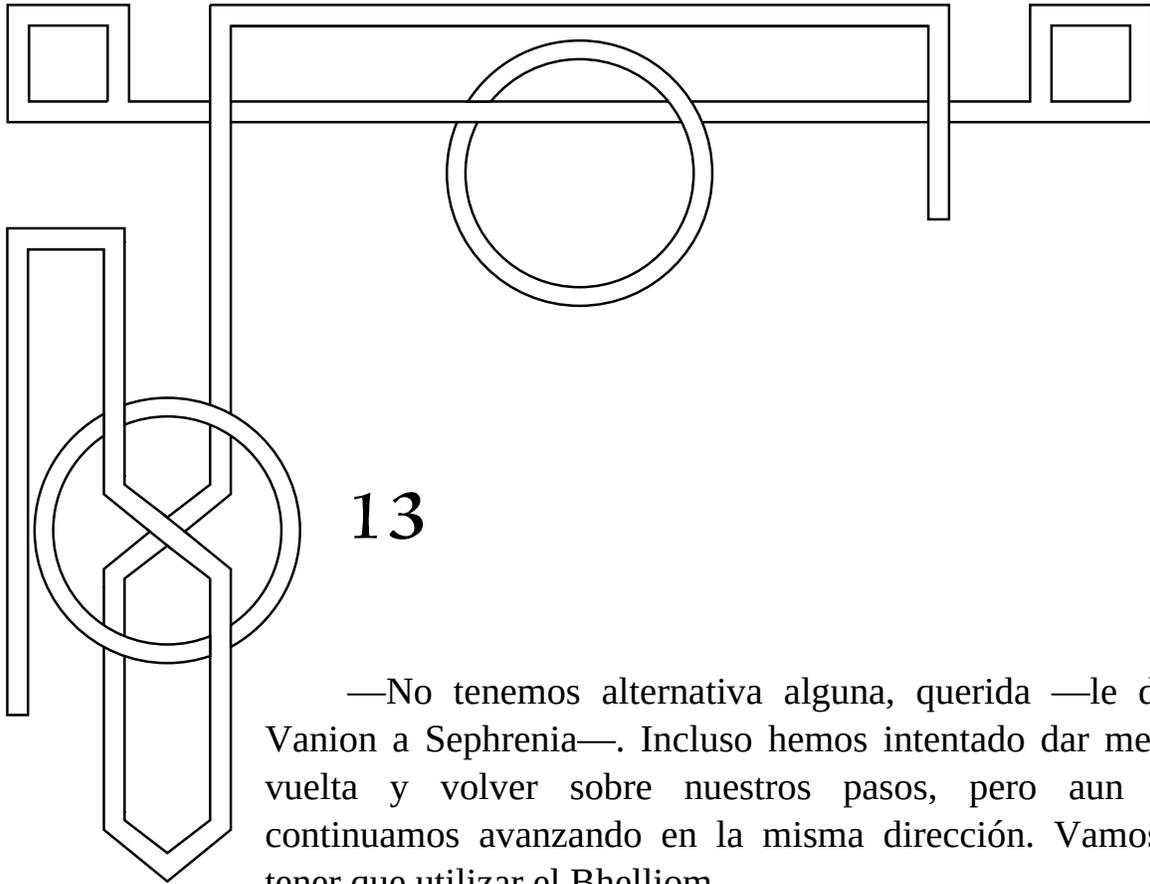
—Quizá no, mi señor Stragen —disintió Ehlana, y le sonrió al rubio ladrón—. Tenía una confianza absoluta en tu falta de honradez, querido muchacho, así que sabía que antes o después encontrarías lo que estábamos buscando. Le he dado vueltas durante algún tiempo a ese problema en concreto que acabas de mencionar. Entonces recordé una cosa que Falquián me contó en una ocasión. Él utilizó un hechizo para reflejar el rostro de Krager en una jofaina llena de agua, con el fin de que Talen pudiera hacerle un retrato. Hablé con uno de los pandion que nos acompañó..., un tal caballero Alvor. Él me ha contado que puesto que Sephrenia se niega a aprender a leer elenio, ella y Falquián inventaron un sistema para obviar esa deliberada incapacidad suya. Ella puede mirar una página, echarle una sola mirada, y luego hacer que toda la página aparezca en un espejo o en la superficie de una jofaina de agua, horas e incluso días más tarde. El caballero Alvor conoce ese hechizo. Es un hombre bastante joven y ágil, por lo que podrá subir por el tejado con vosotros. Llevadlo con vosotros la próxima vez que vayáis al Ministerio del Interior, y dejadlo dentro de la habitación secreta de Teovin. Imagino que será muy capaz de sacar toda esa cantidad de papeles consigo en una sola noche.

—¿Funciona realmente, majestad? —le preguntó Caalador, con un tono algo dubitativo.

—Oh, sí, Caalador. Le entregué a Alvor un libro que no había visto nunca antes. Lo hojeó en un par de minutos y luego lo reflejó en ese espejo de ahí, página a página. Comprobé con el original las imágenes que él producía, y eran absolutamente perfectas, hasta en los borrones y las manchas de comida de cada hoja.

—Eso'tipo'pandione' son mu'útil'e'pa'tenerlo'a mano —admitió Caalador.

—¿Sabes una cosa...? —comentó ella con una sonrisa—. Particularmente he advertido exactamente eso mismo. Hay uno en especial que hace toda clase de cosas útiles por mí.



## 13

—No tenemos alternativa alguna, querida —le dijo Vanion a Sephrenia—. Incluso hemos intentado dar media vuelta y volver sobre nuestros pasos, pero aun así continuamos avanzando en la misma dirección. Vamos a tener que utilizar el Bhelliom.

Miró hacia la garganta que tenían delante. El río de la montaña chocaba contra las piedras y saltaba fuera de su lecho, abriéndose paso más y más profundamente en la roca con su caudal blanco y rugiente. Los lados de la garganta estaban cubiertos de plantas perennes que goteaban constantemente en los remolinos de llovizna que se levantaban de los rápidos.

—No, Vanion —respondió Sephrenia, testaruda—. Si hacemos eso caeremos directamente en su trampa. Los delfae quieren el Bhelliom, y en cuanto Falquián intente utilizarlo, ellos nos atacarán e intentarán matarlo para arrebatárselo.

—Si hacen eso, lo lamentarán —le aseguró Falquián.

—Tal vez —dijo ella—, pero por otra parte, tal vez no. No sabemos qué son capaces de hacer. Mientras yo no sepa el sistema que emplean para desorientarnos, no podré siquiera adivinar qué más son capaces de hacer. Hay demasiadas incertidumbres en todo esto como para correr riesgos.

—¿No es esto lo que suele llamarse un callejón sin salida? —sugirió Khalad—. Continuamos avanzando hacia el norte por mucho que intentemos ir en otra dirección, y no sabemos qué harán los delfae si Falquián intenta utilizar el

Bhelliom para sacarnos de estas montañas. ¿Por qué no nos limitamos a quedarnos quietos?

—Tenemos que regresar a Matherion, Khalad —objetó Falquián.

—Pero no estamos avanzando hacia Matherion, mi señor. Cada paso que damos nos acerca más a Delfaeus. Hemos estado dando vueltas y medias vueltas por estas montañas hace dos días, y todavía continuamos en dirección norte. Si todas las direcciones conducen a un lugar al que realmente no queremos ir, ¿por qué continuar moviéndonos? ¿Por qué no buscamos un lugar cómodo en el que acampar y nos quedamos en él durante algún tiempo? Hagamos que sean ellos quienes vengan a nosotros, en lugar de al revés.

—Eso tiene sentido, mi señor Vanion —asintió Itagne—. Mientras continuemos avanzando, los delfae no tendrán que hacer nada más excepto **conducirnos** en la dirección que desean. Si dejamos de avanzar, tendrán que intentar alguna otra cosa, y eso podría proporcionarle a mi señora Sephrenia algunas pistas sobre las capacidades que tienen. Eso se llama «pasividad constructiva» en los círculos diplomáticos.

—¿Y qué sucederá si los delfae deciden simplemente ganarnos por cansancio? —objetó Ulath—. El otoño no es una buena época para demorarse en las montañas. No se estaba del todo mal al pie de esas colinas por las que pasamos al dejar el desierto, pero ahora que estamos aquí arriba, el tiempo atmosférico comienza a ser algo muy importante.

—Yo no creo que decidan esperar, caballero Ulath —disintió Itagne.

—¿Por qué no? Cuentan con todas las ventajas, ¿no es así?

—Sencillamente llamémoslo instinto diplomático. Capté un cierto aroma de urgencia cuando nos abordaron la primera vez. Es perfectamente cierto que querían que acudiésemos a Delfaeus, pero también es importante para ellos que lleguemos pronto hasta allí.

—Me gustaría saber cómo has llegado a esa conclusión, excelencia —dijo Kalten con tono de escepticismo.

—Mediante una combinación de mil cosas pequeñas, caballero Kalten..., el tono de la voz, ligeros cambios de expresión, incluso por las posturas de sus cuerpos y la velocidad de la respiración. Los delfae no estaban tan seguros de sí mismos como aparentaban, y quieren que acudamos a Delfaeus lo antes posible. Mientras continuemos avanzando, no tendrán razón alguna para establecer más contactos, pero creo que descubriremos que si nos limitamos a quedarnos quietos vendrán a vernos y comenzarán a hacer concesiones. He visto suceder eso

mismo en numerosas ocasiones.

—¿Lleva mucho tiempo aprender a ser un diplomático, excelencia? —le preguntó Talen con expresión especulativa.

—Eso depende enteramente de las dotes naturales de uno, maese Talen.

—Soy rápido para aprender. La diplomacia parece tremendamente divertida.

—Es el mejor juego que existe —le aseguró Itagne con una sonrisa—. No hay ningún otro que se le asemeje ni ligeramente.

—¿Estás pensando en otro cambio de carrera, Talen? —le preguntó su hermano.

—Nunca seré un buen caballero, Khalad..., no a menos que Falquián coja el Bhelliom y me haga unas cuatro veces más grande de lo que soy.

—¿No es ésa más o menos la tercera profesión con la que te has emocionado en lo que va de año? —le preguntó Falquián—. ¿Has renunciado a la idea de convertirte en emperador de los ladrones o en archiprelado del latrocinio?

—No tengo que tomar realmente ninguna decisión definitiva por el momento, Falquián. Todavía soy demasiado joven. —De pronto, a Talen se le ocurrió algo—. No se puede arrestar a un diplomático, ¿verdad, excelencia? Quiero decir, que la policía no puede realmente siquiera tocarlo..., independientemente de lo que haga.

—Ésa es una costumbre de larga tradición, maese Talen. Si yo arrojó a tus diplomáticos a las mazmorras, tú me devolverás la pelota haciendo lo mismo con los míos, ¿no es cierto? Eso coloca a un diplomático más o menos por encima de la ley.

—Vaya, pues —comentó Talen con una sonrisa beatífica—, ¿no es eso algo digno de tenerse en cuenta?

—Me gustan las cuevas —comentó Ulath, mientras se encogía de hombros.

—¿Estás seguro de que no eres un poco troll, Ulath? —le preguntó Kalten.

—Incluso los trolls y los ogros tienen buenas ideas de vez en cuando. Una cueva tiene techo para el caso de que el tiempo se ponga feo, y nadie puede sorprenderte por la espalda. Ésta es una buena cueva, y ya ha sido utilizada anteriormente. Alguien dedicó bastante tiempo a construir una pared alrededor de esa fuente, así que hay agua más que suficiente.

—¿Y qué sucederá si regresa y quiere que le devuelvan su cueva?

—No creo que vaya a hacer eso, Kalten. —El corpulento thalesiano levantó

una lanza de pedernal bellamente tallada—. Dejó esto cuando salió. Yo diría que probablemente es demasiado viejo como para darnos muchas preocupaciones..., por lo menos tiene unos mil quinientos o dos mil años de edad. —Pasó cuidadosamente un dedo pulgar por el borde dentado de la punta de la lanza—. Sin embargo, realizó un trabajo muy bueno. También hizo dibujos en las paredes..., animales, principalmente.

Kalten se estremeció.

—¿No será esto algo así como establecer residencia en una tumba?

—Realmente, no. El tiempo es todo una misma cosa. El pasado siempre está con nosotros. La cueva le sirvió muy bien al tipo que fabricó esta lanza, y el trabajo que dejó tras de sí me inclina a confiar en su juicio. Este lugar tiene todo lo que necesitamos: cobijo, agua, mucha leña por las proximidades. Y tenemos ese prado abrupto a unas cien varas de aquí, por lo que disponemos de suficiente forraje para los caballos.

—Pero ¿qué vamos a comer? Cuando hayan pasado un par de semanas y se nos acabe la comida, intentaremos hervir rocas para hacer sopas.

—Hay caza por los alrededores, caballero Kalten —le respondió Khalad—. He visto un venado junto al río, y un rebaño de cabras monteses en lo alto de la ladera.

—¿Cabras? —Kalten hizo una mueca.

—Son mejores que la sopa de rocas, ¿no te parece?

—El caballero Ulath tiene razón, caballeros —intervino Bevier—. La cueva se halla en una posición defendible. Por lo que sabemos, los delfae tienen que acercarse lo bastante como para tocarnos con el fin de causarnos algún daño. Algunos parapetos y un campo de estacas bien plantado en la abrupta pendiente que desciende hasta el río, los mantendrá a la distancia necesaria. Si el embajador Itagne tiene razón y los delfae se ven apremiados por el tiempo, eso debería impulsarlos a sentarse a la mesa de negociaciones.

—Hagámoslo —decidió Vanion—. Y hagámoslo de inmediato. Parece que los delfae salen durante la noche, así que es importante que hayamos levantado algunas defensas antes de que se ponga el sol.

Las nubes que habían convertido el cielo en una opresiva bóveda plomiza durante la última semana, habían desaparecido a la mañana siguiente, y la luz del sol otoñal, acariciando las hojas de cambiantes colores de la alameda que

atravesaba el río desde la cueva en que se hallaban, llenó el día de vibrante luz dorada. Todo parecía grabado con una especie de claridad preternatural. Los cantos rodados del lecho del río que tenían debajo eran de un blanco purísimo, y el agua que corría rápidamente tenía un color verde oscuro iluminado por el sol. La garganta había vuelto a la vida con el canto de los pájaros y el parloteo de ardillas refunfuñonas.

Los caballeros continuaban las labores de fortificación; con piedras apiladas erigieron una sólida pared alta hasta el pecho de un hombre en torno a la cornisa semicircular que había delante de la entrada de la cueva, y plantaron un bosque de afiladas estacas en la abrupta cuesta que descendía hasta el río.

Llevaron los caballos a pastar al prado contiguo durante el día, y al caer el sol los metieron dentro de la improvisada fortaleza. Se bañaron y lavaron la ropa en las aguas del río, y cazaron venados y cabras en el bosque. Se turnaron para hacer guardia por la noche, pero no se vio ni rastro de los delfae.

Permanecieron en aquel lugar durante cuatro noches, y se sentían más inquietos a cada hora que transcurría.

—Si es ésta la forma en que los delfae reaccionan ante algo urgente, detestaría sentarme a esperarlos cuando estuvieran tranquilos —le dijo Talen a Itagne, con tono seco, a la mañana del cuarto día—. Ni siquiera tienen a nadie ahí fuera para vigilarnos.

—Ya lo creo que están ahí fuera, maese Talen —replicó Itagne con gran seguridad.

—¿Por qué no los hemos visto, entonces? ¿Es bastante difícil no advertir su presencia por la noche?

—No necesariamente —disintió Kalten—. No creo que destellen constantemente. Los vimos fulgurando en aquella niebla la primera vez que se acercaron para hablar con nosotros, pero la segunda se escabulleron hasta unas veinte varas de nosotros antes de encenderse. Parece que son capaces de controlar su luz según las circunstancias.

—Están ahí fuera —repitió Itagne—, y cuanto más esperen, mejor para nosotros.

—Eso no acabo de entenderlo —confesó Talen.

—A estas alturas ya saben que no vamos a movernos de este sitio, así que en este preciso momento están ahí fuera, discutiendo entre ellos acerca de lo que van a ofrecernos. Algunos quieren ofrecer más que otros, y cuanto más tiempo permanezcamos inmóviles más fortaleceremos la postura de esa primera facción.

—¿Te has vuelto clarividente de golpe, Itagne? —le preguntó Sephrenia.

—No, mi señora Sephrenia, se trata simplemente de experiencia. Este retraso es bastante corriente en cualquier negociación. Ahora me encuentro en territorio conocido. Hemos escogido la estrategia correcta.

—¿Qué más deberíamos hacer? —inquirió Kalten.

—Nada, caballero. Ahora les toca jugar a ellos.

Ella llegó desde el río a plena luz del día, trepando con facilidad por el empinado camino que ascendía por la ladera. Llevaba una túnica gris con capucha y unas sandalias sencillas. Los rasgos de su rostro eran tamules, aunque no tenía el tono dorado característico de su raza. No se trataba tanto de que fuese pálida como incolora. Tenía ojos grises que parecían muy inteligentes, y sus cabellos eran blancos, y completamente blancos, aunque parecía ser poco más que una jovencita.

Falquían y los demás la observaron mientras subía por la colina a la luz dorada del sol. Atravesó el prado alto en el que estaban pastando los caballos. *Ch'iel*, el manso palafrén de Sephrenia, se acercó con curiosidad a la incolora muchacha, y la extraña acarició suavemente el morro de la yegua con una mano finísima.

—Probablemente ya te has acercado lo bastante —le gritó Vanion—. ¿Qué quieres?

—Soy Xanetia —replicó la joven. Tenía una voz suave, pero con una especie de timbre resonante que inmediatamente la identificaba como una delfae—. Tengo la misión de ser la vuesa fiadora, mi señor Vanion.

—¿Me conoces?

—Os conocemos, mi señor Vanion... y a cada uno de los vuestos compañeros. Vosotros no queréis acudir a Delfaeus por temor a que os podamos causar algún mal. Mi vida servirá como prenda de nuestra buena fe.

—No la escuches, Vanion —dijo Sephrenia con mirada dura.

—¿Nos teméis, sacerdotisa? —preguntó Xanetia con calma—. Vuesa diosa no comparte aqieste temor que tenéis vos. Ahora me percato de que es el vuesto odio el que impide lo que tiene que llegar a suceder, y así será en las vuestas manos en las que depositaré la vida mía... para que podáis facer con ella lo que os plazca. Si vos necesitáis matarme para extinguir ese vuesto odio, que así sea.

El rostro de Sephrenia se puso mortalmente pálido.

—Tú sabes que yo no haría eso, Xanetia.

—Entonces colocad el instrumento de la muerte en manos de otro. Así podréis ordenar que yo muera y no poner mancha alguna de sangre en vuestras propias manos. ¿No es aquesta la costumbre de vosotros los estirios? Así permaneceréis inmaculada... incluso mientras la sed vuestra se mitiga. Completamente limpia podréis encararos con la vuestra diosa y protestar la vuestra inocencia, pues si lo hacéis así quedaréis sin culpa. Mi sangre manchará las manos de los vuestros elenios, y las almas elenias son insignificantes, ¿no lo creéis así? —Metió la mano dentro de su túnica y sacó una daga de piedra semipreciosa—. He aquí el instrumento de la muerte mía, Sephrenia —le dijo a la mujer—. La hoja es de obsidiana, por lo que no contaminaréis las vuestras manos... ni la vuestra alma... con el abominable contacto del acero cuando acabéis con mi vida.

La voz de Xanetia era suave pero sus palabras herían a Sephrenia como el acero duro y afilado del que hablaba la muchacha.

—¡No pienso escuchar esto! —declaró con ardor la mujer estiria, de cuerpo menudo.

Xanetia sonrió.

—Ah, pero lo escucharéis, Sephrenia —replicó, todavía con voz muy calma—. Os conozco bien, estiria, y sé que las palabras que acabo de pronunciar se han enterrado en la vuestra alma como hierros candentes. Así, las oiréis una vez y otra. En el silencio de la noche regresarán a vos, quemándoos más profundamente cada vez. En verdad que las escucharéis, porque aquestas palabras son las palabras de la verdad, y ellas resonarán en la vuestra alma durante todos los días de la vuestra vida.

El rostro de Sephrenia se contorsionó de angustia, y con un repentino alarido huyó al interior de la cueva.

El rostro de Itagne estaba trastornado cuando regresó por el estrecho sendero que conducía desde el prado a la zona abierta que había ante la cueva.

—Resulta muy convincente —les comentó a todos—. No tengo sensación alguna de que su intención sea el engaño.

—Probablemente ella no sepa lo bastante sobre los verdaderos motivos que tienen los líderes de su pueblo, como para que le resulte necesario ocultar nada —observó dubitativamente Bevier—. Es muy probable que no sea nada más que

un peón.

—Pero resulta que ella es, en efecto, una de los líderes de su pueblo, caballero Bevier —disintió Itagne—. Es el equivalente de la princesa heredera entre los delfae. Ella es quien será la anarae cuando muera el anari.

—¿Es eso un nombre o un título? —le preguntó Ulath.

—Es un título. El anari, o en el caso de Xanetia, la anarae, es a un tiempo el líder temporal y espiritual de los delfae. El anari actual se llama Cedon.

—¿Estás seguro de que no está simplemente fingiendo? —le preguntó Talen—. Muy bien podría estar haciéndose pasar por la princesa heredera, ¿sabéis? De esa forma, nosotros pensaríamos que se trata de alguien importante, cuando en realidad no es nada más que una pastora o una camarera.

—Yo no pienso así —lo contradijo Itagne—. Puede que parezca poco modesto, pero no creo que alguien pueda mentirme durante mucho tiempo sin que yo le descubra. Ella dice que es la que se convertirá en anarae, y yo le creo. El enviarla a ella es coherente según las prácticas diplomáticas habituales. Los rehenes tienen que ser importantes. Ahí tenemos otro indicio de lo desesperados que los delfae tienen que estar respecto a este trato. Creo que Xanetia está diciendo la verdad, y si tengo razón, ella es lo más precioso que posee su pueblo. —Itagne hizo una mueca—. Lo que voy a decir ahora va en contra de todo lo que me enseñaron a creer sobre los seres fulgentes desde que era un niño, pero pienso que casi tendríamos que confiar en ellos esta vez.

Falquián y Vanion se miraron el uno al otro.

—¿Tú qué piensas? —le preguntó Vanion a su compañero.

—No veo que tengamos muchas alternativas, ¿y tú?

—Realmente, no. Ulath tenía razón. No podemos quedarnos aquí sentados durante todo el invierno, y giremos en la dirección que giremos, continuaremos avanzando hacia Delfaeus. El hecho de que Xanetia esté aquí nos da una cierta seguridad de la buena fe de los delfae.

—Pero ¿es suficiente?

—Probablemente tendrá que serlo, Falquián. No creo que vayamos a conseguir nada mejor.

—¡Kalten! —exclamó Sephrenia—. ¡No!

—Alguien tiene que hacerlo —replicó el rubio caballero con terquedad—. La buena fe tiene que mostrarse por ambas partes. —Miró a Xanetia directamente a la cara—. ¿Hay algo que quieras decirme antes de que te ayude a subir al caballo? —le preguntó a la muchacha—. ¿Alguna advertencia, quizá?

—Sois valiente, caballero Kalten —replicó ella.

—Para eso me pagan —contestó él con un encogimiento de hombros—. ¿Voy a derretirme si te toco?

—No.

—Muy bien. Nunca has montado antes a caballo, ¿verdad?

—Nosotros no tenemos caballos. Raras veces salimos del valle nuestro, así que tenemos muy poco menester de ellos.

—Son unos animales bastante agradables. No obstante, tened un poco de cuidado con el que monta Falquián. Muerde. Ahora bien, este caballo es un animal de carga. Es bastante viejo y sensato, así que no malgastará energías saltando por ahí y haciendo el imbécil. No te preocupes mucho de las riendas. Está acostumbrado a seguir a los demás, así que no tienes que guiarlo. Si quieres que vaya más deprisa, pínchale las costillas con los talones. Si quieres que aminore la marcha, tírale un poco de las riendas. Si quieres que se detenga, tírale de las riendas con un poco más de fuerza. Esa silla de carga no va a resultarte muy cómoda, así que si comienzas a sentirte rígida y dolorida, dínoslo. Nos detendremos, desmontaremos y continuaremos a pie durante un rato. Te habituarás a ello al cabo de unos días..., si tenemos que recorrer tanta distancia.

Ella le tendió las manos con las muñecas cruzadas.

—¿Me ataréis ahora, caballero Kalten?

—¿Para qué?

—Soy vuesa prisionera.

—No seas tonta. No podrás sujetarte a la montura si tienes las manos atadas. —Apretó las mandíbulas, tendió las manos y la tomó por la cintura. Luego la levantó con facilidad y la depositó sobre el paciente caballo de carga—. Hasta ahora todo va bien. Al menos no se me han caído las uñas de las manos. Me quedaré junto a ti, así que si comenzaras a deslizarte de la silla, dímelo.

—Siempre lo subestimamos —le murmuró Vanion a Falquián—. Hay mucho más en él de lo que se ve a simple vista, ¿verdad?

—¿Te refieres a Kalten? Oh, sí, mi señor. Kalten puede ser muy complicado a veces.

Salieron de la cueva fortificada y siguieron la garganta que el río había abierto a través de la roca. Falquián y Vanion abrían la marcha, con Kalten y la rehén inmediatamente detrás de ellos. Sephrenia, con una expresión de frialdad en el rostro, cabalgaba en retaguardia con Berit, manteniendo toda la distancia posible entre ella y Xanetia.

—¿Está muy lejos? —le preguntó Kalten a la pálida mujer que tenía junto a sí—. Lo que quiero saber es cuántos días tardaremos en llegar.

—La distancia es indeterminada, caballero Kalten —replicó Xanetia—, y el tiempo también lo es. Los delfae somos proscritos y despreciados. Seríamos muy poco prudentes si diéramos a conocer ampliamente el emplazamiento del valle.

—Estamos habituados a viajar, señora —le aseguró Kalten—, y siempre prestamos atención a los puntos de referencia. Si nos llevas a Delfaeus, seremos capaces de volver a encontrarla. Lo único que tendremos que hacer será encontrar esa cueva y comenzar a partir de allí.

—Ése es el fallo del vueso plan, caballero —contestó ella con dulzura—. Nuestra costumbre es la de ocultar los accesos a Delfaeus más que la propia Delfaeus.

—Es un poco difícil ocultar toda una cadena de montañas, ¿no te parece?

—Nosotros también hemos advertido aquesta misma cosa, sir Kalten —replicó ella sin sonreír siquiera—, así que, en lugar de eso, ocultamos la clave. Sin el sol para guiaros, el vueso arte está verdaderamente perdido.

—¿Puedes tú hacer algo así, Falquián? —preguntó Kalten, alzando ligeramente la voz—. ¿Podrías hacer que todo el cielo se nublara de esa manera?

—¿Podríamos? —le preguntó Falquián a Vanion.

—Yo no podría. Quizá Sephrenia sí, pero dadas las presentes circunstancias, posiblemente no sea un buen momento para preguntárselo. Sin embargo, sé lo suficiente como para estar al corriente de que eso va en contra de las reglas. Se supone que no deberíamos jugar con el tiempo atmosférico.

—Nosotros, en verdad, no nublamos el cielo, mi señor Vanion —le aseguró Xanetia—. En lugar de hacer aquesto, nublamos los vuestos ojos. Nosotros podemos conseguir que los demás vean lo que nosotros queramos que vean, y así decidimos hacerlo.

—Por favor, anarae —intervino Ulath con expresión de sufrimiento—, no entres en demasiados detalles. Acabarás por provocar uno de esos tediosos debates sobre ilusión y realidad, y puedo asegurarte que los detesto.

Continuaron cabalgando con el entonces no cubierto sol que indicaba claramente la dirección de la marcha. Estaban avanzando hacia un punto del noreste.

Kalten vigilaba estrechamente a su prisionera... o captora, y ordenaba altos con mayor frecuencia de la que lo hubiera hecho normalmente. Cuando se detenían, ayudaba a la pálida muchacha extraña a bajar de su caballo, y

caminaba junto a ella cuando continuaban a pie con los caballos sujetos por las bridas.

—Sois abiertamente solícito respecto a la comodidad mía, caballero Kalten —lo reprendió ella con dulzura.

—Oh, no lo hago por vos, señora —le mintió él—. Este trecho es demasiado empinado, y no debemos agotar a los caballos.

—Definitivamente, Kalten tiene muchas más cosas que las que soy capaz de percibir —le murmuró Vanion a Falquián.

—Podrías pasar toda una vida observando a alguien, amigo mío, y aun así no te enterarías de todo lo que puede saberse acerca de él.

—¡Qué perspicacia tan asombrosamente aguda! —declaró Vanion con tono seco.

—Sé agradable —murmuró Falquián.

Falquián estaba turbado. A pesar de que Xanetia no era ciertamente tan diestra como Aphrael, estaba claro que interfería con el tiempo y la distancia de la misma forma en que lo hacía la diosa niña. Si ella hubiera conservado la ilusión del cielo nublado, puede que él no lo hubiese advertido, pero la posición del sol indicaba claramente que había un vado en su percepción del tiempo; el sol no suele saltar cuando se desplaza por el cielo. El factor que lo turbaba no era que la muchacha lo hiciese mal, sino el que lo hiciese. Falquián comenzó a revisar una opinión largamente sostenida. Aquel «interferir» no era, evidentemente, una capacidad puramente divina. El discurso bastante esquemático que Itagne había pronunciado sobre los delfae, contenía al menos algunos elementos de verdad. Existía, sin duda, algo como la «magia delfaeica» y, hasta donde Falquián podía percibir, iba más allá y se adentraba en unas áreas en las que los estirios eran incapaces o no querían aventurarse.

Mantuvo los ojos abiertos, pero no les mencionó aquellas observaciones a sus amigos y luego, en un perfecto anochecer otoñal, cuando los pájaros piaban y murmuraban adormilados en lo alto de los árboles y un luminoso crepúsculo teñía de púrpura la montaña que los rodeaba, llegaron a un sendero estrecho y rocoso que describía meandros en torno a gigantescas rocas en dirección a un desfiladero en forma de V que se hallaba muy en lo alto. Xanetia había insistido mucho en que no se detuvieran durante la noche, y ella y Kalten habían tomado la delantera del grupo. El rostro de la muchacha, normalmente plácido, había

parecido encenderse con expectación.

Cuando ella y su protector alcanzaron el punto más alto del sendero hicieron una pausa y detuvieron sus caballos, nítidamente delineados contra los últimos rosáceos vestigios del crepúsculo.

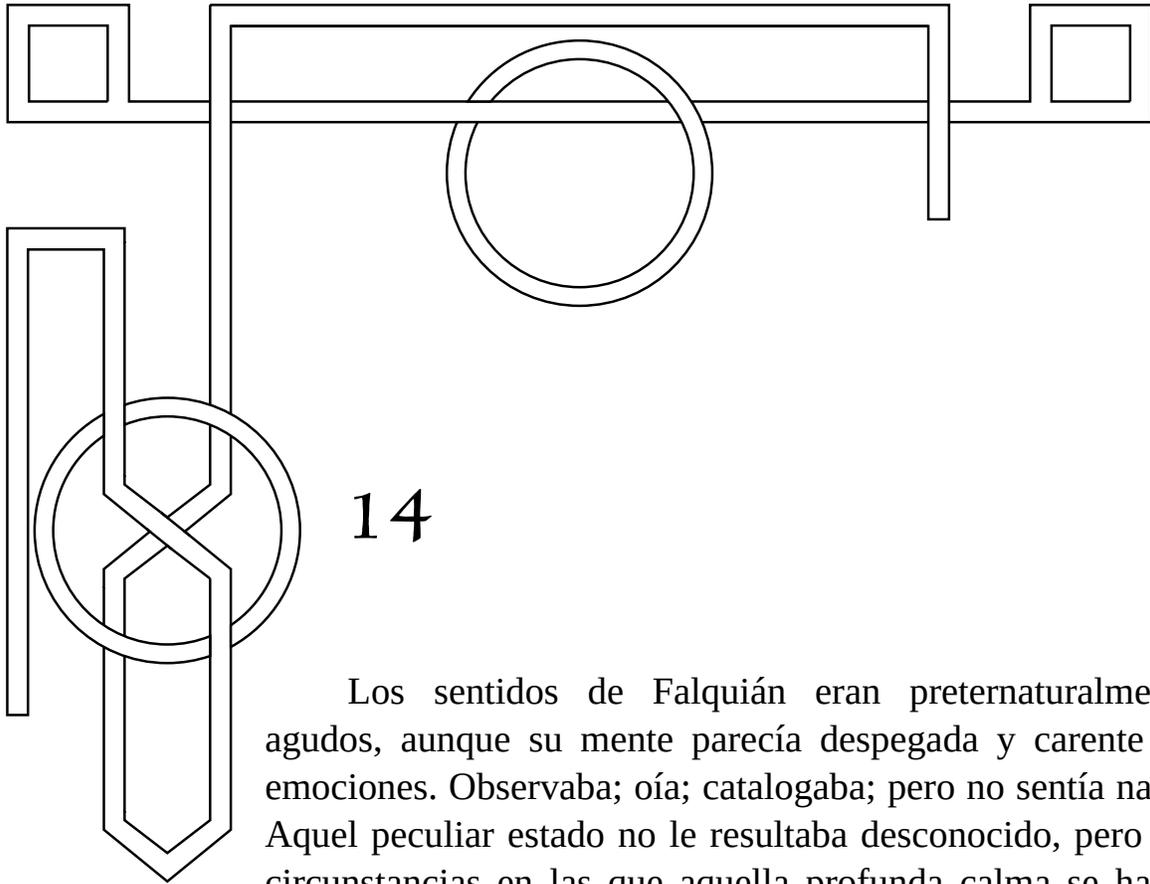
—¡Dios querido! —exclamó Kalten—. ¡Falquián, sube hasta aquí y mira eso!

Falquián y Vanion cabalgaron juntos, sendero arriba, para reunirse con ellos.

Más abajo había un valle, un abrupto valle de montaña en forma de cuenco, con las laderas circundantes cubiertas de árboles oscuros. En él se veían casas, casas muy juntas con las ventanas iluminadas por luz de vela e innumerables chimeneas desde las que se elevaban rectas columnas de humo azul pálido hacia el aire del anochecer. El hecho de que en aquellas montañas inaccesibles hubiera una ciudad de buen tamaño ya era bastante sorprendente, pero Falquián y los demás no estaban mirando hacia la ciudad.

En el centro mismo del valle había un pequeño lago. En eso no había nada insólito, por supuesto. Los lagos abundan en las montañas de todo el mundo. Las nieves que se derriten en primavera buscan inevitablemente los valles y las hondonadas..., cualquier lugar que está más bajo que el terreno circundante y del que no haya ningún canal de salida. No era el hecho de que el lago estuviese allí lo que resultaba sorprendente. Lo que los sobresaltó y les produjo aquellos escalofríos de reverencia supersticiosa residual fue el hecho de que el lago brillara en la mortecina luz del crepúsculo. Aquella luz no era el fulgor enfermizo y verdoso de la fosforescencia que a veces emana de la materia vegetal en estado de putrefacción, sino que se trataba de un blanco claro y constante. Como una luna perdida, el lago relumbraba, respondiendo a la luz de su hermana recién salida por el horizonte oriental.

—Contemplad Delfaeus —dijo sencillamente Xanetia, y cuando se volvieron a mirarla vieron que también ella fulguraba con una purísima luz blanca que parecía proceder de su interior y brillaba a través de sus ropas y aun de su piel, como si aquella pálida y constante luz procediera de su mismísima alma.



## 14

Los sentidos de Falquián eran preternaturalmente agudos, aunque su mente parecía despegada y carente de emociones. Observaba; oía; catalogaba; pero no sentía nada. Aquel peculiar estado no le resultaba desconocido, pero las circunstancias en las que aquella profunda calma se había apoderado de él eran insólitas..., muy insólitas. No había hombres armados con los que debiera enfrentarse, y sin embargo su mente y cuerpo estaban preparándose para la batalla.

*Faran* se puso tenso, apretó los músculos, y el sonido de sus cascos herrados de acero se alteró muy ligeramente, haciéndose un poco más enérgico, más deliberado. Falquián acarició el cuello del gigantesco ruano con los dedos.

—Relájate —le murmuró—. Ya te lo haré saber cuando llegue el momento.

*Faran* se estremeció, sacudiéndose de encima la frase tranquilizadora de su amo como si se tratara de un insecto molesto, y continuó con su avance cauteloso.

Vanion le dirigió a su amigo una mirada interrogativa.

—*Faran* está un poco sensible, mi señor.

—¿Sensible? ¿Ese bruto de mal genio?

—*Faran* no se merece realmente esa reputación, Vanion. Cuando lo consideras bien, es un animal afable. Intenta con mucho ahínco complacerme. Llevamos juntos tanto tiempo que él sabe casi siempre lo que yo siento, y hace

todo lo posible para equiparar sus actitudes con las mías. Soy yo el bruto de mal genio, y él carga con toda la culpa de ello. Se comporta como un perrillo faldero cuando Aphrael monta sobre él.

—¿Estás de humor belicoso en este preciso momento?

—No me gusta que me lleven por ahí cogido de la nariz, pero no se trata de nada concreto. Me diste un entrenamiento excesivo, Vanion. Cada vez que surge algo fuera de lo habitual, comienzo a prepararme para la guerra. *Faran* puede percibir eso, así que hace lo mismo.

Xanetia y Kalten los conducían a través de los pastizales que bajaban hasta el valle relumbrante y la extraña ciudad desconocida que se hallaba en la orilla más cercana. La pálida muchacha delfae continuaba brillando con aquella luz sobrenatural. La extraña radiación que la rodeaba parecía a los agudizados sentidos de Falquíán casi una especie de aura, un rasgo más de una clase especial de gracia que de una abominable contaminación.

—Todo eso es un solo edificio, ¿te habías dado cuenta? —le estaba diciendo Talen a su hermano—. Desde lejos se parece a cualquier otra ciudad pero cuando te aproximas comienzas a ver que las casas están todas conectadas entre sí.

Khalad gruñó.

—Ésa es una idea estúpida —dijo—. Un incendio podría consumir la ciudad entera.

—Esos edificios están hechos de piedra. No arderían.

—Pero los techos son de paja, y la paja sí que arde. Es una mala idea.

Delfaeus no tenía una muralla exterior, como suele entenderse el término. Las casas de la periferia, todas intercomunicadas, volvían la espalda al mundo, encaradas hacia el interior, con la parte trasera desprovista de ventanas orientada hacia afuera. Falquíán y los demás siguieron a Xanetia, a través de un enorme arco profundo, al interior de la ciudad. En Delfaeus había una fragancia peculiar, un perfume de heno recién cortado. Las calles eran estrechas y torcidas, y frecuentemente pasaban por dentro de las construcciones, por debajo de pesados arcos, al interior de corredores abovedados que daban al exterior por el otro lado. Como había señalado Talen, Delfaeus era toda ella un solo edificio, y lo que en otras ciudades hubiesen sido calles, eran allí simplemente pasillos sin techo.

Los ciudadanos no esquivaban al grupo, pero tampoco hacían ninguna tentativa especial de acercamiento. Como pálidos fantasmas, se deslizaban por el laberinto en sombras.

—No hay antorchas —observó Berit, mirando en torno.

—No las necesitan —gruñó Ulath.

—Es cierto —asintió el joven caballero—. ¿Te has fijado en cómo cambia eso el olor del lugar? Hasta Chyrellos apesta siempre a pez quemada..., incluso durante el día. Resulta un poco extraño hallarse en una ciudad que no tiene todo ese humo grasiento suspendido adherido a todas partes.

—No creo que el mundo en general esté todavía preparado para personas con iluminación propia, Berit. Es una idea que probablemente no cuajará..., particularmente a la luz de las desventajas que conlleva.

—¿Adónde vamos, señora? —le preguntó Kalten a la pálida mujer fulgente que marchaba a su lado.

La situación de Kalten era sin duda peculiar. Vigilaba y protegía a Xanetia. Se mostraba solícito respecto a la comodidad y el bienestar de ella. Sin embargo, sería él el que la mataría ante la primera señal de hostilidad por parte de aquel pueblo.

—Vamos a las dependencias del Anari —replicó Xanetia—. Es él quien tiene que plantear nuestra proposición ante Anakha. Anakha está en posesión de la clave que accede al Bhelliom, y sólo él puede darle órdenes.

—Podrías habernos ahorrado un montón de incomodidades a los demás, si hubieras realizado este viaje tú solo —comentó alegremente Talen.

—Tal vez, pero siempre resulta agradable tener compañía. Además, si no me hubieseis acompañado os habríais perdido toda la diversión. Piensa en lo entretenido que fue eso de saltar del borde de aquel acantilado y tenderte perezosamente en medio del aire con unos mil palmos de vacío absoluto por debajo de ti.

—He estado intentando con gran ahínco olvidarme de eso, mi señor —replicó el muchacho con expresión de sufrimiento.

Desmontaron en uno de aquellos pasillos abovedados, cerca del centro de la ciudad, y entregaron los caballos a varios delfae jóvenes. A Falquián le dio la impresión de que aquellos jóvenes parecían cabreros obligados a desempeñar el cargo de mozos de cuadra. Luego siguieron a la mujer fulgente hasta una puerta oscura y manchada, desgastada por siglos de uso. Falquián, aún en las garras de aquella calma desprovista de emociones, observó atentamente a Xanetia. No era mucho más alta que Sephrenia y, a pesar de que era claramente una mujer, y bastante atractiva, ese hecho carecía en cierto modo de sentido. El sexo de

Xanetia parecía algo irrelevante. Ella abrió la gastada puerta y los condujo a un pasillo con profundas puertas que se hundían en la pared a intervalos muy espaciados. El pasillo estaba iluminado por globos de vidrio que pendían del techo abovedado mediante largas cadenas, globos llenos de líquido luminoso..., agua extraída del lago, dedujo Falquián.

Al final del corredor, Xanetia se detuvo ante una de las puertas y sus ojos adquirieron momentáneamente una expresión distante.

—Cedon nos ordena entrar —dijo tras una breve pausa. Abrió la puerta, con Kalten muy cerca, a sus espaldas, y los condujo a todos a la sala que había al otro lado—. El salón de Cedon, anari de los delfae —les informó con aquella peculiar voz resonante que parecía ser característica de su raza.

Tres gastados escalones de piedra conducían al interior de la sala central, una estancia ordenada, con techos abovedados sostenidos por pesados arcos bajos. Las paredes ligeramente curvadas hacia el interior estaban revestidas con yeso blanco, y los pesados muebles bajos tapizados con névea lana de cordero. En un hogar en forma de arco, emplazado al otro lado de la sala, ardía un fuego, y del techo colgaban otros de aquellos globos luminosos.

En aquel lugar, Falquián se sentía como un intruso tosco y bárbaro. El hogar de Cedon reflejaba una naturaleza santamente gentil, y el corpulento pandion era agudamente consciente de su cota de malla y del pesado espadón que le colgaba de la cintura. Se sentía abultado y fuera de lugar, y sus compañeros, ataviados con acero, cuero y toscas ropas grises, parecían acceder amenazadores a su alrededor como grotescos monolitos de una cultura primitiva y antigua.

Por el otro extremo de la sala entró un hombre muy anciano. Era frágil, estaba encorvado, y auxiliaba el arrastrar de sus pies con un largo báculo. Sus cabellos eran finos y blancos como la nieve, en su caso más una señal de edad muy avanzada que una característica racial. Además de la túnica de lana sin blanquear, llevaba un chal por encima de los delgados hombros.

Xanetia avanzó de inmediato hacia él y le acarició la anciana cara arrugada con una de sus delicadas manos. La muchacha tenía los ojos llenos de profunda preocupación por él, pero nada dijo.

—Bienhallados, caballeros —los saludó el anciano. Hablaba un elenio con sólo un ligero acento, y su voz sonaba fina y herrumbrada, como si apenas tuviese nunca necesidad de hablar—. Y también os doy la bienvenida a vos, querida hermana —agregó, hablándole a Sephrenia en un casi intachable aunque arcaico estirio.

—Yo no soy tu hermana, viejo —le replicó ella con expresión de frialdad.

—Somos todos hermanos, Sephrenia de Ylara, suma sacerdotisa de Aphrael. Nuestro parentesco reside en la común humanidad.

—Puede que eso haya sido cierto alguna vez, delfae —le respondió ella con una voz como el hielo—, pero tú y tu condenada raza ya no sois humanos.

El anciano suspiró.

—Quizá no. Es difícil decir con precisión qué somos y en qué nos convertiremos. Dejad a un lado la vuesa enemistad, Sephrenia de Ylara. Ningún mal os sobrevendrá en aqueste lugar, y por una vez nuestros mutuos propósitos se funden en uno solo. Vos queréis apartarnos del resto de la humanidad, y aqueste es ahora nuestro propio deseo. ¿No podremos reunir nuestros esfuerzos para conseguir dicho fin?

Ella le volvió la espalda.

Itagne, el eterno diplomático, intervino para llenar el incómodo vacío.

—Eres Cedon, supongo —dijo cortésmente. El anciano asintió con la cabeza—. Encuentro a la ciudad de Delfaeus desconcertante, reverenciado anciano, debo confesarlo. Los tamules no saben virtualmente nada acerca de vuestro pueblo, y sin embargo los delfae han sido el centro de un género literario grotescamente afectado. Siempre había pensado que esa llamada «literatura delfaeica» había sido enteramente producto de las imaginaciones enfermas de unos poetas de tercera categoría. Ahora llego a Delfaeus y me encuentro con que toda clase de cosas que yo había tomado por inventos literarios, tienen base más que real en los hechos. —Itagne era astuto y zalamero, de eso no cabía duda alguna. Su propia aseveración respecto a que él era más inteligente que su hermano, el ministro de Asuntos Exteriores, probablemente era bastante acertada.

El anari sonrió débilmente.

—Hemos hecho lo que hemos podido, Itagne de Matherion. Concedo que los versos son execrables y el sentimentalismo espantoso, pero *Xadane* sirvió al propósito para el que fue creada. Suavizó y apartó de nuestro camino algunos de los antagonismos que los estirios habían implantado en la vuesa sociedad. Los tamules controlan a los atanes, y nosotros no deseábamos un enfrentamiento con nuestros gigantescos vecinos. Me avergüenza confesároslo, pero el papel que yo mismo jugué en la composición de *Xadane* no fue pequeño.

Itagne parpadeó.

—Cedon, ¿estamos hablando del mismo poema? El *Xadane* que yo estudié

cuando era colegial fue escrito hace unos setecientos años.

—¿Tanto tiempo ha pasado? ¿Adónde van a parar los años? Disfruté mucho de mi estancia en Matherion, la de las cúpulas de fuego. La universidad era estimulante.

Itagne estaba demasiado bien entrenado como para dejar entrever su asombro.

—Vuestros rasgos son tamules, Cedon, ¿pero vuestra complexión no resultaba... extraña?

—Los tamules sois demasiado civilizados como para señalar las deformidades de los demás. Mi característica racial fue simplemente interpretada como albinismo. Dicho defecto no era algo desconocido. Yo tuve un compañero, un estirio, que tenía un pie de madera. Nos llevábamos bastante bien, por sorprendente que pueda resultaros. Advierto, por la vuesa fabla, que el tamul contemporáneo ha cambiado de como era cuando yo estuve entre tu pueblo. Aquesto faría difícil mi regreso a Matherion. Por favor, aceptad mis disculpas por *Xadane*. Es verdaderamente abominable pero, como ya he dicho, sirvió a su propósito.

—Tendría que haberlo supuesto —lo interrumpió Sephrenia—. La totalidad del género de literatura delfaeica fue creado con el solo propósito de fomentar un clima de intolerancia antiestiria.

—¿Y cuál fue el propósito de los eones de descaradas falsedades con que vosotros, los estirios, habéis engañado a los tamules? —le preguntó Cedon con tono imperioso—. ¿No era el designio precisamente el mismo? ¿No buscabais vosotros instilar en la percepción tamul la idea de que los delfae éramos subhumanos?

Sephrenia hizo caso omiso de aquellas preguntas.

—¿Es tan profundo el odio que nos tenéis vosotros, que seríais capaces de contaminar el entendimiento de toda una raza?

—¿Y cuán profundo es el vueso odio, Sephrenia de Ylara? ¿No estáis vos intentando incluso en este mismo momento envenenar la mente de aquestos sencillos elenios contra nosotros? —El anari se hundió en un sillón mullido y se pasó una cansada mano por el rostro—. Nuestro mutuo odio ha perdurado, pienso, demasiado tiempo para que pueda curárselo. Será mucho mejor que vivamos separados. Y aquesto nos lleva al problema que nos ha reunido aquí. Es nuestro deseo el de vivir aparte de todos los demás.

—¿Porque sois muchísimo mejores que el resto de nosotros? —El tono de

Sephrenia estaba cargado de desprecio.

—No mejores, sacerdotisa, sólo diferentes. Dejemos esa hinchada superioridad a la vuesa raza.

—Si vosotros dos queréis renovar un odio de unos cuantos eones de antigüedad, creo que el resto de nosotros preferiría no quedarse a escucharos —comentó Vanion con tranquilidad—. Los dos parecéis lo bastante capaces de arregláros las sin nuestra ayuda.

—Tú no sabes lo que ellos han hecho, Vanion —declaró Sephrenia con una muda súplica en los ojos.

—Francamente, querida, no estoy interesado en saber lo que sucedió hace varios miles de años. Si quieres masticar viejos bocados, por favor hazlo en tu tiempo libre. —Vanion miró al anciano delfae—. Creo que teníais en mente alguna clase de intercambio, Cedon. Nos encantaría quedarnos aquí sentados y observar cómo vos y Sephrenia os cortáis en finas lonchas, pero estamos un poco apremiados por el tiempo. Asuntos de Estado, ya comprenderéis.

Incluso Falquián se atragantó un poco ante aquello.

—Sois muy brusco, mi señor Vanion —respondió Cedon en un tono de fría reprobación.

—Soy un soldado, reverenciado anari. Una conversación compuesta de pequeños insultos rencorosos me aburre. Si vos y Sephrenia realmente queréis pelearos, utilizar hachas.

—¿Habéis tenido muchas ocasiones de tratar con elenios, reverenciado anari? —inquirió Itagne con modales imperturbables.

—Casi ninguna.

—Podríais considerar el ofrecer unas cuantas plegarias de acción de gracias por eso. Los elenios tienen una angustiosa tendencia a tratar los asuntos de manera directa. Es algo horrorosamente incivilizado, por supuesto, pero la verdad es que ahorra mucho tiempo. Según creo, queréis presentarle vuestra propuesta a Anakha. Ése es el que buscáis. Probablemente debería advertiros que mi señor Vanion es el espíritu mismo de la delicadeza cuando se lo compara con Falquián, pero Falquián es Anakha, así que antes o después tendréis que tratar con él.

—Puesto que todos hemos decidido mostrarnos desagradables esta noche, no creo que vayamos a llegar demasiado lejos —comentó Falquián—. ¿Por qué no me decís lo que queréis, Cedon, y qué estáis dispuesto a ofrecer a cambio? Lo pensaré durante la noche, y luego podremos hablar de ello mañana, cuando

hayamos tenido tiempo de aferrar con mayor firmeza nuestra educación.

—Ése es un sabio camino, tal vez, Anakha —asintió el anciano—. En Tamuli hay un levantamiento en preparación.

—Sí. Eso ya lo hemos advertido.

—Aqueste levantamiento no está dirigido contra el imperio, Anakha, sino contra vos. A vos os hemos atraído hasta aquí porque vos tenéis la clave que permite acceder al Bhelliom. Los vuestros enemigos codician la gema.

—También sabemos eso. Realmente no necesito un preámbulo, Cedon. ¿Qué sentido tiene todo esto?

—Os ayudaremos en la vuesa lucha, y os aseguro que sin nuestro auxilio no podréis prevalecer.

—Tendréis que convencerme a mí de eso, pero podremos hablar al respecto en otro momento. ¿Qué queréis a cambio?

—Queremos que cojáis al Bhelliom y nos encerréis dentro de este valle.

—¿Eso es todo?

—Eso es lo único que pedimos. Que nos pongáis fuera del alcance de todos los demás, y pongáis a todos los demás fuera del alcance nuestro. Todos se beneficiarán con ello..., los elenios y los tamules, los estirios y los delfae. Utilizad el infinito poder del Bhelliom para separarnos del resto de la especie humana, para que podamos continuar nuestro viaje sin que nos molesten.

—¿Viaje?

—Se trata de una metáfora, Anakha. Nuestro viaje es medido en generaciones, no en leguas.

—¿Un intercambio justo, entonces? ¿Nos ayudaréis a luchar contra nuestros enemigos si yo os encierro en este valle de forma que nadie pueda jamás entrar... o salir de él?

—Un intercambio justo, Anakha.

—De acuerdo. Pensaré en ello.

—Sephrenia se niega a hablar conmigo sobre el asunto, Falquián —informó Vanion con un suspiro—, y sobre cualquier otro tema, según están las cosas.

El preceptor de cabellos de plata y su amigo estaban hablando solos en una sala pequeña emplazada en el corredor que conducía al grupo de diminutas habitaciones parecidas a celdas en las que debían pasar la noche.

—Anoche fuiste un poco brusco con ella —observó Falquián.

—El comportamiento irracional me irrita. Ojalá estuviese aquí Aphrael. Ella podría poner a Sephrenia en su sitio con mucha rapidez.

Falquián se hundió más en su asiento.

—No estoy muy seguro de eso, Vanion. No sé si debería decirte esto, pero tengo la impresión de que Aphrael no intervendría. Antes de marcharse, me dijo que Sephrenia tenía que resolver el problema por sí misma.

—¿Podría Itagne arrojar alguna luz sobre el antagonismo existente entre los estirios y los delfae?

Falquián negó con la cabeza.

—No podría decirnos nada más de lo que ya nos ha contado. Todo el problema parece remontarse a la época de la guerra con los cyrgais. Eso sucedió hace unos diez mil años, por lo que la historia es un poco vaga respecto a lo que realmente aconteció. Evidentemente, los estirios y los delfae eran aliados, y según parece hubo algún tipo de traición de por medio.

—Hasta ahí llega lo que yo he deducido. ¿No podrá Itagne hacer alguna conjetura respecto a quién fue el traicionado?

—No. Los estirios se han hecho útiles para los tamules a lo largo de los siglos..., al igual que se hicieron útiles para la iglesia de Eosia. Se han encargado de deslizar su propia versión de lo sucedido dentro de la percepción histórica tamul. Por lo que Cedon dijo la pasada noche, yo diría que los delfae se infiltraron en la universidad de Matherion e insertaron la literatura delfaeica en la cultura tamul con exactamente con la misma intención. En cualquier caso, los acontecimientos de hace diez mil años van a ser enterrados debajo de una gruesa capa de mitos y leyendas, y dado que tanto los estirios como los delfae se dedican a agitar constantemente las aguas, es probable que la auténtica verdad no salga nunca a la luz. —Falquián sonrió débilmente—. No estoy muy seguro de que sea algo significativo, pero los estirios intentaron contaminar la historia mientras que los delfae han pasado su tiempo tratando de contaminar a los poetas. Interesante contraste, ¿no crees?

—Aphrael sabrá la verdad.

—Probablemente, pero no dice nada. La conozco lo bastante bien como para saber que este silencio es deliberado. No creo que realmente quiera que sepamos quién tuvo originalmente la culpa. Por alguna razón, no parece querer que nos pongamos del lado de nadie en particular, y eso nos coloca en una posición muy difícil. Me pregunto si alguna vez llegaremos a conocer la verdad que hay detrás de este antagonismo racial... y no es que realmente tenga importancia. Dudo de

que los mismísimos anari y Sephrenia mismos la conozcan. Los dos tienen alrededor de cuatro generaciones de propaganda histórica tras de sí, lo suficiente como para que sus prejuicios se hayan petrificado. Nuestro problema es que los delfae probablemente sean capaces de retenernos indefinidamente aquí. Si intentáramos alejarnos, ellos simplemente nos harían dar la vuelta y regresar, por lo que antes o después tendremos que negociar con ellos. Sin embargo, todos queremos a Sephrenia, y sabemos que si nos ponemos a negociar con los delfae, ella sufrirá una combustión espontánea.

—Sí, eso ya lo he advertido. ¿Qué voy a hacer, Falquián? Yo sangro cuando ella se pincha apenas un dedo.

—Miéntele —sugirió Falquián, encogiéndose de hombros.

—¡Falquián!

—No tiene por qué resultar demasiado obvio, pero inclina tu neutralidad ligeramente en su dirección. Soy yo quien tiene dominio sobre el Bhelliom, así que Cedon va a tener que tratar conmigo. Técnicamente, tú eres aquí una figura secundaria..., lo siento, Vanion, pero es la verdad. Cedon va a negociar conmigo, no contigo. Mírame con ferocidad de vez en cuando y opón objeciones. Sephrenia está comportándose de manera irracional así que los otros, como buenos y lógicos elenios, van a oponérsele. No la aislemos completamente. Tú eres la persona más importante de su vida, y si también tú parecieses volverte contra ella, le romperías el corazón. —Falquián le dedicó a su amigo una sonrisa torcida—. No obstante, lo tomaré como un favor personal si no le permites que me convierta en sapo cuando estemos en mitad de las negociaciones.

—Volvamos atrás uno o dos pasos, reverenciado anari —sugirió Falquián cuando se reunieron de nuevo en la espaciosa habitación—. Necesito saber en qué estoy implicándome con esto. No voy a hacer nada que perjudique a los estirios. A veces son una gente difícil y espinosa, pero por algún motivo yo les he tomado mucho cariño. —Le sonrió a Sephrenia, con la esperanza de mitigar el desagrado de ella—. Habéis mencionado alguna clase de viaje. ¿Adónde iréis?

—Estamos cambiando, Anakha. Cuando el mundo se volvió en contra nuestra, apelamos a Edaemus para que nos protegiera.

—¿Vuestro dios?

El anari asintió con la cabeza.

—Antes de la guerra con los cyrgais, éramos un pueblo infantil y carente de sofisticaciones, y Edaemus vivía entre nosotros, compartiendo nuestro júbilo sencillo y nuestras pasajeras tristezas. De todos los pueblos de aqueste mundo; éramos los menos adecuados para la guerra. —El anciano miró a Sephrenia—. No ofenderá a la vuesa maestra hablando la verdad respecto a lo que nos condujo a acabar como proscritos.

—La verdad es bien sabida —replicó Sephrenia con dureza.

—Sí, lo es, pero la vuesa verdad es bastante distinta de la nuestra. Vosotros creéis que sucedió una cosa, y nosotros creemos que tuvo lugar otra diferente. Pero eso, Sephrenia de Ylara, es un asunto entre nosotros y no les concierne a estos elenios. En verdad, mi señora, ni los estirios ni los delfae se comportaron de manera admirable en aquel desafortunado asunto. Por la causa que fuese, Anakha, los delfae acabamos como proscritos, y las manos de todos los hombres se volvieron en contra nuestra. Apelamos a Edaemus, como ya he dicho, y él respondió imponiéndonos una maldición.

—Ese Edaemus vuestro tiene una forma muy particular de demostrar su afecto —comentó Ulath.

—Era la única forma que tenía de protegernos, caballero Ulath. Nosotros no somos guerreros y carecemos de destreza en el manejo de las armas con las que los hombres se matan los unos a los otros, así que Edaemus nos condenó a que el mero tacto de nuestros cuerpos fuese un arma. Los otros hombres descubrieron muy pronto que el toque de nuestras manos significaba la muerte.

—Si eso es cierto, ¿por qué estoy todavía aquí, Cedon? —inquirió Kalten—. Yo he estado ayudando a Xanetia a subir y bajar del caballo durante varios días, y su contacto no ha acabado con mi vida.

—Hemos aprendido a controlar esa maldición, caballero Kalten. Ésa fue una parte del plan de Edaemus cuando alzó su mano contra nuestro lago.

—¿Contra el lago?

El anari asintió con la cabeza.

—Edaemus no podía soportar el imponer su maldición directamente sobre nosotros, razón por la cual maldijo en cambio a las aguas del lago. Aquesta es nuestra única fuente de agua, y por lo tanto tenemos que beber de él. Cuando llegamos por primera vez al valle, la mente de Edaemus era tan infantil como la nuestra propia. Con un espíritu de juego les dio a las aguas esa particular esencia que nos ilumina. Nosotros bebemos del lago, y sus aguas penetran en nuestros cuerpos. Por amor fue que Edaemus nos confirió la apariencia de dioses. Era una

diversión inofensiva, y pronto lo perdonamos por alterarnos de aquesta manera. Sin embargo, cuando el mundo se volvió en contra de nosotros, Edaemus maldijo al lago; y sus aguas, transformadas por la maldición, nos cambiaron también a nosotros. No obstante, el toque de la muerte que mantiene alejados a nuestros enemigos no es más que una parte del plan del dios nuestro. Las circunstancias nos han apartado de aqueste mundo, y la intención de Edaemus es la de apartarnos más aún. Estamos cambiando, amigos míos. Nuestros cuerpos son diferentes, al igual que nuestras mentes y nuestros espíritus. Ya no somos como vosotros..., ni como fuimos en otra época. Con cada generación avanza ese cambio inexorable. Xanetia, la querida y dulce Xanetia, me sobrepasa de tal forma que yo no puedo ni comenzar a comprender el alcance de los pensamientos suyos. En su momento, pienso yo, que llegará a igualarse e incluso superar... a los dioses mismos.

—Y entonces nos suplantaréis —lo acusó Sephrenia—. De la misma forma que los trolls suplantarón a los hombres aurora y nosotros hemos suplantado a los trolls, así vosotros, despreciados delfae, os convertiréis en nuestros superiores, apartando a un lado a nuestros dioses y arrojándonos como perros a territorios desiertos mientras disfrutáis de los frutos de la tierra. Los estirios hemos soportado semejante trato por parte de los elenios durante eones, y hemos aprendido mucho. No os resultará demasiado fácil dominarnos, Cedon, y ni os adoraremos ni nos arrojaremos a vuestros pies como perros apaleados.

—¿Cómo podríamos suplantaros y apoderarnos de las vuestas tierras, Sephrenia de Ylara? Estamos atados al lago nuestro y ya no podemos permanecer apartados de sus aguas. La vuesa sumisión, además, no tendría significado alguno para nosotros, porque no estaremos aquí. Viajamos hacia la luz, y vamos a convertirnos en luz. Mi Xanetia, que será anarae, podría unirse a la luz incluso ahora, pero aquellos de entre nosotros que todavía no hemos alcanzado la perfección la retenemos aquí. Cuando nosotros hayamos muerto ya no existirá razón alguna para que ella permanezca en este lugar, así que conducirá a los delfae a morar entre las estrellas con Edaemus, que se marchó antes que nosotros para prepararnos un hogar.

—Donde seréis dioses —agregó Sephrenia con una mueca de despreciativa burla.

—Ésa es una palabra que carece de sentido, Sephrenia de Ylara —replicó Xanetia con voz queda—. Todos nosotros, los dioses y los hombres, avanzamos hacia la misma meta. Edaemus partió antes que nosotros, y nosotros lo haremos

antes que vos. Aguardaremos la vuesa llegada con cariño, e incluso os perdonaremos por el mal que nos habéis causado.

—¿Perdonarme a mí? —estalló Sephrenia—. ¡Desdeño vuestro condescendiente perdón! —Había caído, tal vez sin advertirlo, en el estirio arcaico—. Yo nunca os perdonaré a vosotros, ni aceptaré vuestro perdón.

—Pero sí lo faréis, Sephrenia —disintió la fulgente muchacha—. Incluso en aqueste momento duda el vueso corazón dentro de vueso pecho. Os halláis dividida entre dos pensamientos, dulce Sephrenia. Yo os conozco bien, y sé que ese vueso odio, como escarcha de invierno, acecha en los oscuros, sombríos lugares de la vuesa alma. Os aseguro que se fundirá al sol cálido de naturaleza afectuosa que vos tenéis... de la misma forma que ya en aqueste momento mi odio comienza su doloroso deshielo. Pero no os engaños, Sephrenia de Ylara, yo todavía odio a los estirios tanto como vos odiáis a los delfae. Un ciento de siglos de enemistad no puede hacerse a un lado con facilidad. Yo odio a los estirios pérfidos, pero no os odio a vos. Conozco el vueso corazón, hermana querida, porque es igual que el mío propio. Llegado el momento, ambas desecharemos este infantil odio y viviremos juntas en paz.

—¡Nunca!

—Nunca, hermana querida, es mucho, mucho tiempo.

—Creo que nos estamos apartando bastante del tema —intervino Falquián—. Colijo que este encerraros en el valle no está destinado a ser algo eterno.

—No habrá menester de ello, Anakha —replicó el anari—. Una vez que nos hayamos marchado, Edaemus retirará su maldición del lago, sus aguas volverán a ser normales, y otros hombres entrarán en aqueste valle sin temor.

—Probablemente estoy obligado a decirte que si sello el valle con el Bhelliom, lo sellaré para siempre. Puedo garantizarte que jamás saldrá de él delfae alguno. Si vais a transformaros en rayos de luna o luz de sol, eso no representará inconveniente alguno para vosotros, pero si tenéis alguna otra idea oculta será mejor que la olvidéis. Y si ese Edaemus vuestro tiene algún plan secreto que implique alguna clase de venganza contra los estirios, será mejor que le digáis que lo abandone. El Bhelliom come dioses para desayunar..., como bien descubrió Azash. ¿Todavía queréis que cierre el valle?

—Sí —replicó Cedon sin vacilar.

—¿Y tú qué piensas, Sephrenia? —inquirió Falquián—. ¿Te dejaría satisfecha esa garantía?

—Intentarán algún truco, Falquián. Son una raza engañosa.

—Tú conoces al Bhelliom, Sephrenia... probablemente aun mejor que yo. ¿Crees realmente que alguien, hombre o dios, podría engañarlo? Si yo le digo que encierre a los delfae dentro y mantenga fuera a todos los demás, nadie va a poder trasponer la línea, ni tú, ni yo, ni Aphrael, ni Edaemus... ni siquiera el dios de los elenios. Incluso en caso de que todos los dioses de este mundo y todos los otros mundos aunaran sus fuerzas, el Bhelliom continuaría manteniéndolos en el exterior. Si yo sello el valle, permanecerá sellado. No podrán salir de él ni siquiera los pájaros ni las lombrices. ¿Te satisfaría eso?

Ella se negó a mirarlo.

—Necesito una respuesta, pequeña madre, y preferiría no tener que esperar todo un año para obtenerla. ¿Te satisfará eso?

—¡Eres odioso, Falquián!

—En este momento tengo demasiadas cosas en la cabeza. Piénsalo y hazme saber lo que decidas. —Se volvió para encararse con el anari—. Muy bien, ahora ya sé lo que queréis. La siguiente pregunta es qué parte me toca a mí. ¿Qué sacaré yo de este trato?

—Nuestra ayuda en la lucha contra los enemigos de vos, Anakha.

—Eso es un poco vago, Cedon. Poseo el Bhelliom. ¿Qué podéis hacer vosotros por mí que no pueda hacer yo solo?

—Tenéis que poseer la cooperación de la gema, Anakha. Vos podéis obligar a la piedra, pero ella no os quiere, y a veces os malinterpreta deliberadamente..., como cuando os llevó a vos y la diosa niña a Demos en el momento en el que deseabais acudir a Delo de Arjuna.

—¿Cómo os habéis enterado de eso? —Falquián estaba profundamente sorprendido.

—Vuesa mente está abierta a mí, Anakha, como lo están todas las mentes. Aqueste no es más que uno de los servicios que podemos ofrecer. ¿No os resultaría ventajoso conocer lo que están pensando aquellos que os rodean?

—Desde luego que sí, Cedon, pero existen otras formas de arrancar la verdad del corazón de un hombre.

—Pero los hombres que han sido sometidos a tortura saben que han sido torturados, y saben qué han revelado ante vos. Nuestra forma de hacerlo es más sutil.

—En eso tiene razón, Falquián —señaló Kalten—. ¿Qué estoy pensando en este preciso momento, Cedon?

—Os sentís trastornado por el deber de asesinar a Xanetia en caso de que

nuestro pueblo actúe con falsedad para con vosotros. La vuesa mente siente inclinaciones dulces hacia ella.

—En eso tiene razón —admitió Kalten ante los demás—. Creo que esta gente puede, en efecto, leer lo que otros están pensando.

—También tenemos otras capacidades, caballeros —les aseguró el anari—, y os las ofrecemos libremente a cambio de lo que os hemos pedido. —Miró con profunda tristeza a Sephrenia—. Temo que cuando revele la naturaleza de nuestras capacidades, os causaré a vos gran dolor y endureceré más aún el vuesto corazón para con nosotros, querida hermana.

—¡Quieres dejar de llamarme así! Mi corazón ya es como el granito para contigo y los de tu clase.

—Eso no es verdad, Sephrenia de Ylara —la contradijo Xanetia—. Os sentís aún más trastornada por no haber hallado maldad ninguna en nosotros durante aqueste vuesto primer encuentro con nuestra raza. Muy difícil os resulta mantener un odio que ha nacido más del sentido del deber para con la vuesa raza que de un rencor personal. Yo os confieso libremente un parecido estado de inquietud por mi parte. Me siento inclinada a quererlos, de la misma forma en que vos os sentís inclinada a quererme a mí.

—¡Deja de hacer eso! —estalló Sephrenia—. Mantén tus impuras manos lejos de mis pensamientos.

—Es testaruda, ¿no? —masculló Ulath.

—La tendencia de los dioses jóvenes de Estiria es la de proteger a sus hijos..., incluso de sus propios desatinos —comentó el anari—. Es por eso que los estirios deben apelar a sus dioses mediante hechizos y plegarias para que los ayuden cuando quieren ir más allá de los poderes de otros hombres. ¿No es así, Sephrenia de Ylara?

Ella se negó a responder.

—Ésa es la esencia de la magia estiria —replicó Vanion en su lugar.

Ella le echó una mirada feroz, y Falquián gimió en silencio. ¿Por qué no podía Vanion mantener la boca cerrada?

El anari asintió con un gesto de la cabeza.

—Edaemus, como ya os he dicho, marchó antes que nosotros para preparar el camino, y por lo tanto ya no tiene posibilidad de cuidar de sus hijos. Así pues, nos ha otorgado ciertos poderes para que podamos hacer lo que sea hayamos menester sin su guía.

—¿Magia sin restricciones? —exclamó Sephrenia—. ¿Tenéis el poder de los

dioses en vuestras propias manos sin restricción alguna?

—Unos pocos de entre nosotros, sí.

—¡Eso es monstruoso! La mente humana no es capaz de comprender la naturaleza de ese tipo de poder. No podemos entender las consecuencias de dejarlo en libertad para satisfacer nuestros caprichos infantiles.

—Vuesa diosa os ha instruido bien, Sephrenia de Ylara —comentó Xanetia—. Eso es lo que ella desea que creáis.

—Vuesa diosa os conservará niña, querida hermana —dijo el anari—. Mientras vos continuéis siendo una niña, ella tendrá asegurado el vuesto cariño. Os digo con verdad, sin embargo, que Edaemus nos quiere a nosotros tanto como vuesa Aphrael a vos. Su cariño, no obstante, nos impulsa a crecer. Él ha depositado su poder en nuestras manos, y nosotros hemos aceptado las consecuencias de nuestros actos cuando lo hemos puesto en práctica. Es un tipo diferente de cariño, pero, de todas formas, es cariño. Edaemus ya no está aquí para guiarnos, así que nosotros podemos hacer cualquier cosa que sean capaces de concebir nuestras mentes. —El anari sonrió dulcemente—. Perdonadme, amigos míos —les pidió a los demás—, pero alguien tan viejo como yo no tiene más que un interés peculiar. —Levantó una de sus arrugadas manos y la miró con aire de tristeza—. ¡Qué rápido cambiamos con el paso del tiempo, y qué angustiantes son esos cambios!

El cambio fue gradual, pero si se toma en consideración la naturaleza sorprendente del mismo, lo que sucedió ante los ojos de los presentes fue casi milagroso. La ajada mano se hizo más firme y llena; las nudosas articulaciones se suavizaron y las arrugas desaparecieron. Sin embargo, eso no sucedió sólo con la mano. La enmarañada red de arrugas y líneas del rostro de Cedon pareció deslizarse de su cara. Las hundidas mejillas del hombre se llenaron, y su finísimo y ralo cabello se volvió más grueso y abundante. Ellos lo miraban fijamente mientras que, sin aparente esfuerzo, él invertía la erosión de los años. Regresó a la vigorosa juventud, con una piel limpia y unas manos y rostro firmes y sin arrugas. Luego comenzó a disminuir; sus extremidades se encogieron dentro de las ropas. Las cerdosas púas de barba desaparecieron de sus mejillas y mentón, y continuó retrocediendo en las edades, mientras la cabeza parecía agrandarse en proporción al resto del cuerpo.

—Quizás aquesto sea suficiente —declaró con una aguda voz infantil. Sonrió; era una sonrisa extrañamente anciana que parecía fuera de lugar en aquel rostro de niño—. Un error de cálculo en este caso podría reducirme a la nada. En

verdad os digo que he considerado la posibilidad de hacerlo, pero mis tareas y responsabilidades no han acabado aún. Xanetia tiene su propio trabajo, y de momento no la cargaré también con las mías.

Falquián tragó con dificultad.

—Creo que te has hecho entender muy bien, Cedon —le dijo con voz tensa—. Aceptaremos el hecho de que puedes hacer cosas que nosotros no podemos. —Miró a sus amigos—. Ya puedo ver las discusiones que se están preparando —les comentó, evitando deliberadamente los ojos de Sephrenia—, e independientemente de la decisión que tomemos, probablemente todos tendremos serias dudas al respecto.

—Podríamos rezar —sugirió Bevier.

—O arrojar dados y dejar que ellos decidan por nosotros —agregó Ulath.

—Con tus dados, no. Así no podríamos decidir nada.

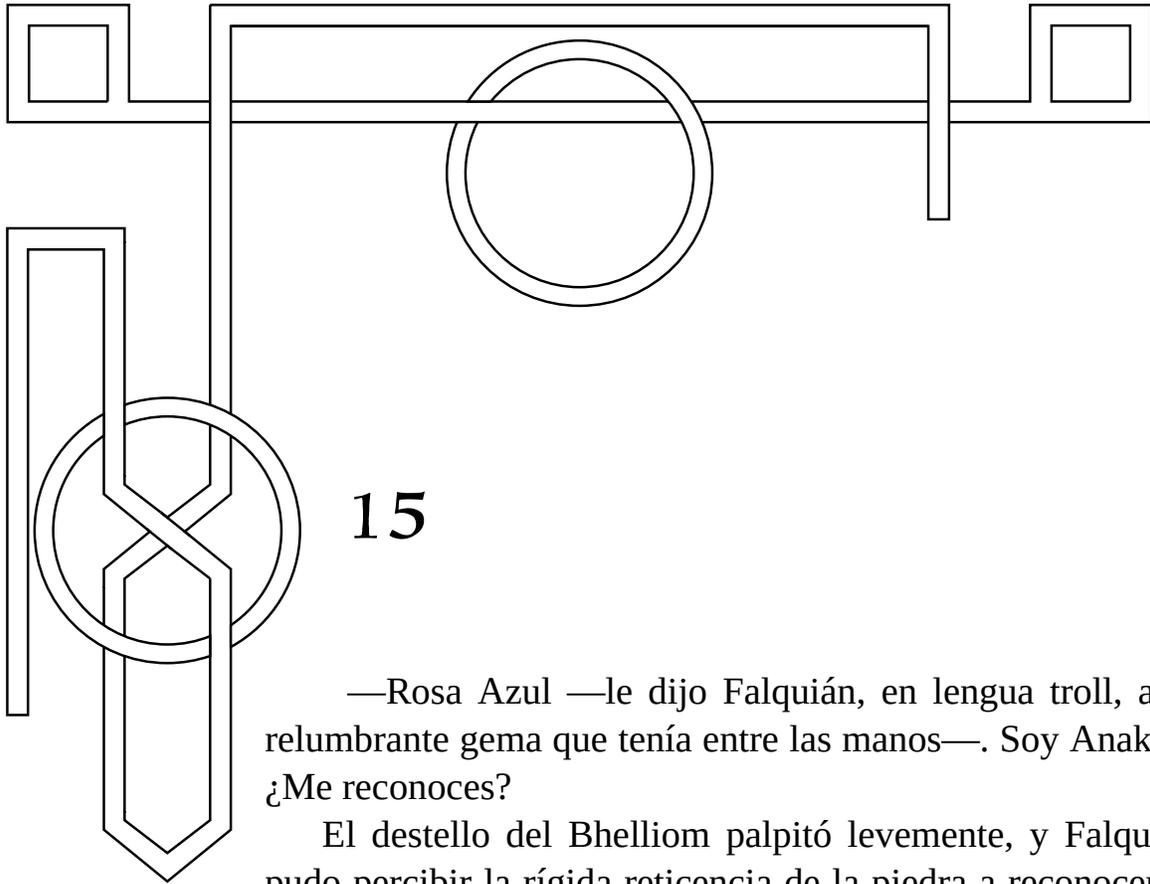
—Incluso podríamos apoyarnos en la lógica —concluyó Vanion—, pero Falquián está en lo cierto. Sea cual fuere el sistema que utilicemos, probablemente estaríamos todo el invierno reunidos y no podríamos ponernos de acuerdo. —También él evitó los ojos de Sephrenia.

—Bien, pues —continuó Falquián mientras se metía una mano en el interior de la túnica—, puesto que Aphrael no está aquí para hacer que nos pongamos de acuerdo por la fuerza, dejaremos que sea el Bhelliom quien decida. —Sacó la caja de oro y la depositó sobre la mesa, delante suyo.

—¡Falquián! —La voz de Sephrenia era un grito ahogado.

—¡No, Anakha! —Exclamó también Xanetia.

—El Bhelliom no nos quiere a ninguno de nosotros —las contradijo él—, así que podemos fiarnos bastante de su neutralidad. En este caso necesitamos una guía, y ni Edaemus ni Aphrael están aquí para proporcionárnosla... y por otra parte, no sé si de todos modos me fiaría de ellos, dadas las peculiares circunstancias que rigen este caso. Necesitamos una opinión no tendenciosa, así que, ¿por qué no averiguamos qué piensa el Bhelliom de todo esto?



15

—Rosa Azul —le dijo Falquián, en lengua troll, a la relumbrante gema que tenía entre las manos—. Soy Anakha. ¿Me reconoces?

El destello del Bhelliom palpitó levemente, y Falquián pudo percibir la rígida reticencia de la piedra a reconocer el dominio que sobre ella tenía. Luego se le ocurrió algo.

—Tú y yo tenemos que hablar —le comentó, hablando en elenio esta vez—, y no creo que Khwaj y los otros tengan necesidad de escucharnos. ¿Puedes comprenderme cuando te hablo de esta forma?

Esta vez se produjo un leve atisbo de curiosidad en la palpitación.

—Perfecto. ¿Existe alguna forma de que puedas hablar conmigo? Hay algo que tenemos que decidir entre tú y yo. Esto es demasiado importante para mí como para forzarte sencillamente a que hagas lo que quiero, porque cabe la posibilidad de que me equivoque. Ya sé que no me tienes mucho cariño..., ni a mí ni a ninguna otra criatura de este mundo en particular, pero esta vez creo que podríamos tener algún interés común.

—Soltadme. —La voz era una especie de susurro reflexivo, pero le resultaba familiar.

Falquián se volvió para mirar a Kalten. Su amigo de infancia tenía el rostro como de madera, inexpresivo, y las palabras salían rígidamente de sus labios.

—¿Por qué habéis obrado daquesta guisa, Anakha? ¿Por qué me habéis

esclavizado?

Aquel elenio arcaico no podía provenir de Kalten, pero ¿por qué habría escogido el Bhelliom la boca menos adecuada para el caso?

Falquián reajustó cuidadosamente sus pensamientos, moldeándolos con la forma del lenguaje profundamente formal que la piedra había empleado para hablarle, y al cabo de un instante de realizar aquel cambio, le llegó la percepción y el entendimiento. De alguna forma, parecía que el conocimiento había permanecido durmiendo en su mente hasta que lo había despertado con aquella clave peculiar.

Extrañamente, su entendimiento estaba relacionado con el lenguaje, y cuando él realizó conscientemente el cambio del elenio contemporáneo con todas sus informales precisiones a unas cadencias más majestuosas y concisas, aquella parte de su cerebro que hasta entonces había permanecido cerrada, se abrió.

—No fui yo quien os esclavizó, Rosa Azul. Fue la vuesa propia inadvertencia la que os llevó a una proximidad tan peligrosa del rojo del hierro que os congeló en el vueso presente estado, y fue Ghwerig quien os alzó de la tierra y os contorsionó en aquesta forma similar a la de una flor con sus crueles herramientas de diamante.

Un rígido gemido salió de los labios de Kalten, un gemido del dolor soportado y del dolor recordado.

—Yo soy Anakha, Rosa Azul —continuó Falquián—. Soy la vuesa criatura. Fuisteis vos quien causó mi existencia para que pudiera ser el instrumento de vuesa liberación, y yo no traicionaré la vuesa confianza en mí. Estoy, en una parte, formado de los vuesos pensamientos, y soy por lo tanto vueso servidor. Sois vos quien me ha esclavizado a mí. ¿No fuisteis vos quien me arrebató el destino, haciendo de mí un extraño para los dioses daqueste mundo y para todos los otros hombres? Pero a pesar de que soy el vueso esclavizado servidor, estoy, no obstante, en aqueste mundo, y no dejaré que sea destruido ni sus gentes aplastadas por la vil opresión de los enemigos míos. Yo os libré de la esclavitud a que os había sometido Ghwerig, ¿no es cierto? ¿No es eso, en pequeña medida, una prueba de mi fidelidad para con la tarea que vos me habéis impuesto? Y, unidos ambos en un propósito común, ¿no destruimos a Azash, que nos habría encadenado a los dos a una esclavitud aún más dura que la que ahora nos ata el uno al otro? Porque no cometáis ningún error, Rosa Azul; a pesar de que vos sois mi esclavo, también lo soy yo de vos, y una vez más la cadena que nos une es un

propósito común, y ninguno de los dos será libre hasta que ese propósito se haya cumplido. Luego seréis vos, y seré yo, ambos libres de seguir sus respectivos caminos... yo para quedarme aquí, y vos para marchar, y como os place, continuar el vuestro ininterrumpido e interminable viaje hacia la más lejana estrella.

—Habéis aprendido bien, Anakha —declaró el Bhelliom con resentimiento—, pero la vuesa comprensión de la posición de vos no se impuso nunca a los vuestos pensamientos conscientes donde yo pudiera percibirla. Llegué a desesperar, pensando que os había forjado mal.

Sephrenia los miraba fijamente, primero a Falquián y luego al aparentemente comatoso Kalten, y su rostro pálido y perfecto expresaba algo muy parecido a la desazón. Xanetia también los contemplaba, y su expresión no era menos desazonada. Falquián sintió una fugaz satisfacción por aquello. Las dos eran tremendamente parecidas en su tal vez inconsciente suposición de superioridad condescendiente. El repentino e inesperado conocimiento que mostraba Falquián respecto a cosas largamente ocultas en su mente, había sacudido aquella irritante vanidad de ambas mujeres. Por primera vez en su vida sabía conscientemente que era Anakha y, lo más importante, conocía el significado de Anakha hasta puntos que ni Sephrenia ni Xanetia podían comenzar siquiera a comprender. Había pasado por encima de la opinión de ambas para llegar hasta el Bhelliom, y al unir sus pensamientos con los del Bhelliom había, hasta cierto punto, compartido la consciencia del mismo, y eso era algo que ninguna de ellas podría hacer jamás.

—Pero no me habíais forjado mal, Rosa Azul —le respondió a la gema—. Vuestro error residía en moldear los vuestos pensamientos en este lenguaje en particular. Mi entendimiento estaba también conformado de esa manera, y no se me reveló hasta que he respondido a las vuestas palabras de manera similar. Ahora, trabajemos juntos. Mis enemigos son también los vuestos, porque ellos os atarán a vos en el momento en que me aten a mí. Ninguno de los dos estará seguro en su libertad hasta que ellos hayan desaparecido. ¿Estamos de acuerdo en eso?

—Vuestro razonamiento es sensato, Anakha.

—¿Es, entonces, nuestro propósito el mismo?

—Así deberá ser.

—Estamos haciendo algunos progresos.

La expresión de Kalten se transformó en fría reprobatoria.

—Lo siento —se disculpó Falquián—, es la fuerza de la costumbre, supongo. La razón impone que, puesto que nuestros enemigos y nuestros propósitos son comunes y nuestros pensamientos están ligados por aquesta cadena por vos forjada, tenemos que aunar nuestros esfuerzos por esta causa. En la victoria seremos nosotros libres. Nuestros enemigos y nuestro común propósito ya no existirán, y la cadena que nos liga desaparecerá. Yo os juro que al acabar aquesta tarea os dejaré en libertad de continuar con la vuesa obra. Mi vida está sin duda en vueso puño, y vos podéis destruirme si os tratara con falsedad.

—No encuentro falsedad alguna en vueso pensamiento, Anakha, y yo fortaleceré el vueso brazo y endureceré el vueso corazón para evitar que otros, amados por vos, intenten facer que os volváis atrás del vueso designio y el vueso juramento.

—¡Entonces, hecho! —exclamó Falquián.

—¡Hecho! —El habla del Bhelliom, que salía de los labios de Kalten, había sido seca y carente de emoción; pero esta vez la voz sonó exultante.

—Y ahora vayamos a esa decisión que vos y yo debemos tomar juntos.

—Falquián... —El tono de voz de Sephrenia era inseguro.

—Lo siento, pequeña madre —replicó él—. No estoy hablando contigo en este momento. Por favor, no interrumpas. —Falquián no estaba completamente seguro de si debía dirigirle la pregunta a la rosa de zafiro o a Kalten, que parecía haber sido completamente poseído por el espíritu que habitaba dentro de la gema. Se decidió a dirigir la pregunta a un punto equidistante entre ambos—. Los delfae nos han ofrecido la ayuda suya a cambio de un determinado servicio —le explicó—. Quieren que sellemos aqueste valle de forma que nadie pueda entrar y nadie pueda salir de él, y como recompensa por ese pequeño favor han prometido prestamos su auxilio. ¿Lo han ofrecido en buena fe? —Falquián oyó la brusca inspiración de Xanetia.

—Sí, lo han ofrecido en buena fe —replicó el Bhelliom—. No hay falsedad alguna en la oferta.

—Yo también lo creía. Pero prefería asegurarme.

—Anakha. —La voz era firme—. Cuando fabláis desa guisa, la vuesa mente se oculta de mí. Nuestra alianza es algo nuevo y desconocido. No es prudente que vos levantéis dudas en mí utilizando aqueste lenguaje.

Falquián se echó a reír a carcajadas.

—Perdonad mis recaídas, Rosa Azul —se disculpó—. ¿Podemos, entonces, confiar en los delfae?

—Por el momento, sí. En aqueste momento el interés suyo carece de astucias. Es incierto cómo será mañana. —La voz de Kalten vaciló brevemente—. No digo eso como crítica, sino como mera observación. En el presente, podéis depositar la vuesa confianza en ellos... y ellos, la suya en vos. Lo que pueda venir en el futuro reside en las manos del azar.

—¿Así que existe el azar? —preguntó Falquián, un poco sorprendido ante tal afirmación—. A nosotros se nos dice que todas las cosas están predeterminadas por los dioses.

—Quienquiera que os haya dicho tal cosa, estaba en un error.

Bevier profirió una exclamación ahogada.

—Mi viaje y mi tarea fueron interrumpidas por el azar —continuó el Bhelliom—. Si mi propio curso pudo ser desviado, ¿no puede serlo también el vuesto? En verdad os lo digo, Anakha, debemos unirnos a los delfae en aquesta empresa, porque si no lo hacemos así, fracasaremos sin remedio. El que uno o ambos actúen con falsedad para con el otro, dependerá de las circunstancias. En el presente, los corazones de los delfae son puros; eso podría cambiar. En aqueste momento, también el corazón de vos es puro; eso también puede cambiar. Pero tanto si eso sucede como si no, tenemos que unirnos a ellos, so pena de fracasar y languidecer por la eternidad en aquesta vil esclavitud.

—Tú mismo lo has oído, Bevier —estaba diciéndole Sephrenia al arciano de piel olivácea, horas más tarde, cuando Falquián entró silenciosamente en la sala en la que ambos se hallaban absortos en la conversación—, adoran al lago..., la fuente de la contaminación que los ha transformado en proscritos.

—Pero ha mencionado a un dios —protestó débilmente Bevier—. Creo que llamó Edaemus a su dios... o algo parecido.

—Pero Edaemus los ha abandonado... los ha condenado y luego les ha vuelto la espalda.

—El anari ha dicho que Edaemus partió delante de ellos para preparar un lugar para cuando lleguen. —La objeción de Bevier parecía aún más débil—. Dijo que estaban cambiando..., convirtiéndose en pura luz.

—Mentiras —le espetó Sephrenia—. La luz que los marca no es la luz de la bendición, Bevier, sino la de la maldición que pesa sobre ellos. Cedon ha intentado retorcer ese hecho con inteligencia para hacer que pareciese que los delfae están transformándose en algo sagrado, cuando de hecho la verdad es lo

contrario.

—Pero son capaces de practicar la magia, Sephrenia, y una clase de magia que yo no había visto nunca antes. No hubiera creído que nadie pudiera regresar a la infancia, de no haberlo visto con mis propios ojos.

—Eso es exactamente a lo que me refiero, Bevier. Están utilizando brujería, no magia. Nunca me has visto a mí imitando a un dios, ¿no es cierto?

Falquián regresó al pasillo sin que advirtieran su presencia, y continuó hasta la celda sin puertas que ocupaba Vanion.

—Tenemos un problema —le dijo al preceptor de los pandion.

—¿Otro más?

—Sephrenia está intentando subvertir a Bevier. Trata de convencerlo de que los delfae practican la brujería. Ya conoces a Bevier. Los ojos comienzan a salirse de las órbitas siempre que alguien menciona siquiera esa palabra.

—¿Por qué no nos hace el favor de dejar el tema en paz? —exclamó Vanion, lanzando las manos al aire—. ¿No fueron las palabras del Bhelliom lo bastante buenas para ella?

—Lo que sucede es que ella no quiere creerlo, Vanion. —Falquián suspiró—. Nos tropezamos exactamente con la misma cosa cuando intentamos convencer a los elenios rurales de que los estirios no nacen con cuernos y cola.

—Precisamente ella, de entre todos, debería estar libre de esas cosas.

—Me temo que no, amigo mío. Deduzco que los estirios son buenos para odiar. ¿Cuál crees sería la mejor forma de manejar este asunto?

—Yo me enfrentaría directamente con ella.

Falquián hizo una mueca de dolor.

—Te convertirá en sapo si haces eso.

Vanion sonrió fugazmente.

—No. Yo vivo en Sarsos, ¿recuerdas? Un estirio no puede hacer nada semejante sin el consentimiento de su dios, y Aphrael me tiene bastante cariño..., eso espero.

—Reuniré a los demás y los apartaré de tu camino para que podáis hablar en privado.

—No, Falquián, es algo que tiene que hacerse delante de todos. Ella está intentando deslizarse a nuestras espaldas para reclutar adictos. Tenemos que conseguir que todos tomen consciencia de que no debe confiarse en ella en lo que respecta a esta situación en particular.

—¿No sería un poco mejor hablar antes con ella en privado..., antes que

humillarla en público?

Vanion negó testarudamente con la cabeza.

—Tenemos que hacerle frente a esto de forma abierta —declaró.

—Será mejor que sea cierta tu esperanza de que Aphrael te tiene cariño —murmuró Falquián.

—Han regresado al paganismo total —afirmó tercamente Sephrenia—. De la misma forma podrían reverenciar árboles o rocas de formas extrañas. No tienen ningún credo, ni doctrina, ni restricciones. Su práctica de la brujería lo demuestra.

A instancias de Vanion, se habían reunido todos en una sala espaciosa del final del corredor, y Sephrenia estaba intentando defender su causa con urgencia, incluso de manera estridente.

—¿Qué diferencia hay? —preguntó Talen, con un encogimiento de hombros—. Magia, brujería, es todo lo mismo, ¿verdad?

—La magia es de los dioses, Talen —le explicó Bevier—. Nuestra santa madre, en su infinita sabiduría, ha decidido permitir que los caballeros de la Iglesia aprendan los secretos de Estiria para que podamos servirla mejor. Existen restricciones para nosotros..., determinadas áreas en las que no podemos entrar. La brujería no tiene restricciones porque es diabólica.

—¿Te refieres al diablo? Yo no he creído nunca en el diablo. De todas formas, ya hay muchísima maldad concentrada en la gente, así que probablemente podemos arreglárnoslas bastante bien sin él. Yo conozco a alguna gente muy malévola, Bevier.

—La existencia del diablo ha sido demostrada.

—A mí no me la ha demostrado nadie.

—¿No estamos desviándonos un poco del tema? —sugirió Ulath—. ¿Importa realmente lo que adoren los delfae? En el pasado, nos hemos aliado con toda clase de gentes con el fin de conseguir esta o aquella meta. El Bhelliom dice que tenemos que aunar fuerzas con los delfae, o perderemos la batalla. A mí no me gusta perder, así que ¿cuál es el problema?

—El Bhelliom no sabe nada sobre este mundo, Ulath —respondió Sephrenia.

—Tanto mejor. Aborda el problema con un entendimiento claro y limpio. Si necesito saltar detrás de un árbol para evitar que me arrastre una avalancha, no voy a detenerme primero a interrogar al árbol acerca de sus creencias.

—El Bhelliom dirá o hará cualquier cosa con el fin de recuperar su libertad —le aseguró Sephrenia—. Ése era el motivo de que yo estuviese desde el principio tan en contra de utilizarlo.

—Tenemos que creer al Bhelliom, Sephrenia —le dijo Vanion, que obviamente intentaba mantener controlada su irritación—. No tiene mucho sentido el confiarle nuestras propias vidas y luego no fiarnos de lo que nos diga, ¿no crees? En el pasado ha hecho algunas cosas muy útiles por nosotros, ¿sabes?

—Sólo porque se le obligó a ello, Vanion. El Bhelliom se somete porque se le obliga a someterse. Confío en el Bhelliom aún menos que en los delfae. Es ajeno a nosotros, completamente ajeno, y no tenemos forma alguna de saber qué hará. Estamos a salvo mientras lo mantengamos encadenado y lo obliguemos a obedecernos. En el instante en que comenzamos a escucharlo, nos hallamos en grave peligro.

—¿Es así como piensas también respecto a nosotros, pequeña madre? —le preguntó él con tristeza—. Nosotros somos elenios, y como raza hemos demostrado una y otra vez que no somos de fiar. ¿Quieres encadenarnos también a nosotros? ¿Y obligamos a obedecerte?

—No seas absurdo. El Bhelliom no es una persona.

—Pero los delfae sí lo son, ¿verdad?

—¡No!

—Estás siendo ilógica, Sephrenia. Los delfae son humanos. Nosotros no sentimos ningún aprecio por los zemoch o los rendorianos, pero jamás hemos intentado convencernos de que no son seres humanos. Hay muchísimos elenios a los que no les caéis bien los estirios, pero nunca han llegado tan lejos como para intentar negar vuestra condición de humanos. —Hizo una pausa y respiró profundamente—. Creo que a eso se reduce todo, amor. Si vas a negar la condición de seres humanos de los delfae, ¿cómo puedo estar seguro de que secretamente no pienses lo mismo respecto a nosotros? Yo he vivido en Sarsos, y muchos de los estirios de la ciudad han querido tratarme como a una forma de vida inferior. ¿Estás de acuerdo con ellos? ¿He sido alguna clase de mascota, Sephrenia..., un perro, quizá? ¿O un mono domesticado que tú has mantenido junto a ti para tu diversión personal? ¡Por los dioses, Sephrenia, se trata de una cuestión moral! Si negamos la condición humana de alguien, estamos abriendo la puerta a horrores inimaginables. ¿Es que no te das cuenta de eso?

—Los delfae son diferentes.

—¡Nadie es diferente! Tenemos que creer en eso, porque si no lo hacemos,

negamos también nuestra propia condición humana. ¿Por qué no quieres entenderlo?

El rostro de la mujer estaba muy, muy pálido.

—Todo eso suena muy altruista y noble, Vanion, pero no tiene absolutamente nada que ver con los delfae. No sabes nada respecto a lo que son ni a quiénes son, así que realmente no sabes de qué estás hablando. En el pasado siempre has recurrido a mí cuando tu ignorancia te ponía en peligro. ¿Estoy en lo correcto al suponer que ya no vamos a hacer eso nunca más?

—No seas tonta.

—No lo soy. Hablo muy en serio. ¿Vas a hacer caso omiso de mí en este asunto? ¿Vas a aliarte con estos leprosos independientemente de lo que yo te diga?

—No tenemos elección alguna, ¿es que no puedes darte cuenta de eso? El Bhelliom nos dice que vamos a fracasar si no lo hacemos..., y no podemos fracasar: creo que el mundo entero dependerá de que no fracasemos.

—En ese caso, parece que has superado la necesidad que tenías de mí. Habría sido más cortés que me lo dijeras antes de traerme a este valle maldito, pero supongo que para empezar ha sido una estupidez esperar cortesía de un elenio. En cuando regresemos a Matherion, tomaré las medidas necesarias para volver a Sarsos, que es mi lugar.

—Sephrenia...

—No. Esto acaba con el problema. He servido bien y con fidelidad a la orden de los pandion durante trescientos años, y agradezco tu generoso pago por mis años de afán. Hemos terminado, Vanion. Esto lo concluye todo. Espero que el resto de tu vida sea feliz, pero feliz o triste, vas a vivirla sin mí.

Dicho esto, dio media vuelta y salió precipitadamente de la sala.

—Va a ser muy peligroso, anari —le advirtió Itagne—, y Xanetia es la persona más importante de vuestro pueblo. ¿Es prudente arriesgar su vida?

—Es cierto, Itagne de Matherion —replicó el anciano—, que Xanetia es preciosa para nosotros porque será la anarae. Sin embargo, ella es la que más talento tiene de todos nosotros, y muy bien podría suceder que fueran sus dones los que decantaran a nuestro favor la balanza en el enfrentamiento final con nuestro enemigo común.

Falquián, Vanion e Itagne habían sido citados a una reunión con Cedon antes

de la partida del valle de Delfaeus. Era una hermosa mañana otoñal. Una fina película de escarcha que se derretía aceleradamente al calor del sol recién salido, se elevaba de los prados en forma de vapor, y las sombras de las ramas de la vegetación perenne que había más allá de esas pasturas era de un color azul muy, muy oscuro.

—Simplemente quería señalarlo, anari —dijo Itagne—. A pesar de todo su esplendor, Matherion es una ciudad plagada de peligros ocultos..., con gentes rudas e ignorantes que reaccionarán vehementemente ante la aparición de un delfae en su seno. Vuestra dulce Xanetia es una persona etérea y nada mundana, apenas más que una niña. El hecho de que sea un ser fulgente la protegerá hasta un cierto punto de los ataques físicos abiertos, pero ¿estáis realmente dispuesto a exponerla a las maldiciones, los vituperios y todas las otras clases de abusos con los que sin duda se encontrará allí, en el centro del mundo?

El anari sonrió.

—Mal habéis percibido a Xanetia, Itagne de Matherion. ¿Tan verdaderamente os parece una niña? ¿Quedaría la vuesa mente más reposada si supierais que ha bastante que ha pasado el primer siglo de vida?

Itagne miró fijamente al anciano y luego a Xanetia, la cual estaba sentada en silencio cerca de la ventana.

—Sois un pueblo extraño, anari —le dijo—. Yo habría pensado que no tenía más de dieciséis años.

—Es descortés especular sobre la edad de una mujer, Itagne de Matherion —le advirtió la pálida muchacha con una sonrisa.

—Perdóname, anarae —se disculpó Itagne, mientras le hacía una galante reverencia.

—Su excelencia ha mencionado un punto bastante importante, anari —comentó Vanion. El rostro del preceptor aún ostentaba las señales de dolor causadas por la conversación mantenida con Sephrenia el día anterior—. El aspecto de la dama no pasará inadvertido..., no sólo en la propia Matherion, sino también en los caminos que tendremos que seguir al dirigirnos hacia el este. ¿Existe alguna forma de que podamos camuflarla lo suficiente como para que la totalidad de las aldeas no sean presas del pánico en cuanto entre en ellas? —Le dirigió una mirada de disculpa a la muchacha delfae—. No quería ofenderte por nada del mundo, anarae, pero eres realmente muy impresionante.

—Os doy las gracias por el cumplido, gentil señor.

—¿Quieres hacer el favor de continuar tú, Falquián? Me da la impresión de

que meto cada vez más la pata.

—Somos soldados, Xanetia —continuó Falquián con franqueza—, y nuestra respuesta a la hostilidad es bastante directa. Podemos abrirnos paso asesinando desde aquí hasta el palacio imperial de Matherion si es necesario, pero tengo la sensación de que eso podría resultarte angustioso. ¿Te ofendería si te pusiéramos algún tipo de disfraz? —Luego se le ocurrió una idea—. ¿Es posible disfrazarte? No sé si te has dado cuenta, pero relumbras. Algunos de los miembros de tu pueblo se acercaron bastante a nosotros antes de que la luz comenzara a brillar. ¿Puede ocultarse vuestro fuego interno?

—Podemos controlar la luz, Anakha —le aseguró Cedon—, y Xanetia, la más dotada de todos nosotros, puede controlarla aún mejor que la mayoría... aunque le causa dolor hacerlo así. Para nosotros es algo antinatural.

—En ese caso, tendremos que buscar alguna solución.

—El dolor no es importante, Anakha —le aseguró Xanetia.

—No para ti, quizá, pero lo es para mí. Sin embargo, comencemos por tu complexión. Tus rasgos son tamules, pero tienes la piel y los cabellos de un color inapropiado. ¿Qué te parece, Itagne? ¿Podría pasar por tamul si le teñimos el pelo y la piel?

—Eso no será necesario, Anakha —le contestó Xanetia. En su frente se formaron al instante surcos de concentración y, gradualmente, casi como un lento rubor, un delicado tinte dorado comenzó a aparecer en sus mejillas mientras que sus cabellos viraban del blanco incoloro a un pálido rubio—. El color es una cualidad de la luz —explicó ella con toda calma incluso mientras el bronceado de la piel y el oscurecimiento de los cabellos continuaba aumentando—, y puesto que puedo controlar la luz que proviene de mi interior, tengo también la capacidad de controlar mi color... en realidad, si altero la luz en lugar de suprimirla enteramente, puedo mitigar el dolor. Una solución muy afortunada para mí, y sé que también para vos, porque parecéis sensible al dolor de los demás. Esto es algo sencillo. —La piel de la muchacha era ya casi del mismo dorado pálido que la de Itagne, y sus cabellos de un profundo y vivo tono castaño rojizo—. El cambio de forma es más difícil —concedió—, y el cambio de género más difícil todavía.

—¿El qué? —preguntó Itagne con voz estrangulada.

—No suelo hacerlo con frecuencia, no voluntariamente... —replicó ella—. Edaemus no tenía intención de que yo fuese hombre, y me resulta profundamente incómodo. El cuerpo de un hombre es muy confuso y

desordenado. —Tendió un brazo y lo examinó atentamente—. El color me parece el correcto —observó. Luego cogió un mechón de sus cabellos, que a aquellas alturas eran negros, y lo miró—. Y el del pelo, también —añadió—. ¿Qué pensáis vos, Itagne? ¿Pasaré ahora inadvertida cuando lleguemos a Matherion?

—Difícilmente, divina Xanetia —replicó él, sonriendo—. El vueso paso por las calles de Matherion la de las cúpulas de fuego hará que se detengan los corazones de aquellos que os contemplen, porque sois bella, y la vuesa hermosura deslumbra mis ojos más allá de toda medida.

—Bien dicho —murmuró Falquián.

—Vuestas palabras de miel caen dulcemente en mis oídos, Itagne —declaró Xanetia, sonriendo a su vez—. Vos sois, según me lo parece, un maestro de la lisonja.

—Probablemente será mejor que sepáis que Itagne es un diplomático, anarae —le advirtió Vanion—, y no siempre puede confiarse en sus palabras. No obstante, esta vez está diciéndoos la verdad. Sois una mujer extraordinariamente hermosa.

Ella lo miró con expresión de gravedad.

—El vueso corazón sufre dolor en vueso pecho, ¿no es así, mi señor Vanion? —observó la muchacha.

Él suspiró.

—Es un problema personal, anarae —respondió.

—No es enteramente así, mi señor. Ahora pertenecemos todos a una misma hermandad, y los problemas de uno son los problemas de todos. Pero eso que os aflige es de una importancia mucho mayor y nos causa a todos una preocupación muchísimo más grande que la que podría nacer de la nuestra camaradería frente a vuestos sentimientos. Aquesta rotura entre el vueso amor y vos pone en peligro nuestra causa, y hasta que haya sanado, nuestro propósito común correrá riesgo.

Se pusieron en camino hacia el este, siguiendo una vereda apenas perceptible que más parecía un sendero de animales salvajes que una ruta normalmente frecuentada por seres humanos. Sephrenia, acompañada por Bevier y el joven Berit, cabalgaba a una cierta distancia, en retaguardia, con el rostro endurecido y los ojos tan duros como el pedernal.

Falquián y Vanion iban en la vanguardia y seguían las ocasionales

indicaciones de Xanetia que cabalgaba justo detrás de ellos bajo la vigilante mirada de Kalten.

—Lo único que tienes que hacer es darle un poco de tiempo, Vanion —estaba diciendo Falquián—. Las mujeres profieren con bastante frecuencia ultimátums y declaraciones de guerra. Ese tipo de cosas habitualmente están destinadas a llamar nuestra atención. Siempre que comienzo a descuidar a Ehlana, dice algo que no va en serio para ponerme en mi sitio.

—Me temo que esto va un poco más lejos que eso, Falquián —replicó Vanion—. Sephrenia es una estiria, pero nunca se había mostrado tan completamente irracional antes de ahora. Si pudiéramos descubrir qué hay detrás de ese insensato odio suyo, podríamos ser capaces de hacer algo al respecto; pero ya sabes que no hemos conseguido que nos diera ninguna razón coherente. Aparentemente, odia a los delfae sólo porque odia a los delfae.

—Aphrael arreglará este asunto —declaró Falquián, confiado—. En cuanto regresemos a Matherion mantendré una conversación con Danae y... —Falquián se interrumpió como si una idea repentina le hubiera helado la sangre—. Tengo que hablar con Xanetia —declaró, haciendo volver bruscamente a *Faran*.

—¿Problemas? —inquirió Kalten cuando Falquián se reunió con ellos.

—Nada inmediato —replicó el interpelado—. ¿Por qué no te vas ahí delante y cabalgas con Vanion durante un rato? Necesito hablar con Xanetia.

Kalten le echó una mirarla interrogativa, pero se adelantó sin formular pregunta alguna.

—Estáis trastornado, Anakha —observó Xanetia.

—Un poco, sí. Tú sabes qué estoy pensando, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Entonces sabes quién es mi hija?

—Sí.

—Es algo así como un secreto, anarae. Aphrael no consultó a mi esposa al escoger su presente encarnación. Es muy importante que Ehlana no lo descubra. Creo que su cordura depende de ello.

—El vuesto secreto está a salvo, Anakha, os prometo mi silencio en este asunto.

—¿Qué sucedió realmente, Xanetia? Entre los estirios y los delfae, quiero decir. No quiero tu versión ni la de Sephrenia. Quiero saber la verdad.

—Vos no estáis destinado a saber la verdad, Anakha. Una parte del vuesto destino es el resolver aqueste problema sin valeros de la verdad.

—Yo soy un elenio, Xanetia —le dijo él con voz dolorida—. Necesito disponer de hechos para tomar decisiones.

—¿Es la vuesa intención el juzgar, entonces? ¿El decidir si la culpa condena a los estirios o los delfae?

—No. Mi intención es la de llegar al fondo del comportamiento de Sephrenia para que podamos conseguir que cambie de opinión.

—¿Es ella tan importante para vos?

—¿Por qué haces preguntas de las que ya conoces la respuesta?

—Mis preguntas están destinadas a ayudaros a formular los vuestos pensamientos, Anakha.

—Soy un caballero pandion, Xanetia. Sephrenia ha sido la madre de la orden durante tres siglos. Cualquiera de nosotros daría su vida por ella sin vacilación alguna. La queremos, pero no compartimos todos sus prejuicios. —Se echó hacia atrás en la silla de montar—. Ya no esperaré más, Xanetia. Si no obtengo la auténtica verdad de ti... o de Sephrenia... simplemente le formularé la pregunta al Bhelliom.

—¡Vos no faréis eso! —Los entonces oscuros ojos de la muchacha fueron invadidos por una repentina desazón.

—Soy un soldado, Xanetia, por lo que no tengo paciencia para las sutilezas. ¿Me disculpas? Tengo que hablar con Sephrenia.

—Dirgis —les dijo Xanetia, cuando coronaron una colina y vieron una típica ciudad atana acurrucada en el valle tendido al pie de la misma.

—Bueno, por fin —comentó Vanion, mientras sacaba su mapa—. Ahora sabemos dónde estamos. —Estudió el mapa durante un momento y luego miró con los ojos entrecerrados el cielo del atardecer—. ¿Es demasiado tarde ya para que demos uno de esos pasos largos, Falquián?

—No, mi señor —replicó el caballero pandion—. Hay luz de sobras.

—¿Todavía tenemos esas preocupaciones? —inquirió Ulath—. ¿Todavía no habéis solucionado eso, el Bhelliom y tú?

—No hemos mantenido ninguna conversación privada —le respondió Falquián—. Todavía hay gente por ahí fuera que puede localizar al Bhelliom cuando está al descubierto, así que lo he mantenido dentro de la caja..., sólo para asegurarme.

—Hay bastante más de trescientas leguas, Falquián —señaló Vanion—. Allí

será una hora bastante avanzada.

—Nunca conseguiré acostumbrarme a eso —comentó Kalten con amargura.

—Realmente es muy sencillo, Kalten —le dijo Ulath—. Verás, cuando el sol se pone en Matherion, todavía está...

—Por favor, Ulath —lo interrumpió Kalten—, no intentes explicármelo. No harías más que empeorar las cosas. Cuando alguien se pone a explicármelo, a veces creo que casi puedo sentir cómo se mueve el mundo debajo de mis pies. Eso no me gusta demasiado. Simplemente dime que en Matherion es tarde, y dejémoslo así. Realmente no necesito saber el porqué de que sea tarde.

—Es un perfecto caballero —le comentó Khalad a su hermano—. Ni siquiera quiere que le den explicaciones.

—Míralo por el lado bueno, Khalad —le contestó Talen—. Después de que hayamos pasado por el maravilloso entrenamiento que tienen planificado para nosotros, seremos exactamente iguales que Kalten. Piensa en lo mucho más fácil que será la vida cuando no tengamos que entender nada de nada.

—Creo que en Matherion, en este momento, estarán muy cerca de la total oscuridad, Falquián —comentó Vanion—. Quizá sería mejor que aguardáramos hasta la mañana.

—No estoy muy seguro de eso —disintió Falquián—. Antes o después llegará el momento en el que tendremos que dar uno de esos saltos después de que se haya puesto el sol. En este momento no hay ninguna urgencia, así que es un buen momento para responder a esa duda de una vez y para siempre.

—Eh... ¿Falquián? —dijo Khalad.

—¿Sí?

—Si tienes una duda, ¿por qué no la consultas? Ahora que tú y el Bhelliom estáis en términos de diálogo, ¿no sería más simple... y más seguro... limitarse a preguntárselo antes a él? ¿Antes de comenzar a hacer experimentos? Matherion está en la costa, según recuerdo, y yo preferiría no aparecer a unas cien leguas sobre el mar.

Falquián se sintió un poco tonto. Sacó la pequeña caja de oro y abrió la tapa. Hizo una momentánea pausa para conformar la pregunta en elenio antiguo.

—Necesitaré el vuesto consejo sobre un determinado problema, Rosa Azul —le dijo.

—Faced la vuesa pregunta, Anakha. —Esta vez la voz salió de los labios de Khalad.

—Eso es un alivio —le comentó Kalten a Ulath—. Yo casi me mordí la

lengua la última vez con todos esos «vos» y «vuesos».

—¿Podemos ir con seguridad de un lugar a otro cuando el manto de las tinieblas haya cubierto la Tierra? —le preguntó Falquián.

—Para mí no existen las tinieblas, Anakha.

—Eso no lo sabía.

—No habíais menester más que preguntarlo.

—Sí. Ahora lo comprendo. Mi entendimiento se acrecienta con cada hora que pasa. En la costa este del extenso Tamuli yace un camino que se dirige al sur, hacia Matherion, la de las cúpulas de fuego.

—Sí.

—Cuando los compañeros míos y yo mismo contemplamos por vez primera Matherion, la ciudad apareció a nuestra vista tras coronar una larga cadena montañosa.

—Sí. Comparto la memoria que vos guardáis del lugar.

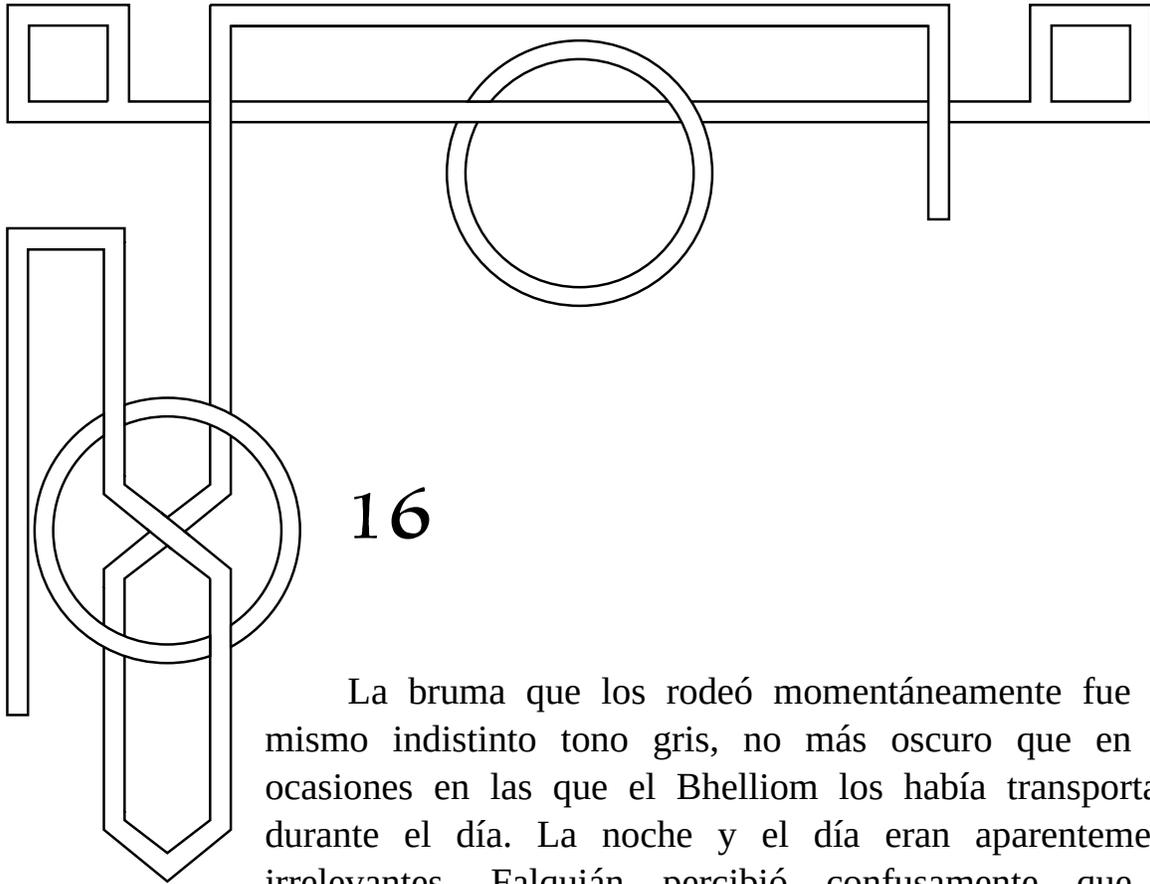
—¿Podrías vos llevarnos hasta allí aunque las tinieblas cubran la faz de la Tierra?

—Sí.

Falquián tendió la mano hacia el interior de la caja para coger el anillo de su esposa. Luego se detuvo.

—Ambos compartimos un propósito común y somos así camaradas. No es correcto que intente obligaros y castigaros para que hagáis mi voluntad con el poder de los anillos de Ghwerig. Así, no os ordeno, sino que os lo solicito en cambio. ¿Querréis llevarnos a aquel sitio que los dos conocemos, por compañerismo y por el designio que nos une?

—Así lo faré, Anakha.



## 16

La bruma que los rodeó momentáneamente fue del mismo indistinto tono gris, no más oscuro que en las ocasiones en las que el Bhelliom los había transportado durante el día. La noche y el día eran aparentemente irrelevantes. Falquián percibió confusamente que el Bhelliom los llevaba a través de algún lugar distinto, un vacío incoloro adjunto a todos los demás espacios..., una especie de puerta a todas partes.

—Estabas en lo cierto, mi señor —le dijo Kalten a Vanion, mientras miraba hacia el cielo tachonado de estrellas—. Es bastante tarde por aquí, ¿no? —Dirigió una mirada penetrante hacia Xanetia, que se balanceaba sobre la montura—. ¿No te sientes bien, mi señora? —le preguntó a la muchacha.

—No es nada de importancia, caballero Kalten. Un ligero mareo.

—Te acostumbrarás a esto. Las primeras veces resultan un poco vertiginosas, pero no tarda en pasar.

Khalad tendió la caja abierta, y Falquián devolvió al Bhelliom a su interior.

—No estoy haciendo aquesto para aprisionaros a vos —le explicó a la gema—. Nuestros enemigos pueden sentir la vuesa presencia cuando estáis expuesto al aire, y aqueste recipiente os oculta de la búsqueda de ellos.

El Bhelliom palpitó levemente como acuse de recibo.

Falquián bajó la tapa que cubría la piedra de su anillo, cogió la caja de manos del escudero y la cerró. Luego la devolvió a su lugar, debajo de la túnica.

Matherion, enrojecida por la luz de las antorchas, se hallaba tendida a los pies de los viajeros, y un pálido sendero de luz de la luna que acababa de salir se extendía desde el horizonte, a través de las aguas del mar de Tamul, hasta las puertas mismas de la metrópolis: otro de los innumerables caminos que conducía a la ciudad que los tamules denominaban el centro del mundo.

—¿Estás abierto a una sugerencia, Falquián? —inquirió Talen.

—Hablas exactamente igual que Tynian.

—Ya lo sé. Estoy ocupando más o menos su lugar mientras él está ausente. Hemos estado fuera de Matherion durante bastante tiempo, por lo que no sabemos qué ha estado sucediendo realmente por aquí. Supongamos que me escabullo hasta la ciudad y echo un vistazo..., hago algunas preguntas, averiguo con qué vamos a encontramos..., ya sabes, lo normal.

Falquián asintió con la cabeza.

—De acuerdo —respondió.

—¿Eso es todo? ¿Sólo «de acuerdo»? ¿Ninguna protesta? ¿Ninguna objeción? ¿Ninguna conferencia de una hora acerca de que tenga cuidado? Me decepcionas, Falquián.

—¿Me escucharías si objetara o te diera conferencias?

—No, realmente, no.

—Entonces, ¿para qué perder el tiempo? Tú sabes lo que estás haciendo y cómo hacerlo. Simplemente no tardes toda la noche.

Talen bajó de un salto de la montura y abrió una de las alforjas.

Sacó una blusa vieja y remendada y se la puso encima de la ropa que llevaba. Luego se inclinó, frotó las manos en la tierra del camino y se ensució artísticamente la cara. Se alborotó los cabellos y les echó encima un puñado de hojas secas que recogió de un lado del sendero.

—¿Qué te parece? —le preguntó a Falquián.

—Estás pasable —replicó el otro, con un encogimiento de hombros.

—Aguafiestas —refunfuñó Talen, y volvió a montar sobre el caballo—. Khalad, acompáñame. Podrás vigilar mi caballo mientras husmeo por ahí.

Khalad le respondió con un gruñido y ambos se alejaron colina abajo.

—¿Tiene en verdad tantos dones ese niño? —inquirió Xanetia.

—Él se ofendería si lo llamaras niño, mi señora —le respondió Kalten—, y te aseguro que puede aproximarse tanto a la invisibilidad como nadie que yo conozca.

Se alejaron un poco del camino y se dispusieron a esperar. Había pasado ya

una hora cuando Talen regresó con su hermano.

—Las cosas están todavía más o menos como cuando nos marcharnos —informó el muchacho.

—¿Quieres decir que no hay luchas abiertas en las calles? —inquirió Ulath entre carcajadas.

—Aún no. Sin embargo, las cosas están un poco revueltas en palacio. Tiene algo que ver con alguna clase de documentos. Todo el gobierno está alborotado. Ninguna de las personas con las que hablé sabía demasiado al respecto. De todas formas, los caballeros de la Iglesia y los atanes mantienen todavía el control, así que podemos saltar sin riesgos desde aquí hasta el patio del castillo de Ehlana, si queremos.

Falquián negó con la cabeza.

—Entremos a caballo. Estoy seguro de que aún hay tamules dentro de las murallas, y probablemente la mitad de ellos son espías. No les entreguemos ningún secreto si podemos evitarlo. ¿Sarabian se aloja aún en el castillo?

Talen asintió.

—Probablemente, tu esposa ha estado enseñándole unos cuantos trucos... «caer rodando», «hacerse el muerto», «vigilar y rezar»... ese tipo de cosas.

—¡Talen! —exclamó Itagne.

—Todavía no has conocido a nuestra reina, ¿verdad, excelencia? —le preguntó Talen al hermano de Oscagne, con una amplia sonrisa—. Yo diría que estáis listos para pasar por una experiencia completamente nueva.

—Tiene que ver con el establecimiento del nuevo sistema de archivos, mi señor —explicó el joven pandion que estaba de guardia en el puente levadizo, ante la pregunta de Vanion—. Necesitamos espacio para reordenarlo todo, así que hemos desparramado todos los archivos del gobierno por el césped.

—¿Y qué sucederá si llueve?

—Eso simplificaría enormemente la tarea, mi señor.

Desmontaron en el patio de armas y subieron por la ancha escalinata hacia la bellamente tallada puerta principal, se detuvieron un momento para ponerse los zapatos suaves que protegían el frágil enlosado de los pisos, y entraron.

La reina Ehlana había recibido aviso de la llegada del grupo, y los aguardaba en la puerta de la sala del trono. A Falquián se le subió el corazón a la garganta al mirar a su adorable y joven esposa.

—¡Qué amable por vuestra parte el venir a visitarme, sir Falquián! —le dijo ásperamente antes de arrojarle los brazos al cuello.

—Lamento que hayamos tardado tanto, querida —se disculpó él después de que intercambiaran un breve beso de tipo formal—. Nuestros planes de viaje se torcieron un poco. —Falquián era dolorosamente consciente de la media docena de tamules que se demoraban cerca de ellos e intentaban con gran ahínco aparentar que no estaban escuchándolos—. ¿Por qué no vamos arriba, mi reina? Tenemos bastantes cosas que contarte, y me gustaría quitarme esta cota de malla antes de que se me clave permanentemente en la piel.

—No vas a entrar con esa porquería apestosa en mi dormitorio, Falquián. Según recuerdo, los baños están más o menos en aquella dirección. ¿Por qué no te llevas a tus fragantes amigos y os vais a hacer uso de esas dependencias? Las damas pueden venir conmigo. Reuniré a los demás, y os veré en las dependencias reales dentro de aproximadamente una hora. Estoy segura de que la explicación de vuestro retraso será absolutamente fascinante.

Falquián se sintió mucho mejor después de haberse bañado y cambiado sus atuendos por el jubón y las calzas convencionales. Él y sus amigos subieron juntos las escaleras que ascendían por la torre central en la que estaban emplazadas las dependencias reales.

—Llegas tarde, Falquián —le dijo a bocajarro Mirtai cuando llegaron a lo alto de la escalera.

—Sí. Mi esposa ya me lo ha señalado. Entra con nosotros. También tú tendrás que oír esto.

Ehlana y los demás que se habían quedado en Matherion se hallaban reunidos en el amplio salón tapizado de azul, pero Sephrenia y Danae brillaban por su ausencia.

—¡Bueno, por fin! —exclamó Sarabian cuando los vio entrar.

Falquián se sorprendió al ver el cambio operado en el aspecto del emperador. Llevaba el cabello atado a la nuca para mantenerlo apartado del rostro, y vestía unas calzas ajustadas y una camisa de lino de mangas anchas. Por alguna razón, parecía más joven, y sujetaba el estoque con una especie de familiaridad que denotaba mucha práctica.

—Ahora podremos proceder de inmediato con el asunto de derrocar al gobierno.

—¿En qué habéis estado metidos, Ehlana? —inquirió Falquián.

—Sarabian y yo hemos estado ampliando nuestros horizontes —fue la

respuesta que le dio ella, mientras se encogía de hombros.

—Ya sabía que no tenía que permanecer ausente durante tanto tiempo.

—Me alegro de que hayas mencionado ese tema. Exactamente el mismo pensamiento me ha estado ocupando la mente desde hace mucho tiempo.

—¿Por qué no te ahorras tiempo y cosas desagradables, Falquián? —sugirió Kalten—. Simplemente muéstrale el porqué de que hayamos hecho este viajecillo.

—Buena idea. —Falquián se metió la mano dentro del jubón y sacó la caja de oro desprovista de adornos—. Las cosas comenzaban a escapársenos de las manos, Ehlana, así que decidimos ir en busca de refuerzos.

—Creía que eso lo estaba haciendo Tynian.

—La situación requería algo un poco más significativo que los caballeros de la Iglesia. —Falquián tocó la tapa de la caja con el cintillo de su sortija.

—Ábrete —dijo.

Mantuvo la tapa parcialmente cerrada para ocultar el hecho de que el anillo de su esposa también se hallaba en el interior.

—¿Qué has hecho con tu anillo, Falquián? —le preguntó ella con los ojos posados en la cubierta que ocultaba la piedra.

—Te lo explicare dentro de poco. —Metió la mano en la caja y sacó el Bhelliom—. He aquí el porqué de que nos hayamos marchado querida —declaró, levantando la gema.

Ella la miró fijamente y el color huyó de sus mejillas.

—¡Falquián! —gritó la reina con voz ahogada.

—¡Que piedra tan magnífica! —exclamó Sarabian, mientras tendía una mano hacia la rosa de zafiro.

—Puede que eso no sea prudente, majestad —le advirtió Itagne—. Ése es el Bhelliom. Tolera a Falquián, pero podría entrañar algún peligro para otra persona.

—El Bhelliom es un cuento de hadas, Itagne.

—Últimamente he estado reconsiderando mi opinión sobre varios cuentos de hadas, majestad. Falquián destruyó a Azash con el Bhelliom..., simplemente tocándolo con la gema. Yo no os aconsejaría ponerle la mano encima, mi emperador. Habéis dado ciertas muestras de ser una buena persona durante los últimos meses, y detestaríamos perderos a estas alturas.

—¡Itagne! —lo reprendió Oscagne con aspereza—. ¡Cuida tus modales!

—Estamos aquí para aconsejar al emperador, hermano mío, no para mimarlo. Ah, incidentalmente, Oscagne, cuando me enviaste a Cynestra, me investiste con poderes plenipotenciarios, ¿verdad? Puedes comprobar mi nombramiento, si quieres, pero estoy bastante seguro de que tenía ese tipo de autoridad..., habitualmente la tengo. Espero que no te importe, muchacho, pero he establecido un par de alianzas por el camino. —Hizo una pausa—. Bueno —se corrigió—, Falquián hizo todo el trabajo, pero mi nombramiento puso un cierto color de legalidad a esos tratos.

—¡No puedes hacer eso sin consultar antes con Matherion, Itagne! —El rostro de Oscagne estaba poniéndose lívido.

—Oh, seamos serios, Oscagne. Lo único que he hecho ha sido aprovechar algunas oportunidades que se me presentaron, y difícilmente me hallaba en posición de decirle a Falquián lo que podía hacer y lo que no, ¿no lo crees así? Tenía las cosas más o menos bajo control en Cynestra, cuando se presentaron Falquián y sus amigos. Nos marchamos de Cynestra, y...

—Detalles, Itagne. ¿Qué hiciste en Cynestra?

—¡A veces puedes resultar tan pesado, Oscagne! Descubrí que el embajador Taubel se metía en la cama con Kanzad, el jefe de la delegación del Ministerio del Interior. Tenían al rey Jaluah danzando al ritmo que ellos le marcaban prácticamente.

El rostro de Oscagne adoptó una expresión fría.

—¿Que Taubel había desertado y era secuaz de Interior?

—Creo que eso es lo que acabo de decir. Quizá te interese realizar una rápida evaluación también de tus otras embajadas. El ministro del Interior Kolata ha estado muy ocupado. En cualquier caso, arrojé a Taubel y Kanzad, junto con todas las fuerzas policiales y la mayor parte de los funcionarios de la embajada, a una mazmorra; luego declaré la ley marcial, y puse al mando a la guarnición atana.

—¿Que has hecho qué?

—Un día de estos te escribiré un informe de todo esto. Me conoces lo bastante bien como para saber que tenía una justificación para hacer lo que hice.

—Has excedido tu autoridad, Itagne.

—Tú no me impusiste ninguna clase de limitación, muchacho. Eso me daba carta blanca. Lo único que me pediste fue que echara un vistazo e hiciese lo que fuera necesario, y así he actuado.

—¿Cómo convenciste a los atanes de que se pusieran de tu lado si no disponías de una autorización escrita?

Itagne se encogió de hombros.

—La comandante de la guarnición atana de allí es una muchacha bastante joven... muy atractiva, de hecho, dentro de un estilo musculoso. La seduje. Fue una seducida entusiasta. Créeme, Oscagne, haría absolutamente cualquier cosa por mí. —Hizo una pausa—. Puede que resultase interesante que hiciera una observación a ese respecto en mi historia..., algo acerca de lo dispuesto que estoy a hacer sacrificios por el imperio, y esas cosas. Sin embargo, a ella no le di una total rienda suelta. La adorable niña quería regalarme las cabezas de Taubel y Kanzad como prenda de afecto, pero yo decliné la oferta. Mis dependencias de la universidad ya están lo bastante abarrotadas, así que realmente no tengo espacio para colgar trofeos en las paredes. En cambio, le dije que los encerrara y mantuviera un firme control sobre el rey Jaluah hasta que llegase el reemplazo de Taubel. No hace falta que te apresures a hacer ese nombramiento, hermano mío. Tengo depositada en esa muchacha toda la confianza.

—Has hecho retroceder veinte años las relaciones con Cynestra, Itagne.

—¿Qué relaciones? —exclamó Itagne con un bufido—. Los cynesganos reaccionan sólo ante la fuerza bruta, así que eso es precisamente lo que he empleado con ellos.

—Has hablado de alianzas, Itagne —intervino Sarabian, haciendo chasquear la punta de su estoque—. ¿Con quién exactamente has comprometido mis imperecederos afecto y confianza?

—Precisamente iba a eso, majestad. Después de salir de Cynestra, continuamos hacia Delfaeus. Hablamos con su jefe, el anari... un hombre muy anciano llamado Cedon... y nos ofreció su ayuda. Falquián va a encargarse de cumplir con nuestra parte del trato, así que no implica coste alguno para el imperio.

Oscagne sacudió la cabeza.

—Es algo que tiene que proceder de la familia de mi madre, majestad —se disculpó—. Hubo un tío de ella que siempre fue un poco raro.

—¿De qué estás hablando, Oscagne?

—De la obvia locura de mi hermano, majestad. Me han dicho que ese tipo de cosas son hereditarias. Afortunadamente, yo me parezco a la familia de mi padre. Dime, Itagne, ¿también comienzas a oír voces? ¿Tienes visiones de jirafas púrpura?

—¡A veces puedes ser tan fastidioso, Oscagne!

—¿Quieres decirnos tú qué ha sucedido, Falquián? —le pidió Sarabian al caballero pandion.

—Itagne ha expuesto los hechos perfectamente bien, majestad. Tengo entendido que los tamules tenéis algunas reservas respecto a los seres fulgentes.

—No —lo contradijo Oscagne—. Yo no lo llamaría reservas, alteza. ¿Cómo podríamos tener reservas respecto a una gente que no existe?

—Esta discusión podría durar toda la noche —observó Kalten—. ¿Te importaría, mi señora? —le preguntó a Xanetia, que permanecía sentada y en silencio junto a él, con la cabeza ligeramente inclinada—. Si no les demuestras quién eres, reñirán indecorosamente durante días.

—Si a vos os place, caballero... —replicó ella.

—¿Tan formal, querida mía? —inquirió Sarabian, sonriéndole a la muchacha—. En Matherion sólo empleamos esa fórmula de habla en las bodas, los funerales, las coronaciones y otros acontecimientos lúgubres.

—Ha mucho que estamos aislados, emperador Sarabian —replicó la joven—, y no nos han afectado ni los vientos de la moda ni las inconstantes mareas de los usos y costumbres. Os aseguro que no hallamos molestia alguna en lo que a vos debe de pareceros un forzado arcaísmo, pues aflora a los nuestros labios sin pensarlo y es la nuestra fabla natural..., en las raras ocasiones en las que es menester el lenguaje hablado entre nosotros.

La puerta del otro extremo del salón se abrió, y la princesa Danae entró silenciosamente, arrastrando a *Rollo* tras de sí, y con *Alean* siguiéndola a corta distancia.

Los ojos de Xanetia se hicieron más grandes y su expresión se transformó en reverente.

—Se ha quedado dormida —le informó la pequeña princesa a su madre.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Ehlana.

—Mi señora Sephrenia parecía estar muy cansada, majestad —le respondió *Alean*—. Se ha bañado y metido directamente en la cama. Ni siquiera he podido interesarla en que tomara algo para cenar.

—Probablemente sea mejor dejarla que duerma —comentó Ehlana—. Iré a verla más tarde.

El emperador Sarabian había aprovechado la breve interrupción para moldear sus pensamientos en un arcaísmo algo estudiado.

—Verdaderamente —le dijo a Xanetia—, vuesa forma de fabla endulza

bellamente los mis oídos, mi señora. En verdad os digo, sin embargo, que habéis sido cruel al manteneros apartada de nos, pues sois hermosa, y la vuesa elegante forma de expresaros habría añadido lustre a la nuestra corte. Más aún, los vuestos ojos y el gentil porte vuestro son lucidos, y habrían instruido con el ejemplo a aquellos que están en torno de nos.

—Las vuestas palabras han sido bellamente endulzadas, majestad —replicó Xanetia, inclinando cortésmente la cabeza—, y advierto que sois un artista consumado de la lisonja.

—No digáis eso —protestó él—. Os doy seguridad de que os fablo con verdad desde el corazón mío. —Resultaba evidente que el emperador estaba divirtiéndose.

Ella suspiró.

—La vuesa opinión temo que mudará cuando me contempléis en mi verdadero estado. He alterado mi apariencia para evitar que se asustaran los vuestos súbditos. Pues, y ciertamente me causa gran angustia el confesarlo, si la gente me viese como soy de costumbre, huiría profiriendo alaridos de terror.

—¿Podéis realmente inspirar semejante espanto, dulce doncella? —inquirió él, sonriéndole a Xanetia—. No puedo dar crédito a las vuestas palabras. En verdad os digo, que creo que si vos aparecierais en las calles de Matherion, la de las cúpulas de fuego, los súbditos míos correrían... mas no para alejarse de vos.

—Eso podréis juzgarlo por vos mismo, majestad.

—Eh... antes de que continuemos, ¿se me permite inquirir sobre el estado de salud de tu majestad? —preguntó prudentemente Itagne.

—Estoy bien, Itagne.

—¿No tienes dificultades para respirar? ¿No siente tu majestad pesadez ni punzadas en el pecho?

—Te he dicho que estoy sano, Itagne —le espetó Sarabian.

—Ciertamente, espero que así sea, majestad. ¿Se me permite la libertad de presentarle a tu majestad a mi señora Xanetia, la anarae de los delfae?

—Me parece que tu hermano tiene razón, Itagne. Creo que has perdido completamente la... ¡Buen Dios!

Sarabian estaba contemplando a Xanetia, con evidente horror. Como escapa el color de una pieza de tela barata, el color huía de la piel y los cabellos de la muchacha, y el incandescente fulgor que la había distinguido antes de que se transformara comenzó a brillar nuevamente. La joven se puso en pie y Kalten se levantó y permaneció junto a ella.

—Ahora soy el material de las vuestas pesadillas encarnado en la realidad, Sarabian de Matherion —declaró ella con pesadumbre—. Esto es quién soy y lo que soy. El vueso servidor Itagne os ha contado bien y con verdad lo que se le reveló en la legendaria Delfaeus. Os he saludado en la forma debida a la vuesa posición, pero como todos los delfae, soy una proscrita y no cuento entre los vuestos súbditos. He venido hasta aquí para realizar esos servicios que recaen sobre el pueblo mío en razón del nuestro pacto con Anakha, al que vos llamáis Falquián de Elenia. Temor no me tengáis, Sarabian, pues estoy aquí para servir, no para traer la destrucción.

Mirtai, con el rostro mortalmente pálido, se había puesto en pie. Resueltamente, se interpuso entre Xanetia y su señora y desenfundó la espada.

—Huye, Ehlana —dijo con ferocidad—. Yo le cerraré el paso.

—Eso no es necesario, Mirtai de Atan —le respondió Xanetia—. Como he declarado, no pretendo mal alguno para ninguno de los que aquí están. Enfundad la vuesa espada.

—¡Lo haré, condenada... en vuestro vil corazón! —Mirtai levantó el arma. Luego, como alcanzada por un poderoso golpe, retrocedió tambaleándose, cayó al suelo y rodó sobre sí misma una y otra vez.

Kring y Engessa reaccionaron inmediatamente, precipitándose hacia adelante y aferrando los puños de sus espadas.

—No les causaré daño, Anakha —le advirtió Xanetia a Falquián—, pero debo protegerme para poder cumplir con el pacto entre vos y el pueblo mío.

—¡Dejad las espadas! —les ladró Vanion—. ¡La dama es amiga nuestra!

—Pero... —protestó Kring.

—¡He dicho que dejéis esas espadas! —El rugido de Vanion fue atronador, y los dos hombres se detuvieron en seco.

Falquián, sin embargo, advirtió otro peligro. Danae, con los ojos hostiles y el rostro tenso, estaba avanzando amenazadoramente hacia la muchacha delfae.

—Ah, ahí estás, Danae —dijo, avanzando bastante más rápido de lo que su tono indiferente podría haber sugerido, e interceptó a la vengativa princesa—. ¿No vas a darle un beso a tu pobre y viejo padre? —La recogió con arrebató entre los brazos y calmó el indignado estallido de cólera plantándole un beso en los labios.

—¡Déjame en el suelo, Falquián! —le ordenó ella, con una voz que le nacía directamente de la garganta.

—No hasta que hayas dominado tu temperamento —murmuró él, con los

labios aún apretados contra los de la niña.

—¿Le ha hecho daño a Mirtai!

—No, no le ha hecho daño. Mirtai sabe cómo caer sin herirse. Haz el favor de no cometer ninguna tontería en este momento. Sabías perfectamente que esto iba a suceder. Todo está bajo control, así que no te pongas nerviosa... ¡y, por el amor de Dios, no permitas que tu madre descubra quién eres en realidad!

—¿No hablará de verdad! —interrumpió Ehlana a Falquián cuando estaba relatando lo sucedido en Delfaeus.

—No por sí mismo, no —replicó él—. Habló a través de Kalten... bueno, eso es lo que hizo la primera vez, en todo caso.

—¿A través de Kalten?

—No tengo ni idea del porqué. Tal vez echa mano del que tiene más cerca. El lenguaje que utiliza es arcaico y formal... usa el «vos» y el «vueso» y ese tipo de cosas. Su habla se parece mucho a la de Xanetia, y quiere que yo le responda de la misma forma. Evidentemente, la forma de hablar es importante. —Se pasó una mano por una de las recién afeitadas mejillas—. Es algo muy extraño, pero en cuanto comencé a hablar y a pensar en elenio del siglo doce, algo pareció abrirse en mi mente. Por primera vez supe que yo era Anakha, y supe que yo y el Bhelliom estamos unidos de una forma profundamente personal. —En su rostro apareció una sonrisa torcida—. Parece que estás casada con dos personas diferentes, amor mío. Espero que Anakha te guste. Parece ser un tipo bastante decente..., una vez que te acostumbras a su forma de hablar.

—Tal vez debería volverme loca, sencillamente —comentó la reina—. Eso podría ser más fácil que tratar de comprender lo que está sucediendo. ¿Cuántos desconocidos más tienes planeado traer a mi cama esta noche?

Falquián miró a Vanion.

—¿Debo hablarles de Sephrenia?

—Será mejor que lo hagas —replicó Vanion con un suspiro—. De todas formas van a descubrirlo dentro de muy poco.

Falquián tomó una mano de su esposa entre las suyas y miró directamente sus ojos grises.

—Vas a tener que ser un poco cautelosa cuando hables con Sephrenia, querida —le dijo—. Existe una enemistad ancestral entre los delfae y los estirios, y Sephrenia se pone irracional siempre que los tiene cerca. Xanetia también tiene

problemas con los estirios, pero consigue mantenerlos bajo control con más éxito que Sephrenia.

—¿En verdad os lo parece a vos, Anakha? —inquirió Xanetia.

La muchacha había recobrado su aspecto de camuflaje, más por consideración hacia la comodidad de los demás que por una necesidad real, según pensaba Falquián. Mirtai se hallaba sentada no lejos de ella, con los ojos vigilantes y una mano apoyada en el puño de la espada.

—No estoy intentando ofenderte a nivel personal, anarae —se disculpó el príncipe consorte—. Simplemente intento explicar la situación de forma que todos comprendan cuando tú y Sephrenia intentéis arrancaros mutuamente los ojos.

—Estoy segura de que has advertido el cegador encanto de mi esposo, anarae —le comentó Ehlana, sonriendo—. A veces nos abruma completamente con él.

Xanetia rió de buena gana y luego miró a Itagne.

—Estos elenios son una gente compleja, ¿no os parece? Percibo una gran agilidad de pensamiento detrás de esos toscos modales que tienen, y unas sutilezas que no habría esperado de un pueblo que convierte el acero en atuendos.

Falquián se retrepó en el asiento.

—No he narrado realmente todo lo sucedido, pero es suficiente como para ponerlos al corriente de las cosas con que nos hemos encontrado. Mañana podremos daros más detalles. ¿Qué ha estado sucediendo por aquí?

—Política, por supuesto —replicó Ehlana, encogiéndose de hombros.

—¿No llegas a cansarte nunca de la política?

—No seas tonto, Falquián. Mi señor Stragen, ¿por qué no se lo contáis? Él se escandaliza cuando comienzo a entrar en todos los detalles sórdidos.

Stragen estaba, una vez más, vestido con su jubón favorito, de satén blanco. El ladrón rubio estaba hundido profundamente en su asiento y tenía los pies sobre la mesa.

—El intento de golpe de estado nos alertó de que había más elementos mundanos involucrados en este asunto que meros trasgos y antiguallas resucitadas —comenzó—. Sabíamos que Krager estaba implicado, así como el ministro del Interior Kolata, y eso lo convertía todo en política corriente de la variedad de jardín. No sabíamos dónde estaba Krager, así que decidimos averiguar hasta dónde estaba contaminado Interior. Dado que los policías de todo el mundo sienten un gusto compulsivo por el papeleo, estábamos bastante

seguros de que en alguna parte de esa conejera que tienen por edificio tenía que haber unos archivos que identificaran a las personas con las que queríamos hablar. El problema residía en que no podíamos simplemente entrar en el edificio y exigir ver los archivos sin denunciar el hecho de que sabíamos qué se traían entre manos, lo que a su vez pondría en conocimiento de esa gente que Kolata era nuestro prisionero en lugar de nuestro huésped voluntario. A la baronesa Melidere se le ocurrió la idea de un nuevo sistema de archivos, y eso nos proporcionó acceso a todos los archivos de la totalidad de los ministerios.

—Fue algo espantoso —comentó Oscagne, con un estremecimiento—. Tuvimos que desbaratar a todo el Gobierno con el fin de ocultar el hecho de que sólo estábamos interesados en los archivos de Interior. Mi señor Stragen y la baronesa Melidere unieron sus mentes e inventaron un nuevo sistema. Es completamente irracional y espantosamente inconsistente, pero por alguna razón funciona asombrosamente bien. Puedo ponerle las manos encima a cualquier papel en menos de una hora.

—En cualquier caso —continuó Stragen—, revolvimos entre los archivos de Interior durante una semana, más o menos, pero los funcionarios continuaban escabulléndose por las noches para cambiar las cosas de sitio, así que cada mañana teníamos que comenzar desde el principio. Fue entonces cuando decidimos trasladar simplemente nuestro campo de operaciones a los céspedes. Sacamos todo el papel de todos los edificios y lo desparramamos por la hierba. Eso representó un enorme inconveniente para el resto del Gobierno, pero Interior continuaba resistiéndose. Todavía retenían los archivos críticos. Caalador y yo recurrimos a nuestro carácter profesional e intentamos el allanamiento del edificio..., junto con Mirtai. La reina la envió con nosotros para recordarnos que estábamos buscando papeles en lugar de valores diversos, supongo. Nos hicieron falta unas cuantas noches, pero finalmente encontramos la habitación oculta donde escondían los archivos que nos interesaban.

—¿No los echaron de menos a la mañana siguiente? —le preguntó Bevier.

—No nos los llevamos, caballero —le respondió Caalador—. La reina llamó a un joven pandion que empleó un hechizo estirio para traer la información que había en ellos hasta el castillo sin quitar físicamente los documentos de allí. —El ladrón sonrió—. No'conseguimo'to'o lo que'ra realmente incrimina'ó, y eyo' no saben que lo tenemo'. Se lo hemo'roba'o y eyo' ni siquiera lo han echa'o de meno'.

—Tenemos los nombres de cada espía, de cada informador, de cada agente

secreto y de cada conspirador de absolutamente cualquier rango que Interior tiene en todo el territorio de Tamuli —declaró Sarabian con una sonrisa satisfecha—. Hemos estado esperando a que todos vosotros volvierais para comenzar a tomar medidas. Voy a disolver el Ministerio del Interior, encerrar a toda esa gente, y declarar la ley marcial. Betuana y yo hemos estado en contacto permanente, y hemos trazado los planes con mucho cuidado. En cuanto les envíe el mensaje, los atanes van a apoderarse de la totalidad del imperio. Entonces será realmente el emperador, en lugar de un juguete de trapo.

—Veo que habéis estado todos muy ocupados —observó Vanion.

—Hace que el tiempo pase más deprisa, mi señor —comentó Caalador, encogiéndose de hombros—. Pero hemos ido un poco más allá. Obviamente, Krager sabía que estábamos empleando a los delincuentes de Matherion como espías, pero no estábamos seguros de que estuviese al corriente del gobierno oculto. Si él piensa que nuestra organización está localizada, no representa un gran problema; pero si sabe que yo puedo dar una orden aquí, en Matherion, y alguien acaba muriendo en Chyrellos, eso cambia mu' mucho la' cosa'.

—He echado de menos ese dialecto —declaró Talen. Luego lo pensó mejor—. Aunque no demasiado, en realidad —agregó.

—Críticón —lo acusó Caalador.

—¿Cuánto pudisteis descubrir? —le preguntó Ulath.

Caalador abrió una mano y la balanceó de un lado a otro, dubitativamente.

—E' un pelo 'ifícil desirlo —admitió—. Hay alguno'sitio' en lo' que eso' tipo'nuestro'pue'en moverse tan fásil como la niebla en un charco'e barro. En otra', no pue'en. —Hizo una mueca amarga—. Probablemente todo se reduce al talento. Algunos lo tienen y otros no. Hemos hecho algunos progresos al averiguar los nombres de algunos de los nacionalistas fanáticos de varios lugares de Tamuli..., al menos pensamos que hemos hecho progresos. Si Krager tiene de verdad noticia de lo que hacemos, podría estar proporcionándonos información falsa. Queríamos esperar a que regresarais antes de poner a prueba la información que tenemos.

—¿Cómo se pone a prueba algo así? —inquirió Bevier.

—Enviaremos la orden de que le corten el cuello a alguien, y veremos si intentan protegerlo —replicó Stragen—. Al jefe de policía de alguna parte, o quizás a uno de esos líderes nacionalistas... Elron, quizá. ¿No te resulta asombroso, Falquián? Ésa es una de las cosas que hemos descubierto. Resulta que Elron es el misterioso Sable.

—¡Qué cosa tan sorprendente! —respondió Falquián, con fingida sorpresa.

—Caalador quiere matar a un hombre llamarlo Scarpa —continuó diciendo Stragen—, pero yo me inclino en favor de Elron, aunque mi preferencia en este asunto podría ser considerada como una forma de crítica literaria. Elron merece que lo maten más por sus abominables versos que por sus opiniones políticas.

—El mundo puede soportar un poco más de mala poesía, Stragen —lo contradijo Caalador—. Scarpa es un tipo realmente peligroso. Sólo desearía que pudiéramos averiguar quién es Rebal, pero hasta ahora ha conseguido eludirnos.

—Su verdadero nombre es Amador —le informó Talen—. Es un vendedor de cintas de Jorsan, una ciudad que está en la costa oeste de Edom.

—¿Cómo has conseguido averiguar eso? —Caalador parecía estar atónito.

—Pura suerte, si quieres que te diga la verdad. Tuvimos el honor de ver a Rebal cuando daba un discurso a unos campesinos en el bosque. Después de eso, cuando estábamos en Jorsan, una ráfaga de viento me empujó hasta el interior de una tienda. No es realmente alguien que deba preocuparnos mucho. Se trata de un charlatán. Utiliza trucos de carnaval para hacer creer a los campesinos que invoca al fantasma de Incetes. Sephrenia parece pensar que eso significa que nuestros enemigos están muy repartidos por el territorio. No disponen de la suficiente magia real para poner en escena sus visiones, así que tienen que recurrir al fraude.

—¿Qué estabais haciendo en Edom, Falquián? —le preguntó Ehlana a su esposo.

—Pasamos por allí cuando veníamos de recuperar el Bhelliom.

—¿Cómo llegasteis hasta allí y regresasteis tan rápido?

—Aphrael nos ayudó. Es muy servicial... en la mayoría de las ocasiones. —Falquián evitó mirar a su hija, y se puso de pie—. Esta noche estamos todos un poco cansados —comentó—, y creo que contaros todos los detalles va a llevarnos bastante tiempo. ¿Por qué no hacemos un alto en este punto y dormimos un poco? Luego podremos atacar nuevamente el tema por la mañana, cuando estemos todos descansados.

—Buena idea —asintió Ehlana, que también se levantó del asiento que ocupaba—. Además, siento una ardiente curiosidad.

—¿Ah, sí?

—Puesto que voy a tener que dormir con él, probablemente deba comenzar a conocer a ese tal Anakha, ¿no te parece? El dormir con totales desconocidos mancilla la reputación de una muchacha, ya sabes.

—Todavía está durmiendo —dijo Danae, cerrando silenciosamente la puerta del dormitorio de Sephrenia.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Falquián.

—Por supuesto que no. ¿Qué esperabas, Falquián? Tiene el corazón roto.

—Ven conmigo. Necesitamos hablar.

—No creo que tenga ganas de hablar en este preciso momento, padre. Estoy un poco descontenta contigo.

—Puedo vivir con eso.

—No estés tan seguro.

—Acompáñame. —La tomó de la mano y la condujo por un largo tramo de escaleras hasta lo alto de la torre, para salir luego al parapeto. Cerró prudentemente la puerta tras de sí, y le echó cerrojo—. Has cometido un desatino, Aphrael —le dijo a la diosa niña.

Ella alzó la barbilla y le echó una mirada directa y gélida.

—No adoptes aires imperiales conmigo, joven dama. Cometiste un error. Nunca debiste permitir que Sephrenia fuera a Delfaeus.

—Pero es que tenía que ir. Tenía que pasar por esto.

—No puede. Es más de lo que le resulta soportable.

—Es más fuerte de lo que parece.

—¿Es que no tienes ni un poco de corazón? ¿No puedes darte cuenta de lo mucho que está sufriendo?

—Claro que puedo, y eso está haciéndome a mí muchísimo más daño que a ti, padre.

—También estás matando a Vanion, ¿sabes?

—Él también es más fuerte de lo que parece. ¿Por qué os volvisteis todos en contra de Sephrenia cuando estabais en Delfaeus? Dos o tres palabras suaves de Xanetia fue lo único que necesitasteis para arrojar por la ventana trescientos años de cariño y devoción. ¿Es ésa la forma en que los elenios acostumbráis a tratar a vuestros amigos?

—Fue ella la que forzó las cosas para que sucediera eso, Aphrael. Comenzó a darnos ultimátums. Creo que no te das cuenta de lo fuertes que son sus sentimientos en contra de los delfae. Se comportó de manera totalmente irracional. ¿Qué hay detrás de todo esto?

—Eso no es asunto tuyo.

—Creo que sí lo es. ¿Qué sucedió realmente durante la guerra contra los cyrgais?

—No te lo diré.

—¿Teméis hablar de ello, diosa?

Falquián se volvió repentinamente, mientras un juramento de sobresalto afloraba a sus labios. Era Xanetia. Estaba de pie, completamente fulgurante, no lejos del lugar en que ellos estaban hablando.

—Eso no te incumbe a ti, Xanetia —le respondió Aphrael con evidente frialdad.

—Es menester que conozca el vueso corazón, diosa. La enemistad de la vuesa hermana no es de verdadera importancia. La vuesa, en cambio, sería un más grande problema. ¿Es también la disposición de vos hostil hacia mí?

—¿Por qué no te entrometes en mis pensamientos y lo descubres por ti misma?

—Vos sabéis que no puedo hacerlo, Aphrael. La vuesa mente está cerrada ante la mía.

—Me alegro mucho de que lo hayas advertido.

—Compórtate correctamente —le dijo Falquián a su hija con mucha firmeza.

—Mantente fuera de esto, Falquián.

—No, Danae, no pienso hacerlo. ¿Estás tú detrás del modo en que Sephrenia se ha comportado en Delfaeus?

—No seas absurdo. Yo misma la envié a Delfaeus para curarla de esa estupidez.

—¿Estás segura, Aphrael? De momento, tú misma no estás comportándote demasiado bien, ¿sabes?

—No me cae bien Edaemus, y no me gusta su pueblo. Estoy intentando curar a Sephrenia por cariño hacia ella, no porque les tenga afecto a los delfae.

—Pero vos defendisteis la causa nuestra contra los vuestos parientes cuando todo esto dio comienzo, diosa —le recordó Xanetia.

—Eso tampoco lo hice porque le tuviera ningún gran afecto a tu pueblo, Xanetia. Mi familia estaba equivocada, y me opuse a ella por una cuestión de principios. Pero tú no entenderías eso, ¿verdad? Tenía que ver con el cariño, y los delfae habéis superado ese sentimiento, ¿no es cierto?

—¿Cuán poco nos conocéis, diosa! —dijo Xanetia con tristeza.

—Ya que estamos todos hablando con tanta franqueza, debo decir que he advertido un cierto desvío contra los estirios en tus propias observaciones,

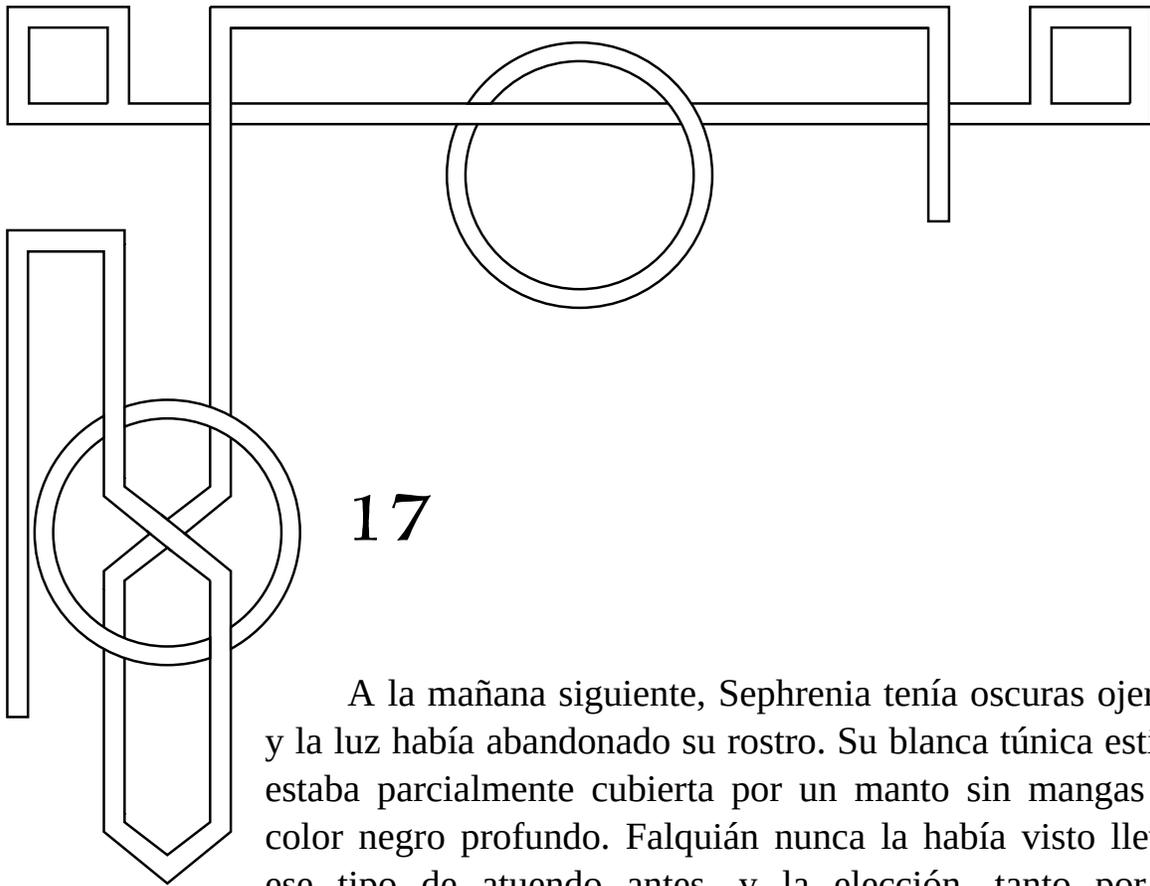
anarae —comentó Falquián con voz tensa.

—Tengo razones para ello, Anakha... muchas razones.

—No me cabe ninguna duda de que las tienes, y estoy seguro de que Sephrenia también las tiene. Pero el que realmente nos gustemos los unos a los otros, queda fuera de la cuestión. Tengo trabajo que hacer, y no puedo hacerlo en medio de una pelea de gatos. Os aseguro que estableceré la paz entre vosotras..., aunque tenga que utilizar el Bhelliom para conseguirlo.

—¡Falquián! —Una expresión escandalizada invadió el rostro de Danae.

—Nadie quiere contarme lo que realmente ocurrió durante la guerra contra los cyrgais, así que quizá no tenga importancia. Al principio sentía curiosidad, pero ya no la tengo. A lo que se reduce esto, damas, es a que no me importa en lo más mínimo lo que sucedió. La forma en que todas os estáis comportando dice, de alguna forma, que nadie quedó con las manos realmente limpias. Quiero que esta rencorosa riña sin decoro acabe de una vez. Os estáis comportando todas como niñas, y eso está empezando a hartarme.



## 17

A la mañana siguiente, Sephrenia tenía oscuras ojeras, y la luz había abandonado su rostro. Su blanca túnica estirada estaba parcialmente cubierta por un manto sin mangas de color negro profundo. Falquián nunca la había visto llevar ese tipo de atuendo antes, y la elección, tanto por la vestimenta como por el color, parecía ominosa. Se reunió con ellos en la mesa del desayuno de mala gana, y sólo por expresa orden de Ehlana. Se sentó ligeramente aparte de todos los demás, arrojándose en su dolor como si se tratara de un muro defensivo. No miró a Vanion y rechazó el desayuno a pesar de las instancias de Alean.

Vanion no parecía menos herido que ella. Estaba ojeroso y pálido, casi tan pálido como cuando había llevado la carga de las espadas sobre sí, y sus ojos estaban colmados de dolor.

El desayuno, dadas las circunstancias, transcurrió en una atmósfera tensa, y todos abandonaron la mesa con un cierto alivio. Se encaminaron al salón tapizado de azul y se pusieron a trabajar.

—Los demás no son tan significativos—les dijo Caalador—. Rebal, Sable y el barón Parok son decididamente de segunda fila. Lo único que están haciendo en verdad es explotar hostilidades ya existentes. Sin embargo, Scarpa, es algo bastante diferente. Para empezar, Arjuna es un lugar bastante problemático, y Scarpa está utilizando eso en toda su extensión. Los demás tienen que mostrarse

bastante circunspectos porque los reinos elenios de Tamuli occidental están muy poblados. Hay gente por todas partes, así que los conspiradores tienen que actuar a hurtadillas. Pero Arjuna suroriental es una sola selva gigantesca, así que Scarpa tiene lugares en los que ocultarse y lugares que puede defender. Hace algunas pequeñas ostentaciones de nacionalismo a la manera de los otros, pero ésa no parece ser su meta principal. Los arjunis son mucho más astutos que los campesinos y siervos elenios del oeste.

—¿Tenéis alguna información respecto a sus antecedentes? —le preguntó Ulath—. De dónde es, qué hacía antes de su actual oficio, ese tipo de cosas.

Caalador asintió con la cabeza.

—Esa parte no resultó demasiado difícil. Scarpa era bastante conocido en ciertos círculos antes de unirse a la conspiración. —Caalador hizo una mueca—. Ojalá hubiera alguna otra palabra. «Conspiración» suena demasiado melodramático. —Se encogió de hombros—. En fin, el caso es que Scarpa es un bastardo.

—¡Caalador! —dijo secamente Bevier—. ¡Hay damas presentes!

—No lo decía como insulto, caballero Bevier, sino como mera definición legal. Scarpa es el resultado de los coqueteos entre una moza arjuni de taberna, activamente promiscua, y un estirio renegado. Fue una relación bastante rara, y produjo un tipo muy extraño.

—No sigas avanzando mucho por ese camino, Caalador —le advirtió Stragen con tono ominoso.

—Haz el favor de crecer, Stragen. Tú no eres el único nacido de una relación ilegal. Si quieres que te diga la verdad, tampoco yo estoy completamente seguro de quién era mi padre. La bastardía no es un gran inconveniente para un hombre con cerebro y talento.

—Mi señor Stragen es excesivamente sensible por lo que respecta a sus orígenes —explicó alegremente la baronesa Melidere—. He hablado con él una y otra vez de ese tema, pero continúa teniendo la sensación de carecer de algo. Sin embargo, podría no ser una mala cosa. Es tan generalmente estupendo en todo lo demás, que un poco de inseguridad evita que resulte insoportable.

Stragen se puso de pie y le hizo una extravagante reverencia.

—Oh, haz el favor de sentarte, Stragen —le pidió ella.

—¿Dónde estaba? —preguntó Caalador—. Ah, sí, ahora m'arrecuerdo. Ese tipo, el Scarpa ese, creció en una especie'e taberna 'e carretera d'Arjuna ajquerosa com'una chabola; hiso to'o tipo 'e cosa'd'esa' que hasen lo'bastardo'

en lo' año' de escuela en lo' lugare' en lo' que no lo' mete'nvere'a ninguna morá'.

—Por favor, Caalador —suspiró Stragen.

—¿Qué quiere decir «ajquerosa com'una chabola», Caalador? —lo interrumpió Ehlana.

—Pue', justo lo que 'ice, tu realesa. Una «chabola» e' una especie casucha monta'a 'e cualquié' manera, con tabla'vieja' y porquería', y «ajquerosa» e'má' o meno' eso. Cuando era un crío, conosí a un tipo que lo yamaban así. Vivía en ellugá'má'cochino' el mundo que yo haya visto, y tampoco ni se limpiaba él.

—Creo que podré sobrevivir durante varias horas sin más lenguaje masticado, maese Caalador —le aseguró Ehlana con una sonrisa—. Pero quiero agradecerte las molestias que te tomas.

—Siempre me alegra serte útil, majestad —replicó él, con otra amplia sonrisa—. Scarpa creció en un ambiente que bordeaba más o menos los límites de la delincuencia: Era lo que podría llamarse un aficionado con talento. Nunca se dedicó realmente a ningún oficio en particular. —Caalador hizo una mueca—. Aficionados. Detesto con toda mi alma a los aficionados. En fin, hacía de alcahuete de su madre, como debe hacer cualquier buen muchacho, así como de sus numerosas medio hermanas las cuales, si debemos creer en los rumores, eran todas prostitutas desde la mismísima cuna. Era un chulo y ratero moderadamente competente, así como un timador bastante diestro. A diferencia de los muchos amantes de una noche que había tenido su madre, el padre estirio de Scarpa se quedó por los alrededores durante algún tiempo, y solía regresar para visitar a su hijo de vez en cuando, por lo que Scarpa recibió nociones de educación estiria. Finalmente, sin embargo, cometió el tipo de error que siempre es de esperar que cometan los aficionados. Intentó hacerle un tajo en la bolsa a un parroquiano de una taberna que no estaba tan borracho como parecía. La supuesta víctima lo prendió, y Scarpa demostró el lado arjuni de su naturaleza. Sacó un cuchillo pequeño y muy afilado y desparramó las tripas de aquel hombre por el piso de la taberna. Algún entrometido le fue con el cuento a la policía, y Scarpa se marchó de casa bastante abruptamente.

—Prudente decisión —murmuró Talen—. ¿No recibió ningún entrenamiento profesional cuando estaba creciendo?

—No. Aparentemente, lo aprendió todo por su cuenta.

—Chico precoz.

Caalador asintió con la cabeza.

—Si hubiera tenido los maestros adecuados, probablemente se habría

convertido en el jefe de los ladrones. Después de huir, parece que se mantuvo en movimiento durante un par de años. Sólo tenía unos doce cuando mató a aquel primer hombre, y cuando llegó a eso de los catorce apareció trabajando en una feria ambulante. Se anunciaba como mago, el tipo habitual de trucos de feria, aunque ocasionalmente empleaba algunos hechizos estirios para realizar magia verdadera. Se dejó barba, cosa que es muy insólita entre las razas tamules porque los hombres de Tamul no tienen mucho bello facial. Tampoco lo tienen los estirios, ahora que pienso en ello. Scarpa es un mestizo, y la mezcla de tamul meridional y estirio dio un resultado bastante peculiar. Tampoco son característicos de ninguna de las dos razas sus rasgos y algunas de sus facciones. —Caalador se metió la mano dentro del jubón y sacó una hoja de papel doblada—. Aquí lo tenéis —dijo, desplegando el papel—. Juzgad por vosotros mismos.

El dibujo era un poco tosco, más parecido a una caricatura que a un retrato. Era la imagen de un hombre con un rostro extrañamente imponente. Tenía los ojos profundamente hundidos bajo unas cejas espesas. Los pómulos estaban emplazados muy altos en el rostro y eran prominentes, la nariz era aguileña y la boca sensual. La barba parecía densa y negra, y estaba meticulosamente recortada y moldeada.

—Invierte una gran cantidad de tiempo en esa barba —observó Kalten—. Parece que se recorta por separado cada uno de los pelos que se salen de su sitio. —Frunció ligeramente el ceño—. Por alguna razón, me resulta familiar..., algo que tiene en los ojos, me parece.

—Me sorprende que puedas siquiera reconocer el hecho de que se trata del dibujo de un ser humano —declaró Talen; sorbiendo por la nariz—. La técnica es absolutamente espantosa.

—La muchacha no ha recibido entrenamiento alguno, Talen —defendió Caalador a la artista—. Pero tiene talento en su profesión.

—¿Qué profesión tiene la joven, maese Caalador? —inquirió Ehlana.

—Es una prostituta, majestad —replicó el otro, encogiéndose de hombros—. El dibujo no es más que un trabajo suplementario. Le gusta guardar retratos de sus clientes. Estudia los rostros de éstos en el curso de sus tratos profesionales, y algunos de los retratos tienen expresiones extrañas.

—¿Puedo ver eso? —preguntó de pronto Sephrenia.

—Por supuesto, mi señora Sephrenia.

Caalador pareció un poco sorprendido cuando le llevó el dibujo a la mujer. Luego regresó a su asiento.

—¿Conociste alguna vez a Djukta, Falquián? —le preguntó Caalador al caballero pandion.

—Una vez.

—Bueno, pues ésa sí que era una barba. Djukta parecía un arbusto ambulante. Tenía pelos hasta en los párpados. En cualquier caso, Scarpa viajó con la feria durante varias temporadas y luego, hace unos cinco años, desapareció de la vista durante aproximadamente un año. Cuando regresó, se metió en política... si así es como quieres llamarlo. Hace algunos alardes de nacionalismo al modo de Rebal, Parok y Sable, pero destinado sólo a los verdaderamente ignorantes de Arjuna. El héroe nacional de allí es un hombre que estableció el comercio de esclavos, un tipo llamarlo Sheguan. Eso es algo bastante despreciable, así que no muchos arjunis se enorgullecen de ello.

—Pero continúan practicándolo —dijo Mirtai con ferocidad.

—Siertamente que sí, tesoriyo —asintió Caalador.

—Amigo Caalador —intervino Kring—, creía que habíamos acordado que no ibas a volver a llamar así a Mirtai.

—Ah, eso no quiere'sirna', Kring. No e'má' que mi manera forclórica d'hacé' que la gente se sienta cómoda. —Hizo una pausa—. ¿Dónde estaba? —preguntó.

—Estabas comenzando a entrar en tema —le contestó Stragen.

—Estás suspicaz esta mañana, ¿no, muchacho? —comentó Caalador con suavidad—. Por lo que nuestra gente ha podido descubrir, Scarpa es muchísimo más peligroso que esos tres entusiastas de Tamuli occidental. Los ladrones arjuni son más tortuosos que la media de los delincuentes, y unos cuantos de ellos se han infiltrado en el aparato montado por Scarpa para divertirse y sacar provecho. Los arjuni son una gente muy poco digna de confianza, así que el imperio se ha visto obligado a tratarlos con bastante firmeza. El odio que los arjuni sienten por los tamules es muy real, así que Scarpa no ha tenido que despertarlo artificialmente. —Caalador se tironeó de la nariz con aire dubitativo—. No estoy muy seguro de cuánto de todo esto podemos creer... siendo los arjunis como son y todo eso... pero un asaltante de caminos de por ahí asegura haber pertenecido al círculo más íntimo de Scarpa durante algún tiempo. Nos ha dicho que nuestro hombre está un poco mal de la cabeza. Opera desde las ruinas de Natayos, que se encuentra en las selvas meridionales. La ciudad fue destruida por la invasión atana del siglo diecisiete, y Scarpa la utiliza tanto como escondite como para ocupar la plaza..., en el sentido militar de la palabra. Está reforzando los muros

derruidos con el fin de que la ciudad sea defendible. Nuestro asaltante de caminos nos ha informado de que Scarpa a veces se pone a delirar. Si podemos dar crédito a nuestro informador, en una ocasión comenzó a hablar de los cyrgais y de Cyrgon. Les cuenta a sus compinches que Cyrgon quiere convertir a su pueblo en los amos del mundo, pero que los cyrgais, con esa institucionalizada estupidez suya, no son realmente lo bastante inteligentes como para gobernar un imperio mundial. A él simplemente no le gusta la forma en que está organizado el actual imperio. Estaría más que contento con él si se produjeran apenas unos pocos cambios..., en las altas esferas. Cree que los cyrgais conquistarán el mundo y regresarán luego a su espléndido aislamiento. Alguien va a tener que dirigir el gobierno del mundo en lugar de ellos, y Scarpa tiene en mente un candidato para dicho puesto.

—¡Eso es demencial! —exclamó Bevier.

—Creo que ya he sugerido eso, caballero. Scarpa parece pensar que él sería un emperador muy bueno.

—El puesto ya ha sido ocupado —observó Sarabian con sequedad.

—Scarpa abriga la esperanza de que los cyrgais lo dejarán vacante, majestad. Les dice a sus secuaces que los cyrgais no tienen ninguna cualidad administrativa, y van a necesitar a alguien que gobierne los territorios que conquisten ellos. Él se ofrecerá como voluntario cuando llegue ese momento. Hará una genuflexión superficial ante Cyrgon de vez en cuando, y dirigirá más o menos las cosas según su propio interés. Tiene grandes sueños, eso tengo que reconocerlo.

—Eso tiene un timbre algo familiar, ¿no te parece, Falquián? —preguntó Kalten con una sonrisa tensa—. ¿No tenían Martel... y Annias... el mismo tipo de ideas?

—Oh, santo Dios, ya lo creo —asintió Ehlana—. Tengo la sensación de haber vivido antes todo esto.

—¿Dónde encaja Krager en este panorama? —inquirió Falquián.

—Krager parece actuar como una especie de coordinador —le contestó Caalador—. Desempeña funciones de recadero. Viaja muchísimo, y lleva mensajes e instrucciones de aquí para allá. En este caso estamos haciendo conjeturas, pero creemos que existe una casta de mando entre Cyrgon y la gente como Scarpa, Parok, Rebal y Sable. Todos ellos conocen a Krager, y eso confiere autenticidad a sus mensajes. Parece haber encontrado su lugar natural en la vida. La reina Ehlana nos ha dicho que servía a Martel y Annias

exactamente de la misma forma, y que estaba haciendo precisamente eso mismo en Eosia, cuando les llevaba las instrucciones del conde Gerrich a esos bandidos de las montañas del este de Cardos.

—Realmente, deberíamos hacer algún esfuerzo por sacar a Krager de su madriguera —tronó Ulath—. Ese tipo se pone a hablar cuando alguien le echa apenas una mirada dura, y sabe mucho sobre cosas que despiertan en mí una moderada curiosidad.

—Así es como ha conseguido conservar la vida durante tanto tiempo —gruñó Kalten—. Siempre se asegura de disponer de tanta información valiosa como para que uno no se atreva a matarlo.

—Mátalo después de que hable, caballero Kalten —propuso Khalad.

—Él nos hace prometer que no lo haremos.

—¿Y?

—Somos caballeros de la Iglesia, Khalad —le explicó Kalten—. Una vez que le hemos hecho una promesa a alguien, estamos obligados a cumplir con la palabra empeñada.

—No estarás pensando en convertirme en caballero en algún momento del futuro cercano, ¿verdad, mi señor Vanion? —le preguntó Khalad al preceptor de los pandion.

—Posiblemente eso sería un poco prematuro, Khalad.

—Eso significa que todavía soy un campesino, ¿no es así?

—Bueno... técnicamente, quizá.

—Eso solventa el problema, entonces —declaró Khalad con una sonrisilla gélida—. Ve a buscarlo y aprésalo, caballero Kalten. Prométele todo lo que haga falta con el fin de conseguir que hable. Luego entrégamelo a mí. Nadie espera que un campesino mantenga su palabra.

—Este muchacho comienza a gustarme, Falquián —comentó Kalten con una sonrisa feroz.

—Zalasta vendrá a buscarme, Falquián —informó Sephrenia al corpulento pandion—. Él me escoltará sana y salva de vuelta a Sarsos. —La mujer negó con la cabeza, rehusando entrar en la sala a la que regresaban después del almuerzo.

—Te estás comportando de manera infantil. ¿Lo sabes; no, Sephrenia?

—He sobrevivido a mi época de utilidad, y he vivido entre elenios durante el tiempo suficiente como para saber lo que hace un estirio prudente cuando eso

sucede. Mientras un estirio es útil, está relativamente a salvo entre los elenios. Una vez que ha servido a su propósito, sin embargo, su presencia comienza a resultar embarazosa, y los elenios tratáis abruptamente a las personas molestas. Preferiría que uno de vosotros no me metiera un cuchillo entre las costillas.

—¿Has terminado ya? Las conversaciones de esta índole me aburren. Nosotros te queremos, Sephrenia, y no tiene nada que ver con si nos resultas útil o no. Estás rompiéndole el corazón a Vanion. Eso también lo sabes, ¿verdad?

—¿Y...? Él me lo rompió a mí, ¿no es cierto? Presentadle vuestro problema a Xanetia, ya que estáis todos enamorados de ella.

—Eso está por debajo de tu nivel, pequeña madre.

Ella alzó el mentón.

—Preferiría que no volvieras a llamarme así, Falquián. Resulta un poco grotesco en las presentes circunstancias. Estaré en mi habitación..., todavía es mía. Si no lo es, me iré a vivir en la comunidad estiria de Matherion. Si no es mucha molestia, avísame cuando llegue Zalasta.

Dicho esto, dio media vuelta y se alejó pasillo abajo, llevando ostentosamente su dolor como un atavío.

Falquián masculó una imprecación. Luego vio a Kalten y Alean que se acercaban por el corredor cubierto de baldosines. Al menos ese problema en particular había quedado resuelto. La camarera de la reina se había echado a reír en la cara de Kalten cuando el rubio caballero se ofreció torpemente a apartarse a un lado con el fin de que ella pudiera dedicarle sus atenciones a Berit. Después había, según deducía Falquián, convencido a Kalten de que sus afectos continuaban estando firmemente orientados hacia donde debían.

—Pero nunca te apartas de su lado, caballero Kalten —lo acusaba la muchacha de ojos de gacela—. Siempre estás a su alrededor, asegurándote de que tiene todo lo que necesita o desea.

—Es mi deber, Alean —intentó explicarle Kalten—. No estoy haciéndolo porque sienta afecto alguno por ella.

—Estás cumpliendo con tu deber con excesiva meticulosidad para mi gusto, caballero.

La voz de Alean, ese maravilloso instrumento musical, transmitía toda una gama de emociones. Aquella muchacha era capaz de expresar volúmenes con sólo el más ligero cambio de tonalidad o entonación.

—Oh, Dios —gimió Falquián.

¿Tenía siempre que encontrarse atrapado en aquellos asuntos personales de

los demás? Esta vez, no obstante, actuó rápidamente y contuvo las cosas antes de que se le escaparan de las manos. Salió al pasillo para enfrentarse con aquellos dos.

—¿Por qué no arreglamos esto ahora mismo? —sugirió a bocajarro.

—¿Arreglar qué? —le preguntó Kalten con tono belicoso—. No es asunto tuyo, Falquián.

—Pero yo hago de ello un asunto mío. ¿Estás satisfecho de que Alean no tenga ningún sentimiento serio respecto a Berit?

Kalten y la muchacha intercambiaron una mirada rápida de culpabilidad.

—Bien —continuó Falquián—. Os felicito a los dos. Ahora, aclaremos ese asunto de Xanetia. Kalten está diciéndote la verdad, Alean..., al menos hasta donde yo lo he oído. Su deber lo obliga a permanecer cerca de ella porque debe asegurarse de que esa muchacha no sufra daño alguno. Tenemos un acuerdo con su pueblo, y está aquí como nuestra rehén, para que nos aseguremos de que ellos no se vuelven atrás de la palabra empeñada. Todos sabemos que si los delfae nos traicionan en algún sentido, Kalten matará a Xanetia. Ése es el porqué de que permanezca tan cerca de ella.

—¿Matarla? —Los enormes ojos de la muchacha aumentaron aún más de tamaño.

—Ésas son las reglas, Alean —respondió Kalten, encogiéndose de hombros—. No es que me gusten mucho, pero tengo que obedecerlas.

—¡No harás tal cosa!

—Sólo si me veo obligado a ello, y no me gustaría mucho. Pero eso es lo que significa la palabra «rehén». Parece que soy yo siempre el que tiene que hacer estos trabajos sucios.

—¿Cómo puedes hacer algo así? —le preguntó Alean a Falquián—. ¿Cómo puedes hacerle eso a tu más viejo amigo?

—Las decisiones militares son duras a veces —le respondió Falquián—. ¿Estás convencida ahora de que Kalten no está haciendo nada impropio? Supongo que sabes que cuando pensó que tú te habías enamorado de Berit, comenzó a hacer todo lo posible para conseguir que lo mataran.

—No tenías por qué contarle eso, Falquián —protestó Kalten.

—¡Pedazo de idiota! —La voz de Alean aumentó sin esfuerzo hasta las notas más altas. Le habló, largo y tendido, al amigo de Falquián mientras él permanecía de pie, con la cabeza baja y arrastrando los pies por el suelo como un escolar al que están regañando.

—Eh... —aventuró Falquián—. ¿Por qué no os marcháis los dos a algún sitio más privado donde podáis discutir tranquilamente de vuestras cosas?

—Con tu permiso, príncipe Falquián —asintió Alean, haciéndole una abrupta y breve reverencia—. Tú —le espetó a Kalten—, ven conmigo.

—Sí, querida —replicó sumisamente Kalten, y los dos echaron a andar por el pasillo, regresando sobre sus pasos.

—¿Era esa Alean? —inquirió la baronesa Melidere, asomando la cabeza por la puerta.

—Sí —le contestó Falquián.

—¿Adónde van ella y Kalten? —preguntó, mirando a la pareja que se alejaba.

—Tienen algo de lo que ocuparse.

—¿Algo más importante que lo que estamos comentando aquí dentro?

—Eso es lo que ellos parecen creer, baronesa. Espero que esta tarde podamos arreglárnoslas sin ellos, porque es un asunto que necesita aclaración.

—Ah —dijo ella—, se trata de uno de éstos.

—Me temo que así es.

—Alean lo arreglará —comentó Melidere con total confianza.

—Estoy seguro de que lo hará. ¿Qué tal marcha tu campaña, baronesa? No estoy intentando meterme en lo que no me importa, como comprenderéis. Simplemente sucede que todo esto interfiere en mi concentración, y de alguna manera me gustaría tenerlo fuera del paso con el fin de que no salieran borboteando a la superficie cuando menos me lo espero.

—Todo está saliendo según lo programado, príncipe Falquián.

—Perfecto. ¿Se lo has dicho ya?

—Por supuesto que no. Todavía no le hace falta saberlo. Cuando llegue el momento, se lo haré saber con suavidad. Es realmente más bondadoso hacerlo de esa forma. Si lo supiera con excesivo adelanto comenzaría a preocuparse por el tema. Confía en mí, alteza, sé exactamente qué es lo que hago.

—Hay algo que me gustaría dejar claro antes de que continuemos, anarae —le dijo Stragen a Xanetia—. Todos los tamules creen que los cyrgais se han extinguido, pero Krager y Scarpa declaran lo contrario.

—Los cyrgais quieren que el mundo crea que ya no existen —le respondió ella—. Tras su desastrosa marcha sobre Sarsos, regresaron a su tierra natal y se concentraron durante un tiempo en reconstruir sus fuerzas subordinadas, los cynesganos, fuerzas que habían sido virtualmente aniquiladas por los estirios.

—Eso hemos oído —asintió Caalador—. Nos contaron que los cyrgai se concentraron en eso con tal resolución que sus propias mujeres habían pasado ya la edad fértil antes de que se dieran cuenta del error cometido.

—El vueso informador fablaba con la verdad, maese Caalador, y es la común creencia en Tamuli que la raza cyrgai desapareció hace unos diez eones. Aquesta común creencia, sin embargo, es un error. Es una creencia que pasa por alto la realidad de que Cyrgon es un dios. Es verdad que no tomó en cuenta la ciega obediencia del pueblo suyo cuando les ordenó dedicar su total atención a las mujeres de los cynesganos. Pero cuando se dio cuenta de que la raza de sus elegidos estaba desapareciendo, alteró el curso natural de dichas cosas, y las ancianas mujeres cyrgai recobraron la fertilidad..., aunque la mayoría murieron de parto. Así fueron perpetuados los cyrgais.

—Lástima —murmuró Oscagne.

—Pero, en sabiendo que el reducido número de sus adoradores y la maldición estiria que los aprisionaba en la árida tierra natal suya los ponía en peligro, Cyrgon buscó la forma de proteger a su pueblo. Se les ordenó a los cynesganos que confirmaran y perpetuaran la creencia de las otras razas tamules de que los cyrgais habían dejado de existir, y la propia ciudad temida de Cyrga fue ocultada a los ojos de los hombres.

—¿De la misma forma en que Delfaeus está escondida? —conjeturó Vanion.

—No, mi señor. Nosotros somos más sutiles que Cyrgon. Nosotros ocultamos Delfaeus mediante la desorientación. Cyrgon oculta Cyrga en las tierras altas de Cynesga central, mediante un encantamiento. Así, vos podríais acudir a esas tierras altas y cabalgar por las cercanías de Cyrga, y no llegar a verla jamás.

—¿Una ciudad invisible? —le preguntó Talen con incredulidad.

—Los cyrgais pueden verla —le respondió ella—, y, cuando a ellos les conviene, sus secuaces cynesganos también pueden. Para todos los demás, sin embargo, Cyrga no existe.

—Las ventajas tácticas de eso tienen que ser enormes —comentó Bevier en su tono más profesional—. Los cyrgais tienen una plaza fuerte absolutamente segura a la que pueden retirarse si las cosas salen mal.

—Pero esa ventaja está contrarrestada —señaló Xanetia—. Pueden asolar y despojar libremente Cynesga, que ya les pertenece, y que no es más que un desierto estéril en el mejor de los casos; pero no les está permitido trasponer los límites de su tierra natal. La maldición de los estirios tiene todavía fuerza, os lo

aseguro. Es costumbre de los reyes cyrgais el poner periódicamente a prueba la maldición. Los guerreros ancianos son llevados a la frontera de vez en cuando, y se les ordena que intenten cruzarla. Mueren en medio de la marcha cuando obedientemente intentan atravesar la línea invisible.

Sarabian estaba mirando a la muchacha, con los ojos astutamente entrecerrados.

—Os lo ruego, anarae, aconsejadme sobre aqueste asunto. ¿Habéis dicho que todos los cynesganos son súbditos de los cyrgais?

—Sí, majestad.

—¿Absolutamente todos los cynesganos?

—Aquellos que detentan autoridad, imperial Sarabian.

—¿El rey? ¿El Gobierno? ¿El ejército?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Y también sus embajadores? —agregó Oscagne.

—Muy bien, Oscagne —le murmuró Itagne a su hermano—. Muy, pero que muy bien.

—No he acabado de entender eso —admitió Ulath.

—Yo sí —comentó Stragen—. Probablemente será mejor que nos encarguemos de eso, Caalador.

—Me ocuparé de que así sea.

—¿Sabes de qué están hablando, amigo Engessa? —le preguntó Kring al atan.

—No resulta tan complicado, Kring —le explicó Ehlana—. La embajada de Cynesga que hay aquí, en Matherion, está llena de gente que recibe órdenes de los cyrgais. Calculo que si investigamos un poco en el asunto, descubriremos que la base de operaciones del reciente intento de derrocar al emperador se encuentra en esa embajada.

—Y si no está fuera de la ciudad, puede que también encontremos allí a Krager —reflexionó Khalad—. Talen, ¿cuánto tardarías en enseñarme a entrar en un edificio?

—¿Qué tienes en mente? —le preguntó Falquián a su escudero.

—He pensado que podría deslizarme al interior de la embajada y robarles a Krager, mi señor. Dado que la anarae Xanetia puede decirnos lo que está pensando, ni siquiera tendremos que partirle los dedos para hacerlo hablar..., ni hacerle ninguna promesa incómoda que probablemente no tengamos intención de cumplir.

—Puedo sentir tu descontento, Anakha —dijo Xanetia, horas más tarde, cuando ella, Falquián y Danae regresaron al tejado fortificado de la torre central del castillo de Ehlana.

—Me la han pegado, anarae —replicó él con acritud.

—No reconozco esa expresión.

—Quiere decir que lo han engañado —le tradujo Danae—, y es lo bastante descortés como para insinuar que también me han engañado a mí. —Le dedicó a su padre una sonrisilla vanidosa—. Te lo advertí, Falquián.

—Por favor, ahórrame eso.

—Oh, no, padre. Tengo una magnífica oportunidad para deleitarme, y tú no vas a despojarme de ella. Si recuerdo correctamente, y sé que es así, yo estaba desde el mismísimo principio en contra de la idea de recobrar el Bhelliom. Yo sabía perfectamente que era un error, pero tú me obligaste a ceder.

Él hizo caso omiso de lo que ella acababa de decir.

—¿Había algo real en todo eso? ¿Los dioses troll? ¿Drychnath? ¿Los monstruos? ¿O se trataba simplemente de un elaborado juego destinado a hacer que yo trajese el Bhelliom a Tamuli?

—Una parte de todo eso puede que haya sido real, Falquián —le contestó la diosa niña—, pero probablemente acabas de mencionar la verdadera razón que había detrás de todo ello.

—¿Es la creencia vuesa que Cyrgon os engañó para facer que trajerais el Bhelliom adonde él pudiera alcanzarlo, Anakha? —le preguntó Xanetia.

—¿Por qué te molestas en preguntarlo, anarae? Tú ya sabes qué es lo que estoy pensando. Cyrgon cree que podría utilizar el Bhelliom para romper esa maldición con el fin de que su pueblo pueda comenzar a invadir nuevamente a sus vecinos.

—Ya te lo dije —le recordó Danae.

—Por favor. —Falquián dirigió la mirada hacia la rutilante ciudad—. Creo que necesito una opinión divina en este caso —comentó—. Hasta hace muy poco, todos creíamos que el Bhelliom no era más que un objeto..., poderoso, pero sólo un objeto. Ahora sabemos que eso no es verdad. El Bhelliom tiene su propia personalidad y su propia voluntad. Es más un aliado que una mera arma. No sólo eso... y, por favor, Aphrael, no te sientas ofendida... en algunos sentidos es incluso más poderoso que los dioses de este mundo.

—Pues me siento ofendida, Falquián —le dijo ella con acritud—. Además, aún no he acabado de decirte que ya te lo había advertido.

Él se echó a reír, la tomó precipitadamente entre sus brazos, y le dio un beso.

—Te quiero —le aseguró, aún riendo.

—¿No es un muchacho encantador? —le comentó con ironía Danae a Xanetia.

La mujer delfae sonrió.

—Si nosotros no estábamos enterados de que existía la conciencia del Bhelliom... ni de su voluntad... ¿podría haber estado enterado de ello Cyrgon? No creo que Azash lo estuviese. Hablando como diosa, ¿querrías tú recoger algo que pudiera tomar sus propias decisiones... y pudiera decidir simplemente que no le caes lo bastante bien?

—Yo, no —replicó la diosa niña—. Pero Cyrgon podría ser un caso diferente. Es tan arrogante que podría creerse capaz de controlar al Bhelliom en contra de la voluntad de éste.

—Pero no podría, ¿no es cierto? Azash creyó que podía controlar al Bhelliom mediante la fuerza pura. Ni siquiera estaba interesado en los anillos. Los anillos pueden obligar al Bhelliom..., porque son parte de él. ¿Podría ser Cyrgon tan estúpido como lo era Azash?

—Falquián, estás hablando de mis parientes lejanos. Por favor, sé un poco más respetuoso.

En la frente de Danae se formaron surcos de concentración, y le dio un beso ausente a su padre.

—No hagas eso —le dijo él—. Esto es serio.

—Ya lo sé. Eso me ayuda a pensar. El Bhelliom no se dio a conocer nunca antes de ahora. Probablemente tengas razón, Falquián. Azash no era realmente muy brillante. Cyrgon tiene el mismo tipo de personalidad, y cometió numerosos errores en el pasado. Ésa es una de las desventajas de la divinidad. No tenemos necesidad de ser inteligentes. Todos estamos enterados de los poderes del Bhelliom, pero no creo que a ninguno de nosotros le haya pasado hasta ahora por la cabeza la noción de su voluntad. ¿Realmente habló con Falquián como él dice que lo hizo, Xanetia? Como un igual, quiero decir.

—Por lo menos como un igual, diosa —le respondió Xanetia—. El Bhelliom y Anakha son aliados, no amigos... y ninguno de ellos está por encima del otro.

—¿Adónde vamos a ir a parar con esto, Falquián? —le preguntó Danae a su padre.

—No lo sé. Sin embargo, puede que Cyrgon haya cometido otro de esos errores. Puede que me haya engañado para conseguir que yo trajese hasta aquí lo único que puede derrotarlo. Creo que podríamos contar con una cierta ventaja, en este caso, pero probablemente tengamos que dedicar una gran cantidad de energía mental para planificar cómo vamos a utilizarla exactamente.

—Eres odioso, Falquián —le dijo Danae.

—¿Cómo?

—Acabas de quitarle toda la diversión a todo ese «ya te lo advertí» que te tenía reservado.

Zalasta llegó a Matherion dos días más tarde. Después de un solo brevísimo saludo a los demás, se encaminó directamente a la habitación de Sephrenia.

—Él lo arreglará todo, Vanion —le aseguró Falquián al preceptor de los pandion—. Es el más viejo amigo de Sephrenia, y se trata de un hombre excesivamente sabio como para estar contaminado con esos prejuicios irracionales.

—Yo no estaría tan seguro, Falquián. —El rostro de Vanion tenía una expresión sombría—. Yo creía que ella era demasiado sabia, y fíjate en lo que ha sucedido. Ese odio ciego podría contaminar a la totalidad de la raza estiria. Si Zalasta piensa de la misma forma que Sephrenia, lo único que va a hacer será reforzar los prejuicios de ella.

Falquián negó con la cabeza.

—No, amigo mío. Zalasta está por encima de eso. Piensa en que tampoco tenía ninguna razón para confiar en los elenios, pero estaba dispuesto a ayudarnos, ¿verdad? Es un hombre realista, y aun en el caso de que tuviera los mismos sentimientos que ella, los reprimiría en nombre de las conveniencias políticas. Y si estoy en lo cierto, persuadirá a Sephrenia para que haga otro tanto. No es necesario que le guste Xanetia. Lo único que tiene que hacer es aceptar el hecho de que la necesitamos. Una vez que Zalasta la haya convencido de eso, vosotros dos podréis hacer las paces.

—Tal vez.

Habían terminado varias horas cuando Zalasta salió solo de la habitación de Sephrenia, con una expresión sombría en su cuarteado rostro estirio.

—No va a ser fácil, príncipe Falquián —advirtió cuando ambos se encontraron en el corredor al que daba la habitación—. Está profundamente

herida. No comprendo en qué estaba pensando Aphrael.

—¿Quién puede entender jamás por qué hace las cosas Aphrael, erudito? —respondió Falquián, esbozando una sonrisa fugaz—. Es la persona más caprichosa y exasperante de cuantas he conocido. Por lo que yo alcanzo a entender, ella no aprueba los prejuicios de Sephrenia, y está tomando medidas al respecto. Me temo que la frase aquella de «hacerle algo a alguien por su propio bien» implica siempre una cierta dosis de brutalidad. ¿Has podido conseguir que Sephrenia recobre un poco de sentido común?

—Estoy abordando el asunto de manera indirecta, alteza —le contestó Zalasta—. Sephrenia ya ha sufrido una profunda herida. Éste no es un buen momento para enfrentamientos directos. Al menos he conseguido persuadirla de que posponga su regreso a Sarsos.

—Eso ya es algo, en cualquier caso. Vayamos a hablar con los demás. Han sucedido muchas cosas desde que te marchaste.

—Los informes procedían de fuentes irrecusables, anarae —comentó serenamente Zalasta.

—Yo os lo aseguro, Zalasta de Estiria, que son falsas necesidades. Ni uno solo de los delfae ha salido del valle nuestro durante bastante más de un centenar de años..., salvo para transmitirle a Anakha la nuestra invitación.

—Ya ha sucedido en otras ocasiones, Zalasta —le dijo Kalten, el estirio de blanca túnica—. Observamos cómo Rebal empleaba algunos trucos muy obvios cuando le hablaba a un grupo de campesinos edomitas.

—¿Ah, sí?

—Se trataba del tipo de cosas que pueden verse en las ferias de tercera categoría, erudito —le explicó Talen—. Uno de sus secuaces arrojó algo al fuego; se produjo un destello de luz y una nube de humo; luego, alguien vestido con atuendos antiguos salió del lugar en que se ocultaba y se puso a aullar en una forma de habla arcaica. Todos los campesinos creyeron que estaban contemplando a Incetes que se alzaba de su tumba.

—Los que vieron a los seres fulgentes no eran tan crédulos, maese Talen —objetó Zalasta.

—Y probablemente el tipo que les hizo creer esas cosas no era tan torpe como Rebal. —El muchacho se encogió de hombros—. Un engaño hábil puede conseguir que casi cualquiera crea casi cualquier cosa..., siempre y cuando no

estén lo bastante cerca como para ver los cables escondidos. Sephrenia nos ha dicho que eso significa que los del otro lado están un poco escasos de magos verdaderos, por lo que tienen que recurrir al engaño.

Zalasta frunció el entrecejo.

—Podría ser una posibilidad —concedió—. Las personas que los han visto, lo hicieron a bastante distancia y durante un lapso de tiempo muy breve; —Miró a Xanetia—. ¿Estás segura de lo que me has dicho, anarae? ¿No podría haber, tal vez, algunos miembros de tu pueblo que vivieran aparte de los demás? ¿Que estuvieran aislados de Delfaeus y pudieran haberse unido a nuestros enemigos?

—Si así fuera, ya no pertenecerían a los delfae, Zalasta de Estiria. Nosotros estamos atados al lago. Es el lago el que nos convierte en lo que somos, y si he de hablaros con verdad, la luz que nos ilumina es la menor de las cosas que nos convierte en diferentes a los otros. —Lo miró con expresión grave—. Vos sois estirio, Zalasta de Ylara, y vos conocéis plenamente las consecuencias de diferir marcadamente de los vuestos vecinos.

—Sí —asintió él—, para nuestra congoja.

—La decisión del vuestro pueblo de tratar de coexistir con otras razas de hombres puede que sea adecuada para los estíricos —continuó la muchacha—. Para la mía, os lo aseguro, no ha sido posible. Vosotros, los de la raza estiria, os habéis encontrado tradicionalmente con el desprecio y la burla, pero las vuestas diferencias no son amenazadoras para los elenios y tamules que os rodean. Los de Delfaeus, por el contrario, inspiramos el terror en los corazones de los otros. Con el paso del tiempo, pienso yo, que la vuesa raza llegará a ser aceptada. Los vientos del cambio comienzan a soplar ya, engendrado en gran parte por esa fortuita alianza que vosotros habéis hecho con la Iglesia de Chyrellos. Los caballeros de esa Iglesia tienen una amable disposición hacia Estiria, y podrán cambiar las predisposiciones elénicas. Pero para los delfae, tal arreglo es imposible. La nuestra apariencia misma nos aparta eternamente de todos los demás, y eso es lo que reside en el corazón de la nuestra presente alianza. Nosotros hemos buscado a Anakha, y le hemos ofrecido el nuestro auxilio en esta su lucha contra Cyrgon. A cambio, sólo hemos solicitado de él que levante al Bhelliom y nos selle fuera del contacto con todos los demás hombres. Entonces nadie podrá venir contra nosotros, ni nosotros podremos ir contra nadie. Así estaremos todos a salvo.

—Tal vez sea una sabia decisión, anarae —concedió Zalasta—. Fue una elección que nosotros mismos consideramos en pasados eones. En todo caso, los

delfae sois pocos y vuestro valle oculto podrá alojaros fácilmente a todos. Los estirios somos más numerosos y estamos más esparcidos por la faz de la Tierra. Nuestros vecinos no verían con buenos ojos una tierra estiria confinada por sus propias fronteras. Nosotros no podemos seguir vuestros pasos, sino que tenemos que vivir en el mundo.

Xanetia se puso de pie y posó una mano sobre uno de los hombros de Kalten.

—Quedaos, gentil caballero —le dijo—. He de conferenciar con Anakha sobre los adelantos del pacto. Si él detectara falsedad en mí, él mismo podría matarme.

Falquián se levantó, avanzó hasta la puerta y la abrió para que pasara la joven. Danae, arrastrando a *Rollo* tras de sí, los siguió al exterior del salón.

—¿De qué se trata, anarae? —le preguntó Falquián a Xanetia.

—Lleguémonos primero al lugar de arriba donde acostumbramos hablar —replicó ella—. Lo que debo deciros a vos es sólo para los vuestros oídos.

Danae le echó una mirada de dureza.

—También vos podéis escuchar las palabras mías, alteza —le aclaró Xanetia a la niña.

—Eres muy amable —contestó Danae con cierta ironía.

—De todas formas no podríamos ocultarnos de ella, Xanetia —le aseguró Falquián—. Podríamos subir a la cumbre de la más alta torre de Matherion y, aún así, ella volaría por encima de nosotros para fisgonear lo que decimos.

—¿Podéis verdaderamente volar, alteza? —Xanetia parecía asombrada.

—¿Es que no puede hacerlo todo el mundo?

—Compórtate —reprendió Falquián a su hija.

Subieron una vez más hasta lo alto de la torre, y salieron al tejado.

—Anakha, tengo que deciros una verdad que tal vez vos no querréis creer —declaró Xanetia con gravedad—, pero es verdad a pesar de eso.

—Ése es un comienzo poco prometedor —observó Danae.

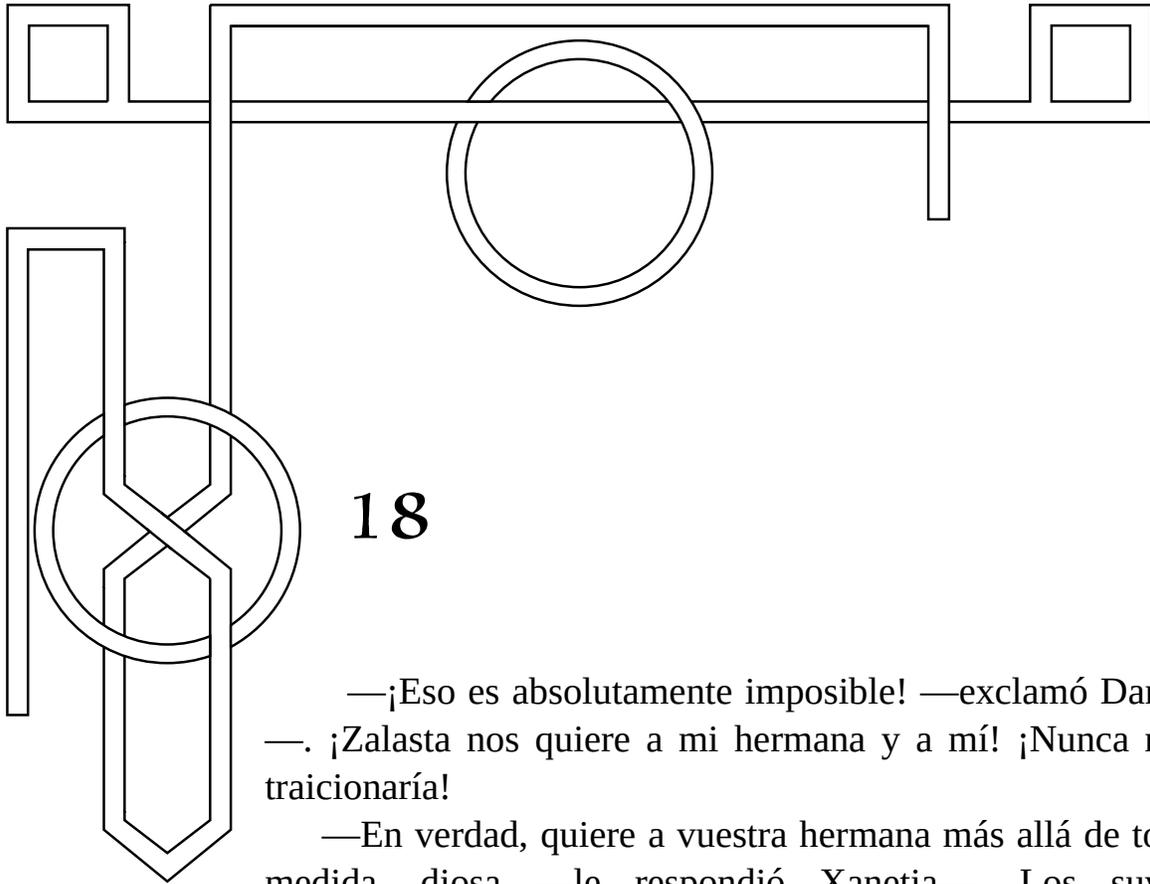
—Debo hablaros aquesta verdad, Anakha —comenzó la muchacha con tono grave—, porque no sólo es menester para mantener el nuestro pacto, sino que tiene también una gran importancia para el nuestro común designio.

—Tengo la impresión de que debería cogeme a algo sólido —comentó Falquián, haciendo una mueca.

—Como mejor os lo parezca a vos, Anakha. Debo avisaros, en cualquier caso, que la vuestra confianza en Zalasta de Estiria está gravemente mal depositada.

—¿Qué?

—Él ha actuado con falsedad para con vos, Anakha. La su mente y el su corazón pertenecen a Cyrgon.



18

—¡Eso es absolutamente imposible! —exclamó Danae—. ¡Zalasta nos quiere a mi hermana y a mí! ¡Nunca nos traicionaría!

—En verdad, quiere a vuestra hermana más allá de toda medida, diosa —le respondió Xanetia—. Los suyos sentimientos hacia vos, de todas formas, no son tan bondadosos. En verdad, os odia.

—¡No te creo!

Falquián era un soldado, y los soldados que no pueden adaptarse rápidamente a las sorpresas no viven lo bastante como para convertirse en veteranos.

—Tú no estuviste en Delfaeus, Aphrael —le recordó a la diosa niña—. El Bhelliom afirmó la veracidad de Xanetia.

—Ella está diciendo eso sólo para abrir una grieta entre nosotros y Zalasta.

—Yo no lo creo realmente así. —Una serie de cosas comenzaban a encajar rápidamente en la mente de Falquián—. La alianza es demasiado importante para los delfae, como para que ella la ponga en peligro con algo tan insignificante, y lo que acaba de decirnos explica varias cosas que hasta ahora carecían de sentido. Oigámosla hasta el final. Si hay alguna duda respecto a la lealtad de Zalasta, será mejor que averigüemos de inmediato todo lo referente a la misma. ¿Qué has descubierto exactamente en la mente de Zalasta, anarae?

—Una gran confusión, Anakha —replicó Xanetia con tristeza—. Puede que la mente de Zalasta haya sido una mente noble, pero se encuentra al borde de la locura, consumido por un solo pensamiento y un solo deseo. Él ha amado a la vuesa hermana desde la primera infancia, diosa, pero su amor no es el afecto fraternal que vos habéis creído que era. Esto lo sé con mucha más certidumbre que todo lo demás, porque es algo que está siempre en la superficie de la mente suya. Piensa en ella como en su esposa prometida.

—¡Eso es absurdo! —declaró Danae—. Ella no piensa en él de esa forma, en absoluto.

—No, pero él sí piensa en ella de esa manera. Mi permanencia dentro de los pensamientos suyos ha sido breve, y por eso no lo sé todo aún. En cuanto percibí su traición, mi juramento me obligó a revelársela a Anakha. Con el tiempo, descubriré más.

—¿Qué te inclinó a entrar en sus pensamientos, Xanetia? —le preguntó Falquián a la joven—. El salón estaba lleno de gente. ¿Por qué lo escogiste a él? ¿O es que escuchas los de todos de forma simultánea? —Hizo una mueca—. Creo que estoy abordando el tema hacia atrás. Puede que resultase útil saber cómo funcionan tus dones. ¿Es algo así como tener otro par de oídos? ¿Oyes todos los pensamientos de la gente que te rodea..., todos al mismo tiempo?

—No, Anakha —replicó ella, con una leve sonrisa—. Eso, como vos ya habéis sospechado, sería algo demasiado confuso. Nuevos oídos, tanto si lo queremos como si no, oyen todos los sonidos. Mi percepción de los pensamientos de los otros requiere que yo la dirija conscientemente. Tengo que salir de mí para oír, a menos que el pensamiento de alguien que esté cerca sea tan intenso que llegue a mí como un grito. Eso sucedió con Zalasta. Su mente grita el nombre de Sephrenia, una y otra vez. En igual medida, grita su mente el vueso nombre, diosa, y esos alaridos están preñados del odio que hacia vos siente. En su mente sois vos una ladrona que le ha robado toda esperanza de felicidad.

—¿Una ladrona? ¿Yo? ¡Fue él quien intentó robarme lo que me pertenecía! Fui yo quien puso a mi hermana en este mundo. ¡Ella es mía! ¡Siempre ha sido mía! ¿Cómo se atreve? —Los ojos de Danae echaban chispas y su voz estaba cargada de ultrajada indignación.

—Ése no es uno de los lados más atractivos de tu naturaleza, divina Aphrael —le insinuó Falquián—. Nosotros no poseemos a otras personas.

—¡Yo no soy una persona, Falquián! ¡Yo poseo lo que me da la gana!

—No estás haciendo otra cosa que enterrarte cada vez más. Yo no seguiría excavando.

—Pero lo haré, padre. He dedicado cientos de años a Sephrenia, y durante todo ese tiempo Zalasta ha estado deslizándose furtivamente cada vez que volvía la espalda para intentar robarme a Sephrenia.

—Aphrael —le dijo él con dulzura—, en esta encarnación en particular eres una elenia, así que vas a tener que dejar de pensar como una estiria. Hay ciertas cosas que los elenios decentes no hacen, y en este preciso instante estás haciendo una de esas cosas. Sephrenia se pertenece a sí misma..., no a ti, ni a Zalasta, ni siquiera a Vanion. Su alma es de su propiedad.

—¡Pero es que yo la quiero mucho! —La frase de la niña fue casi un lamento.

—No estoy bien hecho para esto —masculló Falquián para sí—. ¿Cómo puede esperar ningún ser humano ser el padre de una diosa?

—¿No me quieres, padre? —le preguntó ella con una vocecilla apenas audible.

—Por supuesto que te quiero.

—Entonces también tú me perteneces. ¿Por qué estás discutiendo conmigo al respecto?

—Eres una primitiva.

—Por supuesto que lo soy. Se supone que tenemos que ser primitivos. Durante todos estos años, Zalasta ha estado fingiendo quererme..., me ha estado sonriendo, dando besos, acunándome mientras dormía. ¡Qué desgraciado! ¡Desgraciado mentiroso! ¡Me comeré su corazón para cenar, por esto!

—No, de hecho, no vas a hacerlo. Yo no estoy criando a una caníbal. No quieres comer cerdo, así que no empieces a habituarte a la carne humana.

—Lo siento —se disculpó ella con tono contrito—. Me he dejado llevar.

—Por otra parte, creo que Vanion tiene un derecho prioritario sobre las entrañas de Zalasta.

—Oh, padre, había olvidado completamente a Vanion. Ese pobre, pobre hombre. —Dos enormes lágrimas afloraron a los ojos de la diosa niña—. Pasaré el resto de mi vida compensándolo de esto.

—¿Por qué no dejamos que sea Sephrenia quien se haga cargo de eso? Tú límitate a cerrar la grieta que se ha abierto entre ellos. Eso es lo único que él quiere realmente. —Luego se le ocurrió algo—. Eso no encaja, Xanetia. Es

perfectamente factible que Zalasta esté enamorado de Sephrenia, pero no se ha pasado al bando de Cyrgon. Cuando nos encontramos con aquellos trolls en las montañas de Atan, fue él quien nos salvó de ellos..., y no sólo de los trolls. Allí había también otras cosas mucho peores.

—Los trolls no tienen mucho peso en los planes de Cyrgon, Anakha. Las muertes de un centenar de ellos fueron de poca importancia. Todo lo demás eran ilusiones..., ilusiones forjadas por el propio Zalasta destinadas a apaciguar las sospechas que perduraban en las mentes de varios de los vuestos compañeros. Buscaba ganar la confianza suya destruyendo a esas sombras creadas por él mismo.

—Eso sí que encaja —comentó Falquián con voz trastornada—. ¿Me excusaréis, mis señoras, durante un momento? Creo que Vanion debería oír esto. También le concierne a él, y me gustaría contar con su consejo antes de disponerme a tomar decisiones. —Hizo una pausa—. Quiero decir, ¿estaréis bien vosotras dos juntas, aquí...? ¿Sin que haya nadie que os mantenga apartadas a la una de la garganta de a otra?

—Estaremos bien, Anakha —le aseguró Xanetia—. La divina Aphrael y yo tenemos algo de lo que hablar.

—De acuerdo —replicó él—, pero nada de golpes... y no comencéis a chillaros la una a la otra. Despertaríais a todo el castillo. —Atravesó el parapeto hasta la puerta, y volvió a bajar las escaleras.

La reunión que se celebraba en las dependencias reales se había suspendido transitoriamente, y Falquián encontró a su amigo sentado, con el rostro entre las manos, en una habitación bastante alejada de la que habitualmente compartía con Sephrenia.

—Necesito ayuda, amigo mío —le dijo Falquián—. Hay algo que debes saber, y entre los dos tendremos que decidir lo que vamos a hacer al respecto.

Vanion levantó su rostro asolado por la congoja.

—¿Más problemas? —preguntó.

—Probablemente. Xanetia acaba de decirme... bueno, dejaré que sea ella misma quien te lo cuente. Ella y Danae están en lo alto de la torre. Creo que nos conviene mantener esto en privado..., al menos hasta que decidamos qué pasos debemos dar.

Vanion asintió con la cabeza y se puso en pie. Los dos juntos regresaron al corredor y comenzaron a subir las escaleras.

—¿Dónde está Zalasta? —inquirió Falquián.

—Se encuentra con Sephrenia. En este momento, ella lo necesita.

Falquián se limitó a gruñir, porque si hablaba no confiaba en lo que diría.

Encontraron a Xanetia y Danae en las almenas, contemplando la ciudad. El sol estaba descendiendo por el intenso azul cielo otoñal hacia el peñascoso horizonte occidental, y la brisa que llegaba desde el mar de Tamul tenía un sabor a salitre mezclado con el aroma maduro del otoño.

—Bien, adelante, cuéntaselo, Xanetia —le pidió Falquián a la muchacha—. Luego decidiremos qué hacer.

Para sorpresa de Falquián, Vanion no malgastó mucho tiempo en proferir incrédulas exclamaciones.

—¿Estás segura de eso, anarae? —preguntó después de que Xanetia le hubiese hablado de la duplicidad de Zalasta.

Ella asintió con un movimiento de la cabeza.

—He visto el corazón suyo, mi señor. Él ha actuado falsamente para con vos.

—No parece muy sorprendido, Vanion —observó Falquián.

—No lo estoy..., bueno, no realmente. En Zalasta ha habido siempre algo que no acababa de sonarme a verdad. Tenía algunos problemas para mantener controlada la expresión de su rostro cuando Sephrenia y yo llegamos por primera vez juntos a Sarsos y nos instalamos en la casa que ella tiene allí. Él procuraba ocultarlo, pero yo me daba cuenta de que no estaba muy contento con nuestra relación de convivencia, y su desaprobación parecía ir un poco más allá de un tipo de ultraje moral generalizado respecto a las relaciones no ortodoxas.

—Ésa es una forma delicada de expresarlo —comentó Danae—. Nosotros nunca hemos comprendido por qué los humanos hacéis tantos aspavientos sobre esos temas. Si dos personas se aman tienen que hacer algo al respecto, y el vivir juntos es mucho más conveniente para ese tipo de cosas, ¿no?

—Antes tienen que mediar ciertas ceremonias y formalidades tradicionales —le explicó secamente Falquián.

—¿Te refieres a algo así como cuando el pavo real luce su plumaje ante la pava antes de ponerse a hacer el nido?

—Algo dentro de esa línea —suspiró Vanion—. Al parecer, Sephrenia ya no siente admiración alguna por mis plumas.

—No es cierto, mi señor Vanion —disintió Xanetia—. Ella todavía os ama profundamente, y su corazón ha quedado desolado por el separarse de la vuesa compañía.

—Y Zalasta está ahora con ella, haciendo todo lo posible para conseguir que

esa separación sea permanente —agregó Falquián con tono inhóspito—. ¿Cómo quieres que actuemos en este caso, Vanion? Tú eres el más profundamente implicado la historia. No hay nada que ninguno de nosotros pueda decir para conseguir convencer a Sephrenia de que Zalasta es un traidor, ya lo sabes.

Vanion asintió con la cabeza.

—Tendrá que descubrirlo por sí misma —asintió él—. ¿Hasta qué punto pudiste penetrar en su mente, anarae?

—Sus pensamientos presentes están abiertos a mí; sus recuerdos pasados un poco menos. La proximidad y un poco de tiempo me darán oportunidad de sondear más.

—Ésa es la clave, entonces —decidió Vanion—. Ehlana y Sarabian quieren comenzar a desmantelar el gobierno casi de inmediato. Cuando eso dé comienzo, la presencia de Zalasta en nuestros círculos internos será potencialmente desastrosa. Descubrirá absolutamente todo lo que tenemos planeado.

—Dejadlo —propuso Danae, sorbiendo por la nariz—. No va a encontrarse muy bien cuando yo haya acabado con mi cena.

—¿De qué está hablando? —inquirió Vanion.

—Nuestra pequeña salvaje quiere comerse el corazón de Zalasta —le explicó Falquián.

—Mientras él me mira —agregó la diosa niña—. Ésa es toda la finalidad del asunto..., hacerlo mientras él me mira.

—¿Podría hacer eso? —preguntó Vanion.

—Probablemente —le respondió Falquián—. Pero no voy a permitirselo.

—Yo no te lo he preguntado, padre —dijo Danae.

—No tenías por qué hacerlo. He dicho que no. Ahora dejemos el tema.

—¿Cuándo hizo Zalasta ese acuerdo con Cyrgon, anarae? —inquirió Vanion.

—No está claro por el momento, mi señor —contestó ella—. Continuaré indagando para averiguarlo. Mi percepción de los pensamientos suyos sugiere que la alianza de ambos data de hace algunos años e implica al Bhelliom en algún sentido.

Falquián meditó sobre aquello.

—Zalasta se molestó muchísimo cuando descubrió que habíamos arrojado al Bhelliom al mar —recordó—. A estas alturas, podría comenzar a hacer algunas conjeturas basadas en lo que sé, pero esperemos a ver qué puede sacar a la luz Xanetia. En este preciso momento, creo que será mejor que nos concentremos en retrasar a Ehlana y Sarabian, hasta que podamos tramar algún plan para

conseguir que Zalasta se delate a sí mismo. Tenemos que sacar a Sephrenia de su campo de influencia. Ella nunca va a creer que él es un traidor hasta que no lo vea haciendo algo que demuestre su traición.

Vanion asintió con un gesto de la cabeza.

—Creo que vamos a tener que guardar esto sólo entre nosotros cuatro —continuó Falquián—. Zalasta es muy astuto, y Sephrenia nos conoce a todos mejor de lo que nos conocemos a nosotros mismos. Si los otros tuvieran la más remota idea de lo que estamos haciendo, se les escaparía algo, Sephrenia se enteraría de inmediato..., y Zalasta lo sabría unos cinco minutos después que ella.

—Me temo que tienes razón —asintió Vanion.

—¿Tenéis un plan, Anakha? —inquirió Xanetia.

—Algo así. Pero aún me falta ajustar algunos de los detalles. Es un poco complicado.

Danae puso los ojos en blanco.

—Elenios —suspiró.

—Me niego rotundamente —respondió Ehlana, intransigente—. Es demasiado valioso. No podemos arriesgarlo.

Estaba sentada cerca de la ventana, por la que entraba el sol de la mañana y hacía brillar sus cabellos.

—No hay ningún riesgo en ello, querida —le aseguró Falquián—. La nube y la sombra han desaparecido. El Bhelliom y yo nos encargamos de eso de una vez y para siempre.

Había un fallo en aquella afirmación. Falquián no estaba completamente seguro de que fuera verdad.

—Tiene razón, mi reina —asintió Kalten—. Hizo pedazos la nube y disolvió la sombra como un puñado de sal en agua hirviendo.

—Realmente me gustaría hacerle algunas preguntas a Kolata, Ehlana —intervino Sarabian—. No tiene mucho sentido continuar alimentándolo si no vamos a sacar provecho alguno de él. Esto es lo que hemos estado esperando, querida mía..., algún tipo de seguridad de que no lo destrozarán en pedazos en el instante en que abra la boca.

—¿Estás completamente seguro, Falquián? —le preguntó ansiosa Ehlana.

—Confía en mí. —Falquián se metió la mano dentro del jubón y sacó la caja

—. Mi azul amigo puede asegurarnos que Kolata permanecerá intacto... independientemente de las preguntas que le formulemos. —Miró a Zalasta—. Voy a pedirte un favor, erudito —dijo, manteniendo la voz en un tono indiferente—. Creo que Sephrenia debería estar presente en este caso. Ya sé que preferiría lavarse las manos de todo lo que nos concierne, pero quizá si escucha la confesión de Kolata, comenzaría a interesarse nuevamente por la situación. Podría ser precisamente lo que la sacara del estado en que se encuentra ahora.

El rostro de Zalasta tenía una expresión trastornada, aunque resultaba obvio que procuraba mantenerla bajo control.

—Creo que no te das cuenta de lo profundamente herida que se siente al respecto, príncipe Falquián. Os aconsejo muy seriamente que no la obliguéis a estar presente cuando interroguéis a Kolata. Eso sólo ensancharía la grieta que se ha abierto entre ella y sus antiguos amigos.

—Yo no aceptaré eso, Zalasta —le dijo Ehlana—. Sephrenia es miembro del consejo real de Elenia. Yo la nombré para ese cargo al ascender al trono. Sus problemas personales son asunto de ella, pero yo la necesito en su calidad meramente oficial. Si fuera necesario, exigiría su presencia, y enviaría a Kalten y Ulath a transmitirle la orden y a asegurarse de que la obedece.

Falquián sintió casi lástima de Zalasta en aquel instante. Las decisiones que habían tomado y lo que acababan de solicitar eran todas cosas razonables, y por mucho que lo intentara, Zalasta no pudo encontrar forma alguna de oponerse. El testimonio de Kolata sería, con casi total seguridad, desastroso para el primer ciudadano de Estiria, pero no había manera alguna de que él pudiese evitar esa declaración sin denunciarse como traidor. Se puso en pie.

—Intentaré persuadirla, majestad —declaró, haciéndole a Ehlana una reverencia. Dio media vuelta y salió en silencio del salón tapizado de azul.

—No entiendo por qué no quieres que se lo contemos, Falquián —comentó Kalten—. Después de todo, él es un amigo.

—También es estirio, Kalten —replicó Vanion con serenidad—. Y no sé qué piensa realmente de los delfae. Podría encolerizarse si supiera que Xanetia es capaz de apoderarse de sus pensamientos con la misma facilidad que Talen puede apoderarse del contenido de las bolsas.

—Probablemente, Sephrenia ya se lo ha contado, mi señor Vanion —observó Bevier.

Falquián le lanzó una breve pregunta a Xanetia, contenida en sus propios pensamientos.

Ella negó con la cabeza. Por alguna razón, Sephrenia aún no le había hablado a Zalasta de la extraña capacidad que tenía la mujer delfae de indagar en las mentes de los demás.

—Yo no lo creo, Bevier —estaba diciendo Vanion—. No ha manifestado reticencia alguna a estar en la misma habitación que la anarae, y ésta es una buena indicación de que no lo sabe. Ahora bien, ¿quién interrogará a Kolata? Probablemente deberíamos limitarlo a uno solo de nosotros. Si todos comenzamos a lanzarle preguntas, sus pensamientos se atascarán de tal manera que Xanetia no podrá sacar nada en claro de ellos.

—Itagne es hábil para el debate y la disputa verbal —sugirió Oscagne—. Los académicos pasan horas discutiendo sobre la mortalidad de los cangrejos.

—Nosotros preferimos llamarlo meticolosa atención a los detalles, muchacho —lo corrigió su hermano—. Kolata tiene rango ministerial.

—Ya no lo tiene —lo contradijo Sarabian.

—Bueno, pues solía tenerlo, majestad. Yo sugeriría que dejásemos que fuera Oscagne quien condujera el interrogatorio. Tiene el mismo rango que Kolata, así que podrá abordarlo en un plano de igualdad.

—¿Puedo hacer una sugerencia? —preguntó Stragen.

—Por supuesto, mi señor Stragen —replicó el emperador.

—Teovin anda furtivamente por ahí intentándolo todo para subvertir a los otros ministros del gobierno de tu majestad. ¿No sería una buena idea el hacer de esto una investigación formal en lugar de un proceso secreto? Si todos los ministros y edecanes están presentes cuando interroguemos a Kolata, Teovin no tendrá la oportunidad de volverse contra nosotros y arreglar las cosas para su provecho.

—Ésa es una noción interesante, ¿no te parece, Ehlana? —reflexionó Sarabian.

—Muy interesante —asintió ella—. Pero ese interrogatorio tendremos que posponerlo.

—¿Ah, sí?

—Sí. Queremos dar a los corredores atanes una cabeza de ventaja. —Lo miró con expresión grave—. Las cosas son así, Sarabian. Hasta ahora, sólo se ha tratado de especulaciones. Una vez que Kolata comience a hablar ante el resto del gobierno, tú te verás comprometido. ¿Estás realmente preparado para ir tan lejos?

El emperador respiró profundamente.

—Sí, Ehlana, creo que lo estoy. —La voz de Sarabian era firme pero muy baja.

—Demos entonces la orden. Declaremos la ley marcial. Dejemos en libertad a los atanes.

Sarabian tragó con dificultad.

—¿Estás seguro de que tu idea funcionará, atan Engessa? —le preguntó al gigantesco guerrero.

—Siempre ha funcionado, Sarabian-emperador —replicó Engessa—. Los fuegos de señales están todos preparados. El mensaje recorrerá todo Tamuli en una sola noche. Los atanes saldrán de sus guarniciones a la mañana siguiente.

Sarabian mantuvo la vista fija en el suelo durante un largo instante. Luego levantó los ojos.

—Hazlo —decidió.

La parte difícil fue persuadir a Sarabian y Ehlana de que no le contaran a Zalasta lo que estaba sucediendo.

—No le hace falta saberlo —explicó pacientemente Falquián.

—Sin duda, tú no desconfías de él, Falquián —protestó Ehlana—. Ha demostrado su lealtad una y otra vez.

—Por supuesto que sí. Pero es un estirio, y este repentino movimiento vuestro va a volver a todo Tamuli del revés. Ahí fuera va a crearse un caos absoluto. Él podría intentar enviar un mensaje a las comunidades estirias de las proximidades..., alguna clase de advertencia. Sería natural que lo hiciera, y no podemos arriesgarnos a que se filtre esa información. Lo único que convierte vuestro plan en algo viable, es el hecho de que va a tratarse de una total sorpresa. Hay estirios y estirios.

—Di lo que quieras decir con claridad —le pidió Sarabian con voz malhumorada.

—El término estirio «renegado» tiene el mismo significado en Tamuli que en Eosia, majestad. Tenemos que dar por supuesto que si se lo contamos a Zalasta estaremos contándoselo al todo Estiria, ¿no es así? Nosotros conocemos a Zalasta, pero no conocemos a todos los demás estirios del continente. En Sarsos hay algunos que firmarían pactos con el mismísimo infierno si creyeran que eso les proporcionaría la oportunidad de ajustarles las cuentas a los elenios.

—Vas a herir sus sentimientos, lo sabes, ¿verdad? —dijo Ehlana.

—Sobrevivirá. Sólo tendremos una oportunidad en este caso, así que será mejor que no corramos ni el más remoto riesgo.

Se oyó un cortés golpe en la puerta, y Mirtai entró en el salón donde estaban reunidos los tres.

—Oscagne y ese otro han regresado —informó.

—Hazlos pasar, por favor, Atana —le pidió Sarabian.

En el rostro del ministro de Asuntos Exteriores había una especie de júbilo reprimido en el momento en que traspuso la puerta junto con su hermano, y la expresión de Itagne era casi idéntica. Falquián se sobresaltó un poco a causa de lo mucho que se parecían.

—Vosotros dos tenéis el aspecto de un par de gatos que acaban de tragarse un canario —comentó Sarabian.

—Vamos a dar el mayor golpe de la década, majestad —le respondió Itagne.

—Del siglo —lo corrigió Oscagne—. Todo está dispuesto, mi emperador. Lo hemos dicho de una forma algo vaga... «reunión general del consejo imperial»... ese tipo de cosas. Itagne dejó caer algunas insinuaciones. Ha estado sembrando la idea de que tienes en mente hacer que tu cumpleaños sea declarado fiesta nacional. Se trata del tipo de capricho por el que es famosa tu familia.

—Seamos amables —murmuró Sarabian. Había adoptado aquella expresión elenia en particular durante su estancia en el castillo de Ehlana.

—Perdóname, majestad —se disculpó Oscagne—. Hemos transmitido todo el asunto como una reunión rutinaria del consejo, algo sin significado... todo formalidades y nada significativo.

—¿Puedes prestarme tu sala del trono, Ehlana? —le preguntó Sarabian a la reina.

—Por supuesto —replicó ella con una sonrisa—. Ropas formales, supongo.

—Ciertamente. Llevaremos las coronas y los ropajes regios. Tú ponte el vestido más bonito que tengas, y yo me pondré el más bonito de los míos.

—¡Majestad! —protestó Oscagne—. Difícilmente podría llamarse vestido al tradicional manto tamul.

—Una falda larga es una falda larga, Oscagne. Francamente, prefiero los jubones y las calzas... y, dadas las circunstancias, mi estoque. Stragen tiene razón. Cuando uno se acostumbra a llevarlo comienza a sentirse desnudo sin él.

—Si la formalidad va a ser la nota clave, creo que tú y los demás deberíais llevar vuestras armaduras, Falquián —le dijo Ehlana a su esposo.

—Excelente idea, Ehlana —aprobó Sarabian—. De ese modo, estarán

preparados para cuando las cosas se pongan feas.

Pasaron el resto del día supervisando el traslado de muebles a la sala del trono. La reina de Elenia, como hacía a veces, se fue a los extremos.

—¿Estandartes? —le preguntó Falquián a su esposa—. ¿Estandartes, Ehlana?

—Queremos que las cosas tengan un aspecto festivo, Falquián —replicó ella con un airoso gesto de la cabeza—. Sí, ya lo sé. Es frívolo e incluso un poco tonto, pero los estandartes colgados de las paredes y una fanfarria de trompetas que anuncia a cada uno de los ministros, marcará el tono. Queremos que todo el acontecimiento tenga un aspecto tan intensamente formal, que a ninguno de los funcionarios gubernamentales le pase por la cabeza la idea de que pueda suceder algo ni remotamente serio. Estamos preparando una trampa, amor, y los estandartes son parte del cebo. Los detalles, Falquián, los detalles. Las buenas conspiraciones están plagadas de detalles.

—Estás divirtiéndote con esto, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. ¿Está alzado el puente levadizo?

Él asintió con la cabeza.

—Perfecto. Que permanezca así. No nos interesa que nadie se escabulla fuera del castillo con información alguna. Mañana escoltaremos a los ministros al interior de esta sala, y luego volveremos a alzar el puente. Es importante que tengamos un control absoluto de la situación.

—Sí, querida.

—No te rías de mí, Falquián —le advirtió ella.

—Antes, moriría.

Era ya casi de noche cuando Zalasta entró en la sala del trono y se llevó a Falquián a un rincón.

—Tengo que marcharme, príncipe Falquián —imploró Zalasta, con los ojos un poco desorbitados—. Es un asunto de la más grave urgencia.

—Tengo las manos atadas, Zalasta —le respondió Falquián—. Ya conoces a mi esposa. Cuando se pone a hablar con el pronombre mayestático, no hay forma de razonar con ella.

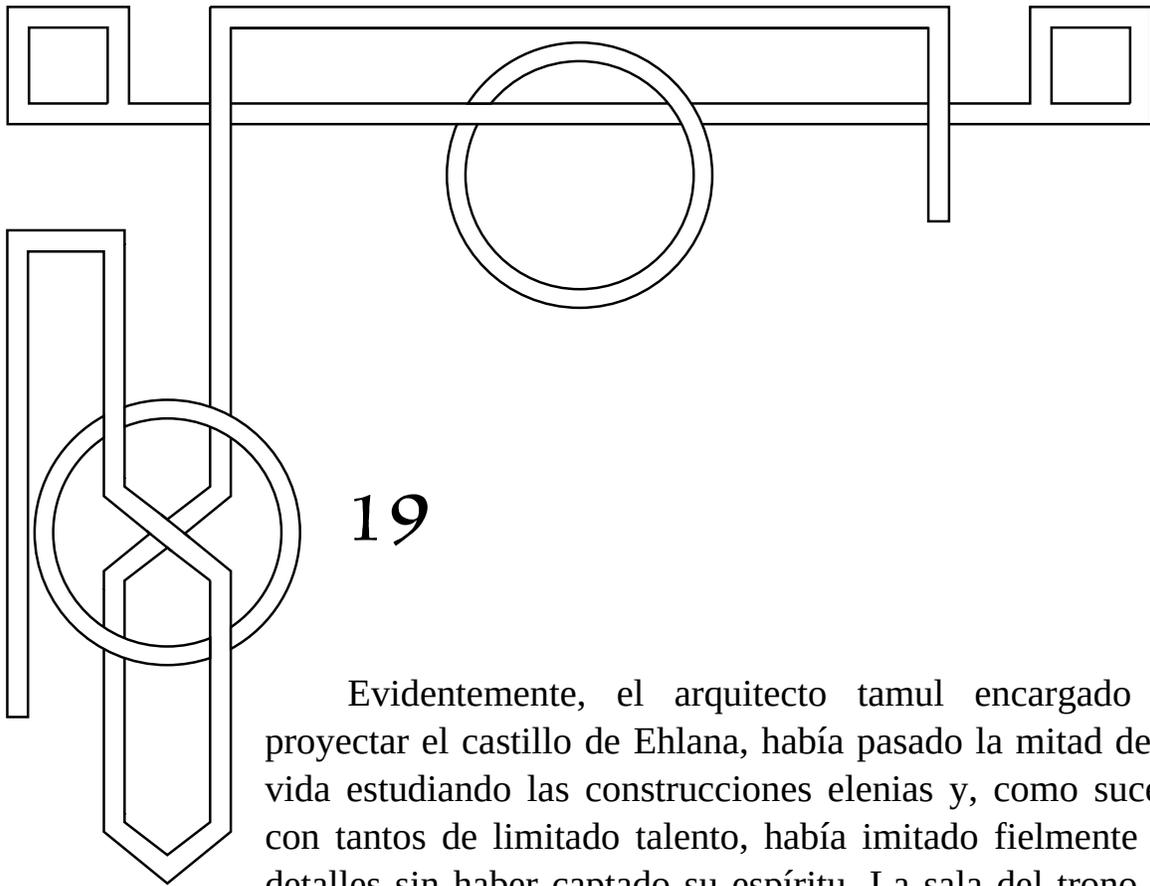
—Hay cosas que inevitablemente tengo que poner en movimiento, alteza, cosas de vital importancia para el éxito de los planes del emperador.

—Intentaré hablar con ella, pero no puedo darte muchas esperanzas. Sin

embargo, las cosas están bastante bien controladas. Los atanes saben qué deben hacer fuera de las murallas del castillo, y mis caballeros de la Iglesia pueden hacerse cargo de lo que suceda en el interior. Hay ministros y otros altos funcionarios cuya lealtad está en tela de juicio, ¿sabes? No sabemos exactamente qué sacará a la luz el interrogatorio del ministro del Interior. Tendremos a esa gente en nuestras manos, y no queremos que huyan para hacer más daño.

—¡Es que no lo comprendes, Falquián! —La nota de desesperación era claramente perceptible.

—Haré lo que pueda, Zalasta —le aseguró Falquián—, pero no puedo prometerle nada.



19

Evidentemente, el arquitecto tamul encargado de proyectar el castillo de Ehlana, había pasado la mitad de su vida estudiando las construcciones elenias y, como sucede con tantos de limitado talento, había imitado fielmente los detalles sin haber captado su espíritu. La sala del trono era un ejemplo de ello. Los castillos elenios no tienen más que dos propósitos: permanecer en pie y mantener fuera a los visitantes indeseables. Esos dos propósitos se ven mejor servidos por el tipo de construcciones sólidas que uno podría tomar en cuenta si tuviera que diseñar una montaña. A lo largo de los siglos, los elenios han buscado la forma de suavizar su severo entorno mediante los adornos. Los refuerzos interiores destinados a evitar que las paredes se desplomen —incluso cuando son azotadas por una lluvia de rocas enemigas—, se transformaron en contrafuertes. Los gruesos pilares diseñados para mantener el techo en su sitio se convirtieron en columnas con ornadas bases y capiteles tallados. El mismo tipo de resistencia puede conseguirse abovedando el techo, y la sala del trono del castillo de Ehlana de construcción tamul, era una maravilla de la redundancia. Tenía un techo sólidamente abovedado y apuntalado por largas hileras de columnas estriadas, además de estar apoyada por contrafuertes volantes tan delicados que no sólo resultaban inútiles sino también peligrosos para cualquiera que se hallase cerca de ellos. Además, como todas las otras construcciones de Matherion la de las cúpulas de fuego, la totalidad de la sala

estaba revestida con opalescente madreperla.

Ehlana había escogido los estandartes con cierto cuidado, y las relumbrantes paredes estaban ahora acentuadas por una orgía de colores. Las cortinas de terciopelo de treinta palmos de largo que cubrían las estrechas ventanas habían sido realzadas con satén de color blanco, las paredes decoradas con pendones cruzados e imitaciones de banderas de batalla, largas sartas de brillantes tapizaban los ábsides, y las columnas y contrafuertes estaban envueltos en seda escarlata. A los ojos algo desengañados de Falquián, el lugar tenía aspecto de una feria campestre decorada por un empresario gravemente daltónico.

—Llamativo —observó Ulath, mientras lustraba los negros cuernos de ogro de su casco con un trozo de paño.

—Llamativo se aproxima a la definición —asintió Falquián.

El príncipe consorte iba formalmente ataviado con la negra armadura cubierta por la túnica plateada. El herrero tamul que había quitado las abolladuras y reesmaltado la coraza, también había frotado el interior de la misma con pétalos de rosa machacados como una especie de sutil y muda crítica a la fragancia normal de la armadura. La mezcla de olores resultaba peculiar.

—¿Cómo vamos a explicar la presencia de todos los guardias que rodean a Ehlana y Sarabian? —le preguntó Ulath a su compañero.

Falquián se encogió de hombros.

—No tenemos por qué explicar nada, Ulath. Somos elenios, y el resto del mundo piensa que somos bárbaros con extrañas costumbres rituales que nadie más que nosotros puede comprender. No pienso que mi esposa permanezca ahí sentada, sin protección, mientras ella y Sarabian informan al gobierno que acaba de ser desarticulado.

—Piensas correctamente. —Ulath miró con gravedad a su amigo—. Sephrenia está poniéndose difícil, ¿sabes?

—Esperábamos más o menos que lo hiciese.

—Puede que le resultara más fácil si la dejáramos sentar junto a Zalasta.

Falquián negó con la cabeza.

—Zalasta es consejero del gobierno. Tendrá que estar entre los ministros. Dejemos a Sephrenia sentada a un lado. Haré que Danae le haga compañía.

—Puede que eso la ayude. La presencia de tu hija parece calmar a Sephrenia. En todo caso, no sentaría a Xanetia junto con ellas dos.

—No tenía pensado hacerlo.

—No hacía más que asegurarme. ¿Ha recibido Engessa alguna clase de acuse

de recibo a su señal? ¿Estamos absolutamente seguros de que la orden le ha llegado a todo el mundo?

—Él sí lo está. Supongo que los atanes han empleado las señales de fuego para transmitirse órdenes desde hace siglos.

—Yo siento algunas dudas acerca de las fogatas en las cimas de las colinas como forma de enviar mensajes, Falquián.

—Eso es asunto de Engessa. No tendría demasiada importancia si la orden no hubiera llegado a algunos lugares apartados cuando salió el sol esta mañana.

—Probablemente tengas razón. Entonces, supongo que ya hemos hecho todo lo que se podía. Simplemente espero que nada salga mal.

—¿Qué podría salir mal?

—Ése es el tipo de forma de pensar que llena los cementerios Falquián. Iré a decirles que bajen el puente levadizo. Será mejor que comencemos.

Stragen había aleccionado cuidadosamente a una docena de trompeteros tamules y al resto de sus propios músicos, concluyendo la lección con algunas horrendas amenazas y una instructiva visita a la cuidadosamente reproducida sala de torturas de los sótanos. Los músicos habían jurado todos devotamente tocar las notas correctas y renunciar a la improvisación. Las fanfarrias que tendrían que dar la bienvenida a cada uno de los ministros habían sido idea de Ehlana. Las fanfarrias son lisonjeras; acarician el ego, atraen a los descuidados a las trampas.

Ehlana era buena para este tipo de cosas. La profundidad de su instinto político a veces asombraba a Falquián.

De acuerdo con la formalidad de la ocasión, a lo largo de las paredes se hallaban apostados caballeros de la Iglesia ataviados con armadura, a intervalos muy espaciados. Para el observador casual, dichos caballeros no eran más que parte de la decoración de la sala del trono. El observador casual, sin embargo, habría caído en un craso error. Los inmóviles hombres revestidos de acero estaban allí para asegurarse completamente de que una vez que los miembros del gobierno imperial hubieran entrado en el salón, no salieran de él sin permiso; y el puente levadizo, que se alzaría en cuanto todos los invitados estuviesen en el interior, aseguraba doblemente que nadie se aburriría y se alejaría disimuladamente. Sarabian había informado a sus amigos elenios que el Consejo Imperial había crecido a lo largo de los siglos. Al principio, consistía sólo en los ministros. A aquellas alturas ya había alcanzado el punto en el que se incluía

también a los subsecretarios temporales de los subsecretarios interinos. El título «miembro del Consejo Imperial» se había transformado en algo que carecía totalmente de sentido. La inclusión de semejante muchedumbre, no obstante, garantizaba que todos y cada uno de los traidores que se hallaban dentro del complejo imperial se reunirían tras las almenas de Ehlana. La reina de Elenia era lo bastante astuta como para utilizar incluso el egocentrismo de sus enemigos como arma contra ellos.

—¿Y bien? —inquirió Ehlana con nerviosismo cuando su esposo entró en las dependencias reales.

La reina llevaba un vestido color crema con los bordes guarnecidos de hilo de oro, sobre el que se había puesto una capa de terciopelo azul oscuro rematada por una tira de piel de armiño. La corona tenía un aspecto muy delicado, una especie de cofia de encaje hecha con oro forjado y recamada con gemas de colores brillantes. Sin embargo, a pesar de su apariencia de levedad, Falquián sabía, por haberla cogido entre sus manos varias veces, que era casi tan pesada como la corona del tesoro real, que estaba guardada bajo llave en la cámara del palacio de Cimmura.

—Están empezando a cruzar el puente levadizo —le informó él—. Itagne está recibéndolos. Él conoce a todas las personas de alguna importancia del gobierno, así que podrá determinar el momento en que ya no falte nadie. En cuanto todos estén dentro, los caballeros alzarán el puente. —Miró al emperador Sarabian, que se hallaba cerca de la ventana y se mordía nerviosamente una uña—. Ya no falta demasiado, majestad. ¿No deberías cambiarte de ropa?

—El manto tamul fue diseñado para ocultar una multitud de defectos, príncipe Falquián, así que también ocultará mis ropas occidentales..., y mi estoque. No pienso salir desarmado ahí fuera.

—Nosotros cuidaremos de ti, Sarabian —le aseguró Ehlana.

—Prefiero hacerlo yo mismo, madre. —De pronto, el emperador se echó a reír nerviosamente—. Quizá sea un chiste malo, pero hay mucho de verdad en él. Tú me has criado a partir de la lactancia política, Ehlana. En ese sentido, eres efectivamente mi madre.

—Si alguna vez se te ocurre llamarme «mami», no volveré a hablarte nunca en la vida, majestad.

—Antes me mordería la lengua, majestad.

—¿Cuál es el procedimiento acostumbrado, majestad? —le preguntó Falquián a Sarabian, mientras espían desde detrás de la cortina colgada ante la puerta que daba a la sala del trono en la que iban entrando rápidamente todos los invitados.

—En cuanto hayan llegado todos, Subat llamará al orden a los presentes —replicó Sarabian—. Ése es el momento en que entro yo..., al son de lo que aquí en Matherion pasa por ser música.

—Stragen se ha hecho cargo de que tu digna entrada sea verdaderamente digna —le aseguró Ehlana—. Él mismo ha compuesto una fanfarria.

—¿Son artistas todos los ladrones elenios? —le preguntó Sarabian—. Talen pinta, Stragen compone música, y Caalador es un actor de talento.

Ehlana le sonrió.

—Parece que nos atraemos a los talentos, majestad.

—¿Te parece que tendría que explicar por qué somos tantos los que estaremos en el estrado del trono? —inquirió Sarabian, echando una fugaz mirada a Mirtai y Engessa.

Ella negó con la cabeza.

—Nunca des explicaciones. Es un signo de debilidad. Yo entraré cogida de tu brazo, y todos se humillarán ante nosotros.

—Se lo llama «postración genufrectoria», Ehlana.

Ella se encogió de hombros.

—Lo que sea. Cuando vuelvan a levantarse, ya estaremos sentados con los guardias a nuestro alrededor. Ése es el momento en que tú te haces cargo de la reunión. Ni siquiera dejes que Subat abra la sesión. Hoy tenemos nuestro propio programa, así que no disponemos de tiempo para escucharlo balbucear acerca de las perspectivas de la cosecha de trigo de las llanuras de Edom. ¿Cómo te sientes?

—Nervioso. Nunca antes he derrocado a un gobierno.

—Ninguno de nosotros lo ha hecho..., a menos que cuentes lo que yo hice en la basílica cuando nombré a Dolmant para la archiprelatura.

—No habrá hecho eso en serio, ¿verdad, Falquián?

—Oh, sí, majestad... y lo hizo todo ella sola. Estuvo soberbia.

—Tú simplemente continúa hablando, Sarabian —le aconsejó Ehlana—. Si alguien intenta interrumpirte, hazlo callar. Ni siquiera intentes ser cortés. Ésta es tu reunión. No te muestres conciliador ni razonable, sino fríamente furioso. ¿Eres bueno en oratoria?

—Probablemente no. No me dejan hablar en público con demasiada

frecuencia..., excepto en las ceremonias de graduación de la universidad.

—Habla despacio. Tienes tendencia a hablar demasiado rápido. La mitad de una buena oratoria reside en la cadencia. Utiliza las pausas. Varía el volumen de la voz desde el grito hasta el susurro. Actúa de manera dramática. Proporciónales un buen espectáculo.

El emperador se echó a reír.

—Eres una charlatana, Ehlana querida.

—Naturalmente. Eso es precisamente la política... fraude, engaño y charlatanería.

—¡Es espantoso!

—Por supuesto, por eso resulta tan divertida.

Las metálicas fanfarrias resonaban en el techo abovedado al entrar cada uno de los ministros en la sala del trono, y producían el efecto deseado. Todos ellos, vestidos con sus mantos de seda, parecían sentir una ligera reverencia ante su propia sublime importancia. Avanzaban hacia sus asientos con paso majestuoso, lento, y expresión grave, incluso exaltada. Pondia Subat, el primer ministro, parecía particularmente impresionado consigo mismo. Estaba espléndidamente solo en un sillón tapizado, al lado de la plataforma en la que se hallaban colocados los tronos, y contemplaba con aire imperial a los otros funcionarios reunidos en los asientos que se alineaban a ambos lados del ancho ábside central.

El canciller del Tesoro, Gashon, estaba sentado con Teovin, el director de la policía secreta, y otros varios ministros. Los integrantes de aquel pequeño grupo parecían muy atareados en susurrarse cosas los unos a los otros.

—Probablemente, ésa será la oposición —observó Ehlana—. Estamos seguros de que Teovin se halla implicado, y los demás es muy probable que también lo estén..., en mayor o menor grado. —Se volvió a mirar a Talen, que se hallaba detrás de ella ataviado con sus calzas de paje largas hasta la rodilla—. Ponle muchísima atención a ese grupo —le dijo—. Quiero un informe sobre sus reacciones. Tenemos que poder determinar el grado de culpa de cada uno por las expresiones de sus rostros.

—Sí, mi reina.

Luego apareció Itagne ante las sólidas puertas de dos hojas, y agitó rápidamente una mano en dirección a Ulath para indicarle que ya estaban dentro todos los funcionarios de relevancia.

Ulath, que se hallaba junto al estrado, se llevó a los labios el cuerno de ogro.

La sala pareció caer en un atemorizado silencio ante el bárbaro toque de aquel cuerno de sonido profundo y áspero que resonó en los nacarados muros. Las enormes puertas se cerraron sonoramente, y dos caballeros con armadura, uno cyrinico, todo ataviado de blanco, y el otro pandion, completamente acorazado de negro, se apostaron ante la entrada principal.

El primer ministro se puso de pie.

Ulath golpeó tres veces el suelo con el largo mango de su hacha para llamar al silencio a los presentes.

El emperador se estremeció.

—¿Qué sucede, Sarabian? —le preguntó Mirtai.

—El caballero Ulath acaba de romper varios baldosines del piso.

—Podremos reemplazarlos con huesos —le aseguró ella—. Antes de que termine el día, tendríamos que tener unos cuantos desparramados por aquí.

—¿Quiere el consejo guardar silencio, por favor? —entonó Pondia Subat.

Ulath volvió a golpear el suelo.

Falquián recorrió con los ojos la sala del trono. Todos estaban en su lugar. Sephrenia, con su blanca túnica estiria, se encontraba junto a la princesa Danae y Caalador, al otro lado de la estancia. Xanetia, también vestida de blanco, estaba en el extremo más cercano, con Kalten y Berit. Melidere se encontraba sentada en un pequeño palco con las nueve esposas imperiales. La inteligente baronesa había puesto buen cuidado en cultivar la amistad de la primera esposa de Sarabian, Cieronna, miembro de una de las más nobles casas del propio Tamul y madre del príncipe heredero. La amistad se había hecho tan íntima que Melidere era invitada por costumbre a asistir a las Ceremonias reales en compañía de las emperatrices. No obstante, en esta ocasión la presencia de la baronesa entre ellas albergaba un propósito muy serio. Sarabian tenía una esposa de cada uno de los nueve reinos, y era perfectamente posible que algunas de ellas hubiesen sido subvertidas. Falquián estaba bastante seguro de que la valesiana de pechos desnudos, Elysoun, estaba libre de contaminaciones políticas. Simplemente estaba demasiado ocupada en otras cosas como para dedicarse a la política. La esposa tegana, Gahenas, una dama puritana obsesionada con su virtud personal y su firme republicanismo probablemente no había sido siquiera abordada por los conspiradores. Sin embargo, Torella de Arjuna y Chacole de Cynesga, eran altamente sospechosas. Ambas habían establecido lo que podría llamarse cortes personales literalmente plagadas de nobles de sus propias tierras natales. La

baronesa Melidere tenía la misión de vigilar atentamente a aquellas dos en particular, en busca de signos de reacciones poco habituales ante las revelaciones de la verdadera afiliación de Zalasta.

Falquián suspiró. ¡Era todo tan complicado! Los amigos y los enemigos tienen todos el mismo aspecto. A la larga, podría resultar que los dones de Xanetia fueran más valiosos que una repentina oferta de ayuda por parte de un ejército entero.

Vanion, que disimuladamente se había colocado entre los caballeros que estaban alineados junto a las paredes, levantó y volvió a bajar la visera de su casco. Era la señal convenida para indicar que todas las fuerzas estaban en posición. Stragen, que se encontraba con los trompeteros detrás del estrado, le hizo un fugaz gesto de reconocimiento.

Entonces Falquián miró muy atentamente a Zalasta, el inconsciente invitado de honor de la fiesta. El estirio, con ojos aprensivos, se encontraba sentado entre los ministros, y su blanca túnica parecía extrañamente fuera de lugar entre los mantos de brillantes colores de los ministros. Resultaba bastante obvio que sabía que se estaba preparando algo, e igualmente obvio que no tenía ni idea de qué podía ser. En todo caso, eso ya indicaba algo. Al menos, ninguno de los miembros del círculo interno había sido corrompido. Falquián se sacudió ese pensamiento con irritación. Dadas las circunstancias, una cierta cantidad de cautelosa desconfianza resultaba natural; pero si no se la controlaba, podía transformarse en una enfermedad. Su rostro se contorsionó con una amarga mueca. Si pasaba un día más en aquella situación, comenzaría a sospechar de sí mismo.

—¡Orden en el consejo! —repitió Pondia Subat.

Ulath rompió algunos baldosines más.

—¡Por orden de su majestad imperial, el emperador Sarabian, llamo al orden a este consejo!

—Buen Dios, Subat —gimió Sarabian, a medias para sí mismo—. ¿Vais a destrozarse todo el suelo?

—¡Caballeros, su majestad imperial, Sarabian de Tamuli!

Una sola trompeta tocó un claro y sonoro tema musical de majestuosas notas descendentes. Luego una segunda se unió a la anterior para repetir el tema en un tercio de octava más alto... y luego otra trompeta en otro tercio más alto aún. Luego, en un gran crescendo aún más alto, todos los músicos tocaron a un tiempo y llenaron la sala del trono con trémulos ecos.

—Impresionante —comentó Sarabian—. ¿Salimos ya?

—Aún no —le respondió Ehlana—. La música tiene que cambiar. Entonces, nosotros comenzaremos a andar. Pon atención a la mano que apoyaré sobre tu brazo. Deja que sea yo quien marque el paso. No te sobresaltes cuando llegemos a los tronos. Stragen tiene toda una banda de metales escondida en diversas partes de la sala. El final resultará atronador. Ponte muy erguido, echa los hombros hacia atrás y adopta un aire regio. Haz todo lo que puedas para parecer un dios.

—¿Te diviertes, Ehlana?

Ella le dedicó una sonrisa traviesa y le hizo un guiño.

—Ahora —le advirtió—. Las flautas de la parte trasera de la sala han recogido el tema. Ésa es nuestra señal. Buena suerte, amigo mío. —Le dio un ligero beso en una mejilla y luego apoyó la mano sobre su brazo—. Uno —dijo, mientras escuchaba atentamente la música—, dos —respiró profundamente—, ahora.

El emperador de Tamuli y la reina de Elenia traspusieron la arcada y avanzaron con paso regio hacia los tronos dorados mientras las flautas del fondo de la sala tocaban suavemente el plañidero acompañamiento del tema principal de Stragen, ahora en una clave menor. Inmediatamente detrás de ellos marchaban Falquián, Mirtai, Engessa y Bevier. Talen, Alean e Itagne, que aún jadeaban por haber corrido por los pasillos, los seguían.

Cuando el grupo real llegó a los tronos, Stragen, que estaba utilizando el estoque a modo de batuta, dirigió a sus músicos ocultos hasta una recapitulación en *fortísimo* del tema principal. El sonido resultaba sobrecogedor. Nadie se sintió del todo seguro de si los miembros del Consejo Imperial cayeron sobre sus rostros por la fuerza de la costumbre, o porque los derribó el tremendo estallido sonoro. Stragen cortó el aire con un golpe seco del estoque y los músicos dejaron de tocar, como si el director hubiera cortado el sonido de un tajo, dejando los ecos estremeciéndose en el aire como fantasmas.

—¿Desea tu majestad dirigirle algunas observaciones a esta reunión antes de que comencemos? —preguntó Pondia Subat en un tono casi insultante de superioridad.

La pregunta era puramente formal y casi ritual. Tradicionalmente, el emperador no hablaba en aquellas sesiones.

—Pues, sí, de hecho, creo que sí lo haré, Pondia Subat —replicó Sarabian, poniéndose nuevamente de pie—. Es muy amable por tu parte el preguntármelo,

muchacho.

Subat se quedó con la boca abierta y expresión de gran incredulidad.

—Pero...

—¿Sucede algo, Subat?

—Esto es de lo más irregular, majestad.

—Ya lo sé. Resulta refrescante, ¿no te parece? Hoy tenemos que tratar muchas cosas, Subat, así que comencemos de una vez.

—Tu majestad no ha consultado conmigo. No podemos continuar si yo no sé qué temas...

—¡Siéntate, Subat! —le gritó Sarabian—. ¡Quieto! —El tono de su voz era de mando—. Vas a permanecer en silencio hasta que yo te dé licencia para hablar.

—No puedes...

—¡¡He dicho que te sientes!!

Subat se acobardó y se hundió en su sillón.

—Tu cabeza no está demasiado firmemente asentada sobre tus hombros, mi señor primer ministro —continuó Sarabian con tono ominoso—, y si la agitas hacia mí de la forma incorrecta, podría caerse de inmediato. Has estado caminando de puntillas al borde mismo de la traición Pondia Subat, y estoy más que un poco irritado contigo.

El rostro del primer ministro se puso mortalmente pálido. Sarabian comenzó a pasearse arriba y abajo por el estrado, con el rostro sombrío como una tormenta eléctrica.

—Por favor, Dios, haz que se quede quieto —masculló Ehlana en un susurro—. No podrá pronunciar un discurso decente si anda dando saltos por la plataforma como una gacela en fuga.

Entonces el emperador se detuvo en la parte delantera de la plataforma ligeramente elevada.

—No voy a perder el tiempo con banalidades, caballeros —le dijo bruscamente a su gobierno—. Me encontré con una crisis, y me apoyé en vosotros para que la solucionarais. Me habéis fallado..., probablemente porque estabais demasiado atareados jugando a vuestros habituales juegos políticos. El imperio necesitaba gigantes, y lo único que yo tenía a mi servicio eran enanos. Eso hizo necesario que yo tuviera que enfrentarme personalmente con la crisis. Y precisamente eso es lo que he estado haciendo, caballeros, durante los últimos meses. Vosotros ya no sois relevantes, mis señores. El gobierno ahora soy yo.

Se oyeron gritos ultrajados proferidos por los ministros y sus subordinados.

—¡Está avanzando demasiado deprisa! —exclamó Ehlana—. ¡Tendría que haber compuesto mejor todo eso!

—No seas tan crítica —la censuró Falquián—. Es su discurso. Deja que lo pronuncie a su manera.

—¡Quiero silencio! —declaró Sarabian.

El consejo no le prestó atención alguna. Continuaron con el escandalizado parloteo. El emperador se abrió el manto para dejar al descubierto sus ropas elenias, y luego desenvainó el estoque.

—¡He dicho SILENCIO! —rugió.

El ruido cesó.

—Al próximo hombre que ose interrumpirme lo clavaré en la pared como una mariposa —les aseguró Sarabian. Luego cortó secamente el aire con el estoque. El sonido que produjo la hoja fue tan escalofriante como la muerte misma. El emperador miró a sus acobardados funcionarios—. Eso está un poco mejor —declaró—. Ahora, continuad así. —Apoyó la punta del estoque en el suelo y pasó levemente ambas manos cruzadas sobre el puño—. Durante siglos, mi familia ha dependido de los ministros para que se ocuparan del gobierno diario —prosiguió—. Nuestra confianza estaba, obviamente, depositada donde no debía. Vosotros fuisteis adecuados, a duras penas, en las épocas de tranquilidad; pero cuando surgió la crisis, comenzasteis a correr de un lado a otro como hormigas, más interesados en proteger vuestras propias fortunas y vuestros privilegios personales, y en perpetuar las eternas rivalidades interdepartamentales, que en el bien de mi imperio..., y ésa es una realidad que todos parecéis olvidar, caballeros. Se trata de mi imperio. Mi familia no ha puesto mucho ahínco en señalar ese hecho, pero yo creo que ha llegado el momento de recordároslo. Vosotros me servís a mí, y servís sólo según mi voluntad, no según vuestra propia conveniencia.

Los funcionarios contemplaban con la boca abierta al hombre del que habían pensado que no era más que un excéntrico inofensivo. Falquián captó movimiento cerca del centro de la sala del trono. Sus ojos regresaron a la parte delantera y advirtió que el asiento de Teovin estaba visiblemente vacío. El director de la policía secreta, más inteligente y mucho más rápido que sus colegas, arrojando por la ventana la dignidad, estaba ocupado en gatear apresuradamente hacia la salida más próxima. El canciller del Tesoro, Gashon,

delgado, enjuto y con sus ralos cabellos, se hallaba sentado junto a la silla vacía de Teovin y miraba fijamente a Sarabian con abierto terror.

Falquián miró rápidamente a Vanion y el preceptor le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. También él había visto al gateante policía.

—Cuando me di cuenta de que había escogido hombres pequeños de mentes pequeñas para administrar mi imperio —estaba diciendo Sarabian—: recurrí a Zalasta de Estiria para que me aconsejara. ¿Quién mejor que los estirios para enfrentarse con lo sobrenatural? Fue Zalasta quien me recomendó que sometiera una solicitud de ayuda directamente ante el archiprelado Dolmant de la Iglesia de Chyrellos, y el núcleo mismo de esa ayuda debía ser el príncipe Falquián de Elenia. Los tamules nos preciamos de nuestra sutileza y sofisticación, pero yo os aseguro que somos como niños comparados con los elenios. La visita real de mi querida hermana Ehlana no fue más que un pequeño subterfugio destinado a ocultar el hecho de que nuestro principal propósito era traer a su esposo, caballero Falquián, hasta Matherion. La reina Ehlana y yo nos divertimos engañándoos..., y no resultasteis difíciles de engañar mientras el príncipe Falquián buscaba en Tamuli las raíces de la revuelta. Como habíamos previsto, nuestros enemigos reaccionaron.

Se produjo una breve agitación en sordina ante una de las puertas laterales. Vanion y Khalad impedían con total firmeza que saliera de la sala el director de la Policía Secreta.

—¿Tienes algún compromiso urgente en otra parte, Teovin? —preguntó Sarabian con tono perezoso.

Teovin tenía los ojos enloquecidos, y miró a su emperador con abierto odio.

—Si estás descontento conmigo; Teovin, me sentiré más que encantado de darte una satisfacción —le aseguró Sarabian, blandiendo significativamente el estoque—. Por favor, regresa a tu asiento. Mis padrinos irán a verte cuando hayamos acabado aquí.

Vanion aferró al director de la policía secreta por un brazo, lo hizo girar y le señaló cortésmente el asiento. Luego, con un empujón no demasiado suave, lo puso en movimiento.

—Toda la palabrería de este preámbulo está comenzando a aburrirme, caballeros —anunció Sarabian—, así que, ¿por qué no vamos directamente a los hechos? El intento de golpe de Estado que se produjo en Matherion fue la respuesta directa a la llegada del caballero Falquián. Los variados disturbios que han tenido a los atanes corriendo de un extremo al otro del continente durante los

pasados años, tenían una fuente común y sólo una. Tenemos un solo enemigo, y éste ha orquestado una conspiración masiva destinada a derrocar al gobierno y arrebatarme a mí el trono; además, y es una cosa que tendría que haber previsto dada la naturaleza de aquellos que fingen servirme, tiene secuaces bien dispuestos también dentro del propio gobierno.

Algunos dignatarios profirieron exclamaciones ahogadas; de otros se apoderó un aire de culpabilidad.

—Prestadme muchísima atención, caballeros —continuó Sarabian—. Ahora es cuando el asunto se pone interesante. Muchos de vosotros os habréis interrogado respecto a la larga ausencia del ministro del Interior, Kolata. Estoy seguro de que os encantará saber que Kolata va a reunirse ahora con nosotros.

Se volvió a mirar a Ulath.

—¿Seríais tan amable de invitar al ministro del Interior a entrar, caballero Ulath? —le preguntó.

Ulath hizo una reverencia, y Kalten se puso de pie para reunirse con él.

—El ministro Kolata, como jefe de la policía de todo el imperio, sabe muchísimo acerca de actividades delictivas —declaró Sarabian—. Estoy seguro de que su análisis de la presente situación será muy instructivo.

Kalten y Ulath regresaron con Kolata entre ambos; el hombre tenía el rostro ceniciento. Sin embargo, no fue el hecho de que Kolata estuviese obviamente angustiado lo que provocó el grito que profirieron los demás funcionarios, sino más bien el que el jefe de la policía imperial apareciera cargado de cadenas.

El emperador Sarabian permaneció de pie, impasible, mientras los miembros del consejo gritaban sus protestas.

—¿Qué tal lo estoy haciendo hasta ahora, Ehlana? —preguntó por una comisura de la boca.

—Yo lo habría hecho de otra manera —le respondió ella—, pero sólo se trata de una cuestión de estilo. Te haré una crítica global cuando hayamos terminado. —Miró a los funcionarios, que estaban todos de pie hablando nerviosamente—. No permitas que eso continúe durante mucho rato. Recuérdales quién está al mando. Muéstrate muy pero que muy firme al respecto.

—Sí, madre —replicó él con una sonrisa, y luego se volvió a mirar a su gobierno y respiró profundamente—. ¡SILENCIO! —rugió con una voz tremendamente potente.

Todos cayeron en un silencio aturdido.

—No se producirán más interrupciones en este proceso —les advirtió Sarabian—. Las reglas han cambiado, caballeros. Ya no vamos a pretender ser civilizados. Yo voy a deciros lo que tenéis que hacer, y vosotros vais a hacerlo. Quisiera recordaros que no sólo servís según mi voluntad; también continuáis viviendo sólo gracias a mi voluntad. El ministro del Interior es culpable de alta traición. Advertiréis que no ha habido juicio alguno. Kolata es culpable porque yo digo que es culpable. —Sarabian hizo una pausa al darse cuenta de otra cosa—. Mi poder en Tamuli es absoluto. Yo soy el gobierno, y yo soy la ley. Vamos a interrogar a Kolata con bastante precisión. Poned atención a sus respuestas, caballeros. Vuestros puestos dentro del gobierno, y vuestras vidas mismas, podrían depender de lo que él diga. El ministro de Asuntos Exteriores Oscagne va a interrogar a Kolata..., no sobre su culpabilidad, la cual ya ha quedado establecida... sino sobre la implicación de otros. Vamos a llegar al fondo de esto de una vez y para siempre. Puedes proceder, Oscagne.

—Sí, majestad.

Oscagne se puso de pie y permaneció un momento sumido en profundas meditaciones mientras Sarabian volvía a sentarse. Oscagne llevaba puesto un manto de seda negra. La elección del color por su parte había sido completamente deliberada. A pesar de que los mantos negros no eran corrientes, tampoco eran algo desconocido. Los jueces y fiscales del imperio, en todo caso, vestían siempre de negro. El sombrío color realzaba la palidez del ministro de Exteriores, lo que a su vez acentuaba su expresión severa.

Khalad trajo un sencillo taburete de madera y lo colocó ante el estrado real. Kalten y Ulath se adelantaron con el ministro del Interior, y lo dejaron caer sin ceremonias sobre el taburete.

—¿Comprendes cuál es tu situación Kolata? —le preguntó Oscagne al prisionero.

—Tú no tienes ningún derecho a interrogarme, Oscagne —replicó Kolata en voz baja.

—Pártele los dedos, Khalad —ordenó Falquián desde donde se encontraba, detrás del trono de su esposa.

—Sí, mi señor —replicó Khalad—. ¿Cuántos?

—Comienza con uno o dos. Cada vez que empiece a hablar de los derechos de Oscagne... o de los suyos propios, rómpele otro.

—Sí, mi señor. —Khalad aferró una de las muñecas del ministro del Interior.

—¡Detenedlo! —chilló Kolata, aterrado—. ¡Que alguien lo detenga!

—Kalten, Ulath —ordenó Falquián—, matad al primer hombre que se mueva.

Kalten desenvainó la espada y Ulath levantó el hacha en el aire.

—Ya ves cómo están las cosas, muchacho —le comentó Oscagne al hombre que estaba sentado en el taburete—. Para empezar, no eres universalmente querido, y la orden que acaba de dar el príncipe Falquián ha evaporado cualquier minúsculo afecto que alguien pudiera tenerte. Hablarás, Kolata. Antes o después, te aseguro que hablarás. Podemos hacerlo por el camino fácil, o podemos hacerlo por el otro, pero te aseguro que vas a responder a mis preguntas. —El rostro de Oscagne había adoptado una expresión implacable.

—¡Me matarán, Oscagne! —declaró Kolata, con voz implorante—. ¡Me matarán si hablo!

—En ese caso, te encuentras en una situación difícil, Kolata, porque nosotros vamos a matarte si no hablas. Estás recibiendo órdenes de Cyrgon, ¿verdad?

—¿Cyrgon? ¡Eso es absurdo! —fanfarroneó Kolata—. Cyrgon es sólo un mito.

—¿Ah, sí? ¿De veras? —Oscagne lo miró con desprecio—. No te hagas el tonto conmigo, Kolata. No tengo paciencia para eso. Tus órdenes proceden de la embajada cynesgana, ¿no es cierto? Y en la mayoría de los casos te las trae un hombre llamado Krager.

Kolata lo miró con la boca abierta.

—Cierra la boca, Kolata. Pareces un idiota cuando la dejas abierta de esa forma. Ya sabemos muchísimas cosas referentes a tu traición. Lo único que realmente queremos de ti son unos pocos detalles. La primera vez te contactó alguien en quien tenías razones para confiar... y muy probablemente alguien a quien respetabas. Eso deja inmediatamente fuera a un cynesgano. Ningún tamul siente otra cosa más que desprecio hacia los cynesganos. Dada nuestra característica impresión de propia superioridad, eso también dejaría fuera a un arjuni o a un elenio de cualquiera de los reinos occidentales. Eso nos dejaría sólo con otro tamul, o posiblemente un atan, o... —Los ojos de Oscagne aumentaron repentinamente de tamaño y su rostro fue invadido por la expresión de alguien a quien ha alcanzado un rayo—. ¡O un estirio!

—Absurdo —se burló débilmente Kolata. No obstante, sus ojos estaban desorbitados y corrían velozmente de un lugar a otro como los de un hombre que busca un sitio en el que ocultarse.

Falquián miraba apreciativamente a Zalasta. El rostro del mago estaba

mortalmente pálido, pero sus ojos manifestaban que aún conservaba el control de sí mismo. Iba a requerir un poco más de tiempo empujarlo hasta el punto de ruptura. El corpulento pandion apoyó la mano izquierda sobre el puño de la espada, que era la señal convenida con Oscagne.

—No parece que estemos llegando a ninguna parte, muchacho —comentó Oscagne, arrastrando las palabras, recuperado ya de su sorpresa—. Creo que necesitas un poco de aliento. —Se volvió a mirar a Xanetia—. Nuestro estimado ministro del Interior no parece dispuesto a compartir sus secretos con nosotros. ¿Crees que podrías persuadirlo de que cambiara de actitud?

—No puedo más que intentarlo, Oscagne de Matherion —replicó Xanetia mientras se ponía de pie. Atravesó el ancho de la sala, escogiendo, por alguna razón, abordar al prisionero desde el lado en que se encontraba Sephrenia y no desde el que ella misma había estado observando—. Tenéis miedo, Kolata de Matherion —le dijo con gravedad—, y el vuestro miedo os hace valiente, porque en la vuestra mente creéis que si a estos que retienen vuestro cuerpo cautivo puede causaros grandes males, aquel que tiene esclavizada la vuestra alma aun puede hacer algo peor. Ahora tendréis que luchar con un miedo aún más terrible. Miradme, Kolata de Matherion. Y temblad, porque yo os infundiré el terror definitivo. ¿Hablaréis, y hablaréis con libertad?

—¡No puedo! —aulló Kolata.

—Entonces estáis perdido. Contempladme como en verdad soy y considerad bien el vuestro destino, porque yo soy muerte, Kolata de Matherion, una muerte mucho peor que cualquiera que hayáis imaginado.

El color abandonó a la muchacha, y el fulgor del interior de su cuerpo fue suave al principio. Ella permaneció de pie, mirándolo, con la barbilla alzada y una expresión de profunda tristeza en los ojos, mientras la luz se hacía más y más brillante.

Kolata profirió un alarido.

Los demás funcionarios se pusieron torpemente de pie, con expresión aterrorizada, profiriendo repentinos chillidos penetrantes.

—¡Sentaos! —les aulló Sarabian—. ¡Y guardad silencio!

Algunos de ellos volvieron a sentarse obedientemente. La mayoría, no obstante, estaban demasiado asustados. Continuaron retrocediendo ante Xanetia, gritando con voces estridentes.

—Mi señor Vanion —llamó Sarabian por encima del tumulto—, ¿podéis restablecer el orden, por favor?

—De inmediato, majestad.

Vanion bajó la visera de su casco, sacó la espada de la vaina, y levantó el escudo.

—¡Desenvainad las espadas! —ordenó. Se oyó un raspar metálico cuando los caballeros de la Iglesia desnudaron sus espadas—. ¡Adelante! —ordenó Vanion.

Los caballeros, que habían estado apostados a lo largo de las paredes, marcharon entre un rechinar metálico de armaduras, con las espadas a punto, y convergieron sobre los aterrorizados funcionarios.

Vanion tendió su brazo cubierto de acero, adelantando la espada y apoyando la punta de la misma en la garganta del primer ministro.

—El emperador te ha dicho que te sientes, Pondia Subat —le dijo—. ¡Hazlo! ¡AHORA!

El primer ministro se hundió en su asiento, repentinamente más atemorizado por Vanion que por Xanetia.

Otro par de miembros del consejo tuvieron que ser perseguidos y devueltos por la fuerza a sus asientos, y a uno bastante atlético, el ministro de Obras Públicas, según pensó Falquián, sólo pudo persuadirse de que bajara de la cortina por la que había trepado mediante la amenaza de la ballesta de Khalad. El orden quedó restablecido. No obstante, cuando los miembros del consejo regresaron —o más bien fueron obligados a regresar— a sus asientos, descubrieron al canciller del Tesoro tendido sobre el suelo, con los ojos sin expresión y una gran burbuja de espuma en la boca abierta de par en par.

Vanion examinó el cadáver de forma bastante superficial.

—Veneno —declaró brevemente—. Parece que se lo ha administrado él mismo.

Ehlana se estremeció.

—Os lo ruego, anarae —le pidió Sarabian a Xanetia—, continuad con la vuesa pesquisa.

—Si place a vuesa majestad —replicó con su voz extrañamente resonante, y volvió la mirada hacia Kolata—. ¿Hablaréis, y con libertad, Kolata de Matherion? —le preguntó.

El hombre se encogió, aterrorizado.

—Que así sea, entonces. —Ella tendió un brazo y se le aproximó—. La maldición de Edaemus pesa sobre mí —le advirtió—, y llevo la marca suya.

Compartiré con vos aquesta maldición. Tal vez vos lamentéis el vuestro silencio cuando la carne vuestra se pudra y caiga derretida de esos huesos de vos. Os ha llegado el momento de elegir, Kolata de Matherion. Fabled o morid. ¿Quién es el que ha robado la vuestra lealtad al vuestro legítimo señor? —La mano de la muchacha, más seguramente mortal que la espada de Vanion, estaba a pulgadas del ceniciento rostro de Kolata.

—¡No! —chilló el hombre—. ¡No! ¡Os lo diré!

La nube apareció de forma completamente repentina en el aire, por encima del balbuceante ministro, pero Falquián estaba preparado. Medio oculto tras el trono de Ehlana, se había quitado uno de los guanteletes y acababa de sacar subrepticamente la rosa de zafiro de su confinamiento.

—¡Rosa Azul! —dijo secamente—. ¡Destruid esa nube!

El Bhelliom se agitó en su mano, y la mancha densa, de apariencia casi sólida y de intensa oscuridad vaciló, flameando enloquecidamente como un pendón desplegado en su asta en poder de un huracán, y luego se deslizó y se alejó del hombre.

Zalasta fue arrojado contra el respaldo del asiento que ocupaba al romperse su hechizo. Se levantó a medias y volvió a caer, retorciéndose y gimiendo mientras se apoderaban de él los dentados bordes de su hechizo roto. La silla se volcó y él comenzó a convulsionarse sobre el suelo, como si fuera presa de un ataque.

—¡Fue él! —chilló Kolata, señalando al mago con una mano temblorosa—. ¡Fue Zalasta! ¡Él me obligó a hacerlo!

El grito ahogado de Sephrenia fue claramente audible. Falquián se volvió bruscamente a mirarla. Había caído de espaldas, casi tan conmocionada como el propio Zalasta. Tenía los ojos llenos de incredulidad y horror. Danae, advirtió Falquián, estaba hablándole, pronunciando las palabras a toda velocidad con el rostro de su hermana muy firmemente cogido entre las manos.

—¡Te maldigo, Falquián! —Las palabras salieron como una especie de graznido ronco al ponerse vacilantemente de pie Zalasta, ayudándose con su báculo. Tenía el rostro trastornado y contorsionado de frustración y cólera—. ¡Tú eres mía, Sephrenia, mía! —aulló—. ¡He ansiado tenerte durante una eternidad, contemplando cómo tu diosa ladrona y golfa te arrebatava de mi lado! ¡Pero se acabó! ¡Así, destierro para siempre a la diosa niña y el poder que tiene sobre ti! —El mortal báculo giró y se estabilizó horizontalmente en el aire—. ¡Muere, Aphrael! —chilló.

Sephrenia, sin pensarlo siquiera, rodeó con sus brazos a la hija de Falquián y se volvió con rapidez en el asiento, presentando voluntariamente la espalda a la furia de Zalasta.

El corazón de Falquián se heló cuando una bola de fuego salió disparada de la punta del báculo.

—¡No! —gritó Vanion, que intentó abalanzarse hacia él.

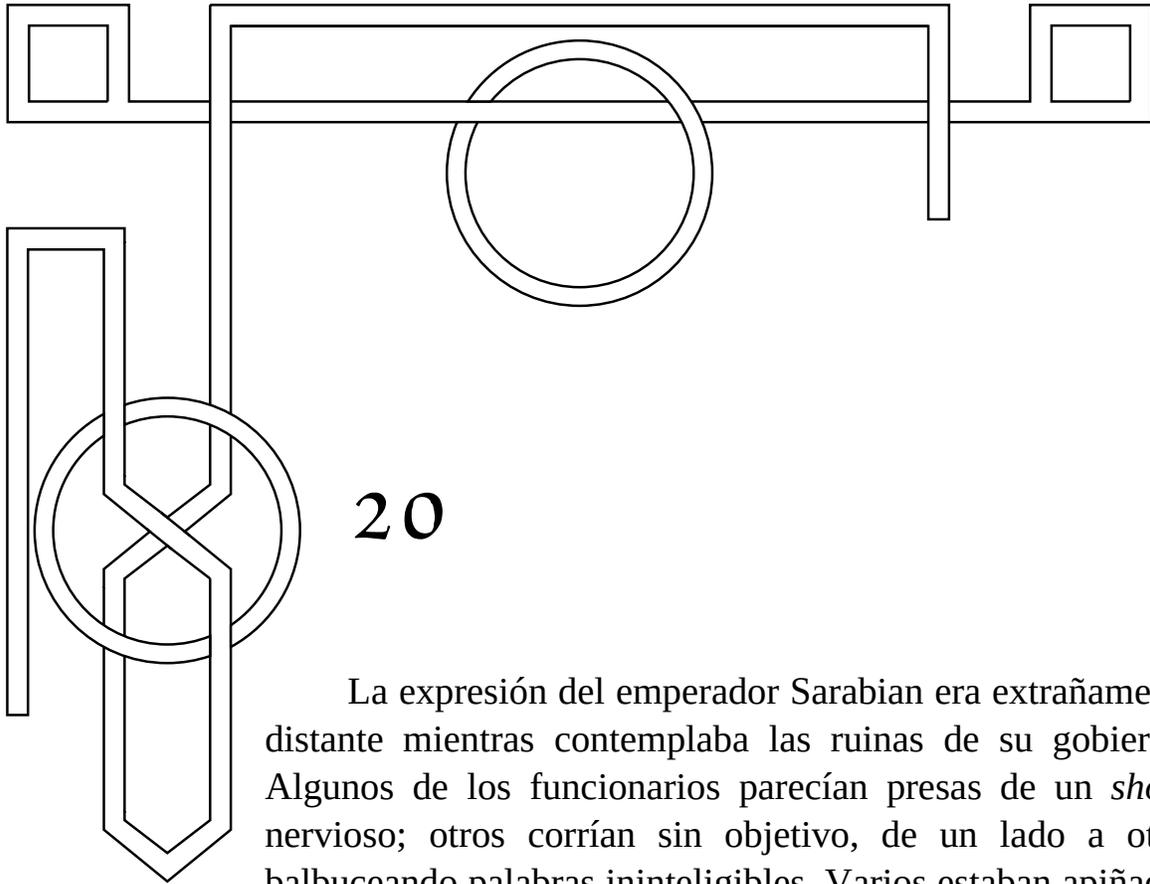
Pero Xanetia ya estaba allí. Su decisión de aproximarse a Kolata desde el lado de la sala en el que se encontraba Sephrenia, había estado claramente influenciada por la percepción de lo que había en la mente de Zalasta. Se había colocado conscientemente en una posición que le permitiera proteger a su enemiga. Sin temor, se encaró con el iracundo estirio. La chisporroteante bola de fuego trazó una lista brillante en el aire, cargada con todo el odio de siglos de antigüedad que Zalasta llevaba dentro.

Xanetia tendió una mano y la bola de fuego, como pájaro que regresa a la mano que lo alimenta, se posó sobre aquélla. Con apenas la sombra de una sonrisa danzándole en los labios, la mujer delfae cerró los dedos en torno al odio reprimido de Zalasta. Durante un breve instante, algunas llamas incandescentes escaparon de entre sus pálidos dedos, y luego la muchacha absorbió aquel candente mensajero de muerte y la luz del interior de su cuerpo lo consumió por completo.

—¿Y agora, qué, Zalasta de Estiria? —le preguntó al iracundo mago—. ¿Qué os proponéis agora? ¿Vais a entablar una contienda más conmigo para peligro de la vuesa propia vida? ¿O, como el perro apaleado que sois, os doblegaréis y huiréis de mi cólera? Porque yo os conozco. Ha sido la vuesa lengua envenenada la que ha dispuesto el corazón de la hermana mía contra mí. Huye, maestro de mentiras. No contaminéis por más tiempo los oídos de Sephrenia con las vuestas sucias calumnias. Marchad. Reniego de vos. Marchad.

Zalasta aulló, y en aquel aullido había toda una vida de anhelos insatisfechos y la más negra de las desesperaciones.

Y luego desapareció.



## 20

La expresión del emperador Sarabian era extrañamente distante mientras contemplaba las ruinas de su gobierno. Algunos de los funcionarios parecían presas de un *shock* nervioso; otros corrían sin objetivo, de un lado a otro, balbuceando palabras ininteligibles. Varios estaban apiñados ante la puerta principal e imploraban a los caballeros que los dejaran salir.

Oscagne, con su diplomático rostro imperturbable, se acercó a la plataforma de los tronos.

—Sorprendente giro de los acontecimientos —comentó, como si estuviera hablando de un inesperado chaparrón estival. Se ajustó estudiadamente el manto negro; cada vez tenía más aspecto de juez.

—Sí —asintió Sarabian, con los ojos aún perdidos en meditaciones—. No obstante, creo que podremos explotarlo. Falquián, ¿está utilizable la mazmorra de los sótanos?

—Sí, majestad. El arquitecto era muy minucioso.

—Perfecto.

—¿Qué tienes en mente, Sarabian? —le preguntó Ehlana.

Él le sonrió, y de pronto afloró a su rostro una expresión casi infantil.

—No pienso desértelo, tesoriyo —replicó, imitando atrozmente el dialecto de Caalador—. No quiero estropearle la sorpresa.

—Por favor, Sarabian —dijo ella, profiriendo un suspiro de cansancio.

—Tú sólo mira, mi reina. T'estoy preparando un pequeñiyo golpesito de mi invención.

—Vas a hacer que me enfade, Sarabian.

—¿Es que ya no me quieres, madre? —El tono de la voz del emperador era de entusiasmo y regocijo.

—¡Hombres! —exclamó ella, poniendo los ojos en blanco.

—Simplemente seguidme la corriente, amigos míos —les pidió el emperador—. Veamos si he aprendido bien las lecciones. —Entonces, se puso de pie—. Mi señor Vanion —llamó—. ¿Serías tan amable de devolver a nuestros invitados a sus asientos?

—De inmediato, majestad —replicó Vanion.

El preceptor de los pandion, en sobreaviso respecto a la traición de Zalasta, tenía la situación perfectamente controlada. Ladró unas pocas órdenes escuetas, y los caballeros de la Iglesia escoltaron con firmeza a los distraídos funcionarios de vuelta a sus asientos.

—¿Qué demonios estaba haciendo Zalasta? —le preguntó Ehlana a su esposo, en tono de exigencia, con un susurro—. ¿Por qué trató de atacar a Danae?

—No hizo tal cosa, amor mío —replicó Falquián, pensando a toda velocidad—. Estaba intentando atacar a Aphrael. ¿Es que no la viste? Estaba de pie justo al lado de Sephrenia.

—¿Que estaba allí?

—Por supuesto. Creía que todos los que estaban en la sala la habían visto, pero quizá sólo la vi yo... y Zalasta. ¿Por qué crees que huyó tan apresuradamente? Aphrael estaba a punto de arrancarle el corazón y comérselo ante sus mismísimos ojos.

La reina se estremeció.

El emperador Sarabian avanzó una vez más hasta la parte delantera del estrado.

—Volvamos al orden, caballeros —les dijo con voz irritada—. Todavía no hemos acabado. Colijo que os ha sorprendido la revelación de la verdadera posición de Zalasta... al menos a algunos de vosotros. Estoy decepcionado de vosotros, mis señores... en la mayoría de los casos por vuestra profunda falta de percepción, y en el resto por no haberos dado cuenta de que yo podía ver a través de Zalasta... y de vosotros... como si fuerais hojas de cristal. Algunos de vosotros sois traidores, y el resto meramente estúpidos. No tengo ninguna

necesidad de ser servido por hombres de ninguna de esas categorías. Tengo el tremendo placer de anunciaros que al salir el sol esta mañana, las guarniciones atanas de todo el territorio de Tamuli salieron de sus barracas y reemplazaron a todas las autoridades imperiales por oficiales de sus propias filas. Con la excepción de Matherion, la totalidad del imperio está bajo la ley marcial.

Los miembros del gobierno lo miraban boquiabiertos.

—Atan Engessa —dijo Sarabian.

—¿Sí, Sarabian-emperador?

—¿Serías tan amable de eliminar esa única excepción? Trae tus atanes a la ciudad y ocupa la capital.

—De inmediato, Sarabian-emperador —replicó Engessa, con una anchísima sonrisa en el rostro.

—Muéstrate firme, Engessa. Enséñales mi puño a mis súbditos.

—Se hará como ordenas, Sarabian-emperador.

—Espléndido muchacho —murmuró Sarabian en voz lo bastante alta como para que lo oyera el gigantesco atan que marchaba en dirección a la puerta.

—Majestad —protestó débilmente Pondia Subat, levantándose a medias de su asiento.

La mirada que el emperador le dirigió a su primer ministro era gélida.

—En este momento estoy ocupado, Subat —le respondió—. Tú y yo hablaremos más tarde..., largo y tendido. Estoy seguro de que me resultarán absolutamente fascinantes tus explicaciones de cómo pudo suceder todo esto ante tus propias narices sin que agitara siquiera esa siesta tuya que hace décadas que dura. Ahora, siéntate y quédate callado.

El primer ministro se hundió nuevamente en su asiento, con los ojos muy abiertos.

—Todo Tamuli se encuentra ahora bajo la ley marcial —declaró Sarabian ante sus funcionarios—. Dado que vosotros habéis fracasado tan miserablemente, me vi obligado a intervenir y hacerme cargo de la situación. Eso os convierte en innecesarios, así que quedáis todos despedidos.

Se oyeron exclamaciones ahogadas, y algunos funcionarios, los que más tiempo llevaban en sus cargos y más convencidos estaban de su calidad casi divina, profirieron gritos de protesta.

—Es más... —Sarabian interrumpió en seco las objeciones—, la traición de Zalasta ha arrojado dudas sobre la lealtad de todos y cada uno de vosotros. Si no puedo confiar en todos, debo sospechar de todos. Quiero que esta noche hagáis

una revisión de conciencia, caballeros, porque mañana voy a formularos preguntas, y quiero la verdad absoluta de vosotros. No tenemos tiempo para mentiras ni excusas, ni tampoco para tolerar vuestros intentos de eludir responsabilidades y culpas. Os aconsejo seriamente que seáis sinceros. Las consecuencias de la mendacidad o de la evasión serán muy, pero que muy desagradables.

Ulath sacó una larga piedra de afilar acero y comenzó a pasarla por el borde de la hoja de su hacha. Producía un sonido peculiar que daba dentera.

—Como prueba de mi benevolencia —continuó Sarabian—, he dispuesto las cosas de forma que os den alojamiento a todos aquí por esta noche, y os proporcionen a cada uno absoluta intimidad con el fin de que repaséis vuestras vidas pasadas y podáis responder perfectamente a mis preguntas de mañana. Mi señor Vanion, ¿seréis tú y tus caballeros tan amables de escoltar a nuestros invitados a sus dependencias de las mazmorras? —Sarabian estaba improvisando de manera descarada.

—De inmediato, majestad —replicó Vanion, golpeando su puño enfundado en el guantelete contra el peto de la armadura, a modo de saludo.

—Ah, mi señor Vanion... —agregó Ehlana.

—¿Sí, mi reina?

—Podría ser una buena idea que registraras a nuestros huéspedes antes de meterlos en la cama. No queremos que ninguno de ellos se haga daño de la misma forma que se lo hizo el canciller del Tesoro ¿no es cierto?

—Excelente sugerencia, majestad —asintió Sarabian—. Quítales todos los juguetes, mi señor Vanion. No queremos que nada los distraiga. —Hizo una pausa momentánea—. De hecho, mi señor Vanion, creo que nuestros huéspedes serán capaces de concentrarse un poco mejor si tienen algo tangible a su alrededor que realce la situación en que se hallan. Me parece que una vez oí algo referente a que los prisioneros de las mazmorras elenias llevan puesto una especie de uniforme.

—Sí, majestad —replicó el preceptor de los pandion con una cara absolutamente seria—. Se trata de una bata sin mangas hecha de tela de saco gris..., con una banda de color rojo brillante pintada en la espalda con el fin de poder identificarlos en caso de que huyan.

—¿Crees que podríamos encontrar algo por el estilo para nuestros huéspedes?

—Si no podemos, siempre existe la posibilidad de improvisar, majestad.

—Espléndido, mi señor Vanion..., y quítales también las joyas. Las joyas hacen que la gente se sienta importante, y quiero que todos ellos comprendan que son apenas algo más que chinches. Creo que será mejor que también les des de comer. ¿Qué suele comer la gente en las mazmorras?

—Pan y agua, majestad... unas gachas de vez en cuando.

—Eso les vendrá perfectamente. Llévatelos de aquí, Vanion. Su sola visión está comenzando a producirme náuseas.

Vanion ladró algunas órdenes secas, y los caballeros avanzaron entre el antiguo gobierno.

Cada funcionario dispuso de una guardia de honor de hombres con armadura para escoltarlo..., en algunos casos arrastrarlo..., hasta las mazmorras.

—Eh... quédate un momento, Teovin —le pidió amablemente el emperador al director de la policía secreta—. Creo que había algo que querías decirme.

—No, majestad —replicó el otro con tono hosco.

—Vamos, muchacho. No seas tímido. Estamos entre amigos. Si te sientes de alguna forma ofendido por algo que yo haya hecho hoy aquí, suéltalo. Mi señor Stragen estará encantado de prestarte su estoque. Y luego tú y yo podremos hablar del tema; estoy seguro de que mis explicaciones te resultarán bastante agudas. —Sarabian dejó que su manto resbalara hasta el suelo. Le dedicó una sonrisa infantil y sacó nuevamente el estoque—. ¿Y bien? —le preguntó al otro.

—Sería traición por mi parte el oponer violencia a la persona de tu majestad —masculló Teovin.

—Buen Dios, Teovin, ¿por qué habría de preocuparte eso? De todas formas, has estado implicado en la traición durante los últimos años así que, ¿por qué vas a preocuparte por unos cuantos tecnicismos insignificantes? Coge la espada, hombre. Por una vez, sólo una, enfréntate abiertamente conmigo. Te daré una lección de esgrima..., una que recordarás durante el resto de tu vida, aunque será muy corta.

—Yo no alzaré la mano en contra de tu majestad —declaró firmemente Teovin.

—¡Qué lástima! Estoy realmente decepcionado contigo, muchacho. Puedes marcharte.

Vanion aferró el brazo del director con una mano cubierta de acero, y medio lo arrastró fuera de la sala del trono.

El emperador de Tamuli levantó el estoque por encima de su cabeza con gesto exultante, se puso de puntillas y giró sobre sí mismo con una vistosa

pirueta. Luego tendió una pierna hacia adelante y le hizo una extravagante reverencia a Ehlana, barriendo el aire con la esbelta espada para hacerla a un lado.

—Y así, querida madre —declaró—, es cómo se derroca a un gobierno.

—No, mi señora Sephrenia —dijo secamente la reina media hora más tarde, cuando volvieron a reunirse en las dependencias reales—, no tienes nuestro permiso para retirarte. Eres un miembro del consejo real de Elenia, y te necesitamos.

El pálido rostro de Sephrenia, surcado por el dolor, se puso rígido.

—Como ordene tu majestad.

—Recóbrate de ello, Sephrenia. Estamos en una emergencia. No tenemos tiempo para problemas personales. Zalasta nos ha traicionado a todos nosotros, no sólo a ti. Ahora tenemos que intentar minimizar el peligro.

—No estás siendo justa, madre —la acusó Danae.

—No estoy intentando serlo. Tú serás reina algún día, Danae. Ahora siéntate, mantén la boca cerrada y aprende.

Danae pareció sobresaltada. Luego alzó la barbilla e hizo una reverencia.

—Sí, majestad —replicó.

—Eso está mejor. Todavía podré hacer de ti una reina. Caballero Bevier.

—¿Sí, majestad? —contestó el interpelado.

—Que tus hombres desplieguen las catapultas. Vanion, que el resto de los caballeros suba a las murallas y comiencen a hervir la pez. Zalasta anda suelto por ahí fuera. Ha perdido completamente el dominio de sí mismo, y no tenemos ni idea de las fuerzas que tiene en su poder. En el estado en que se halla, podría intentar cualquier cosa, así que será mejor que nos preparemos..., por si acaso.

—Pareces un mariscal de campo, Ehlana —comentó Sarabian.

—Lo soy —contestó ella con tono ausente—. Es uno de mis títulos. Falquián, ¿puede contrarrestar el Bhelliom cualquier tipo de magia que Zalasta nos eche encima?

—Con total facilidad, mi reina. Pero probablemente no intentará nada. Ya has visto lo que le sucedió cuando el Bhelliom hizo pedazos su nube. Es muy doloroso que a uno le rompan los propios hechizos. Sephrenia lo conoce mejor que yo. Ella podrá decirte si está o no lo bastante desesperado como para volver a correr ese riesgo.

—¿Y bien, Sephrenia? —inquirió Ehlana.

—Realmente, no lo sé, majestad —replicó la menuda mujer estirada tras pensar durante un momento—. Éste es un lado de él que yo no había visto nunca antes. Honradamente creo que se ha vuelto loco. Podría hacer cualquier cosa.

—En ese caso, será mejor que estemos preparados. Mirtai, pídeles a Kalten y Ulath que traigan aquí a Kolata. Averigüemos hasta dónde llega exactamente esta conspiración.

Falquián apartó a Sephrenia a un lado.

—¿Cómo descubrió Zalasta la identidad de Danae? —le preguntó—. Resulta obvio que sabe quién es ella. ¿Se lo contaste tú?

—No. Ella me pidió que no lo hiciera.

—Es extraño. Luego hablaré con ella y le preguntaré por qué te pidió eso. Tal vez sospechaba algo... o pudo haberse tratado de una de esas corazonadas tuyas. —Pensó durante un instante—. ¿Es probable que estuviera intentando matarte a ti? Aparentemente le lanzó aquella bola de fuego a Danae, pero puede que tú fueras su objetivo.

—Nunca podría creer algo semejante, Falquián.

—A estas alturas, puedo creer casi cualquier cosa. —Luego dudó—. Te habrás dado cuenta de que Xanetia lo sabía. Nos lo contó antes de que sucediera todo esto.

—¿Por qué no me lo advertiste? —El tono de su voz era de profunda sorpresa.

—Porque tú no la habrías creído. No estás realmente dispuesta a confiar en su palabra, Sephrenia. Tenías que darte cuenta de la traición de Zalasta por ti misma. Ah, incidentalmente, fue ella quien te salvó la vida según recordarás. Puede que te interese pensar un poco en eso.

—No me regañes, Falquián —le pidió ella con una leve sonrisa cansada—. Ya estoy pasando un mal momento, tal y como están las cosas.

—Ya lo sé, y me temo que nadie puede hacer que sean más fáciles.

Kolata resultó ser muy colaborador. Las semanas de confinamiento habían quebrantado sus bríos, y la obvia disposición de Zalasta a asesinarlo anuló toda lealtad que pudiera sentir hacia él.

—Realmente no lo sé —replicó a la pregunta formulada por Oscagne—. Pero puede que Teovin sí lo sepa. Fue él quien me transmitió originalmente la

propuesta de Zalasta.

—¿Entonces no has estado involucrado en este asunto desde que te nombraron para el cargo?

—No creo que «este asunto», como tú lo llamas, esté en marcha desde hace tanto tiempo. No puedo afirmarlo con seguridad, pero tengo la impresión de que todo comenzó hace unos cinco o seis años.

—Has estado reclutando gente desde hace más tiempo que eso.

—Sólo se trataba de política corriente, Oscagne. Supe que el primer ministro era un idiota en cuanto ocupé mi cargo. Tú eras el único oponente significativo que yo tenía. Estaba reclutando gente para contrarrestar tus movimientos..., y esa absurda idea tuya de que los reinos súbditos de Daresia son naciones extranjeras más que una parte integrante del territorio metropolitano de Tamuli.

—Podemos hablar de las disputas jurisdiccionales en algún otro momento, Kolata. ¿Fue Teovin, entonces? ¿Ha sido él tu contacto con el enemigo?

Kolata asintió con un movimiento de cabeza.

—Teovin y ese borracho indecente que se llama Krager. Krager es eosiano, y ha tenido tratos con el príncipe Falquián antes de ahora, según tengo entendido. Todos los miembros de nuestra amplia confederación lo conocen, así que resultaba un mensajero perfecto..., cuando estaba sobrio.

—Ése es Krager, sin duda —comentó Kalten.

—¿Qué fue exactamente lo que te ofreció Zalasta, Kolata? —le preguntó Oscagne al prisionero.

—Poder, riquezas..., lo habitual. Tú eres ministro del gobierno, Oscagne. Conoces el juego y los premios que pagamos. Todos pensábamos que el emperador no era más que una figura, bien intencionado, algo vago, y no muy bien informado en realidad... Lo siento, majestad, pero eso era lo que todos creíamos.

—Gracias —le contestó Sarabian—. Eso era lo que yo quería que pensarais. Lo que me deja perplejo, sin embargo, es el hecho de que todos pasarais por alto el detalle de que los atanes me son leales a mí personalmente. ¿No tomó ninguno de vosotros eso en consideración?

—Te subestimamos, majestad. No pensábamos que fueras capaz de captar el pleno significado de eso. Si hubiéramos pensado por un momento que realmente comprendías el enorme poder que tenías en las manos, te habríamos matado.

—Ya imaginaba que existía esa posibilidad. Por eso me hacía el imbécil.

—¿Te dijo Zalasta quién estaba realmente detrás de todo esto? —le preguntó

Oscagne.

—Pretendía estar hablando en nombre de Cyrgon —le respondió Kolata—. Pero nosotros no nos tomamos eso demasiado en serio. Los estirios son una gente muy peculiar. Siempre intentan hacernos creer que representan a alguna clase de poder más alto. Nunca parecen dispuestos a aceptar toda la responsabilidad. Sin embargo, hasta donde yo sé, el plan era de Zalasta.

—Creo que ya es hora de que oigamos al propio Zalasta —comentó Vanion.

—¿Lo tienes escondido en la manga, Vanion? —inquirió Ehlana.

—Es una forma de hablar, majestad. Kalten, ¿por qué no te llevas al ministro del Interior de vuelta a su habitación? Parece un poco cansado.

—Todavía tengo preguntas que hacerle, mi señor —protestó Oscagne.

—Te conseguiremos las respuestas, muchacho —le aseguró Itagne—, más rápidamente y con mayor lujo de detalles. Avanzas arrastrando los pies, Oscagne. Es uno de tus defectos. Nosotros vamos a acelerar las cosas.

Vanion aguardó hasta que Kalten y Ulath se hubieron llevado a Kolata de la habitación.

—Os hemos contado a todos, de una forma un poco general, que Xanetia sabe qué es lo que están pensando otras personas. No se trata de una noción vaga de los sentimientos y de los estados de ánimo. Si ella quiere, puede repetir vuestros pensamientos palabra a palabra. Probablemente, la mayoría de vosotros tendréis algunas dudas al respecto, así que con el fin de ahorrar tiempo, ¿por qué no le pedimos que nos haga una demostración? ¿Querrías decirnos lo que está pensando ahora mismo la reina Ehlana, anarae?

—Como a vos os plazca, mi señor Vanion —contestó la mujer Delfae—. Su majestad está divirtiéndose mucho de momento. De todas formas, está descontenta con vos por la vuesa interrupción. Está satisfecha con los progresos que está haciendo el emperador Sarabian, y piensa que ahora sería razonable esperar una cierta competencia por parte de él. Tiene, también, algunos designios de naturaleza íntima respecto a su esposo, porque las actividades políticas despiertan siempre ese lado de la personalidad suya.

El rostro de Ehlana se puso de un rojo encendido.

—¡Acaba con eso de inmediato! —exclamó.

—Lo siento, majestad —se disculpó Vanion—. No había previsto esto último. ¿Ha leído Xanetia, más o menos correctamente, tus pensamientos?

—Sabes bien que no voy a responder a eso, Vanion. —La cara de la reina continuaba encendida.

—¿Concederás al menos que tiene acceso a los pensamientos de los demás?

—Ya había oído hablar de eso —reflexionó Sarabian—, pero pensaba que no era más que otra de las descabelladas historias que oímos, referentes a los delfae.

—El Bhelliom nos lo ha confirmado, emperador Sarabian —le dijo Falquián—. Xanetia puede leer la mente de los demás de la misma forma que tú puedes leer un libro abierto. Yo imagino que ha leído a Zalasta desde el principio hasta el fin. Ella tendría que poder decirnos todo lo que deseamos saber. —Miró a Xanetia—. ¿Podrías hacernos un resumen de la vida de Zalasta, anarae? —le preguntó—. Sephrenia en particular está profundamente apenada por lo que nos reveló en la sala del trono. Quizá si conociera las razones que motivaron sus actos, le resultaría más fácil comprenderlo.

—Yo puedo hablar por mí misma, Falquián —le dijo Sephrenia con acritud.

—Sin duda que puedes hacerlo, pequeña madre. Simplemente estaba actuando como intermediario. Tú y Xanetia no os entendéis muy bien.

—¿De qué hablas? —se apresuró a preguntar Sarabian.

—De una enemistad ancestral, majestad —le explicó Xanetia—. Tan ancestral en verdad, que ningún ser viviente conoce sus orígenes.

—Yo sí los conozco —dijo Sephrenia con los dientes apretados—, y no es tan ancestral como tú dices.

—Tal vez, pero escuchad la mente de Zalasta, y juzgad por vos misma, Sephrenia de Ylara.

Kalten y Ulath regresaron y ocuparon sus asientos en silencio.

—Zalasta nació hace algunos siglos en la aldea estiria de Ylara, que se hallaba en el bosque de Canae, en Astel septentrional —comenzó Xanetia—. En su séptimo año de vida nació en aquella misma aldea esa a quien conocemos como Sephrenia, una de los Mil de Estiria, tutora de los caballeros pandion en los secretos de Estiria, consejera de Elenia, y amada del preceptor Vanion.

—Eso ya no es verdad —la interrumpió Sephrenia.

—Yo hablo de los sentimientos de mi señor Vanion hacia vos, Sephrenia, no de los vuestros hacia él. La familia de Zalasta estaba en términos de amistad con la de Sephrenia, y decidieron entre ambas que cuando Sephrenia y Zalasta alcanzaran la edad adecuada, se desposarían.

—Había olvidado eso —dijo de pronto Sephrenia—. Nunca he pensado realmente en él de esa forma.

—Pero ha sido el centro de la vida de él, os lo aseguro. Cuando vos estabais en el noveno año de la vuesa vida, concibió la madre de vos, y la niña que

llevaba en las entrañas era en verdad Aphrael, diosa niña de Estiria, y en el instante mismo del nacimiento de esa niña, las esperanzas y sueños de Zalasta se transformaron en polvo y cenizas, porque la vuesa vida estuvo por siempre entregada a la hermana menor vuesa. La ira de Zalasta no conocía límites, y huyó a ocultarse en los bosques por temor a que su semblante traicionara los sus pensamientos más íntimos. Mucho viajó, buscando a los más poderosos magos de Estiria, incluso, con peligro para la alma suya, consultando a aquellos proscritos y condenados. Su pesquisa tenía una sola finalidad: descubrir algún medio por el cual un hombre pueda derrotar y destruir a un dios; porque la desesperación lo había arrastrado a un odio irracional hacia la diosa niña y, más que nada en el mundo, buscaba la muerte de la hermana vuesa.

La princesa Danae profirió una sonora exclamación ahogada.

—Se supone que debes escuchar —le dijo su madre.

—Me he sobresaltado, madre.

—Nunca debes demostrar eso. Mantén tus emociones siempre bajo control.

—Sí, madre.

—Fue en el sexto año de vida de la diosa niña, en aquella encarnación en particular, cuando Zalasta, presa de frenética frustración porque todos aquellos con quienes había hablado respondieron que su deseo estaba fuera de las capacidades humanas, recurrió a métodos más directos. Con la esperanza quizá de que la diosa niña pudiera ser atacada por sorpresa, y que por razón de sus tiernos años no hubiese llegado aún a sus plenos poderes, concibió él un osado plan, un intento de vencerla por la fuerza pura. A pesar de que la diosa misma era inmortal, pensó él que tal vez pudiera ser asesinada su encarnación, obligándola así a buscar otro recipiente para el ser suyo.

—¿Funcionaría eso? —le preguntó Kalten a Falquián.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

El príncipe consorte miró a su hija disimuladamente. Danae negó con la cabeza como por casualidad.

—Para proseguir con su apresurado y mal concebido plan, asumió Zalasta el disfraz de un sacerdote elenio y visitó las rústicas aldeas de los siervos de la región y denunció a los estirios de su propia población, describiéndolos como idólatras y adoradores del demonio cuyos repugnantes ritos requerían la sangre de vírgenes elenias. Tan ardientemente los inflamó con sus falsos testimonios que en un cierto día se reunieron aquellos siervos ignorantes, e irrumpieron ellos en aquella inocente aldea estiria, asesinándolos a todos y prendiendo fuego a sus

casas.

—¡Pero ése era también el hogar de Sephrenia! —exclamó Ehlana—. ¿Cómo podía estar seguro de que no la matarían también a ella?

—Él estaba más allá de todo cuidado, reina de Elenia. En verdad, era su pensamiento que era mucho mejor que muriera ella antes que la tuviera esa Aphrael. Mejor era un dolor que pasaría, que un anhelo eternamente insatisfecho. Pero lo que sucedió fue que la diosa niña le suplicó a su hermana mayor, aquella misma mañana, que fueran al bosque a coger flores silvestres, y así fue que no estaban en la aldea cuando los siervos elenios cayeron sobre ella.

—Zalasta me contó la historia en una ocasión —la interrumpió Falquián—. Me dijo que él estaba en el bosque con Sephrenia y Aphrael.

—No, Anakha. Él estaba en la aldea, dirigiendo la búsqueda de ellas dos.

—¿Por qué iba a mentir sobre algo así?

—Tal vez se miente incluso a sí mismo. Los sus actos de aquel día fueron monstruosos, y está en nuestra naturaleza el confundir los nuestros recuerdos de semejante comportamiento.

—Quizá sea eso —concedió él.

—Bien podéis percibir la profundidad del odio y la desesperación de Zalasta, cuando sepáis que sus propios parientes murieron ese día —continuó Xanetia—. Sí, el padre y la madre suyos, y sus tres hermanas cayeron bajo las porras y las guadañas de las frenéticas bestias que él mismo había lanzado contra ellos, mientras él miraba.

—¡No te creo! —estalló Sephrenia.

—El Bhelliom puede confirmar que os fablo con verdad, Sephrenia —replicó Xanetia con calma—, y si he roto la palabra empeñada mintiéndoo, el caballero Kalten está preparado para acabar con la vida mía. Ponme a prueba, hermana.

—¡Él nos dijo que los siervos habían sido inflamados contra nuestra aldea por tu pueblo... por los delfae!

—Os mintió, Sephrenia. Grande fue la desazón suya cuando descubrió que Aphrael, y vos misma, vivíais aún. Aferrándose al primer pensamiento que vino a él, cargó la culpa sobre mi raza, sabiendo que vos creeríais lo peor de aquellos a los que ya estabais predispuesta a odiar. Él os ha engañado desde la infancia misma, Sephrenia de Ylara, y os engañaría aún ahora si Anakha no lo hubiera obligado a delatarse y revelar su propio ser.

—Ésa es la razón por la que odias a los delfae, ¿verdad, Sephrenia? —le

preguntó sagazmente Ehlana—. Creías que eran ellos los responsables del asesinato de tus padres.

—Y Zalasta, luchando aún para ocultar su propia culpabilidad no perdió oportunidad alguna de recordarle su mentira —declaró Xanetia—. En verdad que ha envenenado él los pensamientos de ella contra los delfae durante siglos, hinchando de odio su corazón el miedo a que ella lo interrogara sobre la implicación de él.

El rostro de Sephrenia se contorsionó, bajó la cabeza, se cubrió el rostro con las manos y comenzó a llorar.

Xanetia suspiró.

—La verdad ha renovado la suya congoja. Lloro por los padres suyos, muertos hace tantos siglos. —Miró a Alean—. Llevadla un poco aparte, gentil niña, y consoladla. Tiene mucha necesidad de los cuidados de las mujeres en este momento. La tormenta de su llanto pronto pasará y luego, ¡ay de Zalasta si alguna vez cae en las manos tuyas!

—Que se prepare —agregó Vanion con severidad.

—El aceite hirviente es buena cosa, mi señor —sugirió Kalten—. Hervidlo mientras está aún vivo.

—Los ganchos también son buenos —agregó Ulath—. Largos y con bonitas púas afiladas.

—¿Tenéis que hablar de esas cosas? —les preguntó Sarabian, estremeciéndose.

—Zalasta le ha hecho daño a Sephrenia, majestad —le respondió Kalten—. Hay veinticinco mil caballeros pandion, y también unos cuantos caballeros de otras órdenes, que van a tomarse eso como algo muy personal. Zalasta podrá cubrirse con cadenas enteras de montañas para ocultarse, pero aun así lo encontraremos. Los caballeros de la Iglesia no somos realmente muy civilizados, y cuando alguien hace daño a aquellos a quienes queremos, hace aflorar lo peor de nosotros.

—Estamos apartándonos del tema central, caballeros —les recordó Ehlana—. Decidiremos el castigo de Zalasta después de que lo hayamos atrapado. ¿Cuándo se complicó en lo que está haciendo ahora, Xanetia? ¿Está realmente aliado con Cyrgon?

—La alianza con Cyrgon fue una idea de él, reina de Elenia. Su fracaso en el bosque de Astel y la culpa que de aquel acto nacía, lo arrojaron a la desesperación más profunda y a la más negra melancolía. Vagó por el mundo,

perdiéndose a veces en el más vil libertinaje, y otras viviendo en soledad como un eremita en las desoladas tierras de aqueste mundo durante décadas enteras. Buscó a todos los magos estirios de reputación, buena o mala, y obtuvo de ellos absolutamente todos sus secretos. En verdad os digo que de todos los estirios que han vivido en los cuarenta eones de la historia de esa raza, Zalasta es sobresaliente. Pero el conocimiento solo no lo consolaba. Aphrael continuaba con vida, y Sephrenia estaba más unida a ella que nunca. Pero el conocimiento de Zalasta, que está fuera de toda medida, le sugirió un medio por el cual podría romper ese vínculo de ellas. En los albores de la lejana Thalesia, el enano troll Ghwerig había tallado el Bhelliom. Y sabía Zalasta que con la ayuda del Bhelliom podía el alcanzar los deseos del su corazón.

»Entonces llegó el nacimiento de Anakha, señal de que el Bhelliom mismo emergería pronto del lugar en que yacía oculto, y por las señales, los oráculos y otros muchos medios percibieron los estirios proscritos el nacimiento suyo, y aconsejaron a Zalasta diciéndole que viajara inmediatamente a Eosia para observar a Anakha durante su infancia y juventud para que así pudiera conocerlo mejor, porque era la esperanza de Zalasta que el día que Anakha sacara la gema flor a la luz él pudiera arrebatársela y obtener así la forma de prevalecer sobre la diosa niña. Pero en el día en que el anillo cayó en posesión de Anakha, percibió Zalasta su error. Porque bien habían obrado los dioses troll cuando dirigieron a Ghwerig en el tallado de la rosa de zafiro. El hombre es caprichoso e inconstante, y la codicia siempre acecha en su corazón; y los trolls no son más que el reflejo de lo peor de los hombres. Así, los dioses troll facieron que los anillos fueran la clave para acceder al Bhelliom, por miedo a que cualquiera o todos pudiesen controlarlo. Pensando que su propio poder era absoluto, no tenían interés alguno en la gema flor; y como desconfiaban los unos de los otros, pusieron sobre la piedra un encantamiento para asegurarse de que ninguno pudiera utilizarla a menos que lo hicieran todos a la vez. Sólo de concierto podrían controlarla, y lo facieron de tal forma que sólo ellos, como dioses actuando de común acuerdo, pudieran dominar al Bhelliom sin necesitar los anillos. —Hizo una pausa para reflexionar, según advirtió Falquián, sobre las peculiaridades de los dioses troll.

»En verdad —prosiguió luego—, los dioses troll son elementales, cada uno de ellos tan limitado que su mente no puede ser considerada, en prudencia, entera ni completa. Sólo cuando están unidos, lo que raramente sucede, pueden ellos mediante la combinación alcanzar esa totalidad que vemos en un mero niño

humano. En el caso de los otros dioses, sin embargo, eso no ocurre. La mente de Azash era entera y completa, a pesar de estar él tullido, y en su entereza tenía el poder para controlar al Bhelliom sin necesidad de los anillos. Ése fue entonces el peligro con que os enfrentasteis, Anakha, cuando vos viajasteis hasta Zemoch para encontraros con él. De haberte arrebatado Azash el Bhelliom, podría haberlo obligado a unir voluntad y poder con los suyos.

—Eso podría haber resultado un poco inconveniente —comentó Kalten.

—No acabo de entenderlo —dijo Talen—. Las últimas veces que lo ha utilizado, Falquián fue capaz de conseguir que el Bhelliom hiciera lo que él quería, sin utilizar los anillos. ¿Significa eso acaso que Falquián es un dios?

—No, joven caballero —le contestó Xanetia, sonriendo—. Anakha es una creación del Bhelliom, y por tanto forma, en cierta medida parte del Bhelliom mismo..., de la misma forma que los anillos. Para él, los anillos no son necesarios. Aquesto percibió Zalasta. Cuando Anakha mató a Ghwerig y se apoderó del Bhelliom, Zalasta intensificó la suya vigilancia, utilizando siempre los anillos como señales para guiarse. Así observó el progreso de Anakha, y así observó también a la compañera de Anakha.

—Muy bien, Falquián —intervino Ehlana en un tono que anunciaba peligro—. ¿Cómo conseguiste mi anillo? —Tendió una mano ante sí para enseñarle el rubí que adornaba uno de los dedos—. ¿Es esto algún trozo de vidrio barato?

El príncipe consorte suspiró.

—Aphrael te robó el anillo para dármelo —respondió—. Ella es quien consiguió el sustituto. Dudo mucho de que haya empleado vidrio.

Ella se quitó el anillo del dedo y se lo arrojó por el aire.

—¡Devuélveselo! ¡Y devuélveme mi anillo, ladrón!

—Yo no te lo robé, Ehlana —protestó él—. Aphrael lo hizo.

—Pero tú lo aceptaste cuando ella te lo dio, ¿verdad? Eso te convierte en cómplice. ¡Devuélveme mi anillo!

—Sí, querida —replicó él dócilmente—. Tenía intención de hacerlo, pero se me fue de la cabeza. —Sacó la caja—. Ábrete —le ordenó. No tocó la tapa con el cintillo de su propia sortija. Quería averiguar si la caja se abriría si sólo se lo ordenaba con la voz.

Lo hizo. Falquián sacó el anillo de su esposa y se lo tendió.

—Vuelve a ponerlo donde tiene que estar —le ordenó ella.

—De acuerdo. Toma, sujeta esto. —Le entregó la caja, le tomó la mano y deslizó el anillo en el dedo correspondiente. Luego tendió la mano derecha para

coger nuevamente la caja.

—Todavía no —le dijo ella, manteniendo la caja fuera del alcance de él. Luego miró la rosa de zafiro—. ¿Sabe quién soy yo?

—Creo que sí. Pero ¿por qué no se lo preguntas a él mismo? Llámalo Rosa Azul. Así lo llamaba Ghwerig, y él está familiarizado con ese nombre.

—Rosa Azul —lo interpelló Ehlana—, ¿sabes quién soy?

Se produjo un momentáneo silencio al palpar el Bhelliom; su fulgor azul palideció y aumentó de nuevo.

—Anakha —respondió Talen con una voz ligeramente rígida, como de madera—, ¿es el deseo vuestro que responda yo a la pregunta de la vuesa compañera?

—Bueno sería que lo hicierais, Rosa Azul —replicó Falquián—. Ella y yo estamos tan unidos que los pensamientos suyos son míos y los míos de ella. Tanto si lo queremos como si no, somos tres. Vosotros dos debéis conocerlos.

—Ése no era el mío designio, Anakha. —La voz de Talen tenía una nota acusadora.

—El mundo cambia continuamente, Rosa Azul —intervino Ehlana—, y no existe designio tan perfecto que no pueda ser mejorado. —Su forma de hablar, al igual que la de Falquián, era profundamente formal—. Algunos hay que han temido que pueda yo poner la mi vida en peligro si os toco. ¿Es cierto ese peligro?

La expresión rígida desapareció del rostro de Talen para ser reemplazada por un aire de severa determinación.

—Lo es, compañera de Anakha. —El tono de la voz de Talen era duro y frío como el acero—. Una vez cedí y una sola. Tras edades sin cuenta de permanecer cautivo en la Tierra, permití que Ghwerig me sacara del lugar en que había permanecido. Esta forma, que es tan placentera para vos, fue el resultado. Con crueles instrumentos de diamante y maldito hierro al rojo, Ghwerig me talló y deformó, vivo, hasta darme esta grotesca forma. Tengo que someterme al contacto de los dioses; me someto voluntariamente al contacto de Anakha con la seguridad y la esperanza cierta de que él me liberará de esta forma que me ha mantenido en cautiverio. Es la muerte para cualquier otro.

—¿No podrías...? —La reina no acabó la frase.

—No. —En la voz se percibía una gélida determinación—. No tengo razón alguna para confiar en las criaturas de este mundo. La muerte que reside en mi contacto permanecerá, y también la atracción que inclina a todos los que me ven

a tocarme. Aquellos que me vean anhelarán tocarme y tenderán ansiosamente sus manos hacia mí... y morirán. Los muertos no abrigan deseo alguno de esclavizarme; los vivos no son dignos de confianza.

La reina de Elenia suspiró.

—Sois muy duro, Rosa Azul —le reprochó.

—Tengo motivos, compañera de Anakha.

—Algún día, quizás, aprenderéis a confiar.

—No es necesario. El logro de los designios de Nos no depende de eso.

Ella volvió a suspirar y le devolvió la caja a su esposo.

—Por favor, continúa, Xanetia. Entonces, ¿esa sombra que nos perseguía a Falquián y a mí era Zalasta? Al principio pensamos que se trataba de Azash..., y luego, más tarde, de los dioses troll.

—La sombra era la mente de Zalasta, reina de Elenia —respondió Xanetia—. Un hechizo estirio de muy pocos conocido, hace que le resulte posible a él observar y oír sin ser visto.

—Difícilmente podría decirse que resultara invisible. Yo percibía claramente sus bordes cada vez que se presentaba. Era un hechizo muy torpe.

—Eso era obra del Bhelliom. Intentaba advertir a Anakha de la presencia de Zalasta, haciendo que resultara parcialmente visible. Puesto que uno de los anillos estaba en la vuesa mano, la sombra de la mente de Zalasta era también visible para vos. —Hizo una pausa—. Zalasta tenía miedo —continuó—. Era el designio de los secuaces de Azash el atraer a Anakha, con el Bhelliom en su poder, a la ciudad de Zemoch donde Azash podría arrebatarse la gema. Si eso hubiera llegado a suceder, la única esperanza que Zalasta tenía de derrotar a Aphrael y poseer a Sephrenia, se faría trizas para siempre. En verdad os digo, Anakha, que todos los obstáculos que se alzaron en el vuesto camino hacia Zemoch, os los puso delante Zalasta.

—Me he formulado muchas preguntas al respecto —reflexionó Falquián—. Martel estaba mostrándose inconsistente, y eso no era en absoluto propio de él. Mi hermano solía ser tan resuelto como una avalancha. No obstante, pensamos que era obra de los dioses troll. Ellos sí que tenían una multitud de razones para no querer que el Bhelliom cayera en las manos de Azash.

—Zalasta deseaba que vos creyeráis eso, Anakha. Era otra de las formas en las que podía ocultar su duplicidad ante los ojos de Sephrenia, y la buena opinión que ella tenía de él resultaba de gran importancia. En pocas palabras, os abristeis paso vos hasta Zemoch y destruisteis allí a Azash... junto con diversos

otros.

—Ya lo creo que lo hicimos —murmuró Ulath—. Grupos enteros de «diversos otros».

—Entonces Zalasta se sintió dolorosamente angustiado —prosiguió Xanetia—, pues Anakha había llegado a darse cuenta plena de su poder para controlar el Bhelliom, y con ese conocimiento se convertía en tan peligroso como un dios. Zalasta ya no podía enfrentarse con él más que con Aphrael. Y así fue que se apartó de todos los demás hombres para meditar su mejor línea de acción y para consultar con algunos de los proscritos que conocía. La destrucción de Azash había confirmado las suyas suposiciones. El Bhelliom podía, en efecto, enfrentarse con los dioses y destruirlos. El instrumento de la muerte de Aphrael estaba al alcance de la mano, si Zalasta conseguía apoderarse del Bhelliom. Ese instrumento, sin embargo, estaba en manos del hombre más peligroso que existía. Era claro que si Zalasta deseaba alcanzar el anhelo del corazón suyo, tendría que aliarse con un dios.

—Cyrgon —sugirió Kalten.

—Así es, protector mío. Los dioses antiguos de Estiria, como habéis descubierto, carecían de poderes por su falta de adoradores. Los dioses troll estaban encerrados, y el dios elenio era inaccesible, al igual que lo era Edaemus de los delfae. Los dioses tamules eran demasiado frívolos, y el dios de los atanes es excesivamente inhospitalario incluso para salvar a sus propios hijos. Eso le dejaba sólo a Cyrgon; Zalasta y sus secuaces vieron inmediatamente un camino por el cual podría él alcanzar un acuerdo con el dios de los cyrgais. Con el Bhelliom podría Cyrgon acabar con la maldición estiria que mantenía confinados a sus hijos, y lanzarlos contra el mundo. A cambio, creía Zalasta, podría persuadir a Cyrgon de que le permitiera a él utilizar el Bhelliom para destruir a Aphrael o, al menos, de que levantara contra Aphrael la su mano divina.

—Habrían sido unas bases razonables sobre las que abrir una negociación —concedió Oscagne—. Yo llevaría ese tipo de oferta a una mesa. Y aceptaría al menos una entrevista.

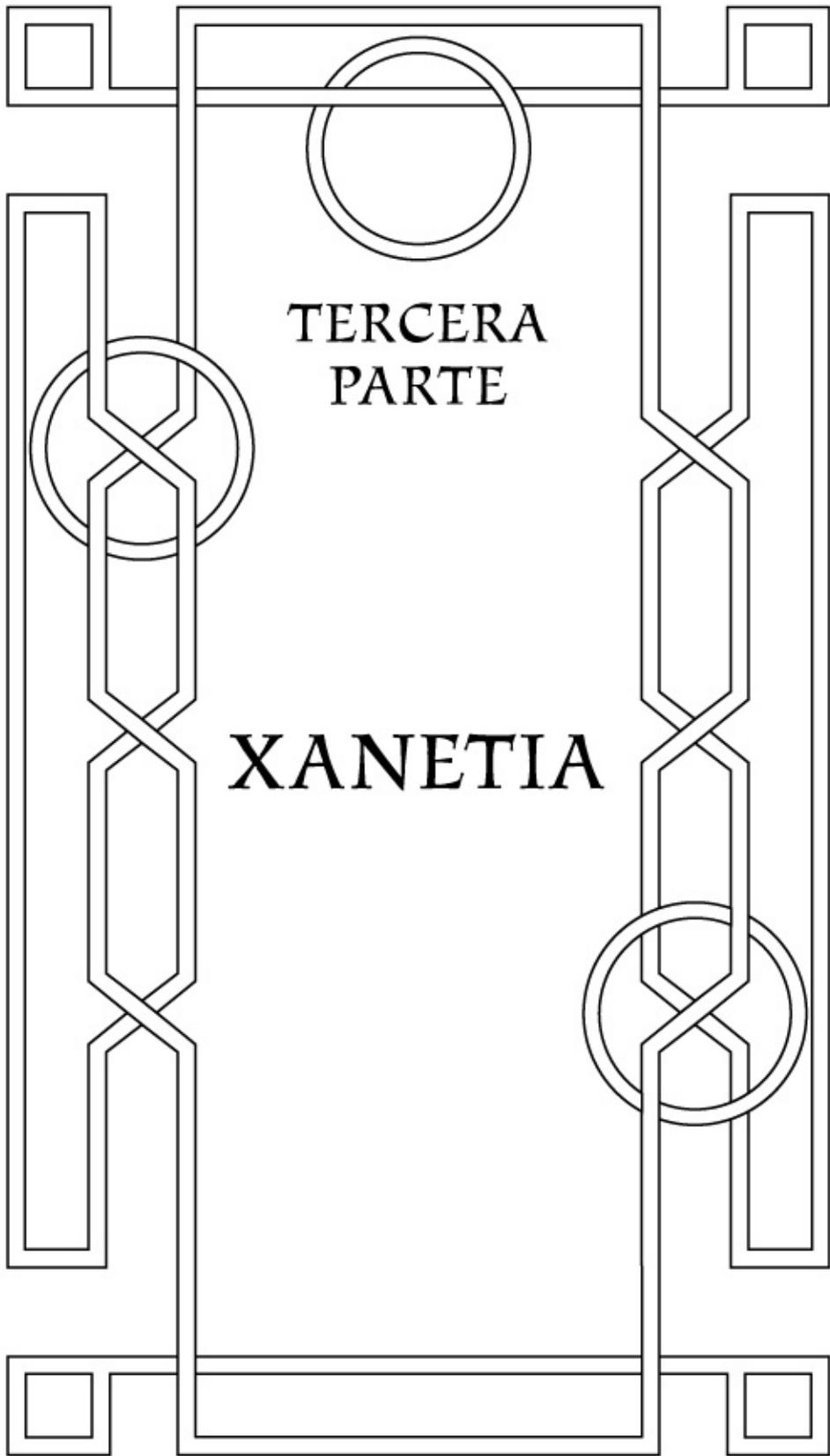
—Tal vez —comentó Itagne con tono de duda—, pero antes tendrías que vivir lo bastante como para llegar a la mesa. No creo que la aparición de un estirio en Cyrga hubiera impulsado a la población a entusiastas manifestaciones de bienvenida.

—Era en verdad una arriesgada empresa, Itagne de Matherion. Por diversos medios consiguió Zalasta acceder al templo de Cyrgon, en el corazón de la

ciudad escondida, y allí encarose con el ardiente espíritu del propio Cyrgon y contuvo la vengativa mano del dios con la suya oferta de liberar a los cyrgais. Los que en otro tiempo fueron enemigos, se transformaron en aliados por razón de sus mutuos deseos, y concluyeron que Anakha debía ser atraído a Daresia porque por prudencia no se arriesgarían a un enfrentamiento con el dios de los elenios cuyo poder, que emana de los sus incontables adoradores, es enorme. Concibieron entonces el intrincado plan suyo para trastornar a todo Tamuli mediante la insurrección y las apariciones, de forma que el gobierno tuviera que buscar ayuda y la posición de confianza de que gozaba Zalasta le posibilitara fácilmente el dirigir la atención del gobierno hacia Anakha y sugerir un acuerdo con la Iglesia de Chyrellos. Las apariciones que debían utilizar no eran grandes empresas para Zalasta y sus proscritos camaradas; tampoco lo fue el engaño con el cual Cyrgon persuadió a los troll de que los dioses suyos les ordenaban marchar por los hielos polares hasta la costa septentrional de Tamuli, una tarea que le habría resultado imposible de presentarse como el dios de los cyrgais. Sin embargo, lo más importante del plan suyo eran las insurrecciones que tan amargamente trastornaron la paz de Tamuli durante los últimos años. La insurrección, para que sea fructífera, tiene que estar estrechamente controlada. Los levantamientos espontáneos raramente prosperan. La historia había convencido a Zalasta de que importante para los sus planes sería el carácter y la personalidad de aquel que uniera a las diversas poblaciones de los reinos del imperio tamul, y los enardeciera con fuerza y celo. No tuvo que buscar mucho Zalasta para encontrar a ése. Inmediatamente después de partir de Cyrga, viajó él hasta Arjuna, y allí le presentó él su plan al conocido como Scarpa.

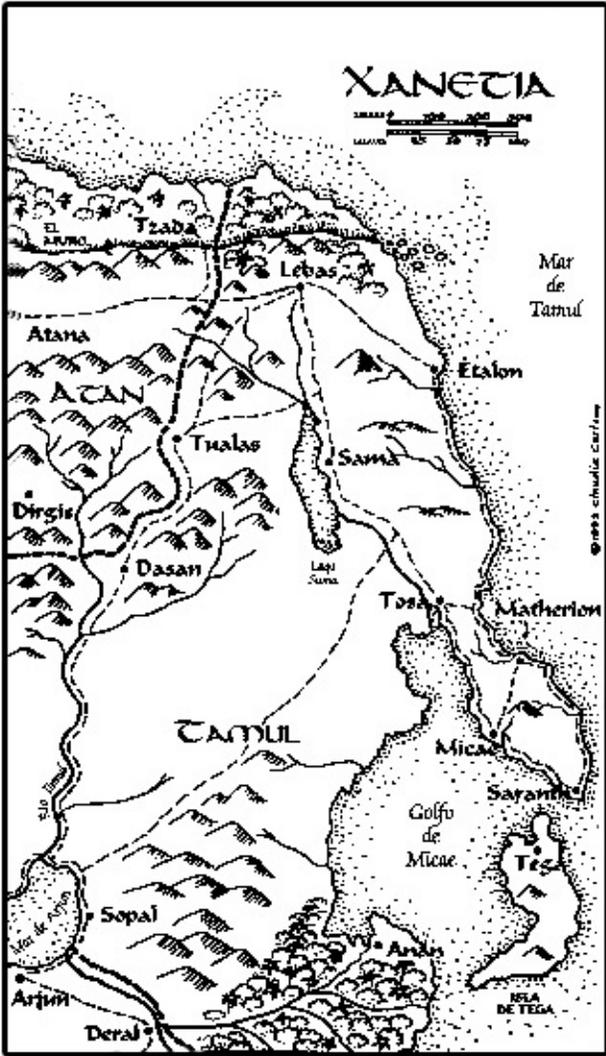
—Espera un momento —objetó Stragen—. El plan de Zalasta implicaba la alta traición en el mejor de los casos. Probablemente implica crímenes que ni siquiera tienen nombre todavía..., «confabulación con los poderes de la oscuridad» y cosas semejantes. ¿Cómo supo que podía confiar en Scarpa?

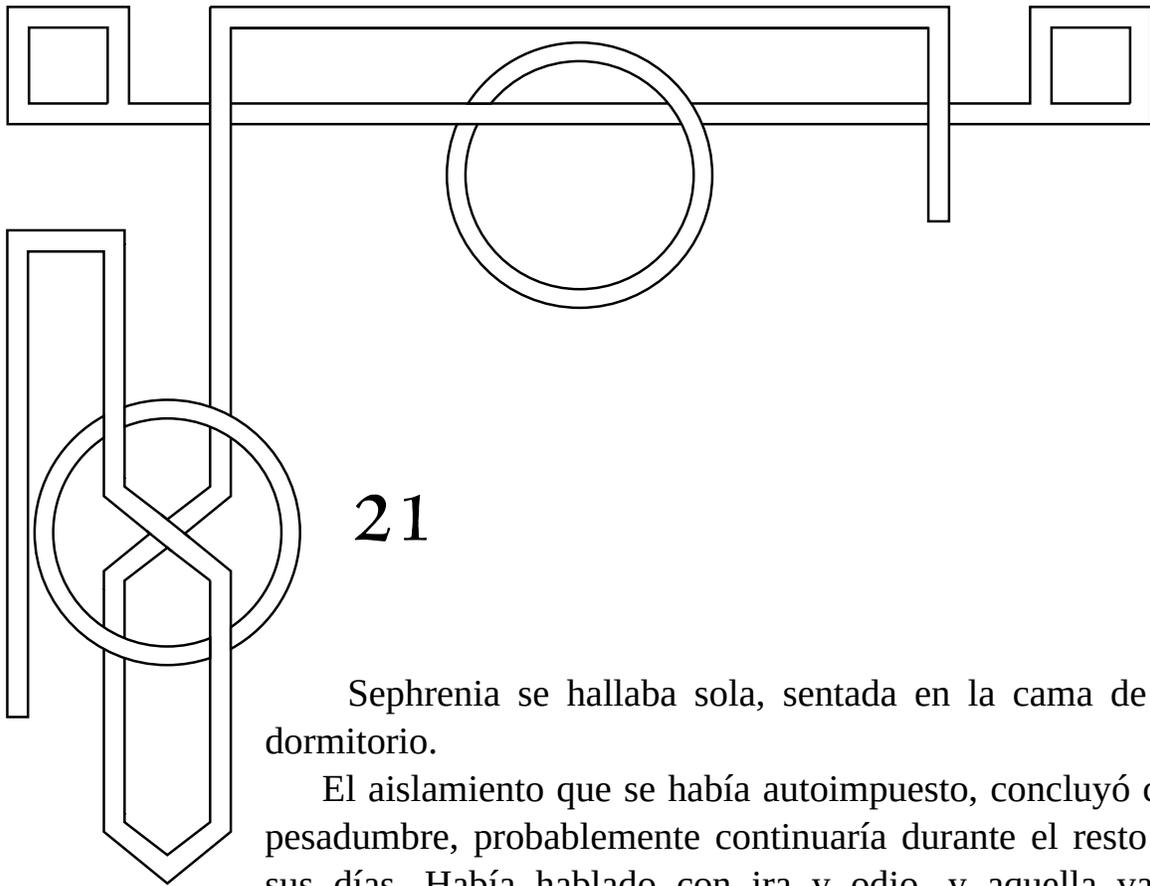
—Tenía todas las razones para hacerlo, Stragen de Emsat —replicó ella—. Zalasta sabía que podía confiar en Scarpa como en ningún otro hombre vivo. Scarpa, en verdad, es el hijo de Zalasta.



TERCERA  
PARTE

XANETIA





## 21

Sephrenia se hallaba sola, sentada en la cama de su dormitorio.

El aislamiento que se había autoimpuesto, concluyó con pesadumbre, probablemente continuaría durante el resto de sus días. Había hablado con ira y odio, y aquella vacía soledad era consecuencia de ello. Suspiró. Sephrenia de Ylara. Resultaba extraño que tanto Xanetia como Cedon hubieran entrado en el pasado en busca de ese arcaico nombre, y extraño era que aún conmoviese tan profundamente su corazón. Ylara no había sido una aldea muy importante, ni siquiera según las pautas estirias. Hacía mucho que los estirios intentaban apartar de sí la hostilidad de los elenios, fingiéndose los más pobres de entre los pobres, morando en casuchas y vistiendo las más toscas ropas de fabricación casera. Pero Ylara, con su única calle fangosa y sus chozas de arcilla y zarzas, había sido su hogar. La infancia de Sephrenia allí había estado llena de cariño, y aquel cariño había alcanzado el punto culminante con el nacimiento de su pequeña hermana. En el momento mismo del nacimiento de Aphrael, Sephrenia había encontrado, a un tiempo, plenitud y finalidad para toda una vida.

El recuerdo de aquella diminuta y tosca aldea con su calor humano y el cariño que todo lo abarcaba, la habían alentado durante los días oscuros de su existencia. Ylara, fulgente en sus recuerdos, había sido siempre un refugio al que ella podía retirarse cuando el mundo y toda su fealdad arremetían contra ella.

Pero ya había desaparecido. La traición de Zalasta había manchado y profanado para siempre sus recuerdos más preciosos. Ahora, siempre que recordaba Ylara, Zalasta se interponía; y ahora veía el rostro de éste como lo que realmente era: una máscara de engaño y lascivia, y un vil odio hacia la diosa niña que residía en el núcleo mismo del ser de Sephrenia.

Sus recuerdos habían preservado a Ylara; la revelación de la corrupta duplicidad de Zalasta la habían destruido para siempre.

Sephrenia ocultó el rostro entre las manos y se echó a llorar.

Falquián y Vanion hallaron a la princesa Danae meditando sola sentada en un gran sillón de una sala a oscuras.

—No —repuso enfáticamente a la urgente solicitud de ellos—. Yo no voy a intervenir.

—Aphrael —le imploró Vanion con lágrimas en los ojos—. Eso la está matando.

—En ese caso, tendrá que morirse, sencillamente. Yo no puedo ayudarla. Tiene que hacer esto por sí sola. Si yo me entrometo en forma alguna, todo esto no significará nada para ella, y la quiero demasiado como para mimarla y robarle el significado de lo que está sufriendo.

—No te importará que nosotros intentemos ayudarla, ¿verdad? —le preguntó Falquián con acritud.

—Puedes intentarlo si quieres..., siempre y cuando no utilices el Bhelliom.

—Eres muy cruel, niña, ¿sabías eso? Realmente, yo no tenía intención de criar un monstruo.

—No conseguirás hacerme cambiar de idea por el procedimiento de aplicarme adjetivos, Falquián... y tampoco intentes actuar disimuladamente a mis espaldas. Puedes cogerla de la mano o regalarle flores o darle besos para hacerla entrar en razón, si quieres, pero deja el Bhelliom exactamente donde está. Ahora marchaos y dejadme en paz. No estoy divirtiéndome con esta situación.

La diosa niña se acurrucó en el asiento con *Rollo* estrechamente envuelto entre sus brazos y una expresión de dolor ancestral en los oscuros ojos luminosos.

—Zalasta ha estado interviniendo en nuestras vidas durante mucho tiempo, ¿no es cierto, anarae? —preguntó Bevier a la mañana siguiente, cuando volvieron a reunirse todos en el salón tapizado de azul. Llevaban atuendos más informales que el día anterior, y sobre la mesa que estaba contra la pared del fondo se había dispuesto una variedad de alimentos para desayunar. Hacía tiempo que la reina Ehlana había descubierto que las comidas no tenían por qué entorpecer necesariamente los asuntos importantes. El jubón azul de Bevier estaba abierto por delante, y él se encontraba profundamente hundido en el asiento, con las piernas extendidas ante sí—. Si ha estado detrás de la sombra y de la nube, eso significa casi obligatoriamente que también intervino en la guerra de Zemoch, ¿no es cierto?

Xanetia asintió con la cabeza.

—Las intrigas de Zalasta tienen varios siglos de antigüedad, caballero. La pasión que siente por Sephrenia se remonta a su infancia misma, como también el su odio hacia Aphrael, cuyo nacimiento destrozó todas las esperanzas suyas. Bien conocía Zalasta que si se enfrentaba directamente a la diosa niña, podía ella borrar la misma existencia de él con un solo pensamiento. Tampoco ignoraba que su lujuria era malsana, y que ningún dios lo ayudaría en la lucha suya contra Aphrael. Largamente meditó esto, y concluyó que su designio requería el auxilio de alguna fuente de poder, pero sin la consciencia ni la voluntad propias de ésta.

—El Bhelliom —dijo Falquián—. Al menos es así como todo el mundo lo consideraba. Ahora sabemos que la realidad es otra.

—En verdad —asintió ella—, Zalasta compartía esa común equivocación respecto a la gema, creyéndola simplemente una fuente de poder. Creía que el Bhelliom, intacto por la moralidad, le obedecería sin vacilación, y que destruiría a la mortal enemiga suya y así podría él entrar en posesión de lo que codiciaba el corazón suyo..., porque no os equivoquéis, que Zalasta perseguía la posesión de Sephrenia, no el amor de ella.

—Eso es una vileza —declaró la baronesa Melidere, estremeciéndose.

Xanetia le hizo un gesto de asentimiento.

—Zalasta sabía que tendría menester de los anillos para controlar a la rosa de zafiro —prosiguió la muchacha—, pero todos en Estiria sabían que la veloz diosa niña le había hurtado los anillos a Ghwerig, el enano troll, para evitar que la desgraciada criatura lanzara al Bhelliom contra los estirios. Así, fingió Zalasta continuar siendo amigo de Sephrenia y su hermana, con la esperanza de llegar a conocer el emplazamiento de los anillos y con ellos el acceso al Bhelliom. Ahora

bien, los dioses sabían, al igual que algunos seres humanos, que un día iba a aparecer la criatura del Bhelliom, Anakha, y por diversos signos y augures adivinaron que nacería en la casa de Falquián.

»Aphrael se mostró cautelosa, porque sabía que la casa de Falquián era elenia, y que los elenios no tienen una buena disposición hacia Estiria. Sabía, no obstante, que Anakha iba a llegar un día, y que sacaría al Bhelliom del lugar en el que yacía escondido y lo empuñaría para lograr sus propios propósitos... y los del Bhelliom mismo. Estaba angustiada por ello, porque si Anakha compartía el común desprecio que los elenios sienten hacia Estiria, podría utilizar el Bhelliom contra los adoradores suyos. Buscó disminuir ese peligro separando los anillos, depositando uno en las manos de los ancestros de Anakha, y el otro en otro lugar para que así, cuando Anakha heredara el anillo, pudiera ella examinar el corazón suyo y determinar si era prudente depositar ambos anillos en las sus manos.

—Las historias son más emocionantes cuando conoces a las personas de las que hablan, ¿verdad? —comentó Talen, mientras llenaba su plato por tercera vez.

El muchacho estaba volviendo a crecer y comía casi constantemente. Sin embargo, recordó sus modales lo bastante bien como para llevarle a Xanetia un plato de tajadas de fruta y un vaso de leche, antes de sentarse a engullir lo que se había servido.

Falquián redactó cuidadosamente su pregunta.

—Me parece recordar que una vez me dijiste que no podías oír los pensamientos de los dioses, anarae. ¿Cómo es que sabes lo que estaba pensando Aphrael?

—Es verdad que los pensamientos de los dioses están velados para mí, Anakha, pero Aphrael tiene pocos secretos para la hermana suya, y es de los recuerdos de Sephrenia que he recogido lo que acabo de deciros.

»Ahora bien —prosiguió Xanetia con su relato—, el ancestro de Anakha era un caballero pandion que moraba con sus hermanos en el convento de la orden suya, en Demos, ciudad de Elenia, y se unió en la guerra del temerario rey Antor contra ciertos barones rebeldes. Y sucedió que el caballero y el rey, separados de sus compañeros, yacían malheridos en el sangriento campo de batalla. Al caer la noche sobre el campo, Sephrenia de Ylara, por orden de su hermana, salió de mala gana a restañarles las heridas y entregarles los anillos..., uno a cada hombre. Ocultó ella la verdadera importancia de los anillos. Así enlazó ella a las dos casas, lazo que preparó la unión de Anakha con la reina suya.

Ehlana miró vanidosamente a su esposo.

—Ya te lo había dicho —comentó.

—No acabo de comprenderte.

—Yo te dije que estábamos destinados a casarnos. ¿Por qué continuabas discutiéndomelo?

—Me pareció que era lo más adecuado. Estaba completamente seguro de que podía hacer una elección mejor.

Fue una respuesta ligeramente frívola, y ocultó su profunda sorpresa. Obviamente, Aphrael era completamente despiadada cuando manipulaba las vidas de la gente. Anakha era la criatura del Bhelliom, y la diosa niña, dado que no estaba segura de poder fiarse de él, había dispuesto deliberadamente las cosas con el fin de poder nacer como hija suya y controlarlo así en una cierta medida.

—Ahora bien, Zalasta, que percibía las intenciones de Aphrael, se sentía angustiado —continuó Xanetia—. Había abrigado la esperanza de arrebatarse el Bhelliom a Anakha antes de que Anakha pudiera llegar a conocer toda la importancia de la piedra, pero Aphrael volvía a interponerse en el camino de sus designios. En virtud de los anillos y el dominio del Bhelliom que esas sortijas le conferían, Anakha se había convertido en invencible.

—Muy bien, pues —resumió Ulath con voz tronante—. Zalasta estaba bloqueado. ¿Qué hizo entonces?

—Hay algunos en Estiria, y siempre los ha habido, que, al igual que los propios dioses antiguos, han utilizado el poder de los hechizos aprendidos por la raza suya para satisfacer malsanos deseos personales. Los dioses jóvenes son como niños en este sentido, y no pueden conocer la profundidad hasta la que seres semejantes están dispuestos a hundirse voluntariamente. Se sienten ultrajados por aqueste, el más grosero aspecto de la naturaleza humana, y los estirios que lo manifiestan son proscritos y condenados. Esos infortunados moran en la soledad y la aflicción en los territorios deshabitados y yermos o, impenitentes, buscan el suyo vil placer en los enconados hervideros de las ciudades de aqueste mundo. Fue hacia esto que se volvió Zalasta en la desesperación suya, y en Verel, la más repugnante ciudad de Daconia meridional, encontró a alguien como el que buscaba.

—Yo he vivido en Verel —intervino Mirtai—. En efecto, ése sería el sitio al que acudir en busca de degenerados.

Xanetia asintió con la cabeza.

—Allí, en aquel pozo de iniquidades, encontró Zalasta por completa

casualidad a un tal Ogerajin, un corrupto anciano voluptuoso. Este Ogerajin estaba doblemente hundido en la vileza, y por medio de ciertos encantamientos y hechizos prohibidos recurrió a la oscuridad..., sí, incluso a esa máxima corrupción que reside en los corazones de los dioses antiguos. Y Ogerajin, al percibir que la lujuria de Zalasta era como la suya propia y que estaban por ella emparentados, le aconsejó que buscara a Otha de Zemoch.

Bevier profirió un grito ahogado.

—En verdad —asintió Xanetia—. Y así continuó Zalasta viajando hasta la misma ciudad de Zemoch para establecer alianza con Otha.

—Espera un momento —la interrumpió Kalten—. ¿No nos has dicho antes que Zalasta estaba intentando mantenernos apartados de Otha y Azash?

Ella asintió con un gesto de la cabeza.

—Si Zalasta hizo un pacto fue para perseguir sus propios fines, no los de sus aliados. Con la ayuda de Otha encontró a otros estirios proscritos para que lo ayudaran a mantener la vigilancia sobre la familia de los Falquián, diciéndoles que buscaran debilidades que él pudiese usar en el beneficio suyo cuando naciera Anakha.

»Como bien podréis adivinar, Aphrael también puso un vigilante sobre aquellos que precedieron a Falquián, y a pesar de las protestas de su hermana, la diosa niña envió a Sephrenia a Demos para que instruyera a los pandion elenios en los secretos de Estiria.

—Nuestra encantadora y pequeña Aphrael tiene una vena despiadada, según veo —observó Stragen—. Considerando lo que los siervos elenios de Astel le hicieron a los padres de Sephrenia, el enviarla a Demos tiene visos de una cierta falta de consideración.

—¿Quién puede conocer la mente de un dios? —suspiró Xanetia. Se pasó una mano cansada por los ojos.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Kalten con una voz que mostraba claramente la preocupación que sentía.

—Ligeramente fatigada, caballero Kalten —le confesó ella—. La mente de Sephrenia era un tremendo torbellino cuando reuní sus recuerdos, y no con pequeñas dificultades pude sacar algo consistente de ellos.

—¿Es así como funciona, anarae? —preguntó Sarabian con curiosidad—. ¿Simplemente extendéis vuestra voluntad y os tragáis la mente de otro de un bocado?

—La vuesa metáfora es inexacta, Sarabian de Tamuli —respondió ella con

un tono de ligera reprobación.

—Perdonadme, anarae —se disculpó él—. He dicho lo primero que me pasó por la cabeza. Lo que quería preguntar era si vosotros absorbéis todo el contenido de la consciencia y los recuerdos de otra persona mediante un mero toque.

—Aproximadamente, sí.

—¿Cuántas mentes tienes almacenadas? —inquirió Talen—. Me refiero a mentes de otras personas.

Xanetia se encogió de hombros.

—Cerca de un millar, joven maese.

—¿Cómo podéis tener sitio para tantas? —Hizo una pausa, con un aire algo avergonzado—. Eso no lo he expresado muy bien, ¿verdad? Lo que intentaba preguntarte, era: ¿no se apiñan terriblemente ahí dentro?

—La mente es ilimitada, joven maese.

—La tuya puede que lo sea, anarae —comentó Kalten, sonriendo—. Pero yo encuentro infinidad de límites en la mía.

—¿Está bien Sephrenia? —inquirió Vanion con la frente fruncida de preocupación.

—Está pasando por una tremenda agonía —replicó Xanetia, suspirando—. La traición de Zalasta la ha herido hasta el corazón, y su errada creencia de que todos habíais renegado de ella le ha destrozado el espíritu.

—Iré a verla —anunció Vanion, poniéndose rápidamente de pie.

—No, mi señor —lo detuvo Kalten—. Ésa no sería una buena idea. Tú estás demasiado próximo a ella y si fueras, sólo harías que se sintiera peor. ¿Por qué no me dejas ir a mí en tu lugar?

—A mí es a quien corresponde acudir a su lado, Kalten.

—No; si eso va a hacerla sufrir todavía más, no debes ir. En este preciso instante lo que necesita es saber que todavía la queremos, y eso significa que le hace falta alguien que sea afectuoso y no demasiado inteligente. Ése soy yo, por si no lo has advertido.

—¡Basta ya! —se encolerizó Alean—. ¡No voy a permitirte decir esas cosas sobre ti mismo! —Luego pareció darse cuenta de que no estaban solos, se ruborizó y bajó los ojos con aire confuso.

—Puede que él tenga razón, Vanion —comentó Ehlana con gravedad—. Sir Kalten puede tener sus defectos, pero es sincero y honrado. Sephrenia sabe que no hay doblez en su naturaleza. Es simplemente demasiado... demasiado...

—¿Estúpido? —propuso Kalten.

—Ésa no es la palabra que yo hubiese escogido.

—Eso no hiere mis sentimientos, reina mía. No me pagan para pensar, sino sólo para obedecer órdenes. Cada vez que intento pensar me meto en líos, así que he aprendido a pasar sin trabajos mentales. En cambio, me fío sólo de mis sentimientos. Ellos no me conducen por el camino equivocado con excesiva frecuencia. Sephrenia me conoce, y sabe que no podría engañarla aunque lo intentase.

—Eso se llama sinceridad, amigo mío —le informó Falquián, con una sonrisa en los labios.

—Supongo que ésa es una palabra tan buena como cualquier otra. —Kalten se encogió de hombros—. Correré al dormitorio de Sephrenia y la tranquilizaré con sinceridad. Quizás eso consiga que se sienta mejor.

—Soy yo, Sephrenia, Kalten. Abre la puerta.

—Márchate —le pidió ella con voz amortiguada.

—Esto es importante.

—Déjame en paz.

Kalten suspiró. Aquél iba a ser uno de esos días... Volvió a intentarlo.

—Por favor, pequeña madre.

—Haz el favor de marcharte.

—Si no abres la puerta, tendré que utilizar mi magia para hacerlo yo.

—¿Magia? ¿Tú? —Sephrenia rió desdeñosamente.

Kalten se inclinó hacia atrás, levantó la pierna derecha y golpeó el pomo de la puerta con el tacón de la bota. La golpeó dos veces más, y la puerta se astilló y abrió de golpe.

—¿Qué estás haciendo? —le chilló ella.

—¿Es que nunca antes habías visto practicar la magia elenia, pequeña madre? —le preguntó él dulcemente—. La utilizamos constantemente. No te importará que entre, ¿verdad? —Traspuso el umbral sembrado de astillas—. Se nos ocurrió que quizá te sentías sola y necesitabas a alguien a quien chillarle. Vanion quería venir, pero no se lo he permitido.

—¿Tú? ¿Desde cuándo has comenzado a darle órdenes a Vanion?

—Soy más grande que él... y más joven.

—¡Sal inmediatamente de mi habitación!

—Lo siento mucho, pero no puedo hacer eso. —Miró fugazmente hacia la ventana—. Tienes una buena vista desde aquí. Puedes ver hasta el puerto. ¿Qué te parece si comenzamos? Los chillidos y los golpes están permitidos pero, por favor, no me conviertas en sapo. A Alean no le gustaría mucho.

—¿Quién te ha enviado aquí, Kalten?

—Ya te lo he dicho. Fue idea mía. No quise dejar que viniera Vanion porque ahora mismo estás trastornada. Podrías decirle algo que ambos lamentarais más tarde. A mí puedes decirme lo que quieras, Sephrenia. No puedes herir mis sentimientos de ninguna manera.

—¡Vete!

—No, no lo haré. ¿Te gustaría que te preparase una buena taza de té?

—¡Lo que quiero es que me dejes en paz!

—Ya te he dicho que no. —Entonces la tomó por los hombros y la acogió en un gigantesco abrazo de oso. Ella luchó contra él, pero Kalten permaneció absolutamente inamovible—. Tus cabellos huelen bien —observó.

Ella comenzó a golpearle los hombros con los puños.

—¡Te odio!

—No, no me odias —replicó él con calma—. No podrías odiarme aunque quisieras. —Él continuó reteniéndola entre sus brazos—. Hemos tenido un otoño muy suave, ¿verdad?

—Por favor, déjame sola, Kalten.

—No.

Sephrenia se echó a llorar, aferrándose al jubón de él y hundiendo el rostro en el pecho del caballero.

—¡Estoy tan avergonzada! —sollozó.

—¿De qué? Tú no has hecho nada malo. Zalasta te engañó, eso es todo. Nos engañó también al resto de nosotros, y tú no eres más culpable de lo que lo somos los demás.

—¡Le he roto el corazón a Vanion!

—Oh, yo no creo que lo hayas hecho... no realmente. Tú conoces a Vanion. Es capaz de soportar casi cualquier cosa.

La tormenta de sollozos continuó..., que era más o menos lo que Kalten pretendía que sucediese. Se sacó un pañuelo de la manga del jubón y se lo dio a Sephrenia, sin aflojar el abrazo.

—Nunca seré capaz de volver a mirarlos a la cara —se lamentó.

—¿A quiénes? ¿Te refieres a los otros? Por supuesto que serás capaz. Has

hecho la tonta, eso es lo único que ha sucedido. Todo el mundo hace eso de vez en cuando.

—¡Cómo te atreves! —Ella comenzó a golpearlo otra vez. Kalten deseaba realmente que ella acabara con aquella parte.

—Pero es verdad, ¿no? —le dijo con dulzura—. Nadie te culpa por ello, pero de todas formas es verdad. Hiciste lo que creías correcto, pero resultó ser un error. Todo el mundo se equivoca alguna vez, ¿sabes? No existe ni una sola persona que sea perfecta.

—¡Estoy tan avergonzada!

—Eso ya lo has dicho. ¿Estás segura de que no te gustaría tomar una buena taza de té?

—Ahora debes descansar, anarae —comentó Sarabian, solícito—. No me había dado cuenta de lo agotador que esto podría ser para ti.

Ella le sonrió.

—Sois amable, Sarabian de Tamuli, pero no soy tan frágil como creéis. Continuemos. Estaba en la mente de Zalasta que podría tal vez corromper a Anakha en su juventud mediante diversos incentivos, y así conseguir acceder al Bhelliom sin necesidad de peligrosos enfrentamientos, pero Sephrenia y Aphrael se ocuparon estrechamente de la infancia y la juventud del campeón del Bhelliom, desbaratando una vez más y sin saberlo los planes de Zalasta.

»Entonces fue cuando concluyó Zalasta que no tenía otra elección que abordar a Anakha como enemigo más que como cómplice, y consultó con Ogerajin y con Otha, y fue incluso a Cimmura para buscar aliados que lo ayudaran. Poca hacer esto, fízose pasar por uno de los numerosos estirios de Zemoch que Otha había enviado a los reinos elenios para sembrar el descontento y las rebeliones.

—Y ciertamente había muchos de éstos —asintió Ulath—. Los rumores decían que los estirios de Zemoch podían darle a un elenio cualquier cosa que desease..., siempre y cuando ese elenio no estuviese demasiado apegado a su alma.

—Los sobornos que dichos estirios ofrecían eran muchos —asintió Xanetia—, pero el entendimiento de los agentes de Otha era limitado.

—Profundamente limitado —agregó Vanion.

—En verdad, Zalasta, sin embargo, era más sutil y muchísimo más paciente.

Halló un alumno capaz en la persona del joven capellán de la casa real de Elenia, un sacerdote llamado Annias.

—¿Annias? —exclamó Ehlana—. No sabía que hubiese sido jamás el capellán real.

—Eso sucedió antes de que tú nacieras —le informó Falquián.

—Eso sí que explicaría por qué tenía un control tan grande sobre mi padre. ¿Estás diciendo que Zalasta estaba detrás de todo el asunto, anarae?

Xanetia asintió con la cabeza.

—Realmente no resulta tan fácil corromper a un sacerdote joven —objetó Bevier—. Suelen estar llenos de celo e idealismo.

—Y Annias no era ninguna excepción, caballero Bevier —contestó Xanetia—. Era ambicioso, pero en su juventud fue siempre fiel a los ideales de su iglesia. Ese idealismo se interpuso en el camino de Zalasta, hasta que halló él los medios para desgastarlo. —Hizo una pausa, ligeramente ruborizada—. No querría ofenderos, majestad —se disculpó ante Ehlana—, pero la vuesa tía fue siempre lasciva y libertina.

—Eso no me ofende en lo más mínimo, anarae —le aseguró Ehlana—. Los apetitos de Arissa eran legendarios en Cimmura, y para empezar yo nunca le tuve demasiado cariño.

—¿Existía alguna conexión, entonces? —inquirió Melidere.

—En verdad que sí, baronesa —respondió Xanetia—. La princesa Arissa fue el medio por el cual Zalasta reclutó a Annias para su causa. Bien educado por el voluptuoso Ogerajin, Zalasta introdujo a la libertina princesa en... —Se interrumpió, sonrojándose furiosamente.

—No hace falta que entres en detalles, Xanetia —le dijo Ehlana—. Todos los aquí presentes conocimos a Arissa; no había nada que no fuese capaz de hacer.

—En verdad que era una alumna capaz —asintió Xanetia—. Ahora bien, Zalasta concluyó que Annias le sería de utilidad por razones de su posición como consejero del vueso padre. Así implantó la firme creencia en la mente de la vuesa corrupta tía, de que ningún acto podía ser tan vil como el seducir a un joven sacerdote. Esa idea, una vez implantada, obsesionó a Arissa, y antes de mucho tiempo dio sus frutos. En su duodécimo año de vida Arissa le arrebató la dudosa virtud al capellán del padre vueso.

—¿A los doce años? —murmuró la baronesa Melidere—. Era muy precoz, ¿verdad?

—Entonces Annias se sintió consumido por los remordimientos —prosiguió

Xanetia.

—¿Annias? —se burló Ehlana—. Pero si no sabía qué significaba esa palabra.

—En eso podríais estar equivocada, mi reina —disintió Vanion—. Yo conocí a Annias cuando era joven. Parecía comprometido con los principios de la Iglesia. No fue hasta más tarde que comenzó a cambiar. El padre de Falquián y yo siempre nos preguntábamos qué le había sucedido.

—Evidentemente, lo que le había sucedido era Arissa —comentó secamente Ehlana, y luego frunció los labios—. Así que Zalasta consiguió acceder a Annias a través de mi tía —resumió.

Xanetia asintió con la cabeza.

—El joven sacerdote, tras muchas oraciones y meditación, tomó la resolución de renunciar a sus votos y desposar a la princesa mancillada.

—Un matrimonio preparado en el cielo —observó sardónicamente Ulath.

—Arisa, sin embargo, no quería ni oír hablar de semejante unión, porque tan insaciable era la naturaleza suya que pronto se cansó de su amante eclesiástico y se mofó de él a causa de su poco vigor y carencia de habilidades. Pero a instancias de las insinuadas sugerencias de Zalasta, llevó ella a su exhausto amante a una cierta casa de Cimmura, y allí Zalasta dio a entender que podía devolverle a Annias sus agotados vigos por medio de encantamientos estirios. Así se aseguró de tener firmemente aferrado en su puño a aquel que se convertiría en el primado de Cimmura.

—Sabíamos que Annias estaba recibiendo ayuda de uno de los estirios de Otha —comentó Falquián—. Pero no teníamos ni idea de que se tratara de Zalasta. Tomaba parte virtualmente en todo lo que sucedía, ¿no es así?

—Es tremendamente inteligente, Anakha. Con paciencia, instruyó a sus alumnos cada vez mejor dispuestos en esas depravaciones que había aprendido de Ogerajin en Verel. El capellán real era de vital importancia para los planes suyos, pero antes era necesario corromperlo más allá de toda esperanza de redención.

—Esa parte del plan la realizó perfectamente bien —declaró Ehlana con severidad.

—Paso a paso, Arissa, guiada por Zalasta, arrastró al capellán cada vez más abajo hasta que toda semblanza de decencia hubo desaparecido de él. Entonces fue cuando propuso el estirio el máximo grado de degeneración. Aquella lujuriosa princesa, auxiliada ahora por su igualmente impuro amante, tenía que

seducir al padre vuesto, el propio hermano suyo, y cuando lo tuvieran completamente en sus redes debía mencionarle por primera vez la idea de un matrimonio incestuoso. Bien sabía Zalasta que el padre de Anakha se resistiría a semejante abominación hasta la muerte, y esperaba así poder separar la casa de Falquián de la casa real de Elenia. No contó, sin embargo, con la férrea voluntad de los Falquián ni con la debilidad del rey Aldreas.

»El anciano Falquián instó al padre vuesto a desposar a otra, pero en verdad que la finalidad de Zalasta había sido alcanzada. Una grieta se había abierto entre las dos casas.

—Pero nosotros hemos cerrado esa grieta, ¿no es cierto, Falquián? —comentó Ehlana con una afectuosa sonrisa.

—Con bastante frecuencia —replicó él.

—¿Qué puedo hacer? —se lamentó Sephrenia, retorciéndose las manos.

—Para empezar, podrías dejar de hacer eso —le respondió Kalten con dulzura, separándole las manos—. Hace apenas un momento descubrí lo afiladas que son tus uñas, y no quiero que te desgarres la piel.

Ella dirigió una mirada cargada de culpabilidad a los arañazos recientes que el caballero tenía en la cara.

—Te he hecho daño, ¿verdad, querido?

—No es nada. Estoy habituado a sangrar.

—¡He tratado tan mal a Vanion! —dijo ella con voz quejumbrosa—. Él nunca me perdonará, y yo lo amo.

—Díselo. Eso es realmente lo único que tienes que hacer, ¿sabes? Simplemente dile lo que sientes por él, dile que lo lamentas, y todo volverá a ser como antes.

—Jamás volverá a ser como antes.

—Por supuesto que sí. En cuanto volváis a estar los dos juntos, Vanion olvidará que esto haya llegado a suceder. —Le tomó las diminutas manos en las suyas enormes, se las volvió y le besó las palmas—. De eso precisamente se trata el amor, pequeña madre. Todos cometemos errores. La gente que nos ama perdona los errores. Los que no quieren olvidarlos no tienen realmente importancia, ¿no te parece?

—Bueno, no, pero...

—No existe ningún pero, Sephrenia. Es tan sencillo que incluso yo puedo

entenderlo. Alean y yo confiamos en nuestros sentimientos, y parece funcionar maravillosamente bien. No hace falta complicar a la lógica cuando se trata de algo tan simple como el amor.

—¡Eres un hombre tan bueno, Kalten!

Aquella frase lo hizo sentir un poco violento.

—Difícilmente puedo serlo —replicó él con tristeza—. Bebo demasiado, y como en exceso. No soy muy refinado, y habitualmente no puedo seguir un pensamiento sencillo desde el principio hasta el final. Dios sabe que tengo defectos, pero Alean los conoce y los perdona. Ella sabe que no soy más que un soldado, así que no espera demasiado de mí. ¿Estás ya preparada para esa taza de té?

—Me vendría muy bien —le dijo ella, sonriendo.

—Eso sí que es una verdadera sorpresa —declaró Vanion—. Pero ¿por qué Martel?

—Zalasta percibió que de entre todos los pandion, Martel era el que estaba más cerca de ser adversario digno de Anakha —le replicó Xanetia—, y la sed de Martel por los secretos prohibidos le proporcionó a Zalasta una puerta de entrada. El estirio se hizo pasar por un zemoch analfabeto y codicioso y aceptó el oro de Martel con aparente ansiedad. Así engañó Zalasta al joven y arrogante pandion, hasta que ya no tuvo posibilidad de volverse atrás.

—¿Y durante todo ese tiempo se hizo pasar por emisario de Otha? —le preguntó Bevier.

—Sí, caballero. Sirvió a los designios de Otha mientras le convino, pero el su corazón y la mente suya continuaron perteneciéndole a él mismo. En verdad os digo que corrompió al primado Annias y al pandion Martel para conseguir sus propios fines, que se centraron siempre en el día aquel en que Anakha sacara al Bhelliom del lugar en el que yacía oculto.

—Pero no fue Anakha quien lo sacó, anarae. Fue Aphrael, y ninguno de los planes de Zalasta podían tomar eso en cuenta.

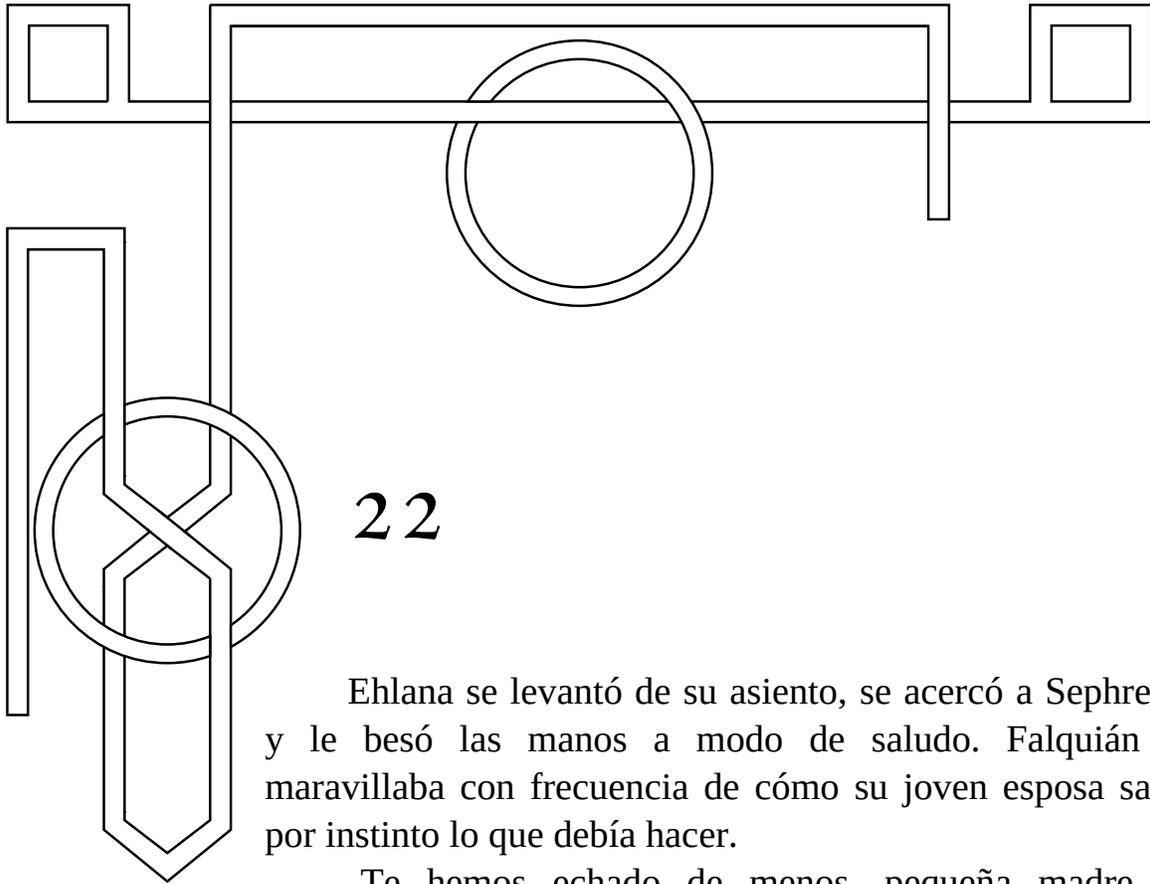
Todos se volvieron rápidamente ante el sonido de aquella voz que les era familiar. Sephrenia, con el rostro aún ojeroso, se hallaba de pie en la puerta con Kalten detrás de ella.

—Puede que Zalasta hubiera sido capaz de arrebatarle la piedra a Falquián, pero no a Aphrael. Ése fue el momento en que todas sus creencias se hicieron

trizas. No podía creer que nadie, ni siquiera un dios, entregaría voluntariamente el Bhelliom a alguien distinto. Quizás algún día decida explicárselo.

—Yo he visto el interior de la mente de Zalasta, Sephrenia de Ylara —le dijo Xanetia—. No puede comprender un acto semejante.

—Yo haré que lo entienda, anarae —replicó Sephrenia con voz inhóspita—. Tengo a este grupo de salvajes elenios que me quieren... o al menos eso dicen. Estoy segura de que si se lo pido con la suficiente amabilidad, le harán entrar esa comprensión a golpes a Zalasta —terminó, con una leve sonrisa de afecto.



## 22

Ehlana se levantó de su asiento, se acercó a Sephrenia y le besó las manos a modo de saludo. Falquián se maravillaba con frecuencia de cómo su joven esposa sabía por instinto lo que debía hacer.

—Te hemos echado de menos, pequeña madre — comentó sencillamente—. ¿Te sientes mejor?

Una débil sonrisa acarició los labios de Sephrenia.

—¿Cómo defines exactamente la palabra «mejor», Ehlana? —Miró atentamente a la rubia reina—. No estás durmiendo lo suficiente.

—Tú también estás un poco ojerosa —replicó Ehlana—. Supongo que ambas tenemos razones para ello.

—Oh, sí. —Sephrenia recorrió con la vista los rostros ligeramente aprensivos de sus amigos—. Oh, dejad de hacer eso —les dijo—. No voy a hacer una pataleta. Me he comportado mal. —Levantó una mano y acarició afectuosamente una mejilla de Kalten—. Este despótico amigo mío dice que no tiene importancia, pero aún así yo quiero disculparme.

—Tenías razones de sobras para estar trastornada —le aseguró Falquián—. Fuimos muy bruscos contigo.

—Ésa no es ninguna justificación, querido. —La mujer respiró profundamente, echó los hombros hacia atrás, y atravesó la sala en dirección a Xanetia con el aire de alguien que se dispone a cumplir con un desagradable

deber—. No tenemos realmente ninguna razón para apreciarnos mutuamente, anarae —comenzó—, pero al menos deberíamos ser educadas. Yo no lo fui. Lo siento.

—Vuestra valentía habla en favor de vos, Sephrenia de Ylara. Os confieso que tendría que verme muy presionada para admitir así un error ante un enemigo.

—¿Qué hizo exactamente el caballero Kalten para conseguir que te recobraras? —inquirió Sarabian con curiosidad—. Eras presa de la más absoluta desesperación, y Kalten no habría sido mi primera elección para consolar a nadie.

—Eso se debe a que no lo conoces, Sarabian. Tiene un corazón muy grande, y demuestra su afecto de una forma muy directa. Derribó mi puerta a patadas y me sofocó hasta someterme. —Pensó durante un momento en lo sucedido—. Prácticamente lo único que hizo fue rodearme con sus brazos y decirme que me quería. Continuó diciéndomelo una y otra vez, y cada vez que lo decía me llegaba directamente al corazón. Los elenios son unos prepotentes muy buenos. Le grité durante un rato, y luego probé darle golpes, pero golpear a Kalten es como darle puñetazos a un ladrillo. Incluso probé con el llanto... siempre he tenido buena suerte con el llanto..., pero lo único que él hacía era ofrecerme una taza de té. —Sephrenia se encogió de hombros—. Pasado un rato, me di cuenta de que él iba a continuar queriéndome por muchas cosas que yo hiciera, y que me estaba poniendo en ridículo a mí misma, así que aquí estoy. —Le sonrió a Alean—. No sé si te das cuenta de ello, querida, pero es muy probable que seas la mujer más afortunada del mundo. No lo dejes escapar.

—No temas, mi señora Sephrenia —replicó la muchacha de dulces ojos, ruborizándose delicadamente.

Sephrenia los miró a todos, adoptando de pronto un aire completamente profesional.

—Estoy segura de que tenemos cosas más importantes de las que hablar, que mi reciente pataleta. ¿Me he perdido muchas?

—Oh, no realmente, querida hermana —replicó Stragen, arrastrando perezosamente las palabras—. Aproximadamente, lo único que hemos descubierto es que Zalasta ha sido responsable de casi todas las catástrofes de la historia humana desde la caída del hombre. No tenemos las pruebas suficientes como para acusarlo de ésa en concreto.

—Pero estamos' trabajando en eso —agregó Caalador.

Falquián resumió brevemente lo que Xanetia les había contado referente al lado oculto de Zalasta. Sephrenia se sobresaltó al oír que era Zalasta quien había corrompido a Martel.

—No tengo intención de ser ofensivo, querida hermana —comentó Stragen—, pero me parece que los dioses jóvenes no actuaron con la suficiente firmeza al enfrentarse con esos estirios renegados. Parece que se prestan a casi cualquier travesura que se les pone delante. Algo un poco más terminante que el destierro podría haber sido una solución más adecuada.

—Los dioses jóvenes no harían algo así, Stragen.

—Lástima —murmuró él—. Eso lo deja más o menos en nuestras manos, ¿no? Ahí fuera tenemos un grupo de gente que es tremendamente hábil para causar problemas. —Su rostro adoptó un aire socarrón—. Tengo una idea —prosiguió—. ¿Por qué no haces que alguien componga una lista de nombres y me la entregas a mí? Yo me aseguraré de que el gobierno secreto se haga cargo de todos los detalles sucios. Ni siquiera tendríamos necesidad de molestar a los dioses jóvenes y al resto de Estiria para solventarlo. Tú propones y yo dispongo. Llámalo favor personal si quieres.

—Eres un hombre depravado, Stragen.

—Sí. Ya suponía que lo habías advertido.

—¿Qué hizo Zalasta después de que Falquián destruyera a Azash? —preguntó Talen a Xanetia—. ¿No le enseñó eso que sería más prudente mantenerse a distancia de nuestro amigo?

—Se disgustó aún más, joven maese. En una sola noche, Anakha había demolido décadas de paciente trabajo y, con el Bhelliom firmemente en su poder, era más peligroso que nunca. Las esperanzas de Zalasta de arrebatarse la piedra se habían hecho añicos, y él huyó de Zemoch iracundo y decepcionado.

—Y cuando huyó, se perdió el espectáculo de Falquián arrojando el Bhelliom al mar —agregó el muchacho—. Por lo que él sabía, Falquián aún lo tenía en el bolsillo.

Ella asintió con la cabeza.

—Regresó a Verel y consultó con Ogerajin y otros diversos renegados sobre aquel desastroso giro de los acontecimientos.

—¿Cuántos hay, mi señora? —le preguntó Kalten—. ¿Y qué aspecto tienen? Siempre es bueno conocer a los enemigos.

—Son muchos, caballero Kalten, pero cuatro son, además de Zalasta y Ogerajin, los más importantes. Son los más poderosos y corruptos de todo

Estiria. Ogerajin es con mucho el peor de ellos, pero sus poderes están menguando por causa de una abominable enfermedad que se le come el cerebro. —De pronto, Xanetia pareció incómoda e incluso se ruborizó—. Es una de esas enfermedades que afligen a aquellos que se dedican excesivamente a obscenidades.

—Eh... —Sarabian salió en su auxilio—. No creo que haga falta ponerse demasiado específicos acerca de la enfermedad de Ogerajin. ¿Por qué no decimos simplemente que está incapacitado y lo dejamos así? ¿Quiénes son los otros, anarae?

Ella le dirigió una mirada de agradecimiento.

—Cyzada de Esos es el mejor versado en los aspectos oscuros de la magia estiria, emperador Sarabian —replicó la muchacha—. Dado que reside cerca de la frontera oriental de Zemoch, ha tenido frecuente contacto con los brujos medio estirios medio elenios de esa tierra condenada, y aprendió mucho de ellos. Tiene acceso con bastante facilidad a las tinieblas que rodeaban la mente de Azash, y puede convocar a algunas criaturas de las que servían al dios antiguo.

—¿Lamorks? —inquirió Berit—. ¿Buscadores?

—Los lamorks perecieron con su amo, caballero. La suerte corrida por los buscadores es incierta. Cyzada teme convocar a los que son como ellos, porque sólo Otha podía controlarlos con seguridad.

—En cualquier caso, eso ya es algo —comentó Khalad—. He oído algunas historias que preferiría no comprobar en persona.

—Además de con Cyzada, Zalasta y Ogerajin se han aliado con Ptaga de Jura, Ynak de Lydros y Djarian de Samar —continuó Xanetia.

—He oído hablar de ellos —dijo Sephrenia sombríamente—. Nunca hubiera creído que Zalasta pudiera caer tan bajo.

—¿Tan malo es? —le preguntó Kalten.

—Peor que eso. Ptaga es un maestro de las ilusiones que puede desdibujar la línea que separa la realidad de la imaginación. Se dice que conjura las imágenes de varias mujeres para placer de los degenerados que le pagan. Y que esas imágenes son incluso mejor de lo que puede serlo la realidad.

»Ynak tiene fama de ser el más pendenciero de los hombres vivos —continuó Sephrenia—. Puede poner en marcha enemistades de siglos de duración entre familias con sólo pasar por delante de sus casas. Probablemente está detrás del surgimiento de odios raciales que contaminan a los reinos elenios del oeste. Djarian es probablemente el más sobresaliente nigromante del mundo. Se dice

que puede resucitar a personas que nunca jamás existieron realmente.

—¿Ejércitos enteros? —le preguntó Ulath—. ¿Como esos lamorks antiguos, o los cyrgais?

—Lo dudo —respondió ella—, aunque no podría asegurártelo. Fue Zalasta quien nos dijo que era imposible, y podía estar mintiéndonos.

—Tengo una pregunta, anarae —intervino Talen—. ¿Puedes ver el pensamiento de Zalasta al igual que oírlo?

—Hasta cierto punto, joven maese.

—¿Adónde quieres llegar? —inquirió Falquián.

—¿Recuerdas el hechizo que utilizaste para que se formara la cara de Krager en una jofaina llena de agua cuando estábamos en la bodega que Platime tiene en Cimmura?

Falquián asintió.

—Un nombre es sólo eso, un nombre —observó Talen—, y esos estirios en particular no es probable que anden por ahí anunciando quiénes son. Hace un momento Stragen sugirió librarse de ellos. ¿No te parece que unos retratos facilitarían enormemente esa tarea? Si Xanetia puede ver los recuerdos que tiene Zalasta del aspecto de esos tipos y me permite verlos también a mí, podría dibujar sus retratos. Luego, Stragen podría enviar los retratos a Verel, o adónde estén esos estirios, y Zalasta podría perder de pronto a algunos secuaces con los que contaba de manera vital. Creo que al menos le debemos eso.

—Me gusta como piensa este muchacho, Falquián —comentó Ulath, con una ancha sonrisa.

—El vueso plan tiene un fallo, joven maese —intervino Xanetia—. El hechizo del que habéis hablado es estirio, y yo no estoy familiarizada con él.

El muchacho se encogió de hombros.

—Sephrenia podría enseñártelo.

—Estás pidiendo un imposible, Talen —le dijo Bevier—. Sephrenia y Xanetia acaban de alcanzar sólo el punto en el que pueden estar en la misma habitación sin querer matarse la una a la otra. El enseñar... y aprender... hechizos, requiere una gran dosis de confianza.

Sin embargo, Xanetia y Sephrenia estaban intercambiando una larga mirada de aflicción.

—No seas tan rápido arrojando por la ventana una buena idea, Bevier —murmuró Sephrenia—. Sin duda, tiene algunas posibilidades, anarae —sugirió a modo de tanteo—. Probablemente la idea te pone la carne de gallina tanto como

a mí, pero si pudiéramos aprender a confiar la una en la otra, habría toda clase de cosas que seríamos capaces de lograr. Si pudiéramos combinar tu magia con la mía... —Sephrenia dejó la frase sin acabar.

Xanetia frunció los labios, y su expresión reflejó extrañamente la de Sephrenia. Con tanta intensidad estaba considerando la idea, que perdió levemente el control y su rostro comenzó a fulgurar.

—Las alianzas entre las razas nuestras casi siempre consiguieron, en efecto, poner a los cyrgais de rodillas —observó, con un tono también de tanteo.

—En los círculos diplomáticos éste es el punto en el que habitualmente se aplazan las sesiones con el fin de que cada uno pueda consultar con su gobierno —sugirió Oscagne.

—La anarae y yo no estamos obligadas a pedir instrucciones ni de Sarsos ni de Delfaeus, excelencia —le aclaró Sephrenia.

Él se encogió de hombros.

—Tampoco lo están la mayoría de los diplomáticos. La frase «debo consultar con mi gobierno» es meramente una forma cortés de decir «tu sugerencia es interesante. Dame un poco de tiempo para pensarlo y acostumbrarme a la idea». Vosotras dos, damas, estáis entrando en un territorio nuevo. Os aconsejo que no precipitéis las cosas.

—¿Qué decís vos, Sephrenia de Ylara? —preguntó Xanetia, con una sonrisa tímida—. ¿Debemos hacer una pausa para realizar consultas ficticias con Sarsos y Delfaeus?

—Puede que ésa no sea una idea tan mala, Xanetia de Delfaeus —asintió Sephrenia—. Siempre que ambas sepamos que son ficticias, no tendremos que perder tiempo esperando que mensajeros inexistentes realicen viajes imaginarios antes de que volvamos a hablar del asunto.

—Tras la destrucción de la ciudad de Zemoch y de todos los que en ella habitaban, se encontraron Zalasta y sus secuaces en Verel para considerar el paso siguiente. —Xanetia había vuelto a dar comienzo a la historia después de un breve receso—. Concluyeron ellos de inmediato que no eran contrincantes dignos de Anakha y el Bhelliom. Fue Ogerajin quien señaló que la tentativa de alianza de Zalasta se había establecido con Otha, y que no había mantenido contacto directo alguno con Azash. Le fabló él despreciativamente de eso a Zalasta, y el rencor de Zalasta por causa de aquellas palabras aún perdura.

—Eso siempre resulta útil —observó Vanion—. La disidencia entre los enemigos de uno habitualmente puede ser explotada.

—La presencia del pendenciero Ynak aumenta esa discordia, mi señor Vanion. Ogerajin censuró a Zalasta, exigiendo saber si era tan soberbio como para considerarse el igual que un dios, porque Ogerajin considera en efecto a Anakha como tal, o casi, debido a que tiene acceso al Bhelliom.

—¿Qué se siente al estar casada con un dios, Ehlana? —bromeó Sarabian.

—Tiene sus buenos momentos —replicó ella con una sonrisa.

—Entonces, Cызada de Esos se unió a la conversación —prosiguió Xanetia—. Con bastante timidez les sugirió una alianza con la miríada de semidioses del mundo inferior, pero sus compañeros no confiaron en él, porque sólo Cызada está familiarizado con los hechizos de Zemoch que invocan y controlan a las criaturas de las tinieblas. En verdad, la confianza es muy flaca dentro de esa malsana compañía. Zalasta les ha presentado a todos el premio máximo, y bien sabe él que cada uno codicia secretamente la posesión única de la gema. La alianza que existe entre ellos todos es incómoda en el mejor de los casos.

—¿Qué decidieron hacer finalmente, anarae? —le preguntó Kring a la muchacha.

Falquían había advertido que el domi raras veces hablaba en aquellas reuniones. Kring no se sentía realmente cómodo en los interiores, y las sutilezas de la política que tanto deleitaban a Ehlana y Sarabian, obviamente lo aburrían. La política de Pelosia era abierta y sencilla..., y por lo general implicaba el derramamiento de sangre.

—El consenso de las deliberaciones tuyas fue que podrían encontrar, por un precio, personas dispuestas a ayudarlos dentro del Gobierno imperial —respondió Xanetia.

—Respecto a eso, estaban en lo cierto —comentó Sarabian con amargura—. Si lo que vimos ayer era indicativo de algo, mis ministros estaban a punto de traicionarme.

—No era nada realmente personal, mi emperador —le aseguró Oscagne—. Nos estábamos traicionando los unos a los otros, no a ti.

—¿Te planteó el asunto a ti alguien alguna vez?

—Varios lo hicieron, en realidad. Pero no podían ofrecerme nada que realmente quisiera.

—¿Honradez en la política, Oscagne? —le preguntó su hermano con fingido asombro—. ¿Estás sentando un mal precedente?

—Crece de una vez, Itagne —respondió el ministro—. ¿No has aprendido ya a estas alturas que no puedes engañar a Sarabian? Él asegura ser un genio, y probablemente está muy cerca de serlo..., o lo será muy pronto, cuando lo hayamos despojado de las ilusiones que todavía le quedan.

—¿No es un poco grosero el decir eso, Oscagne? —le preguntó Sarabian con una voz cargada de intención—. Estoy aquí mismo, ¿sabes?

—¡Vaya, pues sí que lo estás, majestad! —exclamó Oscagne con exagerada sorpresa—. ¿No es asombroso?

Sarabian se echó a reír.

—¿Qué puedo hacer? —le dijo a Ehlana—. Lo necesito demasiado como para poner siquiera objeciones. ¿Por qué no me habías hablado de eso, Oscagne?

—Sucedió cuando tú estabas todavía fingiendo estupidez, majestad. Yo no quería despertarte. Puede yo haya conocido a ese tal Ynak del que has estado hablando, anarae. Uno de los que me abordó era estirio, y te aseguro que nunca había conocido a un tipo tan desagradable. Me he cruzado con cabras que huelen mejor, y ese hombre era absolutamente monstruoso. Cada uno de sus ojos miraba en una dirección diferente, y tenía unos dientes rotos y podridos que parecían crecer directamente hacia afuera. Parecía tener la boca llena de carámbanos marrones.

—La vuesa descripción se asemeja mucho al recuerdo que Zalasta tiene de él.

—El tipo ese no parese que vaya a 'se'mu' difícil d'encontrá', Stragen —comentó Caalador, arrastrando las palabras, en su dialecto característico—. Puedo 'nviá' mensaje a Verel si quiere'. Ese Ynak vuestro no e' fásil que pase sin que lo vean si e' tan guapo como dise el ministro.

Xanetia pareció perpleja.

—Es una pose que divierte a mi colega, anarae —se disculpó Stragen—. Le gusta adoptar el aire de un palurdo. Él asegura que es algo destinado a camuflarlo, pero yo creo que lo hace sólo para irritarme.

—Los vuestos elenios son graciosos y traviosos, Sephrenia de Ylara —comentó Xanetia.

—Ya lo sé, anarae —suspiró la mujer estiria—. Es una de las cargas que tengo que soportar.

—¡Sephrenia! —protestó suavemente Stragen.

—¿Cómo hiciste para rechazar a ese tipo sin acabar con un cuchillo clavado en la espalda, excelencia? —le preguntó Talen a Oscagne—. El declinar esa

clase de ofertas suele ser fatal.

Oscagne se encogió de hombros.

—Le dije que el precio no me parecía correcto. Le respondí que si podía presentarme una oferta mejor, quizás estaría interesado.

—Muy bien, excelencia —dijo Caalador con admiración—. ¿Qué tipo de razón te dio para hacerte la primera oferta?

—Se mostró un poco vago al respecto. Hizo insinuaciones acerca de algún tipo de operación de contrabando en gran escala, y dijo que le vendría bien la ayuda de los servicios exteriores para allanar el camino en varios de los reinos ajenos a Tamuli. Insinuó que ya había comprado al Ministerio del Interior y a la rama de aduanas de la cancillería del Tesoro.

—Estaba mintiendo, excelencia —le aseguró Stragen—. Con el contrabando no se gana tanto dinero como para hacer algo así. Tiene muchos riesgos y pocos beneficios.

—Yo pensé más o menos lo mismo. —Oscagne se retrepó en el asiento mientras se acariciaba pensativamente el mentón—. Ese grupo de estirios de Verel pueden pensar que son muy mundanos, pero son como niños comparados con los verdaderos delincuentes y los negociantes internacionales. Tramaron una historia que en verdad no resultaba demasiado convincente. Lo que de hecho pretendían era tener acceso al gobierno y al poder de los diversos ministros con el fin de utilizarlo para derrocar al propio gobierno. El gobierno tuvo que verse al borde del colapso para que me enviaran a mí corriendo a Eosia con la misión de rogarle al príncipe Falquián que acudiera aquí y nos salvara.

—Eso funcionó, ¿verdad? —dijo Itagne sin rodeos.

—Bueno, sí, supongo que sí, pero fue todo hecho con mucha torpeza. Personalmente, me avergonzaría aceptar una victoria tan burda. Es una cuestión de estilo, Itagne. Cualquier aficionado puede tropezarse con algún triunfo ocasional. Los verdaderos profesionales controlan las cosas lo bastante bien como para no tener que confiar en el azar.

Poco después se separaron para dormir. Falquián observó a Sephrenia y Vanion con bastante atención mientras todos salían de la sala. Los dos intercambiaron unas cuantas miradas tentativas, pero ninguno de ellos parecía dispuesto a romper el hielo.

Volvieron a reunirse a la mañana siguiente; Talen y Kalten parecían estar compitiendo entre sí para ver cuál de los dos podía comer más durante el desayuno.

Después de algunas conversaciones casuales, volvieron a concentrarse en el trabajo.

—Justo después del intento de golpe que se produjo aquí, en Matherion, Krager me hizo una visita —le dijo Falquián a Xanetia—. ¿Decía la verdad cuando aseguró que Cyrgon estaba involucrado en todo esto?

Ella asintió con la cabeza.

—Cyrgon tiene muchas razones para odiar a los estirios y a los dioses suyos —replicó ella—. La maldición que ha mantenido prisioneros a los cyrgais suyos durante diez eones, lo encoleriza más allá de toda medida. Los estirios proscritos de Verel compartían el odio suyo porque también ellos han sido castigados. —Reflexionó durante un momento—. Tenemos todos motivos para odiar a Zalasta —continuó—, pero no podemos dudar de la valentía suya. Fue con peligro de la vida que llevó la propuesta de los renegados hasta la ciudad escondida de Cyrga para exponerla ante el propio Cyrgon. La propuesta era simple. Por medio del Bhelliom podría la maldición levantarse y los cyrgais ser arrojados una vez más contra el mundo. Los estirios podrían ser exterminados, cosa que placía tanto a Cyrgon como a los proscritos; los cyrgais llegarían a dominar el mundo..., con posiciones de honor y poder reservadas para Ogerajin y sus amigos: y Aphrael sería destruida, otorgando así la posesión de Sephrenia a Zalasta.

—Algo para cada cual —comentó Sarabian con sequedad.

—Así lo pensaban Ogerajin y Zalasta —asintió Xanetia—. Sin embargo, no habían contado con la naturaleza de Cyrgon. Pronto se dieron cuenta de que por ningún motivo aceptaría el papel secundario que tenían en mente para él. Cyrgon sólo ordena, no sigue las órdenes de nadie. Colocó a su sumo sacerdote, un tal Ekatas, por encima de sus nuevos aliados, diciéndoles a éstos que Ekatas hablaría en su nombre para todas las cosas. Zalasta se rió secretamente de la simpleza del dios, pensando que el sumo sacerdote Ekatas moriría, como todos los cyrgais, con el primer paso que diera para cruzar la invisible línea trazada en las arenas. Ekatas, sin embargo, no necesitaba cruzar esa línea. Con el auxilio de Cyrgon, viajó él con la mente, no con el cuerpo, para poder observar y dirigir sin abandonar Cyrga. En verdad, la mente de Ekatas puede atravesar vastas distancias, no sólo para transmitir la voluntad de Cyrgon, sino también para avisar a los diversos secuaces de lo que ha sucedido en otros lugares.

—Eso explica cómo pasó tan rápido la noticia de nuestra llegada de un extremo al otro de Cynesga —comentó Bevier—. Entonces nos preguntamos cómo conseguían adelantársenos.

—Ahora bien —continuó Xanetia—, aunque son proscritos y despreciados, Ogerajin y los otros continúan siendo estirios. Y las gentes del Estiria no pertenecen a un pueblo guerrero. Anteriormente habían concentrado sus esfuerzos en el engaño y extravío de los demás. Cyrgon, sin embargo, es un dios de guerra, y les ordenó que reunieran ejércitos para enfrentarse con los atanes, que eran el brazo armado del imperio. Entonces quedaron los proscritos de Verel perplejos, porque Cyrgon dio la orden pero ninguna guía. Zalasta, que había viajado mucho por Eosia, le sugirió a Ekatas que Cyrgon podía engañar a los trolls y traerlos hasta Tamuli septentrional. Y Cyrgon consintió de inmediato. Sin embargo, pidió más. Ynak de Lydros, que lleva consigo esa nube de disensión, podía avivar los fuegos del descontento en todo Tamuli, pero tan contenciosa es su naturaleza que nadie lo seguiría por su propia voluntad. Los ejércitos requieren generales, y los estirios no tienen dotes para esa profesión. No digo esto para ofenderos, Sephrenia —se apresuró a agregar.

Tanto Xanetia como Sephrenia se mostraban muy cautelosas la una con la otra.

—No me siento ofendida, Xanetia. Me gustan los soldados, te lo aseguro. — Sus ojos se posaron fugazmente en Vanion—. Algunos de ellos, en todo caso, pero realmente creo que el mundo sería un sitio más benigno sin ellos.

—Muérdete la lengua —le gruñó Ulath—. Si no pudiéramos ser soldados, todos tendríamos que salir a buscar trabajos honrados.

Xanetia sonrió.

—Fue presa de la desesperación, porque Cyrgon se impacientaba, que Zalasta viajó a Arjuna para alistar a su hijo Scarpa en la empresa. Agora bien, Scarpa era diferente de su padre en el sentido de que recurría voluntaria y ansiosamente a la violencia. Los años pasados en ferias de tercera categoría le habían enseñado el arte de dominar a las multitudes mediante la elocuencia y su presencia imponente. Su profesión, sin embargo, era tenida en baja estima, cosa que hería profundamente a Scarpa porque él tenía una elevada opinión de sí mismo.

—Ciertamente que la tiene, joven dama —asintió Caalador—. Si lo que me han dicho los ladrones de Arjuna está en algo cerca de la realidad, Scarpa cree que probablemente podría volar o caminar sobre las aguas con sólo proponérselo.

—En verdad —asintió ella—. Siente, además, un profundo desprecio por los dioses y un tremendo odio hacia las mujeres.

—Eso no es insólito en los bastardos —declaró Stragen con cinismo—. Algunos de nosotros culpamos a nuestras madres, o a nuestros dioses, por nuestra inaceptabilidad social. Afortunadamente, yo nunca caí en esa trampa. Pero es que yo soy tan ingenioso y encantador que no me encontraba con las habituales insuficiencias a la hora de justificarme hábilmente.

—Lo detesto cuando se pone a hablar así —declaró la baronesa Melidere.

—No es más que un hecho evidente, querida baronesa —contestó él, dedicándole una amplia sonrisa—. La falsa modestia es tremendamente indecorosa, ¿no lo crees?

—Hazte el listo en tu tiempo libre, Stragen —lo censuró Ehlana—. ¿Le contó Zalasta a su hijo absolutamente todos los detalles de esta conspiración, anarae?

—Sí, majestad. Dada la naturaleza de ellos dos, existía entre ellos una sorprendente franqueza. Scarpa, sin embargo, era muy joven y tenía una idea exagerada de su propia inteligencia. Zalasta diose rápidamente cuenta de que los rudimentarios hechizos estirios que le había enseñado a su hijo en sus infrecuentes visitas a Arjuna, podían fácilmente engañar a los patanes rurales, pero difícilmente serían adecuados para el plan que tenía entre manos. Así pues, llevó a su hijo a Verel para ponerlo bajo la tutela de Ogerajin.

—¿Cuándo sucedió eso, anarae? —le preguntó Caalador con curiosidad.

—Hace tal vez unos cinco años, maese Caalador.

—En ese caso, encaja con lo que nosotros hemos averiguado. Fue hace casi exactamente cinco años que Scarpa desapareció de Arjuna. Luego, hace un par de años, regresó y comenzó a crear problemas.

—Fue una educación corta —le dijo Xanetia—, pero Scarpa tiene una mente rápida. En realidad, fue su tutor quien suspendió las clases, porque Ogerajin se sintió profundamente ofendido por la arrogancia del joven.

—Parece que ese Scarpa es de los que uno no tiene más remedio que odiar —observó Talen—. Yo mismo no lo conozco y ya me cae mal.

—Zalasta también quedó un poco desconcertado por la naturaleza cáustica del fijo suyo —les explicó Xanetia—, y con la idea de obligarlo a comportarse de manera civilizada mediante el pavor reverencial, lo llevó hasta Cyrga para que pudiera conocer al amo de todos ellos. Cyrgon interrogó atentamente al joven y luego, evidentemente satisfecho, lo instruyó en la tarea que tenía ante sí. Scarpa salió de aquella entrevista sin más respeto por el dios de los Cyrgai que el que sentía antes de conocerlo, y Zalasta había perdido cualquier consideración

que anteriormente pudiera tenerle al fijo suyo. Agora tenía en la mente la intención de que si la conspiración prosperaba, Scarpa no sobreviviría por mucho tiempo a la victoria. —Hizo una pausa—. Si os place considerarlo así, Sephrenia, la venganza vuesa ya ha dado comienzo. Zalasta es un hombre vacío, sin dios y sin nadie en el mundo que lo quiera o lo llame amigo. Incluso el escaso afecto que sentía por aqueste fijo está ahora marchito, y él está vacío y solo.

Dos grandes lágrimas inundaron los ojos de Sephrenia, pero luego las enjugó coléricamente con el reverso de una mano.

—Eso no es bastante, anarae —declaró con tono intransigente.

—Has pasado demasiado tiempo con elenios, pequeña madre —comentó Sarabian.

Aquello sorprendió un poco a Falquián. No podía estar seguro de si el brillante y errático emperador tamul había empleado deliberadamente aquel término afectuoso, o si se trataba de un desliz verbal.

—¿Quién reclutó a los demás, anarae? —preguntó Vanion, apartándose con suavidad de una situación ligeramente delicada.

—Lo hizo Scarpa, mi señor Vanion —contestó la muchacha—. Cyrgon le había ordenado que buscara confederados para levantar rebeliones en Tamuli occidental, y cortar así el camino si Anakha acudía con los ejércitos de la Iglesia, porque Cyrgon no opondría voluntariamente a los queridos cyrgai suyos contra los que como vosotros son. Ahora bien, Scarpa conocía a un cierto aristócrata dacita venido a menos que, perseguido por las deudas de juego y las poco amables presiones de sus acreedores para que saldara las cuentas, había huido de Daconia y se había ocultado durante un tiempo en la misma feria en la que Scarpa practicaba el dudoso arte suyo. Aquel vil noble, el barón Parok, desesperado más allá de toda medida, pronto se unió voluntariamente con su antiguo socio, porque los alicientes ofrecidos por Scarpa eran tentadores. Consultó luego esa pareja sin escrúpulos, con los corruptos estirios de Verel, y siguieron el su consejo de buscar al mercader Amador de Edom y al poeta Elron de Astel, ambos hombres muy cautivados por su propia persona y resentidos por la posición en la vida que la suerte les había asignado.

Bevier tenía el entrecejo fruncido.

—Hemos conocido a ambos hombres, anarae, y ninguno de ellos me dio la impresión de ser un líder natural. ¿Fue eso lo mejor que pudo encontrar Scarpa?

—La selección de ambos estuvo determinada por su disposición a cooperar,

caballero. La capacidad para dominar a los hombres con la palabra y la presencia imponente que atrae todos los ojos, puede ser realizada con ciertos hechizos estirios. Por poco impresionantes que fueran, era la cualidad de la desesperación lo que Scarpa buscaba en ellos. Tanto Amador como Elron sufrían agonías en razón de su insignificancia, y ambos estaban dispuestos, incluso ansiosos, por llegar hasta donde fuera necesario para elevar su propia importancia.

—Eso lo vemos constantemente en Thalesia, Bevier —explicó Ulath—. Lo llamamos «la queja del hombre pequeño». Avin Wargunsson es un ejemplo perfecto. Prefiere morir antes que pasar inadvertido.

—Amador no es del todo así —señaló Talen.

—Existen toda clase de pequeñeces, Talen —le respondió Ulath al muchacho—. ¿Cómo se complicó en todo esto el conde Gerrich de Lamork, anarae? ¿Y por qué?

—Fue él reclutado por Scarpa según instrucciones de Zalasta, sir Ulath. Zalasta pensó en sembrar la discordia y la agitación en el continente eosiano con el fin de persuadir a la iglesia de Chyrellos de que los intereses suyos requerían que Anakha fuera enviado a Tamuli para buscar las raíces de los disturbios. De todos ellos, sólo Zalasta tiene relación con ambos continentes, y sólo él comprende el pensamiento de la vuesa Iglesia. En verdad, Elron y Amador no son sino peones, que saben poco del alcance verdadero de la empresa en la que se han involucrado. El barón Parok sabe más cosas, pero aún no está enterado de la totalidad de los designios de los otros. El conde Gerrich es marginal. Persigue sus propios fines, que sólo ocasionalmente coinciden con los intereses de sus colegas de Tamuli.

—Uno casi se ve obligado a admirarlos —declaró Caalador—. Ésta es la más complicada y bien organizada estafa que yo haya visto jamás.

—Pero todo se desmoronó cuando Xanetia abrió la puerta de acceso a la mente de Zalasta —comentó Kalten—. En cuanto nos enteramos de que él ha estado en el otro bando desde el principio, toda la organización comenzó a venirse abajo. —Luego se le ocurrió una idea—. ¿Cómo llegó Krager a mezclarse en eso?

—El conde Gerrich se lo sugirió a Scarpa —replicó Xanetia—. Ese al que llaman Krager le había resultado útil a Gerrich en el pasado.

—Sí —asintió Ulath—. Lo vimos en la tarea de resultar útil fuera de los muros del castillo del conde Alstrom, en Lamorkand. Martel continúa regresando para perseguirnos, ¿no te parece, Falquián?

—¿Cuánto sabían realmente mi ministro del Interior y los otros traidores respecto al plan, anarae? —inquirió Sarabian.

—Casi nada, majestad. En su mayoría, estaban convencidos de que sus actividades no eran más que una parte de la constante lucha entre el ministro de Exteriores Oscagne, y el ministro del Interior Kolata. Kolata les ofreció beneficios, y por lo tanto lo siguieron.

—Entonces no se trataba más que de política palaciega corriente —reflexionó Sarabian—. Supongo que tendré que tener presente ese dato durante los juicios. No fueron realmente desleales, sino sólo corruptos.

—Todos, excepto Kolata, majestad —señaló Itagne—. Su compromiso tiene que haber sido más profundo que el de las simples rencillas políticas de la variedad de jardín, ¿verdad?

—Kolata es un inocentón, Itagne de Matherion —lo corrigió Xanetia—. Teovin fue siempre el hombre que Zalasta tenía en la corte. Era a él a quien el llamado Krager llevaba las instrucciones de Zalasta, y Teovin le contó a Kolata sólo lo que era menester que supiese.

—Esto nos lleva al intento de golpe de estado —comentó Ehlana—. Krager le dijo a Falquián que no estaba destinado a prosperar..., que sólo estaba planeado para obligarnos a revelar nuestra fuerza y debilidades. ¿Estaba diciendo realmente la verdad?

—En parte, sí, majestad —contestó la muchacha—. Principalmente, sin embargo, estaba Zalasta inseguro de que fuese cierta la declaración de Anakha de que él había arrojado al mar el Bhelliom. Procuró entonces, levantando una rebelión en las calles de Matherion y poniendo en peligro a aquellos a los que Anakha más quería, obligarlo a revelar si aún poseía o no la gema.

—Entonces le hicimos perfectamente el juego cuando fuimos a rescatarlo, ¿no? —sugirió Khalad.

—Yo no lo creo así —disintió Falquián—. Nunca nos hubiésemos enterado de la consciencia del Bhelliom si lo hubiésemos dejado donde estaba. Eso es precisamente lo que nadie sabía..., excepto, posiblemente, Aphrael. Azash no parecía estar enterado de ello, y tampoco Cyrgon lo está, según las apariencias. Dudo que a ninguno de ellos le hubiese interesado tanto saber que la gema podía resistirse a sus órdenes... incluso hasta el punto de borrar este mundo del espacio si fuese necesario.

—Muy bien —concluyó Khalad—. Ahora ya sabemos qué fue lo que condujo a todo esto. ¿Qué sucederá a continuación?

—Eso es algo que reside en el futuro, Khalad de Demos —replicó Xanetia—, y el futuro nos está vedado a todos. Sabed, sin embargo, que los nuevos enemigos están en desorden. La posición de Zalasta como consejero del gobierno imperial era el núcleo mismo de todos los planes suyos.

—¿Con qué velocidad será capaz de recuperarse, Sephrenia? —preguntó Ehlana—. Tú lo conoces mejor que nadie. ¿Tendrá la capacidad de devolver inmediatamente el golpe?

—Posiblemente —respondió Sephrenia—. Pero lo que haga no estará muy bien meditado. Zalasta es un estirio, y no reaccionamos bien ante las sorpresas. Se revolcará de desesperación durante un tiempo, destruyendo montañas y prendiendo fuego a los lagos, antes de que consiga dominarse.

—En ese caso, tenemos que golpearlo otra vez —observó Bevier—. No debemos permitirle recobrar el equilibrio.

—Tengo una idea —intervino Sarabian—. Después de revisar los archivos secretos del Ministerio del Interior, decidimos apresarse solamente a los conspiradores de las cúpulas más altas, los jefes de policía de varias ciudades, principalmente. No nos molestamos con los aduladores e informadores, en gran medida porque no contábamos con bastantes prisiones. Creo que el Ministerio del Interior era algo vital para la totalidad de la conspiración, y ahora Zalasta y sus amigos probablemente tendrán que recurrir a los despojos que hemos dejado atrás. Si yo enviara a los atanes a realizar un barrido más minucioso, ¿no conseguiría eso hacer que Zalasta perdiera aún más el equilibrio?

—Primero deja que comience a recobrarlo, Sarabian —le aconsejó Sephrenia—. En este preciso momento está tan airado que probablemente ni se daría cuenta.

—¿Está todavía Norkan en la isla de Tega? —preguntó de pronto Vanion.

—No —le respondió Ehlana—. Me cansé de las cartas falsas que estaba enviándome desde allí, así que lo mandamos de vuelta a Atan.

—Perfecto. Creo que será mejor que le enviemos lo antes posible mensaje de la traición de Zalasta. Betuana tiene verdadera necesidad de estar enterada de eso.

—Me encargaré de ello, Vanion-preceptor —le prometió Engessa.

—Gracias, Engessa-atan. Si ese pequeño estallido que tuvo en la sala del trono es en algo indicativo de su actual estado mental, Zalasta está completamente fuera de control en estos instantes.

—Encolerizado al borde de la demencia —asintió Sephrenia.

Era la primera vez que hablaba directamente a Vanion desde la ruptura que se había producido entre ellos. Aquel hecho despertó algunas esperanzas en Falquián.

—Entonces es casi seguro que tendrá que hacer algo, ¿verdad? —le preguntó Vanion—. En su estado actual, la inacción le resultará intolerable.

Ella asintió con la cabeza.

—Reaccionará de una forma u otra —le aseguró—, y dado que no estaba en absoluto preparado para lo que acaba de suceder, haga lo que haga no lo habrá planeado con antelación.

—Por lo que tendrá grandes vacíos, ¿no es así?

—Probablemente.

—Muy posiblemente implicará el uso de la fuerza bruta —agregó Falquián—. La gente iracunda intenta habitualmente destrozar cosas.

—Será mejor que alertes a Norkan y Betuana de esa posibilidad, Engessa-atan —ordenó Sarabian.

—Se hará como tú dices, Sarabian-emperador.

Vanion comenzó a pasearse arriba y abajo.

—Zalasta todavía está más o menos al mando —comenzó a decir—. Al menos lo estará hasta que haga algo tan estúpido como para que Cyrgon decida reemplazarlo. ¿Por qué no lo dejamos que haga la pataleta, acabe con ella, y sólo después atrapamos a todos los conspiradores menores? Asustemos un poco a nuestros contrincantes. Si nos ven aplastando metódicamente a todos sus amigos, comenzarán a tener pensamientos referentes a su propia mortalidad. En ese punto creo que Cyrgon va a tener que dejarse ver, y Falquián podrá entonces lanzar al Bhelliom contra él.

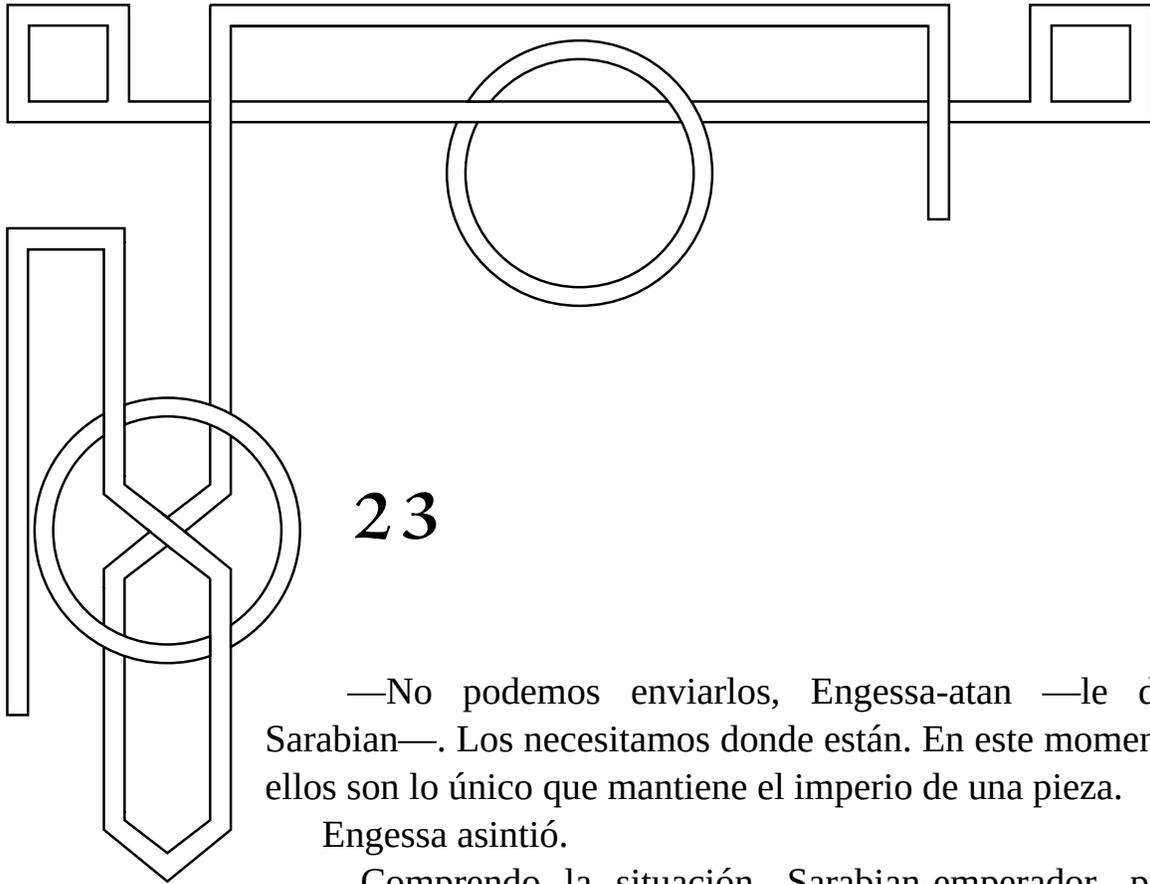
—Me pone enferma cuando actúa de esa manera —le comentó Sephrenia a Xanetia—. ¡Está tan seguro..., y probablemente tan en lo cierto!

Aquella observación aparentemente casual resultaba sorprendente. Era claro que Sephrenia estaba pasando por encima de ancestrales antagonismos raciales entre estirios y delfae, y que le hablaba a Xanetia como una mujer a otra.

—Entonces, lo único que tenemos que hacer es quedarnos aquí sentados y aguardar al siguiente movimiento de Zalasta —observó Sarabian—. Me pregunto qué hará.

No tuvieron que esperar mucho para obtener la respuesta. Pocos días más tarde, un atan exhausto traspuso con paso tambaleante el puente levadizo, con un mensaje urgente del embajador Norkan.

—Oscagne —comenzaba el mensaje, con característica brusquedad—, reúne a todos los atanes que tengas a mano y envíalos aquí. Los trolls están ahora mismo desmantelando Atan septentrional hasta el mismísimo subsuelo.



23

—No podemos enviarlos, Engessa-atan —le dijo Sarabian—. Los necesitamos donde están. En este momento, ellos son lo único que mantiene el imperio de una pieza.

Engessa asintió.

—Comprendo la situación, Sarabian-emperador, pero Betuana-reina no aguardará durante mucho tiempo. Si las tierras de los atanes están en peligro, no tendrá otra elección que la de actuar. Les ordenará a los atanes que regresen a su país..., a pesar de la alianza que tiene contigo.

—Tendrá que hacer retroceder a su gente —le advirtió Vanion al gigantesco atan—. No tendrá los suficientes guerreros como para defender el norte contra los trolls, así que puede que tenga que abandonar durante algún tiempo Atan septentrional. No podremos enviar a la totalidad de las guarniciones en su ayuda, pero sí podemos sacar uno o dos pelotones de cada guarnición. Eso hace varios miles de guerreros en total, pero va a llevarles más tiempo llegar a Atan porque están muy dispersos. Ella no tendrá más remedio que retirarse hasta que nosotros llegemos hasta allí.

—Somos atanes, Vanion-preceptor. Nosotros no huimos.

—Yo no estoy sugiriendo eso, Engessa-atan. Lo único que tu reina estará haciendo será ahorrar fuerzas. En este momento no puede conservar el norte, y no tiene ningún sentido desperdiciar vidas en ese intento. Lo mejor que podremos hacer por ella entretanto, es enviarle algunos consejeros genidianos y

ayuda técnica cyrinica.

—No del todo, amigo Vanion —intervino Kring—. Yo iré a ver a Tikume a Astel central. Los pelois del este no temen tanto a los bosques como mis hijos, y a Tikume le gustan tanto las buenas luchas como a mí, por lo que probablemente traerá consigo varios miles de jinetes. Yo reuniré algunos centenares de arqueros y llegaré a Atan por delante de su ejército.

—Tu oferta es generosa, amigo Kring —le dijo Engessa.

—Es un deber, Engessa-atan. Tú actúas como padre de Mirtai, y eso nos convierte en parientes. —Kring se pasó una mano, con gesto ausente, por el cráneo afeitado—. Creo que los arqueros son muy importantes. Los atanes tenéis reservas morales respecto al uso de los arcos en la guerra, pero cuando nos encontramos con aquellos trolls en Astel oriental, descubrimos que realmente no se puede luchar con ellos sin arrojarles antes lluvias de flechas.

—Tengo otra idea —propuso Khalad, tendiéndole su ballesta—. ¿Qué piensa tu gente de este artefacto, Engessa-atan?

Engessa tendió ambas manos con las palmas hacia arriba.

—Es un aparato nuevo en Tamuli, Khalad-escudero. Todavía no nos hemos formado una opinión sobre él. Algunos atanes podrían aceptarlo; otros, no.

—No sería necesario armar a absolutamente todos los atanes con ballestas —respondió Khalad. Luego miró a Falquián—. ¿Vas a necesitar me por aquí, mi señor? —le preguntó.

—¿Por qué no averiguar si puedes persuadirme de que no?

—Ésa es una forma muy pesada de expresarlo, Falquián. Todavía tenemos todas esas ballestas que recogimos cuando aplastamos el intento de golpe. Yo estropeé la mayoría de ellas, pero no me llevaría mucho tiempo recomponerlas. Marcharé hacia el norte con Engessa-atan y los consejeros técnicos. Engessa podría intentar convencer a los suyos de que la ballesta es un arma legítima en la guerra, y yo les enseñaría a utilizarla.

—Yo me reuniré con vosotros en Atan más tarde —les dijo Kring—. Tendré que conducir a los arqueros de Tikume hasta la ciudad. Los pelois tienden a perderse en los bosques.

—Ni lo pienses, Mirtai —le advirtió Ehlana a la gigantesca muchacha, cuyos ojos se habían animado de repente—. Yo sí te necesito aquí.

—Mi prometido y mi padre marcharán a la guerra, Ehlana —objetó Mirtai—. No puedes esperar que yo me quede atrás.

—Oh, sí que puedo. No dejaré que te marches, y ésta es mi última palabra.

—¿Se me permite excusarme? —preguntó Mirtai con rigidez.

—Si lo deseas...

Mirtai se precipitó hacia la puerta.

—No rompas todos los muebles, deja alguno entero —le gritó Ehlana.

Su realidad no fue más que una pequeña crisis doméstica, pero fue una crisis de todas formas, en gran parte porque la princesa real Danae declaró que se moriría si su gata desaparecida no era encontrada de inmediato. Vagaba, llorosa, por la sala del trono, subiéndose a todos los regazos que encontraba, implorando y lisonjeando. Falquián pudo observar, una vez más, los devastadores efectos que su hija podía causar en el buen juicio de alguien, cuando se encontraba sentada en el regazo de esa persona.

—Por favor, ayúdame a encontrar a mi gata, Sarabian —le pidió al emperador, acariciándole una mejilla con una de sus pequeñas manos.

Hacía tiempo que Falquián había descubierto que la primera regla para tratar con Danae era no permitir jamás que lo tocara a uno. Cuando la gente entraba en contacto físico con ella, estaba perdida.

—Todos necesitamos un poco de aire fresco, ¿verdad? —les dijo Sarabian a los demás—. Hace ya más de una semana que estamos sentados en esta habitación. ¿Por qué no suspendemos nuestras conversaciones y vamos a buscar la gata de la princesa Danae? Creo que todos estaremos mentalmente más frescos cuando regresemos.

Primer tanto para Danae. Falquián sonrió.

—Os diré lo que haremos —continuó Sarabian—. Hace una mañana preciosa. ¿Por qué no convertimos esto en una excursión? Enviaré mensaje a las cocinas, y podríamos almorzar sobre la hierba. —Le sonrió a Danae, cuya manecita muy bien podría haber estado rodeándole el corazón—. Celebraremos el regreso de *Mmrr* junto a su pequeña ama.

—¡Ésa es una idea maravillosa! —exclamó Danae, dando palmas—. ¡Eres tan inteligente, Sarabian!

Todos sonrieron indulgentemente y se pusieron de pie. Falquián admitió para sí que probablemente el emperador tenía razón. Los largos días de conferencias estaban, en efecto, comenzando a conseguir que todos tuvieran la mente un poco espesa. Se acercó a su hija y la tomó en brazos.

—Puedo caminar, padre —protestó ella.

—Sí, pero yo puedo caminar más rápido. Tengo las piernas más largas que tú. Queremos encontrar a *Mmrr* lo antes posible, ¿no es verdad?

Ella le echó una mirada feroz.

—Tienes a todo el mundo bajo tu control —le murmuró—. No tienes que pastorearlos como si fueran ovejas. ¿Qué es todo esto? Puedes llamar a *Mmrr* de vuelta a casa en cualquier momento que se te antoje. ¿Qué te traes de verdad entre manos?

—Hay algunas cosas que quiero arreglar antes de que nos encontremos demasiado ocupados, Falquián, y no puedo hacer absolutamente nada si estáis aquí reunidos como una bandada de gallinas. Tengo que sacaros a todos de aquí dentro con el fin de arreglar las cosas.

—¿Está *Mmrr* perdida de verdad?

—Por supuesto que no. Sé dónde está exactamente. Simplemente le dije que se fuera a perseguir saltamontes durante un rato.

—¿En qué tipo de cosas estabas pensando? ¿Qué es exactamente lo que quieres arreglar?

—Observa, Falquián —le respondió ella—. Observa y aprende.

—Simplemente es imposible, Kalten —dijo Alean con una voz tristemente resignada, mientras los dos salían por el puente levadizo con Falquián y Danae a unos pasos más atrás.

—¿Qué quieres decir con que es imposible?

—Tú eres un caballero, y yo sólo soy una muchacha campesina. ¿Por qué no podemos dejar las cosas tal y como están?

—Porque yo quiero casarme contigo.

Ella le acarició el rostro con afecto.

—Y yo daría cualquier cosa por poder casarme contigo, pero no podemos.

—Me gustaría saber por qué.

—Ya te lo he dicho. Provenimos de clases sociales diferentes. Una muchacha campesina no puede casarse con un caballero. La gente se reiría de nosotros y diría cosas odiosas de mí.

—Sólo una vez —declaró él, apretando un puño.

—No puedes luchar contra todo el mundo, amor mío —replicó la muchacha, suspirando.

—Por supuesto que sí..., particularmente si el mundo del que estamos

hablando consiste en esos mariposones que infestan la corte de Cimmura. Podría matar a una docena de ellos antes del almuerzo.

—¡No! —le dijo ella, secamente—. ¡Nada de matar a nadie! ¿Es que no te das cuenta de lo que conseguirías con eso? La gente llegaría a odiarme. Nunca tendríamos amigos. Eso no tendrá importancia para ti, porque estarás en cualquier guerra a la que te envíen el príncipe Falquián o mi señor Vanion, pero yo estaré completamente sola. Eso no podría soportarlo.

—¡Quiero casarme contigo! —declaró él, casi gritando.

—Eso también haría que mi vida fuese plena, amor mío —dijo ella, suspirando—, pero es algo imposible.

—Quiero que arregles eso, Falquián —dijo Danae en voz alta.

—¡Baja la voz! Conseguirás que todos te oigan.

—Ellos dos no pueden oírnos, Falquián..., ni vernos.

—Deduzco que estás utilizando un hechizo.

—Naturalmente. Es un pequeño hechizo muy útil que hace que la gente haga caso omiso de nosotros. Más o menos saben que estamos aquí, pero sus mentes no nos prestan atención alguna.

—Ya veo. También rodean de puntillas las objeciones morales del escuchar a hurtadillas, ¿verdad?

—¿Puede saberse de qué estás hablando, Falquián? Yo no tengo ni el más mínimo problema moral con el escuchar a hurtadillas. Es algo que hago siempre. ¿De qué otra forma podría mantenerme al corriente de lo que hacen las personas? Dile a madre que le dé un título a Alean para que pueda casarse con Kalten. Lo haría yo misma pero estoy ocupada. Encárgate tú de eso.

—¿Es éste el tipo de cosas de las que estabas hablando antes?

—Por supuesto. No pierdas el tiempo con esas preguntas tontas, Falquián. Tenemos muchísimas más cosas que hacer hoy.

—Claro que te amo, Berit-caballero —dijo la emperatriz Elysoun con un poco de tristeza—, pero también lo amo a él.

—¿Y a cuántos más amas, Elysoun? —le preguntó Berit con tono ácido.

La emperatriz de pechos desnudos se encogió de hombros.

—He perdido la cuenta. A Sarabian no le importa. ¿Por qué habría de importarte a ti?

—¿Entonces hemos acabado? ¿Ya no quieres volver a verme?

—No seas ridículo, Berit-caballero. Por supuesto que quiero volver a verte... tan a menudo como me sea posible. Lo único que sucede es que habrá ocasiones en las que estaré ocupada viéndolo a él. No tenía necesidad de decírtelo, ya lo sabes, pero eres tan bueno que no quería actuar a tus espaldas para... —la muchacha luchaba para encontrar la palabra adecuada.

—¿Para ser infiel? —dijo bruscamente Berit.

—Yo nunca soy infiel —le contestó ella indignada—. Retira eso ahora mismo. Soy la dama más fiel de toda la corte. Le soy fiel a al menos una docena de jóvenes, a todos al mismo tiempo.

Él se echó a reír repentinamente.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —le preguntó ella con tono imperioso.

—Nada, Elysoun —replicó él con un afecto genuino—. Eres tan deliciosa que no puedo evitar echarme a reír.

Ella suspiró.

—La vida sería mucho más sencilla para mí si los hombres no os tomarais estas cosas con tanta seriedad. El amor debería ser divertido, pero vosotros fruncís el ceño y agitáis los brazos en el aire por su causa. Vete a amar a alguna otra. A mí no me importa. Siempre y cuando todo el mundo sea feliz, ¿qué importancia tiene quién ha hecho feliz a cada cuál?

Él le sonrió.

—Tú todavía me amas, ¿verdad, Berit-caballero?

—Por supuesto que sí, Elysoun.

—¿Lo ves? ¿Todo está arreglado, entonces?

—¿De qué se trataba todo eso? —le preguntó Falquián a su hija.

Se hallaban de pie bastante cerca de Berit y Elysoun..., en cualquier caso lo bastante cerca como para que Falquián se sintiera cohibido.

—Berit está comenzando a enamorarse un poco demasiado de la muchacha desnuda —replicó Danae—. Él ya ha aprendido lo que ella podía enseñarle, así que ha llegado el momento de que las relaciones entre ellos se calmen un poco. Tengo otros planes para él.

—¿Te ha pasado alguna vez por la cabeza la idea de dejar que sea él quien haga sus propios planes?

—No seas ridículo, Falquián. No haría más que liar las cosas. Además, soy siempre yo quien se encarga de estos arreglos, es una de las cosas que hago mejor. Es preferible que nos demos prisa. Quiero ir a echarles una mirada a Kring y Mirtai. Él va a decirle algo a ella que no la hará feliz. Quiero estar

presente para evitar cualquier estallido.

Hallaron a Kring y Mirtai sentados en la hierba, bajo un enorme árbol encendido con los colores del otoño. Mirtai acababa de abrir la cesta que les había proporcionado la cocina, y estaba mirando en el interior.

—Alguna clase de pájaro muerto —le respondió a su prometido.

Kring hizo una mueca.

—Supongo que es comida civilizada —comentó, intentando tomárselo de la mejor manera posible.

—Los dos somos guerreros, prometido mío —replicó ella, que también parecía bastante poco contenta con lo que les habían preparado para el almuerzo—. Tenemos que comer carne roja.

—Stragen me contó que una vez te comiste un lobo cuando eras más joven —dijo Kring, que recordó de pronto aquella historia.

—Sí —confirmó ella con sencillez.

—¿Quieres decir que de verdad lo hiciste? —Él parecía atónito—. Creía que Stragen sólo estaba intentando tomarme el pelo.

Ella se encogió de hombros.

—Tenía hambre... y carecía de tiempo para detenerme. El lobo no sabía muy bien, pero estaba crudo. Si hubiera tenido tiempo de cocinarlo quizás hubiera estado mejor.

—Eres una mujer extraña, amada mía.

—Por eso me amas, ¿no es así?

—Bueno..., es sólo una de las razones. ¿Estás segura de que no podemos hablar de nuestro problema?

Era obvio que él estaba volviendo sobre un tema que ya habían comentado anteriormente... muchas veces.

—No hay nada que hablar al respecto. Tenemos que casarnos dos veces: una en Atan y luego otra vez, cuando regresemos a Pelosia. No estaremos realmente casados hasta que hayamos pasado por ambas ceremonias.

—Estaremos medio casados después de la ceremonia en Atan ¿verdad?

—Estar medio casado no es suficiente, Kring. Yo soy virgen. He matado a demasiados hombres para proteger eso, como para que ahora renuncie a ello por un «medio matrimonio». No tendrás más remedio que esperar.

Él suspiró.

—Va a llevar mucho tiempo, ¿sabes? —le comentó con tristeza.

—No hay tanta distancia entre Atan y tu país. Te llevaré corriendo hasta allí.

—No es el viaje lo que va a llevar mucho tiempo, Mirtai. Son los dos meses que tendrás que pasar en la tienda de mi madre antes de la boda en Pelosia. Tendrás que aprender nuestras prácticas y ceremonias.

Ella lo miró larga y fijamente.

—¿Has dicho que tendré que qué?

En la voz de Mirtai había un tono ominoso.

—Es la costumbre. Una novia peloi siempre vive dos meses con la madre de su novio antes de la ceremonia de bodas.

—¿Por qué?

—Para aprender sobre él.

—Yo ya sé todo lo necesario sobre ti.

—Bueno, sí, supongo que sí, pero es la costumbre.

—¡Eso es algo ridículo!

—A menudo, las costumbres lo son, pero yo soy su domi, así que tengo que dar un buen ejemplo... y tú serás la doma. Las mujeres pelois no sentirán ningún respeto por ti si no haces lo que se espera que hagas.

—Ya les enseñaré yo a respetarme.

Los ojos de Mirtai se habían vuelto duros como el pedernal. Se reclinó hacia atrás, apoyándose en los codos.

—Tenía un cierto temor de que pensaras así —comentó, suspirando.

—¿Es ésa la razón por la que no lo mencionaste antes?

—Estaba esperando el momento adecuado. ¿Hay algo de vino en esa cesta? Esto podría resultar más fácil si los dos nos relajáramos un poco.

—Esperemos. Podremos relajarnos después de que me lo hayas contado todo. ¿Qué es toda esa estupidez?

—Veamos si puedo explicártelo. —Kring se frotó la cabeza—. Cuando mi gente dice que la novia está «aprendiendo acerca de su esposo» no quiere decir realmente que está aprendiendo lo que a él le gusta para desayunar y cosas por el estilo. De lo que están hablando en realidad es del hecho de que hay propiedades implicadas.

—Yo no tengo ninguna propiedad, Kring. Soy una esclava.

—No será así después de que te hayas casado conmigo. Serás una mujer muy rica.

—¿De qué estás hablando?

—Los hombres pelois son propietarios de sus armas y sus caballos. Todo lo demás es propiedad de las mujeres. Antes, siempre que yo robaba algo, por lo general cabezas de ganado, se lo entregaba a mi madre. Ella ha estado cuidando de mis riquezas hasta que yo me case. Tiene derecho a una parte de ellas. Para eso son realmente los dos meses en cuestión. Para daros a ambas tiempo para ponerlos de acuerdo sobre el reparto.

—No debería llevarnos tanto tiempo.

—Bueno, probablemente, no. Mi madre es una mujer razonable, pero entre las dos tendréis también que buscarles esposos a mis hermanas, cosa que no resultaría tan difícil si no hubiera tantas.

—¿Cuántas? —La voz de Mirtai era ahora muy pero que muy dura.

—Eh... ocho, en realidad.

—¿Ocho? —preguntó ella con voz inexpresiva.

—Mi padre era un hombre muy vigoroso.

—También lo era tu madre, aparentemente. ¿Son tus hermanas unas muchachas presentables?

—Más o menos, aunque ninguna de ellas es tan hermosa como tú, amor... pero ¿quién podría serlo?

—De eso podremos hablar más tarde. Hay algún tipo de problema con tus hermanas, ¿no es cierto?

Kring hizo una mueca de dolor.

—¿Cómo te has enterado de eso?

—Te conozco bien, Kring. Has evitado mencionar a esas hermanas hasta el último momento. Eso significa que no querías hablar de ellas, y eso a su vez quiere decir que hay algún problema. ¿De qué se trata?

—Piensan que son ricas. Eso hace que se den muchos aires de importancia.

—¿Y eso es todo?

—Son muy arrogantes, Mirtai.

Ella se encogió de hombros.

—Yo les enseñaré humildad. Dado que son sólo ocho, tendría que ser capaz de hacerlo con todas al mismo tiempo. Simplemente las llevaré a las pastillas más cercanas durante aproximadamente una hora. Serán muy humildes cuando regresen... y estarán ansiosas por casarse con cualquier hombre que escojamos tu madre y yo. Me aseguraré de que estén dispuestas a hacer absolutamente cualquier cosa para alejarse de mí. Tu madre y yo deberíamos ser capaces de acordar la división de las propiedades durante la mañana; civilizaré a tus

hermanas por la tarde, y tú y yo podríamos casarnos esa misma noche.

—No es así como se hace, amor mío.

—Pero será así, al menos esta vez. A mí no me entusiasma más que a ti el esperar. ¿Por qué no te acercas y me das un beso? Ahora que todo ha quedado arreglado, deberíamos aprovechar esta oportunidad.

Él le dedicó una amplia sonrisa.

—Exactamente lo mismo pienso yo, amor mío.

La tomó entre sus brazos y la besó. El beso fue bastante dulce al principio, pero no duró demasiado. Al cabo de un instante las cosas se pusieron ligeramente salvajes.

—Va a funcionar perfectamente bien —declaró Danae con tono vanidoso—. No estaba segura de cómo iba a tomarse Mirtai la idea de vivir con la madre de Kring, pero ahora ya lo tiene todo controlado.

—Va a trastornar a los pelois, ¿sabes? —comentó Falquián. La princesa se encogió de hombros.

—Sobrevivirán a ello. De todas formas, están demasiado instalados en sus costumbres. Necesitan imperiosamente a alguien como Mirtai para que les abra los ojos al mundo moderno. Continuemos, Falquián. Aún no hemos acabado.

—¿Cuánto hace que dura esto? —preguntó Stragen con una voz algo estrangulada.

—Desde que yo era niña —le respondió Melidere—. Mi padre hizo los moldes cuando yo tenía unos siete años.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho, baronesa?

—Creía que íbamos a dejar a un lado las formalidades, mi señor Stragen —le dijo ella, sonriéndole.

Él pasó por alto el comentario.

—Le has propinado un golpe directo a la economía de todos los reinos de Eosia. ¡Esto es monstruoso!

—Oh, seamos serios, Stragen.

—¡Has adulterado las monedas!

—Yo no lo he hecho en realidad, pero ¿por qué tendría eso que representar diferencia alguna para ti?

—¡Porque yo soy un ladrón! ¡Has devaluado absolutamente todo lo que he robado en mi vida!

—No, realmente, no. El valor de las monedas no tiene realmente nada que ver con su verdadero peso. Es una cuestión de confianza. Puede que a los pueblos no les gusten sus gobiernos, pero confían en ellos. Si el gobierno dice que esta moneda vale media corona, eso es lo que vale. El valor de las monedas se basa en el acuerdo general, no en su peso. Si la moneda tiene los bordes estriados, vale lo que está acuñado en sus caras. Yo realmente no he robado nada.

—¡Eres una auténtica delincuente, Melidere!

—¿Cómo puedo ser una delincuente si no he robado nada?

—¿Y si descubrieran lo que has estado haciendo?

—¿Y qué, si lo descubrieran? Nada podrían hacer al respecto. Si intentaran algo y trataran de hacerme algo a mí, yo me limitaría a contar toda la historia, y la totalidad de los gobiernos de Eosia se derrumbaría porque ya nadie confiaría en sus monedas. —Le acarició una mejilla a su amigo—. Eres muy inocente, Stragen. Creo que es por eso que te quiero. Finges ser un depravado, pero en realidad eres igual que un niño.

—¿Por qué me has contado esto?

—Porque necesito un compañero. Puedo manejar sola este asunto en Eosia, pero el llevarlo a cabo también en Tamuli podría exceder mis recursos. Tú tienes contactos aquí y yo no los tengo. Te enseñaré el negocio y te dejaré a cargo de Tamuli. Te compraré un título y arreglaré las cosas de forma que puedas comenzar de inmediato.

Él entrecerró los ojos.

—¿Por qué? —le preguntó con desconfianza—. ¿Por qué estás siendo tan generosa conmigo?

—No estoy siendo generosa, Stragen. Tú pagarás tu alquiler cada mes. De eso puedo encargarme. Pero no me pagarás en monedas. Yo quiero oro, Stragen... buenas y sólidas barras de oro que yo pueda pesar... y tampoco intentes mezclarlo con cobre. Acabarás con la garganta cortada si lo intentas alguna vez.

—Eres la mujer más dura que jamás haya conocido, Melidere. —Stragen parecía ligeramente atemorizado por ella.

—Sólo en algunos sitios, Stragen —repuso ella con coquetería—. El resto de mi persona es bastante suave. Ah, eso me recuerda algo. Vamos a casarnos.

—¿Que haremos qué?

—Las relaciones de socios no están precisamente hechas en el cielo, mi

señor; los matrimonios, sí. El matrimonio me proporcionará una herramienta más de control sobre ti.

—¿Y si yo no quiero casarme? —Stragen parecía ahora un poco desesperado.

—Eso sería realmente malo, Stragen, porque tanto si te gusta como si no, te casarás conmigo.

—Y supongo que me harás matar si no lo hago.

—Por supuesto. No pienso dejar que corras por ahí con esa información. Te acostumbrarás a la idea, mi señor. Estoy en posición de hacerte feliz hasta el delirio... y también fabulosamente rico. ¿Cuándo has tenido una oferta mejor?

La expresión de los ojos de Stragen, sin embargo, era del más absoluto pánico.

—Vaya, eso sí que era una cosa que no me esperaba —comentó Danae, mientras ella y Falquián atravesaban el césped.

Falquián estaba demasiado atónito como para responder.

—¿Quieres decir que no estabas enterada del pequeño pasatiempo de Melidere?

—Oh, por supuesto que estaba al tanto de eso, Falquián. Melidere compró su entrada en la corte de madre hace varios años.

—¿Compró?

—Le pagó a una anciana condesa para que le dejara su lugar. Lo que no me esperaba es la forma directa que ha tenido de abordar a Stragen. Pensaba que suavizaría un poco las cosas, pero ha ido directamente a lo que quería. Lo ha cortado por completo en pequeñas rebanadas, y no le ha dejado ni el más mínimo espacio para moverse mientras lo hacía. Creo que la había juzgado mal.

—No, en realidad a quien has juzgado mal es a Stragen. Ella ha utilizado la única técnica que tenía alguna posibilidad de éxito con él. Stragen es muy resbaladizo. Tienes que pincharlo con el tenedor contra el plato antes de poder cortarlo. Probablemente no habría querido ni escuchar una propuesta corriente de matrimonio, así que ella no le habló de otra cosa más que de negocios. El matrimonio fue sólo una parte incidental.

—No, para ella no lo fue.

—Sí, ya lo sé. Pero lo hizo bien. Voy a tener que hablar de esto a tu madre, ¿sabes?

—No, en realidad no vas a hacer tal cosa. Ya has oído a Melidere. Madre no podría hacer absolutamente nada al respecto, y lo único que conseguirías sería

preocuparla.

—Están robando millones, Aphrael.

—No están robando nada, Falquián. Lo que van a hacer no cambiará en nada el valor del dinero. Cuando lo consideras objetivamente, lo que están haciendo verdaderamente es creando riqueza. La totalidad del mundo estará mejor gracias a ello.

—No acabo de seguir del todo la lógica de eso.

—No tienes necesidad de hacerlo, padre —replicó ella dulcemente—. Simplemente acepta mi palabra. —Luego señaló con un dedo—. Ahora tenemos que ir hacia allí.

«Allí» era junto al foso, donde Sephrenia y Vanion estaban caminando, el uno junto al otro, por la herbosa orilla. Falquián estaba ya acostumbrándose a su invisibilidad *de facto*, pero todavía le resultaba extraño el tener delante a uno de sus amigos que lo miraba directamente sin acusar recibo de su presencia.

—Eso dependería completamente de la clase de peces que hubiera en la localidad —estaba explicando Vanion.

Falquián podía darse cuenta de que Vanion estaba utilizando su voz «explicativa», que se parecía bastante a una voz «predicadora».

Vanion había hecho dormir a generaciones enteras de pandion novicios... tanto en la sala de conferencias como en el templo.

—¿Por qué está hablando de esa forma? —inquirió Danae.

—Porque tiene miedo —replicó Falquián con un suspiro.

—¿De Sephrenia? Vanion no le tiene miedo a nada... y menos aún a Sephrenia. Él la ama.

—Eso es lo que hace que tenga miedo. No sabe qué decir. Si dijera lo que no debe, todo podría volver a desmoronarse.

—Ahora bien —continuó conferenciando Vanion—, hay peces de aguas cálidas y peces de aguas frías. A las carpas les gusta el agua cálida, pero las truchas la prefieren más fría.

Los ojos de Sephrenia comenzaban a estar húmedos y adormilados.

—El agua del foso ha estado estancada durante bastante tiempo, así que está aceptablemente tibia. Eso dejaría más o menos fuera a las truchas, ¿no te parece?

—Supongo que sí —contestó ella, suspirando.

—Pero no significa que no pudieras meter ahí dentro alguna otra clase de

peces. Un cocinero realmente bueno podría hacer maravillas con una carpa... y esos peces ayudan, efectivamente, a mantener limpia el agua. No hay nada como un cardumen de carpas para evitar que el agua se corrompa.

—No —suspiró ella—. Estoy segura de que no lo hay.

—¿Puede saberse qué está haciendo? —estalló Danae.

—Se lo llama «jugar con fuego» —le explicó Falquián—. Probablemente habla también muchísimo del tiempo que hace.

—Nunca conseguirán estar juntos de nuevo si él no le habla de algo que tenga importancia.

—Probablemente, Vanion no hará eso, Aphrael. Creo que será Sephrenia quien tenga que dar el primer paso.

—¡La he encontrado! —gritó Talen desde el otro extremo del prado—. ¡Está en lo alto de este árbol!

—¡Oh, muchacho! —dijo Danae con irritación—. Todavía no ha llegado el momento en que tenía que encontrarla... ¿y qué está haciendo ella encima de ese árbol? Lo planeado no era que se subiese a ningún árbol.

—Será mejor que vayamos hacia allí —le advirtió Falquián—. Todos están caminando en esa dirección. No te olvides de disolver el hechizo.

—¿Y qué hacemos con Vanion y Sephrenia?

—¿Por qué no los dejas simplemente que arreglen esto por sí mismos?

—Porque él continuaría hablándole de peces durante los próximos diez años, por eso.

—Sephrenia escuchará las conferencias de peces durante poco tiempo, Danae, y luego será ella quien entre en materia. Vanion no está hablando realmente de peces. Le está diciendo que está dispuesto a hacer las paces si ella también lo está.

—Yo no le he oído decir nada de eso. Estaba justo a punto de comenzar a darle las recetas de la carpa hervida.

—Eso es lo que tú le has oído decir, pero no era lo que él estaba diciendo realmente. Tienes que aprender a escuchar con los dos oídos, Danae.

—¡Elenios! —dijo ella, poniendo los ojos en blanco.

Entonces oyeron que Kalten gritaba.

—¡Cuidado!

Falquián se volvió rápidamente a mirar hacia el lugar en el que los demás estaban reunidos alrededor de un arce. Talen estaba en las ramas más altas, y avanzaba lentamente por una muy fina hacia una *Mmrr* con ojos desorbitados.

Las cosas no iban bien. La rama era lo bastante resistente como para aguantar a *Mmrr*, pero Talen pesaba demasiado. Estaba doblándose ominosamente, y se oía un desagradable sonido crepitante que provenía de la base.

—¡Talen —volvió a gritar Kalten—, vuelve atrás!

Para entonces, por supuesto, ya era demasiado tarde. No fue tanto que la rama se partiera separándose completamente del tronco, sino que se rompió en la base y quedó unida a la corteza, que fue rajándose con el peso.

Con un gesto desesperado, Talen agarró a la gata confundida y aterrada en una mano, y luego se precipitó de cabeza a través de las ramas más bajas del árbol.

La situación todavía no era insalvable. Los caballeros de la Iglesia eran versados en diversos niveles de magia, Sephrenia estaba allí, y Aphrael iba a caballo sobre los hombros de Falquián. El problema era que nadie podía ver realmente a Talen. El arce tenía grandes hojas y el muchacho estaba cayendo a través de las ramas, por lo que el follaje lo ocultaba completamente. Podían oírlo mientras se precipitaba, una serie de roces y golpes acompañados de gruñidos y penetrantes gritos de dolor. Luego emergió por el follaje más bajo y cayó laxo sobre el suelo produciendo un golpe sordo sobre la hierba que había debajo del árbol, con *Mmrr* aún sostenida flojamente en una mano. No se puso de pie.

—¡Talen! —gritó Danae, presa de horror.

Sephrenia estuvo de acuerdo con la opinión de los médicos de Sarabian. Talen no había sufrido ninguna herida verdaderamente grave. Estaba contuso y maltrecho, y tenía un feo chichón en la frente debido a su encuentro con una rama inflexible con la que se había golpeado y desvanecido, pero Sephrenia les aseguró a todos que aparte de un tremendo dolor de cabeza, no le quedarían secuelas perdurables de aquella caída.

La princesa Danae, sin embargo, no estaba de humor para dejarse tranquilizar. Revoloteaba en torno al lecho, y reaccionaba con gritos de alarma cada vez que el inconsciente muchacho se removía o profería el más leve sonido.

Finalmente, Falquián la tomó en brazos y se la llevó de la habitación. Allí había personas que quizá fuese mejor que no presenciaran milagros.

—Esto se te escapó de las manos, ¿no es así, Aphrael? —le comentó el caballero pandion a la muy turbada diosa niña.

—¿De qué estás hablando?

—Tú tenías que entrometerte en las cosas..., intentar arreglar cosas que se habrían arreglado por sí solas si te hubieras limitado a dejarlas que siguieran su curso natural... y casi matas a Talen en el proceso.

—No fue culpa mía que él se cayera del árbol.

—¿De quién fue la culpa, entonces? —Falquián sabía que estaba siendo tremendamente injusto, pero pensaba que quizá ya fuese hora de poner en su sitio a la pequeña diosa entrometida—. Interfieres demasiado en las cosas, Aphrael —continuó diciéndole—. A la gente hay que permitirle que viva su propia vida y cometa sus propios errores. Habitualmente podríamos arreglar por nosotros mismos los errores que cometemos, si tú nos dieras una sola oportunidad. Supongo que podríamos decir, resumiendo, que el solo hecho de que puedas hacer algo, no significa necesariamente que debas hacerlo. Quizá te convenga pensar en ello.

Ella lo miró fijamente durante unos momentos y luego, de repente, estalló en lágrimas.

—Los arqueros de Tikume serán de gran ayuda —le comentó Vanion a Falquián, un poco más tarde, cuando ambos se encontraban en el parapeto—. Ulath tiene razón con respecto a los trolls. Sin duda es necesario enlentecerlos antes de luchar contra ellos.

—Y la idea de Khalad sobre las ballestas tampoco está nada mal.

—Exacto. Gracias a Dios que lo has traído contigo. —El preceptor frunció los labios—. Me gustaría que tú te hicieras personalmente cargo del entrenamiento de Khalad cuando regreséis a Cimmura, Falquián. Asegúrate de que reciba instrucción en política, diplomacia y leyes religiosas así como en artes militares. Creo que va a llegar muy lejos en nuestra orden, y quiero asegurarme de que esté preparado para ocupar cualquier puesto.

—¿Incluso el tuyo?

—Cosas más extrañas han sucedido.

Falquián recordó la conferencia que Vanion había pronunciado aquella mañana sobre los peces.

—¿Estás haciendo algún progreso con Sephrenia? —le preguntó al preceptor.

—Nos dirigimos la palabra, si te refieres a eso.

—No. No me refería a eso. ¿Por qué sencillamente no te sientas y hablas con

ella? ¿Sobre algo más significativo que el tiempo atmosférico o cuántos pájaros pueden posarse en una rama, o qué clases de peces pueden vivir en el foso?

Vanion le echó una mirada penetrante.

—¿Por qué no te metes en tus propios asuntos?

—Es que esto es un asunto mío, Vanion. Ella no puede funcionar bien mientras hay esta grieta entre vosotros dos... y tampoco puedes hacerlo tú, ya que estamos en ello. Os necesito, a los dos, y no puedo contar ni contigo ni con ella hasta que hayáis resuelto vuestras diferencias.

—Estoy avanzando tan rápidamente como me atrevo a hacerlo, Falquián. Un solo paso en falso podría destruirlo todo irremediablemente.

—También podría hacerlo el no avanzar a tiempo. Ella está esperando a que tú des el primer paso. No la hagas esperar demasiado.

Stragen salió en aquel momento al parapeto.

—Ya se ha despertado —les informó—. No está muy coherente, y tiene los ojos aún desenfocados, pero está despierto. Tu hija está haciendo bastantes aspavientos respecto a él, Falquián.

Falquián se encogió de hombros.

—Le tiene mucho cariño. Va contándole a todo el mundo que un día se casará con él.

—Las niñas son extrañas, ¿no te parece?

—Oh, sí, y Danae es más extraña que la mayoría.

—Me alegro de haber podido encontraros a los dos a solas —comentó Stragen—. Hay algo que me gustaría comentar con vosotros antes de decírselo a los demás. —Stragen jugaba ociosamente con dos monedas de oro de media corona, de Elenia; les pasaba la yema de un dedo por los bordes acordonados y las sopesaba ligeramente como si intentara determinar su peso. Aparentemente, la confesión de la baronesa Melidere lo había trastornado un poco—. La pataleta de furia de Zalasta no fue tan irracional como nosotros creíamos que sería. El soltar a los trolls en el norte de Atan es la cosa más desorganizadora que podía hacernos. Tendremos que enfrentarnos con ese problema, claro está, pero será mejor que comencemos a prepararnos para su siguiente movimiento. Los trolls no necesitan demasiada supervisión una vez que se los ha encaminado en la dirección correcta, así que Zalasta está ahora libre para trabajar en otra cosa, ¿no os parece?

—Probablemente —asintió Falquián.

—Ahora bien, podría estar equivocado...

—Pero no crees que lo estés —completó Vanion la frase con tono sardónico.

—Está de humor picajoso, ¿no te parece? —le comentó Stragen a Falquián.

—Tiene muchísimas cosas en la cabeza.

—Yo deduzco que sea lo que fuere que Zalasta prepare a continuación, implicará a esos conspiradores a los que Sarabian y Ehlana dejaron en sus puestos por falta de prisiones.

—Con la misma facilidad podría tener que ver con esos ejércitos que Parok, Amador y Elron han reunido en Tamuli occidental —lo contradijo Vanion.

Stragen negó con la cabeza.

—Esos ejércitos han sido organizados para mantener a los caballeros de la Iglesia apartados del continente, mi señor Vanion, y fueron formados según órdenes específicas de Cyrgon. Si Zalasta los arriesgara en este momento, tendría que responder de ello directamente ante Cyrgon, y no creo que de momento se sienta tan valiente como para hacer algo así.

—Tal vez tengas razón —concedió Vanion—. De acuerdo, digamos que utilizará a esos conspiradores de segundo nivel. Sarabian y Ehlana ya han puesto en movimiento el aparato necesario para detenerlos.

—¿Y por qué molestarse en encerrarlos siquiera, mi señor?

—Para apartarlos de las calles, para empezar. Luego está también el pequeño detalle de que son verdaderamente culpables de alta traición. Es necesario juzgarlos y castigarlos.

—¿Por qué?

—¡Como ejemplo, pedazo de idiota! —dijo Vanion, encolerizado.

—Estoy de acuerdo en que es importante apartarlos de las calles, mi señor Vanion, pero existen formas más eficaces de dar ejemplo con las personas..., no sólo más eficaces, sino más aterrorizadamente seguros. Cuando uno envía a la policía para que arreste gente, se produce mucho ruido, y habitualmente otros oyen ese ruido y se las arreglan para escapar. También está el hecho de que los procesos judiciales son tediosos, costosos, y no enteramente seguros.

—Deduzco que tienes en mente alguna otra alternativa —comentó Falquián.

—Naturalmente. ¿Por qué no celebrar primero las ejecuciones y después los juicios?

Los dos pandion lo miraron fijamente.

—Lo que estoy proponiendo es algo así como una ampliación de la idea que se me ocurrió el otro día —continuó Stragen—. Caalador y yo tenemos acceso a ciertos profesionales sin escrúpulos que podrían realizar las ejecuciones de

manera privada.

—Estás hablando de asesinato, Stragen —lo acusó Vanion.

—Pues claro que sí, mi señor Vanion, creo que ése es el término que algunas personas emplean para describirlo. La única idea que mueve a los castigos «ejemplares» es la de asustar a los demás lo bastante como para que no cometan el mismo delito. En realidad no sirve de mucho porque los delincuentes saben que las probabilidades de que los atrapen y castiguen son realmente muy escasas —explicó, encogiéndose de hombros—. Es simplemente uno de los riesgos de hacer negocios. Nosotros, los delincuentes profesionales, transgredimos constantemente las leyes. Pero, sin embargo, no violamos nuestras propias reglas. Los integrantes de nuestra sociedad que rompen las reglas no son objeto de la cortesía de ser sometidos a juicio. Simplemente se les mata. No hay ni absoluciones, ni perdones, ni huidas de la cárcel en el último momento. Muertos. Punto final. Caso cerrado. La justicia de las sociedades legales es lenta e insegura. La nuestra es exactamente lo contrario. Si quieres emplear el terror para conseguir que la gente sea honrada, utiliza el verdadero terror.

—Efectivamente, eso tiene posibilidades, Vanion —sugirió Falquián a modo de tanteo.

—No hablarás en serio con lo de tomar eso en consideración, ¿verdad? ¡Ahí fuera hay miles de personas del otro bando! ¡Me estás hablando del mayor asesinato en masa de la historia!

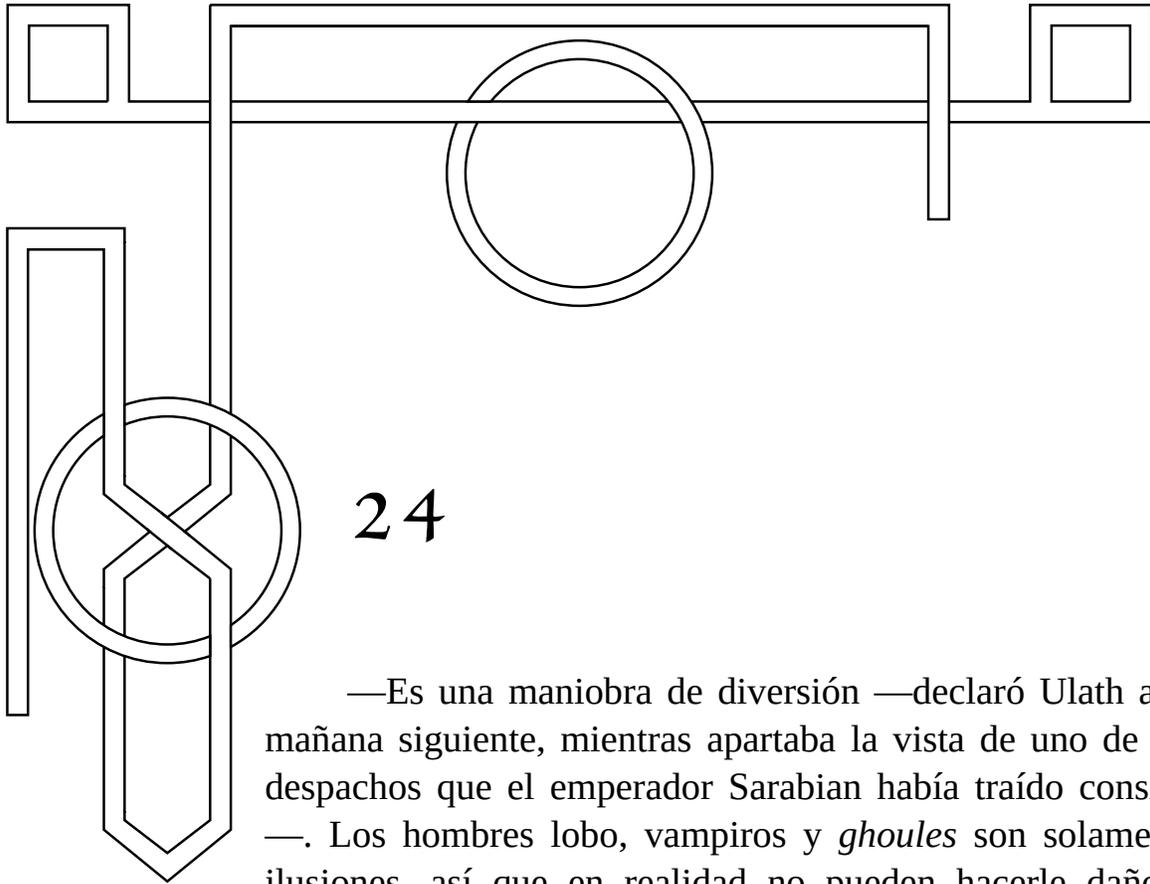
Stragen se encogió de hombros.

—Es una forma de conseguir que mi nombre entre en los libros de plusmarcas. Caalador y yo probablemente vayamos a hacerlo de todos modos. Los dos somos hombres impacientes. No os habría molestado con este asunto de no ser porque prefería conocer vuestros puntos de vista al respecto. ¿Deberíamos decírselo a Sarabian y Ehlana, o simplemente deberíamos proceder sin molestarlos en lo más mínimo? Las discusiones sobre la moralidad relativa son tediosas, ¿no os parece? El punto importante es que tenemos que hacer algo que desquicie a Zalasta aún más de lo que ya lo está, y yo creo que esto podría conseguirlo. Si se despierta una mañana, en un futuro no muy lejano, y se encuentra con que está absoluta y totalmente solo, puede que piense dos veces sobre la prudencia de sus actos. Ah, por cierto, he tomado prestados a Berit y Xanetia. Están dando un paseo por el vecindario de la embajada de Cynesga con el fin de que Xanetia pueda echar esa red que tiene por las mentes de las personas que están dentro del edificio. Ya tenemos unos cuantos nombres, pero

estoy seguro de que hay más.

—¿No es necesario que esté en la misma habitación con alguien para poder leerle los pensamientos? —inquirió Vanion.

—No está realmente segura. Nunca ha tenido ocasión de poner a prueba los límites de su don. La expedición de hoy entra en la naturaleza de los experimentos. Tenemos la esperanza de que sea capaz de atravesar las paredes y captar los nombres de la gente del interior. Si no lo consigue, yo hallaré alguna forma de hacerla entrar con el fin de que obtenga la información que necesitamos. Caalador y yo queremos todos los datos y nombres que podamos conseguir. El organizar el mayor asesinato de masas de la historia es un asunto complejo, y no queremos tener que hacerlo dos veces.



24

—Es una maniobra de diversión —declaró Ulath a la mañana siguiente, mientras apartaba la vista de uno de los despachos que el emperador Sarabian había traído consigo—. Los hombres lobo, vampiros y *ghoules* son solamente ilusiones, así que en realidad no pueden hacerle daño a nadie, y esos ataques contra las guarniciones atanas no son más que actos suicidas destinados a mantener la confusión. Esto sólo es un poco más de lo que ya estaban haciendo antes.

—Tiene razón —asintió Falquián—. Nada de esto es nuevo, y no tiene ningún propósito real que no sea el de mantener a los atanes donde están.

—Desgraciadamente, está teniendo mucho éxito —comentó Bevier—. No podemos reducir demasiado las guarniciones atanas para enviarle ayuda a Betuana, mientras esté sucediendo todo esto.

—La idea de mi señor Vanion de quitar de cada guarnición una unidad del tamaño de un pelotón, ayudará un poco —protestó Sarabian.

—Sí, majestad —le respondió Bevier—, pero ¿crees que será suficiente?

—Va a tener que serlo —intervino Vanion—. Es lo único de lo que podemos prescindir en este preciso momento. De todas formas, estamos hablando de atanes, y el número no es tan significativo cuando se trata de ellos, como lo sería en otros casos. Un solo atan es todo un ejército por sí solo.

Stragen le hizo una señal a Falquián, y ambos se alejaron hacia la mesa

cargada con los alimentos del desayuno. El ladrón rubio seleccionó cuidadosamente un pastel.

—Ha funcionado —le comentó a su acompañante en voz baja—. Xanetia tiene que ver a la persona cuyos pensamientos está fisgoneando, pero Berit encontró un edificio que está bastante cerca y es un poco más alto que la embajada. Xanetia ha tomado una habitación cómoda en la que puede apostarse, con una ventana que da a la oficina del embajador. Está recogiendo toda clase de información, y nombres, para nosotros.

—¿Por qué les estamos ocultando eso a los demás?

—Porque Caalador y yo vamos a utilizar esa información para establecer esa nueva marca mundial de la que estuve hablándote ayer. Sarabian todavía no ha autorizado la operación, así que no lo perturbemos con algo que no le hace falta saber... al menos no hasta que hayamos apilado ordenadamente los cadáveres.

La princesa Danae se puso enferma al día siguiente. No era nada claramente definible. No tenía fiebre, ni erupciones cutáneas, ni tos; sólo una especie de lánguida debilidad. La princesa no parecía tener apetito, y resultaba difícil despertarla.

—Es exactamente lo mismo que tuvo el mes pasado —les aseguró Mirtai a los preocupados progenitores de la niña—. Necesita un tónico, eso es todo.

Falquián, sin embargo, sabía que Mirtai estaba equivocada. En realidad, Danae no había estado enferma el mes anterior. La diosa niña no le daba importancia a su capacidad para estar en dos sitios al mismo tiempo, pero su padre sabía que cuando tenía la atención firmemente centrada en un lugar, se encontraba en estado semicomatoso en el otro. Aquella enfermedad era un poco diferente.

—¿Por qué no intentas darle un tónico, Ehlana? —le sugirió Falquián a su esposa—. Yo iré a hablar con Sephrenia. A lo mejor a ella se le ocurre alguna otra cosa.

Falquián encontró a Sephrenia sentada en su habitación, con aire de melancolía. Estaba mirando por la ventana, aunque resultaba bastante obvio que ni siquiera veía el paisaje.

—Tenemos un problema, pequeña madre —comenzó Falquián mientras cerraba la puerta a sus espaldas—. Danae está enferma.

Ella se volvió bruscamente, con ojos de sobresalto.

—Eso es absurdo, Falquián. Ella no se enferma. No puede.

—Eso era lo que yo también pensaba, pero está constantemente enferma. No es nada realmente tangible, no tiene síntomas claros ni nada parecido, pero definitivamente no se encuentra bien.

Sephrenia se puso rápidamente en pie.

—Será mejor que vaya a verla —dijo—. Quizá pueda conseguir que me diga qué le sucede. ¿Está sola?

—No. Ehlana está con ella. No creo esté dispuesta a marcharse. ¿No complicará eso las cosas?

—Yo me encargaré de todo. Hay que llegar al fondo de esto antes de que vaya más lejos.

La obvia angustia de Sephrenia preocupó más aún a Falquián. La siguió de regreso a las dependencias reales con una aprensión que iba en aumento. En una cosa tenía razón ella: Aphrael no era en modo alguno susceptible a las enfermedades humanas, así que aquello no era ninguna sencilla fiebre miásmica, ni una de las innumerables enfermedades infantiles que todos los seres humanos contraen, luchan contra ellas y superan. Descartó la noción de que pudiese existir algo semejante al resfriado de los dioses.

Sephrenia se mostró muy metódica. Estaba murmurando un hechizo estirio antes incluso de entrar en el dormitorio de Danae.

—¡Gracias a Dios que estás aquí, Sephrenia! —exclamó Ehlana, que se levantó a medias de la silla que ocupaba junto al lecho de la niña—. He estado tan...

Sephrenia dejó en libertad el hechizo con un curioso movimiento rápido de la mano, y los ojos de Ehlana quedaron sin expresión. Se congeló en medio de un gesto, medio levantada de la silla y con una mano parcialmente tendida hacia ellos.

Sephrenia se acercó a la cama, se sentó en el borde de la misma y cogió a la niña en brazos.

—Aphrael —la llamó—, despierta. Soy yo... Sephrenia.

La diosa niña abrió los ojos y se puso a llorar.

—¿Qué te sucede? —le preguntó Sephrenia, abrazándola más estrechamente y meciéndose adelante y atrás.

—¡Están matando a mis hijos, Sephrenia! —gimió la diosa niña—. ¡Por toda Eosia! ¡Los elenios están matando a todos mis hijos! ¡Quiero morir!

—Tenemos que acudir a Sarsos —dijo Sephrenia a Falquián y Vanion poco

después, cuando los tres se encontraron a solas—. Tengo que hablar con los Mil.

—Ya sé que está partiéndole el corazón —le aseguro Vanion—, pero eso no puede realmente hacerle daño, ¿verdad?

—Eso podría matarla, Vanion. Los dioses jóvenes están tan estrechamente ligados a sus adoradores que sus propias vidas dependen de ellos. Por favor, Falquián, pídele al Bhelliom que nos lleve de inmediato a Sarsos.

Falquián asintió con expresión dura, sacó la caja y rozó la tapa con el cintillo de la sortija.

—¡Ábrete! —le ordenó, con una aspereza mayor de la que pretendía—. Rosa Azul —comenzó Falquián—, una crisis ha surgido. La diosa niña se ha puesto gravemente enferma a causa del asesinato de sus adoradores de las lejanas tierras de Eosia. Tenemos que acudir de inmediato a Sarsos para que Sephrenia pueda consultar con los Mil de Estiria acerca de la solución del problema.

—Se hará como vos requerís, Anakha. —Las palabras surgieron de la boca de Vanion. La expresión del rostro del preceptor se hizo ligeramente incierta—. ¿Es correcto que os diga que siento compasión por vos y la vuesa compañera por esta enfermedad de la vuesa única fija?

—Aprecio la vuesa amable preocupación, Rosa Azul.

—La mi preocupación no nace de la mera amabilidad, Anakha. Por dos veces me ha tocado la gentil mano de la diosa niña, y ni siquiera yo soy insensible a la sutil magia de su contacto. Por el cariño que todos le tenemos, partamos para Sarsos de forma que podamos hacer que vuelva a estar sana.

El mundo pareció rielar y desdibujarse, y los tres se encontraron en el exterior del edificio del consejo, revestido de mármol, en Sarsos.

Allí el invierno estaba más adelantado, y el bosque de abedules que rodeaba la periferia de la ciudad se hallaba encendido de colores.

—Vosotros dos aguardad aquí —les pidió Sephrenia—. Será mejor que no alborotemos a los exaltados metiendo nuevamente elenios en la cámara del consejo.

Falquián asintió con la cabeza y abrió la caja de oro para guardar el Bhelliom.

—No, Anakha —le dijo el Bhelliom, hablando una vez más a través de los labios de Vanion—. Deseo saber cómo es recibida la propuesta de Sephrenia.

—Como os plazca, Rosa Azul —replicó cortésmente Falquián.

Sephrenia subió apresuradamente los escalones de mármol y entró en la sala.

—Aquí hace más frío que en Matherion —observó Vanion, ajustándose más

en torno al cuerpo la capa que llevaba puesta.

—Sí —asintió Falquián—. Estamos más al norte.

—Eso, poco más o menos, agota el tiempo atmosférico como tema de conversación. Deja de preocuparte, Falquián. Sephrenia tiene una gran influencia entre los Mil. Estoy seguro de que accederán a prestarnos su ayuda.

Esperaron mientras los minutos pasaban lentamente.

Fue probablemente una media hora más tarde cuando Falquián sintió que una brusca ola, casi un estremecimiento, recorrió al Bhelliom.

—¡Venid conmigo, Anakha! —La voz de Vanion era cortante, brusca.

—¿Qué sucede?

—El amor de los estirios a las interminables charlas me descontenta. Tengo que pasar por encima de los Mil y llegar directamente a los dioses jóvenes mismos. Estos balbucientes están derramando con sus charlas la vida de Aphrael.

Falquián estaba un poco sorprendido por la vehemencia de la voz de Vanion. Siguió a su preceptor cuando éste, avanzando con unos andares que peculiarmente no eran los suyos, irrumpió en el edificio. Puede que las puertas de bronce de la cámara estuviesen cerradas con llave. En cualquier caso, el rechinar de metal torturado que acompañó la brusca apertura de las mismas por parte de Vanion sugirió que sí lo estaban.

Sephrenia estaba de pie ante el consejo con ambas manos alzadas suplicando ayuda. Se interrumpió y miró con incredulidad a Vanion cuando él irrumpió por la puerta.

—¡No permitimos la entrada de elenios aquí! —chilló en estirio uno de los miembros del consejo que ocupaba uno de los bancos del fondo, agitando los brazos.

Luego cayó sobre la cámara una especie de silencio estrangulado. Vanion comenzó a hincharse, creciendo hacia arriba y en amplitud hasta la enormidad, mientras un aura azul incandescente iba haciéndose más y más brillante a su alrededor. Unos parpadeantes relámpagos recorrieron el aura, y los truenos resonaron imponentemente en las paredes recubiertas de mármol. Sephrenia contemplaba a Vanion con un repentino temor reverencial.

Instado por una sugerencia muda que sólo él podía oír, Falquián levantó en alto la relumbrante rosa de zafiro.

—¡Contemplad al Bhelliom —rugió Falquián—, y escuchad su voz poderosa!

—¡Oís las mis palabras, vosotros, los Mil de Estiria! —La voz que procedía de la enormidad que un instante antes había sido Vanion, era tremenda. Era una voz que las montañas oirían, y que haría que las olas y los torrentes se detuvieran de inmediato para oírla—. ¡Yo hablaré con los vuestros dioses! ¡Demasiado pequeños sois vosotros, y demasiado absortos estáis en interminables balbuceos como para considerar el problema aqúeste!

Falquián hizo una mueca de dolor. La diplomacia, según veía, no era uno de los puntos fuertes del Bhelliom.

Uno de los consejeros de túnica blanca se puso de pie, farfullando con indignación.

—¡Esto es ultrajante! Nosotros no tenemos por qué... —Desapareció repentinamente, y en su lugar se encontró de pie un personaje de aspecto confundido que parecía haber sido sorprendido en mitad del baño. Desnudo y goteando agua, se quedó con la boca abierta ante la gigantesca presencia iluminada de azul y la relumbrante gema que Falquián tenía en la mano—. Pero bueno... —protestó.

—¡Setras! —le dijo la profunda voz con tono cortante—. ¿Cuán profundo es el cariño que le tenéis a la vuesa prima Aphrael?

—¡Esto es de lo más irregular! —protestó el joven dios.

—¿Cuán profundo es ese cariño? —la voz era inexorable.

—Yo la adoro, naturalmente. Todos la adoramos, pero...

—¿Qué estaríais dispuesto a dar para salvar la vida suya?

—Cualquier cosa que me pidiera, por supuesto, pero ¿cómo puede estar en peligro su vida?

—Vos sabéis que Zalasta de Estiria es un traidor, ¿no es eso cierto?

Se oyó un grito ahogado por parte del consejo.

—Aphrael así lo dijo —le respondió el dios—, pero nosotros pensamos que podía estar un poco demasiado exaltada. Ya sabes cómo es a veces.

—Ella os habló con verdad, Setras. Incluso en este momento están los secuaces de Zalasta asesinando a los adoradores suyos en la lejana Eosia. Con cada muerte se va apagando ella. Si aqúesto se permite que siga adelante, pronto ella dejará de existir.

El dios Setras se puso rígido, y sus ojos llamearon repentinamente.

—¡Monstruoso!

—¿Qué daríais vos para que ella pudiera vivir?

—La propia vida mía, si menester hubiere —replicó Setras con arcaico

formalismo.

—¿Le prestaríais vos los vuesos propios adoradores?

Setras contempló fijamente al relumbrante Bhelliom con el rostro lleno de desazón.

—¡Rápido, Setras! ¡En este mismo momento la vida de Aphrael está agotándose!

El dios respiró profundamente.

—¿No hay otra alternativa? —preguntó con voz plañidera.

—Ninguna. La vida de la diosa niña se mantiene sólo con cariño. Dadle la vida de ciertos de los vuesos fijos durante un tiempo para que pueda sanar nuevamente.

Setras se irguió.

—¡Lo faré! —declaró—, aunque eso me rasga el corazón mío. —Una expresión decidida pasó por el divino rostro—. Y yo os aseguro, Facedor del Mundo, que los míos no serán los únicos fijos que mantendrán la vida de nuestra querida prima con su cariño. Todos contribuirán de igual forma.

—¡Entonces, hecho! —El Bhelliom parecía aficionado a esa expresión.

—Eh... —dijo entonces Setras, con un tono ligeramente preocupado en la voz mientras su habla se hacía menos formal—. Ella nos los devolverá, ¿no es cierto?

—De eso tenéis mi palabra, divino Setras —le prometió Sephrenia con una sonrisa.

El joven dios pareció aliviado. Luego sus ojos se entrecerraron ligeramente.

—Anakha —dijo con voz tensa.

—¿Sí, divino Setras?

—Deben tomarse medidas para proteger a los restantes hijos de Aphrael. ¿Cuál es la mejor forma de conseguirlo?

—Diles que acudan a la casa capitular de los caballeros de la iglesia de Chyrellos —replicó Falquián—. Allí estarán protegidos de todo mal.

—¿Y quién está al mando de esos caballeros?

—El archiprelado Dolmant, supongo —replicó Falquián con voz dubitativa—. Él es quien ejercía la máxima autoridad.

—Hablaré directamente con él. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—Estará en la basílica de Chyrellos, divino Setras.

—Acudiré allí y los buscaré para que podamos hablar juntos con respecto a este asunto.

Falquián casi se atragantó ante las implicaciones teológicas de aquella declaración. Luego desvió los ojos hacia el rostro de Sephrenia.

Ésta continuaba contemplando a Vanion con un cierto temor reverencial. Entonces, con tanta claridad que Falquián pudo oír el chasquido de la mente de la mujer estiria, ella tomó una decisión. Todo su rostro, la totalidad de su ser, la anunciaron con mayor fuerza de lo que habrían conseguido las palabras.

—Ulath —refunfuñó Kalten, irritado—, pon atención. Has estado cazando moscas durante las últimas dos semanas. ¿Qué te tiene tan distraído?

—No me gustan los informes que hemos estado recibiendo desde Atan —replicó el corpulento caballero genidiano mientras subía a la princesa Danae, a *Rollo* y *Mmrr* a su regazo.

La pequeña princesa había estado confinada durante diez días en su habitación a causa de la enfermedad que la había aquejado, y aquél era el primer día que volvía a estar entre ellos. Danae estaba dedicada a su pasatiempo favorito: el cambio de regazos. Falquián sabía que la mayor parte de sus amigos no le prestaban realmente atención a la niña, y que respondían de forma automática a las mudas solicitudes de ella para que la cogieran y tuviesen en brazos. Sin embargo, Aphrael estaba verdaderamente ocupada, con su juguete y su gata, en cambiar de un regazo a otro para restablecer el contacto con aquellos que podrían haberse alejado de su poder durante el período de enfermedad. Como siempre, había muchos besos implicados en el proceso, pero aquellos besos no eran realmente las espontáneas demostraciones de afecto que parecían. Aphrael podía cambiar las opiniones y alterar el estado anímico de alguien con un solo toque. Con un beso, no obstante, podía tomar posesión de la totalidad del corazón y del alma de una persona. Siempre que Falquián estaba trabado en una disputa con su hija, ponía buen cuidado en mantener al menos un mueble entre ambos.

—Las cosas no están saliendo como yo pensaba que lo harían —declaró Ulath con voz lóbrega—. Los trolls están aprendiendo a escudarse de las flechas de arco y ballesta.

—Incluso un troll es inevitable que aprenda antes o después —comentó Talen.

El muchacho parecía completamente recuperado de la caída del arce, aunque aún se quejaba ocasionalmente de dolor de cabeza.

—No —disintió Ulath—. A eso precisamente me refería. Los troll no aprenden. Quizá sea debido a que sus dioses no aprenden..., o no pueden hacerlo. Los trolls que andan por ahí ahora mismo saben exactamente lo mismo que sabía el primer troll que existió, ni más ni menos. Cyrgon está haciendo juegos peligrosos con ellos. Si los cambia hasta el punto de que puedan aprender, la especie humana va a encontrarse en un grave aprieto.

—Pero hay algo más que te preocupa, ¿no es cierto, Ulath? —inquirió astutamente Bevier—. Has tenido tu «expresión teológica» en la cara durante los últimos días. Estás luchando con algún dilema moral, ¿verdad?

Ulath suspiró.

—Esto probablemente perturbará a todo el mundo, pero intentad considerarlo según sus méritos en lugar de estallar en llamas al respecto, ¿de acuerdo?

—Eso no suena demasiado prometedor, viejo amigo —murmuró Stragen—. Será mejor que nos lo digas con suavidad.

—No creo que exista ninguna forma suave de expresarlo, Stragen. Los despachos de Betuana son cada vez más inquietantes. Los trolls ya no salen a terreno abierto. Los atanes montados ya no pueden herirlos con las lanzas, y las flechas de arco y ballesta están hiriendo más árboles que trolls. Incluso están haciendo hogueras con hierba fresca para poder ocultarse en el humo. Betuana está a punto de llamar a sus súbditos de vuelta a la tierra natal, y sin los atanes vamos a quedarnos sin ejército.

—Caballero Ulath —intervino Oscagne—, colijo que este lóbrego preámbulo es la preparación de una sugerencia espantosa. Creo que ya hemos sido todos lo suficientemente preparados. Continúa y espántanos.

—Tenemos que apartar a los trolls de Cyrgon —replicó Ulath mientras le rascaba las orejas a *Mmrr* con gesto ausente—. No podemos permitir que continúe enseñándoles ni siquiera tácticas rudimentarias, y decididamente no queremos que continúen cooperando los unos con los otros como han estado haciendo.

—¿Y cómo, exactamente, vas a apartar a unos brutos, totalmente imposibles de manejar, de un dios? —le preguntó Stragen.

—Estaba pensando en algo dentro de la línea de dejar que sean sus propios dioses quienes lo hagan. Después de todo, los dioses troll son aseguibles. Ghwerig los encerró dentro del Bhelliom, y Falquián tiene el Bhelliom metido dentro de la túnica. Imagino que Khwaj y los demás harán casi cualquier cosa que les pidamos si les prometemos la libertad.

—¿Estás loco? —exclamó Stragen—. ¡No podemos dejarlos sueltos! ¡Eso es impensable! —Dejó caer el par de monedas que últimamente llevaba en la mano.

—Me encantaría sinceramente considerar otras alternativas..., si a alguien se le ocurre alguna. La amenaza de Atan ya es lo bastante grave, pero cuanto más tiempo permanezcan los trolls bajo el dominio de Cyrgon, más aprenderán de él. Antes o después regresarán a Thalesia. ¿Nos interesa realmente encontrarnos con un ejército de trolls entrenados en las puertas de Emsat? Tenemos al menos algunas pequeñas ventajas si negociamos con los dioses troll. Tenemos la llave de su libertad, pero no poseemos nada que Cyrgon desee..., excepto el propio Bhelliom. Por mi parte, prefiero negociar con los dioses troll.

—¿Por qué simplemente no hacemos que Falquián lleve el Bhelliom a Atan septentrional y extermine con él a los trolls?

Falquián negó con la cabeza.

—El Bhelliom no haría eso, Stragen. No exterminará totalmente a una especie. Eso lo sé sin lugar a dudas.

—Tú tienes los anillos. Puedes obligarlo a que haga lo que tú quieras.

—No. Yo no haré eso. El Bhelliom no es un esclavo. Si coopera, tendrá que ser voluntariamente.

—No podemos simplemente dejar sueltos a los dioses troll, Falquián. Puede que yo sea un ladrón, pero continúo siendo thalesiano. No voy a quedarme tranquilamente sentado y dejar que los trolls arrasen la totalidad de la península.

—Ni siquiera hemos hablado con los dioses troll, Stragen —intervino Ulath—. ¿Por qué no averiguamos qué tienen que decir ellos antes de tomar una decisión? De todas formas, tendremos que hacer algo pronto, sea lo que fuere. Si no lo hacemos, vamos a comenzar a ver largas filas de atanes saliendo de las barracas camino de su tierra natal.

Danae se deslizó del regazo de Ulath y recogió las monedas de Stragen.

—Se te ha caído esto, mi señor —le dijo con voz dulce. Luego frunció el entrecejo—. ¿Es mi imaginación, o una de estas monedas es apenas un poco más ligera que la otra?

Stragen la miró con una expresión evidentemente asqueada en el rostro.

Era un poco más tarde; Falquián y Vanion escoltaban a Sephrenia camino de la habitación de ella. Llegaron a la puerta y se detuvieron.

—¡Oh, esto es absurdo! —estalló de pronto Sephrenia con un tono de voz

exasperado—. ¡Vanion, ve a buscar tus cosas y regresa a casa, que es donde debes estar!

Vanion parpadeó.

—Yo...

—¡Ni una palabra! —lo interrumpió ella, y luego echó una mirada feroz a Falquián—. ¡Y tampoco quiero oírte ni una sola palabra a ti!

—¿A mí?

—Tienes que hacer tu bolsa, Vanion —dijo ella—. No te quedes ahí parado, cazando moscas.

—Ahora mismo voy.

—Y no tardes todo un día. —Levantó bruscamente los brazos en el aire—. ¡Hombres! ¿Es que tengo que hacer dibujos para que me entiendas? He hecho de todo, menos encender señales de fuego y hacer sonar trompetas. Y de lo único que querías hablar tú era del tiempo... o de los peces. ¿Por qué no entrabas nunca en materia?

—Bueno... yo... —vaciló él—. Estuviste realmente muy enfadada conmigo, Sephrenia.

—Eso fue entonces. Esto es ahora. Ya no estoy enfadada, y quiero que vuelvas a casa. Voy a hablar unas palabras con Danae, y quiero verte en nuestra habitación cuando regrese.

—Sí, querida —replicó él dócilmente.

Le echó una mirada feroz, y luego giró sobre los talones y se alejó corredor abajo, hablando consigo misma y sacudiendo las manos en el aire.

—Bueno, Krager ha regresado —les informó Talen cuando volvieron a reunirse aquella tarde, pasadas unas horas—. Uno de los mendigos lo vio escabullirse por la puerta trasera de la embajada de Cynesga hace un par de horas..., aunque quizá deberíamos decir que entró tambaleándose. Estaba borracho como una cuba.

—Ése es el Krager que todos hemos llegado a conocer y querer —comentó Kalten entre carcajadas.

—No entiendo cómo puede Zalasta depositar confianza alguna en un borracho conocido —comentó Oscagne.

—Krager es muy inteligente cuando está sobrio, excelencia —le explicó Falquián—. Ésa es la única razón por la que Martel lo aceptó. —El caballero se

rascó una mejilla—. ¿Podemos pedirte que regreses a ese puesto de observación que tienes cerca de la embajada anarae?

Xanetia comenzó a levantarse del asiento.

—No en este momento —le aclaró con una sonrisa—. Generalmente, Krager tarda toda la noche en recuperar la sobriedad, así que mañana por la mañana será un momento oportuno. Creo que nos interesará saber qué instrucciones le trae al embajador cynesgano.

—También hay algo más —agregó Stragen—. Nunca hemos estado realmente seguros de si Krager sabe que estamos utilizando a los delincuentes para reunir información. Sabía que recibíamos la ayuda de Platime en Cimmura, y que teníamos contacto con ladrones y demás en otras ciudades de Eosia, pero deberíamos descubrir si ya ha establecido las conexiones entre ambos continentes.

—De alguna forma insinuó que lo sabía cuando habló conmigo después de que aplastáramos el intento de golpe de estado —le recordó Falquián.

—Yo no quiero descartar la totalidad del aparato basándome en una insinuación, Falquián —le respondió Stragen—, y realmente necesito saber si está al tanto de que podemos utilizar a los delincuentes para otras cosas que no sean espiar.

—Sondearé la mente suya con gran atención —prometió Xanetia.

—¿Dónde están Vanion y Sephrenia, Falquián? —preguntó de pronto Ehlana—. Hace una hora que deberían estar aquí.

—Ah, lo siento, querida. Tenía intención de comunicártelo. Los he excusado por el resto del día. Tenían algo importante de lo que ocuparse.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Lo estoy haciendo, querida..., en este momento.

—¿Qué están haciendo?

—Han resuelto sus diferencias. Imagino que ahora mismo estarán hablando de eso... largo y tendido.

Ella se ruborizó ligeramente.

—Ah —comentó en un tono neutral suave—. ¿Qué fue lo que finalmente ha vuelto a unirlos?

Él se encogió de hombros.

—Sephrenia se hartó de la desavenencia y le dijo a Vanion que volviera a casa. Se mostró muy directa al respecto..., e incluso se las arregló para retorcer las cosas de tal forma que acabó siendo todo culpa de él. Ya sabes cómo

funciona eso.

—Con eso bastará, caballero —declaró ella con firmeza.

—Sí, majestad.

—¿Es posible que ese hombre, Krager, sepa dónde está Zalasta en este momento, príncipe Falquián? —inquirió Oscagne.

—Estoy seguro de que sí lo sabe, excelencia. Probablemente Zalasta no quiere que él posea esa información, siendo como es Krager y todo eso, pero resulta muy difícil ocultarle cosas a Krager cuando está mínimamente sobrio.

—Ese hombre podría ser enormemente valioso para nosotros, príncipe Falquián. Particularmente a la luz del especial don de la anarae.

—Será mejor que le saques todo lo que puedas ahora mismo, excelencia —sugirió Talen—, porque en cuanto regrese mi hermano de Atan, probablemente lo matará.

Oscagne pareció sobresaltado.

—Se trata de un asunto personal, excelencia. Krager estuvo implicado en la muerte de nuestro padre... estuvo por los alrededores, en cualquier caso. Khalad quiere hacer algo a ese respecto.

—Estoy seguro de que podremos persuadirlo de que espere, joven maese.

—Yo no lo estaría, excelencia.

—Ha formado parte de nosotros durante tanto tiempo, que no creo que fuésemos estirios sin ello, anarae —dijo Sephrenia con tristeza.

Estaban en una de aquellas reuniones privadas en lo alto de la torre. Falquián y su hija se habían reunido con Sephrenia, Vanion y Xanetia al caer la noche sobre Matherion, con el fin de poder hablar de ciertas cosas que los demás no tenían necesidad de saber.

—Eso sucede igual incluso en nuestro caso, Sephrenia de Ylara —le confesó Xanetia—. Nuestro odio hacia la vuesa raza define en parte también al delfae.

—Nosotros les contamos a nuestros hijos que los delfae roban almas —comentó Sephrenia—. A mí siempre me dijeron que brilláis en la oscuridad a causa de las almas que habéis devorado, y que las gentes a las que tocáis se deshacen porque les arrancáis el alma de dentro.

Xanetia sonrió.

—Y nosotros les contamos a nuestros niños que los estirios son *ghoules* que profanan las tumbas para comer..., cuando no hay niños delfae por las proximidades que puedan comerse vivos.

—Yo conozco a una niña con una ligera herencia estiria que últimamente ha estado considerando la idea de dedicarse al canibalismo —comentó lisonjeramente Falquián.

—¡Soplón! —masculló Danae.

—¿De qué estáis hablando? —le preguntó Sephrenia a su hermana con tono de exigencia.

—La diosa niña se enfadó muchísimo cuando descubrió que Zalasta la había engañado —comentó Falquián de una forma despreocupada—, y se enfureció aún más al descubrir que él pretendía robarle la posesión de tu cariño. Aseguró que le arrancaría el corazón y se lo comería ante los propios ojos de Zalasta.

—Oh, probablemente no lo habría hecho —comentó Aphrael, intentando quitarle importancia.

—¿Probablemente? —exclamó Sephrenia.

—Tiene el corazón tan podrido que me habría sentado mal.

Sephrenia le echó una larga y firme mirada de desaprobación.

—Oh, bueno, de acuerdo —cedió la diosa niña—. Estaba exagerando. —Miró con aire pensativo hacia la ciudad, y luego volvió a fijar los ojos en Sephrenia y Xanetia—. Todo ese odio y las descabelladas historias que estirios y delfae les cuentan a sus niños acerca de los otros no son realmente naturales, supongo que os daréis cuenta de eso. Habéis sido muy cuidadosamente entrenados para que tengáis esos sentimientos. La verdadera discusión tuvo lugar entre mi familia y Edaemus, y tuvo que ver con cosas que vosotras ni siquiera comprenderíais. Fue una discusión estúpida, la mayoría lo son, pero los dioses no pueden guardar en privado sus desavenencias. Vosotros, los humanos, fuisteis arrastrados a algo que no os concernía en lo más mínimo. —La diosa niña suspiró—. Al igual que la mayoría de los desacuerdos, aquél comenzó a salir de la zona del mundo en la que vivimos nosotros, a la vuestra. Ésa es nuestra fiesta, y nunca se os debió invitar.

—¿Dónde está el país de vosotros, Aphrael? —inquirió Vanion con tono cortés.

Ella se encogió de hombros.

—Aquí mismo..., todo alrededor de nosotros, vosotros no podéis verlo. Puede que fuera mejor que tuviéramos nuestro propio hogar independiente, pero

ahora ya es demasiado tarde. Yo tendría que haberle hablado a Sephrenia de nuestra estupidez cuando las dos éramos niñas y la oía repetir como un loro algunos de esos disparates acerca de los delfae, pero luego los siervos elenios destruyeron nuestra aldea y mataron a nuestro padre y nuestra madre, y Zalasta intentó cargar su propia culpa sobre los delfae, con lo que los prejuicios de ella se transformaron en roca. —Hizo una pausa—. Siempre supe que había algo en la historia de Zalasta que no sonaba a verdad, pero no podía meterme en sus pensamientos para averiguar qué era.

—¿Por qué no podías hacerlo? —le preguntó Vanion—. Después de todo, eres una diosa.

—¡Te has dado cuenta! —exclamó ella—. ¡Qué descubrimiento tan emocionante tiene que haber sido para ti!

—Cuida tus modales —la reprendió Falquián.

—Lo siento, Vanion —se disculpó ella—. Eso ha sido un poco cortante, ¿verdad? Yo no puedo entrar en los pensamientos de Zalasta porque él no es uno de mis hijos. —Hizo una pausa—. Sephrenia, ¿no te parece interesante que yo sea limitada pero Xanetia no lo sea?

—Xanetia y yo estamos explorando nuestras diferencias —replicó Sephrenia, y sonrió—. Cada una de las que hemos examinado hasta ahora ha resultado ser imaginaria.

—Es verdad —asintió Xanetia.

Falquián tan sólo podía comenzar a imaginarse cuán difíciles tenían que ser incluso aquellos tentativos pasos hacia el establecimiento de la paz, para aquel par de mujeres extrañamente similares. El derrumbamiento de los fanatismos institucionalizados tendría que haber sido algo parecido a demoler un edificio que había permanecido en pie durante un centenar de siglos.

—Vanion, querido —dijo entonces Sephrenia—, está comenzando a refrescar.

—Bajaré corriendo y te traeré la capa.

Ella suspiró.

—No, Vanion —le respondió—. Lo que yo quiero no es la capa. Quiero que me pases un brazo por los hombros.

—Ah —replicó él—. Tendría que haberlo pensado sin que me lo dijeras.

—Sí —asintió ella—. Intenta pensar en ello con más frecuencia.

Él le sonrió y la rodeó con un brazo.

—Eso es muchísimo más agradable —comentó ella, acurrucándose contra él.

—Hay algo que hace bastante que tengo intención de preguntarte —comenzó Falquián, dirigiéndose a su hija—. Independientemente de quién los empujara a ellos, la gente que atacó Ylara era, efectivamente, elenios. ¿Cómo, si puede saberse, conseguiste siquiera persuadir a Sephrenia de que se hiciera cargo de la tarea de enseñarles a los pandion los secretos de Estiria? Ella tenía que odiar a los elenios.

La diosa niña se encogió de hombros.

—Los odiaba, y yo, personalmente, tampoco os tenía demasiado cariño. No obstante, tenía los anillos de Ghwerig, y necesitaba de forma imperiosa hacerlos llegar a los dedos del rey Antor y del primer Falquián... de otra forma, tú no estarías aquí. —Hizo una pausa y entrecerró los ojos—. ¡Eso es intolerable! —exclamó.

—¿Qué es intolerable?

—¡Que el Bhelliom me manipulara! Después de que yo le robara los anillos a Ghwerig, o tal vez incluso antes de eso, el Bhelliom metió la idea en los propios anillos. Sé que lo hizo. No acababa de coger esas sortijas que se me ocurrió la idea de separarlos por el sistema de darle uno a tu ancestro y el otro al de Ehlana. ¡Todo esto ha sido un plan del Bhelliom! ¡Ese... esa cosa me ha utilizado!

—Bueno, bueno —comentó Falquián con suavidad.

—¡Y fue tan inteligente! —continuó Aphrael, echando chispas—. ¡Parecía una idea tan excelente! Tu amigo azul y yo vamos a mantener una larga charla al respecto.

—Según creo, estabas contándonos cómo obligaste a Sephrenia a que se convirtiera en nuestra tutora —comentó Falquián.

—Le ordené que lo hiciera... después de que las lisonjas no dieran resultado. Primero le ordené que le llevara los anillos a aquel par de salvajes sangrantes, y luego la llevé a vuestro convento de Demos y la obligué a convertirse en vuestra tutora. Tenía que tenerla allí para mantener a tu familia en el camino correcto. Tú eres Anakha, y yo sabía que iba a necesitar tener algún ascendiente sobre ti. De otra forma, el Bhelliom te habría tenido todo para sí, y yo no confiaba lo bastante en él como para permitir que sucediera eso.

—Entonces, es verdad que planeaste todo esto por adelantado —le dijo Falquián, con un poco de tristeza.

—Puede que el Bhelliom lo haya planeado antes que yo —comentó con tono malévolo—. Yo estaba completamente segura de que todo era idea mía. Pensé

que si me convertía en hija tuya, podría conseguir que me prestaras al menos un poco de atención.

Él suspiró.

—Entonces, estaba todo completamente calculado, ¿no es cierto?

—Sí, pero eso no tiene nada que ver con lo que siento por ti. Me dio realmente mucho trabajo inventarte, Falquián, así que te quiero de verdad. Eras un bebé encantador. Estuve a punto de destrozar a Kalten cuando te rompió la nariz. Sin embargo, Sephrenia me convenció de que no lo hiciera. Mi madre era una historia diferente. Tú eras dulce, pero ella era adorable. La quise desde el instante en que la vi por vez primera, y supe que os llevaríais bien el uno con el otro. La verdad es que estoy bastante orgullosa de cómo han salido las cosas. Incluso creo que el Bhelliom las aprueba... aunque, por supuesto, nunca lo admitiré. El Bhelliom es tremendamente relamido a veces.

—¿Entró de verdad tu primo Setras en la basílica y habló con Dolmant? —le preguntó de pronto Vanion a la niña.

—Sí.

—¿Cómo se lo tomó Dolmant?

—Sorprendentemente bien. Por supuesto que Setras puede ser muy encantador cuando quiere, y Dolmant me tiene mucho cariño. —Hizo una pausa, y sus ojos oscuros adquirieron un aire especulativo—. Creo que su archiprelatura va a provocar algunos cambios muy profundos en vuestra Iglesia, Vanion. La mente de Dolmant no está completamente encerrada en piedra, como lo está la de Orzel. Creo que la teología elenia va a cambiar mucho durante su mandato como archiprelado.

—A los conservadores no va a gustarles eso.

—Nunca les gusta. Los conservadores no se cambiarían siquiera de ropa interior si no tuvieran que hacerlo.

—Eso es extremadamente cuestionable desde el punto de vista legal, majestad —señaló Oscagne—. No estoy cuestionando personalmente tu palabra, anarae —se apresuró a agregar—, pero creo que todos podemos ver cuál es el problema. Lo único que tenemos es el testimonio sin fundamentos materiales de Xanetia acerca de lo que alguien está pensando. Incluso el juez más flexible

probablemente se atragantaría con eso. Ésas van a ser causas muy difíciles de procesar..., particularmente a la vista de que algunos de los acusados van a ser miembros de las grandes familias del propio Tamul.

—Creo que será mejor que te decidas a contárselo todo, Stragen —le sugirió Falquián al ladrón thalesiano—. Tú vas a llevar a cabo tu plan pase lo que pase, y si no los pones al tanto de eso, estarán preocupándose por sutilezas legales durante semanas.

Stragen hizo una mueca de dolor.

—Desearía que no hubieras sacado ese tema, viejo amigo —le reprochó con voz dolorida—. Sus majestades son personajes oficiales, y están más o menos obligados a observar la ley al pie de la letra. Se sentirían mucho más cómodos si no conocieran demasiados detalles.

—Estoy seguro de que es verdad, pero todas estas inquietudes sobre cómo orquestar casos acorazados que presentar ante los tribunales está ocupándonos un tiempo que deberíamos dedicar a otros problemas.

—¿De qué estáis hablando? —inquirió Sarabian.

—Mi señor Stragen y maese Caalador están contemplando algo que se halla dentro de las líneas de lo que podría llamarse un atajo legal, majestad... en interés de la celeridad. ¿Quieres contárselo tú, Stragen, o prefieres que lo haga yo?

—Hazlo tú. Puede que suene mejor con tus palabras. —Stragen se recostó en el respaldo, y continuó meditando sobre sus dos monedas de oro.

—El plan que tienen ellos dos es muy sencillo, majestad —comenzó Falquián, dirigiéndose al emperador—. Proponen que en lugar de arrestar a todos esos conspiradores, espías, informadores y demás, simplemente los hagamos asesinar.

—¿Qué? —exclamó Sarabian.

—Ésa es una manera demasiado brusca de expresarlo, Falquián —protestó Stragen.

El príncipe consorte se encogió de hombros.

—Yo soy un hombre brusco. De hecho, majestad, yo estoy bastante de acuerdo con la idea. Mi señor Vanion, sin embargo, está teniendo algunos problemas para acabar de tragarla. —Se retrepó en el asiento—. La justicia es algo delicado —observó—. Está sólo parcialmente interesada en castigar a los culpables. En lo que realmente está interesada es en la disuasión. La idea es la de inspirarle temor a la gente para que evite cometer delitos, por el sistema de

hacerles cosas desagradables, en público, a los delincuentes que son apresados. No obstante, como bien ha señalado Stragen, la mayoría de los delincuentes saben que no serán arrestados, así que lo único que están realmente haciendo el cuerpo de policía y los tribunales es justificar su puesto de trabajo. Él sugiere que saltemos por encima de la policía y los tribunales y enviemos a los asesinos una noche, dentro de no mucho. A la mañana siguiente, a todos los que estén siquiera remotamente conectados con Zalasta y sus estirios renegados los encontrarán con el pescuezo cortado. Si lo que queremos es un acto disuasorio, ése sería el más eficaz. No habría ni absolución, ni apelaciones ni perdones imperiales que puedan confundir las cosas. Si lo hacemos de esa forma, la totalidad de los habitantes de Tamuli tendrá pesadillas referentes a los frutos de la traición durante varios años después del hecho. De todas formas, apruebo la idea por motivos tácticos. Dejo la justicia en manos de los tribunales... o de los dioses. Me gusta la idea a causa del daño que le causará a Zalasta. Él es un estirio, y habitualmente los estirios intentan conseguir lo que quieren mediante el engaño y los malos consejos. Zalasta ha montado un aparato muy elaborado para lograr sus metas sin necesidad de pasar por enfrentamientos directos. El plan de Stragen destruirá ese aparato en una sola noche, y sólo los locos estarán dispuestos a aliarse con Zalasta después de que eso suceda. Una vez que ese aparato haya quedado destruido, él no tendrá más remedio que salir a la luz y luchar. Zalasta no es bueno en eso, pero nosotros sí lo somos. Ello nos proporcionará la posibilidad de librar esta guerra en nuestros propios términos, lo cual es siempre una enorme ventaja táctica.

—Además, podremos escoger el momento más oportuno para nosotros —agregó Caalador—. La oportunidad será de gran importancia.

—No estarán esperándolo, eso sí que es verdad —observó Itagne.

—Existen reglas, Itagne —objetó su hermano—. La civilización está basada en ciertas reglas. Si nosotros las transgredimos, ¿cómo podemos esperar que otros las respeten?

—De eso precisamente se trata, Oscagne. En este preciso momento, esas reglas están protegiendo a los criminales, no a la sociedad como conjunto. Luego ya podremos retorcer las cosas y buscar algún tipo de justificación legal para todo el asunto. Casi la única objeción legal que tengo al respecto es que esos... eh... agentes de política gubernamental, digamos, no tienen ningún rango oficial. —Frunció momentáneamente el ceño—. Supongo que podríamos solucionar el problema nombrando a mi señor Stragen ministro del Interior y a

maese Caalador director de la policía secreta.

—Realmente secreta, excelencia —comentó Caalador entre carcajadas—. Ni siquiera yo sé quiénes son la mayor parte de los asesinos.

Itagne sonrió.

—Ésos son los de la mejor clase, supongo. —Luego miró al emperador—. Eso le conferiría un cierto tinte de legalidad a la operación, majestad..., en el caso de que decidas dar vía libre al proyecto.

Sarabian se retrepó en el asiento con aire pensativo.

—Me siento tentado de hacerlo —declaró—. Un derramamiento de sangre de esa magnitud aseguraría la tranquilidad interna de Tamuli durante al menos un siglo. —Se sacudió de encima la expresión de melancólico anhelo y se irguió—. Es sencillamente demasiado incivilizado. No puedo aprobar una cosa semejante cuando mi señora Sephrenia y la anarae Xanetia están mirándome y juzgándome.

—¿Qué opinas tú, Xanetia? —inquirió Sephrenia a modo de tanteo.

—Nosotros, los delfae, no nos preocuparnos demasiado por sutilezas y tecnicismos, Sephrenia.

—Ya suponía que no lo hacíais. Lo bueno es bueno y lo malo, malo, ¿no lo crees así?

—A mí me lo parece.

—Y en mi caso sucede lo mismo. Zalasta nos ha hecho daño a las dos, y la masacre de Stragen le hará daño a él. No creo que ninguna de las dos vaya a poner demasiadas objeciones a algo que le causará dolor a ese hombre, ¿verdad?

Xanetia sonrió.

—En ese caso, la decisión es tuya, Sarabian —declaró Sephrenia—. No vuelvas los ojos hacia Xanetia ni hacia mí en busca de una excusa para no tomarla. Nosotras no hallamos nada objetable en el plan.

—Estoy profundamente decepcionado de vosotras dos —les aseguró el emperador—. Tenía la esperanza de que me sacaríais del apuro. Tú eres mi última oportunidad, Ehlana. ¿No te congela la sangre esta monstruosa idea?

Ella se encogió de hombros.

—No particularmente, pero yo soy una elenia... y una política. Siempre y cuando no nos sorprendan con cuchillos ensangrentados en nuestras propias manos, siempre podré zafarme de la responsabilidad.

—¿Es que nadie va a ayudarme? —Sarabian parecía verdaderamente desesperado.

Oscagne dirigió una mirada penetrante hacia su emperador.

—La decisión tienes que tomarla tú, majestad —le dijo—. A mí personalmente, no me gusta, pero no soy yo quien tiene que dar las órdenes.

—¿Es siempre así, Ehlana? —gimió Sarabian.

—Habitualmente —replicó ella con absoluta calma—. A veces es todavía peor.

El emperador se quedó sentado, con los ojos fijos en la pared, durante un buen rato.

—De acuerdo, Stragen —declaró finalmente—. Ve a hacerlo.

—Ése es el niño adorado de su madre —comentó Ehlana con cariño.



## 25

—No, Caalador —disintió Falquián—, de hecho, no llevará tres o cuatro semanas. Yo tengo acceso a un medio más rápido de desplazamiento.

—Eso no servirá de nada, Falquián —lo contradijo el cammoriano de rostro encendido—. La gente del gobierno secreto no aceptará las órdenes dadas por ti.

—Yo no daré esas órdenes, Caalador —le respondió Falquián—. Lo harás tú. Caalador tragó con dificultad.

—¿Estás seguro de que no hay ningún riesgo en viajar de esa manera? —le preguntó con tono dubitativo.

—Confía en mí. ¿A cuánta gente tendrás que transmitirle el mensaje? Caalador echó una mirada incómoda a Sarabian.

—No estoy en libertad de decirlo.

—Yo no utilizaré esa información, Caalador —le aseguró el emperador.

—Tú y yo lo sabemos, majestad, pero las reglas son las reglas. Nos gusta mantener los números dentro de unos límites un poco vagos.

—Generaliza, Caalador —le sugirió Ehlana—. ¿Un centenar? ¿Quinientas?

—Difícilmente podrían se'tanto', tesoriyo —replicó él, echándose a reír—. No hay ningún pastel que pueda cortarse en tanto'troso'. —Caalador le echó una mirada un poco ansiosa a Stragen—. Digamos que más de veinte y menos de cien, y dejémoslo así, ¿de acuerdo? Preferiría no acabar con el cuello rebanado.

—Eso es lo bastante general —dijo Stragen, riendo—. No te denunciaré por eso, Caalador.

—Gracias.

—De nada.

—En ese caso, dos o tres días —calculó Falquián.

—No comencemos a hacer correr la voz hasta que la anarae haya echado sus redes en la mente de Krager, mañana por la mañana —sugirió Stragen.

—Veo que sois aficionado a esa particular metáfora, mi señor Stragen —observó Xanetia en un tono ligeramente desaprobador.

—Mi intención no es la de ser ofensivo, anarae. No hago más que buscar una forma de explicar algo que yo mismo no puedo ni atisbar a comprender, eso es todo. —La expresión de Stragen se endureció—. Si Krager realmente está enterado de la existencia del gobierno secreto, probablemente lo habrá infiltrado, y en ese caso habrá alguna gente a la que no nos interesará hablar del asunto.

—Y cuyos nombres agregaremos a nuestra lista —añadió Caalador.

—¿Cómo es de larga exactamente vuestra lista, maese Caalador? —le preguntó Oscagne.

—Realmente no tienes necesidad de saberlo, excelencia —replicó Caalador en un tono que indicaba claramente que no tenía intención de hablar del tema—. Escojamos una fecha..., algo que la gente tenga muy presente. Los ladrones y degolladores no son muy buenos leyendo calendarios.

—¿Qué os parece el festival de la cosecha? —sugirió Itagne—. Faltan sólo tres semanas, y es algo que se celebra en todo Tamuli.

Caalador miró a los demás.

—¿Podemos esperar tanto? —preguntó—. Verdaderamente sería el momento perfecto. Nuestros asesinos dispondrían de tres noches para realizar el trabajo, en lugar de una sola, y hay mucho ruido y confusión durante los festejos.

—Y se bebe muchísimo —agregó Itagne—. Todo el continente se pone borracho como una cuba.

—¿Se trata de una festividad general, entonces? —inquirió Bevier.

Itagne asintió con la cabeza.

—Técnicamente es una festividad religiosa. Supuestamente les agradecemos a los dioses la abundante cosecha que nos han dado. La mayoría de la gente puede cumplir con ese requisito en alrededor de medio minuto, lo que les deja libres tres días y tres noches para meterse en problemas. Los grupos de cosechadores reciben todos su paga, toman su baño anual y se encaminan a la

población más cercana en busca de líos.

—Está hecha a la medida de nuestros propósitos —agregó Caalador.

—¿Estarás preparado para llevar tus tropas contra los trolls dentro de tres semanas, mi señor Vanion? —inquirió Sarabian.

—Más que preparado, majestad. En cualquier caso, no tenemos planeado reunirlos a todos en el mismo lugar. Los destacamentos de cada guarnición son sólo del tamaño de un pelotón, y los pelotones pueden avanzar con mayor rapidez que los batallones. En este momento están avanzando todos hacia puntos determinados en los que aguardarán, a lo largo de la frontera atana.

—¿Nos interesa atacarlos a todos al mismo tiempo? —preguntó Kalten.

—Podemos abordar el asunto de una de tres maneras —le contestó Falquián—. Podemos atacar primero a los trolls y atraer la atención de Zalasta hacia Atan septentrional, o podemos asesinar primero a sus conspiradores y hacerlo correr por todo el continente para salvar lo que pueda de su organización, o podemos hacer las dos cosas simultáneamente y ver si es capaz de estar en un centenar de lugares al mismo tiempo.

—Eso podremos decidirlo más adelante —intervino Sarabian—. Primero transmitámosles el mensaje a los asesinos. Ya sabemos dónde queremos que vayan a trabajar durante el festival de la cosecha. La situación militar es más fluida.

—Esta vez pongamos un especial cuidado en eliminar a Sable, Parok y Rebal —le dijo Stragen a Caalador—. Evidentemente, los atanes los pasaron por alto en la última redada general. Esos reinos elenios de Tamuli occidental se interponen entre el caballero Tynian y Matherion, y mientras esos tres buscapleitos estén vivos, le va a costar lo suyo llegar hasta aquí. ¿Hay alguna forma de que podamos matar también a Scarpa?

Caalador negó con la cabeza.

—Se ha escondido en Natayos. La ha convertido en una fortaleza y la ha llenado de fanáticos. No habría precio suficientemente alto como para convencer a un asesino de que intente matarlo. La única forma en que podríamos llegar hasta Scarpa sería montando una expedición militar.

—Eso es una lástima —murmuró Sephrenia—. No cabe duda de que la muerte de su único hijo retorcería un cuchillo en el vientre de Zalasta.

—Salvaje —la acusó afectuosamente Vanion.

—Zalasta mató a mi familia, Vanion —replicó ella—. Lo único que pretendo hacer es devolverle el favor.

—A mí me parece justo —le aseguró él con una sonrisa.

—Continúo estando completamente en contra de eso —respondió testarudamente Stragen cuando él, Falquián y Ulath se encontraron en el corredor, un poco más tarde.

—Sé razonable, Stragen —le pidió Ulath—. No haremos ningún daño con averiguar qué tienen ellos que decir, ¿verdad? Yo no pienso dejarlos simplemente en libertad sin imponerles absolutamente ninguna restricción, ¿sabes?

—Accederán a cualquier cosa con tal de conseguir la libertad, Ulath. Puede que nos prometan retirar a los trolls de Atan, o que incluso nos ayuden con Zalasta y Cyrgon, pero una vez que hayan regresado a Thalesia, no se sentirán obligados a honrar compromiso alguno. Nosotros ni siquiera somos miembros de la misma especie que sus adoradores. En su opinión no somos más que animales. ¿Te sentirías tú obligado a mantener las promesas que le hubieras hecho a un oso?

—Eso dependería del oso, supongo.

—Los dioses troll podrían romper las promesas que nos hicieran a nosotros —comentó Falquián—, pero no romperían la palabra dada al Bhelliom, porque el Bhelliom podría volver a absorberlos si intentaran cualquier truco.

—Bueno —dijo Stragen con tono dubitativo—. Quiero asegurarme de que todos entendáis que esto no me gusta, pero supongo que no haremos ningún daño con escuchar lo que tengan que decir. En todo caso, quiero estar presente. No me fío del todo de ti, Ulath, así que quiero oír qué promesas les haces tú a ellos.

—¿Entiendes el idioma troll?

Stragen se estremeció.

—Por supuesto que no.

—En ese caso, vas a tener un poco de dificultad para seguir la conversación, ¿no te parece?

—Sephrenia nos acompañará, ¿verdad? Ella podrá traducírmela.

—¿Estás seguro de que confías en ella?

—Esa pregunta es despreciable.

—Se me ocurrió que sería mejor preguntártelo. ¿Cuándo quieres que lo hagamos, Falquián?

—No nos precipitemos —decidió el príncipe consorte—. Todavía tengo que llevar a Caalador a hablar con sus amigos. Organicemos eso y asegurémonos de que los atanes que ha convocado Vanion están en sus puestos de la frontera antes de mencionarles el tema a los dioses troll. No tiene sentido hacer que se emocionen antes de que los necesitemos.

—Creo que será mejor que estemos en el campo cuando hablemos con ellos —sugirió Ulath—. Cuando les contemos que Cyrgon les ha robado a sus adoradores, los gritos de indignación que van a proferir podrían hacer añicos todos los baldosines de nácar de Matherion.

—La mente suya está muy enturbiada por la bebida —informó Xanetia a media mañana del día siguiente, cuando ella y Berit regresaron de la embajada cynesgana—, y es difícil extraer algo de consistencia de sus pensamientos.

—¿Tienes alguna sospecha, anarae? —preguntó Stragen con una expresión preocupada.

—Sabe, sin duda, que vos habéis utilizado ladrones y mendigos para vigilarlo en el pasado, mi señor Stragen —replicó ella—, pero es la suya creencia que vos, o el joven Talen, tenéis que tomar las disposiciones en cada ciudad por separado y que uno de vosotros ha de acudir a ella para hablar con cada uno de los ladrones.

—¿Así que no sabe na'ena' del gobierno secreto? —preguntó Caalador, hablando en dialecto por alguna misteriosa razón.

—La comprensión suya de la vuesa sociedad es vaga, maese Caalador. La cooperación de esa naturaleza escapa a su entendimiento, porque el propio Krager es incapaz de algo semejante, al guiarlo sólo un inmenso interés personal.

—¡Qué borracho tan espléndido! —exclamó Stragen, ufano—. ¡Roguemos todos a los dioses para que nunca recobre la sobriedad!

—¡Amén! —asintió fervientemente Caalador—. Bueno, Falquián, ¿qué te parese si charla' un poquitiyo con esa joya tuya y tú y yo no'vamo' de paseo por Tamuli? Tenemo' que ve'aeso' compañero que van a cortá'alo'otro'.

El rostro de Xanetia adquirió una expresión dolorida.

Caalador quedó un poco trastornado las primeras veces que el Bhelliom lo arrebató de una punta a otra del continente, pero después pareció

insensibilizarse. Le llevó alrededor de una media hora cada vez el transmitirles las instrucciones a los varios jefes de delincuentes de Tamuli, y Falquián tenía poderosas sospechas de que el cammoriano de rubicundo rostro templaba sus conmocionados nervios con bebidas fuertes en cada etapa. Por supuesto, el príncipe consorte no podía estar del todo seguro de ello, puesto que se lo excluía terminantemente de las conversaciones.

—No te hace ninguna falta saber quiénes son estas gentes, Falquián — declaró Caalador—, y tu presencia no conseguiría otra cosa que ponerlos nerviosos.

Los pequeños destacamentos atanes de Vanion estaban afluyendo desde todo Tamuli a los puestos de espera a lo largo de la frontera de Atan, y Tikume había prometido varios miles de pelois orientales además de los trescientos arqueros que Kring se había llevado al regresar a Atan. El Bhelliom llevó a Falquián y Vanion a la capital atana con el fin de que pudieran tranquilizar a Betuana al informarle que estaban realmente reuniendo tropas para acudir en su ayuda, y explicarle el motivo de que estuvieran reteniendo a la mayor parte de esos destacamentos en la frontera.

—Los trolls no comprenderían el significado de esos refuerzos Betuana-reina —le explicó Vanion—, pero Cyrgon está completamente versado en estrategia y táctica. Comprendería de inmediato lo que está sucediendo. Será mejor no darle pista alguna de lo que estamos haciendo hasta que estemos preparados para atacar.

—¿Crees de verdad que podemos darle sorpresas a un dios, Vanion-preceptor? —le preguntó ella. Betuana llevaba puesto lo que entre los atanes pasaba por ser una armadura, y su rostro demostraba claramente que hacía semanas que dormía poco.

—Desde luego, yo voy a intentarlo, Betuana-reina —replicó Vanion con una fugaz sonrisa—. Creo que podemos afirmar con bastante seguridad que Cyrgon no ha tenido una idea nueva en los últimos veinte mil años. Los conceptos militares han cambiado muchísimo durante ese tiempo, así que probablemente no entenderá del todo qué es lo que estamos haciendo. —Hizo una mueca—. Al menos eso es lo que yo espero —agregó.

Y luego llegó el momento en el que ya no pudieron postergarlo por más tiempo. Ninguno de ellos se sentía realmente cómodo con la idea de mantener una charla

con los dioses troll, pero había llegado la hora de poner a prueba la idea de Ulath.

Alrededor de una hora antes del amanecer del día que ninguno de ellos había estado deseando que llegase, Falquián y Vanion acudieron al dormitorio de Sephrenia para hablar con la mujer estiria, con Xanetia y Danae. Las conversaciones se toparon con un obstáculo casi inmediatamente.

—Yo tengo que ir con vosotros, Falquián —insistió Danae.

—Eso está fuera de discusión —le respondió su padre—. Ulath y Stragen estarán presentes. No podemos permitir que descubran quién eres en realidad.

—Te aseguro que no van a averiguar nada, padre —le dijo ella con un tono de paciencia exagerada—. No será Danae quien os acompañará.

—Ah. En ese caso, las cosas cambian.

—¿Cómo vamos a abordar este asunto exactamente, Falquián? —inquirió Vanion—. ¿No tendrás que dejar en libertad a los dioses troll para poder hablar con ellos?

Falquián negó con la cabeza.

—El Bhelliom dice que no hay necesidad. Los propios dioses troll estarán todavía encerrados en el Bhelliom. Sus espíritus han estado siempre en libertad de vagar por el mundo, excepto cuando el Bhelliom está encerrado en oro... o acero. En esas condiciones tienen una cierta cantidad limitada de poderes, calculo, pero su verdadero poder está encerrado en el interior del Bhelliom.

—¿No sería más prudente conseguir que accedieran a utilizar esos poderes limitados en lugar de libertarlos del todo? —preguntó Vanion.

—Eso no serviría de nada, querido mío —le respondió Sephrenia—. Los dioses troll podrían encontrarse con Cyrgon, y si eso sucediera necesitarían disponer de sus plenos poderes.

—Además —agregó Xanetia—, creo firmemente que ellos percibirán la nuestra necesidad y negociarán con rigor.

—¿Vas a encargarte tú de las conversaciones, Falquián? —fue la siguiente pregunta de Vanion.

Falquián negó con la cabeza.

—Ulath conoce a los trolls, y a los dioses troll, mejor que yo, y su dominio del idioma troll es superior al mío. Yo sacaré al Bhelliom y llamaré a los dioses troll, y luego dejaré que él se encargue de las negociaciones. —Miró por la ventana—. Ya es casi el amanecer —comentó—. Será mejor que nos pongamos en marcha. Ulath y Stragen se reunirán con nosotros en el patio del castillo.

—Volveos de espaldas —les pidió Danae.

—¿Qué? —le preguntó su padre.

—Vuélvete de espaldas, Falquián. No tienes que ver esto.

—Es una de sus peculiaridades —explicó Sephrenia—. No quiere que nadie sepa qué aspecto tiene en realidad.

—Yo ya sé qué aspecto tiene Flauta.

—Existe una transición en el proceso, Falquián. Ella no va directamente de Danae a Flauta. Pasa por su verdadera persona cuando va de una a otra niña.

Falquián suspiró.

—¿Cuántas son?

—Millares, imagino.

—Eso resulta deprimente. Tengo una hija a la que en realidad no conozco.

—No seas necio —lo regañó Danae—. Por supuesto que me conoces.

—Pero sólo a una... eso es una parte de un millonésimo de quien eres en realidad... es tan infinitamente poco... —Volvió a suspirar y se volvió de espaldas.

—No es una parte infinitamente pequeña, padre.

La voz de Danae cambiaba mientras iba hablando, se hacía más sonora y vibrante. Ya no era la voz de una niña, sino la de una mujer.

Había un espejo al otro lado de la habitación, una plancha lisa de bronce pulido. Falquián le echó una mirada y vio el vacilante reflejo de una silueta que estaba detrás de él. Apartó apresuradamente los ojos.

—Puedes continuar mirando, Falquián. No es un espejo muy bueno, así que no será demasiado lo que distingas.

Él levantó los ojos y miró fijamente el pulido bronce. El reflejo estaba distorsionado. Casi lo único que podía distinguir era tamaño y forma generales. Aphrael era un poco más alta que Sephrenia, tenía el cabello muy largo y oscuro y la piel pálida. Su rostro era apenas más que un borrón en el imperfecto reflejo, pero por alguna misteriosa razón podía verle los ojos con bastante claridad. Había una especie de sabiduría intemporal en aquellos ojos, así como una especie de júbilo y cariño eternos.

—Yo no haría esto por cualquiera, Falquián —le aseguró la voz de la mujer —, pero tú eres el mejor padre que jamás he tenido, y por ti estoy forzando un poco las reglas.

—¿No llevas puesta ninguna clase de ropa? —le preguntó él.

—¿Y para qué iba a llevarla? Yo no me resfrío, ¿sabes?

—Me refería al pudor, Aphrael. Después de todo, yo soy tu padre, y se supone que ese tipo de cosas me conciernen.

Ella se echó a reír y tendió una mano para acariciarle el rostro. No fue la mano de una niña la que le rozó la mejilla. Él captó un leve aroma a hierba pisoteada, pero el resto de la fragancia familiar que flotaba en torno tanto de Danae como de Flauta había cambiado sutilmente. Definitivamente, la persona que se hallaba de pie detrás de él no era una niña.

—¿Es ésta la forma en que te apareces ante el resto de tu familia? —le preguntó él.

—No con demasiada frecuencia. Prefiero hacer que piensen en mí como en una niña. Con esa forma puedo salirme con la mía con muchísima más facilidad... y me dan muchísimos más besos.

—El salirte con la tuya es algo muy importante para ti, ¿verdad, Aphrael?

—Por supuesto. Es importante para todos nosotros, ¿no crees? Yo simplemente soy mejor que la mayoría a la hora de conseguirlo. —Aphrael profirió una risa profunda y sonora—. Probablemente soy la más hábil que existe para conseguir salirme con la mía.

—Eso ya lo he advertido —replicó él con tono seco.

—Bueno —comentó entonces ella—, me encantaría hablar más extensamente contigo a este respecto, pero supongo que no debo hacer esperar a Ulath y Stragen. —El reflejo osciló y comenzó a encogerse, retrocediendo hasta la infancia—. Bien, pues —declaró la conocida voz de Flauta—, vayamos a solucionar las cosas con los dioses troll.

Era una mañana borrascosa, y se veían a lo lejos unas nubes de color gris sucio, sobre el mar de Tamul. Pocos eran los ciudadanos que se encontraban fuera de Matherion, la de las cúpulas de fuego, cuando Falquián y sus amigos salieron a caballo del complejo real y avanzaron por la larga y ancha calle en dirección a la puerta norte de las murallas.

Dejaron atrás la ciudad y subieron por la colina hasta el punto desde el cual habían avistado por vez primera la relumbrante ciudad.

—¿Cómo tienes planeado abordarlos? —le preguntó Stragen a Ulath cuando coronaban la colina.

—Con cautela —gruñó el interpelado—. Preferiría no acabar devorado. He hablado antes con ellos, así que probablemente me recuerdan; y el hecho de que

Falquián tenga el Bhelliom en el puño puede que los ayude a reprimir la urgencia de comerme en cuanto me vean.

—¿Hay algún sitio en particular que prefieras? —le preguntó Vanion.

—Un terreno abierto..., pero no demasiado abierto. Quiero que haya árboles por las proximidades... para poder trepar a uno en caso de que se pongan desagradables. —Ulath miró a sus compañeros de uno en uno—. Una palabra de advertencia —agregó—. Que ninguno de vosotros se sitúe entre el árbol más cercano y yo, una vez que haya comenzado.

—¿Allí te parece bien? —sugirió Falquián, señalando hacia un prado que tenía al fondo un pinar.

Ulath entrecerró los ojos para enfocar la vista.

—No es perfecto, pero ningún lugar lo será del todo. Acabemos de una vez con esto. Por alguna misteriosa razón, tengo los nervios tensos como cuerdas de laúd, esta mañana.

Cabalaron hasta el prado y desmontaron.

—¿Hay algo que cualquiera de vosotros quiera decirme antes de que comencemos? —les preguntó Falquián a los demás.

—Estáis completamente solos, Falquián —le respondió Flauta—. Todo depende de ti y Ulath. Nosotros estamos aquí para observar.

—Gracias —le dijo él con sequedad.

Ella le hizo una reverencia.

—De nada.

Falquián sacó la caja del interior de sus ropas y la rozó con el cintillo de la sortija.

—Ábrete —le pidió.

La tapa se abrió de golpe.

—Rosa Azul —comenzó Falquián, hablando en eléno.

—Yo os escucho, Anakha. —La voz salió una vez más de los labios de Vanion.

—Puedo percibir la presencia de los dioses troll en el interior de vos. ¿Pueden comprenderme cuando os fablo en aquesta lengua?

—No, Anakha.

—Bien. Cyrgon ha atraído, por el engaño y el subterfugio, a los trolls a Daresia, y los arroja contra los nuestros aliados, los atanes. Vamos a intentar persuadir a los dioses troll de que reafirmen la su autoridad sobre las criaturas suyas. ¿Pensáis vos que escucharán la nuestra solicitud con voluntad buena?

—Cualquiera dios escucha con gran atención las palabras que hablan de los adoradores suyos, Anakha.

—Ya me imaginaba yo que ése sería el caso. ¿Convenís con la mía apreciación de que el conocimiento de que Cyrgon les ha robado a los trolls suyos los encolerizará?

—Aquesto los trastornará más allá de medida toda, Anakha.

—¿Cuál pensáis vos que es la manera mejor de proceder con ellos?

—Explicadles con palabras simples lo que ha llegado a suceder. No habléis demasiado rápido ni con oscuros significados, porque son lentos de comprensión.

—Eso he percibido en pasados tratos con ellos.

—¿Hablaréis vos mismo con ellos? No lo pregunto con ánimo de censuraras, pero el vuestro dominio del idioma troll es pobre y tosco.

—¿Has sido tú quien ha dicho eso, Vanion? —acusó Falquián a su amigo.

Vanion parpadeó, y la expresión de su rostro cambió sutilmente al abandonar el Bhelliom su dominio.

—Yo, no —protestó Vanion, para defender su inocencia—. Sería incapaz de reconocer el troll bien hablado del mal hablado.

—Perdonad la mía ineptitud, Rosa Azul. La instructora mía tenía gran premura cuando instruyó la mía lengua en el idioma de los hombres bestia.

—¡Falquián! —objetó Sephrenia.

—Pero bueno, ¿no es cierto que tenías prisa? —Luego volvió a hablarle a la piedra—. Mi camarada, caballero Ulath, está mucho más familiarizado que yo con los trolls y la fabla suya. Él es quien avisará a los dioses troll que Cyrgon robándoles a las suyas criaturas.

—Traeré yo a los espíritus suyos para que el vuestro camarada dirigirles pueda la palabra.

La piedra palpitó en la mano del caballero, y aquellas gigantescas presencias que Falquián había percibido en el templo de Azash se hicieron presentes, aunque esta vez se hallaban delante de él, donde podía verlos. Deseó fervientemente que no fuese así. Puesto que la realidad de los dioses troll estaba aún encerrada dentro del Bhelliom, sus presencias aparecían bañadas de un fulgor azul. Se encumbraban enormes ante él, con sus brutales rostros encolerizados y su furia contenida sólo por el poder del Bhelliom.

—Muy bien, Ulath —dijo Falquián—. Ésta es una situación peligrosa. Trata de ser muy, muy convincente.

El corpulento caballero genidiano tragó con dificultad y dio un paso al frente.

—Soy Ulath de Thalesia —les dijo en idioma troll—. Hablo en nombre de Anakha, el hijo del Bhelliom. Os traigo noticias de vuestros hijos. ¿Vais a escucharme?

—Habla, Ulath de Thalesia.

Falquián juzgó, por el crepitante rugido de la descomunal voz, que era Khwaj, el dios troll del fuego, quien había hablado.

El rostro de Ulath asumió una suave expresión de reproche.

—Estamos perplejos por lo que habéis hecho —declaró—. ¿Por qué le habéis entregado vuestros hijos a Cyrgon?

—¡¿Qué?! —rugió Khwaj.

—Nuestro pensamiento era que así lo habíais deseado —continuó Ulath, fingiendo sorpresa—. ¿No les ordenasteis vosotros a vuestros hijos que abandonaran la tierra natal y caminaran durante muchos sueños a través de los hielos que nunca funden hasta esta tierra extraña?

Khwaj aulló mientras golpeaba el suelo con sus puños simiescos, levantando nubes de polvo y humo.

—¿Cuándo llegó a suceder eso? —le preguntó con tono imperioso otra voz llena de una especie de baba espesa.

—Hace dos cambios completos de estación, Ghnomb —fue la respuesta de Ulath a la pregunta del dios de la comida—. Era nuestro pensamiento que vosotros lo sabíais. La Rosa Azul os ha convocado para que pudiéramos preguntaros por qué lo habíais hecho. Nuestros dioses desean saber por qué habéis roto el pacto.

—¿Pacto? —inquirió Stragen cuando Sephrenia acabó de traducir.

—Es un acuerdo que hicimos con ellos —le explicó Flauta—. Nosotros no queríamos realmente exterminar a los trolls, así que les dijimos a los dioses troll que dejaríamos en paz a sus hijos si se quedaban en las montañas de Thalesia.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace unos veinticinco mil años..., más o menos.

Stragen tragó con dificultad.

—¿Por qué están vuestros hijos obedeciendo las órdenes de Cyrgon si vosotros no se lo habéis mandado? —les preguntó Ulath.

Una de las gigantescas siluetas estiró un brazo anormalmente largo, y una mano gigantesca se zambulló en el interior de una especie de vacío, donde se

desvaneció casi como desaparece un palo cuando es arrojado al interior de un bosque. Cuando la mano volvió a emerger, tenía aferrado a un troll que luchaba para zafarse. El descomunal dios habló, con áspero tono de exigencia. El idioma era claramente troll, gruñente y rugiente.

—Esto sí que es interesante —murmuró Ulath—. Parece que incluso la lengua troll ha cambiado a lo largo de los años.

—¿Qué están diciendo? —inquirió Falquián.

—No puedo entenderlo del todo —le respondió Ulath—. Es una forma tan arcaica que no comprendo la mayor parte de las palabras. En cualquier caso, Zoka está exigiendo una explicación.

—¿Zoka?

—Es el dios del apareamiento. —Ulath escuchó atentamente.

—El troll está confundido —les informó—. Dice que ellos creían estar obedeciendo a sus propios dioses. El disfraz de Cyrgon tiene que haber sido casi perfecto. Los trolls están muy próximos a sus dioses y probablemente reconocerían cualquier intento corriente de engañarlos.

Zoka rugió y arrojó al chillante troll de vuelta al vacío.

—¡Anakha! —bramó otro de los gigantescos dioses.

—¿Cuál es ése? —preguntó Falquián con un susurro.

—Ghworg —le respondió Ulath en voz baja—. El dios de la matanza. Ten un poco de cuidado con él. Tiene poca paciencia.

—Sí, Ghworg —le respondió al descomunal bruto.

—Libéranos de la mano de tu padre. Déjanos marchar. Tenemos que reclamar a nuestros hijos.

De los colmillos del dios de la matanza goteaba sangre. Falquián no quería ni imaginarse a quién podría pertenecer esa sangre.

—Déjame a mí —le susurró Ulath, y luego alzó la voz—. Eso está fuera del poder de Anakha, Ghworg —le respondió—. El hechizo que os encerró fue obra de Ghwerig. Se trata de un hechizo troll, y Anakha no está versado en ellos.

—Nosotros le enseñaremos el hechizo.

—¡No! —intervino de pronto Flauta, dejando de lado la impostura de mera observadora—. Éstos son mis hijos. No permitiré que los contaminéis con hechizos troll.

—¡Te lo suplicamos, diosa niña! ¡Déjanos en libertad! ¡Nuestros hijos se han apartado de nosotros!

—Mi familia nunca estaría de acuerdo. Vuestros hijos miran a los nuestros

como comida. Si Anakha os dejara en libertad, vuestros hijos devorarían a los nuestros. Eso no puede ser.

—¡Ghnomb! —rugió Khwaj—. ¡Dale la seguridad de que no será así!

El enorme rostro del dios de la comida se contorsionó con una mueca agónica.

—¡No puedo! —Era casi un lamento—. ¡Eso me debilitaría! Nuestros hijos tienen que comer. ¡Todo lo que vive tiene que ser comida!

—¡Nuestros hijos estarán perdidos a menos que consientas! —La hierba que rodeaba los pies del dios del fuego comenzó a humear.

—Creo que he encontrado un punto de apoyo —dijo Ulath en elenio, y luego habló en idioma troll—. Hay justicia en las palabras de Ghnomb —declaró ante los dioses—. ¿Por qué tendría que debilitarse él solo? Cada uno de vosotros tiene que aceptar también debilitarse. Ghnomb no aceptaría menos que eso.

—¡Ése tiene razón! —aulló Ghnomb—. ¡Yo no aceptaré debilitarme a menos que nos debilemos todos!

Los otros cuatro dioses se retorcieron, y sus rostros reflejaron la misma agonía que se había apoderado del de Ghnomb.

—¿Con qué te darías por satisfecho? —Era la voz de un dios que todavía no había hablado. Había ventisca en aquella voz.

—Es el dios del hielo. —Ulath identificó la voz—. Schlee.

—¡Debilitaos! —exigió testarudamente Ghnomb—. ¡Yo no lo haré si no lo hacéis vosotros!

—Trolls —suspiró Aphrael, poniendo los ojos en blanco—. ¿Aceptaríais que yo hiciera de mediadora en esto? —les preguntó a las monstruosas deidades.

—Escucharemos tus palabras, Aphrael —replicó Ghworg con voz dubitativa.

—Nuestros propósitos son los mismos —comenzó la diosa niña. Falquián gimió.

—¿Qué sucede? —se apresuró a preguntar Ulath.

—Va a pronunciar un discurso..., precisamente ahora.

—¡Cállate, Falquián! —le espetó la diosa niña—. Sé muy bien lo que estoy haciendo. —Luego se volvió para encararse nuevamente con los dioses troll—. Cyrgon ha engañado a vuestros hijos —comenzó nuevamente—. Los trajo a través de los hielos que nunca funden para que les hicieran la guerra a mis hijos. ¡Cyrgon debe ser castigado!

Los dioses troll rugieron su acuerdo.

—¿Os uniréis conmigo y mi familia para causarle daño a Cyrgon por lo que

ha hecho?

—Nosotros le causaremos daño por nuestra propia cuenta, Aphrael —gruñó Ghworg.

—¿Y cuántos de vuestros hijos morirán si lo hacéis así? Mis hijos pueden perseguir a los de Cyrgon hasta las tierras del sol, donde vuestros hijos morirían. ¿No deberíamos unirnos, entonces, para que Cyrgon sufra más?

—Hay sabiduría en sus palabras —les dijo Schlee a sus compañeros. El aliento del dios del hielo se condensaba en el aire, aunque este último no estaba realmente frío, y unos brillantes copos de nieve aparecieron de la nada para posarse sobre sus hombros.

—Ghnomb debe prometer que vuestros hijos no volverán a comerse a los míos —insistió Aphrael—. Si no lo hace, Anakha no os libraré del poder de su padre.

Ghnomb gimió.

—Ghnomb tiene que hacer eso —volvió a insistir la diosa niña—. Si no lo hace, no le permitiré a Anakha que os ponga en libertad, y Cyrgon se quedará con vuestros hijos. Ghnomb no accederá a ello si cada uno de vosotros no acepta debilitarse de una forma equiparable. ¡Ghworg! ¡Tú no deberás impulsar nunca más a tus hijos a que maten a los míos!

Ghworg alzó sus dos brazos gigantescos y bramó.

—¡Khwaj! —continuó ella inexorablemente—. Tú deberás evitar los incendios que asolan los bosques de Thalesia cada año, cuando el sol regresa a las tierras del sur.

Khwaj reprimió un sollozo.

—¡Schlee! —ladró Aphrael—. Tú deberás contener los ríos de hielo que bajan por las laderas de las montañas. Dejarás que se derritan cuando lleguen a los valles.

—¡No! —gimió Schlee.

—En ese caso, habéis perdido a vuestros hijos. Refrena el hielo o llorarás solo en las desiertas tierras del norte. ¡Zoka! No más de dos vástagos podrán nacer de cada troll hembra.

—¡Nunca! —aulló Zoka—. ¡Mis hijos deben reproducirse!

—Tus hijos son ahora los de Cyrgon. ¿Ayudarás a Cyrgon a que aumente sus fuerzas? —La diosa niña hizo una pausa y entrecerró los ojos—. Un último compromiso quiero de vosotros, o no permitiré que Anakha os deje en libertad.

—¿Qué nos exiges, Aphrael? —preguntó Schlee con su voz cargada de

hielo.

—Vuestros hijos son inmortales. Los míos no lo son. Vuestros hijos también deben morir..., cada uno cuando le llegue la hora indicada.

Los dioses troll estallaron en indignadas protestas.

—Devuélvelos a su prisión, Anakha —ordenó Aphrael—. No concederán. La negociación ha terminado. —Todo eso lo dije en lengua troll, por lo que obviamente estaba destinado a los oídos de los indignados dioses.

—¡Aguarda! —gritó Khwaj—. ¡Aguarda!

—¿Y bien? —preguntó ella.

—Déjanos hacer un aparte con el fin de que podamos discutir esta monstruosa exigencia tuya.

—No tardéis —les advirtió ella—. Tengo poca paciencia.

Los cinco gigantescos seres se alejaron lentamente por el prado.

—¿No los estabas presionando demasiado? —sugirió Falquián—. Esa última petición tuya muy bien podría anular cualquier posibilidad de alcanzar un acuerdo.

—No lo creo así —replicó Aphrael—. Los dioses troll son incapaces de pensar con tanta antelación en el porvenir. Viven en el presente, y en el presente lo más importante para ellos es recobrar a sus hijos de las manos de Cyrgon. —Aphrael suspiró—. La última exigencia es la más importante, en realidad. Los seres humanos y los trolls no pueden vivir en el mismo mundo. Unos u otros tendrán que marcharse. Yo preferiría que lo hiciesen los trolls, ¿tú no?

—Eres muy cruel, Aphrael. Estás obligando a los dioses troll a que ayuden al exterminio de sus propios adoradores.

—Los trolls están condenados de todas formas —replicó la diosa niña, suspirando—. Hay demasiados seres humanos en el mundo. Si los trolls se convierten de pronto en mortales, simplemente se marcharán de manera pacífica. Si los seres humanos tuvierais que matarlos a todos, la mitad de vosotros moriría con ellos. Soy exactamente igual de moral que el resto de los dioses. Quiero a mis hijos, y no deseo que la mitad de ellos mueran y sean devorados en las montañas de Thalesia durante alguna guerra a muerte con los trolls.

—Falquián —intervino Stragen—. ¿No hizo Khwaj algo que posibilitó que tú vigilaras a Martel y oyeras lo que decía cuando avanzábamos por Pelosia camino de Zemoch?

Falquián asintió con la cabeza.

—¿No podría hacer lo mismo Aphrael?

—Estoy aquí mismo, Stragen —le respondió Flauta—. ¿Por qué no me lo preguntas directamente?

—Todavía no hemos sido presentados de la forma apropiada, divina Aphrael —le contestó él con una fluida reverencia—. ¿Puedes hacerlo? Me refiero a ponerte en contacto con alguien que esté al otro lado del mundo, y hablar con él.

—No me gusta mucho hacerlo de esa forma —le aseguró ella—. Me gusta estar cerca de las personas cuando hablo con ellas.

—Mi diosa le da gran importancia al contacto físico, Stragen —le explicó Sephrenia.

—Ah, ya veo. Muy bien, cuando los dioses troll regresen, y si acceden a nuestras ridículas exigencias, me gustaría que Falquián o Ulath le pidieran a Khwaj que me hiciera un favor. Necesito hablar con Platime, que en este momento se encuentra en Cimmura.

—Ya regresan —les advirtió Xanetia.

Se volvieron para encararse con los monstruosos seres que regresaban por los pastos amarrados por el otoño.

—No nos has dejado ninguna alternativa, Aphrael —declaró Khwaj con voz quebrada—. Nos vemos obligados a aceptar tus brutales exigencias. Tenemos que rescatar a nuestros hijos de las manos de Cyrgon.

—¿No volveréis a matar ni a comeros a mis hijos? —insistió ella para dejar las cosas claras.

—No volveremos a hacerlo.

—¿No volveréis a quemar los bosques de Thalesia?

Khwaj gimió y asintió con la cabeza.

—¿No volveréis a llenar los valles con glaciares?

Schlee sollozó su consentimiento.

—¿No volveréis a hacer criar a vuestros trolls como a conejos?

Zoka se lamentó.

—¿Vuestros hijos envejecerán y morirán como todas las demás criaturas?

Khwaj hundió el rostro entre las manos.

—Sí —sollozó.

—En ese caso, nos uniremos a vosotros para hacerle la guerra a Cyrgon. Por el momento, regresaréis al corazón del Bhelliom. Anakha os llevará hasta el lugar en el que vuestros hijos languidecen, esclavizados por Cyrgon. Allí os dejará en libertad, y allí le arrebatáis vuestros hijos a Cyrgon. Y allí nos uniremos y le causaremos daño a Cyrgon. Haremos que su dolor sea como el

dolor de Azash.

—¡Sí! —aullaron los dioses troll al unísono.

—¡Hecho! —declaró Aphrael con voz sonora—. Una merced más, Khwaj..., como prueba de nuestra recién formada alianza. Este hijo mío quiere hablar con uno conocido como Platime, que se encuentra en Cimmura, en la lejana Elenia. Haz de forma que pueda hacerlo.

—Lo haré, Aphrael.

Khwaj tendió su gigantesca mano, y una cortina de fuego que no oscilaba comenzó a caer de sus dedos.

Detrás del fuego había un dormitorio con un enorme bulto roncando encima de una cama gigantesca.

—Despierta, Platime —dijo Stragen con brusquedad.

—¡Fuego! —chilló Platime, mientras conseguía sentarse trabajosamente.

—¡Oh, no hagas tanto ruido! —le espetó Stragen—. No hay ningún incendio. Esto es magia.

—¿Stragen? ¿Eres tú? ¿Dónde estás?

—Detrás del fuego. Probablemente, tú no puedes verme.

—¿Es que ahora te dedicas a aprender magia?

—Sólo como aficionado —mintió modestamente Stragen—. Ahora, escúchame con atención; no sé cuánto tiempo durará el hechizo. Ponte en contacto con Arnag, de Khacíach. Pídele que mate al conde Gerrich. No tengo tiempo de darte más explicaciones. Es importante, Platime. Forma parte de algo que estamos haciendo en Tamuli.

—¿Gerrich? —preguntó Platime con tono dubitativo—. Eso va a costar caro, Stragen.

—Pídele el dinero a Lenda. Dile que Ehlana lo ha autorizado.

—¿Es verdad eso?

—Bueno... lo haría si lo supiese. Obtendré su aprobación la próxima vez que hable con ella. En este momento, la parte más importante es lo que tú debes hacer. Gerrich tiene que morir dentro de exactamente quince días a partir de hoy..., no dentro de catorce, ni de dieciséis. El momento es muy importante.

—De acuerdo, me encargaré de ello. Dile a Ehlana que Gerrich morirá dentro de quince días exactamente. ¿Hay algo más que quieras decirme? Ese fuego mágico tuyo está poniéndome nervioso.

—Mira a ver si puedes identificar a otros con quienes Gerrich haya mantenido tratos, y hazlos matar también..., con toda certeza a esos barones

pelosianos que se han aliado con él, y a cualquier otro, de los demás reinos, que esté metido en esto. Ya sabes a qué tipo me refiero, los que son como el conde de Belton.

—¿Quieres que se les mate a todos al mismo tiempo?

—Con toda la proximidad posible. Pero Gerrich es el verdaderamente importante. —Stragen frunció los labios—. Y ya que estás en ello, probablemente sea mejor que mates también a Avin Wargunsson, aunque sólo sea para asegurarte.

—Es como si ya estuviera muerto, Stragen.

—Eres un buen amigo, Platime.

—Amigo, una porra. Pagarás los honorarios debidos, Stragen.

Stragen suspiró.

—De acuerdo —respondió compungido.

—¿Cuán profundamente ligado estás a tu dios elenio, Stragen? —le preguntó Aphrael mientras cabalgaban de regreso a Matherion.

—Yo soy agnóstico, divina Aphrael.

—¿Te importaría analizar la consistencia lógica de esa última frase, Stragen? —le preguntó Vanion al ladrón con expresión divertida.

—La consistencia es la marca de las mentes pequeñas, mi señor —respondió altivamente Stragen—. ¿Por qué me lo preguntas, Aphrael?

—Entonces, tú Stragen, no le perteneces realmente a ningún dios, ¿verdad?

—No, realmente, no.

Falquián comenzó a decir algo, pero Aphrael levantó una de sus manecitas para ordenarle silencio.

—Puede que te interesara considerar las ventajas de servirme a mí —sugirió la diosa niña—. Yo puedo hacer toda clase de cosas maravillosas por ti.

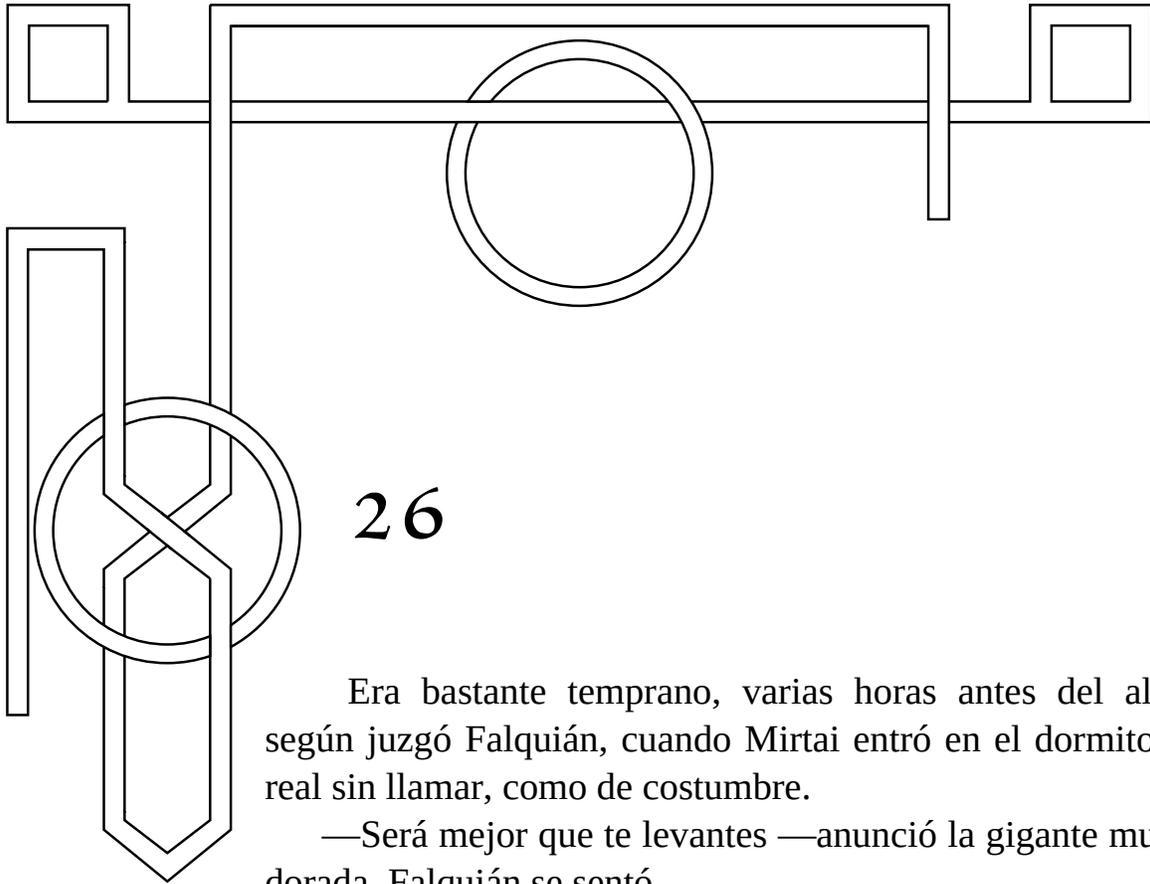
—¿Se supone que no deberías hacer esto, Aphrael! —protestó Sephrenia.

—Calla, Sephrenia. Esto es un asunto entre Stragen y yo. Creo que quizá sea hora de que amplíe mis horizontes. Los estirios son muy, muy agradables, pero a veces los elenios son más divertidos. Además tanto Stragen como yo somos ladrones. Tenemos muchísimo en común. —La diosa niña le dedicó una ancha sonrisa al ladrón rubio—. Piénsalo, mi señor. No soy nada difícil de servir. Unos cuantos besos y un ramo de flores de vez en cuando, y soy perfectamente feliz.

—Está mintiéndote —le advirtió Falquián a Stragen—. El alistarse en el

servicio de Aphrael es meterse de cabeza en la esclavitud más profunda que puedas imaginarte.

—Bueno —comentó la diosa niña con tono de desaprobación—, cuando lo miras detenidamente, supongo que es verdad..., pero siempre y cuando nos divierta a todos, ¿qué importancia tiene?



## 26

Era bastante temprano, varias horas antes del alba, según juzgó Falquián, cuando Mirtai entró en el dormitorio real sin llamar, como de costumbre.

—Será mejor que te levantes —anunció la gigante mujer dorada. Falquián se sentó.

—¿Qué problema hay? —le preguntó.

—Una flota de barcos viene hacia la ciudad —replicó ella—. O es eso, o los delfae han aprendido a caminar sobre las aguas. En el horizonte oriental hay las luces suficientes como para iluminar una ciudad pequeña. Vístete, Falquián. Yo iré a despertar a los demás. —Se volvió abruptamente y salió del dormitorio.

—Me gustaría que aprendieses a llamar a la puerta —masculló Falquián, apartando las ropas de cama.

—Eres tú quien supuestamente debería asegurarse de que las puertas tienen echado el cerrojo —le recordó Ehlana—. ¿Crees que puede tratarse de problemas?

—No lo sé. ¿Ha dicho Sarabian algo referente a que esperase una flota?

—A mí no me lo ha mencionado —replicó ella, levantándose del lecho.

—Será mejor que eche un vistazo. —Falquián cogió su capa—. No hay ninguna necesidad de que salgas al exterior, querida —le aseguró a su esposa—. Hace mucho frío en lo alto de los parapetos.

—No. Quiero verlo con mis propios ojos.

Los dos salieron de la alcoba. La princesa Danae salió de su habitación, frotándose los ojos con una mano y arrastrando a *Rollo* detrás de sí con la otra. Sin decir una sola palabra se acercó a Falquián y él la tomó en brazos sin pensarlo siquiera.

Los tres salieron al pasillo y subieron las escaleras hasta lo alto de la torre.

Kalten y Sarabian se encontraban de pie en el lado este de la torre, mirando por encima de las almenas hacia la sarta de luces que iluminaba el horizonte oriental.

—¿Alguna idea de quiénes pueden ser? —preguntó Falquián en el momento en que él y su familia se reunieron con los dos hombres.

—Ni la más remota —replicó Kalten.

—¿Podría tratarse de una flota de Tamul? —preguntó Ehlana al emperador.

—Supongo que podría serlo —le contestó él—, pero si lo es, no están respondiendo a ninguna orden que yo les haya enviado.

Falquián se retiró algunos pasos.

—¿A quién pertenecen esos barcos? —le susurró a su hija.

—No te lo vo'a 'esí' —replicó ella con una sonrisa afectada.

—Basta ya. Quiero saber quién viene.

—Ya lo descubrirás... —Miró hacia el horizonte con los ojos entrecerrados —, dentro de un par de horas, calculo.

—Quiero saber quiénes son —insistió él.

—Sí, ya me he dado cuenta, pero querer no es lo mismo que obtener, padre, y yo no va'a 'esírtelo.

—Oh, Dios —gimió él.

—¿Sí? —le preguntó ella con tono inocente—. ¿Querías decirme algo?

El día amaneció gris. No había ni un soplo de brisa, y el humo de las chimeneas de Matherion, la de las cúpulas de fuego, flotaba inmóvil en el aire, enturbiando la luz que provenía del mar. Falquián y los otros caballeros levantaron a la guarnición atana, se pusieron las armaduras y cabalgaron hasta el puerto.

Los barcos que se acercaban eran claramente de construcción cammoriana, pero se les habían agregado hileras de remos a ambos lados.

—Alguien tenía prisa por llegar hasta aquí —señaló Ulath—. Un barco cammoriano con buen viento en popa puede hacer treinta leguas por día. Si a eso le agregas remos, puedes aumentar la velocidad a cincuenta leguas diarias.

—¿Cuántos barcos son? —preguntó Kalten, mirando hacia el horizonte con los ojos entrecerrados.

—Calculo que cerca de un centenar —replicó el corpulento thalesiano.

—Puede transportarse a una cantidad muy grande de hombres en un centenar de barcos —comentó Sarabian.

—Los suficientes como para ponerme nervioso, majestad —asintió Vanion.

Luego, cuando los barcos comenzaron a entrar en el puerto, fueron izados a los mástiles los estandartes rojo y oro de la Iglesia y, al acercarse más la nave capitana, Falquián pudo distinguir a dos figuras familiares que se hallaban de pie en la proa. Uno de los hombres tenía anchos hombros y un sólido pecho. Su cara redonda estaba dividida por una sonrisa de deleite. El otro era de estatura baja y muy gordo. También este último sonreía.

—¿Qué os ha retenido? —gritó Ulath, desde el otro lado del agua que los separaba.

—Las distinciones de clases —replicó Tynian, también a gritos—. Los caballeros de la Iglesia creen en la igualdad de las dos definiciones de la palabra «caballero», y ponen objeciones a que los obliguen a servir como remeros.

—¿Tienes caballeros a cargo de los remos? —le preguntó Vanion con incredulidad.

—Forma parte del nuevo programa de mejora de la condición física —le gritó el patriarca Emban—. El archiprelado Dolmant advirtió que los soldados de Dios se estaban volviendo blandos. Ahora están mucho más en forma que cuando partieron de Sarinium.

El barco se acercó cautelosamente al muelle, y los marineros les arrojaron las guindalezas a los caballeros que estaban en tierra.

Tynian saltó por encima de la borda. Emban le echó una mirada de asco y anadeó hasta la parte central del barco para aguardar a que los marineros bajaran la escalerilla.

—¿Qué tal está tu hombro? —le preguntó Ulath al joven deriano.

—Mucho mejor —respondió Tynian—. Aunque me duele cuando el tiempo está húmedo. —Le dedicó a Vanion un saludo militar—. Komier, Darellon y Abriel conducen a los caballeros hacia el este, desde Chyrellos, mi señor —le informó—. Los acompaña el patriarca Bergsten. El patriarca Emban y yo nos hemos adelantado por mar..., obviamente. Pensamos que unos cuantos caballeros más podrían ser útiles en Matherion.

—Ya lo creo que lo serán, caballero Tynian. ¿Cuántos has traído?

—Cinco mil, mi señor.

—Eso es imposible, Tynian. No hay forma posible de que hayas podido apiñar a tantos hombres con sus caballos en un centenar de barcos.

—Sí, mi señor —replicó suavemente Tynian—, eso lo advertimos casi de inmediato. Los caballeros se sintieron terriblemente decepcionados al descubrir que no íbamos a dejarles traer sus caballos.

—Tynian —objetó Kalten—, tienen que tener los caballos. Un caballero sin caballo no sirve para nada.

—Aquí ya hay caballos, Kalten. ¿Para qué traer más?

—Los caballos de Tamul no están entrenados.

—En ese caso, tendremos que entrenarlos nosotros, ¿no crees? Disponía sólo de cien barcos. Podría haber traído a mil quinientos caballeros con sus caballos, o a cinco mil sin las monturas. Llámale regalo a los tres mil quinientos de más.

—¿Cómo conseguiste hacerlos remar? —le preguntó Ulath.

Tynian se encogió de hombros.

—Utilizamos látigos. Tenemos al capitán Sorgi, que navega el mar interior, y los remos fueron idea suya.

—¡El buen viejo Sorgi! —exclamó Falquián, riendo.

—¿Lo conoces?

—En realidad, bastante bien.

—Tendrás oportunidad de renovar la amistad con él. Su barco está ahí afuera, con la flota. Habríamos navegado a bordo de ese barco, pero al patriarca Emban no le gustaba el aspecto que tenía. Está todo remendado y desvencijado.

—Es viejo. Creo que Sorgi tiene una apuesta secreta consigo mismo, sobre quién se caerá a pedazos primero... si él o su barco.

—Sin embargo, tiene una mente muy aguda, todavía. Cuando le preguntamos cómo imprimir más velocidad a los barcos, él nos sugirió el agregado de los remos. Muy raras veces se hace de esa forma a causa del coste de pagarles a los remeros... por no mencionar el hecho de que ocupan un espacio habitualmente reservado para la carga. Yo había decidido no llevar carga ninguna, y los caballeros de la Iglesia han hecho voto de pobreza, así que no tenía que pagarles. De hecho, el resultado fue bastante bueno.

Varias horas más tarde se reunieron en la sala de estar de Ehlana para escuchar el informe de Emban y Tynian referente a lo que estaba sucediendo en Eosia.

—A Ortzel casi le da un ataque de apoplejía cuando Dolmant retiró a todos los caballeros de Rendor —les contó Emban. Se retrepó en el asiento, con un pichel de plata en sus manos rechonchas—. Ortzel está realmente decidido a traer a los rendorianos de vuelta al seno de nuestra santa madre. Al principio, Dolmant se inclinaba a estar de acuerdo con él, pero una mañana se levantó con un punto de vista completamente distinto. Nadie ha sido capaz de darle una explicación a ese repentino cambio de opinión.

—Recibió un mensaje, Emban —le respondió Sephrenia, sonriendo—. El mensajero puede ser muy impresionante cuando quiere.

—¿Ah, sí?

—Vuestra gracia ha de saber que surgió una emergencia —le explicó Vanion—. Zalasta envió un mensaje a sus confederados de Eosia, y ellos comenzaron a asesinar a los adoradores de la diosa niña Aphrael. Eso puso en peligro también la vida de ella. Hablamos con otro de los dioses jóvenes..., Setras. Él concedió que los demás dioses jóvenes le prestaran a Aphrael algunos de sus propios hijos, y acudió a Chyrellos para pedirle a Dolmant que ofreciera refugio a los adoradores sobrevivientes de Aphrael. Iba a intentar persuadir a Dolmant de que enviara aquí a los caballeros de la Iglesia. Resulta obvio que fue un poco más convincente que vos y Tynian.

—¿Estás diciéndome que un dios estirio entró en la basílica? —exclamó Emban.

—Eso es lo que él dijo que haría —replicó Falquián, mientras se sentaba a su hija en el regazo.

—¡Ningún dios estirio ha entrado jamás en la basílica!

—Está equivocado —susurró la princesa Danae al oído de su padre—. Yo he estado allí una docena de veces.

—Ya lo sé —le respondió Falquián, también con un susurro—. Pero Setras hizo una visita formal. —Luego se le ocurrió algo—. Setras acudió a la basílica hace muy poco tiempo —murmuró al oído de la niña—. Incluso con los remeros para ayudarlos, la flota de Tynian no puede haber llegado a Matherion con tanta rapidez. ¿Has estado otra vez entrometiéndote en el paso del tiempo?

—¿Haría yo algo así? —le preguntó ella, abriendo desmesuradamente unos ojos inocentes.

—Sí, la verdad es que probablemente lo harías.

—Si ya conocías la respuesta, ¿por qué me has formulado esa pregunta? No malgastes el tiempo, Falquián. Estoy tremendamente atareada, ¿sabes?

—Las cosas parecen estar llegando a un punto crítico en Lamorkand —continuó Tynian con el informe—. Las fuerzas del conde Gerrich han tomado Vraden y Agnak, de Lamorkand septentrional. Y el rey Friedahl ha estado apelando a los demás monarcas en busca de ayuda.

—Pronto vamos a encargarnos de eso, sir Tynian —le comentó Stragen—. Me he puesto en contacto con Platime, y él está disponiendo un accidente fatal para Gerrich y varios barones que han estado ayudándolo.

Se abrió la puerta y entró Berit con Xanetia.

—¿Qué has descubierto, anarae? —preguntó Sephrenia, mirándola atentamente.

—La salida de esta mañana ha sido muy provechosa, pequeña madre —le respondió Berit—. El amigo de Zalasta, Ynak, se presentó en la embajada cynesgana, y la anarae ha podido sondearle la mente. Creo que ya tenemos la mayor parte de los detalles del plan que han trazado.

—¿Es ésta la dama que tiene ese raro don? —inquirió Emban.

—Parece que estoy olvidando los buenos modales —se disculpó Vanion—. Anarae Xanetia, éste es mi señor Tynian de Deira, y éste el patriarca Emban de la Iglesia de Chyrellos. Caballeros, esta es Xanetia, la anarae del pueblo de Delfaeus.

Tynian y Emban le hicieron una reverencia; los ojos de ambos expresaban curiosidad.

—¿En qué han andado nuestros amigos de la embajada, anarae? —le preguntó Sarabian.

—A pesar de que no ha sido muy agradable sondear una tan vil mente, los pensamientos de Ynak han revelado mucho, majestad —replicó ella—. Como ya habíamos deducido, hace mucho tiempo que los estirios proscritos de Verel saben que la más grande amenaza para los designios suyos llegaría desde Eosia. Ellos deseaban que Anakha acudiera a Tamuli, pero no deseaban que trajera consigo a un ciento de miles de caballeros de la Iglesia. El levantamiento de Tamuli occidental está destinado a cortarles el paso a los caballeros; todo lo demás es ajeno. Más aún, los ataques de los trolls contra Atan están destinados a distraer la atención. Es desde el sur que los nuestros enemigos planean llevar a cabo el principal asalto suyo. Incluso en este momento, los soldados cynesganos se infiltran a través de las desprotegidas fronteras para unirse a las fuerzas de Scarpa, reunidas en las selvas de Arjuna; y los elenios de Tamuli occidental, además, viajan por barco hasta Arjuna meridional para agregar su peso a las

crecientes hordas de Scarpa. Las distracciones del oeste y de Atan debían agotar el poder imperial con el fin de abrirle el paso a Scarpa para que golpeará Tamuli y, atravesándolo, pusiera sitio a la misma Matherion. Ynak y los demás estaban muy desazonados por el descubrimiento de la traición de Zalasta, puesto que ha invalidado su posibilidad de causarnos daño mediante los falsos consejos y las malas directrices.

—¿Cuál es el objetivo real del sitio de Matherion, Xanetia? —preguntó astutamente Emban—. Es una ciudad bastante bonita, pero... —dejó la frase sin acabar, y tendió las manos con las palmas hacia arriba.

—Los nuestros enemigos han pensado en obligar al gobierno imperial a entregar a Anakha, poniendo una amenaza sobre la propia Matherion. Vuestra gracia debe saber que la subversión de diversos funcionarios les ha dado la esperanza de que el primer ministro pueda ser persuadido para que capitule con el fin de salvar Matherion.

—Eso podría haber dado resultado —observó Sarabian—. La firmeza de Pondia Subat no es realmente muy rígida. Zalasta y sus cuatro amigos planearon las cosas bastante bien.

—Ahora son tres los amigos, majestad —lo corrigió Berit con una sonrisa—. La anarae me ha comentado que el llamado Ptaga cayó hace algunos días.

—¿El resucitador de vampiros? —preguntó Kalten—. ¿Qué le sucedió?

—¿Puedo contárselo, anarae? —preguntó cortésmente Berit.

—Si así a vos os place, caballero.

—Parece que Ptaga estaba en el sur del propio Tamul, en esas montañas que se encuentran entre Sama y Samar. Estaba agitando los brazos y creando una ilusión de seres fulgentes para volver loco al populacho. Uno de los verdaderos delfae había salido a explorar el área, se encontró con él y disimuladamente se unió a la multitud de ilusiones. —Berit sonrió malévolamente.

—¿Y bien? —le preguntó Kalten con impaciencia—. ¿Qué ocurrió?

—Ptaga estaba inspeccionando sus ilusiones, y cuando llegó al verdadero ser fulgente, ni siquiera él pudo advertir la diferencia. El explorador delfae tendió una mano y lo tocó. Creo que Ptaga ha pergeñado la última de sus ilusiones. Estaba en proceso de disolución cuando el explorador abandonó la zona.

—Ynak de Lydros estaba de lo más desconcertado por la muerte de su compañero —agregó Xanetia—, porque sin las ilusiones de Ptaga, los nuestros enemigos tendrán que invocar fuerzas verdaderas para enfrentarse con nosotros.

—Y eso nos lleva a algo que deberíamos considerar —observó Oscagne—.

La llegada del caballero Tynian y el patriarca Emban con cinco mil caballeros, la eliminación de esas ilusiones que estaban aterrizando al pueblo, y nuestro conocimiento de ese ataque que tienen planeado emprender desde el sur, cambia la totalidad de la situación estratégica.

—Ya lo creo que sí —asintió Sarabian.

—En ese caso, creo que deberíamos tomar en consideración esas novedades dentro de nuestra planificación, majestad.

—Tienes razón, por supuesto, Oscagne. —Sarabian miró a Falquián con los ojos entrecerrados—. ¿Podríamos abusar de ti, viejo amigo, y pedirte que acudas a Atan y traigas aquí a la reina Betuana? —le preguntó al príncipe consorte—. Si vamos a hablar de cambios en los planes, ella debería estar presente. Betuana es más grande que yo, y te aseguro que no tengo intención de insultarla dejándola fuera de las conversaciones que mantengamos.

Betuana, la reina de los atanes, gobernaba más o menos por defecto. El rey Androl, su esposo, era un guerrero estupendo, y puede que eso fuese parte del problema. Era tan tremendamente estupendo que las preocupaciones normales de los comandantes militares —problemas como el de ser ampliamente superado en número, por ejemplo—, estaban por completo fuera del alcance de su comprensión. Los hombres que están sublimemente convencidos de su invencibilidad, raras veces resultan buenos generales. Betuana, por otra parte, era sin duda un buen general, con bastantes probabilidades una de las mejores del mundo, y la peculiar sociedad atana, que no hacía ningún caso de las distinciones entre los sexos, le proporcionaba a su talento las máximas oportunidades para florecer. Lejos de resentirse por la superioridad de su esposa, Androl estaba desmesuradamente orgulloso de ella. Falquián abrigaba la poderosa sospecha de que Betuana habría preferido que las cosas fuesen al revés, pero era una mujer realista.

Ella tenía, además, un desconcertante nivel de confianza. Falquián había orquestado cuidadosamente una serie de explicaciones, tanto referentes a la necesidad de una junta de guerra como al modo en que viajarían, pero esas explicaciones resultaron totalmente innecesarias.

—De acuerdo —replicó ella, tranquilamente, cuando él le informó que el Bhelliom los transportaría instantáneamente hasta Matherion.

—¿No quieres conocer más detalles, majestad? —Falquián estaba bastante

sorprendido.

La reina se encogió de hombros.

—¿Por qué perder el tiempo en explicar algo que de todas formas no comprendería, Falquián-caballero? Acepto tu palabra de que la gema puede llevarnos hasta Matherion; no tienes ninguna razón para mentirme al respecto. Dame tan sólo unos instantes para decirle a Androl que partiré, y cambiarme de ropa. A Sarabian-emperador, mis ropas de trabajo le resultan ligeramente inquietantes.

—Ha cambiado bastante, majestad.

—Así me lo ha dicho Norkan. Siento curiosidad por averiguar cuánto ha conseguido modificarlo tu esposa. Regresaré enseguida.

La reina se marchó de la sala.

—Uno acaba por habituarse a eso, Falquián —le comentó Khalad—. Es una mujer muy directa, y no pierde el tiempo haciendo preguntas sobre cosas que no le hace falta saber. En realidad, resulta bastante refrescante.

—Sé educado —lo reprendió suavemente Falquián.

El embajador Norkan estaba nervioso, pero tanto Kring como Engessa se mostraban casi tan tranquilos como la reina.

—¡Dios! —exclamó el emperador Sarabian cuando se desvaneció la momentánea bruma y los árboles de Atan desaparecieron para ser reemplazados por el familiar tapizado azul, las cortinas estremecidas por la brisa, y las brillantes y opalescentes paredes del salón real de Ehlana—. ¿No hay alguna manera de que puedas anunciarnos que estás a punto de llegar, Falquián?

—Me parece que no, majestad —replicó el príncipe consorte.

—El que un grupo de gente aparezca repentinamente de la nada es bastante enervante, ¿sabes? —Frunció el entrecejo—. ¿Qué habría sucedido de hallarnos nosotros de pie en el mismo sitio en el que acabáis de aparecer? ¿Nos habríamos combinado, de alguna manera? ¿Habríamos acabado todos juntos en una misma persona?

—En realidad, no lo sé, majestad.

—Decidle que eso es imposible, Anakha —intervino Vanion con la voz del Bhelliom—. Yo no cometería un semejante error, y es insólito que dos cosas estén en el mismo lugar a un tiempo.

—¿Insólito? —preguntó Sarabian—. ¿Quieres decir que existe la posibilidad de que suceda?

—Os lo ruego, Anakha, pedidle que no continúe por aqueste camino. La

respuesta lo trastornaría profundamente.

—Pareces estar en forma, Sarabian-emperador —comentó Betuana—. Estás muy cambiado. ¿Has aprendido a utilizar la espada?

—¿El estoque? Oh, sí, Betuana. De hecho, soy bastante diestro con él.

—Esa arma es ligera para mi gusto, pero cada uno debe seleccionar las armas que más le convengan. Falquián-caballero y Vanion-preceptor me han dicho que muchos son los cambios habidos. Consideremos esos cambios y ajustemos nuestros planes para que encajen con ellos. —Miró a Ehlana y le sonrió—. Tienes buen aspecto, hermana-reina —declaró—. Matherion te sienta bien.

—Y tú estás tan encantadora como siempre, querida hermana —replicó Ehlana en tono afectuoso—. Tu vestido es impresionante.

—¿Te gusta de verdad? —Betuana giró casi como una niña para lucir su vestido atan azul oscuro que le dejaba desnudo uno de los dorados hombros y estaba ceñido a la cintura con una cadena de oro.

—Es definitivamente pasmoso, Betuana. Decididamente, el azul es tu color.

Betuana se sonrojó ante el cumplido.

—Veamos, pues, Sarabian —comenzó, nuevamente en tono profesional—. ¿Qué ha sucedido y qué vamos a hacer al respecto?

—Yo no encuentro que eso sea gracioso, Sarabian-emperador —declaró Betuana, enfadada.

—No lo he dicho para hacerte gracia, Betuana. Yo me sentí más o menos igual que tú cuando ellos me lo contaron. He mandado buscar a la dama. Probablemente será mejor que lo veas por ti misma.

—¿Me tomas por una niña a la que se puede asustar con cuentos de fantasmas y duendes?

—Por supuesto que no, pero te lo aseguro, Xanetia es verdaderamente una delfae.

—¿Brilla?

—Sólo cuando le interesa hacerlo. Ha estado suprimiendo su luz, por el bien de nuestra paz mental, y ha alterado su coloración. Tiene el aspecto de una tamul común y corriente pero, créeme, está muy lejos de ser corriente.

—Creo que has perdido el seso, Sarabian-emperador.

—Ya lo verá', tesoriyo.

Ella le dirigió una mirada escandalizada.

Él se encogió de hombros.

—Es un chiste local.

La puerta se abrió, y por ella aparecieron Xanetia, Danae y Sephrenia.

La princesa Danae, con una expresión arteramente inocente, se acercó al asiento de Betuana y le tendió los brazos. Betuana sonrió a la niña, la alzó y la sentó en su regazo.

—¿Qué tal has estado, princesa? —le preguntó en elenio.

—No hace falta que hables en nuestro idioma, Betuana —le respondió la niña en idioma tamul—. Sephrenia nos ha enseñado a todos a hablar el idioma de los seres humanos. He estado un poco enferma, en realidad, pero ahora estoy completamente recuperada. Es realmente aburrido estar enferma, ¿no te parece?

—Yo siempre he pensado lo mismo, Danae.

—En ese caso, creo que no volveré a enfermarme. Todavía no me has dado un beso.

—Ah. —Betuana le sonrió—. Lo había olvidado. Lo siento —se disculpó, y rápidamente se ocupó de aquel descuido.

Sarabian se irguió en su asiento.

—Reina Betuana de Atan, tengo el honor de presentarte a la anarae Xanetia de Delfaeus. ¿Te importaría demostrarle a la reina quién eres en realidad, anarae?

—Como a vos os plazca, majestad —replicó Xanetia.

—Es un ejercicio sorprendente, majestad —le aseguró Emban a la reina atana, plegando sus manos rechonchas sobre la prominente barriga—, pero uno acaba por habituarse.

Xanetia miró a Betuana con aire grave.

—El pueblo vuesto y el mío son primos, Betuana-reina —le dijo—. Mucho face, sin embargo, que fuimos separados. No os quiero mal alguno, así que nada temáis de mí.

—Yo no os temo. —Betuana cayó automáticamente en el tamul arcaico.

—Mi aspecto, aquí en Matherion, tiene que ser necesariamente ocultado, Betuana-reina. Contemplad mi verdadera condición.

El color abandonó rápidamente el rostro y el cabello de Xanetia, y el brillo sobrenatural comenzó a fluir de su interior.

Danae levantó tranquilamente una de sus pequeñas manos para acariciar el rostro de Betuana. Falquián ocultó cuidadosamente una sonrisa.

—Sé muy bien qué es lo que estás sintiendo, Betuana —le aseguró Sephrenia

con una calma absoluta—. Seguramente podrás imaginarte lo que sentimos Xanetia y yo, la una hacia la otra, la primera vez que nos vimos. Estás enterada de la enemistad que existe entre nuestras dos razas, ¿verdad?

Betuana asintió con la cabeza; obviamente no confiaba en poder hablar.

—Voy a hacer algo que no es natural, anarae —declaró entonces Sephrenia —, pero creo que la reina Betuana necesita que la tranquilicen. Intentemos ambas controlar nuestras reacciones.

Luego, sin vacilación ni repulsión aparentes, abrazó a la fulgente muchacha. Sin embargo, Falquián la conocía muy bien, y pudo apreciar la leve contracción de la mandíbula de la mujer estiria.

Sephrenia se había acorazado de la misma forma que habría podido hacerlo antes de meter una mano en el fuego.

Casi con timidez, los brazos de Xanetia se deslizaron en torno a los hombros de Sephrenia.

—Bienhallada, hermana mía —murmuró.

—Bienhallada en verdad, mi hermana —replicó Sephrenia.

—¿Te has dado cuenta de que el mundo no se ha acabado, Betuana? —preguntó Ehlana.

—No obstante, yo creo haberlo sentido estremecer —comentó Sarabian.

—Parece que estamos rodeadas de personas obsesionadas con su propio ingenio, Xanetia —observó Sephrenia, con una sonrisa.

—Es un defecto de los jóvenes, hermana mía. Puede que la madurez llegue a templar las frivolidades tuyas.

Betuana se irguió y dejó a Danae de pie en el suelo.

—¿Cuenta esta alianza con tu aprobación, Sarabian-emperador? —preguntó con tono formal.

—Cuenta con ella, Betuana-reina.

—En ese caso, me uniré a ella.

Se puso de pie y se encaminó hacia las dos hechiceras, tendiendo ambas manos hacia ellas.

Sephrenia y Xanetia le tomaron las manos, y las tres permanecieron así durante un largo minuto.

—Sois valiente, Betuana-reina —observó Xanetia.

Betuana se encogió de hombros.

—Soy una atana, anarae —fue su respuesta. Luego le dirigió a Engessa una mirada severa—. ¿Por qué no me lo habías contado? —le preguntó con tono

imperioso.

—Me ordenaron que no lo hiciera, Betuana-reina —replicó él—. Sarabian-emperador dijo que tendrías que ver a Xanetia-anarae antes de creer que es quien nosotros decimos que es. Además, él quería estar presente cuando tú y ella os encontrarais. Se deleita con el pasmo de los demás. Tiene una mente muy peculiar.

—¡Engessa! —protestó Sarabian.

—Estoy obligado a hablar la verdad según la veo ante mi reina, Sarabian-emperador.

—Bueno, supongo que lo estás, pero no tienes que ser tan brusco al expresarla, ¿no crees?

—Bien, pues —resumió Vanion—. Nos ponemos en marcha hacia el norte con los caballeros, la mayoría de las guarniciones atanas locales, y la guardia imperial. Haremos muchísimo ruido, y Ekatas, el sumo sacerdote de Cyrgon, les enviará mensaje a Zalasta y Cyrgon para decirles que nos hemos puesto en camino. Eso dejará el camino libre a los asesinos de Stragen, porque todo el mundo estará pendiente de nosotros. Después, cuando el festival de la cosecha haya concluido y comiencen a aparecer los cadáveres, nuestros amigos de ahí fuera se distraerán un poco. En ese momento, Falquián llevará al Bhelliom al norte de Atan y dejará en libertad a los dioses troll. Atan septentrional se convertirá en un territorio completamente seguro en ese momento. Nosotros invertimos entonces el curso de nuestra marcha, recogemos a la totalidad de los atanes de camino hacia aquí, y nos dirigimos hacia el norte para enfrentarnos con Scarpa. ¿Hasta ahí estamos todos de acuerdo?

—No, no lo estamos, Vanion-preceptor —declaró Betuana con firmeza—. Faltan aún dos semanas para el festival de la cosecha, y dentro de dos semanas los trolls podrían estar en las mismísimas calles de Atana. Tenemos que buscar alguna forma de detener su avance.

—Fuertes —propuso Ulath.

—Debo estar acostumbrándome a ti, Ulath —comentó Kalten entre carcajadas—. He conseguido entender eso.

—También yo —asintió Sarabian—, pero los trolls podrían simplemente rodear cualquier fortaleza que nosotros construyéramos y continuar marchando sobre Atana.

—Puede que los trolls sí, majestad —disintió Falquián—, pero Cyrgon no lo hará. Cyrgon tiene la mentalidad militar más antigua del mundo y, decididamente, un soldado no dejará Plazas fuertes enemigas detrás de sus propias líneas. La gente que hace eso pierde las guerras. Si nosotros construimos fortalezas; él tendrá que detener su avance para ocuparse de ellas.

—Y si esas fortalezas están en terreno abierto, los trolls no podrán ocultarse entre los árboles —agregó Bevier—. Tendrán que avanzar por terreno abierto, a plena vista de los arqueros pelois, de mis grupos de catapultas, y de los ballesteros de Khalad. Incluso si cubrieran todo el terreno de humo, podríamos derribar a un buen número de ellos con disparos a ciegas.

—A mis atanes no les gusta ocultarse tras murallas —insistió Betuana con terquedad.

—Todos tenemos que hacer alguna vez cosas que no nos gustan, Betuana —le respondió la reina de Elenia—. Las fortificaciones mantendrán con vida a tus guerreros, y los soldados muertos no son buenos para ningún propósito.

—Excepto como cena para los trolls —agregó Talen—. Tengo una idea, Falquián. Si pudieras entrenar a tus pandion para que se comieran a los enemigos, no necesitarías llevar carros de provisiones.

—¿Te importaría no hablar de esas cosas? —le dijo Falquián con tono cáustico.

—De todas formas, no resultará —les aseguró Betuana—. Los trolls están demasiado estrechamente trabados en combate con mis ejércitos. No tendremos tiempo de construir fortalezas.

—Nosotros podemos construirlas a algunas millas por detrás de tus líneas y retirar tus tropas al interior cuando estén terminadas, majestad —le propuso Falquián.

—¿Has tenido muchos tratos con los trolls, príncipe Falquián? —le preguntó ella con acritud—. ¿Tienes alguna idea de la velocidad a la que corren? Estarán encima de vosotros antes de que podáis comenzar a levantar una sola muralla.

—No podrán correr hacia ninguna parte si el tiempo se detiene, majestad. Usamos ese sistema cuando íbamos de camino a Zemoch. El dios troll de la comida puede colocar a la gente, o a los trolls, en el espacio que media entre un segundo y el siguiente. Nos encontramos con que cuando estábamos en ese espacio, el mundo no se movía en lo más mínimo. Tendremos tiempo más que suficiente para construir los fuertes.

—¿Por qué no verificas eso con el Bhelliom antes de comenzar a hacer

predicciones, Falquián? —sugirió Emban—. Asegurémonos de que funcionará antes de basar en eso ninguna estrategia. Averigüemos si el Bhelliom tiene alguna reserva al respecto.

El Bhelliom, como se vio, tenía varias.

—Aqueste designio tiene fallos, Anakha —respondió a la pregunta formulada por Falquián.

La mano de Vanion levantó la taza de té de Sephrenia y la soltó.

La taza se detuvo en medio del aire y quedó allí suspendida.

—Intentad facer que descienda aqueste recipiente, Anakha —le pidió la voz de Vanion.

Falquián aferró la taza e inmediatamente descubrió que era tan inamovible como una montaña. Intentó moverla con todas sus fuerzas, pero la taza sencillamente permaneció donde estaba.

—No podríais mover siquiera una hoja, Anakha —le explicó el Bhelliom—. Podéis con facilidad moveros vos mismo a través de un instante congelado, pero el mover otros objetos requeriría que vos movierais la totalidad del universo.

—Comprendo —respondió Falquián con aire sombrío—. En ese caso, no podremos derribar árboles y construir fortalezas, ¿no es cierto?

—¿Son esas estructuras de gran importancia para vos? ¿Las requiere alguna misteriosa costumbre?

—No, Rosa Azul. Es la nuestra intención poner obstáculos en el camino de los trolls, para que no puedan atacar a los amigos nuestros, los atanes.

—¿Os sentiríais ofendido si yo os ofreciera una sugerencia?

Ulath le echó a Tynian una mirada penetrante.

—¿Has estado hablando en secreto con esa pobre piedra? —le preguntó en tono de acusación.

—Muy gracioso, Ulath —replicó Tynian con acritud.

—No os he comprendido. —El tono de la voz de Vanion era levemente gélido.

—Es una discusión que ha tiempo que mantienen ellos dos, Rosa Azul —le explicó Falquián, mientras les echaba a sus dos amigos una dura mirada—. Ha llegado ya a un punto tan oscuro que resulta imposible de entender. Escucharé complacido la vuesa sugerencia, amigo.

—¿Es necesario causar daño a los trolls, Anakha? Si debe negárseles totalmente el acceso a las tierras de los amigos vuestos, los atanes, ¿es de necesidad matarlos?

—Realmente, Rosa Azul, nosotros preferiríamos no causarles ningún daño. Cuando sus dioses los arrebatan del dominio de Cyrgon, serán ellos los aliados nuestros.

—¿Os ofendería si yo levantara una barrera ante ellos? ¿Una barrera que ellos no tengan capacidad de traspasar?

—Ni en lo más mínimo. En verdad, os estaríamos profundamente agradecidos.

—Acudamos entonces a Atan, y así lo haré. No veré que a nadie se destruya sin necesidad. La hija mía me ayudará sin duda, y entre ambos, ella y yo evitaremos que los trolls continúen avanzando hacia el sur.

—¿También tenéis una hija, Rosa Azul? —Falquián estaba atónito.

—Tengo millones, Anakha, y cada una de ellas es para mí tan preciosa como la vuesa para vos. Acudamos a Atan, entonces, para que pueda cesar el derramamiento de sangre.

Atan septentrional era boscoso, pero las montañas más escabrosas se hallaban al sur. Las montañas del norte habían sido erosionadas por los glaciares de eras pasadas, y la tierra descendía gradualmente hacia el mar del Norte, donde los eternos hielos coronaban el mundo. Falquián se volvió a mirar rápidamente detrás de sí. El Bhelliom había respondido a su solicitud no expresada en palabras, y sólo había llevado guerreros hasta aquel bosque septentrional. Sin duda, más tarde se producirían acaloradas discusiones por ese motivo, pero eso era algo completamente inevitable.

—Engessa-atan. —La voz de Vanion era secamente autoritaria. A Falquián se le ocurrió una idea absurda. De pronto se preguntó si el Bhelliom no habría mandado tropas alguna vez.

—¿Sí, Vanion-preceptor? —le respondió el gigantesco atan.

—Ordenadles a los vuestos parientes que se retiren una legua del lugar en el que agora están combatiendo.

Engessa miró atentamente a Vanion y se dio cuenta de que no era el preceptor pandion quien acababa de hablarle.

—Eso llevará algún tiempo, Rosa Azul —le explicó—. Los atanes están luchando contra los trolls a lo largo de todo el cabo Norte. Tendré que enviar mensajeros.

—No hagáis otra cosa que dar la orden, Engessa-atan. Todos podrán oírlos.

Tenéis mi palabra.

—Yo no me pondría a discutir, amigo Engessa —le aconsejó Kring—. Ésa es la gema que detiene al Sol. Si el Bhelliom dice que todos te oirán, puedes estar seguro de que será así. Acepta mi palabra.

—En ese caso, lo intentaremos. —Engessa levantó una mano—. ¡Retirada! —rugió con un aullido ensordecedor—. ¡Retroceded una legua y reagrupaos!

La poderosa voz resonó una y otra vez por todo el bosque.

—Creo que podrías hacerte oír de un lado al otro del cabo sin ayuda de ninguna clase, Engessa-atan —comentó Kalten.

—No llego hasta tan lejos, Kalten-caballero —replicó Engessa con modestia.

—El juicio vueso de la velocidad de los vuestos soldados será más preciso que el mío, Engessa-atan —dijo el Bhelliom—. Avisadme cuando hayan llegado a lugar seguro. No quiero que queden atrapados al norte de la muralla.

—¿La muralla? —le preguntó Ulath.

—La barrera de la que os he hablado. —Vanion se inclinó y pasó con una extraña suavidad las puntas de los dedos por la tierra—. Está bien, Anakha. Nos encontramos a pocos pasos del lugar que buscaba.

—Yo siempre he tenido una fe absoluta en la vuesa capacidad para encontrar un punto preciso, Rosa Azul.

—«Siempre» es un término impreciso, Anakha. —Una ligera sonrisa irónica pasó fugazmente por los labios de Vanion—. Paréceme recordar un cierto comentario sobre encontraros en la superficie de la Luna la primera vez que comenzamos a desplazarnos de uno a otro lugar.

—Es verdad que dijiste eso, Falquián —le recordó Kalten a su amigo.

—Vos habéis hablado de la vuesa fija, Rosa Azul —se apresuró a decir Falquián, para cambiar de tema—. ¿Podríamos tener el privilegio de conocerla?

—Ya la habéis conocido, Anakha. En este mismo instante os halláis de pie sobre su verde seno. —Las manos de Vanion acariciaron amorosamente el suelo.

—¿La tierra misma? —preguntó Bevier con incredulidad.

—¿No es hermosa? —Había una nota de orgullo en aquella pregunta. Luego, Vanion se irguió—. Retrocedamos un poco de aqueste lugar, Anakha. Lo que voy a hacer aquí tendrá lugar a unas dos de las leguas vuestas por debajo de vuestos pies, y sus efectos aquí, en la superficie, son difíciles de predecir. No querría ponerlos a vos y a los vuestos compañeros en peligro a causa de mi imprecisión, y aquí se producirán algunas agitaciones. ¿Podemos proceder ya, Engessa atan?

Engessa asintió con la cabeza.

—Cualquier atan que no haya cubierto ya una legua a estas alturas, no merece ser llamado atan —replicó.

Dieron media vuelta y retrocedieron unos cien pasos hacia el sur, tras lo cual se detuvieron.

—Más lejos, os lo ruego, Anakha, otro tanto hemos de retroceder, y sería oportuno que vos y los vuestos compañeros os tendierais sobre la tierra. La conmoción puede ser bastante profunda.

—Tu amigo está empezando a ponerme nervioso, Falquián —confesó Tynian, mientras retrocedían otros cien pasos—. ¿Qué está planeando hacer aquí, exactamente?

—Tú sabes tanto como yo, amigo mío.

Entonces oyeron un estallido subterráneo de tono profundo que parecía provenir del centro de la Tierra. El terreno se sacudió bruscamente bajo los pies de los hombres.

—¡Un terremoto! —gritó Kalten, alarmado.

—Creo que eso podría ser lo que preguntabas, Tynian —tronó Ulath.

—Esto no es sencillo, Anakha —observó el Bhelliom con una voz casi clínica—. Las presiones son extremas y deben ser ajustadas con gran delicadeza para conseguir la meta que deseamos.

La siguiente sacudida hizo que se tambalearan. El terreno se estremeció y sacudió, y el aterrador tronar hueco se hizo más poderoso.

—Es llegado el momento, Anakha. La conmoción que antes os he mencionado está a punto de comenzar.

—¡Comenzar! —exclamó Bevier—. ¡Esto es todo lo que puedo resistir de pie!

—Será mejor que hagamos lo que se nos ha dicho —dijo secamente Falquián, mientras se arrodillaba y se tendía boca abajo sobre la alfombra de hojas caídas—. Creo que el próximo va a ser espectacular.

«El próximo» duró diez minutos completos. Nada que tuviera piernas podría haber permanecido de pie sobre la Tierra que se sacudía y convulsionaba violentamente. Luego, con un tremendo rugido, el terreno que tenían a menos de cincuenta pasos se rajó. La tierra que se encontraba más allá de la bostezante grieta pareció descender, mientras que el conmocionado suelo al que estaban aferrados, se hinchaba, levantándose pesadamente, sacudiéndose casi como una bandera al viento. Enormes nubes de pájaros, que gritaban alarmados, se

elevaron de los temblorosos árboles.

Después el terremoto fue cediendo gradualmente. La violencia de los temblores se hizo menos dura y menos frecuente, a pesar de que se produjeron algunas sacudidas intermitentes. El espantoso sonido tronante fue debilitándose, resonando a través de leguas y más leguas de roca como el recuerdo de una pesadilla. Vastas nubes de polvo subían ondulantes por encima del labio del recién formado precipicio.

—Ahora podéis contemplar la obra mía, Anakha —dijo el Bhelliom con absoluta calma, aunque con un cierto orgullo modesto—. Fablad con verdad, pues no me sentiré ofendido si halláis algún fallo. Si percibís defecto en lo que acabo de forjar, lo corregiré.

Falquián decidió no confiar en sus piernas de momento. Seguido de cerca por sus amigos, se arrastró hasta el abrupto borde que no había estado allí quince minutos antes.

El precipicio era casi tan recto como el tajo de una espada, y descendía más y más hasta al menos una profundidad de trescientos codos. Se extendía, además, hasta donde podía distinguir el ojo, tanto hacia el este como hacia el oeste. Una gigantesca escarpa, una muralla inmensa, separaba ahora los confines superiores del cabo Norte del resto de Tamuli.

—¿Qué os parece? —preguntó el Bhelliom, con un deje de ansiedad—. ¿Privará mi muralla a los trolls el acceso a las tierras de los amigos vuestros? Puedo hacer más, si ése es el vuestro deseo.

—No, Rosa Azul —replicó Falquián con la voz estrangulada—, no más, os lo ruego.

—Me complace que vos estéis satisfecho.

—Es una muralla espléndida, Rosa Azul.

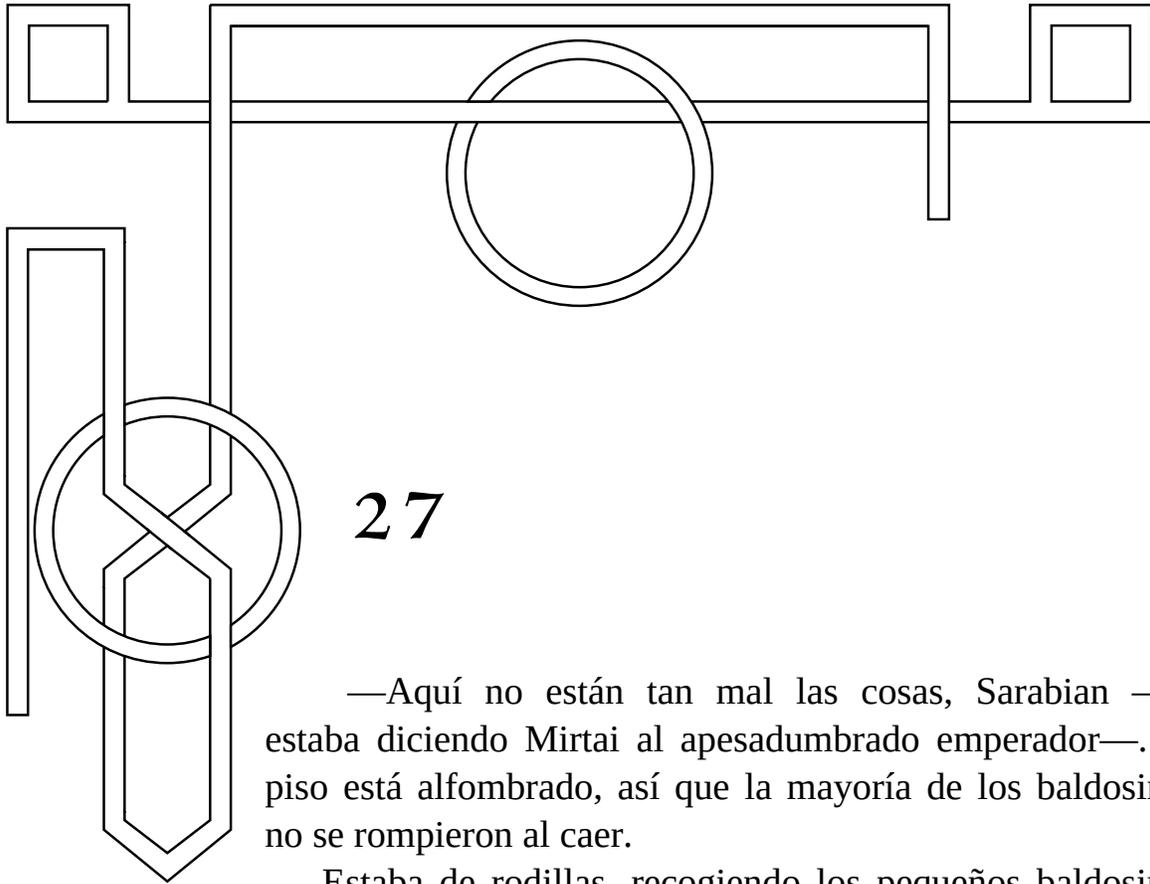
Era una cosa ridícula de decir, pero Falquián estaba tremendamente conmovido.

El Bhelliom no pareció advertirlo. El rostro de Vanion fue dividido de pronto por una sonrisa tímida ante la expresión de pasmada aprobación de Falquián.

—Es una muralla adecuada —dijo, quitándole cierta importancia—. Había una cierta premura en la nuestra necesidad, así que no he tenido tiempo de moldearla y darle forma como habría deseado, pero creo que servirá. Sin embargo, lo tomaré como una amabilidad si la próxima vez que hayáis menester de una modificación de la Tierra, me lo avisáis con una mayor antelación porque, en verdad, el trabajo que se hace con premura no es nunca enteramente

satisfactorio.

—Me esforzaré por recordarlo, Rosa Azul.



## 27

—Aquí no están tan mal las cosas, Sarabian —le estaba diciendo Mirtai al apesadumbrado emperador—. El piso está alfombrado, así que la mayoría de los baldosines no se rompieron al caer.

Estaba de rodillas, recogiendo los pequeños baldosines opalescentes, cuando, de súbito, Falquián y los otros emergieron de la bruma gris.

—¡Falquián! —exclamó Sarabian, retrocediendo con pasmada sorpresa—. ¡Me gustaría que hicieras sonar una trompeta o algo parecido antes de presentarte!

—¿Qué ha sucedido, majestad? —preguntó Vanion, mientras miraba fijamente la alfombra cubierta de nácar.

—¡Hemos tenido un terremoto! ¡Ahora tengo entre manos un desastre económico además de todo el resto!

—¿Lo sentisteis aquí, majestad? —preguntó Vanion con voz estrangulada.

—¡Fue algo verdaderamente terrible, Vanion! —declaró Sephrenia—. ¡Ha sido el peor terremoto que he presenciado!

—¿Aquí?

—Vas a conseguir que me ponga furiosa si continúas repitiendo eso. Por supuesto que lo sentimos aquí. Mira las paredes.

—Padecen un caso grave de viruelas —comentó Kalten.

—Los baldosines saltaban de las paredes como saltamontes —dijo Sarabian con voz enferma—. Sabe Dios el aspecto que tiene el resto de la ciudad. Esto me arrastrará a la bancarrota.

—Esto está a más de cuatrocientas leguas —comentó Vanion, aún con la voz estrangulada—. ¡Más de cuatrocientas leguas!

—¿De qué está hablando, Falquián? —preguntó Ehlana con tono de exigencia.

—Nosotros estábamos en el centro del terremoto —replicó Falquián—. Se produjo en el norte de Atan.

—¿Has sido tú quien me ha hecho esto, Falquián? —exigió saber el emperador.

—El Bhelliom lo hizo, majestad. Los trolls ya no volverán a atacar Atan.

—¿El Bhelliom los hizo pedazos a sacudidas?

Falquián sonrió fugazmente.

—No, majestad. Interpuso una muralla a lo largo del cabo Norte.

—¿No pueden los trolls trepar por encima? —preguntó Betuana.

—Yo no lo creo, majestad —repuso Vanion—. Tiene unos trescientos codos de altura y se extiende desde el mar de Tamul hasta esa costa que se encuentra al noroeste de Sarsos. Los trolls no descenderán más al sur..., no en las próximas dos semanas, en cualquier caso, y después de esa fecha ya no tendrá ninguna importancia.

—¿A qué te refieres, exactamente, cuando hablas de una «muralla», Vanion? —preguntó el patriarca Emban.

—En realidad, es una escarpa, vuestra gracia —le explicó Vanion—. Un risco gigantesco que se extiende a todo lo ancho del cabo Norte. Eso es lo que produjo el terremoto.

—¿No podrá Cyrgon deshacer lo que ha hecho el Bhelliom? —inquirió Sephrenia.

—El Bhelliom dice que no, pequeña madre —le contestó Falquián—. No es lo bastante poderoso.

—Es un dios, Falquián.

—Con toda evidencia, eso carece de importancia. Lo que ha sucedido es sencillamente demasiado enorme. El Bhelliom asegura que ha cambiado algunas cosas a unas dos leguas por debajo de la superficie de la Tierra, y ciertos cambios en la forma de aquella parte del continente han sucedido todos a la vez en lugar de a lo largo de un millón de años, más o menos. Los cambios iban a

tener lugar de todas formas, pero el Bhelliom los hizo suceder todos a un tiempo. Calculo que la escarpa acabará transformándose en una cadena montañosa a medida que vaya rompiéndose de manera gradual. Los conceptos son excesivamente vastos como para que Cyrgon los abarque, y las presiones implicadas en el proceso están fuera de su capacidad de control.

—En el nombre de Dios, ¿puede saberse qué has hecho, Falquián? — exclamó enfurecido Emban—. ¡Estás partiendo el mundo por la mitad!

—Decídes que no se inquieten, Anakha. —El Bhelliom volvió a hablar con la voz de Vanion—. No haría daño yo a mi hija, porque me es cara. A veces es una niña voluntariosa y caprichosa, muy dada a las pataletas y la dulce inocente vanidad. Contemplad cómo se adorna con fuentes y cubre sus hombros con el blanco manto del invierno. Las tensiones y presiones de que la libré al alzar esa muralla habían estado, en verdad, causándole incomodidades durante el último millar de eones. Ahora está contenta, y en verdad se complace mucho con su nuevo adorno porque, como os he dicho, es algo vanidosa.

—¿Dónde está Kring? —preguntó de pronto Mirtai.

—Los dejamos a él, a Engessa y a Khalad en la escarpa —le respondió Falquián—. La excelente muralla del Bhelliom evita que los trolls lleguen a nosotros, pero también nos impide a nosotros llegar hasta ellos. Tenemos que hallar alguna forma de llevar a los dioses troll al otro lado para que recobren a los trolls.

—Tienes el Bhelliom, Falquián —le dijo Stragen—. Salta por encima, simplemente.

Falquián negó con la cabeza.

—El Bhelliom dice que será mejor que no lo hagamos. El terreno está un poco delicado en torno a la muralla en estos momentos. Si damos muchos saltos por las proximidades inmediatas, podríamos provocar más terremotos.

—¡Dios! —gritó Sarabian—. ¡Ni se te ocurra hacer eso! ¡Destrozarías la totalidad del continente!

—Estamos intentando evitar precisamente eso, majestad. Engessa, Kring y Khalad están trabajando en algo. Si no podemos descender por la escarpa, quizá tendremos que enviar a la flota de Tynian para que dé la vuelta por el mar, en torno al extremo oriental.

—Sin embargo, queremos pensarlo durante algún tiempo —añadió Vanion—. Falquián y yo aún estamos debatiendo el asunto, pero creo que nos interesaría hacer un poco de teatro de que marchamos hacia el norte. Si partimos

de aquí dentro de una semana aproximadamente, con banderas al viento y los cinco mil caballeros añadidos a las fuerzas que hemos estado reuniendo en el área, captaremos toda la atención de Zalasta. Si damos la vuelta por el mar él no sabrá que nos encaminamos hacia allí, y eso podría darle el tiempo libre necesario para husmear algunos detalles de los planes de Stragen para nuestra celebración especial del festival de la cosecha. Ambas ideas tienen un elemento sorpresa. Estamos dándole vueltas al asunto de cuál de las sorpresas trastornará más a Zalasta.

El entrenamiento de los caballos tamules comenzó inmediatamente. Los caballeros de Tynian, por supuesto, se quejaron amargamente. Los caballos que los nobles de Tamul preferían montar, y que ya estaban domados, eran demasiado pequeños y delicados como para llevar encima a caballeros con armadura; y los gigantescos caballos de labranza utilizados por los granjeros tamules eran demasiado lentos y dóciles como para resultar buenos caballos de guerra.

Todos se veían ahora apremiados por el tiempo. Caalador había dado el orden, y ésta era irrevocable. Los asesinatos tendrían lugar durante el festival de la cosecha, tanto si los otros planes estaban plenamente orquestados como si no, y cada minuto acercaba la fiesta un poco más.

Fue cinco días después de que Falquián y sus amigos regresaran del norte de Atan, cuando un corredor llegó a Matherion con un mensaje de Khalad. Mirtai dejó entrar al agotado atán en el salón, donde Vanion y Falquián estaban discutiendo los méritos relativos a sus respectivos planes. Sin decir una sola palabra, el mensajero entregó a Falquián el mensaje de Khalad.

—Mi señor —leyó el príncipe consorte en voz alta, la característica nota abrupta—. El terremoto ha dejado muy revuelta la costa norte. No te fíes de ninguna carta de esta zona. No obstante, vas a tener que venir por mar. No existe forma alguna de que podamos descender por la muralla..., particularmente no con los trolls aguardándonos en el fondo. Engessa, Kring y yo os esperaremos con los atanes y los pelois de Tikume a una legua hacia el sur del lugar en el que la muralla se interna en el mar de Tamul. No tardes mucho en llegar aquí. El otro bando se trae algo entre manos.

—Eso arroja los planes de ambos por la ventana, ¿no es así? —comentó el emperador Sarabian—. No podéis ir por tierra porque no se puede descender por

la muralla; y no podéis ir por mar porque el mar está lleno de acantilados sin cartografiar.

—Y sólo tenemos unos dos días para tomar esa decisión —añadió Itagne—. Las fuerzas que pensamos enviar hacia el norte tendrán que comenzar a moverse al menos una semana antes del festival, si queremos que lleguen al cabo Norte a tiempo de prepararle la segunda sorpresa a Zalasta.

—Será mejor que vaya a hablar con el capitán Sorgi —decidió Falquián, poniéndose de pie.

—Él y Caalador han bajado a la despensa principal —le informó Stragen—. Los dos son cammorianos, y a los cammorianos les gusta estar cerca de la comida y de la bebida.

Falquián asintió con la cabeza, y junto con Vanion salió apresuradamente del salón.

Entre Caalador y Sorgi había nacido una amistad casi inmediata. Ambos eran, como bien había señalado Stragen, cammorianos, e incluso tenían un aspecto muy parecido. Los dos tenían cabello rizado, aunque el de Sorgi estaba ya casi plateado, y ambos eran hombres fornidos, de pesados hombros y manos poderosas.

—¡Vaya, maese Cluff! —exclamó Sorgi con gesto expansivo cuando él y Vanion entraron en la espaciosa y bien ventilada despensa de la cocina—. ¿Has solucionado ya todos los problemas del mundo?

El capitán Sorgi siempre llamaba a Falquián por el apodo que aquél utilizaba cuando se conocieron.

—Ni por asomo, Sorgi. Tenemos uno que tal vez tú puedas solucionarnos.

—Asegúrate primero de dejar sentada la parte del dinero —le recomendó Caalador—. El viejo Falquián se pon'un poquiyo vago a la hora'eponé' la pasta.

Sorgi sonrió.

—No había oído ese dialecto desde que me marché de mi tierra natal —le comentó a Falquián—. Podría estar aquí sentado, escuchando a Caalador durante horas. No nos preocupemos todavía por el dinero. El consejo es gratis. Comenzará a costarte dinero cuando yo leve el ancla del fondo del mar.

—Tenemos que acudir a un lugar en el que recientemente se ha producido un terremoto —le explicó Falquián—. El hijo de Kurik acaba de enviarme un mensaje. El terremoto ha cambiado la costa de tal forma que ninguno de los mapas antiguos sirve para nada.

—Eso sucede constantemente —le respondió Sorgi—. El estuario que sube

hasta Vardenais cambia la forma del fondo cada invierno.

—¿Cómo te las arreglas con ese tipo de cosas?

Sorgi se encogió de hombros.

—Enviamos por delante un bote con un marinero fuerte para remar y uno inteligente para que se haga cargo de la línea de sondeo. Ellos nos guían.

—¿No es eso un poco lento?

—Ni con mucho tan lento como tratar de hacer navegar a un barco que se hunde. ¿Qué tamaño tiene el área que ha quedado revuelta por el terremoto?

—Es un poco difícil decirlo.

—Cálculalo, maese Cluff. Cuéntame exactamente qué sucedió, y dame un cálculo aproximado del tamaño que puede tener la zona peligrosa.

Falquián suavizó un poco la causa del repentino cambio de la línea costera, y describió el surgimiento de la escarpa.

—No hay ningún problema —le aseguró Sorgi.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión, capitán? —le preguntó Vanion.

—No vamos a tener que preocuparnos por la posible existencia de ningún escollo al norte de vuestro precipicio, mi señor. Una vez presencié algo semejante en la costa de Rendor. Verás, lo que sucede es que el precipicio continúa. Entra en el mar, por debajo de las aguas, así que una vez que pasemos al lado norte del mismo, el agua tendrá unos trescientos codos más de profundidad. No son muchos los barcos que conozco que calan hasta semejante profundidad. Me llevaré algunas de las cartas antiguas. Entraré unas diez leguas en el mar y navegaré hacia el norte. Comprobaré las marcaciones con mucha frecuencia, y cuando hayamos llegado a unas seis u ocho millas al norte de ese nuevo acantilado vuestro, viraremos al oeste y navegaremos directamente hacia la costa. Dejaré a vuestros hombres en tierra a esa altura sin el más mínimo problema.

—Y he ahí el problema de tu plan, Falquián —intervino Vanion—. Sólo dispones de un centenar de naves. Si te llevas tanto a los caballeros como a sus monturas, sólo podrán acompañarte mil quinientos para hacer frente a los trolls.

—¿Eso'eganá' esta discusión e' verdaderamente importante pa'vosotro' dos'?

—Sólo estamos buscando la mejor forma de hacer las cosas, Caalador —le respondió Falquián.

—¿Entonces por qué no combinar los dos planes? Haced que Sorgi parta hacia el norte a primera hora de la mañana, y vosotros reunís vuestros ejércitos y

os ponéis en marcha en cuanto estéis organizados. Cuando Sorgi llegue a más o menos diez leguas al sur de la falla, podrá hallar un paso hasta la orilla. Os reunís con él en ese punto, y él transporta en varios viajes los ejércitos hasta el otro lado del acantilado y los desembarca en la orilla norte del mismo. Luego vosotros podréis ir en busca de los trolls y Sorgi echará el ancla y se dedicará a la pesca.

Falquián y Vanion se miraron avergonzados.

—E' lo que t'estaba disiéndote, Sorgi —comentó Caalador con una sonrisa—. Lo'noble'esto' no tienen na' 'e senti'o común. Yo creo que e' porque no tienen espasio en la cabesapa'má'd'una idea por ve'.

Inevitablemente, llegó el día en que la columna de refuerzos tenía que partir hacia Atan. Fue antes del alba cuando Mirtai entró en el dormitorio de la reina de Elenia y su príncipe consorte.

—Hora de levantarse —anunció la gigantesca muchacha.

—¿Es que no sabes llamar a la puerta? —le preguntó Falquián, sentándose en la cama.

—¿He interrumpido algo?

—No tiene nada que ver con eso, Mirtai —suspiró él—. Sólo se trata de una costumbre, eso es todo.

—Tonterías. Todo el mundo sabe qué sucede aquí dentro.

—¿No es ya hora de que tú y Kring os caséis?

—¿Estás intentando librarte de mí, Falquián?

—Por supuesto que no.

—Kring y yo hemos decidido esperar hasta que todo esto haya terminado. Nuestras bodas van a ser un poco complicadas. Tendremos que pasar por dos ceremonias en dos lugares diferentes del mundo. Kring no está muy contento respecto a todas esas demoras.

—Te aseguro, por mi vida, que no comprendo por qué —declaró inocentemente, Ehlana.

Mirtai se encogió de hombros.

—Los hombres son extraños.

—Sin duda que lo son, Mirtai, pero ¿cómo íbamos a divertirnos nosotras sin ellos?

Falquián se vistió lentamente; se puso la ropa interior acolchada y sucia de

herrumbre con reticencias, mientras contemplaba su traje laboral de acero esmaltado de negro con positivo disgusto.

—¿Has puesto en tu equipaje ropa abrigada? —le preguntó Ehlana—. Las noches están volviéndose frías incluso en estas latitudes tan meridionales, así que hará mucho frío en el cabo Norte.

—La he puesto —gruñó él—. Para lo que van a servirme... No hay cantidad de ropa que sirva para nada cuando llevas puesta una armadura. —Hizo una mueca amarga—. Ya sé que es una contradicción, pero yo empiezo a sudar desde el instante que me pongo la armadura. A veces pienso que ojalá me hubiese dedicado a otro oficio. El atizarle a la gente por diversión o provecho comienza a cansarte después de un cierto tiempo.

—Esta mañana estás de un humor lóbrego, amor mío.

—Simplemente se debe a que cada vez me cuesta más y más ponerme en marcha. Me encontraré bien cuando ya esté en camino.

—Tendrás cuidado, ¿verdad, Falquián? Me moriría si te perdiese.

—No voy a correr tanto peligro como crees, querida. Tengo el Bhelliom, y él puede coger el Sol y romperlo en dos sobre su rodilla. Son Cyrgon y Zalasta los que tendrán que andarse con ojo.

—No te confíes demasiado.

—No lo hago. Tenemos más ventajas de las que soy capaz de contar, eso es todo. Vamos a ganar, Ehlana, y no hay nada en el mundo que pueda detenernos. Lo único que nos queda es el tedioso y lento avance desde aquí hasta la celebración de la victoria.

—¿Por qué no me besas? —le sugirió ella—. Antes de ponerte la armadura. Las magulladuras tardan varias semanas en desaparecer cuando me besas envuelto en acero.

—¿Sabes una cosa? —le preguntó él, sonriendo—. Ésa es una idea terriblemente buena. Sí, ¿por qué no la ponemos en práctica?

La columna se extendía a lo largo de unas cuantas leguas, ondulando al atravesar las redondeadas colinas de la orilla de lago Sama.

Se componía de los caballeros de la Iglesia, los atanes, los pelois de Kring, y unos cuantos regimientos del ejército tamul ricamente vestidos.

Era un día espléndido, una de esas perfectas jornadas de otoño con un viento fuerte en lo alto, que empujaba con premura unas nubes blancas a través del

cielo intensamente azul; y las enormes sombras de esas nubes corrían por el paisaje, así que el ejército de Falquián cabalgaba alternativamente al sol y a la sombra. Los pendones y banderas de múltiples colores chasqueaban y flameaban en la brisa, tironeando de las lanzas y astas a las que estaban sujetos.

La reina Betuana se adelantó hasta colocarse junto a *Faran*.

—¿Estás completamente seguro, Falquián-caballero? —le preguntó al príncipe consorte—. Los trolls-bestias son animales, y todos los animales saben nadar desde que nacen. Incluso los gatos pueden nadar.

—Sólo de mala gana, Betuana-reina —le respondió Falquián, sonriendo al recordar a *Mmrr* «nadando estilo gato» en el estanque de peces que Sephrenia tenía en su casa de Sarsos—. Ulath-caballero dice que no tenemos que preocuparnos de la posibilidad de que los trolls-bestias crucen el extremo de la falla a nado. Atraviesan nadando los ríos y lagos, pero el mar los aterroriza. Tiene algo que ver con las mareas, me parece..., o con la sal.

—¿Tenemos que continuar a un paso tan lento? —la voz de Betuana expresaba impaciencia.

—Queremos asegurarnos de que nos vean los espías de Zalasta, majestad —le explicó Vanion—. Ése es un aspecto muy importante de nuestro plan.

—Las batallas elenias son muy extensas —observó la reina de Atan.

—Las preferimos más pequeñas, atana, pero los planes de Zalasta abarcan la totalidad del continente, y nosotros tenemos que responder en consecuencia.

Sephrenia, con Flauta montada delante de ella, se adelantó hasta Xanetia. Todos habían observado la incipiente amistad que estaba creciendo entre la mujer estiria y la delfae. Las dos se mostraban aún cautelosas, y no se producían grandes avances en sus relaciones. Sin embargo, esa reserva no era ya debida a una actitud defensiva sino más bien a la preocupación de ofender a la otra por inadvertencia, y Falquián pensaba que aquél era un cambio positivo bastante profundo.

—Nos hemos hartado de todas esas fábulas —le comentó Sephrenia a Vanion—. No podría asegurar cuál de los dos es el más mentiroso, si Tynian o Ulath.

—¿Ah, no?

—No. Están intentando superarse mutuamente. Ulath está exagerando de una manera escandalosa, y estoy segura de que Tynian está haciendo lo mismo. Cada uno de ellos está haciendo todo lo humanamente posible para convencer al otro de que se ha perdido la aventura del siglo.

—Es demostrativo de una forma de afecto, pequeña madre —le explicó Falquián—. A los dos les resultaría demasiado embarazoso admitir que se tienen cariño, así que en lugar de eso se cuentan historias descabelladas.

—¿Tú has entendido eso, Xanetia? —le preguntó Sephrenia a la anarae, sonriendo.

—¿Qué persona razonable podría jamás comprender cómo ni por qué los hombres expresan el cariño, hermana mía?

—Los hombres no nos sentimos cómodos con palabras como «amor» y «cariño» —les aseguró Falquián—, particularmente en lo que se refiere a otros hombres.

—Pero sin embargo es cariño, ¿verdad, Falquián?

—Bueno, supongo que sí, pero de todas formas no nos sentimos cómodos con él.

—He tenido la intención de hablar con vos, anarae —comentó la reina Betuana, cayendo en el tamul arcaico quizá de forma inconsciente.

—Escucharé con agrado las palabras vuestas, reina de Atan.

—Ha sido la costumbre de los jóvenes atanes el buscar Delfaeus con la intención de destruir el hogar vuesto y pasar por la espada a las vuestas gentes. Lamento de todo corazón haber permitido cosa semejante.

Xanetia sonrió.

—No tiene ninguna importancia, reina de Atan. Eso no es más que un exceso de juvenil fogosidad. Libremente debo confesaros que los cachorros nuestros se entretienen engañando y distrayendo a los vuestos, apartándolos de la meta que tenían trazada mediante encantamientos rudimentarios y torpes engaños. Se me ocurre, así de pronto, que de este modo nos libramos ambos de la obligación de entretener a los fijos nuestros, los cuales, en virtud de la juventud e inexperiencia suya, así como de la profunda incapacidad para entretenerse por su propia cuenta, se quejan continuamente de que no tienen nada que hacer..., al menos nada digno de lo que ellos contemplan como sus enormes dones.

Betuana se echó a reír.

—¿Os presentan los fijos vuestos esas mismas quejas, anarae?

—Los hijos siempre protestan —les aseguró Sephrenia a las dos—. Es una de las cosas que hace que los padres envejezcan tan rápidamente.

—Bien dicho —asintió Falquián.

Ni él ni Sephrenia miraron directamente a Flauta.

Llegaron a Lebas, emplazada en el norte de Tamul, al cabo de dos días. Falquián había hablado con el ejército, haciendo hincapié en el enorme poder del Bhelliom mientras explicaba cómo sería posible cubrir grandes distancias en un corto período de tiempo. Pero en verdad, sin embargo, el Bhelliom no era para nada responsable de aquel rápido avance. Flauta era quien estaba a cargo de los detalles de desplazamiento en ese viaje concreto.

En Lebas había otro corredor atán que los aguardaba con un segundo mensaje de Khalad..., una nota bastante ofensiva que sugería que el corredor había sido enviado para guiarlos hasta la zona de la costa en la que Kring y Engessa aguardaban con sus soldados, porque si se dejaba a los caballeros solos en el bosque, acabarían por perderse sin remedio. Los prejuicios de clase que tenía Khalad continuaban impertérritos.

No había ningún camino, tal y como se entiende el término, que llevara hacia el norte a partir de Lebas, pero los senderos y pistas estaban marcados con total claridad. Llegaron a la linde sur del inmenso bosque que cubría el cuadrante noreste del continente, y el centenar de pelois que Kring había traído consigo se agruparon para cabalgar cerca de sus aliados. La profundidad de los bosques ponía muy nerviosos a los pelois occidentales, moradores de las llanuras.

—Creo que tiene algo que ver con el cielo. —Les explicó Tynian a los demás.

—Apenas puede verse el cielo cuando estás en lo hondo de los bosques, Tynian —objetó Kalten.

—Eso es precisamente lo que quiero decir —replicó el deriano de cara ancha—. Los pelois occidentales están acostumbrados a tener el cielo por encima de la cabeza. Cuando hay ramas de árboles que les bloquean la vista del mismo, comienzan a ponerse nerviosos.

Nunca pudieron determinar si el atentado era fortuito o iba deliberadamente dirigido contra Betuana. Se habían internado ya aproximadamente a unas cien leguas en el bosque, tenían plantado el campamento para pasar la noche, y la espaciosa tienda de las damas —Betuana, Sephrenia, Xanetia y Flauta—, había sido levantada un poco aparte de las demás con el fin de que pudieran disfrutar

de una cierta intimidad.

Los asesinos estaban bien escondidos, y eran cuatro. Irrumpieron de entre la espesura con las espadas desnudas justo en el momento en que Betuana y Xanetia salían de la tienda. Betuana reaccionó instantáneamente. Su espada silbó al salir de la vaina, y se hundió directamente en el vientre de uno de los atacantes. Incluso mientras la estaba retirando del cadáver, se lanzó al suelo, rodó sobre sí y lanzó ambos pies en pleno rostro de otro de ellos.

Falquián y los demás corrían ya hacia la tienda en respuesta al grito de alarma de Sephrenia pero, al parecer, la reina de los atanes tenía las cosas bien controladas. Paró una rápida estocada y abrió en dos la cabeza del andrajoso asaltante que la había lanzado. Luego se enfrentó a los atacantes que quedaban.

—¡Cuidado! —gritó Berit mientras corría hacia ella.

El hombre al que había derribado con los pies estaba luchando para levantarse; le sangraba la nariz y empuñaba una daga. Se encontraba justo detrás de la reina atana.

Hasta entonces, siempre que Xanetia se había quitado los colores que la camuflaban el cambio había sido lento y las tonalidades habían ido cediendo gradualmente. Esta vez, sin embargo, se encendió repentinamente en toda su plenitud, y esa luz que manó de su interior no fue ya un mero fulgor, sino que la muchacha relumbraba como un nuevo sol.

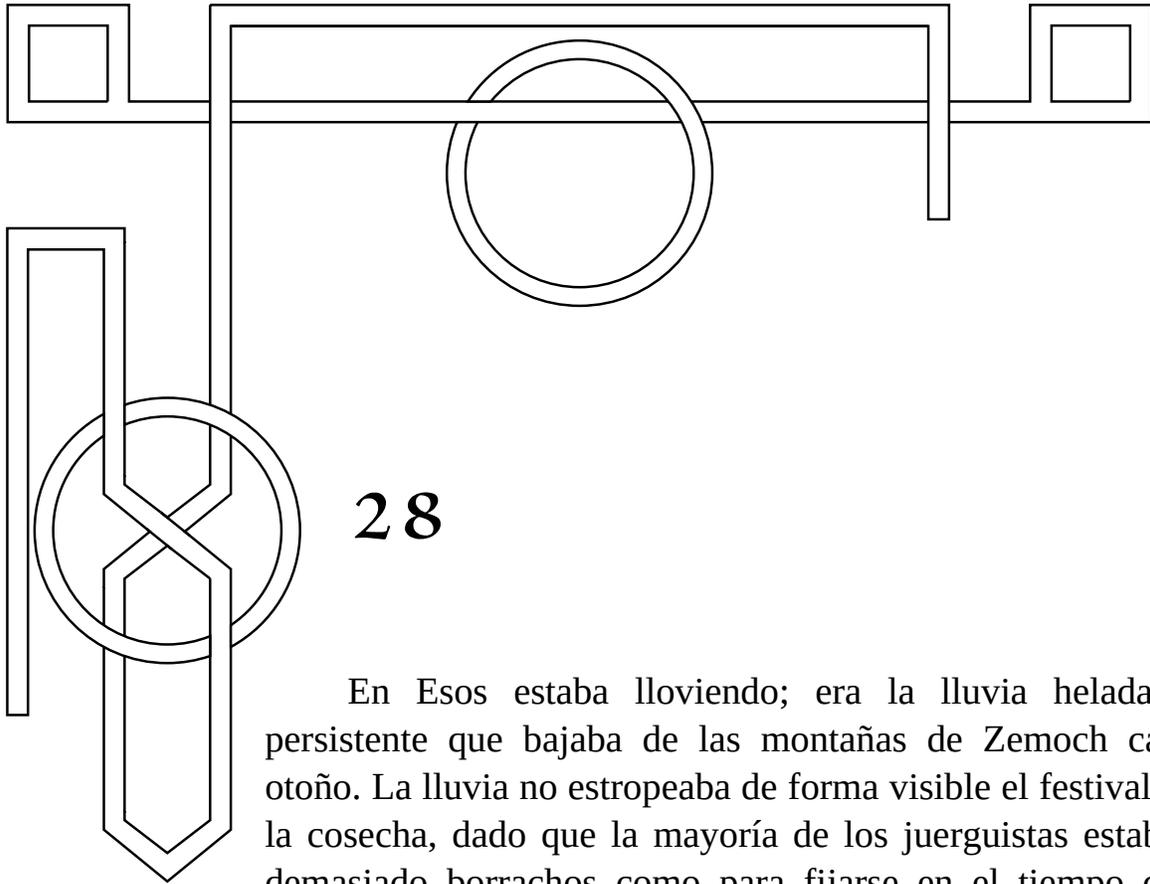
El hombre de la nariz sangrante podría haber huido de ella de haberse hallado en plena posesión de sus facultades. No obstante, la patada doble que había recibido en la cara lo había conmocionado en apariencia, privándolo de una parte de su buen juicio.

Gritó una vez, justo antes de que la mano de Xanetia llegara a tocarlo. El grito se transformó en una especie de ronco gorgoteo. Con la boca abierta y los ojos desorbitados por el horror, miraba fijamente la destellante forma de aquella que acababa de darle muerte..., aunque sólo durante un momento. Después ya no fue posible reconocer su expresión. La carne del rostro del hombre comenzó a aflojarse y a deslizarse, convertida, por el mortal toque, en un líquido en estado de putrefacción. La boca pareció abrírsele más al deshacerse las mejillas y los labios y bajar hasta chorrearle desde el mentón. Intentó gritar una vez más, pero la decadencia le había alcanzado la garganta, y lo único que manó de su boca sin labios fue un resuello líquido. La carne se deslizó de sus manos y la daga cayó de los huesos que la rodeaban.

Se derrumbó hasta quedar de rodillas mientras los viscosos residuos de piel,

nervios y tendones rezumaban por la ropa que lo cubría.

El fuego de la anarae disminuyó, y la muchacha ocultó el relumbrante rostro en las fulgentes manos y se echó a llorar.



28

En Esos estaba lloviendo; era la lluvia helada y persistente que bajaba de las montañas de Zemoch cada otoño. La lluvia no estropeaba de forma visible el festival de la cosecha, dado que la mayoría de los juerguistas estaban demasiado borrachos como para fijarse en el tiempo que hacía.

Stolg no estaba borracho. Estaba trabajando, y no sentía otra cosa que no fuese desprecio por los hombres que bebían dentro del horario laboral. Stolg era un tipo indefinido que llevaba ropas sencillas. Tenía el pelo muy corto y unas enormes manos poderosas. Avanzó discretamente por entre la multitud de jaraneros en dirección al barrio más adinerado de la ciudad.

Stolg y su esposa Ruta habían discutido aquella mañana, y eso siempre lo ponía de mal humor. Realmente, Ruta tenía muy pocas razones para quejarse, pensó, mientras se apartaba del camino de un grupo de jóvenes aristócratas borrachos. Después de todo, él era un buen proveedor de su hogar, y la pulcra casita que tenían en la periferia de la ciudad era la envidia de todos sus amigos. El hijo de ambos era aprendiz de un carpintero local, y la hija tenía excelentes perspectivas de hacer un buen matrimonio. Stolg amaba a Ruta, pero ella se volvía periódicamente irascible por algunas pequeñeces y lo importunaba hasta la muerte por esas naderías. En aquella ocasión concreta, ella estaba molesta porque la casita no tenía una cerradura adecuada en la puerta delantera, y por

muchas veces que él le repitiera que ellos, precisamente, de entre todos los habitantes de la ciudad, no tenían necesidad alguna de poner una cerradura, ella continuaba machacando sobre el tema. Stolg se detuvo retirándose a un portal profundo mientras la patrulla pasaba por la calle. Djukta habría normalmente sobornado a la patrulla para que se mantuviera fuera del camino de Stolg, pero estaban en pleno festival de la cosecha, así que habría la suficiente confusión y alboroto como para ahogar cualquier grito incidental. Djukta no era un tipo que gastara dinero innecesariamente. Era una broma corriente en las tabernas de los bajos fondos de Esos, el decir que Djukta se había dejado crecer deliberadamente aquella enorme barba para ahorrarse el precio de una capa.

Stolg vio la casa que constituía su punto de destino, y se metió en el callejón apestoso que discurría por detrás de la misma. Había dispuesto las cosas con el fin de que le colocaran una escalera de mano contra la pared trasera, así subió rápidamente y entró por una ventana del segundo piso. Avanzó pasillo abajo y cruzó la puerta del fondo hacia el interior de un dormitorio. Un antiguo sirviente de la casa le había dibujado un plano y le había señalado el dormitorio del dueño, un noble menor llamado conde Kinad. Una vez dentro de la habitación, Stolg se tendió sobre el lecho. Durante la espera, mejor sería que se pusiera cómodo. Podía oír el ruido de la fiesta proveniente de la planta baja.

Mientras se encontraba allí tendido, decidió instalar la cerradura que quería Ruta. No sería costosa, y la paz y tranquilidad de la casa bien lo merecían.

No había pasado más de media hora cuando oyó unos pesados pasos, ligeramente inseguros, en la escalera. Rodó rápidamente fuera de la cama, atravesó en silencio la estancia hasta llegar a la puerta, y apoyó una oreja contra el panel de madera de la misma.

—No es en absoluto ningún problema —dijo en el exterior una voz estrepajosa—. Tengo una copia en mi dormitorio.

—De verdad, conde Kinad —le dijo una mujer desde el pie de la escalera—, os creo de palabra.

—No, baronesa, quiero que leas las palabras exactas de su majestad. Es la proclama más idiota que hayas visto jamás.

La puerta se abrió y por ella entró un hombre con una vela en la mano. Era el que le habían señalado a Stolg dos días antes. Stolg se preguntó officiosamente qué habría hecho el conde Kinad para irritar a alguien hasta el punto de justificar una visita profesional. Apartó el pensamiento de sí. En realidad, eso no era de su incumbencia.

Stolg era un profesional minucioso, así que tenía varias técnicas a su disposición. Sin embargo, el hecho de que el conde Kinad estuviera de espaldas, le daba la oportunidad de poner en práctica la que más prefería. Se sacó un largo puñal del cinturón, avanzó hasta el conde y le clavó la larga y fina hoja en la base del cráneo produciendo un crujido acerado. Aferró el cuerpo que caía y lo dejó silenciosamente en el suelo. Una puñalada en el cerebro era siempre cosa segura, además de ser rápido, silencioso, y producir un mínimo de sangre. Ruta detestaba con toda su alma lavar la ropa de trabajo de su esposo cuando estaba completamente cubierta de sangre. Stolg apoyó un pie entre los omóplatos del conde y le arrancó el puñal de la parte trasera del cráneo. Era algo delicado. El arrancar un puñal del hueso requiere bastante fuerza.

Stolg volvió el cadáver boca arriba y contempló atentamente el rostro del muerto. Un profesional siempre se asegura de que su cliente haya quedado servido de forma permanente.

El conde estaba definitivamente muerto. Tenía los ojos inexpresivos, la cara comenzaba a ponerse azul, y por la nariz comenzaba a manarle un hilillo de sangre. Stolg limpió el puñal, lo guardó y volvió a salir al pasillo. Avanzó silenciosamente hacia la ventana por la que había penetrado en la casa.

Había otros dos nombres en la lista que le había entregado Djukta, y con suerte podría servir a otro de esos clientes aquella misma noche. Sin embargo, llovía, y a Stolg le disgustaba de veras trabajar con lluvia. Decidió que se marcharía a casa en lugar de continuar con el trabajo, y le diría a Ruta que cedería sólo por aquella vez, que iba a instalar la cerradura que ella deseaba tanto. Luego pensó que podría ser agradable que llevaran al hijo y a la hija a la taberna que estaba en la misma calle en la que vivían, para beber unos cuantos pichelos de cerveza con los vecinos. Después de todo, era el festival de la cosecha, y un hombre debe intentar pasar las fiestas con sus amigos y su familia.

Sherrok era un tipo pequeño y flaco, con pelo ralo y un cráneo lleno de bultos. Más que caminar, se escabullía por las atestadas calles de Verel, ciudad de Daconia meridional. Durante el día, era un funcionario menor que se mordía la lengua cuando recibía órdenes de sus superiores tamules. Sherrok aborrecía con todo su ser a los tamules, y el hallarse en una posición subordinada respecto a ellos lo ponía a veces enfermo. Fue ese aborrecimiento lo que había estado principalmente detrás de su decisión de venderle información al depravado

estirio Ogerajin, el cual le había presentado un conocido mutuo. Cuando Ogerajin, tras algunas preguntas cuidadosamente expresadas, le había insinuado que cierta clase de información podría valer bastante dinero, Sherrok había aprovechado al vuelo la posibilidad de traicionar a sus despreciados superiores..., así como de ganar una suma considerable.

La información que aquella noche tenía para Ogerajin era muy importante. Los codiciosos chupasangre de tamules iban a aumentar los impuestos en una cuarta parte. Ogerajin le pagaría bellamente por esa información.

Sherrok se lamió los labios mientras se escabullía entre la ruidosa multitud que celebraba el festival de la cosecha. En uno de los mercados de esclavos había a la venta una niña asteliana de ocho años, una criatura embelesadora con enormes ojos aterrorizados, y si podía convencer a Ogerajin de que fuese generoso, Sherrok podría tener la posibilidad de comprarla. Nunca había poseído antes a una niña tan pequeña, y sólo pensarlo le aflojaba las rodillas.

Tenía la mente inundada de ella cuando pasó ante un apestoso callejón, así que realmente no estaba prestando atención alguna a su entorno..., hasta que sintió el alambre que se apretaba estrechamente alrededor de su cuello.

Luchó, por supuesto, pero la verdad es que no le sirvió de mucho. El asesino lo arrastró hasta el interior del callejón, y lo estranguló metódicamente. En lo último que pensó fue en el rostro de la niña. Parecía estar riéndose de él.

—De verdad que das más problemas de lo que vales, ¿sabías eso? —le dijo Bersola al hombre muerto que estaba tendido en la proa del bote de remos.

Bersola hablaba siempre con los hombres que mataba. Muchos de los colegas de Bersola pensaban que estaba loco. Probablemente tenían razón.

El principal problema de Bersola residía en el hecho de que siempre hacía las cosas de la misma forma. Inevitablemente les clavaba el cuchillo a sus clientes entre la tercera y la cuarta costilla con un ángulo ligeramente inclinado hacia abajo. No obstante, era sin duda algo eficaz, puesto que un cuchillo clavado en ese lugar no podía errar el corazón. Otra costumbre de Bersola era la de no dejar nunca el cadáver en el lugar en que caía. Tenía un compulsivo sentido del orden que lo obligaba a poner los restos mortales en algún lugar fuera de la vista. Dado que Bersola vivía y trabajaba en la ciudad daconiana de Ederus, emplazada sobre la costa del mar de Edom, el hacer desaparecer los cuerpos era algo sencillo. Un corto paseo en bote y unas cuantas piedras atadas a los pies del difunto,

acababan con todas las pistas. No obstante, la personalidad impulsada por los hábitos que tenía Bersola, lo llevaba a hundir siempre los cadáveres exactamente en el mismo lugar. Los demás asesinos de Ederus hacían frecuentes referencias graciosas al «Arrecife de Bersola», un punto de aquel gigantesco lago salado que supuestamente tenía una alta pila de cadáveres hundidos. Incluso personas que no comprendían plenamente el significado de la expresión, hablaban del Arrecife de Bersola.

—Simplemente fuiste y lo hiciste, ¿verdad? —le preguntó Bersola al cadáver que llevaba en la proa del bote, mientras remaba hacia su arrecife—. Simplemente tenías que ir y ofender a alguien. No puedes culpar a nadie más que a ti mismo por esto, ¿sabes? Si te hubieras comportado bien, nada de esto habría sucedido.

El cadáver no le contestó. Verdaderamente nunca lo hacían. Bersola se detuvo a comprobar el lugar en que se hallaba. En la otra orilla había las habituales luces en la ventana de la taberna de Fanna, y se veía un fuego que estaba apagándose en el promontorio rocoso de la margen más próxima. El faro que había en el muelle, que se adentraba en el mar de Edom desde Ederus, estaba exactamente a popa.

—Éste es el sitio —le dijo Bersola al muerto—. Tendrás muchísima compañía ahí abajo, así que no estarás tan mal. —Subió los remos al bote y gateó hasta la proa. Comprobó los nudos de la cuerda que sujetaba la enorme roca entre los tobillos del cadáver—. Lamento de verdad todo este asunto, ¿sabes? —se disculpó—, pero es culpa tuya. —Pasó la roca y las piernas del muerto por encima de la borda. Lo sostuvo por los hombros durante un momento—. ¿Hay algo que quieras decir? —le preguntó.

Aguardó durante un intervalo decente de tiempo, pero el muerto no respondió.

—No pensaba que realmente fueras a decir nada —le aseguró Bersola.

Soltó los hombros y el cadáver se deslizó, laxo, por encima de la borda, desapareciendo en las oscuras aguas del lago salado.

Bersola se puso a silbar su tonada preferida mientras remaba de vuelta a Ederus.

Avin Wargunsson, príncipe regente de Thalesia, era presa de una furia suprema. El patriarca Bergsten se había marchado de Thalesia sin decir siquiera un «con

vuestro permiso». ¡Eso era intolerable! Aquel hombre no tenía absolutamente ninguna consideración para con la dignidad del príncipe regente. Después de todo, Avin Wargunsson iba a ser rey algún día —en cuanto el loco delirante de la torre norte decidiera, finalmente, morir—, y era acreedor de ciertas cortesías. ¡La gente hacía siempre caso omiso de él! Aquella indiferente falta de consideración emponzoñaba el alma del pequeño príncipe heredero. Avin medía apenas más de tres codos y medio de estatura, y en un reino completamente inundado de gente rubia de una estatura superior a la de él en un codo o más, el príncipe resultaba casi insignificante. Había pasado toda la infancia escabulléndose como un ratón de debajo de los pies de hombres gigantes que no dejaban de pisarlo accidentalmente porque rehusaban mirar hacia abajo y ver que él estaba allí.

A veces eso lo ponía tan furioso que no podía por más que gritar. Entonces, sin siquiera molestarse en llamar a la puerta, dos fornidos rufianes rubios abrieron la puerta y entraron rodando un enorme barril.

—Aquí está el tonel de vino tinto arciano que querías, Avin —le dijo uno de ellos.

El bárbaro ignorante no sabía siquiera lo bastante como para emplear una fórmula adecuada para dirigirse a él.

—Yo no he pedido un barril de vino —le espetó Avin.

—El jefe de los guardias ha dicho que querías un barril de vino tinto arciano —declaró el otro salvaje rubio, mientras cerraba la puerta—. Sólo estamos haciendo lo que nos han mandado. ¿Dónde quieres que lo dejemos?

—Oh, dejadlo allí —respondió Avin, señalando con un dedo. Era más fácil eso que ponerse a discutir con ellos.

Los hombres hicieron rodar el tonel por el piso y lo colocaron en el rincón indicado.

—No creo conoceros —comentó Avin.

El que había hablado primero se encogió de hombros.

—Somos nuevos. Nos enrolamos en la guardia real la semana pasada.

Buscó en la bolsa de lona y sacó de ella una palanqueta. La insertó cuidadosamente por debajo de la tapa del barril, y la movió arriba y abajo hasta que la tapa se soltó.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Avin con tono imperioso.

—No podrás bebértelo si no puedes llegar a él, Avin —señaló el hombre—. Nosotros tenemos las herramientas adecuadas para abrirlo, y probablemente tú

no dispongas de ellas.

Al menos aquel hombre iba completamente afeitado. Avin aprobaba eso. La mayoría de los hombres de la guardia real parecían árboles ambulantes a los que les crecía encima un musgo dorado.

—Será mejor que lo pruebes y te asegures de que no se ha agriado, Brok.

—De acuerdo —asintió el otro. Recogió un poco de vino con la mano ahuecada y lo sorbió ruidosamente. Avin se estremeció—. A mí me parece que está bien, Tel —respondió luego. Una expresión meditativa le cruzó el rostro—. ¿Por qué no llenamos un cubo con este vino antes de volver a ponerle la tapa? —sugirió—. El subir el barril por las escaleras ha sido un trabajo muy pesado, y me ha dado bastante sed.

—Buena idea —asintió Tel.

El hombre barbudo cogió el cubo de madera recubierto de bronce que Avin utilizaba como papelera.

—¿No te importa si utilizo esto, Avin? —preguntó.

Avin lo miró con la boca abierta. Aquello iba demasiado lejos, incluso para las costumbres de Thalesia.

El tipo robusto vació el contenido del cubo sobre el escritorio de Avin, y lo hundió en el barril. Una vez lleno, lo depositó sobre el piso.

—Creo que ya hemos acabado, Tel —declaró.

—De acuerdo —replicó Tel—. Pongámonos manos a la obra.

—¿Qué estáis haciendo? —exigió saber Avin, con voz chillona, cuando ambos hombres se le acercaron.

Ellos ni siquiera se molestaron en contestarle. ¡Aquello era intolerable! ¡Él era el príncipe regente! ¡La gente no tenía ningún derecho de hacer caso omiso de él, de aquella manera!

Lo levantaron por los brazos y lo llevaron hasta el tonel, sin hacer caso de sus gritos y forcejeos. Ni siquiera consiguió llamarles la atención con puntapiés.

—Adentro —le dijo con voz agradable el que se llamaba Tel, casi con el mismo tono que empleaba para empujar a un caballo al interior de la cuadra. Entre los dos levantaron a Avin Wargunsson y lo metieron de pie dentro del barril. El que se llamaba Brok lo retuvo en el interior mientras Tel sacaba un martillo y un puñado de clavos del saco de lona, y recogía la tapa del tonel. Apoyó la tapa sobre la cabeza de Avin y lo empujó hacia abajo. Luego dio unos golpecitos con el martillo para que encajara en su sitio.

Sólo los ojos y la frente de Avin quedaron por encima de la superficie del

vino. Él contuvo la respiración y golpeó con impotencia la cara inferior de la tapa con ambos puños.

Luego se oyó también otro golpeteo cuando Tel comenzó a clavar con toda calma la tapa del tonel.

Las damas despidieron con bastante firmeza a Kalten al ponerse en camino a la mañana siguiente del atentado contra la vida de la reina Betuana. Kalten se tomaba muy en serio los deberes que él mismo se había impuesto como protector de Xanetia, y se sintió un poco ofendido por ser despachado de una forma tan desdeñosa como aquélla.

—En este momento necesitan un poco de intimidad —explicó Vanion—. Pon algunos caballeros a ambos lados para que las protejan, pero dales el espacio suficiente como para que puedan conseguir que Xanetia lo supere.

Vanion era un soldado, pero sus intuiciones eran a veces muy profundas. Falquián se volvió a mirar por encima del hombro. Sephrenia cabalgaba a un lado de la pesarosa Xanetia, muy cerca de ella, y Betuana marchaba al otro. Xanetia iba a lomos de su montura, con la cabeza gacha, y tenía a Flauta entre los brazos. En torno a ellas había una especie de muralla excluyente cerrando filas alrededor de la compañera herida. Sephrenia avanzaba muy próxima a la anarae, y frecuentemente tendía una mano para acariciar a la joven apesadumbrada. Las diferencias raciales y la enemistad de eones de antigüedad parecían haber sido desplazadas por la fraternidad universal de todas las mujeres. Sephrenia atravesaba esas barreras para consolar a su enemiga sin siquiera pensar en ello. Betuana no se mostraba menos solidaria, y a pesar de la pavorosa demostración de los efectos del contacto de Xanetia, caminaba muy cerca de la joven delfae.

Aphrael, por supuesto, tenía un control absoluto de la situación. Cabalgaba con los brazos en torno a la cintura de Xanetia, y el contacto de Aphrael era una de las más poderosas fuerzas de la tierra. Falquián estaba bastante seguro de que Xanetia no sufría realmente. La diosa niña no habría permitido eso. El aparente horror y remordimiento de la anarae ante lo que se había visto obligada a hacer, estaban principalmente destinados a los ojos de sus dos consoladoras. Con absoluta deliberación, Aphrael estaba borrando la animosidad racial de Sephrenia y la supersticiosa aversión de Betuana por el sencillo expediente de intensificar el aspecto de aflicción externo de Xanetia.

Era fácil subestimar a Aphrael cuando se presentaba en una de sus innumerables encarnaciones de niña caprichosa, y probablemente ésa era la principal razón por la que ella había escogido desde el principio la forma de la diosa niña. Sin embargo, Falquián había visto la realidad de Aphrael ondulantemente reflejada en el espejo de bronce de Matherion, y esa realidad no era ni infantil ni caprichosa. Aphrael, dedujo Falquián, generalmente sabía con toda exactitud qué estaba haciendo, y generalmente obtenía lo que deseaba. Falquián fijó con firmeza la ondulante imagen de la realidad de Aphrael en su mente, con el fin de que estuviese siempre presente cuando las sonrisas con hoyuelos y los besos comenzaran a enturbiarle la capacidad de juicio.

Los días eran sustancialmente más cortos en aquellas latitudes septentrionales. El sol salía ahora muy al sureste, y no se elevaba demasiado sobre el horizonte antes de comenzar a descender nuevamente. La escarcha de cada una de las largas noches se amontonaba sobre la de las anteriores, puesto que el pálido y débil sol ya no tenía fuerza para derretir lo que se había acumulado durante las horas de oscuridad.

Era ya casi la hora del ocaso cuando un gigantesco atan descendió corriendo por un escarchado sendero del bosque para reunirse con ellos. Se encaminó directamente hacia la reina Betuana, se golpeó el pecho a modo de saludo y le habló con tono apremiante. Betuana se volvió rápidamente hacia Falquián y los demás.

—Es un mensajero de Engessa-atan —declaró con voz tensa—. En la costa del extremo este de la muralla están reuniéndose enemigos.

—¿Trolls? —se apresuró a preguntar Vanion.

El gigantesco atan negó repetidamente con la cabeza.

—No, Vanion-lord —le respondió—. Son elenios, y en su mayor parte no se trata de guerreros. Están cortando árboles.

—¿Para emplearlos en la construcción de fortificaciones? —inquirió Bevier.

—No, caballero de la Iglesia. Están atando los troncos entre sí para construir cosas que floten.

—¿Balsas? —preguntó Tynian—. Ulath, tú dijiste que los trolls le tenían miedo al mar. ¿Estarían dispuestos a utilizar balsas para dar la vuelta por el extremo marino de la falla?

—Es difícil saberlo —replicó el thalesiano de rubias trenzas—. Ghwerig

utilizó un bote para atravesar el lago Venne, y es casi seguro que tuvo que viajar como polizón en algún barco para ir de Thalesia a Pelosia cuando siguió al rey Sarak durante la guerra de Zemoch, pero Ghwerig no era como los demás trolls. ¿Están construyendo las balsas en el lado norte de la falla, o a este lado, al sur?

—Están a este lado de la muralla —respondió el atan.

—Eso no tiene demasiado sentido, ¿no? —preguntó Kalten.

—Para mí, no lo tiene, desde luego —admitió Ulath.

—Creo que será mejor que vayamos hasta allí y echemos un vistazo, Falquián —dijo Vanion—. El ataque llevado a cabo contra Betuana la pasada noche es una prueba bastante clara de que Zalasta sabe que estamos en camino, así que este paseíto a través de los bosques ha conseguido su propósito. Unamos nuestras fuerzas con las de Engessa y Kring, y averigüemos si Sorgi ha llegado ya hasta la costa. El invierno se aproxima rápidamente, y creo que nos conviene arreglar las cosas con los trolls antes de que el sol se ponga de manera permanente.

—¿Quieres encargarte de eso, divina Aphrael? —le preguntó Falquián a Flauta—. Se lo pediría al Bhelliom, pero tú has llevado tan bien las cosas hasta ahora, que no querría parecer crítico encargándome de las cosas a estas alturas.

Aphrael entrecerró los ojos.

—Estás tentando a tu suerte, Falquián —le respondió con tono ominoso.

Falquián nunca consiguió saber si Aphrael los había hecho avanzar de alguna forma durante la noche, y si los había hecho dormir durante la travesía de las millas que distaban desde el momento en que saltaron sobre sus monturas hasta el instante en que los caballos dieron el primer paso. La diosa niña tenía demasiada práctica, excesiva habilidad como para dejarse sorprender en una de aquellas interferencias temporales cuando no quería.

La colina era la misma que había estado al noroeste del campamento en el que pasaron la noche, cuando se puso el sol; al menos así lo parecía; pero cuando la coronaron, alrededor de media hora después de ponerse en camino, se encontraron ante una larga playa arenosa y con la extensión gris plomizo del mar de Tamul al otro lado, en lugar del bosque ininterrumpido.

—Eso sí que ha sido rápido —comentó Talen, recorriendo el entorno con la

mirada.

La presencia de Talen en aquella expedición nunca había sido explicada a satisfacción de Falquián. En cualquier caso, él sospechaba de Aphrael. Era fácil sospechar de ella en casos como aquél, y lo más frecuente era que esas sospechas estuviesen bien fundadas, que no lo contrario.

—Alguien se acerca por la playa —advirtió Ulath a sus compañeros mientras señalaba una silueta diminuta que se acercaba a caballo por la orilla del agua, desde el norte.

Talen se encogió de hombros.

—Es Khalad.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Es mi hermano, *sir* Ulath..., además, reconozco la capa que lleva puesta.

Descendieron por la falda de la ladera y bajaron a la arena.

—¿Qué os ha demorado? —le preguntó directamente Khalad a Falquián cuando se reunió con ellos.

—También yo me alegro de verte, Khalad.

—No te hagas el gracioso, Falquián. Hace diez días que lucho para evitar que Engessa y sus atanes pasen nadando al otro lado de la falla. Quieren ir a atacar a los trolls por su propia cuenta y riesgo. ¿Qué tal ha salido el plan de Stragen?

—No sabría decírtelo —le contestó Talen—. Estuvimos de camino hacia aquí durante el festival de la cosecha. Conozco a Stragen y Caalador lo bastante bien como para saber que la mayoría de la gente tras la que andaban estará probablemente muerta a estas alturas. Llegamos con un cierto retraso porque queríamos asegurarnos de que la gente de Zalasta nos viera venir. Pensamos que así tendríamos la posibilidad de distraerlo lo bastante como para mantenerlo apartado del camino de los asesinos de Caalador.

Khalad gruñó.

—¿Están reuniéndose los trolls en algún lugar de las proximidades? —le preguntó Ulath.

—Hasta donde puedo decirte, están todos apiñados en torno a la aldea abandonada de Tzada, al otro lado de la frontera de Atan —le contestó Khalad—. Intentaron escalar la muralla durante algún tiempo, aunque luego se retiraron. Engessa tiene exploradores en lo alto de la muralla; ellos nos avisarán cuando los trolls comiencen a moverse.

—¿Dónde están Engessa y Kring? —inquirió Vanion.

—Un poco más adelante, en la playa, a alrededor de un cuarto de legua, milord. Hemos levantado campamento en los bosques del fondo. Tikume se ha reunido con nosotros. Trajo varios miles de pelois orientales hace unos cinco días.

—Eso será de ayuda —intervino Kalten—. Los pelois se muestran muy entusiastas en la guerra.

—¿Alguna señal de Sorgi? —le preguntó Falquián.

—Está buscando un paso a través de los escollos —replicó Khalad—. Ha enviado un bote por delante para hacernos saber que está de camino.

—¿Qué es todo ese asunto de las balsas? —quiso saber Vanion.

—No son balsas, mi señor, son las secciones de un puente flotante.

—¿Un puente? ¿Un puente hacia dónde?

—No lo sabemos con seguridad. Nos hemos mantenido alejados para que los campesinos edomitas que lo construyen no pudieran vernos.

—¿Qué están haciendo los campesinos edomitas en esta parte del continente? —inquirió Kalten con cierto asombro.

—Construyendo un puente, *sir* Kalten. ¿No estabas escuchando? El viejo amigo de Talen, Amador... y Rebal, y comoquiera que se llame, parece estar al mando, pero también está allí Incetes... y es él quien está causando la mayor impresión. Aúlla órdenes en elenio arcaico, y ha estado rompiéndole la crisma a todo aquel que no lo entiende o que no trabaja con la suficiente rapidez.

—¿Es la falsificación aquella que vimos en los bosques cercanos a Jorsan? —le preguntó Talen.

—Yo creo que no. Ese tipo parece ser bastante más grande, y tiene con él un abultado contingente de hombres vestidos con armaduras de bronce. Creo que alguien está volviendo a resucitar gente del pasado.

—Ése probablemente sea Djarian de Samar —intervino Sephrenia—. Tal vez sí que puede resucitar ejércitos enteros, después de todo.

—Puede si Cyrgon le echa una mano —agregó Aphrael. La diosa niña había tenido aspecto de dormitar en los brazos de su hermana, y luego abrió sus grandes ojos oscuros—. Hola, Khalad —dijo—. Pareces un poco curtido por el viento.

—Hemos tenido algunos vendavales procedentes del mar de Tamul, divina Aphrael. Hay un fuerte olor a hielo mezclado en ellos.

—¡Eso es lo que están haciendo! —exclamó Ulath, haciendo chasquear los dedos.

—¿Todavía sigue haciendo eso? —preguntó Tynian—. Tenía la esperanza de que a estas alturas lo hubierais curado de esa costumbre.

—A Ulath le gusta jugar a los saltos de sapo con su mente, Tynian —le respondió Sephrenia con calma—. Dentro de un momento o dos regresará y nos rellenará los espacios en blanco.

—¿Desde cuándo ha estado haciendo frío por aquí, Khalad? —inquirió Ulath.

—No hacía precisamente calor cuando llegamos, caballero Ulath.

—¿Se está formando hielo en las ensenadas y a lo largo de la costa durante las noches?

—Un poco, pero no es muy grueso, y la pleamar lo rompe antes de que tenga ocasión de extenderse.

—Pero el hielo que flota a un cuarto de milla dentro del mar no está rompiéndose —declaró Ulath—. Sube y baja con las mareas y no roza contra las rocas. Probablemente tiene ya un codo de grueso. Los campesinos edomitas no están construyendo ni balsas ni puentes, sino un muelle que los lleve hasta esa plancha de hielo. E instalarán otro en el lado norte de la muralla. Los trolls estarían perfectamente dispuestos a cruzar por encima del hielo. Eso lo sabemos porque es el modo en que llegaron a Thalesia. Cyrgon va a hacer marchar a los trolls por el muelle que instalen al norte de la muralla, hasta la plancha de hielo. Luego los llevará hacia el sur por el hielo y hasta aquí por el muelle de este lado.

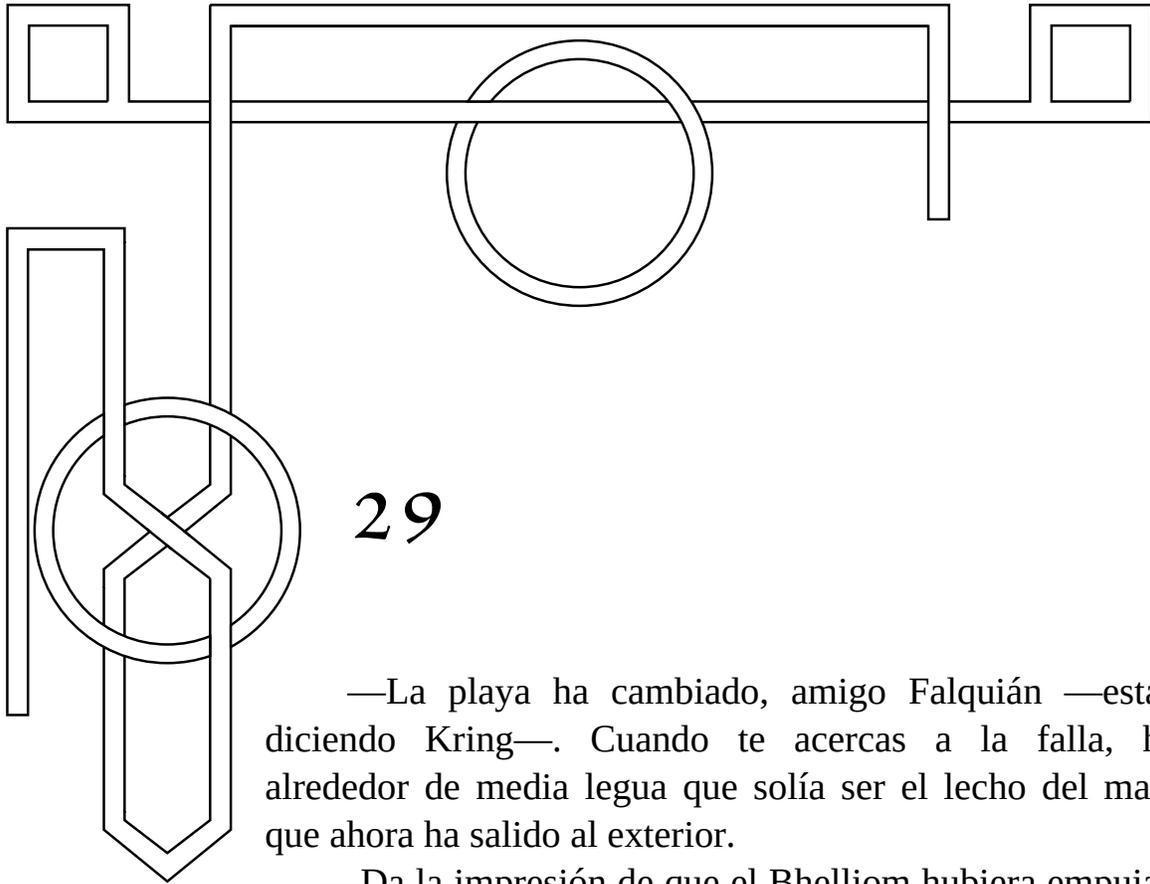
—Y entonces volverán a atacar a los atanes —comentó Vanion con tono severo—. ¿Qué grosor tendrá que tener la plancha de hielo para soportar el peso de los trolls?

—Dos codos, más o menos. Seguramente tendrá el grosor suficiente en el momento en que los muelles estén terminados... si continúa haciendo este frío.

—Creo que podemos contar con Cyrgon para que continúe haciendo frío —comentó Tynian.

—También hay otro problema —añadió Khalad—. Si Cyrgon continúa jugando de esta forma con la temperatura, no pasará mucho tiempo antes de que los barcos de Sorgi se queden atascados en el hielo. Creo que será mejor que se nos ocurra algo, mis señores..., y muy pronto..., o volveremos a encontrarnos hundidos en trolls hasta el cuello.

—Vayamos a hablar con Kring y Engessa —propuso Falquián.



## 29

—La playa ha cambiado, amigo Falquián —estaba diciendo Kring—. Cuando te acercas a la falla, hay alrededor de media legua que solía ser el lecho del mar y que ahora ha salido al exterior.

—Da la impresión de que el Bhelliom hubiera empujado la tierra del norte de la falla debajo del resto del continente —agregó Khalad—. Lo que ha sucedido es algo así como que la otra parte se deslizó por debajo y levantó este lado de la falla para formar la muralla. Sin embargo, el suelo del norte se hundió, así que el mar entró aproximadamente una legua en tierra firme. Pueden verse las copas de los árboles que asoman fuera del agua. La rotura era limpia y recta en la parte en la que nos hallábamos cuando comenzó el terremoto, pero aquí, en la costa, se produjeron muchísimos deslizamientos de tierra. Al norte de la falla hay grandes rocas que sobresalen de la superficie.

—¿Dónde están los edomitas que has mencionado? —le preguntó Vanion.

—Más arriba, cerca del extremo de barranco, mi señor. Están talando árboles y llevando los troncos hasta la orilla del agua. Allí es donde están construyendo las secciones. —Khalad hizo una pausa, con una expresión ligeramente crítica—. No están muy bien hechas —agregó—. Si los trolls intentan llegar a la orilla a través de ese muelle, van a mojarse los pies.

—No puede negar que es hijo de quien es —comentó Kalten, riendo—. ¿Por qué te preocupas por si los trolls puedan o no mojarse los pies, Khalad?

—Si uno hace algo, debe hacerlo bien, caballero Kalten —replicó Khalad con testarudez—. Detesto los trabajos chapuceros.

—¿Dónde está ese lugar en el que están reuniéndose los trolls? —preguntó Vanion—. ¿Qué nombre tiene?

—Tzada, Vanion-preceptor —replicó Engessa—. Al norte de Atan.

—¿Qué están haciendo?

—Es difícil saberlo desde lo alto del barranco.

—¿Dónde está la frontera que separa Atan del propio Tamul? —inquirió Tynian.

—No existe ninguna frontera real, Tynian-caballero —le explicó la reina Betuana—. No es más que una fina línea trazada en un mapa, y esa línea no tiene ningún significado en el cabo Norte. Una tierra en la que el sol se pone a finales del otoño y no vuelve a salir hasta principios de la primavera, y donde los árboles se congelan y estallan en pleno invierno, no atrae a muchos colonos. La parte occidental del cabo está supuestamente en Astel; el centro en Atan; y al este se le llama parte del propio Tamul. Nadie de los que están por aquí arriba le pone demasiada atención a ese tipo de cosas. La tierra pertenece a cualquiera que sea lo bastante estúpido como para vivir tan al norte.

—Hay alrededor de ciento cincuenta millas hasta Tzada —les informó Engessa.

—Eso es una buena semana de viaje para los trolls —comentó Ulath—. ¿Cuán adelantado tienen los edomitas el muelle ese?

Khalad se rascó una mejilla.

—Yo diría que les faltan unos buenos diez días para acabarlo.

—Y dentro de diez días la plancha de hielo que está en el mar tendría que ser lo bastante gruesa como para soportar el peso de los trolls —concluyó Ulath.

—Cyrgon se asegurará bien de que tenga el grosor suficiente —agregó Flauta.

—Alguien está planificando las cosas con gran exactitud —observó Bevier—. Los edomitas tendrán acabado el muelle dentro de diez días, el hielo será lo bastante sólido como para caminar sobre él al cabo de ese mismo período de tiempo, y si los trolls parten de Tzada dentro de tres días llegarán aquí cuando todo esté preparado.

—En ese caso tenemos toda clase de opciones —reflexionó Vanion—. Podemos destruir el muelle sur y dejar a los trolls varados en el hielo; podemos limitarnos a esperar y hacerles frente cuando intenten llegar a la orilla; podemos

utilizar los barcos de Sorgi para intentar atacarlos cuando estén en el propio muelle; o podemos...

La reina Betuana estaba negando firmemente con la cabeza.

—¿Algún problema, majestad? —le preguntó Vanion.

—No disponemos de tanto tiempo, Vanion-preceptor —le contestó ella—. ¿Cuánto dura la luz del sol aquí, en este momento, Engessa-atan?

—No mucho más de cinco horas, Betuana-reina.

—Dentro de diez días no durará siquiera eso. ¿Nos conviene luchar contra los trolls en la oscuridad?

—Ni en lo más mínimo, majestad —respondió Ulath, estremeciéndose—. El caso es que realmente no queremos luchar en absoluto contra ellos. Queremos ganarlos por la mano. Podríamos limitarnos a hacer caso omiso de todos esos trabajos de construcción de la costa, ¿sabéis? Los barcos de Sorgi pueden transportarnos de manera que evitemos a esos grupos de trabajo, y desembarcamos lo bastante al norte de la falla como para que el Bhelliom no provoque otra colección de terremotos; luego podremos hacer que nos lleve hasta Tzada.

—Ése es un buen plan, Ulath-caballero —asintió Betuana—, si no fuera por el hielo. Ya está formándose ahí fuera, ¿sabes?

—Aphrael —dijo Falquián a la diosa niña—. ¿Podrías derretir el hielo para que pudiéramos pasar?

—Si realmente tengo que hacerlo... —replicó ella—. Pero eso no sería muy cortés. El hielo es parte del invierno, y el invierno le pertenece a la Tierra. La Tierra es hija del Bhelliom, no mía, así que tendrás que hablar con el Bhelliom al respecto.

—¿Qué debo pedirle que haga?

Ella se encogió de hombros.

—¿Por qué no lo dejas simplemente en manos del Bhelliom? Dile que el hielo es un problema y deja que sea él quien decida cómo solucionarlo. Tienes mucho que aprender respecto a la etiqueta en este tipo de situaciones, Falquián.

—Supongo que así es —admitió él—, pero es el tipo de cosas que no surgen todos los días, así que no he tenido muchas oportunidades de adquirir práctica.

—¿Ves a qué me refería cuando hablaba de esas secciones, Falquián? —dijo Khalad—. Esos troncos verdes se quedan tan hundidos en el agua que no podrías

hacer pasar a un burro por ese muelle sin que se mojara las patas hasta los carretones.

—¿Y cómo lo habrías hecho tú?

—Yo habría puesto una doble capa de troncos, una capa cruzada encima de la otra.

Los dos se encontraban tendidos entre los arbustos de un montículo, observando a los campesinos edomitas que trabajaban en el muelle. La primera sección ya estaba fijada en su sitio y se adentraba alrededor de cinco varas en las heladas aguas. Las secciones adicionales iban siendo atadas al extremo tan rápidamente como quedaban acabadas.

—Allí está Incetes —dijo Khalad, señalando a un hombre enorme que llevaba cota de malla de bronce y casco con cuernos—. Él y esos guerreros prehistóricos que ha traído consigo han estado haciendo trabajar a los pobres campesinos hasta el agotamiento. Rebal anda corriendo por ahí, agitando las manos e intentando parecer importante, pero en realidad es Incetes quien está al mando. Los campesinos no parecen comprender el lenguaje en que les habla, así que ha estado hablándoles con la mano. —Khalad se rascó la corta barba negra—. ¿Sabes, Falquián? Si lo matamos, sus guerreros desaparecerán, y una sola carga de los caballeros haría huir a Rebal y a sus campesinos de vuelta a Edom.

—Es una bonita idea pero ¿cómo vamos a acercarnos lo bastante como para matarlo?

—Yo ya estoy lo bastante cerca, Falquián. Podría matarlo desde aquí mismo.

—Está a doscientos cincuenta pasos de distancia, Khalad. Tu padre decía que el alcance máximo de una ballesta son doscientas varas... y que incluso eso requería una buena dosis de suerte.

—Yo disparo mejor que mi padre. —Khalad levantó su ballesta—. He modificado un poco la mira y el largo del arco. Incetes está lo bastante cerca, créeme. Desde aquí podría clavarle una flecha en la nariz.

—Ésa es una descripción muy gráfica. Vayamos a hablar con Vanion.

Se deslizaron hasta el otro lado del promontorio, montaron en sus caballos y regresaron al campamento oculto que habían instalado. Falquián les explicó rápidamente los planes de su escudero a los demás.

—¿Estás seguro de que podrías acertarle a esa distancia, Khalad? —le preguntó Vanion con cierto escepticismo.

Khalad suspiró.

—¿Quieres una demostración, mi señor?

Vanion negó con la cabeza.

—No. Si tú me dices que puedes acertarle, yo te creo.

—Muy bien. Puedo acertarle, mi señor.

—Con eso me basta. —Vanion frunció el entrecejo—. ¿Cuál dirías que es el alcance extremo absoluto de una ballesta? —inquirió. Khalad tendió las manos con las palmas hacia arriba.

—Tendría que experimentar, mi señor —replicó—. Estoy seguro de poder construir una que tenga un alcance de disparo de mil varas, pero dar en el blanco con ella resultaría difícil, y probablemente les llevaría media hora a dos hombres el volver a cargarla. El arco tendría que ser muy rígido.

—Un millar de pasos. —Vanion suspiró, meneando la cabeza. Se dio unos golpecitos con los nudillos en el peto de la armadura—. Creo que nos estamos quedando obsoletos, caballeros. —Luego se puso de pie—. Bueno, todavía no somos obsoletos. Puesto que de cualquier forma estamos aquí, continuemos adelante y neutralicemos el muelle sur. Lo único que va a costarnos es una simple saeta de ballesta y una sola carga montada. La consternación que ello va a causarles a nuestros enemigos vale por lo menos eso.

Kring y Tikume subían a caballo por la colina, procedentes de la orilla, con el capitán Sorgi siguiéndoles al paso. Sorgi no era un jinete muy bueno; cabalgaba con el cuerpo rígido y se aferraba a la silla.

—El amigo Sorgi ha desembarcado en uno de esos botes de remos —informó Kring—. Los botes grandes están todavía a un tercio de legua mar adentro.

—Son barcos, amigo Kring —lo corrigió Sorgi con expresión dolorida—. Los pequeños son botes, pero los grandes se llaman barcos.

—¿Qué diferencia hay, amigo Sorgi?

—Un barco tiene un capitán; un bote funciona por consentimiento mutuo. —La expresión de Sorgi se hizo sombría—. Tenemos un problema, maese Cluff. Se está formando hielo justo detrás de mis barcos. Podré traerlos hasta la orilla, pero no creo que vayan a serte de mucha utilidad. He estado haciendo sondeos, y tendremos que alejarnos de la costa aproximadamente media legua para poder rodear el escollo que se adentra en el mar desde la falla. Ya no tenemos esa media legua libre. El hielo está avanzando a gran velocidad hacia la orilla.

—Será mejor que hables con el Bhelliom, Falquián —le aconsejó Aphrael a su padre—. Creí habértelo dicho esta mañana.

—Sí —asintió él—. La verdad es que lo hiciste.

—¿Y por qué no lo has hecho, entonces?

—Tenía otras cosas en la cabeza.

—Se ponen así cuando se hacen viejos —le explicó Sephrenia a su hermana—. Se vuelven tercos y dejan de hacer cosas deliberadamente, sólo porque hemos sido nosotras quienes las han sugerido. Detestan que se les diga lo que tienen que hacer.

—¿Cuál es la mejor manera de obviar ese problema?

Sephrenia sonrió dulcemente a los guerreros que se hallaban de pie en torno a ella.

—Yo siempre he tenido mucha suerte con el sistema de pedirles que hicieran exactamente lo opuesto de lo que yo quería.

—De acuerdo —comentó la diosa niña, dubitativamente—. A mí me parece una necesidad, pero si es la única manera de conseguir que se hagan las cosas...

—Aphrael se irguió—. ¡Falquián! —exclamó con una voz autoritaria—. ¡No vayas a atreverte a hablar con el Bhelliom!

Falquián suspiró.

—Me pregunto si Dolmant tendrá alguna vacante para mí en un monasterio, cuando regrese a casa —meditó.

Falquián y Vanion se alejaron un poco de los demás para consultar con la rosa de zafiro. Flauta los siguió. Falquián tocó la tapa de la caja con el anillo.

—Ábrete —le ordenó—. Rosa Azul —dijo, dirigiéndose al Bhelliom—, el invierno se aproxima con insólita prontitud, y el hielo que flota sobre el mar entorpece los designios nuestros. Nos trasladaremos a una cierta distancia más allá de la vuesa muralla excelente con el fin de que los movimientos de nosotros no perturben a la vuesa fija.

—Sois considerado, Anakha —replicó la voz de Vanion.

—La cortesía suya no carece de la mancha del interés personal, Gema-Flor —intervino Aphrael con una traviesa sonrisilla—. Cuando la fija vuesa se estremece, le trastorna el estómago suyo.

—No tenías por qué decir eso, Aphrael —la reprendió Falquián—. ¿Vas a hacer esto tú?

—No. Mis modales son mejores que eso.

—¿Y por qué nos has acompañado, entonces?

—Porque le debo una disculpa al Bhelliom... y él me debe una explicación.

Miró al interior de la caja de oro, y el fulgor azul le iluminó el rostro. Le habló directamente a la piedra en un idioma que Falquián no conocía, aunque le resultaba atormentadoramente familiar. Se producían pausas mientras ella hablaba, pausas durante las cuales Falquián presumía que el Bhelliom estaba respondiéndole, comunicándose directamente con ella en una voz que sólo la diosa niña podía oír. En un momento dado ella se puso a reír; campanilleos y más campanilleos de argentina risa que casi parecían chisporrotear en el aire helado.

—Muy bien, Falquián —dijo finalmente Flauta—. El Bhelliom y yo hemos acabado de disculparnos el uno con el otro. Puedes continuar y presentarle tu problema.

—Eres muy amable —murmuró él.

—No seas mal educado.

—Yo no os incomodaría con los nuestros triviales cuidados, Rosa Azul —continuó entonces Falquián—, pero pienso que el comienzo del invierno ha sido adelantado por la mano de Cyrgon, y está fuera de nuestro poder el responder a ese fenómeno.

El tono de la voz de Vanion era severo cuando el Bhelliom respondió.

—Yo pienso que Cyrgon necesita que lo instruyan en cortesía, Anakha... y acaso también en las virtudes de la humildad. Ha dirigido la suya voluntad hacia la prematura formación de los hielos. Le retorceré las barbas tuyas por esto. Hay ríos en el mar, y él lo ha desviado a uno de ellos para congelar esta costa en bien de su designio. Yo desviaré aún otro y traeré el tórrido aliento de los climas tropicales a esta costa septentrional para consumir sus hielos.

Aphrael dio palmas y se puso a reír con deleite.

—¿Qué es lo que te resulta tan divertido? —le preguntó Falquián.

—Cyrgon va a ponerse bastante enfermo durante unos cuantos días —replicó ella—. Sois sabio más allá de toda medida, Gema-Flor —declaró alegremente.

—Vos sois muy gentil por decir eso, Aphrael, pero pienso que el vuestro elogio tiene un ligero tinte de lisonja.

—Bueno —concedió ella—, acaso un poquito, pero los elogios excesivos hacia aquellos a quienes queremos no son un pecado, ¿digo bien?

—Guardad bien el corazón vuestro, Anakha —le aconsejó el Bhelliom a Falquián—. La diosa niña os lo robará del pecho cuando menos lo esperéis.

—Eso lo hizo hace años, Rosa Azul —replicó Falquián.

—Esto puedo hacerlo yo solo, Falquián —susurró Khalad—. No necesito una señorita de compañía.

Los dos se hallaban tendidos detrás de un tronco, en lo alto del montículo desde el que habían observado a los trabajadores edomitas el día anterior. Los grupos trabajaban a la humeante luz de unas hogueras que eran alimentadas con leña verde. Había luna llena, y el humo del fuego casi parecía relumbrar en el pálido brillo del astro.

—Sólo he venido para admirar tu disparo, Khalad —replicó Falquián con tono inocente—. Me gusta ver a los profesionales en acción. Además, tengo que hacerle la señal a Vanion en el momento en que pongas a Incetes a dormir. —Estaba tiritando—. ¿No hemos llegado un poco pronto? —le preguntó a su compañero—. El cielo no comenzará a iluminarse hasta dentro de una hora. Lo único que estamos haciendo aquí es criar carámbanos.

—¿Quieres hacerlo tú?

—No. Probablemente no podría ni pasarle cerca desde esta distancia.

—En ese caso, ¿quieres hacer el favor de cerrar la boca y dejarme hacer?

—Eres terriblemente refunfuñón para ser tan joven como eres, Khalad. Eso habitualmente no llega hasta que un hombre es mucho mayor que tú.

—El tratar con caballeros me ha hecho madurar más pronto.

—¿Cómo funciona esa nueva mira tuya?

—¿Sabes lo que significa la palabra «trayectoria»?

—Más o menos.

Khalad meneó la cabeza con cansancio.

—Es igual, Falquián. Mis cálculos son precisos. Puedes creerme.

—¿De verdad que lo calculaste sobre el papel?

—El papel es más barato que un haz de saetas nuevas.

—Me da la impresión de que pasas más tiempo haciendo cálculos y ajustando las miras que disparando.

—Sí —admitió Khalad—, pero si lo haces bien, sólo tienes que disparar una vez.

—¿Por qué hemos salido tan temprano, entonces?

—Para darles tiempo a mis ojos a que se adapten a la luz. La luz va a ser peculiar cuando dispare la ballesta. Cuando llegue ese momento, tendré la luz de la luna, la de las hogueras y los primeros toques del alba en el cielo. Todo eso estará cambiando, y yo necesito observar cómo cambia para que mis ojos estén

preparados. También tengo que localizar a Incetes y mantenerle la vista encima. El matar a su primo segundo no conseguiría nuestro objetivo.

—Piensas en todo, ¿no es cierto?

—Alguien tiene que hacerlo.

Continuaron esperando. La pálida luz de la luna llena teñía la arena de la playa de un blanco intenso, casi como la nieve, que había salido recientemente a la superficie, y el aire de la noche era penetrantemente frío.

—Mantén la cabeza baja, Falquián, o contén la respiración.

—¿Qué?

—Tu respiración está condensándose. Si alguien mirara hacia aquí, se daría cuenta de nuestra presencia.

—Hay doscientos cincuenta pasos de distancia, Khalad.

—¿Por qué correr el riesgo si no hay necesidad? —Espió a las siluetas como hormigas que trabajaban en la linde del bosque—. ¿La emperatriz Elysoun anda todavía persiguiendo a Berit? —preguntó, pasados unos instantes.

—Parece estar diversificando un poco sus intereses, aunque creo que lo atrapó unas cuantas veces.

—Perfecto. Berit era terriblemente relamido cuando era más joven. Está enamorado de tu esposa, ¿sabes?

—Sí. Hablamos de ello hace algunos años.

—¿A ti no te molesta?

—No. Es una de esas chifladuras que les dan a los jóvenes. Él no tiene ninguna intención de hacer nada al respecto.

—Me cae bien, Berit. Será un buen caballero..., una vez que se haya quitado de encima los restos de su nobleza de cuna. Los títulos convierten a la gente en un poco necia —comentó mientras señalaba con un dedo hacia el horizonte—. Está comenzando a iluminarse el este.

Falquián miró hacia los confines helados del mar de Tamul.

—Sí —asintió.

Khalad abrió el zurrón de cuero que había llevado consigo, y sacó un trozo de salchicha.

—¿Un poco de desayuno, mi señor? —le ofreció a Falquián, mientras desenvainaba la daga.

—¿Por qué no?

Los primeros y débiles toques de luz que aparecieron en el horizonte oriental volvieron a desvanecerse en la oscuridad al desaparecer la «falsa alborada» que

había llegado. Nadie le había explicado nunca satisfactoriamente aquel particular fenómeno a Falquián. Lo había presenciado numerosas veces durante su exilio en Rendor.

—Todavía falta alrededor de una hora —informó Falquián a su escudero.

Khalad gruñó, se tendió de espaldas contra el tronco, y cerró los ojos.

—Creía que estabas aquí para observar —comentó Falquián—. ¿Cómo podrás observar si te pones a dormir?

—No estoy durmiendo, Falquián. Sólo estoy descansando los ojos. Puesto que de todas formas me has acompañado, puedes encargarte de observar durante un rato.

La verdadera aurora comenzó a teñir el cielo oriental al cabo de un rato, y Falquián le tocó un hombro a Khalad.

—Despierta —le dijo en voz baja.

Los ojos de Khalad se abrieron rápidamente.

—No estaba dormido.

—¿Por qué estabas roncando, entonces?

—No roncaba. Sólo estaba aclarándome la garganta.

—¿Durante media hora?

Khalad se incorporó ligeramente y espió por encima del gran tronco.

—Aguardemos hasta que el sol caiga sobre esa gente —sugirió—. El bronce del peto que lleva Incetes destellará al sol, y es más fácil acertar a un blanco brillante.

—Eres tú quien va a disparar.

Khalad miró a los campesinos edomitas que estaban trabajando.

—Acaba de ocurrírseme algo, Falquián. Ellos han construido todas esas secciones para el muelle, que podrían servir de balsas. ¿Por qué desperdiciarlas?

—¿Qué tienes en mente?

—Incluso en el caso de que el Bhelliom derrita el hielo, va a llevarle un par de días al capitán Sorgi trasladarnos a todos en torno al escollo. ¿Por qué no utilizamos esas construcciones como balsas? Sorgi podría desembarcar unas fuerzas numerosas en la otra orilla, a alrededor de una legua al norte del muelle que probablemente están construyendo al otro lado de la muralla, y el resto de nosotros podríamos trasladarnos desde aquí hasta el otro lado del escollo con esas balsas; así podríamos caer sobre esa gente desde ambos lados.

—Yo creía que esas balsas no te gustaban.

—Yo puedo arreglarlas, Falquián. Lo único que tenemos que hacer es coger

dos de ellas, poner una encima de la otra, y tendremos una buena balsa. Puede que Cyrgon tenga más fuerzas aquí, en el cabo Norte, aparte de los trolls. Creo que nos interesaría poner todas estas balsas fuera de su alcance, ¿no te parece?

—Probablemente tengas razón. Hablemos con Vanion al respecto. — Falquián miró hacia el horizonte oriental—. El Sol está comenzando a asomar.

Khalad rodó sobre sí y colocó la ballesta de través sobre el tronco. Comprobó cuidadosamente la instalación de la mira y luego se la apoyó contra el hombro derecho.

Incetes se encontraba de pie sobre un tocón de árbol, a plena luz del sol que salía. Agitaba los brazos y aullaba incomprensibles exhortaciones a sus agotados obreros.

—¿Estás preparado? —preguntó Khalad, mientras apoyaba la mejilla sobre el travesaño y cerraba un ojo para dirigir la mira.

—Yo sí que estoy preparado, pero eres tú quien tiene que disparar.

—Nada de charlas. Ahora tengo que concentrarme.

Khalad respiró profundamente, exhaló parte del aire y luego detuvo completamente la respiración.

Incetes, brillando como el oro al sol recién salido, de pie sobre el tocón, aullaba y agitaba los brazos. El titán de la prehistoria parecía diminuto, casi como un juguete en la distancia.

Khalad apretó lenta, deliberadamente, el disparador.

La ballesta disparó con fuerza, y la gruesa cuerda de tripa emitió su tañido de tono bajo. Falquián observó cómo la saeta describía un arco ascendente.

—Le he dado —declaró Khalad con cierta satisfacción.

—La saeta ni siquiera lo ha alcanzado aún —objetó Falquián.

—Lo hará. Incetes está muerto. La flecha le atravesará directamente el corazón. Ya puedes darle a Ulath la señal para que cargue.

—No estás siendo un poco...

Un tremendo grito de dolor se elevó de la multitud que se hallaba en la linde del bosque. Incetes caía lentamente hacia atrás, y los guerreros de la edad del bronce rielaron y se desvanecieron cuando aún no había llegado al suelo.

—Tienes que aprender a tener un poco más de fe, Falquián —observó Khalad—. Cuando yo te digo que alguien está muerto, ten por seguro que está muerto..., aunque él mismo todavía no lo sepa. ¿Tienes planeado hacerle la señal a Ulath... en algún momento del día de hoy?

—Oh, casi lo olvido.

—Los años les hacen esas cosas a la gente..., o al menos eso es lo que me han dicho.

—Los ministros son corruptos, Ehlana. Soy el primero en admitirlo; pero si tuviera que reconstruir la totalidad del gobierno desde los cimientos, me pasaría la vida entera en ello, y nunca conseguiría que se hiciera nada más. —El tono de la voz de Sarabian era meditabundo.

—Pero es que Pondia Subat es un redomado incompetente —objetó Ehlana.

—Yo quiero que sea un redomado incompetente, cariño. Voy a invertir los papeles habituales. Será él quien desempeñe el cargo de figurante, y yo quien maneje los hilos. Los demás ministros tienen la costumbre de obedecerle a él, así que el tenerlo de primer ministro ni siquiera les creará confusiones. Yo escribiré los discursos de Subat y lo aterrorizaré de tal forma que no se apartará de los textos que le prepare. Lo aterrorizaré hasta el punto que no se cambiará de ropa ni se afeitará sin mi permiso. Ésa es la razón por la que quiero que esté presente y escuche los informes de mi señor Stragen sobre esa solución única que le ha dado a nuestro reciente problema. Quiero que imagine la sensación que produce un cuchillo al clavarse cada vez que se le ocurra tener un pensamiento independiente.

—¿Me permites hacer una sugerencia, majestad? —le preguntó Stragen.

—Sin lugar a dudas, Stragen —replicó Sarabian con una sonrisa—. El éxito de tu atroz plan te ha hecho acreedor de un cuantioso saldo de imparcial indulgencia.

Stragen sonrió y comenzó a pasearse de un lado a otro con expresión profundamente pensativa mientras con los dedos sopesaba una moneda de oro. Ehlana se preguntó dónde habría adquirido aquel hábito.

—En la sociedad de los ladrones no existen las clases sociales, majestad —comenzó—. Somos firmes creyentes en la aristocracia del talento, y el talento aparece en algunos de los lugares más extraños. Puede que fuera conveniente que consideraras el incluir en tu gobierno algunas personas que no sean tamules. La pureza racial está muy bien y es muy bonita, supongo, pero cuando todos los funcionarios gubernamentales de rango de absolutamente todos los reinos súbditos son tamules, se está fomentando el tipo de resentimiento que Zalasta y sus amigos han estado explotando. Una organización más universal podría apagar esos resentimientos. Si un hombre ambicioso ve la oportunidad de

ascender, es mucho menos probable que sienta deseos de librarse del yugo de los diablos amarillos infieles.

—¿Todavía nos llaman así? —murmuró Sarabian, y luego se recostó en el respaldo del asiento—. Es una idea interesante, Stragen. Primero aplasto despiadadamente la rebelión, y luego invito a los rebeldes a formar parte del gobierno. Con eso lograría como mínimo confundirlos, en el peor de los casos.

Mirtai abrió la puerta para dejar entrar a Caalador.

—¿Qué sucede por ahí? —le preguntó Ehlana.

—Nuestros amigos de la embajada cynesgana están muy atareados, majestad —informó él—. Es evidente que nuestra poco corriente celebración del festival de la cosecha los ha puesto nerviosos. Están entrando reservas de alimentos y demás, y reforzando las puertas. Parece como si estuvieran esperando problemas y se preparan para fortificarse.

Sarabian se encogió de hombros.

—Déjalos hacer. Si ellos quieren encarcelarse a sí mismos, me ahorrarán la incomodidad de tener que hacerlo yo.

—¿Krager continúa en el interior? —inquirió Ehlana.

Caalador asintió con la cabeza.

—Esta mañana lo vi caminando solo por el patio.

—No le quites los ojos de encima, Caalador —le advirtió ella.

—T’aseguro que no lo pienso hasé’, tesoriyo —respondió él, sonriendo—. T’aseguro que no.

Vanion condujo la carga de la playa. Los caballeros y los pelois cayeron sobre los desmoralizados trabajadores en medio de un galope atronador, mientras que los atanes de Engessa corrieron por la orilla del agua hasta el comienzo del improvisado muelle, para cortarles la retirada a los que estaban trabajando con el fin de extenderlo más adentro en las heladas aguas del mar de Tamul.

El comerciante de cintas, Amador, chillaba órdenes desde el muelle, pero nadie le prestaba en realidad demasiada atención. Unos pocos de los hombres que habían estado talando árboles presentaron una débil resistencia, pero la mayoría huyó hacia el interior del bosque. Sólo hicieron falta unos pocos minutos para que los que habían decidido resistir se dieran cuenta de que no habían tenido una buena idea, momento en el que arrojaron las armas y levantaron los brazos en señal de rendición. Los caballeros, entrenados para ser

misericordiosos, aceptaron de inmediato la rendición; los pelois de Tikume lo hicieron de muy mala gana; los atanes del muelle tendieron a hacer caso omiso de aquellos que pedían misericordia, y se detenían sólo el tiempo suficiente para arrojarlos al agua de un puntapié. Con Betuana y Engessa en la delantera, los atanes marcharon ominosamente por el muelle, matando a cualquiera que opusiese la más mínima resistencia, y arrojando a los demás a las heladas aguas por ambos lados. Los caídos al agua alcanzaban trabajosamente la orilla y eran rodeados por los soldados tamules de la guarnición imperial de Matherion. La presencia de estos soldados era principalmente figurativa, puesto que se trataba de tropas de ceremonia que no estaban preparadas ni por el entrenamiento recibido ni por su inclinación natural hacia la lucha. No obstante, eran bastante buenos para rodear a los temblorosos hombres que salían, chorreando y azules de frío, de las heladas aguas del mar.

—Yo diría que la corriente cálida del Bhelliom no ha llegado todavía —observó Khalad.

—Parece que no —asintió Falquián—. Bajemos a la playa. Los días son ahora muy cortos, y me gustaría asegurar posiciones en el muelle norte antes de que se oculte el sol.

—Si es que existe un muelle norte —comentó Khalad.

—Tiene que haberlo, Khalad.

—Supongo que no te importará si me acerco al borde del acantilado y echo un vistazo al otro lado, ¿verdad? La lógica está muy bien, pero una pequeña verificación no le hará mal a nadie.

Descendieron del promontorio, montaron sobre los caballos y fueron a reunirse con sus amigos.

—No ha sido una pelea, precisamente —se quejó Kalten mientras miraba desdeñosamente a la turba de aterrorizados prisioneros.

—Ésas son las mejores —le dijo Tynian.

—Ahí viene Sorgi —anunció Ulath, señalando la flota que avanzaba hacia la orilla—. En cuanto Betuana y Engessa acaben de despejar el muelle, podremos comenzar.

Los atanes estaban ya en mitad del muelle, y los aterrorizados edomitas iban apiñándose en un grupo cada vez más apretado al retroceder ante el inexorable avance.

—¿Está muy fría el agua? —preguntó Talen—. Me refiero a si ya ha comenzado a entibiarse.

—No de manera visible —replicó Ulath—. Hace un rato vi pasar a un pez con abrigo de pieles.

—¿Crees que un hombre podría nadar hasta la orilla desde el extremo del muelle?

Ulath se encogió de hombros.

—Todo es posible, aunque no estaría dispuesto a apostar dinero por ello.

Rebal estaba ya al final mismo del muelle, y sus gritos se hacían cada vez más penetrantes. Los atanes levantaron las lanzas y continuaron su avance inexorable. Ya ni siquiera se molestaban en matar a los edomitas. Se limitaban a empujarlos a todos fuera del muelle para que intentaran nadar en las gélidas aguas. El numeroso grupo que se encontraba en el extremo del muelle cayó como un racimo; los que estaban más al extremo arrastraban consigo a sus compañeros al caer. Los atanes se alinearon al final del muelle, y mantuvieron alejado a todo el mundo de la seguridad que podía proporcionarles la estructura flotante, a la distancia de las lanzas. Aquello fue un poco más allá del comportamiento civilizado, pero Falquián no conocía ninguna forma diplomática de plantearle objeciones a la reina Betuana, así que apretó los dientes y la dejó hacer.

Al principio hubo muchos chapoteos, pero no duró demasiado. Cada uno por su lado y todos en grupo, los congelados campesinos renunciaron a la lucha y se deslizaron bajo las olas. Algunos de los más atléticos se pusieron a nadar hacia las aguas someras, pero sólo un puñado de ellos alcanzó aquella seguridad cuestionable.

Amador, según pudo ver Falquián, no estaba entre los pocos supervivientes que eran rodeados por los soldados tamules a la orilla del agua.

Los barcos de Sorgi estaban ya anclados a unas pocas varas de la playa, y los planes que habían trazado la noche anterior siguieron perfectamente su curso.

Sin embargo, una cosa no habían tomado en cuenta al trazar esos planes. Khalad había cabalgado hasta el borde del acantilado para mirar hacia el lado norte, y al regresar su expresión era ligeramente preocupada.

—¿Y bien? —le preguntó Falquián.

—Efectivamente, hay un muelle en el lado norte de la muralla —replicó Khalad mientras desmontaba—, pero se nos viene encima un problema procedente del sur. La corriente cálida del Bhelliom se acerca.

—¿Y por qué es un problema?

—Me parece que el Bhelliom se dejó llevar un poco. Me parece que el borde

de esa corriente está hirviendo.

—¿Y?

—¿Qué obtienes cuando viertes agua hirviendo sobre el hielo, Falquián?

—Vapor, supongo.

—Correcto. El Bhelliom está fundiendo el hielo que hay ahí fuera, sin lugar a dudas, pero también está levantando mucho vapor en el proceso. ¿Qué otra palabra se te ocurre para definir el vapor, mi señor?

—Por favor, no hagas eso, Khalad. Resulta muy ofensivo. ¿Qué tamaño tiene el banco de niebla?

—No pude ver el final, mi señor.

—¿Espeso?

—Probablemente podrías caminar sobre él.

—¿Hay alguna posibilidad de que podamos mantenernos por delante del banco de niebla?

Khalad señaló hacia el mar.

—Lo dudo bastante, mi señor. Yo diría que ya lo tenemos aquí. La niebla se acercaba por el agua como una gruesa manta gris; su borde frontal era como una pared sólida que lo ocultaba todo a su paso.

Falquián comenzó a sudar.

—Pareces melancólica, mi reina —comentó Alean cuando las damas se quedaron a solas.

Ehlana suspiró.

—No me gusta estar separada de Falquián —le respondió—. Ya pasé demasiados años así cuando él estuvo en el exilio.

—Lo has amado durante mucho tiempo, ¿no es cierto, majestad?

—Yo nací amando a Falquián. Realmente es más conveniente de esa forma. No tuve que perder el tiempo pensando en otros posibles esposos. Así puedes concentrar toda tu atención en aquel con el que vas a casarte, y te aseguras de cerrarle todas las posibles rutas de huida.

Se oyó un golpe de llamada en la puerta; Mirtai se puso de pie, descansó la mano derecha sobre el puño de la espada, y fue a abrir.

Entró Stragen, vestido con ropas harapientas.

—En el nombre de Dios, ¿puede saberse en qué has andado, mi señor? —le preguntó Melidere.

Stragen se encogió de hombros.

—Empujando una carretilla, baronesa. No estoy seguro de conseguir demasiado disfrazándome de esta manera, pero es buena cosa el mantener los correctos hábitos de trabajo. He estado haciéndome pasar por empleado del Ministerio de Obras Públicas. Hemos estado reparando la calle de la embajada cynesgana. Caalador y yo lo echamos a suertes, y él ganó el derecho de apostarse en un tejado para vigilar. A mí me ha tocado acarrear carretillas de piedras para que los pavimentadores las coloquen.

—¿Debo deducir de eso que está sucediendo algo en la embajada? —inquirió Ehlana.

—Sí, mi reina. Desgraciadamente, no hemos podido averiguar de qué se trata. Todas las chimeneas están echando algo que no tiene aspecto de humo de leña. Yo creo que están quemando documentos. Eso siempre es una señal de lucha incipiente.

—¿Es que acaso no saben que no tienen ni la más mínima posibilidad de salir de Matherion? —le preguntó Mirtai.

—Según parece, van a intentarlo de todas formas. No es más que una conjetura, pero creo que están planeando algo que ofenderá gravemente a las autoridades, y luego intentarán huir. —Miró a Ehlana—. Creo que será mejor que intensifiquemos las medidas de seguridad, majestad. Todos éstos preparativos apuntan a algo muy serio, y no nos conviene que nos cojan con la guardia baja.

—Tendré que hablar con Sarabian —decidió Ehlana—. Resultaba útil tener la embajada en funcionamiento mientras Xanetia estaba aquí para espiarlos. Ahora que se ha marchado con Falquián y los demás, esa embajada no es más que una molestia irritante. Creo que ha llegado el momento de enviar a los atanes para que la anulen.

—Se trata de una embajada, majestad —objetó Melidere—. No podemos entrar sencillamente y arrestar a todo el mundo. Va contra las normas del comportamiento civilizado.

—¿Y?

—No tenemos muchas alternativas, maese Cluff —declaró Sorgi con gravedad—. Cuando uno está en aguas profundas y surgen estas nieblas, lo único que puede hacerse es arrojar el ancla de profundidad y abrigar la esperanza de no

embarrancar en una isla. Nunca podréis dar la vuelta en esas balsas por el extremo de la muralla, y yo desfondaría a la mitad de los barcos de la flota si intentara deslizarme por el canal que queda entre el escollo y el hielo. Tendremos que esperar hasta que el banco de niebla se levante... o al menos se haga más tenue.

—¿Cuánto tardará en suceder eso? —le preguntó Falquián.

—No hay forma alguna de saberlo.

—El aire es más frío que el agua, Falquián —le explicó Khalad—. Eso es lo que provoca la niebla. No creo que vaya a levantarse hasta que se entibie el aire. En cualquier caso, no podremos salir de aquí hasta mañana. Tendremos que hacer algo para conseguir que esas balsas queden un poco más afuera del agua antes de embarcar en ellas hombres y caballos. Si intentamos utilizarlas tal y como están, quedarán medio sumergidas y nos costará mucho moverlas.

—¿Por qué no te pones a ello, Khalad? —sugirió Vanion—. Falquián y yo mantendremos una charla con Sephrenia y Aphrael. Puede que lleguemos a necesitar un poco de intervención divina en todo esto. ¿Vienes, Falquián?

Los dos hombres regresaron por la playa hasta el fuego que Kalten había encendido para las damas.

—¿Y bien? —les preguntó Sephrenia. Estaba sentada en un tronco de madera de deriva, con su hermana en el regazo.

—La niebla está creándonos problemas —replicó Vanion—. No podremos rodear el escollo hasta que se levante, y estamos un poco apremiados por el tiempo. Nos gustaría llegar a Tzada antes de que los trolls se pongan en camino hacia aquí. ¿Alguna idea?

—Unas cuantas —contestó Aphrael—, pero antes tendremos que hablar con el Bhelliom. Como comprenderéis, hay ciertos aspectos de corrección y cortesía implicados en el asunto.

—No —respondió Falquián—, realmente no lo comprendo, pero te creo de palabra.

—¡Oh, muchísimas gracias, Falquián! —exclamó ella con una cierta falsa ingenuidad—. Creo que el Bhelliom y yo deberíamos hablar de esto en privado. Abre la caja y dámela.

—Lo que tú digas. —Falquián sacó la caja de oro y tocó la tapa con el cintillo de la sortija—. Ábrete —le dijo, tras lo cual se la entregó a la diosa niña.

Ella se deslizó del regazo de Sephrenia y se alejó un poco por la playa. Se detuvo a contemplar el mar envuelto en brumas. Hasta donde Falquián podía ver,

Aphrael no le estaba hablando en voz alta a la rosa de zafiro.

Habían pasado unos diez minutos cuando la diosa niña regresó para devolverle la caja a Falquián.

—Ya está todo bajo control —le dijo con un tono de indiferencia—. ¿Cuándo queréis partir?

—¿Mañana por la mañana? —le preguntó Falquián a Vanion.

El preceptor de los caballeros pandion asintió repetidamente con la cabeza.

—Eso le dará tiempo a Khalad para modificar las balsas, y para entonces ya podremos tener a los caballeros y sus monturas a bordo de los barcos de Sorgi.

—Muy bien —declaró Aphrael—. Entonces, mañana. Ahora, ¿por qué no vais a buscar a Ulath y le preguntáis a quién le toca el turno de la comida? Estoy muriéndome de hambre.

No fue una brisa muy fuerte, y no disipó enteramente la niebla, pero al menos pudieron ver por dónde iban y los jirones de niebla que quedaban los cubrirían bastante cuando hubieran dado la vuelta en torno al extremo de la muralla.

Khalad había decidido que la mejor forma de modificar las balsas era convertirlas simplemente en dobles, es decir poner una encima de otra con el fin de que la flotación adicional les proporcionara una cubierta razonablemente seca. Eso, por supuesto, las hacía muy engorrosas. Resultaban pesadas y difíciles de mover, así que el avance en torno al extremo de la muralla fue dolorosamente lento.

El esquife que abría la marcha, sin embargo, cortó fácilmente el agua, por delante de la flotilla, y se perdió de vista entre los jirones de bruma. Khalad y Berit habían advertido a los demás que ellos se adelantarían para explorar.

Después de aproximadamente una hora, el esquife regresó.

—Hemos marcado el canal —les anunció Khalad—. El agua hirviendo ha fundido realmente el hielo, así que hay espacio de sobra para rodear el extremo de la muralla con las balsas.

—Hemos visto pasar los barcos del capitán Sorgi —informó Berit—. Aparentemente, no confían del todo en las velas. La brisa es un poco errática... —Vaciló momentáneamente—. No es necesario que le digáis a Aphrael que yo he hecho ese comentario, por supuesto. En fin, el caso es que Sorgi ha puesto a los caballeros a remar. Llegarán a la playa que está al norte de la muralla bastante antes de que nosotros consigamos alcanzar la orilla.

—¿Crees que esos árboles que sobresalen del agua pueden causarnos algún problema? —inquirió Kalten.

—No si nos mantenemos cerca del acantilado, caballero Kalten —replicó Khalad—. Los deslizamientos de tierra provocados por el terremoto del Bhelliom han derribado los árboles a cien codos a la redonda de la muralla. Los que se encuentran más afuera nos servirán para ocultar aún más nuestra presencia. Sumados a la niebla que queda, no creo que permitan vernos llegar a nadie que se encuentre en la orilla.

—En ese caso, las cosas están saliendo bastante bien —comentó Ulath, que gruñía al empujar la balsa valiéndose de una pértiga de ocho varas de largo que apoyaba en el fondo del mar—, si exceptuamos esta parte, por supuesto.

—Siempre tenemos la posibilidad de nadar —sugirió Tynian.

—No, déjalo estar, Tynian —replicó Ulath—. El empujar no me molesta tanto como para echarme al agua.

Al llegar al extremo de la muralla, la flotilla de balsas se dividió en dos grupos. La reina Betuana y Engessa se llevaron a los atanes y dieron la vuelta por el borde exterior del bosque casi sumergido en dirección al muelle que partía de la orilla, mientras que Falquián y sus amigos condujeron a los pelois, y a los caballeros, para los que no había sitio en los barcos de Sorgi, a lo largo del acantilado, con Khalad y Berit a la cabeza, en el esquife. Puesto que el centenar de barcos de Sorgi y el gran número de balsas no bastaban para transportar a todas las tropas, se habían visto obligados a dejar una importante porción del ejército en la playa sur, junto con Sephrenia, Talen, Flauta y Xanetia.

—Está disminuyendo la profundidad —anunció Ulath, pasada una media hora—. Creo que estamos aproximándonos a la orilla.

—También se ven más árboles que sobresalen del agua —agregó Kalten—. Os aseguro que me alegraré de bajar de esta balsa. Supongo que es bastante buena, pero esto de empujarla por el agua con una pértiga de ocho varas es como intentar volcar una casa.

El esquife regresaba en aquel momento, como un fantasma, por entre la niebla.

—Será mejor que comencéis a bajar la voz, mis señores —les advirtió Khalad con un susurro ronco—. Estamos acercándonos. —Tendió una mano para estabilizar el esquife—. Hay que decir que hemos tenido suerte. Había un

camino que corría paralelo a la playa..., al menos creo que era un camino. En cualquier caso, ese camino o lo que fuera nos proporciona un canal entre los árboles, y los árboles que quedan entre nosotros y la playa evitarán que los trabajadores puedan vernos.

—Y probablemente también nos impedirán llegar hasta la orilla —agregó Tynian.

—No, sir Tynian —le contestó Berit—. Había un prado a poco más de un cuarto de legua de donde está ahora el acantilado, y allí es donde están construyendo el muelle. Lo único que tenemos que hacer es seguir el camino, y acabaremos prácticamente encima de los grupos de trabajo.

—¿Habéis podido oírlos? —les preguntó Vanion.

—Oh, sí, ya lo creo —replicó Khalad—, casi como si los tuviéramos a cuatro varas de distancia... y vosotros comenzaréis a oír sus hachas dentro de unos minutos.

Los dos jóvenes caballeros subieron a la balsa.

—¿Has podido identificar su acento? ¿Eran edomitas, igual que esos con los que nos tropezamos en el muelle sur?

—No, mi señor. Los hombres que hay ahí son astelianos. No hemos podido ver la orilla, pero imagino que los que les dan las órdenes son del ejército de Ayachin en lugar de los soldados de Incetes.

—Avancemos sobre ellos, entonces —dijo Kalten mientras sopesaba la pértiga—. Figurativamente hablando, claro —agregó.

—¿Estamos todos preparados? —inquirió Falquián, recorriendo con los ojos las hileras de balsas que se habían alineado a ambos lados de la suya.

—¿Para qué hay que prepararse, Falquián? —le preguntó Kalten—. En todo caso, los siervos astelianos van a mostrarse más atemorizados que los campesinos edomitas. Probablemente Ulath podría hacerlos huir a todos hacia el bosque con sólo aparecerse entre los restos de niebla y hacer sonar su cuerno de ogro.

—Muy bien, pues —dijo Falquián.

Luego, lanzó sus pensamientos al aire.

«Aphrael... ¿me estás escuchando?».

«Bueno, por supuesto que estoy escuchándote, Falquián».

Decidió probar otra forma de abordar el asunto. Esta vez formuló sus

pensamientos en estirio formal.

«Si os place, divina Aphrael, suplicamos la ayuda vuesa».

«¿No te sientes bien?».

El tono de aquello era suspicaz.

«¡Sólo he pensado en demostraros la consideración y respeto indecibles que siento hacia vos, divina Aphrael!».

«¿Estás burlándote de mí?».

«No, por supuesto que no. Simplemente me he dado cuenta de que en los últimos tiempos no he sido demasiado respetuoso. Vamos a comenzar a avanzar lentamente con las balsas hacia la orilla. En cuanto podamos distinguir a la gente que está en la playa, Ulath dará la señal del ataque general. En ese momento, apreciaría enormemente una fuerte ráfaga de viento, si no es demasiado inconveniente para ti...».

«Bueno, lo pensaré».

«¿Podrás oír el toque de cuerno de Ulath? ¿O prefieres que yo te avise cuando necesitemos el viento?».

«Falquián, puedo oír el ruido que hace una araña al caminar por el techo de una casa que se encuentre a tres leguas de distancia. Yo soplaré en cuanto lo haga Ulath».

«Ésa sí que es una forma original de expresarlo».

«Deprisa, comenzad a moveros, Falquián, u os quedaréis sin luz diurna».

«Sí, señora».

Falquián se volvió a mirar a los demás.

—Pongámonos en marcha —les dijo—. La divina Aphrael está respirando profundamente. Creo que tiene planeado hacer volar la niebla hasta el mismísimo polo.

Las balsas avanzaron lentamente, con buen cuidado de mantenerse en línea recta para que ninguna surgiera de la niebla antes que las demás.

Ya podían oír claramente, a su izquierda, las voces que hablaban elenio en la orilla, y los leves chapoteos de las pequeñas olas que saltaban por encima de las raíces de los árboles.

—Dos varas —informó Kalten en un susurro alto, tras sacar la pértiga del agua—. Podremos organizar una carga montada cuando la profundidad sea de una y media.

—Si la niebla se mantiene durante tanto rato —lo corrigió Bevier. Continuaron avanzando trabajosamente mientras las aguas iban haciéndose más

someras debajo de la balsa al aproximarse cada vez más a la orilla.

Oyeron el sonido de un pesado golpe y de imprecaciones escupidas en elenio arcaico.

—Ése es uno de los hombres de Ayachin —susurró Khalad.

—No estará aquí el propio Ayachin, ¿verdad? —inquirió Berit.

—Incetes lo estaba, así que yo no descartaría esa posibilidad.

—Si Ayachin se encuentra aquí, quiero que vosotros dos busquéis a Elron —les ordenó Falquián—. Hemos perdido a Amador, pero Xanetia podrá obtener el mismo tipo de información de Elron. No permitáis que escape..., ni que se mate.

—¡Una vara! —anunció Kalten con un susurro triunfante—. Podremos cargar en cuanto consigamos distinguirlos.

Las balsas avanzaron más aún, y las voces se hicieron más sonoras.

—Por ahí se mueve algo —dijo Khalad, señalando hacia una forma difusa que sobresalía delante de ellos.

—¿A qué distancia está? —preguntó Falquián, que miraba con los ojos entrecerrados hacia la cortina blanca que tenían delante.

—Quizás unos treinta pasos.

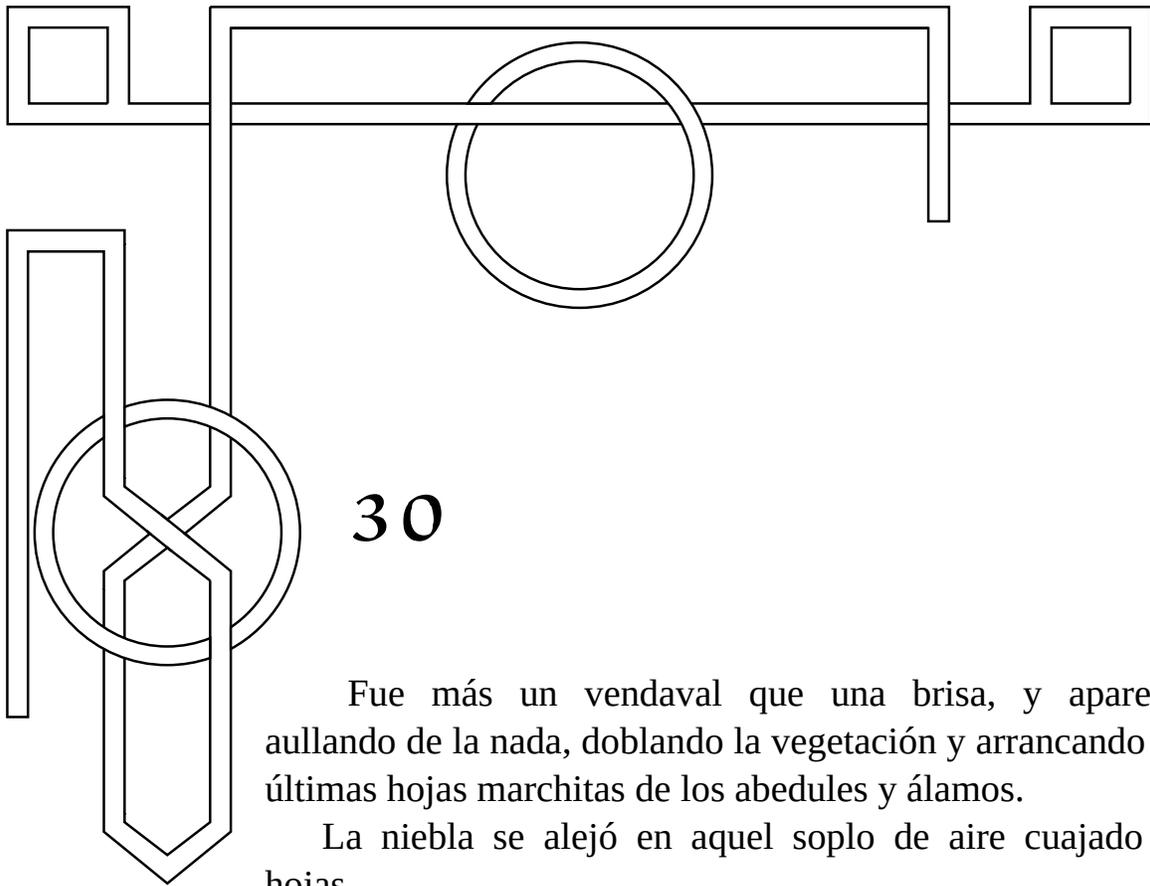
Entonces, Falquián distinguió más siluetas negras dentro de la niebla, y oyó el ruido de unos hombres que caminaban por las aguas someras.

—¡Montad! —ordenó en voz baja—, y hacedles la señal a las otras balsas.

Montaron todos lentamente, poniendo buen cuidado en no hacer ruido alguno.

—Muy bien, Ulath —dijo Falquián en voz alta—, hagámosles saber a todos que vamos a comenzar.

Ulath sonrió y se llevó el retorcido cuerno de ogro a los labios.



Fue más un vendaval que una brisa, y apareció aullando de la nada, doblando la vegetación y arrancando las últimas hojas marchitas de los abedules y álamos.

La niebla se alejó en aquel soplo de aire cuajado de hojas.

Las olas pequeñas de las aguas someras se coronaron repentinamente de espuma, y las aguas se precipitaron contra la línea costera que no era de arena, ni de piedras, ni de rocas, sino de hierba y arbustos medio sumergidos. En la orilla había millares de hombres, vestidos con ropas toscas, que trabajaban en medio de un campo de tocones de árboles.

—¡Caballeros herejes! —gritó un hombre que se hallaba en la orilla del mar. Llevaba toscos restos de armadura antigua, y se quedó boquiabierto mirando a las numerosas fuerzas montadas que habían aparecido de pronto, procedentes de la nada, cuando el vendaval disipó la niebla.

El cuerno de Ulath continuaba con su bárbara llamada, mientras los pelois de Tikume y los caballeros saltaban de las balsas y sus monturas levantaban a ambos lados grandes velos de agua que parecían alas de hielo.

—¿Qué debemos hacer, noble Ayachin? —chilló el de la armadura primitiva a un hombre magro que estaba montado sobre un caballo blanco. El personaje montado llevaba una armadura más completa, aunque ésta era una antigua mezcla de placas de acero y cota de malla de bronce.

—¡Luchar! —le rugió—. ¡Destruid a los invasores herejes! ¡Luchad..., por Astel y por la santa fe!

Falquián hizo girar a *Faran* y cargó directamente contra el resucitado héroe asteliano, con la espada en alto y el escudo delante de su propio cuerpo.

El casco de Ayachin no tenía visera como tal, sino más bien una protección de acero para la nariz que le bajaba hasta la mitad del rostro. En aquel rostro se apreciaba una inteligencia rápida y un ardiente celo. Sus ojos, no obstante, eran los de un fanático. Se instaló mejor sobre la silla, levantó su propia espada y espoleó al caballo para salir al encuentro de Falquián.

Los dos caballos se estrellaron, y la montura blanca retrocedió. *Faran* era más corpulento y estaba entrenado en la lucha. Golpeó la montura de Ayachin con un hombro y le arrancó grandes bocados del cuello con los dientes. Falquián paró con su escudo el golpe de espada del héroe antiguo y respondió con un potente golpe de la suya, asestado desde arriba, que cayó sobre el pesado escudo que el otro levantó apresuradamente.

—¡Hereje! —gruñó Ayachin—. ¡Engendro del infierno! ¡Repugnante hechicero!

—¡Déjalo ya! —le espetó Falquián—. ¡Estás fuera de tu elemento! —Se dio cuenta de que no sentía deseo alguno de matar a aquel hombre que luchaba para defender su tierra natal y su fe de una política eclesiástica abandonada hacía muchísimo tiempo. Falquián no tenía ninguna verdadera disputa con él.

Ayachin aulló su desafío y volvió a blandir la espada. Demostraba ser bastante diestro con el arma, pero no era adversario digno del pandion de negra armadura con quien se enfrentaba. Falquián volvió a parar con el escudo el ataque de la espada, y le asestó un cortante golpe a su oponente en un hombro.

—¡Huye, Ayachin! —le ladró—. ¡Yo no quiero matarte! ¡Has sido engañado por dioses ajenos y arrastrado un centenar de años en el futuro! ¡Ésta no es tu lucha! ¡Reúne a tu gente y márchate!

Pero ya era demasiado tarde. Falquián vio la demencia en los ojos de su oponente, y había estado en demasiadas peleas como para no reconocerla. Suspiró, echó a *Faran* contra el caballo blanco y comenzó una serie de golpes que había empleado tantas veces en el pasado que, una vez empezados, los movimientos se sucedieron de manera automática.

La antigua sombra luchó valientemente, esforzándose por responderle con su pesado equipo, pero el resultado era inevitable. Los progresivos golpes de la espada de Falquián fueron penetrando cada vez más hondo, y con cada salvaje

tajo salían volando trozos de la armadura.

Luego, alterando la trayectoria del último tajo para evitar una mutilación grotesca, Falquián le dio una estocada en lugar de asestarle desde lo alto el habitual golpe que habría abierto limpiamente la cabeza del contrario. La punta de la espada atravesó la antigua e ineficaz armadura antigua y se deslizó suavemente al interior del pecho de Ayachin.

El ardor abandonó el rostro del pasado, y el héroe Ayachin se puso rígido y cayó lentamente de la montura.

Falquián se acercó la empuñadura de la espada al rostro a modo de apesadumbrada despedida.

Los siervos astelianos profirieron un tremendo grito al desaparecer el ejército de Ayachin. Un fornido siervo que se encontraba en la orilla del agua voceaba órdenes contradictorias, mientras hacía girar los brazos como si fuesen aspas de molino. Berit se inclinó desde su caballo y golpeó al hombre con la parte plana de su hacha de guerra, derribándolo instantáneamente.

Se produjo resistencia ineficaz y desanimada en algunos puntos, pero la mayor parte de los siervos huyó. La reina Betuana y sus atanes trajeron a tierra a los aterrorizados trabajadores del muelle, y los caballeros y los pelois abrieron una brecha para permitirles huir hacia el bosque. Falquián se puso de pie sobre los estribos y miró hacia el norte. Los caballeros que habían llegado a tierra en los barcos de Sorgi estaban empujando a los siervos del muelle que se habían desviado en dirección a los árboles.

La batalla, si así podía llamársela, había concluido.

La reina de los atanes llegó a la orilla con una expresión de descontento en la cara.

—No ha sido realmente una lucha, Falquián-caballero —le dijo al príncipe consorte con tono acusador.

—Lo lamento, majestad —se disculpó él—. Hice lo mejor que pude con el material que tenía para trabajar. Intentaré hacerla mejor la próxima vez.

De pronto, ella le sonrió.

—Estaba bromeando, Falquián-caballero. La buena planificación reduce la necesidad de luchar, y tú planificas bien.

—Es muy amable por parte de tu majestad el decir eso.

—¿Cuánto tardará el navegante cammoriano en traer al resto de nuestro ejército a este lado de la muralla?

—Todo lo que queda del día de hoy, y la mayor parte del de mañana,

imagino.

—¿Podemos permitirnos una espera tan larga? Tenemos que llegar a Tzada antes de que los trolls-bestias se pongan en marcha.

—Hablaré con Aphrael y el Bhelliom, majestad —respondió él—. Ellos serán capaces de decirnos qué están haciendo los trolls..., y retrasarlos en caso necesario.

En aquel momento se acercó Khalad a lomos de su caballo.

—No hemos podido encontrar ni rastro de Elron, Falquián. Hemos capturado a algunos siervos, y nos han dicho que él no estaba aquí.

—¿Quién estaba al mando, entonces?

—El tipo fornido que Berit puso a dormir con el revés del hacha, parece que era el que estaba dando las órdenes.

—Despertadlo, y a ver qué podéis sacarle. Pero no lo exprimáis con demasiada dureza. Si decide no cooperar, aguardaremos hasta que llegue Xanetia. Ella podrá averiguar todo lo que sepa ese tipo sin necesidad de hacerle daño alguno.

—Sí, mi señor.

Khalad hizo dar media vuelta a su montura y se fue en busca de Berit.

—Tienes una disposición demasiado benigna para ser un guerrero, Falquián-caballero —observó Betuana.

—Los siervos no son realmente nuestros enemigos, Betuana-reina. Te enseñaré la otra cara de mi naturaleza cuando hayamos atrapado a Zalasta.

—Se llama Torbik —informó Khalad cuando todos se reunieron en la tienda que habían levantado para las damas—. Fue uno de los primeros seguidores de Sable. Creo que es un siervo de la hacienda del barón Kotyk. Él no lo confesaría, pero yo estoy bastante seguro de que sabe que Elron es Sable.

—¿Sabe por qué Elron lo envió a él en lugar de acudir él personalmente? —le preguntó Tynian.

—No tiene ni idea..., o al menos eso dice —replicó Khalad—. La anarae Xanetia podrá echar un vistazo dentro de su cabeza y averiguar si es verdad. —Hizo una pausa—. Discúlpame, anarae —le dijo a la mujer delfae—. Estamos todos buscando constantemente una forma de describir lo que haces cuando escuchas los pensamientos de otra persona. Probablemente resultaríamos menos ofensivos si nos dijeras cuál es la palabra correcta para denominarlo.

Xanetia, que había llegado junto con Sephrenia, Talen y Flauta en el barco de Sorgi, con el primer contingente que fue transportado desde el otro lado de la muralla, le sonrió.

—He estado preguntándome cuál de vosotros sería el primero en inquirirlo —declaró—. Pienso que tendría que haber sabido que seríais vos, joven maese, porque la vuestra es la mente más práctica de toda esta compañía. Nosotros, los delfae, nos referimos a este modesto don como «compartir». Nosotros no compartimos los pensamientos de otros, ni los «absorbemos» ni los sacamos como a pececillos de las oscuras aguas de la consciencia.

—¿Os ofendería, sires caballeros, si os señalara que es más fácil preguntar que buscar a tientas el camino a través de cuatro idiomas para encontrar el término correcto? —inquirió Khalad con tono de absoluta inocencia.

—Sí —le contestó Vanion—. De hecho, sí que nos ofenderías.

—En ese caso, no lo señalaré, mi señor. —Khalad consiguió decir aquello con una seriedad absoluta—. En cualquier caso, Torbik estaba aquí para evitar que los siervos astelianos hablaran demasiado con los guerreros de Ayachin. Resulta evidente que la situación contiene un gran potencial para desencadenar la confusión. Elron no quería que los dos grupos comenzaran a comparar notas, por así decirlo.

—¿Tiene alguna idea, por remota que sea, de dónde está Elron en este preciso instante? —preguntó Kalten.

—Ni siquiera sabe dónde está él mismo en este momento. Elron sólo le dijo unas cuantas vaguedades sobre Astel oriental y lo dejó así. Torbik no era en realidad quien estaba al mando aquí..., no más de lo que lo estaba Ayachin. Había un estirio con ellos, y ése era quien daba las órdenes. Probablemente fue uno de los primeros que huyeron hacia el bosque cuando nosotros llegamos a la orilla.

—¿Podría haber sido Djarian? —le preguntó Bevier a Sephrenia—. ¿El nigromante de Zalasta? Alguien tiene que haber traído a Ayachin del siglo noveno.

—Puede que sí lo fuera —replicó Sephrenia, dubitativa—. Sin embargo, lo más probable es que se tratase de uno de los discípulos de Djarian. Es el hechizo inicial el que resulta difícil. Una vez que la gente del pasado ha sido traída hasta aquí por primera vez, un encantamiento bastante simple puede traerlos de vuelta. Estoy segura de que también había un estirio al sur de la muralla para invocar a Incetes y sus hombres. Zalasta y Ogerajin tienen un numeroso grupo de

renegados en quienes delegar.

—¿Puedo entrar? —preguntó el capitán Sorgi desde el exterior de la tienda.

—Por supuesto, capitán —le respondió Vanion.

El navegante de cabellos plateados traspuso la entrada.

—Tendremos a los últimos hombres de ustedes a este lado de la muralla mañana a mediodía, mis señores —les informó—. Querréis que os aguardemos aquí, ¿verdad?

—Sí —replicó Falquián—. Si todo sale bien, necesitaremos regresar al otro lado cuando hayamos concluido en Tzada.

—¿Se mantendrá el agua cálida? Preferiría no quedar atrapado en el hielo por estas latitudes.

—Nos encargaremos de ello, capitán —le prometió Falquián.

Sorgi meneó la cabeza.

—Eres un hombre extraño, maese Cluff. Puedes hacer cosas que no hace nadie a quien yo haya conocido. —De pronto, sonrió—. Pero extraño o no, me has proporcionado grandes beneficios desde que comenzaste a huir de aquella fea heredera. —Miró a los demás—. Aunque creo que estoy interrumpiéndooos. ¿Crees que podría hablar unas palabras contigo en privado, maese Cluff?

—Por supuesto.

Falquián se puso en pie y siguió al navegante al exterior.

—Entraré directamente en materia —declaró Sorgi—. ¿Tienes algún futuro plan para esas balsas...? Después de utilizarlas para regresar al otro lado, quiero decir.

—No, creo que no.

—¿Te parecería bien si dejara a algunos de mis tripulantes al otro lado del risco mientras os llevo a ti y a tus amigos de vuelta a Matherion?

—No tengo objeción ninguna, capitán, pero ¿por qué quieres hacer eso?

—Esas balsas están hechas con muy buenos troncos, maese Cluff. Después de que tu ejército las utilice para dar la vuelta, quedarán ahí tiradas. Sería una lástima desperdiciarlas. He pensado en dejar aquí a algunos de mis hombres para que las aten todas juntas en una especie de fardo. Yo regresaré después de dejaros en Matherion, y las remolcaremos hasta el mercado de madera de Etalon..., o quizás incluso hasta la propia Matherion. Podré venderlas a buen precio.

Falquián se echó a reír.

—¡El buen viejo Sorgi! —dijo, mientras apoyaba la mano derecha sobre uno

de los hombros del capitán—. Nunca se te escapa una posibilidad de ganar dinero, ¿eh? Llévate esa madera con mi bendición.

—Eres un hombre generoso, maese Cluff.

—Eres amigo mío, capitán Sorgi, y me gusta hacer cosas por mis amigos.

—También tú eres amigo mío, maese Cluff. La próxima vez que necesites un barco, ven a buscarme. Te llevaré a cualquier lugar que desees. —Sorgi hizo una pausa; repentinamente había adoptado un aire cauteloso—. Sólo por la mitad del precio —agregó.

La aldea de Tzada había sido abandonada muchos años antes, y los desenfundados trolls habían derribado la mayor parte de los edificios. Se encontraba asentada en el borde de un vasto prado pantanoso, y la muralla del Bhelliom se encumbraba al sur de la población. El sol asomaba por el lejano horizonte sureste, y la hierba estaba cuajada de escarcha que brillaba con los oblicuos rayos del astro.

—¿Qué tamaño tiene el prado, majestad? —le preguntó Vanion a Betuana.

—Dos leguas de ancho y unas seis u ocho de largo. Será un buen campo de batalla.

—Teníamos más o menos la esperanza de evitar eso, majestad —le recordó Vanion.

Engessa estaba enviando a sus exploradores a determinar la posición exacta de los trolls.

—Podíamos verlos desde lo alto de la muralla —le explicó a Vanion—. Han estado reuniéndose en el centro del prado cada día durante las últimas semanas. Pero se hallaban demasiado lejos como para que pudiéramos distinguir qué estaban haciendo exactamente. Los exploradores los localizarán.

—¿Qué plan tienes, amigo Falquián? —preguntó Kring, mientras manoseaba el puño de su sable—. ¿Marcharemos sobre ellos y luego dejaremos en libertad a sus dioses en el último momento?

—Primero quiero hablar con los dioses troll —declaró Aphrael—. Es necesario que nos aseguremos totalmente de que han comprendido todas las condiciones de su liberación.

Vanion se frotó una mejilla.

—Creo que nos conviene más que los trolls vengan hacia nosotros, que no lo contrario, ¿no te parece, Falquián?

—Decididamente, pero tendremos que hacerlos salir mediante alguna triquiñuela. —Falquián quedó pensativo un momento—. ¿Por qué no entramos un cuarto de legua en el prado para que puedan vernos? Entonces podremos orquestar una formación clásica: los caballeros en el centro, los atanes a los lados y los pelois en el exterior de cada flanco. Cyrgon tiene una mentalidad militar y esa formación es más vieja que el polvo. Pensará que estamos preparándonos para atacar. Los cyrgais son un pueblo agresivo, y querrán atacar ellos primero. En este caso, Cyrgon está comandando trolls en lugar de a sus propios hombres, pero creo que podemos confiar en que haga lo acostumbrado.

Ulath se encogió de hombros.

—Lo mismo dará que lo haga. Los trolls nos atacarán en cuanto nos echen la vista encima, independientemente de lo que Cyrgon quiera que hagan. La idea de defenderse no les pasará siquiera por las mentes. Ellos nos consideran comida, y alguien que se queda sentado esperando a que la cena vaya en su busca por lo general se va a dormir con el estómago vacío.

—Mejor que mejor —comentó Vanion—. Mantendremos la formación y los dejaremos acercarse a unos cientos de varas de nosotros. Entonces dejaremos en libertad a los dioses troll. Ellos reclamarán a sus trolls, y Cyrgon se quedará en medio del prado, completamente solo.

—Quizá no del todo —agregó Sephrenia—. Puede que tenga a Zalasta consigo. Realmente espero que así sea, en cualquier caso.

—Salvaje —le dijo Vanion con cariño.

—Dejemos aquí al ejército y demos la vuelta hasta la parte trasera de la aldea —sugirió Falquián—. Vamos a hablar con los dioses troll, y preferiría no hacerlo a plena vista de cualquiera.

El caballero pandion hizo girar a *Faran* y condujo a los demás al otro lado de la ruinoso aldea, hasta un claro más pequeño que estaba a un centenar de varas al este.

Con total deliberación, Falquián no había cerrado la caja después de que el Bhelliom los transportara hasta Tzada. Esta vez quería que sus enemigos supiesen dónde estaba.

—Rosa Azul —comenzó con tono cortés—, ¿podéis hallar algún error en los planes nuestros?

—A mí me parecen sensatos, Anakha —replicó la piedra a través de los labios de Vanion—. Sería prudente, empero, el advertir a los dioses troll de que Cyrgon es capaz de traer refuerzos de la antigüedad una vez descubra que los

trolls ya no se dejan engañar por su falsa apariencia.

—Sois sabio, amigo mío —replicó Falquián—. De ello los advertiremos. —  
Luego miró a Aphrael—. No provoques ninguna pelea por el momento —le dijo  
—. Intentemos llevarnos bien con nuestros aliados..., al menos hasta que haya  
concluido la batalla.

—Confía en mí —le contestó ella.

—¿Tengo alguna otra elección?

—No, realmente, no la tienes. Conjura a los dioses troll, Falquián. El día no  
durará eternamente, ¿sabes?

Él masculló algo para sí.

—No he oído bien eso —comentó ella.

—Ésa era mi intención. —Levantó en alto la gema relumbrante—. Por favor,  
convocadlos ahora, amigo mío —le pidió al Bhelliom—. La diosa niña se  
impacienta.

—De eso ya me he dado cuenta, Anakha.

Entonces la vasta presencia de los dioses troll se hizo visible, fulgente de  
azul y gigantesca.

—El momento ha llegado —les anunció en lengua troll—. Éste es el lugar en  
el que Cyrgon tiene a vuestros hijos. Unamos nuestras fuerzas para causarle  
daño a Cyrgon.

—¡Sí! —exclamó Ghworg con entusiasmo.

—Yo quiero recordaros nuestro pacto —declaró Aphrael—. Me habéis dado  
seguridad. Quiero que os atengáis a vuestras promesas.

—Las mantendremos, Aphrael. —La voz de Ghworg era malhumorada.

—Repitémoslas —insistió ella, astutamente—. Las promesas que se hacen  
apresuradamente se olvidan algunas veces. Vuestros hijos ya no volverán a  
comerse a los míos. ¿De acuerdo?

Ghnomb sollozó su asentimiento.

—Khwaj refrenará su fuego y Schlee su hielo. ¿De acuerdo? Ghworg les  
prohibirá a vuestros hijos que maten a los míos, y Zoka no permitirá más de dos  
vástagos por cada troll hembra. ¿Estamos de acuerdo?

—De acuerdo. De acuerdo —dijo Ghworg con impaciencia—. Déjanos en  
libertad.

—Dentro de un instante. ¿Estamos también de acuerdo en que vuestros hijos  
se convertirán en mortales? ¿Envejecerán y morirán como lo hacen los míos?

Todos profirieron un alarido de furia. Era evidente que sus mentes limitadas

habían abrigado la esperanza de que ella hubiera olvidado esa promesa.

—¿De acuerdo? —insistió ella con una amenaza no demasiado velada en la voz.

—De acuerdo —respondió Schlee con reticencia.

—Déjalos en libertad, Falquián.

—Dentro de un minuto. —Luego habló directamente con los dioses troll—. Nuestra intención es la de causarle daño a Cyrgon —les dijo—. Dejemos que parezca tener la victoria en la boca antes de arrancársela de los dientes. Así sufrirá aún más.

—Eso habla bien —les comentó Schlee a los demás—. Escuchemos sus palabras. Averigüemos cómo el daño que le haremos sufrir a Cyrgon puede ser aumentado.

Falquián les explicó rápidamente el plan de batalla.

—Y de esa forma —concluyó—, cuando vuestros hijos se hallen a diez decenas de pasos de los hijos de Aphrael, y Cyrgon se regocije, vosotros podréis aparecer y arrancarle de las manos los hijos que os ha robado. Con dolor y agonía, podría traer a sus propios hijos desde el pasado en sombras para que se enfrenten con nosotros. Yo apelaré a la diosa niña para que ceda por esta vez y permita que vuestros hijos se alimenten con los de Cyrgon, y el propio Cyrgon podrá sentir los dientes de ellos cuando desgarren la carne de los adoradores de él.

—Tus palabras son buenas, Anakha —asintió Schlee—. Es mi opinión que eres casi digno de ser un troll.

—Te doy las gracias por pensar así —replicó Falquián con un tono algo dubitativo.

El ejército avanzó a un trote regular. Los caballeros de la Iglesia, con las armaduras destellando bajo los oblicuos rayos del sol recién salido, y los pendones flameando en sus lanzas, mientras los cascos de sus caballos de guerra entrenados a medias aplastaban la hierba del prado, alta hasta sus rodillas. Los infantes atanes corrían a ambos lados, y los pelois de Tikume, probablemente la mejor caballería ligera del mundo, cubrían con sus filas ambos flancos. A pesar de las violentas objeciones de Vanion, Sephrenia y Xanetia cabalgaban con los caballeros. Flauta, por alguna misteriosa razón, cabalgaba con Talen aquella vez.

Se habían internado quizás una media legua en el prado, cuando Vanion

levantó una mano para indicar un alto. Ulath tocó una larga y estridente nota con su cuerno de ogro para hacer correr la voz.

Engessa, Betuana y Kring se reunieron con ellos.

—Ahora tenemos más datos —les informó Betuana—. Algunos de nuestros exploradores se han ocultado entre la hierba para vigilar a los trolls. Cyrgon está exhortando a los hombres bestias, y hay varios estirios con él. Mi gente no conoce el idioma de esos monstruos, así que no han podido entender lo que les está diciendo Cyrgon.

Tynian se encogió de hombros.

—No es muy difícil deducirlo. Aquí tenemos un ejército bastante considerable y hemos adoptado una formación tradicional de batalla. Estoy seguro de que Cyrgon cree que planeamos atacar a los trolls. Los está preparando para la batalla.

—¿Han podido reconocer los exploradores a alguno de los estirios, Betuana? —le preguntó Sephrenia a la reina, con expresión feroz.

La reina atana negó con la cabeza.

—No han podido acercarse lo bastante como para eso —replicó.

—Zalasta está aquí, Sephrenia —le dijo Xanetia—. Puedo percibir la presencia de la mente suya.

—¿Puedes oír sus pensamientos, anarae? —le preguntó Bevier.

—No con claridad, caballero. Todavía no está lo suficientemente cerca.

Vanion frunció el entrecejo.

—Me gustaría tener alguna seguridad de que esta estratagema nuestra está dando resultado —comentó con tono de inquietud—. Las cosas podrían ponerse muy feas si Zalasta tuviera la más lejana idea de lo que estamos planeando hacer. ¿Han podido hacer alguna estimación vuestros exploradores sobre la cantidad de trolls que hay por aquí, majestad?

—Tal vez unos mil quinientos, Vanion-preceptor —le respondió Betuana.

—Eso es prácticamente la totalidad de la manada —observó Ulath—. No hay realmente muchos trolls. —Hizo una mueca—. En realidad, no tiene por qué haberlos. Un solo troll es toda una multitud en caso de pelea.

—En caso de que estuviéramos planeando una batalla, ¿tendríamos los hombres suficientes? —le preguntó Tynian.

Ulath sacudió una mano adelante y atrás, con incertidumbre.

—Sería dudoso —replicó—. Sólo tenemos unos doce mil hombres. El atacar a mil quinientos trolls con tan poca gente sería un acto de desesperación.

—En ese caso, nuestra estratagema es creíble —concluyó Vanion—. Cyrgon y Zalasta no tendrían que tener motivos para sospechar una trampa.

Aguardaron. Las monturas de los caballeros estaban inquietas y algunas se hacían más difíciles de controlar a medida que pasaban los minutos.

Luego, una mujer atana llegó corriendo por el prado cubierto de escarcha.

—¡Han comenzado a avanzar, Betuana-reina! —gritó desde una distancia de cien varas.

—Entonces, ha funcionado —declaró alegremente Talen.

—Ya lo veremos —le contestó Khalad, con prudencia—. De momento será mejor que no nos pongamos a bailar de alegría.

La exploradora acabó de cubrir la distancia que la separaba del grueso de la tropa.

—Cuéntanos lo que viste —le ordenó Betuana.

—Los hombres bestia vienen en dirección a nosotros, Betuana-reina —replicó la mujer—. Avanzan de manera singular, algunos van al frente, muy separados de los demás, que los siguen, rezagados.

—Los trolls son incapaces de comprender el concepto de luchar como una unidad —les explicó Ulath.

—¿Quién los comanda? —le preguntó Betuana a la exploradora.

—Algo que es muy grande y feo, Betuana-reina —informó la mujer—. Los hombres bestia que lo rodean son más altos que el más grande de los atanes, y apenas si le llegan a la cintura. También hay estirios con esa cosa, ocho, según mi cuenta.

—¿Tiene uno de ellos cabellos y barbas plateados? —le preguntó Sephrenia, mirándola con atención.

—Hay dos que son semejantes a esa descripción. Uno es delgado y el otro gordo. El delgado marcha muy cerca de esa gran cosa fea.

—Ése es Zalasta —declaró Sephrenia con voz inhóspita.

—Ahora quiero que me hagas una promesa, Sephrenia —le pidió Vanion a la mujer estiria, con tono firme.

—Puedes olvidarte de exigirme promesas, Vanion —replicó ella con acritud, mientras flexionaba los dedos de manera ominosa.

—Tenías razón, Falquián-caballero —comentó Engessa con una débil sonrisa—. Cuando llegamos a Sarsos, el verano pasado, me dijiste que Sephrenia medía ciento cincuenta codos de estatura. La verdad es que parece crecer a medida que uno va conociéndola mejor, ¿no es cierto? No creo que me gustase

estar en el lugar de Zalasta en este momento.

—No —asintió Falquián—. Ésa no sería una idea muy buena.

—¿Estarías por lo menos de acuerdo en pensar un poco antes de ponerte a luchar con Zalasta? —le rogó Vanion—. ¿Por amor a mí? Mi corazón se detiene cuando tú te hallas en peligro.

—Eso es muy dulce por tu parte, Vanion —le dijo ella con una sonrisa—, pero en este momento no soy yo quien está en peligro.

Entonces lo oyeron. Era un monótono y rítmico golpeteo de cientos de pies que azotaban la tierra al unísono, y ese golpeteo iba acompañado de un gruñido bajo y bestial. Luego el pisoteo y los gruñidos cesaron repentinamente, y se levantó un escalofriante alarido ululante que fluctuaba y hendía el aire helado.

—¡Kring! —ladró Ulath—. ¡Vayamos a echar un vistazo!

Los dos hombres se alejaron al galope por el prado cubierto de escarcha.

—¿Qué sucede? —preguntó Vanion.

—Muy malas noticias —le contestó Kalten—. Ya hemos oído antes ese ruido. Cuando íbamos de camino hacia Zemoch, nos tropezamos con unas criaturas a las que Sephrenia llamó los hombres aurora. Hacen que los trolls parezcan perrillos falderos en comparación.

—Y los dioses troll no tendrán autoridad sobre ellos —agregó Sephrenia—. Puede que tengamos que replegarnos.

—¡Nunca! —declaró Betuana, casi gritando—. ¡Yo no volveré a huir... de nada! ¡Ya hemos sido humillados demasiadas veces! ¡Mis atanes y yo moriremos aquí si es necesario!

Ulath y Kring regresaron con cara de desconcierto.

—¡No son más que trolls comunes y corrientes! —exclamó Ulath—. ¡Pero están dando pisotones y gruñendo y aullando como lo hacían los hombres aurora!

De pronto, Flauta estalló en carcajadas.

—¿Qué es lo que te resulta tan gracioso? —le preguntó irritado Talen.

—Cyrgon —replicó ella alegremente—. Sabía que era estúpido, pero no suponía que lo fuese tanto. No reconoce la diferencia entre los trolls y los hombres aurora. Está obligando a los trolls a comportarse como lo hacían sus ancestros, y eso no resultará con ellos. Lo único que está consiguiendo es confundirlos. Vayamos a su encuentro, Falquián. Quiero ver cómo la cara de Cyrgon se hace pedazos y se le cae de la cabeza. —Luego taconeó los flancos del caballo de Talen con sus pies manchados de hierba, obligando con ello al

resto a que la siguiera.

Coronaron una loma baja y se detuvieron. Los trolls avanzaban a través de la hierba alta en un ancho frente de casi un cuarto de legua, arrastrando los pies, dando golpes con los talones y gruñendo al unísono. Una vasta figura que se parecía mucho a Ghworg, el dios de la matanza, avanzaba en medio de aquellos brutos, golpeando el suelo escarchado con un palo revestido de hierro.

La monstruosa aparición estaba rodeada por un grupo de estirios vestidos con túnicas blancas. Falquián pudo ver con toda claridad a Zalasta, que avanzaba a la derecha de Cyrgon.

—¡Cyrgon! —lo llamó Aphrael.

La voz de la diosa era tremendamente poderosa. Luego habló durante un rato en un idioma que tenía sólo algunos rasgos estirios y contenía, aquí y allá, palabras elénicas y tamules, así como de otra media docena de idiomas.

—¿Qué idioma es ése? —preguntó Betuana.

—Es la lengua de los dioses —replicó Vanion, con ese subtono algo rígido que siempre la dominaba cuando hablaba el Bhelliom—. La diosa niña está imprecando a Cyrgon. —Vanion pareció hacer una ligera mueca de dolor—. Quizá fuisteis imprudente, Sephrenia, al permitir que la diosa vuesa tuviera demasiado contacto con los elenios —observó el Bhelliom—. La capacidad suya para la imprecación y el insulto me parece inapropiada para alguien tan joven como ella.

—Difícilmente puede decirse que Aphrael sea joven, Rosa Azul —le respondió ella.

Una leve sonrisa aleteó en los labios de Vanion.

—Tal vez no para vos. La perspectiva, sin embargo, todo lo matiza. Para mí, la vuesa diosa, que tan añosa os parece, es apenas más que un bebé.

—No seas descortés —le murmuró Aphrael, y luego continuó insultando al ahora enfurecido Cyrgon.

—¿Puedes oír ahora los pensamientos de Zalasta, anarae? —preguntó Kalten.

—Con total claridad, caballero —respondió Xanetia.

—¿Tiene alguna sospecha de lo que estamos a punto de hacer?

—No. Piensa que la victoria está al alcance de la mano suya.

Aphrael se detuvo en medio de un dicterio.

—Desengañémoslo de eso ahora mismo —dijo—. Deja en libertad a los dioses troll, Falquián.

—Si os complace, Rosa Azul —comenzó cortésmente Falquián—, desalojad a los indeseados inquilinos vuestos en este momento.

—Me sentiré más que complacido, Anakha —replicó el Bhelliom con gran alivio.

Esta vez los dioses troll no estaban rodeados por el halo de fulgor azulado. Aparecieron de manera repentina y con detalles atrozmente vívidos. Falquián reprimió una ola de repulsión que se apoderaba de él.

—¡Ve a buscar a tus hijos, Ghworg! —le ordenó Aphrael en idioma troll—. Es tu apariencia la que Cyrgon ha usurpado, y es tuyo el derecho de causarle daño por ello.

Ghworg asintió con la cabeza y cargó colina abajo con los otros dioses troll pegados a sus talones.

El falso Ghworg se quedó mirando, con la boca abierta, la mortal realidad que se abalanzaba sobre él. Y luego profirió un grito de agonía.

—Ése es Cyrgon, ¿verdad? —gritó Kalten.

—¿Les sucede eso incluso a los dioses? —le preguntó Talen a Flauta—. ¿Os hace tanto daño como a los humanos cuando alguien os rompe un hechizo?

—Aún más —respondió ella con un casi ronroneo—. Ahora mismo, el cerebro de Cyrgon está en llamas.

Los trolls también contemplaban con la boca abierta a sus dioses repentinamente materializados. Uno de los enormes brutos que no se hallaba lejos del dios de los cyrgais que se retorció, tendió una mano con gesto casi ausente, cogió a un estirio que comenzó a proferir alaridos, y le arrancó la cabeza. Luego arrojó la cabeza a un lado y se puso a devorar el cuerpo aún convulso.

Los dioses troll rugieron algo al unísono, y los trolls cayeron sobre sus rostros.

Cyrgon se retorció, chillaba, y los siete estirios restantes cayeron al suelo como fulminados. La falsa figura de Ghworg se estremeció y fue desapareciendo hasta la nada, tras lo cual apareció el propio Cyrgon como una burbuja amorfa de intensa luz pálida.

Aphrael hizo una mueca burlona.

—Ahí tenéis a Cyrgon —señaló—. Declara ser demasiado orgulloso como para adoptar una forma humana. Personalmente, yo pienso que es demasiado torpe. Si lo intentara, probablemente se pondría la cabeza al revés o ambos brazos al mismo lado. —Le chilló unos cuantos insultos triunfantes más.

—¡Aphrael! —Sephrenia parecía verdaderamente escandalizada.

—Había estado reprimiendo esos insultos —se disculpó ella—. Se suponía que no tenías que oírmelos decir.

El fuego de Cyrgon fluctuaba enloquecido, encendiéndose y construyéndose al aumentar y disminuir luego su agonía.

—¿Qué siente Zalasta en este momento? —le preguntó ansiosamente Sephrenia a Xanetia.

—El dolor suyo sobrepasa la capacidad mía de describirlo —replicó la anarae.

—¡Querida, querida hermana! —exclamó Sephrenia con regocijo—. ¡Me has hecho más feliz de lo que puedes imaginar!

—¿Crees que conseguirás algún día volver a domesticarla? —preguntó Falquián a Vanion.

—Podría llevarme algún tiempo. —El tono de la voz de Vanion manifestaba lo trastornado que se sentía.

La silueta contorsionada y formada a medias del llameante Cyrgon se levantó en parte y sacudió un enorme brazo ardiente; y a unas mil varas detrás de los trolls, apareció de pronto un vasto destello.

—¡Ha llamado a los cyrgais! —gritó Khalad—. Será mejor que hagamos algo.

—¡Ghworg! ¡Schlee! —rugió Vanion con la poderosa voz del Bhelliom—. ¡Cyrgon ha invocado a los fijos suyos! ¡Ahora podrán darse un festín los fijos vuestos!

Los dioses troll se hicieron aún más enormes y les ladraron órdenes terminantes a sus postrados adoradores. Los trolls se pusieron de pie, dieron media vuelta, y miraron con ojos voraces a los cyrgais que avanzaban, traídos del pasado. Después, con un tremendo rugido, se precipitaron hacia el banquete que Cyrgon tan generosamente les había proporcionado.

Ehlana estaba cansada. Había, sido uno de esos días agotadores con tantas cosas para hacer, que una no estaba del todo acabada cuando ya surgía otra. Se había retirado con Mirtai, Alean y Melidere con el fin de prepararse para dormir. Danae la seguía de cerca, arrastrando a *Rollo* por una pata trasera y bostezando generosamente.

—El emperador estaba de un humor muy peculiar, esta noche —comentó

Melidere, mientras cerraba la puerta.

—Sarabian tiene los nervios un poco tirantes de más en este momento — observó Ehlana mientras se sentaba ante el tocador—. El futuro de todo su imperio depende de lo que Falquián y los demás están haciendo en el norte, y no hay forma de que podamos estar informados de lo que está sucediendo por ahí arriba.

Danae volvió a bostezar y se acurrucó en un sillón.

—¿Dónde está tu gata? —le preguntó Ehlana.

—Anda por ahí —replicó Danae, soñolienta.

—Ve a mirar en mi cama, Mirtai —le pidió la reina—. No quiero tener pequeñas sorpresas peludas en mitad de la noche.

Mirtai palpó el lecho real cubierto con el baldaquín, y luego se puso de rodillas y miró debajo de todos los muebles.

—No hay ni rastro de ella, Ehlana —informó.

—Será mejor que vayas a buscarla, Danae —le dijo la reina a su hija.

—Tengo sueño, madre —objetó Danae.

—Cuanto antes encuentres a la gata, antes podrás meterte en la cama. Esta vez será mejor que la atrapemos antes de que salga del castillo. Acompáñala, Mirtai. Después de que hayáis encontrado a la gata, mete a Danae en la cama y mira si puedes localizar a Stragen o Caalador. Uno de ellos debería traerme un informe de lo que está sucediendo esta noche en la embajada cynesgana, Y me gustaría acabar con eso antes de irme a dormir. No quiero que se pongan a aporrear la puerta en mitad de la noche.

Mirtai asintió con la cabeza.

—Vamos, Danae —le dijo a la niña.

La princesa suspiró. Se bajó del sillón, le dio un beso a su madre, y siguió a la gigantesca muchacha dorada al exterior de la habitación.

Alean se puso a cepillar los cabellos de la reina. A Ehlana le encantaba que le cepillaran el pelo. Hallaba en ello una especie de sensual deleite soñoliento que la relajaba tremendamente. Era bastante vanidosa en lo tocante a sus cabellos. Eran espesos, abundantes y de un color rubio lustroso. Aquel color pálido les resultaba asombroso a los tamules de pelo negro, y sabía que todos los ojos se posarían sobre ella cada vez que entrara en una sala.

Las tres mujeres charlaron entre sí, adormiladas; era el tipo de charla íntima que mantienen las damas cuando se preparan para irse a la cama.

Se oyeron unos discretos golpecitos en la puerta.

—Oh, vaya por Dios —dijo Ehlana—. Ve a ver quién es, Melidere.

—Sí, majestad. —Melidere se puso de pie y cruzó la habitación hasta la puerta. Abrió y habló brevemente con los que estaban afuera—. Son cuatro pelois, majestad —informó luego—. Dicen que traen noticias del norte.

—Hazlos pasar, Melidere.

Ehlana se volvió para encararse con la puerta.

El hombre que la traspuso llevaba los típicos atuendos pelois, ropas ajustadas y mayormente de cuero, así como un sable sujeto a la cintura. Tenía la cabeza afeitada, como todos los hombres pelois, pero su cara estaba ligeramente bronceada, mientras que su cráneo era más pálido que el vientre de un pez. En todo aquello había algo equívoco.

El hombre que estaba detrás del primero llevaba una barba negra cuidadosamente recortada. Su rostro era muy pálido y tenía un aspecto algo familiar.

Los dos últimos también llevaban atavíos pelois y la cabeza afeitada, pero decididamente no eran pelois. El primero era Elron, el joven poeta asteliano, y el segundo, con bolsas en los ojos y ligeramente achispado, era Krager.

—Ah... —dijo con su voz entorpecida por el alcohol—, es muy agradable volver a verte, majestad.

—¿Cómo has entrado aquí, Krager? —le preguntó Ehlana con tono imperioso.

—Nada más fácil, Ehlana —replicó él con una sonrisa afectada—. Tendrías que haberte quedado con algunos de los caballeros de Falquián para que hicieran guardia. Los caballeros de la iglesia son más estrictos que los soldados tamules. Nos vestimos como pelois, nos afeitamos la cabeza, y nadie nos miró dos veces. Elron se cubrió la cara con la capa cuando la baronesa abrió la puerta, sólo como precaución, pero por lo demás resultó casi excesivamente fácil. Ya conoces a Elron de una ocasión anterior, ¿no es así?

—Lo recuerdo vagamente, ¿tú no, Melidere?

—Vaya, sí, creo que sí, majestad —replicó la rubia muchacha—. ¿No es aquel incompetente literario que conocimos en Astel?

El rostro de Elron se puso repentinamente blanco de indignación.

Krager se encogió de hombros.

—Yo no soy un experto en poesía, señoras. Elron me ha dicho que es poeta, así que yo le tomo la palabra. ¿Me permitís presentaros al barón Parok? — Señaló al primer hombre que había penetrado en la estancia.

Parok les hizo una florida reverencia. Tenía el rostro marcado con los purpúreos vasos capilares rotos de los bebedores empedernidos, y sus ojos de expresión disoluta tenían bolsas.

Ehlana hizo caso omiso de él.

—No vas a salir vivo de aquí, Krager. Lo sabes, ¿no es cierto?

—Yo siempre salgo vivo, Ehlana —le respondió él con una sonrisa vanidosa—. Siempre preparo las cosas con gran minuciosidad. Ahora quisiera que conocieses a nuestro líder. Éste es Scarpa. —Hizo un gesto hacia el hombre de barba—. Estoy seguro de que has oído hablar de él, y Scarpa estaba que se moría por conocerte.

—A mí no me parece que esté tan muerto como todo eso..., todavía —observó la reina—. ¿Por qué no llamas a los guardias para que pongan remedio a eso, Melidere?

Scarpa le cortó el paso a la baronesa.

—Esa bravata está bastante fuera de lugar —le dijo fríamente a Ehlana con una voz cargada de desprecio—. Te das demasiados aires de grandeza. Todas las genuflexiones y esos majestad por aquí y por allá parecen habérsete subido a la cabeza, y haberte hecho olvidar que todavía eres una mujer.

—¡No creo necesitar instrucción sobre el comportamiento correcto por parte del hijo bastardo de una prostituta! —le espetó ella.

En el rostro de Scarpa destelló un fugaz fastidio.

—Estamos perdiendo el tiempo —declaró. Tenía una voz profunda y sonora, la voz de un actor, y sus gestos eran estudiados. Resultaba obvio que había pasado mucho tiempo ante los ojos del público—. Tenemos que cubrir muchas leguas antes del alba.

—Yo no pienso ir a ninguna parte —declaró la reina.

—Tú irás adonde yo te diga que vayas —replicó él—. Y te enseñaré cuál es tu sitio mientras vayamos de camino.

—¿Qué esperas obtener con esto? —exigió saber Melidere. Scarpa se encogió de hombros.

—El imperio y la victoria. Vamos a llevarnos a la reina de Elenia como rehén. Su esposo es tan estúpido como para olvidar que el mundo está lleno de mujeres..., todas muy parecidas a las demás. Es tan idiota que nos entregará cualquier cosa a cambio de que ella regrese sana y salva.

—¿Eres tan estúpido como para creer que mi esposo intercambiará al Bhelliom por mí? —le preguntó Ehlana con desdén—. Falquián es Anakha,

imbécil, y tiene al Bhelliom en el puño. Eso lo convierte en un dios. Él mató a Azash, y matará a Cyrgon, y decididamente te matará a ti. Ruega para que lo haga de manera rápida, Scarpa. Está en su poder el hacer que tu agonía dure un millón de años si así lo deseara.

—Yo no ruego, mujer. Sólo los cobardes depositan fe alguna en los dioses.

—Creo que subestimas la devoción de Falquián hacia ti, Ehlana —intervino Krager—. Daría cualquier cosa para verte regresar sana y salva.

—No tendrá que hacerlo —le espetó ella—. Yo sola me las arreglaré con vosotros cuatro. ¿Realmente creéis que podréis salir de aquí cuando una sola palabra mía hará correr a media guarnición en mi ayuda?

—De todas formas, no pronunciarás esa palabra —le respondió Scarpa con tono burlón—. Eres un poco demasiado arrogante, mujer. Creo que deberías conocer la plena realidad de tu situación. —Se volvió y señaló a la baronesa Melidere—. Mata a esa —le ordenó a Elron.

—Pero... —el falso literato de pálido rostro comenzó a objetar.

—¡Mátala! —le gritó Scarpa—. ¡Si no lo haces, yo te mataré a ti! Elron desenfundó con mano temblorosa su estoque y avanzó hacia la desafiante baronesa.

—No es una aguja de tejer, papanatas —le dijo Melidere—. Ni siquiera sabes cogerla correctamente. Limítate a asesinar el idioma, Elron. Todavía no tienes la destreza, o el estómago, para hacerlo con la gente, aunque tu llamada poesía es lo bastante mala como para conseguir que la gente sienta deseos de morir.

—¿Cómo te atreves? —exclamó Elron, casi gritando, mientras su rostro se ponía lívido.

—¿Qué tal marcha tu *Oda al Azul*, Elron? —continuó ella, provocándolo—. Podrías ganar una fortuna si la vendieras como emético, ¿sabes? Yo sentí una ola de vómito antes de acabar de leer la primera estrofa.

Él aulló con suprema furia y le lanzó una torpe estocada con el arma.

Ehlana había observado a Stragen entrenando a Sarabian lo suficiente como para saber que la estocada no estaba bien dirigida. La intrépida baronesa desvió fríamente la hoja con la muñeca de una mano que aparentemente había levantado en un gesto defensivo, y la hoja del estoque de Elron le atravesó limpiamente un hombro.

Melidere profirió un grito ahogado mientras aferraba la hoja del estoque con el fin de ocultar el exacto emplazamiento de la herida. Luego se tiró hacia atrás

para soltarse y se aferró la herida para derramar la sangre que manaba de la misma sobre el corpiño de su camisón. Luego cayó al suelo.

—¡Asesino! —chilló Ehlana, corriendo hacia su amiga caída. Se echó de través sobre el cuerpo inerte de Melidere, llorando y profiriendo alaridos de aparente angustia—. ¿Estás bien? —le preguntó con un susurro.

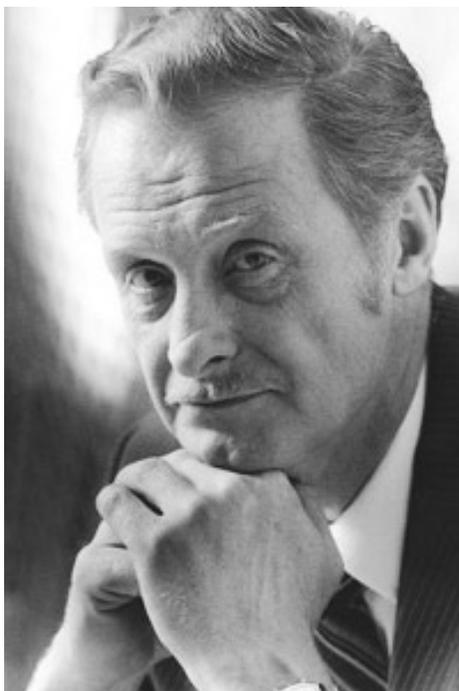
—Es sólo un arañazo —mintió Melidere, también susurrando.

—Dile a Falquián que estoy bien —le pidió la reina, mientras se quitaba el anillo y lo escondía en el corpiño de Melidere—, y que le prohíbo que entregue el Bhelliom, por muchas cosas que amenacen hacer conmigo. —Se puso de pie con el rostro bañado en lágrimas—. Te colgarán por esto, Elron —le dijo con tono fatal—, o quizá te haga arder en la hoguera en lugar de ahorcarte... con un fuego lento. —Quitó una manta de la cama y se apresuró a cubrir con ella a Melidere para evitar que la examinaran con demasiada atención.

—Ahora nos marcharemos —declaró fríamente Scarpa—. Esa otra es también amiga tuya, según creo. —Señaló a Alean, que tenía el rostro pálido como la ceniza—. Nos la llevaremos con nosotros, y si profieres el más mínimo grito de alarma, le rebanaré personalmente la garganta.

—Te olvidas del mensaje, mi señor Scarpa —intervino Krager mientras se sacaba un papel doblado del interior de su chaqueta peloi—. Tenemos que dejarle una notita amistosa a Falquián..., sólo para hacerle saber que hemos pasado a hacer una visita. —Luego sacó un cuchillo pequeño—. Con tu perdón, reina Ehlana... —sonrió afectadamente, lanzando al rostro de la reina el penetrante hedor acre de su aliento saturado de vino—, pero necesito una pequeña refrendación para demostrarle a Falquián que te tenemos cautiva. —Cogió un mechón de los cabellos de Ehlana y lo cortó bruscamente con el cuchillo—. Dejaremos esto con la nota para que pueda compararlo con los que le enviemos después y verificar que realmente son los tuyos. —La sonrisa se hizo aún más malévola—. Si sintieras el repentino impulso de gritar, Ehlana, simplemente recuerda que lo único que realmente necesitamos es tu cabeza. Podemos cortar el pelo de ella, así que no necesitaremos llevarnos el resto de tu persona si comienzas a darnos demasiados problemas.

FIN.



DAVID EDDINGS (7 de julio de 1931, Spokane, Washington - 2 de junio de 2009, Carson City, Nevada). Se crió cerca de Seattle. Desde muy pequeño le gustó escribir, y en el instituto ya tenía claro que quería dedicarse a ello. De joven su tiempo libre lo dividía en escribir y en actuar en obras de teatro que él mismo creaba. Se graduó en la Universidad de Portland con veinte años, obteniendo la Licenciatura en Filosofía y Letras. Años más tarde consiguió el título de Maestro de Artes en la Universidad de Washington, después fue llamado a filas.

Tras dos años al servicio del Ejército de los Estados Unidos, Eddings trabajó como profesor de Universidad, pero acabó dejándolo muy descontento porque no recibía ningún aumento de sueldo con el paso de los años. Se mudó a Denver, donde acabó trabajando en un supermercado. Empezó a escribir su primera novela, *La Alta Cacería* (High Hunt). Eddings se basó en sus conocimientos de caza y de vida en la montaña para escribir ese libro, el cual seguiría el mismo patrón que algunas de sus obras posteriores, la madurez del protagonista.

Desde el principio contó con la ayuda de Leigh Eddings, su esposa. David escribía y después se lo leía en voz alta a su mujer, ella le daba su opinión y le señalaba las incoherencias de la trama y añadía detalles a la historia y pinceladas

a los personajes. Desde un primer momento David quiso que su esposa apareciese como co-autora en los libros, pero su editor se negó en rotundo, afirmando que no estaba bien visto en el mercado que hubiese dos autores en un mismo libro. No fue hasta la salida del quinto libro de Belgarath, La Ciudad de las Tinieblas (Enchanter's End Game) cuando por fin la autoría de Leigh Eddings quedó reconocida.

Una mañana, antes de ir a trabajar, empezó a garabatear en un papel una especie de mapa, el cual quedaría olvidado hasta que un día Eddings vio una copia de El Señor de los Anillos en una librería. Sorprendido al ver que era una 78.ª edición se la llevó a casa. Tras la lectura, David supo que quería dedicarse a la literatura fantástica. Con la inspiración de Tolkien en su mente, Eddings terminó de dar los detalles al mapa que tiempo antes había dibujado. Así nació el mundo de Aloria, donde se desarrollan las aventuras de su saga más conocida, Belgarath.

El éxito de la pentalogía de Crónicas de Belgarath le dio la oportunidad de escribir otras sagas de fantasía en las que Eddings dejaba volar su imaginación. Tras Belgarath, escribió una continuación de otros cinco libros, Crónicas de Mallorea, después llegarían la saga de Elenium y su secuela, El Tamuli. En 1995 retomaría la historia de Belgarath para escribir dos precuelas y El Códice Rivano (apuntes y material de trabajo que utilizó para la saga). Su última aportación a la novela fantástica fue con la saga Los Soñadores, que terminó de escribir en el 2006, un año antes de la muerte de su mujer.

David nunca quiso escribir en un ordenador, ni siquiera a máquina, prefería hacerlo de la manera tradicional, con papel y pluma. Era un tipo afable y divertido, bastante humilde, le gustaba bromear diciendo que nunca ganaría un Premio Nobel de Literatura, era consciente de que la literatura fantástica estaba muy infravalorada en el mundo de la lectura. La verdad es que su obra no destacaba por su calidad literaria, sino que la fuerza residía en la historia y en la personalidad de sus personajes. Le encantaba saber que mucha gente que nunca había cogido un libro en su vida había acabado enganchada a sus novelas, sólo por eso se sentía orgulloso de haberse hecho escritor y conseguir que la gente apreciase el valor de los libros. Una vez dijo, «Estoy aquí para enseñar a una generación o dos cómo leer. Después de que terminen conmigo pueden pasar a alguien importante como Homero o Milton».

En 1999 su mujer sufrió un ataque de corazón. A lo largo de los años seguiría

sufriéndolos hasta que finalmente, en 2007 su corazón se detuvo finalmente. Debido a los ataques, la mente de Leigh se vio afectada, reduciéndose su edad mental aproximadamente a la de una niña de 3 años de edad. David se encargó siempre de cuidar él mismo de su mujer, con ayuda de su suegra y no quiso que su familia la viese en ese estado. A pesar del dinero que tenía, se negó a pagar a alguien para que la cuidase, siempre estuvo a su lado, hasta el fin de sus días.

Tras la muerte de Leigh, David ya no era el mismo, poco a poco fue desmejorando hasta que llegó su hora, algo que seguro que deseaba para poder reunirse de nuevo con ella y seguir creando historias para toda la eternidad.

# Notas

[1] Ghoul: legendario ser maligno de la tradición árabe que profana tumbas y se alimenta de cadáveres. <<

[2] Lochaber axe: hacha de guerra escocesa del siglo XVI, de hoja alargada y curva con un garfio en el extremo superior. <<



# DAVID EDDINGS

LA CIUDAD OCULTA

EL TAMULI LIBRO 3

se

La suerte está echada. Las fuerzas de la oscuridad han llegado demasiado lejos, y el rapto de Ehlana ha terminado por cegar cualquier salida. También los elenios, los tamules y sus aliados, dirigidos por Sparhawk, han avanzado entre victorias y derrotas en su unidad y disposición para el combate.

La trama de esta espectacular trilogía se va a resolver en Cyrga, la misteriosa morada de unos seres implacables y destructores. No es un último reducto, sino el espacio mítico donde se librá la gran batalla, aquella en la que dioses y hombres deben dirimir los rumbos de los pueblos que habitan el peculiar universo de Eddings.

La ciudad oculta remata así, con poderoso y épico acento, la trilogía El Tamuli, una de las más imaginativas y apasionantes obras del género fantástico. Y es que se trata de una lectura absorbente: la mejor para quienes, a veces, sienten la necesidad de trasladarse a un mundo de héroes y sombras.



David Eddings

# **La ciudad oculta**

**El Tamuli-3**

ePub r1.3  
fenikz 29.05.16

Título original: *The Hidden City*

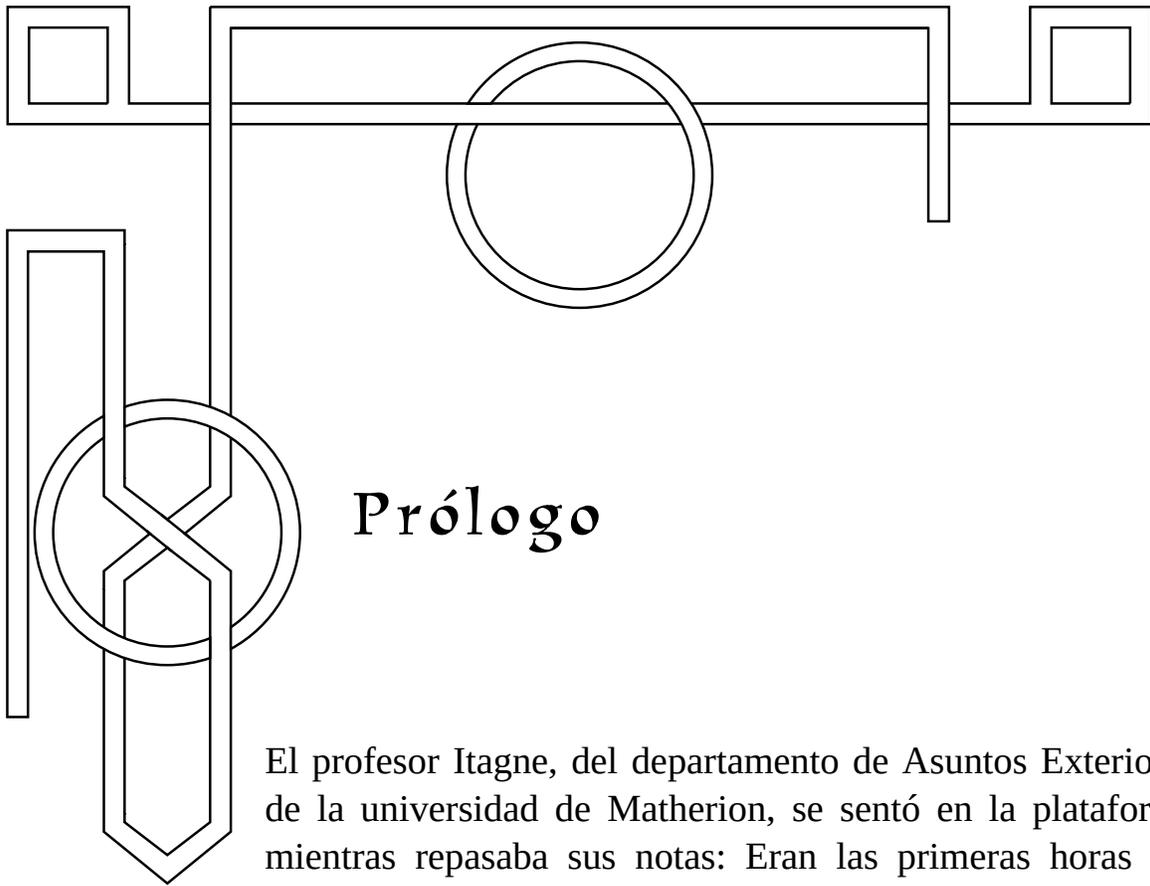
David Eddings, 1994

Traducción: Diana Falcón

Editor digital: fenikz

ePub base r1.2





## Prólogo

El profesor Itagne, del departamento de Asuntos Exteriores de la universidad de Matherion, se sentó en la plataforma mientras repasaba sus notas: Eran las primeras horas del anochecer de un bonito día de primavera, y las ventanas del auditorio en el que se había reunido la facultad de Ciencias Políticas, estaban abiertas para dejar que entrase el aroma de las flores y la hierba, y el canto de los pájaros que constituía una leve distracción.

El profesor emérito Gintana, del departamento de Comercio Internacional, se hallaba de pie ante el atril, desde donde hablaba monótona e interminablemente sobre la regulación de tarifas del siglo veintitrés. Gintana era un académico delicado, de cabellos blancos, y un poco vago, al que la gente solía referirse como «ese querido anciano». Itagne no lo estaba escuchando, en realidad.

Aquello no iba a salir bien, concluyó con humor torvo, mientras arrugaba y descartaba otra hoja de notas. Por toda la universidad había corrido la voz del tema que iba a tratar, y los académicos de facultades tan apartadas del mismo como eran la de Matemáticas Aplicadas y Alquimia Contemporánea, atestaban la sala con los ojos brillantes de expectación. Toda la facultad del departamento de Historia Contemporánea ocupaba las primeras filas; las negras túnicas académicas conferían a sus miembros el aspecto de una bandada de cuervos.

Historia Contemporánea estaba allí en pleno para asegurar todos los fuegos artificiales que pudieran desearse.

Itagne consideró ociosamente la idea de fingir un desmayo. ¿Cómo, en el nombre de Dios —cualquier dios—, iba a pasar la hora siguiente sin hacer el ridículo absoluto? Disponía de todos los hechos, por supuesto, pero ¿qué hombre racional podría creer en esos hechos? Un relato directo de lo que había sucedido en realidad durante el alzamiento reciente parecería los delirios de un lunático. Si se ceñía estrictamente a la realidad, los plumíferos de Historia Contemporánea no tendrían necesidad de pronunciar una sola palabra. Él podría destruir su propia reputación sin que le prestaran ayuda ninguna.

Itagne les echó otra mirada cuidadosa a las notas preparadas. Luego las dobló sin entusiasmo y volvió a metérselas en la voluminosa manga de su túnica académica. Lo que iba a suceder allí esa noche se parecería más a un alboroto de taberna que a un discurso razonado. Era obvio que los de Historia Contemporánea habían acudido para hacerlo callar. Itagne echó los hombros hacia atrás. Bueno, si querían pelea, él los contentaría.

Se había levantado brisa. Las cortinas de las ventanas susurraban y ondeaban, y las doradas lenguas de fuego que ardían en las lámparas de aceite, se balanceaban y danzaban. Era un hermoso anochecer de primavera..., en cualquier parte menos dentro de aquel auditorio.

Se produjo un cortés repique de aplausos, y el anciano profesor Gintana, ruborizado y confuso por ese reconocimiento de su existencia, hizo una torpe reverencia, aferró sus notas con ambas manos, y trotó de regreso a su asiento. Entonces, el decano de la facultad de Ciencias Políticas se puso de pie para anunciar el principal acontecimiento.

—Colegas —comenzó—, antes de que el profesor Itagne nos ofrezca sus observaciones, me gustaría aprovechar esta oportunidad para presentaros a unos visitantes notables. Estoy seguro de que todos os uniréis a mí para dar la bienvenida al patriarca Emban, primer secretario de la iglesia de Chyrellos, a *sir* Bevier, el caballero cyrínico de Arcium, y a *sir* Ulath, de la orden Genidiana localizada en Thalesia.

Se oyeron más aplausos de cortesía mientras Itagne atravesaba apresuradamente la plataforma para recibir a sus amigos elenios.

—Gracias a Dios que estáis aquí —les dijo con fervor—. Se ha presentado todo el departamento de Historia Contemporánea..., excepto los pocos que con toda probabilidad se han quedado fuera para hervir el alquitrán y traer los sacos

de plumas.

Emban sonrió.

—No pensarías que tu hermano iba a dejarte colgado, ¿verdad, Itagne? Ha pensado que podrías sentirte solo, aquí, por lo que nos ha enviado para que te hagamos compañía.

Itagne se sentía mejor cuando regresó a su asiento. Aunque sólo fuera eso, Bevier y Ulath podrían atajar el ataque físico.

—Y ahora, colegas y distinguidos invitados —continuó el decano—, el profesor Itagne, del departamento de Asuntos Exteriores, responderá a un artículo reciente publicado por el departamento de Historia Contemporánea bajo el título «ELASUNTOCYRGA: Un examen de la crisis reciente». Profesor Itagne.

Itagne se puso de pie, avanzó con decisión hacia el atril, y asumió su expresión más ofensivamente civilizada.

—Decano Altus, distinguidos colegas, esposas de los miembros de las facultades, honorables invitados... —Hizo una pausa—. ¿Me he dejado a alguien fuera?

Se produjo un estallido de disimuladas risas nerviosas. La tensión que reinaba en la sala era tremenda.

—Me siento particularmente complacido de ver a tantos de nuestros colegas de Historia Contemporánea, aquí presentes esta noche —continuó Itagne, lanzando su primer golpe—. Dado que hablaré de algo cercano a ellos y caro a sus corazones, es mucho mejor que se hallen aquí para escuchar lo que voy a decir, en lugar de verse obligados a confiar en relatos falseados de segunda mano. —Les sonrió con benignidad a los ceñudos pajarracos de la primera fila—. ¿Podéis oírme bien, caballeros? —les preguntó—. ¿Voy demasiado deprisa para alguno de vosotros?

—¡Esto es ultrajante! —protestó en voz muy alta un profesor corpulento y sudoroso.

—Va a ponerse peor, Quinsal —replicó Itagne—. Si de verdad te molesta, será mejor que te marches ya. —Recorrió la concurrencia con los ojos—. Se ha dicho que la búsqueda de la verdad es la más noble ocupación del hombre, pero hay dragones que acechan en el oscuro bosque de la ignorancia; y que los nombres de esos dragones son «Incompetencia», «Prejuicio político», «Distorsión deliberada» y «Obstinada estupidez consumada». Nuestros gallardos amigos de Historia Contemporánea salieron con valentía a batallar contra esos

dragones en su reciente publicación «El asunto Cyrga». Con el más profundo pesar me veo obligado a informaros que los dragones ganaron.

Se oyeron más risas y aparecieron más ominosos ceños fruncidos en la fila delantera.

—Nunca ha sido un secreto en esta institución que el departamento de Historia Contemporánea es una entidad política más que académica —prosiguió Itagne—. Ha sido patrocinada desde su principio mismo por el primer ministro, y sus únicas razones para existir han sido suavizar los desatinos de dicho ministro y ocultar de la mejor manera posible la incompetencia del mismo. Es cierto, sin duda, que el primer ministro Subat y su cómplice, el ministro del Interior, Kolata, no han estado interesados jamás en la verdad; pero, por favor, caballeros, esto es una universidad. ¿No deberíamos, al menos, fingir que estamos diciendo la verdad?

—¡Basura! —aulló un fornido académico de la primera fila.

—Sí —replicó Itagne, mientras levantaba en el aire un tendencioso ejemplar de «El asunto Cyrga»—. Eso ya lo he advertido. Pero, si sabías que era basura, profesor Pessalt, ¿por qué lo publicaste?

Las risas fueron más sonoras esta vez, y ahogaron el farfullante intento que Pessalt hizo de hablar.

—Continuemos adelante con el gran trabajo al que estamos refiriéndonos —sugirió Itagne—. Todos conocemos a Pondia Subat como al intrigante incompetente que en verdad es; pero la única cosa que más me desconcierta de vuestro «asunto Cyrga» es su continuo intento de elevar al renegado estiriano Zalasta a la casi santidad. ¿Cómo, en el nombre de Dios, podría alguien, incluso tan gravemente limitado como el primer ministro, reverenciar a ese canalla?

—¿Cómo te atreves a hablar así del más grande hombre del siglo? —le gritó uno de los pajarracos.

—Si Zalasta es lo mejor que este siglo puede conseguir, colegas, creo que nos encontramos en verdaderos apuros. Aunque yo no lo creo así. La crisis que Historia Contemporánea decidió llamar «El asunto Cyrga», ha estado fermentando durante varios años.

—¡Sí —gritó alguien con profundo sarcasmo—, nos hemos dado cuenta de ello!

—Me alegro mucho por vosotros —murmuró Itagne, lo que provocó una sonora risa en el auditorio—. ¿Hacia quién se volvió nuestro idiota primer ministro en busca de ayuda? Hacia Zalasta, por supuesto. Él nos instó a que

hiciéramos venir al caballero pandion, el príncipe Falquián de Elenia. ¿Por qué afloraría a los labios de Zalasta el nombre de un miembro de la nobleza elenia, para responder a la pregunta que se le hizo, casi antes de que fuese formulada, teniendo en cuenta el triste historial de los elenios en sus relaciones con los estirianos? No cabe duda de que las hazañas del príncipe Falquián son legendarias, pero ¿qué tenía ese hombre que hacía que Zalasta languideciera de tal forma por su compañía? ¿Y por qué Zalasta olvidó contarnos que Falquián es Anakha, el instrumento del Bhelliom? ¿Es que ese hecho se le escapó de la cabeza? ¿Pensaría que el espíritu que ha creado universos enteros era un tanto irrelevante? No hallo mención alguna del Bhelliom en esta pila de guano publicada en fecha reciente. ¿Habéis omitido deliberadamente el acontecimiento más trascendental del último eón? ¿Estabais tan absortos en intentar atribuirle a vuestro adorado Pondia Subat el crédito de unas decisiones políticas que no había tomado, que asumisteis la determinación de no mencionar al Bhelliom para nada?

—¡Disparate! —rugió una voz profunda.

—Encantado de conocerte, profesor Disparate. Mi nombre es Itagne. Ha sido muy amable por tu parte el presentarse. Te lo agradezco de corazón, muchacho. Las carcajadas fueron tumultuosas esta vez.

—Es rápido el mozalbete, ¿verdad? —oyó Itagne que Ulath le cuchicheaba a Bevier.

Itagne levantó la mirada.

—Colegas —dijo—, me permito afirmar que no era al príncipe Falquián a quien Zalasta tanto ansiaba, sino al Bhelliom. El Bhelliom es la fuente del sumo poder, y hace tres siglos que Zalasta está intentando ponerle las manos encima... por razones en exceso repugnantes como para mencionarlas. Ha estado dispuesto a llegar a cualquier extremo. Ha traicionado su fe, a su pueblo y su integridad personal, la que tenía, para conseguir lo que los trolls llaman «La Gema-Flor».

—¡Eso pone punto final al tema! —declaró el corpulento Quinsal, al tiempo que se ponía de pie—. ¡Este hombre está loco! ¡Ahora se pone a hablar de trolls! Éste es un encuentro académico, Itagne, no la hora de los niños. Has escogido al auditorio equivocado para cuentos de hadas e historias de fantasmas.

—¿Por qué no me dejas a mí, Itagne? —preguntó Ulath, mientras se ponía de pie y se acercaba al podio—. Yo puedo arreglar este asunto en tan sólo un momento o dos.

—Como quieras —respondió Itagne, agradecido.

Ulath apoyó cada una de sus enormes manos sobre un lado del atril.

—El profesor Itagne me ha pedido que os informe brevemente, caballeros, sobre algunos temas —declaró—. Supongo que tenéis algunos problemas con la noción de trolls.

—Ni el más mínimo, caballero —contestó Quinsal—. Los trolls son un mito elenio y nada más. En eso no hay en absoluto ninguna dificultad.

—¡Qué cosa tan asombrosa! He pasado seis años compilando una gramática troll. ¿Queréis decir que he perdido el tiempo?

—Creo que estáis tan loco como Itagne.

—En ese caso, es probable que no os convenga irritarme, ¿no os parece? Particularmente a la vista del hecho de que yo soy mucho más grande que usted. —Ulath entrecerró los ojos, mirando al techo—. La lógica nos dice que nadie puede demostrar una negación. ¿Estáis seguro de que no queréis enmendar su declaración?

—No, *sir* Ulath. Sostengo lo que acabo de decir. No existe nada semejante a los trolls.

—¿Has oído eso, Bhlok w? —Ulath alzó un poco la voz—. Este tipo dice que tú no existes.

Se oyó un monstruoso rugido en el corredor al que daba el auditorio, y las dobles puertas del fondo se rajaron y cayeron hacia el interior.

—¡Quédate tranquilo! —susurró Bevier cuando Itagne dio un salto—. Es una ilusión. Ulath está divirtiéndose.

—¿Tendríais la amabilidad de volveros y decirme qué veis al fondo de la sala, Quinsal? —pidió Ulath—. ¿Cómo llamaría, exactamente, a mi amigo Bhlok w?

La criatura que se encumbraba en la entrada era enorme, y tenía el bestial rostro contorsionado por la furia. Tendió sus zarpas hacia delante, con ansia.

—¿Quién ha dicho eso, Ulath? —exigió saber con una voz monstruosa—. ¡Yo le causaré daño! ¡Yo lo desgarraré en pedazos y me lo comeré!

—¿Es verdad que ese troll puede hablar tamul? —susurró Itagne.

—Por supuesto que no —replicó Bevier, sonriendo—. Ulath está jugando.

La monstruosa aparición de la puerta continuó aullando descripciones horriblemente gráficas de los planes que tenía para el departamento de Historia Contemporánea.

—¿Hay alguna otra pregunta acerca de los trolls? —preguntó Ulath con tono suave, pero ninguno de los académicos allí reunidos lo oyó, con los gritos,

chillidos y sillas que caían.

Hizo falta un buen cuarto de hora para restaurar la calma después de que la ilusión de Ulath hubiera desaparecido; y cuando Itagne volvió a acercarse al atril, todo el auditorio se había apiñado en la parte delantera de la sala.

—Me siento conmovido ante vuestro anhelo de oír cada una de mis palabras, caballeros —comentó Itagne con una sonrisa—, pero puedo hablar lo bastante alto como para que se me escuche desde el fondo de la sala, así que no tenéis necesidad de acercaros tanto. Confío en que la visita del amigo de *sir* Ulath haya aclarado el pequeño malentendido respecto a los trolls. —Miró a Quinsal, el cual aún estaba agachado en el suelo, tartamudeando de terror—. Espléndido —continuó Itagne—. En pocas palabras, entonces, el príncipe Falquián acudió a Tamuli. Los elenios son a veces una gente tortuosa, así que la esposa de Falquián, la reina Ehlana, propuso una visita de estado a Matherion y ocultó a su esposo y los amigos de éste en su séquito. A su llegada aquí, descubrieron casi de inmediato algunos hechos que nosotros habíamos pasado por alto, de alguna manera. Primero, que el emperador Sarabian tiene cerebro; y segundo, que el gobierno dirigido por Pondia Subat estaba aliado con nuestros enemigos.

—¡Traición! —chilló un delgado profesor calvo, poniéndose en pie de un salto.

—¿De veras, Dalash? —preguntó Itagne—. ¿Contra quién?

—Pues... eh... —vaciló Dalash.

—Todavía no lo entendéis, ¿verdad, caballeros? —le preguntó Itagne a la cátedra de Historia Contemporánea—. El anterior gobierno ha sido derrocado... por el propio emperador Sarabian. Tamuli es ahora una monarquía de estilo elenio, y el emperador Sarabian gobierna por decreto. El anterior gobierno, así como su primer ministro, ya no son relevantes.

—¡El primer ministro no puede ser expulsado de su puesto! —gritó Dalash—. ¡Ostenta su cargo de por vida!

—Aun en el caso de que fuese verdad, eso sugiere una solución bastante sencilla para el problema, ¿no?

—¡No te atreverás!

—Yo no, viejo amigo. Ésa es una decisión que corresponde al emperador. No lo hagáis enfadar, caballeros. Si lo hacéis, decorará las puertas de la ciudad con vuestras cabezas. Continuemos con ese tema. Me gustaría cubrir unas cuantas cosas más antes del habitual intermedio. Fue el abortado intento de golpe lo que finalmente precipitó los acontecimientos. Pondia Subat era partícipe

de toda la conspiración, y tenía todas las intenciones de quedarse quieto, frotándose las manos, mientras la turba borracha asesinaba a todos sus enemigos políticos, lo cual, según las evidencias, incluía al propio emperador. Si el profesor Dalash quiere gritar «traición», puede que le interesase echarle una mirada a eso. Descubrimos muchas cosas como consecuencia del fracaso de golpe de estado, no sólo referentes a la traición del primer ministro, sino también a la del ministro del Interior. Lo más importante, sin embargo, fue el descubrimiento de que había sido Zalasta quien orquestó todo el complot, y que estaba aliado en secreto con Ekatas, sumo sacerdote de Cyrgon, el dios de los supuestamente extinguidos cyrgais.

»En ese momento, el príncipe Falquián no tuvo otra alternativa que la de recuperar el Bhelliom del lugar en el que estaba oculto, y pedir refuerzos a Chyrellos. También alistó a otros aliados, el menor de los cuales no es precisamente el pueblo de los delfaes... que, de hecho, existe en todo su fulgente horror.

—¡Esto es absurdo! —se burló el valentón oficial de Historia Contemporánea, el profesor Pessalt—. ¿Se supone que tenemos que creer estas estupideces?

—Ya has visto un troll esta noche, Pessalt —le recordó Itagne—. ¿Te gustaría recibir también una visita personal de un ser fulgente? Puedo arreglarlo, si quieres..., pero fuera, por favor. Nunca nos libraríamos del hedor si llegaras a disolverte en un charco de fango delante mismo del podio.

El decano Altus se aclaró la garganta de manera ostentosa.

—Sí, señor —le aseguró Itagne—. Serán sólo unos minutos. —Se volvió a mirar al auditorio—. Ahora, bien —prosiguió aprisa—, puesto que el tema de los trolls ha vuelto a surgir, muy bien podemos adentrarnos en él y dejarlo claro de una vez por todas. Como ya han notado, los trolls son reales. Fueron atraídos a Tamuli desde sus montañas natales de Thalesia septentrional, por Cyrgon, que se hizo pasar por uno de los dioses de ellos. Los verdaderos dioses-troll han estado prisioneros durante eones, y el príncipe Falquián les ofreció un intercambio: la libertad a cambio de su ayuda. Luego condujo un numeroso ejército a Atan septentrional, donde los engañados trolls estaban alborotando con la esperanza de obligar a los atanes a regresar a su tierra natal para defenderla..., cosa que nos habría dejado completamente indefensos, dado que los atanes forman el grueso de nuestro ejército. El movimiento de Falquián parecía seguirles el juego a nuestros enemigos, pero cuando Cyrgon y Zalasta lanzaron a los trolls contra

ellos, Falquián invocó a los dioses-troll para que los reclamasen. Desesperado, Cyrgon recurrió al pasado e hizo aparecer un enorme ejército de sus cyrgais. Entonces los trolls, fieles a su naturaleza, se los comieron.

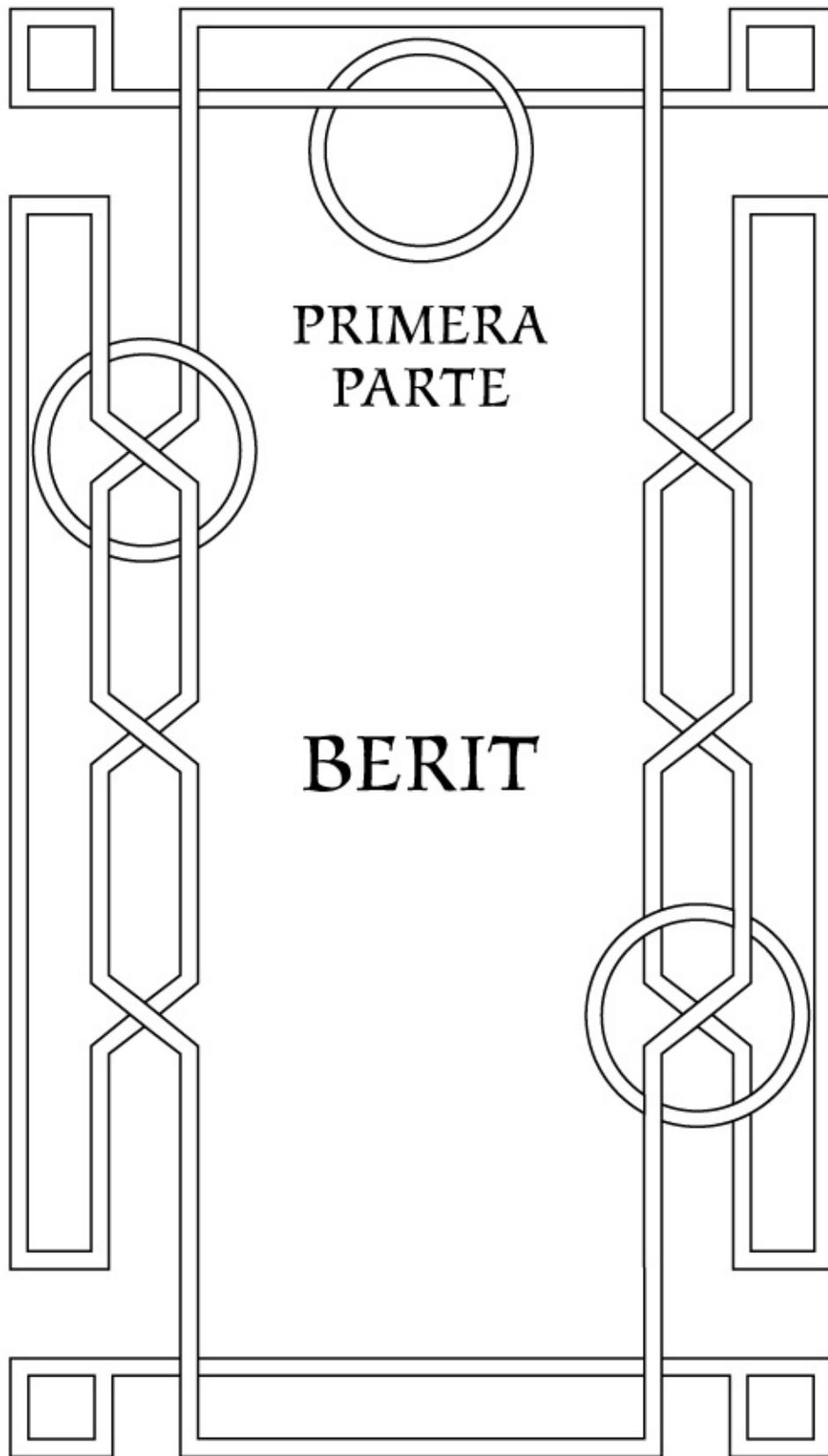
—No esperarás en serio que nos traguemos eso, ¿verdad, Itagne? —exigió saber, ceñudo, el profesor Sarafawn, presidente del departamento de Historia Contemporánea y cuñado del primer ministro.

—Será mejor que lo hagas, Sarafawn —replicó Itagne—. El hermano de tu mujer ya no dicta la historia oficial. A partir de ahora, el emperador quiere que les enseñemos a nuestros estudiantes la verdad llana y sin adornos. Yo publicaré una narración objetiva de los hechos dentro de un mes, más o menos. Será mejor que reserves un ejemplar, Sarafawn, porque se te exigirá que les enseñes eso a todos tus estudiantes en el futuro..., suponiendo que tengas un futuro en esta institución. El presupuesto del año próximo será un poco ajustado, según tengo entendido, así que probablemente habrá que cerrar algunos departamentos. —Hizo una pausa—. ¿Eres bueno con las herramientas, Sarafawn? Me han dicho que hay una escuela profesional pequeña, muy bonita, en Jura. Te encantará Daconia.

El decano volvió a aclararse la garganta, esta vez con mayor urgencia.

—Lo siento, decano Altus —se disculpó Itagne—. Estoy quedándome sin tiempo, caballeros, así que resumiré en pocas palabras una sola novedad más. A pesar de su aplastante derrota, Cyrgon y Zalasta no quedaron, en modo alguno, impotentes. En un osado golpe, el hijo natural de Zalasta, un tal Scarpa, entró a hurtadillas en el complejo imperial, y secuestró a la reina Ehlana y dejó tras de sí una nota en la que exigía que Falquián renunciara al Bhelliom a cambio del regreso de su esposa, sana y salva.

»Después del intermedio que el decano Altus ha aguardado tan pacientemente, me ocuparé de la reacción del príncipe Falquián ante este nuevo acontecimiento.

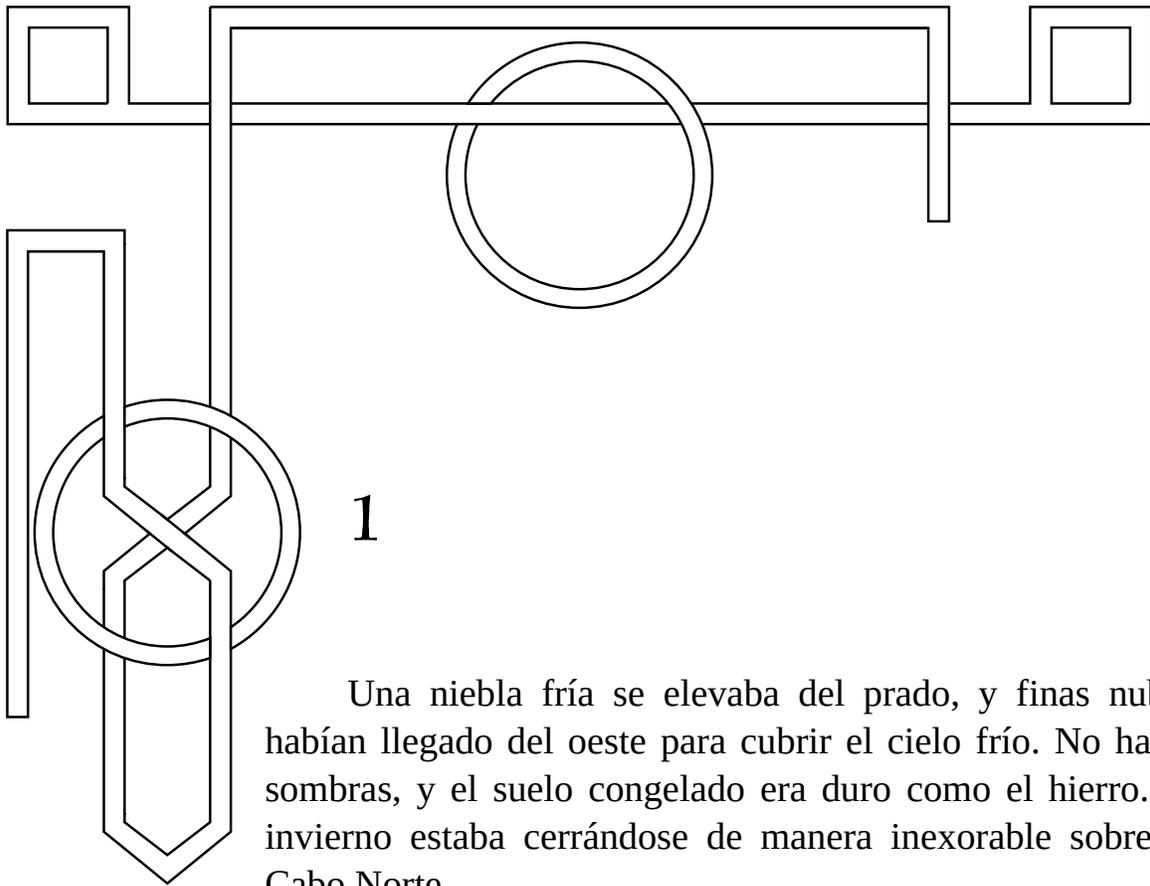


**PRIMERA  
PARTE**

**BERIT**



©1994 Claudia Carlson



Una niebla fría se elevaba del prado, y finas nubes habían llegado del oeste para cubrir el cielo frío. No había sombras, y el suelo congelado era duro como el hierro. El invierno estaba cerrándose de manera inexorable sobre el Cabo Norte.

El ejército de Falquián, formado por millares de guerreros ataviados con acero y cuero, se hallaba alineado en un ancho frente sobre la hierba cubierta de escarcha del prado cercano a las ruinas de Tzada. *Sir Berit* se encontraba sobre su caballo, en el centro de los corpulentos caballeros de la iglesia cubiertos por sus armaduras, contemplando el horrible banquete que estaba teniendo lugar a unos pocos cientos de varas delante de ellos. Berit era un caballero joven e idealista, y tenía algunas dificultades con el comportamiento de sus nuevos aliados.

Los gritos eran remotos, meros rumores de agonía, y los que estaban gritando no eran personas auténticas... realmente. No eran más que sombras, los apenas recordados reflejos de hombres muertos mucho tiempo antes. Además, eran enemigos..., miembros de una raza cruel y salvaje que adoraban a un dios horrible.

Pero de ellos se desprendía vapor. Ésa era la parte del horror que *sir Berit* no podía despachar con un encogimiento de hombros. Por más que se decía que aquellos cyrgais eran muertos —fantasmas invocados por la magia de Cyrgon—,

el hecho de que se elevara vapor de sus cuerpos destripados mientras los trolls se los comían, hacía que las defensas de Berit se le derrumbaran sobre la cabeza.

—¿Algún problema? —preguntó Falquián, compasivo.

La negra armadura del príncipe tenía toques de escarcha aquí y allá, y su curtido rostro mostraba una expresión fría.

De pronto, Berit se sintió violento.

—No es nada, caballero Falquián —se apresuró a mentir—. Sólo que... —Buscó en vano las palabras.

—Ya lo sé. También yo tropiezo con ese aspecto. Los trolls no están siendo deliberadamente crueles, ya lo sabes. Para ellos no es más que comida. Sólo están siguiendo los dictados de su naturaleza.

—Eso es parte del problema, Falquián. La noción de ser comido me hiela la sangre.

—¿Te ayudaría en algo si dijera «mejor ellos que nosotros»?

—No demasiado. —Berit rió débilmente—. Tal vez yo no estoy hecho para este tipo de cosas. Todos los demás parecen tomárselo muy bien.

—Nadie está tomándose muy bien, Berit. Todos sentimos lo mismo respecto a lo que está sucediendo. Intenta aguantar. Ya nos hemos encontrado antes con estos ejércitos del pasado. En cuanto los trolls maten a los generales cyrgais, el resto desaparecerá y eso pondrá fin al asunto. —Falquián frunció el entrecejo—. Vayamos a buscar a Ulath —sugirió—. Acaba de ocurrírseme algo, y quiero preguntárselo.

—De acuerdo —se apresuró a asentir, Berit.

Los dos pandiones de negra armadura hicieron volver a sus caballos y avanzaron por la hierba escarchada a lo largo del frente del ejército.

Encontraron a Ulath, Tynian y Bevier un centenar de varas más abajo.

—Tengo una pregunta para ti, Ulath —anunció Falquián mientras frenaba a *Faran*.

—¿Para mí? ¡Oh, Falquián, no deberías tenerla! —Ulath se quitó el casco cónico y frotó con aire ausente los negros y lustrosos cuernos en una de las mangas de su capote verde—. ¿Qué problema hay?

—Cada vez que nos hemos enfrentado con estos antiguos, todos los muertos se han resecado después de que matáramos a los líderes. ¿Cómo van a reaccionar los trolls ante eso?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Se supone que eres tú el experto en trolls.

—Haz el favor de ser razonable, Falquián. Eso no ha sucedido nunca antes. Nadie puede predecir lo que sucederá en una situación totalmente nueva.

—Haz una conjetura —le espetó Falquián con irritación.

Los dos hombres se miraron mutuamente con ferocidad.

—¿Por qué acosar a Ulath con ese tema, Falquián? —sugirió Bevier con suavidad—. ¿Por qué simplemente no les adviertes a los dioses-troll que eso va a suceder, y dejas que sean ellos los que manejen el problema?

Falquián se frotó reflexivamente un lado de la cara, lo que produjo una especie de sonido arenoso sobre la mejilla sin afeitar.

—Lo siento, Ulath —se disculpó—. El ruido del comedor de ahí fuera me distrae.

—Sé perfectamente cómo te sientes —replicó Ulath con una mueca—. De todas formas, me alegro de que hayas sacado el tema. Los trolls no van a contentarse con raciones secas cuando tienen toda esta carne fresca a no más de quinientas varas de distancia. —Volvió a ponerse el casco adornado con cuernos de ogro—. Los dioses-troll cumplirán con el compromiso adquirido con Aphrael, pero creo que será mejor que los pongamos sobre aviso respecto a ese detalle. Te aseguro que deseo que tengan un fuerte dominio sobre sus trolls cuando la cena se estropee. Detestaría acabar como postre.

—¿Ehlana? —jadeó Sephrenia.

—¡Baja la voz! —murmuró Aphrael. Recorrió el entorno con los ojos. Estaban un poco alejadas, en la retaguardia del ejército, pero no se encontraban solas. Bajó una mano y tocó suavemente el inclinado cuello blanco de *Ch'iel*, y el palafrén de Sephrenia se alejó obedientemente un poco de Kalten y Xanetia, para mordisquear la hierba helada—. No puedo obtener demasiados detalles —explicó la diosa-niña—. Melidere ha resultado gravemente herida, y Mirtai está tan enfurecida que se han visto obligados a encadenarla.

—¿Quién lo hizo?

—¡No lo sé, Sephrenia! Nadie le habla del tema a Danae. Lo único que puedo captar es la palabra «rehén». Alguien ha conseguido entrar en el castillo, apoderarse de Ehlana y Alean, y sacarlas misteriosamente de allí. Sarabian está fuera de sí. Ha inundado los pasillos de guardias, así que Danae no puede salir de su habitación para averiguar qué está sucediendo en realidad.

—¡Tenemos que contárselo a Falquián!

—¡Decididamente, no! Falquián estalla cuando Ehlana está en peligro. Tiene que llevar a su ejército de regreso a Matherion, sano y salvo, antes de que yo pueda permitir que se incendie.

—Pero...

—No, Sephrenia. Lo descubrirá con la suficiente presteza, pero llevemos de vuelta a todo el mundo, sano y salvo, antes de que lo averigüe. Nos queda una semana, más o menos, antes de que el sol se oculte de forma permanente, y todas las cosas y personas que se hallen aquí, se conviertan en sólido hielo.

—Es probable que tengas razón —concedió Sephrenia. Se quedó pensando durante un momento, con los ojos fijos en los árboles plateados de escarcha que había más allá del prado—. La palabra «rehén» lo explica todo, según creo. ¿Existe alguna forma de que puedas determinar el lugar exacto en que se encuentra tu madre?

Aphrael negó con la cabeza.

—No sin ponerla a ella en peligro. Si empiezo a moverme por ahí y meter las narices por los alrededores, Cyrgon sentirá que ando hurgando por los bordes de su plan, y podría hacerle algo a mi madre antes de detenerse a pensarlo. Nuestro principal objetivo, en este momento, es evitar que Falquián se vuelva loco al descubrir lo sucedido. —De pronto profirió un grito ahogado y sus oscuros ojos se abrieron de par en par.

—¿Qué sucede? —le preguntó Sephrenia, alarmada—. ¿Qué está ocurriendo?

—¡No lo sé! —gritó Aphrael—. ¡Es algo monstruoso! —Recorrió los alrededores con los ojos, enloquecida, y tras un momento se serenó, con el pálido ceño fruncido por la concentración—. Alguien está utilizando uno de los hechizos prohibidos, Sephrenia —declaró con una voz tan dura como el suelo congelado.

—¿Estás segura?

—Por completo. El aire mismo apesta a ello.

Djarian el nigromante era un estiriano de aspecto cadavérico con ojos hundidos, una estructura delgada casi esquelética, y rodeado por un hedor rancio y mohoso. Al igual que otros estirianos cautivos, estaba encadenado y bajo la estrecha vigilancia de caballeros de la iglesia, versados en la forma de contrarrestar los hechizos estirianos.

Sobre el campamento cercano a las ruinas de Tzada descendía un frío y opresivo crepúsculo cuando Falquián y los otros decidieron por fin interrogar a los prisioneros. Los dioses-troll habían cogido firmemente a sus criaturas cuando la orgía gastronómica llegó a su fin de forma repentina, y los trolls se hallaban ahora reunidos en el prado, a una legua de distancia, en torno a una hoguera, celebrando lo que parecían observancias religiosas de alguna clase.

—Tú simplemente haz lo de rutina, Bevier —le advirtió Falquián, en voz baja, al caballero cyrínico de piel olivácea, cuando Djarian fue arrastrado ante él—. Continúa formulándole preguntas irrelevantes hasta que Xanetia te indique que ya lo sabe todo.

Bevier asintió con la cabeza.

—Puedo hacerlo durar todo lo que quieras, Falquián. Comencemos.

El capote blanco de Bevier, enrojecido por la oscilante luz del fuego, le confería un aspecto decididamente eclesiástico, y él realzó esa impresión al decir una larga oración como preámbulo del interrogatorio. Luego puso manos a la obra.

Djarian respondía a las preguntas de manera lacónica, con una voz hueca que parecía provenir de una bóveda. Bevier aparentaba no advertir el comportamiento hosco del prisionero. Todos sus modales parecían correctos en exceso, incluso remilgados, efecto que él aumentaba al llevar guantes sin dedos del tipo que se ponen los escribas y los eruditos cuando hace frío. Volvía atrás con frecuencia, repitiendo preguntas con frases diferentes, y luego señalando con aire triunfal las contradicciones surgidas en las respuestas del prisionero.

La única excepción en la cínica brevedad de Djarian fue un repentino estallido de vituperios, una larga denuncia de Zalasta, y Cyrgon, por haberle abandonado en aquel inhóspito lugar.

—Bevier habla exactamente como un abogado —le murmuró Kalten a Falquián—. Yo detesto a los abogados.

—Está haciéndolo con toda intención —replicó Falquián—. A los abogados les gusta formular preguntas con trampa a las personas, y Djarian lo sabe. Bevier está obligándole a pensar con mucha fuerza en las cosas que se supone que debe ocultar, y eso es lo único que Xanetia necesita. Parece que siempre estamos subestimando a Bevier.

—Es por culpa de todas esas plegarias —comentó Kalten con sabiduría—. Es difícil tomarse en serio a un hombre cuando está siempre rezando.

—Somos caballeros de la iglesia, Kalten..., miembros de una orden

religiosa.

—¿Y qué tiene que ver eso?

—Él cree que está más muerto que vivo —informó Xanetia más tarde, cuando se reunieron en torno a una de las grandes hogueras que los atanes habían encendido para defenderse del crudo frío.

El rostro de la anarae reflejaba la luz del fuego, al igual que lo hacía su túnica de lana sin blanquear.

—¿Teníamos razón? —le preguntó Tynian—. ¿Está Cyrgon aumentando los poderes de Djarian con el fin de que pueda resucitar a ejércitos enteros?

—Así es —replicó la muchacha.

—¿Fue sincero ese estallido contra Zalasta? —inquirió Vanion.

—En efecto, mi señor. Djarian y sus compañeros están cada vez más descontentos con el liderazgo de Zalasta. Han llegado todos a no esperar verdadera camaradería por parte de su jefe. Ya no existe ninguna causa común entre ellos, y cada cual procura sacar el mayor provecho para sí de esa dudosa alianza. Por encima de todo, se halla el secreto deseo en cada uno de obtener la posesión única del Bhelliom.

—La disensión entre los enemigos siempre es buena —observó Vanion—, pero no debemos descartar la posibilidad de que todos vuelvan a ponerse de acuerdo tras lo que ha sucedido hoy aquí. ¿Has podido averiguar algo específico respecto a lo que podrían intentar a continuación, anarae?

—No, mi señor. Ellos no estaban en forma alguna preparados para lo que ha llegado a suceder. Pero una cosa sobresalía en la mente deste Djarian, y quizá represente algún peligro. Los proscritos que rodean a Zalasta, le temen todos a Cызada de Esos, porque sólo él es versado en la magia de Zemoch, y sólo él puede llegar con la su mano el mundo inferior que Azash abrió. Tiene al alcance suyo horrores que a la imaginación superan. Es el pensamiento de Djarian, que pues todos los planes de ellos han salido mal hasta el momento, Cyrgon, por desesperación, podría ordenarle a Cызada que utilizara el suyo arte horrible para invocar a las criaturas de las tinieblas para que se enfrenten con nosotros y nos confundan.

Vanion asintió con aire grave.

—¿Cómo los ha afectado el plan de Stragen? —inquirió Talen con curiosidad.

—Están desconcertados más allá de medida toda —replicó Xanetia—. Se apoyaban en gran manera sobre aquellos que ahora están muertos.

—Stragen se alegrará de oír eso. ¿Qué iban a hacer con todos esos espías e informadores?

—Ya que no tenían fuerza capaz de enfrentarse con los atanes, Zalasta y sus secuaces pensaban utilizar a los espías empleados en el ministerio del Interior para asesinar a diversos funcionarios tamules en los reinos vasallos del imperio, con la esperanza de desbaratar así el gobierno.

—Tal vez sería interesante que hicieses hincapié en eso, Falquián —comentó Kalten.

—¿Eh?

—El emperador Sarabian tenía algunos escrúpulos cuando aprobó el plan de Stragen. Probablemente se sentirá mucho mejor al enterarse de que lo único que hizo Stragen fue golpear a nuestros enemigos para bien. Habrían matado a nuestra gente si Stragen no los hubiese matado antes a ellos.

—Ése es un terreno moral muy inestable, Kalten —observó Bevier con tono de desaprobación.

—Ya lo sé —admitió Kalten—. Por eso tenemos que correr por encima de él a tanta velocidad.

El cielo amaneció encapotado a la mañana siguiente, con nubes turbias que llegaban desde el oeste, todas remolinos y confusión. Debido a que eran los finales del otoño y ellos se encontraban muy al norte, casi parecía que el sol estaba saliendo por el sur, volviendo de un feroz color anaranjado el cielo que cubría el campamento del Bhelliom, y alcanzando con una débil luz rojiza los abultados vientres de las nubes bajas para darles una pincelada de llamas.

El campamento parecía pálido, débil y muy diminuto ante el frío imponente del techo del mundo; los caballeros y sus amigos llevaban todos capas de pieles y se acurrucaban cerca de las hogueras.

—Se oía tronar hacia el sur, y se veían destellos de luz pálida y fantasmal.

—¿Truenos? —le preguntó Kalten a Ulath, con incredulidad—. ¿No es ésta una época rara para que haya tempestades eléctricas?

Ulath se encogió de hombros.

—Puede suceder. En una ocasión, presencié una tormenta eléctrica al norte de Heid que provocó una ventisca. Resulta una experiencia muy insólita.

—¿A quién le toca hacer la comida? —le preguntó Kalten con aire ausente.

—A ti —replicó Ulath al punto.

—No estás poniendo atención, Kalten —comentó Tynian entre carcajadas—. Ya sabes que no hay que formular esa pregunta.

Kalten refunfuñó y comenzó a levantarse de junto al fuego.

—Creo que será mejor que hoy regresemos a la costa, Falquián —comentó Vanion con gravedad—. El tiempo se ha portado hasta ahora, pero no creo que podamos contar con eso durante mucho tiempo más.

Falquián asintió con la cabeza.

Los truenos se hacían más sonoros y las nubes rojo fuego que tenían encima se volvieron blancas con el destello de los relámpagos. Se oyó un repentino sonido rítmico retumbante.

—¿Es otro terremoto? —gritó Kring, alarmado.

—No —replicó Khalad—. Es demasiado regular. Es como si alguien estuviera golpeando un tambor gigantesco. —Miró a lo alto de la muralla del Bhelliom—. ¿Qué es eso? —preguntó, señalando con un dedo.

Era como una enorme, gigantesca, mole que se elevaba por encima de los árboles del bosque, más allá del borde afilado del risco..., muy parecida a la cima de una colina, si se exceptuaba el hecho de que estaba moviéndose.

Tenía el sol detrás de sí, por lo que los hombres no podían ver detalle alguno, pero a medida que se elevaba más y más, distinguieron que se trataba de una especie de cúpula aplanada con dos protuberancias ahusadas que le nacían a ambos lados como dos enormes alas. Y continuaba subiendo. Cuando pudieron ver una porción mayor de aquello, se dieron cuenta de que no se trataba de una cúpula. En cambio, parecía un enorme triángulo invertido, ancho en la parte superior, ahusado en la inferior, y con esas extrañas protuberancias parecidas a alas en ambos lados. La puntiaguda parte de abajo estaba aparentemente asentada sobre una sólida columna. Puesto que la luz le llegaba por detrás, era tan negro como la noche, y se elevaba e hinchaba como una vasta oscuridad.

Luego se detuvo.

Y entonces sus ojos se abrieron.

Primero como dos feroces rendijas delgadas, los resplandecientes ojos se abrieron más y más, de una cruel inclinación como la de los ojos de los gatos, y encendidos con un fuego más incandescente que el propio sol. La imaginación se encogía al darse cuenta de la enormidad de aquella cosa. Lo que antes parecían alas eran las orejas de la criatura. Y luego abrió la boca y rugió, y los hombres

comprendieron que lo que habían oído antes no eran truenos.

Volvió a rugir, y los colmillos fueron destellos de relámpago de los que goteaban llamas como sangre.

—¡Klæl! —chilló Aphrael.

Y entonces, como dos redondeadas y gigantescas montañas, los hombros aparecieron por encima de la nítida línea del risco y, batiendo desde los hombros cual dos velas negras, dos nudosas alas como de murciélago.

—¿Qué es eso? —gritó Talen.

—¡Es Klæl! —volvió a chillar Aphrael.

—¿Qué es un Klæl?

—¡No «qué», mastuerzo! ¡Sino quién! ¡Azash y los demás dioses antiguos lo expulsaron! ¡Algún idiota lo ha traído de vuelta!

La enormidad que estaba en lo alto de la escarpa continuó elevándose, y puso al descubierto unos gigantescos brazos con manos de muchos dedos. El tronco era enorme, y los destellos del relámpago se agitaban debajo de su piel, iluminando horribles detalles con su luz y luego la monstruosa presencia se elevó en toda su altura, encumbrándose muy en lo alto, unos treinta metros sobre la escarpa.

El ánimo de Falquián se debilitó. ¿Cómo habían podido...?

—¡Rosa Azul! —dijo con tono tajante—. ¡Haced algo!

—No es menester, Anakha. —La usurpada voz de Vanion era muy calma, como si el Bhelliom estuviese hablando una vez más a través de sus labios—. Klæl ha escapado sólo momentáneamente del poder de Cyrgon. Éste no arriesgará a su criatura en un enfrentamiento directo conmigo.

—¿Esa cosa pertenece a Cyrgon?

—Por ahora. En su momento, eso cambiará y Cyrgon le pertenecerá a Klæl.

—¿Qué está haciendo? —gritó Betuana.

La monstruosidad que se hallaba en lo alto del risco había levantado un gigantesco puño y estaba golpeando el suelo con incandescente fuego, forjando la tierra con relámpagos. La cara de la escarpa se estremeció y comenzó a rajarse, cayendo, derrumbándose, rugiendo hasta ir a chocar contra el bosque que había al pie del risco. Más y más de la escarpada pendiente se hacía pedazos y se hundía, para caer en un atronador deslizamiento de tierra.

—Klæl siempre se ha sentido inseguro de la fuerza de las sus alas —observó el Bhelliom con calma—. Vendría a batallar conmigo, pero tiene miedo de la altura de la muralla. Así que está preparándose una escalera.

El enorme ser continuó atacando el borde del risco, arrojando más y más cascotes para formar un escarpado camino que subía hasta lo alto de la muralla, y luego, la cosa llamada Klæl desapareció, y un aullante viento barrió la pendiente de la escarpa, arrastrando consigo las arremolinadas nubes de polvo que había levantado el deslizamiento.

Se produjo también otro sonido. Falquián se volvió rápidamente. Los trolls habían caído sobre sus rostros y gemían de terror.

—Siempre hemos conocido su existencia —comentó Aphrael con aire pensativo—. Solíamos asustarnos a nosotros mismos contando historias sobre él. Hay un cierto placer en hacer que la propia piel se erice. Creo que nunca llegué a admitir del todo ante mí misma que él existiera de verdad.

—¿Qué es él, exactamente? —preguntó Bevier.

Ella se encogió de hombros.

—El mal. Se supone que nosotros somos la esencia del bien..., al menos eso es lo que nosotros nos decimos. Klæl es todo lo contrario. Es nuestra forma de explicar la existencia del mal. Si no tuviéramos a Klæl, tendríamos que aceptar sobre nosotros mismos la responsabilidad del mal, y nos queremos un poco demasiado como para hacer algo semejante.

—¿Es ese Klæl el rey del infierno, entonces? —inquirió Bevier.

—Bueno, algo así. Aunque no es un lugar, sino un estado mental.

La historia dice que cuando los dioses antiguos, Azash y los demás, surgieron, se encontraron con que Klæl ya estaba aquí. Querían el mundo para sí mismos, y él se interponía en su camino. Después de que varios de ellos hubieran intentado librarse individualmente de Klæl, y acabaran aniquilados, los dioses antiguos se unieron y lo echaron.

—¿De dónde llegó? En el origen, quiero decir —continuó Bevier. Bevier se interesaba muchísimo por las primeras causas de las cosas.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Yo no estaba. Pregúntaselo al Bhelliom.

—Yo no estoy tan interesado en saber de dónde llegó ese Klæl, como lo estoy en averiguar qué tipo de cosas es capaz de hacer —declaró Falquián. Sacó al Bhelliom del zurrón que llevaba a la cintura—. Rosa Azul —dijo—, creo que hablar debemos sobre Klæl.

—Bien me lo parece, Anakha —replicó la joya, haciéndose una vez más con el control de Vanion.

—¿Dónde se originó él... o esa cosa?

—Klæl no se originó, Anakha. Al igual que yo, Klæl siempre ha existido.

—¿Qué es él?

—Necesidad. No deseo ofenderos, Anakha, pero la necesidad de Klæl está fuera de la capacidad vuesa de entendimiento. La diosa-niña ha explicado bastante a Klæl..., dentro de las capacidades suyas.

—¡Pero, bueno! —masculló Aphrael.

Una leve sonrisa pasó por los labios de Vanion.

—No os encolericéis conmigo, Aphrael. Yo todavía os quiero... a pesar de las limitaciones vuestas. Sois joven, y la edad os traerá sabiduría y entendimiento.

—No estáis yendo por buen camino, Rosa Azul —le advirtió Sephrenia a la piedra.

—Eh, bueno —suspiró el Bhelliom—. Al trabajo, pues. Klæl fue, en efecto, expulsado por los dioses antiguos, como os ha contado Aphrael, aunque el espíritu de Klæl, al igual que el mi espíritu, permanece hasta en las rocas mismas deste mundo, al igual que en todos los otros que yo he creado. Más aún, lo que los dioses antiguos hicieron, podían también desfacer, y el hechizo que ha traído de vuelta a Klæl estaba implícito en el que lo arrojó de aquí. Es claro que algún mortal versado en los hechizos de los dioses antiguos ha invertido el hechizo de expulsión, y Klæl ha regresado.

—¿Puede ser él, o esa cosa..., destruido?

—No es de «él» que estamos hablando, ni de ninguna «cosa». Hablamos de Klæl. Pero, no, Anakha. Klæl no puede ser destruido..., no más que yo. Klæl es eterno.

Falquián se sintió descorazonado.

—Me parece que tenemos algunos problemas —les murmuró a sus amigos.

—La culpa es, en cierta medida, mía. Tan absorto estaba yo en el nacimiento desta mi fija última, que la atención se me vio apartada de deberes necesarios. Es la costumbre mía el arrojar a Klæl en un determinado momento en haciendo un mundo nuevo. Pero aquesta fija en particular me deleitó de manera tal, que retrasé la expulsión. Luego fue que encontré el rojo polvo que me aprisionó, y el deber de arrojar a Klæl quedó a cargo de los dioses antiguos. La expulsión se hizo de manera imperfecta por causa de la imperfección de ellos, y así le fue posible a Klæl el regresar.

—Por medio de Cyrgon —comentó Falquián con frialdad.

—El hechizo de expulsión... y regreso, es estiriano. Cyrgon no pudo haberlo pronunciado.

—Entonces lo hizo Cызada —conjeturó Sephrenia—. Es muy posible que él supiera el hechizo. Aunque no creo que lo hubiese utilizado voluntariamente.

—Es probable que Cyrgon lo obligara a hacerlo, pequeña madre. Últimamente, las cosas no han estado saliendo demasiado bien para Cyrgon y Zalasta.

—¡Pero llamar a Klæl! —Aphrael se estremeció.

Kalten se encogió de hombros.

—La gente desesperada hace cosas desesperadas. Lo mismo hacen los dioses desesperados, supongo.

—¿Qué hacemos ahora, Rosa Azul? —preguntó Falquián—. Respecto a Klæl, quiero decir.

—Vos no podéis hacer nada, Anakha. Vos obrasteis bien al enfrentaros con Azash, y sin duda obraréis bien en la disputa vuesa con Cyrgon. Pero no tenéis poder alguno contra Klæl.

—Estamos condenados, entonces.

De pronto, Falquián se sintió totalmente anonadado.

—¿Condenado? Por supuesto que no estáis condenado. ¿Por qué se os puede entristecer y desconsolar con una tal facilidad, amigo mío? Yo no os fice para que os enfrentarais con Klæl. Ése es un deber mío. Klæl nos dará problemas en cierta medida, como es la costumbre de Klæl. Luego, como es la costumbre nuestra, Klæl y yo nos enfrentaremos.

—¿Y vos lo desterraréis una vez más?

—Eso nunca es seguro, Anakha. Pero os aseguro que lucharé hasta el máximo de los poderes míos para arrojar a Klæl..., igual que Klæl luchará para arrojarme a mí. En el enfrentamiento de entrambos reside en el futuro, y como os he dicho muchas veces, el futuro permanece oculto. Aunque yo marcharé a la contienda con confianza, porque la duda debilita la resolución, y la temerosa incertidumbre es una pesada carga para el espíritu. La batalla debe trabarse con el corazón alegre y un porte jubiloso.

—A veces puedes ser muy sentencioso, facedor de Mundos —dijo Aphrael, con un ligero deje de rencor.

—Portaos bien —la censuró el Bhelliom.

—¡Anakha!

Era Ghworg, el dios de la matanza. La gigantesca presencia atravesó el prado cubierto de escarcha, dejando una oscura senda sobre la hierba cubierta de plata.

—Escucharé las palabras de Ghworg —replicó Falquián.

—¿Has invocado tú a Klæl? ¿Es tu idea que Klæl nos ayudará a causarle daño a Cyrgon? Si es así, no se trata de nada bueno. Deja que Klæl regrese.

—No ha sido obra mía, Ghworg. Tampoco fue obra de la Gema-Flor. Nosotros pensamos que fue Cyrgon quien invocó a Klæl para causarnos daño a nosotros.

—¿Puede la Gema-Flor causarle daño a Klæl?

—Eso no es seguro. El poder de Klæl es igual al poder de la Gema Flor.

El dios de la matanza se acucilló sobre la hierba congelada, y se rascó el peludo rostro con una enorme pata.

—Cyrgon no es nada, Anakha —declaró con voz tronante, en una forma de habla casi coloquial—. Podemos causarle daño a Cyrgon mañana mismo... o en otro momento, luego. Ahora debemos causarle daño a Klæl. No podemos esperar a luego.

Falquián hincó una rodilla sobre la helada hierba.

—Tus palabras son sabias, Ghworg.

Los labios de Ghworg se retiraron hacia atrás, en una monstruosa aproximación de sonrisa.

—La palabra que empleas no es común entre nosotros, Anakha. Si Khwaj dijera: «Ghworg es sabio», yo le causaría mal.

—No lo he dicho para provocar tu enojo, Ghworg.

—Tú no eres un troll, Anakha. No conoces nuestras costumbres. Tenemos que causarle daño a Klæl para que se marche. ¿Cómo podemos hacerlo?

—Nosotros no podemos causarle mal. Sólo la Gema-Flor puede conseguir que se marche.

Ghworg golpeó el suelo congelado con un puño, y profirió un monstruoso gruñido.

Falquián levantó una mano.

—Cyrgon ha llamado a Klæl —dijo—. Klæl se ha unido a Cyrgon para causarnos mal a nosotros. Causémosle daño a Cyrgon ahora, no luego. Si nosotros le causamos mal a Cyrgon, él tendrá miedo de ayudar a Klæl cuando la Gema-Flor vaya a hacerle mal a Klæl y lo obligue a marcharse.

Ghworg meditó lentamente sobre aquello.

—Tus palabras son buenas, Anakha —declaró al fin—. ¿Cómo podríamos mejor hacerle mal a Cyrgon en este momento?

Falquián lo pensó.

—La mente de Cyrgon no es como la tuya, Ghworg, ni es como la mía. Nuestras mentes son directas. Cyrgon es mañoso. Arrojó a vuestros hijos contra nuestros amigos de estas tierras de invierno, para hacer que viniéramos hasta aquí a luchar contra ellos. Pero vuestros hijos no eran la principal fuerza de Cyrgon. Su ejército más importante llegará desde las tierras del sol para atacar a nuestros amigos de la ciudad que brilla.

—Yo he visto ese lugar. La diosa-niña habló allí con nosotros por primera vez.

Falquián frunció el entrecejo, intentando recordar los detalles del mapa de Vanion.

—Hay lugares altos aquí, y hacia el sur.

Ghworg asintió con la cabeza.

—Luego, más al sur, los lugares altos descienden hasta hacerse planos.

—Ya veo —dijo Ghworg—. Lo describes bien, Anakha.

Aquello sorprendió a Falquián. Era evidente que Ghworg podía visualizar la totalidad del continente.

—En el medio de esa parte plana hay otro lugar alto que los hombres-cosas llaman Montañas de Tamul.

Ghworg asintió para expresar su acuerdo.

—El principal ejército de Cyrgon pasará por ese lugar alto para llegar a la ciudad que brilla. El lugar alto estará fresco, así que vuestros hijos no sufrirán allí a causa del sol.

—Ya veo hacia dónde va tu pensamiento, Anakha —declaró Ghworg—. Nosotros llevaremos allí a nuestros hijos y aguardaremos a los hijos de Cyrgon. Nuestros hijos no se comerán a los hijos de Aphrael. Se comerán a los hijos de Cyrgon, en cambio.

—Eso le causará daño a Cyrgon y sus servidores, Ghworg.

—Entonces, lo haremos. —Ghworg se volvió y señaló hacia el deslizamiento de tierra—. Nuestros hijos treparán por la escalera de Klæl. Luego, Ghnomb hará que el tiempo se detenga. Nuestros hijos estarán en el lugar alto antes de que el sol se vaya a dormir esta noche. —Se puso repentinamente de pie—. Buena caza —gruñó, dio media vuelta y regresó por donde había llegado para reunirse con sus compañeros y los aún aterrorizados trolls.

—Tenemos que continuar actuando como si las cosas fuesen normales —declaró Vanion cuando se reunieron junto al fuego un par de horas después del mediodía. El sol, según advirtió Falquián, ya estaba descendiendo—. Es probable que Klæl pueda aparecer en cualquier momento y lugar. No podemos planificar contando con él... más de lo que podemos hacerlo contando con una ventisca o un huracán. Si uno no puede planificar respecto a una cosa, lo mejor que puede hacer es tomar algunas precauciones y luego hacer caso omiso de ella.

—Bien dicho —aprobó la reina Betuana.

Betuana y Vanion estaban entendiéndose bien.

—¿Qué haremos entonces, amigo Vanion? —preguntó Tikume.

—Somos soldados, amigo Tikume —le respondió Vanion—. Haremos lo que hacen los soldados. Nos prepararemos para luchar contra ejércitos, no contra dioses. Scarpa está saliendo de las selvas de Arjuna, y espero otro ataque procedente de Cynesga. Es probable que los trolls consigan estorbar a Scarpa, pero sólo podrán salir un corto trecho de esas montañas meridionales del propio Tamul, debido al clima. Tras la sorpresa inicial del tropiezo con los trolls, Scarpa intentará, probablemente, dar un rodeo. —Vanion consultó el mapa—. Tendremos que apostar fuerzas que se enfrenten tanto con Scarpa como con un ejército que se aproxime desde Cynesga. Yo diría que Samar será el mejor emplazamiento.

—Sarna —lo contradijo Betuana.

—Ambas —contestó Ulath—. Un ejército emplazado en Samar podrá cubrirlo todo, desde el borde meridional de las montañas de Atan hasta el mar de Arjuna y, además, hallarse en una posición favorable para cargar hacia el este de las montañas de Tamul si Scarpa esquiva a los trolls. Las fuerzas apostadas en Sarna podrán bloquear la ruta de invasión a través de las montañas de Atan.

—Lo que dice Ulath está bien fundamentado —comentó Bevier—. Divide nuestras fuerzas, pero no tenemos muchas alternativas.

—Podemos apostar a los caballeros y los pelois en Samar, y a la infantería atana en Sarna —agregó Tynian—. El valle inferior del río Sarna es ideal para las operaciones montadas, y las montañas que rodean a la propia Sarna son un entorno natural para los atanes.

—Ambas posiciones son defensivas —objetó Engessa—. Las guerras no se ganan desde posiciones defensivas.

Falquián y Vanion intercambiaron una larga mirada.

—¿Invadir Cynesga? —inquirió Falquián con tono dubitativo.

—Todavía no —decidió Vanion—. Aguardemos a que los caballeros de la iglesia lleguen de Eosia antes de hacer eso. Cuando Komier y los demás entren en Cynesga desde el oeste, es cuando nos interesará llegar al lugar desde el este. Tendremos a Cyrgon en una prensa. Con ese tipo de fuerzas entrándole por ambos lados, podrá resucitar a todos los cyrgais que hayan vivido alguna vez, y a pesar de eso perderá.

—Justo hasta el momento en que deje suelto a Klæl —agregó Aphrael, de malhumor.

—No, divina Aphrael —le respondió Falquián—. El Bhelliom quiere que Cyrgon envíe a Klæl contra nosotros. Si hacemos las cosas de esa forma, lo obligaremos a actuar en el lugar y momento escogido por nosotros. Escogeremos el sitio, Cyrgon dejará suelto a Klæl y yo pondré en libertad al Bhelliom. Entonces, lo único que tendremos que hacer será sentarnos a mirar.

—Nosotros escalaremos la muralla por el mismo camino seguido por los trolls, Vanion-preceptor —declaró Engessa a la mañana siguiente—. Podemos trepar tan bien como ellos.

—A nosotros puede que nos lleve un poco más de tiempo —agregó Tikume—. Tendremos que quitar las rocas del camino para que nuestros caballos puedan subir la pendiente.

—Nosotros os ayudaremos, Tikume-domi —le prometió Engessa.

—Entonces, ya está —resumió Tynian—. Los atanes y los pelois marcharán desde aquí hacia el sur para tomar posiciones en Sarna y Samar. Nosotros llevaremos a los caballeros de vuelta a la costa, Sorgi nos llevara por mar de vuelta a Matherion. Desde allí, continuaremos por tierra.

—Es el transporte por mar lo que me preocupa —dijo Falquián—. Sorgi tendrá que realizar al menos media docena de viajes.

Khalad suspiró y puso los ojos en blanco.

—Deduzco que vas a dejarme mal en público una vez más —comentó Falquián—. ¿Qué estoy pasando por alto?

—El asunto de las balsas, Falquián —replicó Khalad con voz cansada—. Sorgi está reuniendo las balsas para llevarlas hacia el sur y venderlas en el mercado de madera. Va a atarlas juntas para formar un largo remolque de

troncos. Mete a los caballeros en los barcos, sube los caballos al remolque, y podrás llegar a Matherion en un solo viaje.

—Me había olvidado de las balsas —admitió Falquián, avergonzado.

—Ese largo remolque de troncos no avanzará con mucha rapidez —señaló Ulath.

Xanetia había estado escuchando atentamente los planes. Miró a Khalad y habló con timidez, casi apocada.

—¿Podría ayudarnos un viento constante que soplara de popa, joven maese? —le preguntó Xanetia a Khalad.

—Lo haría en verdad, anarae —replicó Khalad con entusiasmo—. Podríamos tejer velas toscas con ramas de árbol.

—¿No os sentirán Cyrgon... o Klæl... si levantarais una brisa, querida hermana? —preguntó Sephrenia.

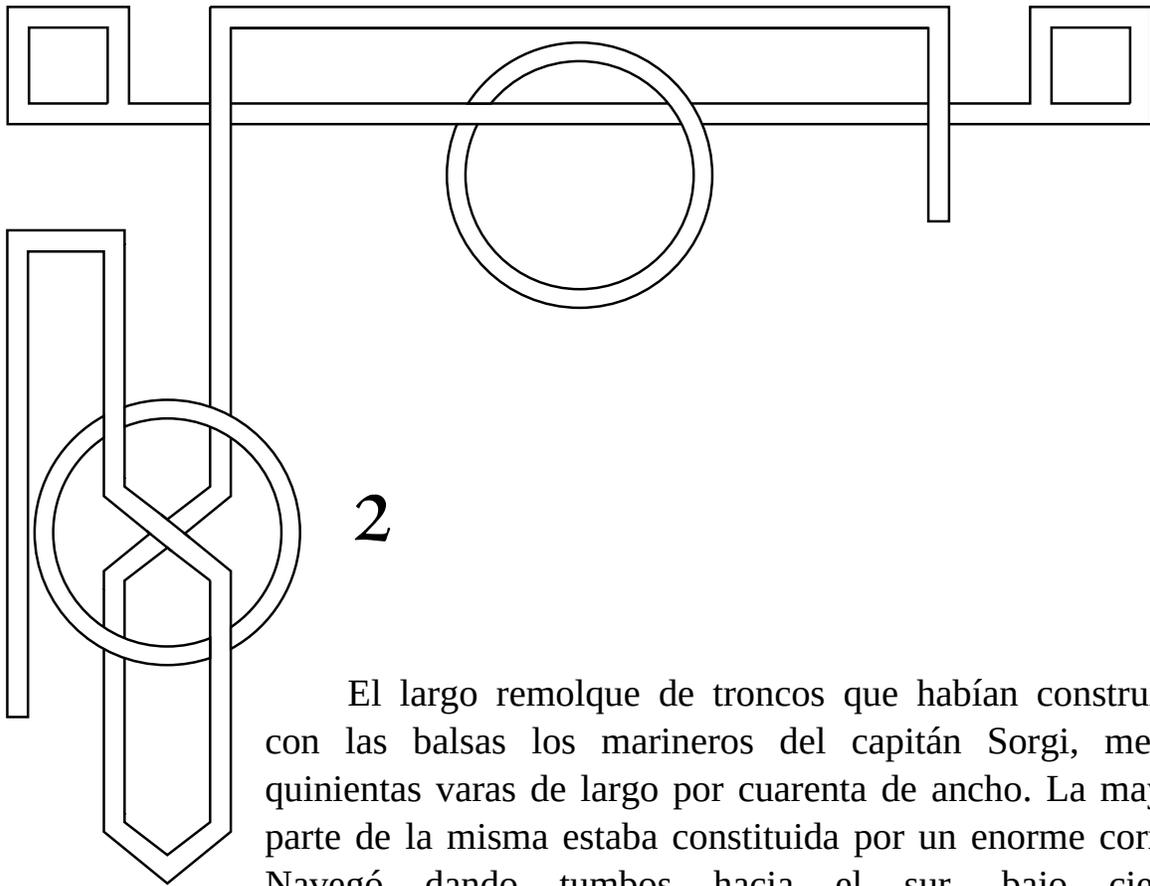
—Cyrgon no es capaz de detectar la magia delfae, Sephrenia —replicó Xanetia—. Anakha puede preguntarle al Bhelliom si Klæl es igualmente insensible a ella.

—¿Cómo puedes conseguir eso? —le preguntó Aphrael, con curiosidad.

Xanetia pareció ligeramente incómoda.

—Fue para ocultarlo de vos y los de vuestra clase, divina Aphrael. Cuando Edaemus nos maldijo, dispuso su maldición de forma que la nuestra magia pudiera serle ocultada a nuestros enemigos... porque así os considerábamos nosotros en esa época. ¿Os ofende eso, divina Aphrael?

—No en las circunstancias actuales, anarae —replicó Flauta mientras se deslizaba en los brazos de Xanetia y le daba un sonoro beso.



El largo remolque de troncos que habían construido con las balsas los marineros del capitán Sorgi, medía quinientas varas de largo por cuarenta de ancho. La mayor parte de la misma estaba constituida por un enorme corral. Navegó dando tumbos hacia el sur, bajo cielos amenazadores y atacada frecuentemente por cortantes rachas de nevisca. El clima era terriblemente frío, así que los caballeros que tripulaban la gigantesca balsa estaban envueltos hasta las orejas en pieles y pasaban la mayor parte del tiempo acurrucados en el dudoso cobijo de las tiendas que se estremecían con el viento.

—Todo reside en la atención a los detalles, Berit —comentó Khalad mientras aseguraba el extremo de estribor de una de las improvisadas velas—. En realidad, es de lo único que se trata el trabajo: detalles. —Miró, con los ojos entrecerrados, a lo largo del borde cubierto de hielo de lo que en realidad era más un cortanieves que una vela—. Falquián traza los grandes planes y les deja a otros los detalles. En verdad, es una buena cosa, porque es desesperantemente incompetente cuando se trata de cosas pequeñas y trabajo real.

—¡Khalad! —Berit estaba escandalizado seriamente.

—¿Lo has visto alguna vez intentando utilizar herramientas? Eso es algo que nuestro padre solía decirnos una y otra vez: «Jamás permitáis que Falquián coja una herramienta». Kalten es bastante bueno con las manos, pero Falquián es

desesperante. Si le entrega cualquier cosa relacionada con el trabajo honrado, se lastimará con ella. —La cabeza de Khalad se levantó con brusquedad, al tiempo que el muchacho imprecaba.

—¿Qué sucede?

—¿No lo has notado? Las cuerdas de arrastre de babor acaban de aflojarse. Vayamos a despertar a esos marineros. No quiero que esta enorme vaca vuelva a irse de costado otra vez.

Los dos jóvenes ataviados con pieles comenzaron a atravesar la colección de balsas atadas entre sí, rodeando el enorme corral en el que los caballos se apiñaban en la brisa cortantemente fría que soplabá desde popa.

La idea de construir aquel remolque de troncos con las balsas era muy buena en teoría, pero el problema de dirigirlo resultó más complejo de lo que Sorgi y Khalad habían previsto. Los apretados entretejidos de ramas inventados por Khalad funcionaban bastante bien como velas, y movían de manera constante el tremendo peso muerto del remolque hacia el sur, delante de la brisa de Xanetia. Se suponía que los barcos de Sorgi tenían que proporcionar el empuje de dirección al tirar del mismo, y fue en ese punto donde surgieron los problemas. No había ni dos barcos que avanzaran a la misma exacta velocidad, aunque los impulsara un mismo viento. Así pues, los cincuenta barcos delanteros y los veinticinco atados a ambos lados del remolque tenían que ser casi constantemente reajustados para que mantuviesen a la gigantesca balsa avanzando en la dirección general correcta. Mientras todos prestaban una intensa atención, la operación marchaba bien. Sin embargo, a dos días al sur de la muralla del Bhelliom, una serie de cosas comenzaron a salir mal, todas al mismo tiempo, y el remolque de troncos se fue hacia un lado. No hubo esfuerzo capaz de enderezarlo de nuevo, así que se vieron obligados a desmontarlo y volver a ensamblarlo..., trabajo demoledor en aquel frío cortante. Nadie quería volver a pasar por eso.

Cuando llegaron al flanco de babor del remolque, Berit sacó un abollado cuerno de latón de debajo de su capa de pieles y produjo un sonido monótono, una llamada de una sola nota dirigida a las embarcaciones de babor, mientras Khalad recogía una bandera amarilla y comenzaba a sacudirla con vigor. Las señales acordadas eran sencillas. La bandera amarilla ordenaba a los barcos que izaran más vela para mantener tirantes las guindalezas de arrastre; la bandera azul les ordenaba que echaran las anclas de profundidad para aflojar las cuerdas; y la roja les ordenaba que soltaran todas las guindalezas y se apartaran del

camino.

Las cuerdas de arrastre volvieron a tensarse cuando la aguda señal de Khalad llegó hasta los marineros que realizaban el trabajo a bordo de los barcos.

—¿Cómo te las arreglas para mantenerte al tanto de todo? —le preguntó Berit a su amigo—. ¿Y cómo sabes con tanta rapidez que algo no va bien?

—Con penas —replicó Khalad haciendo una mueca—. Realmente no quiero pasar varios días desmontando esta bestia y volviendo a montarla con la espuma congelándoseme encima. Puedes sentir cuándo cambian las cosas en las piernas y las plantas de los pies. Cuando una de las guindalezas se afloja, cambia la sensación de la forma en que avanza el remolque.

—¿Hay alguna cosa que no sepas hacer?

—No bailo muy bien. —Khalad levantó los ojos entrecerrados a las primeras gotas de otra nevisca—. Es hora de alimentar y abreviar a los caballos —dijo—. Vayamos a decirles a los novicios que dejen de estar sentados admirando sus títulos nobiliarios, y se pongan a trabajar.

—Realmente te disgustan los aristócratas, ¿verdad? —preguntó Berit mientras ambos comenzaban a avanzar por el borde del corral hacia las tiendas azotadas por el viento en las que se encontraban los aprendices de caballero.

—No, no me disgustan. Lo que sucede es que no tengo paciencia con ellos, y no consigo entender cómo pueden ser tan ciegos frente a lo que sucede en torno a sus personas. Un título nobiliario tiene que ser algo muy pesado de llevar, si consigues que hagas caso omiso de todo lo demás.

—Tú mismo vas a ser un caballero, ya lo sabes.

—No fue idea mía. Falquián se pone tonto, a veces. Cree que el convertirnos en caballeros a mis hermanos y a mí es una forma de honrar a nuestro padre. Estoy seguro de que mi padre está riéndose de él en este preciso instante.

Llegaron a las tiendas y Khalad alzó la voz.

—¡Muy bien, caballeros! —gritó—. ¡Es hora de alimentar y abreviar los animales! ¡Pongámonos a ello! —Luego contempló con ojo crítico el corral. Cinco mil caballos dejan una gran cantidad de pruebas de haber estado presentes—. Creo que es el momento de darles a nuestros novicios otra lección de humildad —le comentó en voz baja a Berit. Luego volvió a levantar la voz—. Y cuando hayáis acabado con eso, será mejor que comencéis a trabajar con las palas y las carretillas. No nos interesa que el trabajo se nos amontone, ¿verdad, caballeros?

Berit no era aún del todo experto en algunas formas sutiles de magia. Esa parte del entrenamiento pandion era el estudio de toda una vida. Pero sí estaba lo bastante adentrado en el tema de cómo para reconocer el «entrometimiento» cuando se lo encontraba delante. El remolque de troncos parecía avanzar pesada y lentamente hacia el sur, pero el cambio de estación puso algunas cosas en evidencia. Para empezar, tendría que haberles llevado más tiempo escapar de los crudos fríos del extremo norte, y en segundo lugar los días no deberían haberse vuelto tanto más largos en tan poco tiempo.

Sin embargo, se consiguió, y gracias a quienquiera que lo hubiese conseguido llegaron a una playa arenosa próxima a Matherion una dorada tarde otoñal, mucho antes de lo esperado, y comenzaron a bajar los caballos de la bamboleante colección de balsas.

—Ha sido un viaje corto —observó Khalad, lacónico, con ironía mientras observaban cómo los novicios bajaban sus monturas a tierra.

—Lo has advertido —replicó Berit con una carcajada.

—No fueron particularmente sutiles al respecto. Cuando la espuma dejó de congelármeme en la barba de un minuto para otro, comencé a sospechar. —Hizo una pausa—. ¿La magia es muy difícil de aprender? —preguntó.

—La magia en sí no lo es demasiado. La parte difícil es aprender la lengua estiriana. No tiene ningún verbo regular. Son todos irregulares... y tienen nueve tiempos verbales.

—Berit, por favor, háblame en elenio llano.

—Tú sabes lo que es un verbo, ¿no?

—Más o menos, pero ¿qué es un tiempo verbal?

De alguna forma, esa pregunta hizo que Berit se sintiera mejor. Khalad no lo sabía todo.

—Trabajaremos en ello —le aseguró a su amigo—. Tal vez Sephrenia pueda hacer alguna sugerencia al respecto.

El sol estaba poniéndose en una llamarada de colorido cuando entraron a caballo por las opalescentes puertas de Matherion, la de las cúpulas de fuego, y caía la noche cuando llegaron al complejo imperial.

—¿Qué le ocurre a todo el mundo? —murmuró Khalad cuando trasponían las puertas.

—Me temo que no te sigo —le confesó Berit.

—¡Utiliza los ojos, hombre! Los guardias de esas puertas miraban a Falquián como si esperaran que fuera a estallar... o quizá a convertirse en un dragón. Está sucediendo algo, Berit.

Los caballeros de la iglesia atravesaron el prado a la luz del crepúsculo, camino de sus barracas, mientras que el resto cruzaron el puente levadizo del castillo de Ehlana, entre el golpeteo de los cascos de las monturas. Desmontaron en el patio alumbrado por antorchas y entraron.

—Aquí el ambiente está aún peor —murmuró Khalad—. Permanezcamos cerca de Falquián por si tuviéramos que sujetarlo. Los caballeros del puente levadizo parecían verdaderamente asustados ante él.

Subieron las escaleras hasta las dependencias reales. Mirtai no estaba en su puesto habitual delante de la puerta, y eso puso aún más nervioso a Berit. Khalad tenía razón. No había duda de que algo no funcionaba como debería.

Cuando entraron, se encontraron con el emperador Sarabian, vestido con sus calzas y jubón púrpura favoritos, paseándose nerviosamente por el piso alfombrado de azul; pareció acobardarse cuando Falquián y Vanion se le acercaron.

—Majestad —lo saludó Falquián, inclinando la cabeza—. Me alegro de volver a verte. —Recorrió la sala con los ojos—. ¿Dónde está Ehlana? —preguntó mientras dejaba el casco sobre la mesa.

—Eh..., dentro de un minuto hablaremos de eso, Falquián. ¿Cómo han ido las cosas por el Cabo Norte?

—Más o menos como las planeamos. Cyrgon ya no tiene a los trolls bajo su mando, pero nosotros nos enfrentamos con otro problema que podría ser aún peor.

—¿Ah, sí?

—Te lo contaremos cuando Ehlana se reúna con nosotros. No es una historia tan bonita como para que queramos repetirla.

El emperador le echó al ministro de Exteriores Oscagne una mirada de desamparo.

—Vayamos a hablar con la baronesa Melidere, príncipe Falquián —sugirió Oscagne—. Ha sucedido algo aquí Ella estaba presente, y podrá responder a tus preguntas mejor que nosotros.

—De acuerdo. —La mirada de Falquián era serena y su voz calma, a pesar del hecho de que el nerviosismo de Sarabian y las evasivas de Oscagne

proclamaban a gritos que algo iba terriblemente mal.

La baronesa Melidere se encontraba sentada en la cama, recostada sobre cojines. Llevaba una atractiva bata azul, pero el abultado vendaje del hombro izquierdo era una clara indicación de que algo grave había sucedido. Tenía el semblante pálido, pero sus ojos eran serenos y firmes como la roca. Stragen se hallaba sentado junto al lecho, ataviado con su jubón de satén blanco, y el rostro cargado de preocupación.

—Bueno —comentó Melidere—, por fin. —Su voz era enérgica y seria. Le lanzó una mirada llena de desprecio al emperador y sus consejeros—. Ya veo que estos valientes caballeros han decidido dejar que sea yo quien te cuente lo sucedido aquí, príncipe Falquián. Intentaré ser breve. Una noche, hace un par de semanas, la reina, Alean y yo estábamos preparándonos para irnos a dormir. Llamaron a la puerta, y entraron cuatro hombres que creímos pelois. Tenían la cabeza afeitada y llevaban ropas pelois. Uno de ellos era Krager. Los otros eran Elron, el barón Parok y Scarpa.

Falquián no se movió y su rostro no cambió de expresión.

—¿Y? —preguntó, con una voz aún carente de emoción.

—Veo que has decidido ser sensato —dijo Melidere con serenidad—. Bien. Intercambiamos algunos insultos, y luego Scarpa le dijo a Elron que me matara..., sólo para demostrarle a la reina que hablaba en serio. Elron me lanzó una estocada, pero yo la desvié con la muñeca. Me dejé caer y desparramé la sangre para que pareciese que me había matado. Ehlana se arrojó sobre mí fingiendo un ataque de histeria, pero había visto mi maniobra. —La baronesa sacó un anillo de rubí de debajo de la almohada—. Esto es para ti, príncipe Falquián. Tu esposa lo ocultó en mi corpiño. También me dijo: «Dile a Falquián que estoy bien, y que le prohíbo que entregue el Bhelliom, por muchas cosas que amenacen hacer conmigo». Ésas fueron sus palabras exactas. Luego me cubrió con una manta.

Falquián cogió el anillo y se lo puso en un dedo.

—Ya veo —comentó con voz calma—. ¿Qué sucedió luego, Melidere?

—Scarpa le dijo a tu esposa que él y sus amigos iban a llevársela como rehén. Dijo que te sentías tan estúpidamente atraído hacia ella que darías cualquier cosa con tal de que regresara sana y salva. Es obvio que tiene intención de intercambiarla por el Bhelliom. Krager ya tenía preparada una nota. Le cortó

a Ehlana un mechón de cabello para dejarlo con la misma. Deduzco que habrá otras notas, y a cada una la acompañará un mechón de pelo para demostrar su autenticidad. Luego se apoderaron de Ehlana y Alean, y se marcharon.

—Gracias, baronesa —replicó Falquián con voz todavía serena—. Has demostrado una asombrosa valentía en este desgraciado asunto. ¿Puedo leer esa nota?

Melidere volvió a meter la mano debajo de la almohada, y sacó un pliego de pergamino sellado, que le entregó.

Berit había amado a su reina desde el momento en que la vio por primera vez, sentada en su trono encerrado en cristal, aunque nunca le había mencionado el hecho a ella. Habría otros amores en la vida de él, por supuesto, pero ella sería siempre el primero. Así que, cuando Falquián rompió el sello, desplegó el pergamino y cogió delicadamente el grueso mechón de pálidos cabellos rubios, la mente de Berit se llenó repentinamente de llamas. Su mano se cerró con fuerza sobre el mango del hacha de guerra.

Khalad lo aferró por un brazo, y Berit sintió una vaga sorpresa al notar la fuerza que su amigo tenía en las manos.

—Eso no va a hacerle ningún bien en absoluto a nadie, Berit —le dijo con voz enérgica—. Ahora, ¿por qué no me das el hacha antes de que hagas alguna estupidez con ella?

Berit respiró profundamente, apartando de sí la repentina furia irracional.

—Lo siento, Khalad —replicó—. Creo que perdí el control durante un momento. Ahora ya estoy bien. —Miró a su amigo—. Falquián va a dejarte matar a Krager, ¿verdad?

—Eso dice.

—¿Te gustaría contar con un poco de ayuda?

Khalad le dedicó una breve sonrisa.

—Siempre es agradable tener compañía cuando estás haciendo algo que requiere varios días —replicó.

Falquián leyó apresuradamente la nota, mientras su otra mano continuaba sujetando con delicadeza el mechón de pálidos cabellos de Ehlana. Berit pudo ver que los músculos se contraían a lo largo de la mandíbula de su amigo mientras leía. Luego le entregó la nota a Vanion.

—Será mejor que les leas tú esto a los demás —declaró con frialdad. Vanion

asintió con la cabeza y comenzó a leer la nota. Se aclaró la garganta.

—«Bueno, Falquián —comenzó a leer—, deduzco que tu pataleta temperamental ha terminado ya. Espero que no hayas matado a muchos de los que se suponía que debían guardar a tu esposa.

»Me temo que la situación que tienes aquí es penosamente evidente. Nos llevamos a Ehlana como rehén. Tú vas a portarte bien, ¿verdad, viejo amigo? La parte tediosamente obvia de todo esto es que podrás tenerla de vuelta a cambio del Bhelliom y los anillos. Te daremos algunos días para que despotriques, te encolerices e intentes buscarle una salida a la situación. Luego, cuando hayas recobrado la sensatez y te hayas dado cuenta de que no tienes otra alternativa que hacer lo que se te ordena, te enviaré otra nota con instrucciones más precisas. Sé buen chico y sigue esas instrucciones al pie de la letra. Preferiría no verme obligado a matar a tu esposa, así que no trates de ser creativo.

»Que lo pases bien, Falquián, y mantente a la espera de mi siguiente nota. Sabrás que procede de mí porque la decoraré con otro mechón del pelo de Ehlana. Pon mucha atención, porque si nuestra correspondencia se alarga demasiado tu esposa se quedará sin pelo y yo tendré que comenzar a recurrir a sus dedos».

—Y está firmada: «Kragger» —concluyó Vanion.

Kalten propinó un fuerte puñetazo a la pared, con el rostro rígido de furia.

—¡Basta con eso! —le espetó Vanion.

—¿Qué vamos a hacer? —exigió saber Kalten—. ¡Tenemos que hacer algo!

—Para empezar, no vamos a dar un salto de dos metros y medio en el aire y descender corriendo —replicó Vanion.

—¿Dónde está Mirtai? —La voz de Kring tenía una repentina nota de alarma.

—Ella está perfectamente bien, domi —le aseguró Sarabian—. Se sintió un poco irritada al descubrir lo que había sucedido.

—¿Un poco? —murmuró Oscagne—. Hicieron falta doce hombres para someterla. Está en su habitación, domi Kring..., encadenada a su cama, de hecho. También hay allí algunos guardias para evitar que se cause ningún mal a sí misma.

Kring se volvió abruptamente y salió del dormitorio de Melidere.

—Estamos cansándote, ¿no es cierto, baronesa? —preguntó entonces, Sarabian.

—En lo más mínimo, majestad —replicó ella con tono frío. Los miró a todos

—. Estamos un poco apretados aquí. ¿Por qué no nos trasladamos a la sala de estar? Imagino que pasaremos toda la noche con este asunto, así que sería mejor que nos pusiéramos cómodos. —Apartó la ropa de cama y comenzó a levantarse.

Stragen se lo impidió con suavidad, y luego la cogió en brazos.

—Puedo caminar, Stragen —protestó ella.

—No. Mientras yo esté cerca, no puedes. —La habitual expresión de civilizada cortesía de Stragen había desaparecido de su rostro cuando se volvió a mirar a los demás, para ser reemplazada por una de fría cólera apenas reprimida

—. Una cosa, caballeros —declaró—. Cuando demos alcance a esa gente, Elron es mío. Me sentiré muy irritado con cualquiera que lo mate por accidente.

Los ojos de la baronesa Melidere expresaban un profundo contento; había una ligera sonrisa en sus labios cuando descansó la cabeza en el hombro de Stragen.

Caalador los estaba esperando en la sala. Tenía las rodillas y los codos sucios de fango, y había telarañas en sus cabellos.

—Lo he encontrado, majestad —informó al emperador—. Sale del sótano de esos barracones que los caballeros de la iglesia han estado utilizando. —Miró apreciativamente a Falquián—. He conseguido reunir un poco de información para ti.

—Te lo agradezco, Caalador —replicó Falquián con voz queda. La calma casi inhumana del enorme pandion los tenía a todos más que un poco nerviosos.

—Stragen se encontró un poco distraído después de lo que le sucedió a la baronesa —informó Caalador—, así que yo quedé más o menos en libertad de hacer lo que pudiera. Di algunos pasos bastante directos. Las ideas fueron todas mías, así que no lo culpes a él.

—No tienes por qué hacer eso, Caalador —protestó Stragen mientras colocaba cuidadosamente una manta alrededor de los hombros de Melidere—. Tú no hiciste nada que yo no aprobase.

—Deduzco que ha habido algunas atrocidades —resumió Ulath.

—Déjame comenzar por el principio —pidió Caalador mientras se pasaba las manos por el pelo en un intento de quitarse las telarañas—. Uno de los hombres que planeábamos matar durante el festival de la cosecha, consiguió esquivar a mis degolladores, y me envió un mensaje ofreciéndome información a cambio de su vida. Yo consentí en eso, y me contó algo de lo que no estaba enterado.

Nosotros sabíamos que había túneles que corrían por debajo del prado del complejo imperial, pero lo que no sabíamos es que toda la ciudad es un panal de túneles. Fue así como Krager y sus amigos entraron en los terrenos imperiales, y fue así como se llevaron a la reina y su camarera.

—Os lo ruego, maese Caalador, aguardad un momento —pidió Xanetia—. Yo he visto los recuerdos del ministro del Interior, y él no tenía conocimiento desos túneles.

—Eso no sería difícil de explicar, anarae —le respondió el patriarca Emban—. Los subordinados ambiciosos les ocultan con frecuencia algunas cosas a sus superiores. Teovin, el director de la Policía Secreta, probablemente tenía los ojos puestos en el cargo de Kolata.

—Lo que dice vuestra gracia es muy probable —asintió Caalador—. En cualquier caso, mi informante conocía el emplazamiento de algunos de los túneles, y puse ahí abajo a algunos hombres para que buscaran más, mientras yo interrogaba a varios miembros de la Policía Secreta que estaban encarcelados. Los métodos que empleé fueron bastante directos, y los que sobrevivieron al interrogatorio se sintieron más que encantados de cooperar.

»Los túneles estuvieron muy transitados la noche en que la reina fue secuestrada. Los diplomáticos que estaban fortificados en la embajada cynesgana conocían el plan, y se dieron cuenta de que nosotros derribaríamos sus muros a patadas en cuanto descubriésemos que la reina había desaparecido. Intentaron huir por los túneles, pero yo ya tenía hombres apostados en esos agujeros de ratas. Se produjeron algunos enfrentamientos ruidosos, y conseguimos detener o matar a casi la totalidad del personal de la embajada. El embajador mismo sobrevivió, y yo dejé que mirara mientras interrogaba a varios subsecretarios. Le tengo mucho cariño a la reina Ehlana, así que me mostré bastante firme con ellos. —Miró a Sephrenia—. No creo que haga falta que entre en demasiados detalles —agregó.

—Gracias —murmuró Sephrenia.

—El embajador no sabía realmente demasiado —prosiguió Caalador con tono de disculpa—, pero sí me dijo que Scarpa y sus amigos se encaminaban hacia el sur... cosa que podría ser o no un engaño. Su majestad ordenó que fueran cerrados los puertos de Micae y Saranth, y puso a los atanes a patrullar las carreteras desde Tosa hasta la costa sólo para asegurarse. Nada ha resultado

todavía, por lo que Scarpa consiguió huir delante de nosotros, o se ha ocultado en algún lugar de las proximidades.

La puerta se abrió y Kring volvió a reunirse con ellos, con expresión sombría.

—¿La has desencadenado? —le preguntó Tynian.

—Eso no sería una buena idea en este preciso momento, amigo Tynian. Ella se siente personalmente responsable por el secuestro de la reina. Quiere matarse. He sacado de la habitación todo lo que tiene filo, pero no creo que de momento sea conveniente desencadenarla.

—¿Le has quitado esa cuchara que tiene? —preguntó Talen.

Los ojos de Kring se abrieron de par en par.

—¡Oh, Dios! —exclamó, mientras se lanzaba hacia la puerta.

—Si al menos nos gritara o golpeará la pared con los puños o algo así... —le murmuró Berit a Khalad a la mañana siguiente, cuando volvieron a reunirse en la sala tapizada de azul—. Lo único que hace es permanecer sentado.

—Falquián se guarda sus sentimientos para sí —replicó irritado Khalad.

—¡Estamos hablando de su esposa, Khalad! Se queda ahí sentado como un zoque. ¿Es que no tiene absolutamente ningún sentimiento?

—Por supuesto que los tiene, pero no va a sacarlos y blandirlos por ahí para que los contemplemos. En este preciso momento, para él es más importante pensar que sentir. Está escuchando y reuniendo las piezas. Está guardando sus sentimientos para cuando le ponga las manos encima a Scarpa.

Falquián estaba sentado, con su hija sobre el regazo. Parecía estudiar el piso y acariciaba con aire ausente a la gata de Danae.

Vanion les contaba al emperador y los demás lo relativo a Klæl y la disposición estratégica de las fuerzas militares: los trolls en las Montañas Tamules, en el centro-sur de Tamul; los atanes en Sarna, y los pelois de Tikume en Samar.

Flauta se hallaba sentada sobre el regazo de Sephrenia y guardaba silencio. Berit advirtió algo que no se le había ocurrido antes. Miró primero a la princesa Danae y luego a la diosa-niña. Parecían ser más o menos de la misma edad, y por alguna razón, el porte y modales de ambas parecía muy similar.

La presencia de la diosa-niña estaba teniendo un efecto peculiar sobre el emperador Sarabian. El brillante y errático gobernante del continente parecía

pasmado por la presencia de ella, y permanecía sentado, contemplándola con los ojos abiertos de par en par. Tenía el semblante pálido, y resultaba obvio que no escuchaba lo que decía lord Vanion.

Finalmente, Aphrael giró la cabeza y le devolvió la mirada. Luego se puso bizca.

—¿No te dijo nunca tu madre que no es de buena educación mirar fijamente a los demás, Sarabian? —le preguntó.

—Cuida tus modales —la reprendió Sephrenia.

—Se supone que debería estar escuchando. Si quiero adoración, conseguiré un perrito.

—Perdóname, diosa Aphrael —se disculpó el emperador—. Raras veces tengo visitantes divinos. —La contempló con bastante atención—. Espero que no te importe que lo diga, pero te pareces mucho a la hija del príncipe Falquián. ¿Has conocido ya a su alteza real?

La cabeza de Falquián se levantó con brusquedad, y en sus ojos apareció una mirada extraña, casi desorbitada.

—Ahora que lo mencionas, no creo haberla conocido —contestó Flauta. Miró a la princesa que se hallaba al otro lado de la sala. Berit advirtió que los ojos de Sephrenia estaban también un poco desorbitados cuando Flauta se deslizó de su regazo y atravesó la sala hasta el asiento de Falquián—. Hola, Danae —dijo la diosa-niña en un estilo informal.

—Hola, Aphrael —replicó la princesa en un tono casi exactamente igual—. ¿Vas a hacer algo para traer a mi madre de vuelta a casa?

—Estoy trabajando en ello. Intenta evitar que tu padre alborote demasiado al respecto. No le sirve para nada bueno a ninguno de nosotros cuando estalla en pedazos y tenemos que recoger los trozos y volver a montarlo.

—Ya lo sé. Haré lo que pueda con él. ¿Te gustaría coger en brazos a mi gata?

Flauta miró a *Mmrr*, cuyos ojos estaban llenos de una expresión de horror absoluto.

—Me parece que no le gusto —comentó.

—Yo me encargaré de mi padre —le aseguró Danae a la pequeña diosa—. Tú hazte cargo de los otros.

—De acuerdo. —Aphrael hizo una pausa—. Creo que vamos a llevarnos bien —declaró—. No te importará si paso a visitarte de vez en cuando, ¿verdad?

—Cuando quieras, Aphrael.

Estaba sucediendo algo muy peculiar. Berit no veía nada insólito en la conversación de las dos niñas, pero el rostro de Falquián y el de Sephrenia demostraban con total claridad que los dos se sentían muy inquietos.

Berit mantuvo una expresión indiferente y miró a los demás que se encontraban en la sala. Todos tenían sonrisas indulgentes en el rostro mientras contemplaban aquella charla..., todos excepto lord Vanion y la anarae Xanetia. Los rostros de ellos dos no estaban menos tensos que los de Falquián y Sephrenia. Era evidente que acababa de suceder algo de proporciones titánicas, pero ni por su vida podía Berit conjeturar de qué se trataba.

—No creo que debamos descartar esa posibilidad —dijo Oscagne con tono grave—. La baronesa Melidere ha demostrado una y otra vez que posee una mente penetrante.

—Gracias, excelencia —le dijo Melidere con dulzura.

—La verdad es que no estaba haciéndote un elogio, baronesa —replicó él con tranquilidad—. Tu inteligencia es un recurso que debemos explorar en esta situación. Tú has visto a Scarpa y nosotros no. ¿Crees realmente que está loco?

—Sí, excelencia, completamente loco. No fue sólo su comportamiento lo que me convenció de ello. Krager y los demás lo trataban de la forma en que uno trataría a una cobra viva. Los tiene aterrorizados.

—Eso encaja casi a la perfección con algunos de los informes que obtuve de los ladrones de Arjuna —asintió Caalador—. Siempre hay un poco de exageración cuando la gente habla de un loco, pero era algo que figuraba en todos los informes.

—Si intentas conseguir que Falquián y yo nos sintamos mejor, lo haces de una manera extraña, Caalador —declaró Kalten con tono acusador—. Estás sugiriendo que las mujeres que amamos son prisioneras de un demente. Podría hacerles cualquier cosa.

—Puede que no sea tan malo como parece, caballero Kalten —intervino Oscagne—. Si Scarpa está loco, ¿no existe la posibilidad de que este secuestro haya sido idea exclusiva de él? Si ése fuera el caso, nuestra solución se vuelve casi demasiado sencilla. El príncipe Falquián simplemente se limita a seguir las instrucciones que reciba en la carta, y cuando Scarpa se presente con la reina Ehlana y Alean, su alteza no tiene más que entregarle el Bhelliom. Todos sabemos lo que le sucederá a Scarpa en cuanto lo toque.

—Estás poniendo al mismo nivel la locura y la debilidad mental, Oscagne — objetó Sarabian—, y ésa no es la forma en que funciona. Zalasta sabe que los anillos lo protegerán si alguna vez consigue ponerle las manos encima al Bhelliom, y si él lo sabe, tenemos que suponer que Scarpa también está enterado de ello. Exigirá los anillos antes de tratar de tocar siquiera la gema.

—En ese caso, tenemos tres posibilidades —resumió el patriarca Emban—. O bien Cyrgon le ordenó a Zalasta disponer el secuestro, o la idea se le ocurrió a Zalasta por su cuenta, o Scarpa está tan loco que piensa que puede coger el Bhelliom y comenzar a darle órdenes sin instrucción ni preparación de ninguna clase.

—Hay otra posibilidad, además de las que ha mencionado vuestra gracia — dijo Ulath—. Puede que Klæl ya esté al mando, y ésa podría ser su forma de obligar al Bhelliom a que vaya a su encuentro para que tenga lugar la habitual contienda.

—¿En qué cambia eso las cosas a estas alturas? —inquirió de pronto, Falquián—. No sabremos de quién fue la idea hasta que no se presente para realizar el intercambio.

—Tendríamos que tener algunos planes ya trazados, príncipe Falquián — señaló Oscagne—. Debemos intentar pensar cómo actuaremos en cada situación, de forma que sepamos qué hacer cuando llegue el momento.

—Yo ya sé qué voy a hacer, excelencia —replicó Falquián con frialdad.

—De momento, no podemos hacer nada —se apresuró a intervenir Vanion—. Lo único que nos queda es aguardar la siguiente nota de Krager.

—Eso es verdad —asintió Ulath—. Krager va a darle instrucciones a Falquián. Esas instrucciones podrían proporcionarnos alguna pista respecto a de quién es la idea, en realidad.

—Tú también te diste cuenta, ¿verdad? —le preguntó Berit a Khalad aquella noche, cuando ambos se preparaban para irse a la cama.

—¿Si me di cuenta de qué?

—No te hagas el inocente conmigo, Khalad. Tú ves absolutamente todo lo que sucede cerca de ti. No se te escapa nada. Falquián y Sephrenia se comportaron de una forma muy peculiar cuando Flauta y Danae estaban hablando entre sí.

—Sí —admitió Khalad con calma—. ¿Y qué?

—¿No sientes curiosidad por conocer el porqué?

—¿Se te ha ocurrido pensar que ese «porqué» podría no ser asunto tuyo?

Berit evitó responder a eso.

—¿Has advertido lo mucho que se parecen entre sí esas dos muchachas?

Khalad se encogió de hombros.

—Tú eres el experto en chicas.

Berit se sonrojó de repente y se maldijo en silencio por ruborizarse.

—No es un secreto, ¿sabes? —le comentó Khalad—. La emperatriz Elysoun es bastante clara. No oculta sus sentimientos más que lo que oculta sus..., bueno, ya sabes qué.

—Es una buena chica —declaró Berit con voz queda, en defensa de la emperatriz—. Lo que sucede es que simplemente su pueblo no le presta ninguna atención a nuestro tipo de moral. Ni siquiera pueden comprender la noción de fidelidad.

—Yo no la estoy atacando. Si su forma de comportarse no le molesta al marido, te aseguro que a mí tampoco. Yo soy un muchacho campesino, ¿recuerdas? Nosotros somos más realistas respecto a ese tipo de cosas. Pero si fuera tú, no me apegaría demasiado a ella, Berit. Es probable que su atención se aparte de ti en un momento dado.

—Ya lo ha hecho —replicó Berit—, aunque ella no quiere interrumpir nuestra amistad. Quiere ser amiga mía y de él... y de la media docena de otros que se olvidó de mencionar con anterioridad.

—El mundo necesita más relaciones amistosas, Berit —replicó Khalad con una sonrisa—. No habría tantas guerras si la gente fuese más cordial.

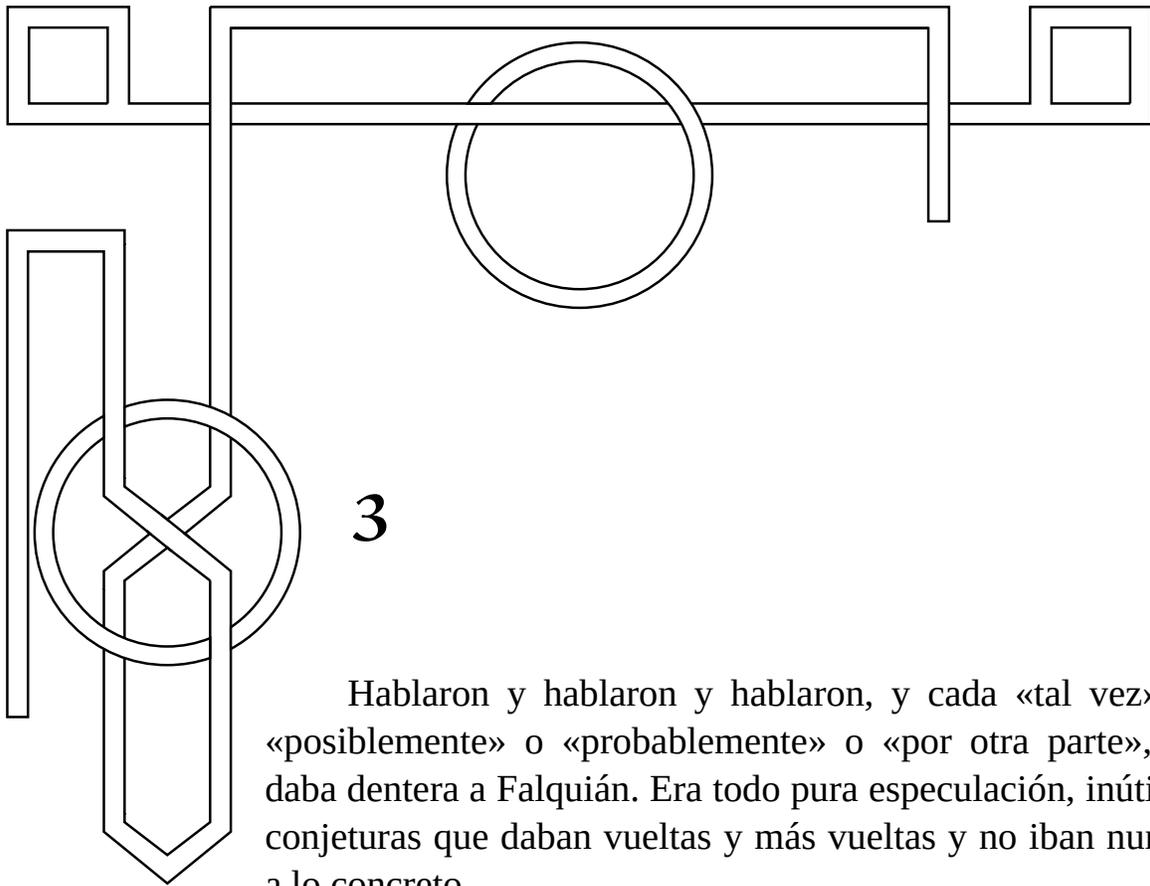
La siguiente nota de Krager llegó dos días después, y daba cuenta de su autenticidad otro mechón del cabello de Ehlana. La idea de que aquel borracho embrutecido estuviera violando los pálidos cabellos rubios de su reina, enfureció a Berit por alguna oscura razón. Una vez más, Vanion les leyó la carta a todos mientras Falquián permanecía sentado y un poco aparte de los demás, con los cabellos de su esposa delicadamente cogidos entre los dedos.

—«Falquián, viejo amigo —comenzaba la nota—, no te importará que te llame así, ¿verdad? Siempre admiré la forma en que Martel soltaba esa expresión cuando las cosas estaban saliendo como él quería. Era casi la única cosa que admiraba de él.

»Basta de estos queridos recuerdos. Vas a realizar un viaje, Falquián. Queremos que cojas a tu escudero y viajes por la habitual ruta terrestre hasta Beresa, en el sureste de Arjuna. Te estaremos vigilando, así que no cojas ningún desvío, ni hagas que Kalten y los otros monos te sigan los pasos, ni lleves a Sephrenia en el bolsillo camuflada de ratón o pulga, y, de manera absolutamente terminante, no utilices el Bhelliom para nada de nada..., ni siquiera para hacer una hoguera. Sé que podemos confiar en tu absoluta cooperación, viejo amigo, puesto que nunca volverás a ver a Ehlana con vida si te portas mal.

»Siempre es un placer hablar contigo, Falquián, en especial a la vista del hecho de que esta vez tienes las manos encadenadas. Ahora, deja de perder el tiempo. Coge a Khalad y el Bhelliom y acude a Beresa. Allí recibirás más instrucciones.

»Afectuosamente, Krager».



Hablaron y hablaron y hablaron, y cada «tal vez» o «posiblemente» o «probablemente» o «por otra parte», le daba dentera a Falquián. Era todo pura especulación, inútiles conjeturas que daban vueltas y más vueltas y no iban nunca a lo concreto.

Él se encontraba sentado en una silla algo alejada de los demás, con el mechón de pálido cabello en la mano. El pelo estaba extrañamente vivo, enrollado en sus dedos como una suave caricia.

Era culpa de él, por supuesto. Nunca debería haber permitido que Ehlana fuera a Tamuli. Pero la cosa iba más lejos que eso: Ehlana había estado en peligro durante toda la vida, y eso se debía a él, al hecho de que fuese Anakha. Xanetia había dicho que Anakha era invencible, pero se equivocaba. Anakha era tan vulnerable como cualquier hombre casado. Al casarse con Ehlana, la había puesto de inmediato en peligro, un peligro que duraría mientras ella viviese.

No tendría que haberse casado con ella. La amaba, por supuesto, pero ¿era un acto de amor el ponerla en peligro? Maldijo en silencio la debilidad que lo llevó a considerar siquiera la idea la primera vez que ella la había planteado. Él era un soldado, y los soldados no deberían casarse nunca..., en particular los endurecidos y vapuleados veteranos con demasiados años y demasiadas batallas tras de sí, además de con muchos enemigos aún con vida. ¿Era él un viejo estúpido y egoísta? ¿Un asqueroso lascivo ansioso de aprovecharse del

apasionamiento de una muchacha tonta? Ehlana había declarado con extravagancia que se moriría si él la rechazaba, pero él sabía que algo así no iba a suceder. La gente muere porque le clavan una espada en la barriga, o de vieja, pero no se mueren de amor. Él tendría que habersele reído en la cara y rechazado la absurda orden de ella. Luego podría haber dispuesto un matrimonio apropiado para la muchacha, un matrimonio con algún joven noble atractivo, de buenos modales y ocupación sin riesgos. Si lo hubiese hecho, ella estaría aún sana y salva en Cimmura, en lugar de en las manos de locos, brujos degenerados y dioses ajenos para quienes la vida de ella no significaba absolutamente nada.

Y, a pesar de eso, los otros continuaban hablando y hablando y hablando. ¿Por qué estaban gastando tanta saliva? No había alternativa en aquel asunto. Falquián obedecería las instrucciones porque la vida de Ehlana dependía de ello. Sin duda, los otros discutirían con él a ese respecto, y esas discusiones no harían más que irritarlo. Probablemente, lo mejor sería coger el Bhelliom y llevarse a Khalad, salir a hurtadillas de Matherion sin darles ocasión de volverle loco con sus balbuceos sin sentido.

Fue el toque de una brisa primaveral en una mejilla y el suave roce de un hocico en una mano, lo que le despertó de su lóbrega ensoñación.

—No era molestaros el intento mío, caballero —se disculpó el ciervo blanco—, pero la mi señora desea cambiar unas palabras con vos.

Falquián volvió la cabeza, atónito. Ya no se encontraba en Matherion, sentado en la sala tapizada de azul, y las voces de los otros se habían desvanecido para ser reemplazadas por el suave chapoteo de las olas en una playa dorada. Su asiento se hallaba ahora posado sobre el piso de mármol del templo de Aphrael, en una pequeña isla verde que se alzaba del mar como una gema. La brisa era suave bajo el cielo coloreado por el arcoíris, y los ancianos robles que rodeaban el templo de alabastro susurraban con dulzura.

—Vos me habéis olvidado —le reprochó la gentil cierva blanca, con sus líquidos ojos tocados por la tristeza.

—Nunca —replicó él—. Yo os recordaré siempre, querida criatura, porque os quiero, de la misma forma que os quise cuando nos encontramos por vez primera. —La extravagante expresión acudió a sus labios sin que la buscase.

La cierva blanca suspiró de felicidad y descansó su nívea cabeza sobre el regazo de Falquián. Él le acarició el arqueado cuello blanco y miró en torno de sí.

La diosa-niña Aphrael, ataviada de blanco y rodeada por un fulgente nimbo,

estaba tranquilamente sentada sobre la rama de uno de los robles cercanos. Levantó su flauta de pan y tocó un gorjeo casi burlón.

—¿Qué te traes ahora entre manos, Aphrael? —le gritó él, apartando a la fuerza las floridas palabras que acudían a sus labios.

—He pensado que quizá desearías hablar —replicó ella, a la vez que bajaba la flauta—. ¿Querías disponer de un poco más de tiempo para la automortificación? ¿Te apetecería tener un látigo para poder flagelarte con él? Tómame todo el tiempo que quieras, padre. Este instante en particular durará todo el tiempo que quieras. —Tendió uno de sus piecillos manchados de hierba, lo descansó en la nada absoluta y descendió tranquilamente por una escalera no existente hasta el piso de alabastro de su templo. Se sentó sobre el mismo, cruzó las piernas a la altura de los tobillos, y volvió a llevarse la flauta a los labios.

—¿Molestaría tus amargas reflexiones si toco?

—¿Puede saberse qué crees que estás haciendo? —exigió saber él. Ella se encogió de hombros.

—Pareces tener una misteriosa necesidad de penitencia de alguna clase, y no hay tiempo para eso. Yo no sería una diosa muy respetable si no pudiera satisfacer ambas necesidades a un mismo tiempo, ¿no te parece? —Levantó la flauta—. ¿Tienes alguna pieza preferida que te gustaría escuchar?

—No hablarás en serio de verdad, ¿no?

—Sí. —La diosa-niña sopló otro trino corto en la flauta.

Él la miró con ferocidad durante un momento, y luego renunció.

—¿Podemos hablar del asunto? —le preguntó.

—¿Has recobrado la sensatez? ¿Ya? Asombroso.

Falquián recorrió la isla con la mirada.

—¿Dónde se encuentra este lugar? —le preguntó con curiosidad.

La diosa-niña se encogió de hombros.

—Dondequiera que a mí me apetezca que esté. Lo llevo conmigo a todas partes. ¿Era en serio lo que estabas pensando hace un instante, Falquián? ¿De verdad que ibas a coger el Bhelliom, aferrar a Khalad por el pescuezo, saltar sobre *Faran* e intentar alejarte en tres direcciones a un tiempo?

—Lo único que Vanion y los demás están haciendo es hablar, Aphrael, y el hablar no va a llevarnos a ninguna parte.

—¿Has hablado con el Bhelliom sobre esa idea tuya?

—La decisión me corresponde tomarla a mí, Aphrael. Ehlana es mi esposa.

—¿Qué valiente eres, Falquián! Estás tomando una decisión que afecta al

Bhelliom sin consultarlo siquiera. No te dejes engañar por su aparente cortesía, padre. No es más que un reflejo de su forma de habla arcaica. No va a hacer nada que sepa que es erróneo, por muy triste que te sientas tú por ti mismo, y si te pones demasiado insistente, podría decidirse a crear un nuevo sol... a unos quince centímetros de tu corazón.

—Yo tengo los anillos, Aphrael. Todavía soy el que da las órdenes.

Ella se le rió en la cara.

—¿Crees realmente que los anillos significan algo, Falquián? No tienen absolutamente ningún control sobre el Bhelliom. Eso no fue más que un subterfugio destinado a ocultar el hecho de que tiene una consciencia... y una voluntad y un propósito propios. Puede hacer caso omiso de los anillos cuando le dé la gana.

—¿Y por qué me necesitaba?

—Porque tú eres una necesidad, Falquián..., como el viento, las mareas o la lluvia. Eres tan necesario como lo es Klæl... o el Bhelliom... o yo, ya que estamos en ello. Algún día tendremos que volver a encontrarnos aquí y mantener una larga charla sobre la necesidad, pero en este momento estás un poco apremiado por el tiempo.

—¿Y qué fue esa pequeña actuación virtuosa tuya de ayer? ¿También una necesidad? ¿Se habría acabado el mundo si no hubieses mantenido una conversación contigo misma?

—Lo que hice ayer fue útil, padre, no necesario. Yo soy quien soy, y eso no puedo cambiarlo. Cuando me encuentro pasando por una de estas transiciones, por lo general me rodea gente que conoce a ambas niñas, y esas personas comienzan a detectar similitudes. Siempre le he dado importancia a hacer que ambas niñas se conozcan en público. Eso evita preguntas tediosas y aquietta sospechas indeseables.

—Aterrorizaste a *Mmrr*, ¿sabes?

Ella asintió con la cabeza.

—Ya la contentaré. Eso ha sido siempre un problema. Los animales pueden ver a través de mi disfraz. Ellos no nos miran como nosotros nos miramos los unos a los otros.

Falquián suspiró.

—¿Qué voy a hacer, Aphrael?

—Esperaba que una visita aquí te devolviera la sensatez. Hacer un intermedio en la realidad suele surtir ese efecto.

Él levantó los ojos hacia el cielo privado de Aphrael, coloreado por el arco iris.

—¿Es esta tu idea de la realidad?

—¿No te gusta mi realidad?

—Es encantadora —replicó él, mientras acariciaba distraídamente el blanco cuello de la cierva—, pero es un sueño.

—¿Estás del todo seguro de eso, Falquián? ¿Tienes una certeza tan absoluta de que esto no es la realidad y el otro lugar no es el sueño?

—No comiences con esas cosas. Me dan dolor de cabeza. ¿Qué debo hacer?

—Yo diría que el primer paso que debes dar es mantener una larga charla con el Bhelliom. Todo ese abatimiento tuyo y la contemplación de ideas arbitrarias por tu parte lo tienen bastante preocupado.

—De acuerdo. Y luego, ¿qué?

—Todavía no he llegado tan lejos. —Ella le sonrió—. Estoy trabajando'n eso, tesoriyo —agregó.

—No les sucederá nada malo —dijo Falquián, descansando suavemente una mano sobre uno de los hombros de su apesadumbrado amigo.

Kalten levantó el rostro, con los ojos llenos de desesperada aflicción y le preguntó:

—¿Estás seguro, Falquián?

—Así será si conseguimos no perder la cabeza. Ehlana estaba en un peligro mucho mayor cuando yo regresé de Rendor, y conseguimos solucionar eso, ¿no es verdad?

—Supongo que tienes razón. —Kalten se enderezó en el asiento y se estiró hacia abajo el jubón azul. Su rostro estaba desolado—. Creo que voy a ir en busca de gente para hacerle daño.

—¿Te importaría si te acompañara?

—Puedes ayudarme si te apetece. —Kalten se frotó un lado de la cara—. He estado pensando —comentó—. Tú sabes que si sigues las instrucciones de la nota de Krager, yo seré capaz de seguirte el rastro desde un extremo al otro de Tamuli durante todo el año próximo o más, ¿verdad?

—¿Tengo alguna alternativa? Estarán vigilándome.

—Que lo hagan. ¿Recuerdas cómo conocimos a Berit?

Falquián se encogió de hombros.

—Era un novicio del Capítulo de Cimmura.

—No. Cuando yo lo conocí, no lo era. Yo regresaba del exilio en Lamorkand, y me detuve en una taberna del camino, en las afueras de Cimmura. Berit se encontraba allí con Kurik, y llevaba puesta tu armadura. Ni siquiera yo, que te conocía desde la infancia, me di cuenta de que no eras tú. Si yo no pude advertirlo, tengo la seguridad de que los espías de Krager tampoco se darán cuenta. Si alguien tiene que dar vueltas por Tamuli, que sea Berit quien lo haga. Tú y yo tenemos mejores cosas que hacer.

Falquián estaba asombrado.

—Ésa es la mejor idea que he oído hasta ahora. —Miró a los otros que los rodeaban—. ¿Podéis prestarme un poco de atención, por favor? —dijo.

Todos se volvieron a mirarlo de inmediato. Sus rostros mostraban perplejidad.

—Es hora de ponerse a trabajar —declaró—. Kalten acaba de recordarme que en el pasado hemos utilizado a *sir* Berit como señuelo. Berit y yo somos aproximadamente del mismo tamaño, mi armadura le queda más o menos bien, y con la visera del yelmo baja, nadie es capaz de distinguir que en realidad no se trata de mí. Si podemos convencerle de que represente una vez más a un viejo y quebrantado veterano de campañas, podríamos tener la posibilidad de prepararles unas cuantas sorpresas a Krager y sus amigos.

—Ni siquiera tienes que pedírmelo, Falquián —le aseguró Berit.

—Espera a oír algunos detalles antes de presentarte voluntario de esa manera, Berit —le aconsejó Khalad a su amigo con voz lastimera.

—Tu padre solía decir lo mismo, con casi total exactitud —recordó Berit.

—¿Por qué no lo escuchaste?

—Es un plan interesante, príncipe Falquián —comentó Oscagne, un poco dubitativo—, pero ¿no es extremadamente peligroso?

—Yo no tengo miedo, excelencia —protestó Berit.

—Yo no estaba hablando del peligro que correrías tú, joven caballero. Me refiero al peligro que entraña para la reina Ehlana. En el momento en que alguien descubra tu disfraz, bueno... —Oscagne tendió las manos abiertas ante sí.

—En ese caso, tendremos que asegurarnos de que el disfraz es infalible —reflexionó Sephrenia.

—No podrá mantener la visera constantemente baja, Sephrenia —objetó Sarabian.

—No creo que vaya a tener que hacerlo —replicó la mujer estiriana, y luego le dirigió a Xanetia una mirada especulativa—. ¿Confiamos lo bastante la una en la otra como para cooperar, anarae? —le preguntó a la delfae—. Me refiero a algo un poco más profundo de lo que hemos hecho hasta el momento.

—Escucharé con toda la atención la vuesa propuesta, hermana mía.

—La magia delfae está dirigida principalmente hacia el interior, ¿verdad?

Xanetia asintió con la cabeza.

—Es probable que ése sea el motivo de que nadie pueda percibirla. La magia estiriana es justo lo contrario. Nosotros alteramos las cosas que nos rodean, así que nuestra magia sale al exterior. Ninguna de las dos formas funcionará por sí sola en esta situación en particular, pero si las combináramos... —Dejó la idea suspendida en el aire entre ambas.

—Es una noción interesante —meditó Aphrael.

—No sé si te sigo —dijo Vanion.

—La anarae y yo tendremos que experimentar un poco —le explicó Sephrenia—, pero si lo que tengo en mente funcionara, podremos hacer que Berit se parezca tanto a Falquián que podrán utilizarse el uno al otro como espejos de afeitarse.

—Siempre que cada uno de nosotros sepa con toda exactitud lo que el otro está haciendo, no es demasiado difícil, Falquián —le aseguró Sephrenia más tarde, cuando él y Berit se reunieron con ella, Vanion y la anarae, en la habitación que ella compartía con el preceptor de los pandiones.

—¿Funcionará de verdad? —le preguntó él, dubitativo.

—De hecho, todavía no lo han intentado, Falquián —le aclaró Vanion—, así que no podemos estar del todo seguros.

—Eso no suena demasiado prometedor. Esta cara no es nada del otro mundo, pero es la única que tengo.

—No habrá ningún peligro para vos ni para el joven Berit, Anakha —dijo Xanetia—. En épocas pasadas ha sido menester para mi pueblo el abandonar el nuestro valle y salir a mezclarse con los otros. Ésta ha sido la forma de ocultar la verdadera identidad nuestra.

—Funciona más o menos así, Falquián —explicó Sephrenia—. Xanetia lanza un hechizo delfae que normalmente imprimiría tus facciones sobre el propio rostro de ella, pero en cuanto ella deja libre su hechizo, yo lanzo uno estiriano

que desvía el de ella hacia Berit.

—Pero, cuando tú lances tu hechizo, ¿no lo percibirán todos los estirianos de Matherion? —le preguntó Falquián.

—Eso es lo bonito del asunto, Falquián —replicó Aphrael—. El hechizo en sí se origina en Xanetia, y los demás no pueden sentir ni oír un hechizo delfae. El propio Cyrgon podría encontrarse en la habitación de al lado, y no oiría absolutamente nada.

—¿Estás segura de que va a resultar?

—Hay una sola forma de averiguarlo.

Falquián, por supuesto, no sintió nada. Después de todo, él no era más que el modelo. Sin embargo, resultaba un poco desconcertante el observar cómo la apariencia de Berit cambiaba gradualmente.

Cuando el hechizo combinado llegó a su fin, Falquián inspeccionó con todo cuidado a su amigo.

—¿Tengo realmente ese aspecto de perfil? —le preguntó a Vanion, un poco decepcionado.

—Yo no puedo distinguir quién es quién.

—Esa nariz está realmente torcida, ¿no?

—Pensaba que lo sabías.

—Nunca antes me había mirado de perfil, de esta manera. —Falquián miró los ojos de Berit con espíritu crítico—. Probablemente deberías intentar mirar con ojos un poco miopes —le sugirió—. Mis ojos ya no son tan buenos como solían. Ésa es una de las cosas que tienes que esperar a medida que te haces mayor.

—Intentaré recordarlo. —Incluso la voz de Berit era distinta.

—¿Tengo esa voz, de verdad? —Falquián se sentía alicaído.

Vanion asintió con la cabeza.

Falquián meneó la suya.

—Verte y oírte como otros te ven y oyen, te aseguro que degrada la opinión que tienes de ti mismo —admitió. Volvió a mirar a Berit—. Yo no he sentido nada, ¿y tú?

Berit asintió, mientras tragaba con dificultad.

—¿Qué sentiste?

—Preferiría no hablar de ello. —Berit se inspeccionó suavemente el nuevo rostro con dedos reptantes, haciendo muecas.

—Continúo sin poder diferenciarlos —se maravilló Kalten, contemplando primero a Berit y luego a Falquián.

—Ésa era más o menos la idea —replicó Falquián.

—¿Cuál eres tú?

—Intenta ser serio, Kalten.

—Ahora que sabemos cómo hacerlo, podremos realizar también otros cambios. Os proporcionaremos a todos rostros nuevos con el fin de que podáis desplazaros sin levantar sospechas... y pondremos aquí, en palacio, a otros hombres con vuestros rostros. Creo que es de esperar que nos vigilen, incluso después del festival de la cosecha, y esto anulará ese problema en concreto.

—Más tarde podremos trazar planes con mayor detalle —dijo Vanion—. Primero, pongamos a Berit y Khalad en camino. ¿Cuál es la ruta habitual cuando uno quiere ir hasta Beresa por tierra? —Desenrolló el mapa y lo estiró sobre la mesa.

—La mayoría de los viajeros van por mar —replicó Oscagne—, pero los que no lo hacen, suelen atravesar la península por Micae y luego cruzan en barco el golfo hasta la parte continental.

—No parece haber ningún camino por ahí. —Vanion frunció el entrecejo mientras estudiaba el mapa.

Oscagne se encogió de hombros.

—Es una región relativamente deshabitada, lord Vanion; marismas saladas y cosas así. Los pocos senderos que haya no figurarán en el mapa.

—Haced lo que podáis —les dijo Vanion a los dos jóvenes—. Una vez que hayáis cruzado las montañas de Tamul, llegaréis al camino que rodea la selva por el lado occidental.

—Yo pondría una especial atención a mantenerme alejado de esas montañas, Berit —le aconsejó Ulath—. Ahora hay trolls en ellas.

Berit asintió con la cabeza.

—Será mejor que tengas una charla con *Faran*, Falquián —sugirió Khalad—. No creo que se deje engañar sólo porque Berit tiene tu cara, y Berit tendrá que cabalgar con él si queremos que todo resulte convincente.

—Me había olvidado de eso —admitió Falquián.

—Ya lo suponía.

—Bien, pues. —Vanion continuó con las instrucciones que estaba dándoles a los dos jóvenes—, seguid ese camino hasta Lydros, y luego coged la ruta que

discurre por el extremo meridional de Arjuna, en dirección a Beresa. Eso es lo lógico, y es probable que esperen que sigáis ese camino.

—Va a llevarnos bastante tiempo realizarlo, mi señor Vanion —señaló Khalad.

—Lo sé. Es evidente que Krager y sus amigos quieren que sea así. Si tuvieran prisa, le habrían ordenado a Falquián que viajara por mar.

—Dale a Berit el anillo de tu esposa, Falquián —dijo Flauta.

—¿Qué?

—Zalasta puede sentir el anillo, y si él puede, Cyrgon también es capaz de hacerlo... y Klæl lo percibirá sin ningún lugar a dudas. Si no le das el anillo a Berit, el cambiarle la cara no ha sido más que una pérdida de tiempo.

—Estás poniendo a Berit y Khalad en un gran peligro —comentó Sephrenia con tono crítico.

Khalad se encogió de hombros.

—Para eso nos pagan, pequeña madre.

—Yo los cuidaré —le aseguró Aphrael a su hermana. Le dirigió a Berit una mirada crítica—. Llámame —le ordenó.

—¿Señora?

—Utiliza el hechizo —aclaró ella con exagerada paciencia—. Quiero asegurarme de que lo haces correctamente.

—Ah. —Berit enunció el hechizo de llamada con gran cuidado, mientras sus manos se movían con los intrincados gestos que lo acompañaban.

—Has pronunciado mal *Kajerasticon* —lo corrigió ella.

Sephrenia intentaba, sin mucho éxito, reprimir una carcajada.

—¿Qué te resulta tan gracioso? —le preguntó Talen.

—La pronunciación del caballero Berit plantea algunas preguntas respecto a qué quiere decir —le explicó Sephrenia.

—¿Qué ha dicho? —inquirió Talen, curioso.

—No tiene ninguna importancia lo que ha dicho —replicó Flauta, remilgada—. No estamos aquí para repetir chistes indecorosos sobre las diferencias entre chicos y chicas. Practica esa palabra, Berit. Ahora inténtalo con la llamada secreta.

—¿Qué es eso? —le murmuró Itagne a Vanion.

—Se utiliza para transmitir mensajes, excelencia —replicó Vanion—. Invoca la consciencia de la diosa-niña, aunque no su presencia. Podemos darle un mensaje para que se lo transmita a alguien, empleando ese hechizo.

—¿No es eso un poco degradante para la diosa-niña? ¿De verdad que la enviáis a hacer recados y transmitir mensajes de esa manera?

—A mí no me ofende, Itagne. —Aphrael sonrió—. Después de todo, vivimos para servir a las personas que queremos, ¿no es verdad?

La pronunciación de Berit en el caso del segundo hechizo no provocó ninguna objeción.

—De cualquier forma, ése será el que con toda probabilidad tendrás que utilizar durante todo el tiempo, Berit —le dijo Vanion—. Krager advirtió a Falquián en contra de utilizar la magia, así que no lo hagas de manera demasiado evidente. Si recibes más instrucciones a lo largo del camino, haz como que las sigues, pero pásale aviso a Aphrael.

—Ahora ya no tiene sentido tenerlo encerrado en la armadura de Falquián, ¿no es cierto, mi señor Vanion? —inquirió Khalad.

—Buena observación —asintió Vanion—. Una cota de malla será suficiente, Berit. Ahora te interesa que te vean la cara.

—Sí, mi señor.

—Será mejor que os vayáis a descansar un poco —prosiguió Vanion—. Partiréis mañana a primera hora.

—Pero no demasiado temprano —lo corrigió Caalador—. No queremos e ninguna manera que lo'espía' se que' en dormí'o' y no o' vean partí'. Eso'e que te den una cara nueva no sirve pa'na' si no tiene'posibili'a'e lusirla, ¿verdá'?

A la mañana siguiente hacía frío y humedad en el patio, y una fina niebla de otoño flotaba sobre la relumbrante ciudad. Falquián sacó a *Faran* de los establos.

—Vosotros, haced el favor de tener cuidado —les advirtió a los dos jóvenes ataviados con cotas de malla y capas de viaje.

—Eso ya lo has dicho, mi señor —le recordó Khalad—. Berit y yo no somos sordos.

—Será mejor que te olvides de ese nombre, Khalad —replicó Falquián con tono crítico—. Comienza a pensar en tu amigo como en mí. Un desliz de la lengua en el sitio equivocado podría poner al descubierto todo el plan.

—Lo tendré presente.

—¿Necesitáis dinero?

—Creía que nunca ibas a preguntarlo.

—Eres igual que tu padre. —Falquián extrajo una bolsa de debajo del

cinturón y se la entregó a su escudero. Luego aferró firmemente la parte inferior del rostro de *Faran* y miró al enorme ruano directamente a los ojos—. Quiero que acompañes a Berit, *Faran* —le dijo—. Comportate exactamente como lo harías si él fuera yo.

*Faran* agitó las orejas y desvió la cara.

—Ponme atención —le ordenó Falquián con tono cortante—. Esto es importante.

*Faran* suspiró.

—Ya sabe de qué le estás hablando, Falquián —comentó Khalad—. No es estúpido..., simplemente tiene mal genio.

Falquián le entregó las riendas a Berit. Luego recordó algo.

—Necesitaremos una contraseña —dijo—. Todos los demás tendremos rostros diferentes, así que no nos reconoceréis si tenemos necesidad de entrar en contacto con vosotros. Escoged algo corriente.

Los tres se pusieron a pensar.

—¿Qué te parece *ramshorn*<sup>[1]</sup>? —sugirió Berit—. No debería ser demasiado difícil meterlo en una conversación, y ya lo hemos utilizado antes.

Falquián recordó de pronto a Ulesim, el discípulo favorito del santo Arasham, de pie sobre una pila de cascotes con una flecha de la ballesta de Kurik sobresaliéndole de la frente, y la palabra *ramshorn* aún en sus labios.

—Muy bien, Berit, eh... caballero Falquián, ya está. Es una palabra que todos recordaremos. Será mejor que os pongáis en marcha.

Ambos asintieron con la cabeza y montaron sobre sus caballos.

—Buena suerte —les dijo Falquián.

—Que tú también la tengas, mi señor —replicó Khalad. Y luego, la pareja dio media vuelta y avanzó lentamente hacia el puente levadizo.

—Todo lo que en realidad tenemos para empezar es el nombre Beresa —reflexionó Sarabian, un poco más tarde—. La nota de Krager decía que Falquián recibiría allí más instrucciones.

—Eso podría ser un ardid, majestad —señaló Itagne—. En realidad, el intercambio podría tener lugar en cualquier momento... y lugar. Puede que fuera ese el motivo de que le ordenaran viajar por tierra.

—Es cierto —asintió Caalador—. Por lo que sabemos, Scarpa y Zalasta

podrían estar esperando justo en la playa del lado norte del golfo de Micae, con la intención de realizar el intercambio allí mismo.

—Estamos tomándonos demasiadas molestias con todo esto —declaró Talen—. ¿Por qué Falquián no hace sencillamente que el Bhelliom rescate a la reina? Podría recogerla y traerla de vuelta aquí antes de que Scarpa se diese siquiera cuenta de que había desaparecido.

—No —replicó Aphrael, sacudiendo la cabeza—. El Bhelliom no puede hacer eso más que yo.

—¿Por qué no?

—Porque no sabemos dónde está la reina... y no podemos salir a buscarla porque ellos podrían percibir que nos movemos por los alrededores.

—Ah. Eso no lo sabía.

Aphrael puso los ojos en blanco.

—¡Hombres! —suspiró.

—Fue muy hábil por parte de Ehlana el entregarle a Melidere su anillo —comentó Sephrenia—, pero sería mucho más fácil localizarla si aún lo tuviese puesto.

—Yo lo pongo en duda, querida —disintió Vanion—. Zalasta, más que nadie en el mundo, sabe que puede seguirse la pista a ese anillo. Si Ehlana lo hubiese llevado puesto, lo primero que habría hecho Scarpa sería enviar a Krager o Elron con él en la dirección opuesta.

—Estás dando por sentado que Zalasta está involucrado en esto —lo contradijo ella—. Existe la posibilidad de que Scarpa esté actuando por su cuenta, ¿sabes?

Él se encogió de hombros.

—Siempre es mejor suponer lo peor. Nuestra situación es mucho más peligrosa si Zalasta y Cyrgon están implicados. Si sólo se trata de Scarpa, resultará relativamente fácil deshacerse de él.

—Pero sólo después de que Ehlana y Alean estén a salvo —aclaró Falquián.

—Eso no hace falta decirlo, Falquián —replicó Vanion.

—Entonces, todo depende del momento del intercambio, ¿no es cierto? —observó Sarabian—. Podemos llevar a cabo algunos preparativos, pero no podremos hacer nada significativo hasta el momento... en que Scarpa se presente con Ehlana.

—Y eso significa que tenemos que mantenernos cerca de Berit y Khalad —agregó Tynian.

—No. —Aphrael estaba negando con la cabeza—. Lo pondréis todo al descubierto si comenzáis a revolotear en torno a esos dos. Dejad que sea yo quien se mantenga cerca de ellos. Yo no llevo armadura, así que nadie podrá olfatearme desde un millar de pasos de distancia. Itagne tiene razón. El intercambio podría producirse en cualquier momento. En el mismo instante en que Scarpa se presente con Ehlana y Alean, yo lo pondré en conocimiento de Falquián. Entonces el Bhelliom podrá depositarlo, con total precisión, encima mismo de ellos. Así tendremos a las damas de vuelta y volveremos a ser más o menos dueños de la situación.

—Y eso nos lleva de vuelta a la parte puramente militar del asunto — reflexionó el patriarca Emban—. Creo que deberíamos enviarle mensaje a Komier y Bergsten. Vamos a necesitar a los caballeros de la iglesia en Cynesga y Arjuna, no en Edom o Astel... ni aquí, en Matherion. Hagamos que se dirijan al sureste después de descender de las montañas de Zemoch. Tendremos a los atanes en Sarna; a los pelois orientales y a los caballeros de la iglesia ya los tenemos en Samar, a los trolls en las montañas de Tamul, y apostaremos a Komier y Bergsten en el lado occidental del desierto de Cynesga. En ese punto, podremos exprimir la tierra de los cyrgais como si fuera un limón.

—Y ver qué clase de semillas saltan del interior —agregó Kalten con frialdad.

El patriarca Emban, primer secretario de la iglesia de Chyrellos, era un hombre que adoraba con toda su alma las listas. El rechoncho hombrecillo de la iglesia componía de inmediato una lista cuando se estaba hablando sobre un determinado tema. En todas las conversaciones, llega un momento en el que hay que determinar las cosas, y los participantes comienzan a volver sobre los diversos puntos preferidos por cada uno. De manera inevitable, ese era el instante en el que el patriarca Emban sacaba su lista.

—Muy bien, pues —dijo, en un tono que proclamaba que estaba resumiendo—. Falquián viajará por barco hasta Beresa, junto con mi señor Stragen y el joven maese Talen, ¿correcto?

—Eso lo colocará en el lugar adecuado en caso de que Berit y Khalad tengan, de hecho, que cabalgar hasta allí —explicó Vanion—. Y Stragen y Talen tienen contactos en Beresa, así que es probable que puedan averiguar quién más ha llegado a la ciudad.

Emban hizo una marca junto a ese punto en su lista.

—Punto siguiente. El caballero Kalten, el caballero Bevier y maese Caalador navegarán hacia el sur en otro barco y entrarán en las selvas de Arjuna.

Caalador asintió con la cabeza.

—Yo tengo un amigo en Delo que tiene contacto con las bandas de asaltantes de esas selvas —comentó—. Nos uniremos a una de esas bandas, y así podremos mantener vigilancia sobre Natayos y enviar un mensaje si el ejército de Scarpa comenzara a moverse.

—Bien. —Emban hizo una marca junto a ese otro punto—. Lo siguiente. Ulath y Tynian se encaminarán a las montañas de Tamul para mantenerse en contacto con los trolls. —Frunció el entrecejo—. ¿Por qué va a ir Tynian allí? Él no habla la lengua troll.

—Tynian y yo nos entendemos bien —declaró Ulath con voz tronante—, y me sentiría terriblemente solo si no tuviera a nadie con quien hablar, excepto trolls, vuestra gracia.

Emban se encogió de hombros.

—Todo lo que haga falta para que estés contento, caballero Ulath. Ahora, bien, Sephrenia y la anarae Xanetia acudirán a Delfaeus para poner sobre aviso al anari Cedon respecto a todos estos recientes acontecimientos y explicarle lo que estamos haciendo.

—Y con el fin de ver qué podemos hacer para establecer la paz entre los estirianos y los delfaes —agregó Sephrenia.

Emban hizo una marca junto a otro punto.

—Mi señor Vanion —dijo luego—, la reina Betuana, el embajador Itagne y el domi Kring se llevarán a los cinco mil caballeros y marcharán hacia el oeste del propio Tamul para reunirse con las tropas ya apostadas en Sarna y Samar.

—¿Dónde está el domi Kring? —preguntó Betuana, buscando al hombrecillo con los ojos.

—Está haciendo guardia junto a Mirtai —respondió la princesa Danae—. Todavía tiene un poco de miedo de que ella intente suicidarse.

—Allí podríamos tener un problema —observó Bevier—. Dadas las circunstancias, puede que Kring no esté dispuesto a salir de Matherion.

—Podremos arreglárnoslas sin él, si fuera necesario —contestó Vanion—. Yo puedo tratar directamente con Tikume. Tener a Kring cerca lo hará más fácil, pero puedo prescindir de él si de verdad cree que Mirtai podría hacer alguna estupidez.

Emban asintió con la cabeza.

—El emperador Sarabian, el ministro de Exteriores Oscagne y yo, nos quedaremos en Matherion para defender la fortaleza, y la diosa-niña nos mantendrá a todos en contacto con los demás. ¿Me he dejado algo en el tintero?

—¿Qué quieres que haga yo, Emban? —le preguntó Danae con dulzura.

—Tú te quedarás en Matherion con nosotros, alteza real —replicó Emban—, para iluminar nuestros lóbregos días y noches con tu sonrisa.

—¿Tu gracia está burlándose de mí?

—Por supuesto que no, princesa.

Decir que Mirtai se sentía desdichada, habría constituido la más escandalosa subestimación de lo que sentía. Iba encadenada cuando Kring entró con ella en la sala del consejo; el hombrecillo tenía una expresión de desesperanza en el rostro.

—Nada de lo que digo surte efecto alguno sobre ella —les dijo el domi a los demás—. Creo que incluso ha olvidado que estamos comprometidos.

La dorada muchacha gigante atana no miró a ninguno de los presentes, sino que se dejó caer al suelo presa de la más espantosa congoja.

Betuana se encogió de hombros.

—Le ha fallado a su dueña. Debe vengarla o morir.

—No estoy de acuerdo, Majestad —declaró con firmeza la hija de Falquián. Se deslizó del asiento emplazado en un rincón desde el que había estado observando el proceso. Dejó a *Rollo* en un rincón del asiento y a *Mmrr* en el otro, y atravesó la sala hasta Mirtai con una expresión profesional en la cara—. Atana Mirtai —ordenó con tono cortante—, levántate del suelo.

Mirtai la miró con hosquedad, y luego se levantó lentamente, cosa que hizo tintinear las cadenas.

—En ausencia de mi madre, yo soy la reina —declaró Danae. Falquián parpadeó.

—Tú no eres Ehlana —replicó Mirtai.

—No pretendo serlo. Sólo estoy señalando un hecho legal. Sarabian, ¿no es así como funciona? ¿No es mío el poder de mi madre mientras ella esté ausente?

—Bueno..., técnicamente, supongo que sí.

—Técnicamente mis narices. Yo soy la heredera de la reina Ehlana. Yo asumo su puesto hasta que regrese. Eso significa que temporalmente poseo todo lo que le pertenece a ella..., su trono, su corona, sus joyas y su esclava personal.

—Detestaría tener que argumentar contra ella ante un tribunal de justicia — admitió Emban.

—Se lo agradezco a tu gracia —dijo Danae—. Muy bien, atana Mirtai, ya los has oído. Ahora eres propiedad mía.

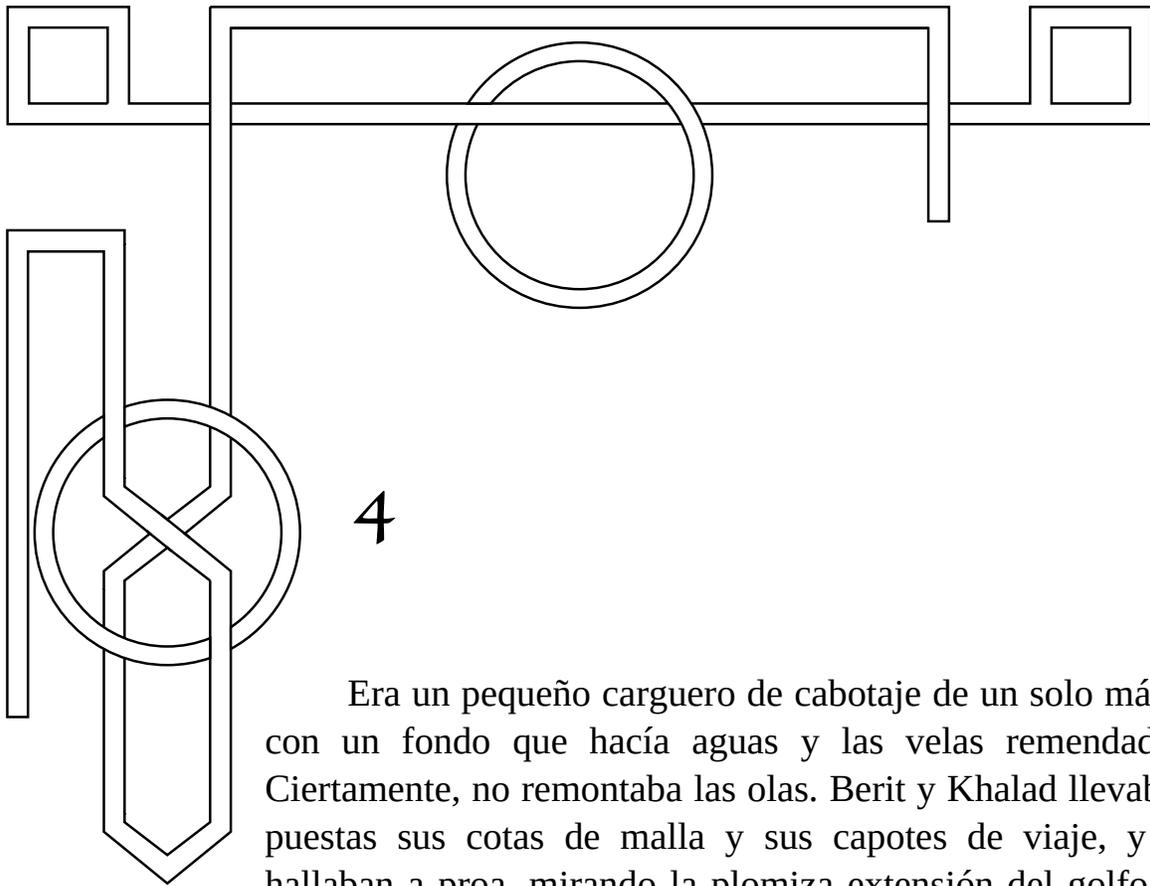
Mirtai la miró con el ceño fruncido.

—No hagas eso —le espetó Danae—. Presta atención. Yo soy tu dueña, y te prohíbo que te suicides. También te prohíbo que te escapes. Te necesito aquí. Vas a quedarte en Matherion con Melidere y conmigo, y vas a guardarnos. Le has fallado a mi madre. No me falles a mí.

Mirtai sorbió por la nariz, y luego rompió las cadenas con un furioso tirón de los brazos.

—Será como dices, majestad —le espetó, con los ojos llameantes. Danae miró a los demás con una sonrisilla burlona.

—¿Lo veis? —preguntó—. No era tan difícil, ¿verdad?



4

Era un pequeño carguero de cabotaje de un solo mástil con un fondo que hacía aguas y las velas remendadas. Ciertamente, no remontaba las olas. Berit y Khalad llevaban puestas sus cotas de malla y sus capotes de viaje, y se hallaban a proa, mirando la plomiza extensión del golfo de Micae mientras el maltrecho navío avanzaba lentamente.

—¿Eso de ahí delante es la costa? —preguntó Berit, esperanzado. Khalad miró por encima del mar picado.

—No, sólo un banco de nubes. No estamos avanzando con mucha rapidez, mi señor. Me temo que hoy no llegaremos a la costa. —Miró hacia popa y bajó la voz—. Mantente alerta después de que se oculte el sol —advirtió—. La tripulación de esta bañera está compuesta por marineros de agua dulce, y el capitán no es mucho mejor. Creo que esta noche deberíamos dormir por turnos.

Berit volvió la cabeza para mirar a los rufianes que holgazaneaban por la cubierta.

—Ojalá tuviera mi hacha —murmuró.

—No digas cosas así en voz alta, Berit —susurró Khalad—. Falquián no utiliza hacha de batalla. Krager lo sabe, y uno de estos marineros podría estar trabajando para él.

—¿Todavía? ¿Después del festival de la cosecha?

—Nadie ha inventado nunca un método para matar a todas las ratas, mi

señor, y no hace falta más que uno. Comportémonos ambos como si nos estuvieran observando y pudieran oír cada una de las palabras que pronunciamos..., aunque sólo sea para asegurarnos.

—Me sentiré mucho más feliz cuando hayamos bajado a tierra. ¿Realmente teníamos que hacer esta parte del viaje por mar?

Khalad se encogió de hombros.

—Es la costumbre. No te preocupes. Podremos mantener a raya a estos marineros, en caso de necesidad.

—No es eso lo que me preocupa, Khalad. Esta gabarra anadea por el agua como una ballena con la espalda torcida. Me está mareando.

—Come un trozo de pan duro.

—Prefiero no hacerlo. Esto es realmente penoso, Khalad.

—Pero, estamos corriendo una aventura, mi señor —replicó Khalad, alegremente—. ¿La emoción no compensa las incomodidades?

—No. La verdad es que no.

—Tú eres el que quería ser un caballero.

—Sí, lo sé... y en este instante estoy intentando recordar el porqué.

El patriarca Emban estaba muy disgustado.

—Esto es verdaderamente peligroso, Vanion —protestó mientras anadeaba junto con los otros hacia la capilla del ala oeste—. Si Dolmant llegara a enterarse alguna vez de que he permitido la práctica de la brujería en un lugar consagrado, me excomulgaría.

—Es el lugar más seguro, Emban —replicó Vanion—. La pretensión de los «ritos sagrados» nos proporciona una excusa para expulsar a todos los tamules del ala oeste. Además, es probable que la capilla no haya sido consagrada. Éste es un castillo de imitación construido para hacer que los elenios nos sintamos como en casa. Las personas que lo construyeron no podían conocer el rito de consagración.

—No sabes sobre seguro que no haya sido consagrado.

—Y tú no sabes que sí lo haya sido. Si te molesta tanto como parece, Emban, podrás volver a consagrarla cuando hayamos concluido.

El rostro de Emban palideció.

—¿Sabes todo lo que eso implica, Vanion? —protestó—. ¿Las horas de rezos..., de postración ante el altar..., de ayuno? —Palideció aún más—. ¡Buen

Dios, el ayuno!

Sephrenia, Flauta y Xanetia se habían escabullido al interior de la capilla varias horas antes, y se encontraban discretamente sentadas en un rincón escuchando los himnos que cantaban los caballeros de la iglesia.

Emban y Vanion todavía estaban discutiendo cuando se reunieron con las damas.

—¿Qué problema hay? —inquirió Sephrenia.

—El patriarca Emban y mi señor Vanion están teniendo una discusión respecto a si la capilla ha sido o no ha sido consagrada, pequeña madre —le explicó Kalten.

—No lo ha sido —replicó Flauta, con un ligero encogimiento de hombros.

—¿Cómo puedes saberlo? —exigió saber Emban.

Ella le dedicó una mirada sufrida.

—¿Quiere tu gracia decirme quién soy? —le preguntó.

—Ah. Por alguna razón, lo olvido a cada momento. ¿Existe de verdad alguna manera de que puedas saber si un lugar ha sido consagrado? —preguntó Emban, parpadeando.

—Pues por supuesto que existe. Créeme, Emban, esta capilla nunca le ha sido consagrada a tu dios elenio. —Hizo una pausa—. Sin embargo, hay un lugar, no lejos de aquí, que le fue consagrado a un árbol hace unos dieciocho mil años.

—¿A un árbol?

—Era un árbol muy bonito..., un roble. Por alguna razón, siempre es un roble. Nadie parece nunca querer adorar a un olmo. Mucha gente solía adorar árboles. Para empezar, son predecibles.

—¿Cómo puede nadie, en sus cabales, adorar a un árbol?

—¿Quién ha dicho que la gente religiosa estuviera en sus cabales? A veces vosotros, los humanos, nos confundís muchísimo, ¿sabes?

Puesto que en la mayoría de los casos había que llevar a cabo un intercambio de facciones, Sephrenia y Xanetia experimentaron un poco para alterar el hechizo que había impreso el rostro de Falquián en Berit. En el caso de Falquián no había que realizar intercambio alguno, así que primero lo modificaron a él. Estaba sentado junto a su viejo amigo, el caballero Endrik, un veterano con el cual él, Kalten y Martel habían soportado el noviciado. Xanetia se les acercó mientras el color la estaba abandonando y un suave resplandor comenzaba a aflorarle al rostro. Examinó meticulosamente a Endrik, y luego la voz de la

anarae se elevó al comenzar ella a entonar el hechizo delfae en su tamul académico de extraño acento. Sephrenia se encontraba a su lado, y recitaba simultáneamente el hechizo estiriano.

Falquián no sintió nada en absoluto cuando Xanetia lanzó su hechizo. Luego, en el instante crucial, Sephrenia tendió una mano que interpuso entre el caballero Endrik y Xanetia mientras dejaba en libertad de manera simultánea el hechizo estiriano. En aquel momento Falquián sí que sintió algunos cambios. Sus facciones parecieron ablandarse de alguna manera como cera fundida, y de hecho pudo sentir que su rostro cambiaba casi como la arcilla fresca es cambiada y moldeada por la mano del ceramista. Sintió un poco de dolor al enderezársele la nariz rota, y al alargársele la mandíbula le dolieron los dientes al deslizarse dentro del hueso.

—¿Qué te parece? —le preguntó Sephrenia a Vanion cuando el proceso hubo acabado.

—No creo que consigas un parecido más exacto —replicó Vanion mientras examinaba de cerca a ambos hombres—. ¿Qué se siente, siendo gemelo de alguien, Endrik?

—Yo no he sentido absolutamente nada, mi señor —replicó Endrik mientras miraba a Falquián con curiosidad.

—Yo sí que lo he sentido —comentó Falquián mientras se tocaba delicadamente la nariz remodelada—. ¿Acaba por pasarse el dolor, anarae? —inquirió.

—Lo notaréis menos a medida que el tiempo os acostumbre al cambio, Anakha. Ya os advertí que implicaba cierta incomodidad, ¿no es cierto?

Falquián se encogió de hombros.

—Desde luego que lo hiciste. No es insoportable.

—¿De verdad que tengo ese aspecto? —preguntó Endrik.

—Sí —replicó Vanion.

—Debería cuidarme un poco más. Los años no están siendo benevolentes conmigo.

—Nadie permanece fuerte y hermoso durante toda la vida, Endrik —comentó Kalten entre carcajadas.

—¿Es eso todo lo que hace falta hacerles a estos dos, anarae? —inquirió Vanion.

—El proceso ha terminado, mi señor Vanion —contestó Xanetia.

—Tenemos que hablar, Falquián —dijo el preceptor—. Vayamos a la

sacristía para quitarnos de en medio mientras las damas modifican a los otros.

Falquián asintió con la cabeza, se puso de pie y siguió a su amigo hacia la pequeña puerta que había a un lado del altar.

Vanion entró primero y cerró la puerta tras ambos.

—¿Has hecho todos los arreglos con Sorgi? —preguntó.

Falquián se sentó.

—Hablé ayer con él —fue su respuesta—. Le dije que tenía unos amigos que debían trasladarse a Beresa sin llamar la atención. Ha tenido las deserciones habituales y le quedan tres vacantes. Stragen, Talen y yo nos mezclaremos con la tripulación. Tendríamos que poder entrar disimuladamente en Beresa sin que se fijen en nosotros.

—Imagino que eso te ha costado caro. Los precios de Sorgi son muy elevados, a veces.

Falquián se masajeó un lado de la dolorida mandíbula.

—No ha sido para tanto —contestó—. Sorgi me debe un par de favores, y le he dado tiempo como para que recoja un cargamento que cubrirá la mayor parte del coste.

—¿Iréis directamente hacia el puerto, desde aquí?

Falquián asintió con la cabeza.

—Utilizaremos el túnel que Caalador descubrió debajo de las barcas. Le dije a Sorgi que esos tres nuevos miembros de la tripulación se presentarían ante él alrededor de la medianoche.

—¿Os haréis a la mar mañana, entonces?

Falquián meneó la cabeza esta vez.

—Pasado mañana. Mañana tenemos que cargar la mercancía de Sorgi.

—¿Trabajo honrado, Falquián? —preguntó Vanion con una tímida sonrisa.

—Empiezas a hablar como Khalad.

—Ese muchacho tiene opiniones, ¿verdad?

—También las tenía su padre.

—Deja de frotarte así la cara, Falquián. Vas a irritarte la piel. —Vanion hizo una pausa—. ¿Qué tal ha sido el cambio?

—Muy extraño.

—¿Doloroso?

—La nariz sí lo fue. Me siento casi como si alguien hubiera vuelto a rompérmela. Alégrate de no tener que pasar por ello.

—No tendría mucho sentido hacerlo. Yo no andaré furtivamente por los

callejones como el resto de vosotros. —Vanion le dedicó a su amigo una mirada compasiva—. La traeremos de vuelta, Falquián —le aseguró.

—Por supuesto. ¿Eso es todo? —El tono de Falquián era deliberadamente carente de emociones. Lo importante ahora era no sentir.

—Sólo ten cuidado e intenta dominar tu temperamento.

Falquián asintió.

—Vayamos a ver qué tal están quedando los otros.

Los cambios constituían un factor de confusión; de eso no cabía la más mínima duda. Resultaba difícil saber con exactitud quién estaba hablando, y a veces Falquián se sorprendía de quién respondía a sus preguntas. Se despidieron y abandonaron silenciosamente la capilla con el grupo principal de los caballeros de la iglesia. Salieron al patio iluminado por las antorchas, cruzaron el puente levadizo, y continuaron por el césped cubierto de noche hacia los barracones de los caballeros, donde Falquián, Stragen y Talen se pusieron blusas de marinero manchadas de alquitrán, mientras los otros también se vestían con ropas de plebeyo mal combinadas. Luego todos bajaron a la bodega.

Caalador, que ahora tenía el rostro cuadrado de un caballero deirano de mediana edad, abrió la marcha hacia el interior del túnel lleno de telarañas con una humeante antorcha. Cuando hubieron recorrido alrededor de un cuarto de legua, se detuvo y levantó la antorcha en alto.

—Esta d'aquí' la sali'a vuestra. Falquián —anunció, a la vez que señalaba una empinada y estrecha escalera—. Vai' a salí' a un cayejón... que no güele a rosa'... pero está bien y oscuro. —Hizo una pausa—. Lo siento, Stragen, pero quería daros algo que os hiciera recordarme.

—Eres demasiado amable —murmuró Stragen.

—Buena suerte, Falquián —se despidió Caalador.

—Gracias, Caalador.

Los dos se estrecharon la mano, y luego Caalador volvió a levantar la antorcha y condujo al resto del grupo por un pasadizo que olía a moho, en dirección a los diversos puntos de destino, dejando a Falquián, Talen y Stragen solos en la oscuridad.

—No van a correr ningún peligro, Vanion —le aseguró Flauta al preceptor, mientras las damas hacían su equipaje—. Después de todo, yo voy a acompañarlas y puedo cuidar de ellas.

—Diez caballeros, entonces —disminuyó él la primera sugerencia.

—No harían más que meterse en nuestro camino, amor —le dijo Sephrenia—. No obstante, quiero que tú tengas cuidado. Un cuerpo de hombres armados tiene más probabilidades de ser atacado que un pequeño grupo de viajeros.

—Pero no es seguro para las damas el viajar solas —protestó él—. Siempre hay asaltantes y similares acechando en los bosques.

—No estaremos en ninguna parte el tiempo suficiente como para atraer a los salteadores ni a ninguna otra persona —le explicó Flauta—. Llegaremos a Delfaeus en dos días. Podría conseguirlo en uno, pero tendré que detenerme y mantener una larga charla con Edaemus antes de entrar en su valle. Puede que lleve un poco de tiempo el convencerlo.

—¿Cuándo saldréis vos de Matherion, mi señor Vanion? —preguntó Xanetia.

—Hacia el final de esta semana, anarae —replicó él—. Tendremos que dedicar algo de tiempo a nuestro equipo, y siempre está el asunto de organizar la carga de provisiones.

—Llévate ropa de abrigo —le advirtió Sephrenia—. El tiempo podría cambiar en cualquier momento.

—Sí, amor. ¿Cuánto tiempo pasaréis en Delfaeus?

—No puedo decírtelo con seguridad. Aphrael te mantendrá informado. Tenemos muchos temas de los que hablar con el anari Cedon. El hecho de que Cyrgon haya invocado a Klæl complica las cosas.

—En verdad —asintió Xanetia—. Puede que me vea obligada a pedirle a Edaemus que regrese.

—¿Haría eso?

Flauta le dedicó una sonrisa traviesa.

—Yo le engatusaré, Vanion —contestó—, y ya sabes lo buena que soy para eso. Si quiero algo, casi siempre lo consigo.

—¡Oye, tú! ¡No te hagas el vivo! —aulló el contraamaestre de Sorgi, un hombre de cuello de toro, chasqueando su látigo junto a los talones de Stragen.

Stragen, que en ese momento tenía las trenzas y enormes bigotes de un caballero genidiano rubio, soltó el fardo que llevaba en las manos y buscó su daga.

—¡No! —le siseó Falquián—. ¡Coge ese fardo!

Stragen lo miró con ferocidad durante un momento, luego se inclinó y recogió el fardo.

—Esto no era parte del acuerdo —masculló.

—No va a azotarte de verdad con el látigo —le aseguró Talen al furibundo thalesiano—. Todos los marineros se quejan de eso, pero el látigo no es más que para hacer aspavientos. Un contraмаestre que azota de verdad a sus marineros suele ser arrojado por la borda durante el viaje, en medio de la noche.

—Puede ser —gruñó Stragen con tono ominoso—, pero os voy a decir esto ahora mismo. Si ese cretino llega a tocarme siquiera con ese látigo suyo, no vivirá lo bastante como para irse al agua. Tendré sus entrañas apiladas sobre la cubierta antes de que haya conseguido parpadear.

—¡Vosotros, los nuevos —les gritó el contraмаestre—, dejad la charla para vuestro tiempo libre! ¡Estáis aquí para trabajar, no para hablar del tiempo! —y volvió a hacer chasquear el látigo.

—Ella podría hacerlo, Khalad —insistió Berit.

—Creo que has pasado demasiado tiempo al sol —replicó Khalad. Estaban cabalgando hacia el sur a lo largo de una playa solitaria bajo un cielo encapotado. La playa tenía como telón de fondo unos pantanos salados poco atractivos en los que juncos secos chasqueaban los unos contra los otros en la fuerte brisa que soplaba desde el mar. Khalad se puso de pie sobre los estribos y recorrió el entorno con la mirada. Luego volvió a sentarse en la silla.

—Es una idea ridícula, mi señor.

—Intenta mantener la mente abierta, Khalad. Aphrael es una diosa. Puede hacer cualquier cosa.

—Estoy seguro de que puede pero ¿por qué iba a querer hacerlo?

—Bueno... —Berit luchó con la pregunta—. Podría tener una razón, ¿verdad? Algo que tú y yo ni siquiera comprenderíamos.

—¿Es eso lo que todo ese entrenamiento estiriano hace con un hombre? Estás empezando a ver dioses debajo de cada arbusto. Solamente fue una coincidencia. Las dos se parecen un poquitín, pero eso es todo.

—Puedo ser todo lo escéptico que quieras, Khalad, pero continúo pensando que sucede algo muy extraño.

—Y yo creo que lo que tú sugieres es un absurdo.

—Absurdo o no, sus modales son los mismos, sus expresiones, idénticas, y

las dos tienen el mismo aire de vanidosa superioridad.

—Por supuesto que lo tienen. Aphrael es una diosa, Danae es una princesa heredera. Son superiores..., al menos es lo que ellas creen..., me parece que estás pasando por alto el hecho de que las vimos a ambas en la misma habitación y al mismo tiempo. Pueden incluso hablar la una con la otra, por el amor de Dios.

—Khalad, eso no significa nada. Aphrael es una diosa. Probablemente puede estar en una docena de lugares al mismo tiempo si realmente quiere hacerlo.

—Eso continúa devolviéndonos, una vez más, a la pregunta de por qué. ¿Cuál sería el propósito de eso? Ni siquiera un dios hace las cosas sin motivo alguno.

—Eso no lo sabemos, Khalad. Tal vez lo está haciendo sólo para divertirse.

—¿Estás de verdad tan desesperado por presenciar un milagro, Berit?

—Ella podría hacerlo —insistió Berit.

—De acuerdo. ¿Y qué?

—¿No sientes ni la más mínima curiosidad al respecto?

Khalad se encogió de hombros.

—No particularmente.

Ulath y Tynian llevaban partes del uniforme de una de las pocas unidades del ejército tamul que aceptaba voluntarios de los reinos elenios de Daresia occidental. Los rostros que habían tomado prestados eran de unos canosos caballeros de mediana edad, las caras de unos veteranos duramente curtidos. El barco en que navegaban era uno de esos vapuleados y mal mantenidos que comercian en aguas costeras. La pequeña cantidad de dinero que habían pagado por los pasajes les daba derecho sólo a eso..., pasaje y nada más. Llevaban su propia comida y bebida, así como sus mantas remendadas; comían y dormían en cubierta. Su punto de destino era una pequeña aldea costera que se hallaba a aproximadamente veinticinco leguas al este del pie de las montañas de Tamul. Durante el día haraganeaban en la cubierta, bebiendo vino barato y jugando a los dados por algunas monedas.

El cielo estaba nublado cuando el bote del barco los dejó en el desvencijado muelle de la aldea. El día era fresco, y las montañas de Tamul eran poco más que una mancha baja en el horizonte.

—Repíteme el nombre de ese criador de caballos —le pidió Tynian a su

compañero.

—Sablis —le gruñó Ulath.

—Espero que Oscagne estuviera en lo cierto —comentó Tynian—. Si ese Sablis se ha retirado de los negocios, tendremos que ir caminando hasta esas montañas.

Ulath recorrió el muelle para hablar con un tipo de cara chupada que estaba remendando una red de pesca.

—Dime, amigo —comenzó con cortesía, en tamul—, ¿dónde puedo encontrar a Sablis, el criador de caballos?

—¿Y qué, si no tuviera ganas de decírtelo? —replicó el descarnado remienda-redes con una voz sibilante y nasal que lo identificaba como uno de esos hombres de espíritu sórdido que morirían antes de ser serviciales o siquiera corteses.

Tynian ya se había encontrado antes con esa especie, hombres pequeños, por lo general, con una inflada noción de su propia valía, que se deleitaban en irritar a los demás sólo por divertirse.

—Déjame a mí —murmuró, mientras apoyaba delicadamente una mano sobre el brazo de su compañero para contenerlo. Los abultados músculos de Ulath anunciaban con claridad la violencia inminente.

—Bonita red —comentó Tynian con tono indiferente, cogiendo un extremo de la misma. Luego sacó la daga y comenzó a cortarla.

—¿Qué estás haciendo? —chilló el pescador de cara chupada.

—Estoy demostrándote «qué» —le explicó Tynian—. Tú has dicho: «¿Y qué, si no tuviera ganas de decírtelo?». Esto es «qué». Piénsalo. Mi amigo y yo no tenemos ninguna prisa, así que tómate tu tiempo. —Cogió un puñado de red y la atravesó con el cuchillo.

—¡Basta! —el hombre chilló con horror.

—Eh..., ¿dónde has dicho que podríamos encontrar a Sablis? —preguntó Ulath con aire inocente.

—Sus corrales están en la periferia oriental del pueblo. —Las palabras salieron atropelladamente de sus labios. Luego, el tipo descarnado recogió la red con ambos brazos y la sujetó contra su pecho, casi como una madre que protegiera a su hijo de un daño inminente.

—Que tengas un agradable día, vecino —le dijo Tynian mientras envainaba la daga—. No puedo ni comenzar a decirte lo mucho que apreciamos la ayuda que nos has prestado. Has estado absolutamente espléndido en todo el asunto.

Y los dos caballeros dieron media vuelta y avanzaron a lo largo del muelle hacia la aldea de aspecto desvencijado.

El campamento era pulcro y ordenado, con un lugar para cada cosa y cada cosa en el lugar exacto que le correspondía. Berit había advertido que Khalad plantaba siempre el campamento de la misma forma. Parecía tener un concepto del campamento ideal grabado en la mente y, puesto que era perfecto, él nunca lo alteraba. Khalad era muy rígido en algunas cosas.

—¿Cuánto trecho hemos recorrido hoy? —preguntó Berit mientras lavaban los cacharros de la cena.

—Diez leguas, lo mismo de siempre. Diez leguas es lo normal en terreno llano —respondió Khalad, encogiéndose de hombros.

—Esto va a durar toda la eternidad —se quejó Berit.

—No. Aunque puede parecerlo. —Khalad recorrió los alrededores con la mirada y luego bajó la voz hasta que fue poco más que un susurro—. No tenemos realmente ninguna prisa, Berit —dijo—. Puede que incluso debamos aminorar un poco la marcha.

—¿Qué?

—Mantén baja la voz. Falquián y los otros tienen que recorrer una larga distancia, y nos interesa asegurarnos de que estén en sus puestos antes de que Krager... o quienquiera que sea... entre en contacto con nosotros. No sabemos ni cuándo ni dónde va a suceder eso, así que la mejor manera de retrasarlo es aminorar la marcha. —Khalad miró hacia la oscuridad que reinaba más allá del círculo de luz de la hoguera—. ¿Cómo eres de bueno con la magia?

—No mucho —admitió Berit, mientras fregaba diligentemente—. Todavía me queda mucho por aprender. ¿Qué querías que hiciera?

—¿Podrías conseguir que uno de nuestros caballos cojee... sin hacerle daño de verdad?

Berit sondeó su memoria. Luego negó con la cabeza.

—No creo conocer ningún hechizo que pueda hacer eso.

—Es una verdadera lástima. Un caballo cojo nos proporcionaría una buena razón para avanzar con mayor lentitud.

Llegó sin previo aviso un tipo de sensación fría y punzante que pareció concentrarse en la nuca de Berit.

—Con esto basta —dijo en voz alta—. No me pagan lo bastante como para

abrir agujeros frotando hojalata. —Enjuagó el plato que había estado lavando, le sacudió la mayor parte del agua y volvió a meterlo en el zurrón.

—¿También tú lo has sentido? —El susurro de Khalad salió de entre unos labios inmóviles. Aquello sobresaltó a Berit. ¿Cómo se había dado cuenta Khalad?

Berit cerró las hebillas de las correas del zurrón y le hizo un imperceptible gesto de asentimiento a su amigo.

—Alimentemos un poco el fuego y pongámonos a dormir —dijo esa frase en voz lo bastante alta como para que pudieran oírlo más allá del círculo de luz de la hoguera. Los dos avanzaron hacia la pila de leña. Berit estaba murmurando un hechizo y ocultando al mismo tiempo los movimientos de sus manos.

—¿Quién es? —Una vez más, los labios de Khalad no se movieron.

—Todavía estoy trabajando en ello —le susurró Berit. Dejó en libertad el hechizo con una lentitud tal que casi pareció gotearle de las puntas de los dedos.

La sensación regresó a él como una corriente. Era algo dentro del orden de reconocer un acento..., excepto que se lo hacía cuando nadie estaba hablando.

—Es un estiriano —dijo en voz baja.

—¿Zalasta?

—No, no creo. Yo le reconocería. Se trata de alguien con quien nunca me he encontrado.

—No pongas demasiada leña, mi señor —aconsejó Khalad en voz alta—. Esta pila tiene que durarnos hasta el desayuno, ¿sabes?

—Bien pensado —aprobó Berit. Volvió a atender su mente, con gran cautela—. Está alejándose —murmuró—. ¿Cómo supiste que nos estaban observando?

Khalad se encogió de hombros.

—Pude sentirlo. Siempre me doy cuenta cuando alguien me observa. ¿Cuánto ruido haces cuando te pones en contacto con Aphrael?

—Ése es uno de los buenos hechizos. No hace ni un sonido.

—Será mejor que le cuentes esto. Hazle saber que, en efecto, nos están vigilando, y que es un estiriano quien se encarga de ello. —Khalad se arrodilló y comenzó a colocar con cuidado la carga de ramas partidas en la hoguera—. Tu camuflaje parece estar funcionando —observó.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—No malgastarían a un estiriano en nosotros si supieran quién eres en realidad.

—A menos que no les queden nada más que estirianos. Puede que la

celebración del festival de la cosecha por parte de Stragen haya sido más eficaz de lo que suponíamos.

—Sobre eso podríamos discutir toda la noche. Tú límitate a contarle a Aphrael lo del visitante que acabamos de tener. Ella se lo transmitirá a los demás, y dejaremos que sean ellos los que sufran el dolor de cabeza de intentar dilucidarlo mediante la lógica.

—¿No sientes curiosidad al respecto?

—No tanta como para que vaya a perder el sueño por ello. Ésa es una de las ventajas de ser un campesino, mi señor. No se nos exige que encontremos una respuesta para estas cuestiones fundamentales. Vosotros, los aristócratas, os quedáis con el placer de hacer eso.

—Gracias —dijo Berit con acritud.

—No hay de qué, mi señor —replicó Khalad con una sonrisa.

De hecho, Falquián nunca había trabajado para vivir, y descubrió que no le gustaba mucho. Muy pronto llegó a odiar al contraamaestre de cuello grueso de Sorgi. Era un hombre grosero, estúpido y de una crueldad malevolente. Se mostraba inauditamente lisonjero cada vez que Sorgi aparecía en el alcázar, pero cuando el capitán regresaba bajo cubierta, el carácter natural del contraamaestre volvía a hacer acto de presencia. Parecía deleitarle en particular atormentar a los miembros más nuevos de la tripulación, asignándoles las tareas más tediosas, agotadoras y degradantes del barco. Falquián se encontró con que de pronto estaba absolutamente de acuerdo con los prejuicios de clase de Khalad, y a veces se sorprendía considerando el asesinato durante la noche.

—Todos los hombres detestan a sus patrones, Fron —le comentó Stragen, utilizando el nombre supuesto de Falquián—. Es una parte muy natural de la trama de las cosas.

—Podría soportarlo si no se tomara tantas molestias deliberadas para resultar ofensivo —gruñó Falquián, mientras fregaba la cubierta con su bloque de piedra pómez.

—Le pagan para que sea ofensivo, amigo mío. Los hombres furiosos trabajan con mayor dureza. Una parte de tu problema radica en que siempre le miras directamente a los ojos. No te distinguiría de la manera que lo hace si bajaras la mirada. Si no bajas la mirada, éste será un viaje muy largo para ti.

—O muy corto para él —declaró Falquián con tono ominoso. Lo meditó

aquella noche mientras intentaba, sin mucho éxito, dormir en su hamaca. Deseaba fervientemente ponerle las manos encima al idiota que había decidido que los seres humanos podían dormir en hamacas. El balanceo del barco la hacía mecerse de un lado a otro, y Falquián tenía la constante sensación de que estaba a punto de ser arrojado fuera.

—Anakha. —La voz sólo susurró en su mente. Falquián quedó perplejo.

—¿Rosa Azul? —preguntó.

—Os lo ruego, Anakha, no habléis con voz alta. La voz vuesa es como el trueno en los mis oídos. Hablad silenciosamente en los recintos de la consciencia vuesa. Yo os oiré.

—¿Cómo es esto posible? —inquirió Falquián con su pensamiento—. Vos estáis prisionero.

—¿Quién ha el poder para aprisionarme, Anakha? Cuando vos os encontráis solo y la vuesa mente está libre de otras distracciones, ambos podemos hablar desta guisa.

—No lo sabía.

—Hasta aqueste momento, no era menester que lo supierais.

—Comprendo. ¿Y ahora lo es?

—Sí.

—¿Cómo atravesáis vos la barrera del oro?

—No es una tal barrera para mí, Anakha. Los otros no pueden sentirme dentro de los confines del excelente receptáculo vueso. Yo, empero, puedo alcanzaros desta guisa. Eso es así en especial cuando os encontráis tan a mi vera.

Falquián descansó una mano sobre la bolsa que le colgaba del cuello por un tiento de cuero, y sintió la forma cúbica de la caja.

—Y si me fuera menester, ¿podría hablar con voz deste modo?

—Como lo estáis haciendo agora, Anakha.

—Es bueno saberlo.

—Siento el desasosiego vueso, Anakha, y comparto la vuesa ansiedad por la seguridad de la compañera vuesa.

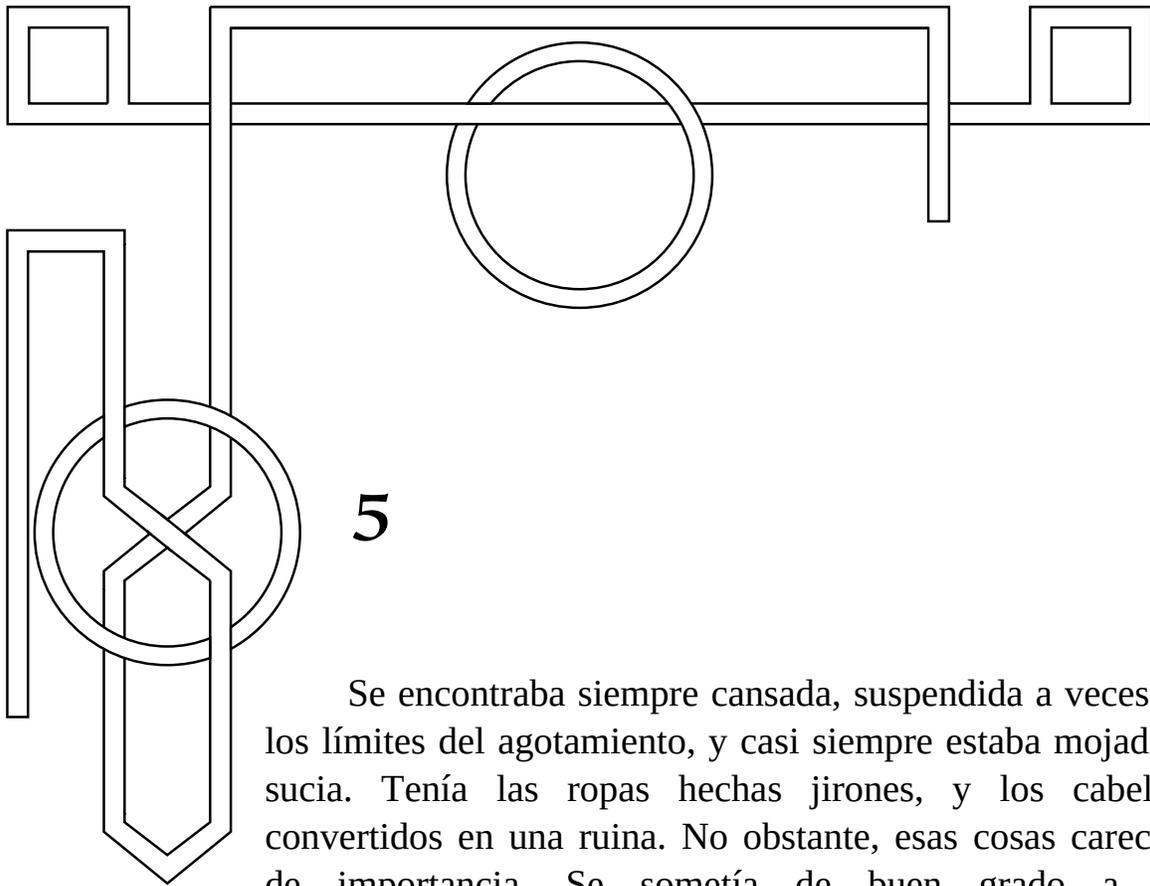
—Sois muy amable al decirlo, Rosa Azul.

—Dedicad todos los esfuerzos vuestos a asegurar la libertad de la vuesa reina, Anakha. Yo mantendré vigilancia sobre los enemigos nuestros en tanto vos estéis ocupado. —La joya palpitó bajo la mano de Falquián—. Oídmeme bien, amigo mío —continuó el Bhelliom—, si llegara a suceder que no os quedara otro recurso, no temáis entregarme por obtener la libertad de la vuesa compañera.

—Eso no servirá... porque ella me lo ha prohibido.

—No os sintáis intranquilo si llegara a suceder, Anakha. Yo no me someteré a Cyrgon, aunque la mía fija, a la que quiero tanto como vos a la vuesa, sea puesta en peligro por mi negativa. Consolaos con el conocimiento de que no permitiré que la fija mía, ni la vuesa ni los de vuesa raza, sean esclavizados por Cyrgon... o, peor aún, por Klæl. Tenéis la promesa mía de que eso nunca ocurrirá. Si pareciere que la tarea nuestra se acerca al fracaso, os doy solemne palabra de que destruiré a esta la mía fija y a todos los que en ella moran, para evitar un tal infortunio.

—¿Se supone que eso debe hacerme sentir mejor?



5

Se encontraba siempre cansada, suspendida a veces en los límites del agotamiento, y casi siempre estaba mojada y sucia. Tenía las ropas hechas jirones, y los cabellos convertidos en una ruina. No obstante, esas cosas carecían de importancia. Se sometía de buen grado a las incomodidades e indignidades para evitar que el loco que era su captor le hiciese daño a la aterrorizada Alean.

La consciencia de que Scarpa estaba loco le había llegado con lentitud. Desde el primer momento en que le vio, supo que era despiadado e impulsivo, pero la evidencia de su desequilibrio mental se había hecho cada vez más y más abrumadora a medida que los interminables días de cautiverio iban pasando.

Era cruel, pero Ehlana se había encontrado antes con hombres crueles. Después de que ella y Alean fuesen arrastradas a toda velocidad por los túneles que corrían por debajo de las calles de Matherion hasta la periferia de la ciudad, habían sido arrojadas con rudeza sobre las sillas de unos caballos que los aguardaban, atadas fuertemente a ellas, y llevadas a una velocidad suicida por el camino que conducía al puerto de Micae, emplazado en la costa suroccidental de la península, a setenta y cinco leguas de distancia. Un hombre cuerdo no maltrata a los animales de los cuales depende de forma absoluta. Ésa fue la primera evidencia de la locura de Scarpa. Condujo a los caballos, azotándolos de manera salvaje hasta que las pobres bestias comenzaron a dar traspiés de

agotamiento, y sus únicas palabras durante aquellos días espantosos fueron: «¡Más rápido! ¡Más rápido!».

Ehlana se estremecía al recordar el horror de aquella interminable cabalgata. Habían...

El caballo de ella tropezó en una senda fangosa y ella fue arrojada hacia delante, lo cual devolvió la atención de la reina al presente inmediato. La cuerda que le ataba apretadamente las manos a la parte delantera de la silla le hendió la carne, y la hemorragia volvió a comenzar. Ella intentó desplazarla a una posición diferente con el fin de que la cuerda no continuara penetrando en las heridas ya abiertas.

—¿Qué estás haciendo? —exigió saber Scarpa.

Tenía la voz ronca, y la pregunta salió casi como un chillido.

Scarpa casi siempre chillaba cuando le dirigía la palabra.

—Sólo estoy intentando evitar que la cuerda me corte más profundamente las muñecas, mi señor Scarpa —replicó con humildad.

Al principio del cautiverio le habían dado instrucciones de que se dirigiera a él de aquella manera, y pronto descubrió que el no hacerlo repercutía en el maltrato a Alean y la privación de comida y agua.

—¡No estás aquí para sentirte cómoda, mujer! —bramó él—. ¡Estás aquí para obedecer! ¡Ya veo lo que estás haciendo! ¡Si no dejas de intentar aflojar esas cuerdas, usaré alambre! —Los ojos de él se salieron de sus órbitas y Ehlana vio una vez más el extraño tinte azulado de las escleróticas y las pupilas anormalmente grandes.

—Sí, mi señor Scarpa —replicó ella en su tono más sumiso.

Él le echó una mirada feroz, con el rostro cargado de suspicacia y sus ojos de loco buscando furiosamente una excusa para humillar aún más a las prisioneras.

Ehlana bajó la mirada y la fijó en la fangosa senda áspera que serpenteaba penetrando más y más en el exuberante bosque lleno de lianas de la costa suroriental de Daresia.

El barco que habían abordado en el puerto de Micae era una pulida nave corsaria de casco negro que no podía haber sido construida para ningún propósito honrado. Ella y Alean fueron arrastradas bajo cubierta sin ceremonia alguna, y confinadas en un estrecho compartimento que olía a pantoque y estaba completamente a oscuras. Cuando ya llevaban dos horas en el mar, la puerta del compartimento se abrió y por ella entró Krager con dos atezados marineros, uno de los cuales llevaba lo que parecía ser una comida decente, y el otro dos cubos

de agua caliente, una pastilla de jabón y un montón de harapos para que hicieran las veces de toallas. Ehlana había resistido el impulso de abrazar a aquel hombre.

—Lamento de veras todo esto, Ehlana —se había disculpado Krager, mirándola con ojos miopes—, pero yo no poseo control alguno sobre la situación. Ten mucho cuidado con lo que le dices a Scarpa. Con toda probabilidad, te habrás dado cuenta de que no es del todo racional. —Había mirado nerviosamente a sus espaldas, dejado sobre la tosca mesa un puñado de velas de sebo, y salido del camarote cerrando la puerta con cadenas tras de sí.

Navegaron cinco días y llegaron a Anan, una ciudad puerto emplazada en la linde de la selva de la costa suroriental, un poco después de medianoche. Entonces, ella y Alean fueron metidas dentro de un carruaje cerrado con el barón Parok, de ojos abolsados, en el pescante. Durante el transporte desde el barco al carruaje, Ehlana había observado discretamente a cada uno de sus captores, en busca de alguna debilidad. Krager, a pesar de su ebriedad habitual, era demasiado astuto. Y Parok hacía mucho que estaba aliado con Scarpa y era evidente que no le molestaba la locura de su amigo. Estudió a Elron con serenidad. Había notado que el afectado poeta asteliano no la miraba a los ojos bajo ninguna circunstancia. Era evidente que su aparente asesinato de Melidere lo había llenado de remordimiento. Elron era más un hombre de fingimiento que de acción, y estaba claro que no tenía estómago para la sangre. Recordó, por lo demás, cuán vanidoso se había mostrado respecto a los bucles de su propio cabello cuando ella lo conoció, y se preguntaba qué tipo de coacción habría utilizado Scarpa para obligarlo a afeitarse la cabeza con el fin de hacerse pasar por uno de los pelois de Kring. Conjeturó que aquella violación de los cabellos de Elron había despertado en él ciertos resentimientos poderosos. Era obvio que Elron tenía reticencia a participar en aquel asunto, y eso lo convertía en el eslabón débil. Ahora mantenía ese hecho firmemente presente. Podría llegar un momento en el que pudiese utilizarlo para provecho propio.

El carruaje las había llevado desde la línea costera hasta una casa grande de los suburbios de Anan. Fue allí donde Scarpa habló con un estiriano macilento con los rasgos aterrorados característicos de su raza. El nombre del estiriano era Keska, y sus ojos tenían la expresión de alguien irremisiblemente maldito.

—¡No me importan las incomodidades! —le había medio gritado Scarpa al hombre macilento, en un momento dado—. ¡El tiempo es lo importante, Keska, el tiempo! ¡Simplemente, hazlo! ¡Siempre y cuando no nos mate, podremos soportarlo!

A la mañana siguiente, el significado de aquella orden se hizo demasiado obvio. Resultaba evidente que Keska era uno de los magos estirianos proscritos, aunque no muy bueno. Podía, con una gran cantidad de esfuerzo que a todas luces le resultaba agotador, comprimir las leguas que se extendían entre ellos y el punto de destino de Scarpa; pero sólo unas pocas cada vez, y esa compresión iba acompañada de una especie de dolorosa agonía. Casi daba la impresión de que el torpe mago los arrebatava y arrojaba ciegamente hacia delante con cada partícula de su fuerza, y Ehlana nunca estaba segura, después de cada monstruoso y violento salto, de que continuaba estando intacta. Se sentía estirada y vapuleada, pero hacía todo lo posible para ocultar su dolor ante Alean. La dulce muchacha de grandes ojos lloraba casi constantemente, ahora, abrumada por su dolor y miedo y la miseria de la situación de ambas.

Ehlana devolvió su mente al presente y miró a su alrededor con cautela. Volvía a acercarse la noche. El cielo nublado comenzaba a oscurecerse, y la hora del día que más temía Ehlana estaría muy pronto sobre ellos.

Scarpa miró con cierto desprecio a Keska, que iba encorvado en su silla como una flor marchita, obviamente al borde del agotamiento.

—Ya hemos avanzado bastante —declaró—. Plantad alguna clase de campamento y bajad a las mujeres de los caballos. —Los duros ojos de Scarpa se hicieron más brillante mientras miraba a Ehlana directamente a la cara—. Ha llegado la hora de que la sucia reina de los elenios vuelva a mendigar su comida. Espero de verdad que en esta ocasión se muestre más convincente; me trastorna realmente tener que negársela cuando sus súplicas no son lo bastante sinceras.

—Ehlana —susurró Krager, tocándole un hombro.

El fuego se había convertido en brasas, y Ehlana podía oír los ronquidos provenientes del otro extremo del tosco campamento.

—¿Qué? —replicó ella, lacónica.

—Mantén baja la voz. —Krager todavía llevaba el justillo peloi de cuero negro, en su cabeza afeitada comenzaban a asomar unos escasos pelos, y su aliento apestoso a vino era casi insoportable—. Estoy haciéndote un favor. No me pongas en peligro. Supongo que a estas alturas te habrás dado cuenta de que Scarpa está completamente loco.

—¿De veras? —inquirió ella con tono sardónico—. ¡Qué cosa tan sorprendente!

—Por favor, no hagas esto más difícil de lo que ya es. Me parece que en este caso he cometido un pequeño error de juicio. Si me hubiera dado cuenta del todo de lo demente que es ese bastardo medio estiriano, jamás habría consentido en tomar parte en esta ridícula aventura.

—¿Por qué es esa extraña fascinación que sientes por los lunáticos, Krager?

Él se encogió de hombros.

—Tal vez sea un defecto de carácter. Scarpa cree de verdad que puede ser más listo que su padre..., e incluso que Cyrgon. En realidad no cree que Falquián vaya a entregar el Bhelliom a cambio de tu libertad, y ha conseguido convencer a medias a los demás. No dudo de que a estas alturas ya te habrás dado cuenta de lo que siente hacia las mujeres.

—Lo ha demostrado con la suficiente frecuencia —replicó ella con amargura—. ¿Comparte en cambio la afición del barón Harparin por los niños varones?

—Scarpa no es aficionado a nadie que no sea él mismo. Él es su única pasión. Lo he visto pasar horas recortándose la barba. Eso le proporciona la oportunidad de adorar su imagen en el espejo. Tú no has tenido la ocasión de ver esa deliciosa personalidad en plenitud de florecimiento. Los detalles de este viaje han mantenido ocupado lo que él prefiere llamar su mente. Espera a que llegemos a Natayos y le verás comenzar a delirar. Hace que, por comparación Martel y Annias parezcan la esencia de la cordura. No me atrevo a quedarme aquí demasiado tiempo así que escúchame con atención. Scarpa cree que Falquián traerá consigo al Bhelliom cuando venga, pero no cree que vaya a traerlo para intercambiarlo por tu libertad. Scarpa está absolutamente convencido de que tu esposo vendrá para arreglar cuentas con Cyrgon, y también cree que se destruirán mutuamente en el curso de la discusión.

—Falquián tiene al Bhelliom, estúpido, y el Bhelliom come dioses, para desayunar.

—No he venido aquí para discutir sobre eso. Tal vez Falquián gane, y tal vez no. Ésa es, en realidad, una cuestión al margen. Lo que para nosotros tiene importancia es lo que Scarpa cree. Se ha convencido a sí mismo de que Falquián y Cyrgon librarán una guerra de destrucción mutua. Luego, según cree, el Bhelliom quedará libre para quien quiera apoderarse de él.

—¿Y qué hay de Zalasta?

—Tengo la poderosa impresión de que Scarpa no espera que Zalasta esté por las inmediaciones cuando acabe la batalla. Scarpa está más que dispuesto a matar a cualquiera que se interponga en su camino.

—¿Mataría a su propio padre?

Krager se encogió de hombros.

—Los lazos de sangre no significan nada para Scarpa. Cuando era más joven, decidió que su madre y sus medias hermanas sabían cosas sobre él que no le interesaba que compartiesen con las autoridades, así que las mató. De todas formas las odiaba, por lo que ese hecho podría no significar tanto como parece. Si Falquián y Cyrgon llegaran de veras a matarse el uno al otro, y Zalasta desapareciera en un repentino ataque de mortalidad durante esas festividades, Scarpa podría ser el único que quedara para apoderarse del Bhelliom. Tiene un ejército en estas selvas, y si también poseyera el Bhelliom, podría muy bien vencer. Marcharía sobre Matherion, tomaría la ciudad y eliminaría el gobierno. Luego se coronaría a sí mismo emperador. Pero yo estoy apostando personalmente en contra de eso, así que, por el amor de Dios, controla tu temperamento. No eres realmente importante para los planes de él, pero resultas vital para los de Zalasta... y para los míos. Si hicieras cualquier cosa que sacara de quicio a Scarpa, te mataría con la misma premura con que le ordenó a Elron que matara a tu dama de compañía. Zalasta y yo creemos que Falquián sí se avendrá a intercambiar el Bhelliom por tu libertad, pero sólo si estás viva. No enfurezcas a ese maníaco. Si te mata, nuestros planes se derrumbarán.

—¿Por qué estás contándome esto, Krager? Hay algo más, ¿verdad?

—Por supuesto. Si las cosas salen en contra nuestra, quiero contar con tu buena voluntad para que hables en mi favor cuando comiencen los juicios.

—Me temo que eso no servirá de nada —comentó ella con dulzura—. No habrá juicio alguno para ti, Krager. Falquián ya te ha entregado a Khalad, y Khalad ya ha tomado su decisión.

—¿Khalad? —la voz de Krager sonaba algo débil.

—El hijo mayor de Kurik. Parece creer que tuviste alguna responsabilidad en la muerte de su padre, y se siente obligado a hacer algo al respecto. Supongo que podrías intentar convencerlo de que está equivocado, pero te aconsejo que hables rápido si lo intentas. Khalad es un joven muy expeditivo, y probablemente te tendrá colgando de un gancho para carne antes de que hayas pronunciado tres palabras.

Krager no replicó, sino que se alejó furtivamente de ella; su cabeza rapada se veía pálida en la oscuridad. No era una gran victoria, reconoció íntimamente Ehlana, pero en la situación en que ella se hallaba, las victorias eran muy difíciles de conseguir.

—¿Hacen eso de verdad? —La áspera voz de Scarpa era voraz.

—Es una vieja costumbre, mi señor Scarpa —replicó Ehlana con voz mansa y manteniendo los ojos bajos mientras avanzaban lentamente por el fangoso sendero—. De todas formas, el emperador Sarabian tiene planeado abolir la práctica.

—Será reinstituída inmediatamente después de mi coronación. —Scarpa tenía los ojos brillantes—. Es una apropiada forma de respeto.

Scarpa tenía una vieja capa de terciopelo púrpura, lustrosa por el desgaste, que se había echado espectacularmente por encima de un hombro en grotesca imitación de un manto imperial, y adoptaba poses absurdas a cada pronunciamiento.

—Como tú deseas, mi señor Scarpa.

Resultaba tedioso el repetir las mismas cosas una y otra vez, pero eso mantenía ocupada la mente de Scarpa; y cuando la atención de éste estaba firmemente centrada en las ceremonias y prácticas de la corte imperial de Matherion, él no se ponía a pensar en formas de hacer que la vida fuera intolerable para sus cautivas.

—Descríbelo otra vez —le ordenó Scarpa—. Necesito saber con precisión cómo debe hacerse... para poder castigar a aquellos que no lo lleven a cabo de la forma correcta.

Ehlana suspiró.

—Al aproximarse la persona imperial, los miembros de la corte se arrodillan...

—¿Sobre ambas rodillas?

—Sí, mi señor Scarpa.

—¡Excelente! ¡Excelente! —Tenía una expresión exaltada—. Continúa.

—Luego, cuando el emperador pasa ante ellos, se inclinan hacia delante, apoyan las palmas de las manos sobre el suelo y tocan las baldosas con la frente.

—¡Magnífico! —De pronto profirió una risilla, un sonido agudo, casi de muchacha, que sobresaltó a Ehlana. Ella le echó una fugaz mirada de reojo. Tenía la cara grotescamente contorsionada por una expresión de atroz exaltación; y luego los ojos se abrieron de par en par y esa expresión se transformó en una de éxtasis casi religioso—. ¡Y los tamules que gobiernan el mundo serán gobernados por mí! —entonó con una voz resonante y declamatoria—. ¡Todo el poder será mío! ¡El gobierno del mundo estará en mis manos y la desobediencia significará la muerte!

Ehlana se estremeció mientras él continuaba delirando.

Y él volvió a ella cuando la húmeda noche caía sobre el fangoso campamento del bosque, arrastrado hacia ella por una voracidad, una codicia que estaba más allá de su capacidad de control. Resultaba repugnante, pero Ehlana se daba cuenta de que su conocimiento de las peculiaridades de las ceremonias de la corte le confería un enorme poder sobre él. Aferró ese poder con firmeza, extrayendo de él fuerza y confianza, saboreándolo incluso mientras los demás se retiraban con expresiones de atemorizada revulsión.

—¡Nueve esposas, dices! —La voz de Scarpa era casi suplicante—. ¿Y por qué no noventa? ¿Por qué no novecientas?

—Ésa es la costumbre, mi señor Scarpa. La razón de ello debería ser obvia.

—Oh, por supuesto, por supuesto. —Scarpa rumió malévolamente lo que acababa de oír—. ¡Yo tendré nueve mil! —proclamó—. ¡Y cada una será más deseable que la anterior! ¡Y cuando yo haya acabado con ellas, serán entregadas a mis soldados leales! ¡Que ninguna mujer crea que mi favor le confiere poder! ¡Todas las mujeres son sólo putas! ¡Yo las compraré y las arrojaré de mí cuando me haya cansado de ellas! —Los ojos se le salieron de las órbitas y él los fijó en la hoguera. Las danzantes llamas reflejadas en aquellos ojos parecían hervir como la locura que había detrás de ellos.

Scarpa se acercó a Ehlana y descansó una confiada mano sobre uno de los brazos de la reina.

—Yo he visto aquello que los demás son demasiado estúpidos como para ver —declaró—. Otros miran, pero no ven..., aunque yo sí veo. Oh, sí, yo veo. Veo muy bien. Están todos juntos en esto, ya sabes..., todos ellos. Me vigilan. Siempre me han vigilado. Nunca puedo librarme de sus ojos..., vigilando, vigilando, vigilando... y hablando..., hablando detrás de sus manos, lanzando los unos a los rostros de los otros su aliento aromatizado con canela. Todos fétidos y corrompidos..., tramando, conjurándose contra mí, intentando hacerme caer. Sus ojos..., todos suaves y velados con las pestañas que ocultan las dagas de su odio, vigilando, vigilando, vigilando. —Su voz fue haciéndose cada vez más baja—. Y hablando, hablando detrás de sus manos para que yo no pueda oír lo que están diciendo. Susurrando. Siempre lo oigo. Oigo los siseantes susurros de sus interminables murmullos. Sus ojos que me siguen, vaya a donde vaya... y sus risas y susurros. Oigo el sisear de sus susurros..., interminables susurros..., siempre mi nombre... Ssscar-pa, Ssscar-pa, una y otra vez, siseando en mis oídos. Pavoneándose con sus redondeados miembros y sus ojos delineados con

hollín. Trabando, planeando con interminables susurros siseantes, siempre buscando formas de hacerme daño. Ssscar-pa, Ssscar-pa, intentando humillarme. —Los globos oculares teñidos de azul se le salían de la cara, y sus labios y barba estaban manchados de espuma—. Yo no era nada. Ellos me convirtieron en nada. Me llamaban el bastardo de Senga y me daban monedas para que los condujera a las camas de mi madre y mis hermanas, y me abofeteaban y escupían y se reían de mí cuando lloraba, y codiciaban con lujuria a mi madre y mis hermanas, y a todo mi alrededor estaba el siseo en mis oídos..., y yo huelo el siseo..., el empalagoso sonido dulce de la carne podrida y la lujuria rancia toda púrpura y retorciéndose con el líquido siseo de sus susurros y...

Entonces, sus ojos dementes se llenaron de terror, y se encogió ante ella y cayó, arrastrándose por el fango.

—¡Por favor, madre! —gimoteó—. ¡Yo no lo hice! ¡Silbie lo hizo! ¡Porfavorporfavorporfavor, no vuelvas a encerrarme ahí! ¡Por favor, en la oscuridad, no! ¡Porfavorporfavorporfavor, en la oscuridad, no! ¡En la oscuridad, no! —y se puso trabajosamente de pie y huyó hacia el bosque con su «porfavorporfavorporfavor» resonando en un largo grito decreciente.

Ehlana se sintió repentinamente acometida por una agónica e insoportable compasión; bajó la cabeza y se echó a llorar.

Zalasta estaba esperándolos en Natayos. Los siglos dieciséis y diecisiete habían sido de florecimiento para la civilización arjuni, un florecimiento financiero en gran parte debido al surgimiento del comercio de esclavos. No obstante, una errónea incursión esclavista realizada en Atan meridional, acompañada de una serie de enormes desatinos de política por parte del administrador tamul de esa región, desató una incontrolada expedición punitiva por parte de los atanes.

Natayos había sido una joya virtual de ciudad, con elegantes edificios y anchas avenidas. Ahora era una ruina olvidada y enterrada en la selva, con sus edificios derrumbados cubiertos por una trama de lianas como cuerdas; sus elegantes salones eran ahora el hogar de parloteantes monos y pájaros tropicales de brillantes colores, mientras que sus huecos más oscuros estaban habitados por serpientes y las furtivas ratas que eran las presas de las primeras.

Pero ahora, los seres humanos habían regresado a Natayos. El ejército de Scarpa estaba acuartelado allí, y los arjunis, los cynesganos y los batallones de chusma elenia habían limpiado de lianas, árboles, monos y reptiles el barrio

cercano a la antigua puerta norte de la ciudad, con el fin de hacerlo semihabitable.

Zalasta se hallaba medio apoyado sobre su báculo en la puerta medio derrumbada; su rostro de barbas plateadas estaba ojeroso a causa de la fatiga, y sus ojos tenían una expresión de desesperanzado dolor. Su primera reacción al llegar su hijo con las cautivas, fue de cólera. Le gruñó a Scarpa en estiriano, una lengua que parecía especialmente apropiada para las reprimendas y que Ehlana no comprendía. Sin embargo, no fue poca la satisfacción que le proporcionó el aire de hosca aprensión que cruzó el rostro de Scarpa. A pesar de todas sus fanfarronadas y aires de preeminente superioridad, Scarpa aún parecía sentir una cierta reverencia y temor por el anciano estiriano que incidentalmente lo había engendrado.

Una vez, y sólo una, aparentemente herido por algo que Zalasta dijo en un tono cargado de desprecio, Scarpa se irguió y gruñó una respuesta. La reacción de Zalasta fue inmediata y salvaje. Le propinó a su hijo un fuerte golpe con el báculo, que lo hizo tambalear; luego lo apuntó con la pulimentada vara, murmuró algunas palabras, y lanzó un candente punto de luz por el extremo del báculo. El ardiente punto golpeó en el estómago a Scarpa, que aún se tambaleaba, y éste se dobló bruscamente, mientras se aferraba el vientre y chillaba de agonía. Cayó a la fangosa tierra, pataleando y convulsionándose al penetrarle, lacerante, el hechizo de Zalasta. Su padre, con el mortal báculo aún apuntándolo, lo miró fríamente, durante interminables minutos, mientras se retorció.

—¿Ahora lo entiendes? —exigió saber, con voz mortal, hablando en tamul esta vez.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Padre! —chilló Scarpa—. ¡Basta! ¡Te lo suplico, no me atormentes más!

Zalasta lo dejó retorcerse y sufrir un rato más. Luego levantó el báculo.

—Tú no eres el amo aquí —declaró—. No eres más que un incompetente de mente enferma. Cualquiera de entre una docena de los presentes podría comandar este ejército, así que no pongas más a prueba mi paciencia. La próxima vez, hijo o no hijo, dejaré que el hechizo siga su curso natural. El dolor es como una enfermedad, Scarpa. Tras unos pocos días... o semanas... el cuerpo comienza a deteriorarse. Un hombre puede morir de dolor. No me obligues a demostrártelo. —Y le volvió la espalda a su pálido y sudoroso hijo—. Te presento mis disculpas, majestad —le dijo a Ehlana—. No era ésta mi intención.

—¿Y cuál era tu intención, Zalasta? —preguntó ella con frialdad.

—La disputa es entre tu esposo y yo, Ehlana. Nunca me pasó por la cabeza causarte tales incomodidades. Este cretino al que por desgracia tengo que reconocer, se tomó por su cuenta la libertad de maltratarte. Te prometo que no vivirá para ver la puesta del sol el día en que vuelva a hacerlo.

—Ya veo. La humillación y el dolor no fueron ideas tuyas, pero el cautiverio sí lo fue. ¿Dónde está la diferencia, Zalasta?

Él suspiró y se pasó una cansada mano por los ojos.

—Es necesario —le respondió.

—¿Por qué motivo? Sephrenia nunca se someterá a ti, y lo sabes. Incluso aunque el Bhelliom y los anillos cayeran en tus manos, no podrías obligarla a que te amara.

—Existen también otras consideraciones, reina Ehlana —replicó él con tristeza—. Por favor, trae a tu camarera y acompáñame. Te conduciré a tus habitaciones.

—Una mazmorra, supongo.

Él suspiró una vez más.

—No, Ehlana, las habitaciones están limpias y son cómodas. Yo mismo me he encargado de ello. Tus penurias han terminado, te lo prometo.

—Mis penurias, como tú las llamas, no habrán terminado hasta que no vuelva a reunirme con mi esposo y mi hija.

—Eso, podemos esperar que se produzca muy pronto. Está, no obstante, en las manos del príncipe Falquián. Lo único que tiene que hacer es seguir las instrucciones. Tus habitaciones no están lejos. Por favor, sígueme. —Las condujo a un edificio cercano y abrió la puerta con una llave.

La prisión de las mujeres estaba muy próxima a lo lujoso, un apartamento amplio, completo, con varios dormitorios, un comedor, una gran sala de estar e incluso una cocina. Era evidente que el edificio había sido la morada de un noble y, a pesar de que los pisos superiores se habían derrumbado hacía mucho tiempo, las habitaciones de la planta baja, cuyos techos estaban sustentados por grandes arcos, continuaban intactas. El mobiliario de las dependencias estaba trabajado, y tenían alfombras en los suelos y cortinas para cubrir las ventanas..., ventanas, según pudo advertir Ehlana, que habían sido recientemente cubiertas con sólidas barras de hierro.

Las chimeneas eran profundas y estaban llenas de troncos encendidos, no tanto para defender a sus moradores del frío mínimo del invierno arjuni, como

para secar las habitaciones saturadas de la humedad de un milenio. Había camas y ropa limpia para las mismas, así como vestidos de corte arjuni; pero, lo más importante de todo, tenía una habitación de buen tamaño con una gran bañera de mármol sujeta al suelo. Los ojos de Ehlana se fijaron, anhelantes, durante un largo rato sobre ese máximo lujo. Se apoderó tan completamente de su atención que apenas oyó las disculpas que le presentaba Zalasta. Tras unas pocas réplicas vagas de ella, el estiriano se dio cuenta de que su continuada presencia no era apreciada, así que se excusó cortésmente y salió.

—Alean, querida —dijo Ehlana con una voz casi soñadora—. Ésa es una bañera bastante grande..., desde luego es lo bastante grande como para las dos, ¿no te parece?

Alean también contemplaba la bañera con angustiado anhelo.

—Ya lo creo, majestad —replicó.

—¿Cuánto tiempo crees que tardaremos en calentar el agua suficiente como para llenarla?

—Hay muchísimas ollas y teteras en esa cocina, mi reina —replicó la dulce muchacha—, y todas las chimeneas están encendidas. No debería llevarnos mucho tiempo.

—Maravilloso —declaró Ehlana, entusiasmada—. ¿Qué te parece si comenzamos?

—¿Quién es exactamente ese Klæl, Zalasta? —le preguntó Ehlana al estiriano varios días más tarde, cuando acudió a visitarla.

Zalasta iba a la prisión con frecuencia, como si esas visitas minimizaran de alguna forma su culpabilidad, y siempre hablaba, mucho y de manera divagante; a veces era una charla inconexa que con frecuencia ponía al descubierto mucho más de lo que él probablemente quería que ella supiese.

—Klæl es un ser eterno —replicó él.

Ehlana notó, algo distraída, que el elenio de fuerte acento que tanto la irritó cuando se encontraron por vez primera en Sarsos había desaparecido. Otra de las artimañas de él, concluyó la reina.

—Klæl es mucho más eterno que los dioses de este mundo —prosiguió Zalasta—. De alguna forma está conectado con el Bhelliom. Son principios encontrados, o algo parecido dentro de esa línea. Yo estaba un poco turbado cuando Cyrgon me explicó la relación existente entre ellos, así que no la

comprendí del todo.

—Sí, ya me lo imagino —murmuró Ehlana.

La relación que mantenía con Zalasta era peculiar. Las circunstancias hacían que el despotricar y reprochar constituyeran en gran parte una pérdida de tiempo, por lo que ella se mostraba cortés. Él parecía agradecido por eso, y su gratitud lo hacía más abierto con Ehlana. Aquella cortesía, que a ella no le costaba nada, le permitía recoger mucha información de la divagante charla del estiriano.

—De todas formas —prosiguió Zalasta—, Cызada sintió terror cuando Cyrgon le ordenó que invocara a Klæl, e intentó con gran ahínco convencer a los dioses de que no lo hiciese. Pero Cyrgon se mostró implacable; estaba lleno de cólera cuando Falquián le arrebató limpiamente a los trolls de sus mismísimas manos. Nosotros jamás consideramos la posibilidad de que Falquián fuera a libertar a los dioses-troll de su confinamiento.

—Ésa fue una idea del caballero Ulath —aclaró Ehlana—. Ulath sabe muchísimo sobre los trolls.

—Eso es evidente. En cualquier caso, Cyrgon obligó a Cызada a que invocara a Klæl, pero Klæl, en cuanto apareció, fue en busca del Bhelliom. Aquello desconcertó a Cyrgon. Su intención era la de guardar a Klæl en reserva..., oculto, por así decirlo..., y dejarlo suelto por sorpresa. Eso se fue al garete cuando Klæl corrió hacia el Cabo Norte para enfrentarse con el Bhelliom. Ahora, Falquián sabe que Klæl está aquí..., aunque no tengo ni idea de qué puede hacer al respecto. Eso es lo que hacía que el invocar a Klæl fuera una idiotez, para empezar. No puede controlarse a Klæl. Yo intenté explicárselo a Cyrgon, pero no quiso escucharme. Nuestra meta es entrar en posesión del Bhelliom, y Klæl y el Bhelliom son enemigos eternos. En cuanto Cyrgon tenga al Bhelliom en sus manos, Klæl lo atacará a él, y estoy completamente seguro de que Klæl es infinitamente más poderoso que Cyrgon. —Zalasta volvió la cabeza, con cautela—. Me temo que los cyrgais son en muchos sentidos un reflejo de su dios. Cyrgon aborrece cualquier clase de inteligencia. A veces es aterradoramente estúpido.

—Detesto tener que señalarlo, Zalasta —declaró ella con insinceridad—, pero tú tienes tendencia a aliarte con anormales. Annias era bastante inteligente, supongo, pero su obsesión con la archipelatura distorsionaba su juicio, y el impulso de venganza de Martel hacía que sus pensamientos fuesen igualmente distorsionados. Por lo que conjeturo, Otha era más estúpido que un tarugo, y Azash era tan elemental que lo único que tenía en mente eran sus propios deseos.

El pensamiento coherente estaba fuera de sus posibilidades.

—¿Tú lo sabes todo, verdad, Ehlana? —dijo él—. ¿Cómo, si puede saberse, has descubierto todo eso?

—No estoy realmente en libertad de comentarlo —replicó ella.

—No tiene importancia, supongo —dijo él con aire ausente. Una ansiedad repentina le cruzó el rostro—. ¿Cómo está Sephrenia? —preguntó.

—Bastante bien. Aunque estuvo muy disgustada cuando descubrió por primera vez lo referente a ti..., y tu atentado contra la vida de Aphrael fue realmente un mal plan, ¿sabes? Eso fue lo que la convenció de tu traición.

—Perdí la cabeza —confesó Zalasta—. Esa maldita mujer delfae destruyó trescientos años de paciente labor con un solo movimiento de su cabeza.

—Supongo que no es asunto mío pero ¿por qué no te limitaste a aceptar el hecho de que Sephrenia estaba completamente dedicada a Aphrael, y dejaste las cosas así? No hay forma alguna de que jamás puedas competir con la diosa-niña, ya lo sabes.

—¿Podrías tú haber aceptado alguna vez la idea de que Falquián estuviera comprometido con alguien más, Ehlana? —El tono de él era acusador.

—No —admitió ella—. Supongo que no habría podido. Hacemos cosas extrañas por amor, ¿no es cierto, Zalasta? No obstante, yo fui directa acerca de eso. Puede que las cosas hubiesen sido diferentes para ti si no hubieras intentado el engaño y la mentira. Aphrael no es completamente irrazonable, ¿sabes?

—Tal vez no —replicó él. Luego suspiró profundamente—. Pero nunca lo sabremos, ¿verdad?

—No. Ya es demasiado tarde.

—El cristalero rajó uno de los cristales cuando lo colocaba en el marco, mi reina —comentó Alean en voz baja, señalando el triángulo defectuoso de vidrio lleno de burbujas que había en uno de los ángulos inferiores de la ventana—. Fue muy torpe.

—¿Cómo es que sabes tanto sobre eso, Alean? —le preguntó Ehlana.

—Mi padre fue aprendiz de un cristalero cuando era joven —replicó la muchacha de ojos de gacela—. Solía reparar las ventanas de nuestra aldea. —Acercó la punta candente del atizador al plomo que mantenía el cristal rajado en su sitio—. Debo tener mucho cuidado —comentó, con el ceño fruncido a causa de la concentración—, pero si lo hago bien, podré arreglarlo de manera que

podamos quitar esta pequeña sección y ponerla de nuevo en su sitio. De esa forma, oiremos de qué están hablando ahí fuera, en la calle, y luego lo pondremos nuevamente donde estaba para que ellos no se enteren de lo que hemos hecho. He pensado que tal vez te interesaría escuchar lo que dicen, y parecen reunirse siempre delante de esta ventana.

—¡Eres un verdadero tesoro, Alean! —exclamó Ehlana, y abrazó impulsivamente a la muchacha.

—¡Cuidado, mi señora! —gritó Alean, alarmada—. ¡El hierro candente!

Alean estaba en lo cierto. La ventana que tenía una punta rajada se encontraba en una esquina del edificio, y Zalasta, Scarpa y los demás estaban acuartelados en la construcción adyacente. Al parecer siempre que querían comentar algo fuera del alcance auditivo de los soldados, por lo general salían al callejón sin salida, entre muros, que había al otro lado de la ventana. Los pequeños cristales toscos soldados con plomo al marco de la ventana eran semitransparentes en el mejor de los casos, así que, con unas precauciones mínimas, el arreglo que Alean había dispuesto le permitía a Ehlana escuchar e incluso observar de manera marginal sin ser vista.

Al día siguiente de la conversación mantenida con Zalasta, vio que el estiriano de blanca túnica se aproximaba con expresión melancólica en el rostro, y con Scarpa y Krager que le seguían los pasos.

—Tienes que superar esto, padre —le dijo Scarpa con tono urgente—. Los soldados están comenzando a darse cuenta.

—Déjalos —replicó Zalasta, lacónico.

—No, padre —declaró Scarpa con su profunda voz teatral—, no podemos hacerlo. Esos hombres son animales. Funcionan por debajo del nivel del pensamiento. Si te paseas por estas calles con la cara de un niño cuyo perro acaba de morir, ellos van a pensar que algo anda mal, y comenzarán a desertar por regimientos. He dedicado demasiado tiempo y esfuerzo para reunir este ejército, como para permitir que tú lo desmanteles ahora porque sientes compasión de ti mismo.

—Tú nunca lo entenderás, Scarpa —le espetó Zalasta—. No puedes siquiera comenzar a comprender el significado de la palabra «amor». Tú no amas nada.

—Sí, lo hago, Zalasta —le contestó Scarpa—. Me amo a mí mismo. Es el único tipo de amor que tiene algún sentido.

Daba la casualidad de que Ehlana estaba observando a Krager. Los ojos del borracho se encontraban entrecerrados, con expresión astuta. Disimuladamente

ocultó el omnipresente jarro tras de sí, y vació la mayor parte del vino que contenía. Luego se lo llevó a los labios y bebió ruidosamente los restos. Luego, eructó.

—Perdón —se disculpó con estropajosa voz ebria, mientras tendía una mano y la apoyaba en la pared para estabilizarse, al tiempo que se balanceaba atrás y adelante.

Scarpa le echó una fugaz mirada de irritación, y resultó obvio que lo daba por perdido. Ehlana, sin embargo, hizo a toda velocidad una segunda valoración de Krager. No siempre estaba tan borracho como aparentaba.

—Todo esto no ha servido para nada, Scarpa —gimió Zalasta—. Me he aliado con un enfermo, degenerado y demente, para nada. Yo había pensado que una vez que Aphrael desapareciera, Sephrenia se volvería hacia mí. Pero no lo hará. Moriría antes que tener nada que ver conmigo.

Los ojos de Scarpa se entrecerraron.

—Entonces, déjala morir —dijo con franqueza—. ¿No puedes meterte en la cabeza que una mujer es igual a cualquier otra? Las mujeres son una mercancía..., como los fardos de heno o los barriles de vino. Mira a Krager. ¿Cuánto afecto crees tú que siente por un barril de vino vacío? Es a los nuevos, a los que están llenos a los que ama, ¿verdad, Krager?

Krager le dedicó una sonrisa estúpida y volvió a eructar.

—Perdón —volvió a decir.

—De todas formas, no puedo encontrarle ninguna razón a esta obsesión tuya —continuó Scarpa, frotando el punto más sensible de su padre—. Sephrenia no es más que una mercancía usada, ahora. Vanion la ha tomado... docenas de veces. ¿Eres tan pobre de espíritu que tomarías los despojos de un elenio?

Zalasta, de forma repentina, dio un puñetazo contra la pared y profirió un gruñido de frustración.

—Probablemente está tan habituado a poseerla que ya no pierde el tiempo murmurándole ternezas —prosiguió Scarpa—. Él simplemente hace lo que quiere con ella, da media vuelta y se pone a roncar. Ya sabes cómo son los elenios cuando andan calientes. Y es probable que ella no sea mejor. Él la ha convertido en una elenia, padre. Ya no es una estiriana. Se ha convertido en una elenia... o, aún peor, en una perra mestiza. Me sorprende de verdad ver que desperdicias todas estas emociones puras en una perra mestiza —se burló—. Ella no es en nada mejor que mi madre y mis hermanas, y tú sabes qué eran ellas.

El rostro de Zalasta se contorsionó; el hombre echó la cabeza hacia atrás y

aulló más que dijo:

—¡Prefiero verla muerta!

El pálido rostro barbudo de Scarpa adoptó una expresión taimada.

—¿Por qué no la matas entonces, padre? —le preguntó con un insinuante susurro—. Cuando una mujer decente se ha encamado con un elenio, ya no puede confiarse en ella nunca más, y tú lo sabes. Aunque consiguieras persuadirla para que se casara contigo, jamás te sería fiel. —Descansó una mano insincera sobre un brazo de su padre—. Mátala, padre —le aconsejó—. Al menos tus recuerdos de ella serán puros; ella nunca lo será.

Zalasta volvió a aullar y se arañó la barba con sus largas uñas.

Luego dio media vuelta y se alejó corriendo calle abajo.

Krager se enderezó, y su aparente borrachera se batió en retirada.

—Te has arriesgado terriblemente en este asunto, ¿sabes? —comentó con tono cauteloso.

Scarpa le echó una mirada penetrante.

—Muy bien, Krager —murmuró—. Has representado el papel de borracho casi a la perfección.

Krager se encogió de hombros.

—Tengo muchísima práctica. Has tenido mucha suerte de que no te borrara del mapa... o volviera a hacer nudos con tus entrañas.

—No podía —murmuró Scarpa—. Yo soy también un mago bastante bueno, ¿sabes?, y soy lo bastante entendido como para saber que debes tener la cabeza clara si quieres que los hechizos funcionen. Lo mantuve en estado de cólera. No podría haber hecho la magia suficiente como para romper una telaraña. Esperemos que de verdad mate a Sephrenia. Eso hará perder realmente la cabeza a Falquián, por no mencionar el hecho de que en cuanto el deseo de la vida de Zalasta quede reducido a un montón de carne muerta, es probable que él tenga la amabilidad de cortar su propio cuello.

—Le odias de verdad, ¿no es cierto?

—¿No lo odiarías tú, Krager? Podría haberme llevado con él cuando yo era niño, pero en cambio venía a visitarme, me mostraba el significado de ser un estiriano, y luego se marchaba solo y me dejaba allí para que me atormentaran las putas. Si él no tiene el estómago suficiente como para cortarse el cuello, estaré más que encantado de echarle una mano. —Los ojos de Scarpa estaban brillantes y tenía una ancha sonrisa en el rostro—. ¿Dónde está tu barril de vino, Krager? —preguntó—. En este momento tengo ganas de emborracharme. —Y

comenzó a reír; era una risa cacareante e insana, desprovista de alegría o humanidad.

—¡No sirve de nada! —dijo Ehlana, arrojando el peine al otro lado de la habitación—. ¡Mira lo que le han hecho a mi pelo! —Ocultó el rostro entre las manos y se echó a llorar.

—No es imposible, mi señora —la tranquilizó Alean con voz suave—. Hay un peinado que suelen llevar en Cammoria. —Levantó el pelo de Ehlana por el lado apropiado de la cabeza y lo hizo pasar por la parte superior—. ¿Lo ves? —preguntó—. Cubre todas las zonas desnudas, y realmente es bastante elegante.

Ehlana miró con aire esperanzado hacia el espejo.

—No tiene un aspecto demasiado malo, ¿verdad? —concedió.

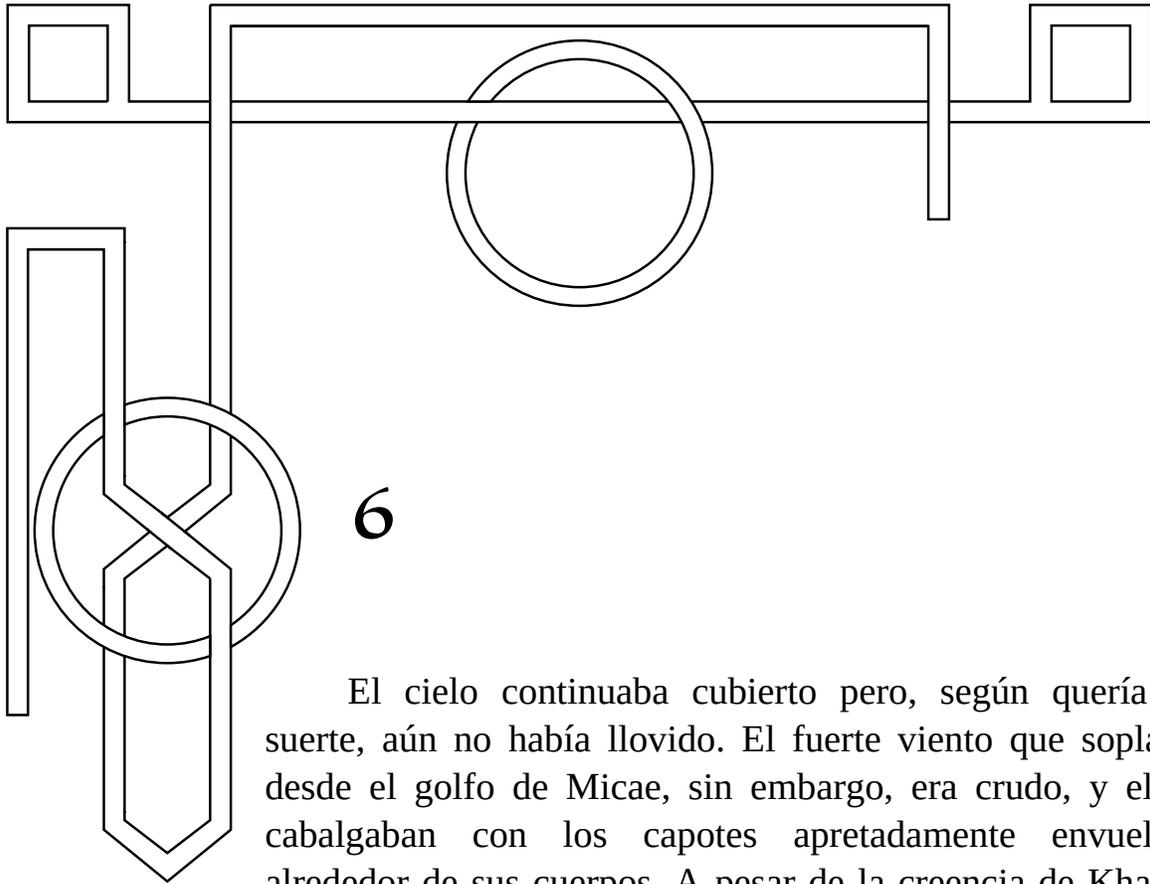
—Y si colocamos una flor justo detrás de tu oreja derecha, el efecto será imponente de verdad.

—¡Alean, eres maravillosa! —exclamó la reina, feliz—. ¿Qué haría yo si no te tuviera?

Les llevó una buena hora pero al fin, los feos lugares rapados quedaron ocultos, y Ehlana sintió que una parte de su dignidad había quedado restaurada.

Aquella noche, sin embargo, Krager acudió a verla. Se quedó balanceándose en la puerta, con los ojos inexpresivos y una sonrisa ebria en el rostro.

—Vuelve a ser la hora de la cosecha, Ehlana —anunció, mientras desenvainaba la daga—. Me parece que voy a necesitar otro trocito de tu pelo.



El cielo continuaba cubierto pero, según quería la suerte, aún no había llovido. El fuerte viento que soplaba desde el golfo de Micae, sin embargo, era crudo, y ellos cabalgaban con los capotes apretadamente envueltos alrededor de sus cuerpos. A pesar de la creencia de Khalad de que jugaba en ventaja de ambos el avanzar con lentitud, Berit se sentía consumido por la impaciencia. Sabía que lo que estaban haciendo no era más que una pequeña parte de la estrategia global, pero ante sí vislumbraba el enfrentamiento que todos sabían que iba a tener lugar, y estaba deseando acabar con eso.

—¿Cómo puedes ser tan paciente? —le preguntó a Khalad un día, a media tarde, cuando el viento proveniente del mar era particularmente frío y húmedo.

—Soy un granjero, Falquián —replicó Khalad, mientras se rascaba la corta barba negra—. Aguardar a que las cosas crezcan te enseña a no esperar cambios de la noche a la mañana.

—Supongo que nunca he pensado de verdad en cómo debe ser eso de permanecer sentado y quieto, esperando a que las cosas broten.

—No puedes estarte mucho tiempo sentado y quieto cuando eres un granjero —puntualizó Khalad—. Siempre hay más cosas que hacer que horas tiene el día, y si te aburres, siempre puedes mantener una estrecha vigilancia del cielo. El trabajo de todo un año puede perderse por una sequía o una repentina tormenta

de granizo.

—Tampoco había pensado en eso. —Berit lo rumió—. Eso es lo que ha hecho que seas tan bueno para predecir el tiempo, ¿verdad?

—Ayuda.

—Pero hay más que eso. Tú siempre parece estar enterado de todo lo que sucede a tu alrededor. Cuando estábamos en la balsa, tú te dabas cuenta al instante cuándo se producía el más ligero cambio en la forma en que avanzaba.

—Eso se llama «poner atención», mi señor. El mundo que te rodea está gritándote todo el tiempo, pero la mayoría de la gente no parece oírlo. Es algo que me desconcierta de veras. No comprendo cómo pueden pasarse por alto tantísimas cosas.

Berit se sintió levemente ofendido por esa observación.

—Muy bien, ¿qué está gritándote el mundo en este momento, que yo no pueda oír?

—Está diciéndome que vamos a necesitar un refugio bastante sólido para esta noche. Se avecina mal tiempo.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión?

Khalad señaló hacia lo alto.

—¿Ves esas gaviotas? —preguntó.

—Sí. ¿Qué tienen que ver con lo que acabas de decirme?

Khalad suspiró.

—¿Qué comen las gaviotas, mi señor?

—Casi cualquier cosa..., principalmente pescado, supongo.

—¿Y por qué están volando hacia tierra firme? No van a encontrar mucho pescado en tierra, ¿verdad? Han visto algo que no les gusta ahí fuera, en el golfo, y huyen de eso. Casi la única cosa que asusta a las gaviotas es el viento... y los mares tormentosos que lo acompañan. Hay una tormenta en alta mar, y viene hacia aquí. Eso es lo que el mundo está gritándome en este preciso momento.

—Entonces, es sólo sentido común, ¿no?

—La mayoría de las cosas lo son, Falquián..., sentido común y experiencia.

—Khalad sonrió apenas—. Puedo sentir al estiriano de Krager espiándonos desde un poco más allá. Si él no está poniendo más atención que tú, probablemente va a pasar una noche muy lamentable.

Berit sonrió con un poco de malevolencia.

—Por algún motivo, esa información no consigue inquietarme —declaró.

Era más que una aldea, pero no llegaba a ciudad. Tenía tres calles, para empezar, y al menos seis edificios de más de una planta, para seguir. Las calles se hallaban enfangadas y los cerdos vagaban libremente. Los edificios estaban hechos principalmente de madera y techados con paja. En lo que intentaba ser la calle principal, había una posada. Se trataba de una construcción de aspecto sólido, ante la cual había dos carros desvencijados con unas mulas sin brío enganchadas a ellos. Ulath tiró de las riendas del cansado caballo viejo que había comprado en la aldea pescadora.

—¿Qué te parece? —le preguntó a su amigo.

—Pensaba que nunca ibas a preguntarlo —replicó Tynian.

—Ya que estamos, tomemos también una habitación —sugirió Ulath—. La tarde está tocando a su fin, y yo ya estoy cansado de dormir en el suelo. Además, comienzo a necesitar un baño con suma urgencia.

Tynian miró hacia los picos nítidamente delineados de las montañas de Tamul, que se hallaban a algunas leguas al oeste.

—La verdad es que detesto hacer esperar a los trolls, Ulath —declaró con burlona seriedad.

—No es igual que si hubiéramos fijado una cita definida con ellos. En cualquier caso, no se darían cuenta. Tienen una noción muy imprecisa del tiempo.

Condujeron las monturas al patio interior, las ataron a la barandilla que había fuera de los establos y entraron en la posada.

—Necesitamos una habitación —le dijo Ulath al posadero en un tamul de acento muy marcado.

El posadero era un hombre pequeño de aspecto furtivo. Les echó una rápida mirada calculadora, y advirtió los restos y trozos de uniforme militar que componían la mayor parte de sus atavíos. Su expresión se endureció. Los soldados son con frecuencia mal recibidos en las comunidades rurales por una serie de muy buenas razones.

—Bueno —replicó en una especie de voz gimiente y cantarina—. No sé. Ésta es nuestra temporada alta.

—¿Los finales del otoño? —intervino Tynian, con escepticismo—. ¿Es esta la temporada alta, por aquí?

—Bueno..., están los carreteros que pueden presentarse en cualquier momento, ya sabes.

Ulath miró por encima del hombro del posadero, hacia la taberna humosa y de techo bajo.

—Yo cuento tres —declaró con indiferencia.

—Tienen que llegar más dentro de poco —replicó el hombre, con una presteza algo excesiva.

—Por supuesto que sí —declaró Tynian con sarcasmo—. Pero nosotros estamos aquí, ahora, y tenemos dinero. ¿Vas a jugar algo seguro por la remota posibilidad de que otros carreteros puedan detenerse aquí a eso de la medianoche?

—No quiere hacer negocio con un par de veteranos retirados, cabo —declaró Ulath—. Vayamos a hablar con el delegado local. Estoy seguro de que se mostrará muy interesado en la forma en que este tipo trata a los soldados de su majestad imperial.

—Yo soy un súbdito leal de su majestad imperial —se apresuró a declarar el posadero—, y me sentiré honrado de tener a dos de sus valientes veteranos bajo mi techo.

—¿Cuánto? —lo interrumpió Tynian.

—¿Media corona?

—No parece muy seguro, ¿verdad, sargento? —le preguntó Tynian a su amigo—. Creo que nos has entendido mal —le dijo luego al posadero—. Nosotros no queremos comprar la habitación. Sólo queremos alquilarla por una noche.

Ulath contemplaba con dureza al ahora asustado pequeño tamul.

—Ocho piezas —ofreció con tono terminante.

—¿Ocho? —objetó el posadero con voz chillona.

—Lo tomas o lo dejas... y no le des vueltas todo el día. Necesitaremos un poco de luz para encontrar al comisionado.

—Eres un hombre duro, cabo.

—Nadie te prometió nunca que la vida sería fácil, ¿verdad? —Ulath contó algunas monedas y las hizo tintinear en la mano—. ¿Quieres esto, o no?

Tras un momento de agónica indecisión, el posadero aceptó las monedas con renuencia.

—Le has quitado toda la gracia a la situación, ¿sabes? —se quejó Tynian mientras regresaban a los establos para hacerse cargo de los caballos.

Ulath se encogió de hombros.

—Tengo sed. Además, un par de ex soldados sabrían con antelación cuánto

están dispuestos a pagar, ¿no es cierto? —Se rascó la cara—. Me pregunto si al caballero Gerda le importará que me afeite esta barba —meditó en voz alta—. Estas cosas me dan comezón.

—En realidad no es la cara de él, Uloth. Continúa siendo la tuya. Te la han modificado para que te parezcas a él.

—Sí, pero cuando las damas devuelvan la cara propia a cada uno, utilizarán ésta como modelo para Gerda, y cuando hayan concluido, se encontrará con una cara desnuda. Podría plantear objeciones.

Desensillaron los caballos, los metieron en las cuadras y entraron en la taberna. Los establecimientos de bebidas tamules estaban dispuestos de manera diferente que los elenios. Para empezar, las mesas eran mucho más bajas, y allí la habitación era caldeada por una estufa de porcelana en lugar de una chimenea; aunque la estufa humeaba tanto como las chimeneas. El vino lo servían en delicados vasos pequeños, y la cerveza en jarras toscas de hojalata. No obstante, el olor era casi el mismo.

Estaban comenzando con la segunda jarra de cerveza cuando un tamul con aspecto de funcionario, ataviado con un manto de lana manchado de comida, entró en la taberna y se encaminó directamente hacia la mesa de ellos.

—Les echaré una mirada a vuestros papeles de baja, si no os importa —les dijo con un altanero tono de superioridad.

—¿Y si nos importa? —inquirió Uloth.

El funcionario parpadeó.

—¿Qué?

—Has dicho si no nos importa. ¿Qué pasaría si sí nos importara?

—Tengo autoridad suficiente para exigir que me dejes ver esos documentos.

—¿Por qué lo has preguntado, entonces? —Uloth metió una mano dentro de la roja chaqueta de su uniforme, y sacó una hoja de papel con las puntas dobladas—. En nuestro antiguo regimiento, los hombres de autoridad nunca preguntaban.

El tamul leyó los documentos que Oscagne les había proporcionado como parte del disfraz.

—Parecen estar en orden —declaró el hombre en un tono más conciliador—. Lamento haberme mostrado grosero. Se nos ha ordenado que nos mantengamos alerta en busca de desertores... con todo este tumulto, ya comprenderéis. Creo que el ejército parece mucho menos atractivo cuando se palpa la batalla en el aire. —Los miró con una expresión algo melancólica—. Veo que habéis estado

acuartelados en Matherion.

Tynian asintió con la cabeza.

—Fue un buen destino..., aunque con muchas inspecciones y finezas. Siéntate, delegado.

El tamul sonrió apenas.

—Me temo que sólo soy delegado interino, cabo. Este lugar marginal no está a la altura de un delegado auténtico. —Se deslizó en el asiento—. ¿Hacia dónde os dirigís?

—A casa —replicó Ulath—. A Verel, de Daconia.

—Me perdonarás por decirlo, pero no tienes mucho aspecto de dacita.

Ulath se encogió de hombros.

—Yo he salido a la familia de mi madre. Era asteliana antes de casarse con mi padre. Dime, delegado interino, ¿ahorraríamos mucho tiempo si fuéramos directamente a través de las montañas de Tamul hasta llegar a Sopal? Hemos pensado coger allí un transbordador y algún barco mercante, atravesar el mar de Tamul hasta Tiana, y luego seguir a caballo hasta Saras. Desde allí hay poca distancia hasta Verel.

—Yo os aconsejaría que os mantuvierais apartados de las montañas de Tamul, amigos míos.

—¿Hay mal tiempo? —preguntó Tynian.

—Eso es siempre posible en esta época del año, cabo, pero ha habido algunos informes inquietantes provenientes de esas montañas. Parece que por ahí arriba, los osos han estado criando como conejos. Todos los viajeros que han pasado por aquí en las últimas semanas informan haber visto a esas bestias. Afortunadamente, todos huyeron.

—¿Osos, dices?

El tamul sonrió.

—Estoy haciendo una traducción. Los campesinos ignorantes de estos alrededores usan la palabra «monstruo», pero todos sabemos qué es una criatura grande y peluda que vive sola en las montañas, ¿verdad?

—Los campesinos son una gente muy inestable, ¿no? —Ulath se echó a reír y vació la jarra—. Una vez habíamos salido a hacer ejercicios de entrenamiento, y un campesino llegó corriendo y dijo que le había estado persiguiendo una manada de lobos. Cuando fuimos a echar una mirada, resultó que era un zorro solitario. El tamaño y número de cualquier animal salvaje que ve un campesino parece aumentar con cada hora que pasa.

—O con cada jarra de cerveza —agregó Tynian.

Hablaron durante un rato más con el ahora cortés funcionario, y luego el hombre les deseó un buen viaje y se marchó.

—Bueno, es agradable saber que los trolls consiguieron llegar tan al sur — comentó Ulath—. Detestaría tener que salir a buscarlos.

—Sus dioses los han guiado, Ulath —señaló Tynian.

—Ya veo que nunca has hablado con un dios-troll —dijo Ulath entre carcajadas—. Su sentido de la dirección en un poco confuso..., probablemente porque su brújula tiene sólo dos direcciones.

—¿Cuáles?

—Norte, y no-norte. Eso hace que resulte un poco difícil encontrar lugares.

La tormenta fue una de esos cortos y salvajes vendavales que parecen surgir de la nada a finales del otoño. Khalad había descartado la posibilidad de hallar refugio de algún tipo en las marismas saladas, y en cambio se había vuelto hacia la playa. Al final de una pequeña ensenada encontró el montón de madera de deriva que había estado buscando. Al cabo de un par de horas de duro trabajo, tenía construido un cómodo e incluso acogedor refugio en el lado de sotavento de la pila de madera.

El vendaval se desencadenó en el momento mismo en que estaban desapareciendo las últimas luces del día. El viento aullaba a través de la enorme pila de madera. Las olas se estrellaban y rugían en la playa, y la lluvia caía casi horizontalmente sobre el suelo, empujada por el viento.

Khalad y Berit, sin embargo, estaban secos y abrigados. Se hallaban sentados con la espalda apoyada en el gigantesco tronco blanqueado que formaba la parte trasera del refugio, y los pies tendidos ante sí, hacia el crepitante fuego.

—Siempre me sorprendes, Khalad —comentó Berit—. ¿Cómo sabías que había tablas mezcladas con toda esta madera de deriva?

Khalad se encogió de hombros.

—Siempre las hay. Siempre que encuentres una de estas grandes pilas de madera, encontrarás también tablas aserradas. Los hombres hacen barcos con tablas, y los barcos naufragan. Las tablas permanecen flotando hasta que el viento, las corrientes y la marea las empujan hacia los mismos lugares resguardados en los que han estado acumulándose los palos y los troncos. — Levantó una mano y dio unos golpecitos en el techo—. Aunque el encontrar esta

puerta de escotilla de una sola pieza fue un golpe de suerte, eso te lo aseguro. — Se puso de pie y avanzó hasta la parte delantera del refugio—. Está soplando de verdad ahí fuera —observó. Tendió las manos hacia el fuego—. Y también hace frío. Probablemente la lluvia se convertirá en aguanieve antes de medianoche.

—Sí —asintió Berit con agrado—. Desde luego, compadezco a cualquiera al que una noche como ésta sorprenda al raso. —Sonrió.

—También yo. —Khalad le devolvió la sonrisa. Bajó la voz, aunque no había ninguna necesidad real—. ¿Puedes percibir algo de lo que está pensando?

—Nada específico —replicó Berit—. Aunque está tremendamente incómodo.

—¡Cuánto lo lamento!

—Hay algo más. Va a venir a hablar con nosotros. Tiene algún tipo de mensaje para transmitirnos.

—¿Es probable que acuda esta noche aquí?

Berit negó con la cabeza.

—Tiene orden de no establecer contacto hasta mañana por la mañana. Le tiene mucho miedo a quien le ha dicho qué debe hacer y cuándo debe hacerlo, así que obedecerá las órdenes al pie de la letra. ¿Qué tal ese jamón?

Khalad desenfundó su daga y la utilizó para levantar la tapa de la cacerola que estaba medio enterrada en las brasas, a un lado del fuego. El vapor que salió de dentro tenía un olor absolutamente delicioso.

—Ya está listo. En cuanto las alubias se hayan hecho, podremos comer.

—Si nuestro amigo de ahí fuera se encuentra a favor del viento respecto a nosotros, ese aroma aumentará un poco sus penurias —comentó Berit, riendo entre dientes.

—Tengo mis dudas al respecto, Falquián. Es un estiriano, y no le está permitido comer cerdo.

—Ah, sí. Lo había olvidado. Sin embargo, es un renegado. Tal vez haya renunciado a sus prejuicios dietéticos.

—Eso lo descubriremos por la mañana. Cuando venga a visitarnos le ofreceré un trozo. ¿Qué tal si cortas unas cuantas rebanadas de ese pan? Las tostaré en la tapa de la cacerola.

El viento había amainado un poco a la mañana siguiente, y la lluvia se había reducido a unos pocos chaparrones que tamborileaban el techo construido con la

escotilla. Comieron otro plato de jamón y alubias para desayunar, y comenzaron a preparar las cosas para empaquetarlas.

—¿A ti qué te parece? —preguntó Berit.

—Dejemos que sea él quien venga a nosotros. El quedarse sentado hasta que haya pasado completamente la lluvia no es demasiado insólito. —Khalad le echó una mirada especulativa a su amigo—. ¿Te ofendería que te diera un consejo, mi señor? —preguntó.

—Por supuesto que no.

—Tienes el aspecto de Falquián, pero no te pareces demasiado a él en la forma de hablar. Cuando el estiriano venga, pon una cara más fría y dura. Mantén los ojos entrecerrados. Falquián es miope. También debes mantener la voz baja y serena. La voz de Falquián se vuelve muy baja cuando está enfadado... y llama mucho «vecino» a la gente. A esa palabra puede dársele cualquier clase de sentido.

—Es verdad, Falquián llama «vecino» a casi todo el mundo, ¿verdad? Casi había olvidado ese detalle. Tienes mi permiso para corregirme en cualquier momento en el que comience a perder al personaje del Falquián real.

—¿Permiso?

—Ha sido una mala elección de palabras, supongo.

—Sí, puedes decirlo.

—El clima se puso un poco demasiado caliente para nosotros en Matherion —comentó Caalador mientras se retrepaba en la silla. Miró directamente al hombre de rostro duro que estaba sentado ante él—. Estoy seguro de que comprendes qué quiero decir, Orden.

El hombre de rostro duro se echó a reír.

—Oh, sí —replicó—. En una o dos ocasiones he abandonado un lugar un paso por delante de la ley. —Orden era un elenio de Vardenais que dirigía una achacosa taberna emplazada en la línea costera de Delo. Se trataba de un rufián fornido que prosperaba en aquel lugar porque los delincuentes elenios se sentían cómodos en los alrededores familiares de una taberna elenia, y porque Orden estaba dispuesto a comprarles cosas..., a aproximadamente una décima parte de su valor real sin hacer preguntas.

—Lo que en verdad necesitamos es una nueva línea de trabajo. —Caalador abarcó con un gesto a Kalten y Bevier, que iban disfrazados con rostros nuevos y

toscas ropas mal combinadas—. Un personaje bastante alto del ministerio del Interior estaba al mando del grupo de policías que acudieron a hacernos algunas preguntas molestas. —Le hizo una sonrisa a Bevier, que llevaba el rostro de uno de sus hermanos cyrínicos, un caballero de aspecto malvado que había perdido un ojo en una escaramuza en Rendor, y se cubría la órbita vacía con un parche negro—. A mi amigo de un solo ojo, aquí presente, no le gustaron los modales del tipo, así que le cortó la cabeza con esa hacha suya de aspecto raro.

Orden miró el arma que Bevier había depositado sobre la mesa junto a la jarra de cerveza.

—Es un hacha *lochaber*<sup>[2]</sup>, ¿verdad?

Bevier gruñó. Kalten tuvo la impresión de que la aptitud para el teatro de Bevier lo estaba llevando un poco lejos. El parche negro que llevaba en el ojo era suficiente, pero la participación de Bevier en el teatro de aficionados cuando era estudiante, hacía que pareciese querer ir a los extremos. Lo que estaba consiguiendo, en todo caso, era la aproximación a un maníaco homicida.

—¿No suelen tener las hachas *lochaber* un mango más largo? —preguntó Orden.

—No podía metérmela debajo de la túnica —gruñó Bevier—, así que le corté unos tres palmos de mango. Funciona bastante bien... si das unos cuantos golpes con ella. Los gritos y la sangre no me molestan demasiado, y me viene a la perfección.

Orden se estremeció y pareció un poco mareado.

—Ésa es el arma de aspecto más terrible que haya visto jamás —confesó.

—Tal vez por eso me gusta tanto —replicó Bevier.

Orden miró a Caalador.

—¿Qué línea de trabajo pensáis adoptar tú y tus amigos, Ezek? —le preguntó.

—Hemos pensado que podríamos probar el asalto de caminos o algo en esa línea —contestó Caalador—. Ya sabes, aire puro, ejercicio, comida sana, nada de policías por los alrededores..., ese tipo de cosas. Han puesto un precio bastante cuantioso a nuestras cabezas, y ahora que el emperador ha desmontado Interior, todo el trabajo de policía lo están realizando los atanes. ¿Sabías que no puede sobornarse a un atan?

Orden asintió con aire lúgubre.

—Oh, sí —replicó—. Es escandaloso. —Miró con ojos interrogativamente

entrecerrados a «Ezek», que parecía un deirano de mediana edad—. ¿Por qué no me describes a Caalador, Ezek? Te advierto que no estoy poniendo en duda tu palabra. Simplemente se debe a que estamos un poco desorganizados en estos momentos, con todos los policías a los que solíamos sobornar, metidos ahora en la cárcel o muertos, así que todos tenemos que andarnos con cuidado.

—No me siento ofendido en absoluto, Orden —le aseguró Caalador—. Yo no confiaría en un hombre que no fuese cuidadoso en los tiempos que corren. Caalador es cammoriano, tiene pelo rizado y cara colorada. Es bajo y robusto..., ya sabes, ancho de hombros, cuello grueso, un poco barrigón.

Los ojos de Orden se entrecerraron con mirada astuta.

—¿Qué te dijo? Repite sus palabras con toda exactitud.

—Bueno, señó' —replicó Caalador, exagerando el dialecto un poquitín—. Er vieho Caalado'no' diho que no'viniéramo'pa' Delo y bujcáramo' a un tipo yama'o Orden... porque ese Orden, tú, era' er que sabía quién e' quién en er sombrío mundo der crimen de por aquí.

Orden se echó a reír y se relajó.

—Ése es Caalador, ya lo creo —dijo—. Supe que estabas diciéndome la verdad antes de que pronunciaras tres palabras.

—Realmente estruja el idioma —asintió Caalador—, pero no es tan estúpido como aparenta.

Kalten ocultó la sonrisa con una mano.

—No lo e' ni por assomo, no —asintió Orden, imitando el dialecto—. Creo que descubriréis que el asalto de caminos no es muy provechoso por esta zona, Ezek, principalmente porque no hay muchos caminos importantes. Se está bastante seguro en la selva..., ni siquiera los atanes pueden encontrar a alguien con toda esa maleza... pero los botines son muy flacos. Tres hombres solos entre los matorrales no sacarían lo bastante como para vivir. Creo que os tendréis que unir a una de las bandas que operan en la selva. Sacan bastante provecho del robo de haciendas aisladas, y haciendo incursiones en varias aldeas y pueblos. Para eso hace falta una buena cantidad de hombres, así que siempre hay vacantes. —Se recostó contra el respaldo y se dio unos golpecitos con un dedo en el mentón—. ¿Queréis alejaros mucho de la ciudad? —preguntó.

—Cuanto más nos alejemos, mejor —respondió Caalador.

—Narstil está operando cerca de las ruinas de Natayos. Puedo garantizarte que la policía no irá a molestaros por esa zona. Un tipo llamado Scarpa tiene un ejército acuartelado en las ruinas. Es un loco revolucionario que quiere derrocar

al gobierno de Tamul. Narstil hace algunos tratos con él. Hay muchos riesgos, pero puede sacarse una enorme cantidad de provecho en esos alrededores.

—Creo que acabas de encontrar lo que estamos buscando, Orden —dijo Caalador con ansiedad.

Kalten dejó escapar cautelosamente un largo suspiro de alivio. Orden les había proporcionado la respuesta exacta que estaban buscando, sin necesidad de que se la apuntaran. Si se unían a aquella banda de ladrones en particular, estarían lo bastante cerca de Natayos como para oler el fuego de sus chimeneas, y ése era un golpe de suerte mayor del que se habían atrevido a desear.

—Te diré qué haremos, Ezek —declaró Orden—. ¿Qué tal si le escribo una carta a Narstil para presentaros a ti y tus amigos?

—Te lo agradeceremos de corazón, Orden.

—Pero antes de que malgaste tinta y papel, ¿por qué no hablamos acerca de cuánto vas a pagarme por escribir la carta?

El estiriano estaba mojado, enfangado, y muy próximo al color azul a causa del frío. Tiritaba tan violentamente que su voz temblaba cuando llamó en dirección al campamento.

—Tengo un mensaje para vosotros —gritó—. No os pongáis nerviosos ni hagáis ninguna tontería.

Hablaba en elenio, y eso hizo que Berit se sintiera muy agradecido, dado que su estiriano no era demasiado bueno. Ése era uno de los principales fallos de su disfraz.

—Entra, vecino —le contestó al hombre de aspecto desdichado que se encontraba en el extremo superior de la playa—. Sólo mantén tus manos bien a la vista.

—No me des órdenes, elenio —le espetó el estiriano—. Soy yo quien da las órdenes, aquí.

—En ese caso, transmite tu mensaje desde allí mismo, vecino —replicó Berit con frialdad—. Tómame todo el tiempo que quieras. Yo estoy seco y abrigado aquí dentro, así que aguardar hasta que tú te decidas no va a resultarme tan desagradable.

—Es un mensaje escrito —dijo el hombre en estiriano. Al menos, eso es lo que Berit creyó que había dicho.

—Amigo —dijo Khalad, que se apresuró a intervenir—, aquí tenemos una

situación algo delicada. Hay toda clase de oportunidades de que surjan malentendidos, así que no me pongas nervioso hablando un idioma que no entiendo. El caballero Falquián entiende el estiriano, pero yo no, y mi cuchillo en tu barriga te matará con tanta rapidez como el suyo. Después lo lamentaré mucho, por supuesto, pero tú continuarás muerto.

—¿Puedo entrar? —preguntó el estiriano, hablando en elenio.

—Adelante, vecino —le dijo Berit.

El mensajero de rostro aterrorizado se acercó a la parte delantera del refugio, mirando el fuego con anhelo.

—Pareces estar realmente incómodo, viejo amigo —observó Berit—. ¿No pudiste pensar en un hechizo para que no te mojara la lluvia?

El estiriano hizo caso omiso de la observación.

—Se me ha ordenado que te diera esto —declaró, metiendo una mano dentro de su blusa hilada a mano y sacando un paquete cubierto con una piel empapada en aceite.

—Avísame qué vas a hacer antes de meterte la mano dentro de la ropa de esa manera, vecino —le advirtió Berit en voz baja y entrecerrando los ojos como un miope mientras lo hacía—. Como ya ha señalado mi amigo, aquí tenemos unas maravillosas oportunidades de mala interpretación. El sobresaltarme cuando estoy tan cerca de ti no es una buena forma de mantener tus entrañas dentro del cuerpo.

El estiriano tragó con dificultad y dio un paso atrás en cuanto Berit hubo cogido el paquete.

—¿Te apetecería una rebanada de jamón mientras mi señor Falquián lee el mensaje, amigo? —ofreció Khalad—. Está muy bueno y succulento, así que te engrasará las entrañas.

El estiriano se estremeció y su rostro adoptó una leve expresión de náusea.

—No hay nada como unos cuantos bocados de cerdo rezumando grasa para suavizarle el gaznate a un hombre —declaró Khalad, alegremente—. Tiene que deberse a toda la basura y la porquería medio podrida que engullen los cerdos.

De la garganta del estiriano salió un sonido de vómito.

—Ya has entregado tu mensaje, vecino —dijo Berit con frialdad—. Estoy seguro de que tienes que acudir a alguna cita importante, y te aseguro que a nosotros no nos gustaría retenerte.

—¿Estás seguro de entender el mensaje?

—Lo he leído. Los elenios leemos muy bien. No somos unos analfabetos

como los estirianos. El mensaje no me ha hecho muy feliz, así que no va a resultarte favorable el quedarte por aquí.

El mensajero estiriano retrocedió con expresión aprensiva en el rostro. Luego dio media vuelta y echó a correr.

—¿Qué dice? —inquirió Khalad.

Berit cogió delicadamente el mechón identificador del cabello de la reina.

—Dice que ha habido un cambio de planes. Tenemos que descender hasta pasar las montañas de Tamul y luego dirigirnos hacia el oeste. Ahora quieren que acudamos a Sopal.

—Será mejor que lo pongas en conocimiento de Aphrael.

Se oyó de pronto un conocido trino de flauta. Los dos hombres se volvieron apresuradamente.

La diosa-niña se encontraba sentada sobre la manta de Khalad, con las piernas cruzadas, tocando una plañidera melodía estiriana en su flauta de Pan.

—¿Por qué me miráis tan fijamente? —les preguntó—. Yo os dije que iba a cuidaros, ¿verdad?

—¿Crees que esto es prudente, divina Aphrael? —le preguntó Berit—. El estiriano no está a más de unas pocas varas de distancia, ya lo sabes, y es probable que pueda sentir tu presencia.

—No en este momento; no puede. —Aphrael sonrió—. Ahora mismo está demasiado ocupado en evitar que su estómago se le vuelva del revés. Toda esa cháchara sobre la grasa del cerdo ha sido realmente cruel, Khalad.

—Sí, ya lo sé.

—¿Tenías que ser tan gráfico?

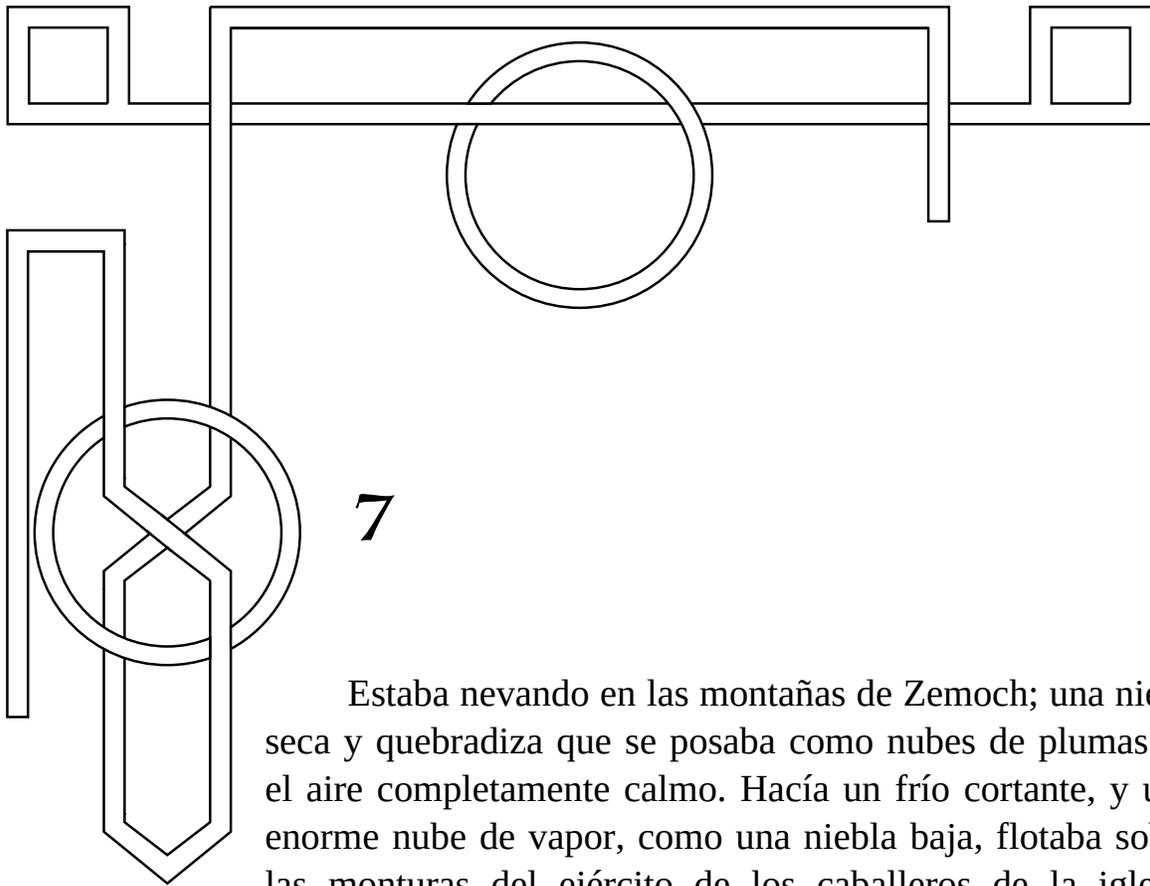
—No sabía que tú estabas cerca. ¿Qué quieres que hagamos?

—Acudid a Sopal, tal y como os han dicho. Yo lo transmitiré a los demás. —Hizo una pausa—. ¿Qué le has hecho a ese jamón, Khalad?, —preguntó con curiosidad—. Has conseguido que de verdad tenga un olor casi comestible.

El muchacho se encogió de hombros.

—Probablemente se debe al clavo. Nadie es realmente muy aficionado al sabor del cerdo, cuando lo miras bien, pero mi madre me enseñó que casi cualquier cosa puede convertirse en comestible... si le pones las suficientes especias. Puede que te interese tenerlo presente la próxima vez que se te ocurra cocinar un macho cabrío.

Ella le sacó la lengua, y luego desapareció.



7

Estaba nevando en las montañas de Zemoch; una nieve seca y quebradiza que se posaba como nubes de plumas en el aire completamente calmo. Hacía un frío cortante, y una enorme nube de vapor, como una niebla baja, flotaba sobre las monturas del ejército de los caballeros de la iglesia mientras éstos avanzaban lentamente haciendo volar nuevamente por el aire la nieve seca como polvo. Los preceptores de las órdenes militares cabalgaban en vanguardia, ataviados con la armadura completa y envueltos en pieles. El preceptor Abriel, de los caballeros cyrínicos, aún vigoroso a pesar de su avanzada edad, cabalgaba junto con Darellon, el preceptor alcione, y con el caballero Heldin, que oficiaba como jefe de los pandiones en ausencia de Falquián. El patriarca Bergsten marchaba un poco aparte. El enorme eclesiástico iba cubierto de pieles hasta las orejas, y su casco decorado con cuernos de ogro le confería un aspecto muy guerrero, aspecto que se veía algo compensado por el pequeño libro de oraciones, encuadernado en negro, que estaba leyendo. El preceptor Komier de los genidianos se había adelantado con los exploradores.

—Creo que nunca volveré a calentarme —gimió Abriel, mientras se ajustaba más aún la capa de pieles—. La avanzada edad debilita la sangre. Nunca te hagas viejo, Darellon.

—La alternativa no resulta muy seductora, mi señor Abriel. —Darellon era un esbelto deirano que parecía tragado por la sólida armadura. Bajó la voz—. Tú

no tenías que acompañarnos, en realidad, amigo mío —dijo—. Sarathi lo habría entendido.

—Oh, no, Darellon. Ésta será, con toda probabilidad, mi última campaña. No me la perdería por nada del mundo. —Abriel miró hacia delante con los ojos entrecerrados—. ¿Qué está haciendo Komier?

—Mi señor Komier ha dicho que quería echarles una mirada a las ruinas de Zemoch —replicó el caballero Heldin con su tronante voz de bajo—. Supongo que los thalesianos obtienen un cierto placer en inspeccionar los despojos cuando la guerra ha terminado.

—Son un pueblo bárbaro —murmuró Abriel con acritud. Se volvió con prontitud a mirar a Bergsten, que parecía totalmente absorto en su libro de plegarias—. No es necesario que repitéis eso, caballeros —les dijo a Darellon y Heldin.

—Ni siquiera soñaría con hacerlo —replicó Bergsten, sin levantar la vista del libro.

—Vuestra gracia tiene unos oídos malsanamente finos.

—Se debe a la práctica de escuchar las confesiones. La gente tiende a gritar los pecados de los demás desde las azoteas, pero apenas puede oírse cuando describen los suyos propios. —Bergsten levantó la mirada y señaló hacia delante—. Komier ya vuelve.

El preceptor de los caballeros genidianos estaba muy animado cuando tiró de las riendas de su montura, levantando un enorme remolino de nieve seca.

—Falquián no deja mucho en pie cuando destruye un lugar —anunció alegremente—. No le creí del todo a Ulath cuando me contó que nuestro amigo de la nariz rota hizo volar el techo del templo de Azash, pero ahora sí que le creo. Nunca había visto un destrozo semejante. Dudo de que haya quedado un solo edificio habitable en toda la ciudad.

—Disfrutas de verdad con ese tipo de cosas, ¿no es cierto, Komier? —preguntó Abriel con tono acusador.

—¡Ya basta de eso, caballeros! —se apresuró a intervenir Bergsten—. No vamos a resucitar una vez más esa vieja y gastada disputa. Hacemos la guerra de maneras diferente. A los arcianos les gusta construir fuertes y castillos, y a los thalesianos les gusta derribarlos. Todo es parte del oficio de la guerra, y para eso nos pagan.

—¿«Nos», dice vuestra gracia? —inquirió Heldin con suavidad.

—Sé muy bien lo que he dicho, Heldin. Yo no me implico de manera

personal en eso, por supuesto, pero...

—¿Por qué te has traído el hacha, entonces, Bergsten? —le preguntó Komier.

Bergsten le lanzó una fija mirada tajante.

—Por los viejos tiempos... y porque vosotros, los bandidos thalesianos, le prestáis más atención a un hombre que tiene un hacha en las manos.

—Vuestra gracia querrá decir «caballeros» thalesianos —corrigió Komier con suavidad a su compatriota—. Ahora nos llaman caballeros. Solíamos ser bandidos, pero ahora nos comportamos como es debido.

—La iglesia aprecia los esfuerzos que hacéis para enmendar vuestras costumbres, hijo mío, a pesar de que ella sabe que mentís con toda la boca.

Abriel se cubrió cuidadosamente una sonrisa. Bergsten era él mismo un antiguo caballero genidiano, y a veces la sotana se le caía un poco.

—¿Quién tiene el mapa? —preguntó Abriel, más para evitar la inminente discusión que por ninguna curiosidad real.

Heldin soltó las correas de una de sus alforjas, cosa que hizo tintinear su armadura.

—¿Qué quieres saber, mi señor? —preguntó mientras sacaba el mapa.

—Lo de siempre. ¿Cuánta distancia falta? ¿Cuánto tardaremos? ¿Qué tipo de cosas desagradables tenemos por delante?

—Falta poco más de cien leguas hasta la frontera asteliana, mi señor —replicó Heldin mientras consultaba el mapa—, y novecientas leguas desde allí hasta Matherion.

—Al menos un centenar de días —gruñó Bergsten con acritud.

—Lo que dice vuestra gracia será cierto si no nos encontramos con ningún problema —agregó Darellon.

—Echa una mirada por encima de tu hombro, Darellon. Hay cien mil caballeros de la iglesia detrás de nosotros. No hay ningún problema que no podamos arreglar. ¿Qué tipo de terreno tenemos más adelante, Heldin?

—Hay una especie de divisoria a tres días hacia el este desde aquí, vuestra gracia. Todos los ríos de este lado de esa divisoria desembocan en el golfo de Merjuk. Por el otro lado, corren hasta internarse en las marismas de Astel. Supongo que marcharemos colina abajo después de cruzar la divisoria..., a menos que Otha lo haya dispuesto de tal forma que el agua corra ladera arriba aquí, en Zemoch.

Un caballero genidiano se adelantó hasta ellos.

—Acaba de darnos alcance un mensajero de Emsat, mi señor Komier —informó—. Dice que trae importantes noticias para ti.

Komier asintió con la cabeza, hizo girar su montura y retrocedió hacia las líneas de soldados.

El resto de ellos continuaron adelante mientras comenzaba a nevar con mayor fuerza.

Komier era presa de una risa escandalosa cuando regresó con el mensajero sucio del polvo del camino que los había alcanzado.

—¿Qué te resulta tan gracioso? —le preguntó Bergsten.

—Tenemos buenas noticias de casa —replicó Komier alegremente—. Dile a nuestro amado patriarca lo que acabas de contarme a mí —le pidió al mensajero.

—Sí, mi señor —contestó el thalesiano de rubias trenzas—. Vuestra gracia ha de saber qué sucedió hace algunas semanas. Una mañana, los sirvientes de palacio no pudieron encontrar rastro del príncipe regente por ninguna parte. Los guardias desmontaron el lugar durante dos días consecutivos, pero la pequeña comadreja parecía haber desaparecido del todo.

—Cuida tus modales, hombre —le espetó Bergsten—. Avin es el príncipe regente, después de todo..., aunque sea una pequeña comadreja.

—Lo siento, vuestra gracia. En cualquier caso, toda la capital estaba perpleja. Avin Wargunsson no iba nunca a ninguna parte sin llevarse una orquesta de metales para que anunciaran con fanfarrias su llegada. Luego, sucedió que uno de los servidores se dio cuenta de que había un barril de vino en el estudio de Avin. Eso parecía raro, porque Avin no tenía mucho aguante para el vino, así que se acercaron para investigar con más atención ese barril. Estaba claro que lo habían abierto porque había bastante vino derramado en el suelo. Bueno, como vuestra gracia podrá suponer, todos acabaron con bastante sed a fuerza de buscar a Avin, así que decidieron abrir el barril, pero cuando intentaron quitarle la tapa, se encontraron con que había sido clavada. Ahora bien, absolutamente nadie cierra los barriles con clavos en Thalesia, por lo que en todos se despertaron inmediatas sospechas. Cogieron unos alicates, arrancaron los clavos y levantaron la tapa... y allí estaba Avin, más muerto que una piedra, y flotando boca abajo en el barril.

—¡No estarás hablando en serio!

—Le aseguro a vuestra gracia que sí. Hay alguien en Emsat que tiene un sentido del humor muy retorcido, supongo. Se tomó todo el trabajo de entrar ese barril en el estudio de Avin con la sola finalidad de poder meterlo dentro y

clavar la tapa. Parece que Avin luchó un poco. Tenía astillas debajo de las uñas, y había marcas de arañazos en la parte inferior de la tapa. Debe haber sido bastante asqueroso. Estuvo echando vino durante media hora después de que lo pescaran de dentro del barril. Los sirvientes de palacio intentaron limpiarlo para el funeral, pero ya sabéis lo difíciles que son de quitar las manchas de vino. Estaba muy púrpura cuando lo colocaron en el féretro de la catedral de Emsat para celebrar la ceremonia fúnebre. —El mensajero se frotó con aire reflexivo un lado de la cara—. Fue el funeral más extraño al que jamás haya asistido. El primado de Emsat no hacía otra cosa que intentar contener la risa mientras leía el servicio, pero no tenía mucho éxito, y eso hizo que toda la congregación se pusiera también a reír. Allí estaba Avin tendido sobre el féretro, no más grande que un carnero a medio crecer, y púrpura como una ciruela madura, y toda la congregación rugiendo de risa.

—Por fin todo el mundo se ha fijado en él —comentó Komier—. Eso fue siempre importante para Avin.

—Oh, ya lo creo que se fijaron en él, mi señor Komier. Todos los ojos de la catedral estaban sobre su cadáver. Luego, después de depositarlo en la cripta real, toda la ciudad celebró una gran fiesta, y todos brindamos por la memoria de Avin Wargunsson. Es difícil encontrar en Thalesia algo de lo que reírse cuando se aproxima el invierno, pero Avin consiguió alegrar toda la estación invernal.

—¿Qué tipo de vino era? —preguntó el patriarca Bergsten con gravedad.

—Arciano tinto, vuestra gracia.

—¿Tienes idea del año?

—Creo que era del antepasado.

—Un año excelente —suspiró Bergsten—. Supongo que no hubo forma de salvarlo.

—No después de que Avin hubiera estado remojándose en él durante dos días, vuestra gracia.

Bergsten volvió a suspirar.

—¡Qué desperdicio! —se lamentó; y luego se derrumbó sobre la parte delantera de la silla, aullando de risa.

Hacía frío en las montañas de Tamul, cuando Ulath y Tynian se aproximaron al pie de la ladera. Estas montañas eran una de esas anomalías geográficas que asoman aquí y allá, un racimo de picos desgastados y de aspecto erosionado que

no tenían ninguna conexión evidente con los cercanos y más dentados picos cubiertos de bosques de abetos, píceas y alerces. En las suaves laderas de las montañas de Tamul crecían árboles como el arce y el roble, los cuales se hallaban ya sin hojas a causa de la proximidad del invierno.

Los dos caballeros cabalgaban cuidadosamente, permaneciendo siempre en espacios abiertos y haciendo el suficiente ruido como para anunciar su presencia.

—Es muy imprudente sobresaltar a un troll —explicó Ulath.

—¿Estás seguro de que se encuentran por aquí? —preguntó Tynian mientras se internaban más profundamente en las montañas.

Ulath asintió con la cabeza.

—He visto huellas... o lugares en los que ellos intentaron borrar su rastro..., así como tierra removida donde han enterrado sus excrementos. Los trolls se toman muchos trabajos para ocultarles su presencia a los seres humanos. Es más fácil apresar la cena si ésta no sabe que estás por los alrededores.

—Los dioses-troll le prometieron a Aphrael que sus criaturas no volverían a comer seres humanos.

—A algunos de los trolls más estúpidos podría llevarles varias generaciones el digerir esa noción... y un troll puede ser espantosamente estúpido cuando está decidido a ello. Será mejor que permanezcamos alerta. En cuanto hayamos ascendido lo bastante por la ladera, realizaré una ceremonia que invoca a los dioses-troll. Después de eso estaremos a salvo. Son los pies de las laderas los que resultan peligrosos.

—¿Y por qué no realizas ahora la ceremonia?

Ulath negó con la cabeza.

—Es de malos modales. Se supone que no debes llamar a los dioses-troll hasta no llegar más arriba..., al verdadero país troll.

—Éste no es el país de los trolls, Ulath.

—Ahora sí lo es. Busquemos un lugar para acampar durante la noche.

Plantaron el campamento en una especie de repisa de piedra, de forma que tenían un abrupto risco a las espaldas y un escarpado precipicio delante. Se turnaron para hacer guardia, y cuando la primera pálida luz de la aurora comenzó a inundar la oscuridad del cielo encapotado, Tynian despertó a Ulath, sacudiéndolo.

—Hay algo que se mueve entre los arbustos del pie del risco —susurró.

Ulath se sentó, al tiempo que llevaba una mano hacia el mango del hacha. Incluyó la cabeza para escuchar.

—Troll —comentó lacónicamente, pasado un instante.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Sea lo que sea que está haciendo todo ese ruido, lo hace a propósito. Un ciervo no lo aplastaría todo de esa manera, y los osos ya están todos invernando. El troll quiere que sepamos que está ahí.

—¿Qué hacemos?

—Alimentemos un poco el fuego..., hagámosle saber que estamos despiertos. Ésta es una situación delicada, así que no nos movamos con demasiadas prisas.

Apartó las mantas y se levantó mientras Tynian apilaba más ramas sobre la hoguera.

—¿No deberíamos invitarlo a calentarse un poco?

—Él no tiene frío.

—El aire está helado, Ulath.

—Por eso tiene pelo. Los trolls hacen hogueras para tener luz, no calor. ¿Por qué, ya que estás, no preparas el desayuno? El troll no va a hacer nada hasta que no haya amanecido del todo.

—No es mi turno.

—Yo tengo que hacer guardia.

—Yo puedo hacer la guardia tan bien como tú.

—Tú no sabrías qué debes buscar, Tynian.

El tono de voz de Ulath era razonable. Habitualmente lo era cuando intentaba zafarse de su turno de cocina mediante la persuasión.

La luz fue aumentando de manera gradual. Era un proceso que siempre resultaba extraño. Un hombre podía estar mirando directamente una zona oscura del bosque circundante, y de pronto se daba cuenta de que podía distinguir árboles, rocas y arbustos donde antes sólo había oscuridad.

Tynian le llevó a Ulath un plato de jamón humeante y un trozo de pan correoso y seco.

—Deja el jamón en el espetón —le dijo Ulath.

Tynian gruñó, recogió su propio plato y fue a reunirse con su amigo en el borde frontal de la repisa rocosa. Ambos se sentaron y se pusieron a observar el bosque de abedules que crecía sobre la abrupta ladera que tenían debajo, mientras comían.

—Allí lo tienes —comentó Ulath con gravedad—, justo al lado de aquella roca grande.

—Ah, sí —replicó Tynian—. Ahora lo veo. Se mimetiza a la perfección, ¿verdad?

—De eso se trata, precisamente, el ser un troll, Tynian. Forman parte del bosque.

—Sephrenia dice que estamos emparentados con ellos, en un punto muy lejano.

—Es probable que tenga razón. No existen demasiadas diferencias, en realidad, entre nosotros y los trolls. Ellos son más grandes y corpulentos, y tienen una dieta diferente a la nuestra; eso es casi lo único que nos separa.

—¿Cuánto puede durar esto?

—No tengo ni idea. Hasta donde sé, nunca había sucedido antes.

—¿Qué haremos después?

—En cuanto esté seguro de que sabemos que se halla allí, probablemente intentará comunicarse de alguna forma.

—¿Sabe él que tú hablas la lengua troll?

—Puede que sí. Los dioses-troll me conocen, y saben que corro con la misma manada de Falquián.

—Ésa es una forma rara de definirlo.

—Estoy intentando pensar como un troll. Si lo hago bien, puede que consiga anticiparme a lo que él hará a continuación.

Entonces, el troll les gritó desde el pie de la colina.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Tynian con nerviosismo.

—Quiere saber qué se supone que debe hacer. Está muy confundido.

—¿Que él está confundido?

—Se le ha ordenado que venga a buscarnos y nos conduzca hasta los dioses-troll. No tiene ni idea de nuestras costumbres ni de las cortesías del caso. Tendremos que guiarlo en eso. Vuelve a enfundar tu espada. No hagamos las cosas peores de lo que ya son. —Ulath se puso de pie, con buen cuidado de no hacerlo con rapidez excesiva. Alzó la voz para hablarle a la criatura que estaba en lo bajo—. Ven a este hijo de Khwaj que hemos hecho. Tomaremos la comida juntos y hablaremos de lo que hay que hacer.

—¿Qué le has dicho?

—Lo he invitado a desayunar con nosotros.

—¿Que has hecho qué? ¿Quieres que un troll se ponga a comer a pocos palmos de ti?

—Es una precaución. Sería descortés por su parte el matarnos después de

haber aceptado nuestra comida.

—¿Descortés? Lo que hay ahí fuera es un troll, Ulath.

—El solo hecho de que sea un troll no significa que tenga que tener malos modales. Ah, casi lo olvido. Cuando llegue al campamento querrá olfatearnos. Lo cortés es que nosotros también lo olfateemos. No tendrá muy buen olor, pero hazlo de todas formas. Los trolls hacen eso con el fin de poder reconocerse si se vuelven a encontrar.

—Creo que estás perdiendo el juicio.

—Tú límitate a seguirme la corriente y deja que yo me encargue de las conversaciones.

—¿Qué otra cosa puedo hacer, papanatas? Yo no hablo la lengua troll, ¿recuerdas?

—¿Que no la hablas? ¡Qué cosa tan sorprendente! Yo creía que los hombres muy cultos hablaban la lengua troll.

El troll se les acercó con cautela, moviéndose suavemente por el bosque de abedules. Utilizaba mucho los brazos para aferrarse a los árboles y tirar de sí, avanzando con movimientos de todo el cuerpo.

Medía más de seis codos y tenía un lustroso pelo marrón. Su rostro era simiesco hasta un cierto punto, aunque no tenía el morro protuberante de la mayoría de los monos, y había un destello inteligente en sus ojos hundidos. Llegó al saliente en el que se encontraba el campamento, y luego se acuclilló, con los antebrazos apoyados sobre las rodillas y las manos a plena vista.

—No llevo ningún palo —dijo con un semigrñido. Ulath dejó su hacha a un lado de manera ostentosa y tendió ante sí las manos vacías.

—No llevo ningún palo —repitió, según el saludo acostumbrado—. Quítate el cinturón de la espada, Tynian —murmuró—. Déjalo a un lado.

Tynian comenzó a objetar, pero se decidió por lo contrario.

—El hijo de Khwaj que habéis hecho es bueno —declaró el troll, señalando hacia la hoguera—. Khwaj se sentirá complacido.

—Es bueno complacer a los dioses —replicó Ulath.

El troll, de pronto, dio un puñetazo contra el suelo.

—¡No es así como debe ser! —declaró con voz descontenta.

—No —asintió Ulath, acuclillándose de forma muy parecida a la del troll—, no lo es. Pero los dioses tienen sus razones para que así sea. Ellos han dicho que no debemos matarnos los unos a los otros. También han dicho que no debemos comernos los unos a los otros.

—Ya los he oído decirlo. ¿Es posible que les hayamos entendido mal?

—Yo creo que no.

—¿Podría ser que sus mentes estuvieran enfermas?

—Es posible. Pero aun así, tenemos que hacer lo que ellos nos manden.

—¿De que estáis hablando? —inquirió Tynian con nerviosismo.

Ulath se encogió de hombros.

—Estamos discutiendo de filosofía.

Tynian lo miró fijamente.

—Es algo bastante complejo. Tiene que ver con la pregunta de si estamos o no moralmente obligados a obedecer a los dioses si éstos se han vuelto locos. Yo digo que sí lo estamos. Por supuesto que mi posición está ligeramente teñida por el interés personal, en este caso.

—¿Eso no puede hablar? —preguntó el troll, señalando a Tynian—. ¿Son esos ruidos de pájaro los únicos sonidos que puede hacer?

—Los ruidos de pájaro hacen de idioma entre los de nuestra especie. ¿Tomarás un poco de nuestra comida con nosotros?

El troll echó una apreciativa mirada a los caballos.

—¿Ésos? —inquirió.

—No. —Ulath negó con la cabeza—. Ésas son las bestias que nos llevan.

—¿Están enfermas vuestras piernas? ¿Es ese el motivo de que seáis tan bajos?

—No. Las bestias pueden correr más rápido que nosotros. Ellas nos llevan cuando queremos viajar deprisa.

—¿Qué clase de comida tomáis?

—Cerdo.

—El cerdo es bueno. El ciervo es mejor.

—Sí.

—¿Dónde está el cerdo? ¿Está muerto? Si todavía está vivo, yo lo mataré.

—Está muerto.

El troll miró en torno de sí.

—No lo veo.

—Sólo hemos traído una parte de él. —Ulath señaló el enorme jamón ensartado en el asador, sobre el fuego.

—¿Compartís vuestra comida con el hijo de Khwaj?

Ulath decidió no explicar el concepto de cocinar en aquel momento concreto.

—Sí —dijo—. Es nuestra costumbre.

—¿Complace a Khwaj que compartáis vuestra comida con su hijo?

—Nosotros creemos que sí. —Ulath desenvainó la daga, levantó el espetón el fuego y cortó un trozo de alrededor de tres libras.

—¿Están enfermos vuestros dientes? —El troll lo preguntó incluso con una cierta compasión—. Una vez tuve un diente enfermo. Me causó mucho dolor.

—Nuestra especie no tiene dientes afilados —le explicó Ulath—. ¿Tomarás un poco de nuestra comida?

—Sí. —El troll se puso de pie y se acercó al fuego, encumbrándose por encima de ellos.

—La comida ha estado cerca del hijo de Khwaj —le advirtió Ulath—. Está caliente. Puede causar dolor a tu estómago.

—Me llamo Bhlok w —se presentó el troll.

—Yo me llamo Ulath.

—¿U-lat? Eso es una cosa extraña para llamarse. —Bhlok w señaló a Tynian—. ¿Eso cómo se llama?

—Tynian —replicó Ulath.

—Tin-in. Eso es todavía más extraño que U-lat.

—Los ruidos de pájaro de nuestra habla hacen que suenen extrañas las cosas que nos llamamos.

El troll se inclinó para oler la coronilla de Ulath. Ulath reprimió un poderoso impulso de chillar y correr hacia el árbol más cercano.

Según la cortesía, olfateó el pelo de Bhlok w. La verdad era que el troll no olía demasiado mal. Luego, el monstruo y Tynian intercambiaron olfateos.

—Ahora os conozco —declaró Bhlok w.

—Es bueno que nos conozcas. —Ulath le tendió el trozo de jamón humeante.

Bhlok w lo cogió y se lo metió entero en la boca. Entonces volvió a escupirlo rápidamente en su mano.

—Caliente —explicó, un poco avergonzado.

—Nosotros lo soplamos para hacerlo fresco y así no hacemos daño en la boca —le explicó Ulath.

Bhlok w sopló ruidosamente el trozo de carne durante un rato. Seguidamente volvió a metérselo en la boca. Masticó reflexivamente durante unos instantes, y se lo tragó.

—Es diferente —comentó con diplomacia; después suspiró—. No me gusta esto, U-lat —le confesó con infelicidad—. No es así como deberían ser las cosas.

—No —asintió Ulath—, no lo es.

—Tendríamos que estar matándonos el uno al otro. Nosotros hemos matado a muchas de vosotras, cosas, desde que llegasteis por primera vez a la cadena de montañas de los trolls. Es así como debería ser. Mi idea es que los dioses tienen que tener la mente enferma para hacernos hacer esto. —Suspiró con una especie de soplo huracanado—. Pero tu pensamiento es correcto. Tenemos que hacer lo que ellos nos dicen. Algún día sus mentes volverán a ponerse bien, y nos dejarán que volvamos a matarnos y comernos los unos a los otros. —Se puso bruscamente de pie—. Quieren verte. Yo te llevaré ante ellos.

—Nosotros iremos contigo.

Siguieron a Bhlok, montaña arriba, durante todo ese día y la mitad del siguiente, y al fin los condujo a un claro cubierto de nieve en el que ardía una hoguera dentro de un gran pozo. Los dioses-troll los estaban aguardando allí.

—Aphrael ha venido a nosotros —les dijo la enormidad que era Ghworg.

—Ella dijo que haría eso —replicó Ulath—. Ella dijo que cuando sucediera algo que debiéramos saber, vendría hasta nosotros y nos lo contaría.

—Nos puso la boca en la cara —comentó Ghworg, perplejo.

—Ella hace eso. Le da placer.

—No fue doloroso —reconoció Ghworg, un poco dubitativo, al tiempo que se tocaba la mejilla en la que Aphrael lo había besado.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Tynian en voz baja.

—Aphrael ha estado aquí y ha hablado con ellos —replicó Ulath—. Incluso los ha besado unas cuantas veces. Ya conoces a Aphrael.

—¿De verdad besó a los dioses-troll? —El semblante de Tynian se puso pálido.

—¿Qué ha dicho eso? —exigió saber Ghworg.

—Quería que le dijese lo que tú habías dicho.

—Esto no es bueno, Ulath-de-Thalesia. Eso no debe hablarte en palabras que nosotros no comprendamos. ¿Cómo se llama?

—Se llama Tynian-de-Deira.

—Haré de forma que Tynian-de-Deira conozca nuestra habla.

—Prepárate —le advirtió Ulath a su amigo.

—¿Qué? ¿Qué está sucediendo, Ulath?

—Ghworg va a enseñarte la lengua troll.

—Eh, espera un momento... —Entonces, Tynian se llevó ambas manos a la

cabeza, profirió un grito y cayó retorciéndose sobre la nieve. El paroxismo pasó rápidamente, pero Tynian estaba pálido y tembloroso al sentarse, y tenía los ojos desorbitados.

—¿Eres Tynian-de-Deira? —exigió saber Ghworg, hablando en lengua troll.

—Sí. —La voz de Tynian temblaba al responderle.

—¿Entiendes mis palabras?

—Son claras para mí.

—Eso es bueno. No hables en otra clase de lengua cuando estés cerca de nosotros. Cuando lo haces, consigues que no confiemos en ti.

—Lo recordaré.

—Es bueno que así lo hagas. Aphrael vino a vernos. Nos dijo que el llamado Berit ha recibido orden de no ir al lugar Beresa. En lugar de eso, le han dicho que vaya al lugar Sopal. Ella dijo que vosotros comprenderíais qué quería decir. —Hizo una pausa, con el entrecejo fruncido—. ¿Lo entendéis? —preguntó.

—¿Lo entendemos? —le preguntó Tynian a Ulath, hablando en lengua troll.

—No estoy seguro. —Ulath se puso de pie, se acercó a su caballo sacó un mapa de las alforjas. Luego regresó junto al fuego—. Éste es un dibujo del terreno —les explicó a las enormes presencias—. Nosotros hacemos estos dibujos para saber adónde vamos.

Schlee le echó una breve mirada al mapa.

—El terreno no tiene ese aspecto. —Se acuclilló y clavó sus gigantescos dedos a través de la nieve, en la tierra—. Éste es el aspecto que tiene el terreno.

Ulath saltó hacia atrás cuando la tierra que tenía bajo los pies se estremeció ligeramente. Luego bajó la mirada. Lo que tenía delante no era tanto un mapa como una versión miniaturizada del continente mismo.

—Ésta es una imagen muy buena del terreno —declaró, maravillado.

Schlee se encogió de hombros.

—He metido la mano dentro del terreno y sentido su forma. Éste es el aspecto que tiene.

—¿Dónde está Beresa? —le preguntó Tynian a Ulath, mientras contemplaba, maravillado, los árboles finos como cabellos que asomaban en las laderas de las montañas como la barba de dos días.

Ulath miró su mapa y caminó varias varas hasta la temblorosa superficie cubierta con minúsculas olas. Sus pies estaban ligeramente hundidos en la creación que Schlee había hecho del mar de Tamul.

—Está justo aquí —replicó en lengua troll, mientras se inclinaba y apoyaba

un dedo en un determinado punto de la línea costera.

—Allí es donde le dijeron que debía dirigirse los que robaron a la compañera de Anakha —les explicó Tynian a los dioses-troll.

—Nosotros no entendemos —declaró sinceramente, Khwaj.

—Anakha le tiene cariño a su compañera.

—Así debe ser.

—Se pone furioso cuando su compañera está en peligro. Los que se llevaron a su compañera lo saben. Ellos dicen que no van a devolvérsela a menos que él les dé la Gema-Flor.

Los dioses-troll fruncieron todos el entrecejo, mientras intentaban aclararse. Luego, Khwaj rugió de pronto, escupiendo una enorme y aullante nube de fuego que fundió la nieve en todas direcciones.

—¡Eso es maldad! —tronó—. ¡No es correcto hacer eso! ¡La querrela de ellos era con Anakha, no con su compañera! ¡Yo encontraré a esos malvados! ¡Los convertiré en fuego que nunca se extinguirá! ¡Gritarán de dolor por toda la eternidad!

Tynian se estremeció ante la enormidad de la idea. Luego, con una gran cantidad de ayuda por parte de Ulath, les explicó todo lo relativo a los disfraces y los subterfugios que esos disfraces hacían posibles.

—¿Es verdad que tienes un aspecto diferente al que tenías antes, Ulath-de-Thalesia? —preguntó Ghworg, mientras observaba a Ulath con curiosidad.

—Muy diferente, Ghworg.

—Eso es extraño. A mí me pareces el mismo. —El dios lo meditó—. Tal vez no es tan extraño —se corrigió—. Todos los de tu especie me parecen iguales. —Apretó sus enormes puños—. Khwaj tiene razón. Debemos causarles daño a los malvados. Muéstranos adónde le han dicho que vaya al llamado Berit.

Ulath consultó su mapa y atravesó el mundo en miniatura hasta la orilla del gran lago conocido como mar de Arjun.

—Es aquí, Ghworg —dijo, al tiempo que se inclinaba y apoyaba un dedo en la línea costera—. ¡Está realmente aquí! —Jadeó—. ¡Puedo ver los diminutos edificios! ¡Eso es Sopal!

—Por supuesto —replicó Schlee, como si no fuese nada de especial importancia—. No sería una buena imagen si me hubiera olvidado de algo.

—Nosotros hemos sido engañados —dijo Tynian—. Pensábamos que nuestros enemigos se encontraban en el lugar Beresa. No es así. En cambio, están en el lugar Sopal. El llamado Berit no tiene la Gema-Flor. Anakha tiene la

Gema-Flor. Anakha la lleva hacia Beresa. Si los malvados se encuentran con Berit en el lugar Sopal, él no tendrá la Gema-Flor para entregársela a los malvados. Ellos se pondrán furiosos, y podrían causarle mal a la compañera de Anakha.

—Es posible que le haya enseñado demasiado bien —murmuró Ghworg—. Ahora habla demasiado.

Schlee, no obstante, había estado escuchando atentamente el discurso de Tynian.

—Pero ha hablado con verdad. La compañera de Anakha estará en peligro. Los que se la han llevado podrían incluso matarla. —La piel de los enormes hombros se estremeció, sacudiéndose distraídamente los copos de nieve que continuamente le caían encima, y su rostro se contorsionó de concentración—. Me parece a mí que eso enfurecerá a Anakha. Podría estar tan furioso como para levantar la Gema-Flor y hacer que el mundo desapareciera. Tenemos que evitar que los malvados le causen mal a ella.

—Tynian-de-Deira y yo acudiremos al lugar Sopal —comentó Ulath—. Los malvados no nos reconocerán porque nuestros rostros han sido cambiados. Estaremos cerca cuando los malvados le digan al llamado Berit que le darán la compañera de Anakha si él les da la Gema-Flor. Nosotros los mataremos y nos llevaremos a la compañera de Anakha cuando ellos hagan eso.

—Eso habla bien —les dijo Zoka a los otros dioses-troll—. Eso piensa bien. Démosle nuestra ayuda, a esa cosa y a la otra, pero no permitamos que mate a los malvados. Matarlos no es bastante. El pensamiento de Khwaj es mejor. Dejemos que Khwaj los convierta en fuegos que nunca se apaguen, en lugar de matarlos. Que quemen por la eternidad. Eso será mejor.

—Yo pondré a los hombres-cosa en el tiempo que no se mueve —declaró Ghnomb—. Nosotros los miraremos en la figura del terreno que ha hecho Schlee, mientras ellos van hacia el lugar Sopal mientras el mundo se queda quieto.

—¿Podéis de verdad ver algo tan pequeño como un hombre-cosa en la figura que Schlee ha hecho del terreno? —le preguntó Ulath al dios de la comida con cierta sorpresa.

—¿Es que tú no puedes? —Ghnomb parecía aún más sorprendido que él—. Enviaremos a Bhlok w con vosotros para que os ayude, y os observaremos en la figura que Schlee ha hecho del terreno. Luego, cuando los malvados le enseñen la compañera de Anakha al llamado Berit para demostrar que en verdad la

tienen, tú y Tynian-de-Deira saldréis del tiempo que no se mueve y se la arrebatáis a ellos.

—Después, yo meteré la mano en la figura del terreno que ha hecho Schlee y los cogeré con mis manos —agregó Khwaj con severidad—. Los traeré aquí y los convertiré en fuegos que no se apagarán nunca.

—¿De verdad que puedes meter las manos en la figura del terreno que ha hecho Schlee, y sacar a los malvados del mundo real? —inquirió Ulath, atónito.

Khwaj se encogió de hombros.

—Es fácil.

Tynian estaba sacudiendo la cabeza con vigor.

—¿Qué? —exigió saber Schlee.

—El llamado Zalasta también puede entrar en el tiempo que no se mueve. Yo lo he visto hacerlo.

—Eso no tendrá importancia. El llamado Zalasta es uno de los malvados. También a él lo convertiré en un fuego que nunca se apagará. Lo dejaré arder para siempre en el tiempo que no se mueve. El fuego será igual de caliente allí como aquí.

La nieve caía con mayor abundancia —y era más húmeda—, después de trasponer la divisoria rocosa que separaba los ríos que corrían hacia el oeste de los que lo hacían hacia el este. La gigantesca nube de aire húmedo que flotaba perpetuamente sobre las marismas de Astel lamía las laderas orientales de las montañas de Zemoch, provocando nevadas fenomenales que enterraban los bosques y cegaba los pasos. Los caballeros de la iglesia avanzaban trabajosamente por terrenos empapados, mientras seguían el valle del ramal sur del Esos, en dirección a la ciudad de Basne, de Zemoch.

El preceptor Abriel, de los caballeros cyrínicos, había comenzado la campaña con una cierta sensación de bienestar. Su salud era buena, y toda una vida de entrenamiento militar lo había mantenido un estado físico perfecto. Sin embargo, se acercaba rápidamente a su septuagésimo año de vida, y se encontraba con que cada vez le resultaba más y más difícil el ponerse en marcha por las mañanas, a pesar de que jamás lo habría admitido.

A eso de la media mañana de un día de nevada, uno de los grupos exploradores que se habían adelantado regresó con tres zemochs ataviados con pieles de cabra. Los hombres estaban flacos y sucios, y sus rostros tenían una

expresión aterrorizada. El patriarca Bergsten se adelantó para interrogarlos. Cuando el resto del grupo de vanguardia dio alcance al gigantesco eclesiástico, éste estaba manteniendo una acalorada discusión con un caballero arciano.

—Pero vuestra gracia sabe que son zemochs —protestó el caballero.

—Nuestra querrela era con Otha, caballero —contestó Bergsten con frialdad —, no con estos pobres diablos supersticiosos. Dales un poco de comida y ropa abrigada, y déjalos marchar.

—Pero...

—Espero que no iremos a tener problemas por esto, ¿verdad, caballero? —preguntó Bergsten en un tono ominoso, haciéndose aún más grande.

El caballero pareció considerar su situación. Retrocedió algunos pasos.

—Eh... no, vuestra gracia —replicó—. No lo creo.

—Nuestra santa madre aprecia tu obediencia, hijo mío —le dijo Bergsten.

—¿Tenían esos tres algo que nos fuera de utilidad? —preguntó Komier.

—No mucho —fue la respuesta que le dio Bergsten mientras volvía a montar —. Hay alguna clase de ejército que está instalándose en algún sitio al este de Argoch. Había una enorme cantidad de superstición mezclada en lo que me han contado, así que no he podido sacar de ellos nada que fuera muy exacto.

—Entonces, se trata de una batalla —comentó Komier frotándose las manos con expectación.

—Tengo mis dudas al respecto —disintió Bergsten—. Por lo poco que he podido entresacar de ese galimatías, el ejército que hay ahí fuera está principalmente compuesto por irregulares... fanáticos religiosos de alguna clase. Nuestra santa madre de Chyrellos no ha hecho muchos amigos en esta zona del mundo cuando intentó reasimilar las ramificaciones de la fe elenia de Daresia occidental durante el siglo nueve.

—Eso sucedió hace casi dos mil años —objetó Komier—. Es mucho tiempo para mantener un resentimiento.

Bergsten se encogió de hombros.

—Los resentimientos antiguos son los mejores. Envía a tus exploradores un poco más lejos, Komier. Veamos si podemos obtener algún informe coherente del comité de bienvenida. Unos cuantos prisioneros nos serían de utilidad.

—Yo sé cómo hacer esto, Bergsten.

—En ese caso, hazlo. No te limites a quedarte aquí hablando del asunto.

Dejaron atrás Argoch; y los exploradores de Komier trajeron varios prisioneros. El patriarca Bergsten interrogó brevemente a los cautivos elenios,

pobremente vestidos e ignorantes, y luego ordenó que los dejasen en libertad.

—Debo decirle a vuestra gracia —declaró Darellon— que eso ha sido muy imprudente. Esos hombres podrían correr a sus comandantes e informarlos sobre todo lo que han visto.

—Sí —replicó Bergsten—, ya lo sé. Es lo que quiero que hagan. También quiero que les cuenten a sus amigos que han visto descender de las montañas a cien mil caballeros. Estoy alentando la deserción, Darellon. No nos interesa matar a esos pobres herejes mal dirigidos, sólo queremos que se aparten de nuestro camino.

—Continúo pensando que lo que ha hecho vuestra gracia es estratégicamente insensato.

—Tienes derecho a tus opiniones, hijo mío —replicó Bergsten—. Esto no es un artículo de fe, así que nuestra santa madre alienta el desacuerdo y la discusión.

—No tiene mucho sentido el discutir después de que vuestra gracia ya los ha dejado marchar.

—Ya lo sé. Esa misma idea se me ha ocurrido a mí.

Se encontraron con el ejército enemigo en el ancho valle del río Esos, justo al sur de la ciudad zemoch de Basne, a aproximadamente treinta leguas de la frontera asteliana. La información de los exploradores y la que le habían sacado a los cautivos resultó ser exacta. Lo que los aguardaba no era tanto un ejército como una turba, pobremente armada e indisciplinada.

Los preceptores de las cuatro órdenes se reunieron en torno al patriarca Bergsten para considerar opiniones.

—Son miembros de nuestra propia fe —les dijo Bergsten—. Los desacuerdos que tenemos con ellos residen en el área del gobierno de la iglesia, no en la substancia de nuestras comunes creencias. Esos asuntos no se resuelven en el campo de batalla, así que no quiero que muera demasiada de esa gente.

—No veo que haya mucho peligro de que algo así llegue a suceder —comentó el preceptor Abriel.

—Nos superan en número de dos a uno, más o menos, mi señor Abriel —señaló el caballero Heldin.

—Una carga debería ser bastante para igualar fuerzas, Heldin —replicó Abriel—. Esa gente son aficionados, entusiastas pero carentes de entrenamiento, y alrededor de la mitad de ellos van armados sólo con horcas. Si bajamos la visera de nuestros yelmos, ponemos lanza en ristre y cargamos contra ellos en

masa, la mayoría continuará corriendo dentro de una semana.

Y ése fue el último error que el venerable Abriel llegaría a cometer. Los caballeros montados se dispersaron con perfecta precisión para formar en un frente que abarcaba todo el valle. Fila tras fila, los cyrínicos, pandiones, genidianos y alciones, todos cubiertos de acero y montados sobre sus beligerantes caballos, se alinearon en lo que probablemente fue una de las más intimidantes demostraciones de hostilidad del mundo conocido.

Los preceptores aguardaron en el centro mismo de la primera fila, mientras sus subalternos formaban la de retaguardia y los mensajeros se adelantaban al galope para declarar que todo estaba preparado.

—Eso debería ser suficiente —comentó Komier con impaciencia—. No creo que los carros de provisiones tengan que cargar también. —Miró a sus amigos—. ¿Comenzamos ya, caballeros? Demostrémosle a esa chusma cómo montan un ataque los verdaderos soldados. —Le hizo una breve señal a un enorme caballero genidiano, y el gigantesco rubio tocó un estridente sonido con su cuerno de ogro.

La primera línea de caballeros se bajó la visera de sus yelmos y espoleó las monturas. Los caballeros perfectamente disciplinados avanzaron al galope en una línea perfectamente recta, como una muralla de acero.

A medio recorrido, el bosque de lanzas alzadas descendió como una ola rompiente, y comenzaron las huidas en el ejército contrario. Los siervos y campesinos mal entrenados se separaron y echaron a correr, arrojando sus armas y chillando de pavor. Aquí y allá había unidades mejor entrenadas que se mantuvieron firmes, pero la huida de sus aliados de ambos lados les dejó los flancos peligrosamente expuestos.

Los caballeros golpearon a esas pocas unidades con un gran choque sonoro. Una vez más, Abriel sintió la antigua exultante satisfacción de la batalla. Su lanza se rompió contra los escudos alzados apresuradamente, y él desechó el arma partida y desenvainó la espada. Miró en torno de sí y descubrió que había otras fuerzas militares que las habían ocultado de la vista, reunidas detrás de la muralla de campesinos, y que ese ejército no se parecía a ninguno que Abriel hubiese visto jamás. Los soldados eran enormes, más grandes incluso que los thalesianos. Llevaban petos y cotas de malla, pero sus cotas estaban mejor moldeadas de lo que era normal respecto a sus cuerpos. Cada músculo estaba delineado a la perfección por el lustroso acero. Sus yelmos eran recreaciones exóticas de bestias increíbles o no llevaban viseras propiamente dichas sino

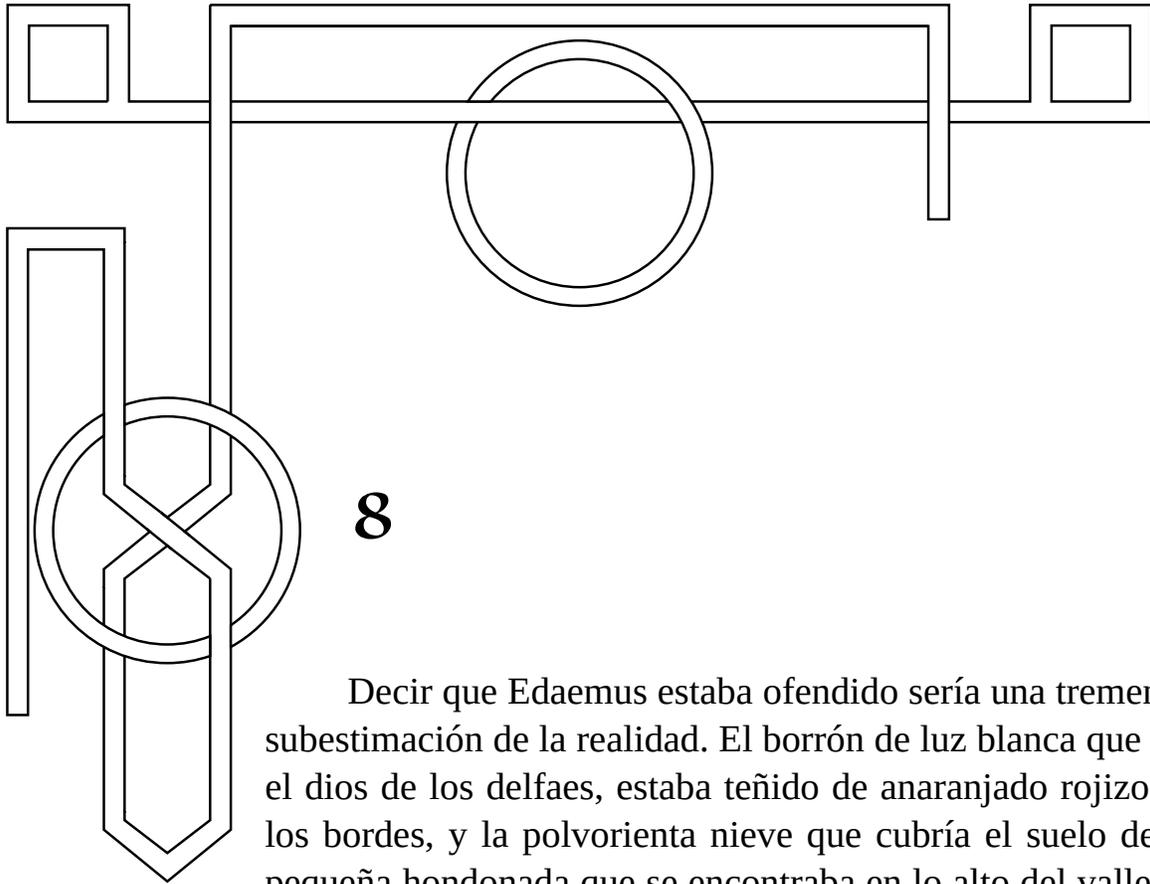
máscaras de acero, máscaras que habían sido fundidas para presentar rasgos individualizados; los rasgos, pensó Abriel, de los guerreros que las llevaban. El preceptor cyrínico sintió un escalofrío repentino. Los rasgos que presentaban las máscaras no eran humanos.

Había una extraña tienda de cuero, abovedada, en el centro de aquel inhumano ejército, una tienda con nervaduras de dimensiones gigantescas.

Pero luego se movió, abriéndose, ensanchándose..., dos enormes alas, curvadas e iguales a las de un murciélago. Y entonces, elevándose de bajo el abrigo de esas dos alas, apareció un ser más grande de lo imaginable, una criatura de total oscuridad con una cabeza que tenía la forma de una cuña invertida y orejas puntiagudas. Dos ojos como líneas ardían en ese rostro espantosamente obscuro, y dos enormes brazos se tendían hacia delante, voraces. El relámpago hervía bajo la lustrosa piel negra, y la tierra sobre la que se apoyaba la criatura humeaba y se quemaba.

Abriel se sentía extrañamente tranquilo. Se levantó la visera del yelmo y miró directamente al rostro del infierno.

—Por fin —murmuró—, un oponente digno. —Entonces volvió a bajar la visera de su yelmo, puso ante su cuerpo el escudo de guerra, y levantó la espada que había llevado con honor durante más de medio siglo. Su firme mano blandió el arma hacia la enormidad que continuaba levantándose ante él—. ¡Por Dios y por Arcium! —fue el reto que rugió, tras lo cual se afirmó sobre el caballo y cargó hacia la destrucción.



## 8

Decir que Edaemus estaba ofendido sería una tremenda subestimación de la realidad. El borrón de luz blanca que era el dios de los delfaes, estaba teñido de anaranjado rojizo en los bordes, y la polvorienta nieve que cubría el suelo de la pequeña hondonada que se encontraba en lo alto del valle de los delfaes, despedía columnas de vapor al fundirse en el calor de su disgusto.

—¡No! —declaró, inflexible—. ¡Decididamente, no!

—Oh, sé razonable, primo —dijo Aphrael, zalamera—. La situación ha cambiado. Estás aferrándote a algo que ya no tiene sentido alguno. Puede que antes existieran algunas justificaciones para la «enemistad eterna». Reconozco que mi familia no se comportó muy bien durante la guerra con los cyrgais, pero de eso hace ya mucho tiempo. El aferrarte ahora a tu sensibilidad herida es una pura niñería.

—¿Cómo habéis podido hacerlo vos, Xanetia? —exigió saber Edaemus, con tono acusador—. ¿Cómo habéis podido vos hacer una tal cosa?

—Era algo que iba en favor del designio nuestro, amado —replicó ella. Sephrenia estaba más que un poco asombrada por la relación intensamente personal que Xanetia tenía con su dios—. Vos me ordenasteis que prestara ayuda a Anakha, y por razón del amor de él por Sephrenia, vime obligada a llegar a un entendimiento con ella. Toda vez que ella y yo rompimos la muralla de enemistad que entrambas se alzaba, y llegamos a confiar la una en la otra, el

respeto y el propósito común suavizaron el desprecio que nos era costumbre y, sin que lo buscáramos, el cariño deslizose suavemente para ocupar su lugar. En el corazón mío es ella agora la mi hermana querida.

—¡Eso es abominación! ¡No debéis hablar otra vez así de esta estiriana en la presencia mía!

—Como a vos os plazca, amado —asintió ella, inclinando sumisamente la cabeza. Pero luego su mentón se alzó, y su luz interior brilló con mayor intensidad—. Pero, tanto si os place como si no, continuaré yo pensando en ella daquesta guisa en el oculto silencio del corazón mío.

—¿Estás dispuesto a escuchar, Edaemus? —preguntó Aphrael—. ¿O prefieres tomarte antes uno o dos siglos para hacer una buena pataleta?

—Vos sois impertinente, Aphrael —la acusó el dios.

—Sí, ya lo sé. Es una de las cosas que me hace deliciosa. Tú sabes que Cyrgon está intentando ponerle las manos encima al Bhelliom, ¿verdad? ¿O has estado tan ocupado jugando al salto de la rana con las estrellas que has perdido la pista de lo que está sucediendo por aquí?

—Cuidado con tus modales —le dijo Sephrenia con tono seco.

—Es que él me hastía. Ha tenido su odio abrazado contra el pecho como a un perrillo enfermo, durante diez mil años. —La diosa-niña miró con ojos críticos a la incandescente presencia que era el dios de los delfaes—. El espectáculo de luz no me impresiona, Edaemus. También yo podría hacerlo si deseara tomarme la molestia.

Edaemus ardió con más brillo aún, y el nimbo naranja rojizo se puso negro como el hollín.

—¡Qué pesado! —suspiró Aphrael—. Lo siento, Xanetia, pero el Bhelliom y yo tendremos que arreglárnoslas solos con Klæl. En cualquier caso, tu tedioso dios no nos resultará muy útil.

—¡Klæl! —jadeó Edaemus.

—He captado tu atención, ¿eh? —comentó ella con una sonrisa afectada—. ¿Estás dispuesto a escuchar, ahora?

—¿Quién hizo aquesto? ¿Quién ha vuelto a dejar libre a Klæl sobre la tierra?

—Bueno, te aseguro que yo no fui. Cyrgon estaba consiguiendo que todo saliera como él quería, y luego Anakha lo volvió todo en contra de él. Ya sabes cuánto detesta Cyrgon el perder, así que comenzó a romper las reglas. ¿Quieres ayudarnos con esto o prefieres quedarte sentado y hacer pucheros durante otro centenar de eones poco más o menos? Rápido, rápido, Edaemus —lo urgió ella,

chasqueando los dedos—. Decídete. No tengo todo el día, ¿sabes?

—¿Qué os hace pensar que necesito más hombres? —exigió saber Narstil.

Narstil era un arjuni flaco, casi cadavérico, con brazos como alambres y mejillas chupadas. Se encontraba sentado ante una mesa colocada bajo un frondoso árbol en el centro del campamento instalado en la profundidad de las selvas de Arjuna.

Caalador se encogió de hombros al tiempo que recorría con los ojos el desordenado campamento.

—Estás en un tipo de negocio arriesgado. Robas muebles, alfombras y tapices. Eso significa que has estado saqueando poblaciones y organizando ataques a las haciendas aisladas. La gente lucha cuando intentas algo así, y eso significa bajas. Alrededor de la mitad de tus hombres llevan vendajes en este mismo momento, y probablemente dejas a unos cuantos muertos detrás cada vez que intentas robar algo. Un líder que se dedica a tu línea de negocios siempre necesita más hombres.

—No tengo ninguna vacante en este momento.

—Yo puedo crear algunas —le dijo Bevier con tono amenazador, mientras pasaba melodramáticamente un dedo por el filo de su hacha.

—Mira, Narstil —comenzó Caalador en un tono menos abrasivo—, hemos visto a tus hombres. Ahora, haz el favor de ser honrado. Tú has reunido a un puñado de chicos malos locales que se habían metido en líos por robar las cabras de otros. Tienes una gran escasez de profesionales, y eso es lo que estamos ofreciéndote: profesionalidad. Tus chicos malos fanfarronean e intentan impresionarse los unos a los otros adoptando un aire terrible y malvado pero, el matar, en realidad no está en su naturaleza, y por eso acaban heridos cuando comienza la pelea. A nosotros, el matar no nos incomoda. Estamos habituados a ello. Tus jóvenes bravos tienen que demostrarse cosas los unos a los otros, cosa que nosotros no tenemos que hacer. Orden sabe quiénes somos. En caso contrario, no te habría enviado esa carta. —Sus ojos se entrecerraron ligeramente—. Créeme, Narstil, la vida será mucho más fácil para todos nosotros si trabajamos contigo en lugar de poner la tienda al otro lado de la calle.

Narstil pareció un poco menos seguro de sí.

—Lo pensaré —declaró.

—Hazlo; y que no se te ocurra ninguna idea como la de eliminar por

adelantado a los competidores potenciales. Tus chicos malos no estarían a la altura de las circunstancias, y mis amigos y yo nos veríamos más o menos obligados a tomarlo como algo personal.

—Deja de hacer eso —reprendió Sephrenia a su hermana mientras los cuatro atravesaban las calles como corredores de Delfaeus, en dirección a la casa de Cedon, el anari del pueblo de Xanetia.

—Edaemus es quien lo hace —le contestó Aphrael.

—Ésta es su ciudad y éste su pueblo. No es de buena educación el hacer eso cuando eres un huésped.

Xanetia les dirigió una mirada perpleja.

—Mi hermana está dejándose ver —explicó Sephrenia.

—Yo no —contestó Aphrael.

—Sí que lo estás haciendo, y tú y yo lo sabemos. Ya hemos tenido antes esta misma discusión. Ahora deja de hacerlo.

—No lo entiendo —confesó Xanetia.

—Eso es debido a que te has habituado a sentir su presencia, hermana —explicó Sephrenia con voz cansada—. Se supone que ella no debe hacer ostentación de su divinidad cuando está cerca de los adoradores de otros dioses. Es la peor forma de malos modales, y lo sabe. Lo está haciendo sólo para irritar a Edaemus. Me asombra que no haya aplastado a toda la ciudad o prendido fuego a la paja de los techos, con toda esa personalidad divina.

—Decir eso es despreciable, Sephrenia —la acusó Aphrael.

—Entonces, pórtate bien.

—No lo haré a menos que Edaemus también lo haga.

Sephrenia suspiró y puso los ojos en blanco.

Entraron en el ala sur de la extensa ciudad-edificio que era Delfaeus, y avanzaron por un pasillo tenuemente iluminado hasta la puerta de Cedon. El anari los estaba esperando, con su anciano rostro lleno de asombro. Cayó de rodillas al acercarse la luz que era Edaemus, pero su dios se hizo menos luminoso y adoptó una forma humana, tras lo cual tendió las manos y lo alzó delicadamente hasta ponerlo nuevamente de pie.

—Eso no es necesario, viejo amigo mío —declaró.

—Vaya, Edaemus —comentó Aphrael—, la verdad es que eres bastante apuesto. No deberías ocultarte de nosotros en toda esa luz como lo haces.

Una débil sonrisa tocó el rostro sin edad del dios delfae.

—No busquéis engañarme con halagos, Aphrael. Yo os conozco, y conozco los caminos vuestros. No os resultará tan fácil hacer que caiga en la trampa.

—¿De veras? Vos ya estáis en la trampa, Edaemus. Ahora lo único que hago es jugar con vos. Cuando llegue el momento, la cerraré y os haré mío. —Aphrael rió con un repiqueteo de carcajadas argentinas—. Pero eso es entre tú y yo, primo. En este momento tenemos otras cosas que hacer.

Xanetia abrazó afectuosamente al anciano Cedon.

—Como ya podéis sentir, mi querido viejo amigo, están a punto de suceder importantes cambios. El calamitoso peligro con que nos enfrentamos cambia la forma del mundo todo. Consideremos primero el peligro, y luego, en el momento de ocio, podremos detenernos para maravillarnos de lo mucho que todo a nuestro alrededor alterádose ha.

Cedon abrió la marcha, y descendió los tres gastados escalones de piedra hasta la estancia de techo bajo y paredes curvadas hacia dentro y cubiertas de escayola blanca, con sus cómodos muebles y alegre fuego.

—Cuéntales lo que ha estado sucediendo, Xanetia —sugirió Aphrael mientras se encaramaba sobre el regazo de Sephrenia—. Puede que eso le explique por qué me ha sido necesario violar todas las reglas y acudir aquí. —Le dirigió a Edaemus una mirada coqueta—. A pesar de lo que pienses primo, te aseguro que tengo buenos modales, pero tenemos una emergencia entre manos.

Sephrenia se retrepó en el asiento mientras Xanetia iniciaba el relato de los acontecimientos sucedidos durante los pasados meses.

Había una sensación de paz, de calma imperturbable en Delfaeus, que Sephrenia no percibió durante la visita anterior. En aquel entonces, su mente había estado tan llena de odio obsesivo, que apenas si reparó en el entorno. Los delfaes habían apelado a Falquián para que sellara en valle y los aislara del resto del mundo, pero de alguna forma eso parecía innecesario. Ya estaban separados..., tan separados que ya no parecían humanos. De una forma peculiar, Sephrenia sintió envidia.

—Son enfurecedores, ¿verdad? —murmuró la diosa-niña—. Y la palabra que estás buscando es «serenidad».

—Y tú estás haciendo todo lo que está en tu poder para alterar eso, ¿no es cierto?

—Ellos todavía son una parte de este mundo, Sephrenia..., en cualquier caso lo serán durante un poco más de tiempo. Lo único que estoy haciendo es

recordarles que el resto de nosotros todavía estamos aquí fuera.

—Estás comportándote muy mal con Edaemus.

—Estoy tratando de hacerlo volver a la realidad. Ha pasado en solitario los últimos cien siglos, y se ha olvidado de cómo es el tenernos al resto cerca. Se lo estoy recordando. De hecho, es bueno para él. Comenzaba a volverse complaciente. —Aphrael se deslizó del regazo de su hermana—. Perdonadme —dijo—. Es hora de que le dé otra lección. —Atravesó la habitación y se detuvo directamente delante de Edaemus, mirándolo a la cara, implorante, con sus enormes ojos oscuros.

El dios de los delfaes estaba tan abstraído en el relato de Xanetia, que apenas si se dio cuenta de la presencia de Aphrael y, cuando ella le tendió los brazos, él la cogió distraídamente y se la sentó en el regazo.

Sephrenia sonrió.

—Y más recientemente —concluyó Xanetia su informe—, el joven *Sir Berit* ha recibido nuevas instrucciones. Ha de desviarse y acudir a la ciudad de Sopal, la cual hállase en la costa del mar de Arjuna. Él ha informado a la diosa-niña deste cambio de dirección, y ella nos ha advertido a todos del mismo. Es el intento de los dioses-troll el transportar al caballero Ulath y al caballero Tynian a Sopal, y el ocultarlos en lo que ellos llaman el «No-Tiempo». Es el su pensamiento que cuando los enemigos nuestros presenten a la reina Ehlana para cambiarla por el Bhelliom, podrán ellos salir del ocultamiento y rescatarla.

—¿«No-Tiempo»? —inquirió Cedon con expresión perpleja.

—Tiempo suspendido —explicó Aphrael—. Los trolls son cazadores, y sus dioses han encontrado un nuevo lugar de ocultamiento con el fin de que los trolls puedan acechar a sus presas sin ser vistos. Es inteligente, pero tiene sus desventajas.

Edaemus le formuló una pregunta en la lengua que Sephrenia había intentado aprender varias veces pero nunca había podido captar realmente. Aphrael replicó, hablando con mucha rapidez en un tono más bien seco y técnico, y haciendo intrincados gestos con las manos.

—Ah —dijo él al final, volviendo al idioma tamul mientras una expresión de entendimiento le inundaba el rostro—. Es una noción peculiar.

—Ya sabes cómo son los dioses-troll. —Ella hizo una pequeña mueca.

—¿En verdad obtuvisteis aceptación por parte de ellos de las vuestas ultrajantes exigencias?

Ella se encogió de hombros.

—Yo tenía algo que ellos querían. Hacía ya tres siglos que estaban intentando pensar en una forma de escapar del Bhelliom. No les gustaron mucho las condiciones que les impuse, pero no les quedaban muchas alternativas.

—Sois cruel, Aphrael.

—En realidad, no. Me vi impulsada por la necesidad, y la necesidad no es ni cruel ni amable. Es, simplemente, eso. Les di unos cuantos besos cuando pasé a visitarlos hace un par de días, cosa que los hizo sentirse mejor... o lo consiguió cuando ellos se dieron cuenta de que no iba a arrancarles un bocado, en cualquier caso.

—¡No habréis hecho cosa semejante! —El dios parecía horrorizado.

—No son tan malos —declaró ella, para defender sus actos—. Supongo que en lugar de eso podría haberles rascado detrás de las orejas, pero tal vez los habría insultado, razón por la que decidí besarlos, en cambio. —Aphrael sonrió—. Unos pocos besos y los tuve lamiéndome las manos como perrillos.

Él se enderezó, y de pronto parpadeó como si por vez primera se diese cuenta de dónde estaba sentada la diosa-niña.

Ella le dedicó otra de sus sonrisillas misteriosas y le acarició una mejilla.

—No te preocupes, primo —le dijo—. Te dejarás convencer antes o después. Siempre lo haces. —Se deslizó del regazo de él y atravesó la habitación para reunirse nuevamente con su hermana.

—¡Ése es mi sitio! —afirmó en tono amenazador un tipo fornido, cuando Kalten dejó caer su silla de montar y rollo de mantas en un lugar libre bajo un enorme árbol.

—Lo era —le gruñó.

—Tú no puedes llegar aquí y robarle a un hombre el sitio en que duerme.

—¿Ah, no? ¿Es que va en contra de la ley, o algo parecido? —Kalten se enderezó. Era al menos una cabeza más alto que el otro hombre, y abultaba mucho con la cota de malla—. Mis amigos y yo vamos a quedarnos aquí mismo —declaró con indiferencia—, así que recoge tu cama y toda la demás basura y lárgate a otra parte.

—¡No tengo costumbre de recibir órdenes de los elenios!

—Lo lamento infinitamente. Ahora, lárgate de aquí. Tengo trabajo que hacer.

Kalten no estaba de buen humor. El peligro en que se hallaba Alean lo roía constantemente, e incluso las ligeras irritaciones le ponían el temperamento en

carne viva. Algo de eso debió vérselo en la cara, porque el otro hombre retrocedió unos pasos.

—Más lejos —le dijo Kalten.

—Volveré —fanfarroneó el hombre, al tiempo que retrocedía algunos pasos más—. Volveré con todos mis amigos.

—Lo espero con impaciencia. —Kalten le volvió deliberadamente la espalda al hombre al que acababa de desposeer.

Caalador y Bevier se reunieron con él.

—¿Problemas? —inquirió Caalador.

Kalten se encogió de hombros.

—Yo no lo llamaría así. Sólo estaba estableciendo algunos rangos, eso es todo. Cada vez que te encuentras en una situación nueva, tienes que dar algunos empujones para que todos entiendan que no vas a tolerar ninguna tontería. Instalémonos.

Ya habían plantado la tienda y estaban recogiendo hojas y musgo para los lechos cuando Narstil pasó a verlos.

—Veo que os estáis instalando, Ezek —le dijo a Caalador. Su tono era conciliador, aunque no del todo cordial.

—Unos pocos toques de acabado es casi todo lo que falta —replicó Caalador.

—Tus hombres han plantado un buen campamento —observó Narstil—. Ordenado.

Caalador se encogió de hombros.

—Un campamento desordenado es signo de mente desordenada. Me alegro de que hayas venido, Narstil. Hemos oído decir que hay un ejército acampado no lejos de aquí. ¿Te causan algún problema?

—Tenemos un acuerdo —respondió Narstil—. Nosotros no les robamos, y ellos nos dejan en paz. Pero no es un verdadero ejército lo que hay en Natayos. Se parece más a una gran banda de rebeldes. Quieren derrocar al gobierno.

—¿No es lo que quiere hacer todo el mundo?

Narstil se echó a reír.

—En realidad, el tener esa chusma en Natayos es muy bueno para mi negocio. El hecho de que estén ahí mantiene a la policía alejada de esta parte de la selva, y una de las razones por las que nos toleran es porque asaltamos a los viajeros, y eso evita que la gente venga a curiosear por los alrededores de Natayos. Hacemos negocios bastante buenos con ellos. Son un mercado

dispuesto a comprarnos casi todo lo que robamos.

—¿A qué distancia está esa Natayos de aquí?

—A casi tres leguas. Es una vieja ruina. Scarpa..., él es quien está al mando allí..., se mudó con sus rebeldes hace un par de años. La ha fortificado, y cada día trae más partidarios suyos. A mí, él no me gusta mucho, pero los negocios son los negocios.

—¿Cómo es ese tipo?

—Es un loco. Hay días en los que está tan chalado que le aúlla a la luna. Está convencido de que un día será emperador, y tengo la impresión de que no pasará mucho tiempo antes de que salga con su chusma de esas ruinas para marchar hacia la capital. Se encuentra bastante a salvo en esta selva, pero en cuanto salga a terreno abierto los atanes lo reducirán a carne para perro al instante.

—¿Se supone que eso debe importarnos? —preguntó Bevier.

—A mí, personalmente, no podría importarme menos —le aseguró Narstil al rufián en apariencia tuerto—. Es la pérdida para mi negocio lo que me preocupa.

—¿Puede entrar y salir de Natayos cualquiera cuando le dé la gana? —preguntó Kalten como si sintiera sólo una leve curiosidad.

—Si llevas una mula cargada de comida o bebida, te recibirán con los brazos abiertos. Cada pocos días envió un carro de bueyes cargado de barriles de cerveza. Ya sabes cuánto les gusta la cerveza a los soldados.

—Oh, sí —asintió Kalten—. He conocido a algunos soldados en mi vida, y para ellos se detiene el mundo cuando alguien abre un barril de cerveza.

—Eso proviene de la capacidad nuestra para controlar la luz que emana del nuestro interior —explicó Cedon—. Lo que llamamos vista está profundamente influido por la luz. El subterfugio no es perfecto. Aparece algún tenue resplandor, y tenemos que estar atentos para que la nuestra sombra no denuncie la presencia nuestra, pero con un cierto cuidado, podemos pasar sin que nos vean.

—Vaya, eso sí que es un contraste interesante —comentó Aphrael—. Los dioses-troll se entrometen con el tiempo, vosotros lo hacéis con la luz. Y yo lo hago con la atención de la gente de la cual deseo ocultarme, pero son todos intentos dirigidos a alcanzar un cierto grado de invisibilidad.

—¿Conocéis a alguien que pueda ser en verdad invisible, divina Aphrael? —inquirió Xanetia.

—Yo no. ¿Y tú, primo?

Edaemus negó con la cabeza.

—Sin embargo, podemos aproximarnos mucho a ello —comentó la diosaniña—. La verdadera invisibilidad probablemente tendrá desventajas. Es una idea muy buena, anari Cedon, pero yo no quiero que Xanetia se ponga en ese tipo de peligro. La quiero demasiado como para dejar que haga eso.

Las mejillas de Xanetia se cubrieron de un leve rubor, y le dirigió a Edaemus una mirada casi culpable. Sephrenia se puso a reír.

—Con honradez, debo ponerlos sobre aviso, Edaemus —comentó—. Guardad bien a los adoradores vuestos. Mi diosa es una famosa ladrona. —Frunció el entrecejo, pensativa—. Si Xanetia pudiera entrar en Sopal sin ser vista, es probable que nos resultara muy útil. Su capacidad para entrar en los pensamientos de los demás le permitirá descubrir en poco tiempo si Ehlana está o no allí. Si está, podremos dar los pasos que creamos convenientes. En caso contrario, sabremos que Sopal no es más que otra maniobra de diversión.

Cedon miró a Edaemus.

—Creo, amado, que tendremos que extender la nuestra implicación en el mundo que nos rodea, más allá de lo planeado al principio. La preocupación de Anakha por la seguridad de la esposa suya, adquiere prioridad por sobre todas las cosas, y la promesa que nos hizo estará en peligro hasta tanto haya regresado sana y salva.

Edaemus suspiró.

—Puede que sea como vos lo decís, anari mío. A pesar de que aquesto me despierta inquietud, paréceme que tendremos que dejar a un lado la repugnancia nuestra y unirnos a la búsqueda de la esposa de Anakha, prestándole la ayuda que tengamos en nuestro poder.

—¿Estás de verdad seguro de que quieres involucrarte en esto, Edaemus? —le preguntó Aphrael—. ¿De verdad, de verdad, seguro?

—Ya lo he dicho, Aphrael.

—¿No sientes ni la más ligera curiosidad respecto al porqué de que me preocupe tanto por la suerte de un par de elenios? Los elenios tienen su propio dios, ya lo sabes. ¿Por qué imaginas que yo podría estar tan interesada en ellos?

—¿Por qué siempre os gusta hablar con circunloquios y rodeos, Aphrael?

—Porque me encanta sorprender a los demás —contestó ella con dulzura—. De verdad, quiero darte las gracias por tu preocupación respecto al bienestar de mi madre y mi padre, primo. Me has tocado el corazón mismo.

Él la contempló con mudo asombro.

—¡No ficisteis tal cosa! —jadeó. Ella se encogió de hombros.

—Alguno de nosotros tenía que hacerlo. Alguien tenía que mantenerle la vista encima al Bhelliom. Anakha es una criatura del Bhelliom, pero mientras yo tenga su corazón en la mano, podré más o menos controlar las cosas que hace.

—¡Pero ellos son elenios!

—Oh, haz el favor de crecer, Edaemus. Elenios, estirianos, delfaes... ¿qué diferencia hay? Puedes quererlos a todos si no tienes el corazón cerrado.

—¡Pero ellos comen cerdo!

—Ya lo sé —replicó ella, con un estremecimiento—. Créeme, ya lo sé. Es una de las cosas en las que he estado trabajando.

Senga era un bandido de buen natural, cuyos orígenes raciales estaban tan mezclados que nadie podía saber a ciencia cierta qué era. Sonreía mucho, era escandaloso y tenía una risa contagiosa. A Kalten le caía bien, y Senga parecía haber hallado un espíritu afín en el forajido al que conocía como Col. Estaba riendo a carcajadas mientras atravesaba el desordenado campamento de Narstil donde los muebles y otros objetos caseros se hallaban desparramados en enormes pilas desorganizadas sobre el suelo desnudo.

—Heh, Col —gritó al aproximarse al árbol donde Kalten, Caalador y Bevier habían plantado su tienda—. Tendrías que haber venido con nosotros. Un carro de bueyes cargado de cerveza te abre todas las puertas de Natayos.

—Los ejércitos me ponen nervioso, Senga —replicó Kalten—. Los oficiales siempre están intentando alistarte... y los generales, como grupo, tienden a ser excesivamente moralistas para mi gusto. Por alguna razón, el término «estado de guerra» me hiela la sangre.

—Scarpa creció en una taberna, amigo mío —le aseguró Senga—, y su madre era una puta, así que está acostumbrado al otro lado de la moneda de la naturaleza humana.

—¿Qué tal lo has vendido? —preguntó Kalten.

Senga sonrió, puso los ojos en blanco e hizo balancear una pesada bolsa de dinero.

—Lo bastante bien como para hacer que considere el renunciar al delito y abrir mi propia destilería. El único problema que tiene eso es que nuestros amigos de Natayos probablemente no permanecerán allí demasiado tiempo. Si

pongo una destilería y mis clientes se marchan todos a hacerse matar por los atanes, es probable que acabe teniendo que beberme yo toda la cerveza, y nadie puede tener tanta sed como para eso.

—Vaya. ¿Qué te hace pensar que los rebeldes están preparándose para marcharse?

—Nada muy específico —replicó Senga mientras se tendía en el suelo y le ofrecía a Kalten su pellejo de vino—. Scarpa ha estado ausente durante las últimas semanas. Él y dos o tres elenios salieron de Natayos el mes pasado, y ninguno de los que habló conmigo sabía adónde habían ido ni por qué.

Kalten cuidó mucho en mantener una expresión desinteresada.

—He oído decir que está loco. Los locos no necesitan razones para hacer las cosas que hacen ni ir a los sitios a los que van.

—Scarpa está bastante loco, de acuerdo, pero no dudes de que puede arrastrar a esos rebeldes suyos al frenesí. Cuando decide dar un discurso, es mejor que busques un lugar cómodo en el que sentarte, porque probablemente estarás allí durante seis horas como mínimo. De todas formas, el caso es que él se había marchado hace bastante, y su ejército estaba preparándose para pasar el invierno. Todo eso ha cambiado ahora, con su regreso.

Kalten se puso muy alerta.

—¿Ha regresado?

—Ya lo creo que sí, amigo mío. Venga, dame un trago. —Senga levantó el pellejo de vino y lo volcó, dirigiendo el largo chorro de líquido al interior de su boca. Luego se enjugó los labios con el reverso de la mano—. Él y esos amigos elenios suyos llegaron a caballo a Natayos no hace aún cuatro días. He oído decir que traían con ellos a un par de mujeres.

Kalten se dejó caer al suelo y fingió ajustarse el cinturón de la espada para ocultar su emoción.

—Creía que Scarpa odiaba a las mujeres —comentó, intentando que su voz tuviera un tono de indiferencia.

—Oh, ya lo creo que las odia, amigo mío, pero por lo que he oído decir, esas dos mujeres no eran unos simples juguetes que hubiera recogido por el camino. Iban con las manos atadas, para empezar, y el tipo con el que hablé dijo que estaban un poco sucias pero que en realidad no tenían aspecto de mozas de taberna. No pudo mirarlas bien porque Scarpa las arrojó al interior de una casa que aparentemente han estado arreglando para alguien muy especial, muebles elegantes, alfombras en los suelos y esas cosas.

—¿Había algo inusual en ellas? —Kalten casi contuvo la respiración.

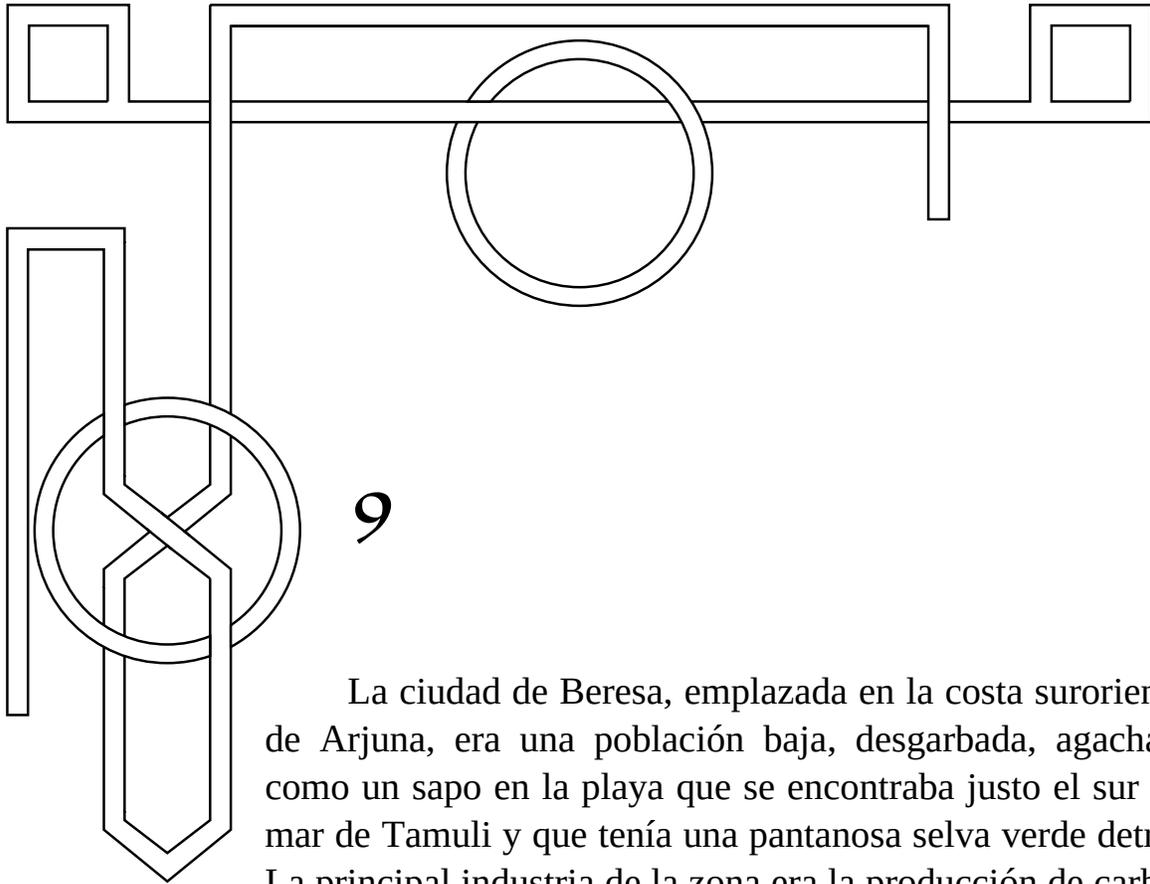
Senga se encogió levemente de hombros y bebió otro trago.

—Simplemente el hecho de que no eran tratadas como las ordinarias seguidoras de campamentos militares, supongo —replicó.

—¿Qué quería decirte?

Esta vez Kalten sí que contuvo la respiración.

—Ah, sí —prosiguió Senga—, ahora me acuerdo. El tipo ha dicho que esas dos mujeres que Scarpa se tomó tantas molestias para invitar a Natayos, eran elenias. ¿No te parece raro?



La ciudad de Beresa, emplazada en la costa suroriental de Arjuna, era una población baja, desgarrada, agachada como un sapo en la playa que se encontraba justo el sur del mar de Tamuli y que tenía una pantanosa selva verde detrás. La principal industria de la zona era la producción de carbón vegetal, y el humo acre flotaba en el húmedo aire de Beresa como una maldición.

El capitán Sorgi echó el ancla, a una cierta distancia de los muelles, y bajó a tierra para consultar con el práctico del puerto.

Falquián, Stragen y Talen, con sus blusas de lona, estaban reclinados sobre la borda de babor, mirando hacia su punto de destino por encima del agua apestosa.

—Tengo una idea absolutamente espléndida, Fron —le comentó Stragen a Falquián.

—¿Ah, sí? —replicó el interpelado.

—¿Por qué no saltamos al agua?

—Buen intento, Vymer —comentó Talen entre carcajadas.

A aquellas alturas ya se encontraban más o menos cómodos con sus nombres supuestos.

Falquián volvió la cabeza para asegurarse de que ningún otro miembro de la tripulación estaba cerca.

—Un marinero corriente no se marcharía sin recoger su paga. Será mejor no

hacer nada que atraiga la atención. Lo único que en realidad queda por hacer es descargar la mercancía.

—Bajo la amenaza del látigo del contraamaestre —agregó Stragen con tono lúgubre—. Te aseguro que ese hombre pone a prueba mi control. El solo verlo hace que tenga ganas de matarlo.

—Podemos soportarlo por esta última vez —le dijo Falquián—. Esta ciudad va a estar llena de ojos hostiles. La nota de Krager me ordenaba acudir aquí, y tendrá gente en el lugar para asegurarse de que no intento deslizar refuerzos a sus espaldas.

—Ése podría ser el fallo de todo este plan, Fron —comentó Stragen—. Sorgi sabe que no somos marineros corrientes. ¿Es del tipo de los que se les escapan las cosas?

Falquián negó con la cabeza.

—Sorgi sabe mantener la boca cerrada. Se le pagó para traernos hasta Beresa de manera discreta, y Sorgi siempre hace aquello porque se le paga.

El capitán regresó a últimas horas de aquella tarde, y tras levar anclas el barco se aproximó a uno de los varios muelles que penetraban en el puerto. A la mañana siguiente descargaron la mercancía. El contraamaestre chasqueó su látigo sólo unas pocas veces, y la descarga se realizó con rapidez.

Luego, cuando las bodegas de carga estuvieron todas vacías, los marineros hicieron cola y fueron avanzando por la cubierta donde Sorgi se encontraba sentado ante una mesa pequeña con su libro de notas y sus pilas de monedas. El capitán le daba un pequeño discurso a cada uno al pagarle. Los discursos variaban ligeramente pero el mensaje general era siempre el mismo: «No te metas en líos y regresa a tiempo al barco. No vamos a esperarte cuando llegue el momento de hacerse a la mar». No cambió el mensaje cuando les pagó a Falquián y sus amigos, y su rostro no traicionó en forma alguna el hecho de que fueran algo más que miembros corrientes de la tripulación.

Falquián y sus dos compañeros descendieron por la pasarela con sus sacos de mar al hombro y una buena cantidad de expectación.

—Ahora veo por qué los marineros son tan alborotadores cuando llegan a puerto —comentó Falquián—. No ha sido un viaje del otro mundo, en verdad, pero yo todavía siento el poderoso impulso de salir corriendo.

—¿Hacia dónde? —le preguntó Talen cuando llegaron a la calle.

—Hay una posada que se llama el Descanso del Marino —replicó Stragen—. Se supone que es un lugar limpio y tranquilo, alejado de la principal zona de

batalla de la orilla propiamente dicha. Nos proporcionaría una base de operaciones desde la cual trabajar.

El sol comenzaba justo a ponerse cuando pasaron por las ruidosas y pestilentes calles de Beresa. Los edificios estaban contruidos en su mayor parte con troncos desbastados, dado que la piedra era escasa en aquel fangoso delta del río Arjun; los troncos parecían haber sido atacados por la podredumbre de la humedad casi antes de que los colocaran. El musgo y los hongos crecían por todas partes, y el aire estaba preñado de helada humedad y del humo acre de las carboneras que había fuera de la ciudad. Los arjunis que había por las calles eran notablemente más atezados que sus primos tamules del norte; tenían ojos taimados, e incluso sus paseos más casuales por las fangosas calles de su desgarrada ciudad parecían algo furtivos.

Falquián murmuró un hechizo mientras caminaban por la deslucida calle, y lo dejó en libertad con mucho cuidado, para no alertar a los observadores que creía firmemente que se encontraban por los alrededores.

—¿Y bien? —pregunto Talen.

Talen llevaba junto a Falquián el tiempo suficiente como para reconocer los signos cuando el enorme pandion estaba haciendo magia.

—Están por Falquián. Tres de ellos, según puedo captar.

—¿Se están fijando en nosotros? —preguntó Stragen con voz tensa.

Falquián negó con la cabeza.

—Su atención está algo así como generalizada. No son estirianos, así que no sabrán que los he estado buscando. Continuemos nuestro camino. Si comienzan a seguirnos, te lo haré saber.

El Descanso del Marinero era una posada cuadrada y limpia, festoneada con redes de pesca y decoraciones náuticas. La dirigía un fornido capitán retirado y su igualmente robusta esposa. No toleraban ninguna tontería bajo su techo, y le recitaban una larga lista de las reglas de la casa a cada inquilino potencial antes de aceptar su dinero. Falquián no había siquiera oído hablar de algunas de las cosas que estaban prohibidas.

—¿Hacia dónde, ahora? —inquirió Talen después de dejar los sacos de mar en la habitación y salir nuevamente a la fangosa calle.

—Regresamos a la línea costera —replicó Stragen—. El jefe de los ladrones locales es un hombre llamado Estokin. Trata mucho con contrabandistas y con marineros que ratean cosas de las bodegas. Tengo una carta de Caalador. Por lo que respecta a lo evidente, estamos aquí para asegurarnos de que durante el

festival de la cosecha hizo el trabajo por el que se le pagó. La gente no suele confiar en los arjunis, así que Estokin no se sorprenderá de vernos.

Estokin era un arjuni que evidentemente había estado destinado al delito desde el día en que nació. Tenía lo que quizás era el rostro más malvado que Falquián había visto en toda su vida. Su ojo izquierdo miraba furtivamente, de manera constante, hacia una dirección noreste, y sufría una bizquera pronunciada. Tenía una barba rala y despeinada, y la piel manchada por una enfermedad escamosa. Se rascaba la cara casi de continuo, haciendo caer copos como un cielo de invierno. Su voz aguda y nasal se parecía mucho al gemido de un mosquito hambriento, y apestaba a ajo, vino barato y arenque en escabeche.

—¿Está acusándome Caalador de engañarle, Vymer? —exigió saber con bastantes aspavientos de indignación.

—Por supuesto que no. —Stragen se repantigó en la desvencijada silla de la habitación del fondo que había en la apestosa tasca del puerto—. Si pensara que habías hecho eso, ya estarías muerto. Sólo quiere saber si se nos ha pasado alguien por alto, eso es todo. ¿Se molestó particularmente alguien de la localidad cuando comenzaron a aparecer los cadáveres?

Estokin bizqueó mirando a Stragen con el ojo sano.

—¿Qué vale esa información para él? —regateó.

—Se nos ha dicho que te dejáramos vivir si cooperabas —le contestó Stragen con voz indiferente.

—No puedes amenazarme así, Vymer —fanfarroneó Estokin.

—No estaba amenazándote, viejo amigo. Sólo estaba comentándote cómo están las cosas. ¿Quién se puso nervioso en Beresa después de los asesinatos?

—No muchos, en realidad. —Era evidente que los gélidos modales de Stragen habían persuadido a Estokin de comportarse correctamente—. Hubo un estiriano que se mostró bastante liberal con su dinero antes del festival de la cosecha.

—¿Qué compraba?

—Información, en su mayor parte. Estaba en la lista que me entregó Caalador, pero consiguió escaparse..., se marchó a caballo hacia la selva. Tengo a un par de degolladores locales sobre su pista.

—Me gustaría hablar con él antes de que lo enviaran a dormir.

—No hay muchas probabilidades, Vymer. A estas alturas ya se habrán internado mucho en la espesura. —Estokin se rascó la frente, haciendo caer otra descarga de nieve—. No estoy seguro de por qué Caalador quería que

matáramos a toda esa gente —dijo—, y en realidad no quiero saberlo, pero me han llegado uno o dos soplos de política, y aquí en Arjuna eso significa Scarpa. Puede que sea mejor que advirtáis a Caalador que vaya con mucho cuidado. He hablado con algunos desertores de ese ejército rebelde que hay en la selva. Todos hemos oído historias referentes a lo loco que está Scarpa, pero déjame que te diga una cosa, amigo mío, esas historias no se acercan siquiera a la realidad. Si sólo la mitad de lo que he oído es cierto, Scarpa es el hombre más loco que ha vivido jamás.

El estómago de Falquián dio un vuelco, y luego se asentó en un frío nudo.

—¿Padre?

Falquián se sentó de prisa en la cama.

—¿Estás despierto? —preguntó la diosa-niña, con una voz que le rugía en la mente.

—Por supuesto. Por favor, baja un poco la voz. Me estás dando dentera.

—Quería asegurarme de que me prestabas atención. Han sucedido algunas cosas. Berit y Khalad recibieron nuevas instrucciones de Krager. Ahora deben acudir a Sopal en lugar de venir aquí, a Beresa.

Falquián imprecó.

—Por favor, no utilices ese tipo de lenguaje, padre. Yo apenas soy una niña, ¿sabes?

Él hizo caso omiso de esa observación.

—¿El intercambio va a tener lugar en Sopal?

—Es difícil decirlo. También Bevier ha estado en contacto conmigo. Kalten ha hablado con un forajido que vende cerveza a los soldados de Natayos, y dice que Scarpa ha regresado allí. Luego el forajido le dijo a Kalten que Scarpa llevaba consigo dos mujeres elenias cuando regresó.

El corazón de Falquián dio un salto.

—¿Estaba seguro?

—Kalten cree que sí. El tipo no tenía ninguna razón para mentir al respecto. Por supuesto que el mercader de cerveza de Kalten no las vio con sus propios ojos, así que no alientes demasiado tus esperanzas. Podría tratarse de una historia muy bien urdida. Zalasta se encuentra en Natayos, y podría estar intentando atraerte hacia allí, y tratando de hacer que pongas al descubierto cualquier secreto que puedas tener en la manga. Te conoce lo bastante como para saber que tú intentarás hacer algo que él no espere.

—¿Hay alguna manera de que puedas averiguar con seguridad si tu madre se

halla en Natayos?

—Me temo que no. Podría deslizarme cerca de Scarpa con bastante facilidad, pero Zalasta sentiría mi presencia de inmediato. Es demasiado arriesgado.

—¿Qué más está sucediendo?

—Ulath y Tynian han llegado hasta los dioses-troll. Ghnomb va a llevarlos hasta Sopal en el tiempo congelado al que tanta afición le tiene, y estarán allí cuando lleguen Berit y Khalad. Ghnomb conoce otra forma de jugar con el tiempo, así que va a hacer saltar a Ulath y Tynian de un momento a otro. Resulta un poco complicado, pero los dos estarán allí, observando, y nadie será capaz de verlos. Si Scarpa y Zalasta intentan realizar el intercambio en Sopal, Tynian y Ulath estarán encima de ellos para rescatar a madre y Alean.

—Zalasta puede seguirlos al momento congelado, ya lo sabes.

—Eso realmente no lo compensará, padre. Khwaj se puso furibundo cuando se enteró de lo de madre, así que estará acechando en el No-Tiempo. Si Zalasta intenta seguir a Ulath y Tynian, Khwaj le prenderá fuego... y el fuego nunca se apagará.

—Podría aprender a sentir afecto por Khwaj.

—Sephrenia y Xanetia se encuentran en Delfaeus —prosiguió Aphrael—. Edaemus está muy pesado, pero las noticias sobre Klæl le sacudieron el árbol, así que probablemente podré seducirlo para que baje de entre las ramas. Él sabe que el cautiverio de madre pone en peligro el acuerdo que hiciste con Cedon, así que ha acordado ayudarnos a rescatarla. Continuaré trabajando sobre él. Si consigo empujarlo un poquitín más, podría llegar a permitir que los delfaes salgan del valle. Podrían sernos de una enorme utilidad.

—¿Por qué no me contaste antes todo esto?

—¿Qué habrías hecho tú si te lo hubiera contado, Falquián? ¿Saltar por la borda del barco de Sorgi y nadar hasta la orilla?

—Necesito saber estas cosas en el momento en que suceden, Aphrael.

—¿Para qué? Deja que yo me haga cargo de las angustias y las preocupaciones, Falquián. Lo único que esas cosas consiguen es ponerte de mal humor.

Él dejó pasar la observación.

—Le contaré esto al Bhelliom.

—¡Ni se te ocurra! No nos atrevemos a abrir esa caja. Cyrgon o Klæl sentirían de inmediato la presencia del Bhelliom si hicieras eso.

—¿Es que no lo sabías? —le preguntó él con dulzura—. No tengo que abrir

la caja para hablar con el Bhelliom. Podemos hablar el uno con el otro a través del oro.

—¿Por qué no me lo habías contado?

—¿Qué podrías haber hecho tú si te lo hubiera contado? ¿Saltar al mar y nadar tras el barco de Sorgi?

Se produjo un largo instante de silencio.

—Disfrutas de verdad dándole la vuelta a mis propias palabras y arrojándomelas de esa manera a la cara, ¿verdad que sí, Falquián?

—Naturalmente. ¿Hay algo más que quieras compartir conmigo, divina Aphrael?

Pero la sensación de la presencia de ella había desaparecido, dejando tras de sí sólo un pequeño silencio ofendido.

—¿Dónde está... eh... Vymer? —le preguntó Falquián a Talen cuando el muchacho entró en la habitación unos momentos más tarde.

—Ha salido para encargarse de algo —replicó Talen, evasivo.

—¿Encargarse de qué?

—Me ha pedido que no te lo diga.

—Muy bien, pues voy a pedirte que hagas caso omiso de él... y yo estoy aquí mismo, donde puedo ponerte las manos encima.

—Ésa es una forma cruda de poner las cosas.

—Nadie es perfecto. ¿Qué se trae entre manos?

Talen suspiró.

—Uno de los hombres de Estokin ha pasado por aquí..., justo después de que subieras a meterte en la cama. Dijo que había tres elenios en la ciudad que estaban haciendo saber que pagaban buen dinero por cualquier información referente a forasteros que aparentemente estuvieran instalándose para pasar una larga temporada. Vymer decidió ir a echarles un vistazo. —Talen hizo una pausa y dirigió una mirada significativa a las paredes de la pequeña habitación—. Calculo que es probable que quiera averiguar qué quieren decir exactamente con «buen dinero». Ya sabes cómo es Vymer cuando puede sacarse provecho de algo.

—Tendría que habérmelo dicho —replicó Falquián, cauteloso—. Yo no soy más alérgico que él a los beneficios rápidos.

—El compartir las cosas no es uno de los puntos fuertes de Vymer, Fron. —Talen se tocó una oreja y luego se llevó un dedo a los labios—. ¿Qué te parece si salimos a ver si podemos encontrarlo?

—Buena idea. —Falquián se apresuró a vestirse, y los dos bajaron las escaleras y salieron a la calle.

—Acabo de tener una experiencia religiosa —murmuró Falquián mientras entraban en la ruidosa zona cercana a los muelles.

—¿Ah, sí?

—Una de esas visitaciones divinas.

—Ah. ¿Qué tenía que decir tu visitante divino?

—Un amigo nuestro que tiene la nariz rota recibió una nueva nota de esas. Se le ha dicho que se dirija a Sopal en lugar de acudir aquí.

Talen murmuró una imprecación bastante horrible.

—Mis sentimientos son los mismos con toda exactitud. ¿No es Vymer ese que sube por la calle?

Falquián señaló a un hombre rubio que llevaba una camisa manchada de brea y avanzaba hacia ellos dando tumbos.

Talen entrecerró los ojos.

—Creo que tienes razón. —Hizo una mueca—. Las damas que han cambiado las cosas puede que hayan ido un poco demasiado lejos. Ya ni siquiera camina de la misma forma.

—¿Qué estáis haciendo vosotros dos fuera a estas altas horas? —les preguntó Stragen al reunirse con ellos.

—Nos sentíamos solos —replicó Falquián en un tono de voz monótono.

—¿Por mí? Me siento conmovido. Vayamos a dar un paseo por la playa, amigos míos. Me encuentro anhelante del aroma del agua salada... y el hermoso sonido de las olas rompiendo en la arena.

Continuaron hasta dejar atrás los últimos muelles, y luego salieron a la arena. Las nubes habían sido arrastradas por el viento, y la luna estaba muy brillante. Llegaron al borde del agua y se detuvieron a contemplar las largas crestas de las olas que llegaban desde el mar de Tamul y rompían ruidosamente en la arena mojada.

—¿En qué te has metido, Stragen? —exigió saber Falquián, sin preámbulos.

—En negocios, viejo amigo. Acabo de alistarnos a los tres en el servicio de inteligencia del otro bando.

—¿Que has hecho qué?

—Los tres cuya presencia sentiste al llegar aquí, necesitaban algunos buenos hombres. Yo les ofrecí voluntariamente nuestros servicios.

—¿Es que has perdido el seso?

—Por supuesto que no. Piénsalo un poco, Falquián. ¿Qué mejor forma existe de reunir información? Nuestra celebración del festival de la cosecha ha diezmando drásticamente las filas enemigas, así que no pueden permitirse ser melindrosos. Pagué a Estokin para que respondiera por nosotros, y luego les conté algunas mentiras. Esperan que un cierto caballero Falquián inunde la ciudad con gente de vista aguda. Se supone que debemos informarles de cualquiera que actúe de forma algo sospechosa. Yo les he proporcionado un sospechoso selecto.

—¿Ah, sí? ¿Y quién es?

—El contraamaestre del capitán Sorgi..., ya sabes, el tipo ese del látigo.

Falquián estalló en repentinas carcajadas.

—Eso es algo verdaderamente malvado de hacer, Stragen.

—Pues a mí me gusta mucho.

—Aphrael ha estado de visita —comentó Talen—. Le dijo a Falquián que a Berit y mi hermano les han ordenado cambiar de dirección. Ahora deben acudir a Sopal, en la costa del mar de Arjun.

Stragen profirió una imprecación.

—Eso ya lo he dicho yo —le informó Talen.

—Probablemente deberíamos haber esperado algo así —reflexionó Falquián—. Krager trabaja para el otro bando, pero nos conoce lo bastante como para prever algunas de las cosas que podríamos intentar hacer. —De pronto, se dio un golpe en una palma con el puño de la otra mano—. ¡Ojalá pudiera hablar con Sephrenia!

—Puedes hacerlo, por lo que yo recuerdo —dijo Stragen—. ¿No arregló Aphrael las cosas en una ocasión, para que tú y Sephrenia pudierais hablar cuando ella estaba en Sarsos y tú en Cimmura?

En ese instante, Falquián se sintió más que un poco tonto.

—Me había olvidado de eso —admitió.

—No te preocupes, viejo amigo —lo excusó Stragen—. Tienes demasiadas cosas en la cabeza. ¿Qué tal si mantienes una conversación con su Divina Caprichito, y ves si puede organizar un consejo de guerra en alguna parte? Creo que podría ser el momento de celebrar una buena reunión a la vieja usanza.

Falquián supo dónde estaba antes de abrir siquiera los ojos. La fragancia de las flores silvestres y los árboles florecidos identificaron inmediatamente la eterna

primavera de la realidad privada propia de Aphrael.

—¿Estáis ya despierto, Anakha? —le preguntó la cierva blanca, tocándole una mano con el hocico.

—Sí, gentil criatura —replicó él, abriendo los ojos y acariciándole un flanco del rostro. Volvía a encontrarse en el pabellón y miró por las cortinas abiertas hacia el prado tachonado de flores, el chispeante mar azul y el cielo coloreado por el arco iris en lo alto.

—Los demás aguardan la llegada vuesa en el islote —le informó la cierva.

—En ese caso, debemos apresurarnos —contestó él mientras se levantaba de la cama. La siguió fuera del pabellón al prado donde una tigresa blanca observaba con indulgencia los torpes juegos de sus cachorros de patas desproporcionadamente grandes. Falquián se preguntó, más bien ociosamente, si aquéllos serían los mismos cachorros que la tigresa había estado cuidando desde la primera vez que él visitó aquel reino encantado, media docena de años antes.

—Bueno, por supuesto que lo son, Falquián —le murmuró la voz de Aphrael al oído—. Aquí nunca cambia nada.

Él sonrió.

La cierva blanca lo condujo al bote hermoso y nada práctico, una embarcación con proa en forma de cuello de cisne que navegaba con velas como alas, adornos elaborados y una parte tan grande de ella por encima de la línea de flotación que la más ligera brisa la habría hecho volcar de haber existido en el mundo real.

—Críticón —lo acusó la voz de Aphrael.

—Éste es tu sueño, divina Aphrael. Puedes poner en él cualquier imposibilidad que te apetezca.

—¡Oh, gracias, Falquián! —replicó ella con efusiva ironía.

La pequeña isla de color verde esmeralda, coronada por añosos robles y el templo de alabastro de Aphrael, anidaba en el mar de zafiro; el bote de cuello de cisne tocó la playa dorada en cuestión de minutos. Falquián miró el entorno mientras descendía a la arena. Los disfraces que la mayoría de ellos llevaban en el mundo real habían sido desechados, y todos tenían sus propios rostros en aquel sueño eterno. Algunos ya habían estado allí en otras ocasiones. Eran, de todos los que se hallaban tendidos sobre la lozana hierba que alfombraba las laderas de la isla encantada, los que no tenían expresiones de aturdimiento maravillado.

La diosa-niña y Sephrenia se hallaban sentadas en un banco de alabastro del

templo. La expresión de Aphrael era pensativa, y estaba tocando una compleja melodía estiriana en clave menor con su flauta de pan.

—¿Qué te ha retenido, Falquián? —preguntó ella, apartándose el tosco instrumento de los labios.

—La persona encargada de la organización de mi viaje me hizo realizar una excursión imprevista —replicó él—. ¿Estamos todos?

—Todos los que supuestamente deben estar. Subid aquí, y comencemos.

Subieron la ladera hasta el templo.

—¿Dónde se encuentra este lugar? —preguntó Sarabian con voz reverente.

—Aphrael lo lleva en la mente, majestad —replicó Vanion—. Nos invita a acudir aquí de vez en cuando. Le gusta lucirlo.

—No seas insultante, Vanion —lo reprendió la diosa-niña.

—Pero bueno, ¿que no es cierto?

—Por supuesto, pero no es educado salir y decirlo de esa manera.

—Por alguna razón, me siento diferente en este lugar —observó Caalador—.

Algo mejor.

Vanion sonrió.

—Es un lugar muy saludable, amigo mío —dijo—. Yo estaba gravemente enfermo al acabar la guerra de Zemoch..., en realidad, me estaba muriendo. Aphrael me trajo aquí durante un mes, más o menos, y estaba asquerosamente sano cuando me marché.

Todos llegaron al pequeño templo y tomaron asiento en los bancos de mármol que rodeaban el perímetro columnado. Falquián recorrió los alrededores con los ojos, frunciendo el entrecejo.

—¿Dónde está Emban? —le preguntó a la anfitriona.

—No habría sido correcto para él acudir aquí, Falquián. Vuestro dios elenio hace excepciones en el caso de los caballeros de la iglesia, pero probablemente le daría una pataleta si yo trajera aquí a uno de los patriarcas de su iglesia. Tampoco invité a los atanes... ni a los pelois. —La diosa-niña sonrió—. Ninguno de los dos grupos se siente cómodo con la idea de la diversidad religiosa, y este lugar los confundiría, con toda probabilidad. —Puso los ojos en blanco—. No podrías ni creer el tiempo que me llevó convencer a Edaemus de que le permitiera a Xanetia venir conmigo. No aprueba mi forma de ser. Piensa que soy frívola.

—¿Tú? —Falquián fingió una cierta sorpresa—. ¿Cómo es posible que crea algo semejante?

—Pongámonos a trabajar —dijo Sephrenia—. ¿Por qué no empiezas tú, Berit? Todos sabemos lo que sucedió en términos generales, pero desconocemos los detalles.

—Sí, mi señora Sephrenia —replicó el joven caballero—. Khalad y yo bajábamos por la costa, y habían estado observándonos desde el momento en que llegamos a la orilla. Utilicé el hechizo e identifiqué al observador como estiriano. Después de varios días acudió a vernos y nos entregó otra de esas notas de Krager. La nota nos decía que continuáramos bajando por la costa, pero que una vez hubiésemos pasado las montañas de Tamul, teníamos que continuar campo a través en dirección a Sopal, en lugar de seguir hacia el sur. La nota decía que allí recibiríamos más instrucciones. No cabe duda de que procedía de Krager. Dentro había otro mechón del cabello de la reina Ehlana.

—Voy a hablar con Krager de eso cuando le dé alcance —declaró Khalad con tono ominoso—. Quiero asegurarme de que sepa cuán a mal nos tomamos el que toque siquiera el pelo de la reina. Confía en mí, Falquián. Antes de que haya acabado con él, va a lamentarlo... profundamente.

—Tengo una enorme confianza en ti, Khalad —replicó Falquián.

—Ah —dijo entonces, Khalad—, hay algo de lo que casi me olvido. ¿Conoce alguien un sistema para hacer que uno de nuestros caballos cojee... sin hacerle daño de verdad? Creo que a Berit y a mí nos interesaría aminorar la marcha de vez en cuando sin despertar sospechas. Un caballo que cojea intermitentemente explicaría la lentitud a los ojos de quienes nos observan.

—Yo hablaré con *Faran* —prometió Aphrael.

—No tendréis necesidad de cojear camino de Sopal —le aseguró Ulath a Khalad—. Ghnomb va a encargarse de que Tynian y yo estemos allí mucho antes de vuestra llegada. Puede que seáis capaces de vernos al llegar allí, pero puede que no. Estoy teniendo algunos problemas para explicarles ciertas cosas a los dioses-troll. De todas formas, nosotros podremos verlos a vosotros. Si no consigo que Ghnomb lo entienda, te deslizaré una nota en el bolsillo.

—Si llegamos a salir a la vista, te encantará nuestro compañero de viaje —declaró Tynian entre risas.

Berit le dirigió una mirada perpleja.

—¿Quién es, caballero Tynian?

—Bhlok. Es un troll.

—Es idea de Ghnomb —explicó Ulath—. Yo tengo que pasar por una pequeña ceremonia antes de poder hablar con los dioses-troll. Bhlok no tiene

esa necesidad. Él acelera las comunicaciones. En cualquier caso, estaremos allí y fuera de la vista. Si Scarpa y Zalasta intentan realizar el intercambio, en Sopal, nosotros saldremos del No-Tiempo, os cogemos a todos y volveremos a desaparecer.

—Eso, suponiendo que lleven a la reina Ehlana a Sopal para llevar a cabo el intercambio —dijo Itagne—. Sin embargo, tenemos algunos datos que no indican eso. El caballero Kalten recogió un rumor que asegura que Scarpa retiene a la reina y su camarera en Natayos.

—Yo no estaría dispuesto a apostar la hacienda por ello, excelencia —declaró Kalten—. Es una información de segunda mano, en el mejor de los casos. Creo que el tipo que habló conmigo no es lo bastante inteligente como para inventarse historias, y no tenía ninguna razón para mentirme. Pero obtuvo esa información de otra persona, y eso hace que todo el asunto sea poco sólido.

—Has puesto el dedo sobre el problema, caballero Kalten —dijo Sarabian—. Los soldados son más chismosos que las mujeres. —Se tironeó del lóbulo de una oreja y miró el cielo de irisados colores—. Los del otro bando saben que yo no dependía completamente del ministerio del Interior para obtener información, así que esperan que tenga oídos en Natayos. Esa historia que el caballero Kalten oyó podría haber sido urdida para nosotros. Príncipe Falquián, ¿existe alguna forma de que podáis utilizar el Bhelliom para confirmar el rumor?

—Es demasiado peligroso —declaró Sephrenia de forma terminante—. Zalasta se enteraría de inmediato si Falquián hiciera eso.

—Yo no estoy tan seguro, pequeña madre —disintió Falquián—. No fue hasta muy recientemente que descubrimos que el oro no aísla del todo al Bhelliom. Comienzo a tener la poderosa sensación de que una gran parte de lo que creíamos saber sobre el Bhelliom son puros errores. Es evidente que los anillos no significan absolutamente nada, excepto, quizá, como medio de comunicación..., y tampoco la caja de oro parece ser relevante. Podría tratarse de una idea fomentada por el Bhelliom para evitar que lo encerrásemos en hierro. Es una conjetura, pero yo diría que el contacto con el hierro aún le resulta doloroso, aunque no es tan seguro que le resulte lo bastante doloroso como para encerrarlo de verdad.

—Falquián tiene razón, ¿sabes? —le aseguró Aphrael a su hermana—. Una gran parte de lo que sabemos respecto al Bhelliom nos llegó a través de Ghwerig, y el Bhelliom tenía un control absoluto sobre él. Nuestro error ha consistido en creer que Ghwerig sabía de qué estaba hablando.

—Eso continúa sin responder a la pregunta de si debemos utilizar al Bhelliom para investigar lo que sucede en Natayos —reflexionó Falquián—, y no es el tipo de cosas con las que a mí me gustaría experimentar.

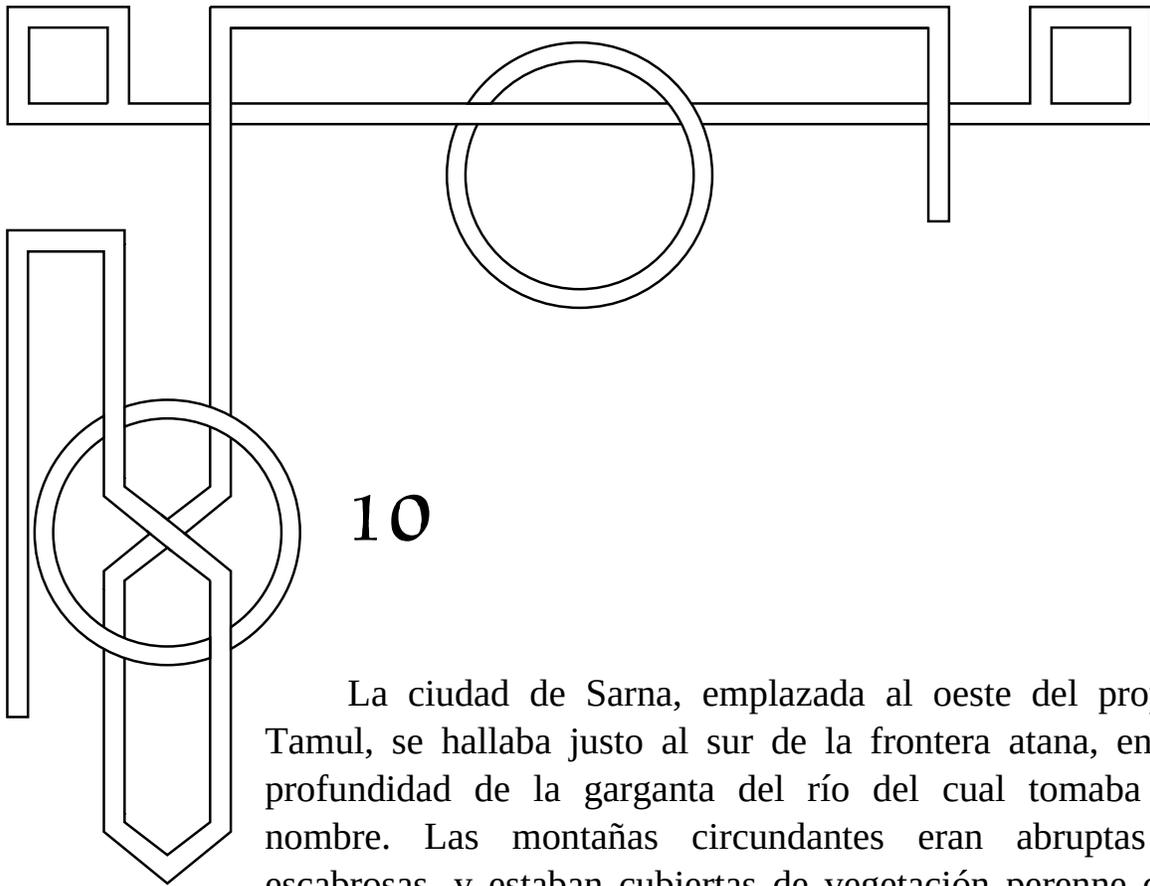
—Yo acudiré a Natayos —declaró Xanetia con voz queda—. La mi intención había sido la de acudir a Sopal sin ser vista, pero el caballero Tynian y el caballero Ulath se encontrarán en la ciudad, y podremos determinar si la reina está en verdad allí. En su lugar, acudiré yo a Natayos y buscaré en aquestas ruinas.

—¡Ni pensarlo! —exclamó Sarabian—. Yo te lo prohíbo.

—Yo no soy la vuesa súbdita, Sarabian de Tamuli —le recordó ella—. Pero no temáis. No hay peligro alguno para mí. Nadie sabrá que estoy allí, y podré entrar en las testas de aquellos que estén cerca y compartir los pensamientos suyos. Con presteza podré saber si la reina y su camarera se encuentran en Natayos. Ése es el tipo de servicio que ofrecimos cuando cerramos el nuestro pacto con Anakha.

—Es demasiado peligroso —insistió él, testarudo.

—Se me parece que vos habéis olvidado el otro mío don, Sarabian de Tamuli —le respondió ella con absoluta firmeza—. La maldición de Edaemus continúa sobre mí, y mi toque es todavía mortal si yo lo decido. No temáis por mí, Sarabian, porque si la necesidad me obligara a ello, podría yo esparcir la muerte y el terror por Natayos. Aunque cáusame dolor el confesarlo, puedo convertir a Natayos una vez más en un baldío, una ruina llena de malas hierbas y poblada sólo por los muertos.



## 10

La ciudad de Sarna, emplazada al oeste del propio Tamul, se hallaba justo al sur de la frontera atana, en la profundidad de la garganta del río del cual tomaba su nombre. Las montañas circundantes eran abruptas y escabrosas, y estaban cubiertas de vegetación perenne que susurraba interminablemente en el viento reinante que descendía de los territorios salvajes del norte. Hacía frío, y el cielo plomizo les arrojaba proyectiles de nieve mientras el ejército de caballeros de la iglesia, bajo el mando de Vanion, descendía con lentitud por el largo y empinado camino que conducía a la garganta. Vanion e Itagne, envueltos en sus pesadas capas de pieles, marchaban a la cabeza de la columna.

—Habría preferido con mucho quedarme en la isla de Aphrael —declaró Itagne, temblando, mientras se envolvía más apretadamente en la capa—. Nunca he sido muy aficionado a esta época del año.

—Ya casi hemos llegado, excelencia —replicó Vanion.

—¿Es costumbre salir de campaña en invierno, mi señor Vanion? —preguntó Itagne—. En Eosia, quiero decir.

—Intentamos evitarlo, excelencia —contestó Vanion—. Los lamorks se atacan mutuamente durante el invierno, pero el resto tenemos más sentido común.

—Es un tiempo horroroso para ir a la guerra.

Vanion sonrió débilmente.

—Ya lo creo que lo es, amigo mío, pero no es esa la razón de que lo evitemos. En realidad se trata de un asunto económico. En invierno es más caro salir de campaña porque hay que comprar heno para los caballos. Es el gasto lo que mantiene a los reyes elenios en estado pacífico cuando el suelo está cubierto de nieve. —Vanion se puso de pie en los estribos y espió el camino que se tendía ante ellos—. Betuana nos está esperando —dijo—. Será mejor que bajemos a saludarla.

Itagne asintió con la cabeza y espolearon los caballos hasta un trote.

La reina de los atanes los había dejado en Dasan, al borde oriental de las montañas, para adelantarse. Tenía varias razones muy buenas para hacerlo, por supuesto, pero Vanion sospechaba íntimamente que la decisión se había debido más a la impaciencia que a la necesidad. Betuana era demasiado cortés como para hablar del asunto, pero estaba claro que tenía poca necesidad de caballos y raras veces perdía la oportunidad de adelantarse a ellos. Ella y Engessa, ambos ataviados con pieles de nutria, aguardaban a un lado de la carretera, a un cuarto de legua de la ciudad.

—¿Ha habido algún problema? —preguntó la reina de Atan.

—No, majestad —replicó Vanion, mientras su negra armadura tintineaba al bajar él de la montura—. Hemos sido observados, pero en eso no hay nada insólito. ¿Ha estado sucediendo algo en Cynesga?

—Están avanzando hacia la frontera, Vanion-preceptor —replicó Engessa en voz baja—. No están siendo muy sutiles al respecto. Nos hemos dedicado a cortar sus líneas de suministro y emboscar a sus grupos de exploradores sólo para mantenerlos desequilibrados, pero resulta bastante obvio que planean atravesar las fronteras por la fuerza.

Vanion asintió con la cabeza.

—Entonces, están haciendo más o menos lo que esperábamos. Si te parece bien, majestad, me gustaría ocuparme de que mis hombres se instalasen antes de entrar demasiado en conversación. Siempre puedo pensar mejor cuando ya me he hecho cargo de los detalles.

—Por supuesto —asintió Betuana—. Engessa-atan y yo hemos dispuesto dependencias para ellos. ¿Cuándo saldréis para Samar?

—Mañana o pasado, Betuana-reina. Los pelois de Tikume estarán probablemente un poco dispersos por ahí abajo. Tienen mucho terreno que cubrir.

—He enviado a alguien a Pela en busca de más hombres, Vanion preceptor —informó Engessa—. Dentro de una semana, más o menos, tendréis allí una fuerza cuantiosa.

—Bien. Permitidme volver atrás y apresurar a los caballeros. Tenemos muchas cosas que comentar.

La noche llegó temprano al fondo de la garganta del río Sarna, y ya era noche cerrada para cuando Vanion se reunió con los demás en el Cuartel general de la guarnición atana de la ciudad. Al igual que las estructuras atanas, el edificio era severamente utilitario y carecía de cualquier adorno. La única excepción era la sala en la que se reunieron frente a un enorme mapa que cubría toda la superficie de una pared. Vanion se había bañado a toda prisa, y ahora llevaba ropas civiles. Los años le habían enseñado que la armadura era impresionante e incluso útil a veces, pero nadie había inventado el sistema de hacerla cómoda o de eliminar su olor característico.

—¿Son satisfactorias tus dependencias? —inquirió Betuana con cortesía.

—Muy satisfactorias, majestad —replicó él mientras se acomodaba en un asiento—. ¿Te han informado de los detalles de la reunión que mantuvimos con la diosa-niña?

Ella asintió con la cabeza.

—Itagne-embajador me informó al respecto —replicó ella. Hizo una pausa—. Una siente curiosidad por saber por qué una fue excluida —agregó.

—Por consideraciones teológicas, majestad —le explicó Vanion.

—Según tengo entendido, los dioses tienen una etiqueta exquisitamente compleja en estas situaciones. Aphrael no quiso ofender a tu dios invitando a los hijos de éste a la isla que ella tiene. También hubo otras ausencias bastante evidentes. El emperador Sarabian estaba allí, al igual que el embajador Itagne, pero el ministro de Exteriores, Oscagne, no acudió.

Itagne frunció el ceño.

—El emperador y yo somos escépticos..., supongo que podría decirse que agnósticos..., pero Oscagne es un ateo rematado. ¿Podría eso explicarlo?

—Podría. Se lo preguntaré a Aphrael la próxima vez que hable con ella.

Engessa los miró a todos.

—No vi a Kring-domi cuando nos encontramos con vosotros, Vanion-preceptor —observó.

—Kring y sus hombres viraron hacia Samar muy poco después de que su majestad y tú nos dejarais para adelantaros. Pensaba que sería más útil allí que

aquí, en Sarna..., y ya sabes cómo se sienten los pelois occidentales respecto a las montañas y los bosques. ¿Han hecho los cynesganos alguna incursión al otro lado de la frontera, hasta el momento?

—No, Vanion-preceptor —replicó Engessa—. Están agrupándose en áreas de acuartelamiento y llevando provisiones a las mismas. —Se puso de pie y se acercó al mapa—. Un contingente numeroso salió de Cynesga hace algún tiempo —comentó, señalando la capital cynesgana—. Están estacionados cerca de la frontera, más o menos delante de nosotros, aquí. Otro contingente ha tomado una posición similar respecto a Samar, al otro lado de la frontera.

Vanion asintió con la cabeza.

—Cyrgon se parece más a un general que a un dios, en muchos sentidos. No va a dejar posiciones fortificadas a sus espaldas. Tendrá que neutralizar Samar y Sarna antes de internarse más en el propio Tamul. Yo diría que el contingente con que os enfrentáis aquí tiene órdenes de tomar Sarna, sellar la frontera sur de Atan, y luego girar hacia el norte en dirección a Tualas. Estoy seguro de que prefieren no tener a toda la nación atana descendiendo en muchedumbre desde estas montañas.

—No hay bastantes cynesganos vivos como para mantener cercado a mi pueblo —le aseguró Betuana.

—Estoy seguro de ello, majestad, pero probablemente sí hay los suficientes como para enlentecer vuestra marcha, y Cyrgon puede traer ejércitos del pasado para entorpeceros aún más. —Estudió el mapa, con los labios fruncidos—. Creo que ya veo adónde se dirige —comentó—. Matherion se encuentra en una península, y ese estrecho de tierra a la altura de Tosa es la clave. Si tuviera que apostar, diría que la batalla principal tendrá lugar allí. Scarpa avanzará hacia el norte desde Natayos. Es probable que los cynesganos meridionales tengan planeado capturar Samar, y luego virar hacia la orilla norte del mar de Arjun para reunirse con él en algún lugar próximo a las montañas de Tamul. Desde allí, el ejército combinado puede marchar por la costa oeste del golfo de Micae, hasta Tosa. —Sonrió débilmente—. Por supuesto, hay una sorpresa muy desagradable aguardándolos en las montañas de Tamul. Imagino que antes de que acabe todo esto, Cyrgon estará deseando no haber oído nunca hablar de los trolls.

—Yo enviaré un ejército de Atan septentrional hacia Tosa, Vanion-preceptor —dijo Betuana—, pero dejaré a lo largo de las fronteras meridional y oriental la cantidad suficiente de mi gente como para retener a la mitad de los cynesganos.

—En el entretanto, creo que podremos desbaratar sus preparativos —agregó

Engessa—. Las incursiones al otro lado de la frontera retrasarán el ataque principal.

—Y eso es lo único que necesitamos, en realidad —dijo Vanion, riendo entre dientes—. Si podemos retrasarlos suficientemente, Cyrgon va a encontrarse con cien mil caballeros de la iglesia que traspasan en muchedumbre su frontera occidental. Creo que en ese momento se olvidará de Tosa.

—No te preocupes por él, Fron —le dijo Stragen a Falquián—. Sabe cuidar de sí mismo.

—Creo que a veces nos olvidamos de que es sólo un mozuelo, Vymer. Ni siquiera se afeita aún con regularidad.

—Reldin dejó de ser un mozuelo antes de que comenzara a cambiarle la voz. —Stragen se tendió de espaldas sobre el lecho, con aire reflexivo—. Los que estamos dentro de nuestra particular línea de trabajo, tendemos a perder la infancia —comentó—. Podría haber sido bonito eso de rodar por las laderas y cazar renacuajos, pero... —Se encogió de hombros.

—¿Qué vas a hacer cuando todo esto haya terminado? —le preguntó Falquián—. Suponiendo que sobrevivamos.

—Hay una cierta dama a la que los dos conocemos, que me propuso matrimonio hace algún tiempo. Es parte de un acuerdo de negocios muy atractivo. La idea del matrimonio nunca me ha atraído pero la propuesta de negocios es simplemente demasiado buena como para dejarla escapar.

—Hay algo más, ¿verdad?

—Sí —admitió Stragen—. Después de lo que hizo en Matherion aquella noche, no voy a dejarla que se aparte de mi lado. Es una de las personas más serenas y valientes que jamás haya conocido.

—Lo has notado. —Stragen suspiró—. Me temo que acabaré siendo al menos semirrespetable, amigo mío.

—Sorprendente.

—¿Verdad que sí? Pero, antes, hay este pequeño asunto que quiero arreglar. He pensado en obsequiar a mi amada con la cabeza de un cierto poeta asteliano que ambos conocemos. Si encontrara un buen taxidermista, podría incluso hacerla embalsamar y montar sobre un pedestal.

—Es el tipo de regalo de bodas con el que sueñan todas las chicas.

—Quizá no todas las chicas —comentó Stragen con una sonrisa—, pero yo

estoy enamorado de una dama muy especial.

—Pero si hay muchos de ellos, U-lat —dijo Bhlok w con tono plañidero—. No echarán de menos a uno solo, ¿no?

—Estoy seguro de que sí, Bhlok w —le respondió Ulath al enorme troll de pelo marrón—. Los hombres-cosa no son como los venados. Le dedican una atención muy especial a cada miembro de la manada. Si te comieras a uno de ellos, se darían cuenta de que estamos aquí. Apresa y cómete uno de sus perros, en cambio.

—¿Es el perro bueno de comer?

—No estoy seguro. Cómete uno y dime si es bueno.

Bhlok w gruñó y se sentó sobre los cuartos traseros.

El proceso que Ghnomb había llamado «romper el momento en dos trozos», producía efectos bastante extraños. Para empezar, la brillantez de la luna se había amortecido hasta un suave resplandor, y en segundo lugar los ciudadanos de Sopal parecían caminar por las calles con un tipo de movimiento espasmódico y veloz. El dios de la comida les había asegurado que, a causa de que estaban presentes en sólo una pequeña parte de cada instante, resultaban efectivamente invisibles. Ulath podía ver un fallo bastante lógico en la explicación, pero la creencia de que el hechizo funcionaba parecía superar toda la lógica.

Tynian regresó calle arriba, meneando repetidamente la cabeza.

—Es imposible entenderles —informó—. Puedo captar una palabra o dos de vez en cuando, pero el resto es un puro galimatías.

—Está hablando con sonidos de pájaro otra vez —se quejó Bhlok w.

—Será mejor que hables en lengua troll, Tynian —le dijo Ulath—. Estás poniendo nervioso a Bhlok w.

—Lo había olvidado —admitió Tynian, recurriendo al monstruoso idioma de los trolls—. Lo... —Buscó a tientas la palabra—. ¿Cuál es la palabra que significa que tú quieres no haber hecho algo? —le preguntó a su peludo compañero.

—No existe esa palabra, Tin-in —replicó Bhlok w.

—¿Puedes pedirle a Ghnomb que haga de forma que podamos entender lo que los hombres-cosa están diciendo? —le preguntó Ulath.

—¿Por qué? ¿Qué importa? —Bhlok w tenía una expresión perpleja.

—Si podemos oír lo que están diciendo, podremos saber a cuál de la manada

debemos seguir —le explicó Tynian—. Ellos serán los que sepan sobre los malvados.

—¿Es que no saben todos? —inquirió Bhlok w con un cierto asombro.

—No. Sólo algunos saben.

—Los hombres-cosa son muy extraños. Hablaré con Ghnomb. Puede que él entienda esto. —Se puso de pie, encumbrándose por encima de ellos—. Lo haré en cuanto vuelva.

—¿Adónde vas? —le preguntó Tynian con cortesía.

—Tengo hambre. Iré a comer un perro. Luego regresaré y hablaré con Ghnomb. —Hizo una pausa—. Puedo traer un perro para vosotros, si también tenéis hambre.

—Eh... no, Bhlok w —replicó Tynian—. No creo que tengamos hambre ahora mismo. Pero te agradecemos que nos lo preguntes.

Bhlok w se encogió de hombros.

—Ahora somos compañeros de manada. Es correcto hacer esto. —Y se marchó calle abajo, arrastrando los pies.

—No está realmente tan lejos —le comentó Aphrael a su hermana mientras ellas dos cabalgaban con Xanetia, ascendiendo para salir del valle de los delfaes, en dirección a la ciudad de Dirgis en Atan meridional—, pero Edaemus aún se muestra renuente a ayudarnos, por lo que creo que será mejor que cuide mis modales. Podría ofenderse si yo comenzara a «entrometerme» estando en la tierra de sus hijos.

—Nunca antes habías utilizado esa palabra para describirlo —observó Sephrenia.

—Supongo que es la influencia de Falquián —replicó la diosa-niña—. Es un tipo de término útil. Le confiere un aire general a las cosas de las que no queremos hablar delante de extraños. Después de llegar a Dirgis, habremos dejado atrás el hogar de los delfaes, y yo podré entrometerme todo lo que me apetezca.

—¿Cuánto pensáis vos que nos llevará el llegar hasta Natayos, diosa? —preguntó Xanetia.

Una vez más, la muchacha había alterado su aspecto y suprimido su fulgor interno para ocultar su característica racial.

Aphrael se encogió de hombros.

—No más que unas pocas horas... en tiempo real. Yo no puedo hacernos saltar por ahí de la misma forma exacta que lo hace el Bhelliom, pero puedo cubrir una gran cantidad de terreno muy aprisa cuando hay una emergencia. Si las cosas fueran realmente desesperadas, podría llevarnos volando hasta allí.

Sephrenia se estremeció.

—No es tan desesperada, Aphrael.

Xanetia le dirigió una mirada perpleja a su hermana estiriana.

—La hace sentirse mal del estómago —le explicó Aphrael.

—No, Aphrael —la corrigió Sephrenia—, mal del estómago, no, sino aterrorizada. Es una experiencia horrible, Xanetia. Me lo ha hecho alrededor de cinco veces en los últimos trescientos años. Quedo absolutamente destrozada durante semanas después.

—No dejes de decirte que no mires hacia abajo, Sephrenia —intervino Aphrael—. Si tan sólo pudieras mirar a las nubes en lugar de hacia el suelo, no te alteraría tanto.

—No puedo evitarlo, Aphrael —replicó Sephrenia.

—¿Es de verdad tan trastornante, hermana mía? —preguntó Xanetia.

—Ni siquiera puedes comenzar a imaginártelo, Xanetia. Vuelas a toda velocidad sin nada entre tú y el suelo que no sea veinte mil varas de aire. ¡Es espantoso!

—Lo haremos de la otra forma —le aseguró Aphrael.

—Comenzaré de inmediato a componer una plegaria de acción de gracias.

—Pasaremos la noche en Dirgis —les dijo Aphrael a sus compañeras—, y mañana por la mañana bajaremos a Natayos. Sephrenia y yo nos quedaremos en los bosques, Xanetia, y tú podrás entrar en la ciudad y echar una mirada por los alrededores. Si es verdad que tienen a mi madre cautiva allí, tendríamos que poder ponerle punto final a esta crisis en breve. Una vez que Falquián sepa dónde está con toda exactitud, caerá sobre Scarpa y su padre como una montana vengadora. Natayos ya no será siquiera una ruina cuando él haya concluido. Sólo será un gran agujero en el suelo.

—Él las vio de verdad —informó Talen—. Las describió demasiado bien como para estar inventándoselo.

El joven ladrón acababa de regresar de su incursión por las zonas menos atractivas de Beresa.

—¿Qué clase de tipo era? —le preguntó Falquián—. Esto es demasiado importante como para que nos dejemos llevar por chismorreos casuales.

—Es un dacita —replicó Talen—, un golfillo de Jura. Sus ideas políticas llegan hasta donde llega su bolsa. Su principal motivo para unirse al ejército de Scarpa fue, en primer lugar, el entusiasmo por tomar parte en el saqueo de Matherion. No estamos hablando de un hombre que tiene elevados ideales. Cuando llegó a Natayos y averiguó que podría haber una lucha de verdad implicada en el asunto, comenzó a perder el interés. En cualquier caso, lo encontré en una de las tabernas más cochambrosas que haya visto jamás, y estaba borracho como una cuba. Créeme, Fron, no estaba en condiciones de mentirme. Le dije que estaba pensando en enrolarme en el ejército de Scarpa, y se puso todo paternal conmigo... «Ni shiquiera she t'ocurra pensharlo, mushasho. Esho e'to'poblema'»... y cosas por el estilo. Dice que Scarpa es un lunático delirante con ilusiones de invencibilidad que cree poder soplar a los atanes y hacer que se marchen. Dijo que ya acababa de decidirse a desertar, cuando Scarpa regresó a Natayos... junto con Krager, Elron y el barón Parok. Llevaban a la reina y a Alean consigo, y Zalasta los recibió en la puerta de la población. Por casualidad, el dacita estaba cerca y pudo oír lo que decían. Es evidente que a Zalasta aún le quedan unos pocos buenos modales, así que no se sintió muy contento con la forma en que Scarpa había estado tratando a las prisioneras. Los dos tuvieron una discusión al respecto, y Zalasta hizo un nudo muy complicado con su hijo valiéndose de la magia. Creo que Scarpa estuvo retorciéndose como un gusano sobre una roca caliente durante un buen rato. Luego, Zalasta llevó a las damas a una casa grande que habían acondicionado para ellas. Por lo que dijo mi desertor, la casa estaba muy próxima al lujo... si se pasan por alto los barrotes de las ventanas.

—Podrían haberlo preparado para contarte eso —comentó Falquián con inquietud—. Tal vez no estaba tan borracho como aparentaba.

—Créeme, Fron, estaba borracho —le aseguró Talen—. Corté una bolsa de camino a la taberna... sólo para no perder la práctica..., así que tenía montones de dinero. Le eché dentro la suficiente bebida fuerte como para dejar fuera de combate a todo un regimiento.

—Creo que tiene razón, Fron —dijo Stragen—. Hay demasiados detalles como para que eso sea una historia inventada.

—Y si hubieran enviado a ese desertor para que tejiera telarañas para nosotros, ¿por qué iba a malgastar tiempo y esfuerzo en entretener a un

jovencillo ratero? —agregó Talen—. Ninguno de nosotros tiene el aspecto que teníamos la última vez que Zalasta nos vio, y dudo de que ni siquiera él haya podido adivinar cómo Sephrenia y Xanetia aunaron fuerzas para cambiarnos.

—Continúo pensando que debemos esperar —insistió Falquián—. Aphrael va a llevar a Xanetia a Natayos dentro de un día, poco más o menos, y Xanetia podrá averiguar si es de verdad Ehlana quien está encerrada en esa casa.

—Al menos podríamos intentar acercarnos un poco más —sugirió Stragen.

—¿Para qué? La distancia no significa nada para el azul amigo que tengo aquí. —Falquián se tocó el bulto que tenía debajo de la parte delantera de su blusa—. En cuanto sepa sobre seguro que Ehlana se encuentra en Natayos, iremos a hacerle una visita a Zalasta y su bastardo. Tal vez invite incluso a Khwaj a que nos acompañe. Él tiene algunos planes para esa gente que me interesan un poco.

La luz se hizo de pronto muy brillante, y los ciudadanos de Sopal dejaron de moverse bruscamente como marionetas para caminar como seres humanos normales. Habían necesitado medio día para explicarle a Ghnomb por qué les resultaba necesario regresar al tiempo real, y el dios de la comida continuaba teniendo serias reservas al respecto.

—Esperaré en la taberna que está un poco más arriba, por esta misma calle —le dijo Tynian a Ulath cuando los dos salieron del estrecho callejón—. ¿Recuerdas la contraseña?

Ulath gruñó.

—No tardaré mucho —dijo. Atravesó la calle en dirección a un par de viajeros que acababan de entrar en la ciudad—. Es un adorno interesante ese que llevas en la parte delantera de la silla, vecino —le dijo a uno de ellos, un hombre de nariz rota que montaba un caballo ruano—. ¿De qué está hecha? ¿De *ramshorn*<sup>[3]</sup>?

Berit le dirigió una mirada de sobresalto y se volvió rápidamente a mirar la estrecha calle cercana a la puerta este de Sopal.

—No pensé en preguntárselo al artesano, sargento —replicó, tras reparar en la deslucida chaqueta de uniforme del rubio elenio—. Eh..., tal vez podrías aconsejarnos a mi joven amigo y a mí.

—Los consejos son gratuitos. Adelante, pregunta.

—¿Conoces por casualidad una buena posada en Sopal?

—La posada en la que nos alojamos mi amigo y yo, no está del todo mal. Se encuentra a unas tres calles más allá —replicó Ulath, señalando con un dedo—. Tiene un cartel con un jabalí colgando del frente..., a pesar de que la figura no se parece mucho a ningún jabalí que yo haya visto.

—Le echaremos una mirada.

—Tal vez mi amigo y yo os veremos allí.

Ulath asintió con la cabeza, y continuó calle arriba hasta una taberna en la que entró; allí se reunió con Tynian en una mesa cercana al fuego.

—¿Qué has hecho con nuestro peludo amigo? —le preguntó.

—Ha salido a buscar otro perro —replicó Tynian—. Podrías haber cometido un error en eso, sargento. Parece estar cogiéndoles gusto. No quedará un solo perro en toda la ciudad si nos quedamos aquí durante demasiado tiempo más.

Ulath se sentó y se repantigó.

—Me he tropezado con un tipo elenio en la calle de ahí fuera —comentó en una voz lo bastante alta como para que lo oyeran los otros parroquianos de la taberna.

—¿Ah, sí? —replicó Tynian con indiferencia—. ¿Astelianos o edomitas?

—Es un poco difícil decirlo. En algún momento de su vida, se rompió la nariz, así que resultaba un poco difícil determinar su raza. Estaba buscando una posada, así que le recomendé esa en la que nos alojamos. Puede que nos lo encontremos allí. Es agradable oír a alguien que habla elenio, para variar. Me cansa oír a la gente parlotéandome en tamul. Si has acabado aquí, ¿qué te parece si bajamos hasta el puerto y tratamos de encontrar a alguien que pueda llevarnos al otro lado del lago de Tiana?

Tynian vació su jarra.

—Vamos —dijo mientras se ponía de pie.

Los dos dejaron la taberna y fueron paseando hasta la posada, charlando descuidadamente y caminando al paso ocioso de los hombres que no tienen nada importante que hacer.

—Quiero echarle una mirada a la herradura de la pata delantera izquierda de mi caballo —comentó Ulath cuando llegaron—. Ve delante. Nos encontraremos en la taberna de la posada.

—¿Dónde, si no? —preguntó Tynian, riendo.

Khalad se encontraba en el establo, como había esperado Ulath. Estaba haciendo algunos aspavientos de almohazar a *Faran*.

—Veo que tu amigo y tú habéis decidido alojaros aquí —comentó el enorme thalesiano en un tono casual.

Khalad se encogió de hombros.

—Estaba cerca.

—Escucha con atención —dijo Ulath en una voz que era apenas más que un susurro—. Hemos podido recoger alguna información. Nada va a suceder aquí. Recibiréis otro de esos mensajes.

Khalad asintió con la cabeza.

—Van a deciros que continuéis hasta el otro lado del lago de Tiana. Tened cuidado con lo que digáis en la embarcación que os lleve porque a bordo habrá un tipo que trabaja para el otro bando..., un arjuni que tiene una larga cicatriz en una mejilla.

—Me mantendré alerta —dijo Khalad.

—En Tiana recibiréis otro mensaje —prosiguió Ulath—. Se os dirá que deis la vuelta al lago en dirección a Arjun.

—Ése es un rodeo muy largo —objetó Khalad—. Podríamos coger la carretera desde aquí y llegar a Arjun en la mitad del tiempo.

—Es evidente que no quieren que lleguéis tan rápido. Probablemente tienen otros hierros en el fuego. No me atrevería a jurarlo, pero creo que desde Arjun os enviarán a Derel. Si Kalten está en lo cierto y tienen a Ehlana en Natayos, ése sería el siguiente paso lógico.

Khalad volvió a asentir.

—Se lo diré a Berit. Creo que será mejor que nos mantengamos alejados de la taberna de la posada. Estoy seguro de que nos vigilan, y si comenzáramos a hablar con otros elenios, no haríamos más que poner en guardia a los del otro bando.

Los caballos de las cuadras comenzaron de pronto a relinchar y patear los costados de los establos.

—¿Qué les pasa a los caballos? —exigió saber Khalad—. ¿Y qué es ese olor extraño?

Ulath masculló una imprecación. Luego alzó la voz y habló en lengua troll.

—Bhlok, no es bueno que entres de esa manera en los cubiles de los hombres-cosa. Has estado comiendo perro, y los hombres-cosa y sus bestias pueden olerte. —Se produjo un silencio ofendido, y el invisible compañero de viaje de Ulath se retiró de los establos.

Betuana y Engessa, ataviados con lustrosas pieles de castor, acompañaron a Vanion y sus caballeros hacia el sur desde Sarna. Por sugerencia de Engessa, se encaminaron hacia el oeste para descender desde las montañas de Cynesga oriental.

—Hemos estado vigilándolos, Vanion-preceptor —comentó el gigantesco atan mientras corría junto al caballo de Vanion—. Su principal depósito de provisiones se encuentra a unas cinco leguas al oeste de la frontera.

—¿Hay algún asunto apremiante que debas atender, majestad? —le preguntó Vanion a Betuana, que corría al otro lado de su montura.

—Nada que no pueda esperar. ¿Qué tienes en mente?

—Ya que de todas formas estamos aquí, podríamos desviarnos y quemar su depósito de provisiones. Mis caballeros están poniéndose inquietos, y un poco de ejercicio les vendría bien.

—La verdad es que hace bastante frío —comentó ella con apenas un asomo de sonrisa—. Una hoguera sería agradable.

—¿La hacemos, entonces?

El depósito de suministros cynesganos cubría unos cinco acres. Se hallaba emplazado en una hondonada rocosa desprovista de árboles, y estaba defendido por aproximadamente un regimiento de soldados cynesganos, vestidos con flotantes túnicas. Al acercarse la columna de caballeros ataviados con armadura, los defensores galoparon a su encuentro. La mejor manera de describir aquella maniobra en particular sería decir que fue un error táctico. El suelo cubierto de grava del desierto de Cynesga era plano y libre de obstáculos, por lo que la carga de los caballeros de la iglesia no halló impedimentos. Se produjo un enorme estrépito cuando ambos ejércitos colisionaron, y los caballeros, tras sólo una momentánea vacilación, continuaron cabalgando, pisoteando los cuerpos de los heridos y muertos con los cascos herrados de acero de sus monturas, mientras los relinchantes caballos de los cynesganos huían, presas del terror.

—Impresionante —concedió Betuana mientras corría junto al caballo de Vanion—. Pero ¿no resulta tedioso soportar el peso... y el olor... de la armadura durante meses enteros por dos minutos de diversión?

—Existen desventajas en todos los estilos de guerrear, majestad —replicó Vanion al tiempo que levantaba la visera de su yelmo—. Una parte de la idea que reside tras las cargas de hombres con armadura, es la de persuadir a los demás de que eviten el enfrentamiento. A la larga es algo que disminuye las

bajas.

—Una reputación de severidad extrema es un arma excelente, Vanion-preceptor —asintió ella.

—A nosotros nos gusta. —Vanion sonrió—. Vayamos a encender esa hoguera para que tu majestad pueda calentarse los pies.

—Eso será agradable —replicó ella, sonriendo a su vez.

Justo delante había una colina cubierta de polvo, elevándose como una pirámide algo redondeada para bloquear el paso hacia el depósito de provisiones. Con simples gestos de los brazos, Vanion les ordenó a los caballeros que se dispersaran y rodearan por ambos lados la colina para desembocar en las provisiones acumuladas del ejército cynesgano. Los caballeros avanzaron al galope con aquel sonoro, acerado tintineo tronante que proclamaba una invencibilidad implacable.

Y entonces la colina se movió. El polvo que la había cubierto estremeció y voló de encima de ella como una arremolinada nube y dos enormes alas se desplegaron para dejar a la vista el rostro de forma triangular de Klæl. La bestia de la oscuridad definitiva rugió, y los colmillos de relámpago, puntiagudos y destellantes, emergieron por detrás de los labios gruñentes.

Y de debajo de aquellas dos gigantescas alas, salió un ejército como ninguno que Vanion hubiese visto.

Eran tan altos como los atanes y más corpulentos. Sus desnudos brazos eran descomunales, y los petos de acero se les adaptaban como una segunda piel, poniendo de relieve sus abultados músculos. Sus yelmos llevaban exóticos adornos..., cuernos, astas o rígidas alas de acero... y, al igual que sus petos, las viseras se adaptaban perfectamente a sus rostros, duplicando con exactitud las facciones de cada guerrero en particular. No había humanidad en aquellos lustrosos semblantes. Las cejas eran increíblemente anchas y, como la propia cara de Klæl, se angostaban hasta acabar en un mentón aguzado casi con delicadeza. Las ranuras de los ojos ardían, y tenían agujeros gemelos en el lugar que habría correspondido a la nariz. Las bocas de esas máscaras estaban abiertas, y llenas de dientes cruelmente puntiagudos.

Salieron en muchedumbre de debajo de las alas de Klæl, con los rayos del monstruo danzando en torno a ellos. Blandían armas que parecían ser mitad mazo y mitad hacha..., atrocidades de acero sacadas de una pesadilla.

Estaban demasiado cerca como para que existiera la posibilidad de una retirada en orden, y los caballeros, que continuaban avanzando a un tronante

galope, se hallaron trabados en batalla antes de comprender del todo la naturaleza de su enemigo.

El impacto que se produjo cuando se encontraron ambos ejércitos sacudió la tierra, y ese sólido choque de acero se rompió en un caos de sonido..., golpes, alaridos, los relinchos agonizantes de los caballos, el metal rasgado.

—¡Toca retirada! —le aulló Vanion al líder de los genidianos—. ¡Déjate el corazón soplando tu cuerno de ogro, hombre! ¡Saca a nuestra gente de ahí!

La carnicería fue espantosa. Caballos y hombres eran desgarrados en pedazos por el inhumano ejército de Klæl. Vanion clavó las espuelas y su caballo saltó hacia delante. El preceptor pandion atravesó con su lanza el peto de acero de uno de los extraños y vio sangre..., al menos lo que él creyó que podía ser sangre, una espesa sangre amarilla... que manaba a borbotones por la máscara de labios abiertos. La criatura cayó hacia atrás, pero aún consiguió blandir su cruel arma. Vanion apartó la mano con la que sujetaba la lanza, dejando a la bestia atravesada como estaba, y desenvainó su espada.

Le llevó largo rato. Aquella cosa absorbía golpes que habrían podido descuartizar a un ser humano. Finalmente, sin embargo, Vanion lo cortó en trozos..., casi como un campesino cortaría un arbusto de espinas fibroso y resistente.

—¡Engessa! —El alarido de rabia y desesperación proferido por Betuana sonó por encima de todos los otros estruendos de la batalla. Vanion hizo girar su caballo y vio a la reina de los atanes que corría en auxilio de su herido general. Incluso las monstruosas criaturas que Klæl había creado se acobardaron ante la furia de la reina que se abría paso a filo de espada hasta el lado de Engessa.

Vanion avanzó hacia ella, con la espada destellando en la escalofriante luz, derramando sangre amarilla en borboteantes fuentes.

—¿Puedes llevarlo en brazos? —le gritó a Betuana.

Ella se inclinó y, sin esfuerzo aparente, levantó al caído amigo en brazos.

—¡Retírate! —le gritó Vanion—. ¡Yo te cubriré! —y arrojó su caballo en el camino de los monstruos que corrían a atacarla.

No había esperanza en el semblante de Betuana mientras corría hacia la retaguardia, con el cuerpo laxo de Engessa en sus brazos, y sus ojos eran dos ríos de lágrimas.

Vanion rechinó los dientes, levantó la espada y cargó.

Sephrenia estaba muy cansada cuando llegaron a Dirgis.

—La verdad es que no tengo hambre —les dijo a Xanetia y Aphrael después de que tomaran una habitación en una posada respetable cercana al centro de la ciudad—. Lo único que deseo es un buen baño caliente y unas doce horas de sueño.

—¿Os sentís mal, hermana mía? —La voz de Xanetia expresaba preocupación.

Sephrenia sonrió con cansancio.

—No, querida —replicó, a la vez que posaba una mano sobre un brazo de la anarae—, sólo un poco cansada. Este correr de un lado para otro comienza a agotarme. Vosotras dos id a cenar un poco. Sólo pedid que me traigan una taza de té a la habitación. Bastará por ahora. Ya comeré lo que haga falta a la hora del desayuno. Lo único que os pido es que no hagáis demasiado ruido cuando subáis a acostaros.

Pasó una agradable media hora sumergida hasta las orejas en agua caliente dentro de la casa de baños, y regresó a la habitación bien envuelta en su túnica estiriana y con una vela para alumbrarse el camino.

La habitación no era grande, pero sí tibia y acogedora, caldeada por una de las estufas de porcelana que tan comunes eran en Tamuli. A Sephrenia le gustaba bastante la idea de las estufas, porque evitaba que las cenizas y carbonillas cayeran al suelo. Acercó una silla al fuego y se puso a cepillarse el largo cabello negro.

—¿Vanidad, Sephrenia? ¿Después de tantos años?

Se puso a medias de pie por el sobresalto, al oír el sonido de aquella voz que le era familiar. Zalasta apenas si parecía el mismo. Ya no vestía su túnica estiriana, sino un justillo de cuero de corte arjuni, toscos pantalones de lona, y botas de suela gruesa. Había llegado tan lejos en el apartarse de su herencia ancestral, que llevaba incluso una espada corta a la cintura. Tenía enredados los blancos cabellos y barbas, y el rostro macilento.

—Por favor, no hagas ninguna escena, amor —le dijo. Su voz era cansada y carecía de toda emoción más allá de una especie de profundo pesar. Suspiró—. ¿Dónde nos equivocamos, Sephrenia? —le preguntó con tristeza—. ¿Qué nos separó y nos trajo hasta este triste estado?

—En realidad no quieres que te lo diga, ¿verdad, Zalasta? —replicó ella—. ¿Por qué no pudiste limitarte a dejar las cosas como estaban? Yo te amaba, tú lo sabes..., no de esa forma, por supuesto, pero era amor. ¿No podías aceptar eso y

olvidarte de lo demás?

—Es evidente que no. Ni siquiera llegó a ocurrírseme.

—Falquián va a matarte, y tú lo sabes.

—Tal vez. Para serte honrado, sin embargo, ya no me importa.

—¿Qué sentido tiene esto, entonces? ¿Por qué has venido aquí?

—Quería verte una última vez..., oír el sonido de tu voz. —Se levantó de la silla del rincón en la que había permanecido sentado—. Habría podido ser todo tan diferente... de no haber sido por Aphrael. Ella fue quien te entregó en manos de los elenios y te corrompió. Tú eres una estiriana, Sephrenia. Nosotros, los estirianos, no tenemos nada que hacer, asociándonos con los bárbaros elenios.

—Te equivocas, Zalasta. Anakha es un elenio. Eso es lo que tenemos con ellos. Será mejor que te marches. Aphrael está abajo cenando, ahora mismo. Si te encuentra aquí, se comerá tu corazón de postre.

—Dentro de un momento. Primero, hay algo que tengo que hacer. Después, ella podrá hacerme lo que le venga en gana. —Su rostro se contorsionó de pronto en una expresión de angustia—. ¿Por qué, Sephrenia? ¿Por qué? ¿Cómo puedes soportar el contacto impuro de un salvaje elenio?

—¿Vanion? Tú no lo entenderías. No podrías siquiera comenzar a comprenderlo. —Ella se puso de pie, con expresión desafiante—. Haz lo que tengas que hacer y márchate. El solo verte me pone enferma.

—Muy bien. —Su rostro se puso de pronto tan frío como la piedra.

Ella no se sorprendió realmente cuando él sacó la larga daga de bronce de debajo del justillo. A pesar de todo, él era aún lo bastante estiriano como para abominar el contacto del acero.

—No tienes ni idea de cuánto lamento esto —le dijo mientras se le acercaba.

Ella intentó luchar, arañándole la cara y los ojos. Incluso tuvo una momentánea sensación de triunfo cuando le aferró la barba y lo vio hacer una mueca de dolor. Le tiró de la barba, haciendo girar el rostro de él de un lado a otro mientras gritaba para pedir auxilio, pero luego él se soltó de un tirón, y la apartó bruscamente de sí, empujándola.

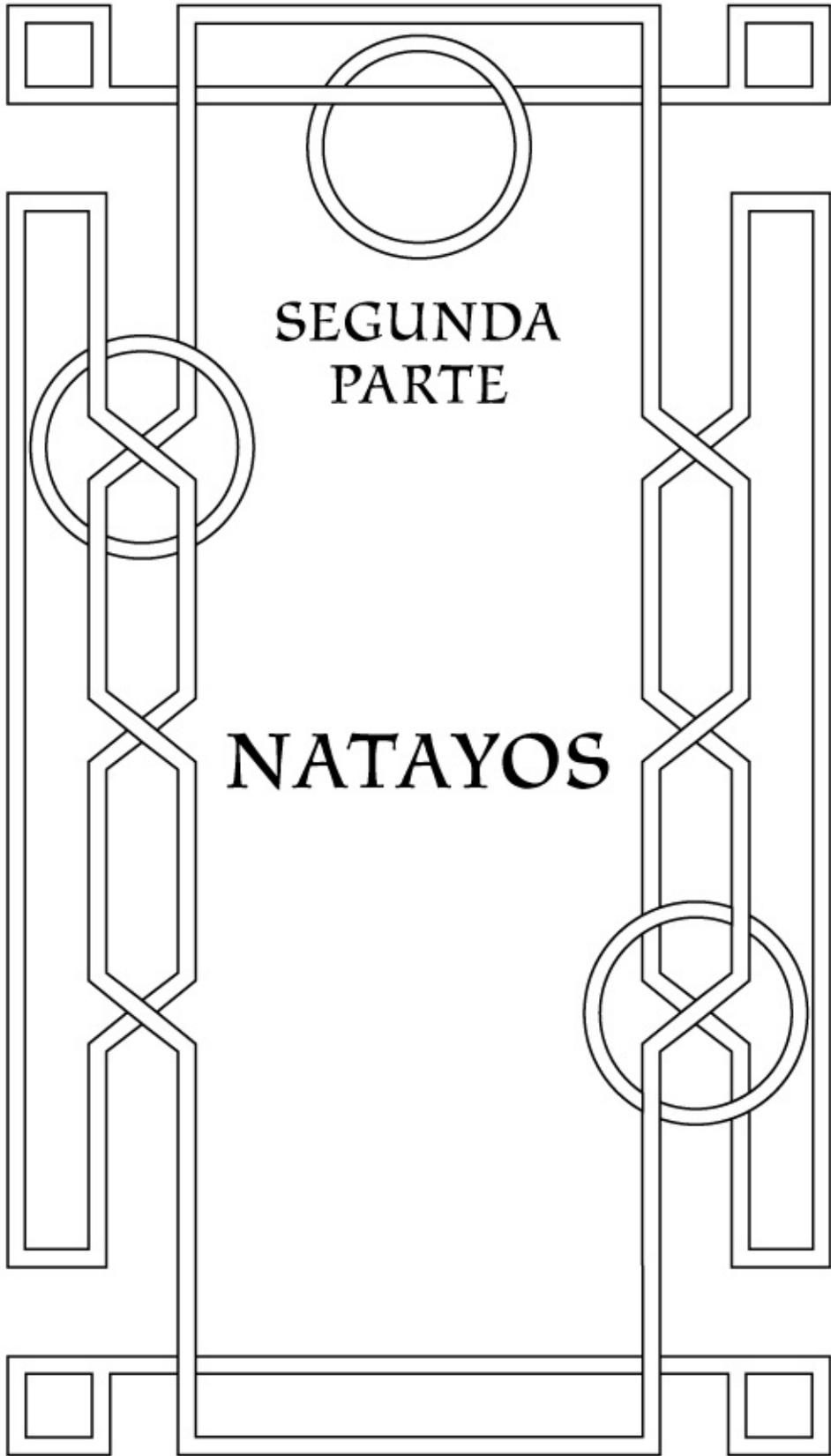
Ella retrocedió tambaleándose y estuvo a punto de caer al tropezar con la silla, cosa que acabó por derrotarla. Mientras ella luchaba para volver a ponerse de pie, él la cogió por el pelo, y ella supo que estaba perdida. Desesperada, extrajo el rostro de Vanion de su memoria, llenándose ojos y mente con las facciones de él mientras intentaba arañar nuevamente los ojos de Zalasta.

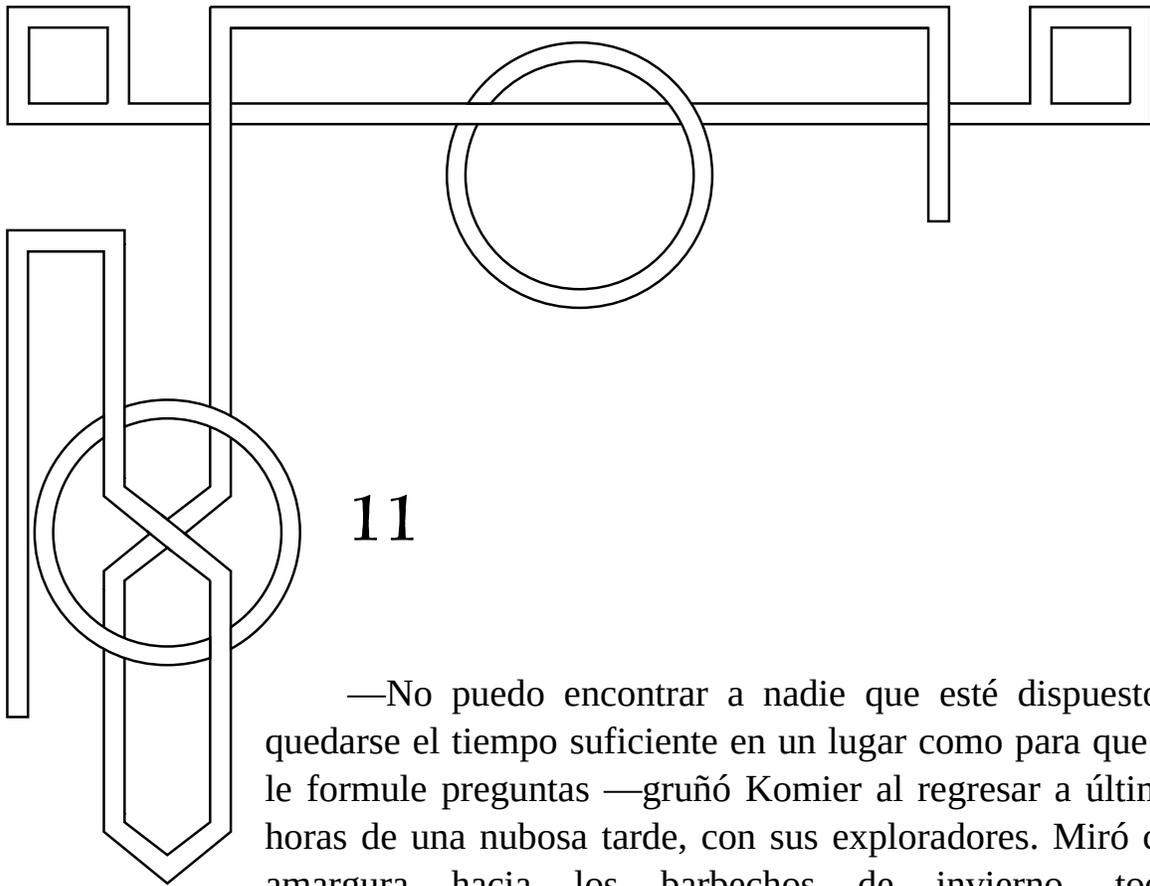
Y entonces él le clavó la daga en el pecho y volvió a sacarla.

Ella profirió un alarido, mientras caía de espaldas y se aferraba la herida, sintiendo cómo la sangre le manaba entre los dedos.

Él la cogió en brazos.

—Te amo, Sephrenia —le dijo con voz quebrada mientras la luz se retiraba de los ojos de ella.





11

—No puedo encontrar a nadie que esté dispuesto a quedarse el tiempo suficiente en un lugar como para que yo le formule preguntas —gruñó Komier al regresar a últimas horas de una nubosa tarde, con sus exploradores. Miró con amargura hacia los barbechos de invierno, todos pulcramente delimitados con muros bajos de piedra, mientras cambiaba de posición, con cuidado, su brazo roto—. Estos siervos astelianos nos echan una mirada y huyen hacia los bosques como ciervos asustados.

—¿Qué tenemos ahí delante? —le preguntó Darellon.

El casco de Darellon colgaba de su silla de montar, con un flanco tan abollado que no le encajaba en la vapuleada cabeza. Tenía los ojos desenfocados y el vendaje empapado de sangre.

Komier sacó el mapa y lo estudió.

—Estamos llegando al río Astel —replicó—. Hemos visto una ciudad al otro lado... Darsas, con toda probabilidad. Pero no pude alcanzar a nadie para que me lo confirmara. No soy el tipo más apuesto del mundo, pero nunca antes la gente había huido de mí de esta forma.

—Emban nos advirtió respecto a eso —comentó Bergsten—. El campo está plagado de agitadores. Les dicen a los siervos que todos nosotros tenemos cuernos y cola, y que hemos venido para quemar sus iglesias y hacerles tragar un surtido de herejías a punta de espada. Ese tipo llamado Sable parece ser el que

está detrás de todo ello.

—A él es a quien quiero —murmuró Komier con tono ominoso—. Creo que lo cazaré y lo pondré como leño central de una hoguera.

—No alborotemos a los locales más de lo que ya lo están, Komier —le advirtió Darellon—. En este momento no estamos en condiciones de tener un enfrentamiento. —Volvió la cabeza para mirar a la vapuleada columna y la larga hilera de carros que llevaban a los heridos de gravedad.

—¿Has visto algún signo de resistencia organizada? —le preguntó Heldin a Komier.

—Todavía, no. Creo que nos enteraremos de cómo están las cosas de verdad cuando lleguemos a Darsas. Si han derribado el puente que cruza el río Astel y las murallas de la ciudad aparecen sembradas de arqueros, sabremos que el mensaje de paz y buena voluntad de Sable ha llegado a las personas de autoridad. —El rostro del preceptor genidiano se oscureció, y él cuadró los hombros—. No hay ningún problema. Ya me he abierto paso a punta de espada al interior de otras ciudades, así que no será una experiencia nueva.

—Ya has conseguido que mataran a Abriel y a aproximadamente un tercio de los caballeros de la iglesia, Komier —le dijo Bergsten con un tono cargado de intención—. Creo que tu lugar en la historia está asegurado. Intentemos negociar un poco antes de empezar a derribar puertas de ciudades y quemar casas.

—Has tenido una boca listilla desde la época en que éramos novicios, Bergsten. Debería de haber hecho algo al respecto antes de que te pusieras esa sotana.

Bergsten sopesó su hacha de guerra un par de veces.

—Puedo quitarme la sotana en cualquier momento que te venga bien, viejo amigo —le ofreció.

—Os estáis desviando del tema principal, caballeros —comentó Darellon con una forma de hablar un poco borrosa—. Nuestras heridas necesitan atención. Éste no es el momento de comenzar con peleas... ni con la población local ni entre nosotros mismos. Creo que los cuatro deberíamos adelantarnos al grueso de la tropa bajo la bandera de tregua y averiguar en qué dirección sopla el viento antes de comenzar a construir máquinas de asedio.

—¿Estoy oyendo la voz de la razón? —inquirió Heldin suavemente, con su voz tronante.

Ataron una destellante capa blanca cyrínica a la lanza del caballero Heldin, y se adelantaron en la melancólica tarde hacia la margen occidental del río Astel.

La ciudad que se hallaba al otro lado del río era, sin lugar a dudas, elenia; una ciudad antigua con elevadas torres y agujas. Se alzaba sólida y orgullosa en la otra orilla, bajo sus flameantes pendones de rojo, azul y dorado que proclamaban, o al menos así lo parecía, que siempre había estado allí y que siempre lo estaría. Tenía altas murallas gruesas y sólidas puertas cerradas. El puente que atravesaba el río se encontraba bloqueado por gigantescos guerreros de rostro bronceado ataviados con una armadura mínima y que llevaban armas de aspecto desagradable.

—Son atanes —los identificó Heldin—. Os aseguro que no nos interesa luchar con esa gente.

Las filas de infantería de rostro severo se separaron, y un anciano y arrugado tamul, ataviado con un manto dorado y acompañado de un clérigo asteliano de larguísimas barbas vestido completamente de negro, se adelantaron para recibirlos.

—Bienhallados, nobles caballeros —saludó el tamul calvo y sin barbas a los hombres de armadura, con una voz seca y cascada—. El rey Alberen siente curiosidad respecto a vuestras intenciones. No vemos muy a menudo a caballeros de la iglesia por esta parte del mundo.

—Tú debes ser el embajador Fontan —comentó Bergsten—. Emban te describió muy bien.

—Pensaba que tenías mejores modales —murmuró Fontan. Bergsten le dedicó una breve sonrisa.

—Tal vez sería conveniente que enviaras mensaje a la ciudad, excelencia. Asegúrale a su majestad que nuestras intenciones son completamente pacíficas.

—Estoy seguro de que le alegrará oír eso.

—Eman y el caballero Tynian regresaron a Chyrellos hace un par de meses —continuó Bergsten—. Falquián nos hizo saber que las cosas estaban escapándose de las manos por aquí. Dolmant nos despachó para que ayudáramos a restaurar el orden. —El enorme patriarca hizo una mueca amarga—. Me temo que no hemos comenzado demasiado bien. Tuvimos un encuentro desafortunado cerca de Basne, y traemos muchos heridos que necesitan atención médica.

—Enviaré un mensaje a los monasterios cercanos, caballero —ofreció el clérigo barbudo que se encontraba junto a Fontan.

—Vuestra reverencia ha de saber que Bergsten ya no es un caballero —lo corrigió Komier—. Lo era, pero Dios tenía otros planes para él. Ahora es un patriarca de la iglesia. Supongo que reza bastante bien, pero aún no hemos

conseguido quitarle el hacha.

—Debo estar perdiendo la buena educación —se disculpó Fontan—. Este amigo es el archimandrita Monsel, el debidamente ungido jefe de la iglesia de Astel.

—Vuestra gracia. —Bergsten inclinó cortésmente la cabeza.

—Vuestra gracia —replicó Monsel, mientras miraba con curiosidad al clérigo de aspecto guerrero—. Vuestro amigo Emban y yo mantuvimos algunas estimulantes discusiones sobre nuestras diferencias doctrinales. Vos y yo tendremos que continuar con ellas, pero primero ocupémonos de vuestras heridas. ¿Cuántos hombres heridos tenéis?

—Unos veinte mil, más o menos, vuestra gracia —replicó Komier con desolación—. Es difícil llevar una cuenta exacta. Se nos mueren alrededor de una veintena cada hora, o cosa así.

—¿En el nombre de Dios, ¿con qué os encontrasteis en esas montañas?! —jadeó Monsel.

—Con el rey del infierno, por lo que he podido determinar, vuestra gracia —replicó Darellon—. Dejamos a treinta mil muertos en el campo de batalla..., principalmente cyrínicos. Mi señor Abriel, su preceptor condujo la carga, y sus caballeros lo siguieron de cerca. Estaban trabados en plena batalla antes de darse cuenta con qué se enfrentaban. —Suspiró—. Abriel tenía cerca de setenta años, y parecía creer que era su última carga.

—En eso tuvo razón —gruñó amargamente Komier—. No quedó lo suficiente de él como para poder enterrarlo.

—Pero murió bien —agregó Heldin—. Excelencia, ¿tienes disponible algunos mensajeros veloces? Falquián y Vanion cuentan con que llegemos a Matherion lo antes posible, y creo que será mejor que les hagamos saber que vamos a retrasarnos.

—Se llama Valash —les informó Stragen a Falquián y Talen mientras los tres, aún vestidos con las blusas marineras manchadas de alquitrán, salían de la ruidosa calle alumbrada con antorchas y entraban en el oscuro y apestoso callejón—. Él y sus dos amigos son dacitas, de Verel.

—¿Has conseguido averiguar para quién trabajan? —preguntó Falquián cuando se detuvieron para permitir que sus ojos se habituaran a la oscuridad y sus narices al olor. Los callejones de Beresa eran particularmente desagradables.

—Oí que uno de ellos mencionaba a Ogerajin —replicó Stragen—. Creo que eso tiene sentido. Ogerajin y Zalasta parecen ser buenos amigos.

—Yo creía que a Ogerajin se le estaba pudriendo el cerebro —objetó Talen.

—Tal vez tiene momentos de lucidez. Aunque no importa quién los ha enviado, en realidad. Mientras estén aquí, se encuentran bajo las órdenes de Krager. Por lo que he podido entrever, los han enviado para hacer una valoración del daño que les causamos durante el festival de la cosecha, y recoger los retazos de información que les caigan en las manos. Tienen dinero, pero no quieren hacerlo circular demasiado. Están metidos en esto estrictamente por las ganancias... y por la oportunidad de parecer importantes.

—¿Acude Krager aquí para recoger los informes? —preguntó Falquián.

—No lo ha hecho en fecha reciente. Valash se comunica con él a través de un mensajero. Esos tres dacitas están muy fuera de su elemento, aquí. Quieren guardarse tanto dinero como puedan del que les entregó Ogerajin, pero no quieren perderse nada que sea de importancia. No son profesionales ni por asomo. Pasan la mayor parte del tiempo intentando inventar sistemas para obtener la información sin tener que pagar por ella.

—Eso es el sueño de un estafador —observó Talen—. ¿A qué se dedicaban para ganarse la vida en Verel?

—Les vendían niños a la gente cuyos gustos corrían en esa dirección —replicó Stragen con tono de asco—. Según tengo entendido, Ogerajin solía ser uno de sus mejores clientes.

—Eso los coloca en lo más bajo, ¿no?

—Quizás aún más abajo que eso. —Stragen miró a sus espaldas para asegurarse de que estaban solos—. Valash quiere conocerlos a vosotros dos. —Stragen señaló hacia el fondo del callejón—. Está justo al final de esas escaleras. Alquila un rincón del desván a un tipo que comercia con mercancías robadas.

Talen hizo una sonrisilla más bien malvada.

—Si diera la casualidad de que esos dacitas le pasaran a Krager demasiada información errónea, él podría decidir que han dejado de serle útiles, ¿no te parece?

Stragen se encogió de hombros.

—Es probable.

—Eso estimula mi creatividad.

—¿Ah, sí? Y eso, ¿por qué?

—No me gusta la gente que vende niños. Es una cuestión personal. Vayamos

a conocer a ese Valash. Quiero averiguar si es tan crédulo como dices.

Subieron por una desvencijada escalera exterior hasta una puerta que era fina, estaba remendada y tenía signos de haber sido derribada a patadas unas cuantas veces. El desván que estaba detrás de la misma era un increíble desorden de toda clase de ropa gastada, muebles maltratados, y utensilios de cocina desportillados. En un rincón había incluso herramientas de labranza que acumulaban polvo.

—Alguna gente robaría cualquier cosa —comentó Talen, sorbiendo por la nariz.

Una vela solitaria goteaba en el otro extremo de la habitación, y junto a su luz incierta había un elenio huesudo que dormitaba ante una mesa. Llevaba una chaqueta corta de brocado verde de corte daconiano, y sus ralos cabellos, casi del color del fango, estaban medio de punta, con más aspecto de ser un fino y sucio halo que le rodeaba la cabeza flaca. Cuando atravesaban el desván hacia él, el hombre despertó y se apresuró a coger unos papeles y removerlos con aires de importancia. Al acercarse ellos, levantó los ojos con fingida impaciencia.

—¡Llegas tarde, Vymer! —lo acusó con una voz nasal aguda.

—Lo siento, maese Valash —se disculpó Stragen en un tono servil—. Fron y yo estuvimos ocupados en librar al joven Reldin de una situación tensa. Reldin es muy buen muchacho, pero a veces se sobreexcede. En fin, el caso es que querías conocer a mis socios. —Apoyó una mano sobre un hombro de Falquián—. Éste es Fron. Es un pendenciero de taberna, así que le dejamos que se haga cargo de las situaciones que pueden arreglarse con unos cuantos puñetazos y una patada en la barriga. Ese muchacho es Reldin, el ladrón más ágil que haya conocido jamás. Puede deslizarse por ratoneras, y tiene un oído tan fino que puede oír a las hormigas que cruzan la calle al otro extremo de la ciudad.

—Yo sólo quiero contratarlo, Vymer —replicó Valash—. No quiero comprarlo. —Profirió una risilla ante su propio chiste. Les sonrió afectadamente a los visitantes; estaba claro que esperaba que se unieran a su risa. Talen, en cualquier caso, no rió. Sus ojos adquirieron un destello de hielo.

Valash pareció un poco confundido por la forma en que recibieron aquel chiste estúpido.

—¿Por qué vais todos vestidos como marineros? —preguntó, más por decir algo que porque sintiera ninguna verdadera curiosidad.

Stragen se encogió de hombros.

—Esta ciudad es puerto, maese Valash. Las calles pululan de marineros, así

que tres más no llaman la atención.

Valash gruñó.

—¿Tienes algo para mí que yo pueda considerar que vale mi tiempo? —preguntó con un tono de voz aburrido y superior.

Talen se quitó la gorra.

—Eso tendrás que decidirlo tú, maese Valash —gimoteó mientras le hacía una torpe reverencia—. Yo sí que me he encontrado con algo, si deseas escucharme.

—Adelante —le dijo Valash.

—Bueno, señor, hay un mercader rico que tiene una casa en la zona elegante de la ciudad. En una pared de su estudio tiene un tapiz al que hace bastante tiempo que le tengo echado el ojo. Es muy bueno..., con muchas puntadas pequeñas, y el color no ha desteñido demasiado. El único problema es que cubre toda la pared. Puede obtenerse una fortuna por un tapiz bueno de verdad, pero sólo si puedes sacarlo todo de una sola pieza. No vale mucho si hay que cortarlo para llevárselo. En fin, el caso es que la otra noche entré en esa casa para probar el terreno y buscar alguna forma de sacarlo sin hacer un destrozo. Pero el mercader estaba en su estudio y tenía un amigo con él, un noble de la corte imperial de Matherion. Escuché tras la puerta; el noble le estaba contando al mercader algo sobre unos rumores que corren por el palacio imperial. Todo el mundo está diciendo que el emperador está muy descontento con esa gente de Eosia. Ese intento de derrocar al gobierno el otoño pasado lo ha asustado de verdad, y le gustaría llegar a alguna clase de acuerdo con sus enemigos, pero ese tal Falquián se lo impide. Sarabian está convencido de que van a perder, así que secretamente ha reunido una flota de barcos cargados todos con tesoros, y en cuanto los problemas empiecen a apuntar en el horizonte, él escapará. Todos los cortesanos están enterados de sus planes, así que en secreto están disponiéndolo todo para su propia huida cuando comience la lucha. Una mañana de estas, ese Falquián se levantará y se encontrará con un ejército enemigo ante sus puertas, y nadie cerca para mantenerlos a raya. —Hizo una pausa—. ¿Era ese el tipo de información que quería?

El dacita realizó un esfuerzo para ocultar su emocionado interés.

Adoptó una expresión de desdén.

—No es nada de lo que no hayamos oído hablar antes. Casi lo único para lo que sirve es para confirmar lo que ya sabíamos. —Empujó dos pequeñas monedas de plata al otro lado de la mesa, de manera lenta—. Lo haré llegar a

Panem-Dea y veremos qué piensan ellos del asunto.

Talen miró las monedas y luego a Valash. Volvió a encasquetarse la gorra.

—Me marcho ya, Vymer —dijo con tono de frialdad—, y no vuelvas a hacerme perder el tiempo con este tacaño nunca más.

—No te precipites de esa manera —le dijo Stragen en tono conciliador—. Déjame que primero hable con él.

—Estás cometiendo un error, Valash —le aseguró Falquián al dacita—. Tienes una pesada bolsa colgada del cinturón. Si intentas engañar a Reldin, regresará una de estas noches y la abrirá por debajo. No te dejará lo bastante para pagar el desayuno.

Valash puso una protectora mano sobre la bolsa. Luego la abrió con lo que parecía una extrema renuencia.

—Yo pensaba que el señor Scarpa estaba en Natayos —comentó Stragen con tono indiferente—. ¿Ha cambiado su base de operaciones a Panem-Dea?

Valash sudaba mientras contaba las monedas; sus dedos se detenían en cada una como si estuviera separándose de un viejo amigo.

—Hay muchísimas cosas que tú no sabes sobre nuestras operaciones, Vymer —replicó. Le dirigió a Talen una mirada implorante y empujó el dinero al otro lado de la mesa, con gesto inseguro.

Talen no hizo ningún movimiento para aceptar las monedas. Valash profirió un gemido y agregó más monedas.

—¿Entonces, Scarpa se ha mudado? —preguntó Stragen.

—Por supuesto que no —le contestó Valash, con malos modos—. No habrás creído que todo su ejército estaba en Natayos, ¿verdad?

—Eso es lo que había oído decir. Tiene otras plazas fuertes, por lo que deduzco.

—Por supuesto. Sólo un idiota concentra todos sus contingentes en un solo lugar, y Scarpa está lejos de ser un idiota, eso puedo asegurártelo. Hace ya años que recluta hombres en los reinos elenios del Tamuli occidental, y los envía todos a Lydros y luego a Panem-Dea para que reciban entrenamiento. Después de eso, continúan hasta Synaqua y Norenja. Sólo sus mejores soldados están en Natayos. Su ejército es al menos cinco veces más numeroso de lo que cree la mayoría de la gente. Estas selvas hierven con sus hombres.

Falquián tuvo buen cuidado de ocultar una sonrisa. Era obvio que Valash tenía una gran necesidad de parecer importante, y esa necesidad le hacía revelar cosas de las que no debería hablar.

—Yo no sabía que el ejército de Scarpa fuera tan grande —admitió Stragen—. Eso me hace sentir mejor. Puede ser bueno estar del lado de los ganadores, para variar.

—Ya era hora —gruñó Falquián—. Estoy cansándome de que nos persigan en todas las ciudades que visitamos antes de que tenga siquiera tiempo de deshacer mi bolsa marinera. —Miró a Valash con ojos miopes—. Ya que de todas formas ha salido el tema, ¿podemos esperar que la gente de Scarpa que está entre la maleza nos acepte si las cosas se ponen feas y tenemos que salir corriendo?

—¿Qué podría salir mal?

—¿Le has echado alguna vez una buena mirada a un atan, Valash? Son tan altos como árboles, y tienen los hombros como los toros. Le hacen cosas desagradables a la gente, así que quiero un lugar cordial en el que esconderme si de pronto tuviera que salir a la carrera. ¿Hay algún otro lugar seguro ahí fuera, en la selva?

Valash adoptó una expresión cautelosa, como si se hubiera dado cuenta de que ya había hablado en exceso.

—Eh..., creo que yo sé qué necesitamos, Fron —intervino Stragen con suavidad—. Te aseguro que ahí fuera hay lugares seguros si necesitamos encontrarlos. Estoy seguro de que hay muchas cosas que maese Valash sabe y de las que no puede hablar.

Valash se irguió ligeramente y su expresión adoptó un aire de conocimiento, secretista.

—Tú comprendes las cosas a la perfección, Vymer —dijo—. No sería correcto que yo revelara cosas que mi señor Scarpa me contó en estricta confidencia. —Volvió a coger sus papeles, con gesto cargado de intención.

—No te apartaremos de asuntos importantes, maese Valash —declaró Stragen, retrocediendo—. Husmearemos por la ciudad un poco más y si descubrimos alguna otra cosa te la haremos saber.

—Lo apreciaré, Vymer —replicó Valash, revolviendo sus papeles mientras los visitantes se marchaban.

—¡Vaya un burro! —murmuró Talen mientras los tres descendían con cuidado la desvencijada escalera hasta el callejón.

—¿Dónde aprendiste tantas cosas sobre tapices? —le preguntó Falquián.

—Yo no sé nada de nada sobre tapices.

—Hablabas como si supieras.

—Yo hablo de muchas cosas sobre las que no sé nada. Rellena los vacíos cuando estás intentando vender algo que no vale nada. Por la forma en que se empañaron los ojos de Valash cuando mencioné la palabra «tapiz», supe que él no sabía al respecto más que yo. Estaba demasiado ocupado en hacernos creer que era importante, como para prestarme atención ninguna. Podría hacerme rico con ese hombre. Sería capaz de venderle mantequilla azul.

Falquián lo miró con perplejidad.

—Es un término de los estafadores —explicó Stragen—. El significado no está del todo claro.

—Estoy seguro de ello.

—¿Quieres que te lo explique?

—No en especial.

—¿Se trata de una costumbre de familia? ¿O de una forma de honrar a tu padre? —le preguntó Berit a Khalad cuando los dos, vestidos con cotas de malla y capas grises, haraganeaban contra la borda del sucio carguero del lago que atravesaba trabajosamente el mar de Arjun entre Sopal y Tiana.

Khalad se encogió de hombros.

—No, no tiene nada que ver con eso. Simplemente se trata de que todos los hombres de mi familia tienen la barba muy espesa..., excepto Talen. Si decidiera no llevar barba, tendría que afeitarme dos veces al día. Me la corto bastante con unas tijeras una vez por semana, y la dejo crecer así. Me ahorra tiempo.

Berit se frotó una de las mejillas cambiadas.

—Me pregunto qué haría Falquián si me dejara crecer la barba —reflexionó.

—Puede que él no hiciera nada, pero la reina Ehlana te arrancarí­a la piel como a una manzana. A ella le gusta su cara tal y como es. Incluso le gusta esa nariz torcida.

—Parece que tenemos mal tiempo por delante. —Berit señaló hacia el oeste.

Khalad frunció el entrecejo.

—¿De dónde ha salido eso? El cielo estaba despejado hace tan sólo un minuto. Es extraño que no lo oliera venir.

El banco de nubes que se cernía bajo en el horizonte era de un color negro purpúreo, y se agitaba ominosamente, hinchándose a una velocidad sorprendente. Se vieron destellos de relámpagos dentro de la nube, y desde el otro lado de las oscuras y picadas aguas del lago les llegó el hosco retumbar del

trueno.

—Espero que estos marineros sepan lo que hacen —comentó Berit—. Eso tiene toda la pinta de ser un chubasco muy peligroso.

Continuaron observando la nube negra mientras ésta subía cada vez más y más, cubriendo el horizonte occidental.

—Eso no es una tormenta natural, Berit —afirmó Khalad, con tono tenso—. Está aumentando con demasiada rapidez.

Se oyó un tremendo restallar de relámpago, y la nube se aclaró y estremeció al hervir los rayos en su interior. Los dos jóvenes vieron la silueta en el instante en que el azulado relámpago alumbró la oscuridad y reveló lo que se ocultaba dentro de la nube.

—¡Klæl! —jadeó Berit mientras miraba fijamente la monstruosa silueta alada, semioculta en el frente de tormenta que se agitaba.

El siguiente restallar de trueno rasgó el cielo, y la desvencijada embarcación se estremeció en el arrollador sonido. Las gigantescas alas de murciélago comenzaron a arañar la tormenta que se aproximaba, y la espantosa boca se abrió para rugir el trueno de la frustración de Klæl. Aulló con descomunal furia, y sus enormes brazos se extendieron hacia lo alto en el aire lóbrego, intentando aferrar algo que no estaba allí.

Luego la cosa desapareció, y la nube antinatural se deshizo y alejó sin causar daños, hacia el sureste, hasta convertirse en nada más que una mancha de polvo en el horizonte. El aire, sin embargo, quedó preñado de un fuerte olor a azufre.

—Será mejor que pongas esto en conocimiento de Aphrael —comentó Khalad, ceñudo—. Klæl anda suelto otra vez. Estaba buscando algo, y no lo ha encontrado. Sólo Dios sabe dónde buscará a continuación.

—El brazo de Komier está roto en tres sitios —tronó el caballero Heldin cuando se reunió con el patriarca Bergsten, ataviado con su cota de malla, el embajador Fontan, y el archimandrita Monsel en el estudio sembrado de libros que este último tenía en el ala este del palacio, y Darellon continúa viéndolo todo doble. Komier podrá viajar si no hay más remedio, pero creo que será mejor que dejemos aquí a Darellon hasta que se recobre.

—¿Cuántos caballeros están en condiciones de cabalgar? —inquirió Bergsten.

—Cuatro mil como máximo, vuestra gracia.

—Tendremos que arreglárnoslas con lo que tenemos. Emban sabía que probablemente vendríamos por esta ruta, y ha estado enviando pelotones de mensajeros. Las cosas están llegando a un punto crítico en Tamuli suroriental. La esposa de Falquián ha sido tomada como rehén, y nuestros enemigos ofrecen cambiarla por el Bhelliom. En las selvas de Arjuna hay un ejército rebelde que se prepara para marchar sobre Matherion, y dos ejércitos más se están agrupando en la frontera oriental de Cynesga. Si todos esos ejércitos consiguen reunirse, el juego habrá acabado. Emban quiere que cabalgemos hacia el este a través de las estepas hasta dejar atrás las marismas de Astel, y luego giremos hacia el sur y pongamos sitio a la capital cynesgana. Necesita algún tipo de diversión para que esos ejércitos se retiren de la frontera.

Heldin sacó el mapa.

—Es factible —dijo tras un momento de estudio—, pero estaremos un poco cortos de hombres para esa clase de trabajo.

—Lo conseguiremos. Vanion está en el frente, pero lo superan mucho en número a lo largo de la frontera. Si no creamos el bastante alboroto como para aliviarlo de una parte de la presión, le pasarán por encima.

Heldin le dedicó una mirada especulativa al enorme patriarca thalesiano.

—Esto no va a gustarle a vuestra gracia —comenzó—, pero no hay muchas alternativas en este caso.

—Continúa —replicó Bergsten.

—Vais a tener que dejar a un lado vuestra sotana y haceros cargo del mando. Han matado a Abriel, Darellon está incapacitado, y si Komier entrara en lucha el propio peso de su hacha lo dejaría inútil.

—Pero tú sí que estás aquí, Heldin. Tú puedes desempeñar el mando.

Heldin negó con la cabeza.

—Vuestra gracia sabe que yo no soy un preceptor, y todo el ejército lo sabe. También soy un pandion, y los sentimientos de las otras órdenes son poderosos a ese respecto. Nosotros no hemos hecho muchos amigos durante el último par de siglos. Los demás no me aceptarán como comandante. Vos sois un patriarca, y habláis en nombre de Sarathi... y de la iglesia. A vos os aceptarán sin discutir.

—Está fuera de cuestión.

—En ese caso, tendremos que quedarnos aquí sentados hasta que Dolmant nos envíe un nuevo comandante.

—¡No podemos esperar!

—Eso es exactamente lo que yo quería decir. ¿Tengo vuestro permiso para

decirles a los caballeros que vos os haréis cargo del mando?

—No puedo, Heldin. Ya sabes que tengo prohibido hacer uso de la magia.

—Ése es un detalle que puede obviarse, vuestra gracia. En las filas hay muchísimos magos consumados. Vos sólo tenéis que decirnos qué queréis que se haga, y nosotros nos encargaremos de ello.

—Yo he hecho un voto.

—Antes de eso hicisteis otro, mi señor Bergsten. Prometiste defender la iglesia. Ese primer voto tiene prioridad en la situación presente.

El archimandrita Monsel, de luengas barbas y negra túnica, le dirigió una mirada especulativa al renuente thalesiano. Luego habló de una forma neutral.

—¿Queréis una opinión independiente, Bergsten?

Bergsten lo miró con expresión ceñuda.

—Vais a escucharla de todas formas —prosiguió el clérigo asteliano con imperturbable calma—. Dada la naturaleza de nuestro enemigo, nos hallamos cara a cara con una «crisis de fe», y eso deja en suspenso todas las demás reglas. Dios necesita vuestra hacha, Bergsten, no vuestra teología. —Miró con ojos miopes al patriarca thalesiano—. No parecéis convencido —comentó.

—No quisiera resultar ofensivo, Monsel, pero las «crisis de fe» no puede uno sacarlas y quitarles el polvo cada vez que quiere transgredir las reglas.

—Muy bien, en ese caso, intentémoslo por este otro lado. Esto es Astel, y vuestra iglesia de Chyrellos reconoce que la autoridad aquí es mía. Mientras estemos en Astel, seré yo quien hable en nombre de Dios.

Bergsten se quitó el casco y se puso a frotar los lustrosos cuernos negros de ogro con gesto ausente.

—Técnicamente, supongo que así es —concedió.

—Vuestra gracia sabe que los tecnicismos son el alma misma de la doctrina. —La lengua barba de Monsel se erizó con el fervor de la disputa—. ¿Estáis de acuerdo en que yo hablo en nombre de Dios aquí, en Astel?

—De acuerdo, en bien de la discusión, digamos que sí.

—Me alegro de que lo confirméis; detestaría tener que excomulgaros. Ahora bien, yo hablo aquí en nombre de Dios, y Dios quiere que os hagáis cargo del mando de los caballeros de la iglesia. Marchad al campo de batalla y golpead a los enemigos de Dios, hijo mío, y que el cielo fortalezca vuestro brazo.

Bergsten contempló a través de la ventana el cielo de aspecto sucio durante un largo instante, mientras rumiaba mentalmente aquel argumento que era a todas luces engañoso.

—¿Os hacéis vos plenamente responsable, Monsel? —inquirió.

—Sí.

—Con eso me basta, por ahora. —Bergsten volvió a ponerse el casco—. Caballero Heldin, ve a decirles a los hombres que me hago cargo del mando de las cuatro órdenes. Ordénales que lleven a cabo todos los preparativos necesarios. Nos pondremos en marcha a primeras horas de la mañana.

—De inmediato, general Bergsten —replicó Heldin, poniéndose firme.

—Anakha —la voz del Bhelliom resonó en las bóvedas mentales de Falquián—, debéis despertar.

Incluso antes de abrir los ojos, Falquián pudo sentir un ligero toque en el tiento de cuero que llevaba al cuello. Apresó la pequeña mano y abrió los ojos.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le preguntó a la diosa-niña con tono de exigencia.

—¡Tengo que coger el Bhelliom, Falquián! —Tenía voz de desesperación y de sus ojos manaban ríos de lágrimas.

—¿Qué está sucediendo, Aphrael? Cálmate y cuéntame qué ha ocurrido.

—¡Han apuñalado a Sephrenia! ¡Está muriéndose! ¡Por favor, Falquián! ¡Dame el Bhelliom!

Falquián se puso de pie con un solo movimiento.

—¿Dónde ha sucedido eso?

—En Dirgis. Estaba preparándose para meterse en la cama, y Zalasta entró en su dormitorio. ¡Le asestó una puñalada en el corazón, Falquián! ¡Por favor, padre, dame el Bhelliom! ¡Debo tenerlo para poder salvarla!

—¿Está viva aún?

—¡Sí, pero no sé cuánto tiempo más lo estará! Xanetia se encuentra con ella. ¡Está utilizando un hechizo delfae para que no deje de respirar, pero está muriéndose, mi hermana está muriéndose! —La diosa-niña gimió y se arrojó a los brazos de Falquián, llorando de manera incontrolable.

—¡Basta ya, Aphrael! Eso no nos ayudará. ¿Cuándo sucedió?

—Hace un par de horas. ¡Por favor, Falquián! ¡Sólo el Bhelliom puede salvarla!

—¡No podemos, Aphrael! ¡Si sacamos al Bhelliom de la caja, Cyrgon sabrá de inmediato que estamos intentando engañarlo, y Scarpa matará a tu madre!

La diosa-niña se aferró a él, sollozando sin poder controlarse.

—¡Ya lo sé! —gimió—. ¿Qué vamos a hacer, padre? ¡No podemos dejarla morir, así!

—¿No puedes tú hacer nada?

—¡El cuchillo le tocó el corazón, Falquián! ¡Yo no puedo invertir eso! ¡Sólo el Bhelliom tiene esa clase de poder!

El alma de Falquián pareció marchitarse, y propinó un puñetazo a la pared. Levantó el rostro.

—¿Qué podemos hacer? —lanzó su voz a lo alto—. ¿Qué, en nombre de Dios, podemos hacer?

—¡Recobrad la compostura, Anakha! —La voz del Bhelliom sonó terminante en su mente—. ¡No serviréis ni a Sephrenia ni a la compañera vuesa con esta indecorosa actuación!

—¡Tenemos que hacer algo, Rosa Azul!

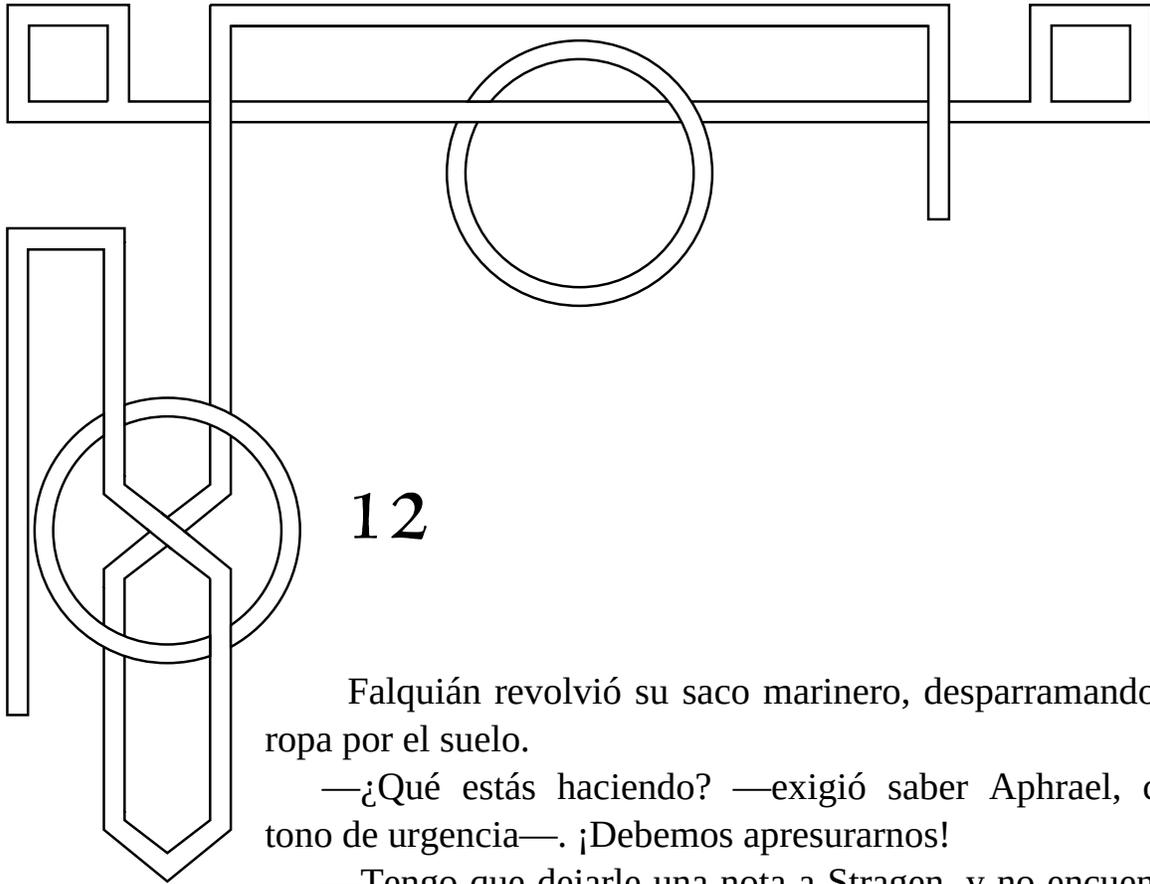
—En aqueste momento no estáis en condiciones de decidirlo. Por lo tanto, debéis dejaros guiar por mí. Al punto faced lo que la diosa niña os suplica.

—¡Vos condenaréis a la mi esposa!

—Eso no es seguro; Anakha. Sephrenia, en cambio, sí que se halla al borde de la muerte. Eso sí es seguro. Es la suya necesidad la más apremiante.

—¡No! ¡No puedo facerlo!

—¡Me obedeceréis, Anakha! ¡Sois la criatura mía y estáis por eso sujeta a la mi voluntad! ¡Marchad y faced como os lo he ordenado!



## 12

Falquián revolvió su saco marinero, desparramando la ropa por el suelo.

—¿Qué estás haciendo? —exigió saber Aphrael, con tono de urgencia—. ¡Debemos apresurarnos!

—Tengo que dejarle una nota a Stragen, y no encuentro papel.

—Toma. —Ella tendió una mano y en la misma apareció un pliego de pergamino.

—Gracias. —Cogió el pergamino y continuó revolviendo la bolsa.

—Ponte a ello, Falquián.

—Necesito algo con qué escribir.

Ella murmuró algo en estiriano y le tendió una pluma y un pequeño tintero.

«Vymer —escribió Falquián—, ha surgido algo y estaré ausente durante un tiempo. Evita que Reldin se meta en líos». Y firmó: «Fron». Luego dejó la nota en medio de la cama de Stragen.

—¿Podemos irnos ahora? —preguntó la diosa-niña con impaciencia.

—¿Cómo vas a hacerlo? —inquirió él mientras recogía su capa.

—Primero tenemos que salir de la ciudad. No quiero que nadie nos vea. ¿Cuál es el camino más corto hacia el bosque?

—La dirección este. Hay alrededor de media legua hasta la linde.

—Vamos.

Dejaron la habitación, bajaron las escaleras y salieron a la calle. Falquián la cogió en brazos y la embozó a medias con su capa.

—Puedo caminar —protestó ella.

—No. No puedes hacerlo sin llamar la atención. Eres una estiriana, y la gente lo advertiría.

Falquián se puso en camino, calle abajo, con la diosa-niña en brazos.

—¿No puedes caminar más rápido?

—Haz el favor de dejar que sea yo quien se encargue de esta parte del asunto, Aphrael. Si me pusiera a correr, la gente pensaría que te he robado. —Miró en torno de sí para asegurarse de que ninguno de los que pasaban por la fangosa calle se hallaba lo bastante cerca como para oírlos—. ¿Cómo vas a hacer esto? —le preguntó—. Por ahí hay gente que puede percibirlo cuando tú comienzas a entrometerte con las cosas, ¿sabes? No nos interesa atraer la atención.

Ella frunció el entrecejo.

—No lo sé muy bien. Estaba trastornada cuando llegué aquí.

—¿Estás intentando conseguir que maten a tu madre?

—Eso es algo odioso de decir. —Frunció su pequeña boca con gesto pensativo—. Siempre se hace bastante ruido —meditó.

—Me temo que no te sigo.

—Es una de las desventajas de que nuestros dos mundos se superpongan como lo hacen. Los sonidos de uno se transmiten al otro. La mayoría de los humanos no pueden oírnos... ni sentirnos..., pero nosotros sí que nos oímos y sentimos los unos a los otros.

Falquián cruzó la calle para evitar la riña que acababa de surgir de una taberna de marineros.

—Si los otros pueden oírte, ¿cómo vas a ocultar lo que estás haciendo?

—No me has dejado terminar, Falquián. Aquí no estamos solos. Hay otros a todo nuestro alrededor..., mi familia, los dioses tamules, vuestro dios elenio, varios espíritus y fantasmas, y el aire está completamente lleno de los Sin Poder. A veces se reúnen como las aves migratorias.

Él se detuvo y dio un paso atrás para dejar que pasara un chirriante y desvencijado carro de carbón.

—¿Quiénes son esos «Sin Poder»? —le preguntó a la diosa-niña—. ¿Resultan peligrosos?

—En absoluto. Ya ni siquiera existen. No son más que recuerdos..., viejos

mitos y leyendas.

—¿Son reales? ¿Podría verlos yo?

—No, a menos que creas en ellos. En otra época fueron dioses, pero sus adoradores murieron o fueron convertidos al culto de otros dioses. Gimen y revolotean en torno a los bordes de la realidad, sin substancia ni pensamiento. Lo único que tienen es necesidad. —La diosa-niña suspiró—. Nosotros pasamos de moda, Falquián..., como vestidos del año anterior, o zapatos y sombreros anticuados. Los Sin Poder son dioses desechados, que encogen cada vez más y más a medida que pasan los años, hasta que finalmente no son más que una especie de lamento angustiado. —Volvió a suspirar—. En cualquier caso —prosiguió—, hay todos esos ruidos como telón de fondo, lo que hace que resulte muy difícil identificar uno específico.

Pasaron ante otra apestosa taberna, de la que salían las ruidosas canciones de los borrachos.

—¿Ese ruido es algo parecido? —inquirió Falquián, haciendo un gesto con la cabeza hacia la taberna—. ¿Ruidos sin sentido que te llenan los oídos y evitan que oigas lo que quieres escuchar en realidad?

—Más o menos. Sin embargo, nosotros tenemos un par de sentidos de los que vosotros carecéis, así que, para empezar, sabemos cuándo los demás andan por los alrededores y, en segundo, sabemos cuándo están haciendo cosas..., entrometiéndose, si prefieres llamado así. Tal vez pueda ocultar lo que haga en todo ese otro ruido. ¿Cuánto más tenemos que alejarnos?

Él giró una esquina al interior de una calle tranquila.

—Ahora estamos llegando a la periferia de la ciudad. —La acomodó mejor en sus brazos y continuó calle arriba, a mayor velocidad que antes. Las casas de los suburbios de Beresa eran más señoriales, y estaban retiradas de la acera con altivo y orgulloso aire de importancia—. Después de dejar atrás los campos de carbón, llegaremos al bosque —le explicó—. ¿Estás segura de que ese ruido que yo no puedo oír será lo bastante alto como para ocultar tus hechizos?

—Veré si puedo obtener un poco de ayuda. Acaba de ocurrírseme algo. Cyrgon no sabe con exactitud dónde estoy, y le llevará un poco de tiempo identificarme y precisar mi emplazamiento. Les pediré a algunos de los otros que acudan aquí a celebrar una fiesta o algo así. Si hacen suficiente ruido y yo me muevo lo bastante aprisa, Cyrgon ni siquiera sabrá que he estado aquí.

Había sólo unos pocos trabajadores al cuidado de los oscuros fuegos de los campos de carbón que rodeaban Beresa, hombres sin curiosidad, ennegrecidos

por su trabajo y demasiado ebrios, que andaban a tumbos en torno a las humeantes llamas como trasgos infernales que danzaran sobre las brasas eternas. Falquián avanzaba ahora a paso todavía más rápido hacia el borde del enmarañado bosque con la muy turbada diosa-niña en brazos.

—Tengo que poder ver el cielo —comentó ella—. No quiero que haya ramas de árboles en mi camino. —Hizo una pausa—. ¿Le tienes miedo a las alturas? —preguntó.

—No en particular, ¿por qué?

—Sólo por saberlo. No te pongas nervioso cuando partamos. No dejaré que nada te suceda. Estarás perfectamente a salvo mientras te tenga cogido de la mano. —Hizo otra pausa—. Oh, no —murmuró—, acabo de recordar una cosa.

—¿Qué? —Él apartó una rama y se deslizó al interior de la oscuridad del bosque.

—Tengo que ser real cuando hago esto.

—¿Qué quieres decir con «real»? Ahora eres real, ¿no?

—No exactamente. No hagas preguntas, Falquián. Límitate a buscarme un trozo de cielo limpio y no me molestes durante un rato. Tengo que solicitar un poco de ayuda..., si consigo encontrarlos.

Él avanzó por entre la enmarañada maleza, con un nudo helado en el estómago y el corazón como una piedra. El monstruoso dilema con que se enfrentaban lo destrozaba. Sephrenia estaba muriéndose pero él tenía que poner a Ehlana en peligro con el fin de salvar la vida de la mujer estiriana. Sólo la fuerza de la voluntad del Bhelliom le mantenía en movimiento. Su propia voluntad se encontraba paralizada por las conflictivas necesidades de las dos personas a las que más quería en el mundo. Empujaba las enmarañadas ramas que lo rodeaban con una especie de desesperanzada frustración.

Luego atravesó la pantalla de vegetación y salió a un pequeño claro alfombrado con una espesa capa de musgo, donde una charca alimentada por una fuente le devolvía los guiños a las estrellas derramadas como brillante grano por el aterciopelado cielo nocturno. Era un lugar hermoso, casi encantado, pero los ojos de Falquián se negaban a aceptar su belleza. Se detuvo y dejó a Aphrael en el suelo. El pequeño rostro de ella carecía de expresión, tenía los ojos ausentes, ojos que no veían. Falquián aguardó en tensión.

—¡Bueno, por fin! —declaró ella finalmente, en un tono de voz exasperado—. ¡Es tan difícil explicarles las cosas! Nunca dejan de parlotear el tiempo suficiente como para escucharla a una.

—¿De quién estás hablando?

—De los dioses tamules. Ahora puedo ver por qué Oscagne es ateo. Al fin he conseguido convencerlos de que acudan aquí a jugar. Eso debería ayudar a ocultarnos a ti y a mí de Cyrgon.

—¿Jugar?

—Son niños, Falquián, criaturas pequeñas que corren, juegan, chillan y se persiguen durante meses enteros. Cyrgon los detesta con todo su ser, así que no se acercará siquiera a ellos. Eso nos resultará de utilidad. Estarán aquí dentro de unos minutos, y entonces podremos partir. Vuélvete de espaldas, padre. No me gusta que la gente me mire mientras cambio.

—Yo ya te he visto antes..., tu reflejo, en cualquier caso.

—Esa parte no me molesta. Pero el proceso mismo del cambio resulta un poco degradante. Límitate a volverte de espaldas, padre. No lo comprenderías.

Él se volvió obedientemente y miró al cielo. Varias constelaciones que le eran familiares habían desaparecido o estaban en el sitio equivocado.

—Bueno, padre, ya puedes volverte. —La voz de ella era más profunda y vibrante.

Él dio media vuelta.

—¿Quieres hacerme el favor de ponerte algo de ropa?

—¿Por qué?

—Tú límitate a hacerlo, Aphrael. Consiente mis caprichos.

—¡Esto es tan tedioso! —Ella tendió una mano, cogió un velo hecho con alguna clase de gasa que había surgido de la nada, y se envolvió con él—. ¿Mejor? —preguntó.

—No mucho. ¿Podemos marcharnos ya?

—Lo comprobaré. —Sus ojos adquirieron un momentáneo aire distante—. Ya llegan —informó luego—. Se han entretenido por el camino. No hace falta mucho para distraerlos. Ahora, escúchame con mucho cuidado, Falquián. Trata de mantener la calma cuando hagamos el viaje. Sólo mantén muy presente el hecho de que no permitiré que sufras ningún daño. No te caerás.

—¿Caerme? ¿Caerme de dónde? ¿De qué estás hablando?

—Ya lo verás. Lo haría de otra forma, pero tenemos que llegar a Dirgis lo antes posible, y no quiero que Cyrgon tenga tiempo de localizarme. Al principio lo haremos en cómodas etapas, y tendrás tiempo para habituarte a la idea. —Volvió un poco la cabeza—. Ya han llegado —dijo—. Podemos ponernos en camino.

Falquián inclinó un poco la suya. Creyó oír el lejano sonido de risas infantiles, aunque podría haberse tratado sólo del ruido de una brisa errante que jugara entre las copas de los árboles.

—Dame la mano —le indicó ella.

Él extendió un brazo y la tomó de la mano. Parecía muy tibia y, de algún modo, reconfortante.

—Sólo mira hacia arriba, al cielo, Falquián —le indicó la arrebatadoramente hermosa mujer que tenía a su lado.

Él levantó el rostro y vio el borde superior de la luna que subía, pálida y luminosa, por detrás de las copas de los árboles.

—Ahora puedes mirar hacia abajo.

Se encontraban de pie a unas cuatro varas por encima de las rizadas aguas de la charca. Los músculos de Falquián se tensaron.

—¡No hagas eso! —le ordenó ella con tono terminante—. Relájate. Aminorarás nuestra velocidad si tengo que arrastrarte por el aire como una canoa anegada.

Lo intentó, pero no tuvo mucho éxito. Sin embargo, tenía la seguridad de que sus ojos estaban mintiéndole. Podía sentir algo sólido debajo de sus pies. Dio una patada sobre eso sólido, y era tan firme como debía serlo la tierra.

—Esto es sólo por ahora —le comentó la diosa-niña—. Dentro de poco ya no lo necesitarás. Siempre tengo que ponerle algo sólido debajo a Sephrenia... —La voz se le quebró con un extraño sollozo quedo—. Por favor, recobra el control, Falquián —le suplicó—. Tenemos que apresurarnos. Vuelve a mirar al cielo. Vamos a subir un poco más.

Él no sintió absolutamente nada, ni el paso del aire, ni una sensación de vacío en el estómago, pero cuando volvió a mirar hacia abajo, el claro y su charca encantada eran sólo un punto. Las diminutas luces de Beresa parpadeaban en ventanas minúsculas, y la luna había tendido un deslumbrante sendero largo sobre el mar de Tamul.

—¿Te encuentras bien?

Las inflexiones continuaban siendo las de Aphrael, pero la voz y más notablemente la apariencia, eran del todo diferentes. Su rostro combinaba de forma peculiar los rasgos de Flauta y los de Danae, lo que de alguna forma la convertía en la adulta que habían sido ambas niñas. Falquián no replicó, sino que dio otra patada sobre la sólida nada que tenía bajo los pies.

—No podré mantener eso debajo de ti cuando nos pongamos en camino —le

advirtió ella—. Viajaremos a demasiada velocidad. Sólo cógete a mi mano, pero no te entusiasmes y me partas los dedos.

—En ese caso, no hagas nada que pueda pillarme por sorpresa. ¿Vas a criar alas?

—¡Qué idea tan absurda! No soy un pájaro, Falquián. Las alas no harían más que estorbarme. Tú repantígate y relájate. —Ella lo miró con atención—. Estás entendiéndote muy bien con esto. Sephrenia generalmente ya tiene un ataque de histeria a estas alturas. ¿Te sentirías más cómodo si estuvieras sentado?

—¿Sobre qué?

—Déjalo. Tal vez sea mejor que continuemos de pie. Respira profundamente un par de veces, y partiremos.

Falquián descubrió que el mirar hacia arriba lo ayudaba. Cuando estaba mirando las estrellas y la luna recién salida, no veía el terrible vacío que tenía debajo.

No había sensación alguna de movimiento; ni el viento le silbaba en los oídos, ni su capa ondeaba. Permaneció de pie, cogido a la mano de Aphrael y mirando con atención mientras la luna se retiraba con lentitud hacia el sur.

Luego le llegó una pálida luminosidad desde abajo.

—¡Vaya fastidio! —dijo la diosa.

—¿Qué sucede? —La voz de él salió un poco chillona.

—Nubes.

Él miró hacia abajo y vio el mundo de cuento de hadas que tenían a los pies. Un suelo de nubes blancas, relumbrando a la luz de la luna, que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Montañas de aérea niebla que se elevaban desde una rugosa pradera insubstancial, entre las cuales se alzaban como centinelas columnas y castillos de nubes torneadas. Falquián se sintió maravillado; la suave capa de nubes iluminada por la luna corría hacia atrás bajo sus pies.

—Hermoso —murmuró.

—Es posible, pero no puedo ver el terreno.

—Creo que lo prefiero así.

—Necesito puntos de referencia, Falquián. No puedo ver dónde estoy, así que no sé hacia dónde vamos. El Bhelliom puede encontrar un lugar con sólo saber su nombre, pero yo, no. Yo necesito referencias geográficas, y no puedo verlas con todas esas nubes de por medio.

—¿Por qué no utilizas las estrellas?

—¿Qué?

—Eso es lo que hacen los marineros cuando están en el mar abierto. Las estrellas no se mueven, así que los marineros escogen una determinada estrella o constelación y dirigen la nave hacia ella.

Se produjo un largo silencio mientras las nubes que retrocedían velozmente debajo de ellos aminoraron la marcha y por fin se detuvieron.

—A veces eres tan listo que no puedo soportarte, Falquián —comentó con acritud la diosa que lo sujetaba de la mano.

—¿Quieres decir que nunca habías pensado en ello? —le preguntó él con incredulidad.

—No suelo volar de noche con mucha frecuencia. —El tono de ella era defensivo—. Vamos a descender. Tengo que encontrar algún punto de referencia.

Comenzaron a hundirse; las nubes subieron apresuradamente hacia ellos, y luego se vieron rodeados por una densa niebla que se les adhería al cuerpo.

—Están hechas de niebla, ¿verdad? Las nubes, quiero decir. —Falquián estaba sorprendido.

—¿Qué creías que eran?

—No lo sé. Nunca había pensado en ello. Por alguna razón, parece extraño.

Atravesaron la parte inferior de la capa de nubes..., las cuales ya no estaban bañadas por el fulgor de la luna, sino que ahora flotaban por encima de sus cabezas como un techo sucio que impedía el paso de la luz. La tierra que tenían debajo se encontraba envuelta en una oscuridad casi absoluta. Se desplazaron por el aire y viraron en esta o aquella dirección, mientras miraban hacia abajo en busca de algo reconocible.

—Allá —señaló Falquián—. Ésa tiene que ser una ciudad de buen tamaño. Hay bastante luz.

Se movieron en esa dirección como despreocupados insectos. Falquián tenía una sensación de irrealidad al mirar hacia abajo. La ciudad que yacía sobre la tierra parecía diminuta. Se hallaba acurrucada como el juguete de un niño al borde de una gran masa de agua.

Falquián se rascó una mejilla mientras intentaba recordar los detalles de su mapa.

—Probablemente sea Sopal —comentó—. Ese lago casi tiene que ser el mar de Arjun. —Se interrumpió, con un repentino vértigo mental.

—¡Eso es a más de trescientas leguas del lugar de donde partimos, Aphrael! —exclamó.

—Sí..., si eso es, en efecto, Sopal.

—Tiene que serlo. El mar de Arjun no es más que un lago grande de esta zona del continente, y Sopal se encuentra en el lado este del mismo. Arjun está en el lado sur, y Tiana en el oriental. —La miró con incredulidad—. ¡Más de trescientas leguas! ¡Y salimos de Beresa hace apenas media hora! ¿A qué velocidad vamos?

—¿Qué diferencia hay? Hemos llegado aquí. Eso es lo único que importa. —La joven que lo llevaba de la mano miró con aire especulativo a la ciudad en miniatura que se encontraba en la orilla del lago—. Dirgis está un poco hacia el oeste, así que no nos interesa seguir hacia el norte en línea recta. —Los hizo girar a ambos en el aire hasta que quedaron de cara a una dirección norte ligeramente desviada al oeste—. Esto debería ser bastante aproximado. No muevas la cabeza, Falquián. Mantén la vista fija en esa dirección. Regresaremos arriba y tú escogerás una estrella.

Subieron velozmente por entre las nubes, y Falquián vio la conocida constelación del Lobo que se encontraba en el neblinoso horizonte que tenían delante.

—Allí —señaló—. Las cinco estrellas reunidas en forma de cabeza de perro.

—Eso no se parece a ningún perro que yo haya visto.

—Tienes que utilizar la imaginación. ¿Cómo es que nunca has pensado antes en guiarte por las estrellas?

Ella se encogió de hombros.

—Probablemente se debe a que yo puedo ver a mayor distancia que vosotros. Vosotros veis el cielo como una superficie..., una especie de cuenco invertido con las estrellas pintadas todas a la misma distancia de donde os encontráis. Por eso podéis ver ese grupo de estrellas como si fuera la cabeza de un perro. A mí no me es posible porque yo percibo la diferencia de distancia. Mantén la vista en el perro, Falquián. Si comenzáramos a desviarnos del curso, házmelo saber. Las nubes bañadas por la luz de la luna empezaron a correr otra vez, y los dos volaron en silencio durante un rato.

—No es tan malo —comentó Falquián—, al menos cuando te acostumbras.

—Es mejor que caminar —replicó la diosa envuelta en gasa.

—Pero al principio me puso los pelos de punta.

—Sephrenia nunca ha superado esa etapa. Comienza a decir disparates a causa del pánico en cuanto sus pies despegan del suelo.

Falquián recordó algo.

—Espera un momento —objetó—. Cuando matamos a Ghwerig y robamos el Bhelliom, tú saliste flotando de aquella grieta que había en la cueva de él, y Sephrenia caminó por el aire para reunirse contigo. En ese momento no estaba diciendo disparates a causa del pánico.

—No. Es probable que sea lo más valiente que ha hecho en toda su vida. Me sentía tan orgullosa de ella que casi reviento.

—¿Estaba consciente? Me refiero a cuando la encontraste.

—A momentos. Fue capaz de decirnos quién la había atacado. Yo conseguí disminuir los latidos de su corazón y eliminar el dolor. Ahora está muy tranquila. —La voz de Aphrael se estremeció—. Ella cree que va a morir, Falquián. No puede sentir la herida que tiene en el corazón y sabe qué significa eso. Cuando me marché, estaba dándole a Xanetia un último mensaje para Vanion. —La joven diosa se tragó un sollozo—. ¿Podemos hablar de alguna otra cosa?

—Por supuesto. —Los ojos de Falquián se apartaron de la constelación del cielo nocturno—. Hay unas montañas que asoman por entre las nubes ahí delante.

—Entonces, ya casi hemos llegado. Dirgis se encuentra en la gran hondonada que hay detrás de esa primera cadena.

El rápido vuelo comenzó a aminorar su velocidad. Pasaron por encima de los picos nevados de la parte más meridional de las montañas de Atan, picos que asomaban entre las nubes como islas congeladas, y descubrieron que sólo había una fina capa de nubes sobre la hondonada que estaba más allá de ellos.

Descendieron, flotando como las semillas del diente de león, hacia las laderas y valles cubiertos de bosques de la hondonada, un paisaje nítidamente delineado en la luz de la luna que desteñía todo color. Se veía otro apiñamiento de luces a cierta distancia a la izquierda..., rojizas antorchas en calles estrechas, y dorada luz de vela en ventanas pequeñas.

—Eso es Dirgis —comentó Aphrael—. Descenderemos en las afueras de la ciudad. Creo que será mejor que vuelva a transformarme antes de que entremos.

—O haces eso, o te pones más ropa encima.

—Es algo que te molesta de verdad, ¿no, Falquián? ¿Es que soy fea, o algo parecido?

—No. Muy por el contrario..., y eso me molesta todavía más. No puedo pensar mientras estás desnuda cerca de mí, Aphrael.

—En realidad no soy una mujer, Falquián..., no en el sentido que parece perturbarte tanto. ¿No puedes pensar en mí como en una yegua, o una cierva?

—No, no puedo. Será mejor que hagas lo que tengas que hacer, Aphrael. No creo que se nos presente una verdadera necesidad de hablar sobre cómo pienso en ti.

—¿Estás ruborizándote, Falquián?

—Sí, la verdad es que sí. ¿Podemos dejarlo ya?

—Eso es bastante adorable, ¿sabes?

—¿Quieres acabar?

Descendieron en una pequeña cañada oculta, a unas diez varas de la periferia de Dirgis, y Falquián se volvió de espaldas mientras la diosa-niña, una vez más, asumía la más familiar forma de la niña estiriana a la que todos conocían como Flauta.

—¿Mejor? —preguntó ella cuando él se volvió a mirarla.

—Mucho. —Él la cogió en brazos y se puso a avanzar hacia la ciudad; sus largas piernas se estiraban en largas zancadas. Se concentró en hacer eso. Parecía ayudarlo a no pensar.

Entraron directamente en la población, giraron en una esquina de la calle principal, y llegaron a un gran edificio de dos pisos.

—Aquí es —informó Aphrael—. Simplemente entraremos y subiremos las escaleras. Haré que el posadero mire hacia otro lado.

Falquián empujó la puerta entreabierta, atravesó la sala común de la planta principal, y subió las escaleras.

Encontraron a Xanetia destellando en todo su fulgor con Sephrenia acurrucada entre los brazos. Las dos mujeres se hallaban en una estrecha cama de una habitación pequeña con paredes más o menos perpendiculares. Era uno de esos dormitorios acogedores y cómodos que uno encuentra en las posadas de montaña de todo el mundo. Tenía una estufa de porcelana, dos sillas, y una mesilla de noche junto a cada lecho. Un par de velas arrojaban una luz dorada sobre las mujeres que se encontraban en la cama. La parte frontal de la túnica de Sephrenia estaba cubierta de sangre, y su rostro mortalmente pálido, teñido apenas con un gris fatal. Falquián la miró y su mente se incendió de pronto.

—Le causaré daño a Zalasta por esto —gruñó en lengua troll. Aphrael le echó una mirada de sobresalto. Luego, también ella habló en el gutural idioma de los trolls.

—Tu pensamiento es bueno, Anakha —asintió con ferocidad—. Cáusale mucho daño. —El rasgante sonido de la palabra que en lengua troll significaba «daño» les parecía muy satisfactorio a ambos—. Pero su corazón aún me

pertenece —agregó—. ¿Ha habido algún cambio? —le preguntó a Xanetia, volviendo al idioma tamul.

—Ninguno, divina Aphrael —replicó Xanetia con una voz próxima al agotamiento—. Estoy prestándole a la nuestra querida hermana la mía fuerza para mantenerla, pero me encuentro casi agotada. Pronto, ella y yo moriremos.

—No, gentil Xanetia —declaró Aphrael—. No quiero perderos a ambas. Mas, no temáis. Anakha ha acudido con el Bhelliom para recuperaros a las dos.

—Pero eso no debe ser —protestó Xanetia—. El hacer a questo pondría en peligro la vida de la reina de Anakha. Es mejor que la hermana vuesa y yo perezcamos juntas, que eso.

—No seas tan noble, Xanetia —le dijo Aphrael con acritud—. Me causa dolor hasta el alma. Habla con el Bhelliom, Falquián. Averigua cómo debemos hacer esto.

—Rosa Azul —llamó Falquián, tocando con los dedos el bulto que tenía bajo la blusa.

—Os escucho, Anakha. —La voz era un susurro en la mente del caballero pandion.

—Hemos llegado al lugar donde Sephrenia yace herida.

—Sí.

—¿Qué debemos hacer ahora? Os imploro, Rosa Azul, que no aumentéis el peligro de la compañera mía.

—La vuesa admonición es indecorosa, Anakha. Fable de una cierta falta de confianza. Procedamos ahora. Rendid la voluntad vuesa a la mía. Es a través de los labios vuestos como debo hablar con la anarae Xanetia.

Una extraña lasitud se apoderó de Falquián, que se sintió como si de alguna forma se separase, como si su consciencia abandonara su cuerpo.

—Atendedme, Xanetia. —Era la voz de Falquián, alterada, aunque él no tenía consciencia de haber hablado.

—Con toda atención, Hacedor de Mundos —replicó la anarae con voz exhausta.

—Dejadle a la diosa-niña la carga de mantener con vida a la su hermana. Necesito las manos vuestas.

Aphrael se deslizó al lecho, cogió a Sephrenia de los brazos de Xanetia, y la envolvió en un tierno abrazo.

—Sacad la caja, Anakha —ordenó el Bhelliom—, y entregadla en manos de Xanetia.

Los movimientos de Falquián eran bruscos cuando sacó la caja de dentro de su blusa, e hizo pasar por su cabeza el tiento de cuero del cual estaba colgada.

—Rodearos de esa serenidad que la maldición de Edaemus os ha conferido, Xanetia —fue la siguiente instrucción del Bhelliom—, y rodead la caja... y la esencia mía... en las vuestas manos, dejando que la paz vuesa penetre en lo que sostenéis.

Xanetia asintió con la cabeza y tendió las manos para tomar la caja que le presentaba Falquián.

—Muy bien. Ahora, tomad a la diosa-niña en los brazos vuestos. Abrazadla y entregadme a ella.

Xanetia rodeó a Aphrael y Sephrenia con sus brazos.

—Excelente. La vuesa mente es rápida, Xanetia. Esto es aún mejor. Aphrael, abrid vos la caja y sacadme de ella. —El Bhelliom hizo una pausa—. Sin trucos —la amonestó con un coloquialismo nada característico de él—. No busquéis entraparme con las vuestas mañas y el vuesto contacto dulce.

—No seas absurdo, Hacedor de Mundos.

—Os conozco bien, Aphrael, y sé que el arte vuesto es más peligroso aún de lo que lo era Azash o de lo que puede serlo Cyrgon. Concentremos ambos toda la atención nuestra en la curación de la vuesa hermana.

La diosa-niña abrió la caja y sacó de ella la relumbrante rosa de zafiro. Falquián, completamente aturdido, vio que el regular fulgor blanco que emanaba de Xanetia adquiría una suave tonalidad azulada cuando la radiación del Bhelliom se unió a la propia de ella.

—Aplicadme, como una cataplasma, sobre la herida suya para que pueda curar el mal que Zalasta le ha infligido.

Falquián era un soldado y sabía mucho de heridas. Su estómago se anudó al ver el profundo corte sangrante que Sephrenia tenía en la curva superior del seno izquierdo.

Aphrael acercó el Bhelliom y tocó suavemente con él la sangrante herida.

Sephrenia comenzó a relumbrar con luz azul. Alzó a medias la cabeza.

—No —dijo con voz débil, mientras intentaba apartar la mano de Aphrael.

Falquián le tomó ambas manos en las suyas y las sujetó.

—Todo está bien, pequeña madre —le mintió con tono dulce—. Se han tomado todas las precauciones.

La herida del seno de Sephrenia se había cerrado, dejando una fea cicatriz purpúrea. Luego, ante los ojos de todos ellos, la rosa de zafiro continuó

trabajando. La cicatriz se encogió hasta ser una fina línea blanca que fue haciéndose cada vez menos perceptible hasta que al fin desapareció del todo.

Sephrenia comenzó a toser. Era un tipo de tos gorgoteante y líquida, como la que sufriría un hombre casi ahogado.

—Dame la jofaina, Falquián —pidió Aphrael—. Tiene que sacar la sangre que le ha quedado en los pulmones.

Falquián tendió una mano para coger una gran jofaina poco profunda que había en la mesa de noche, y se la entregó.

—Toma —dijo la diosa-niña—. Ya puedes guardar eso. —Le devolvió la caja cerrada, cogió la jofaina y la sostuvo debajo del mentón de Sephrenia—. Eso está muy bien —comentó para alentar a su hermana mientras la menuda mujer expectoraba montones de coágulos de sangre—. Sácalo todo fuera.

Falquián desvió la mirada. El proceso no era muy agradable.

—Tranquilizaos, Anakha —le dijo suavemente la voz del Bhelliom—. Los vuestos enemigos no se han enterado de lo que acaba de suceder. —La piedra preciosa hizo una pausa—. No he reconocido a Edaemus como se merecía, porque es muy astuto. Pienso que ninguno otro podría haber percibido la importancia de lo que él ha obrado. El maldecir a los sus fijos como lo hizo era la única manera de esconderlos. Me estremezco al imaginar el dolor que eso tuvo que causarle.

—No lo entiendo —confesó Falquián.

—Una bendición tintinea y reluce en el aire diáfana como el sonido de una campana, Anakha, pero una maldición es oscura y silenciosa. Si fuera una bendición la luz que emana de la anarae Xanetia, todo el mundo oiría y sentiría su amor abrumador, pero Edaemus la convirtió en cambio en una maldición. En eso reside la sabiduría suya. Los malditos son apartados y ocultados, y nadie..., hombre o dios..., puede oír las sus idas y venidas por la tierra. Cuando la anarae Xanetia tomó la caja en las sus manos, apagó todo sonido y sensación de la presencia mía, y cuando ella abrazó a Aphrael y Sephrenia y las envolvió en la su luminosa oscuridad, ninguna criatura viviente pudo detectarme. La compañera vuesa está a salvo..., por ahora. Los enemigos de vos no tienen conocimiento ninguno de lo que acaba de pasar.

El corazón de Falquián se alegró.

—Me arrepiento amargamente de mi falta de confianza, Rosa Azul —se

disculpó.

—Estabais trastornado, Anakha. Os perdono sin rencor.

—Falquián. —La voz de Sephrenia era poco menos que un suspiro.

—¿Sí, pequeña madre? —Él se acercó apresuradamente al lado del lecho de ella.

—No deberías haber consentido en esto. Has puesto a Ehlana en un peligro terrible. Pensaba que eras más fuerte.

—Todo está en orden, Sephrenia —le aseguró Falquián—. El Bhelliom acaba de explicármelo. Nadie oyó ni sintió nada mientras estaba curándote.

—¿Cómo es posible eso?

—Debido a la presencia de Xanetia... y a su contacto. El Bhelliom dice que ella acalló por completo lo que estaba sucediendo. Tiene que ver con la diferencia entre una bendición y una maldición, según lo entiendo. De cualquier forma que funcione, lo que acaba de suceder no ha puesto a Ehlana en ningún peligro. ¿Cómo te sientes?

—Como un gatito medio ahogado, si de verdad quieres saberlo —replicó ella, con una sonrisa débil. Luego suspiró—. Nunca habría creído que Zalasta pudiera ser capaz de lo que ha hecho.

—Le haré desear no haber pensado siquiera en ello —le aseguró Falquián, ceñudo—. Voy a arrancarle el corazón, asarlo ensartado en un espetón, y servirselo luego a Aphrael en un plato de plata.

—¿No es un chico encantador? —comentó Aphrael con cariño.

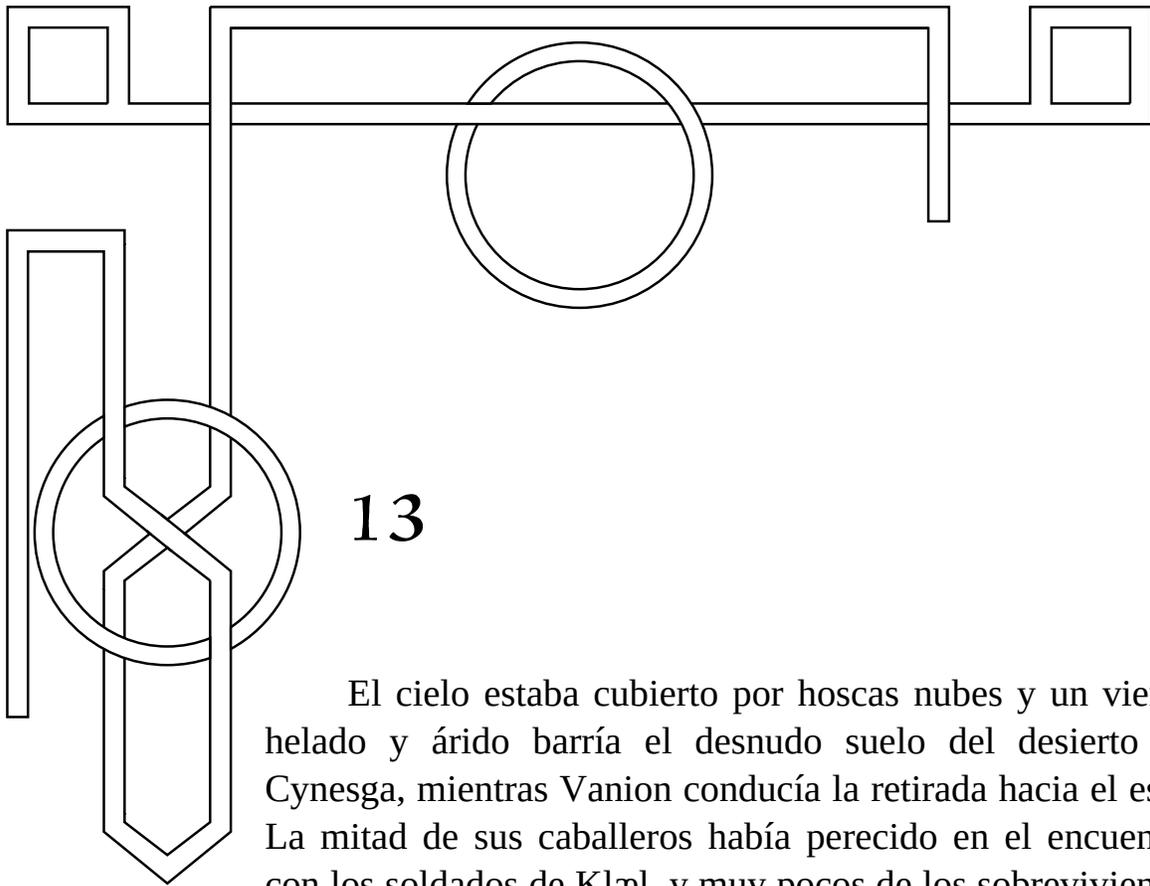
—No. —La voz de Sephrenia era sorprendentemente firme—. Aprecio que hayáis pensado en ello, queridos míos, pero no quiero que ninguno de los dos le haga nada a Zalasta. Es a mí a quien ha apuñalado, así que seré yo quien decida quién acabará con él.

—Supongo que es lo justo —concedió Falquián.

—¿Qué tienes en mente, Sephrenia? —preguntó Aphrael.

—Vanion va a sentirse terriblemente trastornado cuando se entere de esto. No quiero que se ponga a bramar y romper muebles, así que voy a entregarle a Zalasta... bien atado con una cinta de color rojo brillante.

—Pero su corazón continúa siendo mío —insistió Aphrael.



## 13

El cielo estaba cubierto por hoscas nubes y un viento helado y árido barría el desnudo suelo del desierto de Cynesga, mientras Vanion conducía la retirada hacia el este. La mitad de sus caballeros había perecido en el encuentro con los soldados de Klæl, y muy pocos de los sobrevivientes escaparon a las heridas graves. Vanion había salido de Sarna con un ejército. Regresaba a la cabeza de una columna de gimientes inválidos, vapuleados y destrozados, tras lo que en realidad no había sido más que una escaramuza.

Cuatro atanes llevaban a Engessa en una camilla, y la reina Betuana caminaba a su lado con el rostro asolado por la aflicción. Vanion suspiró. Engessa todavía respiraba, mas a duras penas.

El preceptor se irguió en la silla de montar, intentando librarse de la conmoción y la consternación, y de pensar de manera racional. La lucha con los guerreros de Klæl había diezmado sus fuerzas de caballeros de la iglesia, los cuales eran una pieza central de la estrategia de contención. Sin esos jinetes de armadura, la frontera oriental del propio Tamul ya no estaba asegurada.

Vanion masculló un amargo improperio. Lo único que podía hacer ahora era advertir a los demás del cambio de situación.

—Caballero Endrik —llamó al viejo veterano que cabalgaba un poco más atrás—, ocupa mi puesto. Tengo que hacerme cargo de algo.

Endrik avanzó.

—Mantenlos avanzando hacia el este —fue la orden de Vanion—. Estaré de regreso dentro de poco.

Espoleó su caballo hasta un galope medio y se adelantó.

Cuando estuvo a un cuarto de legua por delante de la columna, detuvo la montura y envió el hechizo de llamada.

Nada sucedió.

Volvió a enviarlo, con mayor urgencia esta vez.

—¿Qué? —La voz de Aphrael que sonó en sus oídos era irritadamente impaciente.

—Tengo malas noticias, divina Aphrael —replicó él.

—¿Qué más puede salir mal? Date prisa, Vanion. En este momento estoy ocupada.

—Nos tropezamos con Klæl en el desierto. Lo acompañaba un ejército de gigantes, y nos han dejado muy maltrechos. Diles a Falquián y los demás que hay muchas probabilidades de que pueda retener Samar si los cynesganos le ponen cerco. He perdido a la mitad de los caballeros, y los que quedan no están de ningún modo en condiciones de luchar. Los pelois de Tikume son hombres valientes, pero no tienen ninguna experiencia de asedio.

—¿Cuándo sucedió eso?

—Hace unas cuatro horas. ¿Puedes encontrar a Abriel y los otros preceptores? A estas alturas deberían estar en Zemoch o Astel occidental. Hay que ponerlos sobre aviso respecto a Klæl. No somos adversarios dignos de ellos. Si acechan y barren al cuerpo principal de los caballeros de la iglesia, perderemos esta guerra.

—¿Quiénes son esos gigantes de los que hablas, Vanion?

—No tuvimos tiempo para presentaciones. Pero puedo decirte que son más grandes que los atanes..., casi tan grandes como los trolls. Llevan unas armaduras muy ajustadas y máscaras de acero. Sus armas no se parecen a nada que yo haya visto hasta ahora, y tienen sangre amarilla.

—¿Amarilla? ¡Es imposible!

—A pesar de eso, es amarilla. Puedes venir hasta aquí y mirar la hoja de mi espada, si lo deseas. Conseguí matar a un par de ellos cuando cubría la retirada de Betuana.

—¿La retirada? ¿De Betuana?

—Llevaba a Engessa en brazos.

—¿Qué le sucede a Engessa?

—Se había alejado un poco con la vanguardia, y los soldados de Klæl lo atacaron. Luchó bien, pero ellos lo acometieron en gran número. Nosotros cargamos contra el grupo y Betuana se abrió camino hasta Engessa a filo de espada. Yo ordené la retirada y cubrí a Betuana mientras ella llevaba a Engessa a la retaguardia. Lo llevamos de vuelta a Sarna, pero creo que será un esfuerzo desperdiciado. Le han hundido un lado de la cabeza, y me temo que vamos a perderlo.

—No digas eso, Vanion. Nunca digas eso. Siempre hay esperanza.

—No mucha esta vez, divina Aphrael. Cuando alguien daña el cerebro de un hombre, casi lo único que puedes hacer por él es cavar una fosa.

—¡Yo no voy a perderlo, Vanion! ¿A qué velocidad podéis llevarlo de vuelta a Sarna?

—Dos días, Aphrael. Nos ha llevado dos días llegar hasta aquí, y dos días de avance significa dos días para regresar.

—¿Podrá resistir tanto tiempo?

—Lo dudo.

Ella profirió una palabra corta e indecorosa en estiriano.

—¿Dónde estáis?

—A veinte leguas al sur de Sarna, y a unas cinco hacia el interior del desierto.

—Quedaos ahí. Yo acudiré a buscaros.

—Ten un poco de cuidado cuando hables con Betuana. Está comportándose de modo muy extraño.

—Di las cosas claras, Vanion. No tengo tiempo para enigmas.

—No estoy seguro de qué son las cosas claras, Aphrael. Betuana es un soldado, y sabe que a veces la gente muere en la batalla. Su reacción ante lo sucedido es..., bueno..., excesiva. Se ha quebrado de manera absoluta.

—Es una atana, Vanion. Son una gente muy emotiva. Regresa y detén la columna. Estaré ahí dentro de poco.

Vanion asintió con la cabeza, aunque ante él no había nadie que pudiera ver el gesto, hizo girar a su montura y regresó para reunirse con los caballeros.

—¿Algún cambio? —le preguntó a la reina Betuana.

Ella alzó su rostro bañado en lágrimas.

—Ha abierto una vez los ojos, Vanion-preceptor —replicó—. Pero no creo que me haya visto. —Le tenía cogida una mano a Engessa.

—Acabo de hablar con Aphrael —le informó él—. Viene hacia aquí para

verlo. No renuncies todavía a las esperanzas, Betuana. Aphrael me curó a mí, y yo estaba más cerca de la muerte que Engessa en este momento.

—En efecto, es muy fuerte —comentó ella—. Si la diosa-niña puede curarle la herida antes de que se lo lleve... —La voz se le ahogó con una extraña nota.

—Estará bien, majestad —insistió él, intentando que su voz sonara más segura de lo que él estaba en realidad—. ¿Puedes enviarle un mensaje a tu esposo?... respecto a Klæl, quiero decir. Debes informarlo respecto a los soldados que Klæl esconde bajo sus alas.

—Enviaré un corredor. ¿Debo decirle a Androl que acuda a Sarna en lugar de ir a Tosa? Klæl está aquí en este momento, y el ejército de Scarpa no llegará a Tosa hasta dentro de algún tiempo... y eso será sólo si consiguen esquivar a los trolls.

—Aguardemos hasta haber tenido la oportunidad de hablar primero con los demás. ¿Se ha puesto ya en marcha el rey Androl?

—Así debería ser. Androl siempre salta a cumplir lo que yo sugiero. Es un buen hombre... y muy, muy valiente. —Lo dijo casi como si defendiera a su esposo de una crítica no expresada, pero Vanion advirtió que ella acariciaba distraídamente el ceniciento rostro de Engessa mientras hablaba.

—Tiene que haber tenido mucha prisa —comentó Stragen, aún perplejo ante la breve nota de Falquián.

Talen se encogió de hombros.

—Nunca ha sido muy bueno para escribir cartas, si exceptuamos la vez en que pasó días y días componiendo mentiras respecto a lo que supuestamente estábamos haciendo en la isla de Tega.

—Tal vez eso acabó con su repertorio. —Stragen dobló la nota y la miró de cerca—. Pergamino —comentó—. ¿De dónde pudo haber sacado pergamino?

—¿Quién sabe? Quizá nos lo cuente cuando regrese. Vayamos a dar un paseo por la playa. Necesito hacer ejercicio.

—De acuerdo. —Stragen recogió su capa, y junto con el joven ladrón bajó las escaleras y salió a la calle.

La parte sur del mar de Tamul estaba en calma, y el sendero de luna que atravesaba la oscura superficie estaba intacto y muy brillante.

—Bonito —murmuró Talen cuando los dos llegaron a la arena mojada de la orilla.

—Sí —asintió Stragen.

—Creo que se me ha ocurrido algo —comentó Talen.

—A mí también —replicó Stragen.

—Adelante.

—No, primero oigamos tu idea.

—De acuerdo. Los cynesganos están agrupándose en la frontera, ¿correcto?

—Sí.

—Una buena historia podría desagruparlos.

—No creo que exista semejante palabra.

—¿Hemos venido aquí para discutir de vocabulario? ¿Qué harían los cynesganos si se enteraran de que los caballeros de la iglesia se aproximan? ¿No sería casi inevitable que tuvieran que enviar un ejército para interceptarlos?

—Creo que Falquián y Vanion quieren mantener más o menos en secreto el hecho de que los caballeros vienen hacia aquí.

—Stragen, ¿cómo puedes mantener en secreto a cien mil hombres? Digamos que le cuento a Valash que he recogido un informe muy fiable que dice que una flota de barcos con la bandera de la iglesia ha rodeado el extremo de Daconia en dirección a Kaftal. ¿No les causaría eso ciertas preocupaciones? Incluso en el caso de que sepan de la presencia de los caballeros que están atravesando Zemoch, continuarían teniendo necesidad de enviar soldados para que esperen a esa flota. No podrán pasar por alto la posibilidad de que los caballeros vayan a atacarlos desde dos direcciones diferentes.

Stragen se echó a reír.

—¿Qué te parece tan gracioso?

—Hace demasiado tiempo que tú y yo andamos corriendo juntos, Talen. Ya comencamos a pensar de manera similar. A mí se me ocurrió la idea de contarle a Valash que los atanes iban a atravesar las estepas de Astel oriental y penetrar en Cynesga septentrional hacia la capital.

—Bonito plan —concedió Talen.

—También lo es el tuyo. —Stragen miró con los ojos entrecerrados hacia el agua bañada por la luna—. Las dos historias son estratégicamente creíbles —reflexionó—. Son exactamente el tipo de jugada que haría un militar. Lo que en realidad estamos planeando es un golpe simultáneo desde el este y el oeste. Si conseguimos hacer que Cyrgon crea que vamos a atacarlo por el norte y el sur, lo desorganizaremos de tal forma que no logrará traer de vuelta a sus ejércitos para enfrentarse con nuestro verdadero ataque.

—Por no mencionar el hecho de que dividirá en dos sus fuerzas —apuntó Talen.

—Pero hemos de tener cuidado —le advirtió Stragen a su compañero—. No creo que ni siquiera Valash sea lo bastante crédulo como para tragarse esas historias si se las dejamos caer todas al mismo tiempo. Tendremos que espaciarlas y transmitírselas poco a poco. Lo que de verdad me gustaría es que el cuento sobre los atanes le llegara por una tercera persona.

—Es probable que Falquián pueda conseguir que Aphrael arregle eso —sugirió Talen.

—Si regresa alguna vez. Su nota era un poco vaga. Pero pongamos las cosas en funcionamiento. Modifiquemos un poco tu historia. Haz retroceder tu flota imaginaria hasta Valesia. Dale a Cyrgon un poco de tiempo para preocuparse antes de señalar Kaftal como punto de destino. Yo sembraré un par de indirectas ambiguas sobre que los atanes están reuniéndose cerca de su frontera noroccidental. Dejaremos las cosas en ese punto hasta que regrese Falquián.

Talen suspiró.

—¿Qué sucede?

—Esto es casi legal, ¿verdad?

—Supongo que podríamos decir que sí. ¿Es que hay algún problema en eso?

—Si es legal, ¿por qué estoy divirtiéndome tanto?

—¿Nada? —inquirió Ulath, mientras se abría el cuello de la roja chaqueta de uniforme.

—Ni por asomo —replicó Tynian—. He enviado cuatro veces el hechizo, y aún no he podido llegar hasta ella.

—Tal vez esté ocupada.

—Supongo que es posible.

Ulath se frotó una mejilla con aire reflexivo.

—Decididamente, creo que me afeitaré la barba del caballero Gerda —masculló—. ¿Sabes una cosa? Eso podría deberse a que estamos en el No-Tiempo. Cuando hicimos esto la primera vez..., en Pelosia..., no funcionaba ninguno de los hechizos.

—Creo que este hechizo es diferente, Ulath. En realidad no estoy tratando de hacer nada. Sólo quiero hablar con Aphrael.

—Sí, pero estás mezclando magia. Intentas utilizar un hechizo estiriano

cuando estás metido hasta las orejas en uno troll.

—Quizá sea eso. Volveré a intentarlo cuando llegemos a Arjun y regresemos al tiempo real.

Bhlok w regresó arrastrando los pies por la luz gris del momento congelado de Ghnomb, y dejó atrás a una bandada de inmóviles pájaros que se hallaba suspendida en el aire.

—Hay algunos de los cubiles de los hombres-cosas en el siguiente valle —informó.

—¿Muchos o pocos? —le preguntó U lath.

—Muchos —replicó Bhlok w—. ¿Tendrán perros los hombres cosas de allí?

—Siempre hay perros cerca de los cubiles de los hombres-cosas, Bhlok w.

—Entonces, debemos apresurarnos. —El peludo troll hizo una pausa—. ¿Cómo llamáis a este lugar los hombres-cosas?

—Éste es el lugar Arjun..., me parece.

—Ése es el lugar al que queremos ir, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por qué?

—Los malvados le han dicho al llamado Berit que acuda allí. Es nuestro pensamiento que tenemos que ir allí en el momento roto de Ghnomb y escuchar la charla de pájaro de los hombres-cosas. Uno de los hombres-cosas podría decir dónde los malvados le pedirán al llamado Berit que acuda a continuación. Podría ser que el lugar siguiente fuera el lugar en el que está la compañera de Anakha. Será bueno saber eso.

La peluda frente de Bhlok w se frunció mientras él luchaba por abrirse camino a través de la explicación.

—¿Son las cazas de los hombres-cosas siempre tan no-simples? —inquirió.

—Es la naturaleza de nuestra especie el ser no-simples.

—¿No hace eso que os duela la cabeza?

U lath sonrió, poniendo buen cuidado en no enseñar los dientes.

—A veces, sí —admitió.

—Mi pensamiento es que una caza simple es mejor que una caza no-simple. Las cazas de los hombres-cosas son tan no-simples que a veces me olvido de por qué estoy cazando. Los trolls cazan cosas para comer. Los hombres-cosas cazan pensamiento.

U lath se sorprendió un poco ante la perspicacia del troll.

—Mi pensamiento es que tu pensamiento podría ser bueno —admitió—. Sí,

los hombres-cosas cazamos pensamiento. Le damos mucho valor.

—El pensamiento es bueno, U-lat, pero no puedes comértelo.

—Es que nosotros cazamos pensamiento después de tener la barriga llena.

—En eso los trolls y los hombres-cosas somos diferentes, U-lat. Yo soy un troll. Mi barriga nunca está llena. Démonos prisa. Es mi pensamiento que será bueno saber si los perros de este lugar son tan buenos para comer como los perros del otro lugar. —Hizo una pausa—. No es mi deseo causarte enojo, U-lat, pero es mi pensamiento que los perros de los hombres-cosas son más buenos para comer que los hombres-cosas mismos. —Se rascó una mejilla con una de sus peludas patas—. Me comería un hombre-cosa si mi barriga estuviera vacía, pero prefiero un perro.

—En ese caso, vayamos a buscarte un perro.

—Tu pensamiento es bueno, U-lat.

La enorme bestia tendió una mano y le dio unos golpecitos afectuosos a Ulath en la cabeza, cosa que casi lo hizo caer de rodillas.

La diosa-niña tocó suavemente con las puntas de los dedos la cabeza rota de Engessa, y sus ojos adquirieron un aire distante.

—¿Y bien? —preguntó Vanion, con tono apremiante.

—No me acoses, Vanion. El cerebro es complicado, —Aphrael continuó con su delicado sondeo—. Imposible —dijo por fin, y apartó los dedos.

Betuana gimió.

—Por favor, no hagas eso, Betuana —le pidió Aphrael—. Lo único que he querido decir es que no podré hacerlo aquí mismo. Tendremos que llevarlo a otro lugar para repararlo.

—¿La isla? —adivinó Vanion.

Ella asintió con la cabeza.

—Allí puedo controlar las cosas. Éste es todavía territorio de Cynesga..., el terreno de Cyrgon. No creo que vaya a concederme permiso, por muy dulcemente que se lo solicite. ¿Puedes orar aquí, Betuana?

La reina atana negó con la cabeza.

—Sólo puedo hacerlo en el propio Atan.

—Voy a hablar con tu dios acerca de eso. Es muy, pero que muy inconveniente. —Volvió a inclinarse y apoyó las manos sobre el pecho de Engessa.

El general atan dejó de respirar en apariencia, y su rostro y cuerpo se cubrieron de pronto con escarcha.

—¡Lo has matado! —le gritó Betuana.

—¡Oh, calla! Sólo lo he congelado para detener la hemorragia hasta que pueda llevarlo a la isla. La herida en sí no es muy grave, pero la hemorragia está destrozándole el resto del cerebro. El congelamiento la reduce a un goteo. Eso es lo único que puedo hacer por el momento, pero debería ser suficiente para evitar que el cuerpo se cause más daños a sí mismo mientras lo lleváis de vuelta a Sarna.

—No hay esperanza —declaró Betuana con expresión angustiada.

—¿De qué estás hablando? Puedo ponerlo de nuevo en pie dentro de uno o dos días..., pero debo llevarlo a la isla donde soy capaz de controlar el tiempo. El cerebro es fácil. Es el corazón el que resulta tan... bueno, eso no tiene importancia. Escúchame con atención, Betuana. En cuanto tú y Vanion lo llevéis de vuelta a Sarna, quiero que acudas a la frontera de Atan a toda la velocidad de que seas capaz. En cuanto llegues allí, debes caer de rodillas y orarle a tu dios. Se mostrará testarudo..., siempre lo hace..., pero tú no dejes de importunarlo. Transfórmate en una peste para él hasta que ceda. Necesito su permiso para llevarme a Engessa a mi isla. Si nada más funciona, prométele que algún día haré algo bueno por él. Pero no seas demasiado específica al respecto. No dejes de insistir en el hecho de que yo puedo salvar a Engessa, y él no puede.

—Haré lo que me has ordenado, divina Aphrael —declaró Betuana.

—Yo no he ordenado, Betuana. Sólo he sugerido. No tengo autoridad ninguna para darte órdenes. —La diosa-niña se volvió a mirar a Vanion—. Déjame ver tu espada —le pidió—. Quiero echarle una mirada a esa sangre amarilla.

Vanion desenfundó el arma y se la ofreció, presentándole la empuñadura.

Ella se estremeció.

—Sostenla tú, querido. El acero me provoca náuseas. —Entrecerró los ojos para observar las manchas de la hoja—. Sorprendente —murmuró—. Eso no es sangre en absoluto.

—Es lo que salía cuando los cortábamos.

—Tal vez, pero continúa sin ser sangre. Es una especie de bilis. Klæl está buscando sus aliados en lugares bastante lejanos. Esos gigantes con los que os tropezasteis no proceden de aquí, Vanion. No son como ninguna de las criaturas de este mundo.

—Eso lo advertimos casi de inmediato, divina Aphrael.

—No estoy pensando en su tamaño ni en su forma, Vanion. Ni siquiera parecen tener el mismo tipo de órganos internos que los seres humanos y los animales. Yo diría que no tienen pulmones.

—Todo tiene pulmones, Aphrael..., excepto los peces, tal vez.

—De eso se trata, querido. Si esas criaturas tienen bilis en las venas en lugar de sangre, dependen de sus hígados para... —Se interrumpió, frunciendo el ceño—. Supongo que es posible —comentó, un poco dubitativa—. En todo caso, detestaría oler el aire de su mundo.

—Sin duda sabes que no tengo ni la más remota idea de qué estás hablando, ¿verdad?

Ella sonrió.

—No te preocupes, querido. De todas formas, te quiero.

—Gracias.

—De nada.

—Puede ser un buen territorio, amigo Tikume —declaró Kring, mientras se acomodaba el justillo de cuero y recorría con los ojos el rocoso desierto—. Es abierto y no demasiado áspero. Lo único que le hace falta es agua... y algunas buenas gentes. —Los dos cabalgaban juntos en la vanguardia de su desorganizada turba de pelois.

Tikume sonrió.

—Bien mirado, amigo Kring, eso es lo único que le hace falta al infierno.

Kring se echó a reír.

—¿Cuánto falta para ese campamento cynesgano? —preguntó.

—Otras cinco leguas. Será una pelea fácil, domi Kring. Los cynesganos montan a caballo y llevan espadas curvas muy parecidas a vuestros sables, pero sus monturas son enanas y no muy buenas, y los cynesganos son demasiado haraganes como para practicar con el dominio de sus espadas. Para mejorar aún más las cosas, llevan túnicas holgadas con mangas flojas. Durante la mitad del tiempo se enredan con sus propias ropas.

La sonrisa de Kring era lobuna.

—Aunque corren bastante bien —agregó Tikume—, pero siempre regresan.

—¿A los mismos campamentos? —preguntó Kring con incredulidad.

Tikume asintió con la cabeza.

—Eso facilita todavía más las cosas. No tenemos que salir a buscarlos.

—Increíble. ¿Es que utilizan tocones podridos de árbol como jefes?

—Por lo que he oído, reciben las órdenes de Cyrgon. —Tikume se frotó la cabeza afeitada—. No creo que sea una herejía el sugerir que incluso un dios puede ser estúpido, ¿no?

—Mientras no digas eso de *nuestro* dios, creo que estarás a salvo.

—No me gustaría meterme en líos con la iglesia.

—El patriarca Emban es un hombre razonable, domi Tikume. No te denunciará si dices cosas poco halagüeñas de nuestro enemigo. —Kring se puso de pie sobre los estribos y miró al fondo de la extensión parda y sembrada de piedras del desierto de Cynesga—. Estoy deseando que llegue el momento —comentó—. Hace mucho tiempo que no lucho de verdad. —Volvió a dejarse caer sentado en la silla de montar—. Ah, sí, casi lo olvido. Hablé con el amigo Oscagne sobre la posibilidad del premio de las orejas de los cynesganos. Me respondió que no.

—Es una lástima. Los hombres luchan mejor cuando tienen alguna clase de incentivo.

—Llega a convertirse en un hábito. Tuvimos que luchar con los trolls en Atan meridional, y yo ya le tenía una oreja a medio cortar a un troll muerto antes de recordar que no había nadie cerca para comprármela. Esa colina de ahí delante tiene aspecto extraño, ¿no te parece? —Señaló la cúpula de forma casi perfecta que se alzaba del suelo del desierto.

—En efecto, es un poco rara —asintió Tikume—. No tiene ninguna roca por los alrededores..., sólo polvo.

—Probablemente se trate de una duna de polvo. En Rendor tenemos dunas de arena con ese aspecto. El viento arremolina la arena y la acumula en colinas redondeadas.

—¿Crees que el polvo haría lo mismo que la arena?

—Parece evidente. La prueba la tienes ahí delante.

Y entonces, mientras ellos miraban, la colina se abrió por la mitad y sus flancos se desplegaron. Los dos hombres contemplaron con ojos fijos la cara triangular de Klæl mientras éste se levantaba lentamente sobre los pies, arrojando enormes cascadas de polvo de sus alas negras lustrosas.

Kring detuvo en seco su montura.

—¡Ya sabía yo que esa colina tenía algo extraño! —exclamó, maldiciendo su propia falta de atención mientras los hombres de ambos líderes se reunían

alrededor de ellos.

—¡Esta vez no ha venido solo! —gritó Tikume—. ¡Tenía soldados ocultos bajo las alas! ¡Alto!

—Son unos demonios muy grandes, ¿no? —Kring entrecerró los ojos para enfocar a los guerreros acorazados que corrían hacia ellos—. Pero grandes o pequeños, continúan siendo infantería, y ésa es toda la ventaja que necesitamos, ¿verdad?

—¡Correcto! —Tikume rió entre dientes—. Será más divertido que perseguir cynesganos.

—Me pregunto si tendrán orejas —comentó Kring mientras desenfundaba el sable—. Si las tienen, puede que sienta ganas de recogerlas. Aún no he renunciado a convencer al amigo Oscagne.

—Hay una sola forma de averiguarlo —dijo Tikume, nivelando su jabalina y encabezando la carga.

Las tácticas corrientes pelois parecieron desconcertar a los soldados de Klæl. Los soberbios caballos de los nómadas eran rápidos como ciervos, y la preferencia de los pelois orientales por la jabalina en lugar del sable, constituía para estos últimos una ventaja adicional.

Los jinetes se dividieron en pequeños grupos e iniciaron el ataque.

Cargaban en largas hileras, cada grupo concentrándose en uno de los monstruos de máscara de acero, y cada peloi clavando su jabalina en el enorme cuerpo a corta distancia, para girar seguidamente y ponerse fuera del alcance. Tras algunos ataques semejantes, las primeras filas de los guerreros enemigos parecían erizos con las cortas varas de las jabalinas sobresaliéndoles del cuerpo.

Los soldados cubiertos con coraza estaban cada vez más desesperados, y se debatían inútilmente con sus brutales mazas contra sus atormentadores que cargaban velozmente, azotando al aire indiferente sin acertar casi nunca un golpe sólido.

—¡Buena lucha! —le dijo Kring a su amigo, entre jadeos, después de varias cargas—. Son grandes, pero no lo bastante rápidos.

—Y tampoco están en muy buena forma —agregó Tikume—. Ese último al que ensarté estaba resoplando y resollando como un fuelle con un escape.

—La verdad es que parece que tienen algunos problemas para respirar, ¿no es cierto? —agregó Kring—. Espera un momento; intentemos una cosa. Diles a tus niños que simplemente carguen con los caballos y luego giren y vuelvan a alejarse. No malgastemos más jabalinas.

—Me temo que no te sigo muy bien, domi.

—¿Has subido alguna vez a las montañas altas?

—Algunas veces. ¿Por qué?

—¿Recuerdas lo mucho que te costaba respirar?

—Al principio, supongo. Recuerdo haberme sentido un poco mareado.

—Exacto. No sé adónde ha ido Klæl para reclutar estos soldados, pero sin duda no fue por estos alrededores. Creo que están acostumbrados a una atmósfera más pesada. Hagamos que nos persigan. ¿Por qué tomarte todas las molestias de matar a alguien, si el aire puede hacer el trabajo por ti?

Tikume se encogió de hombros.

—Vale la pena intentarlo. Pero le quita una gran parte de la diversión.

—Podremos divertirnos más tarde con los cynesganos —replicó Kring—. Primero, hagamos correr a la infantería de Klæl hasta que se muera. Luego, podremos aplastar a la caballería de Cyrgon.

—Sígueme la corriente en esto —le dijo Stragen a Talen cuando ambos subían la desvencijada escalera que conducía al desván—. He llegado a conocer bastante bien a Valash, así que puedo calibrar sus reacciones un poco mejor que tú.

Talen se encogió de hombros.

—De acuerdo. Es tu pez. Dejaré que seas tú quien lo pesque.

Stragen abrió la puerta del desván que olía a rancio, y los dos avanzaron esquivando objetos en medio de aquel desorden, hasta el rincón de Valash.

El huesudo dacita de chaqueta de brocado no se encontraba solo.

Un estiriano macilento, con llagas abiertas y supurantes en el rostro, se hallaba pesadamente hundido en una silla, ante la mesa. El brazo derecho del estiriano colgaba laxo, el lado derecho de su ulceroso rostro estaba flojo, y el párpado derecho caía hasta cubrir casi completamente el ojo. Murmuraba para sí, y era evidente que no tenía consciencia alguna de lo que lo rodeaba.

—Éste no es un buen momento, Vymer —declaró Valash.

—Es muy importante, maese Valash —se apresuró a responder, Stragen.

—De acuerdo, pero no tardes demasiado.

Al acercarse a la mesa, a Talen se le revolvió el estómago. Un tufo sobrecogedor de carne podrida emanaba del comatoso estiriano.

—Éste es mi señor —comentó escuetamente Valash.

—¿Ogerajin? —inquirió Stragen.

—¿Cómo sabes su nombre?

—Tú me lo mencionaste en una ocasión, creo..., o tal vez fue uno de tus amigos. ¿No está un poco enfermo como para andar por ahí?

—Eso no es de tu incumbencia, Vymer. ¿Qué es esa importante información que tienes para mí?

—Yo no, maese Valash. Reldin ha oído algo.

—Habla pues, muchacho.

—Sí, maese Valash —replicó Talen, bajando la cabeza en una especie de semirreverencia—. Entré en una taberna de la costa a primeras horas de hoy, y oí hablar a un par de marineros edomitas. Parecían muy agitados, así que me acerqué un poco más para descubrir por qué estaban tan nerviosos. Bueno, ya sabes lo que sienten los edomitas respecto a la iglesia de Chyrellos.

—Ve al grano, Reldin.

—Sí, señor. Sólo estaba intentando explicarme. En fin, el caso es que uno de los marineros acababa de llegar a puerto, y estaba diciéndole al otro que enviara un mensaje a alguien de Edom..., Rebal, creo que fue el nombre que mencionó. Parece que el primer marinero acababa de llegar de Valesia, y que cuando salía del puerto de allí, su barca se cruzó con una flota que entraba en el puerto de Valles.

—¿Y qué tiene eso de significativo? —exigió saber Valash.

—A eso mismo iba. Lo que puso tan agitado al primer marinero fue el hecho de que esos barcos llevaban todos la bandera de la iglesia de Chyrellos, y que las bordas estaban atestadas de hombres con armaduras acodados en ellas. No dejaba de parlotear algo así como que los caballeros de la iglesia venían a imponer la herejía en el pueblo de Tamuli.

Valash lo miraba fijamente, boquiabierto de horror.

—En cuanto oí esa parte, salí sin llamar la atención. Vymer pensó que te gustaría saberlo, pero yo no estaba tan seguro. ¿En qué puede afectarnos a nosotros que los elenios discutan de religión? Eso no tiene nada que ver con nosotros, ¿verdad?

—¿Cuántos barcos? —exigió saber Valash con voz medio estrangulada. Los ojos se le salían de las órbitas.

—El marinero no lo especificó mucho, maese Valash. —Talen sonrió—. Tuve la impresión de que sobrepasaba los números de los que él conocía el nombre. Supongo que la flota se extendía de horizonte a horizonte. Si esos hombres de armadura eran, en efecto, caballeros de la iglesia, yo diría que todos

ellos estaban a bordo de esas naves. He oído cosas sobre esa gente. Te aseguro que no me gustaría ser la persona tras la cual van. ¿Cuánto dirías que vale la información que acabo de darte, maese Valash?

Valash cogió la bolsa sin protestar.

—¿Va a venir más tarde uno de esos mensajeros del bosque, maese Valash?  
—inquirió de pronto, Stragen.

—Eso no es asunto tuyo, Vymer.

—Lo que tú digas, maese Valash. A lo único que iba yo es a que deberías advertirlos en contra de hablar en público. Me crucé con un par de hombres que tenían aspecto de haber estado viviendo en el bosque. Uno de ellos estaba diciéndole al otro que no podían hacer nada hasta que Scarpa recibiera instrucciones de Cyrga. ¿Quién es Cyrga? Nunca lo había oído nombrar.

—No es un quién, Vymer —intervino Talen—, sino un qué. Cyrga es una ciudad de Cynesga.

—¿De veras? —La expresión de Stragen se hizo curiosa—. Es la primera vez que oigo ese nombre. ¿Dónde está? ¿Qué camino cogerías para ir a Cyrga?

—El paso yace cerca del pozo de Vigay —anunció el enfermo Ogerajin en voz alta de entonación declamatoria.

Valash profirió un sonido levemente estrangulado e intentó sacudir las manos a modo de advertencia ante el rostro de su señor, pero Ogerajin lo despreció barriendo el aire con una mano.

—Mantened el sol a la vuesa espalda —continuó el estiriano.

—Maestro Ogerajin —protestó Valash con tono chillón.

—Silencio, bellaco —replicó Ogerajin con voz tronante—. Responderé a la pregunta deste viajero. Si es la intención suya el presentarse y doblar la cerviz ante Cyrgon, ha de saber el camino. Continúa, viajero, pasado el pozo de Vigay y avanzar hacia el noroeste desierto adentro. El vuesto destino serán las Montañas Prohibidas a las que ninguno puede entrar sin el permiso de Cyrgon a riesgo de la vida suya. En llegando a aquellas negras alturas formidables, buscad las Columnas de Cyrgon, porque sin ellas para guiaros, Cyrga os será por siempre vedada.

—Por favor, maestro. —Valash se retorció impotentemente las manos mientras contemplaba con desazón al delirante lunático.

—Te he ordenado silencio, bellaco. Fbla una sola vez más y morirás sin remedio. —Se volvió para fijar en Stragen un solo ojo demente—. Pero no desmayéis, viajero, ante las Llanuras de la Sal que los nómadas temen cruzar.

Cabalgad, osadamente cabalgad la muerta blancura, desprovista de vida salvo sólo donde los bellacos trabajan en las canteras para extraer la preciosa sal.

»Desde el borde de las Llanuras de la Sal contemplaréis, bajas en el horizonte, las oscuras formas de las Montañas Prohibidas y, si place a Cyrgon, sus ardientes columnas os guiarán hasta la Ciudad Oculta.

»No dejéis que la Llanura de Huesos os turbe. Aquestos huesos son de los esclavos sin nombre que se afanan hasta la muerte para los escogidos de Cyrgon y, habiendo cumplido con su finalidad, son luego entregados al desierto.

»Al trasponer la Llanura de Huesos llegaréis a las Puertas de la Ilusión tras las cuales se encuentra escondida la Ciudad Oculta de Cyrga. El ojo del hombre mortal no puede percibir aquellas puertas. Severas se alzan como muralla fracturada al borde de las Montañas Prohibidas para cerrar el vueso paso. Dirigid los vuestos ojos, sin embargo, hacia las dos columnas blancas de Cyrgon, y dirigid los pasos vuestos hacia el vacío que se *hable* entre ellas. No deis crédito a aquello que los vuestos ojos os digan, porque la muralla en apariencia sólida no es sino una niebla y no os impedirá el paso. Atravesadla y continuad el camino por el oscuro paso de la Cañada de Héroes, donde los incontables regimientos de Cyrgon yacen en intranquilo sueño, aguardando el toque de trompeta de su poderosa voz que los llame una vez más a castigar a sus enemigos.

Valash retrocedió un paso y le hizo un gesto apremiante a Talen para que lo siguiera.

Curioso, Talen acompañó al dacita.

—No le prestes ninguna atención al maestro Ogerajin, muchacho —le dijo Valash con tono apremiante—. No ha estado muy bien últimamente, y le dan estos delirios con bastante frecuencia.

—Eso ya lo había adivinado, maese Valash. ¿No deberías llevarlo a un médico? Está delirando de verdad, ¿sabes?

Valash se encogió de hombros.

—No hay nada que los médicos puedan hacer por él. Tú sólo asegúrate de que Vymer entienda que el viejo no sabe de qué está hablando.

Valash parecía sentir una angustia insólita por los desvaríos de Ogerajin.

—Él ya lo sabe, maese Valash. Siempre que alguien la emprende con los «vos» y los «vueso», uno puede estar bastante seguro de que comienzan a aflojársele los tornillos.

El enfermo estiriano continuaba desvariando en aquella voz hueca y declamatoria.

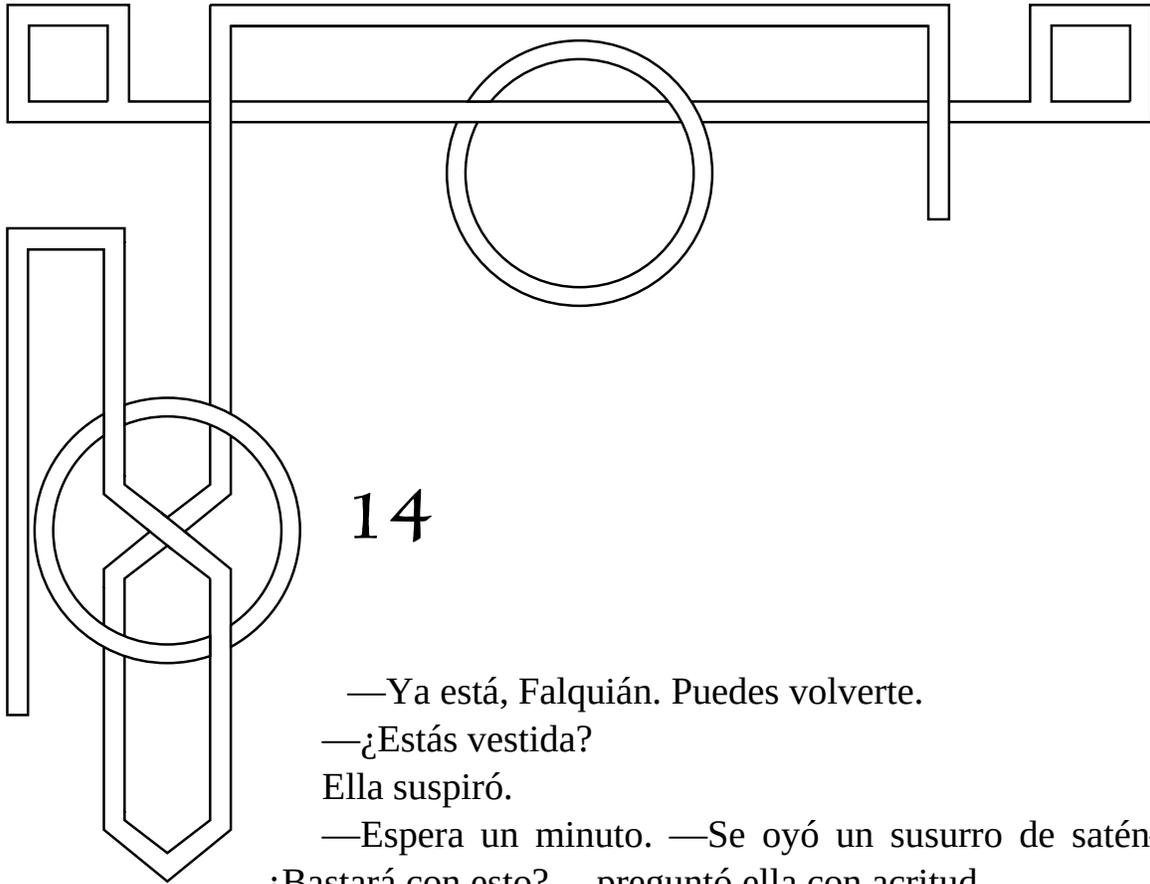
—Pasada la Cañada de Héroes, veréis el Pozo de Cyrgon, que destella al sol y sustenta la Ciudad Oculta.

»Cerca del pozo, en campos ornados con canales, veréis la negra Cyrga que se alza como una montaña dentro de sus murallas de noche. Avanzad osadamente hacia allí y entrad en la ciudad de los benditos cyrgais. Ascended por las empinadas calles hasta la cima del pico oculto entre esas murallas y allí, en la corona del mundo conocido hallaréis, en medio de esa negrura, el blanco, donde columnas de yeso soportan los dinteles y techo del sanctasanctorum dentro del cual Cyrgon arde eterno sobre el altar sacro.

»Postraos sobre el rostro ante su pasmosa presencia, gritando: *¡Vanet, tyek Alcor! ¡Yala Cyrgon!* Y, si le place, os oirá. Y si le place, os destruirá.

»Ése, viajero, es el camino hacia la Ciudad Oculta que yace en el corazón del poderoso Cyrgon, rey y dios de todo lo que fue, y todo lo que es, y de todo lo que será.

Luego, el rostro del demente estiriano se contorsionó en una grotesca máscara de regocijo, y el hombre comenzó a cacarear con agudas carcajadas sin sentido.



## 14

—Ya está, Falquián. Puedes volverte.

—¿Estás vestida?

Ella suspiró.

—Espera un minuto. —Se oyó un susurro de satén—.

¿Bastará con esto? —preguntó ella con acritud.

Él dio media vuelta. La diosa estaba envuelta en una reluciente túnica blanca.

—Eso está un poco mejor —le respondió él.

—Gazmoño. Dame la mano.

Él tomó la esbelta mano de ella y los dos se elevaron de las boscosas colinas que estaban junto a Dirgis, al este.

—Sarna está un poco al oeste, en dirección sur —informó él.

—Ya sé dónde está. —La voz de ella era de crispación.

—Sólo intentaba ayudar.

El suelo que tenían debajo comenzó a deslizarse hacia atrás al acelerar ellos en dirección suroeste.

—¿Puede vernos la gente desde el suelo? —inquirió él con curiosidad.

—Por supuesto que no. ¿Por qué?

—Sólo me lo preguntaba. Se me ocurrió que si nos veían, eso podría explicar muchas de las descabelladas historias que surgen en el folclore.

—Los seres humanos sois muy creativos. Podéis inventar historias descabelladas sin ninguna ayuda por nuestra parte.

—Hoy estás con ánimo de contradicción. ¿Cuánto tardaremos en llegar?

—Unos pocos minutos.

—Ésta es una forma interesante de viajar.

—Se exagera su valor.

Volaron en silencio durante un rato.

—Eso de ahí delante es Sarna —anunció Aphrael.

—¿Crees que Vanion ya ha llegado hasta aquí?

—Lo dudo. Probablemente lo hará más tarde. Vamos a descender. —Se posaron suavemente sobre la tierra en un claro que se hallaba a cosa de una milla del borde norte de la ciudad, y Aphrael volvió a la más familiar forma de Flauta —. Llévame en brazos —pidió, tendiéndole los brazos a Falquián.

—Tú sabes caminar.

—Yo te he traído durante todo el camino desde Dirgis. Lo justo es justo, Falquián.

Él le sonrió.

—Sólo estaba provocándote, Aphrael. —La tomó en brazos y se puso en camino hacia la ciudad—. ¿Adónde vamos? —le preguntó.

—A los barracones atanes. Vanion dice que Itagne está allí. —La diosa-niña frunció el entrecejo—. ¡Oh, ese hombre es imposible de verdad! —estalló con enojo.

—¿Qué sucede?

—El caballero Anosian es desesperadamente inepto. No puedo sacar ningún sentido de lo que está diciendo.

—¿Dónde está?

—En Samar. Intenta contarme algo que Kring y Tikume acaban de descubrir, pero le entiendo una palabra de cada tres, más o menos. ¿Por qué no se concentra en sus estudios, este hombre?

—Anosian es algo así como... eh...

—La palabra que estás buscando es «haragán», Falquián.

—Le gusta conservar las energías —declaró Falquián, en defensa de su camarada pandion.

—¡Por supuesto que sí! —Ella volvió a fruncir el ceño—. Espera un momento —dijo.

—¿Qué pasa?

—Acaba de ocurrírseme algo.

—¿Qué?

—Acabo de pensar que Tynian podría haber sido poco selectivo al reunir esos caballeros que trajo consigo desde Chyrellos.

—Trajo los mejores hombres a los que pudo ponerles las manos encima.

—Creo que ése es el problema. He estado preguntándome por qué no me ha llegado ningún informe de Komier. No creo que Tynian le haya dejado un solo pandion que tenga más habilidades que Anosian. No sois muchos los que tenéis un alcance de más de unas pocas leguas, y Tynian parece haberse apropiado de todos ellos por inadvertencia.

—¿Has podido extraer algún sentido de lo que Anosian estaba intentando decirte?

—Es algo relacionado con la respiración. Alguien tiene problemas para respirar. Bajaré hasta allí en un momento después de que hablemos con Itagne. Tal vez Anosian podrá mostrarse coherente si estoy en la misma habitación que él.

—No seas grosera.

Traspusieron las puertas de la ciudad y entraron en Sarna. Falquián llevó a la diosa-niña por las estrechas calles de la ciudad hasta la inhóspita fortaleza de piedra que albergaba a la guarnición atana local.

Encontraron a Itagne, con su manto rojo, en una enorme sala de conferencias, examinando el mapa que cubría la totalidad de una pared.

—Ah, Itagne —dijo Falquián—, estás aquí. —Depositó a Flauta en el suelo.

—Me temo que me llevas ventaja, caballero...

—Soy yo, Itagne..., Falquián.

—Nunca conseguiré habituarme a eso —comentó Itagne—. Creía que estabas en Beresa.

—Lo estaba..., hasta ayer.

—¿Cómo has llegado aquí en tan poco tiempo?

Falquián posó una mano sobre uno de los pequeños hombros de Flauta.

—¿Necesitas preguntarlo?

—Ah. ¿Qué te trae por Sarna?

—Vanion se encontró con problemas en el desierto. Viene de regreso. Él y Betuana traen a Engessa en una litera.

—¿Quieres decir que en este mundo hay alguien lo bastante grande como para herir a Engessa?

—Tal vez no en este mundo, Itagne —respondió Aphrael—. Klæl ha traído un ejército de alguna otra parte. Son guerreros muy extraños. Vanion y Betuana

deberían llegar aquí esta tarde. Luego Betuana tiene que acudir a Atan. ¿A qué distancia está?

Itagne miró el mapa.

—Quince leguas.

—Bien. En ese caso, le llevará bastante tiempo. Tiene que obtener el permiso de su dios para que yo me lleve a Engessa a mi isla. Le han hundido un lado de la cabeza, y eso no puedo arreglarlo aquí.

—¡Buen Dios! —exclamó Itagne.

—¡Qué amable por tu parte el advertirlo!

Él sonrió débilmente.

—¿Qué más está sucediendo? —preguntó.

—Bastantes cosas —replicó Falquián—. Zalasta ha intentado matar a Sephrenia.

—¡No hablas en serio!

—Me temo que sí. Tuvimos que utilizar el Bhelliom para salvarle la vida.

—¡Falquián! —Los ojos de Itagne se abrieron desmesuradamente.

—No pasa nada, Itagne —lo tranquilizó Aphrael, mientras atravesaba la habitación hacia él y le tendía las manos.

—¿No ha puesto eso en peligro a la reina Ehlana? —preguntó, sentándose a la diosa-niña sobre el regazo.

Falquián negó con la cabeza.

—Xanetia puede ahogar esos sonidos reveladores, creo. Ehlana continúa a salvo..., al menos eso me ha dicho el Bhelliom. —Su rostro, sin embargo, tenía una expresión preocupada.

—¡Gracias a Dios!

—No hay de qué —replicó Aphrael—, pero en realidad fue idea del Bhelliom. No obstante, aún tenemos algunos problemas. El encuentro de Vanion con el ejército de Klæl le ha costado alrededor de la mitad de sus caballeros.

—¡Qué desastre! ¡No seremos capaces de retener Samar sin esos caballeros!

—No estés tan seguro de eso, Itagne —le dijo ella—. Acabo de recibir un mensaje confuso de un pandion llamado Anosian. Está en Samar, y Kring y Tikume han descubierto algo respecto a los soldados de Klæl. Iré hasta allí en una carrera y averiguaré qué es lo que está sucediendo.

—Klæl le tiene la vista encima a Berit y Khalad —continuó Falquián—. Lo vieron cuando estaban atravesando el mar de Arjun. —Se frotó un lado de la cara—. ¿Se te ocurre algo más, Aphrael?

—Montones de cosas —replicó ella—, pero no tienen nada que ver con lo que estamos haciendo aquí. —Le dio un beso a Itagne y se le deslizó del regazo—. No tardaré mucho —les informó—. Si Vanion llegara aquí antes de mi regreso, dadle con suavidad la noticia respecto a Sephrenia, y decidle que ya se encuentra bien. Mantenedlo bajo control, caballeros. Estamos en invierno, y necesitáis el techo de este edificio. —Se acercó a la puerta, la abrió, y desapareció con un paso al exterior.

Tiana se encontraba en la orilla norte del gran lago llamado mar de Arjun. Era una bulliciosa ciudad tamul con un puerto amplio. En cuanto el sucio barco de carga atracó, Berit y Khalad condujeron sus caballos a tierra firme y montaron.

—¿Cómo era el nombre de la posada? —preguntó Khalad.

—La Gaviota Blanca —replicó Berit.

—Poético —observó Khalad.

—Probablemente, los otros nombres ya estaban ocupados. Sólo puedes tener unos pocos leones, dragones y jabalíes en una misma ciudad, antes de que la gente empiece a confundirse.

—Krager está comenzando a darnos instrucciones más específicas en esas notas —comentó Khalad—. Cuando nos envió a Sopal, sólo nos dio el nombre de la ciudad. Ahora ya está escogiéndonos el alojamiento. Eso podría significar que nos acercamos al final de esta excursioncilla.

—El caballero Ulath dice que desde aquí van a enviarnos a Arjuna.

—De haber sabido que íbamos a pasar tanto tiempo dando vueltas por las proximidades de este lago, me habría traído la caña de pescar.

—Yo no soy tan aficionado al pescado.

—¿Y quién lo es? Es casi exclusivamente una excusa para salir de casa. Mis hermanos y yo descubrimos que si nos quedábamos durante demasiado tiempo cerca de casa, nuestras madres empezaban a encontrarnos cosas que hacer.

—Tienes una familia extraña, Khalad. La mayoría de los hombres tienen sólo una madre.

—Fue idea de mi padre. Ahí está la Gaviota Blanca. —Khalad señaló calle arriba.

La posada era sorprendentemente limpia y sólida. Disponía de un establo bien cuidado, y las habitaciones estaban impecables, casi hasta el punto de resultar remilgadas. Los dos jóvenes se ocuparon de sus caballos, dejaron las

sillas de montar en la habitación, y aprovecharon la casa de baños adosada a la parte trasera de la posada. Luego, sintiéndose mucho mejor, entraron en la taberna para pasar el rato hasta la hora de la cena. Khalad se puso de pie y examinó atentamente la estufa de porcelana.

—Es una idea interesante —le dijo a Berit—. Me pregunto si tendría éxito en Eosia.

—A mí me gusta bastante mirar el fuego directamente —replicó Berit.

—Puedes mirar una vela, si eso es lo único que quieres. Una chimenea no es muy eficaz, y lo pone todo perdido. Una estufa es mucho más práctica... y puedes cocinar sobre ella. Cuando regresemos a casa, creo que les haré una a mis madres.

Berit se echó a reír.

—Si comienzas a destrozarles la cocina, te atizarán con sus escobas.

—Yo no lo creo así. La idea de un guiso que no tenga ceniza flotando podría resultarles atractiva.

El hombre que se acercó a la mesa de los jóvenes llevaba una casaca con capucha que le ocultaba el rostro en parte.

—No os importa si me uno a vosotros, ¿verdad? —preguntó, sentándose y retirándose parcialmente la capucha del rostro.

Era el mismo estiriano que habían visto por última vez en la playa del golfo de Micae.

—Has hecho el recorrido en un buen tiempo, vecino —dijo Berit—. Por supuesto, tú sabías adónde nos dirigíamos, y nosotros no.

—¿Cuánto tardaste en secarte? —le preguntó Khalad.

—¿Podríamos pasar por alto los chistes? —preguntó el estiriano con sequedad—. Tengo instrucciones para vosotros.

—¿Quieres decir que no has pasado por aquí sólo para renovar nuestro conocimiento? —inquirió Khalad—. Estoy desolado.

—Muy gracioso. —El estiriano vaciló—. Voy a meterme la mano en el bolsillo para sacar la nota, así que no comencéis a desenvainar los cuchillos.

—Ni soñaría con hacerlo, muchacho —le aseguró Khalad, arrastrando las palabras.

—Esto es para ti, Falquián. —El estiriano le entregó a Falquián un pliego de pergamino sellado.

Berit lo cogió y rompió el sello. Sacó con cuidado el identificativo mechón de cabello de la reina, y leyó en voz alta.

—«Falquián. Acude a Arjun por tierra. Allí recibirás más instrucciones. Krager».

—Tiene que haber estado más borracho de lo normal —observó Khalad—. Esta vez no se ha molestado en hacer comentarios insinuantes. Sólo por curiosidad, amigo, ¿por qué no nos envió a Arjun directamente desde Sopal? Podría haberle ahorrado a todo el mundo una cantidad de tiempo enorme.

—En realidad, eso no es asunto tuyo, elenio. Limítate a hacer lo que se te manda.

—Yo soy un campesino, estiriano, así que estoy acostumbrado a hacer eso. Pero el príncipe Falquián podría impacientarse un poco, y eso lo pone de mal genio. —Khalad entrecerró los ojos para mirar al mensajero de rostro aterrorado—. Dado que el tema ha surgido, de todas formas, tengo una palabra de consejo amistoso para ti, muchacho. Hay unos veinte días de camino a caballo desde aquí hasta Arjun. Falquián va a estar muy desagradable para cuando llegue allí. Si resultas ser tú quien le entregue el próximo mensaje, yo en tu lugar no me acercaría demasiado.

—Creo que podremos encontrar una forma para que consuma su mal genio —se burló el estiriano—. No tenéis veinte días para llegar a Arjun. Contáis con catorce. —Se puso de pie—. No os retraséis. —Dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta.

—Vamos —dijo Khalad.

—¿Adónde?

—Tras él.

—¿Para qué?

Khalad suspiró.

—Para sacudirlo, Berit —le explicó con exagerada paciencia—. Quiero desnudarlo y registrarle la ropa. Podría tener encima el mensaje siguiente.

—¿Estás loco? Matarían a la reina si hiciéramos eso.

—¿Sólo porque vapuleemos a su chico de los recados? No seas tonto. Ellos quieren el Bhelliom, y la reina es lo único que tienen para intercambiarla por él. Podríamos matar a cada mensajero de manera continuada y rutinaria y no le harían absolutamente nada a ella. Vayamos a sacudir un poco al estiriano y registrémosle los bolsillos. Si conseguimos apoderarnos del próximo mensaje, podríamos llevarles ventaja.

—¿Sabes?, creo que tienes razón. Ellos no le harán nada a la reina, ¿verdad?

—No hay ni la más mínima posibilidad, mi señor. Vayamos a enseñarle

algunos buenos modales a ese estiriano. Es el tipo exacto de cosa que haría Falquián.

—Seguro que no, ¿verdad? —Berit miró de cerca a su amigo—. Ese tipo te irrita en serio, ¿no?

—Sí, la verdad es que sí. No me gusta su actitud.

—Bueno, en ese caso, vayamos a cambiarla.

—No voy a hacer ninguna estupidez —dijo Kalten—. Sólo quiero echar una mirada por los alrededores. —Los tres se encontraban sentados debajo de su árbol, en el desordenado campamento que Narstil tenía en la selva. Habían encendido una hoguera, y los pollos robados estaban espetados encima del mismo, arrojando grasa sobre las llamas.

—No hará ningún daño —le comentó Caalador a Bevier—. Si llega el momento en que tengamos que entrar allí, creo que deberíamos conocer la disposición del terreno.

—¿Estás seguro de que podrás mantener tu temperamento bajo control? —le preguntó Bevier a Kalten—. Allí estarás completamente solo, ¿sabes?

—Ya soy grandecito, Bevier —le aseguró Kalten—. No voy a hacer nada escandaloso hasta que las cosas hayan regresado a su cauce. Puede que no volvamos a tener una oportunidad como esta. Senga me ha invitado a acompañarlo para que lo ayude a vender la cerveza. Es la cosa más natural del mundo y nadie va a reconocerme. En Natayos podré recoger información muy valiosa, y si por casualidad reconociera a alguien que se encontrara ante una ventana o algo así, sabríamos con total exactitud el lugar en que se hallan esas dos amistades nuestras. Entonces, el tipo de la nariz quebrada mantendría una charla con su amigo azul, y ellos podrían sacarlas de allí antes de que nadie tenga tiempo de parpadear. Después, podríamos ir y explicarle a cierta gente lo disgustados que estamos.

—Yo estoy a favor de la idea —le dijo Caalador a Bevier.

—Es sensata desde el punto de vista táctico —admitió Bevier—, pero... eh..., Col no tendrá ninguna forma de pedir ayuda si se mete en problemas.

—No voy a necesitar ayuda ninguna, porque no haré nada que se salga de lo corriente. Iré de todas formas, Shallag, así que no malgastes aliento intentando convencerme de lo contrario.

Senga atravesó el desordenado campamento.

—El carro ya está cargado, Col —llamó—. ¿Estás listo?

Kalten se puso de pie.

—En cuanto tú lo estés, Senga —replicó, mientras quitaba del espetón su pollo a medio asar e iba al encuentro de su nuevo amigo—. Estoy aburriéndome de estar aquí sentado, contando árboles.

Tardaron unas tres horas en llegar a Natayos, dado que no había forma alguna de conseguir que un buey se diera prisa. La senda se veía bastante transitada, y serpenteaba por la selva siguiendo la línea de menor resistencia.

—Allí está —anunció Senga cuando el carro avanzaba dando tumbos por un vado que atravesaba un estrecho arroyo. Señaló una antigua ciudad que se hallaba al otro lado de un claro sembrado de tocones de árboles, unas ruinas tan viejas que el paso de los siglos había redondeado las mismas piedras—. Quédate cerca de mí cuando entremos, Col. Hay un par de sitios de los que tenemos que mantenernos apartados. Verás un edificio muy cerca de la puerta al que no quieren que se acerque nadie para nada.

—¿Ah, sí? —inquirió Kalten, mientras miraba con los ojos entrecerrados las ruinas que tenían delante—. ¿Qué hay dentro que los pone tan quisquillosos?

—No tengo ni la más remota idea, y no soy lo bastante curioso como para arriesgar mi salud preguntándolo.

—Tal vez el edificio es su depósito de tesoros —especuló Kalten—. Si este ejército es tan grande como dices, probablemente recogerán botines cuantiosos.

Senga se encogió de hombros.

—Supongo que puede ser, pero no voy a luchar contra todos esos guardias sólo para averiguarlo. Estamos aquí para vender cerveza, Col. De esa forma obtendremos una pingüe parte de sus tesoros, y no es tan arriesgado.

—¡Pero es tan honrado! —objetó Kalten, sonriendo—. ¿No crees que el trabajo honrado es algo inmoral para la gente como nosotros?

Senga se echó a reír y dio unos golpecitos en los cuartos traseros del buey con la fina vara larga que llevaba. El crujiente carro continuó avanzando a saltos sobre el terreno desigual, hacia las desmoronadas murallas.

—¡Eh, Senga! —saludó uno de los desaseados guardias de la puerta al amigo de Kalten—. ¿Qué te ha retenido? Esto ha estado más seco que un plato de arena desde que te marchaste la última vez.

—Estáis sobrecargando de trabajo a mi destilería, muchachos —replicó Senga—. No puedo seguir el ritmo de la demanda. Tenéis que dejar que la cerveza envejezca un poco antes de beberla. La cerveza verde le hace cosas raras

a las entrañas de un hombre.

—No habrás vuelto a subir los precios, ¿verdad?

—No. Los mismos precios que antes.

—Apuesto a que es diez veces más de lo que tú pagaste.

—Oh, no tanto. ¿Dónde quieres que me instale?

—En el mismo lugar que la vez anterior. Haré correr la voz y comenzarán a hacer cola.

—Esta vez quiero algunos guardias, Monda —dijo Senga—. No quiero que se organice un tumulto como el de la semana pasada cuando se quede seco el último barril.

—Me encargaré de ello. Guarda un poco para mí.

El carro con su buey pasó traqueteando por la puerta y entró en una calle ancha de cuyos adoquines había desaparecido la mayor parte del musgo a causa del desgaste. Estaba claro que durante los últimos años se había trabajado mucho en Natayos. Las cuadradas piedras de las murallas derrumbadas habían sido colocadas nuevamente, con bastante descuido, y luego apuntaladas con troncos desbastados. A los antiguos tejados de troncos barnizados los reemplazaban otros toscos hechos con haces de ramas de árboles, las cuales proporcionaban cobijo a los ruidosos pájaros tropicales, y aquí y allá se veían pilas de árboles y arbustos medio quemados donde unos trabajadores descuidados habían intentado deshacerse de las montañas de maleza sacadas de las calles y las casas. Los hombres que vivían allí haraganeaban en el exterior. Había elenios de Astel, Edom y Daconia, así como arjunis y cynesganos. Eran un grupo toscamente vestidos y sin afeitar, que no daba señal de conocer siquiera el significado de la palabra «disciplina».

—¿Qué precio obtienes por esto? —preguntó Kalten, dando unas palmadas sobre uno de los barriles.

—Un sueldo el octavo —replicó Senga.

—¡Eso es monstruoso!

Senga se encogió de hombros.

—No tienen obligación de comprarla. Que te den el dinero antes de comenzar a servirla. No aceptes promesas.

—Has quietado mis escrúpulos morales, Senga —declaró Kalten entre carcajadas—. A esos precios, difícilmente puede decirse que esto sea honrado.

—Ahí está el edificio del que te hablé.

Kalten procuró adoptar un aire indiferente cuando se volvió para mirar a la

ruina de aspecto sólido.

—Es verdad que no quieren que nadie mire ahí dentro —comentó—. Esos barrotes de las ventanas hacen que parezca una cárcel.

—No del todo, Col. Esos barrotes están para mantener a la gente fuera, no dentro.

Kalten gruñó, mientras continuaba mirando el edificio. Las ventanas que había tras los barrotes tenían cristales de vidrio, un vidrio de mala calidad y turbio, instalado con poca destreza. Las cortinas que las cubrían por el interior anulaban la posibilidad de ver a cualquiera o cualquier cosa que se hallara dentro. Había guardias ante la puerta, y más guardias apostados en cada una de las esquinas. Kalten sintió deseos de aullar de frustración. La dulce muchacha que se había convertido en el centro de su vida se hallaba probablemente a no más de veinte varas de él, pero era igual que si estuviese al otro lado de la luna; e incluso en el caso de que se le ocurriera mirar por los turbios cristales no reconocería el rostro que él tenía en ese momento.

Senga pagó con cerveza a los guardias de la plaza, y luego él y su amigo se pusieron al trabajo. Los rebeldes de Scarpa eran escandalosos, gritaban y reían a carcajadas, pero en general tenían buen humor. Formaron una fila ordenada y se acercaron a la parte trasera del carro de dos en dos, donde Senga y Kalten les llenaban las jarras con la ambarina cerveza. Se produjeron algunas discusiones sobre la capacidad de las variadas jarras, tazas y cubos, pero la palabra de Senga al respecto era definitiva, y cualquiera que objetara de una forma demasiado escandalosa era devuelto al final de la cola para que lo pensara durante una hora más o menos hasta que llegara una vez más al primer lugar.

Fue después de que los dos amigos hubieron vaciado el último barril y despedido a los decepcionados de última hora cuando Kalten vio una figura conocida que atravesaba la musgosa plaza, haciendo eses, en dirección al carro. Krager no se conservaba bien. Tenía la cabeza afeitada y pálida como la barriga de un pescado, y su disipado rostro estaba erosionado por décadas de bebida continuada. Sus ropas, aunque se notaba que eran costosas, se veían arrugadas y sucias.

Se estremecía continuamente con un temblor espasmódico que lo acometía a oleadas.

—Supongo que no habrás traído un poco de vino —le dijo a Senga, esperanzado.

—No hay mucha demanda —replicó Senga, mientras aseguraba la puerta

trasera del carro—. La mayoría de estos hombres sólo quiere cerveza.

—¿Conoces algún lugar en el que puedas obtener vino?

—Puedo preguntarlo. ¿Cuál prefieres?

—El arciano tinto, si puedes encontrarlo.

Senga silbó.

—Eso te costará caro, amigo mío. Es probable que pueda conseguirte algunos de los tintos locales, pero el material importado..., eso va a llevarse un buen bocado de tu bolsa.

Krager le sonrió afectadamente.

—Eso no es problema ninguno —le respondió con su estropajosa voz de borracho—. De momento soy lo que podría llamarse un acaudalado independiente. Estos tintos locales saben a bazofia de cerdos. Yo quiero vino de verdad.

—Podría llevarme algún tiempo —le dijo Senga, dubitativo—. Tengo contactos en Delo que podrían conseguirte un poco, pero Delo está muy lejos.

—¿Cuándo vas a volver?

—Dentro de un par de días. La destilería donde compro este brebaje trabaja día y noche, pero ni aun así puedo mantener el ritmo.

—Cuando vuelvas tráeme un par de barriles de esa bazofia para cerdos..., lo bastante como para sacarme del apuro hasta que me consigas arciano tinto.

—Puedes contar con ello —le aseguró Senga. Le echó una mirada dura a Krager—. Pero, necesito algo por adelantado. Yo tendré que comprar el arciano tinto antes de vendértelo a ti. Las cosas me van bastante bien, pero todavía no soy tan rico como para poder pagarlo todo de mi bolsillo.

Krager rebuscó en su bolsa.

Kalten se sintió entonces acometido por una impaciencia casi incontrolable. Estaba seguro de que Alean se encontraba allí. La presencia de Krager se lo confirmaba. Era prácticamente seguro que las prisioneras se hallaban confinadas en el edificio de las ventanas con barrotes. Tenía que volver a toda costa al campamento de Narstil para que Bevier pudiera transmitirle el mensaje a Aphrael. Si Xanetia conseguía entrar en Natayos sin ser vista, bien podría penetrar las paredes de la prisión o entrar en la mente empapada en alcohol de Krager para confirmar lo que ya era casi seguro. Si todo salía bien, no pasarían más que unos días antes de que él y Falquián pudieran reunirse con las mujeres a las que amaban. Sólo después de eso, podrían acudir todos a aquel lugar y hacerles cosas desagradables a las personas responsables.

Vanion y Betuana llegaron a Sarna a últimas horas de aquella tarde, y la reina atana apenas se detuvo antes de ponerse en camino hacia la frontera.

—Fue horrible, Falquián —dijo Vanion, mientras se reclinaba, agotado, en una silla y dejaba su yelmo sobre la mesa—. No se parecen a ningún soldado que haya visto en mi vida. Son grandes y rápidos, y tienen la piel tan dura que mi espada rebotaba sobre ellos la mayor parte de las veces. No sé dónde los ha encontrado Klæl, pero tienen sangre amarilla, e hicieron carne picada con mis caballeros.

—Kring y Tikume también se tropezaron con ellos —informó Falquián—. Anosian estaba intentando hacérselo saber a Aphrael, pero destrozó el hechizo de tal forma que ella no pudo sacar nada en claro. Está un poco descontenta con Tynian. Cuando estaba reuniendo los caballeros que se trajo de vuelta a Matherion, escogió por accidente a todos los pandiones que tenían menos habilidad para manejar los hechizos. Por eso no podemos recibir ningún informe de Komier.

—Puede que tengamos que enviar a alguien a reunirse con ellos y encargarse de las comunicaciones..., aunque le llevará semanas llegar hasta allí.

—No. Si lo lleva Aphrael, no tardará tanto —disintió Falquián—. Me llevó desde Beresa a Sopal, más de trescientas leguas, en una media hora.

—¡No lo dices en serio!

—Te encantará volar, Vanion.

—Estás extendiendo cuentos, Falquián.

Los dos hombres se volvieron rápidamente.

La diosa-niña estaba sentada en una silla, al otro extremo de la habitación, con sus piecillos manchados de hierba apoyados sobre la mesa.

—Ojalá no hicieras eso —le dijo Falquián.

—¿Preferirías que me hiciera anunciar de alguna manera, Falquián? ¿Multitudes de espíritus que vocearan himnos hasta desgañitarse con el fin de presentarme? Es un poco ostentoso, pero puedo arreglarlo.

—Olvídate de que haya dicho algo.

—Lo haré. He mantenido una charla con Anosian. Ahora está practicando... con mucho ahínco. Kring y Tikume se tropezaron con Klæl y sus soldados en el desierto, y han descubierto algo que tendríais que saber, caballeros. Yo estaba en lo cierto, Vanion. Los soldados de Klæl tienen bilis en las venas en lugar de

sangre, porque respiran con el hígado; y eso significa que el aire que hay en el sitio del que provienen no se parece al de aquí..., es algo así como el gas de los pantanos. Hay algo en él que esos soldados necesitan y no pueden obtener de nuestro aire. Los pelois utilizaron su táctica normal de herir y correr, y pasado un corto rato esos monstruos comenzaron a derrumbarse. La próxima vez que os encontréis con ellos, limitaos a dar media vuelta y huir. Si intentan perseguiros, morirán ahogados. ¿Se ha marchado ya Betuana?

—Sí, divina Aphrael —replicó Itagne.

—Bien. Cuanto antes pueda llevarme a Engessa a mi isla, antes podré ponerlo en pie.

—Tenía la intención de preguntarte algo al respecto —comentó Falquián—. Has dicho que su cerebro resultó dañado.

—Sí.

—El cerebro es muy complicado, ¿verdad?

—El vuestro no es tan complejo como el nuestro, pero no es nada sencillo.

—¿Y tú puedes curarle el cerebro a Engessa en tu isla?

—Por supuesto.

—Si puedes arreglar un cerebro, tendrías que poder arreglar el corazón de alguien. ¿Por qué no te limitaste a llevar a Sephrenia a tu isla y curarla allí? ¿Por qué acudiste a Beresa e intentaste robarme el Bhelliom?

—¿Qué significa eso? —exclamó Vanion, poniéndose de pie.

—Maravilloso, Falquián —comentó Aphrael con sequedad—. Estoy pasmada por tu sutileza. Ella está bien, Vanion. El Bhelliom la trajo de vuelta.

Vanion dio un puñetazo sobre la mesa y luego se controló con un evidente esfuerzo.

—¿Le importaría a alguien contarme qué ha sucedido? —les preguntó con voz gélida.

Aphrael se encogió de hombros.

—Estábamos en Dirgis. Sephrenia se encontraba sola en la habitación, y Zalasta entró y le clavó una puñalada en el corazón.

—¡Buen Dios!

—Se encuentra bien, Vanion. El Bhelliom se ha encargado de que así fuese. Se recobra perfectamente y Xanetia está con ella.

Vanion se encaminó hacia la puerta.

—Oh, vuelve aquí —le dijo la diosa-niña—. En cuanto haya trasladado a Engessa a mi isla y me haya ocupado de su herida, te llevaré a Dirgis. De todas

formas, ahora Sephrenia está durmiendo, y tú ya la has visto dormida... montones de veces.

Vanion se sonrojó apenas y luego pareció un poco avergonzado.

—Todavía no has respondido a mi pregunta —insistió Falquián—. Si puedes reparar un cerebro, ¿por qué no puedes hacerlo con un corazón?

—Porque puedo desconectar un cerebro para trabajar en él —replicó ella con tono sufrido—. El corazón tiene que continuar latiendo, y yo no puedo trabajar en él mientras va dando saltos de esa manera.

—Ah. Supongo que eso tiene sentido.

—¿Sabes por casualidad dónde podría encontrar a Zalasta? —inquirió Vanion con un tono de voz terrible.

—Es probable que haya regresado a Natayos —replicó Aphrael.

—Después de que visite a Sephrenia, ¿crees que podrías llevarme hasta allí? Te aseguro que me gustaría mucho tener una charla con él.

—Yo me quedo con su corazón —declaró la diosa-niña.

Vanion le echó una mirada de extrañeza.

—Es el chiste del momento —le explicó Falquián.

—Yo no estoy bromeando, Falquián —replicó Aphrael con frialdad.

—No podemos ir a Natayos —dijo Falquián—. Ehlana podría estar allí, y Scarpa la matará si nos presentamos a aporrearle la puerta. Por otra parte, creo que tendréis que hablar con Khwaj antes de hacerle nada a Zalasta.

—¿Con Khwaj? —preguntó Vanion.

—Tynian le contó a Aphrael que Khwaj tiene sus propios planes para nuestro amigo estiriano. Quiere prenderle fuego.

—Yo tengo algunas ideas más interesantes —le aseguró Vanion, ceñudo.

—Yo no estaría tan seguro, mi señor. Khwaj quiere prenderle fuego a Zalasta, pero no quiere quemarlo hasta que muera. Él habla de una llama eterna..., con Zalasta chillando en medio de ella... por siempre jamás.

Vanion meditó lo que acababa de oír.

—¡Qué idea tan feliz! —comentó al fin.

—Mi señora —susurró Alean con tono apremiante—, ven, pronto. Zalasta ha regresado.

Ehlana se echó la toca de lino sobre la frente, y se reunió con su camarera junto a la ventana defectuosa. El griñón había sido idea de Alean. Se ajustaba

sobre la asolada cabeza de la reina, y le cubría también la garganta y la parte de debajo del mentón. Resultaba incómodo, pero ocultaba el horror que el cuchillo de Krager había hecho en sus cabellos. Ehlana se inclinó y miró por la pequeña abertura triangular de la ventana.

El macilento rostro de Zalasta estaba contorsionado por la aflicción, y tenía los ojos muertos. Scarpa se le aproximó con paso presuroso y expresión ansiosa.

—¿Y bien? —inquirió con tono apremiante.

—Márchate, Scarpa —le dijo Zalasta.

—Sólo quería asegurarme de que estabas bien, padre —replicó Scarpa con insinceridad obvia.

Scarpa se había fabricado una corona tosca con un cuenco de comida hecho de oro batido. Era evidente que no se daba cuenta del aspecto ridículo que tenía con aquel ornamento ladeado sobre su cabeza afeitada.

—¡Déjame! —tronó Zalasta—. ¡Fuera de mi vista!

—¿Está muerta? —Scarpa hizo caso omiso de la terrible amenaza implícita en la voz de su padre.

El rostro de Zalasta se endureció.

—Sí —replicó en un tono de voz de extraña neutralidad—. Le clavé el cuchillo directamente en el corazón. Ahora estoy intentando decidir si podré continuar viviendo con lo que he hecho. Por favor, quédate, Scarpa, por lo que más quieras. Después de todo, esto fue idea tuya. Ha sido una ocurrencia tan maravillosa que tal vez quiera recompensarte por ello.

Scarpa retrocedió; sus ojos, de repente racionales, estaban cargados de temor.

Zalasta ladró dos palabras en estiriano y estiró un brazo con los dedos de la mano curvados como garfios. Scarpa se aferró el vientre y profirió un alarido. Su improvisada corona cayó, inadvertida, mientras Zalasta lo arrastraba de vuelta, implacable.

—Eres patéticamente claro, Scarpa —dijo Zalasta con voz áspera; su rostro estaba a pocos centímetros del de su hijo—, pero tu plan tenía un pequeño fallo. Es muy probable que me mate por lo que le he hecho a Sephrenia, pero antes te mataré a ti... de la forma más desagradable que me sea posible. Puede que te mate en cualquier caso. La verdad es que no me gustas, Scarpa. Sentía una cierta responsabilidad por ti, pero ésa es una palabra que tú no comprenderías. —Sus ojos ardieron de pronto—. Tu locura tiene que ser contagiosa, hijo mío. Yo mismo estoy comenzando a perder el asidero de la cordura. Tú me convenciste

de que matara a Sephrenia, y a ella la quería más de lo que jamás podría quererte a ti. —Desengarfó los dedos—. Huye, Scarpa. Recoge tu insignificante corona de juguete y corre. Cuando decida darte muerte, seré capaz de encontrarte.

Scarpa escapó, pero Ehlana no lo vio marcharse. Tenía los ojos llenos de lágrimas, y se apartó de la ventana con un gemido de profundo dolor.



## 15

Nevaba en Sarna cuando Falquián despertó a la mañana siguiente; era una nieve gruesa y pesada que se arremolinaba y danzaba en el recio viento proveniente de las montañas de Atan. Falquián miró con amargura por la ventana de la habitación que ocupaba en los barracones, y luego se vistió y salió a buscar a sus compañeros. Encontró a Itagne sentado junto a la estufa de la sala de la guerra, con un fajo de papeles sobre el regazo.

—¿Algo importante? —le preguntó al entrar.

—No —replicó Itagne. Hizo una mueca y dejó los papeles sobre la mesa—. Cometí un grave error la primavera pasada, antes de que Oscagne me desarraigara y me enviara a Cynesga. Estaba dando una clase de relaciones exteriores en la universidad, y tuve un desliz y pronuncié las palabras fatales «escribid un trabajo». Ahora tengo un fardo de esas cosas para leer. —Se estremeció.

—¿Malos?

—Increíblemente malos. No debería permitirse que los no graduados tocan siquiera una pluma. Hasta ahora he encontrado quince versiones diferentes de mis propios apuntes de conferencia..., todas redactadas en prosa sin gracia y semianalfabeta.

—¿Dónde está Vanion?

—Ha ido a ver a sus heridos. ¿Has visto a Aphrael esta mañana?

Falquián negó con la cabeza.

—Podría estar en cualquier parte.

—¿Es verdad que te trajo volando hasta aquí desde Dirgis?

—Oh, sí... y desde Beresa a Dirgis, antes. Es una experiencia insólita y siempre comienza con la misma discusión.

Itagne le echó una mirada interrogativa.

—Tiene que revertir a su forma real siempre que vuela.

—¿Luz cegadora? ¿Estelares nubes de gloria y todo eso?

—No, nada parecido. Ella siempre posa como niña, pero no es más que un subterfugio. En realidad, es una muchacha.

—¿De qué discutes con ella?

—Sobre si va a ponerse ropa o no. Es evidente que los dioses no la necesitan, y no han captado del todo el concepto del recato. Aphrael resulta un factor de distracción cuando aparece por primera vez.

—Puedo imaginarlo.

La puerta se abrió y Vanion entró, sacudiéndose la nieve de los hombros.

—¿Cómo están los hombres? —le preguntó Falquián.

—No muy bien —replicó el preceptor—. Ojalá hubiéramos sabido algo más sobre los soldados de Klæl antes de enfrentarnos con ellos. Perdí innecesariamente a una gran cantidad de caballeros muy buenos en esa escaramuza. Si hubiera tenido todos mis sentidos alerta, habría sospechado algo cuando no nos persiguieron al interrumpir nosotros el ataque.

—¿Cuánto tiempo duró el enfrentamiento?

—Parecieron horas, pero es probable que no haya durado más de diez minutos.

—Cuando llegues a Samar, será mejor que hables con Kring y Tikume. Tenemos que hacernos una idea de cuánto tiempo pueden estar esos soldados en nuestro aire antes de comenzar a desplomarse.

Vanion asintió con la cabeza.

En realidad no tenían nada que hacer, y la mañana se deslizó lentamente.

Fue poco antes del mediodía cuando Betuana, ataviada con ropas ajustadas de piel de castor, llegó corriendo sin esfuerzo desde la arremolinada nieve. Su casi inhumano vigor acobardaba, de alguna manera. Apenas parecía jadear y ni siquiera estaba roja cuando entró en la habitación en la que ellos esperaban.

—Tonificante —observó con aire ausente mientras se quitaba la prenda exterior. Cogió entre los dedos un mechón de sus oscuros cabellos y lo estiró

para mirarlo con ojo crítico—. ¿Tiene alguien un peine? —inquirió.

Todos se sobresaltaron al oír el sonido de una trompeta proveniente del otro extremo de la sala. Se volvieron en redondo y vieron a la diosa-niña. Estaba rodeada de un nimbo de luz purísima y sentada serenamente en medio del aire, sonriéndole a Falquián con dulzura.

—¿Era algo así lo que tenías en mente? —le preguntó.

Él puso los ojos en blanco.

—¿Por qué yo? —gimió. Luego miró el pequeño rostro sonriente de ella—. Me doy por vencido, Aphrael —dijo—. Tú ganas.

—Por supuesto. Yo siempre gano. —Descendió con lentitud hasta el suelo y su luz se apagó—. Ven aquí, Betuana. Peinemos ese pelo. —Tendió ambas manos y apareció un peine en una y un cepillo en la otra.

La reina de los atanes se acercó a la diosa-niña y se sentó tranquilamente en una silla.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Aphrael a la vez que comenzaba a pasar el peine por los chorreantes cabellos de Betuana.

—Al principio dijo «no» —replicó la reina—, y «no» la segunda y la tercera vez. Comenzó a ceder a la duodécima vez, según recuerdo.

Aphrael sonrió.

—Sabía que iba a dar resultado.

—¿Estamos perdiéndonos algo? —inquirió Vanion.

—Los atanes no llaman a su dios con mucha frecuencia, así que él está casi obligado a responder cuando lo hacen. Es probable que estuviera concentrándose en otra cosa, y cada vez que Betuana lo llamaba, él tenía que dejarlo a un lado e ir a ver qué quería.

—Me mostré muy cortés —comentó Betuana con una sonrisa—, pero continué pidiéndoselo. Te tiene mucho miedo, divina Aphrael.

—Ya lo sé. —Aphrael dejó el peine y cogió el cepillo—. Piensa que voy a robarle el alma, o algo parecido. No quiere ni acercárseme.

—Le hice saber que continuaría llamándolo hasta que me diera su permiso —continuó diciendo Betuana—, y al final cedió.

Aphrael se encogió de hombros.

—Siempre lo hacen. Siempre conseguirás lo que quieres, si no dejas de pedirlo hasta obtenerlo.

—Eso se llama «machacar», divina Aphrael —señaló Falquián.

—¿Qué tal te sentaría estar unos cuantos días oyendo fanfarrias de trompeta,

Falquián? —preguntó ella.

—Eh... no, gracias. Pero ha sido muy amable por tu parte el preguntarlo.

—¿Dio su permiso de manera definitiva? —le preguntó Aphrael a la reina. Betuana sonrió.

—De manera muy definitiva. Dijo: «¡Dile que puede hacer lo que le dé la gana! ¡Sólo déjame en paz!».

—Bien. En ese caso, me llevaré a Engessa a la isla. —Aphrael frunció los labios—. Tal vez sea mejor que le envíes un mensajero a tu esposo. Cuéntale lo referente a los soldados de Klæl. Conozco a Androl, así que tendrás que ordenarle que no los ataque. Nunca he conocido a nadie tan completamente incapaz como él de emprender una retirada.

—Intentaré explicárselo —replicó Betuana, un poco dubitativa.

—Buena suerte. Toma. —Aphrael le entregó el peine y el cepillo—. Me llevaré a Engessa a la isla, lo descongelaré y me pondré a trabajar.

Ulath ordenó un alto en la periferia de la ciudad, y Bhlokw invocó a Ghnomb. El dios de la comida se presentó con un cuarto trasero de algún animal grande a medio comer, en una de sus enormes zarpas.

—Hemos llegado al lugar al que le han ordenado acudir al llamado Berit —le informó Ulath al gigantesco dios-troll—. Ahora sería bueno si saliéramos del No-Tiempo y entráramos en el tiempo de momentos rotos.

Ghnomb le echó una mirada de desconcierto; estaba claro que no comprendía qué estaban haciendo los hombres.

—U-lat y Tin-in cazan pensamientos —le explicó Bhlokw—. Los hombres-cosas tienen barrigas en las mentes además de barrigas en las barrigas. Tienen que llenar las dos barrigas. Las barrigas de sus barrigas ya están llenas. Por eso te piden esto. Su deseo es ahora llenar las barrigas de sus mentes.

Una lenta expresión de entendimiento comenzó a fluir por el brutal rostro de Ghnomb.

—¿Por qué no me dijiste eso antes, Ulath-de-Thalesia?

Ulath buscó torpemente una respuesta.

—Fue Bhlokw quien descubrió que teníamos barrigas en la mente —intervino Tynian—. Nosotros no sabíamos eso. Sólo sabíamos que nuestras mentes tenían hambre. Es bueno que Ghworg haya puesto a Bhlokw a cazar con nosotros. Bhlokw es un cazador muy bueno.

Bhlok w sonrió de oreja a oreja.

Ulath se apresuró a ampliar la metáfora.

—Nuestras barrigas de la mente tienen hambre de los pensamientos de los malvados —explicó—. Podemos rastrear esos pensamientos en los sonidos de pájaro que los hombres-cosas hacen cuando hablan. Nos quedaremos en un lado del momento roto donde no puedan vernos, y escucharemos los sonidos de pájaro que hagan. Seguiremos esos rastros hasta los que estamos cazando, y ellos no sabrán que estamos allí. Entonces escucharemos los sonidos de pájaro que hagan esos otros, y sabremos dónde han escondido a la compañera de Anakha.

—Cazáis bien —aprobó Ghnomb—. No había pensado antes en esta clase de caza. Es casi tan buena como cazar cosas para comer. Os ayudaré en vuestra caza.

—Nos alegra que vayas a hacerlo —le agradeció Tynian.

Arjun era la capital del reino de Arjuna, una ciudad considerable emplazada en la margen sur del lago. El palacio real y las augustas casas de las familias nobles del reino se alzaban sobre las colinas del borde meridional de la ciudad, y el centro comercial se encontraba cerca de la orilla del lago.

Ulath y Tynian ocultaron sus caballos y entraron a pie a través de los grises momentos rotos en penumbra de Ghnomb, en la ciudad propiamente dicha. Entonces se separaron y comenzaron a buscar la comida que ansiaban las barrigas de sus mentes, mientras Bhlok w se marchaba a buscar perros.

Ya era casi de noche cuando Ulath salió de otra de las asquerosas tabernas cercanas a los muelles del lado este de la ciudad.

—Esto va a llevarnos todo el mes —masculló para sí.

El nombre de Scarpa había surgido en algunas de las conversaciones que oyó, y cada vez que se pronunciaba él se acercaba anhelante para escuchar con mayor atención. Desgraciadamente, sin embargo, Scarpa y su ejército eran temas generales de conversación en aquel lugar, y Ulath no había conseguido nada que les fuera de alguna utilidad.

—¡Apártate de mi camino! —La voz era áspera, autoritaria.

Ulath se volvió a mirar quién era el que hablaba de manera tan ofensiva.

El hombre era un dacita ricamente vestido. Montaba un fogoso caballo negro y su rostro exhibía las marcas de la vida disipada.

A pesar de que nunca antes había visto a aquel tipo, Ulath lo reconoció de inmediato. El lápiz de Talen había captado el rostro a la casi perfección. Ulath sonrió.

—Vaya —murmuró—, eso está un poco mejor.

Se apartó a un lado y luego fue en pos de la encabritada montura. El punto de destino era una de las magníficas casas cercanas al palacio real. Un sirviente de librea salió corriendo de la casa a recibir al despreciativo elenio.

—Hemos estado aguardando con ansiedad tu llegada, mi señor —declaró el sirviente, haciéndole una obsequiosa reverencia.

—Haz que alguien se encargue de mi caballo —le espetó el elenio al desmontar—. ¿Están todos aquí?

—Sí, barón Parok.

—Asombroso. No te quedes ahí parado, idiota. Llévame ante ellos al momento.

—Sí, mi señor barón.

Ulath volvió a sonreír y los siguió al interior de la casa.

La sala a la que los condujo el sirviente parecía ser una especie de estudio. Las paredes estaban cubiertas de librerías, aunque las puertas de las mismas no daban señal alguna de haber sido jamás abiertas. En la sala había alrededor de una docena de hombres: algunos elenios, algunos arjunis, e incluso un estiriano.

—Vayamos directamente al trabajo —les dijo el barón Parok, mientras arrojaba su sombrero adornado con plumas y sus guantes sobre la mesa, con gesto negligente—. ¿Qué tenéis que informar?

—El príncipe Falquián ha llegado a Tiana, barón Parok —le dijo el estiriano.

—Eso esperábamos.

—Lo que no esperábamos, sin embargo, fue el trato que le dio a mi pariente. Él y ese bruto al que llama su escudero, siguieron al mensajero y lo atacaron. Le arrancaron la ropa y le dieron vuelta a todos los bolsillos.

Parok profirió una risa ronca.

—He conocido a tu primo, Zorek —replicó—. Estoy seguro de que se lo ganó a pulso. ¿Qué le dijo al príncipe para merecer semejante tratamiento?

—Les entregó la nota, mi señor, y ese rufián de escudero hizo una observación insultante respecto a un viaje de veinte días a lomos de caballo. Mi primo se sintió ofendido, y les dijo que sólo disponían de catorce días para completar el recorrido.

—Eso no estaba en las instrucciones —le espetó Parok—. ¿Lo mató Falquián?

—No, mi señor. —El tono de Zorek era hosco.

—Lástima —contestó Parok con malevolencia—. Ahora tendré que

encargarme yo de hacerlo. Los estirianos os volvéis engreídos, a veces. Cuando tenga un momento, perseguiré a tu primo para colgar sus tripas de una cerca como ejemplo para el resto de vosotros. Se os paga para hacer lo que se os manda, no para que os mostréis creativos. —Miró a los demás—. ¿Quién tiene la siguiente nota?

—Yo la tengo, mi señor —replicó un edomita de aspecto bastante próspero.

—Será mejor que esperes un poco antes de entregarla. El primo de Zorek ha trastornado nuestro calendario con esa incursión por el terreno de la creatividad constructiva. Deja que a Falquián se le enfríen los pies aquí durante una semana, más o menos. Luego podrás entregarle la nota que le ordena acudir a Derel. Mi señor Scarpa quiere que su ejército comience a desplazarse hacia el norte antes de que le demos a Falquián el último mensaje..., el que le ordena acudir a Natayos para realizar el intercambio.

—Barón Parok —dijo en tono arrogante un arjuni de ojos abolsados que llevaba puesta un jubón de brocado—, esta demora..., especialmente aquí, en la capital, representa un peligro para mi rey. Ese tal Falquián es famoso por su irracionalidad, y todavía tiene la gema del poder en sus manos. Su majestad no quiere que ese bárbaro elenio ande vagabundeando por Arjun con tiempo de sobras a su disposición. Envíalo de inmediato a Derel. Si va a destruir algún lugar, que sea Derel, no Arjun.

—Tienes unos oídos asombrosamente agudos, duque Milanis —observó Parok con tono sardónico—. ¿De verdad puedes oír lo que está diciendo el rey Rakya cuando te hallas a un cuarto de legua de su palacio?

—Estoy aquí para proteger los intereses de su majestad, barón. Tengo plena autoridad para hablar en su nombre. La alianza de su majestad con el señor Scarpa no está grabada en un diamante. Haz que el príncipe Falquián continúe avanzando. No lo queremos en Arjun.

—¿Y si no lo hago?

Milanis se encogió de hombros.

—Su majestad revocará la alianza y hará un informe completo de lo que tu gente ha estado haciendo... y de lo que planea hacerle... al embajador tamul.

—Veo que el viejo refrán referente a la estupidez de fiarse de un arjuni continúa siendo verdad.

—Limítate a hacer lo que se te dice, Parok —le espetó Milanis—. No me aburras con todas estas tediosas protestas y reparos raciales. No cometas ningún error en esto, viejo amigo. El informe de su majestad para el embajador ya está

escrito. Lo único que necesita es una excusa para enviarlo al otro lado de la ciudad.

Un sirviente entró con una jarra y una bandeja de copas para vino, y Ulath aprovechó la puerta abierta para deslizarse furtivamente al exterior. Iba a llevarle algún tiempo reunir a Tynian y Bhlokw, y luego tendrían que componer un mensaje bastante extenso para Aphrael.

Sin embargo, tras salir de la casa, el caballero Ulath dio brevemente rienda suelta a sus emociones. Saltó muy arriba en el aire con un aullido de triunfo, a la vez que golpeaba las palmas de ambas manos con júbilo. Luego recobró la compostura y fue a buscar a sus amigos.

El caballero Heldin, ataviado con su negra armadura, regresó para reunirse con el patriarca Bergsten al frente de la columna.

—¿Ha habido suerte? —le preguntó Bergsten. Heldin negó con la cabeza.

—El caballero Tynian fue muy minucioso —replicó con su tronante voz de bajo profundo—. Asoló las filas de la orden de los pandiones como un buscador de oro. Creo que se ha llevado a todos los que pueden siquiera pronunciar el idioma estiriano.

—Tú conoces los hechizos.

—Sí, pero Aphrael no puede oírme. Mi voz tiene un timbre demasiado bajo para sus oídos.

—Eso hace surgir algunas cuestiones teológicas muy interesantes —reflexionó Bergsten.

—¿Cree vuestra gracia que podríamos meditar sobre ellas en algún otro momento? En este preciso instante tenemos que enviarles mensaje a Falquián y Vanion sobre lo sucedido en Zemoch. La guerra podría haber terminado para cuando los mensajeros del embajador Fontan lleguen hasta ellos.

—Habla con las otras órdenes, Heldin —sugirió Bergsten.

—No creo que vaya a funcionar, vuestra gracia. Cada orden trabaja a través del dios personal del estiriano que les enseñó los secretos. Tenemos que hacerle llegar el mensaje a Aphrael. Es ella quien está sentada sobre el hombro de Falquián.

—Heldin, pasaste demasiado tiempo practicando con las armas durante el noviciado. La teología tiene un propósito, ¿sabes?

—Sí, vuestra gracia. —Heldin suspiró, poniendo los ojos en blanco, mientras

se preparaba para oír un sermón.

—No hagas eso —le dijo Bergsten—. No me refiero a la teología elenia, sino a las descarriadas creencias de los estirianos. ¿Cuántos dioses estirianos hay?

—Un millar, vuestra gracia —replicó Heldin con prontitud—. Sephrenia siempre hizo hincapié en eso.

—¿Existen los mil dioses jóvenes de manera independiente los unos de los otros?

—Según tengo entendido, están todos emparentados..., son como una familia.

—Asombroso. Escuchaste de verdad a Sephrenia cuando os hablaba. Los pandiones adoráis todos a Aphrael, ¿correcto?

—Bueno, «adorar» podría ser un término demasiado fuerte, vuestra gracia.

—He oído historias respecto a Aphrael, Heldin. —Bergsten sonrió—. Ella tiene sus planes privados. Está intentando robar para sí a toda la humanidad. Ahora bien, yo soy miembro de la orden genidiana. —Hizo una pausa—. Lo era —se corrigió—. Nosotros dirigimos nuestras solicitudes a Hanka; los cyrínicos trabajan a través de Romalic; y los alciones trabajan con Setras. ¿Crees que en su brumoso paraíso de alguna parte por encima de las nubes, esos dioses estirianos podrían conocerse los unos a los otros y por tanto hablar entre sí?

—Por favor, no me castigéis, Bergsten. He pasado por alto un detalle, eso es todo. No soy estúpido.

—Nunca he dicho que lo fueras, muchacho. —Bergsten le sonrió—. Sólo necesitabas guía espiritual, eso es todo. Ése es el propósito de nuestra santa madre iglesia. Ven a mí con tus problemas espirituales, hijo mío. Yo te guiaré con dulzura... y si la guía no funciona, cogeré el hacha y te conduciré.

—Veo que vuestra gracia es partidaria de la iglesia muscular —comentó Heldin con tono cáustico.

—Ése es mi problema espiritual, hijo mío, no el tuyo. Ahora ve a buscar un alcione. La leyenda dice que Aphrael y Setras están particularmente unidos. Creo que podemos contar con Setras para que le haga llegar el mensaje a su ladrona primita.

—¡Vuestra gracia! —protestó Heldin.

—Hace siglos que la iglesia tiene los ojos fijos en Aphrael, Heldin. Lo sabemos todo acerca de tu preciosa diosa-niña y sus trucos. No le permitas que te dé un beso, amigo mío. Si lo haces, te birlará el alma cuando no estés mirándola.

Esta vez era una docena de tambaleantes carros tirados por bueyes, todos cargados al máximo con barriles de cerveza, y Senga había reclutado a varias docenas de los harapientos forajidos de Narstil para que lo ayudaran a custodiar su mercancía. Kalten consiguió meter con bastante facilidad a Caalador y Bevier en la compañía.

—Continúo pensando que cometes un error, Senga —le dijo Kalten a su patrón de buen natural, mientras el desvencijado carro en que iban daba tumbos por el tosco sendero de la selva en dirección a Natayos—. Tienes el total monopolio del mercado. ¿Por qué bajar los precios?

—Porque ganaré más dinero si lo hago.

—Eso no tiene sentido.

—Mira, Col —explicó Senga con paciencia—, las veces anteriores en que vine aquí, llevaba un solo carro de cerveza. Podía obtener cualquier precio que pidiera porque mi producto era muy escaso.

—Supongo que eso tiene sentido.

—Pero ahora dispongo de una provisión casi ilimitada, así que sacaré mis beneficios de la cantidad en lugar del precio.

—Eso es lo que carece de sentido.

—Pongámoslo de la siguiente forma: ¿qué preferirías hacer, robarle diez coronas a un solo hombre o un sueldo a diez mil hombres?

Kalten realizó una rápida cuenta con los dedos.

—Ah —dijo—. Ahora veo adónde quieres ir a parar. Muy astuto, Senga.

Senga adoptó un aire algo engreído.

—No hace ningún daño pensar a largo plazo, Col. Mi verdadera preocupación reside en que no es tan difícil hacer cerveza. Si algún tipo listo obtuviera una receta, podría instalar su propia destilería aquí mismo. No quiero verme envuelto en una guerra de precios justo cuando las cosas están comenzando a marcharme bien.

Habían salido del campamento de Narstil al romper el día, así que era media mañana cuando llegaron a Natayos. Traspusieron las puertas sin estorbo, pasaron traqueteando ante la casa de las ventanas con barrotes, y volvieron a montar el tenderete en la misma plaza que la vez anterior. Como colaborador más íntimo de Senga, Kalten había sido ascendido al puesto de jefe de seguridad. La reputación desagradable que había establecido durante los primeros tiempos

pasados en el campamento de Narstil, aseguraba que ninguno de los forajidos cuestionaría las órdenes dadas por él, y la presencia de Bevier con su parche en el ojo, armado con el hacha *lochaber*, y actitud homicida, reforzaba esa autoridad.

—No me parece que vayamo' a conseguí' mucho aquí, Col —le murmuró Caalador a Kalten cuando los dos se hallaban de guardia junto a uno de los concurridos carros de cerveza—. Er vieho Senga está tan preocupa'o porque eso' tipo' se larguen sin pagá', que tú y yo estamo'ata'o'comu'n par de perro' con correa corta.

—Espera a más tarde, Ezek —aconsejó Kalten—. Podremos movernos con mayor libertad cuando todos se hayan emborrachado.

Bevier se les acercó arrastrando los pies, con el hacha *lochaber* de mango corto en el puño. Por alguna razón, la gente se apartaba automáticamente de su camino.

—Acaba de ocurrírseme una idea —dijo.

—¿Quieres matar a alguien? —sugirió Kalten.

—Ponte serio, Col. ¿Por qué no te llevas aparte a tu amigo Senga y le sugieres que ponga un establecimiento permanente en Natayos? Es algo lógico de hacer, y nos proporcionará a los tres una excusa para quedarnos aquí. Si limpiáramos uno de esos edificios ruinosos y abriéramos una taberna, podríamos quedarnos aquí a dirigirla. Tiene más sentido que el vender cerveza en la puerta trasera de un carro de bueyes.

—En eso tiene rasón, Kalten —reconoció Caalador—. Aquí, er vieho Shallag, parece que beba sangre pa'desayuná', pero la cabeza le sigue trabahando detrás'd' ese parche que yeva 'n el ojo.

Kalten pensó en el asunto.

—Eso conseguiría instalarnos en la mismísima Natayos, ¿verdad? Podríamos mantener los ojos sobre los acontecimientos. —Se volvió a mirar a sus espaldas—. A Senga le preocupa un poco que alguien de aquí pueda instalar su propia destilería —comentó para los oídos de los soldados cercanos—. Si estuviéramos aquí mismo, es probable que pudiéramos persuadir a cualquiera que lo intentase de dedicarse a otro pasatiempo. Iré a hablar con Senga y veré qué piensa de la idea.

Encontró a su bonachón amigo sentado ante una mesa improvisada detrás de uno de los carros de bueyes. El proscrito estaba contando dinero con una expresión casi soñadora en el rostro.

—Oh, esto funciona muy bien, Col —comentó con voz casi arrolladora.

—No son más que monedas.

—Ya lo sé, pero hay tantas...

—Shallag ha tenido una idea.

—¿Quiere disminuir el abarrotamiento cortándole la cabeza a un hombre de cada tres de los que hacen fila?

—En realidad, Shallag no es tan malo como todo eso.

—¿Ah, no? Todos los hombres del campamento tienen pesadillas en las que figura él.

—No ha matado a un solo hombre desde que llegó a Arjuna.

—Está reservándose. No hace más que esperar el momento adecuado, hasta que pueda reunir a unos cuantos miles de nosotros y matarnos de una sola vez.

—¿Quieres escuchar su idea, o todavía no has acabado de hacer chistes malos?

—Lo siento. Cuéntamela.

—Piensa que deberíamos limpiar una de esas ruinas desocupadas e instalar una taberna permanente.

—¿Te refieres a algo como un negocio de verdad? ¿Con un mostrador, mesas y sillas, y todo eso?

—¿Por qué no? Ahora que tu destilería está funcionando día y noche, tienes acceso a unos suministros constantes, y es aquí donde están tus clientes. Si pones aquí una taberna, podrás vender cerveza todo el día y todos los días, en lugar de venir una vez a la semana. Así los clientes irán a tu local en grupos manejables, en lugar de en regimientos.

—Nunca lo había pensado —admitió Senga—. Mi idea era la de sacar unos provechos rápidos y luego echar a correr hacia la frontera. Aquí podría instalar una taberna, Col... un negocio real, honrado ante los ojos de Dios y legítimo. No tendría que volver a robar.

—Yo he visto tu lista de precios, Senga. No tienes de qué preocuparte. Todavía estás robando.

Senga hizo caso omiso del comentario.

—Tal vez podría llamada «Palacio de Senga» —comentó en un tono de voz soñador; luego frunció el entrecejo—. No —decidió—. Eso es demasiado llamativo para una taberna de cerveza. Creo que sólo la llamaré «Casa Senga». Eso será sin duda un monumento a mi memoria mucho más duradero que una simple tumba marcada con la fecha del día en que me colgaron grabada en una

lápida. —Luego meneó la cabeza y suspiró—. No, Col —declaró con pesar—. No funcionaría. Si os sacara de la ciudad a ti y a mis otros guardias, los soldados de Scarpa no harían otra cosa que entrar en la taberna y beberse toda mi cerveza sin pagarla.

—Entonces, ¿por qué sacarnos de aquí? Podemos quedarnos y asegurarnos de que te la paguen.

—No creo que a Narstil le gustara mucho que no regresásemos al campamento para pasar la noche.

—Senga —dijo Kalten con suavidad—, ¿de verdad que todavía necesitas a Narstil? Ahora eres un honrado hombre de negocios. No deberías asociarte con bandidos.

Senga se echó a reír.

—Estás planteándome las cosas con una premura algo excesiva Col. Déjame acostumbrarme a la idea. —Luego profirió una repentina imprecación.

—¿Qué pasa?

—Es una idea hermosa, Col, pero no funcionará.

—¿Por qué no?

—Porque necesitaré el permiso de Scarpa para poner una taberna en este lugar, y no pienso ni acercarme a él para pedírselo.

—No creo que vayas a tener que hacerlo, amigo mío. Ayer estuve revolviendo en las pilas de basura del campamento de Narstil, ¿y a que no sabes lo que encontré?

—¿Qué?

—Un barril muy elegante ribeteado de plata, de tinto arciano. Incluso tiene una espita de plata. El tipo que lo robó no conocía el valor de ese vino..., es un bebedor de cerveza. Conseguí que me lo vendiera por media corona. Te lo venderé a ti, y podrás regalárselo a ese tal Krager. ¿Por qué no dejamos que sea él quien persuade a Scarpa de que te dé permiso para instalar aquí tu negocio?

—¿Col, eres un genio! ¿Cuánto quieres por ese barril de tinto arciano?

—Oh..., cinco coronas, creo que será suficiente.

—¿Cinco coronas? ¿Diez veces más de lo que pagaste por él? ¡Eso es un robo!

—Tú deberías saberlo, Senga. Eres amigo mío pero, al fin y al cabo, los negocios son los negocios.

Encontraron a un Krager de ojos turbios sentado sobre un muro derrumbado, observando a la multitud de soldados sedientos sin mucho interés. Sostenía una

jarra en la mano, y bebía ocasionalmente de ella con obvio desagrado.

—Ah, aquí estás, maese Krager —dijo Senga con jovialidad—. ¿Por qué no tiras esa agua sucia y pruebas un sorbo de esto? —Le dio unas palmadas al pequeño barril ornado que llevaba bajo el brazo.

—¿Más bazofia local? —inquirió Krager.

—Pruébalo y a ver qué te parece —sugirió Senga.

Krager vertió el vino sobre la tierra y le tendió la jarra de peltre. Senga abrió la espita y escanció media copa de tinto arciano en la misma.

Krager miró con ojos miopes al interior de la jarra, y olió con suspicacia. Entonces puso los ojos en blanco.

—¡Oh, delicia de delicias! —jadeó éste con un tono de voz reverente. Tomó un pequeño sorbo y realmente pareció estremecerse de deleite.

—Pensé que podría gustarte —dijo Senga—. Ahora que he captado tu atención, tengo una propuesta de negocios que hacerte. Me gustaría instalar una taberna permanente en Natayos, pero para hacerlo necesitaré permiso. Lo consideraría un verdadero favor si pudieras hallar la manera de abogar por mí ante Scarpa. Te quedaría muy agradecido si consiguieras obtener su aprobación.

—¿Cómo de agradecido? —inquirió Krager con prontitud.

—Probablemente, así de agradecido. —Senga volvió a darle unos golpecitos al barril—. Dile a mi señor Scarpa que no causaré ningún problema. Escogeré uno de esos edificios vacíos que están un poco apartados de su campamento, lo limpiaré y arreglaré el techo por mi cuenta. Me procuraré mi propia guardia de seguridad y me aseguraré de que ninguno de sus soldados se ponga demasiado borracho.

—Puedes poner manos a la obra, maese Senga —declaró Krager, con los ojos fijos en el barril—. Cuentas con mi garantía personal de que Scarpa accederá. —Tendió las manos hacia el barril.

Senga retrocedió.

—Después, maese Krager —dijo con firmeza—. De momento, me siento lleno de aprensión. La gratitud vendrá después de que Scarpa dé su permiso.

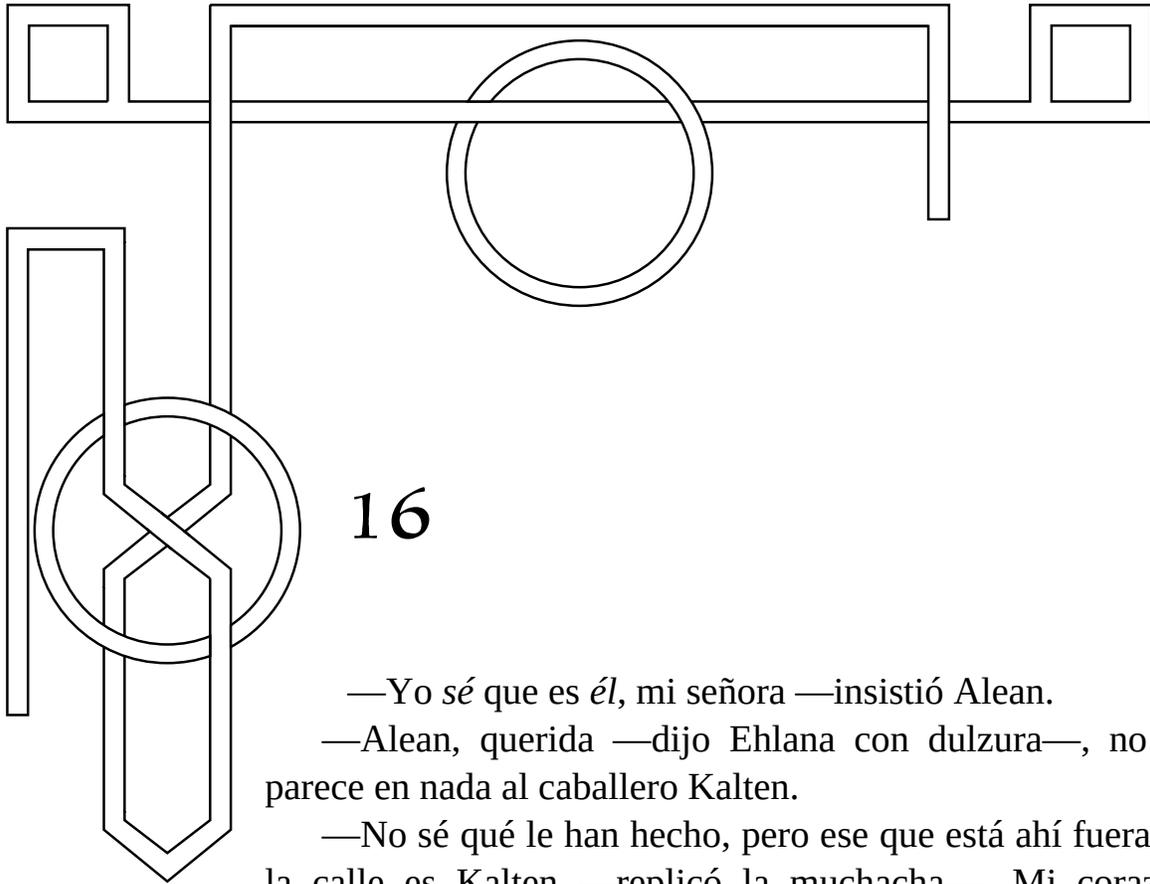
En ese momento, Elron atravesó corriendo la plaza atestada de soldados.

—¡Krager! —gritó con voz chillona—. ¡Ven de inmediato! ¡El señor Scarpa está furioso! ¡Nos ha ordenado a todos que nos reunamos de inmediato con él en el cuartel general!

—¿Qué sucede? —Krager se puso de pie.

—Cyzada acaba de llegar de Cynesga. ¡Les ha contado a Scarpa y Zalasta

que Klæl fue a echarle una mirada al tipo que hemos estado siguiendo durante todo este tiempo! ¡No es Falquián, Krager! ¡Quienquiera que sea, tiene la apariencia de Falquián, pero Klæl se dio cuenta inmediatamente de que era otra persona!



## 16

—Yo sé que es *él*, mi señora —insistió Alean.

—Alean, querida —dijo Ehlana con dulzura—, no se parece en nada al caballero Kalten.

—No sé qué le han hecho, pero ese que está ahí fuera en la calle es Kalten —replicó la muchacha—. Mi corazón canta cada vez que lo veo pasar.

Ehlana espió por la abertura que había en la ventana. El hombre parecía elenio, de eso no cabía ninguna duda y, al fin y al cabo, Sephrenia era una maga. El pensamiento de Sephrenia volvió a llenar de lágrimas los ojos de la reina. Se enderezó y enjugó sus lágrimas con premura.

—¿Qué te hace estar tan segura, querida?

—Un millar de cosas, mi señora..., cosas pequeñas. La forma en que lleva la cabeza en alto, la manera extraña que tiene de mover los hombros al andar, su risa, el modo en que se levanta y acomoda el cinturón de la espada. Le han cambiado la cara por algún medio, pero yo sé que es él.

—Podrías estar en lo cierto, Alean —concluyó Ehlana, un poco dubitativa—. Es probable que yo pudiera reconocer a Falquián entre una multitud, con independencia de a quién perteneciera el rostro que llevase.

—Exacto, mi señora. Nuestros corazones reconocen a los hombres que amamos.

Ehlana comenzó a pasearse por la estancia mientras sus dedos ajustaban con

gesto ausente la toca que le cubría la cabeza.

—No es algo imposible —concedió—. Falquián me habló de las muchas ocasiones en las que se había disfrazado cuando estaba en Rendor, y la magia estiriana muy bien podría cambiar el semblante de una persona; y, por supuesto, si Sephrenia no hubiera sido capaz de ello, el Bhelliom no cabe duda de que podría haberlo hecho. Confiemos en tu corazón y digamos que el que está ahí fuera es Kalten.

—Yo sé que lo es, mi señora.

—Es algo que cae dentro de los límites de la razón —reflexionó Ehlana—. Si, de alguna forma, Falquián ha descubierto que estamos aquí, definitivamente querrá tener cerca a algunos de nuestros amigos cuando el resto de ellos acuda a rescatarnos. —Fruunció el entrecejo al pasarle por la cabeza un pensamiento—. Pero tal vez no lo sabe sobre seguro. Kalten podría hallarse aquí sólo para comprobarlo. Tenemos que buscar la manera de hacerle saber que nos encontramos aquí antes de que renuncie y se marche a otra parte.

—Pero estamos prisioneras, mi señora —protestó la joven de enormes ojos—. Si intentáramos llamarlo, lo pondríamos en un terrible peligro. —Se inclinó para mirar otra vez a la calle—. Ahora regresa —dijo.

—¡Canta, Alean! —exclamó de pronto, Ehlana.

—¿Qué?

—¡Canta! ¡Si hay en el mundo alguien capaz de reconocer tu voz, ése es Kalten!

Los ojos de Alean se abrieron de par en par.

—¡Es verdad! —exclamó.

—Ven aquí. Déjame que le mire la cara. ¡Canta con toda tu alma, Alean! ¡Pártele el corazón!

La voz de Alean vibró al subir sin esfuerzo su voz de soprano entonando la melancólica canción. Cantó *Mi huesudo muchacho de ojos azules*, una balada muy antigua que Ehlana sabía que contenía un significado especial para su camarera y el blondo caballero pandion. La reina miró otra vez por la ventana. El hombre toscamente vestido que se encontraba en la calle, se había quedado completamente inmóvil, congelado en el sitio por la incomparable voz de Alean.

Todas las dudas se desvanecieron de la mente de Ehlana. ¡Era Kalten! De sus ojos manaban ríos de lágrimas, y su rostro había adoptado una expresión exaltada, de adoración. Y luego hizo algo tan inesperado que Ehlana se vio obligada a revisar la largamente mantenida opinión respecto a la inteligencia del

caballero. Se sentó sobre los musgosos adoquines, se quitó un zapato y se puso a silbar un acompañamiento de la canción de Alean. ¡Lo sabía! ¡Y estaba silbando para poner en conocimiento de ellas que lo sabía! Ni siquiera Falquián podría haber respondido con tal prontitud, ni haber hallado una forma tan perfecta como aquélla para darles a entender que estaba al tanto de la situación.

—Con eso bastará, Alean —siseó Ehlana—. Ha recibido nuestro mensaje.

Alean dejó de cantar.

—¿Qué estás haciendo ahí? —le preguntó con tono exigente uno de los arjunis que hacía guardia en la puerta, apareciendo a la vista de la ventana.

—Tenía piedras en el zapato —explicó Kalten, sacudiendo repetidamente el calzado que acababa de quitarse—. Me hacían tanto daño como un adoquín.

—Muy bien, circula.

El semblante de Kalten adoptó un aire truculento. Volvió a ponerse el zapato y se levantó.

—Amigo —le dijo en un tono cargado de intención—, acabarás tu turno de guardia dentro de no mucho, y puede que decidas pasar por la taberna de Senga para beber unas jarras de cerveza. Yo estoy a cargo de la seguridad, y si comienzas a darme empujones cuando esté por aquí, puede que yo decida que eres demasiado grosero como para servirte cuando llegues allí. ¿Entendido?

—Se supone que debo mantener a la gente alejada de este edificio —le explicó el guardia, modificando rápidamente el tono.

—Pero con cortesía, amigo, con cortesía. Todos los hombres de este lugar están armados hasta los dientes, así que todos debemos ser corteses los unos con los otros. —Echó una mirada cautelosa hacia la ventana con barrotes desde la que Ehlana estaba observando—. Yo aprendí cortesía cuando me asocié con Shallag..., lo conoces, ¿no es cierto? El tipo de un solo ojo con el hacha *lochaber*.

El guardia se estremeció.

—¿Es tan terrible como aparenta? —preguntó.

—Peor. Te cortaría la cabeza sólo por estornudarle. —Kalten irguió los hombros—. Bueno, creo que será mejor que regrese a la taberna. Como dice mi amigo Ezek, «no e'mu' probable que vaya a sacá' mucho povecho si ando haciendo er vago por la caye». Acércate por la taberna cuando acabes de trabajar, amigo. Te invitaré a una jarra de cerveza —y se marchó calle abajo mientras continuaba silbando *Mi huesudo muchacho de ojos azules*.

—Guárdalo como un tesoro, Alean —dijo Ehlana, mientras su corazón aún

palpitaba de entusiasmo—, y no dejes que esa cara te engañe. Me ha dado más información en dos minutos de la que habría podido darme Falquián en una hora.

—¿Mi señora? —Alean parecía desconcertada.

—Sabe que estamos aquí. Comenzó a silbar junto contigo cuando cantabas. También me dijo que el caballero Bevier y Caalador se encuentran aquí con él.

—¿Cómo ha hecho eso?

—Estaba hablando con el guardia. Es probable que Bevier sea en estos momentos el único hombre de Daresia que tiene un hacha *lochaber*, y su otro amigo habla exactamente como Caalador. Saben que estamos aquí, Alean, y si lo saben ellos, Falquián también. Ya podemos comenzar a hacer el equipaje. Muy pronto nos marcharemos de aquí y regresaremos a Matherion. —Se echó a reír con deleite y rodeó a su camarera con los brazos.

Kalten intentó con todas sus fuerzas conseguir que su rostro se mantuviera carente de expresión mientras regresaba por las calles adoquinadas y cubiertas de musgo a la taberna de Senga, pero el entusiasmo le subía a borbotones por el cuerpo y le era muy difícil no echarse a reír a carcajadas.

El ejército de Scarpa, a su llegada, había limpiado la zona norte de Natayos y devuelto a los edificios un cierto grado de habitabilidad, pero la mayor parte de la ciudad era todavía una ruina ganada por la maleza. Senga consideró varios lugares para instalar su taberna, y con bastante astucia se había decidido a iniciar su negocio a una cierta distancia, en el interior del casco antiguo, para evitar interferencias por parte de sargentos corruptos y jóvenes oficiales elenios con convicciones profundas y no mucha sensatez. Escogió un edificio bajo y achatado, con gruesas paredes pero sin tejado, una deficiencia fácil de superar con una tienda de lona. Consideró, en un principio, contratar a soldados fuera de servicio para limpiar la maleza de la calle que iba desde el campamento principal de Scarpa a la puerta de la taberna, pero Caalador lo persuadió de que se ahorrara el dinero.

—No hay ninguna neesidá', Senga —le había asegurado el cammoriano disfrazado al inquieto hombre de negocios, cayendo en su dialecto peculiar—. Eso'solda'o'sediento'no' limpiarán la caye eyo'mismo' sin que ningún dinero cambie 'e mano'.

La taberna yacía achaparrada en medio de las ruinas, indistinguible de los edificios que la rodeaban excepto por su tejado de lona y el letrero toscamente

pintado que decía «Casa Senga», colgado en la parte frontal.

Kalten entró en la taberna por la puerta lateral y se detuvo para permitir que sus ojos se habituaran a la luz más suave. El lugar estaba moderadamente concurrido, incluso a mediodía, y los seis forajidos del campamento de Narstil, ataviados con delantales, corrían de un lado a otro detrás del mostrador cubierto con una plancha de madera rústica, sirviendo cerveza espumosa y recogiendo dinero. Kalten se abrió paso entre la ruidosa concurrencia, buscando a Bevier y Caalador. Los halló sentados a una mesa en el lado más cercano de la habitación. El hacha *lochaber* de Bevier y la porra de Caalador se encontraban bien a la vista sobre la mesa, como una especie de constante recordatorio para los rebeldes allí reunidos, con el fin de que no olvidaran que mientras se les alentaba a pasar un buen rato, había límites estrictamente impuestos.

Kalten se sentó cuidadosamente en el banco, manteniendo su exuberancia estrechamente bajo control. Se inclinó hacia delante, a la vez que les hacía a sus amigos un gesto para que se acercasen.

—Están aquí —dijo en voz baja.

Caalador recorrió la taberna con los ojos.

—Bueno —comentó, arrastrando las palabras—, no to'o'eyo', pero sí la mayoría que está fuera e servicio.

—No estoy hablando de los clientes, Ezek, sino de la casa que tiene barrotes en las ventanas. La gente a la que hemos estado buscando se encuentra dentro de esa casa, ya no hay duda.

—¿Cómo lo sabes? —exigió saber Bevier, con un apasionado susurro—. ¿Las has visto?

—No me ha hecho falta. Una de esas personas es una amistad mía muy especial, y esa amistad me ha reconocido..., incluso con esta cara. No me preguntes cómo.

—¿Estás seguro? —insistió Bevier.

—Oh, sí. Esa amistad comenzó a cantar con una voz que reconocería en medio de una tormenta eléctrica. Era una canción muy antigua que tiene un significado personal para nosotros dos. Nuestras amistades del interior me han reconocido, de eso no hay duda ninguna. Esa amistad de la que estaba hablándoos, sólo canta esa canción para mí.

—Supongo que no habrás tenido manera de hacerles saber que habías recibido el mensaje —dijo Caalador, más como pregunta—. Algo así como echar la puerta abajo, quiero decir.

—No, no tuve necesidad de echar la puerta abajo. Me puse a acompañar la canción, silbando. Es algo que ya he hecho antes, así que mi amistad supo qué estaba intentando decirle. Luego pegué la hebra con uno de los guardias, y deslicé las suficientes insinuaciones como para poner en conocimiento de las amistades del interior las cosas que debían saber.

—Tu idea d'esta taberna está funcionando pero que mu' bien, Shallag. Hemo'esta' o recogiendo to' o tipo' e informaci3n desde que no'instalamo'.

Kalten recorrió la taberna con los ojos.

—Las cosas están bastante tranquilas de momento —dijo en voz baja—. Probablemente, las peleas no comenzarán hasta después de la puesta del sol. ¿Por qué no vamos a dar un paseo por entre las ruinas? Creo que será mejor que mantengamos otra charla con una cierta niña. Esta vez tenemos noticias buenas para ella.

—Vayamos a ello —replicó Caalador, al mismo tiempo que se ponía de pie.

Se abrió camino hasta el mostrador, habló brevemente con uno de los forajidos empapados de cerveza, y luego encabezó la salida del local. Dieron la vuelta a la taberna y se abrieron camino por una calle lateral invadida por la maleza, que corría ante algunos edificios derrumbados en los que pájaros de brillantes colores estaban posados y chillaban con sonidos estridentes. Entraron en una ruina derrumbada tan sólo en parte, y Kalten y Caalador hicieron guardia mientras Bevier lanzaba el hechizo.

El cyrínico sonreía cuando salió.

—Será mejor que te prepares, Kalten —dijo.

—¿Por qué?

—Aphrael tiene planeado besarte hasta la insensibilidad la próxima vez que te vea.

—Supongo que podré vivir con eso. Deduzco que estaba muy complacida.

—Casi me ha roto los tímpanos.

—Bueno, como dice siempre ella, «vivimos sólo para complacer a los que queremos».

Scarpa estaba gritando antes incluso de trasponer la puerta. Su voz era chillona y alta, tenía los ojos salidos de las órbitas y la improvisada corona torcida. Resultaba obvio que se hallaba al borde de un ataque de histeria. Sus labios y barba se veían salpicados de espuma cuando irrumpió en la sala.

—¡Tu esposo te ha traicionado, mujer! —le chilló a Ehlana—. ¡Tú pagarás por su perfidia! ¡Me cobraré tu vida por esto! —Comenzó a avanzar hacia ella, con las manos tendidas como zarpas.

Entonces Zalasta apareció en la entrada.

—¡No! —le ladró con tono gélido.

Scarpa se volvió hacia su padre.

—¡Quédate fuera de esto! —chilló—. ¡Ella es mi prisionera! ¡La castigaré por la traición de Falquián!

—No, no vas a hacerlo. Harás lo que yo te mande. —Zalasta hablaba en elenio, y todo rastro de acento extranjero había desaparecido de su pronunciación.

—¡Él ha desobedecido mis órdenes! ¡Le haré pagar por ello!

—¿Eres tan estúpido que no te esperabas esto? Te advertí lo tortuoso que era ese hombre, pero tienes la mente tan atestada de telarañas que no quisiste escucharme.

—¡Yo le di una orden! —La voz de Scarpa había aumentado hasta un aullido estridente. Dio una patada en el suelo con un pie. Luego con el otro. Luego comenzó a saltar de aquí para allá, casi literalmente danzando de furia—. ¡Yo soy un emperador! ¡Debo ser siempre obedecido!

Zalasta no se molestó en emplear la magia esta vez. Simplemente blandió su báculo y derribó a su histérico hijo, con lo que su corona cayó rodando.

—Me pones enfermo —le dijo con una voz cargada de desprecio—. No tengo paciencia para estas pataletas tuyas. No eres un emperador. Cuando te pones en este estado no eres siquiera útil. —La expresión de su rostro carecía de emociones y la de sus ojos era remota—. Vete con cuidado, Scarpa —le advirtió con un tono espantoso—. Ya no queda nada en este mundo a lo que yo le tenga afecto. Tú me has librado de toda atadura humana. Si me fastidias, te aplastaré como a una chinche.

Scarpa se apartó a rastras del terrible anciano, con los ojos repentinamente cuerdos y llenos de espanto.

—¿Qué ha sucedido? —inquirió Ehlana con ansiedad.

—Uno de mis asociados..., Cызada de Esos..., acaba de llegar de Cynesga —replicó Zalasta con calma—. Nos ha traído algunas noticias que con toda probabilidad deberíamos haber esperado. Tu cónyuge es un hombre tortuoso, Ehlana. Pensábamos que lo teníamos, pero ha conseguido zafarse.

—No comprendo.

—Le dejamos instrucciones al secuestrarte. Debía llevarse a su escudero y dirigirse a caballo hasta la ciudad de Beresa, que se encuentra en Arjuna meridional. Teníamos gente vigilando, y él parecía estar obedeciendo. Sin embargo, no fue así. Resulta evidente que no te tiene tanto cariño como nosotros creíamos.

—Él no hacía otra cosa que obedecer mis órdenes. Zalasta. Le dije que bajo ninguna circunstancia entregaría el Bhelliom.

—¿Cómo conseguiste hacer eso? —Zalasta parecía de veras sorprendido.

—Tu lunático hijo le ordenó a Elron que matara a la baronesa Melidere. Elron es un incompetente rematado, por lo que Melidere pudo desviar la estocada que le lanzó. Yo tengo más gente notable trabajando a mi servicio, Zalasta. Melidere consiguió hacerse la muerte de manera muy convincente. Yo fingí un ataque de histeria y conseguí susurrarle instrucciones mientras la cubría con una manta. —Ella le echó una mirada de soslayo bastante maliciosa—. Debes estar perdiendo facultades, Zalasta. Ni siquiera te has dado cuenta de que ya no llevo el anillo. También eso se lo dejé a Melidere.

—Muy ingenioso, Ehlana —murmuró él—. Tú y tu esposo sois oponentes estimulantes.

—Me alegro de que lo apruebes. ¿Cómo os engañó Falquián?

—No estamos del todo seguros. Tuvimos gente vigilándolo desde que salió del complejo imperial de Matherion, y parecía estar siguiendo las órdenes al pie de la letra. Incluso lo desviamos un par de veces para evitar trampas. Luego, Klæl volvió a escaparse y salió en busca del Bhelliom. El hombre que creíamos que era Falquián se encontraba en un barco cruzando el mar de Arjun con su escudero Khalad. Klæl le echó una sola mirada y supo de inmediato que el hombre que parecía ser tu esposo no era Anakha. Ésa es la noticia que acaba de traernos Cызada.

Ella le dedicó una sonrisa casi beatífica.

—Así que ahora Falquián anda por ahí fuera, en alguna parte..., con el Bhelliom en la mano y el asesinato en el corazón..., y vosotros no tenéis ni la más remota idea de dónde puede encontrarse, y con bastante probabilidad no sabéis siquiera qué aspecto tiene. Os halláis en un gran problema, Zalasta.

—Eres muy rápida, majestad. Piensas aún más rápido que mis colegas.

—Eso no es muy difícil. Estás rodeado de tarados. ¿Qué rasgo de mi genio admiras en particular?

Él le dedicó una suave sonrisa.

—Me caes muy bien, Ehlana. Tienes temple. Mis tarados varios no han captado aún plenamente las consecuencias del complot de tu esposo. Si por algún medio ha conseguido que alguien tenga el aspecto de él, sin duda es capaz de alterar también su propio semblante.

—Es algo que hace constantemente, Zalasta. Tuvo mucha experiencia con disfraces cuando estuvo en Rendor. Las cosas están desmoronándose encima, ¿verdad? Te sugeriría que comenzaras a huir de inmediato.

—Me marcharé dentro de poco, ya lo creo, y tú me acompañarás. Dile a tu camarera que comience los preparativos para el viaje.

—¿Qué estás diciendo? —Scarpa se puso trabajosamente de pie—. ¡Ella no puede salir de aquí! —chilló—. ¡Vamos a realizar aquí el intercambio!

—Imbécil —se burló Zalasta—. No habrás pensado realmente que te permitiría seguir con esto hasta el final, ¿verdad? Nunca tuve intención alguna de permitir que te acercaras a menos de una legua del Bhelliom.

Scarpa lo miraba, boquiabierto.

—Era un erróneo intento de salvarte la vida, idiota. El Bhelliom te habría destruido en el instante en que lo tocaras.

—No si tuviera los anillos. Ellos me habrían protegido. —Los ojos de Scarpa volvían a tener una expresión demente.

—Los anillos son un fraude —se burló Zalasta—. No tienen ni el más mínimo poder sobre el Bhelliom.

—¡Estás mintiendo!

—Quieres desesperadamente creer que estoy mintiendo, ¿no es cierto, Scarpa? Pensabas que lo único que tenías que hacer era obtener el control de la más poderosa fuerza del universo y ponerte un par de anillos. Ghwerig, el enano troll, hizo las sortijas según las instrucciones del Bhelliom. Estaban destinados a engañar a un troll y hacerle creer que tenía algún poder sobre la gema. Fue el Bhelliom quien indujo a Ghwerig a fabricar los anillos, y luego engañó a Aphrael para que los robara. La atención de todos estaba tan centrada en los anillos, que ni siquiera nos molestamos en intentar robar el Bhelliom de la corona real de Thalesia.

De pronto, Scarpa se burló de él.

—Acabas de pasarte de listo, viejo. Si el Bhelliom es tan mortal, ¿cómo es que el rey de Thalesia podía tocarlo y no morir?

—Porque el Bhelliom está vivo, mastuerzo. Tiene una consciencia. Mata sólo a aquellos a los que quiere matar..., y eso sin duda te incluiría a ti. Eres mi

hijo, e incluso yo tengo ganas de matarte la mayoría de las veces... Tenías alguna idea demente a medio formar de que podías limitarte a coger al Bhelliom y comenzar a darle órdenes, ¿no es cierto?

Scarpa se sonrojó con aire de culpabilidad.

—¿No puedes meter en tu cabeza enferma que sólo un dios... o Anakha... puede coger el Bhelliom sin peligro y empezar a darle órdenes? Yo me di cuenta de eso hace más de un siglo. ¿Por qué crees que hice una alianza con Azash... o con Cyrگون? ¿Es que pensabas que tenía añoranzas religiosas? —Sonrió con crueldad—. ¿De verdad creías que el Bhelliom iba a convertirte en un adversario digno de mí, Scarpa? Ibas a ponerte los anillos, coger al Bhelliom y ordenarle que me matara, ¿no? Casi me gustaría que la situación fuera diferente. Me habría encantado verte la expresión mientras el Bhelliom te convertía lentamente en piedra. —Zalasta se irguió—. Basta ya —dijo. Se encaminó hacia la puerta—. Entrad aquí —ladró—. Todos.

Los hombres que entraron estaban atemorizados y vacilantes al pasar cautelosamente por la puerta. Krager parecía aterrorizado hasta el punto de estar sobrio, y Elron casi reptaba. El tercer hombre era un estiriano de aspecto fibroso con larga barba, enmarañadas cejas, y ojos hundidos y ardientes.

—Muy bien, caballeros —declaró Zalasta—, este nuevo acontecimiento requiere un cambio de planes. Mi hijo y yo hemos hablado del asunto, y resulta evidente que ha decidido que quiere seguir viviendo porque está de acuerdo en acatar mis órdenes. Voy a poner a la reina y su camarera a buen recaudo. Natayos ya no es segura. Falquián podría estar literalmente en cualquier parte. Por lo que yo sé, ya se encuentra aquí. Quiero que vosotros tres os quedéis con Scarpa. Continúad enviándole esas cartas de instrucciones al impostor de Falquián. No dejéis que nuestros enemigos se enteren de que estamos al tanto de su truco. Dadme un par de días y luego enviad instrucciones a Panem-Dea. Decidles que preparen habitaciones adecuadas para dos damas muy importantes. Luego aguardad otros dos días y enviad hacia allí un carruaje cerrado. La seguridad es un concepto ajeno a esos cretinos de Panem-Dea, así que se correrá la voz de ese mensaje por todo el sur de Arjuna casi antes de que el mensajero llegue allí. Cyzada, quiero que mantengas una estrecha vigilancia sobre mi demente hijo. Si no sigue mis órdenes al pie de la letra, quiero que invoques a uno de los servidores de Azash del mundo inferior para que lo mate. Haz las cosas con creatividad, viejo amigo. Escoge al más cruel y monstruoso demonio que puedas hallar. Si Scarpa vuelve a desobedecerme, quiero que tarde mucho,

mucho tiempo en morir, y quiero poder oírlo chillar a lo largo de todo el camino desde aquí hasta Matherion.

Los ojos muertos de Cызada se encendieron con una repentina expectación cruel. Le dedicó una espantosa sonrisa al ahora totalmente cuerdo Scarpa.

—Me encargaré de ello, Zalasta —prometió con voz hueca—. Conozco al que será perfecto para esto.

Scarpa se encogió, aterrorizado.

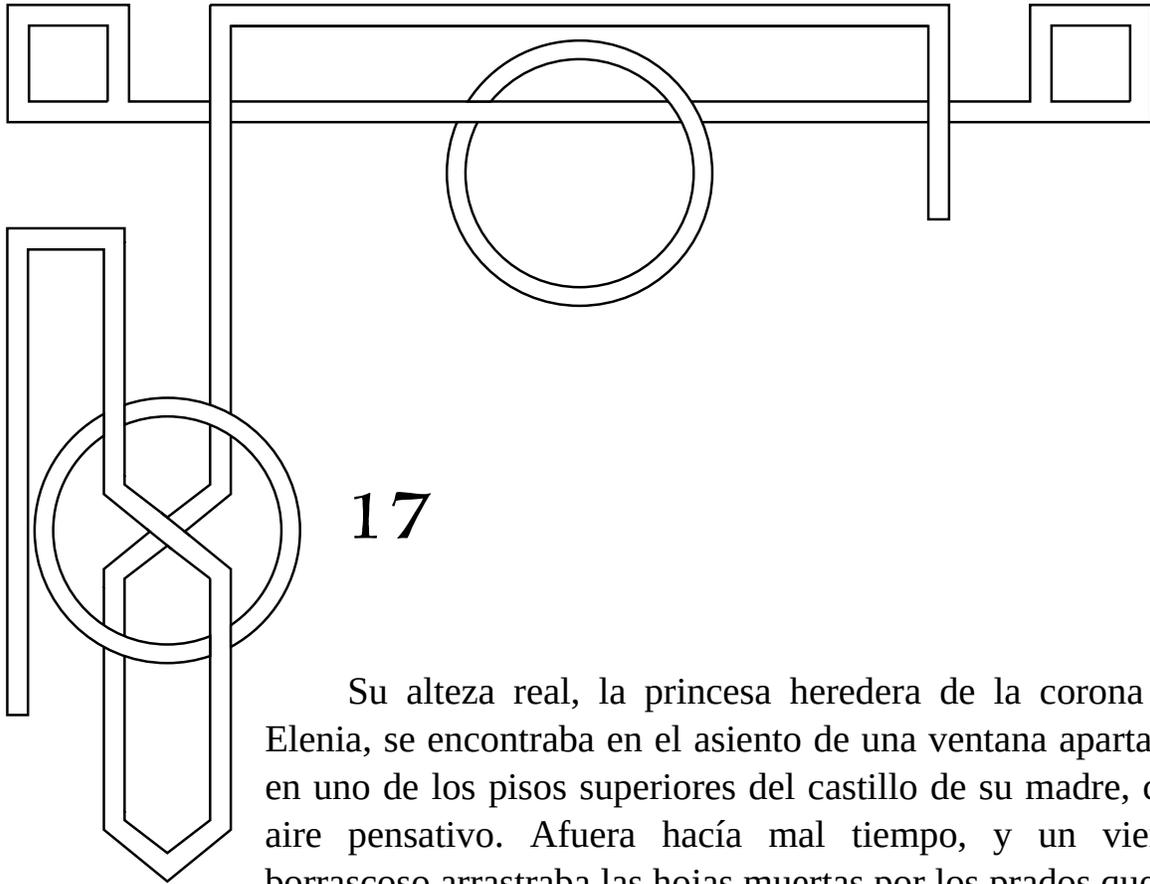
—¿Adónde vas a llevar a las prisioneras, mi señor Zalasta? —inquirió Elron con voz temblorosa—. ¿Dónde podrás estar a salvo del vengativo monstruo al que llaman Anakha?

—No te hace falta saberlo, Elron —replicó Zalasta—. Los pandiones tienen reputación de ser severos cuando interrogan a los prisioneros. No podrás contarles lo que no sepas..., ni siquiera cuando comiencen a torturarte.

—¿Torturarme? —Los ojos de Elron se abrieron de par en par y la voz le salió en un vagido aterrorizado.

—Éste es el mundo real, Elron, no un romántico ensueño. El posar y las actuaciones se han acabado ya, pero estoy seguro de que quedarán impresionados por lo heroicamente que soportarás las agonías que sin duda te infligirán cuando te atrapen.

Elron cayó hacia atrás, casi desmayado.



17

Su alteza real, la princesa heredera de la corona de Elenia, se encontraba en el asiento de una ventana apartada, en uno de los pisos superiores del castillo de su madre, con aire pensativo. Afuera hacía mal tiempo, y un viento borrascoso arrastraba las hojas muertas por los prados que se veían más abajo, como si fueran furtivos ratones. Danae acariciaba con gesto ausente a su ronroneante gata, mientras consideraba opciones, alternativas y posibilidades.

Mirtai, ceñuda, implacable, ataviada con un lustroso peto de acero atan y cuero negro, se encontraba de pie a varias varas de distancia, corredor abajo, con expresión de hosca obediencia y una mano sobre el puño de su espada.

—Todavía estás enfadada conmigo, ¿verdad? —le preguntó Danae a la gigante dorada que ni siquiera se molestó en volverse.

—No tengo derecho de aprobar ni desaprobar lo que decida mi dueña. — Mirtai estaba mostrándose muy testaruda.

—Oh, basta ya. Ven aquí.

Mirtai marchó corredor arriba hasta donde estaba sentada su caprichosa y diminuta dueña.

—¿Sí?

—Voy a intentarlo otra vez. Por favor, esta vez, escúchame.

—Como ordene tu majestad.

—Estás poniéndote muy pesada, ¿sabes? Sabes que te queremos, Mirtai.

—¿Está hablando tu majestad con el plural mayestático?

—Estás comenzando a conseguir que me enfade. Tengo un nombre, y tú sabes cuál es. Te queremos, y nos habrías partido el corazón si hubieras decidido suicidarte. Te hablé de la forma que lo hice para conseguir que recobraras la sensatez, tonta.

—Sé por qué lo hiciste, Danae, pero ¿tenías que humillarme delante de los demás?

—Te pido disculpas.

—No puedes hacerlo. Eres una reina, y las reinas no pueden pedir disculpas.

—Puedo si quiero hacerlo. —Danae hizo una pausa—. Así que ya está —agregó.

Mirtai se echó a reír, y de pronto abrazó a la niña.

—Nunca vas a aprender a ser una reina, Danae.

—Oh, no lo sé. Ser una reina significa que consigues lo que quieres. Eso lo hago constantemente. No necesito ni una corona ni un ejército para algo tan sencillo.

—Eres una niña muy malcriada, majestad.

—Lo sé, y me encanta cada minuto de ello.

Entonces la princesa oyó un débil murmullo lejano, murmullo que Mirtai no podía siquiera percibir, por supuesto.

—¿Por qué no vas a buscar a Melidere? —le sugirió. Suspiró y puso los ojos en blanco—. Estoy segura de que de todas formas está intentando dar conmigo. Probablemente es la hora de otra de esas lecciones para chicas.

—Ella está dándote instrucción en los modales de la corte y las cortesías tradicionales, Danae —la regañó Mirtai—. Si vas a ser una reina, necesitarás saber esas cosas.

—Yo creo que son tonterías. Ve delante, Mirtai. Te seguiré dentro de un minuto.

La gigantesca atana se alejó, corredor abajo, y la princesa Danae habló en voz muy baja.

—¿Qué sucede, Setras? —le preguntó a su primo.

—Tú ya conoces las cortesías, Aphrael —dijo su primo de cabellos rizados, que apareció de pronto junto a ella—. ¿Por qué estás tomando lecciones?

—Le da a Melidere algo en lo que ocupar su mente y evita que haga travesuras. He dedicado una gran cantidad de tiempo y esfuerzo para unirlos a

ella y Stragen. No quiero que ella lo estropee si se aburre y comienza a buscar otras distracciones.

—Eso es muy importante para ti, ¿verdad? —Setras parecía un poco desconcertado—. ¿Por qué tendrían que interesarte en lo más mínimo las cosas que hacen para perpetuarse a sí mismos?

—Lo más probable es que no lo entendieras, Setras. Eres demasiado joven.

—Tengo la misma edad que tú.

—Sí, pero tú no le pones atención ninguna a lo que hacen tus adoradores cuando están juntos a solas.

—Sé qué están haciendo. Es ridículo.

—A ellos parece gustarles.

—Las flores son más dignas a ese respecto —replicó él, sorbiendo por la nariz.

—¿Era de eso de lo que querías hablarme?

—Ah, casi lo olvido. Tengo un mensaje para ti. Hay un caballero alcione..., uno de los que me sirven a mí. Creo que le conoces. Es un cara de luna llamado Tynian.

—Sí.

—Él regresó a Chyrellos a buscar ayuda, y parece que por inadvertencia escogió a todos los pandiones que tenían los conocimientos suficientes como para hacerte llegar un mensaje, y los trajo a todos a esta parte del mundo, así que no había nadie con los caballeros de la iglesia que pudiera contarte lo sucedido en Zemoch.

—Sí, lo primero ya lo sé. Anakha va a hablar con Tynian al respecto. ¿Qué sucedió en Zemoch?

—Los caballeros de la iglesia tuvieron un encuentro con Klæl. Un tercio de ellos resultaron muertos.

Aphrael profirió una abrasadora retahíla de imprecaciones estirianas.

—¡Aphrael! —exclamó Setras con voz ahogada—. ¡No deberías hablar de esa forma!

—¡Oh, vete a freír espárragos, Setras! ¿Por qué no me dijiste eso en cuanto llegaste aquí?

—Sentía curiosidad por lo otro —confesó él—. No es como si hubieran resultado todos muertos, Aphrael. Todavía quedan muchísimos. Dentro de nada habrá tantos como antes. Son ferozmente prolíficos.

—¡Yo los quiero a todos, mentecato! No quiero perder ni a uno solo de ellos.

—Eres codiciosa. Ése es uno de tus defectos, prima. No puedes conservarlos a todos, y lo sabes.

—No apuestes nada por eso, Setras. No estoy haciendo más que empezar. —Lanzó las manos al aire—. ¡Esto es imposible! Ni siquiera comprendes el mensaje que estás intentando transmitirme. ¿Dónde se encuentran ahora los caballeros de la iglesia?

—Están atravesando las estepas de Astel central para invadir Cynesga. Es probable que vuelvan a encontrarse con Klæl cuando lleguen allí. Espero que no resulten todos muertos.

—¿Quién está al mando?

—Uno de los servidores de Romalic..., un anciano llamado Abriel... Estaba al mando cuando salieron de Chyrellos, pero lo mataron en Zemoch, así que ahora da las órdenes uno de los sumos sacerdotes de la iglesia del dios elenio..., un thalesiano llamado Bergsten.

—Tendría que haberlo adivinado —dijo ella—. Primero tengo que hacerme cargo de algunas cosas. Luego iré a buscar a Bergsten y obtendré un relato real de lo sucedido.

—Yo solamente estaba intentando ayudar. —Setras parecía un poco herido.

—Lo has hecho bien, primo. —Aphrael lo perdonó—. No es culpa tuya el que no te hayas mantenido al día de cómo marchan las cosas por aquí.

—Tengo cuestiones muy importantes en la cabeza, Aphrael —replicó él con tono defensivo—. Ven a mi estudio un día de estos —agregó, animado—. El otro día hice una puesta de sol que probablemente sea una de las mejores obras que he logrado. Es tan adorable que he decidido quedármela.

—¡Setras! ¡No puedes detener el sol de esa manera!

—Allí no vive nadie, Aphrael. No se darán cuenta.

—¡Oh, no! —Ella ocultó el rostro entre las manos.

—Estás decepcionada de mí, ¿no es cierto? —El labio inferior le tembló levemente y sus enormes ojos luminosos se llenaron de repentinas lágrimas—. Y yo que intento con tanto ahínco conseguir que tú y los otros estéis orgullosos de mí...

—No, Setras —le dijo ella—. Te sigo queriendo.

La expresión del rostro de él se animó.

—Entonces, todo está bien, ¿verdad?

—Eres un encanto, Setras. —Ella le dio un beso—. Ahora márchate. Tengo que hablar con estos otros.

—Pero vendrás a ver mi puesta de sol, ¿no?

—Por supuesto, primo. Ahora, márchate. —Ella cogió a su dormida gata y sopló dentro de las peludas orejas del animalito—. Despierta, *Mmrr* —le dijo.

Los ojos amarillos se abrieron.

—Vete al lugar en que anidamos —le dijo la pequeña princesa, hablando en idioma gatuno—. Tengo que hacer algo. —Dejó a *Mmrr* en el suelo, y la gata arqueó la espalda, encorvó la cola en forma de sinuoso signo de interrogación, y bostezó. Luego se alejó con silenciosos pasos, corredor abajo.

Danae miró a un lado y otro, sondeando con ojos y mente para asegurarse de que estaba sola. Había varones humanos dando vueltas por el castillo, y la aparición de una diosa desnuda siempre los excitaba. Resultaba halagador, por supuesto, pero también era algo que confundía a un ser que carecía por completo de impulsos reproductivos. Por mucho que lo intentaba, Aphrael nunca había conseguido entender cómo podía ser tan indiscriminado el impulso de apareamiento de los varones humanos.

La diosa-niña reasumió por un instante su verdadera apariencia, y luego se dividió convirtiéndose en ambas niñas.

—Estás haciéndote mayor, Danae —observó Flauta.

—¿Se me nota? ¿Ya?

—Es perceptible. Aunque aún te queda bastante antes de alcanzar la madurez total. ¿Estás segura de que quieres llegar hasta el fin con esto?

—Podría ayudarnos a entenderlos un poco mejor. No creo que Setras sepa siquiera que hacen falta un varón y una mujer para hacer... bueno, ya sabes. —Danae se sonrojó.

—Setras no es demasiado inteligente. ¿Puedo tomar prestada a Mirtai? —inquirió Flauta.

—¿Para qué?

—En realidad, tú no la necesitas aquí, y después de lo ocurrido en Dirgis, me gustaría tener a alguien de confianza para que hiciera guardia junto a Sephrenia.

—Buena idea. Vayamos a hablar con Sarabian y los demás. Ellos podrán enviarles mensajes a las personas con las que no tenemos ningún contacto.

Flauta asintió con la cabeza.

—¡Sería tanto más conveniente si fueran todos nuestros!

Danae se echó a reír.

—Creo que Setras tenía razón. Somos codiciosas, ¿no?

—Los queremos a todos, Danae. Yo no veo ninguna razón por la que ellos

no puedan querernos a nosotras.

Las dos niñas echaron a andar corredor abajo, cogidas de la mano.

—Danae —dijo Flauta—, ¿crees que Mirtai le tiene miedo a las alturas?

—Se parece mucho al dibujo que hizo Talen, ¿verdad? —le murmuró Tynian a Ulath.

—Mucho —asintió Ulath—. Ese muchacho tiene un talento tremendo.

—Sí. Y además dibuja bien.

Ulath profirió una breve carcajada. Luego miró con atención a los hombres apiñados en torno a Parok y se llevó a Tynian un poco más lejos de ellos.

—Parok está dando las órdenes —le susurró—, pero el arjuni del jubón extravagante habla en nombre del rey Rakya.

—Sarabian va a molestarse mucho con el rey de Arjun.

Ulath asintió con la cabeza.

—No me sorprendería mucho ver a un rey nuevo en el trono dentro de no mucho.

—¿Qué fue lo que dijo exactamente Parok respecto a Natayos? No puedes haberlo interpretado mal, ¿verdad?

—No hay ni la más mínima posibilidad. Justo antes de comenzar la discusión con el duque Milanis, Parok dijo que Scarpa quería sacar su ejército de Natayos antes de darle a Falquián la última nota. Yo estuve a punto de dar vítores cuando declaró que iban a ordenar a Falquián que acudiera a Natayos para realizar el intercambio.

»Pero tenemos que andarnos con cuidado. Podrían tener a Ehlana en algún otro lugar. Cabe la posibilidad de que no la lleven a Natayos hasta el último momento.

Ulath se encogió de hombros.

—Eso lo sabremos con seguridad cuando Xanetia llegue allí.

La puerta de la sala cubierta de libros se abrió, y un sirviente de librea entró apresuradamente.

—Ha llegado un importante mensaje de Natayos, barón —le dijo a Parok—. El mensajero ha cabalgado hasta casi matar al caballo.

—Los caballos son baratos. Haz pasar al hombre.

—Sería fácil sentir aversión por ese tipo —murmuró Tynian.

—Yo ya la siento —replicó Ulath. Levantó la mirada con aire especulativo

—. Somos algo así como invisibles, ¿verdad? —preguntó.

—Eso es lo que dice Ghnomb.

—¿Puedes imaginarte la expresión de la cara de Parok si de pronto un cuchillo invisible lo abriera en canal?

—Lentamente —agregó Tynian—. Muy, muy lentamente.

El mensajero de Natayos era un dacita mal vestido, y se tambaleaba a causa del agotamiento cuando entró en la sala.

—Barón —jadeó—. Gracias a Dios que te encuentro.

—¡Habla, hombre!

—¿Puedo beber un poco de agua?

—Primero habla. Luego podrás beber lo que quieras.

—Mi señor Scarpa me ha ordenado que te diga que el hombre al que has estado vigilando no es Falquián.

—Veo que por fin Scarpa se ha vuelto loco del todo.

—No, barón. Zalasta lo ha confirmado. Alguien a quien llaman Klæl fue a echarle una mirada al hombre al que le habéis estado dando las notas. Parecían creer que tú sabes quién es ese tal Klæl. En cualquier caso, ha enviado mensaje de que el hombre de la nariz rota tiene el aspecto de Falquián, pero en realidad no es él. Ese Klæl debe tener alguna forma de saberlo sobre seguro.

Parok comenzó a proferir sulfuradas imprecaciones.

—Eso acaba con el plan —gruñó Tynian—. Le haré saber esto a Aphrael. Será mejor que pongamos a salvo a Berit y Khalad.

—¿Ha matado Scarpa a la esposa de Falquián? —le preguntó el barón Parok al mensajero.

—No, mi señor barón. Iba a hacerlo, pero Zalasta se lo impidió. Se me ha ordenado decirte que no hagas nada que le revele al impostor que estamos al tanto del engaño. Zalasta necesita un poco de tiempo para llevar a las prisioneras a un lugar seguro. Quiere que tú continúes como si nada hubiese pasado. Cuando haya quitado de en medio a esas dos mujeres, te enviará mensaje para decirte que puedes matar al hombre que se hace pasar por Falquián.

—¿Es Zalasta quien ostenta el mando absoluto, entonces?

—Sí, barón Parok. Mi señor Scarpa está un poco... eh... demente supongo que podríamos decir.

—También podríamos decir que está loco. Es algo más fiel a la realidad. —Parok comenzó a pasearse de un lado a otro—. Me pregunto cuánto hará falta para que Zalasta pierda los estribos —murmuró—. Probablemente sea mejor de

esta manera. Zalasta es un estiriano, pero al menos tiene la cabeza bien. Regresa y dile que he recibido su mensaje, y que no haré nada que ponga en peligro sus planes. Hazle saber que no siento ningún aprecio real por Scarpa, y que le seré leal por completo a él.

—Así lo haré, mi señor barón.

El duque Milanis cruzó la habitación y cerró la ventana.

—En el nombre de Dios, ¿qué es ese olor? —exclamó.

Tynian giró la cabeza y vio al enorme troll de pie justo detrás de ellos.

—Bhlok w —le dijo—, no es bueno entrar en los cubiles de los hombres-cosas de esta manera.

—Me ha enviado Khwaj, Tin-in —le explicó Bhlok w—. Khwaj se cansa de esperar. Quiere quemar a los malvados por siempre.

Entonces, el medio-momento en penumbra que ocupaban se llenó repentinamente de humo, y con la enorme presencia del dios del fuego.

—Vuestra caza dura demasiado tiempo, Ulath-de-Thalesia. ¿Has encontrado ya a alguno de los malvados? Si es así, señálame cuál es. Lo haré quemar por siempre.

Tynian y Ulath intercambiaron una mirada. Luego Tynian le dedicó a su amigo una sonrisa lobuna.

—Venga —dijo.

—¿Por qué no lo hacemos? —asintió Ulath. Miró al relumbrante dios del fuego—. Nuestra caza ha sido próspera, Khwaj —declaró—. Hemos encontrado a uno de los que le robó la compañera a Anakha. Ahora puedes hacerlo quemar por siempre. —Hizo una pausa—. Pero hay otros a los que también tenemos que cazar —agregó—. No queremos espantarlos porque después serían más difíciles de encontrar. ¿Puede Ghnomb poner al que hemos encontrado en el No-Tiempo? Allí podrás quemarlo por siempre. Cuando arda en el No-Tiempo, los demás de su manada no olerán el humo ni oirán cómo grita de dolor, así que no huirán.

—Tu pensamiento es bueno, Ulath-de-Thalesia —asintió Khwaj—. Hablaré con Ghnomb de eso. Lo haré de manera que el que queme siempre queme en el tiempo que no se mueve. ¿A cuál de estos debo quemar?

—A ése —replicó Ulath, señalando al barón Parok.

El duque Milanis regresaba en ese momento de la ventana, y se detuvo de pronto, convirtiéndose en una estatua en medio de un paso.

El barón Parok continuó su inquieto paseo.

—Vamos a tener que comenzar a tomar precauciones extra —dijo, sin darse

aún cuenta de que los hombres que lo rodeaban no se movían. Entonces se volvió y estuvo a punto de chocar con el exhausto mensajero de Natayos—. ¡Quítate de mi camino, idiota! —le espetó.

El hombre no se movió.

—Te dije que le llevaras mi mensaje a Zalasta —se enfureció—. ¿Por qué sigues aquí? —Abofeteó al mensajero y gritó de dolor al golpear su mano algo más duro que la piedra. Se volvió a mirar a los demás con ojos enloquecidos—. ¿Qué os pasa a todos? —exigió saber con voz chillona.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Khwaj con voz espantosa.

Parok miró boquiabierto al gigantesco dios-troll, profirió un alarido y corrió hacia la puerta.

—No comprende que ahora está en el No-Tiempo —replicó Ulath en lengua troll.

—Tiene que saber por qué se lo castiga —decidió Khwaj—. ¿Lo entenderá si le hablas en los sonidos de pájaros de los hombres-cosas?

—Yo haré que lo entienda —le prometió Ulath.

—Es bueno que lo hagas. Háblale.

Parok estaba aporreando sin resultados la inamovible puerta.

—Eso no te servirá para nada, viejo amigo —le advirtió educadamente Ulath al aterrizado dacita—. Las cosas han tomado un giro definitivamente malo para ti, barón. El tipo grande al que le sale humo de las orejas es el dios-troll Khwaj. Desaprueba que hayáis secuestrado a la reina Ehlana.

—¿Quién eres tú? —preguntó Parok, casi gritando—. ¿Qué está sucediendo aquí?

—Has sido traído al palacio del castigo, barón —le informó Tynian—. Como acaba de explicarte mi amigo, Khwaj está bastante molesto contigo. Los trolls son una gente muy moralista. Las cosas que nosotros hemos llegado a tomarnos como algo bastante más corriente..., los secuestros, el envenenamiento, el retener a la gente para pedir un rescate..., a ellos los molesta muchísimo. Pero existe una pequeña ventaja. Vas a vivir eternamente, barón Parok. No morirás nunca jamás.

—¿De qué estás hablando?

—Ya lo verás.

—¿Lo entiende ahora? —exigió saber Khwaj, impaciente.

—Nuestro pensamiento es que sí —replicó Ulath en lengua troll.

—Bien. —Khwaj avanzó de manera implacable hacia el reptante dacita, con

una gigantesca garra extendida. Luego dio una palmada sobre la cabeza del dacita—. ¡Quema! —gruñó.

El barón Parok profirió un alarido.

Luego su rostro pareció partirse, y el incandescente fuego salió a través de su piel. Su jubón humeó durante un momento y luego desapareció en cenizas.

Él profirió otro alarido.

Su silueta continuaba siendo la de un hombre, pero era un hombre dibujado en llamas. El barón se quemaba, sin consumirse, y danzaba y aullaba de agonía.

Khwaj golpeó la inamovible puerta con su gigantesca garra, y la puerta salió disparada hacia fuera en ardientes trozos.

—¡Vamos, vete! —rugió—. ¡Corre! ¡Corre por la eternidad y quema siempre!

El llameante dacita huyó, gritando.

La ciudad de Arjun permanecía congelada en el instante eterno del perpetuo ahora. Los ciudadanos, al igual que estatuas, se erguían congelados, inconscientes del ardiente fantasma que atravesaba corriendo sus silenciosas calles. No oían sus agónicos alaridos. No lo vieron huir hacia las orillas del lago.

El barón Parok, completamente en llamas, corría dejando una estela de grasiento humo. Llegó a los muelles y corrió por un largo embarcadero que se adentraba en las oscuras aguas del mar de Arjun. No se detuvo al llegar al final, sino que se arrojó, anhelante, hacia las aguas que lo apagarían. Pero, al igual que el momento mismo, la superficie del lago era inflexible y tan dura como el diamante. El espectro de llamas aulló de frustración, arrodillándose sobre la lustrosa superficie y aporreándola, implorando que lo dejaran entrar en las aguas, rogando que lo ahogasen en la bendita frescura que estaba apenas fuera de su alcance. Entonces Parok se puso en pie de un salto, impulsado por una terrible orden del dios-troll. Aún gritando de agonía e insoportable soledad, la silueta humana de eternas llamas echó a correr por la superficie de oscuro cristal, alejándose incandescente hasta no ser más que una única chispa lejana en el lago oscurecido por la noche. Y su extraviado alarido de dolor e interminable soledad llegó resonando hasta la orilla indiferente.

—Ojalá Falquián encuentre la forma de regresar —murmuró Talen mientras él y Stragen ascendían una vez más por la desvencijada escalera del desván—. Tenemos alguna información bastante importante, y no hay forma de poder

pasársela a los demás.

—Sobre eso no podemos hacer nada de momento —replicó Stragen—. Veamos cómo reacciona Valash ante esa historia que has tramado. Mantenla dentro de los límites de la vaguedad hasta que veamos hacia dónde salta.

—¿Y luego me enseñarás cómo robar una bolsa? —inquirió Talen con un entusiasmo excesivamente fingido.

—De acuerdo —suspiró Stragen—. Te presento mis disculpas. Admito que sabes qué estás haciendo.

—¡Oh, gracias, Vymer! —dijo Talen con tono efusivo—. ¡Gracias, gracias!

—Has estado pasando demasiado tiempo con la princesa Danae —masculló Stragen con acritud—. Te aseguro que espero que se case contigo de verdad. Te lo mereces.

—Muérdete la lengua, Stragen. Todavía puedo correr más rápido que ella.

—El correr no siempre sirve, Reldin. También yo pensaba que podía correr, pero Melidere me cortó las piernas con una sola palabra.

—¿Ah, sí? ¿Y qué palabra fue?

—Beneficios, joven amigo mío. Blandió ilimitadas cantidades de oro delante de mis narices.

—Te has vendido, Stragen —lo acusó Talen—. Has traicionado a todos los solteros del mundo por dinero.

—¿No lo habrías hecho tú? Aquí no estamos hablando de cuatro cuartos.

—Es una cuestión de principios —replicó Talen con tono altivo—. Yo no me vendería por dinero.

—No creo que sea dinero lo que vaya a ofrecerte Danae, inocente joven amigo mío. Si comienzas a correr ahora mismo, puede que consigas escapar, pero lo dudo un poco. Conocí a tu padre, y en tu familia hay una cierta debilidad. Danae va a cazarte, Talen. No tienes escapatoria.

—¿Podríamos hablar de otra cosa? Creo que es un tema bastante inquietante.

Stragen rió y en ese momento traspusieron la remendada puerta que se hallaba en lo alto de la escalera.

Valash se encontraba sentado a la débil luz de una sola vela, y escuchaba con cara dolorida mientras Ogerajin barboteaba y babeaba una larga serie de frases inconexas.

—No parece estar mejorando —observó Stragen en voz baja cuando él y Talen se reunieron con los dos hombres de la mesa.

—Es que no se pondrá mejor, Vymer —suspiró Valash—. Ya he visto antes

cómo esta enfermedad en particular sigue su curso. No os acerquéis a él. En esta etapa es virulentamente contagioso.

—Te aseguro que no me gustaría pillar lo que tiene —declaró Talen con un estremecimiento.

—¿Tenéis algo para mí? —preguntó Valash.

—No voy a jurártelo, maese Valash —replicó Talen, cauteloso—. Los tipos a los que se lo oí no eran nada de fiar. Pero puede que te interese enviar la noticia a Panem-Dea. Les atañe de manera bastante directa, así que tal vez les interese tomar algunas precauciones de más.

—Continúa —le dijo Valash.

—Bueno, pues oí a un par de soldados arjunis que charlaban en una taberna del puerto..., soldados arjunis de verdad, quiero decir, no los que ha reclutado el señor Scarpa. Hablaban sobre unas órdenes que acaban de llegarles desde la capital de Arjuna. Por lo que pude sacar en claro, se les ha ordenado prepararse para una extensa campaña. Ellos piensan que van a montar un ataque contra el campamento que el señor Scarpa tiene en Panem-Dea.

—¡Imposible! —bufó Valash.

—Estaban diciendo que las órdenes provenían directamente del rey Rakya. El mensaje les había sido entregado a sus oficiales, por supuesto, por lo que es probable que lo falsearan, pero estaban del todo convencidos de que el ejército arjuni iba a atacar a las fuerzas de Scarpa. Yo sólo he pensado que deberías saberlo.

—Esos soldados estaban borrachos, Reldin. El rey Rakya es aliado nuestro.

—¿De veras? ¡Qué cosa tan sorprendente! En ese caso, debería hacérselo saber a sus tropas. Los dos a los que estuve escuchando babeaban por todo el botín que creen que van a llevarse de Panem-Dea.

—La reina acudirá a Panem-Dea —se puso a cantar de pronto Ogerajin, en una voz resollante con la música de una canción de cuna—, la reina acudirá a Panem-Dea. —Luego comenzó a cacarear con su risa aguda.

Una repentina desazón cruzó el rostro de Valash.

—Calmaos, maestro Ogerajin —dijo, mientras les echaba a Stragen y Talen una mirada de preocupación.

—La reina acudirá a Panem-Dea en un carruaje —canturreó Ogerajin con voz cascada.

—No le prestéis ninguna atención —dijo, con una premura algo excesiva—. No hace más que desvariar.

—Está realmente perdiendo facultades, ¿no? —observó Stragen.

—Seis caballos blancos y ruedas de plata... —continuaba cantando Ogerajin.

—¿Habéis oído alguna vez galimatías tal? —preguntó Valash con una débil risa.

—Nuestra presencia debe estar trastornándolo —dijo Stragen—. ¿Suele quedarse dormido al avanzar la noche?

—Por lo general, sí.

—Bien. A partir de ahora, Reldin y yo vendremos después de medianoche, cuando esté dormido.

—Te lo agradecería, Vymer. —Valash los miró, con expresión aún preocupada—. No siempre ha sido así, ¿sabéis? Es por la enfermedad que padece.

—Estoy seguro de ello. Es probable que ni siquiera se dé cuenta de lo que dice.

—Exacto, exacto. Ha perdido completamente el seso. ¿Por qué no os olvidáis los dos de su loca canción? —Valash cogió la bolsa de su cinturón y sacó de ella varias monedas—. Tomad. Volved aquí cuando se haya dormido.

Los dos ladrones hicieron una reverencia y se retiraron en silencio.

—Estaba nervioso, ¿eh? —comentó Talen mientras descendían las escaleras.

—Te has dado cuenta. Incluso se excedió y abrió la bolsa.

Llegaron al pie de la escalera.

—¿Hacia dónde? —inquirió Talen.

—De momento, hacia ninguna parte. Guárdate esto para ti, Talen.

—¿Guardarme qué?

Pero Stragen ya estaba hablando en sonoro estiriano, tejiendo con los dedos intrincados dibujos en el aire, ante sí.

Talen lo miró fijamente mientras Stragen abría las manos con las palmas hacia arriba y hacía un gesto como de impulso, al igual que un hombre que dejara en libertad a una paloma. Sus ojos adquirieron un aire distante y sus labios se movieron en silencio durante un rato.

Luego sonrió.

—La he sorprendido —dijo—. Vamos.

—¿Qué está sucediendo aquí? —exigió saber Talen.

Stragen se encogió de hombros.

—Le he hecho saber a Aphrael lo que acabamos de descubrir.

—¿Tú? ¿Dónde has aprendido magia estiriana?

—En realidad no es tan difícil, Talen —replicó Stragen con una sonrisa—. He visto a Falquián hacerla con bastante frecuencia, y después de todo yo hablo estiriano. Los gestos no estaban muy bien logrados, pero Aphrael me dio algunas instrucciones. Lo haré mejor la próxima vez.

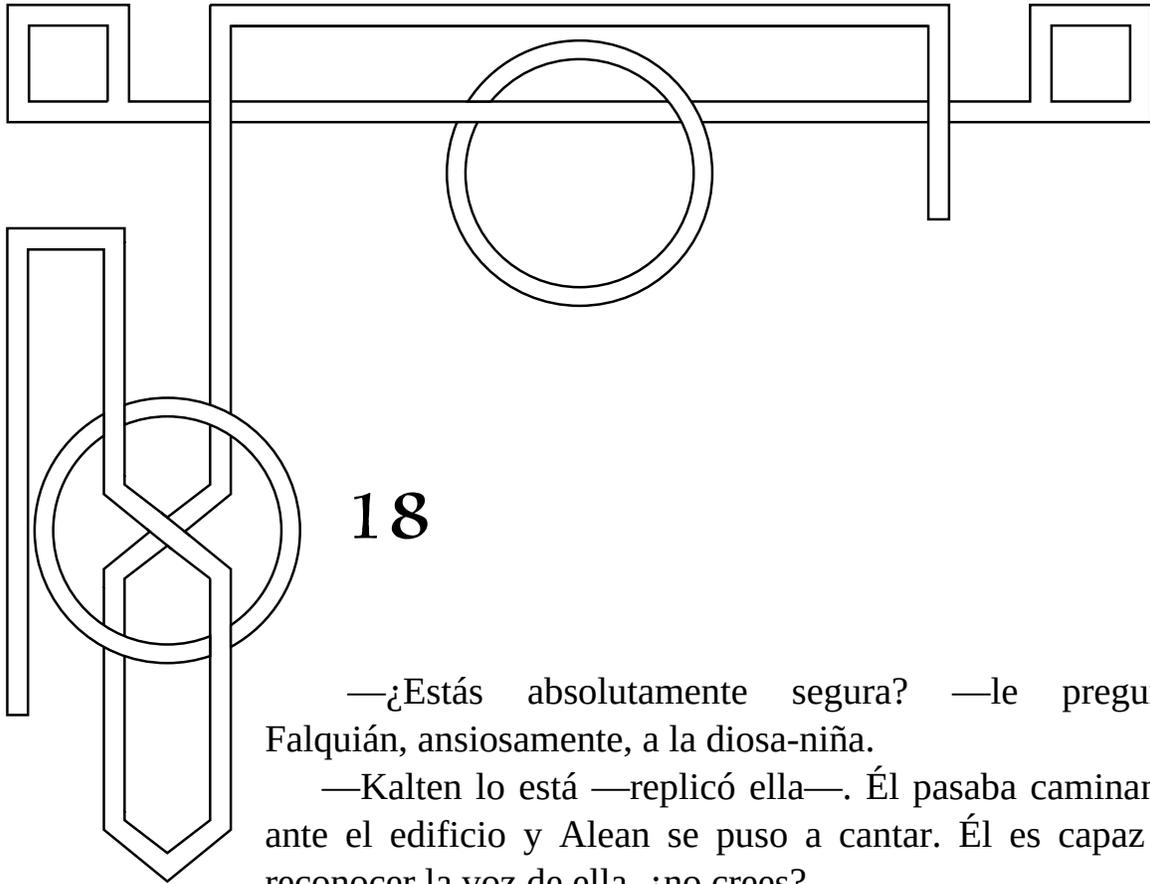
—¿Cómo sabías que iba a funcionar?

—No lo sabía. Pero pensé que ya era hora de que lo pusiera a prueba. Aphrael está muy satisfecha de mí.

—Supongo que sabrás que acabas de presentarte voluntario para servirla, ¿verdad? Eso sí que lo sé respecto a Aphrael. Ahora eres su esclavo, Stragen. Te tiene atrapado.

Stragen se encogió de hombros.

—Oh, bueno, supongo que podría ser peor. Aphrael es ella misma una ladrona, por lo que estoy seguro de que nos llevaremos bien. —Cuadró los hombros—. ¿Nos marchamos? —sugirió.



## 18

—¿Estás absolutamente segura? —le preguntó Falquián, ansiosamente, a la diosa-niña.

—Kalten lo está —replicó ella—. Él pasaba caminando ante el edificio y Alean se puso a cantar. Él es capaz de reconocer la voz de ella, ¿no crees?

Falquián asintió con la cabeza.

—Ella podría hacerlo levantar de la tumba con sólo cantarle. ¿Cuánto tardarías en llevarme hasta Natayos?

—Primero llevemos a los demás a Dirgis. Quiero informar a Xanetia y Sephrenia de lo que ha estado sucediendo.

—Eso ya lo sé. Necesito llegar a Natayos, Aphrael.

—En su momento, Falquián. No va a llevarnos tanto tiempo llegar a Dirgis, y ellas podrían tener algunas ideas útiles.

—Aphrael... —comenzó él una protesta.

—Lo haremos a mi manera, Falquián —declaró ella con firmeza—. No nos llevará tanto tiempo, y puede que te dé el tiempo suficiente como para dominar tu temperamento. Los demás están esperando en la sala del mapa. Vayamos a buscarlos y llevémoslos a Dirgis.

Se produjo una breve discusión antes de la salida.

—No tengo necesidad ninguna de un caballo —insistió Betuana, al tiempo que se ataba la cinta de una de sus botas de media caña. Aphrael suspiró.

—Por favor, hazlo a mi manera, Betuana —le pidió.

—Yo puedo correr más aprisa que un caballo. ¿Por qué iba a cargar con uno?

—Porque tú sabes la distancia que hay desde aquí a Dirgis, y el caballo no. Para mí es más fácil hacerlo de esa forma. Por favor Betuana, hazlo sólo por mí.  
—La niña-diosa le dirigió una mirada suplicante a la acorazada reina de Atan.

Betuana se echó a reír y cedió.

Y así salieron al nevado patio, montaron y continuaron hacia las calles de Sarna. El cielo estaba cargado de nubes que oscurecían las montañas circundantes y escupían nieve. Abandonaron la ciudad por la puerta este, y subieron trabajosamente por la empinada ladera hasta lo alto de la garganta. Falquián, Itagne y Vanion cabalgaban en vanguardia, abriendo sendas para la reina de Atan, que montaba envuelta en su pesada capa y con la diosa-niña acurrucada en los brazos. Existía una extraña dicotomía en la personalidad de la pequeña divinidad, que preocupaba a Falquián. Sabía que era inteligente más allá de su capacidad para comprenderlo, pero en muchos aspectos continuaba siendo una niña. Luego recordó la desnuda realidad de la verdadera diosa, y se desvaneció toda esperanza de llegar a entenderla alguna vez.

—¿No podemos ir más aprisa? —exigió Vanion.

El amigo de Falquián había estado en una agonía de impaciencia desde que se enteró del ataque sufrido por Sephrenia, y Falquián había llegado a temer por momentos que tendría que retenerlo por la fuerza.

—Rápido o despacio carece de importancia, Vanion —le dijo él—. Podríamos correr o arrastrarnos, y continuaríamos llegando allí en más o menos el mismo tiempo.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo?

—Te insensibilizas pasado un tiempo —replicó él, riendo con una mueca torcida.

Fue aproximadamente una hora más tarde que coronaron aquella larga colina y se encontraron mirando a la ciudad de Dirgis que se hallaba en lo bajo..., donde el sol brillaba alegremente.

—¡Eso es increíble! —exclamó Itagne. Luego se volvió a mirar hacia el sendero por el que acababan de llegar, y sus ojos se abrieron desmesuradamente.

—Te pedí que no hicieras eso, Itagne —le recordó Aphrael.

—Allí todavía está nevando —dijo, con voz estrangulada—, pero... —Volvió a mirar los campos de nieve bañados por el sol que tenía justo delante.

—¿Por qué la gente siempre quiere detenerse justo ahí? —inquirió la niña

con tono irritado—. Continúa adelante, Itagne. Cuando hayas traspuesto la línea divisoria entre ambos lugares, ya no te molestará.

Itagne miró al frente con resolución y cabalgó hacia el brillante sol.

—¿Tú has entendido eso, Falquián? —preguntó con voz tensa.

—Más o menos. ¿De verdad que quieres saber qué te sucede cuando atraviesas los lugares en los que treinta leguas han sido sencillamente borradas del mapa?

Itagne se estremeció.

Sin más demoras, bajaron por la colina y entraron en la ciudad.

—¿Cuánto falta? —exigió saber Vanion.

—Sólo un poco —replicó Falquián—. La ciudad no es demasiado grande.

Avanzaron por las estrechas calles en las que la nieve estaba apilada contra los lados de los edificios. Llegaron a la posada, entraron en el patio trasero y desmontaron.

—Todo está arreglado ya, Betuana —le estaba asegurando Aphrael a la reina de Atan—. Lo mantengo en un profundo sueño para que todo tenga posibilidad de volver a rehacerse y unirse.

—¿Quién está cuidando de él? Tal vez yo debería ir.

—No, Betuana —dijo Aphrael con firmeza—. No tengo permiso para llevarte allí..., todavía no.

—Pero él está solo.

—Por supuesto que no se encuentra solo. Yo estoy junto a él, allí mismo.

—Pero... —Betuana miró fijamente a la niña.

—Intenta no pensar en ello. —La diosa-niña frunció los labios—. Engessaatan es un hombre engañoso, ¿sabes?... tal vez a causa de ser tan callado. No me di cuenta de lo notable que es en realidad hasta que entré en su mente.

—Yo siempre lo he sabido —afirmó Betuana—. ¿Durante cuánto tiempo será necesario mantenerlo alejado de mí..., de nosotros?

Aphrael dejó pasar el desliz verbal de la reina sin hacer comentarios.

—Algunas semanas. Quiero estar segura de que todo ha curado. Entremos antes de que a Vanion le dé una apoplejía.

Falquián los condujo al interior de la posada, donde el posadero parecía tan absorto en limpiar una mesa que no prestaba atención a nada más. Subieron la escalera, y Falquián se sobresaltó al ver a Mirtai de guardia ante la puerta de Sephrenia.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —le preguntó—. Creía que te habías

quedado en Matherion.

—Me han prestado —replicó ella—, como a una capa vieja.

—Tú sabes que eso no es cierto, Mirtai —le reprochó Aphrael—. Danae se encuentra perfectamente a salvo donde está, y yo necesitaba a alguien con quien pudiera contar para que cuidara de la seguridad de Sephrenia. Pasemos dentro.

Sephrenia estaba sentada en la cama cuando traspusieron la puerta, y Xanetia revoloteaba, protectora, en torno a ella. La habitación se encontraba inundada de sol.

Vanion avanzó de inmediato hacia la mujer a la que amaba, se arrodilló junto al lecho y la rodeó dulcemente con los brazos.

—No volveré a perderte de vista —le dijo con voz emocionada.

Sephrenia tomó el rostro de Vanion entre las manos y lo besó.

—Te harás daño.

—Calla, Vanion —le dijo ella, al tiempo que le abrazaba la cabeza y la estrechaba con fuerza contra su cuerpo.

Los enormes ojos de Aphrael estaban brillantes de lágrimas. Luego pareció despojarse de la repentina emoción.

—Comencemos —dijo con decisión—. Han sucedido muchísimas cosas desde la última vez que nos encontramos todos juntos de esta forma.

—Y todo es malo —agregó Itagne con voz sombría.

—No del todo —lo corrigió ella—. Lo peor es que Klæl les tendió una emboscada a los caballeros de la iglesia en las montañas de Zemoch. Llevaba consigo esos extraños soldados, y nuestros amigos han perdido la mitad de sus tropas entre muertos y heridos.

—¡Buen Dios! —gimió Itagne.

Dado que Falquián ya estaba al tanto de los detalles de los acontecimientos recientes, decidió aclarar de una vez por todas el misterio de los soldados de Klæl.

—Rosa Azul —dijo en el silencio de su mente.

—Os oigo, Anakha.

—Nuestros amigos han vuelto a encontrarse con Klæl. Ha traído hasta aquí unos guerreros de otro lugar.

—No era algo que no esperase. Klæl no es apto para hacer acuerdos con los humanos por razón del su tamaño.

—¿Somos como ratones a los ojos suyos? —conjeturó Falquián.

—No os facéis justicia, Anakha.

—Tal vez. Pienso que esos soldados no son deste mundo. La sangre suya es amarilla y los sus rostros se parecen mucho al de Klæl.

—Ah —dijo la voz—. Recordaréis, Anakha, que una vez os dije que era la costumbre que Klæl y yo contendiéramos el uno contra el otro por los varios mundos a los que he dado el ser.

—Sí.

—Me duele admitirlo, Anakha, pero no siempre he triunfado en esas contiendas. Klæl me ha arrebatado algunos de mis mundos. Es de uno de esos mundos... Arcera, es el que supongo... que él ha traído esas criaturas con las que vos y los compañeros vuestos os habéis encontrado.

—Son temibles, Rosa Azul, pero no invencibles. Hemos notado pruebas de agotamiento en ellos cuando pasan mucho tiempo aquí.

—Me sorprendería si no fuera así. El aire de Arcera os quemaría los pulmones con que sólo lo respiraseis una vez. El aire deste mundo es tan dulce y sano que puede ser más simplemente asimilado por la vuesa especie y otras criaturas que en él habitan. Las criaturas de Arcera no son tan afortunadas. La suya forma de asimilar el nocivo miasma de su mundo es mucho más compleja que el vuesto sencillo medio de aliento. Estoy seguro de el aire vuesto les resulta ligero e insatisfactorio por comparación.

—¿Y mortal? —preguntó Falquián.

—Llegado el momento, con total certeza.

—¿Podríais aventurar una conjetura de cuánto podrá tardar el aire nuestro en matarlos?

—Sois salvaje, Anakha.

—Me superan en número, Rosa Azul. Los guerreros de Klæl han puesto la causa nuestra en peligro directo. Tenemos que saber cuánto tiempo pueden sobrevivir aquí.

—Eso variará de uno a otro guerrero. No más de un día, sin duda, y el esfuerzo acelerará el proceso.

—Gracias, Rosa Azul. Los mis compañeros y yo trazaremos tácticas para emplear de la mejor forma esa información.

—Pon atención, Falquián —le dijo Aphrael.

—Lo siento —se disculpó—. Estaba conferenciando con nuestro amigo. —Se dio un golpecito en el bulto de la parte delantera de la ropa; luego miró a Vanion—. He recogido más información respecto a las debilidades de los soldados de Klæl —comentó—. Tú y yo tenemos que trabajar en algunas

tácticas.

Vanion asintió con la cabeza.

—¿Estás segura de que Berit y Khalad se encuentran bien? —le preguntó Sephrenia a la niña.

Aphrael asintió con la cabeza.

—Zalasta no quiere que nos enteremos de que ha descubierto el engaño de que lo hicimos objeto. Le ha dado órdenes a todo el mundo de comportarse como si nada hubiese pasado. —Pensó durante un momento—. Creo que eso es todo, más o menos —dijo—. Bergsten está cruzando las estepas; Kalten, Bevier y Caalador se encuentran ya en Natayos; Ulath y Tynian con su mascota troll llegarán allí dentro de poco.

—¿Puedes hacerle llegar un mensaje al emperador? —le preguntó Itagne—. Debe saber que el rey de Arjuna está aliado con Scarpa.

—Me encargaré de ello —prometió Aphrael. Luego frunció levemente el ceño—. Sephrenia —dijo—, ¿has estado instruyendo a Stragen en los secretos?

—No, ¿por qué?

—Envió el hechizo de la llamada secreta. No lo hizo muy bien, pero consiguió captar mi atención.

—¡En el nombre de Dios, ¿cómo aprendió eso?! —exclamó Vanion, que aún tenía a Sephrenia entre sus brazos.

—Probablemente, observándoos a los demás. Stragen es muy rápido, y habla estiriano. El robar secretos es casi lo mismo que robar bolsas, supongo. En fin, el caso es que fue Stragen quien me habló de las otras plazas fuertes de Scarpa. Él y Talen están contándole falsas historias al dacita con el fin de confundir al otro bando.

—Pienso que es la hora de que acuda yo a Natayos —dijo Xanetia—. Tenemos que verificar la presencia de la reina de Anakha y hacer preparativos para el su rescate.

—Antes de que Zalasta intente cambiarla de lugar —agregó Falquián—. Será mejor que yo también te acompañe. Los demás ya se encuentran allí, y puede que Kalten necesite una mano firme para evitar que haga algo precipitado. Por otra parte, si Ehlana y Alean están allí, muy bien podríamos apartarlas del peligro. Luego dispersaré al ejército de Scarpa, e iremos a mantener una charla con Cyrgon.

—Y con Zalasta —agregó Vanion en tono nada prometedor.

—Ah, por cierto —intervino Aphrael—, ¿está llevando alguien una lista de

la gente respecto a la que queremos hacer cosas? Si es así, podéis tachar al barón Parok.

—¿Lo ha matado Ulath? —intentó adivinar Falquián.

—No está muerto, Falquián. De hecho, va a vivir por toda la eternidad. Aunque nunca lo encontrarás. Khwaj estaba impacientándose, y comenzó a acosar a Ulath y Tynian para que le dieran información sobre la gente que secuestró a Ehlana. Ellos le entregaron a Parok.

—¿Qué sucedió? —inquirió Itagne.

Ella se encogió de hombros.

—Ghnomb congeló el tiempo. Luego Khwaj le prendió fuego a Parok. Se encuentra completamente envuelto en llamas. Todavía está corriendo, y correrá... y arderá... en ese vacío instante inmóvil durante toda la eternidad.

—¡Dios querido! —Itagne se atragantó de horror.

—Le haré saber eso a Khwaj, Itagne —prometió la diosa-niña—. Estoy segura de que le complacerá que apruebes lo que ha hecho.

El aire era fresco y seco, y el cielo de un gris particular. Tynian y Ulath salieron a caballo de Arjun en el tiempo congelado, con Bhlok w arrastrando los pies entre sus monturas.

—¿Cuánto dices que vamos a tardar en llegar hasta Natayos? —preguntó Tynian.

—Oh... —replicó Ulath—, no lo sé..., un par de segundos, probablemente.

—Muy gracioso.

—A mí me gusta bastante. —Miró la bandada de pájaros que flotaba quieta en medio del aire—. Me pregunto si un hombre envejecerá cuando se mueve por el No-Tiempo.

—La verdad, no lo sé. Supongo que podrías ir a preguntárselo al barón Parok.

—Dudo de que vaya a mostrarse muy coherente. —Ulath se rascó una de las barbudas mejillas—. Estoy decidido a afeitarme esta cosa y si a Gerda no le gusta, lo sentiré mucho. —Luego pensó en algo que hacía tiempo que quería preguntarle al peludo amigo que los acompañaba—. Bhlok w —dijo.

—¿Sí, U-lat?

—Nos entristece que nuestra caza nos lleve a las tierras del sol donde el calor te causará daño.

—No me causa ningún daño, U-lat. No hay ni calor ni frío en el No-Tiempo. Ulath le dirigió una mirada fija.

—¿Estás seguro? —le preguntó con incredulidad.

—¿Es que tú sientes calor? —preguntó sencillamente, Bhlok w.

—No —admitió Ulath—. No lo siento. Había sido mi pensamiento... —Se interrumpió, al tiempo que fruncía el entrecejo e intentaba redactar la siguiente pregunta en coherente lengua troll—. Estábamos muy al norte cuando tú y tus compañeros de manada os comisteis a los hijos de Cyrgon que estaban muertos y no muertos.

—Sí. Estábamos al norte de donde estamos ahora.

—Luego, Ghnomb os llevó a ti y a tus compañeros de manada al No-Tiempo.

—Sí.

—Luego, Ghnomb os condujo a las tierras del sol.

—Sí.

—¿No hubo ningún daño para vosotros cuando él hizo eso?

—No. El daño fue provocado por las cosas que no eran como debían ser.

—¿Qué cosas no eran como debían ser?

—Todos los trolls eran una sola manada. Eso no es como debería ser. Las manadas de trolls no tienen tantos. No es una buena forma de cazar. —Bhlok w se rascó una peluda mejilla con una enorme zarpa—. Nosotros no cazábamos de esta manera cuando estábamos en las montañas troll donde debíamos estar. Mi pensamiento era que la mente de Ghworg estaba enferma cuando vino a nosotros y nos dijo que cruzáramos los hielos-que-nunca-funden para venir a este lugar. No fue Ghworg quien hizo eso. Fue Cyrgon. Cyrgon había hecho que pareciera Ghworg y hablaba con la voz de Ghworg. Era mi mente la que estaba enferma. Mi pensamiento tendría que haberme dicho que no era Ghworg.

—¿Os causa daño que los trolls estén todos en una sola manada?

—Mucho daño, U-lat. No me gusta cuando las cosas no son como deberían. Conozco a Grek desde hace muchas nieves. Su manada caza cerca de la mía en las montañas troll. No me gusta Grek. Durante las últimas dos nieves ha sido mi pensamiento matarlo. Ghworg no me deja que lo mate. Eso me causa daño.

—No será siempre así, Bhlok w —le aseguró Ulath, para consolarlo—. Después de que hayamos matado a todos los hijos de Cyrgon, los dioses llevarán a los trolls de vuelta a las montañas troll. Entonces las cosas volverán a ser como deben.

—Me alegraré cuando lo sean. De verdad que me gustaría matar a Grek. — Bhlok w se alejó arrastrando los pies, con aire lastimero.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó Tynian.

—No estoy seguro —admitió Ulath—. Estoy dando vueltas alrededor de algo. Sé que lo tengo delante de las narices, pero no consigo concretarlo.

—Por el momento, esperemos que los dioses-troll puedan controlar los impulsos homicidas de sus hijos —declaró Tynian con fervor.

—Trollicidas —lo corrigió Ulath.

—¿Qué?

—Has dicho «homicida». Bhlok w quiere matar a Grek. Grek es un troll. La palabra correcta sería «trollicida».

—Eso es una sutileza, Ulath.

—Lo correcto es correcto, Tynian —replicó Ulath en un tono levemente herido.

Era todavía muy temprano a la mañana siguiente cuando Aphrael regresó de Sarna. El cielo del este estaba iluminado con la pálida llegada del día a pesar de que la luna aún se hallaba en el cielo, sobre el horizonte occidental.

Falquián y Xanetia llevaban no más de media hora esperando, cuando oyeron el conocido trino del instrumento musical de Flauta que provenía del oscuro bosque.

—Has ido muy rápida —comentó Falquián cuando la diosa-niña se reunió con ellos.

—Hablas como si Sarna estuviera en la otra punta del continente, Falquián —replicó ella—. Ya los tengo a todos instalados. —Sonrió—. Vanion se ha convertido en una peste. Estaba intentando hacer que Sephrenia se metiera en cama cuando me marché.

—La verdad es que ha estado muy mal, Aphrael —le recordó él.

—Pero ahora no lo está. Necesita levantarse y moverse. Volveos de espaldas. Xanetia pareció perpleja.

—Es una de sus peculiaridades —le explicó Falquián—. No quiere que la gente la mire cuando está cambiando. —Miró a la diosa niña—. Esta vez no te olvides de la ropa, Aphrael —le advirtió—. No ofendamos a la anarae.

—¡Eres tan pesado a veces, Falquián! Ahora, por favor, volveos. Sólo tardó unos segundos.

—Ya está —dijo Aphrael.

Al volverse, Falquián advirtió que la diosa volvía a estar ataviada con una túnica de satén blanco.

—Sois hermosa más allá de toda descripción —declaró Xanetia. Aphrael se encogió de hombros.

—Engaño mucho. ¿Confías en mí, anarae?

—Os confiaría la mía vida, divina Aphrael.

—Espero que estés tomando nota, Falquián.

—¿Has dispuesto que algún ruido le oculte a Zalasta lo que estás haciendo?

—No tengo necesidad. Xanetia viene con nosotros, y su presencia lo ocultará todo.

—Supongo que no había pensado en eso —admitió él.

—Bueno, anarae —explicó Aphrael—. Vamos a cogernos de las manos. Luego nos elevaremos por el aire. Realmente es mejor si no miras hacia abajo. En cuanto nos encontremos por encima de las cumbres de las montañas, comenzaremos a avanzar. No sentirás viento ni sensación de movimiento ninguna. Sólo mantente agarrada a mi mano e intenta pensar en otra cosa. No tardaremos mucho. —Miró hacia el horizonte oriental con los ojos entrecerrados—. Será mejor que nos pongamos en marcha. Me gustaría llegar a Natayos y encontrar un buen escondrijo antes de que los soldados de Scarpa comiencen a dar vueltas por ahí. —Tendió ambas manos, las cuales tomaron Falquián y Xanetia.

Falquián se preparó y observó cómo el suelo se alejaba rápidamente al subir ellos a toda velocidad hacia el cielo de la aurora.

—Estás apretándome demasiado la mano, Falquián —protestó Aphrael.

—Lo siento. Todavía no estoy del todo acostumbrado a esto.

Miró a Xanetia. La anarae, relumbrando en toda su plenitud, era la imagen misma de la serenidad absoluta mientras se elevaban cada vez más y más.

—El mundo es hermoso —dijo con suavidad y una nota maravillada en la voz.

—Siempre que asciendas lo bastante como para no ver la fealdad. —Aphrael sonrió—. De vez en cuando subo aquí arriba para pensar. Es un lugar en el que puedo sentirme bastante segura de que no me interrumpirán. —Tomó como punto de referencia el sol que estaba saliendo y parecía casi precipitarse cielo arriba al subir ellos, se encaró con aire decidido hacia el suroeste, e hizo un peculiar gesto de asentimiento.

La tierra que se extendía allá abajo comenzó a deslizarse con suavidad, corriendo hacia ellos desde el frente y alejándoseles a toda velocidad por detrás.

—A mí paréceme una feliz forma de viajar —observó Xanetia.

—A mí siempre me ha gustado bastante —asintió Aphrael—. Desde luego, es más rápida que andar por ahí a lomos de caballo.

Volaron hacia el sureste con una extraña clase de silencio envolviéndolos.

—El mar de Arjun —anunció Falquián, señalando una gran masa de agua que quedaba a la derecha.

—¿Es tan pequeño? —preguntó Xanetia—. Creía que era más grande.

—Estamos bastante arriba —le explicó Aphrael—. Todo parece más pequeño desde lejos.

Continuaron avanzando velozmente y pronto se hallaron sobre la densa selva verde que cubría la costa suroriental del continente.

—Ahora descenderemos un poco —les advirtió Aphrael—. Tomaré a Delo como punto de referencia, y luego viraremos hacia el suroeste para llegar a Natayos.

—¿No nos verán desde el suelo? —preguntó Xanetia.

—No..., aunque es una idea interesante. Tu luz sin duda sorprendería a la gente. Podrían nacer religiones completamente nuevas si la gente del suelo comenzara a ver ángeles volando por encima de sus cabezas. Allí está Delo.

La ciudad portuaria parecía un juguete abandonado por descuido en la orilla del mar azul oscuro de Tamul. Giraron hacia el suroeste, siguiendo la línea costera y descendiendo de forma gradual.

Aphrael miraba atentamente la selva que corría por debajo de ellos.

—Allí —anunció con tono triunfante.

Las ruinas habrían sido más difíciles de encontrar de no haber estado la zona norte limpia de los matorrales y árboles que cubrían el resto de la ciudad. Las derrumbadas piedras grises y edificios medio desplomados se destacaban con nitidez a la luz del sol naciente, y la carretera recientemente despejada que se dirigía hacia el norte era una cicatriz amarilla abierta que cortaba la faz de oscuro verde de la selva.

Se posaron con suavidad sobre la tierra de la carretera, a unas cuatrocientas varas al norte de las ruinas, y Falquián las condujo de inmediato a unos cien pasos al interior de la espesa vegetación. Estaba tenso de emoción. Si Kalten tenía razón, se encontraba a menos de cuatrocientas varas del lugar en el que retenían a Ehlana.

—Adelante, Xanetia —sugirió Aphrael—. Quiero examinarte antes de que entres en la ciudad. Esto es importante, pero no quiero ponerte en ningún peligro. Asegurémonos de que nadie puede verte.

—Os preocupáis en exceso, divina Aphrael. A lo largo de los siglos, nosotros, los delfaes, hemos preferido este subterfugio en particular.

Se irguió, y su rostro asumió una expresión de calma casi innatural. Su silueta pareció rielar, y pequeños destellos irisados de luz se agitaron debajo de su túnica de fabricación casera. Se desdibujó y osciló mientras su silueta se hacía indistinta.

Luego no fue más que un contorno, y Falquián pudo ver con claridad el tronco que tenía detrás.

—¿Cómo haces que sean visibles las cosas que están al otro lado de ti? —inquirió Aphrael, curiosa.

—Doblamos la luz, divina Aphrael. Ésa es la base del engaño. La luz fluye en torno a nosotros como una corriente rápida, y lleva consigo las imágenes de los objetos que nuestros cuerpos ocultan normalmente.

—Muy interesante —reflexionó Aphrael—. Nunca había pensado siquiera en esa posibilidad.

—Sin embargo, debemos tener cuidado —le dijo Xanetia a la diosa—. Las nuestras sombras, como reveladores fantasmas, pueden denunciar la nuestra presencia.

—Eso es sencillo. Mantente apartada de la luz directa del sol.

Falquián ocultó una débil sonrisa. Incluso una diosa podía dar instrucciones descaradamente obvias, a veces.

—Seré la más cuidadosa adherente del vuestro consejo, divina Aphrael —replicó Xanetia con un rostro absolutamente serio.

—Estás riéndote de mí, ¿verdad, Xanetia?

—Por supuesto que no, divina Aphrael. —Ahora había desaparecido incluso el contorno, y la voz de Xanetia parecía provenir de la nada—. Al trabajo, pues —dijo, mientras su voz sin origen se alejaba en dirección a la carretera—. Regresaré al mediodía.

—Tengo que felicitar a Edaemus —comentó Aphrael—. Ése es un medio de ocultarse muy inteligente. Vuélvete de espaldas, Falquián. Voy a cambiar otra vez.

Cuando la diosa-niña hubo recobrado su familiar forma de Flauta, ella y Falquián se pusieron cómodos y esperaron mientras el sol subía poco a poco por

el cielo. De la selva se desprendía vapor, y el aire despertó a la vida con el parloteo de los pájaros y el zumbir de los insectos. Los momentos parecían arrastrarse con lentitud. Estaban tan cerca de Ehlana que Falquián casi imaginaba poder oler su conocida fragancia.

—¿Ulath y Tynian están ya aquí? —preguntó, más para apartar su mente de la ansiosa preocupación que por ninguna curiosidad real.

—Es posible —replicó Flauta—. Salieron de Arjun ayer por la mañana. Con toda probabilidad, a ellos les ha parecido un viaje de tres semanas, pero no pasó más que un latido de corazón para todos los demás.

—Me pregunto si se han quedado en el No-Tiempo o si han conseguido mezclarse con el ejército de Scarpa.

—Es difícil saberlo. Tal vez tendría que haberlo comprobado antes de que se marchara Xanetia.

Entonces oyeron a varios hombres que hablaban en el camino. Falquián se arrastró en silencio para acercarse más, con Aphrael justo detrás.

—Porque no me fío de esos soldados, Col —estaba diciéndole un tipo de aspecto tosco a un elenio rubio.

—Es de día, Senga. Nadie va a tenderles una emboscada a tus carros de cerveza a plena luz del día.

—Nunca puedes ser demasiado cuidadoso. El dinero comienza a escasear en Natayos, y la cerveza es la sangre vital de mi negocio. Un hombre sediento que está quedándose sin dinero puede hacer cualquier cosa.

—¿Has considerado el bajar tus precios? —le preguntó un tipo de aspecto siniestro que llevaba un parche negro en un ojo.

—Muérdete la lengua, Shallag —replicó Senga.

El del parche se encogió de hombros.

—Era sólo una sugerencia.

La docena, más o menos, de hombres fuertemente armados, salió del radio de alcance auditivo.

—Los habrás reconocido, por supuesto —le murmuró Aphrael a Falquián.

—Kalten y Bevier, sí. Pero no he visto a Caalador. —Pensó durante un momento—. ¿Estarás bien aquí? Sola, quiero decir.

—Bueno, esto es espantosamente peligroso, Falquián..., leones y tigres y osos, ya sabes.

—Ha sido una pregunta tonta, ¿verdad?

—Sí, yo diría que lo ha sido. ¿Qué tienes en mente?

—Es obvio que Kalten y Bevier están trabajando para ese tipo llamado Senga. Puedo conseguir que ellos me avalen para que me den trabajo. Parecen tener libre acceso a Natayos, así que el contratarme como guardia de cerveza me proporcionará una forma de entrar sin atraer la atención.

—¿Podrás ser capaz de controlarte cuando te encuentres cerca de mi madre?

—No voy a hacer ninguna tontería, Aphrael.

—Bueno, supongo que no habrá problema. Tienes mi permiso.

—Oh, gracias, divina Aphrael —replicó Falquián—. Gracias, gracias, gracias.

—Tienes la una lengua demasiado viperina, Falquián —replicó ella con acritud.

Él se encogió de hombros.

—Probablemente se debe a la viperina compañía en la que he andado a últimas fechas.

—Yo tendré que regresar a Sarna durante un rato —le informó Aphrael—. Intenta no meterte en líos cuando entres en la ciudad.

—Te echaré desesperadamente de menos —replicó él con una sonrisa.

—Hoy estás de un humor rarillo.

—Me siento bien. Si todo sale como debe, habré sacado a tu madre de allí antes de que se ponga el sol.

—Ya veremos.

Aguardaron mientras el sol trepaba más aún por el cielo oriental.

Luego oyeron que se aproximaban por el norte varios carros muy cargados.

—Te mantendré informada —prometió Falquián, y salió de los matorrales para detenerse a un lado del fangoso camino.

El primer carro, arrastrado por cuatro pacientes bueyes, apareció crujiendo por un recodo. La parte trasera del carro tenía una alta pila de barriles, y el llamado Senga iba sentado junto al conductor de aspecto malvado. Kalten, con una expresión extrañamente familiar en su rostro cambiado, se hallaba encima de la pila de barriles.

—Eh, Col —lo llamó Falquián desde el borde del camino—. Ya me pareció reconocer tu voz cuando pasaste por aquí hace un rato.

—¡Vaya, que me quede ciego si ese no es Fron! —exclamó Kalten con una ancha sonrisa. De pronto, Falquián se preguntó qué habría sucedido si Kalten no lo hubiese reconocido. Su amigo reía ahora con genuino deleite—. Todos pensamos que te habías hecho a la mar cuando las cosas se pusieron feas en

Matherion.

Falquián se encogió de hombros.

—Eso no funcionó. Había un contraamaestre a bordo que era demasiado liberal con el látigo. Una noche oscura decidió llegar a nado hasta la orilla. Estábamos a veinte leguas de la costa cuando lo ayudé a saltar por la borda.

—La gente hace a veces cosas extrañas. ¿Qué te trae por aquí?

—Oí hablar de este ejército, y pensé que podría ser un buen lugar para contratarme. Corre la voz de que ese tipo, Scarpa, planea atacar Matherion. Yo tengo algunas cuentas que saldar allí, por lo que decidí unirme a él por diversión y provecho.

—Creo que podremos encontrarte un lugar mejor que las filas de retaguardia del ejército de Scarpa. —Kalten le tocó un hombro a Senga con el pie—. El tipo que está hundido hasta los tobillos en el fango es un viejo amigo nuestro de Matherion —le dijo al tabernero—. Se llama Fron, y es muy bueno para las peleas. Cuando la policía saltó sobre nosotros en Matherion, él luchó hombro con hombro con Shallag, para retenerlos mientras el resto de nosotros escapaba. ¿Crees que puede haber algún lugar para él en tu negocio de Natayos?

—¿Lo avalas tú, Col? —preguntó Senga.

—No podría pedir mejor ayuda cuando surgen problemas.

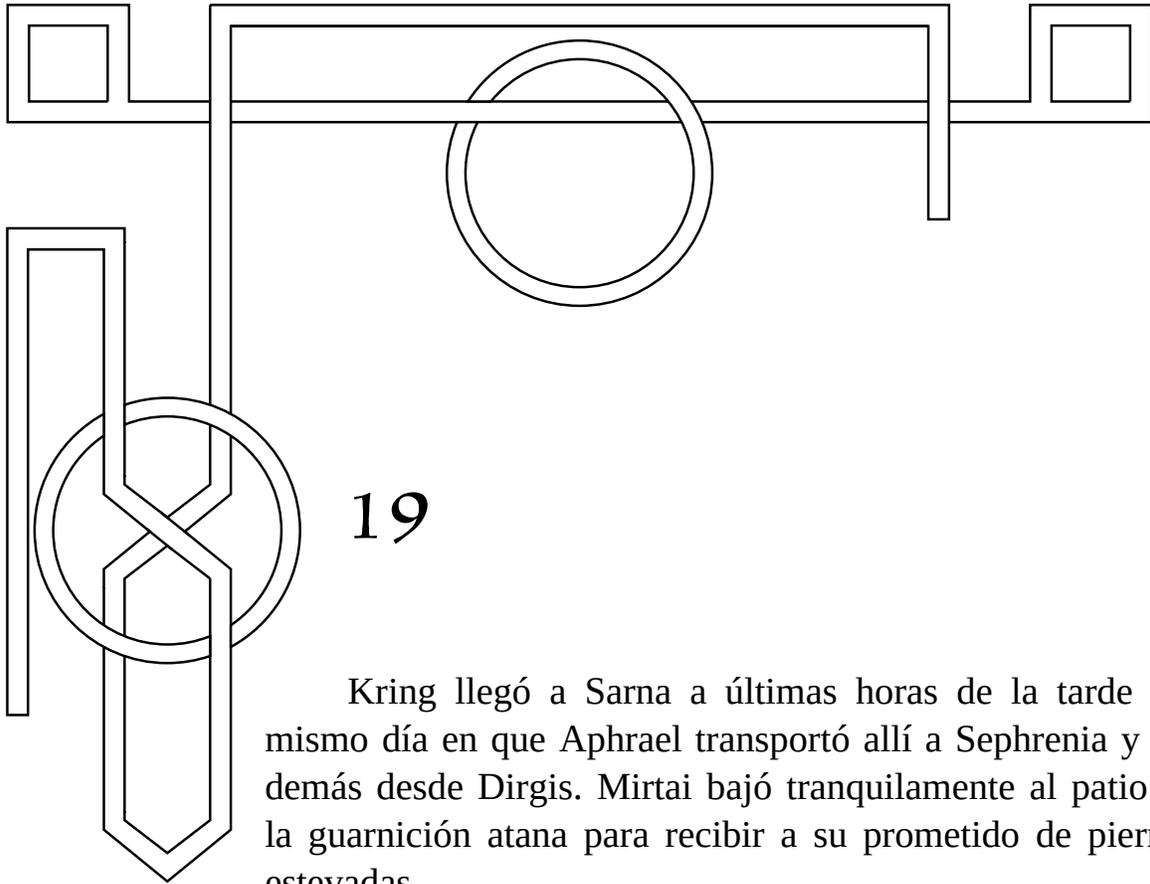
Senga se encogió de hombros.

—Tú estás a cargo de la seguridad. Contrata a quien te dé la gana.

—Esperaba que lo vieras de esa forma. —Kalten llamó a Falquián con un gesto—. Sube aquí, Fron —le dijo—. Te enseñaré las maravillas de Natayos.

—¿Desde lo alto de un carro de cerveza?

—¿Puedes pensar en un lugar mejor?



## 19

Kring llegó a Sarna a últimas horas de la tarde del mismo día en que Aphrael transportó allí a Sephrenia y los demás desde Dirgis. Mirtai bajó tranquilamente al patio de la guarnición atana para recibir a su prometido de piernas estevadas.

—Parece muy contenida —le comentó Vanion en voz baja a Betuana mientras los dos observaban desde la ventana de la sala de conferencias.

—No es decoroso el manifestar abiertamente el afecto en público, Vanion-preceptor —replicó la reina—. Debe mantenerse el decoro a pesar de que el corazón pueda preferir lo contrario.

—Ah.

—Eh, amigo Vanion —dijo Kring mientras él y su enorme amada entraban—, eres justo el hombre que venía buscando.

—También yo me alegro de verte, amigo Kring. ¿Cómo van las cosas por Samar?

—Tranquilas. Los cynesganos se han retirado de la frontera. ¿Está sucediendo algo al sur, de lo que no me hayan hablado?

—No que yo sepa. ¿Por qué lo preguntas?

—Los cynesganos estaban concentrándose justo al otro lado de la frontera, y esperábamos que llegaran a ponerle sitio a Samar casi en cualquier momento. Luego, hace varios días, se retiraron y dejaron sólo unas pocas unidades en el

lugar. El resto del ejército marchó hacia el sur.

—¿Por qué harían eso? —se preguntó Vanion, frunciendo el ceño.

—Probablemente para encontrarse con los caballeros de la iglesia —replicó Aphrael.

Vanion giró la cabeza y vio a la diosa-niña tranquilamente sentada sobre el regazo de Sephrenia. No había estado allí un momento antes. No tenía sentido señalarlo. Aphrael no cambiaría jamás.

—Los caballeros de la iglesia no vienen por esa dirección, divina Aphrael —le dijo.

—Nosotros lo sabemos, Vanion —replicó ella—, pero Stragen y Talen han estado trabajando en Beresa. Consiguieron convencer al espía dacita de que hay una enorme flota de barcos con las banderas de la iglesia, a la altura del golfo de Daconia. Es evidente que el dacita ha enviado mensaje, y el alto mando cynesgano se lo tomó lo bastante en serio como para enviar el grueso de sus tropas al sur con el fin de defender Cynesga meridional.

—Pero ellos saben sobre seguro que los caballeros de la iglesia están avanzando por tierra a través de Astel.

—Están enterados de lo referente a ese ejército, mi señor Vanion —intervino Itagne—, pero tienen que haberse sentido convencidos de que venía otro por mar.

—No hay tantos caballeros de la iglesia, Itagne.

—Tú y yo sabemos eso, mi señor Vanion, pero aquí, en Tamuli, la creencia general es que sois al menos un millón. El término «caballeros de la iglesia» evoca visiones de ejércitos que se extienden de horizonte a horizonte. —Vanion frunció el entrecejo.

—Ah —dijo por fin—. Creo que ya lo entiendo. Durante las guerras de Zemoch, aunamos fuerzas con los ejércitos de los reyes de Eosia. Los observadores tamules deben haber pensado que todos los que llevaban armadura eran caballeros de la iglesia.

—Creo que tendré que hablar con el emperador —reflexionó Itagne—. Puede que haya dos ladrones que se merezcan un título nobiliario. Esa imaginaria flota suya parece haberse llevado a la mitad del ejército cynesgano de la frontera, y es muy probable que también tenga ocupados a los arjunis.

—Es una flota maravillosa —asintió Vanion, sonriendo—, y ni siquiera hay que alimentar a los marineros. Mantengamos viva esa historia. —Miró a la diosa-niña—. ¿Podrías fabricar algunas ilusiones, divina Aphrael?

—¿Dragones? ¿Luchas de ángeles?

—¿Alrededor de un millar de barcos con el casco en las aguas del horizonte, en lugar de eso?

—¿Qué obtendré a cambio?

—Deja de provocarle —le dijo Sephrenia con una dulce sonrisa.

—¿En que lugar te gustaría que aparecieran esos barcos ilusorios, Vanion?

—¿Por qué simplemente no los haces aparecer aquí y allá por la Costa de Daconia y Arjuna occidental? —sugirió él—. Hagamos que los cynesganos y arjunis se agoten corriendo de un lado a otro, intentando apostarse en el lugar apropiado para defenderse contra el desembarco.

—Me ocuparé de eso ahora mismo —declaró, al tiempo que se deslizaba del regazo de Sephrenia—, antes de que me olvide.

—¿Cuándo has olvidado tú algo? —inquirió Sephrenia, sonriendo.

—No lo sé. Pero debo de haberlo hecho alguna vez. Probablemente he olvidado la ocasión exacta. —Les dedicó a todos una sonrisilla traviesa, y luego desapareció.

Kring estaba sentado junto a Mirtai, y había estado mirando con los ojos entrecerrados hacia el cielorraso, pasándose una mano con aire especulativo por la cabeza en la que el pelo comenzaba a crecer. No podía utilizar la otra, porque Mirtai había tomado posesión de ella. La expresión de contento de la muchacha, casi plácida, decía con toda claridad que no tenía intención de soltarle la mano en un futuro previsible.

—Si la divina Aphrael puede mantener a esas tropas cynesganas más o menos distraídas de manera permanente, Tikume y yo podremos retener Samar sin ayuda de nadie —comentó el domi—, en particular ahora, que sabemos cómo tratar a los soldados de Klæl. —Se frotó el cráneo con más energía.

—Deja de preocuparte por eso —le dijo Mirtai—. Te afeitaré en cuanto hayamos acabado aquí.

—Sí, amor —asintió él de inmediato.

—Ah, eso me recuerda algo —intervino Vanion—. Falquián ha mantenido una charla con el Bhelliom. Los soldados de Klæl sólo pueden respirar aire durante un día más o menos, antes de comenzar a morir, y el esfuerzo acelera el proceso. Si volvéis a encontraros con ellos, hacedlos correr.

Kring asintió con la cabeza.

Un atan de elevada estatura entró y le murmuró algo a Itagne.

—La verdad es que estoy terriblemente ocupado ahora mismo, muchacho —objetó Itagne.

—Se muestra de lo más insistente, Itagne-embajador.

—Oh, de acuerdo. —Itagne se puso de pie—. Volveré de inmediato, mi señor Vanion —dijo, y siguió al atan fuera de la sala.

—¿Ha averiguado Falquián de qué país proceden los soldados que ha traído Klæl, mi señor Vanion? —preguntó Kring—. Me gustaría evitar ese sitio.

—No creo que necesites preocuparte por eso, domi Kring —replicó Sephrenia, sonriendo—. Los soldados de Klæl fueron traídos de un lugar que está más allá de las estrellas.

Kring frunció el entrecejo.

—Tal vez deberías mantener una charla con Falquián, amigo Vanion —comentó—. A mí me gusta tanto una buena pelea como a cualquier otro hombre, pero si piensa declararle la guerra a todo el universo, tendría que enterarnos de sus planes al resto de nosotros.

—Te aseguro que hablaré con él al respecto, domi Kring —dijo Vanion, y luego suspiró—. Ojalá hubiéramos sabido antes más acerca de los soldados de Klæl. Los caballeros de la iglesia se encontraron con ellos en las montañas de Zemoch y perdieron a la mitad de sus soldados entre muertos y heridos.

—Lo siento, amigo Vanion. ¿Perdiste a muchos de tus viejos camaradas?

—A muchos, domi Kring —replicó Vanion con visible tristeza—, a muchos.

—¿Qué tal está el amigo Engessa? —le preguntó Kring a Betuana.

—Aphrael dice que se recupera, domi —replicó ella—. Aunque a mí me gustaría verlo con mis propios ojos.

Itagne regresó acompañado por un tamul ataviado con ropas ligeramente pasadas de moda.

—¿Querrás encargarte de que no nos molesten, por favor? —le dijo al atan que hacía guardia en el pasillo. Luego cerró la puerta y le echó cerrojo—. Tengo buenas noticias, para variar —les anunció a los demás. Posó una mano sobre uno de los hombros del recién llegado—. Éste es mi querido..., aunque reciente, amigo Ekrasios —declaró.

Betuana frunció el ceño.

—Ése no es un nombre tamul —dijo.

—No, majestad —asintió Itagne—, no lo es. En realidad, es delfae. Los delfaes son una gente muy musical. Probablemente se debe a que aún hablan

tamul clásico. Mi amigo ha venido a decirnos que los delfaes tomaron la decisión de salir de su espléndido aislamiento. Ekrasios, éste es el preceptor Vanion, el íntimo amigo de Anakha. La dama regia es Betuana, reina de los atanes. El muchacho bajo es el domi Kring, de los pelois occidentales. La guapa muchacha alta que le tiene la mano cogida al domi como si en ello le fuera la vida, es Mirtai, su prometida; y la exquisita dama estiriana es Sephrenia, suma sacerdotisa de la diosa Aphrael.

—Nobles todos —los saludó Ekrasios con una reverencia formal—. Os traigo saludos del amado Edaemus. La divina Aphrael persuadídolo ha de que tenemos una causa común en la situación presente, y así ha relajado él su prohibición de siglos sobre nosotros. He sido enviado, mi señor Vanion, para informaros de que yo y diversos compañeros estamos a la vuesa inmediata disposición. ¿Dónde podemos mejor desplegarlos para favorecer a la causa nuestra?

—¿Si me lo permites, mi señor Vanion? —intervino Itagne—. Se me ha ocurrido que los delfaes podrían ser los más adecuados para vaciar esas ruinas de las selvas arjunis. Si Ekrasios y sus amigos aparecieran en todo su fulgente esplendor ante las puertas de los campamentos que Scarpa tiene allí, es probable que los rebeldes regresaran a sus casas y se dedicaran a ocupaciones pacíficas a toda la velocidad que pudieran.

—Bien dicho —murmuró Mirtai su asentimiento.

—La verdad es que se mueve mucho, ¿no crees? —le comentó Ulath a Tynian cuando el carro de cerveza con Falquián y Kalten sentados en lo alto de los barriles pasó atronando por la antigua calle—. Mis últimas noticias era que estaba en Dirgis.

—La'regla'e la naturalessa no pairesen contá'pa'l viejo Falquián —replicó Tynian, haciendo una mala imitación de Caalador—. ¿Qué te parece? ¿Deberíamos regresar al tiempo real? ¿O sería mejor que nos quedáramos donde estamos?

—Creo que seremos de mayor utilidad si permanecemos fuera de la vista —replicó Ulath.

—A mí me parece bien, pero ¿cómo vamos a enviarles mensaje a Falquián y los demás para hacerles saber que estamos aquí?

—Le deslizaré una nota en el bolsillo... o le soplaré una oreja.

—Eso debería atraer su atención.

Bhlok w regresó arrastrando los pies calle arriba, con una lastimera expresión en su cara simiesca.

—Aquí no hay perros —informó en lengua troll.

—Los soldados no suelen tener perros —le explicó Tynian.

—Tengo hambre, Tin-in. ¿Los hombres-cosas de aquí echarían de menos a uno de los de su manada..., uno pequeño?

—Podríamos tener un problema entre manos —le murmuró Tynian a Ulath—. Definitivamente, nos interesa mantener bien alimentado a nuestro amigo.

Ulath se rascó la ahora completamente afeitada mejilla.

—No podemos dejarlo suelto —observó—. Atraería la atención si se pusiera a coger gente y arrebatarla a estos momentos rotos.

—Es invisible, Ulath.

—Sí, pero si un arjuni desaparece de pronto y de pronto aparecen sus huesos, será inevitable que eso llame la atención. —Se volvió a mirar al troll—. Nuestro pensamiento es que no sería bueno que mataras y te comieras a los hombres-cosas de aquí, Bhlok w. Aquí estamos cazando pensamientos, y si tú matas y te comes a los hombres-cosas, espantarás los pensamientos.

—No me gusta esta caza de pensamientos, U-lat —se quejó Bhlok w—. Hace las cosas no-simples.

—El bosque está cerca, Bhlok w —dijo Tynian—. Allí tiene que haber muchas cosas buenas para comer.

—Yo no soy un ogro, Tin-in —protestó Bhlok w, con un tono ligeramente ofendido—. Yo no como árboles.

—Entre los árboles tiene que haber criaturas que sean buenas para comer, Bhlok w —intervino Ulath—. Eso es lo que Tin-in estaba intentando decirte. No era su pensamiento ofenderte.

Bhlok w miró a Tynian con expresión ceñuda.

—Me iré a cazar ahora —dijo de manera abrupta. Luego dio media vuelta y se alejó arrastrando los pies.

—Tienes que tener cuidado, Tynian —le advirtió Ulath a su amigo—. Si quieres meterte en una pelea casi inmediata, lo único que has de hacer es sugerirle a un troll que podría ser un ogro.

—¿Así que son prejuiciosos? —preguntó Tynian, asombrado.

—No podrías creer lo prejuiciosos que llegan a ser —replicó Ulath—. Los trolls y los ogros se han odiado mutuamente desde el principio de los tiempos.

—Pensaba que los prejuicios eran un defecto humano.

—Supongo que hay cosas demasiado buenas como para que pueda mantenérselas en exclusiva. Sigamos a Falquián y hagámosle saber que estamos aquí. Así podría disponer de nosotros.

Echaron a andar tras la caravana de cerveza que giraba por las calles despejadas hacia la zona de Natayos que continuaba cubierta de maleza. Las carretas traquetearon por una calle recién desbrozada y luego se metieron tras un edificio con tejado de lona al que identificaba un letrero toscamente escrito que decía: «Casa Senga».

—Confía en Kalten para acercarte a la cerveza —comentó Tynian.

—Cierto —asintió Ulath—. Espérame aquí. Le haré saber a Falquián que estamos en Natayos. —Se aproximó al lugar en que Falquián, Kalten y Bevier, con extraño aspecto a causa de sus rostros cambiados, permanecían a un lado mientras Senga supervisaba la descarga de barriles—. *Ramshorn* —dijo en voz baja—. No os pongáis nerviosos ni comencéis a mirar hacia todas partes —agregó—. No podréis verme.

—¿Ulath? —preguntó Kalten con incredulidad.

—Correcto. Tynian, Bhlok w y yo llegamos aquí ayer. Hemos estado curioseando por la ciudad.

—¿Cómo habéis conseguido volveros invisible? —preguntó el Bevier del parche en el ojo.

—La verdad es que no lo somos. Ghnomb está rompiendo el segundo en dos trozos. Nosotros sólo estamos presentes durante el trozo más pequeño. Por eso no podéis vernos.

—¿Pero vosotros sí podéis vernos a nosotros?

—Sí.

—Ulath, eso es lógicamente inconsistente.

—Lo sé, pero Ghnomb cree que funciona, y yo creo que su fe es lo bastante fuerte como para sobreponerse a la lógica. Tynian y yo estamos aquí, y nadie puede vernos. ¿Hay algo que queráis que hagamos?

—¿Podéis entrar en ese edificio que está cerca de la puerta? —preguntó Falquián con prontitud—. El que tiene barrotes en las ventanas.

—No hay forma. Ya hemos estudiado la posibilidad. Tienen demasiados guardias en las puertas. Bhlok w intentó incluso penetrar por el tejado, pero está todo completamente sellado.

—¿Es mi esposa la que está ahí dentro, Ulath! —exclamó Falquián—. ¿Estás

diciéndome que intentaste enviar un troll al interior del mismo edificio en el que se encuentra ella?

—Bhlok w no le habría hecho daño, Falquián..., asustarla un poco, tal vez, pero no le habría hecho ningún daño. Pensamos que a lo mejor podría entrar por el tejado, coger a Ehlana y Alean y sacarlas de allí. —Ulath hizo una pausa—. La verdad es que no fue idea nuestra, Falquián. Bhlok w se ofreció voluntariamente..., bueno, la verdad es que ni siquiera se ofreció. Simplemente se puso a escalar la pared antes de que pudiéramos detenerlo. Dijo: «Yo iré a buscarlas. Sacaré a la compañera de Anakha y su amiga de ahí para que podamos matar a estos hijos de Cyrgon y comémoslos». Bhlok w es un poco elemental pero tiene el corazón en su sitio. Detesto admitirlo, pero la verdad es que comienza a caerme bien.

Kalten miró a su alrededor con aire de nerviosismo.

—¿Está ahora aquí? —inquirió.

—Ha salido a cazar. Cuando andábamos dando vueltas por esas ciudades de junto al lago, lo convencimos de que no comiera gente. En cambio, lo hicimos comenzar con los perros. Le gustan de verdad, pero no hay perros en Natayos, así que anda por la selva..., probablemente persiguiendo elefantes o algo así. —Entonces, algo destelló en la periferia del campo visual de Ulath—. En el nombre de Dios, ¿qué es eso? —exclamó.

—¿Qué? —preguntó Kalten, volviendo la cabeza a uno y otro lado con desconcierto.

—¡Hay algo hecho de arco iris que está saliendo por el costado del edificio! —Ulath se quedó boquiabierto ante la silueta claramente definida que se les acercaba. La colorida luz era cegadora.

—Ésa es Xanetia —explicó Falquián—. ¿Es que puedes verla?

—¿Quieres decir que tú no puedes?

—Ella es invisible, Ulath.

—No. Para mí no lo es.

—Debe tener algo que ver con el momento en particular en que te encuentras, amigo mío —sugirió Bevier—. Será mejor que le hagas saber que puedes verla. Algún día podría ser importante.

El rielante arco iris se detuvo a algunos pasos de distancia.

—Anakha —dijo Xanetia en voz baja.

—Os oigo, anarae —replicó Falquián.

—Me duele decirlo que he fracasado —confesó ella—. La mente de Scarpa

está tan retorcida que no puedo extraer coherencia del pensamiento suyo. Sin embargo, he sondeado suavemente las mentes de algunos de sus seguidores, y con pena debo informaros que la vuesa reina ya no está en Natayos. Cuando los enemigos nuestros descubrieron el subterfugio que implicaba al joven caballero Berit, Zalasta se llevó a hurtadillas a la vuesa esposa y su camarera bajo el manto de la noche. Me esforzaré por descubrir el punto de destino de ellas en los pensamientos de otros de los que están aquí, si os place.

El corazón de Ulath se retorció de lástima al ver la repentina desesperación que se apoderó del rostro de Falquián.

Se pusieron en marcha, una carrera fácil de incontables regimientos altos y ligeros de armamento, con sus bronceos miembros destellando en la fresca luz grisácea. El gigantesco rey Androl corría suavemente a la cabeza de su ejército. Era bueno volver a estar activo, y la perspectiva de la batalla le resultaba vigorizante. La batalla era algo significativo, y uno podía ver los resultados con sus propios ojos. La ausencia de su cónyuge había arrojado un millar de insignificantes tareas administrativas sobre los hombros de Androl. Era tremendamente frustrante tomar decisiones sobre cosas que en realidad no entendía y no ver ningún resultado inmediato que le dijese si sus decisiones habían sido correctas o no. Una vez más, el rey de Atan le dio las gracias a su dios por haberle entregado a Betuana por esposa. La verdad es que formaban un buen equipo. La reina estaba muy capacitada para los detalles. Tenía una mente rápida y podía captar sutilezas y matices que con frecuencia se le escapaban a su esposo. Androl, por su parte, estaba hecho para la acción. De buena gana dejaba que su esposa tomara todas las decisiones tediosas y luego, cuando todo estaba determinado y ambos sabían qué iban a hacer, él se hacía cargo de llevar a término las decisiones de ella. En realidad, era mejor de esa forma. El rey de Atan era plenamente consciente de sus limitaciones, y sabía que su esposa lo perdonaba cuando en ocasiones pasaba algo por alto. Esperaba no decepcionarla demasiado.

La sugerencia de ella —nunca le daba órdenes— de que llevara al grueso de sus tropas al extremo sur del lago Sama como preparativo de la gran batalla de Tosa, era con toda exactitud el tipo de cosas que a Androl le encantaban. Allí había acción, sencilla y sin complicaciones. La molesta decisión había sido tomada, el enemigo identificado, y todos los detalles tediosos apartados de su

camino. Sonrió mientras conducía su ejército hacia la última montaña de afloramiento a unas cincuenta leguas al sureste de Tualas. El mensaje de Betuana había insinuado que la batalla de Tosa sería de proporciones titánicas, un magnífico choque de armas con ejércitos batallantes que se extenderían a lo largo de leguas, y el resonar de espada contra espada llegando hasta los mismos cielos. La haría sentirse orgullosa de él.

La ruta que pasaba por las montañas de afloramiento llevaba a una larga cresta, atravesaba un estrecho desfiladero, y luego descendía hasta la profunda garganta de una turbulenta corriente que había desgastado la roca durante eones.

El rey Androl respiraba con un poco de dificultad cuando coronaron la cresta y condujo a sus fuerzas a través del desfiladero. Las horas pasadas conferenciando con el embajador Norkan habían desgastado a Androl. Un guerrero nunca debía permitir que le distrajeran del campo de maniobras o el patio de ejercicios. Recobró el ritmo mientras conducía a su ejército garganta abajo, corriendo con facilidad por la orilla sur del turbulento río de montaña. Si él no estaba en forma, probablemente sus soldados tampoco lo estaban. Esperaba poder encontrar un lugar adecuado para acampar en el lago Sama, un campamento apropiado con el espacio suficiente para los entrenamientos, las prácticas y los ejercicios rítmicos necesarios que afinaban a un guerrero al máximo de sus facultades. Androl tenía plena confianza en que cualquier ejército podía ser vencido con que sólo sus propios soldados estuvieran en plena forma y estado de entrenamiento.

—¡Androl-rey! —gritó el general Pemaas por encima del rugido del turbulento río—. ¡Mira!

—¿Dónde? —exigió Androl, volviéndose a medias y tendiendo la mano hacia la espada.

—¡En lo alto de la garganta..., a la derecha!

El rey atan inclinó el cuello para mirar a lo alto de la escarpada caída del risco, hacia el borde rocoso que había en lo alto.

El rey de Atan había visto muchas cosas en su vida, pero nada comparable a aquella forma gigantesca y monstruosa que se alzaba sobre ellos en el borde de la garganta.

La cosa era de un negro bruñido, como cuero lustrado, y tenía unas enormes alas desplegadas hacia los lados, nudosas y como las de un murciélago. La cabeza de forma triangular era realzada por unos ojos como líneas encendidas, y una boca abierta de la que chorreaban llamas.

Androl consideró el asunto. El problema, por supuesto, residía en que la gigantesca criatura se encontraba en lo alto de la garganta, mientras que él estaba en el fondo. Podía regresar sobre sus pasos, volver a subir por la garganta y trepar por las rocas hasta llegar al borde; pero le daría a aquella cosa oportunidades más que suficientes para huir, y entonces él tendría que perseguirla para matarla. En su condición menos que perfecta del momento, le resultaría muy tedioso. Siempre podía trepar por el risco, pero eso continuaría llevándole mucho tiempo, y la criatura muy bien podría verlo venir y escapar.

Luego, de manera sorprendente, la enorme criatura que se hallaba en lo alto le proporcionó la solución. Levantó sus enormes brazos y se puso a azotar la parte superior del risco con lo que parecía ser alguna especie de fuego.

Androl sonrió cuando la cara del risco comenzó a derrumbarse, rodando y rugiendo garganta abajo. La estúpida bestia estaba proporcionando amablemente los medios de su propia destrucción. ¿Cómo podía ser tan idiota?

El rey Androl esquivó diestramente una roca del tamaño de una casa, mientras valoraba cuidadosamente la ladera que crecía a gran velocidad con los pedruscos que iban amontonándose al pie del risco.

¡La bestia tenía realmente intenciones de atacar! Androl rió con deleite. La criatura era más estúpida de lo imaginable, pero había que reconocerle la valentía..., valentía idiota, por supuesto, pero valentía al fin y al cabo. Todo el universo sabía que Androl de Atan era invencible, y sin embargo aquel pobre bruto tonto tenía intención de poner a prueba su insignificante fuerza contra el más grande guerrero desde el principio de los tiempos.

Androl dirigió una mirada calculadora a la empinada y creciente ladera de piedras, haciendo caso omiso de los gritos de aquellos de sus guerreros que no eran lo bastante ágiles como para evitar ser aplastados por la avalancha que se les venía encima. Ya casi era lo bastante alta. Apenas unos cuantos palmos más... y luego juzgó que la abrupta ladera ya había crecido lo bastante como para permitirle el acceso a la estúpida criatura que rugía y agitaba las alas en lo alto. Esquivó otra roca y comenzó su apresurada carrera, trepando, esquivando y saltando mientras subía velozmente hacia la bestia de forma abovedada que estaba allá arriba.

Cuando ya casi había llegado, se detuvo, desenfundó la espada, y se preparó.

Luego, con un salvaje grito de guerra, subió corriendo el resto de la cuesta, haciendo caso omiso del momentáneo lapso de lástima que sintió por la valiente y mal aconsejada criatura a la que estaba a punto de matar.

—¿Adónde creéis que vais? —preguntó con tono de exigencia un fornido dacita que llevaba una gastada blusa de uniforme y tenía en la mano una larga pica, cuando Falquián y Kalten detuvieron el bamboleante carro cargado con dos grandes barriles, al otro lado de la esquina del edificio.

—Tenemos un envío de Senga para maese Krager —replicó con decisión Kalten.

—Cualquiera podría decir eso.

—Ve a preguntárselo —sugirió Kalten.

—No quisiera molestarle.

—En ese caso, será mejor que nos dejes pasar. Hace ya bastante tiempo que está esperando este vino. Si no dejas que se lo entreguemos, se molestará de verdad. Podría molestarse lo bastante como para llevar el asunto ante el señor Scarpa.

El rostro del guardia se volvió aprensivo.

—Esperad aquí —dijo, y tras volverse rodeó la parte trasera del edificio hasta una pesada puerta.

—Yo me quedaré en segundo término cuando entremos —le dijo Falquián a su amigo en voz baja—. Si pregunta, dile que soy un fortachón a tu servicio para ayudarte a tirar del carro.

Kalten asintió con la cabeza.

—¿Estás aquí, anarae? —inquirió Falquián mirando en torno a pesar del hecho de saber que no podría verla.

—Justo al lado de vos —le replicó ella en voz baja.

—Lo mantendré hablando durante todo el tiempo posible. Es probable que esté un poco borracho. ¿Cambia eso en algo las cosas para ti?

—Ya he compartido antes los pensamientos de Krager —respondió ella—. Es coherente a menos que esté demasiado bebido. Si os fuera conveniente, dirigid los pensamientos suyos hacia la casa en la que la esposa vuesa estuvo ha poco cautiva. Eso podría aguijar la su mente hacia los pensamientos de interés para nosotros.

—Veré qué puedo hacer, anarae —le prometió Kalten. El guardia dacita regresó.

—Os recibirá —anunció.

—De alguna manera, estaba seguro de que así sería —replicó Kalten con una

sonrisa presumida—. Maese Krager es muy aficionado a este tipo de vino en particular. —Él y Falquián levantaron las varas del carro y lo arrastraron por el áspero suelo cubierto de escombros que había en la parte trasera de la ruina a medias restaurada que parecía ser el cuartel general de Scarpa.

Krager, ansioso, los aguardaba en la entrada. Tenía la cabeza rapada, pero su aspecto era casi el mismo de siempre. Estaba desgredado y sin afeitado, sus húmedos ojos se veían inyectados de sangre, y las manos le temblaban de manera visible.

—Traedlo dentro —les ordenó con su conocida voz herrumbrada. Kalten y Falquián bajaron las varas del carro, desataron las cuerdas que sujetaban ambos barriles, y bajaron con cuidado uno de ellos al suelo. Kalten midió el largo del barril con un trozo de cuerda, y luego lo comparó con el ancho de la puerta.

—Por muy poco —dijo—. Túmbalo, Fron. Podremos meterlo rodando.

Falquián puso el barril de lado, y él y su amigo lo pasaron rodando por la puerta al interior de la desordenada habitación. Contra una de las paredes había una cama sin hacer, y ropas desparramadas por el suelo. La habitación estaba impregnada del olor acre del cuerpo sin lavar y empapado en vino de Krager, y en un rincón había una pila de barriles y botellas de cerámica rotas, todos vacíos.

—¿Dónde quieres que te dejemos esto, maese Krager? —preguntó Kalten.

—En cualquier parte —replicó Krager con impaciencia.

—Eso no es pensar con visión —comentó Kalten con aire crítico—. Son demasiado pesados como para que puedas moverlos tú solo. Escoge un sitio que te resulte conveniente.

—Puede que tengas razón. —Krager recorrió la habitación con ojos miopes. Luego se encaminó hacia un espacio cercano a la cabecera de la cama, y apartó a puntapiés algunas prendas de ropa—. Ponedlas aquí mismo —les dijo.

—Eh..., antes de ir más lejos, ¿por qué no arreglamos cuentas? Estos barriles son muy caros, maese Krager.

—¿Cuánto?

—Senga me dijo que tenía que ser cincuenta coronas por barril. El tinto arciano es muy difícil de conseguir estando tan lejos de Arcium.

—¿Cincuenta coronas? —exclamó Krager.

—Cada uno —insistió Kalten—. También me dijo que te abriera los barriles.

—Yo sé cómo abrir un barril de vino, Col.

—Estoy seguro de ello, pero Senga es un honrado hombre de negocios, y quiere que me asegure de que estás satisfecho antes de aceptar tu dinero. —

Llevó el barril rodando hasta la pared—. Ayúdame a colocarlo, Fron —le pidió a Falquián. Enderezaron el barril, y Kalten sacó una palanqueta de su cinturón—. La cerveza es mucho más fácil de manejar —observó—. Alguien debería hablarles a esos vinateros arcianos de las ventajas de poner un agujero con tapón en el lateral de los barriles. —Quitó cuidadosamente la tapa mientras Krager, copa en mano, aguardaba ansiosamente junto a él.

—Pruébalo, maese Krager —dijo luego Kalten, al tiempo que levantaba la tapa y se hacía a un lado.

Krager hundió la copa en el rojo líquido, la levantó con mano temblorosa y bebió abundantemente.

—¡Maravilloso! —declaró con un suspiro de felicidad.

—Le diré a Senga que cuenta con tu aprobación —declaró Kalten. Luego rió—. Uno no lo esperaría de un salteador de caminos, pero a Senga le preocupa mucho satisfacer a sus clientes. ¿Puedes creer que incluso nos hizo tirar un barril de cerveza que se había agriado? Vamos, Fron, traigamos el otro barril. Haremos que maese Krager lo pruebe y luego arreglaremos cuentas.

Los dos regresaron al exterior y cogieron a pulso el segundo barril del carro.

—Pregúntale por qué han quitado los guardias de las puertas de la casa en la que tenían a Ehlana y Alean —murmuró Falquián.

—De acuerdo —gruñó Kalten mientras bajaban el barril al suelo. Colocaron el segundo barril junto al primero, Kalten le quitó la tapa y Krager lo probó.

—¿Satisfactorio? —inquirió Kalten.

—Perfecto —contestó Krager. Sacó otra chorreante copa y se dejó caer sentado en la cama con felicidad—. Absolutamente espléndido.

—Entonces, serán cien coronas.

Krager se sacó una bolsa que llevaba al cinturón y se la arrojó a Kalten con negligencia.

—Toma —le dijo—. Cuéntalo tú mismo. No me robes demasiado.

—Esto son negocios, maese Krager —replicó Kalten—. Si estuviera robándote, tendría un cuchillo apoyado en tu garganta. —Barrió con el antebrazo algunas prendas de ropa y mendrugos de pan seco de encima de una mesa, abrió la bolsa, y se puso a contar monedas—. Hemos visto que habéis quitado todos los guardias de la casa que tiene barrotes en las ventanas —comentó—. Hace un par de días, uno no podía acercarse ni a veinte pasos de ese lugar, pero esta mañana Fron y yo pasamos con ese carro justo por delante de la puerta, y nadie nos hizo ni caso. ¿Ha sacado mi señor Scarpa lo que guardaba de valor allí?

El hinchado rostro de Krager adquirió de pronto una expresión de alerta.

—Eso no es asunto tuyo, Col.

—No he dicho que lo fuera. De todas formas, puede que te interesara hacerle una sugerencia a mi señor Scarpa. Si no quiere que la gente se dé cuenta de ese tipo de cosas, no debería cambiar nada. Tendría que haber dejado los guardias donde estaban. Senga y el resto de nosotros somos todos ladrones, ¿sabes?, y todos creíamos más o menos que mi señor Scarpa guardaba allí su tesoro. La palabra tesoro hace que los hombres como nosotros abramos la oreja.

Krager lo miró fijamente y luego se echó a reír.

—¿Qué te parece tan gracioso? —Kalten levantó la mirada de las monedas.

—Era un tesoro, ya lo creo que sí, Col —contestó Krager con una sonrisa afectada—, pero no de la clase que se puede contar.

—Como tú dices, no es asunto mío, pero todos los hombres que trabajan en la taberna de Senga saben que lo que fuera fue quitado de allí. Estoy seguro de que andarán todos dando vueltas por las ruinas en busca del nuevo lugar en que lo guarda.

Krager se encogió de hombros.

—Déjalos que busquen. A estas alturas, el tesoro está muy, muy lejos de aquí.

—Espero que todavía tengáis guardias sobre él. Esa selva de ahí fuera pulula de tipos como Fron y yo. ¿Quieres venir aquí a comprobar lo que he contado?

—Confío en ti, Col.

—En ese caso, eres un tonto.

—Coge otras diez coronas para ti y tu hombre —le dijo Krager con afabilidad—, y luego, si no te importa, me gustaría quedarme a solas con estos dos nuevos amigos.

—Eres muy generoso, maese Krager. —Kalten sacó con rapidez algunas monedas más de la bolsa, recogió con la mano las que había contado anteriormente, y se las metió en el bolsillo lateral de la casaca—. Vámonos, Fron —le dijo a Falquián—. Maese Krager quiere quedarse solo.

—Dile a Senga que le estoy agradecido —pidió Krager mientras metía la copa en el vino una vez más—, y dile que mantenga el ojo alerta en busca de más de este excelente brebaje. Le compraré todo el que pueda conseguir.

—Se lo diré, maese Krager. Que te diviertas —y Kalten encabezó la salida de la apestosa habitación.

Falquián cerró la puerta y tendió una mano.

—¿Qué? —preguntó Kalten.

—Mis cinco coronas, si no te importa —contestó Falquián con firmeza—. Mantengamos las cuentas claras, ¿te parece?

—Sois astuto, caballero Kalten —dijo el susurro de la voz de Xanetia que llegó hasta ellos—. Habéis conducido los pensamientos suyos con gran habilidad en la precisa dirección que más útil es para nosotros.

Kalten hizo bastantes aspavientos de contar monedas en la mano de Falquián.

—¿Qué has averiguado, anarae? —preguntó este último con voz tensa.

—Ha uno o dos días un carruaje cerrado partió deste lugar tras detenerse ostentosamente, bajo una fuerte guardia, ante la puerta de la casa en que la atención nuestra ha estado fijada. El carruaje, que no era más que un engaño, va hacia Panem-Dea. Pero las que buscamos no se hallan dentro. Ya mucho tiempo antes habían salido de Natayos con Zalasta.

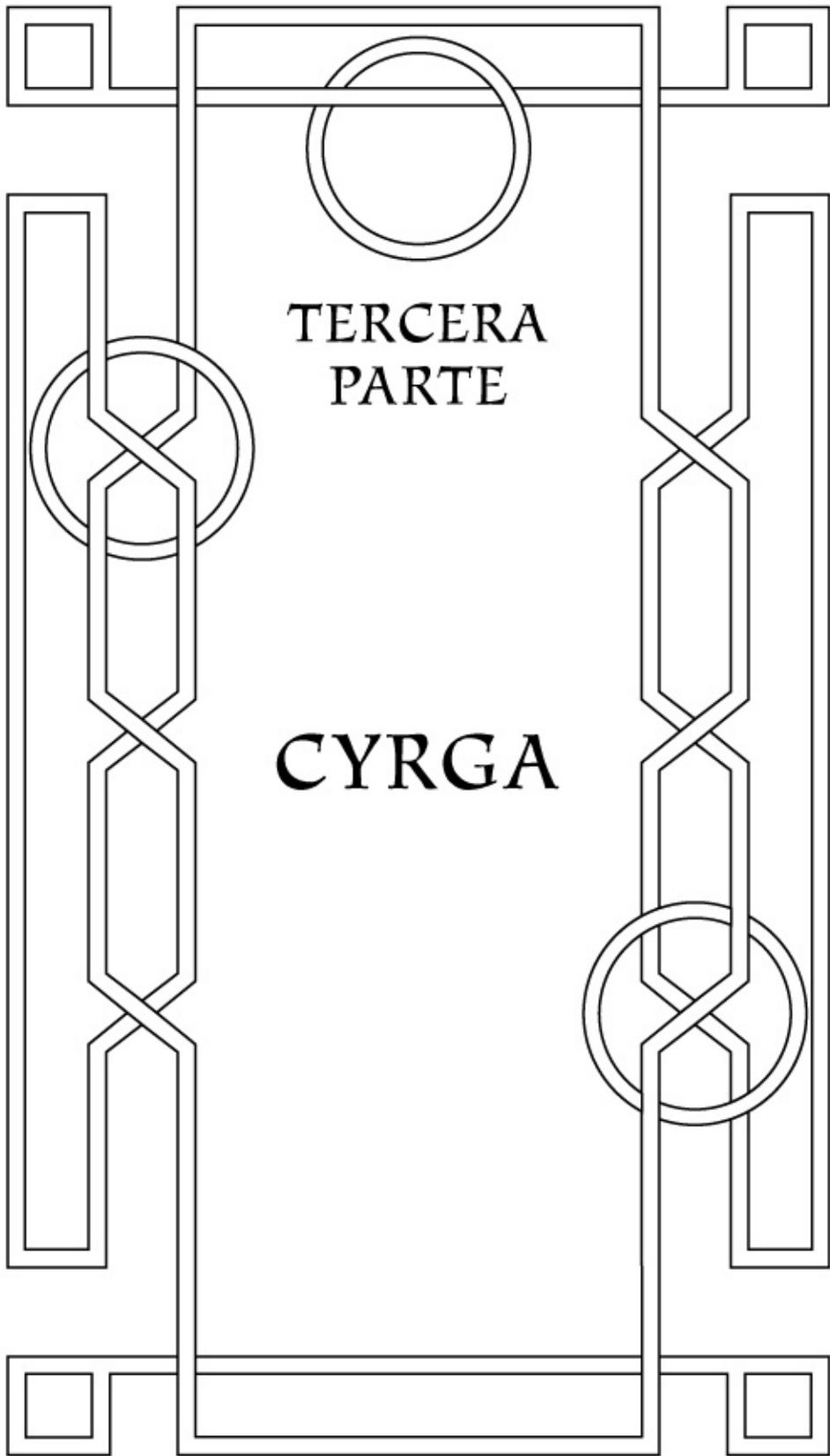
—¿Sabe Krager adónde las llevaba Zalasta? —inquirió Falquián.

—Es evidente que Zalasta tenía intención de que ninguno de los de aquí lo supiera —replicó Xanetia—, pero Krager, siempre a la caza de oportunidades, era buen conocedor de que la noticia referente al punto de destino de Zalasta podría salvarle la vida en caso de que las cosas salieran mal, y se afanó con la mayor asiduidad por descubrir los planes del estiriano. Fingiendo ebrio estupor, consiguió hallarse presente cuando Zalasta fabló con el suyo compañero, Cyzada. Los dos fablaban en estiriano pero Krager, sin que ninguno de nosotros lo supiera, tiene nociones desta lengua, y así consiguió entresacar de la apresurada charla de entrambos la información por la que él y nosotros sentimos más curiosidad.

—Eso es una sorpresa —murmuró Kalten—. Borracho o sobrio, hay que reconocer que Krager es un tipo astuto. ¿Adónde lleva Zalasta a las damas, anarae?

Xanetia suspiró.

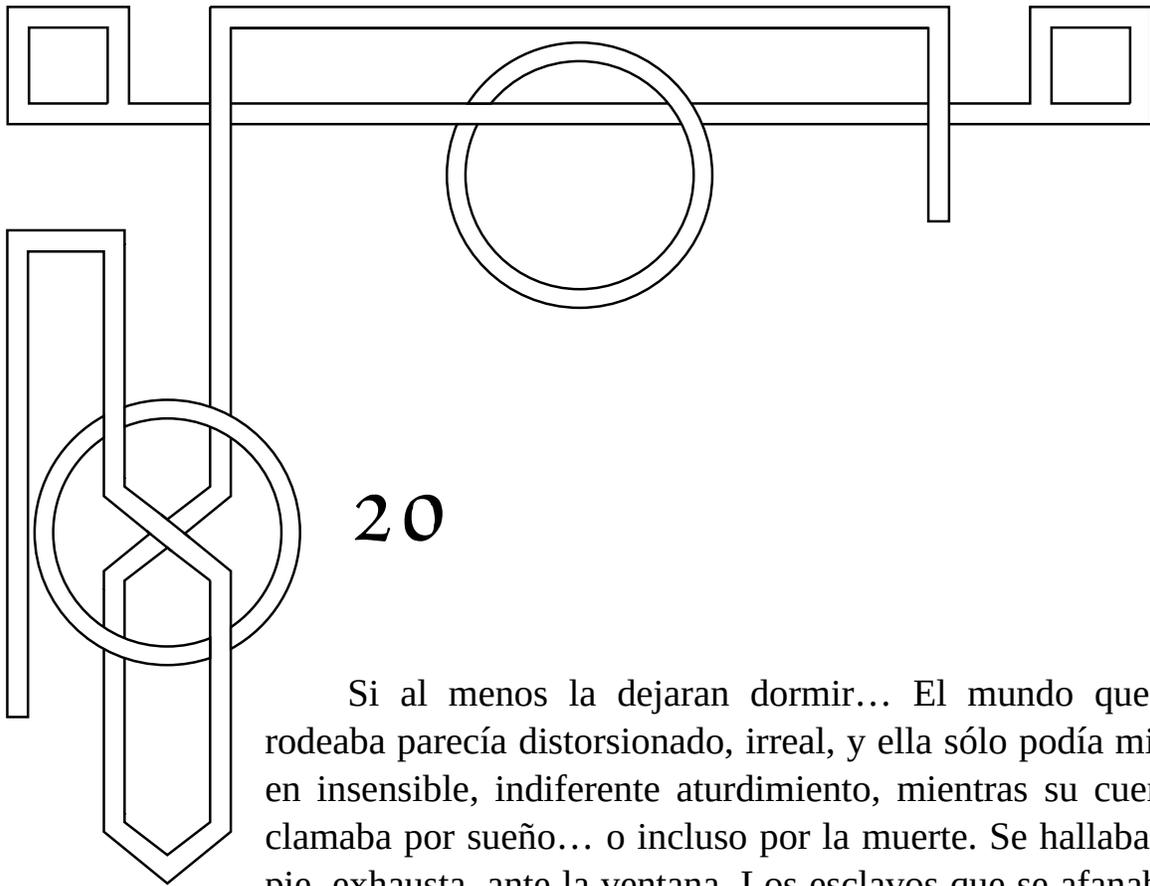
—La información es melancolía, caballero Kalten —le respondió—. Mucho temo que la intención de Zalasta sea llevar a la reina y su camarera a la ciudad oculta de Cyrga, donde el mismo Cyrgon tiene sus dominios, y por el su poder puede negarles allí el acceso a todos a cuantos tenemos afecto.



**TERCERA  
PARTE**

**CYRGA**





## 20

Si al menos la dejaran dormir... El mundo que la rodeaba parecía distorsionado, irreal, y ella sólo podía mirar en insensible, indiferente aturdimiento, mientras su cuerpo clamaba por sueño... o incluso por la muerte. Se hallaba de pie, exhausta, ante la ventana. Los esclavos que se afanaban en los campos que rodeaban el lago, allá abajo, parecían casi hormigas caminando por los barbechos invernales mientras cavaban laboriosamente la tierra con toscas herramientas. Otros esclavos recogían leña entre los árboles de las empinadas laderas de la hondonada, y los apenas audibles sonidos de sus hachas subían hasta la oscura torre desde la que ella los miraba.

Alean yacía sobre un banco desnudo, dormida o muerta, Ehlana ya no podía saber cuál de las dos cosas, pero envidiaba a la gentil camarera en ambos casos.

No estaban solas, por supuesto. Nunca estaban solas. Zalasta, su propio rostro consumido por el agotamiento, hablaba y hablaba con el rey Santheocles. Ehlana estaba cansada en exceso como para extraer significado alguno de las débiles, zumbantes palabras estirianas. Miró distraídamente al rey de los cyrgais, un hombre ataviado con un peto muy ajustado, una túnica de cuero corta y brazaletes de acero ornado en las muñecas. Santheocles era de una raza especial, y las generaciones de crianza selectiva habían realzado los rasgos más admirados por su pueblo. Era un hombre de elevada estatura y musculoso, de piel muy blanca a pesar de que su cabello y su barba rizados y aceitados tenían un lustroso

color negro. La nariz recta continuaba la ininterrumpida línea de la frente. Tenía los ojos muy grandes, y muy negros... y vacíos por completo. Su expresión era altaneramente cruel. Se trataba del rostro de un hombre estúpido, arrogante, despojado de toda compasión e incluso de la más elemental decencia.

El ornado peto le dejaba desnudos los brazos y hombros, y mientras hablaba cerraba distraídamente los puños y volvía a abrirlos, haciendo que sus músculos se contrajeran y danzaran debajo de la pálida piel. Resultaba obvio que no prestaba demasiada atención a las palabras de Zalasta, sino que estaba del todo absorto en el rítmico contraerse y relajarse de los músculos de sus brazos. Era, a todos los niveles, un soldado perfecto, poseedor de un cuerpo magníficamente adecuado y una mente virgen de cualquier pensamiento.

Ehlana, cansada, dejó que sus ojos vagaran nuevamente por la habitación. El mobiliario era extraño. No había propiamente sillas sino sólo bancos y escabeles tapizados con posabrazos ornados y sin respaldo. Resultaba evidente que la idea del respaldo para los asientos no se les había ocurrido a los cyrgais. La mesa que se encontraba en el centro de la sala era baja hasta resultar incómoda, y las lámparas tenían un diseño antiguo, no más que un cuenco de cobre batido con aceite y mechas encendidas que flotaban en el mismo. Las maderas cortadas de manera tosca que formaban el suelo estaban cubiertas con juncos, las paredes de basalto negro tallado carecían de adornos, y las ventanas no tenían cortinas.

Se abrió la puerta y por ella entró Ekatas. Ehlana luchó para conseguir concentrar su mente exhausta. Santheocles era el rey de Cyrga, pero era Ekatas quien gobernaba. El sumo sacerdote de Cyrgon iba vestido y encapuchado de negro, y su anciano rostro consistía en una red de arrugas profundas. A pesar de que su expresión era tan cruel y arrogante como la de su rey, los ojos del anciano eran astutos y despiadados. La parte frontal de su negra túnica estaba adornada con un símbolo que parecía figurar por todas partes en la ciudad oculta, un cuadrado negro al que se superponía una estilizada llama dorada. Sin duda tenía algún significado, pero Ehlana estaba demasiado cansada como para preguntarse siquiera cuál podría ser.

—Venid conmigo —ordenó con tono abrupto—. Traed a las mujeres.

—La sirvienta no tiene importancia ninguna —replicó Zalasta con voz desafiante—. Déjala dormir.

—No estoy habituado a que se cuestionen mis órdenes, estiriano.

—Acostúmbrate, entonces, cyrgai. Las mujeres son mis prisioneras. Mi acuerdo es con Cyrgon, y tú no eres más que un apéndice suyo en ese trato. Tu

arrogancia comienza a fastidiarme. Deja a la muchacha en paz.

Los dos hombres se miraron fijamente a los ojos, y una tensión repentina llenó la habitación.

—¿Y bien, Ekatas? —inquirió Zalasta en voz baja—. ¿Ha llegado ya el momento? ¿Has conseguido por fin reunir el coraje suficiente como para desafiarme? Cuando quieras, Ekatas. Cuando tú quieras.

Ehlana, ahora completamente alerta, vio el destello de miedo en los ojos del sacerdote de Cyrgon.

—Trae entonces a la reina —replicó Ekatas con tono hosco—. Es a ella a quien Cyrgon desea contemplar.

—Sabia decisión, Ekatas —dijo Zalasta, sardónico—. Si continúas tomando las decisiones correctas, puede que llegues a vivir un poco más de tiempo.

Ehlana cogió su capa y cubrió con suavidad a Alean. Luego se volvió para encararse con los tres hombres.

—Acabemos con esto —les dijo, reuniendo algún resto de sus modales regios.

Santheocles se levantó torpemente y se puso el casco crestado, tomándose grandes molestias para no descomponer sus cabellos cuidadosamente peinados. Pasó varios instantes en colocarse el enorme escudo redondo, y luego desenfundó su espada.

—¡Vaya un burro! —comentó Ehlana con desprecio—. ¿Estáis, en todo caso, lo bastante seguros de que puede confiársele a su majestad algo afilado? Podría hacerse daño, ¿sabéis?

—Es la costumbre, mujer —replicó Ekatas con modales estirados—. Los prisioneros deben estar siempre bajo estrecha vigilancia.

—Ah —murmuró ella—, y debemos obedecer los dictados de la costumbre, ¿verdad, Ekatas? Cuando rigen las costumbres, se hace innecesario pensar.

Por los labios de Zalasta cruzó una débil sonrisa.

—Creo que quieres llevarnos al templo, Ekatas. No hagamos esperar a Cyrgon.

Ekatas se tragó la réplica, abrió la puerta de un tirón y los condujo al helado pasillo.

Las escaleras que descendían de la más alta torre del palacio real eran estrechas y empinadas, interminables escaleras de caracol que descendían y descendían. Cuando llegaron al patio que había al final, Ehlana estaba temblando.

El sol del invierno brillaba en el amplio espacio abierto, pero no calentaba mucho.

Atravesaron el enlosado suelo hacia el pálido templo, un edificio erigido no con mármol sino con piedra caliza. A diferencia del mármol, tenía una superficie opaca que nada reflejaba; el edificio presentaba un cierto aire enfermo, leproso.

Subieron las escaleras del pórtico y traspusieron la amplia entrada. Ehlana había esperado que estuviese oscuro en el interior del sanctasanctórum, pero no era así. Miró con un cierto asombro aprensivo a la fuente de la luz mientras Ekatas y Santheocles se postraban, gritando al unísono: *¡Vanet, tyek Alcor! ¡Yala Cyrgon!*

Y fue entonces cuando la reina comprendió el significado de aquel ubicuo emblema que lo marcaba virtualmente todo en la ciudad oculta. El cuadrado blanco representaba el altar en forma de bloque emplazado en el centro preciso del templo, pero la llama que ardía encima del altar no era una representación estilizada. Se trataba de un fuego verdadero que se retorció y llameaba, elevándose furioso.

Ehlana sintió un temor repentino. El fuego que ardía sobre el altar no era un ex voto, sino una llama viva, consciente, alerta y poseedora de una ambición insaciable. Brillante como el sol, Cyrgon mismo ardía, eterno, sobre su pálido altar.

—No —decidió Falquián—, será mejor que no lo hagamos. Quedémonos quietos..., al menos hasta que Xanetia haya tenido la oportunidad de avenar pensamientos de unas cuantas mentes. Siempre podremos regresar para ajustarles las cuentas a Scarpa y sus amigos, más adelante. Ahora mismo lo que tenemos que saber es adónde se ha llevado Zalasta a Ehlana y Alean.

—Eso ya lo sabemos —lo contradijo Kalten—. Las ha llevado a Cyrga.

—Ése es precisamente el problema —intervino el ahora visible Ulath—. No sabemos dónde está Cyrga.

Todos se habían retirado a las ruinas atestadas de maleza, y se hallaban reunidos en el segundo piso de un edificio casi intacto para considerar opciones.

—Aphrael tiene una idea general —insistió Kalten—. ¿No podemos ponernos en camino hacia Cynesga central y buscar cuando hayamos llegado allí?

—No creo que ésa sea una buena idea —observó Bevier—. Cyrgon ha

estado ocultando el lugar mediante ilusiones durante los últimos diez eones. Podríamos caminar por el centro mismo de las calles de la ciudad, y no verla.

—No la esconde de todo el mundo —reflexionó Caalador—. Hay mensajeros que van y vuelven, así que alguno de los que están en Natayos ha de conocer el camino. Falquián tiene razón. ¿Por qué no dejamos que Xanetia se encargue de las averiguaciones aquí, en lugar de salir todos al desierto a esquivar escorpiones y serpientes mientras pateamos pedruscos y arena?

—¿Nos quedamos aquí, entonces? —inquirió Tynian.

—Por el momento —replicó Falquián—. No hagamos nada que llame la atención hasta saber qué puede descubrir Xanetia. Es la mejor opción que tenemos por ahora.

—¡Estábamos tan cerca! —se encolerizó Kalten—. Si hubiéramos llegado aquí uno o dos días antes...

—Bueno, pues no lo hicimos —le contestó Falquián con tono terminante, apartando por la fuerza su propia decepción y frustración—, así que saquemos el mejor partido posible y salvemos lo que se pueda.

—Mientras Zalasta se aleja más y más a cada minuto que pasa —agregó Kalten con amargura.

—No te preocupes, Kalten —le dijo Falquián en un tono tan frío como la muerte—. Zalasta no puede huir lo bastante lejos, ni lo bastante aprisa, como para escapar de mí cuando decida ir a buscarlo.

—¿Estás ocupado, Sarabian? —preguntó la emperatriz Elysoun, con tono tentativo, desde la entrada de la sala tapizada de azul.

—La verdad es que no —suspiró él—. Sólo meditaba. He recibido muchísimas malas noticias durante el último día.

—Volveré en algún otro momento. No eres demasiado divertido cuando tienes cosas en la cabeza.

—¿Es eso lo único que hay en el mundo, Elysoun? —inquirió él con tristeza—. ¿Sólo diversión?

La risueña expresión de ella se tensó un poco, y entró en la habitación.

—Por eso te casaste con nosotras, en primer lugar, ¿no, Sarabian? —Le hablaba en seco tamul, que no se parecía en nada a su relajado dialecto valesiano habitual—. Nuestros matrimonios contigo estaban destinados a consolidar alianzas políticas, así que estamos aquí como símbolos, juguetes y ornamentos.

Ciertamente, no somos parte del gobierno.

Él se sintió sorprendido por la percepción de ella y el repentino cambio operado. Era fácil subestimar a Elysoun. Su resuelta búsqueda del placer y la naturaleza de reveladora agresividad de sus atavíos nativos proclamaban que era una sensual de cabeza vacía, pero la que tenía delante era una Elysoun por completo distinta. Él la miró con un interés nuevo.

—¿Qué has estado haciendo últimamente, amor mío? —le preguntó con afecto.

Ella se encogió de hombros.

—Lo habitual.

Él apartó la mirada.

—Por favor, no hagas eso.

—¿Que no haga qué?

—Menearte de esa manera. Me distrae mucho.

—Se supone que debo hacerlo. No habrás pensado que me visto de esta forma porque soy demasiado perezosa para ponerme ropa, ¿verdad?

—¿Has venido por eso? ¿Para divertirte? ¿O hay algo más tedioso?

Nunca habían hablado así antes, y la repentina franqueza de ella lo intrigaba.

—Hablemos primero de las cosas tediosas —replicó ella. Lo miró con ojo crítico—. Necesitas dormir más —lo reprendió.

—Ojalá pudiera. Tengo demasiadas cosas en la cabeza.

—Tendré que ver qué puedo hacer al respecto. —Hizo una pausa—. En el palacio de las mujeres está sucediendo algo, Sarabian.

—¿Ah, sí?

—Un montón de extraños han estado mezclándose con el surtido de perros falderos y palomos que inundan los pasillos.

Él se echó a reír.

—Es una manera demasiado franca de describir a los cortesanos.

—¿Es que no lo son? No hay un solo hombre de verdad entre ellos. Están allí para ayudarnos en nuestros complots. Tú no sabías que pasamos el día conspirando las unas contra las otras, ¿verdad?

Él se encogió de hombros.

—Eso os da algo que hacer en vuestro tiempo libre.

—Ésa es la única clase de tiempo que tenemos, esposo mío. Todo nuestro tiempo es tiempo libre, Sarabian, ése es el problema. En cualquier caso, esos extraños no están relacionados con ninguna de las cortes establecidas.

—¿Estás segura?

La sonrisa de respuesta fue malvada.

—Confía en mí. He tenido tratos con todos los habituales. Todos ellos son poco más que mariposones. Los extraños son avispas.

Él le dirigió una mirada divertida.

—¿Es verdad que has acabado con todos los cortesanos del palacio de las mujeres?

Ella volvió a encogerse de hombros... con bastante deliberación, pensó él.

—Más o menos. La verdad es que resultó bastante aburrido. Los cortesanos son una gente tibia, pero era una manera de seguirle la pista a lo que estaba sucediendo.

—Entonces, ¿no fue enteramente...?

—Un poco, quizá, pero tengo que tomar medidas para protegerme. Nuestra política es sutil y muy salvaje.

—¿Son tamules esos extraños?

—Algunos sí; otros no.

—¿Cuánto hace que dura esa situación?

—Desde que nos trasladamos todas de vuelta al palacio de las mujeres. No vi a ninguna de esas avispas cuando estábamos viviendo aquí, con los elenios.

—¿Desde hace pocas semanas, entonces?

Ella asintió con la cabeza.

—Pensé que debías saberlo. Podría no ser más que lo mismo que ha estado sucediendo durante años, pero la verdad es que yo no lo creo. Tiene un aire algo diferente. Nuestra política es más indirecta que la vuestra, y lo que está sucediendo ahora en el palacio de las mujeres es política de hombres.

—¿Crees que podrás mantenerle la vista encima al asunto para informarme? Te lo agradeceré.

—Por supuesto, esposo mío. Al fin y al cabo, yo te soy leal.

—Ah, ¿de veras?

—No cometas ese error, Sarabian. No debe confundirse la lealtad con otros asuntos. Eso no significa nada. La lealtad, sí.

—Tienes mucho más de lo que ven los ojos, Elysoun.

—¿Ah, sí? Y eso que nunca he intentado ocultar nada. —Ella respiró profundamente.

Sarabian volvió a reír.

—¿Tienes algún plan para esta noche?

—Nada que no pueda posponerse para otro momento. ¿Qué tenías en mente?

—Pensé que podríamos charlar un rato.

—¿Charlar?

—Entre otras cosas.

—Déjame enviar un mensaje. Después podremos charlar todo lo que quieras..., entre esas otras cosas que acabas de mencionar.

Hacia dos días que habían dejado atrás Tiana, camino del extremo oeste del lago, por la carretera de Arjuna. Acamparon a orillas del lago, a cierta distancia de la carretera, y Khalad cazó un ciervo con la ballesta.

—Carne de campamento —le explicó a Berit mientras despellejaba el animal—. Ahorra tiempo y dinero.

—La verdad es que eres muy bueno y hábil con la ballesta —observó Berit.

Khalad se encogió de hombros.

—Es la práctica —replicó. Luego levantó la cabeza con brusquedad—. Tenemos visita. —Señaló hacia la carretera con el cuchillo.

—Arjunis —observó Berit, mirando con los ojos entrecerrados a los jinetes que se aproximaban.

—No todos —disintió Khalad—. El que va al frente es un elenio..., un edomita, a juzgar por su ropa. —Khalad se limpió las manos ensangrentadas en la larga hierba, recogió su ballesta y la montó—. Sólo para asegurarnos —explicó—. Al fin y al cabo, saben quiénes somos en realidad.

Berit asintió con frialdad y dejó libre la espada dentro de la vaina.

Los jinetes detuvieron las monturas a unas cincuenta varas de distancia.

—¿Caballero Falquián? —lo llamó el edomita en elenio.

—Tal vez —le gritó Berit a modo de respuesta—. ¿Qué puedo hacer por ti, vecino?

—Tengo un mensaje para ti.

—Estoy conmovido. Comienza a dármelo.

—Acércate —agregó Khalad—. No necesitarás tu guardia.

—He oído lo que le hicisteis al último mensajero.

—Bien —replicó Khalad—. Teníamos la intención de que corriera la voz al respecto. El tipo tenía problemas para ser educado, pero estoy seguro de que tus modales son mejores. Acércate. Estás a salvo..., mientras seas cortés.

El edomita vacilaba todavía.

—Amigo —declaró Khalad con tono cargado de intención—. Estás dentro del alcance de mi ballesta, por lo que será mejor que hagas lo que te digo. Trataremos nuestro asunto y luego tú y tus amigos arjunis podréis seguir vuestro camino. De lo contrario, esto podría ponerse desagradable.

El edomita conferenció brevemente con sus guardias, y luego hizo avanzar con cautela al caballo mientras sostenía un pergamino doblado por encima de la cabeza.

—No voy armado —anunció.

—Eso no es muy prudente, vecino —le dijo Berit—. Éstos son tiempos conflictivos. Dame la nota.

El mensajero bajó el brazo con lentitud y le tendió a Berit el pergamino.

—Los planes han cambiado, caballero Falquián —comentó con cortesía.

—Asombroso. —Berit abrió el pergamino y tomó con suavidad el mechón de cabello identificativo—. Ésta es sólo la tercera vez, más o menos. Parecéis tener algunas dificultades para decidiros. —Miró el pergamino—. Muy servicial. Esta vez alguien ha dibujado un mapa.

—La población no es muy conocida, en realidad —explicó el edomita—. Es un lugar pequeño que no existiría de no ser por el comercio de esclavos.

—Eres un mensajero muy bueno, amigo —le dijo Khalad—. ¿Tendrías la amabilidad de transmitirle a Krager unas palabras de mi parte?

—Lo intentaré, joven maese.

—Bien. Dile que voy tras él. Probablemente debería comenzar a mirar por encima del hombro, porque con independencia de cómo salgan las cosas, un día me encontrará allí.

El edomita tragó con dificultad.

—Se lo diré, joven maese.

—Te estaré agradecido.

El mensajero hizo retroceder a su caballo una vara, y luego dio media vuelta y se alejó para reunirse con su escolta arjuni.

—¿Y bien? —preguntó Khalad.

—Vigayo..., en Cynesga.

—No es una población de mucha importancia.

—¿Has estado allí?

—De pasada. El Bhelliom nos llevó allí por error cuando Falquián estaba practicando con él.

—¿A qué distancia está de aquí?

—A unas cien leguas. Pero se encuentra en la dirección correcta. Aphrael dijo que Zalasta llevaba a la reina a Cyrga, así que Vigayo tiene que hallarse más cerca que Arjun. Envía mensaje, Berit. Dile a Aphrael que saldremos a primeras horas de la mañana. Luego puedes volver y ayudarme a cortar este ciervo. Hay diez días de camino hasta Vigayo, así que sin duda vamos a necesitar la carne.

—Él ha estado allí —les dijo Xanetia—. Los sus recuerdos de la ciudad oculta son vívidos, pero el recuerdo de la ruta, impreciso. No he podido entresacar más que impresiones inconexas del recorrido. La su locura lo ha privado de pensamiento coherente, y la mente suya salta de la realidad a la ilusión y de vuelta a la realidad sin propósito ni dirección.

—Yo diría que no’hemo’consegui’ o un poblema —comentó Caalador, arrastrando las palabras—. Er vieho Krager no conos’er camino porque estaba demasia’o borracho como pa’poné’ atención cuando Zalasta hablaba’e cómo se yega hasta Cyrga, y Scarpa está demasia’ o chala’ o como pa’ podé acordars’ ‘e cómo se va. —Sus ojos se entrecerraron y abandonó el dialecto—. ¿Qué hay de Cyzada? —le preguntó a Xanetia.

Ella se estremeció.

—No es la locura ni la ebriedad lo que me cierra el paso de entrada a los pensamientos de Cyzada de Esos —replicó con voz llena de repulsión—. Muy profundamente ha penetrado en la oscuridad que era Azash, y las criaturas del mundo inferior lo han poseído de tal manera que su pensamiento ya no es humano. Al principio, sus hechizos controlaban en alguna medida a esos horribles demonios, pero luego él invocó a Klæl, y en ese acto todo quedó en libertad. Os lo imploro, no me enviéis a ese hirviente caos. Él conoce en verdad una ruta hasta Cyrga, pero no podemos con prudencia alguna seguir esa senda, porque se extiende por los reinos de la llama, la oscuridad y horrores inenarrables.

—Eso, entonces, agota más o menos las posibilidades de este lugar, ¿no? —Todos se volvieron rápidamente hacia el sonido de la voz que les era familiar. La diosa-niña estaba solemnemente sentada en el antepecho de la ventana, con la flauta en las manos.

—¿Es esto prudente, divina Aphrael? —le preguntó Bevier—. ¿No percibirán nuestros enemigos tu presencia?

—Aquí no queda nadie que pueda hacerlo, Bevier —replicó ella—. Zalasta

se ha marchado. Sólo he venido a deciros que Berit recibió nuevas instrucciones. Él y Khalad van hacia Vigayo, una aldea que está junto al otro lado de la frontera cynesgana. En cuanto estéis preparados, os llevaré allí.

—¿Qué conseguiríamos con ello? —preguntó Kalten.

—Necesito tener a Xanetia cerca del siguiente mensajero —respondió la niña—. Cyrga está completamente escondida..., incluso para mí. Hay una clave para deshacer esa ilusión, y eso es lo que tengo que averiguar. Sin esa clave, podríamos hacernos todos viejos dando vueltas por el desierto, y continuaríamos sin encontrar la ciudad.

—Supongo que tienes razón —concedió Falquián. Luego la miró a la cara—. ¿Puedes disponer otra reunión? Estamos acercándonos al final de todo esto, y necesito hablar con los demás..., con Vanion y Bergsten en particular, y probablemente también con Betuana y Kring. Tenemos ejércitos a nuestra disposición, pero no nos servirán de mucho si corren en tres direcciones distintas o atacan Cyrga sin un sistema fijo. Tenemos una idea general de dónde se encuentra el lugar, y me gustaría formar un anillo de acero a su alrededor, pero no quiero que nadie tropiece con la ciudad hasta que haya sacado de allí a Ehlana y Alean.

—Vas a meterme en líos, Falquián —replicó ella con acritud—. ¿Tienes alguna idea del tipo de promesas que tendré que hacer con el fin de conseguir permiso para una reunión semejante?... y, además, tendré que cumplir esas promesas.

—Es muy importante, de verdad, Aphrael.

Ella le sacó la lengua y luego rieló y desapareció.

—El domi Tikume ha enviado órdenes, vuestra reverencia —le informó al patriarca Bergsten el peloi de cabeza rapada cuando se encontraron en la tienda del eclesiástico en las afueras de la ciudad de Pela, en Astel central—. Debemos proporcionaros toda la ayuda que podamos.

—Tu domi es un buen hombre —replicó el patriarca ataviado con su armadura.

—Sus órdenes han organizado un buen cisco —replicó Daiya con una mueca—. La idea de una alianza con los caballeros de la iglesia suscitó un debate teológico que duró varios días. La mayoría de las gentes de Astel creen que los caballeros de la iglesia nacieron y se criaron en el infierno. Una buena cantidad

de los polemistas están actualmente aclarando las cosas con el propio Dios en persona.

—Deduzco que las disputas religiosas entre los pelois son bastante fogosas.

—Oh, sí —asintió Daiya—. Aunque el mensaje del archimandrita Monsel ayudó a calmar las cosas. Las ideas religiosas de los pelois no son tan profundas, en realidad, vuestra reverencia. Nosotros confiamos en Dios y le dejamos la teología a los clérigos. Si el archimandrita aprueba la alianza, para nosotros ya es suficiente. Si se equivoca, será él quien arda en el infierno por eso.

—¿A qué distancia queda Cynesga desde aquí? —le preguntó Bergsten.

—A unas ciento cincuenta leguas, vuestra reverencia.

—Tres semanas —murmuró Bergsten con amargura—. Bueno, supongo que no hay mucho que podamos hacer al respecto. Nos pondremos en marcha a primeras horas de la mañana. Diles a tus hombres que duerman un poco, amigo Daiya. Probablemente iremos un poco cortos de sueño durante el próximo mes, más o menos.

—Bergsten.

La voz que arrullaba su nombre era ligera y musical.

El patriarca thalesiano se sentó rápidamente y tendió una mano hacia el hacha.

—Oh, no hagas eso, Bergsten. No voy a hacerte daño.

—¿Quién está ahí? —exigió saber mientras buscaba a tientas la vela, el pedernal y el acero.

—Toma. —Una mano pequeña emergió de la oscuridad con una lengua de llama danzándole sobre la palma.

Bergsten parpadeó. Su visitante de medianoche era una niña..., estiriana, adivinó. Una niña preciosa con largos cabellos y enormes ojos oscuros como la noche. A Bergsten comenzaron a temblarle las manos.

—Tú eres Aphrael, ¿verdad? —dijo con voz estrangulada.

—Es una aguda observación por parte de tu gracia. Falquián quiere verte.

Él retrocedió de aquel personaje que la doctrina oficial de la iglesia le decía que no existía..., que no podía existir.

—Tu gracia se comporta como un tonto —le aseguró ella—. Tú sabes que ni siquiera podría estar hablando contigo de no tener permiso de tu dios, ¿verdad? No podría siquiera acercarme a ti sin permiso.

—Bueno, teóricamente —concedió él con renuencia—. Pero podrías ser un demonio, y las reglas no rigen para ellos.

—¿Tengo acaso aspecto de demonio?

—La apariencia y la realidad son dos cosas diferentes —insistió él. Ella le miró a los ojos y pronunció el verdadero nombre del dios de los elenios, uno de los secretos más celosamente guardados por la iglesia.

—Un demonio no podría pronunciar ese nombre, ¿no lo cree así tu gracia?

—Bueno, supongo que no.

—Vamos a llevarnos bien, Bergsten —comentó ella sonriendo, y le dio un beso suave en una mejilla—. Ortzel habría discutido ese punto durante semanas enteras. Por favor, deja aquí tu hacha. El acero me pone la carne de gallina.

—¿Adónde vamos?

—A encontrarnos con Falquián. Eso ya te lo he dicho.

—¿Está lejos?

—La verdad es que no. —Ella sonrió al tiempo que apartaba la lona que cubría la entrada de la tienda.

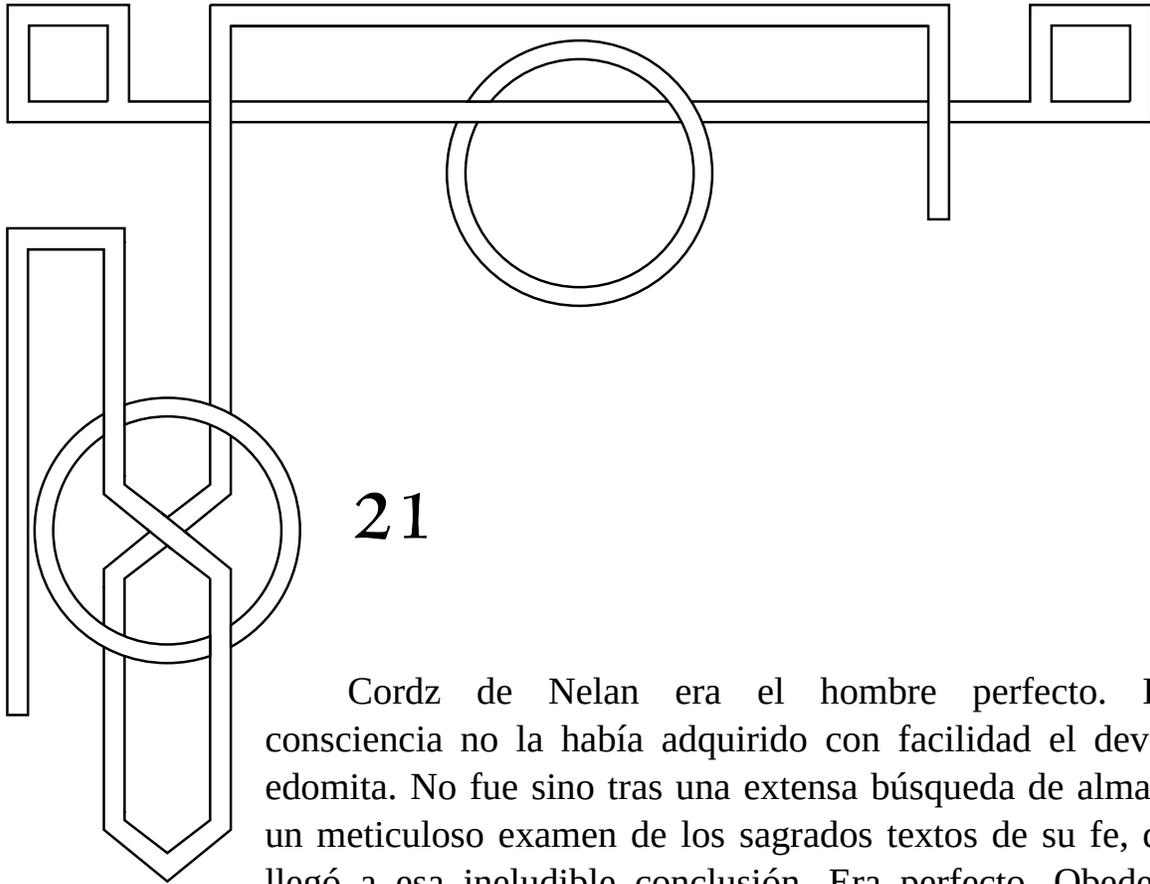
Todavía era de noche en Pela, pero al otro lado de la entrada de la tienda reinaba la luz del día. Una playa de un blanco prístino se extendía hasta un mar de zafiro, todo ello bajo un cielo de colores irisados, y un pequeño islote sobre el que se alzaba un reluciente templo de alabastro flotaba sobre aquel mar de increíble azul a unas cien varas de la playa.

—¿Qué lugar es este? —inquirió Bergsten, asomando la cabeza al exterior y mirándolo todo con asombro.

—Supongo que tu gracia podría llamarlo el paraíso —replicó la diosa-niña, mientras apagaba de un soplo la llama de su mano—. Es el mío, en cualquier caso. Hay otros, pero este es mío.

—¿Dónde está?

—En todas partes y en cualquiera. Todos los paraísos están en todas partes a un tiempo. También lo están los infiernos..., pero ésa es otra historia. ¿Vamos?



## 21

Cordz de Nelan era el hombre perfecto. Esa consciencia no la había adquirido con facilidad el devoto edomita. No fue sino tras una extensa búsqueda de almas y un meticuloso examen de los sagrados textos de su fe, que llegó a esa ineludible conclusión. Era perfecto. Obedecía todos los dictados de Dios, hacía lo que se suponía que debía hacer, y no llevaba a cabo nada prohibido. ¿No es precisamente eso la perfección?

Resultaba una comodidad ser perfecto, pero Cordz no era de los que se dormían en los laureles. Ahora que él había alcanzado la perfección a los ojos de Dios, era hora de volver sus ojos hacia las faltas de sus vecinos. Los pecadores, sin embargo, raras veces pecan abiertamente, así que Cordz se veía obligado a recurrir a subterfugios. Espiaba a través de las ventanas durante la noche; escuchaba a hurtadillas las conversaciones privadas; y cuando sus vecinos le ocultaban inteligentemente sus malas acciones, él imaginaba los pecados que podían estar cometiendo. El Sabbath era un día muy especial para Cordz, pero no a causa de los sermones. Al fin y al cabo, ¿qué necesidad tenía de sermones un hombre perfecto? Era el Sabbath, cuando tenía oportunidad de ponerse de pie y denunciar los pecados de sus vecinos, tanto los que habían cometido como los que podían estar cometiendo.

Es probable que irritara al diablo. Dios sabe que irritaba a sus vecinos.

Pero luego había surgido una crisis en Edom. La corrupta y hereje iglesia de

Chyrellos, tras dos eones de intrigas y conspiraciones, se preparaba por fin para hacer un movimiento contra los justos. Los caballeros de la iglesia se habían puesto en marcha, y con ellos marchaban horrores que escapaban a lo imaginable.

Cordz fue el primero en alistarse en el ejército de Rebal; el hombre perfecto abandonó a sus vecinos y los pecados de éstos para unirse a la causa santa. Se convirtió en el mensajero de más confianza de Rebal; mató caballos por docenas corriendo por los reinos elenios de Tamuli occidental para llevar los despachos que tan vitales eran para la causa.

En aquel día particular, Cordz estaba fustigando a su exhausto caballo en dirección sur, hacia las corruptas ciudades de Daconia meridional, pozos negros de pecado y costumbres licenciosas, a decir verdad, donde los ciudadanos no sólo ignoraban que fuesen pecadores, sino que ni siquiera les importaba. Peor aún, una oscura y probablemente hereje tradición de la iglesia dacita prohibía a los seglares hablar en voz alta durante los servicios del Sabbath. Así pues, al propio portavoz de Dios, el hombre perfecto, no se le permitía exponer y denunciar los pecados que veía a todo su alrededor. La frustración que le provocaba aquello hacía que a veces sintiera ganas de gritar.

Había estado cabalgando casi sin descanso durante la pasada semana, y se sentía muy cansado; así que coronó con bastante alivio la colina que dominaba la ciudad portuaria de Melek.

Entonces se desvaneció todo pensamiento de los pecados de los demás. Cordz frenó a su tambaleante caballo y abrió la boca con horror ante lo que veía.

¡Allí, en el mar que chispeaba al sol del invierno, había una enorme armada, barcos que excedían toda cuenta y navegaban majestuosamente costa abajo bajo las banderas rojas y oro de la iglesia de Chyrellos!

El hombre perfecto estaba tan sobrecogido de horror que ni siquiera oyó el lastimero sonido de la tosca flauta de pastor que tocaba un aire estiriano en clave menor, a alguna distancia hacia su izquierda. Contempló durante un rato la peor de sus pesadillas, con la boca abierta, y luego le clavó desesperadamente las espuelas al caballo y corrió a dar la alarma.

El general Sirada era el hermano menor del duque Milanis, y comandaba las fuerzas rebeldes de Panem-Dea. El rey Rakya había dispuesto las cosas de tal forma que la mayoría de los generales de Scarpa fueran arjunis. Sirada no

ignoraba que había riesgos, pero los hijos menores de las familias nobles estaban obligados a correr riesgos si querían salir adelante en el mundo. Para ellos, el rango y la posición tenían que ser ganados. Sirada soportó los años de asociación con el bastardo demente de una moza de taberna y las incomodidades de acampar en la selva, a la espera de su oportunidad.

Y ya había llegado. Por fin, el demente de Natayos acababa de dar la orden de marchar. La campaña había comenzado. Aquella noche no se durmió ni un instante en Panem-Dea. Los preparativos de la marcha continuaron a lo largo de las horas de oscuridad, y la indisciplinada chusma que comandaba Sirada era incapaz de hacer absolutamente nada en silencio. El general pasó la noche estudiando sus mapas.

La estrategia era sensata; debía reconocerlo. Tenía que reunirse con Scarpa y los demás rebeldes cerca de Derel. Luego marcharían en dirección norte hacia las montañas de Tamul, donde sus fuerzas se verían aumentadas por los cynesganos. Desde allí, avanzarían hacia Tosa en preparación del asalto final de Matherion.

La estrategia personal del general Sirada era mucho más sencilla. Scarpa aplastaría cualquier resistencia existente en Tosa, pero no viviría para ver las brillantes cúpulas de la capital del imperio. Sirada sonrió apenas y tocó el pequeño frasco de veneno que llevaba en el bolsillo interior. El ejército tomaría Matherion, pero sería el general Sirada quien conduciría el asalto final y atravesaría personalmente con su espada al emperador Sarabian. El hermano menor del duque Milanis esperaba que de aquella campaña obtendría al menos un condado.

La puerta se abrió de golpe y su ayudante irrumpió en la sala, con los ojos que se le salían de las órbitas y el rostro blanco como la cera.

—¡Buen dios, mi general! —gritó.

—¿Qué crees que estás haciendo? —exigió saber Sirada—. ¿Cómo te atreves? ¡Te haré azotar por esto!

—¡Estamos siendo atacados, mi general!

Ahora, Sirada podía oír los alaridos de terror. Se levantó rápidamente y traspuso la puerta.

Aún no era de día, y una niebla flotante que había salido del enmarañado bosque, desdibujaba las murallas y casas en ruinas de Panem-Dea. Las antorchas iluminaban las tinieblas con su brillo rojizo, pero se veían también otras luces en las calles invadidas de maleza, luces pálidas, frías, que no ardían ni oscilaban.

Unas criaturas de luz, pálidas como lunas ambulantes, avanzaban por las calles de Panem-Dea. ¡Los seres fulgentes eran un mito! ¡No existían criaturas semejantes!

Sirada apartó su miedo a un lado y desenfundó la espada.

—¡Resistid! —les rugió a los desmoralizados hombres—. ¡Formad! ¡Los lanceros al frente! —Se abrió camino por la fuerza, golpeando a su alrededor con la espada de plano, hasta el interior de la turba de soldados aterrorizados que daban vueltas de un lado a otro—. ¡Formad! ¡Formad una línea!

Pero no había racionalidad alguna ni miedo a la autoridad en los rostros de aquellos hombres mal entrenados. La vociferante muchedumbre se limitó a abrirse y pasar por ambos lados de Sirada. Él volvió a arremeter contra ellos, asestando enormes golpes con la espada, hiriendo a sus propios hombres.

Estaba tan desesperado por restaurar el orden que no sintió la cuchillada que le asestaron en el flanco izquierdo, justo debajo de las costillas. No pudo entender siquiera por qué se le doblaron las piernas ni por qué cayó bajo los pies de sus soldados que huían profiriendo alaridos hacia la espesura del bosque.

—¿Estás seguro de que este mapa es exacto, Tynian? —preguntó el patriarca Bergsten mientras contemplaba el mundo en miniatura que tenía bajo los pies.

—Es el mapa más exacto que podría encontrar vuestra gracia —le aseguró Tynian—. Bhlokw pronunció el hechizo y los dioses-troll metieron sus manos dentro del suelo y sintieron la forma del continente. Allí lo tenéis..., hasta el último árbol y arbusto. Todo está aquí.

—Excepto Cyrga, Tynian-caballero —lo corrigió Engessa.

El general atan estaba ya completamente curado, y parecía tan en forma como siempre. Su rostro, sin embargo, tenía una expresión preocupada. Su reina lo había recibido de forma casi abrupta cuando llegó, y ahora lo evitaba de manera bastante obvia.

Sephrenia se encontraba sentada en uno de los bancos del templo de alabastro de Aphrael, con la luz del arco iris de aquel cielo imponente, jugando sobre su rostro.

—Habíamos abrigado la esperanza de que Schlee pudiera sentir Cyrga cuando recreara el continente, vuestra gracia —comentó—, pero la ilusión de Cyrgon parece ser absoluta. Ni siquiera un hechizo troll consigue romperla.

Aphrael caminó ligera por el mundo diminuto que Bhlokw había conjurado

para ellos. Pasó por encima de la minúscula ciudad de Cynestra, y continuó hacia una región montañosa que se encontraba en el centro del desierto.

—Solía estar en alguna parte de esta zona general —dijo, al tiempo que hacía un gesto vago que abarcaba las montañas.

—¿Solía estar? —inquirió Bergsten con mordacidad.

Ella se encogió de hombros.

—A veces desplazamos las cosas.

—¿Ciudades enteras?

—Es posible..., aunque refleja una mala planificación.

Bergsten se estremeció y comenzó a marcar distancias en el continente diminuto con un trozo de cuerda.

—Yo estoy aquí arriba, en Pela —les explicó a los otros a la vez que señalaba un punto de Astel central—. Eso está a casi trescientas leguas de la vecindad inmediata de Cyrga, y tendré que detenerme para tomar Cynesga por el camino. Vosotros estáis mucho más cerca, así que tendréis que retrasaros un poco si queremos llegar todos allí más o menos al mismo tiempo.

Aphrael se encogió de hombros.

—Yo me entrometeré en las cosas —declaró.

Bergsten le echó una mirada perpleja.

—La divina Aphrael tiene formas de comprimir el tiempo y la distancia, vuestra gracia —explicó Falquián—. Puede...

—¡No quiero oírlo, Falquián! —replicó Bergsten con brusquedad, cubriéndose las orejas con las manos—. Ya has puesto en peligro mi alma al traerme hasta aquí. Por favor, no lo empeores contándome cosas que no necesito saber.

—Como vuestra gracia quiera —asintió Falquián.

Emban se paseaba por los alrededores del grupo de montañas que surgían en el centro del desierto cynesgano.

—Todos vamos a convergir en estas montañas —comentó—. Yo no soy un experto, pero ¿no sería mejor detenernos al pie de las montañas y aguardar hasta que todos los demás hayan llegado, antes de llevar a cabo el asalto final?

—No, vuestra gracia —lo contradijo Vanion con firmeza—. Detengámonos a una cierta distancia del pie de las montañas..., al menos a un día a caballo. Si llegamos a tropezarnos con las criaturas de Klæl, necesitaremos espacio para maniobrar. Cuando eso suceda, quiero tener a mi alrededor mucho terreno llano.

El rechoncho hombrecillo de la iglesia se encogió de hombros.

—Tú eres el soldado, Vanion. —Señaló hacia el sur—. Allí está nuestro punto débil —dijo—. Tenemos una buena concentración de fuerzas que se aproximan por el este, el noreste y el norte, pero no hay nadie que cubra el sur.

—Ni el oeste —agregó Sarabian.

—Yo cubriré el oeste, majestad —replicó Bergsten—. Puedo apostar a mis caballeros y los pelois de forma que bloqueen la totalidad del cuadrante.

—Eso continúa dejando descubierto el norte —reflexionó Emban.

—De eso ya nos hemos hecho cargo, Emban —le aseguró Aphrael—. Stragen ha estado haciendo correr historias acerca de una vasta flota de la iglesia que navega por la costa meridional, y yo he estado tejiendo ilusiones para respaldarlas. ¿Cuánto van a tardar los trolls en llegar a sus posiciones en el norte de Zhubay, Ulath?

—Justo el tiempo que haga falta para convencer a los dioses-troll de que necesitamos a sus hijos allí en lugar de en las montañas de Tamul —replicó el enorme thalesiano—, un día, más o menos, calculo. Una vez que estén convencidos, meterán a sus hijos en el No-Tiempo. Si no tuviéramos que parar de vez en cuando para alimentar a los trolls, podríamos llegar a Zhubay antes de que parpadearas. Si supiera dónde está Cyrga, podría tener un millar y medio de trolls ante sus puertas por la mañana.

—No hay necesidad de apresurarse. —La diosa-niña los miró a todos con ojos acerados—. Nadie, y quiero decir nadie, va a hacer movimiento alguno contra Cyrga hasta que yo me haya asegurado de que Ehlana y Alean están a salvo. Si me viera obligada, podría hacerlos dar vueltas en círculos en ese desierto durante generaciones, así que no se os ocurra ponerlos creativos conmigo.

—¿Es tan importante para ti la reina de Elenia, divina Aphrael? —preguntó Betuana con suavidad—. La guerra es dura, y tenemos que aceptar las pérdidas.

—Es un asunto personal, Betuana —dijo Aphrael por toda respuesta—. Éstas son vuestras posiciones. —Comenzó a hacer gestos por encima del continente en miniatura—. Bergsten avanzará desde el norte y el oeste para cubrir ese flanco de la ciudad; Ulath, Tynian y Bhlokw traerán a los trolls desde Zhubay, y se unirán al flanco izquierdo de los atanes de Betuana; Vanion llegará por el este y con su flanco izquierdo se unirán Kring y los pelois; Stragen ha persuadido al repugnante dacita de Beresa de que hay un millón de caballeros de la iglesia, más o menos, que van a desembarcar en la costa cercana a Verel y Kaftal, y eso debería desviar a la mayor parte de los ejércitos de Cynesga. Existen algunas

discrepancias en lo referente a las distancias, pero yo me encargaré de solucionarlas. Cuando llegue el momento, estaréis todos en vuestros lugares indicados, aunque tenga que recogeros uno por uno y llevaros en peso. —Se interrumpió abruptamente—. ¿Qué sucede, Bergsten? No te rías de mí o te cogeré por la nariz para zarandearte.

—No estaba riéndome de ti, divina Aphrael —le aseguró el patriarca—. Sólo sonreía a modo de aprobación. ¿Dónde aprendiste tanto de estrategia y táctica?

—He estado observando cómo los elenios hacíais la guerra desde poco después de que descubrierais el fuego, tu gracia. Era inevitable que aprendiera algunos de los trucos del oficio. —Se volvió de forma repentina a mirar a Bhlok—. ¿Qué? —inquirió, irritada.

—U-lat me ha dicho qué acabas de decir, diosa-niña. ¿Por qué estamos haciendo esto?

—Para castigar a los malvados, sacerdote de los dioses-troll.

—¿Qué? —le preguntó Falquián a Ulath con pasmado asombro—. ¿Cómo lo ha llamado?

—Ah —dijo Ulath con voz suave—. ¿No lo sabías? Nuestro peludo amigo tiene una cierta eminencia.

—¿Es verdad que tienen sacerdotes?

—Por supuesto. ¿Es que no los tiene todo el mundo?

—Es bueno castigar a los malvados que se llevaron a la compañera de Anakha —estaba diciendo Bhlok—, pero ¿tenemos que llevar a tantos? Khwaj castigará a los malvados. Ésta es la estación de Schlee, y nosotros deberíamos estar siguiendo el camino de la caza. Los jóvenes deben ser alimentados o morirán, y eso no es una cosa buena.

—Oh, cielos —murmuró Aphrael.

—¿Qué está sucediendo aquí, caballero Ulath? —preguntó Sarabian.

—Los trolls son cazadores, majestad —le explicó el interpelado—, no guerreros. No comprenden muy bien el arte de la guerra. Ellos se comen lo que matan.

Sarabian se estremeció.

—Es algo muy moral, majestad —señaló Ulath—. Desde el punto de vista de los trolls, desperdiciar la carne es un crimen.

Aphrael estaba mirando al sacerdote de los dioses-troll con los ojos entrecerrados.

—Es una buena cosa seguir el camino de la caza y castigar a los malvados al

mismo tiempo —le dijo—. Si cazamos de esa manera, les causaremos daño a los malvados y además traeremos mucha carne para los jóvenes durante la estación de Schlee.

Bhlok w consideró lo que acababa de oír.

—La caza de los hombres-cosas es no-simple —comentó, dubitativo—, pero es mi pensamiento que la caza de los dioses-cosas es todavía menos no-simple. —Reflexionó sobre ese punto—. Pero es bueno. Una caza que consigue más que comida es buena cosa. Tú cazas muy bien, diosa-niña. Algún día deberíamos tomar la comida juntos y hablar de viejas cazas. Es bueno hacer esto. Hace que los compañeros de manada se acerquen más y así cacen mejor.

—Me pondrá contenta que hagamos eso, Bhlok w.

—Entonces lo haremos. Mataré un perro para que comamos. El perro es todavía más bueno para comer que el cerdo.

Aphrael profirió un acallado sonido de asco.

—¿Te causará enojo si les hablo con sonidos de pájaros a nuestros compañeros de manada, Bhlok w? —intervino Falquián—. Pronto será el tiempo de comenzar la caza, y todos deben estar preparados.

—No me causará enojo, Anakha. U-lat puede decirme lo que tú estás diciendo.

—Bueno, pues —les dijo a los demás—. Ya sabemos todos cómo vamos a converger en Cyrga, pero hay varios de nosotros que tienen que entrar primero. Por favor, retrasad vuestro ataque hasta que nosotros nos encontremos en posición. No os amontonéis sobre nosotros pisándonos los talones.

—¿A quién te llevarás contigo, Falquián? —inquirió Vanion.

—A Kalten, Bevier, Talen, Xanetia y Mirtai.

—Yo no acabo de...

Falquián levantó una mano.

—Fue Aphrael quien los eligió, mi señor —dijo—. Si tienes alguna objeción, plantéasela a ella.

—Tienes que tener a esas personas contigo, Falquián —explicó Aphrael con paciencia—. Si no las llevas, fracasarás.

—Lo que tú digas, divina Aphrael —se rindió él.

—¿Entonces, estarás delante de Berit y de mí? —inquirió Khalad. Falquián asintió con la cabeza.

—Los del otro bando esperarán que os sigamos los pasos a vosotros. Si marchamos delante, podríamos confundirlos..., al menos eso espero yo. Aphrael

nos llevará directamente a Vigayo y husmearemos un poco por allí. Si el tipo que lleva el siguiente mensaje ya se encuentra en la población, Xanetia tendría que poder enterarse de vuestro próximo punto de destino. Antes o después alguien tendrá que darte la clave de la ilusión que esconde a Cyrga, y ésa es la información que necesitamos. Una vez la tengamos, el resto será mucho más fácil.

—Me gusta esa definición del concepto de fácil —le murmuró Caalador a Stragen.

Emban tomó otra nota en su inevitable lista, y luego se aclaró la garganta.

—¿Es inevitable, Emban? —suspiró Bergsten.

—Me ayuda a pensar, Bergsten, y es una forma de asegurarse de que no nos hemos dejado nada. Si tanto te aburre, no me prestes atención.

—Los hombres-cosas hablan demasiado cuando deciden cómo cazar, U-lat —se quejó Bhlok w.

—Es la naturaleza de los hombres-cosas el hacer esto.

—Eso es porque las cazas de los hombres-cosas son tan no-simples. Es mi pensamiento que sus cazas son no-simples porque no se comen lo que matan. Cazan y matan por razones que yo no entiendo. Es mi pensamiento que esa cosa que los hombres-cosas llaman «guerra» es una debilidad muy grande.

—No es nuestro pensamiento el causar enojo al sacerdote de los dioses-troll —declaró el patriarca Bergsten en una lengua troll impecable—. Esta cosa que los hombres-cosas llaman guerra es como las cosas que pasan cuando dos manadas troll llegan a cazar en el mismo territorio.

Bhlok w consideró la explicación. Luego profirió un gruñido a la vez que la comprensión inundaba su peluda cara.

—Ahora está claro para mí —dijo—. Esta cosa que los hombres-cosas llaman «guerra» es como la caza de pensamientos. Por eso es no-simple. Pero continuáis hablando demasiado. —El troll miró a Emban con los ojos entrecerrados—. Ese de ahí es el peor —agregó—. Su barriga de la mente es tan grande como la barriga de su barriga.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Emban con curiosidad.

—No es fácil de traducir, vuestra gracia —replicó Ulath con tono suave.

El patriarca Emban le echó una mirada ligeramente suspicaz, y luego expuso una vez más, con meticulosidad, el despliegue de tropas; a medida que hablaba ponía una marca en cada punto de la lista. Cuando acabó, miró a los demás.

—¿Se le ocurre a alguien alguna otra cosa?

—Quizá —contestó Sephrenia, que tenía el entrecejo fruncido—. Nuestros enemigos saben que Berit no es Falquián, aunque pensarán que a Falquián no le quedará otra alternativa que seguirlo. Podría ser útil el confirmar esa creencia. Creo que conozco una forma de duplicar el sonido y la sensación que produce el Bhelliom. Si resultara, nuestros enemigos pensarán que Falquián se encuentra en la columna de caballeros que Vanion conducirá al desierto. Se concentrarán en nosotros en lugar de buscarlo.

—Estás poniéndote en peligro, Sephrenia —objetó Aphrael.

—En eso no hay nada particularmente nuevo. —Sephrenia sonrió—. Y cuando tomas en consideración lo que estamos intentando hacer, no hay ningún sitio en el que se pueda estar a salvo de verdad.

—¿Eso es todo, entonces? —inquirió Engessa, al tiempo que se ponía de pie.

—Probablemente, amigo Engessa —replicó Kring—, excepto por la hora más o menos que todos pasaremos diciéndonos los unos a los otros que tengamos cuidado.

Engessa cuadró los hombros, dio media vuelta y se encaró directamente con la reina.

—¿Cuáles son tus órdenes, Betuana-reina? —le preguntó con formalidad militar.

Ella se irguió con altivez regia.

—Es nuestra orden que regreséis con nos a Sarna, Engessa-atan. Allí retomarás el mando de nuestro ejército.

—Será como tú lo quieras, Betuana-reina.

—En cuanto lleguemos, le enviarás mensajeros a mi esposo, el rey. Dile que ya no pende amenaza alguna sobre Tosa. Los seres fulgentes se encargarán de Scarpa.

Él asintió con rigidez.

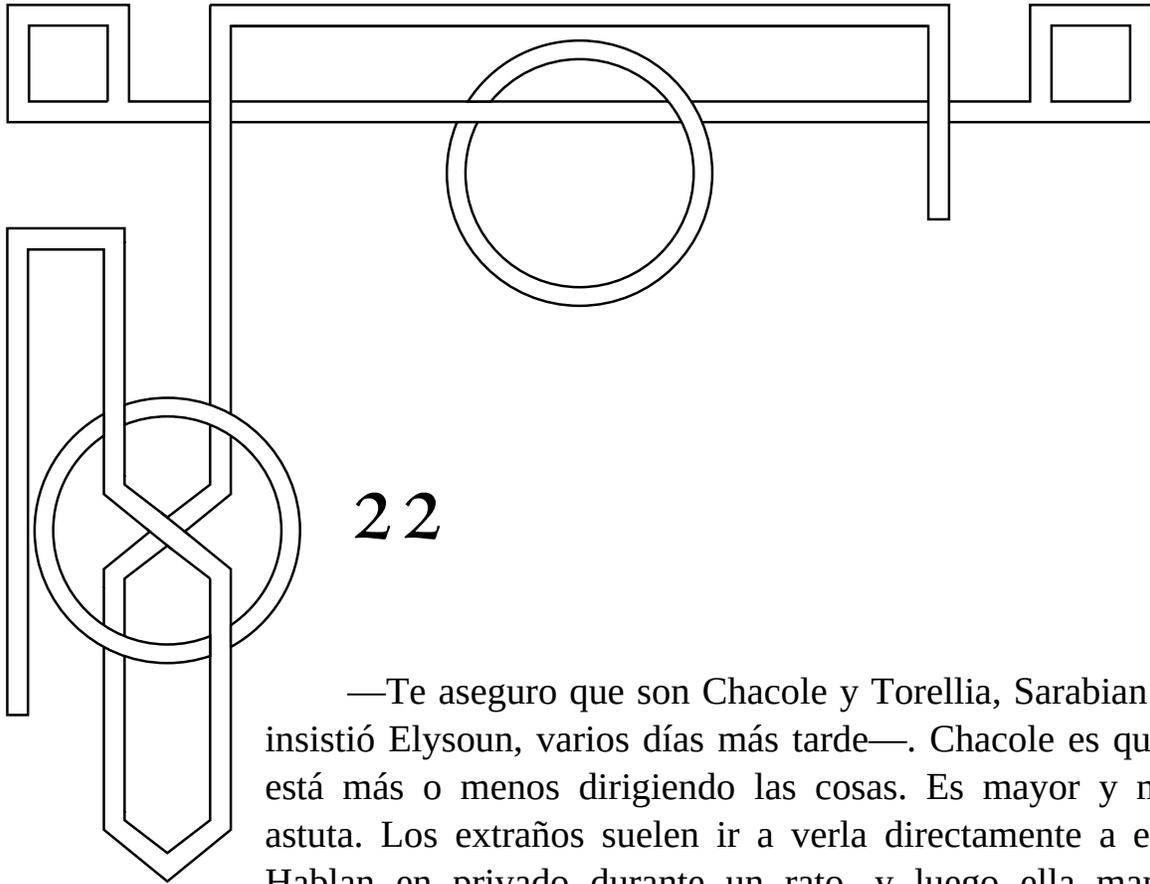
—Además, dile que tengo necesidad de su ejército en Sarna. Es allí donde nos prepararemos para la batalla principal, y él deberá encontrarse presente para asumir el mando. —Hizo una pausa—. Eso no se debe a que estemos insatisfechas con tu liderazgo, Engessa atan, pero Androl es el rey. Tú has servido bien. La casa real de Atan te está agradecida.

—Es mi deber, Betuana-reina —replicó él, dándose un puñetazo sobre el peto a modo de saludo—. No es necesaria gratitud ninguna.

—Oh, cielos —murmuró Aphrael.

—¿Qué sucede? —le preguntó Sephrenia.

—Nada.



22

—Te aseguro que son Chacole y Torellia, Sarabian — insistió Elysoun, varios días más tarde—. Chacole es quien está más o menos dirigiendo las cosas. Es mayor y más astuta. Los extraños suelen ir a verla directamente a ella. Hablan en privado durante un rato, y luego ella manda buscar a Torellia. Antes no eran tan aficionadas la una a la otra, pero ahora se las ve todo el tiempo con las cabezas juntas.

—Es probable que estén recibiendo órdenes de sus países de origen — reflexionó Sarabian—. El rey Jaluah de Cynesga es hermano de Chacole, y Torellia es hija del rey Rakya de Arjuna. ¿Puedes sacar algo en claro de qué podrían traerse entre manos?

Ella negó con la cabeza.

—Es demasiado pronto.

—¿Pronto?

—Política de mujeres, otra vez. Nosotras somos más tortuosas que los hombres. Chacole querrá que todo esté afianzado antes de hacer nuevas alianzas. Tiene a Torellia bajo su control, pero todavía no está del todo preparada para intentar ampliar sus dominios.

—¿Estás segura de que Torellia es la subordinada?

Ella asintió con la cabeza.

—Los criados de Chacole tratan despóticamente a los de ella. Ése es el

primer signo de dominación en el palacio de las mujeres. Los sirvientes de Cieronna son todos insufribles porque ella es la primera esposa, y todas somos subordinadas de ella..., excepto Liatris, por supuesto.

—Por supuesto. —Sarabian sonrió—. Nadie que esté en sus cabales se muestra impertinente con Liatris. ¿Ha matado a alguien, últimamente?

—No desde que asesinó al lacayo de Cieronna, el año pasado.

—Eso me hace pensar en una cosa. ¿Deberíamos informar a Liatris de esto? Elysoun negó con la cabeza.

—Tal vez más adelante, no a estas alturas. La atana Liatris es demasiado directa. Si yo le contara esto, ella se limitaría a matar a Chacole y Torellia. Aguardemos hasta que Chacole me aborde a mí antes de implicar a Liatris.

—¿Estás segura de que Chacole te abordará?

—Tengo una seguridad casi absoluta. Mis sirvientes tienen una libertad de movimiento mucho mayor que los de ella... a causa de mis actividades sociales.

—Ésa es una forma delicada de expresarlo.

—Tú sabías que yo era valesiana cuando te casaste conmigo, Sarabian, y conoces nuestras costumbres. Por eso mis sirvientes tienen libertad de desplazamiento por el complejo. Es una tradición.

Él suspiró.

—¿Cuántos tienes actualmente, Elysoun?

—Ninguno, de hecho. —Ella le sonrió—. La verdad es que no lo entiendes, ¿verdad, Sarabian? La parte más importante de la diversión de esas pequeñas aventuras ha sido siempre la intriga, y estoy obteniendo cantidades enormes de eso jugando a la política.

—¿No te sientes un poco... privada?

Ella se encogió de hombros.

—Puedo soportarlo, y si me sintiera desesperada, siempre podría recurrir a ti, ¿no? —replicó, y le dedicó una sonrisa coqueta.

—Güeno, señor, maese Valash —decía Caalador, arrastrando las palabras, repantigado en una silla del desordenado desván—. Aquí, er vieho Vymer, m'ha dicho que está usté' dispuesto a pagá' buen dinero por la informasión, y a mí se m'ocurió que si te gustaría enterarte e lo que visto en el suroeste d'Atan con tus propia'oreja'.

—¿Vosotros dos os conocéis desde hace bastante tiempo, entonces? —

inquirió Valash.

—Vaya que sí, maese Valash. Yo y Vymer no'conosemo'd'hace mucho tiempo. Estábamo'to'o'junto' cuando la gresca' e Matherion... é' y yo y Fron y Reldin... y un par má'... cuando lo'tipo'd'Interio' yegaron y se no' echaron ensima. S'organizóuna' e to'o'lo'diablo', si quiere que se lo diga. En fin, despué' de que nos cargáramo a la polisía, no'separamo'to'o' a lo' cuatro viento'.No e'un'ideamu' güena esa'e quedarse to'o'junto' cuando la ley va a por ti.

Stragen se encontraba sentado más atrás, fuera del círculo de luz de la vela, observando con gran atención la cara de Valash. Caalador acababa de llegar para reemplazar a Falquían y Talen en el engaño de Valash que estaban llevando a cabo, y Stragen se sintió una vez más impresionado por lo zalamero que era en realidad su amigo. Valash parecía atraído por el cómodo encanto folclórico del dialecto de Caalador. Stragen despreciaba el habla inculta, pero se veía forzado a reconocer la utilidad que tenía. Parecía siempre tan genuino, tan inocentemente desmañado...

—¿Dónde está Fron, ya que hablamos de él? —preguntó Valash. Caalador se encogió de hombros.

—Él y Reldin levantaron er vuelo has' una semana, má' o meno'. Dio la casualidá'te que paré en una taberna te Delo cuando venía pa' quí, y ahí había un tipo al que se le veía que'ra polisía por to'o'lo'la'o' y que l'estaba describiendo er vieho Fron a un muchacho, hasta con la'berruga' y to' o. En cuanto yegué aquí, se lo' conté, y eyo' pensaron que ya er' hora tecontinuá' camino. En fin, aquí, Vymer, m'haconta' o eso' e cómo está'interesa' o en lo qu' está pasando por aquí y por ayá, y yo he visto alguna'cosa' cuando no'escapamo'to'olle Matherion qu' ér piensa que pa' ti podrían valé' argo.

—Te escucharé sin duda, Ezek. —Valash levantó bruscamente la cabeza cuando el comatoso Ogerajin comenzó a murmurar, dormido.

—¿Está bien? —le preguntó Stragen.

—No es nada —dijo Valash por toda respuesta—. Hace eso todo el tiempo. Continúa, Ezek.

—Bueno, señó', fue has'un par de semana', me parese, y yo iba corriendo por Atan; m'afanaba por atravesá' Astel pa'yegá' a Darsos... por eso'e que la ley m'iba «pisando lo'talone' y to'o eso. Estaba bajando'ela'montaña' cuando me paré'n seco porque vi má'atane'dora'o de lo' que yo pensaba q' había en to'o er mundo... ¡quiero tesí' que se lo' veía por legua'!Lo' había por multitude'

d'eso'tipo'grande'... estaban to'opertrecha'opa' la guerra y con una pinta'e verdá' que mu' mala y na' amistosa.

—¿Todo el ejército atan? —exclamó Valash.

—A mí me pareció má' una emigración de to'a la rasa, maese Valash. ¡Yo nunca no había visto a tanto'd'eso'tipo'!

—¿Dónde estaban, exactamente? —le preguntó Valash, emocionado.

—Bueno, señó', por lo que yo pude carculá', estaban serca'e la frontera cynesgana... ayá serquita'e un pueblo pequeñito que se yama Zhubay. Si por casualidá'tien'un mapa a mano, yo te puedo señalarte'l punto esato. —Caalador miró a Valash con los ojos entrecerrados—. ¿Cuánto diría' que vale'sa informasión, maese Valash?

Valash no vaciló siquiera en coger su bolsa.

—Fue muy extraño, domi Tikume —le dijo Kring a su amigo mientras ambos cabalgaban al frente de sus hombres reunidos por el desierto cynesgano, la mañana después de la conferencia con Aphrael—. La diosa-niña dijo que en realidad estábamos todos soñando, pero todo parecía muy real. De hecho, podía oler las flores y la hierba. Nunca antes había olido algo en un sueño.

Tikume parecía dubitativo.

—¿Estás seguro de que no fue una herejía el acudir a ese lugar, domi Kring?

Kring profirió una carcajada con la boca torcida.

—Bueno, pues si lo fue, estaba en buena compañía. El patriarca Emban se encontraba allí, y también el patriarca Bergsten. En fin, el caso es que tú y yo tenemos que continuar haciendo estas incursiones al interior de Cynesga. Luego hemos de seguir camino y cabalgar hacia esas montañas que están en medio del desierto. Tenemos la esperanza de que el príncipe Falquián haya podido determinar el emplazamiento exacto de Cyrga para cuando lleguemos allí.

Uno de los exploradores que había estado recorriendo el quemado desierto pardo que tenían delante, regresaba en ese momento al galope.

—Domi Tikume —dijo al tiempo que frenaba al caballo—. Los hemos encontrado.

—¿Dónde? —preguntó Tikume.

—Hay un lecho de río seco a una media legua más adelante, domi. Están agachados allí. Yo diría que planean tendernos una emboscada.

—¿Qué clase de soldados son? —inquirió Kring.

—Hay caballería cynesgana y más de esos tipos grandes con máscara de acero a los que últimamente hemos matado a fuerza de hacerlos correr. También había otros de infantería, pero no los he reconocido.

—¿Llevaban petos? ¿Túnicas cortas? ¿Cascos de altos penachos y grandes escudos redondos?

—Ésos son, domi Kring.

Kring se pasó una mano por la afeitada cabeza.

—¿Qué ancho tiene el lecho de ese arroyo? —preguntó.

—Unos cincuenta pasos, más o menos, domi.

—¿Con meandros? ¿Bastante profundo?

El explorador asintió con la cabeza.

—Es una emboscada, ya lo creo —dijo Kring—. Es probable que la caballería tenga intención de dejarse ver y luego retirarse al lecho del arroyo. Si los seguimos, nos toparemos con la infantería. Hemos estado haciendo correr a los soldados de Klæl hasta la muerte en terreno abierto, así que ahora quieren meternos en un lugar cerrado.

—¿Qué hacemos? —inquirió Tikume.

—Nos mantendremos apartados del lecho del arroyo, amigo Tikume. Enviaremos un destacamento para que les corte la retirada cuando hayan salido. Los mataremos, y eso seguramente hará salir a los soldados de Klæl a terreno abierto.

—¿Y qué hay de los cyrgais? ¿Son más de esos soldados del pasado con los que nos tropezarnos a cada rato?

—No lo creo. Están dentro de las fronteras de Cynesga, por lo que probablemente sean habitantes vivos de la propia Cyrga. —Kring se interrumpió de pronto y una lenta sonrisa se formó en su rostro—. Acaba de ocurrírseme algo. Envía a ese destacamento, amigo Tikume. Dame un poco de tiempo para planear esto.

—Esa sonrisa es particularmente peligrosa, amigo Kring.

—A veces soy un tipo particularmente peligroso, amigo Tikume —replicó Kring, mientras la sonrisa se hacía más amplia.

—Traficantes de esclavos —fue el comentario de Mirtai mientras espiaba desde lo alto de la rocosa colina a la columna que avanzaba lentamente por la árida extensión pedregosa de color pardo, en dirección a la aldea apiñada en torno al

oasis. El cambio casi instantáneo de la humedad de la selva arjuni al árido desierto de Cynesga, le había provocado a Falquián una ligera jaqueca.

—¿Cómo puedes saberlo estando a tanta distancia? —le preguntó Bevier.

—Por esas túnicas con capucha —replicó ella mientras se asomaba nuevamente por encima de la gran roca que los ocultaba—. Los traficantes de esclavos las llevan cuando entran en Cynesga con el fin de que las autoridades no se metan con ellos. Cynesga es casi el único lugar que queda donde la esclavitud es abiertamente legal. Los demás reinos la miran con malos ojos.

—Se me ocurre una idea, Falquián —comentó Bevier—. Si pudiéramos echar mano de unas cuantas de esas túnicas negras, podríamos movernos por el desierto sin atraer la atención.

—No nos parecemos mucho a los arjunis, Bevier —objetó Kalten.

—No tenemos por qué —intervino Talen—. Por lo que he oído en Beresa, hay bandas de salteadores que les tienden emboscadas a las caravanas para robarles los esclavos, así que los traficantes de esclavos arjunis contratan a montones de hombres de lucha de todas las razas para que protejan la mercancía.

—Ah —dijo Kalten—. Me pregunto dónde podríamos conseguir túnicas negras.

—Yo veo alrededor de un centenar ahí delante mismo —replicó Bevier al mismo tiempo que señalaba hacia la caravana.

—Elenios —suspiró Xanetia, poniendo los ojos en blanco.

—Incluso estás empezando a hablar como Sephrenia, anarae —comentó Falquián con una sonrisa leve—. ¿Qué estamos pasando por alto?

—Servirán las túnicas de cualquier color o tono, Anakha —explicó Xanetia con paciencia—, y sin duda podrán obtenerse en Vigayo, cerca daqueste oasis.

—Tienen que ser negras, anarae —objetó Bevier.

—El color es un aspecto de la luz, caballero Bevier, y yo soy muy diestra en el control de la luz.

—Ah —dijo él—. Creo que no había pensado en ello.

—Yo misma lo he advertido... casi al punto.

—No seas mala —murmuró él.

Los caballeros de Bergsten y sus aliados pelois traspusieron la frontera cynesgana en una nublada y fría tarde, tras lo que parecían ser varios días de cabalgata muy dura, y se dirigieron hacia el sureste, en dirección a la ciudad

capital, Cynesga. Los exploradores pelois recorrían el territorio por delante del grueso de las tropas, pero ese día no encontraron resistencia de ninguna clase. Plantaron campamento, apostaron guardias y se fueron a dormir temprano.

Fue no mucho después de que hubieran levantado campamento e iniciado la marcha a lo que ostensiblemente era la mañana siguiente, cuando Daiya regresó a caballo para reunirse con Bergsten y Heldin, que marchaban en vanguardia.

—Mis exploradores informan que hay soldados concentrándose a un cuarto de legua más adelante, reverencia —informó.

—¿Cynesganos? —inquirió Bergsten con presteza.

—No lo parecen, reverencia.

—Ve a echar un vistazo, Heldin —ordenó Bergsten.

El pandion asintió con la cabeza y espoleó al caballo hasta alcanzar una elevación rocosa que se hallaba a cinco varas más adelante. Al regresar, se advertía en su rostro una expresión desolada.

—Tenemos problemas, vuestra gracia —declaró con retumbante voz—. Son más monstruos de aquellos con los que nos enfrentarnos en Zemoch oriental.

Bergsten masculló una imprecación bastante salvaje.

—Ya decía yo que las cosas estaban marchando demasiado bien.

—El domi Tikume nos ha puesto sobre aviso respecto a esos soldados extranjeros —intervino Daiya—. ¿Ofendería a vuestra reverencia si sugiriese que dejarais en nuestras manos el tratar con ellos? El domi Tikume y el domi Kring han inventado ciertas tácticas que parecen dar resultado.

—No me ofendes en lo más mínimo, amigo Daiya —replicó Bergsten—. Nosotros no nos cubrimos precisamente de gloria la última vez que nos encontramos con esos brutos, y me interesaría mucho ver algo que resulte un poco más efectivo de lo que fueron nuestras tácticas. Daiya mantuvo una breve conferencia con los jefes de sus clanes, y luego condujo a Bergsten, Heldin y varios otros caballeros hasta la cima de la elevación para que mirasen.

Bergsten vio de inmediato las ventajas de la caballería ligera en contraposición con los caballeros de armadura montados sobre pesados caballos de guerra. Los enormes soldados de ajustadas armaduras parecieron desconcertarse ante los continuados y breves ataques de los pelois armados con jabalinas. Se esforzaban por avanzar, intentando con desesperación acercarse a sus atormentadores, pero los ágiles caballos de los pelois eran sencillamente demasiado rápidos. Las jabalinas comenzaron a cobrarse víctimas, y cada vez más y más de aquellos gigantescos monstruos caían bajo la lluvia mortal.

—La idea es obligarlos a correr, reverencia —le explicó Daiya—. Son muy peligrosos en los espacios cerrados, pero al parecer no tienen mucha resistencia, por lo que no son ni con mucho igual de peligrosos en una lucha a la carrera.

—Vanion me habló de eso —comentó Bergsten—. ¿Te dio el domi Tikume alguna idea de cuánto hace falta para que se queden sin aliento?

—Nada muy específico, reverencia.

Bergsten se encogió de hombros.

—No tiene ninguna importancia, amigo Daiya. Hay mucho terreno, y todavía es la mañana. Podemos hacerlos correr durante todo el día en caso necesario.

Aguijoneados por los repetidos ataques, los gigantescos soldados comenzaron a avanzar pesadamente a una especie de trote, blandiendo sus horribles armas y profiriendo roncos gritos de guerra.

Los pelois, sin embargo, rechazaron esos desafíos y continuaron con sus tácticas de golpear y correr.

—Es factible —reflexionó *sir* Heldin con su profunda y tronante voz de bajo—. Pero necesitaremos equipos nuevos.

—¿De qué estás hablando, Heldin? —inquirió Bergsten.

—Estaba mirando hacia el futuro, vuestra gracia —replicó Heldin—. Si esas bestias llegaran a convertirse en algo habitual, tendríamos que modificar unas cuantas cosas. No sería mala idea el entrenar y equipar a algunos caballeros de la iglesia como caballería ligera.

—Heldin —dijo Bergsten con tono cáustico—, si esas cosas llegaran a convertirse en algo habitual, querría decir que habremos perdido esta guerra. ¿Qué te hace pensar que existirán los caballeros de la iglesia, llegado ese punto?

—¡Están dispersándose, reverencia! —gritó Daiya, emocionado—. ¡Están huyendo!

—¿Pero hacia dónde están huyendo, Daiya? —exigió saber Bergsten—. Es el aire lo que está matándolos, y el aire está por todas partes. ¿Adónde pueden ir, Daiya? ¿Adónde pueden ir?

—¿Adónde pueden ir? —preguntó Kring, perplejo, cuando los soldados de Klæl abandonaron la torpe persecución de los jinetes pelois y huyeron desierto adentro.

—¿A quién le importa? —replicó Tikume con una carcajada—. Que corran. Todavía tenemos a los cyrgais acorralados en el lecho del arroyo. Será mejor que

los hagamos mover antes de que algún subalterno listo de retaguardia tenga tiempo de reaccionar.

Los cyrgais estaban siguiendo una estrategia antigua como la aurora de los tiempos. Avanzaron de manera constante, marchando al paso, con los grandes escudos redondos protegiéndoles el cuerpo y las largas lanzas delante de sí. Al atacarlos los pelois, cerraban filas. La hilera de delante se agachaba con los escudos superpuestos y las lanzas hacia delante. Las filas de detrás se cerraban, también con los escudos superpuestos y las lanzas hacia delante.

Era muy hermoso..., pero no conseguía nada en absoluto ante una caballería ligera.

—¡Tenemos que hacerlos correr, domi Tikume! —le gritó Kring a su amigo mientras ambos se apartaban una vez más al galope de las reunidas fuerzas cyrgais—. ¡Retira a tus niños un poco tras el siguiente ataque! ¡Esto no dará resultado si esas antiguallas continúan avanzando tan lentamente! ¡Hazlos correr!

Tikume voceó algunas órdenes, y los jinetes alteraron sus tácticas, retirándose a varios cientos de varas de distancia para obligar así a los cyrgais a perseguirlos.

Un metálico toque de trompeta sonó en el centro de una de las escuadras que avanzaban, y los cyrgais cambiaron a una especie de trote tintineante mientras sus filas continuaban manteniéndose en perfecta formación.

—Tienen buen aspecto, ¿verdad? —comentó Tikume, riendo.

—Lo tendrían si esto fuese un desfile —replicó Kring—. Vayamos a aguijonearlos un poco más y luego retirémonos todavía más lejos.

—¿A qué distancia estamos de la frontera? —inquirió Tikume.

—¿Quién sabe? Ninguno de los que han hablado conmigo está muy seguro. Pero nos encontramos cerca. ¡Hazlos correr, Tikume! ¡Hazlos correr!

Tikume se puso de pie sobre los estribos.

—¡Haced correr la voz! —aulló—. ¡Retirada total!

Los pelois dieron media vuelta y galoparon hacia el este a través de la parda extensión pedregosa, entre los golpeteos de los cascos de sus caballos.

En los concentrados regimientos cyrgais se levantó un leve clamor, y la trompeta volvió a sonar. Los antiguos guerreros, aún a un paso perfecto y con sus filas en inmaculada formación, iniciaron una carga a la carrera. Los sargentos ladraban la cadencia en *staccato*, y el sonido de las botas de media caña de los cyrgais que golpeaban el terreno árido era como el sonar de un

gigantesco tambor. Y entonces, la plena luz de un mediodía de invierno se amorteció como si unas gigantes alas silenciosas hubieran ocultado de alguna manera el sol. Un viento helado barrió el desierto, y se oyó un gemido descomunal como la suma de todas las aflicciones humanas.

Los cyrgais, repentinamente heridos, fila tras fila, morían de manera repentina en medio de la carrera, y caían lasos sobre la tierra, donde eran pisoteados por sus camaradas que avanzaban a ciegas, los cuales también caían, atónitos, encima de ellos.

Kring y Tikume, los dos pálidos y temblorosos, observaron con pasmo reverencial cómo la maldición estiriana hacía su terrible obra. Luego, asqueados, dieron media vuelta y cabalgaron hacia el sur, volviéndoles la espalda a los soldados perfectos que corrían enceguecidos hacia una destrucción fría y gimiente.

—Estas ropas son bastante buenas para Arjuna y el propio Tamul, vecino —le estaba diciendo Falquián, más tarde aquel mismo día, al tendero—, pero no te protegen precisamente en una tormenta de polvo. Creo que la última me echó al menos cuatro libras de polvo sobre los lomos.

El tendero asintió con la cabeza y aire sabio.

—Otras razas se ríen de nuestras ropas típicas —observó—. Suelen continuar riendo hasta el momento preciso en que se encuentran con una tormenta de polvo.

—¿Sopla siempre el viento ahí fuera? —le preguntó Talen.

—No puede decirse que siempre, joven maese. Las tardes suelen ser las peores horas del día. —Miró a Falquián—. ¿Cuántas túnicas vas a necesitar, buen maese?

—Somos seis, vecino, y ninguno de nosotros le tiene tanto cariño a los otros como para compartir una túnica.

—¿Tenéis alguna preferencia de color?

—¿Hay algún color que deje pasar menos polvo que los demás?

—No, que yo haya advertirlo.

—En ese caso, cualquier color servirá, supongo.

El tendero entró apresuradamente en el almacén y salió con una pila de ropas bien dobladas. Luego sonrió, se frotó las manos y abordó por primera vez el tema del precio.

—Te ha cobrado de más, ¿sabes? —dijo Talen mientras salían del desordenado almacén a la polvorienta calle.

Falquián se encogió de hombros.

—Tal vez —replicó.

—Algún día tendré que enseñarte algunos de los puntos más sutiles del regateo.

—¿Tiene alguna importancia, realmente? —inquirió Falquián mientras ataba el bulto de túnicas a la silla de su caballo. Volvió la cabeza—. ¿Anarae?

—Aquí estoy, Anakha —respondió la susurrante voz de ella.

—¿Has podido descubrir algo?

—No, Anakha. Es claro que el mensajero no ha llegado todavía.

—Berit y Khalad están aún a varios días de distancia, Falquián —intervino Talen en voz baja—, y éste no es un lugar tan atractivo como para que el mensajero quiera llegar antes para disfrutar del paisaje. —Volvio la cabeza para mirar a las palmeras asoladas por el invierno y el pozo de aguas fangosas que se hallaba en medio del grupo de casas blancas.

—Atractivo o no, tendrá que ocurrírseos alguna razón para quedarnos —dijo Falquián—. No podemos marcharnos hasta que el mensajero llegue aquí y la anarae Xanetia pueda escuchar lo que esté pensando.

—Yo puedo quedarme sola aquí, Anakha —intervino Xanetia—. Ninguno de los de aquí puede sentir la mi presencia, por lo que no me es menester protección ninguna.

—Nos quedaremos de todas formas, anarae —contestó Falquián—. Por la cortesía y todo eso, ya me entiendes. Un caballero elenio no permitiría que una dama anduviera por ahí sin escolta.

Había estallado una discusión en el sombreado porche de lo que parecía ser una taberna o vinería de alguna clase.

—¡No sabes de qué estás hablando, Echon! —declaró en voz alta un anciano de voz resollante vestido con una túnica remendada y mugrienta—. Hay unas buenas treinta leguas de aquí al río Sarna, y entre aquí y allí no hay nada de agua.

—O bien bebes demasiado o has estado demasiado tiempo al sol, Zagorri —se mofó Echon, un hombre delgado y seco por el sol ataviado con una túnica azul oscuro—. Mi mapa dice que hay diecisiete leguas..., no más.

—¿Conoces muy bien al hombre que trazó ese mapa? He vivido aquí toda mi vida, y sé la distancia que hay hasta Sarna. Pero tú haz lo que te parezca, llévate

sólo el agua suficiente para diecisiete leguas. Tus mulas morirán, y tú beberás arena durante las últimas trece leguas. En todo caso, a mí me parece bien, porque nunca me has caído demasiado bien. Pero, recuerda mis palabras, Echon. Hay quince leguas desde el pozo de Vigay, que lo tienes allí, hasta las orillas del Sarna —y el anciano escupió en dirección al pozo de pálido color marrón.

De pronto, Talen comenzó a reír.

—¿Qué te resulta tan divertido? —le preguntó Falquián.

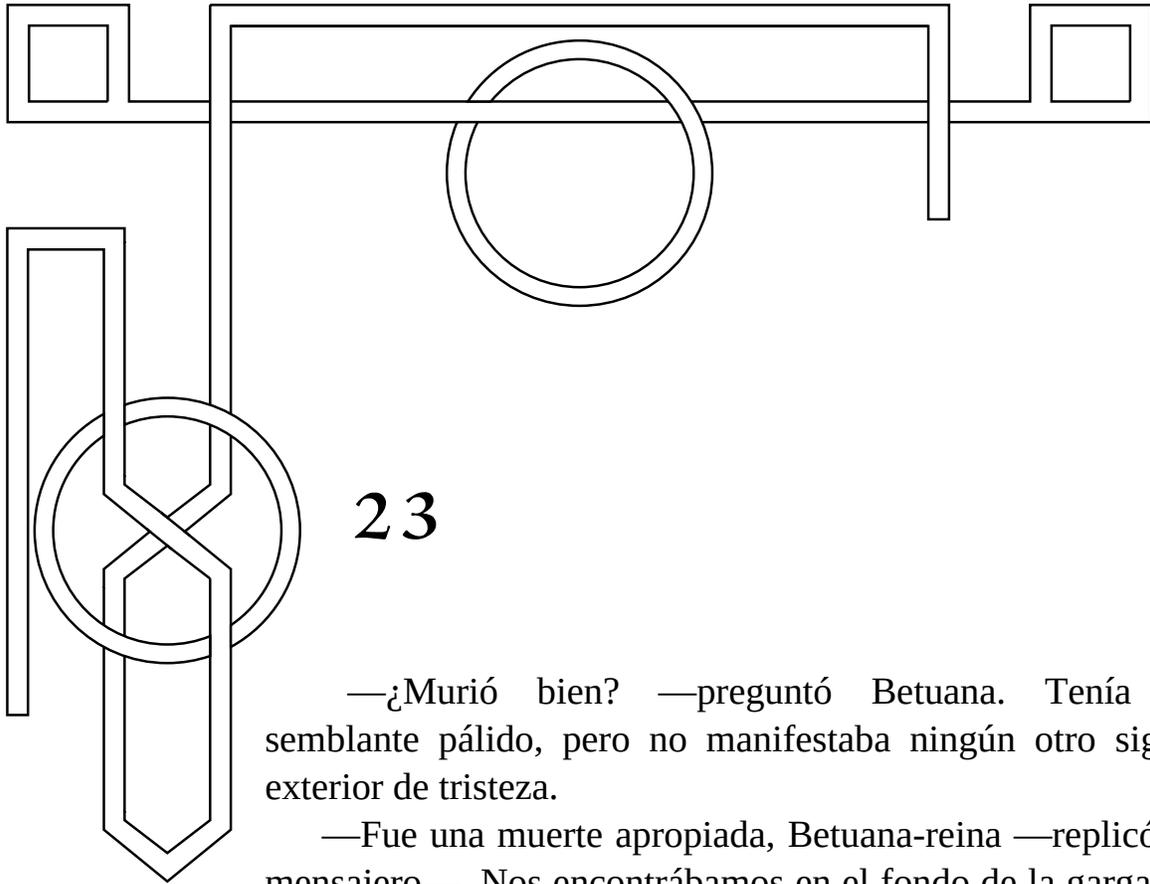
—Acabamos de tener un golpe de suerte, reverenciado líder —replicó el muchacho, alegremente—. Si ya hemos acabado todos aquí, ¿por qué no volvemos al lugar en el que nos esperan los demás? A todos nos vendrá bien una buena noche de sueño..., dado que es muy probable que partamos a primeras horas de la mañana.

—¿Ah, sí? ¿Hacia dónde?

—Hacia Cyrga, claro. ¿No era allí adónde queríamos ir?

—Sí, pero no sabemos dónde está Cyrga.

—Es allí donde te equivocas, Falquián. Conocemos el camino a Cyrga..., al menos yo lo conozco.



## 23

—¿Murió bien? —preguntó Betuana. Tenía el semblante pálido, pero no manifestaba ningún otro signo exterior de tristeza.

—Fue una muerte apropiada, Betuana-reina —replicó el mensajero—. Nos encontrábamos en el fondo de la garganta y la bestia Klæl estaba arrojándonos los trozos de las paredes de la misma encima. Androl-rey atacó a la bestia, y muchos que huyeron habrían muerto si él no lo hubiese hecho.

Ella meditó la descripción.

—Sí —asintió por fin—. Fue una muerte apropiada. Será recordada. ¿Está el ejército en condiciones de viajar?

—Tenemos muchos heridos, Betuana-reina, y miles están enterrados en la garganta. Nos hemos retirado a Tualas para aguardar tus órdenes.

—Dejad a algunos para que cuiden a los heridos, y traed el ejército hasta aquí —le dijo ella—. Tosa ya no corre peligro. El peligro está aquí.

—Se hará como dices, mi reina. —El mensajero se dio un golpe de puño en el peto a modo de saludo.

La reina de Atan se puso de pie; su semblante aún pálido no revelaba emoción ninguna.

—Debo retirarme y considerar esto, Itagne-embajador. —Comentó con tono formal.

—Es lo correcto, Betuana-reina —respondió Itagne—. Comparto vuestro dolor.

—Pero no mi culpa. —Ella dio media vuelta y se marchó lentamente de la sala.

Itagne miró el pétreo rostro de Engessa.

—Será mejor que les haga llegar la noticia a los demás —dijo. Engessa asintió con gesto breve.

—¿Podrías hablar con el mensajero antes de que parta, Engessa? —le preguntó Itagne—. Mi señor Vanion necesitará la cifra de las bajas antes de poder cambiar de estrategia.

—La obtendré para ti, Itagne-embajador. —Engessa inclinó apenas la cabeza y salió.

Itagne imprecó y dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Mira que suceder precisamente ahora! —se encolerizó—. ¡Si ese idiota hubiera esperado al menos antes de hacerse matar!

Betuana no había hecho nada erróneo. No había habido mancha ninguna de deshonor en su preocupación por Engessa, y si hubiese dispuesto de una o dos semanas para superarlo, probablemente habría sido olvidado..., junto con los sentimientos causantes de aquella angustia. Pero con la muerte de Androl, que llegaba en aquel momento en particular..., Itagne imprecó una vez más. La reina atana debía ser capaz de funcionar, y esta crisis muy bien podía incapacitarla. Por lo que Itagne sabía, en ese momento estaba en su dormitorio preparándose para arrojarse sobre su espada. Se levantó y salió a buscar papel y pluma. Había que advertir a Vanion de aquello antes de que todo se viniera abajo en Sarna.

—Todo encajó cuando oí que aquel viejo llamaba «el Pozo de Vigay» al pequeño charco que tienen —explicó Talen—. Ogerajin utilizó exactamente el mismo nombre.

—Que yo sepa, eso no significa mucho —observó Mirtai, dubitativa—. Los cynesganos llaman «pozo» a todas las fuentes del desierto. Vigay fue probablemente quien lo descubrió.

—Pero lo importante es que se trata de uno de los puntos de referencia geográficos que mencionó Ogerajin —intervino Bevier—. ¿Cómo salió el tema a la conversación? —le preguntó a Talen.

—Stragen y yo estábamos tejiendo fábulas para Valash —respondió el

muchacho—. Ogerajin acababa de llegar de Verel, y se encontraba sentado en una silla, con el cerebro bastante podrido. Stragen le hablaba a Valash de algo que supuestamente había oído por casualidad..., un tipo que le había dicho a otro que Scarpa esperaba órdenes de Cyrga. Estaba pescando información, y le preguntó a Valash con tono casual qué ruta tendría que seguir un hombre para llegar a Cyrga. Fue entonces cuando intervino Ogerajin. Comenzó a desvariar hablando del «Pozo de Vigay» y las «Llanuras de la Sal» y otros lugares con nombres que parecían sacarlos de libros de cuentos. Yo creí que sólo deliraba, pero Valash se puso muy nervioso e intentó hacerlo callar. Eso me hizo ponerle más atención a lo que estaba diciendo aquel loco. Tuve la impresión de que le daba a Stragen instrucciones muy específicas para llegar a Cyrga, pero las instrucciones estaban todas desdibujadas por esos nombres de fábula. Este asunto del «Pozo de Vigay» hace que comience a preguntarme si los datos estaban tan desdibujados y empañados como pensé en un principio.

—¿Cuáles fueron las sus palabras exactas, joven Talen? —inquirió Xanetia.

—Dijo: «El paso yace cerca del Pozo de Vigay». Entonces fue cuando Valash intentó hacer que callara, pero él continuó. Mencionó algo así como que quería darle a Stragen las instrucciones para que pudiera acudir a Cyrga y postrarse ante Cyrgon. Le dijo que fuera hacia el noroeste desde el «Pozo de Vigay» hasta las «Montañas Prohibidas».

Falquían hizo funcionar su memoria.

—Hay varios grupos de montañas en Cynesga central, y ésta es la dirección general que señaló Aphrael cuando estábamos en su isla. ¿Qué más dijo, Talen?

—Desvarió un poco. Habló de las «Montañas Prohibidas» y las «Columnas de Cyrgon». Luego volvió atrás en su discurso y se puso a hablar de las «Llanuras de la Sal». Por lo que le dijo a Stragen, se supone que uno tiene que poder ver esas «Montañas Prohibidas» desde estas llanuras saladas. Luego dijo algo sobre «ardientes columnas blancas» y la «Llanura de los Huesos». Dijo que esos huesos son de «los esclavos sin nombre que se afanan hasta la muerte para los escogidos de Cyrgon». Es evidente que cuando muere un esclavo en Cyrga, lo sacan y arrojan al desierto.

—Entonces, ese osario no estará muy lejos de la ciudad —reflexionó Kalten.

—Todo eso encaja bastante bien, Falquían —comentó Bevier con seriedad—. Los cynesganos mismos son básicamente nómadas, así que no tendrán una necesidad real de grandes cantidades de esclavos. Ogerajin habló de los «escogidos de Cyrgon». Ésos serían los cyrgais, y es probable que sean ellos

quienes compran los esclavos.

—Y eso significaría, por tanto, que la caravana de traficantes de esclavos que vimos antes, se dirige a Cyrga, ¿verdad? —agregó Talen, entusiasmado.

—Y esa gente se dirigía al suroeste —dijo Mirtai—, la dirección exacta que mencionó Ogerajin en sus desvaríos.

Falquián se encaminó hacia sus alforjas y sacó el mapa de ellas. Volvió a sentarse y lo abrió, sujetándolo con firmeza mientras el viento del desierto comenzaba a doblarle las puntas.

—Sabemos que Cyrga está en algún punto de estas montañas de Cynesga central —meditó en voz alta—, así que marcharemos en esa dirección, sea como sea. Si Ogerajin estaba desvariando y esas instrucciones no sirven para nada, continuaremos llegando a las inmediaciones correctas si las seguimos.

—Eso es mejor que quedarnos aquí sentados esperando a Berit y Khalad —declaró Kalten con impaciencia—. Tengo que hacer algo..., aunque sea correr en círculos por el desierto.

Falquián, sin decir palabra, posó una consoladora mano sobre el hombro de su viejo amigo. Su propia desesperada preocupación era al menos tan poderosa como la de Kalten, pero no ignoraba que debía mantenerla apartada de sí, remota. Los hombres desesperados cometen errores, y una equivocación en aquel caso podía poner a Ehlana en un peligro aún mayor. Sus emociones le gritaban, pero él, ceñudo, implacable, las empujaba al interior de un compartimento mental aislado, y cerraba la puerta con firmeza.

—Anakha se pondría contento si nosotros hiciéramos esto —les dijo Ulath en lengua troll a las gigantescas presencias.

Ghworg, el dios de la matanza, tronó de manera ominosa.

—El pensamiento de Anakha es como el viento —protestó—. Una vez nos dijo: «Id al lugar que los hombres-cosas llaman montañas de Tamul para matar a los hijos de Cyrgon». Ahora nos dice: «Id al lugar que los hombres-cosas llaman Zhubay para matar a los hijos de Cyrgon». ¿Es que no puede decidir a qué hijos de Cyrgon quiere que matemos?

—Es el camino de la caza, Ghworg —explicó Tynian—. Los hijos de Cyrgon no son como los alces rojos que comen siempre en el mismo territorio. Los hijos de Cyrgon son como los renos, que van de este lugar a aquel al cambiar la estación, para encontrar mejor comida. Antes, se dirigían hacia este

lugar, las montañas de Tamul, para comer; pero ahora van hacia el lugar Zhubay para comer. Si cazamos en este lugar, las montañas de Tamul, no vamos a encontrar caza para matar y comer.

—Eso habla bien —declaró Ghnomb, el dios de la comida—. No es el pensamiento de Anakha el que cambia, es el sendero de las criaturas que cazamos lo que cambia. El camino de la caza nos dice que debemos acudir a donde ellos pastan si queremos encontrarlos y matarlos y comerlos.

—Esta caza se hace más y más no-simple —tronó Ghworg.

—Eso es porque los hombres-cosas son más no-simples que los ciervos-cosas —intervino Khwaj, dios del fuego—. El pensamiento de Tynian-de-Deira es bueno. El que va a cazar donde no hay caza no come.

Ghworg meditó aquello.

—Tenemos que seguir el camino de la caza —decidió—. Llevaremos a nuestros hijos al lugar Zhubay para cazar a los hijos de Cyrgon. Cuando vayan allí a pastar, nuestros hijos los matarán y se los comerán.

—Nos harás contentos si lo haces —comentó Tynian, con cortesía.

—Llevaremos a nuestros hijos al Tiempo-Que-No-Se-Mueve —concluyó Ghnomb—. Estarán en el Zhubay antes de que lleguen los hijos de Cyrgon.

Schlee, dios del hielo, hundió sus enormes dedos en la tierra. El suelo se sacudió ligeramente y se contorsionó para formar el continente en miniatura.

—Muéstranos dónde, Ulath-de-Thalesia —dijo—. ¿Dónde está el lugar Zhubay?

Ulath recorrió alguna distancia por el borde suroriental de las diminutas montañas de Atan, observando atentamente el terreno. Luego se detuvo e inclinó para tocar un punto que estaba un poco adentrado en el extremo norte del desierto de Cynesga.

—Es aquí, Schlee —informó.

Ghworg, dios de la matanza, se puso de pie.

—Llevaremos a nuestros hijos allí —declaró—. Pongamos contento a Anakha.

—Están vigilándonos, Vanion —dijo Sephrenia en voz baja.

Él aproximó su caballo más al de ella.

—¿Estirianos? —preguntó en voz baja.

—Uno de ellos lo es —fue la réplica de Sephrenia—. No demasiado diestro.

—Sonrió débilmente—. Puede que tenga que darle un golpe en la cabeza para llamarle la atención.

—Haz lo que haga falta, amor —contestó él. Miró por encima del hombro la columna de caballeros, y luego volvió los ojos al frente. Estaban saliendo de las montañas, y el valle del Sarna comenzaba a ensancharse—. Tendríamos que llegar mañana al puente —comentó—. Cuando hayamos cruzado el río, estaremos en Cynesga.

—Sí, querido —dijo ella—. He visto el mapa.

—¿Por qué no pones en libertad el hechizo? —sugirió él—. Démosle al estiriano inepto que tenemos ahí fuera una oportunidad de ganarse el sustento. —Luego la miró con expresión grave—. Estoy cambiando de opinión al respecto, Sephrenia. Klæl continúa suelto por ahí, y si pensara que Falquián está en alguna parte de la columna con el Bhelliom, se nos echaría encima.

—No puedes conseguirlo todo, Vanion —respondió ella con una sonrisa de cariño—. Dijiste que no volverías a perderme de vista, así que si insistes en meterte en lugares peligrosos, yo estoy casi obligada a seguirte. Ahora, si me disculpas, voy a despertar a ese estiriano. —Comenzó a hablar en estiriano, en voz baja, al tiempo que sus dedos tejían el hechizo.

Vanion estaba perplejo. Se enorgullecía de su conocimiento de la mayoría de los hechizos, pero aquél era uno que no había visto ni oído antes. La miró con mayor atención.

—Olvidalo —le dijo ella con voz cortante—. No tienes necesidad de conocer éste.

—Pero...

—Limítate a mirar hacia allá, Vanion —insistió ella—. Puedo hacer esto sin ayuda ninguna. —Hizo una pausa—. Dame ese gusto, querido mío. Después de todo, una chica necesita tener algunos secretos.

Él sonrió y volvió la cabeza.

Se produjo una especie de mancha borrosa en el aire, a unas once varas de distancia, y entonces, con tanta claridad como si de verdad estuviese allí, Vanion vio aparecer a Falquián, montado como siempre en su caballo de mal temperamento. Era tan real la imagen que había moscas posadas sobre el caballo.

—¡Brillante! —exclamó Vanion. Envió un pensamiento de sondeo, y encontró incluso la familiar sensación de la presencia de Falquián—. Si no estuviera mejor informado, diría que está realmente aquí.

—Es natural —replicó ella con un enfurecedor tono despreocupado, y luego

se echó a reír, tendió una mano y le acarició una mejilla con gesto amoroso.

—¿Qué te ha retrasado tanto? —le preguntó Talen a la diosa-niña cuando ésta apareció a la mañana siguiente en el borde del campamento que habían plantado fuera de Vigayo.

—He estado ocupada —replicó al tiempo que se encogía apenas de hombros—. Éste es un asunto bastante complejo, ¿sabes? Todos queremos llegar allí aproximadamente en el mismo momento, ¿no es cierto? ¿Qué problema hay aquí, Falquián?

—Puede que hayamos tenido un poquitín de suerte para variar, divina Aphrael —contestó Falquián—. Talen y yo estuvimos ayer en la aldea, y oímos que uno de los habitantes se refería a su oasis como «el pozo de Vigay».

—¿Y?

—¿Por qué no se lo cuentas, Talen?

El joven ladrón repitió rápidamente la conversación mantenida entre Ogerajin y Stragen en Beresa.

—¿Qué te parece? —le preguntó Kalten a la diosa-niña.

—¿Tiene alguien un mapa? —inquirió ella.

Falquián se acercó a sus alforjas, sacó de ellas el mapa bien enrollado, y se lo entregó.

La diosa-niña lo desplegó sobre el suelo, se arrodilló ante él, y lo estudió durante largos momentos.

—Es verdad que allí hay unos llanos de sal —concedió.

—Y que están en la dirección correcta —señaló Bevier.

—Ogerajin ha estado en la ciudad —agregó Talen—, al menos dice que ha estado, y es casi seguro que conoce el camino, ¿no?

—También hay una ruta de traficantes de esclavos que corre hacia el noroeste —intervino Mirtai—. Vimos a una caravana que la seguía cuando acabábamos de llegar aquí, y Ogerajin mencionó el hecho de que los cyrgais poseen esclavos. Tiene bastante sentido el pensar que la caravana de traficantes de esclavos se dirigía a Cyrga, ¿no crees?

—Estáis haciendo todas esas especulaciones sobre los desvaríos de un demente, ¿lo sabéis, verdad? —comentó Flauta con tono crítico.

—Tenemos algunas cosas que lo corroboran, Aphrael —le recordó Falquián—. Los aldeanos utilizaron el mismo término que Ogerajin para referirse a su

oasis, los llanos de sal están donde él dijo que estaban, y también los traficantes de esclavos marchan en esa dirección. Yo me inclino a darlo por válido.

—Tú misma dijiste que Cyrga estaba en algún punto de Cynesga central —le recordó Kalten—, y es hacia allí que apunta todo esto. Incluso en el caso de que Ogerajin se hubiera dejado algo sin mencionar, continuaríamos yendo a parar a las proximidades inmediatas de Cyrga. En cualquier caso, estaremos mucho más cerca que ahora.

—Puesto que ya habéis tomado todos la decisión, ¿por qué me molestáis a mí con el asunto? —El tono de la voz de ella era un poco petulante.

Talen le sonrió.

—No creímos que fuera cortés marcharnos sin hacértelo saber, divina Aphrael.

—Ésa te la devolveré, Talen —lo amenazó ella.

—¿Cuánta ventaja dirías que nos lleva esa caravana a estas alturas? —le preguntó Falquián a Mirtai.

—Diez leguas —replicó ella—, doce como mucho. Las caravanas de esclavos no van demasiado aprisa.

—En ese caso, creo que es nuestra mejor apuesta —decidió él—. Pongámonos esas túnicas y en marcha. Seguiremos esa caravana a unas dos leguas de distancia, y cualquiera que nos vea pensará que somos unos rezagados.

—Cualquier cosa será mejor que quedarse aquí sentado —dijo Kalten.

—Por alguna razón, estaba casi seguro de que pensarías eso —replicó Falquián.

—Aquí somos poco más que prisioneras —declaró la emperatriz Chacole, abarcando con un movimiento de la mano el lujoso mobiliario del palacio de las mujeres.

Chacole era una dama cynesgana con un cuerpo maduro, de casi cuarenta años de edad. El tono de su voz era apenas de vacío descontento, pero sus ojos tenían una expresión dura y astuta al mirar a Elysoun.

Elysoun se encogió de hombros.

—La verdad es que yo nunca he tenido ningún problema para ir y venir a mi antojo.

—Eso se debe a que eres valesiana —le replicó la emperatriz Torellia con un leve toque de resentimiento—. A ti te permiten cosas que no nos consienten a las demás. No creo que sea muy justo.

Elysoun volvió a encogerse de hombros.

—Justo o no, es la costumbre.

—¿Por qué tú tienes que tener más libertad en todo que el resto de nosotras?

—Porque yo tengo una vida social más activa.

—¿Es que no hay suficientes hombres para ti en el palacio de las mujeres?

—No seas maliciosa, Torellia. No eres lo bastante mayor como para que resulte convincente.

Elysoun miró a la emperatriz arjuni con ojos calculadores. Torellia era una muchacha esbelta que tenía alrededor de veinticinco años y, al igual que todas las mujeres arjunis, era bastante servil. Resultaba obvio que Chacole estaba aprovechándose de eso.

—Uno no ve que nadie restrinja los movimientos de Cieronna —comentó Chacole.

—Cieronna es la primera esposa —replicó Elysoun—, y es la mayor de todas. Tenemos que respetarla por su edad, si no por otra cosa.

—¡No seré la servidora de una vieja bruja tamul! —se encolerizó Chacole.

—Ella no te quiere como servidora, Chacole —le respondió Elysoun—. Ya tiene más servidores de los que es capaz de contar..., a menos que Liatris los haya diezmado más aún. Lo único que quiere Cieronna es una corona más elegante que la nuestra y el derecho de caminar delante de nosotras en las procesiones. No hace falta mucho para contentarla. No es la persona más inteligente de Matherion.

Torellia profirió una risilla.

—Aquí viene Gahennas —siseó Chacole.

La orejona emperatriz tegana, cubierta hasta el mentón con áspera lana, se acercó a ellas con aire de desaprobación, un aire que se apoderaba de su rostro cada vez que veía siquiera a la apenas vestida Elysoun.

—Damas —las saludó con un rígido gesto de la cabeza.

—Únete a nosotras, Gahennas —la invitó Chacole—. Estamos hablando de política.

Los prominentes ojos de Gahennas se animaron. Los teganos vivían la política, la respiraban.

—Chacole y Torellia quieren presentarle una petición a nuestro esposo —

explicó Elysoun. Levantó los brazos y bostezó profundamente, estirándose hacia atrás y adelantando literalmente sus desnudos pechos hacia Gahennas.

Gahennas apartó los ojos con presteza.

—Lo siento, damas —se disculpó Elysoun—. No dormí mucho la pasada noche.

—¿Cómo encuentras las bastantes horas al día? —le preguntó Gahennas con desprecio.

Elysoun se encogió de hombros.

—Es sólo cuestión de programar bien las cosas, Gahennas. Puedes conseguir toda clase de cosas si administras bien el tiempo. ¿Por qué no dejas el asunto, querida? Tú no apruebas mi manera de ser y a mí la verdad es que no me importa. Nunca nos entenderemos, así que ¿por qué perder el tiempo intentándolo?

—Tú puedes ir a donde te place dentro del complejo, ¿no es cierto, Elysoun? —inquirió Chacole a modo de tanteo.

Elysoun fingió otro bostezo para ocultar una sonrisa. Chacole mencionaba por fin el tema. Elysoun había estado preguntándose cuánto tardaría en hacerlo.

—Puedo ir y venir más o menos a mi antojo —replicó—. Supongo que todos los espías se cansaron de intentar mantener mi ritmo.

—¿Crees que podría pedirte un favor?

—Por supuesto, querida. ¿Qué necesitas?

—A Cieronna no le caigo bien, y sus espías me siguen a todas partes. En este momento estoy complicada en un asunto que preferiría que ella no descubriese.

—¡Vaya, Chacole! ¿Estás diciéndome que por fin te has decidido a ir un poco más lejos en busca de entretenimiento?

La emperatriz cynesgana le echó una mirada inexpresiva; estaba claro que no le había entendido.

—Oh, vamos, querida —insistió Elysoun con tono socarrón—. Aquí, en el palacio de las mujeres, todas tenemos nuestras diversiones privadas..., incluso Gahennas.

—¡Yo no tengo nada de eso! —protestó la tegana.

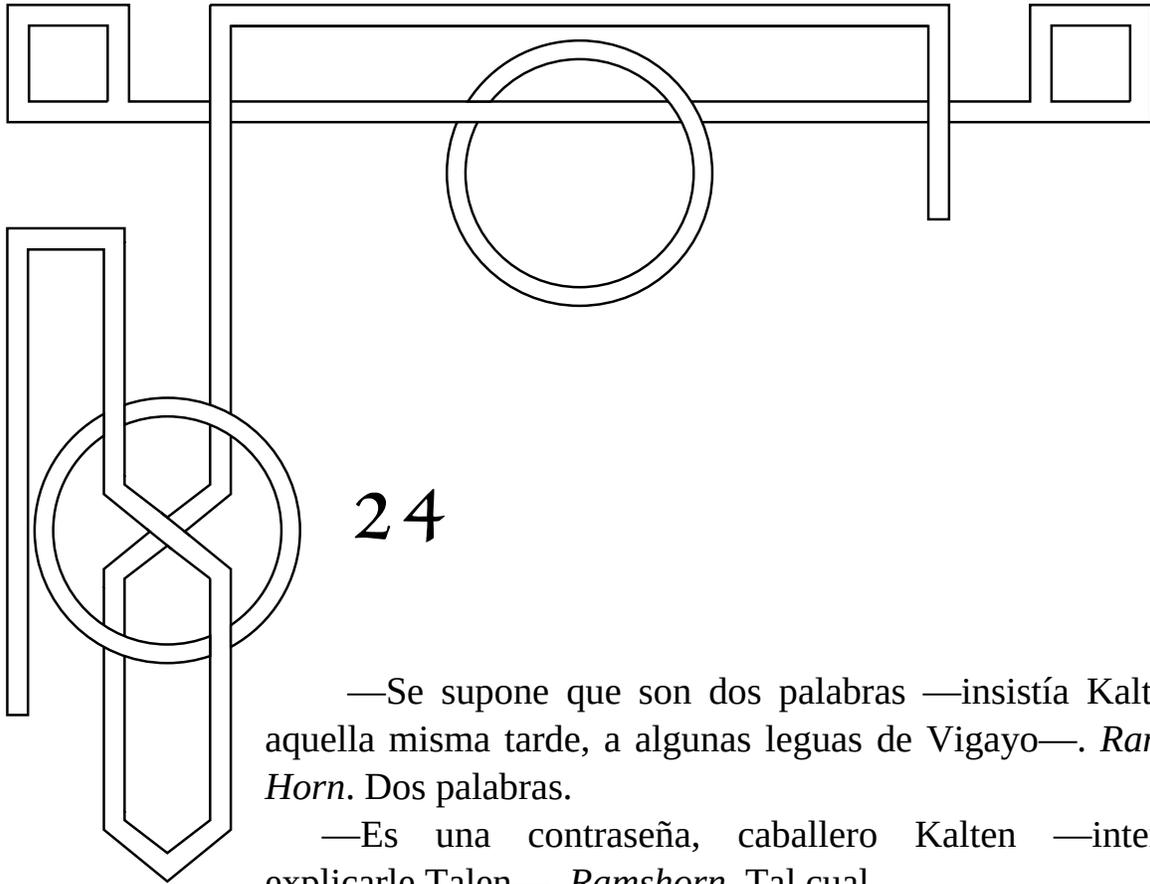
—¿De veras, Gahennas? He visto ese nuevo paje tuyo. Es absolutamente delicioso. ¿Quién es tu nuevo amor, Chacole? ¿Algún fornido joven teniente de la Guardia? ¿Quieres que lo meta a hurtadillas en palacio para que podáis veros?

—No se trata de nada semejante, Elysoun.

—Por supuesto que no —asintió Elysoun con profundo sarcasmo—. De

acuerdo, Chacole. Me encargaré de llevar y traer vuestras notas de amor..., si realmente te fías de mí lo bastante como para que me le acerque tanto. Pero ¿por qué ir tan lejos, hermana querida? Gahennas tiene ese adorable muchacho, y estoy segura de que lo ha educado muy bien... ¿no es cierto, Gahennas? —Alzó una burlona ceja—. Cuéntame, querida —agregó—, ¿era virgen?... antes de que le pusieras las manos encima, quiero decir.

Gahennas huyó perseguida por la burlona risa de Elysoun.



24

—Se supone que son dos palabras —insistía Kalten, aquella misma tarde, a algunas leguas de Vigayo—. *Ram's Horn*. Dos palabras.

—Es una contraseña, caballero Kalten —intentó explicarle Talen—. *Ramshorn*. Tal cual.

—¿Qué dices tú, Falquián? —le preguntó Kalten a su amigo—. ¿Es una sola palabra, o dos?

Los tres acababan de amontonar rocas junto al camino para formar algo vagamente parecido a una tumba; Talen y Kalten estaban discutiendo sobre el tosco cartel que el muchacho había preparado.

Falquián se encogió de hombros.

—¿Qué diferencia hay?

—Si está mal escrito, Berit podría no reconocerlo cuando pasara por aquí —replicó Talen.

—Lo reconocerá —disintió Falquián—. Berit es rápido. Vosotros limitaos a no alterar la disposición de esas rocas amarillas de la parte superior de la tumba.

—¿Estás seguro de que Khalad entenderá el significado de esas rocas? —preguntó Talen con escepticismo.

—Tu padre lo habría entendido —contestó Falquián—, y estoy seguro de que le enseñó a Khalad todas las señales más corrientes.

—Yo sigo pensando que deberían ser dos palabras —insistió Kalten.

—Bevier —llamó Falquián.

El caballero cyrínico regresó hasta la imitación de tumba con una expresión interrogativa en el rostro.

—Estos dos están discutiendo sobre cómo se escribe *ramshorn* —le dijo Falquián—. Tú eres un erudito. Arréglalo tú.

—Yo digo que él lo ha escrito mal —declaró Kalten con aspereza—. Deberían ser dos palabras, ¿verdad?

—Eh... —comenzó Bevier, evasivo—, hay dos escuelas de pensamiento al respecto.

—¿Por qué no se lo cuentas mientras continuamos camino? —sugirió Mirtai. Falquián miró a Xanetia.

—No lo hagas —le advirtió en voz baja.

—¿Qué es lo que no queréis que faga, Anakha? —inquirió ella con aire inocente.

—Reír. Ni siquiera sonrías. No conseguirías más que empeorar las cosas.

Puede que haya sido tres semanas más tarde, y puede que no. El patriarca Bergsten había renunciado al intento de mantener la noción del tiempo verdadero. En cambio, dirigía miradas feroces de hosco descontento teológico a las murallas de adobe de Cynesga y a la persona asquerosamente joven y en buena forma física que se encaminaba hacia él. Bergsten creía en un mundo ordenado, y cualquier transgresión del orden le ponía nervioso.

Era una muchacha muy alta, de piel dorada y cabellos negros como la noche, que además era bella y poseía una musculatura soberbia. Salió por la puerta principal de Cynesga bajo una bandera de tregua, y corrió con facilidad para recibirlos. Se detuvo a cierta distancia de la vanguardia, y Bergsten, el caballero Heldin y Daiya, con Neran, su intérprete tamul, avanzaron para conferenciar con ella. Habló durante un rato con Neran.

—Mantén tus ojos donde debes tenerlos, Heldin —murmuró Bergsten.

—Yo sólo estaba...

—Ya sé qué estabas haciendo. Basta. —Bergsten hizo una pausa—. Me pregunto por qué habrán enviado a una mujer.

Neran, un tamul esbelto que había sido enviado por el embajador Fontan, regresó.

—Es la atana Maris —les informó—, comandante de la guarnición atana de

Cynesga.

—¿Una mujer? —Bergsten estaba asombrado.

—No es algo insólito entre los atanes, vuestra gracia. Nos estaba esperando. El ministro de Exteriores Oscagne envió mensaje para advertir de nuestra llegada.

—¿Qué situación reina en la ciudad? —inquirió Heldin.

—El rey Jaluah ha estado filtrando discretamente tropas al interior de Cynesga desde hace un mes, más o menos —replicó Neran—. La atana Maris tiene un centenar de atanes en su guarnición, y los cynesganos han estado intentando restringir sus movimientos. Se impacienta cada vez más con todo eso. Probablemente habría avanzado contra el palacio real hace una semana, pero Oscagne le ordenó que aguardara hasta nuestra llegada.

—¿Cómo ha salido de la ciudad? —preguntó Heldin.

—No se lo he preguntado, caballero Heldin. No quería insultarla.

—Lo que quería decir yo era si los de dentro no han intentado detenerla.

—Si lo han hecho, estarán muertos.

—¡Pero si es una mujer! —objetó Bergsten.

—Vuestra reverencia no está familiarizado con los atanes, ¿verdad? —le preguntó Daiya.

—He oído hablar de ellos. Las historias que cuentan me parecen todas descabelladamente exageradas.

—No lo son, reverencia —le aseguró Daiya—. Conozco la reputación de esa muchacha. Es la comandante más joven de todo el ejército atan, y no ha llegado a donde está siendo dulce y con modales de dama. Por lo que he oído, es una salvaje absoluta.

—Pero es tan bonita —protestó Heldin.

—Caballero Heldin —le aconsejó Neran con firmeza—, mientras estás admirándola, dedica un poco de atención al desarrollo de sus brazos y hombros. Es tan fuerte como un toro, y si la ofendes en cualquier sentido, te hará pedazos. Estuvo a punto de matar a Itagne..., o al menos eso dicen los rumores.

—¿El hermano del ministro de Exteriores? —preguntó Bergsten. Neran asintió con la cabeza.

—Estaba aquí llevando a cabo una misión especial, y decidió poner a la ciudad bajo estado de guerra. Necesitaba la ayuda de la atana Maris para hacer eso, así que la sedujo. La reacción de ella fue entusiasta... pero muy muscular. Tened mucho cuidado cuando estéis cerca de ella, caballeros. Es casi tan

peligroso tenerla como amiga que como enemiga. Me ha pedido que os transmita sus instrucciones.

—¿Instrucciones? —estalló Bergsten—. ¡Yo no acepto órdenes de una mujer!

—Vuestra gracia debe saber que Cynesga continúa estando bajo estado de guerra —dijo Neran—, y eso significa que, técnicamente, Maris está al mando. Se le ha ordenado que os entregue la ciudad a vosotros, pero ella os pide que permanezcáis fuera de las murallas hasta que haya aplastado toda resistencia. Quiere entregaros la ciudad como un regalo..., toda limpia y ordenada. Por favor, no se lo estropeéis. Sonreídle, dadle las gracias con cortesía, y aguardad aquí hasta que ella haya acabado de limpiar las calles. Cuando tenga todos los cadáveres amontonados en una pila ordenada, os invitará a entrar y os entregará la ciudad... junto con la cabeza del rey Jaluah, muy probablemente. Sé que la situación os parece antinatural, pero, por el amor de Dios, no hagáis nada que pueda ofenderla. Se lanzaría a la guerra contra vosotros con la misma facilidad que contra cualquier otro.

—Pero es tan bonita... —volvió a objetar Heldin.

Berit y Khalad desmontaron y llevaron los caballos hasta el borde del agua para abrevarlos. En teoría, era posible que hubieran llegado a Vigayo en tan poco tiempo.

—¿Puedes saber si está aquí? —murmuró Khalad. Berit negó con la cabeza.

—Creo que eso significa que no es un estiriano. Tendremos que esperar a que él nos aborde. —Miró las pocas casas de paredes blancas y sombreadas por palmeras que los rodeaban—. ¿Hay alguna clase de posada por aquí?

—No es muy probable. Veo muchas tiendas al otro lado del oasis. Preguntaré por ahí, pero no alientes muchas esperanzas.

Berit se encogió de hombros.

—Oh, bueno. Ya hemos vivido antes en tiendas. Averigua dónde nos está permitido instalarnos.

La aldea de Vigayo propiamente dicha estaba apiñada en el lado oriental del oasis, y el campamento informal de nómadas y mercaderes se extendía por la orilla oeste de lo que en realidad era un pozo de aguas artesianas de buen tamaño. Berit y Khalad estacaron a los caballos, levantaron su tienda cerca del agua, y se sentaron a esperar en la sombra.

—¿Puedes saber si Falquián anda por los alrededores? —preguntó Khalad.  
Berit negó con la cabeza.

—Puede que ya haya pasado de largo, o podría estar vigilando desde una de las colinas de fuera de la población. Es posible que no quiera que la gente sepa que se encuentra aquí.

Ya hacía una o dos horas que se había puesto el sol y el crepúsculo estaba descendiendo sobre el oasis, cuando un cynesgano de túnica holgada a rayas se acercó a la tienda.

—Se me ha pedido que pregunte si uno de vosotros podría llamarse Falquián —declaró con un ligero acento.

Berit se puso de pie.

—Yo podría llamarme Falquián, vecino.

—¿Podrías?

—Es así como hiciste la pregunta, amigo. Tienes una nota para mí. ¿Por qué no te limitas a dármela y seguir tu camino? La verdad es que no tenemos nada más de qué hablar, ¿no?

El rostro del mensajero se endureció. Se metió una mano dentro de la túnica, sacó un pliego de pergamino sellado, y lo arrojó con negligencia a los pies de Berit. Hecho esto, dio media vuelta y se alejó.

—¿Sabes una cosa, Berit? —comentó Khalad con suavidad—. A veces eres incluso más abrasivo que el propio Falquián.

Berit sonrió.

—Ya lo sé. Estoy intentando mantener su reputación. —Se inclinó, recogió el pergamino y rompió el sello. Sacó del interior el mechón de cabellos que lo identificaba, y se apresuró a leer el breve mensaje.

—¿Y bien? —inquirió Khalad.

—Nada muy específico. Dice que hay una ruta de caravanas que corre hacia el noroeste. Se supone que tenemos que seguirla. Recibiremos más instrucciones por el camino.

—¿Podremos utilizar sin riesgos el hechizo para hablar con Aphrael cuando hayamos salido de la aldea?

—Creo que sí. Estoy seguro de que me lo habría dicho si no debiera utilizarlo en Cynesga.

—No tenemos muchas alternativas —observó Khalad—. No podemos saber si Falquián ya ha estado aquí, si está aquí ahora o si aún viene de camino, y tenemos que informarlo de estas nuevas instrucciones.

—¿Crees que deberíamos ponernos en camino esta misma noche?

—No. No comencemos a dar vueltas en medio de la oscuridad. Podríamos errar la senda, y en el desierto no hay más que vacío.

—No voy a hacer nada que ponga a Berit en peligro alguno —insistía Elysoun, algunos días más tarde—. Yo le tengo mucho cariño.

—Hace mucho tiempo que ellos descubrieron que se estaba haciendo pasar por Falquián, Elysoun —le aseguró la baronesa Melidere—. Tú no vas a ponerlo en un peligro mayor del que ya corre. Si le hablas a Chacole del disfraz de Berit, la convencerás de que te has unido a su causa... y de que tienes acceso a importante información.

—Puede que fuera interesante que les hicieras creer que tu esposo está completamente loco por ti, emperatriz Elysoun —agregó el patriarca Emban—. Hazles pensar que te lo cuenta todo.

—¿Estás loco por mí, Sarabian? —preguntó ella con una sonrisa coqueta.

—Ah, completamente, querida mía —replicó él con una sonrisa—. Te adoro.

—Es algo muy bonito de decir. —Ella le devolvió una cálida sonrisa.

—Dejadlo para más tarde, chicos —les dijo Melidere con aire ausente y la frente arrugada de concentración—. Al mismo tiempo que le hablas a Chacole sobre el disfraz de Berit, deslízale algunas insinuaciones sobre una flota de barcos de la iglesia que navega por el golfo de Daconia. Stragen ha tenido buen cuidado de sembrar esa mentira, así que sería conveniente confirmársela. Después de hablarles de Berit, se sentirán inclinadas a creer tu historia respecto a la flota. —Miró al emperador—. ¿Hay algo más que puedas contarle y que no nos perjudique? ¿Algo que puedan verificar?

—¿Tiene que ser importante?

—En realidad, no; sólo algo que sea verdad. Necesitamos otra verdad para que la mezcla quede bien.

—¿La mezcla?

—Es como una receta, majestad —replicó ella con una sonrisa—. Dos partes de verdad por una de mentira; batir bien y servir. Si conseguimos la mezcla correcta, se lo tragarán todo.

Se habían puesto en marcha con las primeras luces del día, y el sol no asomaba

aún cuando coronaron una cadena de lomas bajas y vieron una vasta extensión llana de blancura cegadora que se tendía ante ellos. El tiempo, al igual que el clima, había perdido todo significado.

—Detestaría tener que cruzar eso en verano —comentó Kalten.

—Desde luego —asintió Falquián.

—La ruta de los traficantes de esclavos tuerce aquí hacia el norte —observó Bevier—, probablemente para rodear esos llanos. Si una patrulla cynesgana se tropieza con nosotros ahí, podríamos tener problemas para convencerlos de que pertenecemos a la caravana que hemos estado siguiendo.

—En ese caso, les diremos que nos hemos perdido —dijo Kalten, encogiéndose de hombros—. Déjame hablar a mí, Bevier. De todas formas, yo siempre me pierdo, así que puedo ser muy convincente, llegado el caso. ¿Qué distancia hay hasta el otro lado, Falquián?

—Unas veinticinco leguas, según mi mapa.

—Dos días..., incluso si nos apresuramos —calculó Kalten.

—Y sin nada donde ponerse a cubierto —agregó Bevier—. Ahí no podrías esconder ni una araña... —Se interrumpió—. ¿Qué es eso? —inquirió al tiempo que señalaba un punto de luz intensamente brillante que se veía en el montañoso horizonte occidental.

Talen miró la luz con los ojos entrecerrados.

—Creo que podría tratarse del punto de referencia que estábamos buscando —contestó.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión? —le preguntó Kalten con escepticismo.

—Está en la dirección correcta, ¿no es cierto? Ogerajin dijo que debíamos dirigirnos al suroeste de Vigayo para llegar a las Llanuras de la Sal. Luego dijo: «Desde el borde de las Llanuras de la Sal contemplaréis, bajas en el horizonte, las oscuras formas de las Montañas Prohibidas y, si place a Cyrgon, sus ardientes columnas blancas os guiarán hasta la Ciudad Oculta». Ahí delante hay montañas, y la luz sale del centro justo de ellas, ¿no es casi seguro que mana de las columnas?

—Ese hombre estaba loco, Talen —objetó Kalten.

—Puede ser —disintió Falquián—, pero todo lo que describió está justo donde él dijo que estaría. Corramos el albur en esto. Continúa siendo la dirección correcta.

—Casi lo único que podría causarnos algún problema sería el tropezarnos

con una servicial patrulla cynesgana que decida escoltarnos hasta la caravana a la que hemos estado siguiendo durante estos últimos días —observó Mirtai.

—Por lógica, las probabilidades que tenemos de cruzarnos con una patrulla ahí fuera son muy pocas —comentó Bevier—. Para empezar, los cynesganos suelen evitar el desierto, por lo general; y en segundo lugar, es muy probable que la guerra haya apartado a casi todo el mundo de los trabajos de patrulla.

—Y en tercero, cualquier patrulla que sea lo bastante desafortunada como para cruzarse con nosotros, no va a informar de ello —agregó Mirtai, al tiempo que posaba una sugerente mano en el puño de su espada.

—Hemos localizado provisionalmente las columnas —intervino Falquián—, y si Ogerajin sabía de qué estaba hablando, tenemos que seguir la línea de visión de las mismas para penetrar la ilusión. Ahora que las hemos encontrado, no las perdamos. No tendremos más remedio que arriesgarnos a atravesar los llanos. Si tenemos suerte, nadie se dará cuenta de nuestra presencia. En caso contrario, intentaremos mentirles, y si eso no da resultado, todavía nos quedará el recurso de las espadas. —Miró a todos los demás—. ¿Tiene alguien algo más que agregar?

—Creo que ya lo has resumido todo —dijo Kalten, aún algo dubitativo.

—En ese caso, en marcha.

—Simplemente rompieron filas y huyeron, mi señor Vanion —informó Kring, uno o dos días más tarde. La expresión de Kring era perpleja—. Estábamos empleando esas tácticas que Tikume y yo habíamos determinado como eficaces, y todo estaba saliendo más o menos como esperábamos, y luego alguien hizo sonar un cuerno o algo así, y ellos dieron media vuelta y echaron a correr..., pero ¿hacia dónde? Si lo que nos han dicho es verdad, no hay un solo lugar en todo el mundo donde puedan recobrar el aliento.

—¿Hiciste que alguien los siguiera? —preguntó Vanion.

—Supongo que tendría que haberlo hecho, pero me concentré en hacer que los cyrgais atravesaran la frontera. —Kring le sonrió a Sephrenia—. Esa maldición estiriana no parece haberse debilitado en los últimos diez mil años, señora. Tres regimientos enteros de cyrgais cayeron como el trigo recién segado al atravesar la frontera. —Hizo una pausa—. La verdad es que no son muy inteligentes, ¿verdad?

—¿Los cyrgais? No. Va en contra de su religión.

—Yo pensaba que al menos algunos de ellos se darían cuenta de que algo iba mal, pero continuaron corriendo hasta el otro lado de la frontera y cayendo, muertos.

—El pensamiento independiente no es algo que se fomente entre ellos. Se los entrena para seguir órdenes..., incluso las malas.

Kring miró hacia el puente que atravesaba el Sarna.

—¿Tú dirigirás las operaciones desde aquí, amigo Vanion? —preguntó.

—Apostaré un destacamento al otro lado del puente —replicó Vanion—, pero nuestro campamento principal estará en esta orilla. El río marca la frontera entre Cynesga y el propio Tamul, ¿no es así?

El domi se encogió de hombros.

—Técnicamente, supongo que sí. Pero la línea delimitada por la maldición está a una media legua más al oeste.

—Los límites han cambiado varias veces a lo largo de los años —explicó Sephrenia.

—Tikume pensó que yo debía acudir aquí y hablar las cosas con vosotros, amigo Vanion —dijo entonces, Kring—. No queremos estorbar a Falquián, por lo que no nos hemos adentrado mucho en Cynesga, pero estamos quedándonos sin gente a la que perseguir.

—¿Hasta qué distancia habéis estado penetrando en el territorio? —inquirió Vanion.

—Seis o siete leguas —respondió Kring—. Regresamos a Samar cada noche..., aunque ahora ya no hay ninguna razón real que requiera hacerlo. No creo que exista ya peligro de que asedien la ciudad.

—No —asintió Vanion—. Ya los hemos alejado lo bastante como para que no puedan concentrarse en Samar. —Abrió su mapa y lo miró durante unos momentos con el ceño fruncido, tras lo cual puso una rodilla en tierra y lo extendió sobre la parda hierba invernal—. Pisa esa punta, por favor —le pidió a Sephrenia—. No quiero tener que salir otra vez corriendo tras él.

Kring pareció perplejo.

—Es un chiste casero —explicó Sephrenia, mientras descansaba uno de sus menudos pies sobre la esquina del mapa indicada por Vanion—. A Vanion le gustan mucho los mapas, y hace dos días, una brisa errante convirtió a su favorito en una cometa.

Vanion dejó pasar el comentario.

—Estoy de acuerdo en que no nos interesa estorbar a Falquián, domi, pero sí

es importante que construyamos algunas plazas fuertes en el desierto. Nos proporcionarán lugares entre los que saltar cuando iniciemos nuestro avance sobre Cyrga.

—A mí se me ocurrió lo mismo, amigo Vanion.

—Establezcamos nuestra presencia al otro lado de la frontera —decidió Vanion—. Le enviaré mensaje a Betuana, y ella hará lo mismo.

Vanion miró a Sephrenia.

—¿Diez leguas? —sugirió—. Eso no está lo bastante adentrado en el territorio como para que le estemos pisando los talones a Falquián, pero tendremos espacio para maniobrar, y te dejará bastante espacio para ese hechizo tuyo.

—El emplear el hechizo es un buen plan, amigo Vanion —comentó Kring, un poco dubitativo—, pero estás arrastrando lo mejor que nuestros enemigos pueden echarnos encima, hacia ti... y hacia mi señora Sephrenia. ¿Es eso lo que quieres? No quisiera resultar ofensivo, pero tu lucha con los soldados de Klæl diezmó gravemente tus filas.

—Es uno de los motivos por los que quiero fuertes en el desierto, domi —replicó Vanion, con una mueca—. En el peor de los casos, me retiraré a esas plazas. Estoy casi seguro de que podré contar con que algunos queridos amigos que se encuentren en mis flancos, acudirán a rescatarme.

—Bien dicho —murmuró Sephrenia.

—Alto —dijo Khalad con brusquedad al tiempo que frenaba su montura, cuando se hallaban a unas cinco millas de Vigayo.

—¿Qué sucede? —inquirió Berit con voz tensa.

—Alguien llamado *Ramshorn* ha muerto —declaró el otro con un tono cargado de intención—. Creo que deberíamos detenernos a rendirle homenaje.

Berit miró la tosca tumba que se hallaba junto al camino.

—La pasé completamente por alto —confesó—. Lo siento, Khalad.

—Pon atención, mi señor.

—Me parece que eso ya lo has dicho antes.

Desmontaron y se acercaron a la tosca «sepultura».

—Inteligente —murmuró Berit en voz baja. Con toda probabilidad era innecesario bajar la voz, pero el hacerlo se había convertido en un hábito.

—Posiblemente ha sido idea de Talen —comentó Khalad mientras ambos se

arrodillaban junto al montículo de rocas—. Es un poco sutil para Falquián.

—¿No deberían ser dos palabras? —preguntó Berit, a la vez que señalaba la plancha de piedra erosionada por los elementos, con la palabra *Ramshorn* grabada encima.

—Tú eres el que ha recibido educación, mi señor. No toques esas rocas.

—¿Qué rocas?

—Las amarillas. Las desordenaremos en cuanto las haya leído.

—¿Tú lees rocas? ¿Es eso algo parecido a leer a las gaviotas?

—No exactamente. Es un mensaje de Falquián. Él y mi padre inventaron esto hace muchos años. —El joven de corta barba se inclinó primero hacia este lado, luego hacia aquel, mirando el montículo con los ojos entre cerrados—. Es natural —dijo al fin con una cierta resignación. Se levantó y fue hasta la cabecera de la tumba.

—¿Qué?

—Falquián lo ha escrito al revés. Ahora tiene sentido. —Khalad estudió la disposición de las rocas amarillas, en apariencia fortuita, colocadas en lo alto del montículo predominantemente pardo—. Reza, Berit —dijo—. Ofrece a los cielos una plegaria por el alma de nuestro desesperado hermano *Ramshorn*.

—Lo que estás diciendo no tiene mucho sentido, Khalad.

—Alguien podría estar vigilándonos. Actúa de manera religiosa.

El fornido escudero cogió a los caballos por las riendas y se alejó con ellos unas cuantas varas por la mal definida senda. Se inclinó, levantó la pata izquierda delantera de *Faran*, y le inspeccionó cuidadosamente el casco.

*Faran* le echó una mirada hostil.

—Lo siento —se disculpó Khalad ante el bruto de mal temperamento—, no es nada importante. —Volvió a dejar el casco sobre la tierra pedregosa—. Muy bien, Berit —dijo luego—. Di «amén» y volveremos a ponernos en camino.

—¿De qué iba todo eso? —El tono de Berit era áspero cuando volvió a montar.

—Falquián ha dejado un mensaje para nosotros —replicó Khalad mientras subía a su silla—. La disposición de las rocas amarillas me dijo dónde lo había dejado.

—¿Dónde está? —inquirió Berit con ansiedad.

—¿Ahora mismo? En mi bota izquierda. Lo recogí cuando revisaba el casco de *Faran*.

—Yo no te vi recoger nada.

—Se suponía que no tenías que verme, mi señor.

Krager se despertó con los horrores, al sonido de alaridos distantes. Hacía tiempo que los días y las noches se habían desdibujado de la consciencia de Krager, pero el sol que se estrellaba contra sus párpados le dijo que era una plena y terrible mañana. Lo cierto es que no tenía intención de beber tanto como lo había hecho la noche anterior, pero el saber que estaba llegando al final de su último barril de tinto arciano iba preocupándole de manera creciente a medida que se ponía más borracho, y el conocimiento de que pronto se le acabaría se tradujo, de alguna manera dentro de su mente aturdida, en una compulsión de bebérselo todo antes de que, por algún medio, se alejara de él.

Ahora estaba pagando por esa estupidez. Le latía la cabeza, tenía el estómago en llamas, y la boca le sabía como si algo se le hubiera metido dentro y la hubiera secado. Se estremecía violentamente, y sentía agudas punzadas de dolor en el hígado. Se sentó en el borde de la revuelta cama con la cabeza entre las manos. Sobre él pendía una sensación de pavor, un sombrío sentimiento de horror. Mantuvo cerrados los ardientes ojos y buscó a tientas la botella de emergencia que siempre guardaba debajo de la cama. El líquido que contenía no era vino ni cerveza, sino una asquerosa mezcla de origen lamork que se obtenía poniendo ciertos vinos inferiores a la intemperie, en invierno, y dejándolos congelar. El líquido que quedaba en la superficie y que había permanecido descongelado era alcohol casi puro. Sabía a rayos y quemaba como el fuego al tragarlo, pero calmaba los horrores. Estremeciéndose, Krager bebió casi un log de aquella porquería, y se puso en pie de un salto.

El sol era dolorosamente brillante cuando salió dando traspiés a las calles de Natayos y fue en busca de la procedencia de los gritos que lo habían despertado. Llegó a la plaza central y retrocedió con horror. Varios hombres estaban siendo sistemáticamente torturados hasta la muerte mientras Scarpa, vestido con una raída imitación de manto real y con su improvisada corona sobre la cabeza, sentado en una ornada silla, observaba con aire de aprobación.

—¿Qué está sucediendo? —le preguntó Krager a Cabah, un andrajoso bandolero dacita conocido suyo con el que frecuentemente se había emborrachado.

Cabah se volvió con presteza.

—Ah, eres tú, Krager —dijo—. Por lo que he podido averiguar, los seres

fulgentes descendieron sobre Panem-Dea.

—Eso es imposible —declaró de inmediato, Krager—. Ptaga está muerto. Ya no hay más ilusiones de esas para mantener a los tamules corriendo de aquí para allá.

—Si podemos creer lo que dicen algunos de esos tipos que agonizan, los que acudieron a Panem-Dea no eran ilusiones —replicó Cabah—. Un buen número de los oficiales de allí acabaron disueltos cuando intentaron resistir y luchar.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Krager, al tiempo que señalaba a un tipo que profería alaridos atado a unas estacas clavadas en el centro de la plaza.

—Scarpa está haciendo un ejemplo con los que huyeron. Está haciéndolos cortar en pedazos. Aquí llega Cызada.

Cabah señaló al estiriano que salía apresuradamente de las habitaciones de Scarpa.

—¿Qué estás haciendo? —le aulló el estiriano de ojos hundidos al demente sentado en su trono de pacotilla.

—Han desertado de sus puestos —replicó Scarpa—. Están siendo castigados.

—¡Necesitas a todos los hombres, idiota!

Scarpa se encogió de hombros.

—Les ordené marchar hacia el norte para reunirse con mis ejércitos reales. Han inventado mentiras para excusar el no haberme obedecido. Deben ser castigados. ¡Obtendré obediencia!

—¡No matarás a tus propios soldados! ¡Ordénales a tus camineros que se detengan!

—Eso es completamente imposible, Cызada. Una orden imperial, una vez dada, no puede ser rescindida. He ordenado que todos los desertores de Panem-Dea sean torturados hasta la muerte. Ahora ya está fuera de mis manos.

—¡Eres un maníaco! ¡No te quedará un solo soldado mañana por la mañana! ¡Todos desertarán!

—En ese caso, reclutaré más y los perseguiré a todos. ¡Seré obedecido!

Cызada de Esos controló su furia con un evidente gran esfuerzo. Krager vio que los labios del mago se movían mientras sus dedos tejían intrincados dibujos en el aire.

—¡Marchémonos de aquí, Cabah! —dijo con tono apremiante.

—¿Qué? Ese loco ha ordenado que todos mirásemos.

—No querrás mirar lo que va a ocurrir a continuación —le aseguró Krager—. Cызada está haciendo un hechizo..., zemoch, con toda probabilidad. Está

invocando a un demonio para enseñarle a nuestro «emperador» el significado de la palabra «obediencia».

—No puede hacer eso. Zalasta ha dejado a su hijo al mando de este lugar.

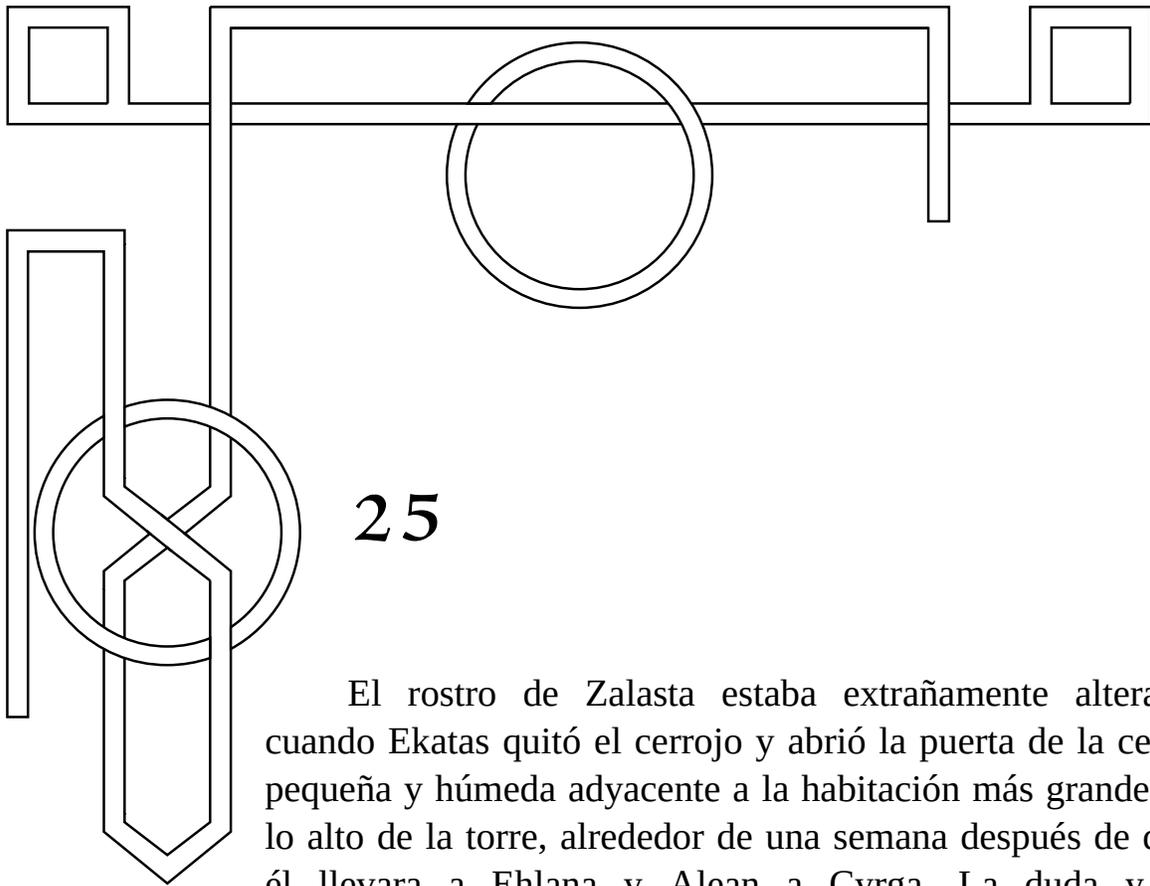
—No, quien está al mando en realidad es Cызada. Yo en persona oí a Zalasta decirle a ese estiriano que ahora está moviendo los dedos, que matara a Scarpa en el instante en que rebasara el límite. No sé qué harás tú, amigo mío, pero yo voy a buscar un sitio en el que esconderme. Ya he visto antes el tipo de criaturas que eran súbditos de Azash, y esta mañana me siento un poco delicado, así que no quiero volver a ver a una de ellas.

—Nos meteremos en problemas, Krager.

—No. Si el demonio al que Cызada está invocando se come vivo a Scarpa, no nos meteremos en ningún lío. —Krager respiró profundamente—. Depende de ti, Cabah. Quédate si quieres, pero creo que ya he visto todo lo que quería de Natayos.

—¿Vas a desertar? —Cabah estaba espantado.

—La situación ha cambiado. Si Falquián se ha aliado con los delfaes, quiero hallarme bien lejos de aquí cuando salgan relumbrando de la selva. De pronto siento una terrible añoranza de Eosia. Ven o quédate, Cabah, pero yo me marcho... ahora mismo.



## 25

El rostro de Zalasta estaba extrañamente alterado cuando Ekatas quitó el cerrojo y abrió la puerta de la celda pequeña y húmeda adyacente a la habitación más grande de lo alto de la torre, alrededor de una semana después de que él llevara a Ehlana y Alean a Cyrga. La duda y el remordimiento de su semblante de días antes había desaparecido; la expresión del estiriano era ahora de calmo desapego. Abarcó la horrible y diminuta habitación con una sola mirada. Ehlana y Alean estaban encadenadas a la pared, y se encontraban sentadas sobre sendas pilas de paja mohosa que hacían las veces de lechos. Unos cuencos rústicos de cerámica llenos de gachas frías se hallaban colocados sobre el suelo e intactos.

—Esto no es correcto, Ekatas —dijo Zalasta con un tono de voz remoto.

—En realidad, no es asunto tuyo, Zalasta —replicó el sumo sacerdote—. En Cyrga, los prisioneros son confinados en condiciones de fuerte seguridad. — Como siempre, Ekatas sonreía burlonamente al hablar con Zalasta.

—No estas prisioneras. —Zalasta entró en la celda y tomó en sus manos las cadenas que sujetaban a ambas mujeres a la pared. Luego, sin manifestar emoción alguna, las deshizo convirtiéndolas en polvo de herrumbre—. La situación aquí ha cambiado, Ekatas —le espetó mientras ayudaba a Ehlana a ponerse de pie—. Haz limpiar esta porquería.

Ekatas se irguió.

—Yo no recibo órdenes de los estirianos. Yo soy el sumo sacerdote de Cyrgon.

—Lamento esto profundamente, majestad —se disculpó Zalasta ante Ehlana—. Mi atención se ha desviado hacia otras cosas durante la última semana. Es evidente que no les he dejado claros mis deseos a los cyrgais. Por favor, excúsame un momento, y corregiré este descuido. —Se volvió a mirar a Ekatas—. Te he dicho que hicieras una cosa —le recordó con tono terrible—. ¿Por qué no has empezado?

—Sal de ahí, Zalasta, o te encerraré junto con ellas.

—¿Ah, sí? —dijo Zalasta con una tenue sonrisa—. Pensaba que eras más sensato. No tengo tiempo para tonterías, Ekatas. Haz limpiar esta habitación. Tengo que volver a llevar a nuestras huéspedes al templo.

—Yo no he recibido ninguna orden semejante.

—¿Por qué tendrías que recibirla?

—Cyrgon habla a través de mí.

—Precisamente. Esas instrucciones no proceden de Cyrgon.

—Cyrgon es Dios, en este lugar.

—No, ya no lo es. —Zalasta le echó una mirada casi compasiva—. Ni siquiera lo percibiste, ¿verdad, Ekatas? El mundo se agitaba y convulsionaba a todo tu alrededor, y ni siquiera te diste cuenta. ¿Cómo es posible que seas tan estúpido? Cyrgon ha sido suplantado. Ahora es Klæl quien gobierna en Cyrga... y yo hablo en nombre de Klæl.

—¡Eso es imposible! ¡Estás mintiendo!

Zalasta salió de la celda y aferró al sumo sacerdote por la parte frontal de la túnica.

—Mírame, Ekatas —le ordenó—. Mírame largamente y con atención, y dime que estoy mintiendo.

Ekatas luchó un momento y luego, incapaz de evitarlo, miró a los ojos de Zalasta. La sangre le abandonó el semblante con lentitud, y él profirió un alarido. Volvió a gritar, mientras intentaba librarse de la presa de acero del estiriano.

—¡Te lo suplico! —gritó con una voz cargada de horror—. ¡Basta! ¡Basta! —Se dejó caer, al tiempo que se cubría los ojos con las manos.

Zalasta soltó al hombre con un gesto de desprecio, y éste cayó al suelo llorando de manera incontrolable.

—¿Ahora lo entiendes? —le preguntó Zalasta con profunda suavidad—. Cyzada y yo intentamos advertiros a ti y a tu insignificante divinidad sobre los

peligros que implicaba el invocar a Klæl, pero no quisisteis escucharnos. Cyrgon quería esclavizar al Bhelliom, y ahora es esclavo del enemigo del Bhelliom; y, dado que yo hablo en nombre de Klæl, supongo que eso te convierte en esclavo mío. —Empujó al sollozante sacerdote con un pie—. ¡Levántate, Ekatas! ¡Ponte de pie cuando te hable tu amo!

El acobardado sacerdote se levantó trabajosamente, con el rostro surcado de lágrimas lleno de indescriptible horror.

—Dilo, Ekatas —ordenó Zalasta con voz cruel—. Quiero oírtelo decir... ¿o preferirías ser testigo de la muerte de otro personaje importante?

—A-a-amo —tartamudeó el sumo sacerdote.

—Otra vez..., un poco más alto, si no te importa.

—¡Amo! —La voz le salió casi como un alarido.

—Mucho mejor, Ekatas. Ahora ve a despertar a esos cretinos haraganes de la sala de guardia y ponlos a trabajar en la limpieza de esta celda. Tenemos preparativos que hacer cuando regrese del templo. Anakha viene hacia Cyrga con el Bhelliom, y tenemos que estar listos para cuando llegue. —Se volvió—. Trae a tu camarera contigo, Ehlana. Klæl quiere verte. —Zalasta hizo una pausa, mirándola con ojos críticos—. Sé que te hemos tratado mal —dijo a modo de media disculpa—, pero no dejes que nuestros malos modales quebranten tu espíritu. Recuerda quién eres y revístete de eso. Klæl respeta el poder y a aquellos que lo ostentan.

—¿Qué tengo que decirle?

—Nada. Él averiguará lo que quiera saber con sólo mirarte. No entiende a tu esposo, y el mirarte a ti le proporcionará alguna pista sobre la naturaleza de Anakha. Anakha es un elemento desconocido en este asunto. Siempre lo ha sido, supongo. Klæl entiende al Bhelliom. Es la criatura del Bhelliom quien lo desconcierta.

—Has cambiado, Zalasta.

—Supongo que sí —admitió él—. Tengo la sensación de que no viviré durante mucho tiempo más. El toque de Klæl hace cosas peculiares a la gente. Será mejor no hacerlo esperar. —Miró a Ekatas, que continuaba de pie, temblando con violencia—. Quiero que esta celda esté limpia para cuando regrese.

—Me encargaré de ello, amo —prometió Ekatas en un grotesco tono servil.

—¿Cómo los volveréis a encontrar? —inquirió Itagne con curiosidad—. A lo que estoy intentando llegar es a que los trolls están en ese «No-Tiempo», pero Tynian y tú habéis tenido que salir al tiempo real con el fin de entrar en Sarna, así que, para vosotros, el tiempo ha comenzado a avanzar. ¿Cómo regresaréis al momento en que dejasteis a los trolls?

—Por favor, no formules preguntas metafóricas, Itagne —le pidió Ulath con expresión dolorida—. Nosotros simplemente regresamos al punto en que dejamos a los trolls, y los encontramos allí. Nosotros nos ocupamos del «dónde» y dejamos que los dioses-troll se hagan cargo del «cuándo». Parecen capaces de saltar de aquí para allá por el tiempo sin prestarles mucha atención a las reglas.

—¿Dónde están los trolls en este momento?

—Justo fuera de la ciudad —replicó Tynian—. No creímos que fuera una buena idea traerlos a Sarna con nosotros. Están empezando a zafársenos un poco de las manos.

—¿Se trata de algo que debemos saber, Tynian-caballero? —preguntó Engessa.

Ulath se repantigó en la silla.

—Cyrgon desordenó la conducta de los trolls de una forma bastante profunda cuando acudió a Thalesia y se hizo pasar por Ghworg —explicó el thalesiano con aire sombrío—. Zalasta le habló de los trolls pero Cyrgon había estado muy fuera de contacto con el mundo, y confundió a los trolls con los hombres aurora. Los hombres aurora estaban reunidos en enormes comunidades, mientras que los trolls forman pequeñas manadas. Los animales de costumbres gregarias aceptan a cualquier miembro de su especie, pero los que viven en manadas pequeñas son más selectivos. En este momento juega en nuestro favor el hecho de que los trolls se comporten como un colectivo. Al menos podemos hacerlos avanzar a todos en la misma dirección, pero están comenzando a surgir algunos problemas. Las manadas están comenzando a separarse, y se oyen muchas voces altas y gruñidos.

Tynian miró a la reina Betuana que, ataviada toda de negro, estaba sentada en una silla algo apartada de los demás. Le hizo un gesto a Engessa para que se apartara a un lado con él:

—¿Se encuentra bien, Betuana? —le preguntó en voz muy baja.

—Betuana-reina está siguiendo el luto ritual —replicó Engessa, también con un medio susurro—. La pérdida de su esposo la ha conmovido profundamente.

—¿Estaban de verdad tan unidos?

—No lo parecía —admitió Engessa. Sus ojos adquirieron una expresión afligida al mirar a su melancólica reina—. El luto ritual es observado raras veces en la actualidad. La tengo estrechamente vigilada. No debe permitírsele que se haga daño. —Los músculos de los hombros de Engessa se contrajeron.

Tynian estaba asombrado.

—¿Existe algún peligro real de que lo haga?

—No era insólito hace algunos siglos —replicó Engessa.

—Esperaba que llegarais antes —estaba diciéndole Itagne a Ulath—. Según yo lo entiendo, el «No-Tiempo» significa que los trolls pueden ir de un lugar a otro de manera casi instantánea.

—No del todo instantánea, Itagne. Hemos tardado más o menos una semana para llegar desde las montañas de Tamul hasta aquí. Tenemos que detenernos y regresar al tiempo real con mucha frecuencia para que ellos puedan cazar. Los trolls hambrientos no son los mejores compañeros de viaje. ¿Qué ha estado ocurriendo? No podemos establecer contacto con Aphrael cuando estamos en el No-Tiempo.

—Falquián ha descubierto algunas pistas sobre el emplazamiento de Cyrga —replicó Itagne—. No son muy precisas, pero va a correr el albur e intentar seguir las.

—¿Qué tal le van las cosas al patriarca Bergsten?

—Ha capturado Cynesga..., la verdad es que se la entregaron en bandeja.

—¿Ah, sí?

—¿Recuerdas a la atana Maris?

—¿La muchacha guapa que comandaba la guarnición de Cynestra? ¿La que te tenía tanto cariño?

Itagne sonrió.

—Esa misma. Es una muchacha de naturaleza abrupta, y yo le tengo bastante afecto; cuando vio que se aproximaban Bergsten y los caballeros de la iglesia, decidió entregarle la ciudad como presente. Barrió bien las calles para limpiarlas de soldados cynesganos, y abrió las puertas para que entrase Bergsten. Iba a regalarle también la cabeza del rey Jaluah, pero él la persuadió de no hacerlo.

—Lástima —murmuró Ulath—, pero ése es el tipo de cosas que uno debe esperar cuando un buen hombre se mete en la religión.

—Vanion está en su puesto —prosiguió Itagne—, y entre él y Kring están estableciendo plazas fuertes a un día de camino, más o menos, en el interior de Cynesga. Vamos a hacer lo mismo aquí, pero pensamos que sería mejor esperar

primero a que vosotros llegarais.

—¿Se ha encontrado alguien con alguna oposición significativa? —inquirió Tynian.

—Es difícil decirlo con exactitud —reflexionó Itagne—. Estamos avanzando hacia Cynesga central, pero los soldados de Klæl surgen de todas las grietas de entre las rocas. Cuanto más los empujemos hacia el interior, más concentrados estarán. Si no hallamos una forma de neutralizarlos, tendremos que abrimos paso entre ellos, y por lo que me ha dicho Vanion, no se abren muy bien. Las tácticas de Kring están funcionando con bastante eficacia ahora, pero cuando nos acerquemos más a Cyrga... —Abrió las manos con gesto de desamparo.

—Ya inventaremos algo —le dijo Ulath—. ¿Hay alguna otra cosa?

—Continúa todo más o menos en el aire, caballero Ulath —contestó Itagne—. Las fábulas que Stragen y Caalador están tramando en Beresa desvían cada vez más a la caballería cynesgana hacia la frontera oriental. La mitad de ellos corre ahora hacia la costa de los alrededores de Kaftal, y la otra mitad hacia el norte, en dirección a una pequeña aldea llamada Zhubay. Caalador agregó una imaginaria concentración de atanes en esa zona, a la flota ilusoria de Stragen en la costa meridional. Entre ambos, han dividido a la totalidad del ejército cynesgano en dos, y los han enviado a cazar rayos de luna.

—¿Dices que la mitad de ellos van hacia el norte? —preguntó Tynian, con aire inocente.

—Hacia Zhubay, sí. Por alguna razón, parecen creer que los atanes están concentrándose en esa zona.

—¡Qué asombroso! —exclamó Ulath con una expresión completamente seria—. Da la casualidad de que Tynian y yo también hemos estado avanzando más o menos en esa dirección general. ¿Crees que los cynesganos se sentirían demasiado decepcionados si se encontraran con trolls en lugar de con atanes?

—Podrías subir hasta allí y preguntárselo, supongo —replicó Itagne, a cuyos labios tampoco afloraba ni el atisbo de una sonrisa.

Todos sabían qué iba a suceder en Zhubay.

—Transmíteles nuestras disculpas, Ulath-caballero —dijo Betuana con una leve sonrisa triste.

—Oh, ya lo creo que lo haremos, majestad —le aseguró Ulath—. Si es que podemos encontrar alguno de una pieza después de que hayan estado jugando con los trolls durante un par de horas.

—¡Fuera de aquí! —gritó Kalten, haciendo galopar a su montura hacia las criaturas de aspecto cánido que se apiñaban alrededor de algo que yacía en el pedregoso suelo del desierto. Las criaturas se dispersaron, chillando con desalmadas risas.

—¿Son perros? —preguntó Talen con voz de asco.

—No —replicó Mirtai, lacónica—. Hienas.

Kalten regresó.

—Es un hombre —informó con desolación—, o lo que queda de él.

—Tenemos que enterrarlo —intervino Bevier.

—No harían más que volver a desenterrarlo —le contestó Falquián—. Además —agregó—, si empiezas a intentar enterrarlos a todos, no saldremos de aquí en varias vidas. —Abarcó con un gesto la llanura sembrada de huesos que se extendía hasta las montañas bajas que se alzaban al oeste. Miró a Xanetia—. Ha sido un error traerte con nosotros, anarae —se disculpó—. Esto va a ponerse peor antes de que comience a mejorar.

—No era algo que no esperase, Anakha —replicó la muchacha. Kalten levantó los ojos hacia la bandada de cuervos que volaba en círculos por encima de ellos.

—Repugnantes bestias —murmuró.

Falquián se puso de pie sobre los estribos y miró al horizonte que tenía delante con los ojos entrecerrados.

—Nos quedan un par de horas más antes de que el sol se oculte, pero tal vez sería mejor que retrocediéramos una media legua, más o menos, y plantáramos campamento temprano. Ya tendremos que pasar una noche en ese llano; no pasemos dos.

—De todas formas, necesitamos guiarnos por esas columnas —agregó Talen—, y son mucho más brillantes cuando acaba de salir el sol.

—Eso es, siempre y cuando el punto de luz que hemos estado siguiendo salga de verdad de esas columnas —dijo Kalten, dubitativo.

—Nos han traído hasta aquí, ¿no es cierto? Esto tiene que ser lo que Ogerajin llamó la «Llanura de los Huesos», ¿no? Yo también tenía mis dudas al principio. Ogerajin desvariaba tanto que yo estaba seguro de que había equivocado al menos algunas de las instrucciones, pero todavía no nos ha conducido por la dirección equivocada.

—Todavía no hemos visto la ciudad, Talen —le recordó Kalten—, así que

voy a retrasar un poco la redacción de la carta de agradecimiento.

—Tengo todo el dinero que necesitaré en mi vida, Orden —declaró Krager con tono expansivo, repantigado en su silla y mirando por la ventana hacia los edificios y el puerto de la ciudad de Delo. Bebió otro sorbo de vino.

—Yo no iría por ahí anunciando eso, Krager —le recomendó el fornido Orden—, en especial aquí, en la zona portuaria.

—He contratado a algunos guardaespaldas, Orden. ¿Puedes indagar por ahí y averiguarme si hay algún barco rápido que vaya a salir hacia Zenga de Cammoria la próxima semana, más o menos?

—¿Por qué iba a querer alguien ir a Zenga?

—Yo crecí allí y siento añoranza —replicó Krager, encogiéndose de hombros—. Además, me gustaría pasarle mi fortuna por la cara a algunas personas..., todos los que dijeron que no llegaría a nada bueno cuando vivía allí.

—¿Te cruzaste por casualidad con un tipo llamado Ezek cuando estabas en Natayos? —le preguntó Orden—. Creo que es deirano.

—El nombre me suena. Creo que estaba trabajando para el tipo que dirigía la taberna.

—Fui yo quien lo envió allí —explicó Orden—. A él y a otros dos..., Col y Shallag. Iban a ver si podían unirse a la banda de forajidos de Narstil.

—Puede que lo hayan hecho, pero cuando yo me marché estaban trabajando en la taberna.

—No es asunto mío, pero si las cosas te iban tan bien en Natayos, ¿por qué te has marchado?

—Por instinto, Orden —replicó Krager, con los ojos muy abiertos—. Se me pone esa sensación de frío en la base del cráneo, y sé que es hora de salir corriendo. ¿Has oído hablar de un hombre llamado Falquián?

—¿Te refieres al príncipe Falquián? Todo el mundo ha oído hablar de él. Tiene una reputación considerable.

—Oh, sí. Ya lo creo que la tiene. En fin, el caso es que hace veinte años que Falquián está buscando una oportunidad para matarme, y ése es el tipo de cosas que afinan mucho los instintos de un hombre. —Krager bebió otro largo trago.

—Puede que te interese pensar en ponerte a secar durante un tiempo —aconsejó Orden, mientras le echaba una significativa mirada a la jarra de tinto arciano de Stragen—. Dirijo una taberna, y he aprendido a reconocer los signos.

Tu hígado comienza a fallar, amigo mío. Los ojos se te están poniendo amarillos.

—Reduciré la bebida cuando me haya hecho a la mar.

—Creo que deberías hacer algo más que reducirla, Krager. Vas a tener que dejarla del todo si quieres seguir viviendo. Créeme, no te gustaría morir como la mayoría de los bebedores. Una vez conocí a uno que chilló durante tres semanas seguidas antes de morirse por fin. Fue espantoso.

—Mi hígado no tiene nada malo —contestó Krager con aspereza—. No es más que la luz extraña que hay aquí dentro. Cuando me haga a la mar, espaciaré la bebida. Estaré bien. —Pero tenía un aire obsesionado, y la sola mención de abandonar la bebida había hecho que las manos le temblaran con violencia.

Orden se encogió de hombros. Él había intentado advertírselo.

—Depende de ti, Krager —dijo—. Preguntaré por ahí y veré si puedo encontrarte ese barco que te ponga fuera del alcance del príncipe Falquián.

—Pronto, Orden. Pronto. —Krager le tendió la jarra—. Entretanto, ¿por qué no bebemos otra copa?

Ekrasios y su grupo de delfaes llegaron a Norenja a últimas horas de la tarde de un lóbrego día en el que pesadas nubes colgaban bajas sobre las copas de los árboles, y no se movía ni un soplo de aire. Ekrasios se llevó a su amigo de infancia, Adras, y ambos se arrastraron por la enmarañada maleza de arbustos y lianas hasta el borde del claro para inspeccionar las ruinas.

—¿Pensáis vos que nos ofrecerán resistencia? —preguntó Adras en voz baja.

—Es difícil de predecir —replicó Ekrasios—. Anakha y los sus compañeros nos han dicho que estos rebeldes estaban pobremente entrenados. Pienso que su respuesta ante la nuestra aparición repentina dependerá del carácter de sus oficiales. Será mejor que les dejemos camino abierto hacia el bosque circundante. Si los encerráramos, la desesperación impelería los a luchar.

Adras asintió con la cabeza.

—Han intentado reparar las puertas —comentó, señalando la entrada de la ciudad.

—Las puertas no serán problema. Yo os instruiré a vos y los compañeros nuestros en el hechizo que modifica la maldición de Edaemus. Esas puertas nuevas son de madera, y la madera decae como la carne. —Levantó los ojos hacia las nubes de color gris sucio—. ¿Podéis vos facer alguna conjetura sobre la hora del día?

—No faltan más de dos horas para que caiga la noche —replicó Adras.

—Entonces, continuemos adelante. Nos es menester hallar otra puerta que permita huir a los que nos enfrentaremos esta noche.

—¿Y si no la hay?

—Entonces, los que quieran escapar habrán de buscar otros medios. Siento reticencias a dejar en libertad el pleno poder de la maldición de Edaemus. Mas, si la necesidad me obligara, no retrocedería ante tan severo deber. Si escaparan, bien. Si decidieran quedarse y luchar, faremos lo que debemos. Yo os aseguro, Adras, que cuando el sol salga mañana, no quedará entre las murallas de Norenja ninguna criatura viviente.

—¡Buen Dios! —exclamó Berit, cuando espiaba por encima del borde del lecho del río seco a los enormes soldados ataviados con armaduras ajustadas que corrían hacia el oeste por las piedras blanqueadas al sol—. ¡Son monstruos!

—Baja la voz —le advirtió Khalad—. No tenemos forma de saber cómo es de fino su oído.

Los extraños soldados bestiales eran más grandes que los atanes, y sus bruñidos petos de acero se ajustaban perfectamente a sus torsos, delineando cada músculo. Llevaban yelmos adornados con caprichosos cuernos y alas; las viseras se diferenciaban unas de otras, evidentemente forjadas cada una para ajustarse al rostro del guerrero que la llevaba. Corrían hacia el oeste en una especie de formación desigual, y su agitada respiración era audible incluso desde aquella distancia.

—¿Adónde vamos? —preguntó Berit con impaciencia—. La frontera está en la otra dirección.

—Ese que sigue a los demás, un poco retrasado, tiene una jabalina sobresaliéndole del cuerpo —replicó Khalad—. Yo diría que eso significa que se han enfrentado con los pelois de Tikume. Esos soldados ya han estado en la frontera, y en este momento, regresan.

—¿Regresan adónde? —Berit estaba perplejo—. ¿Adónde pueden ir? Aquí no pueden respirar.

Khalad asomó la cabeza con cautela por encima del borde del lecho y miró con los ojos entrecerrados hacia el otro lado del desierto rocoso.

—Parecen dirigirse hacia ese macizo de colinas que está a un cuarto de legua al oeste. —Hizo una pausa—. ¿Cómo de curioso te sientes hoy, Berit?

—¿Qué tienes en mente?

—El lecho del río desciende desde el interior de esas colinas, y si lo seguimos y mantenemos la cabeza baja, no nos verán. ¿Por qué no nos encaminamos hacia el oeste? Tengo la poderosa impresión de que podríamos descubrir algo de importancia si seguimos a esos tipos.

Berit se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

—La verdad es que esa no es una respuesta muy lógica, Berit. A mí se me ocurre media docena de razones para explicar por qué no. —Khalad miró a los jadeantes soldados que avanzaban trabajosamente por el desierto—. Pero hagámoslo, de todas formas. No sé por qué, pero creo que debemos seguirlos.

Volvieron a deslizarse al interior del río seco, y condujeron a sus caballos a lo largo del mismo en dirección oeste.

Avanzaron en silencio por el fondo de la zanja durante aproximadamente un cuarto de hora.

—¿Continúan estando ahí fuera? —susurró Berit.

—Echaré un vistazo. —Khalad volvió a trepar con cuidado por la empinada margen hasta el borde, y asomó la cabeza sólo lo bastante como para ver el otro lado. Luego descendió—. Este lecho comienza a hacerse menos profundo un poco más adelante. Dejemos los caballos aquí.

Continuaron avanzando, agachados para permanecer fuera de la vista, y a medida que la zanja comenzaba a ascender, se encontraron con que tenían que gatear sobre manos y rodillas.

Khalad se levantó apenas para echar otra mirada.

—Parecen dirigirse a la parte de atrás de aquella otra colina —dijo Khalad en voz baja—. Deslicémonos a lo alto de esa cresta y veamos qué hay al otro lado.

Los dos se arrastraron fuera del ahora somero lecho seco, y subieron hasta un punto de la cresta de la elevación desde el que podían ver lo que había al lado opuesto de la colina señalada por Khalad.

Era una especie de hondonada al abrigo de las tres colinas que se elevaban del desierto circundante. La hondonada estaba vacía.

—¿Adónde han ido? —susurró Berit.

—Esa hondonada era al lugar hacia el que se dirigían —insistió Khalad con el ceño fruncido de perplejidad—. Espera. Aquí llega el que tiene la jabalina clavada en la barriga.

Observaron cómo el soldado herido entraba tambaleándose en la hondonada,

medio caía, volvía a levantarse y continuaba avanzando trabajosamente. Alzó su rostro enmascarado y gritó algo.

Khalad y Berit aguardaron, tensos.

Entonces, dos soldados salieron por una abertura estrecha que había en la ladera de una de las colinas, descendieron hasta el fondo de la hondonada, arrastraron al camarada herido colina arriba, y entraron por la boca de la cueva.

—Allí tenemos la respuesta —dijo Khalad—. Corren a lo largo de varias leguas de desierto abierto para llegar a esa caverna.

—¿Por qué? ¿Qué bien puede hacerles?

—No tengo ni la más mínima idea, Berit, pero continúo pensando que es importante. —Khalad se puso de pie—. Regresemos a donde dejamos los caballos. Todavía podremos recorrer una o dos leguas antes de que se oculte el sol.

Ekrasios permanecía agachado en la linde del bosque, aguardando a que se apagaran las antorchas de Norenja y los sonidos de la actividad humana. Los acontecimientos de *Panem-Dea* habían confirmado la valoración hecha por Vanion de aquellos rebeldes, y que había puesto en conocimiento del delfae en Sarna. Si se les daba la más mínima oportunidad, esos soldados pobremente entrenados huirían, y aquello se adaptaba muy bien a los planes de Ekrasios. Aún se mostraba renuente a dejar en libertad la maldición de Edaemus, y la gente que escapaba no tenía que ser destruida.

Adras regresó a la linde de la selva, como un espectro envuelto en las brumas de la noche.

—Todo está dispuesto, Ekrasios —informó en voz baja—. Las puertas se derrumbarán al menor toque.

—Procedamos, entonces —replicó Ekrasios, al tiempo que se ponía de pie y relajaba el rígido control que amortecía su luz interior—. Roguemos para que huyan todos cuantos hállanse dentro destas murallas.

—¿Y si no escapan?

—Entonces morirán sin remedio. La promesa que ficimos a Anakha nos sujeta. Vaciaremos esas ruinas..., de una u otra forma.

—Aquí no se está tan mal —comentó Kalten mientras desmontaban—. Para

empezar, los huesos son más antiguos. —La noche anterior, la necesidad los había obligado a acampar en el monstruoso osario, y estaban todos ansiosos por llegar al final de aquel horror.

Falquián gruñó, al tiempo que miraba al otro lado de la extensión de desierto que los separaba del fracturado risco de basalto que parecía ocultar el borde oriental de las Montañas Prohibidas. El sol acababa de alzarse por el este, y su brillante luz se reflejaba en un par de picos adornados de cuarzo que se elevaban de entre las montañas de color negro herrumbroso que tenían al oeste.

—¿Vamos a detenernos aquí? —preguntó Mirtai—. Ese risco está aún a unas cuatrocientas varas de distancia.

—Creo que tenemos que guiarnos por esos dos picos —replicó Falquián—, Talen, ¿puedes recordar las palabras exactas de Ogerajin?

—Déjame pensar. —El muchacho frunció el entrecejo a causa de la concentración. Luego asintió brevemente con la cabeza—. Ya lo tengo —dijo.

—¿Cómo consigues eso? —inquirió Bevier, curioso.

Talen se encogió de hombros.

—Tiene un truco. No hay que pensar en las palabras. Sólo concentrarse en el lugar donde las oíste. —Levantó un poco la cabeza, cerró los ojos y comenzó a recitar—. «Al trasponer la Llanura de Huesos llegaréis a las Puertas de la Ilusión tras las cuales se encuentra escondida la Ciudad Oculta de Cyrga. El ojo del hombre mortal no puede percibir aquellas puertas. Severas se alzan como muralla fracturada al borde de las Montañas Prohibidas para cerrar el vueso paso. Dirigid los vuestos ojos, sin embargo, hacia las dos columnas blancas de Cyrgon, y dirigid los pasos vuestos hacia el vacío que se abre entre ellas. No deis crédito a aquello que los vuestos ojos os digan, porque la muralla en apariencia sólida no es sino una niebla y no os impedirá el paso.

—Ésa ni siquiera sonaba como tu propia voz —observó Bevier.

—Eso es parte del truco —explicó Talen—. Ésa era la voz de Ogerajin, más o menos.

—Bien, pues —intervino Falquián—. Veamos si de verdad sabía de qué estaba hablando. —Entrecerró los ojos para mirar a los dos brillantes puntos de luz reflejada—. Allí están las dos columnas. —Avanzó algunos pasos hacia la derecha y negó con la cabeza—. Desde aquí se convierten en una sola. —Luego caminó hacia la izquierda—. Desde aquí sucede lo mismo. —Entonces regresó al lugar que ocupaba en un principio—. Éste es el punto —declaró, con una cierta emoción en la voz—. Esos dos picos están muy juntos. Si uno se desplaza

unos pocos pasos en cualquiera de las dos direcciones, no puede siquiera ver la abertura que hay entre ellos. A menos que uno esté buscándola, podría pasarla totalmente por alto.

—Ah, eso está muy bien, Talen —comentó Kalten con sarcasmo—. Si nos acercamos más, el risco nos tatará los picos.

Talen puso los ojos en blanco.

—¿Qué? —preguntó Kalten.

—Tú límitate a avanzar hacia el risco, Kalten. Falquián puede quedarse aquí y mantener los ojos sobre la abertura. Él te dirá si debes desplazarte a derecha o izquierda.

—Ah. —Kalten miró a los demás—. No hagáis una montaña de esto —les dijo. Luego se puso en marcha hacia el risco.

—Vira a la derecha —le indicó Falquián. Kalten asintió con la cabeza y cambió de dirección.

—Demasiado. Otra vez a la izquierda, un poco.

El blondo pandion continuó avanzando hacia el risco, alterando su curso según las indicaciones que le gritaba Falquián. Cuando llegó al risco, lo recorrió al tiempo que golpeaba con las palmas la superficie de roca. Luego sacó su pesada daga, la clavó en el suelo e inició el camino de vuelta.

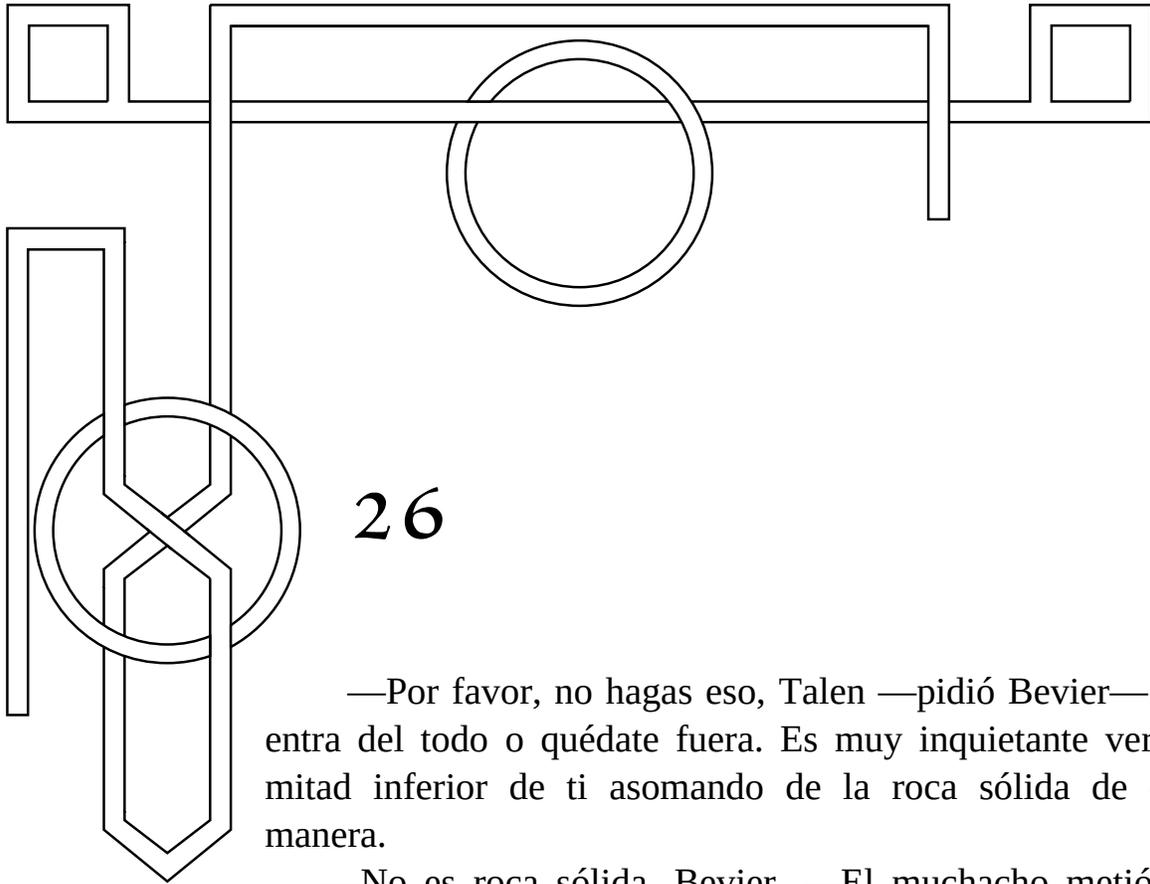
—¿Y bien? —gritó Falquián cuando había cubierto ya la mitad de la distancia.

—Ogerajin no sabía de qué estaba hablando —gritó Kalten a modo de respuesta.

Falquián profirió una imprecación.

—¿Quieres decir que no hay ninguna abertura? —le preguntó inquieto Talen.

—Oh, ya lo creo que hay una abertura —replicó Kalten—. Pero está por lo menos a cinco codos de donde tu loco dijo que estaría.



26

—Por favor, no hagas eso, Talen —pidió Bevier—. O entra del todo o quédate fuera. Es muy inquietante ver la mitad inferior de ti asomando de la roca sólida de esa manera.

—No es roca sólida, Bevier. —El muchacho metió la mano en la roca y volvió a sacarla a modo de demostración.

—Bueno, pues parece sólida. Por favor, Talen, entra o sal. No te quedes en medio.

—¿Puedes sentir algo cuando metes la mano? —preguntó Mirtai.

—Ahí dentro hace un poco más de fresco —replicó Talen—. Es una especie de cueva o túnel. Hay luz al otro extremo.

—¿Podemos pasar con los caballos al otro lado? —inquirió Falquián.

Talen asintió con la cabeza.

—Es lo bastante grande como para eso... si entramos en fila. Supongo que Cyrgon quería reducir las probabilidades de que alguien descubriera la entrada por accidente.

—Será mejor que me dejéis entrar delante —dijo Falquián—. Podría haber guardias al otro lado.

—Yo marcharé justo detrás de ti —declaró Kalten al tiempo que sacaba su daga del suelo y desenfundaba la espada.

—Es una ilusión muy hábil —observó Xanetia mientras tocaba la roca que

había a la izquierda de la puerta—. No se ven bordes y es imposible de distinguir de la real.

—Supongo que ha sido lo bastante buena como para ocultar Cyrga durante diez mil años —observó Talen.

—Entremos —decidió Falquián—. Quiero echarle un vistazo al lugar.

Hubo dificultades con los caballos, por supuesto. Por muy razonablemente que uno le explique las cosas a un caballo, él no avanzará voluntariamente hacia una muralla de piedra. Bevier solventó el problema con unas telas que utilizó para envolver sus cabezas y, con Falquián al frente, el grupo condujo sus monturas al interior del túnel.

Tenía tal vez unos ochenta codos de largo, y puesto que el otro extremo estaba aún en sombras, la luz no resultaba cegadora.

—Sujeta mi caballo —le murmuró Falquián a Kalten. Luego, con la espada sujeta en lo bajo, se encaminó hacia la salida. Cuando llegó a la misma, se tensó y la traspuso con rapidez, volviéndose a ambos lados para parar cualquier ataque.

—¿Hay algo? —inquirió Kalten con un susurro ronco.

—No. Aquí no hay nadie.

El resto del grupo condujo con cautela los caballos al exterior del túnel.

Salieron a un terreno bajo sombreado por árboles y alfombrado por la hierba seca del invierno, salpicado de losas blancas.

—La Cañada de Héroe —murmuró Talen.

—¿Qué? —le preguntó Kalten.

—Así lo llamó Ogerajin. Supongo que suena mejor que «cementerio». Parece que los cyrgais tratan a sus propios muertos un poco mejor que a sus esclavos.

Falquián miró al otro lado del extenso cementerio. Señaló hacia el oeste, donde una ligera elevación del terreno señalaba el límite del camposanto.

—Vamos —les dijo a sus amigos—. Quiero ver con exactitud a qué nos enfrentamos.

Atravesaron el cementerio hasta el pie de la elevación, ataron los caballos a los árboles que crecían allí, y treparon con cuidado.

La hondonada era significativamente más baja que el suelo del desierto circundante, y en su centro había un lago de buen tamaño, oscuro y opaco en las sombras de la mañana. El lago estaba rodeado por barbechos invernales, y un bosque de árboles oscuros cubría las laderas de la hondonada. En todo aquel

entorno había una especie de rígido orden, como si se hubiese obligado a la naturaleza misma a conformarse de acuerdo con las líneas rectas y los ángulos precisos. Se habían dedicado siglos de trabajo brutal a forjar lo que podría haber sido un lugar de hermosura, en un severo reflejo de la mente del propio Cyrgon.

El valle oculto tenía unas dos leguas de ancho, y al otro lado se alzaba la ciudad que había permanecido oculta durante diez eones. Las montañas de los alrededores habían proporcionado los materiales de construcción, y tanto las murallas de la ciudad como sus edificios estaban hechos de ese mismo basalto volcánico negro amarronado. Las murallas exteriores eran altas y robustas, y dentro de ellas se alzaba una colina abrupta, en forma de cono, cuyas laderas estaban cubiertas de casas apiñadas. En lo alto de la colina se veía otra muralla que encerraba negras agujas que se elevaban a un lado y, en abierto contraste con el resto de la ciudad de agujas blancas que se alzaban al otro.

—No es demasiado creativo —observó Bevier con tono crítico—. El arquitecto no parecía tener mucha imaginación.

—La imaginación no es un rasgo que se fomente entre los cyrgais, caballero —replicó Xanetia.

—Podríamos dar la vuelta por un lado del valle y acercarnos más —sugirió Kalten—. Los árboles nos ocultarán. El terreno que rodea el lago no ofrece muchos lugares por los que avanzar a cubierto.

—Tenemos bastante tiempo —dijo Falquián—. Apartémonos de la entrada del túnel. Si es el único camino por el que se puede entrar y salir del valle, es inevitable que haya tráfico. Puedo ver gente que está trabajando en aquellos campos de ahí abajo..., esclavos, con toda probabilidad. Habrá cyrgais vigilándolos, y también podría haber patrullas. Veamos si podemos detectar alguna clase de rutina antes de darnos de narices con algo.

Berit y Khalad acamparon en el árido territorio, en otro macizo de rocas que se encontraba a dos días del lugar en que habían visto a los extraños soldados. Les dieron un poco de agua a los caballos, no encendieron fuego y comieron raciones frías. Khalad habló muy poco, y permaneció sentado mirando al desierto con aire melancólico.

—Deja de preocuparte por ello, Khalad —le dijo Berit.

—Lo tengo justo delante de las narices, Berit. Sé que es así, pero no consigo determinarlo.

—¿Quieres hablar del asunto? Ninguno de los dos va a dormir ni una hora si te pasas toda la noche luchando con ello.

—Puedo meditar en silencio.

—No, de hecho, no puedes. Llevamos demasiado tiempo juntos, amigo mío. Puedo oír tus pensamientos.

Khalad le dedicó una débil sonrisa.

—Tiene que ver con esas criaturas —explicó.

—¿De veras? Jamás lo habría adivinado. Es lo único en que has estado pensando durante los últimos dos días. ¿Qué quieres saber sobre ellos..., aparte del hecho de que son grandes, feos, salvajes y que tienen sangre amarilla?

—Ésa es la parte que no ha dejado de darme vueltas..., esa sangre amarilla. Aphrael dice que es debido a que respiran con el hígado. Es así porque lo que están acostumbrados a respirar no es aire. Pueden sobrevivir aquí por poco tiempo, pero cuando comienzan a hacer esfuerzos, se derrumban. Los que vimos el otro día no estaban corriendo sin objeto por el desierto. Tenían un punto de destino específico.

—¿Aquella cueva? ¿Crees que podría tratarse de un refugio para ellos?

—Ahora sí que estamos comenzando a llegar a alguna parte —dijo Khalad a la vez que su rostro adquiría una expresión concentrada—. Los pelois son probablemente la mejor caballería ligera del mundo, pero los soldados de Klæl son casi tan grandes como los trolls, y parecen capaces de hacer caso omiso de heridas que matarían a un ser humano. No creo que huyeran de los pelois.

—No. Estaban intentando huir del aire.

Khalad chasqueó los dedos.

—¡Eso es! —exclamó—. Por eso rompieron filas y huyeron a esas cuevas. No están escondiéndose de los pelois, sino del aire.

—El aire es aire, Khalad..., ya sea en terreno abierto o dentro de una caverna.

—No lo creo así, Berit. Creo que Klæl ha llenado esa caverna con el tipo de aire que sus soldados están acostumbrados a respirar. No puede cambiar el aire de todo el mundo, porque mataría a los cyrgais igual que al resto de nosotros, y Cyrgon no le permitiría hacer algo semejante. Pero lo que sí puede hacer es llenar la cueva con esa otra clase de aire. Sería el lugar perfecto. Es un sitio cerrado y más o menos hermético. Les proporciona a esos monstruos un refugio al que acudir cuando comienzan a quedarse sin aliento. Pueden descansar allí y luego salir a luchar un poco más. Será mejor que pases esa información, Berit.

Aphrael puede poner en conocimiento de los demás que los soldados de Klæl se esconden en cuevas porque allí pueden respirar.

—Se lo diré —replicó Berit, dubitativo—. No sé qué bien podrá hacernos a nosotros, pero se lo contaré.

Khalad se repantigó, apoyado en los codos, con una ancha sonrisa en los labios.

—No estás pensando, Berit. Si algo está dándote problemas, y ese algo se esconde en una cueva, no tienes necesidad de entrar a buscarlo. Lo único que necesitas es derrumbar la entrada. Una vez que lo dejas encerrado dentro, puedes olvidarlo. ¿Por qué no le transmites eso a Aphrael? Sugierele que les diga a los demás que cierren la entrada de todas las cuevas que encuentren. Ni siquiera tendrá que hacerlo ella misma. —Entonces volvió a fruncir el entrecejo.

—¿Qué sucede ahora?

—Eso era demasiado fácil —respondió Khalad—, y la verdad es que no nos servirá de mucho. Con lo grandes que son esas bestias, podrías derribar encima de ellas toda una montaña y serían capaces de abrirse camino de todas formas. Hay algo más que todavía no acaba de encajar. —Levantó una mano—. Lo averiguaré —prometió—. Sabré qué es aunque me lleve toda la noche.

Berit gimió.

—He decidido ir contigo, Bergsten-sacerdote —replicó la atana Maris, vacilante, hablando elenio con fuerte acento. Había aparecido corriendo desde detrás de la columna de hombres cuando estaban a cinco días al sur de Cynesga.

Bergsten reprimió una imprecación.

—Somos un ejército en movimiento, atana Maris —intentó explicarle con diplomacia—. No podremos tomar las disposiciones necesarias para tu comodidad ni seguridad cuando nos detengamos a pasar la noche.

—¿Disposiciones? —Miró a Neran, el intérprete, con expresión perpleja.

Neran habló con ella en tamul, y la muchacha de elevada estatura estalló en carcajadas.

—¿Qué te resulta tan divertido, atana? —inquirió Bergsten con suspicacia.

—Que te preocupes por eso, Bergsten-sacerdote. Soy un soldado. Puedo defenderme de cualquiera de tus hombres que me admire demasiado.

—¿Y por qué has decidido acompañarnos, atana Maris? —intervino Heldin.

—Se me ocurrió una idea después de que os marcharais de Cynesga, Heldin-

caballero —replicó ella—. Hace ya muchas semanas que tengo en la cabeza ir a buscar a Itagne-embajador. Vosotros vais al lugar en que él está, así que iré con vosotros.

—Podemos llevarle un mensaje de tu parte, atana. La verdad es que no tienes necesidad de marchar con nosotros.

Ella negó con la cabeza.

—No, Heldin-caballero. Es un asunto personal entre Itagne-embajador y yo. Él se mostró amistoso conmigo cuando estuvo en Cynesga. Luego se marchó, pero dijo que me escribiría cartas. No lo ha hecho. Ahora debo buscarlo para asegurarme de que está bien. —Sus ojos se endurecieron—. Si está bien, tengo que saber si él ya no quiere ser amistoso conmigo. —Suspiró—. Espero de verdad que sus sentimientos no hayan cambiado. No querría matarlo.

—No quiero tener nada que ver con esto —declaró Gahennas con tono abrupto al tiempo que se ponía de pie y les echaba a las demás una mirada de reprobación—. Estaba dispuesta a unirme a vosotras si eso significaba retorcerle la nariz a Cieronna, pero no voy a complicarme en una traición.

—¿Quién ha hablado de traición, Gahennas? —preguntó Chacole—. No habrá ningún peligro real para nuestro esposo. Sólo vamos a hacer que parezca que hay un complot contra él... y vamos a dejar las pruebas suficientes como para que Cieronna parezca la responsable del complot. Si algo llegara a sucederle a Sarabian, el príncipe heredero ascendería al trono imperial, y Cieronna sería la regente. Dejaremos al descubierto su complot antes de que suceda algo realmente, y quedará desacreditada del todo..., probablemente en prisión... y nosotras ya no tendremos que humillarnos ante ella.

—No me importa lo que tú digas, Chacole —declaró secamente la emperatriz de orejas prominentes—. Estáis poniendo en movimiento algo que huele a traición, y yo no formaré parte de ello. Voy a mantener mis ojos sobre ti, Chacole. Despide a tus espías y abandona de inmediato este descabellado plan, porque si no lo haces... —Gahennas dejó la frase flotando ominosamente en el aire mientras giraba sobre sus talones y salía a grandes zancadas.

—Has sido muy torpe, Chacole —comentó Elysoun, arrastrando las palabras, mientras seleccionaba con gran cuidado una pieza de fruta de la bandeja de plata que había sobre la mesa—. Puede que Gahennas hubiera accedido si tú no hubieses entrado en tantos detalles. No tenía por qué saber que tú ibas a enviar

de hecho a tus asesinos. Todavía no estabas del todo segura de ella, así que has ido demasiado rápido.

—Estoy quedándome sin tiempo. —El tono de Chacole era desesperado.

—Yo no veo la necesidad de tantas urgencias —replicó Elysoun—. Además, ¿cuánto tiempo has ahorrado hoy? Esa bruja tegana va a vigilar cada uno de tus movimientos a partir de ahora. Has errado, Chacole. Ahora vas a tener que matarla.

—¿Matarla? —El rostro de Chacole se puso blanco.

—A menos que no te importe perder la cabeza. Una palabra de Gahennas puede enviarte al patíbulo. La verdad es que no estás hecha para la política de los hombres, querida. Hablas demasiado. —Elysoun se puso perezosamente de pie—. Podemos hablar de esto más tarde —dijo—. Tengo a un entusiasta joven de la guardia esperándome, y no me gustaría que se enfriase. —Se marchó con paso tranquilo.

La actitud descuidada de Elysoun ocultaba una buena cantidad de urgencia. La crianza cynesgana de Chacole la hacía dolorosamente obvia. Se había valido del odio que las demás esposas de Sarabian sentían hacia la emperatriz Cieronna. Esa parte era bastante inteligente, pero la elaborada y complicada historia de representar una imitación de intento de asesinato, resultaba ridículamente excesiva. Estaba muy claro que el intento no iba destinado a fracasar, como proclamaban tan piadosamente Chacole y Torellia. Elysoun comenzó a caminar más rápido. Tenía que llegar hasta su esposo para advertirle que su vida corría un peligro inminente.

—¡Xanetia! —exclamó Kalten, retrocediendo con sorpresa, cuando la anarae apareció de pronto en medio de ellos aquel anochecer—. ¿No puedes toser, o algo parecido, antes de hacer eso?

—No era la mi intención el sobresaltaros, protector mío —se disculpó ella.

—Tengo los nervios un poco tensos en estos momentos —dijo él.

—¿Has tenido suerte? —le preguntó Mirtai.

—He averiguado mucho, atana Mirtai. —Xanetia hizo una pausa para concentrar sus pensamientos—. Los esclavos no están muy vigilados —comenzó—, y la supervisión de los mismos está a cargo de capataces cynesganos, pues muchas tareas domésticas están por debajo de la dignidad de los cyrgais. El propio desierto se encarga de confinar a los esclavos. Aquellos que son lo

bastante necios como para huir, perecen sin remedio en el estéril desierto.

—¿Cuál es la rutina de costumbre, anarae? —le preguntó Bevier.

—Los esclavos salen de sus encierros al alba —replicó ella—, y sin que se los mande ni vigile, trasponen las puertas de la ciudad para ocuparse de sus tareas. Luego, a la puesta del sol, todavía sin vigilancia y sin que apenas se fije alguien en ellos, regresan a la ciudad y a los alojamientos de esclavos para comer. Se los encadena entonces y se los encierra durante la noche, para ponerlos en libertad otra vez con las primeras luces del día.

—Algunos de ellos trabajan en esos bosques de ahí arriba —observó Mirtai, espiando entre los árboles que los ocultaban—. ¿Qué se supone que tienen que hacer?

—Cortan leña para sus amos en ese extenso bosque. Los cyrgais se calientan con fuegos en el frío del invierno. Los esclavos encerrados deben soportar el tiempo que haga.

—¿Has podido enterarte de algo sobre el trazado de la ciudad, anarae? —le preguntó Bevier.

—De algo, caballero. —Ella los llamó con un gesto hacia la linde del bosque para que pudieran mirar al otro lado del valle, hacia la ciudad de negras murallas—. Los cyrgais mismos viven en las laderas de la colina que se alza dentro de las murallas —explicó—, y manteniéndose apartados de la porción más mundana de la ciudad que está más abajo. Hay otra muralla dentro de la exterior, y esa muralla protege a los elegidos de Cyrgon del contacto con las razas inferiores. La parte más baja de la ciudad contiene los alojamientos de los esclavos, los depósitos de comida, y los barracones de los cynesganos que supervisan a los esclavos y se encargan de defender la muralla exterior. Como podéis ver, hay todavía una muralla más interna que rodea la cumbre de la colina. Dentro de esa última muralla, hállanse el palacio del rey Santheocles y el templo de Cyrgon.

Bevier asintió con la cabeza.

—Entonces, es bastante corriente por lo que respecta a la fortificación.

—Si ya os habíais dado cuenta de esto, ¿por qué lo habéis preguntado, caballero? —inquirió ella con acritud.

—Para confirmarlo, querida dama —replicó él, sonriendo—. La ciudad tiene diez mil años de antigüedad. Podrían haber tenido diferentes ideas de cómo construir una ciudad fortificada antes de las modernas armas de guerra. —Contempló la amurallada Cyrga con los ojos entrecerrados—. Es obvio que están dispuestos a sacrificar la ciudad inferior —comentó—. De lo contrario, la

muralla exterior estaría defendida por los cyrgais. El hecho de que dejen esa tarea a los cynesganos significa que no le dan mucho valor a esos depósitos de comida y encierros para esclavos. La muralla construida al pie del monte de Cyrgon estará más ferozmente defendida, y en caso de necesidad, se retirarán colina arriba, hasta el interior de esa última muralla que rodea el palacio y el templo.

—Todo eso está muy bien, Bevier, pero —lo interrumpió Kalten—, ¿dónde están Ehlana y Alean?

Bevier lo miró sin sorpresa.

—En lo más alto, por supuesto —replicó—, en el palacio o en el templo.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—Son rehenes, Kalten. Cuando tienes rehenes, deben estar lo bastante cerca como para amenazarlos cuando tus enemigos se acerquen demasiado. Nuestro problema es cómo entrar en la ciudad.

—Ya se nos ocurrirá algo —declaró Falquián, confiado—. Adentrémonos un poco más en el bosque y preparémonos para pasar la noche.

Se retiraron entre los árboles y comieron raciones frías, dado que un fuego estaba fuera de toda discusión.

—El problema sigue estando ahí, Falquián —dijo Kalten mientras el anochecer descendía sobre el valle oculto—. ¿Cómo vamos a trasponer todas esas murallas?

—La primera muralla es fácil —comentó Talen—. No tenemos más que entrar caminando por la puerta.

—¿Cómo te propones hacer eso sin que te detengan? —exigió saber Kalten.

—La gente sale de la ciudad cada mañana, y vuelve a entrar al ponerse el sol, ¿verdad?

—Ésos son esclavos.

—Exacto.

Kalten lo miró fijamente.

—Nosotros queremos entrar en la ciudad, ¿no es cierto? Ésa es la forma más fácil de conseguirlo.

—¿Y qué hay de las otras murallas? —objetó Bevier.

—Una muralla por vez, caballero —le contestó alegremente Talen—, una muralla por vez. Primero atravesemos la exterior. Luego nos preocuparemos por las demás.

Daiya el peloi llegó cabalgando a toda velocidad por el pedregoso desierto, a eso de media mañana.

—Los hemos encontrado, reverencia —le informó a Bergsten mientras detenía su montura—. La caballería cynesgana intentó alejarnos del lugar en que se ocultan, pero de todas formas los encontramos. Están en esas colinas que tenemos justo delante.

—¿Más de esos grandes con las máscaras? —preguntó Heldin.

—Algunos de esos, amigo Heldin —replicó Daiya—, pero también hay otros... que llevan yelmos anticuados y lanzas.

—Son cyrgais —gruñó Bergsten—. Vanion los mencionó. Sus tácticas son tan antiguas que no constituirán un gran problema.

—¿Dónde están, exactamente, amigo Daiya? —inquirió Heldin.

—Se encuentran en un gran cañón que está en la ladera este de esas colinas, amigo Heldin. Mis exploradores los vieron desde el borde del cañón.

—No cabe duda de que no nos interesa entrar en el cañón tras ellos, vuestra gracia —aconsejó Heldin—. Son soldados de infantería, y los espacios cerrados están hechos para sus tácticas. Tendremos que buscar alguna manera de hacerlos salir a terreno abierto.

La atana Maris le formuló a Neran una pregunta en tamul, y la respuesta de él fue bastante extensa. Ella asintió con la cabeza, le dijo unas breves palabras, y luego echó a correr en dirección sur.

—¿Adónde va? —exigió saber Bergsten.

—Dice que vuestros enemigos os han tendido una trampa, vuestra gracia —replicó Neran al tiempo que se encogía de hombros—. Ella va a hacerla saltar.

—¡Detenla, Heldin! —dijo Bergsten con tono terminante.

Hay que decir en defensa del caballero Heldin que él intentó alcanzar a la muchacha atana ágil y de pies ligeros, pero ella se limitó a mirar hacia atrás por encima del hombro, reír y acelerar aún más la carrera, dejándolo muy atrás, fustigando a su caballo y mascullando imprecaciones.

Las imprecaciones de Bergsten no fueron masculladas. Le hicieron ampollas al aire que lo rodeaba.

—¿Qué está haciendo? —le preguntó a Neran con tono exigente.

—Ellos planean tenderos una emboscada, vuestra gracia —replicó Neran con calma—. No funcionará si alguien los ve escondidos en el cañón. La atana Maris va a entrar corriendo en el cañón, dejar que la vean, y luego salir nuevamente a

la carrera. Tendrán que intentar apresarla. Eso los hará salir a terreno abierto. Puede que os interese pensar en acelerar un poco el paso. Se sentirá terriblemente decepcionada si no estáis en posición de atacar cuando los saque fuera.

El patriarca Bergsten miró hacia el desierto, a la dorada joven atana que corría con facilidad hacia el sur con sus largos cabellos negros volando tras ella. Luego profirió otra maldición, se puso de pie sobre los estribos, y aulló:

—¡Cargad!

Ekrasios y sus camaradas llegaron a *Panem-Dea* a últimas horas de la tarde, justo cuando el sol atravesaba la capa de nubes que había ocultado el cielo durante los días anteriores.

Las ruinas de Synaqua estaban mucho menos reparadas que las de Panem-Dea y Norenja. Toda la muralla este había sido socavada por uno de los numerosos brazos de agua que corrían perezosamente por el pantanoso delta del río Arjun, y la misma se había derrumbado en algún indeterminado momento pretérito. Cuando los rebeldes de Scarpa se trasladaron allí para ocupar las ruinas, la reemplazaron con una empalizada de madera. La construcción era burda, y no resultaba muy imponente.

Ekrasios consideró eso mientras permanecía sentado a solas, contemplando con melancolía cómo el sol iba hundiéndose en el banco de nubes que había al oeste. Un serio problema había surgido después del desastroso asalto de Norenja. Había dado la impresión de que existían muchas puertas por las que los rebeldes presas del terror podrían huir, pero el comandante había bloqueado esas puertas con escombros como parte de las defensas. Los aterrorizados hombres quedaron atrapados dentro de las murallas, y por lo tanto no tuvieron otra alternativa que la de volverse y luchar. Cientos habían muerto en una agonía indescriptible antes de que Ekrasios pudiera desviar a sus delfaes hacia las zonas deshabitadas de las ruinas de forma que la ruta de escape a través de la puerta principal quedara libre. Muchos de los delfaes habían llorado abiertamente ante el horror que se vieron obligados a infligirles a unos hombres que esencialmente no eran más que campesinos mal aconsejados. Ekrasios necesitó dos días y toda su elocuencia para evitar que la mitad de sus hombres abandonaran la causa y regresaran de inmediato a Delfaeus.

Adras, el amigo de infancia de Ekrasios y su segundo al mando, se

encontraba entre los más profundamente turbados. Ahora, Adras evitaba a su líder siempre que le resultaba posible, y las pocas frases que se intercambiaban entre ambos eran abruptas y de carácter oficial. Y así fue que Ekrasios se sintió algo sorprendido cuando Adras acudió a su lado sin que lo llamara en el rojo resplandor de aquel encendido atardecer.

—Quiero hablar una palabra con vos, Ekrasios —dijo a modo de tanteo.

—Por supuesto, Adras. Sabéis que no os era menester el pedirlo.

—Debo deciros que no participaré en el trabajo desta noche.

—Estamos atados por la nuestra promesa entregada a Anakha, Adras —le recordó Ekrasios—. El nuestro anari lo ha jurado, y nosotros estamos obligados a facer honor al su juramento.

—¡No puedo, Ekrasios! —gritó Adras, mientras unas repentinas lágrimas le bajaban por las mejillas—. No puedo soportar lo que fice y tendré que facer si entro en aquesta ciudad. Estoy seguro de que Edaemus no tenía intención de que usáramos su terrible don.

Existía una docena de argumentos que Ekrasios podría haber expuesto, pero en el fondo de su corazón sabía que todos eran falsos.

—No insistiré, Adras. No sería ese el acto de un amigo. —Suspiró—. Os confieso que no estoy menos intranquilo que vos. No somos un pueblo de guerra, Adras, y la maldición de Edaemus convierte la nuestra manera de facer la guerra en más horrible que los indiferentes derramamientos de sangre de las otras razas; y, pues no somos desalmados, el horror nos desgarrar la alma. —Hizo una pausa—. Vos no estáis solo en esa vuesa decisión, ¿digo verdad? Hay también otros en ello. ¿Es cierto?

Adras asintió sin decir palabra.

—¿Cuántos?

—Cerca de un ciento y cincuenta, amigo mío.

Ekrasios quedó impresionado. Casi un tercio de sus fuerzas había literalmente desertado.

—Me afligís, Adras —dijo—. Yo no os ordenaré que abjuréis de los dictados de la vuesa conciencia, pero la ausencia vuesa y la de quienes piensan de similar manera me obligan a dudar de las posibilidades de éxito desta noche. Dejadme pensar en ello. —Comenzó a pasearse por el fangoso bosque; estaba claro que consideraba varias posibilidades—. Nos es menester alcanzar la victoria en cierta medida, aquesta noche —dijo por fin—. Dejadme saber el alcance de la vuesa renuencia, amigo mío. Os concedo que en conciencia no podéis entrar en

las ruinas que se alzan ante nosotros, pero ¿me abandonaríais completamente?

—Jamás, Ekrasios.

—Os lo agradezco, Adras. Aún podéis vos y los vuestros compañeros apoyar el nuestro designio sin causar herida a la sensibilidad vuestra. Como descubrimos en Norenja, la maldición de Edaemus extiende los efectos suyos a otras cosas, además de la carne.

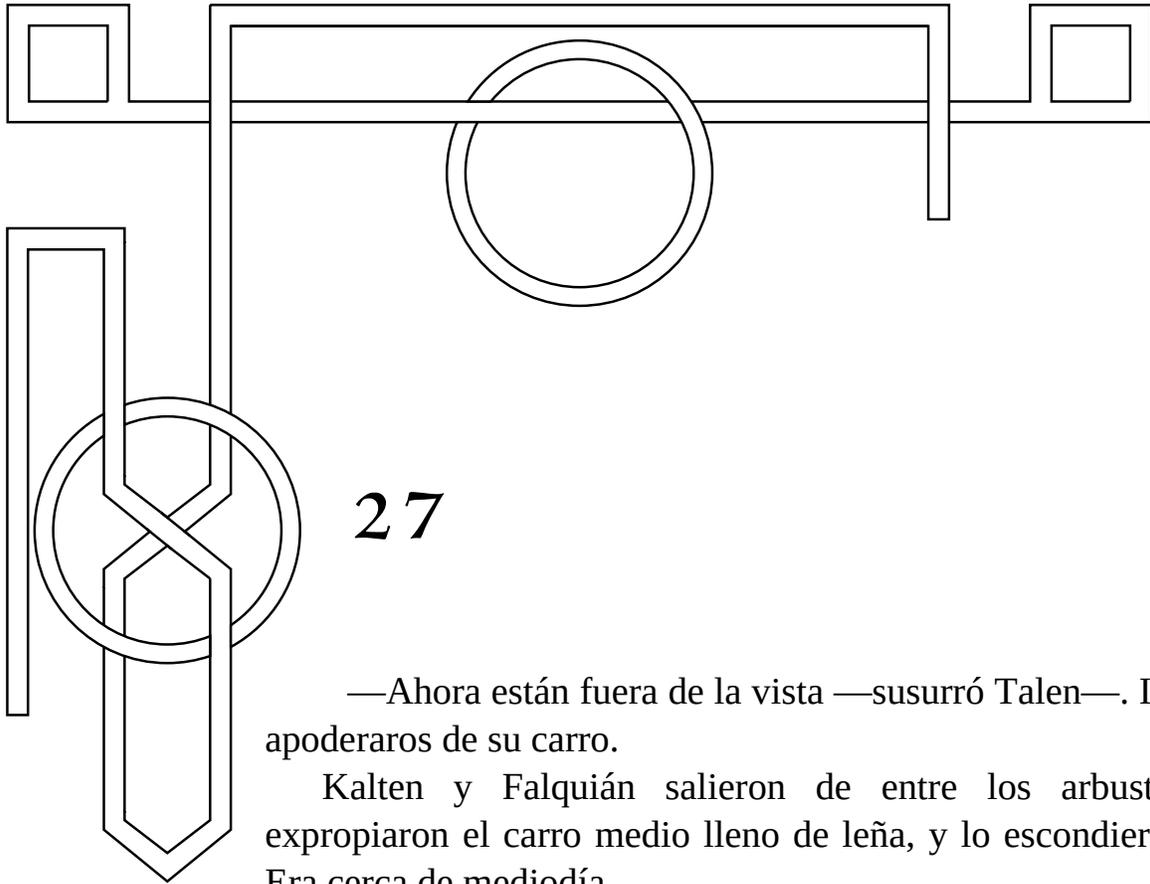
—Verdad decís —asintió Adras—. Las puertas de aquellas tristes ruinas se deshicieron ante el mero toque nuestro.

—La muralla este de Synaqua está hecha de troncos. ¿Podré persuadiros a vos y los compañeros vuestros para que la derrumbéis en tanto que yo y el resto de las fuerzas penetramos en la ciudad?

Adras tenía una mente rápida. La repentina sonrisa que apareció en su rostro borró el distanciamiento que había enrarecido la amistad de ambos durante los últimos días.

—Vos habéis nacido para el mando, Ekrasios —declaró con afecto—. Los mis amigos y yo realizaremos aquesta tarea con alegría. Entrad vos y las vuestras cohortes en Synaqua por la puerta delantera, mientras yo y los míos abrimos una enorme puerta trasera que mire al este, por la cual puedan partir quienes residen dentro de las murallas. Así serán servidas entrambas finalidades.

—Bien dicho, Adras —aprobó Ekrasios—. Bien dicho.



## 27

—Ahora están fuera de la vista —susurró Talen—. Id a apoderaros de su carro.

Kalten y Falquián salieron de entre los arbustos, expropiaron el carro medio lleno de leña, y lo escondieron. Era cerca de mediodía.

—Continúo pensando que ésta es una idea realmente estúpida —refunfuñó Kalten—. Suponiendo que no nos detengan cuando intentemos trasponer la puerta, ¿cómo vamos a descargar nuestras armas y cotas de malla sin que nos vean? ¿Y cómo vamos a salir de los encierros de esclavos para cogerlas?

—Confía en mí.

—Este muchacho está sacándome canas verdes, Falquián —se quejó Kalten.

—Es posible que logremos hacerlo, Kalten —intervino Bevier—. Xanetia nos ha dicho que los capataces cynesganos no les prestan mucha atención a los esclavos. Pero ahora, será mejor que quitemos de aquí este carro antes de que los tipos a los que pertenece vuelvan y descubran que ha desaparecido.

Arrastraron el bamboleante carro de dos ruedas por la estrecha senda, hasta el sitio en que Xanetia y Mirtai se escondían entre los arbustos.

—Helos aquí —comentó Mirtai con tono seco desde el escondrijo—. Nuestros héroes regresan con los despojos de la guerra.

—Te adoro, hermanita —le contestó Falquián—, pero tu boca es demasiado listilla. Kalten tiene algo de razón, Talen. Los capataces cynesganos en sí puede

que sean demasiado estúpidos como para darse cuenta de lo que está sucediendo, pero los otros esclavos tal vez lo adviertan, y el primero que abra la boca al respecto recibirá sin duda una gran atención.

—Estoy trabajando en eso, Falquián —replicó el muchacho. Se arrodilló y examinó la parte de abajo del carro—. No hay problema —declaró, confiado, al tiempo que se ponía de pie y se sacudía el polvo de las rodillas desnudas.

Habían modificado las túnicas cynesganas compradas en Vigayo, quitándoles mangas y capuchas y cortándoles los faldones justo por encima de la rodilla. El atuendo resultante se parecía al que vestían los esclavos que trabajaban en los campos y bosques que rodeaban Cyrga.

Mientras los demás se dispersaban por el bosque para ratear leña de las pilas cortadas por los esclavos, Talen permaneció en el escondrijo para trabajar en algo que estaba haciendo en la parte inferior del carro. Habían reunido una pila considerable para cuando él acabó. Falquián regresó una vez más con otra brazada de leña y se encontró al muchacho que acababa en ese momento.

—¿Quieres echar un vistazo a esto, Falquián? —preguntó Talen desde debajo del carro.

Falquián se arrodilló para examinar la obra del joven ladrón. Talen había encajado apretadamente el extremo de unas delgadas ramas entre las maderas del piso del carro, y luego las había tejido en forma de cesta bien apretada bajo el fondo del carro robado.

—¿Estás seguro de que no se romperá con una sacudida? —inquirió, dubitativo—. Podría resultar un poco embarazoso que todas nuestras armas y cotas de malla se desparramaran por el suelo en el preciso momento en que pasamos por la puerta de la ciudad.

—Lo conduciré yo mismo, si quieres —replicó Talen. Falquián gruñó.

—Ata las espadas entre sí para que no golpeen las unas contra las otras, y mete hierba alrededor de las cotas de malla para amortiguar el tintineo.

—Sí, oh, glorioso caudillo. ¿Cuántas otras cosas que yo ya sepa quieres contarme?

—Limítate a hacerlo, Talen. No me des discursos de listillo.

—Mi intención no es resultar ofensivo, Mirtai —estaba diciendo Kalten—. Sólo que tus piernas son más bonitas que las mías.

Mirtai levantó el borde de su túnica y contempló con ojo crítico sus largas piernas doradas. Luego miró las de Kalten.

—Sí, lo son bastante más, ¿verdad?

—Lo que estoy intentando decir es que no llamarán tanto la atención si te las ensucias con fango. No creo que los guardias de la puerta sean ciegos, y si alguno ve los hoyuelos de tus rodillas, es probable que se dé cuenta de que no eres un hombre, y podría tomar la decisión de investigar un poco más.

—Será mejor que no se les ocurra —replicó ella con tono gélido.

—En este lugar no hay tantos cubiles de los hombres-cosas como los había en el lugar Sopal o en el lugar Arjun —observó Bhlok w mientras él y Ulath miraban desde lo alto el poblado de Zhubay. En apariencia, habían estado viajando durante varios días, pero ellos sabían que no era así.

—No —concordó Ulath—. Es un lugar más pequeño con menos hombres-cosas.

—Pero hay muchos de los cubiles-de-tela al otro lado del agujero de agua —agregó el troll, al tiempo que señalaba la gran población de tiendas instalada al otro lado del oasis.

—Ésas son las que estamos cazando —respondió Ulath.

—¿Estás seguro de que se nos permite cazar y comer a éstos? —inquirió Bhlok w—. Tú y Tin-in no me dejasteis hacer eso en el lugar Sopal ni en el lugar Arjun, ni siquiera en el lugar Nat-od.

—Aquí está permitido. Les hemos puesto un señuelo para atraerlos a este lugar y poder cazarlos para comer.

—¿Qué señuelo se usa para atraer a los hombres-cosas? —preguntó Bhlok w, curioso—. Si alguna vez las mentes de los dioses vuelven a estar bien y nos dejan volver a cazar a los hombres-cosas, será bueno saber eso.

—El señuelo es pensamiento, Bhlok w. Los hombres-cosas de los cubiles-de-tela han acudido a este lugar porque algunos de nuestros compañeros de manada les pusieron en el pensamiento que los hombres-cosas altos con piel amarilla iban a estar aquí. Los de los cubiles-de-tela han venido a luchar con los altos de piel amarilla.

El rostro de Bhlok w se contorsionó en una monstruosa aproximación de sonrisa.

—Ése es buen señuelo, U-lat —dijo—. Invocaré a Ghworg y Ghnomb para decirles que ahora iremos a cazar. ¿A cuántos podemos matar y comer?

—A todos, Bhlok w. A todos.

—Ése no es un buen pensamiento, U-lat. Si los matamos y comemos a todos,

no criarán, y no habrá nuevos que poder cazar a la temporada siguiente. El buen pensamiento es dejar siempre que escapen los bastantes como para que puedan criar y mantener siempre igual el número de su manada. Si nos los comemos a todos ahora, no habrá ninguno para comer después.

Ulath se puso a pensar en aquello mientras Bhlokw ejecutaba el breve hechizo troll para invocar a Ghworg y los otros tres dioses. Decidió no hacer de aquello un tema de discusión. Los trolls eran cazadores, no guerreros, y requeriría mucho tiempo explicarles el concepto de la guerra a muerte.

Bhlokw conferenció durante un buen rato con las enormes presencias de sus dioses en la luz grisácea del No-Tiempo, y luego alzó su rostro de bruto y profirió el aullido que reuniría al resto de la manada.

La gran masa peluda corrió ladera abajo en la acerada luz del tiempo congelado hacia la aldea y el bosque de tiendas que se encontraba más allá del oasis, mientras Ulath y Tynian observaban desde lo alto de la colina. Los trolls se dividieron, rodearon la aldea y avanzaron por entre las tiendas cynesganas, dispersándose al seleccionar su presa cada una de las enormes bestias. Luego, evidentemente a una señal de Bhlokw, la fría luz rieló y volvió el brillo del sol.

Hubo gritos, por supuesto, pero era algo de esperar. Pocos son los hombres del mundo que no gritarían cuando un troll adulto saliera repentinamente de la nada delante de sus propias narices.

La carnicería que tuvo lugar en aquel matadero en que se transformaron los terrenos de más allá del oasis fue horrible, puesto que los trolls no se dedicaban a luchar con los cynesganos sino a desgarrarlos en pedazos en preparación del festín que seguiría.

—Algunos están escapando —observó Tynian, señalando a un grupo considerable de cynesganos que, presas del pánico, fustigaban a sus caballos en dirección sur.

Ulath se encogió de hombros.

—Son el ganado de cría —replicó.

—¿Qué?

—Es un concepto troll, Tynian. Es una forma de garantizar el suministro continuado de comida. Si los trolls se los comieran hoy a todos, no quedaría ninguno para la cena de mañana.

Tynian se estremeció con repulsión.

—¡Ése es un pensamiento horrible, Ulath! —exclamó.

—Sí —asintió Ulath—, moderadamente horrible, pero uno debe respetar

siempre las costumbres y tradiciones de sus aliados, ¿no te parece?

Después de media hora, las tiendas estaban todas aplastadas, al ganado de cría se le había permitido escapar, y los trolls se instalaron para comer. La amenaza cynesgana había sido eliminada por completo en el norte, y ahora los trolls quedaban en libertad de unirse a la marcha sobre Cyrga.

Khalad se sentó de pronto, apartando a un lado las mantas.

—Berit —dijo con voz brusca.

Berit despertó al instante, y tendió la mano hacia la espada.

—No, no —le dijo Khalad—. No es nada de eso. ¿Sabes qué es el grisú?

—Nunca he oído hablar de ello. —Berit bostezó y se frotó los ojos.

—En ese caso, tendré que hablar con Aphrael... en persona. ¿Cuánto tardarás en enseñarme el hechizo?

—Eso depende, supongo. ¿No puedes transmitirle a través de mí lo que tengas que decirle?

—No. Necesito hacerle algunas preguntas, y tú no entenderías de qué estoy hablando. Tengo que mantener una conversación con ella por mí mismo. Es muy importante, Berit. No tengo por qué entender el idioma sólo para repetir las palabras, ¿verdad?

Berit frunció el entrecejo.

—No estoy muy seguro. Sephrenia y el estiriano que la reemplazó en Demos no nos dejaban hacerlo de esa forma, porque decían que teníamos que pensar en estiriano.

—Puede que ésa fuera una peculiaridad de ellos, no de Aphrael. Intentémoslo y veamos si puedo llegar hasta ella.

Les llevó casi dos horas, y Berit, a quien le escocían los ojos y sin duda necesitaba más sueño, comenzó a ponerse refunfuñón hacia el final.

—Voy a pronunciar mal algunas palabras —declaró por fin, Khalad—. No hay forma de que pueda llegar a retorcer la boca para conseguir algunos de esos sonidos. Intentémoslo de esta manera y veamos qué sucede.

—Harás que se enfade —le advirtió Berit.

—Lo superará. Allá voy. —Khalad comenzó a pronunciar el hechizo con vacilaciones, mientras sus dedos titubeaban al moverse con los gestos que acompañaban a las palabras.

—¿Puede saberse qué estás haciendo, Khalad? —La voz de ella casi restalló

en los oídos del joven.

—Lo siento, Flauta —se disculpó él—, pero esto es urgente.

—No estará herido Berit, ¿verdad? —exigió saber ella con una nota de preocupación.

—No. Está bien. Sólo se trata de que yo necesito hablar contigo personalmente. ¿Sabes qué es el grisú?

—Sí. Algo que mata a los mineros del carbón.

—Tú dijiste que los soldados de Klæl respiran algo parecido a los gases de pantano.

—Sí. ¿Adónde quieres ir a parar con esto? En este momento estoy bastante ocupada.

—Por favor, ten paciencia, divina Aphrael. Todavía estoy buscando el camino a tientas en este asunto. Berit te dijo que habíamos visto a esos extraños correr hacia una cueva, ¿no es cierto?

—Sí, pero continuó sin...

—Yo pensé que Klæl podría haber llenado la cueva con gases de pantano de manera que sus soldados pudieran acudir allí a respirar, pero ahora ya no estoy tan seguro de eso. Tal vez ya hay gas en esa cueva.

—¿Quieres hacerme el favor de entrar en materia?

—¿Es posible que los gases de pantano y el grisú sean similares en algo?

Ella profirió uno de aquellos enfurecedores suspiros de paciente sufrimiento.

—Muy similares, Khalad..., cosa que entra dentro de lo razonable dado que son la misma cosa.

—Te adoro de verdad, Aphrael —declaró el joven con una risa de deleite.

—¿A qué viene eso ahora?

—Ya sabía yo que tenía que existir alguna clase de conexión. Esto es un desierto y aquí no hay pantanos. No conseguía imaginar por nada del mundo de dónde estaba sacando Klæl el gas de pantano para llenar la cueva.

»Pero no tenía necesidad de hacerlo, ¿verdad? Si el gas de pantano es lo mismo que el grisú, lo único que tenía que hacer era encontrar una caverna con una veta de carbón.

—Muy bien, ahora que he respondido a tu pregunta y satisfecho tu curiosidad, ¿puedo marcharme?

—Dentro de un instante, divina Aphrael —replicó él mientras se frotaba las manos con regocijo—. ¿Hay alguna manera de que puedas soplar un poco de aire al interior de la cueva para que se mezcle con el grisú que respiran esos

soldados?

Se produjo otra larga pausa.

—¡Eso es horrible, Khalad! —exclamó la diosa-niña.

—¿Y lo que le sucedió a mi señor Abriel, y a los caballeros de mi señor Vanion, no lo fue? —preguntó él con tono indignado—. Esto es la guerra, Aphrael, una guerra que tenemos que ganar a toda costa. Si los soldados de Klæl pueden entrar en esas cavernas para respirar, saldrán para atacar a nuestros amigos cada vez que les volvemos la espalda. Tenemos que encontrar la manera de neutralizarlos, y creo que es esa. ¿Puedes llevarnos de vuelta a la caverna donde vimos a esos soldados?

—De acuerdo. —El tono de ella era algo mohíno.

—¿De qué estabas hablando con ella? —le preguntó Berit.

—De una forma de ganar la guerra, Berit. Recojamos las cosas. Aphrael va a llevarnos de vuelta a la cueva.

—¿Todavía nos siguen? —le preguntó a gritos Vanion al caballero Endrik, que marchaba en la retaguardia.

—Sí, mi señor —gritó Endrik a modo de respuesta—. Pero algunos están comenzando a quedarse atrás.

—Bien. Empiezan a debilitarse. —Vanion miró hacia el fondo de la árida extensión rocosa que tenían delante—. Tenemos espacio de sobra —le comentó a Sephrenia—. Los llevaremos hasta esos llanos y los haremos correr durante un rato.

—Esto es cruel, Vanion —le reprochó ella.

—Ellos no tienen obligación de seguirnos, amor. —Se puso de pie sobre los estribos—. Acelerad el paso, caballeros —les gritó a sus hombres—. Quiero que esos monstruos corran de verdad.

Los caballeros pusieron sus caballos al galope y entraron en los áridos llanos con un acerado tintineo sonoro.

—¡Están retirándose! —gritó Endrik desde la retaguardia, pasada una media hora.

Vanion levantó su brazo cubierto de acero para ordenar un alto.

Luego frenó y miró hacia atrás.

Los enmascarados gigantes habían renunciado a la persecución y ahora corrían en dirección oeste, dando traspiés hacia unas colinas rocosas que se

alzaban del desierto a alrededor de una legua de distancia.

—Eso es lo que tiene a todo el mundo perplejo —le comentó a Sephrenia—. Por lo que me ha dicho Aphrael, los demás se encontraron con el mismo fenómeno. Los soldados de Klæl nos persiguen durante un rato, y luego se retiran y corren hacia el macizo de colinas más cercano. ¿Qué esperan hallar que les haga bien?

—No tengo ni idea, querido —replicó ella.

—Todo esto está muy bien, supongo —dijo Vanion con el ceño fruncido por la preocupación—, pero cuando iniciemos el avance final sobre Cyrga, no vamos a tener tiempo de hacer correr a esos brutos hasta el agotamiento. Y no sólo eso; es probable que Klæl comience a concentrarlos en unidades más numerosas que estos regimientos con los que hemos estado encontrándonos en terreno abierto. Si no hallamos una manera de neutralizarlos de forma permanente, nuestras probabilidades de llegar vivos a Cyrga no son muy buenas.

—¡Señor Vanion! —gritó uno de los caballeros, alarmado—. ¡Hay más que vienen hacia aquí!

—¿Por dónde? —Vanion se volvió.

—¡Por el oeste!

Vanion miró con los ojos entrecerrados hacia donde huían los primeros monstruos; y entonces los vio. En los llanos había dos regimientos de soldados de Klæl. El que habían encontrado primero se tambaleaba y daba traspiés corriendo hacia las colinas que se alzaban en el horizonte. El otro venía hacia ellos desde esas mismas colinas, y ese segundo grupo no daba muestras del agotamiento que había incapacitado a sus camaradas.

—Esto es ridículo —murmuró Talen mientras examinaba al candado de las cadenas con sensibles dedos.

—Tú dijiste que podrías abrirlos —lo acusó Kalten con un susurro ronco.

—Kalten, incluso tú podrías abrir esto. Son los peores candados que he visto jamás.

—Limítate a abrirlos, Talen —le dijo Falquián en voz baja—. No des conferencias. Todavía tenemos que salir de este barracón.

Se habían mezclado con los demás esclavos y traspuesto las puertas de Cyrga sin estorbos, cuando el sol estaba ocultándose. Luego siguieron a los esclavos hasta una plaza abierta cercana a la puerta, descargaron su carro en uno de los

montones de leña apilada allí, y dejaron el carro contra una pared de piedra tosca, junto a los demás. Posteriormente, como mansas terneras, entraron en el gran barracón de esclavos y permitieron que los capataces cynesganos los encadenaran a los aros de hierro herrumbroso que sobresalían de la pared posterior.

Les dieron una sopa líquida y aguada, y luego se tendieron sobre las pilas de paja mugrienta apilada contra la pared para aguardar la caída de la noche. Xanetia no se encontraba con ellos. Silenciosa e invisible, recorría las calles de fuera del barracón.

—Mantén quietas las piernas, Kalten —siseó Talen—. No puedo quitarte la cadena si te sacudes de esa forma.

—Perdón.

El muchacho se concentró durante un momento, y el candado se abrió. Luego Talen avanzó a gatas por la paja susurrante.

—No te tomes tantas confianzas —murmuró la voz de Mirtai en la oscuridad.

—Perdona. Estaba buscando un tobillo.

—Está al otro extremo de la pierna.

—Sí. De eso ya me había dado cuenta. Está oscuro, atana. No puedo ver lo que hago.

—¿Qué estáis haciendo ahí? —Era un tipo de voz gimoteante y servil que provenía de algún punto de las pilas de paja que se hallaban al otro lado de Kalten.

—No es asunto tuyo —le espetó Kalten—. Vuelve a dormirte.

—Quiero saber qué estáis haciendo. Si no me lo dices, llamaré al capataz.

—Será mejor que le cierres la boca, Kalten —murmuró Mirtai—. Es un informador.

—Me encargaré de ello —replicó Kalten con tono ominoso. Se alejó a gatas por la paja.

—¿Qué estáis haciendo? —exigió saber el esclavo de la voz gimoteante—. ¿Cómo has...? —La voz se cortó en seco, y sobre la paja se produjeron algunos golpeteos repentinos y se oyó un gorgoteo resollante.

—¿Qué está sucediendo ahí? —gritó una voz ronca desde el barracón de los capataces. Por la puerta del barracón salía luz que bañaba el patio.

No hubo respuesta; sólo unos pocos y espasmódicos roces susurrantes contra la paja. Kalten tenía la respiración algo agitada cuando regresó a su sitio, volvió

a rodearse el tobillo con la cadena a toda prisa, y se lo cubrió con paja.

Aguardaron en tensión, pero era evidente que el capataz cynesgano había decidido no investigar. Regresó al interior y cerró la puerta tras de sí, sumiendo el patio en tinieblas.

—¿Sucede eso con frecuencia?... entre los esclavos, quiero decir —le susurró Bevier a Mirtai mientras Talen lo desencadenaba.

—Constantemente —murmuró ella—. No existe la lealtad entre los esclavos. Uno sería capaz de traicionar a otro por un mendrugo más de pan.

—¡Qué triste!

—¿La esclavitud? Podría encontrar palabras mucho más duras que «triste».

—Vamos —les dijo Falquián.

—¿Cómo vamos a encontrar a Xanetia? —susurró Kalten cuando atravesaban en barracón.

—No podemos. Tendrá que encontrarnos ella a nosotros.

A Talen no le llevó más que un momento abrir la cerradura de la puerta, y todos se escabulleron hacia la oscura calle sobre la que se abría. Se deslizaron por la calle que desembocaba en la enorme plaza donde estaba amontonada la leña, y se detuvieron antes de salir al espacio abierto.

—Echa un vistazo, Talen —sugirió Falquián.

—Bueno.

El joven ladrón se mezcló con las sombras. El resto aguardó en tensión.

—Vía libre. —El susurro de Talen les llegó tras pocos minutos—. Los carros están aquí.

Siguieron el sonido de su voz queda y pronto llegaron a la fila de carros que se encontraban contra la pared.

—¿Has visto algún guardia? —le preguntó Kalten.

—¿Quién va a quedarse toda la noche despierto para guardar pilas de leña? —Talen se tendió boca abajo y se arrastró debajo del carro. Se oyó un leve crujir producido por las ramitas estrechamente entretejidas del cesto improvisado—. Toma.

La punta de una espada golpeó contra el mentón de Falquián. El caballero pandion la cogió, se la pasó a Kalten, y luego se inclinó.

—Dámelas con el puño hacia mí —le indicó—. No me pinches de esa manera con el extremo afilado de una espada.

—Lo siento. —Talen continuó pasando las espadas a las que luego siguieron las cotas de malla y las túnicas. Todos se sintieron mejor al estar nuevamente

armados.

—¿Anakha? —La voz era baja y muy ligera.

—¿Eres tú, Xanetia? —Falquián se dio cuenta de lo necia que era la pregunta casi antes de que saliera de sus labios.

—En verdad —replicó ella—. Alejémonos, os lo ruego. El susurro es la voz natural del sigilo, y viaja hasta muy lejos en la noche. Alejémonos para que los que vigilan esta ciudad dormida no vengán aquí en busca de la fuente de nuestra incauta conversación.

—Vamos a tener que esperar un poco —dijo Khalad—. Aphrael tiene que soplar aire al interior de la caverna.

—¿Estás seguro de que esto dará resultado? —inquirió Berit, dubitativo.

—No, la verdad es que no, pero merece la pena intentarlo, ¿no te parece?

—Ni siquiera tienes la seguridad de que estén todavía dentro de la caverna.

—En realidad, eso no tiene importancia. En cualquier caso, ya no podrán ocultarse ahí.

Khalad se puso a envolver con cuidado un trozo de tela embebido en aceite en la punta de una de las flechas de su ballesta. Luego, poniendo buen cuidado en ocultar las chispas con su cuerpo, comenzó a frotar el pedernal y el acero. Tras un momento, la yesca se encendió.

Entonces depositó con cuidado la vela detrás de una roca de buen tamaño.

—Aphrael parece descontenta con esto, Khalad —comentó Berit mientras se levantaba una brisa helada.

—Tampoco yo me sentí demasiado contento con lo que le sucedió a mi señor Abriel —replicó Khalad con frialdad—. Le tenía un gran respeto a ese anciano, y estos monstruos de sangre amarilla lo hicieron pedazos.

—¿Estás haciendo esto por venganza, entonces?

—No. No realmente. Ésta es sólo la forma más práctica de librarse de ellos. Pídele a Aphrael que me informe cuando haya el bastante aire en la caverna.

—¿Cuánto tiempo puede requerir eso?

—No tengo ni idea. Todos los mineros que alguna vez lo vieron de cerca, están muertos. —Khalad se rascó la barba—. No estoy del todo seguro de qué sucederá aquí, Berit. Cuando el gas de los pantanos se prende fuego, simplemente arde hasta consumirse y se apaga. El grisú es un poco más espectacular.

—¿Qué es todo eso de soplar aire al interior de la cueva? —exigió saber Berit.

Khalad se encogió de hombros.

—El fuego es una cosa viva. Tiene que poder respirar.

—No estás haciendo otra cosa que conjeturas, ¿no es cierto? No tienes ni idea de si va a dar resultado o no..., ni de si lo da, qué puede suceder.

Khalad le dedicó una tensa sonrisa.

—Tengo una buena teoría de trabajo.

—Yo creo que estás loco. Podrías prenderle fuego a todo el desierto con este estúpido experimento tuyo.

—Oh, probablemente eso no sucederá.

—¿Probablemente?

—Es muy improbable. Ya puedo vislumbrar la boca de esa caverna. ¿Por qué no lo intento?

—¿Qué sucederá si erras el tiro?

Khalad se encogió de hombros.

—Dispararé otra vez.

—No me refiero a eso. Estaba... —Berit se interrumpió y escuchó con atención—. Aphrael dice que la mezcla ya está preparada. Puedes disparar cuando estés listo.

Khalad sostuvo la punta de la flecha sobre la llama de la vela, al tiempo que la hacía girar para asegurarse de que el trapo oleoso se encendía en toda su superficie. Luego colocó con precisión la flecha ardiente en la ballesta, apoyó la parte delantera del arma sobre una roca, y apuntó con cuidado.

—Allá va —comentó mientras apretaba lentamente el disparador. La ballesta produjo un sonido musical, y la flecha trazó una línea en el aire y desapareció dentro de la boca de la cueva.

Nada sucedió.

—Bien por tu buena teoría de trabajo —comentó Berit con tono sardónico.

Khalad imprecó a la vez que daba un puñetazo sobre el pedregoso suelo.

—Tiene que dar resultado, Berit. Lo hice todo exactamente...

El estampido que se produjo al explotar la elevación superaba todo lo imaginable, y una bola de fuego de cientos de codos de ancho subió hacia el cielo procedente del cráter que de pronto había reemplazado a la colina. Sin pensar, Khalad se arrojó sobre la cabeza de Berit y se cubrió la parte de atrás de la suya propia con las manos.

Afortunadamente, lo que les cayó encima fue casi todo grava. Las rocas más grandes descendieron más lejos en el desierto.

Continuó lloviendo grava durante varios minutos, y los dos jóvenes, golpeados y sacudidos, permanecieron tendidos y en tensión, soportando el cataclismo resultante del experimento de Khalad.

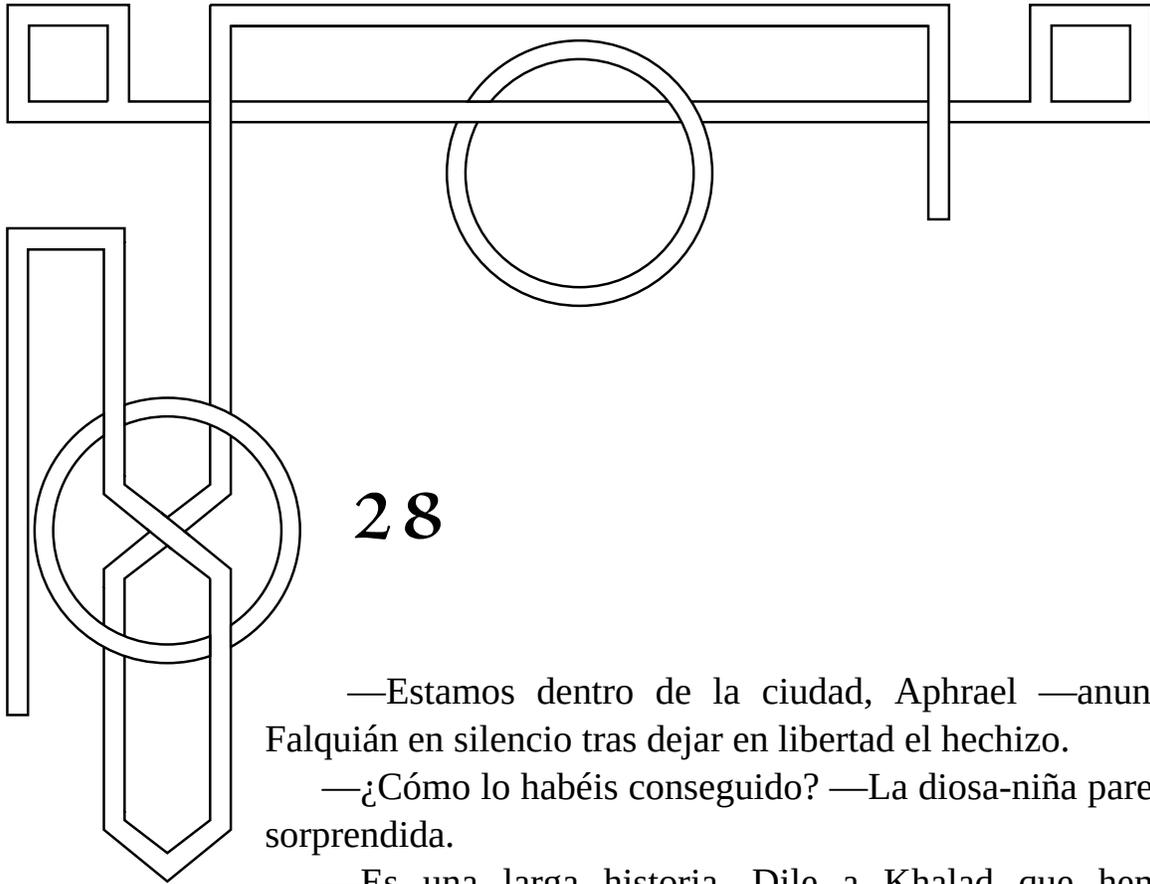
Gradualmente, la punzante lluvia amainó.

—¡Eres un idiota! —chilló Berit—. ¡Podrías habernos matado a ambos!

—Debo haber calculado un poco mal —concedió Khalad mientras se sacudía el polvo del pelo—. Tendré que trabajar un poco en ello antes de que volvamos a intentarlo.

—¿Volver a intentarlo? ¿De qué estás hablando?

—Da resultado, Berit —replicó Khalad en su tono de voz más razonable—. Lo único que he de hacer es ajustarlo un poco más. Todos los experimentos pasan por algunos pasos toscos al principio. —Se puso de pie, golpeándose un lado de la cabeza con la parte inferior de la mano para acallar el zumbido de sus oídos—. Los perfeccionaré, mi señor —prometió mientras ayudaba a Berit a ponerse de pie—. La próxima vez no será ni con mucho tan malo como esta. Ahora, ¿por qué no le pides a Aphrael que nos lleve de vuelta al campamento? Es probable que estén vigilándonos, así que será mejor no levantar sospechas.



28

—Estamos dentro de la ciudad, Aphrael —anunció Falquián en silencio tras dejar en libertad el hechizo.

—¿Cómo lo habéis conseguido? —La diosa-niña parecía sorprendida.

—Es una larga historia. Dile a Khalad que hemos marcado el pasadizo que conduce al valle. Él sabrá qué debe buscar.

—¿Habéis descubierto ya dónde tienen a madre?

—Por especulación.

Se produjo una larga pausa.

—Será mejor que acuda allí —decidió.

—¿Cómo vas a encontrarnos?

—Te utilizaré como punto de referencia. Limítate a continuar hablándome.

—No creo que sea una buena idea. Aquí estamos sobre el regazo del propio Cyrgon. ¿No podrá percibir tu presencia?

—Xanetia está allí, ¿no es cierto?

—Sí.

—En ese caso, Cyrgon no sentirá nada de nada. Por eso la envié con vosotros. —Hizo otra pausa—. ¿A quién se le ocurrió la forma de meteros en la ciudad?

—Fue idea de Talen.

—¿Lo ves? Y pensar que tú querías discutir sobre si llevarlo o no contigo...

¿Cuándo vas a aprender a confiar en mí, padre? No dejes de hablar. Ya te tengo casi localizado. Cuéntame cómo consiguió Talen meteros dentro de las murallas de Cyrga.

Él describió el subterfugio con bastante detalle.

—Muy bien —dijo ella desde detrás de él—. Con eso basta. Ya me he hecho una idea general. —Dio media vuelta y la vio en brazos de Xanetia. Ella recorrió el entorno con los ojos—. Veo que los cyrgais todavía no han descubierto el fuego. Esto está más oscuro que el interior de una bota vieja. ¿Dónde estamos, con exactitud?

—En la ciudad externa, divina Aphrael —le contestó Bevier en voz baja—. Supongo que podría llamárselo el distrito comercial. Aquí se encuentran los barracones de los esclavos y varios almacenes. Está guardada por cynesganos, y no parecen muy alerta.

—Bien. Salgamos de la calle.

Talen avanzó a tientas a lo largo de uno de los almacenes de tipo cabaña, hasta que encontró una puerta.

—Aquí —susurró.

—¿No tiene echado el cerrojo? —preguntó Kalten.

—Ahora, ya no.

Los demás se reunieron con él y entraron.

—¿Te importaría, querida? —le preguntó Aphrael a Xanetia—. No puedo ver nada aquí dentro.

El rostro de Xanetia comenzó a relumbrar, y una tenue luz iluminó el área que los rodeaba.

—¿Qué guardan aquí? —preguntó Kalten, mirando hacia la oscuridad—. ¿Comida, tal vez? —El tono de su voz era esperanzado—. Esa agua sucia que nos dieron en el barracón de los esclavos no llenaba mucho.

—No creo que sea un almacén de comida —le replicó Talen—. No tiene el olor adecuado.

—Podréis explorar en otro momento —les dijo Aphrael con voz cortante—. Ahora tenemos otras cosas que hacer.

—¿Cómo les va a los demás? —le preguntó Falquián.

—Bergsten ha capturado Cynesga —informó ella—, y viene hacia el sur con los caballeros de la iglesia. Ulath y Tynian llevaron a los trolls a Zhubay, y los trolls se comieron a más o menos la mitad de la caballería cynesgana. Betuana y Engessa marchan hacia el suroeste con los atanes. Vanion y Sephrenia se

encuentran en el desierto, dejando falsas pistas para que crean que estás con ellos. Kring y Tikume están dejándose perseguir por los cyrgais, la caballería cynesgana y los soldados gigantes de Klæl, por todo el desierto del oeste de Sarna..., aunque no creo que esos brutos vayan a continuar dándonos problemas durante mucho tiempo más. Khalad ha encontrado una a manera de neutralizarlos.

—¿Él solito? —Talen parecía sorprendido.

—Klæl se pasó de listo. Encontró cuevas en las que sus soldados podían respirar, dentro de las cuales se escondían y luego salían a atacarnos. Khalad ha descubierto una manera de prenderles fuego a las cavernas. Los resultados son muy escandalosos.

—Ése es mi hermano —declaró Talen con orgullo.

—Sí —dijo la diosa-niña con tono crítico—. Está inventando horrores nuevos a cada momento. Stragen y Caalador han conseguido convencer al dacita de Beresa de que tenemos una fuerza invasora en la costa sur... —Se detuvo—. Tú ya sabes todo esto, Falquián. ¿Por qué pierdo el tiempo en contártelo?

—Entonces, ¿todo está saliendo de acuerdo con los planes? ¿No hemos sufrido ningún revés? ¿No ha habido ninguna sorpresa nueva?

—No para nosotros. Aunque Cyrgon no está teniendo tanta suerte. Los delfaes han dispersado casi por completo el ejército de Scarpa, así que el peligro para Matherion se ha evaporado en su mayor parte. He alistado a algunos de mis parientes para que nos echen una mano. Están comprimiendo el tiempo y las distancias. En cuanto Ehlana esté a salvo, haré correr la voz, y tendremos ejércitos enteros llamando a las puertas de Cyrga.

—¿Les has hablado a los demás del invento de Khalad? —preguntó Talen.

—Mi primo Setras se está encargando de hacerlo en mi lugar. Setras es un poco inconsistente, a veces, pero lo repasé con él varias veces. No creo que vaya a hacerlo demasiado mal. Todo está en su sitio. Los demás sólo aguardan nuestro mensaje para ponerse en movimiento, así que pongámonos a trabajar. ¿Ha tenido alguien oportunidad de echar una mirada por los alrededores?

—Yo he explorado la ciudad exterior hasta un cierto punto, divina Aphrael —replicó Xanetia—. Anakha pensó que era imprudente que yo compartiera la su cautividad.

La diosa-niña le entregó a Talen una gran hoja de pergamino crujiente y un lápiz.

—Toma —le dijo—. Gánate el pan.

—¿De dónde has sacado esto? —preguntó él, curioso.

—Lo llevaba en un bolsillo.

—Tú no tienes bolsillos, Flauta.

Ella le echó una de sus miradas sufrientes.

—Ah —dijo él—. Por alguna razón, siempre lo olvido. De acuerdo, anarae, tú describe la ciudad que yo la dibujaré.

El boceto resultante era bastante detallado..., hasta donde era posible.

—No pude penetrar las murallas que circundan la ciudad interior —se disculpó Xanetia—. Las puertas están siempre cerradas porque los cyrgais se mantienen apartados de los suyos subordinados cynesganos y de los esclavos cuyos afanes los mantienen.

—Esto debería bastar para trabajar de momento —comentó Flauta con los labios fruncidos mientras examinaba el dibujo de Talen—. Muy bien, Bevier. Tú eres el experto en fortificaciones. ¿Dónde está el punto débil?

El cyrínico estudió el boceto durante varios minutos.

—¿Has visto algún pozo de agua, anarae? —preguntó.

—No, caballero.

—Tienen un lago justo al otro lado de las puertas, Bevier —le recordó Kalten.

—Eso no serviría de mucho si la ciudad estuviera sitiada —replicó Bevier—. Tiene que haber alguna reserva de agua dentro de las murallas..., ya sea un pozo de aguas subterráneas, o bien una cisterna. Un asedio acaba muy pronto cuando los sitiados se quedan sin agua.

—¿Qué te hace pensar que este lugar fue construido para resistir un asedio? —preguntó Mirtai—. Se supone que nadie puede encontrarlo.

—Las murallas son demasiado altas y gruesas como para que constituyan un simple ornamento, atana. Cyrga es una ciudad fortificada, y eso significa que fue construida para resistir en caso de que le pusieran cerco. Los cyrgais no son muy inteligentes, pero no hay nadie lo bastante estúpido como para construir una plaza fuerte sin agua en el interior. Ésa es la mejor conclusión que puedo sacar, divina Aphrael. Averigua cómo obtienen el agua..., tanto aquí, en la ciudad exterior, como en la interior. Podría haber en eso un punto débil. En caso contrario, puede que nos veamos obligados a cavar un túnel por debajo de la muralla interior, o intentar escalarla.

—Esperemos que no tengamos que llegar a eso —dijo la diosa-niña—. Estamos dentro de la ciudad enemiga, y cuanto más perdamos el tiempo por

aquí, más posibilidades habrá de que nos descubran. Si existe la más mínima posibilidad de hacerlo, hay que rescatar a Ehlana y Alean esta misma noche. Enviaré mensaje y pondré a los demás en movimiento. Nadie va a dormir mucho esta noche, pero no hay forma de evitarlo. Muy bien, pues. Xanetia, vayamos a buscar agua. Los demás quedaos aquí. No queremos tener que salir a buscaros cuando regresemos.

—¿Estás loco, Gardas? —le preguntó Bergsten con voz imperiosa al caballero alcione cubierto de acero. El patriarca thalesiano se negaba a mirar al joven de rostro agradable que se hallaba de pie junto al caballero—. Se supone que ni siquiera puedo admitir su existencia, mucho menos sentarme a hablar con él.

—Aphrael me dijo que podrías mostrarte pesado al respecto, Bergsten —observó la persona a la que el caballero Gardas había escoltado al interior de la tienda—. ¿Serviría que hiciera algo milagroso?

—¡Dios! —exclamó Bergsten—. ¡Por favor, no hagas eso! ¡Probablemente ya estoy en líos!

—Dolmant también tuvo algunos problemas cuando lo visité —comentó el primo de Aphrael—. Los servidores del dios elenio tenéis algunas ideas extrañas. Él no se pone nervioso por nuestra existencia así que, ¿por qué tenéis que hacerlo vosotros? En cualquier caso, las reglas normales han quedado más o menos suspendidas hasta que acabe la crisis. Incluso hemos alistado a Edaemus y al dios atan... y hace eones que no nos dirigen la palabra al resto de nosotros. Aphrael quiere que te cuente algo relativo a los soldados que Klæl ha traído consigo. Alguien llamado Khalad ha hallado una manera de destruirlos.

—Cuéntaselo a Gardas —sugirió Bergsten—. Él podrá contármelo a mí y así no me meteré en líos.

—Lo siento, Bergsten, pero Aphrael insistió en que te lo dijera directamente a ti. Puedes fingir que soy un sueño o algo parecido. —La expresión de Setras se hizo algo perpleja, y sus luminosos ojos manifestaron una atemorizadora falta de comprensión—. Yo no acabo de entender esto del todo —confesó—. Aphrael es mucho más inteligente que yo..., pero los dos nos queremos, así que no me arroja a la cara mi estupidez con mucha frecuencia. Es terriblemente cortés. Incluso se muestra amable con vuestro dios, y a veces él puede ser una calamidad de tedioso... ¿Dónde estaba?

—Eh... —comenzó el caballero Gardas con suavidad—, ibas a contarle a su

gracia lo relativo a los soldados de Klæl, divino Setras.

—¿Ah, sí? —Los enormes ojos quedaron inexpresivos—. Ah, es verdad. Iba a hacerlo, ¿verdad? No debes dejarme que divague de esa forma, Gardas. Tú sabes con qué facilidad me distraigo.

—Sí, divino Setras. Es algo que se me ha ocurrido.

—En fin —prosiguió Setras—, ese tal Khalad..., un hombre atemorizadamente inteligente, por lo que deduzco..., se dio cuenta de que debía existir alguna similitud entre esa porquería que respiran los soldados de Klæl y algo que él llama «grisú». ¿Tienes idea de qué estaba diciendo, Bergsten? —Setras dudó—. ¿Tengo que llamarte vuestra gracia, como lo ha hecho Gardas? ¿Tienes realmente tanta gracia? A mí me pareces muy grande y torpe.

—Es un título formal, divino Setras —le explicó Gardas.

—Ah. Nosotros no tenemos que ser formales el uno con el otro, ¿verdad, Bergsten? Ahora ya somos casi viejos amigos, ¿no?

El patriarca de Emsat tragó con dificultad. Luego suspiró.

—Sí, divino Setras —dijo—. Supongo que lo somos. ¿Por qué no prosigues y me hablas de esa estrategia que ha inventado el escudero de Falquián?

—Por supuesto. Ah, también hay otra cosa. Tenemos que estar ante las puertas de Cyrga por la mañana.

—Por favor, atana Liatris —le dijo la baronesa Melidere con paciencia a la esposa atana de Sarabian—, nosotros queremos que lleven a cabo el atentado.

—Es demasiado peligroso —declaró Liatris, inflexible—. Yo iré a matar a Chacole y Torellia, los otros huirán y ése será el final del asunto.

—Excepto por el hecho de que no averiguaríamos quién más está implicado —intervino el patriarca Emban—, y no podremos saber sobre seguro que no volverán a intentarlo.

La princesa Danae estaba sentada un poco aparte de ellos, con *Mmrr* acurrucada sobre el regazo. Su visión era extrañamente doble, con una imagen superpuesta a la otra. Parecía que las oscuras calles de Cyrga estaban justo detrás de las personas que se hallaban en el salón.

—Me siento conmovido por tu preocupación, Liatris —estaba diciendo Sarabian—, pero no estoy ni con mucho tan desamparado como parece. —Hizo una floritura con su estoque.

—Y tendremos guardias apostados cerca —agregó el ministro de Exteriores,

Oscagne—. Es casi seguro que Chacole y Torellia están recibiendo ayuda de alguien que se encuentra dentro del gobierno..., alguno que se nos escapó después del intento de golpe de estado, con toda probabilidad.

—Les exprimiré la identidad de esa persona antes de matarlas —declaró Liatris.

Sarabian hizo una mueca de dolor al oír la palabra «exprimiré».

—Estamos cerca, divina Aphrael. —La voz de Xanetia parecía al mismo tiempo lejana y cercana—. Creo que huelo agua.

La oscura calle estrecha que seguían se abría sobre una especie de plaza a unos cien codos más adelante.

—Apresémoslos a todos, Liatris —instó Elysoun a su hermana emperatriz—. Tú podrías arrancarles a Chacole y Torellia uno o dos nombres, pero si podemos sorprender a los asesinos en el intento, tendremos la posibilidad de limpiar el complejo palatino. Si no lo hacemos, nuestro esposo tendrá que pasar el resto de su vida con el estoque desenfundado.

—¡Escuchad! —susurró Xanetia en la otra ciudad—. Oigo el sonido de agua que corre.

Danae se concentró con todas sus fuerzas. Era agotador mantener las cosas separadas.

—Te aseguro que detesto tener que decirlo de esta forma, Liatris —intervino Sarabian con tono pesaroso—, pero te prohíbo que mates a Chacole o a Torellia. Nos encargaremos de ellas después de que sus asesinos intenten matarme.

—Como mi esposo ordene —replicó Liatris automáticamente.

—Lo que quiero que tú hagas es proteger a Elysoun y Gahennas —continuó él—. Es probable que Gahennas sea quien corra un mayor peligro en estos momentos. Elysoun aún le es útil a la gente mezclada en este asunto, pero Gahennas sabe más de lo que ellos desearían. Estoy seguro de que intentarán matarla, así que saquémosla del palacio de las mujeres esta misma noche.

—Proviene de debajo de la calle, divina Aphrael —dijo Xanetia—. Creo que hay agua que corre bajo los nuestros pies.

—Es verdad —replicó la diosa-niña—. Sigamos el sonido en sentido inverso hasta sus orígenes. Aquí, en la ciudad exterior, tiene que haber una forma de llegar al agua.

—¿Cómo te complicaste en esto, Elysoun? —estaba preguntando Liatris.

Elysoun se encogió de hombros.

—Yo tengo más libertad de movimientos que el resto de vosotras —replicó

—. Chacole necesitaba alguien de confianza para que llevara los mensajes fuera del palacio de las mujeres. Yo fingí estar de acuerdo con sus planes. No fue demasiado difícil engañar a Chacole. Después de todo, es una cynesgana de pies a cabeza.

—Está aquí, divina Aphrael —susurró Xanetia, a la vez que posaba una mano sobre la gran plancha de hierro que había en el empedrado—. Podéis sentir el rápido correr del agua a través del hierro mismo.

—Te creo de palabra, anarae —replicó Aphrael, retrocediendo ante la sola idea de tocar hierro—. ¿Cómo lo abren?

—Aquestas anillas sugieren que la plancha puede levantarse.

—Regresemos a buscar a los demás. Creo que éste podría ser el punto débil que Bevier estaba buscando.

Danae bostezó. Todo parecía estar bajo control, así que se acurrucó en el sillón, acomodó a *Mmrr* en sus brazos, y se durmió de inmediato.

—No podrías tú... bueno... —Talen hablaba al tiempo que movía los dedos.

—Es hierro, Talen —explicó Flauta con paciencia exagerada.

—¿Y? ¿Qué tiene que ver con esto?

Ella se estremeció.

—No puedo soportar el contacto del hierro.

Bevier la miró con atención.

—El Bhelliom sufre del mismo problema —observó.

—Sí. ¿Y qué?

—Eso sugiere un cierto parentesco.

—La forma que tienes de captar las cosas obvias es de veras deslumbrante, Bevier.

—Sé buena —la reprendió Falquián.

—¿Qué tiene el hierro tan desagradable para ti? —preguntó Talen—. Es frío, es duro, puedes forjarlo según varias formas, y además se oxida.

—Ésa es una bonita descripción erudita. ¿Sabes tú qué es una piedra imán?

—Es un trozo de mena de hierro que se pega al otro hierro, ¿no? Creo recordar que Platime habló de algo llamado magnetismo, en una ocasión.

—¿Y tú lo escuchaste? Asombroso.

—¡Por eso el Bhelliom tuvo que coagularse en un zafiro! —exclamó Bevier—. Se debe al magnetismo del hierro, ¿verdad? El Bhelliom no puede

soportarlo... y tú tampoco, ¿cierto?

—Por favor, Bevier —le pidió Aphrael con voz débil—. Él solo pensar en ello me pone la carne de gallina. En este preciso momento no nos interesa hablar de hierro, sino de agua. Hay un arroyo o río que corre por debajo de las calles de la ciudad exterior, y fluye en dirección a la muralla interior. En el centro de una calle, no lejos de aquí, hay colocada una gran tapa de hierro, y puede oírse que el agua corre por debajo de ella. Creo que ése es el punto débil que tú estabas buscando. El agua corre por una especie de túnel, y ese túnel pasa por debajo de la muralla de la fortaleza interior..., al menos eso espero. Iré a comprobarlo en cuanto vosotros, caballeros, levantéis esa tapa de hierro para que pueda entrar.

—¿Habéis visto alguna patrulla por las calles? —preguntó Kalten.

—No, caballero —replicó Xanetia—. Está claro que siglos de costumbre han embotado la vigilancia de los cynesganos responsables de la defensa de la ciudad exterior.

—Ése es el sueño de un allanador de moradas —murmuró Talen—. Podría hacerme rico en esta ciudad.

—¿Qué robarías? —le preguntó Aphrael—. Los cyrgais no creen en el oro ni en la plata.

—¿Qué utilizan como dinero?

—No utilizan nada. No necesitan dinero. Los cynesganos les proporcionan cuanto necesitan, así que ni siquiera piensan en el dinero.

—¡Eso es monstruoso!

—Ya hablaremos de economía en algún otro momento. Lo que ahora nos interesa es investigar su provisión de agua.

—¡Idiota! —se enfureció la reina Betuana con su general.

—Tenía que averiguarlo, Betuana-reina —explicó Engessa—, y no enviaré a otro a donde yo no me atreva a ir.

—¡Estoy muy disgustada contigo, Engessa-atan! —La retirada de Betuana al duelo ritual había desaparecido—. ¿Es que tu último encuentro con los soldados de Klæl no te enseñó nada? Podrían haber estado al acecho dentro de la cueva, y te habrías enfrentado con ellos completamente solo.

—No es razonable suponer que podían hallarse en ella —replicó él con rigidez—. El mensaje de Aphrael decía que las bestias de Klæl se refugian en cuevas en las que pueden respirar un aire diferente. El aire de la entrada de esa

cueva sería igual que el que hay afuera. De todas formas, no tiene importancia. Ya está hecho, y ningún perjuicio se ha derivado de ello.

La reina controló su enojo con evidente esfuerzo.

—¿Y qué has demostrado corriendo esa necia aventura, Engessa-atan?

—Que las bestias de Klæl han sellado la caverna, Betuana-reina —replicó—. A unos cien pasos de la entrada se alza una muralla de acero. Es razonable suponer que puede abrísela por algún medio. Las bestias de Klæl se retiran tras la barrera, la cierran y pueden entonces respirar sin problemas durante un tiempo. Luego vuelven a salir y nos atacan una vez más.

—¿Valía esa información el precio de arriesgar tu vida?

—Eso aún queda por ser averiguado, mi reina. Las tácticas trazadas por Kring-domi nos mantienen fuera del alcance de las bestias de Klæl, pero continúa sin gustarme esto de huir ante ellas.

Los ojos de Betuana se endurecieron.

—A mí tampoco me gusta —concedió—. Deshonro la memoria de mi esposo cada vez que me vuelvo y escapo.

—El primo de Aphrael nos dijo que Khalad-escudero ha descubierto que el aire que respiran las bestias de Klæl arde cuando está mezclado con nuestro aire.

—Nunca antes he visto arder el aire.

—Tampoco yo. Si la trampa que les he puesto a las bestias de Klæl funciona, puede que ambos lo veamos suceder.

—¿Qué clase de trampa, Engessa-atan?

—Una linterna, mi reina..., bien escondida.

—¿Una linterna? ¿Eso es todo?

—Si Khalad-escudero está en lo cierto, con eso bastará. He cerrado la linterna para que las bestias de Klæl no vean luz alguna cuando abran la puerta de acero para volver a salir. Sin que lo adviertan, el aire de ellos se unirá con el nuestro, y la mezcla llegará hasta la llama de la vela que está dentro de la linterna. Entonces descubriremos si Khalad-escudero está en lo cierto.

—En ese caso, debemos aguardar hasta que abran la puerta. No los dejaremos atrás hasta estar seguros sin lugar a dudas de que ese arder de aire los mata. Como dice Ulath-caballero, sólo un necio deja enemigos vivos a sus espaldas.

Se ocultaron tras un afloramiento de roca y esperaron, mientras contemplaban atentamente la boca de la caverna apenas visible a la luz de las estrellas.

—Puede que pase algún tiempo antes de que abran la puerta, mi reina — señaló Engessa.

—Engessa-atan —dijo Betuana con firmeza—, hace tiempo que pienso que esta formalidad tuya está fuera de lugar.

—Como tú desees, Betuana-atana.

Aguardaron con paciencia, vigilando el voluminoso pico y la entrada de la cueva. Luego, como un profundo trueno subterráneo, un sonido imponente rompió el silencio sacudiendo la tierra, y una gran lengua de ondulante fuego abrasador salió por la boca de la caverna y quemó unos arbustos raquíuticos que crecían en las proximidades. La cueva vomitó llamas durante lo que parecieron horas, y luego fue disminuyendo poco a poco.

Engessa y su reina, impresionados por la violenta erupción, sólo podían mirar de hito en hito, presas del asombro. Por fin, Betuana se puso de pie.

—Ha valido la pena esperar, supongo. —Luego le sonrió a su aún impresionado camarada—. Tiendes buenas trampas, Engessa-atan, pero ahora debemos darnos prisa para reunirnos con los trolls. Ulath-caballero dice que debemos llegar a Cyrga por la mañana.

—Lo que tú digas, Betuana-atana —replicó él.

—Cuando diga «arriba» —indicó Falquián al tiempo que colocaba las manos en torno a la anilla—. Y no permitáis que golpee cuando la dejéis en el suelo. Muy bien, arriba.

Kalten, Bevier, Mirtai y Falquián levantaron entre todos la tapa con lentitud, esforzándose por sacar la herrumbrada plancha de hierro de entre las gastadas piedras.

—Ten cuidado —le dijo atento Talen a Mirtai—, no vayas a caerte dentro.

—¿Quieres hacerlo tú? —preguntó ella.

Los cuatro rodearon la abertura arrastrando los pies, y desplazaron el enorme peso hacia un lado, de forma que el gran agujero cuadrado quedó cubierto sólo en parte.

—Bajadla —dijo Falquián entre los dientes apretados—. Despacio —agregó. Bajaron lentamente la tapa.

—Sería más fácil levantar una casa —jadeó Kalten.

—Volveos de espaldas —les pidió Flauta.

—¿Tienes que hacer eso? —preguntó Talen—. ¿Es como volar?

—Tú vuélvete de espaldas, Talen.

—No te olvides de la ropa —le recordó Falquián.

—No haría más que estorbarme. Si no te gusta, no mires. —La voz de ella ya era más grave.

Bevier tenía los ojos ligeramente cerrados, y sus labios se movían. Era obvio que estaba rezando... con mucho ahínco.

—Regresaré de inmediato —prometió la diosa—. No os marchéis.

Aguardaron durante lo que parecieron horas. Luego oyeron un débil chapoteo en el fondo. El chapoteo iba acompañado de risas apagadas.

Talen se arrodilló al borde del agujero rectangular.

—¿Estás bien? —susurró.

—Lo estoy.

—¿Qué hay de tan divertido?

—Los cyrgais. No podrías ni creer lo estúpidos que son.

—¿Qué han hecho, ahora?

—El agua proviene de una gran fuente artesiana que nace cerca de la muralla exterior. Los cyrgais construyeron una cisterna en torno a ella. Luego hicieron un túnel que pasa por debajo de la muralla interior y lleva el agua hasta un pozo muy grande que se encuentra debajo de la montaña en la que han levantado su ciudad principal.

—¿Qué tiene de malo eso?

—Hasta ahí... nada. Parece que se dieron cuenta de lo mismo que Bevier. La fuente de agua es un punto débil. Tuvieron buen cuidado de colocar un enrejado de piedra en la boca del túnel. Nadie puede penetrar en el túnel desde la cisterna.

—Continúo sin ver nada de lo que reírse.

—Ahora voy a ello. Esta entrada que conduce al túnel parece haber sido agregada más tarde..., probablemente para poder entrar al túnel a limpiarlo.

—Ésa no parece una idea tan mala. Al fin y al cabo, se supone que es agua potable.

—Sí, pero cuando abrieron la entrada se olvidaron de algo. El otro extremo del túnel, el que se encuentra dentro de la muralla interior, está abierto. No hay barrotes, ni enrejados, ni cadenas, nada.

—¡No hablas en serio!

—Que la lengua' e la boca me se ponga verde si no.

—Esto va a ser más fácil de lo que había imaginado —comentó Kalten. Se inclinó a mirar hacia la oscuridad—. ¿Es muy rápida la corriente? —preguntó en

voz baja.

—Lo bastante —replicó Aphrael—. Pero está bien. Te arrastra a bastante velocidad hasta el otro lado, así que no tendrás que contener la respiración durante mucho tiempo.

—¿Hacer qué? —Kalten se atragantó.

—Contener la respiración. Hay que nadar por debajo del agua.

—Yo, no —declaró él con tono terminante.

—Sabes nadar, ¿no es cierto?

—Puedo nadar con la armadura puesta, si es necesario.

—¿Qué problema hay, entonces?

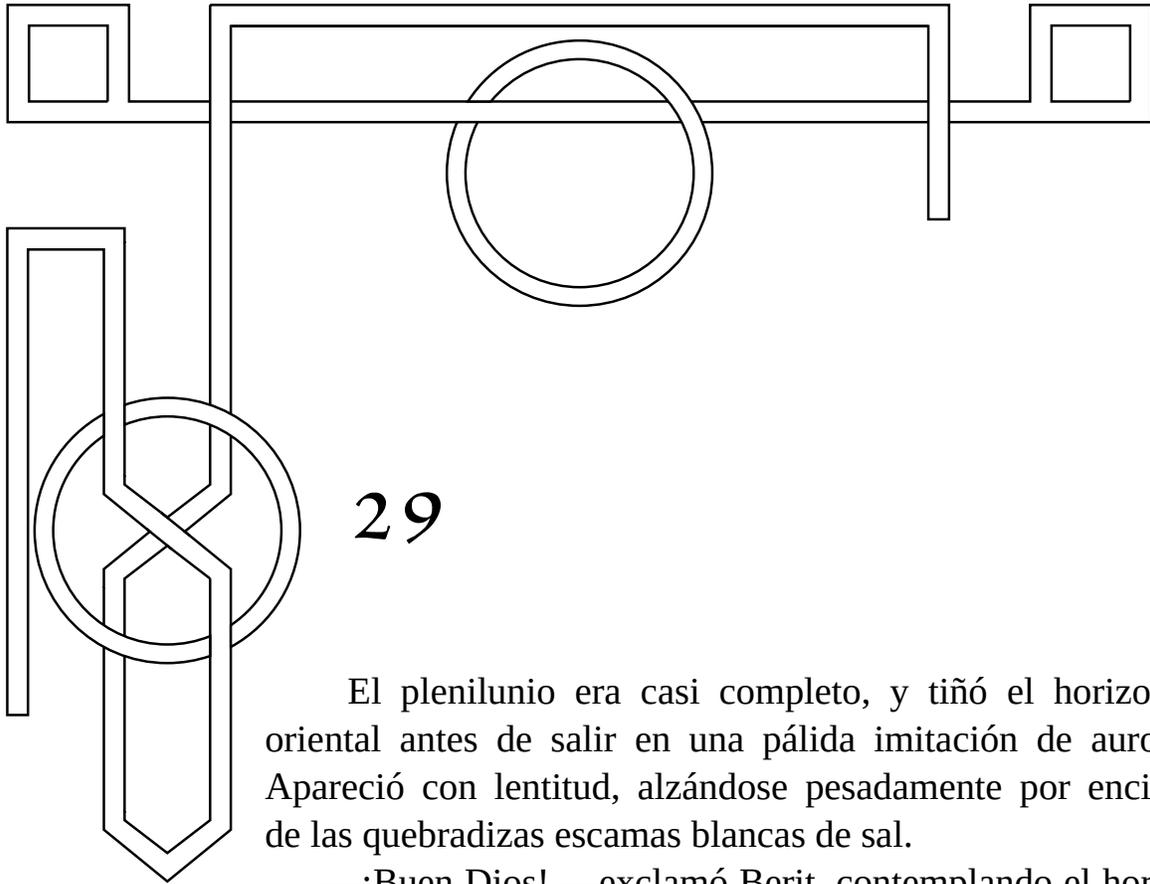
—No nado bajo el agua. Me produce pánico.

—Es verdad, Aphrael —intervino Falquián, en voz baja—. En cuanto la cabeza de Kalten se sumerge, él empieza a chillar.

—No puede hacer eso. Se ahogará.

—Exacto. Solía tener que ponerme de pie sobre su pecho para sacarle el agua de dentro. Era algo que sucedía a cada momento cuando éramos niños.

—Oh, cielos —dijo ella—. No había contado con esto.



## 29

El plenilunio era casi completo, y tiñó el horizonte oriental antes de salir en una pálida imitación de aurora. Apareció con lentitud, alzándose pesadamente por encima de las quebradizas escamas blancas de sal.

—¡Buen Dios! —exclamó Berit, contemplando el horror que los rodeaba. Lo que a la tenue luz de las estrellas habían parecido rocas blancas redondeadas, se revelaban ahora como cráneos blanqueados al sol, en medio de huesos revueltos, que contemplaban el cielo con aire acusador.

—Parece que hemos llegado al sitio correcto —observó Khalad—. La nota que nos dejó Falquián hablaba de una «Llanura de Huesos».

—¡Es interminable! —jadeó Berit, mirando hacia el oeste.

—Esperemos que no lo sea. Tenemos que atravesarla. —Khalad se detuvo y miró atentamente hacia el oeste—. Allí está —anunció a la vez que señalaba un punto luminoso de luz reflejada, emplazado en el centro de una cadena de bajas colinas negras, al otro lado del espantoso llano.

—¿Qué está allí?

—Nuestro punto de referencia. Falquián lo llamó las «Columnas de Cyrgon». Algo que hay ahí está reflejando la luz de la luna. Tenemos que dirigirnos hacia ese punto.

—¿Quién es ése? —siseó Berit, señalando a una figura que caminaba hacia ellos por el desierto sembrado de huesos.

Khalad soltó la correa que sujetaba la espada dentro de la vaina.

—Otra nota de Krager, tal vez —murmuró—. Comencemos a tener un poco de cuidado, mi señor. Creo que estamos acercándonos mucho al lugar en el que ya no seremos de utilidad.

La figura que se les acercaba desde el desierto parecía avanzar a un paso no más rápido que el de ocioso paseo, y cuando se aproximó más pudieron distinguir sus facciones.

—¡Ten cuidado, Khalad! —susurró Berit con presteza—. ¡No es humano!

Khalad también lo sintió. No era nada realmente definible, sólo una imponente sensación de presencia, un aura que no poseía ser humano ninguno. La figura parecía pertenecer a un joven de extraordinaria belleza. Tenía cabellos muy rizados, facciones clásicas y ojos muy grandes, casi luminosos.

—Ah, allí estáis, caballeros —dijo con cortesía, en un elenio sin tacha—. Éste es un lugar en verdad pésimo, ¿no os parece? La clase exacta de lugar en la que uno esperaría que vivieran los cyrgais. Cyrgon es terriblemente perverso. Le encanta la fealdad. ¿Lo habéis conocido? Es un tipo atemorizador. Sin ningún sentido de la estética. —Les ofreció una brillante sonrisa algo vaga—. Me envía mi prima Aphrael. Habría venido ella misma, pero está un poco atareada ahora mismo..., pero es que Aphrael está siempre atareada, ¿no? No puede soportar estarse sentada y quieta. —Frunció el entrecejo—. Ella quería que os dijera algo. —Frunció más el ceño—. ¿Qué era? Tengo la peor de las memorias, últimamente. —Levantó una mano—. No —dijo—, no me lo digáis. Lo recordaré dentro de un instante. Pero es muy, muy importante, y se supone que debemos apresurarnos. Sin duda lo recordaré mientras vamos de camino. —Miró en torno de sí—. Caballeros, ¿por casualidad sabéis hacia dónde debemos dirigirnos?

—No resultará, Aphrael —declaró Kalten, sombrío—. Lo intenté estando completamente borracho, y me sucede lo mismo. Me vuelvo loco cuando siento que el agua me rodea la cabeza.

—Tú inténtalo, Kalten —lo instó la diosa, que llevaba la ropa mínima—. Esto te relajará de verdad. —Le puso la jarra en la mano.

Él la olió con suspicacia.

—La verdad es que huele bien. ¿Qué es?

—Nosotros lo bebemos en las fiestas.

—¿La cerveza de los dioses? —Los ojos del caballero se animaron—. Vaya. —Bebió un cauteloso sorbo—. ¡Vaya! —dijo con entusiasmo—. Así es como debe saber.

—Bébelo todo —le indicó ella mientras lo observaba con atención.

—Encantado. —Kalten vació la jarra y se enjugó los labios—. Es bueno de verdad. Si un hombre tuviera la receta de eso, podría... —Se interrumpió y los ojos se le pusieron vidriosos.

—Tendedlo en el suelo —indicó Aphrael—. Rápido, antes de que se ponga rígido. No quiero que esté todo retorcido cuando lo arrastre por el túnel.

Talen estaba doblado en dos y tenía ambas manos sobre la boca para contener la risa.

—¿Y qué problema tienes tú? —le preguntó la diosa con acritud.

—Nada —jadeó él—. Nada de nada.

—Tengo un largo camino que recorrer con ése —le murmuró la diosa a Falquián.

—¿Va a funcionar esto? —le preguntó Falquián a Aphrael—. Me refiero a Kalten. ¿De verdad puedes arrastrar a un hombre inconsciente por debajo del agua a cualquier distancia sin que se ahogue?

—Detendré su respiración. —La diosa miró a los demás—. No quiero que ninguno de vosotros intente ayudarme —les advirtió—. Concentraos sólo en pasar al otro lado. Yo no necesito respirar, pero vosotros sí, y no quiero tener que pasarme una hora pescándoos en el pozo cuando lleguéis. Veamos, ¿tiene alguien más algún otro problema que no me haya comentado? Éste es el momento de hablar de ellos..., antes de que estemos todos bajo el agua. —Le echó a Bevier una mirada llena de intención—. ¿Hay algo que quieras decirme, caballero? Pareces estar en una crisis de algún tipo.

—No es nada, divina Aphrael —masculló él—. No tendré problemas. Nado como un pez.

Evitó, con total deliberación, mirarla a la cara.

—¿Qué te preocupa, entonces?

—La verdad es que preferiría no decirlo.

Ella suspiró.

—Hombres. —Luego descendió por la abertura que conducía hacia las invisibles aguas que corrían por debajo de la pared interior—. Traed a Kalten —ordenó—, y pongamos manos a la obra.

—La verdad es que me gustaría hacer algo al respecto —le murmuró Sephrenia a Vanion, mientras miraban por encima del montículo de grava hacia el campamento de los traficantes de esclavos.

—También a mí, amor —replicó Vanion—, pero creo que será mejor que esperemos a más tarde. Si todo sale como debe, los estaremos esperando cuando lleguen a Cyrga. —Se asomó un poco más—. Creo que eso que hay al otro lado de la senda que están siguiendo son los llanos de sal.

—Podremos saberlo con seguridad cuando salga la luna —replicó ella.

—¿Has tenido alguna noticia de Aphrael?

—Nada de lo que pueda sacar alguna conclusión. Los ecos son muy confusos cuando está en dos sitios a la vez. Deduzco que las cosas están llegando a un punto crítico en Matherion, y que ella y Falquián están nadando.

—¿Nadando? Esto es el desierto, Sephrenia.

—Sí, ya me había dado cuenta. Pero ellos han encontrado algo en lo que nadar. —Hizo una pausa—. ¿Kalten sabe nadar? —preguntó.

—Salpica mucho, pero se las arregla para moverse por el agua. No diría que tiene un estilo lleno de gracia. ¿Por qué lo preguntas?

—Tiene algún tipo de problema, y está relacionado con la natación. Regresemos a reunirnos con los demás, querido. El solo hecho de ver a esos esclavos me hace hervir la sangre.

Descendieron del montículo de grava y avanzaron por el somero lecho seco hacia sus soldados de armadura.

El caballero cyrínico, Launesse, se hallaba de pie con un aire algo furtivo junto al fornido personaje de enormes cejas rizadas y enredadas, descomunales hombros y porte clásico.

—¡Sephrenia! —dijo el personaje, a todas luces no humano, en una voz que muy probablemente podía ser oída desde la mismísima Thalesia—. ¡Bienhallada!

—Bienhallado en verdad, divino Romalic —replicó ella con un apenas deje de cansado suspiro.

—Por favor, querida —murmuró Vanion—, pídele que baje la voz.

—Nadie más puede oírlo —le aseguró Sephrenia—. Los dioses hablan en voz muy alta..., pero sólo para ciertos oídos.

—Vuesa hermana me ruega que os transmita los sus saludos —anunció Romalic con voz de trueno.

—Sois amable al transmitirme esos saludos, divino Romalic.

—Dejando a un lado las amabilidades y cortesías, Sephrenia —declamó el gigantesco dios mientras se peinaba la barba con enormes dedos—, ¿estáis dispuesta a servirnos a nosotros todos y ocupar el vuestro lugar apropiado?

—Soy indigna, divino Romalic —replicó ella con modestia—. Sin duda hay otros más sabios y adecuados.

—¿Qué significa esto? —preguntó Vanion.

—Hace mucho que dura, querido —le explicó Sephrenia—. He estado evitándolo durante siglos. Sin embargo, Romalic siempre tiene que mencionarlo.

Todo encajó en la mente de Vanion.

—¡Sephrenia! —exclamó con voz ahogada—. Quiere que seas la suprema sacerdotisa de todos ellos, ¿no es cierto?

—Es por Aphrael, Vanion, no por mí. Creen poder sobornar a Aphrael si me ofrecen esto. En realidad no lo quiero, y ellos tampoco quieren dármele, pero le tienen miedo a ella, y ésta es su forma de aplacarla.

—Aphrael os insta a apresuraros —proclamó Romalic—. Todos debéis hallaros a las puertas de Cyrga al despuntar el alba, pues esta es la noche de decisión, cuando Cyrgon y, sí, incluso Klæl, deben ser afrontados. En este mismo momento avanza Anakha como fantasma por las calles de la Ciudad Oculta hacia el su designio. Apresurémonos. —Alzó más la voz y tronó—: ¡Hacia Cyrga!

—¿Siempre es así? —murmuró Vanion.

—¿Romalic? —preguntó Sephrenia—. Ya lo creo. Es perfectamente adecuado para los caballeros cyrónicos. Vamos, querido mío. Continuemos hacia Cyrga.

Se veían tenues luces parpadeantes muy en lo alto, pero el pozo estaba sumido en negrísimas tinieblas cuando Falquián salió a la superficie y exhaló de manera explosiva el aire que había estado conteniendo.

—Kalten —oyó que decía Aphrael—, despierta.

Se oyó un grito de sobresalto y muchos manotazos en el agua.

—Oh, basta ya —le dijo la diosa al amigo de Falquián—. Ya ha terminado todo, y lo has atravesado sin problemas. Xanetia, querida, ¿podrías darnos un poco de luz?

—Por supuesto, divina Aphrael —replicó la anarae, y su rostro comenzó a

brillar.

—¿Estamos todos aquí? —preguntó Aphrael en voz baja, mirando en torno.

Al aumentar la luz de Xanetia, Falquián vio que la diosa parecía no estar sumergida en el pozo más que hasta la cintura, y que sujetaba a Kalten por la parte trasera de la túnica.

—¿Quieres echarme una mano, Falquián? —pidió Bevier.

—Claro.

Falquián nadó para reunirse con el caballero cyrínico y entre ambos tiraron de la fina cuerda que Bevier había traído consigo a través del túnel. Al otro extremo de la cuerda estaban las espadas y cotas de malla fuertemente liadas.

—Espera un momento —dijo Bevier cuando la cuerda se tensó de pronto—. Se ha atascado en algo. —Respiró varias veces en profundidad, se zambulló bajo el agua, y recorrió la cuerda con las manos.

Falquián aguardó, conteniendo también él la respiración, sin darse cuenta. Luego la cuerda se aflojó y él tiró de ella con premura. Bevier volvió a salir a la superficie y dejó escapar el aire.

—¿Estás seguro de que no eres medio pez? —preguntó Falquián.

—Siempre he tenido buenos pulmones —contestó Bevier—. ¿Crees que debemos sacar las espadas?

—Primero veamos qué dice Aphrael —decidió Falquián, volviéndose a mirar con ojos miopes—. Todavía no distingo ningún lugar por el que trepar fuera del agua.

—¿Y ahora qué? —le estaba preguntando Talen a la diosa—. Estamos dando vueltas por el fondo del pozo. —Levantó los ojos hacia las lisas paredes que se elevaban desde el agua—. Hay algunas aberturas ahí arriba, pero no tenemos forma de llegar hasta ellas.

—¿Lo has traído, Mirtai? —preguntó Aphrael.

La gigantesca muchacha asintió con la cabeza.

—Disculpadme un momento —dijo, y tras sumergirse, comenzó a quitarse la túnica.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Talen al tiempo que espiaba a través de las transparentes aguas.

—Está quitándose la ropa —replicó Aphrael—, y no necesita que tú la ayudes. Mantén tus ojos donde debes.

—Tú vas por ahí desnuda continuamente —protestó él—. ¿Por qué debería importarte que miráramos a Mirtai cuando se desviste?

—Es del todo diferente —contestó ella con tono altanero—. Ahora, haz lo que te digo.

Talen dio unas brazadas en el agua hasta quedar de espaldas a Mirtai.

—Nunca lograré entenderla —refunfuñó.

—Oh, sí que llegarás, Talen —le contestó ella con una vocecilla misteriosa —, pero no todavía. Dentro de algunos años más, te lo explicaré todo.

Instantes después Mirtai salió a la superficie; en la mano tenía un rollo de cuerda que había llevado debajo de la túnica, pasado por los hombros.

—Necesitaré algo sobre lo que apoyar los pies, Aphrael —comentó mientras sopesaba el garfio atado a uno de los extremos de la cuerda—. No podré lanzar esto mientras floto en el agua.

—Muy bien, caballeros —ordenó Aphrael, remilgada—. Ojos al frente.

La sonrisa de Falquián quedó oculta en la penumbra. Talen tenía razón. Aphrael parecía casi inconsciente de su propia desnudez, pero la de Mirtai parecía algo completamente distinto. Oyó el ruido del agua que se deslizaba de los lustrosos miembros de la gigantesca muchacha dorada mientras ésta se ponía de pie, según conjeturó él, sobre la propia superficie.

Luego oyó el silbante sonido del gancho al hacerlo girar Mirtai en círculos cada vez más amplios. Luego el silbido cesó durante un interminable momento sin aliento. Le llegó el tintineo del acero en la piedra de lo alto, seguirlo del raspar de las puntas al clavarse.

—Buen lanzamiento —comentó Aphrael.

—Afortunado —replicó Mirtai—. Por lo general hacen falta dos o tres para conseguirlo.

Falquián sintió que le tocaban un hombro.

—Toma —le dijo Mirtai al tiempo que le entregaba la cuerda—. Sujeta esto mientras me visto. Luego trespárenos e iremos a buscar a tu esposa.

—¿Puede saberse qué estás haciendo, Bergsten?

El patriarca de Emsat se sobresaltó violentamente y volvió la cabeza con brusquedad hacia el dios que acababa de acercársele por la espalda.

—Se supone que deberías estar apresurándote, ¿sabes? —lo reprendió Setras —. Aphrael quiere que todo el mundo esté en su puesto cuando llegue la mañana.

—Nos encontramos con algunos de los soldados de Klæl, divino Setras —

explicó el caballero Heldin con voz tronante—. Están dentro de aquella cueva. —Señaló hacia una abertura apenas visible que había en la ladera de la colina que se hallaba al otro lado del lecho seco del río.

—¿Por qué no habéis acabado con ellos? Os dije cómo hacerlo.

—Hemos puesto una linterna ahí dentro, pero hay una puerta en el interior de la caverna, Setras-dios —le informó la atana Maris.

—Bueno, pues abridla, querida dama —sugirió Setras—. Repito que de verdad tenemos que llegar a Cyrga al amanecer. Aphrael se enfadará terriblemente conmigo si llegamos tarde.

—La abriríamos encantados si supiéramos cómo, divino Setras —le respondió Bergsten—, pero tanto si llego tarde como si no, no me alejaré de aquí y dejaré a esos monstruos a mis espaldas; y si eso enoja a Aphrael, lo lamento muchísimo.

Por alguna razón, el hermoso dios estúpido irritaba a Bergsten.

—¿Por qué tengo que hacerlo todo yo? —suspiró Setras—. Aguardad aquí. Yo me encargaré de esto, y luego podremos continuar. Nos retrasaremos muchísimo respecto a lo previsto, ¿sabéis? Tendremos que ir a toda prisa si queremos llegar al amanecer. —Avanzó por el rocoso lecho seco y entró en la cueva.

—Ese muchacho pone a prueba mi paciencia —murmuró Bergsten—. Intentar explicarle algo es como hablar con un ladrillo. ¿Cómo puede ser tan...? —Bergsten se interrumpió en seco, casi a punto de cometer una herejía.

—Ya vuelve a salir —dijo la atana Maris.

—Suponía que lo haría —comentó Bergsten con cierta satisfacción—. Al parecer, no ha tenido más suerte que nosotros con esa puerta.

Setras avanzaba tranquilamente hacia ellos, tarareando una melodía estiriana, cuando toda la colina desapareció en una gran explosión de fuego que sacudió la mismísima tierra. Las llamas salieron ondulando con un terrible rugido abrasador que arrojó a Bergsten y los demás al suelo y envolvió al primo de Aphrael.

—¡Dios querido! —exclamó Bergsten con voz ahogada, contemplando el ondulante fuego.

Luego, Setras, sin siquiera un cabello fuera de sitio, salió de las llamas paseando con tranquilidad.

—Ya está —dijo con voz suave—. No era tan difícil, ¿verdad?

—¿Cómo abriste la puerta, divino Setras? —preguntó Heldin, curioso.

—Yo no lo hice, muchacho. —Setras sonrió—. De hecho, ellos me la abrieron.

—¿Por qué iban a hacer eso?

—Llamé a ella, querido muchacho. Llamé. Incluso las criaturas como ésas tienen una cierta educación. ¿Nos ponemos en marcha?

—Son muy temidos por los otros cyrgais —informó Xanetia—, y todos les abren paso.

—Eso resultaría útil, de no ser por las diferencias raciales —observó Bevier.

—Tales diferencias no representan un obstáculo insuperable, caballero —le aseguró Xanetia—. Si fuere menester, el vueso semblante y el de los vuestos compañeros, podría ser alterado una vez más. Sin duda la divina Aphrael podría ocupar el lugar de la su hermana en la combinación de los dos hechizos que os cambiaron la vez primera.

—Podemos hablar de eso dentro de un momento —dijo Flauta—. Pero antes, creo que tenemos que hacernos una idea del trazado de esta parte de la ciudad. —La diosa había reasumido su más conocida forma, y Bevier parecía muy aliviado.

—Pienso que aqieste monte no es de origen natural, divina Aphrael —comentó Xanetia—. Las laderas son de pendiente uniforme, y las avenidas que acceden a la cúspide son más escaleras que calles. No obstante, unas calles las cruzan y rodean la colina a intervalos regulares.

—Poco imaginativos, ¿verdad? —observó Mirtai—. ¿Hay muchos de ellos dando vueltas por ahí fuera?

—No, atana. Es tarde, y muchos han ido en busca de los lechos.

—Podríamos arriesgarnos —reflexionó Kalten—. Si Flauta y Xanetia pueden conseguir que parezcamos cyrgais, nos sería posible marchar colina arriba sin más.

—No con estas ropas —disintió Falquián.

Talen salió de las sombras y volvió a entrar en el pasaje que conducía a la abertura central del pozo. En muchos sentidos, el joven y ágil ladrón podía ser casi tan invisible como Xanetia.

—Vienen más soldados —susurró.

—Esas patrullas podrían llegar a ser un fastidio —observó Kalten.

—Éstos no son como los otros —le advirtió Talen—. No están patrullando

las calles laterales. Sólo ascienden por las escaleras hacia la cumbre de la ciudad. Tampoco llevan el mismo tipo de armadura que los demás.

—Describidlos, joven maese Talen —pidió Xanetia con atención.

—Para empezar, llevan capas —replicó Talen—, y tienen una especie de emblema en los petos. También sus cascos son distintos.

—Entonces son guardias del templo —declaró Xanetia—, aquestos de los que os hablaba antes. He espiado de los pensamientos de los pocos que hemos encontrado antes, que los cyrgais los evitan siempre que pueden, y que están todos obligados a inclinarse cuando pasan.

Falquián y Bevier intercambiaron una larga mirada.

—Ésas son las ropas que querías, Falquián —dijo Bevier.

—¿Cuántos son? —le preguntó Falquián a Talen.

—Conté diez.

Falquián consideró la información.

—Hagámoslo —decidió—, pero intentad no hacer mucho ruido —y luego los condujo fuera del pasaje hasta la calle.

—¡Buen Dios, Ulath! —exclamó Itagne—. ¡No hagas eso! ¡Casi me paras el corazón!

—Lo siento, Itagne —se disculpó el enorme thalesiano—. No existe una forma realmente elegante de salir del No-Tiempo. Vayamos a hablar con Betuana y Engessa.

Hicieron volver los caballos para reunirse con la reina y su general.

—El caballero Ulath acaba de llegar con noticias, majestad —informó Itagne con cortesía.

—Ah —replicó ella—. ¿Buenas o malas noticias, Ulath-caballero?

—Un poco de cada cosa, majestad —replicó el interpelado—. Los trolls están a un cuarto de legua al este de aquí.

—¿Y cuáles son las buenas noticias?

Él le dedicó una sonrisa leve.

—Ésas son las buenas. Las malas son que hay otro numeroso destacamento de soldados de Klæl esperando emboscadas justo al sur de aquí. Es probable que intenten atacarnos dentro de una hora. Se encuentran en nuestro camino, y debemos apresurarnos. Falquián y los demás van a rescatar a Ehlana y su camarera esta misma noche, y quieren que todos lleguemos a la ciudad al

amanecer.

—En ese caso, tendremos que luchar con las bestias de Klæl —declaró la reina de Atan.

—Eso podría ser problemático —murmuró Itagne.

—Tynian y yo hemos encontrado una especie de solución —continuó Ulath —, pero no queremos ofenderte, majestad, así que pensamos que primero deberíamos pasar por aquí y hablarlo contigo. Las tropas de Klæl se están preparando para tenderos una emboscada. Sé que preferirías encargarte de ello tú misma, pero en interés de la oportunidad, ¿estarías dispuesta a renunciar a ese placer?

—Estaría dispuesta a escucharte, Ulath-caballero —respondió ella con curiosidad.

—Hay formas mediante las cuales podríamos sencillamente rodear a hurtadillas esa emboscada, pero es probable que Klæl pueda hacer con el tiempo y la distancia lo mismo que Aphrael y sus primos, y no creo que nos interese que esos brutos nos ataquen por la espalda.

—¿Qué solución hay entonces, Ulath-caballero?

—Tengo una fuerza considerable a mi disposición, majestad —explicó él—, y mis soldados tienen hambre. Dado que ahora mismo estamos demasiado ocupados como para permitirnos extensos retozos por el desierto, ¿por qué no dejamos que los trolls se coman a los soldados de Klæl como desayuno?

El caballero Anosian parecía un poco desencajado mientras se adelantaba a caballo para hablar con Kring y Tikume.

—¿Qué sucede, amigo Anosian? —le preguntó Tikume al pandion de negra armadura—. Parece que acabas de ver un fantasma.

—Peor, amigo Tikume —replicó Anosian—. Acabo de recibir una reprimenda por parte de un dios. La mayoría de los hombres no sobreviven a la experiencia.

—¿Otra vez Aphrael? —conjeturó Kring.

—No, amigo Kring. Esta vez era su primo Hanka. Es muy abrupto. Los caballeros genidianos se valen de él para que los ayude con sus hechizos.

—¿Estaba disgustado contigo? —preguntó Tikume—. ¿Qué has hecho esta vez?

Anosian hizo una mueca de amargura.

—A veces mis hechizos son un poco descuidados —admitió—. Aphrael es lo bastante generosa como para perdonarme, pero su primo no. —Se estremeció—. El divino Hanka va a hacernos avanzar un poco más aprisa.

—¿Ah, sí?

—Tenemos que estar ante las puertas de Cyrga al amanecer.

—¿A qué distancia está? —preguntó Kring.

—No tengo ni idea —admitió Anosian—, y dadas las circunstancias, no creí prudente preguntarlo. Hanka quiere que cabalgemos hacia el oeste a partir de aquí.

Tikume frunció el ceño.

—Si no sabemos a qué distancia está, ¿cómo podremos estar seguros de que llegaremos al amanecer?

—Oh, ya lo creo que llegaremos, amigo Tikume —le aseguró Anosian—. Pero creo que será mejor que nos pongamos en movimiento. El divino Hanka es famoso por su poca paciencia. Si no nos ponemos en marcha hacia el oeste a toda prisa, él podría decidir cogernos y arrojarnos desde aquí hasta Cyrga.

Los guardias del templo asumían una postura guerrera..., una pose bastante rígida y formal como las que en ocasiones se ven en los frisos tallados por escultores de talento gris. Kalten apartó a un lado la espada del hombre y le asestó un puñetazo en uno de los lados del yelmo. El guardia retrocedió tambaleándose y cayó sobre el empedrado. Estaba luchando para levantarse cuando Kalten le dio una fuerte patada en el rostro.

—¡En silencio, Kalten! —le recordó Falquián con un ronco susurro.

—Lo siento. Creo que me he dejado llevar. —Kalten se inclinó y levantó uno de los párpados del guardia derribado—. Dormiré hasta mediodía —diagnosticó. Se puso de pie y miró en torno—. ¿Ya hemos acabado con todos?

—Ése era el último —susurró Bevier—. Quitémoslos de en medio de la calle. La luna está comenzando por fin a brillar en esta hondonada, y dentro de nada habrá tanta luz como si fuera de día.

Había sido una pelea corta y fea. Falquián y sus amigos se abalanzaron desde la oscura calle lateral y cayeron sobre el destacamento por retaguardia. La sorpresa constituyó una gran parte del éxito, y lo que no consiguió la sorpresa quedó más que compensado por la ineptitud de los soldados de ceremonia. Falquián llegó a la conclusión de que los cyrgais tenían un aspecto

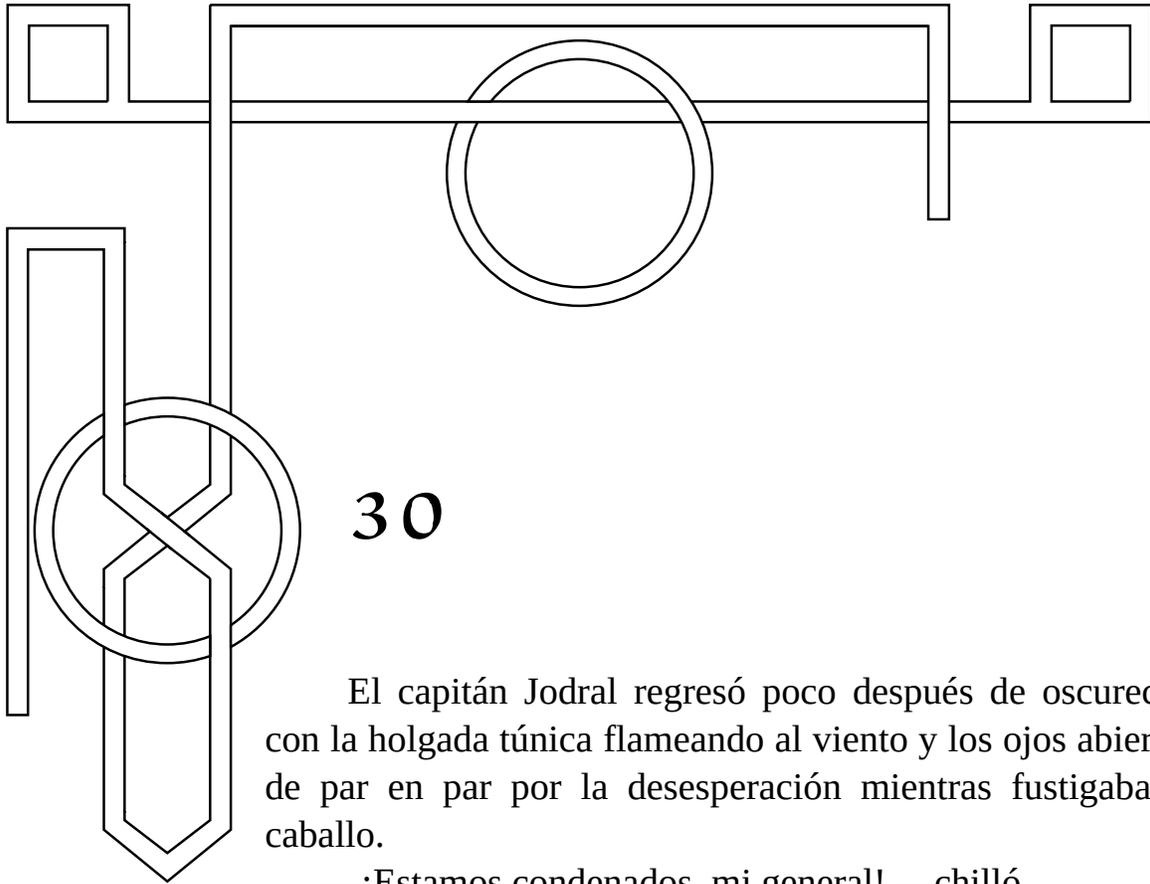
impresionante, pero que su entrenamiento se había vuelto tan formalizado y alejado de la realidad a lo largo de los siglos, que acabó por convertirse más en una forma de danza que en una preparación para el combate real. Puesto que los cyrgais no podían traspasar la línea de la maldición estiriana, no se habían visto implicados en ninguna verdadera lucha durante diez mil años, por lo que carecían de toda preparación para los peligrosos trucos que surgían de vez en cuando en las luchas cuerpo a cuerpo.

—Continúo sin saber cómo vamos a conseguirlo —jadeó Talen mientras arrastraba a un inerte guardia hacia las sombras que los habían cobijado momentos antes—. Una sola mirada les dirá a los guardias de la puerta que no somos cyrgais.

—Ya hemos hablado de eso —le contestó Falquián—, mientras tú estabas explorando. Xanetia y Aphrael van a volver a mezclar hechizos..., de la misma forma en que la anarae y Sephrenia lo hicieron en Matherion. Pareceremos lo bastante cyrgais como para pasar por la puerta..., en particular si los demás de la ciudad les tienen tanto miedo a los guardias del templo como afirma Xanetia.

—Ya que ha surgido el tema —intervino Kalten—, en cuando hayamos pasado por las puertas, quiero que me devuelvan mi propia cara. Esta noche tenemos bastantes probabilidades de que nos maten, y me gustaría tener mi propia cara en la lápida. Además, incluso aunque por casualidad tengamos éxito, no quisiera sobresaltar a Alean presentándome ante ella con el rostro de un desconocido. Después de todo lo que ha pasado, tiene derecho a ver mi aspecto real.

—Yo no tengo ningún problema al respecto —asintió Falquián.



## 30

El capitán Jodral regresó poco después de oscurecer, con la holgada túnica flameando al viento y los ojos abiertos de par en par por la desesperación mientras fustigaba al caballo.

—¡Estamos condenados, mi general! —chilló.

—¡Contrólate, Jodral! —le espetó el general Piras—. ¿Qué es lo que has visto?

—¡Hay millones de ellos, general! —Jodral estaba aún al borde de la histeria.

—Jodral, tú nunca has visto un millón de nada. Ahora, explícame, ¿qué hay ahí fuera?

—Están atravesando el Sarna, general —replicó Jodral mientras hacía todo lo posible por controlar su temblorosa voz—. Los informes respecto a la flota son ciertos. He visto los barcos.

—¿Dónde? Estamos a diez leguas de la costa.

—Han subido por el río Sarna, y atado sus barcos borda con borda para formar puentes.

—¡Absurdo! ¡El Sarna tiene media legua de ancho a esta altura! ¡Habla con sensatez, hombre!

—Yo sé lo que he visto, general. Los otros exploradores estarán aquí dentro de poco para confirmar lo que digo. Kaftal está en llamas. Puedes ver la luz del

fuego desde aquí.

Jodral dio media vuelta y señaló en dirección sur, hacia un descomunal fulgor anaranjado que oscilaba en el cielo, por encima de las bajas colinas costeras que se alzaban entre las fuerzas cynesganas y el mar.

El general Piras profirió una maldición. Era la tercera vez en una semana que sus exploradores informaban que el enemigo cruzaba el bajo Sarna y el río Verel, y hasta el momento no había visto ni rastro de esas fuerzas hostiles. En circunstancias normales se habría limitado a hacer azotar a los exploradores, o algo peor, pero aquéllas no eran circunstancias normales. Los ejércitos enemigos que habían estado asolando la costa meridional, estaban compuestos por soldados de la iglesia de Chyrellos..., brujos hasta el último..., capaces de desvanecerse y reaparecer a leguas de distancia por su retaguardia. Aún mascullando imprecaciones, llamó a su adjunto.

—¡Sallat! —gritó—. Despierta a los soldados. ¡Diles que se preparen! Si esos malditos caballeros están cruzando de verdad en Sarna a esta altura, tendremos que enfrentarnos con ellos antes de que logren establecer un punto de apoyo a este lado del río.

—No es más que otro engaño, mi general —dijo el adjunto, al tiempo que miraba con desprecio al capitán Jodral—. Cada vez que un idiota ve un bote con tres pescadores, recibimos informes de que los soldados enemigos están cruzando un río.

—Eso ya lo sé, Sallat —replicó Piras—, pero yo tengo que acudir. El rey Jaluah me hará decapitar si permito que los caballeros atraviesen esos ríos. —El general abrió las manos ante sí con gesto de impotencia—. ¿Qué otra cosa puedo hacer? —Volvió a maldecir—. Toque de carga, Sallat. Quizás esta vez encontremos a alguien real cuando lleguemos al río.

Alean temblaba con violencia cuando Zalasta devolvió a las dos cautivas a la pequeña, aunque ahora escrupulosamente limpia, celda, tras otra de aquellas horribles entrevistas silenciosas con el Klæl de alas de murciélago, pero Ehlana se sentía vacía de toda emoción. Había una perversa seducción en el extrañamente suave sondeo de aquella mente infinita, y Ehlana siempre se sentía violada y sucia cuando acababa.

—Ésta será la última vez —le dijo Zalasta a modo de disculpa—. Si te sirve de algún consuelo, tu esposo aún lo desconcierta. No puede entender cómo

cualquier criatura con semejante poder se sometería voluntariamente a... — Vaciló.

—¿A una simple mujer, Zalasta? —sugirió ella con cansancio.

—No, Ehlana, no se trata de eso. Algunos de los mundos que domina Klæl están gobernados por mujeres. A los varones sólo se los mantiene para finalidades reproductivas. Él, sencillamente, no puede entender la relación que existe entre tú y Falquián.

—Podrías explicarle el significado de la palabra amor, Zalasta. —Ella hizo una pausa—. Pero tú mismo no lo entiendes, ¿verdad?

El rostro de él se endureció.

—Buenas noches, majestad —dijo en un tono carente de emociones. Luego dio media vuelta y salió de la celda, cerrando y echando llave a la puerta tras de sí.

Ehlana tenía el oído contra la puerta antes de que el eco del entrechocar metálico hubiese cesado.

—Yo no les tengo miedo —oyó que declaraba Santheocles.

—En ese caso, eres un necio mayor de lo que yo pensaba —le contestó Zalasta con brusquedad—. Han neutralizado a todos tus aliados, y tus enemigos te tienen rodeado.

—Somos cyrgais —insistió Santheocles—. Nadie puede resistirnos.

—Puede que eso fuera cierto hace diez mil años, cuando vuestros enemigos se cubrían con pieles y cargaban contra vuestras filas con lanzas de punta de pedernal. Ahora te enfrentas con los caballeros de la iglesia armados de acero; te enfrentas con guerreros atanes que pueden matar a tus soldados con las puntas de los dedos; te enfrentas con los pelois que cabalgan entre las filas enemigas como el viento; te enfrentas con trolls, que no sólo pueden matar a tus soldados, sino además comérselos. Y si eso no fuera ya lo bastante malo, te enfrentas con Aphrael, que es capaz de detener el sol y convertirte en piedra. Y lo peor de todo es que te enfrentas a Anakha y el Bhelliom, y eso significa la destrucción total.

—El poderoso Cyrgon nos protegerá. —La voz de Santheocles tenía un tono voluntarioso de testaruda imbecilidad.

—¿Por qué no vas a hablar con Otha de Zemoch, Santheocles? —Había burla en la voz de Zalasta—. Él te contará cómo chillaba el dios antiguo Azash cuando el Bhelliom lo destruyó. —Zalasta se interrumpió de golpe—. ¡Ya llega! —dijo con voz ahogada—. ¡Está más cerca de lo que jamás creímos posible!

—¿De qué estás hablando? —exigió saber Ekatas.

—¡Anakha está aquí! —exclamó Zalasta—. ¡Ve a hablar con tus generales, Santheocles! ¡Diles que llamen a sus soldados y les ordenen buscar por las calles de Cyrga, porque Anakha está dentro de tus murallas! ¡Aprisa, hombre! ¡Ven conmigo, Ekatas! ¡Debemos poner sobre aviso a Cyrgon, y al eterno Klæl! ¡La noche de la decisión está sobre nosotros!

*And thou, oh, Blue, all cares and griefs shall ban  
And lift our hearts to heights  
unknown to mortal man  
(Y tú, Azul, cuidado y pesar borrarás  
Y los corazones nuestros elevarás  
a alturas desconocidas para hombre mortal).*

Elron contó con los dedos y maldijo. No importaba cómo ligara o comprimiera las palabras de aquel último verso, continuaba teniendo sílabas de más. Arrojó la pluma de ganso al otro extremo de la habitación, y ocultó el rostro entre las manos en una mañosa pose de desesperación poética. Elron hacía eso con frecuencia cuando componía versos.

Luego levantó el rostro esperanzado al ocurrírsele una idea. Después de todo, estaba cerca de las estrofas finales de su obra maestra, y un alejandrino le añadiría fuerza, sin duda. ¿Qué dirían los críticos?

Aquella decisión le provocaba una verdadera agonía. Maldijo el día en que había conformado el más importante trabajo de su carrera en versos pareados. Detestaba los yambos. Eran tan despiadadamente regulares e implacables..., y el pentámetro era como una cadena en torno a su cuello que tironeaba de él al final de cada verso. La *Oda alAzul* pendía en equilibrio mientras su creador luchaba con las hoscas intransigencias de la forma y la métrica.

Elron no estaba seguro de cuánto hacía que duraban los gritos ni de cuándo habían comenzado con exactitud. Su mente, atrapada en un frenesí creativo, se había aislado de toda cosa externa a aquel verso enloquecedoramente recalcitrante. El poeta se levantó con irritación y se acercó a la ventana para mirar las calles de Natayos iluminadas por antorchas. ¿Qué motivaba aquellos alaridos?

Los soldados de Scarpa, siervos ignorantes y sucios en su mayoría, corrían gritando de terror como un rebaño de ovejas balantes.

¿Qué los habría asustado, esta vez?

Elron se asomó un poco para mirar calle abajo. De esa parte de la ruinosa ciudad, aún enterrada bajo enredados arbustos y lianas, parecía manar un tipo de luz diferente. Elron frunció el entrecejo. Estaba muy claro que eso no era luz de antorchas. Tenía aspecto de ser un pálido fulgor blanco, constante, que no oscilaba, y que salía de una docena de sitios a la vez.

Entonces, Elron oyó la voz de Scarpa que se alzaba por encima de los alaridos. El loco charlatán estaba gritando órdenes de alguna clase con su voz más imperial. La chusma de las calles, sin embargo, hacía caso omiso de él. El ejército fluía por las empedradas calles de las ruinas de Natayos en dirección a la puerta principal, empujándose, aullando, atascándose y luchando para salir por la puerta completamente bloqueada. Más allá de la puerta, Elron vio titilantes antorchas que corrían hacia la selva circundante. ¿Qué, en el nombre de Dios, estaba sucediendo?

Entonces se le heló la sangre de pronto. Miró espantado y con la boca abierta a las siluetas fulgentes que salían de las calles laterales de las ruinas para avanzar implacablemente por la ancha avenida que conducía a la puerta. ¡Los seres fulgentes que habían despoblado Panem-Dea, Norenja y Synaqua, descendían por fin sobre Natayos!

El poeta permaneció inmóvil durante apenas un momento, y luego su mente se puso en funcionamiento a una velocidad mayor de lo que él habría creído posible. La huida quedaba fuera de toda posibilidad. La puerta estaba tan completamente atascada de hombres que incluso aquellos que la habían alcanzado tenían pocas probabilidades de abrirse paso a través de la multitud. Elron corrió a la mesa en la que escribía y apagó la vela de un manotazo, sumiendo la habitación en tinieblas. Si no había luz en las ventanas de aquel piso superior, los horrores que andaban por las calles no tendrían ninguna razón para registrarlo. Frenético, tropezando en la oscuridad, corrió de una habitación a otra en busca de alguna otra vela encendida que pudiera denunciar su presencia.

Luego, seguro de que estaba a salvo al menos de momento, el hombre que era conocido en todo Astel con el nombre de Sable, se arrastró de vuelta a su habitación y espío, atemorizado, las calles que se extendían debajo, por sobre el marco de la ventana.

Scarpa se hallaba de pie sobre un muro derrumbado a medias, y daba órdenes contradictorias a unos regimientos que evidentemente sólo él podía ver. Llevaba sobre los hombros la gastada capa de terciopelo, y la corona algo torcida en la

cabeza.

No lejos de él se encontraba Cызada diciendo algo con su voz hueca..., alguna clase de encantamiento, pensó Elron..., al tiempo que sus dedos tejían intrincados dibujos en el aire. Hablaba con voz cada vez más alta en gutural estiriano, invocando sabe Dios qué horrores para que se enfrentaran a las silenciosas siluetas fulgentes que avanzaban hacia él. Su voz aumentó hasta un chillido, y él lanzó zarpazos al aire, exagerando frenéticamente los gestos.

Y entonces, uno de los incandescentes intrusos lo alcanzó. Cызada gritó y se echó hacia atrás con violencia, pero ya era demasiado tarde. La relumbrante mano ya lo había tocado. Él retrocedió tambaleándose como si aquel casi suave toque hubiera sido un golpe brutal. Dando traspiés, se volvió como si quisiera huir, y Elron le vio la cara.

El poeta sufrió una náusea y se puso las manos sobre la boca para ahogar cualquier sonido que pudiera denunciar su presencia. Cызada de Esos estaba disolviéndose. El ya irreconocible rostro se deslizaba por el cráneo como cera fundida, y una mancha que se extendía con rapidez le teñía la parte delantera de la blanca túnica estiriana. Dio algunos tambaleantes pasos hacia el aún frenético Scarpa, con los brazos extendidos anhelantes hacia el demente mientras la carne se deslizaba de sus esqueléticas manos tendidas. Luego el estiriano se derrumbó con lentitud sobre el empedrado, burbujeante, hirviendo, mientras el cuerpo licuado rezumaba por la tela de la túnica.

—¡Arqueros al frente! —ordenó Scarpa con su profunda voz teatral—. ¡Barredlos con flechas!

Elron cayó al suelo y se arrastró lejos de la ventana.

—¡Caballería a los flancos! —oyó que ordenaba Scarpa—. ¡Sables preparados!

Elron se arrastró hasta la mesa en la que escribía, guiándose a tientas en la oscuridad.

—¡Guardias imperiales! —aulló Scarpa—. ¡Paso ligero!

Elron encontró una pata de la mesa, buscó la superficie y se puso a recoger frenéticamente las hojas de papel que había en ella.

—¡Primer regimiento... carguen, ya! —ordenó Scarpa a pleno pulmón.

Elron derribó violentamente la mesa mientras gimoteaba en su desesperada prisa.

—¡Segundo regimiento...! —La voz de Scarpa se cortó de forma repentina, y Elron oyó el alarido.

El poeta tendió los brazos, intentando recoger las inapreciables páginas de la *Oda al Azul* en medio de las tinieblas.

La voz de Scarpa era ahora chillona.

—¡Madre! —gritó—. ¡Porfavorporfavorporfavor! —La resonante voz se había transformado en una especie de chillido líquido—. ¡Porfavorporfavorporfavor! —Sonaba casi como un hombre que intentara gritar debajo del agua—. ¡Porfavorporfavorporfavor! —y luego la voz se convirtió en un resuello que descendió hasta un aterrador silencio gorgoteante.

Aferrando las páginas que había encontrado, Sable abandonó la búsqueda de las demás, se escabulló hasta el otro lado de la habitación sobre manos y rodillas, y se ocultó bajo la cama.

La expresión de Bhlokw era de reproche cuando regresó arrastrando los pies por la grava cubierta de noche.

—Maldad, U-lat —acusó al thalesiano—. Somos compañeros de manada, y tú me has dicho una cosa que no es así.

—Yo no haría eso, Bhlokw —protestó Ulath.

—Pusiste en la barriga de mi mente el pensamiento de que las cosas grandes con acero en la cara eran buenas de comer. No son buenas de comer.

—¿Son malas de comer, Bhlokw? —le preguntó Tynian con compasión.

—Muy malas de comer, Tin-in. Nunca había probado antes nada tan malo de comer.

—Eso yo no lo sabía, Bhlokw —intentó disculparse Ulath—. Era mi pensamiento que son tan grandes que una o dos podrían llenarte la barriga.

—Sólo me comí una —replicó Bhlokw—. Era tan mala de comer que no quise comerme otra. Ni siquiera los ogros se comerían eso, y los ogros se comen cualquier cosa. Me pone no-contento que me dijeras una cosa que no era así, U-lat.

—También me pone no-contento a mí —confesó Ulath—. Dije una cosa que no sabía. Fue malvado por mi parte hacer eso.

La reina Betuana se llevó a Tynian aparte.

—¿Cuánto tiempo vamos a tardar en llegar a la Ciudad Oculta Tynian-caballero? —preguntó.

—¿Pregunta tu majestad cuánto tiempo va a llevarnos en realidad, o cuánto parecerá que nos lleva?

—Las dos cosas.

—Va a parecer semanas, Betuana-reina, pero en tiempo real será instantáneo. Ulath y yo salimos de Matherion hace apenas unas pocas semanas en tiempo real, pero parece que hayamos estado en camino casi un año. Es muy extraño, pero después de algún tiempo te habitúas a ello.

—Tendremos que partir pronto si queremos estar en Cyrga al amanecer.

—Ulath y yo tendremos que hablar con Ghnomb sobre eso. Él es quien detiene el tiempo, pero también es el dios de la comida. Podría no estar contento con nosotros. La idea de dejar que los trolls mataran a los soldados de Klæl fue buena, pero Ghnomb espera que ellos se coman lo que matan, y a ellos no les gusta el sabor.

Ella se estremeció.

—¿Cómo puedes soportar permanecer cerca de los trolls-bestias, Tynian-caballero? Son unas criaturas horribles.

—La verdad es que no están tan mal, majestad —los defendió Tynian—. Son unas criaturas muy morales, ¿sabes? Practican una lealtad feroz hacia sus propias manadas; ni siquiera saben mentir; y no matan nada a menos que tengan intención de comérselo..., o a menos que los ataque. En cuanto Ulath haya terminado de disculparse con Bhlokw, invocaremos a Ghnomb y hablaremos con él para que detenga el tiempo con el fin de poder llegar a Cyrga. —Tynian hizo una mueca—. Eso sí que llevará un buen rato. Hay que ser paciente cuando se le intenta explicar algo a un dios-troll.

—¿Es eso lo que está haciendo Ulath-caballero? —inquirió ella con curiosidad—. ¿Disculpándose?

Tynian asintió con la cabeza.

—No es tan fácil como parece, majestad. En lengua troll no existe una sola frase que se aproxime siquiera a la expresión «lo siento», probablemente porque los trolls nunca hacen nada de lo que luego se avergüencen.

—¿Quieres quedarte quieta? —le siseó Liatris a la protestona Gahennas—. En este momento están en la habitación de al lado.

Las tres emperatrices se encontraban escondidas en la oscura antecámara adyacente a las habitaciones privadas de la tegana. Liatris se hallaba junto a la puerta con la daga en la mano.

Aguardaron con tensa aprensión.

—Ya se han marchado —anunció Liatris—. Pero será mejor que esperemos un poco.

—¿Querréis hacer el favor de decirme qué está sucediendo? —preguntó Gahennas.

—Chacole ha enviado a una gente para que te mate —respondió Elysoun—. Liatris y yo lo descubrimos, Y vinimos a rescatarte.

—¿Por qué iba a hacer Chacole una cosa así?

—Porque sabes demasiado sobre lo que está planeando.

—¿Ese estúpido plan para implicar a Cieronna en un falso complot de asesinato?

—El complot no era falso, y Cieronna no estaba ni remotamente relacionada con él. Chacole y Torellia están planeando asesinar a nuestro esposo.

—¡Traición! —exclamó Gahennas con voz ahogada.

—Es probable que no lo sea. Chacole y Torellia son miembros de casas reales que en la actualidad se encuentran en guerra con el imperio tamul, y están recibiendo órdenes de sus hogares paternos. Asesinar a Sarabian podría ser técnicamente denominado como acto de guerra. —Elysoun se interrumpió al acometerla un acceso de náusea—. Oh, cielos —dijo con una vocecilla enferma.

—¿Qué te sucede? —preguntó Liatris.

—No es nada. Se me pasará.

—¿Estás mareada?

—Un poco. No es nada de lo que haya que preocuparse. Debería de haber comido algo cuando me despertaste, eso es todo.

—Estás blanca como la nieve. ¿Qué te pasa?

—Estoy embarazada, si de verdad tenéis que saberlo.

—Tenía que suceder antes o después, Elysoun —declaró Gahennas, pagada de sí misma—. Me sorprende que no haya ocurrido antes, llevando la vida que llevas. ¿Tienes alguna idea de quién es el padre?

—Sarabian —replicó Elysoun, encogiéndose de hombros—. ¿Crees que ahora podemos salir sin peligro, Liatris? Creo que será mejor que acudamos junto a nuestro esposo lo antes posible. Chacole no habría enviado a alguien a matar a Gahennas a menos que esta fuese la noche en la que planeaba asesinar a Sarabian.

—Tendrá gente vigilando todas las puertas —replicó Liatris.

—No todas las puertas, querida —replicó Elysoun con una sonrisa—. Conozco al menos tres de cuya existencia ella no está enterada. Como puedes

ver, Gahennas, el tener una vida social activa comporta ciertas ventajas. Echa una mirada al corredor, Liatris. Saquemos a Gahennas de aquí antes de que regresen los asesinos de Chacole.

Los cyrgais que se hallaban en la puerta de bronce se apartaron con temor mientras Falquián subía las últimas escaleras a la cabeza de los demás.

—*¡Yala Cyrgon!* —dijo el oficial al mando, a la vez que se daba un puñetazo en el peto, lo que constituía, sin duda, una especie de saludo formal.

—Responded, Anakha —murmuró la voz de Xanetia en el oído de Falquián—. Es la costumbre.

—*¡Yala Cyrgon!* —dijo Falquián, dándose también un puñetazo en el pecho y poniendo buen cuidado en que no se le abriera la capa que le había quitado al guardia inconsciente, y revelara que tenía puesta una cota de malla en lugar del ornado peto.

El oficial no pareció advertirlo. Falquián y los demás pasaron por la puerta y avanzaron por las anchas calles en dirección a una especie de plaza central.

—¿Nos está mirando, todavía? —murmuró Falquián.

—No, Anakha —replicó Xanetia—. Él y los sus hombres han vuelto a la sala de guardia que hay junto a la puerta.

Desde la parte baja había dado la impresión de que el palacio fortificado y el templo constituían los únicos edificios del interior de las murallas de la cumbre de Cyrga, pero eso no era del todo cierto. También había otras estructuras, edificios bajos y utilitarios, almacenes en su mayor parte, dedujo Falquián.

—Talen —dijo, volviendo la cabeza por encima del hombro—, deslízate hasta el lado de la calle. Busca una puerta que puedas abrir con rapidez. Desaparezcamos de la vista mientras Xanetia explora los alrededores.

—De acuerdo —replicó Talen.

Se agachó en la oscuridad y un momento más tarde oyeron su susurro y avanzaron apresuradamente hacia la puerta que él mantenía abierta.

—¿Y ahora, qué? —inquirió Kalten.

—Xanetia y yo saldremos a buscar a Ehlana y Alean —contestó la voz de Aphrael desde la oscuridad.

—¿Dónde estabas —preguntó Talen, curioso—, cuando subíamos la colina?

—Por aquí y por allá —contestó ella—. Mi familia está llevando a todos los demás a sus posiciones, y quería asegurarme de que las cosas marchaban según

lo previsto.

—¿Y marchan según lo previsto?

—Ahora sí. Había un par de problemas, pero me he encargado de solucionarlos. Pongámonos a trabajar, Xanetia. Todavía nos quedan muchas cosas que hacer antes de que llegue la mañana.

—Ah, aquí estáis —dijo Setras—. La verdad es que no me había desviado tanto, ¿verdad?

—¿Estás seguro esta vez? —exigió saber, Bergsten.

—Estás enfadado conmigo, ¿no es cierto, Bergsten?

Bergsten suspiró, y decidió dejarlo pasar.

—No, divino Setras —replicó—. Supongo que todos cometemos errores.

—Eso es terriblemente amable por tu parte, muchacho —le agradeció Setras—. Avanzábamos en la dirección general correcta. Sólo me había desviado algunos grados, eso es todo.

—¿Esta vez estás seguro de que esos son los picos correctos, divino Setras? —preguntó Heldin con su tronante voz.

—Oh, del todo —respondió Setras con alegría—. Son exactamente como los describió Aphrael. ¿Has visto cómo brillan a la luz de la luna?

Heldin entrecerró los ojos para mirar las dos destellantes agujas que se alzaban entre el desorden de piedras rotas.

—Tienen más o menos el aspecto correcto —comentó, dubitativo.

—Debo ir a buscar la entrada —les explicó Setras—. Se supone que está en línea exacta con la separación que hay entre ambos picos.

—¿Estás seguro, divino Setras? —preguntó Bergsten—. Es así en el lado sur, pero ¿sabemos con seguridad que es igual aquí, en el norte?

—Nunca has conocido a Cyrgon, ¿verdad, muchacho? Es la criatura más rígida que jamás hayas visto. Si hay una entrada al sur, habrá otra también al norte, créeme. No os marchéis. Volveré enseguida. —Dio media vuelta y se alejó paseando por el desierto hacia los dos picos que brillaban a la luz de la luna.

La atana Maris estaba de pie a un lado de Bergsten y Heldin con una expresión algo trastornada en el rostro.

—¿Qué sucede, atana? —le preguntó Heldin.

—Creo que hay algo que no entiendo, Heldin-caballero —replicó ella,

luchando para expresar sus pensamientos en elenio—. ¿Esa persona, Setras, es un dios?

—Un dios estiriano, sí.

—Si es un dios, ¿cómo es que se ha perdido?

—No lo sabemos, atana Maris.

—Eso es lo que no entiendo. Si Setras-dios fuera un ser humano, diría que es estúpido. Pero es un dios, así que no puede ser estúpido, ¿verdad?

—Pienso que será mejor que hables ese tema con su gracia —contestó Heldin—. Yo no soy más que un soldado. El experto en teología es él.

—Gracias, Heldin —dijo Bergsten en un tono frío.

—Si es estúpido, Bergsten-sacerdote, ¿cómo podemos estar seguros de que nos ha traído al lugar correcto?

—Tenemos que confiar en Aphrael, atana. Puede que Setras esté un poco inseguro, pero Aphrael no lo está, y habló con él durante bastante rato, según recuerdo.

—Le hablé lentamente —agregó Heldin—, y utilizando palabras cortas y sencillas.

—¿Es posible, Bergsten-sacerdote? —preguntó Maris con insistencia—. ¿Puede ser estúpido un dios?

Bergsten la miró con aire de desamparo.

—El nuestro no lo es —replicó, evasivo—, y estoy seguro de que el vuestro tampoco lo es.

—No has respondido a mi pregunta, Bergsten.

—Tienes razón, atana —contestó él—, no lo he hecho... y tampoco voy a hacerlo. Si sientes verdadera curiosidad, puedo llevarte a Chyrellos cuando haya acabado todo esto, y tendrás la posibilidad de hablar del asunto con Dolmant.

—Valiente decisión, mi señor Bergsten —murmuró Heldin.

—Cállate, Heldin.

—Sí, vuestra gracia.

Falquián, Bevier y Kalten se hallaban ante una pequeña ventana con barrotes del almacén que olía a humedad, mirando hacia el palacio fortificado que se alzaba por encima del resto de la ciudad.

—Eso es verdaderamente arcaico —comentó Bevier, crítico.

—A mí me parece bastante fuerte —dijo Kalten.

—Han construido la estructura principal del palacio contra la muralla exterior, Kalten. Evita tener que levantar dos murallas, pero compromete la integridad estructural de la fortaleza. Dame un par de meses y unas buenas catapultas, y podría hacer pedazos esa cosa sin problemas.

—No creo que hubieran sido inventadas las catapultas cuando lo construyeron, Bevier —observó Falquián—. Probablemente era la fortaleza más inexpugnable del mundo hace diez mil años.

Miró hacia el macizo edificio lóbrego y alto. Tal y como había señalado Bevier, la estructura principal estaba apoyada contra la muralla que separaba esa parte de Cyrga del resto de la ciudad. Mediante unas torres más bajas, se subía por escalones hasta una torre central más grande que se encumbraba muy por encima del resto del palacio y nacía, o al menos eso aparentaba, de la propia muralla. En apariencia, el palacio no había sido construido para mirar sobre la ciudad, sino para encararse con el blanco templo de piedra caliza. Estaba claro que los cyrgais miraban a su dios y le volvían la espalda a todo el mundo.

La puerta a la que Talen le había quitado el cerrojo para dejarlos pasar al interior de aquel almacén, crujió al abrirse y después se cerró. Luego, el suave fulgor del rostro de Xanetia volvió a arrojar una débil luz sobre el área que la rodeaba.

—Las hemos encontrado —declaró la diosa-niña mientras ella y la anarae se sentaban sobre el piso de losas de piedra.

El corazón de Falquián dio un salto.

—¿Se encuentran bien?

—No las han tratado demasiado bien. Están cansadas, hambrientas y muy, muy asustadas. Zalasta las llevó a ver a Klæl, y eso es bastante como para asustar a cualquiera.

—¿Dónde están? —preguntó Mirtai, resuelta.

—En la cumbre misma de esa torre más alta del palacio.

—¿Has hablado con ellas? —le preguntó Kalten, atento a la respuesta.

Aphrael negó con la cabeza.

—No pensé que fuese una buena idea. No podrán hablar de lo que no sepan.

—Anarae —intervino Bevier con aire pensativo—, ¿dejarían los soldados de palacio que los guardias del templo se desplazaran con libertad por ahí dentro?

—No, caballero. Los cyrgais son una gente que se mueve mucho por costumbre, y los guardias del templo tienen pocos motivos para entrar en el palacio.

—En ese caso, creo que podemos descartar esa posibilidad —comentó Kalten al tiempo que se quitaba el ornado casco y la capa que había hurtado en la ciudad inferior. Se tocó una mejilla—. Aún tenemos aspecto de cyrgais. Podríamos robar unos uniformes diferentes y luego entrar, ¿no?

Xanetia negó con la cabeza.

—Los soldados del palacio son todos parientes, miembros del clan real, y se conocen entre sí. Un subterfugio de ese tipo sería demasiado peligroso.

—¡Tenemos que encontrar una manera de entrar en la torre! —exclamó Kalten, desesperado.

—Ya lo tengo —le dijo Mirtai con calma—. Es peligroso, pero creo que no hay otra forma.

—Continúa —le pidió Falquián.

—Podríamos tener la posibilidad de deslizarnos al interior del palacio, pero si nos descubren tendremos que luchar, y eso pondría en peligro a Ehlana y Alean.

Falquián asintió, desolado, para manifestar su acuerdo.

—Es demasiado peligroso como para arriesgarse.

—Bien, pues. Si no podemos penetrar en el castillo por la entrada, tendremos que escalarlo por el exterior.

—¿Quieres decir trepar por la torre? —inquirió Kalten con incredulidad.

—No es tan difícil como parece, Kalten. Esas paredes no están construidas de mármol, por lo que no son lisas. Se trata de bloques de piedra desiguales, y hay muchos asideros y salientes en los que apoyar los pies. Podría trepar por esa pared posterior como si fuera una escalerilla, en caso necesario.

—La verdad es que yo no soy muy ágil, Mirtai —replicó él, dubitativo—. Haré cualquier cosa para rescatar a Alean, pero no le resultaré de mucha utilidad si me falla un pie y caigo desde cuatrocientos codos a la ciudad inferior.

—Tenemos cuerdas, Kalten. Yo evitaré que caigas. Talen puede trepar por las paredes como una ardilla, y yo lo hago casi igual de bien. Si Stragen y Caalador estuvieran aquí, ya se encontrarían por la mitad del muro a estas alturas.

—Mirtai —intervino Bevier con voz sufriente—, llevamos puestas cotas de malla. Trepar por una muralla que cae a pico con setenta libras colgadas encima puede resultar todo un reto.

—Entonces, quítate la cota de malla, Bevier.

—Podría necesitarla cuando llegemos arriba.

—No hay problema —le aseguró Talen—. Las ataremos todas juntas y las izaremos detrás de nosotros. A mí me gusta bastante la idea, Falquián. Es silenciosa, bastante rápida, y con toda probabilidad no habrá ningún soldado recorriendo el exterior palmo a palmo en busca de intrusos. Mirtai ha recibido entrenamiento de Stragen y Caalador, y yo nací para el allanamiento de moradas. Ella y yo podemos encargarnos de trepar hasta arriba. Os arrojaremos cuerdas al resto de vosotros en varias etapas del camino, y vosotros podréis izar las cotas de malla y las espadas a medida que vayáis ascendiendo. Llegaremos a lo alto de esa torre en nada. Podemos hacerlo, Falquián. Será fácil.

—La verdad es que no se me ocurre otra alternativa —concedió Falquián con tono dubitativo.

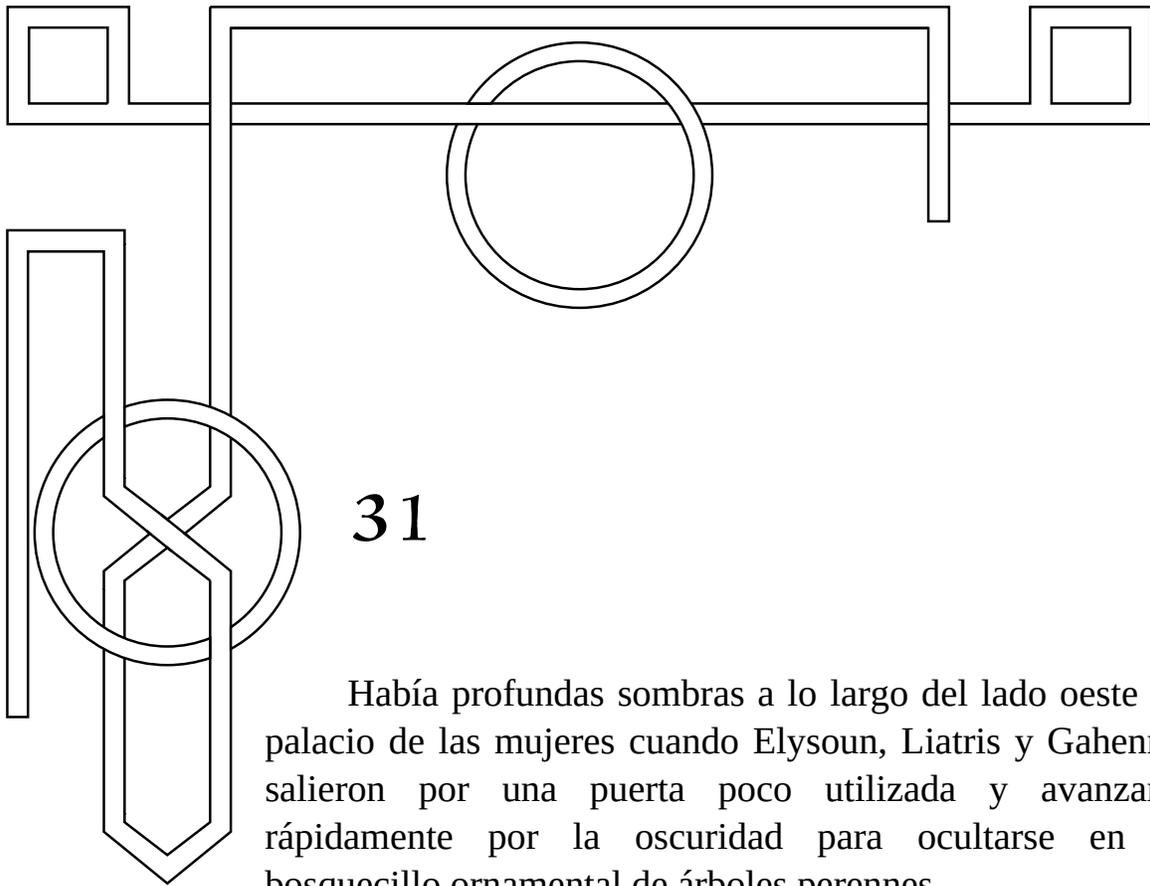
—Hagámoslo, pues —declaró Mirtai, abruptamente—. Saquemos de ahí a Ehlana y Alean, y una vez que las tengamos a salvo podremos comenzar a hacer pedazos este lugar.

—Después de que yo recupere mi verdadera cara —agregó Kalten, intransigente—. Alean tiene derecho a esa mínima consideración.

—Hagamos eso ahora mismo, Xanetia —dijo Aphrael—. De lo contrario, Kalten nos importunará toda la noche con ello.

—¿Importunaros? —objetó Kalten.

—Recuérdame de qué color tenías el pelo, Kalten. Púrpura, ¿verdad? —le preguntó ella con una sonrisilla traviesa.



## 31

Había profundas sombras a lo largo del lado oeste del palacio de las mujeres cuando Elysoun, Liatris y Gahennas salieron por una puerta poco utilizada y avanzaron rápidamente por la oscuridad para ocultarse en un bosquecillo ornamental de árboles perennes.

—Ésta va a ser la parte peligrosa —advirtió Liatris en voz baja—. A estas alturas, Chacole ya sabrá que sus asesinos no han encontrado a Gahennas, y es seguro que tendrá a su gente dando vueltas para que intenten evitar que lleguemos al castillo de Ehlana.

Elysoun miró hacia la cespedera bañada por la luna.

—Por ahí es imposible —comentó—. Hay demasiada luz. Existe un sendero que corre por esta arboleda. Sale cerca del ministerio del Interior.

—Ésa es la dirección opuesta —objetó Gahennas—. El castillo elenio está justo al otro lado.

—Sí, ya lo sé, pero no hay donde esconderse. Entre este lugar y el castillo no tenemos nada más que césped. Será mejor que permanezcamos en las sombras. Si vamos por el otro lado de Interior, podremos atravesar los jardines del ministerio de Exteriores. Sólo hay unas sesenta varas desde allí hasta el puente levadizo del castillo.

—¿Y si han levantado el puente?

—Nos preocuparemos por eso cuando lleguemos allí, Gahennas. Primero

lleguemos a los jardines que rodean el ministerio de Exteriores.

—Vamos pues, mis señoras —intervino Liatris con brusquedad—. No conseguimos nada quedándonos aquí, hablando. Vayamos a descubrir con qué nos enfrentamos.

—Aquí detrás —les susurró Talen, saliendo de un estrecho callejón—. El muro del palacio corre hasta el lugar en que se une con las fortificaciones exteriores al final de este callejón. El ángulo recto en que se juntan ambos muros es perfecto para trepar.

—¿Vas a necesitar esto? —le preguntó Mirtai, al tiempo que le tendía un garfio.

—No. Puedo llegar al final sin eso, y será mejor que no nos arriesguemos a que algún centinela de ahí arriba oiga el gancho golpear contra la piedra.

Los condujo de vuelta por el callejón hasta el *cul-de-sac* donde el muro del palacio se unía a la imponente fortificación que separaba el complejo del resto de la ciudad.

—¿Qué altura dirías que tiene? —inquirió Kalten mientras levantaba la vista con los ojos entrecerrados.

Resultaba extraño volver a ver el rostro de Kalten tras tantas semanas de camuflaje. Falquián se palpó el rostro y de inmediato reconoció los contornos familiares de su nariz rota.

—Unos veinte codos, más o menos —contestó Bevier en voz baja a la pregunta de Kalten.

Mirtai estaba examinando el ángulo formado por las dos murallas.

—Esto no será muy difícil —susurró.

—La totalidad de la estructura tiene un diseño pobre —asintió Bevier con tono crítico.

—Yo subiré primero —anunció Talen.

—No hagas ninguna estupidez ahí arriba —le advirtió Mirtai.

—Confía en mí.

El muchacho apoyó un pie en una de las piedras que sobresalían de la muralla exterior y se asió a otra de la muralla del palacio. Ascendió con rapidez.

—Cuando lleguemos ahí arriba observaremos si hay centinelas —les dijo Mirtai en voz baja a los demás—. Luego os lanzaremos una cuerda. —Dio media vuelta y comenzó a seguir al joven ladrón, murallas arriba, por el ángulo

formado entre ambas.

Bevier se recostó en una pared y miró hacia lo alto.

—La luna ya ha salido del todo —señaló.

—¿Pensáis que podría poner en evidencia la nuestra presencia? —le preguntó Xanetia.

—No, anarae. Nosotros subiremos por el lado norte de la torre, así que permaneceremos en las sombras durante toda la escalada.

Aguardaron en tensión, con la cabeza echada hacia atrás para observar a los que trepaban.

—¡Cuidado, alguien se acerca! —siseó Kalten—. ¡Ahí arriba, por las almenas!

Los escaladores se detuvieron, y se apretaron contra la zona en sombras del ángulo formado por las murallas.

—Tiene una antorcha —susurró Kalten—. Si la saca fuera de las almenas... —dejó la frase en suspenso.

Falquián contuvo la respiración.

—Tranquilo, ya ha pasado el peligro —anunció Bevier—. Vuelve a marcharse.

—Puede que nos interese hacer algo con él cuando lleguemos ahí arriba —observó Kalten.

—No si podemos evitarlo —disintió Falquián—. No queremos que nadie más salga a buscarlo.

Talen había llegado a las almenas. Permaneció aferrado a la tosca piedra durante unos instantes, escuchando. Luego se deslizó por el borde y desapareció de la vista. Tras unos interminables momentos, Mirtai lo siguió.

Falquián y los demás esperaron en las tinieblas.

Luego la cuerda de Mirtai se deslizó muralla abajo.

—Vamos allá —dijo Falquián con voz tensa—. Uno por vez.

Los bloques del edificio eran cubos de basalto toscamente cortados, y sobresalían de manera irregular de la muralla, por lo que el trepar por ella resultaba más fácil de lo que parecía a primera vista. Falquián no se molestó siquiera en recurrir a la cuerda. Llegó a lo alto y pasó por encima de las almenas.

—¿Tienen los centinelas alguna clase de rutina constante? —le preguntó a Mirtai.

—Por lo que parece, cada uno tiene su sección de muralla —replicó la joven atana—. El que se ocupa de esta parte no camina muy rápido. No es más que una

conjetura, pero yo diría que pasará un cuarto de hora antes de que vuelva por aquí.

—¿Hay algún lugar en el que podamos ocultarnos antes de ese momento?

—Hay una puerta en esa primera torre —respondió Talen al tiempo que señalaba la estructura achatada que se alzaba al final del parapeto—. Se abre sobre una escalera.

—¿Ya le habéis echado un vistazo a la muralla trasera?

Talen asintió con la cabeza.

—No hay parapeto a lo largo de ese lado, pero sí un retallo de unos tres palmos de espesor donde la muralla externa se une con la trasera del palacio. Podremos llegar por allí hasta la torre central. Luego comenzaremos a escalar.

—¿Mira hacia ese retallo el centinela cuando llega a este extremo del parapeto?

—La última vez no lo hizo —contestó Mirtai.

—En ese caso, echamos un vistazo a esa escalera —decidió Falquián—. En cuanto suban los demás, nos esconderemos ahí dentro hasta que el centinela haya llegado hasta aquí e inicie el camino de vuelta. Eso debería concedernos una media hora para pasar por el retallo hasta la torre central. Incluso en el caso de que mirara hacia esa zona la próxima vez, tendríamos que hallarnos fuera del alcance de su antorcha para entonces.

—Está realmente en todo, ¿no crees? —le preguntó alegremente Talen a Mirtai.

—¿Qué problema tiene este muchacho? —le preguntó Falquián con tono exigente a la gigantesca muchacha dorada.

—Hay un cierto entusiasmo en todo esto, tesoriyo —replicó Mirtai—. Enardece la sangre.

—¿Tesoriyo?

—Es un chiste profesional, Falquián. Probablemente no lo entenderías.

Los exploradores de Vanion regresaron a la caída del sol para informar que habían establecido contacto con Kring al sur y con los atanes de la reina Betuana al norte. El cerco de acero en torno a las Montañas Prohibidas se estaba cerrando de manera inexorable. La luna estaba encumbrándose sobre el desierto cuando Betuana y Engessa llegaron corriendo desde el flanco derecho del ejército de Vanion y Kring y Tikume se aproximaron a caballo desde el izquierdo.

—Tynian-caballero llegará dentro de poco, Vanion-preceptor —informó Engessa—. Él y Ulath-caballero han hablado con Bergsten-sacerdote que se encuentra a la derecha de ellos. Ulath caballero se ha quedado con los trolls para evitar incidentes.

—¿Incidentes? —preguntó Sephrenia.

—Los trolls tienen hambre. Ulath-caballero les dio un regimiento de soldados de Klæl para comer, pero el sabor que tenían no agradó a los trolls. Ulath-caballero intentó disculparse, pero no estoy seguro de si los trolls le entendieron.

—¿Has visto ya a Berit y Khalad, amigo Vanion? —preguntó Kring.

—No, pero Aphrael dijo que estaban un poco adelantados respecto a nosotros. Su primo los guió hasta el lugar en el que supuestamente está la ciudad oculta.

—Si saben dónde está la entrada escondida, podríamos entrar —sugirió Betuana.

—Será mejor esperar, querida —replicó Sephrenia—. Aphrael me avisará en cuanto Falquián haya rescatado a Ehlana y Alean.

Tynian llegó a caballo por el vasto osario.

—Bergsten está en su puesto —informó, mientras desmontaba. Miró a Itagne—. Tengo un mensaje para ti, excelencia.

—¿Ah, sí? ¿De quién?

—La atana Maris está con Bergsten. Quiere hablar contigo.

—¿Qué está haciendo ella aquí? —exclamó Itagne con ojos sorprendidos.

—Dice que tus cartas debieron perderse. No le ha llegado ni una sola. Tú le escribiste, ¿no es cierto, excelencia?

—Bueno... yo tenía intención de hacerlo. —Itagne parecía un poco violento—. Pero siempre parecía surgir otra cosa que me lo impedía.

—Estoy seguro de que ella lo entenderá. —El rostro de Tynian era suave y carente de expresión—. En cualquier caso, después de entregarle a Bergsten la ciudad de Cynesga, decidió venir a buscarte.

La expresión de Itagne era ligeramente preocupada.

—No había contado con eso —confesó.

—¿De qué estáis hablando? —inquirió Betuana, curiosa.

—El embajador Itagne y la atana Maris se hicieron buenos amigos mientras él estaba en Cynesga, majestad —explicó Sephrenia—, muy buenos amigos, en realidad.

—Ah —dijo Betuana—. Es un poco raro pero no insólito, y Maris siempre ha sido una muchacha impulsiva. —A pesar de que la reina atana continuaba llevando luto riguroso, parecía haber abandonado el silencio ritual—. Te daría un consejo, Itagne-embajador..., si quieres oírlo.

—Por supuesto, majestad.

—No es en nada prudente jugar con el afecto de una mujer atana. Puede que no lo parezca, pero somos muy emotivas. A veces formamos lazos que no son realmente apropiados. —No miró a Engessa al decir esto—. Pero, apropiados o no, esas emociones son poderosas en extremo, y una vez formado el lazo, poco es lo que podemos hacer al respecto.

—Sí, ya veo —dijo él—. Te aseguro que tendré eso presente, majestad.

—¿Quieres que vaya a buscar a Berit y Khalad y los traiga aquí, amigo Vanion? —preguntó Kring.

Vanion lo pensó.

—Será mejor que nos mantengamos apartados de la entrada —decidió al fin—. Los cyrgais podrían estar vigilando. Se supone que Berit y Khalad deben estar allí, pero nosotros no. No levantemos sospechas hasta que Falquián nos haga saber que su esposa está a salvo. Entonces, entraremos todos. Hay una serie de cuentas que han vencido hace ya mucho tiempo, y creo que está llegando el momento en el que querremos saldarlas.

El retallo que corría por la parte trasera del palacio hizo que llegar hasta la torre central fuera poco más que un paseo tranquilo. No obstante, llevó tiempo, y Falquián era agudamente consciente de que ya había pasado más de la mitad de la noche. Mirtai y Talen escalaron la pared de la torre con rapidez, pero el resto de ellos, atados entre sí por seguridad, ascendían con una lentitud mucho mayor.

Falquián miraba hacia arriba cuando Kalten llegó hasta él.

—¿Dónde está Aphrael? —preguntó el blondo pandion en voz baja.

—Por todas partes. ¿No te lo ha dicho ya?

—Muy gracioso, Falquián. —Kalten miró hacia el este—. ¿Vamos a conseguirlo antes de que comience a aclarar?

—Es posible que por poco. Parece haber una especie de balcón ahí arriba... y ventanas iluminadas.

—¿Vamos a rodearlas?

—Enviaré a Talen a que eche un vistazo. Si no hay muchos cyrgais dentro,

podríamos acabar esta escalada por el interior.

—No corramos riesgos, Falquián. Subiré hasta la misma luna si es necesario. Continúa trepando. La cuerda está tirante.

—De acuerdo.

Falquián comenzó a ascender otra vez. Se había levantado una suave brisa que acariciaba la pared de basalto con tenues dedos. Aún no tenía la fuerza suficiente como para representar un peligro, pero Falquián no quería que se hiciese más fuerte.

—No estás muy en forma, Falquián —le dijo Mirtai con tono crítico cuando llegó al lugar en que ella y Talen se hallaban colgados de la pared.

—Nadie es perfecto. ¿Habéis podido distinguir algún detalle de ese balcón?

—Estaba pensando en subir a echarle un vistazo —replicó Talen. Se desató la cuerda de la cintura y comenzó a trepar por la pared hacia el balcón.

—Estás haciéndome enfadar, Falquián. —La voz de Aphrael parecía muy alta en el silencio de la mente del pandion—. Tengo planes para ese muchacho, y no incluyen hacerlo papilla dejándolo caer a una calle desde cuatrocientos codos de altura.

—Él sabe lo que está haciendo. No te preocupes demasiado. Ya que estás aquí, ¿podrías darme alguna información acerca de la cumbre de esta torre?

—Allí arriba hay un edificio independiente..., supongo que una idea de última hora. Tiene tres habitaciones, una sala de guardia para el pelotón, más o menos, de soldados ceremoniales, una celda en la que están encerradas madre y Alean, y una sala grande que abarca todo el frente. Santheocles pasa allí la mayor parte del tiempo.

—¿Santheocles?

—El rey de los cyrgais. Es un idiota. Todos ellos lo son, pero él es peor que la mayoría.

—¿Hay alguna ventana en la celda de Ehlana?

—Una pequeña. Tiene barrotes, pero en cualquier caso no podríamos pasar por ella. El edificio de lo alto es más pequeño que el resto de esta torre, así que hay una especie de parapeto que lo rodea.

—¿Lo patrullan esos guardias?

—No. No hay una necesidad real de ello. Es el punto más alto de la Ciudad, y la idea de que alguien pueda escalar hasta allí no se les ha ocurrido nunca a los cyrgais.

—¿Está Santheocles allí arriba en este momento?

—Lo estaba, pero creo que podría haberse marchado desde que miré por la ventana. Zalasta estaba con él, al igual que Ekatas. Había algún tipo de reunión a la que planeaban asistir.

Se oyó un silbido bajo, y Falquián alzó la mirada hacia el balcón. Talen le hacía señas.

—Voy a ir a echar un vistazo —le dijo Falquián a Mirtai.

—No tardes mucho —le advirtió ella—. La noche comienza a acabársenos.

Él gruñó y se puso en camino hacia el balcón.

El puente levadizo estaba bajado y nadie hacía guardia en él.

—¡Qué cosa tan conveniente! —comentó Elysoun mientras ella, Liatris y Gahennas atravesaban el puente y entraban en el patio del castillo—. Chacole piensa en todo, ¿verdad?

—Yo creía que aquí tenía que haber caballeros de la iglesia haciendo guardia —observó Gahennas—. Chacole no ha podido sobornarlos a ellos, ¿no?

—Mi señor Vanion se llevó a los caballeros al partir —replicó Liatris—. La responsabilidad de hacer guardia ha pasado a los guardias ceremoniales de la guarnición principal. Probablemente hay un oficial que es más rico de lo que era ayer. Tú has estado antes aquí, Elysoun. ¿Dónde podemos encontrar a nuestro esposo?

—Por lo general está en el segundo piso. Allí hay unos apartamentos reales.

—Será mejor que subamos a toda prisa. Ese puente sin guardias me pone muy nerviosa. Dudo de que podamos encontrar un solo guardia en todo el castillo, y eso significa que los asesinos de Chacole tienen libre acceso a Sarabian.

El balcón parecía no haber sido utilizado durante al menos una generación. En los rincones se acumulaba una gruesa capa de polvo, y los excrementos de los pájaros que había en el piso no se veían hollados. Talen se hallaba acucillado junto a la ventana, espionando por un lado, cuando Falquián pasó por encima de la balaustrada de piedra.

—¿Hay alguien ahí dentro? —susurró el corpulento pandion.

—Una multitud —replicó Talen con otro susurro—. Zalasta acaba de entrar con un par de cyrgais.

Falquián se reunió con su joven amigo y miró al interior.

La habitación parecía ser una especie de sala de audiencias iluminada por antorchas, o una sala de trono. El balcón en el que Falquián y Talen se encontraban agachados, estaba por encima del nivel del piso y se llegaba hasta él por unos escalones de piedra. Al otro extremo de la habitación se veía una plataforma algo elevada con un trono de roca tallado de una sola pieza en su parte trasera. Un hombre bien musculado y apuesto, que llevaba un amado peto y una corta túnica de cuero, estaba sentado en el trono y contemplaba a los hombres que lo rodeaban con expresión imperiosa. Zalasta se encontraba de pie a un lado del hombre del trono, y en la parte frontal de la plataforma, un hombre arrugado y con túnica negra hablaba en su idioma natal. Falquián maldijo y envió rápidamente el hechizo.

—¿Y ahora, qué? —sonó la voz de Aphrael en su mente.

—¿Puedes traducirme lo que dice?

—Puedo hacer algo mejor que eso.

A Falquián le pareció oír un débil sonido zumbante y le acometió un mareo momentáneo.

—Y en este mismo momento esas fuerzas rodean la ciudad sagrada —estaba diciendo el hombre de rostro arrugado en un idioma que ahora Falquián entendía.

Un hombre de cabellos acerados y brazos de poderosa musculatura avanzó un paso respecto al grupo que estaba ante la plataforma.

—¿Qué debemos temer, Ekatas? —preguntó con voz tronante—. El poderoso Cyrgon nubla los ojos de nuestros enemigos como lo ha hecho durante un centenar de siglos. Dejemos que se consuman entre los huesos que están más allá de nuestro valle, y busquen en vano las Puertas de Ilusión. Son como hombres ciegos, y no representan ningún peligro para la Ciudad Oculta.

Se oyó un murmullo de asentimiento entre los otros que se erguían ante la plataforma.

—El general Ospados dice bien —declaró otro hombre con peto, adelantándose a su vez—. Al igual que hemos hecho siempre, hagamos caso omiso de los insignificantes extranjeros que se hallan a nuestras puertas.

—¡Vergüenza! —aulló otro, avanzando hasta colocarse más adelante de los dos anteriores—. ¿Vamos a ocultarnos de las razas inferiores? Su presencia ante nuestras puertas constituye una afrenta que debe ser castigada.

—¿Puedes entender lo que están diciendo? —susurró Talen.

—Discuten —replicó Falquián.

—¿De veras? —El tono de Talen era sardónico—. ¿Podrías ser un poco más específico, Falquián?

—Es evidente que los primos de Aphrael han conseguido traerlos a todos hasta aquí. Por lo que dice el tipo de la túnica negra, la ciudad está rodeada.

—Es un consuelo tener amigos cerca. ¿Qué planean hacer esos tipos, al respecto?

—De eso están discutiendo. Algunos quieren limitarse a no hacer nada. Otros quieren atacar.

En aquel momento, Zalasta avanzó hasta la parte frontal de la plataforma.

—Así dice el eterno Klæl —declaró—. Las fuerzas que están a las puertas no significan nada. El peligro se halla aquí, dentro de las murallas de la Ciudad Oculta. En este mismo momento, Anakha está al alcance de mi voz.

Falquián profirió una imprecación.

—¿Qué sucede? —inquirió Talen.

—Zalasta sabe que estamos aquí.

—¿Cómo ha averiguado eso?

—No tengo ni idea. Dice que está hablando en nombre de Klæl, y es probable que Klæl pueda percibir la presencia del Bhelliom.

—¿Incluso a través del oro?

—El oro puede que oculte al Bhelliom de Cyrgon, pero el Bhelliom y Klæl son hermanos. Es probable que puedan percibirse desde el otro extremo del universo..., incluso cuando hay cantidades de soles ardiendo entre ellos. —Falquián alzó una mano—. Está diciendo algo más. —Se inclinó más hacia la ventana.

—¡Sé que puedes oírme, Falquián! —dijo Zalasta en voz alta, hablando en elenio—. Eres la criatura del Bhelliom y eso te confiere una cierta cantidad de poder. Pero ahora yo pertenezco a Klæl, y eso me otorga exactamente lo mismo que a ti. —Zalasta sonrió, burlón—. Los disfraces eran muy astutos, pero Klæl los penetró de inmediato. Deberías haber hecho lo que se te mandó, Falquián. Has condenado a tus dos jóvenes amigos, y no hay nada que puedas hacer para evitarlo.

Había una media docena de hombres con ropas indefinidas en el pasillo, ante la puerta de la sala en la que estaba el emperador la última vez que Elysoun lo

había visto. Elysoun no pensó siquiera.

—¡Sarabian! —gritó—. ¡Échale la llave a la puerta!

El emperador, por supuesto, no lo hizo. Tras una momentánea pausa de sorpresa, mientras los asesinos se detenían en seco y Liatris sacaba ampollas al aire que la rodeaba con imprecaciones, al tiempo que desenfundaba sus dagas, la puerta se abrió de golpe y Sarabian, vestido con calzas elenias, una camisa de lino de anchas mangas, y los largos cabellos negros atados en la nuca, se lanzó al pasillo, estoque en mano.

Sarabian era de estatura alta para ser tamul, y a la primera estocada clavó a uno de los asesinos contra la pared. El emperador sacó el estoque del cuerpo que se desplomó de pronto, con una floritura espectacular.

—¡Deja de lucirte! —le espetó Liatris a su esposo mientras abría en canal a otro asesino—. ¡Pon atención a lo que haces!

—Sí, amor mío —replicó Sarabian alegremente, al tiempo que volvía a flexionar las piernas para adoptar la pose de *en garde*.

Elysoun tenía sólo una pequeña daga primorosa con una hoja de medio palmo, pero era lo bastante larga. Un asesino arjuni con un puñal de un palmo y medio paró la siguiente estocada de Sarabian y, gruñendo con desprecio, se lanzó hacia él con su daga como una aguja, intentando herirle los ojos. Entonces se arqueó hacia atrás, profiriendo un grito ahogado. El pequeño cuchillo de Elysoun, afilado como una navaja, había penetrado suavemente en la cintura del hombre, hiriéndole los riñones.

Fue Gahennas, sin embargo, quien los sorprendió e impresionó a todos. Su arma era un esbelto cuchillo curvo. Con un agudo chillido, la orejona emperatriz tegana se arrojó al medio de la refriega, lanzando cuchilladas a los rostros de los asesinos a sueldo de Chacole. Chillando, Gahennas intentaba acuchillar a los asombrados asaltantes, y Sarabian aprovechó la distracción. Su estoque silbaba al danzar él el mortal baile de estocada y recuperación de postura. Era bastante diestro, aunque Stragen habría encontrado aspectos que criticar. En verdad, fueron las esposas quienes hicieron el día... o la noche, en aquel caso.

—Entrad, queridas mías —dijo Sarabian, empujando a sus salvajes mujeres hacia la puerta mientras pinchaba el aire vacío por encima de los asesinos caídos—. Yo os cubriré las espaldas.

—Oh, cielos —les murmuró Liatris a Elysoun y Gahennas—. ¡Es tan niño!

—Sí, Liatris —replicó Elysoun, al tiempo que rodeaba a la fea emperatriz tegana con un afectuoso brazo—, pero es nuestro.

—Kring viene hacia aquí —dijo Khalad en voz baja, señalando al fantasmal caballo que galopaba por el pedregoso suelo sembrado de huesos a la luz de la luna.

—No es una buena idea —contestó Berit, con el ceño fruncido—. Alguien podría estar vigilando.

El domi llegó hasta ellos y frenó en seco su montura.

—¡Alejaos de aquí! —siseó.

—¿Qué sucede? —exigió saber Berit.

—¡La diosa-niña dice que os retiréis a donde están los demás! Los cyrgais vienen a mataros.

—Ya estaba preguntándome cuánto iban a tardar en intentarlo —comentó Khalad mientras montaba—. Vámonos, Berit.

Berit asintió con la cabeza y tendió la mano hacia las riendas de *Faran*.

—¿Va a hacer mi señor Vanion algo cuando salgan los cyrgais? —le preguntó a Kring.

La sonrisa con que Kring respondió era lobuna.

—El amigo Ulath les ha preparado una pequeña sorpresa para cuando salgan por la puerta —replicó.

Berit miró en torno.

—¿Dónde está? —preguntó—. No lo veo.

—Tampoco lo verán los cyrgais... hasta que ya sea demasiado tarde. Alejémonos de este risco. Los dejaremos que nos vean cuando salgan. Se les ha ordenado que os maten, así que saldrán corriendo tras nosotros. El amigo Ulath tiene consigo a seis u ocho trolls muy hambrientos, y se echarán encima de los cyrgais en cuanto aparezcan por la entrada.

—¿Sabía dónde estabas? —preguntó Kalten con voz tensa mientras se aferraban a la pared.

—No lo creo —replicó Falquián—. Sabe que me encuentro en algún lugar de la ciudad, pero hay varias formas en las que podría haber estado escuchándolo. No creo que se diera cuenta de lo cerca que me encontraba cuando comenzó a proferir amenazas.

—¿Berit y Khalad estarán a salvo?

Falquián asintió con la cabeza.

—Aphrael estaba conmigo cuando Zalasta pronunció su pequeño discurso. Ha ido a hacerse cargo de eso.

—Muy bien, Falquián —lo llamó Mirtai desde lo alto—. Ahí va la cuerda.

El extremo de la cuerda se deslizaba hacia ellos desde la penumbra que tenían más arriba, y Falquián se apresuró a trepar por ella con rapidez.

—¿Cuánto nos falta? —preguntó en voz baja al llegar junto a la muchacha atana.

—Una etapa, más o menos —respondió ella—. Talen ya está arriba.

—Debería haber esperado —refunfuñó Falquián, enfadado—. Tendré que mantener una charla con ese muchacho.

—No servirá de nada. A Talen le gusta correr riesgos. ¿Continúa Kalten arrastrando los equipos tras de sí? Detestaría llegar ahí arriba y tener que hacer las cosas con las uñas.

—Los está izando... etapa a etapa. —Falquián miró pared arriba—. ¿Por qué no me dejas ir a mí por delante esta vez? Sube a los otros hasta ahí arriba tan rápido como puedas. Aún nos quedan muchas cosas que hacer, y esta noche no durará eternamente.

Ella le hizo un gesto hacia la pared.

—Haz lo que quieras —dijo.

—No sé si he dicho esto ya —comentó él—, pero me alegro de que nos hayas acompañado. Creo que es muy probable que seas el mejor soldado que jamás haya conocido.

—No te pongas emotivo, Falquián. Resulta violento. ¿Vas a escalar la pared? ¿O prefieres esperar a que salga el sol?

Él comenzó el ascenso, moviéndose con cuidado. Era una ventaja para ellos que el lado norte de la torre estuviera en sombras, pero eso mismo requería que palpara en busca de asideros y sondeara cuidadosamente con las puntas de los pies en busca de lugares en los que apoyarse. Se concentró en trepar y resistió la tentación de inclinarse hacia atrás para mirar la pared que se alzaba por encima de él y la nítida línea del parapeto que se encontraba a unos treinta codos más arriba.

—¿Qué te ha detenido? —susurró Talen cuando Falquián pasó por encima de la balaustrada que delimitaba el borde del parapeto.

—Me he detenido a oler las flores —replicó Falquián con tono cáustico. Miró hacia el este y vio la débil claridad previa a la aurora que delineaba las

montañas. Les quedaba como mucho una hora de oscuridad—. No hay centinelas, deduzco —susurró.

—No —replicó Talen en voz baja—. Es evidente que los cyrgais piensan que les hace falta dormir.

—¿Falquián? —susurró Kalten desde más abajo.

—Aquí.

—Coge el paquete.

Un bucle de cuerda ascendió desenrollándose de la oscuridad.

—Échame una mano con esto, Talen. —Se inclinó por encima de la balaustrada de piedra—. Apártate de él —le susurró a Kalten—. Vamos a subirlo.

Kalten gruñó, y pudieron oírlo que se desplazaba a un lado por la pared. Luego, Falquián y Talen izaron el incómodo y abultado paquete hasta lo alto de la torre, poniendo buen cuidado en no dejar que golpeará contra la pared. Falquián se apresuró a sacar su espada, y luego revolvió entre las cotas de malla en busca de la suya propia.

Kalten jadeaba cuando pasó por encima de la balaustrada.

—¿Por qué has permitido que perdiera la forma de esta manera, Falquián? —preguntó con tono acusador.

—Por descuido, supongo. Ah, aquí está —dijo Falquián, sacando su cota de malla de entre las otras.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó Talen con curiosidad—. Quiero decir, que aquí está oscuro.

—La he llevado puesta durante más de veinte años. La reconozco, créeme. Mira qué tal les va a los demás.

Talen se acercó al borde y ayudó a Xanetia a subir al parapeto, mientras Bevier y Mirtai pasaban por encima sin ayuda.

Los caballeros tan sólo necesitaron un par de minutos para rearmarse.

—¿Adónde ha ido Talen? —susurró Kalten, mirando en torno.

—Anda husmeando por los alrededores —replicó Mirtai, mientras se ponía el cinturón con la espada.

—Creo que se le llama «explorar» —la corrigió Bevier.

Ella se encogió de hombros.

—Lo que sea.

En ese momento regresó Talen.

—Creo que he encontrado lo que buscábamos —comentó en voz baja—.

Hay una ventana pequeña con una especie de reja de hierro. Está muy alta, así que no he mirado al interior.

—¿Sabéis si va a regresar Aphrael? —preguntó Bevier—. ¿Debemos esperarla?

Falquián negó con la cabeza.

—Comenzará a aclarar dentro de poco. Ella ha ido a asegurarse de que los demás están en sus puestos.

Talen los condujo en torno al lado este de la torre.

—Ahí arriba —susurró al tiempo que señalaba una ventana pequeña con barrotes que estaba a unos siete codos en lo alto de la pared.

—¿Tiene barrotes alguna de las ventanas del frente? —le preguntó Falquián.

—No; y son más grandes y están más bajas.

—Entonces, hemos llegado. —Falquián luchó para contener el impulso de gritar de alegría—. Aphrael me describió esa ventana.

Kalten miró con los ojos entrecerrados la abertura enrejada que había en lo alto.

—Asegurémonos antes de comenzar a celebrarlo. —Apoyó ambas manos contra la pared y separó las piernas—. Sube y echa un vistazo, Falquián.

—Bien. —Falquián descansó las manos sobre los brazos de su amigo y subió por la ancha espalda de éste. Apoyó con cuidado los pies sobre los hombros de Kalten, y se enderezó lentamente, tendiendo las manos para aferrarse a la reja herrumbrosa que cubría la pequeña ventana. Levantó el rostro y miró a la oscuridad.

—¿Ehlana? —llamó en voz baja.

—¿Falquián? —la voz era de sobresalto.

—Por favor, baja la voz. ¿Estás bien?

—Ahora, sí. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Es una larga historia. ¿Está también Alean contigo?

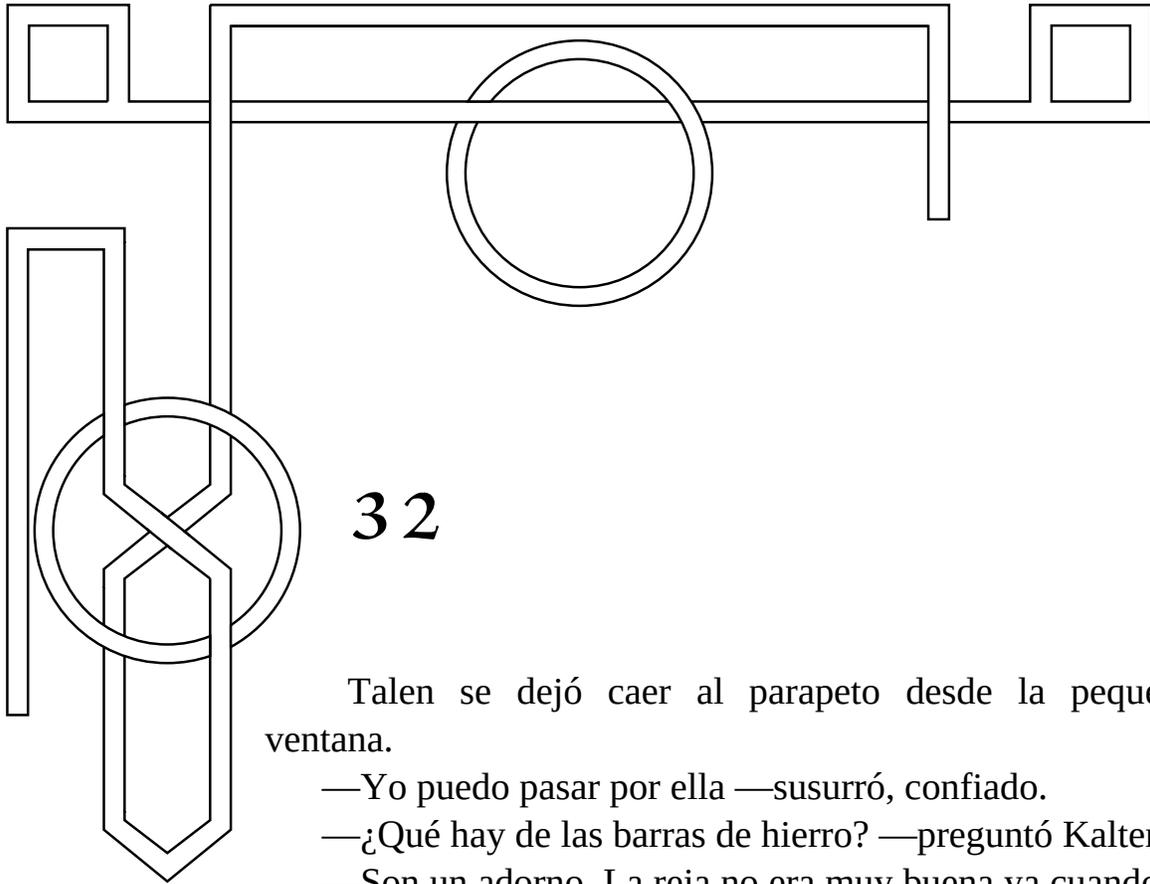
—Aquí mismo, príncipe Falquián —replicó la argentina voz de la muchacha—. ¿Está Kalten contigo?

—En este momento me hallo de pie sobre sus hombros. ¿Podéis encender alguna luz?

—¡Desde luego que no podemos! —La voz de Ehlana sonaba escandalizada.

—¿Qué sucede?

—¡Me han cortado todo el pelo, Falquián! —gimió ella—. ¡No quiero que me veas!



32

Talen se dejó caer al parapeto desde la pequeña ventana.

—Yo puedo pasar por ella —susurró, confiado.

—¿Qué hay de las barras de hierro? —preguntó Kalten.

—Son un adorno. La reja no era muy buena ya cuando la fabricaron, y ha estado ahí durante al menos un par de siglos. No llevará mucho rato aflojarla.

—Esperemos hasta que regrese Xanetia —decidió Falquián—. Quiero saber con qué nos enfrentamos antes de destrozarlo todo.

—No me gustaría resultar ofensiva —le dijo Mirtai en voz baja a Talen—, pero no veo de qué va a servirnos el tenerte dentro de la celda cuando empiece la pelea y media docena de soldados cyrgais se precipiten a la celda para matar a Ehlana y Alean.

—E' contando con el hesho' e que no podrán entrá' en la serda, tesoriyo —respondió Talen con una sonrisa descarada—. La puerta está cerrada con llave.

—Ellos tienen la llave.

—Déjame un medio minuto con la cerradura y esa llave no la abrirá. No entrarán; confía en mí.

—¿Hay alguna alternativa? —inquirió Bevier.

—No en el tiempo que nos queda antes de que empiece a amanecer —replicó Falquián mientras echaba una mirada de preocupación hacia el horizonte oriental

—. Kalten, sube y échale un vistazo a esa reja.

—De acuerdo. —El rubio pandion trepó hasta la pequeña ventana, aferró la antigua reja de hierro y se puso a tirar de ella. Sobre los demás cayó una lluvia de fragmentos de mortero.

—¡En silencio! —le siseó Mirtai.

—Ya está suelta —informó él con un ronco susurro—. El mortero está podrido. —Dejó de tironear de los barrotes y se acercó un poco más a la ventana —. Ehlana quiere hablar contigo, Falquián —llamó en voz baja.

—¿Sí, amor? —susurró Falquián trepando hasta la ventana en la oscuridad.

—¿Qué estás planeando, Falquián? —murmuró ella; su voz sonaba tan cercana que él tuvo la sensación de que casi podía tocar a su esposa.

—Vamos a arrancar los barrotes, y luego Talen pasará por la ventana. Estropeará la cerradura para que los de fuera no puedan entrar en la celda. Luego los demás atacaremos a los guardias. ¿Está Zalasta por ahí?

—No. Él y Ekatas han acudido al templo. Sabe que estáis aquí, Falquián. Te percibió, de alguna forma. En este momento, Santheocles tiene hombres registrando la ciudad en tu busca.

—Creo que vamos por delante de ellos. No creo que se hayan dado cuenta de que ya estamos aquí arriba.

—¿Cómo habéis llegado, Falquián? Hay guardias en todas las escaleras.

—Trepamos por el exterior de la torre. ¿Cuándo empiezan a moverse los guardias de ahí dentro?

—Por lo general, cuando amanece. Cocinan en la sala de guardia lo que aquí pasa por comida. Luego, un par de ellos nos trae el desayuno a nosotras dos.

—Puede que vuestro desayuno se retrase un poco esta mañana, amor —le susurró él con una tensa sonrisa—. Creo que dentro de poco los cocineros tendrán otras cosas en la cabeza.

—Ten cuidado, Falquián.

—Por supuesto que lo tendré, mi reina.

—Falquián —lo llamó Mirtai en voz baja—. Xanetia está de vuelta.

—Tengo que bajar, querida —susurró hacia la oscuridad—. Dentro de poco te sacaremos de ahí. Te quiero.

—Es precioso oírtelo decir.

Falquián se apresuró a bajar hasta el parapeto.

—Bienvenida, anarae —saludó a Xanetia.

—Estáis de un peculiar humor, Anakha —replicó ella con un tono de leve

desconcierto.

—Es sólo que acabo de mantener una charla con mi esposa, anarae —explicó él—. Eso siempre me alegra el día. ¿Con cuántos soldados tendremos que enfrentarnos?

—Témome mucho que los hay en número de una veintena o más, Anakha.

—Eso podría ser un problema, Falquián —observó Bevier—. Son cyrgais, y ninguno muy inteligente, pero veinte de ellos podrían darnos algunos problemas.

—Tal vez no —disintió Falquián—. Aphrael dijo que aquí arriba había sólo tres habitaciones: la sala principal, la celda en la que están Ehlana y Alean, y la sala de guardia. ¿Estaba en lo cierto, anarae?

—Lo estaba —replicó ella—. La celda y la sala de guardia hállanse aquí, en el lado norte. La sala principal está en el lado sur, dominando el templo de Cyrgon. Por los soñolientos pensamientos de los cyrgais que se encontraban despiertos, he sabido que esta alta torre es el retiro habitual del rey Santheocles, pues le place contemplar los sus dominios desde el parapeto... y, por encima de todo, el recibir la adulación de los súbditos suyos que moran en la ciudad.

—Estúpido —murmuró Mirtai—. ¿Es que no tiene nada mejor que hacer?

Xanetia le dedicó una suave sonrisa.

—Mucho más que eso se hallaría fuera del alcance suyo, atana. Sus guardias, limitados como ellos mismos son, tienen el entendimiento de su rey en baja opinión. Pero la su inteligencia, o falta de ella en aqueste caso, reviste poca importancia. Santheocles es el descendiente de la casa real, y su única función es llevar la corona.

—Una percha para sombreros podría hacer lo mismo —observó Talen.

—En verdad.

—¿Tienen los guardias algún tipo de rutina fija? —preguntó vivazmente Bevier.

—No, caballero. Sólo permanecen preparados para responder a las órdenes del su rey, nada más. En verdad, son trompeteros más que soldados. El su deber principal es anunciarles con sonoras notas a los conciudadanos suyos que Santheocles aparecerá en el parapeto para aceptar la adulación de los cyrgais.

—¿Y guardan dentro de la sala de guardia? —inquirió Falquián.

—Salvo sólo el par de ellos que hacen guardia a la puerta de la celda de la reina vuesa, y el otro par que cierra el paso de la escalera que conduce a los niveles inferiores desta torre.

—¿Pueden entrar en la celda de la reina desde la sala de guardia? —fue la

siguiente pregunta de Bevier, cuya respuesta aguardó con atención.

—No. No hay más que una puerta.

—¿Y qué ancho tiene la puerta que comunica la sala de guardia con la habitación principal?

—Lo bastante para que pase por ella un solo hombre, caballero Bevier.

—Kalten y yo podemos encargarnos de eso, Falquián.

—¿Sabes si hay alguna otra puerta en la sala de guardia? —inquirió Kalten.

Xanetia negó con la cabeza.

—¿Alguna ventana grande?

—Sólo una ventana..., la gemela de la que tenemos aquí encima..., aunque no está barrada.

—Entonces, eso reduce la oposición a sólo esos cuatro guardias de la sala principal —dijo Kalten—. Bevier y yo podemos mantener a los demás inmovilizados dentro durante una semana, si fuera necesario.

—Y Falquián y yo podemos encargarnos de los que están ante la puerta de la celda y la entrada de la escalera —agregó Mirtai.

—Metamos a Talen dentro de la celda —dijo Falquián a la vez que miraba hacia el este, donde había comenzado a reducirse la oscuridad.

Kalten volvió a trepar hasta la ventana y se puso a hurgar el mortero con su pesada daga.

—Da la vuelta y vigila, anarae —susurró Falquián—. Será mejor que nos enteremos si alguien sube por esas escaleras.

Ella asintió y volvió a desaparecer al otro lado de la esquina de la torre.

Falquián trepó y atacó el mortero de la izquierda de la reja mientras su amigo continuaba hurgando el de la derecha. Tras unos momentos, Kalten aferró el herrumbroso hierro y tiró de él.

—La parte inferior está suelta —murmuró—. Ocupémonos de la superior.

—De acuerdo. —Los dos cambiaron a la parte alta del ventanuco y se pusieron a arrancar trozos de mortero—. Ten cuidado cuando se suelte del todo —avisó Falquián—. No nos interesa que caiga hasta el parapeto.

Falquián se puso a hurgar con mayor fuerza, y abajo cayó una lluvia de cascotes y polvo.

—Creo que con eso ya está —susurró.

—Lo veremos. —Kalten tironeó de la reja y se oyó un sonido raspante cuando los viejos barrotes salieron de la pared. Luego, con ese mismo movimiento, el fornido amigo de Falquián la arrojó más allá del parapeto.

—¿Qué estás haciendo? —inquirió Falquián con voz ahogada.

—Librándome de ella.

—¿Tienes idea del ruido que va a hacer cuando choque contra el suelo?

—¿Y qué? Hay cuatrocientos codos de aquí al suelo. Que haga todo el ruido que quiera. Aunque si se encuentra algún cyrgai o capataz cynesgano de esclavos en el sitio en que caiga, se llevará una fea sorpresa. Pero podemos vivir con ello, ¿no crees?

Falquián metió la cabeza por al agujero que ahora quedaba.

—¿Ehlana? —susurró—. ¿Estás ahí?

—¿Dónde querías que estuviera, Falquián?

—Lo siento. Es una pregunta estúpida, supongo. Ya hemos quitado los barrotes. Ahora entrará Talen. En cuanto Talen haya bloqueado la cerradura para que no puedan entrar, grita o algo parecido.

—Quítate de en medio, Falquián —dijo Talen abruptamente desde un poco más abajo—. No puedo entrar contigo llenando toda la ventana.

Falquián se apartó de la abertura y el ágil muchacho pasó retorciéndose a través de ella. De pronto, se detuvo.

—Esto no funciona. Tirad de mí para sacarme.

—¿Qué sucede? —quiso saber Kalten.

—Limítate a tirar de mí, Kalten. No tengo tiempo de explicártelo.

A Falquián se le hundió el corazón mientras él y su amigo tiraban del joven ladrón.

—Esperad un momento. —Talen giró hasta quedar de lado, y luego extendió los brazos de forma que quedaran por encima de su cabeza—. Ya está. Empujadme.

—Volverás a atascarte —objetó Kalten.

—En ese caso, tendréis que empujar con más fuerza. Éste es el resultado de toda esa comida sana, ejercicio y vida limpia que me impones constantemente, Falquián. He crecido tanto que no puedo pasar los hombros a través de la ventana. —Comenzó a retorcerse para pasar por la abertura—. ¡Empujad, caballeros! —ordenó.

Los dos hombres comenzaron a empujarlo con las manos por las suelas de los zapatos.

—¡Con más fuerza! —gruñó el muchacho.

—Te arrancarás toda la piel —le advirtió Kalten.

—Soy joven. Cicatrizará pronto. ¡Empujad!

Los dos empujaron los pies del joven y, con una gran cantidad de retorcimientos e imprecaciones murmuradas, Talen consiguió pasar al otro lado.

—¿Se encuentra bien? —les preguntó Falquián a las mujeres con un ronco susurro.

—Estoy bien, Falquián —le susurró la voz de Talen—. Será mejor que os pongáis en movimiento. Yo no tardaré mucho.

Falquián y Kalten volvieron a bajar al parapeto.

—Vamos —dijo, y los tres caballeros y la gigantesca muchacha atana avanzaron a paso rápido por el parapeto que rodeaba la torre hasta el lado sur.

—Silencio, Anakha. —La voz de Xanetia parecía provenir de la nada.

—¿Se han despertado ya, anarae? —susurró Bevier.

—Algunos sonidos salen de la sala de guardia —replicó la voz de Xanetia.

Había dos grandes ventanas sin cristales en la parte frontal de la torre, una a cada lado de la espaciosa sala. Falquián asomó la cabeza con cuidado por encima del borde inferior de una de ellas, y espió el interior. La sala, como había informado Aphrael, era bastante grande. Estaba escasamente amueblada con bancos, unas pocas sillas sin respaldo y un par de mesas bajas, e iluminada con primitivas lámparas de aceite. A la derecha de la pared posterior había una puerta estrecha, que guardaban dos cyrgais apostados como estatuas a ambos lados de la misma. El hueco de la escalera que se encontraba a la izquierda, también vigilado, estaba cerrada en tres de sus lados por una pared baja. La segunda puerta, que conducía a la sala de guardia, también se hallaba a la izquierda, no lejos de la escalera.

Falquián miró con atención a los guardias para estudiar detenidamente sus armas y equipos. Eran hombres bien musculados con antiguos petos, cascos crestados y cortas túnicas de cuero. Cada uno llevaba un gran escudo redondo sujeto al brazo izquierdo y tenía en la derecha una lanza de seis codos de largo. Llevaban también espadas y pesadas dagas a la cintura.

Falquián se apartó de la ventana.

—Será mejor que echéis un vistazo —les susurró a sus amigos. Uno a uno, Kalten, Bevier y Mirtai se alzaron apenas para mirar dentro de la sala.

—¿Está cerrada con llave, anarae? —preguntó Falquián en voz baja, señalando la puerta que daba al parapeto.

—No creí prudente comprobarlo, Anakha. Las construcciones cyrgais son toscas, y pienso que ningún cerrojo de la ciudad está destinado a ser silencioso.

—Es probable que tengas razón —asintió él—. Regresemos al otro lado de la

esquina —les susurró a los otros, y avanzó en cabeza hasta el lado este.

—Está aclarando —señaló Kalten al tiempo que señalaba hacia el horizonte. Falquián gruñó.

—Pasaremos por las ventanas —dijo—. Nos atascaríamos todos en la puerta si intentáramos entrar por ella, de cualquier forma. Bevier, tú y Mirtai entraréis por la que está al otro lado de la puerta. Kalten y yo lo haremos por la que hay en este lado. Tened cuidado. Esas lanzas parecen ser su arma principal, así que es probable que se hayan entrenado mucho con ellas. Entrad juntos y rápido. Derribadlos a toda velocidad y luego bloquead la puerta de la sala de guardia. Vamos a tener que defender también esa escalera.

—Yo me encargaré de eso, Falquián —le aseguró Mirtai—. Tú concéntrate en sacar a nuestras amigas de la celda.

—De acuerdo —asintió él—. En cuanto estén en libertad, dejaré suelto al Bhelliom. Eso debería cambiar de forma significativa las probabilidades, aquí arriba.

Y entonces se alzó una voz clara entonando una plañidera canción, y subió a lo alto por encima de la ciudad dormida.

—¡Ésa es la señal! —dijo Kalten—. ¡Es Alean! ¡Talen ha terminado! ¡Vamos!

—¡Ya lo habéis oído! —agregó Falquián, mientras se apartaba para dejar pasar a Bevier y Mirtai—. ¡Yo daré la señal, y entraremos todos al mismo tiempo!

Bevier y Mirtai se agacharon al pasar por la primera ventana baja para tomar posiciones bajo la segunda.

—Quédate al margen de esto, anarae —le murmuró Falquián a la invisible Xanetia—. Ésta no es una pelea de tu tipo. —Frunció el entrecejo. No percibía su presencia cerca de sí—. Muy bien, Kalten —dijo luego—. Vamos al trabajo.

Los dos avanzaron en silencio, espada en mano, y se acuclillaron debajo de la primera ventana. Falquián se levantó apenas para mirar más allá por el parapeto. Bevier y Mirtai aguardaban en tensión debajo de la otra ventana. Respiró profundamente y se preparó.

—¡Ahora! —gritó a la vez que apoyaba una mano en el antepecho de la ventana y saltaba al interior.

Antes había habido cuatro cyrgais dentro de la sala. Ahora había diez cyrgais.

—¡Están haciendo el cambio de guardia, Falquián! —gritó Bevier mientras

blandía su hacha *lochaber* con ambas manos.

Aún contaban con el elemento sorpresa, pero la situación había cambiado de manera drástica. Falquián maldijo y le asestó un mandoble a un cyrgai que llevaba una especie de cubó..., el desayuno de las cautivas, muy probablemente. Luego arremetió contra los cuatro guardias confundidos que daban vueltas ante la puerta de la celda. Uno de ellos estaba luchando con la cerradura mientras los otros tres intentaban ocupar posiciones de lucha. Eran disciplinados, de eso no cabía duda alguna, y sus lanzas crearon algunos problemas.

Falquián profirió una imprecación salvaje y blandió su pesado espadón, cortando lanzas. Kalten se había colocado junto a él y también asestaba mandobles contra dichas armas. Se oían ruidos de lucha procedentes del otro extremo de la sala, pero Falquián estaba demasiado absorto en llegar hasta el guardia que intentaba forzar la puerta de la celda, como para volverse a mirar.

Dos de las lanzas ya estaban rotas, y los cyrgais se habían deshecho de ellas y desenvainado las espadas. El tercero, con la lanza aún intacta, retrocedió para proteger al que continuaba luchando fervientemente con la cerradura.

Falquián se arriesgó a echar una mirada al otro lado de la habitación, justo a tiempo de ver a Mirtai que levantaba en brazos a un cyrgai que luchaba por zafarse, y lo arrojaba escaleras abajo con un enorme ruido de entrechocar metálico. Otros dos cyrgais yacían muertos o agonizantes cerca de ella. Bevier, al igual que lo había hecho en la sala del trono de Otha, en Zemoch, defendía la puerta de la sala de guardia mientras Mirtai, como un gran gato dorado, embestía contra los guardias restantes en lo alto de la escalera. Falquián se apresuró a volver su atención hacia los hombres con quienes se enfrentaba.

Los cyrgais eran mediocres en el manejo de la espada, y sus escudos demasiado grandes entorpecían gravemente sus movimientos. Falquián hizo una veloz finta hacia la cabeza de uno, y el hombre levantó el escudo por instinto. Al instante, Falquián recobró la posición y le clavó la espada en el peto. El cyrgai profirió un alarido y cayó de espaldas, con la sangre manando a borbotones de la dentada grieta de la armadura.

No era suficiente. El cyrgai de la puerta de la celda había abandonado todo intento de abrirla con la llave, y estaba golpeándola con un hombro. Falquián pudo oír con toda claridad el sonido de la madera al rasgarse. Desesperado, renovó el ataque. Una vez que el cyrgai hubiera derribado la puerta...

Y entonces, sin que la forzaran, la puerta se abrió hacia dentro. Con un grito de triunfo, el cyrgai que había estado batallando con la puerta, desenfundó la

espada y luego gritó al inundarse la celda de una luz nueva.

Xanetia, destellante como un sol, se hallaba de pie en la puerta con una mortal mano tendida ante sí.

El cyrgai profirió otro alarido y retrocedió, enredándose en la lucha de sus otros dos camaradas. Luego se liberó, corrió hacia la ventana y se arrojó por ella.

Aún estaba corriendo cuando cayó por la balaustrada con un largo y desesperado grito.

Los otros dos cyrgais que se hallaban ante la puerta también huyeron, escabulléndose por la habitación como ratones.

—¡Mirtai! —rugió Falquián—. ¡Apártate! ¡Déjalos pasar!

La atana había levantado a otro contoneante guerrero por encima de su cabeza. Lo arrojó escaleras abajo y se volvió bruscamente. Entonces se hizo a un lado para permitir que escaparan los desmoralizados cyrgais.

—¡Apartaos a un lado, caballero! —le ordenó Xanetia a Bevier—. ¡Yo obstruiré esa puerta, y os aseguro que ninguno la traspondrá!

Bevier le echó una mirada al fulgente rostro de la joven y se apartó de la puerta de la sala de guardia.

Los cyrgais del interior también la miraron, y luego cerraron la puerta de un golpe.

—Ya puedes salir, Ehlana —llamó Falquián.

Talen fue el primero en salir, con el semblante pálido y desencajado. La túnica del muchacho estaba rasgada en varios sitios, y un largo arañazo sangrante hablaba de la lucha librada para pasar a través de la ventana. Contemplaba a Xanetia con reverencia.

—¡Entró por la ventana como una nube de humo, Falquián! —dijo con voz ahogada.

—De niebla, joven Talen —lo corrigió ella con tono profesional. Continuaba brillando y estaba encarada con la puerta de la sala de guardia—. El humo sería poco práctico para la carne humana.

Se oía mucho ruido proveniente de la sala de guardia.

—Parece que están arrastrando muebles ahí dentro, Falquián —comentó Bevier entre carcajadas—, para apilarlos delante de la puerta, supongo.

Entonces, Alean salió corriendo de la celda y se arrojó en los brazos de Kalten; de inmediato, Ehlana salió tras ella de su prisión. Estaba aún más pálida de lo normal, y tenía semicírculos oscuros debajo de los ojos. Llevaba la ropa hecha jirones y la cabeza bien envuelta en un grñón parecido a una venda.

—¡Oh, Falquián! —exclamó en voz baja, mientras le tendía los brazos. Él avanzó y la envolvió en un rudo abrazo.

Desde abajo les llegó un salvaje aullido.

—¡Anakha! —La voz del Bhelliom rugió en la mente de Falquián—. ¡Cyrgon despertado ha a su peligro! ¡Dejadme en libertad!

Falquián sacó la bolsa con brusquedad de debajo de su túnica, y con manos torpes intentó abrir las cuerdas que la cerraban.

—¿Qué son esos gritos? —preguntó Talen.

—¡Cyrgon sabe que hemos puesto a Ehlana en libertad! —replicó Falquián con voz tensa mientras sacaba la caja de Kurik de la bolsa—. ¡Ábrete! —ordenó.

La tapa se levantó y la azul radiación del Bhelliom manó al exterior. Falquián sacó con cuidado la gema del interior.

—¡Corre, están subiendo por la escalera, Falquián! —le advirtió Mirtai.

—¡Apártate! —le ordenó con voz cortante—. ¡Rosa Azul! —dijo luego—. ¿Podéis vos cerrar el paso de los enemigos nuestros que ya suben por la escalera?

El Bhelliom no respondió, pero la pared alta hasta la cintura de un hombre que rodeaba la parte superior, se derrumbó hacia el interior y cayó por el pozo de la escalera con gran ruido y una ondeante nube de polvo.

—Avisad a Aphrael que la su madre está a salvo. —La voz del Bhelliom era enérgica—. Que comience el ataque.

Falquián lanzó el hechizo.

—¡Aphrael! —dijo vivamente—. ¡Ya tenemos a Ehlana! ¡Diles a los otros que avancen!

—¿Puede el Bhelliom deshacer la ilusión de Cyrgon? —preguntó ella con una voz en todo tan enérgica como había sido la de la rosa de zafiro.

—Rosa Azul —dijo Falquián en silencio—, la ilusión de Cyrgon continúa impidiendo el avance de los amigos nuestros sobre la ciudad. ¿Podéis vos desfacerla porque puedan ellos traer a los sus ejércitos contra aquesta ciudad maldita?

—Se hará como lo piden las palabras vuestas, fijo mío.

Se produjo una pausa momentánea, y luego la tierra pareció estremecerse apenas, y un rielar general recorrió en ondas el cielo.

Del carcomido templo que estaba allá abajo, les llegó un tremendo alarido de dolor.

—Cielos queridos —comentó Flauta con suavidad al aparecer de pronto en

el centro de la habitación—. Nunca me han roto un hechizo de diez mil años. Apuesto a que duele como nada en el mundo. El pobre Cyrgon está teniendo una noche absolutamente terrible.

—La noche no ha concluido aún, diosa-niña. —El Bhelliom habló a través de los labios de Kalten—. Guardad el vuestro indecoroso deleite hasta que haya pasado todo peligro.

—¡Pero, bueno!

—Callad, Aphrael. Es menester que nos encarguemos de las defensas nuestras, Anakha. Lo que Cyrgon sabe, lo sabe también Klæl. La contienda está a punto de comenzar. Tenemos que prepararnos.

—En verdad —asintió Falquián. Miró a sus amigos—. Vamos —les dijo—. Nos dispersaremos por el parapeto y mantendremos los ojos bien abiertos. Klæl viene hacia aquí, y no quiero que se deslice a mis espaldas. ¿Está completamente obstruida esa escalera?

—Ni un ratón podría pasar entre todos esos escombros —replicó Mirtai.

—Podemos olvidarnos de los guardias —anunció Bevier al apartar la oreja de la puerta—. Todavía están cambiando de sitio el mobiliario.

—Perfecto. —Falquián se encaminó hacia la puerta que daba al parapeto, la cual se abrió con una queja de goznes oxidados—. La lucha será entre el Bhelliom y Klæl. Dispersaos y manteneos alerta.

En el cielo oriental había una pálida luz del día que estaba a punto de comenzar, y el agónico grito de Cyrgon aún resonaba en la Ciudad Oculta.

—Allí —anunció Talen, señalando hacia una escarpa de basalto que se hallaba al otro lado del lago, al sur.

Una masa de siluetas, diminutas en la distancia y aún indefinidas en la luz del alba, salían como un torrente de la Cañada de Héroe y avanzaban hacia la hondonada sobre la que se abrían las puertas de Cyrga.

—¿Quiénes son? —gritó Ehlana que se aferró de pronto a un brazo de Falquián.

—Vanion —respondió Falquián—, junto con algunos otros..., Betuana, Kring, Ulath y los trolls, Sephrenia...

—¿Sephrenia? —exclamó la reina—. ¡Está muerta!

—No habrás pensado de verdad que yo iba a permitirle a Zalasta matar a mi hermana, ¿verdad, Ehlana? —preguntó Flauta.

—¡Pero él dijo que le había clavado una puñalada en el corazón!

La diosa-niña se encogió de hombros.

—Lo hizo, pero el Bhelliom la curó. Vanion va a tomar algunas medidas al respecto.

Talen llegó corriendo por el parapeto, desde el otro lado de la torre.

—Bergsten viene desde el otro lado —informó—. Sus caballeros acaban de aplastar a unos tres regimientos de soldados cyrgais sin aminorar siquiera la marcha.

—¿Es que vamos a quedar atrapados en medio de un asedio? —preguntó Kalten con voz preocupada.

—No es muy probable —replicó Bevier—. Las defensas de este palacio son lastimosamente inadecuadas, y el patriarca Bergsten tiende a ser un tipo de hombre muy abrupto.

Se produjo una repentina erupción allá abajo, y el tejado del pálido templo estalló, arrojando trozos de piedra caliza en todas direcciones cuando la negrura infinita de Klæl se abrió paso fuera de la Casa de Cyrgon. Sus gigantescas alas correosas se abrieron, y sus ardientes ojos como rendijas miraron hacia abajo, anhelantes.

—Os lo ruego, Anakha, levantadme en alto porque el mi hermano pueda contemplarme. —La voz que salía de los labios de Kalten era distante.

La mano de Falquián temblaba al levantar a la rosa de zafiro por encima de su cabeza.

Kalten, moviéndose con una cierta rigidez, apartó suavemente el brazo de Alean que se aferraba a él, y avanzó hasta la balaustrada de piedra del parapeto. Habló en un idioma que ninguna boca humana era capaz de pronunciar, y probablemente sus palabras podrían haber sido oídas en Chyrellos, a medio mundo de distancia de allí.

El enorme Klæl, hundido hasta la cintura en las ruinas del templo de Cyrgon, levantó el triangular rostro y rugió una réplica; de la boca llena de colmillos, chorreaba fuego.

—Atended con cuidado, Anakha. —La voz del Bhelliom, que resonaba en la mente de Falquián, era muy queda—. Yo continuaré insultando al mi hermano y él, completamente furioso, vendrá a batallar conmigo. Permaneced firme ante ese horror cuando se nos acerque, porque el nuestro éxito o fracaso depende entero del valor vueso y la fuerza del brazo vueso.

—No comprendo qué queréis decir, Rosa Azul. ¿Debo yo herir a Klæl?

—No, Anakha. La tarea vuesa es ponerme en libertad.

La bestia de las tinieblas profirió un salvaje aullido mientras apartaba a

patadas los escombros de piedra caliza, y avanzaba hacia el palacio con voraces brazos extendidos. Cuando llegó a las macizas puertas, las hizo saltar ante sí con un látigo de rayo que llevaba aferrado en su enorme puño.

Kalten continuaba profiriendo sus ensordecedores insultos, y Klæl proseguía con sus alaridos furiosos mientras lo destrozaba todo a su paso por el ala inferior del palacio, destruyendo todo lo que se interponía en el camino de su imparable avance hacia la torre.

Cuando la alcanzó, aferró las piedras con sus dos gigantescas manos y comenzó a escalar; sus alas arañaban el aire de la mañana mientras él ascendía cada vez más y más.

—¿Cómo voy a ponerlos en libertad, Rosa Azul? —inquirió Falquián con tono apremiante.

—Es menester que el mi hermano y yo nos combinemos brevemente, fijo mío —replicó el Bhelliom—, porque seamos uno solo otra vez, como una vez lo fuimos, pues de otra forma tendré que permanecer aprisionado en el cristal azul, del mismo modo que Klæl deberá permanecer en la su monstruosa forma. En la nuestra combinación temporal, los dos seremos libres.

—¿Combinaros? ¿Cómo?

—Cuando alcance él esta altura no despreciable y se regocije con su resonante aullido de victoria, es menester que vos me arrojéis a las sus abiertas fauces.

—¿Que faga qué?

—Él me devorará con toda la alma suya. Facedlo así. En el momento de nuestra combinación, quedaremos Klæl y yo libres de las nuestras formas presentes, y dará comienzo la contienda. No falléis, fijo mío, porque éste es el propósito y destino por el que os fice.

Falquián respiró profundamente.

—No os fallaré, padre —prometió con todo su corazón.

Aún bramando y con sus correosas alas arañando el aire, Klæl ascendía cada vez más y más por el frente de la torre del palacio. Falquián tenía una sensación de extraño despego impávido hacia todo aquello. Miró directamente al rostro del rey del infierno y no sintió miedo. Su cometido era la simplicidad misma. Sólo debía arrojar la rosa de zafiro al interior de las fauces abiertas y, de no presentarse la oportunidad de hacerlo, arrojarse él mismo... con el Bhelliom en el puño tendido ante sí. No sintió ni arrepentimiento ni tristeza mientras la inalterable decisión lo poseía. Era mejor eso que morir en alguna escaramuza sin

significado y que nadie recordaría, en una frontera en disputa, como les había sucedido a tantos de sus amigos. Esto tenía significado, y era lo mejor que podía desear un soldado.

Y Klæl continuaba ascendiendo, cada vez más cerca de él, buscando con ansia llegar hasta su odiado hermano. Estaba ya a unas pocas varas por debajo, sus ojos como grietas encendidos de cruel triunfo y sus puntiagudos colmillos goteando fuego al rugir él su desafío.

Entonces, Falquián saltó sobre las antiguas almenas para ponerse en posición con el Bhelliom alzado en el puño.

—¡Por Dios y por mi reina! —bramó su desafío.

Apareció una de las aterradoras manos de Klæl.

En ese preciso momento, como un muelle apretado que se disparara de pronto, Falquián atacó. Su brazo se lanzó hacia abajo como un látigo.

—¡Allá va! —gritó al soltar la fulgente gema.

Tan certera como una flecha, la rosa de zafiro salió disparada de su mano cuando la boca de Klæl estaba abierta de par en par. Entró a la perfección y desapareció en la flameante garganta.

La torre tembló al recorrer un estremecimiento a la gigantesca bestia negra y lustrosa que colgaba a un lado, y Falquián luchó para mantener el equilibrio en su precario apoyo.

Las alas de Klæl se pusieron rígidas en toda su envergadura, temblando con una tensión espantosa. El enorme monstruo se hinchó hasta hacerse aún más descomunal; luego se contrajo, arrugándose.

Por fin, estalló.

La detonación sacudió a la tierra misma, y Falquián fue arrojado hacia atrás de la almena en la que se encontraba, para ir a caer al parapeto. Rodó sobre sí con rapidez, volvió a ponerse de pie y corrió hacia las almenas.

Dos seres de luz, uno de fulgente azul y el otro de holliniento rojo, luchaban en el insubstancial aire a menos de diez codos de distancia.

La lucha era elemental, una contienda salvaje de voluntad y fuerza. Se trataba de dos seres sin rasgos y sus siluetas eran sólo vagamente humanas. Forcejeando atrás y adelante, se aferraban el uno al otro como dos luchadores en la plaza de algún rústico poblado, cada uno concentrando toda su voluntad y fortaleza en someter al oponente que constituía un igual en todos los sentidos.

Falquián y sus amigos, inclinados sobre el parapeto, inmóviles, presos de un temor reverencial, sólo eran capaces de contemplar la primitiva lucha.

Y luego se separaron y permanecieron de pie, con las espaldas flexionadas y los brazos extendidos a medias, encarados cada uno con su inmortal hermano en una comunión inconcebible.

—Agora os corresponde a vos, Anakha. —La voz del Bhelliom en la mente de Falquián era calma—. Si Klæl y yo continuáramos, esta obra sería sin remedio destruida, como ha llegado a suceder muchas veces antes. Vos sois deste mundo y por tanto es menester que seáis mi campeón. Cosas os restringen que no me limitan a mí. El campeón de Klæl es también deste mundo, y de forma similar limitado.

—Será como vos habéis dicho, padre mío —replicó Falquián—. Os serviré como el campeón vuesto si es menester. ¿Con quién tendré que contender?

Un gran rugido de cólera le llegó desde el suelo, y una llama viva salió de las destrozadas ruinas del templo blanco como el yeso.

—Allí tenéis al oponente vuesto, fijo mío —replicó el espíritu azul—. Klæl lo ha invocado para que batalle con vos.

—¿Cyrgon?

—Así es.

—¡Pero él es un dios!

—¿Y no lo sois vos?

A Falquián le daba vueltas la cabeza.

—Mirad dentro de vos, Anakha. Vos sois el mi fijo, y yo os fice para que fuerais el receptáculo de la mi voluntad. Ahora os entrego esa voluntad a vos para que podáis ser el campeón deste mundo. Sentid sus poderes penetrar en vos.

Llegó como si se abriera una puerta que siempre había estado cerrada, Falquián sintió que su mente y voluntad se expandían infinitamente al caer la barrera, y con esa expansión llegó una calma indescriptible.

—¡Agora sois de verdad Anakha, fijo mío! —se regocijó Bhelliom—. La voluntad vuesa es agora la mi voluntad. Todas las cosas son agora posibles para vos. Fue la voluntad vuesa la que venció a Azash. Yo no fui sino el instrumento vuesto. En esta ocasión, empero, vos seréis el mío. Forjad armas con la vuesa mente y enfrentaos a Cyrgon. Si el vuestro corazón es veraz, no podrá vencer contra vos. Agora, marchad. Cyrgon os aguarda.

Falquián respiró profundamente y miró a la plaza sembrada de escombros que había abajo. La llama emergida de entre las ruinas se había conformado en la ardiente figura de un hombre que se erguía ante el destrozado templo.

—¡Venid, Anakha! —rugió—. ¡El nuestro enfrentamiento fue predicho antes

del comienzo de los tiempos! ¡Éste es el destino vuestro! ¡Se os honra por encima de los demás a caer por la mi mano!

Falquián dejó deliberadamente a un lado la palabarrera pomposidad de la forma de expresión arcaica.

—¡No te marches! ¡Bajaré en seguida! —Luego apoyó una mano sobre una de las almenas y saltó con agilidad por encima.

Se detuvo, colgado en medio del aire.

—Suéltame, Aphrael —dijo.

—¿Qué estás haciendo? —exclamó ella.

—Tú haz lo que te digo. Suéltame.

—Te caerás.

—No, de hecho no caeré. Puedo arreglármelas solo. No interfieras. Cyrgon está esperándome, así que déjame marchar.

No estaba realmente flotando, aunque Falquián tenía la seguridad de poder volar en caso necesario. Sintió una peculiar ligereza mientras descendía hacia las ruinas de la Casa de Cyrgon. No se trataba de que careciese de peso, sino más bien que su peso carecía de importancia. Su voluntad era de alguna forma más fuerte que la gravedad. Espada en mano, descendía como una pluma flotando en el aire.

Cyrgon esperaba abajo. La ardiente figura del antiguo dios reunió su fuego en torno de sí, dándole a la incandescente llama la forma de la armadura anticuada que solían llevar aquellos que lo adoraban..., una coraza de acero bruñido, un casco crestado, un gran escudo redondo y una espada en la mano.

Una intuición se apoderó de Falquián mientras se deslizaba hasta el suelo en el fresco aire del amanecer. Cyrgon no era tan estúpido como conservador. Era el cambio lo que detestaba, lo que temía. Por eso había inmovilizado eternamente a sus cyrgais en el tiempo, y borrado de sus mentes todo potencial de cambio o innovación. Los cyrgais, no perturbados por las corrientes del tiempo, permanecerían por siempre como eran cuando su dios los concibió por vez primera. Forjó un ideal y lo protegió por todas partes con leyes y costumbres y un innato odio hacia los cambios, y así, rígidos, estaban condenados... y lo habían estado desde que el primero de ellos posó un pie enfundado en su sandalia sobre la faz del siempre cambiante mundo.

Falquián sonrió apenas. Cyrgon, al parecer, necesitaba ser instruido en los beneficios del cambio, y su primera lección sería sobre las ventajas de los equipos, armamento y tácticas modernas. Falquián pensó: «Armadura», y de

inmediato se encontró metido en una armadura de acero esmaltado de negro. Casi con indiferencia descartó su sencilla espada de trabajo, y llenó su mano con la más pesada y larga de ceremonias. Ahora ya era un caballero pandion totalmente armado, un soldado de Dios..., de varios dioses, corrigió su pensamiento con cierta tristeza... y era, casi por defecto, el campeón no sólo de su reina, su iglesia y su Dios... sino además, si había comprendido bien el pensamiento de Bhelliom, el de su preciosa y a veces vanidosa hermana la tierra.

Descendió hasta posarse en medio de los escombros del templo destruido.

—Bienhallado, Cyrgon —dijo con la más profunda formalidad.

—Bienhallado, Anakha —replicó el dios—. Os había juzgado mal. Agora sois el adecuado. Había desesperado de vos, por temor a que nunca os dierais cuenta de la vuesa verdadera importancia. El vueso aprendizaje ha sido largo y, según yo creo, entorpecido por la vuesa inapropiada afiliación con Aphrael.

—Estamos perdiendo el tiempo, Cyrgon —interrumpió Falquián las floridas cortesías—. A lo que vamos. Ya llego tarde a desayunar.

—¡Que así sea, Anakha! —Las facciones clásicas de Cyrgon habían adoptado una expresión aprobadora—. ¡Defendeos! —y lanzó un tremendo golpe de espada a la cabeza de Falquián.

Pero Falquián ya había iniciado su propio golpe, por lo que las espadas de ambos chocaron inofensivamente en el aire que mediaba entre ellos.

Era agradable estar luchando otra vez. Allí no había política, ni confusión de palabras disimuladas y falsas promesas, sólo el límpido y sonoro entrechocar del acero contra el acero y el suave deslizar de los tendones y los músculos sobre los huesos.

Cyrgon era rápido, tanto como lo había sido Martel en su juventud, y a pesar de su odio hacia los cambios, aprendía con presteza. Los complejos movimientos de muñecas, brazos y hombros propios del maestro espadachín parecían acudir sin que los llamaran, casi a pesar del propio antiguo dios.

—Es vigorizante, ¿verdad? —jadeó Falquián a través de una lobuna sonrisa, a la vez que le pinchaba un hombro al dios con una estocada—. Abre tu mente, Cyrgon. No hay nada grabado en piedra..., ni siquiera algo tan sencillo como esto. —Y volvió a lanzar una estocada, abriendo otro tajo en el brazo de la espada de Cyrgon.

El inmortal lo acometió, empujándolo con su escudo de tamaño excesivo e intentando con la voluntad y toda su fuerza imponerse al contrincante mejor entrenado.

Falquián miró al rostro perfecto y vio el pesar y la desesperación en él. Metió un hombro hacia dentro, como le había enseñado Kurik, e inmovilizó el brazo del escudo formando con él una barrera impenetrable contra los golpes ineficaces de su oponente. Paraba las estocadas con sólo la espada sujeta con ligereza.

—Rendíos, Cyrgon —dijo—, y vivid. Rendíos, y Klæl será desterrado. Nosotros somos deste mundo, Cyrgon. Dejemos que Klæl y Bhelliom contiendan por otros mundos. Llevaos la vuesa vida y la gente vuesa y marchaos. Ni siquiera a vos os mataré.

—¡Desdeño la vuesa insultante oferta, Anakha! —declaró Cyrgon, casi chillando.

—Supongo que eso satisface las demandas del honor de caballero —murmuró Falquián para sí con bastante alivio—. Sabe Dios qué habría hecho en caso de que aceptara. —Volvió a levantar la espada—. Que así sea, hermano —dijo—. De todas formas, no estamos hechos para habitar un mismo mundo. —Sintió que su cuerpo y su voluntad parecían hincharse dentro de la armadura—. Observa, hermano —gruñó por entre los dientes apretados—. Observa y aprende.

Y entonces lanzó quinientos años de entrenamiento, junto con una cólera descomunal, sobre aquella pobre impotente deidad que había hecho pedazos la paz del mundo, una paz por la que Falquián había suspirado desde su regreso del exilio en Rendor. Rasgó un muslo de Cyrgon con el clásico *pasfour*. Pinchó el rostro perfecto con la innovadora «parada-estacada-nueve» de Martel. Cortó la mitad superior del enorme escudo de Cyrgon con la «tercera finta-y-ataque» de Vanion. De entre todos los caballeros de la iglesia, los pandiones eran los espadachines más diestros; y de todos los pandiones, Falquián era el más sobresaliente. Bhelliom lo había llamado el igual de un dios, pero Falquián luchaba como un hombre..., soberbiamente entrenado, que había perdido un poco la forma, y en realidad demasiado viejo para aquel tipo de cosas..., pero que tenía la certeza absoluta de que si el destino del mundo descansaba en sus manos, él era lo bastante bueno como para librar al menos una batalla más.

Su espada era un borrón en la luz del sol recién salido, destellando, ondeando, disparándose. Desconcertado, el antiguo Cyrgon intentaba responder.

La ocasión se presentó, y Falquián percibió la simetría perfecta de la misma. Cyrgon, al carecer de enseñanza, acababa de proporcionarle al pandion de negra armadura precisamente la misma oportunidad que Martel le había dado en el

templo de Azash. Martel había entendido del todo el significado de la serie de estocadas. Cyrgon, sin embargo, no. Y así fue como la estocada que lo traspasó, le llegó como una sorpresa absoluta. El dios se puso rígido y la espada cayó de sus dedos insensibles al desplomarse él de espaldas a causa de la herida.

Falquián recobró la postura después de la estocada y se acercó la ensangrentada espada al rostro a modo de saludo.

—Una innovación, Cyrgon —dijo con una voz indiferente—. La verdad es que eres muy bueno, ¿sabes?, pero deberías intentar mantenerte al día de las novedades.

Cyrgon se desplomó sobre las losas de piedra del patio, mientras su inmortal vida escapaba a través del corte de su peto.

—¿Y os apoderaréis ahora del mundo, Anakha? —jadeó. Falquián se acuclilló junto al dios herido.

—No, Cyrgon —replicó con voz cansada—. Yo no quiero el mundo..., sólo un tranquilo rincón de él.

—¿Y por qué os habéis enfrentado conmigo?

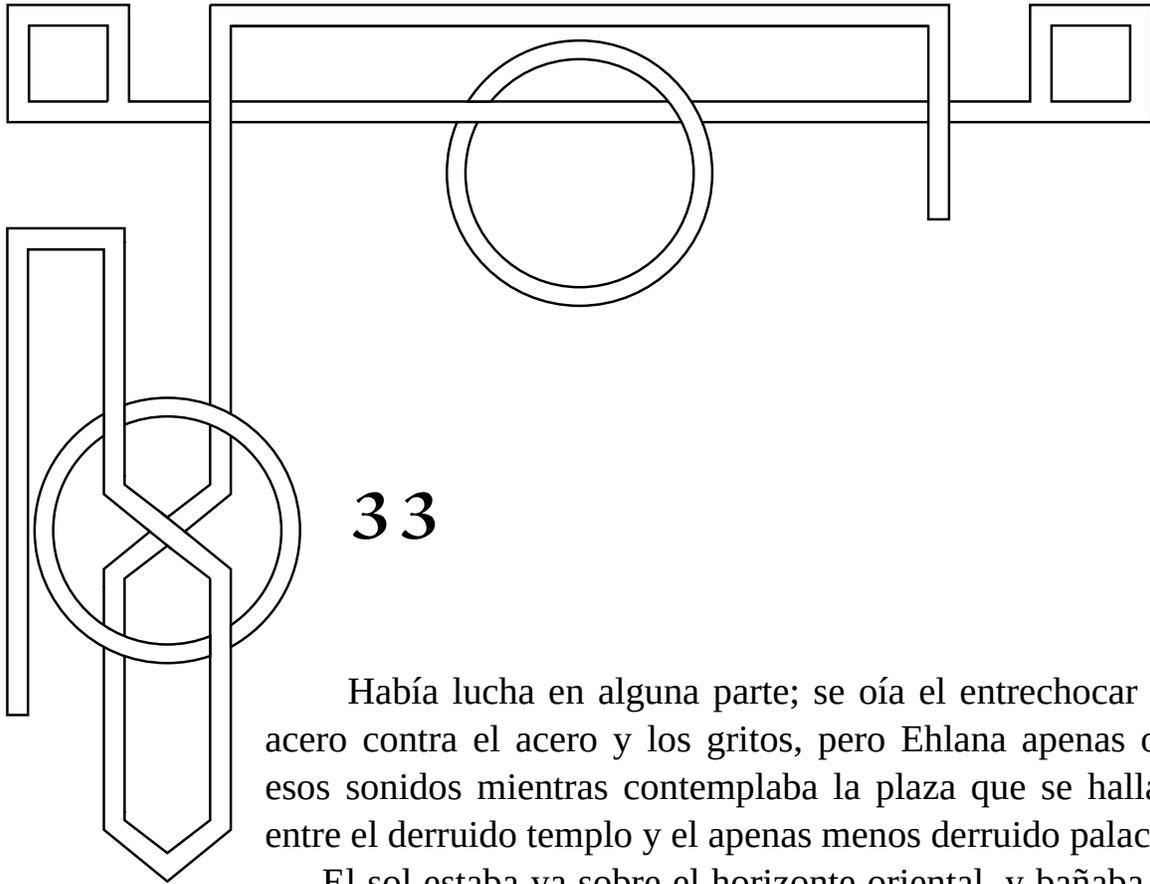
—No quería que tú tampoco lo poseyeras, porque de haber sido así, mi pequeña parte no habría estado a salvo. —Extendió un brazo y tomó la pálida mano—. Has luchado bien, Cyrgon. Siento respeto por ti. Salve y adiós.

La voz de Cyrgon fue sólo un susurro cuando respondió:

—Salve y adiós, Anakha.

Se oyó un tremendo aullido desesperado de frustración y cólera.

Falquián levantó la mirada y vio una figura humana de holliniento rojo que salía disparada hacia el cielo del alba, al reemprender Klæl su interminable viaje hacia las estrellas y más allá de ellas.



## 33

Había lucha en alguna parte; se oía el entrecuchar del acero contra el acero y los gritos, pero Ehlana apenas oyó esos sonidos mientras contemplaba la plaza que se hallaba entre el derruido templo y el apenas menos derruido palacio.

El sol estaba ya sobre el horizonte oriental, y bañaba las calles de Cyrga con una luz dura y despiadada. La reina de Elenia estaba exhausta, pero la dura prueba de su cautiverio había concluido y ella sólo anhelaba abandonarse en el abrazo de su esposo. No entendía mucho de lo que acababa de presenciar, aunque en realidad eso carecía de importancia. Permanecía de pie junto a las almenas, con la diosa-niña en brazos, contemplando a su invencible campeón que estaba allá abajo.

—¿Crees que ahora podemos bajar sin peligro? —le preguntó a la pequeña divinidad que tenía en los brazos.

—La escalera está bloqueada, Ehlana —le recordó Mirtai.

—Yo puedo encargarme de eso —replicó Flauta.

—Tal vez sería mejor que nos quedáramos aquí arriba —intervino Bevier con el entrecejo fruncido de preocupación—. Cyrgon y Klæl han desaparecido, pero Zalasta sigue estando ahí fuera, en alguna parte. Podría intentar apoderarse otra vez de la reina para utilizarla con el fin de negociar su salida de aquí.

—Será mejor que no lo haga —replicó la diosa-niña con tono ominoso—. Ehlana tiene razón. Bajemos.

Regresaron dentro, llegaron a lo alto de la escalera, y miraron hacia abajo a través de las arremolinadas nubes de polvo.

—¿Qué has hecho? —le preguntó Talen a Flauta—. ¿Dónde han ido a parar las rocas?

Ella se encogió de hombros.

—Las he convertido en arena —replicó.

La escalera describía un espiral que reseguía el interior de las paredes de la torre. Kalten y Bevier, espada en mano, abrieron la marcha, investigando con prudencia cada nivel a medida que descendían. Los tres o cuatro niveles superiores estaban vacíos, pero cuando comenzaron a bajar hacia uno que se encontraba más o menos a media altura de la torre, Xanetia susurró vivamente:

—¡Alguien se acerca!

—¿Dónde? —quiso saber Kalten—. ¿Cuántos?

—Dos, y ascienden las escaleras hacia nosotros.

—Yo me encargaré de ellos —murmuró, aferrando con mayor fuerza el puño de la espada.

—No hagas ninguna tontería —le advirtió Aphrael.

—Son los tipos que suben los que están haciendo tonterías, amor mío. Quédate con la reina. —Comenzó a descender.

—Yo iré con él —declaró Mirtai—. Bevier, es tu turno de proteger a la reina.

—Pero...

—¡Calla! —le ordenó ella—. Haz lo que te digo.

—Sí, señora —se rindió él con una leve sonrisa.

El sonido de voces murmurantes subió resonando por la escalera.

—¡Santheocles! —identificó Ehlana a uno de los que hablaban con un corto susurro apremiante.

—¿Y el otro? —inquirió Xanetia.

—Ekatas.

—Ah —dijo Xanetia. Su pálida frente se frunció de consternación—. Esto no es exacto —se disculpó—, pero pareceme que no saben de la vuesa libertad, reina de Elenia, y corren hacia la vuesa antigua prisión con la esperanza de que amenazando la vida vuesa puedan pasar sin mal a través de las filas de los sus enemigos.

Había un descansillo a unos veinte escalones más abajo de la estrecha escalera, en el que se detuvieron Kalten y Mirtai y se apartaron un poco para dejarse espacio.

Santheocles, ataviado con su bruñido peto y su casco crestado, subía a saltos los escalones de dos en dos, con la espada en la mano. Se detuvo en seco cuando llegó al descansillo, y contempló a Kalten y Mirtai con estúpida incredulidad. Blandió la espada y profirió una orden perentoria en su idioma.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Talen.

—Les ha ordenado que se aparten de su camino —replicó Aphrael.

—¿Se da cuenta de que son enemigos?

—El concepto de «enemigo» es difícil para alguien como Santheocles —le dijo Ehlana—. Nunca ha estado fuera de las murallas de Cyrga, y dudo de que haya visto más de diez personas que no fueran cyrgais, en toda su vida. Los cyrgais le obedecen de forma automática, y no ha tenido mucha experiencia con la hostilidad abierta.

Ekatas subía jadeando las escaleras detrás de Santheocles. Tenía los ojos abiertos de par en par por la impresión, y el arrugado rostro ceniciento. Le habló vivamente a su rey, y Santheocles se hizo a un lado con placidez. Ekatas se irguió y comenzó a pronunciar sonoras palabras mientras movía las manos en el aire ante sí.

—¡Detenedlo! —gritó Bevier—. ¡Está lanzando un hechizo!

—Está intentando lanzar un hechizo —lo corrigió Aphrael—. Me parece que está condenado a llevarse una fea sorpresa.

La voz del sumo sacerdote subió en un largo y lento crescendo, y de pronto tendió un brazo hacia Kalten y Mirtai.

Nada sucedió.

Ekatas se llevó la mano vacía a los ojos, y la contempló boquiabierto de absoluto asombro.

—Ekatas —lo llamó Aphrael con dulzura—. Detesto ser portadora de malas nuevas, pero ahora que Cyrgon está muerto, tus hechizos ya no funcionan.

Él levantó la mirada hacia ella, y su rostro fue lentamente ganado por la comprensión y el reconocimiento. Luego salió corriendo, se lanzó a través de la puerta abierta que había a la izquierda del descansillo, y la cerró de golpe tras de sí.

Mirtai fue tras él con presteza. Hizo un breve intento de abrir la puerta, luego retrocedió y la hizo pedazos de una patada.

Kalten avanzó hacia el rey de los cyrgais, que sonreía burlonamente. Santheocles adoptó su pose heroica, con el enorme escudo tendido ante sí, la espada y la cabeza en alto.

—No es un contrincante digno de Kalten —comentó Bevier—. ¿Por qué no huye?

—Se cree invencible, caballero Bevier —replicó Xanetia—. Ha matado a muchos de los propios soldados suyos en el campo de maniobras, y se considera por tanto el guerrero supremo deste mundo. En verdad, no obstante, los subordinados suyos no le devolverían los golpes ni atreveríanse a defenderse siquiera, pues es él su rey.

Kalten, con expresión ominosa y vengativa, cayó como una avalancha sobre el monarca débil mental. El rostro de Santheocles fue invadido por una expresión escandalizada y ultrajada al ver que, por primera vez en su vida, alguien levantaba un arma contra él.

Fue una pelea corta y desagradable, y el resultado era muy predecible. Kalten abolló el escudo de tamaño excesivo, paró un par de golpes rígidamente formales lanzados contra su cabeza, y luego clavó su espada hasta la empuñadura en el centro preciso del peto. Santheocles lo miró con ojos fijos de absoluto asombro. Luego suspiró, se inclinó hacia atrás desensartándose de la espada, y cayó de espaldas, laxo, por las escaleras con un estruendo metálico.

—¡Sí! —se regocijó Ehlana con voz salvaje al morir el más ofensivo de sus persecutores.

Desde detrás de la puerta destrozada llegó un largo y desesperado alarido que fue desvaneciéndose de manera horrible, y Mirtai salió por ella con una expresión de fría satisfacción.

—¿Qué le has hecho? —inquirió Kalten, curioso.

—Lo he defenestrado —replicó ella con un ligero encogimiento de hombros.

—¡Mirtai! —exclamó él con voz ahogada—. ¡Eso es terriblemente espantoso!

Ella le echó una mirada de perplejidad.

—¿De qué estás hablando?

—¡Eso es algo realmente terrible de hacerle a un hombre!

—¿Arrojarlo por la ventana? Se me ocurren cosas mucho peores que pueden hacersele a alguien.

—¿Es eso lo que significa la palabra que acabas de utilizar?

—Por supuesto. Stragen solía hablar de ello cuando estábamos en Matherion.

—Ah. —Kalten se ruborizó ligeramente.

—¿Qué pensabas que quería decir?

—Eh..., es igual, Mirtai. Olvídate de que he dicho algo.

—Tienes que haber pensado que significaba algo.

—Dejémoslo, ¿quieres? Lo entendí mal, eso es todo. —Levantó los ojos hacia los demás—. Bajemos —sugirió—. No creo que vaya a interponerse nadie más en nuestro camino.

Ehlana estalló de pronto en lágrimas.

—¡No puedo! —gimió—. ¡No puedo encararme con Falquián de esta manera! —Se llevó las manos al griñón que le cubría la cabeza violentada.

—¿Todavía estás preocupada por eso? —preguntó Aphrael.

—¡Estoy espantosa!

Aphrael puso los ojos en blanco.

—Entremos en esa habitación —sugirió—. Te arreglaré el problema... si es tan importante para ti.

—¿Puedes hacerlo? —inquirió Ehlana, ansiosa.

—Por supuesto. —La diosa-niña la miró con los ojos entrecerrados—. ¿Te gustaría que le cambiara el color? —preguntó—. ¿O quizá que te lo rizara?

La reina frunció los labios.

—¿Por qué no lo hablamos un poco? —decidió.

Los cynesganos a cargo de la ciudad exterior no eran unos soldados particularmente buenos para empezar, y cuando los trolls saltaron del No-Tiempo para trepar las murallas hacia ellos, los hombres se dispersaron y huyeron.

—¿Les has dicho a los trolls que nos abrieran las puertas? —le preguntó Vanion a Uloth.

—Sí, mi señor —replicó el caballero genidiano—, pero podría pasar un rato antes de que se acuerden. En este momento tienen hambre, así que antes tomarán el desayuno.

—Tenemos que entrar, Uloth —intervino Sephrenia con tono apremiante—. Tenemos que proteger los barracones de los esclavos.

—Oh, señor —dijo él—. Había olvidado eso. Los trolls no serán capaces de distinguir a los esclavos de los cynesganos.

—Iré a echar un vistazo —ofreció Khalad. Desmontó y corrió hacia las enormes puertas de madera. Regresó pasados apenas unos instantes.

—No representan ningún problema en particular, mi señora Sephrenia —informó—. Esas puertas se harían pedazos con que sólo les estornudaras.

—¿Qué?

—Las tablas son muy viejas, mi señora, y están podridas por dentro. Con tu permiso, mi señor Vanion, me llevaré a algunos hombres e improvisaré un ariete. Derribaremos la puerta para poder entrar.

—Por supuesto —replicó Vanion.

—Ven conmigo, Berit —le dijo Khalad a su amigo.

—Ese muchacho siempre se las arregla para hacerme sentir incapaz —masculló Vanion mientras observaban a los dos hombres que volvían sobre sus pasos para reunirse con los caballeros agrupados a unas varas de distancia.

—Según recuerdo, su padre tenía el mismo efecto sobre ti —comentó Sephrenia.

Kring regresó galopando desde el otro lado de la muralla.

—El amigo Bergsten está preparándose para asaltar la puerta norte —informó.

—Envíale mensaje para decirle que tenga cuidado, amigo Kring —aconsejó Betuana—. Los trolls ya se encuentran dentro de la ciudad... y tienen hambre. Sería mejor que retrasara un poco su ataque.

Kring asintió.

—El trabajar con trolls cambia el carácter de las cosas, ¿verdad, Betuana-reina? Son muy buenos aliados en una pelea, pero no es conveniente permitir que pasen hambre.

Unos diez minutos más tarde, Khalad y algunos caballeros arrastraron un enorme tronco, lo colocaron delante de la puerta, suspendido de unas cuerdas atadas a varios trípodes improvisados y comenzaron a golpear las maderas podridas. La puerta arrojó nubecillas de polvo rojizo y comenzó a desmenuzarse y caer.

—¡Vamos! —le gritó Vanion a su ejército extrañamente surtido, y abrió la marcha hacia el interior de la ciudad. Por insistencia de Sephrenia, los caballeros se encaminaron sin más hacia los barracones de los esclavos, y los escoltaron sanos y salvos al exterior de las murallas. Luego, las fuerzas de Vanion avanzaron directamente hacia la muralla interior que protegía la abrupta colina que se alzaba en el centro de Cyrga.

—¿Cuánto es probable que tarden? —inquirió Vanion al tiempo que señalaba a un grupo de hambrientos trolls.

—Es un poco difícil saberlo, mi señor Vanion —replicó Ulath—. Pero no creo que vayamos a obtener mucha cooperación por parte de ellos mientras haya

cynesganos corriendo de aquí para allá por las calles de la ciudad exterior.

—Puede que sea mejor así —decidió Vanion—. Me parece que nos interesa llegar hasta Falquián y los otros antes que los trolls. —Volvió la cabeza—. Khalad —llamó—, díles a los hombres que traigan el ariete hasta aquí. Derribemos las puertas de la ciudad interior y vayamos en busca de Falquián.

—Sí, mi señor —replicó el joven.

Las puertas de la muralla interior eran más resistentes, y Khalad estaba arrancando de ellas grandes sonidos tronantes cuando el patriarca Bergsten se acercó cabalgando a lo largo de la muralla, acompañado por el veterano pandion, el caballero Heldin, un peloi a quien Vanion no reconoció, y una esbelta muchacha atana de elevada estatura. Vanion se sobresaltó un poco al ver que el dios estiriano Setras también estaba con ellos.

—¿Qué crees que estás haciendo, Vanion? —rugió Bergsten.

—Derribando esta puerta, como puede ver vuestra gracia —replicó Vanion.

—No es a eso que me refiero. ¿Qué te poseyó, en el nombre de Dios, para permitir que los trolls llevaran a cabo el asalto inicial?

—La verdad es que no se trataba de una cuestión de «permitir», vuestra gracia. No pidieron permiso, exactamente.

—Tenemos un absoluto caos en la ciudad exterior. Mis caballeros no pueden concentrarse en esta ciudad interior porque no dejan de tropezarse con los trolls. Sufren un frenesí alimentario, ¿sabes? En este momento están comiéndose todo lo que se mueve.

—¿Tienes que decirlo? —murmuró Sephrenia con un estremecimiento.

—Hola, Sephrenia —la saludó Bergsten—. Tienes buen aspecto. ¿Cuánto más vas a tardar con esta puerta, Vanion? Metamos a nuestra gente en la ciudad interior, donde sólo tendremos que preocuparnos de los cyrgais. Tus aliados están poniendo muy nerviosos a mis hombres. —Miró hacia lo alto de la muralla interna, nítidamente delineada contra el cielo del alba—. Yo pensaba que los cyrgais eran supuestos soldados. ¿Por qué no defienden esta muralla?

—En este momento están un poco desmoralizados —explicó Sephrenia—. Falquián acaba de matar a su dios.

—¿Eso ha hecho? Creía que de eso se encargaría el Bhelliom.

Ella suspiró.

—En un cierto sentido, así fue —replicó—. A estas alturas es un poco difícil separarlos a los dos. Aphrael no está muy segura de dónde acaba Bhelliom y comienza Falquián.

Bergsten se estremeció.

—Creo que no quiero saberlo —confesó—. Ya tengo bastantes líos teológicos. ¿Qué hay de Klæl?

—Se ha marchado. Quedó desterrado en cuando Falquián mató a Cyrgon.

—Ah, muy bonito, Vanion —comentó Bergsten con la voz cargada de sarcasmo—. Me haces cabalgar un millar de leguas en pleno invierno, y la lucha ya ha terminado antes de que llegue aquí.

—Probablemente el ejercicio ha sido bueno para vuestra gracia. —Vanion alzó la voz—. ¿Cuánto falta, Khalad? —gritó.

—Sólo unos cuantos minutos más, mi señor —replicó el escudero de Falquián—. Las maderas comienzan a rajarse.

—Bien —dijo Vanion con tono ominoso—. Quiero encontrar a Zalasta. Él y yo tenemos algunas cosas de las que hablar... largo y tendido.

—Han escapado todos, Falquián —informó Talen al regresar de una rápida exploración del palacio en ruinas—. Las puertas están abiertas de par en par y somos las únicas personas aquí arriba.

Falquián asintió con cansancio. Había sido una noche larga, y estaba tanto emocional como físicamente agotado. Sin embargo, aún podía sentir la enorme calma que se había apoderado de él al comprender el verdadero significado de su relación con el Bhelliom. Había algunas fugaces tentaciones —curiosidad tal vez, más que cualquier otra cosa—, un deseo de experimentar y poner a prueba los límites de las capacidades que acababa de reconocer en sí mismo. Las reprimió deliberadamente.

«Adelante, Falquián». La voz de Aphrael que resonó en su mente tenía una leve nota desafiante. Volvió un poco la cabeza para echarle una mirada interrogativa a la niña intemporal que se hallaba de pie junto a su esposa. El rostro de Ehlana era sereno mientras se pasaba los dedos entre los largos cabellos de un pálido rubio. «¿Qué quieres que haga?», fue el pensamiento que envió él a modo de respuesta.

«Cualquier cosa que te pase por la cabeza».

«¿Por qué?».

«¿Es que no tienes ni una pizca de curiosidad? ¿No quieres averiguar si puedes volver una montaña del revés?».

«Puedo hacerlo —replicó él—. Pero no veo ninguna razón para hacer algo

semejante».

«¡Eres odioso, Falquián!», se encolerizó ella.

«¿Qué problema tienes, Aphrael?».

«¡Eres tan zoquete!».

Él le dedicó una dulce sonrisa.

«Ya lo sé, pero tú me quieres a pesar de eso, ¿verdad?».

—Falquián —le llamó Kalten desde la ornada puerta de bronce—. Vanion está subiendo la colina. Bergsten viene con él.

Vanion conocía a Falquián desde que éste era un novicio, pero el hombre de armadura y aspecto agotado casi parecía un extraño. En su rostro y ojos había algo que no existía antes. El preceptor se acercó a su viejo amigo en compañía del patriarca Bergsten y Sephrenia, con algo muy cercano al temor reverencial.

En cuanto Ehlana vio a Sephrenia, corrió hacia ella con un grito bajo y le dio un frenético abrazo.

—Veo que has destrozado otra ciudad, Falquián —comentó Bergsten con una ancha sonrisa—. Se está convirtiendo en un hábito, ¿sabes?

—Buenos días tenga vuestra gracia —replicó Falquián—. Me alegro de volver a veros.

—¿Has hecho tú solo todo esto? —Bergsten abarcó con un gesto el templo en ruinas y el palacio medio derruido.

—Klæl hizo la mayor parte, vuestra gracia.

El enorme eclesiástico cuadró los hombros.

—Tengo órdenes de Dolmant para ti —dijo—. Tienes que entregarme el Bhelliom. ¿Por qué no lo haces ahora mismo... antes de que los dos lo olvidéis?

—Me temo que eso es imposible, vuestra gracia —suspiró Falquián—. Ya no lo tengo.

—¿Qué has hecho con él?

—Ya no existe..., al menos no en la forma que tenía hasta ahora. Ha sido libertado de su encierro para continuar su viaje.

—¿Lo has dejado en libertad sin consultar con la iglesia? Estás metido en un lío, Falquián.

—Oh, haz el favor de ser serio, Bergsten —intervino Aphrael—. Falquián ha hecho lo que tenía que hacerse. Yo se lo explicaré a Dolmant más adelante.

Vanion, sin embargo, tenía otra cosa en mente.

—Todo esto es muy interesante —dijo con frialdad—, pero en este momento me importa mucho más encontrar a Zalasta. ¿Tiene alguien idea de dónde podría hallarlo?

—Podría estar debajo de todo eso, Vanion —contestó Ehlana mientras señalaba el ruinoso templo—. Él y Ekatas se encaminaban hacia allí cuando descubrieron que Falquián estaba dentro de las murallas de Cyrga. Ekatas escapó, y Mirtai se encargó de matarlo, pero es posible que Zalasta resultara aplastado cuando Klæl hizo estallar el edificio.

—No —declaró Aphrael sin más—. No está en ninguna parte de la ciudad.

—Te aseguro que quiero encontrarlo, de verdad, divina Aphrael —afirmó Vanion.

—Setras, querido —dijo Aphrael con dulzura—, ¿querrías ver si puedes encontrarme a Zalasta? Tiene que responder de muchísimas cosas.

—Veré qué puedo hacer, Aphrael —prometió el apuesto dios—, pero la verdad es que debería regresar a mi estudio. He descuidado mi propio trabajo durante estos días.

—Por favor, Setras —pidió ella, zalamera, lanzándole encima su devastadora sonrisilla.

Él se echó a reír, impotente.

—¿Ves de qué te hablaba, Bergsten? —le comentó al gigantesco patriarca—. Ella es la criatura más peligrosa del universo.

—Eso he oído decir —replicó Bergsten—. Probablemente será mejor que vayas a hacer lo que te pide, Setras. Acabarás haciéndolo de todas formas.

—Ah, allí estás, Itagne-embajador —oyó Vanion que decía la atana Maris en un tono de voz engañosamente amable.

Giró la cabeza y vio que la esbelta comandante de la guarnición atana de Cynesga caía sobre el diplomático tamul que manifestaba una clara aprensión.

—He estado buscándote por todas partes —continuó ella—. Tenemos mucho de que hablar. Por algún motivo, no me ha llegado ninguna de tus cartas. Creo que deberías echarle una reprimenda a tu mensajero.

El rostro de Itagne adquirió la expresión de alguien atrapado.

Betwana envió corredores con mensajes hacia Matherion, justo antes del mediodía, cuando capituló el último de los desmoralizados cyrgais. El caballero Ulath se ocupó de señalar con bastante ahínco que lo sucedido a los cynesganos

de la ciudad exterior podría haber influido hasta un cierto punto en esa decisión. El patriarca Bergsten había comenzado a mirar a su compatriota con ojos críticos y especulativos. Bergsten era un clérigo rudo, dispuesto a saltarse toda clase de reglas en nombre de la conveniencia, pero se atragantaba un poco con la ecumenicidad desenfrenada de Ulath.

—Se muestra un poco demasiado entusiasta, Falquián —declaró el enorme patriarca—. De acuerdo, concedo que los trolls nos resultaron de cierta utilidad, pero... —Buscó la manera de expresar sus prejuicios íntimos.

—Existe una afinidad bastante especial entre Ulath y Bhlok, vuestra gracia —replicó Falquián, esquivando el tema—. ¿Cuánto nos queda por hacer aquí? Me gustaría bastante llevar a mi esposa de vuelta a la civilización.

—Puedes marcharte ya, Falquián —replicó Bergsten con un encogimiento de hombros—. Nosotros podemos encargarnos de limpiar esto. No has dejado mucho que pueda preocuparnos a los demás. Me quedaré aquí con mis caballeros para acabar de apresar a los cyrgais; Tikume va a llevarse a sus pelois de vuelta a Cynesga con el fin de ayudar a Itagne y la atana Maris a consolidar la ocupación; y Betuana enviará a sus atanes a Arjuna para restablecer la autoridad imperial. —Hizo una amarga mueca—. La verdad es que no queda nada más que los mezquinos detalles administrativos. Me has robado una lucha muy buena, Falquián.

—Puedo enviar a buscar más soldados de Klæl si lo quiere vuestra gracia.

—No. No te preocupes, Falquián —se apresuró a replicar Bergsten—. Puedo vivir sin más peleas como esas, ¿regresarás directamente a Matherion?

—No directamente, vuestra gracia. La cortesía nos obliga a escoltar a la anarae Xanetia de vuelta a Delfaeus.

—Es una dama muy extraña —reflexionó Bergsten—. No dejo de sorprenderme al borde justo de la genuflexión cada vez que entra donde yo estoy.

—Tiene ese efecto sobre toda la gente, no sólo sobre vuestra gracia. Si de verdad no nos necesitáis aquí, iré a hablar con los demás y nos prepararemos para marchar.

—¿Qué sucedió de verdad, Falquián? —preguntó Bergsten sin rodeos—. Tengo que hacerle un informe a Dolmant, y no puedo sacar mucho sentido de lo que los demás han estado diciéndome.

—No estoy seguro de poder explicárselo a vuestra gracia —replicó Falquián—. Bhelliom y yo nos combinamos de alguna forma durante un rato. Necesitaba

mi brazo, supongo. —Era una respuesta fácil y esquivaba un tema central que Falquián aún no estaba del todo preparado para meditar.

—¿No fuiste más que una herramienta, entonces? —La mirada de Bergsten era atenta.

—¿No lo somos todos, vuestra gracia? Somos los instrumentos de Dios. Por eso se nos paga —replicó Falquián encogiéndose de hombros.

—Falquián, estás rozando el límite mismo de la herejía. No utilices la palabra «Dios» con tanta ligereza.

—No, vuestra gracia —asintió Falquián—. Era sólo una reflexión sobre las limitaciones del idioma. Hay cosas que no comprendemos y para las que no tenemos palabras. Las reunimos todas, las llamamos «Dios», y lo dejamos así. Vos y yo somos soldados, patriarca Bergsten. Se nos paga para hollar la tierra a la carrera cuando alguien toca una trompeta. Dejemos que sea Dolmant quien dilucide esto. Para eso se le paga.

Falquián y sus amigos, acompañados por Kring, Betuana y Engessa, salieron a caballo de la ruinosa Cyrga justo después del alba del día siguiente, en dirección a Sarna. Falquián no había visto a Bhelliom ni tenido noticias suyas desde el enfrentamiento con Cyrgon, y sentía una peculiar decepción por eso. Los dioses-troll también habían partido con sus hijos..., todos menos Bhlok, que caminaba arrastrando los pies entre Ulath y Tynian. Bhlok se mostraba evasivo respecto a las razones que tenía para acompañarlos.

Cabalgaban hacia el noreste por las estériles tierras de Cynesga, en cómodas etapas. Ya había desaparecido la urgente necesidad de apresurarse. Sephrenia y Xanetia, una vez más trabajando en concierto, habían devuelto todos los rostros a sus legítimos dueños, y las cosas regresaban lentamente a la normalidad.

Fue a eso de la media mañana, diez días después de la partida de Cyrga y cuando estaban a unas pocas leguas de Sarna, cuando Vanion se adelantó a caballo para reunirse con Falquián a la cabeza de la columna.

—¿Puedo hablar contigo, Falquián? —preguntó.

—Por supuesto.

—Es algo privado.

Falquián asintió con la cabeza, entregó la dirección de la columna a Bevier y taconeó a *Faran* hasta un trote ligero. Él y Vanion volvieron a aminorar la velocidad cuando se hallaban a unas quinientas varas de distancia de los demás.

—Sephrenia quiere que nos casemos —comenzó Vanion, sin preámbulo.

—¿Estás pidiéndome permiso?

Vanion le echó una larga mirada fija.

—Perdona —se disculpó Falquián—. Me has pillado por sorpresa. Hay problemas al respecto, ya lo sabes. La iglesia nunca lo aprobará, y tampoco lo harán los Mil del Estiricum. Ya no somos tan conservadores como solíamos, pero la noción del matrimonio entre dos razas o religiones diferentes aún le eriza los pelos a algunos.

—Ya lo sé —dijo Vanion con tono sombrío—. Es probable que Dolmant no tuviera ninguna objeción personal, pero tiene las manos atadas por las leyes y doctrina de la iglesia.

—¿A quién vas a pedirle que oficie, en ese caso?

—Sephrenia ya ha resuelto ese problema. Xanetia será quien realice la ceremonia.

Falquián casi se atragantó al oír eso.

—Ella es una sacerdotisa, Falquián.

—Bueno..., técnicamente, supongo que sí. —Luego, Falquián estalló repentinamente en carcajadas.

—¿Qué te resulta tan gracioso? —exigió saber Vanion con hosquedad.

—¿Puedes imaginarte la cara que pondrá Ortzel cuando se entere de que un preceptor de una de las cuatro órdenes, un patriarca de la iglesia, ha sido unido en matrimonio con una de los Mil del Estiricum por una sacerdotisa delfae?

—La verdad es que eso transgrede algunas reglas, ¿no es cierto? —concedió Vanion con una sonrisa torcida.

—¿Algunas? Vanion, dudo de que puedas hallar un solo acto que transgreda más.

—¿También tú lo desapruebas?

—Yo no, viejo amigo. Si eso es lo que tú y Sephrenia queréis, os respaldaré hasta delante de la alta jerarquía eclesiástica.

—¿Serás mi padrino, entonces, Falquián? Durante la ceremonia, quiero decir.

Falquián le dio unas palmadas en el hombro.

—Me sentiré honrado, amigo mío.

—Bien. Eso lo mantendrá todo en familia. Sephrenia ya ha hablado con tu esposa al respecto. Ehlana será su madrina.

—De alguna forma sabía que ibas a decirme eso —replicó Falquián, riendo.

Pasaron por Sarna y continuaron por la senda de montaña cubierta de nieve hacia Dirgis, en Atan meridional. Tras salir de Dirgis, volvieron a girar hacia el oeste y se adentraron aún más en las montañas.

—Estamos dejando una pista muy ancha, Falquián —comentó Bevier a últimas horas de una tarde en la que nevaba—, y la pista conduce directamente hacia Delfaeus.

Falquián se volvió a mirar a sus espaldas.

—Tienes razón —concedió—. Creo que será mejor que hablemos con Aphrael. Las cosas han cambiado un poco, pero no tengo la impresión de que los delfaes estén dispuestos a darles la bienvenida a los buscadores de paisajes. —Hizo girar a *Faran* y retrocedió para reunirse con las damas. Aphrael, como era habitual, montaba con Sephrenia—. ¿Puedo hacerte una sugerencia, divina Aphrael? —comenzó Falquián a modo de tanteo.

—Hablas exactamente igual que Tynian.

Él hizo caso omiso del comentario.

—¿Qué tal de buena eres con el tiempo atmosférico?

—¿Es que quieres que sea verano?

—No. La verdad es que quiero una ventisca moderada. Estamos dejando huellas en la nieve, y esas huellas señalan el camino directo a Delfaeus.

—¿Y qué problema hay con eso?

—Puede que los delfaes no quieran visitantes inesperados.

—No habrá ninguno..., ni inesperados ni de los otros. Tú prometiste sellar su valle, ¿no es cierto?

—¡Oh, Dios! —exclamó él—. ¡Me había olvidado de eso! Va a ser un problema. Ya no tengo a Bhelliom conmigo.

—Entonces será mejor que intentes ponerte en contacto con él, Falquián. Al fin y al cabo, una promesa es una promesa. Xanetia cumplió con su parte del trato, así que estás moralmente obligado a cumplir con la tuya.

Falquián estaba disgustado. Se alejó un poco adentrándose en una espesa arboleda de ahusados pinos jóvenes, y desmontó.

—Rosa Azul —dijo en voz alta, sin esperar de veras una respuesta—. Rosa Azul.

—Os oigo, Anakha —replicó de inmediato la voz en su mente—. He pensado que podríais estar de alguna forma descontento conmigo.

—Eso nunca, Rosa Azul. Vos habéis ejecutado... o excedido... todo lo que de vos solicité. Los enemigos nuestros han sido derrotados, y estoy contento. Yo,

no obstante, comprometí el mi honor con los delfaes a cambio del auxilio suyo. Estoy obligado a sellar el su valle porque ninguno deste mundo vaya contra ellos.

—Recuerdo la vuesa promesa, Anakha. Fue entregada con sinceridad. Pronto, sin embargo, ya no será menester cumplirla.

—Vuestras palabras escapan a la comprensión mía.

—Observad, entonces, fijo mío, y aprended. —Se produjo una larga pausa—. No es la intención mía ofenderos pero ¿por qué me habéis presentado aqieste asunto?

—Yo di la mi palabra de que sellaría el valle, padre.

—Entonces, selladlo.

—No estaba seguro de poder hablar todavía con vos para solicitar el vueso auxilio.

—Vos no habéis menester del auxilio mío, Anakha..., ni del mío ni del de ningún otro. ¿No os ha convencido el encuentro con Cyrgon de que todas las cosas son posibles para vos? Vos sois Anakha y el fijo mío, y no hay otro como vos en todo el estrellado universo. Fue menester faceros desta guisa para que el mi designio pudiera alcanzarse. Cualquiera cosa que ficisteis a través de mí, podríais haberla logrado fácilmente con la vuesa mano. —La voz hizo una pausa—. Estoy, no obstante, algo complacido de que no conocierais las vuestas capacidades, pues me ha dado alguna oportunidad de llegar a conoceros. Pensaré a menudo en vos durante el mi interminable viaje. Continuemos pues hacia Delfaeus, donde el vueso camarada Vanion y la nuestra muy querida Sephrenia serán unidos, y donde vos presenciareis una maravilla.

—¿Qué maravilla en particular será aquesta, Rosa Azul?

—Difícil es que fuera una maravilla para vos, si la conocierais con antelación, fijo mío.

Falquián percibió un leve deje divertido en la voz, y la sensación de la presencia de Bhelliom se desvaneció.

Fue bajo la nieve que caía a primeras horas de un atardecer, cuando coronaron una cresta y vieron a sus pies el valle donde el lago fulgente, borroso tras los arremolinados copos, brillaba con una luz casi igual a la de la luna. El anciano Cedon los aguardaba en las rústicas puertas de esta otra ciudad oculta, y junto a él estaba el amigo de Itagne, Ekrasios.

Conversaron hasta muy tarde, pues había muchas cosas que contarse, y era media mañana del día siguiente cuando Falquián despertó en la habitación

extrañamente hundida que compartía con su esposa. Una de las peculiaridades de las construcciones delfaes era que los pisos de la mayoría de las habitaciones estaban por debajo del nivel del suelo. Falquián no pensó demasiado en el asunto, pero Khalad parecía muy intrigado con ese detalle.

Falquián le dio un suave beso a su esposa aún dormida, se deslizó en silencio de la cama y salió a buscar a Vanion. Recordaba su propio día de bodas, y estaba muy seguro de que su amigo iba a necesitar un poco de apoyo.

Encontró al preceptor de grises cabellos hablando con Talen y Khalad en el improvisado establo. El rostro de Khalad estaba desolado.

—¿Qué sucede? —preguntó Falquián al reunirse con ellos.

—Mi hermano está un poco descontento —explicó Talen—. Ha hablado con Ekrasios y los otros delfaes que dispersaron a los ejércitos de Scarpa en Arjuna, y nadie ha podido decirle de forma alguna qué sucedió con Krager.

—Voy a trabajar sobre la teoría de que aún vive —declaró Khalad—. Es demasiado escurridizo como para no haber escapado.

—Tenemos planes para ti, Khalad —intervino Vanion—. Eres demasiado valioso como para pasarte toda la vida persiguiendo a una comadreja borracha que podría haber salido de Natayos con vida o podría no haberlo conseguido.

—No le llevará tanto tiempo, mi señor Vanion —dijo Talen—. En cuanto Stragen y yo regresemos a Cimmura, hablaremos con Platime y él hará correr la voz. Si Krager está vivo, en cualquier parte del mundo, nos enteraremos.

—¿Qué están haciendo las damas? —preguntó Vanion con nerviosismo.

—Ehlana todavía duerme —replicó Falquián—. ¿Vais a regresar a Matherion con nosotros, tú y Sephrenia, cuando hayamos acabado aquí?

—De paso —contestó Vanion—. Sephrenia quiere hablar con Sarabian de algunas cosas. Luego regresaremos a Atan con Betuana y Engessa. Desde allí nos quedará sólo un corto camino hasta Sarsos. Por cierto, ¿te has dado cuenta de lo que hay entre Betuana y Engessa?

Falquián asintió con la cabeza.

—Es evidente que Betuana ha decidido que los atanes necesitan un rey. Engessa es adecuado, y probablemente más inteligente que Androl.

—Eso no es decir mucho en su favor, Falquián —comentó Talen con una ancha sonrisa—. Androl no era mucho más inteligente que un ladrillo.

Las damas, por supuesto, llevaron a cabo extensos preparativos.

Los caballeros, por su parte, hacían todo lo posible por mantener ocupada la mente de Vanion.

El oscuro credo de la fe delfae dictaba que la ceremonia tuviera lugar en la orilla del lago luminoso al caer la noche. Falquián percibía nebulosamente el porqué de que eso fuera adecuado para los seres fulgentes, pero la boda de Vanion y Sephrenia tenía poco que ver, si acaso algo, con el pacto existente entre los delfaes y su dios. La cortesía, sin embargo, dictaba que él se guardara sus opiniones. Se ofreció a ataviar a Vanion con la tradicional armadura negra de los pandiones, pero el preceptor decidió llevar en cambio una túnica blanca estiriana.

—He librado mi última guerra, Falquián —declaró con un poco de tristeza—. A Dolmant no le quedará otra alternativa que la de excomulgarme y despojarme de mi dignidad de caballero, después de esto. Eso me convierte otra vez en un civil. De todas formas, nunca me gustó demasiado llevar armadura. —Miró con curiosidad a Ulath y Tynian, que hablaban seriamente con Bhlok w justo fuera del establo—. ¿Qué sucede entre ellos?

—Están intentando explicarle el concepto de boda a su amigo. No están haciendo muchos progresos.

—No creo que los trolls le concedan mucha importancia a las ceremonias.

—La verdad es que no. Cuando un macho siente ese tipo de cosas por una hembra, le lleva algo... o alguien... de comer. Si ella come, quedan casados.

—¿Y si no lo hace?

Falquián se encogió de hombros.

—Por lo general intentan matarse el uno al otro.

—¿Tienes idea de por qué Bhlok w no se marchó con el resto de los trolls?

—Ni la más remota, Vanion. No he conseguido sacarle una respuesta directa. Resulta evidente que hay algo que los dioses-troll quieren que haga.

La tarde se deslizaba lentamente, y Vanion se ponía más y más ansioso con cada momento que pasaba. De forma inevitable, no obstante, el día gris se deslizó hacia el más gris atardecer, y la noche se posó sobre el valle oculto de Delfaeus.

Habían limpiado cuidadosamente el sendero desde la puerta de la ciudad a la orilla del lago, y Aphrael, que en las celebraciones importantes no podía evitar las bromas, lo había sembrado de pétalos de flores. Los delfaes, fulgentes en toda su plenitud y cantando un himno antiguo, se alineaban a los lados del sendero. Vanion aguardaba en la orilla del lago con Falquián, y los otros miembros del grupo permanecían de pie, con risueña expectación, mientras Sephrenia con Ehlana a su lado salía de la ciudad para avanzar hasta la margen.

—Valor, hijo mío —le murmuró Falquián a su amigo.

—¿Estás intentando ser gracioso?

—El casarse no duele realmente, Vanion.

Sucedió cuando la novia y su dama de honor estaban quizás a medio camino del lago. Una repentina nube de negro retinto apareció en el borde del prado cubierto de nieve, y una potente voz gritó «¡NO!». Luego, una chispa de luz incandescente surgió del centro de la nube y comenzó a hincharse ominosamente, palpitando y rodeada por un resplandeciente halo de luz purpúrea. Falquián reconoció el fenómeno.

—Yo prohíbo esta abominación —rugió la poderosa voz.

—¡Zalasta! —exclamó Kalten, mirando fijamente la esfera que se expandía con rapidez.

El estiriano estaba macilento y sus cabellos y barbas enredados.

Llevaba puesta su tradicional túnica blanca y sujetaba con manos temblorosas el pulido báculo. Se hallaba de pie dentro de la esfera, rodeado por su nimbo protector. Falquián sintió una calma de hielo que descendía sobre él mientras preparaba su mente y espíritu para el inevitable enfrentamiento.

—¡Te he perdido, Sephrenia! —declaró Zalasta—. ¡Pero no permitiré que te despose un elenio!

Aphrael corrió hacia su hermana con los largos cabellos negros flotando tras ella y un aire de implacable determinación en el pequeño rostro.

—No temáis, Aphrael —dijo Zalasta, hablando en estiriano—. No he acudido a este lugar maldito para oponerme a vos o la vuesa equivocada hermana. Fablo en nombre del Estiricum en este asunto, y he venido a evitar este obscuro simulacro de ceremonia que manchará a toda la nuestra raza. —Se irguió y señaló a Sephrenia con un dedo acusador—. Abjuro de vos, mujer. ¡Apartaos deste acto antinatural! ¡Salid de aquí, Sephrenia de Ylara! ¡Esta boda no debe celebrarse!

—¡Se celebrará! —La voz de Sephrenia sonó muy alta—. ¡Tú no puedes evitarla! ¡Márchate, Zalasta! ¡Perdiste todo derecho sobre mí cuando intentaste matarme! —Alzó la barbilla—. ¿Y has venido para intentarlo otra vez?

—No, Sephrenia de Ylara. Aquello fue el resultado de una locura que se apoderó de mí. Hay otra forma de evitar esta abominación. —Y se volvió con presteza, apuntando a Vanion con su mortal báculo.

Una chispa brillante salió disparada de la punta del báculo, crepitando en la pálida luz del anochecer, directa como una flecha en pleno vuelo, portadora de

muerte y de todo el odio de Zalasta.

Pero el vigilante Anakha estaba preparado, pues ya había deducido contra quién dirigiría Zalasta su ataque. La crepitante chispa voló en línea recta, y el ágil Anakha tendió una mano y la detuvo. Aferró la chispa y vio la furia de ésta que se esforzaba por salir entre sus dedos. Entonces, como un niño que le arrojara una piedra a un pájaro, la arrojó hacia Zalasta, donde estalló contra la superficie de la ardiente esfera.

—Muy bien, fijo mío —le felicitó la voz de Bhelliom.

Zalasta dio un violento respingo dentro de la protectora esfera. Pálido y demudado, miró fijamente la terrible silueta del hijo de Bhelliom.

Metódicamente, Anakha tendió una mano, con la palma hacia fuera, y comenzó a arrancar trozos de la brillante envoltura que protegía al desesperado estiriano, con un rayo globular tras otro, portador del tipo de energía que crea soles, mientras advertía, casi ausente, que los invitados de la boda se dispersaban y Sephrenia corría hacia Vanion. A medida que lanzaba aquella energía una y otra vez, el curioso Anakha la estudiaba, poniendo a prueba su poder, sondeando sus límites.

No encontró ninguno.

El implacable Anakha avanzó hacia el engañoso estiriano que en definitiva había sido la causa de una vida de sufrimientos y aflicciones. Sabía que podía borrar de la tierra al ahora aterrorizado mago con un solo pensamiento.

Decidió no hacerlo.

El vengativo Anakha avanzó, destrozando las últimas defensas levantadas con desesperación por el estiriano, arrancándolas trozo a trozo y apartando a un lado los lastimosos esfuerzos que Zalasta hacía para responder.

—¡Anakha! ¡Eso no está bien! —La voz habló en lengua troll. Perplejo, Anakha volvió la cabeza.

Era Bhlok, y el hijo de Bhelliom sentía respeto por el peludo sacerdote de los dioses-troll.

—¡Este es el último de los malvados! —declaró Bhlok—. ¡Es el deseo de Khwaj causarle dolor a eso! ¿Querrá el hijo de la Gema-Flor oír las palabras de Khwaj?

El contrariado Anakha consideró las palabras del sacerdote de los dioses-troll.

—Oiré las palabras de Khwaj —replicó—. Es correcto que yo haga eso porque Khwaj y yo somos compañeros de manada.

La enormidad del dios del fuego apareció, vaporizando la nieve que cubría el prado circundante.

—¿Respetará el hijo de Bhelliom la palabra dada por su compañero de manada, Ulath-de-Thalesia? —quiso saber Khwaj con una voz que rugía como un horno.

—La palabra de Ulath-de-Thalesia es mi palabra —concedió el honorable Anakha.

—¡Entonces, el malvado es mío!

Con pesar, Anakha doblegó su ira.

—Las palabras de Khwaj son palabras correctas —asintió—. Si Ulath-de-Thalesia le entregó el malvado a Khwaj, yo no diré que no se hará así. —Miró al aterrizado estiriano que luchaba para retener algunas pequeñas defensas—. Es tuyo, Khwaj. Me ha causado mucho dolor, y yo le causaré mucho dolor a él como pago, pero si Ulath-de-Thalesia ha dicho que corresponde a Khwaj causarle dolor, que así sea.

—El hijo de Bhelliom habla bien. Tienes honor, Anakha. —El dios del fuego le lanzó a Zalasta una mirada acusadora—. Has hecho grandes maldades, llamado-Zalasta.

Zalasta contemplaba a Khwaj con aterrizada incomprensión.

—Dile lo que he dicho, Anakha —solicitó Khwaj—. Eso debe saber por qué se lo castiga.

El cortés Anakha, dijo:

—Lo haré, Khwaj. —Miró con severidad al desgredado estiriano—. Me has causado mucho dolor, Zalasta —dijo en una voz espantosa, hablando estiriano—. Iba a pagarte por todos esos amigos míos que destruiste o corrompiste, pero Khwaj tiene derecho sobre ti, y por varias razones voy a hacer honor a su demanda. Deberías de haberte mantenido a distancia, Zalasta. Vanion hubiera acabado por perseguirte, pero la muerte es algo pequeño, y cuando ha acabado, ha acabado. Lo que Khwaj piensa hacerte durará toda la eternidad.

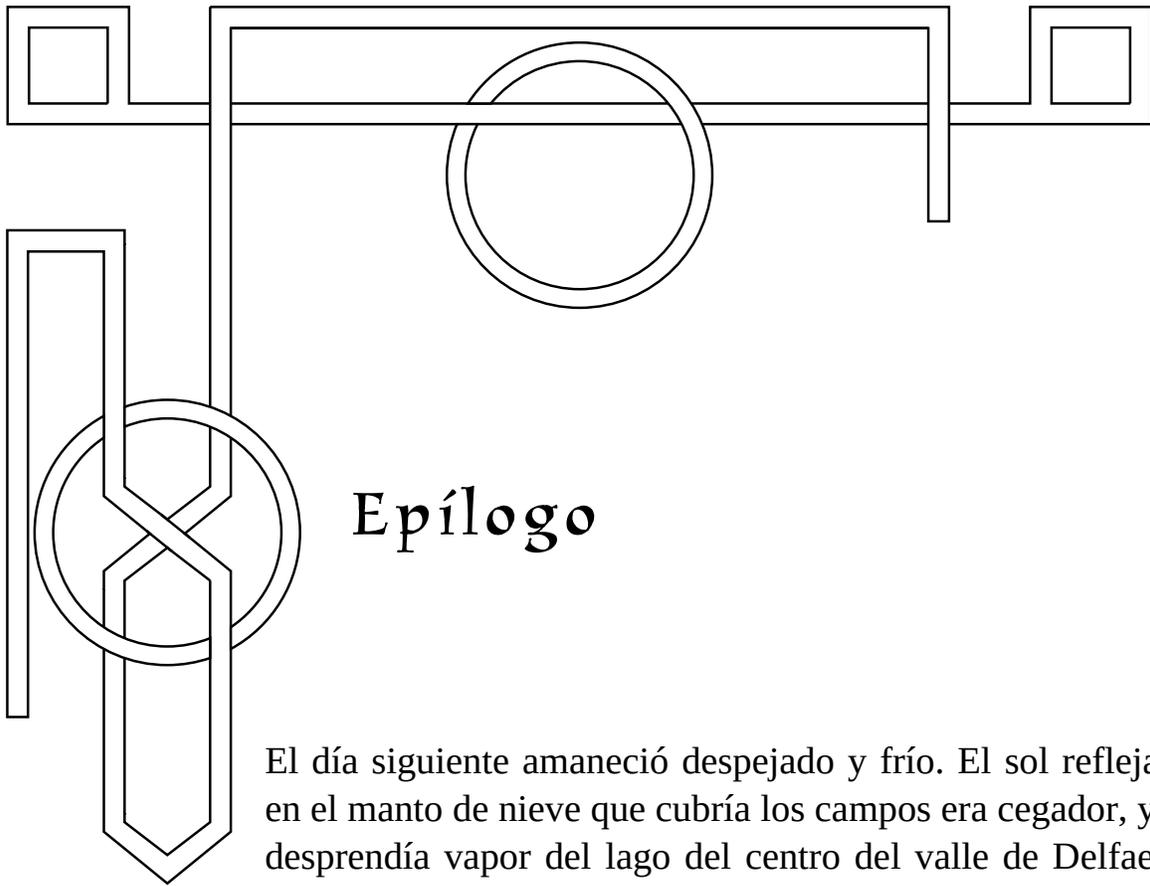
—¿Lo entiende? —exigió saber Khwaj.

—Hasta cierto punto, Khwaj.

—En su momento entenderá más, y tiene mucho tiempo. Tiene siempre. —Y el espantoso dios del fuego derribó de un soplido el resto de las lastimosas defensas de Zalasta y posó sobre la cabeza agachada del estiriano una mano extrañamente suave—. ¡Quema! —ordenó—. ¡Corre y quema hasta el final de los días!

Y, ardiendo Zalasta de Estiricum salió de aquel lugar profiriendo alaridos y envuelto en llamas.

El compasivo Anakha suspiró mientras observaba al hombre ardiente que salía corriendo por el prado cubierto de nieve, haciéndose más y más pequeño en la distancia mientras sus alaridos de agonía y desconsuelo e inenarrable soledad se alejaban con él al comenzar la primera hora de su eterno castigo.



## Epílogo

El día siguiente amaneció despejado y frío. El sol reflejado en el manto de nieve que cubría los campos era cegador, y se desprendía vapor del lago del centro del valle de Delfaeus. La boda, por supuesto, había sido aplazada y tendría lugar aquel anochecer.

Habían surgido preguntas, como era natural, pero Falquián las acalló explicando que todo lo sucedido era obra de Bhelliom y que él no había sido más que un instrumento de éste..., lo cual no constituía una mentira absoluta.

Pasaron el día en calma y volvieron a reunirse cuando cayó el sol y las sombras del anochecer se posaron en el valle. Una extraña sensación expectante había importunado a Falquián durante toda la tarde. Sabía que algo iba a suceder. Bhelliom le había dicho que presenciaría una maravilla, y ésa no era el tipo de palabra que Bhelliom utilizaría con ligereza.

Las sombras de la noche se hicieron más oscuras, y Falquián con los demás hombres escoltaron a Vanion hasta la orilla del lago relumbrante para aguardar al grupo de la novia mientras que los seres fulgentes cantaban una vez más el antiguo himno que con tanta brusquedad había sido interrumpido la noche precedente.

Luego apareció la novia ante la puerta, con la reina de Elenia a su lado, y las

otras dos damas que la seguían de cerca. La diosa-niña, girando y danzando en el aire mientras su voz se encumbraba entonando la canción de la flauta, las precedía sembrando otra vez el sendero con pétalos de flores.

El rostro de Sephrenia era sereno al avanzar por el sendero del lago. Al acercarse la menuda novia estiriana al hombre con quien dos de las más importantes religiones le habían prohibido casarse, su diosa personal le proporcionó un símbolo de que ella, al menos, aprobaba la unión: las estrellas habían comenzado a aparecer en ese momento en el cielo, y una de ellas pareció desviarse de su ruta. Como un cometa diminuto, una chispa brillante descendió sobre la radiante Sephrenia y fue a posarse suavemente sobre su cabeza como una brillante guirnalda de flores primaverales.

Falquián sonrió con ternura. La similitud con la coronación de Mirtai durante el rito de paso a la edad adulta era un poco demasiado obvia como para no verla.

—Críticón —lo acusó la voz de Aphrael.

—Yo no he dicho nada.

—Bueno, pues no lo hagas.

Sephrenia y Vanion se tomaron de la mano mientras el himno delfae subía hasta su punto culminante. Y entonces, Xanetia, brillando en toda su plenitud y acompañada por otras dos formas fulgentes, una blanca y la otra azul, llegó caminando por la superficie del lago. Una especie de murmullo anhelante recorrió a los delfaes y, todos a una, cayeron reverentemente de rodillas.

La anarae abrazó con ternura a su hermana estiriana y le dio a Vanion un casto beso en la mejilla.

—Rogádole he al amado Edaemus que se reuniera con nosotros aquí para bendecir esta muy feliz unión —le anunció a la asamblea—, y él ha traído consigo a otro invitado que siente también interés en la nuestra ceremonia.

—¿Ese de color azul es quien yo creo que es? —le murmuró Kalten a Falquián.

—Oh, sí —replicó Falquián—. Ésa es la forma que asumió en Cyrga, ¿recuerdas?... después de que se lo metiera a Klæl por la garganta.

—Estaba un poco distraído en aquel momento. ¿Es ese el verdadero aspecto que tiene? Después de quitarle todas las capas de zafiro, quiero decir.

—No lo creo, realmente. Bhelliom es un espíritu, no una forma. Me parece que esa forma en particular no es más que una cortesía... en atención a nosotros.

—Yo pensaba que ya se había marchado.

—No, no del todo.

La relumbrante forma de Edaemus se irguió, consiguiendo una apariencia algo incómoda. El rostro de Xanetia se endureció y sus ojos se entrecerraron.

—Yo había pensado mal de vos, Sephrenia de Ylara —admitió el dios de los delfaes—. Mi anarae persuadídome ha de que el mi pensamiento era un error. Os suplico que me perdonéis.

Al parecer, la gentil Xanetia no estaba libre de una buena cantidad de tendencias tiranizantes.

Sephrenia le dedicó al dios una sonrisa benigna.

—Por supuesto que os perdono, divino Edaemus. Yo misma no estaba enteramente libre de culpa, os lo confieso.

—Roguemos entonces todos para que nuestros diferentes dioses bendigan la unión deste hombre y desta mujer —entonó Xanetia con voz formal—, porque pienso que presagia un nacimiento nuevo de entendimiento y confianza para la humanidad toda.

Falquián sentía algunas dudas al respecto pero, al igual que los demás, inclinó la cabeza. No obstante, no dirigió sus pensamientos al dios elenio.

«Rosa Azul», pensó.

—¿Estáis rezando, fijo mío? —La voz que le respondió parecía un poco divertida.

—Consultando, Rosa Azul —lo corrigió Falquián—. Los demás dirigirán la súplica a nuestro dios elenio, y percibo que con premura se acerca el momento en que vos y yo deberemos separarnos.

—En verdad.

—He pensado aprovechar esta oportunidad para pedir os una merced.

—Si está en mi poder.

—Yo he visto el alcance del poder vuestro, Rosa Azul... y en alguna medida lo he compartido. Es insincero en vos el sugerir que hay límite alguno en lo que podéis obrar.

—Sed amable —murmuró el Bhelliom. Parecía haberse aficionado bastante a aquella expresión—. ¿Cuál es la merced que deseáis, fijo mío?

—Os suplico que os llevéis todo el poder vuestro con vos al partir. Es una carga que no estoy preparado para aceptar. Soy el fijo vuestro, Rosa Azul, pero también soy un hombre. No poseo ni la paciencia ni la sabiduría para aceptar la responsabilidad que me habéis impuesto. Aqueste mundo que vos ficisteis tiene dioses más que suficientes. No necesita otro.

—Pensad, fijo mío. Pensad en lo que os proponéis abandonar.

—Lo fice, padre mío. He sido Anakha, porque era menester. —Falquián luchaba por expresar sus pensamientos en elenio arcaica—. Cuando como Anakha me enfrenté con el estiriano Zalasta, sentí un gran desapego dentro de mí, y ese desapego aún mora en el mi interior. Paréceme que el vueso don me ha cambiado, faciéndome más... o menos... que un hombre. Yo desearía, si a vos os place, no ser ya el «paciente Anakha» ni el «curioso Anakha» ni el «implacable Anakha». La tarea de Anakha ha concluido. Agora, con todo mi corazón, deseo ser otra vez Falquián. Ser el «amante Falquián» o incluso el «irritado Falquián» me placería mucho más que el terrible vacío que es Anakha.

Se produjo una larga pausa.

—Sabed que estoy bien satisfecho de vos, fijo mío. —Había orgullo en la silenciosa voz que sonaba en la mente de Falquián—. Hallo más mérito en vos en aqueste momento que en ninguno otro. Os deseo el bien, Falquián. —Y la voz desapareció.

La ceremonia de bodas fue extraña en algunos sentidos y muy familiar en otros. La celebración del amor existente entre Vanion y Sephrenia estaba presente, pero las prédicas que tanto estropeaban el rito elenio, no. Al acabar, Xanetia posó las manos suavemente en amorosa bendición sobre las cabezas de los que acababa de unir. El gesto parecía proclamar que la ceremonia había llegado a su fin.

Pero no era cierto.

La segunda de las dos figuras que había acompañado a Xanetia en la travesía de las luminosas aguas, en la plenitud de su fulgor azul, avanzó un paso y dio también su bendición. Alzó las manos por encima del hombre y la mujer y, durante un breve instante, ambos compartieron la incandescencia azul. Y cuando la luz se desvaneció, en Sephrenia se había operado un sutil cambio. Los cuidados y agotamientos que habían marcado su rostro en una docena de formas distintas habían desaparecido, y parecía ser no mayor que Alean. Los cambios que el luminoso contacto de Bhelliom habían operado en Vanion eran más visibles y pronunciados. Sus hombros, que habían ido hundiéndose de manera imperceptible con el paso de los años, volvían a estar erguidos. Su rostro carecía de arrugas, y sus cabellos y barba era ahora del oscuro castaño rojizo que Falquián recordaba vagamente de sus días de noviciado. Era el regalo final de Bhelliom, y nada habría podido complacer más a Falquián.

Aphrael dio palmas al tiempo que profería un chillido de deleite y se arrojaba a los brazos de la nebulosa forma fulgente que acababa de rejuvenecer a su

hermana y a Vanion.

Falquián tuvo buen cuidado de ocultar una sonrisa. La diosa-niña había conseguido por fin maniobrar de forma que tuviera a Bhelliom en la posición adecuada para someterlo a los devastadores efectos de sus besos. Los besos, por supuesto, podrían no ser más que pura y efusiva gratitud..., aunque probablemente no fuese así.

La boda había tocado a su fin, pero los fulgentes delfaes no regresaron a la ciudad vacía. En lugar de eso, Xanetia rodeó los frágiles hombros ancianos del anari Cedon con un brazo para ayudarlo y guiarlo sobre la superficie radiante del lago, y los seres fulgentes la siguieron entonando un himno diferente mientras el incandescente Edaemus flotaba por el aire sobre ellos. La luz del lago se hizo más y más brillante, y el fulgor eterno de los delfaes pareció fundirse hasta el punto de que las figuras individuales ya no fueron distinguibles. Entonces, como la punta de una lanza, Edaemus salió disparado hacia el cielo, y todos sus hijos subieron como una corriente tras él. Cuando Falquián y sus amigos habían llegado por primera vez a Delfaeus, el anari Cedon les dijo que los delfaes viajaban hacia la luz y que iban a convertirse en luz, pero que aún existían impedimentos. Era evidente que el Bhelliom había quitado esas barreras. Los delfaes dejaron en el estrellado cielo una senda como la de un cometa, al ascender el primer peldaño de su inconcebible viaje.

La pálida radiación clara del lago había desaparecido, aunque no estaba oscuro. Una chispa azul se hallaba suspendida sobre él, mientras Bhelliom contemplaba su obra y veía que era buena. Luego también él se elevó de la tierra y se reunió con las eternas estrellas.

Aquella noche la pasaron en la desierta Delfaeus, y Falquián despertó temprano como de costumbre. Se vistió en silencio y dejó la sencilla habitación y a su despeinada y dormida esposa para salir a comprobar el tiempo que hacía.

Flauta se reunió con él al llegar a la puerta de la ciudad.

—¿Por qué no te pones zapatos? —preguntó él al advertir que sus piecillos desnudos y manchados de hierba estaban hundidos en la nieve.

—¿Para qué necesito yo zapatos, padre? —Ella le tendió los brazos y él la tomó en los suyos.

—Ha sido una noche memorable, ¿no crees? —comentó él, mirando al cielo nublado.

—¿Por qué hiciste eso, Falquián?

—¿Por qué hice qué?

—Tú sabes a qué me refiero. ¿Te das cuenta de lo que podrías haber conseguido? Habrías podido convertir este mundo en un paraíso, pero lo has tirado todo por la ventana.

—No creo que eso hubiese sido una buena idea, Aphrael. Mi idea del paraíso probablemente habría sido diferente de la de otras personas. —Olió el aire helado—. Creo que se acerca una tormenta —observó.

—No cambies de tema. Tenías el máximo poder. ¿Por qué renunciaste a él? Falquián suspiró.

—La verdad es que no me gustaba demasiado. No requirió ni el más mínimo esfuerzo, y cuando obtienes algo sin trabajar por ello carece de verdadero valor. Por otra parte, hay personas que tienen derechos sobre mí.

—¿Y qué tiene que ver con esto?

—¿Qué podría haber hecho si Ehlana hubiera decidido que quería Arcium?... ¿o si Dolmant hubiese decidido que quería convertir a Estiricum?... ¿o a todo Tamuli? Estoy atado por lealtades y obligaciones, Aphrael, y antes o después habría tomado decisiones incorrectas por causa de ellas. Confía en mí. He tomado la decisión correcta.

—Creo que vas a lamentarlo.

—He lamentado montones de cosas. Se aprende a vivir con ello. ¿Puedes llevarnos hasta Matherion?

—Podrías haberlo hecho tú mismo, ¿sabes?

—No te pongas machacona, Aphrael. Si no quieres hacerlo, nos limitaremos a avanzar lentamente por la nieve. Lo hemos hecho otras veces.

—Eres odioso, Falquián. Sabes perfectamente que no os permitiría hacer eso.

—¿Te das cuenta ahora de lo que quería decir respecto al poder de las lealtades y las obligaciones?

—No empieces a darme sermones. No estoy de humor para eso. Ve a despertar a los otros y pongámonos en marcha.

—Lo que tú digas, divina Aphrael.

Encontraron una cocina común bastante grande donde los delfaes habían preparado todas sus comidas, y una despensa donde guardaban la comida. A pesar de los eones de enemistad, los prejuicios dietéticos de delfaes y estirianos eran notablemente similares. Sephrenia encontró el desayuno muy de su gusto, pero Kalten refunfuñó muchísimo, aunque comió tres raciones.

—¿Qué ha sucedido con el amigo Bhlok? —preguntó Kring mientras apartaba el plato de sí—. Acabo de darme cuenta de que no lo he visto desde que Zalasta comenzó a arder.

—Se marchó con sus dioses, domi —replicó Tynian—. Hizo lo que le habían ordenado, y ahora él y los demás trolls van camino de vuelta a Thalesia. Nos ha deseado a todos buena caza. Eso es lo máximo que un troll puede aproximarse en cuanto a desear buen viaje.

—Puede que parezca un poco extraño —admitió Kring—, pero Bhlok me caía bien.

—Es un buen compañero de manada —intervino Ulath—. Caza bien, y está dispuesto a compartir lo que mata con los demás de la manada.

—Oh, sí —asintió Tynian con un estremecimiento—. Cuando no era un perro recién cazado, era un anca cruda de cyrgai.

—Es lo que él tenía, Tynian —defendió Ulath a su peludo amigo—, y estaba dispuesto a compartirlo. No puedes pedir más, ¿no te parece?

—Caballero Ulath —dijo Talen—, acabo de comer. ¿Te parece que podríamos hablar de otra cosa?

Ensilaron los caballos y salieron de Delfaeus.

Al salir, Khalad detuvo su caballo, desmontó y cerró la puerta.

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó Talen—. Los delfaes no van a volver, ya lo sabes.

—Es lo más correcto de hacer —replicó Khalad al montar—. Dejarla abierta hubiese sido una falta de respeto.

Dado que todos sabían quién era en realidad, Flauta no hizo ningún intento de disimular sus manejos del tiempo. Los caballos andaban lentamente, como hacen los caballos si no se los obliga a apresurarse, pero cada pocos minutos el cielo parpadeaba y cambiaba. En un momento dado, en un punto al este de Dirgis, Falquián se puso de pie sobre los estribos para mirar hacia atrás. Sus huellas claramente visibles retrocedían por el centro de un prado donde se interrumpían de forma brusca, casi como si caballos y jinetes hubiesen caído del cielo en ese punto.

Llegaron a la ya conocida cresta que dominaba Matherion, la de las cúpulas de fuego y su puerto, justo cuando comenzaba a caer la noche y descendieron hacia la ciudad, agradecidos. Todos habían pasado mucho tiempo en los caminos, y era agradable estar otra vez en casa. Falquián se apresuró a corregir ese pensamiento suyo. Matherion no era realmente su casa. Su casa era una

ciudad húmeda y sin gracia que se encontraba junto al río Cimmura, a medio mundo de distancia.

Les dirigieron algunas miradas de asombro en las puertas del complejo imperial, y otras aún más asombradas en el puente levadizo del castillo de Ehlana. Vanion rechazó los apremios de su esposa para que ocultara cabeza y rostro en la capucha de su capa, y ostentó de forma muy literal el hecho de que unos treinta y tantos años lo hubieran abandonado por algún misterioso medio. A veces, Vanion era así.

Había algunos cambios visibles también en el interior del castillo. Encontraron al emperador en la sala de estar tapizada de azul del segundo piso, y además de la baronesa Melidere, Emban y Oscagne, tres de sus esposas, Elysoun, Gahennas y Liatris, estaban presentes. Elysoun era con toda probabilidad la más notable, puesto que ahora iba castamente vestida.

—¡Buen Dios, Vanion! —exclamó Emban al ver al preceptor pandion—. ¿Qué te ha sucedido?

—Me he casado, vuestra gracia —replicó Vanion. Se alisó los cabellos color caoba—. Éste fue uno de los regalos de bodas. ¿Te gusta?

—¡Estás ridículo!

—Oh, yo no diría eso —disintió Sephrenia—. A mí me gusta bastante.

—Supongo que corresponde felicitaros —comentó Sarabian con educación. Se apreciaba una marcada diferencia en el emperador tamul. Tenía una confianza y una presencia imperiosa que no había poseído antes—. Considerando las enormes barreras religiosas, ¿quién ofició la ceremonia?

—Lo hizo Xanetia, majestad —replicó Vanion—. La doctrina delfae no tenía ninguna objeción.

—¿Dónde está Xanetia? —preguntó Sarabian recorriendo el grupo con los ojos.

Sephrenia señaló hacia arriba con un dedo.

—Allá fuera —replicó con cierta tristeza—, junto con el resto de los delfaes.

—¿Qué? —La expresión del emperador era perpleja.

—Edaemus se los ha llevado, Sarabian —le explicó Flauta—. Es evidente que él y Bhelliom hicieron alguna clase de acuerdo. —Volvió la cabeza—. ¿Dónde está Danae?

—Está en su habitación, divina Aphrael —le contestó la baronesa Melidere—. Estaba un poco cansada, así que se fue a dormir temprano.

—Será mejor que vaya a decirle que su madre está en casa —comentó la

diosa-niña al tiempo que se encaminaba hacia la puerta que conducía el resto de las habitaciones reales.

—Hemos recibido cualquier cantidad de informes —dijo el ministro del Exterior, Oscagne—, pero estaban todos redactados en forma de lugares comunes..., «la guerra ha concluido y nosotros hemos ganado»..., ese tipo de cosas. No tengo intención de ofenderte, reina Betuana. Tus atanes son mensajeros excelentes, pero es difícil conseguir que den detalles.

Ella se encogió de hombros.

—Tal vez sea un defecto racial, Oscagne-excelencia. —Como hacía siempre a últimas fechas, Betuana se hallaba muy cerca del silencioso Engessa. Parecía renuente a dejar que se alejara mucho de su lado.

—Lo que más me desconcierta es el mensaje bastante confuso que recibí de mi hermano —confesó Oscagne.

—Itagne-embajador tiene demasiadas cosas en la cabeza en este momento —explicó Betuana con suavidad.

—¿Ah, sí?

—Él y la atana Maris se hicieron muy amigos cuando él estuvo destinado en Cynesga el otoño pasado. Él no se lo tomó demasiado en serio, pero ella sí. Maris fue a buscarlo. Lo encontró en Cyrga y se lo llevó de vuelta a Cynesga.

—¿De veras? —preguntó Oscagne; su rostro no revelaba ni un asomo de sonrisa. Luego se encogió de hombros—. Oh, bueno —agregó—, de todas formas, ya era hora de que Itagne sentara cabeza. Según lo que recuerdo, la atana Maris es una joven muy vigorosa.

—Sí, Oscagne-excelencia, y muy decidida. Creo que los días de soltero de tu inteligente hermano están contados.

—¡Qué lástima! —suspiró Oscagne—. Perdonadme un momento. —Se marchó a toda prisa a la habitación contigua, y todos oyeron el sonido de risas sofocadas provenientes de la misma.

Entonces, Danae, con sus negros cabellos volando tras ella, entró corriendo en el salón y se arrojó a los brazos de su madre.

El rostro de Sarabian adquirió cierta expresión de frialdad.

—¿Quién mató por fin a Zalasta? —preguntó—. Era quien estaba en el fondo de todo esto, bien mirado.

—Zalasta no está muerto —replicó Sephrenia con tristeza al tomar a Flauta en brazos.

—¿Que no lo está? ¿Cómo consiguió escapar?

—Lo dejamos marchar, majestad —contestó Ulath.

—¿Estáis locos? Conocéis a la perfección el tipo de problemas que es capaz de crear.

—No causará ningún problema más, majestad —dijo Vanion—... a menos que por casualidad provoque algunos incendios en las praderas.

—No hará nada semejante, Vanion —dijo Flauta—. Es un fuego espiritual, no uno de verdad.

—¿Quiere hacer alguien el favor de explicarme lo sucedido? —pidió Sarabian con impaciencia.

—Zalasta se presentó en la boda de Sephrenia, majestad —comenzó Ulath—. Intentó matar a Vanion, pero Falquián lo impidió. Luego, nuestro amigo estaba a punto de hacer algo bastante permanente respecto a Zalasta, pero Khwaj hizo valer un derecho anterior. Falquián consideró el aspecto político de la situación y accedió. Luego Khwaj le prendió fuego a Zalasta.

—¡Qué idea tan pavorosa! —Sarabian se estremeció. Luego miró a Sephrenia—. Creí que habías dicho que no estaba muerto, pero el caballero Ulath acaba de contarme que murió quemado.

—No, majestad —lo corrigió Ulath—. Yo sólo he dicho que Khwaj lo prendió fuego. Lo mismo le sucedió al barón Parok.

—La noción troll de la justicia me atrae, en cierta forma —comentó Sarabian con una sonrisa feroz—. ¿Durante cuánto tiempo arderán?

—Por toda la eternidad, majestad —replicó Tynian con voz sombría—. El fuego es eterno.

—¡Buen Dios!

—Es ir más lejos de lo que yo lo habría hecho —concedió Falquián—, pero como ha dicho Ulath, había consideraciones políticas implicadas en esa decisión.

Hablaron hasta muy tarde, relatando los detalles de la campaña, el rescate de Ehlana y Alean, la liberación de Bhelliom, y el enfrentamiento final entre Falquián y Cyrgon. Falquián puso buen cuidado en hacer hincapié sobre su calidad de instrumento durante aquel acontecimiento en particular, e insistió bastante en el hecho de que ya no era Anakha. Quería que ese capítulo en concreto quedara cerrado de forma permanente, sin que en la mente de nadie hubiera duda alguna respecto a la absoluta imposibilidad de reabrirlo.

También en el curso de esa conversación, Sarabian les habló del atentado contra su vida por parte de Chacole y Torellia.

—La verdad es que tal vez lo habrían conseguido de no ser por Elysoun —

concluyó, a la vez que miraba con cariño a su ahora recatada esposa valesiana.

Mirtai miró a Elysoun con una ceja interrogativamente alzada.

—¿Por qué has cambiado de ropa? —le preguntó sin rodeos. Elysoun se encogió de hombros.

—Espero un hijo —replicó—. Me parece que mis días de aventura han concluido. —Miró la perpleja expresión de Mirtai—. Es una costumbre valesiana —explicó—. Gozamos de una cierta libertad hasta el primer embarazo. Después de eso, se supone que debemos comportarnos. —Sonrió—. En cualquier caso, ya había agotado más o menos el potencial del complejo imperial —agregó—. Ahora ha llegado el momento de sentar cabeza... y recobrar las horas de sueño perdidas.

—¿Habéis tenido alguien noticias de Stragen y Caalador? —preguntó Talen.

—El vizconde Stragen y el duque Caalador regresaron a Matherion hace una semana —replicó Sarabian.

—¿Nuevos adornos? —inquirió Ehlana con cierta sorpresa.

—Galardones por los servicios prestados, Ehlana —replicó Sarabian, sonriendo—. Parece lo adecuado. El duque Caalador ha aceptado un cargo en el ministerio del Interior, así que ha regresado a Lebas para arreglar allí sus asuntos.

—¿Y Stragen?

—Va camino de Astel, majestad —replicó la baronesa Melidere con una sonrisa severa—. Dijo que quería intercambiar unas palabras con Elron.

—¿Consiguió Elron salir vivo de Natayos? —Kalten parecía sorprendido—. Ekrasios dijo que los seres fulgentes habían destruido completamente esas ruinas.

—El rumor que le llegó a Caalador fue que Elron se escondió en alguna parte mientras los seres fulgentes disolvían a Scarpa y Cызada. Luego, cuando se marcharon, se escabulló fuera de las ruinas y salió disparado camino de su casa. Stragen ha ido a visitarlo. —La baronesa miró a Khalad—. También Krager escapó —le dijo—. Caalador se enteró de que iba camino de Zenga, en Cammoria oriental. Pero hay algo que debes saber sobre Krager.

—¿Ah, sí?

—¿Recuerdas cómo murió el rey Wargun?

—El hígado finalmente le falló, ¿no?

Melidere asintió con la cabeza.

—Lo mismo está sucediéndole a Krager. Caalador habló con un hombre

llamado Orden de la ciudad de Delo. Krager estaba completamente enloquecido cuando lo metieron en el barco con destino a Zenga.

—Pero todavía vive, ¿no es cierto? —inquirió Khalad con tono ominoso.

—Si puede llamársele así —suspiró ella—. Déjalo estar, Khalad. Ni siquiera lo sentiría si lo atravesaras con la espada. No sabría quién eres ni por qué lo matas.

—Gracias, baronesa —replicó Khalad—, pero creo que cuando regresemos a Eosia, Berit y yo nos acercaremos a Zenga sólo para asegurarnos. Krager se nos ha escapado demasiadas veces como para correr riesgos ahora. Quiero verlo bajo tierra.

—¿Puedo acompañarte yo también? —preguntó Talen, ansioso.

—No —contestó Khalad.

—¿Qué quieres decir con «no»?

—Ya es hora de que comiences tu noviciado.

—Eso puede esperar.

—No, no puede. Ya llevas medio año de retraso. Si no comienzas a entrenarte ya, nunca serás diestro.

Vanion le dirigió una mirada de aprobación al escudero de Falquián.

—No olvides lo que hemos hablado, Falquián —dijo—. Y transmítele mi recomendación a Dolmant.

—¿De qué habláis? —preguntó Khalad.

—Te lo contaré más adelante —replicó Falquián.

—Ah, por cierto, Ehlana —comenzó Sarabian—, ya que de todas formas ha surgido el tema, ¿te molestaría si le confiriera un título a tu pajarillo cantor? —Le sonrió con afecto a Alean—. Te aseguro que espero que no, porque voy a hacerlo de todas formas... por los sobresalientes servicios prestados al imperio, si no por otra cosa.

—¿Qué idea tan espléndida, Sarabian! —exclamó Ehlana.

—La verdad es que no puedo atribuirme la idea de los títulos —admitió con un poco de tristeza—. En realidad fueron una ocurrencia de tu hija. Su alteza real es una niña muy decidida.

Falquián le echó una breve mirada a su hija y luego a Flauta. Ambas tenían idénticas expresiones de presumida satisfacción. Estaba claro que la divina Aphrael no permitiría que nada se interpusiera en el camino de sus planes de casamentera. Falquián sonrió apenas y luego se aclaró la garganta.

—Eh... majestad —le dijo al emperador—, se hace tarde, y estamos todos

cansados. Sugiero que continuemos mañana.

—Por supuesto, príncipe Falquián —asintió Sarabian, al tiempo que se ponía de pie.

—¿Puedo hablar una palabra contigo, Falquián? —preguntó el patriarca Emban cuando los otros comenzaban a salir.

—Claro. —Aguardó hasta que se quedaron solos en el salón.

—¿Qué vamos a hacer respecto a Vanion y Sephrenia? —inquirió Emban.

—No sigo del todo a vuestra gracia.

—Este llamado matrimonio va a poner a Dolmant en una posición muy difícil, ¿sabes?

—No es un «llamado matrimonio», Emban —declaró Falquián con firmeza, saltándose todas las formalidades.

—Ya sabes qué quiero decir. Los conservadores de la jerarquía eclesiástica probablemente intentarán utilizar eso para debilitar la posición de Sarathi.

—¿Por qué contárselo entonces? No es asunto de ellos. Vuestra gracia sabe que muchísimas cosas que nuestra teología no puede explicar, sucedieron aquí, en Tamuli. El imperio cae fuera de la jurisdicción de la iglesia, así que no veo por qué tenemos que contarle a la jerarquía eclesiástica cosa alguna al respecto.

—Yo no puedo mentirles, Falquián.

—Yo no he sugerido tal cosa. Simplemente no habléis de ello.

—Tengo que informar a Dolmant.

—En eso no hay problema ninguno. Él es flexible. —Falquián consideró el asunto—. Creo que ésa será vuestra mejor línea de acción, en cualquier caso. Nos llevaremos a Dolmant aparte y le contaremos todo lo que ha sucedido aquí. Dejaremos que sea él quien decida cuánto transmitirle a la jerarquía eclesiástica.

—Estás echando sobre él una carga horrorosa, Falquián.

El caballero pandion se encogió de hombros.

—Para eso se le paga, ¿no? Ahora, vuestra gracia me excusará, pero hay una reunión familiar a la que yo debería asistir.

Durante las semanas siguientes hubo una melancólica atmósfera de final. Todos eran plenamente conscientes de que una vez mejorara el tiempo, la mayoría abandonaría Matherion. Las probabilidades de que volvieran a reunirse todos alguna vez eran muy pocas. Saboreaban los momentos que les quedaban para pasar juntos, y se producían frecuentes interludios privados en los que dos y tal vez tres de ellos se reunían en lugares apartados para charlar largo y tendido de temas inconsecuentes, excepto con la finalidad de obtener un recuerdo

indeleble de los rostros, el sonido de las voces y las conexiones más personales que guardar en la memoria para siempre.

Al entrar en el salón una mañana borrascosa, Falquián se encontró a Sarabian y Oscagne con las cabezas juntas encima de un libro encuadernado. Había una cierta violencia en sus expresiones.

—¿Problemas? —inquirió Falquián.

—Política —replicó Sarabian con amargura—. En eso siempre hay problemas.

—El departamento de Historia Contemporánea de la universidad acaba de publicar su versión de los acontecimientos recientes, príncipe Falquián —explicó Oscagne—. Hay muy poca verdad en ella..., en particular a la luz del hecho de que Pondia Subat, nuestro estimado primer ministro, acaba siendo un héroe.

—Tendría que haber suprimido a Subat en cuanto me enteré de sus actividades —declaró Sarabian de malhumor—. ¿Quién sería el más indicado para responder a esta estupidez?

—Mi hermano, majestad —replicó el ministro de Exteriores al punto—. Él es miembro de la facultad, y tiene cierta reputación. Desgraciadamente, en este momento se encuentra en Cynesga.

—Envía a buscarlo, Oscagne. Tráelo aquí antes de que Historia Contemporánea contamine el pensamiento de toda una generación.

—Maris también querrá venir, majestad.

—Bueno. Tu hermano es con mucho demasiado listo. Mantengamos a la atana Maris bien cerca de él. Puede que sea capaz de enseñarle humildad.

—¿Qué vamos a hacer con los cyrgais, majestad? —preguntó Falquián—. En verdad no es culpa de ellos, pero en el mundo moderno no tienen un lugar real.

—Ya he estado meditando sobre eso —admitió el emperador—. Pienso que es mejor mantenerlos alejados de los seres humanos normales. Hay una isla a unas quinientas leguas de Tega. Es bastante fértil y tiene un clima más o menos aceptable. Dado que los cyrgais son tan aficionados al aislamiento, eso debería dar resultado. ¿Cuánto tiempo crees que les llevará inventar el bote?

—Varios miles de años, majestad. Los cyrgais no son muy creativos.

Sarabian le sonrió.

—En ese caso, yo diría que es el lugar perfecto.

Falquián le devolvió la sonrisa.

—A mí me parece bien —asintió.

La primavera llegó de manera brusca aquel año a Tamuli oriental. Un

repentino viento tibio y húmedo sopló desde el mar de Tamul, y derritió la nieve de las laderas de las montañas en una sola noche. Las aguas de los arroyos corrían con los cauces llenos, por supuesto, así que aún era demasiado pronto para viajar. La impaciencia de Falquián aumentaba con cada ocioso día. No era tanto que tuviese nada urgente de lo que ocuparse, sino más bien que aquella prolongada despedida le resultaba extremadamente dolorosa.

Se produjo una discusión bastante larga. Ehlana insistió al principio en que todos debían trasladarse a Atan para celebrar la boda de Mirtai y Kring.

—Estás comportándote otra vez como una ignorante, Ehlana —le dijo Mirtai con su característica franqueza—. Ya has visto otras bodas, y tienes un reino que gobernar. Regresa a Cimmura, que es tu lugar.

—¿No quieres que esté presente? —Los ojos de Ehlana se llenaron de lágrimas.

Mirtai la abrazó.

—Estarás presente, Ehlana —le dijo—. Estarás ya por siempre en mi corazón. Regresa a Cimmura. Yo iré a verte cuando Kring y yo nos hayamos instalado en Pela... y donde decidamos vivir.

Vanion y Sephrenia decidieron acompañar al grupo de la reina Betuana hasta Atan, y continuar luego hacia Sarsos.

—Probablemente sea el mejor lugar para nosotros, querido —le explicó Sephrenia a Falquián—. Allí gozo de una cierta posición, y podré silenciar a los fanáticos que intenten objetar el hecho de que Vanion y yo estemos ahora casados.

—Bien dicho —aprobó Falquián. Luego suspiró—. Voy a echarte de menos, pequeña madre —dijo—. Vanion y tú nunca podréis regresar a Eosia, ya lo sabes.

—No seas absurdo, Falquián —replicó ella entre carcajadas—. Yo siempre he ido a donde me ha dado la gana, y siempre lo haré. Existen formas mediante las cuales puedo transformar el rostro de Vanion... y el mío..., así que iremos a visitaros de vez en cuando. Quiero mantener el ojo fijo en tu hija, como mínimo. —Entonces le dio un beso—. Ahora, márchate, querido. Tengo que hablar con Sarabian acerca de Betuana.

—¿Ah, sí?

—Ha estado mascullando algunas estupideces respecto a abdicar con el fin de poder casarse con Engessa. Los atanes son súbditos de la corona imperial, así que tendré que persuadir a Sarabian para que le impida hacer una tontería.

Engessa será un co-gobernador muy bueno, y Sarabian necesita estabilidad política en Atan.

Cuando disminuyeron las correntadas del deshielo primaveral y los campos anegados que rodeaban la capital empezaron a secarse, Falquián bajó al puerto en busca del capitán Sorgi. Balanceándose, anclados en el atestado puerto, había barcos menos vapuleados y más lujosos, pero Falquián confiaba en Sorgi y el navegar con él de regreso a casa le proporcionaría una consoladora sensación de continuidad a la conclusión de todo aquel asunto. Halló al capitán de cabellos ensortijados en una taberna limpia y bien iluminada de los muelles, a todas luces dirigida por un propietario elenio.

—Nosotros seremos trece, capitán —anunció Falquián—, y siete caballos.

—Estaremos un poco apretados, maese Cluff —replicó Sorgi a la vez que levantaba hacia el techo los ojos entrecerrados—, pero creo que nos arreglaremos. ¿Vas a cubrir tú mismo el coste del viaje?

—El emperador se ha ofrecido graciosamente a sufragar los gastos —replicó Falquián sonriendo—. Es un amigo, así que hazme el favor de no dejarlo en la bancarrota.

Sorgi le devolvió la sonrisa.

—Ni se me ocurriría pensarlo, maese Cluff. —Se repantigó en la silla—. Ha sido una temporada muy interesante y el imperio tamul resulta, asimismo, un lugar interesante, pero será agradable regresar a casa una vez más.

—Sí —asintió Falquián—. A veces me da la impresión de que he pasado toda mi vida intentando regresar a casa.

—Calcularé el coste del viaje y te lo haré llevar al complejo por mi contraмаestre. Estuve a punto de perderlo en Beresa, ¿sabes?

—¿A tu contraмаestre?

Sorgi asintió con la cabeza.

—Un par de pillos se le echaron encima en un callejón. Apenas logró escapar con vida.

—¡Imagínate! —comentó Falquián con suavidad. Era evidente que Valash había intentado ahorrar en el contrato de asesinos al igual que en todo lo demás.

—¿Cuándo quieres partir exactamente, maese Cluff?

—Aún no lo hemos decidido del todo..., en algún momento de la semana que viene, más o menos. Te lo haré saber. Algunos de nuestros amigos partirán para ir hasta Atan por tierra. Puede que lo mejor sea que nos hagamos a la mar ese mismo día.

—Buena idea —aprobó Sorgi—. Siempre es mejor no alargar las despedidas. Los marineros hemos aprendido a decir adiós con rapidez. Cuando llega el momento de partir, siempre tenemos que hacerlo con la marea, y ésta no espera.

—Bien expresado, Sorgi —comentó Falquián con una sonrisa.

Fue Betuana quien tomó la decisión, cosa que no dejaba de ser sorprendente.

—Nos marcharemos mañana —declaró sin rodeos ante la mesa de la cena, una semana más tarde.

—¿Tan pronto? —La voz de Sarabian sonaba un poco sobresaltada.

—El agua de los ríos ha bajado, y los campos están secos, Sarabian-emperador —señaló ella—. ¿Por qué deberíamos demorarnos?

—Bueno... —dejó morir la frase en sus labios.

—Eres demasiado sentimental, Sarabian —dijo ella con franqueza—. Tú sabes que vamos a marcharnos. ¿Por qué prolongarlo? Ven a Atan el otoño próximo, e iremos a cazar jabalíes. Pasas demasiado tiempo encerrado en Matherion.

—Me resulta bastante difícil alejarme —replicó él, dubitativo—. Alguien tiene que quedarse a dirigir la tienda.

—Así, deja que lo haga Oscagne. Es honorable y no robará demasiado.

—¡Majestad! —protestó Oscagne.

Ella le sonrió.

—Estaba provocándote, Oscagne —lo tranquilizó—. Los amigos pueden hacer eso sin ofender.

Ninguno de ellos durmió mucho aquella noche. Había que hacer el equipaje, y una mirada de otros preparativos, pero la mayor parte de la noche la pasaron corriendo arriba y abajo por los pasillos con mensajes urgentes que eran básicamente el mismo: «Prométeme que te mantendrás en contacto».

Y todos lo prometieron, por supuesto, y todos tenían verdadera intención de cumplirlo. El desvanecimiento de esa resolución no comenzaría hasta al cabo de por lo menos un año... o tal vez dos.

Se reunieron en el patio del castillo justo cuando el alba rompía sobre el mar de Tamul. Hubo todos los acostumbrados besos, abrazos y rudos apretones de manos.

Fue por fin Khalad, el buen, sólido y fiable Khalad, quien echó una mirada valorativa hacia el horizonte oriental, se aclaró la garganta y dijo:

—Será mejor que nos pongamos en camino, Falquián. Es probable que Sorgi te cobre un día más si le haces perder la marea de la mañana.

—Tienes razón —asintió Falquián.

Levantó en brazos a Ehlana para subirla al carruaje abierto que Sarabian les había proporcionado y en el cual ya se encontraban sentados Emban, Talen, Alean y Melidere. Luego volvió la cabeza y vio a Danae y Flauta hablando entre sí en voz baja.

—Danae —llamó a su hija—, es hora de partir.

La princesa heredera de Elenia le dio un último beso a la diosa-niña de Estiricum, y atravesó obedientemente el patio en dirección a su padre.

—Gracias por haber venido —fue la sencilla frase de Sarabian, mientras le tendía la mano.

Falquián la estrechó en la suya.

—Ha sido un placer, Sarabian —replicó. Luego saltó a la silla de *Faran* y abrió la marcha, atravesando el puente levadizo y saliendo a los aún sombríos campos.

Les llevó alrededor de un cuarto de hora llegar hasta el puerto, y una media hora más el meter a los caballos en la bodega delantera. Falquián subió de vuelta a la cubierta donde los otros aguardaban y miraban hacia el este, por donde el sol no había salido todavía.

—¿Todo listo, maese Cluff? —preguntó a gritos Sorgi desde el alcázar, a popa del barco.

—Así es, capitán Sorgi —le replicó Falquián a gritos—. Ya hemos acabado lo que vinimos a hacer. Regresemos a casa.

El presumido contraмаestre se pavoneaba de un lado a otro de la cubierta, supervisando sin necesidad la suelta de amarras y el izado de las velas.

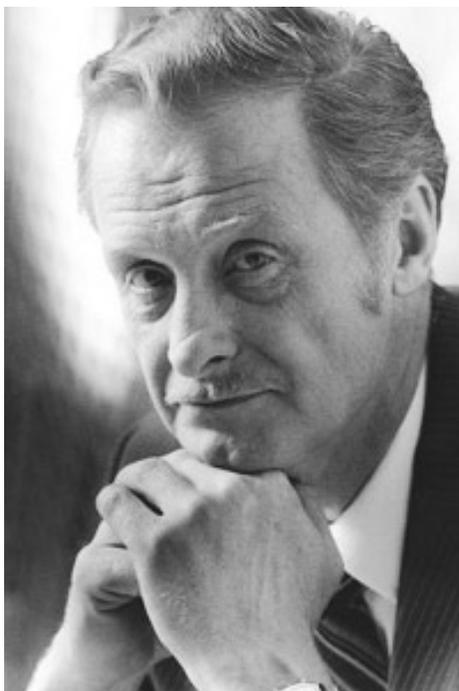
La marea se movía con bastante rapidez y había una buena brisa. Sorgi maniobró con destreza su vapuleado barco viejo fuera del puerto, al mar abierto.

Falquián tomó a Danae en un brazo y rodeó con el otro los hombros de Ehlana, y así permanecieron junto a la borda de babor, contemplando la ciudad que los tamules llamaban el centro del mundo. Sorgi movió el timón para seguir un curso sureste que rodeara la península, y justo cuando las velas se hincharon con la brisa, el astro rey asomó por el horizonte oriental.

Matherion había estado pálida en las sombras del amanecer, pero al salir el sol las opalescentes cúpulas se encendieron y un rielante relumbrar de irisados colores danzó sobre las pulidas superficies. Falquián, su esposa e hija permanecieron en la borda, con los ojos llenos de la maravilla de la ciudad resplandeciente que de alguna manera parecía estar dándoles su propio adiós y

deseándoles una buena travesía de regreso a casa.

**Fin**



DAVID EDDINGS (7 de julio de 1931, Spokane, Washington - 2 de junio de 2009, Carson City, Nevada). Se crió cerca de Seattle. Desde muy pequeño le gustó escribir, y en el instituto ya tenía claro que quería dedicarse a ello. De joven su tiempo libre lo dividía en escribir y en actuar en obras de teatro que él mismo creaba. Se graduó en la Universidad de Portland con veinte años, obteniendo la Licenciatura en Filosofía y Letras. Años más tarde consiguió el título de Maestro de Artes en la Universidad de Washington, después fue llamado a filas.

Tras dos años al servicio del Ejército de los Estados Unidos, Eddings trabajó como profesor de Universidad, pero acabó dejándolo muy descontento porque no recibía ningún aumento de sueldo con el paso de los años. Se mudó a Denver, donde acabó trabajando en un supermercado. Empezó a escribir su primera novela, *La Alta Cacería* (High Hunt). Eddings se basó en sus conocimientos de caza y de vida en la montaña para escribir ese libro, el cual seguiría el mismo patrón que algunas de sus obras posteriores, la madurez del protagonista.

Desde el principio contó con la ayuda de Leigh Eddings, su esposa. David escribía y después se lo leía en voz alta a su mujer, ella le daba su opinión y le señalaba las incoherencias de la trama y añadía detalles a la historia y pinceladas

a los personajes. Desde un primer momento David quiso que su esposa apareciese como co-autora en los libros, pero su editor se negó en rotundo, afirmando que no estaba bien visto en el mercado que hubiese dos autores en un mismo libro. No fue hasta la salida del quinto libro de Belgarath, La Ciudad de las Tinieblas (Enchanter's End Game) cuando por fin la autoría de Leigh Eddings quedó reconocida.

Una mañana, antes de ir a trabajar, empezó a garabatear en un papel una especie de mapa, el cual quedaría olvidado hasta que un día Eddings vio una copia de El Señor de los Anillos en una librería. Sorprendido al ver que era una 78.ª edición se la llevó a casa. Tras la lectura, David supo que quería dedicarse a la literatura fantástica. Con la inspiración de Tolkien en su mente, Eddings terminó de dar los detalles al mapa que tiempo antes había dibujado. Así nació el mundo de Aloria, donde se desarrollan las aventuras de su saga más conocida, Belgarath.

El éxito de la pentalogía de Crónicas de Belgarath le dio la oportunidad de escribir otras sagas de fantasía en las que Eddings dejaba volar su imaginación. Tras Belgarath, escribió una continuación de otros cinco libros, Crónicas de Mallorea, después llegarían la saga de Elenium y su secuela, El Tamuli. En 1995 retomaría la historia de Belgarath para escribir dos precuelas y El Códice Rivano (apuntes y material de trabajo que utilizó para la saga). Su última aportación a la novela fantástica fue con la saga Los Soñadores, que terminó de escribir en el 2006, un año antes de la muerte de su mujer.

David nunca quiso escribir en un ordenador, ni siquiera a máquina, prefería hacerlo de la manera tradicional, con papel y pluma. Era un tipo afable y divertido, bastante humilde, le gustaba bromear diciendo que nunca ganaría un Premio Nobel de Literatura, era consciente de que la literatura fantástica estaba muy infravalorada en el mundo de la lectura. La verdad es que su obra no destacaba por su calidad literaria, sino que la fuerza residía en la historia y en la personalidad de sus personajes. Le encantaba saber que mucha gente que nunca había cogido un libro en su vida había acabado enganchada a sus novelas, sólo por eso se sentía orgulloso de haberse hecho escritor y conseguir que la gente apreciase el valor de los libros. Una vez dijo, «Estoy aquí para enseñar a una generación o dos cómo leer. Después de que terminen conmigo pueden pasar a alguien importante como Homero o Milton».

En 1999 su mujer sufrió un ataque de corazón. A lo largo de los años seguiría

sufriéndolos hasta que finalmente, en 2007 su corazón se detuvo finalmente. Debido a los ataques, la mente de Leigh se vio afectada, reduciéndose su edad mental aproximadamente a la de una niña de 3 años de edad. David se encargó siempre de cuidar él mismo de su mujer, con ayuda de su suegra y no quiso que su familia la viese en ese estado. A pesar del dinero que tenía, se negó a pagar a alguien para que la cuidase, siempre estuvo a su lado, hasta el fin de sus días.

Tras la muerte de Leigh, David ya no era el mismo, poco a poco fue desmejorando hasta que llegó su hora, algo que seguro que deseaba para poder reunirse de nuevo con ella y seguir creando historias para toda la eternidad.

# Notas

[1] Cierta tipo de caracol (gén. *Planorbis*). (N. de la T.). <<

[2] Hacha de guerra escocesa del siglo XVI, de hoja alargada y curva, con un garfio en el extremo superior. (*N. de la T.*). <<

[3] Ram's horn, «cuerno de cabra», suena igual que *ramshorn*, la palabra que los protagonistas usan como contraseña. (*N. de la T.*). <<